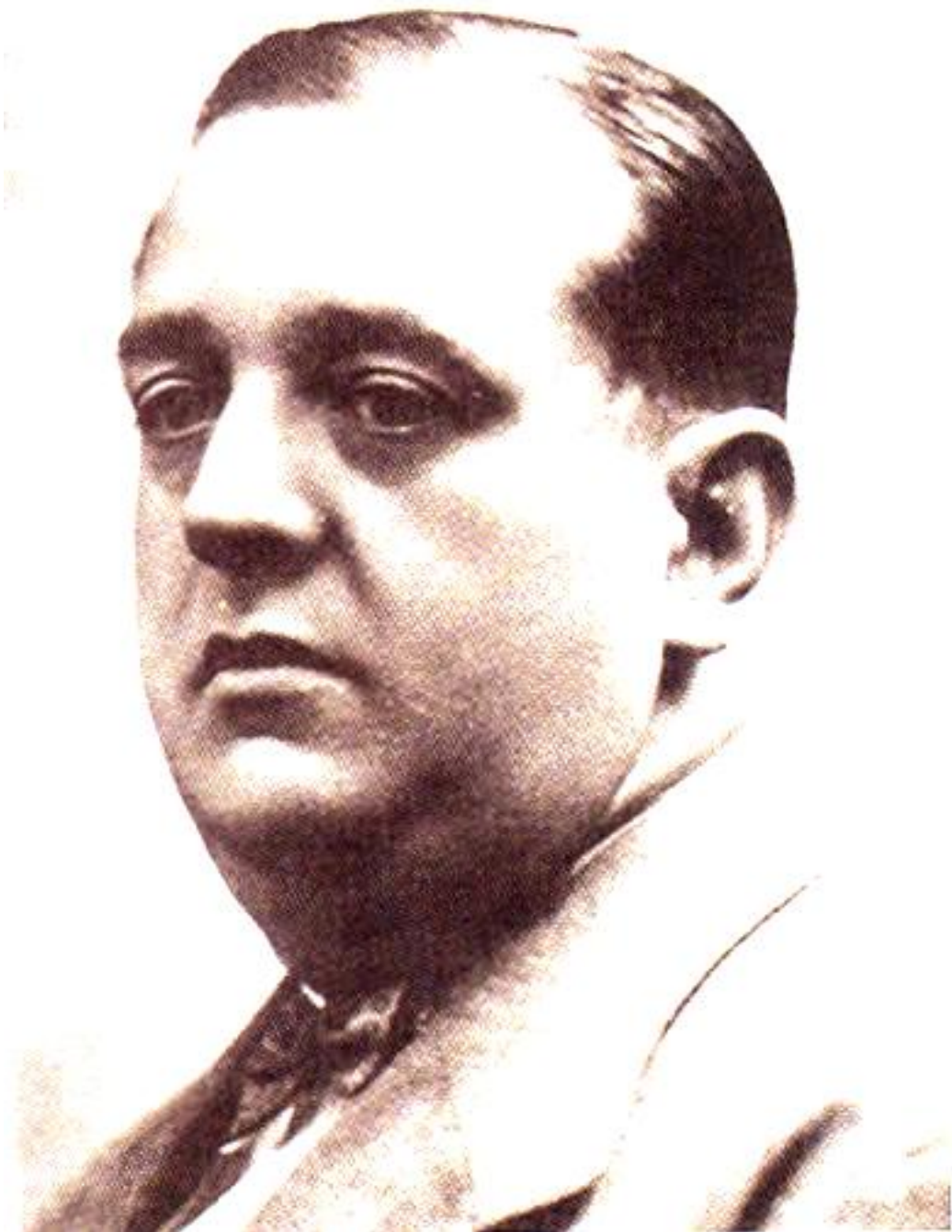




ANDRÉS SABORIT

APUNTES HISTÓRICOS

Pablo Iglesias, PSOE y UGT

ÍNDICE¹

PRÓLOGO	1
Explicación	1
 <u>PARTE 1</u>	
PABLO IGLESIAS, EDUCADOR	11
Pensamientos ajenos	
Pensamientos de Pablo Iglesias	29
La política y los políticos	41
MIRANDO AL PASADO	56
Historia de España	56
¡Es la lucha final!	58
Problemas nuevos y graves	63
Textos abiertos a la crítica	66
La dictadura del proletariado	71
DE LAS CORTES DE CADIZ A ESPARTERO	75
Las cortes de Cádiz y sus precursores	75
Un Pablo Iglesias madrileño	83
Dos ferrolanos	84
Triunfos y desventuras de Espartero	89
REINADO DE ISABEL II	89
Retrasada y sin cultura	89
Los sucesos de Loja	92
LA REPÚBLICA DE LOS FILÓSOFOS	94
De Prim a Amadeo de Saboya	94
De Figueras a Salmerón	99
Pí y Margall presidente	101
Emilio Castelar Orador	103
LA INTERNACIONAL EN LONDRES	107
El manifiesto inaugural	107

¹ El índice corresponde a las páginas del original y no a las de éste documento.

De Lausana a Londres	110
De la Haya a Nueva York	115
LA INTERNACIONAL EN ESPAÑA	118
Llegada de José Fanelli	118
El grupo fundador de Madrid	123
Paulino Iglesias Posse	125
El congreso de Barcelona	128
La internacional en marcha	132
Salmerón y la Internacional	137
La conferencia de Valencia y el congresillo de Londres	137
El congreso de Zaragoza	145
Anselmo Lorenzo	152
Fernando Garrido y otros reformadores	154
LA COMUNA DE PARÍS	157
La obra de la comuna	157
La Internacional (himno)	161
El socialismo a través de los tiempos	163
MARX Y ENGELS	174
Marx. Su vida y obra	174
Una familia en la miseria	180
Marx y el marxismo	194
Engels: rasgos de su vida	205
Los herederos de Engels	212
LAURA MARX Y PABLO LAFARGUE	214
Rasgos personales de Lafargue	214
Laura y Pablo en España	217
Laura y Pablo en Francia	223
INFANCIA Y JUVENTUD DE PABLO IGLESIAS	229
De El Ferrol a Madrid	229
Los barrios bajos madrileños	231
Pablo Iglesias tipógrafo	237
JOSÉ MESA LEONPART	245
José Mesa, número uno de los fundadores	245
Mesa, internacionalista	246
De nuevo en París	248

Muerte de José Mesa Leompart	251
De Engels a José Mesa	252
FRANCISCO MORA MÉNDEZ	253
Un zapatero internacionalista	253
Mora y Anselmo Lorenzo	254
Francisco Mora socialista	256
Textos de Francisco Mora	261
JAIME VERA LÓPEZ	265
Como se hizo socialista	265
Sus actividades en el partido	267
Muerte de Jaime Vera	277
Jaime Vera, hombre de ciencia	278
Pablo Iglesias y Jaime Vera	281
ANTONIO GARCÍA QUEJIDO	283
El militante obrero	283
Iglesias y García Quejido	287
En el arte de imprimir	297
García Quejido, concejal	317
Del socialismo al comunismo	325
El hombre	331
Dos cartas de García Quejido	334
MATÍAS GÓMEZ LATORRE	336
Un tipógrafo ilustrado	336
Gómez Latorre y Morato	343
Iglesias y Gómez Latorre	345
Gómez Latorre, concejal	351
Las cosas en su punto	352
Una carta de Gómez Latorre	354
ANTONIO ATIENZA DE LA ROSA	356
Otro tipógrafo ilustrado	356
Se ha hecho justicia a Iglesias	364
FRANCISCO DIEGO	364
Historia de un hombre modesto	364
JUAN JOSÉ MORATO	367

Sus primeros años	367
El militante	368
El hombre	372
Una jornada de Pablo Iglesias	383
ASOCIACIÓN GENERAL DEL ARTE DE IMPRIMIR	388
La cuna de un gigante	388
Resumen histórico	396
El golpe del general Pavía	396
Se inicia la etapa heroica	398
Cánovas y Ruiz Zorrilla	400
La Constitución de 1876	400
El clericalismo: he ahí el enemigo	402
Congreso Obrero en Lyon	403
AGRUPACIÓN SOCIALISTA MADRILEÑA	407
Una fecha histórica	407
Programa del Partido Socialista	413
Un gobernador desmandado	416
Preparando una batalla	419
HUELGA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS	424
Oficio en pie de guerra	424
Empiezan las persecuciones	426
Otra vez al “Saladero”	428
La madre y el hijo	431
Federación Tipográfica Española	432
El Socialismo en 1882	435
Congreso Obrero en Barcelona	437
De Sagasta a Cánovas	439
De Cánovas a Sagasta	443
Grave conflicto estudiantil	447
El Ateneo de Madrid	448
PROPAGANDA SOCIALISTA	450
Informe de Pablo Iglesias	450
Una huelga perdida y otras cosas más	457
Muerte de Alfonso XII	460
El tupé de Sagasta	461
APARICIÓN DE EL SOCIALISTA	464

Historia del semanario	464
Bendita intransigencia	467
El camino de la amargura	468
El gabán de pieles	471
El hijo de Juana Posse	473
Más noticias de 1886	477
Cambio de vida	480
Una fortaleza de la UGT	485
UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES	495
La cuna de la UGT	495
Primer Congreso de la UGT	498
Origen de las ocho horas	500
¿Día de guerra o de paz?	501
Noticias del año 1888	503
PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL	505
Dificultades y tanteos	505
Pablo Iglesias, condenado	512
Matanza de obreros en Ríotinto	515
El Congreso de Burdeos	517
Engels y la Segunda Internacional	521
Dos Congresos socialistas	525
Origen del primero de Mayo	529
Los falsos revolucionarios	531
Resumen de noticias de 1889	534
CREACIÓN DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA	536
El 1º de Mayo de 1890	536
Un prólogo de Engels	543
En España y fuera de España	544
Recuerdos del año 1891	550
MITIN HISTÓRICO DE CONTROVERSIA	554
Pablo Iglesias en Santander	554
Rectificación	572
PRIMER CENTRO OBRERO DE MADRID	580
Calle de Jardines, 20	580
Apóstoles humildes	587
Conciencia de clase	589

Datos de interés histórico	590
Del 2 de mayo al 1º de mayo	596
Jaurès, socialista	597
Cómo nació el socialismo argentino	599
El compañero León XIII	600
Una huelga histórica	602
Resumen de noticias de 1894	606
Brotes del militarismo	612
Muerte de Federico Engels	617
Carta de Iglesias a Engels	618
Política y literatura	621
Muerte de Ruiz Zorrilla	624
Carta de Vera a los participantes al mitin del Liceo Rius	625
Acción obrera	630
Actividades de Iglesias en 1896	631
Miscelánea de 1896	632
De general a general	636
José Protasio Rizal	639
Cánovas y Angiolillo	640
LA GENERACIÓN DEL 98 Y LA GUERRA DE CUBA	647
¿Fue Costa del 98?	647
El desastre colonial	650
El doctor Justo en Madrid	655
Vida y muerte de Leonor Marx	656
La pérdida de las colonias	660
Juicios de Ossorio y Gallardo	662
EL CENTRO OBRERO EN LA CALLE DE LA BOLSA, 14	665
Tres Congresos nacionales	665
Los Jesuitas en acción	671
Muerte de Emilio Castelar	672
Fallecimiento de Macías Picavea	673
EL SOCIALISMO EN VIZCAYA	677
Facundo Perezagua	677
Varias actas robadas	680
Pablo Iglesias, una figura señera	684
El Abuelo	689
Actividades de Pablo Iglesias	691
CENTRO DE SOCIEDADES OBRERAS, CALLE RELADORES, 24	699

El Madrid de 1900	699
Madrid entre dos siglos	703
Madrid y sus críticos	709
Muerte de Nietzsche	715
La jornada legal de ocho horas	718
Finales de la regencia de María Cristina	720
Elecciones generales de 1901	726
El socialismo en Asturias	727
Un gran día	731
La Iglesia y la política	732
El 1º de Mayo de 1901	734
La acción económica y la acción política	738
Paz o guerra	739
ALFONSO XIII, REY	742
Escaramuzas parlamentarias	742
La jura del perjurio	743
Muerte de Emilio Zola	744
Dieciséis años de actuación	747
Congresos políticos y sindicales	751
Triunfo de una táctica	759
Salmerón, jefe de Unión Republicana	764
Iglesias, Costa y Unamuno	766
VICENTE BARRIO, SECRETARIO DE LA UNIÓN GENERAL	770
La huelga de Elche	770
Pablo, Amparo y Juanito	777
El socialismo y los intelectuales	783
Instituto de Reformas Sociales	787
Noticias de interés del año 1903	790
FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS	798
Primeras actividades	798
Lucio Martínez Gil	802
La obra de Tomas Meabe	805
A los jóvenes	808
La Juventud Socialista Madrileña	809
Fermín Blázquez Nieto	810
PABLO IGLESIAS Y LERROUX	814
Última condena sufrida por Iglesias	814
De enero a diciembre de 1904	817

Textos escogidos	821
El Congreso de Ámsterdam	825
La Internacional Socialista	827
Escuela de Aprendices Tipógrafos	830
Hundimiento del tercer depósito de las aguas del canal de Isabel II	831
Pablo Iglesias, reformador de la vida pública	835
Congresos obreros	838
Esteban Jiménez	839
Cartas de Pablo Iglesias	840
Ley de Jurisdicciones	841
PRIMEROS CONCEJALES POR MADRID	843
Noticias de interés general	843
Manuel Ciges Aparicio	849
Pablo Iglesias, concejal	851
Dando cuenta de su gestión	854
Meabe y Domenech	856
Meabe y Unamuno	861
Daniel Anguiano y Eduardo Torralva	862
Atentados, Congresos y huelgas	871
Ortega y Gasset, socialista	879
El Congreso socialista de Stuttgart	880
Contra la guerra de Marruecos	881
Último año en el Centro de Relatores 8	891
Un discurso histórico	901
DEL CENTRO DE RELADORES, 24 A PIAMONTE, 2	906
Un día inolvidable	906
El recato socialista	913
Evoluciones de Jouhaux	916
Conferencia de Ortega y Gasset	920
Breves apostillas	921
FRANCISCO FERRER FUSILADO	924
La semana sangrienta	924
Conjunción republicano-socialista	933
Pablo Iglesias, concejal, contra la guerra	939
TRIUNFO ELECTORAL REPUBLICANO SOCIALISTA	940
Pablo Iglesias, diputado	940
XXXIX aniversario del Arte de Imprimir	942
Primeras intervenciones parlamentarias de Pablo Iglesias	943

Homenaje fraternal	949
Una madre ejemplar	951
El primer tipógrafo diputado	953
¡Vaya una gaita!	960
Pablo Iglesias es un santo	963
Pablo Iglesias en Bilbao	967
UN AÑO CARGADO DE HISTORIA	969
Canalejas al servicio de Alfonso XIII	970
El Congreso de Copenhague	977
El mitin de Barbieri	981
Dos cartas de Pablo Iglesias	987
TRIUNFOS ELECTORALES SOCIALISTAS	994
Acción política y acción sindical	994
Insensata política de Canalejas	1002
La huelga de Ríotinto	1009
Dentro y fuera de España	1013
Suicidio de Lafargue y de Laura Marx	1019
Muerte de Joaquín Costa	1021
Eduardo Varela, el propagandista ciego	1027
VERA Y BESTEIRO	1030
Dos Congresos socialistas	1030
Iglesias renuncia a ir a la Argentina	1035
Congreso socialista y la Sacra Familia	1039
Miscelánea socialista	1040
Una carta del doctor Jaime Vera	1042
El Gobierno y los ferroviarios	1043
Textos de dentro y de fuera	1046
Muerte de Canalejas	1051
Jaime Vera, a los jóvenes socialistas	1056
EL SOCIALISTA DIARIO	1060
Penosa etapa para Iglesias	1060
No iría a Palacio	1063
Mariano García Cortés	1066
Varias noticias de 1913	1069
Problemas juveniles socialistas	1075
Virginia González	1075
Azaña en el Ateneo de Madrid	1078
Lerroux, al desnudo	1080

Confesiones de Carlos Marx	1082
ESTALLA LA GUERRA EUROPEA	1083
Iglesias reelegido diputado	1083
Iglesias y García Quejido	1088
El problema de Marruecos	1091
Muerte de Augusto Bebel	1092
Fundación de Acción socialista	1094
Vieja y nueva política	1096
El Primero de Mayo y los tipógrafos	1098
Los socialistas ante la Gran Guerra	1100
La última jornada de Jean Jaurès	1102
Jaurès visto por Pablo Iglesias	1104
Contra la guerra europea	1106
Otra circular de Pablo Iglesias	1107
La conflagración europea	1110
Crisis en el Laborismo inglés	1112
El XI Congreso de la Unión General de Trabajadores	1113
La obra revolucionaria	1116
Nuestro plebiscito	1117
Rafael Salinas	1119
VIDA Y MUERTE DE TOMÁS MEABE	1123
El fundador de las Juventudes Socialistas	1123
El ateísmo religioso de Meabe	1128
¡Pido la palabra!	1133
¡Bienvenida la paz!	1135
EL CONGRESO SOCIALISTA Y LA GUERRA EUROPEA	1137
Besteiro y Verdes Montenegro	1137
Magistral discurso de Pablo Iglesias	1145
El problema de la Conjunción	1150
Muerte de Inocente Calleja	1153
Francisco Giner de los Ríos	1156
Giner, visto por Zulueta	1160
La última lección	1164
Giner visto por Castrovido	1166
¡Si viviera Jaurès!	1169
Ortega y Gasset por la libertad	1173
Cesáreo del Cerro y la Casa del Pueblo de Madrid	1175
Labor revolucionaria	1179
Noticias de 1915 e inauguración del teatro de Casa del Pueblo de	

Madrid en 1916	1180
¿Qué opina usted de Pablo Iglesias?	1186
PANORAMA NACIONAL	1205
Un Congreso histórico de la UGT	1205
Haya lógica	1211
Preparando la huelga de agosto de 1917	1213
<i>Le Populaire</i> de Jean Longuet	1215
Discurso de Camilo Huysmans	1217
Pablo Iglesias y la guerra de 1914-1918	1220
Unamuno y Gibraltar	1226
Noticias de 1916	1227
De Zimmerwald a Kienthal	1230
LA HUELGA DE AGOSTO DE 1917	1235
Tu trozo de historia de España	1235
Un mitin de resonancia nacional	1255
Manifiesto del Comité de huelga	1266
Instrucciones para la huelga	1268
Besteiro ante el consejo de guerra	1269
 <u>PARTE II</u>	
CARTAS DE IGLESIAS AL COMITÉ DE HUELGA	1275
De Madrid a Cartagena	1275
Triunfo del Comité de huelga en Madrid en las elecciones a concejales	1277
La lucha de hoy	1278
Cartas de Iglesias al penal de Cartagena	1280
Triunfo electoral del Comité de Huelga en 1918	1292
Muerte de Jaime Vera	1295
Vera y los jóvenes socialistas	1296
Todo desorganizado: una prueba más	1298
Moralidad del socialismo	1304
XI Congreso del Partido Socialista	1305
Contra la política de Dato	1308
EL SOCIALISMO ESPAÑOL ENFERMO	1309
Primer Congreso socialista extraordinario	1309
El terrorismo en Barcelona	1314
Pablo Iglesias, gravemente enfermo	1315
Congreso de la CNT en el teatro de la Comedia	1322

Preliminares de la escisión	1327
Besteiro, escarnecido en Villacarrillo	1331
La CNT, de nuevo en Madrid	1334
Las elecciones de 1920	1337
Triunfo socialista en Madrid	1342
LA ESCISIÓN COMUNISTA	1349
Tristes orígenes del comunismo español	1349
El Congreso de la escisión	1354
Un documento decisivo de Pablo Iglesias	1360
El manifiesto de los terceristas	1360
Por la unidad del movimiento socialista	1364
ALFONSO XIII, RESPONSABLE	1367
El desastre de Annual	1367
Recuerdos de una gestión municipal	1371
¡Qué balance!	1372
Largo Caballero, polemista	1374
Sobre oportunismo	1377
¿Qué es la revolución proletaria?	1379
Contra la verdad	1383
Misión del Partido Socialista	1385
UN AÑO TRÁGICO	1388
Etapas del terrorismo barcelonés	1388
Gestión pedida y no agradecida	1390
Preparando un nuevo asalto	1392
No es lo mismo predicar	1395
Labor de convencidos	1397
Hacia otra división	1400
Eduardo Dato, muerto a tiros	1403
Noticias del año 1921	1409
Julio Guesde y los precursores	1410
Asesinato de González Portillo	1416
Atentado contra Indalecio Prieto	1421
Los socialistas exigen responsabilidades	1423
Preocupémonos de los hombres	1423
Conferencia de la Paz	1424
Triunfo socialista en Madrid	1425
Otro manifiesto redactado por Iglesias	1429
ÚLTIMO GOBIERNO CONSTITUCIONAL	1431

Una profecía de Besteiro	1431
Declaración política de carácter histórico	1438
EL REY SE JUEGA LA CORONA	1442
Manifiesto del general Primo de Rivera	1442
Bajo el mando de Primo de Rivera	1445
En los setenta y tres años de Pablo Iglesias	1449
Caciquismo y agrarismo	1452
El sentido del Gobierno socialista	1454
Balance de año	1456
Los más obligados	1458
No hubo colaboración con la Dictadura	1461
PRIMO DE RIVERA, DICTADOR	1465
Largo Caballero, consejero de Estado	1465
Andrés Arteaga, concejal	1471
Noticias varias	1475
Discurso de Besteiro en Marsella	1478
Ejemplos del exterior	1482
MUERTE DE PABLO IGLESIAS	1485
Pablo Iglesias y Amparo Meliá	1485
La última vez que vi a Pablo Iglesias	1495
Besteiro despide a Iglesias en el Cementerio Civil de Madrid	1498
La casa donde nació Iglesias	1499
Un elogio oficial	1499
Las mujeres de Pablo Iglesias	1500
Una vida de amor y de firmeza	1504
La cara del Abuelo	1505
Una voluntad inquebrantable	1512
El santo laico	1513
Su vida ha sido como un cristal	1515
Una garantía de acierto	1516
Su actuación benefició al país	1517
Pablo Iglesias, periodista	1518
Ante el Apóstol muerto	1518
EN RECUERDO DE PABLO IGLESIAS	1522
Iglesias y Seisdedos	1522
El Fundador	1527
Kautsky y Pablo Iglesias	1529
Siempre en el mismo camino	1532

La testa yacente de Pablo Iglesias	1533
La muerte de Pablo Iglesias	1536
Vidas y muertes paralelas	1538
Pablo Iglesias y Emiliano Barral	1544
El monumento a Pablo Iglesias	1546
Una lección de serenidad	1550
El Abuelo de todos	1553
Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias	1556
Los Abuelos	1558
Primero, trabajador	1561
Un homenaje a Pablo Iglesias	1562
Honremos al Maestro	1564
La bandera de combate de Pablo Iglesias	1565
¡Si viviera Iglesias!	1568
Iglesias visto por Prieto	1570
Categoría de fundador	1573
 JUICIO SOBRE PABLO IGLESIAS	 1576
Extractos propios y ajenos	1576
 BESTEIRO, SUCESOR DE PABLO IGLESIAS	 1586
Un discurso suyo en Oviedo	1586
Gráfica Socialista, San Bernardo, 92	1591
Otro socialista asesinado	1594
María Guerrero y Eduardo Marquina	1596
La Asamblea Nacional Consultiva	1597
Muerte de García Quejido	1600
XII Congreso del Partido Socialista	1601
Dámaso Gutiérrez Cano	1604
Hay que prepararse	1608
 BESTEIRO PREDICE LA REPÚBLICA	 1611
A las Secciones de la UGT y del Partido Socialista	1611
El único camino	1619
Los socialistas, contra la Asamblea Consultiva	1623
José Araújo Pérez	1627
Juan Vázquez Mancera	1628
Discurso político en el Ayuntamiento de Madrid	1629
Julián Besteiro, el hombre del 13 de agosto de 1917	1633
Actitud del Partido Socialista	1637
El régimen se tambalea	1639

Municipalización de servicios	1652
Luis Fernández Martínez	1655
El momento político y el socialismo	1655
Inauguración del monumento dedicado a Pablo Iglesias	1659
Besteiro dimite sus cargos	1661
LA REPÚBLICA TRIUNFA EN LAS URNAS	1665
Del general Berenguer al almirante Aznar	1665
Elecciones Constituyentes	1670
Alcalá-Zamora, presidente de la República	1677
DEBATE POLÍTICO DE ALTURA	1681
Socialización de la propiedad	1681
Constitución definitiva del Parlamento	1686
LA CONSTITUCIÓN REPUBLICANA	1692
Su promulgación en la Cámara	1692
Retazos políticos	1696
El Gobierno de Azaña pierde terreno	1698
Besteiro y los ferroviarios españoles	1707
EL GRAVE ERROR DE ALCALÁ-ZAMORA	1709
Caída del gobierno de Azaña	1709
Discurso doctrinal de Besteiro	1719
Segunda vuelta electoral, diciembre de 1933: discurso de Besteiro	1730
DESTITUCIÓN DE ALCALÁ-ZAMORA	1736
Otro año trágico para España	1736
Se eclipsa Lerroux y resurge Azaña	1754
HACIA LA GUERRA CIVIL	1756
Azaña contra Alcalá-Zamora	1756
Estalla la sublevación	1762
Unamuno y Millán Astray	1779
Largo Caballero salta del Gobierno	1783
Breve resumen de noticias de 1936 y 1937	1787
Gigantes del socialismo	1788
Hacia la libertad y la democracia	1791
Emilio Vandervelde	1793
Jean Longuet	1794
Ultimo año de República	1796

Antonio Machado en su rincón	1800
José Gómez Osorio	1803
Cayetano Redondo	1805
Julián Zugazagoitia	1806
La emigración y la guerra mundial	1810
MUERTE DE JULIÁN BESTEIRO	1818
“Marxismo y antimarxismo”	1818
¡Todo un Hombre!	1832
Conductas ejemplares	1838
Como un viejo varón espartano	1834
Hombres ejemplares: Julián Besteiro	1841
“Julián Besteiro”, un libro de Andrés Saborit	1847
REORGANIZACIÓN EL SOCIALISMO ESPAÑOL EN EL EXILIO Y NOTICIAS DEL MUNDO POLÍTICO Y SINDICAL	1853
Breves noticias de 1940 a 1942. Llamamiento a Indalecio Prieto	1853
Oposición al régimen franquista y noticias de 1943 a 1948	1859
Un artículo de Max Buset	1874
Reconstitución de la Internacional Sindical y breves noticias de 1949 a 1950	1875
El ejercicio del poder (artículo de León Blum)	1878
El Congreso socialista de Francfort y noticias de 1951	1881
Louis de Brouckere	1882
INDALECIO PRIETO	1885
Aspectos de su vida	1885
Rasgos personales de Prieto	1889
APUNTES BIOGRÁFICOS Y OTRAS NOTICIAS RESUMIDAS	1903
Vida y obra de Trifón Gómez	1903
Nuestros hombres (artículo de Luis Araquistain)	1908
Fernando de los Ríos	1913
Narciso Vázquez	1920
Jacinto Benavente y los jóvenes socialistas	1927
Andrés Ovejero Bustamante	1931
En la muerte de Einstein	1938
Lucio Martínez Gil	1942
Luis Araquistain	1949
Manuel Muñio Arroyo	1959
Luis Jiménez de Asúa	1961
Breves noticias de 1960 a 1977	1962



Explicación

El año 1927, para convocar el XII Congreso ordinario del Partido Socialista Obrero Español, que se reunió en Madrid a partir del 29 de junio de 1928, redacté una Memoria de 712 páginas, con profusión de grabados, en cuya página 240 figura lo siguiente:

“La Comisión Ejecutiva del Partido acordó, en principio, encargar a los compañeros Atienza y Gómez Latorre, ayudados por Núñez Romas y Saborit, que preparasen material para hacer una historia del Partido Socialista y, dentro de ella, de la actuación de Pablo Iglesias, a fin de que las generaciones venideras pudieran leerla y conservarla. Por desgracia, Iglesias ha muerto sin que este trabajo se haya podido realizar, no por culpa de nuestros correligionarios, sino por las muchas ocupaciones que pesan sobre los citados compañeros.

Núñez Tomás había dejado de pertenecer a la redacción de *El Socialista* para desempeñar un puesto en el Instituto Nacional de Previsión, y el Congreso acordó que la Comisión encargada de hacer la historia del Partido y la biografía de Pablo Iglesias funcionara con los otros tres camaradas. Pero Gómez Latorre, por su avanzada edad y su escasa afición a conservar papeles – todo lo contrario que Atienza– se excusó de intervenir en ese trabajo, quedando reducida la Comisión a su más mínima expresión.

Al fallecer Pablo Iglesias, en 1925, recibí de su viuda, Amparo Meliá, el archivo personal del Abuelo, depositándolo en poder de Atienza, en el despacho que para él instalé en la calle Carranza, 20, redacción del diario y oficinas del Partido, llenando de anaqueleros aquella habitación, preparadas para archivar en carpetas cuanto Atienza y yo considerásemos de interés – como lo hicimos– relacionado con la fundación y el desarrollo del Partido, del semanario convertido en diario y de la vida política y sindical de Iglesias. Para ese trabajo Atienza reunía cualidades excepcionales. Debe advertirse que perteneció al Comité [2] Nacional del Partido desde los primeros tiempos, y colaboró en el órgano oficial del mismo durante más de veinte años, haciendo desde 1904 a 1913, en que apareció como diario, el artículo de fondo y "La semana burguesa", sección muy leída y elogiada por quienes seguían al día los problemas políticos.

Residiendo en Barcelona, el 15 de agosto de 1896, Antonio García Quejido, con el seudónimo de *Fidel*, publicó un folleto de 52 páginas titulado *Pablo Iglesias en el Partido Socialista*³, reeditado y ampliado en Madrid en 1905.

Fallecido Pablo Iglesias, Juan José Morato, cuya expulsión del Partido Socialista seguía en pie, me pidió autorización para examinar el archivo de la Secretaría y las colecciones del periódico oficial, con la finalidad de escribir un libro biográfico del Fundador, por encargo de una editorial madrileña. El libro –*Pablo Iglesias Posse: educador de muchedumbres*– tuvo carácter comercial, ajeno a

² Desde ahora entre corchetes los números de página del texto original.

³ Los títulos, subrayados en el original, han sido pasados a cursiva.

convertirse en un instrumento de propaganda. Morato, por otra parte, aunque empezaba por entonces a despojarse de resquemores que sintió contra Pablo Iglesias y otros hombres socialistas, no era pluma capaz de ser manejada con absoluta limpieza de alma. Al cabo de los años una editorial de Barcelona publicó la segunda edición.

Por entonces escribió otro libro, éste de carácter familiar y sentimental, Juan Almela Meliá, hijo político del Abuelo, con el título *Pablo Iglesias: rasgos de su vida íntima*, con la siguiente dedicatoria, que expresa bien la intención del autor: "A mi madre. Quiero, madre mía, amparar con tu dulce y bello nombre las páginas que dedico a la memoria del hombre a quien tanto hemos amado y que tanto nos amó". Sin ser un libro político, todas sus páginas están salpicadas de escenas familiares en que la política ocupa el primer plano, escogidas entre los treinta y tres años que duraron las relaciones de aquellos tres seres.

Hacia igual época, Julián Zugazagoitia, por encargo de otra editorial matritense, redactó otro libro, al que puso por título *Una vida [3] heroica: Pablo Iglesias*. En 1938, en Barcelona, Zugazagoitia hizo una reedición con el título *Pablo Iglesias: vida y trabajos de un obrero socialista*. En México, en 1965, la editorial Pablo Iglesias, imprimió una edición a base de la publicada en Madrid, respetando el título primitivo. En 1969, la editorial ZYX⁴ hizo un folleto de 70 páginas con el título *Pablo Iglesias: de su vida y de su obra*, por Julián Zugazagoitia.

En el centenario de su nacimiento, los organismos residentes en Toulouse editaron un libro, en el que colaboré y donde figuran trabajos de Zugazagoitia, Álvarez Angulo, Araquistain, W. Carrillo, Trifón Gómez, Enrique de Francisco, Vicente Lacambra, Lucio Martínez, Gabriel Pradal, Prieto y míos. El prólogo, no firmado, es de Manuel Albar.

Miguel R. Seisdedos, poeta muy elogiado por Iglesias, editó un folleto con algunas poesías de las que publicaba en *El Socialista*, una de ellas, "Las campanas futuras", muy del agrado de Iglesias, como revela este texto que figura en el librito citado, dedicado por su autor a Pablo Iglesias:

"Querido Seisdedos: Le quedo muy agradecido por la cariñosísima acogida que ha hecho a mi modesta felicitación por su bella poesía. He experimentado una gran complacencia al enterarme de que en los demás correligionarios ha producido el mismo efecto que en mí. Gente que así se conmueve al decirle como usted le ha dicho lo que ella tanto quiere y ama, es gente que irá muy lejos en todo lo grande y lo noble. Abrázale con toda efusión su correligionario y amigo, Pablo Iglesias"⁵.

"Las campanas futuras", una de las poesías más elogiadas por Iglesias, fue impresa en hoja suelta, alcanzando una edición de muchos miles de ejemplares. Días después de redactada esa carta, fallecía Pablo Iglesias, el 9 de diciembre de 1925.

En Buenos Aires, Isaac Pacheco escribió un folleto titulado *Pablo Iglesias*, de 73 páginas, en la colección "Cuadernos de cultura española".

En 1951, también en Buenos Aires, Juan Antonio Solari, secretario [4] del Partido Socialista

⁴ En el original aparece borroso.

⁵ Subrayado en el original.

Argentino, publicó un libro así titulado: *Pablo Iglesias. Época, luchas, ejemplo*. Lleva un prólogo de Tomás Álvarez Angulo, residente entonces en aquel país. El libro de Solari, a juicio de Indalecio Prieto y de Rodolfo Llopi, que así lo consignaron en artículos, es la mejor biografía de Iglesias. Solari, en 1950, en una conferencia en memoria del doctor Justo, fundador del socialismo argentino, dijo lo siguiente, de aplicación a nuestro caso:

“Y bien: aquí estamos. Aquí estaremos. Perduraremos. Venceremos al tiempo y a los planes de persecución y venganza. Nuestros fundadores trabajaron, no para un día ni para la obra de un día. ¡Cuántas vicisitudes, cuántas luchas, cuántos estados de sitio, cuántas violencias, cuántas prisiones!”.

Palabras que, escritas para la Argentina, igualmente podían haberlo sido para España. Por eso mismo acertó Solari a reflejar en su libro la personalidad de Iglesias, al compararla con la de Justo.

En 1950, cuando no se había publicado aún el libro de Solari, Prieto, en uno de sus artículos de índole política, escribió lo siguiente:

“No hay de Pablo Iglesias una verdadera biografía, pues la escrita por Julián Zugazagoitia, que sólo conoció al Abuelo en sus últimos años, ya sin energías, es muy incompleta. Y será difícil hacerla”.

En esa terrible dificultad estoy metido, querido Prieto, aunque no puedas leer mi trabajo. Cuando yo empecé a cotizar en la Asociación General del Arte de Imprimir –1902– en uno de los ladillos de la primera página del boletín trimestral que esmeradamente impreso se repartía a los asociados, figuraba esta leyenda: “Querer es poder”. Nunca la olvidé ...

[5] Para llevar a buen término esta obra, el Partido Socialista en el exilio, reunido en Congreso en Toulouse, dio su aprobación a la cuestión que con tal finalidad planteó mi amigo y compañero Ovidio Salcedo, en representación de la Agrupación Socialista de México.

Pero escribir una biografía de Pablo Iglesias sin enlazarla con la historia del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores no es, a mi juicio, posible. ¡Si nacieron en la misma cuna, con escasos días de intervalo, llevados por la misma mano, guiados por el mismo hombre genial, redactor principal de los reglamentos de ambos organismos, de su declaración de principios, de las serenas y acertadas normas que se deberían tener en cuenta antes de declarar una huelga o de enroscarse en un movimiento político! Por otra parte, aun siendo indispensable la biografía de Pablo Iglesias, ¿cómo olvidar, al hacerla, la serie innumerable de colaboradores suyos, unos de relieve excepcional, otros de menos brillantez, pero todos con una historia plena de sacrificios por las mismas ideas que propagó el fundador?

Un escritor socialista belga, Pierre Vermeylen, ha dicho que “sin duda el socialismo no puede confundirse con el marxismo, porque el marxismo no es todo el socialismo. No obstante – agrega– el socialismo contemporáneo no puede concebirse sin el marxismo. Los socialistas que quisieran desprenderse de Marx se lanzan a una demostración imposible”. A esa demostración se han lanzado algunos teóricos socialistas para los que guardamos nuestro respeto sin coincidir con su criterio. De Pablo Iglesias podríamos decir, como Vermeylen, que no es todo el socialismo español, pero historiar el desarrollo y crecimiento de nuestras organizaciones políticas y

societarias –como se escribía en tiempos lejanos– sin otorgar el máximo relieve a la extraordinaria figura de Pablo Iglesias sería [6] tarea tan efímera como injusta. A este respecto, he aquí lo que escribió Antonio García Quejido –que nunca fue pablista– el 23 de enero de 1905:

“Los partidarios del Socialismo, y por consecuencia los miembros del Partido Socialista Obrero Español, no admiten jefaturas personales, pues para legislar cerca de la doctrina, de la organización y de la conducta están los Congresos y las asambleas; pero si hubieran de tener un jefe, indudablemente lo sería Iglesias. ¿Por qué negarlo, si sus méritos le hacían acreedor a ocupar ese puesto? Como no esa sí, sin embargo, le ponemos en el lugar que le corresponde: en el de uno de los individuos más distinguidos del Partido Socialista. Los hombres, al fin y al cabo, personifican las ideas, y al contar en nuestras filas con un compañero de la talla de Iglesias, un obrero manual aventajadísimo por su instrucción y su talento, nos consideramos muy honrados: la colectividad que honra a sus hombres se honra a sí misma”.

Justísimas palabras de García Quejido. Iglesias ni fue jefe de los socialistas, ni éstos le reconocieron nunca como tal. Educó a los trabajadores de modo que jamás pudiera nacer en sus filas el mesianismo, y aunque hubo casos aislados de afiliados que exageraron la subordinación de su pensamiento al de Iglesias, la Historia ha demostrado que casi todos ellos terminaron su vida política fuera del Socialismo, esto es, que no habían asimilado de verdad los ideales socialistas, ni la manera de interpretarlos practicada por Iglesias. Pongamos un caso típico: en 1903, en la Agrupación Socialista Madrileña hubo un debate de excepcional relieve al decidir, con su voto, si el Partido debía hacer o no alianza electoral circunstancial con los republicanos. Matías Gómez Latorre, vicepresidente del Comité Nacional, fundador, el afiliado más amigo de Iglesias, defendió criterio favorable a esa inteligencia política, mientras Pablo Iglesias, presidente del mismo [7] Comité Nacional, pronunció un discurso en contra, siendo derrotado en el seno de la organización madrileña, aunque no lo fuera en la votación efectuada por el resto de las Agrupaciones. ¡Y no se enfriaron las relaciones fraternales entre esos dos fundadores! ¡Qué gran Partido Socialista era el de aquellos días! Digamos, como Wildebrandt dijo de Marx: “No estamos ante un dios, sino ante un hombre, pero ante un hombre que merece como pocos ser conocido”.

Ortega y Gasset escribió en 1910: “Y es menester acentuar que Pablo Iglesias tiene derecho a que su vida sea contada –como un ejemplo que solicita imitación– cualquiera que fuere la aquiescencia que a sus opiniones se preste”.

“Yo estoy siempre perplejo antes de hacer el elogio de uno que vive”, dijo el socialista belga Leo Collard. De acuerdo con él, ¡cuántas veces he dejado de escribir acerca de muertos y aun de vivos!

De Luis Araquistain, aclarando el juicio anterior: “Biografiar a un ser humano –chocar con él por simpatía o antipatía– es decir en parte lo que somos”.

Estas páginas no aspiran a ser historia, sino puntos de apoyo para futuros historiadores. Escribo de lo que sé, de lo que he vivido, o tomando pie en escritores dignos de mi estimación. Por desgracia, no podré hacer una Enciclopedia del Socialismo español, pero, al menos, ayudaré con estas páginas a quienes se decidan a hacerlo en el porvenir. En mi labor he coincidido con Anselmo Lorenzo, quien se expresó así en *El proletariado militante*:

“He escrito este libro y me he propuesto no hacer historia, sino recoger datos para la

historia, porque de este modo puedo garantizar la verdad y la autenticidad de todo, porque así me ha sido más fácil y de mi gusto, y he considerado que era el único modo que podía dejar hecho algo útil en lo que de utilidad pueda haber en mi trabajo”.

En estas páginas no está, ni era posible que estuviese, todo Pablo Iglesias; pero sí lo mejor de su espíritu, a través de varios [8] trabajos suyos, de artículos y pensamientos relacionados con él. Para escribir este libro no necesitamos volver a Iglesias, porque sin haber sido incondicionales suyos —ni de nadie— nunca hemos salido del Partido por él creado.

Acabamos de referirlo. A principios de este siglo, cuando se inauguró el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, 34, comenzamos a frecuentarla, llevado por Vicente Pérez Parapar, que trabajaba en la imprenta de Baena Hermanos, calle de la Colegiata, 14, en cuyo taller inicié el oficio de cajista. Pablo Iglesias iba al Centro Obrero especialmente los sábados, formando tertulia en el vestíbulo, en el invierno alrededor de una estufa. Lo hacía con frecuencia, porque todavía no era concejal —tomó posesión del cargo el 1º de enero de 1906— y disponía de algunas horas libres. En Relatores, pues, comencé a tratar a Pablo Iglesias. A partir de 1914, en que fui elegido para formar parte de los Comités Nacionales por él presididos, tuve mayores motivos de contacto, aumentados al surgir en 1921 la escisión comunista, en que me encargué de *El Socialista* y de la secretaría del Partido. Por tanto, no hablaré de un Iglesias imaginario, ni expresaré opiniones amparándome en su prestigioso nombre. Nunca podré olvidar la última vez que le vi, en los primeros días de diciembre de 1925, antes de salir hacia Holanda, para asistir, en nombre de la Unión General de Trabajadores, a una reunión de la Internacional Sindical en Amsterdam. Como hacía siempre que surgía una de estas convocatorias, quise conocer sus puntos de vista acerca de los problemas internacionales anunciados en el orden del día. No estaba aquella tarde peor ni mejor que en tantas otras ocasiones, sentado en su butaca, junto al balcón, las piernas bien arropadas, con un montón de libros y periódicos alrededor ... ¡Con qué lucidez, con qué ilusión del porvenir discurrió durante la media hora larga que estuve a su lado por última vez!

“De Marx se puede hacer todo lo que se quiera” ha escrito el socialista belga Larock. Ya lo hacen con excesiva desenvoltura algunos marxistas [9] de pacotilla. De Pablo Iglesias intentaron hacer algo parecido ciertos socialistas. En su larga experiencia ¡cómo conocía a quienes se le acercaban llenos de ambiciones y de malas pasiones, aspirantes a ocupar puestos a codazos!

Camilo Huysmans, uno de los fundadores de la Segunda Internacional, escribió esta frase, aplicable a Iglesias: “Se puede envejecer, pero no se debe ser viejo nunca”.

“Escribir durante días y noches es un oficio delicioso, pero no aporta nada al hogar”, dijo otro socialista. Pablo Iglesias murió escribiendo una “Exhortación” a los trabajadores de la Casa del Pueblo de Madrid.

“Los que hablan del pasado es porque no tienen porvenir”, he leído alguna vez. Al contrario, porque el Socialismo tiene porvenir es bueno hablar de su pasado. El Socialismo no puede envejecer: son los hombres, algunos hombres, los que envejecen. La palabra Socialismo es muy vieja. No lo negamos; pero, ¿se atreve alguien a proponer otro nombre, alegando que ése es viejo?

“Quien se siente triunfador se para”, dijo Jaime Vera. Iglesias nunca se paró: siempre siguió

adelante. “Anidan en jóvenes cuerpos almas viejas y en viejos cuerpos almas de renaciente juventud”, escribió también Vera, reflejando a Pablo Iglesias.

De Manuel Albar es lo siguiente, digno de ser reproducido: “En realidad, Pablo Iglesias ha dejado de pertenecemos de manera exclusiva a los socialistas desde hace mucho tiempo. Cualquier español honesto, sincero, liberal –¡qué sentido tan hondo va cobrando o recobrando hoy este vocablo!– tiene derecho a decimos que Pablo Iglesias no es sólo nuestro, sino suyo también, por lo menos en ciertos aspectos de su vida rica en enseñanzas y, por lo tanto, ecuménica. No nos importa. Al revés. Agradecemoslo y holguémonos de ello. Eso quiere decir que Pablo Iglesias, antaño objeto de vilipendio –días del gabán de pieles, de los viajes en coche-cama, de los hoteles en Guadarrama, [10] todo invenciones de una mendacidad barata–, es ahora paradigma de virtud. El hombre es ya el Hombre, escrito con inicial capitular, es decir, el símbolo y el ejemplo. En definitiva, ¿no es ésa la historia de nuestro Partido que, conservando viva su raíz de origen, ha venido a ser, ya no sólo un partido de clase, sino el de mayor crédito en la conciencia política de España?”.



Pensamientos ajenos

Pablo Iglesias fue agitador, uno de los más inteligentes agitadores españoles del siglo pasado; mas, sobre todo, fue educador. “Educador de muchedumbres” le llamó Morato, y acertó plenamente. Leyendo sus discursos, repasando sus artículos, ¡cuántos consejos desbordantes de humanidad se descubren en ellos! Imposible encontrar a otro propagandista que pusiera en tensión su corazón como lo hacía Iglesias.

“¡Buenos bebedores los tipógrafos!” Y no sólo en Madrid dijo Zugazagoitia, aludiendo a sus paisanos, los tipógrafos bilbaínos. En efecto, yo he visto, en mis primeros años de aprendizaje, frascos de vino en los chibaletes de las imprentas, tolerado por los regentes, porque, entre trago y trago, los “paqueteros”, trabajando a destajo, componían líneas mucho más de prisa. El vino era un estímulo para explotar a los más inconscientes.

Pío Baroja, denostador sistemático del Socialismo, reconoce que gracias a él –Pablo Iglesias–, en Madrid “se había extirpado la chulapería”, que es mucho decir, porque la chulapería madrileña tenía raíces tan variadas en los barrios extremos, que a veces se confundía con la delincuencia. Lo cierto es que merced a la educación desarrollada entre el proletariado de la capital de España alguna de sus malas costumbres fueron evolucionando. En cierto modo, esa chulapería fue estimulada por escritores que inventaron un lenguaje jamás utilizado por los auténticos chulos de baile de la Costanilla de San Andrés. Lejos de educar al pueblo madrileño, ciertos saineteros llegaron a exagerar sus defectos. Pedro de Répide, digámoslo en su honor, pintó el Madrid barriobajero en un castellano limpio de chocarrerías y obscenidades.

Quienes conocieron a Iglesias en sus primeros años jamás le vieron en una taberna. Cuando era un chaval, en años en que no existían organizaciones sindicales ni se organizaban mítines populares para agrupar a los ciudadanos de tendencia liberal, porque el régimen [12] isabelino no los toleraba, Iglesias se negó a percibir su pobre y mísero jornal semanal en la taberna, donde el patrono reunía a sus obreros para liquidarles el salario ... cuando podía hacerlo.

¡Cuánta pasión ponía en sus campañas contra la lotería, los juegos de azar, los toros, sobre todo los toros! En un Congreso del Partido Socialista, reunido en la Casa del Pueblo de Madrid, ya sin su presencia, aunque viviendo aún, se examinó la conducta de afiliados de la Agrupación de Valladolid a quienes esa entidad había sancionado por haber asistido a una corrida. Ni Iglesias ni los hombres educados en el ambiente que él mantuvo hasta el fin de sus días fueron a una corrida de toros. Ya sé, ya sé que hubo socialistas aficionados a ese espectáculo. Pero tal ambiente no arraigó en la Casa del Pueblo de Madrid.

Cuando, en la iniciación del movimiento obrero, sin libertades políticas, algunos tipógrafos frecuentaban cafés de la Puerta del Sol, formando tertulias para nutrir los cuadros de un ideal que apenas si tenía defensores, e Iglesias acudía allí, el camarero de turno, que conocía sus gustos, sin pedírselo, le servía un vaso de agua con azucarillo. Ni fumaba, ni bebía alcohol. Es más, si podía, evitaba se fumase delante de él.

Iglesias escribió mucho, pero nunca en verso. En *El Socialista* semanal no aparecieron versos ni fotografías. La de Pablo Iglesias la publiqué yo por primera vez en nuestro periódico *Renovación* cuando fue elegido diputado a Cortes por Madrid en 1910. Hice igual con Tomás Meabe, quien se molestó terriblemente. Guardo las cuartillas, que me escribió protestando. El culto a la personalidad no se conocía entre nosotros. Jamás figuraban aplausos al final de las breves y secas reseñas relatando actos de propaganda, ni iban firmados los artículos que aparecían en los semanarios del Partido.

Al nacer el movimiento obrero, y aun bastante después, Iglesias, cuando hablaba o escribía, lo hacía con la certidumbre de que la revolución social, la emancipación de la humanidad, era cosa segura, [13] al alcance de la mano, si los trabajadores del mundo, los explotados por la burguesía, se unían estrechamente. Recuérdese que sus primeras actividades fueron anarquistas, tal y como las definió Fanelli, enviado a España por Bakunin, cuando apenas tenía dieciocho años.

Ni halagó a los obreros, ni se sintió galleguista, ni puso a Madrid en los cuernos de la luna, ni alardeó de españolismo. Sintió amor profundo por la Asociación del Arte de Imprimir, que comenzó a presidir a los veinticuatro años, pero tampoco exaltó la profesión que aprendió en el Hospicio madrileño, dentro de la cual llegó a ocupar las máximas jerarquías por sus excepcionales cualidades profesionales. Como Proudhon, Leroux, Guesde y tantos otros hombres excepcionales, Iglesias fue corrector de pruebas, profesión que ejerció en las mejores imprentas madrileñas.

En los ojos de Iglesias parecía estar condensada toda su clarividencia. Observando el busto que le hizo Emiliano Barral puede descubrirse su humana bondad y la sencillez de su vida. “Su palabra, escrita o hablada, era puro cristal”, dijo Carlos Esplá, en “Homenaje de un republicano a Pablo Iglesias”. De Feijoo es lo siguiente: “La lengua escribe en el alma, como la mano en el papel”. ¡Si hubiera sido posible conservar registradas las conversaciones de Iglesias con sus visitantes! ¡Si no se hubieran perdido los centenares de cartas que escribió, con letra clara, diminuta, firme, sin rectificaciones, como brotadas espontáneamente de su alma pura! Algunas de sus cartas, conservadas por mí, aparecerán en estas páginas.

“Apóstol primitivo, un pauliciano”, le llamó Araquistain. Algo de eso tenía el fundador, hasta el nombre. “Tal vez, la austeridad de Pablo Iglesias fue excesiva”, dice Francisco Domenech en uno de sus libros. En la austeridad no hay exceso, aunque la suya fuera difícil de superar. Con sacrificio personal fundó un Partido. ¡Que tarea más ingrata en la España de la Restauración, en que todo estaba podrido! “Varón de fe”, dijo Zugazagoitia, acertadamente. No estuvo tan acertado [14] en cambio, al escribir: “Su estilo estará lejos de la belleza”. La réplica podría encontrarse en esta frase de Iglesias: “Yo no he tenido tiempo más que para estudiar en el libro de la vida”. Exacto. Por eso, cuando hablaba o escribía, le preocupaba sobre todo la claridad. Sabía que, en general, sus oyentes y lectores no habían ido a la escuela y necesitaban claridad y sencillez. ¿Hay nada más bello, por otra parte? No era ideólogo ni alardeaba de cultura, superficial las más de las veces. Apenas citaba a Marx ni a Engels, cuyas doctrinas procuraba interpretar y divulgar a través de lecturas francesas. En sus viajes de propaganda huía de aludir a problemas y personajes locales. Combatía el régimen patronal, pero no a los patronos. No defendió la violencia contra las personas ni contra las propiedades. El problema religioso, tan

enconado en España, donde ciertos republicanos le tremolaban como bandera de agitación, no fue preocupación mayor de Iglesias. Los socialistas se abstendían de prestar apoyo a la iglesia, porque sabían que ésta era un pilar del capitalismo, y contra él dirigían sus ataques. Hablaba y escribía con respeto para las ideas ajenas, evitando crear enemistades a los que deseaba ver prosperar. Ni todos los patronos eran iguales ni todos los Gobiernos merecían el mismo trato, pero él era siempre adversario franco y leal. Las luchas entre obreros, por querer imponer adhesiones a la fuerza, jamás obtuvieron su aquiescencia. Sus mejores retratos, según Besteiro, son los de la ancianidad. Era duro y sentimental, como exigía cada momento. No tuteaba a casi nadie, ni en su época era corriente hacerlo. Besteiro, a su vez, también tuteó a muy pocos.

“Entre hombres políticos de partidos diferentes es posible la amistad. Entre hombres de un mismo partido, las envidias son generalmente demasiado intensas para dejar sitio a la amistad”. Esta frase figura en *Incertidumbres de nuestros días*, obra de Gustavo Le Bon. Me tocó estar en casa de Iglesias cuando éste recibió su fotografía devuelta [15] desde Bilbao por Facundo Perezagua, despedido porque en un pleito surgido entre Indalecio Prieto y él, Iglesias falló en contra suya, a pesar de ser viejo amigo y de hospedarse en su hogar durante los viajes que efectuaba por la región vizcaína. ¡Cómo le dolió a Iglesias aquella reprochable acción! Pero Iglesias no se dejó influir ni aun por la amistad. Y ése no fue el único caso.

Juan Almela Meliá, hijo político de Iglesias, cayó preso, por la Ley de Jurisdicciones, en 1911, en ocasión en que yo lo estaba también, por igual jurisdicción militar, en la Cárcel Modelo de Madrid. En uno de sus libros, Juan José Morato afirma que Amparo Meliá, esposa de Iglesias, consiguió la libertad de su hijo por mediación de Luis Morote. Es falso en absoluto. Puedo atestiguar que Meliá cumplió con un día de exceso la condena que le fue impuesta por un Consejo de Guerra. Iglesias no pidió perdón jamás, ni hubiera autorizado a ningún familiar suyo a que lo hiciese. No hubo indulto ni en ese caso ni en el mío. Fiarse de las referencias de Morato tiene estos inconvenientes.

He aquí cómo define Henri de Man, en su libro *Más allá del marxismo* la función de los secretarios en los organismos obreros: “El secretario es la ‘clave’; es él quien dirige el Comité, en vez de ser dirigido, y el Comité no debe tomar iniciativas, sino que, después de ser adoptadas éstas, fija ciertos límites a las iniciativas del secretario o asesor al aplicarlas. El secretario desempeñará mejor su cometido actuando como órgano motor, y el Comité actuando como acelerador o freno”.

Eso no rezó nunca con Pablo Iglesias. En sus tiempos, el cargo de mayor relieve era el de presidente. Aparte de que el relieve lo daba él el argumento vale para todos los demás. La presidencia era lo esencial. Iglesias presidía de verdad, sin faltar a una sesión, y firmaba con el secretario o tesorero, según los asuntos, toda la correspondencia, de la que se guardaba copia. Cuantos manifiestos publicaron las entidades por él presididas salieron de su pluma, sin excepción, apareciendo con [16] las firmas del secretario y del presidente. Tal costumbre fue modificándose después de entrar Besteiro en los Comités Nacionales de los organismos centrales del proletariado, en que recayó sobre él la misión de redactar esos documentos. Iglesias no fue figura decorativa. Al contrario, sus enemigos le acusaron de intervenir excesivamente en las entidades que presidió. A pesar de haber actuado cerca de un cuarto de siglo a su lado, no puedo presentar ni un solo caso de ese género.

En los primeros años se publicaron dos folletos de Iglesias: *Comentarios al programa socialista* y *Las sociedades de resistencia*, ambos reproduciendo artículos suyos aparecidos sin firma en el semanario. Solo unas veces, y otras con el concurso de Juan A. Meliá, hizo traducciones del francés, incluso libros. Merced a la generosidad de Dámaso Gutiérrez Cano, correligionario muy amigo de Iglesias, éste seleccionó trabajos suyos aparecidos hasta 1890 que, con el título de *Propaganda socialista*, fueron publicados en libro en 1920, haciendo una tirada de muchos miles de ejemplares a precio reducido. En 1926, a iniciativa mía, se publicó un folleto con el título *Exhortaciones a los trabajadores*, recopilando páginas de Iglesias.

“Lo que hace falta no es poseer una idea, sino más bien ser una idea”, pensamiento divulgado por varios autores. Una idea en carne viva fue Pablo Iglesias.

“Ay de los ilusos que suponen al mundo quieto porque ellos no tienen ganas de andar!”. Frase de Juan B. Justo. Iglesias y Justo no estuvieron nunca quietos mientras vivieron.

“Nosotros hemos visto siempre que las ideas y los sistemas encarnan en determinados individuos, en determinadas instituciones. El socialismo no afirma que la constitución social a que aspira haya de instaurarse ni pronto ni tarde. ¿Cuándo? Nadie lo sabe”. Felipe Turati, perseguido por el fascismo italiano y fallecido en París.

Del libro *Progreso* de Henry Ford: “Todo el que cesa de aprender se hace viejo, ya suceda esto a los veinte o a los ochenta años. Todo [17] el que continúa aprendiendo, no sólo se mantiene joven, sino que se hace constantemente más valioso, prescindiendo de la capacidad física”. Tal hizo Iglesias hasta el fin de su vida.

Sobre Pablo Iglesias, escrito por Jaime Vera: “Si quisiéramos definir en breves términos la personalidad de Pablo Iglesias, podríamos decir: ‘Es ante todo y sobre todo una pasión. Pasión intensa, vehementísima. Un entrañable amor a los que trabajan y sufren injusticias. A los que se afanan, se agitan y padecen en el estrato inferior sufriendo toda la pesadumbre social, produciendo siempre, viviendo para trabajar, porque lo que importa es que trabajen, no que vivan ni cómo vivan, en tanto que los grupos de la clase dominadora, como bombas aspirantes, absorben para su consumo improductivo y corruptor la máxima parte y todo lo selecto y exquisito de lo que es producto del trabajo ajeno y del esfuerzo social ... Supo aprender y fue capaz de amar hasta que se derrumbó su cuerpo y se extinguió su vida. Cuando se pidió cuentas del empleo de ella, henchida el alma de melancolía, pero también de la satisfacción más pura, pudo decirse: he vivido y he sido útil. Corona más alta no la hay en el mundo ... Seguid vuestra obra, trabajadores. No hagáis caso de los que os juzgan inertes porque no os ven furiosos. La consigna de hoy es paz y organización. A todo llegará vuestra constancia”. En 1950, Indalecio Prieto dijo sobre Pablo Iglesias: “Lo considero el español más eminente de su época, aunque en política haya habido otros más sabios y tan virtuosos como él”.

“Semillas somos del árbol de la humanidad”, frase de Unamuno, de la que podría nacer un admirable artículo sobre Pablo Iglesias.

Ossorio y Gallardo, en su libro autobiográfico, al referirse a Iglesias lo hizo en los siguientes términos: “La admirable disciplina socialista no parece cosa española, y acaso haga escuela en otros campos. Mas siempre quedaría por averiguar qué será más útil [18] para el avance de su ideario, si la minoría de ‘cemento’ que actuó en las Cortes Constituyentes o la labor titánica

de Pablo Iglesias y sus primeros colaboradores que, aislados, míseros, vejados, encarcelados, perseguidos, construyeron el Socialismo español. Yo tengo una solución para mi gusto. Y es ésta: Pablo Iglesias pudo existir sin el Socialismo español, ya que él lo creó; el Socialismo español no existiría si antes no hubiera existido Pablo Iglesias”.

“Su fuerza de voluntad no encuentra obstáculos para sus propósitos levantados: trabaja y propaga, enseña y aprende, dirige el movimiento obrero y al propio tiempo observa y estudia la dirección que le imprimen los socialistas del exterior, a quienes respeta y admira. Le pagan por una jornada de ocho horas y él la hace de quince, viendo muchas veces agotarse sus fuerzas por la vigilia y por la maldita dispepsia que le impide la nutrición normal. No es intrigante; no va a buscar partidarios del socialismo en esferas donde la sinceridad aparece por lo menos dudosa; no pertenece a sociedades o Ateneos en que la hueria pedantería adquiere inmerecido brillo, y hace bien. Con todos sus méritos, Iglesias es un trabajador, y así deben quererle los trabajadores, porque es de los suyos y porque una clase como la desheredada, imposibilitada de adquirir instrucción, tarde muchos años en producir un hombre de sus condiciones”. Antonio García Quejido, de *Pablo Iglesias en el Partido Socialista*.

“En la fe residía su fuerza. En los trances desventurados por que pasó su obra, cuando sus colaboradores más íntimos descaecían apreciando con exactitud las dificultades de una empresa ingente, Iglesias cuidaba de contagiarlos de aquella seguridad de iluminado que sólo se le apagó cuando se extinguió su vida”. Julián Zugazagoitia de *Vida y trabajos de un obrero socialista*.

“El fanatismo clerical-castrense ha malogrado la fecundación del espíritu español por la cultura moderna, pero el sentimiento institucional que Pablo Iglesias dio al Partido Socialista es la piedra [19] angular del resurgimiento de España”. Ferrándiz Alborz.

En su libro *Páginas socialistas*, Enrique Dickmann, socialista argentino, escribió: “Al rendir homenaje a un hombre, nosotros, iconoclastas por temperamento y principios, debemos decir algo más útil que la nota biográfica. Debemos ver al hombre en su vida y en el ambiente en que vivió y luchó, y deducir la mayor cantidad posible de experiencias. Dos son las características que más han contribuido esencialmente a dar a Pablo Iglesias un relieve internacional indiscutible. Es la primera su carácter de proletario auténtico; toda su vida fue obrero manual, característica muy especial del Socialismo español; se dice que pudo ser ello una limitación, pero en España, en el país de doctores, frailes y militares, es una virtud, ha sido un bien que fundara el Partido Socialista un obrero manual. Y es la segunda, su autodidactismo; Pablo Iglesias aprendió él solo y aprendió bien; y las verdades que incorporó a su cerebro, indelebles quedaron en él, imprimiendo a su vida la línea recta, sin zig-zag, sin desviaciones ni debilidades; no cursó en ninguna universidad y ha sido maestro, y muchos intelectuales del Partido Socialista español demuestran con sus palabras y escritos que mucho aprendieron del tipógrafo Pablo Iglesias.

Días después de morir Iglesias, Antonio Machado publicó un artículo, al que pertenecen estos versos: “Este Abuelo Pablo, que nos dio su vida – era fuego de la hoguera humana – lámpara que siempre nos tendrá encendida – luz para mañana”.

“En cambio, no es raro encontrar hoy, entre los obreros, que antes podían valer como el ejemplo más puro de esto que llamamos ‘masa’, almas egregiamente disciplinadas”. Ortega y Gasset.

Completando este pensamiento de Ortega y Gasset, Besteiro, que en el discurso que en 1918 pronunció en el Congreso de los Diputados defendiendo su intervención en la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, dijo lo siguiente, que hemos reproducido más de una vez por la [20] grandeza de alma que revela: “Os lo digo yo, que he nacido en la clase media, y que, por no poder resistir la vacuidad de algunos de los medios que se llaman ilustrados, he ido buscando espiritualidad y elevación de alma en el proletariado; os la digo yo, que sé que si se quiere encontrar hombres ejemplares con espíritu de sacrificio y al mismo tiempo con espíritu de justicia, no digo yo que no puedan encontrarse en las otras clases, pero en ninguna con el grado y en la intensidad que en el proletariado organizado y activo”.

Según Laín Entralgo, “nada se aprende de verdad si no es por la vía de una verdadera pasión”, como demuestra el ejemplo de Iglesias, puesto de relieve en líneas anteriores por Jaime Vera.

Pensamientos de distintos horizontes intelectuales que con toda justeza pueden aplicarse a Pablo Iglesias:

“Los hombres que saben vivir por un ideal y que, por lo mismo, saben también morir; los que dan por un ideal, no sólo la vida de un día y de una vez, sino que dan la vida de todos los días, y la muerte, y todo, esos hay que contarlos con los dedos”. Tomás Meabe.

“Por el número y la grandeza del trabajo realizado son los muertos los más poderosos. Son ellos los que gobiernan y nosotros los que obedecemos”. Anatole France.

“La verdadera gloria de la vida es ser artesano de una obra libremente escogida”. G. Bernard Shaw.

“Los muertos, realmente, no descansan en los cementerios. Continúan viviendo en nosotros, son los verdaderos dueños de la mayoría de nuestras acciones. Cuando creemos obrar libremente, lo más común es que obedezcamos a su voluntad”. Gustavo Le Bon, de *La evolución actual del mundo*.

“Se ha dicho, y con razón, que un pueblo no está caracterizado por sus grandes hombres, sino por la forma en que los reconoce y honra”. Nietzsche, de *La Filosofía en la época de la tragedia*.

[21] “El valor de un pueblo –y también, por cierto, el de un hombre– se mide precisamente por esta facultad de poder imprimir en todos los hechos de su vida el sello de la eternidad”. Nietzsche, en *El Origen de la tragedia*.

“La gloria tardía, en plena senectud, aporta al espíritu cierta tranquilidad y dulce melancolía. Sobre el cielo arrebolado del atardecer ya no cantan las alondras; pero se agitan los murciélagos. Y por encima de todo destacan dos grandes dolores: nos falta el beso de amor de los padres y el beso de Judas de los enemigos. Por desgracia, esta última amargura no siempre falta ... En suma, se es verdaderamente anciano, psicológica y físicamente, cuando se pierde la curiosidad intelectual, y cuando, con la torpeza de las piernas, coincide la torpeza y premiosidad de la palabra y del pensamiento”. Ramón y Cajal, de *El mundo visto a los ochenta años*.

Desde los mejores años de su vida, Iglesias escribió centenares de cartas. “El que sabe escribir bien una carta es capaz de escribir muchas y, en todo caso, basta con una excelente”, dijo

Marañón. Las de Iglesias, en la senectud, eran tan excelentes como las que escribió en plena vida. Al final de la suya, no tuvo torpeza en la palabra ni en el pensamiento, ni perdió vista ni sufrió dureza de oído. Hasta conservó una dentadura admirable, que siempre le embelleció.

“Toda gran individualidad de tipo ético es heroica, porque vive en sacrificio constante por el ideal moral. La virtud del querer político es la realización de la justicia, realización que jamás se logra completamente”. Fernando de los Ríos, de *¿Adónde va el Estado?*

De Pío Baroja, de sus *Memorias*: “Pablo Iglesias era un doctrinario, un hombre con espíritu de profesor. No sé si tenía relaciones con los de la Institución Libre de Enseñanza, pero quitando algunas violencias de palabra, obligadas por su posición de tribuno popular, era muy parecido a ellos”. Como en otras ocasiones, aquí se retrata Baroja: odiaba tanto a Pablo Iglesias como a los [22] hombres de la Institución, con los que no tuvo contacto alguno el fundador del Socialismo. Seguro que Giner de los Ríos no cambió con Iglesias ni un saludo. Por otra parte, nunca hemos coincidido con quienes equipararon a Giner con Iglesias. Prieto negó esa similitud. De Manuel Azaña, aplicable sin reservas a Iglesias: “El que dirige y acaudilla un partido está en la obligación sagrada, so pena de ser un mal hombre y mal ciudadano, de no abusar de la ingenuidad popular, de no envenenarla ni desviarla, de ser sincero con ella y decirle lo que de verdad se piensa, aunque sea un delito lo que se piense, y jamás ocultar la sinceridad del corazón que uno pone al servicio del bien público. La popularidad es suave y buena cuando brota de las acciones cumplidas por el hombre, según lo que honradamente cree de su deber. Es una recompensa que se da por añadidura. La percepción de lo que es verdadero y justo se ha de anteponer a todo: lo mismo en el orden de la acción que en el aprecio de los méritos adquiridos. Pero posponer la obligación por conservar la popularidad, o valerse de ella en provecho de nuestra ambición, sería un fraude, un crimen que nosotros no cometeríamos nunca”.

He aquí un panorama que, escrito para Justo, fundador del Socialismo en la Argentina, por Juan A. Solari, se podría aplicar a Pablo Iglesias y a la España en que éste actuó:

“Justo fue la negación del mito, la demagogia, el charlatanismo, y el mesianismo, tan frecuentes en nuestro medio. En un país de motines y cuarteladas, de personajes que se creen o dicen providenciales, donde la mentira, la violencia y la corrupción dejan expedito el camino al Poder y permiten someter al pueblo, manteniéndolo sumido en el error y la indiferencia para resguardar mejor los privilegios y abusos de la minoría que lo explota y engaña, Justo quiso que el Partido por él creado fuera de orden en un país de revuelta. Esto es, exigía una legalidad democrática, resultado de la cada vez más responsable [23] conciencia político-social de los trabajadores y ciudadanos, para hacer posible la vasta y multiforme acción de los mismos en el programa de liberación y emancipación encarnado en el Socialismo”.

Para adscribirse a las nuevas doctrinas, los fundadores del Socialismo español tuvieron como libro fundamental el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. Jaime Vera lo expresó así en su bellísima declaración de principios. Ciertamente que no fue una edición completa, pero sí lo suficientemente amplia para que el grupo funcional se diera clara cuenta del divorcio existente entre la clase trabajadora y la clase capitalista, dueña, además, de los resortes del Poder para mejor explotar a los asalariados. Una cosa es indiscutible: los socialistas españoles se identificaron con el marxismo a través de la propaganda efectuada en Madrid por Lafargue en los primeros tiempos, y

merced a los periódicos y folletos que José Mesa les facilitaba desde Francia. El verdadero inspirador de Iglesias en los años más difíciles y penosos fue ese admirable socialista malagueño, maestro igualmente de Julio Guesde, aunque este dato no aparezca en las historias del Socialismo galo. Quien lo dude puede comprobarlo leyendo la correspondencia de Engels con Laura Marx y Pablo Lafargue. José Mesa fue el único socialista español que conoció y trató a Carlos Marx.

De Juan José Morato es lo siguiente: “Cuando mañana el investigador quiera investigar los orígenes del Socialismo activo en España, no logrará su objeto si prescinde de la Asociación del Arte de Imprimir y de sus hombres”. Como en tantas otras ocasiones, aquí hay una verdad a medias. Más lógico hubiera sido decir que la Asociación del Arte de Imprimir se consolidó merced al sacrificio y a la abnegación de los hombres que por ser socialistas organizaron a los obreros gráficos para la lucha societaria, simultaneándola con la acción política de clase. Eso explica que la inmensa mayoría de los fundadores de la Agrupación Socialista Madrileña –2 de mayo de 1879– fueran tipógrafos.

[24] Pablo Iglesias se hizo cargo del Arte de Imprimir en 1874 y de la Agrupación Socialista cinco años después. Durante una década fue alma de la organización gráfica, siempre obsesionado en formar militantes austeros y abnegados del Socialismo. Los escogía cuidadosamente, si bien fracasó más de una vez. Si todos los que pasaron por las filas de las Agrupaciones Socialistas en sus primeros treinta años hubieran sido fieles continuadores de la obra iniciada por Pablo Iglesias y sus colaboradores, la fuerza de esas ideas en España hubiese sido arrolladora. No lo fue porque la inmensa mayoría carecía del espíritu de sacrificio imprescindible para ser socialista, mucho más aún en el desgraciado periodo de la Restauración. Ser socialista no es cosa fácil ... En un discurso célebre, Manuel Azaña dijo que muchos que se creían republicanos no lo eran. Parodiándole, podríamos agregar que muchos que se llamaron socialistas nunca lo fueron.

A mi juicio, uno de los mayores aciertos de los fundadores del Socialismo hispano fue enraizarle con el movimiento societario. La debilidad de ciertos partidos socialistas radica principalmente en que las organizaciones sindicales y cooperativistas crecieron al margen de su influencia. ¡Bien caro están pagando ese error algunos partidos de la Internacional Socialista! En ese error no participó Julián Besteiro, quien, dirigiéndose a los ferroviarios españoles, el día 27 de julio de 1933, se expresó como sigue:

“¡Sí, no hay nada más importante que la vida sindical con espíritu socialista! Yo tengo siempre un recelo, y es que la cuna de mi vida no ha sido un sindicato. Vine a la organización ya formado físicamente, después de haber pasado largos años luchando contra mis prejuicios ... Yo no concibo el Socialismo sino en función de la organización obrera. El Partido Socialista, sin una raíz sólida en la organización sindical, no tiene garantías de acierto”.

¿Pensaban así y, sobre todo, actuaban de modo igual, otros intelectuales que militaban en el Partido Socialista? Francamente, no.

[25] A través de los años, en prensa socialista, sobre todo en números extraordinarios como los de Primero de Mayo, había intelectuales que descendían de su torre de marfil para dedicar unas líneas a la clase trabajadora. Muy pocos formalizaron su ingreso en las filas acaudilladas por Pablo Iglesias, quien, midiendo bien sus palabras, como tenía por costumbre, en 1904 escribió en

La Revista Socialista, quincenal ilustrado madrileño, lo siguiente:

“Más de una Agrupación del Partido Obrero se ha negado a dar ingreso en sus filas a obreros que se embriagan o llevan el producto de su trabajo a la casa de juego. No hay socialista que no muestre deseo de ver en su campo a los intelectuales, pero asimismo son muchos los socialistas que viven alerta para impedir que entre en él sin depurarse, sin ser otros de los que son hoy, un pequeño número de aventureros políticos que quieren pasar plaza de radicales y de paladines del proletariado”.

Henri de Man, intelectual que terminó sus días fuera del Partido Socialista de Bélgica, en su libro *Más allá del marxismo*, escribió lo que sigue: “En la historia de casi todos los partidos socialistas, de cada veinte casos de apostasía seguidos de la separación o de la dimisión de un miembro militante, es raro encontrar más de uno que corresponda a un obrero”.

Es cierto que hubo prejuicio contra los intelectuales. Ese prejuicio nació en la Primera Internacional, en sus Estatutos ginebrinos, a pesar de la obra primordial llevada a cabo por Carlos Marx. Heredado, pues, de la Internacional, la Agrupación Socialista Madrileña admitía intelectuales en sus filas, pero les prohibía desempeñar funciones en su seno. Se dio el caso paradójico de que, designado Jaime Vera para redactar el informe leído en 1883 ante la Comisión de Reformas Sociales, tan magistralmente concebido que será de eterna recordación, cuando fue impreso como folleto la primera vez, apareció sin firma. A pesar de todo, la historia prueba que no fueron obreros los [26] fundadores del Socialismo utópico o científico. Sin hombres de otras clases sociales, los asalariados no habrían sabido defenderse y luchar con acierto contra sus explotadores. Es verdad que Marx y Engels immortalizaron la divisa “La emancipación de la clase obrera ha de ser obra de ella misma”. Ahí está clara la obligación de los trabajadores de ser los propios artífices de su emancipación, mas no está excluida la cooperación de hombres salidos de otros rangos e incorporados a la acción política y sindical de clase. ¿Cómo es posible pensar que Marx y Engels, al escribir *El Manifiesto comunista*, donde constan esas frases, iban a excluirse de luchar al lado de los trabajadores del mundo, y dejar de ayudarles a conseguir su emancipación? Los derechos políticos y sociales de la mujer –hasta donde han sido reconocidos en la práctica– ¿han sido obra de las mujeres? De ninguna manera. Exagerar ciertos axiomas lleva a fracasos reiterados, como desconocer la almendra de verdad que a veces encierran, contribuye a desfigurar su primordial finalidad.

¡Qué estériles batallas se han librado en vida de Pablo Iglesias a través de luchas y de tácticas que, con los años han cambiado de valor, si es que lo tuvieron alguna vez! Los anarquistas fueron enemigos de las huelgas parciales, incluso adversarios de constituir sociedades de resistencia, concentrando todo su esfuerzo en preparar la huelga general, preludio de la inmediata revolución social, llamada a resolver instantáneamente todos los antagonismos entre el capital y el trabajo. Hablaron contra los cargos retribuidos y los tuvieron siempre, en la Primera Internacional los hubo. Fueron enemigos de las huelgas reglamentarias sostenidas con fondos de las cajas sociales, sin perjuicio de reclamar solidaridad económica de los demás cuando declaraban movimientos sin disponer de fondos ni de preparación. Rechazaron el programa aprobado en el congreso socialista de París de 1889 –origen del Primero de Mayo– reclamando las ocho horas mediante [27] una legislación favorable a los obreros; mas cuando se empiezan a conseguir los derechos sociales nadie renunció a sus beneficios, a pesar de no haber contribuido a su

implantación, y a veces hasta haber luchado en contra de esa legislación. ¡Cuántas luchas estériles, absurdas, soportadas por los abnegados fundadores del Socialismo español!

Y entre socialistas mismos, entre jóvenes y viejos, ¡cuánto tiempo perdido –y menos mal cuando no se llegaba a la injuria personal– acerca del marxismo, del reformismo, del humanismo, del colaboracionismo o de la revolución! Contra el marxismo aún hay quien hace crítica acusándole de haber olvidado los valores. Por el contrario, se han publicado libros interesados en probar que Marx fue humanista, intentando conciliar el marxismo con la religión. Lo hemos dicho más de una vez: con textos de los grandes hombres –no sólo de Marx– se pueden escribir centenares de páginas, según el punto de partida que se adopte. León Blum, respondiendo a objeciones de este tipo, escribió: “El Socialismo no ha renegado jamás de los valores morales o de los valores espirituales, ni ha repudiado nunca el sentimiento de la virtud ni el del honor; lo que ha hecho es darles otro sentido, como antes que él lo había hecho el cristianismo”.

¿Reformismo? La Segunda Internacional nació con la bandera de las ocho horas. ¿Para conquistarlas en la calle, por la violencia? No. Es más, las ocho horas las consiguieron, en lucha con sus patronos, algunas organizaciones obreras; pero hasta que fueron consagradas por ley, sus beneficios –siempre inseguros y a veces respaldados por los propios trabajadores– no tuvieron carácter general. Hoy se aprovechan de las leyes sociales millones –no exageramos nada– millones de trabajadores de ambos sexos que nunca hicieron el menor esfuerzo por conseguir esos beneficios, y muchos de ellos, por desgracia, inconscientemente, hasta actúan en contra de sus propios intereses como clase. ¡Cuánto queda aún por conseguir, por educar!

[28] En época de Iglesias, para los anarquistas, ir al Ayuntamiento o al Parlamento era colaborar con la burguesía. Para los socialistas, si cumplían con su deber, era combatir al régimen opresor y a sus representantes desde esos puestos. ¿Inflexibilidad de esa táctica? Guesde, enemigo de la colaboración ministerial, fue ministro en 1914 en un Gobierno de guerra al lado de políticos de la derecha, en tanto que Jaurès, asesinado horas antes de estallar la guerra con los imperios centrales, a pesar de haber defendido la colaboración ministerial, desapareció de la vida sin haber ocupado un ministerio. Iglesias, que hasta 1909 se opuso a las alianzas electorales con los republicanos, en 1917, para derrocar el régimen monárquico, hubiese sido un ministro sin cartera de un Gabinete presidido por Melquíades Álvarez.

No conozco un país en Europa en el cual no hayan gobernado o tenido intervención en el Gobierno los socialistas. Fuera de Europa, en muchos lugares, llamándose socialistas y comunistas, actúan grupos de esas tendencias en Gobiernos más o menos improvisados. ¡Cuántas clases de Socialismos han surgido estos últimos años! Los comunistas tuvieron ministros en Bélgica e Italia en Gobiernos monárquicos, y en Francia, con el general De Gaulle, entre otros hombres políticos. Todas esas combinaciones, las de unos y las de otros, todas, ¿caen dentro del marxismo? ¿No sería más sensato dejar a Marx tranquilo en el cementerio de Londres, donde reposan sus restos, y estudiar sus doctrinas como un acontecimiento histórico de enorme resonancia, quitándole todo carácter dogmático, que Marx, por otra parte, jamás le dio? ¡Qué pocas veces utilizó el nombre de Marx, para su propaganda, durante medio siglo, Pablo Iglesias! ¿No hay ahí, en esa conducta, un ejemplo digno de ser imitado? ¿Hay alguien que se atreva a negar que Pablo Iglesias fue un socialista integérrimo?

[29] *Pensamientos de Pablo Iglesias*

- En nuestro campo no queremos palabreros, ni hipócritas ni informales, sino hombres rectos, esclavos de sus convicciones y de espíritu abnegado. Sólo con luchadores que reúnan estas cualidades puede el Socialismo progresar y vencer.

- Las quejas y los lamentos de los obreros ni ablandan el corazón de los patronos ni les dan el menor cuidado. Lo único que les preocupa y les obliga a no oprimir tanto a los explotados es la fuerza y la organización de éstos.

- Son las malas condiciones económicas, la pésima educación política dada a la masa proletaria y la tremenda ignorancia en que los explotados se hallan sumidos, lo que impide en España que los ideales de redención vean aumentado su ejército en proporción considerable. Si aquí hay muchas, muchísimas poblaciones que no han entrado aún en el movimiento industrial; si la mayoría de los patronos españoles entienden que les son más productivos los obreros que trabajan más horas y perciben salarios más cortos que los que efectúan jornadas moderadas y están medianamente retribuidos; si los políticos burgueses avanzados no procuran que los ciudadanos pobres conozcan el valor de los derechos que deben ejercitar, esforzándose tan sólo en engañarlos con pomposas promesas y con ofertas que jamás podrán cumplir; si no hay país en el mundo donde el derecho de sufragio, tan importante para la vida política, esté más corrompido que aquí; si hoy es crecidísimo el número de pueblos en España donde son contados los obreros que saben leer, ¿cómo va el Partido Socialista a alcanzar en ella rápido desarrollo?

- Razonar, explicar bien las cosas, no darles más proporciones que las que tengan, señalar con acierto las causas que las originan, deducir con inflexible lógica sus consecuencias y hacer todo esto en un lenguaje que no sea mortificante para nadie o que mortifique lo menos posible, es el mejor modo de conquistar elementos y de darles una buena educación, ya sea socialista, ya societaria.

[30] - Quien en el Partido Socialista quebrante su táctica, traicione sus principios o no cumpla las resoluciones de sus Congresos, tiene segura su eliminación, sea quien fuere. Las amistades, los afectos personales, no lo impiden.

- No solamente no depende la pobreza del obrero de su falta de moralidad y de honradez, sino que cuanto más honrado sea, cuanto mayor grado alcance su nivel moral, su situación económica será más aflictiva y desesperada. La demostración es sencilla: un obrero que se halle adornado de las cualidades antedichas no puede ser lacayo de los explotadores ni sufrir resignado las mil humillaciones que se cometen en el taller, siendo esto bastante para dificultar, y más en el tiempo que corremos, el que encuentre sitio donde ocupar sus brazos.

- Los obreros que se conforman con mejorar su condición o, lo que es lo mismo, con quitar de la cadena de su esclavitud unos cuantos eslabones, no van contra el régimen capitalista, ni quieren la desaparición de la clase explotadora. Los que quieren que ésta concluya son los trabajadores que, sin dejar de esforzarse por mejorar su suerte, tienen siempre por ideal pulverizar la cadena que arrastra como explotados, para conseguir ser dueños del producto de su trabajo y obtener así su plena libertad.

- Las aspiraciones del proletariado son tan grandes y tan progresivas que, al realizarse, crearán una civilización más adelantada que la que ahora existe.

- Los trabajadores no deben olvidar nunca que su acción revolucionaria tiene por fin supremo arrebatar a la clase capitalista, con los elementos de trabajo, su propia existencia.

- La evolución económica, es decir, el desarrollo del actual sistema de la producción, al par que marca y acentúa cada vez más el antagonismo entre las dos clases existentes, reduce de día en día la burguesía y aumenta considerablemente la proletaria, demostrando al propio tiempo [31] que mientras los individuos de ésta son necesarios, indispensables a la producción, los de aquella van adquiriendo de momento en momento un mayor carácter parasitario.

- Cuanto más reflexivos sean los obreros, cuanto menos se dejen llevar por el arrebató y la impulsión, mejor lucharán contra sus patronos, con más acierto ejercerán la acción política y con mayor entereza pelearán en el campo revolucionario cuando llegue el momento de hacerlo. Para ser buen soldado de la causa del trabajo no hay que ser chillón ni alborotador, sino prudente y sereno, porque los que chillan y alborotan la comprometen y ponen en ridículo, mientras los que se conducen con prudencia y serenidad la acreditan y hacen respetable, cosas necesarias ambas para vencer el capitalismo.

Limitar la acción de las Sociedades obreras al terreno económico, a las luchas directas contra los patronos, es un grave error. Aquello, debe desenvolverse también en el terreno político, puesto que a los trabajadores interesa en alto grado ir contra la guerra, el abaratar las subsistencias, el disminuir los gastos militares y policíacos, el que se fomente la instrucción y las obras públicas y el tener en el Parlamento, en las Diputaciones y en los Municipios voceros propios. Los obreros no serán mayores de edad en su lucha contra la burguesía en tanto no acometan a ésta con una fuerte acción política.

- La fuerza de un partido popular depende de la educación que él dé a la masa que le forma. ¿Enseña a ésta a ser tolerante, seria, moral, arraigando en ella lo más posible las ideas que va a defender? Pues el partido que eso haga será fuerte, disciplinado, consecuente, capaz de luchar con fortuna con todos los partidos que le combaten. ¿Limita su obra a ensalzar sus doctrinas, a entusiasmar a las masas, a enardecerlas a fanatizarlas? Pues partido que labore así, aun siendo numerosísimo, no será propiamente fuerte, cometerá inconsecuencias, se indisciplinará y será incapaz, no ya de sufrir la crítica que de él hagan sus adversarios, pero ni siquiera de consentir que ante él se expongan ideas opuestas a las suyas.

[32] - Imposible que los proletarios puedan dar un paso en ningún sentido favorable a sus intereses sin que inmediatamente los que son sus señores, los poseedores de los medios de producción, les opongan su veto y les hagan sentir la fuerza de su poder.

- La propaganda de relumbrón, la propaganda sentimental, la que se encamina no más que a recoger el aplauso de las multitudes, ¿es la más conveniente a las ideas socialistas? En modo alguno. La mejor propaganda es la que hace conocer los principios y las doctrinas, la que fundamenta bien toda reclamación y toda protesta y la que, cuando tiene por fin la crítica de lo caduco, lo dañoso o lo erróneo, calca ésta en la razón y en los hechos, y no en las frases gruesas y en los desplantes.

- La clase trabajadora debe realizar dos campañas: una, exigir las leyes que difícilmente conceden los Gobiernos dominantes; otra, hacer que se cumplan esas leyes. En Inglaterra, la clase dominante ha concedido leyes que luego ha burlado, y la clase trabajadora ha tenido que hacer una segunda campaña para obligarla a cumplirlas. Lo mismo tenemos que hacer los obreros españoles: reclamar leyes, pero estar ojo avizor para que se cumplan, porque si no hacemos eso será letra muerta.

- Ganar voluntades para la causa socialista; hacer del proletariado inconsciente un buen defensor de los intereses de su clase; sacar de la cima de la ignorancia a los trabajadores que se encuentran en ella; dar a los ilusos reflexión para que no marchen por extraviados caminos, es una labor tan positiva, tan grande y tan hermosa, que deben realizarla con verdadera complacencia todos los que militan en el campo socialista.

- Abultando los hechos, llenando de improperios al enemigo, empleando la amenaza a todas horas, no se consigue persuadir ni se llega a formar conciencias. Además, los pocos adeptos que así se conquistan resultan muy mal educados.

- Para librarse, pues, los trabajadores de la miseria social, del envilecimiento intelectual y de la dependencia política precisan de todo punto destruir la causa que engendra estos males, y que es, sencillamente la dominación económica que la clase burguesa ejerce sobre ellos. Mas para que este dominio desaparezca y la esclavitud humana termine por completo es necesario arrebatar de manos de la burguesía los instrumentos de producción que hoy domina.

-Son falsos revolucionarios los que, mediante un hecho de fuerza en que el pueblo trabajador no tiene parte, tratan de derribar un trono y poner en su lugar un presidente que mantenga igual que aquél los intereses de la clase explotadora. Son falsos revolucionarios los que desean barrer la monarquía, acabar con los reyes que ciñen corona y dejar subsistir, sin embargo, el régimen burgués y los reyes del taller, mucho peores que aquél. Son falsos revolucionarios y socialistas de pega los que quieren curar el malestar social, la explotación obrera, haciendo pequeños lotes del terreno que aún posee el Estado y entregándolos a un puñado de proletarios. Precisamente lo contrario es lo que exige la solución del problema social.

- A mi juicio, no son las estridencias ni los desplantes los que hacen poderosa a una organización obrera, sino el dar a los individuos que la componen clara conciencia de sus intereses y de lo que pueden conseguir mediante su unión, y el procurar que tenga, a la vez que un gran espíritu de solidaridad, una voluntad férrea y una constancia inquebrantable.

- Al mostrarnos partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento o a los cuerpos administrativos no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común. Lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente a la formación del ejército revolucionario. Y formado que sea ese ejército, preparadas que se hallen las huestes obreras, [34] cualquier conflicto de los que necesariamente ha de producir el orden burgués, una guerra, una crisis económica, puede ponernos en el caso de intentar la conquista del Poder político, conquista que, según se desprende de lo que decimos al principio de estas líneas, sólo puede alcanzarse revolucionariamente.

- Como la idea de la expropiación económica de la burguesía lleva aparejada la expropiación política, claro está que los proletarios convencidos de la necesidad de realizar la

primera, se convencerían inmediatamente de que antes deben conquistar el Poder político y hacer uso de él en aquel sentido, o lo que es lo mismo, para transformar en propiedad social o común los instrumentos de trabajo que hoy son propiedad de unos cuantos. Ahora bien, la conquista del Poder político por la clase trabajadora y la transformación de los medios de producción en beneficio de la sociedad entera, ¿quién los defiende, quién los preconiza? El socialismo revolucionario, el Partido Socialista Obrero.

- Irritada la masa obrera por la explotación y el mal trato que recibe de la clase patronal, no es buena propaganda la que vaya encaminada a aumentar esa irritación. En tal estado de ánimo, los trabajadores proceden ciegamente, cometen torpezas y realizan actos precipitados. La propaganda debe tener por fin hacer reflexionar a los obreros y darles conciencia de sus intereses, de la posición que ocupan en la sociedad, de la magnitud de la obra que les corresponde llevar a cabo y de los medios más eficaces para efectuarla. Así se hacen convencidos, se forman excelentes luchadores y se crean sólidas y potentes organizaciones. No está el toque en lograr que los obreros sólo sientan aborrecimiento hacia los patronos, sino en conseguir que se preparen bien mentalmente y acumulen los recursos necesarios para cerrar contra la explotación ejercida por aquellos y ponerla término. Cuanto más acertadamente se conduzcan [35] los explotados, mayor será su mejoramiento y más se aproximarán a su completa emancipación.

-El decir que urge a la clase obrera acelerar el término de su esclavitud es decir que debe organizarse, fijarse bien en su situación, adquirir conciencia de sus intereses y, con arreglo a lo que éstos demandan, no encontrarse sorprendida por los hechos económicos, sino preverlos, encauzarlos cuanto pueda, deteniendo, en lo que sea posible, sus malos efectos y facilitando el desarrollo de su lado bueno; en una palabra, hacer frente a todo aquello que tienda a perjudicarla y ayudar y contribuir con su esfuerzo a cuanto en poco o en mucho favorezca la terminación de su dependencia económica.

- Mientras el desarrollo de la clase burguesa fue lento, mientras no pasó de ciertos límites, su vida no sólo no ha corrido peligro alguno, sino que se ha deslizado tranquilamente; pero en cuanto adquirió algún vuelo, inmediatamente que la mecánica y el vapor fueron utilizados por ella, su fuerza y su poder crecieron, es verdad, mas al propio tiempo engendraron el mal que ha de devorarla. El proletariado, que hasta entonces puede decirse que no era conocido, empezó a dar señales de existencia con algunas huelgas, especie de chispazos que parecían anunciar la tremenda lucha económica que existe en nuestros días, la cual, revistiendo caracteres políticos y tomando las colosales proporciones de un verdadero conflicto social, de una conflagración terrible entre las dos clases existentes, tiene preocupado en estos momentos al bando capitalista.

- Los obreros que se dejan guiar por el sentimiento o el entusiasmo se equivocan con frecuencia. Ni el uno ni el otro son buenos guías, por más que en algunas ocasiones sean útiles. Quien guía bien, quien puede librar a los trabajadores de muchos fracasos en su propaganda y en su acción contra la clase explotadora, es la reflexión. Obreros que reflexionan, ni se exponen a reveses ni comprometen sus [36] triunfos con actos intemperantes. Obreros que piensen y mediten lo que hacen no pueden ser engañados por sus explotadores ni por los políticos burgueses. Obreros que ponen en función su cerebro no se dejan arrastrar por declamadores charlatanes. Siempre, siempre deben proceder los trabajadores reflexivamente. Siendo su guía la reflexión, no harán huelgas desatinadas, ni creerán que matando patronos mejorarán su estado o

avanzarán hacia su emancipación, ni estimarán preciso quitar la vida a los compañeros que no piensen como ellos, ni entenderán que la aspiración suprema de su clase es realizar una obra de venganza. Los proletarios no deben nunca ser sumisos esclavos del capitalismo, sino rebeldes siempre contra él; pero su rebeldía debe ajustarse en todo momento a los dictados de la razón, no inspirados en el capricho o en la inconsciencia. Así serán fuertes y temibles y conseguirán, sin experimentar retrocesos, poner fin a la explotación que hoy sufren.

- Aunque sean burgueses todos los gobiernos, siempre habrá diferencia entre uno que atropella casi siempre la ley, cuando ésta favorece a los trabajadores, y otro que no hace eso; entre el Gobierno que persiga sistemáticamente a los obreros que luchan por su mejoramiento y su emancipación y el que sólo lo haga en determinados casos. Dar de lado esta diferencia, no reconocerla, entrañaría una equivocación verdaderamente lamentable.

- La propaganda chillona, denostadora, alocada, es la que da vida a los movimientos políticos y económicos enclenques, que caen hoy y se levantan mañana, imponiendo escasísimo respeto y menos temor a los que tiranizan a la clase trabajadora. Hay, pues, que rechazar en la propaganda la táctica de la declamación, de la amenaza y de los denuestos. Con maldiciones, amenazas y ataques personales a los explotadores o a quienes los defienden, nada se enseña; con despertar o activar el odio contra los patronos y sus defensores asalariados no se calma ni amortigua la irritación obrera.

[37] - No; nosotros hablamos de revolución; pero decimos a nuestros compañeros que la revolución que hay que hacer en España no es una revolución solamente de proletarios, no es una revolución de la Conjunción Republicano-Socialista; es una revolución de todos los elementos nacionales que se sienten heridos por la política que se viene desarrollando desde hace tiempo; que están viendo cómo aquí las lacras se manifiestan a diario; cómo las torpezas, cómo las concupiscencias, cómo una política desastrosa está poniendo al país en trance de ruina si no se realiza esa revolución; que no pensamos hacer ésta por medio de una sola clase, que no pensamos que la haga un solo partido, sino que la haga todo el país que se siente lastimado.

- No hay que ir a las huelgas desorganizados, ni cuando intencionadamente las provoque el adversario. Por el contrario, hay que prevenirse bien, hay que organizarse mucho y saber de antemano los resultados que se pueden alcanzar. Donde no hay organización, ni cálculo, ni los medios complementarios que necesitan aquéllas para dar buen fruto se esconde una victoria patronal, un triunfo de los enemigos del trabajo

-No figuramos en el número de los que creen que la clase obrera no podrá emanciparse mientras carezca de una sólida instrucción; si esto fuera cierto, la esclavitud de los trabajadores sería eterna. Si el obrero no gana en el actual sistema económico sino para atender mezquinamente a sus necesidades, ¿cómo es posible que pueda comprar la instrucción, puesto que ésta también se compra? Si el obrero se ve obligado a trabajar una jornada excesivamente larga, que le rinde y le extenua, ¿cómo puede estudiar y aprender? La instrucción del obrero, una instrucción científica y completa que le haga ser hombre inteligente, útil a sí mismo y a sus semejantes, es imposible que pueda adquirirse en el sistema económico actual. Por tanto, los que de veras quieren ver libre de preocupación e instruido al trabajador, deben trabajar por la emancipación de toda su clase, y en tanto se preparan los elementos [38] necesarios para

alcanzarla, ante la imposibilidad de una instrucción completa, darle aquella que le haga conocer cuanto antes lo que es hoy y lo que debe ser mañana; cuáles son las causas del mal y dónde está su remedio; en una palabra, que la instrucción que se le dé le haga ser un buen soldado de su propia causa.

- Toda huelga general de oficio o de ramos de oficios debe pensarse bien antes de declararla.

- Siendo cada vez más preciso que la masa obrera vea en el movimiento socialista no un esfuerzo para mejorar su estado, sino una actuación para emanciparse, para ser libre, para que el fruto de su trabajo sea de ella y sólo de ella, debe propagarse constantemente, a todas horas, entre los asalariados que crean otra cosa, la idea de que toda acción de los proletarios, lo mismo la política que la económica que la cooperativista, ha de ir encaminada principalmente a acabar con el régimen patronal o capitalista y establecer en su lugar, socializando los medios de producción y de cambio, la igualdad social. Sí; hay que convencer a todos los obreros de que su lucha contra la burguesía no tiene por fin aligerar la cadena de la explotación que su clase arrastra, sino la de hacerla trizas.

- El convencimiento de que las huelgas, para que resulten victoriosas, han de contar con un ambiente favorable, debe afirmarse cada vez más en todos los obreros asociados. A la masa general, al público todo, importa enterarle bien de que los trabajadores, al recurrir a la huelga, no pretenden causar daño al interés colectivo, sino obligar a los patronos que no se dan a razones a que atiendan las peticiones obreras, y que ellos, los huelguistas, si se facilitan medios de trabajo y se da satisfacción a sus legítimos deseos, están dispuestos a reanudar su faena. Las huelgas con ambiente general favorable tienen muchas probabilidades de ser ganadas; no así las que se verifican en medio de una opinión adversa. Por eso importa mucho explicar los fundamentos de ella y la justicia que encierran.

[39] - A las Sociedades obreras hay que llevar los hombres por la persuasión, por el convencimiento, no por la amenaza ni por la violencia. Los llevados por este sistema valen poco; los reclutados por el procedimiento persuasivo son excelentes luchadores. Claro es que este modo de lograr adeptos exige paciencia y constancia en la predicación, pero ambas cosas se deben tener para todo lo que sea bueno. En los puntos donde la propaganda del principio de asociación se cuida, el número de esquiroles no abunda.

- En toda clase de reclamaciones al patrono, en toda cuestión de trabajo, el obrero está obligado a proceder de un modo correcto y, por tanto, a sufrir más que otros las consecuencias de estos actos. Resulta, pues, que el trabajador más honrado, el más moral y concienzudo, no sólo no se libra de la miseria, sino que al contrario, la siente más que los otros obreros inferiores a él en condiciones de carácter y moralidad. ¡A cuántos compañeros nuestros no ha pasado lo que aquí decimos! ¡Cuántos, no obstante su intachable conducta, viven en medio de las mayores privaciones!

- Creer que la instrucción, dando al obrero mayor conocimiento del que hoy tiene, puede librarle por sí sola de la miseria, es la mayor de las ilusiones. Aparte de que una sociedad que priva a la masa productora de los recursos suficientes para satisfacer sus necesidades materiales está imposibilitada de dar un buen alimento intelectual, una instrucción completa, aunque ocurriera

tan sorprendente y extraordinario caso, no por eso los asalariados dejarían de vivir en la miseria y de estar supeditados a los capitalistas. Hoy mismo lo vemos: hombres de superior inteligencia, poseedores de un vasto caudal de conocimientos, se hallan retribuidos mezquinamente y sometidos por completo a la voluntad de los que compran sus servicios. Los que mandan, los que imperan en la sociedad burguesa, no son los que más saben, sino los que más tienen; no los que han frecuentado las universidades [40] y Ateneos, sino los que generalmente no han pasado por ellos nunca.

- Aunque parezca extraño, no faltan trabajadores, y trabajadores que se llaman revolucionarios y socialistas, que afirman de un modo concluyente que la revolución social, el acto de fuerza que ha de derribar la sociedad burguesa y librar al proletariado del yugo que le oprime, no tendrá efecto hasta que todos o casi todos los obreros sean instruidos y deseen realizar su emancipación. En nuestra calidad de miembros de un partido revolucionario debemos combatir semejante idea, que, de encontrar eco en la masa proletaria, haría que el reinado de la burguesía fuese poco menos que eterno. La instrucción, pues, de toda la clase obrera no puede ser anterior a la revolución social, sino posterior a ella.

- Cuando la tendencia de las fuerzas económicas es fomentar los medios de producción; cuando la mecánica, el vapor y la electricidad, invadiéndolo todo, exigen extensos campos donde desplegar sus fuerzas, su poder; cuando la competencia feroz que hoy impera en el mercado arruina al que cuenta con instrumentos de trabajo imperfectos y produce en pequeña escala; cuando todo esto ocurre, decimos, querer dar las tierras en pequeños lotes no sólo es ir contra el progreso económico, sino a exponer a un terrible engaño a los trabajadores que de ese modo se hicieran propietarios.

- El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no lo han inventado los socialistas, como dicen muchos de sus enemigos, ni tampoco los que tienen sus ideas; dicho antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirle, conocer su origen, señalarle a la clase trabajadora para que abandone engañosos ideales y entre en el terreno de la lucha de clases.

- Cuando nosotros hablamos de obreros explotados nos dirigimos a todos, lo mismo a los del taller, de la fábrica y de la mina que a [41] los de la cátedra; cuando atacamos a los explotadores; cuando decimos que viven del trabajo ajeno, no nos referimos solamente a los que despojan del fruto de su trabajo al albañil, al carpintero, al cerrajero, etc., sino a los que hacen lo mismo con el literato, el físico, el químico, el ingeniero y demás obreros cuyo trabajo es más cerebral que muscular. Claro es que nos cuidamos con preferencia de la masa obrera más explotada, que más sufre y que se halla en mejores condiciones para organizarse y luchar con sus verdugos; pero de esto no puede deducirse, jamás, que nosotros rechacemos de nuestro lado, ni mucho menos neguemos el carácter de obreros a esos otros trabajadores que, por cobrar salarios más crecidos, brindarles la burguesía con elevados puestos o por otras diversas causas, no ocupan aún en la lucha de clases el puesto que les corresponde.

La política y los políticos

- Una sociedad socialista podrá muy bien prescindir de los aficionados al café, pero no

podrá vivir sin el apoyo de los ingenieros, de los sabios, de los maestros, los funcionarios aptos y los hombres de Estado. - Henri de Man.

- En política no existe la moral, sino tan solo la conveniencia. Se puede echar al zar, a los propietarios, a los capitalistas. Ya lo hemos hecho. Pero no es posible echar a la burocracia. Solo se la puede disminuir mediante una labor paciente y continua. Extirpar la burocracia es formular mal la cuestión. Para la solución de semejante problema resulta absurda la cirugía, y lo único eficaz sería una curación lenta. Todo lo demás es charlatanería e ingenuidad.- Lenin.

[42] Las peores cornadas las dan los toros en la agonía, y en la política, los hombres cuando se sienten perdidos.- Los amigos suelen abandonarnos a la hora de la desgracia; los enemigos son nuestros fieles compañeros hasta la hora de la muerte.- En política, más que en ninguna otra profesión, los grandes hombres están dominados por sus cocineras, y menos mal si la cocinera es buena. De estas clases de mujeres he visto alguna en Palacio. Sus respectivos cónyuges no se daban cuenta del ridículo que sus esposas les hacían correr.- El intelectual no suele ser celoso, por colocarse siempre en un plano distinto al de la mujer, a la que considera muy inferior.- He tenido amistad con los toreros más afamados de mi tiempo, y no digamos con los hombres políticos. A unos y a otros les oí decir que cuando el corazón late con mayor violencia es en los instantes en que suena el clarín o en que les conceden la palabra.- La gratitud suele encontrarse en quienes menos se espera; donde no se encuentra nunca es en las masas; a las masas, en sus movimientos pasionales, no las detiene el recuerdo de los beneficios recibidos.- Recordad que Napoleón III obtuvo en un plebiscito siete millones de votos a su favor, y meses después, la emperatriz, al huir de las Tullerías, sólo encontró para ampararla un dentista extranjero.- Los que verdaderamente mandan, los verdaderos motores de la máquina administrativa son los funcionarios del Estado. La lucha frente a ellos es casi imposible; constituyen un todo que se opone a los que creen tener en sus manos las llaves del Poder.- Nada hay más personal en el hombre que el ideal. El ideal es el mejor sostén de la vida.- Conde de Romanones.

- El hombre es libre cuando no tiene que obedecer a las personas, sino a las leyes.- Kant.

[43] -Yo no concibo una ideología revolucionaria sin bondad, sin justicia y sin libertad, ausente de todo espíritu de nobleza.- Máximo Gorki.

- La tarea del hombre de Estado es hacer por vía legal lo que sin ella se haría por una revolución.- Disraeli.

- Hay toda una literatura tónica asentada sobre la idea de dos clases: unos, los selectos, los egregios, la élite, la aristocracia; otros, los adocenados, el rebaño, la horda, el populacho, la masa irracional y estúpida, a la que hay que gobernar y utilizar.- Elías Díaz.

- El altruismo intelectual es mucho más difícil de encontrar que el altruismo sentimental. Es mucho más fácil conseguir de un ser humano que salve la vida de un enemigo con riesgo de la propia, que el que discuta con serenidad y buena fe una proposición contraria a su punto de vista, con riesgo de dejarse convencer.- María Martínez Sierra.

- El patrimonio principal del hombre es su dignidad, y no hay dignidad segura sin justicia que lo ampare. Quienes se consuelan –¡o se enorgullecen!– de una opresión del alma alegando que, en cambio, existe un buen ferrocarril, no deben ir en él como viajero, sino como mercancía.-

Ossorio y Gallardo.

- Sin justicia, ¿qué son los reinos sino grandes bandas de ladrones? Las bandas mismas de ladrones, ¿qué son sino pequeños reinos? Una compañía y una banda de ladrones se componen de hombres que están mandados por un jefe, que están ligados entre sí por un pacto de [44] asociación y que se reparten el despojo de sus latrocinios por el principio del consentimiento. Uniones permanentes son de ese modo establecidas, ciudades ocupadas, pueblos subyugados, y así asumen el altisonante título de *regnum*; pero no es la codicia lo que manifiestamente produce esto, sino la adición de la impunidad.- San Agustín, del libro *¿Adónde va el Estado?*, de Fernando de los Ríos.

- La libertad es la posibilidad de dudar, la posibilidad de equivocarse, de buscar y de experimentar; es la posibilidad de contestar con un No a cualquier autoridad, sea ésta literaria, artística, filosófica, religiosa, social, e incluso política.- Ignacio Silone.

- Los regímenes totalitarios no tienen interés alguno en educar a las masas; prefieren entretenerlas en un estado de sugestibilidad que las haga más manejables. Los mitos que utilizan, la exaltación colectiva con la que las entretienen a fuerza de consignas y de mítines, para abolir todo espíritu crítico y la más mínima libertad de pensamiento libre, son lo opuesto a una verdadera educación social: preparan a la esclavitud y no a la libertad, al odio (para estimular a las masas, el medio más cómodo es lanzarlas contra un enemigo o contra víctimas inocentes) y no a la armonía.- G. Lasserre.

- La dictadura es un dictador, seguido de otros dictadores, que hacen todo lo necesario para pervivir como tales dictadores.- Víctor Larock.

- La política es una disposición del espíritu que exige una serie de conocimientos y que requiere sobre todo una pasión y un temperamento. Hay un sentido político que, como el sentido musical, el sentido matemático, el sentido jurídico, se tiene o no se tiene. La política nunca ha sido ni será una ciencia. Dirigir y gobernar a los hombres es una aptitud que no enseña ningún libro. En las facultades de Derecho se refugian frecuentemente todos los defensores de la tradición y de los privilegios y personas dispuestas a defender la causa de los vencedores. Es notorio, por ejemplo, la facilidad con que los [45] científicos se han entregado a las tiranías. Esto no es ni un azar ni casi una responsabilidad.- La mayoría de los hombres de ciencia modernos se inclinan a mirar con recelo las formas políticas democráticas. He podido convencerme fácilmente de que los juicios políticos de la mayoría de estos hombres de ciencia no superaban el nivel de las personas de cultura media, y a veces eran inferiores. Carducci, como Verdi, por ejemplo, durante el tiempo que estuvieron en el Parlamento, no ejercieron ninguna influencia.- Francesco Nitti.

- La emoción política es el signo de la vocación, y la vocación es el signo de la actitud. Nosotros decimos que el hombre es ciudadano, pero los más de los hombres no lo saben.- Manuel Azaña.

- Declarémoslo con toda franqueza: entre españoles existe con maravillosa abundancia el tipo del político a quien se le da una higa del bien público. No somos servidores del pueblo con las responsabilidades anejas a una magistratura, sino trepadores de alturas. Un español no va a la política por vocación, sino por ambición.- Pérez de Ayala.

- Procurad, los que vais para políticos, que vuestra máscara sea, en lo posible, obra vuestra; hacéosla vosotros mismos, para evitar que os la pongan –que os la impongan–vuestros enemigos o vuestros correligionarios; y no la hagáis tan rígida, tan impenetrable e impermeable que os sofoque el rostro porque, más tarde o más temprano, hay que dar la cara. Existe un hombre del pueblo que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, el que está más cerca del hombre universal y eterno. Las masas son una invención de la burguesía, una degradación de la muchedumbre, basada en una descualificación del hombre. Si os dirigís a las masas, el hombre, el cada hombre que os escucha, no se sentirá aludido, y necesariamente os volverá la espalda. Mucho cuidado: a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podría disparar sobre ellas.- Antonio Machado.

[46] - Ahora, por lo visto, vuelven muchos hombres a sentir nostalgia del rebaño. Se entregan con pasión a lo que en ellos había aun de ovejas. Quieren marchar por la vida bien juntos, en ruta colectiva, lana, contra lana, y la cabeza caída. Por eso en muchos pueblos de Europa andan buscando un pastor y un mastín. El odio al liberalismo no procede de otra fuente. Porque el liberalismo antes que una cuestión más o menos política es una idea radical sobre la vida; es creer que cada ser humano debe quedar franco para henchir su individual o intransferible destino.- De la madera de los llamados intelectuales salen escasos políticos de provecho. De los filósofos, ninguno. El buen ingeniero y el buen médico suelen ser, en todo lo que no es ingeniería o medicina, de una ignorancia agresiva o de una torpeza mental que causa pavor. Son representantes de la atroz incultura específica que ha engendrado la cultura demasiado especializada. Es menester que si van a la política, no se avergüencen de su oficio y no renuncien a la dignidad de sus hábitos mentales; es preciso que vayan a ella como médicos y como economistas, como ingenieros y como profesores, como poetas y como industriales. La política es una saludable fuerza de la que no podemos prescindir, puesto que se hace política en todas partes, en las Academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje.- Ortega y Gasset.

- Lo que no puede ser es que la supresión de todos los ideales pueda convertirse nunca en un ideal.- Marañón.

- El ideal del español de buena parte de la clase media es jubilarse tras breves años de trabajo y, si es posible, antes de trabajar.- Ramón y Cajal.

- Si la política es oficio, dudo que haya ningún otro de mayor emoción. Ninguna rama de la vida social enseña a calar a los hombres [47] tan hondamente como la política, piedra de toque para abnegaciones sublimes y ambiciones groseras, heroísmos generosos y latrocinios insolentes, nobles sacrificios y sucios medros, ridículas vanidades y encantadoras modestias.- Indalecio Prieto.

- El resultado práctico de esta democratización, que va siempre en aumento, será, en primer lugar, la creación de unos Estados Unidos europeos en los que cada país, delimitado según sus condiciones geográficas, ocupará la situación de un cantón y poseerá sus derechos particulares; entonces se tendrán muy poco en cuenta los recuerdos históricos de los pueblos, tales como han existido hasta el presente, porque el sentido de la piedad que rodea estos

recuerdos será poco a poco desarraigado de cuajo bajo el imperio del principio democrático, ávido de innovaciones y de experiencias. Las rectificaciones de fronteras, que serán también necesarias, se harán de manera que se las ponga al servicio de las necesidades del gran Cantón, y al mismo tiempo, al conjunto de los países aliados, pero no a la memoria de un pasado cualquiera que se pierda en la noche de los tiempos. Encontrar los puntos de vista de esta rectificación futura será la tarea de los diplomáticos del porvenir, que deberán ser, a la vez, sabios, agrónomos y especialistas en el Conocimiento de los medios de comunicación y tener detrás de ellos, no ejércitos, sino razones de utilidad práctica. Solamente entonces la política exterior aparecerá ligada inseparablemente con la interior, mientras que ahora todavía esta última continúa corriendo tras de su orgullosa dueña y reúne en su mísero zurrón las espigas olvidadas en los rastrojos de la cosecha de aquella.- Federico Nietzsche, de *Humano, demasiado humano*.

- La historia, así en su fin como en su principio, es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra quien lo encadena, la extensión del espíritu, el reinado del alma, y el día en que la libertad faltara al mundo, ese sería el día en que la historia se detuviera.- Benedetto Croce.

[48] - Lo difícil no es decir lo que se piensa, sino pensar lo que se dice.- Alejandro Castiñeiras.

- ¡Qué lástima morir cuando me faltaba tanto que leer, exclamó Menéndez y Pelayo, y Ramón y Cajal, investigador, lo comenta, agregando: ¡Y quedando tantos angustiosos problemas por esclarecer!

- No hay vejez, por caduca y rancia que sea, que no haga venerable a la persona que pasó sus años anteriores con honor.- Montaigne.

- Todo se ha dicho en este mundo, pero siempre hay alguien que no lo haya oído.- Benavente.

- Los viejos catecismos que, cuando nuestra inteligencia no podía defenderse, fueron impuestos a nuestra juventud, no inspiran ya nuestro respeto.- Mangasarian.

- En el pasado hallaremos el prólogo.- Shakespeare.

-El hombre es lo que él hace.- Malraux.

- La vida nivela a todos los hombres; la muerte revela a los hombres eminentes.- G. Bernard Shaw.

- Siempre alcanzará más un discreto solo que una gran turba de necios, como verá mejor el sol un águila sola que un ejército de lechuzas.- Feijoo.

- ¡Ojalá en España se pudiera olvidar la historia nacional! ¡Continuar la historia nacional! ... Lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español.- Unamuno.

- El hombre digno de ser escuchado es el que pone su palabra al servicio del pensamiento y el pensamiento al servicio de la verdad y de la virtud.- Fenelon.

- Todos nosotros tenemos siempre el rasgo de estar acometiendo el imposible.- Fernando de los Ríos.

[49] - Lo que yo llamo España se hizo y se sigue haciendo en un telar de angustias. El historiador ha de habérselas con objetos expresivos del vivir de otros hombres, y ha de participar en alguna forma, del movimiento vital de quienes lucharon, creyeron, pensaron, sintieron y crearon, ya que actividades de esa clase se dan dentro de la experiencia personal de cada uno. Después de la quema de Miguel Servet, Calvino preguntó ansiosamente si su víctima se había mantenido en su fe, y al decirle que sí, él replicó: “Hizo bien; yo habría hecho lo mismo”.- Américo Castro.

- Pero téngase en cuenta que siempre la condescendencia fue patrimonio insuperable de los que tuvieron la razón, la prudencia acompañó a los convencidos y la tolerancia presagió el éxito de los triunfadores.- Verdes Montenegro.

- Cicerón decía que los hombres son como el vino, pues los años avinagran el malo y mejoran el bueno.- Queremos maestría sin aprendizaje, conocimiento sin estudio y riquezas a crédito.- Si podéis, ¿por qué no querer? Sois herederos de las edades. A vuestro servicio están todas las ventajas, progresos, adelantos, descubrimientos e invenciones que a los zapadores de la raza humana les costaron la infinita paciencia del genio y el acerbo dolor del mártir.- Seguid adelante y haced lo que os hayáis propuesto. Podréis si queréis y sabéis. Empezad hoy mismo, ahora mismo. No esperéis a mañana. Acaso mañana no sea tan favorable como hoy. Hoy es el mejor día del año. El día del destino. Haced del día de hoy un paso en el camino de vuestro ideal.- O.S. Marden.

[50] - El conocimiento del pasado constituye una etapa indispensable.- Ejerce tal atracción en el ánimo de los hombres el ideal romano de la unidad universal y a la cabeza de este sistema el establecimiento de una autoridad única, suprema y absoluta, con el fin de imponer el derecho en el mundo occidental, que perdura y persiste esa concepción a través de los siglos, a pesar de las vicisitudes decididamente opuestas a su desarrollo.- R.G. Gettell.

-El examen de un error pasado disminuye el peligro de un error futuro. La revisión del error aguza las facultades críticas y predispone al acierto. Pero el español, que tiene poco amor a la historia general, no tiene ninguna actitud para interesarse por una historia de errores nacionales. De ahí la flaqueza de su razón frente a un nuevo hecho histórico. Su posición es siempre anticrítica, irreflexiva, ciega, condenada al fracaso.- El utilitarismo inglés se orienta siempre a un frío fin racional y el practicismo español se pone al servicio, en último término, de alguna apasionada causa irracional y utópica.- Luis Araquistain.

- En fin de cuentas, un corazón grande vence siempre a una inteligencia pequeña.- Franz Mehring.

- Desde el punto de vista puramente racional, el laboratorio es evidentemente superior al cuartel, y a la iglesia; pero pasarán muchos años antes de que sea posible suprimir la iglesia y el cuartel. No hay pueblo más convencido del poder de las leyes que los latinos, y hay pocos que las [51] respeten menos. Muchos librepensadores creen en los presagios, en la buenaventura, en la influencia del número 13 y en sinnúmero de supersticiones de ese género. Los creyentes más monoteístas de este género no dudan de la virtud de las reliquias, de las medallas, de la acción curativa de los manantiales milagrosos y de las peregrinaciones. Los exvotos adornan los muros de las iglesias modernas en tan gran cantidad como los antiguos templos de Grecia y parecen

inspirados por idéntica mentalidad.- Gustavo Le Bon.

- Confieso que mi botica habitual son los diez mil volúmenes de mi biblioteca. Allí encuentro antídotos contra la desesperanza, el dolor, la tristeza, el tedio. No caeré en nuestra decantada tolerancia religiosa (y no me refiero solamente a España) mientras no vea que los templos sirven, por turno cordial y pacífico, para las preces y ceremonias de católicos, protestantes, musulmanes, judíos, teósofos y espiritistas. La mayoría de nuestros ricos son tan radicalmente holgazanes que aspiran ardientemente a la beatitud eterna para darse el gusto de descansar perdurablemente después de una siesta de ochenta años. Ponte en guardia cuando un adversario inveterado te hace justicia en público: es que te necesita. Las bibliotecas constituyen cuna y sepulcro del espíritu. En ellas se temple y apercibe el joven para las ásperas luchas de la vida y consuélase el anciano de la muerte próxima conversando con los muertos.- Ramón y Cajal.

- En todos los siglos, los ejemplos más viles de la naturaleza humana se han encontrado entre los demagogos.- Macaulay.

- A los señores de la tierra les gusta segar lo que jamás han sembrado.- Adam Smith.

- Es preciso saber vencer las dificultades, pero es preferible evitar que surjan.- Chamfort.

- Todo lo que se ha hecho de grande en el mundo se ha hecho al grito del deber; todo lo que se ha hecho de miserable se ha hecho en nombre del interés.- Augusto Comte.

[52] - Créeme, amigo mío, el error también tiene su mérito.- Voltaire.

- Tu mayor interés está en no preocuparte de tu interés. Tu mayor conveniencia, en olvidarte de tu conveniencia. No odies ni a los que más daño te hagan. El tiempo y las fuerzas que inviertas en odiar los sustraes a otras ocupaciones más provechosas y gratas. Te acosarán los envidiosos y los necios. No te enojés. Sus mordeduras son la medida de tu valer. No te empeñes en ser de este modo o del otro. Cuídate de ser siempre tú mismo. No obedezcas a nadie contra los dictados de tu conciencia. Los que te despellejan apetecen tu piel porque es más limpia que la suya. Huye los hombres que no ríen. Cuando veas a una multitud gritar enardecida, cállate y espera. Pronto gritará lo contrario. No creas al diccionario cuando te enseña que correligionario es el que profesa la misma religión que tú. El correligionario tiene por finalidad de su vida corromper las oraciones.- Ossorio y Gallardo.

- El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto –un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo– no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone su alma en cada momento de su trabajo. A este hombre no es fácil engañarle con cosas mal sabidas o hechas a desgana.- Antonio Machado.

- Si consigo en mi vida ayudar a un solo hombre a conseguir la libertad, no habrán sido inútiles mis trabajos.- Vivekananda.

- Creedme, mis buenos amigos, amar la verdad por amor a la verdad es lo principal de la perfección humana en este mundo. De ahí dimanar todas las demás virtudes.- John Locke.

- Combatid por el porvenir de la raza humana, no por un partido, sino por el afianzamiento de una verdad, por el signo de una idealidad, sea ella la que fuere. Podréis ser muertos, pero no olvidados. [53] En el sitio en que hayáis caído brotarán espadas redentoras como espigas en el

trigal. No pidáis alma a las muchedumbres; si vosotros no la tenéis, trabajad, no para vosotros, sino para quienes son más y de juro mejores que vosotros.- Antonio Zozaya.

- No he venido al mundo para servir a la humanidad con la espada, sino con el cerebro, y repruebo todo acto de venganza, venga de un emperador o de un rey.- Schopenhauer.

- Se educan mejor las facultades del espíritu haciendo por sí mismo todo lo que se pretende; por ejemplo, cuando uno pone en práctica la regla gramatical que ha aprendido. El mejor recurso para comprender es producir, hacer. Lo que más o menos se aprende por sí mismo es lo que se aprende más sólidamente y lo que mejor se conserva. Es mejor saber poco, pero con fundamento, que mucho y superficialmente. El verdadero valor del hombre no consiste en la ciencia, sino en la voluntad.- Kant.

- El alma del Socialismo no es el alma de la Universidad; es el alma del taller.- Julián Besteiro.

- Decía Anatole France que el pensar es una enfermedad afortunadamente escasa entre los hombres. De este dicho, algo cínico, puede extraerse una almendra de verdad. Pocos son los hombres que piensan sus ideas. La inmensa mayoría recogen a derecha e izquierda, como pueden, el puñado de opiniones que necesitan para uso diario: pensamiento en lata que ha perdido hasta la traza de vitaminas espirituales. El individualismo español se manifiesta con fuerza singular en todo lo que atañe a la defensa de la personalidad contra las invasiones del medio. Tal es probablemente el secreto del instinto hostil a toda asociación (subrayado por el autor) que con frecuencia se observa entre los españoles. Trátase sencillamente de un sentimiento de oposición a todo lo que puede coartar de antemano la libertad personal. Probablemente por las mismas razones es el genio de [54] España hostil a toda técnica. La asociación encadena el hombre a los demás; la técnica lo encadena a las cosas.- Salvador de Madariaga.

- El destierro, como la cárcel, ha sido el destino insuperable de poetas e historiadores, de filósofos, que de otra suerte hubieran quedado inéditos; y se comprende, porque en ambas circunstancias de la vida concurre el aumento de la tensión espiritual, creadora de ideas, con la necesidad de una ocupación noble y que pueda realizarse sin otro colaborador que la soledad. La autoridad, en el historiador es, ante todo, serenidad. Y serenidad equivale a cautela entre los aciertos y comprensión ante los yerros. Y la razón de ello es que hemos aprendido que lo único que puede hacer a un libro interesante para los demás es que no se haya escrito para los demás, sino para uno mismo.- Marañón.

- Si yo digo al lector que estudie Historia, me mueve la convicción de que sólo la Historia puede salvar al hombre de hoy, porque la conciencia histórica ha llegado a ser, por primera vez, una radical necesidad de nuestra vida. Por tanto, no una curiosidad ni una diversión ni un lujo, sino un sustancial menester. El malvado que a fuerza de crímenes ha henchido su fortuna, puede un buen día ejecutar un acto benéfico, sin dejar por eso de ser un malvado.- Ortega y Gasset.

- En el fondo, todos somos colectivos. Pues, ¡qué poco somos y qué poco tenemos que podamos considerar como nuestro, en el sentido estricto de la palabra! Todos hemos de recibir y aprender, tanto de los que nos precedieron como de los que están con nosotros. El hombre produce un efecto sobre el hombre solamente a través del influjo de su personalidad. Del yugo que atenaza a todo individuo sálvese aquel que sabe vencerse.- Goethe.

[55] - No nos dejaríamos quemar por nuestras creencias: no estamos muy seguros de ellas. Pero sí, quizá, por el derecho a tener opiniones propias y poder cambiar de opiniones. La palabra del pasado es siempre palabra de oráculo. Y a la vejez le conviene una educación de viejos: mirar atrás, pasar revista, hacer balance, buscar consuelo en los hechos de otros tiempos, evocar recuerdos; en una palabra, entregarse a la cultura histórica. Los buenos lectores hacen siempre mejor un libro y los buenos adversarios le hacen más claro. Cuatro parejas de hombres no se han negado a mis sacrificios: Epicuro y Montaigne, Goethe y Spinoza, Platón y Rousseau, Pascal y Schopenhauer.- Federico Nietzsche.

De Nietzsche es igualmente este pensamiento genial, escrito en 1875⁶: “Vivimos en la época de los ÁTOMOS y del caos ATÓMICO”.



⁶ En el original 1975.

Historia de España

Nada más natural que que iniciemos este capítulo de historia retrospectiva relacionada con el movimiento obrero y las ideas de libertad y democracia en el mundo, con una página dedicada a la historia de España vista por Carlos Marx, que durante años cultivó ese tema en periódicos de los cuales fue colaborador en Europa y en América.

Los levantamientos insurreccionales son tan viejos en España como el predominio de los favoritos de la Corte, contra quienes iban dirigidos comúnmente. Así, al final del siglo XIV la aristocracia se subleva contra don Juan II y su favorito don Álvaro de Luna. En el siglo XV tuvo lugar una conmoción más seria contra el rey Enrique IV y el más influyente de su camarilla, don Juan de Pacheco, marqués de Villena. En el siglo XVII el pueblo de Lisboa descuartizó a Vasconcelos, Sartorius del virrey español de Portugal, como hicieron en Zaragoza con Santa Coloma, favorita de Felipe IV. Al final del mismo siglo, bajo el reinado de Carlos II, el pueblo de Madrid se levantó contra la Camarilla de la reina, compuesta por la condesa de Barlepsch y los condes de Oropesa y Melgar, quienes habían impuesto sobre todas las provisiones que entraban en la capital un crecido impuesto de consumo, que se repartía entre ellos. El pueblo se dirigió al palacio real, obligó al rey a salir al balcón y a denunciar él mismo la camarilla de la reina. Después marchó hacia los palacios de los condes de Oropesa y Melgar, que fueron saqueados e incendiados, e intentó detener a sus dueños, quienes, sin embargo, tuvieron la suerte de escapar con vida, a costa de un perpetuo exilio. El motivo que ocasionó la insurrección del siglo XV fue el pérfido tratado que el favorito de Enrique IV, el marqués de Villena, había firmado con el rey de Francia, y por el cual se cedía Cataluña a Luis XI. Tres siglos después, el tratado de Fontainebleau, concluido el 27 de octubre de 1807 entre don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, favorito de Carlos IV [57] y amante de la reina, y Bonaparte, según el cual se permitía el paso por España al ejército francés y el reparto de Portugal, fue causa de una insurrección popular en Madrid contra Godoy, la abdicación de Carlos IV y la ascensión al trono de su hijo Fernando VII, seguida de la entrada en España del ejército francés y de la consiguiente guerra de Independencia. Así pues, la guerra española de Independencia empezó por una insurrección contra la camarilla real, personificada entonces en don Manuel Godoy, como la guerra civil del siglo XV había empezado con un levantamiento contra la camarilla real, personificada en aquel tiempo en el marqués de Villena. Y así también la revolución de 1854 ha empezado con una sublevación contra la camarilla personificada en el conde de San Luis.

A pesar de estas insurrecciones no ha habido en España, hasta el siglo actual, una revolución seria, excepto de la guerra de los Comuneros en tiempos de Carlos I, o de Carlos V, como le llaman los alemanes. El pretexto fue, como siempre, facilitado por la camarilla que, abajo los auspicios del general Adriano, el virrey flamenco, exasperó a los castellanos por su insolente rapacidad, la venta de cargos públicos al mejor postor y el comercio con los tribunales de justicia. La oposición contra la camarilla flamenca fue sólo la apariencia del movimiento: en el fondo se agitaba la defensa de las libertades españolas medievales amenazadas con la intrusión del

moderno absolutismo

Las bases materiales de la monarquía española habían sido asentadas por la unión de Aragón, Castilla y Granada bajo los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel; Carlos I intentó transformar la hasta entonces monarquía feudal en absoluta. Atacó simultáneamente los dos pilares de la libertad española, las Cortes y los Ayuntamientos. Las primeras eran una modificación de las antiguas *concilia* godas, y los últimos, transmitidos casi sin interrupción desde la época romana, contenían la mezcla de carácter hereditario y electivo propio de las municipalidades [58] romanas. Los Ayuntamientos de aquellas ciudades españolas ofrecían una exacta similitud con los autogobiernos municipales de las ciudades de Italia, Provenza, Galia del Norte, Gran Bretaña y parte de Alemania; pero ni los listados Generales de Francia, ni el Parlamento británico de la Edad Media deben ser comparados con las Cortes Españolas. En la formación del reino de España había circunstancias peculiarmente favorables para la limitación del poder real. Por un lado, pequeñas porciones de la península fueron reconquistadas al mismo tiempo, y formaron reinos separados durante las largas luchas con los árabes. Durante esas luchas se engendraron leyes y costumbres populares. Las sucesivas conquistas, efectuadas principalmente por los nobles, dieron a éstos un poder excesivo, mientras disminuía el poder real.- Carlos Marx.

“¿Es la lucha final!”

¡Cuánta ilusión suscitaba esa estrofa del himno socialista internacional! ¡Con qué emoción se oía cantar la *Internacional* hace años en los congresos obreros o en las grandes asambleas del proletariado! ¡La lucha final! Pero en el Socialismo no hay lucha final. El verdadero Socialismo está en lucha permanente con el régimen capitalista, sin que esta lucha quiera decir barricadas, y mucho menos algaradas estériles, aunque tampoco colaboración con la burguesía. He ahí un problema que no puede ser tratado a la ligera. Seamos sinceros. Los trabajadores, hoy, no piensan en “la lucha final”, esto es, en la revolución violenta y reparadora de injusticias seculares. El mito de la huelga general revolucionaria, para cambiar el régimen social en veinticuatro horas, se ha extinguido por consunción, sin necesidad de combatirlo. ¡Cuántos esfuerzos perdidos, cuántas luchas estériles [59] ahondando divisiones absurdas entre anarquistas y socialistas!

En los primeros tiempos, el proletariado se daba el gusto de expresar sus sentimientos por frases hechas, cada una de las cuales equivalía a un artículo de fondo: “Todos para uno, uno para todos”. “Querer es poder”. “No más derechos sin deberes”. “No más deberes sin derechos”. “Salud y revolución social”. “La unión es la fuerza”. “La liquidación social”. “El sudor del obrero”. “Humanidad del porvenir”. “La guerra social”. “La lucha de clases”. “La revolución permanente”. “Adelante”. “El porvenir del obrero”. “La Aurora social”. ¡Cuántos títulos sonoros ostentaban muchas organizaciones obreras y sus boletines interiores! ¡Qué de ilusiones se ponían en lo que hoy llamaríamos puerilidades inherentes a la edad infantil del proletariado, no sólo en España, en el mundo entero!

El triunfo final del socialismo no se producirá en un momento determinado, ni siquiera será debido a un conjunto de sucesos, sino que será fruto de un proceso lento, que culminará no sólo en la ruina del capitalismo, sino en la superación de todas las diferencias de clase y en la

desaparición de la propiedad privada de la tierra, de los medios de producción y, como lógica consecuencia, del orden social asentado en tales principios.- Ferdinand Tonnies.

Los socialistas de hace cincuenta años vivían en una época en que la idea revolucionaria flotaba en el ambiente de Europa, circunstancia que prestaba un matiz especial al credo socialista. Ha cambiado la atmósfera y el color se ha debilitado, pero la esencia del Socialismo sigue siendo la organización social.- Ramsay MacDonald.

[60] La era de las barricadas y batallas de calles ha terminado para siempre; si la tropa se bate, la resistencia constituye una locura. Por tanto, hay obligación de encontrar una nueva táctica revolucionaria. Estoy rumiando eso desde hace tiempo; aún no he formado juicio concreto.- Federico Engels.

Este pensamiento de Federico Engels se encuentra en la página 225 del tomo tercero de la *Correspondencia* con Lafargue. Pero esa idea Engels la había ya expresado con rotundidad en diferentes ocasiones. Si ha habido socialistas que no han tenido en cuenta estas advertencias de Engels, la trágica realidad les ha demostrado cuán acertado había estado en sus juicios el principal colaborador de Carlos Marx.

Los socialistas no deben apoyar huelgas que carezcan de sentido o que puedan ser contraproducentes al propio proletariado. Los cortes sanos del proletariado son tan despreciables y peligrosos como los de los reyes.- Carlos Kautsky.

Demos un salto y oigamos a León Blum, en febrero de 1946, al debatirse la declaración de principios que trataba de darse entonces la SFIO en un Congreso del Socialismo francés:

¿Hay alguien hoy, en el Socialismo, que considere la reforma como un fin en sí mismo? ¿Hay alguien que, por ejemplo, después de la fórmula de Jaurès en el Congreso de Toulouse, ponga en duda que el Partido Socialista es un partido reformista, precisamente porque la reforma, y en tanto que reforma, contiene una virtualidad revolucionaria? Se nos reprocha el no haber acentuado en los Estatutos la palabra revolución. Nosotros no tenemos por qué acentuar la palabra revolución como opuesta a la palabra reforma, cual sucedía en el texto de 1905, inspirado en los debates de entonces. Por lo que a mí se refiere no una [61] vez, sino diez, veinte veces, he repetido siempre, tanto en la tribuna como en los escritos, que yo no conocía dos especies de socialismo: uno revolucionario y otro que no lo es. No hay más que un socialismo. Y ese socialismo, por sí mismo, por su propia esencia, es revolucionario.- León Blum.

Blum tenía razón, pero lo cierto es que no convenció a todos los congresistas. ¿Por qué era preciso modificar el texto del socialismo francés de 1905? ¿Por qué los debates de entonces no se parecían a los debates de 1946? Porque la inmensa mayoría de los trabajadores, hoy, no piensan en la lucha final, no son revolucionarios de palabra, sino de hechos, de fondo. Van hacia la lucha final mediante la mejora del momento, son reformistas sin dejar de ser revolucionarios. Las huelgas en el siglo pasado se hacían pensando en la revolución social. Hoy se hacen pensando en conseguir contratos de trabajo garantizados por el Estado tanto o más que por la disciplina sindical. Fascismo y comunismo han revalorizado el nacionalismo, el patrioterismo, el militarismo. El 1º de mayo, en la capital soviética desfilan regimientos con armas impresionantes más para amedrentar a quienes desde dentro quisieran iniciar un movimiento de resistencia que a los gobiernos capitalistas, tan nacionalistas y militaristas como los que actúan bajo la bandera roja,

si es que conservan aún ese símbolo.

La idea de revolución, en su acepción tradicional ¿es esencial todavía hoy a la definición del socialismo? En la sociedad moderna, ¿tiene que pasar necesariamente el socialismo por la Revolución, o ahondando más, ¿es la violencia revolucionaria un medio necesario para la transformación [62] social? ¿La fraseología revolucionaria se adapta a las estructuras, a la evolución y al espíritu de la sociedad moderna industrial? En resumen, ¿debe el Socialismo continuar llamándose revolucionario –aunque no lo sea en realidad– o debe afirmarse clara y resueltamente reformista, sin perjuicio de definir el sentido de un reformismo socialista opuesto a todo oportunismo? -Jules Moch.

El examen de un error pasado disminuye el peligro de un error futuro. La revisión del error aguza las facultades críticas y predispone al acierto. Pero el español, que tiene poco amor a la historia general, no tiene ninguna aptitud para interesarse por una historia de errores nacionales. De ahí la flaqueza de su razón frente a un nuevo hecho histórico. Su posición es siempre anticrítica, irreflexiva, ciega, condenada al fracaso.- Luis Araquistain, escrito en el exilio.

No fueron trabajadores manuales los que escribieron por vez primera esta divisa tan halagadora: “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”. Jamás lo fue. Sin el concurso de hombres excepcionales nacidos en otras clases sociales, los trabajadores por sí solos, ¡qué pocas veces hubieran triunfado! Esa divisa es política, es una incitación a la lucha en favor de la emancipación social. Hacia esa emancipación camina el movimiento obrero, ¡pero cuántos tropezones le cuesta esa marcha hacia el ideal! No se es socialista porque se pertenezca al proletariado, ni antisocialista por haber nacido en la clase rica. Hay proletarios que jamás serán socialistas; en cambio, muchos socialistas han salido de la burguesía. Bakunin, fundador del anarquismo, tenía ascendientes aristocráticos, como Kropotkin. Engels era hijo de un fabricante textil. A docenas podríamos poner ejemplos, con nombres de socialistas salidos de la clase media, de la aristocracia o de la burguesía. El progreso no hay quien lo detenga. Y la bandera más firme del progreso es el Socialismo.

[63] *Problemas nuevos y graves*

Como consecuencia de las guerras, de las crisis, de las revoluciones, el capitalismo ha tenido que transigir con municipalizaciones y nacionalizaciones en buen número de servicios. Es un tanto exagerado hablar de socializaciones, aunque el camino está abierto. El marxismo, enemigo de la utopía, se ha negado siempre a definir la sociedad del porvenir. Según Moch, “los planificadores soviéticos, aparte algunas fórmulas muy generales, han encontrado muy poco en Marx que pudiera iluminarlos en su empresa. Ha sido empíricamente como han organizado progresivamente la planificación”.

A medida que se vayan estudiando imparcialmente los métodos de transformación económica de la sociedad adoptados por los países comunistas, se irán conociendo las dificultades y rectificaciones que la realidad ha impuesto en esas naciones. Djilas, en Yugoslavia, ha hecho la crítica de los organizadores y políticos improvisados en burócratas, con todas las lacras del viejo sistema, quizá aumentadas por las improvisaciones. Un buen burócrata puede formarse a fuerza de años; pero un organizador, un creador, no se improvisa. El genio no está al

alcance de cualquier charlatán. El peligro del Estado del porvenir reside en las atribuciones que se tome la burocracia, ante la pasividad o la ignorancia de los titulares de la política de ocasión.

Emilio Vandervelde, que ocupó en Bélgica los puestos gubernamentales de máxima categoría, escribió un libro que muchos han olvidado, *El Socialismo contra el Estado*. El comunismo ha hecho del Estado un bastión inatacable. Carlos Marx no reconocería, en muchos de esos casos, a quienes se llaman discípulos suyos. Existe el serio peligro de que los trabajadores desdibujen sus cualidades peculiares a cambio de convertirse en esclavos del Estado, obligados a padecer la tiranía de una burocracia presuntuosa y sin ideales. “Los trabajadores –ha escrito Víctor Larock– no tienen necesidad de privilegios, [64] de mentiras. La verdad, nada más y nada menos que la verdad, es la mejor formula para educar a los trabajadores, huyendo de halagarles para conquistar su adhesión”. En países de nueva constitución, las nacionalizaciones, en el mejor de los casos, son negocios organizados por el Estado, improvisando una gestión muchas veces sin preparación técnica suficiente, expuestos a error y a descrédito, desde luego sin ideología alguna. El poder del Estado futuro, ¿debe ser organizado como poder de los consumidores o de los productores? Los ciudadanos ¿elegirán sus representantes por industrias, o por oficios y categorías? ¿Qué atribuciones tendrá, si se crea, la Cámara sindical o corporativa? ¿Funcionará el sufragio universal con representación para las minorías? ¿Hasta dónde será respetado en sus atribuciones en el Parlamento?

Carlos Kautsky en su libro *La cuestión agraria*, cuya traducción al castellano hizo Ciro Bayo y corrigió Unamuno a principios de este siglo, se mostraba contrario a las nacionalizaciones hechas en Alemania por el kaiserismo. Ni siquiera gozaba de sus simpatías la nacionalización del suelo si había de estar regida por el régimen imperialista germano. Por eso dijo en otro libro, *El programa de Erfurt*:

La primera condición para que la extensión de la propiedad colectiva sea ventajosa para todo el mundo es que el Gobierno pertenezca a todo el mundo. La democracia quiere que las clases laboriosas con quisten el Poder político para, con su ayuda, transformar el Estado en una cooperativa económica. El día que me convenza de que el porvenir no pertenece a la gran empresa, mi fe en el socialismo fallará. La estatificación de la industria no significa sino una cosa, a saber, que las empresas de la gran industria capitalista destinadas a ser socializadas en la medida en que no sea mejor hacerlas explotar por las comunas o por las cooperativas, se convertirán en propiedad del Estado, pero de ninguna manera serán administradas por su tradicional burocracia.- Carlos Kautsky

[65] El estatismo es la organización del trabajo por el Estado, por el Gobierno. El Socialismo es la organización del trabajo social por los trabajadores agrupados en asociaciones de derecho público.- Emilio Vandervelde, de *El Socialismo contra el Estado*.

La existencia de servicios públicos en la sociedad actual, por la nacionalización de ciertos monopolios, no tiene nada que ver con el Socialismo, ya que presenta para el proletariado más inconvenientes que ventajas. La instauración de servicios públicos está subordinada a la socialización de los medios de producción y de cambio, subordinada asimismo a la posesión del Poder político por el proletariado y a la expropiación de la clase capitalista, que es cosa de la revolución. Si Estado productor y empleador no es la destrucción del régimen capitalista; por el

contrario, es el coronamiento y agravación al mismo tiempo. En lugar de la explotación capitalista individual, anárquica y corriente destructora a la larga por los desórdenes que engendra, se llega a la explotación capitalista colectiva, unificada y centralizada, por consiguiente, más terrible en su alcance y mucho más difícil de destruir.- Julio Guesde.

Los partidos obreros saben lo que se puede esperar de administradores privilegiados o que amparan el privilegio, y no quieren centralizar la dirección del trabajo en el Estado o el Municipio sino en tanto que éstos hayan pasado a manos del pueblo trabajador, prefiriendo la gestión privada de los negocios a su manejo por Gobiernos corrompidos e ineptos.- Juan B. Justo.

Por su parte, el Estado moderno no es más que una organización de que se rodea la sociedad burguesa para defender las condiciones materiales del régimen capitalista de producción contra los ataques, así de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalismo colectivo ideal. Y [66] cuantas más fuerzas productivas asuma como de su propiedad, más se convertirá en capitalista colectivo real, mayor será el número de súbditos suyos a quienes explote. Los obreros, por su parte, siguen siendo lo que son: obreros asalariados, proletarios. El capitalismo, lejos de abolirse con esas medidas, se agudiza y exalta. Pero al llegar a la cúspide, hace crisis y se trueca en lo contrario de lo que es. Por eso, la propiedad del Estado sobre las fuerzas productivas, aun no siendo, como no es, la solución del conflicto, alberga ya en su seno el medio formal, el resorte para llegar a la solución.- Federico Engels.

Es obvia la ingenuidad de hablar sobre “el principio de la propiedad” privada como algo absoluto, o sobre “la iniquidad de la intervención en ella de los Gobiernos”, puesto que la propiedad no hubiera ni siquiera podido crearse sin esa intervención, ni hubiera podido existir en absoluto si su carácter de privada hubiera debido considerarse como una cosa intangible y sacrosanta; y lo que es verdad para los ferrocarriles lo es también para todas las grandes empresas de servicios públicos, como las de electricidad, gas, aguas y aún más quizás para otras, como los bancos.- Norman Angeli, de *Una nueva organización social*.

Textos abiertos a la crítica

Carlos Kautsky, en *La Sociedad futura*, estampó este pensamiento genial:

“Estamos firmemente convencidos de que las diversas naciones socialistas terminarán por fundirse en una comunidad única: que toda la humanidad no formará sino una sola sociedad”. Lejos aún de ese convencimiento de Kautsky, es cierto que el [67] mundo camina en esa dirección, aunque con demasiada lentitud.

Del mismo autor, en *Parlamentarismo y Socialismo*:

Las leyes no sólo obligan a los ciudadanos, sino también a las autoridades, a cuya arbitrariedad ponen freno. La abolición del régimen parlamentario implica la supresión del único medio eficaz de inspeccionar la conducta de los gobernantes y además priva a los enemigos de la sociedad capitalista de una tribuna —sin duda la más elevada— desde la cual se dirigen al pueblo denunciándole las injusticias de los poderosos.

De Kautsky, en *El camino hacia el Poder*:

Un socialista no puede mantener la ilusión de la reconciliación de las clases y de la paz social. Precisamente porque no cree en eso es socialista, y sabe que no es por la quimera de la reconciliación de las clases, sino por su supresión, como podrá establecerse la paz social. Si no tiene fe en la revolución, no le queda sino esperar del progreso económico la supresión pacífica e insensible de las clases; la clase obrera, creciendo en número y en fuerza, poco a poco irá absorbiendo a las otras. El proletariado es indispensable a la sociedad; puede ser derrotado momentáneamente, pero jamás será vencido. El Partido Socialista es un partido revolucionario, pero no es un partido que hace revoluciones. Sabemos que nuestro fin no puede ser alcanzado sino por una revolución, pero sabemos igualmente que no depende de nosotros hacer esa revolución, ni de nuestros adversarios impedirla, cuando llegue el momento.

Otro vaticinio de Kautsky, de *La revolución proletaria y su programa*:

Entre la época del Estado democrático con gobierno puramente burgués y la del Estado democrático con gobierno puramente proletario se halla un periodo de transición de la una a la otra. A lo cual [68] corresponde un periodo político transitorio o en que el Gobierno tendrá, por regla general, la forma de Gobierno de coalición. ¿Estamos ya en la época de gobiernos de transición? Desde luego, estamos en la época de gobiernos de coalición. ¿Es un buen camino para llegar a la meta? He ahí un tema abierto. Pero he ahí una realidad en la que han participado incluso ministros comunistas, en monarquías y en repúblicas. El movimiento obrero tiene origen intelectual, confirmado por Kautsky:

La conciencia socialista no puede venir más que de un conocimiento científico. Ahora bien, ese conocimiento no lo tiene el proletariado; lo poseen los intelectuales burgueses: es en la cabeza de ciertos individuos de esa categoría donde ha nacido el Socialismo contemporáneo y son ellos los que lo han transmitido a los obreros intelectualmente más desarrollados, quienes lo introdujeron seguidamente en la lucha de clases. Así pues, la conciencia socialista es un elemento importado desde fuera de la lucha de clases del proletariado y no algo que surge de ella espontáneamente. A esto debió Marx el ser siempre uno de los hombres más odiados; odiado no solamente por los burgueses, que veían en él su más terrible enemigo, sino también en el campo socialista, por todos los jefes de sectas, inventores intelectuales, consejeros de confusión y demás elementos análogos, a quienes su “intolerancia”, su “autoritarismo”, su “papismo”, sus “excomuniones” causaban una indignación tanto más viva cuanto más dolorosamente sentían su crítica, Marx no traía una solución particular. Resistíase a todas las exhortaciones para hacerse “positivo”, para exponer en detalle las medidas por las cuales había de lograrse la emancipación del proletariado. No proponía a la organización de la Internacional más que el fin general que todo proletariado debía hacer suyo: la emancipación económica de su clase; y por otra parte, el camino que [69] ya el instinto de clase mostraba a todo el proletariado: la lucha de clases política y económica. Así, la actividad política de Marx fue una serie ininterrumpida de fracasos y decepciones. Lo mismo ocurrió con su actividad científica. La obra de su vida, *El Capital*, en la que había fundado tan grandes esperanzas, quedó aparentemente olvidada y desprovista de acción aun en su propio partido. Algunos años antes de su muerte, en 1877, la socialdemocracia alemana publicaba una revista científica, en cuyas páginas buscaríamos vanamente una idea vaga, y menos aún, un reconocimiento, de las ideas marxistas. Por desalentador y aun desesperante que fuera semejante situación para un hombre cualquiera, jamás hizo perder a Marx ni su buen humor

ni su soberbia confianza. Dominaba tan alto su tiempo, veía tan lejos, que descubrió claramente la tierra prometida que ni aun presentir era dado a la gran masa de sus contemporáneos. En su grandeza científica, en la profundidad de su teoría encontraba lo más enérgico de su carácter; en ellas arraigaban su constancia y su confianza; ellas le garantizaban de todas las vacilaciones y de todas las influencias, de esa insensibilidad inconsciente que hoy lanza gritos de triunfo y mañana afecta tristeza mortal. En esta fuente debemos nosotros beber también. Entonces estaremos seguros de que, en las grandes y penosas luchas que tenemos ante nosotros, desempeñaremos nuestro papel y desplegaremos la mayor fuerza de que seamos capaces. Entonces podremos esperar conseguir nuestro objeto, lo que de otro modo sería imposible.- Kautsky.

Con harta razón escribió Juan Bautista Justo: “Necesitamos saber más que Carlos Marx”. Algo difícil es, pero la aspiración está llena de nobleza, pensando en servir al proletariado.

[70] Jules Moch, en *Confrontations*, ya dijo algo parecido: “Pero falta un Marx para consagrar su vida a su estudio”. Al estudio de los problemas creados por el capitalismo moderno. Ya surgirá. Es cuestión de fe.

La base fundamental del Socialismo está en el reconocimiento de que no hay riqueza posible sino la que el trabajo humano saca a la naturaleza. El trabajo y la naturaleza son las dos grandes fuentes de la producción, tanto intelectual como material.- Spencer.

Antes de intentar nada, mide bien tus fuerzas.- Séneca.

[71] La dictadura del proletariado

En el *Manifiesto Comunista*, obra maestra de Marx y Engels, no figura la expresión “dictadura del proletariado”, a pesar de que por entonces los Gobiernos de casi todos los países ejercían la dictadura de la burguesía. ¿Cómo se desarrollaba esa dictadura? Imponiendo una ley electoral que privaba de derechos a la mayoría de la población obrera. Pero esa población obrera podía ejercer otros derechos, que paulatina y revolucionariamente la iban acercando a la igualdad política. Por ejemplo en Bélgica, para conseguir el sufragio universal, el proletariado organizó huelgas generales que a veces se teñían de sangre. Pero en Bélgica regía una Constitución liberal en otros aspectos. Esa dictadura la han ejercido todos los gobiernos burgueses sin llamarla así, porque en cierto modo no lo era. Se trataba de prolongar desde el Poder los privilegios de la clase dominante, temerosa de ser vencida demasiado pronto por la clase oprimida. En 1852, en una carta a Weydemeyer, amigo suyo, Marx se expresó del modo que sigue: “En lo que me concierne no es mío el mérito de haber descubierto ni la existencia de las clases en la sociedad moderna, ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, historiadores burgueses pusieron de manifiesto el desarrollo histórico de esta lucha de clases y economistas burgueses habían efectuado su anatomía económica. Lo que yo hice como nuevo fue demostrar que la existencia de clases está ligada a fases de desarrollo histórico determinado de la producción; que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, y que esa dictadura, por sí misma, no constituye sino la transición para abolir todas las clases y llegar a una sociedad sin ellas”.

En su libro *Crítica del programa de Gotha*, Marx escribe en 1875: “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el período de la transformación revolucionaria de la primera en la

segunda. A esta transformación corresponde también un periodo político de [72] transición durante el cual el Estado no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado”.

Téngase presente que esta citación está escrita después del fracaso de la Comuna de París. Marx utilizó el término “dictadura del proletariado” en su *Lucha de clases en Francia* y en *El dieciocho Brumario de Luis Napoleón* en un sentido muy diverso. Habida cuenta de la enorme cantidad de páginas que figuran en su historial, lo cierto es que aclara muy poco el verdadero sentido que quiso dar a su citada expresión. No hay duda de que Lenin y Trotsky, al utilizar a Marx, abusaron de la buena fe de sus partidarios. Rosa Luxemburgo, que no militaba en las filas reformistas, tiene textos censurando a los fundadores del comunismo moscovita, hasta el extremo de que sus libros fueron prohibidos en Rusia, y en su patria, Polonia, estuvieron asimismo en cuarentena. Pero sigamos examinando textos de Marx y Engels: “Todas las revoluciones, hasta ahora, han conseguido fortalecer más el Poder central en lugar de destruirlo. Los trabajadores saben bien que para realizar su propia emancipación y, al mismo tiempo, la forma más noble hacia la cual se dirige la sociedad actual por sus propias fuerzas económicas, tendrán que atravesar largas luchas y toda una serie de procesos históricos que transformarán las circunstancias y los hombres. Nosotros no somos de los que quieren aniquilar la libertad y hacer del mundo un gran cuartel o un gran taller. Existen, es verdad, comunistas que se atienen a eso cómodamente y que niegan o quieren suprimir la libertad personal que, a su parecer, cierra el camino a la armonía. Pero nosotros no tenemos ningún deseo de comprar la igualdad al precio de la libertad”.- Marx y Engels.

El 15 de septiembre de 1850, al resumir Marx su posición contra la fracción disidente de la Liga Comunista, se expresó como sigue: “La minoría suplanta la posición crítica por la dogmática, la materialista por la idealista. Para ella, el motor de la revolución no es la realidad, [73] sino la voluntad. Allí donde nosotros decimos a la clase obrera tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, no sólo para cambiar la realidad, sino para cambiaros vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros les decís: ¡O subimos inmediatamente al Poder o nos echamos a dormir! Allí donde nosotros hacemos ver, concretamente, a los obreros de Alemania el desarrollo insuficiente del proletariado alemán, vosotros le aduláis del modo más descarado, acariciando el sentimiento nacional y los prejuicios de casta de los artesanos alemanes, lo cual no negamos que os dará más popularidad. Hacéis con la palabra proletariado lo que los demócratas con la palabra pueblo: la convertís en icono”.

Con ese pensamiento estaba identificado en absoluto Federico Engels. He aquí un párrafo suyo relacionado con el término dictadura del proletariado: “Puede ocurrir que un día los trabajadores, habiendo tomado conciencia de su unidad de clase, de sus intenciones comunes, derriben el régimen, y para llegar a la justicia económica empiecen por tomar el Poder político, que es la primera fase de la revolución. Siempre se toma el Poder político antes de haber realizado la toma del poder económico y social. Es posible que entonces, los minoritarios, que seguirán aprovechándose de la potencia, de la fuerza de estos poderes, se rebelen contra la voluntad de la mayoría. En ese caso, no dudéis un instante: que el proletariado, durante el tiempo necesario para la transformación económica y social, en nombre de la mayoría previamente afirmada, ejerza su dictadura mientras lo juzgue útil, siempre en nombre de la mayoría”.

Engels, en el prefacio que puso a *La lucha de clases en Francia*, que ha pasado a la historia

como su testamento político, escribió:

“Ha pasado el tiempo de los golpes de mano, de las revoluciones ejecutadas por pequeñas minorías conscientes capitaneando a las masas inconscientes. Donde se trata de una transformación completa de las organizaciones [74] sociales, es necesario que las mismas masas cooperen en ello, que hayan comprendido por sí mismas de qué se trata, por qué intervienen. He aquí lo que nos ha enseñado la Historia en los últimos cincuenta años. Pero, para que las masas comprendan lo que hay que hacer, se precisa un trabajo largo, perseverante; justamente ahora estamos realizando este trabajo, y con un éxito que hunde de desesperación a nuestros enemigos”.

Una fuerza efectiva, concentrada en las manos del Poder del Estado y capaz de realizar la voluntad consciente de la mayoría, a pesar de la resistencia de una minoría económicamente poderosa, eso es la dictadura del proletariado, y no puede ser otra cosa, según las enseñanzas de Marx. Una tal dictadura puede existir en un régimen democrático, en el pleno ejercicio de la igualdad política absoluta de todos los ciudadanos. El Gobierno que encarne semejante dictadura será, en la acepción del término, un Gobierno nacional.- Martov.

Algunos muy revolucionarios protestarán contra esta concepción: una revolución sin sangre ni terror no es para ellos una verdadera revolución, no es sino un miserable reformismo de avefría⁷. El terror rojo, Marx lo ha exaltado en 1848 y 1849; en 1871 lo ha repudiado, después de haber escrito *El Capital*. En 1870, Engels escribía a Marx que el terror “es, en su mayor parte, atrocidades inútiles cometidas por gentes que tienen miedo de ellas mismas”.- Kautsky.

Sobre el problema, también muy debatido, de si debería expropiarse indemnizando o no a los propietarios, Engels escribió lo siguiente: “De ninguna manera consideramos la indemnización a los propietarios como una imposibilidad, cualesquiera que fuesen las circunstancias. ¡Cuántas veces expresó Marx la opinión de que si pudiéramos comprar todo el lote, sería éste el mejor medio de hacerse con él del modo más económico”.

En 1893, Kautsky habló de dictadura del proletariado, pero en el mismo sentido en que esta expresión era corriente entonces, muy diferente del adoptado por los bolcheviques.

⁷ Borroso en el original.

Las Cortes de Cádiz y sus precursores

La historia de la humanidad está estudiada por Marx y Engels a través de la interpretación económica de los problemas de mayor relieve en cada época. Esa interpretación no excluye el estudio de otras interpretaciones dadas por otros hombres de elevados pensamientos.

Rousseau y Voltaire, con otros enciclopedistas franceses, fueron los inspiradores del movimiento liberal y del Socialismo utópico. Los precursores franceses e ingleses, unos diciéndolo y otros sin decirlo, fueron hijos de la Revolución francesa y de los principios fundamentales de la Constitución de los Estados Unidos. Gran bandera para el mundo liberal esta divisa de la Revolución de 1879: “Todos los hombres han nacido libres e iguales”. ¿Libres e iguales? Ni en Francia lo fueron. En América, cuya Constitución de 1776 definió por primera vez los derechos del hombre, la esclavitud de los negros estaba legalmente reconocida. En 1770, la Constitución de Massachusetts puso a su frente esta máxima: “Con el fin de que exista un Gobierno de leyes y no de hombres”. Lema admirable: todos sometidos a la ley y la ley igual para todos. Pero dentro de esa igualdad se garantizaba la mayor de las desigualdades: la de que unos hombres podían explotar el trabajo de otros hombres, y quedarse con una parte de ese trabajo, enriqueciéndose, mientras los que habían creado esa riqueza morían de hambre.

Estos juicios, tantas veces repetidos y siempre tan justos en su esencia, no pueden interpretarse como censura para quienes echaron abajo [76] los privilegios de la nobleza, del clero y del poder real. Merecen bien⁸ de la humanidad; pero su obra necesitaba continuación. Por eso surgieron los socialistas utópicos, por eso escribieron Marx y Engels el *Manifiesto Comunista* de 1848, por eso fue creada la Internacional en Londres en 1864, por eso estalló la Comuna en París en 1871. Engels lo dijo repetidamente: Los utopistas lo eran porque no podían ser otra cosa en una época en que la producción capitalista empezaba a desarrollarse. No tenían más remedio que sacar de su cabeza los elementos de una nueva sociedad, por la sencilla razón de que en la sociedad antigua esos elementos no se manifestaban todavía de un modo general; tenían que atenerse, para esbozar los planes del nuevo edificio, a los dictados de la razón, porque no podían apelar a la historia vivida.

Grandes hombres los de aquella epopeya universal, aunque les preocupase más garantizar los bienes a los ricos que la vida a los pobres. Para el liberalismo del siglo todos los derechos podían ser suspendidos, derogados, negados incluso, menos el de propiedad. Ése era intangible. La Revolución Francesa tuvo destellos que iluminaron al mundo. Pero los proletarios sin trabajo, ¿dónde tenían garantizada su existencia? La respuesta, bien triste por cierto, la dio el 14 de junio de 1791, dos años más tarde, la ley Chapelier. ¡Cuántos estragos produjo esa ley en Francia, invocada y aplicada en otras naciones!

En España, los ideales de la Revolución Francesa dieron gran impulso al movimiento económico y social, agarrotado por el sistema cerrado que regía en el comercio, industria y

⁸ Borroso en el original

profesiones de todo orden. La evolución comenzó con el desarrollo de las Sociedades Económicas de Amigos del País, que he conocido en su declive y hasta he dado algunas conferencias bajo su patrocinio. La libertad de salarios –ficticia libertad para un socialista del siglo XX–; la libertad de escoger oficio o profesión, la de abrir o cerrar un taller o una fábrica, la de admitir extranjeros para trabajar, comienza con Carlos III y se consolidó [77] en las Cortes de Cádiz, de tal modo que Fernando VII, que intentó dar marcha atrás, fracasó. Carlos III estableció el principio de la responsabilidad civil en los accidentes del trabajo; el conde de Aranda, su primer ministro, inició una serie de reformas de carácter agrario social. Campomanes, primero, y Jovellanos después, publicaron informes que en otro país habrían alcanzado nombradía internacional. Flórez Estrada fue un socialista utópico equiparable a otros que figuran en los manuales económico-sociales de lectura universal.

Se ha dicho repetidamente que la Constitución de Cádiz fue consecuencia de la Revolución Francesa y hasta producto de lecturas de Voltaire, Rousseau y de otros enciclopedistas franceses. Algo de eso es exacto. Por ello mismo, en Cádiz no hubo ningún acuerdo de tipo económico social, ninguna resolución que no favoreciese a la burguesía naciente. Las Cortes decretaron la abolición de los mayorazgos y el teórico reparto de tierras baldías a pobres y soldados. La libertad de industria fue bandera de aquellos legisladores. La libertad de prensa es su gloria. La abolición de la Inquisición corona su obra inmortal. Pero de todo ello la clase obrera no obtuvo mejora alguna inmediata. Los pobres, los más miserables –¡y eran legión!– son quienes aclaman frenéticamente a Fernando VII. Adoran a Dios y creen en el tirano. Nadie les enseñó a leer, nadie organizó su vida para que pudieran dejar de acudir a las puertas de los conventos a recoger los restos de la comida de las comunidades religiosas. Los grandilocuentes discursos de los doceañistas no les daban frío ni calor. Triunfante el absolutismo de Fernando VII, emigraron los que pudieron, quedando el resto huérfanos de toda posibilidad de ilustración. Melchor Fernández Almagro, cuando era liberal, escribió lo siguiente en su obra *Orígenes del régimen constitucional en España*: “Los derechos de reunión y asociación pasan inadvertidos para el Código de Cádiz, sin razones que expliquen esta omisión”. Esa omisión se explica porque, en efecto, los liberales que redactaron la Constitución de Cádiz no estaban influidos por orientaciones sociales, sin reflejar en los Códigos revolucionarios [78] de América y Francia. No era su momento. La burguesía liberal tenía un enemigo, al que venció en parte fuera de España. Pero dentro, ni lo venció ni pudo mantener en pie los principios votados el año 1812 en Cádiz. La labor más sobresaliente de aquellas Cortes fue la aprobación de la primera Constitución española, en la que se reconocía la soberanía del pueblo. He aquí un pensamiento del conde de las Navas ratificando sus aspiraciones: “Es un principio inconcuso al que no se ha querido llamar aquí por su verdadero nombre y constituye la base del régimen que tratamos de adoptar. Este principio es que la soberanía reside en la nación. Las naciones tienen derecho a hacerse gobernar y mandar por quien quieran y en las condiciones que quieran”.

¡Cuánta sangre se ha vertido en España y fuera de España en defensa del liberalismo! Rindamos homenaje a tantas víctimas oscuras y sinceras, aunque haya quienes, alardeando de muy radicales, se hayan olvidado de ese martirio, que ciertamente no fue estéril. Prueba de que no lo fue va reflejada en el siguiente texto, tomado del libro *Historia de Europa en el siglo XIX*, de Benedetto Croce: “El liberalismo llevaba consigo escorias del pasado, se vertía a veces en hábitos

inadecuados, se envolvía y debatía entre contradicciones, y con todo se abría camino y era la vanguardia de toda idea. Es posible hallar sus huellas hasta en sus adversarios, los reaccionarios, los curas y los jesuitas; y no está desprovisto de ironía el hecho de que la nueva actitud espiritual recibiese su bautismo en donde menos se hubiese esperado: en un país que, como ningún otro de Europa, había permanecido cerrado a la filosofía y a la cultura modernas, país eminentemente medieval y eclesiástico, clerical y absolutista: España, que acudió al adjetivo liberal como opuesto a servil”.

En efecto, ése es el liberalismo: primero, la libertad, los derechos inherentes a la ciudadanía, a la persona humana. Antes que burgués o trabajador, hombre, con todos sus atributos incólumes, garantizados por la ley. Los liberales doceañistas eran humanistas, en el sentido [79] más espiritual del término, admirablemente definido por Víctor Larock: “El humanismo es un movimiento intelectual y estético que data del Renacimiento y se ha perpetuado hasta nuestros días. No tiene nada de común con ninguna doctrina social. El término no tiene otra significación y no puede tenerla, sino por confusión de ideas y términos. La confusión viene de la semejanza con humanitarismo. La confusión es flagrante”.

A través de los tiempos se ha producido otra confusión, que Larock desvirtúa con elegancia, definiendo a ciertos socialistas como humanistas. Lo indiscutible es que el humanismo tiene un origen muy anterior y muy distinto al nacimiento del movimiento obrero. Larock sitúa el humanismo en su tradicional acepción, ajena por completo a toda doctrina social. No obstante, ha surgido un Socialismo humanista, más cercano de los socialistas cristianos –también exteriorizados modernamente–, que de los socialistas marxistas.

Américo Castro, en *La no hispanidad de los visigodos*, tiene escrito el siguiente párrafo, de mucho interés en relación con lo que va expuesto: “Proporcional al esfuerzo por rebasar las posibilidades de la estructura hispana, fue el retroceso hasta el hombre ‘en pelo’ de la guerra de la Independencia y de los años fernandinos. Un heroísmo que asombró a Europa coincidía con degradantes bajezas, iluminadas por la faz estúpida del rey ‘Deseado’. Un grupo de idealistas alimentó el ilusionismo de Las Cortes de Cádiz (1812), tan hispánico y tan frágil como el de los erasmistas del siglo XVI. Se exportaron entonces los vocablos guerrilla y pronunciamiento; pero también liberal como idea política. Más tarde aparecieron los ferrocarriles: siete años titubearon los gobernantes para aceptar que se los construyeran, aunque a la postre lo hicieron de anchura distinta a la europea para hispanizarlos en algún modo. Durante aquel periodo del siglo XIX no se sabía qué postura adoptar frente al progreso”.

[80] Durante el periodo que extractamos en este capítulo la historia registra, entre otros, el nacimiento del novelista Juan Valera, 1824; los poetas Gaspar Núñez de Arce, 1832 y Rosalía de Castro, 1837; el dramaturgo José Echegaray, 1832; el político liberal P. M. Sagasta, 1825; el pintor Mariano Fortuny, 1838; el escritor E. Renán, 1825 y el político liberal L. Gambetta, 1838, ambos franceses; los novelistas rusos Turguenief, 1818, y Tolstoy, 1828; los filósofos Spencer, 1820, inglés, y Kierkegaard, 1813, danés; el poeta italiano Carducci, 1835; el sabio francés Berthelot, 1827; el naturalista inglés Ch. Darwin, 1809; la reina Victoria de Inglaterra, 1819.

Durante ese periodo fallecieron, entre otros, el poeta italiano Leopardi; los escritores y filósofos alemanes Goethe, Hegel y Fichte; el político, francés Talleyrand; el poeta inglés Byron,

de quien Benedetto Croce escribió: “...siempre irreverente y mordaz contra toda tiranía. Odiaba a los conservadores ingleses, a los clérigos, a los militares, a las guerras, porque no admitía más guerras que las reñidas por la libertad”.

Bolívar inicia la guerra de independencia de los países sudamericanos, y el cura Hidalgo, en México [sic], defiende la abolición de la esclavitud y el reparto de tierras, en 1810. En 1814 la Rusia zarista invade Polonia, y el zar Alejandro, según refiere Thiers, defiende sus derechos en estos términos: “Entre potencias, los derechos son las conveniencias de cada uno. No admito otra cosa. Tengo doscientos mil hombres en Polonia; que vengan a echarme”. Este mismo zar de Rusia fue el principal inspirador de la Santa Alianza, bendecida por el Vaticano. En 1816 Pío VII proclama legítima la soberanía de Fernando VII en España. En 1818 se inicia la navegación a vapor, y en España se inaugura el servicio de coches-diligencia.

[81] Sismondi publica en 1819 *Nuevos principios de economía política*. En 1830 las potencias mundiales reconocen en Londres la independencia de Bélgica, imponiendo su plan a Holanda. Luis Felipe de Orleans es proclamado rey de Francia. Las tropas francesas conquistan Argel.

En Madrid, en 1822, se inaugura la primera línea de tranvías por tracción animal, de la Puerta del Sol al barrio de Salamanca. Se funda en la capital en 1829 el Banco de San Fernando, hoy Banco de España. En 1835, disolución de la Compañía de Jesús y de los conventos con menos de doce religiosos. Asesinatos de curas y frailes en algunas capitales. En el libro de Fernández Almagro *Orígenes del régimen constitucional en España*, al referir que bajo Carlos III ya fueron expulsados los jesuitas, se dice: “Bueno será hacer constar, para cabal inteligencia del suceso que, consultada la expulsión de los jesuitas con nuestro episcopado, cuarenta y seis prelados emitieron informe favorable, contra ocho no más que se mostraron adversos, y seis que se excusaron por diversos motivos”. Y el mismo historiador añade: “La estancia de Napoleón en Chamartín dejó rastros en la *Gaceta*. De entonces datan sus decretos aboliendo la Inquisición, disponiendo la venta de las Obras Pías y la reducción de los conventos a su tercera parte, anticipo de otras medidas acordes de José I, cuales la supresión de todas las órdenes monásticas, adjudicación de sus bienes a la Hacienda pública, abolición del Voto de Santiago y de toda jurisdicción de que, en lo civil y lo criminal, disfrutasen los eclesiásticos”. En 1835 el *Índice* del Vaticano levantó la persecución contra las obras de Galileo, decretada por la Inquisición.

[82] En 1836 es trasladada a Madrid la Universidad de Alcalá de Henares. En 1835 se inventa la fotografía y en 1836 el telégrafo eléctrico. En 1836 se inaugura en París el Arco de Triunfo. La condesa de Montijo se instala, en esta capital con sus dos hijas, una de las cuales será emperatriz de los franceses. En Barcelona es fusilado ese año Ramón Xaudaró, defensor de la República federal. En Londres es coronada la reina Victoria. En 1840 se crea la primera línea de barcos a vapor. En 1847 se funda en Madrid la Velada, centro cultural de artesanos y proletarios, transformado más adelante en El Fomento de las Artes. El alemán Fernando Lassalle, uno de los fundadores del socialismo alemán publica el libro *¿Qué es una Constitución?*

[83] *Un Pablo Iglesias madrileño*

El 24 de agosto de 1825 fue ahorcado en la plaza de la Cebada el regidor municipal Pablo Iglesias. Llegó hasta el final con valor sereno y digno. Al colocarle el ropaje con el cual era

conducido al suplicio, exclamó: “Venga túnica. Reputo el saco como una vestidura de gala y el gorro como una corona de laurel”. En el libro *Historia y estampas de la Villa de Madrid*, de Federico Sainz de Robles, al pie de una fotografía, página 547, aparece la siguiente referencia: “Don Pablo Iglesias, regidor de Madrid en 1822. En las revueltas a media voz y a media luz del café de Lorencín y de la Cruz de Malta tomó parte muy activa este militar moreno, de patillas negras y de ojos sagaces”.

Amigo de Agüero y de Riego en el periodo constitucional, disciplinó la Milicia Nacional infundiéndole un espíritu inexorable contra el riesgo absolutista. Madrid le eligió regidor, y él supo combinar la vara de alcalde y el sable de capitán. Llegó la hora mala. O la hora negra. Y le llegó a él. Con magnífico estoicismo, que para sí hubieran querido Riego y Agüero, supo vivirla. A él le ahorcaron, pero él dejó perfectamente definido el dilema: “libertad o muerte”.

Dos ferrolanos

El enfrentamiento con Pablo Iglesias es curioso, y eso sí que parece predestinación. Es enfrentamiento, porque Pablo Iglesias está detrás de los dirigentes sindicales que han luchado más intensamente —en 1917— por el hombre español. Como fundador del Partido Socialista Obrero cuando sólo tenía veintiocho años —fue el segundo partido socialista fundado en el mundo, tras del alemán— dedica toda su vida, primero, al Partido solamente, después al Sindicato que crece a su sombra, a la tarea abnegada de despertar a un pueblo poco responsable.

Pablo Iglesias ha nacido también en El Ferrol, y en el momento en que los hombres que él ha formado se enfrentan con Francisco Franco, se juega el primer *round* de un combate que tendrá continuación en 1936. Combate en el que juegan sus dos concepciones tan distintas de la vida y que no es seguro que haya terminado.

Pablo Iglesias Posse nace en El Ferrol, igual que Francisco Franco Bahamonde, pero él era hijo de un hombre sin familia, Pedro de la Iglesia Expósito, y su madre fue sirvienta en la ciudad natal de ambos. Pertenece a la más baja extracción social, a diferencia de los Franco.

Su padre muere pronto. Su madre los llevó —tenía un hermano— a Madrid, donde les espera un pariente que puede ayudarles. Pero cuando llegan ha muerto.

En Madrid fue al Hospicio y trabajó de aprendiz en la imprenta que allí tenían. Aquello no era precisamente una academia donde se aprende a mandar, ni se sabe nada de tradiciones más o menos brillantes. Tiene una vida durísima, pasa hambre, ayuda a su madre, a la que adora. Su único hermano muere tuberculoso, muy joven. También es un hombre sin vicios: no bebe, no fuma, es sobrio en la mesa, sólo se le conoce un amor, del que no tiene hijos.

Y eso explica también, por las mismas razones posiblemente que en Franco, su apego a una disciplina que le llene la vida. También [85] Pablo Iglesias necesita, como Francisco Franco, un mundo de entrega en el que sumergirse, una disciplina física y moral que le arrolle incluso sentimentalmente.

Pero Iglesias elige el amor y no la guerra. Elige al hombre y no la gloria. Pablo Iglesias funda el Partido Socialista jovencísimo; es —como Franco en el ejército— el más joven jefe de un Partido Socialista en la historia de los movimientos sociales del mundo. Lucha por el hombre,

que es también por si mismo y por los que son como él. Pablo Iglesias trabaja en una imprenta, cuida de su madre, y tiene tiempo, por las noches, en cualquier rato perdido, para estudiar, entre otras cosas, economía política y francés. Llega a dominar este idioma de tal manera y tan joven, que a través de textos franceses es como se pone al día de los movimientos sociales, como entra en la corriente que se lleva, por fin, la vieja pasividad de la clase obrera.

Franco no sabrá jamás un idioma distinto, no se pondrá en contacto con nada que no sea su carrera. Cuando ambos tienen veintiocho años –Pablo Iglesias cuarenta y dos años antes que Francisco Franco, también este dato es importante, porque todavía era más difícil conseguirlo para un obrero–, el trabajador habla francés, y discute de economía, mientras que el oficial desconoce cualquiera de esas disciplinas. Franco entonces quiere guerrear, y Pablo Iglesias regenerar a la clase obrera, salvándola de su situación desesperada. Porque Pablo Iglesias es un hombre repleto de curiosidad, mientras que Franco no tiene ninguna, posiblemente a causa de su poca imaginación.- Luis Ramírez, de *Francisco Franco: historia de un mesianismo*.

[86] *Triunfos y desventuras de Espartero*

Muerto Fernando VII, declarada heredera del trono su hija Isabel II, bajo la regencia de su madre, María Cristina, el hermano de Fernando, Carlos María Isidro, se lanzó a la guerra civil contra su sobrina. España comenzó a ser un río de sangre. Alrededor del trono de la niña reina se agruparon los liberales, y al lado de Carlos se batieron los partidarios del fanatismo religioso, los enemigos de la libertad. España en dos mitades. Pero María Cristina no jugaba limpio. Estaba atenazada por problemas de índole personal, temiendo estallaran a la luz del día. Enamorada de un militar sin estrellas de su escolta, un guapo mozo, semanas después del fallecimiento del rey se entregó a Fernando Muñoz, con el cual comenzó a tener hijos hasta que, en secreto, contrajo matrimonio al margen de sus deberes constitucionales.

Cuando pasaban tranquilamente el verano de 1836 en el palacio real de La Granja, los sargentos de la guarnición se sublevaron; el marido huyó como pudo para no ser descubierto, y Cristina firmó cuanto le exigieron los militares: restablecimiento de la Constitución de 1812, con todas las libertades inherentes a la misma. El 13 de agosto de 1836, como consecuencia, cambiaba la política, subían al Poder los progresistas con un Gobierno presidido por Calatrava, y triunfaba en Bilbao, el 31 de diciembre siguiente, el general Baldomero Espartero, derrotando a los carlistas y cubriéndose de gloria. Hubo nueva Constitución liberal en 1837, aunque por poco tiempo. Mendizábal en el Poder –1836-37– llevó a cabo la secularización de los bienes de la Iglesia, medida que de haberse orientado acertadamente hubiera cambiado los fundamentos económicos del país. Fueron desamortizadas 143.536 fincas de la Iglesia; 5.074, del Estado, 31.993 de los Ayuntamientos y otras corporaciones. Con la desamortización quedó debilitada la guerra carlista. Los católicos adquirentes de esos bienes por cuatro [87] cuartos no estaban dispuestos a perderlos, entregándoselos de nuevo a la Iglesia si triunfaba el carlismo. Se hicieron liberales, prendidos con alfileres.

Nacido en Madrid el 34 de marzo de 1809, el 13 de febrero de 1837 se suicidó en su hogar madrileño el escritor satírico Mariano José de Larra, cuando tenía un nombre reconocido en la república de las letras. Al dar sepultura a su cadáver, se reveló como poeta José Zorrilla. Los

restos de Larra fueron trasladados al Panteón de Hombres Ilustres el 35 de mayo de 1903. Dejó tres hijas, una de las cuales, doña Baldomera, dio mucho que hablar en sus tiempos. Larra mantenía relaciones amorosas con una mujer casada, que se negó a continuarlas, pegándose un tiro, despechado. Años después, la escritora Carmen de Burgos, *Colombine*, descubrió cómo se llamaba la mujer por cuyos amores se suicidó Larra.

Entretanto, la estrella del general Espartero, en su ofensiva contra las tropas carlistas, seguía consolidándose. En 1839 puso fin a la guerra civil —un final más aparente que real— con los abrazos de Vergara entre los soldados de ambos bandos. Sus triunfos militares le llevaban a ser el eje de la vida política futura de la nación. El conflicto entre la Gobernadora y el general Espartero estalló al pretender éste que la reina no sancionara la ley de Ayuntamientos aprobada por las Cortes. Firmó el 16 de septiembre de 1840 y el general, secundado por el pueblo, se lanzó al asalto del Poder, que le entregó María Cristina, renunciando a la regencia el 13 de octubre, dejando sus dos hijas en poder del nuevo gobernante —para no perder el trono—, y saliendo de España, dispuesta a regresar tan pronto como Espartero dejara de ser el ídolo del pueblo, ídolo de barro, como veremos. En su libro *Espartero o el general del pueblo*, el conde de Romanones dice que “poseía la soberbia de los humildes, que es la más tenaz de [88] las soberbias”. Carecía de cultura y no sintió interés por los problemas sociales, que en Cataluña comenzaron a ser serios, tropezando allí con graves conflictos, que le desacreditaron rápidamente. A pesar de todo, fue regente de España y hubiera podido ser rey si hubiese querido. En 1841, en las Cortes liberales, presididas por Agustín Argüelles, hubo tres diputados partidarios de la República. Era un síntoma.

Retrasada y sin cultura

A los trece años, siendo aún una niña sin preparación para la vida social y política que estaba llamada a representar, prestó juramento en el Senado Isabel II, farsa a la que se prestaron todos los políticos, esperando poder aprovecharse de la nueva situación. El conde de Romanones, monárquico hasta el fin de su vida, dibujó a la reina del siguiente modo:

“Isabel resultaba una retrasada; apenas si sabía leer con rapidez; la forma de su letra no era elegante, sino la propia de las mujeres del pueblo; sentía horror por el idioma francés, hasta el punto de que resultaban vanos los esfuerzos de su madre y profesores por enseñárselo; de la aritmética, sólo conocía la primera regla, siempre que los sumandos fueran sencillos; su sintaxis, mediana; la ortografía, peor aún, y hasta en el manejo de la aguja, afición principal de la mujer española, con dificultad daba algunos puntos de calceta. Odiaba la lectura. Resultaba perezosa, pues nunca la enseñaron a trabajar ... Su actitud en la mesa era deplorable”.

Isabel II fue reina de España desde 1845 a 1868. Nada de extraño tiene que durante ese vergonzoso periodo pasaran por la Cámara real más de treinta Gobiernos. Pocos días después del juramento, el 38 de diciembre, Salustiano Olózaga, jefe del ministerio que había organizado la coronación, obtuvo de Isabel la firma disolviendo las Cortes. Era lo natural, ya que nacía un nuevo reinado. La camarilla palaciega, enemiga del liberalismo, inventó que la reina había firmado a la fuerza. Hubo escándalo parlamentario, con caída de Olózaga y elevación del general Narváez, que en su juventud había sido liberal constitucionalista, emigrado por temor a Fernando VII. Una traición más al pueblo español. Romanones cree que de este característico episodio deriva la caída de los Borbones, y tal vez tenga razón, como la tiene cuando escribe:

[90] “¡Pobres hombres políticos de todos los tiempos que sueñan con una gratitud que nunca llega como premio a sus afanes!”. El conde hablaba por experiencia, conociendo al dedillo el terreno que había pisado durante medio siglo. Isabel contrajo matrimonio con un primo suyo y desde el primer instante montó su camarilla, frente a la que sostenía el rey Francisco, ambas en perpetua guerra. A qué extremo llegaron las liviandades cometidas por Isabel II, separada públicamente del rey consorte, que su madre le escribió: “... Debéis volver a la paz matrimonial, para evitar críticas acerbadas. Esto es muy conveniente para la tranquilidad del pueblo español”. Isabel no hizo caso ni a su madre.

Durante el reinado de Isabel II nacieron, entre otros escritores, Benito Pérez Galdos, 1845; Leopoldo Alas, 1852; Armando Palacio Valdés 1853; Jacinto Benavente, 1866; los franceses Romain Rolland, Edmond Rostand y R. Bergson. G.B. Shaw, irlandés; M. Maeterlinck, belga. Fallecieron en ese periodo Francisco Martínez de la Rosa, escritor y político, 1863; Cavour, estadista italiano, 1851; el príncipe de Mettemich, estadista austríaco, 1859, uno de los promotores de la Santa Alianza formada para combatir a Napoleón; el presidente de Estados Unidos, asesinado en 1865, Abraham Lincoln.

En febrero de 1848 surgió en Francia la revolución, perdiendo el trono Luis Felipe de

Orleans y proclamándose la República, que tuvo a su frente un grupo de idealistas sin conexiones entre sí. Surgió una revuelta, en París, con muertos, encarcelados y deportados, y Napoleón III fue proclamado presidente de la República. Al socaire de la revolución de 1848, Pierre Leroux, diputado por París, defendió en el Parlamento la reducción de la jornada de trabajo, que era de catorce horas. Este pensador, iniciador de propuestas de carácter utópico, tuvo que emigrar como tantos otros, huyendo del régimen implantado por Napoleón e instalándose en la isla de Jersey, junto a Víctor Hugo, de quien fue gran amigo. De Pierre Leroux es la siguiente definición: “Lo que en el [91] mundo se llama Francia no es más que una vasta empresa comercial formada por ciento noventa y seis mil jefes de familia que anualmente ponen en movimiento a treinta y cuatro millones de hombres, mujeres y niños, sacando una renta de nueve mil millones de francos y a los cuales paga poco más de cinco mil millones en concepto de salarios”.

En diciembre de 1851, golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, que mediante el plebiscito de 1852 instauró el imperio en Francia y se proclamó emperador. En 1858 fue objeto de un atentado que costó la vida al anarquista Orsini; en 1867 sufrió otro atentado, dirigido también contra el zar Alejandro II. En 1862 Guillermo I de Prusia entrega el Gobierno a Bismarck y se avencinan malos días para el Socialismo alemán. En 1863 Lassalle funda la Asociación General de Obreros Alemanes, en defensa del sufragio universal. En 1865, Congreso obrero en Barcelona, con delegaciones de cooperativas y mutualidades, creando una Federación, cuyo órgano fue *El Obrero*. Ni la Federación ni el periódico tuvieron vida tranquila. En 1866 Congreso obrero en Baltimore: “La primera y gran necesidad presente para liberar a los trabajadores de este país de la esclavitud capitalista es la promulgación de una ley según la cual la jornada de trabajo deba ser de ocho horas en el Estado de la Unión Americana. Estamos decididos a poner todo en marcha hasta conseguir ese resultado”.

Algunas de las obras publicadas en el decenio 1850-1861: *Fuerza y materia*, de L. Buckner; *La Cabaña del tío Tom*, de H. Beecher-Stowe; *El Origen de las especies*, de Darwin; *La democracia, el Socialismo y el comunismo, según la filosofía de la Historia*, de Eugenio García Ruiz.

Este país es un presidio rebelado. Hay poca instrucción y poca moralidad; no falta ingenio natural y sobra desvergüenza y audacia.- Juan Valera.

[92] Los sucesos de Loja

En 1857 se organizaron partidas formadas por obreros sin trabajo en los alrededores de Utrera, Arahal y otros pueblos sevillanos, que fueron exterminadas en la serranía de Ronda. El 28 de noviembre de ese año nació en Madrid el príncipe de Asturias, Alfonso XII. En 1858 se inicio en Asturias la producción metalúrgica de la empresa Duro, establecida en La Felguera, que llegó a tener importancia en la región. El Ateneo de Madrid, instalado en 1860 en la calle de la Montera, abrió un curso con el tema "La idea del progreso", en el que intervino Castelar con un discurso que electrizó al público. El 27 de junio de 1861 comenzó la sublevación campesina organizada principalmente por Rafael Pérez del Álamo, albéitar en Loja, donde nació en 1829, que se extendió a Montefrío, Priego, Rute, Alhama, Antequera y Archidona. Desde el primer instante dominaron en Loja, patria del general Narváez, instalando el cuartel general en su palacio. En el manifiesto invitando a la lucha se imponía el respeto a la vida humana y el lema “Pena de muerte

al ladrón”. Se batían por la libertad, no por el botín. “Tened presente –se decía– que nuestra misión es defender los derechos del hombre, tal como los preconiza la prensa democrática, respetando la propiedad, el hogar doméstico y todas las opiniones”. Se trataba de un movimiento republicano y liberal, con pocas gotas sociales. Gobernaba el general O'Donnell, quien envió contra los sublevados sin armas una columna mandada por un brigadier, que detuvo a cerca de seiscientos rebeldes, de los cuales fueron condenados a muerte seis, cuatrocientos marcharon a presidio a Femando Poo, diecinueve fueron condenados en rebeldía, y, el resto, absueltos. Pérez del Álamo falleció en Arcos de la Frontera el 17 de enero de 1911.



De Prim a Amadeo de Saboya

La revolución de septiembre de 1868, "La Gloriosa", no se hizo para traer la República, sino para destronar a Isabel. El odio contra los Borbones era la única divisa de aquellos hombres, que ni siquiera estuvieron de acuerdo sobre la persona que habría de ocupar el trono en España. Los republicanos agotaron en las Cortes todos los procedimientos para impedir la elección de Amadeo de Saboya; pero hicieron algo más que pronunciar discursos: se levantaron en armas, como volvieron a hacer, triunfante la República. No triunfaron porque no pudieron. Ningún historiador ha acusado al rey Amadeo de inconstitucional. Por el contrario, Amadeo conoció a los españoles como ambiciosos intrigantes antes de prestar juramento. La comisión de diputados que, en nombre de las Cortes fue a Florencia a ofrecerle la Corona, dio el triste espectáculo de querer conquistar la voluntad del rey intrigando unos contra otros, preparándose el porvenir deslealmente. Amadeo llegó a Madrid cuando acababa de ser asesinado el general Prim, el defensor de su candidatura. La Iglesia, de acuerdo con el Vaticano, mantenía hostilidad implacable contra la Casa de Saboya, acusándola de liberal y masónica. La aristocracia se negó a servir a los reyes, dejando sin coladuras los balcones de sus palacios al paso de la comitiva real. Tres capitanes generales, siete tenientes generales y varios grupos de militares se negaron a prestar juramento de lealtad al nuevo régimen.

En la Constitución del 69 se reconocía por primera vez la libertad de asociación y de reunión. En enero de ese año, en el interior de la catedral de Burgos, fue asesinado el gobernador civil cuando intentaba inventariar las joyas existentes en la misma. No se trataba [94] de incautarse de ellas, sino de evitar que desaparecieran fraudulentamente. Contra los planes de Prim, favorables a escoger un rey para regir los destinos de España, Castelar pronunció un discurso muy violento, replicándole Prim: "Si es difícil hacer un rey, más difícil es hacer una República en un país donde no hay republicanos. Mientras yo viva no habrá República en España". Otra frase de Prim que caracterizaba al personaje y la situación de España: "Yo mando el ejército". Siendo ministro de la Guerra, el 22 de febrero de 1869, desde el banco azul, dijo: "Es tal la convicción que tengo de que la dinastía de los Borbones se ha hecho imposible en España, que no vacilo en decir que no volverá jamás, jamás, jamás. ¿Restablecer el trono en don Alfonso de Borbón? ¡Qué delirio! ¡Imposible! Yo no tengo para qué pararme en demostrar esa imposibilidad, pues tengo la convicción más profunda de que, no ya las Cámaras constituyentes, no ya sólo el Gobierno provisional, España entera, con cortas excepciones, dice lo que yo: ¿Restablecer la dinastía caída? Imposible, imposible, imposible!". El 18 de junio de 1869 Prim pasaba a ocupar la jefatura del Gobierno, cargo que desempeñaba el 27 de diciembre de 1870, cuando fue asesinado en la calle del Turco, después Marqués de Cubas, al salir del Congreso para dirigirse al ministerio de la Guerra. El general Juan Prim nació en Reus el 6 de diciembre de 1814. Fue diputado por Tarragona en 1841 y votó la regencia de Espartero, pero en 1843 contribuyó a su derrocamiento. Su ficha es muy incierta, hasta llegar a la cúspide, a veces arriesgando su vida. Pérez Galdós dibuja a Prim así: "Era de un cuerpo pequeño, de carácter francote y comunicativo, cetrino de [95] color, escaso de bigote y barba, el habla durísima, gorda, catalana. Era valiente,

audaz y simpático”. Por su parte, Romanones, en *Sagasta o el Político*, escribió: “La desaparición de Prim envolvió el fracaso de la revolución de septiembre. Si Prim no hubiera muerto en aquellos días, ni la República, aunque efímera, figuraría en la historia de España, ni los Borbones se hubieran vuelto a sentar en el trono de San Fernando”. Pero el general Prim fue asesinado. ¿A quién favoreció esa muerte? ¿Quiénes estuvieron complicados en ella? Romanones insinúa la posibilidad de que en el atentado estuviera complicado el general Serrano, regente de España durante ese periodo, partidario de que la Corona recayese en el duque de Montpensier, en cuyos planes intervenía su esposa de modo ostensible.

Sin poderlo probar, la mayoría de los historiadores da por cierto que uno de los que intervinieron en el asesinato de Prim fue José Paul y Ángulo, nacido en Jerez de la Frontera el 13 de octubre de 1843, muy compenetrado con Prim en la emigración, su mayor enemigo desde que se pronunció en favor de la instauración de la monarquía. Sus ataques contra Prim fueron feroces, implacables. Como el ministro no podía batirse con él, lo hizo otro personaje político de mil colores, Felipe Ducazcal, quien, en duelo fue herido en una oreja. Paul y Ángulo huyó de España, sin que jamás se le pudiera probar nada. Natalio Rivas, en su libro *Retazos de Historia* afirma que “fueron a parar a Buenos Aires Paul y Angulo y el cura Enrique Romero Jiménez, y allí llegaron a contender con furia tan desatada que tuvieron que batirse a pistola, en cuyo duelo resultó muerto el cura excomulgado”. Este cura, con Paul y Angulo, y Fermín Salvochea, hicieron frente, con las armas en la mano, en tierras de Andalucía, al Gobierno provisional nacido de la revolución septembrina. ¿Qué explicación pueden tener estos odios tan feroces entre españoles? Con razón dijo el rey Amadeo alguna vez: “¡Qué casa de locos es España!”

La vida de Paul y Angulo hace pensar si estaría en su sano juicio. Por ejemplo, el 6 de febrero de 1780, según acta oficial de la Alianza de Bakunin, Sentiñón, anarquista, presentó a Paul y Angulo como afiliado. Otra intervención absurda del mismo sujeto: en la página 379 de la *Correspondencia* de Federico Engels con el matrimonio Lafarge, figura una carta en la que éste informa a Engels de que Paul y Angulo ofrece cinco millones de francos para fundar un diario socialista en París. Hasta el final de su vida es un misterio, aunque algunos piensan que la causa de su fallecimiento, en París el 23 de abril de 1882, fue un duelo a muerte.

Harto de sufrir desaires de toda índole, de no poder evitar que los hombres políticos se destrozaran en peleas absurdas, como refiere en el documento que dirigió a las Cortes de España, Amadeo de Saboya renunció al trono, con fecha del 11 de febrero de 1873, y regresó por barco a su país, falleciendo en Turín en 1889. Las relaciones de Ruiz Zorrilla con Amadeo no fueron un modelo de cordialidad. Analizándolas cabría pensar que si Ruiz Zorrilla se habría convencido de la necesidad de implantar la República. Albornoz habla de él en los siguientes términos: “en la histórica sesión del 11 de febrero fue Ruiz Zorrilla de los que más se opusieron a la proclamación de la República: “Me retiro a mi casa. Mi partido me eligió jefe y los que están aquí fuera pueden seguir el rumbo que tengan por conveniente. Auguro graves males a mi patria”. Proclamada la República en la Asamblea Nacional, por 258 votos contra 52, los triunfantes tuvieron excepcional interés en atraerse a Ruiz Zorrilla, sin conseguirlo. Véase cómo da cuenta Albornoz de la caída de Amadeo y del triunfo de la República: “En sus funerales, en que no faltaron oraciones grandilocuentes, la travesura de Rivero dio a España, por sorpresa, la República, una república mientras se encontraba otro rey, ya que no era fácil hallarlo al doblar una esquina. Una República

nacida de la agonía de la revolución, a cuyo bautismo asistieron escépticos, con los blandones funerarios encendidos, los futuros palafreneros de Alfonso XII. Los monárquicos de ayer y de mañana entregaban a los republicanos una República muerta para que ensayasen en ella sus teorías. Hasta los más lerdos se disponían a ser cortesanos de la Restauración”. ¡Cuánto exagera Albornoz para disculpar a sus correligionarios! Fueron los republicanos los que mataron la República, hasta el punto de que el general Pavía no se decidió a proclamar la Monarquía, y hubo Gobierno republicano mientras no se sublevó en Sagunto el general Martínez Campos. Pero Albornoz mismo, en su libro *Páginas del destierro*, llega a rectificarse en los siguientes [98] términos: “Y si la hazaña de Martínez Campos en Sagunto resulta tan fácil es porque hay una opinión ganada por el cansancio y el escepticismo, que sólo anhela el orden y la paz; es que el movimiento revolucionario de septiembre ha fracasado y que la revolución está muerta”. En otra parte Albornoz dice más: “Es que en España nunca ha habido mayoría republicana”.

[99] *De Figueras a Salmerón*

Vino la República el 11 de febrero de 1873 por el voto de unas Cámaras elegidas para servir a la Monarquía de Amadeo. He aquí un párrafo del discurso de Castelar anunciando el nuevo régimen:

“Aquí el Partido republicano no reivindica la gloria que hubiera sido para él haber destruido la Monarquía. No os echéis tampoco en cara la responsabilidad de este momento. No; nadie ha destruido la Monarquía en España, nadie la ha matado. Yo, que tanto he contribuido a que este momento viniera, yo debo decir que no siento en mi conciencia el mérito de haber concluido con la Monarquía. La Monarquía ha muerto sin que nadie, absolutamente nadie, haya contribuido a ello más que la Providencia divina. Señores: con Fernando VII murió la monarquía tradicional, con la fuga de Isabel II, la Monarquía parlamentaria; con la regencia de don Amadeo de Saboya, la Monarquía democrática. ¡Nadie ha acabado con ella! Ha muerto por sí misma. ¡Nadie trae la República! La traen todas las circunstancias; la trae una conspiración de la sociedad, de la naturaleza y de la historia. Señores: saludémosla como el sol que se levanta por su propia fuerza en el cielo de nuestra patria”.

La República, en efecto, fue votada por diputados y senadores el martes 11 de febrero de 1873. Elegido Estanislao Figueras presidente de la República, formó Gobierno conservando cuatro ministros de los que habían servido al rey Amadeo. Sin dar explicaciones, y al ver que las cosas marchaban como él había pensado, tomó el tren y se plantó en París. Ha de advertirse que Figueras tenía tradición republicana, elegido diputado desde 1856 y temido en el Parlamento por sus cualidades personales. Regresó de Francia cuando vio en peligro el régimen; pero su actuación final, lejos de salvarle, contribuyó a hundirle más, al unirse a los diputados que derrotaron a Castelar. Nació en Barcelona el 13 de noviembre de 1819 y falleció en Madrid el 11 de noviembre 1882. Le sustituyó Pí y Margall, y [100] seguidamente ocupó tan alto sitio Salmerón, tan austero como sus antecesores, filósofo eminente. En Cartagena había estallado el movimiento cantonal y los Gobiernos de la República y los generales que conspiraban por la Monarquía eran impotentes contra las violencias de los cartageneros, acaudillados por un intelectual de nombradía, Roque Barcia, y por un hombre del pueblo, Antonio Gálvez Arce, que habían abandonado los escaños parlamentarios para empuñar las armas contra la República unitaria, con la bandera “¡La Federal

o la Muerte!”. En agosto ardía Cartagena y ardiendo estuvo hasta después del golpe de Estado del general Pavía. ¿Pudo reprimir Salmerón el movimiento cartagenero? Indudablemente pudo hacerlo, si hubiera aceptado firmar varias sentencias de muerte e impuesto la disciplina en el ejército. Pero Salmerón era un filósofo más que un político. He aquí sus trágicas declaraciones el 4 de septiembre de 1873: “Elegido por la mayoría de esta Asamblea al frente del Gobierno, me encuentro con que esta mayoría, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan con mi conciencia; yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo, y no puedo continuar siendo Gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de prescindir de muchos principios de nuestro partido. Reconozco la necesidad, pero yo no quiero ser el ejecutor de ella, porque durante toda mi vida me he opuesto a la existencia de esa pena en el Código”. Seguro que Salmerón, antes de pronunciar esas palabras, fatales para la República, consultó lo que debía hacer en ese caso de conciencia con Giner de los Ríos, acomodándose gustosa mente a su criterio.

[101] *Pí y Margall, presidente*

El 11 de junio de 1873, forzado por una situación comprometida para el nuevo régimen, a la que no fue ajeno desde el ministerio de la Gobernación, ocupó la presidencia de la República Francisco Pí y Margall, nacido en Barcelona el 29 de abril de 1824 y fallecido en Madrid el 29 de noviembre de 1901. De su discurso de presentación del Gobierno es el presente texto: “Venimos a salvar la cuestión del orden público, a hacer que todo ciudadano, sin distinción de clases, doble la cabeza bajo el imperio de las leyes. Nuestro programa, hoy por hoy, es salvarla República”. ¡A los cuatro meses de vigencia, salvar la República y antes de un mes ya había abandonado el Poder! Pí y Margall reorganiza el Gobierno, inclinándose hacia la derecha, temeroso de los desplantes de sus amigos, precisamente la fracción extremista de la Cámara, decididos a imponer el sistema federativo de abajo a arriba, sin esperar a la Constitución, sin atenerse a la legalidad. Buen número de diputados desertaron del Parlamento para sublevar media España, especialmente Andalucía y Levante.

Albornoz refiere así la etapa gubernamental de Pí y Margall: “En Alcoy se producen gravísimos sucesos de carácter anarquista; son quemadas varias fábricas; es asesinado el alcalde; las turbas, dueñas de la población, se entregan a todo género de violencias, causando mas de treinta víctimas. El fuego de la insurrección prende en casi toda Andalucía. Sevilla se declara constituida en Estado independiente; en Sanlúcar se forma un Comité de Salud pública; Cádiz sigue el ejemplo de Sevilla, y Málaga el de Cádiz. Estalla el movimiento cantonal de Cartagena. ¿No estamos viendo la reproducción de los sucesos de Sevilla, a los pocos días de haberse implantado la República del 14 de abril, cuando el Gobierno de Alcalá-Zamora tuvo que ordenar cañonear la casa de Comelio? Sin duda hubo excesos de la fuerza pública en Sevilla, como los habría en Alcoy. Lo damos por descontado. El origen [102] es el que hay que buscar. ¿Tanta prisa corría implantar la Federal el 73? ¿No podían aguardar los desmandados de Sevilla en 1931, cuando habían soportado un régimen abominable durante varios años sin moverse?”.

Del libro de Pí y Margall *La República de 1873* tomamos lo que sigue: “Han sido tantas mis amarguras en el Poder que no puedo codiciarle. He perdido en el Gobierno mi tranquilidad, mi

reposo, mis ilusiones, mi confianza en los hombres, que constituía el fondo de mi carácter. Por cada hombre leal he encontrado diez traidores, por cada hombre agradecido, cien ingratos; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos”. En su domicilio madrileño, un sacerdote que le visitó disparó dos veces contra él, sin herirle. Estaba loco, y se suicidó después. En 1890 empezó a publicar en Madrid *El Nuevo Régimen*, donde escribió: “Reniego de la República si el general Weyler ha de traerla atada a la cola de su caballo”. Era una réplica a gestiones de otros republicanos favorables a un golpe militar, sueño que mantuvieron varios años. En esos juicios contra Weyler coincidió Pablo Iglesias públicamente.

El federalismo tuvo otro hombre excepcional, Eduardo Benot, nacido en Cádiz el 22 de noviembre de 1822 y fallecido en Madrid el 2 de agosto de 1907. Diputado y senador, ministro de Fomento con Pí y Margall, fundó el Instituto Geográfico y Estadístico, y fue autor de la única ley de carácter social elaborada durante el breve periodo republicano. Hombre de ciencia, poeta, escritor, orador, académico de la Española, su intensa vida estuvo consagrada a los humildes. Colaboró en los extraordinarios de la prensa socialista. La Agrupación Socialista Madrileña obtenía gracias a él los poderes que exigía la ley electoral para poder presentar candidatos en las elecciones por la capital de España. A su entierro acudieron cuantos socialistas lo supieron a tiempo –Pablo Iglesias, ausente de Madrid, envió desde El Escorial un telegrama de pésame a la familia Benot publicándose en *El Socialista* de aquella semana un artículo necrológico escrito por Matías Gómez Latorre.

[103] *Emilio Castelar, orador*

¿Ha habido un político español que desde sus primeras actuaciones levantara las oleadas de entusiasmo que Emilio Castelar? Absolutamente ninguno. He aquí el final de un discurso suyo de carácter histórico:

“Pues bien, yo le dio a su señoría que hay épocas, muchas épocas en nuestra historia de la Edad Media, en que España no ha sido nunca, absolutamente nunca, una nación intolerante, como el señor Manterola supone. Pues qué, ¿hay, por ventura, en el mundo nada más ilustre, nada más gran de, nada más digno de la corona material y moral que lleva, nada que en el país esté tan venerado como el nombre ilustre del inmortal Fernando III el Santo? ¿Conoce el señor Manterola algún rey que pueda ponerse a su lado? Mientras su hijo conquistaba Murcia, él conquistaba Sevilla y Córdoba. ¿Y qué hacía, señor Manterola, con los moros vencidos? Les daba el fuero de sus jefes, les permitía tener sus mezquitas, les dejaba sus alcaldes propios, les dejaba su propia legislación. Hacía más: cuando era robado un cristiano, al cristiano se devolvía lo mismo que se le robaba; pero cuando era robado un moro, al moro se le devolvía doble. Esto tiene que estudiarlo el señor Manterola en las grandes leyes en los grandes fueros, en esa gran tradición de la legislación mudéjar, tradición que nosotros podríamos aplicar ahora mismo a las religiones de los diversos cultos el día que estableciésemos la libertad religiosa y diéramos la prueba de que, como dijo Madame De Stael, en España lo antiguo es la libertad, lo moderno el despotismo. Me decía el señor Manterola que renunciaba a todas sus creencias, que renunciaba a todas sus ideas si los judíos volvían a juntarse y volvían a levantar el templo de Jerusalén. Pues qué, ¿cree el señor Manterola en el dogma terrible de que los hijos son responsables de las culpas de sus padres?

¿Cree el señor Manterola que los judíos de hoy son los que mataron a [104] Cristo? Pues yo no lo creo. Y soy más cristiano que todo eso; yo creo en la justicia y en la misericordia divina. Grande es Dios en el Sinaí: el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y, sin embargo, diciendo: ‘Padre mío, perdónalos; perdona a mis verdugos; persona a mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen!’ Grande es la religión del poder; pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable; pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo en nombre de esta religión; yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedirlos que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa; es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres”. 13 de abril de 1869. Discurso de Castelar contra Manterola en defensa del artículo 21 de la Constitución, que trataba de la libertad de conciencia.

El periodo ministerial de Emilio Castelar fue sencillamente trágico: guerra de Cuba, carlistas, alfonsinos, federales, internacionalistas, todos hicieron la vida imposible al Gobierno, que hubiera podido mantenerse en el Poder sin ir a las Cortes, disolviéndolas y buscando en los comicios la solución a tan graves problemas; pero, cumpliendo sus promesas, se presentó ante el Parlamento el 2 de enero de 1874, día fatídico para la libertad, porque su derrota parlamentaria iba a llevar envuelta la invasión del Congreso de los Diputados por las tropas del general Pavía. Salmerón presidía la Cámara cuando Castelar se sentó en el banco ministerial, y abandonando su alto sitio, se lanzó al ataque contra el Gobierno. Unidos estuvieron contra Castelar los tres ex presidentes de la República. No lo estaban, en cambio, para sustituirle y formar una base gubernamental. Tenían fuerza para destruir [105] y lo hicieron, pero no eran capaces de crear y de nuevo trajeron la monarquía. Cuando a Castelar le increparon algunos federales, gritando:

-¿Qué has hecho con la República?

-La habéis enterrado en Cartagena, respondió el jefe del Estado.

Porque en pie estaba aún el cantón de Cartagena, sin que las fuerzas gubernamentales hubieran podido dar fin a la sublevación. Derrotado Castelar por 120 votos contra 100, los diputados tardaron varias horas en ponerse de acuerdo acerca de cuál habría de ser el sucesor. Estaban designando a Palanca, cuando Salmerón recibió un aviso del general Pavía invitándole a que disolviera el Congreso de los Diputados. Fue entonces cuando éstos decidieron rectificarse y otorgar a Castelar todos los poderes. Regresó al banco del Gobierno y protestó contra la violencia de que era objeto el Parlamento.

“Aquí estoy de nuevo –dijo desde la cabecera del banco ministerial–, con más valor y decisión que antes, porque no acostumbro a rehuir responsabilidad alguna. Yo he reorganizado el ejército, sí, pero lo he reorganizado no para que se volviese contra la legalidad, sino para que la mantuviera. Yo, señores diputados, no puedo hacer otra cosa que morir aquí el primero con vosotros”.

Era tarde para todo. Salmerón y Castelar, cada uno en su puesto, fueron los últimos en salir de la Cámara. La mayoría de los diputados se dispersaron por los pasillos al oír los primeros disparos. Castelar marchó a pie a su domicilio, negándose a ser protegido por las autoridades

sublevadas. Salmerón acudió al Tribunal Supremo reclamando la nulidad del golpe de Estado, sin obtener resultado alguno. La República se extinguía como había nacido, sin intervención del aura popular. Castelar fue el primer republicano que consiguió acta de diputado con la Restauración. En 1888 disolvió su partido, aceptando la monarquía la mayor parte de sus amigos. El no lo hizo, pero fue un puntal para Sagasta, ayudándole a sacar adelante algunas leyes de tendencia liberal. Hasta el fin de su vida escribió, habló y actuó con sus propias ideas, sin mantener [106] apenas relaciones políticas con las otras fracciones republicanas, casi siempre, a su vez, divididas. Su último discurso lo pronunció el 26 de abril de 1897 en Cádiz, donde había nacido. Falleció en 1899, sin llegar a conocer América, donde habría alcanzado triunfos resonantes. Castelar llevaba la hinchazón vanidosa en el semblante; Salmerón, la firmeza y la hombría de bien; Pí y Margall, la modestia y la austeridad. El entierro de Castelar en Madrid fue un acontecimiento nacional. Incluso militares en uniforme, a pesar de la prohibición del Gobierno, siguieron su cadáver hasta el cementerio de San Isidro. Una de las estatuas de mayor belleza de Madrid es la de Castelar, situada al final de la avenida de la Castellana. Desde allí habló Besteiro a la muchedumbre la última vez que lo hizo en la vía pública, un primero de mayo muy agitado y peligroso, con Alfonso XIII todavía en el Palacio de Oriente.

De 1870 a 1873 nacieron personalidades socialistas relevantes, que fueron, en su mayoría, afiliadas al Partido Socialista durante toda su vida: Julián Besteiro, Carmen de Burgos (*Colombine*), Remigio Cabello, Enrique Celaya, Manuel Ciges Aparicio, Virginia González, Bonifacio Martín, Andrés Ovejero, Antonio Roma Rubiés, Martín Sanz, Antonio M. Viérge Manuel Vigil; Nicolás Repetto, argentino; P. Renaudel, León Blum, Compère Morel y Edgard Milhaud, franceses; C. Huysmans y J. van Roosbroek, belgas; F. Ebert y K. Liebknecht, alemanes; K. Renner, Otto Bauer y T. Xorner, austríacos; J. Oudegeest, holandés; T. Stauning, danés; Morris Hilquit, de Estados Unidos. Literatos y políticos: J.M. Gabriel y Galán, Azorín, Ramón del Valle Inclán, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Enrique Gómez Carrillo, Ángel Ossorio y Gallardo, Julio Senador Gómez; Eduardo Herriot, francés; Norman Angell, norteamericano.

Durante ese periodo fallecieron: W. Weitling, revolucionario alemán; Nicolás María Rivero y Salustiano Olózaga, políticos liberales; el poeta G.A. Bécquer; Joaquín Gaztambide, compositor; los novelistas A. Dumas, Ch. Dickens; el economista, y filósofo Stuart Mill.

[107] *La Internacional, en Londres*

He aquí lo esencial del manifiesto inaugural de la Primera Internacional, escrito en 1864 por Carlos Marx, en cierto modo inspirado en el célebre manifiesto redactado por él y Federico Engels en 1848:

“¡Obreros! Es un hecho notabilísimo el que la miseria de las masas trabajadoras no ha disminuido desde 1848 hasta 1864 y, sin embargo, este periodo ofrece un desarrollo incomparable de la industria y del comercio. En 1850 un órgano moderado de la burguesía inglesa, por lo común bien informado, pronosticaba que si la exportación y la importación de Inglaterra ascendían un 60 por ciento más, el pauperismo descendería a cero. ¡Ay! El 27 de abril de 1874 el canciller del Echiquier cautivaba a su auditorio parlamentario anunciándole que el

comercio inglés de importación y exportación había ascendido en 1863 ‘a 443.955.000⁹ libras esterlinas, cantidad sorprendente que sobrepujaba en cerca de dos tercios el comercio de la época relativamente reciente de 1843’. Pero al mismo tiempo hablaba elocuentemente de la miseria. ‘Pensad –decía– en los que viven al borde de esta horrible región’. Con no menos elocuencia hablaba de los salarios, que no aumentaban¹⁰, y de la vida humana que, de diez casos, en nueve no era otra cosa que una lucha por la existencia. Lo que en la cuestión de la limitación legal de las horas de trabajo daba al conflicto un verdadero carácter de encarnizamiento y de furor, es que, sin hablar de los terrores de la avaricia, la cuestión empeñada provocaba de nuevo y decidía en parte la gran querrela entre la ley ciega de la oferta y la demanda, que lleva en sí toda la economía política de la clase burguesa, y la producción social intervenida y regida por la previsión social, que constituye la economía política de la clase obrera. El *bill* de las diez horas no fue tan sólo un triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la economía política de la burguesía había sido derrotada por la economía política de la clase obrera.

[108] Pero estaba reservado a la economía política del trabajador el alcanzar muy pronto un triunfo más completo todavía sobre la economía política del capitalismo. El éxito real de algunas sociedades cooperativas de producción demostró que el capitalista era innecesario en la función colectiva. Que no era preciso que los instrumentos de trabajo fuesen monopolizados por nadie y, por último, que lo mismo que el trabajo esclavo, el trabajo asalariado no era sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado. Mas el trabajo cooperativo, limitado a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el desenvolvimiento en preparación geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aligerar tan solo la carga de sus miserias. Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y por consecuencia estar sostenida y propagada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus privilegios económicos.

La conquista del Poder político viene a ser, por tanto, el primer deber de la clase trabajadora. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia se han visto renacer al mismo tiempo esas aspiraciones comunes y al mismo tiempo también se han hecho esfuerzos para reorganizar políticamente al partido de los trabajadores. Este partido posee un elemento de triunfo: tiene el número; pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países, incitándoles a defenderse unos a otros en sus luchas por su emancipación, será castigado con la derrota común de sus empresas aisladas. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de diferentes países, que se reunieron en un mitin público en Saint Martin’s Hall el 28 de septiembre de 1864,[109] han resuelto fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores. Proletarios de todos los países, ¡Uníos!”.

Con fecha 4 de noviembre de 1864, Marx informaba a Engels de cómo se habían desarrollado los debates en la ponencia nombrada en el mitin verificado el 28 de septiembre

⁹ La cifra queda cortada.

¹⁰ En el original: “a entaban”, p. 107.

anterior. Según le decía, no intervino sino cuando los designados para redactar los documentos se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos. Fue entonces cuando acudieron a él, aprobando con escasas modificaciones, cuanto les propuso. Por su parte, Engels le respondía el 7 de noviembre del modo siguiente: “Yo presumo que esta nueva Asociación no tardará gran cosa en escindirse en elementos teóricamente burgueses y elementos teóricamente proletarios desde el momento en que se precisen un poco las cuestiones”. Respuesta sencillamente genial, obra del buen sentido innato en Federico Engels, talento no inferior en nada al de Marx. A su vez, Franz Mehring, en la biografía que dedicó a Marx, escribió: “Sería falso decir que la Internacional fue obra tan solo de una gran cabeza; pero es evidente que tuvo la fortuna de encontrarse, en el momento de nacer, con una gran cabeza que supo trazarle desde el primer momento su camino, librándola de extravíos y aberraciones”.

[110] *De Lausana a Londres*

Del 2 al 8 de septiembre de 1867 se reunió en Lausana el segundo Congreso de la Internacional, acudiendo aproximadamente igual número de delegados que el anterior, predominando los suizos, seguidos por los franceses, éstos influidos por las ideas de Proudhon, que acapararon buena parte de sus deliberaciones, esterilizándolas. Por el Consejo General estuvieron Eccarius y Dupont, siendo designado este último para presidir el Congreso. Entre los delegados figuraban Longuet, yerno de Marx; César de Paepe, fundador más tarde del Partido Obrero Belga; Guillaume, brazo derecho de Bakunin; Kugelmann, muy identificado con Marx, y Becker y Tolain.

Cada uno de los temas anunciados hubiera podido ser objeto de un concurso de soluciones para una Academia de Ciencias Morales y Políticas. Con vista de águila, Carlos Marx permaneció al margen del Congreso reunido en Lausana, dejando que los delegados abordaran problemas para cuya resolución no estaban preparados. Cada vez que se alejaba de las teorías marxistas, el mundo obrero giraba alrededor de la utopía. ¡Con decir que se aprobó establecer un idioma universal y reclamar una reforma de la ortografía! No obstante, hubo acuerdos de interés, atisbos geniales de reivindicaciones que la clase obrera fue conquistando tras penosos esfuerzos.

Se decidió pedir que la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 fuera puesta en práctica, añadiendo: “Considerando que la privación de libertad política es un obstáculo para la instrucción social del pueblo y la emancipación del proletariado, el Congreso declara que la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política, y que el establecimiento de libertades políticas es una medida principal de absoluta necesidad”. La Internacional, por esta declaración, testificaba su profesión de fe política, consustancial con su existencia. Finalmente, el Congreso ratificó a Londres [111] como lugar de residencia del Consejo General, eligiendo a las siguientes personas para representarle: presidente, Ogder; secretario general, Eccarius; tesorero, W. Dell; vicetesorero, Shaw; vocales: Francia, Dupont; Alemania, Marx; Suiza, Jung; América, Fox; Bélgica, Berson; Italia, Cárter; España, Lafargue, y Dinamarca, Hansen.

Apenas terminado el II Congreso de la Internacional reunido en Lausana, comenzó en Ginebra el primer Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, cuyas sesiones duraron del 9 al

12 de septiembre de 1867. Entre los concurrentes estuvo Bakunin, que no consiguió influir en los acuerdos de dicha Asamblea, en la que intervinieron o enviaron su adhesión los principales prohombres del liberalismo internacional, casi todos refugiados en Inglaterra, como Víctor Hugo, Leroux, Garibaldi, Castelar, Louis Blanc y otros.

El III Congreso se reunió en Bruselas del 6 al 13 de septiembre de 1868, asistiendo cerca de un centenar de delegados, esto es, una representación más numerosa que en los anteriores. Por el Consejo General estuvieron, entre otros, Eccarius, Jung, Lessner y Lucraft. De España acudió Antonio Marsal Anglora, con el nombre de Sarro Magallán, para evitarse dificultades con las autoridades españolas, representando a la Legión Ibérica, título de una organización secreta de Barcelona. La actuación de Marsal fue discreta, absteniéndose de votar las resoluciones del Congreso por no llevar mandato alguno. En realidad, su representación era tan ilusoria como casi todas las otras. Entre los acuerdos figuró el siguiente: “El Congreso recomienda a los trabajadores cesar todo trabajo en el caso de que una guerra estalle en sus países respectivos”. Este acuerdo fue calificado por Marx de necedad. A su juicio, no tenía sentido la propuesta. Lo esencial era evitar que la guerra estallara, influir cerca del Estado en ese sentido. Si la guerra estallaba, la Internacional no tendría fuerza para sofocarla. Igualmente, fue acordado por el Congreso la creación [112] de bancos de cambio. Siempre las utopías de Proudhon a las que ahora se añadían las de Bakunin¹¹ y sus amigos ¿Como era posible que Carlos Marx estuviera identificado con acuerdos de esa naturaleza? Quedó convenido que el Consejo General siguiera en Londres, reeligiéndose a la mayoría de sus miembros. En marzo y en mayo de 1868 los tribunales de París condenaron a diversas penas a varios núcleos fundacionales de la Internacional con la finalidad de impedir su desarrollo en Francia. En diciembre de ese mismo año, el Consejo General de Londres rechazó el ingreso en la Internacional de la Alianza de la Democracia Socialista, creada por Bakunin en Ginebra, quien, fracasando en sus planes cerca de la Liga de la Paz y de la Libertad, concentró sus miras en la Internacional.

El IV Congreso de la Internacional se reunió en Basilea del 6 al 12 de septiembre de 1869, con asistencia de ochenta delegados, entre ellos, por vez primera, Bakunin. De España acudieron Rafael Farga Pellicer y Gaspar Sentiñón, en representación del Centro Federal de Sociedades Obreras de Barcelona, leyendo un extenso informe, en el fondo redactado de acuerdo con las ideas de Bakunin, aunque en la práctica los barceloneses actuaban acomodándose a la táctica federal de Pí y Margall, hasta el extremo de haber elegido por la capital de Cataluña diputado a Cortes a un obrero, cuya labor dentro y fuera del Parlamento careció de interés. Farga Pellicer y Sentiñón formaron parte de la Alianza secreta creada por Bakunin. A pesar de la oposición de los delegados proudhonianos franceses, fue ratificada la resolución relativa a la propiedad, adoptada en Bruselas, en los siguientes términos: “El Congreso declara que la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra y devolverla a la colectividad”.

Bakunin dio la batalla pidiendo la abolición del derecho de herencia. Por su parte, Marx, cuando el texto fue abordado en Londres, [113] se opuso a que figurase en el orden del día, alegando que “la ley de herencia no era causa, sino efecto, la consecuencia jurídica de la organización económica de la actual sociedad”. Desaparecido el régimen de la propiedad privada,

¹¹ La acentuación aguda “Bakunín” en el original se ha sustituido por llana.

caería por su base la ley de herencia. Entretanto, sólo era práctico recargar fuertemente las herencias y limitar las sucesiones testamentarias. En realidad, al debatirse este tema, los delegados derrotaron sucesivamente a Bakunin y a Marx, ya que ninguna de sus propuestas alcanzó la mayoría reglamentaria.

El Congreso adoptó otros acuerdos de orden interior, como recomendar a las Secciones de la Internacional la abolición del cargo de presidente —con lo cual hacían recaer las atribuciones sobre el secretario general, sin control del presidente, esto es, creando una dictadura de hecho en los organismos obreros. Finalmente, decidieron que el inmediato Congreso se reuniera en París en 1870. Pero surgió la guerra franco-prusiana, estalló la Comuna de París, de fatales consecuencias para la Internacional, sobre la cual recayó la responsabilidad principal, a pesar de que no fue iniciativa suya ni contó con el previo beneplácito de Marx, y el Consejo General convocó una conferencia en Londres, que se reunió durante los días 17 al 23 de septiembre de 1871. Por España acudió Anselmo Lorenzo, que llevó un informe redactado por Mora relatando la actuación de la Internacional en ese país, mereciendo ser felicitada la Sección española por la obra realizada. La gestión de Lorenzo en Londres no satisfizo a los partidarios de Bakunin. En realidad, debió encontrarse algo perdido en aquel ambiente tan nuevo para él.

La Conferencia de Londres trabajó intensamente, poniendo orden en diversos aspectos internos. Fueron aprobadas diecisiete resoluciones destinadas a la publicidad y quince confidenciales, esto es, de orden interior. Pero la Internacional estaba herida de muerte. En Londres hubo varias dimisiones de miembros muy significados [114] pertenecientes a organizaciones obreras inglesas, que no suscribieron los documentos redactados por Marx, solidarizándose con los trabajadores de la Comuna parisiense, esto es, que no habían escuchado las recomendaciones de la misma Internacional pidiéndoles no hicieran nada contra el Gobierno de Thiers, porque serían exterminados, ayudados por las tropas alemanas. El acuerdo de mayor relieve fue el relacionado con la actuación política del proletariado. Marx sentía prisa por dejar bien clavados estos principios esenciales en su táctica. He aquí la resolución citada, adoptada en Londres casi por unanimidad:

“Vistos los considerandos de los Estatutos generales, en que se lee: ‘La emancipación económica de los trabajadores es el gran fin a que debe subordinarse todo movimiento político, como medio’. Visto el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de 1864, que dice: ‘Los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios para defender y perpetuar sus monopolios económicos ... La conquista del poder político es, por tanto, el primer deber de la clase obrera’.

Vista la resolución del Congreso de Lausana, de 1867, que dice: ‘La emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política’.

En presencia de una reacción desenfrenada que sofoca violentamente todo esfuerzo de emancipación por parte de los trabajadores y pretende mantener, por medio de la fuerza, la distinción de clases y la dominación política de las clases pudientes, que es su resultado.

Considerando, además, que contra ese poder colectivo de las clases pudientes, el proletariado no puede obrar como clase, sino constituyéndose a su vez en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases pudientes. Que esta

constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su fin supremo, la abolición de las clases. Que la coalición de las fuerzas obreras obtenida ya para las luchas [115] económicas, debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores, la Conferencia recuerda a los individuos todos de la Internacional que, en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política se hallan indisolublemente unidos”.

De La Haya a Nueva York

El quinto Congreso de la Internacional se reunió en La Haya del 2 al 7 de septiembre de 1872. Acudieron sesenta y siete delegados, de ellos veintiún miembros del Consejo General de Londres, entre los cuales figuraron Marx y Engels. Por España estuvieron Alerini, Marselau, Morago y Farga, de una parte, y Lafargue, de otra, como representante de la nueva Federación creada en Madrid por Mesa y sus amigos. La única declaración importante de este Congreso fue ratificar los acuerdos políticos adoptados en la Conferencia reunida en Londres el año anterior con el voto en contra de los bakuninistas. Hubo discusión acerca del lugar donde debería residir el Consejo General, venciendo la propuesta defendida por Marx, favorable a que actuara en Nueva York y se reuniera en Ginebra el Congreso próximo.

Nombrada una comisión para dictaminar acerca del problema de la Alianza, después de oír a cuantos quisieron informar —Marx y Engels lo hicieron, desde luego—, propuso al Congreso, y éste lo aprobó por mayoría —7 de septiembre de 1872— expulsar de la Internacional, por ser fundadores de la Alianza, a James Guillaume y a Miguel Bakunin, a éste, además, por un hecho personal. Morago, Alerini, Farga y Marselau se [116] libraron de esa sanción por haber negado pertenecer a la Alianza, falsedad puesta de manifiesto días más tarde al tomar parte en la reunión organizada en Saint-Imier (Suiza) por Bakunin, Malatesta y Fanelli, origen de la escisión producida en la Internacional. En septiembre hubo un mitin en Amsterdam, en el que intervinieron algunos delegados pertenecientes a la mayoría, Marx, Engels y Lafargue, desde luego.

Cumplíéndose los acuerdos adoptados en el Congreso de La Haya en Nueva York fue constituido el Consejo General de la Internacional, nombrando secretario a Sorge, alemán emigrado a Estados Unidos, muy bien relacionado con Marx. La gestión de este organismo quedó limitada a varias escaramuzas epistolares con los elementos que en Europa seguían fieles a Bakunin y pretendían representar a la Internacional.

En septiembre de 1873, para cumplir los acuerdos adoptados en La Haya, se reunió en Ginebra el VI Congreso de la Internacional, convocado por el Consejo General residente en Nueva York, que no pudo asistir por falta de medios económicos, remitiendo una memoria explicativa de su gestión. Dada la situación política de Europa, donde el movimiento obrero no era tolerado, los reunidos en Ginebra decidieron que el Consejo General siguiera en Nueva York y que el próximo Congreso se reuniese en Estados Unidos.

El VII Congreso tuvo efecto en Filadelfia, en julio de 1876, sin conseguir representaciones auténticas de Europa, de donde tan sólo llegó un delegado. Sorge había dimitido, descorazonado por luchas internas surgidas entre los grupos emigrados residentes en aquel país, cuyas

organizaciones obreras se mantuvieron al margen del organismo fundado por Marx en Londres. El Congreso de Filadelfia, en resumen, decretó la disolución de la Internacional, mediante el acuerdo siguiente:

[117] “Dado que la situación política de Europa es provisionalmente un obstáculo para la reconstitución de las relaciones exteriores de la Asociación Internacional de los Trabajadores, declaramos que el Consejo General de la Asociación de los Trabajadores está di suelto”. Así rezaba el acta de defunción. Pero el espíritu de los reunidos en Filadelfia no estaba muerto. La dimisión de Sorge fue un golpe de fatales consecuencias para la Internacional en Estados Unidos. “Con tu retirada –le escribió Engels– la vieja Internacional ha dejado de existir”. Así fue, en efecto. Sorge, nacido en 1828, falleció en 1906. Los anarquistas celebraron varios congresos en Europa y uno en España, en Córdoba en 1872. Las dificultades que encontraban los grupos marxistas para reorganizar sus fuerzas eran las mismas que impedían a los anarquistas consolidar las suyas. En realidad, desaparecida la Internacional creada por Marx en 1864, la que intentaron mantener Bakunin y sus amigos no podía subsistir: le faltaba el enemigo inmediato a quien combatir. Hasta Bakunin desapareció de entre los vivos en 1877, en medio de la indiferencia general, según reconocieron sus biógrafos más exaltados. El 13 de noviembre de 1872 el político francés Thiers declaraba con énfasis: “La República existe. O será conservadora o no perdurará”. Para perdurar, en efecto, tuvo que ser conservadora.

La Llegada de José Fanelli

La Internacional nació en Londres en septiembre de 1864. Fue obra de Carlos Marx, autor del manifiesto inaugural y de los estatutos de la misma. Pero ni Marx se interesó por que la Internacional llegara a España, ni los españoles, atenazados por la alianza clerical con el sable, dieron señales de adhesión a sus principios. Desde los tiempos de Fernando VII habían emigrado buen número de españoles a París y Londres. La minoría interesada en problemas filosóficos estudió en Alemania. Ni unos ni otros conocieron el Manifiesto Comunista de Marx y Engels. Todos ellos, en cambio, habían leído a Proudhon, hecho célebre por una frase: “¿Qué es la propiedad? El robo”. El propio autor la adobó de tal modo que la dejó sin substancia. No obstante, para las derechas, Proudhon era el enemigo. Es casi imposible encontrar el nombre de Marx en los trabajos de los pensadores españoles del siglo pasado. Verdad que Marx no fue popular en Francia, y que el propio Manifiesto *Comunista* no llegó a ser conocido hasta después de los acontecimientos de la Comuna de París, un cuarto de siglo más tarde de haber aparecido. Ni Joaquín Costa, en su monumental obra *Colectivismo agrario*, da importancia al pensamiento marxista. ¿Es que en España no hubo políticos ni escritores interesados por los problemas sociales? Entre los federales, una minoría se orientó en esa dirección. Pí y Margall se orientó por Proudhon, aunque sin adherirse a sus principios, en el supuesto de que Proudhon los hubiera tenido. Bakunin, en sus críticas, probó que Proudhon no fue anarquista. Y Carlos Marx, en *Miseria de la filosofía* puso de relieve sus contradicciones y sus inconsecuencias. No obstante, sus libros circularon en los países latinos, contribuyendo a desorientar a los trabajadores de esas naciones.

Pero no carguemos la tinta contra nuestros políticos y nuestros escritores de la etapa borbónica, casi siempre sin libertad de prensa.

La principal obsesión de aquellos liberales, muchos de ellos masones, [...] ¹²clerical. Roma fue un constante aliado del [119] cerrilismo español, lo que explica que nuestro pueblo se lanzara a matar frailes y a incendiar templos. La violencia prendía fácilmente en cerebros sin educación política ni social; la inmensa mayoría no sabía leer ni escribir. Un siglo de ensayo parlamentario, siempre desfigurado y falseado por militares y paisanos, que cambiaban de color político tan pronto como lo exigían sus conveniencias o sus ambiciones, dio al pueblo español pretexto o razones para no tener fe en nada ni en nadie. Esa fue la España que se encontró Fanelli al llegar a Madrid a finales de 1868, perturbada, conmovida por el derrocamiento de la dinastía borbónica, ilusión del pueblo español, que pronto la perdería al comprobar cómo los vencedores no tenían programa alguno que brindar al país, ni unidad interna para gobernar y ofrecer soluciones a los graves problemas que Isabel II dejó sin resolver. De “Gloriosa” calificó el pueblo a la revolución septembrina. Una vez más sus ilusiones quedaron defraudadas. Los republicanos querían ver implantado su régimen, pero carecían de fuerza y de unidad para triunfar. Los monárquicos habían destronado a los Borbones, pero no encontraban un rey a su medida. Y los

¹² La primera mitad de la línea aparece cortada en la fotocopia.

carlistas, con las armas en la mano, se lanzaban a la pelea allí donde encontraban grupos capaces de secundarles, sembrando el terror.

Arquitecto, ingeniero, diputado, nacido en Nápoles en 1822, José Fanelli Ribera peleó por la libertad de su patria al lado de Garibaldi, y conoció a Miguel Bakunin en Polonia hacia 1862, luchando ambos contra el zarismo opresor del pueblo polaco. Bakunin encontró un fiel adicto a sus planes en este ingenuo napolitano, que se adscribió a cuantas organizaciones patrocinó el luchador ruso. Como en 1868 surgió en España la revolución que destronó a Isabel II, a Bakunin le pareció que el hombre ideal para ir allí a conquistar adeptos para la causa que él defendía era Fanelli, y sin recursos apenas, con direcciones inseguras, desconociendo el castellano, Fanelli recogió un paquete de periódicos, proclamas [120] y reglamentos que le facilitó Bakunin y se dirigió a Barcelona, donde entró en relaciones con J.J. Eliseo Reclus, Rey y Fernando Garrido, sin detenerse mucho, porque su misión, por el momento, estaba en Madrid. Bakunin quiso complicar en sus planes de penetración en España, entre otros, a J.J. Eliseo Reclus y Aristides Rey, que creía figuraban entre sus partidarios, pero en esta ocasión se negaron a seguir sus orientaciones. Desde luego, Reclus y Rey –como Naquet, por otro lado– estuvieron en España, escribieron artículos, hablaron con políticos republicanos y censuraron la conducta de Fanelli, según se comprueba por el siguiente texto de Max Nettlau: “Eliseo Reclus no se creyó en ninguna obligación con respecto a Bakunin sobre esa cuestión y se indignó toda su vida de lo que consideraba la duplicidad de Fanelli y de que Bakunin le tratara de marioneta. Me ha contado en 1895 –sigue diciendo Max Nettlau– que introdujo a los otros dos, Rey y Fanelli, ante sus amigos españoles; notó pronto que pasaba algo a sus espaldas, que Fanelli obraba en realidad contra los republicanos, a quienes visitaba, que difundía la idea de que la verdadera revolución pondría fin tanto a los republicanos como a los monárquicos. Reprochó a Fanelli amargamente el que traicionase la buena fe de los republicanos amigos de Eliseo Reclus, a quienes éste recomendaba. Fanelli, como Machiavelo¹³, se reía de esos escrúpulos. Eliseo Reclus pensaba que los italianos y los rusos obrarían así. Como francés, él obraba de otro modo, y se separó completamente de Fanelli. Desde Barcelona escribió una carta a Bakunin que marca igualmente su ruptura; se han vuelto a ver una sola vez, en Zurich, en 1872”. Hasta aquí la referencia de Max Nettlau, anarquista. Rey, el otro amigo que Bakunin quiso utilizar en España, terminó siendo diputado en Francia, y no de izquierdas. Por fin, el 4 de noviembre de 1868 llegó Fanelli a Madrid. Entre las direcciones que traía figuraba la de José Guisasaola, director de *La Igualdad*, uno de los periódicos más radicales, quien le relacionó con un grupo de obreros [121] avanzados que tenían tertulia en el café de *La Luna*. Fernando Garrido, a su vez, se prestó a reunir en casa de Julio Rubau Donadeu a unos cuartos para que hablara con ellos. Entre los más inquietos figuraba Tomás González Morago, grabador quien, según Anselmo Lorenzo, “le invito a una reunión en que, en unión de otros amigos, seremos presentados a Fanelli, diputado italiano y delegado de la Alianza de la Democracia Socialista, que tiene por misión dejar constituido un núcleo organizador de la Asociación Internacional de Trabajadores”. Lorenzo reconoce en su relato que Fanelli fue a España como delegado de la Alianza de la Democracia Socialista, esto es, de Bakunin, y no en nombre de la Internacional. Ahí está el nudo del problema. Digamos que los españoles estaban enzarzados en intensas luchas políticas preparatorias del régimen que habría de suceder a la monarquía borbónica, y que los problemas

¹³ En el original.

planteados por Fanelli no les interesaban grandemente, salvo a unos cuantos que aparecen en un grupo fotográfico hecho por Julio Rubau Donadeu, federal, que ayudó a Fanelli en sus trabajos. De esta fotografía llevó Fanelli una copia a Bakunin, y en el salón grande de la Casa del Pueblo de Madrid durante muchos años estuvo expuesto un lienzo con una reproducción ampliada. Fanelli se trasladó a Barcelona con direcciones facilitadas por Rubau Donadeu para José Luis Pellicer y otros.

Fanelli, que sufrió privaciones de toda índole durante su viaje, hasta el extremo de tener que ser ayudado económicamente por Rey y Reclus, retornó a Ginebra con un informe detallando sus gestiones –informe jamás encontrado ni reproducido–, leído ante la Alianza ginebrina el día 26 de febrero de 1869. Comentando su labor, Bakunin dijo lo siguiente: “Fanelli, al ayudarnos a echar los primeros cimientos de la Alianza como de la Internacional en España ha cometido una falta de organización de la cual sentía ahora los efectos. Ha confundido la Internacional con la Alianza, y por eso ha invitado a los amigos de [122] Madrid a fundar la Internacional con el programa, de la Alianza. Al principio esto ha podido parecer un gran triunfo, pero en realidad se convierte en una causa de confusión y desorganización para la una como para la otra”. Se ha exagerado la obra de Fanelli en España. Ni recorrió el país, como se ha dicho repetidamente, ni “tomó uno por uno a los hombres más dispuestos para llevarlos a la anarquía”. ¡Pobre Fanelli, que confundió las instrucciones recibidas, sin dinero algunos días ni para comer, idealista romántico capaz de morir por la libertad! Falleció en Nápoles el 5 de enero de 1877, poco después que Bakunin, con el que había roto toda clase de relaciones.

[123] *El grupo fundador de Madrid*

El 24 de octubre de 1868, después de haber triunfado la revolución de septiembre, el Comité Central de la Asociación General de Trabajadores de Ginebra, por inspiración de Bakunin, que intervino en su redacción, publicó un mensaje dirigido a los trabajadores españoles y divulgado por *L'Egalité*, semanario ginebrino, cuyo texto trajo a España Fanelli. Ese documento inició una lamentable educación social entre los fundadores de la Internacional. ¿Cómo podían los obreros españoles hacer la revolución social, cuando los de Suiza, con un progreso industrial acentuado y una libertad política reconocida internacionalmente, no se atrevían a hacerla? ¿Era eso tan sencillo? En cambio, la Internacional con sede en Londres, la que debía haberse interesado por el desarrollo de la organización obrera en nuestro país, cayó en el extremo opuesto, limitándose a remitir un mensaje de saludo, jamás publicado. Max Nettlau hizo gestiones en Londres para conocer sobre el terreno las relaciones oficiales de la Internacional con España, llegando a conclusiones desalentadoras. A continuación va la relación de fundadores de la Internacional en Madrid, siguiendo orientaciones dadas por José Fanelli en 1868: Julio y José Rubau Donadeu, los más activos, que influyeron en Madrid y Barcelona; Ángel Cenagorta y Enrique Borrell, sastres; Francisco Mora y Marcelino López, zapateros; Manuel Cano, Miguel Lángara, Quintín Rodríguez, Juan Calvo y Benito Rodríguez, pintores; Anselmo Lorenzo, José Posyol, José Fernández Pacheco y Tomás González Velasco, tipógrafos; Antonio Cerrado, dorador; José Adsuar, cordelero; Antonio Jimeno, profesor de equitación; Enrique Simancas y Tomás González Morago, grabadores; Ángel Mora, carpintero; Francisco Córdoba López, periodista; Nicolás Rodríguez, aparatista de alumbrado de gas, y José Fernández Neira, dorador.

La mayoría eran republicanos con tendencias federalistas. Algunos duraron poco al comprobar que sus orientaciones federales no coincidían con la orientación de la Internacional. Los fundadores cambiaban impresiones [124] y captaban adeptos, preparando lugar donde reunirse orgánicamente, en el Fomento de las Artes, continuación de La Velada de Artistas, Artesanos, Jornaleros y Labradores, fundada en 1847, tribuna libre por donde desfilaron hombres de todas las tendencias, con biblioteca, juego de billar, clases nocturnas y diurnas, conferencias de controversia, anticipo de cuanto luego llegó a ser el Ateneo de Madrid en sus mejores tiempos. Anselmo Lorenzo, alumno de las clases nocturnas, premiado por su asiduidad y aprovechamiento, recibió el galardón de manos de Segismundo Moret, director de estudios.

El 21 de diciembre 1868 se constituyó en Madrid el primer núcleo de la Internacional, acordando la creación definitiva del organismo el 24 de enero de 1869 en el Club Republicano de Antón Martín, situado en la calle de la Yedra. Uno de sus acuerdos fue enviar respuesta al manifiesto remitido por los bakunistas ginebrinos, redactado en términos discretos. El grupo se dividió en tres Comisiones: Relaciones locales, provinciales e internacionales: Enrique Borrell, Anselmo Lorenzo, Julio Rubau Donadeu, Benito Rodríguez, José Adsuar, Ángel Hora y José Posyol. Propaganda y periódico: Marcelino López, Ángel Cenagorta, Juan Calvo, Francisco Córdoba, Tomás Fernández, Tomás González Morago. Reglamento: Miguel Lángara, Antonio Cerrudo, Manuel Cano, Quintín Rodríguez, José María Fernández, Antonio Jimeno y Francisco Hora. Presidente, Ángel Cenagorta; secretarios, Enrique Borrell y Francisco Mora. El periodo de ensayo, con infinitas discusiones dentro del núcleo y algunas altas y bajas, duró hasta el 2 de julio de 1869, en que se aprobó el Reglamento de la Sección central, buscaron local y organizaron los grupos que habrían de constituirse por oficios.

[125] *Paulino Iglesias Posse*

En la página 207 del libro de Cacho Viu *La Institución Libre de Enseñanza* figura la siguiente noticia: “En el curso escolar 1869/1870 para impresores dado por Valeriano Fernández Ferraz y Juan de Dios de la Rada, en Madrid, asistió un muchacho gallego al que sus amigos llamaban Paulino Iglesias: era Pablo Iglesias, futuro dirigente del Socialismo español”. Efectivamente, Iglesias se llamó Paulino hasta que, al entrar en quintas en El Ferrol, su madre reconoció el error en que había incurrido aplicándole cariñosamente ese diminutivo.

La aparición en Madrid de *La Solidaridad*, semanario de la Internacional, el 15 de enero de 1870, dio lugar a que ingresaran en las distintas Secciones de la misma algunas docenas de obreros de diferentes profesiones. Uno de ellos fue Paulino, que formalizó su entrada en el núcleo de tipógrafos el 13 de marzo de ese mismo año, cuando tenía diecinueve años. Fue avalado por Julián Fernández Alonso y Francisco Ortiz de Zárate, éste federal que se había jugado la piel en las barricadas por la libertad, y Julián, militante de la Internacional hasta que ésta fue disuelta por el Gobierno del duque de la Torre en 1874, entrando seguidamente en la Asociación General del Arte de Imprimir, como hizo Ortiz de Zárate, que formó parte de la primera Junta directiva presidida por Iglesias en 1874, cuando reingresó en la misma. Julián Fernández, tesorero de la Asociación del Arte de Imprimir durante un periodo, fue baja por traslado a Guadalajara, donde creó la organización del oficio y una Agrupación Socialista.

Paulino Iglesias, elegido para el Consejo local de la Internacional el 26 de junio de 1870, con Victoriano Calderón y Eligio Puga, en agosto siguiente pasó a ser de la Comisión de Organización Social. Al celebrarse el Congreso que la internacional reunió en Barcelona la Sección tipográfica contaba con 176 afiliados. De ese núcleo fueron Anselmo Lorenzo y José Mesa. Iglesias y Lorenzo intervinieron en las [126] reuniones preparatorias de la Asociación General del Arte de imprimir en noviembre de 1871. Defendieron allí que la entidad tuviera carácter de resistencia al capital y excluyese de su seno a los patronos. Como no triunfaron en sus propósitos; se dieron de baja. Lorenzo no volvió y Paulino reingresó el 4 de mayo de 1873 en ocasión en que el Arte de Imprimir iniciaba un movimiento reclamando mejoras a los patronos. Iglesias fue activo propagandista en la Internacional tal y como ésta nació en España, esto es, anarquista. Intervino en un curso de conferencias defendiendo el antiparlamentarismo; tomó parte en la preparación del orden del día del Congreso que la Internacional celebró en Barcelona manteniendo la tesis más radical, y trabajó en la composición de líneas para *La Solidaridad*, cuya vida económica fue de corta duración. Más claro: Paulino no se limitó a ser un cotizante pasivo, sino que puso al servicio de la nueva organización todos los entusiasmos capaces en un luchador que no había llegado aun a los veinte años, dispuesto a lanzarse briosamente a la pelea. Al surgir la guerra franco-prusiana, la Sección de la Internacional en Madrid publicó un manifiesto. Comentándolo en su libro *El proletariado militante*, Anselmo Lorenzo reconoce que la organización de ese organismo en España era pobrísima, un esqueleto. ¡Y con un esqueleto entre las manos aquellos soñadores creían poder influir en el curso de la guerra, invitando a franceses y alemanes a la paz y a la fraternidad! A su vez, Paulino Iglesias, otro soñador, el 7 de septiembre de 1870, en *La Solidaridad* publicó un artículo titulado "La guerra", al que pertenece el texto siguiente: “¿Qué es la guerra? Un crimen. Si nosotros fuéramos deístas; si nosotros creyéramos en alguno de tantos dioses como todas las religiones cobijan en su seno; si nosotros creyéramos, volvemos a repetir, en alguno de esos ídolos, diríamos que la guerra era un terrible castigo que éstos imponían a los pueblos por sus culpas. Mas, no siendo así, no creyendo nosotros en esas falsas divinidades, hijas de cerebros calenturientos [127], creación de extraviadas imaginaciones, y siendo, como somos, racionalistas, conocemos que la guerra es hija, y lo ha sido siempre, de media docena de tiranos, de media docena de asesinos –sí, ése es su nombre–, de media docena de seres raquíticos y pobres, abortos de la naturaleza que, ora por su orgullo, ora por mero capricho, ora por una ambición desmedida, no tiemblan, ni siquiera vacilan, al enviar a sus semejantes, a sus hermanos, para que sirvan de carne de cañón ... ¿Y todo para qué? Para que uno de esos tiranos, el vencedor, o sea, el que valiéndose de toda clase de medios, buenos o malos, pues para ellos todos son excelentes, haya destruido más pueblos y ciudades y haya causado más desastres, agrandando lo que él llama su territorio con unas cuantas leguas más y su población con algunos miles de seres para que cuando llegue otro caso igual pueda aumentar el número de los que han de sacrificarse ... Esta es la guerra, impuro borrón, que ha pesado cual si fuera losa de plomo sobre las generaciones pasadas y pesa todavía sobre la actual. ¿Qué es la guerra? volvemos a repetir. Un crimen de lesa humanidad. Sí, un crimen que todos, absolutamente todos, y especialmente nosotros los obreros, pues somos sus principales víctimas, debemos combatir, condenar y apostrofar, trabajando todo lo que nos sea posible para que no se lleve a cabo”.- Pablo Iglesias.

Renovado el Consejo General de la Internacional en la Conferencia de Valencia, en él entró Paulino Iglesias, como señala Anselmo Lorenzo al juzgar las cualidades de nuestro héroe: “En el

nuevo Consejo Federal habían entrado individuos de valía. Del anterior quedábamos tres: los dos hermanos Mora y yo. Habíanse agregado jóvenes activos e inteligentes, bien dispuestos a llenar su cometido, sobresaliendo entre ellos Mesa, de quien me ocupó en otro lugar, y Paulino Iglesias. Era este joven entusiasta, vehemente, distinguiéndose por la facilidad de adaptación del pensamiento ajeno más que por la actividad intelectual propia. Puntual y exacto en el cumplimiento de los deberes de su cargo, atento con todos, [128] buen amigo, sin dar preferencia a ninguno de sus compañeros del Consejo, hizo allí su aprendizaje de los negocios públicos que tan bien había de saber utilizar después, aplicados al medio, para desempeñar el importante cargo de jefe de un partido”. Si se tienen en cuenta los odios fraticidas mantenidos durante tantos años contra los socialistas españoles por los partidarios de Bakunin, las frases anteriores de Anselmo Lorenzo merecen ser recogidas y agradecidas.

El Congreso de Barcelona

Terminaba su labor en Madrid, José Fanelli regresó a Barcelona con cartas para varios amigos de Rubau Donadeu, singularmente José Luis Pellicer, pintor y dibujante, quien, de acuerdo con su pariente Rafael Farga Pellicer, tipógrafo, organizó una reunión en su taller a la que acudieron amigos de ambos, el día 2 de mayo de 1869, quedando constituida la Sección de la Internacional en la capital de Cataluña. Entre otros participantes sin historia, intervinieron desde los primeros momentos Gaspar Sentiñón, que había vivido varios años en Viena, donde estudió medicina; Antonio González Meneses, de Cádiz; Trinidad Soriano, de Sevilla, y José García Viñas, de Málaga, estudiantes, con Rius, abogado. Este grupo, que entró desde el primer momento en la Alianza de Bakunin, fue quien orientó a la Sección barcelonesa hacia el anarquismo según lo explica Lorenzo: “Si no hubiera estado en Barcelona Viñas, Soriano, Meneses y Ferrán, andaluces y privilegiados todos; si Rafael Farga no hubiera ido al Congreso de Basilea donde recibió la sugestión directa de Bakunin, además de inspirarse en la grandeza de las ideas de los fundadores y cooperadores de la Internacional; si no hubiera estado presente Gaspar Sentiñón, que con sus grandes y enciclopédicos conocimientos y su constancia supiera las deficiencias, reemplazara a los [129] perezosos y por su aspecto venerable fue como la personificación de las ideas; si, en fin, no se hubieran agrupado los inteligentes, los activos, los buenos, en la sección de la Alianza de la Democracia Socialista y hubiera debido esperarse que las corporaciones obreras por sí mismas, por evolución efectuada por sus propios medios, hubieran entrado en la Internacional, los obreros catalanes no hubieran sido jamás internacionalistas”.

Anselmo Lorenzo añade que si Fanelli se hubiera limitado a Barcelona, hubiera fracasado en España, “mientras que en Madrid –agrega– fundó un verdadero apostolado que, aun sin conseguir la organización de los trabajadores madrileños, ni siquiera modificar en nada sus detestables costumbres, ha difundido por todas partes la propaganda y ha fijado la atención de la burguesía política central y del proletariado de provincias, definiendo las ideas y destruyendo preocupaciones con periódicos sostenidos casi sin interrupción”.

Desde el 1º de agosto de 1869 se publicaba en la capital de Cataluña el semanario *La Federación*, órgano del Centro de Sociedades Obreras defensor del federalismo de Pí y Margall. Farga Pellicer, director del periódico, le llevó hacia la Internacional, mejor sería decir hacia la Alianza de Bakunin. En julio de 1870 comenzó a llamarse órgano de la Internacional, porque el

Centro Federal de Sociedades Obreras se había transformado en Centro Local de la Internacional. El último número de *La Federación*, que dejó de ser dirigido por Farga, aunque siempre de tendencia anarquista, lleva fecha 3 de enero de 1874. La mejor prueba que se puede aducir para poner de relieve la labor de zapa realizada por Bakunin, preocupado únicamente de la Alianza, es la carta de Farga Pellicer, respuesta a otra de Bakunin, que publicó Max Nettlau en 1904 y reprodujo en su libro *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. 1868-1873*.

Farga afirma en su carta a Bakunin que en Barcelona había un sentimiento [130] republicano federal muy extendido. Por el distrito de Gracia de esa capital fue elegido Balmori diputado federal. Era afiliado a la Internacional, y en el debate desarrollado en la Cámara popular alrededor de la legalidad de la Internacional intervino discretamente. Este hecho demuestra que entre anarquistas y federales desde un principio hubo contactos y a veces estrechas relaciones, a pesar de las declaraciones de apoliticismo.

En febrero de 1870, alentado por el auge que iba tomando la nueva organización, Francisco Mora propuso la reunión en la Capital de España de un Congreso nacional de la Internacional para el domingo 19 de mayo siguiente. Al llegar la invitación de los madrileños a los barceloneses, éstos hicieron observar a los proponentes la conveniencia de que las entidades interesadas decidieran libremente el lugar donde habría de celebrarse. Mora y sus amigos, dándose cuenta de que habían dado un paso en falso, se allanaron a esas observaciones. Hubo, pues, consulta a los afiliados y, por mayoría, fue decidido convocar el Congreso para el 19 de junio en la capital de Cataluña. Madrid propuso incluir en el orden del día los siguientes puntos: Sociedades y cajas de resistencia. Talleres colectivos de resistencia. Actitud de la Internacional con relación a la política. La cooperación. La enseñanza integral. A iniciativa de Morago, el más influido por Bakunin en Madrid, aprobaron asimismo llevar a Barcelona lo siguiente: “Aconsejar a los obreros que ni individualmente tomasen parte alguna en la política, ni contribuyeran con sus votos al nombramiento de ningún cargo político ni administrativo ni mucho menos admitiesen ninguno de estos cargos”.

Era tan intransigente esta propuesta que al ser debatida en Barcelona no fue aceptada en su letra, aunque prevaleció en su espíritu. Como delegados por la capital de la nación acudieron al Congreso, gracias a un cheque recibido de los camaradas barceloneses, Borrel, Mora, Lorenzo y Morago, los cuatro impregnados del más puro anarquismo. El Congreso fue un éxito de público y de organización. Hubo cerca de noventa delegados, la mayoría de entidades catalanas. André Bastelica, aliancista francés, presidió la sesión inaugural, leyendo saludos de orientación ácrata de Suiza y Bélgica. Fue remitido un mensaje al Consejo General de la Internacional en Londres. El debate más movido estuvo relacionado con la posición política de la Internacional. Los republicanos federales, uno de ellos Rubau Donadeu, hicieron gran presión para evitar que el Congreso condenara las actividades de tipo político, sin conseguirlo. Se aprobó una declaración favorable a la abstención política, votada incluso por los que habrían de ser fundadores del Partido Socialista, y en contraste, los anarquistas en este Congreso, votaron a favor de la creación de las cajas de resistencia al capital y de la reglamentación de las huelgas, temas que después combatieron fieramente, aunque al cabo de unos años se rectificaran. Produjeron tan excelente impresión los delegados madrileños que fueron elegidos por unanimidad para constituir el Consejo Federal de la Región Española, repartiéndose los cargos del siguiente modo: Francisco

Mora, secretario; Ángel Mora —estuvo como delegado de una sección de Madrid—, tesorero; Enrique Borrel, contador, y Anselmo Lorenzo y Tomás González Morago, vocales. Fue Francisco Mora quien llevó la voz cantante en materias de organización, reglamentos, cotizaciones, en cuanto tenía relación con la marcha del organismo. Lorenzo reconoce que en el seno de la Alianza Democrática Socialista “estuvo cocinado casi todo el Congreso, elaborando allí los dictámenes y propuestas que habrían de ser examinados por los delegados”. Decidieron hacer un llamamiento fraternal a los obreros lusitanos. El Congreso duró varios días, abordando todas las cuestiones que figuraban en la convocatoria, e interviniendo infinidad de representantes a fin de exponer la situación, en general nada halagüeña, en sus respectivas localidades. Por último, las entidades barcelonesas organizaron unte de camaradería que fue otro éxito. Era el momento de las ilusiones...

La Internacional en marcha

En realidad, el primer año de la Internacional en Madrid fue de tanteos. A fines de 1869, depurados los afiliados, reorganizadas las Comisiones, que celebraban sesión cada semana, al igual que el Comité Central; alquilado un modesto local en la calle del Calvario, próximo a la plaza del Progreso, entrada a los barrios bajos, los internacionalistas madrileños pensaron publicar un manifiesto invitando a los trabajadores a formar en las filas del nuevo organismo. Apareció en hoja suelta con fecha 24 de septiembre de 1869, llevando al pie veintiún nombres con el oficio de cada uno, todos obreros manuales.

Los iniciadores vieron recompensados sus esfuerzos, ilusionándose de tal modo con la llegada de nuevos esfuerzos que decidieron publicar un semanario con el título *La Solidaridad*, cuyo primer número salió el 15 de enero de 1870. Como la organización había crecido —más en apariencia que en realidad—, y necesitaba espacio para el periódico, se instalaron en la calle de Tabernillas, 21, amplio local ocupado por los republicanos de La Latina al abandonarlo los de la Internacional. Cuando fui teniente de alcalde ese distrito tuve que clausurar unas escuelas que funcionaba en lamentable estado en ese mismo lugar, donde el Ayuntamiento abrió una escuela unitaria, corriendo a su cargo los gastos de acondicionamiento.

Los internacionalistas matritenses utilizaron todos los medios a su alcance para darse a conocer. Así, organizaron una velada de propaganda en un patio de vecindad en una casa de la calle de Ceferino González, con salida a la de Embajadores, interviniendo Lorenzo, Mora, Borrel y Morago, cuyas disertaciones apenas produjeron efecto ya que combatieron a los republicanos, entre los cuales había bastantes partidarios en aquel barrio. En locales del Instituto de San Isidro, inmediatos a la popular calle de Toledo dieron varias conferencias, una de las cuales corrió a cargo de Paulino Iglesias —seguramente la primera en su larga [133] vida de propagandista—, defendiendo, como todos, el politicismo, donde encontraban tribuna libre, como en reuniones organizadas por los librecambistas en salones propiedad de la Bolsa, intervenían exponiendo sus doctrinas, que eran refutadas por republicanos y progresistas. Tuvieron ásperas discusiones con masones que pretendían atraerlos hacia ese campo. Algunos estuvieron en relaciones con el infante don Enrique —exonerado por Isabel II—, quien pretendía ingresar en la Internacional, alardeando de socialista. Muerto en duelo por el duque de Montpensier, sus verdaderas intenciones quedaron frustradas.

El 21 de enero de 1871, siendo el número 49 el último publicado, desaparece en Madrid *La Solidaridad*, falta de medios económicos, lo que prueba que el crecimiento internacionalista era más aparente que real. El 25 de ese mes, en Nueva York, falleció el revolucionario alemán Guillermo Weitling, más cerca de Blanqui que de Marx. El 31 de ese mismo mes Engels fue nombrado secretario de la Internacional para España, sin que llegaran a nuestro país noticias suyas de interés por entonces. En marzo siguiente, los internacionalistas matritenses lanzaron tres manifiestos. La prensa y los partidos políticos estaban ojo avizor contra ese organismo que comenzaba a declarar huelgas a veces, por no decir casi siempre, contra el parecer de los hombres que estaban al frente de la organización. Francisco Mora nos lo dirá con toda claridad:

“El Consejo Federal y toda la prensa socialista excitaban continuamente a las agrupaciones obreras al cumplimiento de sus deberes sociales, pero a estas excitaciones respondían las Federaciones locales y Sociedades no federadas con nuevas huelgas, de las que daban cuenta al Consejo cuando las veían perdidas, pidiendo entonces el apoyo de la Federación Regional. Las Sociedades entre sí circulaban continuamente peticiones de socorro para las huelgas, que agotaban sus recursos y su paciencia, sin lograr casi nunca el objeto apetecido. Esto dio lugar a que una Sociedad catalana, inspirándose en un alto espíritu [134] de justicia y conveniencia, manifestase por medio del periódico *La Federación* que habiéndose declarado tantas huelgas sin que pudiese socorrer a todas, como era su deseo, había decidido no socorrer a ninguna que no fuese reglamentaria, y a las Sociedades que se prestasen a demandar recursos sin haber cumplido los deberes que entrañan y se desprenden de la organización regional, estaba dispuesta a considerarlas como contrarias a la emancipación obrera. Concretando: había crisis de trabajo, funcionaban muchas Sociedades obreras, pero ni cotizaban los afiliados ni respetaban la disciplina para organizar huelgas previendo sus consecuencias, de todo lo cual se aprovechaban patronos y autoridades para debilitar a la Internacional, más combatida aún después de haber surgido en París la Comuna de marzo de 1871. Por otra parte, los internacionalistas proseguían su marcha atacando a los partidos republicanos. Pí y Margall les invitó a una reunión, pero ni aceptaron ni suspendieron sus ataques. Al contrario, publicaron un nuevo manifiesto en ese sentido. Sentían la fiebre de la acometividad ... Y llegó la histórica fecha del 2 de mayo, que el Gobierno había suspendido para evitar resquemores franceses; pero la manolera matritense, jaleada por grupos políticos, impuso su celebración, con misa en el monumento erigido a las víctimas en Madrid, desfile de tropas, colgaduras, todo el aparato nacionalista.

El 2 de mayo de 1871, repitiendo un gesto que ya habían tenido el año anterior en igual fecha, los internacionalistas organizaron un té fraternal en el *Café Internacional*, calle de Alcalá, 15, en cuyo piso principal había amplios salones. Previamente, Mora, como secretario, había publicado una llamativa alocución. Presidió el acto José Mesa, acordándose remitir un mensaje de adhesión a los defensores de la Comuna de París, ya en dificultad, y hablaron franceses y españoles. Cuando lo estaba haciendo Morago, asaltaron el local los vándalos que formaban la partida de la Porra, utilizada por el [135] Gobierno contra sus enemigos políticos, salvándose algunos de los más significados gracias a una salida de escape que daba a la calle de la Aduana. Contra semejante salvajada hubo protesta en las Cortes a cargo del diputado federal barcelonés Baldomero Lostau, que se declaró internacionalista en el salón de sesiones del Parlamento. Digamos claramente: aquel atropello causó bajas en las filas de los internacionalistas. Poco

después sucumbía la Comuna en París y estallaba la represión más feroz. El 3 de junio, Sagasta, ministro de la Gobernación, leyendo previamente en las Cortes textos de la prensa internacional, anunciaba represalias contra los organismos adheridos a dicha ideología. Hubo encarcelamientos, se reunió el Consejo Federal y decidió que se expatriaran los miembros del mismo en condiciones de hacerlo. Pero como España es el país de las paradojas, apenas habían salido Mora, Lorenzo y Morago con dirección a Lisboa a continuar desde allí su labor, en Madrid, el activo e inquieto José Mesa publicaba –19 de junio de 1871– el primer número de *La Emancipación*, aprovechándose de un débil respiro de libertad. ¡Gran sorpresa se llevaron los tres emigrados en Lisboa! Y hasta fueron censurados por haberse expatriado.

En Portugal, Mora, Lorenzo y Morago hicieron cuanto estuvo a su alcance por organizar a los obreros lusitanos con arreglo a los mismos principios que Fanelli había inculcado a los trabajadores madrileños. Crearon, pues, la Alianza, mezclándola con la Internacional, exactamente bajo el mismo modelo confusionista que tan funesto habría de resultar. En esta labor divisionista, de la que no eran responsables, cayeron igualmente los portugueses José Fontana y Antero de Quental, quienes, con otros colaboradores, fundaron en Lisboa *O Pensamento social*, semanario que vivió hasta el 5 de abril de 1873. Antero de Quental, poeta lusitano, se suicidó en Ponta Delgada el 11 de septiembre de 1891, [136] y Fontana murió trágicamente en Portugal el 18 de abril de 1876. El 24 de julio el rey Amadeo entregó el Poder al jefe de la izquierda democrática, Ruiz Zorrilla, acogido con evidente simpatía por los trabajadores. En representación del Consejo Federal, refugiado en Lisboa, Francisco Mora, secretario del mismo, se dirigió con fecha 6 de agosto al jefe del Gobierno, planteándole el problema de la actuación legal de las Secciones federadas y la solicitud para reunir en Valencia una conferencia de las organizaciones en cuyo nombre actuaban. Sin que la respuesta llegara, se reintegraron a su labor cotidiana en Madrid, preparando la reunión que habían anunciado al jefe del Gobierno, que ya no lo era, porque Sagasta, utilizando las camarillas habituales, había conseguido la caída de Ruiz Zorrilla. ¡Pobre España, hasta en momentos de relativa libertad!

[137] *Salmerón y la Internacional*

Triunfante como diputado a Cortes por Badajoz en 1871, fue entonces cuando Nicolás Salmerón se llenó de gloria con su célebre discurso en defensa de la Internacional, grabado en el corazón de nuestros fundadores, sin distinción de escuelas. Ni Pí y Margall mantuvo con tanta firmeza los principios de los internacionalistas. Téngase en cuenta la fecha en que este discurso fue pronunciado: octubre de 1871, es decir, cuando duraban aún los estertores de la Comuna de París, que habían aterrorizado a la burguesía del mundo entero ¿Qué hombre político, en qué Parlamento, en cuál tribuna hubo gallardía para suscribir nada parecido? ¡Qué inmensamente genial aquel gesto, si Salmerón hubiera querido darle continuación!

La Conferencia de Valencia y el Congresillo de Londres

De Lisboa sólo regresaron a Madrid Mora y Lorenzo, porque Morago dimitió irrevocablemente su cargo, quedándose en Portugal montando las relaciones de los lusitanos con Bakunin. Conforme a lo convenido en Lisboa, hubo Conferencia de la Internacional en Valencia,

cuyas sesiones duraron del 9 al 18 de septiembre de 1871, con delegaciones de las ocho de las doce Federaciones constituidas. José Mesa representó a la de Madrid. Por el Consejo Federal estuvieron Mora y Lorenzo. Morago no fue elegido para ningún cargo. Los otros sí, habiéndose aprobado previamente su gestión. Los acuerdos siguieron la misma línea antipolítica iniciada desde un principio. Bakunin no se expresó nunca con tanta rotundidad, ni utilizaba el nombre de anarquía, como los de Valencia en 1871. La verdad es que aquella declaración era un tejido de contradicciones, derivadas del espíritu confusionista con que había actuado Fanelli.

Los delegados nombraron a Anselmo Lorenzo para que les representara en el Congresillo convocado en Londres, ausentándose con este [138] motivo antes de terminar las deliberaciones en Valencia, que dedicaron algún tiempo a examinar el estado de las respectivas organizaciones, nada florecientes, de una parte, por la crisis económica y, de otra, por la sistemática persecución de las autoridades. Decidieron celebrar un Congreso en Zaragoza a principios de abril de 1872, y facultar a los reelegidos para que completaran los cargos con afiliados de la Federación madrileña. En Valencia, al terminar las sesiones, hubo una reunión de controversia, en la que intervinieron profesores de aquella Universidad, conteniendo con ellos Mora y otros delegados.

Todavía en ausencia de Lorenzo, a fines de septiembre, quedó organizado el nuevo Consejo de la Federación madrileña del siguiente modo: Francisco Mora, zapatero, secretario general; Ángel Mora, carpintero, tesorero; Valentín Sáenz, dependiente de comercio, contador; Inocente Calleja, platero, secretario económico; Paulino Iglesias, tipógrafo, secretario corresponsal de la comarca Norte; José Mesa, tipógrafo, de la comarca Sur; Anselmo Lorenzo, tipógrafo, de la comarca Este; Hipólito Pauly, tipógrafo, de la comarca Oeste, y Víctor Pagés, zapatero, de la comarca Central. Las resoluciones de la conferencia de Valencia, muy numerosas en el aspecto interno, de perfeccionamiento del organismo, casi todas obra de Mora, fueron editadas en un folleto al final del cual se lee: Imprenta de Inocente Calleja, Dos Hermanas, 6, tercero, Madrid. ¿Tenía imprenta Calleja, platero de profesión? Sin duda montaría cuatro cajas y una minerva para imprimir *La Emancipación*, semanario dirigido por Mesa. Con anterioridad Calleja figuró como dueño de imprenta en la calle de la Cabeza quizá para poder editar *La Solidaridad*, y a principio de siglo –treinta años después– montó una verdadera imprenta en la calle de Mendizábal, 6, para garantizar la vida al semanario *El Socialista* y editar en aquel establecimiento folletos y libros de propaganda. Pero eso corresponde a otro momento para ser tratado con alguna extensión. Veamos ahora lo que se relaciona con el viaje de Lorenzo a Londres. [139] Con la memoria de gestión de la Sección española, redactada por Mora, Anselmo Lorenzo salió directamente para la capital de Inglaterra, atravesando un París en ruinas como consecuencia de las batallas sostenidas contra las tropas de Thiers. Llegó Lorenzo a la estación londinense ya de noche; alquiló un coche cuyo conductor le dejó delante de la casa de Federico Engels, secretario de la Internacional para España, dirección que le habían dado en España como punto de referencia; una mujer se entendió con el auriga sin duda para indicarle que el dueño no estaba y que debería conducir al viajero a otra morada; púsose de nuevo en marcha el vehículo y, al fin, a una hora avanzada de la noche ... Pero será mejor que el propio interesado nos describa escena tan emocionante como la vivida por Anselmo Lorenzo en aquellos instantes:

“Al cabo de un rato paramos delante de una casa, llamó el cochero, y presénteseme un anciano que, encuadrado en el marco de la puerta, recibiendo de frente la luz del reverbero,

parecía la figura venerable de un patriarca producida por la inspiración de eminente artista. Acerqueme con timidez y respeto, anunciándome como delegado de la Federación regional española de la Internacional, y aquel hombre me estrechó entre sus brazos, me besó en la frente, me dirigió palabras afectuosas en español y me hizo entrar en su casa. Era Carlos Marx. Su familia ya se había recogido, y él mismo, con amabilidad exquisita, me sirvió un apetitoso refrigerio; al final, tomamos el té y hablamos extensamente de ideas revolucionarias, de la propaganda y de la organización, mostrándose muy satisfecho de los trabajos realizados en España, juzgando por el resumen que le hice de la memoria de que era portador para presentarla a la Conferencia. Agotada la materia o más bien deseando dar expansión a una inclinación especial, mi respetable interlocutor me habló de literatura española, que conocía detallada y profundamente, causándome asombro lo que dijo de nuestro teatro antiguo, cuya historia, vicisitudes y progresos dominaba perfectamente. [140] Calderón, Lope de Vega, Tirso y demás grandes maestros, no ya del teatro español, sino del teatro europeo, según juicio suyo, fueron analizados en conciso y a mi parecer justísimo resumen. En presencia de aquel grande hombre, ante las manifestaciones de aquella inteligencia me sentía anonadado, y a pesar del inmenso gozo que experimentaba, hubiera preferido hallarme tranquilo en mi casa, donde, si bien no me asaltarían sensaciones tan diversas, nada me reprocharía no hallarme en armonía con la situación ni con las personas. No obstante, haciendo un esfuerzo casi heroico para no dar triste idea de mi ignorancia, suscité el parangón que suele hacerse entre Shakespeare y Calderón y evoqué el recuerdo de Cervantes. De todo ello me habló Marx como consumado inteligente, dedicando frases de admiración al ingenioso hidalgo manchego. He de advertir que la conversación fue sostenida en español, que Marx hablaba regularmente, con buena sintaxis, como sucede a muchos extranjeros ilustrados, aunque con una pronunciación defectuosa, debida en gran parte a la dureza de nuestras cc, gg, jj y rr. Ahora muy avanzada de la madrugada me acompañó a la habitación que me destinaba, donde me entregué, más que al descanso a la contemplación de las infinitas imágenes que, en revuelta confusión bullían en mi mente a consecuencia del giro tan extraordinario que en pocos días había emprendido el curso de mi vida”.

Al día siguiente, Carlos Marx hizo la presentación de Anselmo Lorenzo a los miembros de la Internacional, pasando a ser huésped de Federico Engels el resto de la semana que duró su estancia en la capital inglesa. Aparte los acuerdos que figuraban en el orden del día, el principal de los cuales estaba relacionado con la política del proletariado, la reunión de Londres estuvo minada por el cisma provocado en Suiza entre partidarios y adversarios de Bakunin. Anselmo Lorenzo conservó un recuerdo muy amargo de aquellas deliberaciones, en las que, por carecer de información que le mereciera crédito, se [141] abstuvo de intervenir, si bien en sus *Memorias*, escritas años después, no oculta su repulsa contra Carlos Marx. Aclaremos este episodio en que Lorenzo se vio complicado. En carta a sus amigos de Barcelona, que estaban en relaciones con Bakunin, les informó de lo sucedido en Londres con relación a este último. Conocedor de ello Bakunin, con fecha 24 de abril, desde Locarno escribió extensamente a Lorenzo pidiéndole le dijera “cuáles eran las acusaciones que el señor Utin había lanzado contra él”, añadiendo otra serie de preguntas relacionadas con Marx y sus amigos. Lorenzo recibió esta carta el 15 de agosto, cuando ya había dimitido su cargo en Valencia y se encontraba en Vitoria camino de Bilbao, en busca de trabajo de su profesión. La respuesta de Lorenzo, más que fría, negándose a dar nombres y a mezclarse en este pleito, defraudó a Bakunin. Treinta años después, en 1905,

informado Lorenzo por Guillaume del disgusto causado a Bakunin por su respuesta, Lorenzo escribió a su amigo lamentándose de ello, casi rectificándose. Lo cierto es que Utin, ruso residente en Ginebra, amigo de Marx y enemigo de Bakunin, llevó este asunto a Londres como hacían en Ginebra cada vez que se le presentaba ocasión, creando odios entres compatriotas, utilizados por Marx y Engels, justificadamente recelosos contra Bakunin.

Volvió Anselmo Lorenzo a España ya en octubre; dio cuenta de su gestión, que aprobaron sus camaradas del Consejo Federal y entonces fue, antes de que Lafargue llegara a Madrid, cuando surgió entre los internacionalistas madrileños la duda, sin excluir entre los militantes de buena fe a Lorenzo. Duda en cuanto a los hombres, pero duda mucho más grave en cuanto a la táctica a seguir. ¿Qué era eso de constituirse el proletariado en partido político frente a todos los otros de la clase capitalista? Ese lenguaje, con semejante claridad, jamás lo habían oído, y fue Anselmo Lorenzo el primero en oírlo en Londres y por ello mismo el primero contra el cual se concentraron las sospechas de los aliancistas identificados secretamente con Bakunin. [142] Veamos la resolución novena, de carácter político adoptada en el Congresillo de Londres en presencia de Lorenzo quizá con su disgusto, aunque eso no conste oficialmente en acta:

“- Vistos los considerandos de los estatutos originales donde dicen: ‘La emancipación económica de los trabajadores es el objetivo al cual todo movimiento político debe ser subordinado, como medio’;

- Visto el llamamiento inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores que dice: ‘Los señores de la tierra y los señores del capital se servirán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Bien lejos de impulsar la emancipación, continuarán oponiendo los mayores obstáculos posibles. La conquista del poder político es, en consecuencia, el primer deber de la clase obrera’;

- Vista la resolución del Congreso de Lausana (1867) que a este efecto dice: ‘La emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política’;

- Vista la declaración del Consejo General sobre el pretendido complot de los internacionalistas franceses en vísperas del plebiscito (1870), donde dice: ‘Al tenor de nuestros estatutos, ciertamente todas nuestras secciones de Inglaterra, del Continente y de América tienen la misión especial, no solamente de servir de centros de organización militante de la clase obrera, sino también de sostener en sus países respectivos todo movimiento político que tienda a cumplir nuestro objetivo final: la emancipación económica de la clase obrera’;

-Teniendo en cuenta que las transcripciones infieles de los estatutos originales han dado lugar a interpretaciones falsas que han sido perjudiciales para el desenvolvimiento y la acción de la Asociación Internacional de los Trabajadores;

- En presencia de una reacción sin freno que ahoga violentamente todo esfuerzo de emancipación de parte de los trabajadores y que pretende [143] mantener por la fuerza bruta la distinción de las clases y la dominación política de las clases poseedoras;

-Considerando, de otra parte, que en contra de ese poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede reaccionar como clase más que constituyendo su propio partido político, distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras;

-Que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su aspiración suprema: la abolición de las clases;

-Que la coalición de fuerzas obreras ya obtenida por las luchas económicas debe también servir de palanca en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores,

- La Conferencia recuerda a sus miembros de la Internacional que, en la actuación de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos”.

El acta de la primera sesión celebrada el 24 de septiembre de 1871 por el Consejo Federal elegido después de la Conferencia verificada en Valencia, en que Paulino Iglesias intervenía por primera vez en un puesto de cierta responsabilidad, fue redactada por él, que acudió con regularidad a todas las sesiones, hasta el 2 de abril de 1872, vísperas de la celebración del Congreso de Zaragoza, en que terminó su mandato, como el de sus otros compañeros. Estas actas se conservan, encuadradas y en perfecto estado. La primera vez que la prensa española habló de Carlos Marx fue en septiembre de 1871, por haber dado la prensa burguesa la noticia de su muerte, noticia desmentida días después. He aquí el comentario aparecido en *La Federación*, de Barcelona, nada marxista, por otra parte: “Nosotros no podemos menos de sentir semejante pérdida, porque nos arrebató un infatigable defensor de nuestros intereses sociales”. En febrero de 1872 publicaron algunos [144] periódicos españoles biografías resumidas de Marx, llamándole jefe de la Internacional. *La Federación*, de Barcelona, y *La Emancipación*, de Madrid, protestaron. Este último semanario, dirigido por Mesa, orientado ya hacia el marxismo, se expresó, no obstante, como sigue: “Entiéndase de una vez para siempre que la Internacional no tiene jefes ni santones. No hay en ella quien posea el más pequeño poder autoritario; todos los cargos son revocables en todo momento a voluntad de los electores; todos los miembros prestan a nuestra causa los servicios de que son capaces con igual abnegación, y todos merecen la misma consideración. Carlos Marx, pues, con ser individuo del Consejo General, ni es jefe ni puede mandar nada. No queremos jefes, ni los aceptamos; nuestra organización es puramente democrática”.

Entretanto, en las Cortes españolas se inició un debate alrededor de las actividades de la Internacional, comenzando el 7 de octubre y terminando el 10 de noviembre con una votación favorable al Gobierno, que obtuvo 193 votos contra 58, en la que se declaró anticonstitucional a dicho organismo proletario. En favor de la Internacional, aunque la mayoría se limitaron a pedir el Gobierno que permaneciera neutral, hablaron Salmerón, Pí y Margall, Garrido, Lostau, Montero Rius, Echegaray, Ruiz Zorrilla y Castelar. Actuó de ministro acusador Sagasta, y a favor de éste, Jove y Hevia, Moreno Nieto, Esteban Collantes, Alonso Martínez, Ríos Rosas y Nocedal. La Internacional madrileña no se amilanó por los resultados de este debate parlamentario y organizó un mitin, desafiando a los diputados que la habían combatido en las Cortes a que mantuvieran públicamente sus acusaciones. Ninguno se atrevió a hacerlo, presidiendo el acto Paulino Iglesias, y tomando parte en el mismo Anselmo Lorenzo, José Mesa, Francisco Mora y la obrera Guillermina Rojas. No es ocioso recordar que Iglesias era el más joven de los que intervinieron en acto tan memorable, celebrado en el teatro *Rossini*, enclavado en los Campos Elíseos madrileños.

[145] *El Congreso de Zaragoza*

Escudándose en la mayoría obtenida en las Cortes autorizando al Gobierno a proceder contra la Internacional, Sagasta, con fecha 17 de enero de 1872 dirigió una circular a los gobernadores civiles ordenándoles la disolución de las Secciones de la misma que actuaran en sus respectivas provincias. Temeroso de las consecuencias, el Consejo Federal adoptó las pertinentes medidas para seguir actuando clandestinamente, y organizó dos expediciones, una a cargo de Lorenzo por Andalucía y otra de Mora por Cataluña y Baleares, para prevenir a las Secciones y agrupar nuevas fuerzas que pudieran tomar parte en el Congreso de Zaragoza, decididos a celebrarlo, a pesar de las medidas adoptadas por el Gobierno. Hubo acuerdo para que Paulino Iglesias hiciera igual labor por el Norte, pero no pudieron llevarlo a la práctica por carencia de recursos. La propaganda de Lorenzo y Mora dio sus resultados, y en todas partes dejaron constituidos comités secretos que pudieran seguir actuando si las persecuciones llegaban a estallar.

El 1º de febrero de ese año Morago comenzó a publicar en Madrid *El Condenado*, semanario adicto a las ideas de Bakunin, enderezado a contrarrestar la influencia de Lafargue, que hacía poco había llegado a Madrid y colaboraba asiduamente en *La Emancipación*, de acuerdo con Mesa. Como la situación económica de Lorenzo no era buena, Lafargue, que intimó con él, le facilitó ropa para su viaje, aumentando este detalle los recelos de Morago contra los hombres que redactaban ese semanario órgano de los internacionalistas madrileños. En el acta de la sesión verificada el día 1º de abril de 1872, presidida por Ángel Mora y de la que fue secretario Inocente Calleja, figuran los datos relacionados con las expulsiones de que fueron objeto Mesa, Mora (F.), Lorenzo, Pagés, Iglesias y Pauly, decretadas por los bakuninistas inspirados por Morago. El Consejo Federal, después de oír a los interesados, adoptó los siguientes acuerdos:

[146] “Este Consejo, en vista de una comunicación que le han dirigido sus compañeros José Mesa, Francisco Mora, Anselmo Lorenzo, Paulino Iglesias, Víctor Pagés e Hipólito Pauly, participando que han sido expulsados de esa federación local; considerando que tal acuerdo es antirreglamentario, porque sólo las Secciones tienen derecho a juzgar estas cuestiones, y los motivos en que se fundan no han sido reconocidos válidos por el jurado al efecto, puesto que se ha disuelto sin dar fallo; considerando que la asamblea, en vista de que el jurado no había condenado a nuestros compañeros, resolvió por sí, demostrando con esto la pasión que la animaba; considerando que el carácter de miembros del Consejo Federal de que se hallan revestidos nuestros compañeros hace que vuestro acuerdo sea, además de injusto, inconveniente, porque podría ocasionar graves males a la Federación Regional; considerando que con este acuerdo se ha faltado a la justicia, base principal de nuestra Asociación, resuelve anular vuestro acuerdo hasta que el próximo Congreso de Zaragoza determine”.

Dada la actitud del Gobierno, era de presumir que el Congreso no sería autorizado, si planteaban el problema legalmente a las autoridades zaragozanas. En previsión de que así ocurriera, dieron una fecha pública, que sirviera de aviso a éstas, y otra privada, anticipada en varios días, a fin de que los delegados de las Federaciones se pudieran reunir previamente sin intervención de público ni autoridades. Así fue, en efecto. El Congreso adoptó rápidamente las medidas indispensables para garantizar la continuidad del movimiento obrero, designando nuevo

Consejo Federal, en el que no quiso entrar Mora, y del que formó parte Lorenzo, para su desgracia, según escribió más tarde, trasladando el lugar de residencia a Valencia. Examinaron el problema de las expulsiones decretadas arbitrariamente en Madrid, decidiendo que ambas partes retirasen cuanto pudiera ser molesto, [147] quedando con ello anuladas. Por fin, autoridades y congresistas decidieron darse la batalla, y el lunes 8 de abril, en el teatro *Novedades* de la capital aragonesa, con extraordinaria concurrencia de trabajadores, que habían abandonado fábricas y talleres para oír a los internacionalistas, prepararon un mitin, presidido por Morago, actuando de secretario Mesa. En previsión de que el acto fuera suspendido, como así ocurrió, Mesa llevaba redactado por él y firmado por todos los congresistas el siguiente documento, que leyó desde la presidencia antes de abandonar el local, por imposición de los agentes del gobernador civil:

“Los firmantes, delegados de las Federaciones locales de la región española de la Asociación Internacional de los Trabajadores para constituir en Zaragoza el segundo Congreso de la región, protestan solemnemente, en nombre de todos los trabajadores asociados de España, y a la faz del mundo, del brutal y escandaloso atropello de que han sido víctimas. Dos días después de celebrarse con toda libertad las elecciones para el Congreso burgués, donde han de debatirse las contiendas de nuestros explotadores, esos mismos explotadores, no contentos con el despojo, apelan a la represión y a la violencia, atropellando las mismas leyes que ellos han hecho; disuelven por la fuerza bruta el Congreso obrero donde debían tratarse las cuestiones relativas al trabajo y a la organización de los trabajadores. En el primero, es decir, en el Congreso de los Diputados, va a organizarse la expoliación y reglamentarse la injusticia. En el segundo, además de los asuntos interiores de la Asociación, tenían que estudiarse los problemas económico-sociales que agitan y preocupan a todos los hombres de conciencia; tenían que tratar del modo de verificar la transformación de la propiedad para conformarla con la justicia; de la resistencia del trabajador explotado al capital explotador; de la cooperación de consumo; de la organización de los trabajadores agrícolas; de la organización [148] social de los trabajadores todos, y de la enseñanza integral.

Nuestro Congreso tenía por criterio la razón; por objeto, la realización de la justicia; por regla, la paz y la tranquilidad. El Congreso burgués tiene por única misión la explotación de la clase trabajadora, que va a disputarse para adjudicársela al más fuerte o al más afortunado como buena presa. Natural era, pues, que nuestra actitud espantase a los hombres de la burguesía, como espanta al criminal la voz de su conciencia. Pero ese mismo espanto les ha perdido. Han roto hoy las hostilidades con la clase obrera. Hasta ahora se habían limitado a insultarnos con sus discursos y en sus circulares; hoy proclaman en alta voz, con un acto ilegal y violento, que los hijos del trabajo no pueden reunirse pacíficamente. La guerra social, la guerra entre pobres y ricos, la guerra entre señores y esclavos, entre oprimidos y opresores, está declarada por el Gobierno actual, representantes de la burguesía española.

¡Trabajadores agrupémonos, organicemos nuestras huestes, templemos nuestras armas y preparémonos para una lucha más o menos próxima. ¡Abajo los privilegios! ¡Abajo la explotación del hombre por el hombre! ¡Abajo la tiranía! ¡Viva la Asociación Internacional de los Trabajadores! Zaragoza, 8 de abril de 1872.- José Pamies, zapatero; Bautista Tarrago, albañil; Juan Seguí, estampador; Ignacio Perramón, barbero; Salvador Balmarola, tejedor; Hipólito Pauly, tipógrafo; G. Albagés, tejedor; José Soler, tallista; José Batselli, tejedor; Tomás Valls, tejedor; Paul

Lafargue, médico; José Prats, curtidor; Bienvenido Espigulé, albañil; Pablo Bruguera, tejedor; Víctor Pagés, zapatero; José Brugulat, hilador; Juan Méndez, trabajador del campo; Enrique Muñoz, ajustador; Miguel Pino, cerrajero; Carlos Pontons, tonelero; Antonio Fort, curtidor; B. Castro, tipógrafo; Paulino Iglesias, tipógrafo; Inocente Calleja, platero; José Rodríguez, sombrerero; José Soler y Claveguera, fundidor; Generoso García, ebanista; Juan Trulla, [149] hilador; Marcial Vela, zapatero; Tomás González Morago, grabador; Luis Fúster, tonelero; Francisco Mora, zapatero; P. Montoro, tejedor; Francisco Tomás, albañil; Francisco Martínez, tintorero; Anselmo Lorenzo, tipógrafo; A. Arbeg, chocolatero; José Mesa, tipógrafo”.

El valor histórico de ese documento —el último de la Internacional española antes de su escisión— reside en que está suscripto por los fundadores del movimiento obrero anarquista y socialista. Ahí están, unidos en la protesta contra los Poderes públicos, los mismos hombres que habían comenzado a dividirse y terminarían odiándose, a pesar de defender, en el fondo, los mismos ideales de emancipación proletaria. El Congreso siguió deliberando en el Centro social de la Internacional en Zaragoza, seguramente con la tolerancia de las autoridades, que se limitaron a suspender el acto organizado en el teatro *Novedades* de dicha capital: y a procesar al presidente y secretarios de la mesa de discusión. Obsérvese que Lafargue firmó esa protesta con su nombre, apellido y profesión, exponiéndose con ello a represalias gubernativas por ser extranjero, único intelectual que figura entre los internacionalistas reunidos en Zaragoza. En el Congreso hubo treinta y una federaciones locales representadas por treinta y ocho delegados. Del Consejo Federal acudieron siete miembros, uno por vez primera en actos de esa importancia, Paulino Iglesias. Instalado en Valencia el Consejo Federal, con Lorenzo como secretario, comenzaron para éste las amarguras, hasta tal punto que dimitió su puesto, según consta en la página 156 del libro *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española*, Universidad de Barcelona, 1969, donde figura lo que sigue: “El compañero Lorenzo manifestó que motivos de carácter privado le obligaban a presentar la dimisión y haber resuelto retirarse de la vida pública”. Por mera fórmula le invitaron a retirar la dimisión, manteniéndola Lorenzo con carácter irrevocable. Esto sucedía el 21 de junio de 1872. La ponencia redactada por Lorenzo, en colaboración [150] con Lafargue, suscrita por el Consejo Federal de Madrid, no fue discutida en el Congreso de Zaragoza, dejándola pendiente para el próximo Congreso en Córdoba. Sin estar ya Lorenzo, los reunidos en la citada capital andaluza dieron el siguiente carpetazo a un texto redactado con tanto cariño como interés: “El Congreso rechaza el dictamen que sobre “La propiedad y su transformación” presentó al Congreso de Zaragoza el Consejo Federal que en él dejó de serlo”. ¡Con cuánta amargura detalla Anselmo Lorenzo los incidentes relacionados con esta ponencia, en la que conservó hasta el fin de sus días tantas ilusiones! *El Socialista*, semanal a partir del número 41, publicó esta ponencia, que en el fondo era un documento de esencia marxista.

En Madrid, entretanto, continuaba la campaña de *El Condenado* contra *La Emancipación*, cada día más agravada. Hubo nuevas expulsiones contra Mesa y sus amigos, envalentonado Morago con el apoyo de los aliancistas. Los expulsados en Madrid recurrieron reglamentariamente ante el organismo superior residente en Valencia, que se negó a oírles, en vista de lo cual fundaron otra Federación, pidiendo ingreso en la Internacional ante el Consejo General residente en Londres, que les fue concedido con fecha 16 de agosto, autorizándoles a estar representados en el Congreso de La Haya, para el cual designaron a Francisco Mora y Pablo

Lafargue.

José Mesa, desde Madrid, en carta dirigida a Engels en noviembre de 1872, le decía: “Mora, Calleja, Sáenz, Iglesias y yo, desde hace tres semanas, cotizamos para pagar la imprenta y el correo de *La Emancipación*”. En marzo del año siguiente, agravada la situación, le volvía a escribir así: “Iglesias hace esfuerzos extraordinarios para ayudarme en la redacción. Escribe sueltos y algunos artículos. Es el único que me ayuda”. Siendo el más joven, fue quien recogió la bandera, sin arriarla jamás. Esto no quita méritos a Mesa, verdadero maestro de Iglesias. Lafargue, informando a Engels, lo confirmaba [151] en los siguientes términos: “Los artículos políticos de *La Emancipación* son de Mesa, que ha tomado parte en movimientos revolucionarios con los republicanos y que podría jugar un gran partido entre la burguesía si quisiera. Tiene experiencia, mucha inteligencia y es muy enérgico”.

En *La Emancipación*, a partir del número 79, 31 de diciembre de 1872, divulgaba Mesa el *Manifiesto Comunista*, primero en hacerlo en castellano, detalle interesante jamás reconocido por quienes han escrito sobre este tema. Tradujo igualmente el “Manifiesto del Consejo General de la Internacional”, de Marx, 1864, y el último capítulo de *Miseria de la Filosofía*, de Marx, con el título “Teoría de la lucha de clases”. En 1891 publicó íntegramente ese libro con un prólogo suyo, que podría publicarse aisladamente, por su valor. Tradujo también el resumen de *El Capital*, hecho por Deville, que circuló mucho en España años antes que el libro entero. *La guerra civil en Francia*, de Marx, 1871, se conoció entre nosotros gracias a Mesa, quien escribió para *El Socialista* semanal *Historia de la Comuna de París*, recopilada en libro posteriormente. El 27 de julio de 1873 salió el folleto *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*, de Engels y Lafargue, traducido al español por Mesa.

En mayo de 1873 se reunió en Toledo el Congreso de la Nueva Federación de la Región Española, creada por los expulsados en Madrid, que consiguió crear Secciones en Zaragoza, Vitoria, Lérida, Badalona, Alcalá de Henares, Segovia, Denia, Toledo, Valencia, Cádiz, Gracia (Barcelona), Pont de Vilmaara y Madrid; sólo enviaron representantes cinco federaciones y designaron a Valencia sede del organismo, pero el golpe militar del general Pavía dejó todo en el aire. El 21 de abril de ese mismo año desaparecía *La Emancipación*, y poco después se trasladaba Mesa a París al servicio de la editorial en que trabajaba en Madrid.

[152] *Anselmo Lorenzo*

El 21 de abril de 1841 –nueve años antes que Pablo Iglesias– nació en Toledo Anselmo Lorenzo Asperilla, que contaba veintisiete cuando Fanelli llegó a Madrid. Entonces comenzó a interesarse por la organización de los trabajadores. Iglesias no había cumplido los veinte cuando brotó su interés por ésta. En Madrid, adonde le enviaron sus padres con unos próximos parientes, por espontánea iniciativa se hizo tipógrafo. La lectura de libros de Fourier y de Pí y Margall le incitó hacia temas sociales. Una vez dentro de la Internacional, Lorenzo, como Iglesias, creyó que ésta y la Alianza eran una misma cosa. Estuvo en relaciones con pastores evangélicos, que no le convencieron, y con masones, que tampoco consiguieron atraerle, aunque años más tarde, por influjo de Ferrer, entró en la masonería. Pablo Iglesias nunca fue masón.

Cuando estalló la discrepancia entre Mora y Morago, en Lisboa, Lorenzo se solidarizó con

el primero, iniciándose los recelos en contra suya. No conoció a Bakunin ni expresó simpatías por el agitador ruso en sus memorias. Al abandonar su puesto como redactor de *La Emancipación*, semanario fundado por Mesa en Madrid, para ocupar un cargo en el Consejo Federal de Valencia, declaró que “se sentía completamente solidario de la conducta y de las ideas del periódico”. Recuérdese que por influencia de Morago, Lorenzo fue expulsado de la Internacional de Madrid con Mora, Mesa, Iglesias y otros más. Al llegar a Valencia, en la primera carta oficial de los nuevamente expulsados en Madrid, donde seguía dominando Morago, figuraba Lorenzo como secretario de la Internacional. Es casi seguro que uno de los motivos que precipitaron su dimisión fue negarse a fallar esa clase de pleitos. Expulsado en Madrid por odios de otros aliancistas, volvió a serlo en Barcelona. Anselmo Lorenzo era más educador que agitador. En sus libros relató las vicisitudes [153] y desengaños sufridos, que no consiguieron hacerle renegar de su ideología. Soportó persecuciones, deportaciones, emigró de nuevo, conoció en París a Francisco Ferrer, y cuando éste, en posesión de una fortuna, fundó la Escuela Moderna en Barcelona, encontró en Lorenzo un admirable colaborador, salvándole de la miseria, encargándole la traducción de libros de resonancia universal. Pero el 13 de octubre de 1909 cayó fusilado en los fosos de Montjuich el fundador de la Escuela Moderna, en días en que Lorenzo estaba deportado en Alcañiz con Soledad Villafranca, muy unida a Ferrer, y otros militantes. Cambió la política española, Moret autorizó la apertura de la Escuela Moderna y la devolución de los bienes de la Fundación que le habían dado vida legal, y Portet, heredero de Ferrer, le ratificó en su puesto de traductor de libros, que al final fueron a parar a una editorial barcelonesa. Anselmo Lorenzo falleció en Barcelona el 30 de noviembre de 1914.

Respondiendo al diario barcelonés *El Liberal* el día 15 de abril de 1905, Lorenzo escribió lo siguiente, que da idea de su independencia de juicio: “Hay no pocos jóvenes que valdrían si no hubieran nacido en Cataluña, porque, refrenando su inteligencia, habrían llegado a las cumbres del ideal, sin empequeñecerlo con el idioma catalán y el odio a Castilla. Muchos de esos jóvenes son anarquistas, superhombres, necios que no sirven para nada; el catalanismo les inutiliza para la vida intelectual. Hay muchos trabajadores que se llaman anarquistas por moda, muchos desequilibrados que se lo llaman y sólo son perturbadores”. Casimiro Martí, en su libro *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, niega que los trabajadores barceloneses de la época internacionalista fueran anarquistas o socialistas, aunque a veces se lo llamaran así. A su juicio, en Cataluña había asociacionismo, cooperativismo, mutualismo, eso sí, y espíritu federal, con gotas regionalistas y republicanas; pero nada más. Quizá tenía razón.

[154] *Fernando Garrido y otros reformadores*

Casi todos los historiadores coinciden en afirmar que los divulgadores españoles del Socialismo utópico se inspiraron en reformadores franceses, singularmente en Proudhon, Cabet y Fourier. Abreu, oficial de Marina, diputado por Cádiz, uno de los doce que en las Cortes reunidas en Sevilla en 1823 votaron la destitución de Fernando VII, hubo de emigrar para salvar su vida. Conoció en Francia a Carlos Fourier, identificándose con sus doctrinas que, cuando regresó al amparo de una amnistía, propagó en Cádiz. Hacia la misma época, en Barcelona los partidarios de Cabet divulgaron su libro *Viaje a Icaria*. Ramón de la Sagra, diputado en 1856, autor de libros sobre ciencias naturales y económicas, vivió en el extranjero gran parte de su vida, relacionándose

con los reformadores entonces en boga. El 26 de noviembre de 1847, desde París, Engels escribía a Marx informándole de que, al fin, había podido entrevistarse con Luis Blanc. “Naturalmente –decía– había en su casa una masa de imbéciles, entre ellos Ramón de la Sagra, que me entregó un folleto que te envió. Yo no lo he leído. Finalmente, aproveché la oportunidad para cambiar con él algunas palabras sobre nuestros asuntos. El me declaró, vacilando, que no había tenido tiempo de leer tu libro (*Miseria de la Filosofía*). “Lo he ojeado –me dijo– y he visto que Proudhon es atacado vivamente”. De ahí se deduce que Ramón de la Sagra conoció algún libro marxista, aunque jamás divulgara esas ideas.

Y vamos con la figura más interesante de los reformadores: Fernando Garrido Tortosa, nacido en Cartagena en 1821, educado en Cádiz, donde fue pintor y dibujante que ilustraba trabajos de Eduardo Benot, ministro que fue con la República. Hacia 1845, al llegar a Madrid, impregnado de ideas cooperativistas y mutualistas, importadas por Abreu, se lanzó a propagarlas ardorosamente. De acuerdo, entre otros, con Sixto Cámara y Gordax AVECILLA –éste se declaró socialista en las Cortes de 1848, en las que fue diputado– publicó *La Atracción*, primer periódico socialista en España. En ese decenal, de vida corta, y en *La Organización del trabajo. Explicación del sistema societario, El Eco de la juventud y Defensa del Socialismo*, divulgó textos de Saint-Simon, Fourier, Luis Blanc y Proudhon, sufriendo los rigores de la censura, cayendo preso y condenado por trabajos aparecidos en el último de esos periódicos. Conmutada su pena por destierro, se refugió en Londres, donde trabó amistad con las principales personalidades políticas allí emigradas. Con Mazzini, Kossuth y Ledru-Rollin creó un Comité Internacional por la Libertad de los Pueblos. Al socaire de una amnistía regresó a España por poco tiempo, porque volvió a ser perseguido por defender la candidatura del general Espartero, ídolo de los demócratas. El obispo de Barcelona le excomulgó por uno de sus libros. Tomó parte en un movimiento revolucionario en Andalucía y al huir hacia Portugal, en unión de Sixto Cámara, éste, agotado por las penalidades sufridas, falleció, librándose Garrido de ser apresado por pura casualidad. En una de sus prisiones coincidió con el poeta Núñez de Arce, en su juvenil etapa revolucionaria, que olvidó posteriormente para convertirse en alabardero político de Sagasta, al volver los Borbones a España. Garrido nunca traicionó sus ideales republicanos.

En sus viajes al extranjero conoció a Bakunin, quien tal vez se hizo ilusiones con Garrido, cuyo nombre dio a Fanelli cuando, en 1868, le envió a España. Ciertamente ayudó al emisario del revolucionario ruso, sin coincidir en sus procedimientos. Tuvo agrias discusiones con los aliancistas madrileños, a pesar de lo cual, en las Cortes de 1869, diputado por Cádiz, defendió el derecho de la Internacional a propagar sus ideas por España. Garrido, en 1869, intervino en actos de propaganda federal en Andalucía, coincidiendo con Rey, Reclus y Naquet, franceses izquierdistas. En 1873 fue diputado por Sevilla. A lo largo de su vida, siempre muy agitada, publicó numerosos folletos y libros, algunos con prólogos de Mazzini, en Londres, y de Castelar y de Pí y Margall, en España. La República de 1875 le nombro intendente general en Filipinas. Conoció en alta mar el cambio político surgido en España y se refugió en el extranjero, regresando bastante tiempo después de la Restauración. No colaboró con el régimen monárquico y se instaló en Córdoba, donde falleció en 1883. En Madrid, una calle del distrito de la Universidad, por donde fui elegido concejal en 1919, lleva el nombre de Fernando Garrido, a propuesta mía que aprobó el Ayuntamiento. En el acto inaugural de la placa, al cumplirse el

centenario de su nacimiento, fue objeto de un homenaje. Todo ello bien merecido.



La obra de la Comuna

El 18 de julio de 1870, Francia –Napoleón III, inspirado por Eugenia de Montijo y un grupo de generales– declara la guerra a Prusia. El 2 de septiembre, en Sedán, el emperador es vencido sin gloria y sin grandeza. El 4 de septiembre, París proclama la República. La emperatriz salva su vida por milagro, refugiándose en Inglaterra. El 18 los prusianos inician el asalto a la capital, que se rinde diez días después. Entretanto, el 5 de noviembre, en París ha habido elecciones municipales, venciendo en ocho distritos los candidatos adversarios al Gobierno. La Guardia nacional, fuerte en la capital, está inquieta. El 5 de enero de 1871, el Comité republicano de París lanza una proclama condenando al Gobierno y exigiéndole autorice la instauración de la Comuna. El 8 de febrero hay elecciones para la Asamblea Nacional. Las provincias, sobre todo las zonas agrarias, votan a favor del Gobierno, que acepta las condiciones de paz exigidas por Alemania –pérdida de Alsacia, Lorena y cinco mil millones de francos como indemnización–, cuyos soldados desfilan por París, sin ocuparlo. Thiers duda de las tropas y desea sacar los cañones concentrados en Montmartre. Hay lucha, interviniendo las mujeres del pueblo parisino, ulcerado por la derrota. Los generales Lecompte y Clément Thomas, adictos al Gobierno, son fusilados por las tropas sublevadas, que impiden la salida de los cañones. El Gobierno huye hacia Versalles. Hay movimientos populares en Lyon, Marsella, Toulouse, Saint-Etienne, Narbona y otras ciudades, dominadas por el Gobierno, que aísla la capital, donde se proclama la Comuna el 27 de marzo, como consecuencia de nuevas elecciones municipales efectuadas el día 26, con intervención de 230.000 electores, de los 485.000 inscriptos en el censo. Versalles se niega a toda reconciliación. Se inicia el asedio.

¿Qué hombres se lanzaron a la defensa de París contra los prusianos y contra el Gobierno de Versalles? La mayoría eran republicanos [158] moderados; pero en su formación habían dejado huella profunda las nuevas ideologías. Dueños de París, se despojaron de sus atribuciones y convocaron elecciones de concejales a la semana justa de haberse apoderado de la capital. París eligió setenta y dos concejales, de los cuales veinticinco eran obreros y quince tan sólo pertenecían a la Internacional. Su obra legislativa es la iniciación de la que hubiera podido significar la victoria del proletariado. Pero la Comuna no vivió una hora tranquila. Lissagaray, en su *Historia de la Comuna de París*, como resumen, dice lo que sigue:

“Dio a los trabajadores conciencia de su fuerza, trazó una línea perfectamente definida entre ellos y la clase-devoradora; aclaró las relaciones de clase con tal resplandor que la historia de la Revolución francesa se iluminó con él y gracias a él se reanudó más tarde ... No fue, sin duda, más que un combate de vanguardia, en que el pueblo, comprimido en una sabia lucha militar, no pudo desplegar sus ideas ni sus legiones; por eso no comete la torpeza de encerrar la Revolución en ese episodio gigantesco. Pero, ¡qué pujante vanguardia la que por espacio de dos meses tuvo en suspenso a todas las fuerzas coaligadas de las clases gobernantes! ¡Qué inmortales soldados los que en las vanguardias mortales respondían a un versallés: ‘¡Nosotros estamos aquí por la Humanidad!’ Esta amplitud de la idea comunal permitía aunar bajo ella a diversas tendencias y

grupos políticos, pero se convirtió, a la vez, en una fuente de errores, golpes en falso y debilidades en la política de la Comuna.

El 5 de abril, en vista de que el Gobierno de Thiers, instalado en Versalles, fusiló a los prisioneros de la Comuna, ésta decide la captura de rehenes. Ese mismo día, acuerda demoler la capilla expiatoria de Luis XVI, ordena la igualdad de salarios por un trabajo igual para hombres y mujeres y socorre a ochocientas doce mujeres de soldados [159] versalleses, justificándolo así: ‘¡No hay banderas distintas para las viudas! ¡La República tiene pan para todas las miserias y besos para todos los huérfanos!’. Acaso la obra de mayor autenticidad fue la realizada por Gustavo Courbet, discípulo de Proudhon, artista de mérito que formó parte de la Comisión de Enseñanza, presidió la asamblea de artistas, y dispuso la apertura de museos y bibliotecas y el respeto para toda obra de arte, reorganizando la enseñanza y restableciendo la Exposición artística anual. La siguiente frase de uno de los miembros de la Comuna expresa bien el pensamiento que les animaba: ‘Estamos aquí no sólo para resolver cuestiones municipales, sino para hacer reformas sociales Y para hacer estas reformas, ¿hemos de consultar a los patronos? No. ¿Es que la nobleza fue consultada en el 92?’”.

El 9 de agosto de 1870, esto es, medio año antes de lanzarse el pueblo de París al asalto de los cañones que Thiers le quería arrebatar, Salustiano Olózaga, embajador del Gobierno español en Francia, que pasaba por avanzado entre los partidos burgueses españoles, se dirigió oficialmente a Sagasta, ministro de Estado en Madrid, en los siguientes términos: “Lo que en París alarma a todos, y a nosotros nos debe alarmar más que a nadie, es el Socialismo. Hoy mismo están aquí temblando ante este mismo dilema: si no se arma a la población no se puede defender París; pero si se arma, peligra todo. Voy al Cuerpo Legislativo. Creo armarán a todo el pueblo, porque ahora no se puede pensar más que en rechazar al extranjero; pero pueden ocurrir graves conflictos proclamándose la República”. Olózaga veía claro. El temor era el Socialismo. La República estaba a las puertas de París. Eso explica la actitud del Gobierno español contra la Internacional, el miedo de Sagasta a que esas ideas –las ideas del crimen, según dijo en el Parlamento– llegaran a triunfar.

Luis Blanc, expatriado durante el predominio de Napoleón III, fue elegido diputado por París con más de doscientos mil sufragios, en [160] primer puesto poco antes de estallar la Comuna. Se negó a combatirla, pero no la sirvió, a pesar de lo cual fue encarcelado por el Gobierno de Versalles. Más que político fue escritor. Su libro *Historia de la Revolución Francesa*, en varios tomos, le dio merecida fama, reconocida por Marx. Hasta el final de su vida conservó gran popularidad, que utilizó en reclamar la amnistía para los deportados a Cayena por los tribunales que juzgaron a los comunistas. Víctor Hugo colaboró asimismo en esa labor de reparación social, aunque tampoco fue partidario de la Comuna. L. Eugenio Varlin murió durante la revolución, así como Ch. Delescluze, G. Flourons, Duval y tantos otros. Julio Valles (1832-1885), autor de *El Grito del pueblo*, pudo salvarse. Eduardo Vailant, fallecido en 1916, fue también miembro de la Comuna. En la Comuna hubo una heroína que ha pasado a la Historia, Luisa Michel, nacida en 1830 y fallecida en Marsella el 9 de enero de 1905. Fue condenada a deportación perpetua en Nueva Caledonia, el horrible presidio colonial tantos mártires de la Comuna, y regresó a Francia merced a la amnistía del 14 de julio de 1880, cuando la República se consolidó con Gambetta. Con harta razón pudo escribir Marx en *La guerra civil en Francia*: “El

París de los obreros de 1871, el París de la Comuna, será celebrado siempre como la avanzada de una nueva sociedad. La memoria de sus mártires vivirá, como en un santuario, en el gran corazón de la clase obrera”.

[161] *La Internacional (himno)*

Eugenio Pottier, poeta popular y exaltado antimilitarista francés, autor en 1871 de la letra de *La Internacional*, nació en París el 4 de octubre de 1816 y falleció en la miseria, afiliado al Partido Socialista, el 6 de noviembre de 1887. Puso en verso lo que Marx había dicho en prosa: el proletariado no debería fiar sino en su propio esfuerzo para salvarse de la opresión. Los versos originales eran muy violentos, tanto que Armando Gosselin, de Douai, fue condenado en agosto de 1894 a un año de cárcel y cien francos de multa por haber editado la letra y la música del himno obrero. La sentencia hizo popular el himno socialista, si bien ya con letra diferente, de carácter internacionalista, sin alusión a la guerra franco-prusiana, como en su origen. Expatriado durante los años terribles de Thiers, a consecuencia de su participación en la Comuna, a su regreso en 1880, ya amnistiado, escribió lo siguiente: “En esta lucha en que todos los ciudadanos han perdido su vida o su libertad, me considero favorecido por no haber perdido más que mi fortuna. Pasé dos años de exilio en Londres y dos años en Boston tratando de honrar por el trabajo mi pobreza y mi proscripción”. Aunque a su entierro acudieron muchos trabajadores, entre ellos Julio Guesde, la verdad es que Pottier no adquirió celebridad sino años después de su fallecimiento, a medida que el himno fue invadiendo el corazón de las multitudes trabajadoras, sobre todo luego de que Adolfo de Geyter (nacido en Lille en 1859, militante junto a Guesde y fallecido en París el 3 de octubre de 1938) pusiera música a la letra y fuera cantada por Henri Chesquire al concluir el Congreso Socialista de 1899.

[162] He aquí una traducción hecha por Francisco Mora de *La Internacional*, cuya música también fue adaptada por él, aunque respetando lo esencial:

¡Arriba los pobres del mundo!	en la lucha final
¡En pie los esclavos sin pan!	y se alcen los pueblos
Alcémonos todos al grito de	por La Internacional
¡Viva la Internacional!	
	Agrupémonos todos
Rompamos al punto las trabas	en la lucha final,
que impiden el triunfo del bien	y se alcen los pueblos, con
Cambiemos el mundo de fase	valor
hundiendo el imperio burgués	por la Internacional.

Agrupémonos todos

la patria de la humanidad

El hombre del hombre es

hermano:

derechos iguales tendrán

Los odios que el mundo
envenenan

del mundo lanzados serán

Agrupémonos todos

en la lucha final,

y se alcen los pueblos
por la Internacional.

Agrupémonos todos

en la lucha final,

y se alcen los pueblos con
valor,

El día que el triunfo
alcancemos
ni esclavos ni dueños habrá.

La tierra será un paraíso,

por la Internacional.

[163] *El Socialismo a través de los tiempos*

“El estatismo es la organización del trabajo social por el Estado, por el Gobierno. El Socialismo es la organización del trabajo social por los trabajadores agrupados en sociedades de derecho público ... Importará muy poco que nuestros principios de repartición sean más equitativos que los principios actualmente admitidos, si su aplicación hubiera de llevar consigo un retroceso o aún más una paralización en la expansión de las fuerzas productoras”.- Emilio Vandervelde.

“El Socialismo no ha surgido enteramente preparado, enteramente acabado, del cerebro de un solo genio. Es el producto largamente madurado de la Historia. Fuerzas sociales latentes, luchas seculares, esfuerzos de generaciones y generaciones de pensadores y de escritores lo han formado tal como existe hoy. Dueño seguro de la sociedad de mañana, fuerza temible en la de hoy, tiene raíces profundas en el pasado. A la vez simple como un axioma geométrico y complejo como la vida puede definirse en dos palabras, como toda gran idea al alcance de las masas innumerables. El Socialismo es la posesión y la producción en común. El Socialismo es la socialización de los medios de producción. El Socialismo es la organización social y racional del trabajo. El Socialismo es la cooperación de todos en provecho de todos. Pero el Socialismo puede igualmente dar materia a acontecimientos infinitos, como el ser viviente evolucionando en lo infinito del espacio y del tiempo. El Socialismo puede ser considerado: como hecho social que ha organizado la producción y el consumo en el pasado; como doctrina o teoría social que anuncia principios necesarios e inevitables de la organización social; como filosofía de la historia que determina las fuerzas motoras de la Humanidad que conducen a una nueva organización de la sociedad; como un movimiento económico, político y social del proletariado moderno que le organiza en partido de clase frente y contra otras clases; como una política activa que trata de reformar o de transformar gradualmente, bajo la [164] inspiración de un ideal, el régimen político

y social; como movimiento histórico integral que combina y coordina todos esos aspectos diferentes del Socialismo en un solo sistema de clases y de procedimientos, proponiéndose un objetivo final claro y definido y formulando una serie de medios concretos avalorados por fuerzas sociales determinadas”.- Carlos Rappoport y Compère-Morel.

“Lo que distingue y caracteriza al Partido Socialista es que hace depender la liberación humana de la abolición del régimen de propiedad capitalista que ha dividido la sociedad en clases necesariamente antagónicas y ha creado para una de ellas la facultad de gozar de la propiedad sin trabajar y para la otra la obligación de vender su trabajo y de abandonar una parte de su producto a quienes detentan el capital. El Partido Socialista es un partido esencialmente revolucionario que aspira a sustituir el régimen de propiedad capitalista por un régimen en el que las riquezas naturales, como los medios de producción y de cambio, sean de propiedad de la colectividad y en el que, por consiguiente, las clases sociales queden abolidas. Esta transformación, hecha en beneficio de todos los hombres, no puede ser más que obra de los propios trabajadores. Sean cuales fueren los medios que empleen para realizarla, esa transformación constituye, por sí misma, la revolución social. En este sentido, el Partido Socialista ha sido siempre y continúa siendo un partido de lucha de clases fundado en la organización del mundo del trabajo. Creemos que esta transformación sólo podrá ser obtenida por la acción nacional e internacional de los trabajadores, agrupados en partidos de clase para su propia liberación. Creemos que la mutación revolucionaria del sistema social está condicionada a la conquista del Poder político por los trabajadores organizados en partidos de clase. La conquista del Poder no es un fin en sí mismo; es la condición previa e indispensable de la transformación revolucionaria. Dar a cada individuo su adecuado y exacto lugar en una sociedad colectiva, dar a cada nación su [165] verdadero y adecuado lugar en la comunidad internacional, en la cual no sólo la independencia, sino la originalidad de cada pueblo sea respetada”.- Declaración de principios de la SFIO a cargo de León Blum.

“Si aconteciera que en la sociedad socialista se produjese la mitad de lo que se produce en la sociedad capitalista, los trabajadores no vivirían mejor en esa sociedad y probablemente hasta mucho peor que bajo la tiranía del capital; el reparto más justo no serviría de nada si hubiera menos que repartir. De ahí, en consecuencia, que quien trace la ruta al socialismo debe organizar de modo más justo el reparto de los productos, sin que se resienta la producción misma. Si en un régimen socialista se produce menos y peor, el obrero vivirá en condiciones inferiores. El problema es producir y repartir lo producido, pero eso no es el reparto social, pura demagogia de la era utópica. No se tiene derecho a destruir la organización capitalista de la producción si no se crea al mismo tiempo una organización socialista que permita una producción por lo menos tan perfecta como la Capitalista”.- Otto Bauer.

“El interés del proletariado ordena hoy más que nunca evitar cuanto se dirija a alentar inútilmente a las clases directoras a una política de violencia. Por el momento, el Partido Socialista no puede participar en el Poder si no es vendiendo su fuerza política a un Gobierno burgués. El proletariado como clase nada tiene que ganar con ello; sólo los parlamentarios que concluyeran ese mercadeo podrían ganar algo. Quien vea en el Partido Socialista un arma de emancipación del proletariado debe oponerse con la mayor energía a que participe en la corrupción de sus clases directoras. Si hubiera un medio para hacernos perder la confianza de

todos los elementos sinceros de la masa, de hacer que nos desprecien los elementos combativos del proletariado, de perturbar nuestros avances, uno de ellos sería la participación del Partido Socialista en un bloque burgués.

[166] Únicamente si se organiza en partido político la clase obrera en su totalidad se pondrá en condiciones de lograr una sólida y duradera cohesión. Los conflictos puramente económicos sólo conciernen de modo directo la mayoría de las veces a un oficio y a un pequeño número de trabajadores de una ciudad o región determinada. Considerados aisladamente, estos conflictos no son la lucha de clases, pues el interés inmediato que los motiva no es el general de la clase proletaria, sino el particular de ciertas categorías de individuos. Allí donde los obreros no quieren organizarse en partido político, independiente, en partido de clase, y se acantonan en el terreno de las organizaciones económicas, como sindicatos, cajas de seguros y cooperativas, los intereses particulares pasan a menudo a ocupar el primer lugar, y la conciencia de clase, sin la cual no es factible ninguna acción genuinamente socialista y revolucionaria, sigue dormida. Aquellos obreros que carecen de conciencia de ser proletarios, que se consideran sólo como tipógrafos, sombrereros o metalúrgicos, podrán darse tono de radicales rabiosos en algunos aspectos, por ejemplo el religioso, llamándose ateos; pero su radicalismo, al igual que el de esos pequeños burgueses que gritan ‘Viva la revolución’ haciendo extraños gestos es pura farsa; su acción no influirá nada en la transformación de la sociedad en un sentido proletario. El proletariado es indispensable a la sociedad, puede ser vencido momentáneamente, pero nunca será aniquilado. La clase capitalista, en cambio, ha venido a ser inútil. El primer gran revés que sufra por la posesión del Poder político abocará forzosamente en su derrota completa y definitiva”.- Carlos Kautsky.

“No es por aferrarnos al pasado por lo que seguimos unidos a nuestros principios, sino porque en éstos vemos la tarea futura, y la continuidad de nuestra acción. A cada cual según su trabajo y a todos según sus necesidades. El ideal socialista es el de una sociedad igualitaria y fraternal de hombres y mujeres libres, libres económicamente, libres de alma y de conciencia”.- Declaración de principios del Partido Socialista Belga.

“Cuando llegue el día en que se cierre la historia de la sociedad capitalista, se enumeren todos sus crímenes y se sometan al juicio final de una humanidad mejor, estamos persuadidos de que de todos los crímenes, el que más ha de pesar en la balanza de la historia es el largo calvario de que han sido víctimas los niños proletarios”.- Rosa Luxemburgo.

“Un socialista es un hombre que lleva en su corazón la herida del dolor universal”.- B. Malon.

“No es con la bondad humana con la que se implantará y subsistirá el socialismo; por el contrario, es el socialismo el que hará mejores a los hombres al impedir que se ejerzan malas acciones y facultades síquicas degradantes”.- A. Zerboglio.

“El socialismo no es la doctrina de un hombre o de algunos hombres: es una aspiración de la Humanidad. El socialismo no nació con Marx”.- Luis de Brouckère.

“La palabra *socialismo* ha entrado en el vocabulario de todos los partidos. No hay ciudadanos libres si el trabajador no está, a su vez, emancipado. No hay emancipación del trabajador si los ciudadanos no son, a su vez, libres. El socialismo integral no es, en modo alguno, una religión, puesto que no tiene dogmas, ritos ni sacerdotes, y sin embargo, atrae y puede

satisfacer la necesidad religiosa, puesto que enseña una prudencia y una virtud, habitúa la conciencia al escrúpulo e induce a encontrar en un ideal más elevado que el individuo el móvil y la recompensa de las acciones personales, y porque el asentimiento que se le da permite el sacrificio y se asemeja a la fe. Es muy cierto que, no obstante las apariencias en su contra, es la burguesía que le dirige a rancia desde hace siglo y medio. Las experiencias que parece ofrecernos el [168] periodo comprendido entre las dos guerras son puramente ilusorias. De hecho, cada vez que la voluntad del país, manifestada por el sufragio universal, ha impuesto la formación de un Gobierno de carácter popular y activamente reformador, la burguesía dirigente no ha tardado en eliminarlo como cuerpo extraño. El socialismo, para defenderse, ha tenido que atacar. La lucha ha reemplazado al apostolado y en ella intervienen fatalmente los sentimientos primitivos del hombre: el miedo recíproco, la avaricia, la intolerancia. Pero hoy la fase de la polémica ha sido superada: el socialismo puede pasar de su periodo militante a su periodo triunfante. El régimen social que él combatía, y por el que era combatido, se cae en ruinas: incluso allí donde todavía persiste materialmente, ese régimen ya no cree en sí mismo y se sitúa en contradicción con sus propias leyes. Los postulados y los axiomas socialistas son usurpados por los hombres y los partidos que han declarado a las organizaciones socialistas la más feroz de las guerras. Sobre la base establecida por los principios socialistas, consciente o inconscientemente, toda sociedad trata hoy de rehacerse. ¿De dónde ha nacido el socialismo? De la rebelión de los más nobles sentimientos del alma humana, herida por la vida, menospreciada por la sociedad. El socialismo ha nacido de la conciencia de la igualdad natural, cuando la sociedad en que vivimos está toda ella fundada en el privilegio; surgió de la compasión y de la cólera que suscitan en todo corazón honesto espectáculos intolerables. La miseria, el paro obrero, el frío, el hambre, cuando la tierra, como dijo un poeta, produce aún bastante para nutrir a todos los hijos de los hombres; cuando la subsistencia y el bienestar de cada ser vivo deberían estar asegurados por su trabajo; cuando la vida de cada hombre debería estar garantizada por todos los demás. Surgió del contraste escandaloso a la vez que desolador entre el fasto de unos y la indigencia de otros, entre la labor abrumadora y la pereza insolente. No es, como tantas veces se ha dicho, producto de la envidia, el más vil de los móviles humanos, sino de la justicia y de la piedad, que son los más bellos. Su doctrina es económica más bien que política. ¿Por qué? Porque el análisis de la historia establece precisamente que los hechos económicos, es decir, las formas de la propiedad, los fenómenos de producción, de cambio, de distribución de los géneros dominan cada vez más la evolución de las sociedades modernas, gobernadas de más en más por sus instituciones y sus relaciones políticas. Se es Socialista en el momento en que se rehúsa aceptar la figuración actual de los hechos económicos como necesaria y eterna; a partir del momento en que se ha cesado de decir: “Bah, es el orden de las cosas, siempre ha sido así, nada podemos cambiar en ello”; a partir del momento en que se ha sentido que ese sedicente orden de cosas estaba en contradicción flagrante con la voluntad de justicia, de igualdad y de solidaridad que vive en nosotros.- León Blum.

La propiedad colectiva no es dogma, sino un medio cuya aplicación está determinada por la necesidad y la oportunidad. Los socialistas creen en la evolución que los hombres pueden contribuir a acelerar o a trabar. Sólo el socialismo puede ofrecer a los hombres un porvenir sin angustias y sin hambre; un porvenir en la paz y en la libertad. Entonces, surgiendo del fondo de los siglos, el sueño de las espadas que se transforman en rejas de arado puede ser realizado. Y, en la prosperidad y la seguridad, crecerá una generación sin miedo y sin miseria, franca, llena de

interés por las artes y las ciencias, forjando su propia suerte bajo su propia responsabilidad democrática. Será el mundo del socialismo, donde el libre desarrollo de la personalidad del individuo será la condición previa del próspero desenvolvimiento de la humanidad entera. La economía no se puede dejar en libertad como un ser racional. Su ciclo automático no asegura una expansión sana y racional, ni una repartición equitativa del producto de la actividad económica. La economía capitalista está amenazada de manera constante por diversos peligros. En periodos de alta coyuntura, las subidas de precios debilitan el poder adquisitivo de las rentas monetarias fijas y, por consiguiente, el nivel de vida de un salario. Debilitan el valor monetario y singularmente a la masa de pensionistas y gentes modestas que viven de las rentas de sus economías. En periodo de crisis, el paro generalizado es una grave amenaza. Un paro importante debilita la posición social de los trabajadores, provoca la destrucción de valores económicos considerables y representa un peligro mortal para la libertad del hombre”.- Declaración de principios del Partido Socialista de Austria.

“El objetivo perseguido por el socialismo democrático es la liberación del hombre, la garantía de su seguridad, la creación de condiciones de su libre desarrollo en armonía con sus responsabilidades para con la colectividad. Desde el punto de vista del socialismo democrático, la realización de su libertad individual está irreductiblemente ligada a la reivindicación de justicia económica y a la igualdad de acceso al fondo común de los bienes culturales. La democracia es el gobierno del pueblo, que se expresa por sus delegados, libremente elegidos. Ninguna autoridad política puede ser impuesta que no sea emanación de elecciones libres y secretas. La burocracia debe ser eliminada en todas las formas autoritarias que pueda revestir; todo abuso de poder debe ser perseguido, tanto en la administración privada como en la pública. Las grandes fortunas adquiridas por herencia perpetúan la desigualdad en el seno de la sociedad y permiten a algunos privilegiados beneficiarse de los esfuerzos de sus semejantes sin ninguna obligación compensatoria. Un impuesto sobre las herencias importantes constituye un instrumento entre las manos de la sociedad que permite evitar la concentración del capital y del poder económico para asegurar a todos una igualdad de posibilidades”.- Declaración de principios del Partido Socialista de Dinamarca.

Las ideas de Marx sobre la plusvalía, su concepto de lucha de clases o el materialismo histórico, forman parte hoy del acervo mental de todo hombre más o menos instruido. El perfecto conocimiento de ésta y otras doctrinas podrá darnos un hombre que se llamará economista, historiador, sociólogo, etc., pero si éste no siente el imperioso deber moral de unirse a otros hombres para hacer cesar cuanto antes la miseria del que proviene del despojo de millones de seres por un sistema que beneficia a pocos; si lo que su razón le presenta como un error, si sus sentimientos no se lo presentan como intolerable, ese hombre, a pesar de su ilustración, no será socialista. En cambio si lo será el que sin tal capacitación científica, sienta el vehemente deseo de hacer desaparecer, como se puede y cuando se pueda, una organización económica y social que hiere sus sentimientos de igualdad, que lesiona su amor al hombre. No es socialista por que se pertenece al proletariado, ni antisocialista porque se ha nacido en la clase rica. Hay proletarios que ni comprenden ni sienten el socialismo; en cambio, muchos de sus líderes han salido de la burguesía. Utilizar la credulidad, la sugestión de la infancia y de la juventud para obtener su adhesión incondicional a una persona o a un sistema, es atentar contra la

personalidad humana. Lo es también valerse de su ignorancia para hacerle aceptar doctrinas y dogmas cuya interpretación sobrepasa su capacidad intelectual. Explotar su natural tendencia a la formación del grupo, su necesidad de expansión física para regimentarlos; espiar la aparición –a veces muy fugaz– de instintos regresivos antisociales y estimularlos para siempre a sistemas de violencia y fuerza bruta (único ambiente en donde hallarán satisfacción), transformar el natural deseo de afirmación y expansión de la personalidad en odio hacia aquellos que les han precedido en la vida, es humillar y deformar la personalidad humana –visto en forma colectiva–, volver a la anticivilización. El Socialismo repudia de esa desviación y explotación de la juventud, propia del totalitario. Al hacer del Socialismo una lucha de tal envergadura, Justo excluye, forzosamente, la realización del socialismo por obra del conductor omnipotente y omnisciente, excluye tal hombre providencial. Tal divinización del hombre es lo más antisocialista que se pueda concebir. Este modo de conducir, no de capacitar a las masas –que ciertos Estados modernos han tomado de las religiones pasadas, cuya entidad suprema gozaba, naturalmente, de atributos sobrehumanos y que han adaptado a la técnica moderna– es el signo de la autocracia, es la expresión inequívoca del régimen autoritario, forzosamente dogmático y por tanto conservador. Para que la evolución sea posible debe desaparecer. El dogmatismo de Estado es la negación de la revolución. La lucha para realizar el Socialismo no puede ser la obra de un hombre ni de una oligarquía en nombre del pueblo sino la obra del pueblo mismo. Si éste es pasivo, incapaz, inerte, soportará la nueva forma de Gobierno; trabajará, puesto que debe trabajar para comer, pero habrá entrado, como dice Justo ‘en el nuevo molde por obra de una cierta fatalidad’. Pero sostenemos que el Socialismo no puede realizarse por imposición autoritaria sin perder su sentido moral. Tal mito necesita, además, para constituirse un núcleo alrededor del cual se organicen las ideas, los sentimientos y las costumbres individuales o colectivas. Ese núcleo es el líder, el *führer*, el *duce*, al caudillo, el padrecito. Cualquiera que sea su nombre, sus atributos son análogos, y el esfuerzo de quienes le rodean es hacer de él el instrumento del poder que sobre ellos se extiende y se refleja; es el símbolo viviente de la nación (lo que la monarquía asegura por derecho hereditario), el ser providencial en quien depositar la fe, la esperanza de los súbditos, el porvenir de la comunidad. Nada más ajeno al espíritu del Socialismo. El Socialismo es, pues, inseparable de la democracia, porque en ella encuentra el instrumento de realización menos cruento, porque en ella está contenida una de sus finalidades, la finalidad tal vez esencial, la exaltación del derecho de todo ser humano a la plenitud de su propia vida”.- Alicia Moreau de Justo.

[173] “En materia de educación y de cultura, como en otros aspectos, la política se sostiene cuando sabe adonde va, pese a todos los cambios. Todo está cambiando mucho más rápidamente que antaño. Las formas de trabajo cambian, las fuerzas sociales, las relaciones entre estas fuerzas, y las creencias e ideas, y hasta las costumbres. El lazo que nos vincula unos a otros en el socialismo no nos liga a fórmulas caducas. El mundo laboral de nuestro tiempo es totalmente distinto del proletariado del pasado. Ese mundo está, aún separado de la burguesía por las nuevas posiciones ocupadas y por el proteccionismo de clase, pero ya no lo está por la ignorancia y por la miseria. Es semejante a la burguesía en títulos y en derechos. Desde luego, puede y debe serlo en realidad. El objetivo debe ser la igualdad de oportunidades para toda la juventud. En el régimen en que estamos y probablemente en todos los regímenes, la igualdad de oportunidades no se da: hay que conquistarla”.- Víctor Larock.

“Pasó el tiempo en que el obrero no necesitaba más que los guías de temperamento heroico. Ahora necesita funcionarios capaces, cajeros honrados, representantes sagaces, periodistas y oradores hábiles”.- Federico Adler.

(todo del 8)¹⁴



¹⁴ Nota en el original, p. 173.

[174] Marx: Su vida y su obra

Carlos Marx vino al mundo el 5 de mayo de 1818, en Tréveris, ciudad de honda tradición germánica. Su padre, abogado procurador, llegó a ser consejero de justicia. En 1824 abandonó el judaísmo convirtiéndose al luteranismo con el nombre de Heinrich. La madre de Carlos, Enriqueta Pressburg, judía de origen holandés, tuvo entre sus antepasados rabinos de prestigio en los Países Bajos. Carlos y su padre, muy compenetrados, leían juntos libros de filosofía, religión, Historia —Voltaire, Rousseau, Locke, Lessing— y apreciaban las obras de Cervantes, Goethe, Dante y Shakespeare. Carlos nunca fue un ser vulgar. Su padre deseaba que estudiase jurisprudencia, sin por ello abandonar la filosofía y la poesía, que eran objeto de su predilección. Creía que su hijo estaba predestinado a servir a la humanidad; pero cuando, ya estudiante, alejado de su influencia, observó los derroteros que seguía, llegó a temer se extraviara demasiado. A los diecisiete años, debidamente autorizado por sus progenitores, conoció a Jenny von Westfalia, poco mayor que él, que vivía no lejos del hogar de Carlos y era hija del barón de Westfalia. Un hermano de Jenny llegó a ser ministro del Gobierno prusiano. Por entonces terminó sus estudios de bachillerato en Tréveris, desarrollando el tema "Consideraciones de un joven antes de elegir carrera". En su respuesta el tribunal examinador Carlos reveló ya la ideología que había de ser bandera de su vida: "No siempre podemos abrazar la carrera a la que nuestra vocación nos llama: la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla".

El padre de Carlos falleció cuando éste llegaba a los veinte años y volaba por su cuenta, cuando se sentía rebelde, impetuoso, poeta, artista. Estudió en la Universidad de Berlín, y se doctoró en la de Jena con la tesis "La filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro". Su héroe es Prometeo, divisa que le guiará a lo largo de su vida, oponiéndola "a todos los dioses del cielo y de la tierra que no reconocen la conciencia humana como la divinidad suprema". Tenía veintitrés años.

En 1831 falleció el filósofo alemán Hegel, en quien se inspiró Marx en sus primeros tiempos, coincidiendo con una pléyade de intelectuales izquierdistas, uno de ellos Luis Feuerbach, destituido por el Gobierno de su cargo universitario, que en 1841 publicó *La esencia del Cristianismo*. Marx hubiera querido ser catedrático, como lo intentó su amigo de entonces Bruno Bauer, pero dada la orientación filosófica de ambos, jamás habrían conseguido la autorización gubernamental, por lo que el 18 de enero de 1842 se instaló en Colonia, comenzando a escribir en un diario de esa capital, cuyos artículos eran censurados por las autoridades. Deseando dar facilidades al periódico, renunció a su puesto, desapareciendo el diario, de todas maneras, por orden gubernativa. Entonces escribió Marx a su amigo Arnold Ruge, anunciándole su viaje a París: "Es bien triste ocuparse de tareas serviles, aunque sean por la libertad y tener que combatir con alfileres, en vez de hacerlo con mazas. Estoy aburrido de tanta hipocresía, de tanta idiotez, de tanta autoridad brutal, de nuestras idas y venidas, de tanta charlatanería. El Gobierno, pues, me ha liberado. Nada tengo que hacer en Alemania. Aquí uno se corrompe".

Que sus cualidades eran ya extraordinarias lo prueba este párrafo de una carta escrita en 1842 por Moses Hess a Bertoldo Feuerbach: “El doctor Marx es el nombre de mi ídolo; es un hombre joven; a lo sumo veinticuatro años, que dará el golpe de gracia a la religión y a la política medievales. Une al sentido filosófico más profundo y más serio la ironía más mordaz. Imagina Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel confundidos en una sola persona –yo digo confundidos y no yuxtapuestos–, y tendrás al doctor Marx”.

En 1842 falleció el padre de Jenny. Al año siguiente Carlos y Jenny contraen matrimonio, instalándose en París. Años felices, quizá [176] los únicos, para la joven pareja. Entró en relaciones en la capital francesa con Bakunin, Proudhon, Heine, Cabet, con cuantos alemanes se habían refugiado en París huyendo de las persecuciones de que eran objeto en su patria. Escribió en los *Annales franco-germaniques*, de Arnold Ruge, trabajos francamente socialistas, hasta que, en 1845, por presiones del Gobierno alemán, las autoridades francesas le obligaron a salir de París, instalándose en Bruselas, donde tuvo tensas escenas con la policía, viéndose forzado a dejar ese país. En 1848 hay ambiente revolucionario en Europa. En Alemania surgen motines en varias capitales, en algunos de los cuales intervienen Marx y Engels. Publica un periódico en Colonia, sufre allí un proceso y se defiende ante el tribunal brillantemente: “Y así nace la Revolución. ¿Y el Derecho? La sociedad no descansa en la ley. Eso es un concepto que los juristas se han forjado. Por el contrario, es la ley la que ha de encontrar su fundamento en la sociedad: ser expresión de sus intereses y necesidades comunes –tal como resulten del régimen material de la producción imperante. El Código de Napoleón, que tengo en la mano, no ha creado la sociedad burguesa moderna. Es, por el contrario, la sociedad burguesa nacida en el siglo XVIII y desarrollada en el XIX, la que tan pronto como deje de responder a la realidad de las condiciones sociales se convertirá en un pedazo de papel. Querer hacer de leyes caducas la base de la nueva evolución social es tan absurdo como pretender que fuesen ellas las creadoras del orden social anterior. Son criaturas de este orden social, y con él tienen que perecer. Cambian necesariamente al cambiar las condiciones de vida. Y sostener leyes antiguas contra las nuevas necesidades y exigencias de la sociedad equivale, en el fondo, a defender, bajo un manto de justicia, intereses particulares y anacrónicos contra el interés colectivo actual”.

Es desterrado, el periódico suspendido y se le niega la ciudadanía alemana. Está en la miseria, pero no se acuerda de ello. Tiene tres hijos, pero piensa en los hijos de los demás. Paga todas sus deudas, [177] las del periódico en primer lugar, y liquida con ello la dote de su esposa y la herencia, instalándose en Londres. “Ni un momento –dice Jenny en su diario– ni aun en las horas más sombrías, flaquea en la fe en el futuro ni se le nubla el buen humor. Ninguna severidad paterna, ningún espíritu autoritario”.

En 1834, Mazzini, revolucionario italiano, que unas veces coincidió con Marx y otras con Bakunin, fundó *La Joven Europa*. Simultáneamente, nació la *Federación de los Desterrados*, y en 1836 se consolidó la *Federación de los Justos*, donde predominaban los alemanes, con los que entraron en relación Marx y Engels, que consiguieron modificar el nombre de la entidad y la táctica que habían seguido, aceptando resoluciones francamente políticas, reunidas en el siguiente acuerdo: “El fin de la Federación de los Comunistas en el derrocamiento de la burguesía, el reino del proletariado, la supresión de la antigua sociedad burguesa fundada en el antagonismo de clases y el establecimiento de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada”.

Marx y Engels aceptaron el encargo que les hizo esa Federación en un Congreso reunido en Londres en 1847 de redactar un manifiesto desarrollando los principios contenidos en esa declaración, documento que apareció en alemán, en Londres, el 2 de febrero de 1848, bajo el título de *Manifiesto Comunista*. El 24 de junio de 1872, es decir, veinticinco años después, Marx y Engels hicieron nueva edición, en cuyo prólogo figura el siguiente párrafo: "La Comuna sobre todo ha demostrado plenamente que la clase obrera no se encuentra aún capacitada para apoderarse del mecanismo político existente y utilizarlo en su servicio ... Acaso se publique algún día una nueva edición con un prefacio destinado a salvar el inmenso vacío que existe entre el año 1847 y nuestros días".

En una edición rusa publicada en 1882, en el prólogo, Marx y Engels dicen lo siguiente, de extraordinario interés: "Sin embargo, la [178] comunidad rural rusa, el *mir*, en el que se reconoce, aunque en forma, a decir verdad, muy alterada, la primitiva comunidad del suelo ¿podrá pasar directamente a una forma comunitaria superior a la propiedad territorial? O, por el contrario, ¿será preciso que esa comunidad sufra antes la disolución de la pequeña propiedad que la tierra viene sufriendo en el desarrollo histórico de Occidente? Esa es la cuestión. La única respuesta que hoy puede darse es ésta: Si la revolución rusa coincide con una revolución en Occidente, de modo que las dos revoluciones se completen, el comunismo rural de Rusia actual, el *mir* de nuestra época, podrá ser el punto de partida de una evolución comunista".

Según Bracke, hasta la Comuna de París apenas si fue conocido el *Manifiesto Comunista*. En 1860, Bakunin, de acuerdo con Marx, hizo una traducción en ruso. Vera Sassulrich editó otra en Ginebra, en 1882, con prólogo de los autores. Ese mismo año, Laura de Lafargue publicó una en francés, revisada por Engels, y por entonces apareció otra en Madrid, en castellano, obra de Mesa, que ya en 1871 había insertado en *La Emancipación* largos extractos. A partir de esa fecha se sucedieron, y siguen sucediéndose, nuevas ediciones en casi todos los países.

En 1906, Rafael García Ormaechea, abogado, concejal socialista en Madrid, en unión de Iglesias y Largo Caballero publicó un libro con el *Manifiesto Comunista*, precedido de un extenso trabajo histórico de Carlos Andler y un apéndice muy documentado redactado por él, que también en aquellos años divulgó varios trabajos sobre Proudhon. Esta edición la reproduce yo siendo gerente de la Gráfica Socialista, en Madrid y se hizo una vez mas, durante el exilio, en Toulouse. Al parecer, sólo quedan cuatro ejemplares de la primitiva edición en alemán –Engels no conservaba ninguna–, uno de los cuales está en Ginebra, en poder del bibliófilo Martin Bodmer. Cuando nace Pablo Iglesias, en 1850, Marx y Engels, en Londres, discrepan de la Federación de los Comunistas. He aquí una [179] prueba: "Sustituís la ideología crítica con el dogmatismo. Consideráis como fuerza de la revolución la voluntad escueta, en vez de las condiciones efectivas de la situación. Mientras nosotros llamamos especialmente la atención de los trabajadores alemanes sobre la estructura imperfecta del proletariado alemán, vosotros halagáis burdamente el sentimiento nacional y los prejuicios de clase del artesanado alemán, convirtiendo la palabra pueblo en un objeto sagrado, lo mismo que hacéis con el vocablo proletariado". En 1853, a indicaciones de Marx y Engels, quedó disuelta la Federación de los Comunistas, cuyos directivos alemanes habían sido víctimas de un proceso en Colonia, con severas sanciones. Finalmente, Marx renunció a la nacionalidad alemana sin tomar ninguna otra, clavándose en Londres, a expensas de Engels. Sin empleo –no fue admitido en los ferrocarriles

ingleses por su pésima caligrafía—, se dedicó a escribir artículos para periódicos norteamericanos, ayudado por Engels, para facilitarle unos ingresos de que estaba harto necesitado. En ese período se ocupó especialmente de problemas internacionales, no pocas veces contra el zarismo ruso, acusándole de querer absorber a sus vecinos, otras sobre temas españoles, que también atrajeron su atención, en la primera mitad del siglo XIX. Para Marx no había nada que cayera fuera de sus preocupaciones. Por entonces escribió a un amigo: “Emborronar cuartillas para los periódicos me aburre, me roba mucho tiempo, me dispersa y, por decirlo de una vez, no vale nada. Otra cosa son los trabajos científicos”. Porque en esos trabajos cifraba todas sus ilusiones. En 1859 publicó su libro *Crítica de la economía política*, preludio de *El Capital*. Entonces escribió: “Dudo que nadie haya escrito tanto sobre el dinero y que, a la vez, haya carecido del mismo hasta ese extremo. La mayor parte de los autores que se han ocupado de ello vivían en buena inteligencia con el tema de sus investigaciones”.

Con intención de restar mérito a Carlos Marx se ha escrito más de una vez que la Internacional no fue obra suya. Entendámonos. Aleccionados [180] por la experiencia de repetidos fracasos en ese terreno por entidades internacionales de subido matiz revolucionario, utópicas en el fondo, sectas, que diría Marx, ni él ni Engels se hubieran embarcado voluntariamente en una aventura de ese género. ¿Cómo nació la Internacional? Por un movimiento de sentimentalismo creado al calor de la asistencia de un numeroso grupo de obreros franceses a la Exposición Internacional de Londres. ¿Eran verdaderamente internacionalistas los expedicionarios franceses, entre los cuales destacaba Tolain, el mismo que poco después actuó como diputado y senador en la República instaurada por Thiers? ¿Eran más avanzados los obreros ingleses que les ofrecieron un banquete y les brindaron saludos fraternales que no comprometían a gran cosa? De esos contactos entre obreros franceses e ingleses, fortalecidos por el aliento que recibían de grupos aislados que habían encontrado en Inglaterra refugio para su tranquilidad, núcleos antagónicos entre sí, en los que era difícil señalar coincidencias por su origen diverso por su formación política y religiosa diferente, por la limitada finalidad de sus aspiraciones internacionales, de toda esa masa amorfa estaban archidesengañados Marx y Engels. No era fácil se hiciesen ilusiones. Por eso, cuando invitaron a Marx a que hablase en St. Martin’s Hall, declinó hábilmente el ofrecimiento, endosándoselo a otro compatriota, el mismo que en el Congreso de La Haya no era ya correligionario suyo. Engels, instinto genial, adivinaba las vicisitudes por que habría de pasar la Internacional, en la que no puso ilusiones de ninguna clase. Marx vivió en Inglaterra casi tantos años como en su patria, a pesar de lo cual no pudo conseguir que los obreros ingleses asimilasen sus doctrinas.

Con un pueblo así, que había conocido el cartismo, de tendencias tan avanzadas que lindaban con el Socialismo utópico; que había tenido como guía espiritual a Roberto Owen, fundador del cooperativismo, demostrando cómo se pueden regir grandes empresas industriales sin humillar [181] a quienes crean la riqueza, no era fácil cuajaran los principios preconizados por Carlos Marx, fallecido antes de ver traducido al inglés el principal de sus libros, *El Capital*. Inglaterra es el país en donde por vez primera se aplicó la municipalización de servicios en los grandes Ayuntamientos, sin que en ellos hubiera mayoría laborista. Donde por ley, sin haber aún diputados obreros en los Comunes, se implantaron las diez horas de jornada máxima, cuando la media en el resto de Europa era dos o tres horas más alta, dando ocasión a que Carlos Marx

anunciase esa medida como faro orientador para el proletariado universal, es decir, señalando con ese juicio suyo la importancia que concedía a la acción parlamentaria, tildada de reformista por supuestos teóricos marxistas que se olvidaban de los verdaderos ideales del maestro. En agosto de 1871, Marx hizo declaraciones a un corresponsal de un diario norteamericano, en donde figura lo siguiente: “No tenemos la intención de hacer la guerra civil. Esperamos poder conquistar nuestros derechos de una manera legal y legítima, por la acción del Parlamento. Son la aristocracia y los hombres del dinero quienes se revolucionan. Pero nosotros tenemos la fuerza del número. Tenemos el poder de la inteligencia y de la disciplina. No hay que creer que sea de una ínfima importancia tener obreros en los Parlamentos. Puesto que los Gobiernos nos son hostiles, debemos responder con todos los medios a nuestro alcance”.

Paradoja tras paradoja: las *Trade-Unions*, que no ingresaron en la Internacional de Marx, hicieron política desde el momento de nacer. Primero dieron la victoria a candidatos liberales frente a conservadores, y más tarde presentando candidatos propios para ocupar puestos en Municipios y en el Parlamento. Se trata de un movimiento obrero que nació para hacer política electoral —incluso las cooperativas tienen diputados suyos en la Cámara de los Comunes—, evitando así delegar sus poderes en la clase económicamente adversaria. Está claro, por tanto, que los laboristas fueron más políticos que los trabajadores [182] de cualquier otro país; pero no transigieron con Marx ni con el marxismo. En 1872 llegaron las cosas al extremo de que los delegados ingleses que acudieron al Congreso de La Haya no quisieron alojarse en el mismo hotel donde lo hicieron Marx y sus colaboradores. Se deduce de todo ello que la Internacional no tenía gran cosa que hacer en Londres cuando se reunió en La Haya. ¿Confiaba Marx, acaso, en los trabajadores de los Estados Unidos? Algo de eso se dibuja en el discurso que pronunció en Amsterdam, mera propaganda para justificar una decisión combatida incluso por partidarios suyos. Marx sabía bien que desde 1864 a 1872, a pesar de los esfuerzos realizados por emigrados alemanes identificados con él, los resultados en los Estados Unidos no habían respondido a las esperanzas. Esos grupos de emigrantes —como todos los grupos de exilados en todas las épocas de la historia en todos los países—, corroídos por odios personales y políticos, eran masa incapaz de acciones positivas.

El 29 de julio de 1872, Carlos Marx escribía a Kugelmann lo que sigue, que explica lo sucedido en el Congreso de La Haya semanas después: “El Congreso internacional decidirá la vida o la muerte de la Internacional, y antes de separarme de ella, quiero protegerla, cuando menos, de los elementos disolventes”. Engels, en 1874, seguía expresando su criterio dubitativo acerca de la conveniencia de la Internacional, “Para crear una nueva Internacional al estilo de la antigua, una alianza de los partidos proletarios de todos los países, haría falta una depresión general del movimiento obrero como la que reinó en los años 1849 a 1864. Hoy el mundo proletario es demasiado grande, demasiado vasto para eso”.

Esto se escribió cuando la Internacional tenía vida aparente en los Estados Unidos, pero estaba muerta para Engels. Marx, siempre más optimista, en 1878, desaparecida ya la Internacional, dijo lo que sigue: “La Internacional, lejos de morir, no ha hecho más que pasar de su primer [183] ensayo a una fase más alta, donde sus primitivas tendencias han encontrado, en parte al menos, realización. Y todavía habrá de sufrir no pocas transformaciones en el transcurso de su evolución progresiva hasta llegar a escribir el último capítulo de su historia”. Marx conservó

el genio creador hasta el último instante. De ahí que fuera suya esta frase, donde está reflejado todo su espíritu: “Yo necesito navegar hacia mi meta derechamente, y no puedo consentir que la sociedad burguesa me convierta en una máquina de hacer dinero”. Aun reconociendo los méritos de Marx, exaltándolos con maestría sin igual, Franz Mehring, en su libro ya citado, dejó clavado este pensamiento de difícil refutación: “Acaso el movimiento obrero es demasiado imponente para que una sola cabeza, aunque ésta sea la más soberana del mundo, pueda agotarle”.

Sólo la fuerza moral agrupada alrededor de Marx pudo sostener en pie el esqueleto de la Internacional durante unos años. No influyó en ingleses ni norteamericanos, como hemos visto; los alemanes estuvieron al lado de Fernando Lassalle —que vivía entre ellos y les sugestionaba con sus arengas— más que al de Marx. En Francia, después de la Comuna de París, que fue una hecatombe para la Internacional, el movimiento obrero quedó aplastado durante años, conservando tan sólo rescoldos de las teorías de Blanqui y de Proudhon, pero no de Marx. Unificada la nación italiana, no había hueco más que para esporádicos delirios ácratas; y en España, implantada la dictadura civicomilitar de Cánovas del Castillo con la restauración borbónica, socialistas y anarquistas eran impotentes para crear problemas serios a los nuevos gobernantes.

¿Tuvo masas la Internacional? Sí. Las tuvo esporádicamente en casi todos los países. Las tuvo a millares, a veces; pero sin organización, sin responder a una disciplina, ni a un ideal. Eran explosiones aisladas. Quienes hablaban de la Internacional —haciendo propaganda contra su deseo— eran los Gobiernos y los periódicos de la burguesía conservadora para justificar sus medidas draconianas. Nunca se han [184] publicado datos oficiales de la fuerza cotizante de la Internacional; pero hay algo que lo explica todo: no reunió fondos para organizar una secretaría de información y propaganda. Engels lo dijo: sólo tenía deudas ... Se hablaba de centenares, de millares de adheridos, mas a Londres jamás llegaron cotizaciones que avalasen esas cifras. Y, no obstante, la Internacional llenó una época, dio una bandera al proletariado, le preparó para luchas brillantes, grandiosas, a veces trágicas en casi todos los países. De cómo fueron los primeros balbuceos internacionalistas hay una muestra en la siguiente frase de Ernest Renan: “Para tener una idea de las primeras comunidades cristianas bastaba con ver una Sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores”. Ciertamente En la minoría fundacional había camaradería, unión, espíritu de sacrificio, decisión para llegar a perder la vida por el ideal. Rasgos de aquellos utopistas se encuentran en las actas de la Internacional: querer acabar con las guerras, con las herencias, suprimir el presupuesto de clases pasivas, abolir la Deuda pública, nacionalizar suelo, fábricas, minas, vías de comunicación, patrocinar el armamento general del pueblo, ¿cómo no había de hacer temblar a la burguesía del mundo entere aquel lenguaje? Discurrían como si la revolución social fuese cosa de días, obra exclusiva de la voluntad de los hombres y no consecuencia de factores sociales, económicos y políticos. Hablaban de todo sin resolver nada. Carlos Marx nunca alentó esas utopías. Cada Congreso de la Internacional era para él una pesadilla. Aquellos hombres, se olvidaban de que con la violencia puede caer un régimen político, pero no se hunde un régimen social. Vandervelde, muchos años después, escribió: “Se ve bien que el viejo mundo se descompone. Se ve menos bien cómo el mundo nuevo se va a orientar”. Marx nunca habló de cómo habría de ser el nuevo mundo, que sólo cambiaría en la medida en que los hombres sean capaces de cambiarlo. Para acabar con el capitalismo el proletariado ha de estar en condiciones de

sustituirle con ventaja [185] de gobernar el mundo con más honestidad y más acierto. Hablar es fácil; responder a las promesas hechas, muy difícil. Espinoso problema el de la táctica. Pero ese problema no es de hoy. Franz Mehring, en su libro biográfico *Carlos Marx*, escribió lo siguiente; relacionándolo con la táctica seguida en los primeros tiempos del marxismo: “La misión del Socialismo, según esto, no podía ser otra que apoyar el liberalismo allí donde se mantuviese revolucionario, y combatirlo donde degenerase en reacción. Este cometido no era fácil de cumplir: el mismo Marx y el mismo Engels defendieron como revolucionario el liberalismo en ocasiones en que abrigaba tendencias reaccionarias. Ciertamente es que, por su parte, los ‘verdaderos’ socialistas caían en Alemania no pocas veces en el pecado contrario, en el pecado de combatir el liberalismo en alocución, con lo cual no hacían más que dar gusto al Gobierno”.

Lenin, contrario a la colaboración ministerial en 1914-1918, creó la Tercera Internacional con las Veintiún Condiciones de Moscú. Años después, los comunistas, a la salida de una nueva guerra, formaron parte de Gobiernos con testas coronadas y generales a su frente, de los cuales fueron desalojados contra su voluntad. Aranguren lo ha dicho en su libro *El marxismo como moral*: “Hoy ya no hay marxismo; lo que hay son marxismos”. Pero eso no es de hoy. Desde que nació la Segunda Internacional en 1889, los hubo. ¡Como que se reunieron simultáneamente dos Congresos socialistas internacionales en París, con dos programas diferentes! Hay varias clases de marxismo y varias clases de Socialismo. Es que el pensamiento burgués, incluyendo a la Iglesia en sus distintas ramas, está en plena evolución, impregnado de Socialismo. Marx no trabajó en vano. Según escribió Franz Mehring, “trabajó para el mundo”. Puede descansar tranquilo en su tumba. Igual hizo Pablo Iglesias; trabajó para España. La doctrina de ambos fructificará.

[186] *Una familia en la miseria*

Marx vivía con su mujer y sus hijos en dos habitaciones, constantemente perseguido por prestamistas y usureros. En realidad, no pereció de hambre gracias a Engels, que al fallecer su padre le pagó las deudas y le garantizó una asignación mensual. He aquí un trozo sacado del diario de Jenny:

“En las Pascuas de 1852 se nos enfermó la pobrecita Francisca de una aguda bronquitis. Tres días estuvo luchando la pobre criatura entre la vida y la muerte. Sufrió mucho. Su cuerpecito inanimado yacía en el cuarto trasero; los demás nos pasamos todos juntos al de delante, y al caer la noche nos acostamos sobre el suelo. Allí estaban, con nosotros los tres niños que aún vivían, y todos lloramos al angelito, cuyo cuerpo frío yacía allí al lado. Su muerte ocurrió por los días en que mayor era nuestra pobreza. Corrí a casa de un emigrado francés, que vivía cerca de nosotros y que nos visitó días antes. Me acogió con gran cariño y me dio dos libras esterlinas. Con ellas compramos la cajita en que mi pobre niña descansa en el cementerio. La pobrecilla se encontró sin cuna al nacer y estuvo a punto de serle negado también el último refugio”.

Extracto de cartas de Marx a Engels:

“Hace una semana (febrero de 1853) que me veo reducido a la agradable situación de no poder salir de casa por tener todas las chaquetas empeñadas, ni puedo tampoco probar un bocado de carne por falta de crédito. Mi mujer está enferma, la pequeña Jenny está enferma. Novina sufre una especie de fiebre nerviosa. No puedo llamar al doctor porque carezco de dinero

para comprar las medicinas (septiembre de 1852). La familia está sometida a rigurosa dieta. Se alimentan con pan y patatas. Ayer empeñé el traje que adquirí en Liverpool para poder comprar papel de escribir (octubre de 1852). Carecemos de carbón. Si este estado de cosas continúa, mejor será para mí estar cien pies bajo [187] tierra que vegetar así (enero de 1853). En los últimos meses sólo he visitado el Monte de Piedad (julio de 1855). Dentro de dos días cumpla cincuenta años. Como aquel lugarteniente prusiano que decía ‘veinte años de servicio y siempre lugarteniente’, también yo puedo decir ‘medio siglo sobre las espaldas y siempre pobre’. Razón tenía mi madre para exclamar: ‘¡Oh! si Carlos se hubiera formado un capital en vez de escribirlo...’ (abril de 1868)”. Un hijo pequeño murió en 1850, como acabamos de ver; una niña, en 1852; otro de nueve años, en 1855; el último de los siete, antes de nacer. Vivieron tres hijas, de las que hablaremos en su momento. El día 2 de diciembre de 1881 falleció Jenny von Westphalen de Marx, en Londres. Su hija Leonor trazó así sus últimos momentos: “En la gran alcoba delantera estaba acostada nuestra madre, y al lado, en la alcoba pequeña, *el Moro*. Ellos, que tan compenetrados estaban el uno con el otro, tan íntimamente unidos, no podían ya albergarse en el mismo cuarto. *El Moro* se sobrepuso una vez más a su enfermedad. No olvidaré nunca aquella mañana en que se sintió con bastantes fuerzas para ir al cuarto de mamá. Al verse otra vez juntos parecían vueltos a los días radiantes de su juventud, convertida ella en una novia y él en un muchacho enamorado que iban a entrar juntos en la vida; viéndolos no parecían un hombre viejo y arruinado por la enfermedad y una anciana moribunda que se despedía para siempre”. Frases de Engels al enterrar a esta mártir del hogar: “Si alguna vez hubo una mujer que buscó, a costa de su propia felicidad, hacer felices a los demás, esa mujer fue Jenny de Marx”.

Lafargue dejó escrita la siguiente descripción de Marx: “Era un hombre muy vigoroso, de estatura más que mediana, ancho de hombros, pecho fornido y miembros bien proporcionados, si bien el torso era un poco largo en comparación con las piernas, como suele acontecer en la raza judía. Nunca quedaba contento de su trabajo; no había nada que [188] no tuviese que rectificar una y otra vez, y jamás le parecía que lo que explicaba respondía fielmente a la idea”. La abuela de Jenny había sido de la familia de los duques de Argyle. Una vez que Marx empeñó un objeto de plata, el prestamista descubrió la corona ducal y llamó a la policía, por lo que pasó unas horas preso.

En la primera edición de *El Capital*, Marx estampó esta dedicatoria: “A mi inolvidable amigo, el valiente, leal y noble luchador de vanguardia, Guillermo Wolff”. Falleció en Mánchester, fuera de su patria alemana, el 9 de mayo de 1864. Helena Demuth (Lenchen o Lenita, como la llamaban) estuvo cuarenta años al servicio de la familia de Carlos Marx. Cuando falleció fue enterrada junto a Jenny y Carlos, en la misma sepultura, en Londres. Sobre ella se han publicado extensas referencias relacionadas con la amistad particular que Marx sintió por ella.

El matrimonio tuvo siete hijos, el último sin llegar a término. Sólo sobrevivieron tres hijas, las tres de inteligencia privilegiada, especialmente la última, Leonor, cuya vida fue, en parte, como la continuación de la de su padre. Estuvo unida a un socialista inglés, Edgar Aveling, con el cual no fue feliz. Se suicidó cuando tenía cuarenta y tres años. Los familiares de Marx le conocían por *El Moro* y a Engels por *El General*. Era muy corriente tener apodos, casi siempre muy cariñosos.

En Londres, en el cementerio donde reposan sus restos; en Tréveris, donde nació; en la Internacional Socialista, en distintas ocasiones; en organizaciones internacionales de orientación

social o política, se han conmemorado a menudo el nacimiento y la muerte de Carlos Marx. Con motivo del noventa aniversario de la fundación de la Internacional hubo una ceremonia excepcional en el cementerio de Highgate, de Londres, donde reposan los restos de Marx, en la que pronunció un discurso Camilo Huysmans, que fue secretario de la Segunda Internacional durante muchos años. He aquí un extracto:

[189] “Estoy persuadido de que la serie de críticas no ha terminado aún. Se repetirá mañana, tratando una vez más de refutar lo que es irrefutable. Pero la obra científica y social de Marx no resultará afectada. ¿Por qué? Porque Marx no ha sido un trabajador solitario. No ha improvisado su síntesis. No ha caído del cielo como un bólido. No ha inventado la teoría de la plusvalía ni la existencia de la lucha de clases. El mismo comentó ampliamente la obra de los predecesores. Pero nos ha facilitado como conclusión una síntesis del régimen cuando ya se podía analizar la tendencia de las nuevas formas sociales en presencia, y entrever, en esa dirección, las posibilidades futuras. No quiso ser profeta. Se lo vedó a sí mismo en muchas ocasiones. Pero con la fuerza de su mente lógica, pudo comprobar que la sociedad humana, en todos los periodos de su existencia, ha evolucionado sin cesar y nunca se ha estancado. Si la esclavitud engendró el feudalismo y al feudalismo sucedió el capitalismo moderno, el mundo actual deberá dejar paso a un régimen nuevo, gracias a las fuerzas combinadas de la inmensa masa de trabajadores manuales e intelectuales, cuando esta masa haya adquirido conciencia de su potencia, de sus intereses y de sus derechos. Lo que han hecho mal los predecesores pueden hacerlo bien o mejor los sucesores. Marx tenía confianza en la inteligencia y en el esfuerzo de los hombres y les abrió un cielo de esperanza y de ventura con la creación de una sociedad humana renovada, sin guerra ni miseria. Carlos Marx ha anotado a los trabajadores de todos los países un mensaje en el que él ha sido el intérprete más autorizado por su ciencia y por su verbo, y yo añado, que ha sido llevado a esta lucha por un idealismo que sobrepasa en potencia todo lo que se concibió o realizó socialmente antes que él. Por ello, me atrevo a afirmar ante esta tumba que la luz marxista no se apagará”.- Camilo Huysmans, 1955.

[190] *Muerte de Carlos Marx*

Carlos Marx se durmió para siempre en un sillón, dulcemente, el 14 de marzo de 1883. Quebrantado por el dolor de la pérdida de su hija Jenny, ocurrida el 11 de enero del mismo año, Engels, su fraternal amigo, comprendió que el golpe llegaba el consuelo en sí mismo: “Tal vez el arte de los médicos hubiera podido asegurarle durante unos años más una vida vegetativa, la vida de un ser inerte que en vez de morir de una vez va muriendo a pedazos, y que no representa un triunfo más que para los médicos que la sostienen. Pero nuestro Marx no hubiera podido jamás resistir esa vida. Vivir teniendo delante tantas tareas inacabadas, con el suplicio de Tántalo de querer terminarlos y la imposibilidad de hacerlo, hubiera sido para él mil veces más duro que esta muerte dulce que acaba de arrebatárnoslo. La muerte —solía decir él, con Epicuro— no es infortunio para quien muere, sino para quien le sobrevive; ver vegetar tristemente, como una ruina, a este hombre maravilloso y genial, para gloria de la medicina e irrisión del vulgo a quien tantas veces aplastara cuando estaba en posesión de sus energías, no; preferimos mil veces verle muerto, mil veces preferimos llevarle a la tumba, donde duerme ya su mujer”.

El 17 de marzo, un sábado, fue enterrado Carlos Marx junto a su mujer. La familia, con

muy buen sentido, se había negado a aceptar todo ceremonial, que no hubiese servido más que para poner una nota de estridente discordancia en aquella vida. Junto a la tumba abierta sólo se congregó un puñado de leales: Engels, con Lessner y Lochner, dos viejos camaradas; de la Federación de los Comunistas de Francia habían venido Lafargue y Longuet; de Alemania, Liebknecht. La ciencia estaba allí representada por dos hombres de primeas fila: el químico Schorlemmer y el zoólogo Ray Lancaster. He aquí el último saludo que Engels dirigió en inglés al amigo muerto, resumiendo con una gran sinceridad y veracidad, en palabras sencillas, lo que Marx había sido y seguiría siendo siempre para la Humanidad:

[191] “El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador viviente. Apenas le habíamos dejado solo dos minutos, cuando al volver le encontramos serenamente dormido en su sillón, pero para siempre. Imposible medir en palabras todo lo que el proletariado militante de Europa y América, todo lo que la ciencia histórica pierden en este hombre. Harto pronto se hará sentir el vacío que abre la muerte de esta imponente figura. Así como Darwin descubrió la ley de la evolución de la naturaleza orgánica, así Marx descubrió la ley por que se rige el proceso de la historia humana. El hecho, muy sencillo, pero que hasta él aparecía soterrado bajo una maraña ideológica, de que antes de dedicarse a la política, a la ciencia, al arte, etcétera, el hombre necesita, por encima de todo, comer, beber, tener donde habitar y con qué vestirse y que, por lo tanto, la producción de los medios materiales e inmediatos de vida, o lo que es lo mismo, el grado de progreso económico de cada pueblo o de cada época es la base sobre la que luego se desarrollan las instituciones del Estado, las concepciones jurídicas, el arte e incluso las ideas religiosas de los hombres de ese pueblo o de esa época, y de la que, por consiguiente, hay que partir para explicarse todo esto, y no al revés, como hasta Marx se venía haciendo. Pero no es esto sólo. Marx descubre también la ley especial que preside la dinámica del actual régimen capitalista de producción y de la sociedad burguesa engendrada por él. El descubrimiento de la plusvalía puso en claro todo este sistema, por entre el cual se habían extraviado todos los anteriores investigadores, lo mismo los economistas burgueses que los críticos socialistas.

Dos descubrimientos como éstos parece que debían llenar toda una vida, y con uno solo de ellos podría considerarse feliz cualquier hombre. Pero Marx dejó una huella personal en todos los campos que investigó, incluso en el de las matemáticas, y por ninguno de ellas, con ser muchos, pasó de ligero. Así era Marx en el mundo de la ciencia.

[192] Mas esto no llenaba ni media vida de este hombre. Para Marx la ciencia era fuerza en fusión histórica, una fuerza revolucionaria, y por muy grande que fuese la alegría que le causase cualquier descubrimiento que pudiera ser en una rama puramente teórica de la ciencia, y cuya trascendencia práctica fuese muy remota, y acaso imprevisible, era mucho mayor la que le producían aquellos descubrimientos que trascendían inmediatamente a la industria, revolucionándola, o a la marcha de la historia en general. Por eso seguía con tan vivo interés el giro de los descubrimientos en el campo de la electricidad, y últimamente los de Marcel Deprez. Porque Marx era, ante todo y sobre todo, un revolucionario. La verdadera misión de su vida era cooperar de un modo o de otro al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones del Estado creadas por ella, cooperar a la emancipación del proletariado moderno, a quien él, por primera vez, infundió la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de

las condiciones que informaban su liberación. La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, con una tenacidad y con unos frutos como pocos hombres los conocieron. La primera *Gaceta del Rín*, en 1842; el *Vorwaerts*, de París, en 1844; la *Gaceta Alemana*, de Bruselas, en 1847; la *Nueva Gaceta del Rín*, en 1848 y 1849; la *New York Tribune*, de 1852 a 1861; una multitud de folletos combativos; el trabajo de organización a las asociaciones de París, Bruselas y Londres; hasta que, por último, vio surgir, como coronación y remate de toda su obra, la gran Asociación Obrera Internacional. Su autor tenía verdaderamente títulos para sentirse orgulloso de estos frutos, aunque no hubiera dejado ninguno otro detrás de sí. Así se explica que Marx fuese el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Todos los Gobiernos, los absolutistas como los republicanos, le desterraban; y no había burgués, desde el campo conservador hasta el de la extrema democracia, que no le cubriese de calumnias en verdadero torneo de insultos. Pero él pisaba por encima de todo aquello como sobre una tela [193] de araña, sin hacer caso de ello, y sólo tomaba la pluma para contestar cuando la extrema necesidad lo exigía. Este hombre muere venerado, amado, llorado por millones de obreros revolucionarios como él, sembrados por todo el orbe, desde las minas de Siberia hasta la punta de California, y bien puedo decir con orgullo que si tuvo muchos adversarios no conoció, seguramente, un solo enemigo personal. Su nombre vivirá a lo largo de los siglos, y con su nombre su obra”.- Federico Engels, en el entierro de Carlos Marx, del libro *Carlos Marx: historia de su vida*, por Franz Mehring.

De la carta que Engels escribió a Bernstein informándole del fallecimiento de Marx es lo siguiente: “Todo ha pasado rápidamente. Primero las mejores esperanzas, y de pronto, esta mañana, el derrumbe de fuerzas y el sopor. En dos minutos, esta cabeza genial ha cesado de pensar y en el momento mismo en que los médicos nos daban las mayores seguridades. Lo que este hombre ha sido para nosotros, teóricamente y en las horas decisivas, prácticamente, nadie que no haya estado junto a él toda la vida puede hacerse una idea de ello. El movimiento continúa, pero le faltará el hombre que intervenía pausadamente oportunamente, soberanamente, y que le ha evitado hasta aquí más de un penoso desvío”.

[194] *Marx y el marxismo*

“En la historia del pensamiento humano, Marx es el continuador de la ciencia económica desinteresada de todo otro fin que no sea la verdad por la verdad. La ciencia no es proletaria ni burguesa. Es profundamente revolucionaria, porque es creadora. Transforma, revoluciona la realidad social, cualquiera que sea, porque crea nuevas condiciones de existencia que la sociedad, con la libertad de movimientos de que disponga, se esfuerza por aprovechar. Marx [...]”¹⁵ construcción científica y la construcción social donde estaban, y restableció su paralelismo. No degradó a la ciencia haciéndola instrumento defensivo u ofensivo de un estado social determinado. Fue en Marx, la ciencia social lo que la ciencia es, ha sido y será: la percepción, tan penetrante como sea dable de la realidad social, cómo es, cómo se mueve, cómo se transforma y hasta dónde se alcanza la previsión de los términos necesario de su desarrollo. La inteligencia humana, en su labor científica, es crítica y constructiva. Así, Marx empezó por la revisión de la economía clásica, analizando de nuevo las categorías económicas fundamentales, primarias, sin

¹⁵ El verbo aparece borroso e ilegible.

cuyo conocimiento sólo es perceptible la realidad económica en sus gruesas manifestaciones sin descifrarlas jamás.

El poder de abstracción de Marx, trabajando en el análisis del valor sobre la obra de sus antecesores, dio el triunfo, porque lo interno, lo invisible en las relaciones económicas, es relación de valor. Bien definido lo que hay dentro del concepto de valor, se tiene la clave de los fenómenos económicos. Todo lo demás es externo, más fácilmente accesible; pudiéramos decir que es la economía política descriptiva, en tanto que las relaciones elementales forman la textura microscópica, sólo visible para la abstracción, medio de análisis, microscópico pudiéramos decir, para la trama de las relaciones económicas. Marx, pues, hizo crítica y construyó ciencia. Su doctrina del valor [195] es ciencia definitiva, aunque sea amplificable en algunas direcciones de su realidad. Y él, que había sabido sorprender el misterio del concepto del valor, de cuya definición o definición imperfecta se resentía toda la ciencia económica, ¿cómo no había de advertir todo lo demás del modo económico visible y tangible que le envolvía? Los economistas del siglo XVIII percibieron la tendencia¹⁶ progresiva del movimiento económico. Erraron al creer que, destruidos los obstáculos, el movimiento abocaba *ipso facto* al modo económico natural y definitivo. T. Godwin no cayó en este error. En el siglo siguiente, ¿cómo los observadores y cómo un Marx habían de desconocer que este modo económico era una fase nada más del desenvolvimiento humano? Marx, como ninguno, comprendió y describió la realidad económica contemporánea, no sólo en sus movimientos de conjunto, sino en los íntimos, moleculares, que engendran y explican los visibles para todos y la manera cómo un automatismo que contiene dentro de sí sistemas de fuerzas antagónicas se transforma, a sí mismo, desecha de sí lo que estorba a su desarrollo y eleva cuanto le favorece a las condiciones apropiadas a formas funcionales armónicas.

El genio de Marx fructificó por el método, porque buscó la verdad con espíritu científico en aquellos territorios al parecer más apartados de todo aprovechamiento práctico: elaborando ciencia por medio de la abstracción. Porque como operaba por la abstracción sobre realidades, sorprendió la verdad donde la observación de lo puramente externo no ve nada. ¿No hubiera resultado estéril todo su genio si se diera a la invención de un mundo nuevo y de un escamoteo, giro, artificio o procedimiento para transformar en él este viejo, imperfecto y averiado mundo en que vivimos? Carlos Marx es de otra cepa, de otra filiación, de otra casta. Al entrar en el campo donde se hace ciencia, deja fuera su inmenso amor al pueblo, su espíritu revolucionario y toda tendencia utilitaria inmediata. No va a salvar a la humanidad prácticamente, [196] inmediatamente, como un Owen, o un Fourier, o a suprimir la cuesta arriba de la historia con un golpe revolucionario como un Blanqui, en quien el espíritu revolucionario contrapesaba al economista y al hombre de ciencia. Marx revisó la evolución ideal desde el principio, revisó las afirmaciones científicas, y luego, operando sobre la realidad viva en el país mas adelantado económicamente en su tiempo, en Inglaterra, buscó y encontró la verdad social de nuestro tiempo. Le interesaban más Aristóteles, el viejo Barbón del siglo XVII, Adam Smith, David Ricardo, Sismondi, que Fourier, Luis Blanc y los de esta afiliación. Se ocupa de Proudhon para oponer al libro de éste, *Filosofía de la miseria*, *La miseria de la filosofía*, porque el error con pretensiones de verdad superior subleva a Marx.

¹⁶ En el original “las tendecia”.

Poseído del sentido de la evolución, que en un tiempo lo dominaba todo: de igual modo los hechos que el campo filosófico con Hegel, que el campo de las ciencias naturales con Darwin y Wallace, había de encontrarlo en la realidad económica. Marx fue un evolucionista científico. Acaso, primero, un hegeliano; después, por la derrota definitiva del llamado método filosófico y el triunfo definitivo de la inducción y el cálculo fue Marx un hegeliano al revés, un evolucionista científico, como decimos; él se complacía en llamarse materialista y a la construcción científica, materialismo económico. Ciertamente en cuanto a realidad; pero no hay idealismo más alto para el hombre que el evolucionismo científico, como no sea un idealismo absurdo. Marx se nos presenta, pues, en la historia ante todo como un inmenso colaborador de la ciencia. La ciencia no empieza en él ni termina en él. No hay cabeza humana, por grande que sea, donde toda la verdad social quepa; porque la verdad social es la proyección de todo el desenvolvimiento social sobre la mente humana. La verdad total se construye con la superposición de todas las proyecciones individuales de valor científico, unas más extensas, otras más penetrantes, pero todas coincidentes [197] en su zona central. El contingente aportado por Marx a la verdad total, esto es, la proyección de la realidad social sobre la mente de Marx como penetración y como amplitud en un momento dado, pudiera decirse que ocupa todo el campo de los conocimientos económicos”.- Jaime Vera.

“El humanismo prometeano fue el proyecto de la filosofía de Marx desde que comenzó su reflexión personal. En su tesis del doctorado enunciaba que la “profesión de fe” de la filosofía no era otra sino la de Prometeo: ‘En una palabra, yo odio todos los dioses’. El discurso que tiene y tendrá la filosofía está dirigido contra los dioses del cielo y de la tierra ‘que no reconocen la consciencia humana por la más alta divinidad’. Marx reproduce aún las palabras de Prometeo a Hermes, el servidor de los dioses: ‘Yo no cambiaré jamás, puedes estar seguro, mi miserable suerte por tu esclavitud. Prefiero seguir junto a esta roca que ser el fiel criado, mensajero de Zeus padre’.- Jean-Yves Calvez.

“A Marx corresponde el gran honor de haber llegado a ser el socialista del siglo XIX más odiado por la burguesía. Pero también a él le corresponde la suerte envidiable de ser el maestro de mayor autoridad del proletariado de esa época. En tanto que el odio de los explotadores se concentraba en Marx, una autoridad cada vez mayor rodeaba su nombre entre los explotados, y ahora, al comenzar el siglo XX, los proletarios conscientes de todos los países ven en él a su maestro, se enorgullecen de él como uno de los espíritus más profundos y más abiertos, como uno de los caracteres más nobles y más leales que la Historia conoce”.- Plejanov.

[198] “Con frecuencia se me ha preguntado si soy o si no soy marxista. Siempre he contestado que no estoy ni en pro ni en contra del marxismo, como no estoy en pro ni en contra del álgebra, pues ninguna de ambas disciplinas son un fin, sino unos medios para resolver determinados problemas, matemáticos unos y sociales otros, que sin ellos quedarían sin solución o necesitarían de muchos y muy largos razonamientos”.- Jules Moch.

“Profesor de profesores después de muerto, y ¡Oh, espanto!— de estudiantes, su personalidad seguirá iluminando esta senda políticamente, y acaso con mayor éxito aún en lo futuro. Diremos, glosando una frase de Neumann, que hay que pasar por Marx como una ducha. Quien se queda toda la vida bajo ella, jamás se secará la cabeza. Mas el que no pase por ella nunca llegará a sentirse limpio de todos los prejuicios de clase simplistas que imperan en la mentalidad

burguesa. No estamos ante un dios, sino ante un hombre; pero ante un hombre que merece como pocos ser conocido”.- Wilbrandt.

“Nada más absurdo que la afirmación de que Marx y Engels, con su concepción materialista de la historia, se hayan sometido a un sombrío fatalismo y de que hayan muerto todas las fuerzas ideales del desarrollo histórico de la humanidad”.- Franz Mehring.

“La historia se hace con procesos económicos, con instituciones políticas, con cambios de estructura social”.- Américo Castro.

[199] “Este es el mérito decisivo de Marx, el único quizá que resiste plenamente a la prueba de la crítica y a los ataques del tiempo: haber acercado e identificado la idea socialista y el movimiento obrero. En el primer tercio del siglo XX la fuerza obrera se ejercitaba, se desarrollaba, luchaba contra el poder aplastante del capital, pero no tenía conciencia del fin adonde se dirigía, no sabía que en la forma comunista de la propiedad estaba el fin de su esfuerzo, la realización de su tendencia. Y, por otra parte, el Socialismo no sabía que en el movimiento de la clase obrera estaba su realización viva, su fuerza concreta e histórica. La gloria de Marx consiste en haber sido el más claro, el más vigoroso de los que pusieron fin a lo que había de empirismo en el movimiento obrero, a lo que había de utópico en la idea socialista, por una aplicación soberana del método hegeliano, unificó la idea y el hecho, el pensamiento y la historia. Puso la idea en el movimiento y el movimiento en la idea, el pensamiento socialista en la vida proletaria y la vida proletaria en el pensamiento socialista. Desde ahora el Socialismo y el proletariado son inseparables; el Socialismo no realizará por completo su idea sino con la victoria del proletariado, y el proletariado no realizará por completo su misión sino con la victoria del Socialismo”.- Jean Jaurès.

“No hagamos del marxismo una mitología o una verdad revelada”.- Luis Araquistain.

“En París, Marx estudió Economía, Historia de la Revolución y Socialismo. Fue el gran pensador Saint-Simon quien tuvo mayor influencia sobre él. En el curso de estos estudios comprendió que ni la ley ni el Estado crean la sociedad, sino que, por el contrario, es la sociedad el resultado del proceso económico, el que, según sus necesidades, crea [200] la ley y el Estado. Marx, sin embargo, nunca hubiera desarrollado su obra sin la colaboración de Engels, y recíprocamente. Uno y otro ganaron en esta colaboración una amplitud de visión y una universalidad que no hubieran podido adquirir trabajando aisladamente”.- Carlos Kautsky,

“La doctrina de Marx, como las de otros hombres, en parte es verdadera y en parte falsa. No pocos detalles son discutibles, pero cuatro puntos muy importantes de su doctrina prueban que fue un hombre de inteligencia excepcional. El primero es la concentración del capital, pasando gradualmente de la competencia libre al monopolio. El segundo es el móvil económico de la política, que hoy día es aceptado totalmente, pero que cuando habló él de ello era una innovación más que osada. El tercero es la necesidad de conquistar el Poder por los que no poseen capital. Esto deriva de móviles económicos y se opone al llamamiento de Owen a la benevolencia. El cuarto es la necesidad para el Estado de adquirir todos los medios de producción, con el resultado de que el Socialismo deberá, por su propia naturaleza, abrazar toda una nación, cuando no el mundo entero. Los predecesores de Marx intentaron organizar pequeñas comunidades donde, suponían, se podría hacer la experiencia del Socialismo a pequeña

escala; pero Marx percibió la futilidad de semejantes tentativas. En razón de estos cuatro puntos, Marx merece ser considerado como el fundador del Socialismo científico. Como otros fundadores de doctrinas, tiene necesidad de ser enmendado en ciertos aspectos, y sería un error funesto tratarle con un respeto religioso. Pero si se le considera sujeto a errores, no se podrá dudar de que contiene una gran parte de verdades esenciales. La plusvalía fabrica moneda con vidas humanas”.- Bertrand Russell.

[201] “Todo mi pensamiento ha sido influenciado por perspectivas que sin Marx no hubiera recibido jamás. Lo considero como uno de los pensadores más profundos, pero también de los más sinceros y justos. Donde tuve que darle la razón fue especialmente en su oposición al capitalismo individualista y, positivamente, al reconocer la ética profundísima del pensamiento socialista, lo he hecho con gran placer”.- Teodoro Steinbuchel, filósofo y teólogo católico.

“No importa que algunos se hayan hecho socialistas en razón de los argumentos marxistas de análisis económico, por razones filosóficas y éticas o por influencias espirituales procedentes del Sermón de la Montaña; cada afiliado posee los mismos derechos para afirmar su propia personalidad intelectual y para fundamentar sus propias motivaciones”.- Kurt Schumacher.

“Los métodos de investigación histórica de Carlos Marx, su diáfana exposición sobre las relaciones inseparables entre la economía y la política, sus investigaciones acerca de las motivaciones sociales en el desarrollo del ser humano y de los pueblos constituyen una aportación imprescindible y durable para la vida científica de nuestros tiempos”.- Erick Ollenhauer.

“No existe en la literatura mundial un volumen tan poco extenso y, sin embargo, de una importancia teórica e histórica tan considerable como el *Manifiesto Comunista*. Jamás folleto de propaganda había conocido fortuna semejante. Lo que provoca nuestra admiración es que la tercera generación que ha crecido después de su publicación encuentre en él aún tal cantidad de verdades siempre frescas, un origen siempre [202] tan preciso de inspiración. Lo que enseña la doctrina del *Manifiesto* a los explotados de hoy con una claridad no menor que a los explotados de ayer, es que ese fin –cosible de su marcha histórica– no es un fin que ningún ángel de la guardia tenga por misión llevarles de la mano. La liberación que pueden esperar será la recompensa de sus esfuerzos. Será también preciso que quieran actuar con la fuerza que da la solidaridad y comprender. Deberán formar su conciencia de clase, organizarse para la lucha, consagrarse sin reservas a causa tan grandiosa. Jamás se había invitado a luchar por un ideal tan claro, tan sólidamente ligado a las realidades presentes. Hoy más que nunca tenemos necesidad de esta doctrina para actuar”.- Bracke.

“La teoría de la lucha de clases, formulada por Marx, no se ha mostrado sólo teóricamente fecunda en enseñanzas, ayudándonos a comprender toda política, a situarnos en actitud crítica frente a las ideas propias o ajenas, a entender e interpretar las doctrinas y los sistemas de Economía política, a penetrar en la teoría económica, tan profundamente removida por Marx y que tiene en él su gran crítico, como representante y maestro de la lucha de clases, como campeón del proletariado. No; la lucha de clases tiene también un gran valor práctico para todo el que se interesa por la política social. Sin Marx no existiría la Socialdemocracia. Impotentes con toda nuestra buena voluntad y nuestros esfuerzos para aliviar la miseria de una masa de hombres,

anhelando en vano a la razón y al corazón, tan pocas veces dotado de poder y tan pocas veces activo en quien no sufre, chocando contra la mezquindad, de la política social que cabe en el capitalismo y con la estrechez de horizontes mentales de las clases interesadas en lo existente, con sus intereses de clase, a la zaga de los cuales se mueve su mentalidad, seguiríamos siendo unos idealistas perdidos en el sueño de las utopías, si el idealismo [203] de Marx no hubiese arrancado, audaz como un Prometeo, la amarga verdad, la verdad realista de la propia emancipación”.- Wilbrandt.

“En esta vuelta o reafirmación de Marx, lo que importa no es repetir servilmente las sentencias del maestro, sino conservar viva la fuerza de su inspiración. No es un marxismo dogmático y estático lo que hay que mantener en pie, sino un marxismo crítico y dinámico, como fue durante toda su vida el marxismo de Carlos Marx. La influencia del marxismo ha sido precisamente la que, al tratar de despertar en la masa proletaria la conciencia de su gran misión histórica, ha contribuido más preponderantemente que otra alguna a libertarla de pasiones inferiores, a desviarla de la práctica de acciones de violencia estéril, y, en suma, no a eliminar la pasión, cosa ni posible ni deseable, pero sí a elevarla, a racionalizarla y a dotarle, de ese modo, de una eficacia que, como mera pasión ciega y primitiva, es incapaz de alcanzar. Si queremos hacer una obra socialista, aunque modesta, fecunda, nosotros tenemos que seguir, en esto quizá más que en nada, las huellas del maestro. En el estado actual de cosas, si queremos evitar los peligros de una interpretación unilateral y dogmática del Socialismo, de una interpretación que convierta las organizaciones socialistas en clubs de doctrinarios y el Socialismo en una secta; si queremos contribuir a la construcción de un Socialismo no autoritario, ni cuartelero, ni despótico, ni dominado por pasiones ciegas, sino de un Socialismo inteligente, dueño de sus propias acciones y verdaderamente liberador de los esclavos del capitalismo; es decir, si queremos construir un Socialismo no como lo han concebido sus adversarios para combatirlo, sino como lo han concebido sus partidarios, como lo han concebido Marx y Engels, sería muy recomendable que prestásemos una creciente atención al desarrollo de las ideas socialistas y aun marxistas,[204] aunque sus mantenedores no hayan jurado por el nombre del maestro, tal como se ha producido fuera de la Alemania en que nació Marx y en la cual fue perseguido y de la cual fue expatriado. Sería muy recomendable que prestásemos una atención más sostenida que la que prestamos al Socialismo tal como se desenvuelve en los pueblos anglosajones y escandinavos, y aunque, en el orden de la teoría, procurásemos refrescar nuestro espíritu en las fuentes más claras del intelectualismo del siglo XVIII, que no brotaron en el continente europeo, sino en las Islas Británicas”.- Julián Besteiro.

Engels, rasgos de su vida

Federico Engels nació el 18 de noviembre de 1820 en Bremen, dentro de una familia alemana acomodada. Terminados sus estudios, poco después de los veinte años, entró como auxiliar de la fábrica de tejidos *Ermen*. Engels, en Manchester, relacionándose desde entonces con Roberto Owen y otros militantes del cartismo, movimiento de izquierdas precursor del Laborismo, que durante años tuvo excepcional relieve en Inglaterra. A pesar de ser hijo de un rico fabricante alemán, sintió el socialismo antes de conocer a Marx. La cruel explotación de que eran víctimas niños y mujeres le llegó al alma, escribiendo un libro resaltándola, *Situación de las*

clases obreras en Inglaterra —tenía entonces veinticinco años— y colaborando en prensa simpatizante con las teorías cooperativistas y renovadoras de Owen y sus amigos. Pero no por ello descuidaba Engels los problemas germánicos. Por entonces se publicaban en París *Los anales franco-alemanes*, donde colaboraba Carlos Marx, y allí remitió un extenso trabajo, que le interesó a éste hasta el punto [205] de escribirle para decírselo. Y así nacieron unas relaciones fraternales, jamás perturbadas entre los dos genios del Socialismo científico. Marx ha referido ese periodo de colaboración entre Engels y él en los siguientes términos:

“Cuando en la primavera de 1845 Engels vino a Bruselas, tomamos la resolución de trabajar juntos para aclarar la posición en que se encontraban nuestras ideas con la ideología de la filosofía alemana. De hecho, tratábase de someter nuestras conciencias filosóficas a un examen. Realizamos nuestro proyecto bajo la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana. El manuscrito, dos gruesos volúmenes en octavo (*La ideología alemana*, publicados después de fallecer sus autores), estaba ya hacía tiempo en manos de un editor westfaliano, cuando se nos advirtió que un cambio de circunstancias impedía su publicación. Dejamos con tanta mejor voluntad que los ratones realizaran la crítica de nuestro manuscrito, puesto que nosotros ya habíamos conseguido nuestro objeto, habíamos aclarado nuestras ideas. De los diferentes trabajos en los cuales dimos a conocer en aquella época nuestras opiniones al público, no citaré más que el *Manifiesto Comunista*, que escribí en colaboración con Engels, y un *Discurso sobre el Librecomercio*, que publiqué yo solo. Los puntos decisivos de nuestro sistema fueron expuestos por primera vez de una forma científica, bien que de un modo polémico, en el libro que publiqué en 1847, *Miseria de la Filosofía*, contra Proudhon”.

Cuando pensaron en redactar el *Manifiesto Comunista*, Engels entregó a Marx un grueso legajo de cuartillas para que las utilizara como texto, si las encontraba razonables. Marx recogió lo esencial de cuanto en ellas había escrito Engels con el título "Principios del Comunismo", cuyo original fue conservado y editado [206] por los herederos literarios de Engels, después de haber fallecido éste. Juntos publicaron asimismo un libro polémico, *La Sagrada Familia*, donde pusieron al rojo vivo a un grupo de literatos alemanes con los cuales había coincidido Marx en sus primeros años, todos ellos bajo la influencia filosófica de Hegel. Para complicar las razones que tuvieron Marx y Engels para utilizar el título de *Manifiesto Comunista* en la declaración de principios que ambos redactaron en 1847, Engels dio la siguiente referencia:

“En esa época, los obreros que estaban convencidos de la insuficiencia de las revoluciones puramente políticas, y que deseaban una modificación hondísima en todo el orden social, se denominaban comunistas. Su comunismo, confuso, instintivo, era un tanto rudo. Pero tuvo el vigor necesario para engendrar dos sistemas de comunismo utópico: el icariano, de Cabet, en Francia, y el de Weitling, en Alemania. La palabra ‘Socialismo’, en 1847, designaba un movimiento burgués; la palabra ‘Comunismo’, un movimiento obrero. El Socialismo, al menos en Europa occidental, tenía entrada en los salones de los aristócratas y de los poderosos; el comunismo, no. Y como desde un principio declaramos nosotros resueltamente que ‘la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos’, no pudimos dudar ni un momento acerca del nombre que habíamos de adoptar. Y nunca se nos ha ocurrido después la idea de rechazar ese nombre. [207] Como explicación sobre táctica, también por entonces, Engels escribió lo siguiente: ‘Los comunistas, lejos de entablar estériles querellas con los

demócratas, prefieren ahora adoptar la posición de los demócratas sobre todos los temas prácticos del momento. La democracia lleva consigo en todos los países civilizados la dominación política del proletariado como consecuencia necesaria, y la dominación política del proletariado es la primera condición de toda política futura. Luego hasta que la democracia haya ganado, los comunistas y los demócratas combaten juntos, y los intereses de los demócratas son también los de los comunistas”.

El 16 de agosto de 1867, a las dos de la madrugada Marx escribió una carta a Engels, donde le decía: “Ahora mismo termino la corrección de la última prueba del libro”. Se trataba de la impresión de *El Capital: crítica de la economía política*, primer tomo de una serie de seis que no llegó a ver publicados en vida. Engels dio a la imprenta los tomos segundo y tercero, y Carlos Kautsky, fallecido también Engels, publicó los posteriores, sin que éste los hubiera podido revisar, como deseaba. Refiriéndose a *El Capital*, Marx escribió a Engels lo que sigue: “Se esperaba, sin duda, que esta obra revelase los verdaderos misterios y la panacea del socialismo y hasta que iba a ser reseñado en ella con todos sus detalles el reino milenario del comunismo. Quien se dispusiera a deleitarse en la contemplación de este futuro, a través de las páginas del libro, se ha equivocado de medio a medio”.

Desde luego, *El Capital* fue siempre de difícil lectura. Comentándolo Wilbrandt escribió: “¿Cómo debe leerse *El Capital*?”. El propio Marx da este consejo a la mujer de un amigo: “Indíqueme usted, como [208] más asequible para empezar, los capítulos que tratan de ‘La jornada de trabajo’, ‘Cooperación, división del trabajo y maquinaria’ y, por último, ‘La acumulación primitiva’”. Kautsky advierte también que no se debe empezar por el comienzo, y Engels, el mejor vulgarizador del marxismo, en una reseña de *El Capital*, introduce al lector directamente en el centro de la parte principal.

Instalado en París, visitó a Marx y a Engels en Londres, enlazándolos con los correligionarios que en Madrid preparaban la constitución del Partido Socialista. Francisco Mora conservaba cartas de Engels, en castellano, que reprodujo en prensa socialista. Alguna vez, Engels escribió a Pablo Iglesias, con quien se entendía en francés y que en parte damos en estas páginas.

Eugenio Dühring, profesor universitario berlinés, publicó un libro de tendencia socializante, al que replicó vivamente Engels, primero en artículos aparecidos en 1877, ampliados después en un libro que alcanzó resonancia y que se lee todavía con interés, *Anti-Dühring: la subversión de la ciencia por el señor Eugenio Dühring*. En ese libro Engels introdujo capítulos que había publicado en prensa socialista alemana, traducidos por Lafargue, de acuerdo con su autor, al francés con el título *Socialismo utópico y Socialismo científico*, en 1880, que a su vez fueron traducidos a otros idiomas, incluso al español, a cargo de Antonio Atienza, alcanzando en todas partes éxito extraordinario. En el *Anti-Dühring* hay textos de Marx, como explica Engels: “En efecto, leí a Marx todo el original del *Anti-Dühring* antes de mandarlo a la imprenta, y el capítulo X de la Sección que trata de economía (‘De la Historia crítica’) fue escrito por Marx, aunque desgraciadamente no pude, por razones técnicas, insertarlo íntegro. Siempre fue práctica entre nosotros ayudarnos mutuamente”.

En castellano, al final del siglo pasado, José Verdes-Montenegro, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de Alicante, publicó el [209] *Anti-Dühring* traducido directamente del alemán.

El 33 de mayo de 1894, en Londres, poco antes de fallecer Engels, está fechado el último prólogo que puso a su libro, que ha seguido publicándose en casi todos los países. Riazanov tiene escrito sobre este libro: “Debemos reconocer que para la difusión del marxismo, como método y sistema especial, ningún libro, después de *El Capital*, ha hecho tanto como el *Anti-Dühring*. Todos los jóvenes marxistas, Bernstein, Kautsky, Plejanov, que hicieron sus primeras armas de 1880 a 1885, se instruyeron en dicha obra”.

En 1884 Engels dio a la estampa otro libro suyo, *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, muy divulgado en España, traducido por Verdes-Montenegro por encargo de *La España Moderna*.

Según Mehring, Engels fue el primero en descubrir los gérmenes fecundos del comunismo científico en su aspecto económico. De Mehring es lo que sigue: “Pero cuando la crítica erudita más se hinchó fue cuando vio que no se producía la revolución que Engels creía oír ya llamar a las puertas de Inglaterra. El mismo había de decir, y con razón, cincuenta años más tarde, que lo maravilloso no era que se hubiesen frustrado muchas de las profecías hechas por él, en su ardor juvenil, sino que se hubieran realizado tantas, aunque él las hubiese enfocado en un porvenir demasiado próximo”.

Texto de Engels, relativo a Marx: “No puedo negar haber tenido cierta parte independiente, antes y durante mi colaboración de cuarenta años con Marx, tanto, en la elaboración como en particular en el desenvolvimiento de la teoría. Pero la gran parte de las ideas directoras fundamentales, particularmente en el dominio económico e histórico y de modo especial su clara formulación definitiva, son debidas a Marx. Lo que yo he aportado –a excepción, cierto, de algunas ramas especiales– Marx hubiera podido hacerlo sin mí; pero lo que ha hecho Marx no hubiese podido hacerlo yo. Marx nos superaba a todos: veía más lejos, más alto y más rápidamente. Marx era un genio. Nosotros, a lo sumo, talentos. [210] Sin él, la teoría estaría muy distante de ser lo que es hoy día. Por eso lleva, a justo título, su nombre”.

En 1869 falleció el padre de Engels, quien le asignó una cantidad mensual a Marx, razón por la cual siguió colaborando en la gestión administrativa de la fábrica de que su padre había sido copropietario. Muerto Marx, Engels siguió ayudando económicamente a sus hijas, singularmente a Laura y Pablo Lafargue.

Marx falleció en 1883. Engels, con ese motivo, escribió lo siguiente: “Lo que somos lo somos gracias a él, y lo que es el movimiento obrero actual lo es gracias a su empeño teórico y práctico; sin él seguiríamos rodando en la perplejidad y en la confusión. Lo cierto es que la Humanidad ha perdido una cabeza que era indudablemente la cabeza más formidable que actualmente existía”. Al informar a Sorge, último secretario de la Internacional, en los Estados Unidos, del fallecimiento de Carlos Marx, Engels le escribía con fecha 15 de marzo de 1883: “Los prestigios locales y los pequeños talentos, cuando no los estafadores, tienen ya las manos libres. El triunfo final es indudable, pero los devaneos, los extravíos transitorios y locales –inevitables de suyo– tomarán ahora, con su muerte, un incremento muy distinto”.

Cuando, en 1866, Engels puso prólogo al segundo tomo de *El Capital* escribió, entre otros textos, el siguiente: “En momentos como éstos no debiera indudablemente desoírse la voz de un hombre como Carlos Marx, cuya teoría es toda ella fruto de una vida entera de estudio en la

historia y situación económica de Inglaterra, estudio que le llevó a la conclusión de que en esa nación es, por lo menos en Europa, el único país en que la revolución social inevitable puede implantarse íntegramente mediante medidas pacíficas y legales”. Al comprobar el éxito de la Demostración Internacional del Primero de Mayo acordada en el Congreso Socialista de 1889, Engels dijo: “¿Por qué, Marx, no estarás a mi lado, para ver con tus ojos esta gran cosa?”.

[211] En el tomo tercero de la correspondencia de Engels con Laura y Pablo Lafargue, con fecha 12 de noviembre de 1892, figura este pensamiento suyo: “Si se hubiera sabido utilizar el sufragio universal, ved qué admirable arma hay en él, desde hace cuarenta años. Es más lenta y más fatigosa que el llamamiento a la revolución, pero es diez veces más segura y, sobre todo, nos indica con precisión irrefutable el día en que será necesario apelar a las armas; hay diez contra uno a favor de que el sufragio universal, utilizado inteligentemente por los obreros, estimulará a los dirigentes a transformar la legalidad, es decir, a situarnos en la posición más favorable para hacer la revolución”.

En agosto de 1893 se reunió en Zurich el Congreso de la Internacional Socialista, cuya última sesión presidió Engels. Pablo Iglesias, que acudió en representación de España, hubo de regresar inmediatamente a Madrid, y Engels le escribió a la capital lamentándose de no haberle podido saludar, y augurando hacerlo en el Congreso de 1896, en Londres. Pero no consiguió su objeto; falleció el 5 de agosto de 1895 en Londres, y la urna con sus cenizas, cumpliendo su voluntad, fue arrojada al mar en la playa inglesa de Eastbourne, que tanto amó. Falleció de un cáncer en la garganta. En sus funerales hablaron Bebel y Bernstein, herederos literarios suyos, más Lafargue y Liebknecht.

Los herederos de Engels

Federico Engels, el fiel compañero de trabajo y de lucha de Carlos Marx, no ha designado herederos de su sucesión literaria, como de la correspondencia entre él y Carlos Marx. Entregamos ahora a la publicidad esta correspondencia que duró cerca de cuarenta años. Se publica *in extenso*, aparte ciertos detalles insignificantes e íntimos que no tienen interés para la gran masa.

Los firmantes estamos convencidos de que el contenido de esta correspondencia ofrece, para el futuro historiador, materiales muy preciosos en abundancia. Guiados por este pensamiento, sólo esperamos que la edición halle la más viva atención, tanto en las esferas políticas directoras del Partido Socialdemócrata Alemán como en el mundo de los estudiosos. En primer lugar, quienes en el mundo tienen ideas socialistas tienen derecho a que se les entregue un cuadro sincero de la formación de los sentimientos y de las ideas de dos hombres que deben ser considerados como los fundadores del Socialismo científico moderno y que entregaron su personalidad al mismo, referido a la causa del proletariado. Lo que las cartas nos enseñan al respecto nos da al mismo tiempo testimonios nuevos, sorprendiendo en muchos aspectos, aun a los amigos de los autores, cómo Marx y Engels, en toda su acción, fueron personalidades inseparables, cuya estrecha colaboración durante decenas de años, hizo posible el cumplimiento de trabajos científicos que fueron, por último, frutos maduros, dados a la publicidad con la firma de Carlos Marx. El lector halla en esa correspondencia una amistad tal que podría ser única en la

historia de la humanidad y, sin duda, no ha sido superada. Se puede igualmente decir, después de conocer esta correspondencia, que la mayor parte de los trabajos creadores y los descubrimientos científicos de Carlos Marx no hubieran posiblemente visto la luz sin la ayuda infatigable y jamás desfalleciente, de índole intelectual y financiera, de Federico Engels. Y muchas publicaciones, que hasta ahora se [213] atribuían a Carlos Marx, vemos que pertenecen a Federico Engels, quien, al amigo sometido casi en forma continua a dificultades de toda naturaleza, ofrecía su ayuda con asidua diligencia, mientras frente al público se mantenía modestamente en segundo plano. Como nombre de confianza de Laura Lafargue, que había, en su calidad de heredera literaria de Marx, dado su consentimiento para la publicación de una parte de la correspondencia, Franz Mehring tomó parte en la redacción. N. Riazanov, por su gran competencia, nos ha rendido igualmente preciosos servicios, que le agradecemos.- Augusto Bebel y Eduardo Bernstein, Schoeneberg (Berlín).



Rasgos personales de Lafargue

Entre los libros del socialista cubano Francisco Domenech hay uno, *Tres vidas y una época*, publicado en La Habana en 1940, donde se recogen con singular deleite algunos rasgos personales de Pablo Lafargue, haciendo de él la siguiente apasionada descripción: “Hemos visto al principio que el oriental cubano era un mestizo de tres troncos raciales. Pero predominaba en él la raza blanca. El color era blanco, aunque trigueño; los labios, finos; el pelo, sedoso, abundante y usado largo y al viento; la mente, ágil, penetrante, selectiva, soñadora. Era apasionado por los deportes y de una curiosidad sin límites, que le llevó a estudios diversos de laboratorio, cirugía, zoología, sociología, fotografía, como iremos viendo”.

Pablo Lafargue nació en Santiago de Cuba el 15 de enero de 1842, cuando la isla pertenecía a España. Era hijo de padres franceses, de origen judío, caribe y mulato, sin que en su sangre hubiera mezcla alguna de estirpe castellana, a pesar de lo cual fue combatido a cuenta de su origen, queriéndole hacer pasar por español para arrancarle la nacionalidad francesa e impedir pudiera ejercer el cargo de diputado socialista. Antes de cumplir los diez años, con sus padres, Pablo se trasladó a Burdeos, donde inició sus estudios, seguidos en Toulouse y no terminados en París, porque la vorágine política le lanzó a la emigración, perseguido por las autoridades del Imperio, que le cerraron provisionalmente la posibilidad de concluir la carrera de medicina, por la que, digámoslo de pasada, sentía escasa inclinación. En el París revolucionario precursor de la Comuna, Lafargue colaboró en periódicos y revistas que combatían la política de la camarilla imperialista y preparaban el advenimiento de los ideales redentores. Francia era el crisol donde se forjaban, refulgían y a veces se difuminaban las diferentes escuelas socialistas en pugna. ¡Qué ambiente de delicia para el joven Lafargue, mezclado en las más ardientes batallas al lado de Carlos Longuet, prudhoniano furibundo, con quien habría de emparentar en Londres, al casarse ambos con dos hijas de Carlos Marx!

Después de haber contribuido con Longuet al éxito del primer Congreso internacional de estudiantes en Lieja, en octubre de 1865, Pablo se vio expulsado de las universidades francesas como castigo por sus actividades contra Napoleón III, y con una carta de Tolain, de quien se habla en otro lugar, se presentó en Londres a Carlos Marx. Lo hizo sin ilusión, casi por cortesía; pero bien pronto quedó prendado en los encantos de la segunda hija del fundador del Socialismo científico. Porque este don Juan cubano, aunque francés –de cubano tenía pocas gotas, a pesar del sugestivo retrato que le hace Domenech– en cuanto llegó a Londres se puso a cortejar a Laura, una de las hijas de Marx, suscitando los enojos del padre, receloso de las promesas de tan apuesto galán con aspiraciones al doctorado médico. En *Tres vidas y una época* figuran extractos de la correspondencia cruzada entre Marx y Engels relacionada con las pretensiones amorosas de Lafargue, que pueden resumirse reproduciendo la siguiente carta: “23 de agosto de 1866.- El asunto con Lafargue está arreglado en este sentido: el padre me ha escrito desde Burdeos pidiendo para su hijo el título de *fiancé* y me ha asegurado sus favorables condiciones financieras. El entiende, por otra parte, que su hijo hará el doctorado en Londres y después en París, antes de

toda cuestión de matrimonio. Hasta ahí, pues, todo está arreglado. Pero todavía ayer he hecho saber a nuestro criollo que si él no puede adoptar las maneras serenas de los ingleses, Laura se saldrá del compromiso. Es necesario que comprenda bien esto, sin lo cual no habrá nada. Es un bravo mozo, pero algo mal criado e infantil”.

En nombre de Laura terminaba Marx su carta solicitando el consentimiento de Federico Engels para que tal matrimonio pudiera efectuarse [216], cosa muy natural si se tienen en cuenta las relaciones fraternales que unían aquellas vidas. Lafargue, por tanto, formalizó sus relaciones amorosas, sometiéndose a los deseos del *Moro* –Marx era conocido por sus íntimos con este apodo–, terminó su carrera de Medicina, entabló estrecha y duradera amistad con Federico Engels, ingresó en el Consejo General de la Internacional el 6 de marzo de 1866, pasando a ocupar la secretaría para España el 27 de dicho mes y año, cada vez más identificado con Marx, y contrajo matrimonio con su prometida en Londres el día 2 de abril de 1868. ¡Qué observatorio ideal había encontrado Lafargue al enlazar sus actividades políticas con las de Carlos Marx! ¡Y qué de acontecimientos más sorprendentes durante aquel agitado periodo constituyente de la Primera Internacional!

[217] *Laura y Pablo, en España*

Laura Marx y Pablo Lafargue, con su primer hijo, acompañados por las otras dos hijas de Marx, se trasladaron a Francia desde Londres, invitados por los familiares de Pablo, en Burdeos, donde les sorprendió el movimiento revolucionario del pueblo parisino, que proclamó la Comuna y llegó a tener repercusiones en otros departamentos. Algo hizo Lafargue por extender ese movimiento en el mediodía de Francia, hasta que, vencida la Comuna, Thiers inició una era de terribles represalias, en la que cayó Lafargue, quien, resguardado en Bagnères de Luchon, un policía de buen corazón le avisó de que había orden de prenderle. Deshecha la familia, las hermanas de Laura regresaron a Londres, y ésta con su hijo se dirigió a San Sebastián, donde esperó hasta encontrar a su marido. A pie atravesó Lafargue el Pirineo aragonés, llegando a Graus encuadrado por fuerzas armadas que le encerraron en la cárcel del pueblo donde naciera Joaquín Costa, conduciéndole por carretera hasta Huesca, el 11 de agosto de 1871, en cuya capital obtuvo autorización para trasladarse a San Sebastián a reunirse con su esposa e hijo, enfermo de alguna consideración. Las autoridades francesas reclamaron sin éxito la extradición de Lafargue, si bien el Gobierno español, al otorgarle los beneficios de asilado político, le obligó a que se alojara en el interior del país. Y el 24 de diciembre de 1871, esto es, cuatro meses después de haber entrado en España, Lafargue y su compañera llegaban a Madrid, no por voluntad propia ni comisionados por Carlos Marx, sino obligados por órdenes de las autoridades españolas. Apenas instalados en la capital de España, fallecía el primer hijo de Laura y Pablo, nieto de Carlos Marx, enterrado en el cementerio protestante del Puente de Toledo –conocido por el cementerio de los ingleses– misero corral cuyos alrededores constituyeron una de las mayores vergüenzas madrileñas.

Desde que fui concejal, y especialmente cuando desempeñé la Tenencia de Alcaldía del distrito de La Latina, donde estaba enclavado el [218] citado cementerio, tuve la obsesión de higienizar aquellas barriadas, sin agua, alcantarillado, pavimentación, aceras, hasta sin luz eléctrica pues actuaba una brigadilla que alumbraba unos desmayados faroles de petróleo, apagados apenas encendidos. Aquel vecindario estaba nutrido por el proletariado más depauperado y la golfería

más hedionda. Parejas de la Guardia Civil de a caballo patrullaban por aquellos aduares a la caza de malhechores casi siempre fichados por la policía y a veces aperando con ella. Las casas, sin más ventilación que la puerta de entrada, con un mobiliario mugriento, desvencijado y más chavales que cucharas para comer, constituían un perenne foco de infección. ¡Buena clientela aquella mugre social para los caciques electorales de la burguesía! Una por una visité todas aquellas pocilgas, imponiendo las medidas que imponían las Ordenanzas municipales. Al principio, tan adversarios míos eran los caseros como los inquilinos quienes, cuando más, pagaban una peseta semanal por cada choza, en las épocas en que podían hacerlo. Día a día, Madrid conoció cómo se transformaron las barriadas extremas, llegando a disfrutar de todos los servicios municipales, con grupos escolares dotados de comedores, roperos, bibliotecas, colonias, clases especiales, reconocimiento médico escolar, cuantos ejemplos eran necesarios para transformar los hábitos de unas gentes que jamás habían encontrado quienes se ocuparan de la educación de sus hijos.

Veamos cómo describe Federica Montseny, en su folleto *Anselmo Lorenzo*, la llegada de Pablo Lafargue a Madrid: “Lafargue llegó a Madrid desorientado, sin más relación que la de Lorenzo y algunos federales conocidos en su viaje a través de España; viaje accidentado y lleno de peripecias, perseguido por la policía y sometido a constantes cuarentenas, comoapestado. Venía de Francia donde acababa de caer, vencida, la gloriosa Comuna, y había debido franquear la frontera por las montañas de Huesca. Si Lorenzo no le hubiese puesto en contacto con todos sus amigos, la labor de Lafargue en los meses que van de diciembre del [219] 71 a julio del 72 – fecha en que se ausentó de nuestro país– no hubiese sido tan fructífera”. Aquí la Montseny refleja con imparcialidad la llegada de Lafargue. No hace lo mismo cuando escribe: “Pero si el socialismo de Estado que Lafargue importaba no cuajó en el medio socialista libertario, de origen e influencia federalista, en que Lorenzo se desenvolvía, no quiere decir esto que no encontrase eco y adeptos. El hombre que Lafargue buscaba lo halló encamado en un joven tipógrafo, de fina barba rubia y rostro pálido de Cristo, de espíritu observador y frío y tenacidad paralela a la de Lorenzo. Era Paulino Iglesias, entonces miembro también del Consejo Federal”.

Lafargue nunca defendió un Socialismo de Estado. Ni buscaba ningún hombre para nada. La Montseny había reconocido previamente que entró en España perseguido por las autoridades francesas. No fue un viaje de placer, preparado por Marx, como el que efectuó Fanelli, de acuerdo con Bakunin. No hay modo de comparar ambos viajes. La Montseny se equivoca igualmente al decir que Lafargue encontró en Paulino Iglesias el hombre que buscaba. En 1871, Iglesias no tenía ninguna significación. Quienes comenzaban a tenerla eran Mora, Lorenzo y Mesa, de más edad que Iglesias, mejor preparados que él. Y con ellos enlazó Lafargue, no con Paulino. Por su parte, Juan José Morato, tratando de este mismo punto, con orientación diferente, escribió: “Para nosotros es indudable que si en lugar de Fanelli hubiera venido a España a lanzar la primera semilla Pablo Lafargue –que era también cariñoso, estaba lleno de simpatía personal y hablaba castellano– las cosas hubieran cambiado radicalmente y nunca, hubiese predominado el anarquismo ni aun en Barcelona, y quizá el Partido Socialista hubiera contado hace muchos años con fuerza y elementos bastantes para influir de un modo activo y directo en la política del país”. Seguramente le acompaña la razón a Morato; pero quien vino a España en 1868 fue Fanelli y no Lafargue, que llegó con tres años de retraso, recibido con recela

por ser yerno [220] de Marx. Naturalmente, ya en Madrid, Lafargue propagó entre sus amigos la táctica y los principios de la Internacional. Estaba en su derecho. No había doble juego como en el caso de Fanelli. Francisco Mora, en su libro *Historia del Socialismo español*, lo reconoce así: “En este periodo llegase también a adquirir más consciencia de la significación del Socialismo moderno, contribuyendo a ello la venida a España del compañero Paul Lafargue, que aumentó, haciéndolas más íntimas, las relaciones de los obreros españoles con los iniciadores del movimiento obrero internacional, relaciones que hasta entonces habían tenido sólo un carácter oficial”. Esas relaciones a que alude Mora comenzaron cuando Engels fue nombrado secretario para España, en febrero de 1871, y no en 1864 o en 1868, como debería haber sido, y se mantuvieron en un terreno seco y efímero, muriendo apenas nacidas. Marx no cultivó la correspondencia particular con ningún español. Bakunin, sí, con varios que influyeron mucho en los orígenes del anarquismo.

¿Qué referencias personales tenía Lafargue cuando llegó a Madrid a fines de diciembre de 1871? Anselmo Lorenzo había estado en Londres en la Conferencia reunida por la Internacional del 17 al 23 de septiembre de aquel año, precisamente mientras Lafargue estaba en San Sebastián, autorizado para ello por las autoridades de Huesca. Era, pues, lógico que Lafargue buscara en Madrid relacionarse con Lorenzo. Habló con Pí y Margall, quien le dijo, como a Fanelli, que los obreros estaban cansados de luchas estériles, y que no conseguiría nada de ellos, como no lo conseguía él, a pesar de que su programa era el más avanzado. Lorenzo, en efecto, le presentó a los amigos de la Internacional, en la que entró Lafargue, afiliándose a la Sección de Oficios varios. El día 7 de enero de 1872, esto es, dos semanas después de haber llegado a Madrid, hubo una asamblea de internacionalistas en las Escuelas Pías de San Fernando, a la que acudió, donde se planteó el grave cisma surgido entre la Federación del Jura suizo y la Sección de Ginebra, la [221] primera dominada por los aliancistas de Bakunin y la segunda por el Consejo General de Londres. Morago, en estrecha relación con los bakuninistas, se opuso a que se leyeran los documentos enviados por los ginebrinos, considerando suficiente la información suministrada por los del Jura, lo que dio lugar a que Lafargue escribiese: “Esta conducta me pareció muy singular. Desde aquel momento empecé a abrigar sospechas de que en el seno de la Internacional española existía un complot contra su representación central, y me afirmé en esta idea cuando vi que todos los periódicos internacionalistas de la región reproducían la circular del Jura, y únicamente *La Emancipación* publicó también la refutación de la Federación Romanda”.

Informado el gobernador civil de las actividades de Lafargue en la Sección Varía de la Internacional, le ordenó cesara en absoluto y se alejara voluntariamente de la capital si no quería ser desterrado a Soria. Lafargue y Laura se instalaron en Alcalá de Henares, escribiendo sin firmar, actuando cautelosamente, creando una Sección de la Internacional en la ciudad Complutense, en la que apoyarse para poder intervenir cuando llegara la ocasión, que Lafargue estaba seguro había de llegar, pues empezaba a establecer relaciones estables con Lorenzo y con Mesa, especialmente.

Convocado el Congreso de la Internacional para el 8 de abril de 1873 en la capital de Aragón, Lafargue y Lorenzo se reunieron durante varios días para redactar la ponencia acerca de la Propiedad, que fue presentada a debate en Zaragoza con la firma de todos los miembros del Consejo Federal. Lorenzo, noblemente, dice lo siguiente relacionado con el trabajo de Lafargue,

ya que en realidad de él era el citado documento: “Acerca de ese dictamen debo decir que su inspirador y casi su autor es Paul Lafargue, si bien yo puse algún dato español y algo de mi cosecha y le di forma española, porque aquél, aunque hablaba español como cubano que era, no dominaba el idioma para escribirlo, por haber [222] recibido educación francesa. Trabajé con él con alegría, constancia y entusiasmo. Estoy satisfecho por decir, al cabo de cuarenta años, que lo que soy en la actualidad para el ideal y lo que en mí reconocen mis amigos lo debo en gran parte a lo que en su redacción aprendí, con el trato amable y la gran ilustración de Paul Lafargue”. En resumen, la ponencia sobre “La Propiedad”, redactada por Lafargue y Lorenzo, fue llevada al Congreso de Zaragoza; pero los aliancistas se negaron a tomarla en consideración, contrariando en grado sumo a Lorenzo. En el fondo era genuinamente marxista, tal y como Lafargue había interpretado las ideas de su padre político, lo que explica la repulsa de que fue objeto por parte de las amigas de Bakunin, entre las cuales no figuraba por entonces Anselmo Lorenzo.

Lafargue estuvo en el Congreso de Zaragoza en representación de la Sección creada en Alcalá de Henares. Tuvo una actuación discreta, dada su situación de emigrado político. No se dio cuenta de que la Alianza había dominado secretamente en aquel Congreso, como había hecho en el anterior reunido en Barcelona. Creyó que Morago y sus amigos, en Madrid, iban a alejarse cuando fueron ellos quienes expulsaron de nuevo –de eso trataremos por separado– a los redactores de *La Emancipación*, provocando la escisión.

En carta dirigida a Engels, Lafargue le refería datos sobre Morago, el hombre de confianza de Bakunin: “Está acibillado de deudas. Pasa su vida en el café hasta las dos de la madrugada. Es grabador; pero su situación económica le obligará a hacer cosas graves”. Lafargue acertó. Las hizo, fue expulsado años más tarde por sus partidarios y murió en presidio. En otra carta a Engels, con fecha 1º de junio de 1872, ironiza a cuenta de los krausistas. “Aquí –le dice– Krause es el gran hombre del momento. O se es krausista o no se es nada. Hegel apenas si es conocido. Los españoles leen aún menos que los franceses. Primer premio de omnisciencia”. Y le pide detalles sobre Krause. [223] Lafargue reconoce que su labor en Madrid fue utilizada para el desarrollo de los ideales marxistas. He aquí su referencia: “Una tarde en la que Marx me expuso, con aquella riqueza de desarrollo que le era peculiar, su genial teoría del desenvolvimiento de la sociedad humana... fue como si se me descorriera un velo delante de los ojos... Fue la misma impresión que experimentaron los internacionalistas de Madrid cuando desarrollé ante ellos, valiéndome de mis débiles medios, la misma teoría, la más genial de las teorías y sin duda la teoría mas genial que haya salido de cerebro humano”.

Lafargue dice verdad: su presencia en Madrid, sus conversaciones con los fundadores, fueron decisivas. Pero no influyeron en la masa general, porque no pudo dar ninguna conferencia ni publicar artículos firmados. En realidad, estuvo poco tiempo en España, porque el 6 de julio de 1872 abandonaba Madrid con su esposa, en dirección a Lisboa y Londres. Días antes, el 27 de junio, publicaba un manifiesto denunciando las maniobras de los bakuninistas en España, dirigido a los afiliados de la Internacional. Este documento, ampliado con la colaboración de Engels principalmente, fue remitido después por la Internacional desde Londres a todas sus Secciones, y sirvió de base en el Congreso de La Haya para expulsar de la Internacional a Bakunin y a sus amigos. En el Congreso de La Haya –septiembre de 1872– Lafargue representaba a la nueva Federación creada en Toledo y admitida por el Consejo General de Londres.

Laura y Pablo en Francia

Coincidiendo con la caída de la primera República española, José Mesa tuvo que abandonar Madrid para instalarse en Francia al servicio de la editorial que le daba ocupación desde hacía varios años. Fue Mesa el primero en influir sobre Julio Guesde para que, abandonando [224] sus juveniles ilusiones anarquistas, estudiara el marxismo y se dedicara a defenderle entre los trabajadores. El 11 de julio de 1880 el Parlamento francés votó la amnistía en favor de cuantos estuvieron implicados en los sucesos relacionados con la Comuna. Pablo Lafargue y su compañera se trasladaron entonces definitivamente a París, ya sin hijos, por haber perdido otros dos que tuvieron en Inglaterra. Esta desgracia desmoralizó a Lafargue, haciéndole perder fe en su profesión de médico e inclinándole a una febril actividad política al lado de Julio Guesde.

El 19 de julio de 1882, Lafargue avisaba a Federico Engels de que, según le había advertido José Mesa, recibiría en Londres la visita de Fermín Salvochea, cuyas cualidades personales elogiaba, uno de los directores del movimiento revolucionario en la provincia de Cádiz en 1872. Conociendo Mesa cuánto disfrutaba Engels bebiendo buen vino, preguntó a Salvochea –y de ello le informaba Lafargue– si brindaría en Londres para complacer a Engels, a lo que contestó el anarquista gaditano que sería capaz “hasta de beber un vaso de cerveza”. Poca cosa, ciertamente, para quien habitaba tan próximo a Jerez, cuyas bodegas eran ya de fama mundial.

Agosto de 1882. José Mesa está en París, en la Rue du Bac, 35. ¿Casado? Lo cierto es que el día 2 de ese mes, invita a comer en su hogar a Carlos Marx, Laura y Pablo Lafargue, Julio Guesde y Gabriel Deville. Los honores tiene que hacerlos Mesa porque la dueña de la casa está ausente. Por referencias posteriores de Laura a Engels sabremos que Mesa –la pequeña Providencia del matrimonio Lafargue– es víctima de madame Mesa. “La comida –dice Laura a Engels– ha sido muy animada. Marx ha censurado a [225] Deville y Guesde por sus teorías acerca del duelo”. ¿Quién era Gabriel Deville? Para los fundadores del Socialismo español, uno de los hombres más venerados. Quede aquí constancia de las relaciones de Carlos Marx con estos hombres del socialismo francés, subrayando que la reunión se efectuó en el hogar de José Mesa, socialista español, el lazo de unión de todos ellos.

En enero de 1886, Laura escribía a Engels informándole de la vida y milagros del reducido núcleo de amigos que se movían alrededor de Guesde y Lafargue, singularmente de Gabriel Deville, cuya madre falleció en París el 38 de mayo de 1885, facilitando con ello, si es que lo necesitaba, la vida aventurera del guapo mozo que era Deville en su juventud. “Es probable que Deville –dice Laura en su carta– se metamorfoseara en marido, tan igual, tan obediente, tan llevado por las orejas como el pobre Mesa”. Efectivamente, Deville tuvo que casarse cuando no lo deseaba, y años más tarde se vio obligado a cambiar su vida de militante por la tranquila y honorífica profesión de diplomático. Guesde y Lafargue, metidos de lleno en la propaganda marxista, fueron procesados por discursos que habían pronunciado en varios departamentos franceses, sufriendo seis meses de prisión en París en 1883, que les valieron para redactar un folleto explicativo del Programa del Partido Obrero por ellos fundado y cuyos estatutos fueron redactados en Londres bajo la inspiración de Marx. Remitidos por Mesa a Pablo Iglesias, estos textos los utilizó en Madrid adaptándolos al castellano para la propaganda en nuestro país.

El 8 de noviembre de 1891 Pablo Lafargue salía elegido diputado por Lille, gracias a la

propaganda que para arrancarle de la cárcel en que estaba llevó a efecto Julio Guesde, sin representación parlamentaria todavía. La entrada de Lafargue en la Cámara produjo expectación, tanto por ser yerno de Carlos Marx como por saltar desde una celda carcelaria a un escaño legislativo. ¿Respondió nuestro hombre a las ilusiones puestas en él? El ambiente del Parlamento no le fue propicio. Obsesionado [226] con la preparación revolucionaria del proletariado para dar el “golpe final” al capitalismo, el Palacio Borbón no le conquistó su pensamiento y su acción permanecían fuera de aquel recinto. Por otra parte, con el designio de obstaculizar su reelección a la de algún otro socialista, el Gobierno modificó la estructura del distrito electoral por donde había triunfado, y ni volvió a ser diputado ni puso el menor empeño en ello. Cuando Lafargue fue condenado por el discurso que pronunció en la cuenca minera de Fourmies actuó de abogado suyo Alejandro Millerand, quien además denunció brillantemente en el Parlamento las brutalidades de la fuerza pública en aquella región el 1º de mayo de 1890. Posteriormente, Millerand, olvidándose de sus propagandas socialistas, aceptó una cartera ministerial en el Gobierno radical de Waldeck-Rousseau, siendo violentamente censurado por Guesde y Lafargue. En 1905, realizada la unificación socialista con Jaurès y sus amigos, Lafargue, que seguía sin inclinaciones hacia la actuación parlamentaria, autorizó que su candidatura fuera presentada en París frente a la de su antiguo amigo y abogado, más como un sacrificio que con la esperanza de ganarle la partida, dado que Millerand iba apoyado por una coalición de fuerzas heterogéneas y formidable. Y ahí terminaron las actividades de Lafargue en el aspecto parlamentario.

Elecciones generales en España el 5 de marzo de 1898. Nuevamente Pablo Iglesias es candidato por Bilbao, esta vez con probabilidades de victoria. Pablo Lafargue, desde París, envía el siguiente mensaje: “Pablo Iglesias será el primero que en el Parlamento español levante la voz en nombre de la clase que representa la vida, la riqueza y el honor de España. Será una gloria eterna para los trabajadores de Bilbao haber abierto las Cortes al representante del trabajo”. El esfuerzo de la clase trabajadora vizcaína fue anulado por las presiones del Gobierno de Madrid sirviendo la voluntad del capitalismo vasco. Así como Lafargue no sintió afición al parlamentarismo, hasta el extremo de haber incurrido en la censura de Engels al observar cómo dejaba de [227] actuar eficazmente en la Cámara legislativa, así tampoco le entusiasmaba el cooperativismo; su obsesión era la lucha obrera preparatoria de la revolución triunfadora. Para ser justos, habremos de aclarar que en esa posición Lafargue estuvo acompañado por otros hombres del Socialismo internacional, defensores del cooperativismo, pero integrado en la actuación socialista.

Lafargue pronunció una conferencia con el tema “El Socialismo y los intelectuales”. Varias docenas de folletos llevan su nombre, buena parte de los cuales fueron traducidos al castellano. Laura, a su vez, tradujo al francés varias obras de Engels y de su padre, que vieron la luz en España a través de Mesa y Atienza. Esa inmensa labor de mítines y conferencias servía para la propaganda del nuevo partido creado por Guesde y Lafargue, pero no les ayudaba económicamente a vivir, lo que explica que en carta dirigida a Engels el 21 de abril de 1885, Laura le dijera que hubiese preferido que Pablo fuera zapatero y ella modista, con cuyas profesiones acaso habrían resuelto mejor sus dificultades económicas. Cuando Jaurès fundó *L'Humanité*, en París, a principios de siglo, requirió el concurso de Lafargue para entrar como redactor en el nuevo diario del Partido, hecha la fusión. Lafargue tuvo una vida económica endiablada. Era

imposible compaginar la propaganda –nadie cobraba dietas que aportar al hogar– con un trabajo continuado e independiente. Durante años, Engels fue la providencia del matrimonio Laura y Pablo Lafargue. Al morir éste, Laura recibió el legado que Engels les dejó, y por entonces, además, las obras de Marx comenzaban a dar beneficios, todo lo cual sirvió para que pudieran adquirir una modesta vivienda en Draveil (departamento francés del Sena), donde descansar en sus últimos años. Gran parte de la correspondencia de Laura y Pablo con Engels está recopilada en varios tomos, abarcando desde 1868 a 1895. Lafargue se formó para las ideas en el hogar de Carlos Marx. Eso no quiere decir que Marx y Lafargue estuvieran [228] siempre de acuerdo. Era muy difícil contentar a Carlos Marx. No lo fue tanto coincidir con Engels.

El 26 de noviembre de 1911 aparecieron muertos Laura y Pablo Lafargue en su hogar de Draveil. Es impresionante leer el mensaje de despedida de hombre tan excepcional: “Sano de cuerpo y de espíritu, me mato antes de que la implacable vejez me arranque uno a uno los placeres y la alegría de la existencia, me despoje de mis fuerzas físicas e intelectuales, paralice mi energía, rompa mi voluntad y haga de mí una carga para mí mismo y para los demás. Desde hace tiempo me prometí no pasar de los setenta años; he fijado la época para dejar la vida y he preparado el modo de ejecutar mi resolución: una inyección de ácido cianhídrico. Muero con la suprema alegría de tener la certidumbre de que en un porvenir próximo la causa por la cual me he desvelado durante cuarenta y cinco años triunfará. ¡Viva el comunismo! ¡Viva el socialismo internacional!”.- Pablo Lafargue.



De El Ferrol a Madrid

Pablo Iglesias Posse nació en El Ferrol el 18 de octubre de 1850. Mas, como casi siempre cuando se trata de hombres excepcionales, acerca de la fecha exacta de su nacimiento hay distintas referencias. Juan José Morato, que convivió con él los primeros veinte años de la publicación de *El Socialista* semanal, concretamente hasta 1902, en uno de sus libros sólo dice que Iglesias nació en noviembre de 1850. Por su parte, Juan Almela Meliá, hijo político suyo, en cuyo hogar se formó, en el libro que publicó en 1926 da como fecha de nacimiento la del 17 de octubre de 1850. Gobernando España el general Primo de Rivera, el Ayuntamiento de El Ferrol, en el que durante años había tenido lucida representación el Partido Socialista, conquistada limpiamente en las urnas inauguró una placa en la casa donde nació Iglesias, cuyo texto es como sigue: “El 18 de octubre de 1850 nació en esta casa D. Pablo Iglesias Posse, apóstol y fundador del Socialismo en España. Falleció en Madrid el 9 de diciembre de 1925. En justo homenaje a su vida austera, al temple heroico de su voluntad y a la honradez de su conducta, El Ferrol le dedica este recuerdo en 9 de diciembre de 1927”. Fue su padre, Pedro de la Iglesia Expósito, nacido en los Desamparados de Orense, esto es, inclusero. Obsérvese que el apellido del Abuelo no es exactamente el de su progenitor. No hemos leído ninguna explicación acerca de este cambio, en realidad, sin importancia. Acaso se llamaba, ya así su padre, Pedro Iglesias, aunque en el acta de nacimiento figurara de ese otro modo. Iglesias no habló nunca de su padre, fallecido cuando contaba nueve años. Ignoramos, pues, las fechas exactas de nacimiento y muerte, aunque esta última aconteció en 1860, el año mismo en que la viuda con sus dos hijos inició viaje a la capital de España, donde nuestro héroe cumplió los diez años.

Pedro fue obrero municipal en El Ferrol. Alguna cualidad descubrirían en él quienes le facilitaron ese empleo, por modesto que fuera.

[230] No entraba cualquiera al servicio de un Ayuntamiento por aquellos turbulentos años. Los hijos de Pedro fueron a una escuela municipal desde la primera edad, otra ventaja que tampoco estaba al alcance de todos los niños españoles. Cuando Paulino —con ese nombre vivió Iglesias hasta que tuvo edad para entrar en el servicio militar, del que se libró como hijo de viuda pobre— ingresó en el Hospicio madrileño sabía leer y escribir, y no mal, por cuanto al poco tiempo pasó al taller tipográfico que la Diputación provincial tenía montado en aquel establecimiento. Juana Posse nació en Santiago de Compostela, y contrajo matrimonio con Pedro de la Iglesia en El Ferrol. Ignoramos el segundo apellido de esta santa mujer, así como la fecha de su nacimiento.

No hay fotos de los padres de Iglesias. La muerte del marido dejó a Juana Posse con dos criaturas pequeñas sin esperanza de poder sobrevivir en El Ferrol. Por otra parte, en Madrid tenía un pariente bien colocado en casa de un alto personaje, y con la esperanza de encontrar apoyo en él liquidó su hogar, reservándose tan solo las cosas indispensables para viaje tan largo como penoso.

Sin ferrocarril aún entre Madrid y Galicia, había arrieros y trajinantes que negociaban con

viajeros y mercancías. Juana, valerosamente, se lanzó a la aventura en el verano de 1860, y con sus dos hijos y cuantos bártulos consideró indispensables, se puso en camino, contratando el viaje en las condiciones más modestas. Tres semanas duró la travesía, durante las cuales los pequeños disfrutaron conociendo paisajes maravillosos, atravesando puertos, durmiendo en posadas inconfortables, comiendo de lo que la madre condimentaba. El viaje fue penoso para Juana. Sus hijos, en cambio, ni se daban cuenta de que habían perdido a su progenitor, ni de que cambiaban de residencia para siempre. Juan A. Meliá, en su libro *Pablo Iglesias: rasgos de su vida íntima*, refiere lo siguiente: “Recuerdo –me decía en algunas ocasiones el Abuelo– que al llegar a Madrid traía yo un vivo deseo de ser carretero”.

[231] No era, seguramente, la seducción de una vida de aparente libertad ni el deseo de variar con frecuencia de horizontes, sino un anhelo más infantil: “el placer experimentado durante el viaje al poder tomar libremente y saborear unas hermosas manzanas y diversas frutas que en las huertas inmediatas al camino habíamos encontrado en todo el trayecto”.

Como todo llega en la vida, también tuvo fin el viaje de Juana Posse con sus dos criaturas. La posada del Maragato, en la calle de Segovia, fue el punto de parada del arriero ferrolano. No era cosa de buscar alojamiento, apenas sin recursos, desconociendo Madrid. Una obsesión embargaba su espíritu: encontrar a su próximo pariente, entregarse a su protección. Juana no sabía leer ni escribir, pero su Paulino se defendía bien y sabría llevarles, leyendo el nombre de las calles y plazuelas, una vez que les dieran adecuada indicación. Por fortuna, la calle Ancha de San Bernardo, esquina a Flor Alta, donde residía el prócer a cuyo servicio estaba el tío de Juana, no se encontraba lejos de la posada del Maragato. Sin tardar, fueron allá madre e hijos, a preguntar por el que había de sacarles de apuros. ¿Quién era el personaje en cuya casa vivía el tío de Juana? Un señor de mucha influencia en la Corte. Terrible decepción les esperaba: su tío había fallecido. ¿Qué hacer, con dos criaturas, sin recursos, sin amparo de nadie? Alguna influencia del aristócrata en cuestión, a través de servidores suyos, debió valerle a la pobre viuda, porque sus dos hijos entraron seguidamente en el Hospicio y esas facilidades no estaban al alcance de otras viudas tan pobres y abandonadas como Juana Posse. Pero ahí terminó la protección encontrada en Madrid.

[232] *Los barrios bajos madrileños*

Juana Posse buscó donde instalarse, encontrando una sórdida vivienda en la travesía de Cabestreros, en tan pésimas condiciones que le obligó a buscar otra, no lejos de allí, en la calle del Amparo, donde estuvieron cerca de veinte años. Con mi madre, viuda, he vivido en esa misma calle muchos años después, a pesar de lo cual bien seguro que las cosas continuaban en el mismo lamentable estado que cuando por allí pasaron Juana y sus hijos: casas de corredor, retrete en el patio o en el pasillo, con obligación de hacer la limpieza por semana cada una de las vecinas del mismo piso, sin ventilación, agua ni luz. Las estadísticas de mortalidad, en mi época, en los barrios bajos madrileños, eran aterradoras. ¡Cómo serían en 1860, al llegar Juana Posse a Madrid!

La pobre madre se dedicó a lavar y a asistir en las casas, cuando encontraba dónde, soportando tal calvario que alguna vez debió verse obligada a implorar la caridad. ¡Cuánto sufriría su Paulino, los días que salía del Hospicio para ver a su madre, al comprobar aquel estado de miseria! En el hospicio los dos huerfanitos pasaron toda suerte de calamidades. Estuvieron en la

enfermería de aquel establecimiento y hasta en el Hospital. Ya puede suponerse cuál sería el régimen alimenticio si decimos que allí adquirió Iglesias una enfermedad gástrica de la que nunca pudo librarse por completo. Después de pasar un año en la escuela, dados los conocimientos que ya tenía, le pasaron al taller tipográfico, donde aprendió el oficio de cajista de imprenta. Su conducta ejemplar, su seriedad en el trabajo, a pesar de tan corta edad, le valía para salir con alguna frecuencia a llevar pruebas a quienes allí hacían trabajos. Uno de éstos, un funcionario del Estado llamado Augusto Burgos, le quiso prohiar, de acuerdo con su madre; pero Paulino se negó. “No, madre –dijo–, cuando salga del Hospicio, no quiero ya vivir con nadie mas que con usted”. Y así lo hizo, hasta que falleció Juana, cumplidos ya los treinta y seis años.

[233] Paulino era bellissimo, rubio, espigado, y las monjas del Hospicio le escogían para figurar como angelito en las procesiones públicas, junto al Niño Jesús, lo que le valía cuatro reales, fabulosa cantidad por entonces. Y llegó un día, la Nochebuena de 1863, en que Paulino, que idolatraba a su madre, se escapó del Hospicio para ir a cenar con ella. Le reprendió el regente, quizá le maltrató, y como desde su infancia no soportó injusticias abandonó definitivamente aquella esclavitud, para recogerse en el hogar de su madre, a la que, con inmensa alegría, entregó los primeros once reales que importaba su jornal semanal en la imprenta donde entró para distribuir líneas. ¡Un nuevo hogar había nacido!

Un año después que Paulino salió del Hospicio Manolín, también muy delicado de salud. Aprendió el oficio de zapatero, y en 1868, alrededor de los quince años, la tuberculosis se lo llevó de esta vida, dejando a Juana sola con su Paulino, angustiada pensando en que no tardaría en hacer compañía a su hermano, víctima de la misma terrible enfermedad, hasta el punto de que alguna vez echó sangre por la boca. Desde niño tuvo Iglesias gran pasión por la lectura, novelones muy populares en aquella época, pliegos de cordel que, andando los años, siguieron imprimiéndose en la Imprenta Universal, calle Cabestreros, 5, donde aprendí a hacer casi todas las operaciones necesarias dentro de mi profesión.

Paulino cambiaba de imprenta con frecuencia, entre otras razones porque cada nuevo taller casi siempre significaba un mayor salario. Trabajó primero en la calle del Limón, y después en la de la Manzana, de donde se despidió por negarse a sacar agua de un pozo para regar plantas, argumentando que no era obligación suya hacer tales menesteres, pasando a la calle de la Bolsa, imprenta de *El Consultor de los Ayuntamientos*. Aquí tropiezo con un recuerdo –¡hay tantos en mis primeros años, como hijo de viuda y aprendiz de tipógrafo, comparables a la vida de Iglesias en los barrios bajos madrileños, de los comienzos de mi profesión!–. El 31 de mayo de 1906, fecha en que contrajo matrimonio Alfonso XIII con una princesa inglesa, sufriendo un atentado al regresar de la iglesia [234] de los Jerónimos, después de efectuado su enlace, trabajaba yo en la imprenta de *El Consultor de los Ayuntamientos*, calle de San Isidro, 5, distrito de la Latina, donde se había trasladado aquel taller en que estuvo Paulino, muy ampliado, con la redacción en la inmediata Carrera de San Francisco. En la misma finca de San Isidro, 5, estaba la Casa de Socorro del distrito, a la que llevaron buen número de heridos, víctimas de la bomba arrojada por Mateo Morral contra los reyes, originando terrible mortandad. Al socaire de *El Consultor de los Ayuntamientos* funcionaba una importante editorial que hacía cuantos impresos eran precisos para Diputaciones y Municipios, así como obras de consulta para contadores y secretarios de corporaciones públicas. Los jefes de esa empresa, con los que, por mis trabajos en el taller estuve

en relaciones, me facilitaban el estudio de la carrera de abogado, garantizándome puesto de secretario de Ayuntamiento, cuyas vacantes se anunciaban en las publicaciones de la casa. Agradecí esa y otras atenciones de que fui objeto y de las que guardo grato recuerdo, pero no las acepté: ya estaba entregado, en el centro de Relatores, al movimiento obrero, desempeñando precisamente, a pesar de mi juventud, el cargo de delegado del Arte de Imprimir en aquellos talleres. Desde la calle de la Bolsa, imprenta de *El Consultor de los Ayuntamientos*, ganando ya cinco reales, Paulino encontró trabajo en otra de la plaza del Conde de Miranda, distrito de La Latina, donde compuso líneas, sin ser retribuido como merecía el trabajo que realizaba. Cansado de ser explotado, se fue a la calle de Valverde, percibiendo ocho reales –sueldo de un oficial, aunque no tenía edad para que se lo reconocieran– donde se hacían los periódicos *La Iberia* y *Solidaridad Nacional*, liberales y, por tanto, siempre en peligro de suspensión gubernativa.

En 1866, Millán, amigo suyo, conociendo sus cualidades, le ofreció trabajo a destajo, esto es, donde se ganaba más, pensando en ayudar a [235] su madre –¡siempre la señora Juana en su memoria!–. Pero el patrono era un avaro. No cumplió lo que había ofrecido y hubo huelga. ¿Qué era eso de la huelga? Paulino estaba próximo a los dieciséis años mas nunca había oído hablar de nada relacionado con luchas sociales. Sin que le afectara el conflicto, hizo causa común con los huelguistas, que en seguida se rindieron, volviendo al trabajo, mientras él se quedó en la calle, represaliado por el patrono. Primera lección, bien dura, que le dio la vida social, de la que no se arrepintió jamás.

Tras una crisis prolongada, al fin encuentra donde trabajar, en peores condiciones. Al contrario que otros tipógrafos de entonces –los había que gastaban sombrero de copa–, Paulino va muy pobremente vestido, tanto, que al verle con su blusilla azul, muy limpia, remendada, no le retribuyen por lo que sabe sino por lo que viste. Pero esa cambia tan pronto como demuestra sus cualidades profesionales. Su patrono paga los sábados los jornales en la taberna. El no va. El percibe su salario en el taller. No le gusta la taberna. No bebe ni alterna, aunque haya amigos que le llamen agarrado, gallego... Compuso obras de Emilio Castelar, cuya letra era endiablada hasta el punto de que, alguna vez, al llevarle pruebas, se lo hizo notar, y en parte se corrigió. Por entonces surgieron los trágicos sucesos de la Noche de San Daniel, en cuyas consecuencias políticas anduvo mezclado aquel tribuno. Como premio excepcional, entre otras cosas por aprovechamiento en el francés, en la Escuela de la Trinidad, donde era alumno, al terminar su diaria jornada en la imprenta, obtuvo cuatro mil reales, cifra extraordinaria en aquellos días. ¡Qué alegría para la señora Juana!

Educado desde niño en la religión católica, Paulino cree en Dios, confiesa, comulga, va a misa de madrugada, antes de acudir al taller, como le enseñaron en el Hospicio, como le había educado su buena madre. Pero a los dieciséis años hay un cambio en su vida: ya no cree en la religión. Es más: se da cuenta de que su madre tampoco practica, sin haber perdido, como él, la fe. Las injusticias de la vida, los sufrimientos [236] padecidos, la falta de caridad, le apartan de esas creencias, suavemente, sin violencia, casi sin darse cuenta. No se convierte, por ello, en un enemigo, sino en un indiferente... Ni tuvo infancia, ni supo de las delicias de la juventud. Nunca se le vio en un baile, aunque le gustaba extraordinariamente la música, el teatro, hasta el extremo de que hubiera sido de buena gana, actor. Cuantos céntimos podía distraer a las necesidades de su hogar los dedicaba a comprar libros, a frecuentar el gallinero de los teatros madrileños. De

memoria se sabía trozos de música, parlamentos de obras escogidas del repertorio clásico, donde nunca faltaba los domingos. España ha cambiado de régimen político sin que Paulino haya puesto en ello atención. “Son los mismos perros con diferentes collares”, ha oído decir muchas veces. Pero sus lecturas se depuran, sus preocupaciones llegan donde antes no llegaban. España está en ebullición. Ha caído un trono. Ha surgido otro. Paulino encuentra entre sus camaradas de taller a quienes han intervenido en esos acontecimientos. ¿Cómo era posible que él permaneciera impassible ante el despertar surgido en España? Pero eso corresponde a otro momento.

[237] *Pablo Iglesias, tipógrafo*

Con este título publicó Antonio Fabra Ribas una conversación con Pablo Iglesias que apareció el 1º de mayo de 1932 en una revista madrileña. Aunque hay datos que aparecen ya en el libro de González Fiol, por su interés general reproducimos también lo esencial del trabajo de Fabra Ribas:

“Procedente de El Ferrol, mi pueblo natal, llegué a Madrid en compañía de mi madre y de un hermanito, a finales del año 1860, cuando contaba yo diez años de edad. Sin recursos y sin la esperada ayuda de un pariente que debíamos encontrar en la capital, mi buena madre no tuvo mas remedio que meter a sus dos hijos en el Hospicio y ponerse ella a servir. Procuré en seguida aprender el oficio de tipógrafo, contrariándome mucho el que —a causa de mi buen aspecto, según decían— me sacaran con demasiada frecuencia de las cajas para mandarme a repartir pruebas.

- ¿Estuvo usted mucho tiempo en el Hospicio?

- Dos años nada más. Trabajaba, allí no del todo a disgusto, procurando cumplir lo mejor que podía. El regente de la imprenta, un tal Cuenca, no estaba descontento de mí, lo que no le impidió negarme el permiso que le pedí para ir a celebrar la Nochebuena en compañía de mi madre. Yo hubiese pasado por todo menos por eso. El deseo de ver a mi madre era tan vehemente, que decidí cometer mi primer acto de indisciplina: me escapé. Pasé tres días al lado de aquella santa mujer, y al volver al taller, Cuenca, no sólo me pegó, sino que me amenazó, si reincidía, con hacerme prender por la Guardia Civil. Esto ocurría por la mañana; por la tarde salí del Hospicio decidido a no volver a poner los pies en aquella casa. Me fui otra vez con mi madre, dispuesto a trabajar y a que no me pegaran más.

Busqué trabajo. No tardé en colocarme en una imprenta de la calle de la Manzana, en donde se hacía un periódico titulado *Diario Universal*. Allí me pusieron a distribuir, dándome por mi trabajo dos reales diarios. [238] Tenía que trabajar y al mismo tiempo aprender. Mis deseos de adelantar me llevaron a cambiar de imprenta. Logré colocarme en un ‘chamizo’ de la calle del Limón, cuyo dueño se llamaba Patricio González. Me daban cuatro reales y tenía que hacer diariamente una página de una edición del Quijote. Dejé pronto esta imprenta, porque el dueño me obligaba, después de mi trabajo, a sacar agua del pozo, esfuerzo superior a mi naturaleza algo delicada.

Gracias a mi amigo Casimiro Muñoz, un compañero que murió hace algunos años en Ciudad Rodrigo, entré en una imprenta de la calle de la Bola, propiedad del célebre Alcubilla, el

del *Diccionario*, quien la tenía arrendada. Estuve allí componiendo y distribuyendo, ganando ya cinco reales. El regente de esta imprenta, Peñuelas, se estableció por cuenta propia en la calle de Vergara, y me llevó con él, trasladándose luego a la calle del Conde de Miranda. Esta imprenta hacía trabajos para un librero de la calle de Carretas. Entre otras obras, compusimos las *Matemáticas*, de Cortázar, y un *Tratado de Química*, de Torres Muñoz de Luna, catedrático de San Carlos. Recuerdo perfectamente a estos dos autores, pues más de una vez fui a llevarles pruebas. Estuve con Peñuelas, ganando dos pesetas diarias, hasta el año 1864. En este establecimiento me mandaban únicamente hacer líneas, aunque yo, de cuando en cuando, a escondidas, procuraba componer cálculos de las *Matemáticas*, de Cortázar. Un día me sorprendió el patrono mientras yo me dedicaba a esta tarea, lo que me valió una seria reprimenda. Al notar que no querían dejarme perfeccionar en el oficio, me despedí de la casa.

Coloqueme en seguida en una imprenta de la calle de Valverde, en donde se tiraba *La Iberia*, de Calvo Asensio, periódico de la mañana, y *La Soberanía Nacional*, de Ángel Fernández de los Ríos, periódico de la noche. Trabajaba a jornal y ganaba dos pesetas. Un oficial que se llamaba Bernardo Millán me llevó a la calle del Rubio, en casa de Julián Peña, como destajista. [239] Al llegar a este punto de su relato, Pablo Iglesias hace una pausa. Luego, levantando la cabeza y entornando un poco los ojos, como si tratara de ordenar los recuerdos que acudían en tropel a su memoria, exclamó:

- Estando yo en casa de Peña ocurrieron los célebres sucesos de la Noche de San Daniel. Tenía yo entonces quince años y llegué a ganar un duro diario haciendo líneas para la *Gramática latina*, de Raimundo de Miguel. Luego, en 1866, cuando la sublevación de Prim, el Gobierno suprimió la prensa progresista. La medida en nada afectaba al trabajo que estábamos ejecutando – un semanario de cocina– pero, so pretexto de que había muchos parados en el oficio, el patrono quiso rebajarme el jornal. ¡Qué hombre aquél! Es el que más bárbaramente me ha explotado. Me opuse a la rebaja, diciéndole a Peña: ‘Soy un chico, pero tengo obligaciones de hombre’.

- Parece –interrumpimos– que, entre todos sus recuerdos, el de Peña es el que conserva usted mejor grabado.

- Así es –contestó el Abuelo. Por muchos conceptos me acuerdo de aquellos. Un detalle. Estábamos trabajando en una obra de Castelar, una obra de historia, titulada... No acierto ahora con el título. Castelar tenía una letra grande, y tan enrevesada, que un día nos vimos todos los de la imprenta en la imposibilidad de descifrarla. Entonces me fui a ver a don Emilio, que vivía en la calle de Las Infantas, para que aclarase el enigma. Debió enmendarse Castelar más tarde, porque llegamos a leer sus cuartillas con relativa facilidad.

Otro detalle. Peña hizo la *Gaceta de Madrid* la primera vez que el diario oficial fue sacado a subasta. Un día, sin más ni más, quiso rebajar los jornales de los tipógrafos de la tanda que más ganaba. Hubo plante –huelga, que decimos ahora–, y aunque conmigo no iba nada, pues que yo seguía ganando lo mismo, me solidaricé con los compañeros perjudicados. Fue la primera huelga en que tomé parte. El conflicto terminó volviendo todos al trabajo menos un tal Arias y yo.

[240] Después de estar parado algún tiempo me coloqué en una imprenta situada detrás del Ayuntamiento, propiedad de un carlista, en donde unos compañeros, que usaban gabán y chistera, y yo, que llevaba blusa y gorra, hacíamos *El Año Cristiano*. Corrí luego tres o cuatro

imprentas hasta que fui a parar en casa de Juan Fernández, que imprimía *La Democracia Republicana*. En la época en que yo trabajaba en esta imprenta, en 1868, estalló la Revolución de septiembre.

Nuestro interlocutor hace una nueva pausa y, cambiando súbitamente el tono de su voz, recuerda que un mes más tarde, en octubre, murió su hermano.

- ¿En dónde trabajó usted luego? –nos apresuramos a preguntar a Iglesias, tratando de distraerle.

- En *La Legalidad* –nos contestó. Contaba yo entonces diecinueve años; fue cuando ingresé en la Internacional. En aquella época conocí a Matías Gómez Latorre, el concejal socialista del distrito de la Universidad, que trabajaba en una imprenta próxima a la mía. Como en *La Legitimidad* [sic] pagaban muy mal, me fui a *La República Ibérica*, que dirigía don Miguel Morayta y Sagrario, que era por aquellos tiempos secretario del Congreso. Estuve bastante tiempo en aquella casa y recuerdo como si fuese ahora los artículos que componíamos cuando entró don Amadeo, y luego los que escribía Morayta, estando en cama, sobre la guerra del 70.

Al salir de *La República Ibérica* estuve mucho tiempo parado. Después de la Comuna de París, en el 71, llegó a Madrid, huyendo de las garras de Thiers, Pablo Lafargue, con la ayuda del cual fundamos *La Emancipación*, el primer periódico obrero que se ha publicado en España. De este órgano internacionalista, que salió en 1871 y vivió hasta 1873, hacíamos el molde Anselmo Lorenzo y yo, cobrando por nuestro trabajo cuarenta o cincuenta reales, según los casos.

En 1873 trabajé en *La República Federal*, dirigida por Roque Barcia y en *El Popular*, que publicaba un tal Perellán. En el 74 hice líneas [241] para un periódico que dirigía don Andrés Mellado, y que se titulaba *La Igualdad*, yendo después a la imprenta de Rivadeneyra. En 1875 me coloqué en un taller propiedad de Enrique Teodoro; estando allí conocí a los doctores Tolosa Latour y Cortezo. En 1877 me encontraba en la imprenta de *El Correo Militar*, habiendo también trabajado en la de los Sordomudos. En 1882 estuve en *La Iberia*, en cuya redacción figuraban Sánchez Guerra, Sánchez Pastor y Tirso Rodríguez.

-Diga usted, Iglesias: ¿tenía mala letra Sánchez Guerra?

-No; me parece que tenía una letra menudita, pero clara.

Al dejar *La Iberia* –prosigue diciendo nuestro tipógrafo– volví a casa de Rivadeneyra, en donde estuve hasta 1886, año en que empezó a publicarse *El Socialista*. Desde esa fecha hasta 1903 ayudé a componer y ajusté casi siempre el órgano del Partido Obrero, que apareció diario en 1913. He de añadir que durante los últimos años de mi vida de tipógrafo estuve una vez supliendo en *El Imparcial* y otra en *La Época*.

Aquí termina el relato de Pablo Iglesias, relato hecho de un tirón y que representa un prodigioso alarde de memoria, sobre todo si se tiene en cuenta el estado de debilidad en que desde hace ya algún tiempo se halla el popular líder obrero. Ahora bien; la vida de tipógrafo de Pablo Iglesias no termina, en realidad, al empezar a publicarse diariamente *El Socialista*, pues dirigiendo este periódico –lo dirige todavía– Iglesias ha intervenido en la confección del mismo, con sus consejos siempre y con su trabajo no pocas veces.

La misma sencillez con que este hombre, que tanto ha sido y que tanto pudo ser, cuenta los principales episodios de su vida de asalariado revela toda su personalidad, toda su manera de ser. Al hablar de su hermano, y sobre todo de su madre, se le nublan los ojos; el vibrante conductor de muchedumbres, cuya fama de hosco y huraño está extendida por todas partes, tiene en realidad un alma de niño. El hecho de declararse en huelga a los dieciséis años de edad, sólo por solidaridad con sus compañeros de trabajo, en un tiempo en que no existía aún la fuerza [242] obrera organizada, ¿no acusa todo un carácter? ¿Y qué decir de la respuesta a su patrono Peña cuando, al querer rebajarle injustamente el jornal, le dice: ‘Soy un chico, pero tengo obligaciones de hombre’? El sentido de la responsabilidad y del deber, que Iglesias ha poseído siempre en muy alto grado, se patentizaba ya cuando todavía era un adolescente.

Pero hay otro rasgo de Iglesias, que pudimos sorprender durante nuestra conversación y que le retrata de cuerpo entero. Al hablar precisamente de ese famoso Peña, el patrono que, según su propia expresión, ‘más bárbaramente’ le explotó, pronunció estas palabras, que conservamos muy bien grabadas en nuestra mente: ‘Era un hombre muy especial: algo distraído, inteligente, honrado, trabajador y muy capaz de inventar todo lo imaginable para matar de trabajo a sus obreros a cambio de un mísero salario. Tan distraído era que, que con frecuencia se equivocaba, y no en su favor, al negarnos el jornal. Más de una vez tuve que llamarle la atención para devolverle el dinero que me había dado de más. Quizá esa su distracción explique lo poco que le sirvió su sordidez. Recuerdo que en 1882, durante un viaje a Barcelona, a donde me llevaron asuntos societarios, un compañero y yo encontramos a Peña trabajando como simple cajista en la imprenta de Ramírez. Mi compañero, que también había sufrido el yugo de aquel hombre, me dijo –claro que sin intención de hacerlo–, contemplando una gran columna de resmas de papel junto a la cual trabajaba Peña: ‘Dando un empujón a estas resmas le hacíamos polvo’. Yo le contesté: ‘Pues mira, a mí me da mucha lástima’. Ese es Iglesias. Al hombre que le explotó bárbaramente le devuelve el dinero que le da por equivocación, le reconoce hasta admira sus buenas cualidades y, lejos de alegrarse luego de su caída, tiene para él una mirada compasiva y una palabra generosa.

Sería incompleta la idea que pudiera formarse el lector de la personalidad del tipógrafo Pablo Iglesias si a lo que llevamos dicho no añadiésemos todavía estos datos: en 1871, cuando se fundó en Madrid [243] la sección de la famosa Internacional, se constituyó un grupo de tipógrafos internacionalistas del que formaban parte, entre otros, Pablo Iglesias, Anselmo Lorenzo y Matías Gómez Latorre, grupo que, según expresión del propio Iglesias, ‘dio poco de sí’. Más tarde se creó el Arte de Imprimir, pero con un carácter muy distinto del que tiene ahora, por lo cual fue acerbamente combatido por Iglesias y por Anselmo Lorenzo. Pablo Iglesias no volvió al Arte de Imprimir hasta el año 1873, cuando esta sociedad entabló la primera lucha en favor de la clase obrera. Desde aquel momento, el antiguo hospiciano ha sido el alma de la potente Asociación, que poco después enviaba una crecida cantidad a los tipógrafos de Milán, empeñados en una dura contienda (primer acto de solidaridad internacional realizado por los obreros españoles) y que en 1883 contaba más de mil afiliados y tenía en caja muy cerca de siete mil duros.

En el Arte de Imprimir, al lado de Iglesias, se han formado los primeros y mejores propagandistas y organizadores societarios y socialistas que hemos tenido en nuestro país; los

hombres que han creado y dado impulso a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista, la asociación obrera y la asociación política mejor organizadas que existen entre nosotros. A estas dos grandes asociaciones, que desde su fundación viene presidiendo Pablo Iglesias se debe también la celebración del Primero de Mayo en la forma que en el día de hoy se va a presenciar en la inmensa mayoría de las ciudades y pueblos de España. Los tipógrafos españoles, cualesquiera que sean sus ideas, pueden estar orgullosos de su compañero Pablo Iglesias”.- Antonio Fabra Ribas, Madrid, 1º de mayo de 1923. En 1850, además de Pablo Iglesias, nacieron los eminentes socialistas Paul Axelrod, ruso, y J. Ledebour y Eduardo Bernstein, alemanes; Samuel Gompers, organizador del sindicalismo en Estados Unidos; los novelistas Eduardo Bellamy, autor de *El año 2000*, y Octavio Mirbeau, de *El jardín de los suplicios*; los escritores Alfredo Calderón, español, Magalhaes Lima [244] y Guerra Junqueiro, portugueses; el músico compositor Tomás Bretón, autor de *La Verbena de la Paloma* y el pintor de temas sociales Vicente Cutanda.

En 1850 falleció el doctor Pedro Castelló, nombre que lleva una calle en Madrid en reconocimiento a sus ideas liberales y su prestigio profesional, hasta el punto de que Fernando VII, a pesar de conocer su ideología, en momentos de angustia, requirió sus servicios médicos, salvándole la vida. En recompensa, le decía: “Tú eres el único que puedes gritar ¡Viva la Constitución! en mi presencia”. Ese mismo año se extinguió en París el novelista Honore de Balzac. En Madrid se inauguró el edificio erigido para Congreso de los Diputados en la Carrera de San Jerónimo.

En 1851 nacieron: el poeta gallego de ideas liberales Manuel Curros Enríquez; en Francia, R. Lavigne y Jean Dormoy, socialistas que intervinieron activamente en la organización de la campaña en favor de las ocho horas y del Primero de Mayo, en 1889. El 2 de febrero de 1852, día de las Candelas, siguiendo la tradición, Isabel II presenciaba un homenaje consagrado a la virgen de Atocha, dentro de un gran ceremonial. Con el pretexto de entregarle un memorial, surgió un hombre que intentó clavarle un puñal. No tuvo importancia la herida sufrida, pero el cura Martín Merino –pues se trataba de un cura– fue condenado a garrote vil, quemado y aventadas sus cenizas en las afueras de Madrid.

José Mesa, número uno de los fundadores

Indudablemente, José Mesa Leompart es el número uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores. Nacido quince años antes que Pablo Iglesias, por la fecha en que vino al mundo –1835, en Málaga–, tiene bien ganada la primacía. Sin su tenacidad, su altruismo, su generosidad y sus relaciones personales con Lafargue, Guesde, Engels y Marx, la fundación de las organizaciones Obreras de tendencia socialista habríase retrasado varios años. Residente en París a partir de 1874, Mesa, alentado desde Londres por los autores del *Manifiesto Comunista*, inspiraba asiduamente a Pablo Iglesias. Su apoyo moral y material salvó etapas verdaderamente críticas, siempre oscura y sencillamente. Hasta el donativo que remitía con frecuencia para las atenciones colectivas, en la lista que insertaba el semanario del Partido figuraba tan sólo con el número 37, el mismo que tuvo en la Sección Varia de la Internacional. ¡Cuántos trabajos, escritos o traducidos por él, aparecieron en *El Socialista* sin su firma! Gran amigo de Pí y Margall, fue redactor y regente de *La Discusión*, órgano de este partido, y en junio de 1866 peleó en las barricadas en Madrid, exponiéndose de tal modo que tuvo necesidad de refugiarse en Francia, donde trabajó de tipógrafo y cultivó sus dones de escritor, perfeccionando su cultura. Casimiro Martí, en 1959 publicó una monografía titulada *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, con prólogo del que fue profesor de la Universidad de la capital de Cataluña J. Vicens Vives, amparada por el Centro de Estudios Internacionales de la citada Universidad. Pues bien, en esa monografía se inserta el "manifiesto de la fracción socialista barcelonesa, de 1º de junio de 1863", que el autor reproduce tomándolo de *La Discusión*, órgano donde prevalecía Pí y Margall. ¿Quién redactó ese documento? Imposible saberlo, pero entre los firmantes, precisamente el último, como si ello indicara paternidad del mismo, está José Mesa Leompart. El dato tiene importancia, porque es la iniciación de una trayectoria. Pablo [246] Alsina, diputado obrero por Barcelona; Suñer y Capdevila, diputado republicano de extrema izquierda, y los hermanos Rubau Donadeu, que orientaron los primeros pasos de Fanelli en Madrid y Barcelona, figuran igualmente entre los que suscriben el citado documento, muy bien redactado, por cierto. Es decir, ahí se encuentran algunos que directa o indirectamente contribuyeron al desarrollo de la Internacional en España.

Mesa, internacionalista

Cuando se creó en Madrid la Internacional, Mesa no figuró en ella. Sus simpatías seguían yendo al Partido Federal, con cuyos elementos mantenía estrechas relaciones. Había vivido en París como emigrado político y gozaba por ello de cierta aureola. Regreso a España por los acontecimientos desarrollados en Francia a consecuencia de la guerra que estalló entre ese país y Alemania. ¿Quién le llevó a la Internacional? ¿Es que en Francia había tenido ocasión de conocer obras de tendencia socialista, aunque estuvieran marcadas de utopismo? Anselmo Lorenzo, que tropezó con él en una imprenta madrileña, no llega a descubrirlo en su relato. Al solicitar su

ingreso en la Internacional, no entró en la Sección de Tipógrafos, donde militaba Pablo Iglesias, sino en la de Profesiones y Oficios Varios, porque estaba encargado de hacer traducciones para *La moda elegante* y *La Ilustración Española y Americana* (25-XII-1869-30-XII-1921, de larga y próspera vida).

[247] El primer periódico de los internacionalistas matritenses fue *La Solidaridad*, muerto prematuramente. Surgió Mesa, no se avino a que el número careciera de órgano de expresión, y cuando estaban en Lisboa Mora, Lorenzo y Morago, a salvo de las persecuciones del Gobierno contra la Internacional, hubo un cambio político, utilizado hábilmente por Mesa para lanzar *La Emancipación*, nuevo órgano de la sección madrileña, cuyo primer número lleva fecha de 19 de junio de 1871. Parte del periodo de publicación tuvo su administración en la calle de San Pedro, 16, quizá domicilio de Inocente Calleja, que aparecía como responsable de una modesta imprenta donde se editaba el semanario. Anselmo Lorenzo colaboró en él hasta el número 45. Desapareció el 12 de abril de 1873, cuando llevaba publicándose noventa y una semanas. El 21 de diciembre de 1872 Mesa insertó en *La Emancipación* la traducción que hizo del *Manifiesto Comunista*, tomándola de una edición aparecida en francés en los Estados Unidos, remitida sin duda por Engels.

Mesa fue designado para formar parte del Consejo Federal en la Conferencia de Valencia. En Madrid hubo expulsiones arbitrarias promovidas por los amigos de Morago, anuladas por el Congreso de Zaragoza, reproducidas poco después, ya que los bakuninistas tenían mayoría en la sección matritense, y al nacer La Nueva Federación reconocida por la Internacional en Londres, *La Emancipación* se convirtió en órgano oficial suyo.

[248] *De nuevo en París*

No fue por su gusto, ciertamente. Mesa tuvo que abandonar Madrid porque le instó a ello la editorial en que trabajaba. En 1874, coincidiendo con la represión iniciada en España contra las organizaciones políticas y proletarias, José Mesa se instaló de nuevo en la capital de Francia. No iba ahora como emigrado, dominaba idiomas y le guiaba un ideal para inspirar su pluma. En la flor de la vida, su actividad en París fue asombrosa. Hizo varios viajes a Londres, conociendo a Marx y a Engels, con quienes estrechó amistad y de los cuales recibió inspiraciones para actuaciones suyas muy eficaces en Francia y España. En París fue gran amigo de Julio Guesde, influyendo decisivamente en él —recuérdese que Guesde había militado cierto tiempo al lado de Bakunin— y consolidando sus relaciones con Laura y Pablo Lafargue. Mesa fue quien, por primera vez, llamó “posibilistas” a los partidarios de Pablo Brousse, término importado de España, donde se calificaba así a los amigos de Castelar. Guesde divulgó el término, que hizo fortuna en Francia. Colaboró en *L'Egalité* (1877), de Guesde y Lafargue, y tradujo para *El Socialista*, de Madrid, la semblanza que hizo Mermeix del fundador del Socialismo en Francia, que en parte podría servir para el de Pablo Iglesias de aquellos días.

En el Congreso fundacional de la Segunda Internacional, de 1889, Pablo Iglesias realizó un viaje a París para representar en aquella asamblea al Partido Socialista Obrero Español. En la credencial figuraba, junto a su nombre, el de Francisco Diego, secretario del Partido. Mesa no aparecía como delegado, sin duda de acuerdo con él, para no comprometerle, aunque residía en la

capital francesa. Sin embargo, fue él quien ayudó a Iglesias en sus primeras actividades de carácter internacional. Así, poco después fue requerido éste por algunas publicaciones socialistas para que informase en ellas de los acontecimientos que se desarrollaban en todo el país. Lo hacía Iglesias, tanto [249] por cumplimentar esos deseos como porque en ocasiones –¡ay!, por desgracia, muy pocas ocasiones– era un medio de aumentar sus escasos ingresos en aquellos años de terrible penuria. Mesa, que le había facilitado alguna de esas corresponsalías, traducía los trabajos que le remitía Iglesias con destino a *Le Reveil du Nord*; *Avanti* de Roma; *Le Mouvement Socialiste*; *Die Neue Zeit* y alguna otra publicación. Tiene algún interés lo que escribió Morato acerca de los primeros años de actividad de Pablo Iglesias y de sus relaciones con Mesa y el Socialismo francés, a través de sus lecturas:

“En la alcoba de Iglesias había unas tablas, sujetas por palomillas, con libros, folletos, periódicos bien dobladitos y carpetas de papeles. Estas tablas iban llenándose con lo que Iglesias compraba y con lo que Mesa enviaba desde París, donde ya estaba Lafargue, que con Guesde y Gabriel Deville creaban el Partido Obrero, fundado en Marsella el año 1879, En la mesilla o sobre algunas tablas –que luego fueron estante y más tarde armario de dos cuerpos– estaba el fragmento de un libro de Engels titulado *Socialismo científico y Socialismo utópico*. De Deville había una reducción de *El Capital*, con el título *Estudio acerca del Socialismo científico*, que le precede, más la serie de conferencias llamada *La evolución del capital*. Lafargue aparecía con *El materialismo económico de Carlos Marx* y *El derecho a la pereza*. Y era Guesde el más representado, porque allí estaban *El catecismo socialista*, *El Programa de los socialistas revolucionarios*, *La Ley de los salarios y sus consecuencias*, *Colectivismo y revolución*, *La República y las huelgas*, y *El Programa del Partido Obrero*, escrito éste en colaboración con Lafargue. Además, *L'Egalité*, de 1881 –de la que fue redactor de cuestiones de España José Mesa y corresponsal literato Iglesias– insertaba escritos de propaganda y de polémica, que tenían un valor permanente, y de ellos se tradujeron al castellano, andando el tiempo, *La autonomía*, *La jornada legal de ocho horas*, *Justicia e injusticia del cambio capitalista*, y *El Colectivismo* [250] *en el Colegio de Francia*, de Guesde. Casi todos estos trabajos eran de difusión y divulgación, claros, sencillos, conteniendo verdades elementales expresadas de modo categórico, sin distinguos ni atenuaciones, donde –principalmente en Guesde– la doctrina aparece seca, tajante, acaso árida, como reaccionando violentamente contra la palabrería, la oquedad y la confusión ambiente. Fue Guesde quien de una manera decisiva influyó en el pensamiento del Socialismo español, que también tenía que reaccionar contra la garrulería de los partidos populares y hasta de las clientelas no populares, y fue Guesde, tanto por reflejo de la amistad fraternal que se profesaron siempre él y Mesa –que en los días de extrema penuria partía su pan con el apóstol francés–, como por la semejanza de su personalidad moral con la de Iglesias.

[251] *Muerte de José Mesa Leompar*

Aunque no con frecuencia, Mesa estuvo en Londres más de una vez visitando a Marx y a Engels. Estas relaciones, como hemos dicho, influyeron mucho en las orientaciones seguidas por los fundadores del socialismo en Francia y en España. Recordemos a este respecto lo que Engels pensaba de Mesa como director de *La Emancipación*. Esos mismos elogios los dedicó posteriormente a *El Socialista*, semanario madrileño, en cuyas páginas, los primeros años, fue decisiva la colaboración de Mesa desde París. Mientras vivió Engels, recibió regularmente el

órgano de los socialistas españoles, que leía sin dificultad por su conocimiento del castellano.

Según consta en los tres tomos de *Correspondencia Engels-Lafargue* al domicilio de Mesa en París y a nombre de éste, llegaban giros de Engels para Lafargue. En la página 103 del tomo primero se reproduce una carta de Laura a Engels, fechada el 31 de diciembre de 1882, en donde le dice que Guesde le ha entregado cuarenta francos prestados por Mesa, “la pequeña providencia, y bien supongo que sabéis quién es la providencia grande”, refiriéndose a las generosidades suyas con el matrimonio Lafargue. Pablo Lafargue estaba entonces encarcelado, y Laura, enferma, carecía de recursos. ¡Brava vida la de aquellos héroes! El 2 de agosto de 1882, hallándose Marx en París, juntamente con él, celebróse una reunión en el domicilio de Mesa, a la que, además, acudieron Guesde, Deville y el matrimonio Lafargue, quienes invitaron a todos a comer en su hogar. Cuando falleció, el 22 de enero de 1904, en Saint-Macaire (departamento francés de Gironde), Pablo Iglesias le dedicó un emocionado recuerdo en el semanario del Partido Socialista. ¡Bien merecido lo tenía!

[252] De Engels a José Mesa

Londres, 24 de marzo de 1881.- Mi querido amigo Mesa: Con mucho placer hemos sabido, por vuestra carta del 2 del corriente, la publicación próxima de vuestra traducción de *La Miseria de la Filosofía*, de Marx. Excuso deciros que nos asociamos sin reserva a esta publicación, que ha de producir indudablemente el más favorable efecto en el desarrollo del socialismo en España. La teoría proudhoniana, destruida en sus bases por el libro de Marx, ha desaparecido seguramente de la superficie desde la caída de la Comuna de París. Pero continúa formando el arsenal de donde los burgueses radicales y seudosocialistas de Europa occidental sacan las frases con que adormecen a los obreros. Y como los obreros de esos mismos países han heredado de sus predecesores semejantes frases proudhonianas ocurre que, en muchos de ellos, la fraseología de los radicales encuentra todavía eco. Así sucede en Francia, donde los únicos proudhonianos que quedan aún son los burgueses radicales o republicanos sedicentes socialistas. Y, si no me equivoco, vosotros tenéis también en vuestras Cortes y en vuestros periódicos algunos de esos republicanos que se dicen socialistas porque ven en las ideas proudhonianas un medio plausible y al alcance de todos de oponer al verdadero socialismo, expresión racional y concisa de las aspiraciones del proletariado, un socialismo burgués de mala ley. Saludo fraternal, F. Engels.

Un zapatero internacionalista

Vamos a hablar ahora del único socialista español que conoció a José Fanelli, el enviado por Bakunin, origen de la Internacional en España; del único que desde Madrid mantuvo correspondencia con la Internacional, como primer secretario suyo, un humilde zagal de un oscuro pueblo toledano, Francisco Mora Méndez, nacido el 26 de septiembre de 1842 en Villatobas. Viuda su madre, se trasladó con sus hijos a Madrid, y aquí vivieron al amparo del mayor, Guillermo, que recogió a toda la familia. Francisco apenas si contaba diez años cuando comenzó a trabajar, ensayando varias profesiones hasta que se consagró a la de zapatero, en la que llegó a sobresalir. Cuando vino a la Corte no sabía leer ni escribir. Fue tal su voluntad, pensando en ser útil a los suyos, que no sólo completó los estudios propios de su clase, sino que, además, cursó música en el Conservatorio, donde fue alumno con Ruperto Chapí y Guillermo Cereceda, maestros concertadores muy afamados. En las candidaturas a concejales por Madrid, al pie de su nombre siempre figuró como profesión la de zapatero, aun cuando ejerció otras profesiones, y con ese oficio estuvo inscripto en el Censo electoral madrileño y en las hojas de los diversos organismos a que perteneció, particulares y oficiales. En la historia del Socialismo internacional abundan los zapateros, desde los orígenes de la Internacional, y en España los hubo asimismo en diversas regiones.

Sin perjuicio de relatar en el capítulo correspondiente cuanto se relaciona con la Primera Internacional, en donde se ponen de relieve algunas de las actividades de Mora, es imprescindible aludir a parte de ellas. El 22 de junio de 1866 hubo en Madrid un movimiento revolucionario. Guillermo, hermano de Mora, se batió en las barricadas, y a su lado estuvo Francisco. En octubre de 1868, ambos, que habían sido demócratas, se hicieron federales, y Guillermo, además, de la Milicia Nacional. A fines de 1869, José Fanelli Ribera llegó a Madrid. Mora [254] fue uno de los que entraron en relaciones con el enviado de Bakunin, a quien creían representante de la Internacional, y no de una entidad enemiga suya. A su lado, dentro de la Internacional, y después en la organización precursora del Partido Socialista, actuó su hermano Ángel, carpintero de profesión, oscurecido indebidamente por las relevantes cualidades que adornaban a Francisco. Los internacionalistas madrileños, a propuesta suya, con entusiasmo propio de neófitos, el 4 de febrero de 1870 lanzaron la idea de convocar un Congreso. Por mayoría triunfó fuera en Barcelona, y allí se trasladaron Mora, Lorenzo, Borrel y Morago. Las sesiones comenzaron el domingo 19 de junio y terminaron el 28, designando Madrid para que allí residiera el Consejo Federal. Elegido secretario, todos los documentos de la Internacional llevaron su firma. Fue etapa de extraordinaria actividad. Mora figuró entre los fundadores del semanario *La Solidaridad*, órgano de la Internacional en Madrid.

Se había decidido reunir en Valencia el segundo Congreso de la Internacional, mas por falta de libertad no pudo llevarse a efecto. En su lugar hubo una Conferencia secreta, el 9 de septiembre de 1871, en la capital levantina, donde Mora y Lorenzo dieron cuenta de su gestión, aprobada por unanimidad. Allí quedó ratificado Mora como secretario general. Por acuerdo del

Consejo, recorrió Cataluña y Baleares, exponiendo los principios de la Internacional y exhortándoles a permanecer fieles a la misma, a pesar de las persecuciones de las autoridades.

Mora y Anselmo Lorenzo

En *El proletariado militante*, de Anselmo Lorenzo, se cita a Mora con frecuencia. Puestos de acuerdo los internacionalistas, invitaron a sus adversarios a una serie de conferencias, con tribuna libre, desarrolladas en locales del Instituto madrileño de San Isidro, inmediatos a la catedral, donde funcionaron varias secciones electorales del distrito de la Inclusa. En una de esas conferencias intervino Mora, según la siguiente versión [255] recogida por Lorenzo en su libro: “Mora, con su aspecto grave y una elocuencia reposada y perfectamente ceñida al asunto, solía encargarse de los que nos prometían la Jauja republicana, demostrando con citas históricas y estadísticas de actualidad que, estando la máquina coercitiva del Estado fundada para mantener el orden, y por orden entienden los gobernantes el acatamiento incondicional a la autoridad, que llaman respeto a la ley, y ésta, en último término, no es más que la sancionadora de la usurpación de la riqueza natural, la producida por el trabajo y la de los medios de producir, no queda para nosotros los trabajadores más que la servidumbre, sea en forma de esclavitud como en tiempos antiguos, o de salario como en los actuales; de los cambios de régimen no podemos esperar nada verdaderamente serio y eficaz para nuestra emancipación, concluyendo que los que proponen ingresemos en el partido republicano no se inspiran en la justicia de nuestras reclamaciones, sino que solicitan nuestro concurso para su encumbramiento”. A continuación, Lorenzo explica cómo intervino en aquel acto, ratificando cuanto había dicho Mora. Huyendo de las persecuciones de que Sagasta hacía víctima a la Internacional, decidieron trasladarse a Lisboa, con la documentación de la Internacional. Hicieron escala en Toledo, donde tenían familiares, y el día del Corpus del año 1871 partieron para la capital de Portugal, soportando toda suerte de calamidades, según refiere Lorenzo seguidamente: “Mora y yo sosteníamos aquella existencia, abandonando nuestro trabajo, abusando de nuestras familias, careciendo de todo, faltos aún de efectos de escritorio y de sellos de franqueo de la correspondencia, pero dispuestos a no ceder, porque nos sobraba vida para luchar. Por mi parte, tuve el presentimiento de ver los primeros síntomas de disidencia, surgida ya en Lisboa por incompatibilidad de carácter entre Mora y Morago; pero aquel dolor que afectaba primero a la amistad por ver enemigos entre sí a los que tanto aprecié como amigos, y luego porque calculé los resultados que habrían de sobrevenir en el curso de la propaganda y de la organización, no disminuyó mi vivísimo deseo de proseguir mi obra”.

[256] *Francisco Mora, socialista*

Con el deseo de evitar en lo posible repeticiones, digamos aquí que los internacionalistas madrileños se dividieron hasta el punto de efectuarse expulsiones, anuladas en el Congreso que la Internacional celebró en Zaragoza en 1871, donde, a pesar de ello, Mora fue reelegido, aunque no aceptó el cargo. Reproducida la escisión, los expulsados, con fecha 8 de junio de 1872 se constituyeron en nueva Federación, no reconocida por el organismo valenciano, y en cambio lo fue por el Consejo General de la Internacional en Londres. La nueva Federación decidió delegar

en Mora y Lafargue su representación ante el Congreso de La Haya. Por dificultades económicas no pudo acudir Mora, quien a fines de 1872 trasladó su residencia a Barcelona, iniciando nueva vida. Trabajó de zapatero, hasta que, dadas sus cualidades para el canto y la escena, encontró contratos para actuar en compañías teatrales dentro y fuera de Cataluña. Posteriormente, durante varias temporadas, fue corista del Teatro Real de Madrid.

A pesar del género de vida a que estaba sometido, no rompió sus relaciones con quienes habían sido sus camaradas en la Internacional. Mora intervino en los trabajos para constituir la Agrupación Socialista Madrileña, en 1879. Después, al surgir pequeñas discrepancias entre el programa del Partido elaborado en Barcelona y el que preparaba la Agrupación madrileña, hubo una ponencia a cargo de Iglesias, Victoriano Calderón y Mora, quienes redactaron el programa definitivo del Partido Socialista, su reglamento y un manifiesto de carácter nacional.

Mora no coincidió con Iglesias en algunos puntos referentes a la táctica a seguir, cuando decidieron que apareciese en Madrid *El Socialista* semanal, discrepancias que se acentuaron al constituirse en 1888 el Partido Socialista, sin perder por ello su fe en las ideas. Por otra parte, el género de ocupación a que estaba entregado no le permitía hacer vida política regular, por lo cual causó baja durante algunos años [257] aunque sin romper las relaciones con Iglesias y sus colaboradores, como lo demuestra el que en agosto de 1894 comenzó a publicar en el semanario una serie de artículos titulados "La Internacional en España: apuntes para la historia del Socialismo Obrero Español", terminados en octubre de 1897. Esos trabajos periodísticos, ampliados, dieron margen a un libro titulado *Historia del Socialismo Obrero Español desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días*. En la *Revista Socialista* hay seis artículos de Mora ampliando datos para completar su libro, reeditado en 1908, y del que se han servido cuantos han tratado del origen del Partido Socialista Obrero Español. Mora escribió otro libro, *La Propiedad*, editado por Juan Ortiz. Trasladada su residencia a Madrid en 1900, reintegróse al movimiento sindical y político, trabajando en el teatro durante las temporadas que tenía contrato. En el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, 24, he conocido a Mora dirigiendo conciertos del Orfeón Socialista, obra suya. ¿Hay idea del sacrificio que supone enseñar a cantar a quienes no habían estudiado música y carecían de tiempo para ensayos y a veces hasta de afición? Sólo un hombre de temperamento dulce y tranquilo pudo lograr aquel milagro, que perduró hasta después de inaugurada la Casa del Pueblo, en que tuvo beneméritos continuadores, ninguno de su constancia y capacidad de sacrificio.

Mora escribió la letra para algunos himnos —*la Comuna*, *Los hijos del trabajo*, entre otros— y tomó la música, sin ocultar su origen, de óperas muy conocidas, adoptándola toda con gran acierto. El fue quien enseñó a los obreros madrileños a cantar *La Internacional*, siquiera no sea exactamente igual a la que se canta en otros países, por exigirlo así la letra de la traducción española. También fue obra suya la letra de *La Marsellesa de la Paz*, que se cantaba en las veladas organizadas por las Sociedades obreras de aquellos felices años. Creó una Sociedad de Actores, transformada en Montepío, encontrando resistencia en quienes se consideraban superiores a los trabajadores de blusa y alpargata. Pero Mora [258] tenía paciencia y habilidad para capear temporales difíciles y salir airoso. Fue vicepresidente del Partido Socialista diez años. En su domicilio, calle del Espíritu Santo, 18, cuarto piso, se reunía semanalmente el Comité Nacional de este organismo, presidido por Iglesias, para quien significaba penoso esfuerzo subir aquellas

escaleras, que he conocido por haber visitado la modesta casa de Mora en distintas ocasiones. Allí funcionaba la secretaría del Partido y la administración del semanario hasta convertirse en diario en 1913.

En 1904 se celebraron elecciones para nombrar seis vocales obreros que representasen a los trabajadores en el Instituto de Reformas Sociales y seis suplentes. Mora obtuvo el primer puesto en la votación efectuada entre las Sociedades Obreras de toda España. En la renovación de 1908 igualmente fue reelegido brillantemente. En representación del Instituto de Reformas Sociales formó parte de muy importantes Comisiones. Estuvo encargado de redactar la memoria en que informaban a los trabajadores de su gestión, publicada en *La Unión Obrera*, órgano de la Unión General de Trabajadores. Igualmente hacía esa reseña para el órgano oficial del Partido.

En las primeras elecciones de concejales verificadas en Madrid de acuerdo con los republicanos, en 1910, Mora fue candidato por el distrito del Hospicio, al que pertenecía la casa donde habitaba. Aquella candidatura estuvo formada por Luis Talavera, un abogado que llegó a ser diputado a Cortes por Madrid en unión de Pablo Iglesias y traicionó sus ideales, si es que los tuvo, y Sotero Pascual, representante de los lerrouxistas madrileños. Mora fue derrotado¹⁷ obteniendo cien votos menos que los republicanos, algunos de cuyos electores borran a Mora para asegurar la victoria de sus favoritos en caso de dificultad, como la hubo. Los monárquicos vieron la lucha perdida, y rompieron una urna para poder hacer combinaciones hasta conseguir lo que se proponían. Trabajé en aquella elección parcial en la Sección [259] de la calle de la Reina, donde se decidía la lucha en día de labor. Los afiliados a la Agrupación Socialista mostraron una disciplina admirable, privándose algunos del jornal de aquel día para vigilar la pureza del sufragio. Todo fue inútil, y Mora se quedó sin acta. Pero a los dos años triunfó por el distrito de la Inclusa, representando a las ideas socialistas en el Municipio madrileño con la seriedad y la honradez habituales en él.

Durante la larga etapa en que Mora perteneció al Comité Nacional del Partido Socialista estuvo encargado de la administración del semanario y de la correspondencia relacionada con el mismo, complicada y numerosa, así como de lo referente a libros y folletos. Incumbían estas tareas al tesorero, Felipe Peña Cruz, que adquirió la imprenta de Inocente Calleja, establecida en la calle de Mendizábal, porque Iglesias no quiso beneficiarse de ella. Peña Cruz, patrono, puso su establecimiento al servicio de las Sociedades Obreras y del Partido. Ciertamente ganó dinero, pero más cierto aún que presto innumerables servicios de todas clases a la organización obrera. Tal vez no se lo agradecieron bastante muchos obligados a reconocerlo así. Esa imprenta no fue propiedad del Partido Socialista porque la Comisión del mismo en que yo intervine desistió de ese plan –no por el precio, ya que Peña no hubiera discutido nada–, sino por otras circunstancias. Yo mismo pude adquirir aquella propiedad y rechacé su ofrecimiento, verdaderamente tentador, por lo desinteresado. Cuando falleció Peña Cruz venía militando en las filas de Pablo Iglesias, de quien fue amigo incondicional, más de cuarenta años.

Pasemos ahora a otro aspecto nada agradable. Las cuentas que llevaban Peña y Mora no estaban claras. Nadie desconfiaba de ellos. Muchas cantidades llegaban en sellos de Correos. A veces las cartas no expresaban claramente a que concepto debía aplicársela a cantidad recibida o

¹⁷ Palabra borrosa.

llegaban cantidades sin explicación. Se vendían libros y folletos [260] y se cambiaban giros con otros órganos del Partido. Nadie estaba retribuido, aunque Mora percibía una modesta cantidad por tan abrumadora tarea. Por fin, una Comisión revisora de cuentas dictaminó censurando la gestión de los dos, sin proponer sanción contra ninguno. Sin discutir, Peña Cruz cubrió la modesta cantidad que aparecía en descubierto, por desorden, nunca por malversación. Finalmente, no fueron reelegidos en el Congreso donde se trató este problema, que desmoralizó a los dos veteranos y enojó grandemente a Pablo Iglesias.

En 1913, al publicarse diariamente *El Socialista*. Mora fue redactor del mismo. El archivo personal suyo –era hombre muy cuidadoso– contenía documentos interesantes, a partir de la Primera Internacional. ¡Lástima grande que se haya perdido para siempre!

Guillermo Mora, hijo de Francisco, que por oposición obtuvo plaza en el cuerpo administrativo del Ayuntamiento madrileño, llegó a ser presidente de la Federación Nacional de Obreros y Empleados Municipales, con Antonio Septiem de secretario. Este organismo estaba adherido a la Unión General de Trabajadores desde la época en que lo dirigía José García, obrero municipal de los servicios de Higiene del Ayuntamiento madrileño, el militante más entusiasta de aquella organización, fallecido prematuramente. Septiem fue gobernador civil en el periodo final de la República y murió asesinado por los fascistas. Guillermo Mora, muy perseguido, quedó separado de su empleo y dejó de existir hace varios años en Madrid.

Francisco Mora Méndez falleció en Madrid el 22 de mayo de 1924, cuando iba a cumplir los ochenta y dos años. Murió como había nacido políticamente: al servicio de la clase trabajadora, sin claudicar, sin blasonar de revolucionario. Se extinguió con la misma sencillez y modestia con que había vivido. En su entierro civil, efectuado al día siguiente, representé a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista.

[261] Pablo Iglesias, por el estado de su salud no pudo acompañar a Mora en los últimos instantes. En su entierro no hubo multitud, sino un grupo de amigos reconocidos a la historia inmaculada de aquel luchador de los tiempos heroicos. ¡Malos los últimos años para el bueno de Mora! Muchos revolucionarios de similar incorporados al movimiento obrero cuando éste había conquistado carta de naturaleza, ni habían oído hablar de él ni estaban dispuestos a reconocer mérito alguno a la generación en que Mora batalló por los ideales de la Primera Internacional.

[262] *Recuerdos del tiempo de la Comuna*

La proclamación de la Comuna de París, llevada a cabo por la revolución triunfante del 18 de marzo, atrajo sobre la Internacional las miradas de todo el mundo, por creer en un principio, aunque sin fundamento, que aquella revolución era obra suya. Lo cierto fue que en aquella revolución, en que el proletariado de París fue dueño del poder político por espacio de dos meses, vio la clase obrera de todos los países que se ventilaban sus propios intereses. Así es que, desde el primer momento hizo suya la causa de los comuneros, manifestando de distintos modos las simpatías que les inspiraban aquellos valientes defensores de los intereses del trabajo.

En España se hicieron muchas demostraciones de simpatía a la Comuna, siendo las más importantes las realizadas por los internacionales de Madrid y Barcelona, a las cuales fueron

invitados todos los elementos que simpatizaban con la Comuna. Con este motivo se publicaron también distintos manifiestos en los cuales se combatía el patriotismo como una idea contraria a la solidaridad de los pueblos. En el mitin de Madrid celebrado el día 2 de mayo en el *Café Internacional*, se acordó remitir a la Comuna el siguiente mensaje; “Felicitamos a la Comuna de París por haber tenido el valor de derribar la Columna Vendôme, monumento conmemorativo de la tiranía y de los odios internacionales”.

Con la caída de la Comuna coincidió la primera persecución contra la Internacional en España. Es más: desde que el Consejo General de Londres publicó su célebre manifiesto en defensa de la Comuna, haciéndose solidario de todos sus actos y reivindicando para la clase obrera la gloria de aquel alzamiento de carácter social, la burguesía de todos los países y sus representantes políticos, los Gobiernos, declararon abiertamente la guerra a la Internacional, guerra que antes se hacía de una manera sigilosa y embozada. A consecuencia de estas persecuciones tuvo que emigrar el Consejo Federal Español, que fijó su residencia [263] en Lisboa. Las noticias que llegaban a diario de los fusilamientos de los valientes comuneros y el deseo de conocer la suerte reservada a nuestros amigos de París, nos hizo escribir a los compañeros del Consejo General, cuyo secretario para España era Federico Engels, y éste nos contestó con la siguiente carta, que publicamos sin comentarios y sin alterar en lo más mínimo su ortografía y en la que se da idea clara del estado de ánimo en que se encontraba a la sazón nuestro amigo Engels. Decía la carta así:

“Londres, el 37 de julio de 1871.- Ciudadano Mora.- querido amigo: Aunque sean más de veinte y cinco años que no he hablado o escrito en español, quiero ensayar a contestar a tu carta en esa lengua. Cuanto es de nuestros amigos de París, las noticias de la prensa son falsas para la mayor parte. Se ha fusilado, y lo digo con satisfacción, muchos burgueses tomándolos por los nuestros. Serrailier, a quien hubieran fusilado dos veces, está aquí sano y salvo, y podrá, lo espero, en poco tiempo, de nuevo encargarse del secretariado Español. Robin ha estado aquí desde más de seis meses. Los nombres de Chemali y Murat no han comparecido al tiempo de la *Commune*, y no sé qué han hecho o dónde están. Varlin ha estado fusilado, se ha dejado ver inconsideradamente en las calles de París desde la victoria de los versalleses. De Malón no puedo darte ciertas noticias, esperemos siempre lo mejor. Es aquí así Vaillant con otros refugiados menos conocidos y algunos bravos polacos. Dereure, de la *Commune*, ayer se ha embarcado para los Estados Unidos. Algunos están en Suiza, cuyos nombres no se conocen por cierto. No puedo detallar más con respecto a este punto, a causa de la solidaridad de las policías europeas y para no meter en peligro a nuestros amigos, los cuales ya no están en seguridad. Se abren las cartas en todas partes, aquí así bien que en otra parte. Las cartas destinadas a mí o al Consejo haréis bien de enviarlas a estas señas: ‘Miss Burns, 122 Regent's Park Road, N.W. London’. Y nada más, ni al exterior ni al interior; es mi sobrina y no sabe el español. Las cartas dirigidas [263] a High Holborn nos llegan muchas veces violadas, y como no va allá que una vez por semana, están unos días sin que yo las vea. Espero que en poco tiempo podrás, con los otros amigos, volver a Madrid y trabajar allá en la organización del proletariado español Tuyo, Engels”. El 18 de marzo de 1872 se celebró en España el primer aniversario de la proclamación de la Comuna de París. El periódico *La Emancipación*, que tantos servicios prestó a la causa proletaria, tomó la iniciativa para conmemorar esa fecha gloriosa. Con gran entusiasmo fue acogida la idea de celebrar esta fecha

conmemorativa del alzamiento de París. Muy pocas, casi contadas, fueron las poblaciones en que la clase obrera no celebró una manifestación, un mitin o un banquete en honor á los héroes que llevaron a cabo el primer acto de la revolución social el 18 de marzo de 1871, distinguiéndose por las manifestaciones realizadas las Federaciones de Zaragoza, Barcelona, Alcalá de Henares, Madrid, Palma, Valencia, Cádiz y Valladolid. En estas reuniones, al propio tiempo que se conmemoraba el acto realizado por los obreros de París, se hicieron suscripciones para socorrer a los emigrados de la Comuna y a las viudas y huérfanos de los muertos en el combate y de los fusilados después por los asesinos de Versalles. Desde entonces se celebra en España todos los años el 18 de marzo en aquellas localidades en que existen organizaciones socialistas.- Francisco Mora, Madrid, 16 de marzo de 1903.



Cómo se hizo socialista

Jaime Vera López nació en Salamanca el 30 de marzo de 1859, y aunque hizo sus primeras letras en la capital citada, terminó sus estudios en Madrid. Viajó con su progenitor por diversos países, sin duda conociendo idiomas, y es seguro que esta preparación le sirvió de gran provecho en sus posteriores actividades. El padre de Jaime, Rafael Vera, nació en Soria en 1832. Hombre de gran cultura, con ideales progresistas, intervino en acontecimientos relacionados con la Revolución de 1868 y después siguió los ideales de Pí y Margall. Fue el padre quien confió la educación de sus hijos a cierto Colegio internacional madrileño, del que eran profesores varias personalidades de extrema izquierda, como Salmerón y el cura Tapia, muy unidos a Giner de los Ríos. Escogió la carrera de Medicina, y acertó, porque como profesores contribuyeron a formar su espíritu los doctores Pedro Mata y José M. Esquerdo, dos sabios que enlazaron su profesión con la defensa de los ideales progresivos. Vera, sin dejar de ser demócrata, superó a sus maestros: se hizo socialista.

¿Cómo pudo ser esto dada su edad y el ambiente en España? Alejandro Ocina perteneció a la Sección de Tipógrafos creada por la Internacional –donde también estuvo Pablo Iglesias– y más tarde figuró entre los fundadores de la Asociación General del Arte de Imprimir. En ambos organismos entró en relaciones con el reducido grupo que conoció los ideales de Marx. Sin dejar de trabajar como tipógrafo, estudió Medicina, fue condiscípulo de Vera, y le facilitó libros y folletos. Oigamos cómo lo refiere éste:

“En 1873, y sobre la mesa de disección en que estudiaba Anatomía leía yo el *Manifiesto Comunista*, en que tan bien se hace la disección de la sociedad. Díomelo, como *El Capital*, Alejandro Ocina, condiscípulo mío y socialista de grandes facultades reflexivas, muerto prematuramente. El me puso en relaciones con el grupo, con el microscópico grupo de los Iglesias, Quejido, Matías Gómez, Calleja, Mora y tantos otros pocos, muy pocos, germen del Partido. No di desde luego mi adhesión; estudié las nuevas ideas, estudié también los programas y las doctrinas de los partidos en efervescencia entonces, convertida España en aquella época en laboratorio de política experimental; medité, observé y cuatro años más tarde, después de un largo viaje en que toqué en cuatro de las cinco partes del mundo, más maduro mi juicio, ingresé en el grupo, insignificante en la apariencia. Juzgose por mis amigos de la otra banda que mi filiación socialista era un suicidio político, que era consagrar la labor de mi inteligencia a obra infecunda y oscura. Mas fue suyo el error. No entré yo en el Socialismo por odio a la sociedad. He cumplido mis deberes con los de abajo y con los de arriba y, personalmente, sólo motivos de gratitud tengo para con la sociedad. No entré tampoco por sentimentalismo. Por mi profesión de médico veía la miseria, veía también que en los cuerpos de los proletarios se estudian las verdades científicas que en último término aprovechan a los de arriba; tengo corazón, sentimientos...; aun así, no fueron ellos los que me decidieron. No entré tampoco por romanticismo, por odio a las injusticias sociales, que no es el odio fundamento de doctrina. Estoy en el Socialismo, y a él vine, por plena convicción científica, como deberían estar cuantos sincera y seriamente buscan la

verdad. Mi tarea profesional es buscarla; la he visto en el Socialismo y a él he ido. He aquí por qué soy socialista: por plena y absoluta convicción científica.- Jaime Vera.

[267] *Sus actividades en el Partido*

Fueron escasas, pero ¡qué brillantes! Algunas de ellas son de eterna recordación. Vera, fundador de la Agrupación Socialista Madrileña en 1879, fue escogido para redactar, con Pablo Iglesias entre otros, el programa del Partido y la organización general del mismo. ¡Con qué satisfacción le hubieran visto en esa Comisión los iniciadores de obra de tan colosales aspiraciones! Pero no intervino. ¿Estuvo ausente de Madrid todo el tiempo que duró la preparación de esos proyectos en la Ponencia? Es casi seguro. De todos modos, conociendo cómo opinaba Iglesias acerca de los intelectuales, mal principio. Este primer fallo puso de relieve la peculiaridad del carácter y costumbres de Vera: contar con él, ya se sabía, era problemático. Había, pues, que aceptarle tal cual era. Pronto se pondría de relieve su extraordinaria capacidad como divulgador del marxismo. El 30 de julio de 1884, la Comisión de Reformas Sociales, presidida por Moret, invitaba a organizaciones y partidos a informar libremente —esto era lo más importante, si nuestros lectores relacionen la fecha con la triste vida política española de entonces— acerca de sus respectivos puntos de vista sobre aspectos relacionados con la cuestión social, tema de moda para sociólogos a la violeta.

La Agrupación Socialista Madrileña, como tantas otras entidades, recibió la invitación. Se reunieron sus miembros y decidieron aprovechar la oportunidad que se les brindaba para divulgar sus ideas, aun a sabiendas de que poco práctico habría de salir de aquella Comisión. Jaime Vera fue uno de los designados para informar. Aceptó, y con fecha 18 de diciembre del mismo año terminó un documento sencillamente insuperable. De haberse publicado aquel informe en francés, inglés o alemán, habría alcanzado fama universal. Digamos, de pasada, que el reglamento de la Agrupación Socialista de Madrid excluía a los intelectuales de todo cargo, dignidad o representación. ¿No había una trasgresión reglamentaria entre ese precepto y la designación de Vera?

[268] Para salvarla, decidieron que los informes —hubo varios afiliados designados— fueran anónimos, y con tan pueril escapatoria se daban por satisfechos nuestros abuelos, herederos espirituales de las costumbres de la Primera Internacional. Para oír los discursos de quienes acudían al llamamiento de la Comisión de Reformas Sociales se reunía en el aula universitaria gran número de trabajadores. La presidencia toleraba que el público expresara la impresión que le producía las diversas disertaciones. El triunfo de Vera fue apoteósico. Las ovaciones, al final de algunos párrafos, semejabán trallazos sobre el rostro de aquellos fariseos. Vera costeó la impresión de su informe, aparecido sin el nombre del autor.

La Agrupación Socialista Madrileña abrió suscripción entre sus afiliados —1882, año de acontecimientos sociales de relieve— para asegurar la vida de un semanario que defendiera y propagase los nuevos ideales. Con ese fin, Vera adquirió acciones, el que más. Se reunió poco dinero, muy poco, a pesar de lo cual pensaron dar cima a sus anhelos hacia marzo de 1886. ¡Había que disponer tantas cosas antes! ¿Cómo sería el nuevo periódico? ¿Qué táctica adoptaría? La ponencia encargada de estas cuestiones, por consejo de Iglesias, decidió que el semanario se

titulase *El Socialista*. Vera expresó su criterio de que los trabajos apareciesen firmados por sus autores. Esa opinión no fue compartida por la Ponencia: la obra sería colectiva, alejada del culto a la personalidad. Vera se sometió. ¿Qué relaciones habría de seguir el semanario con los partidos burgueses? Estaba vivo el recuerdo de la República barrida por las bayonetas. Entre los reunidos era perfecta la unanimidad al preferir la forma republicana. Ahora bien, Vera deseaba algo más: que esa preferencia se pusiera de relieve en las páginas del semanario. Iglesias, secundado por la mayoría, se opuso. Puesto que los republicanos contaban en sus filas con buen número de trabajadores, para esclarecer su conciencia de clase era indispensable que la controversia doctrinal fuese [269] más acentuada con los partidos avanzados. El acuerdo disgustó a un grupo de los fundadores; algunos hasta se alejaron. ¿Se enfrió también Jaime Vera? Es aventurado afirmarlo. Iglesias y sus colaboradores debieron pensarlo, porque al retrasarse en el pago de recibos, el Comité le dio de baja, suponiendo tal vez que eso era lo que el interesado deseaba. Pero quienes pensaron así se equivocaron. Vera recibía *El Socialista* semanal por conducto de un zapatero amigo y correligionario, Ignacio Blanco, que le abonaba las cantidades correspondientes. Le sustituyó otro, se descuidó, Vera no se dio cuenta de ello y perdió su antigüedad en la Agrupación. Para arreglarlo hizo toda suerte de gestiones, por desgracia sin resultado. En junta general, se había acordado correr la numeración y no era posible rectificar esa medida reglamentaria. En cambio, podía reingresar –¡ya lo creo, y con el asentimiento de todos!– pero su derecho a figurar como fundador había caducado. Pagó los atrasos, de todas maneras, y se dedicó a su profesión, a sus oposiciones, a sus conferencias, a sus informes forenses. El 18 de abril de 1886, Cayetano Galeote, sacerdote nacido el 29 de octubre de 1831, a la salida de la catedral madrileña, asesinó al primer obispo de Madrid-Alcalá, Narciso Martínez Izquierdo, en los instantes en que se mostraba procesionalmente a sus feligreses. La impresión que tal suceso produjo fue extraordinaria. Otro sacerdote, en ocasión en que Isabel II iba a bautizar a la infanta Isabel, en la iglesia de Atocha, atentó contra ella, sin consecuencias graves. Aquel sacerdote fue ajusticiado. ¿Qué destino le estaría reservado a Galeote? El luminoso informe forense del doctor Vera ante el tribunal que le juzgó salvó su vida. Dejemos a un lado sus éxitos en tribunales y Academias, para ocuparnos de sus actividades dentro del Partido Socialista. En las elecciones generales en Alemania –20 de febrero de 1890– los socialistas obtuvieron una gran y resonante victoria. Vera decidió [270] a visitar a Iglesias y fortaleció unos lazos nunca rotos. Advirtió, no obstante, que se le permitiera escoger el momento en que se reintegraría a la vida activa. En las manifestaciones del Primero de mayo de 1890 y 1891 se hizo presente entre la multitud madrileña como uno más, buscando pasar inadvertido. La Agrupación Socialista de Madrid, en 1891, primeras elecciones generales con sufragio universal –¡qué farsa, lector querido, qué farsa!– presentó candidatura completa: seis obreros manuales. Vera solicitó redactar el manifiesto electoral, un documento pleno de doctrina, a cuyos gastos contribuyó, reproducido en el número 257 de *El Socialista*. Llegada la demostración del Primero de Mayo con un mitin en los Jardines del Buen Retiro –donde hoy se levanta la central de Correos– creyó debiera incorporarse a la acción del proletariado madrileño, pronunciando un discurso, al que pertenece lo que sigue:

“Yo no soy un obrero manual, pero concurre con mi trabajo a la obra de la producción, y he sentido las rudas fatigas del forzado trabajo intelectual, tal vez más doloroso que el vuestro. Tengo, pues, derecho a llamarme trabajador, y estoy a vuestro lado con el corazón y con el cerebro. Las cariñosas manifestaciones con que me habéis recibido demuestran que me

consideráis como un obrero más, como uno que no comulga ni simpatiza con la inepta, prosaica e infame burguesía. Si en esta manifestación universal sólo se pidiese la jornada de ocho horas, aún me tendríais a vuestro lado; pero representa más; representa la tremenda, la pavorosa cuestión social, y en este pleito sólo pueden permanecer indiferentes los tenderos, no los hombres de razón y de inteligencia. Todos los que pensamos y sentimos estamos con vosotros. El Socialismo dejó ya de ser una idea tan generosa como vaga para revestir los caracteres de un hecho tan ineludible como una ley física, y por vez primera se da en la Historia el hecho de la confluencia, de obreros manuales e intelectuales que buscan una redención común.

[271] Unidas la fuerza y la inteligencia, el triunfo es seguro, porque la burguesía sólo podrá oponernos fuerza comprada e inteligencias corrompidas. Hay que arrasar el baluarte de las preocupaciones sociales que defiende aún a los burgueses, lo que se logrará con la propaganda; y hay que luchar contra los intereses, empleando para ello la fuerza, puesto que con la fuerza los defenderá. Y yo lamento que el Socialismo, que es todo humanidad y amor, tenga que apelar aún al derramamiento de sangre; mas ello parece imponerse fatalmente, y nosotros no podemos abandonar los derechos del cuarto Estado, ni el afianzamiento de la civilización. El triunfo no está tan lejano; no trabajamos –como por ahí se dice– para las generaciones venideras; trabajamos para la generación actual”. ¿Sería posible contar con Vera en lo sucesivo? se preguntaban los que, admirándole, conocían sus cualidades. En el mitin del año siguiente en igual fecha volvió a hablar; hubo elecciones generales, su nombre figuró en la candidatura socialista, pero en nada intervino. *El Socialista* de 1º de mayo de 1894 publicó un artículo suyo. No tomó parte en el mitin, y *La Justicia*, diario republicano dirigido por Francos Rodríguez, lo atribuyó a animadversión de Iglesias contra los intelectuales. Vera replicó inmediatamente negándolo. Obsérvese la propensión a situar a Vera frente a Iglesias –propensión repetida a lo largo de la Historia– y las frases calumniosas vertidas en contra suya, acusándole de lo que hacían constantemente los que manejaban la pluma con tan escasos escrúpulos: convertir las ideas en granjería. ¿Qué hizo Francos Rodríguez después de escribir estas infamias sino traicionar a Salmerón para servir a Alfonso XIII?

En 1895 asistió al mitin del 1º de mayo. Fue candidato a diputado en 1896, mas no tomó parte en la propaganda electoral ni en el 1º de mayo de este año. En cambio, asistió al Congreso Socialista Internacional de Londres de ese año, con García Quejido, Casimiro Muñoz y Pablo Iglesias. En 1897 no desarrolló ninguna actividad. En 1898 [272] candidato a diputado, no actuó, limitándose a escribir el artículo de 1º de mayo. Fue candidato de nuevo en 1899, sin intervención suya de ninguna clase. Nombrado delegado al Congreso del Partido Socialista de ese año, no acudió. Escribió para los números del 1º de mayo del semanario en 1900, 1901 y 1902. En 1901, candidato a diputado, pronunció un gran discurso en el Liceo Rius. En 1903, además del artículo anual, en el mitin de 1º de mayo se leyeron estas cuartillas suyas: “Compañeros: Os ruego que me consideréis presente en esta fiesta de fraternidad obrera; a todos os estrecho las manos; ante todos vosotros reitero mi adhesión, tan firme hoy como hace veinticinco años, a la causa de la emancipación del trabajo. Entre vosotros están, en gran número, los votantes de la candidatura socialista. Permitid que públicamente declare mi deuda de honor con ellos, por sus sufragios y mi orgullo por mi derrota bajo sus banderas. Nuestra común derrota es derrota de nuestros deseos, pues la muchedumbre trabajadora no tiene representación genuina suya frente a la representación de la minoría social burguesa: que esto es el Parlamento. No es derrota de nuestros propósitos,

que son sembrar para el porvenir. Nuestra común derrota debe apenarnos, pero también enorgullecemos. Apenarnos porque la clase trabajadora no ha acudido a nuestro llamamiento, porque los trabajadores duermen: los más, duermen el sueño de la indiferencia (enfermedad de oprimidos); otros duermen el sueño de las preocupaciones obreras (que también los obreros tienen sus preocupaciones); algunos, que parecen despiertos, siguen en su ensueño generoso, pero lamentable, banderas que no son las suyas y que tendrán que combatir mañana. Debe nuestra derrota enorgullecemos, porque en un porvenir no remoto, cuando la muchedumbre proletaria ejercite el sufragio, que será la hora de sus triunfos, volverá la vista al pasado y se acordará de nosotros, y reconocerá que le señalamos el buen camino, y que le seguimos sin vacilar, no para nuestro triunfo hoy, sino para el suyo mañana; y reconocerá que su indiferencia de hoy es culpable [273] injusta y sólo para los enemigos provechosa. Nuestro orgullo será haber cumplido el deber de servir a la buena causa, los primeros, por todos los caminos. Ejercitad todos vuestros derechos políticos. Esos derechos, que se menosprecian, han costado muchos siglos y mucha sangre. Esos derechos son los que os hacen superiores a vuestros ascendientes en opresión, los esclavos y los siervos. Esos derechos os darán la organización, la fuerza y la victoria. Aprendamos en los hechos. Treinta años han clamado los republicanos por la revolución, sin fruto Han votado un día, y las instituciones, que en España obstruyen el camino del progreso, tiemblan. Lo que ellos hacen por su causa, hacedlo vosotros por la vuestra, que es la del derecho integro, la de la humanidad entera. Con corazón sano os lo digo: ejercitad todos los derechos políticos. Recibid el consejo con corazón sano. Y hoy, como ayer y como mañana, unid mi voz a vuestro grito: ¡Viva la emancipación del trabajo! ¡Viva la revolución social!- Jaime Vera.

En 1905 y 1907 Vera fue Candidato a diputado a Cortes por Madrid con Iglesias, sin aportar actividad de ninguna clase. En 1906 remitió un artículo para el extraordinario del 1º de mayo de *El Socialista*, y al conmemorar el XXV aniversario de su fundación, redactó otro, en marzo de 1910. Ese mismo año, por vez primera, Iglesias entró en el Parlamento español, elegido por Madrid en candidatura de la Conjunción republicano-socialista. Dirigía yo *Renovación* y pedí a Vera redactase un resumen biográfico de Iglesias, que publiqué con una fotografía del homenajado, la primera que apareció en nuestra prensa, donde estaba relegado ese género. El maravilloso trabajo de Vera lleva por título "Semblanza de Pablo Iglesias". El día 1º de mayo de 1912, *El Liberal*, diario madrileño, publicó un artículo de Vera titulado "Ciencia y proletariado", tema muy de su agrado, al que el citado diario puso unos comentarios elogiosos y reticentes al mismo tiempo. Mandó el trabajo a *El Socialista*, añadiendo estas apostillas, delicada replica a las insertas en *El Liberal*: "Como de mis cosas propias [274] no acostumbro hablar, cada cual puede referirlas según su impresión. Así lo han hecho cariñosamente queridísimos amigos de toda la vida, al publicar en *El Liberal* este artículo escrito para el 1º de mayo. He procurado profesar doctrinas científicas acerca de la Economía social, y mi acción socialista y obrera ha consistido en estar, tal como yo he sido, dentro del movimiento y con los compañeros en cuerpo y alma. Mis deberes de médico, deberes que no permiten ser pospuestos a capricho, y las crisis de mi salud, han impuesto e imponen límites a mi actividad en el cumplimiento de lo que yo considero obligación común a todos los hombres, y más especialmente a los profesionales del trabajo mental".

Vera alude a "queridísimos amigos de toda la vida", que sin duda habían intervenido cerca

de él para que escribiera ese trabajo, los mismos que como ampliación estamparon juicios que podían molestar indirectamente a otros camaradas del Partido, singularmente Iglesias. Seguro de no equivocarnos, el lector puede ahí ver reflejada la persona de Juan José Morato, que por entonces utilizaba su pluma contra Iglesias y algunos otros hombres del Partido, siempre haciéndolo con insidiosa sordina. Con ocasión del III Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas de España, celebrado en la Casa del Pueblo de Madrid en octubre de 1912, Vera remitió un artículo reproducido frecuentemente en la prensa socialista, tanta es su belleza.

Siendo aún muy joven, obtuvo el número uno en oposiciones a médicos del Hospital General de Madrid, puesto muy codiciado. El doctor Esquerdo, profesor suyo, le hizo jefe del afamado establecimiento que para enfermos mentales creó en los alrededores de la capital de España. Durante la huelga revolucionaria de agosto de 1917, Vera, que se había quedado casi ciego, vivió momentos de infinita angustia por la suerte de los hombres del Comité de Huelga y por la de tantos otros perseguidos por la vesania del ministro de la Gobernación, Sánchez Guerra. Cayó gravemente enfermo Pablo Iglesias por aquellos días, y con este motivo, [275] además de la necesidad de cambiar impresiones acerca de los acontecimientos políticos que estaban desarrollándose, se celebraron frecuentes entrevistas entre Iglesias y Vera. Cuando los hombres del Comité de Huelga fuimos trasladados desde Prisiones militares –donde sólo se permitieron visitas de familiares muy allegados, después de veintiún días de absoluta incomunicación–, a la Cárcel Modelo de Madrid, estuvo allí a saludarnos el doctor Vera, aunque apenas nos pudo hablar ni nosotros distinguirlo a través de la doble reja con tupida red metálica que nos separaba. ¡Qué martirio significaría para Vera aquella visita y qué horrible sufrimiento experimentamos los cuatro presidiarios!

El 25 de octubre de 1912, cuando llevaba yo cerca de dos años en la cárcel Modelo de Madrid, recibí la siguiente carta de Vera: “Sr. D. Francisco Saborit.- Mi distinguido correligionario de toda mi consideración y afecto: Ruego a usted admita mi sincera felicitación por su próxima libertad. Basta no ser refractario a los sentimientos de la humanidad y a la simpatía que inspiran los sentimientos generosos de la juventud para participar hoy de la satisfacción y alegría de usted como ayer de sus sufrimientos, bien acerbos en la vida carcelaria, aunque impotentes para turbar la serenidad de las almas nobles. Más de una vez hubiera cumplido el deber de distraer a usted con mi visita y servirle como yo podía cuando, disfrutando de mi salud, disponía de mi persona y no me veía sujeto a desear el bien ajeno, sino que estaba en mi mano hacerlo. Todavía no me es posible otra cosa que testimoniarle la seguridad de un cordialísimo afecto. Mínima cosa es; pero con él he acompañado a usted preso, le acompaño en su libertad y le acompañare en sus honrosas luchas. Es suyo afectísimo correligionario y amigo, que estrecha su mano, Jaime Vera, Madrid, 25 de octubre de 1912”.

En otro lugar explico por qué me llamaba entonces Francisco –como figura en la carta de Vera– y no Andrés. Gobernaba Canalejas –fue asesinado dos semanas después de escrita esa carta–, y corrió el rumor en [276] la prensa de que era inminente la amnistía reclamada por la opinión pública. Vera creyó en ese rumor; pero Canalejas no llevó a la *Gaceta* lo que tantas veces había prometido, y me tocó seguir en la Cárcel Modelo hasta cumplir la totalidad de la pena impuesta por el tercer Consejo de Guerra que me juzgó con arreglo a la odiosa Ley de Jurisdicciones, esto es, hasta entrado el año 1913. Poco después, el conde de Romanones, sucesor

de Canalejas en la Presidencia del Consejo de Ministros, otorgaba un indulto, cuyos beneficios no pude alcanzar, a pesar de que mi proceso y encarcelamiento habían sido, en parte, bandera que la prensa liberal madrileña tremoló para conseguirlo.

Durante muchos años, Vera vivió en un piso situado en la calle de León, esquina a la del Prado, frente al que habitaban los padres de la que por entonces era mi prometida, calle del Prado, 13. El que fue mi suegro, con un reducido grupo de veteranos de la Agrupación Socialista, mantenía relaciones con Vera. Por razones familiares, éste decidió cambiar de domicilio, trasladándose a Madrid Moderno, barriada situada al final de la calle de Alcalá, y liquidó muebles y enseres innecesarios en su nueva vivienda. Venancio Rojo, padre de mi esposa, adquirió algunos de ellos con el propósito de que nos sirvieran, como así sucedió, para la instalación de nuestro hogar, una vez casados, muebles que llegaron hasta la vivienda que teníamos en la Ciudad Jardín al estallar la guerra civil, donde quedaron y se perdieron al trasladarnos a Valencia, capital en que actuaba el Gobierno presidido por Largo Caballero.

[277] *Muerte de Jaime Vera*

Vera conocía la enfermedad que había de ocasionarle la muerte. El doctor Eleizegui, gran amigo suyo, cree que quizá debido a un accidente desgraciado llegó el desmoronamiento de su organismo. No da más detalles. Álvarez Angulo, en su libro *Memorias de un hombre sin importancia*, sospecha que la morfina precipitó la muerte de Vera. La pendiente comenzó a acentuarse en 1915, en que circuló el rumor de su fallecimiento, estando ausente de Madrid Pablo Iglesias, como también se hallaba cuando ocurrió el fatal desenlace, el 19 de agosto de 1918. Un gran gentío asistió a su entierro, pero muchísimo más se merecía aquel hombre insigne, adscrito al Socialismo en 1879, cuando los intelectuales españoles, salvo honrosas excepciones, se disputaban los favores de Cánovas y Sagasta, que disponían de la *Gaceta* para corromper conciencias.

Fallecido Vera, propuse en la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista que ésta se dirigiese a la Agrupación de Madrid rogándole examinase la conveniencia de perpetuar del mejor modo la memoria de tan ilustre correligionario. La Agrupación abrió una suscripción para editar las obras de Vera; pero se opuso la familia, advirtiéndole deseaba ser ella quien lo hiciese. No lo hizo. ¿Hubo alguna maligna intervención? Es posible. La familia era reducida: una hija, Blanca Vera, y una nieta. La hija falleció el 16 de octubre de 1927. A pesar de no mantener relaciones con el Partido Socialista, éste envió una representación a su entierro. Ante la negativa familiar, la Agrupación Socialista decidió adquirir terreno en el Cementerio Civil para trasladar a sepultura perpetua los restos de Jaime Vera y levantar un modesto monumento funerario, encargando de ello al escultor socialista Emiliano Barral. Cumplió éste su cometido, y el 10 de mayo de 1929 se inauguró, efectuándose el 19 de agosto de aquel año un acto público en la Casa del Pueblo de Madrid en memoria de Vera, [278] en el que tomé parte representando a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista.

Siendo concejal en el Ayuntamiento de Madrid, propuse y fue aprobado fuera colocada una placa en la fachada de la casa de la calle del León, número uno, en donde vivió Vera muchos años. Adoptado el acuerdo, quedó incumplido al ser disueltos los municipios por decreto del

general Primo de Rivera. No obstante, Andrés Arteaga, al pasar a ser concejales los que formaban parte de la Junta de Asociados, consiguió fuera cumplimentado, y cuando triunfó la República, al fin, se pudo inaugurar tan sencillo recuerdo. Por iniciativa suya una calle de Madrid y un grupo escolar —el construido en la calle de Bravo Murillo, en el barrio de Cuatro Caminos— también llevaron el nombre de Jaime Vera.

Jaime Vera, hombre de ciencia

Al fallecer Vera, uno de los hombres que le conocieron y le trataron más desde los primeros años, Matías Gomez Latorre, escribió el artículo que sigue para *El Socialista*. Con su reproducción honramos a los dos fundadores de nuestras organizaciones:

“El primero de sus triunfos, el más resonante, el que hizo circular su nombre gloriosamente por todas partes, fue el notabilísimo informe sobre el cura Galeote, que atentó contra la vida del obispo de Madrid (18 de abril de 1886). En este informe colaboraron con Jaime Vera los doctores Simarro y Escuder. Jaime Vera consiguió uno de los efectos más insólitos en esta clase de trabajos. Su enorme cultura se sobrepuso a la de los forenses, animados por el nefasto instinto judicial de condenar, y que consideraban como una derrota profesional la salvación del reo por los médicos de la defensa.

[279] Después que los forenses informaron, Vera deshizo su diagnóstico de modo incontrovertible, dando uno recientísimo en la Medicina mundial que aquellos doctores desconocían completamente y que les dejó desconcertados. Tan elocuente, tan ardoroso fue el informe del doctor Vera, que se dio un caso nunca visto en estrados: el reo Galeote, hombre de una hercúlea constitución, no pudo contenerse, y lanzándose hacia el joven doctor, lo alzó en sus brazos robustos, como quien alza una pluma, y lo paseó triunfalmente alrededor de la sala, en medio de la estupefacción de todos.

El decano de los médicos forenses, hombre de una ejemplar rectitud, se acercó a Jaime Vera y le estrechó la mano con efusión, dándose por vencido paladinamente y adhiriéndose a la teoría formulada en el hermosísimo informe de aquel joven médico socialista. Poco después, los jueces, arrastrados por el afán de lisonjear al clero, pretendían condenar, y condenaron a muerte al cura Galeote. El entonces director y el médico de la cárcel aseguraron, indignados, al doctor Vera, que el cura de la cárcel no iría al patíbulo, pues estaban convencidos de su locura. Los jueces salieron del paso dictaminando que la locura del cura Galeote era posterior a su atentado (!) Pero el hecho es que el doctor Vera triunfó en su noble empeño de salvar la vida de aquel hombre.

Este triunfo forense de Jaime Vera se ha reproducido dos veces más. Los lectores lo recordarán, pues están recientes todavía: el caso de Sancho Alegre, cuya irresponsabilidad probó elocuentísima y sabiamente Vera, y el caso de don Nilo, cuya locura quedó igualmente demostrada palmariamente por nuestro inolvidable amigo. El mismo Vera, cuando hablaba de sí propio, consideraba como lo más honroso de su vida el haber librado del odioso patíbulo a tres desgraciados. Y sin embargo, en este punto, no podemos dejar de consignar unas palabras [280] que oímos de sus labios, precisamente cuando se ocupaba en redactar el informe que había de salvar la vida de don Nilo: “Odio —nos decía— como hombre, como socialista y como jurista la

pena de muerte. Sin embargo, odio aún más la superchería científica. Si don Nilo no está loco, en efecto, dirá la verdad, aun a sabiendas de que le costará la vida. La vida de un hombre, aunque fuera la mía propia, no es bastante disculpa para un falseamiento de la Ciencia”.

Por oposición había ganado la plaza, con el número 1, de profesor en el Hospital Provincial. Hacia cerca de treinta y tres años que la venía desempeñando. Una estadística de los enfermos que han pasado por los cuidados del doctor Vera haría ascender a una elevadísima cifra de muchísimos miles los pacientes atendidos por él en esta larga etapa de práctica médica. Su fama era de las más extendidas y de las justamente cimentadas. Fue médico de los políticos más famosos y de gente de la más elevada aristocracia, que acudían en solicitud de sus conocimientos, a pesar de saber cuáles eran sus ideales políticos. Bien es cierto que Vera, espíritu de una rarísima ecuanimidad, separaba radicalmente su actuación como médico de su actuación como militante del Partido. Como socialista, la sociedad era para él un enfermo al que había que curar. Era médico de la sociedad. El médico se sobreponía en él a toda otra cosa. Sus fórmulas marxistas eran un remedio definitivo. Su aceptación de los procedimientos de nuestro Partido era un plan curativo. Su crítica del régimen capitalista era un diagnóstico. Y así con la persona enferma. El que acudía a su ciencia no era otra cosa que una vida que había que salvar, sin atender a que aquella vida fuera la de un personaje de alta prosapia o la del más humilde de los menesterosos, la de un malvado que la de un hombre de honor.- Matías Gómez Latorre.

[281] *Pablo Iglesias y Jaime Vera*

En 1915, *Acción Socialista*, revista semanal que yo dirigía en Madrid, insertó íntegramente el magnífico informe que Vera leyó ante la Comisión de Reformas Sociales de 1883. Se ofreció entonces para escribir un epílogo en forma de ampliación que, desgraciadamente, por falta de salud, no pudo hacer. Vera sentía profunda admiración por Iglesias y la expresó en infinitas ocasiones. He aquí una de ellas: “Si quisiéramos definir en breves términos la personalidad de Pablo Iglesias, podríamos decir: es, ante todo, y sobre todo, una pasión. Pasión intensa, vehementísima. Un entrañable amor a los que trabajan y sufren injusticias. A los que se afanan, se agitan y padecen en el estrato inferior, sufriendo toda la pesadumbre social, produciendo siempre, siempre viviendo para trabajar, porque lo que importa es que trabajen, no que vivan ni cómo vivan, en tanto que los grupos de la clase dominante, como bombas aspirantes, absorben para su consumo improductivo y corruptor la máxima parte y todo lo selecto y exquisito de lo que es producto del trabajo ajeno y del esfuerzo social”.

Poco después del asesinato de Canalejas –12 de noviembre de 1913– replicando a las derechas que intentaron complicar a Pablo Iglesias como inspirador, en el teatro *Lux-Eden* madrileño hubo un acto de solidaridad, organizado por la Agrupación Socialista. Se recibieron infinidad de adhesiones de España y del extranjero, y fueron leídas unas admirables cuartillas del doctor Jaime Vera, allí presente, cuyo final es como sigue: “Iglesias no es un fanático ni un exclusivista particularista, ni un terrorista, ni idealista, ni de los de espíritu jurídico, ni sociólogo, ni sabio. Y de todas estas cualidades negativas, y por ellas mismas, resulta un magnífico hombre de predicación y de acción, un artista [282] de la política, un político de primer orden, en el cual destaca la suprema cualidad del acierto. Su campaña parlamentaria no será superada jamás, y la organización de la clase obrera está ahí para testimoniar sus aciertos. No extrañe a nadie nuestro

cariño y nuestros sentimientos de admiración para mi viejo camarada Iglesias el infatigable. Iglesias es nuestro órgano, Iglesias es nuestra lengua; Iglesias es parte nuestra, de nuestra carne, de nuestra sangre; Iglesias es un pedazo del inmenso corazón que hemos formado fundiendo en uno los corazones de todos. No damos a estas manifestaciones el carácter de defensa porque eso significaría que encontrábamos en las acusaciones algo racional, y al contrario, son de una absurdidad absoluta”.



El militante obrero

Antonio García Quejido nació en Madrid el día 16 de febrero de 1856 –seis años después que Pablo Iglesias–, en la calle de las Huertas, distrito del Congreso, donde abundaban las imprentas y los periódicos. En una de ellas, establecida en la citada calle, inmediata a la delegación de policía de aquel contorno, trabajaba yo el 17 de mayo de 1902, fecha en que se celebraban los festejos con ocasión de la mayoría de edad de Alfonso XIII y su jura de la Constitución, quizá con el propósito de faltar a su juramento en cuanto se presentara la primera oportunidad. García Quejido aprendió el oficio de tipógrafo en la imprenta de Félix Jaime, calle de la Bola esquina a la de Fomento, donde trabajaban los hermanos Eduardo y Ricardo González Rojas, posteriormente dueños de imprenta. (En las Memorias de Baroja se recoge la posibilidad de que uno de estos hermanos estuviera complicado en el complot para asesinar al general Prim.) Si la infancia de Iglesias estuvo rodeada de sinsabores y pobreza, la de García Quejido, por el contrario, abundó en facilidades y estímulos. Su natural talento púsose de relieve con la esmerada instrucción recibida, de tal modo, que cuando ingresó en el ejército, por su excelente caligrafía y su relativa cultura, fue rebajado del servicio en filas y destinado a Capitanía general, lo que equivalía a seguir viviendo en su hogar y en ocasiones hasta poder trabajar en su oficio.

En 1876 ingresó en la Asociación General del Arte de Imprimir a instancias de Pablo Iglesias, que visitaba la prestigiosa imprenta de Diego Valero, donde Quejido trabajaba con los internacionalistas Julián Fernández Alonso, Victoriano Calderón y José Ros San Juan; éste, ingresado en el Arte de Imprimir el 13 de julio de 1874, conservó íntima amistad con Iglesias hasta el fin de sus días; era asiduo concurrente al café de la Casa del Pueblo de Madrid, donde más de una vez le oímos narrar las vicisitudes de los primeros tiempos del movimiento obrero.

[284] En 1876 Pablo Iglesias regentaba la imprenta de Enrique Teodoro, establecida en la Ronda de Valencia. Teodoro era amigo de Iglesias y había sido tesorero de la Asociación del Arte de Imprimir. Allí trabajaban Leoncio Ortega, Deogracias Nafarrate y José Guerrero, de origen internacionalista, y con ellos entró, por indicaciones de Iglesias, García Quejido. Todo marchaba como una seda. Pero, descontento el patrono por el excesivo gasto que significaba la rotura de tubos para los quinqués de petróleo, quiso obligar al personal a que abonara los desperfectos. Se opuso Pablo Iglesias, a pesar de que la medida no le afectaba en nada, y se irritó Teodoro con su antiguo amigo, que arriesgó un puesto tan ventajoso. Producida la huelga, se perdió, aunque posteriormente se recuperaron esos talleres para la organización gráfica. No será necesario aclarar que las huelgas se hacían al humo, esto es, pasando los hogares obreros con tal motivo infinitas privaciones. He trabajado con quinqués de petróleo y he tenido que limpiar tubos –operación que exigía sumo cuidado–, hasta la instalación de una bombilla de luz eléctrica, de escasa potencia, por chibalete, para cada dos operarios.

En 1879 García Quejido fue nombrado secretario segundo de la Junta Directiva de la Asociación del Arte de Imprimir. Era su primer cargo, del que pasó a secretario primero, en el que le tocó actuar durante la huelga general de tipógrafos ganada en 1882, benéficas

consecuencias que irradiaron hasta algunas capitales, donde se crearon Sociedades del oficio, facilitando la constitución de la Federación Gráfica Española, cuyo primer Congreso se efectuó en Barcelona el 1º de octubre de aquel año, residiendo allí, por el momento, el Comité Nacional. El 15 de febrero de 1882, a consecuencia de esa huelga, García Quejido fue encarcelado, pasando tres meses en el “Saladero”, en detenciones sucesivas, de las que salió bien librado, por fortuna. Posteriormente, sufrió prisiones gubernativas durante los movimientos de carácter general organizados por el proletariado español en 1909, 1911 y 1917, pero no padeció condena gubernativa en ninguna ocasión.

[285] Iglesias, y con él otros de su misma significación, en 1885 trabajaban en la imprenta de Rivadeneyra, la más importante de Madrid. Allí entró de corrector García Quejido, y allí estalló otra huelga, perdida igualmente, agravándose la situación económica de aquel reducido grupo de tipógrafos, anotados en las listas negras de los patronos gráficos. El cerco, por tanto, se estrechaba más cada día. Apenas quedó libre del servicio militar, García Quejido contrajo matrimonio, instalándose con su joven esposa en la calle del León, cerca del hogar de sus progenitores. Por desgracia, esta felicidad duró poco: la esposa falleció y el hogar se derrumbó, coincidiendo con los sinsabores sufridos por el constante trasiego de talleres.

La Federación Tipográfica reunió su segundo Congreso nacional en Valencia en 1884. En unión de Francisco Alarcón y Juan Gómez Crespo, fue nombrado delegado del Arte de Imprimir, y a propuesta suya se acordó que el Comité Nacional residiera en Madrid, nombrándole la Sección madrileña para secretario de dicha entidad. En representación suya recorrió, en 1885, Burgos, Valladolid, Logroño y Bilbao, realizando excelente labor proselitista. Merced al concurso de Facundo Perezagua –llegado de Madrid el 20 de abril de aquel año– y de Felipe Carreteri, Toribio Pascual, Aldaco y Rufino Laiseca, reorganizó la Sección de tipógrafos y echó las bases para crear la Agrupación Socialista en Bilbao, nacida el 11 de julio de 1886. En Logroño encontró eficaz apoyo en Roberto Escribano, ya predispuesto por Toribio Reoyo en viaje anterior, de paso para Barcelona, donde se instaló. Reoyo fue fundador de la Agrupación Socialista Madrileña.

Recordando esta breve excursión de propaganda, Morato elogia la austeridad de García Quejido que “por viaje en tercera clase y dietas a razón de las consabidas 7,50, gastó 153,95 pesetas”. Es penoso comprobar cómo procuraba Morato zaherir a los hombres con quienes había convivido durante cerca de veinte años. La honorabilidad de García Quejido estaba fuera de duda, pero igualmente lo estaba la de los camaradas de [286] la Unión General y de sus Secciones, que en 1925 –cuando Morato publicó esa insidia– percibían 15 pesetas de dieta, con viaje siempre en tercera clase. Entre una fecha y otra había treinta años de intervalo, y los recursos de las organizaciones eran mucho más abundantes, permitiendo remunerar con mayor justicia a quienes abandonaban su hogar para realizar propaganda en lugares cercanos o alejados de Madrid. (Puedo hablar con autoridad de esto, pues a pesar de haber recorrido casi toda España, nunca percibí dietas, limitándome a cobrar los gastos en ferrocarril y los efectuados en fondas u hoteles, mediante recibos de los mismos, cuando no residía en hogares fraternalmente ofrecidos, y de estos casos –no fui el único, ni mucho menos– no se hizo eco Morato, demasiado rencoroso con quienes le sancionaron en 1902). ¡Ay, a veces ciega tanto el odio como el cariño! Digamos, para ser justos, que en los textos de Morato hay muchas cosas interesantes, si se sabe hacer la oportuna discriminación.

Poco tiempo después de ser elegido secretario de la Federación Tipográfica, García Quejido dimitió el cargo y abandonó Madrid en busca de trabajo. Pensó encontrarlo en Valencia, donde había dejado buenos amigos cuando estuvo en el Congreso tipográfico, y allí se encaminó hacia junio de 1886. Entre otros, Almela, Gascó, Cortés y Sanchís le acogieron fraternalmente. Allí vivió feliz hasta que surgió otra huelga –¡siempre el mismo motivo!– y, desalentado, se refugió en Barcelona, en agosto de 1887, encontrando un hermano en Toribio Reoyo.

La estancia de García Quejido en aquella capital coincidió con la fundación del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, cuyos detalles irán en el capítulo correspondiente. Como algo excepcional, le tocó organizar y presidir el primer acto y la primera manifestación del 1º de mayo en Barcelona, secundando los acuerdos del Congreso Socialista de París de 1889, que revistieron excepcional importancia, sin continuidad ni afianzamiento en las costumbres de tan industrial región. Fue algo debido a la sorpresa y a la novedad más que [287] al convencimiento.

El año 1895, falto de ocupación en Barcelona, se trasladó a Bilbao, donde sus amigos le habían avisado hallaría trabajo en un diario de aquella capital. Así fue, en efecto, pero por poco tiempo. De nuevo regresó a Barcelona, donde residió hasta la primavera de 1897, en que definitivamente se instaló en Madrid.

Iglesias y García Quejido

En representación de la Unión General de Trabajadores, García Quejido asistió a las siguientes reuniones de carácter internacional: En agosto de 1894, con Pablo Iglesias, al Congreso de la Internacional Socialista reunido en Zurich. En septiembre de 1896, con Jaime Vera, Casimiro Muñoz y Pablo Iglesias, al Congreso celebrado en Londres por la misma Internacional. En septiembre de 1900, al Congreso del mismo carácter reunido en París, con Pablo Iglesias. En junio de 1902, en Stuttgart, a la segunda Conferencia Internacional de los Secretarios de Centrales Obreras, para constituir definitivamente el Secretariado Sindical Internacional, que residió en Berlín hasta la guerra de 1914-1918. Sus principales sostenedores fueron los socialistas alemanes Carlos Legien y Carlos Leipart.

Hallándose en Barcelona, el 15 de agosto de 1896, García Quejido publicó un folleto titulado *Pablo Iglesias en el Partido Socialista*. Lo imprimió una cooperativa socialista que en Mataró tuvo instalada modesta imprenta. Mataró es pueblo de tradición socialista, quizá el de mayor tradición en aquella región. Se agotó el folleto y el 13 de enero de 1905, ampliado, lo reeditó en Madrid la imprenta de [288] Inocente Calleja, calle de Mendizábal, 6. El folleto apareció bajo el nombre de *Fidel*, seudónimo que utilizaba García Quejido para firmar sus trabajos. De este folleto se han servido quienes a partir de 1896 han hablado o escrito sobre Pablo Iglesias. Es algo insuperable. Entre nosotros, García Quejido nunca fue pablista; pero nadie llegó más allá en los justos y oportunos elogios consagrados al principal fundador del Socialismo en España:

“El espíritu emprendedor de Iglesias no podía mantenerse inactivo, e inmediatamente ingresó con otros compañeros en la Asociación General del Arte de Imprimir. Esta importante organización atravesaba por aquella época una crisis fundamental: una huelga general del oficio había dado al traste con las ideas armónicas de los sesudos prohombres de la tipografía madrileña

y la imprenta cooperativa caminaba derechamente a la bancarrota. Iglesias aprovechó hábilmente aquella situación, y con tal denuedo dirigió la campaña, ayudado por algunos buenos amigos, unos ya fallecidos y otros hoy veteranos en la antigua y querida Asociación, que con sus certeros golpes y sus argumentos incontrovertibles arrancó el acuerdo de la liquidación de la imprenta y consiguió inclinar a la Sociedad del lado de la resistencia. Entonces fue cuando Iglesias se reveló tal cual era, con sus excepcionales condiciones de talento y carácter. Aquel líder de veinticuatro años se impuso a todos, en la noble y honrada acepción de la palabra, mereciendo por su conducta el ser elegido presidente de la Sociedad, no sin que los viejos regentes manifestaran cierta despreciativa conmiseración hacia aquel muchacho que tales propósitos acariciaba de transformar las ideas a la sazón dominantes en el aristocrático arte de Gutenberg.

[289] No se realizan semejantes transformaciones en el personal de un oficio, y de un oficio compuesto de hombres medianamente instruidos, sin grandes quebrantos; como no se cambian las costumbres y las instituciones de un pueblo sin que surjan violentas revoluciones. Así ocurrió, pues de más de mil individuos con que contaba la Sociedad, sólo quedaron ciento ochenta, con unas mil pesetas en caja. Cómo trabajaría Iglesias, ayudado por Feito, Vilar, Mateo, Guerrero, Alonso, Calderón, Bermejo y algunos otros, fallecidos ya —menos el primero— que el año 1883 presentaban una falange de mil cien asociados y veinticinco mil pesetas en la caja de resistencia. ¡Qué época de febril actividad! Recordándola acuden a nuestra memoria las desinteresadas emulaciones de todos por el cumplimiento del deber y las anhelosas esperanzas de los primeros y puros ideales de la juventud.

Iglesias era el alma de todo. En el transcurso de seis años puede decirse que ni un solo día dejó de concurrir al local de la Asociación, trabajando en la imprenta, estudiando en la Escuela de Artes y Oficios, desempeñando comisiones, tratando las cuestiones de trabajo que se presentaban, haciendo reclamaciones en nombre de los compañeros, presidiendo las juntas, cuidándose, en fin, de la marcha administrativa con incansable solicitud.

[290] Al llegar el mes de febrero de 1882, convenientemente preparada, la Asociación acordó reclamar la implantación de las tarifas obreras en las imprentas de Madrid. Surgió aquella importante huelga, que tanta resonancia tuvo, poniendo al descubierto cuanto tiene de coercitivo el poder burgués para los obreros y la mancomunidad de intereses de los diversos partidos de la burguesía; los gobernadores civiles, convertidos en agentes de colocaciones, y el demócrata director de *El Liberal* del brazo del carlista impresor Dubruill, para pedir amparo al Gobierno del liberal Sagasta a fin de no tener que aceptar las justas reclamaciones de los tipógrafos... Como todos los hombres superiores, Iglesias tiene una personalidad propia, en la cual se distingue principalmente la rigidez de su carácter. No ha sido jamás acomodaticio, como tantos lo son, ni lo podría ser aunque quisiera. Cuando ocupó la presidencia de la Asociación General del Arte de Imprimir, de Madrid, a los veinticuatro años, su formalidad y compostura imponían respeto y consideración. Valiéndonos de una paradoja, diremos que Iglesias ha sido viejo antes de serlo. Una sola pasión ha tenido en su vida; la de contribuir con todas sus fuerzas a la obra magna de redimir a los oprimidos, la tarea larga y difícil de contribuir a la emancipación de su clase. Habladle de esos pequeños asuntos que tanto interesan a los espíritus vulgares; pasad a ocuparos en el recuerdo de las debilidades de los hombres, que tanto lugar tienen entre los que rinden culto a las satisfacciones de la vida material en sus diversos aspectos, y os escuchará indiferente, cuando

más con educación.

Planteadle una cuestión relacionada con el problema social; recordadle los triunfos de los socialistas de otros países; hacedle mención de cualquier episodio de la historia del socialismo, y entonces le veréis sufrir una completa transformación: hablará y hablará horas sin [291] fatigarse, dominado por una especie de obsesión moral hacia esa aspiración ideal, pero realizable, que le agita y le conmueve.

Creyerase al tratarle que las ideas son para él un sacerdocio voluntariamente ejercido, al cual tiene todos los demás actos de su vida subordinados. Y no obstante, es hombre de sensibilidad exquisita en sus sentimientos y admira con fruición las obras de arte. Sobre todo si tienen tendencia. Verísle pasear por las salas del Museo del Prado; asistir a las exposiciones; acudir a los conciertos y a los estrenos de las obras escénicas de los primeros autores, ejerciendo también de crítico a su manera, es decir, a la manera socialista; saborear las estrofas de los poetas antiguos y modernos, y extasiarse leyendo las disparatadas y aventuras de aquel sublime loco que la humana y experimental ciencia de Cervantes trazó en páginas inmortales. Su fuerza de voluntad no encuentra obstáculos para sus propósitos levantados: trabaja y propaga, enseña y aprende, dirige el movimiento obrero, y al propio tiempo observa y estudia la dirección que le imprimen los socialistas del exterior, a quienes respeta y admira. Le pagan por una jornada de ocho horas, y él la hace de quince, viendo muchas veces agotarse sus fuerzas por la vigilia y por la maldita dispepsia que le impide la nutrición normal y necesaria. Las clases opresoras recompensan siempre a su modo los méritos de quien se pone al frente de una rebelión de clase: después de ocho años de pelear sin tregua con los explotadores de su oficio, ¿hay nada más natural que el que se encontrara con las puertas de las imprentas cerradas para él? ¡Y eso que sus aptitudes como obrero tipógrafo son bien notorias, por haber desempeñado puestos de importancia a los cuales tuvo que renunciar por no consentir las injusticias de los burgueses! Sintiendo a algún estúpido burgués o a algún mentecato obrero manifestar su extrañeza porque no le daban trabajo, nos ha hecho pensar cuán lejos se halla el egoísmo humano de comprender las desinteresadas acciones de los que luchan... hasta para redimir a los imbéciles.

[292] Hubiérase afiliado a otro partido, y no sólo tendría trabajo, sino que seguramente habría alcanzado una posición social. El doctor Escuder, que repetidamente ha fustigado al Socialismo en España, aunque sin pizca de razón, en una de sus correspondencias diarias a *El Correo de Valencia*, enviadas desde Madrid, dijo de él hace tiempo, sin tratarle –¡extraño juicio de periodista burgués!– que otros con menos méritos habían llegado a ser ministros. Además, el tiempo no pasa en balde; los homenajes que se tributan a los hombres honrados suelen ser tardíos y a veces póstumos, pero llegan. A los treinta años de ruda pelea se concibe que ese juicio del doctor Escuder se haya visto confirmado por un artículo de *La Correspondencia de España* que merece ser transcrito a estas páginas por la sinceridad que revela en tan autorizado órgano de la prensa burguesa. Se titula "Pablo Iglesias: pedimos su indulto", y dice así:

“Un hombre que si hubiese querido ocuparía a la hora presente posición social encumbrada, por propios merecimientos, mayores que los ostentados por quienes han llegado a la meta de su carrera política sentándose en el banco azul, duerme en la Cárcel Modelo, encerrado en triste, fría y severa celda común, junto a delincuentes por crimen, condenado por delito de imprenta, para el cual no creyó decoroso ni buscar testaferrero ni ampararse tras la inmunidad de

un diputado amigo. Pablo Iglesias, modelo de virtudes cívicas en quien debían mirarse muchos que de civismo alardean entre plétora de comodidades; ese hombre, a quien las artimañas de los electoreros han arrebatado varias veces el acta de diputado; el apóstol del Socialismo español a quien debe el proletariado casi todas sus conquistas; ese hombre que vive en una pobreza y con una austeridad merecedoras de sincero respeto, está cumpliendo una condena a la misma hora en que numerosos diputados y senadores gozan de libertad al amparo de una inmunidad irritante, y en los mismos momentos en que se pasean gozando las delicias de la calle muchos autores de

(Aquí comillas porque es copia dentro de otras.- A. S.)¹⁸

[293] (siguen comillas)¹⁹ artículos condenables, libres de las resultas de un proceso en méritos de tener un testafiero o de contar con la amistad de algún diputado que se declarase autor responsable del trabajo periodístico. No queremos juzgar esa prisión bajo el aspecto político, porque no es necesario. Cuantos conocen la situación de los partidos, de las fuerzas políticas españolas, saben sobradamente que esa prisión es en extremo antipolítica, y no hace falta ser muy lince para comprender cuáles sean las razones que le dan tal carácter. Ciertamente es que el fallo del Tribunal Supremo necesitaba ser cumplido; pero no es menos cierto que existen fórmulas jurídicas para dejar a salvo los fueros de la justicia, armonizándolos con los de la conveniencia social; un indulto rápidamente tramitado, o una conmutación de pena urgentemente decretada, convirtiendo el arresto en destierro, son fórmulas de índole casi gubernativas. Y no será mucho demandar si solicitamos del Gobierno la urgente, la inmediata aplicación de una de esas dos fórmulas, antes de que las influencias insanas de la prisión hagan efecto en el organismo enfermo de un hombre que ha envejecido prematuramente, sacrificando sus energías y su vida en aras de una idea por él defendida, predicada y difundida con arrestos de apóstol, con privaciones de anacoreta y con sufrimientos de mártir. Ese hombre, que siendo jefe de un partido fuerte y numeroso vive en continuo trabajo, más cerca de la pobreza mísera que de la comodidad mediocre, ha recibido ya demasiadas amarguras para que no procuremos librarle de las actuales. Su pobreza ha sido calumniada; su integridad es diputada fariseísmo por sus enemigos; su trabajo es tildado de holganza por los elementos a quienes combate; los republicanos le vejan tildándole de monárquico; los burgueses le niegan el derecho a intervenir en la cosa pública; en todas partes se halla cosecha de amargos desengaños, y su vida, quebrantada por continuos sacrificios, va entrando en la vejez, cuando aún podría permanecer por no escaso tiempo en los vigos de la madurez. Pablo Iglesias tiene derecho a ser tratado con [294] respetuosidad, tanto por su significación cuanto por su persona. Y por tener ese derecho, suponemos que el Gobierno no consentirá que permanezca en la cárcel más tiempo que el necesario para cumplir trámites de rigor, preparatorios del indulto. Por eso, *La Correspondencia de España*, cumpliendo deberes de justicia, obligaciones de conciencia y mandatos de Orden social, demanda respetuosamente a los Poderes públicos el indulto de Pablo Iglesias, y confía en que los Poderes públicos lo acordarán con la urgencia que el caso requiere”. (final de comillas)²⁰.

Lo dicho por *La Correspondencia de España* encaja perfectamente en la realidad de la vida de

¹⁸ Nota mecanografiada por A.S. en el margen inferior.

¹⁹ Nota de A.S. en el margen superior.

²⁰ Nota de A.S. en margen izquierdo.

Iglesias, aunque no en cuanto a la petición de indulto, como hemos visto más arriba. Tiene tal concepto de la seriedad e independencia que un partido debe recabar; concibe el Socialismo tan perfectamente apartado del contacto con los partidos burgueses, que ha sido siempre el más tenaz defensor de que se rehuya con ellos todo género de alianzas o coaliciones. El principio ha sido tachado de exclusivista por amigos y adversarios; pero dígame con franqueza y en honor de su integérrimo carácter: ¿a quién habrían aprovechado esas alianzas más que a él? Si hubiese querido amoldarse a las componendas tan usadas entre los partidos burgueses, hace tiempo que figuraría en el Parlamento; pero no debiendo la elección a los votos socialistas. Conocido es el hecho de haber ido don Pablo Cruz, subsecretario de la Presidencia, en nombre del señor Sagasta, cuando éste desempeñaba la presidencia del Consejo en unas elecciones generales, a decirle: ‘Si retira usted su candidatura por Bilbao y se presenta por Valmaseda, tiene asegurada la elección’. Iglesias contestó como corresponde a un socialista y no necesitamos comentarlo. Su oratoria es en ocasiones arrebatadora y siempre convincente. Cultiva con éxito indiscutible la oratoria política, despojada de exposiciones enojosas y consagrada casi por entero a la crítica de las ideas y de los procedimientos del adversario, sobre todo de los hechos sociales, de los que en este punto no tiene rival entre los [295] socialistas españoles. Interpretando las doctrinas de Marx no tiene imitador en España, y haciendo la crítica severa, aunque justa, de la organización social, si puede llamarse organización al predominio exclusivo de una clase, con sus antinomias irritantes, no hay quien le iguale.

Los adversarios del Socialismo, y especialmente los republicanos, que han tenido que tragarse más de una vez la demostración de su inutilidad en el proceso histórico de la lucha de clases, le han distinguido a menudo con sus diatribas, con sus ataques, con sus calumnias. Como entre ellos todo es personal, han creído matar la idea inutilizando a su mejor defensor. Repetidamente han dicho que el Socialismo hacía la causa de la reacción y que Iglesias estaba vendido a los conservadores, como también lo dicen de los socialistas en otros países por los mismos motivos, para echarle en cara después que vive del dinero de los trabajadores y hace viajes por cuenta de éstos: contradiciéndose visiblemente. ¡Como si fuera un crimen estar al servicio de una causa noble y digna percibiendo una indemnización de los partidarios de ella inferior, pero muy inferior a la que los burgueses dan a sus servidores directos o indirectos!

La clase obrera es pobre, y en general también lo son los que la defienden. Por eso, en todos los Partidos Socialistas del mundo los hombres más caracterizados cobran sueldos como periodistas, administradores o secretarios, y hasta como diputados; Alemania puede servir de ejemplo. El hecho es cierto, y debieran conocerlo hasta los más torpes. Otra cosa sí que sería sospechosa: hacer viajes y trabajar por la difusión de las doctrinas socialistas sin saber de dónde sacaban los recursos los propagandistas que son obreros manuales y por lo tanto sin fortuna. Jamás le perdonarán a Iglesias los partidos llamados avanzados que haya contribuido tan eficazmente a restarles fuerzas, arrancando de las filas del error o de la mixtificación la parte más sana de la clase trabajadora: la que no pelea por alcanzar un destino, sino por ideales puros y en armonía con un interés social superior a las mezquinas aspiraciones [296] de los viejos partidos burgueses, más o menos radicales. Por eso le dirigen todos sus ataques, más con el propósito de hacer vacilar y de quebrantar el ánimo de los partidarios de la nueva doctrina, que con el deseo de perjudicarle personalmente, pues en el fondo le respetan y le admiran.

Su vida íntima, conocida solamente, como es natural, por las personas que con él tienen relaciones particulares, revela bien claramente su manera de ser. Tan modesta es su posición que algunas veces llega a confundirse con la miseria. Excesivamente retraído en sus relaciones sociales, ningún político de los que se hallan en candelero podrá afirmar que con él haya tenido ni tenga amistad de especie alguna, y mucho menos tratos directos o indirectos. ¡Como que la inmensa mayoría de ellas ni siquiera le conocen! No es intrigante; no va a buscar partidarios del socialismo en esferas donde la sinceridad aparece por lo menos dudosa; no pertenece a sociedades o ateneos en que la huera pedantería adquiera inmerecido brillo, y hace bien. Con todos sus méritos, Iglesias es un trabajador, y así deben quererle los trabajadores, porque es de los suyos, y porque una clase como la desheredada, imposibilitada de adquirir instrucción, tarda muchos años en producir un hombre de sus condiciones”.- Antonio García Quejido, Barcelona, 1896.

[297] *En el arte de imprimir*

El 20 de mayo de 1897 figura de nuevo García Quejido en las filas de la Asociación del Arte de Imprimir, de donde se había alejado al trasladarse a Valencia en 1886. ¿Qué planes le trajeron al hogar paterno, ahora situado en la calle de San Agustín, siempre en el barrio donde había nacido? No era para trabajar en la imprenta al servicio de un patrono, de cuyas vicisitudes estaba escarmentado, sino para crear una Biblioteca de Ciencias Sociales, que semanalmente publicara en cuadernos –era corriente el sistema de reparto a domicilio de cuadernos semanales, quincenales o mensuales– algunas de las obras más interesantes de nuestras doctrinas. Para esta labor contó con la ayuda de Iglesias, porque a su lado trabajó como aprendiz de tipógrafo Juanito Almela Meliá, tipógrafo valenciano, gran amigo de Quejido e hijastro de Pablo Iglesias. Meliá, que ingresó en la Asociación del Arte de Imprimir el 15 de noviembre de 1897, es decir, seis meses después que lo hiciera su “patrón”, estaría entonces por los quince años. Compró material de imprenta, el estrictamente necesario, y sin otro personal, se lanzó a componer *El Capital*, de Marx, vertido al castellano por el socialista argentino Juan Bautista Justo, que había estado en Madrid poco tiempo antes hablando con nuestros hombres representativos, y *Principios socialistas*, de Gabriel Deville, traducción de Pablo Iglesias. Ambas obras fueron impresas –García Quejido hacía sólo la composición de los moldes– en los mismos talleres en que se imprimía *El Socialista* semanal, imprenta de F. Cao y D. Del Valle, a cargo de F.A. Herrero.

Los deseos de nuestro hombre no pudieron salir adelante. *El capital* tuvo escasos compradores. En mayor proporción –era de precio más económico– los hubo para *Principios socialistas*, que con el tiempo consiguió una segunda edición. Las capillas de la obra de Marx, esto es, los ejemplares plegados sin encuadernar, los entregó García Quejido a la Administración de *El Socialista*. Cuando, en 1921, me hice cargo de de *El Socialista* y de la Secretaría del Partido, los hallé [298] en una estantería, como archivados. Los mandé encuadernar, y puestos a la venta, su beneficio fue destinado a la caja del diario. Fracasó, pues, el “negocio” ideado por García Quejido con la noble intención de divulgar textos de orientación socialista y conseguir, al mismo tiempo, un régimen de vida independiente. En 1899 entró de corrector en la imprenta del *Heraldo de Madrid*, renunció a la secretaría del Partido Socialista y conservó, en cambio, la de la Unión General de Trabajadores, aunque no por mucho tiempo.

Veamos ahora lo que acontecía en la Asociación del Arte de Imprimir. El 29 de julio de 1900, se celebró la asamblea ordinaria correspondiente al trimestre último. Presidía la Junta directiva Baldomero Huetos, de gran prestancia en la profesión, valeroso en cuantos casos se presentaron de índole social. En uno de éstos fue encarcelado por haber reñido con un tipógrafo ya expulsado del Arte de Imprimir por su mala conducta, que además intentó traicionar también en Bilbao. La actuación de Huetos no obtuvo asentimiento general, y para desgracia suya, en marzo de 1902, cuando volvió a reunirse la asamblea, después de lapso excesivo y antirreglamentario, se descubrió un desfaldo del tesorero, primero por valor de 2.297,49 pesetas, que después de cuidadosa investigación quedó aumentado en otras 2.091,25. Este período, triste y borrascoso, fue mi bautismo societario. Con mi voto, escasamente preparado para emitirle en conciencia, se adoptaron cuantas resoluciones hubo en aquellas asambleas, prolongadas hasta la madrugada en el salón grande del Centro de Sociedades obreras de la calle de Relatores. Allí quedaron expulsados Baldomero Huetos, regente de la imprenta del internacionalista Inocente Calleja, perdiendo el puesto a consecuencia del acuerdo, y Alejandro Martínez, secretario segundo de la Junta directiva. Por lenidad en el cumplimiento de su misión, Eduardo Jiménez, contador, fue privado de ocupar cargos en lo sucesivo. El tesorero defraudador, Calvez, compareció ante los Tribunales, excluido de cuantas organizaciones pertenecía.

[299] ¡Y todos ellos eran afiliados a nuestro Partido!

Grave crisis la experimentada entonces por la Asociación. De sus riendas se encargó, el 6 de abril de 1903, Julián Aguilera, tipógrafo de la editorial Hernando, reducto socialista del Arte de Imprimir, quien, tras esfuerzos inauditos, logró apaciguar los espíritus, divididos en [...] ²¹ fracciones antagónicas, levantando la moral del oficio. La fotografía de este hombre benemérito, como honor excepcional y raro en el Arte de Imprimir, figuraba en la secretaría de esta entidad, demostrativa del reconocimiento a su labor, complicada y fatigosa, que no estuvo limitada a tan enojoso incidente. Aguilera fue uno de los primeros obreros pensionados al extranjero para perfeccionar su profesión, galardón otorgado por la Junta de Pensiones presidida por Ramón y Cajal. Le voté para presidente y acudí a su entierro —murió muy joven, por desgracia para la organización obrera—, en el Cementerio civil de Madrid, en 1906, al lado de Pablo Iglesias, con quien estuvo muy identificado.

El 11 de febrero de 1904, apenas extinguidas las pasiones —la expulsión de Huetos creó un semillero de odios—, el Arte de Imprimir echaba piel nueva, con la Junta directiva encabezada por Antonio García Quejido. Su gestión, verdaderamente meritoria, duró hasta marzo de 1909, seis veces reelegido, y la séptima rechazada por él, después del desgaste natural en el ejercicio del cargo de tanto relieve en el mundo sindical madrileño. La especial idiosincrasia de aquel hombre excepcional está reflejada por el siguiente episodio. Durante su actuación creamos el Grupo Socialista de Tipógrafos —iniciativa generalizada a otras profesiones poco después—, a base de afiliados y simpatizantes con las ideas socialistas, en el que fueron elementos predominantes Policarpo Olmeda, Eusebio Sanabria y Vicente Pérez Parapar, duchos en toda suerte de triquiñuelas electorales. Llegada una de las últimas renovaciones de cargos a base de García Quejido como presidente, con los amigos que aceptaban ir a su lado, el interesado se negó a

²¹ Palabra borrosa. Puede ser una palabra o más probablemente un tachón.

seguir si no acudía a tomar parte en la elección un número considerable de afiliados. En el [300] fondo, su posición era inatacable. No obstante, la masa general se abstenía de acudir a votar, por lo mismo que no había más candidatura que la suya, cuyo triunfo nadie le disputaba. ¿Qué hacer para darle satisfacción? Los confeccionadores de la candidatura depositaron en la urna el número suficiente de papeletas para que el escrutinio diera el resultado apetecido. ¡Si García Quejido se hubiera enterado de aquel ardid, tan inocente en el fondo, la que habría armado!

Cuando yo ingresé en el Arte de Imprimir, semanalmente recorría las imprentas Manuel Valero, viejecito encargado de cobrar los recibos de veinticuatro céntimos que previamente llenaba el contador de la Asociación, y no estará de más decir que cada semana salían al cobro varios centenares, hechos a mano, con el nombre, apellido y número de cada asociado, lo que complicaba bastante las operaciones de quienes se encargaban de realizar tan penoso trabajo. ¡Cuántas horas robadas al descanso y a la vida familiar, al servicio de la organización obrera, no siempre agradecidas y sin que hubiera cargos retribuidos!

Sustituyó a Valero en su fatigosa tarea de cobrador un tipógrafo toledano, Pablo Alonso Rodríguez Mota, magnífico ejemplar, conocedor de las tabernas más frecuentadas por la gente del oficio, aficionado a los toros, con mucha mano izquierda cerca de regentes y patronos para entrar y salir en las imprentas y hacer la recaudación semanal –los delegados de taller se implantaron poco después–, consiguiendo reingresaran en la Asociación algunos que se habían distanciado de la misma, y abriendo camino a quienes por vez primera se decidían a ser alta en sus filas. Mota vivía en el distrito de Chamberí, donde la Agrupación Socialista utilizaba sus servicios en campañas electorales. Durante años fue una institución en el Arte de Imprimir, devoto de Pablo Iglesias, sin enemigos personales, cosa nada fácil entre tipógrafos. García Quejido implantó en 1906 el pago semanal mediante cupones numerados y engomados, procedimiento que fue extendiéndose a casi todas las organizaciones [301] obreras; cada socio poseía una cartilla –conservo todas desde que se estableció este sistema– con cincuenta y dos casilleros correspondientes a cada semana del año, en los cuales se iban pegando los cupones. Previamente abrió a cada asociado su correspondiente carpeta-historial, encabezada con una cuartilla que contenía un resumen del mismo, redactado por cada afiliado y en el que constaban los datos personales, desde fecha y lugar de nacimiento hasta la categoría y vicisitudes de la profesión.

Creó dos Comisiones, una de Higiene, encargada de averiguar las condiciones sanitarias, haciendo, caso necesario, la oportuna reclamación a los servicios oficiales correspondientes, y otra de Estadística, que llevaba al día un censo por edades y categorías de los aprendices y de los parados, entre otros datos. García Quejido generalizó asimismo la obligación de que los tipógrafos sin ocupación fueran semanalmente a la secretaría para que les estamparan el sello de parado en su libreta de cotización y a tomar notas de las ofertas de trabajo que les pudieran convenir. Con el propósito de colocar operarios, aquella Junta directiva presidida por él mismo presionó a los regentes para que limitaran el número de aprendices, consiguiéndolo en numerosos casos. Con posterioridad, la Federación Gráfica consiguió reglamentar el aprendizaje.

Como parte de sus planes renovadores, intentó firmar un contrato de trabajo con la Asociación Patronal, malográndose tal idea cuando iban muy avanzados los preparativos. Por desgracia, la clase patronal no estaba aún dispuesta para fines de tan alta trascendencia social; pero hemos de reconocer también que la clase trabajadora tampoco sentía impaciencias por

modernizar sus métodos de lucha para mejorar su condición. Después de meditado estudio, propuso crear la Unión local de los obreros del libro y del periódico, que habría de encargarse de la coordinación y centralización de sus actividades. No lo consiguió porque las respectivas Sociedades Obreras, excesivamente celosas de [302] conservar su autonomía, se negaron a ver limitadas sus atribuciones. A causa de táctica tan errónea, surgieron huelgas en las artes gráficas que, al no haber contado previamente con la solidaridad y el apoyo de otros ramos de la profesión, fracasaron, con gran satisfacción de patronos y autoridades.

Durante su actuación se crearon los delegados de taller, en cierto modo continuación de la gestión de la Junta directiva, encargados de vigilar la aplicación de las tarifas de salarios y de evitar que los puestos vacantes o de nueva creación los ocupasen no asociados. Desempeñé ese cargo en las imprentas de *El Consultor de los Ayuntamientos* y de *La Correspondencia de España*, interviniendo como tal en huelgas de importancia. Los delegados de taller eran nombrados por los asociados de cada imprenta, y estaban autorizados a efectuar la recaudación semanal, sin premio de cobranza ni gratificación alguna. Por el contrario, dada la índole del cargo, a veces se jugaban el empleo, por indiferencia del personal o por represalias patronales o de los regentes, que de todo había. No era fácil encontrar buenos delegados de taller ni abundaban los candidatos para tales puestos, pero esta iniciativa fue otro acierto de García Quejido; constituyó una labor de educación sindical de hombres y de consolidación del nuevo sistema de cotizaciones.

Durante la presidencia de Baldomero Huetos se estableció un subsidio por valor de setenta y cinco pesetas, en caso de fallecimiento de un asociado que llevase trabajando veinte años como mínimo en la Asociación –se aplicó por primera vez cuando falleció Julián Aguilera. Se ha de recordar que el Arte de Imprimir fue creado en 1871 y que, por tanto, había número bastante elevado de tipógrafos dentro de esas condiciones. Aceptada la idea, García Quejido la perfeccionó y amplió. Había estudiado la base múltiple de algunas organizaciones similares del extranjero, durante sus viajes en representación de la Unión General de Trabajadores, y planteó el problema en toda su magnitud en una asamblea del Arte, consiguiendo la aceptación de sus planes. ¿Qué era la base múltiple? [303] Hoy ese término es poco menos que desconocido. Era una combinación de la resistencia con el mutualismo; en algunos aspectos, reanudar el hilo de la historia del movimiento obrero, nacido del mutualismo, ampliado, cuando las circunstancias políticas lo permitían, a la lucha contra el capital. La iniciativa de García Quejido se extendió a otras Sociedades Obreras, aunque no llegó a tanta perfección como en el Arte de Imprimir. Así, por ejemplo, la Sociedad de Albañiles El Trabajo, de Madrid, fundada en 1888 por socialistas, sostenía a centenares de asociados en el ocaso de su vida, y el subsidio por enfermedad o fallecimiento estuvo muy generalizado en otras entidades obreras. Especialmente dedicadas a funciones mutualistas existían varias Sociedades. La más antigua era la de Obreros de la Imprenta, creada, en 1840 con el título de Sociedad de Socorros Mutuos de Cajistas de Imprenta, donde se admitían socios protectores, esto es, patronos. Muy debilitada, esta Sociedad subsistió hasta la República del 14 de abril. Finalmente, digamos que Mario Anguiano, Luis Torrent, José Maestre, José Ortega y yo, como obreros gráficos, percibimos el modesto subsidio de prisión en 1917, en ocasión de la huelga general de agosto de aquel año, circunstancia que estaba prevista en la base múltiple.

Como tantas otras Sociedades Obreras, el Arte publicaba boletines trimestrales, que García

Quejido redactaba pulcramente. Dedicaba las mañanas a trabajar en la secretaría de la Asociación, en el mejor local del Centro Obrero, donde disponía de dos habitaciones, una exterior con balcón a la calle de Relatores, y otra interior para archivo, documentación y reuniones. Terminada su labor en secretaría, se trasladaba a la imprenta del *Heraldo de Madrid*, situada en la calle de la Colegiata, no lejos del local social. Por las noches, cuando se celebraban reuniones de Directivas o se producían conflictos sociales en alguna imprenta y acudían los huelguistas, allí estaba él, puntual como pocos, y exigente como ninguno con sus colaboradores. En efecto, trabajar con García Quejido era un placer no exento de espinas.

[304] El 3 de mayo de 1907 se celebró una asamblea del oficio –socios y no socios, algo excepcionalísimo–, convocada en local neutro por la Junta directiva del Arte para abordar el difícil problema que representaba la implantación en Madrid de las máquinas de componer que, al reducir el número de operarios, aumentaba el de parados, desvalorizando los salarios. Allí, durante varias sesiones, en las que estuve presente, se examinaron, y aprobaron unas bases preparadas por García Quejido, que habrían de ser aplicadas en las imprentas que estableciesen la composición mecánica. Lo más esencial era regular el aprendizaje en las linotipias, aspiración conseguida hasta el extremo de que durante los primeros años constituyó un monopolio el poder aprender el manejo de aquellos prodigiosos artefactos. Dificultando el acceso en esta especialidad, los patronos no podían influir en la fijación de los salarios por carecer de mano de obra capacitada. Así, los sueldos de los linotipistas madrileños fueron los más elevados de todos los obreros pertenecientes a las artes gráficas, y la jornada de seis horas de día y cinco de noche ni siquiera la habían conseguido sus similares en el extranjero. Además, cuantos auxiliares trabajaban en la composición mecánica percibían emolumentos más elevados que sus similares del resto de la profesión, y veían asimismo disminuir su jornada. Para aprender a componer en la maquina era indispensable haber adquirido la categoría de oficial de cajista con cinco años como mínimo en el taller. El mérito de esa serie de mejoras corresponde casi por completo a García Quejido –que no fue compositor de linotipias. Conocemos bien nuestra profesión: los tipógrafos madrileños jamás supieron agradecerse.

El estandarte de la Asociación General del Arte de Imprimir, con el escudo de Gutenberg bordado en oro y plata, desfiló siempre a la cabeza de cuantas manifestaciones obreras y democráticas se organizaron en Madrid, privilegio otorgado a su veteranía. García Quejido reavivó la costumbre de solemnizar los aniversarios de la fundación del Arte [305] y de la Federación Tipográfica. Conservo el tarjetón que sirvió para conmemorar el XXXVI de la Asociación y el XXV de la Federación, el 25 de noviembre de 1907, con un té fraternal –era corriente denominar de esa forma las veladas o fiestas democráticas– en los altos del *Café España*, calle de Atocha esquina a plaza Calenque, que se concluyó con la lectura de varias poesías –siempre hubo versificadores en nuestras filas, en las cuales se hallaron actores como Riquelme, y autores de zarzuelas como Enrique Paradas, entre otras obras, de *El sobre verde* y *Las corsarias*, en colaboración con Joaquín Jiménez, representadas centenares de veces en teatros españoles. Paradas nació en 1884, y trabajó de cajista hasta los treinta años, cuando ya había estrenado varias obras. Su padre ocupó cargos en el Comité de la Federación Tipográfica. Al fallecer, en 1925, tenía el número 26 en la Agrupación Socialista.

Muchos méritos contrajo García Quejido al frente del Arte de Imprimir y cuán difícil sería

enumerarlos todos. Uno hay, no obstante, que bastaría para colmarle de gloria: la creación, en marzo de 1904, de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, cuyas clases comenzaron en octubre del año siguiente. Téngase presente que la Asociación era entidad de resistencia al capital, orientada por obreros de formación francamente revolucionaria. Por lo mismo, parecía algo excepcional que una Sociedad Obrera fundara y costeara una escuela técnica, misión que corresponde exclusivamente al Estado o a los municipios. En sus primeros años la Escuela del Arte de Imprimir no recibió apoyo patronal ni oficial, ni disfrutó siquiera de la simpatía de los propios tipógrafos. En cuanto a los aprendices, la mayoría no sabía dar sentido a lo que leía. Tal era el atraso de nuestra profesión, un tiempo tan altiva de la capacidad de sus componentes. Se abrió concurso entre los asociados para cubrir tres plazas de profesores con sus correspondientes sustitutos, gratificados mensualmente con cuarenta y cinco pesetas al mes los primeros y treinta los segundos. El director de estudios disfrutaba de [306] igual “canonjía” que los profesores. En la primera etapa, los cursos duraban tres años, más tarde se prolongaron a cuatro y hasta se creó una Sección especial para los aprendices de la estampación.

La Asociación se comprometió a soportar los gastos de la Escuela, haciendo constar en su reglamento que recabaría aportaciones de organismos oficiales y de particulares. Los obtuvo, por fin, y en los primeros dieciocho años de funcionamiento se gastaron 36.609,53 pesetas y se recibieron 30.742,06, cifra demostrativa de la austeridad con que se llevó aquella gestión. Una parte de las subvenciones recogidas fueron gestionadas por mí en el Ayuntamiento de Madrid y en el Ministerio de Instrucción Pública cuando desempeñé funciones de concejal y de diputado a Cortes. Los ministros liberales Julio Burell y López Muñoz crearon –sobre el papel– la Escuela Nacional de Artes Gráficas, dotándola de un fondo de 109.000 pesetas anuales, que eran repartidas entre amigos y paniaguados, sin concurso ni oposición y sin que los interesados estuvieran especializados en ninguna rama de la profesión. Una farsa más. Denuncié el hecho en el Parlamento, lo reconoció el ministro de turno –Joaquín Salvatella– y aceptó el nombramiento de una Comisión que depurara las denuncias y reorganizara debidamente aquella institución. El ministro nombró a varias personalidades prestigiosas de Academias y del Consejo Superior de Instrucción Pública, y accediendo a deseos míos incluyó a la Unión General de Trabajadores y a la Asociación del Arte de Imprimir entre las entidades con derecho a figurar en dicho organismo. La Unión General nombró a Matías Gómez Latorre y el Arte de Imprimir a Ramón Lamonedá. Los nombramientos de todos los designados aparecieron en la *Gaceta*, pero la Comisión no llegó a funcionar, porque los que figuraban para cobrar y no hacer nada como profesores –periodistas y paniaguados– tuvieron más fuerza que el ministro, y el escándalo persistió. En sus primeros dieciocho años desfilaban por la Escuela del Arte de Imprimir 1.620 alumnos; 611 terminaron los cursos; 528 aprobaron y [307] 89 obtuvieron premios. Los tres primeros profesores fueron; primer curso, Matías Abad, gramática, ejercicios de ortografía y lectura de manuscritos; segundo, Andrés Bolonio, Técnica profesional, y tercero, Antonio Atienza, Reglas para la lectura de pruebas, nociones de latín y griego, y rudimentos de lenguas latinas y anglosajonas. Se inauguraron las clases en 1905, en los locales de la Sociedad Amigos del Progreso, calle del Horno de la Nata, 9, y de allí nos trasladamos a las Escuelas Aguirre, frente a la estatua del general Espartero, en la calle de Alcalá, en locales inadecuados, sufriendo una temperatura intolerable. Ni una sola noche, a pesar de eso, falté a las clases que, entre otros, inauguramos Cayetano Redondo y yo, ambos premiados al concluir nuestros respectivos estudios. Conservo

los diccionarios de Miguel de Toro Gómez, de lengua castellana y de francés, dedicados por mis profesores. He aquí una de esas dedicatorias: “A Francisco Saborit, en premio a su aplicación en la asignatura de Técnica profesional durante el curso de 1906-7.- Los profesores A. Atienza y A. Bolonio”.

Todos mis documentos dentro de la organización hasta 1910 están firmados por Francisco Saborit. Con ese nombre me ha llamado siempre mi madre y sigue llamándome toda mi familia. Fue el nombre preferido por los míos, que al nacer me inscribieron en el Registro civil de Alcalá de Henares con el de Andrés Avelino, el 10 de noviembre de 1889; pero en la iglesia prefirieron bautizarme con el nombre de mi abuelo, y la broma me costó un proceso por uso de nombre supuesto, al caer preso en octubre de 1910, del que pude librarme porque vivían los testigos que intervinieron en tan divertido episodio.

El primer director de estudios de la Escuela fue José Goñi, que ingresó en el Arte el 21 de marzo de 1878. Ocupó después ese puesto un anarquista muy respetado entre nosotros, Francisco Carbajosa, corrector en la imprenta de Legislación y Jurisprudencia, de la editorial Reus, de cuyos talleres conservo gratos recuerdos porque allí aprendí cosas útiles y encontré oficiales de generosos sentimientos. No todos sabían [308] hacerse estimar de los aprendices, con quienes a veces eran más crueles que los propios regentes o patronos. También era corriente ver frascos de vino al pie de los chibaletes, que traían y llevaban los aprendices, sin que los regentes pudieran cortar costumbres tan arraigadas como perniciosas. Posteriormente, el café sustituyó al vino, pagándose el servicio entre tres y veinte céntimos vaso, propina incluida, y a veces con media tostada y mantequilla. Se ha de advertir que el trabajo se hacía a destajo, de manera que los patronos, con tal de que se hicieran líneas rápidamente, no ponían obstáculos a estas y a otras escenas de que eran teatro las imprentas madrileñas, donde fácilmente se encontraba quien prestara dinero a réditos, comprara tabaco a pagar los sábados con recargo o perteneciese a grupos encargados de jugar a la lotería y otros por el estilo.

Conservo gratitud imperecedera a los fundadores de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, y cuando pude demostrarlo lo hice. Por gestiones mías el Ayuntamiento de Madrid construyó un local para clases, ampliadas y perfeccionadas con material gráfico de que nosotros no pudimos disponer. Pedro Rico, alcalde de la capital de España, inauguró esos locales en presencia de dos alumnos fundadores y concejales al mismo tiempo: Cayetano Redondo y yo. La inscripción “García Quejido” figuraba en la fachada de ese edificio, y en el interior, una fotografía del fundador adornaba los talleres.

La gestión de García Quejido al frente del Arte de Imprimir no fue tranquila para él. Cada trimestre se reunía la junta general y en ella siempre salía a relucir un viejo resquemor, alguna rencilla trasnochada, un anarquista que rememoraba luchas de antaño, chinchorrerías que sufría mal, y al repelerlas, multiplicaba el número de sus adversarios. ¡Le era tal difícil llevar la corriente y conservar la serenidad! Hubo, sobre todo, un capítulo en una Sociedad de resistencia al capital en que la suerte no le acompañó: no recuerdo que el Arte ganara ninguna huelga durante los años que ocupó la presidencia. La última, muy importante, la [309] de Rivadeneyra en 1909, también perdida, acabó por quebrantar su espíritu. Para ganarla, Quejido, en colaboración con las Sociedades hermanas complicadas en el movimiento, echó mano de los procedimientos más comprometedores, los que había combatido toda su vida. Gervasio, afiliado a la Sociedad *El*

Trabajo, —a él se refiere en la carta que me remitió a la Cárcel Modelo el 31 de diciembre de 1911, reproducida por separado—, cayó preso y sufrió condena por haber arrojado vitriolo a la cara del maquinista de la *Gaceta*, esquirol en la imprenta de Rivadeneyra. Es decir, ni el sabotaje dentro de los talleres —que le [*sic*] hubo— ni la violencia contra los traidores a la huelga, ni siquiera la intervención de varios casos de mujeres previamente adiestradas, sirvieron para resolver aquel conflicto. Hasta Pablo Iglesias defendió a los huelguistas ante el Tribunal de Conciliación. Todo fue inútil. El Gobierno echó el resto en favor del gerente de Rivadeneyra, presidente de la patronal, que convirtió aquel conflicto en cuestión de amor propio, apoyando su intransigencia en que allí se imprimía la *Gaceta*, órgano oficial del Estado.

Por otro lado, la patronal, en connivencia con algunos afiliados suyos, sostenía un sindicato católico de tipógrafos, establecido en la plaza de la Paja —cuyo nombre fue cambiado por el Ayuntamiento, a propuesta mía, por el del pintor cordobés Julio Romero de Torres, nombre que di también a unos jardines y a un grupo escolar del distrito de La Latina— y se lanzó a fondo contra la Asociación del Arte de Imprimir, facilitando personal en donde surgían huelgas, a veces afrontando conflictos de cierta importancia. Con mayor satisfacción se prestó a ello en el caso de Rivadeneyra, por la sencilla razón de que en esa imprenta la estabilidad en el empleo y los salarios eran superiores a los de otras imprentas, precisamente las que ocupaban a los amarillos, que ni eran tipógrafos ni católicos, sino una colección de degenerados, salvo excepciones que podían contarse con los dedos de una mano.

Otro problema surgió en la actuación de Quejido: el descanso dominical en la prensa. Nuestra aspiración era conseguir el descanso semanal [310], pero el texto de la ley estaba perfectamente claro: hasta las corridas de toros fueron suprimidas y las tabernas cerradas en domingo. Una verdadera catástrofe para la chulería matritense, explotada por las plumas de Pedro de Répide y Mariano de Cavia, quien llegó en aquella ocasión a lamentables excesos de populachería. Los tipógrafos de periódicos, hasta entonces, trabajaban los siete días de la semana, percibiendo, por tanto, salario superior al del resto de sus colegas, que sólo cobraban seis días semanales. Al no aparecer los periódicos en domingo perdían el jornal correspondiente a ese día. ¿Cómo evitarlo? Por fin, se obtuvo el descanso semanal, sin que los periódicos dejaran de aparecer un solo día, como pedían las empresas, encontrando ocupación buen número de tipógrafos en los puestos de corretornos, al obligarse al personal a descansar un día a la semana, sin pérdida del salario. Todo ello culminación de una obra de tenacidad, paciencia y habilidad.

Durante la larga etapa de García Quejido no falté a ninguna junta general, mi voto siempre estuvo al lado de la gestión de la Junta directiva, y no pedí la palabra ni intervine en ninguna discusión de tantas y tan apasionadas como presencié. Me limité a ver, oír y aprender, no creyéndome con categoría para ocupar cargos en la Asociación, donde abundaban las lumbreras del proletariado matritense. Aparte Pablo Iglesias, Matías Gómez Latorre, Baldomero Huetos, Julián Aguilera y Antonio García Quejido, ocuparon ese cargo Toribio Pascual, Antonio Atienza, Mario Anguiano, José Cernadas, Ramón Lamonedá, José Rodríguez Romero, Antonio Muñoz, Tomas España y Aurelio de la Riva, entre otros.

Mientras el domicilio social del Arte de Imprimir estuvo en la calle de Relatores, las asambleas fueron presididas con frecuencia por Gómez Latorre. En la Casa del Pueblo fui yo quien ocupé ese puesto —poco agradable, por cierto— mayor número de veces; formé parte de

Comisiones de huelga del oficio y representé a la Asociación en varios Congresos de la Federación Tipográfica presidiéndolos casi siempre. [311] La Federación Tipográfica no perteneció sino esporádicamente a la Internacional de esa rama porque le era imposible aportar las elevadas cotizaciones que regían en aplicación de la base múltiple con carácter internacional. No obstante, hubo un breve período en que se dio de alta en ella, y por entonces la representé en un Congreso reunido en La Haya.

García Quejido, deseoso de que los beneficios de la base múltiple, que habían comenzado a aplicarse en Madrid se extendieran a provincias, expuso estas ideas en asamblea extraordinaria del Arte, que las aprobó, designándole delegado suyo ante el Congreso tipográfico reunido en Valladolid en 1911. Produjo allí excelente impresión un discurso suyo en este mismo sentido y para que articularan el proyecto correspondiente, a fin de someterlo a las Secciones, quedo nombrado presidente de la Federación Tipográfica, actuando de secretario Julio Fernández L. de Guevara, muy identificado con Quejido.

Abramos un paréntesis para resumir brevemente la fecunda vida sindical y política de este tipógrafo. Nació en Madrid el 28 de noviembre de 1874 e ingresó en el Arte de Imprimir el 36 de octubre de 1891, esto es, comenzó sus actividades en nuestras filas en una edad poco corriente para que los jóvenes se interesasen en cuestiones sociales y políticas. Su actuación fue intensa, desempeñando toda suerte de cargos relacionados con las artes gráficas especialmente. La Unión General le nombró representante suyo en el Consejo de Administración del Monte de Piedad, donde tuvo ocasión de relacionarse con delegaciones de otras clases sociales en la etapa republicana. Terminada la guerra civil en libertad vigilada después de haber estado preso muchos meses, ocupó puesto de corrector de pruebas en la imprenta de Rivadeneyra, hasta alcanzar la jubilación reglamentaria. Atacado de parálisis, sin familia, fue admitido en una residencia de ancianos regida por religiosas, merced a gestiones efectuadas por un señor con quien se relacionó en el Monte [312] de Piedad, y a quien, en momentos de peligro para él, ayudó cumpliendo deberes de humanidad. El benefactor y las religiosas conocían las ideas socialistas de Guevara y se las respetaron hasta el último momento. Falleció el 31 de agosto de 1964, y de aquella residencia salió su cuerpo al día siguiente hacia el Cementerio civil, donde reposa en la misma tumba en que ya estaban su madre y su esposa, los dos amores de Guevara, que no conoció hijos. Al fallecer ostentaba el número uno de nuestras organizaciones. Merecen nuestra gratitud quienes se condujeron humanamente con él en el ocaso de su vida que Guevara consagró a los ideales de Pablo Iglesias.

Reanudando el hilo de la Federación Tipográfica, digamos que ésta no pudo actuar con regularidad porque Canalejas, jefe del Gobierno en 1911, clausuró durante once meses la Casa del Pueblo de Madrid y persiguió a las organizaciones obreras de toda España, que le combatieron duramente por su nefasta gestión. Hasta diciembre de 1912 no fue posible publicar los planes federativos a base múltiple; ideados por García Quejido, y seguidamente comenzaron las amargas para el eterno innovador. Los afiliados al Arte de Imprimir, que le habían aplaudido al concluir su discurso exponiendo las modalidades de la base múltiple a nivel nacional, y que le nombraron delegado suyo para el Congreso de Valladolid por una minoría mínima —¡un voto!— rechazaron el proyecto que había de ser discutido en el inmediato Congreso. ¡Cómo recuerdo la asamblea reunida con este objeto en el Coliseo Imperial! ¡Qué revueltos y envenenados andaban

los espíritus!

García Quejido dimitía. El Congreso que debería haber examinado el proyecto reformador quedó extramuros, y el nuevo Congreso, el XIII de la Federación, reunido en Madrid en junio de 1915, no se decidió a tomar en firme ninguna decisión, porque la Sección más fuerte de la Federación, la de Madrid, seguía perturbada. Era muy cierto que García Quejido, sin desearlo, levantaba tempestades de odios. Un grupo de tipógrafos socialistas –Atienza, Núñez Tomás, Toribio Pascual, Guevara, [313] entre otros– creó un periódico decenal titulado *El Obrero gráfico*, defensor de la táctica tradicional del Arte de Imprimir. Coincidió la aparición del periódico con el triunfo electoral de Pablo Iglesias como diputado a Cortes por Madrid en 1910. El grupo editor propuso recaudar fondos para erigir un busto del *Abuelo* que ornara el salón de actos de la Casa del Pueblo. Triunfante la iniciativa, se celebró una velada para inaugurarlo. En ese decenal aparecieron artículos defendiendo el proyecto de base múltiple ideado por García Quejido firmados por Félix Galán Eguizábal. Era la primera vez que sonaba ese nombre entre nosotros. En las listas del Arte de Imprimir figuraba desde 1903, en que entró en el *Heraldo* como atendedor de García Quejido; pero ni pertenecía al Partido Socialista ni era tipógrafo, sino un oficinista descabalado, a quien abrieron un hueco en la Imprenta del *Heraldo* por presiones cerca de la gerencia. Para desempeñar la plaza de atendedor era forzoso que el interesado perteneciese al oficio y, a ser posible, pudiera sustituir al corrector en ausencias o enfermedades. Galán no reunía esas cualidades. No obstante, se consolidó en el puesto, merced a sus hábitos de hombre serio y pundonoroso.

Agradaron sus trabajos en *El Obrero gráfico*, y fueron editados en un folleto para divulgar nacionalmente entre los profesionales las excelencias de la base múltiple: subsidios por paro, despido injusto, huelga reglamentaria, prisión, invalidez, defunción y viáticos. Seguramente influyeron en el resultado porque se celebró un Congreso extraordinario en Bilbao en 1916, y durante una semana se estudiaron todos los aspectos que representaba una modificación tan radical, adoptándose el plan por gran mayoría. En este Congreso, García Quejido, que volvió a representar a la Sección madrileña, resultó elegido presidente, y con él, como secretario, Félix Galán. Era su primer cargo en la organización obrera, de muchas campanillas para hombre tan poco experimentado. En efecto, no duró en el Comité de la Federación ni volvió a desempeñar cargos. Se declaró una huelga en la imprenta del *Heraldo*, y Galán, aun conociendo [314] su situación de inferioridad respecto al conjunto del oficio, con muchos años sobre sus hombros, no vaciló; perdió el puesto, exponiéndose a sufrir infinitas calamidades. Por entonces Fabra Ribas se trasladó a Madrid –había vivido muchos años en el extranjero– y aquí editó *La Internacional*, semanario que recordaba al que con igual título fundó en Barcelona en 1908 y del cual fui corresponsal en Madrid. A indicaciones de García Quejido, ahí encontró una retribución como administrador del periódico dirigido por Fabra Ribas, a quien, al pasar poco después a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista con García Quejido, nombraron administrador de *El Socialista* el 6 de mayo de 1920. Le dio posesión Francisco Núñez Tomás, que ejerció ese y otros cargos en nuestro diario sin remuneración ni gratificación de ninguna clase durante larga temporada.

La gestión de Galán, Fabra Ribas y García Quejido en la Comisión Ejecutiva y en el diario fue catastrófica. Los dos últimos quedaron eliminados, por razones diferentes, cuando la escisión

comunista de 1921, y la Comisión Ejecutiva de que yo fui secretario y subdirector de *El Socialista*, con Iglesias director en dicha fecha, se encontró con el difícil problema de Félix Galán, el menos responsable de aquella hecatombe. Respetarle en su trabajo era un caso de humanidad, no de necesidad. Seguiría de administrador y en ese cargo siguió durante los diez años en que yo estuve en la calle de Carranza, 20, entre miserias y angustias, hasta salvarlo todo y montar imprenta propia. Para recomendar esta solución tuve otra razón, que expuse a mis compañeros de Ejecutiva. Con Galán trabajaba de contable en la etapa de Fabra Ribas y García Quejido un cuñado mío, Manuel Rojo, con una modesta gratificación. Era éste quien llevaba la administración, mientras Galán se limitaba a cobrar, pagar, firmar la correspondencia y llevar el diario, porque desconocía la partida doble, sin tener noción suficiente de la vida interna del Partido, en el que hacía poco había ingresado, ni planes de ninguna clase para afrontar la grave situación económica. Galán agradeció nuestro gesto confirmando en sus funciones –temió verse suplantado por mi cuñado, cuyas [315] cualidades reconocía–, levantando su moral, siempre baja. Escarmentado por lo acontecido, la administración, de hecho, la llevé yo, limitándose él a secundar mis planes. Tenía hábitos de oficinista puntual, pundonoroso, servicial, pero nada más. Para estimularle, le organicé varias excursiones de propaganda con el pretexto de los Comités paritarios, saliendo airoso de su misión, y publicando con ese motivo una serie de artículos en el diario. Hice de él otro hombre. Llegó la guerra civil. Galán y Manuel Rojo seguían en la Administración del diario. Yo, que había reunido a mi familia en Valencia, donde era director general de Aduanas y subdirector del Banco de Crédito local de España, reclamé la presencia a mi lado de mi cuñado, a quien entregaron un certificado elogioso de su gestión al frente de los servicios de contabilidad del diario.

Galán continuó en la Administración durante el angustioso periodo de la lucha, con un Madrid asediado por el fascismo. En demanda de ayuda oficial para adquirir papel –*El Socialista* era entonces uno de los periódicos de mayor tirada– tuve precisión de recurrir al ministerio de Hacienda. Nos vimos en mi despacho, recordando escenas inolvidables. Ayudé a Galán en sus gestiones todo cuanto pude y se reintegró a su puesto en la capital de España junto a su esposa y su hija soltera. Estaba agotado, sin ilusiones. Por respeto a su memoria me abstengo de reproducir el diálogo que mantuvimos. Aquellos instantes fueron de intensa amargura para él. No volvimos a vernos. En su casa, después de haber estado preso algún tiempo, calle de Toledo, 2, falleció en marzo de 1949. Tuve ocasión de conocer bien a Galán: no fue nunca feliz.

Retrocedamos unos años. ¿Qué hacía, entretanto, García Quejido? Implantó, en efecto, la reforma de la Federación Tipográfica, convertida [316] por él en Federación Gráfica Española, al extender sus funciones a las diversas ramas de la industria. El último número de la *Unión Tipográfica*, creada en Barcelona en 1883 por Toribio Reoyo, apareció en Madrid en septiembre de 1916, y el primero de *El Obrero gráfico*, título cedido por sus fundadores, en enero de 1917. El 1º de enero de 1918 comenzaron a funcionar los servicios de la base múltiple con caja centralizada, insinuándose sus aciertos y sus errores. El XIV Congreso de la Federación Tipográfica y primero de la Federación Gráfica Española se reunió en septiembre de 1918 en Zaragoza. Allí fue reelegido García Quejido presidente y Ramón Lamonedá, secretario, pero no aceptó el cargo. Su negativa dejó decapitado el nuevo y complicado organismo, cuyos enemigos seguían implacablemente las vicisitudes de la reforma. Al aplicar los diversos aspectos de la base múltiple,

los comités de la Federación tuvieron que aumentar las cuotas que abonaban los federados para reducir el déficit. La base múltiple era una bandera social, notorios sus beneficios; pero los cálculos y previsiones resultaron fallidos. Sin trabajo en la imprenta por la huelga perdida en *Heraldo de Madrid*, García Quejido aceptó un puesto de auxiliar retribuido en la propia Federación Gráfica, inferior a sus méritos y a su historia, incompatible con su carácter independiente. No duró allí tampoco.

[317] *García Quejido, concejal*

La situación de España en diciembre de 1909 era explosiva. Acababa de caer Maura, expulsado del Gobierno que presidía por la política liberticida que había desarrollado, agravada por la colaboración del fatídico Juan de la Cierva, su ministro de la Gobernación. En los fosos de Montjuich, entre otros, quedó fusilado Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, y en África la guerra del Rif costaba ríos de sangre y millones de pesetas. Como réplica a tan nefasta gestión, formose la Conjunción Republicano-Socialista, obligada a improvisar una campaña electoral de carácter municipal –12 de diciembre de 1909– en que, por vez primera, iban juntos republicanos y socialistas. Aquello era un acontecimiento de tal magnitud que el pánico llegó al Palacio Real, cuyos moradores desconfiaban de Segismundo Moret, presidente del Consejo de Ministros, aunque por poco tiempo.

Hubo relativa normalidad en Madrid en las elecciones, triunfando dos socialistas de los cuatro que figuraban en candidatura, Vicente Barrio, por el distrito de Chamberí, con 3.388 votos, y Antonio García Quejido por el de Universidad, cuyo resultado electoral fue como sigue: Rozalem, republicano, 4.058 votos; García Quejido, 3.691; Felipe González Rojas, liberal, patrono gráfico que tuvo actuaciones de carácter social, 2.592. Quedó derrotado Manuel Linares Rivas, conservador, más apreciado como autor dramático que como político. Barrio y García Quejido tomaron posesión de sus cargos el 1º de enero de 1910, dejando de ser concejales Pablo Iglesias y Largo Caballero, al cabo de cuatro años de actuación, por impedir la ley electoral en Madrid la reelección hasta transcurrir, como mínimo, otro período igual. García Quejido era corrector de pruebas en la imprenta del *Heraldo*. Los días en que actuaba en el Ayuntamiento percibía su salario de la tesorería de la Agrupación Socialista, según se había hecho con Largo Caballero en el período anterior. Durante parte de su mandato concejil, José Francos Rodríguez fue alcalde de Madrid, dándose el caso de que al mismo tiempo dirigiese el diario donde [318] García Quejido trabajaba. Su gestión fue seria, eficaz, honesta. Estudió los presupuestos municipales y propuso sustituir el impuesto de Consumos odiado por el vecindario, por otros menos antipáticos. Censuró la gestión de Romanones, alcalde que en una etapa suya regaló varios millones a la Compañía del Gas de Madrid. Su propuesta de tributación sobre incremento del valor del suelo sirvió de base al Municipio para crear el impuesto de plusvalía. Para implantar ese impuesto, el Municipio comenzó por formar un índice de valores del suelo, que se aplicaba en las transacciones. La Cámara de la Propiedad, que tenía varios vocales en la Comisión de Ensanche, con iguales derechos que los concejales elegidos por sufragio universal –ni la República suprimió ese privilegio disfrutado por los propietarios de Madrid y Barcelona–, consiguió una representación en la Junta Municipal de Plusvalía, en iguales condiciones que los concejales, consolidando ese abuso. En las Comisiones de ensanche de Madrid y Barcelona durante años se

cometieron inmoralidades de tal magnitud que en Madrid fue a la cárcel un alto empleado de esa Comisión cogido en uno de aquellos chanchullos. Posteriormente fui presidente de las Comisiones de Hacienda, Ensanche y Plus Valía, consiguiendo centuplicar la recaudación y cortar toda suerte de inmoralidades. Debo decir que obtuve el concurso incluso de los representantes de la Cámara de Comercio porque mediante mi gestión los propietarios se beneficiaban de la urbanización que estaba obligado a hacer el Ayuntamiento, levantando el valor de sus terrenos, pero no se veían obligados a repartir ese beneficio con funcionarios y concejales. En cambio, en recompensa de esa honesta gestión municipal aceptaban sin pleitos enojosos los valores municipales y a veces cedían terrenos gratuitamente al Ayuntamiento, que en algunos casos sirvieron para construir grupos escolares. No todos los capitalistas estaban ansiosos de lucro, y alguno, como López Rumayor, concejal en una etapa conmigo, que hizo donación de terrenos al Municipio, a la hora de morir, con régimen franquista, en su testamento dejó [319] algunos millones de pesetas para instituciones benéficas.

Al principio de mi entrada en el Ayuntamiento elegido por el distrito de la Universidad, la casualidad hizo que una tarde me encontrara con García Quejido, los dos camino de la Casa del Pueblo. Hablamos de problemas municipales, tema de actualidad para mí, y como García Cortés era concejal socialista conmigo –lo había sido años atrás con Barrio y Quejido– éste me advirtió que no me fiara de él, porque era un... immoral. La frase que pronunció fue mucho más dura. Me quedé de hielo. García Cortés había sido en mi juventud uno de los socialistas en quienes puse mayores ilusiones. Lo cierto es que desconfié un tanto de los informes de García Quejido, a quien consideraba influido por Morato, y éste era públicamente enemigo de García Cortés. Por otra parte, García Cortés estaba casado y con siete hijos, viviendo con la incertidumbre de casi todos los periodistas que dependían de periódicos burgueses. Andando el tiempo se presentó una ocasión de extrema gravedad para él. Cuando escribo estas páginas acaba de fallecer el correligionario madrileño, con cerca de noventa años, que un día vino a decirme: “Conozco un señor que me ha asegurado te ha dado tres mil pesetas a cambio de una credencial. Trabaja en un servicio que tú diriges como concejal y te puedo dar el nombre”. Naturalmente, quien me informaba estaba convencido de la falsedad de la denuncia, pero deseaba averiguar su origen. Fuimos en el acto a ver al empleado municipal al sitio donde prestaba servicio, pidiéndole me enseñara la credencial –estaban obligados a llevarla siempre y mostrarla a los concejales en caso necesario–, viendo figuraba gestionada por un alto funcionario municipal llamado Saborido. Entonces le pregunté si me conocía, respondiendo que no, y haciéndole notar que ese nombre no era el mío, explicó su confusión diciendo debía la credencial a García Cortés, y al leer sin fijarse bien, el apellido que aparecía como gestor, según le dijo García Cortés, supuso era yo.

[320] Manuel Saborido era un alto empleado del Ayuntamiento, muy amigo de Mañas, contador municipal, y de García Cortés. Esto era público. Los tres anduvieron mezclados en este negocio, de proporciones muy limitadas, pero incompatible con la moralidad públicamente reconocida de los concejales socialistas. ¿Quién se había quedado con las tres mil pesetas que costó esa credencial? Eso es lo que yo intenté saber, llevando el asunto ante la Agrupación Socialista Madrileña. García Cortés se defendió diciendo que, sin su conocimiento, su esposa había pedido a Mañas, de quien eran amigos, esa credencial para el portero de la finca donde vivían, y que Mañas se había valido de Saborido para obtenerla, sin que hubiera habido entrega

alguna de dinero. El asunto estaba demasiado claro, pero intentar probar los hechos obligaba a indagaciones impropias de un organismo como el nuestro. Por otra parte, el interesado echaba la culpa a su esposa, y a ésta no se le podía exigir responsabilidad alguna. Hasta el empleado municipal hubiera negado los hechos, ya que constituían motivo más que suficiente para dejarle cesante y acusarle ante los tribunales. Seguro de que en la Agrupación Socialista estaba liquidado definitivamente, García Cortés se unió poco después a los partidarios de Moscú, y con otro concejal socialista –Antonio López Baeza, también periodista– formaron minoría comunista para intentar pasar como radicales extremistas, aunque entre bastidores se entendían con los caciques municipales testaferros del conde de Romanones, con quienes estaban de acuerdo desde hacía mucho tiempo: García Quejido tenía, pues, razón. García Cortés era un inmoral; pero ambos figuraron en el partido comunista en 1921, aunque los dos por poco tiempo y sin que yo intente equipararlos desde ningún punto de vista.

Barrio y García Quejido, siendo concejales –1910-1914– se hicieron unos modestísimos hoteles en los alrededores de la Dehesa de la Villa, inmenso bosque cedido por el Estado al Ayuntamiento. No estaba hecha debidamente la delimitación de terrenos, puesta en litigio desde tiempo inmemorial. A pesar de conocer el problema, Cristóbal Mañas, contador [321] de fondos municipales, hombre inteligentísimo, de inmensa influencia en los “asuntos” municipales y muy relacionado con Romanones desde que fue alcalde de Madrid, se hizo construir en el mejor sitio una magnífica residencia. Con ese motivo, el de habitar allí Mañas –los concejales socialistas se instalaron después–, el Ayuntamiento llevó los servicios de alumbrado, agua, pavimentación, limpieza, todo lo necesario. Desde luego, el caso produjo escándalo. La minoría republicana fue la primera en exigir se hiciera la delimitación de terrenos, como cuestión previa. Delgado Barreto, tan excelente periodista como hombre de dudosa conducta, manoseó los flecos del expediente llamado de la Dehesa de la Villa –porque hubo expediente, con centenares de páginas, nunca terminado dada la complejidad del problema–, por odio a los concejales socialistas, contra los cuales ni él se atrevió a formular cargo alguno, pero envolviéndoles caprichosamente en el supuesto negocio.

Largo Caballero, persuadido de que no podía acusársele de inmoralidad ni de beneficio ilícito en construirse un hotelito, tan simple como los de Barrio y García Quejido, lo hizo así, y allí trasladó su domicilio. A pesar de que no era concejal, la campaña se extendió contra él. Hasta la asamblea de la Agrupación Socialista llegaron las salpicaduras, aunque no hubo sanciones contra los concejales ni contra Largo Caballero. Era imposible probar que los terrenos en litigio pertenecieran a la Dehesa de la Villa; pero, en cambio, estaba claro que se había abierto y urbanizado una calle que sólo tenía algunas viviendas en su lado izquierdo –la derecha lindaba con la Dehesa de la Villa– que pertenecía a funcionarios municipales, concejales y ex concejales. En contrapartida, los servicios municipales allí prodigados faltaban en otras vías públicas de más denso vecindario, donde no vivían personas de influencia política. No hubo sanción, repito. No obstante, aquellos debates quebrantaron amistades de recio abolengo, jamás reanudadas con la fraternidad de antaño. Como nunca faltan suspicaces, advertiré que en aquel litigio no intervine en ningún sentido, ni yo [322] era concejal aún, ni pensaba serlo. ¡Bien sacaron a relucir, cuando les convenía, el expediente de la Dehesa de la Villa ciertos sujetos nada recomendables!

Pasaron los años. La Cooperativa de Casas Baratas Pablo Iglesias, de la Casa del Pueblo, en

cuyo comité no figuraba ningún concejal ni ex concejal, construyó una colonia de casas baratas al final del barrio de la Prosperidad, terrenos enclavados en Chamartín de la Rosa todo ello con arreglo a la ley de Casas Baratas. La urbanización de la calle principal estaba hecha hasta donde finalizaba Madrid, pero no había servicios de ninguna clase en las calles correspondientes a esa colonia obrera que, repito, no dependía en nada del Ayuntamiento de Madrid, ni disfrutaba favores ni servicios del de Chamartín. En algún diario derechista surgieron insinuaciones malévolas contra los socialistas por habitar en esa colonia; pero la campaña nació muerta. Yo no vivía allí entonces; vivían, en cambio, camaradas nuestros que fueron concejales años después de haberse inaugurado la colonia de la Ciudad Jardín. Uno de los que allí vivían renunció a seguir y la casa que quedó libre me tocó en sorteo. Pero vivir allí entonces no era tener suerte ni mucho menos; el tranvía no pasaba del final que tenía entonces la calle de López de Hoyos, el agua de la barriada era de Santillana, impropia para el consumo, los alrededores un foco de infección, sin servicio regular de recogida de basuras... ¡Una verdadera delicia! Con la República pertenezco al Consejo de Canales del Lozoya en representación del Ayuntamiento –cargo que era entonces honorífico, sin dietas de presencia– y cuando salí de ese organismo la barriada donde yo vivía siguió sin tener agua del canal de Lozoya. No hubo ni el menor pretexto para levantar una campaña contra los socialistas.

Retrocedamos otra vez. El 5 de febrero de 1922 –vivía yo aún en la calle del Prado, número 13– se celebraban elecciones municipales. Al tratar entre varios camaradas de los posibles candidatos socialistas surgió el nombre de Largo Caballero, que ya lo había sido en 1906. Los [323] comunistas acababan de dividir el Partido Socialista y esgrimían toda suerte de infamias en contra nuestra. Lucio Martínez y yo, preocupados, al salir de la Casa del Pueblo una noche, decidimos acompañar a Largo Caballero hasta el tranvía que le había de llevar a su domicilio, en la Dehesa de la Villa. Con toda franqueza le invitamos a que rechazara su candidatura –se hablaba de presentarle por el distrito de Chamberí, donde creía reunir simpatías por haber residido en aquel barrio durante algunos años–, sí se formalizaba la corriente que existía en ese sentido.

- ¿Qué temen ustedes que ocurra? nos preguntó Largo Caballero.

- Primero, que sea una lucha estéril para usted, ya que sin alianza con los republicanos y con la división comunista, la victoria es imposible. Tememos que con ese pretexto resurja la campaña por lo de los “hoteles” de la Dehesa de la Villa, que en este caso haría daño a su candidatura, sin beneficio para usted ni para las ideas.

- Yo no temo esa discusión. Que la afrente el que se atreva.

- Conocemos su posición. Pero hoy García Quejido ya no vive en la Dehesa de la Villa, ha dejado de ser enemigo. Barrio, enfermo, casi apartado de la lucha, no suscita enojos. Contra usted irán los tiros.

- Agradezco la gestión de ustedes, pero no tengo miedo al debate dentro o fuera del Partido.

Nuestra misión terminó ahí. ¿La agradeció de veras el interesado? Fue candidato a concejal por Chamberí con otros dos compañeros. Lo fue con nuestros votos dentro de la Agrupación Socialista y con nuestro apoyo en la calle, sin vacilaciones. Pero no triunfó ni por la minoría, y salió, además, en último lugar. Lo teníamos descontado.

En 1923 el general Primo de Rivera, de acuerdo con Alfonso XIII, dio un golpe de Estado. En sus primeros pasos enarboló como pretexto la bandera de la moralidad. ¡Guerra al caciquismo!, gritó, y hasta donde pudo desmontó los tinglados que los monárquicos utilizaban para galvanizar el régimen. Aquella bandera prejuizgaba la liquidación de la dinastía. Se suicidaron alcaldes y funcionarios municipales sorprendidos [324] con las manos en la masa. Muchos fueron procesados y encarcelados. Sus jefes respectivos se apartaron de las instituciones, sin gallardía y sin autoridad. La inspección ordenada por el general Primo de Rivera puso de relieve un hecho: la moralidad de los socialistas en las corporaciones públicas. Ni uno solo fue inculpado. Hubo inspección a fondo, con aviesas intenciones, en el Ayuntamiento de Madrid. Fui requerido por el Juzgado Militar instalado en el Gobierno Civil para que concretara y ampliase denuncias que había hecho en el Ayuntamiento contra funcionarios y concejales, que se encontraban en la Cárcel Modelo a consecuencia de las mismas, debidamente comprobadas por el juez militar. A sus requerimientos, en sustancia, dije lo siguiente: “Señor juez, todo lo que usted ha leído como dicho por mí, tomado del libro de actas del Ayuntamiento, lo mantengo en absoluto. Pero no me pida, por favor, que amplíe ni colabore con su misión, cuando he sido despojado ilegalmente de mis cargos de concejal y diputado a Cortes. Restablézcanse las garantías constitucionales, y reintegrado al Parlamento y al Municipio, frente a los hoy encarcelados, dándoles medios de defensa, mantendré eso y mucho más. En tanto estén en prisión y yo despojado de los cargos que debo al vecindario madrileño, me niego en absoluto a intervenir en estos sumarios. No es un desaire a usted ni a sus funciones. Es un caso de conciencia, de honor, si usted quiere”. El juez militar no insistió, me acompañó hasta la puerta y me estrechó la mano. Por su actitud deduje que opinaba como yo.

En mi interrogatorio no se hablaba para nada de los “hoteles” de la Dehesa de la Villa. Ese expediente afectaba principalmente a quien figuraba como dueño de los terrenos colindantes o pertenecientes al citado bosque. Elementos de la derecha resucitaron el problema, estimulados por el régimen triunfante: era llegado el momento de probar que los concejales socialistas habían construido sus viviendas en terrenos pertenecientes al Municipio. La campaña seguía siendo absurda: si había apropiación indebida los socialistas no se beneficiaban en nada, ya que ante [325] notario habían adquirido sus propiedades. El otro aspecto, el de la urbanización de la barriada, conseguida por Mañas antes de instalarse ellos allí, era un problema moral. El Juzgado nombrado por la dictadura militar que examinó el expediente de la Dehesa de la Villa no encontró a quien procesar. El general Martínez Anido, ministro de la Gobernación, enemigo declarado del Partido Socialista, archivó ese expediente, decretando no había materia de delito. A veces no es nada fácil defenderse de los difamadores. Ya lo hemos dicho: García Quejido abandonó su hogar de la Dehesa de la Villa. Seguramente no quedó satisfecho de lo acontecido dentro y fuera del Partido. No volvió a ser concejal, ni Barrio tampoco.

Del socialismo al comunismo

El 2 de mayo de 1879, en fraternal comida celebrada en una fonda de la calle de Tetuán, quedó constituida –al margen de la ley– la Agrupación Socialista Madrileña. El acta de constitución fue redactada por García Quejido y suscrita además por Pablo Iglesias. Nombrada una comisión para recaudar fondos con destino a la publicación de un semanario, García Quejido

estuvo encargado de esa misión, con resultados poco halagüeños. No obstante, el 12 de marzo de 1886 comenzó a publicarse *El Socialista*, en cuya redacción figuró en los primeros instantes, abandonando sus cargos en Madrid al trasladarse a Valencia, consecuencia de una huelga perdida en la imprenta de Rivadeneyra, donde García Quejido trabajaba, y serle difícil encontrar puesto en otro taller. En 1897, reintegrado a su puesto de origen en Madrid, fue [326] nombrado secretario del Comité Nacional del Partido Socialista, con Iglesias de Presidente, renunciando a seguir en 1899. En las elecciones generales verificadas el 31 de abril de 1907 la candidatura para diputado a Cortes de Iglesias y García Quejido reunió alrededor de tres mil votos en la capital de España. La Agrupación Socialista de Sevilla, en 1914, formó candidatura para diputados a base de Iglesias, Vera y García Quejido, pero el resultado no correspondió a las esperanzas. En 1919, en alianza con las izquierdas, fue elegido diputado provincial por el distrito Hospicio-Universidad de Madrid. Su mandato duraba cuatro años. Al surgir la escisión comunista en 1921, García Quejido cometió la falta imperdonable, impropia de su historia, de retener un puesto político que correspondía al partido por él abandonado voluntariamente.

Retrocedamos una vez más y veamos lo acontecido en octubre de 1912, en que se reunió el Congreso del Partido Socialista y acordó transformar en diario *El Socialista*, declarando incompatible la presidencia del Comité Nacional con la dirección del periódico, con el pretexto de descargar de trabajo a Iglesias, que desde la fundación desempeñaba ambos cargos. Después de varios tanteos entre bastidores, el Congreso nombró a García Quejido para ese puesto; pero puso tales condiciones que las Agrupaciones, en votación, las rechazaron y dimitió el puesto sin haber llegado a tomar posesión del mismo.

En 1914 estalló la guerra europea que dio la victoria a los países aliados contra Alemania y Austria. La Escuela Nueva, en 1916, organizó una serie de conferencias sobre este tema en la Casa del Pueblo de Madrid. Uno de los disertantes fue García Quejido, quien se mostró [327] pesimista hasta el extremo de creer necesario constituir otro partido obrero nacional a base de intelectuales y hombres de generoso espíritu; combatió a la Internacional Socialista y censuró al pueblo alemán, defendiendo la tesis de combatir contra él con las armas en la mano al lado de los aliados, tildando de cobardes a quienes no sostuviesen esa tesis. Terminó con una frase de Sagasta, tan inoportuna como falsa: “yo caeré siempre del lado de la libertad”. Escuché la conferencia, que fue un fracaso, sin fe en la internacional, en el Socialismo, ni en el proletariado. Con mi firma publiqué un artículo de dura crítica, manteniendo mi posición antimilitarista y contraria a la colaboración ministerial iniciada entonces por algunos partidos socialistas, que García Quejido no censuró. ¡Qué bandazos daba aquel hombre!

Aún los tuvo más espectaculares, más incomprensibles, más contradictorios con lo esencial de aquella conferencia. Veamos. Congreso extraordinario del Partido Socialista –19 de junio de 1920–, minado interiormente por los defensores de la Tercera Internacional. García Quejido, ganado por ellos, es elegido presidente. No interviene en los debates cuando era el momento de hacerlo y defender sus puntos de vista. Hay que nombrar una Comisión que vaya a Rusia a informarse de las condiciones que impone para ingresar en la Internacional Comunista, y él, con sus cuarenta años de antigüedad, la personalidad de más historia ausente Iglesias –Besteiro no era candidato–, no es elegido. Lo fue, en cambio, Daniel Anguiano, desconocedor del movimiento obrero, nuevo entre nosotros, que no conocía idiomas ni había representado al Partido ni a [328]

la Unión General en Congresos internacionales.

Elección de Comisión Ejecutiva. Besteiro, sin ser candidato, triunfa para vicepresidente - Iglesias no era discutido en la presidencia- con 9.090 votos, cifra no alcanzada por la moción de los terceristas. No acepta. No está conforme con los acuerdos del Congreso. Acepta, en cambio, García Quejido, que se ha quedado en 4.104 sufragios, a pesar de haber figurado en candidatura patrocinada por quienes se hacían la ilusión de contar incondicionalmente con los votos de los delegados. Años atrás, recordando el García Quejido del Arte de Imprimir, habría rechazado ese puesto, otorgado en tan precarias condiciones. ¿Qué hace en la Ejecutiva, en el puesto de más relieve? Enemigo de los cargos retribuidos, ocupa uno, al frente de la Editorial Pablo Iglesias, pero no edita absolutamente nada, ni un folleto, porque las 150.081 pesetas destinadas a esa finalidad se evaporan. *El Socialista* tiene un déficit mensual de 14.738,50 pesetas, y entre todos los que intervienen, en sueldos y comisiones, han agotado hasta la última peseta. No tienen ni quien les venda papel. Fabra Ribas, subdirector de *El Socialista*; Galán, administrador; García Quejido, vicepresidente, y Anguiano, secretario, dejan el siguiente balance: 96.366 pesetas en deudas, la mayoría en letras que devengan intereses y 84.000 en incobrables. ¡Una catástrofe!

¿Está informado de esta situación el Partido? No. En el Congreso no se trató más que de la siguiente pregunta: ¿Se aceptan las Veintiún Condiciones de Moscú? Desde marzo de aquel año, un mes antes de la celebración del Congreso, el personal del periódico estaba advertido por aquella Comisión Ejecutiva de que, no pudiendo garantizar los salarios, el diario desaparecería. ¡Y aquellos hombres se preocupaban tan sólo de ingresar en la Tercera Internacional! El 16 de abril de 1921, García Quejido y sus colaboradores dieron posesión de los cargos de la Comisión Ejecutiva y de la dirección de *El Socialista* a Besteiro y a quienes con él íbamos a compartir un largo periodo de reconstitución y de moralización. No volví a ver a García Quejido. Oscar Pérez Solís, [329] el mismo que en el Congreso de la escisión leyó el documento con las firmas al pie, en sus memorias afirma que en los preparativos de aquella maniobra, quien mantuvo la posición más intransigente fue García Quejido. La cita, irrecusable, parece increíble. ¿Creyó García Quejido sinceramente —él, que no tenía fe en nada— que el proletariado español se inclinaba por el comunismo moscovita?

Al quedarse sin empleo entre nosotros, encontró ocupación en el estudio del arquitecto Jalvo —entre los fundadores de la Internacional hubo uno con ese apellido, acaso pariente suyo-, georgista, autor de un libro sobre *La cuestión de la tierra y el Banco municipal*. No duró allí. Cecilio Rodríguez, jardinero mayor del Ayuntamiento, cargo que obtuvo cuando García Quejido fue concejal, costeó la edición de su libro *Ensayos de economía social*. No se vendió. Por fin, retornó a la imprenta, nuevamente de corrector de pruebas, con cerca de setenta años. ¡Qué triste todo ello! Los comunistas se han envanecido, en publicaciones cuajadas de datos falseados y calumniosos, de la adquisición a su causa de Antonio García Quejido. La verdad es que ni ellos le hicieron caso, ni García Quejido creyó en el comunismo de la Tercera Internacional. ¡Si hasta llegó a decir que el régimen de Rusia era la dictadura contra el proletariado!

El 29 de abril de 1923 se celebraron elecciones generales, las últimas de la monarquía alfonsina. Hubo lucha dura y difícil en la capital de España, donde el Partido Socialista presentó batalla solo contra todos. Por primera vez vencimos en Madrid. Aquello asusto al rey y precipitó la implantación de la dictadura de Primo de Rivera. He aquí el resultado en las urnas: Candidatura

socialista: Besteiro, 21.417 votos; Iglesias, 21.341; Cordero, 21.074; Saborit, 19.797; Fernando de los Ríos, 19.793; Largo Caballero, 18.620. Candidatura comunista: Vihuela, 2.476 votos; Pérez Solís, 1.618; Núñez de Arenas, 1.548; Lamonedá, 1.451; García Quejido, 1.363, y Acevedo, 1.335. El resultado debió hundir en la amargura a García Quejido. Nacido en Madrid, iniciador del Partido [330] y de la Unión General, concejal, diputado provincial, con más de cuarenta años en las filas proletarias... ¡y dentro de su nuevo grupo político aparecía en penúltimo lugar con una cifra irrisoria! Los comunistas sólo obtuvieron una satisfacción: derrotar a Largo Caballero. Toda la campaña la hicieron contra él y contra mí, que llevé el peso de aquella batalla electoral, como reconoce La Cierva en sus Memorias. Nos odiaban. En la candidatura comunista figuraba José María Viñuela, condenado a reclusión perpetua en el Dueso. No era socialista ni comunista, aunque simpatizaba con los ferroviarios de la UGT de la línea León-Gijón, que en Busdongo tenían frecuentes reuniones en una modesta casa de comidas, propiedad suya. Con motivo de la huelga de agosto de 1917, surgió discusión violenta entre varios reunidos en la taberna de Vihuela, quien tuvo la desgracia de herir a un esquirolo del Norte, que falleció a consecuencia de aquella riña. En Asturias especialmente surgió un movimiento de solidaridad en favor de Vihuela que cristalizó en hacerle candidato a diputado a Cortes conmigo en las elecciones de diciembre de 1910. Conseguí que triunfara su candidatura con la mía, pero la Comisión de Actas del Congreso de los Diputados anuló la suya, corriendo la escala de la votación, adjudicando el acta al candidato reformista. El resultado estaba previsto. Se trataba de promover un movimiento de opinión en favor de Viñuela, no de llevarle al Parlamento. En las elecciones siguientes, los comunistas asturianos le presentaron candidato frente a Teodomiro Menéndez y a Manuel Llancea, saliendo elegido éste por pequeña diferencia sobre Teodomiro. Viñuela no obtuvo apenas votación, repitiéndose el fracaso sufrido en Madrid. Cumpliendo un deber de solidaridad, le visité en el Penal del Dueso e hice, dentro y fuera del salón de sesiones del Congreso de los Diputados, infinitas gestiones en favor de la liberación de Viñuela. Resultado de esta labor, el Gobierno de Primo de Rivera le otorgó el indulto del resto de la pena el 27 de noviembre de 1928. Por haberle utilizado como bandera [...] ²² los comunistas retrasaron el momento de su liberación, haciéndole pasar [331] por lo que no era ante los que tenían la facultad de liberarle. García Quejido puso prólogo a un libro de César R. González, también comunista entonces, aunque tampoco duró en ese campo, regresando al del Socialismo.

El hombre

Puede afirmarse que la simpatía personal no entraba entre los rasgos característicos de García Quejido. Di mi voto para nombrarle presidente del Arte de Imprimir en 1904 —la primera vez que ocupó ese cargo— y seguí haciéndolo en las posteriores en que hubo de ser reelegido reglamentariamente por alguna de sus genialidades. Puedo asegurar que desde 1902 no falté a ninguna junta general del Arte y que en todas ellas aporté mi voto libremente —entonces no existían las consignas, ni las hubiéramos tolerado— a las Juntas directivas presididas por él, cuya gestión fue verdaderamente insuperable. Asistir a las asambleas de tipógrafos o de la Agrupación Socialista era un regalo del espíritu. Quejido tenía oposición, agrupada alrededor de un minúsculo

²² Palabra ilegible.

grupo de tendencia libertaria, pero las discusiones no degeneraban nunca en disputa personal. Quizá pueda hallarse el origen de su mal carácter y genio fuerte en su infancia de hijo único y mimado con exceso por su buena madre, la señora Cesárea. Es público, en cambio, que no congenió con su padre, el señor Julián, que en política sentía simpatías por el partido federal, el más combatido por los socialistas, en atención a que sus filas se nutrían de trabajadores. Los tipógrafos del *Heraldo* recordaban al padre, en la calle de la Colegiata a la salida del trabajo, disputando ásperamente con el hijo. Falleció en Madrid en diciembre de 1911, cuando Quejido tenía cincuenta y cinco años, de lo que se deduce que el señor Julián estaría cerca de los ochenta.

Félix Galán, que trabajó con García Quejido durante muchos años, se lamentaba de no haber ingresado en el Partido Socialista mientras convivió con él porque siempre le disuadió de hacerlo. Alguna vez he oído [332] decir que sintió celos de Iglesias. No lo creo. Nadie se hubiera atrevido a redactar y publicar una biografía del Abuelo en los términos encomiásticos en que él lo hizo en 1896. Y a cambio de nada, porque ni García quejido era hombre que aceptase favores, ni Pablo Iglesias tenía medios de ofrecerle cosa alguna.

Iglesias firmó el ingreso de García Quejido en el Arte de Imprimir y más tarde le llevó al núcleo fundacional, secreto, de la Agrupación Socialista Madrileña. En la Junta directiva del Arte estuvo al lado de Iglesias y con éste perteneció al Comité de la Federación Nacional Tipográfica. Si se creó la Unión General de Trabajadores en Barcelona fue porque Iglesias puso por condición que García Quejido aceptase ponerse al frente del nuevo organismo. Durante el primer decenio hubo varios Congresos internacionales a casi todos los cuales, con Iglesias, acudió Quejido. Regresado a Madrid, fue secretario del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores con Iglesias. Está claro que éste jamás le puso dificultades, como lo está que García Quejido, por diversas causas, no permaneció nunca mucho tiempo en ningún cargo. El propio Morato, más panegirista que historiador, reconoce que era inconstante, y en otra parte agrega “que su carácter parece una perpetua contradicción”. De eso mismo le acusa Gómez Latorre en el epílogo a *La cuna de un gigante*, sin pretender restarle méritos, tratándole con la debida estimación. Pero así era García Quejido. Tal vez por eso no fue vocal del Instituto de Reformas Sociales, puesto que ocupaba Gómez Latorre, de más antigüedad que él y también de más edad. En cambio, la Casa del Pueblo le nombró vocal de la Junta local de Reformas Sociales y jurado obrero del Tribunal Industrial —este último puesto en candidatura en que yo triunfé igualmente—; pero estos cargos eran inferiores a sus merecimientos y a su preparación. Naturalmente, tampoco perduró en ellos aunque Morato, alterando los hechos, afirma que fue objeto de preterición. García Quejido intervino poco en reuniones de propaganda en Madrid y provincias. Carecía de fe para la propaganda. Era orador, pero [333] más conferenciante que agitador; oyéndole daba la sensación de no tener especial interés en que secundaran sus puntos de vista, como si los tuviera prendidos por alfileres, y no era verdad. Fue socialista desde sus primeros años y actuó a veces con actividad y sobre todo con capacidad. Desapasionado y frío, en general era otro hombre cuando intervenía en debates contradictorios, atacando entonces sin piedad. Consecuentemente, sus enemigos crecían como la espuma. Más de una vez he pensado que fue Morato, con sus desmedidas alabanzas y adulaciones desorbitadas, el principal responsable de las desviaciones sufridas por Quejido en sus últimos años. *La cuna de un gigante*, de Morato, debió ser la historia de la Asociación General del Arte de Imprimir. Lo es hasta cierto punto nada más, porque su autor,

abusando de un acuerdo adoptado en junta general por unanimidad, hizo un libro salpicado de ataques, unas veces velados y otras sin veladura y sin venir a cuento contra camaradas ajenos a las artes gráficas.

La Asociación del Arte de Imprimir, al cumplirse el tercer aniversario de la muerte de García Quejido, le dedicó una velada, interviniendo, entre otros, tres tipógrafos: Antonio Atienza –otro fundador–, Muñoz Giraldos y Ramón Lamonedá, éste recién reingresado en el Partido Socialista. Cuando fui concejal recordé infinidad de veces que él había pasado por el Ayuntamiento de Madrid dejando un escaño limpio de máculas. Allí me senté centenares de veces, siguiendo su ejemplo y el de Pablo Iglesias, tipógrafos como yo. A instancias mías, la Corporación municipal le dedica una calle, un grupo escolar y dio su nombre a la Escuela de Aprendices Tipógrafos, por él creada y que llegó a poseer edificio propio. El 12 de junio de 1927 se extinguió este hombre genial en tantos aspectos. Hubo poco público en su entierro, a pesar de sus merecimientos, que él absurdamente desdibujó. Cecilio Rodríguez, jardinero mayor del Ayuntamiento, cuya plaza se cubrió en época de García Quejido, le dedicó una hermosa corona de flores naturales. Estuvo representado el Arte de imprimir, [334] hizo bien en que así fuera. Hasta el Cementerio civil acompañé sus restos, no sé si en representación del Partido que él ayudara a crear y en el que yo era entonces secretario, o si lo hice como director de *El Socialista*, del cual fue el primer recaudador de fondos antes de su aparición como semanario. Lo más seguro es que estuve allí como alumno fundador de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, por él ideada en 1904. Cumplí con mi deber.

Dos cartas de García Quejido

En octubre de 1910 entré en la Cárcel Modelo por primera vez. No había cumplido los veintiún años. Era presidente de la Juventud Socialista Madrileña y en su nombre me tocó presidir un mitin contra la guerra de Marruecos, en el que intervinieron los siguientes jóvenes socialistas: Fermín Blázquez, Lucio Martínez Gil, Eladio Fernández Egocheaga y Daniel Anguiano, más Pablo Iglesias, diputado a Cortes por Madrid, el único que se libró de ir a la cárcel. Cumplida la pena impuesta por el Consejo de Guerra, salieron a la calle mis compañeros, pero yo me quedé a resultas de otros procesos también por la jurisdicción militar. Estando preso, en el mes de diciembre de 1911, recibí una carta de García Quejido, concebida en los siguientes términos:

“Compañero Saborit: No le extrañe que no vaya a verle. Generalmente, las horas de comunicación son incompatibles con las mías. Además, supongo que seguirá siendo una vez a la semana y durante veinte minutos. Claro que es más propio que ese tiempo lo aproveche la familia. Se me ha presentado una afección a la vista que pudiera impedirme leer; escribo con mucho trabajo. Recuerdos a Mosquera y al albañil. Haga el favor de entregarle la adjunta a Juanito. Suyo affmo, Antonio García Quejido, 31-XII-1911”.

Juanito era Juan Almela Meliá, preso también por la Ley de Jurisdicciones [335], como director del semanario *Vida Socialista*, que había comenzado el aprendizaje de tipógrafo al lado de García Quejido como se relata en otro capítulo. Mosquera era un tipógrafo socialista, como socialista era el albañil que figura en la carta, preso también por un delito social.

El 8 de abril de 1912 recibí la siguiente carta de García Quejido, relacionada con la libertad de otro penado, que carecía de familiares y de amigos que le defendieran, el ciego Simarro, de cuyo caso se habían ocupado los periódicos, por cuestión de humanidad, singularmente Castrovido, en *El País*, diario entonces dirigido por él. Impresionado por el estado de abandono en que se encontraba ese pobre preso informé del caso a García Quejido, solicitando su intervención cerca de Argente, diputado y redactor del *Heraldo de Madrid*. He aquí la respuesta de García Quejido:

“Amigo Saborit: Pregunté al señor Argente en qué relaciones se encontraba con el ministro de Gracia y Justicia para recomendarle el indulto de un individuo que cumplía condena por una cuestión que no era social ni política, y me dijo que buena. Le expliqué el asunto y me indicó que le mandara una nota. Hoy se la he enviado; no sé lo que después hará. Se lo recomendé. Recuerdos a los compañeros y V. mande a su affmo. Antonio García Quejido”.



Un tipógrafo ilustrado

Ilustrado y hasta pudiera haber escrito ilustre, porque, en efecto, lo fue Matías Gómez Latorre, nacido en Jaén el 3 de julio de 1849. Hacia el año 1865, lleno de ilusiones, bien dispuesto el ánimo para triunfar, esbelto y de agradable presencia, Matías entró en una imprenta madrileña como tipógrafo. Quizá lo había sido ya en Jaén. Desde luego, su preparación y el ambiente familiar le daban derecho a mirar el porvenir con optimismo. Época turbulenta la de aquellos días, en que comenzaba a tambalearse el trono isabelino, conspiraban militares y paisanos, se hablaba de libertad y de soberanía nacional y logias y clubs hervían apasionadamente. Ese ambiente repercutió en nuestro héroe, compañero de quienes alternaban la blusa con el fusil. A uno de ellos vio morir defendiendo una barricada el 12 de junio de 1866 en la calle del Espíritu Santo, lugar próximo donde Francisco Mora vivió más de veinte años. Triunfante la Gloriosa, expulsados los Borbones, se hizo miliciano nacional, como lo fue Antonio Riquelme, florón de la escena española y tipógrafo en su origen. Ciertamente sintió simpatías por los dioses mayores de la democracia, algunos de ellos nacidos también en Andalucía, bien servida en famosos políticos de colores antagónicos. La Gloriosa llevaba la impotencia en sus entrañas: echar abajo el trono era fácil; sustituirle resultaba más complicado para quienes disentan en todos los problemas fundamentales, el de la forma de gobierno en primer lugar. Ni siquiera había unanimidad entre los republicanos, divididos en federales y centralistas. Gómez Latorre no se dejó llevar por la corriente.

En 1870, en un cambio de imprenta, frecuentes por la facilidad con que surgían y desaparecían periódicos y revistas, consiguió plaza en el diario carlista *La Fidelidad*, donde trabajaba Pablo Iglesias. Les unía la edad –un año en favor de Matías– y les unió la fe en el porvenir de la clase obrera. Iglesias consiguió que su camarada de trabajo ingresara [337] en la sección de tipógrafos de la Internacional. [...] ²³ sufría las mismas luchas internas que el naciente régimen político. Aquella Sección de Tipógrafos no tuvo vida política ni sindical, aunque pretendía cubrir ambas ramas. Hubo convocatoria para constituir la Asociación General del Arte de Imprimir a base de obreros y patronos. Allí acudió Gómez Latorre, afiliándose, y cuando Pablo Iglesias reingresó, desaparecida ya la Internacional, fue nombrado en 1875 Jurado de la Asociación. Iglesias era ya Presidente. En 1880 fue secretario tercero del Arte y en la huelga general de 1882, como otros camaradas suyos, estuvo varias semanas en la cárcel del Saladero. La historia de aquella huelga de tipógrafos quedó reflejada en el *Boletín* del Arte de Imprimir, de cuya redacción estuvo encargado varios años. Secretario 1º de la Asociación en 1883, sustituyó a Iglesias en la presidencia en 1885, al pasar aquél a ocupar igual cargo en la Federación Nacional del oficio.

Presidente de nuevo en 1887, no aceptó el puesto por escrúpulos. Durante su etapa presidencial, Pauly, fundador del Partido Socialista, de origen internacionalista, tesorero del Arte de Imprimir, cometió un desfalco sin disculpa ni explicación. ¡Una catástrofe! Amparado por un

²³ La segunda mitad de la línea queda cortada en el original.

hermano suyo en buena posición, Pauly se trasladó al pueblo andaluz en que aquél residía; convertido en maestro de escuela, creó una organización obrera, haciéndolo todo y sin figurar en nada, y un buen día Pablo Iglesias fue requerido para dar allí una conferencia. Aceptada la invitación, recibió una carta donde se le decía: “Quien creó todo esto y lo mantiene soy yo. Como para ti y para mí –más para mí que para ti– una entrevista sería penosísima, estaré ausente del pueblo mientras tú permanezcas en él.- Hipólito Pauly”. El internacionalista, fundador del Partido Socialista, había redimido su falta.

Gómez Latorre fue corrector y ajustador del diario conservador *La Época*, perdiendo puestos tan importantes con motivo de la huelga de 1883. Ocupaba otra plaza de categoría en la imprenta de Rivadeneyra en 1885, cuando surgió otra huelga, perdida sin socorro posible por [338] carecer de fondos la organización. Pasó poco después a ser corrector de la imprenta de Enrique Teodoro, donde se mantuvo hasta que en mayo de 1892 fue nombrado regente de la editorial Hernando, en cuya imprenta se hacían los trabajos de la Academia Española. Esta circunstancia dio margen a que entrase en relaciones con las primeras figuras de las letras españolas. El 1º de abril de 1922, por haber sido elegido concejal socialista por el distrito de Universidad, fue dejado cesante ignominiosamente.

En 1879 asistió a la comida fundacional de la Agrupación Socialista Madrileña, y en 1886 entró a formar parte de la redacción de *El Socialista*, como nos lo refiere Morato: “Precisamente en este período, ya lejano, del anónimo es cuando más y acaso mejor trabajó Matías Gómez, cuando brilló su numen con más vivos destellos, cuando su pluma peleó incansablemente por la verdad y por el bien mas gallardamente. Aún no se había podido convencer a Paco Diego de que debía escribir; Álvaro Ortiz ganaba su vida componiendo líneas o leyendo pruebas en un diario santanderino; Quejido andaba por Valencia y Barcelona; no se había acercado al Partido aquel Valentín Serrano, creador de “La semana burguesa” y, salvo traducciones, cartas y las correspondencias del ilustre José Mesa, todo lo demás que había de llenar cada número de *El Socialista* debía salir de las plumas de Matías y de Iglesias”.

Matías sustituyó a Valentín Serrano en “La semana burguesa”, acreditando de tal modo esta Sección, que mereció elogios incluso de quienes no militaban en las filas del Socialismo. Sucesivos redactores suyos fueron Rafael Delorme, muy poco tiempo; Francisco Diego, que perduró varios años; Álvaro Ortiz, corta temporada, y Antonio Atienza, desde 1902 hasta 1913, en que el semanario se convirtió en diario. Ocupó puestos en el Comité Nacional del Partido Socialista –el de vicepresidente hasta que reingresó Francisco Mora–; ejerció el cargo de tesorero de la Unión General de Trabajadores en 1899, y presidió mítines y asambleas famosos. No era orador, ni siquiera conferenciante, pero tenía cierta [339] majestad presidiendo reuniones y haciendo resúmenes de los discursos, con alusiones intencionadas y mordaces. Hasta los primeros años de este siglo, buen número de manifiestos y documentos oficiales, cuando no salían de la pluma de Iglesias, siempre agobiado de trabajo, era Matías Gómez el encargado de redactarlos.

En 1894 Pérez Galdós estrenó *La de San Quintín*, con inmenso éxito. Matías escribió un admirable artículo con este motivo. No lo hizo como cronista teatral improvisado. Poseía formación literaria sólida, sabía música, formó en orfeones, fue asiduo de la ópera y de la zarzuela grande, se conocía de memoria los Museos y mantenía escogidas tertulias desde los tiempos de la

Internacional. En 1898, en plena guerra de Cuba, *El Socialista* de 1º de mayo insertó un artículo de Gómez Latorre al que pertenece este párrafo: “Por eso es tan profundo y elocuente el contraste que en fecha tan solemne como ésta del 1º de mayo ofrecen la burguesía y el proletariado de ambas naciones combatientes. Mientras las burguesías española y norteamericana se aprestan con saña innoble a ensangrentar tierras y mares, los trabajadores españoles y norteamericanos se unen a través del Atlántico en clamorosa protesta de solidaridad y amor fraternal, maldiciendo un sistema social que, como complemento o corolario de su régimen explotador, apela al bárbaro arbitrio de la guerra para dirimir las contiendas internacionales”.

Al año siguiente, en igual fecha, publicó otro trabajo, en el que refiriéndose a los intelectuales, se expresa como sigue: “De poco tiempo acá, y para honra suya, esta actitud de una gran parte de los escritores españoles se ha modificado profundamente. A la invitación que les hacen los periódicos socialistas en esta fecha responden casi todos con plausible apresuramiento, muchos con verdadera complacencia, y en sus escritos, cada cual desde su especial punto de vista, coinciden en estimar justas y progresivas las reivindicaciones formuladas por el proletariado. Pero esta conjunción de sentimientos e ideas entre trabajadores [340] manuales e intelectuales no debe ser de un día, no debe ser pasajera. ¡Repugna a la moral más acomodaticia suponer que el escritor que estampa su firma en un periódico socialista el día 1º de mayo, ejercite su pluma todos los demás días del año en zaherir, en ridiculizar, en combatir las doctrinas y las aspiraciones que aplaudió y aun confeso más o menos explícitamente! ¿Que carecen muchos de ellos de la necesaria independencia? Concedido; mas ¿acaso los obreros manuales trabajamos en terreno más ventajoso? Pongan sus talentos al servicio de una voluntad de mediano temple, reforzada con un poco de abnegación, y verán cómo van cediendo las resistencias y cómo se ensanchan los horizontes de su actividad”.

El Liberal, de Madrid, abrió concurso para premiar con quinientas pesetas el mejor trabajo escrito por un obrero manual acerca del 1º de mayo. Hubo doscientos aspirantes, y formaron el jurado Gumersindo de Azcárate, Federico Rubio y Pablo Iglesias. El triunfador fue Matías Gómez Laterre, cuyo artículo se publicó en dicho diario el 1º de mayo de 1900. El 1º de mayo de 1903 apareció en Madrid *La Revista Socialista*, donde quincenalmente insertaba Matías el artículo de entrada. El 2 de enero de 1910, Tomás Álvarez Ángulo sacó semanalmente en Madrid *Vida Socialista*, revista ilustrada en la cual hay artículos bajo la firma de nuestro biografiado. Con posterioridad su colaboración estuvo limitada a los grandes acontecimientos o a las fechas solemnes en los cuales su presencia y su pluma jamás faltaron.

Mediante votación entre las Sociedades Obreras de toda España, fue vocal del Instituto de Reformas Sociales en 1904, reelegido posteriormente por el mismo sistema. En representación de ese organismo formó parte de otras entidades —el Instituto Nacional de Previsión, una de ellas— y hasta presidió una sesión del Congreso de Ingeniería ostentando esa delegación de origen obrero. Aprobada por el Parlamento la ley del Descanso dominical, al encomendarse al Instituto de Reformas Sociales la redacción del reglamento de aplicación, los vocales [341] obreros propusieron fueran cerradas en domingo las tabernas y prohibidas en dicho día las corridas de toros. ¡La que armaron ciertos escritores como Mariano de Cavia, uno de los más desbocados! ¡Y las respuestas que recibieron de Gómez Latorre! Estaba en su propia salsa cuando se presentaban ocasiones como aquella. Para la pequeña historia he aquí cómo votaron los vocales del Instituto

de Reformas Sociales en 1904, al decidirse tan batallona cuestión. En pro de la prohibición: Piernas Hurtado, Conde y Luque, Rafael Salillas, Manresa, Inchaurrandieta, Hernández Iglesias y Azcárate, presidente, más los vocales obreros Rubio, Serrano, Largo Caballero, García Ormaechea, Mora y Gómez Latorre. En contra: Ugarte, Moret, Moreno Rodríguez, Echegaray, Santa María de Paredes y Ruiz de Velasco. Abstenido, Maluquer.

Salvo en redadas de carácter general, Gómez Latorre no fue encarcelado ni sufrió condenas por los tribunales. En 1917, al surgir la huelga general, su domicilio, como el de tantos otros, fue visitado por la policía, encontrándose ésta con que acababa de expirar Bernarda, su compañera. Los agentes pusieron el hecho en conocimiento de sus superiores, y la detención quedó demorada hasta que el cadáver de su buena y abnegada esposa quedó depositado en el Cementerio civil, sin el consuelo de que sus camaradas, encarcelados en su mayoría, pudieran acompañarle en trance tan doloroso. Durante varios años fue director de Estudios de la Escuela de Aprendices Tipógrafos creada por la Asociación del Arte de Imprimir.

El general Marvá, director del Instituto Nacional de Previsión, y Maluquer, jefe de servicios del mismo, al conocer que había perdido su puesto en la editorial Hernando, designaron a Gómez Latorre para regentar la imprenta del citado organismo. En 1925 escribió el epílogo a la obra de Morato *La cuna de un gigante*, cuyas pruebas corrigió a instancia del autor. En ese trabajo, con la galanura proverbial en él, refutó la tesis comunista sostenida por García Quejido y disculpada por Morato. Gómez Latorre no transigió con ninguna desviación. Ya lo había demostrado [342] en 1914, cuando constituimos el grupo editor de *Acción Socialista* revista semanal que yo dirigí, cuyo artículo de entrada firmaba Pablo Iglesias. Matías acudió a la reunión preparatoria verificada en casa de Luis Torrent y adquirió acciones para ayudar a la divulgación del nuevo paladín, que nacía para defender la pureza de nuestras doctrinas.

Madrugada del 1º de octubre de 1926. Primer número de *El Socialista* impreso en rotativa en la Gráfica Socialista, San Bernardo, 68, de cuyo consejo de administración era vicepresidente Matías Gómez Latorre, que estaba allí, a mi lado, celebrando con un modesto champagne tan memorable acontecimiento. ¡El, que había trabajado gratis tantos años en el semanario del Partido! No olvidaré jamás el beso paternal que estampó en mis mejillas en aquellos felices instantes. ¡Ah!, exclamó emocionado, ¡si Pablo Iglesias hubiera vivido para verlo! El 7 de julio de 1929, sábado, hubo una cena en el restaurante El Bosque, en los Cuatro Caminos, para celebrar los ochenta años de Matías, más feliz que nunca aquella noche narrando episodios de su fructífera y dilatada vida.

Estalló la guerra civil y comenzó la triste peregrinación de Gómez Latorre y de María, su acompañante y abnegada servidora. Aislado en un pueblo de la provincia de Cuenca, Murrieta, ingeniero geógrafo y afiliado al Partido Socialista por afinidad con Matías, a instancias mías, trasladó a los dos a Montblanch (Tarragona), donde estaban Antonio Atienza y su esposa. Los visité allí, residiendo yo en Barcelona al frente de la Dirección General de Aduanas. Tristes recuerdos los de aquella entrevista, al contemplar hombres de tan inmaculada historia en tales circunstancias. ¡Qué final tan desventurado!

Al fallecer la madre de Pablo Iglesias —8 de diciembre de 1886— ¿dónde podría encontrar mejor acogida que en el hogar de Gómez Latorre? Como hermanos se quisieron a lo largo de su

vida. En los últimos instantes de Iglesias, Matías tuvo el privilegio de estar a su lado. ¿Quién se lo hubiera podido disputar?

[343] En 1917 se quedó viudo. Tuvo varios hijos y una hija, de los que no disfrutó como él se merecía. La felicidad nunca es completa. Cuántas veces me confesó sus más íntimos pensamientos! Al exterior daba la sensación de un hombre feliz, pero su corazón tuvo periodos de honda amargura. En la Casa del Pueblo, los domingos por la noche, era invariable la presencia de Matías, alrededor de venerables contertulios, que sabían hacer honores a la excelente cocina allí preparada. Aquélla era su familia ideal, donde encontraba consuelo y aliento para seguir viviendo. Dos veces fue operado de la vista y una de la vejiga. Tuvo el acierto de encontrar una acompañante, María, su abnegada servidora, con la que vivió muchos años, que le siguió voluntariamente en la emigración y no le abandonó hasta que la tierra cubrió sus restos. No descubro ningún secreto si digo que de haber muerto en su hogar madrileño hubiera dejado cuanto le pertenecía a aquella sencilla mujer, cuyo final desconozco, pero mi espíritu justiciero me impide olvidar. Gómez Latorre hablaba siempre de que pensaba llegar a los cien años La guerra civil lo impidió. El 21 de enero de 1940, en Sarlat, departamento francés de Dordogne, falleció este hombre excepcional. Un reducido grupo de camaradas del Partido que él contribuyera a fundar le dieron tierra. Hay una foto recordando tan triste efemérides. En Madrid una calle llevaba su nombre, a instancias mías, al triunfar la República. La Historia le hará objeto, de ello estoy seguro, de otros homenajes.

Gómez Latorre y Morato

Durante varios años Gómez Latorre y Morato trabajaron gratis en la redacción y confección de *El Socialista*. Característica de aquella época es la escena que Morato narra en el prólogo de la obra de Gómez Latorre *Del tiempo viejo*, que reproducimos a continuación:

“El domingo por la mañana se distribuía el molde para llenar de letra las cajas, y como a veces no había acudido personal bastante, se volvía por la tarde y aun se encendían los quinqués. El lunes, a las ocho y [344] media o las nueve de la noche, comenzaba la composición, y se suspendía el trabajo a la una bien corrida de la madrugada del martes. Este día, a la hora del anterior, se reanudaba la faena, y no se dejaba hasta que estaban corrientes las galeras para que Iglesias compaginara el periódico la mañana del miércoles. ¡Y así diez y seis años! Hay, en la colección de *El Socialista* un número que es un verdadero monumento, el número 199, correspondiente al 27 de diciembre de 1889. El domingo se encontraron solos en la imprenta Matías Gómez y el autor de estas líneas. ¡Eran los días de aquella epidemia que llamaban el trancazo! Gómez Crespo había marchado a Guadalajara; Paco Diego estaba en cama; Iglesias, Huetos y Cermeño estaban también enfermos. ¡Un desastre! Pasamos la mañana, la tarde y buena parte de la noche del domingo trabajando en aquella imprenta memorable. El lunes, y con la misma soledad, más un frío horrible la pasamos componiendo los dos hasta bien entrada la madrugada del martes. El martes no había aumentado el personal. Heroicamente se acometió la tarea y sólo cuando el número quedó dispuesto para la tirada se abandonó el trabajo. Extenuados, tiritando, nos entonamos con un vaso de café en cierta buñolería, y llegamos a nuestras casas con el tiempo preciso para chapuzarnos y marchar a la otra imprenta, a aquella en que ganábamos el pan nuestro de cada día. Ciertamente que el tal número no honra a la historia de *El Socialista* de

aquellos tiempos, ni es un modelo tipográfico; mas el periódico apareció el día siguiente. Y, sin embargo, no se pasaba mal la velada en aquella imprenta destartada y sucia, en la que papeles hacían oficio de vidrios, donde pululaban ratas y arañas monstruosas. Era aquella imprenta propiedad de dos buenos tipógrafos, que pocas veces tenían operarios. Uno de ellos había fracasado como estudiante de Medicina y era republicano; el otro, serio, hombre cabal, era carlista. Se llamaba don Domingo del Val, y nos es grato consignar su nombre. Pues este carlista, quizá admirado de tanta tenacidad, de tan noble sacrificio, de aquel amor a un ideal casi sin prosélitos, con frecuencia ayudaba a [345] componer o a distribuir, o recalaba por la imprenta a fin de atizar una minúscula y destrozada estufa, tal vez con el paternal deseo de que nos forjásemos la ilusión de que allí no hacía frío. No se pasaba mal la velada, porque nos sentíamos todos verdaderamente hermanos; tanto, que los demás días no sabíamos separarnos, y sin duda esta comunidad fue la que nos dio fuerzas para recorrer tan largo y áspero camino. Alegre y dicharachero, no mal narrador de sucesos, Matías Gómez sabía amenizar como ninguno aquellas horas”.- Juan José Morato.

Iglesias y Gómez Latorre

Era una delicia oír relatar a Matías Gómez anécdotas en las cuales había intervenido. Oyéndole se adivinaba al andaluz ingenioso y zumbón, que manejaba el léxico con precisión asombrosa. En el libro de Juan A. Mella *Pablo Iglesias: su vida íntima* hay datos referentes a Iglesias recogidos de labios de Gómez Latorre dignos de reproducción. Uno de ellos refiere una anécdota que pudo tener consecuencias serias.

Meliá lo describe así:

“Y hablemos ahora de un aspecto insospechable en la personalidad de Iglesias: el de actor y ‘cómplice’ en dos de las llamadas cuestiones de honor. Cosas absolutamente contrarias a su espíritu eran esas pequeñas farsas que se califican de lances entre caballeros. Juzgaba irracionales los duelos. Nuestro Partido los condena y expulsaría seguramente al afiliado que llevase al terreno de las armas un conflicto personal. En dos ocasiones intervino Iglesias en esta clase de cuestiones y, por fortuna, en ninguna de las dos ‘llegó la sangre al río’: ni se midieron aceros ni se cruzaron balas. El primero de estos sucesos nos lo cuenta Matías Gómez: ‘En 1887 o 1888, con motivo de los sucesos famosos de La Mano Negra, arremetió contra Iglesias desde una publicación ácrata titulada *La Revista Social* un individuo que se llamaba Ernesto Álvarez. Este sujeto, ambiciosillo de condición y [346] tipógrafo de oficio, se hizo anarquista, por despecho: deseaba ser secretario de la Federación Tipográfica, y al no resultar elegido él, sino otro compañero llamado Feito, atribuyó a Iglesias su fracaso. Entonces se dedicó a combatir a éste furiosamente y siempre falto de razón. Semejante conducta nos indignaba a los amigos de Iglesias; pero a éste no le producía inquietud. En la ocasión a que me refiero –sigue diciendo Matías– la agresión de Ernesto Álvarez nos sacó de nuestras casillas. ‘Hay que contestarle, sin remedio, y bien –le dije a Iglesias– no podemos aguantar que le insulte a usted de esa manera’. ‘Bueno, contéstale tú mismo’, me repuso sin alterarse. Entonces me encaré con las cuartillas y escribí... escribí poniendo toda la hiel posible: resultó una réplica feroz, que chorreaba sangre. Estaba Iglesias ante el chibalete componiendo líneas para *El Socialista*, en la célebre imprenta de la Platería de Martínez, cuando le entregué mis cuartillas. Le recomendé que las leyese con atención, temeroso de haberme excedido, porque al

cabo, él era el director de nuestro periódico. Después de leerlas, me dijo tranquilamente: ‘Está bien’.

Nos pusimos a componerlas sin que yo lograra desear el temor de haber ido más allá de lo conveniente, y cuando sacamos la prueba le llevé ésta a Iglesias para que la corrigiese, insistiendo otra vez en que se fijase y tachase lo que juzgara inoportuno. ‘Si ya lo he leído antes – me dijo–, ya te he dicho que está bien’. Se publicó, pues, mi réplica sangrienta. El efecto en Ernesto Álvarez debió de ser terrible, por cuanto inmediatamente desafió a Iglesias, enviándole sus padrinos. Y el maestro designó los suyos: un compañero tipógrafo, Valentín Diego Abascal y yo. Recuerdo que los cuatro padrinos nos reunimos en un Círculo Republicano que había en la Carrera de San Jerónimo; lo que no puedo recordar es cómo terminó aquel incruento desafío.

Cuando en el Parlamento dijo su célebre opinión sobre el atentado personal, mantuvo íntegro el concepto frente a la avalancha desatada de diputados cuneros que hasta pensaron agredirle. Hubieran podido [347] hacerle picadillo, pero caería repitiendo su frase. Esta actitud tenía precedentes. Uno de ellos nos lo ha referido Matías Gómez y data de muchos años. En una de las famosas discusiones del Fomento de las Artes intervino Iglesias, quien, en su discurso, pronunció conceptos que produjeron protestas ruidosas; el presidente de la Mesa le invitó a que los retirase, pero él se negó; arreciaron los gritos y se promovió un tumulto formidable; no habiendo solución, el presidente suspendió el acto. Transcurrido un rato, reanudóse la sesión, esta vez actuando de presidente el que lo era del Fomento, en vez del de la Mesa, que no quería exponer a nuevos riesgos su autoridad. Siguió Iglesias su discurso y las primeras palabras fueron repetición de las anteriores, con lo que la sesión acabó definitivamente. Sin embargo, como suele decirse, no quita lo cortés a lo valiente. En aquel mismo Fomento de las Artes –y éste es otro recuerdo de Matías Gómez– habló una vez el redactor jefe de *La Época*, un señor don Manuel Fernández y González (no era precisamente el novelista), quien se permitió tratar del problema obrero en tono irónico y hasta despectivo. Le replicó Iglesias con un discurso improvisado en el que arremetió furiosamente contra el insensato crítico, aplastándole, ensañándose con él verdaderamente. El pobre plumífero a sueldo de las clases conservadoras aguantó todo cuanto quiso decirle su adversario con la cabeza gacha y sin osar rebullirse. Pocos días después, en la imprenta de Fortanet, donde se confeccionaba *La Época*, se indispuso un compañero cajista llamado Sedaño, y a suplirle fue Iglesias, que estaba sin trabajo a la sazón. Llegó aquel día por allí el famoso redactor jefe, quien, al enterarse de que entre los operarios estaba su fogoso contrincante del Fomento de las Artes, hízole llamar para saludarle, llamamiento al que acudió Iglesias con toda modestia, pero también con toda dignidad.

En 1918, Matías Gómez se decidió a reunir en un tomo parte de los artículos que había escrito en los primeros tiempos de la propaganda [348] socialista. El libro titulado *Del tiempo viejo* (desde 1886) lleva prólogo de Juan José Morato. El libro de Gómez Latorre está encabezado con la siguiente Carta-dedicatoria a Pablo Iglesias, en la que se reflejan las excelentes relaciones que siempre hubo entre ambos:

“Queridísimo amigo: preveo la sorpresa con que recibirá usted este librejo, mas tengo la evidencia de que no echará su publicación a mezquinos estímulos de vanidad o de lucro: usted me conoce hace medio siglo y sabe que si el acicate de efímeros éxitos ‘plumíferos’ no despertó en mí aspiraciones de profesión literaria en la edad de las ilusiones, mucho menos habría de caer

en la ridiculez de sustentarlas cuando mi cédula personal me advierte que ya soy un ‘respetable’ sexagenario. Reiteradas excitaciones de correligionarios y amigos cariñosos, que consideran de cierto interés histórico el conocimiento del desarrollo de nuestro Partido, reflejado en las páginas del siempre honrado y modesto *Socialista*, me han decidido por fin, venciendo escrúpulos hondamente arraigados, a espigar en la colección de nuestro órgano querido y en la de *La Revista Socialista*, no con la necia pretensión de lucir galas que jamás creí me adornasen, sino con la esperanza de que la humilde pero tenaz labor de unos oscuros obreros manuales, realizada en tiempos en que todo se conjuraba contra ellos, pudiera servir de ejemplo a la joven legión de luchadores por nuestro ideal para no desmayar en su empresa, hoy que, por fortuna, labora en campo más limpio de abrojos y que a la rechifla o la letal indiferencia con que se nos acogía a los viejos ha sucedido un ambiente en el que el aplauso y la simpatía aun de los propios enemigos acompañan a toda acción socialista, declarando ya más o menos explícitamente que sólo en nuestras doctrinas puede hallar salvación la humanidad en este general naufragio de los regímenes capitalistas.

Explicado el porqué de la aparición de este volumen, en el que en algunas páginas figura usted como protagonista, debo justificar también la razón de la dedicatoria. Si con falta de fundamento fue [349] usted acusado, querido Iglesias, en memorable sesión parlamentaria de inductor de atentado personal, con no menos solemnidad le denuncio yo a usted en estas líneas como inductor aleve y contumaz de los atentados que yo he perpetrado contra el hermoso idioma castellano con mi fementida pluma. ¿Quién, si no usted, me obligó a empuñar la péñola para redactar el *Boletín* de nuestra Asociación del Arte de Imprimir, en el que con mis inocentes latigazos levantaba ronchas en las espaldas de los malos patronos impresores? ¿Quién, si no usted, abusando de mi lamentable abulia, y dorando la píldora con ciertos elogios insidiosos, me metió de hoz y de coz en el primer Consejo de Redacción de *El Socialista*, en el que para escribir artículos, crónicas y sueltos sufrí los tormentos de Sísifo y, lo que era más grave para mi humildísima economía familiar, consumía litros y más litros de petróleo en veladas que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada? Repito, pues, que sobre usted cae la responsabilidad de cuantos esperpentos ha trazado mi torpe pluma, y como vindicación de mi inocencia y en demostración de que soy rencoroso y cruel, le condeno a sufrir la pena de leer esta indigesta dedicatoria que, sin embargo, no deseo contribuya a agravar su delicado estado de salud. Pero, afortunadamente, ha ya tiempo que logré manumitirme de la pesada férula de usted; es decir, que cuando pasó aquel largo período que pudiéramos llamar heroico, en el que sacábamos fuerzas de flaqueza para realizar una empresa superior a nuestros recursos intelectuales, y cuando, quizá merced a nuestras propagandas, el Partido Socialista fue nutriéndose de elementos valiosos que pudieran sustituimos con ventaja, yo hice examen de conciencia, reconocí la parvedad de mis aptitudes, y exclamando: ‘zapatero, a tus zapatos!’ abandoné mis accidentales quehaceres literarios y me consagré exclusivamente a las tareas de mi oficio de tipógrafo, en cuya práctica ininterrumpida no cuento nada más que la friolera de ¡cincuenta y seis años! Mas usted, amigo Iglesias no podía ni debía seguir mi ejemplo, y así lo hizo: mi mediocridad me obligaba a ello; en usted, dotado de reconocidas y envidiables [350] dotes de inteligencia y de voluntad, hacer lo que yo hice hubiera sido vituperable deserción que mereciera severísima sanción fulminada por el proletariado español. Y no es que yo deba acusarme de desertar del campo de lucha en toda la extensión de la palabra; eso no: gracias a la confianza de los trabajadores, todavía ostento una

representación que pudiéramos llamar ‘semisenatorial’: la del Instituto de Reformas Sociales y otras similares...

Y para terminar, permítame, querido Iglesias, que rememore rápidamente aquella legendaria época (1869), en que juntos trabajábamos en la imprenta de Anastasio Moreno, haciendo la composición de un periódico carlista titulado *La Fidelidad*: aquel cenáculo de amigos –hoy casi todos desaparecidos– del café de Lisboa, donde usted, ¡siempre sibarita!, se tomaba su reconfortante vaso de agua con azucarillo; aquel célebre mitin que en 1871 o 72 celebró la Internacional en el teatro Rossini de los Campos Elíseos, que usted presidió cuando tenía veinte años, y cuya reseña yo compuse en el periódico *La Época*; aquellas tremendas y alborotadas controversias con los anarquistas, en las que usted triunfaba siempre con su contundente dialéctica; aquellas otras del Fomento de las Artes, donde en liza enardecida con republicanos, anarquistas y liberalotes, defendía usted brillantemente la honrada memoria de los comunales parisienses; aquella memorable huelga de tipógrafos del 82, en la, que usted desplegó sus dotes estratégicas y que nos valió una cómoda estancia en la histórica cárcel del Saladero; aquella infame leyenda de los dineros que usted recibía de los Gobiernos de la Monarquía, y la del gabán de pieles, y la de sus viajes en primera, y tantas y tantas otras que, pretendiendo manchar su honra inmaculada, han contribuido, con el transcurso del tiempo, a enaltecer su personalidad y a que por sus más encarnizados enemigos sea hoy respetado. Pero lo que conmigo lamentan legiones de trabajadores es que una labor tan intensa y prolongada en pro de nuestros redentores ideales haya quebrantado la salud de usted hasta el [351] punto de apartarle del campo de sus triunfos, precisamente en momentos en que su talento, su experiencia, su tacto y energía son indispensables en la lucha entablada contra unos gobernantes torpes y cortesanos, a quienes por algunos se apellida cumbres en este país de liliputienses que toman por Himalayas miserables montículos de arena. Y no cansando más, querido Iglesias, acoja usted esta sincera dedicatoria con su proverbial benevolencia, y reciba un fuerte abrazo de su coetáneo y siempre cordial amigo, que desea verle pronto otra vez en la brecha.- Madrid, 20 de julio de 1918, Matías Gómez Latorre”.

Gómez Latorre, concejal

A los pocos meses de la escisión comunista, el 5 de febrero de 1922, hubo elecciones de concejales. No existía la Conjunción Republicano-Socialista, y la Agrupación Socialista de Madrid presentó candidatura cerrada en los diez distritos de la capital, recogiendo 9.374 sufragios. Aquel resultado de las urnas, para mí, que durante años jugué papel importante en esa materia en Madrid, no significó un fracaso. El 8 de febrero de 1920, también en elecciones de concejales luchando solos obtuvimos 13.858 votos, pero en tres distritos hubo combinaciones electorales que nos facilitaron más de 2.000 sufragios, y el Partido Socialista no se había dividido aún. Yo había sido elegido concejal por el distrito de la Universidad, sin contubernio con nadie, derrotando al candidato republicano de mayor influencia en Madrid. Tuve interés en que luchara por allí Gómez Latorre, y como él no era orador, procuré sustituirle, alcanzando la victoria. Fue el único socialista que triunfó. ¡Qué alegría la de los tipógrafos de ese distrito, donde residía un numeroso grupo de esa profesión! El 1º de abril de 1922, Gómez Latorre se sentaba a nuestro lado en los escaños concejiles, y al comenzar la sesión pronunció estas palabras, que le brotaban

del corazón: “Vengo aquí a seguir la historia de la minoría socialista, iniciada en esta casa por Pablo Iglesias, y os prometo que ni claudicaré ni traicionaré”. El latigazo iba dirigido a dos concejales que con credencial socialista, deslealmente, se habían declarado comunistas sin abandonar el acta que pertenecía al Partido que estaban traicionando, mientras el conde de Romanones, jefe del Partido liberal, preparaba el momento de llevarles al pesebre monárquico. Gómez Latorre había sido regente de la imprenta de Hernando durante más de treinta años. Aquella elección le costó perder puesto tan importante.

Las cosas en su punto

Eso hizo Gómez Latorre la noche del 14 de septiembre de 1928, con motivo del XVI Congreso de la Unión General de Trabajadores. Hubo una cena en la Casa del Pueblo de Madrid, con asistencia de delegados extranjeros, al final de la cual hablaron camaradas de dentro y de fuera de España. Contra su costumbre, Gómez Latorre, ganado por la emoción que sentía en momentos de tanta felicidad, habló para poner las cosas en su punto, como verán seguidamente nuestros lectores:

“No sé si podré, por la emoción que siento en estos momentos pronunciar, no ya un discurso, sino unas breves palabras. Al venir aquí me he encontrado anonadado por el honor que se me hace de presidir una reunión tan solemne. ¿Qué méritos tengo yo para ocupar este sitio? El mérito que tiene un mueble que se arrincona. Solamente puede influir el hecho de tener muchos amigos que se acuerdan de uno en momento oportuno. Nunca como hoy he lamentado no tener condiciones para hablar en público. Parte de los que estáis reunidos sabéis que el amigo Iglesias, el que me educó, quería que yo fuese orador y escritor. En cuanto a lo primero, no lo consiguió, y en cuanto a lo segundo, a tropezones, atropellando la gramática, consiguió algo, aunque muy poco. Este [353] sería el momento, por haber sido uno de los peones de la fundación de la Unión General de Trabajadores, de evocar, aunque fuera sucintamente, toda la historia de esta organización, poderosa hoy. Comaposada, viejo como yo, aunque no tanto, a quien he rogado que os dirigiera la palabra, por circunstancias físicas especiales, no puede hacerlo; porque él, por estar más documentado, y por haber asistido al nacimiento de esta organización, pudiera refrescar la memoria de los jóvenes, que conocen solamente por lectura la historia de la Unión General de Trabajadores.

Yo podré evocar aquí, en primer término, la figura de Iglesias. Algún escritor amigo nuestro achaca principalmente la creación de este organismo al compañero Quejido; pero ello no es cierto en absoluto. El compañero Quejido, efectivamente, prestó magníficos servicios a la creación de este organismo, pero le acompañaba otro insigne compañero nuestro, tipógrafo: Toribio Reoyo, ya muerto. Pero fue, sobre todo, el compañero Iglesias. Sin su talento, sin la atracción, sin el don de gentes, sin la pertinacia del compañero Iglesias, no digo yo que la Unión General de Trabajadores no hubiera prosperado; pero habría tenido periodos de languidez y quizá eclipses duraderos. Yo, que he tenido el honor de acompañar a Iglesias desde su primera actuación en la vida pública; yo, que he compartido con él modestamente, por mis escasas condiciones, aquellos trabajos, sé que el verdadero creador, el mantenedor de esta organización, fue Pablo Iglesias. El compañero Quejido tenía condiciones relevantes; pero su carácter no era muy a propósito para mantener un organismo de esta índole. Era un hombre de iniciativas; pero

tan pronto las tomaba como las abandonaba y este carácter no sirve para mantener un organismo como éste.

Cuando he asistido a las sesiones del Congreso que se está celebrando; cuando he visto en ellas el progreso que representa en la clase trabajadora española; cuando veo cómo se han creado capacidades al calor de nuestras antiguas propagandas; cuando he visto que no hay estridencias ni personalismos, sino un gran entusiasmo por la idea que aquí reúne; cuando veo que apenas hay matrices —que es muy natural que los haya en organismos como éste, donde hay ideas sublimes—, mi satisfacción ha sido inmensa, y en alguna ocasión de estos días yo pensaba: si el pobre muerto, si el pobre Iglesias hubiera asistido a esta reunión, si estuviera en ella presente, tengo la seguridad de que, aunque enfermo, prolongaría su vida con la satisfacción que habría de producirle todo esto. He evocado el recuerdo de Iglesias y el de Quejido; debo también evocar el de Vicente Barrio, hombre modesto, pero ejemplar, que bien merece el recuerdo nuestro.- Matías Gómez Latorre.

Una carta de Gómez Latorre

Conservo tres cartas de Gómez Latorre de los meses angustiosos en que, en unión de María, su acompañante, vivió refugiado en Francia. Las dos primeras contienen duros ataques contra ciertos hombres del movimiento obrero español, mezclados con elogios dedicados a Antonio Atienza, que residía en Ginebra, y a mí, domiciliado entonces en Tarbes, por la preocupación de que dábamos muestras en favor suyo, de Santiago Pérez y familia y de la viuda e hija de otro veterano, Eduardo Álvarez Herrero, fallecido en Perpiñán en medio de la calle, sin auxilio de nadie. Las tres familias recorrieron triste odisea en aquellos meses de confusión y abandono. Con fecha 1º de abril de 1939, en nombre de las tres familias citadas, me escribió a Tarbes Santiago Pérez Infante, que fue conserje del Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, 24, en 1900, agradeciéndome el modesto giro en francos franceses que habían recibido. En el mismo sobre, con letra temblorosa y difícil de leer, llegaron las siguientes líneas de Matías Gómez, tal vez su última carta: “Querido amigo Saborit: Sólo como para darte fe de vida cojo la pluma, a la que ha tiempo tengo en barbecho por imposibilidad física [355] casi total, y para adherirme sinceramente a las cariñosas frases con que el buen amigo Santiago expresa el profundo agradecimiento con que hemos aceptado tu prueba de solidaridad socialista, que hasta ahora no ha tenido ejemplo en otros ‘personajes’ que sin duda no se creen obligados moralmente a interrumpir su cómodo y tranquilo exilio. Que les aproveche, hasta que llegue, si llega, el momento de que todos podamos escribir y hablar. Respecto de la bromita de eso de los ‘alumnos’, ya te dice lo bastante Santiago: yo no he sido ni siquiera un maestro Ciruela, y menos pude serlo tuyo, que tantas lecciones tuyas he recibido en el Ayuntamiento, en *El Socialista*, en tu vida privada, y ahora mismo como verdadero prócer moral. Muchos cariñosos recuerdos de mi acompañante María para la tuya y tus muchachos, y un abrazo muy fuerte mío con deseo de que todos gocéis de buena salud, Matías Gómez Latorre”.

Otro tipógrafo ilustrado

El 28 de abril de 1867 nació en Sevilla otro tipógrafo fundador de las organizaciones obreras y socialistas, dotado de especial preparación para las letras, dominando idiomas y con singular conocimiento de las artes gráficas, especializado en corrección de pruebas. Si ha habido hombres buenos, humildes, incapaces de pensar mal de nadie ni causar daño a su peor enemigo, uno de esos seres excepcionales fue Antonio Atienza de la Rosa. Hacia 1879 llegó a Madrid, y cuando no había cumplido los quince años, el 15 de febrero de 1882, firmó el alta en la Asociación General del Arte de Imprimir. Su bautismo social fue la huelga general del oficio verificada aquel año. Al salir de España, emigrado, en 1937, tenía en número 8 en la Federación Gráfica Española. El regente de la imprenta donde tuvo la fortuna de entrar, adivinando sus dotes personales, organizó las cosas de forma que pudiera asistir a las clases de la Escuela de Artes y Oficios, institución cultural que Pablo Iglesias también había frecuentado. Allí inició sus amplios conocimientos de idiomas, llegando a dominar francés e inglés, con extensos rudimentos en latín, alemán, italiano, y portugués.

Con Atienza trabajaba su hermano Manuel, y los dos, al cambiar de taller, conocieron a Álvaro Ortiz, quien les presentó a Pablo Iglesias, firmando ambos el ingreso en la Agrupación Socialista en 1886, y siendo Antonio el afiliado número 4 en esta entidad. Entonces trabaron amistad, en la misma imprenta, con Isidoro Acevedo, tipógrafo de origen asturiano, a quien incitaron a ingresar en el Partido Socialista. El azar reunió a tres jóvenes gráficos que con su pluma enaltecieron los ideales socialistas a través de su dilatada y prestigiosa vida. Desde la aparición de *El Socialista*, los hermanos Atienza figuraron entre los más activos colaboradores. Manuel prestó su concurso en la administración y Antonio se ocupó de repasar y extraer correspondencias de camaradas de provincias y de hacer traducciones para el semanario. En 1902, al fallecer Francisco Diego, se encargó de "La semana burguesa", sección que redactó hasta 1913, al convertirse *El Socialista* en diario. En este periodo, por enfermedades, ausencias e intervenciones de Iglesias en la vida municipal –tomó posesión de la concejalía el 1º de enero de 1906– Atienza llegó a ser el principal elemento del semanario. Puedo hablar de ello porque en aquella época estuve estrecha mente unido a él. De 1905 a 1908 fue profesor mío en la Escuela de Aprendices Tipógrafos, y meses después entré a trabajar, gracias a sus gestiones, en *La Correspondencia de España*, de cuyo diario fue corrector más de veinte años.

Cada semana visitaba a Iglesias, cambiaban impresiones, y éste le entregaba un sobre con recortes y cartas con asuntos que Atienza tenía que utilizar y le indicaba el tema preferido para el artículo de fondo, labor que duró once años largos, sin que su nombre apareciese nunca en las columnas del periódico. Perteneció al Comité Nacional del Partido desde su fundación. Fue secretario y presidente de la Federación Tipográfica, y en su nombre acudió a un Congreso internacional de Tipógrafos reunido en Berna en 1892. Al nacer la Escuela de Aprendices Tipógrafos, en 1905, por concurso resultó elegido profesor, manteniéndose en ese cargo muchos años y pasando al final a ser director de la misma. Con Francisco Núñez Tomás y otros tipógrafos socialistas trabajó en *El Obrero Gráfico*, decenal encargado de divulgar entre la profesión

los principios de la lucha de clases.

Manuel Atienza falleció en 1898, muy joven aún. Antonio contrajo matrimonio con una señorita profesora de música, hija de Orlando, librero y dueño de una empresa de anuncios muy acreditada en Madrid. Tuvieron dos hijas, bellísimas, una fallecida en la flor de la vida. La otra, casada, y terminada la guerra, habitaba en Madrid con su marido y varios hijos. Luisa Orlando, esposa de Antonio, organizaba sesiones de música para reunir a sus amigos. Tocaba el piano admirablemente y daba lecciones en su domicilio. En ocasiones intervino en festivales artísticos en [358] la Casa del Pueblo. Frecuenté el hogar de Atienza como un hijo más. ¡Qué calvario, por diversas razones, el de aquel admirable matrimonio! Luisa tenía temporadas de neurastenia aguda. Fue paciente de Jaime Vera, unido a Atienza por vieja amistad. Solo la bondad y la paciencia de Atienza pudo sobrellevar ciertos periodos padecidos por su buena esposa, mujer laboriosa, agraciada, con talento natural y muy compenetrada con las ideas de su marido.

A propuesta de Besteiro, que conocía sus méritos, la Fundación Cesáreo del Cerro pensionó a Atienza para que asistiera a dos cursos de la Central de Educación Obrera sostenida por el Partido Obrero Belga en los alrededores de Bruselas. Con ese motivo publicó dos folletos. Antes de entrar a corregir pruebas en la imprenta de Enrique Teodoro, en 1892, había estado en la de Ricardo Fe, para cuyo editor tradujo varios libros, entre otros la reducción de *El Capital*, hecha por Gabriel Deville; *Socialismo utópico y socialismo científico*, de Federico Engels *La ley de los salarios y sus consecuencias*, de Julio Guesde, y *Luz y vida*, de Luis Buchner. A iniciativa de Fabra Ribas, representante en Madrid de la Oficina Internacional del Trabajo, dirigida por Albert Thomas, Atienza tradujo varias obras con destino a ese organismo. Durante algunos años, en Ginebra, corrigió pruebas del *Diario de sesiones* de la Conferencia Internacional del Trabajo reunida anualmente en dicha capital, adonde se trasladaba desde Madrid durante los días en que funcionaba dicha Conferencia. Cesante, por desaparición de *La Correspondencia de España*, conseguí que Atienza entrara en la redacción de *El Socialista*, que yo dirigía a la sazón. Tal vez fueron aquellos años los más felices de su vida. Le habilité un despacho exclusivamente para él, rodeado de anaqueleros donde, de acuerdo conmigo, montó la biblioteca y archivo del diario y de la secretaría del Partido Socialista, reuniendo colecciones de periódicos nacionales y [359] extranjeros y completando su fichero. Contribuyó a editar anualmente los *Almanaques Socialistas*.

Atienza escribía bien, claro, limpio, sin correcciones en cuanto salía de su pluma. No alardeaba de literato —a pesar de ello, ¡cuántas tiradas de versos redactó a lo largo de su vida!—. Pensaba en que le pudieran leer y comprender los trabajadores de limitada formación cultural. Merced a su abnegado concurso, pude sostener en el diario redactores y colaboradores que acumulaban originales con abundantes faltas de ortografía. Repasaba todo, a veces lo rehacía con paciencia benedictina. ¡Años de miseria colectiva, de sufrimientos, con censura previa militar, compensados por una compenetración ejemplar entre aquel reducido equipo de hombres obligados a enfrentarse con la dictadura gubernamental y la disidencia moscutera!

Llegó el desventurado mes de octubre de 1934. *El Socialista*, donde Atienza seguía ganando su pan, estaba suspendido por orden del Gobierno Lerroux, y el Partido absurdamente dividido. Un reducido grupo de camaradas de limpia historia fundamos *Democracia*. ¿Para crear otra división? Al contrario: para impedir prosperase la que fomentaban quienes hacían el juego al comunismo estaliniano y defender la pureza tradicional de los organismos creados por Pablo

Iglesias, con el mismo espíritu suyo. Atienza no vaciló un instante: todas las semanas, en *Democracia*, hubo artículos suyos, firmados, contra su costumbre. Surgió la guerra civil. Tras etapas nada placenteras, Luisa y Antonio, en edad avanzada ambos, enferma de gravedad ella, recalaron en Montblanch (Tarragona), donde estuve a verlos. ¡Con qué amargura retorné a Barcelona! Atienza improvisó una escuela para dar clase a los niños de la misérrima barriada que les daba albergue. Había nacido para enseñar y seguiría haciéndolo hasta el fin de sus [360] días. En tierras catalanas quedó para siempre su buena esposa. La pobre ¡cuánto sufrió y cuánto hizo sufrir! Como en otras ocasiones, Atienza fue contratado para corregir pruebas durante las sesiones de la Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra; pero surgió la guerra europea. La Oficina fue trasladada a Canadá, y Atienza se encontró sin posibilidad de hallar trabajo. En iguales condiciones estaba allí Juan A. Meliá, con su esposa e hijo de corta edad. Conservo cartas y fotos de todos ellos. Residiendo en Tarbes, a petición de Atienza, conseguí de Indalecio Prieto les facilitara pasaje para México. Debo decir que no me agradaba que Atienza efectuase ese largo viaje, dada su avanzada edad. Pero en sus cartas parecía más optimista que yo. Hasta el final era tan bueno como ingenuo. Por fin, tras infinitas dificultades, el 19 de abril de 1942 salieron desde Marsella. El 1º de mayo, en alta mar, el grupo de emigrantes que dejaba el viejo continente organizó una fiesta homenaje dedicada a Antonio Atienza, Santiago Pérez, Rufino Laiseca y Vicente Lacambra, veteranos fallecidos después en México. Antes de partir, Atienza escribió una carta a Agustín Castro, que había sido alumno suyo en la Escuela de Aprendices Tipógrafos y al comenzar la guerra actuaba en la misma como profesor. Eran amigos y mantuvieron correspondencia frecuente, que intercambiaban conmigo. Castro falleció en Orán hace años. Pues bien, el 15 de enero de 1940, Atienza le escribió una carta en la que al comunicarle la muerte de Gómez Latorre le decía lo siguiente: “De aquella pléyade de discípulos del inolvidable y nunca sustituido Pablo Iglesias sólo quedo yo para lamentar la situación en que las circunstancias y las torpezas nos han colocado”.

En México encontró cariño y hogares fraternales. Su pensamiento, estoy seguro de ello, volaba lejos de aquellas tierras. ¿Qué tenía él que hacer en aquel lejano país, con ochenta años a sus espaldas [361] cargadas de amarguras? Lo que hizo: morir en el Sanatorio Español el 16 de septiembre de 1944. Su tumba está próxima a la de otros gráficos españoles: Francisco Núñez Tomás, Rufino Laiseca y Manuel Lois. Gráficos fueron asimismo los que iniciaron una suscripción para costear una lápida que perpetuase la memoria de aquel inolvidable camarada. El 14 de agosto de 1949, Manuel Albar, tipógrafo igualmente, ante un grupo de correligionarios residentes en México, pronunció unas palabras recordando la abnegada vida de Antonio Atienza de la Rosa, envolviendo en ella a otros gráficos caídos igualmente en aquella tierra hospitalaria. Sobre su tumba figurará eternamente este epitafio: “Hombre ejemplar, a quien, por su lección de vida, el Partido Socialista Obrero Español, las Juventudes Socialistas de España y la Unión General de Trabajadores, rinden homenaje”. Si alguna vez el Socialismo español pretendiera parodiar a la Iglesia romana canonizando a sus fieles, Antonio Atienza de la Rosa tendría derecho preferencial para figurar entre los más nobles y los más santos.

[362] *Se ha hecho justicia a Iglesias*

“Con unanimidad raras veces advertida al acaecer la muerte de alguna figura relevante,

podemos registrar en estos momentos con íntima satisfacción el sincero sentimiento que en todo el país ha causado el fallecimiento de nuestro querido maestro Pablo Iglesias. Comenzando por la prensa periódica –salvo alguna cerril excepción– que dentro de sus diferentes matices ha hecho justicia a la obra del gran socialista desaparecido, y continuando por el nervio de nuestra sociedad –clase intelectual y clase trabajadora–, todos han coincidido en mostrar idéntico pesar al conocer la triste noticia.

Los centenares de tarjetas, de telegramas y de cartas de pésame que estamos recibiendo de personas de toda clase y condición, al obedecer a un espontáneo arranque, prueban la sinceridad del impulso que ha movido a sus autores y avaloran consiguientemente la expresión de su sentimiento. De ello queremos sentirnos orgullosos porque es señal inequívoca de que la labor de Iglesias ha sido comprendida definitivamente por la gran masa social española. Esa es la interpretación que nosotros damos al espontáneo homenaje que se le está rindiendo –el cual mañana tendrá su culminación en el solemne acto del sepelio– y que es la única que en buena lógica puede admitirse. Ello es obvio. Hubiera sido Iglesias un empingorotado personaje oficial, y el coro de alabanzas de rigor en casos tales a nadie le habría llamado la atención, aun siendo merecidas; pero aquí no se daba tal circunstancia. Iglesias no prodigó nunca mercedes ni honores, sólo prodigó, sin tasa, eso sí, su talento, su actividad y su energía en beneficio de las clases explotadas, de las cuales salió y entre las cuales quiso permanecer siempre, dándose a ellas por entero hasta el último instante de su vida. Por otra parte, no ha existido en España hombre de partido sobre quien se hayan lanzado más injurias que sobre él en los tiempos del comienzo de su apostolado y aun posteriormente, no ya por los enemigos políticos, [363] sino por los mismos trabajadores, que en su ceguera mental no podían creer que el enorme sacrificio por aquel hombre realizado estaba totalmente desprovisto de toda ambición bastarda, y sólo tendía a abrir los ojos de sus hermanos en explotación, a fin de llevar a éstos el rayo de luz que les guiara en el camino de su emancipación económica.

¡Ah! Pero Iglesias estaba dotado de una voluntad diamantina y de una fe inquebrantable en la virtualidad de sus ideas; ambas le proporcionaron alientos suficientes para acometer la obra titánica de remover la dormida conciencia de la clase proletaria, y comenzó a golpear sobre el duro bloque de la indiferencia con las aceradas herramientas de su dialéctica y de su persuasión hasta que logró hacer brotar la chispa de la comprensión en el cerebro de los oprimidos. Muchas amarguras sufrió Iglesias durante su larga labor de proselitismo; mas siempre las devoró en silencio, y nadie pudo oírle jamás quejarse de los ataques personales de que se le hacía víctima. Todo su ardor le reservaba íntegro para la gran tarea que se había impuesto como norma de vida, a impulsos de la fuerza interior que le animaba y que en ningún instante le abandonó. Cúpole la satisfacción de ver cómo al cabo era reconocida su labor, cómo desaparecían para siempre las leyendas que los enemigos tejieron en contra suya, y cómo no pocos de éstos se trocaron en admiradores. Ha muerto sabiendo que su trabajo de sembrador no ha sido infecundo, como lo prueba la hermosa cosecha de cariño y admiración que se produce en estos instantes. Iglesias ha muerto, pero seguirá viviendo en su obra imperecedera.- Antonio Atienza, 12 de diciembre de 1925”.

Historia de un hombre modesto

Otro tipógrafo ilustrado, del que he oído prodigar elogios en grado superlativo a cuantos convivieron con él: Francisco Diego, fallecido en Madrid a primeros de agosto de 1902, al ingresar yo en la Asociación General del Arte de Imprimir. Apenas si intervino en puestos de la organización obrera. Juan José Morato, que coincidió con él en la Redacción de *El Socialista*, da los siguientes datos de este excelente escritor:

“El 89 fue elegido secretario 3º del Arte de Imprimir Francisco Diego, honor y orgullo de la clase obrera y de los tipógrafos madrileños. Modesto, tímido, recogido –salvo cuando tenía que expresar su sentir, porque siempre pensó en voz alta y con su propio cerebro–, carecía de aptitudes para los menesteres directivos. En cambio, presidía bien las asambleas. Ni fue orador ni quiso serlo, pero sí óptimo escritor. Sus "Semanas burguesas" de *El Socialista* eran leídas por los buenos periodistas. Ferreras las alababa; Benot las encontraba tan certeras en los juicios como llenas de castizo ingenio, expresado en un castellano digno de los escritores del Siglo de Oro. Modesto hasta lo inverosímil –repetimos– murió trabajando en la imprenta y murió relativamente joven y tan solo que Matías Gómez tuvo que encargarse de que se le enterrara en el Cementerio civil. Fue firme, constante y prodigó su trabajo en bien del proletariado, sin aspirar ni aun al aplauso íntimo porque ni siquiera firmó sus escritos, salvo en tres o cuatro ocasiones. Cuando murió este hombre insigne, Iglesias le consagró en *El Socialista* un artículo lleno de emoción, como en 1899 había dedicado otro, también sentidísimo, a José Bermejo”.

Hacia 1898, Amparo e Iglesias, por primera vez, pudieron instalarse en un piso soleado, con balcón a la calle de Luisa Fernanda, 14, donde encontraron dos excelentes camaradas que les ayudasen a subvenir a los gastos que implicaba tal mejora de vivienda. Uno de los [365] que contribuyeron a este cambio en la vida de Iglesias fue Francisco Diego. Nos lo va a referir Juan A. Meliá, testigo de aquellas escenas familiares. Porque, en efecto, se trataba de una verdadera familia:

“La nueva vivienda era suficientemente espaciosa para nosotros y para alojar en nuestra compañía, en sendas habitaciones, a dos excelentes compañeros y amigos: Francisco Diego, el cultísimo e inteligente escritor que durante varios años redactó la sección titulada "La semana burguesa" de *El Socialista* y otros muchos artículos y que era a la sazón regente de la imprenta de Ricardo Rojas, y Bernardo Lumbreras, el antiguo repartidor de nuestro semanario, recaudador de cuotas de varias entidades obreras y tesorero fiel de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, a la que pertenecía y pertenece. Recuerdo las charlas, interesantísimas siempre, que durante la cena y un poco de sobremesa sostenían casi a diario especialmente Iglesias y Paco Diego. Era la hora del comentario a las noticias generales del día y a las particulares de la organización del Partido o de las Sociedades obreras. Notaba yo la gran consideración que Iglesias tenía con Diego, al que exponía sus opiniones deseoso de coincidir con tan inteligente camarada; y cuando se cercioraba de que, en efecto, su amigo pensaba como él, daba rienda suelta a sus pensamientos, y entonces era el apurar el tema analizándolo minuciosamente a la luz de la lógica, exaltándose como si se

hallase ante una asamblea. Diego asentía y de cuando en cuando intercalaba una frase mordaz mientras se reía con una risita adecuada a su fisonomía de curita y se limpiaba su gran nariz, a la que imprimía considerables oscilaciones.

Cuando las opiniones de ambos no coincidían, era digna de escuchar la controversia. Paco Diego no sabía discutir: no logró jamás ser orador; tenía una cualidad intelectual que yo admiro más que la contraria: la de ser conciso y concretar en una frase breve y tajante una idea o una serie de ideas. Iglesias no era de éstos porque había nacido orador y polemista. De suerte que las discusiones entre ambos hombres [366] admirables eran un largo discurso de Iglesias y una serie de interrupciones desconcertantes de Diego. Generalmente, ninguno de los dos convencía al otro; Diego se impacientaba y cortaba el diálogo para marcharse a su tertulia del café; íbase excitado, y entonces sí que hablaba, pero sin pronunciar una palabra; es decir, que iba dialogando íntimamente con sus ideas, gesticulando y accionando en silencio por la calle mientras taconeaba marcando el compás de aquel su paso rápido y menudo

El lunes no se discutía. Acabada la cena, traía Iglesias un puñado de recortes de periódicos reunidos durante la semana; eran noticias política, declaraciones de personajes o simplemente noticias de sucesos que merecían un comentario. Uno a uno íbaselos pasando a Diego y diciendo algunas frases sobre ellos. Después de esto, Diego se encerraba en su cuarto con los papeles y un vaso de buen café y redactaba "La semana burguesa", poniendo a cada asunto un comentario magistral, condensando en cuatro renglones pensamientos que equivalían a un tratado de política, o de economía, o de moral, o de humanitarismo. Me ufanaré toda la vida de haber tenido como mentores de mi juventud –juntamente con Iglesias, que lo fue hasta su muerte– a Paco Diego y a Juan José Morato.

Bernardo Lumbreras, como refiere Meliá, fue repartidor de *El Socialista* semanal y cobrador de la Agrupación Socialista durante muchos años. Penoso esfuerzo el que aquel idealista, que recorría Madrid buscando ocasión para encontrar a quienes con su modesta aportación ayudaban al Partido a sobrellevar las cargas de la agitación y de la propaganda. Cuando fue iniciada la Mutualidad Obrera, Lumbreras ocupó por derecho propio –era socio fundador de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*– una plaza de recaudador. No se trataba de una sinecura. A los efectos recaudatorios, Madrid se dividía en zonas, pero como en los primeros tiempos los afiliados no eran muchos, las zonas, por su extensión, agotaban la salud de quienes tenían que recorrerlas.

Sus primeros años

Juan José Morato Caldeiro nació en Madrid el 11 de enero de 1864. En su libro *La cuna de un gigante* inserta datos biográficos, sobre todo a partir de su entrada en la imprenta en que se inició en el noble arte de Gutenberg. Aunque sus primeros años los pasó en la Ribera de Curtidores, muerto su padre, un zapatero de ideas liberales, la familia se instaló en una vivienda en extremo modesta, la llamada Quinta del Sordo, en los altos del Puente de Segovia, distrito de La Latina, que he recorrido palmo a palmo mientras fui teniente de alcalde del mismo. En esa quinta, convertida en caserón de familias humildes habitó Goya, nombre con el que era conocida la estación del ferrocarril de Madrid a Navacarnero, Villa del Prado y Almorox, parte de ella levantada en sus terrenos. En aquellos muros inmortalizó Goya, que ya se había quedado sordo –origen del nombre con que fue apodada la finca–, sus célebres pinturas negras. Si las clases directoras españolas hubiesen sentido sinceramente el patriotismo, habrían convertido aquel lugar en Museo consagrado al célebre pintor aragonés. Digamos, para precisar más, que las pinturas negras de Goya se conservan gracias al barón de Erlanger, banquero parisino, que adquirió la finca, hizo fueran embaladas cuidadosamente y las transportó a la capital de Francia, donde figuraron en la Exposición Universal de 1878. Erlanger hizo buenos negocios en España, entre otros un famoso empréstito al Ayuntamiento de Madrid, cuyos fondos sirvieron para consolidar inmoralidades en la zona matritense conocida por el Ensanche. En compensación, tal vez, o por devoción al insigne pintor –la interpretación del rasgo de generosidad es libre–, Erlanger donó al Museo del Prado las pinturas negras de Goya, admiradas hoy por el mundo entero, que el Estado español aceptó mediante real orden fecha da el 20 de diciembre de 1881.

Emiliano M. Aguilera, crítico de Arte mientras fui director de *El Socialista*, publicó en 1935 un interesante libro –que conservo [368] cariñosamente dedicado– titulado *Las pinturas negras de Goya*, ilustrado con fotografías de las mismas y comentarios reveladores de sus profundos conocimientos en esa materia. Pero sigamos a Morato en sus primeros años. Quiso la suerte que cuando su juventud comenzaba a llevarle por derroteros peligrosos para él, encontrara guía espiritual en un excelente operario de las artes gráficas, Felipe López Gómez, internacionalista y fundador de la Asociación del Arte de Imprimir, quien le orientó acertadamente en sus primeros pasos societarios. El 10 de febrero de 1879 reingresó en la Asociación, el mismo año en que también lo hizo Felipe Peña Cruz –el 6 de enero–, tesorero que fue del Partido Socialista, muy identificado con Pablo Iglesias. En 1882 se afilió a la Agrupación Socialista Madrileña, esto es, tres años después de haberse constituido. Ese fue precisamente el periodo de la huelga general de tipógrafos, en que Morato intervino como delegado de la organización en el taller donde trabajaba. Se imprimía allí el diario republicano *El voto nacional*, orientado por Estanislao Figueras, Ramón Chies y Fernando Lozano. Al no aceptar el propietario de sus talleres las tarifas sindicales reclamadas por los operarios, desapareció el citado periódico, viéndose Morato obligado a buscar nueva imprenta.

El militante

En la biografía de Morato apenas si encontramos actividades sindicales, él que tanto usó y abusó de ese estribillo, criticando a los hombres del Partido Socialista por conceder, a su juicio, mayor atención al aspecto político que al societario. Lo cierto es que durante los veinte últimos años del pasado siglo no vemos actuación alguna suya en el Arte de Imprimir ni en la Federación Nacional, en tanto que las hay continuadas y de interés en el Partido Socialista. En 1886, poco después de nacer el semanario, cubre una de las bajas que entonces se produjeron, y comienza su aprendizaje de periodista obrero. Muy joven aún [369] se adiestró en la adaptación de correspondencias que remitían camaradas de provincias, algunos de los cuales apenas si sabían escribir. Más tarde estimulado por Antonio Atienza, se decidió a, traducir del francés noticias y comentarios y hasta folletos y discursos de Guesde y Lafargue. Que le gustó la profesión no hay duda, porque se consagró a ella, abandonando su oficio de origen.

Desde 1889 a 1892, Morato fue administrador de *El Socialista*, sin gratificación alguna, como era entonces lo corriente. En diciembre de 1895, la Sociedad de obreros panaderos, de la que era secretario Pablo Cermeño, tipógrafo y socialista, planteó una reclamación sobre aumento de jornales, utilizando para ello la fecha aproximada de Nochebuena, en que aumentaba el trabajo y los patronos se veían comprometidos. Era gobernador civil de Madrid Alberto Aguilera, liberal, para el caso como si hubiese sido conservador, porque Morato, al pretender entregar en el Gobierno civil un oficio de la citada Sociedad –Pablo Cermeño ya estaba encarcelado–, fue detenido, privándole de celebrar la Pascua navideña en su hogar. Otro tipógrafo, Pascual Simal, que se acercó al Gobierno civil a preguntar por él, fue encarcelado igualmente, así como buen número de obreros panaderos. Dos años después, en otra huelga de la misma profesión, Morato sustituyó en la secretaría de la Sociedad de obreros panaderos a Pablo Cermeño, de nuevo encarcelado, sin que él corriera riesgo alguno. A esto quedaron reducidos sus problemas con la justicia burguesa. En las elecciones generales de 1899, Morato fue candidato a diputado a Cortes por Vigo y Pravia. Las designaciones de las Agrupaciones socialistas no se traducían en votos. Ni los había ni los que alcanzaban nuestros candidatos se reflejaban en las actas escrutadoras del resultado electoral. Hasta 1902, en *La Aurora Social*, de Oviedo, y en otros semanarios del Partido se encuentran trabajos firmados por Morato. Con Iglesias como Presidente, fue vocal del Comité Nacional del Partido desde 1894 hasta 1899, y secretario desde esa fecha hasta 1902, en que, al reunirse el V Congreso Socialista en Gijón, quedó expulsado del mismo [370] por acuerdo de los allí reunidos, todos amigos suyos de muchos años, que adoptaron tal determinación con hondo sentimiento. No hay duda de que uno de los más influyentes para expulsar a Morato fue Iglesias, a cuyo lado había actuado durante veinte años. Durante la sesión secreta en que el Congreso examinó la conducta irregular de Morato, Largo Caballero se dio cuenta de que a Pablo Iglesias se le saltaban las lágrimas, tal vez recordando los felices años en que, aprendiz de cajista todavía, Morato llevaba ramos de lilas a su madre, a la buena señora Juana, de hermosos ojos azules, que para ella cortaba en los jardines de la Quinta del Sordo, donde vivía.

Hubo problema de rendición de cuentas, planteado por Iglesias, que no pasaba por ninguna irregularidad; pero es casi seguro que en el ánimo de los congresistas influyó, además, la conducta personal del interesado. Rosario Amor, esposa de Morato, había sido enterrada civilmente el 6 de septiembre de 1901, meses antes del Congreso, merced a la solidaridad de

algunos camaradas de Gijón, en cuya localidad residía hacía algún tiempo, y donde la visitó Iglesias, al saber estaba enferma y abandonada por su marido. Todo esto ahondó la sima abierta entre Morato y algunos de nuestros fundadores. En relación con la conducta de los hombres – ¡quién sabe dónde pondría el pensamiento al escribirlo!– reproducimos seguidamente un trabajo de Iglesias, que refleja lo más puro de sus nobilísimos sentimientos:

“Preocupémonos de los hombres. La integridad de los socialistas su rectitud, su modo de proceder, completamente distinto en casi todo del que observan los políticos burgueses, mueven a burla a muchos de éstos. ¡Búrlense en buena hora! Haciendo eso acreditan tan sólo que su moral y su inteligencia están a muy bajo nivel. Por mucho que valgan las ideas, no pueden prosperar en el grado que deben si sus sostenedores, y principalmente los que ocupan las primeras filas, no son enteros, serios y morales. No sólo hacen adeptos los partidos con sus doctrinas, sino con los buenos ejemplos y la recta conducta de sus [371] hombres. Por sustentar el Partido Socialista Internacional grandes ideales necesita más que ningún otro partido, individuos de las condiciones antedichas; y por ser los partidos burgueses españoles los que más escasos andan de caracteres de hombres íntegros y consecuentes, necesita el Partido Socialista Obrero Español que los que en él trabajan, que los que en él figuren, revelen esas cualidades. O mucho me equivoco, o en España puede el Partido Socialista reclutar casi tanta gente con el proceder enérgico levantado y recto de sus hombres como con la difusión de sus principios. Además, poniendo sólo su confianza en individuos que acrediten las mencionadas cualidades, apenas se verá expuesto el Partido Socialista Obrero Español a que perturben su marcha decepciones de los ambiciosos”.- Pablo Iglesias.

En 1894, cuando Morato comenzó a intervenir en las deliberaciones del Comité Nacional del Partido, las reuniones de éste se celebraban en el domicilio de Andrés Cermeño, tesorero del mismo. Allí trabaron amistad fraternal Pablo, hijo de Andrés, y Morato, tan firme y duradera, que al quedar éste fuera del Partido, Pablo Cermeño pidió la baja. Sabía hablar, escribir y trabajar en una secretaría sindical, cualidades no fáciles de reunir, que se frustraron absurdamente. Durante años he visto a Cermeño combatir por sistema a quienes administraban organismos a los que también él pertenecía, perdiendo horas en discusiones bizantinas. Sabía que carecía de razón, pero disfrutaba ‘armando baile’ en las asambleas por el placer de hacerse notar, de sobresalir. Poseyendo aptitudes positivas, se anuló al convertirse en un combatiente negativo. Los grupos de tendencia personalista, ¡cuán nefastos fueron en todos los tiempos!

Morato tuvo estrecha amistad con Baldomero Huetos, presidente que fue del Arte de Imprimir en la desdichada etapa en que el tesorero malversó determinada cantidad, sin que en aquella inmoral gestión estuviera complicado, aunque ni vigiló ni fueron respetados los plazos reglamentarios para reunir a la junta general, con lo que el daño se agravó [372] por culpa suya. Morato, hasta donde pudo, disculpó a Huetos en libros y artículos. En 1901, poco antes de estos sucesos, Huetos y Morato formaron grupo para editar cuadernos semanales –era costumbre publicar así las grandes obras de autores consagrados–, bajo la denominación de Cultura y Arte. Algunos se publicaron; mas la tarea se reveló superior a los medios de que disponían, y fracasó.

El hombre

De estatura mediana, pocas carnes, ojos vivos y maliciosos, barba alicortada un tanto al desgaire, nada cuidadoso en el vestir, sin grandes facilidades para el diálogo, sus cualidades personales no le granjeaban simpatías. Con frecuencia al borde de la maledicencia, gozaba exteriorizando los puntos débiles de quienes caían bajo su escalpelo. En suma, debió sentirse pocas veces feliz. En Morato hay tres etapas. Sus primeros veinte años de actuación en el movimiento obrero fueron de sacrificio en favor de las ideas socialistas, uno de sus más abnegados defensores, de los que más pusieron al servicio de la publicación semanal del órgano, del Partido. Eso es absolutamente cierto. Pero también lo es que al menor descuido sacaba las uñas y las clavaba donde podía. Véase una muestra. En 1913 apareció diario *El Socialista*, y en su libro *La cuna de un gigante* —costeado por la Asociación del Arte de Imprimir para narrar su historia, Morato lo hizo en infinidad de ocasiones a través de sus 600 páginas— injerta el siguiente comentario, ajeno a la finalidad del libro e impropio del sitio donde aparecía: “¡Ay, cuando *El Socialista* fue diario y cayó en manos de hombres profesionales, o que pasaban por tales —de todo hay—, que iban a trabajar por las ideas y por la soldada, de sus plumas no salió ni un recuerdo para los abnegados...”. Morato tenía razón pero carecía de autoridad para decirlo desde las páginas de un libro que debería haber sido espejo de imparcialidad, ajeno por completo a polémica [373] de tipo político y personal. La pluma que redacta ese párrafo es la de Morato del segundo periodo, que duró demasiado tiempo, otros veinte años.

Mariano García Cortés, director de *El Socialista* en 1913, había sido redactor del diario *El Globo*, a finales de siglo, de donde pasó al *Heraldo*. En ninguno de los dos sitios triunfó. Para sustituirle, Canalejas, propietario del periódico de la noche, llevó a Morato “como redactor obrero”, según testimonio suyo que figura en la página 306 del citado libro. Recordemos que Canalejas por entonces aspiraba a pasar por socializante, y que, ministro con Sagasta, ofreció a Pablo Iglesias la secretaría del Instituto de Reformas Sociales, cuando intentó crearlo, aunque con otro título. Naturalmente, Iglesias rechazó ese ofrecimiento. Lo mismo fue sustituir a García Cortés en la redacción del *Heraldo* que comenzar entre ambos una batalla que duró largo tiempo y repercutió en la organización. Por entonces, García Cortés obtuvo la confianza de la Agrupación Socialista de Madrid para puestos de relieve, el de secretario del Partido Socialista uno de ellos y el de concejal posteriormente. Nada de esto agradaba a Morato ni a sus amigos. Por desgracia, como el tiempo demostró más tarde, tenían razón. Porque si Morato estaba entregado a Canalejas y después, muerto éste, a Dato, García Cortés lo estuvo a Romanones. ¡Qué grandes corruptores aquellos políticos monárquicos! ¡Creían consolidar así el régimen, y le iban minando por sus cimientos con tantas inmundicias!

En el *Heraldo* aparecía a diario una sección “Mundo obrero”, firmada por Morato, que llegó a interesar y tener público seguro. Todas las mañanas visitaba el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, y posteriormente la Casa del Pueblo, para recoger información que depositaban en conserjería las organizaciones obreras con destino al citado periódico, anuncio de asambleas, resultado de las mismas, nombres de los elegidos, huelgas, cuanto podía interesar y facilitar la propaganda del *Heraldo*. Morato, de entrada al noticiario, daba un breve comentario suyo, a veces admirable, otras cargado de insinuaciones [347] malévolas cuando no de juicios avinagrados, en los que llegó a ser especialista. En resumen, consiguió lo que se proponía: ser

periodista y que los interesados en conocer el movimiento obrero buscaran sus trabajos en el *Heraldo* y en otras publicaciones de muy variada índole. Hasta colaboró en *ABC*, firmando con el seudónimo *El arráez Maltrapillo*. Alejado del control del Partido Socialista, perteneció a la Sección Española de la Asociación Internacional para la Protección Legal de los Trabajadores, donde eran primates Dato, el vizconde de Eza y otros conspicuos conservadores.

Apenas creado el Instituto de Reformas Sociales, Buylla, jefe de Sección, propuso en el Consejo de Dirección otorgar a Morato un puesto de cierta categoría por presiones de políticos amigos suyos. Examinado el caso por los vocales obreros, Largo Caballero, en su nombre, se opuso a ese nombramiento como a cuantos se intentaron por presión ministerial, faltando a lo dispuesto en el reglamento fundacional que disponía se adjudicaran las plazas mediante oposición o concurso. Morato jamás se lo perdonó. En 1916 –ya habían pasado años!– fue nombrado vocal de la Junta de Aranceles y Valoraciones. Largo Caballero pertenecía también a ese organismo en representación de la Unión General de Trabajadores. Morato, en cambio, por favor especial de Dato. Cuando se reunía esa entidad, ni cruzaban el saludo. A ese extremo habían llegado las cosas. Morato, en la página 505 de su citado libro costado por la Asociación del Arte de Imprimir, sin ruborizarse, dice que fue amigo de Dato, del jefe del Gobierno que llevó a presidio al Comité de Huelga en 1917.

La verdad es que sintió la vanidad de brujulear entre políticos y periodistas, buscando situarse. Así, en 1903, reconoce que los políticos Julio Burell y Rafael Gasset, monárquicos liberales, le ofrecieron un puesto técnico en el negociado de industria y trabajo del ministerio de Fomento, agregando que fue expulsado del Partido Socialista por dicha causa. Con recordar que la separación se efectuó en el Congreso de Gijón en 1902, queda comprobado que Morato pretendía disculparse [375] para atacar a otros, porque ‘meses después –escribió– otros afiliados al Partido Socialista ocupaban empleos en el Instituto de Reformas Sociales’. Los dos que entraron en ese organismo muchos meses después lo hicieron mediante concurso-oposición, no por favor, como pretendía Morato. Pero tampoco consiguió estabilizarse en ese puesto ministerial, de donde salió de manera poco airosa.

En 1910, gobernando Canalejas, hubo una huelga de albañiles, agravada hasta el punto de ser apaleados y detenidos algunos obreros en plena Puerta del Sol. Resuelto el conflicto mediante fórmula que no satisfizo a los huelguistas, aprobada en votación nominal por escasa mayoría, surgió otra lucha al año siguiente entre patronos y obreros metalúrgicos. Como éstos no se rendían, la patronal del ramo de construcción cerró obras y talleres, lanzando a los trabajadores al paro, convencida de que éstos no podrían sostener con dinero a tantos miles de parados.

Impresionó este movimiento a tal punto, que el duque de Tovar, hermano del conde de Romanones, entregó 35.000 pesetas –con intervención de Morato, que escribió una biografía del citado aristócrata– para auxiliar a los obreros albañiles más necesitados. El rasgo tuvo resonancia, ¿Lo hizo de acuerdo con su hermano buscando simpatías dentro de la Casa del Pueblo? Es posible. Este mismo duque asistió aquel año a la manifestación obrera del 1º de mayo, y con frecuencia aparecían artículos firmados por él de tendencia socializadora. Se los escribía, muy bien por cierto y las cobraba con creces, Ricardo Fuente, que en ocasiones disfrutaba de los fondos secretos del ministerio de la Gobernación, merced a Dato, como Lerroux, su jefe político, obtuvo iguales favores gracias a Moret.

Aunque no tenía relación alguna con los gráficos, en su citado libro Morato inserta lo siguiente, relativo al conflicto provocado por la patronal madrileña contra los obreros del ramo de construcción:

“Era el mes de junio de 1911; el conflicto de los albañiles se enmarañaba, y don José llamó al autor para charlar de este asunto [376] porque sabía que este escritor dirigía y redactaba el periódico *El Trabajo*. Se trató de esto, quedaron indicadas soluciones decorosas que podía recoger el Gobierno, se habló de otras cosas y también de Marruecos. Al señor Canalejas le parecía ‘excesiva’ la actitud del proletariado militante en este negocio. Amistosamente le replicó el autor; oyó atento el presidente, lanzó hondísimo suspiro y exclamó como agobiado:

- ¡Si no tenemos más remedio! ¡Si no somos nosotros! Pareció arrepentido de su sinceridad, y siguió: - ¡Por Dios, que esto no lo sepa nadie!”. ¡Qué farsante era Canalejas! Precisamente lo que deseaba era que lo supiese todo el mundo, utilizando a quienes se prestaban a tales comedias. ¿Por qué clausuró durante once meses la Casa del Pueblo de Madrid y procesó por asociación ilegal a la Unión General de Trabajadores?. Quien lea libros de Morato no encontrará ataques a Canalejas por su execrable política, que acaso le llegó a costar la vida.

En septiembre de 1918 se reunió en Zaragoza el XIV Congreso de la Federación Tipográfica Española —último con ese nombre— y quedó elegido presidente de la naciente Federación Gráfica, obra suya en lo esencial, Antonio García Quejido, quien no aceptó. Fue un error pagado caro, porque habiéndose quedado sin trabajo al año siguiente por la huelga perdida en *Heraldo de Madrid*, tuvo que acogerse a un puesto de oficial administrativo de dicho organismo a las órdenes de Ramón Lamonedá, secretario del mismo. ¡Cosas de la vida accidentada de García Quejido! En aquella interinidad presidencial Morato ocupó el puesto que García Quejido había renunciado en Zaragoza, pero no fue reelegido. ¿Por oposición de los socialistas de la vieja escuela? Nada de eso. Los resquemores iban extinguiéndose, y Morato también se encontró sin la tribuna del *Heraldo*, al secundar la huelga de los gráficos.

En enero de 1919 el Arte de Imprimir aprobó hacer una reclamación con carácter general a los patronos. La Comisión encargada de dirigir ese movimiento estuvo formada del siguiente modo: Pablo Cermeño, José [377] Cernadas, Tomás España, Ramón Lamonedá, José Rodríguez Romero, Eusebio Tarrero y yo. Trabajó esa Comisión de tal manera que por unanimidad, obreros y patronos —incluso Lucade Tena, por *ABC*—, aceptaron las bases transaccionales propuestas. Esa victoria, conseguida sin lucha, envalentonó con exceso a la Junta directiva del Arte de Imprimir, la cual, de acuerdo con otras organizaciones gráficas, incluso el Sindicato de Periodistas, de nueva creación, en diciembre de aquel mismo año plantearon nuevas peticiones a los patronos. Que el lector recuerde la fecha: finales de 1919, exacerbación del sindicalismo anarquista barcelonés, y crecimiento inusitado de los partidarios de la Revolución rusa. Los patronos estaban alarmados. Por otra parte, los directores de periódicos no soportaban la sindicación, dentro de la Unión General de Trabajadores de los redactores de sus diarios. Valido de las relaciones a que hemos aludido, Ormaechea y Dato facilitaron a Morato la gerencia de la imprenta de la Casa de la Moneda, que dependía del ministerio de Hacienda. Su porvenir económico estaba asegurado. Hubo escisión en el Partido Socialista, y García Quejido se situó al lado de los terceristas. Hasta donde pudo, Morato los disculpó sin llegar a secundarlos. Por lo demás, García Quejido apenas si mantuvo su nueva actitud.

En 1921 me hice cargo de la secretaría del Partido y de la dirección del *El Socialista*, de acuerdo con Iglesias, Besteiro y Largo Caballero. Desde entonces realicé cuantos esfuerzos pude por atraer, no sólo a Morato, sino a cuantos pudieran ayudarnos a vencer la honda crisis provocada por la escisión comunista. El nombre de Morato no había aparecido en *El Socialista* desde 1903, ni se daba cuenta en sus columnas de los libros que publicaba. Fallecido Iglesias me pidió autorización para repasar las colecciones conservadas en la Administración del Partido y tomar de ella cuanto pudiera servirle para escribir un libro dedicado al fundador del Socialismo español. Amparo Meliá, viuda de Iglesias, me había entregado varios paquetes con cartas y documentos de interés que conservaba de su compañero. Pedí permiso a la Comisión [378] Ejecutiva para que pudiera utilizarlo. En efecto, así lo hizo, acudiendo al local del diario, calle Carranza, 30, para redactar el libro con la urgencia que demandaba la editorial. Su *Pablo Iglesias*, de carácter comercial, editado por Espasa-Calpe, posteriormente reimpresso por Ariel, sin estar exento de máculas, imposible pedírselo a Morato, puede leerse con más interés que el dedicado a historiar la vida del Partido Socialista, cuando su autor estaba corroído por pasiones personales.

A partir de esa fecha, Morato colaboraba en los extraordinarios del diario del Partido y en los *Almanques Socialistas*, que todos los años preparaba Antonio Atienza bajo mi dirección. En uno de esos almanques, con fotografías, se publicó un artículo suyo titulado "Una jornada de Pablo Iglesias", que le había rogado hiciera. En confirmación de lo que decimos sobre "puyazos" de Morato, subrayemos la malicia que expresaba en este trabajo al decir, fuera de lugar, lo siguiente: "En otro cajón guardaba el dinero que Mesa enviaba desde París para abonar su recibo de afiliado y para atender a suscripciones, incluida la de *El Socialista*, suscripción que entonces pagaban todos, hasta el administrador, hasta el mismo Iglesias". Exacto. Iglesias pago su suscripción hasta el momento de morir. Pero eso mismo hicimos y seguíamos haciendo cuando Morato escribió ese artículo todos nosotros, desde el director hasta el último administrativo, y algunos, además, habíamos trabajado sin remuneración durante años al servicio del periódico, y otros con sueldos irrisorios. Morato, ¿no está retratado en ese comentario, cuando todos estábamos con él en admirables relaciones? A veces sus insinuaciones no eran descubiertas sino por los iniciados. Morato no buscaba ya agrandar la herida que los años fueron cerrando poco a poco. Muerto Iglesias, en parte volvió a recordar el Morato de la etapa inicial, el que debió haber sido siempre. Dentro del Partido Socialista hubiera podido representarle en el Instituto de Reformas Sociales; llegar a concejal, cargo para el que reunía excelentes cualidades, de que carecía, en cambio, para ser [379] diputado a Cortes; aun siendo esto así, en las Constituyentes de la República, ¿quién le hubiera disputado un puesto? Incluso hubiera podido dirigir de hecho *El Socialista* bajo la inspiración de Pablo Iglesias. Todo ello lo hizo imposible, con daño evidente para las ideas

Al cumplirse el medio siglo de afiliación al Arte de Imprimir, 5 de octubre de 1929, la Asociación organizó un acto en la Casa del Pueblo, en honor de Morato. En 1930, en el mismo local, dio una serie de conferencias sobre "Historia de la Sección Española de la Internacional en España, 1868-1874". Fueron leídas, y, por su interés, publicadas en folleto. Llegó el 14 de abril. Por decisión del Gobierno provisional, según me informó la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, me hice cargo aquella tarde de la Alcaldía del Ayuntamiento de Madrid y proclamé la República, haciendo colgar la bandera tricolor en los balcones de la plaza de la Villa, cuando

Alfonso XIII estaba aún en el Palacio Real. Requerí al señor Ruiz Giménez a que abandonara aquella casa, accediendo a ello sin vacilar, previo el correspondiente arqueo de fondos municipales, firmado por ambos, y le acompañé hasta su domicilio en el coche oficial, porque la muchedumbre congregada en la plaza de la Villa daba muestras de excitación y la esposa del alcalde monárquico estaba muy alarmada. Dispuse preparar una sesión con la solemnidad que exigía el caso para aquella misma noche a fin de dar posesión al nuevo Ayuntamiento. Conocida la noticia en la Casa del Pueblo, Lamonedá y Morato me pidieron permiso para acudir al acto con la bandera de la Asociación del Arte de Imprimir. Así fue, en efecto. En los escaños concejiles, extendida delante de ellos la gloriosa enseña, se sentaron Morato y Lamonedá, contribuyendo a dar mayor realce a tan histórico momento. Morato estaba anonadado de emoción. ¡Había sido siempre tan pesimista! ¡Cuántos pensamientos inundarían su cerebro en aquellos instantes! ¡Y pensar que hubiera podido y debido ser uno de los artífices de tan glorioso acontecimiento!

[380] *La Libertad*, como hemos dicho, se convirtió en el diario más popular de Madrid. En él colaboraba Pablo Iglesias, cuyos artículos aparecían en primera plana. En 1933, con régimen republicano, se destapó como diario adicto a Juan March y contrario al nuevo régimen, y el 9 de abril por cuestión de dignidad profesional, la mayor parte de los redactores y colaboradores, con Antonio Zozaya a la cabeza, abandonaron aquel diario, al que habían dado vida con lo mejor de su espíritu. Entre los que se negaron a seguir en *La Libertad* estuvo Morato. Por entonces preparaba la tercera edición, muy renovada, de su interesante *Guía del compositor tipógrafo*. Morato no podía permanecer con la pluma inactiva.

En la calle de Gonzalo de Córdoba, 14, en Madrid, un grupo de socialistas entusiastas de los problemas municipales establecimos la redacción de *Tiempos Nuevos*. Algunos de nosotros creíamos imprescindible contribuir a preparar un plantel de buenos concejales, alcaldes y diputados provinciales que al desempeñar esos puestos honrasen nuestras ideas y sirvieran con eficacia a la clase trabajadora. Se trataba de una revista ilustrada, quincenal, en la que colaboraban ingenieros y arquitectos, cuyos trabajos técnicos eran de gran interés. Fui director de aquella publicación, con el concurso asiduo de Manuel Muíño y Mariano Rojo, la cual, sin dejar su carácter municipalista, insertaba colaboración socialista. Morato publicó una serie de artículos biográficos, abundantemente ilustrados. En aquellos locales, poco después, se constituyó el grupo editor de *Democracia*, semanario que defendía la tradición del Partido Socialista, sin contaminaciones con el comunismo ruso, perturbador del movimiento socialista europeo. Igualmente dirigí aquella publicación, cuyo artículo de entrada suscribió Julián Besteiro. Entre otros colaboradores, Atienza, Morato y Gómez Latorre, de la primera hornada del semanario fundacional, prestaron su concurso y su pluma a nuestra publicación. Morato escribía un artículo firmado en casi todos los números. Alguna vez estuve en su casa, en La Prosperidad, próxima a [381] la mía, donde conservaba como oro en paño colecciones de semanarios de los primeros tiempos del movimiento sindical y político. Con más frecuencia visitaba él mi hogar, con su blusa azul, la misma que llevaba desde su casa al taller, cual si se tratara del más modesto operario de las artes gráficas —y era nada menos que el regente de la Casa de la Moneda!— donde coincidíamos al comentar los acontecimientos del día, que por entonces comenzaban a ser tan desagradables como peligrosos para el movimiento obrero y para España.

Esa amistad con Morato ya no se interrumpió. Continuó en Valencia, donde ambos nos

trasladamos con el Gobierno, y de modo especial, en Barcelona. Una mañana se presentó en mi despacho de la Dirección general de Aduanas, anunciándome su propósito de irse a Rusia a tomar notas para escribir un libro –¡el anhelo de toda su vida, escribir!– acerca de la Revolución rusa. Dada su avanzada edad, la empresa parecía arriesgada. Morato, por fortuna, no estaba enfermo, y el plan era tan atrayente como sugestivo. Me pidió un gabán que le sirviera para afrontar el clima de aquel país de temperaturas extremas. Con gran placer se lo facilité, recomendándole buscara un sastre que se lo adaptase convenientemente. No fue fácil encontrar quien hiciera el arreglo que el gabán requería. Encontró otro adaptado a su talla; me devolvió el mío, nos abrazamos y partió para Rusia, con la misma ilusión de quien se dispusiera a efectuar un viaje triunfal.

¿Cuándo murió Juan José Morato? ¿Dónde fue enterrado? Yo no lo sé. Amaro del Rosal, en *Los Congresos obreros internacionales en el siglo XX* publica una fotografía de Morato en Rusia con Isidoro Acevedo y el comunista alemán Pieck, que posteriormente llegó a ser presidente de la República comunista de Alemania oriental. “Poco después de hacerse esta foto –dice Arbeloa en su libro *Juan José Morato: selección [382], presentación, notas*– moría Juan José Morato, lejos de su Madrid y de su España, en llamas de tragedia. Lejos de ver triunfante el ideal, la idea de toda su vida”. Al parecer, Morato falleció en 1938, en Moscú. Si el hecho es cierto, ¡poco tiempo vivió en aquel país! Nunca he estado en Rusia. Si hubiera ido alguna vez habría preguntado por la tumba de Morato, y recordando los años en que trabajó y luchó por la emancipación de la clase trabajadora al lado de Pablo Iglesias y de otros fundadores, hubiera depositado sobre ella, con profunda emoción y simpatía, un ramo de claveles rojos.

[383] Una jornada de Pablo Iglesias

“En los años 1889 a 1893, y aun parte de 1894, Iglesias vivía y trabajaba en la misma casa donde se albergaba *El Socialista*, un caserón de la calle de Hernán Cortes, vetusto y destartado, que aún permanece en pie.

Dormía Iglesias en un cuartucho que era como dilatación de un pasillo. Para suplir la falta de tabique separador, se había colocado una varilla de hierro que sostenía una cortina de percal. La habitación recibía luz por una ventana abierta al corredor del patio; era tan escasa, que ni aun a las doce de un día claro se podía leer allí²⁴.

En tiempos, el cuarto estuvo destinado a Redacción del periódico, esto es, a tener escarpías en las paredes, donde se colgaban los periódicos que cambiaban con *El Socialista* y convenía conservar; un largo tablero sobre palomillas en el testero, donde se apilaban los números [384] sobrantes, y otros tableros toscos, formando una mesa grande, que sólo se utilizaba cada miércoles por la noche para el cierre del semanario.

Para convertir aquello en alcoba se quitó la mesa y también las escarpías, quedando únicamente el tablero de los ejemplares sobrantes. Allí, a más de la cortina, se colocaron una cama humildísima, una mesita de noche, un baúl, un palanganero y dos sillas, y en la pared una percha y un espejito.

²⁴ Aquí se inserta una foto con el pie: “Casa núm. 8 de la calle de Hernán Cortés, donde vivió Pablo Iglesias”.

En una habitación inmediata, también con ventana al corredor, pero amplia y no mal dispuesta, de modo que hacia el solsticio de verano entraba por ella el sol durante una o dos horas, estaba el comedor, que era, al propio tiempo, Secretaría de la Unión de Obreros en Hierro y demás Metales, administración de *El Socialista* y Secretaría del Comité Nacional del Partido Socialista Obrero; y en esta habitación de tan múltiples destinos había colocado Iglesias el pobre armario de dos cuerpos que era su librería. En el cuerpo superior, unas hojas de cristales, velados por una tela verde, libros y folletos, bien ordenados; en el cuerpo inferior, colecciones encuadernadas de viejos periódicos y de *L'Egalité*, y muy cuidadosamente colocada, sin dobleces la de *El Socialista*; y en los cajones, carpetas con cartas, con apuntes, con recortes anotados de periódicos; en un rincón, los livianos ahorrillos personales –pesetas y calderilla–; en otro, el dinero que Mesa enviaba desde París para abonar su recibo de afiliado y para atender a suscripciones, incluida la de *El Socialista*, suscripción que entonces pagaban todos, hasta el administrador, hasta el mismo Iglesias. Aquel comedor era el lugar donde Iglesias trabajaba por la noche, lugar no muy frío en invierno ni muy caluroso en verano, como de casa vieja de muros recios, acaso de tapial.

El rincón de trabajo durante el día estaba en una sala enorme –en ella se celebraron asambleas del Partido–, con amplio balcón a la calle, mirando al norte. En el ángulo izquierdo, una mesita cargada de [385] papeles, no mal ordenados; junto a ella una silla, también con papeles, periódicos, folletos, revistas, etc., éstos algo desordenados, y tras la mesita, la silla de paja donde se sentaba Iglesias.

Llenaban el resto de la estancia una cómoda monumental, un sofá con dos sillones, una consola, un armario, sillas, un velador en el centro y, junto al balcón, una máquina de coser, en que la dueña de la Casa y su sobrina trabajaban incansables, de luz a luz, cosiendo para tiendas, ayudando así al pobre jefe de la familia, un obrero en hierro valetudinario, que era tesorero de la Sociedad del oficio –Ruperto Sánchez– y que ganaba, cuando le ganaba, no más que el jornal que se da a los viejos.

(¡Cuando lo ganaba! Porque llegó un momento en que el jornal faltó totalmente, derrumbándose aquel hogar laborioso. Entonces escribió Iglesias un bello artículo titulado "Pena de muerte a los viejos".)

De nueve a diez de la mañana se levantaba Iglesias. Aseo personal minucioso y completo, limpieza de ropa y calzado, hasta no dejar ni una partícula de polvo o de lodo. En la mesita de trabajo tomaba el desayuno: un tazón de café con leche y pan. Ya los repartidores de periódicos habían echado por debajo de la puerta *El Imparcial* –al que estaba suscrito– y *El Liberal* –que cambiaba con *El Socialista*– y durante el desayuno leía lo más saliente de cada uno. Después, a trabajar, a escribir cartas largas, a escribir para el periódico en trozos de papel que eran como la mitad de una cuartilla, todo con letra clara, firme y bien metida.

La llegada del primer correo sólo interrumpía el trabajo de Iglesias “cuando éste esperaba” alguna carta importante; si no, seguía hasta el segundo correo. Entonces, dejaba la tarea, abría todos los sobres, anotaba en un papel la procedencia de las cartas, según vinieran destinadas al Comité o al periódico; las repasaba, echándose al bolsillo las importantes, dejando en el velador las de puro trámite; y con esas cartas, los periódicos de la mañana ya dichos y algunos de los que

trajo el cartero, iba a comer.

[386] Comía Iglesias en cierto fondique de la calle de Tetuán, donde, por 50 o 60 pesetas al mes servían dos comidas diarias, a saber: primera, de doce a dos, sopa, cocido, postre, pan y vino; segunda, de siete a nueve, dos platos, pan y vino.

Iglesias, en aquel rincconcillo, lleno de empleados humildes de escritorios, de la Caja de Ahorros y de ministerios, leía cartas y periódicos mientras comía, y después volvía a su casa despacio, como paseando —por consejo de los médicos—, no sin haber recalado en el Centro Obrero de la calle de Jardines, para ver lo que hubiera podido llegar con destino al Comité de la Federación Tipográfica, que presidía.

Y a trabajar de nuevo en la mesita, arrullado, como por la mañana, con el picotear ruidoso de aquella máquina de coser antiquísima, reparada casi semanalmente, por el pobre Ruperto Sánchez: una máquina vieja como él, como su esposa, como su sobrina.

En verano trabajaba en la mesita hasta las seis o poco más; en invierno había que buscar el refugio del comedor, iluminado de una lámpara de petróleo colgada del techo. Y vuelta al fondique en demanda de la segunda comida, y regreso a casa, bien para, desde allí, ir a componer el molde de *El Socialista*, a la sesión del Comité de la Federación o para seguir trabajando. De todos modos, la jornada de labor duraba hasta las dos de la madrugada. Iglesias leía entonces periódicos, anotaba, acotaba y recortaba para entregar los recortes al encargado de escribir "La semana burguesa" —Paco Diego, el que más duró y el que nunca falló—, y hasta hubo una temporada en que Iglesias se empeñó en descifrar las charadas de aquel buen periódico de la noche llamado *El Correo*, que siempre leyó, principalmente por lo que escribía su agudísimo director, el Sr. Ferreras...

Cobraba entonces Pablo Iglesias 30 pesetas semanales, que le eran abonadas puntualmente, aunque otra cosa haya escrito Meliá, mal informado en este detalle. Y en alguna ocasión, por iniciativa de Baldomero [387] Huetos, y para remediar una extrema penuria, amigos casi anónimos, o sea sin cargos de consideración y sin relieve alguno, hicieron un esfuerzo y juntaron dineros para comprar una capa. ¡Los comienzos de aquel invierno los había pasado Iglesias a cuerpol!"- J.J. Morato.

Juan José Morato vivió y convivió durante el periodo que cita con Pablo Iglesias, director del semanario, y Morato administrador, está aludido en el relato que dedica a recordar "que ENTONCES pagaban la suscripción al semanario todos, hasta el administrador, hasta el mismo Iglesias". ¡Lástima de tiempo empleado por Morato en estas pequeñeces, en las que ponía la mala intención que le sobraba y le hacía peligroso, en sus relaciones personales! Porque ese ENTONCES que Morato escribió con su peculiar malignidad, nunca dejó de ser una verdad: fui del Comité Nacional del Partido desde 1915, secretario general y director del diario desde 1921 hasta 1931 y en todas las épocas mías —y estoy seguro de que en las anteriores— Iglesias pagó su suscripción al diario, y nosotros, desde el administrador, Félix Galán, hasta el director, no solamente pagábamos la suscripción, sino que alguno de nosotros trabajábamos gratis o casi gratis, durante años, al servicio del diario, que recogimos en ruinas en 1921. Y esto lo sabía Morato cuando escribió lo que nunca debiera haber salido de su pluma. Pero Morato era así, por desgracia.

La cuna de un gigante

Antonio García Quejido, autor del prólogo a la obra escrita por Juan José Morato con este título, no lo encontró de su agrado. A juicio suyo el gigante estaba aún en la cuna. Se equivocaba García Quejido y acertó Morato. El 21 de noviembre de 1871, fundación de la Asociación General del Arte de Imprimir, no nacía en Madrid una Sociedad de operarios de las artes gráficas, sino algo de mucha mayor trascendencia: nacía el movimiento sindical y político de clase en lengua española. Al decir esto no olvidamos que en 1868 brotó en nuestro país la Primera Internacional; pero su actuación, corta y matizada de vacilaciones e infantilismos, era casi imposible que dejase huella duradera. Afiliada a la Federación que en Madrid tuvo la Internacional hubo una Sección de Tipógrafos, que en 1870 se hizo representar en el Congreso de Barcelona con 176 votos. ¿Fueron cotizantes efectivos? Nos permitimos dudarlo. El 20 de febrero de 1870, sin haber llegado a los veinte años, Pablo Iglesias se afilió a esa embrionaria organización, avalada su hoja de ingreso por Julián Fernández Alonso y José Ortiz de Zárate, federal en política, ficha reveladora de la variada amalgama agrupada en la Internacional. Además de éstos, fueron internacionalistas gráficos Anselmo Lorenzo, Matías Gómez Latorre, Alejandro Ocina, Francisco Feito, Felipe López, Francisco Ruiz, Hipólito Pauly, Francisco Sánchez, Victoriano Calderón, Manuel Matoses (“Andrés Corchuelo” en las letras), Marchante, Gamoneda Barreiro, Guerrero y San Román, reducido grupo de idealistas, algunos de los cuales figurarán por derecho propio en estas páginas.

Nada menos que cuatro gobiernos diferentes —¡bien poco diferentes, desde luego!— tuvo Amadeo de Saboya en 1871, primer año de su reinado. Carentes las Cortes de estabilidad, y divididos en taifas personalistas los diputados monárquicos, facilitaban holgadamente la tarea demoledora de republicanos, alfonsinos y carlistas, coincidentes en combatir al [389] nuevo régimen, aunque adversarios irreductibles entre sí. Nacían y desaparecían periódicos, se publicaban libros y revistas, facilitando el funcionamiento de un centenar largo de imprentas con millar y medio de operarios. ¿Qué representaba el núcleo gráfico internacionalista? Bien poca cosa. Por otra parte, ¿no estaban tildados sus componentes de perturbadores, de revolucionarios? Para un avisado grupo de tipógrafos todo ello constituía un estímulo favorable a la constitución de una Sociedad de resistencia que no alarmase demasiado, que al iniciarse estuviera rodeada de algunas garantías patronales. El momento, pues, era propicio. El 16 de noviembre de 1871, el diario madrileño *La Correspondencia de España* publicaba la siguiente noticia, que hacía oficio de convocatoria: “El sábado, según tenemos entendido, se reunirá en el local del Fomento de las Artes, calle Concepción Jerónima, 7, la Comisión encargada de hacer los trabajos preliminares para la formación de una Asociación general de los individuos que componen el Arte de Imprimir. A ella están invitados los propietarios de esta clase de establecimientos, pues el objeto que se proponen, huyendo de toda clase de exageraciones, es ver si pueden armonizarse, hasta donde sea posible, dada la situación actual, los intereses del capital y del trabajo”.

Quien redactó esta convocatoria conocía el valor de las palabras. No se hacía ilusiones,

ciertamente. “Hasta donde sea posible...” ¿Qué iba a ser posible? ¿La armonía de los intereses del capital y del trabajo? Tarea ardua, erizada de dificultades. Pero la carta era indispensable jugarla. Aceptada en principio la idea, el 21 de noviembre de 1871 quedaba constituida en Madrid la Asociación General del Arte de Imprimir. Pablo Iglesias, juvenil e impetuoso, acudió a la asamblea, impugnando la creación de una sociedad de tipógrafos cuando ya funcionaba otra en la Internacional. Sus argumentos, similares a los utilizados allí mismo por Anselmo Lorenzo, no tuvieron éxito. Quedaba, no obstante, un resquicio por el cual rendir la fortaleza: decidida la fundación de la Asociación, era necesario discutir y aprobar el reglamento por que habría de regirse. La clave del problema radicaba ahí.

[390] Los frailes de las Escuelas Pías de San Fernando facilitaban local a los trabajadores madrileños para abordar temas de índole político-social con absoluta libertad. En una de esas aulas, el domingo 17 de diciembre de 1871, hubo debates apasionados al discutirse el reglamento de la nueva entidad. Lorenzo e Iglesias acudieron puntualmente a la batalla: el articulado debería orientarse en declarada y franca guerra al capital, ya que la armonía de los intereses obreros con los patronales era un mito, destruido cuantas veces se ponía a prueba. Tras escenas acaloradas, la mayoría decidió que la Asociación, sin renunciar a la defensa de sus afiliados, intentase, “hasta donde fuera posible”, armonizar los intereses obreros y patronales. Agotadas sus esperanzas, habiendo batallado hasta el extremo límite, Anselmo Lorenzo y Pablo Iglesias abandonaron la Asociación, causando baja en la misma. Quedaron allí, no obstante, algunos, muy pocos, de los que habían pertenecido a la Sección de Tipógrafos de la Internacional. ¿Habría sido estéril aquel esfuerzo? ¿Se perdería la siembra efectuada? El tiempo demostró que no.

Dentro del Arte de Imprimir intervenía un hombre de excepcionales cualidades: Julián Fernández Alonso, el mismo que avaló la papeleta en que Pablo Iglesias solicitó ingresar en la Internacional. Gozaba de prestigio y hasta presidía las asambleas de la Asociación. De acuerdo con otros elementos directivos, pusieron a trabajar con la mejor buena fe. Se aprobaron unas tarifas sindicales, y como trámite previo, convocaron a los dueños de imprenta para conocer cuál sería su posición al intentar aplicarlas en sus talleres. A la primera reunión acudieron 29 patronos y a la segunda 50. Un fracaso. Por ese lado no había que esperar gran cosa. Entre las que respondieron al llamamiento estuvo Manuel de Rivadeneyra, propietario de la imprenta más importante, amigo de los trabajadores. Reconociéndolo así, la Asociación, caso único, le nombró presidente honorario. Rivadeneyra nació en Barcelona el 9 de octubre de 1805. Trabajó en imprentas de varios países europeos y americanos, elevándose paulatinamente, y tras alcanzar una cultura [391] excepcional, fundó un diario en Barcelona, militó en la izquierda liberal y finalmente montó en Madrid una editorial, la Biblioteca de Autores Españoles, que al fallecer llevaba publicados casi un centenar de obras. Su entierro, efectuado el 1º de abril de 1872, congregó a la inmensa mayoría del oficio, dentro del cual había alcanzado los máximos honores.

Las tarifas aprobadas por la Asociación, que al comenzar reunía cerca de 700 adheridos, salvo casos excepcionales, no fueron respetadas por la clase patronal. Los avatares de la política, persiguiendo partidos y periódicos, daban lugar a que aumentase el número de tipógrafos en paro forzoso. De provincias habían acudido buen número de gráficos, atraídos por los salarios relativamente elevados que se disfrutaban en Madrid. ¿Qué hacer con el fin de paliar la crisis de trabajo que sufría la profesión? Por impulso generoso de su corazón, Eduardo Benot,

personalidad relevante del federalismo –fue ministro en un Gobierno republicano presidido por Pí y Margall– se dirigió a la Asociación proponiéndole creara una imprenta colectiva donde trabajasen los parados, cuyos beneficios serían para la entidad patrocinadora de empresa tan altruista. Adoptada la iniciativa de Benot por la asamblea del Arte de Imprimir, se abrió la imprenta colectiva, editándose cuidadosamente, cuantos trabajos afluyeron a sus talleres; pero ni resolvió el problema del paro ni hubo beneficios, ni se creó una auténtica Cooperativa especializada en la impresión de libros y periódicos. Benot fue un continuador de los socialistas utópicos que en otros países habían intentado resolver los problemas económicos con humanitarios paliativos, fracasados tan pronto como chocaban con la dura realidad.

La Asociación tuvo un breve período de auge, al que no fue ajena la ilusión forjada por la imprenta colectiva: hasta 1.100 afiliados llegó a contar. ¿Cotizaban todos? Ni pensarlo. Ese aspecto del movimiento obrero fue siempre un cáncer incurable. Bien pronto, a principios de 1873, había perdido buena parte de esos efectivos. Para rehacerse y levantar la moral del oficio, decidió apelar a la huelga para conseguir[392] fuesen respetadas las tarifas sindicales. Si los patronos querían lucha, la tendrían. El momento que esperaba Pablo Iglesias había llegado: el 4 de mayo de aquel año reingresaba en el Arte de Imprimir, decidido a permanecer en sus filas hasta el último instante de su vida. Pocos días antes, el 12 de abril, dejó de publicarse *La Emancipación*, semanario que había fundado y dirigido José Mesa, al que con alma ilusionada ayudó Pablo Iglesias, órgano de la Federación reconocida por la Internacional de Londres, donde residían Marx y Engels.

Entró sin meter ruido, pero su nombre era ya un símbolo. A los cuatro meses de haber reingresado, en septiembre, fue elegido vicepresidente de la Mesa de discusión, y en enero de 1874, presidente. Estaba latente el propósito de imponer las tarifas sindicales. ¿Cómo lograrlo, si los fondos que se recaudaban eran insuficientes para las perentorias atenciones de la imprenta? Las Juntas directivas se desgastaban tramitando incidentes menores creados por empresa industrial tan complicada. Establecida en la calle del Colmillo, 8 (Pérez Galdós, más tarde), a su frente rezaba "Imprenta de la Asociación del Arte de Imprimir"; tuvo reglamento para su marcha interna; pero no resolvió el problema fundamental: cuando había huelgas o despidos injustos, ni la Asociación podía abonar subsidios compensatorios, ni la imprenta estaba en condiciones de admitir a cuantos carecían de ocupación, con lo que es fácil suponer cómo crecía el descontento y se resquebrajaba la moral societaria.

El 15 de marzo de 1874 hubo un gran debate en la asamblea del Arte de Imprimir, decisivo para su porvenir. Había 448 asociados, las cotizaciones no bastaban para cubrir atenciones imprescindibles de la imprenta y su principal misión, la resistencia contra el capital, estaba relegada a segundo término. Pablo Iglesias se lanzó a fondo: era preciso liquidar la imprenta, sima de dinero y nido de discordias, y con el remanente obtenido, iniciar una Caja de resistencia, base de futuras batallas contra los malos patronos, llevadas con método y cautela para no fracasar. Ganó la votación y dimitió la Junta Directiva. [393] Aquello era trastocar el espíritu del arte de Imprimir, donde convivían dueños de imprenta, regentes, correctores y hasta ciertos oficiales más conservadores que los propios patronos.

El 10 de mayo de 1874, Pablo Iglesias fue elegido presidente de la Asociación General del Arte de Imprimir. Hasta entonces había sido don Paulino Iglesias. En lo sucesivo, como cuantos

figuraban en sus filas, sería el compañero Iglesias. Se habían terminado los tratamientos. El desfile fue rápido: patronos y regentes desaparecieron de la organización, salvo honrosas excepciones. ¿De dónde había salido aquel osado que se atrevía a enfrentarse con la flor y nata de la tipografía madrileña? No era regente ni había intervenido en Juntas directivas. No frecuentaba tabernas –tan gratas a los tipógrafos– ni cultivaba tertulias de amigachos. Ni siquiera había nacido en Madrid. ¿Cómo concebir cambio tan profundo? Pablo Iglesias rechazó el cargo de presidente pero cuantos habían sino elegidos con él amenazaron con dimitir si no aceptaba el nombramiento. ¡Y no tenía aún veinticuatro años! Una vida nueva para él y para el arte de Imprimir iba a comenzar, de extraordinarias y profundas consecuencias al mismo tiempo para el proletariado español.

Se vendió cuanto había en le imprenta, quedaron saldadas las deudas y con el remanente – 4.741 reales– se abrió la Caja de Resistencia. Cuando Iglesias inició su espinosa tarea quedaban 249 asociados. Sin su intervención el Arte de Imprimir habría fenecido por consunción, falta de savia ideológica, entre la indiferencia del oficio: Iglesias recogió en 1874 una bandera sin adeptos y la tremoló victoriosamente en 1882. Acabamos de referir que Paulino Iglesias se había convertido en Pablo. Entró en quintas, más se libró de ir al ejército por ser hijo de viuda pobre. Entonces descubrió que el diminutivo con que su madre le llamaba no correspondía a su verdadero nombre, con el que estaba inscrito en el juzgado y bautizado. Y al llegar los procesos, por uso de nombre supuesto, surgía un problema de graves consecuencias.

En un caso idéntico estuve yo: fui hijo de viuda pobre, librándome por ello de ir a filas. En 1910, encarcelado a los diecinueve años por haber presidido un mitin contra la guerra de Marruecos en el que habló Iglesias, entré en la Cárcel Modelo llamándome Francisco Saborit y al salir había cambiado el nombre citado por el de Andrés. El juzgado militar me procesó lisa y llanamente por uso de nombre supuesto, lo que pude resolver merced a que vivían los testigos que habían intervenido en el Registro civil, en Alcalá de Henares, acreditando mediante acta notarial se trataba de una misma persona, caso corriente de preferencias familiares a la hora de adjudicar nombre a los primeros hijos. A juicio de los míos, como seguramente opinaba la señora Juana respecto de su Paulino, aquello no tenía importancia de ninguna clase. Pero pudo tenerla. Frente a la Asociación presidida por Iglesias, internacionalista notorio, brotó una minúscula Sociedad de Noógrafos, tipógrafos partidarios del anarquismo, con esporádicas ramificaciones en provincias; guerra sin cuartel declarada por los derrotados en las asambleas del Arte; indiferencia en buen número de gráficos partidarios de jaranas, toros y chulerías; celos interiores entre tipógrafos y operarios del ramo de máquinas de imprimir; más aprendices que oficiales en los talleres, con salarios de hambre y destajo en pésimas condiciones; escasa libertad para publicar libros y periódicos, Centros obreros y organizaciones societarias y políticas perseguidas por el régimen borbónico. Sólo la voluntad indomable de Pablo Iglesias pudo decidirse a soportar aquel calvario. La junta directiva que él presidió, al tomar posesión, dirigió un manifiesto al oficio. En este párrafo del mismo concentró Iglesias lo esencial de su pensamiento: “Creer que se pueden mejorar las condiciones de los tipógrafos con el aislamiento y el abandono, es un sueño; pensar que los que no sufren nuestras privaciones y nuestro malestar han de interesarse por nosotros y poner coto a ello, una utopía”. [395] Esta idea matriz la desarrolló centenares de veces, en escritos, discursos y conversaciones. Sus biógrafos han reflejado estas cualidades insistentemente.

Véanse dos ejemplos:

“Iglesias era el alma de todo. En el transcurso de seis años puede decirse que ni un solo día dejó de concurrir al local de la Asociación, trabajando en la imprenta, estudiando en la Escuela de Artes y Oficios, desempeñando comisiones, tratando las cuestiones de trabajo que se presentaban, haciendo reclamaciones en nombre de los compañeros, presidiendo las juntas, cuidándose, en fin, de la marcha administrativa con incansable solicitud”.

“Dominaba Iglesias totalmente su pensamiento y su palabra; no abordaba asuntos que no conociese hasta en el menor detalle; las interrupciones y la hostilidad no le cohibían ni alteraban; decía lo que quería decir en lenguaje claro y desprovisto de adornos; llamaba a las cosas por su nombre; era duro en la expresión, en el ademán y en el gesto; no tenía nunca elogios para el adversario, pero tampoco tenía injurias ni reticencias; se conducía, en suma, como le ordenaba su conciencia; así que, desde luego, desentonó por no respetar convencionalismos ni tópico alguno”.

El primer texto es de Antonio García Quejido; el segundo, de Juan José Morato. Ninguno de los dos ha pasado a la historia como pablistas.

[396] *Resumen histórico*

¡Año interesante para los historiadores! Pí y Margall publica *Las clases jornaleras*. Se estrena en Madrid *La capilla de Lanuza*, de Marcos Zapata. Comienzan a circular en la capital tranvías de mulas a cinco céntimos el trayecto. Se funda en Dinamarca el Partido Socialista Danés. En el capítulo dedicado a la Primera Internacional figuran ya episodios de relieve excepcional. Demos aquí algunas de las abundantes efemérides que hubo en 1871. Nacieron este año, entre otros, Andrés Ovejero, Enrique Celaya, G. Hervé, Camilo Huysmans, K. Liebknecht, A. Merreheim, P. Renaudel, Nicolás Repetto, Montheus (fue quien compuso el himno *La Joven guardia*), significados socialistas; Miguel Asín Palacios, sabio arabista; O. Decroly y María Montessori, pedagogos; Ignacio Iglesias, Serafín Álvarez Quintero, dramaturgo (Joaquín Álvarez quintero nació en 1873); Luis de Tapia, Concha Espina, Paul Valéry, G. Perrero, H. Mann, Leónidas Andreef, escritores; Amadeo Vives, Ricardo Villa, compositores.

Fallecieron en 1871, entre otros, Pierre Leroux y W. Weitling, socialistas utópicos; Carlos Rubio, Benito Hortelano, P. Alexis Ponson du Terrail, Paul de Koch, escritores.

El golpe del general Pavía

El año 1874, en que el general Pavía da el golpe militar contra el Parlamento republicano, nacieron entre otros: Julio Fernández L. de Guevara, Enrique Dickmann, Manuel Álvarez Marina, A. Blanc, significados socialistas; Manuel Bueno, Manuel Machado, Rufino Blanco Fombona, J. Michelet, H. Barbusse, J. Tharaud, Norman Angell, L. Einaudi, W. Churchill, H. Hoover, escritores y políticos; David F. Strauss, historiador; Mariano Fortuny, Francisco Sancha, pintores; H. Farman, ingeniero aviador; Matilde Moreno, actriz.

[397] Isidoro Fernández Flores (*Fernanflor*) crea "Los lunes de *El Imparcial*" —donde se revelaron las primeras figuras de la literatura española—el 27 de abril de 1874. El 7 de mayo, el duque de la Torre, regente, entra triunfante en Madrid, después de haber derrotado al carlismo.

El 8 de diciembre, publicación del *Syllabus*, bandera que el Vaticano entrega a las extremas derechas para fomentar las discordias y hacer odiosa la religión. El 1º de diciembre, en Viena, Alfonso XII lanza el manifiesto que le ha redactado Cánovas del Castillo aspirando al trono de España. En él figuraba este párrafo: “Sea la que quiera mi suerte, no dejaré de ser un buen español; ni, como todos mis antepasados, buen católico; ni, como hombre del siglo, verdaderamente liberal”. Una bandera frente al carlismo todavía potente en algunas regiones. El 29 de diciembre, Martínez Campos proclama, en Sagunto, rey a Alfonso XII, sin anuencia de Cánovas del Castillo, que hubiera preferido una proclamación de origen civil. Entre ambos personajes no hubo cordialidad, reavivándose el rescoldo de vez en cuando. En Madrid, Primo de Rivera, tío del dictador de 1923, capitán general de Castilla la Nueva, garantiza a Sagasta, jefe del Gobierno, que el ejército del centro seguiría leal al régimen republicano. No lo fue, traicionando la palabra dada y recibiendo la esperada recompensa de los vencedores, como la hubo, aunque más tarde, para Sagasta, rendido sin lucha, a pesar de que Ruiz Zorrilla le incitó ello. ¡Cuánta razón tenía Pablo Iglesias para desconfiar de unos y otros!

[398] *Se inicia la etapa heroica*

En 1875 la Asociación del Arte de Imprimir abrió una secretaría en la calle del Salitre, 6. Su lista de asociados quedó reducida a 180, firmes y leales. Pablo Iglesias y el puñado de héroes que le secundan siguen tenaces en su tarea. Acuden al local social, se reúnen periódicamente, redactan los recibos cobratorios, administran con pulcritud, visitan imprentas y encuentran adeptos seguros, decididos a soportar toda suerte de adversidades. Los hay que utilizan las tabernas para mejor realizar su labor catequista. Hasta Iglesias empieza a reunirse con algunos tipógrafos en el café *El Brillante*, como más tarde frecuentará el café *Lisboa*: es que allí está la cantera. Los camareros le conocen, y sin preguntarle le sirven un vaso de agua con azucarillo. “El Rubio” es un guapo mozo, espigado, vestido con extremada modestia. Gana buenos jornales porque es obrero excelente, pero no ha conseguido puesto fijo en imprentas de categoría: su nombre figura en la lista negra de patronos y regentes. Vive en la calle de la Comadre (luego del Amparo, donde yo también he vivido con mi madre viuda), en un cuarto interior, con su madre, a la que adora. Manuelín, el hermanito que con él entró en el Hospicio madrileño, donde aprendió el oficio de zapatero, a los dieciséis años, cuando la vida comenzaba a sonreírle, falleció, víctima de la tuberculosis, del hambre y la miseria, sería más exacto. ¡Cómo cuidaba la señora Juana a su Paulino, temerosa de perderle también! Alguna vez estuvo enfermo y escupió sangre. ¡Mal síntoma!

Ha aprendido francés y sigue estudiando cuanto puede. Mesa, desde París, le remite folletos y periódicos, que cuidadosamente conserva y relee. Está al tanto de la política en España, aunque sin poner esperanzas en ella. Mientras su clase, la de los explotados, no adquiera fuerza propia, la política carecerá de interés. ¿A qué perder el tiempo en escaramuzas sin vida real en el país? Iglesias no se desorienta, no vacila, no pierde la fe. En 1875 Romero Robledo, ministro de la Gobernación [399], publica una circular contra las organizaciones obreras. No era necesaria, porque la represión estaba ya tan avanzada en toda España que apenas quedaba nada que reprimir. En ese mismo año, primero del reinado de Alfonso XII nacieron: María Martínez Sierra, María Francisca Amorós, fundadora de la organización femenina en Elche; Pedro Cabo,

Francisco Cuneo, Pierre Graber, H. Lagerdelle, Lunacharski, Herbert Morrison, Marius Moutet, G. Carlos Severing, J. Wauters, socialistas significados. Entre otros escritores: José López Pinillos(*Parmeno*), Antonio Machado, José Martínez Ruiz (*Azorín*), Ramiro de Maeztu, Pedro Mata, Francisco Villanueva, Rainer M^a Rilke, Tomás Mann, José Santos Chocano; Antonio Tapia, médico de fama mundial; G. Marconi, inventor; Fernando Álvarez de Sotomayor, Manuel Benedito, pintores.

Emilio Mario inaugura ese año el teatro de la Comedia de Madrid, Pérez Galdós publica *Trafalgar*, tomo primero de los Episodios Nacionales. El 22 de mayo de 1875, congreso de unificación de los socialistas alemanes. Actitud reservada de Engels y Marx, que han remitido una carta a Liebknecht, no comunicada por éste a sus colegas. Junio 25, el Parlamento francés, por un voto de mayoría, proclama la República; es muy conservadora y está bajo la presión de militares y monárquicos de dos ramas hostiles, unidas contra los defensores de la Comuna, en presidio o emigrados. Agosto 25, estreno en Madrid de la zarzuela de Ramos Carrión, con música de Fernández Caballero, *Los sobrinos del capitán Grant*, centenaria en las carteleras teatrales. Octubre 3, Emilio Sánchez Pérez publica *El Solfeo*, donde se dio a conocer, solfeando, Leopoldo Alas (*Clarín*), origen del seudónimo que le hizo célebre. Fallecieron ese año, entre otros, H.C. Andersen, escritor cuentista danés, y Edgar Quinet, filósofo idealista y ateo, político liberal.

[400] *Cánovas y Ruiz Zorrilla*

Cánovas del Castillo, dictador andaluz con hábitos cuarteleros, publica decretos suspendiendo el Jurado y el matrimonio civil, cercenando la libertad de imprenta, los derechos de asociación, de reunión, todos los derechos. En lo sucesivo, mandando Cánovas, los españoles sólo tendrán deberes. Sigue la guerra carlista; más claro: sigue vertiéndose absurdamente sangre española. Ruiz Zorrilla, que se negó a ser republicano mientras hubo República –de haberlo sido quizá hubiera evitado su caída, dadas las cualidades que le adornaban–, ahora que los Borbones han vuelto se hace republicano. Cánovas le conoce bien. No teme a los republicanos: los considera hundidos, desacreditados. Teme a Ruiz Zorrilla. El 5 de febrero de 1875, a las tres semanas de haber llegado a Madrid Alfonso XII, la policía invade el domicilio de Ruiz Zorrilla, registrando hasta el último rincón, y le obliga a expatriarse. En Bayona se le prohíbe residir: está demasiado cerca de la frontera. Instalado en París, toma contacto con otros españoles, grave delito a juicio del Gobierno francés, que le expulsa obedeciendo a Cánovas. Reside alternativamente en Ginebra, Londres y París, al fin. No vive sino pensando en España, en implantar la República. ¿Por un movimiento de carácter civil? Ruiz Zorrilla sabe que eso es muy difícil. También él conoce a Cánovas. Fía en el ejército, en una sublevación militar, en un acto de fuerza; los organiza y fracasa.

La Constitución de 1876

Cánovas del Castillo está montado a caballo. No aflojara los estribos hasta que en la *Gaceta* vea la nueva Constitución de la monarquía restaurada. El 50 de junio es gran día para él. Comienza a vislumbrar el fruto de su obra. ¡Cuántos instantes amargos y difíciles le esperan! En la Cámara, desde el 15 de febrero en que comenzó a discutirse el proyecto de ley, ha habido

debates memorables. Apenas si han conseguido [401] actuar los radicales y los republicanos. Han triunfado, en cambio, dos o tres docenas de carlistas y moderados. Sagasta reúne casi cuarenta diputados más o menos liberales, entre ellos Juan Valera y Núñez de Arce. Echegaray es todavía radical. Pronto dejara de serlo. El Papa Pío IX y los partidarios del oscurantismo combaten el artículo 11 de la Constitución, donde Cánovas propone la tolerancia religiosa. Liberales y republicanos, por el contrario, rechazan ese artículo porque no reconoce la libertad de cultos. La tolerancia es la antesala de la humillación. La libertad es el respeto a la persona humana. A la hora de votar, derecha e izquierda parecen unidas, 83 votos en total. Cánovas alcanza la victoria con 221 diputados que le siguen. La Restauración está en franca vía. Después llegan las leyes complementarias, la Municipal en primer término, con la que España vivió hasta el Gobierno Lerroux, cuando apenas si ya había República. Más de veinte proyectos de ley intentando modificarla fracasaron en las Cortes. ¡Qué difícil era tocar aquella pieza inventada por Cánovas para perpetuar el caciquismo rural!

Los conservadores abren huecos en sus filas a los carlistas. Su jefe, vencido, pasa la frontera y pide asilo político en Francia. El carlismo ha perdido resonancia en los cuarteles, donde la República goza aún de simpatías. No tardaremos en ver las consecuencias. Entretanto, la Asociación del Arte de Imprimir, lentamente, va recobrando fuerzas; en 1876, al correrse la numeración y formalizar las cuentas del año, son 268 los cotizantes. Iniciada la recuperación de asociados, nadie podrá impedirla. Pablo Iglesias sigue siendo presidente de la Asociación General del Arte de Imprimir sin actuación ostentosa, modestamente, con paso firme. Veamos otros acontecimientos de 1876. Nacieron ese año, entre otros socialistas de relieve, José Vives, Juan Barceló, Juan Longuet Marx, Paul Rivet, Alfredo Rosner y Ludovico d'Aragona. Francisco Cambó, Gustavo Pittaluga, C. Adenauer, políticos. [402] Eloy Gonzalo, Héroe de Cascorro, que en octubre de 1897 expuso su vida en Cuba; los escritores Rafael López de Haro y Eduardo Zamacois; el violoncelista Pablo Casals y el compositor Manuel de Falla. En 1876 fallecieron, entre otros, H. Bernstein y Aurora Dupin (*George Sand*), escritores. El 30 de octubre de ese año se reúne en París el primer Congreso obrero francés; en el mes de mayo anterior Clémenceau había pronunciado en la Cámara francesa su primer discurso, muy extremista. En noviembre, Pí y Margall publica *Las Nacionalidades*, uno de sus libros más divulgados.

El clericalismo: he ahí el enemigo

La frase es de Gambetta, precursor de Combes y de Waldeck-Rousseau, líder de la izquierda burguesa en Francia. El mariscal MacMahon, presidente de la República —¿había de veras República en 1877 en Francia?—, el 16 de mayo se decide a tomar el pulso al país. Le obedece ciegamente el Senado. En la cámara popular hay 170 monárquicos contra 360 republicanos, muy conservadores. En lucha con el Parlamento, decreta su disolución. El 14 de octubre hay elecciones, en las que triunfan 325 diputados de izquierda. El mariscal no se rinde aún. Cuenta con el Senado para sostenerse. Pero la segunda cámara cae también en poder de los republicanos, y MacMahon, desamparado, abandona el Poder. Elegido presidente del Congreso de los Diputados, Gambetta ha vencido. La verdadera República en Francia va a comenzar. El 5 de septiembre de ese año, en los alrededores de París, muere Thiers, ejecutor de millares de parisienses defensores de la Commune, de quien Pablo Iglesias dijo: “¡Lástima que haya muerto

en su cama!”.

El Arte de Imprimir publica boletines trimestrales con el movimiento de socios y críticas contra los malos patronos y los regentes aduladores. Son páginas bien aprovechadas. Se administra con tal austeridad [403] que los fondos sociales van engrosando. “Las quejas y los lamentos de los obreros –escribe Pablo Iglesias– ni ablandan el corazón de los patronos ni les dan el menor cuidado. Lo único que les preocupa y les obliga a no oprimir tanto a los explotados es la fuerza de la organización de éstos”. Se ha dicho más de una vez que Iglesias se repetía. ¡Ya lo creo que se repetía! ¡Era necesario decir tantas veces la misma cosa hasta interesar a los trabajadores!

Nacieron en 1877: Antonio Fernández Quer, Francisco Núñez Tomás, Exoristo Salmerón, José Ingenieros, Enrique del Valle Iberlucea, Rodolfo Hilferding, J. Dumoulin y Conrad Ilg, socialistas relevantes. Julio Casares, Ricardo León, Francisco Barnés, Baldomero Argente y Niceto Alcalá-Zamora, escritores y políticos. J.A. Anselmi, famoso tenor italiano. Fallecieron ese año Pedro Nata y Fontanet, médico, escritor y filósofo, y Cecilia Bohl (*Fernán Caballero*). En 1877 Engels escribió su célebre libro *Anti-Dühring*, y Zola, *La Taberna*, novela muy popular. En el teatro de la Zarzuela de Madrid, estreno de *La Bruja*, con letra de Ramos Carrión y música de Ruperto Chapí, que fue un acontecimiento artístico. El 4 de octubre, con *La favorita*, debut de Julián Gayarre en el teatro Real, donde actuaba Elena Sanz, famosa tiple con la que Alfonso XII tuvo dos hijos.

Congreso obrero en Lyon

Pablo Iglesias y sus compañeros del Arte de Imprimir rebosan optimismo: en 1878 la Asociación reúne 717 afiliados, con cinco por ciento de parados. Casi la mitad del oficio figura en sus filas. Sin libertad, amordazados los partidos y secuestrada la tribuna pública, el balance resultaba esperanzador. Ha habido en Lyon, en enero de aquel año, un Congreso obrero francés, donde sus organizadores decidieron preparar otro el 3 de septiembre, de carácter internacional, coincidente con la Exposición Universal prevista en la [404] Capital del Ródano para esa misma fecha. Promotor de esas decisiones era Julio Guesde, estrechamente unido a José Mesa y éste a su vez, con Pablo Iglesias. ¡Buen momento, han pensado los tres, para medir las fuerzas de la nueva Internacional en gestación!

La Junta directiva del Arte de Imprimir defiende en la asamblea de julio que un delegado suyo concurra al Congreso obrero internacional de Lyon. Se alborota el gallinero. ¿Quiere llevarnos Pablo Iglesias a la Internacional? gritan los restos del conservadurismo enquistados aún en la Asociación. Los debates produjeron hondo malestar, agriándose las pasiones. Acaso el proponente está informado de que el Gobierno francés es casi seguro prohíba el Congreso. Tal vez se da cuenta de que la educación sindical de clase no está aún consolidada entre los tipógrafos. Quizá ambas cosas a la vez inclinan el ánimo de los directivos a retirar su iniciativa antes de pasar a la votación definitiva. Hay bajas por ambos extremos: unos, molestos por haber intentado llevar la entidad a un Congreso internacional ajeno a la profesión; otros, descontentos con Iglesias, a quien acusan de haber cedido a presiones de elementos conservadores o retardatarios. En enero siguiente se notarán las consecuencias: 663 asociados solamente. No

importa. La Asociación se depura, se consolida en la lucha, a pesar de los inevitables altibajos. La retirada de la propuesta fue un acierto: el Gobierno francés no autorizó el Congreso obrero y encarceló, además, a sus organizadores. El 1º de enero de 1878 se publicó en París el primer número de la revista *Le Socialisme progressif*, donde colaboraban los belgas César de Paene y Luis Bertrand, fundadores del movimiento obrero en Bélgica. La mano de hierro seguía apretando las clavijas en España. Ahora se interesaba en los preparativos de la boda de Alfonso XII con su prima Mercedes, con la que se unió el 23 de enero de 1878. Isabel II, su madre, contrariada por ese enlace, se negó a estar presente. Hubo regocijos populares. Hasta la Puerta del Sol gozó de alumbrado nuevo. ¡Qué felices [405] se sentían los madrileños, aunque el cocido estuviera a la funerala! ¡Y qué feliz el rey con su Mercedes, puesta en coplas más tarde! Porque la joven reina falleció el 27 de junio siguiente, a los seis meses de matrimonio. Una catástrofe para Cánovas, interesado en encontrar una nueva esposa capaz de proporcionar herederos al trono. Importaba poco que la escogida no fuera del agrado de Alfonso. Para Cánovas, lo primordial consistía en que de la coyunda real nacieran hijos viables. La sucesión del trono: eso era todo. ¿El amor? No era preciso decirle al joven monarca dónde estaba el amor. ¡Demasiado lo sabía él! El 29 de noviembre de 1879 Alfonso XII contraía nuevas nupcias con María Cristina de Habsburgo-Lorena, traída desde Viena por Cánovas. Naturalmente, hubo festejos, sin igualar a los que rodearon el primer matrimonio, el forjado por el corazón. María Cristina –la archiduquesa austríaca– fue una monja sin hábitos. Jamás logró ser popular.

¿Estaba consolidada la Monarquía con estas bodas reales? El 25 de octubre, en la calle Mayor, cerca del Ayuntamiento, un anarquista, Juan Oliva, muerto en el patíbulo, disparó varios tiros contra Alfonso XII. En Navalmoral de la Mata, cerca de la frontera con Portugal, surgió una partida republicana. Poca cosa. Un síntoma. Cánovas no estaba dispuesto a ceder su alto sitio: le era preciso seguir con la tralla en la mano. Martínez Campos, que mandaba las fuerzas militares en Cuba, comunicó al Gobierno el término de la guerra en aquella isla. Pura fantasía. ¡Qué bien preparaba Cánovas el tinglado! ¡Pero cuán frágil era todo.

Nacieron en 1878, entre otros significados socialistas, Tomás Álvarez Ángulo, Miguel Armentia, Enrique de Francisco, Vicente Lacambra, José María Suárez, P. Brizon, J. Lebas, Paul Faure, J.H. Thomas. Escritores y políticos: Ramón Asensio Más, Enrique de Mesa, Felipe Pérez Carpió, Felipe Rodés, Luis de Zulueta, Gustavo Stresemann, Albert Thomas, Paul Reynaud y Upton Sinclair, entre otros. Pérez Galdós publica *Marianela* y *La familia de León Roch*; Joaquín Costa da una conferencia en El Fomento de las Artes sobre "El Cid en la epopeya española:[406] su representación política". En Madrid, estreno de la zarzuela que alcanzó éxito inmenso *El anillo de hierro*, con letra de Marcos Zapata y música de Chapí. ¿Qué pasa en Europa? En Alemania, en octubre de ese año, Bismarck arranca una ley contra los socialistas por 221 votos contra 149. Un atentado de que había sido objeto Guillermo I, cuyos autores nada tenían que ver con la Socialdemocracia, le sirvió de pretexto. La represión duró diez años. Turquía, en declive, entrega Chipre a Inglaterra y concede la independencia de Bulgaria.

Una fecha histórica

La Asociación del Arte de Imprimir goza de buena salud. Hasta Pablo Iglesias rige una imprenta de cierta importancia, la de Enrique Teodoro, antiguo asociado. Con alguna frecuencia se rompen tubos de los quinqués de petróleo que utilizan los tipógrafos en las capuchinas donde componen líneas, y creyendo evitarlo, el dueño dispone que los operarios paguen de su jornal tales desperfectos. Es injusta la pretensión. Rechazada por los obreros, a pesar de los razonamientos de Iglesias para vencer al patrono, éste insiste y estalla la huelga. Aun no afectado por la decisión de Teodoro, hace causa común con sus camaradas y pierde un buen puesto. En *La Iberia*, diario de tradición liberal, hay una plaza vacante, que ocupa Iglesias. Ha perdido una jefatura, pero ha encontrado un taller rodeado de amigos y camaradas. Con frecuencia visita los cafés donde se reúnen tipógrafos, porque está en trámites de organización la primera entidad socialista de España. Las peligrosas dificultades de los pasados tiempos gubernamentales se han atenuado; no obstante, ha de procederse con prudencia, clandestinamente desde luego.

Francisco Mora, recordando contratiempos experimentados en la etapa internacionalista, donde jugó papel principalísimo, no es partidario de precipitar las cosas. Por el contrario, desde París, José Mesa presiona para que cuanto antes quede constituida la Agrupación Socialista Madrileña. Apoyando estos anhelos, informa a Iglesias de los progresos del Socialismo en Europa. Marx y Engels, en Londres, escriben, observan, estimulan, infunden esperanzas. En Madrid hay frecuentes reuniones de unos cuantos, los más fieles seguidores de Pablo Iglesias, decididos a no dejar escapar la oportunidad que se adivina en lontananza: un cambio de política gubernamental. ¿Hay socialistas en el resto de España? Mora reside en Barcelona, donde ha entablado relaciones con un reducido grupo de obreros textiles [408] y zapateros, oficio el último con el que se ganó la vida durante años. No hay nada organizado de carácter socialista. Se cuenta con Toribio Reoyo, afiliado al Arte de Imprimir, trasladado circunstancialmente a Logroño. Con el tiempo, en la capital de La Rioja, un tipógrafo amigo suyo Roberto Escribano creará una modesta Sociedad de esa profesión. Reoyo, sin poder subsistir en Logroño, se traslada a Barcelona, donde al fin echa raíces.

Julián Fernández Alonso, padrino de Iglesias en la Internacional, presidente del Arte de Imprimir en su periodo inicial, se ha trasladado a Guadalajara, donde se le ha ofrecido una imprenta en excelentes condiciones. Allí, con paciencia consigue interesar en las nuevas ideas a Modesto Aragonés, albañil, y a Luis Ranz, carpintero. Los tres pasan algún domingo juntos con Iglesias, previamente invitado por sus amigos. De la Primera Internacional queda Inocente Calleja, platero, que informado de los proyectos existentes, cree contar con tres o cuatro colegas. Falta lo principal, tal vez lo que impulsó a Iglesias a precipitar la constitución de la Agrupación Socialista Madrileña. Alejandro Ocina, afiliado al Arte de Imprimir, por sus relaciones con internacionalistas cuando formó la Sección de Tipógrafos, donde también militó Iglesias, tuvo posibilidad de leer libros y folletos de tendencia avanzada, el *Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels, entre ellos, que le interesaron. Sin dejar la imprenta, decidió estudiar Medicina, y en las

salas por él frecuentadas se hizo amigo de Jaime Vera, a quien facilitó esos libros y folletos, que iluminaron su privilegiado cerebro. Este, su hermano Vicente Vera, terminada su carrera; Zahonero, que luego fue escritor tradicionalista hasta el fin de sus días, y tres o cuatro estudiantes de Medicina, se prestaron a engrosar el naciente organismo. ¿Cómo podía Pablo Iglesias dejar de jugar esa carta, contando en principio con elementos de tanta valía?

Paulatinamente, Iglesias ha ido formando una lista de posibles adheridos a la nueva entidad: son treinta y siete. Algunos residen fuera de [409] Madrid, otros no acudirán al llamamiento. ¿Dónde será oportuno reunirse? ¿Con qué pretexto? El 2 de mayo, en Madrid, es fiesta oficial. Se conmemora la epopeya del pueblo resistiendo a pecho descubierto a las fuerzas napoleónicas. Buena fecha para disfrazar los verdaderos propósitos de la reunión proyectada, convirtiéndola en banquete de fraternidad internacional. ¿Por qué culpar a los trabajadores franceses de los delirios imperialistas de Napoleón? Congregarse ese día y cambiar impresiones terminada la comida no puede alarmar a nadie. ¡Era tan corriente utilizar los banquetes para disimular la celebración de toda suerte de actos! Además, el número de comensales tampoco podía dar lugar a sospecha alguna. Se decidieron, pues, y el 2 de mayo de 1879, fecha histórica, quedaba constituida en Madrid la primera Agrupación Socialista. ¿Dónde? En una modesta fonda de la calle de Tetuán, no lejos de la Puerta del Sol, casi frente a los balcones del Ministerio de la Gobernación. Así estarían más seguros. Acuden veinticinco: dieciséis tipógrafos, catorce de ellos desempeñando cargos o habiéndolos ejercido en el Arte de Imprimir; Inocente Calleja y un amigo suyo (faltaron dos que se incorporaron después); un zapatero, Francisco Mora, accidentalmente en Madrid; Jaime Vera, su hermano Vicente y tres amigos más, médicos o estudiantes de esa ciencia. ¡Qué de ilusiones, cuántas esperanzas albergadas en aquel grupo de idealistas, casi todos sin haber rebasado los treinta años! Hubo discusión y acuerdos, reflejados en el acta que redactó Antonio García Quejido y avaló con su firma –que nunca faltaría ya en lo sucesivo en todos los documentos oficiales de la nueva entidad– Pablo Iglesias. He aquí documento históricamente tan interesante:

“Convocados por una Comisión iniciadora de algunos trabajos con el objeto de formar un partido, que se denominará SOCIALISTA OBRERO, y cuya política se separará de la que hacen los partidos burgueses, desde el más avanzado al más retrógrado, por creer que ninguno de ellos representa los intereses del proletariado, se nombró una Comisión, compuesta de los compañeros Iglesias, Ocina, Calderón, Vera (J.) y Zubiarre, encargada [410] de redactar un proyecto de programa y de Bases para la organización de los trabajadores que a él se adhiriesen, hasta tanto que un periodo de mayor libertad permitiera hacer públicos nuestros trabajos y un Congreso obrero los ratificara o enmendase, con arreglo al mandato que recibiera de los electores. Se acordó convocar a nueva reunión para discutir el proyecto de la Comisión, cuando ésta lo terminase, a aquellos que se hubiesen adherido, haciéndolo entonces los siguientes: Gerardo San Miguel (marmolista), Victoriano Calderón (tipógrafo), Felipe López (tipógrafo), Joaquín Campa, (estudiante de Medicina), Pablo Iglesias (tipógrafo), Francisco Vilar (tipógrafo), Inocente Calleja (diamantista), Francisco Feito (tipógrafo), José Bermejo (tipógrafo), Alejandro Ocina (Médico) Emilio Cortés (tipógrafo), Vicente Cervera (tipógrafo), Olaf Guillaume Aagren (diamantista), Deogracias Hafarrete (tipógrafo), Vativos Gómez (tipógrafo), Vicente Vera (doctor en Medicina), José Sedano (tipógrafo), Enrique Burgos (tipógrafo), Gonzalo Zubiarre (médico), José Ros

(tipógrafo), Antonio García Quejido (tipógrafo), Jaime Vera (médico), Leoncio Ortega (tipógrafo), Hipólito Pauly (tipógrafo) y Francisco Hora (zapatero).- De todo lo cual certificamos en Madrid a 3 de mayo de 1879”.- Antonio García Quejido. Pablo Iglesias²⁵.

Con excepción de Jaime Vera ausente de Madrid, la Comisión actuó con diligencia, y el 20 de julio siguiente, en una taberna de la calle de la Visitación se reunieron para conocer el proyecto de programa del Partido. Redactado por Iglesias, estuvo en poder de José Mesa y no es aventurado suponer que éste, desde París, quiso tener la previa conformidad de Marx y Engels. En trámite constitutivo las Agrupaciones Socialistas de Guadalajara y Barcelona, que clandestinamente también comenzaron a funcionar a fines de 1879, era correcto remitirles el proyecto en principio aprobado, invitándoles a formular enmiendas o adiciones.

[411] Otros acuerdos hubo en aquella reunión. El principal, la cotización que debía abonar cada afiliado, cincuenta céntimos mensuales. Se nombró una Comisión encargada de administrar los fondos y entrar en relaciones con socialistas de fuera de España, intensificándolas al mismo tiempo con los del interior del país. En acta de la misma sesión consta se leyeron cartas de Francia e Inglaterra, sin duda de Mesa y Engels, alentándoles. La Comisión quedó formada por Iglesias, secretario; Calleja, tesorero; Ocina, contador, y Calderón y Zubiarre, vocales, No había presidente, siguiendo norma trazada por la Primera Internacional, que fue rectificada posteriormente. Quienes han elogiado y practicado el sistema secretarial han fomentado la dictadura de un hombre, con lo que ni se educa ni se corrigen defectos innatos de movimientos colectivos.

Dos acontecimientos de relieve se produjeron en 1879, demostrativos del auge que el Socialismo estaba llamado a tener. Hubo elecciones generales en Alemania, y a pesar de las draconianas disposiciones gubernativas de Bismarck, triunfaron dos diputados socialistas. En Marsella, Lafargue y Guesde crearon el Partido Obrero Francés, en el que se hicieron fuertes durante varios años, a pesar de los ataques de que fueron objeto. En abril, en Frameries (Bélgica), una catástrofe minera ocasionó cien muertos. Alemania, lanzada al proteccionismo arancelario, decretó una elevación de tarifas, precursora de la guerra económica, que habría de terminar en los campos de batalla de 1914. El zar de Rusia fue objeto de un atentado: cuatro tiros sin consecuencias. Sin consecuencias para el zar, porque en el país hubo estado de sitio, incendios, deportaciones, huelgas a pesar de estar prohibidas y ejecuciones. También en Madrid, el 30 de diciembre de 1879, a la salida del Palacio Real, Alfonso XII y su nueva esposa, la austríaca, pasaron un mal rato: Francisco Otero, anarquista, disparó contra ellos, resultando ilesos, a pesar de lo cual Otero fue agarrotado en enero de 1880. En noviembre de 1879, por vez primera, los tipógrafos celebraron con una comida fraternal la fundación del Arte de Imprimir, fiesta de aniversario que ya no [412]se interrumpió en años sucesivos, y a las cuales he asistido –¡con qué ilusión, querido lector!– desde 1902. A principios de siglo era corriente celebrar esta fecha con un té en el piso principal de los cafés de *España* o de *Zaragoza*, cerca de la plaza de Antón Martín, y después con banquetes organizados en los altos del *Café de San Isidro*, en la calle de Toledo, en donde se disponía de amplio local, con posibilidades para pronunciar discursos y charlas, leer poesías y prolongar alegremente la sobremesa.

²⁵ Saborit introduce la siguiente nota: “(Con 2 puntos interlínea por excepción, para resaltar)”.

Nacieron en 1879 Teodomiro Menéndez, Fernando de los Ríos, Antonio Fabra Ribas, Carmen de Burgos (*Colombine*), León Jouhaux, Adrián Pressemane, F. Adler, A. Delattre, significados socialistas; León Trotsky y J. Stalin, comunistas; José Giral, Enrique Díez-Canedo, Federico Oliver, Eduardo Marquina, Gabriel Miró, Augusto Pí y Suñer, Francisco Villaespesa Alvaro de Albornoz, Augusto Vivero y Gabriel Maura, escritores y políticos; Alfredo Nobel, creador del premio Nobel, y Alberto Einstein. Fallecieron ese año Baldomero Espartero (*Príncipe de la Victoria*), Manuel Cortina, político liberal, que se negó a cobrar la cesantía de ministro; Abelardo López de Ayala y A. Daudet, escritores.

En 1879, en Barcelona, comienza la publicación de *El Diluvio* y *La Publicidad*. En Madrid, la de *El Liberal*, iniciativa de un grupo de redactores de *El Imparcial*, capitaneados por Fernanflor, dando lugar a que Andrés Mellado se encargase de ese diario y Ortega Munilla de la página literaria de los lunes. Echegaray estrena en el teatro Español el drama *En el seno de la muerte*, y en Estados Unidos Henri George publica *Progreso y Miseria*, con éxito universal.

[413] Programa del Partido Socialista

En 1880, por fin, quedó aprobado por la Agrupación Socialista Madrileña el programa que había de servir de base para la propaganda, hasta que llegara el momento de organizar nacionalmente el Partido Socialista Obrero español, donde todo podría ser objeto de examen y revisión. Francisco Mora, desde Barcelona, intervino con advertencias oportunas, que Iglesias recogió en lo esencial. ¿Hubo modificaciones remitidas por Mesa, suyas o de Marx y Engels? No lo hemos visto señalado en ninguna parte. Iglesias se siente feliz. Ha buscado toda suerte de asesamientos, pero el texto es suyo: está clavado ahí su estilo, con el que redactó millares de manifiestos, artículos y cartas. Vale la pena de desentrañar su espíritu revolucionario, que le hace conservar perenne actualidad. El ímpetu creador de Iglesias está concentrado en la declaración de principios —el articulado ha sido superado con creces ante la influencia adquirida en el mundo por el movimiento político y económico del proletariado—, donde se reduce el papel del Estado a “una delegación para la administración de los intereses sociales, sin facultades arbitrarias; responsable y revocable en todo tiempo y lugar”. Definido el Estado —la sombra de Estado que Iglesias conservaba del aparato capitalista—, era obligado hacer lo mismo con los ciudadanos que habrían de formarle: “Abolición de todas las clases sociales, y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e independientes”. El Estado dibujado en esa declaración de principios ¿tiene algún parecido con el que Lenin y Stalin impusieron en Rusia? ¿Son libres los trabajadores en los países donde está instaurada la llamada dictadura del proletariado? Mejor que seguir glosando ese documento será reproducirlo a continuación:

“Considerando que esta sociedad es injusta porque divide a sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas: una, la burguesía, que poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante; otra, el proletariado,[414] que no poseyendo más que su fuerza de trabajo, es la clase dominada; que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política; que los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale para dominar al proletariado.

Por otra parte: Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, deformando o destruyendo el estado social que las produce; que esto no puede conseguirse sino de un modo: transformando la propiedad individual o corporativa en propiedad común de la sociedad entera; que el arma más poderosa con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que a la transformación de la propiedad se opongan ha de ser el Poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos.

Por todas estas razones, el Partido Socialista declara, que tiene por aspiración: 1º La posesión del Poder político por la clase trabajadora. 2º La transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la nación. 3º La constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica del trabajo y de la enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos. Creemos que el estado obrero no debe ser otra cosa que una delegación para la administración de los intereses sociales, sin facultades arbitrarias, responsable y revocable en todo tiempo y lugar. El trabajo debe organizarse de modo que siendo los instrumentos propiedad común de la sociedad entera, sean usufructuados por las colectividades obreras que los hagan producir, y esto mediante un triple contrato que garantice a la sociedad el uso científico de dichos instrumentos y su renovación, impida el monopolio corporativo y garantice a cada trabajador el producto total de su trabajo, deducidos los gastos generales. La enseñanza debe ser integral [415] para todos los individuos de ambos sexos en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, a fin de que desaparezcan las desigualdades intelectuales, en su mayor parte ficticias, y que los efectos destructores que la división del trabajo produce en la inteligencia de los obreros no vuelvan a reproducirse.

En suma, el ideal del Partido Socialista es la completa emancipación de la clase trabajadora. Es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e independientes. El Partido Socialista considera, como medios de inmediata aplicación y eficaces para preparar la realización de sus aspiraciones los siguientes: Derechos de asociación, de reunión, de petición, de manifestación, de coalición.- Libertad de la prensa.- Sufragio universal.- Seguridad individual.- Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.- Abolición de la pena de muerte.- Un solo fuero.- Justicia gratuita.- Jurado para toda clase de delitos.- Milicia popular.- En tanto que el Ejército subsista, servicio general y obligatorio.- Reducción de las horas de trabajo.- Prohibición del trabajo de los niños en las condiciones en que hoy se verifica.- Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico o contrario a las buenas costumbres.- Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores.- Creación de Comisiones de vigilancia, elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.- Responsabilidad pecuniaria de los dueños de cualquier industria en materia de accidentes del trabajo.- Protección a las Cajas de socorro y pensiones a los inválidos del trabajo.- Reglamentación del trabajo en las prisiones.- Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza gratuita y laica.- Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y de todas aquellas que tiendan directamente a lesionar los intereses de la clase trabajadora.- [416] Adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y circulación, así como de las minas,

bosques, etcétera, etcétera, y concesión del trabajo de estas propiedades a las Asociaciones obreras constituidas o que se constituyan al efecto.- Y todas aquellas reformas que el Partido Socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos”.

Un gobernador desmandado

Pablo Iglesias sigue presidiendo el Arte de Imprimir, a cuya organización dedica varias horas todas las semanas. Desde que se ha creado la Agrupación Socialista tiene nuevas obligaciones. Descansa poco, trabaja mucho en la imprenta haciendo líneas a destajo y cae enfermo. El médico le prohíbe fumar. Es lo único que le puede prohibir, porque nadie –¡ni la señora Juana, su buena madre!– puede impedirle que robe horas al descanso para consagrarlas a la defensa del ideal emancipador al que ha consagrado su vida. Lee *L'Egalité* de Lafargue y Guesde, a través de cuyas informaciones conoce los progresos del movimiento obrero. Los socialistas alemanes, en agosto de 1880 se han reunido en Congreso cerca de Zurich, porque Bismarck les prohíbe hacerlo en su patria. Se ha constituido la Unión Sindical Suiza, que agrupa a las sociedades obreras del país. En Francia, una amnistía autoriza el regreso de los deportados que intervinieron en *La Commune* de París de 1871, y Víctor Hugo y Louis Blanc organizan actos en honor de las víctimas del sanguinario Thiers.

Cánovas, dueño del Parlamento, ha permitido al general Martínez Campos, con el que anda a la greña, satisfaga su vanidad durante unos meses ocupando la jefatura del Gobierno; pero las aguas vuelven a su cauce, y el general salta de la poltrona ministerial dispuesto a separarse del “Monstruo”, mote que cae pintiparado al jefe del partido conservador, quien en mayo de 1880, en un rasgo de cinismo, llegó a decir: “Yo gobernaría tranquilamente si contara con la benevolencia de Hartos en el Parlamento y con la de *El Imparcial* en la calle”.

[417] Sagasta y sus huestes se han agrupado, inquietos por lo que tarda en caer en sus manos el Poder. Hasta publican un semanario clandestino –las libertades siguen siendo un mito incluso para los monárquicos liberales, forzados a moverse en el marco de la ley– en el que vapulean a personajes en candelero. Es gobernador civil de Madrid el conde de Heredia Spínola, archiconservador, que trae locos a los agentes de policía porque no descubren –o no quieren descubrir– la imprenta donde se tira *El Duende*, semanario incriminado, ni los nombres de quienes intervienen en su redacción. Pero el conde es hombre genial: se le ocurre llamar “de oficio” al presidente del Arte de Imprimir, exigiéndole le diga lo que la policía ignora: imprenta donde se hace ese periódico y personas que trabajan en él. Pablo Iglesias, venciendo los impulsos que siente para calificar como se merece el desmandado gobernador, dice que ignora cuanto se le pregunta; pero no se queda ahí, agregando, ante el estupor del poncio, que tampoco se lo diría aunque lo supiera.

- ¿Usted sabe que puedo enviarle desde aquí al “Saladero”? Le dice iracundo.
- Sé que hay códigos, leyes de enjuiciamiento y tribunales, replica Iglesias.
- Pues lo mismo a mí que al Gobierno todo eso nos tiene sin cuidado.
- También lo sé.
- Retírese y cuidado conmigo...

¡Para tener fe en la legalidad constitucional! Pablo Iglesias sabía de sobra lo que la clase trabajadora podría obtener de los gobiernos burgueses mientras careciese de fuerza para hacerse respetar.

Este conde de Heredia Spínola era diputado en las Cortes en que se dio cuenta del fallecimiento de Ruiz Zorrilla, que además de haber sido jefe de Gobierno en un régimen monárquico, había presidido el Parlamento. La propuesta presidencial, rutinaria, se limitaba a pedir a la Cámara hiciese constar en acta el sentimiento por el fallecimiento del político radical, que había regresado enfermo decidido a morir en [418] su ciudad natal. Cuando la unanimidad era absoluta, sin los tradicionales discursos panegiristas, Heredia Spínola se levantó, irritado, para recordar a la Cámara que Ruiz Zorrilla había sido adversario de la Restauración, olvidándose de que en aquel recinto los había en ambos bandos sin excluir a Romero Robledo, ministro de la Gobernación, que tomó parte activa en el destronamiento de Isabel II. De qué magnitud sería el desliz del recalcitrante aristócrata, que Cánovas, desde la cabecera del banco azul se levantó para desautorizarle. ¡Y este cretino, abusando de un cargo para el cual no reunía condiciones, se había permitido amenazar a Iglesias con llevarle a la cárcel si no se prestaba a cometer un acto deshonesto!

En 1880 nacieron, entre otros significados socialistas, Eduardo Barriobero, Emilio Frugoni, Cornelio Mertens, E. Sudan, P. Ramadier. Entre otros relevantes escritores y políticos, Manuel Azaña, Santiago Casares Quiroga, Manuel Hilario Ayuso, Cristóbal de Castro, Wenceslao Fernández Flores, Victoriano García Martí, Ramón Pérez de Ayala, José Serrano Batanero; filósofos: A. Keyserling, O. Spengler; pintores sobresalientes, Julio Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, Valentín Zubiaurre; músico compositor, Pablo Luna. En 1880 nació Ramón López Rumayor, simpatizante socialista, con el cual fui concejal a la caída de la dictadura de Primo de Rivera. Al fallecer dejó cuantiosos bienes al pueblo madrileño a través de una Fundación encargada de construir escuelas e instituciones sociales. Fue hombre ejemplar, digno de figurar en estas páginas por su generosidad y su modestia. Fallecieron en ese año: Eugenio Hartzenbusch, José M. Orense, G. Flaubert, escritores. En París, emigrado, se extinguió un madrileño insigne, Fernández de los Ríos. Las estafas de doña Baldomera, hechas públicas por la prensa, aumentaron fabulosamente la tirada de los diarios madrileños. Explicación: doña Baldomera era hija de Larra y su vida arrastraba cola.

[419] Inauguración del teatro Lara con Balbina Valverde, y del teatro Madrid, convertido más tarde en teatro Barbieri, escenario de reuniones políticas famosas. Guesde hace un primer viaje a Londres para entrevistarse con Marx y Engels. Antes había ido allí Mesa, que le preparó el camino. Castelar lee su discurso de recepción en la Academia Española. Menéndez y Pelayo inicia la publicación de *Los Heterodoxos*, y Emilio Zola publica *Nana*, cuyo éxito como novela se ha renovado en la pantalla. Echegaray estrena *La muerte en los labios*; Ibsen, dramaturgo noruego de tendencia social, *Casa de muñecas*.

Preparando una batalla

En 1880, retrocedamos unos meses, la Asociación del Arte de Imprimir, en asamblea, ha tratado de auxiliar económicamente a los tipógrafos en huelga en Milán. Como en otras

ocasiones, hubo debates animados: no se olvide que en ese oficio abundaron los hombres con buen pico, propuso la Junta directiva que de los fondos sociales se remitieran a Milán mil quinientas pesetas, acordándose así, aunque con bastantes votos en contra. Conocido ese acuerdo en las imprentas, prodújose un revuelo más que regular, llegándose a recoger firmas para convocar otra asamblea, donde quedara anulada tal decisión. El odio giraba contra Pablo Iglesias, acusándole de querer llevar a los tipógrafos por derroteros internacionalistas. Algunos que conocían la reciente creación de la Agrupación Socialista echaban leña al fuego. ¡Nada de política! Es tan fácil reunir firmas con una bandera negativa...

Hay nueva asamblea, ¡y qué asamblea! Los gritos, las imprecaciones dominan sobre el razonamiento, la Junta directiva, serena, firme, esta vez no cede. Paso a paso reduce a los adversarios, los desarma con habilidad. Efectuase votación nominal –caso excepcional–, intervenida por las dos tendencias en pugna, con resultado favorable para la Junta directiva. El acuerdo, pues, es firme. Los tipógrafos [420] huelguistas de Milán recibirán la solidaridad moral y material de sus camaradas madrileños. El espíritu de clase ha prevalecido con tal resonancia que no volverá a ponerse en duda. Revalidada, la Junta directiva se dispone a luchar contra el enemigo común: los patronos que falsean las tarifas sindicales. Todo el año 1881 fue dedicado a preparar la batalla, pasando revista a la situación en cada taller, celebrando reuniones, ampliando la intervención de los operarios de máquinas en la Directiva, hasta entonces ejercida sólo por tipógrafos. ¿Cuántos socios quedaron después del pasado alboroto? 575. ¿Cuántos cotizan en igual fecha del año siguiente? 929. ¡Buen balance! ¿Qué fondos tiene el tesorero? 24.500 pesetas. Las suficientes para afrontar la pelea. Pero a Pablo Iglesias le aguardan además otras batallas...

El instante esperado por él para organizar públicamente el Partido Socialista Obrero ¿habría llegado? ¿No sería un sueño? Cánovas ha dejado paso libre a Sagasta, quien el 8 de febrero de 1881 llevó a Palacio su Gobierno, en el que figuraban dos generales: Pavía, sublevado contra el Parlamento de la Primera República, y Martínez Campos, sublevado contra un Ministerio presidido por el propio Sagasta, el mismo que ahora subía las escaleras reales con las espaldas guardadas por dos alabarderos de alcurnia. ¡Bonita manera de inspirar confianza al país!

Desde febrero a junio en que disolvió el Parlamento conservador, se dedicó a prepararse el tinglado electoral de modo que en el futuro hubiese mayoría dispuesta a secundarle. Abrió huecos a varios izquierdistas notorios, quienes, sin el menor rubor, se apresuraron a formular declaraciones monárquicas. El encasillado confeccionado en el ministerio de la Gobernación –que Sagasta conocía desde los tiempos de Amadeo– funcionó a las mil maravillas. ¡Menudo tupé tenía aquel riojano! Con todo, seamos justos, Sagasta no era Cánovas. Los catedráticos perseguidos por el Gobierno conservador volvieron a sus puestos, no sin protestas del Nuncio y sus adláteres. Partidos y organizaciones fueron autorizados, siempre con el alma en un hilo. La vida nacional [421] comenzó a tener otro ritmo. De acuerdo con los núcleos socialistas de provincias, la Agrupación de Madrid eligió un Comité central provisional, formado por Pablo Iglesias, Antonio García Quejido, Tomás Robledo, Francisco Vilar y Victoriano Calderón. Fue impreso y divulgado el programa provisional del nuevo partido y empezaron a notarse efectos de esta agitación por adhesiones de operarios de diversos oficios en los que aparecían deseos de constituir Sociedades de resistencia. Las de obreros en hierro y herradores, profesiones de contingente numeroso, comenzaron a funcionar entonces.

Al paio de la libertad concedida por el Gobierno liberal, el 23 de septiembre de 1881 se reunió en Barcelona un Congreso obrero, convocado sin decirlo por anarquistas, al que acudió Pablo Iglesias en representación de la Agrupación Socialista Madrileña, con credencial acreditativa en regla. Vano empeño. Su representación, sin oírle, fue rechazada, y el propio Iglesias objeto de trato desconsiderado, y fuera del local del Congreso, expuesto a un atentado. ¡Años duros aquellos!

En 1881, *Clarín*, enjuiciando las novelas *Doña Perfecta* y *Gloria*, de tendencia liberal, de Pérez Galdós, escribió: “Estas novelas no atacan el fondo del dogma católico, atacan las costumbres y las ideas sustentadas al abrigo de la iglesia por el fanatismo secular; sólo así pudo llegar al seno de las familias en todos los rincones de España la novela de Galdós; no es en él calculada esta parsimonia, esta prudencia; escribe así naturalmente, pero el resultado es el mismo que si Galdós se prepusiera preparar el terreno para predicar el más franco racionalismo. No hay acaso en ninguna literatura espectáculo semejante al que ofrece la influencia de Galdós en el vulgo y la popularidad de sus novelas, anticatólicas al cabo, en esta España católica y preocupada, y hasta ha poco intolerante”.

En 1881, Eduardo Anseele funda en Gante (Bélgica) el *Vooruit*, cooperativa de producción y consumo, matriz que dará fortaleza al movimiento obrero y socialista de aquel país, favoreciendo la creación de casas del pueblo.

[422] Emilio Vandervelde, uno de los fundadores, en *El Socialismo contra el Estado*, tiene escrito: “La reforma social no debe ser solamente económica, sino moral. La conquista del Poder por el proletariado se acompañará, tal vez, de golpes de fuerza victoriosos o de elecciones triunfales; pero ello tendrá, como condición previa, *sine qua non*, la preexistencia de una organización capaz de suministrar al nuevo régimen elementos de dirección y de gestión capaces”. Como precursores del Laborismo, en 1881 fue fundada la Federación Social Democrática por William Morris, Walter Crane, Edward Carpenter, Harry Quelch y Hyndman, estos dos últimos los más destacados en el órgano *Justice*, primer semanario socialista de Inglaterra. Morris costó el déficit en los primeros tiempos. El 9 de enero de 1881, los socialistas de Comtrey, guiados por Lafargue y Guesde, conquistaron la mayoría en aquel Ayuntamiento, la primera en el mundo. Alejandro II, zar de Rusia, objeto de varios atentados, murió víctima de uno de ellos, el 13 de marzo de 1881. En Estados Unidos, el presidente Garfield sufrió otro atentado el 3 de julio, falleciendo semanas después. En Reims se reúne un Congreso socialista de efímera resonancia y se publican —están traducidos al castellano— los folletos titulados *La evolución del capital*, por Gabriel Deville, y *El materialismo económico de Marx*, por Lafargue. Ingresó en la Academia Española Menéndez y Pelayo y fue elegido diputado republicano progresista José Canalejas, que se adhirió seguidamente a Ruiz Zorrilla. La cuestión era abrirse camino a codazos hacia el banco azul. *El Motín*, de Nakens, comenzó a publicarse también ese mismo año.

Nacieron en 1881 entre otros socialistas de relieve, Jacinto Oddone, Vicente Navarro, R. Grimm, Vaino Tanner, Otto Bauer, Ernesto Bevin, José Bonda, Eddo, Fimmen y Bruno Bouzzi. Escritores y políticos: Augusto Barcia, Emilio Carrera, Gregorio Martínez Sierra,[423] Pedro Muñoz Seca, Práxedes Zancada, Agustín Viñuales, E. Cohn (*Emile Ludvig*), Kemal Atatürk, Alcide de Gasperi, Roger Martin du Gard, Giuseppe Bernardo Panini, Giuseppe Roncalli (Papa Juan XXIII). Otros nacidos ese año: Pablo Picasso, Alejandro Fleming, descubridor de la penicilina;

Dolores Cebrián (futura esposa de Julián Besteiro); Teófilo Fernando, médico colaborador de Marañón.

Fallecieron en 1881, entre otros escritores y políticos, Pedro A. de Alarcón, Jose M. Iparraguirre, autor de la obra *Guernikako Arbola*; Manuel de la Revilla, krausista español; G.E. Borrow (*Don Jorgito*), autor de *La Biblia en España*; Littré, autor del diccionario que lleva su nombre; Dostoyevsky; Amiel; Jenny von Westfalen, esposa de Carlos Marx. Se representan en el teatro dos grandes obras de Echegaray: *El Gran Galeote* y *Conflicto entre dos deberes*; la obra del noruego Ibsen, *Espectros*, drama de forma universal.



Oficio en pie de guerra

Pablo Iglesias, y con él cuantos se han identificado con su táctica y sus ideales, sabe lo que quiere; no lo intentará, aguantando a pie firme ataques de extremistas e impacientes, hasta que la Asociación esté en condiciones de abordar la batalla con visos de victoria. ¿Qué hace falta para declarar una huelga? que abunde el trabajo en la profesión; que estén asociados la mayoría de los operarios; que existan medios económicos en la caja social; que los futuros huelguistas conozcan bien los riesgos a que se exponen para evitar traiciones y deslealtades; que, hasta donde sea posible, la opinión pública ayude, para que la causa de los trabajadores goce de simpatías. ¿Se daban estas condiciones en enero de 1882? Evidentemente, sí. Iglesias había tardado casi ocho años, pero caminaba recto hacia donde creía estaba el triunfo. Desde 1874 en que, sin desearlo, fue elegido presidente, no ha hecho otra cosa sino preparar este momento decisivo: el de la huelga general de los gráficos. Ese periodo le ha servido para adiestrar a un crecido número de tipógrafos, conduciendo a casi todos personalmente, a unos por haberlos recibido en secretaría o por su asiduidad a las asambleas, a otros por haber trabajado con ellos en las imprentas o haberlos tratado en ocasión de formular reclamaciones a patronos y regentes. Lo más selecto del oficio, como era lógico —afiliados al mismo tiempo a la Agrupación Socialista—, formaban parte de la Junta directiva, que en el momento de iniciar la batalla estaba constituida por Pablo Iglesias, Francisco Vilar, Tomás Candela, Enrique Mateo, José Bermejo, Francisco Feito, Antonio García Quejido, Matías Gómez Latorre, Robustiano López, Emilio García Carril, Felipe López, Fructuoso López, José Ros, Pedro Hartín y Bernardo Sílice. Este último, en el instante de ir a la huelga, asustado, abandonó la Asociación, traicionándola. ¡Siempre ha de haber Judas! Mesa de discusión: Victoriano Calderón, Hipólito Pauly, Emilio Cortés, Manuel Pinto, Deogracias Nafarrate y Leoncio Ortega.

[425] Francisco Vilar estaba gravemente enfermo. El dinero que como tesorero administraba fue puesto a buen recaudo, en evitación de posibles tropelías gubernativas —un policía intentó sonsacar detalles del sitio donde estuvieran los fondos a un hijo suyo, sin conseguirlo—. En asamblea estaba decidido que los huelguistas percibirían dos pesetas diarias no haciendo distinción de categorías ni edades, incluyendo en esta medida a los no asociados. Seleccionadas las imprentas en las cuales era preciso abordar la situación; la Junta directiva, el viernes 3 de febrero, remitió a sesenta dueños de taller una razonada circular, redactada por Feito, invitándoles a suscribir las tarifas sindicales antes del lunes 6, a la hora de comenzar el trabajo. La mitad, esto es, treinta patronos, firmaron las bases, evitándose la huelga en sus talleres, con lo cual quedaba reducida la lucha a veintiséis, con trescientos huelguistas. La victoria, pues, estaba casi asegurada. Pero quedaba el rabo por desollar. *La Correspondencia de España* y *El Imparcial*, diarios de gran circulación, respetaban las tarifas de la Asociación. En cambio, *El Liberal*, republicano, y *La Iberia*, órgano de Sagasta, jefe del Gobierno, entre otros periódicos, se negaron a firmar, favoreciendo un movimiento promovido por algunos dueños de imprenta, que visitaron al Gobierno exigiendo medidas que garantizaran la libertad de trabajo, lo que, traducido al castellano, por desgracia, sabemos hasta dónde apuntaba. Alborotó tanto la prensa —incluso

diarios que respetaban las bases—, que hubo reunión extraordinaria del Consejo de Ministros ese mismo día 7, ordenando telegráficamente a los gobernadores civiles reclutaran personal y lo reexpidieran a Madrid, facilitándole además cuarteles y asilos, sobre todo para ayudar a los diarios en dificultad. Había un artículo en el Código Penal, el n° 556, que castigaba las coaliciones — término ambiguo que los gobernadores manejaban a su gusto—, y a ese texto se atenían los periódicos para atemorizar a los huelguistas.

[426] *Empiezan las persecuciones*

El día 8 de ese mes *El Liberal* daba noticias demasiado claras de lo acordado por el Gobierno, esto es, la prisión de la Junta directiva del Arte de Imprimir. No obstante, se reunió ésta en el local social, con excepción del tesorero para garantizar el pago de los subsidios de huelga, y allí mismo fueron detenidos, en unión de otros cinco tipógrafos más, y conducidos a Gobernación, donde funcionaba el Juzgado de guardia para mayor comodidad de los ministros de turno y escarnio de la independencia de los tribunales. Estuvieron en un pasillo horas y horas, hasta que, casualmente, acertó a cruzar por allí Felipe Ducazcal, gran amigo de algunos de los detenidos, y sin preámbulos introdujo a Iglesias y a los dos secretarios de la Asociación en el despacho del ministro, despidiéndose de todos ostensiblemente y ofreciéndose para cuanto fuese necesario.

Era jefe de aquel departamento Venancio González, un congrio que Sagasta utilizaba para evitarse malos ratos, descargando en su subordinado escenas tan desagradables como la que vamos a relatar.

- Ustedes dirán — dijo el ministro, haciéndose el indiferente.

Protestaron vivamente contra la detención, considerándola un atropello. Ahora, bien, en todo caso, lo menos que podían exigir era un trato adecuado a la categoría del supuesto delito. Lo que se hacía con ellos era intolerable.

- Este asunto de ustedes —replicó— está en manos de las autoridades judiciales; así que yo nada puedo hacer. Y seguidamente, para “razonar” su argumentación, sin darse cuenta de que pisaba terreno poco firme, aseguró que el documento remitido a los patronos de la Asociación era materia de delito.

Lo negaron en redondo los comisionados. Hubo un diálogo un tanto irregular, hasta que el pobre señor sacó del cajón de su mesa un recorte de periódico, leyéndoles cuanto allí se decía.

- ¡Nada de eso lo hemos escrito nosotros! replicó Feito, quien entregó al [427] aturrido ministro un ejemplar de la circular remitida a los dueños de imprenta, correcta y sin amenazas. Se puso a leerla, pasó tiempo, los altos funcionarios que le acompañaban sudaban tinta, viendo el lío en que estaba metido. Por fin, sin ánimo para seguir el diálogo, exclamó:

- Bien, lo que haya lo aclararán los tribunales...

La entrevista terminó saliendo del despacho ministerial entre grandes risas, deseosos de informar a sus camaradas de la plancha de su excelencia. A las siete de la mañana del día siguiente, de dos en dos, con un guardia para custodiarlos, fueron conducidos, sin atar, al

“Saladero”.

La casual y generosa intervención de Felipe Ducazcal produjo sus efectos. Por otra parte, la madrugada de la detención, a la salida de los teatros, con amplio gabán y sombrero de copa, estuvo a saludarles y ofrecerse en el Juzgado de guardia el popular actor José Riquelme (1865-1905) que en sus primeros años fue cajista de imprenta. Otro prestigioso actor, José Vallés (1842-1904), los dos nacidos y muertos en Madrid, que en 1872 ingresó en el Arte de Imprimir, aunque dejó la profesión, no olvidó a sus camaradas, y por aquellos días remitió a la Asociación veinticinco pesetas con destino a los huelguistas. Estos y otros síntomas denotaban que la huelga gozaba de simpatías en la opinión. Quizá hasta el juez recibiría indicaciones para que abreviara trámites enojosos. La verdad es que en el *Saladero* fueron considerados como se merecían, disponían de facilidades para reunirse, escribir, recibir visitas –gran número de huelguistas desfilaron por la prisión en las horas autorizadas para ello–, cuanto pudiera facilitar su posible excarcelación. Desde luego, eso era demasiado pronto. Por el momento, convinieron dirigir una comunicación a quienes, según lo dispuesto en el reglamento de la Sociedad, correspondía representar los intereses de la misma mientras durase su encarcelamiento.

[428] *Otra vez al “Saladero”*

El Centro Obrero funcionaba con tres entidades y 1.172 afiliados en la calle del Amor de Dios, cerca de Antón Martín, antesala de los barrios bajos. Las órdenes cursadas a los gobernadores civiles para que contrataran personal gráfico no dieron resultado. Sirvieron, por el contrario, para acelerar la organización de Sociedades del oficio en provincias. Hubo presiones en Guerra y Marina para que actuaran de traidores reclutas y operarios que ocupaban puestos en imprentas oficiales. Se acataban las órdenes, pero se cumplían tarde y mal. El gobernador civil de Madrid, apremiado por sus superiores, discurrió convocar al presidente del Arte de Imprimir, Pablo Iglesias, que acababa de ser puesto en libertad, tal vez pensando en utilizarle en estas gestiones. Veamos cómo transcurrió esa entrevista:

- Le he pedido que viniera a verme para que esto concluya en seguida; mañana mismo. Sé que una orden de usted bastará, y yo se lo agradeceré. ¡Así no podemos seguir!

- También yo, y tanto como el que más, lamento que no acabe la huelga. Que cedan los patronos que aún resisten, como cedieron otros patronos, y que les retire su auxilio el Gobierno, y asunto concluido. No veo otro medio, porque ni yo puedo ordenar que acabe la huelga, ni siquiera está facultada para ello la Directiva. Y como no debo ocultar nada, añado que la opinión y el consejo míos y de la Junta son favorables a la continuación de una huelga que tenemos ganada, como lo prueba esta misma entrevista. Además...

- Bueno –interrumpió el gobernador– menos palabras y al grano. Porque conozco el influjo y el prestigio de usted sobre los obreros, le mando que concluya este pleito, enojoso para las autoridades y los patronos, y dañoso para los pobres obreros.

- Repito al señor gobernador que se equivoca hasta en el camino que eligió.

- ¿Cómo?

[429] - Escuche. Este movimiento lo acordó la Asociación en junta general y mis

compañeros de Directiva y yo no somos más que los ejecutores de una orden o acuerdo, mandatarios. Cuando la Asociación se reúna y acuerde, haremos lo que ella mande; pero aun en este caso diremos nuestra opinión, y la mía ya se la dije...

- O sea, que se niega usted a obedecerme.

- Me limito a decir las cosas como son y a razonar.

- Como es usted hombre de grande entendimiento, supondrá que puedo enviarle a la cárcel y hacer que se pudra en ella.

- Sé que, por desgracia, y a pesar de todas las leyes, puede hacerlo.

- ¡Se insolenta usted!

- Sólo afirmo una verdad tristísima.

El gobernador apretó los puños, quiso confundir a Iglesias con la mirada, y exclamó airado:

- ¡Cállese!

Y la entrevista terminó sin que Iglesias saliera del gobierno civil para el “Saladero”, aunque a los pocos días volviera a él con otros compañeros de Directiva. Como temían los hombres experimentados en estas lides, el 1º de marzo caían nuevamente presos. Funcionaba otro Juzgado, que para rectificar la libertad provisional anteriormente obtenida exigía mayores garantías. Hubo los chalaneos inherentes a estos organismos en los que todo se compraba y se vendía –quizá intervino en ello Ducazcal hasta que, finalmente, el día 6 pudieron regresar a sus hogares. En el intervalo un triste episodio había acongojado a buen número de tipógrafos. El día 5, en su domicilio, fallecía Francisco Vilar, uno de los valores más indiscutibles del Arte de Imprimir. Rogaron los presos que la conducción del cadáver pasara por delante del Saladero. “La tarde era fría –refiere Morato en su *Historia del Arte de Imprimir*– y nublada. Frente a la casa mortuoria había cientos y cientos de hombres silenciosos. Se colocó el pobre féretro en un coche también humilde; nos descubrimos todos y, siempre en silencio, nos pusimos en marcha. Llegamos [430] a la altura del Saladero, enfilando la cuestecita por donde se subía a la Fábrica de Tapices y todos nos detuvimos, siempre callados, descubriéndonos cuando tras la doble reja de aquel ventanuco oscuro vimos aletear unos pañuelos blancos. En muchos ojos había lágrimas, y nadie osó amenguar con un grito la grandeza del momento”.

El día 19 hubo asamblea extraordinaria del Arte de Imprimir. Creyó conveniente la Junta directiva recomendar se eligiera otra para actuar en caso de nuevas prisiones, habida cuenta de que seguía el sumario en poder de un juez con malas pulgas. Estorbó cuanto pudo el delegado del gobernador, que tomó nota detallada de los designados para esa misión e impidió se trataran otros asuntos. Los pesimistas habían acertado: el 27 de ese mismo mes entraban de nuevo en el Saladero. Ahora iba de veras. Celebróse la vista en abril, y cumplidas las penas menores, hubo libertad para todos el 31 de mayo. ¿Para todos? Por el momento, sí. Porque Pablo Iglesias fue condenado a cinco meses de cárcel, y Feito y López Paz, a tres. Interpuso recurso Pí y Margall, ilustre repúblico que desinteresadamente los había defendido, con la esperanza de que el tiempo y el Tribunal Supremo ayudaran a la feliz terminación de aquel episodio; pero no fue así.

Hubo asambleas para dar cuenta de lo acontecido en tan agitado periodo, aprobándose la

gestión de las Juntas directivas que habían intervenido. Hasta el 30 de junio se recaudaron, con la existencia en caja, 42.117 pesetas, y como se gastaron en la huelga 36.708, aún quedaba sobrante para iniciar nueva etapa. La Federación Tipográfica Francesa donó mil pesetas, y los tipógrafos de Milán, dos mil. ¡La solidaridad tan regateada por algunos egoístas había producido el milagro de reintegrar con creces la cantidad remitida dos años antes! Desde París, Mesa y Lafargue donaron cuarenta y cinco pesetas. De Madrid entregaron dinero grupos de litógrafos, carpinteros, canteros, albañiles, marmolistas, ebanistas, vidrieros, obreros en hierro y guarnicioneros, embrión de futuras organizaciones obreras. [431] ¡Generosa semilla sembrada en buen terreno! Hubo cuarenta y un traidores, cuatro no habían sido nunca socios, y catorce solicitaron espontáneamente la baja. Al dar por terminada la huelga, con pérdida de diez imprentas, la mayoría indignas de ostentar ese nombre, quedaban diez tipógrafos sin colocación, que percibían el subsidio de huelga. Durante algunas semanas rigió una cuota extraordinaria de cincuenta céntimos, suprimida porque la recaudación ordinaria era suficiente para cubrir las atenciones colectivas. Matías Gómez Latorre escribió una historia de la huelga para el *Boletín del Arte de Imprimir*, elogiada por Pí y Margall, quien mantenía excelentes relaciones con algunos afiliados a la Asociación.

La madre y el hijo

Si el año de 1882 fue feliz para Pablo Iglesias, camino del éxito hacia el cual orientaba gran parte de sus anhelos, para Juana Posse, en cambio, se convirtió en año de martirio. Desde el 8 de febrero hasta el 31 de mayo, con breves intervalos, llevaba la comida diariamente a su hijo, preso en el Saladero, sin haber cometido delito alguno. ¡Y esta prisión, como habremos de ver, tuvo segunda parte! Más de veinte años venían viviendo juntos en Madrid la madre y el hijo. Mucho se quisieron siempre Juana y Paulino —su madre nunca le llamaría Pablo—, mas este cariño se acrecentó al fallecer el hermano menor, salido del Hospicio madrileño sufriendo ya cruel enfermedad que le llevó al sepulcro. ¡Cuántas veces tembló Juana por la salud del único hijo que le quedaba! ¡Cuántas se quedaría sin comer por llevar a su hogar restos de los alimentos que le facilitaban en las casas donde era sirvienta! Iglesias tenía treinta años cumplidos cuando entró en la cárcel. Físicamente era un hombre atractivo, en edad de contraer matrimonio. Mientras vivió su madre no quiso hacerlo. Sabía los sacrificios que Juana había hecho para sacar adelante a sus hijos, y se prometió, apenas [432] salido de la infancia, no apartarse jamás de su madre. ¡Cómo se idolatraban! ¡Si parecen dos novios! decían los encargados de la vigilancia carcelera. Se explica que en aquel periodo en que la ley —mejor sería decir la arbitrariedad de unos gobernantes poniéndose la ley por montera— les separaba tan cruelmente, al verse en la comunicación diaria, cuando llevaba la comida al hijo de sus entrañas, tuvieran ratos de embeleso.

Federación Tipográfica Española

El 25 de junio de 1882, el Arte de Imprimir, a requerimientos de la Tipográfica de Barcelona, que le había encargado redactara un proyecto de Estatutos para organizar la Federación Nacional del oficio, nombró la siguiente ponencia con ese propósito: Pablo Iglesias, Ernesto Álvarez, Benito Rodríguez, Jesús Cortés y Francisco Roldan. La Comisión —para ser más

veraces digamos Pablo Iglesias— desempeñó rápidamente su cometido, y el 30 de julio hubo nueva reunión a fin de discutir el proyecto en cuestión. En la asamblea intervenía sistemáticamente contra la actuación de la Junta directiva Francisco Ruiz, anarquista entregado de tal modo a sus ideales, que la noche en que llevaba escondida una bomba para colocarla en La Huerta, lujosa mansión propiedad de Cánovas del Castillo, estalló en sus manos el artefacto, quedando muerto. Pues bien, este idealista, en lucha con los hombres del Arte de Imprimir para combatir el proyecto de Estatutos puesto a discusión, se pasó de la raya, pronunciando un discurso que ninguna relación tenía con lo que estaba a debate. El delegado de la autoridad —recuérdese que estaba vivo el rescoldo de la huelga de tipógrafos—, tomando pie de algunas frases de Ruiz, suspendió la sesión, sin que valiera de nada la actitud conciliadora de la presidencia. Hubo alboroto, frases gruesas y Feito, Castro y Ruiz, que se distinguieron en la protesta, durmieron en la Delegación y sufrieron proceso, saliendo absueltos merced a [433] la aceptada defensa de Pablo Correa y Zafrilla (1844-1888), abogado, diputado federal compenetrado con Pí y Margall, autor del libro *Democracia, Federación y Socialismo*, en 1891, y primer traductor de una edición de *El Capital*, de Marx, que apareció en folletín en *La Vanguardia*, diario madrileño, y después en libro editado en la imprenta de Rojas. Digamos de paso que esta edición y este traductor, con un historial limpio y públicas actuaciones, no han gozado del favor de la mayoría de los escritores especializados en temas sociales.

El gobernador civil, cogiendo la ocasión por los cabellos, impidió que la Asociación pudiera volverse a reunir hasta que los tribunales decidieran la suerte que habrían de correr Ruiz, Castro y Feito, los cuales no sufrieron más quebrantos que el consiguiente susto por la detención de unas horas. ¡Demasiado lo sabía el gobernador, a quien le interesaba obstruir el desarrollo normal del Arte de Imprimir! Lo consiguió a medias nada más. Hubo votación en las imprentas para designar tres delegados que acudieran al Congreso convocado por la Tipográfica de Barcelona y resultaron elegidos Pablo Iglesias, Francisco Feito y Francisco Alarcón. Pertenecía éste al ramo de máquinas, era orador y escritor, se trasladó a Córdoba poco después y allí fundó una Sección de la Federación Tipográfica y un grupo del Partido Socialista. Falleció muy joven.

Ernesto Álvarez, enojado por no haber sido nombrado delegado para el Congreso de Barcelona, se enemistó con Pablo Iglesias, haciéndole responsable de su preterición. No la hubo. La candidatura estuvo bien escogida, porque Alarcón representaba el ramo de máquinas —fue acordado en asamblea hubiera representación de esta especialidad en la Junta directiva—, y Feito reunía méritos sobresalientes, con un historial dentro del Arte de Imprimir incomparable. ¡La vanidad de los hombres, hasta cuando alardean de ideales innovadores, a qué extremo llega! El gobernador civil, pues, no evitó que el Arte de imprimir [434] nombrara delegados para el Congreso de Barcelona. Impidió, en cambio, que se discutieran los Estatutos en proyecto. Pero esto carecía de importancia, ya que los delegados al mismo tenían que decir la última palabra, y la sección de Madrid en sucesivos Congresos podría presentar modificaciones, si lo estimaba oportuno.

Hubo Congreso en Barcelona los días 29 y 30 de septiembre de 1882. Estuvieron representadas las Sociedades de obreros gráficos de Madrid. Barcelona, Valencia, Alicante, Granada, Sevilla, Zaragoza, Palma de Mallorca, Valladolid, Almería, Tarragona, Castellón, Lérica, Huesca, Guadalajara, Sabadell y Villanueva y Geltrú. En total, veinte delegados con 2.400

asociados, la mitad de los cuales, aproximadamente, residían en Madrid. Enterados los anarquistas de la convocatoria de este Congreso, se apresuraron a organizar otro, también en Barcelona, adelantando la fecha para ganar por la mano, si podían, a los de la Unión Tipográfica de aquella capital. No era fácil reunieran muchas adhesiones con una declaración de principios netamente anarquista. Por el contrario, la Federación Tipográfica, en los estatutos que habían servido de base para convocar el Congreso que éste aprobó, no exigía declaración alguna de materia política. Se votaron los estatutos, en los que se reconocía la posibilidad de admitir subsecciones y federados aislados. Todas las huelgas contarían con el apoyo moral y material posible voluntario de los federados. Las huelgas reglamentarias aprobadas por el Comité de la Federación serían sostenidas con una cotización extraordinaria de veinticinco céntimos semanales. En el Congreso se dio lectura a mensajes de salutación enviados por las Federaciones tipográficas de Francia, Italia, Bélgica, Suiza, Hungría y Portugal. Mejores perspectivas era imposible alcanzar.

En el supuesto de que la Sección de Madrid hubiera pretendido que el Comité de la Federación funcionase en Madrid, le hubieran sobrado votos [435] para conseguirlo. Pablo Iglesias no sentía ansias de ese cargo ni de otro alguno. La Federación Nacional Tipográfica quedó, pues, en Barcelona, donde fue elegido en votación disputada un Comité que apenas si duró. En la inmediata renovación triunfó para presidente Toribio Reoyo que había pertenecido a la Agrupación Socialista Madrileña y a la Asociación del Arte de Imprimir, llegado desde Logroño. Antes hizo propaganda entre los gráficos en Castellón, Valencia, Tarragona y Reus dejando en todas partes buen ambiente. Conocí y traté a Toribio Reoyo en Barcelona, en el ocaso de su vida política y sindical. Por entonces era dueño de una imprenta, improvisada para librarse del ostracismo a que le tenían sometido los patronos y, por desgracia, un grupo de la misma profesión aunque de ideas diferentes. De Toribio Reoyo reproducimos el siguiente juicio que dejó escrito Morato: “Si la pulcritud, la rectitud y el decoro hubiesen de hacerse carne y sangre en persona de varón, esta encarnación se llamaría Toribio Reoyo. Fue ejemplar como padre, como esposo, como obrero, como partidario, como amigo y hasta como adversario. Firme, austero, cordial, sencillo, ilustrado, cortés, abnegado, hombre de consejo, cruzó su vida de acción en un medio adverso, y volvió al no ser puro como el armiño, claro como su barba de patriarca y como sus ojos límpidos. Y también igual y noble hasta en la vejez, en la persecución, en la desgracia, en la penuria, en la ingratitud. ¡Bella y fecunda vida!”.

El Socialismo en 1882

No hay ninguna duda: el 83 fue un año interesante para el Socialismo. Hasta en Buenos Aires, un grupo de socialistas alemanes fundaron el *Club Vorwaerts*, origen del movimiento obrero en aquel país. Comienzan a entrar diputados socialistas en los parlamentos. En París, el 7 de mayo, Tules Joffrin, primer concejal socialista.

[436] La Agrupación Socialista de Madrid acuerda publicar un semanario, deseo frustrado por el momento. Existen grupos de socialistas en Castellón, Málaga, Manresa, Tarragona, Valencia, Villanueva y Geltrú y Zaragoza, todavía en la clandestinidad. Hubo elecciones para diputados provinciales por Madrid, donde la Agrupación, sin que hubiera sufragio universal ni libertad, presentó la siguiente candidatura: Juan Gómez Crespo, cajista de imprenta; Luis Ranz, carpintero, y Manuel González, tornero. No hubo intervención ni casi electores. ¡Legalmente

tampoco eran elegibles! Pero había fervor por los nuevos ideales.

Carlos Marx estuvo en París en 1882, su último viaje a la capital de Francia. Su hija Laura, casada con Lafargue, comunica con fecha 2 de agosto a Federico Engels, residente en Londres, lo que sigue: “Hemos tenido una comida animada juntos Marx, Deville, Guesde, Laura y Pablo Lafargue, invitados por José Mesa en su casa. Terminada la comida, hablaron del duelo. Deville y Guesde eran partidarios de batirse si les insultaban, pero Marx les desaprobó”. Durante años, los lances llamados de honor eran pan de cada día de políticos y escritores. Esa epidemia hizo estragos en España. El mismo año Lafargue escribió a Engels, 19 de julio, según consta en *Correspondencia entre Federico Engels y Laura y Pablo Lafargue*, lo que sigue: “Dentro de unos días irá a Londres Fermín Salvochea, un amigo de Mesa. Salvochea dirigió en Cádiz el movimiento de 1872. Es interesante que le conozcáis. Habla inglés y un poco de francés. Le advertí que debería beber con usted, y me replicó: ‘Puedo beber un vaso de cerveza’, creyendo que eso era una gran cosa. Se titula anarquista autonomista, pero su anarquismo es de especial formación. No vale la pena prestar a eso mucha atención. Salvochea es hombre de acción”. En sus primeros tiempos, Fermín Salvochea desempeñó cargos políticos en Cádiz, derivando después al anarquismo. Siendo ministro de Hacienda Indalecio Prieto, la República emitió sellos de Correos con la efigie de Fermín [437] Salvochea, fallecido en la capital gaditana el 28 de septiembre de 1907, rodeado de respeto y simpatía.

En 1882, la Mano Negra, organización terrorista de tendencia ácrata promovió graves sucesos en la campiña jerezana. Fueron asesinados un matrimonio dueño de una venta y un amigo de éstos, acusado de haber delatado a ciertos afiliados a esa agrupación. La Guardia Civil se extralimitó en sus funciones, hubo torturas deportados y perseguidos en varios lugares de Andalucía. Gobernaba Sagasta al estallar estos sucesos, pero al decidir las sanciones que deberían aplicarse, Cánovas estaba en el Poder, para desgracia de aquellos desventurados. El Tribunal Supremo condenó a ocho a la pena de muerte y a otros ocho a cadena perpetua. Uno de los sentenciados a pena capital se suicidó y los otros siete fueron ahorcados el día 11 de junio de 1884 en la plaza pública de Jerez de la Frontera. Años posteriores efectuóse campaña nacional reclamando fueran indultados los reclusos a perpetuidad y el 4 de marzo de 1903 –Silvela era jefe de Gobierno– apareció en la *Gaceta* el indulto del resto de la pena.

Congreso obrero en Barcelona

En agosto de 1882, en el Círculo Ecuestre que funcionaba en la plaza de Cataluña, se reunió en Barcelona un Congreso obrero nacional, cuya misión habría de consistir “en procurar unir las diferentes tendencias que existen en el seno de la clase obrera, para lograr el bien común”. ¡Casi nada! En representación de las Agrupaciones Socialistas de Madrid y Guadalajara asistió Pablo Iglesias, interviniendo activamente. ¿Cómo era Iglesias en esa época? Nos lo va a [438]decir Morato: “Año 1882. Iglesias es el primero en aquél núcleo de amigos, y lo es –como hemos visto– sin haberlo ambicionado, aceptando los cargos para cumplirlos bien y puntualmente. Es el primero en el esfuerzo y el primero en el sacrificio, el primero en la vehemencia, el primero en el optimismo –o en la ausencia de pesimismo–, y como estas virtudes son contagiosas, como su superioridad no hiere a nadie, todos la reconocen. Y la declaran; ya se le llama ‘El Rubio’ y se temen las admoniciones con que reprende la negligencia y la tibieza en el

cumplimiento del deber. Ahora que siempre de igual a igual, sin que en el grupo hubiese idólatras ni esos que se llaman incondicionales”.

Francisco Mora, en su libro *Historia del Socialismo obrero español*, refiere que en el citado Congreso obrero estuvieron representadas 88 organizaciones con 119 delegados, acordándose constituir la Asociación Nacional de Trabajadores, cuyos Estatutos decían lo siguiente: “El objeto de esta Asociación es reunir a todos los trabajadores de España, sin distinción de sexo, color, creencia ni nacionalidad, a fin de que, aunando sus esfuerzos, puedan mejorar progresivamente sus condiciones sociales y oponerse a la creciente explotación de la burguesía”. Pablo Iglesias defendió el dictamen favorable a la intervención de los trabajadores en la vida política del país, con su propia personalidad, criterio que obtuvo 75 votos, contra 7 y 9 abstenciones. El triunfo era evidente, pero en Barcelona faltaban hombres capaces de llevar a buen término las decisiones de aquella asamblea.

[439] Nacieron en 1883: Mario Bravo, Fermín Blázquez, Aurelio Cuartas, Francisco Domenech, I. Delvigne, Antonio Genova, Juan Almela Meliá, León Delsinne, socialistas significados; Jenny, hija de Carlos Marx; el dibujante “caricaturista” Luis Bagaría. Escritores y políticos: Francisco Camba, Eugenio d'Ors, Pedro de Répide, Francisco Rivera Pastor, Joaquín Salvatella, J. Giraudoux, Franklin D. Roosevelt. Fue inaugurada ese año en Bruselas la Casa del Pueblo. Fallecieron Ramón de Mesonero Romanos, Estanislao Figueras, L. Gambetta, escritores y políticos; el patriota italiano Garibaldi; el naturalista C. Darwin. Comenzaron a dibujarse los dos bloques nacionalistas que habrían de ensangrentar Europa en 1914-1918: Austria-Hungría y Alemania, frente a Inglaterra, Francia y Rusia.

De Sagasta a Cánovas

Sagasta, jefe del Gobierno en 1883, no había conseguido unificar su partido, compuesto de grupos antagónicos. Alfonso XII le dejaba hacer, seguro de contar con los altos jefes del ejército, en el que, no obstante, subsistían focos republicanos, alimentados por Ruiz Zorrilla desde París. El 5 de agosto surgió un chispazo en la guarnición de Badajoz, secundado el 8 en Santo Domingo de la Calzada y el 9 en Seo de Urgel. Ignorante de estos movimientos militares, faltos de apoyo popular, el Gobierno se ensañó cruelmente con los vencidos, avivando apagados sentimientos antidinásticos.

El 5 de septiembre, Alfonso XII efectuó viaje oficial a Berlín, aceptando vestir el uniforme de coronel honorario de un regimiento de hulanos en guarnición en Alsacia, región arrebatada a Francia en la guerra de 1870, cuya herida continuaba abierta. Regresó a España por París, donde fue recibido con gritos hostiles, que obligaron al Gobierno francés a ofrecerle disculpas y dieron pretexto a que en Madrid [440] cosechara ovaciones hábilmente preparadas para atenuar el tropezón cometido por su inexperiencia diplomática. En noviembre, el príncipe imperial de Alemania –futuro Guillermo II– devolvió la visita efectuada por Alfonso XII, dejando clavadas en la España oficial simpatías excesivamente notorias en favor del militarismo germano.

Pablo Iglesias, entretanto, ajeno a estas combinaciones palaciegas, seguía su ruta, fortaleciendo lazos aflojados durante la última huelga general del oficio, victoriosa en lo esencial, pero cuyos flecos entorpecían no poco la buena marcha de la organización. Entre los que

acudieron a Barcelona con Iglesias representando al Arte de Imprimir en el Congreso constitutivo de la Federación Tipográfica estuvo Francisco Feito, quien actuó con Iglesias en 1874 en la primera Junta directiva del Arte, desempeñando la secretaría. En 1879 figuró entre los fundadores de la Agrupación Socialista Madrileña, y durante la huelga general de tipógrafos tuvo destacadísima intervención. Para atenciones relacionadas con la huelga, según él, pidió bajo recibo 300 pesetas, que el tesorero le entregó. Llegada la hora de justificar el gasto, el detalle del mismo no convenció a Iglesias. Feito buscó el dinero y lo repuso. Cuando se reunió la asamblea del Arte de Imprimir para estudiar el proyecto de reglamento por el que habría de regirse la Federación Nacional, Feito se vio envuelto en un proceso con otros dos tipógrafos que produjeron un alboroto al suspender la sesión arbitrariamente el delegado de la autoridad. Sin duda, Iglesias no debió encontrar acertada la actitud de Feito, quien, a pesar de eso, fue delegado con él al Congreso de Barcelona, enojando a Ernesto Álvarez.

¿Qué ocurrió en la capital de Cataluña entre Feito e Iglesias? Posiblemente nada. Tal vez pensaría aquél que el Comité de la Federación debería residir en Madrid, ocupando Iglesias la presidencia y pasando él a desempeñar la del Arte de Imprimir. Esta suposición tiene origen en que llegadas las primeras elecciones en el Arte, Feito figuró en candidatura, con un grupo de amigos, frente a la triunfante [441] patrocinada por Iglesias, pasando desde entonces a la oposición sistemática o al ostracismo voluntario, secundado por algunos incondicionales. ¡Siempre los problemas personales! Pasaron los años. Feito cayó enfermo, y escribió a Iglesias pidiéndole una recomendación para el doctor Vera. Lo hizo Iglesias en el acto, y Vera atendió a Feito, que falleció –11 de enero de 1926– sin haberse incorporado a la vida activa, aunque afiliado al Arte de Imprimir. Otro incidente desagradable derivado de esta época: al tesorero interino del Arte durante la huelga, a la hora de liquidar cuentas le faltaron 1.000 pesetas. Fue juzgado y expulsado de la organización, que sufría las consecuencias por todas estas irregulares actuaciones. Nada de extraño tiene que Pablo Iglesias se mostrara cada día más intransigente, escarmentado por la conducta observada por quienes parecían amigos y camaradas.

Ernesto Álvarez estuvo entre los aliancistas, pasando al Arte de Imprimir cuando se fundó esta Asociación. Durante años actuó al lado de Iglesias, hasta que despedido por no haber figurado en la delegación que en Barcelona intervino en el nacimiento de la Federación Nacional, se situó ostensiblemente frente a los socialistas. En las Escuelas Pías, los domingos por las mañanas había charlas de controversia en las que, entre otros, intervenían Pablo Iglesias y Ernesto Álvarez, para oír a los cuales acudían buen número de tipógrafos. Los frailes prohibieron estas reuniones, cuyos organizadores continuaron celebrándolas en el salón de baile El Ramillete, de la calle de la Alameda, y en el teatro Quevedo, Pasaje de Valdecilla, cuyos restos han llegado hasta nuestros días. El público cotizaba para pagar los gastos y la autoridad no intervenía en estas charlas, animadas por un espíritu de proselitismo meramente idealista. Ernesto Álvarez se hizo maestro de escuela laica, en La Línea, donde falleció fiel a sus ideales. Por cierto, el anarquismo era más fuerte en Algeciras que en La Línea, donde la tendencia de la Unión General gozaba de prestigio. Virginia González y yo, en 1915, tomamos parte en actos públicos en ambas localidades, que figuraron en [442] excursión de propaganda efectuada en Andalucía por entonces.

El Fomento del las Artes ofreció su tribuna a socialistas y anarquistas, en un amplio debate acerca de la cuestión social, interviniendo Enrique Borrel, fundador de la Internacional, y Pablo

Iglesias, cuyos discursos atrajeron público excepcional. El éxito de Iglesias fue tal que el Fomento de las Artes le invitó a dar una conferencia, obteniendo un resultado halagador. Borrel abandonó el anarquismo para ocupar un puesto en una empresa capitalista.

El 25 de abril de 1883, el tribunal del departamento francés de Allier condenó a Lafargue, Guesde y J. Dormoy a seis meses de prisión por actividades socialistas en aquel departamento. Encarcelados en Sainte Pélagie (París), Guesde y Lafargue escribieron un folleto exponiendo los fundamentos del programa del Partido Obrero Francés, título que llevaba entonces el creado por ellos. Pablo Iglesias lo adaptó al español, publicando una serie de artículos en *El Socialista* semanal, recogidos después en folleto y en libro. Guesde y Lafargue defendían en ese estudio que “era preciso hacer de la fijación de una jornada legal de trabajo en Europa una cuestión de Convención internacional”. Acaso fuera la vez primera que se iniciaba problema tan interesante de manera tan acertada. Plejanov y Axelrod constituyeron en Rusia el Partido socialista marxista. Fue aprobada una ley sobre seguros sociales en Alemania, y comenzó a publicarse en Stuttgart *Die Neue Zeit*, revista inspirada por Kautsky durante más de treinta años. Gabriel Deville publicó en París un resumen de *El Capital*, de Marx, que no agradó a Engels. Augusto Bebel escribió *La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir*, uno de los libros que más influyeron en mi espíritu. Hubo varias versiones en castellano, recortadas por sus editores. En *El Socialista*, en folletón, siendo director de ese diario, publiqué la edición completa, revisada por Antonio Atienza. En 1883 también, Nietzsche escribió *Así hablaba Zaratustra*. En Madrid comenzaron a publicarse *Las dominicales del libre pensamiento*, por Ramón Chies y García Vao, asesinado [443] éste por un fanático del clericalismo en 1886. Sinesio Delgado (1859-1928) sacó el semanario *Madrid cómico*, con éxito que perduró varios años. Leopoldo Cano estrenó el drama *La Pasionaria*, algunas de cuyas tiradas de versos ponían al rojo vivo a la galería. Olóriz fue nombrado catedrático en Madrid, y Ramón y Cajal en Valencia. Se inauguró en la capital de España el servicio público de teléfonos, caro, deficiente e intervenido por la policía. En Barcelona, *La Asociación*, órgano de la sociedad de obreros tipógrafos, de tendencia socialista, duró desde el 9 de septiembre de 1883 al 31 de julio de 1889.

Nacieron en 1883 Indalecio Prieto, Lucio Martínez Gil, Manuel Cordero, Juan Antonio Suárez, Eulogio Urréjola, Eduardo García, Fernando Espino, H. Sellier, Clement Attlee, significados socialistas. José Francés, Alberto Insúa, Luis de Oteyza, Emiliano Ramírez Ángel, José García Mercadal, José Ortega y Gasset, Juan Zaragueta, Nikos Kazantzakis, Luis Companys, Juan Ventosa, Diego Martínez Barrio, P. Laval, B. Mussolini, políticos y escritores; Eugenio Hermoso, pintor. Fallecieron ese año F. de Paula Canalejas, político liberal; Ramón Ortega y Frías, Ivan Turguenief, novelistas.

De Cánovas a Sagasta

Enero, 17, 1884. ¡Otra vez Cánovas! Y con Pidal, en Fomento, ministerio del que dependía la enseñanza. Tan violenta fue la hostilidad contra este ministerio que le alcanzó al rey, entregado a excesos venustianos, recogidos en el siguiente texto por el conde de Romanones:

“Para alejar toda sospecha de su quebrantada salud, ni siquiera frenaba sus andanzas amorosas, y eran éstas pasto de todas las murmuraciones. Así, en el teatro Real, más que en el

escenario, la atención de las gentes se fijaba en las miradas apasionadas y correspondidas que [444] lanzaba al palco regio el paje de *Los Hugonotes*, de espléndida belleza”. El paje se llamaba Elena Sanz, con la que Alfonso XII tuvo dos hijos. María Cristina lo sabía.

Continuaban las conspiraciones militares, y Cánovas, superando a Sagasta en crueldades, fusiló a cuantos cayeron en sus redes. Centenares de procesos por supuestos delitos de opinión pendientes de ejecución servían para neutralizar a sus autores, elevándose a varios millares los perseguidos. El 27 de abril hubo elecciones generales –¡qué elecciones!– reuniendo Romero Robledo, mediante tretas bochornosas, cerca de trescientos diputados. Se abstuvieron de acudir a las urnas carlistas, federales y zorrillistas. “Cortes deshonoradas antes de nacidas”, las calificó Sagasta, irritado contra el rey y contra Cánovas. El incipiente movimiento obrero no se libraba de esta ola persecutoria. A pesar de la brillantez del recurso presentado por Pí y Margall, el Tribunal Supremo, hechura del régimen, ratificó las sentencias dictadas contra Pablo Iglesias, Feito y Paz por la intervención que tuvieron en la huelga de tipógrafos. La mayor responsabilidad (cinco meses de arresto) recayó sobre Iglesias, cuya pena entró a cumplir el día 26 de julio en la nueva Cárcel Modelo, tocándole casi inaugurarla. En ese “Hotel de la Moncloa” llegué a ser “huésped” en varias celdas diferentes durante los años 1910 a 1913, con tres Consejos de Guerra, merced a la Ley de Jurisdicciones, a principios de siglo.

Conocedora la Junta directiva del acuerdo recaído en el Tribunal Supremo, y sin contar con Iglesias, decidieron proponer en la asamblea convocada por entonces que la Asociación del Arte de Imprimir solicitara el indulto de los tres tipógrafos condenados, acaso creyendo contarían para conseguirlo con intervenciones amistosas como la de Ducazcal. Durante unos días Iglesias se ocultó, dando lugar a que el juez ordenara su busca y captura en vista de su no comparecencia. Salió de su escondite y acudió a la junta general, donde pronunció un discurso hasta obtener de sus camaradas que desistieran de su propósito: él no estaba [445] dispuesto a pedir ni a recibir favores del régimen. En cambio, la Asociación abrió una suscripción para ayudar económicamente a las familias de los perseguidos, que sirvió para iniciar movimientos de solidaridad. Fue en 1884 cuando Pablo Iglesias escribió: “Los obreros, mas que nadie, necesitan para la propaganda de sus ideas y para su organización en la vida pública la legalidad. Si alguna vez están fuera de ella o llegan a estarlo, ya se puede asegurar que no es por su gusto, sino porque las leyes o los Gobiernos les obligan a seguir ese rumbo”. En Barcelona iba creciendo el movimiento obrero, sin garantías y sin libertad. Existían organizaciones de tejedores a mano, papeleros, toneleros, obreros en hierro, madera, tipógrafos y Las Tres Clases de Vapor, la más importante. En Madrid comenzaron a funcionar embrionariamente Sociedades de obreros albañiles, canteros, carpinteros, pintores, sastres, zapateros, cordoneros y ornamentadores, casi todas afianzadas en el Arte de Imprimir. Facundo Perezagua, de origen toledano, presidía El Porvenir, de obreros en hierro. Ganaron una huelga en la casa Meneses, a pesar de lo cual, en represalia, se quedó sin trabajo. ¡Estaba en la lista negra! Entonces pensó trasladarse a Cataluña, pero por consejo de Iglesias se dirigió a Bilbao –20 de abril de 1885– donde echó raíces. En 1884 debía haberse reunido en Valladolid el segundo Congreso de la Federación Tipográfica Española. No pudo cumplirse ese acuerdo porque aquella sección había quedado en cuadro. Fue Valencia la, capital escogida, y allí acudieron, del 5 al 8 de diciembre, en nombre del Arte de Imprimir, García Quejido, Gómez Crespo y Francisco Alarcón. Intencionadamente, Iglesias se abstuvo de

intervenir en ese Congreso. La realidad había demostrado que la Federación Tipográfica se debilitaba en Barcelona, por lo cual decidiose en Valencia trasladar el Comité Nacional a Madrid, sin que Iglesias interviniera, con el fin de evitar suspicacias. No sobrará aclarar que los cargos de la Federación eran gratuitos. Llegado el momento de poner en práctica los acuerdos –en 1885–, el Comité de la Federación quedó formado del siguiente modo:[446] presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Blas Sevillano; tesorero, Ricardo Rodríguez; secretarios, García quejido y Francisco Cuadr n; vocales, Alarcón, Monje y Mateo. En 1884 – ya era hora!– Iglesias encontr  trabajo en un taller de alta categoría, con salario seguro y puesto a la altura de sus merecimientos técnicos: la imprenta de Rivadeneyra, una de las más importantes de España.  Durar a mucho tanta felicidad? No tardaremos en saberlo.

El 1  de abril de 1884 salió el primer número del *Vorwaerts*,  rgano de la Social Democracia de Alemania, que el 28 de octubre consiguió reunir 549.000 votos con 24 diputados. Por entonces apareció el libro de Engels *Orígenes de la familia, de la propiedad y del Estado*, del que existen varias ediciones en castellano. El 27 de julio se aprobó en Francia la ley del Divorcio, y el 21 de marzo, la primera ley de Sindicatos. En 1884 Leopoldo Alas (*Clarín*) terminó *La Regenta*, cuya publicación provocó revuelo más que regular en Oviedo, hasta el punto de que el obispo se lanzó a publicar una hojita poniendo de oro y azul al ilustre novelista, quien le dejó en mantillas con su respuesta, muy salada, aparecida en *Madrid Cómico*. El 20 de junio de ese mismo año Unamuno se doctoró, desarrollando la tesis "El vascuence se va".  La que armaron los nacionalistas vascos!  Ser a eso lo que buscaba Unamuno? El 1  de marzo se estrenó en Madrid la zarzuela *El reloj de Lucerna*, con letra de Marcos Zapata y música de Chapí. El cólera llegó a España, hubo terremotos en Andalucía y Cánovas seguía en el Poder.  Se quiere mayor felicidad para un país?

Benoit Malon fundó en París *La Revue Socialiste*, de larga vida internacional. Quedó constituida en Londres la Federación Socialdemócrata, iniciada por Hyndman, marxista. En los Estados Unidos, en un Congreso sindical, hubo propuesta en favor de las ocho horas para ser implantadas el 1  de marzo de 1886. Pura utopía, que germinó y fructificó. Samuel Gompers, de origen inglés, socialista en sus primeros años, contribuyó a[447] fundar en 1881, tres años antes de esta propuesta, la organización obrera norteamericana, que llegó a considerarla como cosa propia, tal fue su preponderancia en ella.

En 1884 nacieron, entre otros, Francisco Azorín, el doctor José Mouriz, Juan A. Coque, Manuel Serra Moret, Vicente Auriol, Eduardo Benes, J. Deutsch, Norman Thomas, eminentes socialistas; Enrique Fajardo (*Fabián Vidal*), Julio Camba, Rafael Cansinos-Assens, Felipe Sassone, Julio Cejador, José Carner, Marcelino Domingo, Rómulo Gallegos, G. Duhamel, E. Daladier, T. Heuss, Harry S. Truman, políticos y escritores; Reveriano Soutullo Otero, compositor musical; Enrique Paradas, tipógrafo en su juventud, también compuso zarzuelas; Ignacio Barraquer, oftalmólogo; José Capuz, escultor; M. Utrillo, pintor. Fallecieron ese año los periodistas Eduardo Gasset y Artime, Manuel Mil  y Fontanals, el revolucionario francés Auguste Blanqui.

Grave conflicto estudiantil

El cacique asturiano Pidal, portaestandarte de la Unión Católica, convertido en ministro de Fomento por Cánovas, le dio algunos malos ratos. Ninguno comparable con el surgido en la

Universidad madrileña en ocasión de la apertura del curso en 1884. Designado el catedrático Miguel Morayta para pronunciar el discurso tradicional, acudió a presidir el acto, al lado del rector Pisapajares, el ministro. Morayta, republicano, masón y diputado por Valencia, leyó un discurso de tonos liberales defendiendo los fueros universitarios, hollados no hacía mucho por otro Gobierno presidido por Cánovas. Morayta nació en Madrid el 3 de septiembre de 1834 y falleció en la misma capital el 18 de enero de 1917. Como profesor, escritores de derecha le criticaron severamente. [448] Como político radical gozó de gran popularidad. Terminada la lectura de su trabajo, fue aplaudido frenéticamente por los estudiantes. Pidal se condeñó ante el rector por no haber censurado aquel discurso. Trascendió el discurso ministerial, agravado por excomuniones y críticas de algunos prelados, dando lugar a que los estudiantes se dividieran, una minoría al lado de quienes deseaban la cesantía del profesor, y otros, la inmensa mayoría, al lado del catedrático y del rector, que fue sustituido por un incondicional del ministro. Llegó el 19 de noviembre, Santa Isabel, con los ánimos excitados. El gobernador civil, Villaverde, invadió la Universidad y la fuerza pública se ensañó brutalmente con profesores y estudiantes, provocando un conflicto nacional, porque la protesta repercutió en las Universidades de provincias, creando un grave problema político.

El Ateneo de Madrid

Comenzó en 1820, pero en 1823 desapareció confundido en la vorágine reaccionaria que invadió nuestro país. Olózaga, brazo derecho del progresismo, en 1835 le dio nueva vida. Recobró savia en 1883, que Azaña, en *Tres generaciones del Ateneo*, describe maravillosamente. Leyó este ensayo el 20 de noviembre de 1930 —cuando España estaba cambiando de piel—, al tomar posesión de la presidencia de tan docta corporación, en la que durante años desempeñó la secretaría, modernizando sus servicios. Cánovas ejerció influjo excepcional sobre los ateneístas, a muchos de los cuales ataba el presupuesto nacional como figurantes suyos. En su discurso, Azaña clavó este pensamiento: “Una revolución, para ser cumplida, necesita cambiar la base económica del Poder”. ¡Lástima, llegado el momento de aplicar esta doctrina, que la dejase extramuros! Al final de su conferencia, impecable de forma, hay esta frase, característica de su altísima soberbia, que tantos enemigos le proporcionó: “Barrunto que no se ha organizado todavía la generación a que quisiera pertenecer”.

[449] El conde de Romanones, comentando las cualidades imprescindibles para ser orador —Azaña las reunía en grado superlativo—, escribió lo que sigue: “No puede calificarse de elocuente la conferencia o discurso leído; la elocuencia, más que en la expresión de las ideas, radica en la emoción de las palabras, la mirada del orador, la gesticulación y el ademán que subraya, el léxico, cualidades éstas únicamente apreciables en las conferencias sin cuartillas, o en las conferencias leídas, cuando el orador sabe leer; ¡pero, es tan difícil saber leer!”. Azaña sabía leer, aunque Romanones tenía razón: ¡es tan difícil saber leer! Como difícil comprender e interpretar lo que se lee o escucha. A continuación damos un párrafo del interesante trabajo de Azaña: “En otro debate característico vinieron a desfogarse los impulsos de rebeldía. Formaban piña en el Ateneo algunos sociólogos, de quien no me queda tiempo para escribir los buenos ratos que les debíamos. Desperdigados más tarde en comisiones, congresos e institutos internacionales, mantienen la reputación de España, si no es que la crean, ante los cónclaves más graves de la

suficiencia mundial. El tema en discusión sería el Socialismo, el anarquismo, no recuerdo bien. Los sociólogos aportaron su dictamen. Junto a ellos concurrían los militantes: Pablo Iglesias, Jaime Vera y otros socialistas; el doctor Madinabeitia, intelectual anarquista; Federico Urales y su mujer, Soledad Gustavo, encargada de leer los discursos del marido, y el futuro duque de Maura, tocado de diletantismo socializante; y entre Urales y la Gustavo, un joven rubio, rasurado, impávido, que si lo aludía un adversario erguía en el escaño y, abriendo los brazos, exclamaba: “¡Yo soy un hombre de acción, no de palabra!”. El hombre de acción, de pocas palabras, era don José Martínez Ruiz, todavía sin seudónimo...”.



Informe de Pablo Iglesias

Iglesias redactó en la Cárcel Modelo de la Moncloa, ya desaparecida, el informe que le encargó la Agrupación Socialista Madrileña, leído ante la Comisión de Reformas Sociales el 11 de enero de 1885. Para oír a Vera e Iglesias acudió público distinto del que habitualmente llenaba los domingos el aula universitaria donde se desarrollaban estos debates. Moret y Azcárate alternaban presidiendo las sesiones, aunque éste lo hizo con mayor frecuencia. El informe de Pablo Iglesias es muy extenso. Primero se publicó en folleto, y años más tarde figuró en un libro, *Propaganda socialista*. He aquí trozos de tan interesante trabajo:

“Señores de la Comisión, trabajadores: Podría parecer extraño, dada la representación que tengo (que es la del Partido Socialista Obrero), que una colectividad que aspira a mejorar la condición de los trabajadores y a realizar su emancipación por sí propia, viniera a informar aquí, creyendo que iba a obtener algo de una Comisión que por su significación, por los intereses que representa, pertenece a la clase dominante. Como esto exige que explique el encontrarme en este sitio, voy a hacerlo en breves palabras. Si el Partido Socialista Obrero ha aceptado la atenta invitación de la Comisión, ha sido porque ha tenido en cuenta que sus ideas deben difundirse, exponerse en todas partes y darse a conocer para que, tanto los amigos como los adversarios, las tengan presentes; pero no porque espere de ningún modo que de los datos que exponga habrá de resultar ventaja real y positiva para la clase trabajadora. Y he de explicarme más para que la Comisión y cuantos me escuchan entiendan lo que con esto quiero decir. No es que nosotros neguemos que los individuos de la Comisión, ya como diputados, que lo son algunos, ya como ministros, que pueden llegar a serlo, tengan un día que hacer reformas beneficiosas para la clase obrera; no es que dudemos que las hagan; lo que sostenemos es que, así como yo, trabajador asalariado, voy a trabajar, no por mi gusto, sino obligado por las circunstancias, porque no tengo otro medio de vivir, así también la Comisión, si hace algunas reformas, será porque la clase trabajadora, porque los que sufren, le obliguen a hacerlas, no porque salga de ella espontáneamente. En este sentido, no cree el Partido Socialista que represento que la Comisión podrá hacer nada positivo por sí propia, pues aunque haya en ella individuos que en realidad no crean representar los intereses de la clase dominante, en el fondo es así, y de otro modo dejarían de ser lo que son, porque, después de todo, no son ellos los directores de la clase dominante, sino los dirigidos. La clase dominante tiene unas ideas y unos intereses, y con arreglo a ellos hay que proceder; pues sabido es que si sus representantes intentasen algo en favor de la clase trabajadora, ese día sería el último de su influencia y el último en que ejerciesen un cargo importante dentro de su clase.

La historia nos lo demuestra: la clase trabajadora inglesa, que ha llevado cerca de un siglo luchando por alcanzar una legislación favorable al trabajo, no ha merecido de la Cámara de los Lores ni de la de los Comunes nada beneficioso que haya salido de ella, sino que lo ha obtenido todo de la resistencia, de la unión y de la fuerza que siempre ha representado la clase trabajadora. En este sentido debe realizar dos campañas la clase obrera: una, exigir las leyes que difícilmente

conceden los Gobiernos dominantes; otra, hacer que se cumplan esas leyes. En Inglaterra la clase dominante ha concedido leyes que luego ha burlado, y la clase trabajadora inglesa ha tenido que hacer una segunda campaña para obligarles a cumplirlas. Lo mismo tenemos que hacer los obreros españoles: reclamar leyes, pero estar ojo avizor para que se cumplan, porque si no hacemos eso, serán letra muerta.

Tan importante ha sido la campaña hecha por la clase trabajadora inglesa en este punto, que antes de mediados del presente siglo hubo una localidad donde se efectuaron manifestaciones, pidiendo que la jornada [452] de trabajo se redujese a dieciocho horas. ¡Qué jornada se trabajaría allí cuando se reclamaba tal límite! Sin embargo, la clase trabajador; inglesa, por la ley del 48, la tiene limitada a diez horas; pero si se hubiera dormido sobre sus laureles, si no hubiera tenido el arma al brazo, si no lo hubiera reclamado en actitud imponente y de fuerza, no hubiera trabajado solamente diez horas. Hoy trabaja todavía menos, porque merced a sus sociedades de resistencia, que no se descuidan, han reclamado y obtenido en casi todas partes nueve horas de trabajo. Eso es lo que ha obtenido por su fuerza la clase obrera inglesa, que era la más explotada en otro tiempo...

Señores, ¿qué es un trabajador falto de recursos para sostenerse en medio de esta sociedad? Tiene un oficio aprendido, pero no tiene los medios de ejercerle, no tiene los instrumentos de trabajo. Si yo, tipógrafo que soy, me encuentro mañana despedido de la imprenta en que trabajo, no me sirve tener oficio ni haberlo aprendido, porque no tengo instrumento de trabajo ni recursos con que atender a mis necesidades hasta que encuentre otra colocación. ¿Es esto lo que se llama libertad? ¿Es ésta la libertad que nos conceden los señores individualistas? Pues no la queremos, porque eso es, como decimos nosotros, la libertad de morirnos de hambre. ¿Qué libertad tengo yo de prestar mis servicios como tipógrafo, si no dispongo de los instrumentos de trabajo necesarios, ni tengo muebles o ropas que empeñar para sostenerme mientras encuentro donde trabajar en condiciones regulares? No, mi vida, mi existencia, todo lo que yo necesito está en manos del industrial de Madrid o de otra parte cualquiera. ¿Qué me importa que digan que soy libre si en realidad no lo soy? Absolutamente nada. Cuando al industrial le conviene, me despide, y quedo yo libre, ciertamente, pero sin recursos de ningún género; y si no quiero perecer, tengo que venderme a cualquier precio...

Se dirá, y tengo necesidad de tocar este punto, que el capitalista puede haber recibido el dinero de sus padres, que lo habrían ganado [453] de este o del otro modo. No hay nada de eso; el capital no es producto del ahorro del que lo ha ganado, sino que es un producto no pagado de los que han trabajado antes o después; y para demostrarlo voy a poner un caso práctico, escogiendo el más sencillo para que fácilmente lo compren dan los trabajadores que me escuchan. El arte tipográfico de Madrid todavía no ha alcanzado gran desarrollo como industria, por lo cual hace posible que un tipógrafo, dirigiéndose a ciertos industriales que merecen el nombre de prestamistas, se haga con algunos chibaletes, unas cuantas cajas y algunos otros útiles de trabajo. Este tipógrafo no es más que un obrero que ha trabajado algunos días antes a mi lado. Obtenido, aunque a préstamo, aquel material, se dirige desde luego al dueño de un periódico cualquiera, ofreciéndole hacérselo un par de duros más barato que el impresor que lo hacía antes. El dueño del periódico, que ve un beneficio en dicha proposición, la acepta, encontrándose el nuevo industrial con trabajo, que cobrará o no cobrará, porque de esto habría mucho que hablar, y a la

semana siguiente, si cobra, paga a los cajistas, y si no, les dice, sin aprensión ninguna: ‘Tenéis que esperar porque a mí no me han pagado’. De modo que no tiene capital, ni tiene nada; y, sin embargo, al cabo de cierto tiempo, ese obrero, que se ha establecido así, llega a tener 60, 80 o 200 duros. Pero, ¿qué es lo que ha hecho, más que lo que hacía antes? Los tipógrafos le vimos en la imprenta desempeñando una función, como siempre, en calidad de asalariado, y después, al cabo de algún tiempo, le encontramos convertido en un industrial, o en capitalista, o por lo menos, vemos que ha salido de su esfera. ¿Qué ha pasado aquí? La explicación es muy sencilla. Es que al tomar aquel trabajo, ha calculado que los obreros le iban a costar, por ejemplo, catorce duros, y él ha pedido por ese trabajo dieciséis o dieciocho, resultando que después de pagar contribuciones y demás, y de sacar su jornal, se encuentra con dos duros diarios. ¿Pero ha hecho él aquel trabajo? ¿Ha ganado él ese dinero? No. Lo han ganado los obreros que han estado trabajando. De [454] este modo han formado muchos el capital que poseen. El capital no es el producto del trabajo de ese señor, sino de los trabajadores. Podría decirse: pero ¿y el inventor, y el artista especial, y el trabajador que han conseguido reunir mil o dos mil reales, ¿no son dueños de ese capital? Mientras lo haya ganado con sus brazos o con su inteligencia suyo será; pero desde el momento en que hayan intervenido otros brazos, el esfuerzo de otro, deja de ser suyo, porque si ellos lo han creado, ha sido con el sudor de los trabajadores.

Por tanto, el capital no es más que trabajo no pagado. Si así no fuera, el trabajador— que emplea dieciséis horas en el trabajo sería más rico que el que emplea seis. Y sucede lo contrario. Si los que no hacen nada son ricos ¿qué capital no tendrían los que trabajan dieciséis horas y los que en mi oficio trabajan día y noche? Pues, sin embargo, son cada vez más pobres y más miserables. A jornada más larga, jornal mas corto; y no hay nada que alterne esta regla. Los obreros ingleses son los que trabajan menos y los que perciben salarios más crecidos. De manera que cuando a uno se le recomienda que trabaje mucho, lo que se le recomienda es que gane menos. El que tiene una jornada de dieciséis horas, gana menos que el que la tiene de cuatro, o cinco u ocho, y esto se complica. No hay naturaleza ninguna, a no verse uno apremiado por una gran necesidad, que pueda soportar un trabajo material y duro de dieciséis horas; y, sin embargo, hay muchos que lo soportan, porque, como hay trabajadores de más, éstos pesan sobre las condiciones del salario, y hacen que éste sea más bajo y que se aumenten las horas de jornada. De todo ello, repito, resulta lo que he dicho; que el capital no es el producto del trabajo de los que lo disfrutan, sino el producto de muchas generaciones de obreros...

Vamos a ver si, efectivamente, los partidos políticos todos, y con esto contesto a la pregunta 65, se conducen de ese modo. Hasta hace algún tiempo, los trabajadores han ido a remolque de los partidos, burgueses; han creído sus palabras de bienestar, libertad, igualdad, fraternidad; [455] se han batido por ellos, y han sido carne de cañón para que otros vinieran a ocupar elevados puestos; pero han ido pasando todos esos partidos por el Poder; primero, el Partido progresista, que fue muy popular en España, después el Partido republicano federal; más tarde, otro, intermedio entre esos dos partidos, que eran sus más afines. Y ¿qué han hecho todos ellos? El que no los ha pegado, ha tenido el palo levantado para hacerlo. Y no sirve decir, como tal vez dirán algunos hombres del Partido federal: nos encontrábamos en un periodo de guerra; las circunstancias eran tan graves, que no nos quedó ningún tiempo para resolver las cuestiones que más interesan a las clases trabajadoras. No hay nada de esto, porque cuando el asunto

interesa a las clases dominantes, bastan tres días para tomar una resolución; el partido federal no hizo nada porque sus intereses no eran los intereses de los trabajadores. Los partidos políticos burgueses parece que tenían antes más pudor, y no digo esta palabra con intención de zaherirlos; sus hombres más importantes cuidaban más de ser consecuentes con sus ideas; por eso recordarán los señores de la Comisión cuánto desprestigio cayó sobre Escosura y los demás progresistas que no fueron con la Unión Liberal, y no menor desprestigio costó después a Rivero y a otros antiguos republicanos aquella revolución por la cual aceptaron principios tan contrarios a los que venían defendiendo. Pero de entonces acá las cosas han cambiado; la masa general del país que antes se extrañaba tanto de que ciertos hombres, a quienes se tenía como apóstoles, hicieran esos cuartos de conversión, ahora los ve con indiferencia. En estos tiempos, los mismos señores de la Comisión están haciendo a cada instante cuartos de conversión pero la masa del pueblo ya no se va con ellos, porque comprende que nada importa a sus intereses; y, por su parte, la clase media no se alarma de ello, porque sabe que, llámense monárquicos o republicanos, han de defender sus intereses y privilegios. Así es que si yo tuviera, que no la tengo, intención de molestar a algunos individuos de la Comisión, podría citar los saltos pequeños y los saltos mortales que han dado en esta época...

[456] Se ha dicho que el industrial es necesario. La cooperación ha probado que no lo es, a pesar de que algunos economistas sostienen que sin él no puede haber producción. Por otra parte, como el industrial no vive en el reducido círculo en que antes vivía rodeado de los elementos de producción y de los obreros de su respectiva industria, claro es que no se necesita su concurso. Véase lo que ocurre en los ferrocarriles, en los arsenales, en las minas. ¿Son los accionistas los que intervienen en la marcha y desarrollo de esas empresas? No; hay un estado mayor de obreros intelectuales a quienes yo considero como a los demás; hay un mayor número de obreros manuales, y todos ellos son los que con su trabajo imprimen movimiento a esas industrias. Si mañana se dijese que las líneas férreas eran de propiedad social ninguna falta harían los capitalistas; bastaría que hubiera ingenieros, maquinistas, empleados de contabilidad, etc. para que todo marchara bien. Hay accionistas de un ferrocarril español que viven en América y en otros sitios muy distantes; y siendo esto así, ¿en qué podrá influir su inteligencia sobre la marcha ordenada y regular de los trenes?...

Las reformas que yo he propuesto aquí y algunas otras que se me hayan podido pasar, no las propondrá la Comisión, ni habrá Gobierno alguno que las acepte hoy; pero, y esto lo digo dirigiéndome a mis compañeros, esas reformas, todas las demás que las circunstancias exijan y la emancipación, que es nuestro deseo principal y que constituye una aspiración de los trabajadores que piensan y discurren, todo eso lo alcanzaremos apercibiéndonos para las dos luchas que se preparan, para la lucha económica y para la lucha política. Si nosotros, cuidándonos todos los días de nuestros intereses, llegamos a constituir, como ha dicho un socialista eminente, un solo corazón y una sola cabeza, habremos dado sepultura a los últimos restos de la esclavitud”.- Pablo Iglesias, 1885.

[457] *Una huelga perdida y otras cosas más*

Enero, 2, de 1885. Iglesias se posesiona de la presidencia de la Federación Nacional Tipográfica. El puesto que deja en el Arte de Imprimir lo ocupa Matías Gómez Latorre, y en una

de las secretarías, Álvaro Ortiz, de quienes se habla más de una vez en estas páginas. En *La Unión Tipográfica*, órgano de la Federación, aparece un artículo de entrada, sin firma, que expresa el criterio de Iglesias al frente del organismo. Leyéndole tendremos un dato esencial para juzgar la táctica que defendió hasta el fin de sus días: “Organizados para pelear contra un enemigo poderoso y avisado, nuestra cualidad sobresaliente debe ser siempre la cautela. Con motivo, por lo que sufrimos y padecemos, para luchar a todas horas, no debemos hacerlo, sin embargo, sino cuando el número de probabilidades que haya a favor de nuestro triunfo sean muchísimas... Nada, pues, hoy de huelgas; nada de batallas con los industriales; fijen su atención todos cuantos pertenecen a la Federación en robustecer las Secciones de que se forma, en estrechar fuertemente los lazos que deben unir a sus individuos en llevar a las Cajas todos los fondos posibles, en derramar la semilla de la Asociación allí donde haya un tipógrafo o un obrero gráfico; en matar todo germen de personalismo o división”.

Admirable este plan de Pablo Iglesias, que sus propios amigos, compañeros de trabajo con él en la imprenta de Rivadeneyra, no tuvieron en cuenta. Les sobraba la razón; les faltaba fuerza para imponerla. Trabajaban 181 operarios en aquella casa, que gozaba de influjo en las altas esferas, porque allí se imprimían órganos oficiales. Sólo uno continuó en su puesto. Sin subsidio económico, contando el patrono con el apoyo ministerial, la huelga se perdió, y Pablo Iglesias, Matías Gómez, García Quejido, la plana mayor del Arte de Imprimir y de la Agrupación Socialista, se quedaron sin trabajo. Había división en Barcelona entre los tipógrafos. El Comité de la Federación comisionó a Pablo Iglesias para que interviniera, visitando, de paso, Zaragoza, y al regreso, Tarragona, [458] Castellón y Valencia, en cuyas capitales habló a los gráficos e hizo propaganda socialista. En esta última capital se hospedó en casa de Vicente Almela, presidente de *La Tipográfica*, casado con Amparo Meliá. También había divisiones en Valencia. García Quejido fue encargado de enderezar entuertos en Logroño y Bilbao y organizó a los gráficos de Burgos, al regreso. En 1885, igualmente, se organizó el Centro Obrero de la calle de Jardines, 32, con seis entidades y 1.424 asociados. En Bilbao comenzó a funcionar la Agrupación Socialista. En Barcelona, el 1º de mayo se publicó un periódico titulado *Las ocho horas*, colaborando Iglesias, García Quejido, Reoyo, Comaposada y Antonio Palau. En Málaga comenzó a funcionar legalmente la Agrupación Socialista, que se unió a las que ya funcionaban clandestinamente.

De entonces es la ley de Reclutamiento, que admitía la redención a metálico, por cuyo privilegio se libraron de ir a morir en las colonias los hijos de los ricos. Salmerón, dando fin a su expatriación, en 1885 se reintegró a su cátedra en la Universidad Central. El 26 de noviembre falleció en Madrid el general Serrano, que fue regente del reino. José Zorrilla, autor de *Don Juan Tenorio*, redacta en verso su discurso de entrada en la Academia de la Lengua. Se inaugura en Madrid el teatro de la Princesa, que a propuesta mía, aceptada por el Ayuntamiento de Madrid y ratificada por el Estado, lleva hoy el nombre de la insigne actriz María Guerrero, que durante años trabajó y vivió en aquella casa. De 1875 a 1885 se publicaron *El niño de la bola*, de Alarcón; *El sabor de la tierruca* y *Sotileza*, de Pereda; *Las ilusiones del doctor Faustino*, de Valera; *Un viaje de novios* y *La cuestión palpitante*, de Emilia Pardo Bazán; *Marta y María*, de Palacio Valdés; *Humoradas y pequeños poemas*, de Campoamor, y *Gritos del combate*, de Núñez de Arce. Kropotkin edita en francés en 1885 *Palabras de un rebelde*, y en 1892, *La conquista del pan*, ambas traducidas luego al castellano. Emilio Zola obtiene éxito clamoroso con *Germinal*. Pasteur descubre el suero antirrábico. Se

celebran elecciones en Francia, [459] venciendo en la segunda vuelta, con ayuda de votos radicales, ocho diputados socialistas. Jaurès, por primera vez diputado, triunfó con significación republicana centrista. Guesde publicó en folleto su conferencia titulada "Servicios públicos y Socialismo". Tesis: colocar a los ferroviarios y demás trabajadores al servicio del Estado es doblarles las cadenas, porque el Estado es más fuerte que las compañías privadas, si el Estado no está intervenido por el movimiento obrero. En agosto de 1885, Guesde, eficazmente ayudado por Mesa, comenzó a publicar *Le Socialiste*, que tuvo diversas alternativas, hasta convertirse en 1905 en Boletín oficial del Partido Socialista Unificado. El 16 de febrero de 1885 –¡día de duelo en París!– inmensa muchedumbre acompañó los restos de Jules Vallès hasta el cementerio del Père Lachaise, con banderas rojas, coronas de flores, algunas remitidas por socialistas alemanes y discursos de Vaillant y Lafargue, entre otros. Jules Vallès se batió en las barricadas por la Comuna, de la que fue su inspirador en problemas de enseñanza, y vivió en Londres, emigrado, durante más de diez años. El 9 de agosto se inauguró en el cementerio del Père Lachaise un monumento funerario en memoria del revolucionario francés Blanqui, quien vivió la mayor parte de su vida encarcelado. Luisa y Carlos Kautsky se instalan en Londres al calor de Federico Engels. El 5 de abril queda constituido el Partido Obrero Belga bajo la presidencia de Luis de Brouckere, en Bruselas, donde aparece por primera vez el diario *Le Peuple* el 12 de diciembre. La primera casa del Pueblo nació en Jolimont (Bélgica) en 1872, y en 1885 quedó fundada allí una de las cooperativas socialistas más importantes en dicho país.

Nacieron en 1885: Julio Álvarez del Vayo, Louis Sellier y Robert Danneberg, socialistas; Diego San José, Federico de Onís, Eugenio Noel, Wenceslao Fernández Florez, Antonio de Hoyos y Vinent, Ricardo Gutiérrez Abascal, Alberto Insúa, Alfonso Hernández Cata, Félix Cerdón Ordás, Rafael Guerra del Río, Sacha Guitry, Jean Costeau, André Maurois, François Mauriac, entre otros escritores y políticos; José Isbert, [460] actor; María Palou, actriz; Sebastián Miranda, escultor. Fallecieron ese año: Rosalía de Castro, Roque Barcia, José Posada Herrera, Francisco Monturiol, Cándido Nocedal, escritores y políticos; Antoine Arnaud, miembro de la Comuna de París. Víctor Hugo fue enterrado ese año con honores nacionales en el panteón de la capital de Francia.

Muerte de Alfonso XII

En noviembre de 1885 falleció Alfonso XII. ¿Hubo pacto del Pardo entre Cánovas y Sagasta? Desde luego, careció de notario. Cánovas abandonó el Poder contra su voluntad. El régimen, con la muerte del rey, quedaba en el aire. ¿Quién sería heredero del trono? María Cristina estaba encinta de tres meses. Cánovas, al comprobar la muerte de su soberano, sin poder evitar que lo oyera la interesada, exclamó: “¡Qué problema! ¡Y con esta tonta embarazada!”. La verdad era que la austriaca no era tan tonta como creía Cánovas. Prueba lo que decimos el cambio que dio a la política, para salvar el trono. Juró el cargo de reina regente ante el Gobierno presidido por Sagasta, primero, y en las Cortes –25 de diciembre de 1885–, llevando de la mano a sus dos hijas, María de las Mercedes, de cinco años, y María Teresa, de dos, presidiendo Cánovas el Parlamento, y sentándose en el banco azul un Gabinete de concentración liberal, mantenido en pie, con remiendos, durante cerca de cinco años, aunque algunas de las leyes adoptadas en aquel periodo no fueron del agrado de la regente, que extremaba el fervor religioso. Más claro: María

Cristina dejaba a Sagasta que desmoralizara a las izquierdas complicando a sus hombres en las maniobras políticas que le dieron matiz durante varios años, con tal de que, a su vez, Sagasta tolerase que la Regente extremara su fanatismo religioso. He aquí un juicio del historiador Houghton: “En menos de una década el reino se encontró con más conventos, monasterios, colegios de jesuitas, escuelas católicas y fundaciones que pudo conocer en los mejores días de los Austrias y de los Borbones”.

[461] *El tupé de Sagasta*

Todavía caliente el cadáver de Alfonso XII, Sagasta tenía ya su Gobierno en funciones. Quiso abarcar todos los matices del Fusionismo, y las crisis le amargaron la vida, o se la hicieron más fácil, por los huecos que llenaba con personajes hambrientos de galones. Apenas comenzó a disfrutar de las delicias del presupuesto, surgió una intentona militar republicana, sin consecuencias. Fue un aviso, aun cuando sirvió de poco, porque al estallar otro movimiento militar de mayor relieve, lo supo el Gobierno cuando no tenía remedio. Pero no adelantemos los acontecimientos. El 18 de abril de 1886, el obispo de Madrid-Alcalá, en las escaleras de la catedral que dan a la calle de Toledo, cayó asesinado por Cayetano Galeote, sacerdote a quien salvó la vida un informe del doctor Jaime Vera ante el tribunal, que, por fórmula, le condenó a muerte, a sabiendas de que no sería ejecutado: Galeote terminó sus días en un manicomio. Narciso Martínez Izquierdo era el primero en ocupar el obispado de Madrid-Alcalá, de reciente creación. Nació el 29 de octubre de 1831 en la provincia de Guadalajara; había sido diputado, senador y militaba en las extremas derechas del catolicismo recalcitrante.

Bien montado el tinglado electoral, Sagasta convocó elecciones, reuniendo una mayoría con la que gobernó —caso nunca visto— cerca de cinco años. Entre los diputados adictos figuraba Antonio Maura, llamado a hacer carrera, quien habría de durar en las filas sagastinas el tiempo que en ellas militase su cuñado, Germán Gamazo, ministro a la sazón en el Gobierno formado por Sagasta, quien el 10 de mayo leyó el mensaje de la Corona ante las Cortes, imposibilitada de hacerlo María Cristina por las molestias inevitables de su estado. Siete días después, el 17 de mayo, nació Alfonso XIII. Nació rey, en efecto, lo que recordó en solemne ocasión: “He nacido en el trono y en él moriré”. ¡Qué arriesgado es hacer ciertas afirmaciones!

[462] El 19 de septiembre, el brigadier Villacampa, en la reserva, de acuerdo con Ruiz Zorrilla, desde París, se sublevaba en Madrid, secundado por dos regimientos muy incompletos. Hubo lucha. Murieron el brigadier Velarde y el coronel Mirasol, fieles a la dinastía y, fracasado el golpe, Villacampa, con algunos comprometidos cayeron en poder de la jurisdicción militar, condenándoles a muerte. Deliberó el Gobierno, acordando se cumpliera la sentencia. Sagasta ordenó entraran en capilla Villacampa, el teniente Felipe González y los sargentos Cortés, Capote, Bernal, Gallego y Velázquez. Catorce horas estuvieron con la vida en el aire. Pidieron el indulto el Ateneo, el Círculo de la Unión Mercantil, la prensa, exceptuada la conservadora, y los diputados republicanos Salmerón, Azcárate, Pedregal y Muro. Era lo que buscaba Sagasta: dividir a los republicanos y fomentar un movimiento de opinión que hiciera posible al Consejo de Ministros rectificar el acuerdo adoptado denegatorio del indulto, siguiendo inspiraciones de María Cristina y de los altos jefes del ejército. El ambiente favorable al cumplimiento del fallo dictado por el Consejo de guerra era fuerte incluso entre los liberales. Pérez Galdós, cronista de aquella

época, se identifica con los intransigentes, recogiendo el pensamiento de los más allegados a Sagasta: “Dominada por completo –dice– la insurrección, ya empiezan a sonar por todas partes voces de clemencia. Los mismos republicanos piden perdón o por lo menos que se dulcifique en lo posible el rigor de las leyes. No creo que el Gobierno acceda a estas solicitudes...”. En este ambiente de relajamiento moral tenían que actuar y actuaban Pablo Iglesias y sus compañeros de ideales. Sagasta otorgó el indulto mediante una “habilidad” de un subalterno instrumento suyo que facilitó a la prensa la noticia de la gracia otorgada cuando el Gobierno y la Regente no la habían concedido. ¡Que tupé tenía Sagasta! ¡Cuántas veces le sacó de compromisos políticos! No evitó la crisis. Se le marcharon ministros y diputados, [463] que no tardaron en regresar al redil. Entre los republicanos estalló una nueva división. *El País*, diario republicano fundado en 1885, favorable a la política de Ruiz Zorrilla, escribió lo que sigue, recogido por Antonio Espina en *El cuarto poder*: “Ha faltado una cabeza organizadora que aunase debidamente todas las fuerzas con que se contaba. Ha habido un total desconcierto entre los comprometidos; esperas de unos a otros; órdenes contradictorias, defecciones y apresuramientos. ¡La sublevación podía haber triunfado! El Gobierno estaba en Babia, tan dormido como el señor Sagasta cuando fueron a contarle lo que sucedía. Sólo con que los sublevados se hubiesen apoderado del telégrafo oficial y de las autoridades que andaban dispersas en diversos lugares de la ciudad, ajenas por completo al peligro que les amenazaba, hubieran podido triunfar o, por lo menos, abrir brecha en la débil muralla del régimen”.

El comentario de *El País* inspira compasión: se explica que Ruiz Zorrilla desistiera de seguir promoviendo mítines militares. Salmerón, jefe de la minoría republicana en el Congreso –que no fue informado por Ruiz Zorrilla de lo que preparaba– renunció a su cargo ante la hostilidad promovida por las gestiones que hizo para salvar la vida de Villacampa y sus seis acompañantes. ¡Y Ruiz Zorrilla, en París, había solicitado el indulto de Villacampa, visitando a ese efecto la embajada española! El dato figura en el libro *Ruiz Zorrilla*, por Pedro Gómez Chaix, cuyo testimonio es irrefutable. Villacampa nació en Betanzos el 27 de febrero de 1827 y falleció en el presidio de Melilla el 12 de febrero de 1889.

Historia del semanario

Y llegó el momento de lanzar el órgano del nuevo partido, el 12 de marzo de 1886. No fue fácil la empresa. García Quejido había venido figurando como tesorero del semanario en ciernes, pero la cantidad recaudada no daba muchas esperanzas. En provincias había doce grupos, más esmirriados aún que el fundacional de Madrid, que había discutido previamente lo concerniente a la aparición del periódico. Las reuniones se celebraron en los Estudios de San Isidro, y allí fue donde Jaime Vera discrepó de Iglesias acerca del título que debería llevar el Partido, el nombre que habría de darse al semanario y la conducta a observar con los republicanos. Vera defendió que la denominación del nuevo grupo nacional fuese Partido Socialista Español, frente al criterio de Iglesias que, inspirado en los métodos de Julio Guesde en Francia, consiguió añadir, como algo consustancial, la denominación de “obrero” al nuevo partido. Vera creía un error dar el nombre de *El Socialista* al semanario. A su juicio, el título no haría más que restarle lectores. Finalmente, Vera creía conveniente diferenciar en la crítica a los partidos republicanos, entre los cuales había muchos trabajadores, especialmente federales. La votación puso término al debate, venciendo el punto de vista de Iglesias.

Cuando salió el primer número, se vio que era una reproducción, hasta en las titulares, de *Le Socialiste*, de Guesde. Pablo Iglesias fue designado para dirigir el semanario, y con él, García Quejido, Gómez Latorre, Hipólito Pauly y Valentín Diego Abascal. Antes de aparecer el semanario, García Quejido se trasladó a Valencia y Barcelona, en busca de trabajo. Abascal, perdida la huelga de Rivadeneyra, viajó por diversas regiones, recalando en Bilbao, donde auxilió a Perezagua, de quien era gran amigo, en la propaganda entre los mineros. Retornó a Madrid, trabajó en su oficio con intermitencias, facilitó dinero para imprimir el *Manifiesto Comunista*, traducido por Mesa, quien en 1872 ya había publicado en *La Emancipación* un resumen del texto redactado por Marx y Engels.

[465] En 1896 emigró al Brasil, donde siguió luchando por los mismos ideales que en España. Su final en Madrid tuvo una nota lamentable: hizo uso indebido de una cantidad correspondiente al periódico de la Sociedad de Carteros, lo que dio lugar a que fuera expulsado de la organización.

Otro de los designados, Hipólito Pauly, fundador del grupo de tipógrafos de la Internacional, que en la Conferencia de Valencia fue designado para el consejo de la misma en Madrid, tuvo cargos importantes, entre otros el de tesorero del Arte de Imprimir, y por entonces se descubrió que había malversado una cantidad, a consecuencia de lo cual fue expulsado. Andando el tiempo, creció el Partido Socialista; en Andalucía funcionaba una nueva Agrupación, que invitó a Iglesias para que fuese a dar una conferencia, aceptando el Abuelo. Poco antes de emprender el viaje, recibió la siguiente carta: “Quien ha creado todo esto y lo mantiene soy yo. Como para ti y para mí –más para mí, naturalmente– una entrevista sería penosísima, estará ausente del pueblo mientras tú permanezcas en él”. La firma era de Hipólito Pauly, que con su conducta posterior redimió la grave falta cometida. Todo ello quiere decir que *El Socialista* sería

obra principal de Iglesias, ya que la mayoría de los designados no pudieron responder a su misión. En el primer número publicado por el semanario apareció la siguiente relación de corresponsales: Bilbao, Facundo Perezagua; Burgos, Pablo Mariscal; Gracia (Barcelona), Carlos Pujol; Málaga, Juan Borrego; Manresa, José Vilá; San Martín de Provensals, Carlos Puntons; Tarragona, Marcial Martí; Valencia, Francisco Soldevilla, y Zaragoza, Vicente Rigal. A este reducido núcleo de héroes corresponde el mérito de haber figurado entre los primeros que se expusieron a ser víctimas de autoridades, patronos, clericales de muy distintas procedencias, republicanos y anarquistas, todos coincidentes en combatir a los propagandistas del nuevo ideal del proletariado.

Redacción: en Madrid, Hernán Cortés, 8, y en Barcelona, Barbará, 25. Desde el 15 de enero de 1897, Espíritu Santo, 18, Madrid, domicilio de [466] Francisco Mora, hasta convertirse en diario en 1913. Administrador, en 1886, Antonio Torres. Desde junio de 1888, Manuel Atienza. A partir del 5 de julio de 1889, Morato, hasta que le costó salir y ser expulsado. Colaboradores en los primeros tiempos: Vera, Casimiro Muñoz, Alvaro Orti. Mora, Carretero, Vigil, Comaposada, Juan Moran, Salvador Gascó, Pedro Lucio, Rafael Salinas, J. Aldaco, Verdes-Montenegro, Perezagua, afiliados. Unamuno siguió colaborando a pesar de causar baja en la Agrupación de Bilbao. Benavente, Maeztu, Eusebio Blasco, Ramos Carrión, Octavio Picón, Costa, *Clarín*, Buylla, Cossío, Claudio Frollo, en los extraordinarios, con intermitencias y sin comprometerse en sus colaboraciones siempre gratuitas y agradecidas.

En el primer número del semanario, al dar cuenta del acto de propaganda celebrado en Barcelona, con intervención de Iglesias, organizado por Caparó, se reprodujo lo siguiente, tomado del diario barcelonés *La Publicidad*: “La reunión fue culta, tranquila y ordenada, digna, en fin, de nuestros obreros. Decididamente, los conservadores pueden aprender cortesía, respeto al adversario y moderación hasta de los mismos socialistas”. En ese número se inserta una comunicación del Comité local de Madrid anunciando la conmemoración de la Comuna de París con un banquete para la noche del 18 de marzo, siendo su precio una peseta, y cincuenta céntimos. De las cuatro páginas, dos estuvieron dedicadas a patentizar la solidaridad de los socialistas españoles con los trabajadores franceses, con motivo de las trágicas jornadas en las minas de Decazeville, uno de cuyos párrafos decía: “Tal es la razón de nuestra solidaridad con los obreros de las demás naciones; sus intereses son los nuestros, sus enemigos son nuestros enemigos. Por eso hacemos nuestra la causa de los mineros de Decazeville y formamos los más ardientes votos por su próximo y completo triunfo y el de sus valientes defensores”.

[467] *Bendita intransigencia*

Enero de 1886. Sagasta, eufórico, preside un Gobierno renovador de la política del régimen; incierta la sucesión de la Corona, envalentonados los republicanos; auxiliados siempre los carlistas por una fracción del clero. Pablo Iglesias atisba que las circunstancias políticas pueden favorecer la aparición de *El Socialista*, semanario cuya propaganda venía gestándose desde hacía años. Perdida la huelga de la imprenta de Rivadeneyra, era difícil hallar plaza fija para los hombres más representativos del Arte de Imprimir. García Quejido, siempre inquieto, se trasladó a Valencia, dimitiendo el cargo de secretario de la Federación Nacional Tipográfica. Iglesias, por temporadas, sustituía a tipógrafos ausentes o enfermos en talleres donde la organización gráfica era respetada.

Para divulgar las nuevas doctrinas, los hombres de Madrid venían utilizando *El Obrero*, órgano de las Tres Clases de Vapor, de Barcelona, donde actuaban algunos socialistas, y del que Juan Gómez Crespo era corresponsal en la capital de España. Pero aquello no era suficiente. Se reunió varias veces el grupo encargado de preparar la publicación de *El Socialista* pero... ¡había tan poco dinero! No obstante, era urgente aprovechar el cambio de política para intentar abrir brecha en la fortaleza enemiga. En realidad, digámoslo sin rodeos, salvo Pablo Iglesias, a los amigos del núcleo editor les faltaba estabilidad en el trabajo y carecían de fe para afrontar tamaña empresa. En el reparto de papeles, Iglesias quedó designado director del semanario y encargado de redactar el número-programa. Las reuniones preliminares pusieron de relieve nuevas dificultades. Al discutirse las bases fundacionales nacieron discrepancias, retirándose algunos de los iniciadores. Jaime Vera, aunque defendió que en el periódico pudieran publicarse artículos firmados por sus autores, lo que no prevaleció, y que se tratara a los republicanos con cierta benevolencia, [467] no fue baja, a pesar de haber quedado en minoría. En realidad, Vera, por sus estudios, sus viajes, el relieve conquistado en su profesión, nunca ocupó cargos ni pudo hacer vida activa. Para evitar dificultades a la Agrupación Socialista Madrileña, en el caso de que el semanario sufriera persecuciones gubernativas, apareció como expresión de un grupo de militantes, sin carácter oficial, que pasado algún tiempo le fue reconocido unánimemente. Era preciso propagarse el semanario y crear núcleos socialistas en provincias. José Capará, zapatero barcelonés, de acuerdo con Iglesias, organizó una excursión con esa finalidad por la región catalana. Ambos visitaron Barcelona, Manresa, Roda, Villanueva y Geltrú, Villafranca del Panadés, Badalona, Mataró y Reus. Posteriormente, con Rafael Salinas, de Málaga, Iglesias estuvo en aquella capital, deteniéndose además, en Sevilla y Córdoba. Hablaron donde encontraron público, creando núcleos con poca vida y mucha ilusión. Día memorable el 12 de marzo de 1886, fecha de aparición de *El Socialista* en Madrid. A partir de ese día, sin dinero, sin libertad y, lo más penoso, sin apoyo de los trabajadores a quienes venía a defender, el periódico no dejó de publicarse ni una sola semana, y así hasta 1915, en que se transformó en diario, milagro operado merced a la voluntad inquebrantable de unos cuantos héroes del sublime ideal que les inspiraba.

El camino de la amargura

“Había poco dinero, y por ello y por no forjarse los consejeros ilusiones, se procedió con implacable tacañería en la fijación de los gastos reduciéndolos a límites que parecían insalvables, a saber: local para la Administración y alumbrado y limpieza, 15 pesetas mensuales; imprenta, 45 pesetas por estampación y derecho a que compusieran el molde de *El Socialista* operarios ajenos a la casa; de 40 a 45 pesetas por composición del molde hecha por correligionarios sin trabajo; 12,50 pesetas la resma [469] de papel (el más barato) pagándose cada pedido al formular uno nuevo; 10 pesetas de reparto de suscripciones en Madrid y de ejemplares para la venta; 30 pesetas a Iglesias por los trabajos de redacción y de corrección y ajuste del semanario. Franqueo, cuerda, engrudo, lo que costara. El trabajo de cierre de *El Socialista* para su envío a provincias se realizaría gratis por los compañeros que a ello se prestaran, y lo hicieron bastantes impresores, encuadernadores, tipógrafos y de otros oficios. Se incluye en este renglón de trabajo gratuito escribir las fajas y las etiquetas.

Los gastos de instalación fueron, asimismo, muy reducidos: una resmilla de papel

cuadrículado, un millar de sobres baratos, un frasco de tinta, un sello de metal, un cuaderno barato para las cuentas, una tabla larga y dos palomillas para el papel sobrante, unos ganchos de alambre para colgar los periódicos, y dos tableros grandes con dos caballetes para formar la mesa del cierre. Papel para fajas y callejeros, recibos cobratorios, impresos, cuadernos auxiliares y otras minucias, todo lo suministró gratis la buena voluntad de algunos compañeros, y como en la misma casa de la calle de Hernán Cortés, 8, tenía su domicilio la Sociedad de Obreros en Hierro El Porvenir, ésta dejó que *El Socialista* utilizara un rincón de su armario para guardar libros y papeles.

Apareció el periódico el 12 de marzo, con una tirada de 4.000 a 4.500 ejemplares, tirada que se mantuvo sin descensos, pero también sin aumentos, y en agosto, no sólo se había gastado hasta el último céntimo de las 900 pesetas, sino que se debía el papel de muchos números. Fue entonces cuando se hicieron cuentas, viéndose que aun pagando puntualmente corresponsales y suscriptores, sin la menor excepción, se cerraría el balance con déficit. Cada número venía a costar 190 pesetas y los ingresos no lograban rebasar 150. ¿Qué hacer en este trance? Nadie dudó: reducir los gastos. El molde se componería gratis por los tipógrafos que a ello se prestaran; Iglesias cobraría de los fondos del periódico sólo 15 pesetas cada semana, y se abriría una suscripción permanente para ayudar al sostenimiento del diario. Las economías subían de 55 a 60 pesetas, [470] y la suscripción bastó para, una semana con otra, reunir las 15 pesetas que completaban el jornal de Iglesias. Naturalmente, éste y los compañeros significados predicaron con el ejemplo, como debe ser, contribuyendo a ella. El año 1890 pasó *El Socialista* a ser propiedad del Partido por acuerdo del Congreso de Bilbao, resolviéndose que la mitad de los ingresos por cuotas del Comité Nacional le fueran entregados al semanario. Así, el año 1893 ya pudo abonarse por la Administración el jornal de Iglesias, que en 1895 fue elevado a 35 pesetas. En aumento la tirada y los ingresos del semanario, se mejoró en 1896 el papel pésimo en que se imprimía, y hacia 1898 pudo pagarse 15 pesetas por tres días de trabajo a un parado que ayudase a componer el molde; pero la composición de todo él no se pudo abonar por la Administración hasta mayo o junio de 1902. En enero de ese mismo año, y sin esperar a poder pagar todo el molde, se aumentó el tamaño de *El Socialista*, y se comenzó a retribuir a los compañeros que se prestaban a realizar cada semana el cierre... Duró la prestación gratuita de trabajo muy cerca de dieciséis años; hubo quien ni una sola semana dejó de componer líneas del periódico en aquella imprenta de la platería de Martínez”.- Juan José Morato.

La imprenta a que se refiere Morato era propiedad de F. Cao, D. de Val, y estaba a cargo de F. A. Herrero, quienes dieron toda suerte de facilidades para que se pudiera publicar *El Socialista* a cambio de una cantidad que apenas compensaba el deterioro que sufría el taller y el material manipulado por camaradas que trabajaban los domingos por la mañana y lunes y martes hasta la madrugada, si era preciso, para que los miércoles a primera hora Iglesias pudiera terminar la corrección de pruebas, ajustar el periódico y entregarlo al maquinista, a fin de que los jueves estuviera en correos y los paquetes llegaran a toda España los viernes. Su precio era de 5 céntimos ejemplar y 75 céntimos 25 números. En la calle de Hernán Cortés, 8, figuraba la Redacción y Administración de *El Socialista*, domicilio de la Sociedad de Obreros en Hierro, en realidad, vivienda de Ruperto Sánchez, sobre quien recaía el [471] esfuerzo de sostener la organización, en sus comienzos sin vida propia. Eulalia, esposa de Ruperto, y Bonifacia, sobrina

suya, trabajaban sin levantar cabeza para sacar adelante aquel misérrimo hogar. *El Socialista* dirigido por Iglesias imitó al que en Francia publicaba Julio Guesde –*Le Socialiste*–, sin firmas, sin versos, sin grabados ni dibujos, con artículos extensos de doctrina y evitando polémicas personales, aunque combatiendo las ideas y los procedimientos de los grupos adversos. De sus columnas no nacieron ataques contra los anarquistas, conducta, por desgracia, no imitada por el bando contrario.

El gabán de pieles

Desde los primeros tiempos la calumnia se cebó principalmente en Pablo Iglesias, exacerbada a partir de la publicación de *El Socialista*, signo evidente del progreso que experimentaban los nuevos ideales. Una de las infamias fue la de atribuirle que se abrigaba con un gabán de pieles. Se murió Iglesias sin haberse puesto jamás esa prenda. Más daño hacía la que le atribuía la granujada de viajar en primera clase y cambiarse a un departamento de tercera al llegar a la población donde tenía que intervenir en algún mitin. De ambas infamias trata el siguiente artículo publicado por Constantino Salinas, recogiendo viejos textos de nuestra prensa:

“Murió en Madrid, allá por 1886, Manuel Abascal, pionero del socialismo hispano, y no teniendo otros familiares, su hermano Valentín heredó los contados efectos del fallecido, entre ellos la ropa, que venía a remediar, en cierto modo, la difícil situación económica de quien se hallaba sin trabajo como consecuencia de la huelga sostenida en la casa Rivadeneyra. Al llegar la estación invernal, Abascal se abrigó con un gabán ruso del difunto hermano, largo y amplio, que no parecía muy de acuerdo con el resto de la indumentaria.

Por aquellos días de diciembre de 1886, la Agrupación Socialista [472] celebró un mitin de propaganda en el que hablaron Abascal e Iglesias. Este aludió a la prensa, y como no lo hizo para lisonjearla, los periodistas que asistían al acto se retiraron en son de protesta y los diarios no lo reseñaron. Como cierto periódico dijera que el acto había sido organizado por el Gobierno, la Agrupación convocó a otro mitin, invitando al diario a que probara en él lo que había escrito.

No asistió, y habló sólo Pablo Iglesias. Al día siguiente *El Imparcial*, muy leído entonces, con la pluma de Ortega y Munilla, padre de José Ortega y Gasset, decía textualmente: ‘Cuando salían del mitin no faltó quien observara que algunos de los más elocuentes oradores se abrigaban en recios gabanes, mientras muchos oyentes iban sencillamente vestidos de blusa. ¡Ah! Si las teorías de los que hablan hermosamente se tomaran en serio ¡cuántos oradores se quedarían en la calle de Toledo sin gabán!’. Por aquellos tiempos el abrigo más generalizado era la capa, y esta prenda tan madrileña usaban todos los oradores salvo Abascal y desde luego todos los compañeros que constituían la Mesa, que eran Gómez Crespo, Paco Diego e Isidoro Acevedo.

Lo del gabán quedó y cundió, colgándose la prenda en los fríos hombros de Pablo Iglesias, que siempre usó la capa, no tardando mucho en convertirse, por arte taumátúrgico, en magnífico gabán de pieles. Y la leyenda adquirió tal volumen en aquellos tiempos heroicos que *El Nervión* de Bilbao, diario conservador, pudo escribir lo siguiente: ‘Hemos oído asegurar, y por cierto con referencia a informes muy fidedignos, que estos últimos días ha estado en Bilbao el ‘compañero’ Iglesias. Y se dice que desde Madrid a Miranda del Ebro hizo el viaje en ‘sleeping-car’. En Miranda, al cambio de tren, se pasó a un carruaje de primera clase, en el que vino hasta una de las

estaciones próximas a Bilbao, en donde se metió en un coche de tercera, poniéndose sobre su elegante traje de burgués la modesta blusa proletaria’.

Y el periodista imbécil que escribió tal necesidad se esponjaría ante el servicio que con ello prestaba a la plutocracia bilbaína”.- Constantino Salinas.

[473] *El hijo de Juana Posse*

¡Cómo se adoraban Juana Posse y Paulino Iglesias! Viuda en la flor de la edad, con dos hijos, el mayor con diez años escasos, su única preocupación fue sacarlos adelante y educarlos. Manuel, el menor, zapatero de oficio, al llegar a los dieciséis años, cuando hubiera podido empezar a disfrutar de la existencia, falleció, tísico, en el hospital. ¡Cómo temió Juana que su Paulino cayera víctima de la misma enfermedad! Fue la madre quien cayó enferma de consideración, viviendo aún en la calle de la Comadre. Hubo precisión de llevarla al hospital, ya que en su hogar nadie hubiera podido atenderla, dada la gravedad de su estado. Estuvo en sala de pago, era todo lo que podía hacer por ella, aparte visitarla con la frecuencia que le fuera posible. Iglesias tenía en su hogar un pajarillo, donado por su compañero Felipe López, que, faltándole el cuidado de su dueña, murió por aquellos días. Lo cogió, se lo guardó en el bolsillo, envuelto en un pañuelo, y se fue al hospital con él, a ver a su madre. A la salida, en los alrededores, abrió un hoyo y lo enterró amorosamente.

Juana Posse salió restablecida del hospital. Y un día encontraron otro hogar con algunas mayores comodidades. Sobre todo más tranquilo, porque Iglesias necesitaba aislamiento para leer, escribir, preparar sus intervenciones en conferencias y mítines y llevar al día los complicados y a veces enojosos asuntos de las organizaciones donde intervenía generalmente con el máximo de responsabilidad. Se instalaron en la calle de San Cosme, no lejos de la calle de Los Tres Peces, domicilio de Matías Gómez Latorre, el amigo de los primeros días que habría de ser también el de los últimos. Querido lector: hasta en esta calle de Los Tres Peces he vivido con mi madre viuda a principio de siglo. Paso a paso conozco el viejo Madrid donde Pablo Iglesias habitó cerca de treinta años, del que tantos recuerdos conservo.

¡Qué poco dura la felicidad! En esta casa, cómoda y tranquila, de la calle de San Cosme, Juana Posse se extinguió para siempre, víctima [474] de traidora pulmonía, el 8 de diciembre de 1886. ¡Se le moría la madre el mismo año en que nacía *El Socialista*! Iglesias acababa de cumplir treinta y seis años, soltero, sin amoríos, con una vida limpia y sencilla dedicada al trabajo, al estudio, a las ideas socialistas, a su madre, sobre todo a su madre idolatrada. ‘No sabía leer la señora Juana, de hermosos ojos azules, los mismos de Pablo Iglesias, pero siempre serenos’, escribió Morato. Cuando Iglesias estaba preso y le visitaba su madre, los carceleros le miraban embelesados. ¡Parecían dos novios! Sin una madre como aquella ¿hubiera sido posible un Pablo Iglesias como el que tuvimos la dicha de conocer? Seguro que no. Las madres moldean el espíritu de sus hijos. Son ellas, en la mayor parte de los casos, quienes les orientan hacia el triunfo o hacia el fracaso.

He aquí un episodio de mi vida, que confirma cuanto vengo diciendo. En enero de 1911 salimos de la Cárcel Modelo los cinco jóvenes socialistas madrileños a quienes se nos había condenado con arreglo a la Ley de Jurisdicciones, extinguida nuestra pena, por haber intervenido

en un mitin contra la guerra de Marruecos, cuyo broche final puso Iglesias, diputado a Cortes a la sazón. Yo estaba sujeto a proceso por la hoja convocando a ese mismo mitin, suspendido la primera vez por el Gobierno de Canalejas con el pretexto de la denuncia sufrida por la citada hoja. Reiteramos el anuncio del mitin, y redacté otra como presidente de la Juventud Socialista Madrileña, tan anodina que no pudiera ser enviada al fiscal. Se celebró el acto, con las consecuencias ya referidas y una concurrencia excepcional; pero el proceso iniciado contra mí seguía su curso. Todo ello era absurdo. El mitin que el Gobierno intentó impedir se había efectuado y la condena impuesta por un Consejo de guerra arbitrariamente estaba extinguida. ¿Qué fundamento tenía seguir un sumario por una convocatoria a un acto no llevado a efecto, ya que el verificado tuvo otra convocatoria no denunciada? Canalejas sentía odio implacable contra Pablo Iglesias y contra la Casa del Pueblo, clausurada por orden suya cerca de un año más tarde. Esa era la explicación.

[475] Cada semana, tenía que presentarme ante el juez militar que llevaba mi proceso, hasta que llegó un momento en el que decidí a escribir un artículo, sin firma, que Roberto Castrovido, director de *El País*, diario republicano –*El Socialista* era aún semanal–, publicó como segundo fondo, metiéndome con el Gobierno y con alguien más. Nuevo proceso esta tercera vez con encarcelamiento previo. Por casualidad mi expediente cayó en manos del juez de turno José Calvet, comandante de infantería, de origen cubano, masón, de ideas avanzadas, cosas ignoradas por mí entonces. Sin rodeos me propuso la expatriación en el término de veinticuatro horas, pasadas la cuales, que en realidad serían cuarenta y ocho, ordenaría mi prisión por incomparecencia, imposible de llevarse a cabo si yo me encontraba ya en Francia. Agradecí jubilosamente la oferta y me dispuse a ponerla en práctica. En la calle de Toledo, 59, donde entonces vivíamos mi madre y yo, habitaba en piso próximo al nuestro Félix Aguilar, casado con una excelente amiga de mi madre. Eran como de nuestra familia. Aguilar –llegó a ser afiliado a la Agrupación Socialista Madrileña, muy relacionado con nuestros hombres y propietario de la armería de la calle de Carretas casi esquina a la Puerta del Sol– me dio dinero en abundancia, compró dos billetes hasta Bayona (Francia) donde tenía intereses y amigos que me facilitarían ocupación, indicándome buscarse un compañero que fuese conmigo hasta dejarme instalado en buenas condiciones, ofreciéndose ellos a cuidar de mi madre mientras estuviese en la emigración. Todo, pues, se arreglaría a las mil maravillas. Busqué a Lucio Martínez, rogándole viniese conmigo hasta Bayona, como deseaba Aguilar, para tranquilidad de mi madre, y convinimos reunimos todos en el café *Tupi* propiedad de mi tía y madrina, plaza de San Miguel, 9, inmediato al Ayuntamiento, para salir con dirección a la Estación del Norte. Allí estarían con nuestras maletas, dos jóvenes socialistas –uno, Francisco Sánchez Llanes fallecido en México, el otro, en Madrid, alejado de nuestro Partido–que adquirirían billetes de andén y nos dejarían con nuestro equipaje momentos antes de partir el tren, para evitar sospechas policíacas.

[476] Cuando todo estuvo montado, Lucio y los otros dos jóvenes socialistas, con las maletas en su poder citados en casa de mis parientes, mi madre me planteó esta sencilla cuestión:

- ¿Has contado con Pablo Iglesias para hacer este viaje? ¿Has ido, al menos, a despedirte de él?

- Es verdad, respondí, no lo he hecho. Ahora mismo iré a despedirme del Abuelo.

Y fui, en efecto. Pablo Iglesias me oyó referir cuanto queda relatado. Me oyó sin pestañear. Terminada mi exposición, me dijo, suavemente, fijando sus hermosos ojos en los míos:

- ¿Has pensado bien lo que vas a hacer? ¿Te decides a dejar a tu madre sola? Eres hijo único, tu madre está enferma, vas a país extraño, volverás o no volverás de Francia. ¿Crees que tu madre, que tanto ha sufrido por ti –la había visto en la puerta de la cárcel Modelo durante nuestra prisión–, que no tiene otro amparo que el tuyo, sobrevivirá a esa ausencia? Tú has estado ya preso. ¿Temes volver a la cárcel? Yo he estado en varias prisiones y siempre he salido...

- No siga usted hablando, Iglesias. Tiene usted razón. No me voy a Bayona. Mañana entraré en la Cárcel Modelo.

Y a la cárcel fui, con gran enojo de aquel otro hombre, todo corazón, el juez José Calvet, que me había propuesto la expatriación, pero que todavía no conocía a mi madre... de la que fue después gran amigo y correligionario nuestro.

Quien me había hablado como he referido no era el líder del Socialismo español: era el hijo de Juana Posse. Cuando hablaba de mi madre pensaba en la suya. Se le partía el corazón adivinando el dolor que habría experimentado la buena y dulce señora Pilar Colomer al verme partir para la emigración, con veinte años, en edad capaz de todas las locuras, hasta la de olvidar a la madre y a las ideas por las que ya había comenzado a sufrir. ¡Con qué serenidad dormiría aquella noche Pablo Iglesias, sabiendo que yo no emigraba a Francia que mi madre podría ir a verme a la cárcel de la Moncloa, como había ido la suya a la prisión del Saladero!

[477] ¿Queréis otra prueba de la pasión desbordante que Iglesias sintió por su madre idolatrada? El 9 de diciembre de 1925, horas antes de expirar, estuvo a verle Matías Gómez Latorre, el único amigo que le vio morir, el que había convivido a su lado en la Primera Internacional. Apenas si podía hablar. Le agobiaba la fatiga. De repente, como si su cerebro se iluminase súbitamente, con voz apenas perceptible, le dijo:

- ¿Te acuerdas, Matías? Ayer hizo años que murió mi madre... Fueron sus últimas palabras: pensar en su madre, en la humilde, buena, sencilla y dulce señora Juana Posse.

Más noticias de 1886

Coincidiendo con la Exposición internacional obrera organizada por el Ayuntamiento de la capital de Francia, se reunió una Conferencia internacional obrera, convocada del 24 al 27 de agosto de 1886, a la que acudieron siete delegados de Inglaterra, uno de Australia (Nueva Gales del Sur), tres de Bélgica, uno de Alemania, otro de Noruega y varios de Francia representando la tendencia posibilista de Brousse. Hubo discursos para todos los gustos, y tras vacilaciones muy acentuadas de los ingleses, se aprobó lo siguiente: “La Conferencia decide que una Exposición colectiva obrera internacional tenga efecto en 1889, con subvención del Estado, dejando la administración a las Cámaras sindicales obreras, que convocarán a este efecto una asamblea general de corporaciones. La Conferencia decide asimismo que un Congreso obrero internacional tenga efecto en 1889 y que el Partido Obrero Socialista francés esté encargado de su organización”. De entre los delegados que estuvieron en esta asamblea –que no contó con la colaboración de los socialistas partidarios de Marx y Engels– los más radicales fueron Cesar de

Paepe y Eduardo Anseele, belgas. De Paepe había pertenecido a la Internacional, y en sus intervenciones de París insistió en que era urgente reconstituirla. Anseele, de quien Pablo Lafargue había escrito a Engels en 1884 que había conocido en Gante a “este hombre admirable, [478] que incluso ha leído *El Capital* –lo que era verdad, porque Anseele pertenecía al movimiento socialista flamenco desde 1874– se expresó en términos del más puro internacionalismo. ¡Qué personalidad vigorosa la de Eduardo Anseele! ¡Qué admirable partido el belga, con León Trocle alma de la organización obrera de Lieja!, autor del folleto *Socialismo y Anarquismo*, tan divulgado en español, del que se hicieron varias ediciones. Tuve amistad con ambos y fui invitado a comer, teniendo y vecino a Anseele, en casa de Vandervelde, donde me propuso este visitar nuestro país.

Año memorable el 1886 en Bélgica. Se reunió un Congreso socialista. Con motivo de la campaña en favor del sufragio universal hubo disturbios y víctimas, sobre todo en Lieja. Surgió una huelga muy fuerte en Chatelineau, donde fue incendiada una fábrica. Intervino la fuerza pública en varios sitios, y Anseele, en un artículo aparecido en el órgano del Partido en Gante, pedía a las madres de los soldados escribieran a sus hijos instándoles a no disparar contra los huelguistas. Cuando fue preguntado por sus jueces, Anseele respondió: “Si hay alguna madre que haya obedecido mis consejos, ha hecho bien”. Su franqueza le valió seis meses de prisión. El juicio contra Anseele y Defuisseaux –otro fundador– lleva fecha 4 de junio de 1886. Ese mismo año, Luis Bertrand, al reproducir el programa del Partido Obrero Belga, terminaba sus comentarios con el siguiente texto: “En una palabra, lo que el Partido Obrero Belga persigue es el reino de la igualdad y de la justicia. No queremos, abusando de nuestra fuerza numérica oprimir y explotar a la clase burguesa; queremos el bien de todos los hombres, iguales en derecho y soportando por igual su parte en las cargas”. En 1886, al año de haberse constituido, el Partido Obrero Belga contaba más de cien Secciones.

En febrero de ese mismo año se produjo en la Cámara francesa un ruidoso incidente alrededor de la interpelación del diputado socialista Camelinat, encargado de justificar el atentado que en Decazeville había costado la vida a un ingeniero enemigo de la organización obrera y de los huelguistas de aquella zona. El Ayuntamiento de París, también [479] en este mismo año, otorgó a parte de su personal la jornada de nueve horas, con un día libre a la semana. A iniciativa de Lafargue y Guesde, en octubre de 1886 hubo en Lyon un Congreso obrero, del que salió creada la Federación Nacional de Sindicatos de Francia. Además de reclamar la derogación de la ley contra la Internacional, los delegados aprobaron la siguiente moción: “El Congreso pide que los legisladores voten una ley fijando en ocho horas la jornada de trabajo, y que esta jornada sea de aplicación en todas las industrias”.

A partir de 1886, las organizaciones obreras de los cinco países escandinavos comenzaron a reunirse periódicamente preparando la reorganización de la Internacional. En Buenos Aires, un grupo de socialistas alemanes emigrados –2 de octubre– comienzan a publicar en su idioma *Vormwaerts*, que después aparece en castellano. En ese mes fue inaugurada la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York. El escritor Henri George obtiene 67.000 votos para el puesto de alcalde de Nueva York, sin alcanzar la victoria, aunque impresionó tan elevada votación. Se ensaya en Estados Unidos una máquina precursora de la linotipia, que habría de iniciar la transformación de la imprenta en el mundo.

En Zaragoza se reunió el tercer Congreso de la Federación Tipográfica, aprobándose la

gestión del Comité presidido por Pablo Iglesias, que fue reelegido, con Antonio Torres, vicepresidente; Nafarrete y Carrasco, secretarios, y Antonio Escolar y Luis Ramos, vocales. En el Congreso estuvieron representadas las secciones de Barcelona, Castellón, Valencia, Guadalajara, Zaragoza, Logroño, Tarragona, Córdoba, Bilbao, Santander y Madrid, ésta por Gómez Crespo, Seller y Villoría, por las tres ramas de obreros gráficos. El 11 de julio fue creada la Agrupación Socialista de Bilbao. Facundo Perezagua y Felipe Carretero, entre otros, fueron sus fundadores. En 1º de marzo de 1886, según datos oficiales, de 72.798 concejales que había en España, no sabían leer ni escribir 12.482. Con esa masa traficaban políticamente Cánovas y Romero Robledo. En mayo se inauguró en Madrid el [480] Centro del ejército y de la Armada, en el palacio que fue de Montijo, interviniendo Moret, Silvela y Castelar, leyéndose la adhesión de Salmerón, quien, como otros republicanos, cuidaba sus relaciones con los militares, haciéndose ilusiones. En agosto fue inaugurada en Madrid la estatua del general Espartero, en la calle de Alcalá, frente al Retiro. Aparece en Madrid *El País*, continuación de *El Porvenir*, de Antonio Catena, progresista entonces. Lerroux, en uno de sus libros, refiere que en 1886, para poder comer y vivir, llevó un pliego a la guarnición comprometida en Alcalá de Henares, cuando la sublevación de Villacampa. Unamuno, de 1884 a 1886, tradujo a Hegel, Schopenhauer y Spencer; estudió a Kant y se ilusionó con Henry George y con Tolstoy, aunque después... perdió las ilusiones. José Rizal publicó *Noli me tangere* poco antes de ser fusilado en Filipinas por el general Polavieja. El 2 de julio de 1886 se estrenó en el teatro Felipe, propiedad de Ducazcal, situado en los jardines del Buen Retiro, *La Gran Vía*, zarzuela de Felipe Pérez y González, con música de Valverde y Chueca, que tuvo un éxito inmenso. El teatro se había inaugurado el 23 de mayo de 1885.

Nacieron en 1886, entre otros: Luis Araquistain, Rafael Henche, Constantino Salinas, Félix F. Villarrubia, E. Nobs, L. Piérard, socialistas significados; Salvador de Madariaga, Federico García Sanchís, Juan Guixé, Arturo Morí, Federico Romero, Julián Sánchez Prieto, Ángel Pestaña, Salvador Seguí, R. Schumann, Ramakrishna, escritores y políticos; los pintores Diego Rivera y José Gutiérrez Solana, y Oscar Espía, compositor, entre otros. Fallecieron Juan Serrano Oteiza, anarquista, Antonio Ros de Olano, general, poeta y político.

Cambio de vida

Con el alma transida de dolor Iglesias se decidió a abandonar la casa de la calle de San Cosme –principios de 1887– donde su madre había expirado. ¡Le recordaban allí tantas cosas del ser idolatrado! Reunió los enseres que pudo y se instaló en una casa de huéspedes de la [481] cercana calle de Atocha, una de las más alegres vías de penetración del Madrid de fin de siglo. Pero ¡qué trájín, qué ruido tan insoportable en aquel sitio! No estaba contento. No podía estarlo. Bernarda y Matías Gómez, fraternal matrimonio que no le abandonaron un instante, le ofrecieron su hogar en la calle de Los Tres Peces, siempre en el mismo barrio. Matías me refirió más de una vez que Iglesias era exageradamente pulcro. Vestía la blusa azul siempre limpia. Cuidaba mucho de su persona. Por no dar trabajo en casa –repetía Matías– era capaz de privarse de lo más necesario. Era un huésped ideal.

A su vez, Bernarda y Matías, admirables, tenían varios hijos. Iglesias, al cabo de un año largo, buscó otra solución que coincidiera con sus obligaciones. La dirección y administración de *El Socialista* figuraba en el domicilio de Ruperto Sánchez, calle Hernán Cortés, 8, por donde

alguna vez —¡cuán pocas, cuán pocas!— aparecía alguien deseoso de conocer detalles relacionados con el movimiento obrero. Instalarse allí facilitaría el trabajo del periódico, ya que a esa dirección llegaba la prensa que intercambiaba con el semanario y la correspondencia relacionada con el mismo. Casa horrible la de la calle de Hernán Cortés, con deplorables condiciones higiénicas. Colocó su cama en un pasillo aislado, e instaló su mesa, siempre llena de libros y papeles muy bien clasificados, en la sala donde cosían la esposa y la sobrina de Ruperto, que le dejaban trabajar en silencio siempre que les era posible. Hacía las comidas en un fondín de la calle de Tetuán, limpio y económico, cuyo cubierto costaba cuatro reales todo comprendido, donde algunas veces, muy raras, le acompañaban camaradas de fuera a quienes les era forzoso visitar Madrid por motivos particulares o relacionados con la naciente organización obrera

Julián Fernández Alonso, su padrino en la Internacional, falleció en Guadalajara en enero de 1887 con profundo sentimiento de Iglesias, que algunos domingos, invitado por Julián, regente de una imprenta de aquella capital, iba allí y encontraba amigos del dueño de la casa, invitados igualmente para que le oyeran explicar aspectos del programa [482] socialista. Baldomero Huetos, que durante años fue insustituible en la confección del semanario —se trasladó a Madrid por entonces— y llegó a ocupar la presidencia del Arte de Imprimir, entró en relación con Iglesias en casa de Julián Fernández, cuya muerte fue registrada en el *Boletín de la Asociación* en letras de oro: Pablo Iglesias las redactó conjugando el corazón con la cabeza. Todavía en casa de Gómez Latorre, cayó enfermo. Le recomendó el médico saliera de Madrid —invierno de 1887 a 1888— en busca de clima suave y marítimo. Informados del caso, Amparo Meliá y Vicente Almela, ya nacido Juanito, hijo de ambos, le ofrecieron un hueco en su hogar, pasando en Valencia feliz temporada, compensadora de penas muy recientes. En representación de la Federación Tipográfica, en 1887, estuvo de propaganda en Bilbao y Burgos, obteniendo excelentes resultados, sobre todo en la capital de Vizcaya.

Seguía Sagasta en el Poder. Se le habían marchado Camacho, Gullón y Gamazo, como a Cánovas se le insubordinó Romero Robledo, enemistado a su vez con Silvela. Los odios personales, peculiares a los españoles de todos los matices. El 30 de junio de 1887 quedó aprobada en el Parlamento la ley de Asociaciones, comprendida en el programa de Sagasta, tan aplaudido por Castelar. Azcárate oyó consternado a Castelar cuando éste licenció sus huestes, ofreciéndoselas a Sagasta —los restos que le quedaban se le habrían marchado de todos modos—, si bien, dijo, negándose a servir al régimen desde dentro. “Castelar —dijo Azcárate, después de oírle uno de aquellos discursos que tantos aplausos le valían— ha proporcionado un día de júbilo a la Monarquía y un día de luto y de tristeza a los republicanos, deshaciendo en un día su obra política de toda la vida”. Años después, reinando Alfonso XIII, Azcárate haría lo mismo que hizo Castelar aquella tarde que tanta tristeza le produjo: iría a Palacio, y aunque a la salida dijese, como Castelar, que seguía siendo republicano, el primer paso, el más difícil, estaba dado. ¡Y con estos hombres políticos tuvo que actuar Pablo [483] Iglesias en 1910, al constituirse la Conjunción Republicano-socialista! ¿Cómo era posible que se fiara de ellos?

En las colonias, con intervalos más o menos sangrientos, continuaba la guerra. Donde no existían intervalos era en la inmoralidad de la administración civil y militar. En la página 70 de la *Historia de la Regencia*, de Gabriel Maura, testimonio difícil de recusar, se lee lo que sigue, tomado de un informe dirigido por Marín, general del ejército español, a sus superiores, refiriéndose a la

Isla de Cuba: “En un periodo relativamente corto se han falsificado los bonos, las nóminas, los libramientos, los efectos timbrados, los billetes de banco, los expedientes, las actas, los certificados, los títulos universitarios, las certificaciones, las relaciones, las firmas, los billetes de lotería. Se han formado expedientes y causas criminales que han dado siempre poca luz, y muy pocos son los que se hallan sufriendo la pena que les corresponde”. Quien acusa es un general, quien lo divulga, un prohombre conservador del régimen monárquico. ¿Se quiere otro ejemplo? ¡Hay tantos! Romero Robledo, influyente político conservador, entrega una credencial a un protegido suyo para que vaya a Cuba y tome posesión de un cargo donde sin duda tendrían efecto inmoralidades como las relatadas. El jefe del servicio, al cumplimentar la orden ministerial, se niega a hacerlo porque el interesado, ¡no sabe firmar! Inmediatamente se dirige al ministro informándole de que no le puede dar posesión por la causa indicada. Y el ministro, Romero Robledo, le contesta: “Si mi protegido supiera firmar estaría ocupando el puesto que usted tiene. Déle inmediata posesión”.

Nakens comenzó a publicar *El Motín*, semanario anticlerical, tomando como cimbel a los socialistas. Gómez Latorre, desde el órgano del Partido, le apagó los fuegos: ¡tenía tantas cosas vulnerables Nakens que ni siquiera respetaba en su imprenta las tarifas del Arte de Imprimir! Con sobrada razón pudo escribir Ortega y Gasset, refiriéndose a esta etapa de la Restauración: “Los héroes que entonces quisieron iniciar en España el movimiento socialista, que era una política mucho más compleja, [484] mucho más sabia y mucho más real, saben muy bien cómo fue para ellos una muralla granítica el republicanismo restaurador”. He aquí otra muestra del cinismo con que procedían generales y paisanos. Figura en carta dirigida a Silvela por Martínez Campos, reproducida por Ortega y Rubio en sus libros de historia: “Yo no soy liberal ni conservador –dice Martínez Campos–. Me hice liberal porque creía que el rey quería que viniesen los liberales, y ahora me hago conservador porque la reina ha dado el poder a los conservadores”. ¡Cuántos ejemplos como éste podríamos presentar! En Bilbao se publicaba en 1887 *El Norte*, propiedad de Cosme Echevarrieta, que hacía la política de Castelar. Prat de la Riba crea la Liga de Cataluña, al principio al margen del régimen, para mejor situarse posteriormente. En abril de ese año Engels escribe a Laura Lafargue que está informado de la política obrera en Francia por... *El Socialista* de Madrid. Es José Mesa quien está elogiado en esas líneas. Vivía en París, rue du Bac, 56, y era el principal colaborador de Pablo Iglesias. Estreno en Madrid de la zarzuela, *La Bruja*, con música de Ruperto Chapí.

Primera Bolsa del Trabajo en Francia, 1887. En agosto, ley prohibiendo a los patronos franceses pagar salarios en productos ni incautarse de los salarios. En Narbona, Ernesto Ferrol, concejal socialista. En 1891 será alcalde, pero antes triunfará como diputado a Cortes. Se incendia la Opera Cómica en París, con 103 muertos. El general Boulanger se hace dueño de la calle y casi de las urnas, en Francia hay predominio nacionalista. Emilio Zola publica *La Tierra*, y Eduardo Bellamy *El año dos mil*. Se funda el Partido Socialista en Suecia. Se reúnen en Suiza los socialistas alemanes en la emigración, adoptando el siguiente acuerdo contra el terrorismo: “El culto de la violencia deriva del desconocimiento del papel de la misma en la Historia. La violencia en sí misma no es un factor reaccionario ni revolucionario y, en todo caso, antes lo primero que lo segundo”. Ese mismo año hubo elecciones en Alemania, [485] obteniendo los socialistas más de 400.000 votos y 35 diputados, a pesar de las prohibiciones de la ley de octubre de 1878. En

Buenos Aires se constituye La Fraternidad, que agrupa a maquinistas y fogoneros del ferrocarril, de prestigiosa historia. En Bélgica es elegido E. Hernan primer concejal socialista en ese país. La Populaire, cooperativa socialista de Lieja, inaugura sus locales en el barrio céntrico de esa ciudad belga.

Nacieron en 1887, entre otros significados socialistas, Laureano Briones, José Cañizares, Julio G. Irimain, Feliciano Martín, Antonio Ramos, Manuel Rodríguez y José Romita; Griffuelhes, sindicalista francés; Fenner Brockway, laborista inglés. Escritores y políticos nacidos ese año, entre otros: Agustín Calvet (*Gaziel*), Andrés G. de la Barga (*Corpus Barga*), Francisco de Cossío, Federico García Sanchís, Gregorio Marañón, Miguel Maura, Francisco Serrano Anguita. Fallecieron ese año, entre otros, Eugene Pottier, autor de la letra de *La Internacional*, Eduardo Chao, ministro de Fomento de la primera República.

Una fortaleza de la UGT

En *El Socialista*, de 1887, aparecía un aviso que, copiado a la letra, decía así: “Cuantos quieran inscribirse en el Partido pueden hacerlo todos los días no festivos de ocho a diez de la noche, en la calle de Hernán Cortés, 8, principal”. Ese domicilio era el de la Sociedad de Obreros en Hierro, donde Pablo Iglesias había encontrado familiar refugio. Una sola ventaja reunía aquella casa: estaba en sitio céntrico, de fáciles comunicaciones. A pesar de ello, ¡qué pocas veces se presentaba alguien pidiendo informes para asociarse! Alguno hubo, no obstante, encontrando en el local a Juan Gómez Crespo, tipógrafo, que ayudaba eficazmente a Pablo Iglesias.

- ¿Cómo se llama usted, compañero?- preguntó al visitante.

- Saturnino González. Soy albañil y trabajo con un hermano de la [486] misma profesión. Me interesaría pertenecer al Partido Socialista y vengo a informarme.

- Bueno, conforme a sus deseos, usted ya está apuntado para ingresar en la Agrupación Socialista. Ahora vamos a pensar en organizar una Sociedad obrera de su oficio. ¿Qué le parece la idea?

- Excelente. Pero yo no conozco a muchos. A lo sumo, puedo contar con mi hermano.

- Con Pedro Junco y Manuel Menéndez, ya afiliados, serán ustedes cuatro. En Guadalajara hay otro, Modesto Aragonés, que piensa trasladarse a Madrid. Si todos ponen interés, aunque encontrarán infinitas dificultades, la idea triunfará.

Así nació la poderosa Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, de Madrid, cuya historia está trazada en un folleto redactado en 1905 por Carlos Bonet y Pedro Alvarez Cienfuegos, titulado *Resumen histórico de la Sociedad de Albañiles "El Trabajo"*. Bonet fue redactor del diario madrileño *La Libertad*, y Cienfuegos formó parte del grupo más antiguo de la entidad citada.

Saturnino González se lanzó a la tarea, nada fácil, como le había anticipado Gómez Crespo, quien a los pocos días le puso en relaciones con Pablo Iglesias. Cuando hubo una lista con dos docenas escasas de albañiles, redactó éste el proyecto de reglamento, huyendo de términos que pudieran comprometer a quienes habían de figurar al frente del organismo. Hubo reuniones, acuerdos y nombramientos, recayendo el peso de todo ello en Saturnino González, quien, como

presidente de la Comisión organizadora, presentó el reglamento en el Gobierno civil de Madrid

Estaban en el Poder los liberales. Era de esperar, por tanto, no surgieran dificultades mayores. ¡Vana ilusión! El gobernador civil ordenó la detención de Saturnino y remitió al juzgado de guardia el reglamento de la nueva entidad. Su encarcelamiento fue breve, porque Antonio Torres, asociado al Arte de Imprimir, encontró fiador que presentó la correspondiente garantía personal. Por su parte, el juez, [487] pasado cierto tiempo —el necesario para salvar el tropezón del poncio madrileño—, dictaminó que en aquel reglamento no había nada delictivo. Nuevas reuniones, con presentación ante el gobernador civil del reglamento, repitiendo los requisitos de la primera vez. El gobernador, decidido a crear problemas, impuso la modificación de un artículo, cosa que Saturnino aceptó sin vacilar y, por fin, la Sociedad comenzó a marchar —9 de abril de 1888— encontrando, ¡ay! infinitas dificultades.

Pablo Iglesias había previsto algunas. Conociendo los procedimientos utilizados por los anarquistas, en uno de los artículos se advertía no serían admitidos en la organización. Otro artículo determinaba que, caso de disolución, las existencias se repartirían por partes iguales entre los que adoptaren tal acuerdo. Esta condición era esencial para que la autoridad aprobase el reglamento. Para salvar el peligro de una disolución organizada con el fin de repartirse los fondos sociales, Iglesias hizo constar que al adoptar decisión de tanta importancia sería indispensable estuvieran presentes todos los individuos de la Junta directiva de la Sociedad, sin cuyo requisito el acuerdo carecería de validez. El caso previsto en el reglamento se presentó. Hubo propuesta para disolver la Sociedad y repartirse los fondos, que paulatinamente iban creciendo merced a la austeridad con que se administraban. No prosperó el intento porque a la hora de votar, como faltaban Saturnino González, presidente, y el tesorero, la decisión carecía de validez. Se salvo la Sociedad, sostenida en el aire. Durante los primeros tiempos vivió en el domicilio del Arte de Imprimir, sin pagar alquiler ni tener apenas gastos. En realidad, era un esqueleto, mantenido en pie por la tenacidad de Saturnino González y un reducido grupo de cotizantes.

Pasaron los años y se pensó que la Sociedad debía tener una bandera para exhibirla en la manifestación del 1º de mayo y en cuantos actos fuera oportuno. Conforme a estos deseos, se inauguró con un discurso a cargo de Pablo Iglesias. A partir de entonces, en la víspera de la Manifestación Obrera Internacional, como prelude, hubo velada [488] artística, en la calle de Relatores, 34, y después en Piamonte, 2, hablando, mientras pudo hacerlo, Iglesias, sustituido posteriormente por Besteiro. En 1907, la velada dispuesta para conmemorar el aniversario de la fundación de la Sociedad y el de la inauguración de su bandera, se organizó en el Teatro Novedades, el de mayor aforo de Madrid. Por la tarde hubo espectáculo en aquel local; gran parte del público que acudió, al terminar la función, permaneció en los asientos, dispuesto a presenciar el festival organizado por los albañiles, deseando, además, oír el discurso de Pablo Iglesias. Gracias a las exhortaciones de éste, pudo evitarse una catástrofe aquella noche, dada la aglomeración de público allí congregado.

Para la adquisición del palacio ducal de Piamonte, 2, la Sociedad de Albañiles aportó las cantidades más importantes. Hasta medio millón de pesetas llegó a emplear en la compra del edificio y obras de adaptación, higiene y modernización. En algunas etapas el número de cotizantes pasó de 12.000. Modesto Aragonés, socialista de origen alcarreño, fue hombre de prestigio entre los albañiles madrileños. De gran prestancia en la tribuna, sabía hacerse

comprender por los asociados en *El Trabajo*, cosa nada fácil de conseguir si se tiene en cuenta que la Sociedad arriesgaba en una empresa colectiva buena parte de sus recursos. Para garantizarlos, y también para evitar a la Casa del Pueblo posibles dificultades si en votaciones intervenidas por Sociedades de escasa respetabilidad se adoptaban acuerdos peligrosos, Modesto Aragonés fue campeón decidido de que las votaciones entre las Sociedades copropietarias del edificio se hicieran por el capital aportado, lo que, en el fondo, otorgaba un monopolio a la entidad por él representada. Garantizada la vida política y sindical de la Casa del Pueblo, pasados los años, *Albañiles El Trabajo* renunció a ese privilegio que figuró en los primitivos estatutos. Digamos, finalmente, que Modesto Aragonés fue vocal del Comité Nacional del Partido Socialista y vocal suplente de la delegación obrera en el Instituto de Reformas Sociales.

[489] Los albañiles madrileños pasaron por etapas agitadamente peligrosas. Las mayores dificultades surgieron desde dentro. Frente a la Sociedad de Albañiles, que acogía en su seno a todos los obreros de la edificación surgieron las Sociedades de especialidades, muy numerosas. Casi siempre se llevaron a cabo estos desdoblamientos de acuerdo y hasta amparados por la propia Sociedad de Albañiles. No obstante, hubo un caso doloroso, que provocó conflictos lamentables. Frente a la Sociedad de Albañiles, que admitía a los peones de su profesión, lo que era legítimo, y a los de otras similares, lo que no lo era tanto, nació una Sociedad de Peones en general, que llegó a tener un importante número de afiliados, pertenecía a la Unión General de Trabajadores y estaba dirigida por socialistas. ¡Qué luchas estériles, durante años, alrededor de este espinoso problema de las fronteras sindicales! Hasta huelgas hubo para impedir trabajar a asociados a la entidad que recogía, con razón o sin ella, según fuera quien juzgase, a peones dedicados a la construcción.

Merced a gestiones de Pablo Iglesias, la Caja de los albañiles madrileños salvó el Centro Obrero de Mieres en 1906. Con igual resultado intervine yo en favor de las Casas del Pueblo de Vall de Uxó y Yecla, y por mediación de la Unión General se obtuvo lo mismo a favor de las de Mancha Real y Callosa de Segura. En todos los casos los miles de pesetas anticipados fueron devueltos por las respectivas entidades, que además supieron agradecer la solidaridad recibida en momentos de agobios económicos y políticos.

El Trabajo tuvo establecida una serie de subsidios para sus afiliados. Al estallar la guerra civil, trescientos ancianos percibían tres pesetas diarias de los fondos sociales, recompensa a los años de fidelidad con la entidad. Los albañiles madrileños ayudaron siempre a las Sociedades obreras complicadas en conflictos con sus patronos, e hicieron lo mismo en favor del Partido Socialista y de su órgano diario en ocasiones en que éste vio su vida en peligro. Durante muchos años la [490] Sociedad de Albañiles editó un periódico quincenal –*El Trabajo*–, dirigido por Juan José Morato, con la colaboración de Antonio García Quejido; Antonio López Baeza, en etapa posterior, y Cayetano Redondo, finalmente. A fines de 1919 la marquesa de Aldama, propietaria de casas en distintos lugares de Madrid, singularmente en la Gran Vía, firmó un compromiso con Madurell, contratista de obras de origen catalán, obligándose a emplear con preferencia obreros afiliados a los Sindicatos católicos. La directiva de la Sociedad *El Trabajo* mantuvo entrevistas con este patrono para convencerle consiguiera de la citada señora modificase los términos de ese contrato. Según Madurell, no dieron resultado sus gestiones. Hubo, pues, huelga en las casas en construcción en donde Madurell imponía obreros católicos al lado de los afiliados a la Sociedad

de Albañiles. Los incidentes callejeros se sucedían, con detenciones y procesos. Las cosas se complicaron durante el año 1920 hasta el extremo de generalizarse la huelga en el ramo de la edificación. Divididos los patronos, algunos firmaron nuevas bases de trabajo con las organizaciones obreras, mientras otros, amparados por la fuerza pública, sostuvieron a los amarillos en los tajos, singularmente Madurell, objeto de conflicto. Acosado, llegó a ofrecer a la Junta directiva de Albañiles que si le autorizaban a terminar los trabajos en curso se comprometería por escrito a utilizar en lo sucesivo exclusivamente personal de la Casa del Pueblo. La Junta directiva, de la que era secretario Luis Fernández queriendo normalizar la situación, que duraba más de un año, llevó a la asamblea del oficio, con criterio favorable, la fórmula indicada por Madurell. Todo inútil. Los asociados, por mayoría, impusieron la continuación de la lucha. Al margen de la dirección de la Sociedad, algunos afiliados decidieron buscar a quienes se prestaran a eliminar a Madurell. Dos fueron encargados de llevarlo a efecto, ninguno de ellos perteneciente a la organización en pugna con el patrono catalán, quien en plena calle del Barquillo, donde vivía, a pesar de ir vigilado para garantizar su vida, cayó muerto el 21 de junio de 1921.

[491] El autor de los disparos salió corriendo y consiguió tomar un tren, dispuesto a emigrar. El cómplice, detenido, entretuvo a los policías hasta que acabó por facilitar cuantos datos le pidieron, a cambio de obtener el dinero reclamado por el servicio y la garantía de que no se vería complicado en el proceso. Fue trasladado a Madrid el autor, que negó cuanto se le imputaba. Nadie pudo acusarle, nadie le conocía, carecía de antecedentes penales y era ajeno a la profesión. El cómplice y delator estaba fuera de España. Era cuestión de tiempo. Más de un año estuvo preso, hasta que, dueño del Gobierno el general Primo de Rivera, el proceso por la muerte de Madurell, como otros de índole parecida en diversos sitios, fue sobreesido. La organización obrera, entre tanto, soportó duras persecuciones. Fenoll, jefe de la brigada social de la Dirección General de Seguridad, cesante durante la República por sus notorias relaciones con monárquicos y fascistas, que facilitó la fuga de Lerroux a Portugal, ordenó la detención de Luis Fernández, sin obtener lo que buscaba, diciéndole en su despacho: “Estoy seguro de que no eres autor de la muerte de Madurell. Más aún: conozco que no apruebas lo hecho. Pero sabes quiénes son los autores y dónde están los fondos de la Organización. Moralmente, eres el responsable de todo. Irás desterrado de Madrid a varios centenares de kilómetros por muchos meses. Así aprenderás”.

En efecto, fue deportado a Vall de Uxó (Castellón), donde encontró camaradas que le acogieron fraternalmente durante su largo extrañamiento. Por docenas cayeron presos o fueron deportados cuantos significaban algo en las organizaciones de la edificación. Hasta Anastasio de Gracia sin relaciones de ningún género con quienes habían intervenido en la muerte de Madurell, cosa que sabía bien la policía, estuvo encarcelado. La represión fue brutal, de consecuencias incalculables. Aquella táctica, utilizada en Barcelona especialmente, era preciso evitar arraigase en Madrid. En la Unión General de Trabajadores, Julián Besteiro, que había visitado previamente a Pablo Iglesias para actuar de acuerdo, [492] advirtió oficialmente que si se repetían hechos de esa naturaleza, ni los ampararía ni los silenciaría, decidido a cortarlos por lo sano, arrojando los riesgos personales que ello le acarrearía. Saturnino González, clave determinante de la creación y desarrollo de la Sociedad *El Trabajo* fue quien adoctrinó en lides sindicales a Francisco Largo Caballero, al que consideraba obra suya, ya que al principio estuvo afiliado en la Sociedad *El*

Trabajo, hasta que fue creada la Sociedad de Estuquistas, su profesión. Saturnino González había nacido en Cadalso de los Vidrios (Madrid) en 1859 y falleció en casa de una hija suya, en los Cuatro Caminos matritenses, el 14 de febrero de 1947. ¡Larga y fecunda vida la de este ejemplar defensor de los ideales de Pablo Iglesias! El número dos de *El Trabajo* fue durante muchos años Bernardo Lumbreras, repartidor de *El Socialista* semanal y cobrador de la Agrupación Socialista Madrileña. Hasta el fin de sus días fue un socialista integérrimo. Anastasio de Gracia, hijo de un fundador en Mora de Toledo, entró en la Sociedad *El Trabajo* apenas se trasladó a Madrid en 1911. Después de haber pasado por infinidad de cargos, ocupó la secretaría de la Federación Nacional de la Edificación. Intervino en Congresos internacionales y perteneció a las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Durante la República fue diputado a Cortes y ministro de Trabajo. Al final de la guerra civil emigró a México.

El primer secretario retribuido de *Albañiles El Trabajo* fue Cipriano Rubio, federal en política, que ocupó un puesto de vocal en la promoción fundadora del Instituto de Reformas Sociales. Después desempeñó la secretaría Nicolás González, que la dejó al pasar a las oficinas de La Mutualidad Obrera. Fue concejal socialista en Chamartín de la Rosa. Seguidamente, por concurso de méritos, fue secretario de *El Trabajo* Luis Fernández Martínez, nacido en Madrid el 24 de marzo de 1880. Hablaba y escribía bien, tenía gracejo especial en su conversación y, dentro de la albañilería, sin dejar de ser madrileño por los cuatro costados, reunía especiales cualidades que le permitían brillar y sobresalir. Dámaso [439] Gutiérrez Cano, amigo de Pablo Iglesias, que disponía de abundantes medios de fortuna, Luis Fernández y yo, de acuerdo y a propuesta del primero, planeamos crear la Fundación Pablo Iglesias. Siendo yo gerente, Dámaso fue tesorero de la Gráfica Socialista, y Luis Fernández contribuyó a su desarrollo, facilitando trabajos y procurando que la Sociedad de Albañiles aportara cantidades cuando fuera necesario para la adquisición de la imprenta. Fue vocal y tesorero en una interinidad de la Comisión Ejecutiva de la Unión General, vocal del Comité Nacional del Partido Socialista en representación de Castilla la Nueva, y presidente de la Agrupación Socialista Madrileña, cargo en el cual llevaba cuatro años cuando fue asesinado por un sindicalista de la CNT que atentó contra él en la calle de Fuencarral esquina a la de Hernán Cortés, la noche del 29 de octubre de 1930, falleciendo el 1º de noviembre a consecuencia de las heridas recibidas. Su entierro constituyó una manifestación de duelo pocas veces igualada. El asesino, condenado a varios años de prisión, después de alcanzar la libertad, se arrojó al metro en Madrid, pereciendo instantáneamente.

Manuel Jaimez, dotado de excelentes cualidades, sucedió a Luis Fernández en la secretaría de Albañiles. El 21 de marzo de 1932, en la calle del Cardenal Cisneros, un fanático extremista le dejó muerto, por haberle confundido con un militante ajeno a la albañilería, condenado a esa pena por los grupos de acción que perseguían a los socialistas madrileños. Su desaparición fue otro duro golpe para la Sociedad *El Trabajo*, que encontró en Feliciano Martín un luchador decidido a afrontar cuantos riesgos sobrevinieran. Nacido en Quintanilla de Abajo el 9 de junio de 1887, a los quince años llegó a Madrid, ingresando poco después en la Sociedad de su oficio y en la Juventud Socialista. Hasta la guerra civil figuró en la dirección de la Sociedad *El Trabajo*. Durante muchos años perteneció al Consejo de dirección de la Casa del Pueblo, etapa regida por Trifón Gómez y Manuel Muíño, que tuvieron en [494] Feliciano un admirable colaborador. Excelente escritor, su cultura superaba en mucho el término medio de la de sus camaradas de

profesión. Falleció en Madrid en 1970.

Victoriano Orosa Coto presidió varias veces la Sociedad de Albañiles. Como vocal obrero perteneció al Instituto de Reformas Sociales. Fue candidato a concejal socialista por el distrito de Inclusa en 1907, sin alcanzar la victoria, aunque obtuvo brillante votación. Raimundo Sanz desempeñó el cargo de contador retribuido de *Albañiles*, gozando de merecido prestigio. Aquejado de enfermedad incurable, se suicidó el 15 de noviembre de 1927. Jesús Doñoro actuó en la Comisión Gestora al lado de Saturnino González, con quien estuvo muy compenetrado. Como ordenanza pasó a las oficinas de *El Socialista*, en cuyo puesto falleció el 8 de junio de 1923. En el puesto que dejó en la Comisión Gestora entró Antonio Gancedo, que en 1910 fue condenado por un consejo de guerra por actividades contra la guerra de Marruecos. Gancedo actuó en Albañiles hasta que emigró. Manuel Cabañas, otro asociado de Albañiles *El Trabajo*, ocupó puesto de ordenanza en la Redacción de *El Socialista*, hasta su fallecimiento. Francisco Molina, presidente de *Albañiles* en periodos agitados, salió airoso de situaciones nada agradables. Fue concejal socialista en Chamartín de la Rosa. Al fundarse la Federación local de la Edificación en Madrid, en 1921, Molina ocupó un puesto en la Comisión Gestora. Delicado de salud, después de infinitas amarguras, falleció en la casa de reposo de Hyères (sur de Francia) el 9 de octubre de 1956. En cargos de responsabilidad, afiliados además al Partido Socialista, desfilaron por la Sociedad *El Trabajo*, aparte los citados, José Olalla, Antonio Abad, Vicente Serrano, Luis de la Plaza, Lino Arina, Rafael Salvador, Feliciano Gallego, Julián Matey, José Gutiérrez, Nicolás Fernández y Pedro Trillo, que formó parte del Comité Nacional de la Unión General en 1917, cuando el movimiento revolucionario de agosto de aquel año.

La cuna de la UGT

El 13 de agosto de 1887, Juan Torrens, del Centro Obrero de Mataró, de acuerdo con las organizaciones domiciliadas en el mismo —todas ellas de orientación socialista— lanzó la idea de constituir una central sindical que pusiera remedio a la situación aflictiva en que se encontraba la clase trabajadora. A ese efecto, redactó el siguiente histórico documento, que con justeza puede calificarse de cuna de la Unión General de Trabajadores de España:

“Centro de Clases de Mataró.— Compañeros del Centro de Clases de Barcelona, salud.— Compañeros: Considerando que la crisis actual va revistiendo de día en día un carácter alarmante, tomando proporciones verdaderamente amenazadoras y tendiendo a llevar sobre nuestras familias la desolación del hambre más espantosa, sin expectativa de recursos, sin medios propios y adecuados para hacer frente a la situación precaria, que va minando poco a poco nuestro trabajo, ya bastante fatigoso e improductivo para nosotros; considerando que se acerca el día en que carezcamos de un pedazo de pan para alimentar a nuestras esposas y a nuestros hijos; considerando que por nuestra parte estamos obligados a prevenir en lo posible los desastrosos efectos de la necesidad, antes que el mal sea incurable y las consecuencias fatales y, considerando que, según nuestro modo de ver, la crisis obrera tiende a aumentar en lugar de disminuir, este Centro, en reunión del día 4 del actual, acordó por unanimidad haceros presente que urge el que las clases obreras tomen una resolución pronta y enérgica, puesto que nosotros creemos que con la celebración de un Congreso nacional de todas las clases trabajadoras podría, encontrarse un medio conducente a remediar nuestro mal, este Centro os delega para que, si lo creéis conveniente, toméis la iniciativa para la celebración de dicho Congreso. Esperando vuestra resolución, este Centro os desea salud y revolución social. Mataró, 12 de agosto de 1887.— Por este Centro: el secretario, Juan Torrens. Sociedad de [496] oficiales albañiles de Mataró y sus contornos.— Unión de preparadores, hiladores y tejedores, Mataró.— Sociedad de cerrajeros y fundidores de Mataró.— Sociedad vidriera, Mataró.— Sociedad de obreros curtidores, Mataró.— La Fraternal, Sociedad de los vidrieros, Mataró.— Compañeros del Centro de Clases de Barcelona”.

Las Sociedades obreras que funcionaban en Barcelona en el Centro de Clases recibieron la circular que antes hemos reproducido. Se reunieron estas entidades desde el 14 de septiembre de 1887 al 28 de junio de 1888, en que se decidió constituir una Comisión encargada de poner en marcha los deseos expresados por las Sociedades obreras de Mataró, que estuvo formada del siguiente modo: presidente, Toribio Reoyo; tesorero, José Garrigó; secretarios, José Borrell y Luis Rosal; vocales, Benito Martín Rodríguez, Salvador Ferrer y Tomás Florenza; suplente, Juan Boixader.

Tan pronto supieron los anarquistas catalanes el propósito que tenían Sociedades obreras de Mataró, de acuerdo con las de Barcelona, se apresuraron a organizar —a improvisar, estaría mejor dicho— otro Congreso con idénticos fines, anunciando su celebración para los días 19, 20 y 21 de mayo, es decir, con antelación a la fecha que habían anunciado para la celebración del suyo las entidades que tuvieron la iniciativa de este acontecimiento.

“Congreso nacional obrero de Barcelona.- Comisión Ejecutiva.- A los trabajadores.-
Compañeros: Los delegados de las clases obreras de Barcelona y su radio, adheridas al Congreso nacional, han acordado que la fecha del mismo sea los días, 12, 13 y 14 de agosto próximo. En su consecuencia, esta Comisión espera de las Federaciones, Sociedades, Centros y Agrupaciones obreras adheridas, así como de las que gusten tomar parte en el mismo, se sirvan nombrar los delegados que hayan de representarlas, a los que deben proveer de la correspondiente credencial, en la que harán constar el número de asociados que cuentan, expresando separadamente los que trabajan y los que hallan parados.

[497] Las Federaciones, Centros obreros, Agrupaciones o localidades que se unan para nombrar delegado deben hacer constar en la credencial las Sociedades y localidades que representan, con el número de asociados de cada Sección o el de localidades, donde no hubiere más que una de las primeras y dos o más de las últimas. Los delegados deben estar en Barcelona la noche del día 11 del próximo agosto, presentándose en la calle de Tallera número 59, primero, puerta primera, en cuyo local constituirán la Comisión revisora de actas de delegados los siete primeros compañeros que entreguen sus nombramientos a esta Comisión y reúnan los requisitos indicados. He aquí ahora el orden del día del Congreso: 1º Lectura del dictamen de la Comisión revisora de actas de los delegados y constitución del Congreso. 2º ¿Qué alcance debe tener la Federación nacional española dentro de la lucha económica? 3º ¿Debe formarse esta Federación de Sociedades aisladas, de federaciones locales, comarcales, regionales o nacionales? 4º ¿Se debe considerar constituida la Federación nacional española después del Congreso y pueden adherirse a la misma las Sociedades que lo deseen? 5º Si queda constituida, dividendo mensual que ha de satisfacer cada federado y designación de la localidad donde debe nombrarse y residir el Comité directivo. 6º Relaciones que debe establecer la Federación con los trabajadores de todos los países. 7º Asuntos y proposiciones generales. Debemos advertir a todos los compañeros que las votaciones se harán por el número de individuos representados y no por el de delegados y que, por lo tanto, no debe olvidarse hacer constar en las credenciales el número de asociados de cada Sección Esperando ver reunida en Barcelona una buena parte de la clase obrera española para formular una constitución del trabajo frente a la Constitución de la holganza, y constituir un poder productor frente al poder burgués parasitario, saluda a los hijos del trabajo la Comisión ejecutiva del Congreso nacional obrero. Toribio Reoyo, José Garrigó, José Borrell. Luis Rosal, B. Martín Rodríguez, Salvador Ferrer, Tomás Florensa, Juan Boixader. Barcelona, 28 de junio de 1888”.

[498] Primer Congreso de la UGT

En la noche del 11 de agosto de 1888, la Comisión organizadora del Congreso para constituir la que llegó a ser Unión General de Trabajadores de España, previamente designada por las organizaciones sindicales de Barcelona, se reunió para dar posesión a los delegados que habrían de examinar las credenciales presentadas y dar dictamen al Congreso. Abierta la sesión al día siguiente, 12 de agosto, a las 10 de la mañana, la Comisión encargada de revisar las credenciales leyó el siguiente dictamen, que fue aprobado por unanimidad:

“La Unión de Obreros en Madera, de Madrid, por Juan Serna, 79 individuos. Pulidores Marmolistas, de Barcelona, Basilio Martín Rodríguez, 63. Centro local de Vich: Curtidores,

Cerrajeros, Mecánicos, Tres Clases de Vapor, Carpinteros y Alpargateros, Pablo Rosa 155. Centro local de Manresa: Tres Clases de Vapor, Albañiles, Carpinteros, Curtidores y Cinteros de Seda, Pedro Botifoll y Ramón Cuñé. Pintadores a mano, de Barcelona y contornos, Segismundo Vilá, 94. Estampados de Barcelona y contornos, Constantino Amigó y Antonio Cortés, 800. Herreros mecánicos, de Barcelona y contornos, Juan Roca, 192. Centro local de Mataró: Cerrajeros, Vidrieros, Vidrio común y medio cristal, Baldomero Carbonell, 101. Tres Clases de Vapor, de Mataró, Rafael Orriols, 600. Albañiles de Tarragona, José Enguera, 70. Federación Tipográfica Española, Pablo Iglesias y Toribio Reoyo, 1.591. Sociedad de Tejedores de seda, de Barcelona y contornos, Salvador Ferrer, 100. Estucadores, de Barcelona, Cristóbal Uño, 100. Cilindradores y aprestadores, de Barcelona y Contornos, Antonio Torroella y José Sarcos, 500. Carpinteros, de Gracia y contornos, Ramón Parramón, 50. Oficios de función de agua y ramos anexos, Jaime Mora, Juan Más y J. Castells, Barcelona, 290.- Barcelona, local del Círculo Socialista, 11 de agosto de 1888. Comisión revisora de actas: Pablo Roca, Ramón Cuñé, B. Martín Rodríguez, Constantino Amigó, Juan Serna, Segismundo Vilá y Antonio Cortés”.

[499] Después de redactado el dictamen, llegaron al Congreso las siguientes credenciales: Sociedad Corporativa de Obreros Marmolistas, de Barcelona, Basilio Martín Rodríguez, 10 individuos. Sociedad de Picapedreros, de Barcelona, José Pons, 300. Sociedad de Silleros de Enea, de Barcelona Juan Boixader, 16. Sociedad de Tejedores mecánicos, de Caldas de Montbuy Juan Palomero, 130. Sociedad de Obreros Panaderos, de Castellón, Antonio Moliner, 40. Adheridos: Sociedad de Ebanistas, Silleros, Tallistas y Torneros, de Santander.

En la primera sesión se nombró una Comisión para que formulara el correspondiente proyecto de estatutos, formada por Pablo Iglesias, Toribio Reoyo, Belarmino Carbonell, Rafael Orriols y Juan Serna. Aunque el Congreso dedicó varias sesiones al examen y discusión del proyecto de estatutos, salvo modificaciones de escasa importancia, quedó aprobado el que previamente había redactado Pablo Iglesias y conocían los delegados por haberlo remitido la Federación Tipográfica con anticipación a las entidades que anunciaron su participación al Congreso. El Congreso adoptó además los siguientes acuerdos: que el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores residiera en Barcelona. Que el segundo Congreso se reuniese en Mataró. Que todos los afiliados que trabajasen abonaran una cuota extraordinaria de cinco céntimos para atender a los primeros gastos del Comité Nacional.

El día 15 por la mañana se celebró la sesión de clausura, dedicada a la propaganda y difusión de los nuevos ideales, haciendo uso de la palabra Rafael Orriols y Pablo Iglesias. Hubo mucha concurrencia y entusiasmo. Los estatutos de la Unión General de Trabajadores hacían constar su principal objeto: reunir en su seno a las Sociedades, Federaciones y Uniones de resistencia. Crear nuevas Secciones de oficio y constituir las en Federaciones nacionales. Mejorar las condiciones de trabajo. Mantener estrechas relaciones con las organizaciones obreras de los demás países que persigan el mismo fin que esta Unión General, y practicar [500] con ellas, siempre que sea posible, el principio de solidaridad. Como medios, la Unión General se propone realizar su objeto apelando a la huelga bien organizada, y recabando de los poderes públicos cuantas leyes favorezcan las intereses del trabajo, tales como la jornada legal de ocho horas, fijación de un salario mínimo, igualdad de salarios para los obreros de paro y otro sexo, etcétera. El primer Comité de la Unión General de Trabajadores en Barcelona estuvo formado del

siguiente modo: presidente Antonio García Quejido, tipógrafo; vicepresidente, Salvador Farré, tejedor de seda; tesorero, Ramón Colado, picapedrero; secretario, Francisco Perera, tejedor de seda; vocales, Joaquín Manresa, tipógrafo, y Basilio Martín, marmolista. A pesar de lo que se había acordado, hasta noviembre de 1889, esto es, más de un año, no apareció el primer número de *La Unión Obrera*, órgano oficial del nuevo organismo. En sus páginas figuraba la relación de Secciones, 27 en total, con 3.355 afiliados.

Origen de las ocho horas

En París, el 20 de julio de 1889, al final del primer Congreso de la Segunda Internacional, entre la indiferencia de la mayoría de los delegados, a punto de separarse después de coronada con éxito su primordial tarea de reconstituir la Internacional, se adoptaba un acuerdo instituyendo la manifestación de 1º de mayo. ¿Qué es lo que nacía en París? ¿Una fiesta obrera? ¿Un día de lucha y de reivindicaciones proletarias? ¿Una reclamación a los poderes públicos de cada país en pro de la legislación social en favor de mujeres y niños, en especial de la implantación con carácter internacional de la jornada de ocho horas? Todo ello a la vez, aunque principalmente nacía una corriente irresistible del proletariado universal alrededor de la bandera de las ocho horas.

Se ha pretendido desconocer el verdadero origen del Primero de Mayo; pero la Historia ha establecido de manera clara e irrefutable que la decisión de abandonar el trabajo en un día dado en todos los países, manifestarse [501] en la vía pública y hacer reclamaciones a los gobiernos para obtener una legislación favorable a la clase obrera cristalizó en el primer Congreso de la Segunda Internacional, fue ratificada en los Congresos sucesivos de Bruselas y Zurich, y secundado por los socialistas del mundo entero, frente a las persecuciones y atropellos de patronos y autoridades, con la hostilidad de las organizaciones anarquistas y entre la indiferencia de buena parte del propio proletariado. ¿Quiere esto decir que semejante decisión careciera de antecedentes? Pueril sería pretenderlo.

¿Día de guerra o de paz?

Si los iniciadores de la demostración internacional del 1º de mayo hubieran pensado en un movimiento de masas que, mediante el paro simultáneo en todos los países, preparase al proletariado para hacer la revolución social, el 1º de mayo habría sido un fracaso. Por el contrario ¿fue una fecha simbólica, una fiesta obrera internacional? Los acuerdos de los congresos socialistas lo niegan. Y no obstante, desde el primer momento, Julio Guesde escribió “Fiesta del trabajo” al frente del pasquín rojo convocando al pueblo parisiense y en Madrid ese fue el nombre que prevaleció, y como tal, con excursiones al campo era celebrado en España. Coincidiendo con este criterio, años después de estar en vigor el 1º de mayo, Augusto Bebel, historiando su origen, escribió: “Fue entonces cuando Víctor Adler, Vaillant, Lafargue, Liebrecht y yo, con algunos otros, nos pusimos de acuerdo en el curso de conversaciones particulares, para concebir el proyecto de una fiesta mundial del 1º de mayo y hacer en ese sentido una propuesta al Congreso de 1889”.

Aunque la verdad histórica lo niegue, los hechos han dado la razón a Bebel. En los

congresos obreros nadie habló de fiesta internacional, sino de lucha contra la clase capitalista y su representación en los gobiernos de cada país. ¡Y en cuántos lugares del mundo el 1º de mayo [502] fue día de lucha, de dolor, de miseria, de persecuciones, de hambre!

Lo cierto es que el acuerdo salió del Congreso de París, al final de sus deliberaciones, entre el cansancio y la indiferencia, y que incluso la prensa se abstuvo de señalar los detalles habidos en su tramitación, por la escasa importancia que revistieron. Emilio Vandervelde, que presentó aquel Congreso en el último artículo que escribió para el 1º de mayo de 1938 –falleció el 27 de diciembre de ese mismo año– dijo lo que sigue: “Cuestión secundaria en suma, esta reivindicación de la paternidad. Comprobaciones de este género no dan la explicación del hecho misterioso –antaño se hubiera dicho milagroso– de que por primera vez desde hacía diecinueve siglos, se haya visto nacer, por una especie de generación espontánea, una fiesta mundial que ha adquirido en todos los países un lugar cada vez más amplio al lado de la Pascua o de la Navidad”.

¡Cuanta razón tenía Vandervelde! El 1º de mayo –hace ya muchos años que él no lo ve– sigue conservando su vigor de fiesta obrera internacional y al mismo tiempo de día de lucha y de aspiraciones revolucionarias. En cambio, un cerebro tan privilegiado como el de Federico Engels, obsesionado con la idea matriz de la transformación del régimen capitalista, no alcanzó a comprender todo lo que llevaba dentro del histórico acuerdo del Congreso de París, y en carta que dirigió a su amigo Sorge, en 1893, le decía: “En Londres la fiesta del 1º de mayo ha sido muy bonita, pero va siendo ya cosa de todos los días, mejor dicho, de todos los años: la primera ilusión ha desaparecido”.

Obsesionado con ese prejuicio pesimista, ese mismo año Engels escribía a sus amigos de Francia: “Tal vez yo me engañe, pero me parece que este año el 1º de mayo no alcanzará en la vida del proletariado el papel preponderante de los tres años precedentes. De los tres grandes países europeos, sólo Austria parece mantener la manifestación en el primer plano. En efecto, allí los obreros no disponen de otros medios de acción. En Francia, ciertamente, en Alemania muy probablemente, en Inglaterra, tal vez, el año corriente verá eclipsada la importancia del [503] 1º de mayo por las elecciones generales, donde el proletariado será llamado a conquistar nuevas posiciones, que sin duda alguna logrará”.

¿En qué podría estorbar a la propaganda electoral el 1º de mayo? Al contrario, los actos de ese día servían para la divulgación de los principios del Socialismo internacional, y si la movilización tenía por objeto reclamar una legislación protectora del trabajo, ¿dónde podría realizarse una labor más positiva que en los Parlamentos de cada país?

Noticias del año 1888

Se celebró en Tarragona el cuarto Congreso de la Federación Nacional Tipográfica, con asistencia de las Secciones de Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Zaragoza, Guadalajara, Logroño, Tarragona y Castellón. Al terminar este Congreso, el Arte de Imprimir nombró el siguiente Comité Nacional: presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Antonio Torres; tesorero, Bermejo; secretarios, José Ros y Enrique Rodríguez; vocales, Carrasco y Génova. Las Cortes españolas aprobaron la ley del Jurado y la de Bases para el Código Civil. Pamiés, socialista de Barcelona que había pertenecido a la Primera Internacional, visitó a la Reina regente cuando ésta

estuvo en la capital de Cataluña a inaugurar la Exposición Internacional, siendo expulsado por este motivo. Nicolás Salmerón agrupa las fuerzas republicanas con programa equidistante de Ruiz Zorrilla y de Pí y Margall, siendo elegido diputado a Cortes por el distrito de Gracia (Barcelona). Varios periódicos carlistas se distancian de don Carlos, constituyendo la Comunidad Tradicionalista. Entonces nació *EL Correo Español*, en competencia con *El Siglo futuro*, tan reaccionario uno como otro. Ángel Guimerá estrena *Mar y Cielo*, y Rubén Darío publica su primer libro de versos. En enero de 1888, incendio en Madrid del teatro Variedades, cuna del género chico. Carlos Arniches y los hermanos Quintero estrenan sus primeras producciones teatrales. Reunión en Madrid de un Congreso Literario Internacional, en el que brilló el poeta Manuel del Palacio. En julio fue elegido académico de la Española José Echegaray, que tardó catorce años en poder leer su discurso porque Castelar no sentía prisa por redactar la respuesta. ¡Los celos de siempre entre políticos y escritores! Congreso obrero internacional en Londres, preparatorio de los celebrados al año siguiente en París. El 1º de abril de 1888 comenzó a publicarse *Volksrecht*, órgano de los socialistas de Zurich. F. Engels publica *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía alemana*. El Partido Socialista de Austria se crea en 1888. Se funda en París la entidad Los Derechos del Hombre y del Ciudadano y en esta capital se inaugura el Instituto Pasteur. Rememorando la Comuna escribió Guesde en 1888: “La burguesía republicana ha robado la República durante diecisiete años a los trabajadores y no ha tenido para ellos sino bayonetas, cárceles y la matanza de las guerras coloniales”.

Nacieron en 1888 Juan Gómez Egido, Aurelio Guerra Rivera, Ángel Lacort, Alejandro Otero, Cayetano Redondo, Constantino Turiel, Max Dormoy, P. Ramadier, socialistas significados. Escritores y políticos: Manuel García Morente, Julio Rey Pastor, Luis Nicolau d'Olwer, Pedro Rico, Eloy Vaquero, Fernando Vela y Eugenio Xammar, entre otros. Otras personalidades: Margarita Xirgu y Raquel Meller, actrices; Mateo Hernández, escultor; S.A. Waksman, descubridor de la estreptomycin, premio Nobel. Fallecieron en 1888: Manuel Fernández y González, novelista; Domingo Faustino Sarmiento, político y escritor argentino; Pablo Correa y Zafrilla, diputado federal y traductor; Rafael Calvo y Revilla, actor teatral, que ha dado lustre a la escena española durante medio siglo.

Dificultades y tanteos

Según tenemos dicho, en 1879 fue constituida en Madrid la Agrupación Socialista a base principalmente de afiliados al Arte de Imprimir, viviendo en la clandestinidad; como sus actividades durante el primer periodo eran muy limitadas, no sufrió graves complicaciones gubernativas. Empezaron las luchas con los adversarios tan pronto como apareció *El Socialista*, órgano semanal del nuevo Partido. Estas dificultades dieron lugar a que luego surgiera la idea de organizar nacionalmente el nuevo partido. La evolución de la política favorecía esos deseos, al permitir el Gobierno liberal de Sagasta la formación de partidos políticos y organizaciones obreras. Ha de entenderse siempre que esta libertad era muy relativa, reservada a las grandes capitales, porque en la práctica, quienes intentaban poner en marcha los nuevos derechos políticos encontraban tales dificultades, que en la mayor parte de los casos lo más prudente era dejarlo todo para cuando cambiaran en la práctica las circunstancias. Como en Barcelona y Madrid era más fácil la propaganda, en ambas capitales surgieron propuestas para organizar nacionalmente las fuerzas socialistas. En Barcelona, hacia 1881, hubo otro Partido Obrero a base de insignificante grupo de afiliados a la Agrupación Socialista que allí funcionaba, impacientes porque Madrid no se lanzaba a crear el nuevo partido con carácter nacional. Lo intentaron ellos, fracasando y volviendo a su punto de origen la mayor parte de sus componentes, sin que lo sucedido en Barcelona pudiera calificarse de escisión. Porque, como muy bien escribió Francisco Mora en su libro *Historia del Socialismo Obrero Español desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días*, la creación de otros grupos con denominación socialista no fueron escisiones, sino maquiavelismos de algunos ambiciosos de popularidad. He aquí cómo describe Mora estos incidentes, que además carecieron de importancia al deshacerse como la sal en el agua: “La creación del Partido Socialista Oportunista Catalán, fundado y constituido por una docena de amigos en 1888 en Barcelona, y la del Partido de la Democracia Social, fundado el mismo año en Madrid, no fueron el producto de ninguna escisión en el campo socialista. Estos partidos incoloros, muertos apenas nacidos, fueron obra de individualidades extrañas al Partido Socialista, alentadas por ciertos elementos republicanos, que veían con temor el incremento que tomaba el Partido Socialista y que adivinaban la mella que éste podía hacer en un porvenir no lejano en las huestes obreras que tan inconscientemente les seguían”.

Teniendo en cuenta que en Barcelona se estaba preparando una Exposición Universal para 1888, la Agrupación Socialista Madrileña, en octubre del 87 propuso a las Agrupaciones que ya funcionaban la organización en la capital de Cataluña de un Congreso nacional, donde se examinaría y aprobaría la organización general del nuevo partido, una declaración de principios y el programa, mínimo del mismo. Las entidades consultadas aprobaron la idea, y encargaron a la Agrupación Socialista Madrileña la preparación del Congreso y de los textos que habrían de ser examinados allí, con el orden del día correspondiente.

Todo ello fue cumplimentado por la Agrupación matritense, lo que vale tanto como decir Pablo Iglesias, quien aportó el peso principal, seguramente asesorado por José Mesa, residente en

París, que a su vez había estado con Marx y Engels y continuaba sus relaciones con este último, después del fallecimiento del principal fundador del socialismo científico. Examinadas las propuestas y los proyectos presentados en las respectivas asambleas, éstas procedieron a nombrar delegados, dándoles instrucciones para el mejor cumplimiento de su misión. El Congreso Socialista se reunió en el teatro Jovellanos, de Barcelona, durante los días 23, 24 y 25 de agosto de 1888.

He aquí las Agrupaciones Socialistas representadas y el nombre de cada uno de los delegados: Barcelona, Toribio Reoyo; Bilbao, Facundo Perezagua; Caldas de Montbuy, Sebastián Casanovas; Campdevánol, José Cuadras; Gracia (Barcelona), Miguel Ferrer; Guadalajara, José Cuadras; Roda, Sebastián Llesuy; San Andrés de Palomar, José B. Brunes; San Juan de Vilasar, Juan Roldós; San Martín de Provensals, Félix Vila; Tarragona, Basilio Martín Rodríguez; Valencia, Antonio Cortés Victoria, y Vich, Antonio García Quejido. El Congreso designó a los delegados Pablo Iglesias, Toribio Reoyo, Baldomero Carbonell, Juan Serna y Rafael Orriols para que propusieran al mismo un proyecto de Estatutos, con su correspondiente declaración de principios. La presidencia de Iglesias en esa Comisión facilitó grandemente su trabajo, consiguiendo que sus propuestas fueran adoptadas por los delegados con muy poca discusión. He aquí la declaración de Principios adoptada en 1888, en vigor desde dicha fecha.

“Considerando: Que esta sociedad es injusta porque divide a sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas: una, la burguesía, que poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante; otra, el proletariado, que no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada; Que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política; Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale para dominar al proletariado.

Por otra parte: Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando o destruyendo el estado social que los produce; Que esto no puede conseguirse sino transformando la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera; Que la poderosa palanca con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que a la transformación de la propiedad se oponen ha de ser el Poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos, el Partido Socialista declara que tiene por aspiración:

1º La posesión del Poder político por la clase trabajadora.

2º La transformación de la propiedad individual y corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social o común. (Entendemos por instrumentos de trabajo la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital moneda, etc.)

3º La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando a todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión a los individuos de uno y otro sexo.

4º La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad o por

padecimiento.

En suma: el ideal del Partido Socialista Obrero Español es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes. El Partido Socialista Obrero considera necesario para realizar su aspiración obtener las siguientes medidas políticas y económicas:

Políticas.- Derecho de asociación, de reunión, de petición, de manifestación y de coalición. Libertad de prensa. Sufragio universal. Seguridad individual. Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio. Abolición de la pena de muerte. Justicia gratuita. Jurado para toda clase de delitos. Supresión de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo. Abolición de la Deuda pública. Supresión del presupuesto del clero y confiscación de sus bienes.

Económicas.- Jornada legal de ocho horas de trabajo para los adultos. Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años, y reducción de la jornada de trabajo a seis horas para los de catorce a dieciocho años. Salario mínimo legal, determinado cada año por una Comisión de Estadística, con arreglo a los precios de los artículos de primera necesidad. Salario igual para los trabajadores de uno y otro sexo. Descanso de un día por semana, o prohibición legal a los industriales de hacer trabajar a los obreros más de seis días por cada siete. Prohibición del trabajo de las mujeres, cuando éste sea poco higiénico o contrario a las buenas costumbres. Creación de Comisiones de vigilancia elegidas por los obreros para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción. Protección a las Cajas de socorros y pensiones a los inválidos del trabajo. Reglamentación del trabajo de las prisiones. Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza, gratuita y laica. Responsabilidades de los patronos en los accidentes del trabajo, garantizada por una fianza metálica depositada por el industrial en las cajas de las Sociedades obreras, proporcional al número de trabajadores empleados y a los peligros que presente la industria. Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y de todas aquellas que tiendan directamente a lesionar los intereses de la clase trabajadora. Anulación de todos los contratos enajenando la propiedad pública (ferrocarriles, minas, arsenales, etc.) y explotación de todos los talleres del Estado por las Sociedades obreras. Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de los directos en un impuesto progresivo sobre las rentas o beneficios mayores de 3.000 pesetas. Y cuantas conduzcan al término de la esclavitud obrera.

En relación con el punto del orden del día "Actitud con los partidos burgueses", el acuerdo fue el siguiente: "Que la actitud del Partido Socialista Obrero con los partidos burgueses, llámense como se llamen, no puede ni debe ser conciliadora ni benévola, sino, como la viene observando desde su fundación, de guerra constante y ruda". Sobre el punto del orden del día que rezaba "Conducta del partido en las huelgas" decidieron los congresistas lo que sigue: "El Partido Socialista Obrero fomentará cuanto le sea posible el movimiento de resistencia, y apoyará [510] con todas sus fuerzas las batallas que libren con los patronos las organizaciones obreras".

La, mayoría de los delegados que acudieron al Congreso Socialista habían tomado parte en el que sirvió para crear la Unión General de Trabajadores. Por decisión principal de Pablo

Iglesias, la Unión General de Trabajadores no adoptó ningún acuerdo que pudiera ser utilizado por los adversarios del Partido Socialista como si se tratara de una sucursal del mismo. Es verdad que fue ideado y dirigido por socialistas, pero es verdad asimismo que éstos tuvieron buen cuidado de no confundir las actividades de ambos organismos, sobre todo en sus primeros veinte años. Hasta 1909, cuando se produjo un movimiento nacional e internacional contra el Gobierno Maura-Cierva, por la represión llevada a cabo principalmente en Barcelona, con varias ejecuciones, sobre todo la de Francisco Ferrer Guardia, en Montjuich, hasta esa fecha, repetimos, la Unión General no puso su firma en ningún manifiesto de carácter político o electoral. Fue el enemigo con sus torpezas, quien precipitó en contra suya semejante evolución.

En *Rojo y Negro*, libro de Jesús Hernández, figura el siguiente juicio sobre los Congresos obreros reunidos en esa fecha en Barcelona: “Por otro lado, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores se organizaron en Barcelona, en 1888. Inmediatamente trasladaron su sede a Madrid. Pablo Iglesias no comprendió que Cataluña era el centro fundamental del proletariado, siendo indispensable conquistarla si se quería crear un robusto movimiento socialista”. Como en tantas otras cosas de ese libro, no hay una sola verdad en lo que ahí se dice. Porque la Unión General de Trabajadores funcionó en Barcelona once años, y allí también fue creada y comenzó sus actividades la Federación Nacional de Tipógrafos, ambas obra casi personal de Pablo Iglesias. Por su parte, García Venero, en *Historia de las Internacionales en España*, escribe: “El hecho de que el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores residiera en Barcelona durante doce años demuestra la voluntad [511] de combatir al anarcosindicalismo en su propia ciudadela”.

Este mismo escritor, en la página 339 de su libro, dice: “El poderío socialista fue deparado por la incorruptibilidad de sus miembros. Ahí tenemos una fuerza refleja, que podría llamarse subjetiva, otorgada por los propios enemigos del Socialismo. Es cierto, indudable, y su irrefutabilidad releva de cualquier demostración, que en la política española, sobremanera a partir de 1890, todo se vendía y todo fluctuaba. Aquella frase de la ‘minoría de cemento’, aplicada a los diputados de las Constituyentes de 1931, pudo haberse aplicado, cuarenta años atrás, a los socialdemócratas coetáneos de Iglesias. Surge, al escribir, la tentación de establecer algunos paralelos. Cada uno de los jefes, de los directivos, de los concejales, de los diputados provinciales, de los diputados a Cortes del Partido Socialista Obrero Español estaba metido a una total, absorbente fiscalización, implantada por Iglesias. Es probable que todo ese aparato constitutivo del Partido se mantuviera gracias a la existencia del fundador. La fiscalización y la disciplina, dirigidas por otro hombre, quizá hubieran sido, en el tiempo, ineficaces, por reblandecimiento, espíritu liberal, razones personales de otra índole”.

Y aún insiste García Venero en su libro, para explicar bien la posición política del Socialismo español en sus tiempos más difíciles: “Los partidos monárquicos —dice— utilizaron los mas refinados medios de captación, que iban desde el halago y la promesa hasta la amenaza y la persecución. No consiguieron los republicanos, por espacio de veinte años, una conciliación con los socialistas, ni lograron los monárquicos hendir el frente reducido pero compacto del Partido. Así nació la tradición más valiosa que el Socialismo poseyó durante muchos lustros: la fuerza moral, la incorruptibilidad, la ineficacia de todos los ardides para aniquilarle, dirigirle, y en algún caso, asimilarle”. No sobraría advertir que este escritor, al publicar eso, no figuraba en las filas

socialistas, sino en las adversarias.

[512] *Pablo Iglesias, condenado*

El 2 de julio de 1888 apareció muerta y casi calcinada Luciana Borcino, inquilina del piso segundo de la casa número 109 de la calle de Fuencarral, en Madrid. En habitación contigua, el Juzgado encontró una mujer dando aparentes muestras de inconsciencia. Se trataba de Higinia Balaguer, fámula de aquella señora. Desde los primeros instantes un misterio absoluto rodeó este suceso. Higinia Balaguer, al ser interrogada, comenzó por complicar a personas imaginarias y a otras que no lo eran, como José Vázquez-Varela Borcino, hijo de la víctima. En el registro efectuado en la vivienda aparecieron cartas en que éste amenazaba a su madre —alguna vez estuvo preso por haberla maltratado— si no seguía facilitándole dinero. Pero Varela, que llevaba vida crapulosa de niño mal educado, estaba cumpliendo condena por haber cometido un robo. ¿Como era posible se evadiera de la Cárcel Modelo para robar y asesinar a la que le dio el ser? Caso de ser autor, ¿había tenido cómplices? Aquello era muy anormal, aunque no inverosímil, porque el tal Vareleta, chulillo jaranero, relacionado con gentes de alta y baja categoría, salía con frecuencia de la prisión celular para seguir corriendo juergas y gastar dinero, cuyo origen nadie conocía. Hasta en corridas de toros le vieron.

El desarrollo de este proceso, en el que con razón o sin ella estuvieron complicadas muchas personas conocidas, dio margen a que la prensa hiciera su agosto, depravando los sentimientos populares. *El Imparcial*, diario de máxima circulación, sufrió serios tropezones al referir incidentes de este sumario, en tanto que *El Liberal*, su antagonista, ascendía al primer plano de la populachería. A iniciativa de éste, recogida por otros periódicos de provincias, se constituyó una Comisión encargada de vigilar los trámites judiciales de aquella causa, desconfiando se hiciera justicia. Hubo acusación popular a cargo del letrado Joaquín Ruiz Giménez, que se abría camino profesional y políticamente por aquellos días.

[513] Dando por supuesta su participación en el crimen, fueron procesados Higinia Balaguer; Dolores Ávila, amiga suya que visitaba la casa de la Borcino; el hijo de ésta, Vázquez-Varela, sobre el que una gran parte de la opinión hizo recaer la máxima responsabilidad por sus máximos antecedentes; Millán Astray, director de la Cárcel Modelo y varios funcionarios a sus órdenes fueron acusados de facilitar evasiones clandestinas de Vázquez-Varela.

El sumario duró nueve meses, con 235 declaraciones, testimonio de 160 personas, 33 indagaciones, 22 careos, once diligencias de registro de la Borcino, 23 en otros sitios, siete reconocimientos en rueda de prensa con resultado y 23 sin él. 13 exhortos y 132 testigos que no aportaron datos de interés. El juicio oral comenzó el 26 de marzo de 1889 y terminó el 23 de mayo, siendo citados, aunque no todos comparecieron, 32 peritos y 616 testigos. Higinia Balaguer, aun no sabiendo leer ni escribir, se dio maña para desorientar más de una vez al juez y a cuantos seguían paso a paso tan sensacional proceso, rodeado de incidentes ruidosos de que fueron víctimas algunos letrados que en él intervinieron. Ante el tribunal sentenciador declaró que en la muerte de su ama solamente había intervenido ella, rectificando sus anteriores deposiciones.

El Jurado la condenó a garrote vil por robo y homicidio y a dieciocho años de reclusión

por el delito de incendio. En calidad de cómplice y por este último delito, Dolores Ávila fue sentenciada a igual pena. En el momento de dictar la sentencia hubo votos particulares favorables a que las dos encartadas en este crimen sufrieran la misma pena en garrote vil. Elevado el sumario al Tribunal Supremo, éste ratificó el fallo de la audiencia, señalando que la ejecución de Higinia Balaguer se efectuara el 19 de febrero de 1890. Momentos antes de cumplirse la sentencia, Higinia Balaguer aseguró ser inocente, y reveló que Dolores Ávila se había apoderado de las alhajas y de 14.000 duros de su ama. ¿Dijo alguna vez la verdad? La opinión pública tuvo la impresión de que no se había hecho justicia. Tal vez esa impresión obedeciera a la manera sensacionalista con que informaba la prensa y a las interferencias políticas que se pusieron de relieve [514] al confirmarse la protección de que gozaba Vázquez-Varela. Montero Ríos, presidente del Tribunal Supremo, tuvo que dimitir por suponerse presionaba al juez en favor del hijo de Borcino. Defensor de Millán Astray, fue el abogado de más campanillas, influyente en el partido conservador, Luis Díaz Cobeña, que consiguió la absolución de su patrocinado. Esa sensación de falseamiento de la verdad la dio en primer término la portera de la casa donde se cometió el crimen; aquella mujer nunca supo nada de cuanto sucedía o había acontecido en casa de la Borcino. “Eres como la portera de la calle de Fuencarral”, se dijo durante años a quienes sabían la verdad y se negaban a decirla.

Álvarez Angulo, en su libro *Memorias de un hombre sin importancia*, recoge frases de un discurso de Francisco Silvela en Málaga, que también figuran en *Historia de la Regencia*, de Maura Gamazo. Helas aquí: “Que no conseguía siquiera el Gobierno hacer obligatorios los presidios a aquellos penados que disfrutaban de recursos para tener abono de tendido” y refiriéndose después a otras inmoralidades, agregó que “desde la secretaría del último Ayuntamiento hasta el alto sitial de la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia todo estaba podrido”, refiriéndose a Montero Ríos. Sobre el crimen de la calle de Fuencarral se han escrito libros de muy distinta índole. En el fondo, ese crimen y sus complicaciones pusieron de relieve que el régimen al cual estaba sirviendo Silvela —era de nuevo ministro cuando se cumplió el fallo contra Higinia Balaguer— estaba, en efecto, podrido. ¡Qué tupé el de Silvela! Parigual al de Sagasta. ¡Hablar de que “todo estaba podrido” en Málaga, provincia en la cual Cánovas y Romero Robledo cometían las mayores tropelías!

El Socialista comentó cuanto se relacionaba con el crimen de la calle de Fuencarral. La prensa, dijo, no perseguía la verdad, sino aumentar la venta de ejemplares y hacer negocio a costa de la ignorancia del público. Cuanto publicaban los periódicos criticando la administración de justicia era cierto. “Ni la justicia era igual para todos, ni los jueces podían proceder de acuerdo con su conciencia, ni en rigor había justicia, porque [515] la existente estaba al servicio del poderoso”. Fue denunciado el semanario. Pablo Iglesias no tomó en serio aquel proceso. Ni nombró abogado, defendiéndole de oficio un principiante, cuyo nombre no ha pasado a la Historia, y es de lamentar. Hizo lo que pudo por disculpar a Iglesias, atribuyendo lo escrito a la rápida manera con que se redactan los periódicos. Pero Iglesias, cuando el presidente le preguntó si tenía algo que alegar, dando las gracias a su desconocido defensor, hizo constar de modo terminante que “todo lo dicho en el trabajo denunciado había sido meditado y escrito con plena conciencia, y que respondía exactamente a una convicción profunda”. Naturalmente, el tribunal condenó a Iglesias. No llegó a cumplir la pena, porque en el interregno hubo indulto general, y

sin solicitarlo fue incluido, sobreseyéndose esta causa. El crimen de la calle de Fuencarral dio lugar, por tanto, a que *El Socialista* sufriera la primera denuncia, y a que Pablo Iglesias, como director del mismo, fuera condenado por los acertados comentarios que escribió analizando aquel trágico suceso.

Matanza de obreros en Riotinto

La primera República sólo pudo apuntarse, en legislación social, la ley Benot, favorable a niños y mujeres, de alcance muy restringido, que jamás se cumplió. Lamentándose de la conducta de los republicanos en los problemas obreros, Álvaro de Albornoz escribió lo siguiente: “Pero en general puede decirse que la labor social del republicanismo ha sido nula o casi nula. En la década de 1876 a 1886, durante la cual, si bien los republicanos están retraídos, los posibilistas colaboran, en las tareas parlamentarias, hay en el Congreso y en el Senado dos hombres cuya actuación social se destaca vigorosamente, don Manuel Danvila y don Manuel María Santa Ana... En el debate sobre los procesos de La Mano Negra, en que intervino un republicano, don Pedro Moreno Rodríguez, fue un aristócrata, el duque de Almodóvar del Río, el que tuvo el civismo de acusar [516] a las clases conservadoras de Andalucía”.

El 1º de febrero de 1888 comenzó la huelga en la empresa inglesa de Riotinto, como protesta por haber suprimido el medio jornal que percibían los obreros el día en que el humo de los calcinantes imposibilitaba el trabajo. Los huelguistas se reunieron pacíficamente delante del Ayuntamiento de Riotinto, el 4 de dicho mes, para pedir a la corporación municipal que interviniera cerca de la Compañía y restableciese el medio jornal suprimido tan injustamente. Había acudido el gobernador civil de Huelva, quien fue el primero en perder la serenidad, y el jefe que mandaba la fuerza, sin toques de atención, sin haber sufrido agresión alguna, mando disparar contra la indefensa muchedumbre, matando a treinta obreros e hiriendo a ciento cincuenta. *El Socialista*, con el título “¡Asesinos!”, publicó un artículo, del que tomamos lo que sigue: “Los mastines de la casta privilegiada, representados por un gobernador de provincia y un teniente coronel del ejército, han asesinado vil y cobardemente en Riotinto a una porción de hijos del trabajo, lo menos una treintena de obreros que, en unión de miles de compañeros suyos y de un modo pacífico, reclamaban modestísimas mejoras... Seguros estamos de que tanto la autoridad civil como la, militar que acaban de llenar de sangre y luto, en holocausto del bandidaje capitalista, la comarca de Riotinto, serán protegidas y ensalzadas por sus superiores jerárquicos”.

En el Parlamento, coincidiendo con lo que hemos reproducido anteriormente, los diputados republicanos carecieron de valor para anatomizar un régimen responsable de tan cruel matanza. Romero Robledo, lugarteniente de Cánovas, indispuerto accidentalmente con su jefe, pronunció en el Congreso un discurso contra los gobernantes, del que tomamos lo que sigue: “Si este discurso mío no produce efectos; si no provoca una formidable protesta en la opinión pública contra el Gobierno, no por mí, sino por las infelices víctimas humanas sacrificadas en Riotinto, habrá que confesar que aquí no hay país y habrá que desesperar de todo y renunciar a todo”.

[517] Romero Robledo era el menos indicado moralmente para tomar la defensa de los huelguistas asesinados en Riotinto. Como ministro de la Gobernación a las órdenes de Cánovas

había sido capaz de los mayores atropellos El país sabía que aquel discurso era una ganzúa para asaltar de nuevo un puesto en el Gobierno. Por otra parte, la empresa de Riotinto disponía de prensa y políticos de todos los matices, y era la primera en estar al corriente del escaso valor moral de las acometidas del odioso personaje conservador. Precisamente al año de haberse producido el conflicto en las minas de Riotinto se constituyó en Barcelona la Unión General de Trabajadores, lo que vale tanto como decir que los socialistas estuvieron ausentes de la dirección de aquel movimiento obrero, orientado por un anarquismo sentimental y primitivo.

El Congreso de Burdeos

Del 28 de octubre al 4 de noviembre de 1888 hubo en Burdeos otro Congreso obrero, el más importante hasta aquella fecha, por los acuerdos adoptados y por los hombres que intervinieron, uno de ellos, Sebastián Faure, que por entonces militaba en las filas socialistas al lado de Guesde. En representación de las organizaciones obreras del departamento del Allier, Juan Dormoy —lo que equivale a decir Pablo Lafargue, por la compenetración habida entre ambos— defendió una propuesta para que el proletariado francés concentrase sus esfuerzos en una fecha fija y en una petición de interés general, capaz de agrupar a todos los explotados, frente a autoridades y patronos. Su discurso está concentrado en la siguiente resolución:

“Considerando que desde hace mucho tiempo y en todas las circunstancias, las organizaciones obreras han reclamado las reformas siguientes: limitación de la jornada de trabajo a ocho horas; salario mínimo; prohibición del destajo; responsabilidad patronal en materia de accidentes del trabajo; que la sociedad soporte la carga de la infancia, la vejez y los [518] inválidos; supresión de las oficinas de colocación; derogación de la ley contra la Internacional; legislación protectora del trabajo, etcétera.

Considerando que hasta aquí los Poderes públicos no han hecho caso de nuestras reclamaciones aisladas, de las que se burlan, y que es urgente conseguir que cese esa situación, presentando nuestras reivindicaciones sobre una nueva, forma, colectiva, general, más apremiante. Que con el fin de dar mayor fuerza a este movimiento de conjunto, debe concentrarse toda la acción sindical sobre un reducido número de reivindicaciones, las más generales y las mas importantes, sin que por ello se renuncie a las otras.

Decide: el domingo 10 de febrero de 1889, por la mañana, todos los Sindicatos y grupos corporativos obreros de Francia deberán enviar, sea a la prefectura o subprefectura, sea a la alcaldía, una delegación encargada de presentar las reclamaciones siguientes: limitación a ocho horas de la jornada de trabajo, fijación de un salario correspondiente en cada localidad al coste de la vida, debajo del cual ningún patrono podrá obligar a trabajar a sus obreros. El domingo 24 de febrero, la misma delegación volverá a la prefectura, subprefectura o alcaldía a saber la respuesta que han tenido estas peticiones, apoyada por una manifestación de la clase obrera tan numerosa como sea posible. Todas las delegaciones presentes en este Congreso se comprometen desde ahora a ocuparse activamente de preparar este movimiento de conjunto, con vistas a la fecha fijada”.

Nombrado R. Lavigne secretario de la Federación nacional de Sindicatos, se hizo cargo de la preparación de la campaña de propaganda para que la demostración del 10 de febrero siguiente

constituyera un triunfo. Entretanto, en Troyes, diciembre de 1888, se reunía otro Congreso obrero convocado por la fracción posibilista, contraria a las decisiones triunfantes en Burdeos. Dormoy, Lavigne y Lafargue fueron delegados, logrando inclinar a la mayoría de los congresistas en favor de que la organización obrera hiciera acto de presencia en las calles durante el mes de febrero reclamando la jornada de ocho horas y el salario mínimo.

[519] Tanto en Burdeos como en Troyes se habló con entusiasmo del Congreso Internacional que había proyectado de reunir en París coincidiendo con la Exposición Universal.

El programa se cumplió en todas sus partes. Hubo incidentes con la fuerza pública y hasta detenciones, dando a la jornada su verdadero carácter de lucha de clases. Pablo Lafargue, en relación con este movimiento, en el fondo obra suya principalmente, en febrero de 1889, en *L'Egalité* se expresaba como sigue: “La agitación socialista entra en una nueva fase: de espontánea y aislada va a convertirse en colectiva y combinada. Los socialistas tienen la misión de educar políticamente a los obreros y de preparar los cerebros para la revolución”.

Eran los días turbios en que el general Boulanger dominaba en las calles. París le había elegido diputado en unas elecciones parciales a modo de plebiscito con 244.070 sufragios, mientras el candidato apoyado por los grupos republicanos se quedó en 162.520 y el representante de la revolución obrera solamente en 16.766. Más claro: millares de trabajadores habían votado por el general aspirante a dictador. Frente a esta ola de patriotismo exaltado, Julio Guesde enarboló una bandera nada popular: “Ni Ferry ni Boulanger”. Ferry era el republicano que había hecho frente al dictador. Se explica que Guesde fuera derrotado en las urnas. Los republicanos sentían crujir los cimientos del régimen, hasta el extremo de temer un asalto al Elíseo para proclamar jefe del Estado al general revanchista. El 23 de marzo de 1889, Pablo Lafargue se entrevistó con Hillerand, afiliado a uno de los grupos socialistas, y oyó de sus labios la siguiente frase, que en carta de esa fecha transmitió a Federico Engels: “Sólo hay un medio de impedir la victoria del general Boulanger: asesinarle”. En la correspondencia de Lafargue con Engels se adivina frecuentemente la influencia moral que Boulanger había logrado alcanzar entre ciertos revolucionarios que se dejaban ilusionar por frases y gestos espectaculares.

Debilitado por sus errores políticos, el general Boulanger, diputado [520] dejó al descubierto sus verdaderos anhelos dictatoriales. Se alarmó el Gobierno y el general fue destituido, procesado y ordenada su detención, condenándole el Senado, así como a Deroulede – otro nacionalista exaltado– a penas muy severas. Huyó a Bélgica con una dama casada, que le siguió en su desgracia, y al fallecer ésta en Bruselas, no tuvo serenidad para soportar el aislamiento y los desengaños, suicidándose sobre la tumba de su amada, en el cementerio de Ixelles el 30 de septiembre de 1891. Así terminó un episodio que pudo ser trágico para Francia y tal vez para el mundo.

En el Congreso obrero reunido en Londres del 6 al 10 de noviembre de 1888, con intervención de un italiano, dos daneses, diez belgas, trece holandeses, veinte franceses y setenta y nueve ingleses, Eduardo Anseele fue el orador más vibrante, que en algunos momentos se hizo dueño del espíritu internacionalista de los trabajadores que acudieron a oír los discursos de las delegaciones obreras. He aquí resumida la intervención de Anseele: Improvisó en francés –el flamenco era su lengua materna– y dijo que equivocadamente se ha podido creer muerta a la

Internacional, pero que ésta renacerá de sus cenizas y su espectro amenazador hará retroceder al despotismo cuando todos los artesanos del mundo se levanten. Terminó pidiendo que el Congreso decreta una imponente manifestación para el 1º de mayo, a la misma hora y en todos los países donde exista la libertad de asociación. Era la primera vez que en Europa se hablaba de una manifestación internacional el día 1º de mayo. No obstante, el Congreso se abstuvo de aprobar la propuesta de Anseele, limitándose a los siguientes acuerdos: “Intervención del Estado para llegar a la reducción de la jornada de trabajo, que debe ser, como máximo, de ocho horas; exigir de los legisladores que pongan fin al desorden económico resultante de las excesivas jornadas de trabajo impuestas a los productores”. El Congreso de Burdeos fue más explícito y preparó mejor el terreno para llegar a conseguir que el 1º de mayo fuera una fecha internacional a favor de las ocho horas.

[521] *Engels y la Segunda Internacional*

El día 31 de marzo de 1889 se inauguró en París la torre Eiffel con extraordinaria solemnidad. Su constructor, Gustavo Eiffel, utilizó quince mil piezas diferentes y dos millones y medio de remaches. Fue un atractivo de magnitud, que dio margen para que en la capital francesa se reunieran buen número de asambleas y congresos internacionales. Los veteranos del movimiento obrero recordaban que en 1864, con motivo de otra Exposición universal organizada en Londres, quedaron forjadas las bases de la Primera Internacional, gracias a la perseverancia de Marx. En 1889 la Segunda Internacional iba a conseguir un éxito más duradero merced a la tenacidad de Federico Engels, no siempre de acuerdo con sus amigos de Alemania, a veces enfrentándose a Paul Lafargue, principal artífice de esta arriesgada empresa.

Son explicables las vacilaciones de Engels, que nunca sintió entusiasmos por la Primera Internacional, desconfiando de muchos de sus componentes, como le demostró después la realidad. ¿Sería posible que en 1889 se reuniera en Francia un Congreso Socialista Obrero internacional, cuando había cuatro partidos que se denominaban socialistas y el movimiento obrero galo sufría el influjo de esas tendencias, sin contar la que simbolizaban los discípulos de Proudhon, bastante numerosos? ¿Quién estaría encargado de convocar el Congreso y con qué programa? ¿Sobre qué bases habrían de ser admitidos los delegados, cómo se comprobaría la exactitud del número de afiliados, qué cotizaciones serían exigidas, cuál sistema prevalecería en las votaciones?

En 1886 se había reunido en París una conferencia obrera internacional, bajo la advocación del partido obrero socialista revolucionario, distinto al que pertenecían Guesde y Lafargue. En esa Conferencia hubo acuerdo para que el Partido de los posibilistas, el llamado revolucionario, cuando era archireformista, convocara en 1889 un Congreso internacional coincidiendo con la Exposición Internacional. Los [522] socialistas alemanes, en Congreso reunido el 4 de abril de 1887 en Saint-Gall, también habían decidido se reuniera un Congreso socialista, previa conformidad de los partidos hermanos. Con este objeto, el 28 de febrero de 1889 hubo en La Haya una reunión de representantes de partidos socialistas, donde estuvieron los posibilistas y Pablo Lafargue, sin llegar a un acuerdo. Los reunidos decidieron se celebrara en París un Congreso alrededor del 14 de julio convocado por las diversas fracciones del socialismo francés, y si esto no fuera posible, suizos y belgas se encargarían de convocar ese Congreso en septiembre.

Las decisiones de esta Conferencia no fueron respetadas por los posibilistas, que confiaban en que ingleses, belgas, escandinavos y algunos alemanes se decidirían por la línea que ellos deseaban llevar, prescindiendo de los marxistas. Seguir el largo y penoso proceso de estas negociaciones sería comprobar hasta qué extremo estaba debilitado el movimiento obrero y socialista en Francia. El propio Engels –verdadero artífice interno de estas difíciles negociaciones, al fin resueltas con arreglo a los planes de Lafargue– terminó por negarse a estar presente en París cuando se reunió el Congreso, presagiando que sus beneficios serían mediocres, por las divisiones tan profundas del obrerismo francés. Pablo Lafargue, improvisando más que actuando con orden, agobiado por las fechas, de acuerdo con Federico Engels, que modificó y perfeccionó el texto para evitar complicaciones internacionales, redactó la siguiente convocatoria para el Congreso Socialista Obrero de París de 1889:

“Federación Nacional de Sindicatos y grupos corporativos obreros de Francia, Consejo Nacional, Burdeos, 1889.- Comisión Ejecutiva del Congreso nacional obrero socialista de Troyes, 1886-1889.- Congreso internacional obrero socialista, París, 1889.- Llamamiento a los obreros y socialistas de Europa y América: En octubre de 1888 hubo un Congreso en Burdeos donde estuvieron representadas más de doscientas cámaras sindicales obreras y grupos corporativos. Ese Congreso decidió que se organizara en París un Congreso Internacional durante la [523] Exposición Universal. La misma resolución fue adoptada por el Congreso verificado en Troyes en diciembre de 1888, en donde estuvieron representadas todas las fracciones del partido socialista francés. El Consejo nacional elegido en Burdeos y la Comisión designada en Troyes fueron encargadas de entenderse para organizar en común el Congreso internacional y de invitar a él, sin distinción de partido, a todos los obreros y socialistas de Europa y de América que quisieran la emancipación del trabajador. El 28 de febrero de 1889 se celebró una Conferencia internacional en La Haya, en la que estuvieron representados los Partidos socialistas de Alemania, Bélgica, Francia, Holanda y Suiza. Los de Inglaterra y Dinamarca se excusaron mostrándose previamente de acuerdo con las resoluciones que se adoptaran. La Conferencia de La Haya decidió que el Congreso esté abierto a los obreros socialistas de todos los países, permitiéndoles conformarse con las condiciones políticas que sufran; que el Congreso sea soberano para la verificación de mandatos y fijación del orden del día. La Conferencia, provisionalmente, decidió que las siguientes cuestiones fueran llevadas al orden del día: vigilancia de los talleres de la grande y pequeña industria, así como de la industria doméstica; procedimientos y medios para conseguir esas reivindicaciones. En consecuencia, para cumplir el mandato que nos han impuesto los Congresos de Burdeos y Troyes, y para atenernos a las resoluciones tomadas por la Conferencia Internacional de La Haya, convocamos el Congreso internacional de París, que se reunirá del 14 al 21 de julio de 1889. Las cuestiones del orden del día serán las determinadas en la Conferencia de La Haya. Invitamos a las organizaciones socialistas y obreras de Europa y América a este Congreso, que echará las bases de unión de todos los trabajadores y de todos los socialistas de ambos mundos. Hemos constituido en París una Comisión ejecutiva encargada de la organización definitiva del Congreso y de preparar la recepción de los delegados. A todos los obreros y socialistas enviamos nuestro saludo fraternal. ¡Viva la emancipación universal de los trabajadores!- Por el Consejo nacional de Burdeos, el secretario general, R. Lavigne; por la Comisión ejecutiva de Troyes, el secretario general, G. Batisse; por la Federación de Camaras sindicales de París, Boulé, Basset, Manceau, Roussel, Feline; por las organizaciones socialistas de París, Vaillant,

Guesde, Déville, Jaclard, Crépin, Lafargue; por el grupo socialista del Ayuntamiento de París, Daumas, Longuet, Chauviere, Vaillant, concejales; por el grupo socialista de la Cámara, Ferroul, Planteau, diputados. Para la correspondencia: secretario del interior, Basset, secretaría de los zapateros. Bolsa del Trabajo, París; secretario del exterior, Pablo Lafargue. Perreux (París)”.

No fue nada fácil llegar a convocar el Congreso. Para darse cuenta de ello, véase lo que Federico Engels escribía a Laura Marx con fecha 7 de mayo de 1889, días antes casi de reunirse, donde expresa las contrariedades sufridas en el curso de tan difíciles negociaciones: “En todo caso, continuaré trabajando en favor del Congreso como yo entienda mejor, incluso cuando haya algo que replicarme. En este asunto no he hecho cosa que no haya merecido reproches. Estoy habituado a este género de dificultades y continuaré haciendo lo que considere acertado. Lo más triste es que después de esos dos Congresos, el general Boulanger será, según todas las probabilidades, dictador en Francia, y se desembarazará del parlamentarismo; bajo pretexto de corrupción, depurará la magistratura; tendrá un gobierno en la mano y una Cámara de opereta, que aplastará juntos a marxistas, blanquistas y posibilistas. ¡Y entonces, querida Francia, tendrás lo que tanto has deseado! Seis meses después de eso, tal vez tengamos la guerra: ello dependerá enteramente de Rusia. Ahora está comprometida en grandes operaciones financieras para restablecer su crédito y apenas puede lanzarse en un conflicto antes de que estén terminadas. En esta guerra la neutralidad de Bélgica y Suiza será la primera cosa que [525] volará en pedazos, y si la guerra llega a ser verdaderamente seria, la única esperanza será que los rusos sean derrotados y entonces hagan su revolución. Los franceses no pueden hacer otro tanto, siendo aliados del zar: ¡eso sería un delito de alta traición! Pero si ninguna revolución interrumpe el curso de la guerra, entonces la victoria caerá del grupo que consiga el concurso de Inglaterra, a condición de que ésta entre en conflicto, pues entonces, con su ayuda, se podría reducir por hambre al otro sector en lucha, cortándole el aprovisionamiento en trigos tan necesarios hoy en Europa occidental”. La carta de Engels es verdaderamente genial.

Dos Congresos socialistas

En París, en 1889, simultáneamente, hubo dos Congresos socialistas. En el convocado por P. Brousse y sus amigos se reunieron 612 delegados, de los cuales 521 eran franceses, la inmensa mayoría del departamento del Sena, lo que restaba carácter internacional a sus representantes. Entre las delegaciones descollaron Hyndman y Bruns, de Inglaterra; Jensen, de Dinamarca; Vliegen, de Holanda; Liminovsky, de Polonia; Merlino y J. Croce, de Italia; Campos, de Portugal, y un reducido grupo de Barcelona, donde residió algún tiempo Brousse. Los italianos Andrea Costa y Amilcare Cipriani y los belgas César de Paepe, Eduardo Anseele y Emilio Vandervelde actuaron en los dos Congresos, con el propósito de conseguir una reunificación que ni siquiera tuvieron posibilidad de iniciar. Estos Congresos sirvieron de bautismo a un hombre que alcanzó extraordinario relieve al ocupar más tarde la presidencia de la Internacional Socialista: Emilio Vandervelde de quien es el siguiente pensamiento: “La vida socialista no valdría la pena de ser vivida si limitase sus horizontes a la conquista de realizaciones inmediatas. Tengamos siempre la vista fija en las cimas radiantes hacia las cuales ascendemos”.

[526] Estuvieron representados en el Congreso convocado a inspiración de Lafargue y sus amigos: Alemania, Alsacia-Lorena, Argentina, Austria, Bélgica, Bohemia, Bulgaria, Dinamarca,

España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Hungría, Italia, Noruega, Polonia, Rumania, Rusia, Suecia y Suiza. Hubo 380 delegados, de los cuales eran franceses 331. La delegación alemana contaba con ochenta miembros, entre ellos Bebel, Liebknecht y Bernstein. El matrimonio Eveling-Marx y el escritor William Morris, ingleses; Dómela Nieuwenhuis, holandés; Pedro Lavrof, ruso. Al frente de la delegación de Austria estuvo Víctor Adler.

Fue Pablo Lafargue quien abrió la sesión inaugural, siendo ovacionado cuando dijo: “Del Congreso que se inaugura hoy debe salir la organización de la nueva Internacional, que hará triunfar la revolución proletaria”... Liebknecht y Bebel obtuvieron fraternal acogida, recordando que como diputados alemanes se habían negado a votar los créditos cuando la guerra franco-prusiana, así como a reconocer la anexión por la fuerza de Alsacia-Lorena. Víctor Adler dijo que “el Congreso estaba formado por hombres que acababan de salir de la cárcel y por otros que aguardaban turno para entrar”, lo cual era cierto, pues nuestro Pablo Iglesias apenas acababa de salir de la Cárcel Modelo de Madrid. La siguiente declaración fue aprobada por unanimidad: “La emancipación del trabajador y de la humanidad sólo podrá obtenerse gracias a la acción política internacional del proletariado organizado en partido de clase, que se adueñará del poder político para conseguir la expropiación de la clase capitalista y la posesión social de los medios de producción”. El Congreso decidió adherirse a la iniciativa del Gobierno suizo en pro de una legislación internacional del trabajo. Se pronunció en favor de la paz y reclamó la supresión de los ejércitos permanentes. En París se inició la creación de los Secretariados Sindicales Internacionales; el de Tipógrafos en Berna fue el primero que se creó. Hubo un mensaje [527] de Samuel Gompers, contestado del siguiente modo: “El secretario del Congreso expresará al ciudadano Gompers su vivo deseo de que la agitación que la Federación Americana del Trabajo llevará a cabo en mayo de 1890 en pro de las ocho horas constituya un éxito”. Quien defendió ante el Congreso la idea de la manifestación internacional del 1º de mayo y el programa de reivindicaciones que el proletariado plantearía en esa fecha cada año fue Raimundo Lavigne, secretario de la Federación nacional de Sindicatos de Francia, muy identificada con Pablo Lafargue. Se decidió también publicar un semanario titulado *La jornada de ocho horas*, con carácter internacional. Antes de presentar su propuesta, Lavigne tuvo entrevistas con Bebel, Liebknecht, Vaillant, Adler y otros para asegurarse de que su iniciativa no fracasaría. La situación de los alemanes era delicada, por las leyes de excepción contra los socialistas, a pesar de lo cual Bebel y Liebknecht respondieron: “Importa poco que el peligro aumente. La manifestación se impone y se hará”.

Adrián Veber, autor de una historia sobre el Primero de Mayo ha escrito que “se debe a dos franceses, al ciudadano Raimundo Lavigne y al Diderot de los socialistas –he nombrado a Pablo Lafargue– la universalización y la internacionalización de la manifestación del Primero de Mayo”. A su vez, el historiador Mauricio Dommanget pone de relieve la fuerte personalidad de Lafargue en los orígenes del acuerdo del Primero de Mayo y a favor de las ocho horas y sus constantes enlaces con Federico Engels, muy preocupado por conseguir que el Partido Obrero Francés de inspiración marxista saliera fortalecido internacionalmente de este Congreso. Fue Engels quien consiguió que los alemanes ayudasen eficazmente con medios económicos para facilitar el éxito del Congreso. Ello explica que Lafargue escribiera a Engels con fecha 14 de mayo de 1889, esto es, semanas antes de la reunión internacional, lo siguiente: “Os lo he dicho y lo

repito: usted es quien ha salvado el Congreso. Sin su ayuda, Bebel y Liebknecht nos hubieran abandonado. A pesar de los disgustos, contrariedades [528] y torpezas, es preciso que continúe usted prestándonos aún su ayuda tan valiosa durante unas semanas”. Engels, que imitando a Marx, rehuyó estar presente en París durante el Congreso internacional, al conocer el resultado del mismo, comprobado por las manifestaciones obreras del 1º de mayo de 1890, exclamó: “¿Como es posible que Marx no esté a nuestro lado para ver con sus propios ojos este espectáculo tan grandioso?”. Y Engels nunca sintió aparatosas ilusiones por los movimientos de carácter internacional, donde la reflexión y el buen sentido a veces brillaron por su ausencia.

Origen del Primero de Mayo

He aquí la resolución adoptada en el Congreso Socialista Obrero internacional reunido en París del 14 al 21 de julio de 1889 relativa a la legislación social y al Primero de Mayo:

“El Congreso Socialista Obrero Internacional de París, después de haber afirmado que la emancipación del trabajo y de la humanidad sólo puede resultar de la acción internacional del proletariado, organizado en partido de clase, que se apodere del Poder político para la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción.

Considerando que la producción capitalista, en su rápido desarrollo, invade sucesivamente todos los países; que este progreso de la producción capitalista implica la explotación creciente de la clase obrera por la burguesía; que esta explotación, cada día más intensa, tiene por consecuencia la opresión política de la clase obrera, su servidumbre económica y su degeneración física y moral; que, por lo tanto, el deber de los trabajadores de todos los países es luchar, por todos los medios que estén a su disposición, contra una organización social que los aniquila y que amenaza al mismo tiempo el libre desarrollo de la humanidad; pero que, por otra parte, lo que importa ante todo es oponerse a la acción destructora del presente orden social, decide que una legislación protectora y efectiva del trabajo es de necesidad absoluta en todos los países donde reina la producción capitalista. Como bases de esta legislación el Congreso reclama:

- a) Limitación de la jornada de trabajo a un máximo de ocho horas para los adultos.
- b) Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años, y reducción de la jornada a seis horas, para los jóvenes de uno y otro sexo de catorce a dieciocho años.
- c) Abolición del trabajo de noche, exceptuando ciertos ramos de industrias cuya naturaleza exige un funcionamiento continuo.
- d) Prohibición del trabajo de la mujer en todas las ramas de industrias que afecten con particularidad al organismo femenino.
- [530] e) Abolición del trabajo de noche de la mujer y de los menores de dieciocho años.
- f) Descanso no interrumpido de treinta y seis horas, por lo menos, cada semana, para todos los trabajadores.
- g) Prohibición de ciertos géneros de industrias y de ciertos sistemas de fabricación perjudiciales a la salud de los trabajadores.
- h) Supresión del trabajo a destajo y por subasta.

- i) Supresión del pago en especies o comestibles y de los economatos patronales.
- j) Supresión de las agencias de colocación.
- k) Vigilancia de todos los talleres y establecimientos industriales, incluso la industria doméstica, por medio de inspectores retribuidos por el Estado y elegidos, cuando menos la mitad, por los mismos obreros.

El Congreso declara que todas estas medidas de higiene social deben ser objeto de leyes y tratados internacionales, que los proletarios de todos los países deberán imponer a sus gobernantes respectivos. Una vez conseguidos estas leyes y tratados, del modo que juzguen más eficaz, los proletarios de cada país deberán velar por su ejercicio. El Congreso, defienda, además, que el deber de los obreros es admitir a las obreras en sus filas, sobre la base de la igualdad, y hacer que prevalezca el principio de que a trabajo igual corresponde salario igual para los trabajadores de ambos sexos y sin distinción de nacionalidad. Para esto, lo mismo que para la emancipación completa del proletariado, el Congreso considera como esencial la organización de los trabajadores en todos los terrenos, y reclama, por consiguiente, la libertad absoluta de asociación y coalición. Se organizará una gran manifestación internacional a fecha fija, de manera que en todos los países y en todas las poblaciones, a un mismo tiempo el mismo día convenido, los trabajadores exijan de los Poderes públicos de la reducción legal a ocho horas de la jornada de trabajo y las resoluciones del Congreso socialista Internacional de París. En atención a que una manifestación semejante ha sido ya resuelta para el 1º de mayo de 1890 [531] por la Federación Americana del Trabajo, en su congreso de diciembre de 1888, celebrado en Saint-Louis, Estados Unidos, queda adoptada esta fecha para la manifestación internacional. Los trabajadores de las diversas naciones deberán celebrar esta manifestación en las condiciones que les imponga la situación especial de sus respectivos países”.

Los falsos revolucionarios

“Cual si pretendieran algo más que verificar un simple cambio político, como si su programa no estuviese reducido solamente a sustituir una forma de gobierno por otra, sin tocar un ápice al fondo, a la estructura económica de la sociedad burguesa, los partidos republicanos, excepción hecha del posibilista, danse el título de revolucionarios y hablan constantemente de ir a la revolución. Como en realidad los que se proponen efectuar ésta, los que pueden y deben llamarse revolucionarios, son aquellos que quieren llegar a lo hondo, cambiar la organización social presente, matar los privilegios y monopolios que permiten a unos hombres ser dueños de la fortuna y la vida de los demás, y establecer un orden de cosas que tenga por base la solidaridad entre los seres humanos, conviene hagamos notar en qué se distinguen los verdaderos revolucionarios de los que lo son únicamente de nombre.

Son falsos revolucionarios los que, mediante un hecho de fuerza en que el pueblo trabajador no toma parte, tratar de derribar un trono y poner en su lugar un presidente que mantenga igual que aquél los intereses de la clase explotadora.

Son falsos revolucionarios los que desean barrer la monarquía, acabar con reyes que ciñen corona, y dejar subsistir, sin embargo, el régimen burgués y los reyes de taller, mucho peores que

aquéllos.

[532] Son falsos revolucionarios los que, reconociendo que la existencia de la Iglesia católica es un obstáculo al progreso del pueblo, y ensalzando a todas horas el librepensamiento, y hasta el ateísmo, se contentan con pedir que se suprima del presupuesto la cantidad que anualmente se entrega a aquélla, en lugar de reclamar que cuanto la misma posee, cuanto ha acaparado, explotando conciencias y valiéndose del engaño, se arranque de su poder y se restituya a la sociedad.

Son falsos revolucionarios y socialistas de pega los que quieren curar el malestar social, la explotación obrera, haciendo pequeños lotes de terreno que aún posee el Estado, entregándolos a censo a un puñado de proletarios, precisamente lo contrario de lo que exige la solución del problema social.

Son falsos revolucionarios los que se limitan a pedir la supresión de la lista civil y el presupuesto del clero, todo lo cual no pasa de 60 millones de pesetas, y no hacen lo mismo con la Deuda pública –la lista civil de los vagos explotadores– que cuesta anualmente cerca de 300 millones.

Son falsos revolucionarios los que sostienen que el pueblo obtendrá completa libertad y mejorará su situación económica en el día que la federación política sea un hecho, pues ni ésta puede hacer que aumenten los salarios un sólo céntimo, ni impedirá que el patrono explote lo mismo que ahora, o más, si la centralización capitalista ha aumentado.

Son falsos revolucionarios los que, cerrando los ojos ante la lucha incesante, ante el antagonismo declarado de los intereses patronales y los intereses obreros, afirman que unos y otros pueden vivir en perfecta armonía y prosperar dentro del régimen republicano.

De tales gentes no puede esperar la clase trabajadora otra cosa que desengaños y traiciones. Los que de veras van a la revolución, los verdaderos socialistas revolucionarios, se hallan separados de [533] aquéllos por una insalvable distancia. Proclaman, en primer lugar, la lucha de clases, o sea la guerra de los proletarios, de los desposeídos, contra los poseedores, contra los que tienen acaparados todos los medios de producción y de cambio y, al efecto, recomiendan la organización de los trabajadores en partido político distinto y opuesto a todos los partidos burgueses.

Tienen por aspiración e ideal la emancipación económica de cuantos trabajan, o lo que es lo mismo, la abolición de clases, pues siendo todos iguales, no habiendo explotadores, la esclavitud y la miseria dejarán de existir. Consideran el único medio de acabar con el predominio de unos sobre otros la transformación en propiedad común o social de los instrumentos de trabajo, primeras materias y todas cuantas cosas sean necesarias a la producción, que son hoy propiedad individual o privada, de la que nace el salario, que es el precio del alquiler del obrero, y la imposibilidad de que éste pueda disponer de todo el fruto de su trabajo.

Entienden que esta transformación sólo podrá hacerse violentamente, por medio de la fuerza, y previa la conquista, efectuada también por procedimientos revolucionarios, del poder político por la clase trabajadora. Quieren, además, que mientras los desheredados obtienen la organización y reúnen las fuerzas necesarias para asaltar la fortaleza de la burguesía e implantar

las soluciones igualitarias y científicas que el Socialismo sustenta, se alcancen mejoras positivas (reducción de horas de trabajo, un mínimo de salario, pensión a los inválidos, etc.), que pongan al obrero en condiciones de trabajar con más eficacia que hoy por redimirse del yugo capitalista.

Esfuéznanse por que los trabajadores hagan política propia, apartándose de los partidos burgueses, donde están sus enemigos y verdugos, y reforzando las filas de los que ya luchan contra la clase patronal.

Y, en una palabra, de acuerdo con la afirmación del inolvidable Marx, sostienen a todas horas que la emancipación de los trabajadores, la muerte como clase de los capitalistas, no pueda producirla ningún partido burgués, aunque se llame zorrillista o federal, sino que ha de ser obra única y exclusivamente de los mismos explotados. Marcada la importante diferencia entre los falsos y los verdaderos revolucionarios, entre los vergonzantes defensores de la burguesía y los declarados enemigos de ella, réstanos decir a los trabajadores que están con los primeros que los abandonen, que no hagan caso de ellos, aunque les hablen vagamente de emancipación y de socialismo –etiqueta con que quieren ocultar sus doctrinas y procedimientos burgueses–, y que vengan a su propio campo, al campo socialista revolucionario, donde se pelea de veras por que desaparezca la explotación del hombre por el hombre”.- Pablo Iglesias. 25 de octubre de 1889.

Resumen de noticias de 1889

Hasta el 16 de septiembre de 1889 no apareció en Barcelona el primer *Boletín* de la Unión General de Trabajadores a pesar de que los Estatutos decían se publicaría trimestralmente mientras los fondos no permitieran hacerlo todos los meses. ¡Generosas ilusiones de los fundadores! A principios de ese año Juan Gómez Crespo fue elegido presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, cargo de relieve por el que había pasado durante años Pablo Iglesias. “La Sociedad del Arte de Imprimir –dice Morato– le debe mucho, el Partido Socialista también, lo mismo que la organización obrera madrileña y, sobre todo, *El Socialista*, en el que trabajó con empeño e inteligencia, igual administrando que redactando noticias, que componiendo el molde, que pegando fajas. Mediante convenio suyo con el impresor en cuya casa trabajaba –era el [535] regente–, se editaron sin desembolso alguno el texto abreviado de *El Capital*, de Marx, efectuado por Deville y admirablemente traducido por Antonio Atienza, mas cuatro o cinco folletos de Engels, Guesde y Lafargue”. Por desgracia, Gómez Crespo tuvo que trasladarse a Guadalajara, a causa de la enfermedad de su esposa, y ello le obligó a perder el contacto con el movimiento obrero.

En 1889 tiene lugar la restauración y la reapertura de la iglesia madrileña, museo de arte, de San Francisco el Grande. Armando Palacio Valdés publica su novela *La hermana San Sulpicio*. En Madrid, canteros y marmolistas consiguen, mediante huelga, la jornada de ocho horas y media, triunfo excepcional. En Granada, donde era gobernador civil el académico y poeta Eugenio Selles, es coronado el poeta vallisoletano José Zorrilla, con fausto extraordinario. Se instala *El Imparcial* en casa propia, calle Mesonero Romanos, 31, en pleno apogeo. Ángel Ganivet fracasa en varias oposiciones, triunfa en la de Archivos y Bibliotecas y, más tarde, en la diplomática. Estreno en el teatro Apolo de la zarzuela *El año pasado por agua*. Miguel Morayta es nombrado Gran Maestre del Gran Oriente Español. Cristino Martos se enfrenta con Sagasta y pierde la

presidencia del Congreso.

Los socialistas franceses conquistan los ayuntamientos de Commentry, Sete y Narbona. Se inaugura en París la torre Eiffel. Emilio Zola publica *Germinal*. Charles Gide funda la Escuela de Nimes y da su primera conferencia con el título "La Cooperación". Se promulga en Bélgica una ley en favor de la mano de obra femenina y de los niños. En Austria se organiza el Partido Socialista y comienza a publicarse su órgano de prensa *Arbeiter Zeitung*.

En 1889 nacieron: Trifón Gómez San José, Luis Jiménez de Asúa, Lorenzo López Mulero, Paul Henri Spaak, Philip Noel Baker, socialistas significados; Arnold Toynbee, escritor; Charles Chaplin, actor y escenarista. Fallecieron ese año, entre otros escritores, Vicente de la Fuente y Antonio Trueba; Juan José Lujan, actor cómico.



El 1º de mayo de 1890

Convocado el Congreso Socialista Internacional de París en 1889, los afiliados al Partido español designaron como delegados suyos a Pablo Iglesias y Francisco Diego, acudiendo solamente el primero a la capital francesa, quien, a su regreso, informó a sus camaradas de los acuerdos adoptados en tan magna asamblea internacional, uno de los cuales, el de paralizar el trabajo el 1º de mayo y organizar demostraciones obreras en dicho día, preocupó hondamente a nuestros fundadores. ¿Cómo sería posible cumplimentar esas decisiones, cuando las fuerzas adheridas a la Unión General de Trabajadores, constituida en Barcelona meses antes y cuyo Comité nacional residía en la capital catalana, eran modestísimas y las del Partido Socialista más débiles aún. Hubo aquel año dos acontecimientos que fortalecieron los ánimos de los socialistas españoles: el triunfo electoral de la Socialdemocracia alemana –que dio ocasión a Jaime Vera para reincorporarse al movimiento obrero– y la promulgación en nuestro país de la ley sobre el sufragio universal. Con todo, ¿cómo organizar el 1º de mayo? Cumpliendo con su deber, el Comité nacional había publicado una circular exhortando a las organizaciones a que, hasta donde les fuera posible, secundaran los acuerdos del Congreso Internacional de París. En Barcelona, llegado el 1º de mayo, hubo manifestación, que desfiló debajo de los balcones donde estaba instalada Capitanía general, cuyo paso presenció el general Blanco. En Vizcaya el movimiento obrero había nacido con fuerza propia y con orientación socialista. ¿Qué sucedería en Madrid? De cómo naciera el 1º de mayo en la capital de la nación dependía en buena parte el éxito o el fracaso en años sucesivos. Afortunadamente, Matías Gómez Latorre, en su libro *Del tiempo viejo*, recogió la información publicada el día 9 de mayo por *El Socialista* –redactada por él–, que reproducimos por su interés histórico.

[537] *La fiesta del Trabajo: la primera manifestación*

“La víspera.– Comenzó la animación de la población trabajadora desde las primeras horas del sábado, viéndose grandes pelotones de gente leyendo con simpática avidez los cartelones rojos en que se anunciaba el mitin preparado por la Agrupación Socialista y las Sociedades obreras. Fue la conversación del día en todos los talleres, lamentando que dificultades que no existen para las demás colectividades burguesas impidieran celebrar el acto en un local más amplio. Al anochecer, cuando las calles comenzaban a poblarse de obreros, subió de punto la alegría al ver repartir con gran profusión el extraordinario de *El Socialista* anunciando la manifestación y dando a luz el documento dirigido al Consejo de Ministros. Durante la noche, mientras la autoridad se apercibía contra peligros imaginarios, en todos los sitios donde se reúnen trabajadores no se hablaba de otra cosa que del mitin y de la manifestación, asegurando todos que ambos actos serían gallarda muestra de que los obreros madrileños no son una excepción en el magnífico concierto que une hoy en un solo pensamiento a la gran familia de ambos mundos. En los hogares proletarios durmiese aquella noche con los dulces sobresaltos de una risueña esperanza. En muchos hogares burgueses sucedió al reposo el temor y el insomnio que

acompañan a las conciencias intranquilas.

El gran día.- Lo fue, en efecto, el domingo. Amaneció cubierto el cielo con grandes nubarrones, regocijando a los burgueses la esperanza de ver aguararse la fiesta; pero a medida que avanzaba el día se fueron disipando, y un sol espléndido unió sus alegrías a las que brillaban en los semblantes de los honrados productores. Aunque por la endiablada casualidad de las prisas se trabajó en muchos talleres medio día, desde muy temprano veíase afluir de todos los extremos grandes grupos de obreros a la calle de Atocha, presentando a las 8 de la mañana la anchurosa vía el más animado aspecto. Desde esta hora hasta las once, en que la manifestación dio principio, creció considerablemente el concurso, invadiendo los paseos de Atocha y Botánico, sin que tan inmensa masa de [538] obreros diera motivo al más leve tumulto y sin que tuvieran que intervenir para nada los agentes de la autoridad. Un detalle característico: las tabernas se vieron ocupadas solamente por la clientela ordinaria. Bien es verdad que se trataba de una fiesta del trabajo. Otra cosa hubiera sido si tal solemnidad la moviera alguna mojiganga patrioterica o religiosa.

El mitin.- A las 9 se abrieron las puertas del Liceo Rius. Cinco minutos después hallábase invadido por más de dos mil personas, sin que a pesar de quedar fuera una gran muchedumbre se produjera el más insignificante alboroto. En el escenario apiñábanse los representantes de las colectividades obreras, redactores de casi toda la prensa madrileña, corresponsales de la de provincias y extranjera y el delegado del gobernador.

Presidía el compañero Matías Gómez, acompañado de Antonio Torres, de la mesa de discusión de la Agrupación Socialista y actuaban de secretarios Baldomero Huetos y Pablo Cermeño, del Comité local. Indicado en breves palabras por el presidente el objeto de la reunión, creyó oportuno rectificar una inocente inexactitud estampada en cierto documento que circuló el día 1º en Madrid, en que se afirmaba que el Congreso Socialista de París acordó una huelga internacional para esa fecha, y que dicho acuerdo había degenerado en una simple manifestación. Leído el texto literal del acuerdo, quedó convencido el concurso de la veracidad y buena fe de los que por esta vez han pretendido ser más papistas que el papa. Con esto y recomendar a la concurrencia el orden más perfecto –advertencia en verdad ociosa tratándose de trabajadores–, comenzaron a usar de la palabra los representantes obreros.

José Villares, por la Sociedad de obreros en hierro y demás metales “El Porvenir”, hace un paralelo entre el trabajador de los antiguos tiempos y el de hoy, para demostrar que con tantas libertades políticas y económicas, el obrero tiene en la actualidad menos garantizada la existencia que en épocas pasadas. Examina los famosos fundamentos de [539] la democracia burguesa – libertad, igualdad, fraternidad–, para deducir que esos tres bellos conceptos se traducen en la esclavitud económica del obrero, señalado con el estigma del salario. Se muestra conforme con las aspiraciones del Socialismo revolucionario, declara la adhesión de la Sociedad que representa a la jornada legal de ocho horas y termina excitando a sus compañeros de oficio a que se apresuren a robustecer la asociación.

Hipólito González, de la Sociedad de obreros en madera “La Unión”. Pronuncia breves palabras para hacer constar la adhesión de su Sociedad a la jornada de ocho horas y poner de relieve las ventajas de la asociación de resistencia para luchar contra la avaricia y el despotismo patronales.

Saturnino González, de la Sociedad de Albañiles “El Trabajo”: Se equivocan —dice— los que creen que con la jornada de ocho horas se satisfacen todas nuestras aspiraciones: con esa conquista, lo que haremos es prepararnos para la gran batalla que ha de acabar con la burguesía y conducirnos a la emancipación. Hace resaltar la trascendencia del movimiento obrero que se observa en todo el mundo, señala el pavor que se ha apoderado de la burguesía y concluye recomendando a sus compañeros que se agrupen en la Sociedad que representa.

Juan José Morato, por la Sociedad del Arte de Imprimir. La Sociedad que represento —dice—, consecuente con su larga y brillante historia, no ha vacilado un instante en adherirse al pensamiento que hoy domina en el proletariado universal. Hace algunas consideraciones a propósito del objeto de la reunión, y con ruidosas muestras de asentimiento del público, arremete contra *El Liberal*, ese periódico de mercachifles que hoy se ha impuesto la ardua y estéril tarea de convencer a los trabajadores de que no saben lo que se pescan; él, tan hábil pescador en charcos sucios.

Francisco Diego, por el Montepío de Tipógrafos. Examina la petición de la jornada de ocho horas desde el punto de vista de la higiene [540] y justifica plenamente la adhesión de la sociedad que representa a tal demanda. José Castillo, por la Sociedad de Curtidores. Con sentidas frases expone las penalidades del taller, el sufrimiento del obrero y las infamias del patrono. Termina haciendo un llamamiento a la unión de todos los camaradas.

Pablo Iglesias, por la Agrupación madrileña del Partido Socialista Obrero, comienza haciendo resaltar el grandioso espectáculo que hoy ofrece la clase obrera de todos los países, que no significa otra cosa que la entrada resuelta del proletariado en el campo de la lucha de clases y la agonía de la sociedad burguesa. Se detiene en algunos de los acuerdos del Congreso socialista revolucionario de París, evidenciando su importancia como preliminar necesario para la batalla final que ha de poner término a la esclavitud del salario. Rebate los sofismas con que la prensa burguesa combate las reivindicaciones obreras, y pone en relieve las ventajas de la jornada de ocho horas desde diversos puntos de vista. Termina incitando a todos los trabajadores a no descansar un instante hasta alcanzar su ansiada emancipación, hoy ya vislumbrada hasta por los más encarnizados enemigos del proletariado. Dase lectura a la exposición dirigida al Consejo de Ministros, y el presidente levanta la sesión a los gritos de ¡Viva la jornada legal de ocho horas! ¡Viva la unión de todos los trabajadores del mundo! que son repetidos con gran entusiasmo por la concurrencia.

La manifestación.— Acto seguido organizose ésta, marchando a la cabeza los delegados obreros, más de cuarenta periodistas y algunos representantes de la autoridad. Nada hemos de decir del orden admirable con que se condujo aquella enorme masa humana en el largo trayecto: nos basta con lo que la misma prensa burguesa se ha visto obligada a confesar. ¡Qué digna actitud la del ejército del trabajo! ¡Qué conciencia tan exacta del acto que realizaba! Sabía que se trataba solamente de un alarde pacífico de fuerza, y ni por un momento dejó de mostrar La serenidad más imponente. Quien tan ejemplar uso sabe hacer de sus derechos, [541] no hay que dudarlo, sabrá llegar hasta el fin de sus propósitos. Tan sorprendente era la actitud de la inmensa legión, tan admirable el orden con que marchaba, que produciendo algún ruido las conversaciones de los periodistas, hubo de decir uno de los delegados del gobernador:

- Conste que aquí no alborota nadie más que los periodistas. El mismo delegado, dirigiéndose a un obrero que estaba a su lado, dijo:

- No estarán ustedes quejosos de la autoridad: ya ven que no ha hecho ningún alarde de fuerza.

- En efecto —replicó el obrero— no hay alarde ostensible de fuerzas.

En las proximidades ya era otra cosa: desde la artillería hasta el último polizonte estaban apercebidos para entrar en campaña a la primera señal.

En la Presidencia.- Acompañaban al señor Sagasta el ministro de Ultramar, el subsecretario y algunos diputados y periodistas. Una vez en su presencia los delegados obreros, nuestro compañero Iglesias, después de entregar al presidente del Consejo la exposición razonada de los acuerdos del Congreso Socialista de París, pronunció las siguientes palabras:

‘Señor Presidente del Consejo de Ministros: En nombre de la Agrupación Socialista, de las Sociedades obreras de resistencia de esta capital y de los trabajadores que nos han acompañado casi hasta la puerta de este edificio, tengo el honor de presentar a V.E. la exposición que contiene los acuerdos formulados por el Congreso Socialista Internacional de París, que nuestros representantes han hecho suyos, con objeto de que se sirva entregarlos a los cuerpos colegisladores para que los traduzcan en leyes. A fin de que V.E. pueda apreciar el alcance de nuestra petición, hemos de hacerle presente que teniendo en cuenta, no el carácter legal de los poderes públicos, sino lo que son y representan, no nos hacemos la ilusión de que inmediatamente sea atendida ni de que se nos con ceda de muy buen grado lo consignado en ella; pero tanto nuestros representantes [542] como nosotros nos hallamos decididos a persistir una y otra vez en dicha reclamación hasta lograr que nuestros deseos se satisfagan’.

El señor Sagasta, después de felicitar a la Comisión organizadora por el orden y la seriedad con que se había llevado a cabo la manifestación, respondió a nuestro compañero Iglesias que lo solicitado por los manifestantes merecía un serio examen, y que el Gobierno que presidía, no con interés, sino con cariño, haría cuanto estuviera en su mano por mejorar la condición de la clase trabajadora. A lo dicho por el presidente del Gobierno hizo una ligera observación nuestro compañero Iglesias. El señor Sagasta volvió sobre el interés que merecen al Gobierno las cuestiones obreras, y al cabo de algunos minutos quedó terminada la Conferencia. Vuelta la Comisión a la calle de Alcalá, nuestro amigo Iglesias: dio cuenta a los trabajadores del modo cómo la Comisión había cumplido su encargo cerca del presidente del Consejo, y de la respuesta de éste, terminando con las siguientes palabras: Acabamos de realizar un gran acto. Ahora separémonos ordenadamente, llevando todos la esperanza de que hemos de volver a reunirnos para acometer mayores empresas en pro de la redención de toda la humanidad”.

Inmediatamente se disolvió la manifestación, invadiendo la enorme masa todas las calles afluentes. Los burgueses vecinos de aquellos contornos pudieron aprender desde sus balcones cómo se comportan los que ellos creen groseros e inciviles. Lo que tal vez no alcancen es que precisamente en esa serena actitud de los trabajadores está el mayor peligro para los intereses de la clase burguesa.

Las estadísticas.- Muchas se han hecho sobre el número de manifestantes, y casi todas

descabelladas y ridículas. Para probar la seriedad de ciertos periódicos, bastará consignar que mientras *La Época* no concede a la manifestación más que 2.000 o 3.000 cabezas, su colega *La Unión Católica* hace subir el número a 40.000. Los cálculos intermedios de otros periódicos oscilan entre 10, 15 y 20.000. Nosotros, sin apelar a hipérboles que nada prueban, creemos que el número de ma [...] ²⁶.

[543] Terminada la entrevista de la Comisión con el jefe del Gobierno, Pablo Iglesias subió a un coche de punto que estaba estacionado en la calle de Alcalá frente a la presidencia del Consejo de Ministros, desde el cual habló a la multitud, dando por terminada la manifestación. Aquel auriga, que por primera vez oía la voz de Pablo Iglesias, que no conocía nada relacionado con la organización obrera, no consintió que Iglesias regresara a su casa en tranvía, como siempre tenía costumbre de hacer. Le llevó hasta su domicilio, no le cobró el servicio, se afilió al Partido, y con Eduardo Álvarez Herrero, Luis Menéndez, Pascual Pastor y algunos más, todos ellos socialistas, fundaron la Sociedad de cocheros, cuyo capital social ayudó considerablemente al Centro de Sociedades Obreras, calle de Relatores, 24, a que en 1927 pudiera hacer la adquisición del palacio ducal de la calle de Piamonte, 2. Aquel cochero se llamaba José Rodríguez Incógnito y desempeñó toda suerte de cargos en su organización.

Un prólogo de Engels

En el prólogo escrito por Federico Engels en Londres el 1º de mayo de 1890 para una nueva edición del *Manifiesto Comunista* se explica del siguiente modo el título de “comunista” puesto al manifiesto de mayor trascendencia social aparecido en el siglo XIX:

“El programa contenido en la exposición de motivos que precede a los estatutos de la Internacional –documento distinto al *Manifiesto Comunista* añadido por mi parte, a fin de evitar confusiones entre mis lectores–, fue redactado por Marx con una maestría reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. El triunfo definitivo de la doctrina consignada en el *Manifiesto Comunista* lo esperaba Marx únicamente del progreso intelectual de la clase obrera, a la que aconsejaba ejercitar una misma acción. Los acontecimientos sucesivos, las vicisitudes de la lucha contra el capital, las decepciones, más aún que las victorias, no dejarían de enseñar a los proletarios militantes la inutilidad práctica de las panaceas en que [544] hasta entonces habían creído, ni de preparar sus inteligencias a un exacto conocimiento de las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Marx tenía razón al pensar así. La clase obrera de 1874, cuando la Internacional fue disuelta, no se parecía en nada a la clase obrera de 1864 que la había fundado. El prudonismo agonizaba en los países latinos; el lassalleísmo puro se extinguía en Alemania. Hasta las Trade-Unions inglesas, tan obstinadamente conservadoras, modificaron poco a poco su criterio y, merced a ello, pudo decir en Swansea, en 1887, el presidente de su Congreso: ‘El Socialismo continental ha perdido para nosotros su aspecto terrorífico’. Desde 1887 el Socialismo continental no tenía otra doctrina que la proclamada en el *Manifiesto*. Así, puede decirse que la historia del *Manifiesto* refleja la historia del movimiento obrero moderno a contar de 1848. Nadie duda de que en la actualidad es el documento más conocido, más internacional de toda la literatura socialista, el único programa de muchos millones de trabajadores de todos los países,

²⁶ La línea final queda cortada por la fotocopia.

desde Siberia hasta California. Sin embargo, en la fecha de su aparición no nos hubiéramos atrevido a llamarle *Manifiesto Socialista*. Llamábanse socialistas en 1847 dos grandes grupos políticos. Uno, el de los diferentes sistemas utópicos, y con especialidad los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que constituían entonces dos sectas atrofiadas y condenadas a desaparecer. Otro, el de los curanderos sociales de toda clase, los inventores y especuladores de panaceas, los arbitristas y políticos de todo linaje que pretendían remediar la enfermedad social sin menoscabar por nada del mundo el capital y su renta. Tanto los de un como los de otro grupo estaban alejados del movimiento genuinamente obrero, y en cambio, buscaban apoyo en las clases educadas”.- Federico Engels, 1º de mayo de 1890.

En España y fuera de España

¿Como veían las clases conservadoras la actuación de Pablo iglesias y de sus colaboradores? En el libro *Historia de la Regencia*, aludiendo la de María Cristina durante la minoría de edad de Alfonso XIII, Gabriel Maura y Gamazo tiene publicado lo que sigue: “No era sólo en Cataluña [545] su intransigente radicalismo y sus dotes de organizador, el ex obrero tipógrafo Pablo Iglesias, recorría el resto de la península creando en todas partes Centros de trabajo y aspirando a cooperar, mediante la solidaridad del proletariado español, a la del proletariado universal, según la fórmula marxista. El 1º de mayo de 1890 inauguróse en España, como en el resto del mundo civilizado, por acuerdo del Congreso internacional obrero de París del año anterior, la costumbre de celebrar la fiesta del trabajo con una huelga que en ninguna parte fue general, pero que reveló en las más importantes la existencia de núcleos ya nutridos, turbó el orden levemente en Valencia y con mayor gravedad en Barcelona, donde hubo de ser proclamada la ley marcial”.

El 20 de junio de 1890, poco después de la primera manifestación obrera del 1º de mayo, *El Socialista* publicaba un artículo de entrada, salido de la pluma de Pablo Iglesias, del que reproducimos lo siguiente: “¿Quiénes avivan el espíritu de clase y despiertan sentimientos de venganza en los proletarios? Aquella Compañía, aquellos patronos que, habiendo aflojado un poco los tornillos de la explotación ante el grandioso movimiento de mayo, intentan ahora que se han repuesto un poco del inmenso pánico que les produjo, darles tanta presión como anteriormente tenían”. Con fecha 4 de julio de ese mismo año, Iglesias insistía aún en los siguientes términos: “¿Cómo darse cuenta de la gigantesca manifestación llevada a cabo el 1º de mayo y de la unidad de miras señalada ese día por el proletariado universal?”. Posteriormente, el 22 de agosto, Iglesias, temeroso de que las ilusiones despertadas en ciertos trabajadores les llevasen a provocar huelgas impremeditadas, en *El Socialista* apareció otro artículo suyo en el que decía: “La inolvidable jornada efectuada en mayo último por el proletariado militante ha conmovido, ha traído a la vida activa a muchísimos asalariados, despertando en ellos vivamente el espíritu de clase. La mayor parte de los trabajadores a quienes ha puesto en movimiento la manifestación internacional de mayo, irritados[546] como todos los demás, por el trabajo cruel y ofensivo que les dan los patronos, y espoleados al propio tiempo por toda clase de privaciones, hállanse sedientos de justicia y ansiosos de mejorar de situación; y nada tendría de particular que, fiados sólo en la razón que les asiste, quisieran acometer empresas para dar cima a las cuales necesítense condiciones y elementos con los que al presente no cuentan”. ¡Admirables consejos los de Pablo Iglesias! ¿Cómo tuvo que hacer frente a la incomprensión de los trabajadores y a los

ataques de quienes servían a la clase capitalista, aunque utilizaran etiquetas de colores chillones!

Durante los días 29, 30 y 31 de agosto de 1890 se reunió en Bilbao el segundo Congreso del Partido Socialista, acudiendo 18 Agrupaciones de las 23 que existían. Se acordó admitir en el Partido a las Sociedades obreras que lo desearan. Esta medida afectaba especialmente a las de oficios varios y agricultores, que en realidad sólo actuaban en el terreno político. Fue acordado declarar órgano del Partido al semanario que salía en Madrid, y la Agrupación de Málaga llevó su ilusión hasta proponer se convirtiera en diario lo antes posible. En el aspecto electoral el acuerdo fue el siguiente: “En las elecciones a diputados a Cortes, los socialistas deberán hacer uso del sufragio en beneficio de su propio Partido, presentando en cuantos distritos puedan candidaturas socialistas de clase, con el programa de transformación social, y con objeto de apoyar la serie de reformas de inmediata aplicación que constituyen la bandera de la manifestación de 1º de mayo. En el caso de que el Partido Socialista consiga llevar al Municipio, Diputación o Parlamento uno o más representantes, la conducta de éstos será examinada por los Congresos del Partido”.

Otros acuerdos fueron: “El Congreso ratifica el acuerdo del de Barcelona, referente a que la conducta de los socialistas ha de inspirarse siempre en las doctrinas del Partido, rechazando todo roce, alianza o coalición con los partidos burgueses, llámense como se llamen”. Llevar al Congreso socialista Internacional convocado en Bruselas el siguiente punto: “Combatir toda proposición que tenga por objeto aconsejar la huelga general”. En Francia, especialmente, hubo discusiones muy violentas sobre este tema dentro de los grupos socialistas, enfrentados con Guesde y Lafargue, de modo singular. Sobre el trabajo en las prisiones recayó la siguiente decisión: “El Partido organizará manifestaciones o reuniones en todas aquellas localidades donde existan talleres de presos, reclamando que el Estado regule este trabajo en bien del preso y sin daño para el obrero libre”. Decidido que el Comité Nacional siguiera residiendo en Madrid, la Agrupación de la capital eligió para formarle a Pablo Iglesias, Francisco Diego, Antonio Atienza, Julián Aguilar, Andrés Cermeño y Pascual Simal, afiliados al Arte de Imprimir.

El segundo Congreso de la Unión General de Trabajadores no pudo reunirse en Mataró, a pesar de haber sido ese el acuerdo, efectuándose en Villanueva y Geltrú, también de la provincia de Barcelona, durante los días 31 de octubre y 1 y 2 de noviembre de 1890, con 5.457 federados. Delegado de la Federación Tipográfica, Pablo Iglesias presidió el Congreso. El punto del orden del día que dio margen a mayores discusiones fue el relacionado con el 1º de mayo. García Quejido, por el Comité Nacional, que residía en Barcelona, se pronunció en pro de que siguiera efectuándose la manifestación obrera en dicho día, con paro general hasta donde fuera posible. Hubo delegados que hicieron reparos a la huelga en dicho día, por las consecuencias que acarrearía. Saturnino González, de Albañiles de Madrid, habló en favor de que se realizara la manifestación allí donde fuera posible hacerlo. Después de amplio debate, Pablo Iglesias se expresó como sigue, tomado del extracto del acta de dicho Congreso:

“El compañero Pablo Iglesias dice que habiendo acordado la Federación Tipográfica a la que representa tomar parte en la susodicha manifestación, apoya lo propuesto por el representante del Comité Nacional, aparte de que la Unión General de Trabajadores está obligada a proceder así en cumplimiento de lo que prescriben sus mismos estatutos. Afirma que al contrario [548] de lo que ha dicho algún compañero, la manifestación del 1º de mayo ha beneficiado altamente a la clase trabajadora, pues las reivindicaciones que han servido de bandera

a aquel movimiento han despertado extraordinariamente el espíritu de clase entre los trabajadores y traído a la vida activa buen número de ellos. Sostiene que la jornada de ocho horas no podrá conseguirse jamás de un modo general por medio de la resistencia, sino que ha de ser conquista arrancada a la representación política de la burguesía por la fuerza de la clase trabajadora.

Se extiende en otras muchas consideraciones acerca del particular, y ocupándose de algo de lo dicho por el compañero Torruella, manifiesta que este mismo compañero, no obstante decir que su Sociedad no tomará parte en la manifestación de mayo, conviene en que ésta se verifique, pues ha propuesto que en Barcelona el Comité Nacional elevase un escrito a los Poderes públicos recabando de éstos las medidas propuestas por el Congreso Internacional Obrero de París. La manifestación, acordada que sea, debe verificarse en todas partes, por más que en cada punto se lleve a efecto según las condiciones que existan. Propuso que la manifestación se verifique el 1º de mayo en todas las localidades donde pueda hacerse, y en las que por cualquier circunstancia no pueda verificarse, la realicen el primer día festivo inmediato a aquella fecha, adaptándose este acuerdo por unanimidad”.

Al reunirse el Congreso en Villanueva y Geltrú, García Quejido era presidente de la Unión General de Trabajadores y Carlos Duval, secretario, los dos del Arte de Imprimir de Barcelona. También en 1890 se reunió en Zaragoza el quinto Congreso de la Federación Nacional Tipográfica, cuyos acuerdos fueron de trámite y consolidación. En Madrid fueron designados para formar parte del Comité Nacional Pablo Iglesias, José Fernández, Antonio Atienza, Pascual Simal, Bermejo y Ros.

En las elecciones generales verificadas ese año, el Partido Socialista presentó candidatura en catorce distritos, en cinco de los cuales fue [549] Pablo Iglesias el designado. El número de sufragios sin intervención en las mesas fue muy reducido, pero comenzó con estas luchas la educación política de la clase trabajadora española. Entretanto, Sagasta había saltado del Gobierno, para dar paso a Cánovas, por una “corazonada” del general Martínez Campos, de acuerdo con María Cristina. Con motivo del 1º de mayo en Madrid, en 1890 hubo propaganda excepcional, con reparto de hojas y periódicos. Fue entonces cuando Largo Caballero oyó hablar por primera vez de cuestiones relacionadas con el trabajo. Espontáneamente se dirigió al Centro Obrero, calle Jardines, 32, afiliándose a la Sociedad de Albañiles, porque los estuquistas, a cuya profesión pertenecía, no tenían aún organización, que él crearía más tarde.

En 1890 caída de Bismarck en Alemania, donde los socialistas obtienen 1.427.000 sufragios y 35 diputados. Fue tal en entusiasmo que produjo esta victoria que Jaime Vera se apresuró a visitar a Pablo Iglesias anunciándole su propósito, dentro de lo posible, de hacer vida activa, declarando entonces “que el Socialismo español prosperaría gracias a la mil veces bendita intransigencia”. Mayor consagración de la táctica de Iglesias no cabe, a pesar de lo cual siempre hubo elementos interesados en enfrentar a Vera con Iglesias, aunque jamás lo consiguieron. A la edad de diez años Guillermina de Holanda es proclamada reina, bajo regencia, hasta 1898. En 1890 ya había en Inglaterra 42 ayuntamientos con servicios municipalizados.

Graves sucesos en la zona minera de Fourmies (Francia), donde Lafargue, entre otros, fue procesado y condenado por un discurso suyo, defendiéndole en el Parlamento Alexandre Millerand, por entonces socialista nada moderado. También en 1890 el Partido Obrero Francés

reunió Congreso en Lille. Benoit Malon publica *El Socialismo integral*. Los posibilistas se dividen y surge el Partido Socialista Revolucionario, uno más en Francia. Jaurès triunfa como concejal en Toulouse. En 1890 en Vizcaya, el general Loma dicta un bando en favor de los trabajadores de las minas, [550] que habían declarado una huelga general sin estar organizados, inspirados por Facundo Perezagua, presidente de la Agrupación Socialista de Bilbao, origen del movimiento sindical y político del proletariado en el Norte. En Manlleu (Barcelona) el obrero textil Juan Codina ingresa en la Agrupación Socialista, fiel hasta el fin de sus días. Francos Rodríguez, todavía republicano, dirige *La Justicia*, órgano de Salmerón, donde lanza ataques contra Pablo Iglesias. En esa escuela y en ese periódico comenzó a escribir Pío Baroja. Miguel Moya es nombrado director de *El Liberal*, diario madrileño. *Heraldo de Madrid*, de Ducazcal, pasa a Canalejas, padre. Del Gobierno de Cánovas salta Villaverde, por negarse a solidarizarse con los concejales inmorales del Ayuntamiento de Madrid, amparados por Romero Robledo. Estreno en el Teatro Real de *Los Amantes de Teruel*, ópera de Tomás Bretón. Arniches estrena *Los aparecidos*, y poco después, *La Leyenda del monje*, consagrándose como sainetero. Inauguración, en locales cerrados, de alumbrado eléctrico en Barcelona y Madrid, y de la primera línea de tranvías eléctricos, Serrano-Bombilla, en Madrid.

Fallecieron en 1890, entre otros, Rafael Farga Pellicer, el amigo más leal de Bakunin en España; César de Paepe, socialista belga, que militó en la Internacional; J. Joffrin y Ch. Chabert, socialistas franceses. Claudio Moyano, Eleuterio Maisonnave, Casto Plasencia, Alfonso Karr, políticos y escritores. V. van Gogh, pintor. El tenor Julián Gayarre, uno de los más grandes cantantes que el 8 de diciembre de 1889 cantó por última vez en el teatro Real *Los Pescadores de perlas*, falleciendo el 2 de enero de 1890.

Recuerdos del año 1891

El Fomento de las Artes, de Madrid, en 1891-92 abrió tribuna libre acerca del tema "El problema social". Intervinieron en aquellos debates personalidades de la política, como el catedrático Piernas Hurtado, el criminalista Muñoz Rivero, el anarquista Enrico Malatesta, circunstancialmente [551] en Madrid, Pablo Iglesias, Abascal, Cermeño, Múgica, Morato, Gómez Latorre y Verdes-Montenegro. Aunque no con frecuencia, veces hubo en que políticos civiles se vieron en la necesidad de repartir cintarazos sobre las espaldas de generales con carnet legislativo, como Sagasta en el Congreso de los Diputados el 31 de marzo de 1891, en que se salió con la siguiente andanada: "En el extranjero, con gran injusticia, no dicen de un mal general que es irrespetuoso con la disciplina, ni que es revolucionario no; lo que dicen es: ¡es un general español!".

La segunda Internacional celebró en Bruselas su segundo Congreso, esta vez de consolidación. Por España, acudió Pablo Iglesias, que se opuso a la intervención de un delegado español anarquista. Con la abstención de Holanda, se aprobó una declaración contra la guerra, redactada por Vaillant y Liebknecht. Contra el colonialismo, fue adoptada la siguiente moción: "Todas las tentativas que tengan por objeto la abolición del militarismo y la conquista de la paz por los pueblos, por generosas que sean, no dejarán de ser utópicas e impotentes, si no atacan los orígenes económicos del mal. Tan solo la creación de un orden socialista, poniendo fin a la explotación del hombre por el hombre, pondrá fin al militarismo y asegurará la paz definitiva".

En este Congreso estuvieron, entre otros, Anseele, Vandervelde, Huysmans, Bertrand, Lafargue, Guesde, MacDonald, Henderson, Branting y Stauning, años más tarde, algunos de ellos, jefes de Gobierno en sus respectivos países.

Enero de 1891 Indalecio Prieto, a los diez años, llega a Bilbao, tras un penoso viaje —no había aún ferrocarril ni puentes entre Oviedo y Bilbao— con su madre y un hermano menor de edad. Había cólera. “No nos afectó la peste —escribió Prieto alguna vez—. Por plagas peores hubimos de pasar más tarde, saliendo también indemnes”. En mayo, huelga de panaderos en Bilbao. Mitin de los huelguistas en el teatro Romea. Hubo incidentes, y a la puerta del local social, el policía Marsal mató de un tiro a un obrero llamado Mondragón. Huelga general. Choques con la fuerza pública. Heridos, detenciones. Estado de guerra. Este fue el bautismo de Indalecio Prieto, instalado con su familia en el corazón del barrio [552] obrero de la capital vizcaína.

Con motivo de las manifestaciones obreras del 1º de mayo, *El Liberal* de Madrid requirió la opinión de Nicolás Salmerón, ex presidente de la República, quien lo hizo como sigue, con fecha 19 de abril de 1891: “Mi punto de partida en este arduo problema social es el discurso que pronuncié en las Cortes el año 1871, con motivo de la declaración de legalidad de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Entiendo que es aquel discurso la obra más sustantiva de mi vida política, y no tengo que rectificar ni una sola tilde de las afirmaciones con todo convencimiento y debida meditación expresadas en las Cortes hace veinte años. Si algún móvil impulsárame a rectificar lo que entonces dije, me lo impediría la igualdad de término en que hoy se plantea la cuestión. Porque por encima de todo, imprimen los obreros a sus reclamaciones un carácter humano, universal, pidiendo acuerdos y resoluciones internacionales, en armonía con la exigencia, también general y humana, de sus necesidades”.

Unamuno comenzó a actuar como profesor en la Universidad de Salamanca en 1891. Se inicia la publicación en Madrid de la revista semanal *Blanco y Negro*. Menéndez y Pelayo publica la obra *Historia de las ideas estéticas*. Se estrena en el teatro de la Zarzuela de Madrid *El rey que rabió*, con música de Chapí, y en el teatro Apolo *El señor Luis el tumbón, o Despacho de buevos frescos*, música de Barbieri, su última producción. Era Emilio Carreras el primer actor cómico en ese teatro.

En 1891 Lafargue publicó el folleto *La propiedad: origen y evolución*, traducida al castellano. A su vez, Guesde hizo lo mismo con una conferencia que dio con el título *El Colectivismo*, también traducida. En Lyon se celebró un Congreso obrero. Los estudiantes socialistas se reunieron en Congreso internacional en Ginebra, donde los guesdistas defendieron que formaran parte de las Agrupaciones socialistas, oponiéndose a que actuaran independientemente. Con motivo del 1º de mayo, trágicos sucesos en Fourmies (Norte de Francia). Lafargue intervino en varios actos públicos en aquella región, siendo encarcelado —le visitó en la [553] prisión Liebknecht, de paso por París— y condenado. Para arrancarle de la prisión, Guesde fue candidato a diputado por Lille, haciendo la propaganda a su favor. Triunfó Lafargue, y a pesar de que algunos derechistas hicieron oposición, la cámara aprobó su acta por gran mayoría. En Bradford (Inglaterra) se crea el Partido Laborista Independiente, principalmente por Keir Hardie y Tom Mann. León XIII alude en una encíclica por primera vez a la cuestión social, pero antisocialista.

Los socialistas alemanes se reunieron en Erfurt en 1891 aprobando el programa político que les sirvió de bandera durante años, en lo esencial; era obra de Carlos Kautsky, quien además

escribió *El Programa de Erfurt*, prologado por Julián Besteiro en su versión castellana años más tarde. José Mesa tradujo también en ese año *Miseria de la filosofía*, de Marx, réplica a Proudhon, con un prólogo redactado por él en Málaga en esa fecha, obra que por sí sola constituye un libro de divulgación marxista insuperable. La traducción de Mesa y su prólogo fueron revisados por Engels y la corrección de pruebas estuvo a cargo de Pablo Lafargue, ayudado por Morato, como atendedor. Los nihilistas rusos dan muerte al zar Alejandro II. Lenin, con un centenar de estudiantes, es expulsado de la universidad de San Petersburgo. F. Turati inicia, en Milán, la publicación de su *Crítica social*. Se reúne en Argentina el primer Congreso obrero, preludio de la creación del Partido Socialista.

En las elecciones de ese año el Partido Socialista presentó candidaturas por dieciséis localidades, reuniendo muy pocos votos, los que quisieron anotar los mangoneadores del tinglado. En Madrid hubo candidatura cerrada, encabezada por Iglesias y Vera que, a su vez, figuraron en las de otras localidades. En las elecciones de concejales verificadas también en 1891 triunfaron en Bilbao cuatro candidatos y en San Salvador del Valle, uno. De los cinco, sólo uno pudo salvarse, por pagar contribución. Pablo Iglesias fue este año por primera vez a Bilbao. Fallecieron en 1891, entre otros: Manuel Alonso Martínez, Andrés Porrego, Pedro Antonio de Alarcón, Manuel Cañete, Rosendo Arús [...] ²⁷ escritores y políticos.

²⁷ Falta un fragmento en el original.

Pablo Iglesias, en Santander

Pablo Iglesias estuvo en Santander dos veces, la última el 13 de marzo de 1893. Un auditor, ex diputado a Cortes posibilista, Fernández Castañeda, quiso intervenir en el acto que en esa fecha se celebraba. Se opuso el público. Pablo Iglesias, entonces, lo hizo para decir que si ese señor intentaba una controversia, él estaba dispuesto. *La Voz Montañesa*, periódico republicano de Santander, retó a Iglesias a una controversia pública proponiendo condiciones innobles. Ultimados los tratos, con igualdad de condiciones, se llegó a verificar el acto, en el que intervinieron Pablo Iglesias y Antonio María Coll, director del citado periódico republicano. Coll no estuvo en el mitin del 13 de marzo, pero fue él quien retó. La primera edición del discurso de Iglesias salió el 15 de junio de 1892, costada por Toribio Pascual, entonces corrector de pruebas de *La Voz Montañesa*, cuyo puesto perdió y fue ocupado por Roberto Castrovido, redactor del citado periódico republicano. Obsérvese que Iglesias se negó a dibujar la sociedad del porvenir. No era un propagandista visionario, sino un socialista influido por las ideas de Marx y Engels, que tampoco lo fueron:

“Trabajadores y señores: Cúmplame ante todo declarar que yo no reté al señor Coll a esta polémica, a fin de que nadie pueda creer que alardeo de valiente o que me las echo de saberlo todo. En el mitin de propaganda socialista verificado no ha mucho en este local, yo negué que tuviese derecho a hablar un ciudadano que lo solicitaba, y para que no se pudiera suponer que mi negativa entrañaba temor a la discusión, declaré que me hallaba dispuesto a contender con quien quisiera combatir las doctrinas del Partido Socialista Obrero Español. El señor Coll, que no estuvo en dicho mitin, según él mismo ha confesado, manifestó en su periódico, a los dos días de celebrada la reunión, que estaba dispuesto a discutir conmigo, y en vista de esto, el Comité socialista de Santander aceptó el reto en mi nombre. Este es el motivo [555] de que hoy me encuentre aquí, dispuesto a cumplir mi compromiso. Un ruego he de hacer a los que estimen acertados mis argumentos, y es el de que no me den un aplauso siquiera, porque si lo que voy a decir es verdad, la verdad, sin necesidad de aplausos, hará su obra en el ánimo de todos. Y ahora devuelvo al Sr. Coll el saludo que me ha dirigido, aunque, según probaré más adelante, tengo motivo para dudar si hay sinceridad en lo que de mí ha dicho.

Antes de entrar de lleno a responder al discurso del señor Coll, he de decir que tengo la seguridad de que para muchos de los trabajadores aquí presentes, y para los que, sin serlo, hayan estudiado un poco el Socialismo, no serán necesarias mis rectificaciones para darse cuenta, desde luego, de los grandes errores e inexactitudes en que ha incurrido mi contrincante. La mayor parte de las personas que atacan hoy al Socialismo le atacan sin conocerlo, y en ese sentido debía hallarse el señor Coll cuando me retó a discutir. A última hora, esto es, hace quince o veinte días, se ha puesto sin duda a estudiarle; y lo ha hecho tan precipitadamente y de un modo tan desordenado, que lo que ha dicho aquí de él, es propio de un ignorante, de un hombre que apenas sepa leer, pero no de quien tenga una pizca de inteligencia.

Ha empezado el señor Coll por rendir un tributo de admiración y simpatía a la

Manifestación Obrera de 1º de mayo encaminada a obtener la jornada legal de ocho horas, y después parecía que no estaba conforme con el objeto de la Manifestación. Eso no se explica, porque si la Manifestación internacional de 1º de mayo, obra del Socialismo revolucionario o marxista, es un acontecimiento grandioso, no se debe al hecho de que en un día dado y en todos los países se congreguen los trabajadores, sino a los fines que los trabajadores persiguen por medio de esa Manifestación. Si el objeto de ésta fuera trivial o baladí, el acto de 1º de mayo no tendría importancia.

[556] Como si fueran cosas distintas, el señor Coll ha hablado de las doctrinas que yo defiende, de los ideales que sustenta el Partido Socialista y de los principios difundidos por Marx. Esas distinciones carecen de base; yo profeso las ideas contenidas en el programa del Partido Socialista Obrero Español y los programas de todos los partidos socialistas del mundo halláanse calcados en la doctrina marxista. El *Manifiesto Comunista* de Carlos Marx, en el fondo, no discrepa del programa de los Partidos Socialistas. Pero no es sólo en la aspiración, sino en los medios, donde impera el criterio marxista. Marx ha sido el primero en afirmar que la clase obrera, para marchar a paso rápido a la conquista de su emancipación, debe arrancar a la clase capitalista la jornada legal de ocho horas. Y hoy piden ésta, no solamente los obreros socialistas, sino muchos otros que no lo son.

Ha dicho el señor Coll que Marx era comunista y que los socialistas le han combatido. Ese es un error, hijo del desconocimiento que tiene el señor Coll respecto de las ideas de Marx y a las que profesan los socialistas. Marx se llamaba comunista por querer la propiedad común de los medios de Producción, y los socialistas, que quieren lo mismo, llámense indistintamente comunistas, colectivistas o socialistas. Para nosotros es lo mismo propiedad común que colectiva o social. Si el señor Coll ha hablado con total desconocimiento de lo que quería Marx y de lo que queremos los socialistas, lo mismo le ha sucedido en lo que ha dicho acerca de la tendencia socialista que domina en los países a que se ha referido.

Hablando de Inglaterra ha afirmado que allí se ha verificado una manifestación de 600 000 trabajadores, que han pedido la jornada de ocho horas y acordado no dar su voto a los que no defienden eso en el Parlamento, y que tal acto prueba que los trabajadores ingleses no son marxistas, sino que ayudan a los republicanos. Si los socialistas marxistas son los promovedores de la campaña en pro de la jornada legal [557] de ocho horas, dicho se está que en eso se hallan de acuerdo con ellos los obreros que han celebrado en Londres la reciente manifestación; y si han acordado no votar a otros candidatos que los que defienden dicha jornada, se han declarado implícitamente socialistas, pues sólo candidatos de estas ideas, y no candidatos burgueses, son los que pueden defender sinceramente semejante reforma.

En Inglaterra, aunque otra cosa diga el señor Coll, hay fracciones socialistas y Asociaciones obreras, pero no propiamente Partido Socialista. Luego si éste no existe, mal puede estar, como ha afirmado el señor Coll, en frente de los marxistas y al lado de los republicanos. La prueba de que las ideas marxistas ganan allí terreno es que en el mitin monstruo verificado en Londres el 1º de mayo ocuparon dos tribunas los partidarios de Marx y que en el Congreso internacional de Bruselas los representantes de muchos miles de obreros aceptaron el principio de la lucha de clases, principio que constituye la base de la doctrina marxista.

Refiriéndose a Francia, ha dicho el señor Coll que allí el marxismo no tiene importancia y que la fracción más importante del Socialismo la acaudilla Malon. El señor Coll está tan enterado del movimiento socialista francés como del movimiento socialista inglés. Malon es socialista, escritor fecundo, bastante conocedor de las cuestiones que afectan al problema social, y no disiente de los principios sustanciales proclamados por Carlos Marx; pero aun suponiendo que no fuese así —que sí lo es, porque Malon tomó parte en el Congreso socialista de Bruselas, y los acuerdos de este Congreso están inspirados en la doctrina marxista— sucede que Malon es tan solo un socialista independiente.

En París, donde hay algunas divisiones entre los socialistas, existen el Partido Obrero, que es el más importante de Francia; el Partido Posibilista, a cuyo frente está Brousse, y el Partido blanquista; pero no hay ninguna fracción, ni chica ni grande, que dirija o acaudille Malon. Entérese el señor Coll de si en las últimas elecciones municipales han sido los malonistas o los marxistas los que han triunfado.

[558] El error del señor Coll, respecto a los marxistas franceses, no tiene justificación alguna, pues la misma prensa burguesa, ocupándose estos días de Guesde y Lafargue, que son marxistas, ha declarado que ellos son los que dirigen en Francia el movimiento socialista revolucionario.

Ha dicho el señor Coll que en Austria hay varias fracciones socialistas, que al frente de la más importante se encuentra el doctor Adler, que es opuesto a las doctrinas de Marx. Todo eso es inexacto. Ni en Austria hay varias fracciones socialistas, puesto que el Partido Socialista está unido como un solo hombre, ni el doctor Adler es enemigo de las doctrinas de Marx. Por el contrario, es marxista, como lo son todos los socialistas revolucionarios austríacos. En cuanto a Alemania, la Democracia Socialista es marxista, porque la fundó el mismo Marx y sus hombres más importantes han defendido siempre las ideas del autor de *El Capital*. Ha afirmado también el señor Coll que si los socialistas españoles siguieran los consejos de Bebel, ayudarían a los republicanos; mas para decir eso el señor Coll se ha fundado únicamente en datos tomados de una interviú celebrada con Bebel por un periodista burgués. A un debate como éste hay que traer datos de más valor que los que suministran las interviús, pues bien es sabido que éstas, no por mala intención, sino por otras causas, contienen bastantes errores.

Sin necesidad de oponer datos de más fuerza que los que el señor Coll tiene, ni demostrar con abundancia de citas que conocemos bien lo que piensan y quieren los socialistas alemanes, han de reconocer cuantos me escuchan que estando los socialistas españoles en relaciones con aquellos, y habiendo oído a sus principales hombres en los Congresos internacionales, hemos de estar bien enterados de las opiniones que sustentan. Pues bien: ateniéndome a las que defienden los socialistas alemanes yo declaro que Bebel no puede haber aconsejado lo que ha dicho el señor Coll. Pero voy a suponer que, como mi contrincante ha manifestado, el ideal de los socialistas alemanes sea la República. ¿Quieren [559] por eso, lo que quieren los posibilistas, lo que quieren los centralistas, lo que quieren los zorrillistas, o lo que quiere el Partido federal? No. Lo que quieren los socialistas alemanes es lo siguiente, que ha publicado no ha mucho *El Socialista*. respondiendo al señor Pí, que en *El Nuevo Régimen* incurrió en bastantes inexactitudes al tratar del Socialismo en Alemania.

(Lee la parte fundamental del programa de la Democracia Socialista, en la que se proclama la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción en propiedad social; se afirma que la emancipación de la clase trabajadora es una obra que corresponde por igual a los trabajadores de todos los países civilizados y se declara que el Partido Demócrata Socialista Alemán tiene conciencia de la solidaridad internacional del proletariado y está decidido a cumplir todos los deberes que la misma impone). Esto es lo esencial del programa del Partido Socialista Alemán, y yo reto al señor Coll a que demuestre que entre esas ideas de los socialistas alemanes y las ideas de los socialistas de los demás países haya la menor diferencia.

Si Bebel, Liebknecht y otros socialistas alemanes han dicho que su ideal es la República, se han referido a la República socialista, no a la República burguesa, que es la que defienden el partido del señor Coll y los demás partidos republicanos que he citado. Las Repúblicas que hay hoy, y que son las que quieren los partidos republicanos españoles, tienen todas por base y fundamento la propiedad individual de los medios de producción.

Bebel no puede hacer dicho que el triunfo del Socialismo está lejano, porque habiendo afirmado Engels recientemente que es muy posible que el año 1898 la Democracia Socialista Alemana haya triunfado, Bebel le escribió: “Soy de tu parecer”. Y a Bebel le he oído yo expresarse en el mismo sentido en el Congreso de Bruselas. Si el Partido Socialista Alemán tuviese el criterio que le atribuye el señor Coll estaría en inteligencia y relaciones con los partidos republicanos de todos los países. ¿Lo está? No. Con quienes se comunican y entienden es con sus correligionarios los socialistas, y recientemente, con motivo de la Manifestación del 1º de mayo, el Partido Socialista Español ha recibido de Bebel y de todos los compañeros que forman el Comité directivo del Partido Socialista Alemán la siguiente comunicación, en que se manifiestan de acuerdo con nosotros.

Mas si lo que he expuesto no fuera concluyente para demostrar que no existen tales diferencias entre los socialistas alemanes y los de España y otros países, me bastaría citar los acuerdos de los Congresos internacionales de París y Bruselas, que constituyen el programa de todos los socialistas revolucionarios del mundo. No cabe decir si los italianos piensan de este modo, los franceses del otro y los austriacos o alemanes de distinta manera, pues todos han tenido representación en los referidos congresos y en ellos han afirmado el programa común que ya antes tenían. Al contrario de lo dicho por el señor Coll, la doctrina marxista impera hoy entre los socialistas de todos los países y, como la instrucción obrera es cada día mayor, sería difícil citar población de alguna importancia donde el nombre de Marx no sea conocido y venerado por los trabajadores; cosa, por otra parte, muy natural, puesto que él ha dado a la clase obrera un cuerpo de doctrina que constituye su evangelio.

Pasando a otro punto, ¿Cómo ha podido creer el señor Coll que el hombre que ha fundado, no ya el Partido Socialista Alemán, sino el Socialismo revolucionario, entendía sólo por clase trabajadora los individuos que se ocupan de un trabajo manual? ¿Cómo se explica que él, que era obrero de la inteligencia, iba a excluirse de la clase trabajadora? Y aunque el señor Coll tuviera la idea de que la clase trabajadora la formasen solamente los obreros manuales ¿por qué no se ha hecho cargo de lo que escribimos en nuestros periódicos? Así hubiera sabido que nosotros llamamos trabajadores, no sólo a los que trabajan el hierro, la madera u otras materias, sino al ingeniero, al arquitecto y a cuantos realizan una obra útil. Si convenía al señor Coll presentar la

cuestión de esa manera, debía comprender que no adelantaba nada con ello, porque vendría la rectificación inmediatamente y le pediría que manifestara dónde los socialistas han dicho semejante cosa. Yo mismo he afirmado aquí en dos mítines que uno de los progresos del Socialismo, que una de las señales de la próxima muerte de la burguesía, era que los obreros de la inteligencia, mal remunerados por la clase capitalista, venían en buen número a nuestro lado a pelear por los intereses de su clase. Las dos veces que he hablado en esta localidad he dicho que esos trabajadores son hermanos nuestros. El Partido Socialista ni rechaza ni ha rechazado nunca de sus filas a los obreros de la inteligencia.

Viniendo al punto de la conquista del Poder político ‘por’ la clase trabajadora, no ‘para’ la clase trabajadora, como ha dicho y leído el señor Coll, he de responderle que no se admiraría tanto de que el Partido Obrero proclame ese principio si conociera un poco la teoría socialista. El Socialismo revolucionario sostiene que en la sociedad presente hay lucha de clases, como la hubo en las sociedades pasadas, y que para que esa lucha desaparezca es preciso que la clase trabajadora se haga dueña del Poder político. Lo mismo hizo la clase media en Francia hace un siglo, y más tarde, en los otros países, para pasar de clase supeditada a clase dominante.

Al pedir nosotros que los medios de producción se transformen en propiedad social, no pedimos la abolición de la propiedad, sino la abolición de la propiedad privada de dichos medios, para que cada cual sea dueño, sea propietario del fruto de su trabajo. En la actualidad los que menos trabajan y los que no trabajan nada son los que tienen la propiedad. Casi todos los individuos que se encuentran en este local son trabajadores, y sin embargo, ninguno de ellos tiene propiedad. Con la transformación de la propiedad que nosotros deseamos, nadie podrá quedarse con el trabajo de otro, desapareciendo por esto mismo la explotación y la miseria.

[562] El señor Coll ha incurrido en un grave error al sostener que hay contradicción entre la parte de nuestro programa relativa a la conquista del Poder político y la transformación de los medios de producción, y la que se ocupa del salario mínimo, responsabilidad de los patronos en los accidentes del trabajo, etcétera, y ese error obedece indudablemente a que el señor Coll no se ha hecho cargo de que nuestro programa tiene dos partes: una, que constituye la aspiración fundamental del Partido Socialista; otra, la que es dable realizar hoy, y que comprende los medios para alcanzar aquella. Si el señor Coll hubiera leído el programa Socialista con algún cuidado, no habría tomado por desarrollo de su principal aspiración lo que son medios para llegar a ella, pues hubiera podido ver antes de las reformas políticas y económicas, que forman la segunda parte del susodicho programa, las siguientes líneas:

‘El Partido Socialista Obrero considera necesarias las siguientes medidas para realizar sus aspiraciones’. Después de implantado el Socialismo no puede haber, señor Coll, ni salario, ni patronos, ni las Juntas de que usted ha hablado. Para hoy reclamamos el salario mínimo, la jornada legal de ocho horas y las demás reformas consignadas en nuestro programa, y las reclamamos porque, al revés de lo que afirman nuestros enemigos, llevamos siempre la razón por guía, y sabemos, por consiguiente, que no es posible llegar de un salto, y sin la preparación necesaria, a la conquista del Poder político y a la emancipación de la clase trabajadora.

El señor Coll ha hecho, pues, un pastel barajando los medios con las aspiraciones del Partido Socialista, cosa que tampoco le hubiera ocurrido si se hubiese fijado en el tercer punto de

la parte principal de nuestro programa, que dice así: 'La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras garantizando a todos sus miembros el producto de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión a los individuos de uno y otro sexo'.

Si era esto, señor Coll, no podía ser lo otro, porque aquí nada se [563] habla de salario. (El señor Coll: ¿Cómo se garantiza el producto del trabajo?). Advertiré al señor Coll que ésa es otra cuestión, a la que contestaré, y que lo que ahora hacía era procurar poner a la vista de todos modos cómo el señor Coll confunde las cosas, y cómo, para confundirlas, ha tenido que padecer una grave ofuscación. Respondiendo a la pregunta del señor Coll diré que en una sociedad tal como la que nosotros queremos, no puede haber intereses opuestos, que es lo que origina la explotación, y que, abolidas las clases, todos tendrán que trabajar, no en las pésimas condiciones de hoy, sino en otras bien distintas, que permitirán a cada cual ganar lo suficiente para satisfacer ampliamente sus principales necesidades. Por esta parte, pues, no existe motivo para que unos deseen quedarse con lo que otros produzcan.

He dicho anteriormente que la mayor parte del producto del trabajo es hoy para el burgués o capitalista. (El señor Coll: No es ésa la cuestión; pregunto por la garantía del producto del trabajo.) Ahí voy, señor Coll. Digo que hoy se queda un individuo con la mayor parte del trabajo de otros, y el Estado le asegura esa explotación. Mañana, establecida la dictadura obrera para expropiar a la burguesía, esa explotación concluye, y a la vez que esa dictadura impide todo intento de rebelión de parte de los individuos de aquella clase contra el nuevo orden de cosas, vigilará la conducta de las colectividades productoras para que todos sus individuos perciban el fruto de su trabajo. Y cuando la dictadura obrera desaparezca, las mismas colectividades garantizarán a cada individuo el producto de sus esfuerzos. Si el Sr. Coll supiese cómo funcionan las Sociedades obreras, no ignoraría que en ellas, sin fuerza material alguna, los individuos cumplen sus obligaciones. También sabría que en las Cooperativas fundadas sobre una base igualitaria ningún individuo se lleva más de lo que le corresponde. Un ejemplo, para que lo vea más claro el señor Coll. Figúrese que el periódico de que es propietario se lo hacen por un tanto alzado, que se reparten equitativamente: si alguno quisiera llevar más que los otros, los demás se opondrían y él tendría que someterse, [564] por carecer de fuerza con que mantener su pretensión. Pues esto, que ocurre en un trabajo o en taller, ocurrirá en una colectividad numerosa y en todo el mundo. Una sociedad que tenga por base la solidaridad humana está libre de todo acto que signifique despojo.

Ha dicho el señor Coll que la conquista del poder político por la clase trabajadora no es el triunfo de la democracia, sino el establecimiento de una oligarquía y no sé cuantas cosas más. Pero, ¿qué es democracia, señor Coll? Democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo; luego el Poder en manos del pueblo es democracia. Lo que le ocurre al señor Coll y a los demás políticos burgueses avanzados es que tienen o fingen tener una idea falsa de la democracia: suponen que los actuales poderes o los que tratan de crear dentro del régimen burgués dimanan del pueblo y a eso le llaman democracia; pero como el pueblo no está gobernado por sí mismo, no hay tal cosa. (El señor Coll: ¿De qué modo se gobernarán la burguesía y las demás clases?) Pero, señor Coll, si cuando triunfe el Socialismo desaparecen las clases. Esto, que es esencial, y se ha dicho y escrito muchas veces, no era necesario que yo lo repitiera. Y siento tener que adoptar

este tono, porque parece que me las echo de maestro en cosa tan elemental. La clase obrera no puede conquistar el Poder político sin arrebatárselo a la burguesía, y cuando lo haya conquistado, expropiará a ésta económicamente en beneficio de toda la sociedad. La clase burguesa, pues, desaparece, y sus individuos quedan en iguales condiciones que los demás; esto es, obligados a contribuir a la producción social, puesto que de ella van a consumir y disfrutar.

No hay que pensar que, triunfante el proletariado, obligue a manejar el azadón o la sierra a hombres a quienes esto sea penoso. Como no se trata de realizar venganzas, sino de concluir con irritantes privilegios y organizar la producción en beneficio de todos, los ex burgueses elegirán la profesión que sea de su agrado. Para esto se hallarán en excelentes condiciones, pues la instrucción y conocimientos que adquirieron [565] cuando formaban parte de la clase explotadora les permitirá elegir entre muchos trabajos. El triunfo, pues, de la clase obrera no engendrará despotismos ni tiranías de ninguna especie. Tales cosas sólo existen en la imaginación del señor Coll.

Puede ser que el señor Coll sostenga que los Gobiernos actuales son la representación de todos los ciudadanos. Si se refiere a la representación legal, estoy conforme, mas si se dice que a la representación real, lo niego. Como ha dicho muy bien Marx, los Gobiernos son los Comités administrativos de la burguesía, y por lo mismo tienen siempre que estar enfrente de la clase trabajadora y combatir cuanto ésta haga por redimirse. Por eso es un deber ineludible en la clase explotada hacerse dueña del Poder, no para crear nuevos privilegios, sino, como ya he dicho, para emanciparse y emancipar a toda la humanidad. En la sociedad burguesa nadie está libre, ni aun los ricos, de caer en las garras de la miseria. La clase capitalista puede habitar en suntuosos palacios, comer opíparamente, vestir bien, gozar de otra porción de comodidades y llevar una vida relativamente feliz: pero, aparte de los contratiempos de los negocios, que arruinan a muchos individuos, no puede crear ciudades para ella sola, no puede aislarse del mundo obrero y, por lo tanto, las enfermedades que se desarrollan en éste a consecuencia del hambre y de la total ausencia de la higiene, llevan la muerte y la desolación a las moradas de los poderosos. De lo dicho resulta que la revolución social además de dar la emancipación al obrero... (El señor Coll: La tiene garantizada el partido federal.) También me ocuparé de eso, señor Coll, Venía diciendo que la revolución social, además de dar la emancipación al obrero, emancipará a los burgueses que hoy no tienen garantizado el derecho a la vida. Voy ahora a probar que el partido federal admite el salario y, por consiguiente, que no quiere la abolición de clases. En el mensaje presentado al Congreso de Zaragoza se dice: “Esta Comisión, cumpliendo su encargo, ha estu [...]”²⁸.

[566] Téngase en cuenta que nada se dice aquí de emancipación obrera, que es el ideal del Partido Socialista. Si éste sólo aspirase a mejorar el estado de la clase trabajadora, su misión sería muy pequeña. Quiere, sí, aliviar algo los dolores que sufre el proletariado; pero es para que su cuerpo pueda resistir los medicamentos que exige su completa curación. Dícese igualmente en el mensaje que he citado: “Llevada de este pensamiento, cree que no haría poco la República federal que mañana se constituyera si procurase el desarrollo intelectual y moral de los jornaleros, garantizase la justa cifra de los salarios...”.

²⁸ Falta en el original.

Aparte de lo raro que resulta la afirmación de garantizar la justa cifra del salario, lo que acabo de leer dice bien claro que el partido federal mantiene el salario, y si mantiene éste, mantiene la causa de la esclavitud obrera y se opone a la abolición de clases. Si el señor Coll me prueba que el partido federal quiere suprimir el salario, no tengo inconveniente en declarar delante de cuantos me escuchan que estoy equivocado y que desconozco el programa de dicho partido. (El señor Coll interrumpe.) Señor Coll: Yo estoy demostrando ahora que el partido federal no quiere la emancipación de la clase obrera, y la interrupción que me hace envuelve otra cuestión, de la que me ocuparé también. (El señor Coll: Pero insisto en la misma objeción: ¿de qué va a vivir la clase trabajadora?) He dicho que responderé a eso. Sostengo, para concluir, el punto anterior, que el partido federal no se propone redimir de la explotación al cuarto estado, y que por eso mismo le combate el Partido Socialista, como combate a los demás partidos burgueses. Pregunta el señor Coll que de qué van a vivir los trabajadores dentro del régimen socialista. De su trabajo, que no será el trabajo embrutecedor de hoy. ¿Que actualmente falta ocupación para muchos? ¡Claro está, como que se obliga a otros a trabajar doce, catorce y dieciséis horas, además de restringirse el consumo por no dar a los obreros el valor de lo que producen! Pero cuando desaparezcan las instituciones burguesas desaparecerá todo eso, que son sus efectos, no habiendo holgazanes, ni jornadas largas, [567] ni nadie que carezca de lo necesario para la vida. El productor ganará entonces doble o triple que hoy con una jornada que no pasará de cuatro horas.

La sociedad presente, basada en el antagonismo de clases, necesita sostener grandes ejércitos, gastar muchísimos millones en material de guerra, arrancar a la producción millones de hombres, atender a la subsistencia de gran número de parásitos. Suprimido esto mediante la abolición de clases, el deber de trabajar será facilísimo de cumplir y habrá medios suficientes para que todos lo pasen bien. Sabido es que la riqueza aumenta todos los años; pero en vez de alcanzar a todos los individuos de la sociedad, quédanse con ella los menos, mientras que los más padecen una miseria aguda. Quítese la causa de este desequilibrio, transfórmense en propiedad social los medios de producción que aquéllos tienen en sus manos, y de los beneficios de la riqueza disfrutarán todos.

Nos ha dicho el señor Coll que el partido federal consigna en su programa la reducción de las horas de trabajo. También lo dije yo en el mitin que se dio en el pasado marzo. Pero si indica el programa del partido federal la reducción, esa misma vaguedad revela que se ha escrito para ilusionar a los obreros, no para llevarla a la práctica. Confirma esto que ni el jefe del partido federal ni los otros diputados de este partido han pedido en el Parlamento la reducción de la jornada de trabajo. ¿Nos va a decir el señor Coll que eso no se puede hacer ahora y que debemos esperar hasta que venga la República? Pues yo responderé que lo mismo que los diputados federales van a las Cortes a pedir rebaja en el Presupuesto, podían pedir, si de veras la quisieran, la jornada de ocho horas. Mas, ¿cómo han de hacer eso los jefes del partido liberal, si los patronos que militan en ese campo se coligan con los demás industriales y tratan de mala manera a los obreros que les piden la más pequeña mejora? Ni el partido federal, ni los otros partidos republicanos, ni ningún partido burgués puede querer de veras el mejoramiento de la clase trabajadora; y si alguna vez hacen algo favorable a ésta, será [568] por la presión que la misma ejerza sobre ellos.

Para que se vea la diferencia que hay entre los que defienden con sinceridad los intereses de la clase obrera y los que aparentan defenderlos, ahí está la conducta que observamos los socialistas. Nosotros decimos a los obreros que les importa mucho limitar a ocho horas la jornada de trabajo y no cesamos de trabajar ni de dar cuantos pasos son precisos para lograrla. La Manifestación de 1° de mayo, que tanto preocupa a los burgueses y tanto conviene a los trabajadores, obra es del socialismo, y está encaminada a conseguir aquella necesaria reforma.

Por otra parte, la jornada de ocho horas lo mismo puede obtenerse de un Gobierno republicano que de un Gobierno monárquico; todo depende de la presión que sobre ellos ejerza la clase trabajadora. El señor Coll ha afirmado que yo he combatido con preferencia al partido republicano federal. Eso no es exacto. Yo he combatido a todos los partidos burgueses y si he tomado por blanco más veces a los republicanos que a los monárquicos es porque aquéllos, sobre atacarnos con más saña, ni cumplen lo que han prometido a los obreros, ni se proponen llevarlos por derroteros de salvación.

¿He retado yo a este debate al señor Coll? No. ¿Es el señor Coll monárquico? Tampoco. Y, sin embargo, el señor Coll, republicano, ha venido aquí, no ya a defender sus ideas, sino a atacar las del Partido Socialista. Procedemos, pues, nosotros acertadamente al considerar como enemigos a los republicanos y al decir a los trabajadores que su puesto está en las filas socialistas. Republicanos han sido los que han dicho, y el señor Coll lo ha repetido aquí hoy, que nosotros hacemos la causa de la monarquía. ¡Error gravísimo! Dígame el señor Coll: ¿a dónde van los elementos que restamos a los partidos republicanos? ¿Van a las filas monárquicas? No; vienen al Partido Socialista, que es el verdadero revolucionario. ¡Desdichada la monarquía si creyera que el Socialismo hace su causa! Señor Coll: Somos nosotros, ha sido el Socialismo el que en las montañas de [569] Vizcaya ha traído a las filas revolucionarias a hombres que habían empuñado las armas en favor de don Carlos; somos nosotros los que, en Burgos, hemos traído a las mismas filas a muchos que militaban en las del carlismo; somos los socialistas los que queremos dar a la iglesia el golpe de muerte, no pidiendo únicamente su separación del Estado, sino la confiscación de sus bienes, que le sirven para mantener la ignorancia y el fanatismo.

Nuestra conducta y nuestras soluciones son opuestas a toda reacción. La Manifestación de 1° de mayo, ¿favorece a las ideas revolucionarias? No. Por el contrario, uniendo a la clase obrera, fortificándola, dándole conciencia y disciplina, la pondrá en condiciones de acabar con todas las dinastías y con todos los reyes, lo mismo con aquellos que viven en palacios que con los que en el taller tiranizan a los obreros.

No podremos marchar de acuerdo con los partidos republicanos porque nos lo vedan nuestros principios. ¿Cómo hemos de ir juntos el señor Coll y yo cuando él entiende que la transformación de los medios de producción en propiedad colectiva es una oligarquía, una esclavitud y una desdicha? ¿Cómo hemos de ir unidos si ha venido aquí a atacar las ideas socialistas? ¿Cómo hemos de ir del brazo con los partidos republicanos si todos ellos, al pedirles nosotros que arrojasen de sus filas a los patronos que no guarden consideración ninguna a sus obreros, no nos harían caso o nos darían una mala respuesta? Mirad cómo se trata a los obreros en una República federal. (Lee el reglamento de una fábrica de aserrar madera en Buenos Aires, donde se impone a los trabajadores condiciones por todo extremo vejatorias.)

En Francia, la República no ha suprimido la libreta o cartilla que se exige a los obreros en las fábricas, y en la cual basta que un patrono ponga cierta señal para que el obrero despedido no sea admitido en otra fábrica. Tan infame es esta exigencia, que el Partido Obrero Francés ha consignado en su programa la supresión de tal libreta. No; los socialistas no pueden marchar de acuerdo con los partidos republicanos que [570] dejan en pie la causa fundamental de la explotación y la miseria. Y si eso no nos lo hicieron ver los principios que sustentamos, nos lo diría la guerra sañuda e implacable que nos hacen los partidos republicanos.

El señor Coll, en el artículo en que me retaba a discutir, dijo que mi afirmación de que los accionistas no eran necesarios a la producción constituía el mayor disparate del siglo XIX. Yo sostengo que ese dicho del señor Coll es un error mayúsculo. En las minas, en los ferrocarriles, en las fábricas y en todas partes donde haya que realizar un trabajo, son necesarios, son indispensables los obreros, ya sean intelectuales o manuales, pero el accionista, no. Este ni aprieta un tornillo ni extrae una onza de mineral, ni hace ningún otro servicio útil. Toda su tarea queda reducida a echarse al bolsillo lo que otros producen; no es más que un parásito.

Voy a terminar respondiendo a lo que dejan ha dicho el señor Coll en su periódico. En primer lugar, al manifestar que se hallaba dispuesto a discutir conmigo, indicó (respondiendo a lo que yo dije aquí de que tenía precisión de regresar a Madrid y no podría volver inmediatamente por carecer de recursos) que él salvaría esa dificultad, y que si bien “los burgueses eran ricos” – generalmente los burgueses son ricos o si no, no les cuadra tal nombre– él atendería a los gastos de mi viaje mediante la condición de venir en coche de tercera y de alojarme en una modesta casa de huéspedes.

Esto no se dice a nadie. Quizá privadamente podría tratarse de la forma en que había de hacer el viaje y la casa en que había de alojarme; pero decir eso públicamente un hombre que se llama demócrata, es casi inconcebible. Mi cuerpo, señor Coll, es tan bueno como el de usted para viajar en coche de primera, y merece tan buen trato como el suyo; si mi posición económica me obliga a no dárselo, no estaba en usted, que se las echaba de rumboso, el exigírmelo. Y ahora voy a algo más grave. Al empezar su discurso el señor Coll me llamó digno. ¿A qué concepto he de atenerme, a ése o a otro [571] que voy a leer, y que ha publicado *La Voz Montañesa*? Comentando un suelto en que me llamaba vividor un periódico republicano, decía *La Voz*:

“Pues velay, no deja de haber obreros que le hagan caso a Iglesias, a pesar de los treinta reales diarios que le pagan por la propaganda, gastos de viaje, fonda, etcétera, etcétera, y la suscripción al periódico *El Socialista*, que también explota. ¡Pues no faltaba más que disfrutando de una brevita tan sabrosa y comida tan holgadamente, apoyara el compañero Iglesias a los republicanos, sabiendo que la pierde el día que triunfen!”.

Si el señor Coll cree que soy lo que se desprende de las anteriores líneas, no debe considerarme digno, y si entiende que lo soy, no ha debido escribirlas; les ocurre a los republicanos con sus jefes lo que a los monárquicos con su institución: no se les puede discutir. Cuando yo he hablado de los prohombres republicanos, me he referido siempre a las doctrinas que sustentan a sus actos políticos; pero jamás les he dirigido insultos. Eso es lo que se debe hacer, porque eso es lo noble y lo digno. Yo no soy Pí, ni Castelar, ni Salmerón, ni Zorrilla; pero soy un trabajador tan honrado como ellos, y es una infamia, un acto miserable el llamarme

vividor.

Aunque me duele que se diga eso de mí, yo nada respondería si no afectase a la honra de mi Partido; mas como, aunque poco, esas calumnias pueden perjudicar, no quiero dejarlas sin respuesta. Yo vivo en Madrid ganando seis duros a la semana por escribir *El Socialista*, llevar la correspondencia del Partido y hacer otros trabajos; es decir, por trabajar más horas que cuando iba al taller. Testigos: todos los que pelean allí por las ideas socialistas y acaso algunos que aquí me escuchan. Cuando viajo percibo únicamente la dieta señalada para los delegados a los Congresos de nuestro Partido: treinta reales. Y si se tiene en cuenta que con esta cantidad hay que costear gastos en la población donde se reside y en aquella a donde se va, nadie que razone [572] y proceda de buena fe puede decir que al cobrar tal salario exploto a mi Partido o a la clase trabajadora. Tampoco exploto *El Socialista*, porque este no es propiedad mía, sino del Partido, y está administrado por la Agrupación Socialista Madrileña. Yo reto al señor Coll a que pruebe que yo he dicho cosas análogas a las que acabo de rectificar de los jefes de los partidos republicanos.

Importa tanto desmentir semejantes calumnias, cuanto que la clase obrera, a medida que progresa en fuerza y organización, necesitará tener otros hombres en las condiciones que yo estoy, y si diese oídos a esas falsas imputaciones, se perjudicaría a sí misma. Si yo antes trabajaba para un burgués y ahora trabajo para mi clase, no hay duda ninguna de que ésta sale beneficiada. Y para poner punto a esta cuestión, diré al señor Coll que cuando vaya a Madrid puede convencerse por sí mismo de que es falso lo que de mí ha dicho su periódico. Con poquísimo trabajo le es dable enterarse en qué casa habito, cuánto gasto en comer y cuáles son mis costumbres. El señor Coll terminó su discurso excitándome a que meditase bien lo que aconsejara a los trabajadores, para que éstos no fueran por mal camino. Tendré en cuenta su excitación. Yo he de terminar el mío recomendando al señor Coll que, ya que se muestra dispuesto a combatir las doctrinas socialistas debe estudiarlas, pues hoy ha demostrado aquí que apenas las conoce.

Rectificación

¡Trabajadores y señores! Siento molestaros de nuevo, pero no tengo más remedio. El señor Coll no se ha querido convencer de la diferencia que hay entre los ataques que me han dirigido a mí los periódicos republicanos y los que yo he dirigido a los prohombres de esos partidos.

Cuando yo he combatido al señor Pí, me he referido a sus doctrinas, a su conducta en el Parlamento y a sus apreciaciones equivocadas acerca del Socialismo revolucionario; pero de mis labios no ha salido ninguna [573] palabra que pueda afectar a su honradez. Y lo mismo afirmo respecto a Salmerón, Zorrilla y Castelar. Por ser jefes de partido, me he ocupado de ellos, no habiéndolo hecho nunca en otro sentido. Yo habría ofendido a esos hombres si hubiera dicho que Pí, al propagar las ideas federales, lo hacía con el propósito de vivir a costa de sus correligionarios; que Salmerón iba de acá para allá explotando a los suyos y que Castelar y Zorrilla hacían dos cuartos de lo mismo. Pero yo no he dicho nada de eso, mientras que a mí se me ha llamado vividor, y vividor es el que vive engañando a alguien, o el que defiende tales o cuales doctrinas sólo con el objeto de comer.

Que digan de mí que soy un loco, que defendiendo principios erróneos, que nada de cuanto afirmo es verdad, no ataca mi reputación; mas cuando se dice, sin pruebas, que yo exploto a los

obreros, y que vengo aquí o voy a otra parte sólo por recibir treinta reales o por el placer de viajar, se me ofende, se me calumnia vilmente. Si el señor Coll no lo entiende así, a pesar de resaltar bien la diferencia, peor para él; pero yo tengo la seguridad de que el obrero menos instruido sabe distinguir unos ataques de otros.

Ha manifestado el señor Coll que para ganar a los obreros excito sus sentimientos. Esa es una suposición gratuita del señor Coll. Yo podré hablar con más o menos vehemencia; pero procuro siempre llevar el convencimiento al ánimo de mis compañeros y de cuantos me escuchan. No somos los socialistas los que queremos arrastrar a los trabajadores hiriendo las fibras del sentimiento; quienes han hecho eso han sido los republicanos y demás políticos burgueses, los cuales, viendo en los obreros no más que simples auxiliares de lo que a ellos les convenía realizar, sólo han pensado en alucinarnos. Nosotros, por el contrario, sabiendo que el mejoramiento y la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos, procuramos enseñarles cuanto es preciso para realizarla; pudiendo asegurar que, por virtud de esta enseñanza, conocen mejor los obreros socialistas los ideales que sustenta su partido que los obreros [574] republicanos los del suyo.

De lo que ha dicho el señor Coll parece deducirse el deseo de que le dé completamente planeada la sociedad futura. Eso no puede ser. Si tal hiciéramos los socialistas, caeríamos en el campo de la utopía. Lo que nosotros presentamos es la base, los cimientos, las líneas principales de la sociedad comunista, y en cuanto a esto, seguro estoy de que, no el señor Coll, sino hombres que tengan la elocuencia de Demóstenes, no podrán demostrar que estamos equivocados.

¿Que quién va a dar mañana el salario?, pregunta el señor Coll. Nadie; porque el salario no existirá mañana. El salario es la cantidad que da el patrono al obrero por que éste trabaje para él tantas o cuantas horas al día. Desde el momento, pues, que no haya hombres que puedan comprar la fuerza de trabajo de otros, el salario no existe. ¿Que de qué vivirá el trabajador? Ya lo he dicho; del producto de su trabajo, que entonces percibirá íntegro.

También ha preguntado el señor Coll qué es lo que va a hacer el fabricante cuando se hayan transformado en propiedad social los medios de producción. Pues trabajar como los demás, en vez de vivir, como antes, de lo que otros trabajan. Hecha la transformación que nosotros queremos, todos, todos seremos copropietarios de los instrumentos de trabajo y, por lo mismo, nadie podrá explotar a otro. La propiedad colectiva no es la propiedad comunal. En la propiedad comunal cabe la lucha entre unas y otras colectividades; en la propiedad colectiva o social eso es imposible. No me extraña ese error del señor Coll porque también le contiene el mensaje a la Asamblea federal de Zaragoza. No debe pasar cuidado el señor Coll por la existencia de los burgueses cuando triunfe el proletariado; medios hay hoy, y mejor los habrá entonces, para satisfacer las necesidades de todos; así es que no se les pondrá a dieta.

Triunfante el cuarto Estado, se organizará debidamente la producción entregando a las colectividades productoras, no en propiedad, sino para que realicen aquélla, los respectivos instrumentos de trabajo. (El señor [575] Coll: ¿Y el salario?) Si no hay salario, señor Coll, sino el producto del trabajo. (El señor Coll: ¿Y cómo va a determinarse el valor?) ¿Acaso no se determina ya hoy? (El señor Coll: Sí; por la concurrencia.)

Por la concurrencia la mayor parte de las veces, pero no siempre, pues engendrando la

conurrencia el monopolio, el valor entonces le determina éste.

Como en la sociedad comunista la concurrencia desaparece, el valor de las cosas se determinará por el tiempo de trabajo que exija su producción. Si con diez mil horas de trabajo diario se produce lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos, la parte de ese tiempo que corresponda trabajar a cada individuo le dará lo suficiente para vivir. En aquellos trabajos que sean más penosos o arriesgados que los demás, cabe aminorar el tiempo; por ejemplo, la hora de trabajo del marino, del minero o del productor de otra profesión análoga puede equivaler a dos horas o más del trabajo del carpintero, del zapatero, del tipógrafo, etcétera.

Cuanto a la compensación que tendrán los sabios en la sociedad que nosotros queremos, será mucho mayor que la que tienen en la de hoy. Por de pronto, en la sociedad presente, los sabios que no unen a esta cualidad la de industriales, generalmente son explotados y viven en la pobreza, pues sus inventos o descubrimientos, comprados por los que tienen en sus manos el capital, enriquecen a éstos. Si Edison es rico, lo es, no por sabio, sino por ser industrial. Por otra parte, la cualidad dominante en los sabios no es la de atesorar, ni la de disponer de grandes capitales, sino la de saber cada vez más, y la de realizar trabajos beneficiosos a sus semejantes.

En la sociedad comunista los sabios, no solo tendrán garantida la satisfacción de todas sus necesidades materiales, sino que dispondrán de cuantos medios necesiten para verificar sus estudios y hacer sus experimentos. Por rico que sea hoy un sabio, y repito que generalmente no lo son, ¿podrá tener jamás a su disposición tanto material científico como [576] el que puede proporcionarle la sociedad entera? De ningún modo. Y por lo que respecta a la estimación y al aprecio de sus conciudadanos, no puede ser mucho el que les tenga una sociedad compuesta en su mayoría de ignorantes, mientras que ha de ser extraordinario el que sienta por ellos una sociedad como la comunista, donde todos serán instruidos.

El señor Coll ha insistido en el error de tomar la segunda parte del programa socialista como consecuencia de la parte que comprende la aspiración. Muy seriamente ha dicho que la primera es la síntesis y la según da el desarrollo. ¡Qué ha de ser! La jornada legal de ocho horas y las demás medidas de carácter económico no son desarrollo de la aspiración socialista, sino medios para mejorar hoy a la clase trabajadora.

Se equivoca el señor Coll al decir que la Revolución francesa fue el triunfo de la democracia. Quien allí triunfó fue la clase media, la burguesía. También se equivoca al afirmar que el fruto de aquella revolución se perdió con el imperio. No hay tal cosa. Ni el Directorio, ni el Imperio ni la Monarquía destruyeron la obra de la revolución del siglo pasado. Varió, sí, la forma de Gobierno, pero quedó en pie el dominio de la clase media. Los verdaderos demócratas somos nosotros los socialistas, no los individuos que constituyen los partidos burgueses, sean o no avanzados. Esos partidos representan la mesocracia o clase media, y sólo podrá decirse que la democracia existe cuando el pueblo ocupe el Poder.

No es exacto que en Alemania e Inglaterra los socialistas marchen unidos a los republicanos. En Alemania no existe partido republicano, y yo reto al señor Coll a que cite los nombres de los diputados republicanos que, según él, hay en dicho país. Estoy seguro de que no cita uno siquiera. El millón y medio de votos que han llevado al Parlamento alemán a treinta y seis diputados socialistas pertenecen por completo a los demócratas socialistas, no a individuos

de ningún partido burgués. De un modo general, en ningún país, absolutamente en ninguno, los socialistas se han unido a los republicanos.

Dice el señor Coll que el Socialismo niega la personalidad humana, [577] y que los partidos llamados democráticos proclaman los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Vuestra libertad es la libertad de explotar al trabajador. (El señor Coll: No en la República.) En todas partes donde hay república federal existe la libertad de explotar al hombre, puesto que existe el régimen de salario, y aquí ocurriría lo mismo, porque defendéis igual régimen.

¡Libertad hoy! El trabajador que quiere hacer uso de ella en época de elecciones encuéntrase asediado por la miseria, la ignorancia y la imposición del patrono, que le obliga a votar lo que él quiere. La igualdad ante la ley, que es vuestra igualdad, es una mentira. Mirad los presidios, a ver cuántos burgueses hay en ellos. Y no se diga que sólo los trabajadores cometen los crímenes, porque eso es falso.

¡La fraternidad! ¿Cabe afirmar que existe tal cosa en la sociedad presente, donde se mantienen inmensos ejércitos? (El señor Coll: Contra los republicanos.) No; contra los trabajadores. Francia tiene República, y sin embargo, su ejército es considerable. Vuestra fraternidad es la guerra, y jamás podrá ser otra cosa, por no querer la abolición de las clases.

No es el Socialismo, sino la sociedad capitalista, quien niega la personalidad humana. En ella el patrono hace del obrero adulto un esclavo; en ella la miseria lleva a la mujer proletaria al lupanar para que venda su cuerpo por unas cuantas monedas; en ella la sed de ganancias envía al hijo del trabajador a morir en el engranaje de una máquina. El Socialismo, sólo el Socialismo, suprimiendo todo esto, destruyendo las causas que engendran semejantes crímenes e infamias, hará que la personalidad de todos los seres humanos no sea desconocida ni anulada por nadie. Ha vuelto a decir el señor Coll que nosotros quitamos fuerzas a la República y se las damos a la monarquía, pero incurriendo en una contradicción, cual es la de manifestar que los obreros que nos llevamos del campo republicano van al campo socialista. Pues si esto hacemos, no damos fuerza a la Monarquía, sino al Socialismo.

[578] El señor Coll lleva su injusticia con nosotros hasta asegurar que hemos impedido el triunfo de la República, y eso que debe estar al tanto de las verdaderas causas que han imposibilitado el advenimiento de ésta. Dígame el señor Coll: ¿Han tenido la culpa los socialistas de que al ocurrir la muerte de Alfonso XII los jefes republicanos estuvieran, como suele decirse, chupándose el dedo? ¿Es culpa nuestra que los federales hayan pegado a los zorrillistas, éstos a los posibilistas y salmeronianos, y que todos hayan andado a la greña? ¿Somos nosotros los que hemos alentado hoy tal coalición para hacerla fracasar mañana, y los que hemos inventado las diferenciaciones, la derecha, la izquierda y el centro de las fuerzas republicanas? No. Por consiguiente, no son los socialistas los que han impedido el triunfo de la República, sino los mismos republicanos con sus divisiones y rencores.

Y con este motivo conviéneme probar cuán infundado es el cargo que nos hacéis al decirnos que prometemos al pueblo cosas que no podemos cumplir, cuando si alguien hace eso, sois vosotros. Desde que triunfó la Restauración, no habéis cesado de decir a los trabajadores que ésta iba a ser derrocada. Han transcurrido bastantes años y vuestra palabra está incumplida. De dos, una: o habéis procedido con censurable ligereza, o habéis engañado al pueblo.

¿Es eso lo que hacemos los socialistas? No. Nosotros decimos a los trabajadores que su emancipación es posible, pero que para alcanzarle deben estudiar bastante, desplegar mucha actividad y organizarse bien. Les manifestamos, porque es exacto, que su triunfo no está muy lejano, mas nunca les hemos dicho que tendrá efecto tal o cual año. Más es: aun tratándose de las reformas inmediatas, por ejemplo, de la jornada legal de ocho horas, hemos afirmado que la alcanzarán cuando la fuerza obrera ejerza gran presión sobre los Poderes públicos; pero no nos hemos aventurado a decir que este año o el que viene. Véase quiénes proceden con más juicio y rectitud.

Y voy a lo último que ha afirmado el señor Coll, o sea que después [579] de nuestro triunfo tendrá que haber una clase privilegiada. ¿De dónde ha sacado eso el señor Coll? La solución que exige el problema social, y que la misma evolución histórica prepara, es una solución económica que no admite categorías ni privilegios. El privilegio tiene por base la propiedad privada de los medios de producción; mas al socializar estos y, por consecuencia, abolir las clases, aquél no puede subsistir; destruida la causa, el efecto desaparece. Además, cabe que en una sociedad donde impera la ignorancia puedan los más astutos o los más osados imponerse. Pero es completamente imposible donde la instrucción domine, como necesariamente ha de dominar en la sociedad comunista: porque cuanto más inteligente es el hombre, menos posible es hacer de él un esclavo.-
Pablo Iglesias.

Calle de Jardines. 20

En agosto de 1892 se reunió en Valencia el tercer Congreso del Partido Socialista, con 35 delegados representando a 32 Agrupaciones de las 35 que pertenecían a él. Entre los delegados, José Lorite, maestro de escuela de Linares, y Eduardo Varela, empleado de La Árboleda, luego fundador con Francisco Cadavieco de las organizaciones obreras y socialistas de Asturias, donde llegó por indicaciones de Pablo Iglesias. Quedó aprobado el programa municipal, y hubo además los siguientes acuerdos: “En las elecciones de diputados a Cortes, el Partido Socialista presentará candidatos en todas las localidades donde cuente con elementos organizados. En las elecciones parciales de diputados a Cortes y en las de diputados provinciales y concejales presentará candidatura únicamente en aquellos puntos donde tenga probabilidades de alcanzar un triunfo moral o material. Los candidatos deberán estar afiliados al Partido Socialista y serán presentados por las Agrupaciones. Serán excluidos del Partido socialista las Agrupaciones y los individuos que hagan pactos o alianzas con los partidos burgueses, salvo en los casos en que lo hagan por ignorancia. Asimismo serán expulsados de él los que voten o realicen trabajos a favor de cualquier candidatura burguesa, salvo en los casos en que lo hagan por ignorancia”. El Comité Nacional quedó formado del siguiente modo: Pablo Iglesias, presidente; Matías Gómez Latorre, vicepresidente; Francisco Diego, secretario; Andrés Cermeño, tesorero; Anastasio Natividad, Saturnino González e Isidoro Morato, vocales.

El tercer Congreso de la Unión General de Trabajadores se reunió en en Málaga el 15 de octubre de 1892, donde Rafael Salinas luchaba bravamente en un ambiente hostil. El Comité Nacional continuaba en Barcelona, pero ya no le presidía García Quejido, ausente de la capital catalana por falta de trabajo, ocupando su puesto José Comaposada, zapatero, y actuando de secretario Sebastián Llesuy, litógrafo. Pablo Iglesias representó a varias Secciones, además de las pertenecientes a la Federaciones.

[581] En Madrid, septiembre de 1892, se reunió el sexto Congreso de la Federación de Tipógrafos, que seguía presidida por Iglesias, asistido por Atienza, Bermejo, Simal, Polo, Nafarrate y José Fernández. Remigio Cabello de Valladolid, y Pedro Lucio, de Burgos, iniciaron aquí su labor de apostolado entre los gráficos, identificados con Pablo Iglesias. Examinada la gestión del Comité Nacional, quedó aprobada, como lo había sido en el de la Unión General, por unanimidad.

El 1º de junio de ese mismo año se inauguró el primer Centro Obrero en Madrid, calle de Jardines, 20, donde estuvieron domiciliadas la Agrupación Socialista, Arte de Imprimir, Montepío de Tipógrafos, Federación Tipográfica, Carpinteros de taller, Albañiles, Curtidores, Marmolistas, Zapateros, Estuquistas, Decoradores de papel, Encuadernadores, Hierro, Doradores, Carpinteros de armar, en total, 15 Sociedades con 2.505 afiliados. En la adaptación de los locales del Centro Obrero, donde se celebraron Congresos y reuniones de importancia, trabajaron benévolamente afiliados a las entidades de la construcción, y una placa, que después figuró en la Casa del Pueblo, lo recordaba. En este Centro Obrero se reunió el sexto Congreso de la Federación de Tipógrafos.

¡Gran año de actividad y de novedades para Pablo Iglesias el de 1892! Intervino en los tres Congresos de las organizaciones nacionales que sostenían la Unión General de Trabajadores, el Partido Socialista y la Federación de Tipógrafos, estas dos últimas presididas además por él. Hizo campaña de propaganda en ocasión de reunirse esos Congresos, recorrió parte de Asturias, habló en La Coruña y tomó parte en un acto de controversia en Santander –ya había tomado parte asimismo en otro idéntico en Mataró– aunque los socialistas no eran partidarios de ese sistema, pero tampoco podían rehuirle en ciertos casos.

Como el Gobierno tenía prohibida la manifestación del 1º de mayo, hubo mitin en los espaciosos jardines del Buen Retiro, con enorme concurrencia. Se leyeron telegramas de entidades españolas y extranjeras, y mensajes remitidos por Guesde, Lafargue, Turati, Leonor Marx, Clara [582] Zetkin, Liebknecht y Bebel, entre otros. Hubo varias intervenciones, singularmente las de Iglesias y Vera levantaron oleadas de aplausos. “El 1º de mayo –dijo Iglesias– es el arma más formidable que el Socialismo ha inventado contra el mundo burgués”. He aquí frases de Vera:

“Yo no soy un obrero manual, pero concurre con mi trabajo a la obra de la producción, y he sentido las rudas fatigas del trabajo intelectual, tal vez más doloroso que el vuestro. Tengo, pues, derecho a llamarme trabajador. Y estoy a vuestro lado con el corazón y con el cerebro. Si en esta manifestación universal sólo se pidiese la jornada de ocho horas, aún me tendríais a vuestro lado; pero representa más, representa la tremenda, la pavorosa cuestión social, y en este pleito sólo pueden permanecer indiferentes los tenderos, no los hombres de razón y de inteligencia. El Socialismo dejó ya de ser una idea tan generosa como vaga para revestir los caracteres de un hecho tan ineludible como una ley física, y por vez primera se da en la historia el hecho de la confluencia de obreros manuales e intelectuales que buscan una redención común. Unidas la fuerza y la inteligencia, el triunfo es seguro, porque la burguesía sólo podrá oponernos fuerza comprada e inteligencias corrompidas. Hay que arrasar el baluarte de las preocupaciones sociales que defiende aún a los burgueses, lo que se logrará con la propaganda; y hay que luchar contra los intereses, empleando para ello la fuerza, puesto que con la fuerza los defenderán. Y yo lamento que el Socialismo, que es todo humanidad y amor, tenga que apelar aún al derramamiento de sangre; mas ello parece imponerse fatalmente, y nosotros no podemos abandonar los derechos del cuarto Estado, ni el afianzamiento de la civilización. El triunfo no está tan lejano, no, trabajadores, como por ahí se dice, para las generaciones venideras; trabajamos para la generación actual”.

Graves sucesos en la campaña jerezana, hasta el extremo de ser agarrotados al grito de ¡Viva la anarquía! cuatro campesinos en una plaza pública de Jerez de la Frontera. Cuando se cumplió esa sentencia de muerte –dieciocho fueron condenados a cadena perpetua–, Pablo Iglesias [583] escribió: “Cuatro trabajadores han sido inmolados en Jerez a la barbarie capitalista. Al lanzar nuestra maldición contra un régimen cuya principal garantía es el verdugo, firmes en la virtualidad de nuestras doctrinas, sin desmayar en la defensa de las mismas –antes al contrario, hoy con mayor fe que nunca–, hemos de redoblar nuestro esfuerzo para apartar a los trabajadores de senderos equivocados, que, lejos de conducirlos a la meta de sus aspiraciones, los llevan inermes a las garras de la bestia capitalista”. Martirios en Montjuich, deportaciones, bombas en Barcelona. Cánovas, desgastado entre sus propias huestes, no pudo evitar que Silvela le clavara con una frase

en plenas Cortes, viéndose obligado a dar paso de nuevo a Sagasta, quien escogió a Maura, cuñado de Camacho, para que por primera vez luciera la casaca de ministro liberal, no siéndolo. Las inmundicias en el Ayuntamiento de Madrid dieron lugar a que hubiese en la capital de España una manifestación pública de la que fue principal actor el marqués de Cabriñana, contra el cual apelaron a todos los amigos de Romero Robledo, amparadores de *Pepe el Huevero* y su banda municipal. Los catalanistas que en 1887 habían fundado la Liga de Cataluña, en 1892 lanzaron las Bases de Manresa, que en su momento recogió Cambó, manejándolas con su habitual desenvoltura. Primera obra teatral de Galdós, *Realidad*, representada en el teatro de la Comedia de Madrid por María Guerrero y otros actores. Después siguieron *Ángel Guerra* y, con mayor éxito, *La loca de la casa*. Enrique Chicote, empresario del teatro Romea. En julio de ese año Menéndez Pelayo publica *Los Heterodoxos* y desde Santander escribe a su amigo Laverde: “¿Creerás que a estas horas, ni en bien ni en mal, ha escrito nadie una letra sobre tal libro, ni siquiera para decir que se ha publicado? Los krausistas, los periodistas y demás alimañas han recurrido a la estratagema del silencio y todavía ninguno de ellos ha roto la consigna. Los antiguos se callan también, quizá porque dije, o procuré decir, la verdad a todos”. Los antiguos eran los neos, reservando lo de alimañas para los de la Institución Libre de Enseñanza.

[584] El 16 de mayo de 1892, Ruiz Zorrilla, en Bruselas, lanza un manifiesto, uno de los últimos de su vida política, esta vez inspirado en los problemas sociales. “La cuestión obrera – dice– es universal: existe en todos los pueblos, afecta a todas las clases, preocupa a todos los Gobiernos y a todos los pensadores, y no hay quien en los países civilizados, desde el Pontífice hasta el último de los obreros, no busque o no reclame una solución al problema, porque se trata de la forma de la producción, de la distribución de lo producido y como consecuencia de la gran lucha entre los que creen que no es siempre justo lo que es legal y los que proclaman que todo lo que hoy vive y existe a la sombra de la ley es sagrado y debe defenderse con la fuerza”.

En junio de 1892 se puso en marcha la Sociedad de Encuadernadores, en Madrid. Al principio estuvieron en ella los petaquistas, en mayoría mujeres, que se organizaron por separado. Espinosa, Seijas, Enebra, Pérez Polo, Carrasco, Villoría, Antequera, Luis Díez, Montejo, Arenillas, entre otros, lucharon durante años en esta entidad. Se publica en Palma de Mallorca *Bandera roja*, periódico socialista, anticipo de *El Obrero Balear*. Debate sobre temas sociales en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, presidida por Canalejas. Intervino Jaime Vera, de cuya conferencia emitió el siguiente juicio Ganivet: “A la Academia de Jurisprudencia fui dos o tres veces, y me retiré por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz. El único hombre de talento a quien oí discurrir entre tantos abogados era y es –cosas de España– un medico, el doctor Jaime Vera”. Felipe Trigo fue afiliado al partido Socialista y en el Congreso de Bilbao representó a una Agrupación Socialista. Autor de un artículo, “El ladrón y la prostituta”, fue publicado en *El Socialista*; Iglesias, director del semanario, se hizo responsable, siendo procesado. Sin pedirlo, su proceso fue incluido en una amnistía. No sabemos si Felipe Trigo lo recordaría alguna vez. Pablo Iglesias hizo propaganda societaria y socialista durante 1892 en Asturias y Galicia. Interviniendo en un mitin en La Coruña, fue [585] interrumpido por anarquistas, pero consiguió imponerse y arrancar aplausos del público. Dio conferencias en Gijón, Oviedo, Sama y Mieres. Por entonces comenzó también allí su actuación Eduardo Varela. *El Socialista* publica en folletón *El Manifiesto Comunista*, traducido por Mesa. Rubén Darío llega a

España por primera vez. G. Hauptmann, escritor alemán, se populariza con el drama *Los tejedores*. Se inaugura la estación de Atocha en Madrid. Se inicia la telegrafía sin hilo.

En 1892, en Francia, se fija la jornada legal de trabajo en doce horas. El Partido Obrero conquista veintinueve ayuntamientos entre otros, Marsella, con Flassieres; Roubaix, con Carette; Montluçon, con Dormoy. En total, 736 concejales, con 160.000 votos. ¡Gran fecha para Guesde y Lafargue! Así se explica lo que Engels escribió a Lafargue el 12 de noviembre de este año: “Si se hubiera sabido utilizar el sufragio universal, ved qué admirable arma hay en él, desde hace cuarenta años. Es más lenta y más fatigosa que el llamamiento a la revolución, pero es diez veces más segura, y lo que vale más, eso os indica con exactitud irrefutable el día en que será necesario apelar a las armas; hay diez contra uno a favor de que el sufragio universal, utilizado inteligentemente por los obreros, estimulará a los dirigentes a derribar la legalidad, es decir, a ponerlos en la situación más favorable para hacer la revolución”. Engels frenaba, educaba sería mejor, a Guesde y Lafargue en verdadero sentido marxista, librándoles hasta donde podía de la ilusión revolucionaria inmediata.

Septiembre de 1892, reunión del décimo Congreso del Partido Obrero francés en Marsella, con presencia de Anseele y Liebknecht. Aristides Briand propone que el Congreso Socialista Internacional próximo a reunirse en Zurich acuerde la huelga general contra la guerra. No tardando, Briand, jefe de Gobierno, utilizará todas las armas del régimen burgués para romper una simple huelga de ferroviarios en Francia. ¿No debiera desconfiar siempre el movimiento obrero de los revolucionarios de opereta?

[586] Marzo de 1892, Sala de Geografía de la Sorbonne de París —donde intervino en el primer acto público organizado por el Grupo socialista español en la capital francesa, después de su liberación—, controversia entre P. Lafargue y G. Dumoulin, fundador de la Liga antisocialista; gran discurso de Lafargue, editado en folleto con el título *El Comunismo y la evolución económica*. El mismo autor publicó *Catecismo de los trabajadores*, que dio lugar a que Felipe Carretero, en Bilbao, editase otro con el título *Catecismo socialista*, del que se hicieron cinco ediciones. Engels se irrita contra Lafargue en 1892 porque no saca fruto de la campaña surgida en Francia por el escándalo de Panamá, donde aparecieron complicados altos personajes. Se celebra en Génova el Congreso del Partido Socialista Italiano; fueron distritos agrarios los que dieron cinco diputados a los socialistas italianos. En julio son elegidos nueve diputados en Inglaterra. La Universidad de Chicago funda la primera cátedra de Sociología en el mundo. En diciembre de 1892 se funda la Agrupación Socialista de Buenos Aires; su primer periódico lo titulan *El Socialista*, todo ello de origen español.

Fallecieron en 1892: G. Garibaldi, revolucionario italiano; Manuel Silvela, jurista y político; Enrique Mérida, pintor; A. Tennyson, poeta inglés; Ernest Renán, escritor e historiador francés. “Mi plan de vida estaba hecho para vivir siempre. Muerte absurda, protesto contra ella. Muero en la comunión de la Humanidad y de la religión del porvenir”. En España un grupo de escritores y políticos liberales le dedicaron un homenaje.

“Todos los Estados modernos tienen necesidad de extenderse. Con mayor comodidad lo hacen los Estados Unidos, que prácticamente tienen a su disposición toda América e Inglaterra, que puede ensanchar ininterrumpidamente [587] su campo de acción por su dominio marítimo

sobre colonias transoceánicas. En peor caso se encuentran los Estados del continente europeo, que tienen tanto como los otros necesidad de un continuo ensanchamiento, pero se encuentran enclavados junto a otros y ninguno puede extenderse sin destrozar a uno de sus vecinos, semejantes a él. La política colonial de estos Estados ayuda solo en modo insuficiente a la necesidad de expansión de su producción capitalista. Esta es una de las causas más poderosas del militarismo, que amenaza transformar a Europa en un campo de batalla en el que se aplasten los Estados de nuestro continente. Dos caminos son posibles para salir de esta situación insostenible y atender a las necesidades de extensión de nuestra vida económica: una guerra mundial que aniquile a algunos de los Estados europeos existentes, pero agotando a los otros profundamente, o la reunión de ellos en una Liga de Naciones que pueda encarrilarlos hacia una unión aduanera”.- Carlos Kautsky, genial previsor de la Sociedad de Naciones, en *El Programa de Erfurt*, junio de 1892, Stuttgart.

Apostóles humildes

“En mi retina quedaron para siempre imágenes de abnegados luchadores que, entre increíbles sacrificios, abrieron paso a las reivindicaciones proletarias. ¡Magnífica legión de apóstoles la de los hombres sencillos que en aquellos durísimos tiempos predicaban el ideal socialista! Entre las imágenes recordadas destacábase la de Eduardo Varela. El sentimiento de clase entre los jornaleros de las minas de Vizcaya lo despertó Varela. A un asalariado de entonces le habría resultado imposible la perseverancia que tanta empresa exigía, porque el boicot patronal se la hubiese impedido, expulsándole, por hambre, de la cuenca de Triano. Varela no era un asalariado; tampoco capitalista, ni perteneciente a la clase media. Dedicábase a vender novelas por entregas y libros a plazo. Todo su capital encerrábase en un lío de lienzo, repleto de cuadernos [588] literarios, folletos filosóficos y tomos de historia. Con el fardo a cuestas, y apoyándose en recia cavacha, subía desde Somorrostro, Pucheta y Ortuella, a Gallarta, Labarga y La Arboleda, y aún ascendía hasta las altas cumbres de Sopuerta y Galdamés, peregrino del Socialismo.

Cada visita suya a aquellos sórdidos barracones donde, para consumir su explotación, se albergaba forzosamente a los trabajadores, convertíase en aleccionadora conferencia a cargo del errabundo librero. Candiles humeantes alumbraban la escena. Abiertos así los primeros surcos, Varela esparció luego la simiente de su palabra germinadora desde tablados, ventanas y balcones en las plazas de aquellas barriadas rojas; rojas como los montes que se agujereaban y achataban al serles arrancadas la rica vena; rojas como los escombros, que, creciendo, formaban colinas nuevas con el apiñamiento de tierra inservible; rojas como los lavaderos de mineral, donde el agua parecía sangre.

Frecuentemente coincidían en cañadas y vericuetos el librero peatón y un mercero ambulante que, algo más holgado de recursos, cargaba telas y quincalla sobre los lomos de cansino mulo. Juntos seguían camino, departiendo, no sobre negocios, sino sobre ideas. Aquel mercero, Facundo Alonso, elegido por los trabajadores de La Arboleda, fue el primer concejal socialista de San Salvador del Valle y uno de los primeros ediles del Partido Socialista en España. Más tarde, Varela pasó de Vizcaya a Asturias y allí recorrió los negros valles hulleros con igual comercio y el mismo afán catequista. En Asturias una terrible dolencia le deja sin vista. Ya no

podía ir solo a repartir entregas y vender folletos, pero aún era útil para la propaganda y no hubo pueblo carbonero donde no encontrara eco la palabra fogosa del tribuno ciego. Valdrán mucho los sabios teorizantes que, cual Carlos Marx y Federico Engels, levantaron los cimientos del Socialismo científico; pero para mí son más admirables los humildes apóstoles que, como Eduardo Varela, entregaron cuerpo y espíritu a una propaganda que entonces tenía por premio miserias y cárceles”.- Indalecio Prieto.

[589] *Conciencia de clase*

“Lo que interesa a los trabajadores no es hacer muchas huelgas y que de ellas se pierdan la mayor parte, como necesariamente ha de ocurrir, por ser muchos los huelguistas que reclaman socorro, sino hacer las menos que puedan, ganando el mayor número. No acreditan conocimiento de sus intereses los obreros que apelan a la huelga frecuentemente; revelan juicio y estudio de su situación los que las hacen de tarde en tarde.

Con las prescripciones indicadas logrará la Unión General que las Sociedades que la forman hagan menor número de huelgas y tengan en caja mayores cantidades que las que tienen hoy, pudiendo entonces sostener las que se declaren en buenas condiciones y con probabilidad de triunfo, o aquellas otras imposibles de eludir e impuestas por los patronos. Empleando esa táctica, la organización obrera obtendrá muchas mejoras sin necesidad de apelar siempre a la huelga, como obtienen las naciones mejor armadas cuanto quieren de las que están peor, sin acudir en todos los casos a la guerra.

La Unión General de Trabajadores, con todas las federaciones de su índole, se constituyó para procurar el auxilio mutuo entre las Secciones en caso de huelga; pero no pudo crearse para que éstas fuesen socorridas reglamentariamente en todos los casos, favorables y desfavorables. La huelga, como lucha que es, al fin y al cabo, necesita preparación y no debe entablarse siempre que se quiera, sino cuando se pueda, de la misma manera que la Asociación pone en cierto modo trabas a que los asociados procedan en las cuestiones de trabajo guiados solamente por su omnímoda voluntad; si ésta ha de perjudicar a los demás, la Unión pone cortapisas saludables a los movimientos impremeditados de las Secciones. Decimos que pone cortapisas saludables a los movimientos impremeditados porque así es la realidad y lo hace para cumplir un fin elevado, cual será siempre sustraer a los individuos y a las colectividades de caer en peor situación de la que tienen. Una huelga que fracasa produce a los obreros pérdidas de [590] condiciones personales en que trabajan sacrificando al propio tiempo los patronos a los elementos directores de la organización, que son, indudablemente los más capaces, puesto que en ese concepto los han elegido sus compañeros. Al propio tiempo, la derrota significa un retroceso importante en el camino de la organización, y decir en la organización es decir en la educación societaria, que es la adquisición de esa conciencia de clase la que ha de proporcionar a los trabajadores el triunfo y en el porvenir su emancipación”.- Pablo Iglesias.

Datos de interés histórico

Apenas se había atenuado el eco suscitado por los trágicos acontecimientos de La Mano Negra en Andalucía, la actualidad terrorista se trasladó a Barcelona, donde comenzó una serie de

atentados ácratas y de represalias brutales a cargo de las autoridades barcelonesas. En septiembre de 1895, Paulino Pallás lanzó una bomba al dirigirse el general Martínez Campos a presenciar la jura de banderas de los reclutas de aquel año. Pallás, que fracasó en su objetivo contra el general, fue fusilado el 6 de octubre de 1893 al grito de ¡Viva la anarquía!, asegurando que la venganza sería terrible, como efectivamente aconteció. Caliente aún la sangre vertida por la muerte del anarquista Pallás, el 7 de noviembre de aquel mismo año, Santiago Salvador French lanzó dos bombas en el patio de butacas del Teatro Liceo de Barcelona, ocasionando infinidad de víctimas. French fue ejecutado, pero los atentados continuaron, uno de los más espectaculares, el llamado de los Campos Elíseos, al paso de la procesión del Corpus. El Parlamento aprobó, bajo presión de las autoridades barcelonesas, dos leyes de excepción para reprimir el terrorismo: la primera, el 19 de julio de 1894, y la segunda el 4 de septiembre de 1896. Entonces fue cuando se desencadenó en toda Europa una campaña contra las torturas de que eran víctimas los detenidos en el castillo [591] de Montjuich, campaña que inició en España el Partido Socialista, y singularmente su órgano en la prensa, lo que equivale a decir Pablo Iglesias su director.

En Barcelona se publicó *La guerra social*, semanario socialista, desde 1891 a 1895. Eduardo Varela organizó en Gijón en 1893 el primer acto de propaganda. Manuel Vigil, en Madrid, ingresó en la Agrupación de la capital de España el 15 de diciembre y fue baja por traslado a Gijón en marzo de 1894. En 1895 había Sociedades obreras en Oviedo, Gijón y Avilés, afiliadas a la Unión General de Trabajadores. Para sellar la paz entre Marruecos y España estuvo en Madrid una misión diplomática, presidida por Sidi Brisha, que se hospedaba en un hotel alrededor del cual siempre había curiosos para ver a los emisarios marroquíes. Entre ellos estaba cierto día el general Fuentes, quien se abalanzó contra el embajador marroquí cuando éste salía del hotel, abofeteándole. A la Regente le costó trabajo resolver tan brutal incidente. Entonces fue cuando España consiguió la cesión de los territorios de Ifni, de los que nunca se ocupó.

En 1893, en el Poder Sagasta con sus huestes, hubo elecciones generales, ganadas en Madrid por los republicanos, unidos esta vez, aunque la unión fue ineficaz, porque defraudó las esperanzas puestas en aquella victoria por la masa republicana, en su mayoría clase trabajadora. El Partido Socialista presentó candidatura cerrada en Madrid, encabezada por Iglesias y Vera, combatida por anarquistas y republicanos. Según cálculos de la secretaría del Partido, éste obtuvo más de 7.000 sufragios. *El Socialista*, comentando el resultado electoral, escribió lo siguiente: “En Vizcaya, como en Madrid, los hombres de los partidos republicanos han practicado idéntica conducta. El soborno para adquirir votos y la calumnia contra los socialistas para sembrar la desconfianza en el campo obrero han sido las generales armas que han manejado contra nuestros correligionarios los agentes del republicano Saralegui. Además, nuestros amigos han tenido que luchar contra dos candidatos, el ya mencionado [592] y Urquijo, que son capitalistas, los cuales, burlándose de la ley, compraban los votos de la manera más descarada y cínica, llegando a dar por ellos quince y veinte duros. Si por su feroz campaña contra los verdaderos representantes de la clase explotada, los republicanos han impedido a nuestro Partido alcanzar el número de votos que debiera obtener, ese contratiempo resulta compensado, no sólo por la propaganda que de las ideas socialistas hemos hecho ante más de 40.000 trabajadores —más de treinta mítines ha dado el Partido Obrero durante el periodo electoral— y el crecido número de adeptos que han ingresado en nuestras Agrupaciones, sino porque los sufragios emitidos a favor de las candidaturas

socialistas representan otras tantas conciencias incapaces de tolerar ni cometer las viles acciones que han realizado republicanos y monárquicos para sumar votos, y dispuestas a trabajar incansablemente por comunicar a sus compañeros de esclavitud su entereza, su dignidad, su energía y su ardiente deseo de echar a pique la sociedad burguesa que da vida a tanto escándalo tanta corrupción y tanta miseria como constantemente presenciemos. En ésta, como en la anterior campaña electoral, el Partido Socialista Obrero no ha perdido el tiempo, ha creado conciencias revolucionarias, ha aumentado sus fuerzas y ha provocado nuevos hechos que patentizan el antagonismo de intereses y la degeneración de la clase dominante”.

Se estaba construyendo el fuerte de Sidi-Auriach, próximo a un cementerio moro, y en octubre de 1893 los indígenas atacaron a los obreros destruyendo la parte edificada. Ya estaba el pretexto. Era necesario vengar la ofensa. Cayeron en olvido las inmoralidades administrativas, y por toda España circuló un soplo bélico que hizo ardorosa "La marcha de Cádiz". En ese primer mes hubo vivaces ataques de los rifeños, y el 28 cayó muerto en Cabrerizas Altas el general Margallo, comandante de Melilla. Los moros habían sitiado el fuerte y lanzaban sobre los defensores densa granizada de proyectiles. Margallo dio orden de salir para rechazar al enemigo y proteger unos cañones en peligro de perderse [593]. En ese momento de confusión recibió un tiro en la cabeza. La prensa y los que han escrito sobre aquel episodio consideran al general fulminado por el enemigo; pero la crónica del campamento daba otra versión del suceso. Oficiales y soldados imputaban a Margallo tolerancias con el contrabando de armas y aun de beneficiarse con las que recibían los rifeños, y el odio encontró vengador en un joven teniente de infantería, Miguel Primo de Rivera, sobrino del marqués de Estella, que disparó su revólver sobre el jefe de la fuerza.- Manuel Ciges Aparicio, de *España bajo la dinastía de los Borbones*.

Santander fue trágico escenario, el 3 de noviembre de 1893, de una catástrofe sin precedentes: la explosión del buque *Cabo Machichaco*, cargado de material inflamable, que destruyó todas las viviendas de los alrededores del puerto de atraque donde amarró el citado barco, ocasionando tal cantidad de víctimas y de daños materiales que España se conmovió hondamente.

Infancia de Indalecio Prieto, en Bilbao, 1893: “En amaneceres inclementes voceé periódicos por las calles, añadiendo a sus títulos la mención de sucesos de la víspera, como la muerte del general Margallo en la guerra de Melilla; en tardes calurosas vendí abanicos –‘sombra y aire’ era mi pregón– cerca de la plaza de toros, y repartí entregas de novelas de Luis de Val y Enrique Pérez Escrich, folletinistas en boga, por los barrios obreros”.

En 1893, Miguel de Unamuno, que no era aun afiliado a la Agrupación Socialista de Bilbao, comenzó a llamarse socialista. Poco después, fue afiliado Manuel Bueno, escritor que se consolidó en Madrid. Los republicanos, unidos esta vez, alcanzan en Madrid 27.000 votos, contra 22.000 los monárquicos. Pérez Galdós era entonces monárquico al servicio de Sagasta, que le hizo diputado cunero. “Mi honor me veda ir a la monarquía; mi patriotismo, traer la república”, dijo Castelar el 17 de agosto de 1893. Ciges Aparicio es soldado en Barcelona. Hay sorteo y le toca ir a Cuba, donde estuvo dieciocho meses preso en La Cabaña. Narra sus[594] peripecias en su libro *Del cautiverio*. Sabino Arana publica una revista con el título *Euzkadi*. Azaña es estudiante de la Universidad de El Escorial; cuando la abandona escribe en *Brisas del Henares*, revista alcalaína, con el seudónimo Salvador Rodrigo. Merced a gestiones de Clarín y sus amigos de

izquierda, Menéndez Pelayo fue senador por la provincia de Oviedo, frente al caciquismo de Pidal. Ni lo agradeció ni hizo nada por Oviedo. Aparece el primer libro de José Martínez Ruiz, que todavía no es *Azorín*.

Fallecieron en 1893, entre otros, Julián Fernández Alonso, en Guadalajara, que firmó la hoja de ingreso de Pablo Iglesias en la Internacional; Cristino Martos, orador incomparable; José Zorrilla, dramaturgo y poeta; Concepción Arenal, escritora; el general Loma, que intervino en una huelga en Vizcaya, resuelta en favor de los mineros. En Francia, Guy de Maupassant, Jules Ferry, H. Taine, escritores.

Por primera vez en Francia, en 1893 fue elegido diputado socialista por Roubaix Julio Guesde. León Blum se declaró socialista ese año, en París. El anarquista Vaillant arroja una bomba al hemiciclo del Congreso de los Diputados en Francia; no hubo muertos, pero Vaillant pagó con la vida. Elecciones en Alemania, obteniendo los socialistas 1.786.000 sufragios y 45 actas. Kautsky publica *Parlamentarismo y Socialismo*, traducido al castellano por García Cortés a principios de siglo, libro del que reproducimos el siguiente párrafo: "El sufragio universal no ha dado todavía, y esto es público, en ningún país, una mayoría socialista; a veces suministra mayorías reaccionarias que echan por tierra regímenes liberales, que son sustituidos por regímenes conservadores o ultramontanos. Cuando se verifican esos retrocesos en el orden político, los liberales dicen que el pueblo no está capacitado para gozar de todas las prerrogativas que de la libertad se desprenden. No obstante el peligro apuntado, la clase proletaria debe reclamar instituciones democráticas insistentemente y bajo todas las circunstancias, ya que ella, al conquistar [595] el Poder político, sólo se servirá de su dictadura para concluir con toda

Dictadura de clases. El proletariado militante no teme a sus enemigos porque tiene sobrada confianza en sus propias fuerzas; lo único que reclama es un campo de batalla donde poder desenvolver con libertad sus poderosos medios de acción. En el Estado democrático encuentra el campo de batalla que anhela: en él se librará el combate decisivo entre la burguesía y la clase oprimida". Es la burguesía la que huirá del Parlamento cuando vea que el Parlamento pueda ser dominado por una mayoría obrera socialista, y como consecuencia de todo esto, la burguesía piensa que si la pérdida del Parlamento llega a ser una verdad, no es en él, sino en el militarismo y en el absolutismo adonde tiene que buscar su salvación". Kautsky, en 1893 ya vaticinaba el fascismo y presumía genialmente cuál sería la actitud de la burguesía ante una victoria electoral socialista. A su vez, en la misma fecha, Federico Engels, al ser interrogado por un periodista acerca de cuál sería la actitud del Socialismo alemán en las elecciones de aquel año, y preguntarle: '¿El Partido Socialista presentará candidatos en todas las circunscripciones de Alemania?'. Sí, respondió Engels; 'nos interesa pasar revista a nuestras fuerzas'. 'Y vuestro objetivo final, como socialistas alemanes, ¿cuál es?' 'Pero si nosotros no tenemos objetivo final. Nosotros somos evolucionistas. No tenemos la intención de dictar a la Humanidad leyes definitivas'".

Otro texto de Engels, también relativo, a 1893: "Los fabianos son aquí, en Londres, una banda de arribistas lo suficientemente listos para comprender que la revolución social es inevitable; pero no creyendo que debe confiarse ese trabajo gigantesco a las solas fuerzas del tosco proletariado, tienen el cinismo de ponerse a la cabeza. Su principio fundamental es el miedo a la revolución. Ellos son los hombres 'cultos' por excelencia. Su Socialismo es un socialismo municipal; la propiedad de los medios de producción no debe pertenecer, provisionalmente al

menos, a la nación, sino al Municipio. Además, este Socialismo suyo se presente como una consecuencia extrema, pero inevitable, del liberalismo burgués [596] y de ahí su táctica de no luchar resueltamente contra los liberales como enemigos, sino impulsarlos a consecuencias socialistas, jugar con ellos a infiltrar el Socialismo en el liberalismo, no oponiendo a los liberales candidatos socialistas, sino colgándoselos e imponiéndoselos o pasándoselos de contrabando. No ven, naturalmente, que de este modo o son engañados y estafados o tienen ellos que estafar al Socialismo. Trabajando mucho han conseguido lanzar, entre bastante basura, alguna que otra buena propaganda; desde luego, lo mejor que han podido conseguir los ingleses en este punto. Pero en cuanto llegan a su táctica específica, escamotea la lucha de clases, es un asco. De ahí su odio fanático contra Marx y contra todos nosotros, pues no pueden ver la lucha de clases”.- *Cartas a Sorge*, de Engels, 1893.

Del 2 de mayo al 1º de mayo

“La revolución del proletariado lo trastorna todo, hasta la cronología. Los obreros españoles, que en otro tiempo conmemoraban el 2 de mayo, hoy celebran el 1º. De suerte que el 1º de mayo, por lo menos en España, viene después, y no antes, que el 2 de mayo, diga lo que quiera el calendario. Del 2 de mayo al 1º hemos realizado grandes progresos. En efecto, ¿qué hubo el 2 de mayo de 1808? La invasión extranjera de una parte; el pueblo de Madrid de otra. Esto parece muy sencillo y, sin embargo, la situación era muy complicada. El pueblo español, para combatir la invasión extranjera, y la tiranía de Napoleón, vióse obligado a combatir al mismo tiempo la Revolución Francesa para recuperar su independencia; tuvo precisión de restablecer el despotismo del idiota y sanguinario Fernando VII, sostenido por la nobleza y por el clero. En igual caso se encontraron los otros países. Ni Alemania, ni Italia, ni la misma Francia pudieron sacudir el yugo de Napoleón sin entregarse atados de pies y manos a la monarquía feudal y clerical, a la [597] reacción más desenfrenada. He aquí cómo las guerras de pueblo a pueblo hacen complejas y confusas las situaciones más claras y sencillas. Pero del 2 al 1º de mayo el progreso verificado es enorme. El 1º de mayo significa una situación clara, determinada, transparente, dos campos muy distintos, opuestos el uno al otro; de un lado, el proletariado internacional agrupado bajo la bandera roja de la emancipación universal; del otro, las clases poseedoras y reaccionarias de todos los países, estrechamente unidas para la defensa de sus privilegios explotadores. Así no hay confusión ni error posibles. La lucha es franca, la bandera roja ondea, la victoria es segura. ¡Adelante en toda la línea!”.- Federico Engels Londres, 13 de abril de 1893, escrito expresamente para *El Socialista*.

Jaurès, socialista

Al ingresar Jean Jaurès en el Partido Socialista en 1893, los marxistas no le hicieron fácil la vida. En Londres, los fundadores nunca sintieron simpatías por él. Jaurès fue orador de vuelos magníficos y una pluma de primer orden, lo que le valió para ocupar un puesto privilegiado en las filas del Socialismo internacional. A continuación reproducimos un trabajo suyo donde hay alusiones a sus primeros tiempos de militante:

“De estas notables palabras de Engels no quiero hacerme cargo hoy más que de dos

puntos. El primero es que para el ilustre amigo de Marx, la República democrática no es, como dicen a menudo entre nosotros algunos pretendidos partidarios del marxismo, una forma puramente burguesa, que importa tan poco al proletariado como cualquier otra forma gubernamental. La República es, según Engels, la forma política del Socialismo: le anuncia, le prepara y hasta le contiene en cierto modo, puesto que sólo ella puede conducirnos a él por una evolución legal, sin ruptura de continuidad. Éramos, pues, nosotros los que seguíamos fieles a la verdadera idea marxista, cuando en la crisis de las libertades francesas hemos defendido a la República contra todos sus enemigos. Y los que, bajo [598] pretexto de revolución y pureza doctrinal se refugiaban tristemente en la abstención política, esos se apartaban del pensamiento socialista. Se apartaban también de la tradición revolucionaria del proletariado francés. Engels deja entrever que así como le repugnaría ver ministros socialistas bajo un emperador, en cambio la parecería natural que tomaran parte en la dirección gubernamental de una República democrática que evolucionase hacia el Socialismo.

Liebknicht iba más lejos, puesto que preveía la participación de los socialistas en el Gobierno aun bajo la Constitución imperial; pero sea lo que fuese, la cuestión ministerial, completamente secundaria, el problema que preocupaba a todos era éste: ¿Cómo pasar de la sociedad burguesa a la sociedad comunista? ¿Por qué caminos? ¿Por medio de qué evolución? Este es, me atrevo a decirlo, el problema que siempre nos ha preocupado. A la solución teórica y práctica de este problema hemos dedicado sin reserva y sin recompensa todo nuestro esfuerzo de espíritu, todo nuestro esfuerzo de acción. Por un momento, en el deslumbramiento de la gran victoria del 89, en el justo orgullo de la acción creciente ejercida por nosotros, creí en el triunfo total y final más próximo de lo que estaba. ¡Cuántas veces, entonces, el ciudadano Vaillant me advertía que no me dejase llevar de esta ilusión peligrosa! ¡Cuántas veces, entonces, nos puso en guardia contra las profecías a breve plazo de Guesde y la mística espera de catástrofes libertadoras! Pero ni aun en este periodo de esperanza próxima y ardiente, jamás he olvidado la obra de reforma y siempre me esforzaba en dar a nuestros proyectos una orientación socialista. No veía en ellos solamente paliativos a las miserias presentes, sino un comienzo de organización socialista, gérmenes de comunismo sembrado en tierra capitalista. Cuando yo cogí las cartillas de los aldeanos revolucionarios de 1789 y pedí que el Estado preparase el monopolio de importación de los granos, la institución de un servicio público de aprovisionamiento que los sindicatos obreros y aldeanos administrarían con la nación; cuando [599] yo pedí, en el extenso debate sobre el azúcar, la socialización de las refinerías y de las fábricas de azúcar, que serían administradas bajo la inspección de la nación por la clase obrera organizada, contratando para la compra de la remolacha a los sindicatos de productores del campo y a obreros agrícolas que contaran con un salario mínimo; cuando yo pedí la expropiación de las minas, cuya dirección hubiese sido confiada a un consejo del trabajo compuesto por representantes del Estado, representantes de la clase obrera y de los mineros, yo no sólo me preocupaba de limitar el poder capitalista y de elevar la condición de los proletarios; me preocupaba sobre todo introducir en la sociedad actual formas nuevas de propiedad, a la vez nacionales y sindicales, comunitarias y proletarias, que hiciesen saltar poco a poco los esquemas del capitalismo. Yo siempre me guiaba por lo que Marx llamó admirablemente la evolución revolucionaria. Esta consiste, en mi parecer, en implantar en la sociedad actual formas de propiedad que la contradigan y la sobrepujen, que anuncien y preparen la sociedad nueva, y que por su fuerza orgánica apresuren la disolución del

mundo antiguo”.- Jean Jaurès.

Cómo nació el socialismo argentino

El diario *La Prensa*, de Buenos Aires, publicaba el 2 de agosto de 1893:

“Periódico obrero. Hemos recibido la siguiente comunicación: se invita a los presidentes de todas las asociaciones obreras a concurrir a la conferencia que se celebrará a las 7,30 p.m. en el café Francés, calle Esmeralda, 318, para cambiar ideas sobre la fundación de una Federación y la creación de un periódico que defienda los intereses de la clase trabajadora. A la hora señalada para la reunión sólo habían concurrido los delegados de la Agrupación Socialista, ciudadanos Esteban Jiménez, Augusto Kuhn, Isidro Salomó, Juan Fernández, representante [600] éste de los obreros toneleros. Cuando la reunión estaba por disolverse por la escasez de concurrentes, se acercó al grupo de delegados sentados alrededor de una de las mesitas del café un hombre cuya capacidad y entusiasmo iban desde ese instante a ponerse al servicio de la causa socialista. Era Juan B. Justo. Habíase enterado del aviso-invitación, y preocupado por los problemas del trabajo había ido para informarse de los propósitos que animaban a los organizadores y prestar su colaboración a la iniciativa de editar un periódico. Desde ese momento Justo quedó incorporado a la Agrupación Socialista y de esa primera entrevista nació lo que pocos meses más tarde fue *La Vanguardia*. Resuelta la publicación de un semanario que aparecería después del estado de sitio, Justo, Jiménez, Kuhn y Salomó se pusieron a la tarea de reunir los fondos necesarios para su aparición. Justo vendió su coche de médico. Kuhn entregó unos 300 pesos. Unas listas de suscripción no dieron resultado. Coincidió con ese momento la venta en remate de materiales de imprenta de un diario extranjero que renovaba su taller. Allí fue comprado lo que permitían los fondos reunidos. A principios de marzo del año siguiente periódico estaba en condiciones de aparecer y en una reunión tenida en la casa de Salomó resolvióse que el primer número saliera el día 7 de abril de 1894, y que se llamara *La Vanguardia*, encargándose de redacción el doctor Justo. Esteban Jiménez, que era tipógrafo, tendría a su cargo la composición”.- Jacinto Oddone, de su libro *Historia del Socialismo Argentino*.

El compañero de León XIII

“Hay quien le llama el Papa de los obreros. En espíritu evangélico está la exaltación de los pobres, de los humildes; pero este protectorado moral que Cristo proclamó desde lo alto de la cruz y cercada de espinas la cabeza, pretende ejercerlo hoy el jefe de una jerarquía eclesiástica sentado en un trono y coronado con una corona de tres pisos. ¿Es extraño que su resplandor moral no pueda abrirse camino [601] entre los destellos del oro y la pedrería? Nunca el cristianismo pudo tener pretensiones económicas. Muy al contrario, ha fracasado por querer convertirlo de doctrina puramente moral en doctrina social. Toda la economía política del cristianismo está en aquellas palabras que el evangelista pone en boca de Jesús: ‘No os acongojéis por vuestra vida, que habéis de comer o habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, que habéis de vestir. Las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni allegan alfolíes, y nuestro padre celestial las alimenta. Buscad el reino de Dios y su justicia; todo lo demás dado os será por añadidura’.

Por esta añadidura, precisamente, se afana la clase trabajadora, y se organiza en partido de

clase. Que la espera, sí, de la justicia de Dios, pero mediante una revolución que destruya el privilegio burgués; que hasta la fecha sólo los burgueses, como las aves del cielo, comen sin sembrar, ni segar, ni allegar alfolíes; que por ellos y para ellos sudan los trabajadores, sin que el ferviente amor del papa por los que sufren le mueva a protestar evangélicamente contra esta explotación inicua. Si Cristo hubiese dicho: ‘No os robéis los unos a los otros’, hubiese asentado la gran base de toda la moral social. Todo hombre debe producir cuanto consume. Si no lo produce, lo roba. Y mientras unos hombres sean ladrones de otros hombres, aquel sublime ‘Amaos los unos a los otros’ será una frase vana, consejo fácil de dar, no fundamento de la vida individual ni de la vida colectiva. No hay moral, como no hay libertad ni derecho, sin la emancipación económica. Proclámela León XII y su nombre se pondrá en la sagrada lista de los redentores. En tanto no lo haga, tenga todo trabajador por muy cierto que el papa y su iglesia sirven a la burguesía, que para eso paga; a la misma burguesía que cercenó el poder de los papas y de la iglesia y los escarnió”.- Jaime Vera, 1º de mayo de 1894.

[602] *Una huelga histórica*

De las ocho provincias andaluzas, fue en Málaga donde prendió la semilla del Socialismo con mayor vigor. En realidad, como casi siempre, la propaganda en la provincia malagueña era la obra de un hombre: Rafael Salinas. A fines del siglo pasado se publicaba en Málaga *La Unión Social* semanario socialista, con existencia siempre milagrosa. García Quejido, en su folleto *Pablo Iglesias en el Partido Socialista*, refiriéndose a las [...] ²⁹

...Socialismo, cuenta que Rafael Salinas fue amenazado en Málaga por expender *La Emancipación* en 1872 y que en años posteriores menudearon las agresiones contra él, salvando la vida de milagro en más de una ocasión. Salinas nació a la acción política dentro de las normas trazadas por Iglesias y sus camaradas, entre los cuales hubo un malagueño, José Mesa, que sin duda ejerció influencia moral sobre aquel infatigable luchador obrero. Lo cierto es que en 1882 ya funcionaba la Agrupación Socialista de Málaga de la que fue alma y vida Salinas; en su domicilio – ¡qué domicilio, del que tenía que ausentarse para ceder su cama a Iglesias cuando éste visitaba aquella capital!– estuvo depositada durante muchos años la bandera de la Agrupación Socialista, y también solían depositarse en épocas de crisis los modestos archivos sociales. En el Congreso fundacional de Barcelona Salinas representó a la Agrupación Socialista de Málaga. En el siguiente, en Bilbao, lanzó la idea de convertir en diario *El Socialista* semanal – ¡si sería grande el candor idealista de aquel luchador!–. Cumpliendo los acuerdos del Congreso socialista de París, hubo en Málaga manifestación el 1º de mayo, presidida por Salinas, quien, secundado por algunos otros de su misma estirpe, fundaba Sociedades obreras de resistencia al capital, unas veces en la realidad, creando conflictos a patronos y autoridades, y otras en la ilusión.

Alguna realidad habría cuando en 1893 la Unión General de Trabajadores celebró en Málaga su tercer Congreso nacional, seguramente por la presión de Salinas y de sus colaboradores. ¿Persecuciones? Toda Andalucía [603] las sufrió en grado superlativo durante el periodo subsiguiente a la creación en España de la Primera Internacional declarada fuera de la ley; pero Málaga gozaba de un privilegio bien peligroso; su proximidad a los presidios africanos,

²⁹ Falta una línea en el original.

donde estuvieron deportados centenares de españoles de sentimientos liberales y progresivos. Triunfante la monarquía en 1874, y de hecho convertido en dictador Cánovas del Castillo, ocioso es subrayar el predominio que ejercía sobre la política provincial malagueña. Uno de los baluartes canovistas era la casa del marqués de Larios, dueño de media provincia, manejando como criados incondicionales a diputados, alcaldes, concejales, gobernadores y ministros, ya que para algo habían nacido en Málaga Cánovas, y en Antequera, el pueblo más importante de la provincia, Romero Robledo, su lugarteniente y ministro de la Gobernación. Ser liberal o republicano en aquella región constituía un desafío a la miseria; ser anarquista o socialista, además, era tener un pie siempre dispuesto a morir en el presidio melillense.

En octubre de 1894, por imposición del gerente de la casa Larios, fueron despedidos diecinueve operarios, los más activos defensores de la organización obrera, precisamente los mejor preparados en el arte textil y los de salarios más elevados, dentro de la general miseria con que eran retribuidos aquellos parias. El gerente, un déspota al servicio de la casa Larios, al pedirle aumento de salario, replicó: “Que se coman a sus mujeres”. Cara le habría de costar aquella fanfarronada, que provocó la ira de los dos millares de operarios, entre ellos mayoría de mujeres y niños, cuyo salario medio giraba alrededor de cincuenta céntimos. Morato refiere que en 1906, doce años después de la huelga, visitó la fábrica en cuestión, inquirendo datos de los cuales resultó que el salario medio era en aquel año de... ¡setenta y cinco céntimos por jornada de diez horas! Ni Salinas ni los miembros del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores, con residencia, entonces, en Barcelona, deseaban aquella huelga, provocada de acuerdo con las autoridades. ¿Cómo disciplinar masa [604] tan heterogénea, tan inexperta en luchas sociales y de temperamento exaltado? Con todo ello contaban los adversarios de los huelguistas, seguros de que éstos habrían de sufrir la humillación de la derrota. Para evitarla, si era posible, fueron a Málaga Pascual Simal, que se defendía en la tribuna con bastante soltura y usaba fraseología adaptada a la muchedumbre que le escuchaba, y Antonio García Quejido, secretario de la Unión General de Trabajadores, hombre frío y poco adaptado a movimientos de naturaleza levantisca. Por toda España se abrieron suscripciones para expresar solidaridad con los huelguistas, reuniéndose hasta 35.000 pesetas, cifra fabulosa en aquellos tiempos.

Seguramente que Salinas informaba a Iglesias de cuantos detalles se relacionaban con la huelga, y seguramente también que fue él quien consignó que se trasladase a Málaga para alentar a los huelguistas en su lucha con tan poderoso adversario. El recibimiento hecho a Iglesias fue apoteósico. En silencio desfilaron los trabajadores hasta el Centro social, donde pacíficamente se disolvieron, comenzando con la llegada del presidente del Partido socialista una serie de asambleas obreras en las cuales la voz del enérgico luchador producía los efectos de un bálsamo. Pero las autoridades buscaban yugular el movimiento cuanto antes. Así, el 17 de noviembre de 1894 hubo asamblea obrera en la que Iglesias pronunció un discurso, al fin del cual fue detenido y disuelta la reunión. Cuando recobró la libertad –12 de enero de 1895–, prácticamente había terminado la huelga, por haber emigrado a Cataluña los operarios más capacitados y haberse rendido los menos seguros y más impacientes en los primeros instantes. Iglesias fue procesado por partida doble, regresó a Madrid en libertad provisional, aunque tuvo que acudir varias veces a Málaga, como consecuencia de estos procesos, de uno de los cuales fue absuelto y por otro condenado a cuatro meses y un día de prisión, sin que le sirviera de abono el tiempo

provisionalmente encarcelado. Hubo apelación al Supremo, que confirmó la sentencia, y Pablo Iglesias retornó a la cárcel de Málaga para cumplir la pena impuesta.

[605] Por cierto, Iglesias cayó enfermo estando preso en la citada capital malagueña, donde actuaba de médico el doctor García Viñas, fundador de la Internacional anarquista intransigente, enemigo de Anselmo Lorenzo, a quien acusaba de haberse dejado influir por Lafargue y por Marx.

El administrador de la casa Larios pagó con su vida las frases odiosas que había pronunciado contra los huelguistas y las crueldades que había cometido y tolerado durante su nefasta gestión. Hubo incendios en las propiedades de la casa Larios, no solamente en Málaga, y ahora es oportuno reproducir un artículo periodístico de Ramiro de Maeztu contra Larios, aparecido en *El Globo*, de Madrid, en la época en que propagaba el anarquismo, en competencia con Pío Baroja y Azorín:

“Se trata de extremado el procedimiento de los labradores que incendiaron la finca de los Larios. Lo extremado es el dinero de estos señores. ¡Veintitrés millones de pesetas de beneficios acusó su balance en el año 1900. Mineros, tejedores, banqueros, azucareros, corchotaponeros, ferroviarios, almacenistas, los Larios se han propuesto quedarse con todas las pesetas que arranquen a la tierra los andaluces. Suyos son los gobiernos por parentesco con los Silvela; suyos la justicia, el gobernador, los diputados, los periódicos malagueños. ¿Cómo iban a protestar los labradores contra esa tiranía? ¿En los mítines? No los hubiera consentido el gobernador. ¿En la prensa? Habrían necesitado fundar un periódico, cosa que no es tan fácil. ¿En las Cortes? ¡De aquí a que se abran! Y además, ¿quien se ha ocupado de modificar, por medio de la educación, los instintos de aquellas gentes? Málaga es la provincia donde se debe más dinero a los maestros de escuela. Los labriegos de Motril se han defendido como podían: con la fuerza. Y obran cuerdamente, negándose a venir a Madrid para parlamentar con los industriales. Es posible que los comisionados no perdieran el dinero del viaje, pero también que no ganasen cosa alguna los labradores que se quedasen en Motril. Hoy los periodistas madrileños atacan a los Larios ¿Los seguirán atacando dentro de quince días? Periodístico, más que [606] árabe, es el proverbio ‘Si la palabra es plata, el silencio es oro’”.- Ramiro de Maeztu.

No tardó el autor en aprenderse de memoria el proverbio árabe y en practicarlo a la perfección, como tantos otros, que no vacilaron en alentar a los humildes a cometer actos como los elogiados en esas líneas, sin perjuicio de que, posteriormente, llenasen de injurias a los hombres del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, que jamás estimularon semejantes procedimientos en las luchas sociales. En el fondo, el mismo comentario de Ramiro de Maeztu era ya un cínico autorretrato: ¿Continuaremos atacando a la casa Larios dentro de quince días? No. A quienes siguieron atacando fue a Pablo Iglesias y a sus colaboradores. Iglesias ingresó en la prisión de Málaga el 9 de octubre de 1895 y salió el 6 de febrero de 1896, cumplida su condena, sin haber aceptado favor de sus adversarios políticos. La prisión dejó en el organismo de Iglesias huellas duraderas, aunque Salinas y algunos otros rivalizaron en ahorrarle sufrimientos mientras estuvo encarcelado; pero acaso padecía, más pensando en la derrota experimentada por la organización obrera. Quizá, comparó el recibimiento con que le acogido cuando, a requerimiento de los huelguistas, fue a Málaga para alentarlos, con el que tuvo un año después, rodeado tan sólo de Salinas y algún otro camarada. ¡Así son las muchedumbres, y a

veces así son hasta los organismos más potentes del proletariado!

Resumen de noticias de 1894

El Cuarto Congreso del Partido Socialista se reunió en Madrid en 1894, concurriendo veintinueve delegados en representación de treinta y cuatro Agrupaciones. Se reformó la organización general del Partido, para ponerla, en consonancia con los progresos realizados y en atención a las corrientes socialistas que se manifestaban en algunas Sociedades de resistencia, especialmente en las constituidas por los obreros de la tierra, por lo cual se acordó que estas colectividades pudieran tener [607] ingreso en él. Aquel Congreso significó un bautismo internacional para los socialistas españoles, ya que se leyeron mensajes de los Partidos Socialistas de Francia, Alemania, Italia, Austria y Argentina. Puntos del programa del Partido acordados en 1894: "Gradualmente, reducidos los actuales haberes pasivos; abolidas las jubilaciones, los retiros y las cesantías para todos los que en adelante entren al servicio del Estado. En arrendamiento las minas y demás propiedades del Estado; arrendados también los servicios; por administración la cobranza de contribuciones e impuestos. Por primera vez decidióse elegir en el Congreso el cargo de presidente del Partido, recayendo en Pablo Iglesias la designación, dejando a la facultad de la Agrupación de Madrid escoger a sus colaboradores, que fueron Matías Gómez Latorre, Francisco Diego, Andrés Cermeño, Antonio Atienza, Álvaro Ortiz, Juan José Morato, José Pérez y Adolfo Atienza. A consecuencia de las anormalidades relacionadas con las guerras coloniales, este Comité se mantuvo hasta 1899, si bien salieron del mismo por distintas causas Francisco Diego, Gómez Latorre y Álvaro Ortiz, sustituidos por Pablo Cermeño, Pascual Simal y Luís Villaoz. En agosto de 1894 se reunió también en Madrid el cuarto Congreso de la Unión General de Trabajadores cuya sede seguía siendo Barcelona, esta vez de nuevo con García quejido como secretario, por haberse reintegrado a la capital de Cataluña.

De Pablo Iglesias, en el mitin de 1º de mayo de 1894 en Madrid: "El Socialismo no es sólo, como dice el insigne Galdós en su última producción, un mundo que nace, sino un mundo que crece, que, no tardando mucho, al chocar con el mundo le la burguesía, en millones de pedazos quedara este destruido, levantándose triunfante y potente entre sus ruinas la clase por tanto tiempo avasallada". En 1894, Francisco Mora, en *El Socialista* comenzó a publicar la *Historia del Socialismo Obrero Español* que, ampliada, se convirtió más tarde en libro, al que han acudido quienes han escrito sobre los orígenes del movimiento obrero en España. Hay dos ediciones, una en 1902 y otra en 1908, más perfeccionada. El 9 de [608] mayo de 1894 ingresó en la Agrupación Socialista Madrileña Francisco Largo Caballero. Se constituye en Madrid la Sociedad de cocheros y similares, que al año reúne un millar de asociados. En Vigo la Sociedad de obreros canteros ingresa simultáneamente en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista. La Federación de Sociedades Obreras de Oviedo estaba formada por Moldeadores, Ajustadores, Canteros, Albañiles, Sastres, Carpinteros, Zapateros, Ebanistas, Tipógrafos, Panaderos, Guarnicioneros y Camareros. El Comité de la Agrupación Socialista de Oviedo, matriz de ese movimiento sindical estaba así formado: presidente, Joaquín Junquera; vicepresidente, Antonio Suárez Morán; secretario, Santiago Seara; vicesecretario, José Sánchez; contador, Antonio Cabal; tesorero, Antonio Álvarez; vocales, Serapio Rodríguez, Francisco González y Ángel Álvarez; comisión revisora de cuentas: Perfecto García, Marcelino Landa y Francisco Álvarez Santullano.

Miguel de Unamuno, sin ser afiliado aún, estuvo en relación con José Verdes-Montenegro, profesor en el Instituto de Alicante, desde 1892. En octubre de 1894 inicia correspondencia con Valentín Fernández, de Bilbao, uno de los fundadores de *La Lucha de clases*, cuyo primer número lleva fecha 7 de octubre de 1894 y en cuyo periodo colaboró, ya como afiliado, firmando y sin firmar en el órgano del Socialismo vasco. El Comité de la Agrupación Socialista de Bilbao que recibió el alta en sus filas de Unamuno en 1894 estaba así formado: presidente, Facundo Perezagua; vicepresidente, Toribio Pascual; secretarios, Macario Zamora y Vicente Alba; tesorero, Felipe Merodio; contador, Zenón Ruiz; vocales, José González, Julián Laiseca y Luciano Cerezo. Domicilio social, calle de Mena, 2, y después, Bailén, 41. La afiliación de Unamuno duró poco; su colaboración en la prensa socialista, mucho más. Cuando Iglesias estuvo preso en Málaga, Unamuno inició con él sus relaciones epistolares, mantenidas con intervalos durante años. En los diez años que estuve al frente del diario, siempre que me dirigí a Unamuno solicitando su colaboración, la obtuve generosamente. En 1894 fue candidato a Cortes con Jaime Vera, por Alicante. En el archivo de Unamuno, en Salamanca, se conservan veintiuna cartas de Iglesias. Sobre la colaboración de Unamuno en *La Lucha de clases* y su afiliación al Partido Socialista, dos hechos indiscutibles, se ha divagado bastante. Imposible querer clasificar a Unamuno. Fue el eterno discrepante, pero es innegable que a lo largo de su vida hay una veta favorable al Socialismo y al movimiento obrero. Con esta significación, la de obrero, fue concejal en Salamanca. Elías Díaz acierta al escribir: “No parece que Unamuno llegara a considerarse nunca plena y ortodoxamente marxista. Su etapa de 1894 a 1896 puede considerarse como de intento frustrado con el Socialismo y con el marxismo”. Uno de los primeros concejales socialistas por Bilbao fue Rufino Orbe. Ossorio y Gallardo, como abogado y en representación de los concejales socialistas de Bilbao, a quienes se les negaba derecho a serlo por no pagar contribución, consiguió del Tribunal Supremo una sentencia declarando era suficiente para desempeñar ese cargo en Vizcaya pagar los impuestos de la región.

En 1894, por fin, Romanones consigue de Sagasta que le nombre alcalde de Madrid, donde había una minoría republicana de categoría, en la cual figuraba Francos Rodríguez, que utilizó los votos del pueblo republicano para traicionarle y conquistar un sillón entre los monárquicos. Romanones se mantuvo en el cargo hasta 1895, pero volvió a la alcaldía en 1897, para pasar a un ministerio en 1899. Como concejal comenzó en 1888. He aquí un autorretrato: “Este escenario fue el Ayuntamiento de Madrid, terreno de experiencia y de ensayo insuperables para quien haya de seguir la carrera política, pues se aprende a conocer a los hombres, sus pasiones y sus móviles, y se forma cabal idea de la Administración pública, y en aquellos tiempos en que cada sesión del Concejo era una representación en pequeño de las sesiones del Congreso, nada más adecuado si se tiene temperamento y vocación, para soltarse y adiestrarse en la polémica”.

Aparece en Madrid *Nuevo Mundo*, revista semanal ilustrada. Se dictó [610] sentencia en el crimen conocido por “La mujer del saco y el niño del Escorial”, donde hubo influencias políticas que dieron margen a escándalo de prensa. La Academia de la Lengua estrena edificio propio. Castelar es recibido en Roma por el Papa con todos los honores. Pí y Margall publica *El programa federal*. José Martínez Ruiz —que no se atreve aún a ser Azorín— colabora en prensa anarquista. Se comienza a hablar de máquinas de escribir, motos y autos. Verdes-Montenegro traduce para *La España moderna* la obra de Engels *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. En Madrid

Pérez Galdós estrena *La de San Quintín*, interpretada por María Guerrero, y Benavente *El Nido ajeno*, por Carmen Cobena y Emilio Thuíller. Se representa en el teatro Apolo *La verbena de la paloma*, de Ricardo de la Vega y Tomás Bretón, acontecimiento teatral. En el teatro Eslava, *El tambor de granaderos*, con música de Chapí.

Se celebra en Zurich un Congreso Socialista internacional, con asistencia de Iglesias, por el Partido Socialista, y García Quejido, por la Unión General de Trabajadores. También asiste Federico Engels. En noviembre de ese mismo año, Engels remitió copia de su testamento a las hijas de Carlos Marx; les anuncia que deja su biblioteca y la obra de Marx al Partido Socialista de Alemania, a petición de Bebel, nombrando como albaceas a Bernstein y a Kautsky, unidos en el pensamiento común, aunque discrepantes en puntos secundarios del marxismo. Gladstone se retira de la política en Inglaterra. Sube al trono el zar Nicolás II. Se funda el Partido Socialista de Holanda. Un pensamiento de Engels: “No estimamos la indemnización a los propietarios como un hecho imposible, cualesquiera que sean las circunstancias. ¡Cuántas veces expresó Marx ante mí la opinión de que sí pudiéramos comprar todos los utensilios que éste sería probablemente el medio de hacerse con ellos del modo más económico!”. Fecha, 1894.

Congreso Socialista francés en Nantes, en septiembre de 1894. Debate agitado acerca de la huelga general contra la guerra, posición favorable defendida por Briand, Millerand, Jaurès y Vaillant, frente a Guesde y Lafargue, que veían la imposibilidad de aplicar en la práctica semejante medida, de carácter demagógico. En Lyon, el anarquista Caserio da muerte a Carnot, presidente de la República francesa. Breve periodo presidencial de Casimire Périer. Gosselin, socialista francés, condenado a un año de prisión por haber publicado una edición de *La Internacional*, cuyos cuplés primitivos eran muy violentos, distintos a los actuales. La sentencia inició la popularización del himno proletario. Ley contra los anarquistas en Francia. Gabriel Deville fue elegido diputado socialista. Muy identificado con Guesde y Lafargue, autor de libros y folletos traducidos al castellano que influyeron en nuestros fundadores. El 16 de octubre de 1894 fue encarcelado en París el capitán Dreyfus, y en diciembre, degradado y expulsado a perpetuidad del ejército francés. Emilio Zola publicó en 1898 su célebre artículo de prensa “¡Yo acuso!” que le valió también un proceso y su expatriación, provocando un movimiento internacional en favor suyo y de Dreyfus. En París, conferencia de controversia entre Jaurès y Lafargue sobre el tema “Idealismo y materialismo”, traducida al castellano. A propuesta de Ch. Gide, la Cooperación adopta como bandera el arco iris. Enrique Ferri publica en Roma su libro *Socialismo y ciencia positiva*, traducida al castellano por Verdes-Montenegro.

Fallecieron en 1894, entre otros, Juan Martínez Villergas, Manuel Colmeiro y Manuel María Santa Ana escritores y políticos; Emilio Arrieta, Francisco Asenjo Barbieri, músicos; Federico Madrazo, pintor; Ferdinand de Lesseps, que hizo construir el canal de Suez.

En las elecciones generales verificadas en Bélgica en 1894, sin que hubiera aún sufragio universal puro, el Partido Obrero obtuvo 28 actas de diputados, gran victoria, precursora de otras más resonantes aún. En marzo de ese año, aprobación del célebre Programa y declaración de principios de Quaregnon, bandera del socialismo belga durante medio siglo.

[612] *Brotes de militarismo*

El 3 de junio de 1895, siendo capitán general de Madrid Fernando Primo de Rivera, primer marqués de Estella, tío del que más tarde habría de ser dictador de España, fue herido a tiros por el capitán Clavijo. Aunque salvó la vida de aquel atentado, a las cuarenta y ocho horas, en la pradera de San Isidro, de tan tristes recuerdos en casos semejantes, era fusilado el capitán Clavijo. El general Primo de Rivera figuraba en la baraja de espadones que dominaron la Regencia y el reinado de Alfonso XII. Por presiones suyas –tengo el testimonio de labios de Pablo Iglesias– no pocos casos de brutales atropellos cometidos por la Guardia Civil quedaron impunes, faltos de energías los gobernantes del régimen para hacer frente a los desplantes del citado general, quien desde su escaño de senador –lo era con carácter vitalicio por concesión real– se convirtió en dificultad permanente para Gobiernos liberales. Con motivo de unas elecciones generales, en Benagalbón, provincia de Málaga, donde el caciquismo de Bergamín ejercía tremenda presión contra republicanos y socialistas, hubo graves sucesos, para arrancar las actas en blanco, cayendo muertos varios guardias civiles. La autoridad militar fracasó en su intento de descubrir a los autores. En realidad, fue una repetición de *Fuenteovejuna*; pero el fuero castrense impuso hubiera sanciones, y en Cartagena encontramos a dos campesinos de Benagalbón, padre e hijo, cumpliendo treinta años de presidio, a pesar de constar la inocencia del hecho por el cual fueron condenados. Ciertamente que conocían a los autores, pero no quisieron delatarlos, temerosos de que si lo hubieran hecho les habrían fusilado. ¡Lo que duró aquella campaña en favor de los presos de Benagalbón! El temor al general Primo de Rivera, director de la Guardia Civil, impidió el indulto hasta que el Gobierno dictatorial del segundo marqués de Estella, Miguel Primo de Rivera, accediendo a peticiones reiteradas de nuestros organismos, y después de más de quince años de presidio, indultó del resto de la pena a aquellos mártires malagueños.

El viejo marqués de Estella ocupó la capitanía militar de Filipinas [613] en 1897, precisamente en la misma, fecha en que el periódico *Diario de Barcelona*, el más conservador de la capital catalana, publicó una crónica remitida desde aquellas islas, a la que pertenece lo que sigue: “Una de las causas por que la pacificación no va más de prisa es por la tropa de que se dispone; los voluntarios más o menos forzados de ahí, enviados por contratistas, no son gentes de fiar, pues vienen de cualquier parte, y no son los mejores sus antecedentes. El soldado peninsular llegado para sofocar esta rebelión, ni tiene ropa siquiera y padece hambre por causas que conocerá mejor que nadie quien está obligado a darle de comer. El resultado inaudito de todos estos factores es que en estos días se han presentado casos de ¡deserción! La fiebre de hacer dinero la padecen desde los más altos hasta los más bajos, y cada uno en su esfera aporta un contingente poderoso a la causa de la rebeldía. Hay bastantes personas que suponen que nuestros soldados viven mal alimentados a causa de codicias criminales y que ésta, y no otra, es la enfermedad de la inmensa mayoría de los que llenan los hospitales. En un país en que los hombres de todas las categorías se corrompen de este modo, ¿qué puede esperarse? ¿Qué esperanzas de bienestar pueden concebir los indios cuando ven que con nuestros mismos compatriotas hacemos eso?”. Por su parte, el general Pavía escribió lo siguiente, cuya intención en el fondo tenía el mismo deseo de moralización: “A Filipinas, especialmente a los puntos más importantes, deben ir empleados conocidos en la península por su honradez y por instrucción; no personas que no lleven allá quizá más que deseos de improvisar una fortuna”.

Como en Cuba y Filipinas no había guerra, sino “operaciones de policía para limpiar el campo de rebeldes” subsistía la redención a metálico, y por seis mil reales los hijos de los ricos se libraban de ir a morir, más que de las balas enemigas, por la fiebre amarilla y el abandono de que dan pálida idea las líneas reproducidas anteriormente. El Estado admitía los sustitutos, estimulaba el voluntariado y protegía una legión de bigardos dedicados a cazar incautos y embarcarlos hacia la muerte, [614] pobres seres que servían de reemplazantes a señoritos y vociferadores en asonadas bullangueras, a cambio de preservar su delicada piel de los zarpazos de los rebeldes. Fueron las mujeres de Zaragoza, donde el patriotismo era más exaltado, las primeras en alzarse contra tan irritante injusticia al grito de “¡O todos o ninguno!”.

En la manigua antillana, defendiendo de modo voluntario sus ideales, frente a las tropas españolas, reclutadas forzosamente, cayeron Antonio Mateo, Máximo Gómez y José Martí, tres abanderados del nacionalismo cubano. ¡Hasta el delirio exaltaron los periódicos peninsulares la muerte de estos tres cabecillas, como los llamaban para denostarlos!

De uno de ellos, José Martí, en *Renovación*, Lucio Martínez escribió:

“Tomás Meabe era un místico no religioso. Toda su actividad la consagró al ideal que llevaba en su alma: el Socialismo. No se por qué asociación de ideas, al leer la biografía de José Martí, se ha presentado ante mi vista la figura de Meabe. Ambos eran dueños de una riqueza espiritual que fortalecía su voluntad y les permitía hacer frente a las enormes dificultades que la vida, en cada caso, sembró en su camino”. Hay versos, libros, discursos de José Martí con sentimiento socialista. La biografía del poeta cubano –Lucio tenía también alma de poeta– a que alude en el párrafo citado seguramente es del libro de Francisco Domenech *José Martí y las clases trabajadoras*, que conservo dedicado por él, donde figura lo siguiente, que Pablo Iglesias dijo a Domenech en 1905: “Los ardientes documentos panfletarios de José Martí, joven delicado que siempre anduvo en las reuniones obreras y republicanas, en las redacciones de los periódicos avanzados, en el Ateneo y en las sesiones de Cortes, produjeron mucho efecto en los medios políticos de España: en unos, removiendo odios contra los revolucionarios cubanos; en los federales de Pí y en nosotros, los socialistas, predisponiéndonos cada vez más a favor de aquellos hermanos que sufrían en las Antillas como nosotros sufríamos en la misma España. Esos documentos nos hicieron ver definitivamente claro los horrores coloniales, los anhelos de emaciación de [615] los cubanos, y nos llevaron más tarde a federales y socialistas a oponernos a la guerra de Cuba, a la marcha de Weyler para aquella isla y a pedir que se resolviera de una vez el grave problema antillano. Claro que nos estrellábamos contra el ambiente, y Pí y yo fuimos tildados de antipatriotas, nuestros periódicos fueron secuestrados varias veces, a pesar de que Pí había sido presidente de la República y sus prestigios de todo orden eran inmensos. Lo mismo fuimos desoídos cuando la guerra con los Estados Unidos y se achacó a miedo lo que era justicia y sano juicio. Pero después de 1898 ya habrás podido observar que de una manera o de otra se nos ha venido dando la razón”.

El teniente de infantería Miguel Primo de Rivera está mezclado por los historiadores en un episodio que trajo de cabeza a los gobernantes en marzo de 1895: el asalto a las redacciones de los periódicos madrileños *El Resumen* y *El Globo*, por varios grupos de militares, sucesos referidos del siguiente modo por Enrique Esperabé, rector que fue de la Universidad de Salamanca:

“Por un artículo publicado en *El Resumen* y reproducido en *El Globo*, penetraron en la redacción del primero de dichos diarios, el 12 de marzo de 1895, unos oficiales subalternos de la guarnición de Madrid, destrozando todo el material de imprenta, rompiendo muebles, papeles y cuanto encontraron a su paso. Al siguiente día asaltaron la dirección y dependencias de *El Globo*, maltratando de palabra y obra a los periodistas que allí había, terminando el incidente con la presencia del capitán general Bermúdez Reina. Estos hechos se trataron en las Cortes, dándose el caso de que todos los oradores se limitaron a describir lo ocurrido muy a la ligera, con frases respetuosas para los oficiales y disculpando su proceder. El miedo era lo que caracterizaba entonces, incluso a los republicanos, y sólo un senador, modelo de honradez e integridad, Fernando González, se atrevió a censurarles con la mayor valentía en un enérgico discurso”.

[616] Ya en vena de referir episodios en los cuales estuvo mezclado Miguel Primo de Rivera, reproducimos seguidamente uno inserto por Natalio Rivas –fallecido en Madrid el 16 de enero de 1958, a los noventa y tres años y autor de libros más o menos históricos hasta el fin de sus días–, gran amigo del que fue dictador durante los últimos años de la monarquía alfonsina. Helo aquí:

“Recuerdo que el general poseía bastones muy buenos de maderas preciosas que había traído de Filipinas, y como yo observara que repetidamente usara uno viejo y de menos valor, hube de preguntarle un día cuál era el motivo de preferir aquella antigualla, a lo que me contestó: “Pero ¿tú sabes de quién fue este bastón? Pues era el que más llevaba Prim cuando llegó a Cádiz, acompañado de Sagasta y Ruiz Zorrilla para reunirse con Topete y proclamar la revolución de septiembre de 1868, y tú sabes bien que ejercía un mando militar en aquella capital mi tío Rafael, amigo del héroe de los Castillejos, y éste le hizo merced de este bastón, que después me regaló mi dicho deudor. Pues por ser de Prim lo prefiero a los demás”.

Aunque por entonces Primo de Rivera no era aún dictador, el solo hecho de narrar esa confidencia anunciaba ya lo que llevaba, en sus entrañas. Como final, digamos que Sagasta, falto de energías para someter a los militares a la disciplina y al respeto debido a las autoridades constitucionales, abandonó el Poder –23 de marzo de 1895– dando paso una vez más a Cánovas, que amparaba todo y alentaba los gestos espectaculares del militarismo español, tanto en el interior como en las colonias.

[617] *Muerte de Federico Engels*

El 5 de agosto de 1895 falleció en Londres Federico Engels, sin el concurso del cual Carlos Marx no hubiera podido realizar la obra que realizó. Nació, como decimos con más detalles en otra parte, el 20 de noviembre de 1820 en Bremen. Su padre hizo una fortuna en Inglaterra, parte de la cual, al revertir sobre él, sirvió para aliviar en mucho la situación económica de Marx y de sus hijas. Fue Engels quien pidió a Kautsky y a Bernstein que le ayudaran y continuaran la publicación de las obras de Carlos Marx. Es interesante comprobar, a través de la correspondencia sostenida por Lafargue y Laura Marx con él, la maravillosa resistencia física y la capacidad de trabajo de este hombre verdaderamente excepcional, demasiado oscurecido al compararle con Marx. A su fallecimiento, su incomparable archivo fue repartido entre los dos citados, en realidad sus albaceas, el Partido Socialista de Alemania –a petición de Augusto Bebel–

y las hijas de Marx. Murió Leonor, esposa, de Longuet; se suicidó Laura cuando lo hizo Lafargue, sin dejar descendencia, y un hijo de Longuet –estuvo en Madrid, y con él fui al barrio universitario de la Moncloa madrileña, donde estudiaba un hijo suyo–, en posesión de la interesante correspondencia cruzada durante años entre el matrimonio Lafargue y Engels, la entregó al partido comunista francés, que le editó en tres tomos. Las cartas, escritas en inglés, aparecen íntegras con su correspondiente traducción. Su lectura es un regalo para los historiadores de ese periodo, tan agitado como innovador en la vida de Europa especialmente. Federico Engels, en su libro *Anti-Dühring* trató de la concatenación entre el Socialismo moderno y los sistemas económicos que le precedieron. En diversas obras suyas hay periodos dedicados a ensalzar a los precursores, aún reconociendo que sus vaguedades eran un obstáculo para llegar a la emancipación de la clase trabajadora. He aquí algo del citado libro que prueba lo que decimos:

“Aunque brotase hacia fines del siglo XVII en unas cuantas cabezas geniales, la economía política, en sentido estricto, tal como la formulan positivamente los fisiócratas y Adam Smith, es sustancialmente un fruto del siglo XVIII, y figura entre las conquistas de los grandes enciclopedistas franceses de la época, compartiendo todas las ventajas y todos los defectos de aquel tiempo. Lo que decimos de los enciclopedistas puede también aplicarse a los economistas de la época. A comienzos del siglo XIV, la pólvora pasó de los árabes a los europeos de Occidente y revolucionó, como sabe cualquier chico de escuela, todos los métodos de la guerra. Pero la introducción de la pólvora y de las armas de fuego no fue en modo alguno un acto de violencia, sino un progreso industrial y, por tanto, económico. Y sin las bases de la civilización griega y del imperio romano, tampoco habría llegado a formarse la moderna Europa. No deberíamos olvidar jamás que todo nuestro desarrollo económico, político e intelectual tuvo como condición previa un estado de cosas en que la esclavitud era una institución no sólo necesaria, sino sancionada y acatada de modo general. En este sentido, podemos legítimamente afirmar: sin la esclavitud antigua no existiría el Socialismo moderno. La esclavitud representó, en las circunstancias de aquel entonces, un gran progreso. Por lo menos permitía a los prisioneros de guerra, entre los que se reclutaba la gran masa de los esclavos, conservar la vida, ya que hasta entonces se les exterminaba y, en un principio, hasta se les comía”.- Federico Engels.

Carta de Iglesias a Engels

Víctor Manuel Arbeloa, especializado en estudios de crítica social y divulgación de documentos que habrán de contribuir a la historiografía imparcial de los movimientos políticos y sociales del pasado siglo, publicó en *El Socialista* de Toulouse un interesante artículo titulado "Una carta de Pablo Iglesias a Federico Engels", que reproducimos seguidamente:

“Afortunadamente se encuentran en buenas manos un buen puñado de cartas de socialistas españoles a Marx y a Engels y de éstos –especialmente de Engels– a aquéllos. Entre estas cartas hay unas cuantas escritas por Pablo Iglesias a Engels entre 1891 y 1895, y las respuestas –algunas en español– del fundador del socialismo científico al fundador del Partido Socialista Español. Estamos preparando la edición crítica de esta preciosa correspondencia, que completará la abundante bibliografía de Las fuentes socialistas publicada estos últimos años. Me ha parecido justo y útil enviar como primicia una carta de Pablo Iglesias al periódico que, tras tantos avatares, continúa la letra y el espíritu que él inició hace ya casi un siglo. Elijo la última que se conserva.

Pocos meses después fallecía aquel gigante coautor del *Manifiesto Comunista*. Engels, ya muy enfermo, había tardado mucho en contestar a otras cartas de Iglesias de octubre de 1894 y febrero de 1895. Iglesias está todavía preocupado por la huelga en Málaga de 4.000 tejedores que ha acabado con la vuelta al trabajo ‘en las condiciones que ellos no querían’. El director de *El Socialista* prepara también el extraordinario del 1º de mayo y pide, como ha hecho otros años, colaboraciones a los amigos de la Internacional. El año anterior, con fecha de 22 de marzo, había pedido un ‘escrito’ al mismo Engels, junto a Eleanor Marx, Aveling, Bebel, Liebknecht y Adler, pero este año las condiciones de salud de Engels debieron retraer a Iglesias de hacerlo. La carta, autógrafa como todas las demás, revela, dentro de su cotidiana sencillez, la cariñosa admiración del discípulo al maestro, el espíritu internacionalista de Iglesias, el mismo tiempo que prueba que, aun exiguo por su volumen y por su influencia, el Partido Socialista Obrero Español caminaba hacia su glorioso porvenir, vinculado fraternalmente a los otros partidos de la Segunda Internacional”.- Víctor Manuel Arbeloa.

[620] He aquí la carta a que hace referencia Arbeloa:

“Madrid, 11 de abril de 1895. Querido amigo Engels: Recibí la tuya del 16 del pasado, quedando enterado de los motivos por que no me has escrito antes y de lo que se ha hecho ahí para auxiliar a los huelguistas de Málaga. Estos, que si han tenido corazón para luchar tienen muy poca inteligencia, se hallan hoy desorganizados. Esperamos que se presente una ocasión para organizarlos de nuevo. No sólo el marqués malagueño es de la familia cuya historia me has dado a conocer, sino que un descendiente de aquéllos es actualmente director de La Industria Malagueña. Llámase don Leopoldo Larios, es sobrino de don Ricardo Larios. Cuéntase que el tal don Leopoldo y otros cuatro hermanos que éste tiene se valieron de un testimonio falso, indujeron a don Ricardo, que el último día de su vida estaba alhelado, a que les dejase una herencia a cada uno de 5.000.000 de pesetas. Acerca de este particular hay un pleito contra ellos por parte de doña Carolina Larios, hermana de don Ricardo. Como puedes ver, es una familia aprovechada. Espero que Keir Hardie, a quien se le ha enviado desde aquí un escrito, me remita algunas líneas para el 1º de mayo. El asunto que le he encargado que trate en ellas es el progreso del Socialismo en Inglaterra desde el último mayo hasta la fecha. Con igual objeto he escrito a Liebknecht, para que él u otro compañero nos envíe unas cuantas líneas de Alemania. Para que no nos olvide se te agradecería que le pusieras dos líneas recomendándole que atienda nuestra petición. Dile a Leonor Marx que deseáramos nos remitiese un periódico, pues aquí hay un compañero que sabe inglés, y por él podríamos enterarnos algo de lo que en él se tratase. Desearía que cuando me escribas me digas si el segundo volumen de la obra de Marx se ha publicado en francés. A fin de que no te molestes tanto cuando me escribas, hazlo en francés, pues el español te ha de costar algún trabajo. Afectos a los amigos, y tú recibe un fuerte apretón de manos de quien te quiere de veras y te desea mucha salud, P. Iglesias”.

[621] *Política y literatura*

Aparte otros movimientos militares en Cuba, la insurrección contra la dominación española, con caracteres impresionantes, estalló en 1895. Y desde esa fecha. *El Socialista*, dirigido por Iglesias, y el Partido Socialista por medio de reuniones públicas donde pudo hacerlo, pidieron el cese de la guerra y que en tanto ésta continuara se aboliese la redención a metálico, yendo al

cuartel todos en iguales condiciones, lo que obligaría al régimen a mejorar el trato, la comida, los hospitales y los dormitorios de la tropa. *El Socialista* escribió: “Allá van sólo los desheredados, allá van unos hombres arrancados a viva fuerza al seno de sus familias para combatir a unos soldados voluntarios que levantan bandera separatista; allá van los esclavos blancos a combatir a los esclavos negros. La burguesía de aquí y de allá seguirá en tanto dando vueltas a los tornillos de la explotación y acumulando riquezas que en el campo, en los talleres y en las fábricas produce el ejército obrero restante. Después, cuando la guerra termine y vuelvan a sus casas los que sobreviven, ya saben la suerte que lea espera: trabajar sin descanso a cambio de un salario mísero y sufrir un trato bestial de los que hoy les halagan y aclaman para que marchen contentos a defender la integridad de la patria. ¡Lástima que los simples soldados, a imitación de sus jefes y oficiales, no puedan pedir la licencia absoluta para eximirse de arriesgar su vida en una guerra que nada tiene que ver con sus intereses!”. Por entonces se reunió el séptimo Congreso de la Federación Tipográfica en Valencia, acudiendo Pablo Iglesias como presidente de la misma dar cuenta de la gestión desarrollada, que fue aprobada por unanimidad. Entre otras provincias, estuvo de propaganda en Córdoba y Asturias. La Asociación de Camareros de Barcelona comenzó a publicar *La Defensa*, de tendencia socialista. El comité de la Agrupación Socialista de Bilbao estaba entonces formado el modo siguiente: presidente, Facundo Perezagua; vicepresidente, Felipe Carretero; secretarios, Toribio Pascual [622] y José González; tesorero, Felipe Merodio; contador, Francisco Urza; vocales, José Blascochea, Claudio Cerezo, Juan Redondo y Valentín Hernández.

El 29 de octubre de 1895 se estrenó en el teatro de la Comedia, de Madrid, el drama social *Juan José*, de Joaquín Dicenta, que constituyó un éxito clamoroso. Por la índole del tema desarrollado le fue difícil al autor encontrar quien aceptara representarlo. Ni los que le estrenaron creían en el triunfo. Por otra parte, el teatro de la Comedia no era muy a propósito para un espectáculo dramático de aquella índole. El 11 de noviembre siguiente, Dicenta fue objeto de un banquete para festejar el éxito de la obra que durante años se mantuvo en los carteles de los teatros más importantes de España, a pesar de las protestas de algunos prelados que se salieron de juicio, cosa bastante corriente por aquellos tiempos. Miguel Moya, director de *El Liberal*, se lanzó a proponer que el día de la representación de *Juan José* fuese fecha preferida para enlazarla con el 1º de mayo, pero su iniciativa fracasó, porque el protagonista nunca fue afiliado a ninguna organización obrera, ni tuvo educación societaria o política de ninguna clase. Se trataba de un pobre obrero albañil, a quien su patrono, prevalido de su posición económica, y conociendo la miseria reinante en aquel hogar, catequizó a la mujer de quien por un salario estaba supeditado a él. Dicenta cultivó temas sociales, en verso y prosa, alcanzando triunfos resonantes. Tuvo ribetes socialistas y anarquistas, aunque en política militó en el partido republicano, que en Madrid le llevó al municipio por el distrito de La Latina, donde, recordando su obra política, conseguí del Ayuntamiento diera su nombre a un grupo escolar y a unos jardines de aquella barriada.

Unamuno publicó en 1895 *En torno al casticismo*; Pérez Galdós, *Nazarín*; Sebastián Faure, *El Dolor universal*; Juan Grave, *La Sociedad futura*; Adolfo Zerboglio, diputado socialista italiano, *El Socialismo y [623] las objeciones más comunes*, traducido en 1904 por García Ormaechea para la Biblioteca Internacional de Ciencias Sociales; José Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios y Notas sociales: vulgarización*, de orientación anarquista. Valle Inclán comienza sus publicaciones con

grandes dificultades. Aparece en Madrid el semanario *Vida nueva*. En Barcelona *Ciencia social*, a cargo de Pedro Coromínas, de tendencia avanzada, colaborando Dorado Montero, Unamuno y Alomar, entre otros. Fernando Soldevilla inaugura la serie *El año político*, que le dio fama; Alejandro Lerroux ocupa la dirección de *El País* (para conocer la vida de Lerroux en ese periodo es interesante la lectura del libro de Ciges Aparicio *Del periodismo y de la política*.) Por cierto, la *Gaceta* publicó indagatoria contra Lerroux por delito común, sin consecuencias para él, que supo jugar con varias barajas desde sus primeros años (Gaceta del 19 de marzo de 1895). Cambó inicia su vida política a todo vuelo. *La Justicia*, de Salmerón, dirigida por Antonio Zozaya, después de Francos Rodríguez. Se funda en Madrid la revista semanal *Gedeón* “el periódico de menor circulación” rezaba en su cabecera sin ser cierto, porque se popularizó merced a la colaboración, entre otros, de Antonio Palomero y Navarro Ledesma. María Guerrero inaugura el teatro Español, reconstruido por su padre, donde estrena Echegaray *Mancha que limpia*. El 26 de octubre de 1895 Ramón y Cajal escribe en *El Liberal* lo que sigue: “Remedios son: renunciar para siempre a nuestro matonismo, a nuestra creencia de que somos la nación más guerrera del mundo. Renunciar también a nuestra ilusión de tomar por progreso real lo que no es más que reflejo de la civilización extranjera... Se necesita volver a escribir la historia de España para limpiarla de todas esas exageraciones con que se agiganta a los ojos del niño el valor y la virtud de la raza. Mala manera de preparar a la juventud al engrandecimiento de su patria es pintarle ésta como una nación de héroes, de sabios, de artistas insuperables”.

[624] *Muerte de Ruiz Zorrilla*

Aunque Ruiz Zorrilla vivió expatriado desde la proclamación de Alfonso XII como rey, cuando se vio agotado de fuerzas, regresó a España, falleciendo en Burgos camino de su pueblo natal, Burgo de Osma, el 13 de junio de 1895. En la sesión de Cortes del día siguiente, presidiendo el marqués de la Vega de Armijo, liberal, Muro, diputado republicano de Valladolid, dio cuenta del fallecimiento de tan eximio patricio, pidiendo hiciera constar la Cámara su sentimiento por tan triste noticia, como así se hizo.

El 9 de octubre de 1895, Pablo Iglesias reingresó en la cárcel de Málaga para cumplir la pena impuesta por el tribunal de aquella capital, ratificada por el Supremo, de que hablamos por separado. El 19 de noviembre, Costa, presidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid, leyó una extensa memoria con el tema; “Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo”. Ya hacía falta preparación para abordar en un sitio como aquel semejante tema, cuando todavía no eran populares las cuestiones sociales. Hay conceptos que muy bien hubiera podido suscribir el socialista más ortodoxo. En aquella disertación se encuentra el siguiente párrafo, verdaderamente clarividente: “A medida que vaya creciendo en intensidad la compenetración de los pueblos y de las razas, ya hoy tan activa, y la idea de patria, con ayuda de los siglos, se esfumine, se haga más reflexiva, menos sentimental, acentuándose, por el contrario, el concepto de humanidad, la figura de Viriato irá creciendo en estatura y grandeza moral: dejará de ser española y sobrevivirá a España”. Costa, aquí es un precursor del Socialismo internacional.

En 1895, el doctor Juan B. Justo estuvo en Madrid, haciendo gestiones para editar su traducción al castellano de *El Capital*, de Marx. Enrique Dickman, de origen ruso, ingresa en el Partido Socialista de Argentina, donde ocupó toda suerte de cargos de responsabilidad. Creación

de la Alianza Cooperativa Internacional en un Congreso en Londres, con delegados de diez naciones; hoy es el organismo que reúne mayor cifra [625] en millones de adheridos en el mundo. En Francia se celebra un Congreso de los socialistas franceses y se consolida la CGT. Turati es elegido en Milán primer diputado socialista en Italia. En Bruselas los socialistas belgas adquieren un terreno que servirá para en él construir la Casa del Pueblo. En Francia los hermanos Lumière inventan el cinematógrafo

En 1895 fallecieron Manuel M. José de Galdo, Francisco Navarro Villoslada, Alejandro Dumas (hijo), escritores y novelistas. Barthélemy Saint-Hilaire, erudito, traductor de Aristóteles; C. Cantú, historiador y novelista; José Martí, poeta cubano, autor de una poesía escrita estando en la capilla de la prisión, que le inmortalizó; L. Pasteur, biólogo y químico; Isaac Peral, inventor de un submarino.

Carta de Vera a los participantes al mitin del Liceo Rius

“Queridos compañeros: Mi mala salud y el peso de mis obligaciones profesionales, causas de mi renuncia a la designación de candidato con que me honrasteis, son también motivo de que no tenga el placer de saludaros de palabra. Ya que esto no es posible, os dirijo estas letras porque tengo que hacer dos manifestaciones. La primera es de agradecimiento. Hoy, que el pueblo trabajador, por los desengaños sufridos, se halla apartado de los políticos de todos los matices, es un título inestimable de honra merecer la confianza de aquellos trabajadores que, no esperando nada de la ayuda ajena, ponen la esperanza de su redención en el esfuerzo propio.

Si fuera título para merecer esa confianza vuestra el convencimiento cada vez más arraigado y profundo de la verdad y de la fecundidad salvadora de la doctrina socialista que profesáis, yo tengo ese convencimiento. Yo creo, cada vez con más firmeza, hoy con más estudio y reflexión que hace veinte años, que el día en que termine el régimen de[626] salariado; el día en que la inmensa mayoría social no trabaje para sostener a una minoría explotadora e inútil; el día en que unos hombres no estén supeditados a otros hombres que al darles o negarles trabajo pueden darles o quitarles la vida; el día en que la tierra, que la naturaleza dio en propiedad a todos los hombres y que un régimen de privilegio ha puesto en manos de unos pocos, se socialice; en una palabra, el día en que se haga social la propiedad del suelo y de los medios productivos e impere la igualdad económica, aquel día se habrá asentado sobre bases indestructibles el derecho de todos; entonces la libertad individual será una libertad palpable y no una vana ficción jurídica; entonces, destruidos los antagonismos económicos de hombre a hombre, de clase a clase, de industria a industria, de nación a nación, habrá desaparecido de la faz de la tierra el imperio de la fuerza y quedará establecido el imperio del derecho; desaparecerán las instituciones bárbaras, que aún son vergüenza de la razón humana; serán vencidos los dos enemigos más fieros del hombre: la miseria y la ignorancia; la fraternidad no será un sueño irrealizable, y el esfuerzo del hombre podrá consagrarse a la obra más digna de su actividad: a la conquista completa de la naturaleza, a la lucha contra las fatalidades naturales, únicos obstáculos que se alzarán contra la felicidad humana.

Táchenos de idealistas por los hombres prácticos de nuestros tiempos para quienes luchar contra el dolor humano es, sin duda, tarea baldía; para quienes la última palabra de la cordura humana debe ser por lo visto comer, beber y gozar, indiferentes a las desdichas ajenas.

Táchennos de idealistas en buen hora, que si la ley de la evolución humana no se desmiente y las leyes naturales no se burlan, como las que son hechura de los hombres, el ideal de hoy será la realidad de mañana; y dichosos en todo caso, los que en medio de un presente tan mezquino, tan absurdo y tan injusto como el que nos agobia, llevan en la frente la luz de un ideal de verdad y de justicia. Sí; correspondo hoy a vuestra confianza compartiendo con vosotros [627] el convencimiento más profundo por el ideal socialista, que es nuestra religión. ¡Ojalá pueda mañana compartir con vosotros las fatigas de la campaña y las satisfacciones del triunfo! Hecha esta manifestación de gratitud, he de hacer otra. Esta es de protesta. He de protestar contra la acusación, tan monstruosa que ya es ridícula, de que somos corifeo de la monarquía, instrumentos de la reacción, ‘viles encasillados’. ¿Qué motivos de afinidad, de gratitud, de interés pueden ligarnos a los partidos de la Restauración? Nuestra afirmación económica nos hace adversarios de todos los partidos burgueses; ¿por qué habríamos de preferir los monárquicos a los republicanos?

No ya como socialistas, como ciudadanos españoles, que sufrimos todas las desdichas patrias a más de las propias de nuestra condición obrera, ¿qué debemos a los dos caducos personajes, apegados al mando con la terquedad de la senectud pueril, exhaustos de ideas, educados en una política anticuada y mezquina, que desde la Restauración han conducido a España a los duros trances en que se halla empeñada, ignorante, miserable, castradas sus energías morales, sumida en repugnante reacción clerical, tributaria del extranjero, del que es a la vez víctima y mofa; bajo la amenaza de ser negada como nación; próximos a desmembrarse de ella territorios que debieran ser fundamento inmovible de poderío y grandeza comercial inmensos; ofreciendo, en fin, el lastimosísimo espectáculo de un organismo social que se deshace, no por golpe extraño, sino por interna corrupción? Si en España existiera conciencia pública, sin distinción de partidos, se alzaría indignada y barrería para siempre del Poder a los Gobiernos que con su incapacidad y su desmoralización nos han traído un presente tan negro y nos preparan un porvenir aún más desdichado. Y si como españoles les debemos la condenación más tremenda, ¿qué diremos como proletarios o como socialistas. ¿Acaso la Restauración se ha preocupado nunca de que existe un pueblo trabajador? ¿Acaso no muere cada cual de hambre cuando le llega el turno, sin que se vea ni el propósito de prevenir o paliar las crisis económicas? ¿Se han movido [628] alguna vez los trabajadores en defensa de sus intereses hollados por los patronos, sin que el Poder público no haya atropellado brutalmente el derecho obrero? Por recomendar prudencia, calma, disciplina a los obreros de Málaga, ¿no acaba Iglesias de sufrir cuatro meses de cárcel entre los ladrones y asesinos del presidio de Málaga? ¿Convida esto a tratos amistosos con los partidos monárquicos?

No; los socialistas son y serán siempre hombres de progreso. Lo hemos dicho siempre con claridad. Como partidarios de la propiedad colectiva, enfrente de todos los partidos que defienden la propiedad individual; pero entre monarquía y república, la República; porque es forma de gobierno más racional, más conforme con la dignidad humana, más abierta al progreso; y la monarquía es el odioso resto político de las instituciones de casta. Y contrayéndonos a España, ¡ojalá los republicanos hubieran traído una República donde los derechos políticos se ejercitasen con la posible pureza, pues, además del progreso político realizado, verían claro los trabajadores cómo la República no modificaba su condición de asalariados, como salariado y

democracia son incompatibles. Pero estas verdades, ¿nos fuerzan al elogio de los republicanos o a nuestra fusión con ellos? Detiéndose los republicanos en lo político; para nosotros lo esencial es la transformación económica. La diferencia, pues, es fundamental. No es posible confusión ninguna entre ellos y nosotros. Pero aparte de esta división, que establecen los respectivos programas, ¿cuándo les hemos combatido por ser republicanos? Los combatimos por no saberlo ser. Censuramos la incapacidad de sus jefes, lo desastroso de su política. Merécenos la masa republicana consideración, simpatía y lástima por su consecuencia, por su resignación. Veinticinco años hace que sigue paciente y sufrida a jefes que sólo han sabido dividirla, fatigarla, desilusionarla. ¿Qué han hecho los republicanos de esa inmensa fuerza de progreso que han moldeado y dirigido como si fuera docilísima cera? ¿Qué destello de espíritu de buen gobierno han impuesto al Poder público desde la oposición? ¿Qué soluciones concretas han ofrecido nunca a los problemas [629] nacionales? ¿Tantas bienandanzas goza la nación bajo los partidos monárquicos que no volvería los ojos hacia los republicanos si no ofrecieran el triste espectáculo de sus divisiones, de su esterilidad, de su falta total de sentido político?

No somos, pues, los socialistas los enemigos de los republicanos; lo es su mala política. No es culpa nuestra que la nación los mire, no como una esperanza, sino como un peligro. Y esta verdad no es nuestra: está en todos los labios, hasta en los labios de los republicanos sinceros. Por todas partes se oye en las filas de los republicanos que aman de verdad el progreso, disgustados de la esterilidad de tanto sacrificio por el republicanismo: ‘Acabaremos por ir al Partido Socialista’. Y tienen razón; el Socialismo es, en verdad, el sitio de los verdaderos amantes del pueblo, de los verdaderos amantes del progreso social. La república parlamentaria o representativa podrá ser solución para la burguesía conservadora el día en que la monarquía naufrague en la lucha contra los acontecimientos; para los que quieran la redención del pueblo que trabaje y sufre, no hay más república que la social, la federación económica sobre las bases de la propiedad colectiva. Hice mi protesta de gratitud hacia vosotros. He protestado contra el estigma de reaccionarios, afirmando que antes de todo somos hombres de progreso y que somos la propia y genuina expresión del progreso; solo me resta saludar, hasta que pueda combatir en vuestras filas por nuestra santa causa, que no es odio a los republicanos, sino amor a la justicia, amor a la verdad, amor al trabajo. Nosotros sólo odiamos a un régimen que oprime, esclaviza y degrada a la humanidad entera, que lo sufre. Madrid, 10 de abril de 1896”.- Jaime Vera, 17 de octubre de 1896.

[630] *Acción obrera*

“En la confluencia de fuerzas que han de arrancar los medios productivos al egoísmo individual y devolverlos a la colectividad como propiedad social inajenable, corresponde importancia capitalísima a la acción obrera, al esfuerzo de la clase trabajadora. Hombres científicos, amantes desinteresados de la verdad, aplicando al estudio de los hechos económicos y sociales los métodos que han fecundado con tanto vigor las ciencias naturales, que han dado al movimiento socialista una doctrina, tornándolo en científico y positivo de romántico e idealista que antes fuera; nombres que ponen el culto de la verdad y de la justicia encima de las ventajas que la servil adulación a la clase privilegiada acarrea, propagan con entusiasmo esta doctrina y la llevan triunfante en medio de todas las interesadas contradicciones; mas, ¿creéis acaso que

bastaría el demostrar la razón de las reclamaciones obreras para que el egoísmo de los privilegiados se desnudara del poderío y de los goces que su privilegio reporta?

Los privilegios de clase sólo a la fuerza han sucumbido; sólo la fuerza obrera hará respetable ante los enemigos y dará autoridad a la palabra que se alce en defensa de la buena doctrina; sólo la fuerza obrera será argumento suficiente para convencer a la clase capitalista de que lo que debe ser tiene que ser. ¡Despertad, pues, trabajadores! ¡Uníos en la conciencia de vuestros intereses! Y los ya despiertos, los que veis con claridad cuáles son vuestros derechos y cuán grande es vuestra fuerza, sacudid con energía el letargo de los que lamentan su suerte y nada ponen por mejorarla; combatid la indiferencia obrera como más funesta que la opresión burguesa, pues la arraiga y la eterniza; y tened en cuenta siempre que si la doctrina socialista triunfa en el campo de las ideas por la propia virtud de la verdad, sólo puede señorearse de la realidad social por la acción revolucionaria de la clase obrera”. - Jaime Vera, 1º de mayo de 1896.

[631] *Actividades de Iglesias en 1896*

“El 6 de febrero de 1896 quedó extinguida la condena impuesta por los Larios. En vísperas de este feliz momento, el día 3, escribía Iglesias una carta a mi madre, en la cual predominaban, sin embargo, la inquietud y la melancolía: había sabido que ella estaba enferma y el ‘chico’ –lector, el ‘chico’ era el autor del libro– resfriado; él se hallaba también malo; la administración de un diario socialista francés que solía publicar correspondencias suyas –*Le Réveil du Nord*– no le pagaba las últimas enviadas, sin que él supiera la causa. La situación en el momento de abandonar la cárcel malagueña era simplemente tenebrosa. ‘Habremos de tener más paciencia...’, escribía. ¡Paciencia! Después de enviada aquella carta debió de angustiarse aún más su corazón al recibir otra que su viejo amigo José Mesa Leompart le dirigía desde Biarritz el 31 de enero y en la que le decía: ‘Voy a darle una mala noticia nada grata y que le sorprenderá, como a mí me ha sorprendido: la administración del *Réveil du Nord* supone que cuando me enviaron el importe de sus tres primeras correspondencias me advirtieron que, en lo sucesivo, si quería continuar escribiendo para el periódico, debería hacerlo à titre gracieux, porque la caja estaba *presque à sec*. Excuso decirle que yo no he recibido semejante aviso y que ni Guesde ni Chauvin, con quien hablé del asunto cuando estuve hace tres meses en París, me dijeron una palabra. Si mis recuerdos actuales me lo permitiesen, le enviaría el importe de las correspondencias, pero no siéndome posible hacerlo por la totalidad, pongo a su disposición un billete de 25 pesetas que le remitiré tan luego como llegue a Madrid”’.- Juan A. Meliá, de su libro dedicado a Pablo Iglesias.

La Unión General de Trabajadores, en 1896 reunió su quinto Congreso en Valencia, acudiendo Iglesias en representación de varias Secciones, además de la Federación Nacional Tipográfica, por él presidida. García Quejido, regresado a Barcelona, seguía al frente de la Unión General, aunque no por mucho tiempo. Hubo elecciones generales en mayo, con [632] Iglesias y Vera candidatos por Madrid. En Bilbao, donde la lucha electoral adquirió mayor interés, estuvo Iglesias, y aunque no alcanzó la victoria, la votación obtenida hizo presagiar triunfos futuros. El 20 de julio de 1896, Iglesias, Vera, García Quejido y Casimiro Muñoz, de paso para Londres, con objeto de asistir al cuarto Congreso de la Internacional Socialista, asistieron al XIV Congreso del Partido Obrero de Francia en Lille, que adquirió aires de asamblea internacional por las representaciones que acudieron. Por vez primera fue oída la *Internacional*, aunque todavía no

coreada. En el Congreso de la Internacional, en Londres, se aprobó un mensaje de simpatía a los que luchaban por conquistar su independencia nacional, aludiendo a los cubanos, lo que le valió a Iglesias en Madrid ser censurado por algunos patrioterros. Interino éste, además, en un debate sobre la admisión de representaciones de grupos anarquistas, oponiéndose a ello, ya que sólo podrían hacerlo con la finalidad de obstaculizar su desarrollo.

Miscelánea de 1896

Ese año el socialismo francés atravesaba una crisis interna de crecimiento que amenazaba desnaturalizarle, derivado del triunfo alcanzado en las elecciones generales de 1893 y en las municipales del año que reseñamos, casi siempre en alianza con los grupos de la burguesía radical en la segunda vuelta, que decidía el resultado. Por primera vez entraba Guesde en la Cámara, pero allí estaban también Millerand y Viviani, que perturbaban el movimiento obrero con sus estridencias bullangueras, favorables a la huelga general revolucionaria y patrocinando la neutralidad del sindicalismo frente a todos los partidos políticos, sin perjuicio de dar el salto desde la extrema izquierda a la derecha burguesa. Briand era, en 1896, el orador más aclamado en la incipiente Confederación General del Trabajo, redactaba manifiestos para el [633] 1º de mayo halagando a los anarquistas, coincidentes en el fondo con las publicaciones de Carlos Malato y Sebastián Faure, y hacía todo lo posible para situar en desventajosa posición ante la opinión obrera a Guesde y a Lafargue, con quienes sostuvo polémicas encendidas, como lo prueban las siguientes líneas de un discurso pronunciado por Briand en el Congreso Socialista reunido en 1899 defendiendo la huelga general revolucionaria:

“La nueva táctica, en efecto, no tiene por objeto exclusivo servir los intereses económicos, sino que, si llega el caso, puede emplearse con la misma eficacia en la defensa de las libertades políticas que el proletariado considere a justo título como condición definitiva. En este sentido fue votada por primera vez en el Congreso de Marsella de 1892 la organización de la huelga general. Ahora, cuando todo hacia entrever la posibilidad de semejante batalla entre el proletariado y la clase patronal, hay quien dice: ‘¡Eso será la revolución!’. Pues sí, yo lo digo también: creo firmemente que la huelga general será la revolución; pero bajo una forma que dé a los trabajadores más garantías que las del pasado y en las que les exponga menos a las sorpresas, siempre posibles de las combinaciones exclusivamente políticas. ¿Cómo hombres imbuidos de esos principios marxistas, como Guesde y Lafargue, han podido juzgar utópica y falaz la idea de la huelga general, cuya consecuencia es la expropiación de los instrumentos de producción de aquellos mismos que están ya sistemáticamente organizados para hacerlos funcionar? ¿No es verdad, compañeros, que si la revolución ha de afrontar alguna vez el carácter de lucha de clases a de ser ésta?”.

Guesde y Lafargue, puestos en solfa por Briand y sus amigos, murieron fieles al ideal socialista, sirviendo a la clase trabajadora hasta el fin de sus vidas. Aristides Briand en 1909 jefe de Gobierno, militarizaba a los ferroviarios, estrangulando la huelga general declarada con ese motivo en Francia. ¡Qué caro pagan los explotados las ilusiones que ponen a veces en estos charlatanes de extracción burguesa!

[634] El 30 de mayo de 1896 hubo en Saint-Mandé, alrededores de París, un banquete

político que ha pasado a la historia. Los socialistas de todas las tendencias –demasiadas tendencias, desgraciadamente–, se reunieron en fraternal banquete, presidido por Alejandro Millerand, asistido de Jaurès y Guesde, para celebrar la victoria municipal acabada de obtener, conquistando incluso algunas alcaldías importantes en provincias. Millerand estuvo soberbio. ¡Aquello era Socialismo de pura cepa! Seguramente Guesde y Lafargue tendrían, oyéndole, muy hondas reservas. El 13 de junio de 1899, tres años después, ese mismo Millerand entraba en el Gobierno de Waldeck-Rousseau, que le otorgó la cartera de Comercio, y poco más tarde, merced al Bloque de las Izquierdas, Jaurès fue elegido vicepresidente de la Cámara, provocando ambas actitudes hondas discrepancias en el socialismo francés. Tras una desenfrenada carrera hacia la extrema derecha, Millerand fue desposeído de su cargo de presidente de la República en 1924, por los mismos votos con los cuales había traicionado a la clase trabajadora.

Hostilizado por los guesdistas, que censuraban su conducta, Jaurès se dirigió a las personalidades más salientes de la Internacional solicitando su opinión acerca de la actitud que él y sus amigos habían adoptado, obteniendo de Pablo Iglesias la siguiente categórica contestación: “Mi parecer es que ni los socialistas pueden aceptar bajo su responsabilidad cargo alguno de ningún Gobierno burgués, ni el Partido Socialista autorizar la presencia de uno o de varios de sus miembros en Gobiernos que tienen por misión defender el régimen del salario. Los socialistas no deben ir al Poder a hacer cumplir las leyes hechas por la clase explotadora para mantener en la esclavitud, en la miseria y en la ignorancia a los productores; deben ir tan sólo a anular todos, absolutamente todos los privilegios”. Es de suponer que la respuesta de Iglesias agradase mucho más a Guesde que a Jaurès, autor de un libro, *Estudios socialistas*, que una editorial española encargó a Iglesias tradujera al castellano. A pesar [635] de que su situación económica era bastante estrecha, como hemos referido anteriormente, rechazó lo que se le ofrecía, aduciendo las siguientes razones: “Disintiendo del autor en conducta política, no puedo traducir el libro, porque hacerlo sería tanto como suscribir todas las opiniones en él emitidas”. ¡Tiempos admirables en que los hombres mantenían firmes sus convicciones, sin transigir con los convencionalismos que tanto daño han hecho, arrancando a veces, entre la clase trabajadora, su fe en la acción política de clase!

En marzo de 1896 se presentan por vez primera candidatos socialistas a diputados por Buenos Aires, yendo a su cabeza Juan B. Justo, poco después víctima de un atentado, frustrado por fortuna. Hjalma Branting es el primer diputado socialista elegido en el Parlamento de Suecia. Anselmo Lorenzo y Pedro Corominas, entre otros muchos, son encarcelados en Barcelona, donde estalló una bomba al paso de la procesión del Corpus, dando lugar a terrible represión gubernamental. En Madrid se inaugura la Biblioteca Nacional. El general Polavieja ordena fusilar en Manila al poeta y libertador José Rizal, patriota venerado en Filipinas. Rizal escribió horas antes de morir una poesía que hizo inmortal a su autor. Se promulgan en España leyes contra el terrorismo. En Madrid, en el teatro de la Comedia, Pérez Galdós estrena *Doña Perfecta*, que antes había publicado en novela. Benavente estrena *Gente conocida*, y Feliu y Codina, *María del Carmen*. Se destacan Emilia Pardo Bazán, Juan Valera y José María de Pereda, novelistas, y Ramón de Campoamor y Gaspar Núñez de Arce, poetas. Se efectúa en Madrid la primera sesión de cine en privado.

Fue el Partido Socialista quien, en 1896, inició la campaña contra los autores de las sevicias

sufridas por los presos políticos, anarquistas en su mayoría, en Montjuich. “Y si a la revisión de esos procesos –dijo Iglesias– se opone el actual Gobierno, y con el Gobierno, alguna cosa más, con él identificada, barrámoslo todo y acabemos con cuanto dificulta el que nuestro [636] país marche por el camino del progreso”. En el semanario *Vida nueva*, en un trabajo suyo aludiendo a las torturas sufridas en Montjuich, figuraba la frase siguiente; “Opino que, ya que lo ocurrido en el proceso de Montjuich no ha sido un caso aislado, sino, aunque más horrible que otros, uno de los muchos que constituyen el bárbaro sistema empleado en nuestro país para arrancar declaraciones o castigar a culpables o supuestos culpables, que la campana emprendida debe tener por objeto, a la vez que la revisión del susodicho proceso, la desaparición del mencionado sistema, en vigor hoy en toda España”.

En 1896 Iglesias dio una conferencia en la Asociación de la Prensa, acudiendo a oírle buen número de intelectuales. Pascual Simal, fundador de la Asociación General del Arte de Imprimir, hizo propaganda socialista en Asturias. El 1º de enero apareció en Mataró un periódico titulado *La República social*, colaborando en él Iglesias. En Barcelona, otro, con el título *El 1º de mayo*, donde aparecieron trabajos de Vera, Unamuno e Iglesias. Aclaremos que Unamuno publicó su primer artículo en *El Socialista* de Madrid en el número dedicado al 1º de mayo de 1896. En 1896 fallecieron, entre otros, Enrique Mateo, del grupo fundador del Partido Socialista; Jean Volders y William Morris, destacados socialistas, belga e inglés, que tuvieron notable actividad en sus países respectivos; Juan F. Camacho, Manuel Pedregal, José de Castro, Jules Goncoürt, Paul Verlaine, Harriet Beecher, escritores y políticos; Alfred Nobel, fundador de los premios que llevan su nombre.

De general a general

Gonzalo de Reparaz, autor de *Aventuras de un geógrafo errante*, reproduce en páginas 216 a 217 de su libro las cartas que le remitió el general Polavieja, jefe del Cuarto militar de la Reina Madre, María Cristina, copias a su vez de otras recibidas por él, sin duda de otro general amigo suyo, que por serlo se atrevía a informar con todo detalle a Polavieja de la desastrosa gestión desarrollada en Cuba, con violentos ataques contra los generales Ochando y Weyler. ¡Pobre España, [637] mártir de aventureros y ladrones con estrellas o sin ellas, pues la inmoralidad no tenía fronteras! He aquí parte de lo publicado por Gonzalo de Reparaz:

“Copia que cito (Polavieja).- 1º de agosto de 1896. Muy querido amigo: El capitán de Artillería que fue a Cuba, estuvo allí unos treinta y cinco días, asistió a una acción, recibiendo en una caída un rasguño y fue ascendido a comandante y condecorado, es el señor Canella, hermano del general del mismo apellido. Pero éste y otros parecidos escándalos son pequeños ante la carta que ayer después de tener el gusto de ver a usted, llegó a mis manos. Es de un compañero mío muy querido, y la copio textualmente:

‘Habana, junio 9-96.- Querido X: Obra en mi poder tu muy grata del 2. Siento que en mi anterior leyeras que esta guerra empezaba a seguir mejor marcha, y que podría presumirse un buen resultado, pues de entonces a hoy las cosas varían mucho en peor. Tienes aquí jefes y oficiales que cuentan con veinticinco y treinta acciones, y las recompensas son menciones o cruces rojas, y en cambio aquél que es pariente, amigo y muy recomendado de un general sube

como la espuma por acciones que ni el ruido de los tiros oyó. Mientras que hay coronel que se bate a diario y que no asciende, a Suárez Inclán le hacen general a los pocos meses de llegar, por un combate que fue un desastre; al perdido de Ruiz lo hacen jefe de brigada; a Luque, por las barbaridades de Candelaria, en donde no fuimos copados por milagro de Dios, lo ascienden por telégrafo, y se da el caso de ver a un teniente, sobrino de un general, que en cinco meses ha obtenido tres grados. Esto hace que el descontento sea tan grande que en los campamentos y poblados sólo se oyen quejas, recriminaciones y la única aspiración que se apodera de todos es ésta: Que la guerra concluya pronto, sea como sea. Como a tí te sobran independencia y energías para decir la verdad, y tienes la lengua bien expedita, dile a Castellanos que falta a la verdad cuando asegura que se nos paga al corriente, [638] pues desde marzo no hemos visto un peso; di a Azcárraga que no consiste la movilización en enviar hombres sin instrucción, sin saber disparar el fusil, pues con esto se consigue que se pierda la carchutería de un modo escandaloso, y cuando la necesitan no la tienen y son macheteados. En el combate del Mal Tiempo los oficiales tenían que enseñar a la tropa, ya combatiendo, cómo se cargaba el fusil. Añádele que aquí se inventan las acciones; se ocultan los desastres dándoles el nombre de victorias; que son mentira los muertos vistos, las heridas de muchos oficiales, y mentiras las contusiones, que sólo sirven como pretexto para el ascenso. Di que para poder decir que se hacen bajas se machetea a todo; bicho viviente; que los planos del Estado Mayor que desde La Habana nos dirige, sólo han producido movimientos que nos obligan a batirnos con desventaja, porque no tienen presente ni las distancias, ni el estado de los caminos, ni los medios de transporte, y resulta que una columna llega y las otras se retrasan. Muchos creíamos que se sujetaría a Calleja, verdadero autor, aunque sea inconsciente, de la guerra, a un Consejo cuando llegase a la península y nuestro asombro ha sido inmenso al ver que aún se le agasaja y se le hace ¡senador! Creíamos que dado el fracaso tremendo de tu amigo Campos enviarían a Polavieja, que demostró que a pesar de las vacilaciones de Blanco, supo acabar en poco tiempo y con escaso gasto una guerra que se presentaba tan pujante como ésta, y nos envían a Weyler, cuya historia fue aquí tan deshonorosa y en Filipinas tan censurable por la manera tan descarada como se llevó a la Península más de un millón de pesos, y para compañero viene Ochando, el mismísimo que fue echado de Filipinas, y claro es, aquí sólo se ocupa, con Weyler de hacer lo mismo que ya hizo con Arderús: robar escandalosamente. Mientras que aquí nosotros, que vivimos en el presidio que se llama Trocha de Mariel, careciendo de todo, abrasados por el sol, diezmados por las calenturas y vómitos, sabiendo que Maceo está fortificado en Cacarajicara, sin que se le ataque; que todos los días recibe, no ya cañones, fusiles y cartuchos, sino ¡víveres de boca! sabemos que en [639] La Habana engordan Weyler y Ochando, y en los poblados ascienden los hijos, hermanos y sobrinos de los generales y hombres políticos”.

Había guerra en Cuba, pero oficialmente se trataba de las clásicas operaciones de policía a que apelaban los gobernantes monárquicos para desfigurar la verdad, y en 1896 una Comisión Nacional del Partido Socialista visitó al jefe del Gobierno para pedir que a Cuba fueran todos los reclutas —o ninguno, lo que era deseo de los comisionados— en igualdad de condiciones, terminando con la redención a metálico, que permitía a los hijos de la clase acomodada no ir a las Antillas, en tanto que en su lugar morían los hijos de la clase trabajadora. Sagasta, jefe del Gobierno, respondió a Iglesias, Cermeño y Morato del siguiente modo: “Sí, el Gobierno todo, y yo personalmente, creemos justo el servicio militar obligatorio; pero andamos tan mal de

cuarteles! El pobre, generalmente, sale ganando con el servicio militar; come bien, está mejor alojado que en su casa, disfruta de comodidades que desconocía; pero ¿quién lleva a los hijos de buenas familias a estos cuarteles horribles que tenemos? ¡Pobres muchachos!” La respuesta de los comisionados fue la que merecía aquel desvergonzado lenguaje de Sagasta, hasta el extremo de que, dando marcha atrás, prometiera –para no cumplirlo– tener en cuenta la reclamación que se le hacía.

José Protasio Rizal

Hagamos un alto para narrar otro episodio de los más dolorosos de aquella triste etapa: la guerra de Cuba y Filipinas. En estas últimas islas era capitán general Camilo G. Polavieja, marqués de Polavieja, protegido por la reina madre y gran amigo de los frailes, [640] cuando le tocó decidir acerca de la suerte que cabía dar a la sentencia de pena capital dictada contra José Rizal, a quien nadie acusó de haber hecho armas contra España. Aparte el filipino Aguinaldo, con el que las autoridades españolas tuvieron pacto mediante dinero sin resultados positivos, era Rizal el hombre más representativo del movimiento emancipador de aquellas islas. Nunca olvidaré la impresión que me produjo en mi juventud la lectura del libro *Noli me tangere*, de Rizal, esmaltado de una prosa ardorosamente descriptiva de la vida social de Filipinas y narrando en carne viva el vergonzoso dominio que los frailes ejercían sobre aquellas islas. José Protasio Rizal y Alonso, nacido el 19 de junio de 1861 en Calamba, provincia de Laguna, Filipinas, fue fusilado en Manila por el general Polavieja, el general “cristiano”, el 30 de diciembre de 1896. Como Ferrer, murió por sus ideas, por sus doctrinas liberales y emancipadoras. Para honrar su memoria, Filipinas declaró fiesta nacional el día del martirio de su héroe, levantando un monumento por suscripción nacional en el mismo sitio donde fue fusilado; a una provincia importante se le dio el nombre del inmortal poeta, y las principales calles de las poblaciones de aquellas islas llevan su nombre, que también figura en los billetes de banco y en los sellos de correos. En Manila hay un monumento recordatorio a Rizal. Horas antes de ser fusilado escribió unos versos, *¡Último adiós!*, que los jóvenes recitábamos de memoria.

Cánovas y Angiolillo

La muerte del general Prim, presidente del Consejo de Ministros cuando fue asesinado, seguramente influyó de modo decisivo en la evolución de los acontecimientos políticos en España. Prim era una espada y un político. Tenía las características del dictador que [641] sabe halagar al pueblo. Su muerte abrió un capítulo en la historia de España. No así la muerte de Cánovas, restaurador de la monarquía alfonsina, creador de un artificio político a base de engañar al pueblo, haciéndole creer que votaba y defraudándole, adormediendo sus deficientes cualidades para el ejercicio de la democracia. Cuando cae Cánovas la monarquía está consolidada, sobre una ficción, pero consolidada, por la desaparición de las guerrillas carlistas, transformadas en nubes de agentes absolutistas incrustados en las filas conservadoras, al desaparecer el grupo católico acaudillado por Pidal. ¡Qué reaccionarias e intransigentes fueron las derechas asturianas del siglo XIX! Hasta Cánovas tuvo que reñir batallas contra aquellas huestes montaraces.

Desde el 30 de diciembre de 1874 hasta el 8 de agosto de 1897, en que Cánovas desaparece,

éste fue jefe del Gobierno once años y nueve meses; Sagasta, nueve años y medio; el general Martínez Campos, nueve meses; Posada Herrera, tres, y el general Jovellar, dos y medio, Cánovas batió el récord. Le batió también en crueldad. Durante su mandato, auxiliado por aquel repugnante personaje llamado Romero Robledo, el sufragio universal fue una mentira, los Ayuntamientos cambiaban a gusto del ministro de la Gobernación, los empleados públicos caían y subían según los gobernantes de turno, la justicia era instrumento caciquil, las organizaciones obreras y los partidos avanzados vivían poco menos que en la clandestinidad y la guerra en las colonias adquirió carta de naturaleza. Cánovas fue autor de la odiosa frase: “¡Hasta el último hombre y hasta la última peseta!”. Cánovas, en fin, fue amparador de los torturadores con estrellas en Montjuich. Aquella campaña fue su tumba. Se cosecha lo que se siembra.

¿Qué extraño tiene, en una época en que caían reyes y presidentes [642] de república en el mundo entero, que Cánovas muriese en el balneario de Santa Águeda el 3 de agosto de 1897 a manos del anarquista italiano Miguel Angiolillo Rinaldi? Se ha fantaseado acerca de los inspiradores de aquel acto. Angiolillo murió con valentía en Montjuich el 30 de agosto de 1897 luego de vengar la sangre que Cánovas hizo verter. Antes de venir a España, Angiolillo estuvo en Bélgica, donde conoció a Camilo Huysmans, entonces en relaciones con los emigrados revolucionarios de una Europa en efervescencia. En Londres, en la tertulia del cubano Tarrida del Mármol, muy bien relacionado con anarquistas internacionales debió ser conocida anticipadamente la suerte que aguardaba al dictador español.

Angiolillo se hospedó en el mismo balneario en que estaba tomando aguas Cánovas con su esposa. Residió allí tres días, hasta que conoció el régimen de vida que hacía el jefe del partido conservador. El domingo 8 de agosto de 1897, al regresar de misa con su esposa, ésta dejó un momento solo a su marido en un banco a la entrada del balneario, y entonces Angiolillo le mató a tiros, acudiendo inmediatamente la esposa, a la que dijo: “A usted la respeto, porque es una señora, pero yo he cumplido un deber y estoy tranquilo: he vengado a mis hermanos de Montjuich”. Angiolillo Lobardo se hizo pasar por Rinaldi, periodista de *Il Popolo*, sin que la policía se diera cuenta del engaño. Cánovas era conocido por “El Monstruo”. Angiolillo quiso eliminar al “Monstruo”, y lo consiguió a costa de su propia vida.

Para Álvaro de Albornoz, coincidiendo en esto con Galdós, la política española sólo ha tenido dos hombres de parecida magnitud: Cánovas y Castelar. ¿No habrá exageración? Y aun aceptando las cualidades positivas que reunía cada uno de ellos, ¿es que las negativas eran grano de anís? De la amistad de Castelar con Cánovas da idea el que apenas conocida la muerte del político conservador, Castelar se apresuró a trasladarse al balneario de Santa Águeda, y del brazo de la viuda presidió la comitiva tras al féretro, camino del tren que había de conducir [643] los restos del presidente hasta Madrid. Como si con ello tratara de justificar al propio Cánovas, cuando, refiriéndose a Castelar, decía: “Si asiste a una boda, quisiera ser la novia; si acompaña a un entierro, quisiera ser el muerto”. Disculpable la amistad, ¿cómo no? Pero Castelar, ex presidente de la República Española, estaba obligado a combatir la política de Cánovas con la misma violencia que puso en juego contra los hombres del 68. ¿No tenían defectos los hombres del régimen monárquico con los que convivía tan íntimamente?

El Socialista, por la pluma de Iglesias, escribió lo siguiente comentando la muerte de Cánovas: “Condenamos los crímenes de abajo tanto como los de arriba, aunque algunas veces los

primeros sean corolario de los segundos. Aquilátense la bondad de las ideas en el terreno de la discusión y de la crítica; déjese el campo libre a la lucha pacífica y legal, y no contribuyamos a convertir esta sociedad, inarmónica ya por el antagonismo de intereses, en una sangrienta lucha de fieras”.

En la revista semanal madrileña *Vida Socialista*, propiedad de Tomás Álvarez Ángulo, el 31 de julio de 1910, se publicó un artículo de Emilio Corrales, remitido desde Gante, en el que se refiere a la conversación que éste sostuvo con Camilo Huysmans, a la sazón diputado socialista y secretario de la Internacional Socialista con residencia en Bruselas, relacionada con el atentado de que fue víctima Cánovas. Tiene interés anecdótico reproducir parte de dicho trabajo:

- Angiolillo y yo –me dijo Huysmans– nos habíamos hecho íntimos amigos.

- ¿Dónde le conoció usted?- interrumpí a nuestro talentoso amigo.

- En Bruselas. Angiolillo vivió aquí unos ocho meses. Cuando llegó de Italia entró como tipógrafo en la imprenta de *Le Peuple*, y allí estuvo trabajando hasta que se marchó de Bélgica. Yo entonces era redactor del órgano central del Partido obrero, y fue por ese motivo por lo que, a los pocos días de llegar él a la imprenta, hicimos conocimiento. Inmediatamente fuimos amigos. Angiolillo –me dijo Huysmans– era [644] hombre de inteligencia superior y de una gran cultura; su aspecto era simpático; su trato, afectuoso; sus modales, distinguidos; su carácter, bondadoso en extremo. Era lo que se dice un excelente muchacho, en toda la extensión de la palabra. Si disponía de algo y había a su lado un compañero desgraciado, Angiolillo compartía con él su pan y su cama. Tenía un gran corazón.

- Sin embargo –objeté yo– era anarquista convencido. –Apasionado– me contestó Huysmans. ¡Las veces que hemos discutido! ¡Y qué controversias agradables y educativas! Jamás salía de sus labios una frase malsonante que pudiera ofender. Nunca nos habló de atentados ni de propaganda por la acción: para mí, para sus amigos, para sus compañeros de trabajo, Angiolillo era un hombre incapaz de matar un mosquito. Por eso, cuando se recibió en *Le Peuple* la noticia de que Angiolillo había matado a Cánovas, la primera impresión fue de incredulidad; luego, de estupefacción. Pero en seguida nos dimos perfecta cuenta. Nosotros conocíamos las crueldades inauditas que se cometían en ese macabro Montjuich, y conocíamos también el inconmensurable amor de Angiolillo por la causa. Fue un gesto vengativo. No me sonroja el decirlo –continuó Huysmans–: cuando, a los pocos días se recibió la noticia del fusilamiento de nuestro amigo, todos, obreros y redactores de *Le Peuple*, llorábamos como chiquillos. Y entonces, yo, dominado por la indignación y la rabia, cogí la pluma y escribí un artículo violento en el que aplaudía el acto de Angiolillo.

Pablo Iglesias, en 1897, acudió al Congreso Socialista Internacional reunido en París. Ese mismo año dio una conferencia en Gallarta, coincidiendo con la fecha en que fue muerto Cánovas del Castillo en el balneario de Santa Agueda a manos de Angiolillo.

[645] Primer mitin socialista en Mieres y Sama de Langreo. La editorial alemana *Die Neue Zeit* publicó un resumen histórico crítico redactado por Iglesias y traducido por Mesa, que le valió 135 pesetas, cantidad fabulosa entonces en su hogar. El 24 de enero de 1897 Perezagua y Carretero escriben a Unamuno pidiéndole respuesta de un artículo que le cuesta estar preso a Valentín Hernández. No lo hizo. Poco después dejó de ser afiliado. En abril se forma la

Agrupación Socialista de Mieres; primer comité: Domingo Pérez, presidente; Bautista García, vicepresidente; Elías Rodríguez, secretario; Feliciano Rodríguez, contador; José Roca, tesorero; Marcelino Argüelles, José España y José Valero, vocales. En octubre, primer comité Socialista en Sama de Langreo: A. Antuña, presidente; Manuel Fernández, vicepresidente; Esteban Felgueroso, secretario; B. Alonso, tesorero; Prudencio Villa, M. Fernández y Manuel Rocas, vocales. Principal organizador de Lodo en Asturias, Eduardo Varela.

En las elecciones de concejales de 1897 en Bilbao triunfaron tres concejales socialistas; en Gallarta, Ferrol y Mataró, uno en cada lugar. El 20 de mayo de 1897, Antonio García Quejido, instalado de nuevo en Madrid, reingresa en la Asociación del Arte de imprimir, y en noviembre se da de alta en el Arte de Imprimir también Juan Almela Meliá, que entra a trabajar con García Quejido en una imprenta improvisada por éste para editar liaros y folletos socialistas, titulado la editorial Biblioteca de Ciencias Sociales. En este mismo año, Julián Besteiro fue nombrado catedrático por oposición del Instituto de Orense, cesando en ese puesto por traslado a Toledo en diciembre de 1898.

Manuel Bueno llegó a Madrid en 1897, ofreciendo sus servicios a Maura, sin resultado; sí lo hizo Dato, quien le pagó artículos injuriando a escritores que discrepaban de los conservadores. Pérez Galdós ingresa en la Academia de la Lengua, y Ramón y Cajal en la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; Unamuno publica *Paz en la guerra*, y Pérez Galdós *El Abuelo*; Martínez Ruiz, que todavía no es Azorín, lanza a cabeza de unos cuantos escritores *Charivari*, y sale huyendo, temeroso de los bastonazos que ha provocado con sus agresividades. Zamacois publica *Punto negro*. Obras teatrales estrenadas; *La Reja*, de los Álvarez Quintero; *El marido de la Téllez*, de Benavente. Obras musicales: *La Viejecita*, de Fernández Caballero; *Agua, azucarillos y aguardiente* de Chueca; *La Revoltosa*, de Chapí.

En París el anarquista Vaillaut arroja una bomba en el salón de sesiones de la Cámara de Diputados. El hermano del capitán Dreyfus descubre que el autor del escrito por el cual ha sido degradado su hermano en el ejército francés es el militar Esterhazy. André Gide publica *Les pourritures terrestres* y *Déracinés*, y G. Sorel *El Porvenir de los sindicatos*. Se estrena en París *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand, que cruza las fronteras en triunfo. En 1897 fallece en Nueva York el escritor Henry George, celebrado autor de *Progreso y miseria*. Muere en Matanzas (Cuba) el 6 de octubre Eloy Gonzalo, a quien se erigió una estatua en Madrid como Héroe de Cascorro. Se extinguieron, entre otros escritores y políticos, Venancio González, Enrique Pérez Escrich y José Feliú y Codina.

¿Fue Costa del 98?

La pérdida de las colonias sacó a Costa del ostracismo, colocándole en primer plano. Basándose en la Cámara Agrícola del Alto Aragón, Costa dio vida en Barbastro a la Liga Nacional de Productores, con un programa redactado por él. En Zaragoza hubo reunión de Cámaras de Comercio, acudiendo Santiago Alba por la de Valladolid, deseoso de armar ruido y sonar. Los manifiestos de Costa y de la Unión Nacional más tarde no abordaron la cuestión del régimen político, desentendiéndose, además, de los problemas sociales, que estaban ya sobre el tapete. Azaña tenía razón cuando dijo, juzgando a Costa, “corazón indefenso, porque no conoció la ironía”, que tenía recelos de la democracia, aspirando a una revolución hecha por contribuyentes. Fracasaron, agrega, “por haber desnudado de ideas políticas a su política”. Y, no obstante, Costa es autor de uno de los libros de mayor contenido social publicado en castellano por autores españoles, *Colectivismo agrario en España*, que debería estar en todas las bibliotecas españolas y en la memoria de cuantos aspiren a intervenir en los problemas agrarios de nuestro país.

Como Costa, más aún que Costa, los del 98 tronaban contra el Parlamento, pero en el fondo –Unanuno lo confesó así– deseaban ser diputados. Mataban la fe en la política y se depravaban mutuamente. “Los anarcoaristócratas”, como dijo Azaña. “La generación del 98 no hizo nada de provecho”, escribió Ramón y Cajal. Utilizaban el nombre de regeneradores, pero no contribuyeron a regenerar nada. Al contrario, se sumaron al corrompido engranaje oficial más pronto o más tarde.

“La titulada generación del 98 resultó una cuadrilla de danzantes políticos que anduvo mariposeando de flor en flor, conforme a los impulsos de su versatilidad o la conveniencia de sus intereses. He conocido, uno a uno, a los del 98, y si puedo salvar de la decencia a los más, también puedo señalar, aunque sea a título de excepción, el caso de alguno que convirtió su elegantísima pluma en miserable ganzúa. En materia de consecuencia política, de persistencia en la obra iniciada, tengo motivo para acusar a todos –sin otra excepción que la de Joaquín Costa, si se le considera comprendido en el grupo– de cabriolas inverosímiles”.- Indalecio Prieto.

“El porvenir de usted está en el aeroplano. Tendrá usted que andar por el aire –le dije a Maeztu–, preguntándose para bajar a tierra: ¿Dónde habrá un sitio por ahí del que yo no haya hablado mal?”.- Bagaría.

Según Maeztu, en 1898, Menéndez Pelayo era “un triste coleccionador de naderías”. Castrovido reprodujo un artículo de Maeztu en que un jueves santo gritaba “muera Cristo y vivan las chicas guapas”. Bies es verdad que el interesado escribió alguna vez que hasta los cincuenta años no había encontrado la verdad. ¡Vaya cinismo! “Cuando sobre la espada del militar, sobre la cruz del religioso y sobre la balanza del juez ha triunfado el dinero, es porque entraña una fuerza superior, una grandeza más intensa que ninguno de esos artefactos”.- Ramiro de Maeztu, en *Hacia otra España*, 1899.

Ramiro de Maeztu en esa época estuvo desatado. Publicó un periódico titulado *El disloque*,

donde atacaba a todo el mundo. Pío Baroja, en sus *Memorias*, refiere que Maeztu huyó de Madrid porque hirió gravemente a un dibujante sin el menor pretexto, por ser hermano de un escritor que tampoco había publicado nada contra Maeztu, sino contra otro literato amigo suyo entonces. “Yo le he oído decir pestes de España en Londres –refiere Baroja–, en inglés, delante de los ingleses, hasta el punto de producir la protesta de un señor canario. Maeztu se dedicaba por entonces a hablar mal de España y de los españoles con verdadero frenesí”. Baroja agrega que se llamaba cubano, por no querer ser español.

“Los cambios de los hombres políticos hieren el sentimiento juvenil y el de las personas honestas”.- Marañón.

[649] “Aquellos anarquizantes que han terminado después, pasados algunos años, rezando el rosario, solían entregarse a vanas palabrerías, como la siguiente: Había uno que escribía: ‘Vitoria, mi pueblo; hay que desmontar la catedral piedra a piedra y arrojar cada una de ellas a la cabeza de los vitorianos’. Este era Ramiro de Maeztu”.- Azaña.

“La obra de Pío Baroja es un tratado completo de la indignidad del hombre”.- Ortega y Gasset.

“Nosotros, los ególatras del 98, estábamos dispuestos a vendernos el alma por un acta de diputado. No era por nuestros sendos Yos por lo que peleábamos los ególatras de entonces; era por el yo de cada uno; era porque en este viejo solar del egoísmo se descubriera el yo. Mi pluma es más expresiva que mi lengua”.- Unamuno.

“El Socialismo no es un fantasma, es una fuerza positiva o negativa; pero de todos modos es una fuerza que ha de influir en la evolución de nuestras instituciones legales y políticas. La propiedad individual está, pues, subordinada a intereses superiores y siempre que éstos lo exijan no debe haber inconveniente alguno en sacrificarla; preciosa es también la vida y se la sacrifica por el ideal cuando el ideal así lo exige. No soy de los que piden un genio, investido de la dictadura; un genio sería una cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y actual postración se halla en nuestro exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas y al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente volveríamos a hundirnos, sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder, que debe residir en todos los individuos de la nación y estar fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales”.- Ángel Ganivet.

El desastre colonial

En la bahía de La Habana, el 16 de febrero de 1898 estallaron las calderas del *Maine*, buque de guerra norteamericano. No le eran precisos a los Estados Unidos pretextos de ninguna clase para ayudar a los nacionalistas cubanos; pero la voladura del *Maine* sirvió admirablemente los designios imperialistas de los yanquis. Fue la mecha que encendió la hoguera. “Los mismos republicanos –escribió Alborno– contribuyeron a fomentar la patriotería que debía conducirnos a la catástrofe. Castelar, con la mejor buena fe, pero con lamentable falta de sentido, con el españolismo exaltado de que no pudo desprenderse ni aun en medio de las mayores desdichas

nacionales, colaboraba a la obra de Cánovas y daba pábulo a la demencia colectiva”.

¡Hasta Puerto Rico tuvo que ceder España! Desastre tan horrible debiera haber hundido el régimen; pero los republicanos estaban incluidos en la catástrofe, salvando la excepción del partido federal. Con el civismo de que dio prueba toda su vida, Pí y Margall tuvo el valor de justificar la intervención de Estados Unidos, agregando: “Diréis que esto es una venganza. Mayor es la que nos aguarda. En todas las colonias que acaban de adquirir harán ahora los yanquis lo que nosotros no hemos sabido hacer en siglos. Esta será nuestra mayor vergüenza”. ¡Si el pueblo español hubiera sabido recoger la lección!

Anuncio aparecido en *El Liberal* de Madrid: “Se ofrece por cincuenta duros para ir a Cuba”. Como no existía servicio militar obligatorio, a pelear iban los hijos de los trabajadores, y cuando era reclamado un quinto con algún dinero, si encontraba sustituto se libraba de ir a las Antillas. Esto de la sustitución para ir a la guerra levantó briosa campaña entre las madres de los soldados, creando problemas de orden público que adquirieron carácter nacional. El Partido Socialista hizo campaña contra la guerra de Cuba. No pudiendo impedirla, reclamó fuesen en iguales condiciones todos los españoles.

[651] Las simpatías que esta campaña produjo fueron generales y entre los que aplaudieron esta actitud del Socialismo español estuvo Costa.

Nicolás Salmerón, en debate parlamentario, leyó una comunicación del embajador de Estados Unidos en Madrid al presidente de aquella república, según la cual “los ministros de la Regencia de María Cristina desean la paz si con la paz pueden salvar la dinastía; prefieren las probabilidades de una guerra, con la seguridad de perder Cuba, al destronamiento de la monarquía”. Y el telegrama dirigido por el Gobierno de Estados Unidos al general Shaffter, jefe de las fuerzas que sitiaron y rindieron Santiago de Cuba, estuvo concebido en estos términos: “Intime usted la rendición de la plaza. He pactado con Madrid los preliminares de la paz, que se basa en la rendición. Santiago se rendirá guardando las formas del honor con un simulacro de combate. Los refuerzos que esperan llegarán cuando no sea tiempo para resistir. Estad tranquilos, proponed la rendición, que aun con el ejército enfermo, entraréis triunfantes. Cumplid estas órdenes al pie de la letra”. La bandera española fue arriada en Cuba el 13 de agosto de 1898. El tratado de París, cediendo a los yanquis todo el territorio colonial fue firmado por Montero Ríos en diciembre. En el Congreso de los diputados hubo una declaración parlamentaria firmada por Salmerón, en nombre de los republicanos; Romero Robledo por los conservadores disidentes, Barrio y Mier, por los carlistas. El Gobierno salió victorioso circunstancialmente. En el Senado, en otro debate también político, obtuvo 120 votos contra 118, estallando la crisis.

Quien habló claro, exponiéndose peligrosamente, fue el conde de las Almenas en el Senado: “Declaro por mi honor –dijo– que en esos procesos de Santiago de Cuba hay verdaderos crímenes. En el procedimiento seguido en una de esas causas se han cometido horrores como el de negarse a la votación el Supremo para procesar a un capitán general. Si miento rasgaré mi investidura de senador y me ausentaré de aquí”. [652] (Negó los hechos el ministro de la Guerra, y el senador general Fernando Primo de Rivera intentó acometer al conde de las Almenas.) “No vendrán al Senado los procesos –insistió–, porque iría a la barra el general Primo de Rivera”. “A presidio es donde debería ir su señoría”, respondió Primo de Rivera. “Allí es donde debería estar

su señoría hace mucho tiempo”, replicó el valiente senador. Weyler, senador igualmente, aseguró que los generales se tomarían la justicia por su mano, para amedrentar al conde y a quienes intentaran seguir aquella ruta acusatoria que, naturalmente, nadie siguió.

“El pueblo nunca sintió entusiasmo por esta guerra, como la sintió por el simulacro de Melilla contra el infiel marroquí; ni se ha alborotado contra el “tocinero yanqui”, como se alborotó contra los alemanes cuando las Carolinas. En las honduras del espíritu público, que no conviene por lo visto reflejar a los órganos de la opinión, hay conciencia de la culpa nacional y ninguna fe en nuestro derecho. Por dondequiera se oye en tertulias, cafés, círculos y hogares reconocer que sobran justificables móviles a la insurrección. ¿Que el declararlo es dar armas a los insurrectos? ¡Valiente simpleza! El ocultarlo sí que es agravar nuestra causa, nada simpática, en general, en Europa, aunque tratemos de negarlo, siguiendo la costumbre nacional –y de la nación reflejada en los Gobiernos– de mentira y trampa adelante”.- Unamuno.

“Asombra y entristece contemplar lo poco que en veinte años de monarquía y de paz hemos hecho para mejorar los organismos administrativos, el estado de nuestro crédito, la regularidad de nuestra vida municipal y provincial, el régimen mercantil con nuestras provincias hermanas de ultramar, nuestra situación monetaria, nuestras cuestiones de ferrocarriles y de obras públicas, habiendo vivido al día, sin hacer ni intentar nada que salga de la rutina conocida. Para que el país, inerte y sin pulso, reviva es preciso un total cambio del régimen que ha traído a tal estado el espíritu público”.- Francisco Silvela.

[653] “¡En los trances más duros los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo la compra con su sangre y no la mienta nunca!”.- Antonio Machado.

“Dicen las estadísticas que nos costó la guerra 15.600 peninsulares: 2.430.770 habitantes españoles de las Antillas; 91.300.000 habitantes españoles en Filipinas; 128.148 kilómetros cuadrados de terreno en América; 358.000 en Filipinas; 16 barcos de guerra y 60 mercantes, y 4.560.000 pesetas en gastos de campaña. Esta cifra debe ser inexacta por escasa. ¿Se ganó algo, en cambio? Sí. Hay que reconocerlo. Se otorgaron en el ejército 2251 ascensos, de ellos seis a tenientes generales, veinte a generales de división y cuarenta y cuatro a generales de brigada. Se dieron 1.590 cruces de María Cristina que son pensionadas, 28 laureadas de San Fernando, que también lo son, y 30.393 de Mérito militar”.- Ossorio y Gallardo.

“Perder la isla de Cuba, se exclama ¡qué vergüenza! No la hay en darse por vencidos cuando quedan aún medios de luchar. La hay en ajustar paces después de derrotas como la de Ayacucho, que nos puso a merced de los vencedores. Cuba tiene derecho a que se la emancipe. No se adquiere la propiedad de los pueblos conquistados ni aun por la prescripción de siglos. Estoy decididamente por la independencia de Cuba. La aconsejan a la vez el derecho y la salud de la patria”.- Pí y Margall.

“¡Cuán desconsolador para un corazón de patriota es, después de cuarenta y nueve años, recordar que todavía buena parte de nuestros militares, empleados y hasta próceres políticos, siguen entregados al saqueo del Estado! Y es que para muchos españoles el Estado es pura entelequia, vacuo ente de razón. Estafarle equivale no estafar a nadie. ¡Singular paradoja creer que no se roba a nadie cuando se roba a todos! ¡Asombra e indigna reconocer la ofuscación de nuestros generales y gobernantes y la increíble insensibilidad con que en todas [654] las épocas se

ha derrochado la sangre del pueblo! ¡Qué pena da pensar en la absoluta irresponsabilidad de que gozaron nuestros ineptos generales y nuestros egoístas ministros! ¡Cómo se mataba en los hospitales de Cuba, de acuerdo cocineros, jefes y médicos!”.- Ramón y Cajal.

“Mientras la justicia popular no cuelgue en las almenas de Móntjuich una casaca de capitán general con el hombre dentro, la justicia no estará satisfecha”.- Lerroux.

“Toda la historia de España está en este hecho, al parecer insignificante: los soldados que el Gran Capitán llevó para conquistar Nápoles iban ya descalzos y hambrientos. Así se corren aventuras, a las veces gloriosísimas, mas no se fundan permanentes imperios”.- Cánovas. (Y ¿cómo llevó Cánovas los soldados españoles a Cuba?)

“Para ceder ante las pretensiones de Estados Unidos yo no recuerdo a ninguno. No se había omitido, para llegar a tal resultado, una sola torpeza, desde las más grandes hasta las más pequeña sí todas se habían consumado”.- Romanones.

“A esos desastres el pueblo ha contribuido, si no con sus sacrificios, con su obediencia a la ley, con su sumisión para ir a guerrear allí donde le han llamado los Gobiernos, por causas y por territorios que no movían sus corazones al entusiasmo”.- Azaña.

“Los pueblos débiles y flojos, sin voluntad y sin conciencia, son los que no sólo consienten, sino que se complacen en ser mal gobernados. El mal gobierno es buena disculpa de picaros y holgazanes”.- Benavente.

[655] *El doctor Justo en Madrid*

El doctor Juan B. Justo, argentino, estuvo dos veces en la capital de España a finales del siglo pasado, entrando en relaciones con los hombres del Partido Socialista. Por entonces, García Quejido había decidido abandonar Barcelona e instalarse en Madrid, obsesionado con la idea de fundar una editorial con el título Biblioteca de Ciencias Sociales. Ya en Cataluña tuvo ese mismo propósito, y hasta comenzó a editar una revista socialista *La Nueva Era* teniendo que suspenderla. En Madrid, al fin, consiguió iniciar sus trabajos editoriales en una imprenta de muy reducidas proporciones, donde compuso la traducción al castellano de *El Capital*, de Marx, hecha por el doctor Justo. Como no disponía de maquinaria, trasladaba los moldes a la imprenta donde durante muchos años se tiraba el semanario del Partido Socialista, razón por la cual figura al pie de esa edición hecha por Justo lo siguiente, verdad en parte nada más, y que ha dado lugar a errores cometidos por algunos comentadores del libro de Marx: “Imprenta de F. Cao y D. del Val, a cargo de J. Herrero”. Aquí, repito, sólo se hizo la impresión de los moldes, confeccionados por García Quejido y Juanito A. Meliá, ayudante suyo por aquel tiempo. La fecha de publicación fue la de 1898. En Buenos Aires, en 1918, el doctor Justo hizo una segunda edición. Por desgracia, la primera no tuvo éxito.

“El elemento inteligente que ha de contribuir poderosamente a la difusión de la doctrina redentora del Socialismo entre la clase obrera, está representado en gran parte por los hombres que se consagran al trabajo intelectual. La ilusión mentida de que los hombres científicos tienen intereses armónicos con los del capital no puede durar. La clase capitalista no remunera a los hombres de ciencia con paga, con honores y con posiciones oficiales por amor a la ciencia, muy

por encima de sus estrechos cerebros, ni por admiración a las inteligencias privilegiadas. Paga por el trabajo intelectual como todo trabajo, porque sirve a sus depredaciones. La burguesía ha tolerado la investigación libre de las ciencias físico-químicas porque el progreso de estas ciencias era la condición del perfeccionamiento de los medios técnicos, o lo que es lo mismo, del auge de su dominación; pero respecto a aquellas otras ciencias no menos positivas que las llamamos naturales, las ciencias sociológicas, la economía, el derecho, la fisiología mental o psicológica, la clase capitalista tiene sus dogmas, tiene su ciencia oficial, ni más ni menos que los siglos del dogmatismo, y la investigación de la verdad de que puede salir la crítica y condenación del poder burgués, es tan poco libre como ella puede conseguirse que sea”.- Jaime Vera, 1898.

Vida y muerte de Leonor Marx

“Entre las numerosas publicaciones aparecidas con ocasión del 150 aniversario del nacimiento de Carlos Marx, merece particular atención la del joven historiador japonés Chuhichi Tsuzuki. El autor se había dado a conocer ya con una obra que trataba de las fuentes del Socialismo británico. La monografía sobre la vida ardiente de la hija pequeña de Marx viene a confirmar la clase de escritor. Sobrepasa ampliamente el cuadro de una biografía. Construida sobre una rica documentación en seis lenguas con mucho material inédito, cartas, testimonios que vienen de colecciones privadas y públicas, proyecta luces sobre todo el movimiento socialista de la segunda mitad del siglo pasado. Engels, Kautsky, Lassalle, Liebknecht, Bernstein, Bebel, Clara Zetkin, Guesde, Lafargue, Longuet, Kropotkin, Plejanov, Larrov, Vera Zasulich, Keir-Hardie, Hyndman, G.B. Shaw, los Webb, Henry George, Sorge, todos estos grandes protagonistas se hallaron en el camino de Leonor y fueron, bien sus amigos íntimos o sus camaradas de combate, bien sus adversarios políticos.

[657] En este perpetuo combate doctrinal y táctico, Leonor Marx fue muy activa desde su primera juventud, cuando aún vivía su padre y mucho más todavía en los quince años que siguieron la muerte de Marx. El hijo de un gran hombre hereda un complejo de inferioridad. En el caso de Leonor –la preferida del padre, que decía de ella: ‘Tussy soy yo’–, una veneración sin límites por el ‘Moro’ acrecentó este complejo. Leonor se ha subestimado siempre y, sin embargo, su aportación al movimiento socialista ha sido considerable, y no ha sido el menor de los méritos de Tsuzuki el haberlo subrayado. Teórica, economista, propagandista, organizadora, Tussy se encuentra entre los fundadores de la Liga Socialista británica en 1884 y del Labour Party en 1893. Contribuye poderosamente a la formación de los nuevos Sindicatos británicos y a la creación de la Segunda Internacional. Ella es también, después de su viaje de propaganda a los Estados Unidos en 1886 –año de la huelga general y de la matanza de Chicago– quien da un vigoroso impulso a la celebración del 1º de mayo. Levanta las multitudes con su oratoria inflamada. Sus réplicas o salidas son mordientes. De ella es la célebre frase: ‘Que el cielo guarde a Carlos Marx de sus amigos, que de sus enemigos se encargará él’. Las ideas de Leonor sobre la reforma de la enseñanza, la emancipación de la mujer, el desarme y, por otro lado sobre el arte, continúan siendo de actualidad. Mencionemos su posición sobre la cuestión judía. Sabemos que el padre de Carlos Marx, abogado y consejero de justicia en Tréveris, se había convertido al luteranismo en 1816, es decir, a los treinta y cuatro años. Todos sus hijos fueron bautizados de niños. Carlos Marx se casó con Jenny Westfalen, que pertenecía a la vieja nobleza westfaliana, familia de altos

funcionarios, pero de tradición liberal. Para Carlos Marx, ateo y apóstol de la lucha de clases, la liberación de los trabajadores, ya sean cristianos, judíos, musulmanes o no creyentes, exigía la abolición del poder de la burguesía, fuese ésta cristiana, judía, [658] musulmana o atea. Prácticamente se desinteresaba de la cuestión judía, y sus hijos no se sentían de ninguna manera atraídos por los israelitas. Solamente Leonor hace excepción. Si políticamente comparte la opinión de su padre y ni siquiera se contrarió ante la declaración simplista de la Segunda Internacional en el Congreso de Bruselas: ‘...que el antisemitismo tiene sus orígenes en el odio del capitalismo cristiano contra el capitalismo judío, más inteligente que él’, instintivamente simpatiza con los judíos: ‘Mis más felices horas, le dice a Beer, las he pasado en el East End, barrio popular de Londres, entre trabajadores judíos’. Cuando el caso Dreyfus, Leonor queda decepcionada por la actitud de los socialistas franceses, especialmente por el manifiesto del grupo socialista de la Cámara de Diputados, en el que se exhortaba a los obreros a permanecer neutros, a no tomar partido por los dreyfusistas ni por los antidreyfusistas, por tratarse de un conflicto entre dos sectores rivales de la sociedad burguesa. ‘No es agradable comprobar –dice– que la única voz clara y honesta ha sido, no la de un miembro de nuestro Partido, sino la de Zola. Importa poco que Dreyfus sea simpático o no. La única pregunta es: ¿ha sido juzgado con toda equidad y justicia o no?’, escribe ella a la camarada Liebknecht; en el periódico *Justice* dice: ‘Honor a quienes, en este caso, se les debe honor. Así, pues, honor a Clémenceau y sobre todo a Zola’. Su credo social, Leonor lo formula en una frase que figura en el manifiesto redactado por ella en 1890, del nuevo sindicato inglés de los trabajadores del gas: ‘Queremos para todos los seres humanos un reparto más equitativo del trabajo y del solaz, de las lágrimas y de las risas, de las penas y de las alegrías’. Este imperativo moral no contradice en absoluto, en su espíritu, la doctrina del materialismo histórico de su padre: no ve ningún conflicto entre el poder de las leyes que rigen la evolución de las sociedades y la voluntad reformadora de los hombres. Tussy no es solamente una ardiente socialista; es también una apasionada [359] del arte dramático. Recordemos que el gusto del teatro era tradicional en la familia Marx. El propio Marx amputa sus escasos ocios y sus recursos en beneficio del teatro doquiera le condujo su vida de emigrado. Su hija salió a escena en Gran Bretaña, en el continente europeo y en Estados Unidos. Ella y Aveling dieron a conocer a Ibsen en Inglaterra. Su pasión del teatro la arrastra a un drama sentimental: su unión libre con Edgar Aveling, socialista inglés, militante, dramaturgo y actor. Las crueles decepciones que esta unión aporta a Tussy la llevaron al suicidio.

Tsuzuki consagra páginas emocionantes a la tragedia de Tussy. De camino traza la vida de la familia de los Marx, su lucha contra la miseria –durante seis años los cinco Marx y la fiel sirvienta Helena vivieron y trabajaron en una casa de dos habitaciones del barrio intérlope de Soho–, sus angustias por la supervivencia de los niños, sus relaciones con Engels, quien, en muchas ocasiones, fue el verdadero salvador de la familia. Solo la voluntad indomable de Carlos Marx pudo permitirle superar las duras pruebas afectivas y materiales que el destino sembró en su camino y llevar a cabo la obra gigantesca –doctrina y acción revolucionaria– que fue la suya. Infinidad de veces los amigos habían puesto en guardia a Leonor contra Aveling. Hombre de talento, el personaje era de una moralidad dudosa. Durante años Tussy se había resignado a un amor de dirección única, había aceptado todos los desvaríos de quien ya no la quería y no lo ocultaba, hasta el día que supo el casamiento secreto de Aveling con la actriz Lilian Richardson: este fue el golpe de gracia. Unos minutos antes de darse la muerte escribía a Edy: ‘Querido,

pronto habrá acabado todo. La última palabra que os dirijo es la que os he dicho siempre en el curso de estos largos y tristes años: amor'. Tenía entonces cuarenta y tres años".- Boris Eliachef, Oxford, 1967.

[660] *La pérdida de las colonias*

Comentando el mitin celebrado en Madrid con ocasión del 1º de mayo, Juan José Morato tiene escrito lo siguiente: “El 1º de mayo más memorable fue el de 1898. En un discurso violentísimo, Iglesias fustigó duramente al Gobierno, al patrioterismo vacuo de los que se estaban en sus casas, a la prensa –¡cuánto daño hizo!– y también al imperialismo de los Estados Unidos, que habían originado una guerra con los obreros de los países que habían entrado en guerra, y precisamente cuando hablaba Iglesias la escuadra yanqui hundía a la española en aguas de Cavite y destruía el arsenal. Sus fuerzas armadas –según la prensa inferiores a las nuestras– mataban 75 españoles y herían a 281, y ellos sólo tuvieron nueve heridos. Iglesias y todo el Partido Socialista eran de los contados ciudadanos que tenían derecho para indignarse contra tanta locura, ignorancia y cobardía”.

[661] La Agrupación Socialista Madrileña fue la primera en protestar contra los martirios sufridos por los presos en Montjuich, interviniendo en el acto organizado con ese propósito Iglesias, quien también participó en el mitin que, con carácter nacional, se celebró en el Frontón Central de Madrid, en el que además tomaron parte Moret, Salmerón, Canalejas, Blasco Ibáñez, Rafael Gasset, Melquíades Álvarez, Conde de las Almenas, Corominas, Azcárate y Menéndez Pallares, todas las izquierdas reunidas por el semanario *Vida Nueva*, de Eusebio Blasco. Valentín Hernández, primer director y fundador de *La Lucha de clases*, de Bilbao, fue expulsado de la Agrupación Socialista de aquella capital, injustamente a juicio de Indalecio Prieto, quien ayudó a la familia de Hernández después de caída la República. Azaña cursa doctorado en la Universidad de Madrid. Juan Salas funda en Barcelona la Cámara Regional de Cooperación. En 1898 se publican, entre otros libros. *El problema nacional*, de Macías Picavea; *La Moral de la derrota*, de Luis Morote; *Hampa*, de Rafael Salinas; *Hacia otra España*, de Ramiro de Maeztu; *Psicología del pueblo español*, de Rafael Altamira. Estrenos teatrales de aquel año: *Gigantes y cabezudos*, con música de Fernández Caballero y triunfo personal de Lucrecia Arana; *La comida de las fieras*, de Benavente, crítica magistral de la época. Loreto Prado y Enrique Chicote forman compañía teatral. En el teatro de la Princesa triunfa la Tubau, en *La dama de las camelias*. *Don Juan Tenorio* es representado por cuatro actrices en el papel de Doña Inés: María Guerrero, Carmen Cobeña, Luisa Calderón y Matilde Moreno.

En Italia, Gabriele d'Annunzio conquistó acta de diputado socialista, a la que honró muy poco tiempo. En Alemania Eduardo Bernstein publicó *Socialismo teórico y socialismo práctico*, provocando polémicas encendidas; los socialistas obtuvieron en las elecciones de ese año [661bis] 2.107.000 votos. Un anarquista asesina en Ginebra a la emperatriz de Austria-Hungría. Los socialistas rusos, entre ellos Plejanov, fundan en la emigración el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que Lenin dividirá más tarde. En Francia, R. Viviani y A. Millerand se encargan de ministerios en un Gobierno de izquierda, olvidándose de cuanto dijeron en mítines socialistas meses antes. Emilio Zola publica su célebre artículo “¡Yo acuso!” en defensa del capitán Dreyfus, que le vale ser condenado y expatriarse. El matrimonio Curie descubre el radium. Intensa

agitación política en defensa de Zola. El Partido Obrero Belga se reúne en Congreso el 18 de abril de 1898, creando la Comisión Sindical, que en el fondo equivale a la Unión General de Trabajadores de España, con la diferencia de que ésta es independiente del Partido Socialista, aunque dirigida por socialistas y en Bélgica se trataba de un organismo adscrito al Partido Obrero.

En 1898 fallecieron tres fundadores del Partido Socialista; en Gijón, Francisco Cadavieco y Celestino Fanjul; y en Madrid, José Bermejo, a quien Pablo Iglesias consagró singular recuerdo en *El Socialista*. Jean Dormoy, uno de los fundadores del Socialismo francés, con Guesde y Lafargue; Ángel Ganivet, miembro de la Academia de la Lengua, autor de la obra *Idearium español* que se suicidó en Riga, donde era diplomático; E. Bellamy, autor de la obra *El año dos mil*, de renombre universal; W. E. Gladstone, político liberal inglés, que hizo reconocer legalmente los sindicatos en su país; L. Buchner, J. Ruskin, E. Mallarmé, escritores y políticos; Ottmar Morgenthaller, inventor de la linotipia; Pedro Madrazo, pintor.

[662] *Juicios de Ossorio y Gallardo*

¡Cuántas vicisitudes tuvieron que afrontar los fundadores del movimiento obrero español hasta ver consolidada la demostración internacional del 1º de mayo! Pocos países habrá en que las gentes sientan mayor temor al ridículo que en España. No pocas veces he presenciado en otros países –cualquier motivo conmemorativo era excelente pretexto– manifestaciones con más estandartes y bandas de música, a veces poco artísticas ciertamente, que espectadores o acompañantes. Hacer desfilar en silencio por las poblaciones de nuestro país tras las rojas banderas de las Sociedades de resistencia al capital, unos cuantos centenares de trabajadores de ambos sexos –tampoco era fácil de conseguir que las mujeres tomaran parte en estas manifestaciones, y mucho menos con sus hijos– fue obra de titanes. ¡Nada de gritos ni siquiera canciones! Sí, algunos espectadores, muy pocos, saludaban al pasar las banderas, encantados y agradecidos; pero estaba prohibido exigir que lo hicieran, y si al desfilar se veía a otros obreros trabajando, nadie se sentía inclinado a molestarles. No se buscaban adhesiones por la violencia, sino por la persuasión. Quien, perdiendo voluntariamente su salario y exponiéndose a represalias patronales, salía a la calle el 1º de mayo, se colocaba una insignia en la solapa –el pueblo español tampoco gustaba de distintivos ni uniformes callejeros– y marchaba tras de los camaradas que custodiaban sus respectivas bandera, cumplía un deber cívicosocial, pero no pretendía imponérselo a los demás. Durante años, la muchedumbre obrera madrileña desfilaba por el centro de la capital, consciente de la fuerza que paulatinamente iba adquiriendo: que educar a un pueblo en sus deberes y derechos nunca fue fácil empresa. Ossorio y Gallardo, en un trabajo dedicado a comentar este periodo de la historia de España, tiene escrito lo que sigue:

“Por presentación del impresor don Ricardo Rojas, conocí a don [663] Ricardo Oyuelos y Pérez, jurista de talento y uno de los autores de los famosos *Comentarios del Código Civil*, autorizados con el seudónimo ‘Mucius Scevola’. Era Oyuelos socialista doctrinal, y los militantes del Partido solían confiarle sus cuitas. Mediante recomendación suya intervine en cierto pleito contencioso–administrativo de verdadera trascendencia para la historia del Socialismo español. Habíanse presentado concejales para el Ayuntamiento de Bilbao los socialistas don Felipe Merodio, don Cándido Lucio, don Toribio Pascual, y para el de Aburto, don Felipe Carretero. Quizá era la primera vez que un núcleo considerable del Partido Obrero (Perezagua era ya

concejal) aspiraba a intervenir en el gobierno municipal de grandes ciudades. El ministro de la Gobernación anuló las elecciones, aplicando el artículo 41 de la ley municipal, porque ninguno de los elegidos era contribuyente directo al Estado. Acudieron los atropellados al Tribunal de lo Contencioso-Administrativo sosteniendo, bajo mi defensa, que por no haber en las Vascongadas contribución directa al Estado, ya que, en virtud del concierto económico es la Diputación quien asume este deber, bastaba con pagar impuestos o arbitrios provinciales o municipales para tener la capacidad necesaria. El Tribunal falló de acuerdo con la doctrina mantenida por mí y, en virtud de su fallo, comenzó a sentirse en España la presión de las campañas socialistas en los municipios. Por cierto que *El Socialista*, en su número 4 de febrero de 1898, en un artículo titulado "Victoria", ensalzaba, como era debido, a la justicia realizada por el Tribunal ante el cual se habían estrellado los millones y las influencias de los grandes caciques. Me permito recomendar este dato a los socialistas de hoy, que creen atinado incomodarse ante la simple invocación del concepto de juridicidad”.

[664] En efecto, Ricardo Oyuelos perteneció a la Agrupación Socialista de Madrid por aquellos años a que se refiere Ossorio y Gallardo. Colaboró asiduamente en la prensa socialista, y tuvo amistad con otro jurista, también afiliado al Partido Socialista, Luis Pereira, que formó parte del Comité Nacional presidido por Pablo Iglesias, con quien estuvo muy identificado. Por oposición, Pereira ganó plaza en el Instituto Nacional de Previsión, gozando de merecido prestigio. Hasta el fin de su vida siguió fiel al Partido Socialista. Estuve en su entierro, efectuado en Madrid.

Tres Congresos nacionales

A principios de 1899, del Centro Obrero de la calle de Jardines, 20 salieron, para instalarse en la calle de la Bolsa, 14, además de las entidades nacionales, la Agrupación Socialista, Arte de Imprimir, Montepío de Tipógrafos, Carpinteros de taller y de armar, Albañiles, Zapateros, Curtidores, Marmolistas, Decoradores, Panaderos, Encuadernadores, Hierro, Doradores y Estuquistas. En total, 5.000 asociados. Y allí funcionaron, además, Socorros mutuos de la Imprenta, Constructores de Carruajes, Aserradores de madera, Poceros, Gasistas, Camareros y Cocineros, Embaldosadores, Fontaneros y Vidrieros, Empedrados y Escultores, más la Sociedad de Profesiones y Oficios Varios, cuyas juntas directivas, a través de treinta años, contribuyeron a dar vida, en Relatores, 24, y en Piamonte, 2, a un centenar de sociedades obreras con varios millares de afiliados.

En estos locales hubo tres Congresos nacionales. El salón de actos era lo mejor de aquel Centro Obrero, insuficiente para el movimiento adquirido por la organización obrera matritense. Retrasado por la guerra de Cuba, que perturbó toda suerte de actividades de tipo político social, en septiembre de 1899 se reunió, en el salón de actos de la calle de la Bolsa, 14, el quinto Congreso del Partido Socialista Obrero, con 37 delegados, representando a 45 entidades. Vera fue delegado de la Agrupación Socialista de Zaragoza. También estuvo presente Francisco Mora, que se reintegraba a la vida activa en Madrid. Por Asturias acudieron: Manuel Vigil, representando Gijón, Oviedo, Lluarca y Trubia; Antonio Sánchez, Oviedo; Domingo Pérez, Mieres; Micael Llana, Sama de Langreo y Turón. Se retocó la organización general; fue acordado emitir cien mil acciones de una peseta para convertir en diario *El Socialista* no bien se hubieran colocado cincuenta mil. El Congreso protestó contra la guerra promovida por Inglaterra en el Transvaal, contra la [666] segunda condena sufrida por Dreyfus en Francia y contra la prórroga en España de la ley llamada “represión del anarquismo”, decidiendo, además, proseguir la campaña hasta lograr la revisión del proceso de Montjuich. Se rechazó una moción excluyendo del Partido a cuantos apoyasen la religión católica o cualquiera otra positiva. Iglesias comenzó a percibir 45 pesetas semanales por sus múltiples trabajos al servicio de la organización obrera. Hasta ese momento era el único retribuido en el movimiento sindical y político español. En relación con la táctica política del Partido Socialista, el siguiente acuerdo tuvo importancia y sirvió de base para transformar en parte las actuaciones del mismo: “Considerando que las libertades políticas, reconocidas por el actual estado de derecho, le son necesarias al proletariado para organizarse y alcanzar aquellas mejoras posibles dentro del actual orden social, el Congreso declara que el Partido Socialista deberá atender a la conservación de aquellas libertades, sin que el acuerdo del Congreso de Barcelona, referente a la actitud con los partidos burgueses pueda ser obstáculo para que el Partido preste su cooperación a otros partidos avanzados dentro del campo burgués, cuando los principios democráticos corran peligro de desaparecer o sean bastardeados en la práctica, debiendo adoptar aquellas actitudes y determinaciones que las circunstancias

aconsejaron”.

El Congreso nombró presidente del Partido a Pablo Iglesias y la Agrupación de Madrid completó el Comité Nacional del siguiente modo: vicepresidente, Luis Villaoz; tesorero, Adolfo Atienza; secretario, Juan José Morato; vocales, Wenceslao Longares, Lorenzo Vega, Francisco Largo Caballero, Agustín Andrés y Modesto Aragonés. En el mismo local se reunió el VI Congreso de la Unión General de Trabajadores, también en el mes de septiembre de 1899. Tuvo importancia, porque en él se decidió que en lo sucesivo el Comité Nacional, que desde la fundación de la Unión General venía residiendo en Barcelona, trasladara su domicilio social a Madrid, eligiendo para presidente a Pablo Iglesias, quien tuvo que abandonar la presidencia de la Federación Nacional Tipográfica, por ser incompatibles ambos cargos. Este acuerdo comprueba que Iglesias no fue presidente de la Unión General durante los primeros once años de actuación, contra lo que se ha dicho reiteradamente, copiando referencias equivocadas. El resto del Comité Nacional fue completado por las diecinueve Sociedades adheridas en Madrid, que designaron un vocal cada una. Reunidos éstos, el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores en Madrid quedó formado del siguiente modo: presidente, Iglesias; vicepresidente, Vicente Barrio; tesorero, Matías Gómez Latorre; vicesecretario, Francisco Largo Caballero; secretario, Antonio García Quejido; vicesecretario, Eduardo Jiménez; vocales, uno por Sociedad afiliada. Obsérvese que Vicente Barrio, de la Sociedad de obreros vidrieros y fontaneros, y Francisco Largo Caballero, de la de estuquistas, entran juntos en el primer Comité Nacional que actúa en Madrid, donde García Quejido continúa de secretario, detalles casi siempre olvidados por quienes hablan de la Unión General de Trabajadores y de sus hombres. Una de las primeras resoluciones de este Comité fue declarar reglamentaria la huelga de guanteros surgida en Burgos, ganada por los obreros, siendo la primera que con esa calificación y tan halagüeños resultados figura en la historia de la Unión General de Trabajadores. La huelga duró sesenta y cinco días, durante los cuales los huelguistas percibieron el subsidio reglamentario.

En septiembre, también en la calle de la Bolsa, se reunió el octavo Congreso de la Federación Nacional Tipográfica, cuyo Comité Nacional quedó constituido del siguiente modo: presidente, Antonio Atienza; vicepresidente, José Blas; tesorero, Lorenzo Muñoz; secretarios, Andrés Bolonio y Julián Aguilera; vocales, Eugenio de Luc y Pedro Sáez. A medida que el movimiento obrero crecía y se consolidaba la venta de *El Socialista*, se afianzaba la formación de un núcleo político de clase que iba penetrando en el espíritu de un considerable número de trabajadores madrileños. El paso por el Centro Obrero de la calle de la Bolsa fue breve, pero no infructuoso. Entretanto, Sagasta terminaba su etapa de gobernante después del desastre colonial, eclipsándose sin grandeza. Ni aun en los días postreros tuvo valor para decir la verdad al país. Subió Silvela, que no tenía fe en el sistema, que desconfiaba de Palacio, sin atreverse a dar la campanada, siempre a medias palabras, insinuante e incisivo, y entró Dato en Gobernación, preparándose para situarse en primera fila a fuerza de genuflexiones. Solución de todos ellos: Weyler, con estado de guerra, unas veces en Barcelona, otras en Madrid. Intermedio del general Azcárraga en un gobierno de transición, con Villaverde intentando rehacer la Hacienda nacional. Los trabajadores no podían esperar nada bueno de políticos tan desprestigiados como incapaces.

Presididas por Silvela, hubo elecciones generales, tan vergonzosas como las anteriores. Por Madrid, en coalición tácita en las urnas, sin acuerdos de los respectivos partidos, vencieron

Iglesias, Vera, Pí y Margall, Estévez y Constantino Rodríguez; pero no les valió la victoria. En Bilbao, de nuevo candidato Pablo Iglesias; el dinero y los atropellos de las autoridades le robaron el acta. El Partido Socialista presentó candidaturas en veintidós distritos, alcanzando alrededor de 25.000 votos, sin garantías ni fiscalización. En las elecciones a concejales por Bilbao salieron elegidos cuatro concejales socialistas, y cinco por el resto del país. El mitin del 1º de mayo de 1899 tuvo excepcional interés, dadas las circunstancias políticas y militares. Fue presidido por Gómez Latorre y tomaron parte en él Baldomero Huetos, Antonio Torres, Pablo Cermeño y Pablo Iglesias.

En 1899, Iglesias, con mediana salud, tomó parte en Galicia en actos de propaganda en La Coruña, Betanzos, El Ferrol, Santiago, Pontevedra, Vigo, Bouzas, Marín y Orense. Después estuvo en Asturias, hablando en Oviedo, Gijón, Mieres, Sama y otros lugares, sin poder terminar la campaña, que duró cincuenta y cinco días en las dos regiones. *El Noroeste*, diario gijonés nada adicto al Socialismo, hizo el siguiente comentario al reseñar la conferencia dada por Iglesias: “Ayer nos pareció un verdadero educador de la clase obrera: razonable, frío, conciso, persuasivo, sin alardes oratorios, menos correcto pero más claro en la exposición, llevó el convencimiento al auditorio y se hizo aplaudir, no por arranques de elocuencia, sino por el dominio de la verdad”. Álvaro de Albornoz, afiliado entonces al Partido Socialista, tuvo organizado un mitin en Luarca, su pueblo natal, con Iglesias, no celebrado por enfermedad de éste. Vigil y Albornoz intervinieron juntos en varios mítines en Asturias, y Albornoz lo hizo solo en Gijón el 1º de mayo de 1899, abandonando el Socialismo poco después para mariposear por los grupos republicanos. Vigil comenzó a publicar, en Oviedo, *La Aurora Social*, semanario que en seguida adquirió vida propia. El profesor Buylla redactaba una sección titulada “Crónica social extranjera”. Entonces se inició en Oviedo la Extensión Universitaria a cargo de varios profesores.

Tomás Álvarez Ángulo ingresó en la Agrupación Socialista de Madrid en 1899. En ese mismo año lo hizo Indalecio Prieto en la de Bilbao, en cuya capital venía actuando sin poder ser alta en el Partido Socialista hasta alcanzar la edad reglamentaria. Ramiro de Maeztu colaboró en *El Socialista* de 1º de mayo de aquel año. Mariano Bellido presidía en Córdoba la Agrupación Socialista, muy débil de afiliados. En Barcelona fue Toribio Reoyo quien sustituyó a García Quejido en la Unión General de Trabajadores al trasladar éste su residencia a Madrid. Basilio Paraíso, industrial zaragozano, ofreció a Nicolás Salmerón 250.000 pesetas a fin de garantizar al general Luque los riesgos que pudiera correr para traer la República, cuando éste coqueteaba con los antidinásticos, todo lo cual terminó en que Luque llegó a ministro de la Guerra, y se dispararon los furores republicanos. “Esta señora manda aquí ahora mucho”, de una carta de Leopoldo Alas, *Clarín*, a Menéndez Pelayo, aludiendo a la infanta Isabel, que caciqueaba políticamente y protegía a un candidato a senador archiconservador frente a Menéndez Pelayo, candidato de neutros y liberales, triunfante éste al fin. “Acaso no hayan leído atentamente a Marx más de tres escritores profesionales: Pí y Margall, Unamuno y Clarín”, texto de Ramiro de Maeztu en 1899. García Alix, ministro conservador, nombra a Unamuno rector de la Universidad de Salamanca. Lerroux funda *El Intransigente* y, después, *El Radical*, diarios republicanos con la finalidad de crearse un grupo personal dentro del republicanismo.

El escritor Ruiz Contreras lanzó en Madrid *Revista Nueva*, en cuyo primer número publicó un artículo de Pablo Iglesias, revista de vida efímera. Menos vida tuvo *La España moderna*, revista

madrileña donde también colaboró Pablo Iglesias. El 24 de abril de 1899 Unamuno inicia su colaboración en *El Imparcial*. Poco después tradujo *Sobre la Voluntad, la Naturaleza*, de A. Schopenhauer, autor de moda entre los de la generación del 98, en alianza con Nietzsche. Luis de Zulueta y Eduardo Marquina estrenan en Barcelona *Jesús y el Diablo*; poco después, Marquina, en Madrid, la zarzuela dramática *Agua mansa*. En Francia, Octavio Mirabeau publica *El jardín de los suplicios*.

En París, en junio de 1899 el gobierno radical-socialista presidido por Waldeck-Rousseau es sustituido por Combes. Jaurès es vicepresidente de la cámara de Diputados, y Millerand, ministro. Se produce división entre los socialistas, cuyo pleito llegará hasta la Internacional Socialista. El capitán Dreyfus sufre una segunda condena, intensificándose la campaña en favor de su liberación y reintegración al ejército. En Bruselas se inaugura la Casa del Pueblo, de gloriosa tradición en el movimiento obrero socialista internacional.

Los Jesuitas, en acción

Salmerón era, además de filósofo, un eminente jurista. En 1899 surgió un tema que apasionó vivamente a la opinión pública. La señorita Ubao de familia conocidísima en Madrid, entregada a un confesor jesuita, al cumplir los veintitrés años, creyendo haber alcanzado la mayoría de edad, y contrariando la voluntad de sus familiares, ingresó en Las Esclavas del Corazón de Jesús. La madre de la señorita Ubao acudió al juzgado, y más tarde, a la Audiencia, sin lograr la restitución de su hija. El pleito trascendió a la vía pública, coincidiendo con una etapa de clericalismo furibundo, bien explotada por los republicanos, a los que se incorporó Pérez Galdós, monárquico de la víspera y autor del drama *Electra*, que tantos malos ratos hizo pasar a los reaccionarios. Salmerón llevó el pleito hasta el Tribunal Supremo. El fallo giró alrededor de si era o no forzoso cumplir los preceptos del Código civil que prohibían a la mujer abandonar la casa paterna hasta cumplir los veinticinco años. El Supremo dio la razón a Salmerón, contra presiones de las órdenes religiosas que llegaron desde el Palacio Real hasta el Gobierno, pero los Jesuitas, aunque perdieron la sentencia, reconquistaron la oveja, que una vez cumplida la edad [672] exigida por la ley, retornó al convento de Las Esclavas del Corazón de Jesús, con mayor predominio sobre la señorita Ubao que su propia madre. ¡Oh, poder tenebroso del jesuitismo, que explica ciertas actitudes del pueblo español en sus trágicos momentos convulsivos!

Muerte de Emilio Castelar

En San Pedro del Pinatar, provincia de Murcia, a orillas del Mediterráneo, donde solía descansar en los días ensoleados, el 25 de mayo de 1899 falleció Emilio Castelar y Ripoll, el orador de más excelsas cualidades del siglo pasado, en una España que ha carecido de verdaderos estadistas y le han sobrado excelentes oradores. Como escritor fue un prodigio; como orador, un mago de la palabra. En Madrid tiene un monumento al pie del cual se han despedido las manifestaciones públicas más recordadas por la generación de mi tiempo. Su entierro, en la capital, adquirió carácter de funerales nacionales. Lo presencié y no es fácil que lo olvide. Tuve y leí todos los discursos pronunciados por Castelar en las Cortes españolas, editados por el Congreso de los Diputados. Su lectura dejaba impresión de fantasmagoría indescriptible.

Abrumaba más que convencía. Hoy serían de lectura imposible de soportar por la generación actual. Aquel estilo se lo llevó Castelar a la tumba.

[673] *Fallecimiento de Macías Picavea*

El 11 de mayo de 1899, en Valladolid, donde era profesor universitario, falleció el escritor renovador Ricardo Macías Picavea. Autor de un libro *—El problema nacional—* que produjo impresión en aquellos años, reproducimos de él lo que sigue:

“Con semejante constitución física armoniza sin duda el temperamento moral: más que sistemático, repentista; más que inspirado, apasionado; más que dócil, independiente; más que trabajador, pacienzudo, improvisador, genial; más que previsor, fatalista; más que apto para la asociación, hecho para un individualismo casi irreductible. Todas las cualidades buenas o malas de los españoles se fundan en esos rasgos típicos de su genio; en ellas se encierra asimismo virtualmente toda su historia. Es un ímpetu de rebeldía y singularismo; no sabemos qué irresistible impulso de disociación separatista, gusto frenético de andar suelto y libre, protesta de toda disciplina colectiva, lo que arrastra y ha arrastrado siempre a los españoles a pelear furiosamente los unos contra los otros; a aislarse y separarse en pequeñas regiones y aun en diminutas localidades, a armarle guerra al vecino por ‘quítame allá esas pajas’, a negarse mutua cooperación en los trances difíciles, a no estar nunca conforme con regla alguna que venga de otra voluntad que la propia y resignarse en cambio muy guapamente con cuantas fatalidades nos regala la naturaleza; a sustraerse, en fin, con irreductible resistencia pasiva, si no es con sangrienta y franca protesta, a toda acción colectiva, a toda suma, conglomeración y síntesis social que mire al interés procomún con sacrificio de los propios gustos y opiniones. Toda la moral popular está llena de estas sentencias, reveladoras de tan vehemente humor personalista y centrífugo: ‘de gustos no hay nada escrito’; ‘el buey suelto, bien se lame’; ‘cada uno en su casa y Dios en la de todos’; ‘sacarse los dos ojos por dejar tuerto al vecino’. No se acabaría nunca su reproducción. Pero a tales [674] extremos llega esta sicología nacional de la disconformidad y la división, que a veces hasta desconcertar y dividir parece la indivisible individualidad, siendo harto frecuente eso de que un español no esté conforme ni consigo mismo. También existe un dicho popular para expresar enérgicamente ese raro temple oposicionista del espíritu ibérico, según el cual cuando un natural de esta tierra no tiene ya con quien disentir, ‘riñe con su propia sombra’... Resultados, un sesenta por ciento de españoles que no saben leer ni escribir, y otro setenta por ciento, del treinta restante, que de la instrucción primaria alcanzada apenas logra otro beneficio útil que los que ninguna recibieron; maestros ignorantes, cuasi mendigos, desprovistos de todo prestigio e influencia social, desconsiderados por la plebe y maltratados por los cacicuelos; una masa de población inferior, que por lo que toca a su cultura, apenas puede ser rectamente calificada de población civilizada. Un doctor español es, casi siempre, un hombre que sabe leer, generalmente traducidos y pocas veces originales, los libros y revistas que escriben los sabios franceses, alemanes, ingleses, italianos, y luego, repetirlos. Esquivez, hostilidad, zafia bestialidad a veces que opone nuestra bárbara aristocracia intelectual a toda reforma, movimiento y progreso, hasta el punto de no ser raro resultar altos centros universitarios y docentes focos de incultura. La juventud nueva que sale de tales centros hace bastantes años pone el colmo, con su ineducación, tendencias parasitarias del caciquismo reinante, moral inferior y costumbres flamenquistas, a este

cuadro sombrío”.- Ricardo Macías Picavea.

[675] “Hoy, primero de mayo, pido un anticipo sobre tu deuda, una garantía de mi completa emancipación, que estoy dispuesta a arrancarte un día. Pido la jornada de ocho horas, a fin de que los obreros y sus hermanos de sufrimiento y miseria puedan ilustrarse y organizarse, con el propósito de que su mirada sea clarividente, su pensamiento libre y audaz, su corazón entusiasta y dispuesto a toda clase de sacrificios por la lucha emancipadora. Pido más: una legislación protectora del trabajo que sea eficaz; reivindico todas las formas económicas y políticas que sean aptas para mejorar mi situación, aligerar mis cadenas, aumentar y fortalecer mi fuerza. Pero no pido únicamente estas reformas con el fin de disminuir mi miseria de hoy; las pido también y especialmente para hacer más enérgica, más eficaz mi lucha de clases por la conquista del mañana, pues no puedo desarmar antes de que el régimen capitalista haya desaparecido”.- Clara Zetkin, 1899.

“Siendo cada vez más preciso que la masa obrera vea en su movimiento, no un esfuerzo para mejorar su estado, sino una actuación para emanciparse, para ser libre, para que el futuro de su trabajo sea de ella, y sólo de ella, debe propagarse constantemente, a todas horas, entre los asalariados que crean otra cosa, la idea de que toda la acción de los proletarios, lo mismo la política, que la económica, que la cooperativista, ha de ir encaminada principalmente a acabar con el régimen patronal o capitalista, y establecer en su lugar, socializando los medios de producción y de cambio, la igualdad social. Sí; hay que convencer a todos los obreros de que su lucha contra la burguesía no tiene por fin aligerar la cadena de la explotación que su clase arrastra, sino la de hacerla trizas”.- Pablo Iglesias.

“La Historia, así en su fin como en su principio, es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra quien lo encadena, la expansión del espíritu, el reinado del alma, y el día en que la libertad faltara al mundo, ése sería el día en que la Historia se detuviera”.- Benedetto Croce.

[676] “Fácil es destruir el Parlamento; lo difícil es encontrar sustitutivo que le aventaje”.- Conde de Romanones.

“El Socialismo, al garantizar a todos los hombres las mismas condiciones para que se eduquen y se desenvuelvan, lejos de realizar la uniformidad, facilitará y acentuará las desigualdades naturales ya sean físicas o intelectuales. Son de tal clase estas desigualdades que, aun cuando fuera posible, el Socialismo se guardaría mucho de eliminarlas, pues reconoce que constituyen una de las condiciones esenciales del perfeccionamiento de la especie”.- Gabriel Deville, 1899.

“Hay que arrancar muchas cruces de los pechos y subir muchas fajas desde la cintura al cuello”.- Conde de las Almenas, 1899.

Relación de militantes

En 1888 la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero fueron fundados en Barcelona, pero no echaron raíces en la capital de Cataluña. En Madrid, hasta 1905 no hubo concejales socialistas, y la elección se obtuvo gracias a la abstención electoral decretada por los partidos republicanos, en protesta contra el Gobierno. En 1910, en alianza con los partidos republicanos, Pablo Iglesias fue diputado a Cortes por Madrid, aunque ya no dejó de serlo en ninguna de las siguientes elecciones. Pero por donde Iglesias debió haber sido elegido diputado fue por Bilbao, donde tuvo votos suficientes para triunfar, aunque no logró la victoria por las presiones oficiales y sobre todo por el derroche en dinero, pagándose los votos con esplendidez increíble. A pesar de todo, en Vizcaya hubo concejales socialistas en mayor proporción que en el resto del país, y Bilbao fue la primera capital con una minoría socialista municipal importante, a fines del pasado siglo. *La Lucha de Clases*, semanario socialista bilbaíno adquirió vida propia muy pronto. Sufrió duras persecuciones y más de una vez tuvo que dejar de publicarse, cosa que nunca sucedió con el semanario central; pero gozó, en cambio, de colaboradores excepcionales, como Miguel de Unamuno. Fue fundado por Valentín Hernández Aldaeta, y actuaron de directores, además de éste, Álvaro Ortiz, Isidoro Acevedo, Francisco Domenech, Tomás Meabe, José Gorostiza, Indalecio Prieto, Juan Madinabeitia, Ángel Lacort y Julián Zugazagoitia.

El Socialismo vasco fue obra iniciada por castellanos. Facundo Perezagua, nacido en Toledo y formado en Madrid, llegó a ser idolatrado en la zona minera vasca. Por Bilbao triunfó la primera vez como concejal por dos distritos, conservando el acta sin interrupción merced al pago de contribución como dueño de una taberna transformada en centro político. Felipe Carretero, de Santander, y Toribio Pascual, de Burgos, fundadores de la Agrupación Socialista de Bilbao con Perezagua, echaron [678] las bases de la organización política y sindical en las Vascongadas y en Navarra. A su vez, de Vizcaya irradió bien pronto a Castilla la Vieja y Asturias. A Perezagua le ayudaron García Quejido, que trabajó en Bilbao como tipógrafo durante una temporada, y Valentín Diego Abascal, orador de gran facilidad para la tribuna. Indalecio Prieto, su hermano Luis e Isidoro Acevedo, que tuvieron excepcionales actividades en Vizcaya, singularmente el primero, nacieron en Asturias. Álvaro Ortiz, en Logroño; Francisco Domenech en Cuba, aunque formado en Málaga y Madrid; Felipe Merodio en Guadalajara; Luis de la Plaza en Madrid; Remigio Cabello y Virginia González en Valladolid; Constantino Turiel en Zamora; Emilio Santinés, *Galván*, en Andalucía; Ángel Lacort, en Zaragoza. Todos ellos tuvieron allí cargos de relieve y durante temporadas más o menos largas actuaron intensamente en la región vascongada, donde hubo Casas del Pueblo en casi todas las poblaciones de importancia. La Federación Nacional de Juventudes Socialistas nació en Bilbao, y secciones suyas funcionaron en casi todos los núcleos obreros. Es cierto que por Vizcaya hubo concejales, alcaldes, diputados provinciales, diputados a Cortes socialistas, pero lo es también que fue región donde los socialistas sufrieron mayores persecuciones, más años de cárcel o de expatriación, palizas y torturas, incluso durante la etapa republicana de Gil-Robles y Lerroux.

[679] *Facundo Perezagua*

“¿Era de origen árabe o judaico el metalúrgico toledano que, tras Eduardo Varela –figura señera y casi ignorada entre los precursores del Socialismo español– luchó abnegadamente para organizar a los mineros vizcaínos? Por su rostro ovalado, de nariz aguileña, se le juzgaría descendiente de los damasquinadores judíos de Toledo; por su carácter indómito y soberbio, parecía árabe. Desde luego, Facundo Perezagua, el líder famoso, no pertenecía a la raza celta ni ibera. Y más que un rabino, semejaba un santón. Cuando yo le conocí –el noventa y tantos– tenía una taberna en Bilbao. Era una tienda limpia, con mostrador de estaño bruñido, mesas cubiertas de cinc fregadísimo y los muros vestidos de papel floreado, desde el zócalo de madera barnizada, hasta el blanco techo. Aquello constituía el verdadero círculo socialista de Bilbao por los tiempos heroicos del Partido. En una de las mesas plegaba yo ejemplares y enrollaba paquetes del semanario *La Lucha de Clases*. A la entrada había un armario con folletos de propaganda, y al pie del armario se tendía, como un león guardador de la doctrina colectivista en opúsculos, *Lolo*, un viejo perro de aguas, negro, gruñón y legñoso, a quien Perezagua y su bondadosa mujer –matrimonio sin hijos– querían con amor paternal”. - Indalecio Prieto.

[680] *Varias actas robadas*

“Las elecciones generales de marzo de 1898 levantaron infinidad de ilusiones entre los socialistas. Se daba como muy probable que por Bilbao triunfaría Pablo Iglesias, que ya había sido candidato en 1893 y 1896, obteniendo cada vez mejor votación, a pesar de que la burguesía tiraba el dinero comprando votos. La vez que menos obtuvo, 1.263 sufragios. En 1898 alcanzó 3.048, siendo derrotado por 1.411 merced a infinitos atropellos y malas artes, hasta el punto de que el acta del vencedor fue declarada muy dudosa. Impugnó la elección Iglesias ante la Comisión de actas del Congreso, y Gumersindo de Azcárate, que gozaba de prestigio en todos los sectores democráticos del país, diputado republicano por León, combatió el acta del capitalista vizcaíno, al que defendió José Canalejas, presidente de la Comisión de actas. Del entusiasmo que levantó aquella elección da pruebas el siguiente telegrama remitido por Lafargue desde París: “Iglesias será el primero que en el Parlamento español levante la voz en nombre de la clase que representa la vida, la riqueza y el honor de España. Será una gloria eterna para los trabajadores de Bilbao haber abierto las Cortes al representante del trabajo”. - Pablo Lafargue, 1898.

Las elecciones en Madrid fueron como siempre. Si hubiera habido legalidad, habrían sido elegidos diputados Iglesias, Vera, Pí y Margall, Estévanez y Constantino Rodríguez, que aun no yendo oficialmente en conjunción, en las urnas obtuvieron muchos votos en candidaturas de combinación. En la circunscripción de Oviedo, Iglesias obtuvo 49 votos y Eduardo Varela, 45. Es que frente a la candidatura monárquica luchó Melquíades Álvarez apoyado por todas las fracciones republicanas, triunfando en tercer lugar, aunque su acta no fue validada, pero tampoco la de su adversario. En las elecciones siguientes, Melquíades Álvarez triunfó ya de modo indiscutible, alcanzando inmediatamente éxitos parlamentarios como orador, título que nadie le discutió. En esas mismas elecciones de 1900 también fue elegido por primera vez, en Barcelona, [681] Alejandro Lerroux. El país estaba sumido en la guerra colonial, que pocos días después terminaría en una hecatombe. En ese ambiente confuso y trágico el Partido Socialista presentó

candidaturas en treinta distritos con cincuenta y siete candidatos en la mayoría de las cuales figuraba Pablo Iglesias; después iban Vera, García Quejido, Simal y otros. *El Socialista* publicó la siguiente información: “No creemos apartarnos de la verdad calculando en más de 20.000 los votos socialistas sumados en las pasadas elecciones. Tomando como buena esta cifra –que seguramente es corta– resulta que de las elecciones verificadas el año 1896 a las efectuadas el 27 de marzo último, el Partido Socialista ha tenido un aumento de más de 6.000 votos, ya que en el citado año los que alcanzó nuestro Partido fueron 14.000. El aumento en dos años de las fuerzas socialistas ha sido, pues, de un 42 por ciento. El progreso de nuestras fuerzas ha sido continuado y en proporción relativamente importante. De no haberse realizado escandalosos abusos y atropellos inauditos por los candidatos burgueses y las autoridades, nuestro Partido hubiera llevado al Congreso cuatro representantes: dos por Madrid, uno por Bilbao y otro por Zaragoza. Lo que ahora no hemos podido impedir por falta de organización –el que se nos roben votos como en Madrid y en Zaragoza y el que las autoridades auxilien descaradamente al candidato burgués como en Bilbao, lo haremos seguramente en las primeras elecciones legislativas que se presenten”.

La lucha electoral en Bilbao había adquirido interés singular con el crecimiento de las fuerzas sindicales y socialistas en la región vizcaína, acrecentada por la reiteración de la Agrupación Socialista de aquella capital de presentar a Pablo Iglesias como candidato para llevar su voz al Parlamento español. Juan A. Meliá, que vivía en el mismo hogar de Iglesias, refiere en su libro *Pablo Iglesias: su vida íntima* las gestiones efectuadas por Sagasta, de acuerdo con los capitalistas vascos, para conseguir que abandonara la lucha por Bilbao y traicionara, mediante vergonzoso pacto tras del cual habría dinero en abundancia, [682] a los trabajadores que habían puesto en él sus esperanzas:

“Vivíamos, como dejo dicho, en un miserable cuarto interior de la calle de Mendizábal, cuando llegó una de las frecuentes renovaciones del Parlamento: en marzo de 1898 se celebrarían elecciones legislativas. La propaganda socialista había logrado tales éxitos en Bilbao que nuestros adversarios temieron la posibilidad de que Iglesias, candidato del Partido, saliese triunfante. La capital de Vizcaya en poder de los desarrapados y representada en las Cortes por aquel caudillo temible era una cosa demasiado seria para los capitalistas vascos. Oponer a los invasores el dinero y la fuerza podía resultar caro y demasiado sangriento. Se pensó en otro medio: la *persuasión*. Y con el concurso de Sagasta, presidente del Gobierno –el desastre de Filipinas y de Cuba estaba encima, pero a los Gobiernos les interesaba más falsear las elecciones, con el concurso de Sagasta– digo, se hizo una vergonzosa gestión cerca de Iglesias: Un buen día vino a nuestra casa un aristócrata –¡oh, la aristocracia!–, allegado de Martínez Rivas, que era el candidato burgués, acompañado de otro personaje político ‘de la situación’. Propusieron a Iglesias que retirase su candidatura por Bilbao, garantizándole, en cambio, que saldría elegido por Valmaseda. Los que conocisteis a Iglesias y cuantos tuvisteis al menos referencias de su honradez, podéis imaginar su respuesta. Cortés, pero contundente fue poco más o menos

- Yo no me presento candidato por Bilbao; es la Agrupación Socialista quien me presenta y es ella quien puede retirar mi candidatura. Yo soy simplemente un afiliado al Partido que acata los mandatos de éste.

- Bien; pero... usted puede renunciar, puede decir a sus amigos de allí que considera

conveniente retirar su candidatura. Tanto más cuanto que saldrá usted por Valmaseda.

- Yo no puedo hacer eso. Y si los compañeros de Bilbao se prestaran a la combinación, cosa que es imposible, yo les aconsejaría lo contrario. Aspiramos, sí, a ir al Parlamento; pero cuando vayamos [683] queremos entrar por la puerta grande.

Tan aturdidos salieron aquellos señores de nuestro cuartito interior que uno de ellos dio un traspies al engancharse en un trocito de estera rota que teníamos ante la puerta de la escalera. Incomprensible debió parecerles que un hombre instalado tan pobremente renunciase a ser protegido por el millonario Martínez Rivas, que empezaba ofreciéndole un acta de diputado. A la infructuosa visita siguió una carta de Sagasta llamando a Iglesias a una entrevista para hablar sobre las elecciones en Bilbao. Respondió el maestro con otra diciendo que si era para tratar el asunto planteado por los emisarios de Martínez Rivas excusaba la visita por haber dicho ya claramente cuanto cabía decir. Y a la Presidencia del Consejo de Ministros —entonces en la calle de Alcalá— fue el ‘chico’ con la respuesta: allí fui yo con la cartita, que un ordenanza pasó al secretario. Minutos después, éste —el célebre Pablo Cruz— apareció en la puerta y, llamándome a su despacho, me dijo con acento de grandísima amabilidad:

- Dígale usted que venga; que no es eso...; que ‘no sea tonto’ y no deje de venir. Que don Práxedes le espera...

- Sí, sí; que espere sentado —exclamaba poco después Iglesias, cuando le transmití las frases del secretario sagastino—. Naturalmente, el diputado fue Martínez Rivas —¡a qué costa!—. Se logró que su acta fuera declarada grave. Iglesias informó ante la Comisión correspondiente. Pero el Congreso aprobó la elección. ¿Por qué no aprobarla? Era una de tantas”.

[684] *Pablo Iglesias: una figura señera*

En la primera década del corriente mes de diciembre cúmplense treinta y dos años del fallecimiento de Pablo Iglesias Posse, una de las figuras más próceres de la política española, y desde luego el hombre que más ha influido en mi vida. Casi coincidiendo con este aniversario, he recibido una misión que me lo ha hecho recordar más vivamente. La Unión Linotipográfica de México prepara un álbum en el que aparecerán láminas con las siluetas de hambres descollantes en el Arte de Imprimir. Esas siluetas ofrecerán la originalidad de ser hechas en linotipo, con el texto de las biografías de las personas así retratadas. Con tal objeto dicha organización obrera me ha pedido la nota concerniente a Pablo Iglesias, habiéndola yo redactado en los siguientes términos:

“Cuando en la década final del siglo XIX comencé a tratar en Bilbao a Pablo Iglesias, teniendo él cuarenta y tantos años y yo menos de quince, aún conservaba dorada su espesa barba, por la cual se le dio de joven el sobrenombre de *El Rubio*, si bien ya aparecían con ella algunas hebras de plata. Su frente era espaciosa, sus ojos azules, su apostura muy gallarda, completando el atractivo físico una voz de tenor excelentemente timbrada, con la que sugestionaba a los auditorios desde la tribuna. Luego, la barba tomó un tinte de blanco ceniciento, la frente fue surcándose de profundas arrugas y los ojos perdieron brillo, pero la voz siguió con el tono viril de siempre. El encargo, muy honroso para mí, que me da la Unión Linotipográfica de la República

Mejicana, que cumplirá el 21 de marzo de 1959 el cincuentenario de su fundación, de escribir unas cuartillas que tendrá a la vista en el atril del linotipo uno de sus afiliados para pasar el texto desde el papel al plomo, texto que así dejará después impresa su huella en millares de hojas, me hace evocar la figura de aquel tipógrafo insigne. [685] Huérfano, hubo de aprender la profesión en un hospicio. Más tarde meditará a diario ante el chibalete, durante las largas jornadas de antaño, hasta formarse clara conciencia sobre los derechos y deberes de la clase obrera, derechos que se resumen en el de percibir el producto íntegro del trabajo y deberes que se condensan en el de luchar sin tregua para alcanzar la emancipación.

Cierro los ojos y veo a Iglesias; le veo enardeciendo a los mineros vizcaínos desde el graderío del frontón de Gallarta, o conmoviendo a los trabajadores madrileños el primero de mayo desde una ventana de la Casa del Pueblo, o sobrecogiendo a los diputados monárquicos en el Congreso desde su escaño de diputado, junto al cual estuvo el mío a partir de 1918. Le veo y le oigo; le oigo con aquella oratoria que, sin ser grandilocuente, era arrebatadora porque surgía de labios de un hombre cuyas penalidades y sacrificios le habían labrado alto pedestal que nunca pudo carcomer la calumnia, y porque la lógica del razonamiento proporcionaba a sus oraciones, siempre correctas de forma, una dureza de acero.

Le veo, repito, cerrando los ojos; pero si los abro le encuentro frente a mí en una gran fotografía que reproduce su cabeza tallada en mármol, para el monumento que Iglesias tenía en Madrid, por Emiliano Barral, escultor que en 1936 tomó un fusil para defender la República y que combatiendo por ella perdió la vida. Los beocios falangistas destruyeron el monumento a Pablo Iglesias. El recuerdo de varón tan inmaculado les molestaba. Pero somos muchísimos los españoles que le llevamos en el corazón.

Y en mi despacho tengo una efigie con la de Tomás Meabe, fundador de las Juventudes Socialistas de España, y con las de otros muertos queridos que me acompañan a toda hora. A Iglesias, socialista, le toca librar duras peleas con los anarquistas que en España constituían núcleo casi irreductible. Su labor es áspera y difícil. Ha de luchar entre una masa proletaria todavía ineducada, donde prende fácilmente la demagogia y una burguesía cerril.

[686] Son armas preferentemente usadas contra él, de uno y otro lado, el insulto y la difamación. Se le inventan las más grotescas historias: usa soberbios abrigos de pieles que cuando ha de comparecer en público cambia por raídos gabanes; viaje por ferrocarril en primera clase y, a punto de llegar a la estación de destino cambia a un vagón de tercera; cobra del "fondo de los reptiles", con el que el Ministerio de la Gobernación hace enmudecer a revolucionarios de similor; posee grandes propiedades que los difamadores sitúan en tales o cuales regiones... Y en tanto, Iglesias, obligado a abandonar el oficio para dedicarse enteramente a la propaganda, tiene como único ingreso treinta pesetas semanales que le son signadas por dirigir *El Socialista*. ¿Qué quedó de tan burdos embustes? Madrid no ha presenciado manifestación de duelo más importante que la de aquella mañana de diciembre de 1925, en que miles y miles de personas marcharon silenciosas tras el cadáver de Pablo Iglesias desde la Casa del Pueblo, donde estuvo expuesto varios días, hasta el cementerio civil. Guardo memoria de otros dos entierros en Madrid cuyos acompañamientos se formaron también con multitudes; el del novelista Pérez Galdós y el de la actriz María Guerrero, más ninguno adquirió las colosales proporciones del de Iglesias.

Desde 1873 figuraba el maestro en la Asociación General del Arte de Imprimir, de la que fue presidente, como lo fue del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España, fundaciones suyas, hasta que murió. A la Asociación General del Arte de Imprimir se debe el despertar obrero en España, y en dicha Asociación nadie descolló por encima de Iglesias, a quien se debe ver, más que como agitador, como educador. *El Socialista*, modesto semanario que él creó, era en 1936 un diario de gran difusión, con edificio propio construido *ad hoc* y maquinaria modernísima; el Partido Socialista era el más numeroso de España, el de mayor representación parlamentaria que iniciada en 1910 sólo con Pablo Iglesias, la constituían ya cien diputados; la [687] Unión General de Trabajadores había rebasado en mucho el millón de afiliados en sus sindicatos. Todo eso lo destruyó el concierto bélico de Franco, Hitler y Mussolini, auxiliado por encubrimientos y complicidades de la democracia mundial. Pero todo renacerá con ímpetu arrollador apenas esa democracia mundial deje de sostener a la tiranía franquista o quizás antes de que dicho sostén se derrumbe. Y guía de tal renacimiento será Pablo Iglesias que, muerto, sigue viviendo para adoctrinar con su ejemplo a las nuevas generaciones españolas, a quienes guiará el hombre-faro, honor del gremio de tipógrafos, gloria de España, honra de la humanidad. Todavía siendo yo niño oí a Iglesias varios discursos en Bilbao. Después, mozaibete, le acompañé a varias giras por la zona minera de Vizcaya, entonces el foco más fuerte y combativo del Socialismo español. Luego, en algunas elecciones legislativas, en las que era candidato por Bilbao, fui algo así como su cornetín de órdenes, yendo con él a recorrer los colegios electorales. Por entonces militaba yo en el Partido Socialista Obrero Español, donde ingresé en 1899, al cumplir los dieciséis años, edad mínima exigida para ser militante. Muy contra mi voluntad fui elegido diputado provincial en Vizcaya en 1911 y, en 1915, concejal del Ayuntamiento de la capital vizcaína. Pero a poco decidí abandonar aquella política representativa que, pese a mis bríos juveniles, me extenuaba. Concluir mi trabajo periodístico a las cuatro o las cinco de la madrugada para estar en pie antes de las diez de la mañana a fin de asistir a actos donde mi concurrencia era obligada, resultaba algo excesivo; abogar por la jornada máxima de ocho horas y trabajar catorce o dieciséis era demasiado paradójico. Y defender el descanso dominical para los demás mientras a mí se me imponía el domingo la obligación de participar en uno o dos mítines, rebasaba la paradoja. El 2 de mayo de 1916, en que me tocó dejar el lecho a las nueve de la mañana para, una hora después, como teniente de alcalde, presidir la procesión cívica conmemorativa del levantamiento del asedio carlista que en 1864 sufrió la villa bilbaína, procesión a la cual, entre otras personalidades [688] llegadas de Madrid, concurrió don Benito Pérez Galdós, decidí in mente, mientras sonaban las músicas y estallaban los cohetes, cortar aquella vida absurda. Y como en Bilbao no podía hacerlo, resolví trasladar mi residencia a Madrid para desempeñar la gerencia de una empresa constructora de aparatos radiotelegráficos y ejercer las corresponsalías de tres importantes diarios del norte de España.

En 1917 marché a Nueva York para contratar con el sabio De Forest el uso en España de varias patentes suyas de radiotelefonía, de las cuales fue inventor. Apenas de regreso a Madrid, me llamó Pablo Iglesias a su domicilio de la calle de Ferraz, poniéndome en antecedentes de la huelga general que, con carácter revolucionario, debía estallar el próximo agosto y pidiéndome que marchase a Bilbao con objeto de quedar allí al frente del movimiento. Obedecí sin chistar y, dejando en Madrid a mi mujer y mis hijos y abandonando la gerencia y las corresponsalías citadas, tomé el tren para Bilbao. Todos los proyectos quedaron derrumbados en un instante. El hombre

cuyas peroraciones me inculcaron las ideas socialistas y por quien yo sentía una veneración que nunca he sentido por nadie me daba un mandato del que no pude ni quise excusarme.

Fracasada la huelga, pude pasar a Francia en septiembre. Fue aquél mi primer exilio, del que volví en 1918, siendo elegido diputado a Cortes por Bilbao, designación —y éste es el mayor orgullo de mi vida— en la cual influyó decisivamente Pablo Iglesias dentro del Comité Nacional de la Conjunción Republicano-Socialista.

El rumbo que íntimamente me tracé el 2 de mayo de 1916 quedó frustrado. Lo frustró Pablo Iglesias. Y desde aquella frustración vengo ascendiendo y descendiendo por los altibajos de la política. Últimamente he rodado hasta lo profundo de una gran sima de la que creo muy difícil salir. No por falta de energía, sino, acaso, por falta de tiempo. Desoyendo consejos para subir reptando, quizá sea un sueño esperar a que, desamarrados de sus actuales ligaduras, brazos amigos acudan a izar me limpiamente”.- Indalecio Prieto. México, 11 de diciembre de 1957.

[689] *El Abuelo*

“Tú, lector, cuando te refieres a Iglesias gustas nombrarle con la fórmula consagrada. Le dices el Abuelo, sin reparar en que tu parentesco con él es puramente espiritual: estás unido a él por la obra y por los anhelos, esto es, por las raíces y por las alas. Sin embargo, le dices el Abuelo. ¿Por qué? ¿Quién nos explicaría a tí y a mí, lector, quién nos explicaría muestra preferencia por el nombre doblemente paternal? Observa cómo muchas personas sencillas que no han tenido comercio directo con Iglesias proceden de igual modo que nosotros al hablar de él. Es también para ellos el Abuelo. Otra vez la pregunta: ¿Por qué? Acaso nos digan, ¡menguada aclaración!, que la clave de nuestra preferencia está en el cariño que le dedicamos. Veo tu sonrisa incrédula; mírame tú la mía, lector. Ninguno de los dos sabríamos disimularla. El que nos proporciona esa clave no es un poeta. ¡Cariño, cariño! Esto que tú y yo llevamos clavado en el alma y que nos torna apasionados, generosos, cordiales; esto que nos burbujea tan dentro de lo que es más nuestro, ¿es cariño? ¿No será algo mejor tejido que el pobre cariño que se deja derrotar por el tiempo? Quiero contarte cómo nació el nombre que hemos coincidido en proferir. Cuando se lo llamaron por primera vez la barba de Iglesias tenía vetas de oro y vetas de plata y la edad escasa para ser abuelo. Vivía Iglesias unas horas electorales en Bilbao. Vivió muchas iguales y todas fueron hermanadas en la pasión y en el entusiasmo. Episodios de un día en que culminaban el afecto y la fe. Cada elección era una derrota en la candidatura y a la vez un triunfo de la significación de la candidatura. Se recontaban los votos y se contrastaban las energías. En lo primero había engaño; en lo segundo, no. El engaño estaba a cuenta de los electoreros, conocedores de los recursos crematísticos puestos en juego por el contrincante, echaban a reñir el ingenio contra la abundancia y el favor oficial. Estas travesuras pueriles, astucias recusables para norma, las ignoraba Iglesias. Esta ignorancia [690] era la primera condición exigida por los autores del engaño. Tan honesta exigencia hace pensar que había en la travesura más entusiasmo que doblez, más rabia por el abuso contrario, generalmente un plutócrata, que sumisión a la trampa. En evitación de sorpresas, los capataces de la elección obrera ponían a la puerta de la secretaría un hombre de confianza encargado de avisar la presencia del candidato. Al vigía le llamaban ‘El Calero’ por razón de su oficio, pero su verdadero nombre fue —ya murió— Francisco Martínez. En la secretaría electoral los capataces se afanaban por dejar lista la obra. ‘El Calero’

asistía al trabajo y lo comentaba. Estaba cierto de presentir la llegada de Iglesias y descuidaba su misión. Su seguridad le traicionó un tanto. Acompañado de otros, Iglesias se presentó de improviso, y al vigía no le dio tiempo sino para gritar, entre alborozado y compungido, grito que era saludo y advertencia; ‘¡El Abuelo!’ Los capataces comprendieron a Iglesias, apretando manos y devolviendo abrazos, comentó: ‘Abuelo... sin hijos.’ Se perdió la elección. El título de diputado fue para el adversario. Pero desde entonces tú y yo, lector, tenemos para referirnos a Iglesias un nombre de volumen inconfundible con adherencias cordiales: Abuelo. ¿No es esto mejor que un efímero triunfo electoral?”.- Julián Zugazagoitia.

[691] *Actividades de Pablo Iglesias*

En septiembre de 1900 se reunió en París el quinto Congreso de la Internacional Socialista, en el que Iglesias y García Quejido representaron al Partido Socialista de España. Fue creado el secretariado retribuido, recayendo el nombramiento en Víctor Serway, belga. Emilio Vandervelde quedó como presidente, con residencia en Bruselas. La primera circular de esta etapa lleva fecha 15 de diciembre de 1900. De acuerdo con la resolución votada en el Congreso Socialista de Bruselas en 1893, el de París ratificó que sólo tendrían derecho a él los grupos políticos que teniendo por objetivo transformar el régimen de propiedad, consideren como indispensable la acción legislativa y parlamentaria como un medio para conseguirlo, y las organizaciones obreras que reconozcan esa misma acción quedando, por tanto, excluidas las organizaciones anarquistas. En favor de esta resolución habló y votó Pablo Iglesias. Se abordó el estudio de un programa municipal. Acerca de los trusts, sistema inherente al régimen capitalista, se pidió intervención en sus fines, exigiéndoles actúen con claridad. Pablo Iglesias intervino en el debate acerca de la huelga general, acordándose poner en guardia contra ese sistema de lucha que generalizaban, esterilizándolo, los anarquistas en varias naciones. Fue aprobada una moción en favor de los servicios públicos. Se reclamó vivamente el sufragio universal para los dos sexos, con representación proporcional y derecho de iniciativa. El zarismo ruso y las atrocidades cometidas por Turquía con los armenios fueron objeto de acuerdos condenatorios, así como la actuación de la guerra del Transvaal. Quedó decidido que los socialistas no votarían los presupuestos del Estado, singularmente los de Guerra y Marina.

[692] Durante tres sesiones se abordaron los problemas de táctica, candentes por la actitud adoptada en Francia por Jaurès, favorable a la colaboración con los radicales socialistas y a la entrada de Millerand en un Gobierno de esa tendencia. En el debate intervinieron Jaurès, Guesde, Iglesias, Vandervelde, Ferri, Vaillant, Anseele, Bauer y otros más. En ningún país había ambiente favorable a la colaboración ministerial, aunque respecto a la táctica electoral se reconoció que en ciertos casos era indispensable la cooperación, en la segunda vuelta, donde funciona ese sistema, entre partidos de izquierda y socialistas. Kautsky resumió el debate haciendo adoptar la siguiente resolución, obra suya en lo esencial:

“El Congreso recuerda que la lucha de clases prohíbe toda especie de alianza con cualquier fracción de la clase capitalista. Estando admitido que en circunstancias excepcionales se hacen necesarias parcialmente coaliciones, bien entendido, sin confusión de programas y de táctica, esas coaliciones, que el Partido debe procurar reducir al mínimo, hasta su completa eliminación, no serán toleradas sino cuando su necesidad sea reconocida por la organización regional o nacional

de que dependan los grupos en cuestión. En un estado democrático moderno, la conquista del Poder político por el proletariado no puede ser el resultado de un golpe de mano, sino más bien de un largo y penoso trabajo de organización obrera sobre el terreno económico y político, de la regeneración física y moral de la clase obrera y de la conquista gradual de las municipalidades y asambleas legislativas. En los países donde el poder gubernamental está centralizado, éste se puede conquistar fragmentariamente. La entrada de un socialista aislado en un Gobierno burgués no puede ser considerada como el comienzo normal de la conquista del Poder político, sino tan sólo como un trámite forzoso, transitorio y excepcional. Si en un caso particular la situación política necesita esta experiencia peligrosa, eso será una cuestión de [693] táctica, y no de principios; el Congreso internacional no tiene por qué pronunciarse sobre ese punto. Pero en todo caso la entrada de un socialista en un Gobierno burgués no permite esperar buenos resultados para el proletariado militante más que si el Partido Socialista, en su gran mayoría, aprueba el acto y si el ministro socialista continúa siendo mandatario del Partido. Por el contrario, en el caso de que el ministro se independice del Partido o no represente más que una parte del mismo, su intervención en un ministerio burgués amenaza llevar la desorganización y la confusión al proletariado militante. Amenaza debilitar, en lugar de fortificar, y dificultar, en vez de favorecer, la conquista proletaria de los poderes públicos. En todo caso, el Congreso es de opinión que incluso en estos casos extremos un socialista debe abandonar el Gobierno cuando el Partido organizado reconozca que éste da evidentes pruebas de parcialidad en la lucha entre el capital y el trabajo”.

Pablo Iglesias, por el Partido Socialista de España, votó en favor de esta resolución, aprobada por veintinueve votos contra nueve en el citado Congreso. A su regreso, Iglesias habló en localidades de Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Valladolid, interviniendo en total en quince actos. Más tarde lo hizo en Levante, con Francisco Sanchís, de Valencia obteniendo buenos resultados, especialmente en Elche. En el mitin del 1º de mayo en los Jardines del Buen Retiro, de Madrid, con Iglesias habló una obrera sastra, Purificación Fernández, organizadora de la Sociedad de sastras y modistas, que encontré años más tarde, yendo de visita de inspección, como concejal, a un asilo de Vallehermoso, aprovechando aquella ocasión para saludarla con todo afecto.

[694] En 1900 Manuel Azaña se doctoró con "La responsabilidad de las multitudes", obteniendo nota sobresaliente. Juan Ramón Jiménez publica sus primeros libros de poesías. Coletazos finales de la Unión Nacional, donde Alba se dio a conocer, Paraíso perdió la ilusión en la política y Costa inició una campaña republicana, cristalizada en 1903. La Regente destituye... aparentemente al padre Montaña por un artículo publicado por él contra Canalejas en *El Siglo Futuro*. Creación del Ministerio de Industria, Comercio y Obras Públicas, a cargo de Rafael Gasset, que acepta la cartera con el gobierno conservador, dejando la dirección de *El Imparcial* a Ortega Munilla, tropezón político que inició el declive del mejor diario de la Restauración. Julián Besteiro efectuó un viaje de estudios a París. Hubo indulto en favor de los presos martirizados en Montjuich. Se vota la ley de Accidentes del trabajo de Eduardo Dato. Unamuno toma posesión de la casa rectoral de la Universidad de Salamanca. En carta a Juan Arzadun, reproducida por Dehesa, fecha 12 de diciembre de 1900, Unamuno escribe: “En mis conferencias de Ética Social he de plantear un programa que hace tiempo maduro, y es que los españoles europeos no debemos enarbolar la bandera de la libertad, sino la de la cultura. Joaquín Costa ha hecho un

daño horrible adulando a este pueblo español, que tiene gobiernos mejores de los que se merece, por malos que éstos sean. Hay que convencerle de que es muy bruto y que para no caer bajo el cura, que le embrutece aún más, tiene que dejarse guiar por nosotros, y se le convencerá. ¡Vaya si se le convencerá! Por mi parte, tengo tal fe en mi mismo, tan honda persuasión de mi providencial misión pedagógica (entendiendo esto etimológicamente) en España, que le he de convencer”. Aquí, más que el pedagogo, aparece el rector ministerial.

La presión de la prensa sobre los gobiernos era indiscutible. Un artículo de fondo de *El Imparcial* podía tener consecuencias políticas. Por *El Globo*, que tuvo su momento, desfilaron casi todos los escritores después consagrados. Los folletines eran un complemento de los diarios, en cuyas columnas aparecían los nombres de novelistas españoles y extranjeros. Títulos muy divulgados: *Los misterios de París*, *Rocambole*, *El Conde de Montecristo*, *El Judío errante*, *¡Abajo las armas!*, *Las Ruinas de Palmira*, *Sicología del militar profesional*, *la Grande Ilusión*, *El Origen de las especies*, *Las Mentiras convencionales*, *El Mal del Siglo*, *Los Miserables*, *El Hombre que ríe*. Luis de Val, Pérez Escrich, Fernández y González, Ortega y Frías, Baroja, Blasco Ibáñez y Pérez Galdós, publicaron novelas en diarios españoles. Emilia Pardo Bazán, Jacinto Octavio Picón, Alfredo Calderón, Antonio Zozaya, Joaquín Dicenta, cultivando géneros diferentes, eran firmas de éxito seguro. Unamuno tradujo obras de Spencer; Hermenegildo Giner, de Edmundo de Amicis; Ciges Aparicio, de Ruskin. La "Hoja de los Lunes" de *El Imparcial*, daba una sección de Benavente, "De sobremesa", que levantaba ronchas. José Nogales, con "Las tres cosas del tío Juan", apremiado en un concurso de cuentos de *El Liberal*, *Alma Española* y *Madrid cómico*, dos revistas madrileñas, tuvieron vida angustiosa, en tanto la tenían holgada los semanarios taurófilos. Julio Camba, que escribía en *Tierra y Libertad*, fundó *El Rebelde*, para acusar a Federico Urales de poco anarquista. Malas lenguas dijeron que la campaña contra Urales estaba sostenida por el fondo de reptiles de Gobernación. Lo cierto es que Camba, más tarde, saltó del anarquismo rabioso al conservadurismo monárquico de *ABC*, de Luca de Tena. En Madrid, el 50 de noviembre, María Lejárraga contrajo matrimonio con Gregorio Martínez Sierra.

[696] Después de Valentín Hernández, *La Lucha de clases*, de Bilbao, pasó a ser dirigida por Álvaro Ortiz, buen escritor, que publicó varios folletos, algunos en verso. “Mis primeros artículos periodísticos varios –escribió Prieto– fueron corregidos por Álvaro Ortiz con minuciosidad y pureza tales, que no respetaba ni el título”. Felipe Merodio, concejal en Bilbao cerca de veinte años. Basterra y Laiseca redactan la letra del himno "Marsellesa de la Paz", cantada por primera vez en Bilbao la noche del 31 de diciembre de 1899 al 1º de enero de 1900, nacimiento del siglo. Inauguración de la Casa del Pueblo de Gallarta, la primera en Vizcaya. Rufino Laiseca, tipógrafo socialista, le propuso a Prieto para que ocupase una plaza de taquígrafo en *La Voz de Vizcaya*, iniciándole así en la profesión que fue base económica de su vida. También en 1900, Isidoro Acevedo, que trabajaba en Madrid de tipógrafo, se trasladó a Santander para dirigir *La Voz del Pueblo*, alternando esa misión con la de su oficio. Manuel Vigil actuó en diversos actos de propaganda en Asturias, donde también estuvo Facundo Perezagua, de Bilbao. Lorite Castor, profesor de primera enseñanza, estuvo en Almansa y en Linares y después en Levante, especialmente en Elche, en actos de propaganda. Inauguración de la primera casa del pueblo en la provincia de Badajoz, en Montijo. Huelgas en la mina Mariana, de Mieres, y en la de La Nueva, de Langreo. Acto en memoria de Francisco Gadavieco, fundador, en Gijón, a cargo de Félix

López, Aurelio F. Uría, Manuel Suárez, Vigil y Eduardo Varela. Pedro Lucio, zapatero de Burgos, fundador, colabora en *La Aurora social*, de Oviedo, donde también empieza a hacerlo Francisco Pérez Delgado, con el seudónimo *Javier Perdel*, funcionario de Correos en Sevilla, en cuya Agrupación ingresó en 1900. José Verdes-Montenegro dirige en Alicante *El Mundo obrero*, órgano de la Agrupación socialista. Los números extraordinarios de ese periódico en 1º de mayo, en colores litográficos, alcanzan gran éxito, figurando luego como cuadros en centros obreros.

[697] Pérez Galdós inicia pleito contra sus usureros, y aunque parezca extraño, le defiende como letrado Antonio Maura. El padre Bocos, párroco bullanguero de la iglesia de San Lorenzo, en los barrios bajos madrileños, es detenido por actividades integristas, naturalmente sin consecuencias. Aparece *Nuevo Mundo*, revista ilustrada semanal. En el teatro Novedades de Madrid se pueden ver dos dramones por cincuenta céntimos a lleno seguro: *El Pan del pobre*, *Los dos pilletes*, *La Carcajada*, *La Pasionaria*, entre otras obras populares. En el circo Price Simonetti entusiasma a la multitud con *La Tempestad* y otros dramas líricos.

Ciges Aparicio es meritorio en la redacción de *El País*, donde ya está Castrovido, pero no es director aún. Hay un editor responsable, que es encarcelado en sustitución del director verdadero. Catena, dueño de casas de juego, subvencionado por el ministerio de la Gobernación y hasta por otros organismos, se vale del periódico para todo. Ejemplo: Ramón Sánchez Díaz, amigo de Ciges Aparicio, le remitió un artículo firmado denunciando abusos de la compañía MZA. Se publicó en *El País*. Insistió Sánchez Díaz en otro, pero ya no salió. El primero, firmado, valió dinero. La compañía MZA pudo suponer que el autor era un chantajista. En ese ambiente se formó Lerroux, y Lerroux formó a sus colaboradores, uno de ellos Ricardo Fuente, escritor de pluma privilegiada. Datos muy sabrosos se relatan en el libro de Ciges Aparicio *Del periodismo y de la política*. Prensa socialista y simpatizante desde la fundación del Partido hasta primeros años del presente siglo: Alcoy, *La conciencia obrera*; Alicante, *El Grito del pueblo* y *El Mundo obrero*; Almería, *El 1º de mayo*; Barcelona, *La Guerra social*; Bilbao, *La Igualdad* y *La Lucha de clases*; Castellón, *El Obrero socialista*; Eibar, *¡Adelante!*; Elche, *El Obrero*; El Ferrol, *El Bien del obrero* y *El Obrero*; Linares, *El Defensor del trabajo*; Madrid, *El Socialista*, [698] *La Nueva era* y *La Ilustración del pueblo*; Málaga, *La Unión social*; Mataró, *La Revolución social*; Oviedo, *La Aurora social*; Palma de Mallorca, *La Bandera roja* y *El Obrero balear*; Pamplona, *El Obrero navarro*; Puerto de Santa María, *El Sudor del obrero*; Santander, *La Voz del pueblo*; San Sebastián, *La Voz del trabajo*; Valencia, *La Revolución social*; Vigo, *Solidaridad*; Zaragoza, *El Porvenir social*. Por desgracia, tan sólo una parte de esa relación de periódicos adquirió vida propia y pudo mantenerse durante años.

Huelgas en Francia en 1900, algunas de matiz anarquista, que repercuten en España. "El Socialismo y los intelectuales", conferencia de Paul Lafargue, publicada en folleto en Madrid. Controversia en Lille (Norte de Francia) entre Jaurès y Guesde, presidida por Delory, alcalde de esa ciudad. Se inaugura la primera línea de metro en París. En los tribunales franceses actúa una mujer abogada por primera vez. La Academia Goncourt efectúa su primera sesión en París. Se produce un atentado en Italia contra el rey Humberto, hiriéndole mortalmente. Elección en Inglaterra de los dos primeros diputados laboristas, uno de ellos James Keir Hardie, del grupo fundador del Partido Laborista Independiente. En Rusia se crea el Partido Socialista Revolucionario. La guerra de Transvaal provoca hostilidad contra Inglaterra.

El Madrid de 1900

El 25 de enero de 1900 abría sus puertas, anchurosas y acogedoras, el Centro de Sociedades Obreras de Madrid, el más importante de España por entonces, en la calle de Relatores, 24, principal. Era un amplio local, con dos salones para reuniones. Se ascendía por una amplísima escalera de peldaños fáciles, encontrándose al entrar un espacioso vestíbulo, donde, alrededor de una estufa, en las noches de invierno, se formaban grupos para discutir los problemas de la actualidad. Era allí donde Pablo Iglesias se detenía, los sábados, trabando animadas conversaciones con los asiduos concurrentes, derramando enseñanzas, señalando defectos, adoctrinando con aquella modestia tan innata en él.

Conserje del Centro Obrero fue desde los primeros momentos Santiago Pérez Infante. Santiago era una institución en Relatores durante los ocho años en que vivieron allí las organizaciones obreras. De oficio embaldosador, con una formación muy restringida, era orador voluntarioso, interviniendo en cuantos actos organizaban las Sociedades allí domiciliadas, con motivo de aniversarios o preparatorios de nuevas entidades. La historia del Centro de Relatores está ligada a Santiago Pérez, que vivía en la misma casa, y estaba día y noche al servicio de los trabajadores por una modesta retribución que abonaban las entidades con sede en aquel local. En 1900 era el único retribuido, exceptuando Pablo Iglesias. Apenas abierto aquel local social, se creaba en un ángulo de lo que servía de salón café, entrando a la izquierda, tan sólo con dos mesas, el primer despacho de la Cooperativa Socialista, a la que ayudaba Santiago Pérez, de acuerdo con Ventura Núñez, de oficio encuadernador, quien después de terminar su jornada acudía al Centro para atender a la clientela, ya que el establecimiento sólo funcionaba por la noche, sobre todo los sábados, aprovechando la mayor afluencia. Digamos que se vendía muy limitado número de artículos, envasados, siempre al contado y al menor precio posible, todo ello con infinitas dificultades.

[700] El esfuerzo inicial fue escuela educativa que dio resultados positivos, como demostraron los hechos al cambiar de domicilio e inaugurar los amplios locales de la Casa del Pueblo.

Desde que abrió sus puertas el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores comenzó en Madrid y de rechazo en provincias, el auge del movimiento sindical y político del proletariado. Era una siembra de treinta años. Conocí el Centro de la calle de la Bolsa y he vivido la actuación del de Relatores con tanta ilusión como actividad puse en aquellos años, de tal modo que me sería fácil relatar aquel período de la organización obrera. En el Centro de Relatores vi llegar a muchos que perduraron —no vive ni uno solo de entonces cuando se redactan esas líneas— y a otros que se cansaron de seguir en la brecha. Había profesiones más desgraciadas que otras. Los cocheros tenían una jornada de presencia en el pescante que pasaba de dieciséis horas, soportada merced al señuelo de las propinas. No se conocían los autopatronos. Cocheros o lacayos de casa grande o de lujo hacían servicio permanente, si bien no era raro disfrutasen de un

trato casi familiar, especialmente cuando vivían bajo el mismo techo que los señores a quienes servían. La jornada en peluquerías y barberías no tenía límite. Por las características de su trabajo, obreros y maestros de otros oficios contribuían a la esclavitud de esta profesión, obligada a tener abiertos sus establecimientos hasta las doce de la noche los sábados, y pasadas las tres de la tarde, los domingos.

La explotación que sufrían modistas de vestidos y sombreros, sastras, gorreras, guarnecedoras, sobreras, en poder de maestras con pequeños talleres, se prestaba, por un lado, a competencias desleales de las que eran víctimas quienes pagaban sueldos más altos y, por otro, las obreras quedaban sin amparo ni defensa, faltas de organización y de [701] legislación que velase por sus derechos. El comercio abría todos los días y a todas horas. No se guardaban los domingos, a pesar de alardear de religiosidad casi todos sus propietarios; al contrario, en los días de fiesta ciertos comerciantes redondeaban sus negocios. Era corriente que tuviesen dependientes internos, muy jóvenes, sobre todo en la alimentación, durmiendo en pésimas condiciones, sin que el trato y la comida fueran mejores. Todos los días se publicaban los periódicos, y como la composición de líneas a mano y a destajo llevaba muchas horas los tipógrafos soportaban ese régimen a costa de aumentar su salario. Hasta en el ramo de la edificación era corriente trabajar los domingos, cuando no lo hacían algunos para chapucear y así obtener un modesto ingreso suplementario.

Seguramente que camareros, cocineros y pasteleros eran quienes se veían forzados a prestar más horas de presencia. Algunos cafés no se cerraban y a cualquier hora se podía comer o cenar. Eran famosas las tertulias de escritores, artistas, políticos y bohemios, a madrugada, a la salida de teatros y fiestas, al declinar el trajín en las redacciones de los diarios de la mañana. Pero todo esto que a grandes rasgos hemos evocado es lo que declinaba, lo que iba a transformarse y en algunos casos desaparecer por completo. Con el nacimiento del siglo se robusteció un movimiento de protestas y reivindicaciones, que se extendió a grandes capas de la sociedad española, provocado, por una parte, por la crisis originada con la pérdida de las colonias y, por otra, estimulada por el movimiento que no supo encauzar la Unión Nacional, fundada por las Cámaras de comercio, a inspiración de Costa, Basilio Paraíso y Santiago Alba. Imitando a sus comerciantes que cerraban sus establecimientos y amenazaban con negarse a pagar impuestos, en protesta contra los presupuestos de Villaverde, modistas y dependientes de comercio, los domingos recorrían las calles obligando a cerrar, rompiendo escaparates, salvo los comercios de la alimentación, a [702] quienes les llegó el turno más tarde.

Aunque el Centro obrero de Relatores prestaba apoyo moral a las entidades que alentaban estas algaradas, en el fondo estaban amparadas por patronos que otorgaban un trato más humano a sus dependientes y cerraban los domingos. Era y no era un movimiento de clase, y desde luego no estaba inspirado por ningún partido político. La prensa y los partidos, singularmente los conservadores, recogieron aquel movimiento de protesta, y con fecha 3 de marzo de 1904, el Parlamento aprobó la ley del descanso dominical, cuyo reglamento de aplicación fue discutido y aprobado por el Instituto de Reformas Sociales, en virtud de las facultades de que estaba investido por su decreto de creación. Era ministro de Gobernación José Sánchez Guerra, quien apretó un tanto los tornillos del articulado de la citada ley, que disponía el cierre de las tabernas y prohibía las corridas de toros en domingo. ¡Qué jaleo produjo la tal medida! Y como era preciso

que los socialistas del Instituto de Reformas Sociales tuvieran la culpa de todo, a pesar de estar en ínfima minoría en esa corporación y de que en el Parlamento que aprobó la ley no hubiera representación de la clase trabajadora, contra los hombres de esa ideología se concentró la campaña de taberneros y taurófilos, muchos de los cuales eran liberales y republicanos.

[703] *Madrid entre dos siglos*

Al nacer el siglo XX entré a trabajar en la imprenta de Baena Hermanos, Colegiata, 14, frente a las tapias de la catedral madrileña. Aunque sabía leer y escribir, carecía de condiciones para iniciar ese oficio. Mi madre, viuda, bien orientada, me inscribió en una academia de noche, presidida por el marqués del Socorro, a la que acudí tres años seguidos, a la salida del trabajo, obteniendo premios, incluso el de asiduidad. Tampoco los profesores –que desempeñaban su cátedra benévolamente– dejaban de estar en su puesto, aun en las terribles noches madrileñas de frío y de nieve. ¡La de sabañones que sufrí! En condiciones higiénicas infames, en locales alumbrados con tubos de petróleo de peligroso manejo, o con bombillas eléctricas, una para cada dos cajistas, en lo alto de sus respectivos chibaletes. En general, la jornada era de diez horas y media, pero casi siempre tenía flecos: había que ir antes para barrer y al final de la jornada era preciso llevar pruebas o trabajos a los clientes. Los domingos se trabajaba medio día, a veces sin cobrar. Hacer recados para la maestra –no se hablaba aún de patronos, sino de maestros–, comprar la cordilla para el gato, era otra de las obligaciones de los aprendices, peor tratados por oficiales que por regentes y maestros. En la parte baja de los chibaletes había grandes frascos de vino traídos por los aprendices, sin que los regentes opusieran dificultades.

[704] Era corriente ir a los cafés por comidas y café, aunque los camareros también servían a domicilio, volviendo a recoger el servicio cuando presentaban la cuenta, cobrando propina. En el Madrid de 1900 abundaban cafés y tabernas, llevándose la palma la calle de Toledo –viví seis años en el número 59 de dicha calle, con mi madre viuda, y de allí salí por primera vez para la Cárcel Modelo–, entrada de trajinantes, en cuyos alrededores funcionaban los mataderos de cerdos, vacas y terneras, lindando por un extremo con el mercado de ganado y por otro con la plaza de la Cebada, mercado central de frutas y verduras, que en sus operaciones invadía los alrededores, convirtiéndolos en un aduar.

Los funcionarios públicos quedaban cesantes a cualquier cambio. Todo se cotizaba, todo se vendía. La política era una sentina y los negocios e inmoralidades moneda corriente, que soportaba el pueblo y cuando podía se beneficiaba del sistema vendiendo su voto o colaborando en otras fechorías. Abundaban las casas de préstamos. Apenas si había aún hoteles, sustituidos por casas de huéspedes y fondas. Las posadas eran refugio de quienes llegaban a la capital en busca de algún medio de vida. El Rastro resolvía problemas angustiosos al intentar poner casa o adquirir ropas de invierno u objetos para los hogares. Los cafetines económicos –por cinco o diez céntimos, según tamaño, vaso sin churros ni buñuelos– eran refugio de quienes carecían de hogar. Nadie usaba abrigo aún. Tampoco la capa estaba al alcance de los jornaleros. Madrid tenía alrededores convertidos en focos de miseria y de infección, viviendas levantadas con restos de derribos, latas, madera vieja y ladrillos desconchados. En las Cambronerías y en las Injurias, barrios extremos de Inclusa y Latina, solamente entraban sin temor las parejas de guardias civiles a caballo. He conocido aún caseros que iban los domingos a cobrar los céntimos que habían

recogido algunos de aquellos misérrimos moradores por viviendas —¡tan horribles eran que las inspeccioné y acabé con ellas cuando fui teniente de alcalde!— que les costaban, cuando más, seis u ocho pesetas al mes.

[705] Las pedreas de barrio a barrio entre pandillas de mozallones sin escuela ni freno moral eran tan corrientes como peligrosas. Juegos de dinero al aire libre —el cané y otros del mismo jaez— en los barrios extremos.

Romería a la pradera de San Isidro, alrededores de la ermita, convertidos en basurero de colosales dimensiones, por los restos que dejaban los romeros, día que hacía juego con el miércoles de ceniza, en que el vecindario iba al otro extremo de Madrid a celebrar con cortejos del peor gusto el fin del carnaval. San Antonio de la Florida iniciaba los bailes verbeneros, hasta llegar a la fiesta cumbre, la Paloma, con el boticario y las chulapas, con Julián y su madre, que no salía de casa pero estaba en los labios de la señá Rita. ¡Que agua bebíamos los madrileños, casi barro, pagando a los aguadores para que fuese potable, subiendo éstos con la cuba al hombro hasta los pisos altos de las viviendas. En Pontejos siempre había aguadores. De diversos tamaños y precios se alquilaban baños para las casas. Entierros hasta el Cementerio del Este, y al regreso, juergas en las Ventas, con vino y chuletas de cordero. Los duros sevillanos: la fantasía popular —o el sentido de orientación acertando— daba por cierto que en aquella falsificación estaba metido un pez gordo del régimen. San Juan de Dios, hospital de víctimas de enfermedades secretas tratadas como ganado lanar. Puestos de libros viejos en los que era fácil encontrar joyas de la literatura clásica, con hojas arrancadas ocultando origen y dedicatorias. Bailes de modistas y horteras en Regueros y de chulos de ambos sexos en la Costanilla. Se encontraba de todo en el bazar X y en el de la Unión. En la Puerta del Sol, ombligo de Madrid, día y noche, a gritos: gomas para los paraguas, mecheros, tabaco, cerillas, lotería, periódicos, libretos con trozos de zarzuelas en boga o con versos de Campoamor, Zorrilla, Espronceda y Núñez de Arce; *El arte de no pagar al casero*, que se vendía como pan; [706] *La primera noche de novios*, diversión de los paletos; *Calendario zaragozano*, anunciando el tiempo que iba a hacer, día por día, con toda suerte de detalles. A millares salían esos libretos de la calle de Cabestreros, 5, Imprenta Universal, donde completé mi formación profesional merced al interés que puso en ello el regente de aquel taller, Manuel Abella, cuyo grato recuerdo conservo.

Vi terminar la iglesia de Santa Cruz, cuya construcción duró casi un siglo, muy fría y sin arte. Fuente de la Teja, con criadas de servir y soldados ansiosos de emparejar. Memorialistas, transcribiendo petición de favores a la infanta Isabel, que conservaba clientela a costa del Estado. Sermones de Semana Santa, utilizados para galvanizar un anticlericalismo superficial. Veranos matritenses, en los que el vecindario de Lavapiés, huyendo de las chinches, dormía a la intemperie. La Bombilla, con organillos y reservados, donde estudiantes y modistas preparaban bodas casi siempre frustradas. No se coleccionaban aún sellos de correos, pero se conservaban fototipias de cajas de cerillas finas y calcomanías. Tardes de toros: si era preciso, el colchón quedaba en la casa de préstamos por unos días o para siempre. Espectáculo gratuito: desfile de los concurrentes a la fiesta nacional en la calle de Alcalá, convertida en hervidero humano. Jugar a la lotería, siempre esperando el gordo, tres pesetas décimo. Mañanas inolvidables del Retiro y tardes románticas de la Moncloa: la juventud era feliz con poco gasto. La parada de la tropa en la Armería real donde nunca faltaba público. El reloj de Canseco, en la plaza del Ángel, que no llegó

a tener tantos admiradores como el de Gobernación, a las doce del día, cuando caía la bola. Riperts, competencia con tranvías de mulas, en inminente desaparición. Rifadoras de cartas, cinco céntimos contra loncha de jamón con tomate. Caramelos de la Pajarita, de la Puerta del Sol, con los que obsequiaban a sus amistades los presidentes del Congreso de los Diputados. Orchaterías de verano y ventas de esteras finas a cargo de personal levantino de ambos sexos.

[707] Cambiantas, un duro en calderilla –que escaseaba–, más cinco céntimos de prima, contra otro de plata, en esquinas de barrio con mercado cerca. Circulaban aún monedas de uno y dos céntimos de cobre. Chocolates de Matías López y de la Colonial. La Mallorquina, repostería de fama, en la Puerta del Sol. Niembro abrió allí una carnicería, fracasando; triunfó, en cambio, en un restaurante en los Cuatro Caminos, donde hubo reuniones políticas de resonancia. Botijos de Andújar, en burritos andaluces. Cocidos a cincuenta céntimos en tabernas con abundante clientela. La última de Apolo, cuatro funciones por día, a real la entrada general. Apogeo del género chico; se iniciaban las revistas con ropa ligera. Escenas de tristeza al ver a segadores gallegos yaciendo en el suelo esperando la salida de trenes para sus hogares. Sacamuelas en la vía pública que afeitaban por poco dinero. Burras de leche para enfermos por las mañanas. El circo de Price tenía público seguro con espectáculos a veces acabados en tragedia. Don Tancredo en la plaza de toros, donde hubo luchas de fieras que no agradaban a los partidarios de la fiesta taurina. La Cierva, ministro de la Gobernación, obligó a las señoras que ocupaban butacas en los teatros a quitarse el sombrero durante las representaciones. Lamparillas, sobre todo en los velatorios, aumentando la tristeza del cuadro. La tonta del bote, el hombre del oso y Garibaldi, tres casos públicos de miseria. Juego de lotería con cartones. Tute, mus, brisca en hogares y tabernas, alternando en los cafés con dominó y billar. Semana Santa, ostentación de falsa religiosidad: ni los organillos callejeros ventaban. Venta de churros, buñuelos y aguardiente por las mañanas. Enjambre de repartidores de periódicos a domicilio. Los bancos de ciertos paseos servían para que comieran matrimonios obreros con escaso tiempo libre. Chuletas y judías de Barriónuevo siempre lleno. Extremos concurridos los días de sol en otoño: Ventorro del Chaleco, la Punta del Pañuelo, La China, Las Delicias, El Campo del Moro, La Casa de Campo y El Pardo, de la Casa [708] Real, cerrados al público. Callos a la madrileña en casa de Labra. Plaza Carranque vendía chicharrones exquisitos. Gallinejas fritas al aire libre para jornaleros sin jornal. En general, salvo las mujeres de los obreros, muchas gastaban peñadoras que visitaban las casas. Mantones alfombrados y de Manila en fiestas y verbenas. Las noches del Real: ostentación de riqueza, mientras en plazas públicas se instalaban chubesquis de noche para los sin hogar. Vendedores ambulantes, con pregones que parecían canciones: ¡Lilas de la Casa de Campo, lilas! ¡Arrope de la Mancha, al buen arrope! ¡Miel de la Alcarria, miel! ¿Queréis para el dolor de muelas? ¿A quién le doy esta toalla por dos reales? Y tantos otros que hacían, en cierto modo, agradable y fácil la vida en Madrid, cuando había jornal seguro...

[709] *Madrid y sus críticos*

“En un ensayo de 1902 recuerda Unamuno la impresión de su primera llegada a Madrid el año 1880, a los dieciséis de su vida, ‘una impresión deprimente y tristísima, bien lo recuerdo. Al subir, en las primeras horas de la mañana, por la cuesta de San Vicente, parecíame trascender todo a despojos y barreduras: fuera la impresión penosa que produce un salón en que ha habido

baile público cuando por la mañana siguiente se abren las ventanas para que se ore y se empieza a barrerlo. Descubre inmediatamente rostros macilentos, espejos de miseria, ojos de cansancio, esclavos de espórtula. Fui a parar –añade– a la casa de Astrarena. Y recuerdo el desánimo que me invadió al asomarme a uno de los menguados balconcillos que dan a la calle de Hortaleza y contemplar desde allí arriba el hormiguero de los transeúntes por la Red de San Luis. Estas emociones reviven en mí cada vez que entro en Madrid’. Para muchos madrileños y para no pocos provincianos llegados a la Corte, Madrid tenía acaso la superficial alegría del salón de baile. Unamuno, apenas llegado, ve inmediatamente el reverso directo de esa imagen: Madrid es un salón de baile, pero a la hora triste y sucia en que comienzan a barrerlo. Esta impresión se repite en el alma del Unamuno adulto cuantas veces llega a Madrid. Madrid le desplace. No le odia: ‘no dejo de guardar afecto –dice– a ese gran patio de vecindad. A ese buen cotarro abierto a todo el que llega’, pero siente ante él un innegable asco espiritual: le llama centro productor de ramplonerías, y le define así: ‘Madrid pulula en vagabundos y atrae al estéril bagabundaje callejero. Madrid es el vasto campamento de un pueblo de instintos nómadas, del pueblo del picarismo’. La moraleja no se hace esperar: ‘La mejor defensa es huir, huir al desierto, a encontrarse uno consigo mismo en él’. Sólo alaba de Madrid su cielo, sus espléndidas puestas de sol, magnificadoras del que las contempla”.- Laín Entralgo.

[710] “Ya no hay madroños ni osos, excepto en el parque zoológico; San Isidro ya no labra la tierra; pasaron las justas y los torneos de la plaza Mayor, los autos de fe, los galanteos en el Prado, la marimorena del Dos de Mayo, los aristócratas achulapados, los plebeyos aseñoritados; vino el liberalismo, el Madrid goyesco se tomó en cazo; Verbenas, romanticismo, asonadas y barricadas, toros en la Puerta de Alcalá, teatro Apolo, Castas y Susanas, el ‘Julián, que tiés madre’, Luis Candelas, infantas castizas, Eloy Gonzalo, los lunes de *El Imparcial*. Todos los tópicos, todas las frases de fortuna que quieran ustedes. Madrid era eso y mucho más. Madrid era el ‘mentidero’ de San Felipe, el Rastro, la Montaña del Príncipe Pío, el Manzanares calumniado, la Casa de Campo, alcoba al aire libre, Larra y su pistoletazo, Zorrilla y sus versos, el Gobierno y sus ministerios, Cilla y sus cesantes, la Puerta del Sol y su reloj, la Cibeles y sus leones, el Museo del Prado y sus tesoros, el agua de Lozoya. Madrid era tan pequeño que todos parecían conocerse. Madrid, poblachón manchego, Madrid de leyendas populares, centro geográfico español, extraño patronímico no usual en los cuatro idiomas españoles”.- Tomás Salvador, de *Madrid, cuatrocientos años*.

“De aquí que Madrid sea la patria del sainete y del llamado ‘género chico’. Pero es también la patria del género grande. Antes que la ‘catedral’ de Apolo existieron el corral de la Pacheca y el del Príncipe. Antes que don Ramón de la Cruz existieron Lope de Vega y Calderón de la Barca. La escena de Madrid es famosa en Europa y sólo la superan, por más libres e independientes, Shakespeare y Moliere. Y el Madrid de Ricardo de la Vega, el ingenioso sainetero, es también el de Larra, el inmortal satírico. El aragonés Goya es uno de los madrileños castizos de su época, y su pincel fuerte y brillante evoca a la vez la alegría de Madrid –majos, manolas, los juegos a orilla del Manzanares, la pradera de San Isidro en la popularísima fiesta del santo– y la tragedia de Madrid –los fusilamientos de la Moncloa que siguen al 2 de mayo”.- Álvaro de Albornoz, de *Semblanza de Madrid*.

[711] “La vida era como siempre y doquier, buena para los ricos, sordamente angustiada e

insegura para la clase media, miserable para la clase trabajadora. Los jornaleros –aun no habían aprendido a llamarse obreros– de industria y oficios trabajaban doce horas diarias; los del campo, de sol a sol. El jornal era insuficiente y la pobreza, sórdida. Lo cual parecía una ley natural. Ni los de arriba, ni los de abajo imaginaba! que pudiera torcerse. Socialismo era una extraña palabra que no se sabe cómo había conseguido pasar los Pirineos y que habían aprendido a pronunciar unos pocos iluminados precursores –¡saludemos la gloriosa memoria de nuestro Pablo Iglesias!– pero que aún no inquietaba gran cosa a los ahitos ni esperaba demasiado a los hambrientos”.-María Martínez Sierra, de su libro *Gregorio y yo*.

“El Madrid que conoció y al que se aficionó la Pardo Bazán era ya un Madrid castizo y simpático, en el que alternaban el Tato y Prim, los jardines del Buen Retiro y las frondas de las Delicias, la parada militar en la plaza de la Armería y las verbenas en el Soto de Migas Calientes, los saraos en los palacios de Fernán Núñez y Salamanca y las funciones de gala en el Real, las jiras a caballo por la Real Casa de Campo y las exhibiciones en Landós y berlinas por la Castellana, los estrenos casi románticos de Ayala y Tamayo realizados por Romea y Lamadrid en el teatro Español y los lances de honor, de madrugada, en las Alamedas del Berro y Osuna. Emilia Pardo Bazán viajó mucho entre 1870 y 1875: París, Londres, Bruselas, Suiza, Italia, Viena. Conoció a fondo y en su salsa a Shakespeare, a Hugo, a Goethe, a Alfieri. Cuando regresó a España poseía un conocimiento absoluto del movimiento literario europeo... exceptuando lo español. Hacia 1876 La Pardo Bazán ignoraba aún quiénes fueran Alarcón, Valera, Pereda, Galdós, la *Fernán Caballero*. La maternidad le inspiró los poemillas que forman su primer libro, titulado, como su hijo, ‘Jaime’. Poco después ganó la rosa de oro ofrecida por la Diputación de Orense al mejor libro sobre Feijoo. En este certamen la Pardo Bazán eliminó a una escritora ya famosa, gallega, en el apogeo de su gloria: Concepción Arenal”.- Sáinz de Robles.

“Madrid no me inspira una afición violenta. Si el amor propio de los madrileños no se irrita, añadiré que Madrid me parece incómodo, desapacible, en la mayor parte de sus lugares, chabacano y feo. Es un poblachón mal construido, en el que se esboza una gran capital. Más de medio millón de cuerpos sudorosos se estruja en la angostura de estas calles, grita y se atropella, como infelices bestezuelas que se hubiesen dejado coger en una jaula sin salida. Basta lo dicho para saber que ya no soy madrileñista. El madrileñismo es necesidad importada de la periferia. Primero, en Madrid no hay nada que hacer, ni a dónde ir, ni –para un madrileño– nada que ver. Segundo, Madrid es un pueblo sin historia. Toda la historia de Madrid son unos besamanos y unas intrigas de cámara y alcoba regias. Madrid no es un hogar prestigioso. Es un parador. O si se quiere, un campamento, donde las generaciones se suceden y cada una encuentra, por todo legado de las precedentes, los tres cantos ahumados en que se pone a hervir el puchero. El pueblo siempre ha estado ausente de la historia de Madrid, salvo para gritar de hambre; y salvo también aquel día, madrileño como ninguno, en que se sublevó al saber que le raptaban un infante que por casualidad era imbécil. Madrid, sin ser todavía el reino de Dios, es ya el Edén de los mendigos. Madrid incuba pordioseros, acoge a los de fuera, los protege, los retiene. Circular por Madrid es hender masas de miserables –ciegos, tullidos, pustulosos–, que acosan, gimen o cantan, o blasfeman, o insultan, o profieren amarguísimas sentencias sobre el valor de la vida y el de los bienes de este mundo. El paseante, si no mendiga, parece un intruso en este vasto coto de la hermandad de la roña; los dueños son los pobres, y en cuanto llegado el estío se marchan de

Madrid las dos docenas de familias a quienes su fabulosa fortuna les permite no vivir de limosna, la capital queda por [713] suya. Madrid es un asilo suelto. Sería un exceso decir que envidia a los pordioseros, pero los admiro, como gente capaz de adaptarse, sin vacilación, al género de vida más acorde con el ambiente. Madrid es una ciudad prehistórica, cavernaria. Un sabio nos lo dice, y yo lo creo. Más: me lo estaba dando el corazón. Siempre que escribo algo de lo mucho bueno que pienso de Madrid, trabajo me cuesta celar esta convicción profunda: Madrid es un pueblo del período protoneolítico: el oso del escudo rememora el primer ocupante de los cubiles madrileños, a un convecino de nuestros remotos abuelos. La ciencia, al suscribir tardíamente mis vaticinios, me autoriza para salir a la calle con un hacha de pedernal al hombro, emblema de madrileñismo. Las corridas de toros me dan dolor de cabeza: nunca voy. Yo no voy al teatro. Desde que los gorilas escriben comedias para los analfabetos, asistir a un teatro es acción vergonzosa de que se abstienen las personas pulcras. No voy tampoco a las tertulias, donde la amistad es rara y la camaradería irrespetuosa. Prefiero estar en casa, divagar, conversar, a romperme la crisma por el dinero y la gloria. Esto quiere decir, en primer término, que estoy perdido para la posteridad. Ni obras ni memorias. Mis sobrinos no alcanzarán pensiones del Estado invocando el lustre de mi apellido. La más triste cosa es legar un sarcófago célebre a las profanaciones venideras”.- Manuel Azaña.

“En el curiosísimo ensayo "Por qué no escribo" dice fray Martín Sarmiento tajantemente que él cree que Madrid, la flor humana de España, ‘está poblada por cincuenta mil idiotas, y por lo tanto no ve qué sentido tiene escribir’. ‘Las sociedades nacen aquí osificadas, y esto cuando nacen, porque la insociabilidad es uno de nuestros rasgos característicos’, escribía Unamuno en 1895. ‘Aquí hemos padecido de antiguo un dogmatismo agudo. Aquí lo arreglamos todo con afirmar o negar redondamente, sin pudor alguno, fundando banderías’”.- Marichalar, en *La Voluntad de estilo*.

[714] “Ese es el genio de Castilla. Soldados y misioneros. Funcionarios y señoritos. Madrid es el campamento de la meseta, que vive sin industria ni agricultura. De gobernar a los demás. Gentes prontas al señorío y al ataque. Todos nuestros vagos golfos, señoritos: todos nuestros castizos parados están pidiendo rancho y pistola, fusil y botín, enchufe y fiesta”.- Giménez Caballero, en *Genio de España*.

“La inmensa mayoría de los que viven en Madrid ignoran que hay pocas capitales que tengan alrededores más hermosos. Ese Madrid terrible: ahí no hay sociedad ni naturaleza: ni es fácil aislarse ni comunicar de verdad. Una afabilidad externa oculta honda insociabilidad: es fácil hacerse relaciones, pero rara vez se abre el alma. Sienten aversión –vascos y catalanes– y la siento también yo, hacia casi todo lo que pasa por castizo y genuino: los modales, los chistes –esos horribles chistes del repertorio de los géneros chico e ínfimo–, la literatura, el arte –sobre todo la odiosa música que se aplaude en los teatros por horas–, la navaja, los bailes, la cocina con sus picantes, sus callos y caracoles y otras porquerías; los toros, espectáculo entontecedor por el que siento más repugnancia desde que se ha declarado cursi el pronunciarse contra él, etcétera, etcétera. Es una oposición íntima y de orden social”.- Unamuno.

“Se ha abandonado casi por completo el noble juego de pelota a mano, de abolengo griego; el de los bolos, solaz de los asturianos; el de la barra, viril y plástico juego aragonés”.-Ramón y Cajal.

“Una de las cosas importantes que ha conseguido el Socialismo en Madrid ha sido extirpar la chulapería del pobre”.- Pío Baroja.

[715] *Muerte de Nietzsche*

“Medios para llegar a la verdadera paz: ningún Gobierno confiesa hoy día que sostiene su ejército para satisfacer, cuando llegue la ocasión, su deseo de conquista. Por el contrario, el ejército debe servir para la defensa del territorio. Para justificar este estado de cosas se apela a una moral que aprueba la legítima defensa. De esta manera, cada Estado se reserva para sí el privilegio de la moralidad y atribuye al Estado vecino la inmoralidad, pues hay que suponer a éste dispuesto al ataque y a la conquista, si el Estado ha de verse en la necesidad de pensar en los medios de defensa. Además, se acusa al otro Estado que, lo mismo que el nuestro, niega la intención de atacar y afirma que no sostiene su ejército más que por razones de defensa; se le acusa, digo, de ser un hipócrita, un criminal astuto que querría lanzarse, sin lucha, sobre una víctima inofensiva y torpe. En estas condiciones se encuentran hoy todos los Estados unos frente a otros; admiten las malas intenciones del vecino y se atribuyen las buenas. Pero ésta es una inhumanidad tan nefasta y peor aún que la guerra, pues se atribuye la inmoralidad al vecino, y por este medio se trata de justificar los sentimientos bélicos. Es preciso renegar de la doctrina del ejército como medio de defensa tan categóricamente como de los deseos de conquista. Y llegará un día, quizá, en que un pueblo distinguido en la guerra y en la victoria por el más alto desarrollo de la disciplina y de los talentos militares, habituado a hacer los más grandes sacrificios a estas cosas, exclamará libremente: ¡Nosotros rompemos la espada! Destruyendo así toda su organización militar hasta en sus fundamentos. Hacerse inofensivo siendo temible, guiado por la elevación de sentimientos: éste es el medio de llegar a la verdadera paz, que debe basarse en una disposición de espíritu apacible, mientras que eso que se llama paz armada, tal como al presente es practicada en todos los países, responde a un sentimiento de discordia, a una falta de confianza en sí y en el vecino, e impide deponer las armas, ya por odio ya por temor.

[716] Antes morir que odiar o temer, y antes morir dos veces que hacerse odiar y temer: ésta será un día la máxima superior de toda sociedad organizada. Sabido es que nuestros representantes liberales del pueblo carecen de tiempo para reflexionar sobre la naturaleza del hombre; de lo contrario, sabrían que trabajan en vano predicando una disminución gradual de las cargas militares. Por el contrario, solo cuando esta miseria llegue a su máximo estará el remedio cerca. El árbol de la gloria militar no podrá ser destruido más que de una sola vez, por un solo rayo; pero el rayo, ya lo sabéis, viene de lo alto. El único remedio que os queda contra el Socialismo es absteneros de toda provocación, vivir modesta y sobriamente e impedir, en la medida de vuestras fuerzas toda exhibición de opulencia, ayudando al Estado cuando quiera gravar con tributos todo lo que es lujo y superfluidad. ¿No os gusta este medio? Entonces, ricos burgueses que os llamáis liberales, confesáoslo, lo que encontráis tan amenazador y tan terrible en los socialistas es vuestra propia pasión, a la que concedéis en vuestro corazón un lugar indispensable, como si fuese otra cosa. Si, tal como sois ahora, no tuvieseis la fortuna y el cuidado de la conservación, la pasión mencionada os haría socialistas. Si queréis triunfar a todo trance de los adversarios de vuestro bienestar, tenéis que venceros a vosotros mismos. Si, por lo menos, este bienestar fuese un bienestar verdadero... Entonces sería menos exterior y provocaría menos

envidia, encontraría mayor benevolencia, más deseo de equidad y sería más atendible. Pero lo que hay de falso y de comedia en vuestra alegría de vivir, que proviene más bien de un sentimiento de contraste (con otros que no tienen esta alegría de vivir y que os la envidian) que de una verdadera plenitud de fuerza y de superioridad –las exigencias de vuestra habitación, las necesidades de la mesa, vuestro ardiente entusiasmo por el concierto y la ópera y, por último, vuestras mujeres, formadas y modeladas, pero de un metal vil, dorado, que no da el sonido de oro, escogidas por vosotros para hacer ostentación de ellas, y ellas [717] mismas deseando exhibirse– esos son los propagandistas envenenados de esta enfermedad del pueblo que bajo la forma de morbo socialista se difunde hoy por las masas con una mayor rapidez, pero que ha tenido en vosotros sus primeros casos, sus primeros focos de incubación. Y ¿quién será entonces capaz de detener esa peste?”.- Federico Nietzsche (de su libro *Humano, demasiado humano*, fallecido en Weimar en 1900).

El 25 de mayo se reunió en Gotha (Alemania) un congreso de las fuerzas socialistas alemanas todavía no unificadas. Liebknecht recibió una extensa misiva de Marx en la que exponía sus puntos de vista, encargándole actuara de acuerdo con Augusto Bebel, a quien debería dar cuenta del contenido de aquel documento. No lo hizo, llevando adelante su proyecto de armonización de las divergencias proletarias. Liebknecht hizo toda suerte de concesiones para lograr el resultado que se proponía: la constitución de un solo Partido Socialista de Alemania. Marx, desde su punto de vista de fundador, se irritaba ante la menor trasgresión a los principios. La táctica de Liebknecht echó los cimientos del movimiento obrero y socialista alemán, justificando su conducta, sin que por ello dejara de estar de acuerdo, en lo esencial, con Marx, Bebel y Engels. El 7 de agosto falleció en Berlín Liebknecht, uno de los fundadores de la socialdemocracia en Alemania; durante trece años vivió en el exilio. También fallecieron en 1900 Pascual Simal, que ocupó toda suerte de cargos en la Asociación del Arte de Imprimir, la Federación Tipográfica y el Partido Socialista; dotado de excelentes cualidades con la pluma y en la tribuna, falleció en Madrid en plena juventud. J. Ruskin, sociólogo, crítico de arte y escritor, muy relacionado con los iniciadores del laborismo inglés. P. Lavrof, destacado socialista ruso. El novelista portugués Eca de Queiroz, autor de novelas inmortales. El escritor irlandés Oscar Wilde, abandonado y en la miseria. El rey Humberto de Italia fue asesinado en julio de ese año.

[718] *La jornada legal de ocho horas*

“La fuerza de la organización, ayudada en unos casos por la abundancia de trabajo, y en otros por la urgencia de éste, ha permitido a algunos oficios de Madrid, Gijón y otros puntos establecer la jornada de ocho horas. Posible es que más adelante algunas otras profesiones, aprovechando también circunstancias favorables de trabajo y disponiendo de recursos y de una organización regular, alcancen el mismo beneficio. Conseguido de esta forma, ¿se habrá asegurado la jornada de ocho horas en los oficios indicados? No. ¿Será siquiera duradera? En algunas profesiones, acaso; en la mayoría, no.

Aun siendo mañana mayor que hoy, como es natural, el poder de las organizaciones de resistencia, la jornada de ocho horas no se mantendrá constantemente porque no habiendo nada que obligue a los patronos a cumplir el compromiso que adquirieron al darla, las crisis de trabajo les permitirán echarla por tierra temporalmente. Llegando a admitir que la tuvieran segura los que

disfrutaban hoy la jornada de ocho horas y algunos oficios más que la alcancen más tarde, eso representaría muy poco al lado del considerable número de individuos que componen la clase obrera. ¿Puede obtener y asegurar esa jornada las Sociedades de resistencia, en la mayor parte de los oficios, solamente por la acción económica, por la huelga? En modo alguno. Con una industria extraordinariamente desarrollada cuentan los obreros ingleses y los alemanes, disponiendo además de una organización de resistencia poderosísima, y no han podido generalizar, ni mucho menos, la jornada de ocho horas. A pesar de ser el oficio de minero tan penoso, no se ha conseguido todavía en ninguno de los dos países fijar en ocho horas la jornada de trabajo para esos obreros. La implantación, pues, de ésta en todos los oficios, y no de un modo temporal, sino permanente, sólo puede obtenerse por la vía legislativa, o lo que es igual, por medio de la acción política del proletariado.

[719] Mientras no sea legal, esto es, mientras no se imponga por medio de una ley la jornada de ocho horas, ni ésta alcanzará a todos los obreros, ni tendrá la estabilidad que es necesaria para que se puedan sentir en grado apreciable sus beneficios. Por estar convencidos de ello, los delegados del Congreso Socialista Internacional de París acordaron que el primordial objeto de la manifestación de 1º de mayo fuese la reclamación a los Poderes públicos de una legislación protectora del trabajo, a cuyo frente figura, como se sabe, la jornada de ocho horas. Y por estar persuadidos de lo mismo la casi totalidad de los trabajadores conscientes de todos los países, manifiéstanse en dicho día seguros de que la fuerte presión que ejercen con tal acto en los respectivos poderes o gobiernos ha de obligar a éstos a conceder la legislación reclamada. No dejen, pues, los obreros de conquistar cuantas mejoras puedan mediante el empleo de la acción económica, pero no olviden que toda mejora general, lo mismo la jornada de ocho horas para todos los oficios, que cualquiera otra, únicamente podrán alcanzarla por la acción política, por la vía legislativa”.- Pablo Iglesias, 1900.

[720] *Finales de la Regencia de María Cristina*

Desde el nacimiento del siglo, la política española estuvo girando acerca del problema de la coronación. ¿Cómo era posible que un niño ocupase la jefatura del Estado, con las atribuciones que la Constitución otorgaba a su titular? Gamazo y Canalejas, monárquicos liberales, en sus intervenciones parlamentarias, dijeron que dada la edad de Alfonso XIII, no se le podía confiar aún la dirección de los destinos del país. Pero quien hizo crítica más dura fue Antonio Maura, que todavía no era jefe de partido, aunque aspiraba a serlo, sustituyendo a su cuñado, Gamazo, por coincidencia, fallecido aquel mismo año. Frases de Maura, julio de 1901: “No espetemos, no mintamos, porque no lo creerá nadie, que un niño de dieciséis años no sólo va a poder ejercer las prerrogativas atribuidas a la corona por la Constitución, sino que va a poder suplir la ausencia de las Cortes, de los comicios, de la oposición, de la prensa y de los partidos; que va a poder hacer veces de todo esto. El Gobierno no se comunica con el pueblo y del Gobierno no penetran en el pueblo más que los escándalos que suelen dar las autoridades, el recaudador de contribuciones y las balas del máuser. Esta es la realidad de las relaciones oficiales entre el pueblo y los gobernantes. Un período en que el cielo cubre todas las magistraturas, y en que se presenta al pueblo un muestrario completo de los delitos y de las impunidades, porque en él no suele haber autoridad ni agente que no delinca de uno a otro extremo de la península. Cada vez la gente se

aparta más de nosotros, y cada vez, oídllo bien, esto os lo voy a decir muy despacio para que quede entre nosotros, nos van despreciando más. He dicho y repito que España necesita una revolución en el Gobierno, y que si no se hace en el Gobierno, un trastorno formidable la hará”. Maura preparaba maravillosamente sus huestes para ocupar el poder a la primera oportunidad... y olvidarse simultáneamente de cuanto había dicho, haciendo en muchos aspectos todo lo contrario de lo que España necesitaba.

[721] En 1901 Lerroux y Pí y Margall vencieron por las minorías en las elecciones a diputados a Cortes en Barcelona, y Melquíades Álvarez, en Asturias, triunfó en tercer lugar, entrando juntos, Lerroux y Melquíades, por primera vez, en el Parlamento. La elección en Bilbao fue de trágicas consecuencias: un socialista asesinado y otro herido, Sotero Ayuso y Juan Ruiz, respectivamente. Corrió dinero como nunca. Hubo lucha con republicanos y monárquicos, y Pablo Iglesias, a pesar de todo, alcanzó 2.740 votos, una victoria moral indiscutible, que dio lugar al siguiente telegrama de Jaime Vera a la Agrupación Socialista de Bilbao: “Envío un fraternal saludo a los compañeros de Bilbao, que van a protestar contra las brutalidades sangrientas cometidas ahí. En Madrid ha habido fraude y escamoteos cobardes. Hemos cumplido con nuestro deber. ¡Adelante!”.- Jaime Vera.

También hubo elecciones de concejales en 1901, triunfando seis socialistas en Bilbao y otros tantos en Asturias; en Béjar, cuatro; Villanubla, tres; Sitges y Ortuella, dos; Palma de Mallorca, Calatayud, Valencia, Betanzos, Roda, Usillos, Villalobón y Alcalá de Henares, uno en cada lugar. La estadística final dio por resultado que habían vencido cuarenta y siete concejales en España en esa fecha.

Otro problema grave complicaba los finales de la Regencia de María Cristina: la boda de la princesa de Asturias, heredera del trono, con un Caserta, emparentado con los iniciadores de la guerra civil que durante años había ensangrentado España. Los debates en el Parlamento fueron tan agitados como inútiles. Todas las minorías se mostraron contrarias a este enlace matrimonial. Hubo Gobierno de transición, con estado de guerra y agitación en provincias, corriendo la sangre en Madrid, donde era gobernador civil Sánchez Guerra, responsable moral de la muerte del *Hospiciano*, un pobre obrero caído a balazos en los barrios bajos madrileños.

Al fin, Gobierno presidido por Sagasta, mayo de 1901, con Romanones en Instrucción Pública, decidido a que la opinión pública se enterara [722] de tal acontecimiento. ¡Menudo jollín trajo una disposición suya incluyendo en los presupuestos del Estado los sueldos de los maestros municipales, que dejaban de serlo para pasar a la jurisdicción nacional! En esa medida estaba dispuesto que los Ayuntamientos abonarían con cargo a sus respectivos presupuestos la casa-habitación de los maestros de ambos sexos. Durante años, esa obligación estuvo siempre en litigio, porque maestros y Municipios no llegaban nunca a coincidir en la manera de resolver tan espinoso problema. El escándalo llegó hasta el Ayuntamiento de Madrid, donde al actuar Besteiro como concejal socialista, descubrió un negocio montado a costa de cierto número de maestros “desdoblados”, como entonces se dijo. Romanones dispuso, además, que los Ayuntamientos facilitaran al Estado terrenos donde construir escuelas. Sabiendo cómo se regían los municipios y la escasez de recursos de sus presupuestos, las órdenes del Ministerio de Instrucción Pública eran letra muerta, cosa que a Romanones le tenía sin cuidado, naturalmente. También en diciembre de aquel año fue publicada la ley del servicio militar obligatorio, admitiendo que mediante pago de

1.500 pesetas el recluta quedase libre y ocupara su puesto otro carente de ese dinero. Contra tan odioso privilegio, agravado al estallar la guerra de Marruecos en 1909, hizo campaña nacional la Federación de Juventudes Socialistas. Más de una vez se ha dicho que España es el país de las paradojas. Cuando la jornada de ocho horas no se aplicaba apenas en Europa, Urzáiz, ministro de Hacienda en un breve período en que lo fue con los liberales presididos por Sagasta, con fecha 11 de marzo de 1901 publicó la siguiente disposición, que merece ser recordada por representar un evidente progreso en relación con otros países: "La duración del trabajo equivalente al jornal establecido como ordinario en todos los establecimientos de la Hacienda pública, será de ocho horas y cuando exceda de ese límite se pagará una octava parte más del jornal estipulado". Es de subrayar el hecho de que Urzáiz tomó posesión [723] del cargo de ministro de Hacienda el 6 de marzo, y que cinco días después apareciera esta justiciera disposición en la *Gaceta*, aunque no estoy seguro que sus sucesores la respetaran. Urzáiz fue uno de los políticos más austeros de la monarquía, que ni supo utilizar sus servicios ni agradecerlos. Muerto Sagasta, que había sido su jefe, se afilió al Partido conservador presidido por Maura, que nació con bandera renovadora; pero bien pronto tuvo que renunciar a seguir en sus filas, al comprobar que en problemas económicos de poderosa influencia su nuevo jefe era tan débil con la Casa real como lo había sido Sagasta con las empresas mineras, a las que Urzáiz quiso someter a justa tributación, sin conseguirlo. Durante muchos años fue diputado a Cortes por Vigo, donde sus amigos políticos ejercían un caciquismo abominable, que no le honraba en nada.

García Quejido y Morato publican en Madrid *La Nueva Era*, revista quincenal que vivió un año. Esa revista divulgó la conferencia pronunciada por Unamuno en Bilbao con ocasión de los Juegos Florales, con el título "Por la patria universal". En Bilbao apareció el mismo texto con la denominación "La raza y la lengua", provocando airadas protestas de los nacionalistas vascos. Álvaro Ortiz publicó *Ecos revolucionarios*, folleto en verso. En Madrid, huelga de constructores de carruajes y de cocheros, con varia fortuna. En octubre de 1901, creación de la Sociedad de obreros litógrafos, en Madrid, con intervención de José Clemente, Pedro Velasco, Luis Martín, Ricardo Camino, Silverio González y Andrés Gana; este último ocupó puestos en el Partido Socialista y en la Unión General de Trabajadores. Banquete en honor de Pérez Galdós, en ocasión del éxito obtenido con su obra *Electra*, asistiendo, entre otros, Romero Robledo, Moret, Romanones, Montilla y muchos republicanos alrededor de Nakens. En Bilbao nace el diario *El Liberal*, de Miguel Moya, y en Valencia *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, donde publicó sus novelas regionales. En *El Globo*, diario madrileño, hizo lo mismo Pío Baroja con *La Busca* y otras novelas suyas. *Alma Española*, [724] revista inspirada por Pérez Galdós, lanzó una encuesta con este tema: ¿Dónde está el porvenir, y cuál debe ser la base del engrandecimiento de España? Respuesta de Ramón y Cajal: "Cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro espíritu". Casi todos los requeridos escurrieron el bulto en sus respuestas, incluso Unamuno. En *El Pueblo*, de Valencia, escriben Alfredo Calderón y Roberto Castrovido, quien pasa desde la capital levantina a dirigir *El País*, sustituyendo a Ricardo Fuente. Ruperto Chapí funda la Sociedad de Autores, para librarles de usureros.

Joaquín Costa lee su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, febrero de 1901. En marzo lee en el Ateneo Memoria sobre "Oligarquía y caciquismo como la forma actual de Gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla." Durante varias semanas se

pronunciaron discursos y se leyeron memorias de todos los colores, y en 1902 el Ateneo editó un libro con todo ello, que durante años ha servido para discursos y artículos de prensa. Costa igualmente pronuncia discurso en Salamanca con motivo de los Juegos Florales, con el tema "Crisis política en España", donde Gabriel y Galán fue consagrado como poeta. Ferrer funda en Barcelona la Escuela Moderna y encarga a Anselmo Lorenzo la publicación de *La Huelga general*, todo ello costado con la herencia de la Meunier. Menéndez y Pelayo ingresa en la Academia Española, lo que no logró la Pardo Bazán, a pesar de sus notorias cualidades como novelista. María Guerrero y Díaz de Mendoza estrenan *El Abuelo*, de Pérez Galdós, aparecida antes como novela, y Jacinto Benavente *La Gobernadora*, con alusiones políticas. Horario de las veinticuatro horas, al principio recibido con hostilidad. Tranvías "cangrejos" en Madrid, por lo que tardaban en recorrer su trayecto. Más de dos millones de niños en España en edad escolar, sin escuela. ¡Y qué escuelas y qué maestros!

[725] En 1901 se reunió en París el Congreso de la Internacional Socialista, acudiendo por España Iglesias, García Quejido y Casimiro Muñoz. Se constituye en Estados Unidos el Partido Socialista a base de socialistas alemanes inmigrados. En igual fecha, en Inglaterra, MacDonald es designado secretario del naciente Partido Obrero, que contaba con dos diputados. Se reúne en Copenhague la primera Conferencia Sindical internacional organizada por los partidos socialistas, donde fue nombrado secretario Carlos Legien, de los sindicatos alemanes. Juan Jaurès publica en París *Histoire socialiste*, compuesta de trece tomos a cargo de varios autores. Jean Grave escribe en *Temps nouveaux* que Jouhaux había sido condenado a tres meses de cárcel y cien francos de multa por haber gritado ¡Abajo el ejército! Tenía veintidós años.

[726] *Elecciones generales de 1901*

De un diario madrileño nada radical, informando del resultado de las elecciones a diputados a Cortes:

"Los socialistas dieron ayer un alto ejemplo de honradez y de sinceridad, de entusiasmo por sus derechos y de confianza en sus propias fuerzas. No toleraron que fueran escamoteados votos ni a los amigos ni a los adversarios. No consintieron que se ejercitara el sufragio con nombre supuesto. Opusieron su veto a toda componenda. Fueron, en cuantos sitios lucharon, los más severos testigos de la gran farsa preparada por el Gobierno y los más implacables censores de las ilegalidades cometidas. Chocaba en Madrid la circunspección de aquellos trabajadores que intervenían las mesas electorales, representando al Partido Obrero, con la audacia de los muñidores que pululaban por los comicios en nombre de distintas banderías políticas. Estos tomaban a chacota cuanto ocurría. Para ellos, la jornada representaba una francachela, una juerga corrida a costa de la munificencia de los candidatos ricos, que previamente habían destinado, regateándolos con el señor Moret, muchos miles de duros para los cigarros, para los vinos y las viandas. Los otros, los socialistas, demostraban en la seriedad de su talante, en la esquividad de su actitud, que estaban convencidos de la dignidad de sus funciones y que reproban el modo con que los demás las envilecían. Para ellos la jornada era un día más de trabajo, de privación de todo esparcimiento, de sacrificio por sus ideales. Para no ser gravosos a los candidatos o a los fondos comunes destinados a la lucha, cada cual llevaba su comida, en la misma bolsa que a diario le sirve para llevarla al taller. Su colación sobria chocaba con los bien surtidos almuerzos de los

interventores ministeriales. Los socialistas, sin embargo, han sido derrotados en Madrid por los indecorosos pucherazos de Aguilera y de Moret, y en Bilbao ha sucumbido alguno de ellos bajo el puñal de un agente fusionista. No ha sacado este Partido diputados de las urnas, pero se ha conquistado las simpatías de las personas honradas”.

[727] *El Socialismo en Asturias*

“Hace poco tiempo sólo tenía nuestro Partido en la región asturiana tres Agrupaciones; hoy cuenta quince. En breve contará seguramente doble número, a más de doblar sus fuerzas las que hoy existen. Por mucho tiempo será esta región la que dé a las filas socialistas mayor número de soldados. Tres hechos contribuyen a ello: el desarrollo industrial, que ya alcanza límites considerables; el ganar los obreros mejores salarios que en otras regiones y el carácter reflexivo de aquellos trabajadores. Los doce o catorce mil obreros a quienes, en unión del infatigable Vigil y de otros apreciables compañeros, he dirigido la palabra en mi última excursión, no han deshecho sus manos aplaudiéndonos ni se han mostrado entusiasmados con nuestra crítica de la actual sociedad y con la exposición de los ideales socialistas; pero nos han escuchado con atención suma, han mostrado su aquiescencia a nuestras doctrinas con movimientos de cabeza y con breves frases, y al separarse de nosotros revelaban en su semblante que quedaban satisfechos de nuestra modesta labor. Hombres que así se portan, que no se exaltan al escuchar los propósitos emancipadores de nuestro Partido, que discurren acerca de ellos y que no muestran afición a las frases gordas, son los que principalmente necesita el Socialismo en España para vencer los obstáculos y las dificultades que oponen a su marcha la gran ignorancia de nuestro pueblo, la rutina de la clase burguesa y el fariseísmo de los políticos que nos gobiernan o aspiran a gobernarnos.

Revelan también los trabajadores asturianos una cualidad que vale mucho, muchísimo: voluntad. Así se explica que las Agrupaciones socialistas que se han visto faltas de local adecuado a sus actuales necesidades y al desarrollo que esperan alcanzar en breve plazo, hayan pensado tener casa propia y en que a esta idea haya seguido inmediatamente su ejecución. Otras buenas cualidades échanse de ver a los proletarios de esta región: lo bien que practican el principio de [728] solidaridad con cuantos obreros luchan por su mejoramiento y lo mucho que tienen en cuenta los consejos que se les da para que corrijan sus defectos o sus malas costumbres. Más nuevos que los trabajadores de otras regiones en la vida societaria, figuran hoy entre los primeros cuando se trata de auxiliar a los huelguistas. Ellos han sido los que han creado la hermosa costumbre de celebrar los natalicios de sus Sociedades enviando auxilios a los compañeros que sostienen empeñada lucha con sus explotadores.

La campaña de *La Aurora Social*, su órgano en la prensa, contra la embriaguez y las camorras, que antes dominaban en algunos puntos, lejos de ser vista con disgusto por ellos, ha sido muy bien acogida, habiéndose observado en breve período una transformación grandísima en la gente pendenciera y aficionada a la bebida. Muchos de los que antes se embriagaban, muchos de los que por el más fútil motivo hacían uso poco ha de la faca o la pistola, son hoy obreros que cumplen bien en el trabajo, que no dan disgusto en su hogar y que no faltan en nada y por nada a los deberes del compañerismo. Son también los obreros asturianos los que mejor han combatido el bárbaro espectáculo de las corridas de toros. En vez de limitarse a la crítica del

llamado espectáculo nacional, como se hace en casi todas partes, han unido a esa crítica la celebración de jiras en sitios ajenos los días en que se verifican las corridas, restando de este modo concurrentes a fiesta tan poco culta. Hay, pues, en Asturias una clase trabajadora excelente dispuesta para venir al campo socialista y para trabajar con ardor, con fe, con perseverancia por los ideales redentores. Nada o muy poco educada por los partidos demócratas burgueses, el Socialismo va a hacer de ella una fuerza progresiva de primer orden, que hará sentir su influencia, no sólo en aquella región, sino en todo el país. El cacicato máximo de Pidal y los mínimos de los Canillejas, Revillagigedo, Teverga y otros, ante los cuales ha plegado su bandera el [729] partido republicano de Asturias, por más que éste trate de aparentar otra cosa, serán contrarrestados primero y anulados más tarde por los socialistas asturianos, que agruparán bajo la roja enseña, tanto a los obreros de las minas, de la tierra, de la fábrica y de la edificación, como a los que trabajan mentalmente y a cuantos aborrecen la abyección y la farsa”.- Pablo Iglesias, 26 de octubre de 1901.

Pablo Iglesias estuvo varias semanas de propaganda en Asturias en 1901. De su disertación en Sama de Langreo dijo *El Noroeste* de Gijón: “Su discurso es, seguramente, uno de los mejores que ha pronunciado en su vida. Fue una oración sabiamente pensada y que contenía grandes y provechosas enseñanzas, pero no sólo para la clase trabajadora, sino también para todas las clases sociales”. También estuvo en Salamanca y Béjar. En 1901 fue inaugurada la Casa del Pueblo de San Julián de Musques, con intervención de Eduardo Varela, que años atrás había recorrido, aquellos valles mineros haciendo propaganda, y por desgracia comenzaba a perder la vista, por lo que le acompañó y tomó parte en la propaganda con él, Manuel Vigil. También estuvo Pablo Iglesias. La Agrupación de Valladolid retó a Melquíades Álvarez a un mitin de controversia sin venir a cuento, el orador asturiano había combatido el Socialismo en una de sus peroraciones. Melquíades no aceptó el reto. Primer Congreso de la Federación Socialista Asturiana, en Oviedo, catorce Agrupaciones y treinta y cinco delegados, con 1.867 afiliados. Por Sama de Langreo, Misael Llana, Manuel Álvarez, Dimas Posada, Sabino Martínez, Prudencio Villa, Faustino Fombella, Lucas Felgueroso y Víctor Antuña. La Moral: José Antuña Braga. Gijón: Ángel Martínez, Víctor Huergo y Víctor Cuesta. San Andrés: Adolfo Suárez. Turón: Nemesio Suárez. Mieres: Luis Miranda, Cándido Iglesias, José Roca, Enrique Cuenca, Luis Zaragoza y Laureano Pérez. Avilés: Enrique Fernández. Arenas: Alejo Fernández y Francisco Díaz. Oviedo: Antonio Suárez Moran, Bonifacio Martín y Manuel Vigil. El Congreso eligió a este último para presidir [730] la Federación y dirigir *La Aurora Social*, completando el Comité del siguiente modo: vicepresidente, Antonio G. Morán; secretarios, José Uría y José Cabal; tesorero, Ángel Suárez; vocales, Cándido Gutiérrez y Perfecto García. En 1901 hubo huelga de obreros metalúrgicos en Gijón, con presos, estado de guerra y persecuciones a granel, pérdida por los anarquistas que la dirigieron. *La Aurora Social* hizo constar su sentimiento por la muerte de Leopoldo Alas, *Clarín*, profesor de la Universidad de Oviedo. Iglesias y Vigil, candidatos a diputados a Cortes por diversos distritos asturianos; en la circunscripción de, Oviedo alcanzaron 626 votos. ¡Buen augurio! En agosto de 1901 fueron inauguradas las obras del Centro Obrero de Mieres, de historia en los anales del movimiento sindical asturiano. Vigil publicó un folleto titulado *Los mineros asturianos*. Esteban Fernández Temprano, fotógrafo que trabajó e hizo labor en La Coruña, se trasladó a Madrid, afiliándose al Arte de Imprimir y a la Agrupación Socialista, y colaboró en *La Aurora Social*, de Oviedo.

Fallecieron en 1901, entre otros: en Bilbao, Manuel Orte, primer concejal socialista en esa capital. Francisco Pí y Margall, ex presidente de la primera República, cuya austeridad fue reconocida hasta por sus enemigos. Gabriel Rodríguez, economista, muy relacionado con los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza. Leopoldo Alas, (*Clarín*) novelista, catedrático de la Universidad de Oviedo. Luis Mariano de Larra, escritor autor de la letra de *El barberillo de Lavapiés*, zarzuela de Barbieri. Ramón de Campoamor, poeta asturiano. Manuel Paso, autor dramático de familia de autores teatrales. El cardenal Cascajares, demasiado influyente en el Palacio Real. Hermann Franz Jung, fundador de la Internacional, con Marx. Eugenio Dühring, economista alemán, muy discutido por Engels en un libro célebre. F. Pelloutier, anarquista y socialista francés, que acabó su vida al servicio del Estado en puesto gestionado para él por [731] Jaurès cerca de Millerand. Hipólito Lissagaray, autor de una *Historia de la Comuna de París*, entre otros libros de tendencia social. G. Tiberghien, profesor krausista, fallecido en Bruselas, donde también fallece Ernestine Meunier, que dejó su fortuna a Francisco Ferrer con la condición de que la destinara a la creación de la Escuela Moderna, como lo hizo, en Barcelona. La reina Victoria de Inglaterra, a quien sucedió Eduardo VII; el Presidente de Estados Unidos, McKinley, que hizo la guerra a España en 1898, es asesinado por un anarquista.

Un gran día

“Lo que durante todos los días del año se manifiesta en la esfera local por huelgas y acciones políticas, lo que se revela frecuentemente por agitaciones nacionales... pasa el 1º de mayo sobre el terreno internacional en el mundo entero. Ese día no se lucha por reformas en las cuales se beneficien los trabajadores de tal región o de tal país sino por soluciones favorables a todos los que sufren la tiranía patronal; ese día no son grupos de explotados los que combaten contra grupos de explotadores; es toda la clase oprimida luchando contra toda la clase opresora; en fin, no se trata de cuestiones concernientes tan sólo a una parte del mundo del trabajo, sino de las que interesan y son susceptibles de liberar ese mundo en su conjunto. Por eso mismo, porque la lucha de clases se afirma ese día de una manera tan potente y anuncia a los proletarios un triunfo seguro, el 1º de mayo es más que un hecho lleno de resplandor y de belleza, una acción de suprema utilidad para la clase trabajadora”.- Pablo Iglesias, 1º de mayo de 1901.

[732] *La Iglesia y la política*

A principios de siglo hubo un serio movimiento anticlerical, explotado por los republicanos, especialistas en esa bandera, tras de la cual no había nada serio ni eficaz. Contribuyó a esa agitación el estreno en Madrid, el 30 de enero de 1901, del drama *Electra* de Pérez Galdós, que al escribirlo no tuvo interés en fomentar un movimiento anticlerical ni mucho menos antirreligioso. Pérez Galdós deseaba ganar dinero. Eso era todo. Lo cierto es que hubo manifestaciones anticlericales, sin que la sangre llegara al río. Azorín escribió a favor de *Electra* de Galdós, en *El País*, diario republicano; pero luego casi rectificó en la revista *Madrid Cómic*, según relata Pío Baroja, quien añade: “Maeztu, que estaba obsesionado por la obra, insultó a Azorín; se encontraron los dos, y estuvieron muy cerca de pegarse”. Así estaban los ánimos en 1901. Digamos que ese sarpuellido superficial no se extendió al movimiento obrero encauzado por

Pablo Iglesias y sus amigos, débil aún, pero ya con personalidad propia. He aquí un resumen de cómo pensaban los socialistas acerca de este tema, que llegó a dividir los hogares: “No piden los socialistas que se arrastre a los frailes y se quemen los conventos. Respetamos los hombres y combatimos las ideas. El clericalismo no puede ser herido de muerte en plena sociedad capitalista. Al igual que el militarismo y las demás instituciones que coexisten con el régimen del salario, el clericalismo no desaparecerá hasta que el proletariado se poseione por completo del Poder. Excitar al proletariado a que dirija su actividad y su energía contra los clericales antes que contra los patronos, es el error más grande de que pueden ser víctimas los que aspiran a terminar con la explotación humana”.- Pablo Iglesias.

[733] Los socialistas fieles al marxismo procuraron apartar la propaganda de sus ideales de temas que no estuvieran estrechamente relacionados con la explotación del régimen económico que hacía a unos hombres esclavos de otros. La Iglesia, en cambio, desde el Vaticano, fue quien inició los ataques contra el Socialismo, situándose francamente al lado de los capitalistas que explotaban carne humana. Esa actitud provocó reacciones anticlericales en el seno de familias socialistas que se preocuparon de vivir apartadas de la Iglesia y hasta comenzaron a publicarse informaciones relacionadas con la celebración de actos civiles, cosa desconocida en la prensa socialista durante sus primeros años. Pérez de Ayala, en su libro *Política y toros*, puso de relieve la actitud de la Iglesia en relación con el Socialismo: “Entre que un obrero asista a una corrida de toros –escribió– o un mitin socialista, el clero no vacilará en declarar que es preferible lo primero a lo segundo”.

“Las verdades científicas son verdades universales. Las certidumbres religiosas o políticas aceptadas como verdades son, generalmente, convicciones transitorias salidas de pasiones y de sentimientos, sin elemento alguno racional que las apoye. Para concebir con qué lentitud influye la razón sobre las creencias hay que recordar que durante varios siglos miles de hombres fueron quemados vivos a causa de sus relaciones con el diablo”.- Gustavo Le Bon, de *Incertidumbres de nuestros días*.

“La perpetuidad de los dioses en la historia bastaría para probar que ellos corresponden a necesidades irreductibles del espíritu. Si la humanidad cambió algunas veces de divinidades, jamás vivió sin ellas. Antes de edificar palacios a los reyes, los hombres los edificaron para los dioses. Sin el temor del infierno y la esperanza del paraíso, no hubiera podido establecerse el cristianismo”.- Gustavo Le Bon, de *La vida de las verdades*.

[731] *El 1º de mayo de 1901*

“Próximo el día en que los proletarios conscientes de todo el mundo den cumplimiento al trascendental acuerdo del Congreso de París de 1889, dirígese este Comité a los obreros españoles para recomendarles que consagren una gran parte de su actividad a preparar el acto por medio del cual harán ver a la burguesía su fuerza, su unidad de pensamiento y su constancia en reclamar lo que para vivir algo mejor necesitan. Márcase cada vez más la lucha de intereses que existe entre la clase explotadora y dominante y la clase explotada y oprimida. No pasa día sin que el capitalismo y el poder que le representa y le sirve muestren a las claras su afán de perpetuar el presente régimen social, manteniendo a los hombres de trabajo sometidos a su voluntad y a su

imperio. No pasa día tampoco sin que el proletariado, sin que los hombres que para malvivir vense obligados a enriquecer con sus esfuerzos musculares o Cerebrales a quienes les explotan, revelen vivas ansias de mejorar su condición, de que su personalidad sea respetada y aun de sacudir el duro yugo que sobre ellos pesa.

La unión de la clase patronal o capitalista para oponerse a las justas, naturales y modestas reclamaciones de los asalariados, afirmase más y más. Sus llamamientos al poder político para que le preste apoyo en luchas que se ve precisada a sostener con los obreros organizados, son constantes. Obsérvese igual fenómeno en la clase trabajadora. Para luchar contra quienes viven a costa de ella, crece su unión en grado nunca visto, extiéndose y afirmase en sus filas el sentimiento de solidaridad, la disciplina toma considerables proporciones, y si hoy por hoy carece de fuerza para disponer del poder, procura con su acción de clase, con la acción política, dificultar los movimientos de aquél cuando va en auxilio de los privilegiados. Nada como esta lucha de intereses, negada por la iglesia, por cuantos confían aún en la ignorancia obrera y por los que tienen ojos y no ven, impone [735] al proletariado una mejora común en su situación. Sin ella le será difícil adquirir el vigor, la inteligencia y las energías que le son indispensables para abatir a su enemigo, para hacer del capital, hoy tirano del trabajo, un simple auxiliar de éste, para dar a cada hombre válido, con la obligación de trabajar, la garantía de ser dueño de lo por él creado. No son despreciables los pequeños beneficios que las colectividades obreras alcanzan mediante el sistema de resistencia, mas siempre que les sea posible deben procurar los trabajadores dar carácter general a sus campañas. Este carácter, y en un grado amplísimo, reviste la manifestación del 1º de mayo. Nada como ella para obtener una legislación que modifique favorablemente el actual estado de la clase explotada; nada como ella para, dificultar, ya que no impedir, las guerras entre los pueblos; nada mejor que ella para robustecer la solidaridad obrera y para lograr que la unidad de pensamiento entre los proletarios sea completa.

En esa manifestación reclámase, entre otras cosas, la jornada legal de ocho horas. ¡Qué distinta de la de hoy será la suerte de los obreros el día que en todas las industrias impere dicha jornada! Descansados los cuerpos que ahora sienten la excesiva fatiga de muchas horas de trabajo, con humor excelente para fijarse en los asuntos que les interesen y con tiempo disponible para estudiarlos y solucionarlos cual convenga a su clase, los desposeídos realizarán asombrosos progresos. Algo puede hacerse por la huelga para disminuir la jornada; pero ese procedimiento es incapaz de asegurar la mejora obtenida. Una condición patronal, una crisis de trabajo, un contratiempo en la organización de resistencia echará abajo la reducción conseguida. Ahí está el caso reciente de Gijón. Salvo uno, todos los oficios que alcanzaron la jornada de ocho horas acaban de perderla; volverán indudablemente a luchar por ella y acaso la consigan de nuevo, pero puede desaparecer otra vez por cualquiera de las causas indicadas. Lo que hace falta es obtenerla mediante una ley, y obtenerla, no para uno o [736] varios oficios, sino para todos. Los mineros españoles, que ganan un salario irrisorio y sufren toda clase de vejámenes, no verán establecida la jornada de ocho horas en todas las minas hasta que la acción política del proletariado la arranque al Parlamento. Los obreros de la industria textil, y muy especialmente los de Cataluña, que se han visto arrebatados por sus explotadores, valiéndose del estado de guerra, los beneficios obtenidos con la organización de resistencia, no alcanzarán la jornada de ocho horas para todos ellos en tanto la fuerza política de la clase trabajadora no obligue al poder legislativo a adoptar una ley que

imponga esa jornada a los patronos. Los obreros de los altos hornos, de la construcción de edificios, de la tipografía, de la zapatería, etcétera, no verán regir constantemente en sus profesiones dicha jornada mientras la acción de todos los proletarios, mancomunada, fuerte y ejercida con persistencia, no ponga a los partidos burgueses en el trance de votarla. En una palabra, la jornada de ocho horas no será un hecho para la totalidad de los trabajadores de nuestro país ínterin los explotados españoles, moviéndose en el terreno político, no pesen con fuerza irresistible sobre todos los representantes de la clase capitalista.

Convencidos de esta verdad, convencidos asimismo de que interesa al proletariado conseguir las otras leyes que, con la jornada de ocho horas, constituyen la legislación del trabajo acordada en el Congreso de París, así como también que declare su odio a la guerra y su aspiración a poner fin a instituciones que dividen a la humanidad en dos bandos, pedimos a nuestros compañeros de esclavitud, tomen parte en la duodécima movilización obrera universal, ya abandonando el trabajo todos cuantos puedan hacerlo, ya tomando parte en veladas, tés u otras fiestas nocturnas, los que tropiecen con dificultades insuperables para suspenderlo. Como hoy por hoy importa a los trabajadores que todos sus movimientos [737] sean pacíficos, cuantos tomen parte en la manifestación del 1º de mayo deberán procurar que nadie realice actos que den a aquello carácter tumultuoso. No nos cansaremos de decir que es contrario a los intereses de la clase trabajadora el lanzar hoy a ésta, que es mucho más débil que la que le explota, al terreno de la violencia. A ese terreno tendrá probablemente que ir, pero irá cuando su conciencia, su organización y su poder sean tales que puedan arrollar todas las fuerzas que la burguesía ponga en movimiento para defender sus privilegios. Recurrir antes a los medios violentos es dar a la clase capitalista ocasión para que alcance una victoria y retrase con ella la liberación de los oprimidos.

Trabajadores: demostremos que hay constancia y voluntad en nuestra clase reclamando el próximo 1º de mayo las leyes que juzgamos necesarias para no ser tan esclavizados como hasta aquí. Demostremos los progresos que hemos realizado, abandonando fábricas, talleres y minas, y presentándonos ante nuestros enemigos más numerosos, más unidos y más conscientes que nunca. Demostremos que el juicio y la templanza ganan cada vez más terreno en nuestra clase verificando manifestación tan imponente con orden admirable. Demostremos, en fin, que nuestra sensatez, seriedad y corrección son garantía segura de que sabemos a dónde vamos y de que persistiremos en nuestra obra hasta acabar con la explotación del hombre por el hombre. ¡Viva el 1º de mayo! ¡Viva la unión de todos los trabajadores! Madrid, 25 de abril de 1901.- Por el Comité Nacional: Juan José Morato, secretario; Pablo Iglesias, presidente”.

[739] *La acción económica y la acción política*

Las dos son necesarias a la clase obrera. Con la primera el trabajador puede alcanzar del patrono mayor respeto, mejor salario, jornada más corta, y a la vez crear entre los suyos tal espíritu de compañerismo y de solidaridad que les permita continuar obteniendo más ventajas y de superior alcance a las primitivas. Con la segunda pueden lograr los obreros muchos beneficios. Cabe reducir la jornada de modo permanente y hacer que el salario no descienda del tipo necesario para cubrir las primeras atenciones de la vida —cosas ambas imposibles de conseguir por la acción económica—; cabe mejorar nuestros alimentos evitando las adulteraciones; cabe sanear nuestras casas u hogares imponiendo los preceptos de la higiene; cabe difundir la

instrucción en nuestra clase, aumentando el número de maestros y de escuelas, y cabe, por fin, conquistar muchísimas otras reformas de carácter material y moral. Y si la acción política es robusta, si la ejerce considerable número de trabajadores educados, firmes, resueltos y enérgicos, puede llegar a más: puede evitar las grandes arbitrariedades de la clase capitalista cuando tales o cuales obreros luchan por mejorar su suerte; puede impedir los monstruosos atropellos de las autoridades puede hasta hacer imposibles las guerras de unas naciones con otras. Si en España la acción política de la clase trabajadora, en vez de ser débil, cual hoy es, fuera poderosa, no habríamos tenido que lamentar las desastrosas guerras de Cuba, de Filipinas y de los Estados Unidos; no habrían nuestros gobernantes declarado frecuentemente en estado de guerra provincias y comarcas; no se habría puesto a los pies de los patronos, mediante persecuciones y desafueros, a miles y miles de trabajadores que reclamaban una explotación menos dura de la que sufren; no se falsificaría tan escandalosamente la opinión del cuerpo electoral; no se humillaría y escarnecería con crueldad horrible a la clase desvalida. No abandonemos, trabajadores, la acción económica, pero no echemos tampoco en olvido lo mucho que vale la acción política y dediquémosla toda la acción posible y una gran parte de nuestra actividad [...]³⁰.

[739] *Paz o guerra*

“Que la fuerza en su expresión material es un argumento poderoso en las relaciones humanas, lo demuestra la Historia, lo ven nuestros ojos y ningún cuerdo lo desconoce. Que entre los adversarios de cualquier orden haya de ser la fuerza material el único modo de relación, es afirmación tan irracional como temeraria. El empleo de la fuerza repugna unas veces a la razón, otras a la conveniencia. Lo que puede lograrse sin violencia, ¿a que confiarlo a la fuerza? ¿Cómo el débil podrá entablar competencias de fuerza con el poderoso? En la lucha de clases, en la formidable contienda entre capitalistas y obreros, aquéllos defendiendo los medios productivos que les da el imperio del mundo, éstos procurando la socialización de los medios de producción para emanciparse de la tiranía del salario; *substratum* los unos hoy del espíritu conservador y los otros del espíritu de progreso, yerran igualmente los que quieren resistir siempre con la fuerza como los que con la fuerza quieren agredir constantemente.

Aunque el proletariado forma el mayor número, ¿no es hoy, en esta contienda, el más débil? Pudiendo aprovechar medios pacíficos para crecer, organizarse, lograr victorias parciales que le den mejores condiciones para campañas nuevas, ¿será cuerdo que, con actos de fuerza, provoque las del contrario y le dé pretexto para destruir, en un día, el fruto de la elaboración de muchos años? ¿No es criminal derramar, o ser causa de que se derrame sangre proletaria, cuando aún esta sangre ha de caer sobre un terreno infecundo? Suicídese el que quiera. No se lance a la muerte a los que viviendo pueden ser más útiles a la buena causa. Hay quien sólo ve revolucionarios en los que predicán a toda hora sangre y exterminio. El radicalismo está en las ideas que se profesan y en la eficacia de los procedimientos, no en la violencia de la expresión ni en la provocación de sacrificios estériles. La obra emprendida por la clase trabajadora [740] es gigantesca. Las resistencias que ha de vencer, formidables. Por mucho que los furiosos aprieten los dientes, la fortaleza capitalista no se ha de conmover lo más mínimo.

³⁰ Falta en el original.

En las contiendas parciales económicas o políticas, el Socialismo logrará victorias siempre que emprenda campañas proporcionadas, no a su deseo o a su coraje, sino a sus fuerzas reales y efectivas. La gran victoria final, que precederán acontecimientos y mutaciones que el velo de lo porvenir oculta, no podrá nunca realizarse hasta que las fuerzas socialistas organizadas y la clase trabajadora que la sirva de asiento, alcancen nivel moral e intelectual y fuerza positiva para apoderarse momentáneamente y por sorpresa, no ya del poder político, sino para fundar lo que es más importante y sostener una nueva sociedad en lo económico, en lo político, en lo moral; un nuevo modo de vida civil, una anatomía y una fisiología social nueva.

Lo cuerdo, puesto que el Socialismo es aún débil, es organizarse, vigorizarse, crecer, extender el movimiento y hacerlo sólido e intenso. Paz y organización es nuestra consigna, como se ha dicho. Nuestro entusiasmo, campo tiene en la propaganda, la organización y educación socialista para explayarse. Llevemos la paciencia y aun el sufrimiento hasta el límite, y sólo obligados y sin salida hiramos, si otro remedio no nos queda. Nos dicen que los golpes violentos logran por el terror lo que no conquista la razón. Verdad; pero cuestan tan caros que debemos dejar a los desequilibrados esa tarea, hasta que sólo la razón y el éxito nos muevan a la guerra si la guerra es necesaria. La experiencia abona estas verdades. En breves años la fe, la constancia y el buen sentido han hecho del Socialismo en España una fuerza política eficaz. Con orgullo puede el Partido Socialista proclamar que para lograrlo no ha vertido ni hecho verter una gota de sangre. ¿Qué sería el Socialismo si cuando los socialistas se contaban con los dedos hubiéramos practicado la política de destrucción? [741] Algunos fusilados, algunos agarrotados más. ¿Qué fruto? Atrincherarse más y más los partidos de la reacción. ¿Es esto afirmar que siempre y en todo caso hemos de ser inofensivos? El Partido Socialista es un partido de hombres. Tiene instinto de conservación, pero sabe sus deberes. Nada menos resistente que los gases; y los gases, si la presión excede de ciertos límites, explotan con estrago rompiendo los obstáculos a su natural fuerza expansiva”.- Jaime Vera, 22 de abril de 1901.

Escaramuzas parlamentarias

En 1902 gobernaba Sagasta en un ministerio en el que figuraba José Canalejas, deseoso de suplantarle en la jefatura del Partido liberal, dándose cuenta de que estaba agotado física y políticamente. Presentó un proyecto de ley creando el Instituto del Trabajo, aprobado en el Congreso tras un debate político que tuvo salpicaduras. En la Comisión dictaminadora del Congreso de los Diputados intervino Gumersindo de Azcárate. El proyecto no llegó al Senado, porque antes hubo crisis y el propio Canalejas saltó del Gobierno. En el debate a que dio lugar ese proyecto de ley Silvela defendió el máuser como solución para gobernar: "Ese máuser, de que se habla con desprecio, que ha relegado a los museos de antigüedades las barricadas de principios de siglo, ése es lo que constituye la garantía de la prudencia y de la mesura de los partidos socialistas", dijo el 1º de mayo de 1902, replicándole Canalejas: "Sí, señor Silvela, reconózcalo su señoría, frente a ese máuser, que representa tanto perfeccionamiento, está aquella sustancia combinada en el laboratorio químico con la cual se hace estallar una fábrica. No hablemos, pues, del máuser; hablemos de la justicia y del derecho." Poco después, Canalejas, jefe del Gobierno, utilizaría el máuser y cerraría durante once meses la Casa del Pueblo de Madrid. ¡Para fiarse de políticos burgueses!

La jura del perjurio

El 17 de mayo de 1902, Alfonso XIII juró la Constitución en los siguientes términos: "Juro por Dios sobre los Santos Evangelios guardar la Constitución y las leyes. Si así lo hiciera, Dios me lo premie, y si no, me lo demande". Poco debía ya fiar en Dios el mocete, porque ese mismo día, a pesar de la edad avanzada del presidente del Consejo, Sagasta, y de la inoportunidad del momento, después de ceremonias que habían durado cinco horas, Alfonsito, con sus dieciséis años, propuso celebrar un Consejo de Ministros. Mayor audacia era imposible. ¿Qué pretendía reuniendo tan inoportunamente a sus ministros? Nos lo va a decir claramente el conde de Romanones, uno de sus criados, acaso el más sometido e incondicional suyo:

"Tomó asiento el rey en la cabecera de la larga mesa de nogal, a cuyos lados se colocan los ministros, y dio comienzo el Consejo, primero del reinado efectivo de don Alfonso. Tras breves palabras de salutación de Sagasta, dichas con voz apagada, el rey, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa que presidir ministerios, con gran desenvoltura, dirigiéndose al de la Guerra, en tono imperativo, le sometió a detenido interrogatorio acerca de las causas motivadoras del cierre decretado de las Academias militares. Amplia explicación amplia para su acostumbrado laconismo, le dio el general Weyler; no quedó satisfecho don Alfonso, opinando que debían abrirse de nuevo. Replicó don Valeriano con respetuosa energía, y cuando la discusión tomaba peligroso giro, la cortó Sagasta, haciendo suyo el criterio del rey, resultando con esto vencido el de la guerra. Después de breve pausa, el monarca, tomando en su mano la Constitución, leyó el caso octavo del artículo cincuenta y cuatro, y a manera de comentario, dijo: 'Como ustedes acaban de escuchar, la Constitución no confiere la concesión de honores, títulos y grandezas; por

eso les advierto que el uso de ese derecho me lo reservo por completo'. Gran sorpresa nos [744] causaron estas palabras. El duque de Veragua, heredero de los más ilustres blasones de la nobleza española y de espíritu liberal probado, opuso a las palabras del rey sencilla réplica, pidiéndole su venias leyó el párrafo segundo del artículo cuarenta y nueve, que dice: 'Ningún mandato del rey puede llevarse a efecto si no está refrendado por un ministro'. Aunque la materia no entrañaba importancia, sin embargo, en aquel brevísimo diálogo se encerraba una lección de derecho constitucional. Como Sagasta no concedió nunca importancia a los títulos ni a los honores, apenas había prestado atención a las palabras cruzadas entre el rey y el ministro de Marina. ¡Gran lástima, porque el momento era oportuno para deslindar las facultades y funciones del Poder moderador! El cansancio de Sagasta, agotado por la larga jornada, lo impidió. El calor tuvo poca responsabilidad en que permaneciera inhibido de la escena ante él desarrollada. ¡Ah! Si no hubiera hecho tanto calor, quizá la suerte constitucional en el presente fuera otra".- Conde de Romanones, de su libro *Notas de una vida*.

Muerte de Emilio Zola

Emilio Zola, autor de novelas que nunca dejarán de figurar en las buenas bibliotecas del mundo, no fue un socialista militante ni actuó en los grupos en que estuvo dividido el socialismo francés antes de la unificación verificada en París en 1905, acontecimiento que él no llegó a presenciar. No obstante, Zola escribió en relación con el socialismo lo siguiente, bien expresivo: "En mis obras he consagrado siempre una parte al socialismo. No he hecho un libro sin hablar de este problema, sin hacerle intervenir en el drama, en el estudio, en la observación. He considerado, y considero aún más que nunca, que el porvenir todo está contenido en la palabra socialismo. Será la piedra en la cuál chocará bruscamente la sociedad actual". Zola nació en París el 2 de abril de 1840, y falleció en su hotelito de Medan, alrededores de la capital francesa, el 29 de septiembre de 1902. Fue uno de los escritores más [745] combatidos por las derechas y aun por ciertos literatos liberales, hostiles al naturalismo abundante en las obras de Zola. Algunas de sus obras, que tuvieron muchos admiradores en nuestro país, fueron traducidas al castellano por Leopoldo Alas, *Clarín*, Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*) y Emilia Pardo Bazán. "Zola fue un momento de la consciencia humana", escribió Anatole France. Entre los literatos españoles, Blasco Ibáñez tuvo afinidades con la escuela de Zola.

El 1º de julio de 1902 falleció en Madrid Francisco Diego, uno de los fundadores del Partido Socialista, redactor de "La semana burguesa", en *El Socialista* durante muchos años, donde se acreditó como escritor de altísimas cualidades; regente de la imprenta de Ricardo Rojas, sin dejar de ser afiliado a la Asociación del Arte de Imprimir como hacían la mayoría de sus colegas en categoría gremial; al contrario, consagrándose como operario hábil y como camarada ejemplar. Perteneció al Comité Nacional del Partido Socialista, desempeñando la secretaría durante varios años, muy identificado con Pablo Iglesias. Excesivamente modesto, no ocupó la tribuna casi nunca, aunque siempre estuvo en su puesto corriendo los mismos riesgos que los demás afrontaban. Su pérdida fue una gran desgracia para las ideas, dejando, además, vacío difícil de llenar en la vida íntima de Iglesias, en cuyo hogar vivió durante cierto tiempo como familiar más que como pupilo, ayudándole de muy diversos modos en periodos penosos. Fue ejemplo en todos los aspectos digno de recordación.

Los restos mortales de Larra fueron trasladados al Panteón de Hombres Ilustres de Madrid el 25 de mayo de 1902. Fallecieron ese año: Isidoro Fernández Flores (*Fernanflore*), fundador de *El Liberal*; el conde de las Almenas, que en el Senado mantuvo la acusación contra los generales responsables de la pérdida de las colonias con valor y serenidad insuperables; el médico y político Federico Rubio Gali; [746] Antonio Vico, actor, creador del papel principal de la obra de Joaquín Dicenta *Juan José*; falleció en el buque que lo llevaba a Cuba. Mosen Jacinto Verdaguer, poeta catalán de altísimas cualidades. El pintor español Antonio Gisbert, autor de cuadros admirables, como *El fusilamiento de Torrijos y sus compañeros*, ocurrido en Málaga, y *Los comuneros de Castilla en el cadalso*, medalla de oro, cuadro adquirido por el Congreso de los Diputados, donde estuvo expuesto durante muchos años.

[747] *Dieciséis años de actuación*

En 1902, coincidiendo con la coronación de Alfonso XIII, se inició la publicación de la revista madrileña *Nuestro Tiempo*, donde apareció un artículo original de Pablo Iglesias relatando los progresos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, que reproducimos en lo esencial seguidamente:

“En los elementos societarios, en la organización económica o de resistencia de que es motor el Partido Socialista, ha habido igual progreso. Los números corroboran lo que decimos. Cinco Congresos ha celebrado el Partido Socialista desde que se fundó: al verificarse el primero, en 1888, tenía 16 Agrupaciones; 23, al efectuarse el segundo en 1890; 37 al celebrarse el tercero en 1892; 42 al verificarse el cuarto en 1894; 35 al efectuarse el quinto en 1899, y en el sexto, que se celebrará en el próximo mes de agosto, contará seguramente con 80.

Su prensa la formaba un periódico en 1886; más tarde, tres; después, cinco; luego, nueve; hoy, doce, con una tirada de 30.000 ejemplares. El resultado que ha obtenido en las seis elecciones legislativas en que ha presentado candidatos ha sido: en 1891, 5.000 votos; 1893, 7.000; 1896, 14.000; 1898, 20.000; 1899, 23.000; 1901, 25.400. En las elecciones municipales las conquistas del Partido Socialista han sido éstas: en 1891, un concejal en Bilbao y otro en San Salvador del Valle (Vizcaya). En 1895, uno en Bilbao, uno en El Ferrol y uno en Mataró; en 1897, cuatro en Bilbao, dos en El Ferrol y uno en Mataró; en 1899, cuatro en Bilbao, uno en Gallarta, uno en Baracaldo, uno en Burgos, uno en Córdoba y uno en Manresa; en 1901, ocho en Bilbao, dos en Ortuella, uno en Gallarta, dos en Oviedo, dos en Mieres, dos en Castellón (Asturias), tres en Villanueva (Valladolid), uno en Benicarló, uno en Palma de Mallorca y dos en Sitges. Además, en Prado, Rueda, Palencia, Husillos, Roda y otros puntos las sociedades de resistencia han llevado al municipio representantes obreros.

[748] Los datos que acusan el progreso de la Unión General de Trabajadores, que es la organización de resistencia creada en 1888 por los socialistas, son los siguientes: la relación comienza con 27 secciones y 3.355 federados en 1889, y termina con 226 y 32.778 federados en 1902. Otro dato que indica el progreso del Partido Socialista Obrero y de La Unión General de Trabajadores en los últimos dieciséis años es la manifestación obrera que, a contar del año 1890, se celebra en todos los países. Adversarios los anarquistas de este acto, que han intentado convertir en huelga general de varios días o en manifestación violenta, las masas obreras que en él

toman parte reclamando una legislación protectora del trabajo, y principalmente la jornada de ocho horas, son las que están conformes o simpatizan con las dos mencionadas entidades. La acción de éstas se ha hecho sentir, tanto en la clase trabajadora como en la dominante y en los hombres que la representan. Allí donde el Partido Socialista es numeroso o tiene simpatías, como en Madrid, Bilbao, zona minera de Vizcaya, Valladolid, Burgos, Mieres, Vigo, Pontevedra, Alicante, Málaga, Oviedo, zona minera de Asturias, Elche, Eibar, Medina, Santander y otras muchas localidades, la clase obrera muéstrase ansiosa de mejorar su estado y es revolucionaria en sus aspiraciones, pero obra con disciplina, con cálculo y rechaza las algaradas y los motines, que tanto gustan a los inconscientes y a los revolucionarios de nombre.

Allí donde la Unión General de Trabajadores predomina no se excluye el procedimiento de la huelga, necesario, fatal e inevitable cuando los patronos desoyen las justas y razonables demandas de los obreros; pero se emplea con tacto, con juicio, después de agotar todos los términos de avenencia y, en general cuando se cuenta con recursos materiales y hay cohesión y espíritu societario en los que tienen que ir a la lucha. En las Sociedades de la Unión General no priva el criterio de que, en un abrir y cerrar de ojos, pueden los obreros elevar [749] su salario o reducir las horas de trabajo; no se cree en la eficacia de las huelgas tumultuarias y violentas; no se sueña con mantener luchas con los patronos careciendo de fondos y de organización; nadie piensa en que quitando de en medio a un industrial o quemando una fábrica se mejoran las condiciones de trabajo. ¿Qué efecto ha producido en la clase trabajadora, durante los últimos dieciséis años, la influencia del elemento anarquista? Juzgándolo sin pasión alguna, puede sostenerse que en general, malo. A su acción se deberá que unos cuantos miles de trabajadores hayan salido de la indiferencia en que vivían, y también que algunos oficios hayan mejorado sus salarios o disminuido las horas de trabajo; pero su desatinada propaganda, su ciego odio a todo lo que no va por los carriles de sus dislates, tras apartar de la buena senda a respetable número de proletarios, han hecho muchos fanáticos, muchos intolerantes, muchos hombres que, por espacio de algún tiempo, más perjudicarán que favorecerán con su labor la obra de mejoramiento y redención de la clase trabajadora. En los Poderes públicos y en la clase que manda la acción de los anarquistas ha causado miedo (originado principalmente por la ignorancia de nuestros gobernantes y, en general, de la burguesía) y despertado deseos de atajar su propaganda y escarmentarlos. El primero sería útil, por obligar a los que ocupan el Poder a fijarse un poco más que hasta aquí en las cuestiones obreras; el segundo puede contribuir a que venga una situación reaccionaria, dañosa, como es consiguiente, para todos los trabajadores. Lo que no ofrece duda es que el elemento anarquista, a pesar de haber llevado a cabo, en el período a que venimos refiriéndonos, actos ruidosos, chillado y alborotado mucho, proferido en sus mítines toda clase de amenazas contra los hombres y las cosas y contando para muchas de sus manifestaciones con el apoyo de gran número de republicanos, que —¡cándidos!— piensan cobrarles su ayuda valiéndose de ellos para implantar sus ideales; a pesar de todo eso, repetimos, el elemento anarquista ha disminuido en nuestro país. En Madrid apenas tiene prosélitos; en Vizcaya y Santander se cuentan [750] sus adeptos por los dedos de la mano; en Guipúzcoa no existen; en Asturias, exceptuando Gijón, donde sus fuerzas están equilibradas con las de los socialistas, carecen de partidarios; en Valladolid, donde dominaron un día, no tienen casi influencia; si se exceptúa La Coruña, son muy contados; en Andalucía tienen fuerza solamente en tres o cuatro capitales y en algunos pueblos rurales, cuando en otro tiempo los obreros de la ciudad y los

obreros del campo iban tras ellos; en la región valenciana también han perdido terreno; no avanzan en la extremeña, y sólo pueden vanagloriarse de haber aumentado el número de prosélitos en la región murciana y de gozar gran influjo entre los obreros catalanes. A esta baja de las fuerzas anarquistas han contribuido, como es consiguiente, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Ambas entidades han conquistado comarcas como la asturiana; pero han ganado también poblaciones como Madrid, Valladolid, Santander y otras, en las cuales predominaron aquéllos en un tiempo o fueron dueños del movimiento que en ellas había. Gran parte de los trabajadores que los seguían por los años 82 y 83 están hoy en la Federación de Trabajadores de Andalucía, que sigue táctica opuesta a la de los anarquistas o proceden de acuerdo con el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. ¿Continuará perdiendo fuerzas el movimiento anarquista? ¿Seguirán progresando el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores? Creemos que sí, aunque nuestro carácter, la pésima educación política y la ignorancia de nuestro pueblo favorecen al elemento anarquista, el desarrollo industrial, el sentido de la realidad, que se impone poco a poco a todos, y principalmente a los trabajadores, y el terreno que han conquistado ya los socialistas y los obreros que, sin serlo aún, no quieren proceder locamente en las luchas económicas, han de inclinar la balanza del lado de éstos y mermar considerablemente, ya que extinguir es imposible, la hueste anarquista. Creemos sincera y profundamente que quienes han logrado ser en dieciséis años una verdadera fuerza, más que por el número, por su unidad, su disciplina, su integridad y su energía, conseguirán en plazo relativamente breve ser órgano poderoso de la clase oprimida y obtener de la que manda cuantas reformas estima hoy necesarias el proletariado español”.- Pablo Iglesias. 1902.

[751] *Congresos políticos y sindicales*

En agosto de 1902 se reunió en Gijón el VI Congreso del Partido Socialista, con cuarenta y ocho delegados representando a setenta y tres entidades. Presidió Isidoro Acevedo, delegado de la Agrupación de Santander. Vicepresidente, Rafael Salinas, de Málaga; secretarios, David Nuño, de Sama de Langreo, y Manuel Suárez, de Gijón. Las sesiones fueron públicas y tuvieron lugar en el teatro Jovellanos. De Asturias veintiséis delegados representando a veinte Agrupaciones. En el mitin de clausura, pronunciaron discursos Acevedo, Várela, Cabello, Reoyo y Pablo Iglesias. Del discurso pronunciado por éste es el siguiente extracto: "No piden los socialistas que se arrastre a los frailes y se quemen los conventos; respetamos los hombres y competimos las ideas. Vamos más lejos que los radicales burgueses. Queremos la muerte de la Iglesia, cooperadora de la explotación de la burguesía; para ello educamos a los hombres, y así le quitamos conciencias. Pretendemos confiscarle los bienes. No combatimos a los frailes para ensalzar a los curas. Nada de medias tintas. Queremos que desaparezcan unos y otros. Proceder de otra manera es una inconsecuencia. Si el pueblo español hubiese sido educado a la usanza socialista, éste no hubiera degollado frailes, pero sí les habría expulsado por perjudiciales. Últimamente se ha pretendido formar un nuevo partido radical burgués. Hubieramosle visto con simpatía en cuanto defendía soluciones que ha mucho tiempo tenemos en nuestro programa; pero en modo alguno podemos ayudarle y mucho menos sumarnos a él. La razón de nuestra existencia como partido de clase es mucho más honda que las causas circunstanciales y secundarias que orientan al señor Canalejas. La huelga de Barcelona fue un movimiento inconsciente, sin finalidad determinada, que careció

del tinte revolucionario con que algunos han pretendido revestirla. Allí no se realizó ningún hecho revolucionario, como lo prueba que no se apoderasen, ni lo intentasen siquiera, [752] de ningún centro oficial; bastó un pequeño número de soldados para restablecer el orden; desde los comienzos de la huelga, que fueron los instantes más críticos, los dos mil hombres que había de guarnición tuvieron a raya a los perturbadores. Si hubiese sido aquel un movimiento verdaderamente revolucionario, encaminado a derribar las instituciones que odiamos mortalmente, habríamos secundado a los huelguistas." En este Congreso se acordó reclamar que los beneficios de la ley de accidentes del trabajo se hicieran extensivos a los trabajadores agrícolas. Un anarquista de los que acudieron a perturbar hirió a los socialistas Rafael Arribas y Enrique Fernández, que salvaron la vida por casualidad. Con Iglesias estuvo Antonio Atienza, por el Comisé Nacional. En Gijón fue ratificado el acuerdo de la Agrupación Socialista de Madrid que expulsó del Partido a Juan José Morato. Reelegido Iglesias para presidente, el Comité Nacional quedó completado del modo siguiente: Vicepresidente, Matías Gómez Latorre; secretario, Francisco Mora; vicesecretario, Mariano García Cortés; tesorero, José García Negreira; vicetesorero, Felipe Peña Cruz; vocales, Eduardo Calvo, M. Barreiro y Francisco Broders. Este último era holandés, y su conducta entre los socialistas madrileños fue admirable.

Del 14 al 18 de mayo de 1902 se reunió en Madrid el VII Congreso de la Unión General de Trabajadores. La delegación de Asturias, muy numerosa, estuvo formada así: Oviedo, Bonifacio Martín, Joaquín F. Fernández, Manuel Vigil, Santiago Álvarez y Enrique Gutiérrez. Sama de Langreo, Vigil. Aviles, Enrique Fernández. Mieres: Luis Miranda. Arenas: Francisco Huerta. Para dirigir la Unión General fueron designados: Presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Vicente Barrio; secretario, Antonio García Quejido; tesorero, Matías Gómez Latorre. Esta es la última elección de García Quejido, que trabajaba como corrector de pruebas en la imprenta del *Heraldo de Madrid*, y se hacía ayudar en su cargo en la Unión General por Morato, separado del Partido [753] entonces. Todavía en 1902, García Quejido estuvo en la primera Conferencia Sindical Internacional reunida en Stuttgart, donde fue nombrado Secretario General Carlos Legien, con residencia en Berlín. Dio García Quejido una conferencia en Gijón, y un anarquista intentó agredirle, sin conseguirlo, pero el socialista Modesto Costales fue asesinado al salvar la vida de García Quejido. Huelga textil en Béjar, declarada reglamentaria por la Unión General, y ganada, por consiguiente. IX Congreso de la Federación Tipográfica, en el Centro de Relatores.

Presidente, Antonio Atienza, con José Fernández, Lorenzo Muñoz, Miguel Paz, Enrique Molina y Enrique Paradas, padre del autor de zarzuelas muy populares, que también fue tipógrafo y afiliado al Arte de Imprimir.

Crisis grave en el Arte de Imprimir, presidida por Baldomero Huetos, afiliado al Partido Socialista y hombre de mérito. De la gestión efectuada por una Comisión depuradora elegida por la Asociación del Arte de Imprimir salió en claro que el tesorero había estafado cierta cantidad. Examinado el caso, la junta general de la Asociación le expulsó; pero censuró también a Huetos, por no haber vigilado debidamente, como exigía su cargo, la gestión administrativa del tesorero. Para sustituir al tesorero malversador fue nombrado Julio Fernández L. de Guevara, tipógrafo socialista de gran prestigio. Recuerdo al detalle los desagrables incidentes a que dio lugar este episodio, porque entonces –3 de noviembre de 1903– ingresé yo en la Asociación del Arte de Imprimir, conservando los documentos que lo prueban. Durante muchos años jamás falté a una

asamblea de la Asociación, sin que por entonces me atreviese a intervenir en sus deliberaciones, aunque nunca me abstuve de votar, haciéndolo con arreglo a mi conciencia. Como algo imborrable conservo en mi espíritu la etapa de más de treinta años en que hice vida activa en el Arte de Imprimir, interviniendo y presidiendo sus asambleas a partir del traslado a la Casa del Pueblo, en 1908. El 1º de agosto de 1902, en la calle de Relatores, quedó constituida la Sociedad de [754] Impresores, dejando de pertenecer al Arte de Imprimir cuantos dependían del ramo de máquinas. Tuvieron activa intervención en la nueva entidad, entre otros, José Ortiz de Zarate, Francisco Alarcón, Zacarías Barco, Joaquín Seller, Manuel Lois, Ceferino Fernández, José Menéndez, Alejandro Moreno, Cristóbal González, Juan Martín, Escolar, Génova, Peña, Soto, Candela, De Benita, Juárez y Dionisio del Oso. Este mismo año las Sociedades de Constructores de Carruajes y de Pintores decoradores, de Madrid, obtuvieron las ocho horas, y Albañiles *El Trabajo*, ocho horas en invierno y nueve en verano. Los Ayuntamientos de Sama de Langreo y de Guadalajara concedieron las ocho horas a su personal. Hubo huelgas de vidrieros, fontaneros y carpinteros de taller en Madrid, afiliados a la Unión General de Trabajadores, en cuya organización ingresó la Sociedad de Cocheros, con dos millares de asociados. En febrero de 1902 había huelga de metalúrgicos, en Barcelona, con varias semanas de duración, que los anarquistas, sus iniciadores, veían que se perdía, y creyendo conquistar un triunfo, apelaron a extender el movimiento, fracasando por completo. En marzo de 1902 se reunió en Mieres el segundo Congreso de la Federación Socialista Asturiana, con las siguientes Delegaciones. Langreo: Sabino Martínez, Manuel Álvarez, Nicanor Fernández e Higinio Menéndez. Mieres: Juan Castro, Nemesio Suárez, Cándido Iglesias, Enrique Cuenya, Luis Miranda y Plácido García. Aviles: Enrique Fernández y Eduardo Martínez. Gijón: Víctor Huergo y Luciano Rodríguez. Trubia: Eladio Artamendi e Indalecio Fernández. Oviedo: Bonifacio Martín y Joaquín González. Mieres: José Cañal. San Andrés: José Botella, Vicente Uribe Larrea y José González. Arenas: Francisco Fernández y Manuel Menéndez. Lada: Benito Rodríguez. Salinas: Raimundo García. La Nueva: Ignacio Zapico. Cayes: José A. González. Quirós: Manuel Pendas y Demetrio Fernández. Proaza: Leopoldo Fernández. Al final hubo una comida ofrecida por los socialistas de Mieres. Vigil fue elegido presidente de la Federación y director [755] de *La Aurora Social*. En el mitin de clausura tomó parte el Orfeón Socialista de Mieres.

En Madrid, en 1903, aparece *Diario Universal*, de Romanones. Eduardo Marquina, que ha dejado Barcelona por la capital de España, sustituye a Pío Baroja, como crítico teatral en el diario *El Globo*, de Daniel Riu. Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset escriben en *El Imparcial*. En *Helios*, revista madrileña, colaboran Juan Ramón Jiménez, González Blanco y otros. Unamuno publica *En torno al casticismo*; Rafael Altamira, *Sicología del pueblo español*; Francisco Giner de los Ríos, *Los problemas urgentes de nuestra educación nacional*; Azorín, *La Voluntad*; André Gide, *L'immoraliste*; Gorki, *Los bajo fondos*. Aparece *Arte Joven*, revista madrileña donde Pablo Picasso ejercía la dirección artística. José Martínez Ruiz, que todavía, no era *Azorín*, escribía en *El País* y después en *El Globo*. Suyo es el texto que sigue, cuando aparentaba ser anarquista:

“Y cuando, dentro de diez, de veinte, de treinta siglos, las futuras generaciones echen la vista atrás, no acertarán a adivinar cómo y por qué vivía esta casta de entozoarios que ahora llamamos los políticos. Se comprenderá que unos hombres asalarien a otros hombres en enormes caserones rumorosos, o los hiciesen jadear en honda mina, o conducir por los mares flotas de

barcos, o regir a través de las naciones trenes y más trenes, o cultivar los campos, o exprimir el cerebro en los periódicos... Pero esta gente, diputados, subsecretarios, ministros, alcaldes, directores generales, gobernadores –¡la hez de un pueblo!–; esta gente que no tenía fábricas, ni campos, ni líneas de vapores, ni ferrocarriles, ni minas; esta gente que no tenía la inteligencia de un Renán, de un Taine, de un Flaubert, de un Spencer, ni la integridad de un Proudhon, ni de un Pí y Margall, de un Reclús... esta gente, ¿cómo y por que vivía? ¿Oué hacía esta gente? ¿Por qué eran escuchados, [756] rogados, alentados, respetados, aplaudidos? Y no comprenderán las generaciones que alienten dentro de treinta centurias cómo durante siglos una clase numerosa de hombres, que lo eran todo –reyes, magistrados, pontífices y guerreros–, ha vivido de una sola palabra mágica: Dios; y cómo al presente, otra clase de hombres, que también lo son todo, y no tienen ni inteligencia, ni laboriosidad, ni virtud, vive, triunfa y explota y esclaviza por obra de otros dos vocablos encantados: Libertad y Patria”.- Martínez Ruiz.

Vale la pena releer ese parrafito: la hez de un pueblo son los políticos, diputados, subsecretarios, ministros... ¡Y Martínez Ruiz, poco después de escribir eso, se sentaba en los bancos del Congreso sometido a un cacique con flecos de dictador, Juan de La Cierva, y hasta ascendía a subsecretario con él, y si no llegó a ministro acaso fuera porque el, ácrata de principios de siglo, no supo manejar el noble juego de la palabra! Contra el rey, contra la libertad, contra la patria, hasta contra Dios, ¿se puede pedir más? En esa escuela se forjaron Ramiro de Maeztu, *Claudio Frollo*, Manuel Bueno, Azorín, incorporados a la redacción de *ABC* para seguir defendiendo el orden social y el sagrado derecho de propiedad. Y ese mismo Martínez Ruiz, convertido en *Azorín*, en un "Discurso de La Cierva", ya desde los escaños del Congreso y como ayudante de categoría del ciervismo, escribió lo que sigue: “Gobierno parlamentario es gobierno de incoherencia. No se podrá hacer obra duradera en un país de parlamentarismo. Lo que haga de fecundo y bien hecho un Gobierno lo destruirá otro. Los Gobiernos serán pandillas de políticos profesionales”. Sin duda el autor pensaría en su jefe, autor de todas las malas causas en la provincia de Murcia.

[757] Pero volvamos al año 1902. Azaña lee en enero, en la Academia de Jurisprudencia un trabajo titulado "La libertad de asociación". La tal Academia era nido de aspirantes a diputados, ministros, a un buen puesto político, bajo la protección de un personaje de la situación. En marzo, *Azorín* organiza un banquete en honor de Pío Baroja, por su libro *Camino de perfección*. José Ortega Munilla ingresa en la Academia Española. Ramón Casas, pintor catalán, ve rechazado en la Exposición Nacional su cuadro *La carga*, que fue luego objeto de general elogio. Loreto Prado y Pedro Chicote triunfan en las representaciones teatrales le *La trapera* y *Los granujas*, obras que fueron varias veces centenarias. *La Vanguardia*, de Buenos Aires, órgano del Partido Socialista argentino, fundada en 1894 y dirigida por el doctor Justo, sufre su primera clausura gubernativa en 1902. En la Cámara belga tiene lugar un debate, en 1902, con un discurso del diputado socialista por Gante Eduardo Anseele:

[758] “Señores, no nos conocéis. Somos tenaces. Somos de esta raza de Flandes, cuadrados de espaldas, cuadrados de ideas, y os arrollaremos. Hace treinta años éramos cinco en Gante, tres en Bruselas, uno en Amberes, dos en el Henaut y un viejo de la Internacional: doce en total, como los Apóstoles, pero sin Judas. Teníais para vosotros todo: el poder, el dinero, las tradiciones de la iglesia, y nosotros éramos doce miserables obreros hijos de obreros.

Comenzamos nuestra labor y se nos insultaba en la calle. Cuando yo vendía en las callea de Gante el periódico socialista, se me arrojaba boñiga de caballo a la cabeza. Ved lo que ocurre hoy. En Gante, veinte mil obreros están en huelga siguiendo nuestra llamada. En toda Bélgica hay 350 mil huelguistas. Impulsados por el viento del socialismo, por nuestra fe, hemos cumplido nuestra obra. No vayáis a creer que podréis pararla, locos y orgullosos como sois. No podréis”.

En enero de 1902 se produjo una controversia en Lieja entre León Troclet, socialista, y Lucien Hanault, anarquista, editada en castellano y de la cual hubo cuatro ediciones, señal del interés que despertó. Muchos años después, también en Lieja, Troclet y yo pudimos comprobar, al tiempo que rememorábamos aquella controversia, los resultados favorables obtenidos en votaciones efectuadas tanto en Bélgica como en España. En Francia, el ministro socialista Millerand consigue del Parlamento que vote una ley limitando la jornada legal de trabajo a diez horas y media. La CGT adopta sus estatutos definitivos, con tendencia apolítica. En Londres se celebra una conferencia de socialistas rusos emigrados, a la que acuden Lenin y Trotsky, no siempre con opiniones idénticas. Termina la guerra de Transvaal y comienza la insurrección en Macedonia. Kautsky publica *Revolución social*, donde recoge conferencias que pronunció en Holanda.

[759] La creación del Instituto de Reformas Sociales dio margen a que los problemas relacionados con las aspiraciones de la clase trabajadora tuvieran una tribuna de resonancia nacional, sin que los hombres que representaban las doctrinas socialistas se hicieran muchas ilusiones. Pablo Iglesias no perteneció a ninguno de estos organismos, aunque les prestó su apoyo, solidarizándose con los que dentro de ellos representaban los mismos ideales. La primera ley de accidentes del trabajo, muy incompleta, es del 30 de enero de 1900, y la del descanso dominical, de 3 de enero de 1904. A iniciativa de Gumersindo de Azcárate, con fecha 12 de julio de 1906, se declararon inembargables los salarios menores de 2,50 pesetas diarias, y por decreto de 18 de junio de 1907, como consecuencia de huelgas sostenidas en Vizcaya por organizaciones de la Unión General de Trabajadores, se prohibió la creación de cantinas y establecimientos similares en fábricas y talleres, a no ser que estuvieran intervenidas por los obreros y vendiesen a precios corrientes. Los tribunales industriales se crearon por ley de 19 de mayo de 1908, ampliada por la de 22 de julio de 1912. En Madrid hubo elecciones para designar los vocales obreros que habían de actuar en el tribunal [760] industrial, los conservadores redactaron la ley de modo que pudieran intervenir los sindicatos amarillos, sin lograrlo en ninguna parte. Figuré en Madrid en la candidatura triunfante, y durante cierto tiempo actué en este organismo de justicia popular, muy beneficioso para los trabajadores no afiliados a las organizaciones obreras y a los que precisamente por este desamparo explotaban doblemente sus patronos. La primera ley regulando el trabajo en las minas lleva fecha 23 de diciembre de 1910, y el 19 de octubre de 1919 se consiguió legalmente que la jornada de trabajos subterráneos no pasara de siete horas. En esta gestión intervine activamente como diputado a Cortes por Oviedo, en cuya circunscripción estaban enclavadas las principales regiones mineras asturianas.

La ley reconociendo el derecho a la huelga y al *lock-out* con restricciones es del 19 de mayo de 1908, ampliada por otra del 27 de abril de 1909, quedando entonces derogados los preceptos del Código penal de 1870 que castigaban estas actividades sindicales. Más claro: el derecho a la huelga en España estuvo a merced de las autoridades durante más de medio siglo.

Las Juntas locales y provinciales de Reformas sociales, que tanta intervención llegaron a tener cuando se consolidó el movimiento obrero, mediante la gestión de sus miembros en la inspección y cumplimiento de las leyes favorables a los trabajadores, tienen fecha de 13 de marzo de 1903. La Inspección del trabajo –derivación suya– nació el 1º de marzo de 1906. El 17 de julio de 1911 se publicó la ley sobre contrato de aprendizaje para los menores; el 27 de febrero de 1912, la que obligaba a los patronos a facilitar una silla a las mujeres durante las horas de labor, y el 11 de junio de ese mismo año quedó abolido de manera escalonada el trabajo nocturno para las mujeres, con gran disgusto de los fabricantes catalanes y la indiferencia de las organizaciones obreras anarquistas, aunque hecha la ley se aprovecharon de sus beneficios.

[761] Con huelgas importantes se arrancaron –10 de agosto de 1916 y 23 de marzo de 1917– sendas disposiciones obligando a las empresas que tuvieran más de trescientos trabajadores –las de Ferrocarriles, sin citarlas nominalmente– a que reconocieran la personalidad de los Sindicatos, esto es, obligándoles a tratar con los representantes legales de los asalariados a su servicio. El trabajo de noche de las panaderías quedó suprimido el 3 de abril de 1919. El Instituto Nacional de Previsión ostenta fecha 8 de abril de 1908, habiendo surgido de este organismo los seguros sociales, cuyo plan general lleva fecha de 20 de noviembre de 1919. Desgraciadamente, ni la Monarquía ni la República llevaron a efecto este plan, quedando todo reducido al subsidio de vejez y otros beneficios de escasa importancia. Hoy son miles de millones de pesetas los que pasan por las cajas de este organismo.

La jornada de ocho horas se implantó en España el 3 de abril de 1919, obligando a los patronos a pagar con aumento las horas extraordinarias. El 14 de agosto de ese año ingresó España en la Oficina Internacional del Trabajo, a cuyas conferencias anuales asistí durante siete años con Largo Caballero y Fabra Ribas, y el 15 de octubre de 1919 quedaron obligados los navieros españoles a pagar indemnizaciones por accidentes del trabajo a los trabajadores del mar. El ministerio del Trabajo se creó el 8 de mayo de 1920 y quedó transformado en ministerio de Trabajo, Industria y Comercio el 28 de febrero de 1922. El 19 de marzo de 1912, en Inglaterra, el Gobierno liberal de Asquith obtuvo del Parlamento una ley reconociendo el principio del salario mínimo para los obreros de fondo, medida que inició una serie de disposiciones que han llevado, en la mayor parte de los países, a la nacionalización de las minas.

El 28 de julio de 1919 nació la Parte XIII del Tratado de Versalles, donde se universaliza la jornada de ocho horas; se declara que el trabajo [762] no es una mercancía; se garantiza el derecho de asociación, el salario mínimo y el descanso semanal de veinticuatro horas por lo menos, a ser posible, en domingo; la supresión del trabajo para los menores y la reglamentación del mismo en favor de los jóvenes, de modo que no interrumpa su educación física y moral; salario igual para trabajo igual, sin distinción de sexo; inspección del trabajo, incluso a cargo de mujeres, para velar por el cumplimiento de la legislación social, cuyos beneficios deberán extenderse a los asalariados que residan en países distintos a los de su origen. Este programa mínimo, en el fondo, nació en los acuerdos adoptados por el Congreso Socialista Internacional de 1888 en París, y está vigente en la mayor parte de los países miembros de la Organización Internacional del Trabajo.

En 1919 quedó organizada la Internacional Sindical de Ámsterdam, en cuyas primeras reuniones representaron a la Unión General de Trabajadores Julián Besteiro y Francisco Largo

Caballero. Este último formó parte sin interrupción—del Consejo general de la Federación Sindical de Ámsterdam. En esa capital me encontraba cuando falleció Pablo Iglesias —9 de diciembre de 1925— sustituyendo como suplente a Largo Caballero, con el cual acudí, además, a los Congresos de esta entidad sindical En Hamburgo — 21 de mayo de 1923 — quedó reorganizada la Internacional Socialista de los Reconstructores, con sede en Viena y Víctor Adler a su frente, con los restos de la Segunda Internacional, defendidos abnegadamente por Camilo Huysmans, apoyado por los socialistas holandeses y escandinavos. En nombre del PSOE estuve en el Congreso de Hamburgo y participé en varios actos organizados en Berlín. Emilio Vandervelde, que intervino activamente en aquel Congreso, relata en un trabajo titulado *Le Socialisme en Europe depuis dix ans* las dificultades que tuvo la ponencia encargada de redactar la declaración de principios, al poner objeciones los ingleses al término “lucha de clases” en la traducción a su idioma [763] del texto aprobado en aquellas deliberaciones, no por oposición al fondo, sino porque en inglés era difícil explicar lo que resultaba claro en alemán y francés, comentándolo Vandervelde del siguiente modo: “Hemos recordado este incidente porque no deja de ser instructivo. En efecto, este caso demuestra que a pesar de la coincidencia en los fines y hasta la unidad en la táctica, los trabajadores ingleses y los socialistas continentales no siempre hablan el mismo lenguaje”.

Desde 1º de mayo de 1959 rige en las minas de los países de la Comunidad del Carbón y del Acero, luego ampliada, la jornada de cuarenta horas en cinco días, sin disminución de salarios. En Estados Unidos se batalla por la generalización de la jornada de treinta y cinco horas semanales y el salario anual garantizado. La tradicional semana inglesa se ha convertido para millones de explotados de ambos sexos en dos días semanales de descanso, sábado y domingo, con salario semanal.

Carlos Marx decía que los amigos de Bakunin, por temor a consolidar el Estado, eran enemigos de declarar huelgas para limitar las horas de trabajo y que reclamar aumentos de salarios era "reconocer el principio del salario, contra el cual luchamos". Desde el nacimiento del movimiento sindical estos elementos han estado desorientados y han producido honda perturbación a la clase trabajadora. ¡Hasta contra el modesto subsidio de enfermedad, establecido por Largo Caballero desde el ministerio de Trabajo llegaron a declarar huelgas!

[764] *Salmerón, jefe de Unión Republicana*

Al nacer el siglo XX el republicanismo español estaba fraccionado de tal modo que apenas si preocupaba a los gobernantes monárquicos. El entierro de Pí y Margall constituyó una imponente manifestación de duelo. Parecía como si con él fuese a desaparecer también el último vestigio de partido tan floreciente en otros tiempos. Con la entrada de Lerroux en el Parlamento revivió el republicanismo. Lerroux era un demagogo, de una ambición incalculable, que siempre vio en el movimiento obrero socialista un enemigo de primera magnitud. Por algo no transigió nunca con la Conjunción republicano-socialista, cuya figura principal llegó a ser Pablo Iglesias.

Lerroux utilizó desde sus primeros pasos en política los términos más sugestivos: *El Progreso*, *El Intransigente*, *El Radical*, fueron títulos que él aplicó a periódicos donde encontraron cobijo cuantos deseaban abrirse camino con la pluma. La Federación Revolucionaria —obra suya—

reunió en Castellón a Blasco Ibáñez, Rodrigo Soriano, Ricardo Fuentes, Emilio Junoy, Fernando Gasset, entre otros, y en un acto de extraordinaria importancia proclamaron la jefatura de Nicolás Salmerón, prelude de la Asamblea Nacional Republicana reunida en Madrid el 25 de marzo de 1903, acto que presencié en unión de mis familiares, alguno de los cuales sintió fervorosa admiración por Salmerón, que aceptó la jefatura de Unión Republicana a título provisional, según dijo desde el mismo escenario del Teatro Lírico. Tenía entonces sesenta y cinco años. Meses posteriores, Soriano y Blasco Ibáñez, en Valencia, hacían correr la sangre entre sus partidarios. Melquíades Alvares, aspirando a dirigir un grupo moderado de republicanismo, nunca sintió simpatías por Salmerón; cuando éste falleció en Pau (sur de Francia), el 20 de septiembre de 1903, la Unión Republicana hacía tiempo había pasado a la historia.

En Madrid, en las elecciones de 26 de abril de 1903, la candidatura republicana obtuvo la siguiente votación: Joaquín Costa, 28.410 votos; Constantino Rodríguez, 28.042; Miguel Morayta, 27.862; Manuel del Llano y Persi [765] 27.770; Nicolás Estévanez, 27.634 y Jacinto Octavio Picón, 27.356. Los monárquicos perdieron por varios miles de votos, a pesar de la presión oficial. Costa no fue al Parlamento. Estévanez, ministro de la Guerra con la República del 73, residía en París, donde siguió viviendo. Octavio Picón, admirable pluma, académico de la Lengua, jamás hizo nada por la República ni por el pueblo. Constantino Rodríguez, de gran prestigio entre las clases mercantiles por su indiscutible probidad, era inhábil para la polémica parlamentaria. Aquella minoría republicana defraudó a sus electores. Al triunfo republicano contribuyó también un clamor nacional contra el clericalismo. A consecuencia de la separación de la Iglesia del Estado en Francia, llegaron a España centenares de monjas y frailes expulsados del país vecino. Fue entonces cuando Galdós triunfó ruidosamente con *Electra*. Pero todo ese movimiento era efímero, porque la inmensa mayoría de aquellos hombres, en su hogar, eran víctimas de sus mujeres, entregadas al confesionario, dejando que bautizaran a sus hijos y les dieran educación religiosa. Ni aun en eso eran consecuentes los que tanto alborotaban. Lerroux fue uno de los que impulsaron aquella campaña republicana contra la Iglesia. Hay páginas tuyas que ningún otro se hubiera atrevido a suscribir. Luis Bello intentó entonces crear un partido a base de intelectuales, en el que habría de jugar papel principal Costa. La idea se ahogó antes de nacer. Como Ciges Aparicio, Luis Bello entró en la redacción de *El Imparcial*, y llegó a ser diputado a Cortes monárquico, gracias a la influencia caciquil de sus fiadores gubernamentales, que utilizaban pluma tan bien cortadas en su beneficio personal.

Iglesias, Costa y Unamuno

En la *Revista Socialista* del 16 de mayo de 1903, a continuación de un artículo expresamente remitido por Unamuno figura otro firmado por Costa con el título "El turno del pueblo". He aquí parte del trabajo a que nos referimos: "Los labradores y los braceros del campo, los menestrales, obreros de la industria y proletarios, que son en España más de diecisiete millones y medio, han pagado con ríos de sangre, de oro, en cien años de guerra, la civilización que disfruta el medio millón restante, sus libertades políticas, su derecho de administración, su inviolabilidad del domicilio, su seguridad personal, su libertad religiosa, su libertad de imprenta, su desamortización, sus comodidades, su prensa diaria, sus teatros, sus ferrocarriles, su Administración pública, su Parlamento; todo eso, que a la masa de la nación no le ha servido de

nada, porque el pueblo no sabe o no puede leer, no se reúne, ni se asocia, no imprime, no vota, no viaja, no le hostiga la duda religiosa, no compra ni usurpa haciendas del Estado, no conoce oficinas ni tribunales sino en figuras de instrumentos de la opresión caciquil incontrastable... y, sin embargo, esa minoría de ilustrados y de pudientes, clase gobernante, no se ha creído obligada a corresponder a tantos cruentos sacrificios con uno solo, dejando alguna vez de gobernar para sí, gobernando un día siquiera para los humildes, para la mayoría, para el país. ¿Parecerá ya hora de que le llegue su hora al pueblo?”.

Ese texto es característico de Costa. Si el pueblo no se asocia, no vota ni lee, si no se interesa por nada, ¿cómo pedir a los representantes de la clase principalmente responsable de ese atraso cultural y político que le ponga remedio? Costa acusaba a los responsables del atraso de España, pero se desorientaba acerca de los procedimientos que el pueblo habría de utilizar para preparar su liberación. Marx dijo, y sigue siendo [767] verdad, que la emancipación de la clase trabajadora debe ser obra de ella misma. Esa frase, utilizada por quienes no son obreros, la han explotado ciertos demagogos para desorientar y desmoralizar precisamente a la clase trabajadora. ¿Era Marx un obrero? ¿Lo era Federico Engels, hijo de un fabricante, que a la muerte de su padre heredó parte de sus bienes, con los que ayudó fraternalmente a Marx y a sus familiares? Esa frase tiene un profundo sentido político de clase, y quienes primeramente la utilizaron querían servirse para educar políticamente a la clase trabajadora. Pero no descartaban el concurso de hombres saludos de otras clases sociales. Es más: todas las conquistas favorables al proletariado de ambos sexos se deben a hombres que jamás estuvieron sometidos a un salario. Los avances de que goza hoy el sexo femenino, dejando a un lado casos aislados, los han logrado las mujeres merced al esfuerzo de ciertos hombres de sentimientos altruistas. Lo que importa es el hombre, no su condición social, que en el transcurso de su vida suele modificarse.

¿Diputados o concejales o ministros obreros? No. Representantes de la clase trabajadora, elegidos por ella misma, obreros si los hay en sus filas con la formación de clase indispensable para evitar ser juguete de la clase adversaria, desde luego. El obrero sin ideales es una rémora dentro de su propia clase. Costa no quiso sentarse en los escaños del Congreso de los Diputados. No quiso, dijo, contribuir a una farsa. Pero él no hubiera sido un farsante. A pesar de ello, fue al Parlamento a informar a una de sus secciones en contra del proyecto de construcción de la escuadra. Su informe impresionó favorablemente a la opinión; pero ese efecto habría sido inmensamente más eficaz si desde su escaño de diputado hubiera combatido a los responsables de la ruina de España. Más tarde, en el mes de mayo de [768] 1908, otra Comisión parlamentaria abrió información pública acerca del proyecto de ley reprimiendo el terrorismo, que en Barcelona causaba víctimas inocentes. Maura y Cierva llevaron ese proyecto de ley a las Cortes a petición del gobernador civil de la Ciudad Condal, entonces Ossorio y Gallardo, cuya gestión al frente de aquel departamento dejó bastante que desear. Contra ese intento de limitar las libertades constitucionales –de las que muchos se burlaban, educando pésimamente a los trabajadores– se alzaron la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista, designando a Pablo Iglesias para que hablara en una sección del Congreso de los Diputados en su nombre. ¡Y con qué bríos lo hizo! ¡Y que ovación oyó al salir del palacio de las Cortes! Con Iglesias fuimos hasta que en la Puerta del Sol tomó el tranvía número 6 con dirección a su casa, Ferraz, 68. El proyecto de ley ideado por los gobernantes conservadores quedó enterrado después del discurso del apóstol del

Socialismo, que por entonces no era diputado. Iglesias habló el 19 de mayo, y Costa lo hizo el 22 del citado mes. También oí este discurso contra el engendro maurista. Costa llegó al Congreso sostenido por Miguel Moya, Rafael Calzada y Luis Moróte. Inválido, llevado en una silla, produjo efecto extraordinario su violenta catilinaria. La Comisión dictaminadora la presidía Francisco Bergamín, cacique malagueño continuador en aquella provincia de la política canovista. Costa no hablaba en nombre de ningún partido. Sería pueril negar por eso que tras de aquel gigante del pensamiento no había una enorme masa de opinión. Pero no estaba organizada. Pablo Iglesias, en cambio, lo hizo representando a dos entidades muy modestas en aquella época, pero con un prestigio y una autoridad moral que impresionaban. He aquí un párrafo del informe oral de Iglesias: “Cuando se nos ha tachado de gubernamentales y se nos ha criticado por vivir dentro de la ley, hemos dicho que mientras no tuviéramos fuerza para [769] vencer revolucionariamente y se nos permitiera vivir en la legalidad, de la legalidad nos serviríamos para educar y organizar a nuestros compañeros de trabajo. Mas si ahora nos cerráis ese camino, ni nos amilanaremos ni nos cruzaremos de brazos: iremos por el otro, seremos terroristas, y estad seguros de que lo seremos de verdad, de que daremos la cara”. En tan breves líneas no se pueden decir más verdades. Por eso, la siembra efectuada por Pablo Iglesias no se perdió, aunque tardase en fructificar. La prensa liberal echó el resto elogiando el informe de Costa. Lo merecía, sin duda, pero los que utilizaron al insigne aragonés iban a lo suyo: a desalojar a Maura para colocar a Moret en la cabecera del banco azul. Esa mutación no le interesaba a Costa, ajeno a las maquinaciones de Miguel Moya y sus colaboradores. Menos aún le interesaba a Pablo Iglesias.

[770] VICENTE BARRIO, SECRETARIO
DE LA UNION GENERAL

La huelga de Elche

No fue de los fundadores, pero pocos hombres de la organización obrera española tienen historia superior a la de Vicente Barrio Minguító, nacido el 27 de octubre de 1863 en Quemada (Burgos), en un ambiente rural nada propicio para los ideales de emancipación social. Barrio hizo en Madrid el servicio militar, y al ser licenciado se puso a trabajar como obrero vidriero-fontanero, creando en 1893 la Sociedad de su oficio, e incorporándola a la Unión General de Trabajadores, en la que llegó a ser vicepresidente. Aunque afiliado a la Agrupación Socialista, sus principales actividades se concentraron siempre en el terreno sindical. Al dimitir Antonio García Quejido su puesto de secretario de la Unión General de Trabajadores, le sustituyó Vicente Barrio, el 7 de julio de 1903; estuvo en la dirección de esa central sindical, primero como secretario y después como tesorero, durante veintisiete años, más que ningún otro, exceptuando a Pablo Iglesias. Barrio tuvo como auxiliar de secretaría a Manuel Várela, tipógrafo, que ingresó en el Arte de Imprimir el 5 de mayo de 1899, y poco después en la Agrupación Socialista, muy identificado con Iglesias. Várela fue de los hombres más activos y eficaces en el movimiento sindical y político, a pesar de no haber figurado nunca en primera fila. Al fallecer, siempre al servicio de la Unión General y del Partido Socialista, fue objeto de un merecido homenaje, conservándose sus restos en el Cementerio civil de Madrid.

Como acontecimiento saliente en la historia de la Unión General de Trabajadores durante la etapa de Vicente Barrio figura la célebre huelga general de los obreros costureros de alpargatas, de ambos sexos, en Elche, resuelto favorablemente por gestiones suyas. El acontecimiento bien merece ser recordado. En febrero de 1903 el patrono ilicitano Heliodoro Vidal Amat se opuso a readmitir al obrero José García Ordóñez, quien había sido despedido por haberse negado a faltar a las cláusulas del contrato de trabajo. Debe advertirse que la Sociedad de Alpargateros de [771] Elche, orientada por socialistas, creada el 5 de marzo de 1898, consiguió sin huelga, en 1902, firmar con el gremio patronal un contrato de trabajo, uno de los primeros que se implantaron en España. Ese contrato fue falseado por aquel patrono, surgiendo la huelga, al hacer causa común el resto del personal con el injustamente despedido. Como la patronal quiso repartir la producción de la fábrica de Vidal entre otros talleres, surgió la huelga general del gremio, que se prolongó durante ocho meses.

Los estatutos de la Unión General de Trabajadores exigían determinadas condiciones para declarar reglamentaria una huelga. Esas las reunió aquel movimiento, lo que quiere decir que semanalmente cada afiliado a las diversas Sociedades obreras adheridas en España a la Unión General tenía que cotizar cinco céntimos a favor de los obreros en lucha. Vicente Barrio fue el encargado de girar a la organización ilicitana los miles de pesetas recaudadas, que ya se comprenderá no bastaban para cubrir todas las necesidades de los hogares en paro por culpa de la intransigencia e informalidad patronal. En los Centros obreros se abrieron suscripciones a favor de los huelguistas de Elche, habiendo girado la Unión General para ayuda de este movimiento

61.294,15 pesetas, cantidad fabulosa por entonces. Cuarenta semanas duró la lucha, hasta que un día se presentó en Elche Vicente Barrio y tuvo el acierto de resolver el conflicto mediante un laudo, aceptado por obreros y patronos. ¿Se quiere algo más para garantizar la popularidad de un hombre?

Lo de menos eran las condiciones del laudo, que imponían otorgar un aumento de un dos por ciento en los salarios y la reintegración en sus puestos de todos los huelguistas sin represalias, venciendo, después de tan largo periodo, a la clase patronal y consolidándose la organización obrera. El 1º de mayo siguiente, el semanario socialista de Alicante *Mundo obrero* publicó una oleografía a tres colores, con Vicente Barrio descendiendo a caballo sobre Elche, aportando la victoria y la paz. Barrio llegó a ser idolatrado en aquella ciudad levantina. He aquí lo que escribió Juan Barceló, secretario y fundador de la citada organización [772] alpargatera de Elche: “En aquel histórico movimiento huelguístico pudimos apreciar en Barrio, quien nos era desconocido personalmente, las relevantes cualidades del hombre que estaba bien compenetrado y capacitado de la misión sindical nacional que se le había confiado. Vicente Barrio, en aquellos aciagos y trágicos días, era esperado en Elche como un nuevo Mesías, como un ser sobrenatural. La huelga se ganó, quedando bien cimentados los prestigios de la Unión General y de su táctica. ¡Todavía nos parece aquella obra de titanes, a pesar de los años transcurridos!”.

No fue aquella victoria obra de la casualidad. La organización obrera y socialista de Elche estaba especialmente capacitada para sufrir aquel bautismo sindical. La Agrupación Socialista de Elche nació el 6 de enero de 1892. Allí ya había estado Pablo Iglesias, y no fue el único orador que intervino en aquella industriosa ciudad, de abolengo liberal y republicano. El Socialismo crecía, pues, en ambiente favorable. Entre los que más lucharon en los primeros años figuraron – y la relación no es completa– Francisco Miñano Macía, Pascual Román Antón, Francisco Agulló, José Granés, José Serrano Candela, Salvador Ferrandiz Torres, Juan Barceló Gozávez, Antonio Serrano Sánchez, Juan Vázquez Sempere, Pedro Valero Climent, Germán Peñalva Mendiola, Juan Román Antón, Salvador Díez Quiles, José Vives Vives, Carlos Soler Sansano, Manuel Serrano Orts, Pascual Mogica González y Francisco García Alberola, fallecido en la emigración, como tantos otros socialistas ilicitanos, especialmente en Orán. Se ha de advertir que no todos terminaron sus actividades en las filas socialistas, pero todos merecen ser recordados. ¡Cuánto heroísmo anónimo! En 1905 fue adquirida la propiedad del teatro Llorente, de Elche, por donde han desfilado las personalidades más salientes de las izquierdas españolas, sin exclusivismos sectarios. Elche tuvo concejales socialistas, organización obrera femenina importante, Juventud Socialista, Coros socialistas, prensa adicta a la Unión General y al Partido Socialista, vida propia y prestigio colectivo, en una palabra.

[773] Otra gestión afortunada de Barrio fue su intervención en la campaña llevada a cabo por él en la cuenca minera de Cartagena, con ocasión de los trágicos sucesos desarrollados en La Unión, importante núcleo obrero, dominado por los partidarios de la acción directa. En cambio, en Mano del Beal, localidad vecina, los adheridos a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista eran mayoría, con Casa del Pueblo propia, amplísima y bien acondicionada, por donde pasamos casi todos los propagandistas de ambos organismos. Barrio hizo un informe, publicado en folleto, que alcanzó gran resonancia, divulgando los sufrimientos y atropellos soportados por aquella masa minera, la más explotada y abandonada en la península, subrayando los atropellos y

arbitrariedades cometidos por las autoridades, que utilizaron la Guardia Civil para saciar su sed de venganza contra un grupo de modestos militantes de organizaciones extremistas, la mayoría de ellos analfabetos. Naturalmente, el caciquismo conservador de Maestre, apoyado por García Vaso, ex republicano y aliado de Romanones y Cierva para conservar cierta hegemonía municipal en Cartagena, intentó difamar a Barrio, consiguiendo tan sólo proporcionarle un éxito personal, porque Pablo Iglesias, diputado por primera vez, llevó al Parlamento los trágicos sucesos y atropellos narrados por Barrio, dando a sus denuncias estado parlamentario y obligando al Gobierno a intervenir para esclarecer los hechos denunciados, aunque, naturalmente, en lo esencial, quedaran impunes, por desgracia.

Durante la célebre huelga en la cuenca de Ríotinto, las intervenciones de Barrio fueron frecuentes. Al frente de aquel movimiento estuvieron hombres que habían gozado de su confianza, hasta el extremo de haberlos escogido para ir a la citada región como delegados de la Unión General de Trabajadores. El más destacado, Eladio Fernández Egocheaga, sin atenerse a las normas trazadas por Barrio, orientó aquel movimiento huelguístico con las particulares características de su idiosincrasia personalista, un tanto ególatra. Al reunirse el XI Congreso de la Unión General de Trabajadores, en agosto de 1914, los debates acerca de la [774] huelga de Ríotinto y sus consecuencias fueron tan extensos como apasionados. Facundo Perezagua, responsable a su vez de otro movimiento sindical muy discutido en Vizcaya, y Eladio Fernández Egocheaga, por el de Ríotinto, fueron censurados por Manuel Llana, secretario del Sindicato Minero Asturiano, y Vicente Barrio, entre otros, en intervenciones que alcanzaron el mayor relieve y que el Congreso obrero sancionó con su voto por inmensa mayoría.

Pero la obra verdaderamente trascendental de Barrio en el terreno sindical fue la organización de los ferroviarios españoles, tarea en la que puso sus más caras ilusiones. Los ferroviarios habían estado casi siempre influenciados por los republicanos más que por los anarquistas. *La Locomotora Invencible*, que hizo un movimiento huelguístico y fracasó ruidosamente, había llevado previamente a un mitin en el teatro Barbieri a Nicolás Salmerón, quien no consiguió sostener con vida aquel organismo. Barrio y sus colaboradores decidieron agrupar a los ferroviarios mediante un número –sin que su nombre figurara en la documentación, aunque sí en el fichero– dentro de las Sociedades de Profesiones y Oficios Varios, para evitar represalias y traslados por parte de las Compañías de Ferrocarriles. Cuando el número de ferroviarios adheridos fue creciendo, las Sociedades citadas crearon Secciones independientes dentro de una Federación Nacional de Ferroviarios, dirigida y administrada por Barrio y otros socialistas ajenos al servicio ferroviario. Ese mismo sistema se utilizó en el resto del país por afiliados a la Unión General de Trabajadores, siguiendo instrucciones de Barrio desde la secretaría de este organismo. Así, los ferroviarios españoles llegaron a tener una organización seria y responsable merced a otros trabajadores que, robando horas al descanso, sin retribución de ninguna clase, actuando con actividad y prudencia, lograron la sindicación de varios miles de obreros y empleados en casi toda España. Una vez constituida la Federación Nacional de Ferroviarios Españoles, presidida por Barrio y otros socialistas y ugetistas, se reunió el primer Congreso nacional, dentro del mayor entusiasmo, comenzando [775] a surgir militantes activos dentro del propio seno del nuevo organismo, que iban sustituyendo a los fundadores.

La Federación tuvo varios éxitos iniciales, abriendo demasiado pronto las ilusiones de los

recién organizados del carril. Digamos, como explicación, que Barrio fue enemigo de algunas transformaciones sindicales importadas de Francia, iniciadas en Asturias por Manuel Llanea creando el Sindicato Minero Asturiano con caja centralizada y un secretariado retribuido. Barrio estaba educado sindicalmente en las sociedades de oficio, que a su vez constituían Federaciones de esa misma profesión, con cajas autónomas, sin cargos retribuidos ni centralizaciones de tipo nacional. Además, no transigió jamás con anarquistas ni sindicalistas. Por eso no intervino en la preparación de la huelga general de agosto de 1917, ni formó parte del Comité de organización de la misma, que actuó de acuerdo con la Confederación Nacional del Trabajo en Barcelona, dirigida por anarquistas. Barrio estaba compenetrado con García Quejido, enemigo acérrimo de los ácratas, que en Gijón atentaron contra su vida y en Barcelona obstaculizaron su gestión al frente de la Unión General de Trabajadores, al nacer allí esta central obrera. Los socialistas utilizaban el término societario al referirse a los afiliados a las Sociedades de oficio. La palabra sindicalismo o sindicalista contrariaba a Barrio y a sus colaboradores, y hasta dio lugar a controversias durante cierto tiempo. Al regreso del Penal de Cartagena, Largo Caballero, gerente de la Mutualidad Obrera, abandonó ese cargo, en el que llevaba trece años, para ocupar el puesto de Barrio, que pasó a ser tesorero de la Unión General de Trabajadores hasta su fallecimiento

Designado por la Agrupación Socialista Madrileña, Barrio fue concejal por el distrito de Chamberí, al mismo tiempo que lo era Antonio García Quejido por el de Universidad. Su gestión municipal no estuvo exenta de peligros personales. En un mitin celebrado por las Sociedades [776] obreras de panaderos de la Casa del Pueblo en el teatro Barbieri, enclavado en el distrito del Hospital, pronunció un discurso contra la gestión de los tenientes de alcalde, que percibían de la patronal determinadas cantidades mensuales a cambio de consentir faltas en el peso y en la calidad del pan, con daño para los consumidores Terminó diciendo que todo ello concluiría el día en que el vecindario se decidiese a ir al Ayuntamiento y arrojase desde los balcones del mismo a los responsables de tanta vergüenza e inmoralidad. Los aludidos, en la inmediata sesión municipal, quisieron que Barrio rectificara, y lo que obtuvieron fue un nuevo éxito político a favor de él. Posteriormente fue designado diputado provincial socialista por el distrito Latina-Chamberí, y como tal, visitador del Hospicio madrileño, cargo que desempeñó amorosamente, velando por la infancia allí abandonada; aceptó este puesto honorífico con especial predilección, al recordar que entre aquellos lóbregos muros había pasado parte de su niñez Pablo Iglesias. En 1919 fue candidato a diputado a Cortes por Mahón, frente a Lerroux, al que derrotó, y frente al liberal y ministerial Llansó, victorioso por la presión oficial. Barrio consiguió abrir brecha en el distrito donde los socialistas luchaban por primera vez. Con este motivo pronunció discursos en varias ciudades de las Islas Baleares, como había hecho en otras regiones españolas, a lo largo de su gestión obrera de tipo nacional. Como Secretario de la Unión General de Trabajadores concurrió a las Conferencias de tipo sindical internacional, convocadas por el secretariado, quexresidía en Berlín, a cargo de Legien. Vicente Barrio Minguito, tesorero de la Unión General de Trabajadores falleció el 10 de junio de 1926; a su entierro civil acudimos gran número de amigos y correligionarios, testimoniándole así cuan grande estimación sentíamos por aquel luchador modesto y tenaz de los primeros años de este siglo.

[777] *Pablo, Amparo y Juanito*

En 1893 Amparo Meliá, con su hijo Juanito, de nueve años, dejó su hogar en Valencia, donde residía, casada con Vicente Almela, tipógrafo, socialista, como ella, y se instaló en Alicante, en el hogar de otro socialista, Joaquín Adrián desde donde escribió a Pablo Iglesias informándole de lo que había hecho y de que se disponía a ir a Madrid para trabajar en su profesión de pasamanería. ¿Qué pasó en aquel matrimonio valenciano para que se deshiciera una familia fundada en las mismas ideas? He conocido a Vicente Almela, que seguía afiliado a la Unión General de Trabajadores a través de la Tipográfica valenciana, aunque no al Partido Socialista. La versión recogida en la capital levantina es bien sencilla: Amparo y Vicente pertenecían a la Agrupación Socialista de Valencia, donde estallaron dos tendencias. ¿Motivo? Era lo de menos.

En el fondo, cuestiones personales. Unos cuantos afiliados, muy pocos, crearon un Grupo de Estudios, mientras otros, siguiendo el consejo de Iglesias, se mantuvieron en la Agrupación Socialista, criterio que adoptó Amparo frente al de su compañero. Dividida la Agrupación, cada uno se mantuvo en campo diferente, deshaciéndose el hogar, que acaso estaba ya quebrantado. Estalló, pues, la tormenta, que de haber habido mediador de altura hubiera podido sofocarla. Pedir eso entonces en Valencia era imposible. De temperamento impulsivo, casi violento, Amparo se lanzó a la aventura. Estaría entonces alrededor de los treinta y dos años.

Trasladados a Madrid, Amparo y Juanito, llevados por Iglesias, vivieron en el domicilio de un socialista, Luis Pallares, casado con Adela Román, matrimonio con muchos hijos, dueño de un modesto negocio de venta de hules. Durante unos meses fueron como de la familia. Todos trabajaban; pero Amparo comprendió que no podía seguir con su hijo a expensas de una familia numerosa sin vida económica segura. Por otra parte, el negocio de Pallares no [...] ³¹. Tuvo que vender el hotelito de Carabanchel donde había recogido a Juanito y a su madre, instalándose en la [778] calle de Toledo, 93, poniendo a trabajar a sus hijas con Amparo, que montó taller de pasamanería, su profesión en Valencia, en la calle del Bastero, 6, donde Iglesias encontró un cuarto interior –el mismo en que años después, vivió Fermín Blázquez, cuando, al abandonar Santander, ya casado con Agustina Escudero, se instaló en Madrid, domicilio que yo frecuenté, y donde perdieron el primer hijo–, en el que Amparo comenzó a tener hogar común con Pablo, iniciando éste vida nueva, tranquila y feliz.

¿Feliz? Hemos ido un poco de prisa. Porque surgió la huelga contra la casa Larios, en Málaga, donde Iglesias cayó preso, enfermo, teniendo que abordar Amparo los problemas del hogar, con su hijo, cuando todavía no estaba habituada a las costumbres de la vida proletaria en Madrid. Pero Amparo estaba dotada de iniciativas y de vida propia. Al regresar de Málaga, de su primera prisión, Iglesias se encontró con que su compañera se había trasladado a la calle Bailén, 15, cuarto interior en condiciones higiénicas más aceptables. Nueva prisión de Iglesias, para cumplir la pena impuesta por la Audiencia de Málaga, y nuevo traslado, en 1896, a otro cuarto interior en la calle de Mendizábal, 6, barrio tranquilo, donde Juanito comenzó a trabajar en la imprenta que regentaba Gómez Latorre, próxima al nuevo hogar, y después, ya tipógrafo, en colaboración con García Quejido.

³¹ Palabra ilegible en el original.

Ese mismo año, con Vera, Casimiro Muñoz y García Quejido, Pablo Iglesias intervino en el Congreso Socialista Internacional reunido en Londres. En la misma época en que Unamuno actuaba de colaborador en *La Lucha de Clases*, de Bilbao, en cuya Agrupación Socialista militó breve tiempo. Menos aún estuvo en sus filas Manuel Bueno, que también fue afiliado al Partido Socialista en Bilbao por entonces, aunque nunca quiso recordarlo. Iglesias, ayudado por José Mesa, que le traducía al francés sus trabajos, colaboraba en prensa socialista europea, obteniendo a veces algunos ingresos, siempre insuficientes para aquel hogar. En julio de 1897, Iglesias acudió al Congreso Socialista reunido en París, y publicó en folleto los artículos aparecidos en *El Socialista* con el título *El Partido Socialista en España*. Poca venta y magros ingresos. Por fin, ¡un cuarto exterior! mayo de 1898, en la calle de Luisa Fernanda, 14. Amparo ha ideado alquilar dos habitaciones a dos buenos camaradas, uno Bernardo Lumbreras, fundador de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, cobrador de recibos de la Agrupación Socialista Madrileña, repartidor del semanario entre suscriptores y cambios. ¡Hombre admirable! Y otro, Francisco Diego, secretario del Partido Socialista, redactor de "La Semana burguesa", sección periodística leída con vivo interés, regente de la imprenta de Rojas, de vida austera, en quien encontró Iglesias un colaborador ideal, cultísimo, fino, amigo del arte y de la buena literatura. No era orador, pero con la pluma, tajante, levantaba ronchas. "Sin llevar barba ni bigote, tenía sonrisa de curita", dice Meliá en su libro *Pablo Iglesias, rasgos de su vida íntima*. Tuvo a Juanito de aprendiz en la imprenta de Rojas. En ese libro de Meliá hay detalles de cómo era el Iglesias que conoció en sus primeros años, al formar hogar común. Según refiere el que para Iglesias fue un hijo, y como nietos considero siempre a los hijos de Juan Almela Meliá, cuando éste contrajo matrimonio con la hija de Santiago Pérez Infante, conserje del Centro de Sociedades Obreras, calle de Relatores, 24; le gustaba mucho el teatro, y de buena gana hubiera sido actor. Tenía buena voz, sabía las canciones de las zarzuelas en boga, que cantaba en su hogar, sin dejar de interesarse también por el género que cultivaban las grandes figuras de la escena española. Pablo Iglesias, en plena vida, hermoso como hombre, se sentía adorado en aquel hogar obrero formado alrededor de una mujer de carácter entero, con personalidad propia, que durante años supo cuidarle como continuación de una madre que había perdido, siempre recordada por él.

A fines de siglo sufrió grave enfermedad. El doctor Vera consiguió salvar la vida a Iglesias, y a ello contribuyó no poco la solidaridad de Inocente Calleja, que al conocer la gravedad de su estado, se presentó en aquella modesta vivienda, comenzando a llevar todo lo necesario para su curación. Cuando Iglesias recobró la salud, agradeció a Calleja las [780] atenciones que había tenido, suplicándole cesaran. Fue entonces cuando Calleja se impuso, y obligó a Amparo y a su marido a trasladarse a otro piso, calle de Mendizábal, 6, donde Iglesias tenía, ¡por primera vez! un despacho soleado y una vivienda relativamente cómoda. Calleja ayudó con su dinero al Partido Socialista en cuantas ocasiones fue necesario, sin reingresar en sus filas. Adquirió una imprenta, que instaló en la planta baja de la casa donde vivía Iglesias, para dedicarla a las necesidades del Partido Socialista. De esta imprenta fueron regentes, primero, Baldomero Huetos, y más tarde, Felipe Peña Cruz. En estos talleres empezó a tirarse *El Socialista* semanal. Calleja quería que la imprenta fuese propiedad de Iglesias. No lo consiguió. Juan A. Meliá publicó en aquella imprenta de la calle Mendizábal, 6, *La Revista Socialista*, quincenal ilustrada cuyo artículo de entrada firmaba Matías Gómez Latorre.

Inocente Calleja adquirió unos hoteles en El Escorial, para que en ellos, los veranos, pudiera descansar Iglesias y también para dedicarla el producto de sus ventas. Estando el propio Calleja en estos hoteles, de su exclusiva propiedad, oyó decir a unos señoritos de los que veraneaban por allí que aquellos eran propiedad de Pablo Iglesias, el vividor que engañaba a los obreros. La reacción de Calleja fue tan violenta como merecida. El cariño de este hombre por Iglesias, y también por las ideas representadas por él, salvó y prolongó su vida. Dentro de la casa lo era todo, vigilando por que no faltara de nada esencial. Como la imprenta no era negocio que le interesara a Calleja, se deshizo de ella, una vez garantizadas las publicaciones del Partido Socialista, pasando a ser propiedad de Felipe Peña Cruz. Organizó el traslado de aquella familia al número 70 de la calle de Ferraz (más tarde, el 68). Calleja, como Iglesias, vivía soltero con su madre, hasta que esta falleció. Tuvo tres ahijadas, casadas. Una de ellas era su única familia, pero el marido emigró a México, donde falleció, y más tarde moría también la ahijada de Calleja, dejándole un niño, que adoptó como nieto. Con su ahijado Inocente, la buena y abnegada Candelas Mateo, fiel servidora de[781] Iglesias, huérfana de un antiguo tipógrafo, fundador del Partido Socialista, Calleja y su hija se instalaron en la calle de Ferraz, 68, cuando Juan A. Meliá formó hogar por separado.

En la primavera de 1915, por prescripción facultativa Iglesias pasó una temporada en Torre del Mar, precioso pueblecito cercano a Vélez-Málaga, donde le visité en ocasión de una serie de conferencias que di por Málaga y su provincia, como presidente de la Federación de Juventudes Socialistas. Iglesias se hospedaba en casa de Pastor, un admirable socialista, cuya esposa le cuidaba como a un hermano. En unos minutos iba a la plaza, pasando ratos leyendo, o en amenas conversaciones con sus visitantes, que no escasearon al difundirse la noticia de su estancia en aquel pueblo malagueño. Al regresar a Madrid, relativamente fortalecido, Amparo y Calleja estaban enfermos de gripe, teniendo que acompañarles en un viaje que hicieron a Valencia, ya convalecientes, para recuperar la salud perdida. Se aproximaba la fecha del 1º de mayo, en cuyo día su presencia al frente de la manifestación internacional organizada en Madrid era esencial; pero la víspera recibió Meliá un telegrama anunciándole que por la gravedad del estado de Calleja era imposible regresara a Madrid. En efecto, el día 5 de mayo quedaron para siempre en el cementerio civil de Valencia los restos de Inocente Calleja, internacionalista, hombre de corazón abierto, gracias a cuya solidaridad Iglesias y los suyos habían vivido sin agobios económicos durante quince años, cuando su salud estaba más quebrantada.

De regreso a Madrid, al examinar las cláusulas testamentarias se vio que Calleja no había olvidado a nadie. Había mandas para sus dos ahijadas, para el nieto y ahijado, para un oficial que trabajaba en la platería, donando ésta con sus existencias al encargado de la misma. A Iglesias le dejó diez mil pesetas, que pasaron íntegras a la caja en favor de *El Socialista*. Amparo tomó posesión de los hoteles de El Escorial, con cuya renta, decía el testamento, debía procurar que Iglesias no careciese de nada esencial. No le dejó los hoteles a éste porque [782] estaba seguro de que los entregaría al Partido Socialista, sin beneficio alguno para su salud y para la prolongación de su existencia. El espíritu previsor de Calleja sirvió para evitar que Amparo, a quien el régimen franquista despojó de la modesta pensión vitalicia otorgada por el Parlamento de la República, tuviera que morir en un asilo. La memoria de aquel benefactor deberá ser eternamente recordada con cariño por cuantos se consideran continuadores de la obra gigantesca impulsada por Pablo

Iglesias.

La imprenta que creara Inocente Calleja –fundador de otra en los años de la Primera Internacional para garantizar la salida del semanario que tuvieron en Madrid los internacionalistas, lo que revela el espíritu previsor de aquel luchador– consolidó la vida del semanario del Partido Socialista y de las publicaciones de la Unión General de Trabajadores. Felipe Peña Cruz, que adquirió aquellos talleres, siguió la ruta iniciada por su primitivo propietario, editando en ellos *El Socialista* hasta 1913, en que se transformó en diario. Gran devoto de Iglesias, largo tiempo fue tesorero del Partido Socialista y administrador del periódico. En la imprenta de Peña Cruz trabajé dos años, rodeado de cariño y estimación. Pude ser dueño de aquellos talleres, dispuesto su propietario a cedérmelos sin condiciones: tal era la estimación que sentía por mí; pero yo nunca quise ser patrono, aunque tuve varias oportunidades para haber dejado de ser asalariado. La Gráfica Socialista, San Bernardo, 68, de la que fui gerente fundador, fue idea de Peña Cruz, quien me informó de la posibilidad de adquirir aquellos talleres al fallecer su propietario. Juntos hicimos las gestiones previas, con absoluto secreto, aunque yo sin comprometer los intereses del Partido Socialista hasta estar seguro de su éxito y de la conformidad de la Comisión Ejecutiva, presidida por Besteiro. Por desgracia, había fallecido ya Iglesias, que no pudo ver realizada una de sus grandes aspiraciones. Sin la colaboración de Peña Cruz, yo no hubiera podido llevar a cabo aquella empresa, tan beneficiosa para el diario del Partido Socialista, que allí comenzó a publicarse en rotativa con seis y ocho páginas algunos días, por primera vez, en imprenta colectiva.

[783] *El Socialismo y los intelectuales*

El 13 de septiembre de 1903 se reunió en Dresde el Congreso del Partido Socialista de Alemania. Presidió P. Singer, diputado durante muchos años por Berlín, una de las figuras más veneradas, y en los debates de tan magna asamblea tomaron parte, entre otros, Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Mehring, Wolmar, Kautsky y Bebel, gran divo durante años en el Socialismo internacional, quien declaró lo que sigue, tomado del libro editado con las actas de dicho Congreso: “Mi experiencia me permite deciros; poned a prueba a todo camarada nuevo, pero haced eso mismo dos o tres veces con los intelectuales. No se les puede rechazar; tenemos necesidad de intelectuales y de su saber. Pero precisamente porque son intelectuales, su primer deber es informarse cerca de los proletarios de cómo piensan éstos, ya que saben mejor que ellos de qué se trata en la lucha del proletariado”. Dirigiéndose al que ocupaba un puesto de responsabilidad en el diario *Vorwaerts*, órgano central del Partido Socialista alemán, Augusto Bebel decía en ese congreso de Dresde de 1903: “Usted es un camarada perfecto, un periodista extraordinariamente capaz; pero para estas cosas yo deseo otro, pues usted es aún demasiado joven. No conoce usted la historia del Partido, ni las personas, ni la situación de cada uno, y así acontece que al lado de vuestros brillantes artículos, de alto mérito intelectual, usted a veces escribe cosas que a nosotros los veteranos nos ponen los pelos de punta”. Parodiando a Bebel, ¡qué de veces les pusieron a Iglesias y a Besteiro los pelos de punta ciertos titulados intelectuales en las etapas en que dirigido *El Socialista* por profesionales, estuvo a punto de desaparecer! En *Parlamentarismo y Socialismo* obra escrita por Kautsky al final del siglo pasado, se encuentra este párrafo, que resume admirablemente el pensamiento de autor tan esclarecido: “Los escritores burgueses se han estrellado con esta relación de dependencia en que se encuentra el periodista

socialista respecto a sus lectores, siempre que atraídos por el creciente esplendor de la prensa obrera se han acercado a ella, en la creencia de que encontrarían un [784] público de trabajadores estúpidos que se iban a prestar con más docilidad aún que el público de la prensa burguesa, a servir de escabel para conquistar una posición elevada. Cuando se han convencido de que sus propósitos no podían prosperar, de que padecían un error, han clamado contra la tiranía del Partido, y lo han abandonado con el pretexto de disfrutar más libertad y después vendido su pluma al capitalista que mejor se la ha pagado. Han creído esos periodistas que se degradaban sometiéndose al Partido, y es que su excesivo egoísmo y sus muchas pretensiones les han cegado, sin dejarles ver que el solo hecho de estar al servicio de una causa tan grande y tan bella como la que el Socialismo defiende, es la mayor exaltación que un hombre honrado puede alcanzar”.

Besteiro, en el Congreso que el Partido Socialista celebró en Madrid el 24 de noviembre de 1918, cuando se acercaron al Socialismo varios intelectuales atraídos por la victoria electoral del Comité de Huelga y por el triunfo de la revolución rusa, les exhortó a que tradujesen, divulgaran y estudiaran la doctrina marxista, ya que alardeaban de ser fieles devotos de la misma, desconociéndola más que muchos trabajadores manuales. Ni un solo libro, ni un folleto, ni una conferencia doctrinal se debió a los hombres a que aludo, la inmensa mayoría perdidos para las ideas. Por eso mismo, Besteiro, en el Congreso reunido el 25 de abril de 1920 en el salón teatro de la Casa del Pueblo pronunció un memorable discurso, del que tomo lo que sigue: “Los extremistas están comprometiendo el concepto moral del Partido, pues por imprudencias de muchos se ha hecho creer a las gentes que se recibe y se pide dinero al extranjero para hacer la revolución. ¿Qué se hace de la moralidad inmaculada del Partido Socialista Obrero Español? Esto es imitar a los pollos mal educados de la burguesía, a Rastignac, el periodista que, después de jugarse la última peseta, decide ser canalla para siempre, para seguir viviendo”.

[785] *Problemas de táctica*

El 26 de abril de 1903 hubo elecciones generales, bajo un Gobierno presidido por Silvela, con Maura en el Ministerio de Gobernación triunfaron los republicanos en las grandes capitales, como hemos dicho en otro apartado. En agosto la Agrupación Socialista Madrileña abordó el problema de ir en alianza con los republicanos en las inmediatas elecciones de concejales. Entre los primeros firmantes figuraron García Quejido y Gómez Latorre, por entonces vicepresidente del Partido Socialista. En contra se pronunciaron Pablo Iglesias, Largo Caballero y García Cortés. Aunque con poca diferencia, triunfó el criterio defendido por García Quejido.

El Comité Nacional del Partido Socialista, cumpliendo con su deber, planteó el problema suscitado por la Agrupación madrileña al resto de las entidades afiliadas, acompañando a la consulta el razonamiento suscrito por los autores, redactado por García Quejido. A su vez, para que las Agrupaciones tuvieran al decidir su criterio la opinión del Comité Nacional del Partido Socialista, presidido por Iglesias, éste redactó la oportuna réplica. La propuesta de García Quejido y sus otros firmantes obtuvo la aprobación de 26 Agrupaciones. En contra lo hicieron 50, y dos se abstuvieron de votar. Por tanto, prevaleció el criterio expresado por Pablo Iglesias, en nombre del Comité Nacional del Partido Socialista. Coincidiendo con este criterio, Iglesias escribió fortaleciendo su punto de vista:

[786] “Las coaliciones, como se sabe, son accidentales, frecuentes entre partidos afines, y muy raras entre los partidos extremos. Diversas razones ha tenido el Partido Socialista para no entrar en ellas. En los primeros tiempos obligóle a proceder así no sólo su carácter de partido opuesto por principios fundamentales a todos los partidos burgueses, sino el hallarse en periodo de formación y ser su fuerza, por lo mismo, insignificante. Solicitar coaliciones en estado tal habría sido ridículo y suicida. Más tarde, cuando tuvo Verdadera fuerza y fue reconocida su personalidad por todas las fracciones políticas, se ha negado a coaligarse con los partidos más afines a él, ya por su naturaleza de partido antiburgués, ya porque las circunstancias políticas no han reclamado de veras que diera semejante paso. Circunstancias puede haber en que el Partido Socialista debe coaligarse con los partidos burgueses avanzados; cuando llegue ese caso, lo hará; pero fuera de él y cumpliendo lo resuelto en los Congresos internacionales, rechazará esa especie de coaliciones”.

Obsérvese que en esta declaración, Iglesias dejaba abierta la puerta a la Conjunción Republicano-Socialista, que nació en 1909 para combatir la política nefasta del Gobierno Maura y La Cierva durante aquel verano, culminada con el fusilamiento de Ferrer en Barcelona.

En 1903 triunfaron 94 concejales socialistas en 35 municipios. En total, llegó a 134 el número de concejales en 50 Ayuntamientos, contando los elegidos en 1901. En Bilbao había 12 concejales socialistas, entre ellos Perezagua y Carretero, que perduraron en los bancos concejiles durante muchos años. En Mieres y Castellón, 5; Oviedo, Avilés y Calahorra, 3; Bejar, Eibar y Sitges, dos, y Palma, Mora y [787] Lugo, uno. En Castilla, algunos de los elegidos lo fueron con significación obrera, como afiliados a Sociedades de agricultores pertenecientes a la Unión General de Trabajadores, hasta que llegó a haber Agrupaciones Socialistas. En Oviedo fueron concejales desde primera hora Vigil, Cuartas y Bonifacio Martín.

El 2 de octubre de 1903 se publicó una real orden firmada por el ministro de la Gobernación García Alix, disponiendo que, de acuerdo con la instancia presentada por el Comité Nacional del Partido Socialista, para ser elegido concejal bastaría en lo sucesivo pagar el impuesto de cédulas personales y llevar cuatro años de residencia en la localidad. El censo electoral, durante la monarquía, fue una estafa organizada desde arriba. Para ser elector y elegible era indispensable figurar en el padrón de vecindad, que se hacía cada cinco años. Naturalmente, en muchos Ayuntamientos no figuraban en ese padrón los posibles electores de izquierdas. Hasta en Madrid fue preciso organizar una oficina, a cargo de Manuel Varela, en representación de la Agrupación Socialista, que vigilara si todos los afiliados a la misma estaban inscritos en el censo electoral, si les habían respetado su cualidad de vecinos. Anualmente se podían hacer reclamaciones, pero esa facultad resultaba ilusoria en muchos casos, por presiones caciquiles. Y no digamos nada de los procedimientos para elegir presidentes de mesa electoral y colaboradores suyos en toda suerte de chanchullos.

Instituto de Reformas Sociales

El 11 de abril de 1902, Canalejas, ministro con Sagasta, por decreto creó sobre el papel el Instituto del Trabajo, ofreciendo la secretaría del mismo a Pablo Iglesias, que la rechazó rotundamente. Lo que en manos de Canalejas había sido sólo un banderín de enganche, se

convirtió en las de Silvela en un decreto creando el 23 de abril el Instituto de Reformas Sociales, fecha en que nacía en realidad la legislación social en España. El 25 de agosto de aquel año se publicó en la *Gaceta* el reglamento desarrollando los preceptos del decreto antes citado, con celeridad inusitada. El decreto creando el Instituto determinaba que su misión sería la de asesorar al Gobierno en la elaboración de proyectos de ley relacionados con el trabajo y procurar después su estricta aplicación, para lo cual se crearía la Inspección del Trabajo. El Instituto se componía de dieciocho vocales designados libremente por el ministro de la Gobernación, seis designados en votación por las Sociedades obreras de toda España y otros seis elegidos en las mismas condiciones para llevar la voz de los patronos. Estas dos representaciones tenían otros tantos vocales suplentes. Con la intención de facilitar la designación de vocales representantes de los sindicatos católicos, disidentes de la Unión General de Trabajadores, los nombramientos se hacían por ramas de industria. Entre los patronos la añagaza dio resultado, porque hubo representaciones con significación confesional.

El Gobierno nombró para presidente del Instituto de Reformas Sociales a Gumersindo de Azcárate, sociólogo republicano, y entre los vocales de representación gubernativa por los bancos de aquella corporación desfilaron Dato, Moret, Echegaray, Melquíades Álvarez, Rafael-Salillas, Luis de Zulueta, Moreno Rodríguez, Piernas Hurtado, Ruiz de Velasco y otros, algunos, como se habrá observado, de significación republicana y liberal, lo que rodeó al citado organismo de cierto prestigio, a pesar de ser obra de los conservadores.

Los vocales obreros presentados por la Unión General de Trabajadores triunfantes en la votación efectuada en toda España con arreglo al censo social llevado en los Gobiernos civiles por 530 Sociedades obreras, fueron los siguientes: Francisco Mora Méndez, Matías Gómez Latorre, Francisco Largo Caballero, Rafael García Ormaechea, Ramón Serrano y [789] Cipriano Rubio, en total, cinco socialistas y un federal, todos afiliados a la Unión General. Como vocales suplentes y algunas veces efectivos han desfilado por el Instituto: Tomás Álvarez Ángulo, Modesto Aragonés, Francisco Núñez Tomás, José Maeso Granados, Eduardo Álvarez Herrero, Victoriano Orosa Coto, Santiago Pérez Infantes y Lucio Martínez Gil, todos socialistas. Digamos que el partido conservador creó este organismo con cierta independencia funcional y administrativa; que los nombramientos directos se hacían a propuesta del presidente y de acuerdo, cuando era preciso, con las delegaciones obrera y patronal y que todo el personal fue designado por concurso u oposición, salvo los puestos de responsabilidad que dependían del presidente y refrendaba el ministro de la Gobernación. Al nacer el Instituto fueron designados tres altos jefes para las Secciones en que estaba dividido. Para la Inspección del Trabajo fue escogido el coronel de Ingenieros José Marvá. El Instituto de Reformas Sociales nació en la calle de Pontejos, 2, y llegó a tener una biblioteca muy estimable en materia propia de su ramo. En ese local tomaron posesión de sus cargos los vocales obreros el 25 de marzo de 1904, fecha en que oficialmente comenzó a funcionar dicho organismo consultivo, de brillante historia. Contra lo que se ha dicho, sólo por oposición entraron muy pocos socialistas, al cabo de los años, en ese organismo. Juan Almela Melía logró plaza por oposición, pasando después al Ministerio de Trabajo, por decisión del ministro, ya que Primo de Rivera terminó hasta cierto punto con la independencia de que gozaba. El reglamento del Instituto sufrió amplias modificaciones, sin que en ninguna de ellas desapareciera por completo su autonomía, aunque sí cambió de nombre.

Nunca gozó de simpatías entre los reaccionarios españoles y en una parte de la clase capitalista. Primo de Rivera, acosado por esas presiones, con fecha 2 de junio de 1924, incorporó el personal y los servicios del Instituto al Ministerio de Trabajo, dejándole convertido en Consejo de Trabajo, aunque en el fondo, y hasta las personas, todo siguió igual.

Noticias de interés del año 1903

Comenzó ese año con un Gobierno presidido por Silvela, con Maura en Gobernación. Lado simpático: indulto de los anarquistas presos por los trágicos sucesos de Jerez de la Frontera. Lado odioso: sucesos sangrientos en Salamanca, Vigo, Jumilla, Almería, Madrid, Infiesto y otras localidades con intervención de la Guardia Civil, ocasionando muertos y heridos. Maura se hizo impopular, pero nadie se atrevió a pedirle responsabilidad por los crímenes cometidos bajo su mando como ministro de la gobernación. Véase lo que dijo Unamuno al asegurar que no se conseguiría nada en 1918, cuando la minoría parlamentaria socialista exigía responsabilidades por los crímenes cometidos durante la etapa del Gobierno Dato y Sánchez Guerra: “De la información —escribió Unamuno el 12 de junio de 1918— no saldrá nada limpio. El que estas líneas escribe recuerda cómo gobernando Maura, se le mandó, de orden ministerial, hacer desaparecer la prueba patente y clara —una vidriera agujereada por bala máuser— de que la Guardia Civil había matado a un pobre muchacho inocente e inerme que estaba dentro de una habitación cerrada, y de donde era imposible ni aun lanzar piedras. Y esto después de que el juez instructor militar ni siquiera quiso ir —y su razón tendría— a ver aquella prueba verdaderamente descomunal y a sacar testimonio mudo pero terrible de ella. No; no se probará nada”. Unamuno aquí hacía papel de falso radical; pero en 1903, cuando fue rector de la Universidad de Salamanca, dentro de cuyo recinto cayó muerto ese estudiante a que alude, se calló prudentemente, contribuyendo así a que el crimen cometido por la fuerza pública, amparado por Maura desde Gobernación, quedara impune. En total hubo entonces doce muertos y muchos heridos, dejando aparte los detenidos y procesados arbitrariamente. Aquella política se hundió, al fin, y tras el Gobierno Silvela-Maura vino Raimundo Fernández Villaverde, también conservador, provocando la irritación de las izquierdas, que acusaron al joven monarca de ser objeto de presiones por parte de su madre y de la infanta Isabel, metidas en todo, con gran enojo de la infanta Eulalia, tía del rey, según refiere ésta en sus memorias, muy interesantes, por otra parte. El 11 de noviembre de 1903, Maura leyó su discurso de ingreso en la Academia Española, imponiéndole la medalla Fernández Villaverde, presidente del Consejo de Ministros, quien saltó de su poltrona gubernativa poco después —4 de diciembre— por un discurso parlamentario de Maura nada benévolo, aclamado por los diputados conservadores como jefe del partido, y ungido por Palacio con el cargo de jefe del Gobierno, sin entusiasmo de la camarilla real. Entretanto, Silvela se retiraba de la política con un discurso peligrosamente insinuante contra los palaciegos, pronunciado en Cartagena.

Los republicanos tuvieron un año triunfal en 1903. Vencieron en las elecciones a Cortes en las grandes capitales, en Madrid con una candidatura de bandera que defraudó a la opinión. Igual victoria e igual resultado negativo en elecciones municipales, conquistando los Ayuntamientos principales. En Valencia, con mayoría republicana, estalló el conflicto entre Rodrigo Soriano y Vicente Blasco Ibáñez, en etapa en que La Cierva era ministro de la Gobernación, quien relata en sus memorias que Blasco Ibáñez le pidió apoyo oficial contra Soriano. Al régimen le convenían

estas escaramuzas para desacreditarlos.

Hasta el 1º de mayo de 1903 no volvió a organizarse en Madrid la manifestación del 1º de mayo. Cánovas jefe del Gobierno, en las huelgas y actos de terrorismo provocados por los anarquistas encontró pretexto para impedir al proletariado pasease sus banderas por el centro de la capital de España. La guerra de Cuba fue otro acontecimiento explotado por los gobernantes para cercenar las libertades públicas. No obstante, el mitin del 1º de mayo nunca dejó de efectuarse. Y llegó el año 1903, con Maura en el Ministerio de la Gobernación y Silvela jefe del Gobierno. El acto verificado el 1º de mayo en los Jardines del Buen Retiro fue grandioso. Estandartes y banderas de las Sociedades [792] obreras adornaban la inmensa balconada de aquel espacioso lugar. Terminado el mitin, la insignia de la Sociedad de albañiles *El Trabajo* se colocó a la salida, desplegada, en posición de marcha, y a su alrededor se agruparon varios centenares de obreros de la construcción que, lentamente, echaron a andar. Detrás, en silencio, siguiendo a sus respectivas banderas, se puso en movimiento el resto de la enorme masa que aguardaba fuera del local, desparramada por los jardines, unida a la que salía del teatro, calle de Alcalá arriba, Puerta del Sol, calle de Carretas, hasta el domicilio social de Relatores, desde cuyos balcones –secretaría del Arte de Imprimir– Pablo Iglesias despidió a los manifestantes. ¡Oh; recuerdo imborrable del Centro de Sociedades Obreras de Relatores! El Gobierno conservador dio pruebas de sensatez tolerando aquel desfile majestuoso y la clase obrera madrileña un alto ejemplo de civismo. A partir de esa fecha la manifestación del 1º de mayo quedó garantizada en Madrid y por derivación en España entera.

Cuando fueron demolidos los Jardines del Buen Retiro para construir la Casa de Correos, los mítines del 1º de mayo se efectuaron en el local Jai-Alai o en el Frontón Central; pero como ninguno de ambos sitios reunía condiciones para la manifestación, las entidades obreras decidieron suspender la celebración de mítines, y organizar, en cambio, la manifestación a partir del Cerrillo de San Blas, en el Paseo de María Cristina, desde la Puerta de Atocha, donde se situaba la bandera de la Agrupación Socialista, para iniciar la marcha hasta la calle de Relatores, atravesando siempre la Puerta del Sol. Inaugurada la Casa del Pueblo, la manifestación del 1º de mayo se organizó un año en los alrededores del Palacio Real, plaza de Isabel II, para atravesar la Puerta del Sol hasta disolverse en la plaza de la Independencia, donde se había instalado una tribuna desde la cual habló Pablo Iglesias por última vez al pueblo de Madrid en fecha tan solemne. Después lo hizo siempre Julián Besteiro. Nunca hubo músicas ni carrozas, como he visto en el [793] extranjero. Todo era sencillo sin apelación artificial a los sentidos. Los delegados de orden cuidaban de que nadie se extralimitara. Ese día la prensa socialista publicaba extraordinarios que alcanzaban favorable acogida, y las familias obreras estrenaban ropa, acudiendo a la manifestación como si se tratara de una fiesta de excepcional relieve. A partir de 1911, triunfante Iglesias como diputado a Cortes por Madrid en alianza republicano-socialista en mayo de 1910, la manifestación comenzó a evolucionar. Surgieron fotografías de socialistas conocidos y de republicanos conjuncionistas, algunos de los cuales se situaban a la cabecera del desfile obrero, adulterando su primitiva significación de clase. Al pasar frente al edificio del *ABC*, en la avenida de la Castellana, estallaban protestas y silbidos, y hasta hubo año con incidentes de tal gravedad, que resultó mortalmente herido un policía.

Aquello no era, francamente, de mi agrado, ni representaba el sentido inicial de la

manifestación internacional obrera decidida en París, lo que dio lugar a que yo aceptara invitaciones de provincias para tomar parte en mítines consagrados al 1º de mayo. [794] En octubre de 1903 surgió en Vizcaya un grave conflicto obrero en las minas de la región, cuya orientación estaba a cargo de facundo Perezagua. Hubo graves sucesos y se declaró el estado de guerra. El general Zappino, capitán general de la región, dictó un bando dando la razón a los huelguistas, que reclamaban pago semanal, con supresión de cantinas y barracones, donde las empresas explotaban a los obreros, obligándoles a utilizar sus servicios. La actitud del capitán general fue muy elogiada por los trabajadores.

El 20 de septiembre se celebró la primera reunión, presidida por Andrés Bolonio, en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, para constituir la Mutualidad Obrera, quedando nombrada la siguiente comisión organizadora: Matías Gómez Latorre, Francisco Mora Méndez, Santiago Pérez Infante y Vicente Barrio. Terminados los trabajos preliminares, esta comisión convocó a las Sociedades obreras creadoras del nuevo organismo, cuyo primer consejo estuvo formado del siguiente modo: Presidente, Andrés Bolonio; vicepresidente, Vicente Barrio; secretario, Mariano García Cortés; tesorero, Santiago Pérez; contador, Nicolás González; vocales, Francisco Alfaro, Matías García, Victoriano Tío, Ramón Vega, Esteban Juanas, José Rodil y Alejandro Reneses. Al surgir la guerra civil la Mutualidad tenía cerca de doscientas personas a su servicio, con edificio social adecuado para toda suerte de operaciones y hospitalizaciones, y siete farmacias, igualmente propiedad suya. Fueron gerentes de la Mutualidad Obrera Francisco Largo Caballero, Eduardo Álvarez Herrero, Lucio Martínez Gil y Manuel Cordero. Los beneficios de esta entidad mutualista llegaron a muchos millares de familias trabajadoras madrileñas, consolidando de paso la organización obrera de resistencia, a la que era forzoso pertenecer para poder entrar en la Mutualidad. Con mi madre viuda fuimos fundadores de este organismo, al que ayudé eficazmente desde los cargos que desempeñé en el Ayuntamiento de Madrid.

[796] En enero de 1903, *la Aurora Social*, periódico socialista publicado en Oviedo, fue denunciado por escarnio a la religión. Celebrado el juicio oral, Vigil, director del semanario, fue defendido por Adolfo A. Buyla y condenado a tres años, seis meses y veintidós días de prisión, más 250 pesetas de multa. El 23 de enero de 1905 hubo indulto general y Vigil pudo regresar a su hogar y a sus actividades políticas. En Avilés, en marzo de ese año, se reunió el tercer Congreso de la Federación Socialista Asturiana, con asistencia de las siguientes delegaciones: Oviedo, Antonio Suárez Moran y Joaquín González Fernández; Gijón, Luis Miranda; Mieres, Enrique Cuenya y Constantino Fernández; Sama y Laviana, Manuel Álvarez; Cayes, José Álvarez González; Trubia, Gumersindo Fernández; Arenas, Fermín Menéndez; San Andrés, Vicente Uribelarrea; La Moral, Florentino Rimada; Avilés, Eduardo Martínez y Enrique Fernández; Pravia y Turón, Eduardo Varela; Tremañes, Rafael Moran y Álvaro A. Lavandera; Candas, José Antuña; Salinas, José Fernández y José F. García; Quirós y Proaza, Manuel Pendas. No estuvieron representadas Grado, La Nueva, Soto del Barco y Muros. En total, 2.422 afiliados. Fue nombrado presidente de la Federación y director de *La Aurora Social* Manuel Vigil.

La Federación Nacional de Obreros Metalúrgicos, instalada en Gijón, ingresó en la Unión General de Trabajadores en 1903. Tuvo vida efímera y accidentada. Se producen trágicos sucesos en Alcalá del Valle, provocados por los anarquistas andaluces, sin resultado alguno. Amalio del Rey, funcionario de Correos, ocupó durante breve tiempo la secretaría del Partido Socialista,

presidido por Iglesias. El 17 de marzo de 1905 la obra de Benavente *La noche del sábado* se estrena en el Teatro Español, interpretada por María Guerrero y Díaz de Mendoza. En La Comedia, estreno con gran éxito de *El Místico*, de Rusiñol, representado por Borrás, y *Tierra baja*, de Guimerá. Loreto Prado y Enrique Chicote estrenan *Los chicos de la escuela*, obra que se hizo centenaria.

Ricardo Fuente, en 1905, cesa en la dirección del diario republicano *El País* y en su puesto entra Roberto Castrovido. Leopoldo Romeo, director del semanario radical *El Evangelio*, pasa a dirigir *La Correspondencia de España*, diario conservador fundado por el marqués de Santa Ana, gastando una fortuna en obras de adaptación y reforma. Yo trabajé durante algún tiempo en la corrección de pruebas de la edición de la mañana, creada por Romeo. El matrimonio Martínez Sierra funda la revista *Helios*. Manuel Azaña colabora en la revista *Gente vieja*, utilizando el pseudónimo *Salvador Rodrigo*.

Carlos Kautsky escribió en 1898 *La cuestión agraria*, traducida en 1905 por Ciro Bayo y revisada por Unamuno. Palacio Valdés publica *la aldea perdida*. Antonio Machado, *Soledades*. Azorín, *La Voluntad* y *La Ruta de don Quijote*. Rafael García Ormaechea traduce y comenta *El Manifiesto comunista* de Marx y Engels, primera edición completa en castellano, y *El Socialismo y las objeciones más comunes*, de Adolfo Zerboglio. En 1905 comenzó a publicarse en Madrid la revista quincenal ilustrada *La Revista Socialista*, dirigida por Juan A. Meliá, con la colaboración de Pablo Iglesias, Vicente Barrio, Antonio Fabra Ribas, Mariano García Cortés, Rafael García Ormaechea, Matías Gómez Latorre, Enrique Jardiel, José Mesa, Francisco Mora, Juan Morán, Isabel Muñoz Caravaca, Álvaro Ortiz, José Verdes Montenegro, L. Villaoz, José Lorite, Rafael Salinas, Francisco Sanchís, José Comaposada, Isidoro Acevedo, D.M. Aguirre, C. Martín, Ricardo Oyuelos Manuel Vigil. Aparecieron artículos originales en *La Revista Socialista* de los siguientes intelectuales: Rafael Altamira, Eduardo Benot, Constancio Bernaldo de Quirós, Adolfo A. Buylla, Pedro Dorado, Adolfo Posada, Aniceto Sela y Miguel de Unamuno. Duró cerca de cuatro años.

[797] En las elecciones de 1903 los socialistas alemanes obtuvieron tres millones de votos. Primer concejal socialista en Argentina, Agustín Reynes. En Lieja aparece el diario socialista belga *La Wallonie*, dirigido por León Troclet. En Francia, Combes gobierna con el apoyo de las izquierdas. La tercera Conferencia sindical irlandesa se celebra en Dublín. Lenin provoca la primera escisión entre los socialistas rusos emigrados. Trotsky actúa contra Lenin.

Fallecieron, entre otros, Herbert Spencer, muy citado por Marx y Engels; el Papa León XIII; el economista y escritor Laureano Figuerola; el periodista y literato Eusebio Blasco; Carlos Longuet, yerno de Marx, político de orientación socialista; el periodista T. Orbina, que en prensa socialista utilizaba ese seudónimo, aunque su nombre era José Tapia; Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco; Práxedes Mateo Sagasta, jefe del Partido liberal; hubo etapa en que, apoyado por Castelar, quiso dar sensación de liberal, haciendo adoptar leyes de esa orientación; pero en general se sometió a Palacio y a Cánovas, para seguir gobernando a pesar de todo; muerto Sagasta, se desveló la fragilidad del Partido Liberal, que se fraccionó, votando unos por Montero Ríos y otros por Segismundo Moret. En Serbia varios militares asesinaron al rey Alejandro I de Serbia, a la reina, a varios de sus hermanos, al jefe del gobierno, a oficiales y a altos funcionarios.

Primeras actividades

En la *Revista Socialista* de fines de 1903 se habla por primera vez de crear las Juventudes Socialistas, si bien la de Bilbao, la primera, no comienza oficialmente su actuación hasta el 7 de enero de 1904. Indalecio Prieto, fundador con su hermano Luis, fallecido también en México, recordó en un artículo que de los iniciadores sólo vivían entonces Miguel Armentia, Nicolás Zarate, Eulogio Urréjola, Irineo Muñoz y Ángel Lafuente. Todos han fallecido cuando redactó estas notas. Madrid fue a la zaga en la organización de las Juventudes Socialistas. En realidad, no tuvieron apoyo ni simpatía, y durante los primeros años vivieron sin pena ni gloria. Ninguno de los veteranos fue partidario de su constitución, y algunos se declararon francamente adversarios. Entre los fundadores de la Juventud Socialista Madrileña, Juan Almela Meliá y Tomás Álvarez Ángulo fueron los dos últimos en desaparecer de la vida, aunque ninguno de los dos tuvo intervención en la actuación de las Juventudes, quizá porque antes de constituirse éstas ya pertenecían al Partido Socialista. Hubo un hombre, en cambio, Mariano García Cortés, periodista y abogado, aunque no vistió nunca la toga, que fue miembro activo de la Juventud Socialista Madrileña. Lo de activo es ir demasiado lejos, porque no lo fue nunca en los infinitos cargos que desempeñó. Pocos habrán sido más discutidos y pocos habrán ocupado puestos de mayor relieve que García Cortés, secretario del Comité Nacional del Partido con Iglesias, presidente de la Agrupación Socialista Madrileña, gerente de la Cooperativa Socialista, dos veces concejal del Ayuntamiento de Madrid y hasta primer director de *El Socialista*, en 1913, al convertirse en diario. Sería injusto dejar de consignar su nombre al reseñar los primeros pasos de las Juventudes Socialistas, aunque García Cortés haya muerto acogido al falangismo, después de haber sido quien abrió la puerta de los organismos socialistas a los primeros emisarios de Moscú, de acuerdo con un núcleo de jóvenes socialistas, sin perjuicio de actuar secreta y públicamente al servicio [799] del conde de Romanones, quien le llevó al Palacio Real como una conquista excepcional.

Recordemos igualmente otros jóvenes socialistas más modestos pero cuya labor fue verdaderamente intensa: Luis López Santamarina presidente de la Juventud Socialista durante los primeros años, afiliado a la Sociedad de Dependientes de Comercio, contable de la Cooperativa Socialista y fundador, con Fermín Blázquez, de la Federación Nacional de Dependientes de Comercio; Jesús Márquez, tipógrafo, ciego a los cuarenta años, vendedor de décimos de lotería por las secretarías de la Casa del Pueblo y por las imprentas, donde era acogido con verdadera estimación por la actuación que desarrolló en sus primeros años; Ventura Núñez, fundador de la Sociedad de Encuadernadores, como lo fue de la Cooperativa Socialista, donde llegó a dirigir una de sus sucursales.

En el Centro de la calle de Relatores se creó la primera organización de resistencia de mujeres –la Sociedad de Lavanderas y Planchadoras, todavía en pie al estallar la guerra civil–; fue allí donde la Juventud Socialista, con mi intervención, fundó como sección suya, el Grupo Femenino Socialista, que más tarde adquirió vida propia y hasta llegó a formar parte del Partido

Socialista. En el Centro de Relatores se creó la Mutualidad Obrera, que habría de contribuir a formar conciencia de clase entre el proletariado madrileño, al exigir que para gozar de sus beneficios fuese indispensable pertenecer a la organización del oficio; las más interesadas en que sus maridos cotizasen en las Sociedades obreras eran las mujeres para no perder sus derechos dentro de la Mutualidad; allí surgió sin entusiasmo y sin calor, la Cooperativa Socialista Madrileña, que arrastró al principio una vida raquítica, si se compara con la adquirida por el movimiento sindical y político; en el Centro de Relatores nació y creció sin fuerza una Sociedad de Escuelas Laicas, mantenida, no obstante, durante muchos años por un grupo de tenaces defensores de la educación de la infancia fuera de toda influencia religiosa; fue [800] allí donde nacieron los Grupos sindicales socialistas, para contribuir a orientar el movimiento obrero y allegar fondos en favor de la transformación en diario del semanario *El Socialista*. Del Centro de Relatores partió la imponente manifestación de duelo y protesta por las víctimas causadas en el hundimiento de las obras del tercer depósito de las aguas de Lozoya, demostración sindical que contribuyó a fortalecer el movimiento obrero. En todos estos organismos, en todos estos acontecimientos, tuve alguna intervención con el fervor del neófito, con la vehemencia propia de la juventud. Pero un acontecimiento que superó a todos y que había de dejar huella indeleble en el proletariado de España entera: desde el Centro de Relatores se efectuó el traslado de las Sociedades Obreras, con banderas rojas desplegadas al viento, hasta la calle de Piamonte, 2, Casa del Pueblo de Madrid, la más importante de España; atravesó el cortejo la Puerta del Sol y la calle de Alcalá y para terminar aquel memorable acto pronunció Pablo Iglesias una briosa arenga desde una de las ventanas del que había sido palacio ducal e iba a ser desde entonces baluarte de los nuevos ideales de justicia social del proletariado español. En el Centro de Relatores soy elegido vocal del Comité de la Juventud Socialista. No me acostumbro a la rutina, al ostracismo en que vegeta nuestra entidad. Santamarina, presidente, me replica, displicente: “Pronto te sentirás fatigado”. Pero se equivoca. Hago las actas cuando falta el secretario encargado de hacerlas; llevo las cuentas; ayudo al contador; escribo los talonarios para que los recibos estén al día y se pueda efectuar la recaudación que, naturalmente, era la mayor dificultad.

Creamos el Grupo Femenino como una sección dentro de la Juventud Socialista y comenzamos a organizar veladas teatrales, con el Grupo Artístico, también perteneciente a la Juventud Socialista, y estimulamos nuestros afiliados a que ingresen en el Orfeón Socialista que tantos desvelos produjo al bueno de Francisco Mora. Es poco, ciertamente, pero es lo único que está a nuestro alcance. La Agrupación Socialista no [801] quiere saber nada de la Juventud. Nadie nos asesora ni acude a nuestras reuniones. Yo, en cambio, no falté a las de la Agrupación, y como es compatible, ingreso en sus filas para compenetrarme mejor de una actuación que va a llenar mi actividad de por vida. Todavía en Relatores, coincidiendo con el sorteo de quintas, organizamos propaganda para pedir la desaparición de la redención a metálico. Son actos muy poco concurridos. El domingo en que se efectúa en las Tenencias de Alcaldía el sorteo y la talla de los quintos, que salen de esos lugares con alegría inconsciente luciendo el número obtenido y dispuestos a celebrarlo con espectáculos nada recomendables, nos preocupamos de reclamar que el Poder público ponga coto a una injusticia sangrienta: por 1.500 pesetas los hijos de los ricos se libraban de ir al servicio militar, teniendo que ocupar sus puestos los hijos de los pobres. Dentro de la calle de Relatores, aún, en 1908, soy secretario de la Juventud Socialista y nos atrevemos a salir a la calle con nuestra divisa de la supresión de la redención a metálico del servicio militar,

que apenas interesa entonces. Hacemos octavillas impresas en papel rojo, con un texto sumamente discreto, huyendo de caer en la Ley de Jurisdicciones. Han derruido viejo convento de La Latina, fundado por profesores de latín de Isabel la Católica, Beatriz Galindo, dejando libre un inmenso solar. En la parte que daba a la calle de Toledo, donde fue construido otro convento, levantan un barracón provisional que hace de cine, antesala del que luego será teatro de La Latina, construido frente a la plaza de la Cebada, donde vi, años después, representar *Doña Diabla* a la insigne María Guerrero, en el ocaso de su vida, y estuve a punto de llorar, por el escarnio que ello representaba. Yo vivía en la calle de Toledo, 59, frente al viejo convento. Organicé cuanto se relacionó con el mitin, sin tomar parte en él. No llenamos el local. Nuestro orador de fuerza fue Lucio Martínez, en unión de una obrera sastra, Purificación Fernández. La prensa no publicó la convocatoria, y desde luego la tribuna de los periodistas estuvo vacía. Pocos, muy pocos afiliados a la Agrupación Socialista acudieron al acto. No importa. Ya llegará día en que seamos escuchados. Como lo fuimos.

[802] *Lucio Martínez Gil en el Centro de Relatores, 24*

Desde los primeros tiempos de su juventud, Lucio Martínez cultivó sus amistades en la organización obrera. Cuando entró en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, 24, en Madrid, con poco más de veinte años, venía formado ideológicamente. ¿Había sido anarquista? Sus adversarios lo afirmaban al oírle hablar con parrafadas engarzadas en sonoros versos más que con citas de nuestros maestros en economía política. Lucio era, en efecto, un poeta frustrado que hubiera sido un excelente actor, tenía apostura para la escena y se oía a sí mismo con mal disimulada delectación. Un siglo antes hubiera peleado en las barricadas junto a Espronceda o habría sido discípulo de Babeuf y habría figurado en las sociedades carbonarias conspirando por la libertad del pueblo en el fondo de una catacumba, alumbrado por velas de sebo y la sangre encendida por la más viva pasión en favor de la redención de la humanidad. Lucio era un romántico, un soñador.

Para un joven de su formación no era fácil adaptarse a las necesidades de la propaganda socialista, tal y como la concebían y la practicaban nuestros veteranos. Entre los relativamente jóvenes, con ansias de figurar, actuaba Mariano García Cortés, que hablaba de todo y entendía de muy poco. Se defendía manejando estadísticas, entreveradas en un castellano de Riela, de donde era natural. ¿Cómo llegó aquel hombre a ocupar puestos tan importantes en nuestros organismos? Y por desventura, fue nuestro maestro, el de Lucio Martínez, Fermín Blázquez y el mío. Nuestros veteranos tenían escasa fe en García Cortés y en quienes actuaban a su alrededor.

¡Qué difícilmente se abrió camino Lucio Martínez! Le salvó su facilidad de palabra, que al principio fue su principal obstáculo. En el Centro de Relatores había muy pocos oradores. Santiago Pérez, conserje del Centro Obrero, cuando era necesario llenaba un hueco y ocupaba la tribuna. García Quejido era un maestro que se murió sin haber enseñado casi nada a nadie. Fuera del Arte de Imprimir, donde como presidente fue admirable [803] su labor durante cuatro años, no le oí pronunciar un discurso al servicio de la organización obrera. Ni apenas escribía en los extraordinarios de nuestra prensa. Largo Caballero presidía la Agrupación Socialista, pero rehuía ocupar la tribuna y escribir en la prensa obrera. Quien redactaba los manifiestos de la propia Agrupación era, en general, Gómez Latorre, cuando Pablo Iglesias no podía hacerlo. Entonces

surgió como secretario de la Unión General de Trabajadores Vicente Barrio, que nunca hizo buenas migas con Lucio, a pesar de que, al cabo de los años, ambos, retribuidos, trabajaron en la secretaría de la central obrera. ¿Cómo no iba a tener adversarios un hombre joven, recién llegado, que hablaba interesando a sus oyentes y se hacía aplaudir sin dejar abierta ninguna herida, sin molestar personalmente a nadie al abandonar la tribuna? Estudió, leyó, se perfeccionó, olvidando sus juveniles inclinaciones teatrales, donde alcanzó triunfos difíciles de abandonar, adaptándose a las actividades de nuestras organizaciones con una abnegación sin límites. Y en 1909 ocupaba la presidencia de la Juventud Socialista Madrileña, en la que éramos secretarios Cayetano Redondo y yo, tipógrafos. Lucio no era asiduo a las reuniones de los Comités, por tener siempre otras obligaciones. En realidad, le gustaba más hablar en las asambleas, en escena, en el café de la Casa del Pueblo. Hablar, pero no hacer. Cayetano Redondo y yo redactamos una hoja contra la redención a metálico y reclamando fueran al cuartel los hijos de los ricos en las mismas condiciones que iban los hijos de la clase trabajadora. Cuando se leyó el manifiesto en el comité de la Juventud Socialista, Lucio estaba representando el *Manelik de Tierra baja*, de Guimerá, en el Salón Zorrilla, de tantos recuerdos para los madrileños de fines del siglo XIX. Tuvo un éxito apoteósico. Al día siguiente se encontró con que la policía le buscaba para meterle en la cárcel. El manifiesto de la Juventud Socialista había sido denunciado y caía dentro de la Ley de Jurisdicciones. Lucio, sin vacilar, se hizo autor exclusivo de un documento que no conocía, descartando de la responsabilidad a sus otros camaradas del Comité juvenil.

[804] Hubo consejo de guerra. Lucio salió gratificado, con seis meses y un día de prisión correccional. Estaba en libertad provisional a resulta del consejo de guerra. Le convocó el juez militar y fui yo en su compañía. Aquel pundonoroso caballero nos conocía por habernos tomado declaración para descartarnos del proceso, y a Lucio por haber asumido toda la responsabilidad, cual era corriente entonces entre nosotros. Y me entregó el oficio ordenando el ingreso en la Cárcel Modelo de Lucio Martínez, para ahorrarle el sufrimiento de ser conducido entre guardias civiles, como yo fui poco después, esposado, y también a fin de que agotáramos el día juntos, ingresando en la prisión en la hora límite, para que pudiera dormir en celda. ¡Cómo se agradecían entonces esos favores! Aquel juez militar sabía la verdad. Era masón. Se llamaba José Calvet, comandante de Infantería, y más tarde honró nuestras filas militando en la Agrupación Socialista de modo activo, ya en la reserva. ¡Qué admirable hombre fue entre nosotros durante años José Calvet!

Lucio y yo pasamos el día juntos. Al finalizar la tarde, en la cervecería situada entonces frente a la Cárcel Modelo, hicimos nuestra última parada. Entré con Lucio en la mansión donde estaba escrito: "Odia el delito y compadece al delincuente", frase de la inmortal Concepción Arenal. Lucio no había cometido ningún delito. Era un hombre honrado, un corazón generoso que luchaba contra la guerra de Marruecos y la injusticia de que fuesen solamente a ella los hijos de los pobres. ¡Con qué satisfacción me hubiera dejado encerrar a su lado! No tardaría en cumplir aquel deseo, propio de mis diecinueve años. ¡Y con qué tristeza, desde la Cárcel Modelo, fui a casa de Lucio Martínez, a comunicar a la señora Juana que su hijo había quedado encerrado entre cuatro paredes! A partir de aquella fecha, Lucio Martínez impuso respeto por su íntegra conducta de militante socialista, y la Juventud Socialista Madrileña adquirió el derecho a ocupar un puesto de responsabilidad al servicio del glorioso Partido Socialista Obrero Español.

La obra de Tomás Meabe

Si Barcelona fue desde los primeros años del movimiento obrero la Meca del anarquismo, Bilbao, en cambio, lo fue del Socialismo, de un Socialismo auténtico, puro, obrerista, revolucionario. Las huelgas en la cuenca minera de Vizcaya preocupaban a los Gobiernos, sirviendo, de paso, para consolidar la fama de que gozaba Facundo Perezagua. No exageramos nada al decir que éste era idolatrado entre los mineros, con todos los peligros que engendra siempre dentro del movimiento obrero esta actuación de tipo personalista o caudillista. Fue en Bilbao donde por primera vez consiguió el Partido Socialista tener una representación importante en los escaños municipales. La ley electoral exigía que para poder ser concejal había que pagar contribución. Dados de alta en las matrículas contributivas, Facundo Perezagua, Felipe Carretero y Toribio Pascual obtuvieron la victoria en las urnas. Para invalidarles, a fin de que no pudieran presidir mesas electorales, a lo que estaban facultados por su representación concejal, fueron procesados, obligándoles a emigrar a Francia. Por gestiones de Morato cerca de Canalejas pudieron regresar y ser indultados, después de un breve periodo de encarcelamiento en la prisión bilbaína.

Ossorio y Gallardo, a fines del siglo pasado, a petición de los concejales socialistas de Bilbao, consiguió, como abogado, que el mero hecho de pagar contribución fuera suficiente para poder ser elegido concejal. Más tarde, el 2 de octubre de 1902, a petición del Comité Nacional del Partido Socialista, el ministro de la Gobernación García Alix, conservador, publicó una real orden abriendo las puertas de los Ayuntamientos a quienes satisficieran el impuesto de cédulas municipales, con la obligación de llevar como mínimo dos años de residencia en la localidad. Digamos que esta disposición ministerial alteraba el espíritu y la letra de la ley municipal, a pesar de lo cual nadie se atrevió a impugnarla. ¡Se faltaba tantas veces a la ley en España! Tenía que ser Bilbao, por tanto, la primera capital donde surgieran en España las Juventudes Socialistas, creadas el 7 de enero de 1904 por Tomás Meabe. No fue [806] tarea fácil ciertamente, pero Meabe se había incorporado al Socialismo desde las filas del nacionalismo católico agresivo y alborotador, y estaba forjado en la lucha, por la que había sufrido persecuciones de la justicia monárquica. Antes de ir a la cárcel por alguno de sus comentarios como director de *La Lucha de Clases*, estuvo encarcelado por actividades nacionalistas. Fue un temperamento ardoroso, lleno de acometividad y brío, que se malogró por falta de salud. De igual temperamento era su hermano Xanti de Meabe, fallecido tras un calvario doloroso en la emigración. Muerto Tomás, Xanti ingresó en el Partido Socialista, poniendo su pluma al servicio de esos ideales. Siendo nacionalista, alguna vez se dio el caso de estar presos los dos hermanos, uno por socialista y el otro por todo lo contrario. Apenas creadas las Juventudes, Tomás Meabe tuvo que emigrar ante el temor de una condena de ocho años. En realidad no pudo actuar entre las Juventudes Socialistas. En Bilbao salió *Renovación*, no como periódico, sino en calidad de boletín semestral de información de ese grupo juvenil. Era *La Lucha de Clases*, semanario de mucha vida en Vizcaya, que Meabe dirigió una temporada, lo que le absorbía todo el tiempo. Meabe emigró a París y más tarde a Londres llevando una vida ingrata, de trabajos y privaciones, que le acarrearón su muerte en plena juventud. Era yo secretario de la Federación de Juventudes cuando le escribí a Londres solicitando su colaboración con destino a *Renovación*. Me envió dos artículos bellísimos, plenos de idealismo. Más tarde, para *Acción Socialista*, revista semanal ilustrada creada por mí, me mandó otros artículos cuyas cuartillas

originales conservo igualmente. Al fin, regresó a España. En las afueras de San Sebastián le visité. Estaba gravemente enfermo de tuberculosis ¡Y él lo sabía! La casa era soleada y confortable, pero el clima donostiarra no hacía sino agravar su delicado estado de salud. Cuando me despedí de Meabe lo hice con el dolor de quien está convencido de que sería la última vez que nos veríamos. No fue así, sin embargo. Aún le visité en Madrid, en la calle de Ponzano, poco antes de fallecer.

[807] Cuando nos dejaba para siempre la creación de las Juventudes Socialistas estaba consolidada. Meabe no cultivó los temas obreristas ni pertenecía a la Unión General. Es posible que no le interesara Carlos Marx. Era un poeta que escribía en prosa, una prosa llena de grandeza humanista. Tradujo la obra *Sin Dios*, de Mangasariam, con un prólogo tan interesante como el libro del filósofo americano. Era implacable con la religión, él, que había sido fanáticamente religioso. El discípulo más identificado con Meabe entre los jóvenes bilbaínos fue Emilio Beni, tipógrafo, director que llegó a ser también de *La Lucha de Clases* y escritor de altísima calidad. Los manifiestos que redactaba eran de difícil superación. Dentro de las Juventudes Socialistas la obra de Emilio Beni fue muy superior a la de Meabe. Por desgracia, como el fundador de las Juventudes, Beni falleció cuando su vida estaba en pleno rendimiento. Su recuerdo será imperecedero para los socialistas vascongados.

Entre los jóvenes socialistas de aquella época figura uno nacido en Cuba, Francisco Domenech, consolidado en las filas del Socialismo vizcaíno. Ni Meabe ni Domenech fueron gratos a nuestros viejos patriarcas. La creación de las Juventudes Socialistas no obtuvo el asentimiento de los veteranos del Partido, ni, al principio, su colaboración. Meabe era un romántico, un idealista. Domenech, un atrabiliario, un carácter muy independiente. Domenech se mantuvo unos años en Bilbao, donde llegó a dirigir *La Lucha de Clases*, regresando al fin a su punto de origen. Hallándonos en Ginebra asistiendo a una de las reuniones de la Oficina Internacional del Trabajo, Largo Caballero y yo nos encontramos con Domenech, enviado a la Conferencia ginebrina como delegado cubano. En La Habana publicó buen número de libros y folletos, que conservo cariñosamente dedicados.

[808] *A los jóvenes.*

“¡Jóvenes socialistas! El resorte de una emoción ya imposible de contener me obliga a decíroslo en pie. La generación socialista que se va, la de los viejos, la nuestra, saluda a la generación socialista que llega, que sois vosotros. Os entregamos la bandera que nos confiaron nuestros predecesores. Os la entregamos sin el color desvaído, más roja que antes, porque ahora está empapada, en la sangre de mártires contados a miles. En vuestras manos queda. Sed indulgentes con el error, pero implacables con la deshonestidad. Sed dignos de aquellos que nos precedieron a nosotros. Vuestra generación acaso vea implantado el Socialismo. ¡Caminad decididos hacia la altiplanicie del ideal! No os asusten las víboras que os salgan al camino. ¡Aplastadlas con vuestros pies! Nos os arredre la maleza espinosa que quiera cerrar la senda; lo más espeso de ella está hendido ya por quienes os antecieron. ¡No os detengáis! Si acaso haced altos breves para beber agua pura en arroyos cristalinos, y para cantar estrofas de himnos democráticos y socialistas, como aliento en vuestra caminata. ¡Marchad, hijos de la patria! ¡Arriba pobres del mundo! Y en vuestros momentáneos descansos prorrumpid en hurras para animar a los perezosos. Ya arriba, en la cúspide, clavad el regatón de la bandera en medio de la altiplanicie

del ideal para que la bandera ondee a los cuatro vientos y las auras besen acariciadamente la sangre en que está empapada. Construid muy dentro de vuestra alma un templo con dos ventanales policromados, uno el de la justicia, otro el de la libertad, y en el fondo de ese templo levantad el altar para una imagen iluminada por los ventanales de la libertad y de la justicia. ¡Esa imagen, siempre dentro de vosotros, será España, nuestra España, la España inmortal por la cual deberéis morir, si preciso fuera, para que ella viva eternamente!”.- Indalecio Prieto, 1944 (a los jóvenes socialistas españoles refugiados en México).

[809] *La Juventud Socialista Madrileña*

Como hemos dicho, en Bilbao fue donde nacieron las Juventudes Socialistas. Madrid secundó la idea sin entusiasmo. Ninguno de los veteranos fue partidario de su creación. Mariano García Cortés, periodista y abogado, aunque nadie le vio vestir la toga, fue miembro de la Juventud Socialista Madrileña, lo que no dejaría de contribuir a que algunos le señalaran desde el primer momento como posible perturbador. Pocos habrán sido más discutidos y pocos habrán ocupado puestos de mayor relieve que él: secretario del Partido Socialista, gerente de la Cooperativa Socialista, dos veces concejal del Ayuntamiento de Madrid y hasta director de *El Socialista* diario, al dejar de ser semanario. Sería injusto no consignar su nombre al reseñar los primeros pasos de las Juventudes Socialistas, aunque haya muerto acogido al falangismo, después de haber sido quien abrió las puertas a los primeros emisarios de Moscú, de acuerdo con un núcleo de la Juventud Socialista de Madrid.

Yo no fui fundador de la Juventud Socialista Madrileña, aunque pertenecía a la Asociación General del Arte de Imprimir desde el 3 de noviembre de 1902, y no lo fui porque sus fundadores eran afiliados a la Agrupación Socialista Madrileña, todos ellos mayores de veinte años. Tan pronto como se abrió el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, 24, llevado por un tipógrafo de la Imprenta de Baena Hermanos, calle de la Colegiata, 14, Vicente Pérez Parapar, afiliado a la Agrupación Socialista, no dejé de frecuentar el domicilio social de los trabajadores madrileños, sin tener aún la edad reglamentaria para poder ingresar en sus organismos, como yo deseaba ardientemente. El Centro de Sociedades Obreras se inauguró el 25 de enero de 1900. Las organizaciones sindicales apenas si contaban con elementos jóvenes ni se prestaba a ello el ambiente madrileño de la época. El primer impulso en ese sentido lo recibió el movimiento obrero al instalarse en aquel local, del que conservo tantos recuerdos y que tanto había de influir en mi vida.

[810] *Fermín Blázquez Nieto*

Al recordar el nacimiento de la Federación de Juventudes Socialistas en Bilbao, gustosamente cumplo el deber de traer a estas columnas la vida y la obra de Fermín Blázquez Nieto, modesto, bueno, cordial, que ingreso en las organizaciones obreras y socialistas de Santander a finales del siglo pasado, falleciendo en Orán, emigrado, el 20 de septiembre de 1946. Nacido en Macotera (Salamanca) el 30 de abril de 1882, a los doce años trabajaba en Madrid en una colchonería de la calle de Fuencarral, donde su padre, tratante en lanas, le dejó debidamente recomendado. De Madrid pasó a Santander, donde se acreditó en su profesión. Afiliado a la

Agrupación Socialista santanderina en 1905, fue uno de los que crearon la Juventud Socialista en La Montaña. Ya en 1898 los socialistas santanderinos publicaron *La Voz del Pueblo*, en cuyas páginas comenzó a conocer y a amar las nuevas ideas. Por entonces, los socialistas santanderinos recibieron otro refuerzo con la llegada desde Madrid de Isidoro Acevedo, tipógrafo, orador y escritor. Trabajó en su oficio y dirigió el semanario del Partido, contribuyendo a la celebración del primer Congreso de la Federación obrera local, en el que intervino Blázquez. En 1905 se reunió el segundo Congreso. Blázquez fue en Santander gran amigo de otro hombre excepcionalmente bueno, gran luchador de los ideales socialistas: Eduardo García, presidente del Grupo socialista de París durante muchos años. La amistad de estos dos camaradas no se entibió a pesar de la distancia. Eduardo García, como Blázquez, era incondicional de Pablo Iglesias. El Grupo socialista de París se constituyó en 1909, desde cuya fecha comenzó a enviar representantes al Congreso del Partido Socialista. A él perteneció Tomás Meabe, con el cual Eduardo estuvo en magníficas relaciones, así como con Chastang, socialista eibarrés.

De la época de Blázquez en Santander fueron Mayorga, barbero, padre de la esposa de Eduardo Torralva Becí, concejal socialista en la capital de La Montaña antes de trasladarse a Madrid; Pedro Vergara, militante destacado del ramo metalúrgico; Antonio Vayas, tipógrafo, [811] orador y escritor, concejal. Conocí a Vayas, en Madrid, en el primer Congreso que la Federación Nacional de Juventudes Socialistas celebró en la capital de España, adonde acudió representando a la Sección santanderina. La muerte de Vayas fue un crimen alevoso del fascismo, del que moralmente fueron responsables quienes teniendo en cuenta su estado –era cojo y por ello caminaba con dificultad– a su debido tiempo debieron facilitarle la salida para el extranjero.

Con Eduardo Torralva Beci fueron concejales socialistas Macario Vivero y Eduardo Rado. En Santander hubo Casa del Pueblo antes que en otras capitales; era un local capaz para reuniones artísticas y de propaganda, donde intervine antes de la guerra de 1914. Después hablé en otros locales en distintas etapas, una de ellas con Julián Besteiro, cuando ambos estuvimos, por la Unión General de Trabajadores, para resolver un conflicto surgido en Barredo con la empresa Solvay. Con Largo Caballero tomé parte en una campaña de propaganda en Santander y su provincia, y con mi madre, enferma, estuve dos temporadas en Liérganes, balneario de aguas especialmente recomendadas para los enfermos de los bronquios.

A fines de 1905 apareció Blázquez afiliado al Partido Socialista, en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores. Presentó en regla su documentación por traslado; ingresó en la Juventud Socialista y creó la Sociedad de Colchoneros, de la que fue presidente durante varios años. Casado civilmente –no era eso fácil por aquellos años–, se instaló con Agustina Escudero, afiliada igualmente al Grupo Femenino Socialista, en una alegre buhardilla de la calle del Bastero, muy cerca del nido de amor creado por Pablo Iglesias y Amparo Meliá años antes. Yo vivía en el mismo barrio, calle de la Arganzuela, 20, todo ello en pleno distrito de La Latina, por donde habría de ser posteriormente teniente de alcalde. De aquella modesta vivienda partimos una tarde reducido grupo de amigos de Blázquez para enterrar en el Cementerio civil al primer hijo de nuestro camarada, una preciosa criatura de dos años y medio.

Blázquez era mayor que nosotros, y por su aspecto de salud y robustez [812] daba la sensación de representar más años de los que tenía. Enseguida fue nuestro presidente. La actuación de la Juventud Socialista, sin medios económicos, con afiliados muchos de ellos

nominales, fue consolidándose merced a la discreción y tacto de Fermín Blázquez, quien no creó problemas de ninguna clase en los muchos años en que posteriormente viajó e hizo propaganda socialista por diversas provincias españolas, dejando siempre gratos recuerdos, cosa que no sucedió con otros, desgraciadamente. En 1909 se reunió en Bilbao el segundo Congreso de la Federación de Juventudes. En nombre de la Sección madrileña estuvo Mariano García Cortés. Decidido el traslado de la Federación a Madrid, García Cortés pasó a ser su presidente y director de *Renovación*, convertido en periódico semestral. Cuando fue elevado a los que a nuestros ojos eran puestos de suma importancia y para él maldita si la tenían, se hallaba a punto de ser baja forzosa por la edad.

Presidente de la Federación de Juventudes Socialistas, Blázquez fue encarcelado en unión de los otros oradores del mitin de Barbieri, el 26 de octubre de 1910. Fuimos amigos entrañables, sin que por eso estuviéramos siempre de acuerdo. Blázquez coincidía con Iglesias sosteniendo la Conjunción Republicano-Socialista, cuya prolongación yo no aprobaba. Fue aliadófilo en la guerra de 1914-1918, coincidiendo con Iglesias igualmente, mientras yo hablé y escribí contra esa posición, sin ser germanófilo ni disculpar a los socialistas alemanes, como no disculpé a los de los países aliados, que colaboraron con los Gobiernos nacionalistas, olvidándose de los acuerdos adoptados en los Congresos Socialistas internacionales. Esas discrepancias no enfriaron nuestras relaciones particulares. La firma de Blázquez apareció frecuentemente en *Acción Socialista*, revista ilustrada, dirigida por mí.

Fue el último de los miembros de las Comisiones Ejecutivas de la Unión General y del Partido Socialista que habló con Pablo Iglesias. La devoción que nuestro amigo sentía por el Abuelo está reflejada en un artículo que escribió poco antes de fallecer, en Orán, del que tomamos lo que sigue:

“Pero Pablo Iglesias, que disponía de una inteligencia privilegiada, que era orador por convicción, por temperamento y por imperiosa necesidad de explicar las doctrinas socialistas, consiguió bien pronto situarse entre los primeros tribunos de su época, con lenguaje propio. Huyó desde el primer momento de todo lo que supusiese hojarasca, para producirse con sencillez, llaneza, claridad, amor, belleza, elegancia e impecable corrección. Sus discursos, llenos de doctrina, fueron siempre brillantes. Iglesias poseía el maravilloso poder de adaptación, logrando emplear en cada momento el léxico adecuado al público que le escuchaba, estuviera compuesto por obreros del campo, de la industria o de profesiones liberales. Para mi gusto, fue el orador más completo que he conocido. Era agitador y persuasivo; en cada caso aplicaba el lenguaje que correspondía. Jamás provocó tempestades artificiales, ni dio a entender que utilizaba la palabra como pretexto para decir cosas tremendas. Esto lo condenó implacablemente. Era agitador cuando el caso lo requería, en momentos de protesta contra algún atropello o injusticia cometida con los trabajadores por la burguesía o el Poder público. Cuando esto ocurría, sus palabras, encendidas, razonadas, agigantaban su figura fulminando y flagelando, con la indiscutible autoridad que poseía, a los autores del atropello. Los periodos de calma los dedicaba principalmente a educar y propagar las doctrinas socialistas, y su voz, dulce y sonora, paternal y persuasiva, penetraba amigablemente en el oído del auditorio para alojarse sin esfuerzo en el cerebro, para que esta máquina, maravillosa del hombre fuera la encargada de discernir lo que había oído y convencerse de la bondad de las ideas bellas, sentidamente expuestas, para

sumarse, al fin, de un modo consciente, al ejército socialista, lo que conseguía muchas veces”.



Última condena sufrida por Iglesias

Pero no última prisión, porque todavía en 1909, siendo concejal, fue encarcelado varios días, como consecuencia de la huelga general declarada contra el Gobierno Maura-Cierva, cuando éstos iniciaron la campaña militar en Marruecos. En noviembre de 1904, Iglesias y Remigio Cabello, de Valladolid, recorrieron algunos pueblos de esa provincia, haciendo propaganda socialista y societaria entre los trabajadores del campo. Tuvo que ser interrumpida esa labor, porque Iglesias recibió notificación del tribunal que le había juzgado por un suelto aparecido en *El Socialista* escrito por Matías Gómez Latorre, condenándole a un mes y veintiún días de prisión, más multa de ciento veinticinco pesetas. El trabajo incriminado no fue escrito por Iglesias, como hemos dicho, pero entonces los directores de periódicos eran responsables de cuanto aparecía en los mismos. El artículo de Gómez Latorre relataba excesos cometidos por la Guardia Civil contra trabajadores del campo. A partir del momento en que fue Iglesias elegido diputado a Cortes, se negó a utilizar la inmunidad parlamentaria en beneficio ajeno, limitándose a responder de cuanto llevaba su firma. El abuso cometido por ciertos diputados que con su inmunidad amparaban trabajos de otros, desacreditó de tal modo el sistema que Iglesias se negó a seguirle, creyendo necesario moralizar y responsabilizar las actuaciones políticas, rodeándolas del indispensable prestigio y autoridad. El día 2 de diciembre, en la sesión de ruegos y preguntas del Parlamento, Alejandro Lerroux, que acababa de ser elegido diputado por Barcelona, pronunció el siguiente discurso:

“En el día de hoy ha entrado a cumplir condena, que le fue impuesta por los tribunales ordinarios en Madrid, en proceso seguido por delito cometido mediante la imprenta, el presidente del Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español, don Pablo Iglesias; y aún cuando yo hubiera podido seguir el mismo procedimiento que he empleado en días anteriores en consonancia con el criterio manifestado aquí por el Gobierno, y repetidamente por el señor ministro de Gracia y Justicia, manifestándose enemigo de los indultos generales, pero no opuesto a los indultos particulares que en cada caso procedan y se soliciten legalmente, he querido hacer esta manifestación para entregar públicamente a su señoría la instancia en que yo pido al Gobierno que tenga la bondad de conceder el indulto del resto de la pena al señor don Pablo Iglesias. No hago con esto una excepción, que pudiera interpretarse de determinada manera, a favor de quien jamás se mostró muy partidario ni muy benévolo con el partido republicano, lo hago porque habiendo empleado este procedimiento particularmente a favor de numerosos procesados periodistas o autores de delitos cometidos por medio de la imprenta, quiero darle a éste la publicidad necesaria, para que se sepa que son los individuos de la minoría republicana los que se preocupan, sin fijarse en cuál es la filiación política de nadie, de todos y cada uno de aquellos que delinquieron, o que a juicio de los tribunales delinquieron, cometiendo delitos por medio de la imprenta. Voy a tener el honor de remitir a su señoría la instancia por medio de ujier y espero del Gobierno, y singularmente de su señoría, que, procediendo con la diligencia que yo reconozco ha empleado para los demás casos, tramite esta instancia, para que cuanto antes recobre la libertad quien no debiera haberla perdido un solo momento”.- Alejandro Lerroux.

[816] He aquí la réplica dada por Pablo Iglesias a la gestión iniciada por Alejandro Lerroux con su discurso en el Parlamento:

“Excelentísimo señor ministro de Gracia y Justicia: Pablo Iglesias, mayor de edad, vecino de Madrid, recluso en la Cárcel Modelo en cumplimiento de la condena que me fue impuesta por la Audiencia provincial de esta Corte en causa por delito de injurias a la Guardia Civil, a Vucencia en debida forma expongo: Que conocedor que el diputado a Cortes señor Lerroux ha solicitado en el Congreso el indulto de la pena de arresto y multa a que fui condenado, y vengo cumpliendo, me interesa hacer constaren el mismo expediente que con motivo de esa pretensión se haya iniciado que no quiero recibir semejante gracia, estando decidido a permanecer en la cárcel hasta el término de la condena; decisión que fundo en estas consideraciones: 1ª Mi propósito de no aceptar merced que pueda cohibir mi libertad de crítica de los actos que las autoridades realicen. 2ª Mi convicción de que la censura de esos actos, en vez de constituir un delito, como ha conceptualizado el Poder judicial al encarcelarme, es en todo ciudadano un deber, tanto más imperioso de ejercitar cuanto que en el caso de que se trata mi crítica se refería a abusos de los agentes de la autoridad para con los trabajadores. Y 3ª La necesidad de que subsista en todo momento la diferencia entre los directores de una sociedad fundada en odiosos privilegios de clase y los que luchan por su abolición, diferencia que desaparecería si los últimos admitiesen de buen grado las concesiones de mercedes y gracias que les otorgasen los primeros, a título de consideraciones que el Poder público no puede reputar equitativas ni justas, pues de serlo los tribunales de justicia no habrían dictado un fallo condenatorio. Por lo expuesto, ruego encarecidamente a Vucencia que en el caso de haber instruido expediente de indulto a instancias de diputado señor Lerroux, o de algún otro individuo, resuelva en contrario de su solicitud, cuyos beneficios no quiero alcanzar, renunciando desde luego a toda gracia que se intentase concederme. Madrid, Cárcel célula a 2 de diciembre de 1904”.- Pablo Iglesias Posse.

[817] *De enero a diciembre de 1904*

El Gobierno presidido por Maura nombra arzobispo de Valencia a fray Bernardino Nozaleda, provocando un movimiento nacional de protesta. Fracasó la decisión gubernamental, y Nozaleda murió sin haber tomado posesión del arzobispado levantino. ¡Un jaleo nacional para nada serio! Guillermo II y Alfonso XIII, en marzo, conferencian en aguas de Vigo, y en abril se publica una declaración franco-británica relacionada con África, iniciación de un reparto colonial en el que entra España en octubre mediante un tratado delimitando zonas de influencia militar en Marruecos. Alfonso XIII complacía a los militares, desmoralizados a consecuencia de la pérdida de las colonias en Filipinas y en América. Por ley se creó el descanso dominical, cuyo desarrollo dio margen a incidentes políticos narrados por separado. “El descanso en domingo es el mejor día para los obreros, no por motivos religiosos, sino porque en ese día hay distracciones para ellos que no tienen los demás”. (De Pablo Iglesias, en el órgano publicado por la Asociación de Dependientes de Comercio de Madrid). Duelo entre Sánchez Guerra, que abandona por ello la cartera de Gobernación, y Rodrigo Soriano, diputado republicano. Blasco Ibáñez, también diputado republicano, se bate con un teniente de Seguridad, resultando herido. En Barcelona, un anarquista dispara contra Maura, que acompaña al rey en viaje oficial, sin graves consecuencias. El Gobierno propone al rey el nombramiento del general Loño para la presidencia del Estado

Mayor Central del Ejército; pero como la camarilla palaciega desea clavar en ese puesto al general Polavieja, cae Maura, quien al salir del palacio real dice a los periodistas: “Yo no soy un presidente dimisionario –me conviene que se sepa– sino un presidente relevado”. Alfonso XIII no olvidaría el zarpazo maurista. Gobierno puente con Allendesalazar, que lleva a la *Gaceta* el decreto deseado por Alfonso XIII y cae poco después para dar paso a los liberales, con poca suerte, porque en Barcelona un grupo de militares asalta las redacciones de dos periódicos catalanistas –Lerroux, en sus *Memorias*, recuerda que no condenó la [818] conducta de los militares barceloneses–, incidente de graves consecuencias que originó la caída del Gobierno presidido por Montero Ríos, sustituido por otro dirigido por Moret, que se avino a servir de escudero de Alfonso XIII y sacar del Parlamento la Ley de Jurisdicciones, deshonrándose políticamente.

El 24 de junio de 1904 se celebró un mitin organizado por el Centro de Sociedades Obreras de Relatores, para protestar contra los atropellos cometidos por las autoridades con los obreros del campo, especialmente en Castilla. Extracto del discurso pronunciado por Iglesias con ese motivo: “Comenzó diciendo que ésta era una de las protestas más justas que el Partido Socialista llevaba a cabo, afirmando que hay épocas en que a los obreros del campo se les obliga a trabajar jornadas de veinte horas por reducidísimos jornales. En corroboración con su aserto, recordó que en el Ateneo ante el monarca dijo Moret que el obrero agrícola andaluz no ganaba para vivir, sino para morir. Insistió en que se reclame en nombre de los intereses de los obreros en general y en particular de los agrícolas, respeto para sus derechos. De otro modo, caso de que no se los garanticen, estaría justificado que apelasen a otros procedimientos para hacerlos efectivos”. Miguel Moya, director propietario de *El Liberal*, que tenía otros diarios con el mismo título en provincias, crea la Editorial de España, en la que entran *Heraldo de Madrid* y *El Imparcial*, núcleo periodístico que influyó en la política española. El 1º de enero de 1904 nacieron la Agrupación Socialista de Alcoy y la Juventud Socialista de Bilbao. Indalecio Prieto, el 4 de abril del mismo año, contrae matrimonio civil en Bilbao con una hija de Cerezo, concejal socialista de esa capital. En Eibar se publica *Adelante*, dirigido por Meabe, quien entonces cae preso en Bilbao por un artículo suyo aparecido en *La Lucha de Clases*. Vigil lanza la idea de crear en Oviedo un Centro Obrero propiedad de las organizaciones societarias y socialistas, como lo tenían ya en Mieres, Sama de Langreo, Arenas y Salinas, aunque muy modestos en su primera etapa.

[819] Echegaray fue galardonado con el premio Nobel, compartido con el poeta francés Federico Mistral. En Madrid se celebró un desfile de corporaciones y organismos, que presencié desde la plaza de San Miguel, junto a la calle Mayor, donde mis tíos tenían un establecimiento. Un grupo de jóvenes escritores publicó agria protesta contra la distinción de que había sido objeto Echegaray, la mayoría de los cuales se avergonzaron después de la felonía cometida. Comienza a publicarse en Madrid el diario *La Mañana*, que se titulaba liberal-socialista, y en el cual colaboró poco tiempo Pablo Iglesias y mucho más Luis Araquistain. Felipe Trigo, médico y afiliado durante algún tiempo al Partido Socialista, publica *Socialismo individualista: índice para un estudio antropológico*. Burell comienza a publicar *El Gráfico*, diario con buen papel y grabados, que no pudo sostenerse. Ortega y Gasset inicia su colaboración en *El Imparcial*. La revista *Alma española*, a pesar de reunir un grupo selecto de escritores, no tuvo vida. Se estrena en el Teatro Español el drama *El Abuelo*, de Galdós, adaptación de una novela suya con el mismo título. José Fola Igúrbide estrena *Emilio Zola o el poder del genio*. En París Jaurès funda *L'Humanité*, diario socialista. El

parlamento francés prohíbe a las congregaciones religiosas la enseñanza. Mussolini perseguido en Italia, es expulsado de Suiza por carecer de documentación legal. Se celebra en Budapest el VI Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional. Alfredo L. Palacios es el primer diputado socialista elegido en Argentina. Estalla la guerra ruso-japonesa. Se construye el primer transatlántico con turbinas de vapor.

Fallecen en 1904, entre otros: José Mesa, uno de los fundadores de la Primera Internacional y del Partido Socialista Obrero Español. José Valles, autor madrileño de primera calidad, tipógrafo en su juventud y afiliado al Arte de Imprimir, como lo fueron José Mesejo y Antonio Riquelme. En Madrid, el profesor krausista Urbano González Serrano; en Santander [820] el profesor institucionalista Augusto G. de Linares; Antonio Labriola, teórico marxista, italiano, profesor de la Universidad de Roma. En Barcelona, el escritor Valentín Almirall; en Francia, la reina Isabel II, de quien hizo el panegírico en el Congreso de los Diputados Romero Robledo, el mismo que contribuyó a su destronamiento; P. Waldeck-Rousseau, político francés radical socialista; F. A. Bertholdi, que construyó la estatua “La Libertad iluminando al mundo” del puerto de Nueva York; H. Marinoni, inventor francés de la rotativa que lleva su nombre. En Bruselas, M. E. Reclus, que participó activamente en la Comuna de París; en Alemania, el escritor ruso Chejov.

[821] *Textos escogidos*

“Los obreros que se dejan guiar por el sentimiento o el entusiasmo se equivocan con frecuencia. Ni el uno ni el otro son buenos guías, por más que en algunas ocasiones sean útiles. Quien guía bien, quien puede librar a los trabajadores de muchos fracasos en su propaganda y su acción contra la clase explotadora, es la reflexión. Obreros que reflexionen, ni se exponen a reveses ni comprometen sus triunfos con actos intemperantes. Obreros que piensen y mediten lo que hacen, no pueden ser engañados por sus explotadores ni por los políticos burgueses. Obreros que ponen en función su cerebro no se dejan arrastrar por declamadores. Siendo su guía la reflexión, no harán huelgas desatinadas, ni creerán que matando patronos mejorarán su estado o avanzarán hacia su emancipación, ni estimarán preciso quitar la vida a compañeros que no piensan en todo como ellos, ni entenderán que la aspiración suprema de su clase es realizar una obra de venganza. Los proletarios no deben ser nunca sumisos ni esclavos del capitalismo, sino rebelarse siempre contra él; pero en su rebeldía deben ajustarse en todo momento a los dictados de la razón, no inspirados en el capricho o en la inconsciencia. Así serán fuertes y temibles y conseguirán, sin experimentar retrocesos, poner fin a la explotación que hoy sufren”.- Pablo Iglesias.

“El progreso de las ideas depende mucho de las condiciones sociales pero también de saber propagarlas y de la forma en que la propaganda se haga”.- Pablo Iglesias.

“Importa poco que no le conozca personalmente. Su pregunta sobre el Socialismo parece una broma, y cuando menos, sobra. Esto es cuenta suya. Por mi parte, siento fuerte deseo de que estudie usted nuestros ideales. ¿Sabe lo que me ocurrió siendo nacionalista? No pude menos de reconocer por un enemigo serio en Vizcaya al Socialismo. [822] Determiné, pues, estudiarlo para combatirlo. Hice mal, ya lo sé: así no se debe estudiar, sino por amor a la verdad. Caro pagué mi

prejuicio. Sufrí de la manera más necia. Un joven tiernecito como yo, salido apenas de la educación cristiana e irracional de nuestros padres y nuestros maestros, ¡qué no había de padecer hundido en lo más hondo de una lucha espiritual! Dejemos esto. Hoy –créamelo usted– ya no hay tempestades en mí; la duda que las provocara sólo acierta a divertirme. Soy feliz; y eso que bien se empeñan en hacerme un infierno alrededor. Tan pronto como se halla el verdadero sentido de la vida, deja uno de disgustarse por las cosillas más naturales. La educación socialista es para el que esto escribe como el sol para las plantas... Pues bien, yo quiero que usted sea socialista”.- Tomás Meabe (de una carta suya a José Arrandiaga, 14 de marzo de 1903, Bilbao).

“El 1º de mayo es el único día de fiesta verdad del proletariado explotado y militante. Es un día de fiesta libremente querido y conseguido, en contraposición con los días de fiestas religiosas o laicas otorgados a los esclavos de la fábrica, de la mina y de los campos por la voluntad de los gobernantes y de los explotadores. Un día de fiesta que, por su misma esencia, es un contraste con todas las otras fiestas de la sociedad burguesa. Todas esas fiestas tienen sus raíces en el pasado, son conservadoras; en contraste con ellas, el 1º de mayo es una fiesta del porvenir, una fiesta revolucionaria”.- Clara Zetkin. 30 de abril de 1903.

“Durante un periodo de cerca de dos años no hubo un número de este semanario –*La Lucha de clases*, de Bilbao– en que no apareciese algún artículo mío, muchas veces dos, y hasta tres algunas veces, y siempre anónimos... Hacía aquellos artículos de propaganda y vulgarización de principios económicos y sociales a vuela pluma, con mano ligera y suelta, sin repasarlos jamás, sin la menor obsesión respecto a su [823] hechura literaria, y tal vez sean de lo más fresco, de lo más vivo, de lo más penetrante que haya yo logrado escribir... De cuantos trabajos he llevado a cabo en lo que de vida llevo, aquel de mi colaboración en este semanario ha sido uno de los más purificadores, de los más nobles. Representa la pureza de mis mocedades de escritor”.- Miguel de Unamuno, 1903.

“Aquí no hay ese núcleo –el representado por el Socialismo–, no pede servir de concentración, porque se ha tratado de cerrarle todos los caminos”.- Miguel de Unamuno, 1906.

“¡Cuántos hombres elevados a altas posiciones en la Administración, en la política, en el periodismo, en la enseñanza pública, ha encontrado después el autor de estas historias que le hablaron del encanto de aquellos días insinuándole que tuvieron que hacer grandes y dolorosos esfuerzos para no rendirse! Realmente ‘para no rendirse’ se necesitaba vocación de mártir”.- Juan José Morato, biografiando a Pablo Iglesias.

“Lo único para que sirvió la unidad religiosa e inquisitorial de España fue para retrasar el proceso histórico que realizó casi toda Europa en los siglos XVI y XVII con las llamadas guerras de religión, y así se lo dice a Menéndez Pelayo Juan Valera, que fue su gran amigo, fino escritor liberal, comentando la aparición de *Los Heterodoxos*, en las siguientes certeras palabras: ‘Por cima del patriotismo está la verdad. Menester es confesarlo: casi desde principios del siglo XVI hay en nuestra civilización un germen deletéreo que la corrompe y marchita. Este germen es el fanatismo religioso, y no porque en otros países no existiera, sino porque aquí, en España, existía unido, unánime, y en otros países, dividido y luchando. Por allá, en la fiera lucha, acabó por anularse, mientras que entre nosotros apenas [824] hubo lucha y vivió. Allí, por ser la lucha de fanatismos opuestos, nace la libertad y mueren los fanatismos, mientras que entre nosotros, con poca lucha y

por consiguiente con menos horrores y crueldades, pero con una comprensión larga, constante y sistemática, la libertad muere y el pensamiento se agota y esteriliza”.- Adolfo Bonilla San Martín, de *La Filosofía de Menéndez Pelayo*.

“Todos los antiguos de nuestro Partido Socialista lo saben, y los jóvenes lo aprenderán: la tarea del Partido Socialista es siempre difícil. Para nosotros hay las dificultades de la debilidad y las dificultades de la fuerza; las de la oposición y las de la mayoría y del Gobierno. En esta vida de militante en la que algunos de vosotros habéis entrado hace pocos años, no esperéis jamás encontrar tarea fácil. Jaurès repetía a menudo: ‘Todo es siempre difícil’. Pero todo es particularmente difícil para nosotros, socialistas”.-León Blum.

“Donde entra un concejal socialista sube el termómetro de la moralidad”.- Ortega y Gasset, 1906.

[825] *El Congreso de Ámsterdam*

Del 14 al 20 de agosto de 1904 se reunió en Ámsterdam el VI Congreso de la Internacional Socialista, con asistencia de 480 delegados en representación de veinticuatro países. Ciertas delegaciones nacionales no fueron homogéneas, por lo cual en las votaciones se dio el caso de que algunos países se dividieran, como Francia e Inglaterra, especialmente al tratar el tema fundamental de la colaboración ministerial. Por España, Pablo Iglesias votó la resolución triunfante, al lado de Bebel, Kautsky y Guesde, contraria a la tesis sostenida por Jaurès, favorable a dejar en libertad a cada país para resolver ese problema según impusieran las circunstancias. Hubo veinticinco votos a favor, cinco lo hicieron en contra y doce se abstuvieron. La división, pues, nació ya en Ámsterdam. He aquí el texto aprobado:

“El Congreso rechaza, de la forma más enérgica, las tentativas revisionistas tendentes a cambiar nuestra táctica experimentada y victoriosa sobre la lucha de clases, tratando de reemplazar la conquista del Poder mediante una dura lucha contra la burguesía por una política de concesiones hacia el orden establecido. La consecuencia de tal táctica revisionista sería hacer de un partido que persigue la transformación, lo más rápida posible, de la sociedad burguesa en sociedad socialista; de un partido, por consiguiente, revolucionario en el mejor sentido de la palabra, en un partido que se conformaría con reformar la sociedad burguesa. Es por lo que el Congreso, convencido, contrariamente a las tendencias revisionistas existentes, de que los antagonismos de clase, lejos de disminuir, van acentuándose, declara: 1ª Que el Partido declina toda responsabilidad, cualquiera que sea, en las condiciones políticas y económicas basadas sobre la producción capitalista y, por consiguiente, no aprueba ninguno de los medios que tienden a mantener en el Poder a la clase dominante. 2ª Que la Democracia Socialista no puede aceptar ninguna participación en el gobierno de la sociedad burguesa, y esto conforme a la proposición de Kautsky, votada en el Congreso internacional de París de 1900. El Congreso rechaza, además, toda tentativa hecha para ocultar los antagonismos de clase cada vez más crecientes, al efecto de facilitar una reconciliación con los partidos burgueses. El Congreso espera que los representantes del Partido en los Parlamentos se servirán del crecimiento de su fuerza, tanto por su número como por el aumento considerable de la masa de electores que les siguen, para perseverar en su propaganda sobre el propósito final del Socialismo y de conformidad con nuestro programa, para

defender de la forma más decidida los intereses de la clase obrera, la extensión y la consolidación de las libertades políticas; para reivindicar la igualdad de derechos para todos; para seguir, con más energía que nunca, la lucha contra el militarismo, contra la política colonial e imperialista, contra toda especie de injusticia, de dominación y de explotación y, finalmente, obrar enérgicamente para perfeccionar la legislación social y hacer posible que la clase obrera cumpla con su misión política y civilizadora”.

El Congreso de Ámsterdam aprobó una moción invitando a conseguir que en cada país no haya más que un Partido Socialista, como no hay más que un proletariado. El tema de la huelga general fue también examinado, sin que sus partidarios consiguieran triunfar. Fue acordado saludar a los trabajadores rusos y japoneses, sacrificados criminalmente por sus gobiernos respectivos. En política colonial, ratificando decisiones anteriores, hubo acuerdo contrario a la explotación capitalista de los territorios coloniales. Se aprobaron mociones en favor de la legislado social y del 1º de mayo, ratificando sea en esa fecha y no en otra alguna, el día de la Demostración internacional acordada en el Congreso de París de 1889. Emilio Vandervelde, de Bélgica, fue elegido presidente de la Internacional en el Congreso de Ámsterdam. En esa misma fecha publicaba su libro *Colectivismo y evolución industrial*.

[827] *La Internacional Socialista*

“En el momento en que se publique este artículo me hallaré en Francfort asistiendo a la reconstitución de la Internacional. No es la primera vez que se aborda este intento. Hay el precedente de Hamburgo, a raíz de la primera guerra mundial. Me tallo personalmente en la situación bastante curiosa de haber sido el factótum de la Segunda Internacional, llamada así porque sucedió a la Primera, creada y disuelta por Marx en 1866 y 1872. Se reunió aquélla en congreso varias veces y tuvo por misión poner fin a la confusión y descartar de su asociación permanente a los que, invocando una fórmula opuesta a la de Marx, habían escogido finalmente como cabeza dirigente a Bakunin, es decir, los anarquizantes. En realidad, los delegados no tenían todavía tras ellos partidos sólidamente constituidos. No estaban los tiempos maduros aún. Las discusiones revestían más bien un carácter doctrinario y la experiencia de la acción obrera propiamente dicha estaba todavía en embrión. La expulsión de los bakuninistas en el Congreso de La Haya puso fin a la querella. Los delegados volviéronse a sus lares y pusieron a organizar sus jóvenes tropas, política, sindical y cooperativamente.

Hubo entre tanto un periodo intermedio. Reuníanse los Congresos. Asistían los belgas con César de Paepe. Celebróse un comicio en Gante, al que concurrió el joven Anseele. A pesar de la disolución de la Internacional, los buenos luchadores no se avinieron a perder la trabazón. Finalmente, con ocasión del centenario de la Revolución francesa, las clases obreras, que se habían ya organizado nacionalmente, acertaron a reunirse en París en 1889, convocadas por dos Comités diferentes de la sección de Francia, el de los que habían seguido fieles a Marx y el de los que invocaban preferentemente a Proudhon. Hubo incluso delegados que se reunieron con ambos movimientos. Esto tuvo por consecuencia que la unidad fuese reconstruida. De ahí resultó la segunda Internacional.

[828] La nueva organización estableció un Secretariado en Bruselas y celebró varias

reuniones. Los partidos nacionales habíanse desarrollado ya suficientemente. César de Paepe, el conciliador por temperamento, había muerto. Un joven empleado, Volders, le sustituía, sobre todo como agitador y periodista. El joven Vandervelde iba a surgir en Bruselas. Anseele era ya eje de una organización interesante en Flandes. Los mineros se consolidaban en el Borinage, en Charleroi, en la comarca de Lieja. Los tejedores de Verviers continuaban adheridos al espíritu individualista del artesanado. Sobre esas bases, el Partido Obrero Belga venía a ser una organización de elementos diversos; pero prácticamente rebasó la doctrina para reforzarla mediante la unión de buenas voluntades.

En el seno de los partidos afiliados, evoluciones similares de doctrina y de acción daban nacimiento a formaciones a veces originales como, por ejemplo, en Inglaterra. En Francia, las fracciones seguían desunidas, pero se ponían en relación en ocasiones. En Rusia se asistía ya a la dualidad de los que querían resistir al zarismo por la acción revolucionaria de la conspiración y los que preferían la fórmula occidental, la evolución por vías democráticas. Desarrollábanse experiencias en todas partes, en los escenarios más diversos. La influencia cada vez mayor de las organizaciones obreras, que habían adquirido conciencia de sus posibilidades, terminó por fijar su atención en el problema de la cooperación gubernamental, principalmente en Francia. Llegamos así al Congreso de Ámsterdam, en 1904. Allí me encontraba yo. Asistía al duelo oratorio entre Jaurès y Bebel. La Segunda Internacional era ya algo y hallábase simbolizada por hombres cuyos nombres suenan todavía en nuestros oídos: Vaillant y Guesde, en Francia; Singer y Kautsky, en Alemania; Iglesias y Mora, en España; J. Keir Hardie y Hyndman en Gran Bretaña; Troelstra, Vliegen y Van Kol, en Holanda; [829] Diamant y Rosa Luxemburgo, en Polonia; Adler y Skaret, en Austria; Turati, en Italia; Nemek Soucup, en Checoslovaquia; Sakarov, en Bulgaria; Plejanov y Lenin, en Rusia; Kari, en Finlandia; Stauning, en Dinamarca; Branting, en Suecia. Y otros muchos. La lista es larga. Renuncio a agotarla.

La tesis negativa de Bebel, es decir, la no participación ministerial, venció a la de Jaurès. La experiencia venció a la doctrina después de la reunión de Ámsterdam. El 1º de enero de 1905 entraba yo en funciones como secretario de la Internacional, con Vandervelde, Anseele y Bertrand, en la Comisión Ejecutiva. El domicilio de la organización quedó establecido en la Casa del Pueblo de Bruselas, adonde estuvo viniendo Trotsky a trabajar conmigo varios meses como traductor. El propio Lenin se estableció temporalmente no lejos de la Casa Consistorial de Ixelles, y vino a menudo a la sede del Secretariado. Las visitas eran numerosas. No faltaba la vigilancia policiaca del extranjero. Yo organicé el Congreso de Stuttgart de 1907, el de Copenhague en 1910, el de Basilea en 1912 y, en fin, el de Viena para los meses de septiembre-octubre de 1914. Pero estalló la guerra mundial, cuyos comienzos fueron marcados con el asesinato de Jaurès y las negociaciones entre los socialistas alemanes y franceses, que fui yo encargado de preparar en una reunión que tuvo lugar en la Cámara de Diputados, en París, el sábado anterior a la declaración de la guerra, ocurrida el martes siguiente, 4 de agosto de 1914. Y aquí comienza otra historia, variada, apasionante, difícil, señalada principalmente por la Conferencia de Estocolmo. La Segunda Internacional salió de la guerra amputada por el bolchevismo, y todo el mundo sabe lo que sucedió. Lo único que quiero agregar aquí es que la Segunda Internacional de 1951 no será sensiblemente diferente de aquella en la cual yo he colaborado bastante íntimamente”.- Camilo Huysmans, 1951.

[830] *Escuela de Aprendices Tipógrafos*

El 11 de febrero de 1904 la Asociación del Arte de Imprimir de Madrid eligió la siguiente Junta directiva: Antonio García Quejido, presidente; Emilio Moreno, vicepresidente; Antonio Castro Lara, tesorero; Enrique Lacasa, vicetesorero; Ángel Martínez, contador; Joaquín Revilla, vicecontador; Manuel Varela, Francisco Pueyo y Cipriano Hidalgo, secretarios; y Julián Martín y Federico Marcos, vocales. En abril siguiente la directiva presentó ante la junta general un proyecto de reglamento para crear una Escuela de Aprendices Tipógrafos. Allí estaba reflejado el espíritu innovador de García Quejido. ¡Crear una escuela técnica en una organización de resistencia al capital! Aquello era absolutamente nuevo y en realidad estaba fuera de lo corriente en organismos similares. Triunfó la idea, pero sin entusiasmo, con ostensibles reticencias, sólo vencidas al cabo de los años.

El Arte de Imprimir, el 12 de mayo siguiente, abrió concurso entre asociados para proveer las plazas de profesor y auxiliar de Gramática castellana. Acudieron tres afiliados, pero ninguno fue aceptado, salvándose como profesor Matías Abad, que en concurso posterior ganó la plaza en efectividad, con Juan A. Meliá, auxiliar. Antonio Atienza y Andrés Bolonio fueron nombrados profesor; y auxiliar de Técnica profesional. Como profesores, en las distintas categorías en que después se dividió la Escuela, pasaron por ella los siguientes afiliados: Julio Cosano, Julio Díez, Aurelio de la Riva, José Brú, Luis Romero Cuesta, Antonio Muñoz Giraldo, Francisco Ramos, Pedro del Olmo, Fernando Pérez Suárez, Agustín Castro y José Puerto Díaz. Directores de estudios fueron Joaquín Goñi, Francisco Carbajosa, Matías Abad, García Quejido y Matías Gómez Latorre.

En 1924 comenzaron las clases de enseñanza práctica, creándose entonces cinco cursos, con la finalidad de capacitar debidamente a los alumnos. En los primeros veinticinco años pasaron por la Escuela 1.855 alumnos, de los cuales aprobaron todos los cursos 696, cifra muy [831] elevada. Los profesores y auxiliares tenían una modesta retribución de 45 y 30 pesetas mensuales, respectivamente. Cayetano Redondo y yo fuimos, alumnos fundadores en 1905, obteniendo premios durante los tres años que duraba entonces el curso. Allendesalazar, ministro de Agricultura, Industria y Comercio, donó al Arte de Imprimir dos mil pesetas, mientras que la clase patronal gráfica, no sólo se negó a ayudar, sino que calificó de sectaria a una Escuela en la que jamás se habló de política ni de societarismo. El primer año nos matriculamos 85 aprendices, de los cuales éramos asociados 28. El segundo, de 82 inscriptos, solamente eran asociados 20. Más claro: el Arte de Imprimir capacitaba a los alumnos pensando en su porvenir, en su preparación técnica, sin exclusivismos. ¿Dónde estaba el sectarismo de que hablaban los patronos? Con el tiempo el ambiente cambió, y hubo patronos que ayudaron a la Escuela de Aprendices de muy diversa manera, y alguno con esplendidez. Cuando fui concejal propuse al Ayuntamiento subvencionara modestamente a la Escuela. Más tarde, ante las dificultades que ésta encontraba para que funcionaran las clases técnicas con material adecuado, necesitado de amplio espacio para la maquinaria, a propuesta mía, el Municipio madrileño cedió local suficientemente espacioso para instalar la Escuela de Aprendices Tipógrafos, inaugurada por Pedro Rico, alcalde de Madrid, con el nombre de Antonio García Quejido, en presencia de numerosas concurrencia, como homenaje a su fundador, que además había sido concejal durante cuatro años.

Hundimiento del tercer depósito de las aguas del Canal de Isabel II

El 8 de abril de 1905 hubo en Madrid una tragedia que conmovió hondamente al proletariado madrileño, y por extensión al de España entera: el hundimiento de las obras que se realizaban para construir el tercer depósito de las aguas del Canal de Isabel II, principal abastecedor [832] de tan precioso líquido de Madrid y sus alrededores, donde quedaron sepultados más de un centenar de trabajadores de la edificación, de los cuales perdieron la vida cuarenta. Aunque las autoridades trasladaron los cadáveres al depósito del cementerio con el propósito de evitar manifestaciones públicas, el Centro de Sociedades Obreras de Relatores, recogiendo el clamor popular, abrió una suscripción para ayudar a las familias de las víctimas y organizó una manifestación de protesta para exigir responsabilidades. Impotente el Poder público para impedir la exteriorización del clamor nacional, que deseaba rendir un último tributo de solidaridad a quienes habían muerto víctimas de la avaricia capitalista, al fin autorizó la manifestación, que se efectuó con banderas de todas las organizaciones, bajo las cuales se agruparon los trabajadores, sin distinción entre socios y no socios, la mayoría de los cuales jamás habían oído un discurso de Pablo Iglesias ni sabían dónde estaba instalado el Centro de Sociedades Obreras.

Durante varios días estuvieron llegando al Centro coronas con expresivas dedicatorias, la mayoría de grupos de trabajadores que en fábricas y talleres cotizaban espontáneamente para mostrar de modo ostensible su adhesión a la campaña iniciada por la organización obrera exigiendo responsabilidades. En la planta baja, muy amplia, del Centro de Sociedades Obreras se improvisó una exposición de las coronas que llegaban, todas con calurosas dedicatorias, algunas de tonos bien subidos, desfilando por aquel lugar millares de trabajadores de ambos sexos, ajenos al movimiento obrero en su inmensa mayoría, conmovidos por tan horrible desgracia. La prensa daba nota a diario de las entidades y núcleos de obreros que entregaban donativos y coronas, manteniendo vivo el espíritu de protesta, que culminó en la manifestación más numerosa verificada en Madrid hasta aquella fecha. Las calles de los alrededores de la plaza del Progreso estuvieron ocupadas por banderas de las Sociedades obreras organizadoras de la protesta, figurando [833] no sólo las inscritas en la Unión General de Trabajadores, sino cuantas quisieron adherirse a los fines perseguidos por los organizadores. Las coronas y ramos de flores iban en coches de caballos. Presidiendo la manifestación fueron los hombres representativos del movimiento obrero y socialista, acompañados por personalidades del republicanismo, como Gumersindo de Azcárate, aunque por entonces las relaciones entre socialistas y republicanos no eran cordiales. Tuvieron lugar de preferencia en el desfile las banderas de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo* y de la Sociedad de Carpinteros de Armar, por ser de esas profesiones las víctimas de aquel hundimiento. Entre el numeroso grupo de obreros de las artes gráficas que desfilaron bajo los pliegues del estandarte de la Asociación General del Arte de Imprimir figuré yo, que trabajaba en la imprenta de *El Consultor de los Ayuntamientos*.

La inmensa mayoría de las víctimas, por no ser afiliados a las organizaciones obreras, estaban fuera de su disciplina. Hubo algunos que formaban en la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, quien adoptó a Margarita de la Oliva, huérfana de uno de los obreros sepultados entre los escombros, costeándole los estudios que deseaba seguir, adoptándola como hija del gremio, hasta que pudo conseguir ingresar en la carrera de magisterio femenino, manteniendo cordiales

relaciones con Besteiro y su esposa, Dolores Cebrián, de quienes recibió ayuda y atenciones. La Sociedad de Carpinteros de Armar tuvo entre las víctimas un asociado, afiliado además a la Agrupación Socialista, Arboleyas. Pero la mayoría, como hemos dicho, no cotizaba en ninguna entidad de resistencia y mucho menos en la Agrupación Socialista. Se trataba, pues, de un movimiento de solidaridad con las víctimas de la explotación capitalista, sin matices de ninguna clase. Aquel gesto sirvió para dar nuevo impulso al movimiento obrero de toda España, y singularmente en Madrid, garantizándole el derecho a disponer de la calle, ante el ejemplo de sensatez y cordura de la clase obrera, que desfiló por el centro de [834] la capital sin un grito, sin carteles alusivos a la tragedia, con disciplina ejemplar que impresionó a los enemigos del proletariado. La Comisión organizadora del acto y del reparto de socorros a las familias de las víctimas estuvo formada por Largo Caballero y Álvarez Ángulo, por el Centro de Sociedades Obreras, y Cienfuegos y Castañera, por las Sociedades de Albañiles y Carpinteros de armar, respectivamente. Al final de la calle de Alcalá Pablo Iglesias dirigió la palabra a los manifestantes, produciendo honda impresión cuanto dijo. He aquí el resumen recogido por, la prensa burguesa: “Las causas del hundimiento han sido la codicia, el favoritismo, el compadrazgo, el chanchullo. El terreno donde se construía el depósito no era adecuado, pero su adquisición ha sido un negocio escandaloso; el material empleado no correspondía a la solidez que requería la obra, y la inspección, o no se efectuó o fue una farsa. Lo sucedido merece escarmiento ejemplar, pero la clase trabajadora no tiene aún resistencia ni fuerza para imponerlo. Yo os pido que el dolor que os embarga y el sentimiento de venganza que os domina lo convirtáis en voluntad y energía para trabajar por vuestra organización y mejorar, hasta que llegue el día en que se arranque de cuajo la causa de tantos males y dolores”. Al Cementerio católico fueron llevados treinta y seis obreros, y al Civil, cuatro. Hubo, naturalmente, proceso; pero los contratistas salieron absueltos, defendidos, entre otros, por Melquíades Álvarez, abogado, y José Echegaray, ingeniero. El general Marvá, sociólogo eminente y hombre recto, en cambio, dijo la verdad la causa del hundimiento no se debió al sol, como sostuvieron los impunistas, sino a la mala calidad del material utilizado y a las deficiencias en su aplicación. Triunfó la justicia burguesa, pero aquel fallo contribuyó a consolidar entre gran parte de los trabajadores su conciencia de clase explotada por el capitalismo y vejada por sus representantes en el Poder público.

[835] *Pablo Iglesias, reformador de la vida pública*

“Sobre Pablo Iglesias se han escrito excelentes biografías. Falta, de todos modos, la que presente a Iglesias como realmente fue: un reformador sin par de la vida pública española. Los viejos socialistas comprenderán mejor que yo mismo el alcance de mis palabras, para cuyo entendimiento cabal será menester que regresemos a los años inanes de fin de siglo. El cansancio de las guerras civiles –cansancio transitorio, ya se ve–; la sangría menor, pero continua de los pronunciamientos militares; el constante tejer y destejer sobre un cañamazo social que permanecía, a la postre, inalterable –porque España, en fuerza de producir motines, no ha consumado nunca una revolución– trajeron como herencia la atonía. De un político de la Restauración –que no restauró nada– es la frase sabida: “España es un pueblo sin pulso”. A través de la experiencia visible tenía razón el sentenciador. Todo parecía salir de una friolera. Turnaban apaciblemente en el Gobierno, por tiempo convenido, liberales y conservadores todos

uno y lo mismo, es decir, nada. Llenaba su papel subalterno un republicanismo atomizado, de frases gordas, pensamiento escurrido y conducta equívoca. Medraban los militares palaciegos. Echaban buena panza los santos varones de la iglesia. Había ópera en el Real, besamanos de Corte y corridas de toros. Y se nos escapaba de la mano, sin remedio, sin honra y sin barcos, el apéndice de nuestra potencia colonial, bocado de gusto para el nuevo rico que era entonces –y es hoy– la República yanqui.

Pero eso no era España, sino la apariencia de España. Por debajo de la ficción oficial – espadas relucientes, quincallería heroica, palios alzados, chisteras de seis reflejos y descotes sobre pechugas blancas– estaba, pronta a pedir plaza, la clase obrera. Y allí sí que había pulso que tocar y fuerza que poner en pie. He aquí llegado el momento de Pablo Iglesias, ese anónimo cliente hospiciano a quien [836] un día, pasados los años, llamarían su *Abuelo* –que es ser dos veces padre– los obreros españoles. Sí había pulso en España. El secreto estaba en encontrárselo, para lo cual era menester adentrarse en los barrios bajos –los más altos de espíritu– de Madrid; llegar con simiente de esperanza a las aldeas; hablar a los trabajadores con palabra fraterna y paciente. Y levantar la bandera de una nueva moral, una nueva vida y un nuevo credo. Todo esto representaba el apostolado civil de Pablo Iglesias, peregrino esforzado en una España harta de santos que no hacían milagros, y redentores políticos que no sabían hacer otra cosa que hablar mal de los santos. En el ambiente yermo, desvaído, de fin y comienzo de siglo, Pablo Iglesias se alza como un gigante de voluntad y pensamientos claros. Si Costa es el flagelador implacable de una España resignada a morir, Pablo Iglesias es el animador de una España ansiosa de resurrección. Ninguna injusticia –y los dos tercios de su vida estarán jalonados por ella– domará su entereza, ningún insulto desviará su paso; ninguna incompreensión le hará desfallecer. En su ser moral no se conocen los altibajos. Conservo aún la última carta que salió de su pluma, idéntica, en tono y espíritu a las primeras que escribió cuando el Partido Socialista era todavía una comunidad dispersa por falta de afiliados. Lástima es que el epistolado de Pablo Iglesias no haya podido ser recogido.

Pero las cartas de Iglesias se han perdido tal vez para la historia. No se han perdido para la devoción de los socialistas. En todas se juntaba la lección doctrinal –en la que era maestro– y la lección moral de la que era ejemplo. Para ser socialista, recomendaba, hay que ser buen ciudadano, buen padre, buen marido. De ahí nació la leyenda del “pablismo”, estigma honrado y honroso, con que un día nos apedrearían algunos advenedizos y ganapanes de la revolución. Amigos míos, yo me confieso pablista. Lo soy, especialmente, después de nuestra guerra, en la que tantas actitudes han fracasado porque eran [837] falsas; tantos hombres se han denigrado porque eran viles, y tantos prestigios se vinieron a tierra por falta de sostén. Yo soy pablista. Y nuestro Partido ha de ser pablista o no será nada. El hombre ya no importa o importa poco; pero queda el mito, que es un código de conducta y un reglamento de honestidad. No se puede a la vez ser socialista y cínico; socialista y venal; no se puede vivir del Socialismo, sino para él. La gran lección de Pablo Iglesias, rubricada por sus acciones, dicta esa verdad, que él supo imponer en una España corrompida y carente de alientos. Por ministerio de su perseverancia, la nueva fe abre surco.- Manuel Albar, 1944

[838] *Congresos obreros*

El del Partido Socialista se reunió en Madrid, en el Centro de Relatores, en octubre de 1905, con 144 Agrupaciones, aunque no estuvieron representadas más que 86, con 32 delegados, entre los cuales José Madinabeitia, médico, con credenciales del País Vasco; Emilio Corrales, escritor que no llegó a cuajar entre los españoles de dentro y fuera de España, cuando emigró voluntariamente; Luis Pereira, abogado, y Juan Moran, catedrático de Instituto en Córdoba. El Congreso reeligió a Iglesias para presidente, y la Agrupación Socialista de Madrid completó el Comité Nacional del siguiente modo: Francisco Mora, vicepresidente; Mariano García Cortés, secretario; Felipe Peña Cruz, tesorero; Luis Pereira, vicesecretario; Matías Gómez Latorre, Rafael García Ormaechea y Antonio Atienza, vocales. Entre los acuerdos adoptados se decidió que el Comité Nacional sólo está obligado a dar cuenta de su gestión en el Partido ante los Congresos; ratificar que los afiliados están obligados a pertenecer a la Sociedad de su oficio; manifestar su solidaridad con los obreros rusos que luchaban contra el zarismo; y que en tanto los elementos republicanos y anarquistas difamen al Partido Socialista o a algunos de sus afiliados las colectividades del mismo no celebrarán ningún mitin en unión de aquéllos, no haciéndose extensiva esta resolución a los partidos monárquicos porque de acuerdo con éstos el Partido Socialista no ha hecho ni hará campaña alguna.

En Madrid, en los mismos locales se reunió el octavo Congreso de la Unión General de Trabajadores, figurando en el Comité, con Iglesias, Manuel Varela, Ángel Goicoechea y Julio F. de Guevara, entre otros. Los vocales eran designados a razón de uno por cada entidad afiliada al organismo central, de modo que las reuniones semanales constituían en realidad un congresillo. Ese sistema fue modificado en la Casa del Pueblo posteriormente. El décimo Congreso de la Federación Tipográfica se reunió en 1905 en Bilbao, designando presidente a Francisco Núñez Tomás, con Matías García, Joaquín Seller, Gregorio Lavín, Lacasa, Molina y Labajos.

Esteban Jiménez

Fue malagueño, como tantos otros luchadores del Socialismo español, Esteban Jiménez, tipógrafo, fundador de *La Vanguardia*, diario socialista argentino, aparecido como tal el 1º de septiembre de 1905, después de varios años de lucha semanal a cargo principalmente del doctor Juan B. Justo. En un número especial del órgano del socialismo de la República del Plata se publicó el siguiente relato de las actividades de Esteban Jiménez en Buenos Aires.

“Entre los colaboradores con que contó el doctor Juan B. Justo para llevar a la práctica su designio de fundar un órgano periodístico que fuera vocero del flamante Partido Socialista, a la vez que el defensor auténtico de los trabajadores agrupados en sus filas, se destacó desde el primer momento el obrero gráfico Esteban Jiménez. No podía éste, desde luego, invocar ningún título que acreditara la posesión de grandes conocimientos, pero el maestro se fijó en él, y su actuación posterior de más de cuarenta años en *La Vanguardia* revela el extraordinario acierto de la elección, ya que no creemos que se haya dado el caso en ningún otro hombre que, con una base cultural tan endeble, supiera hacer tan cumplido honor a la labor periodística hasta colocarse, a justo título, en el rango más encumbrado de la profesión. Y cabe destacar, además, en estricta justicia, que Jiménez escribía en condiciones asaz precarias, para un diario obrero que

tropezaba con dificultades de todo género, y que carecía de los preciosos recursos representados por una buena biblioteca, por un bien organizado archivo, y que, muy frecuentemente, ni siquiera podía ofrecerle la tranquilidad básica que debe ser inherente a toda labor intelectual. Como también que mientras las empresas periodísticas importantes cuentan con un cuerpo de redactores especializados, un redactor de *La Vanguardia* veíase en la necesidad de escribir cotidianamente sobre variados temas, y con una capacidad y seriedad que granjearon a nuestra hoja el prestigio de que disfrutó siempre dentro del periodismo nacional.

[840] En esta breve y conmovida recordación de Esteban Jiménez nos hemos particularizado con su actuación periodística, porque ella constituyó su verdadera pasión, y porque en ella volcó todos sus esfuerzos. Como político no hizo ni habría podido hacer carrera porque carecía de la ductibilidad de carácter requerida para la actuación en común con otros hombres en funciones de esta naturaleza. Sustentando principios muy rígidos, los defendió en todo momento con una vehemencia extraordinaria dictada por la sinceridad misma de sus convicciones, lo que le creó una difundida fama de ‘hombre intratable’. Los que tuvieron oportunidad de frecuentarle durante largo tiempo en la intimidad familiar saben que fue, sí, intratable en la defensa de lo que creía justo, y contra cualquier asomo de transigencia que revestía para él el carácter de una claudicación; pero saben también que fue, en otros aspectos, el más generoso de los hombres, dueño de una sensibilidad exquisita. No en balde, Esteban Jiménez disfrutó como pocos, a través de toda su vida, del afecto, la consideración y el respeto de las figuras más grandes del Socialismo argentino”.- Juan A. Solari.

Cartas de Pablo Iglesias

Entre los centenares de cartas que escribió Pablo Iglesias, Juan Antonio Solari, en Buenos Aires, reproduce varias en su excelente libro *Pablo Iglesias: época, luchas, ejemplo*. He aquí una de ellas, fechada en Madrid el 23 de septiembre de 1905, y comentarios de Solari seguidamente:

“Estimado correligionario Mellén: Por estar enfermo –hallome aún convaleciente–, no he contestado antes a la suya del 14. En efecto, dadas las circunstancias por que han pasado y pasan aún, no es poca la cifra de 277 votos que ha obtenido la candidatura socialista en esa.

En correos se nos han tragado muchos ejemplares del orden del día del Congreso. Por lo mismo no les hemos enviado los 200 ejemplares que pedía, sino 100. Si no se pudieran arreglar con esos, les enviaremos algunos más. No descuiden las lecciones que suministra la experiencia, [841] tanto respecto a los hombres como a las cosas. No abarquen más que lo que puedan realizar, porque así no se consolida nada y lo que nosotros precisamos es consolidar lo obtenido para luego avanzar sobre seguro. Creo que a la vez que trabajar infatigablemente por el afianzamiento del movimiento socialista y societario en esa, deben procurar que en Irún se cree la Agrupación Socialista. No sé si me equivocaré, pero me figuro que no exigirá esa labor grandes esfuerzos”.- Pablo Iglesias.

“Consolidar lo obtenido para luego avanzar sobre seguro”. “Trabajar infatigablemente”... ¿Se quiere, en menos palabras, programa más fundamental, mayor suma de sugerencias y de sabiduría para la acción? ¿Puede, en una breve carta, mostrarse más íntegramente el espíritu laborioso, sensato y responsable de un hombre, dirigiéndose en términos sencillos, a su

compañero, mientras él debe soportar violencias y sinsabores? Porque, –bueno es decirlo– no se trata de quien pontifica desde tejas arriba o al margen del duro laborar diario, ofreciendo panaceas milagrosas para que se haga cuanto, según él, no se hizo o se hizo mal. Iglesias tenía mucho respeto por sí mismo y uno más acendrado por sus compañeros para darse ese papel tan común como estéril. Comenzaba por dar ejemplo de continuidad y de perseverancia en el trabajo, arrojando las contrariedades de la lucha. Nadie podía poner en duda su sinceridad. Nadie discutía el noble desinterés y la preocupación de perfeccionamiento que le animaban en la obra común, pues él –con su autoridad indiscutible– era el primero en entregar a esa obra todas sus energías. De ahí el valor moral y la eficacia de sus cartas, de sus advertencias y adoctrinamientos. Tal autoridad y eficacia aparecen, por lo mismo, acreditadas en sus páginas de prédica socialista y en sus discursos. Su experiencia aumentaba en la confrontación con su propia vida. No fue un simple teorizante ni se dio posturas ocasionales: elaboraba su pensamiento en función de la acción que desarrollaba y los frutos de su lógica y de su dialéctica no eran flores decorativas: reconocíanse cuan adentradas en su conciencia y en su mente estaban las raíces, comprendiendo entonces por qué esos frutos resistían tantos embates y se renovaban de continuo en los surcos trazados por su voluntad y por su sinceridad”.- Juan Antonio Solari.

[841bis] *Ley de Jurisdicciones*

El 25 de noviembre de 1905 elementos de la guarnición de Barcelona asaltaron las redacciones de algunos periódicos regionalistas y destruyeron cuanto encontraron. Años antes habían hecho algo parecido otros militares en Madrid, también sin consecuencias para los autores. El Gobierno de Montero Ríos cae al no dejarle el rey castigar a los autores de tal desafuero. Le sustituyó otro liberal, Segismundo Moret, quien, con fecha 29 de mayo de 1906, arranca del Parlamento español, a pesar de la oposición de carlistas, regionalistas y republicanos, la Ley de Jurisdicciones, que entrega a los militares la posibilidad de castigar cuantos delitos –a juicio de ellos mismos– se relacionen con las instituciones armadas. Una excepción ha habido entre las minorías que combatieron el engendro moretista: Alejandro Lerroux, quien no veía peligro en la Ley de Jurisdicciones. El peligro le veremos nosotros más tarde, mientras los regionalistas, contra quienes se hizo la ley, se iban acercando al Poder central hasta llegar a vestir la casaca ministerial. Lerroux, convertido en adulador del ejército, instrumento del ministerio de la Gobernación en Barcelona, se lanza contra Salmerón, jefe de la Unión Republicana, quien ha vislumbrado en el estado de opinión de Cataluña, por la oposición a la Ley de Jurisdicciones, un instrumento eficaz para luchar contra el régimen monárquico. Salmerón, con carlistas y regionalistas, forma en Barcelona Solidaridad Catalana, copando las actas a diputados a Cortes por Cataluña, pero descoyuntando al Partido Republicano. No nos engañemos: los movimientos que surgen en Cataluña no son bien recibidos por el resto de los españoles. Tampoco lo fue Solidaridad Catalana. Junto a Lerroux se situaron durante cierto tiempo casi todos los intelectuales de izquierda, desde Giner de los Ríos (Hermenegildo) hasta Ortega y Gasset, desde Julián Besteiro hasta Pío Baroja y Álvaro de Albornoz. Otro fracaso más para el pueblo español: la desilusión de ver a Salmerón, un prohombre íntegro y prestigioso, unido al carlista Duque de Solferino y a Cambó, líder de la burguesía catalana, y la de ver a Lerroux, instrumento de gobernantes monárquicos, utilizar buena parte de la intelectualidad española en sus sospechosas

combinaciones electorales. ¡Triste sino el de los españoles!



Noticias de interés general

En noviembre de 1904 hubo elecciones a concejales. La Cierva hizo una selección en el Censo electoral de Madrid, privando arbitrariamente del derecho electoral a buen número de republicanos, provocando tal escándalo político que éstos decidieron abstenerse electoralmente, aunque el acuerdo no fue respetado en algunos distritos. La Agrupación Socialista, fiel a su costumbre, decidió acudir a las urnas presentando candidatura cerrada por el distrito de Chamberí, entonces muy proletarizado. En la antevotación triunfaron los siguientes candidatos: Pablo Iglesias, Rafael Ormaechea y Francisco Largo Caballero, éste muy discutido por los amigos de García Quejido, que fueron derrotados. ¿Hubo triunfo realmente en aquellas elecciones? En primer lugar, por Chamberí no lucharon los republicanos. Los tipógrafos de la editorial Hernando imprimieron unas candidaturas donde figuraban los nombres de los tres candidatos socialistas, pero en el relieve imitaban a la candidatura ministerial, para facilitar la emisión de votos falsos, que inconscientemente favorecían los presidentes de mesa escogidos por el caciquismo romanonista para ayudar al fraude electoral. Aquella maniobra no fue del agrado de todos los socialistas y en lo sucesivo las elecciones en Madrid, en lo relacionado con la Agrupación Socialista, fueron honestas, contribuyendo a sanear las lamentables costumbres implantadas por los partidos monárquicos de la Restauración. El resultado de la elección, para los triunfantes en el distrito de Chamberí, fue el siguiente: Luis Mazzantini, romanonista, 1.202 votos; Pablo Iglesias, 928; Francisco Largo Caballero, 835, y Rafael García Ormaechea, 782. Aunque oficialmente hubo abstención republicana, por otros distritos triunfaron cuatro concejales antidinásticos. Por La Latina salió elegido un concejal que se presentó como socialista independiente. Pasó por los escaños municipales sin pena ni gloria, y no volvió a sonar para nada.

[844] El 15 de octubre de 1905 se inauguraron las clases de la Escuela de Aprendices Tipógrafos creada por García Quejido. Como en el local del Centro de Relatores no había espacio adecuado, fuimos –fui alumno fundador– al Círculo Federal de la calle del Horno de la Mata, donde funcionaban unas escuelas laicas sostenidas por la Sociedad de Amigos del Progreso. Era director de estudios Joaquín Goñi, casi fundador del Arte de Imprimir, con Antonio Atienza y Andrés Bolonio, como profesores. Duró poco la Escuela en aquel Círculo Federal, por no reunir condiciones para nuestra labor, aunque la Asociación agradeció el concurso prestado. Premiados en el primer curso de la Escuela de Aprendices Tipógrafos: Ángel Alcubilla, Isidoro Cid, Luis Pérez Gil, Marcos Pérez, Cayetano Redondo y yo. En Madrid hubo huelga de estudiantes, que le costó la cartera al ministro de Instrucción pública. En París, Alfonso XIII, en viaje oficial a la República francesa, es objeto de un atentado, sin consecuencias. Iglesias, comentando este suceso, dijo: "Las bombas arrojadas contra el rey de España no sólo no han producido el efecto que sus autores se proponían, sino que han causado desgracias en personas ajenas a las injusticias que por medio tan absurdo pretenden esos desequilibrados combatir. La clase obrera va adquiriendo capacidad y con ella el convencimiento de que su emancipación no ha de ser obra de la locura, sino de la serenidad; no del arrebató, sino del cálculo."

El 25 de enero de 1905, extinguida la condena que le fue impuesta por un artículo publicado en *El Socialista*, del que no era autor, salió de la Cárcel Modelo Pablo Iglesias, que había rechazado la petición de indulto suscrita por Lerroux.

El 1º de junio de 1905 aparece el primer número de *ABC* diario. Unamuno publica *Vida de don Quijote y Sancho*; Ramón Gómez de la Serna, *Entrando en fuego*, y Pérez Galdós, *Casandra*, novela convertida en drama [845] por el autor en 1910. Jacinto Benavente, en "Los lunes de *El Imparcial*" se encarga de una sección titulada "De sobremesa", muy picante. Blasco Ibáñez interviene en el semanario madrileño *La República de las letras*. Al padre Ferrándiz, colaborador de *El País*, diario republicano, le prohíben decir misa; en *Los Contemporáneos* publicó *El Dies Irae de San Huberto*. Pedro Barrantes figuraba como director de *El País*, propiedad de Antonio Catena para, cuando fuera preciso, ir a la cárcel. Ramiro de Maeztu remite a *La Correspondencia de España* crónicas socializantes. Auge de la Asociación de la Prensa de Madrid, con Miguel Moya a su frente. Isabel Muñoz Caravaca, profesora de primera enseñanza, primera mujer que se decidió a colaborar en prensa socialista. Vicente Cutande pintor y dibujante de temas sociales, adquiere celebridad. Tertulia de Concha Espina, a la que concurre Pilar Valderrama. El doctor Enrique Lluria publica, con prólogo de Ramón y Cajal, *Evolución supersónica. La Máquina a favor de la humanidad*, y *La Máquina contra el obrero en el régimen capitalista*. Lluria y su segunda esposa, María Vinyals, marquesa de Ayerbe, ingresaron en el Partido Socialista. Se publican, entre otras obras, *Psicología del militar profesional*, de Agustín Hamón; *Albergue de noche*, de Máximo Gorki; *Democracia y anarquismo*, de León Troclet; *La Teoría y la acción en Marx*, de Carlos Kautsky; *El Colectivismo*, de Julio Guesde; *El Ideal socialista*, *El Materialismo económico* y *El Socialismo y los intelectuales*, de Pablo Lafargue; *El Socialismo*, de J.B. Justo; *La Táctica revolucionaria*, de Plejanov; *Celebración de actos civiles y Catecismo socialista*, de Felipe Carretero.

En el teatro Novedades se estrena *El Cristo moderno*, de Fola Igúrbide; Loreto Prado y Enrique Chicote estrenan *Las Estrellas*, que alcanzó el millar de representaciones. Eran los tiempos de La Bella Chiquito, Cleo de Merode, La Fornarina, Tórtola Valencia, Pastora Imperio, Julia Fons, Pepita Sevilla, Amalia Molina, Bella Belén y la [846] López Martínez, típles y artistas de género ligero. En 1905 Ortega y Gasset mantenía correspondencia con Navarro Ledesma desde Alemania, donde se preparaba para una cátedra, en la que censuraba violentamente a políticos y escritores. "Lo único que tengo que perder —decía— es un poco de pedantería. Es lo único que me han hecho los Jesuítas: tímido y pedante". Poco después estallarían el duelo literario entre Ortega y Unamuno, sin extinguir del todo durante años. Inauguración de la Casa del Pueblo de Mora de Toledo, donde hubo concejales socialistas muy pronto. Creación de la primera Juventud Socialista en Oviedo, constituida mediante un manifiesto redactado por Juan Antonio Suárez, buena pluma desde su juventud. Presidente, Teodomiro Menéndez; secretario José María Suárez; tesorero, Herminio Asorey; vocales, Aurelio Cuartas y José García.

El Instituto de Reformas Sociales acordó proponer que en el reglamento para aplicación de la ley sobre el Descanso dominical se incluyera a las tabernas y a las corridas de toros. Votaron a favor Piernas Hurtado, Conde y Luque, Inchaurrandieta, Salillas, Manresa, Hernández Iglesias, Azcárate y los vocales obreros Rubio, Serrano, Gómez Latorre, Mora, Largo Caballero y Ormaechea, contra Ugarte, Moret, Moreno Rodríguez, Echegaray, Santa María de Paredes y Ruiz de Velasco. Se abstuvo José Maluquer.

En mayo de 1905 se produce en París un atentado contra Alfonso XIII que resultó ileso. Detenidos Malato, Vallina, Navarro y otros anarquistas españoles y franceses, sin que se les pudiera probar nada. Ferrer pagaría las consecuencias en 1909, en Barcelona. En octubre, Loubet, presidente de la República Francesa, que acompañaba a Alfonso XIII en París cuando fue objeto de atentado, devolvió la visita, celebrándose con ese motivo festejos oficiales en Madrid. Un anarquista atentó en Barcelona contra el cardenal Casañas, fracasando en su [847] intento y suicidándose en su celda. En las cartas que Unamuno envía a Pérez Galdós defiende un programa parecido al que después tremoló Melquíades Álvarez. No le parecía imposible conquistar al rey para que tuviera ministros sin jurar el cargo... ¿Aspiraba a ser ministro? Pérez Galdós no hacía entonces labor republicana. Y Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca por nombramiento real, mucho menos. Maura, ministro de la Gobernación, suprimió el reparto de dinero a los periódicos que cobraban del fondo de reptiles, extendiendo la medida a *La Época*, diario del partido conservador, contra cuya medida se alzó Silvela, jefe del Gobierno. Gutiérrez Abascal y Moya, según refiere Gonzalo de Reparaz en *Aventuras de un geógrafo errante*, cobraban cada uno 500 pesetas de Astilleros del Nervión cuando se otorgaron las concesiones por construcción de buques. Elecciones generales en septiembre de 1905, con Montero Ríos en la presidencia del Consejo.

En Ámsterdam se reunió el Secretariado Sindical Internacional, bajo la dirección de Carlos Legien, alemán. Por España acudió Vicente Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores. La Internacional Socialista funcionaba en Bruselas con Vandervelde, Bertrand, Anseele y Camilo Huysmans, secretario. En San Petersburgo los cosacos del zar se ensañaron contra una manifestación de obreros desarmados y pacíficos que sólo deseaban un mejor régimen para su país. El zarismo salió herido de muerte de aquella tragedia, que en el mundo entero fue condenada, sin que le valiera la parodia de Constitución que otorgó poco después. Ese mismo año la escuadra rusa fue derrotada en Port Arthur por la escuadra japonesa. Se subleva la tripulación del acorazado Potemkin. En Francia, por 341 votos contra 233 se aprueba la separación de la Iglesia del Estado. En París se celebra el Congreso de la Unidad Socialista, donde surge la SFIO (Sección [848] Francesa de la Internacional Obrera), con Guesde y Jaurès, produciendo gran satisfacción en la Internacional Socialista. Declaración adoptada por unanimidad en el Congreso de 1905: “El Partido Socialista es un partido de clase, que tiene por fin socializar los medios de producción y de cambio, esto es, transformar la sociedad capitalista en una sociedad colectivista o comunista y, por ese medio, la organización económica y política del proletariado. Por su fin, por su ideal, por los medios que emplea, el Partido Socialista, aun persiguiendo la realización de reformas inmediatas reivindicadas por la clase obrera, no es un partido de reformas, sino un partido de lucha de clases y de revolución. Los elegidos por el Partido Socialista en el Parlamento forman un grupo único en frente de todas las fracciones políticas burguesas. El Grupo parlamentario debe negar al Gobierno los medios que aseguren la dominación de la burguesía y su mantenimiento en el Poder; con consecuencia, votarán contra los créditos militares, los créditos de conquista colonial, los fondos secretos y contra el conjunto del presupuesto”.

En 1905 Noruega se separa de Suecia. En una conferencia sindical celebrada en Lieja se crea el Movimiento Obrero Sindical. Los socialistas rusos en el extranjero se reúnen en su Tercer

Congreso; fue el primer congreso de los maximalistas, porque en él, en Londres, se consagró la escisión, provocada por Lenin, que se negó a la mediación de Bebel. Ese año Lenin reside en Ginebra, volviendo de nuevo en 1908 a esta ciudad. Vandervelde efectúa un viaje al Congo en 1905. En 1908 el Parlamento belga acuerda que el Congo pase a ser colonia belga; el Partido Obrero vota en contra y, naturalmente, Vandervelde también. En 1905 León Blum es crítico literario de *L'Humanité*, diario dirigido por Jaurès.

[849] Fallecieron en 1905, entre otros: en Málaga, José A. Lebrón, fundador en Buenos Aires, con, Justo y Esteban Jiménez, del Partido Socialista Argentino; residió muchos años en ese país, pero cuando sintió decaer sus fuerzas regresó a su país natal, dejando imborrable recuerdo entre quienes compartieron con él los primeros días del Socialismo argentino. José M. Gabriel y Galán, poeta extremeño. Federico Balart, poeta murciano; Juan Valera, académico, diplomático y escritor, cuyos restos fueron trasladados a Cabra (Córdoba), su ciudad natal, en abril de 1975. Juan Valero de Tornos y Francisco Navarro Ledesma, escritores. Francisco Silvela y Raimundo Fernández Villaverde, políticos conservadores. Julio Verne, J.M. de Heredia, escritores franceses.

Manuel Ciges Aparicio

Quien introdujo en España el sistema de Sindicatos a base de caja social centralizada fue Manuel Llaneza, fundador del Sindicato Minero Asturiano, a su regreso de la emigración que sufrió en el Norte de Francia, como consecuencia de la derrota experimentada por los mineros frente a la poderosa empresa Fábrica de Mieres. Llaneza aprendió en su propia carne de emigrante los métodos de lucha de los mineros franceses contra sus patronos y tuvo interés en adaptarlos en Asturias cuando se incorporó a la región en que se había formado. Las grandes luchas sostenidas por los mineros asturianos contra sus implacables explotadores están admirablemente descritas en los libros de Manuel Ciges Aparicio, dentro de la serie "Las luchas de nuestros días", caídas en olvido indebidamente. Ciges Aparicio hizo la guerra de Cuba como soldado, estuvo preso y cayó enfermo, dando lugar a otra serie de libros tan interesante como los anteriores: *Del cautiverio*; *Del cuartel y de la guerra*; *Del Hospital* y *Del periodismo y de la política*. Funcionando el Centro de Sociedades Obreras de Relatores, se afilió al Partido Socialista, todavía sin haberse creado un nombre profesional. No gozaba de salud. Le oí un discurso de presentación como socialista en el Liceo Ríus, más tarde teatro Variedades, en campaña electoral favorable a la candidatura a diputados por Madrid de Pablo Iglesias y Jaime Vera. Por sus actividades como escritor fue perseguido por la Ley de Jurisdicciones, trasladándose a París, donde también militó en el Grupo socialista, pero todo ello muy superficialmente. Sin duda acosado por sus necesidades económicas, entró en *El Imparcial*, primero como redactor en París y más tarde, ya en Madrid, militando en las filas del gassetismo, aspirando a un acta de diputado. Fue baja en el Partido Socialista, como tantos otros intelectuales, aunque de la moralidad de Ciges Aparicio nadie tuvo duda alguna. Su labor literaria merece no ser olvidada. Con clarividencia dramática, el escritor Cansinos Assens que le llama "Tácito hecho novelista", dijo lo siguiente: "En lo fundamental de la intención, exponer los males de España, indagar sus causas y combatirlas, puede figurar Ciges Aparicio entre los hombres del 98; pero se diferencia radicalmente de ellos en el hecho esencial de que frente a la realidad española no ha sido nunca el profesor o el filósofo, sino el hombre que ha vivido esa realidad y ha tenido que luchar con ella,

en circunstancias muchas veces dramáticas, y cuya literatura es como la sombra proyectada por su acción”. Hasta el final se cumplió el vaticinio de Cansinos-Assens, porque Ciges Aparicio, implantada la República, se incorporó al partido de Azaña, quien le nombró gobernador civil de Ávila, donde perdió la vida, en unión del diputado socialista y director de un Grupo escolar en Madrid, Manuel Alonso Zapata, víctimas ambos del falangismo de aquella capital. Buena parte de los libros de Ciges Aparicio volverán a ser publicados, si la generación del porvenir desea conocer aspectos trágicos y veraces de la España restauradora.

Pablo Iglesias, concejal

“Si Pablo Iglesias fuera un espíritu vacilante e indeciso, capaz de perder la voluntad en sus luchas de encrucijada, nadie se hubiera alegrado sinceramente del ingreso de los socialistas en el Municipio. Pero Iglesias es un nombre de entusiasmos fríos —que son los entusiasmos más firmes y los más duraderos—. Los pequeños obstáculos no le arredran. Está acostumbrado a tropezar con inteligencias dormidas y reacias, a resolver conflictos en que se ventila el céntimo. Con todo su programa socialista y societario; con todo su talento, si las condiciones de su carácter fueran otras, el pueblo de Madrid no esperaría nada de él. El hombre vale siempre más que la idea. Conociéndole, todos nos felicitamos de verle por primera vez en un campo de acción fiscalizadora. Todos; por menos, fuera del Municipio Pablo Iglesias ha hecho del Socialismo un partido con pies de plomo. Llevando su criterio rígido, cominero, meticoloso, molestará alguna vez a los que, sin haber leído a Nietzsche, pasan sobre la vida y sus realidades con los pies aligeros. Pero será un buen concejal.

La educación, conseguida por esfuerzo propio; el medio en que vivía, sus lecturas, sus primeras campañas, han hecho de él un jefe cauto, de mano rígida y de conducta inflexible. Y por una contradicción a la que ya nos hemos acostumbrado, ese jefe, inapreciable para un partido de gobierno, vino a regir la marcha de otro partido que no puede gobernar y que acaso necesitará hoy apóstoles de palabra impetuosa, de ardor comunicativo, de esperanzas frescas y fragantes como flores abiertas para [852] que vayan a embriagarse en ellas hombres-niños de sentidos no cultivados todavía. Por esas condiciones suyas: método, perspicacia, claridad de vida y de ordenación, Pablo Iglesias puede realizar una obra útil, no sólo a su Partido, sino al único que debiera haber en el Ayuntamiento: el partido del vecindario. Hasta ahora —que yo sepa— no ha publicado sus memorias íntimas ningún edil. Parece que hay en el Municipio madrileño algo que debieran describirnos y precisarnos las propias víctimas. Atmósfera letal, baño sedante, trinchera de tierra donde se hunden y no estallan las balas explosivas... ¿Quién logrará quitarle esta nebulosa fama? ¿Quién logrará aclarar ese misterio psicológico, que consiste en admitir a viva fuerza el influjo de la realidad pesimista y en convencerse de la inutilidad del esfuerzo? Por esta transformación han pasado muchos hombres de buena fe. Algunos, tratando de resistir, han huido. Otros se aislaron y fueron, como Pícher, el socialista independiente, y como Campillo, a contarle al pueblo sus desencantos. Pablo Iglesias es inmune. La dificultad de las tareas concejiles quizá estribe en que todas ellas se relacionan con un medio más popular, de cultura social y de ilustración inferiores a las del medio en que se mueven los parlamentarios. “Conozco bien las necesidades del pueblo”, decía ayer Pablo Iglesias. Y no es eso sólo: conoce, además, sus virtudes, sus defectos, sus vicios; conoce a ese pueblo recién encumbrado que llena la mayor parte de los

servicio municipales y que persigue provechos y lucros; sabe en quiénes se apoyan como maniobran; cómo preparan sus cultivos. No es un iluso que viene de la luna con un poema moralizador.

Entre ese Madrid de amplia moral que ha ido ensanchando a la sordina los límites de la palabra negocio, la entrada de los socialistas en el Ayuntamiento podía ser alarmante. ‘¡Vienen a fiscalizar, a examinar a obstruir el paso de las cosas más sencillas!’. Tal es su deber en beneficio del pueblo. Más fáciles la vigilancia de un municipio cuyos servicios están centralizados que la de toda una nación, y aún así sería utilísima la intervención de estos gestores administrativos si pudiera llevarse a las provincias y a los ministerios. Los socialistas van a fiscalizar. ¡Enhorabuena! Inútil preguntar al jefe del partido cuál es su criterio sobre las cuestiones municipales. Más de una vez Pablo Iglesias ha formulado, en consejos a los socialistas bilbaínos y a los de otros Municipios accesibles a sus campañas: ‘¿Qué haremos?’ El pan está mal pesado; la carne, la leche, todos los productos de primera necesidad son malos y caros. El personal no siempre es idóneo ni necesario, y alguna vez no existe más que en nómina. Los obreros no trabajan en condiciones de seguridad. Más que todo, el concejal socialista debe estar arma al brazo y procurar que no se le escape ninguna pieza. Como esto no es política no hace falta formular grandes programas con grandes palabras. Los hechos bastarán. Pero la ventaja mayor del ingreso de los socialistas en el Municipio madrileño está en una razón de confianza social. Ya tiene allí representantes suyos la gran masa de obreros, la parte más agobiada por las necesidades, y como es consiguiente, la que ejerce una crítica más cruel y más fundada sobre todas las corporaciones Pablo Iglesias, con sus palabras, está en contacto con las muchedumbres. Su prestigio le abona; su historia le garantiza contra todo ataque. Fundándose en su significación dentro del Partido, nadie como él y como sus dos compañeros de concejalía para decir al pueblo hasta dónde llega el mal que se propone combatir. Aunque cuelgue en la plaza de la Villa toda la ropa sucia, aunque saque a la luz pública expedientes trasconejados, aunque detenga en las sesiones los más desafortunados matutes, nunca llegará a lo que la muchedumbre comenta y delata por rumores sin pruebas. Y esta es la menor obra de los socialistas. Ningún elemento popular está alejado de la Casa del Pueblo. Desde allí observa, examina, fiscaliza. Ya no tiene derecho a creer en nada secreto y misterioso. La verdad está al alcance de sus representantes y a su propio alcance, puesto que ellos no se prestarán a servir de pantalla”.- Luis Bello, 1906.

[854] *Dando cuenta de su gestión*

Los concejales socialistas madrileños daban cuenta trimestralmente ante la asamblea de la Agrupación Socialista de su labor en el Ayuntamiento. Oír a Pablo Iglesias la exposición que hacía en el salón grande del Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, primero, y al final, en 1910, en la Casa del Pueblo, Piamonte, 2, era una delicia para el espíritu ciudadano, una lección inolvidable. He aquí una de estas disertaciones suyas:

“La tarea que realizamos es tan horrible, tan ingrata, tan desoladora que sin nuestra fe en el porvenir, sin nuestro ideal, seríamos abstencionistas. Tenemos frente a nosotros a casi todo el Municipio, a gentes cuya seriedad y cuya sinceridad son tales, que muchas veces hemos dudado si saludarles o no. Por el número que somos no podemos realizar más que una labor de crítica, y aun ésta, de modo difícil y con poquísimos resultados. Vemos los abusos, los estamos tocando,

estamos convencidos de su evidencia y, sin embargo, pocas veces poseemos la prueba material de ellos. Una red inextricable de compadrazgos, una vigilancia incesante sobre nosotros esteriliza nuestros esfuerzos; de tal modo está extendido en aquella Casa el compadrazgo, el mutuo auxilio para el mal.

¿Qué hacer con gentes a quienes nada saca el rubor al rostro, que cuando oyen hablar de opinión pública tienen el más desdeñoso mohín de desprecio? Poco podremos hacer mientras no seamos más, y no tanto por la fuerza que da el número, sino porque habrá más ojos para vigilar, más inteligencia a impedir coartadas. Quizá el mal no tenga otro remedio que la ira popular arrojando por el balcón a tres o cuatro concejales. Se llega con nosotros a no poner en planta ni aun los acuerdos propuestos por nosotros y votados por unanimidad, como, por ejemplo, el socorro por enfermedad a los obreros municipales, y esto se hace con mira de que no ganemos popularidad. ¡Como si la buscáramos! Lo que sí hemos logrado es que los concejales y los empleados reconozcan y declaren que somos hombres distintos de los que hasta ahora han ido allí.

[855] No hacemos política de pasillo, ni pisamos el despacho del alcalde. Debo hacer constar un hecho que honra a los obreros madrileños, y es que ni aún en las épocas peores, en los tiempos de hambre y de penuria, de los 24.000 trabajadores del Centro de Sociedades Obreras, ni uno se ha acercado a nosotros a pedirnos una mala plaza de peón”.

Los concejales de todas las tendencias, incluso republicanos, se repartían entre sí las credenciales para colocar personal en el Municipio y en general era público que éstas las vendían por 3.000 pesetas. Por su parte, el alcalde disponía de plazas de libre nombramiento, que le servía para tener sujetos por el estómago a los ediles que a veces pretendían adoptar gestos de independencia, casos muy excepcionales. El 7 de febrero de 1908 hubo sesión municipal, y el alcalde dio cuenta de un telegrama enviado a Lisboa protestando contra la muerte del rey lusitano y de su hijo, víctimas de un atentado político. Iglesias intervino en los siguientes términos: “El hecho ocurrido en la capital de Portugal el día 1º fue la consecuencia de una desatentada provocación, y he de agregar que el efecto de esa consecuencia ha sido librar al país vecino de un despotismo bochornoso e irritante. Siendo esto así, nosotros no sentimos el acontecimiento trágico habido en Lisboa. Es más: creemos que constituye una gran lección, que deberán tener en cuenta aquellos que pretendan seguir ciertos derroteros”. Esta doctrina era firme en Pablo Iglesias. En el verano de 1904 al comentar *El Socialista* el atentado contra el ministro zarista Plehwe que le costó la vida, escribió lo siguiente: “Acto de justicia; así debe considerarse el realizado por los revolucionarios rusos contra el ministro Plehwe. Cuando un hombre, por voluntad propia o por agradar a otro, atenta contra la vida y la libertad no ya de unos cuantos ciudadanos, sino de todo un pueblo, merece la muerte. El que se la ha dado al odioso ministro del zar de Rusia es acreedor a las alabanzas y al reconocimiento de cuantos desean ver libre a la humanidad de monstruos humanos”.

[856] En el verano de 1909 hubo graves sucesos en España y singularmente en Cataluña. Largo Caballero e Iglesias, como otros muchos socialistas, fueron encarcelados gubernativamente varios días puestos en libertad, en la primera sesión del Ayuntamiento a que pudieron acudir, Pablo Iglesias se expresó como sigue: “La minoría socialista se retira de este salón en protesta contra la conducta vengativa, sanguinaria y criminal que el Gobierno observa en Cataluña con

motivo de los sucesos ocurridos allí. Y si por ausentarnos se nos apercibe o suspende, no nos importa, que es altamente honroso ser castigados por los que nos desprestigian ante el mundo civilizado”.

Meabe y Domenech

En la capital vizcaína trabaron fraternal amistad estos dos luchadores. Tomás Meabe tuvo que expatriarse en 1906. Francisco Domenech también lo hizo poco después, por idénticas razones: la actividad socialista desplegada en prensa y reuniones políticas obreras. El temperamento, la juventud, las ilusiones que ambos ponían en batallar, todo les unía. Se vieron en la frontera francesa, pero tuvieron que separarse. Domenech encontró trabajo en Burdeos, hasta que, enfermo, al socaire de una amnistía, regresó a Bilbao, desde donde cultivó correspondencia con Meabe. En su libro *Esto es lo que me pasó*, editado en La Habana en 1936, inserta las siguientes cartas y postales de Tomas Meabe. Tiene interés su reproducción:

“Hendaya, agosto, 1906. A Francisco Domenech, Bilbao. ¿Con que has publicado un folleto y yo no lo he leído aún? Mándalo en seguida: Maison Cendoya, Hendaya. Estoy aquí desde hace mes y medio. Vine bastante mal de salud, pero ahora estoy más fuerte. Si me meten en la cárcel me acaban *ces messieurs*, como dicen aquí. Figúrate que el abogado de oficio se conformaba con la petición fiscal —cuatro años y pico—, y que en el término de quince días se iban a celebrar cinco o seis causas parecidas contra mí. ¡Esto es demasiada justicia para un hombre solo! Pero aun otras causas de carácter íntimo, demasiado íntimo, son las que me han movido a alejarme de esas tierras, buscando olvido. Pienso ir a navegar de marinero, de ¿?, de cualquier cosa. En fin, no quiero hablarte más de mí. No dejes de mandarme el folleto. He perdido tus señas, y por eso te mando esta postal a la revista Un abrazo fuerte, fuerte de Tomas Meabe”.

El folleto que le pide Meabe es *La educación socialista en España*, del que hemos hablado en otro lugar. La revista a que se refiere es *Cultura*, creada por Domenech en Bilbao. Meabe expresa una tristeza infinita en esta postal. ¡Qué dura fue la vida para este hombre genial! Teniendo talento creador, lo mejor de su tiempo tuvo que consagrarlo a traducciones mal pagadas y, desde luego, olvidadas para la posteridad. A eso alude en la siguiente postal:

“Bidart, noviembre, 1906. A Francisco Domenech, en Bilbao. Perdóname mi tardanza. No te he escrito antes, lo uno porque he andado por Saint-Jean-Pied-de-Port, y lo otro porque estos días estoy loco de que hacer. Tengo que terminar antes del 10 un volumen para el viejo Garnier, y desespero de hacerlo, aunque me va mucho en ello. En cuanto acabe te enviaré algo para tu revista. ¿Qué quieres que te diga sobre ella? ¿Qué se puede decir desde aquí? Si eso no ha cambiado, en mal empeño te has metido. En fin, tú verás mejor. Una cosa: quita eso de ‘Enquetes’ y ponlo en castellano. No sé si te lo digo porque me estoy volviendo ‘antifrancés’ a mi manera. Te deseo, ya sabes todo lo que te deseo: con que ahí va un abrazo de tu amigo y más que amigo, hermano, Tomás”.

Meabe veía justo cuando le decía a Domenech que se había metido en mal empeño, al publicar una revista. ¿Pero es que Domenech reflexionaba lo que hacía? Eran dos polos. Una prueba de ello es esta otra carta:

“París, julio, 1908. A Francisco Domenech. Querido Domenech: Creo [858] que sabrás algo al menos de mis terribles emociones de esta temporada tocante a mi familia que me perdonarás el no haberte enviado nada para *Renovación*. Tenía un artículo a medio acabar cuando salí de París, y luego mi dolor y mis esfuerzos por ocultarlo han sido demasiado grandes para pensar en nada. Tú comprendes bien estas cosas. Acabo de llegar otra vez a París, a bregar de nuevo por la vida: ¡qué asco de vida parisien! Respecto a mi folleto, no sé qué hacer: Diez veces lo he vuelto a hacer y rehacer, y quitar esto y lo otro, y siempre me resulta peligroso para ahí. No quiero, no, mientras no esté yo con vosotros. Eso de ‘Tu enemigo’, que lo han denunciado los militares, yo no lo mandé a Eibar para que lo publicaran, sino para que lo leyesen, si podían, con precaución, en la velada. Ello es una parte, la más blanda, de tal folleto. Estoy muy molesto con la ligereza de Acevedo, que me pone en una situación desagradable. Te volveré a escribir cuando se me pase esto. Un abrazo de Tomás”.

Tenía razón Meabe para sentirse molesto con Acevedo. Pero Acevedo necesitaba llenar *La Lucha de Clases*, limitándose a escribir el artículo de fondo, con una prosa admirable, sin poner interés alguno en el resto del semanario, como hizo más tarde en Oviedo con *La Aurora Social*. Seguramente envió el bellissimo trozo literario de Meabe sin reparar en lo que podía sobrevenirle. Su ligereza creaba a Meabe un problema de conciencia, porque la Ley de Jurisdicciones no se conformaba con que el autor del texto incriminado estuviera en la emigración. Otro iría a la cárcel en su lugar. Y la víctima en este caso iba a ser el propio Acevedo. La terrible desgracia que acongojaba a Meabe era la muerte de su madre.

En mayo de 1908, Melquíades Álvarez, requerido por la Sociedad *El Sitio*, de Bilbao, aceptó dar una conferencia en esa prestigiosa entidad. El tema era, en cierto modo, un desafío a las organizaciones socialistas de aquella región, bastante fuertes, ya que el orador asturiano se proponía hacer la crítica del marxismo. Saberlo los socialistas bilbaínos[859] y preparar la ofensiva fue todo uno, enviando el diputado por Oviedo el siguiente telegrama: “Enterados de su propósito de dar en El Sitio una conferencia sobre “Crisis del marxismo”, lo cual estimamos una provocación, retamos a usted a controversia pública sobre dicho tema. Francisco Domenech y doctor Revilla”. Naturalmente, no hubo controversia, pero Domenech estuvo encargado de dar la réplica al orador asturiano. Como protesta contra el fusilamiento de Ferrer en Barcelona y otros excesos cometidos entonces por el Gobierno Maura-Cierva, hubo en Bilbao un mitin, en el que hablaron Acevedo y Domenech, en 1909. El año 1911 fue de prueba para la organización obrera española. Doblemente lo fue en Vizcaya. Domenech tenía una actividad desbordante. Todavía no era Indalecio Prieto orador indispensable en las reuniones influenciadas por el Socialismo vasco. Fue entonces cuando triunfó como diputado provincial, en alianza con los republicanos. Pero sigamos con Domenech, que por entonces cayó preso en la cárcel de Valmaseda, provincia de Vizcaya, por un delito que caía bajo la jurisdicción militar. Allí recibió la siguiente carta de Pablo Iglesias:

“Madrid, 32 de octubre de 1911. Querido amigo Domenech: Por la tuya del 13 y por los periódicos me he enterado de la injusticia que contigo han cometido, lo cual no me extraña porque estamos en tiempos canalejistas Supongo que no durará tu absurda prisión. Tal como están las cosas, no veo, salvo las críticas que se efectúen contra aquélla, sino que pidas la libertad bajo fianza. Celebraré que la prisión no te haga perder la colocación que tenías y que recobres

pronto tu libertad. Recibe un apretó de manos de quien es tuyo y de la causa socialista, Pablo Iglesias".

Iglesias era diputado socialista por primera vez y hacía violenta campaña dentro y fuera del Parlamento contra el régimen y sus hombres. Canalejas, presidente del Consejo de Ministros, había olvidado desde el Gobierno sus promesas de liberalizar la monarquía. Fue tan cruel y tan adversario del movimiento obrero como los conservadores. Yo estuve durante esta etapa canalejista veintitrés meses y once días en la Cárcel Modelo de Madrid. Juan A. Meliá, hijo político de Pablo Iglesias, fue [860] condenado a seis meses y un día, que cumplió también coincidiendo con mi encarcelamiento en la prisión matritense. Ocho meses tuvo clausurada la Casa del Pueblo de Madrid, llegando a disolver –naturalmente, sobre el papel– la Unión General de Trabajadores. Entre los más execrables personajes de la monarquía, Canalejas merece un lugar destacadísimo, por sus reiteradas traiciones. Y Morato, a pesar de todo, ¡cuántas veces disculpaba a Canalejas en sus comentarios!

Domenech fue una víctima más de la política canalejista. Pocos días después de haber recibido carta de Iglesias, le llegó la siguiente, de Indalecio Prieto: "Bilbao, 26 octubre 1911. Amigo Domenech: Estoy en deuda con usted hace varios días. Este año, que pertenezco a la Comisión provincial, estoy entregado a una labor oscura y tremenda de estudiar muy diversos asuntos para no comprometer el voto inconscientemente. Esto y el periódico me agobian. Siento, como todos, el atropello. Se impone la libertad por fianza y sobre esto escribo con esta fecha a mi amigo Tomás Rey, procurador de Valmaseda y concejal republicano, para que le visite, se entere del estado del asunto en el Juzgado y vea lo que se puede hacer. Recuerdos de todos, y es suyo amicísimo, Indalecio Prieto".

Iglesias y Prieto coincidían en la única manera de obtener la libertad provisional; pero Domenech hacía tiempo se relacionaba con amigos suyos en La Habana para retornar a la patria idolatrada. No podía salir de España en tanto estuviera sometido a procesos, y casi siempre lo estaba. El Gobierno cubano no le autorizaba la entrada, lo cual aumentaba las dificultades. Domenech las vencía siempre. Se entendió con el secretario del Juzgado para salir de la prisión mediante unas pesetas. Y con documentación de José Prieto Tuero, hermano de Indalecio, desembarcó en La Habana, en diciembre de 1911. Cuando llegó a Bilbao tenía un hijo. Al embarcarse para La Habana dejaba tres que, con su esposa, se reunieron con Domenech en la capital cubana. Allí enviudó, se casó de nuevo, tuvo cuatro hijos más, recorrió el país dando conferencias, trabajó en el teatro, estrenó obras teatrales, publicó libros, colaboró en diarios [861] y revistas, se hizo maestro nacional, se doctoró y llegó a ocupar una cátedra en un instituto habanero. Militó en el Socialismo cubano, sin conseguir que éste echara raíces, y jamás se olvidó de las primeras lecciones recibidas en España, especialmente de Pablo Iglesias. No era fácil que Domenech olvidase a los socialistas españoles ni que los viejos ignoremos los esfuerzos realizados por él en aquellos años ingratos y difíciles.

Meabe y Unamuno

Indalecio Prieto, en un trabajo suyo titulado "Los viejos que fuimos jóvenes", ha explicado la intervención que tuvo Tomás Meabe en la creación de las Juventudes Socialistas. He aquí

algunos párrafos:

“Salvo alguna omisión, en la que lamentaría incurrir, solamente sobrevivimos de quienes con Tomás Meabe fundamos la Juventud Socialista de Bilbao, núcleo inicial de las que después se constituyeron en España federativamente, Miguel Armentia, Nicolás Zarate, Eulogio Urréjola, Irine Muñoz, Ángel Lafuente y yo. Todos pertenecíamos con anterioridad al Partido, en el cual no se vio al principio con buenos ojos la formación de las Juventudes. Todos los mencionados somos ya setentones. La Juventud ha sido una especie de pórtico —pórtico espléndido— para ingresar el Partido, pero entonces fue una sección duplicada de éste, circunstancia alegada como tacha por veteranos recelosos. Y el recelo presentóse acentuadamente en Bilbao a causa de que el patrocinador de la idea, Tomas Meabe, era afiliado desde muy poco tiempo. Cuantos le acompañamos en su empresa teníamos como afiliados mayor antigüedad que él. Sin la perseverancia de Tomas, sin aquella dulce tenacidad y sin el ejemplo de su abnegación descendiendo desde las suavidades de un hogar burgués a las asperezas de un proselitismo que únicamente alcanzaría por premio la cárcel, la expatriación, el hambre y la tisis, quizás las Juventudes Socialistas no hubieran nacido en España o habrían tardado bastante en nacer.

[862] Entre los intelectuales vascos que he conocido y tratado descuellan Miguel de Unamuno y Tomás Meabe, pero acaso fuese más maciza la originalidad del segundo que la del primero. ¿Habría alcanzado Meabe la misma fama que Unamuno de haber vivido tantos años como éste vivió? Acaso, no. Porque parte de la nombradía de don Miguel, sin disminuir nada su valía filosófica, veníale del ingenio en el juego de palabras, y Meabe no jugaba ni con las palabras ni con nada, pues tomábalo todo muy en serio. Como poeta me parece Meabe más profundo que Unamuno, y como ideólogo mucho más firme. Usando una expresión unamunesca, cabe decir que Tomás Meabe era todo un hombre, con características de impavidez que nunca adornaron a su vecino, y digo vecino porque apenas medían cien metros entre las casas donde, con diferencias de años, nacieron los dos ilustres bilbaínos”.-Indalecio Prieto.

Daniel Anguiano y Eduardo Torralva

Aunque Daniel Anguiano nació en Haro —en Haro nació también, en 1858 Manuel Bartolomé Cossío, profesor de la Institución Libre de Enseñanza—, fue en Las Caldas de Besaya (Santander) donde cursó sus primeras letras. La carrera de perito mercantil la hizo en la capital montañesa, donde trabó amistad con otro estudiante, Eduardo Torralva Beci, que había abandonado el seminario después de unos años de reclusión, para dedicarse a la agitación política en las filas del Partido Socialista. El padre de Anguiano, ferroviario en la estación de Las Caldas, fue trasladado a la de Catarroja, proximidades de Valencia, donde el republicanismo estaba en carne viva. Allí, Anguiano se lanzó ardorosamente a secundar las actividades de los partidarios de Blasco Ibáñez, en luchas callejeras con los de Rodrigo Soriano. Y ambas fracciones eran coincidentes en desbaratar por la tremenda procesiones de los carlistas valencianos, [863] que no eran flojos en responder cuando llegaba el caso, y el caso llegaba con excesiva frecuencia. Esa fue la escuela política de Anguiano, que ingresó en los Ferrocarriles del Norte —tenía preferencia por ser hijo de un empleado—, y obtuvo plaza seguidamente en las oficinas de dicha Compañía en Madrid, en el paseo de San Vicente, próximo a la calle de Ferraz, donde se instaló su familia, jubilado ya el padre.

En Madrid las relaciones con Torralva Beci continuaron, y sin duda fue éste quien consiguió enlazar a la familia de Anguiano –familia admirable, por todos conceptos– con la de Pablo Iglesias, habitante en la misma calle, como después sería la presión de Anguiano la que jugaría cerca de Iglesias para abrirle un hueco a Torralva en la redacción de *El Socialista* cuyo primer número, bajo la dirección de Mariano García Cortés, apareció como diario en Madrid el 13 de abril de 1913, con las oficinas en la calle de las Fuentes, 4, y la imprenta en la de Pontejos, inmediata a donde funcionaba el Instituto de Reformas Sociales. En la calle de las Fuentes tuvo su domicilio social el Comité Nacional del Partido Socialista, y allí instalé yo los servicios de la Federación de Juventudes Socialistas y de *Renovación*, que dirigía por entonces.

Torralva contrajo matrimonio civil en Santander con María Mayorga, hija de Isidro, fundador de la Agrupación Socialista, dueño de una barbería en cuyo establecimiento estuve más de una vez. En noviembre de 1910, la Conjunción Republicano-socialista obtuvo un triunfo en las elecciones de concejales, siendo Torralva uno de los elegidos. Su gestión, como la de otros correligionarios de la misma minoría, no obtuvo el aplauso de la Agrupación Socialista, aunque los disentimientos no fueron de gravedad. Digamos, para reflejar bien lo acontecido, que por entonces se hilaba con suma rigidez en las organizaciones socialistas, hasta el punto de que por haber acudido a una corrida de toros en Valladolid desde el palco municipal hubieron de ser sancionados, en aquella Agrupación, Remigio Cabello y otros que le acompañaron. Los interesados hicieron promesa de respetar los acuerdos de la Agrupación, y el conflicto vallisoletano quedó arreglado.

[864] Durante los años en que Torralva desempeñó el cargo de redactor de *El Socialista* fue quien trabajó más acertadamente. Sabía idiomas y tradujo lo que por entonces se publicaba, en francés especialmente. Versificaba, y no mal. Escribió *Hogar*, comedia en un acto; *Astrea*, drama en tres actos; *Salvaje*, comedia en tres actos; *Justicia*, drama en un acto; *La civilización y la guerra*, folleto; *Las Nuevas sendas del comunismo*, ya fuera del Partido Socialista, de lo que trataremos oportunamente. En *Acción Socialista*, revista semanal ilustrada que dirigí hasta 1917, en que por el movimiento revolucionario dejó de publicarse, Torralva hacía una Sección "Al correr de la vida", y exageró su defensa de los Partidos Socialistas aliados, combatiendo denodadamente a los comunistas... olvidándose de todo ello poco después. En octubre de 1916 fue encarcelado en Madrid a fin de cumplir sentencia del Tribunal Supremo que le condenó a tres años y seis meses por escarnio a la religión, saliendo de la prisión merced a un indulto general en el que fue incluido. No era orador, sufría al hablar y hacía sufrir a sus oyentes por una lesión en la laringe, pero era tenaz en la propaganda y no regateaba su concurso. Conocía marxismo, tenía cultura, aunque no sabía vestir el caudal que su inteligencia acumulaba. Era un estrafalario en casi todo. Enrique Castro Delgado, uno de los fundadores del comunismo español –que, por cierto, no cita a Daniel Anguiano en sus libros, lo que demuestra la escasa significación que tuvo en ese grupo político–, en *Hombres made in Moscú*, de 737 páginas, impreso en México en 1960, refiere que conservó amistad dentro de las filas comunistas con tres hombres, los tres de origen socialista y a los que conocí durante varios años. Enrique Castro refiere casos y casas de interés, algunas con crudeza, pero todas ellas dejan la impresión de querer reflejar convicciones sinceramente sentidas. He aquí la opinión de Castro sobre Torralva Beci:

“Era un hombre alto, muy alto, inclinado hacia adelante, como si le hubieran torcido los

vientos tempestuosos de una vida más larga que su vida. [865] Su cuerpo daba la impresión, cuando andaba o se movía, de que se le hubieran aflojado todos los tornillos y que de un momento a otro fuera a deshacerse. Usaba un viejo chambergo negro con huellas de sudores de muchos años. Y trajes oscuros, mucho más grandes que su cuerpo, que le hacían parecer un muñeco inmenso y extraño. Brillaba su ropa casi cegadoramente por un roce de años, pero sobre todo las solapas, que parecían barnizadas por las cenizas de muchos cigarros mezclados con incontables gotas de Ojén o cazalla, caídas en un beber precipitado y nervioso. Se afeitaba pocas veces y se suponía que se lavaba de vez en cuando, más por tradición que por higiene. Para ello, cuando se quitaba el chambergo podía verse su pelo enmarañado de meses y meses, con canas y caspa, y una cara delgada y larga, con ese color que tienen las caras en los puertos de mar. Y sus dedos de la mano izquierda parecían de oro viejo. No era viejo ni joven posiblemente unos cuarenta y cinco años, pero daba la sensación de caminar rápidamente hacia la vejez. María, siempre enlutada y siempre guapa, era el marco lujoso de aquella miseria humana y para ella aquel hombre no era otra cosa que la garantía de un mal comer y la tapadera de muchas cosas nauseabundas. Y dos hijos, todavía pequeños, a los que él abrazaba frecuentemente y en silencio con aquellos brazos inmensamente largos que parecían dos ramas carcomidas de un viejo árbol. Vivían en una callejuela en las proximidades de la glorieta de San Bernardo, en una casa sórdida y revuelta, con telarañas, polvo y montones de libros y periódicos tirados por todos los rincones. Pero era un gran hombre por su sinceridad, un buen periodista y un magnífico revolucionario, con Marx o sin él, porque para él la revolución era como una amante, enloquecedora, perpetua. Se llamaba Eduardo Torralva Beci.

Fue el primer amigo de Enrique –continúa su narración Enrique Castro Delgado– en el Partido Comunista, porque todavía en el partido la amistad no había sido asesinada. Enrique no recordaba cómo surgió aquella amistad. Quizá se iniciara un día cualquiera de aquellos en que, ya de noche, abandonaba el local del partido para encaminarse al café de los Mariscos [866] allá en la calle Ancha de San Bernardo, en el que se hablaba horas y horas de la revolución, se gritaba contra un dictador casi patriarcal –Primo de Rivera–, sobre cuyos hombros la monarquía cimentaba la esperanza de sobrevivir, se tomaba café u ojén, agua o cazalla, se pintaban garabatos horribles en los mármoles amarillentos de sus viejas mesas, siempre atormentados por el ruido, porque era ruido de una orquesta de mujeres delgaditas y pálidas, tristes y de movimientos lentos y delicados, a las que se aplaudía de vez en cuando para que tuvieran la oportunidad de sonreír, dejar de tocar y dar la oportunidad de un breve descanso a aquella colmena confusa y miserable. A este café, con olor a tabaco y orines, acudían los comunistas, los policías de Martínez Anido, las prostitutas de las cercanías y parejas de novios que esperaban la hora de poder entrar al cinema X, que tenía una bien merecida fama de no encender las luces sin previo aviso. Acudían a él los comunistas por una razón de importancia: uno de los dueños, un tal José, que era a la vez camarero y socialista, con gran parecido a Canalejas, les daba crédito ilimitado en nombre de la incipiente solidaridad proletaria”.

Con los datos suministrados por Enrique Castro, un pintor haría un cuadro perfecto de Eduardo Torralva Beci, fallecido tuberculoso, el día 26 de febrero de 1929 en el Hospital del Rey, en Madrid. Ni Castro, que le conceptúa como uno de sus maestros, refiere el triste final de su vida. Pablo Yagüe, del que también habla en su libro, pertenecía al Sindicato de Artes Blancas,

dentro del cual fue, en los años en que llevó el carné socialista, un excelente peón de brega. Da nombres con los cuales mantuve amistad durante años, y en muchos casos podría suscribir cuanto dice, ya que casi todos hicieron sus primeras armas en la Juventud Socialista Madrileña, en la que por entonces llegué a tener el número uno. Cita a Vicente Galaza, pero no era panadero, sino repartidor de pan. El apellido correcto era Calaza, y falleció tuberculoso, en Madrid, el 20 de junio de 1930, dato que no da Enrique Castro. Besteiro y yo, la noche en que [867] estuvimos de guardia en la Casa del Pueblo, de madrugada, el 18 de diciembre de 1916, vísperas de la huelga general de veinticuatro horas, preparatoria del movimiento revolucionario de agosto de 1917, vimos entrar a Calaza, arrebujándose el pecho, por donde le brotaba sangre, de un balazo que por casualidad no le costó la vida. ¡Bravo y guapo mozo, que por el Socialismo se jugaba la piel! ¡Qué gran crimen arrancar la fe a muchachos como aquél, para terminar escribiendo libros como los de Jesús Hernández y Enrique Castro!

Por *Los Mariscos*, según Castro, desfilaban otros jóvenes comunistas, Vicente Arroyo, uno de ellos. Conmigo perteneció al Comité Nacional de la Federación de Juventudes Socialistas. Por un desliz económico en la Sociedad de Ebanistas, donde ejercía cargo, huyó a París con la hermana de un compañero de ideales. Desmoralizado, se metió más tarde en el grupo comunista al regresar a Madrid. García Atadell, tipógrafo, durante varios años guerrillero comunista en el Arte de Imprimir, volvió a las filas socialistas aunque sin conseguir la simpatía de ninguno de nosotros. Tuvo trágico fin, apresado por los fascistas en el barco en que huía de España, bien acompañado, en aguas del Mediterráneo, después de haber intervenido activamente en el S.I.M. de trágica memoria. César Rodríguez González, “uno de los capitostes de la escisión del Partido Socialista Obrero Español”, según frases de Castro, cuando estuvo en París, enviado por sus padres a fin de que se formara un porvenir, mandaba artículos a *Acción Socialista*; entró más tarde en la redacción del diario y hasta figuró en la Comisión Ejecutiva del Partido en la etapa de García Quejido, a quien conoció Castro “en plena vejez, inútil e inaguantable”, según dice en su libro. Ni César ni su madre, a mi juicio fueron comunistas, aunque se lo llamaron algún tiempo. Lorenzo Rodríguez, padre de César, zapatero de profesión, nunca rompió, en cambio, con la Unión General ni con el Partido Socialista. Virginia González falleció poco después de la escisión, y César, al cabo de los años, volvió al Partido Socialista, aunque sin actuaciones de ninguna clase.

Con Virginia González, autorizada por Lorenzo, hice excursiones de propaganda por Levante, Andalucía y Asturias. La última vez que intervinimos en un mitin fue en Cuenca, invitados por la Sociedad de Oficios Varios *La Aurora*, presidida por Anselmo Belinchón. En el libro de Castro hay alusiones a Evaristo Gil, de la Sociedad de obreros *El Pan de Viena*, a la que pertenecían también Manuel Cordero y Rafael Henche, a los que odiaba, lo que explique quizá su marcha hacia el comunismo. Castro no es nada cordial con él. Era natural de Linares y murió en el frente durante la guerra civil. Enrique Castro se formó en la Casa del Pueblo, en la Juventud Socialista y en el Sindicato *El Baluarte*, de obreros metalúrgicos. Con toda suerte de detalles describe las peleas contra los socialistas para arrancarles con ardides desleales la dirección de un movimiento huelguístico, sus diferencias con la C.N.T. y los atropellos que sufrió por agentes de la Brigada Social. Castro intervino en las primeras algaradas contra la República –en cuyo advenimiento no tuvo arte ni parte el comunismo, según demuestra en su libro–, a pocas horas

de instalarse el Gobierno en el ministerio de la Gobernación de la Puerta del Sol, y en el origen de los incendios del 11 de mayo de 1931, que tantos sinsabores produjeron a Miguel Maura, cuyos detalles no conocía éste cuando escribió su libro *Así cayó Alfonso XIII*. En *Los Mariscos*, apenas abierto, desayunaba Manuel Cordero, gran amigo del camarero que cita Castro.

Allí escribía un par de artículos para *El Socialista*, que yo entregaba a Antonio Atienza para que los pulimentase. Nos toca ahora dedicar unas líneas a otro amigo de Daniel Anguiano, Desiderio Tavera, dueño de una barbería en la calle de Galileo, distrito de la Universidad, donde abundaban los obreros gráficos, uno de ellos, Policarpo Olmeda, que perteneció a la Juventud, Agrupación y Grupo Socialista de Artes gráficas, desarrollando en todos estos organismos gran actividad. Falleció en Madrid el 25 de mayo de 1931, en los primeros días de la República. Otro tipógrafo, también asiduo a la barbería de Tavera, fue Victoriano Cadiñanos, propagandista socialista. La familia Sanabria, padre e hijos, [869] se servía igualmente en la barbería de Tavera. Eusebio Sanabria llegó a ser jefe de los talleres de la casa Hernando, vivero de socialistas durante medio siglo. Antes de su primera etapa de concejal, Pablo Iglesias pasaba tiempo los domingos en la barbería de Tavera, hasta que por sus achaques y exceso de trabajo tuvo que dejarse afeitar en su hogar al que iba Desiderio, que ingresó en la Agrupación Socialista y llegó a ocupar el puesto de secretario, cargo que desempeñaba en 1917, mientras estuvimos en el Penal de Cartagena, a donde nos llegaban referencias, remitidas por él a Daniel Anguiano, con el cual mantenía estrecha amistad, consolidada, por las relaciones que ambos mantenían con Pablo Iglesias, nada agradables, sobre la conducta de García Cortés, ya en entredicho por su lamentable gestión durante la huelga general de 1916, a pesar de figurar en la extrema izquierda. García Cortes presidía la Agrupación Socialista, cuya entidad decidió, contra su opinión –noviembre de 1917–, presentar las candidaturas para concejales de los cuatro presidiarios de Cartagena, en conjunción con los republicanos. Contra el parecer de García Cortés, fuimos, pues, candidatos a concejales, y nuestros nombres dieron la victoria a los que figuraron con nosotros en las papeletas electorales. Como por nuestra condición de penados estábamos incapacitados para ejercer cargos de elección popular, había que formular recurso contra la decisión de la Junta Municipal del Censo anulando nuestra elección, aunque se presumiera no habría de prosperar, ya que al menos serviría para promover agitación política que acelerase el momento de nuestra liberación. García Cortés dejó transcurrir los plazos reglamentarios sin promover el oportuno expediente. Conservo cartas de aquella época de Tavera, Núñez Tomás, Meliá, y especialmente de Iglesias. Llegó la escisión comunista y aunque Tavera no firmó el manifiesto redactado por Oscar Pérez Solís ni fue delegado al Congreso del Partido Socialista, pidió la baja en el mismo, solidarizándose con Anguiano y rompiendo con Pablo Iglesias. No tengo noticia de que desarrollara actividad de ninguna clase en el comunismo, donde quizá ni llegó a entrar. Su conducta, antes y después, fue [870] siempre correcta. Tal vez le ilusionó el resplandor de la Revolución rusa, como le sucedió a Daniel Anguiano. La casualidad ha hecho que ambos hayan vivido en México en los últimos días de su existencia, aunque totalmente separados de las organizaciones creadas por Pablo Iglesias, que sufrió un desengaño doloroso al comprobar la conducta de estos hombres, exageradamente adictos suyos durante algunos años. ¡Cuántos casos como éste tuvo que soportar Pablo Iglesias!

Siempre ha existido alguna confusión al relacionar el nombre de Anguiano con otro que también estuvo preso y condenado en agosto de 1917, viéndose su proceso al mismo tiempo que

el nuestro en el cuartel de San Francisco. Me refiero a Mario Anguiano, dueño de la imprenta establecida en la calle de la Bola, 8, donde se imprimieron el manifiesto que lleva fecha 13 de agosto de 1917, redactado por Julián Besteiro, y otros documentos relacionados con aquel movimiento revolucionario. Mario Anguiano fue afiliado al Partido Socialista y presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, y a pesar de haberse convertido en patrono, siguió cotizando y sirviendo desinteresadamente al movimiento obrero y socialista. Condenado a ocho años de presidio, así como los otros cuatro encartados en el mismo proceso, fueron destinados al Penal del Dueso. Salieron al promulgarse la amnistía, y Mario falleció en Madrid el 3 de abril de 1931, días antes del triunfo de la República, por la que había expuesto su vida y sus intereses. Daniel y Mario, a pesar de llevar el mismo apellido, no eran parientes ni mantenían relaciones personales.

[871] *Atentado, congresos y huelgas*

El 31 de mayo de 1906, al regresar Alfonso XIII de la iglesia de los Jerónimos con la reina Victoria, que acababa de aceptar como esposa, Mateo Morral lanzó una bomba desde un balcón de la calle Mayor, 88, frente a la iglesia del Sacramento. Aparte de infinidad de heridos, todos de clase humilde, hubo veintitrés muertos. Hasta uno de los caballos de la carroza oficial quedó despedazado, salvándose de milagro la real pareja. En el Ayuntamiento de Madrid tuvo repercusiones el trágico acontecimiento. Propuso el alcalde levantar la sesión en señal de duelo, y con este motivo expresar su adhesión a las instituciones. Iglesias, en nombre de la minoría socialista, hizo constar su voto en contra. El escándalo fue inenarrable. No hubo modo ni de hablar. Cuando, a la sesión siguiente, al aprobar el acta, Iglesias obtuvo la palabra, demostró cumplidamente el fariseísmo de aquellos concejales, que mientras proponían levantar la sesión en señal de duelo, no habían suspendido ningún festejo de los organizados para celebrar la boda real. “¿Dónde están vuestros sentimientos? ¿No es más cierto que habéis querido utilizar el dolor producido por las víctimas —dolor al que nos unimos— para convertirlo en un acto de propaganda monárquica?”, les arrojó al rostro dignamente. Los concejales republicanos se abstuvieron de intervenir en tan escabroso debate. Morral, andando, llegó hasta Torrejón de Ardoz, con dirección a Alcalá de Henares, para tomar el tren hacia Barcelona. Reconocido por un guarda jurado, le mató y se suicidó después. Romanones, ministro de la Gobernación, había ofrecido 35.000 pesetas a quien descubriera al autor del atentado. En los primeros momentos, Morral encontró amparo en Nakens, quien estuvo preso y sufrió condena algún tiempo, siendo indultado por un Gobierno conservador, a petición de la prensa madrileña. Ferrer Guardia, en cambio, no la sufrió, saliendo absuelto al no poder comprobar su intervención en aquel atentado, pero pagó con la vida en 1909 como represalia gubernamental por aquella absolución. Morral, colaborador de Ferrer en la Escuela Moderna, estaba enamorado, al parecer, [872] de Soledad Villafranca, también muy relacionada con Ferrer. Hubo detenciones de anarquistas, sin que en ningún caso pudiera recaer sentencia contra ellos. Sobre este atentado se han publicado libros; singularmente Baroja, en uno de los suyos llegó a decir que Nicolás Estévez, ex ministro de la Guerra en la primera República, residente en París, fue quien llevó desde esa capital a Barcelona la bomba que utilizó Ferrer, de acuerdo con Javier Bueno, dando otros nombres, todo ello sin concretar gran cosa. Ferrer Guardia intentó que le defendiera como abogado Juan de la Cierva, según refiere éste en sus *Memorias*, sin conseguirlo. Lo hicieron, en cambio, Menéndez Pallares, Pí y Arsuaga y

Emiliano Iglesias, quienes consiguieron demostrar la inocencia de su patrocinado en aquel atentado.

En 1906 estalló en Mieres una huelga contra la Fábrica de Mieres, cuyos propietarios gozaban de extraordinaria influencia cerca de los Poderes públicos. Perdida la huelga, Manuel Llanea, incipiente líder del movimiento, se expatrió trabajando durante varios meses en minas francesas, donde conoció el sistema de lucha empleado por aquellos camaradas enseñanzas que le valieron más tarde en Asturias. El Centro Obrero de Mieres estaba en deuda con el Montepío, y éste en poder de los amarillos. Al no poder seguir amortizando las cantidades convenidas, para extender la escritura de propiedad, éstos pretendieron apoderarse del local social donde tenía su sede la Agrupación Socialista. Juanín, fundador de la organización sindical y política de Mieres, de acuerdo con Vigil, escribieron a Pablo Iglesias, instándole a que consiguiera de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo* prestara las ocho mil pesetas necesarias para salva el local social en peligro. Fue una Comisión de *El Trabajo* a Mieres, donde se hizo la operación, frustrando los planes del enemigo tradicional de los socialistas. Con el tiempo, los albañiles madrileños recuperaron íntegramente la cantidad prestada, y hasta el Sindicato Minero Asturiano facilitó veinte mil pesetas al Arte de Imprimir, de Madrid, que siendo diputado socialista por Oviedo, traje a la capital de España para ayudar en un momento difícil a tan veterana organización, la que, a su vez, devolvió a los mineros asturianos el auxilio recibido, que fue agradecido profundamente. El Centro Obrero de Mieres continuó con las puertas abiertas, aunque sin concurrencia durante los primeros tiempos. Hasta el conserje del mismo se expatrió, yendo a trabajar a las minas de Utrillas (Teruel), quedando al frente de todo Balbina Campo, su compañera, gran luchadora del ideal socialista, de excepcionales cualidades, mantenidas con firmeza hasta el final de sus días, en Buenos Aires, donde se expatrió al perderse Asturias una vez comenzada la guerra civil.

En agosto del mismo año, coincidiendo con la misma visita de Alfonso XIII a Vizcaya, estalló una huelga de mineros en aquella región, que se extendió a otras profesiones. Hubo encarcelamientos y fueron deportados Facundo Perezagua, José Pérez, Andrés Yuste y Pedro Vega, que formaban el Comité de huelga. Alfonso XIII prometió que se haría justicia, queriendo significar con ello que serían atendidas las peticiones obreras, pero en lo esencial no lo fueron. Desde 1890 a 1906 en aquella región hubo diecisiete huelgas importantes y cuatro de ellas generales. Perezagua era un agitador venerado en Vizcaya.

El 1º de enero de 1906 tomaron posesión de sus cargos de concejales Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y Rafael García Ormaechea, que habían sido elegidos el 13 de noviembre de 1905. En el acto de inaugurar sus tareas, Eduardo Vincenti, yerno de Montero Ríos, que ejercía el cargo de alcalde, les dirigió el saludo ritual. En su respuesta, Iglesias dijo: “Tenemos un doble deber que cumplir. Como representantes legales del pueblo hemos de velar por los intereses de todos; como representantes de hecho de los trabajadores, hemos de mirar por los intereses de éstos. Nuestra acción nos creará enemigos. No nos importa. Merecer el odio de los que envenenan al pueblo, de los que le roban, de los que le toman como explotable, será para, nosotros una honra”. Desde el primer momento los concejales socialistas renunciaron a tomar parte en el reparto de credenciales, que en cada Comisión se hacía por orden riguroso entre sus componentes. Pidieron que todos los puestos se cubrieran por concurso u oposición, cuando ello fuera posible, y que los ascensos se dieran a la antigüedad y al mérito debidamente comprobado.

La renuncia de los concejales socialistas sirvió para que los de las otras minorías sin excluir a la republicana, se aprovecharan de las credenciales rechazadas por nuestros compañeros. Sin que fuera completo el trabajo de investigación entonces realizado por los concejales socialistas, pudieron comprobar con datos de cuarenta y cuatro concejales y ex concejales que éstos tenían en la Casa de la Villa la siguiente “clientela”: un padre, un suegro, un nieto, cinco primos, nueve cuñados, dieciséis sobrinos; veinte hermanos y veinte hijos. ¡Ya es de suponer cómo acogerían estos munícipes propuestas tan morales como las que defendían los socialistas! He aquí una gestión de Pablo Iglesias que produjo consecuencias en la opinión pública. Había epidemia de tifus exantemático en Madrid, que las autoridades negaban y no sabían evitar. El Municipio recogía mendigos y los albergaba de mala manera en el Cerro del Pimiento y en el Asilo Tovar, donde después hice construir un magnífico Grupo escolar con el título de Tomás Bretón, en La Latina. Iglesias visitó estos locales haciendo una crítica despiadada del estado en que se encontraban y denunciando la existencia en el último de casos de tifus exantemático. El alcalde, conde de Peñalver, conservador, negó airadamente los hechos, visitó los citados locales... y contrajo el tifus exantemático, cayendo gravemente enfermo! El asilo Tovar fue clausurado inmediatamente. ¡A buena hora!

Luis Mazzantini, que había sido afamado matador de toros, fue concejal al mismo tiempo que los socialistas. Nombrado teniente de alcalde, en su calidad de romanonista, hizo honrada gestión durante su mandato. Baroja, dueño de una fábrica de pan, creyendo censurar a Mazzantini, en uno de sus libros escribió: “Un hotel pedía panecillos menores que los normales para rellenarlos y se les enviaba según sus deseos, y un teniente de alcalde torero los mandó recoger y nos intentó procesar por estafa”.

[875] ¡Ya es fresca, que hubiera un comerciante que para rellenar esos panecillos pidiera que los achicasen! Baroja, al querer defenderse, dejó al descubierto el fraude que justamente castigaba Mazzantini. Ossorio y Gallardo, que había sido con Ricardo Oyuelos defensor del Comité nacional de la Unión General de Trabajadores cuando este organismo fue llevado a los tribunales por un grupo de anarquistas madrileños, a principios de este siglo, escribió en su libro *El sedimento de la lucha* lo que sigue: “Estos asuntos me dieron ocasión para conocer a Pablo Iglesias, y aun tratándole poco, dudar del acierto de aquellos juicios vulgarísimos e inconscientes con que solía agravarle la burguesía, alarmada por sus campañas y desconocedora de sus méritos. Mentiría si dijese que pude formar de tan interesante persona un juicio profundo y exacto; pero no me separo de la verdad al asegurar que me impresionaron su buena fe y su claro juicio. Cuando fue elegido concejal, yo terminaba, mi mandato y había presidido durante algún tiempo la Comisión de Beneficencia. Iglesias se apresuró a visitarme para que yo le informara de la marcha de las Casas de Socorro y de los demás servicios de asistencia municipal, por entonces embrionarios. Naturalmente, acoté para mi enseñanza el hecho elocuentísimo de que aquel hombre no tuviera empacho en pedir noticias y orientaciones a un concejal conservador, con tal de pertrecharse para el mejor servicio de los desvalidos”.

El Acta de Algeciras lleva fecha 17 de abril de 1906, y su primera sesión fue abierta el 16 de enero. Poco antes, Guillermo II había provocado situación tirante en el Mediterráneo, paseando un buque de guerra por las costas marroquíes. Hubo reparto de territorios africanos —¡cuántos miles de hijos del pueblo perdieron la vida en África por estos manejos imperialistas, y cuántos

millones de pesetas gastados estérilmente, exacerbando un nacionalismo que costó conflictos serios!—, calmando los apetitos colonialistas de Alemania, Francia e Inglaterra de acuerdo, y obligando a España a que roñera el hueso de Marruecos, donde Alfonso XIII buscaba afianzarse repartiendo ascensos, que en parte provocaron su ruina [876] con la creación de las Juntas de Defensa, y llevando al general Silvestre a la muerte en la derrota sufrida en Annual. En 1913, en efecto, hubo un tratado con Francia, que sólo sirvió para calmar la vanidad del yerno de Montero Ríos haciéndole marqués de Alhucemas, y para seguir metidos en una guerra estallada en las peores condiciones en el verano de 1909, al final de todo lo cual España, que no había ganado nada y había perdido miles de hombres y millones de pesetas, el 7 de abril de 1956 el general Franco reconociera la independencia de Marruecos, evacuando todo el territorio anexionado por la fuerza. Si lo hubiera hecho la República, conforme se había ofrecido al pueblo, ¡cuántos dolores se habría ahorrado la nación española!

En noviembre de 1905 algunos militares de Barcelona asaltaron las oficinas y talleres donde se editaba el semanario catalanista *Cu-Cut*, que había publicado textos considerados antiespañoles por esos elementos, con los que se solidarizó la guarnición de algunas regiones. Romanones, ministro y amigo personal de Alfonso XIII, escribió lo que sigue en uno de sus libros: “Nació entonces el germen de lo que después se llamó Ley de Jurisdicciones, y tal vez también de las Juntas de Defensa. La oficialidad exigía que pasaran al fuero militar los delitos cometidos por medio de la imprenta contra la patria y el ejército. Montero Ríos, contrario a tal medida, la rechazó en absoluto. ¿Qué pasó entre Montero y el rey la noche víspera de hacerse pública la dimisión del Gobierno? El presidente del Consejo fue requerido con urgencia a Palacio. Eran las diez de la noche. Al salir no vio el peldaño del dintel, tropezó en él y cayó al suelo... y del suelo no volvió a levantarse políticamente. A la mañana siguiente se hizo pública la dimisión del Gobierno, y aquel mismo día fue encargado Moret de formar ministerio”. Y Moret sacó del Parlamento la Ley de Jurisdicciones el 20 de marzo de 1906 por 183 votos contra 11. Por radicalismo, unos, y otros por cuquería, hubo muchas abstenciones entre los diputados. Pero Alfonso XIII estaba servido, procurando halagar a los militares. Unamuno, que no desperdiciaba ningún acontecimiento para hacerse notar, pronunció una conferencia en el teatro de la Zarzuela [877] que muchos creyeron era contra la Ley de Jurisdicciones, y aunque de todo tuvo, a pocos agradó.

Moret quiso hacer ministro de Instrucción Pública a Cajal, quien con muy buen sentido se negó a caer en el lazo. Alfonso XIII, naturalmente, prescindió de Moret a la primera ocasión, y si bien éste dirigió una carta a su amigo político Alberto Aguilera con alusiones mortificantes contra el rey, no consiguió rehacer su limitado prestigio dentro de las huestes liberales. Hubo un Gobierno de transición con López Domínguez, que no duró y otro con Moret, que sólo vivió cuarenta y ocho horas. Lerroux sacaba en Madrid un diario con el nombre de *El Progreso*, que al año siguiente apareció en Barcelona. Surge en Madrid *España Nueva*, diario editado por Rodrigo Soriano. Blasco Ibáñez abandona la acción política renunciando al acta de diputado, entregándose a la literatura. El 1º de mayo de 1906 quedó firmada la escritura creando el trust periodístico ideado por Miguel Moya, director de *El Liberal* de Madrid, con otros diarios del mismo título en provincias. En las Memorias de La Cierva dice que su amigo y correligionario Maestre, hacendado murciano, facilitó millón y medio de pesetas a Moya para adquirir la propiedad del

Heraldo de Madrid. Ramón y Cajal fue galardonado con el premio Nobel. El Jurado de la Exposición Nacional de Pintura rechazó el cuadro "Vividoras del amor", de Julio Romero de Torres, objeto de un banquete y otros desagrazos por tan discutida decisión. Francisco Macías del Real, marino, fue separado del servicio por denuncias hechas contra el Gobierno de Maura relacionadas con la construcción de buques para la escuadra. En Tarragona aparece *La Aurora Roja*, periódico socialista en el que colaboran entre otros, Marcial Badía, José Zaragoza y José Floresví. Se inaugura la Casa del Pueblo de Villana. En Oviedo, Manuel Vigil publica *Epistolario socialista*; Eduardo Zamacoí *Sobre el abismo*; García Cortés traduce *Parlamentarismo y Socialismo*, de Kautsky; Jacinto Benavente estrena con éxito *La Princesa Bebé*.

En 1906 la CGT francesa se reúne en Congreso, adoptando como bandera sindical la Carta de Amiens, independizándose de la influencia que [878] hasta entonces habían desarrollado los partidarios de Guesde. Frente a este se unieron todas las tendencias, dando lugar a que resurgiera con algunos años el anarquismo. El 1º de mayo la CGT quiso tomarse por la fuerza, las ocho horas, fracasando ruidosamente. Los gráficos lograron reducirla a nueve, pero les costó muchísimo dinero. Era la federación más antigua y mejor organizada dentro del movimiento obrero francés.

En julio se produce la rehabilitación definitiva del capitán Alfredo Dreyfuss, cuyo proceso se había iniciado en 1894. Fallières es elegido presidente de la República francesa. En Courrières, norte de Francia una catástrofe minera ocasiona un millar de víctimas. El Partido Laborista inglés obtiene su primera victoria, con 59 puestos de diputados y más de 333 000 sufragios; se inicia en Gran Bretaña una campaña para conseguir el voto femenino. Finlandia aprueba el sufragio femenino. Se celebra en Rusia la primera sesión de la Duma –Asamblea legislativa– una farsa del zar que no engaña a nadie.

En 1906 fallecieron: Julián Aguilera, que presidió la Asociación General del Arte de Imprimir de Madrid en circunstancias difíciles, con acierto reconocido unánimemente; afiliado al Partido Socialista, trabajó dentro de él con pasión y clarividencia. En Estados Unidos, A.F. Sorge, último secretario de la Primera Internacional. En Austria, A. Menger, político socialista austriaco, profesor de la Universidad de Viena. Los escritores Luis Taboada y José María de Pereda. El poeta Manuel del Palacio, trasladado al Panteón de hombres Ilustres en junio de 1951. Bartolomé Mitre, presidente de la República Argentina biografiado con elogio por Juan Antonio Solari, escritor socialista, argentino. Manuel Vicente García, hombre de ciencia y artista, inventor del laringoscopio, hijo y hermano de artistas de renombre mundial, fallecido con más de cien años.

[879] Ortega y Gasset, socialista

“Yo invito a los intelectuales para que, superando un falso buen tono que les mantiene apartados de los problemas públicos, se conozcan obligados a renovar la emoción liberal y con ella el liberalismo, bello nombre que ha rodado por Europa y que, por una ironía de la musa gobernadora de la historia, vino a salir de nuestra oscura tierra. Aunque yo crea que el liberalismo actual tiene que ser socialismo, vengan vibraciones liberales en la melodía que gusten: ellas tomarán ritmo dentro de la gran armonía de nuestro renacimiento cultural”.- *El Imparcial*, 5 de octubre de 1907.

“Para el Centro Alemán, para los ultramontanos, la patria del hombre es, antes que la tierra de oriunde corporal, la tierra luminosa que se inicia más allá de los cielos, y no tendrían inconveniente en transigir con la patria, según la carne, si esta patria fuera gobernada según la sabia y múltiple influencia de los jesuitas. Para los socialistas la patria no es un fin que justifique los medios, es una porción del planeta que favorece la sentimentalidad individual, que enjuga ciertos afectos estéticos del corazón, pero nunca un nombre en el cual pueda apoyarse la injusticia y el daño de otras naciones; su patria última es asimismo una idea, la humanidad que gana un jornal”.- *El Imparcial*, 9 de febrero de 1908.

“No cabe, pues, equívoco en el liberalismo. El sentido que su tradición y origen le marcan es indudable y preciso: donde se proclame un derecho nuevo del hombre, allí debe estar, aun cuando los oscurecedores, que son legión, pretendan poner tinieblas sobre lo claro y esplendente. ¿Qué afirmación de un nuevo derecho original destaca sobre la parca historia contemporánea? La idea socialista. Luego no es posible hoy otro liberalismo que el liberalismo socialista. Presumo que nuestra ingénita cobardía política se asustará de esta consecuencia mía. Si es así, solo me toca deplorarlo y pedir al Dios omnipotente que construya otro mundo donde las cosas anden menos estrictas y donde no sea una burla llamarse liberal siendo conservador. Frente a los equívocos poco elegantes de los partidos vigentes aparece la emergencia magnífica del ideal socialista. [881] Su realización es el mandato nuevo, el imperativo moral puesto sobre el hombre moderno”.- *Faro*, 33 de febrero de 1908.

“No siento hacia el partido conservador más desamor ni mayor afición al liberal que los que pueda sentir ante ambos un socialista español”.- *El Imparcial*, 12 de agosto de 1908.- *Pensamientos de Ortega y Gasset*.

El Congreso socialista de Stuttgart

Del 18 al 24 de agosto de 1907 se reunió en Stuttgart el VII Congreso de la Internacional Socialista, en el que estuvieron Pablo Iglesias, Mariano García Cortés, Antonio Fabra Ribas, Emilio Corrales, Casimiro Muñoz y Rafael García Ormaechea. Hubo acuerdo contra la guerra de Marruecos, adoptándose el siguiente texto:

“El Congreso, recordando su decisión relativa a las empresas coloniales, así como la que condena el militarismo, denuncia al proletariado universal los actuales sucesos de la campaña franco española en Marruecos, que tiene origen, como siempre en casos semejantes, en las especulaciones, financieras del capitalismo; censura este nuevo ejemplo de la constante práctica de la burguesía, que hace derramar sangre obrera para realizar sus beneficios, e invita a los Partidos Socialistas de todos los países, y especialmente a los trabajadores de Francia y España, a emprender una acción vigorosa para detener la expedición franco española a Marruecos, que, desde luego, significa para Europa entera una amenaza de más vastos conflictos internacionales.

El Congreso encargó a los Partidos socialistas de Francia y España que emprendieran una campaña contra la conquista de Marruecos. Comenzó ésta inmediatamente en ambos países, precediéndola un documento firmado por Dubreuil, Bracke y Renaudel, del lado francés, y Pablo Iglesias por España. Pablo Iglesias habló en Toulouse, y Wilm, francés, fue designado para hacerlo en Madrid. Pero Clémenceau prohibió la campaña en Francia [881] y otro tanto hizo el

Gobierno en España. Iglesias redactó un manifiesto secundando la campaña ordenada en el Congreso socialista, que fue denunciado y su autor sometido a proceso y con el tiempo le costó ir a la cárcel. He aquí el documento aludido, publicado con fecha 6 de octubre de aquel año:

Contra la guerra de Marruecos

“Compañeros: la sangre de los proletarios corre y podrá correr más aún en Marruecos. Una vez más, la codicia de los capitalistas en busca de salida para sus productos y de los financieros a caza de especulaciones se traduce en bombardeos, en matanzas de poblaciones indígenas, en el sacrificio de los hijos del pueblo, ofrecidos en holocausto a los apetitos del dios capital. Nueva prueba es esto de que la pretendida misión civilizadora que los Estados capitalistas se atribuyen a sí mismos, de que la llamada ‘penetración pacífica’, mediante la cual aseguran haber de realizarla, no son sino pretextos para ocultar el deseo de conquistas y la sed de ganancias.

Ahora son los Gobiernos de España y de Francia los encargados de esa civilización a cañonazos, en provecho y ventaja exclusivos de un puñado de hombres dueños de los medios de producción, y que pueden, por tanto, explotar hasta la muerte el trabajo de la clase obrera. Son nuestros hijos, son nuestros hermanos, a quienes se convierte allí en asesinos, cuando no en cadáveres. ¿Hemos de sufrirlo unos y otros?

El último Congreso internacional de Stuttgart ha proclamado muy alto el deber del proletariado internacional de oponerse irreductiblemente a los bandidajes que representa la política colonial. A nosotros, proletarios de Francia y de España, nos toca los primeros cumplir ese deber, puesto que los nuestros son las víctimas primeras de la acción [882] capitalista en Marruecos. Alcemos, pues, juntos contra los Gobiernos de nuestra República francesa y de nuestra Monarquía española, a la clase obrera de ambos países para poner fin a las matanzas marroquíes. Hagamos campaña juntos, yendo del brazo, como hermanos de trabajo y de miseria que somos sujetos a la misma explotación, y compartiendo idénticas esperanzas de emancipación. Que a nuestro grito de protesta responda, en ambos países, una acción enérgica para detener las nuevas fechorías del capitalismo. Ni un hombre, ni un céntimo para Marruecos. Es menester que los Gobiernos vacilen ante nuestra resistencia. Con nosotros, y en torno nuestro, estará la clase obrera de todas las naciones prestándonos su apoyo. Porque si los capitalistas de los demás países sabrán, a su tiempo, reclamar su parte del botín preparado por las armas de Francia y de España, los trabajadores de todas partes saben que la expedición marroquí no tendrá para ellos otros resultados que nuevas cargas militares y nuevas probabilidades de conflictos internacionales”.- Pablo Iglesias.

Pablo Iglesias representó en Stuttgart a la Federación Socialista de Portugal. Al Congreso asistieron más de ochocientos delegados. Previamente se reunió la Comisión Socialista Interparlamentaria, con delegaciones de los diputados que actuaban en once países europeos, presididos por Emilio Vandervelde, aprobando las bases para relacionarse entre sí los grupos parlamentarios y los Partidos Socialistas, problema nunca resuelto de modo definitivo. El Congreso Socialista también fue presidido por Vandervelde, comenzando sus tareas con una vibrante alocución de Augusto Bebel, celebrando que por primera vez se reunieran los socialistas del mundo entero en Alemania, a través de sus delegaciones. Hervé, francés, se pronunció en

favor de la huelga general y la insurrección, en caso de guerra, encontrándose aislado en el Congreso. Hubo un debate muy empeñado sobre este problema, concretado en el militarismo y los conflictos pendientes, cuya ponencia, corrió a cargo de Augusto [883] Bebel, aunque por la tribuna desfilaron casi todas las delegaciones, sobresaliendo las discrepancias entre Guesde y Jaurès. Pablo Iglesias votó coincidiendo con Bebel y Guesde. Como resumen de lo acordado sobre este punto tan vidrioso siempre, he aquí lo esencial del extenso dictamen: “Si una guerra amenazara con estallar, es deber de la clase obrera en los países afectados, y de sus representantes en los Parlamentos, con ayuda de la Oficina Internacional Socialista –fuerza de acción y de coordinación–, el hacer todos los esfuerzos por impedir la guerra por todos los medios que les parezcan mejores y más apropiados y que, naturalmente, varían según lo agudo de la lucha de clases y la situación política general. No obstante, en el caso de que la, guerra estallara, tienen el deber de interponerse para que cese inmediatamente y de utilizar, con todas sus fuerzas, la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista”.

Sobre el problema “Relaciones entre los Partidos y los Sindicatos” que dividió a la delegación francesa, partidaria a través de Guesde, de mantener relaciones muy estrechas entre ambas organizaciones, mientras Jaurès era partidario de alejar a los Sindicatos de la acción política, lo que en la práctica equivalía a dejarlos en poder de las fracciones radicales de la burguesía y más tarde de los comunistas, el Congreso decidió lo siguiente: “En consecuencia, la lucha proletaria será mejor desarrollada y resultará más fructuosa si las relaciones entre los Sindicatos y el Partido son más estrechas, sin comprometer la necesaria unidad del movimiento sindical. El Congreso declara que es de interés para la clase obrera que en todos los países se mantengan permanentemente las relaciones más estrechas entre los Sindicatos y el Partido. El Partido y el Sindicato deben sostenerse normalmente el uno al otro en sus esfuerzos y no deben servirse en su lucha más que de medios que puedan contribuir a la emancipación del proletariado; cuando se manifiesten puntos de [884] vista divergentes entre las dos organizaciones sobre la oportunidad de ciertos métodos de aplicación, deben discutir y procurar entre ellos llegar a un acuerdo. Los Sindicatos no cumplirán plenamente su deber en la lucha emancipadora de la clase obrera más que si sus actos se inspiran en un espíritu completan ente socialista. El Partido tiene el deber de ayudar a los Sindicatos en su lucha por la elevación y el mejoramiento de la condición social de los trabajadores. En su acción parlamentaria el Partido debe actuar para que se dé pleno valor a las reivindicaciones sociales”.

Finalmente, el Congreso adoptó acuerdos sobre la cuestión colonial, la emigración e inmigración proletaria y el sufragio femenino, por entonces una ilusión. Hubo discusión acerca de la admisión de los delegados del Partido Laborista de Inglaterra. Kautsky apoyó la moción redactada por Huysmans, quien al referirlo se expresó así en uno de sus artículos publicados en *Le Peuple*, de Bruselas: “Kautsky no tuvo gran dificultad en demostrar que los sindicatos británicos ponían mucho mejor y mucho más activamente en práctica la teoría marxista que los doce mil afiliados del grupo socialista de Keir-Hardie, que los cuatro mil miembros del grupo de Hyndman y que los quinientos amigos fabianos de C. Bernard Shaw. Los unos –decía– hacen marxismo sobre el papel, pero los otros están obligados a defender su piel sobre la base de la lucha social de las dos clases antagónicas que dividen a la sociedad contemporánea. Yo conocí

bien —insiste Huysmans— a Bernstein y conocí bien a Kautsky. Pensaban la misma cosa, pero la decían de modo diferente”. ¡Cuántas veces ha sucedido lo mismo que refiere Huysmans en ese juicio suyo, en otros países, con otros socialistas!

Aparte la Conferencia Internacional de mujeres socialistas, en la que tuvieron papel preponderante Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo, que también intervinieron activamente en los debates del Congreso Socialista, se reunió en Stuttgart por primera vez una Conferencia Internacional de Juventudes Socialistas. Por España, Fabra Ribas, que vivía en el [887] extranjero, fue su representante. La Internacional Juvenil Socialista nació con más de sesenta mil adheridos. Sus acuerdos refrendaron los del Congreso socialista sobre el militarismo y educación socialista. Carlos Liebknecht y Henri de Man fueron quienes llevaron el peso de los debates, en los que Fabra Ribas intervino, exponiendo las dificultades que encontraban en España las Juventudes Socialistas. Pablo Iglesias, al regreso de Alemania, tenía que haber pronunciado discursos en Francia, y en España habría de haberlo hecho un diputado socialista francés, pero no fue posible porque lo impidieron los respectivos Gobiernos. En señal de protesta, a la llegada a Madrid de Iglesias, fue recibido en la estación del Norte por varios centenares de trabajadores, que silenciosamente le acompañamos, escoltados por Millán Astray, director general de Seguridad, por el paseo de San Vicente hasta tomar el tranvía con dirección a su casa, en la calle de Ferraz, donde fue despedido con una ovación.

Rafael García Ormaechea abandonó el Partido Socialista al aceptar un puesto de favor en el Instituto Nacional de Previsión, de reciente creación, presidido por Eduardo Dato, especializado en corromper militantes de los grupos antimonárquicos. Ormaechea, que se condujo correctamente durante los años en que desempeñó puestos de significación política en el Gobierno conservador, planteó francamente su caso ante el Comité Nacional, y al resolver éste que aceptando ese puesto sin oposición ni concurso se situaba fuera del Partido Socialista, se dio de baja en éste, pero no en la Unión General de Trabajadores, a la que siguió perteneciendo, a pesar de los importantes cargos políticos que desempeñó. Luis Pereira, abogado, obtuvo puesto de asesor jurídico en el Instituto Nacional de Previsión mediante reñida oposición, continuando en el Partido Socialista hasta el fin de sus días.

Como en luchas anteriores, en las elecciones convocadas por el Gobierno presidido por Maura, el Partido Socialista hizo acto de presencia. En Bilbao luchó Pablo Iglesias, y en Madrid fueron candidatos [886] él y Jaime Vera. El resultado en toda España, hasta donde permitieron comprobar las cifras de votación los electorados del régimen monárquico fueron ligeramente en aumento, sobre todo en Madrid. En España, el contagio de la huelga general llegó hasta nuestros organismos. En 1907 la Unión General de Trabajadores declaró un paro de veinticuatro horas para reclamar la rebaja de las subsistencias, supresión del impuesto de consumos —era odiado por las clases populares— y entrada libre del bacalao, que pagaba fuertes derechos arancelarios. Naturalmente, aquel gesto del movimiento obrero pasó sin pena ni gloria. Pablo Iglesias estuvo en Elche en 1900, y volvió en 1907 con Francisco Sanchís, presidente de la Federación Socialista de Levante, tipógrafo valenciano. En julio de 1907, en Vigo, se reunió el primer Congreso de la Federación de Canteros y Marmolistas, con Secciones en Vigo, Avilés, Bilbao, Burgos, Bueu, Bayona, Carballino, Cangas, Cerdedo, Jaén, Moaña, La Coruña, León, María Oviedo, Orense, Pamplona, Pontevedra, San Sebastián, Santiago, Salamanca, Valladolid y Linares. La Federación

estaba adherida a la Unión General de Trabajadores. Primer balance de ventas en el centro de Relatores de la Cooperativa Socialista Madrileña, 33.438,60 pesetas, en 1907, con despacho abierto ciertas noches y número limitado de géneros alimenticios. Los beneficios se destinaron Partido Socialista, escuelas laicas gratificación al personal y bonificación a los consumidores. El 25 de noviembre de 1907 hubo un té fraternal, con discursos en los altos del café *España*, de amplios locales, donde nos reunimos los gráficos madrileños para conmemorar el XXXVI aniversario de la fundación del arte de Imprimir y el XXV de la Federación Tipográfica Española. Manuel Vigil había lanzado la idea de que Oviedo tuviera Centro Obrero propio. En 1907 fue inaugurado, figurando como propietario para evitar intromisiones gubernativas el socialista Joaquín González Fernández, fundador; en la fachada figuraban medallones con las efigies de Marx, Engels, Iglesias y Luisa Michel; fue encargado de la conserjería Agustín González. La Juventud Socialista de Pamplona fue creada, en 1907, entre [887] otros, por Gregorio Lana, tipógrafo. Inauguración de la Casa del Pueblo de Talavera de la Reina.

El año 1907 comenzó con un Gobierno liberal democrático presidido por el marqués de la Vega de Armijo, que sólo duró breves días, dejando el sitio libre a otro en el que fueron figuras principales Maura y La Cierva, quien revela en sus *Memorias* que Miguel Moya, que pasaba por republicano, le presentó una lista de periodistas aspirantes a diputados con el aval de Gobernación, rechazada por Maura. ¡Así se forjaban los grupos de oposición mediatizada y a veces subvencionada! El 10 de abril hubo elecciones generales, triunfando en las cuatro provincias catalanas un conglomerado formado por Salmerón, Cambó y el duque de Solferino, esto es, republicanos, regionalistas y carlistas, que produjo honda división entre los republicanos, aprovechada por Lerroux para crearse un partido ayudado por buen número de prestigiosas figuras intelectuales, desconocedoras de las turbias relaciones mantenidas por él con el régimen monárquico. Maura presentó en el Parlamento un proyecto de ley sobre administración local, que consumió centenares de horas sin que su autor lograra verlo aprobado. En cambio, sacó adelante la Ley Electoral, con el artículo 29, que daba por elegidos sin abrir los colegios electorales a los candidatos que no tuvieran oposición, artimaña favorable al caciquismo impidiendo la presentación de candidaturas a quienes carecían de firmas suficientes para poder competir. Azorín, que había figurado entre anarquistas como Urales y la Montseny, fue diputado por el artículo 29 gracias a Maura, a quien abandonaría para enrolarse en las filas de La Cierva. Se promulga la ley de Huelgas, derogando el artículo del Código que las prohibía, de hecho incumplido, aunque siempre un arma peligrosa en poder de Gobiernos tiránicos; se ratifica por decreto los acuerdos que pusieron fin en Vizcaya a la huelga general, prohibiendo la creación de cantinas y establecimientos similares en fábricas y talleres, a no ser que estuvieran intervenidos por los obreros y vendieran a precios corrientes; se vota la ley para construir una escuadra, combatida por el Partido Socialista y por Joaquín Costa, en un discurso [888] memorable que le oí en una sesión del Congreso de los Diputados.

Julio, 6, de 1907: *La Nueva Unión*, periódico republicano de Plasencia, denuncia que Lerroux y Ricardo Fuente, éste director de *El País*, diario republicano de Madrid, han estado en esa localidad a exigir dinero a personas comprometidas en un desfalco de cuatro millones de pesetas al Colegio de Huérfanos de San Calixto. Comienza a publicarse en Madrid *El Mundo*, diario del que era gerente Santiago Mataix, y director julio Burell. Eduardo Zamacois, fundador

de Vida Galante, lanzó el 4 de enero *El Cuento semanal*, de prestigiosa historia literaria. Después apareció otra revista de índole parecida, *Los Contemporáneos*, pero en ésta ya no figuraba Zamacois. Gabriel Miró triunfó en un concurso abierto por *El Cuento semanal*, del que fueron jurados Baroja, Valle-Inclán y Felipe Trigo. A propuesta mía, el Ayuntamiento de Madrid dio el nombre de Gabriel Miró a los jardines de las Vistillas. Miguel de Unamuno publicó su primer libro de poesías. Pío Baroja, *La dama errante*, y *La ciudad de la niebla*. Pérez de Ayala, con seudónimo, *Tinieblas en las cumbres*. Rafael Salillas, *En la celda de Ferrer*, el cual estuvo preso cuando el atentado de Morral contra los reyes. Mauricio López Roberts, *El verdadero hogar*, premiado por la Academia de la Lengua. *El Liberal*, diario madrileño, tiene un nuevo director, Alfredo Vicenti. Ernesto Álvarez (*Claudio Friollo*) escribió alguna vez: "...cuando Lerroux y yo cobrábamos de Gobernación..." y decía la verdad. El 9 de diciembre de 1907, en el teatro Lara de Madrid se estrena *Los intereses creados*, de Benavente, quien cedió sus derechos de autor en favor del Montepío de Actores, una fortuna, por el éxito que obtuvo la obra. Otros estrenos: *Los Ojos de los muertos* y *Señora ama*, de Benavente. Por primera vez en España, *La Intrusa*, de Maeterlinck, y *Casa de muñecas*, de Ibsen, interpretada con éxito por Tallaví. En el teatro Cómico, de Madrid, Loreto Prado y Enrique Chicote alcanzan más de un millar de representaciones de *Alma de Dios*. El 11 de enero de [889] 1907, Amalio Gimeno, liberaldemócrata, ministro de Instrucción Pública por breves días, crea la Junta de Estudios e Investigaciones Científicas presidida por Ramón y Cajal. Congresos internacionales en 1907: En Colonia, de obreros de madera. En Madrid, Alianza Universal de Obreros Diamantistas. En Bruselas, Casas del Pueblo, Congreso internacional de Obreros Metalúrgicos. En Cristiania (hoy Oslo), VII Congreso obrero escandinavo. En Salzburgo, Congreso internacional de Obreros Mineros, sobre la nacionalización de las minas, el salario mínimo, la jornada de ocho horas y de seis para trabajos peligrosos. En Cremona, Congreso de la alianza Cooperativa Internacional. En Marsella, Congreso internacional de Obreros de Puertos del Mediterráneo. En Estados Unidos, Congreso de la Federación Americana del Trabajo, con tres millones de afiliados, eligiendo a Gompers secretario y oponiéndose a la inmigración de obreros chinos y japoneses: nacionalismo aburguesado. Guesde, en París, comienza a publicar la revista doctrinal *Le Socialisme*. Luis de Brouckere es nombrado director del diario *Le Peuple*, en Bruselas. Se celebra en Essen el Congreso de los socialistas alemanes, orientados por Bebel principalmente: 113 diputados socialistas y 83 diarios. El quinto Congreso socialista ruso en la emigración se reúne en Londres, donde Lenin consolida el grupo bolchevique, frente a Plejanov, su maestro. El primer país que concede el voto a la mujer es Finlandia. Se inaugura en Ginebra el monumento a la memoria de Miguel Servet, en el mismo lugar en que fue quemado vivo por Calvino. Perdida la huelga en la imprenta de Rivadeneyra, en Madrid, de la que hemos tratado en su momento, Álvaro Ortiz, como otros significados socialistas, se quedó sin trabajo. Nacido en Santander, encontró ocupación en esta ciudad como cajista en el diario *La Voz de la Montaña*, siendo ayudado por Matías Ramo, paisano suyo, que había pertenecido a la Agrupación Socialista de Madrid. Pero pronto regresó a la capital lleno de ilusiones. En 1894 ayudaba eficazmente en *El Socialista*, perteneció [890] al Comité Nacional del Partido y colaboró en semanarios como *Gil Blas* y *Madrid cómico*. Álvaro Ortiz era buen escritor, amante de la poesía, aficiones que le llevaron a editar una revista, *Ilustración obrera*, que desgraciadamente no prosperó. Publicó dos folletos de poesías. Conocedor de sus cualidades, amigos de Bilbao le escribieron pidiéndole se encargara de dirigir *La Lucha de clases*, sustituyendo a

Valentín Hernández, su primer director. Comenzó a perder vista en 1902 y el final de su vida, ciego ya, fue angustioso y conmovedor. Merodio, en Bilbao, le atendió fraternalmente. Allí falleció el 4 de mayo de 1907. Sus últimos pensamientos fueron para el Partido Socialista. Recordar su memoria es un deber de cuantos continúan la obra iniciada por Pablo Iglesias. El 16 de diciembre de 1907 falleció en Burgos Pedro Lucio, fundador del movimiento obrero y socialista en buena parte de la región castellana. De oficio zapatero, como tantos otros fundadores, mantuvo constantes y leales relaciones con Iglesias y con los hombres de la época heroica. En efecto, ya hacía falta heroísmo para ser socialista militante en Burgos durante aquellos años. En Madrid, el 2 de agosto, dejaron de existir Eduardo Benot, ministro federal durante la primera República, el ex ministro de la misma José Muro, profesor de la Universidad de Valladolid, por cuya capital fue diputado desde 1871; Ramón Nocedal, diputado integrista; Francisco Loño, general que puso fin a una huelga de obreros mineros vizcaínos con un bando de sentimientos humanitarios; el poeta J. Carducci, premio Nobel, autor del "Himno a Satán", recordado en Italia con veneración; M. Berthelot, sabio que transformó la enseñanza pública en Francia, revolucionó la química y escribió páginas inmortales; dejó de existir cinco minutos después de fallecer su esposa y leal colaboradora, conforme lo había deseado y prometido en vida.

Último año del Centro de Relatores

1908 fue un año de febril actividad para socialistas y ugetistas madrileños. La actuación de los concejales socialistas en el Ayuntamiento de Madrid, el discurso pronunciado por Iglesias en una Sesión del Congreso de los Diputados –sin serlo aún– contra el proyecto de ley sobre el terrorismo, los Congresos obreros reunidos en el Centro de Relatores y, sobre todo, de preparativos para el traslado al nuevo local social de Piamonte, 2, dieron un impulso extraordinario al movimiento sindical y político del proletariado y, de rechazo, al del resto del país. En septiembre se reunió en el salón grande del Centro de Sociedades Obreras de Relatores el VIII Congreso del Partido Socialista, con 115 agrupaciones en su seno, de las cuales estuvieron representadas 61 por 31 delegados. Hubo en aquel Congreso un debate apasionado sobre la táctica a emplear en relación con los republicanos, pues en Bilbao, la Agrupación Socialista, orientada por Facundo Perezagua, había ido a las elecciones en candidatura con los republicanos, faltando a los acuerdos hasta entonces vigentes. Como resultado de aquellas deliberaciones, el Congreso acordó lo siguiente: “Debiendo tener por fin todas las reuniones públicas que efectúen las colectividades socialistas afirmar la lucha de clases y separar, por tanto, de los pérfidos burgueses a los trabajadores, ninguna de dichas colectividades, ni los individuos que pertenezcan a ellas, deberán celebrar mítines conjuntamente con elementos políticos de la clase patronal, ni con organizaciones obreras que inviten a estos o con ellos vayan unidas. Si en circunstancias excepcionales una o más colectividades del Partido juzgaran conveniente que los elementos socialistas celebrasen reuniones en unión de algún grupo burgués avanzado, se consultará al Comité Nacional, que resolverá la que proceda. En casos excepcionales, el Partido Socialista, a propuesta de una o varias agrupaciones o del Comité Nacional, puede coligarse con partidos burgueses avanzados en toda clase de elecciones cuando, previa consulta al Partido hecha por medio del referido Comité lo acuerden las dos terceras partes [892] de los votantes, reformándose

al efecto la organización general, para ponerla en armonía con este criterio. Dicha consulta deberá hacerse tres meses antes de la fecha en que se verifiquen las elecciones, y en casos excepcionales, el Comité Nacional podrá reducir este plazo a dos meses”. Pablo Iglesias dio cuenta de la gestión de los concejales socialistas en el Ayuntamiento de Madrid, haciéndolo con tal crudeza de lenguaje, que algunos concejales plantearon un debate en el Ayuntamiento. Tanto mejor. Iglesias mantuvo cuanto había dicho, y al intentar presionarle para que diera nombres y concretara si había habido prevaricación, replicó: “Yo no acuso personalmente a nadie porque no tengo pruebas para ello; pero le gente no ignora lo que aquí y fuera de aquí se dice, y estas paredes y estos ensillos han oído cosas muy graves que justifican los términos en los que he hablado en el Congreso del Partido Socialista”.

El IX Congreso de la Unión General de Trabajadores se reunió en el Centro de Relatores, reeligiendo a Iglesias y a Barrio, presidente y secretario, respectivamente. Manuel Varela, que pertenecía al Comité nacional, abandonó ese puesto para ocupar el de auxiliar de secretaría con Barrio al que le unió estrecha amistad. Aparte otras cuestiones, se acordó reclamar del Gobierno la creación de organismos compuestos de obreros y patronos de cada oficio y en cada localidad para fijar el salario mínimo y la jornada máxima, a fin de contrarrestar los desastrosos efectos que el trabajo a domicilio produce a los que en él se ocupan y en especial a las mujeres. En esta reclamación está el principio del salario mínimo, hoy casi internacionalizado, así como el de la jornada y el trabajo a destajo, éste en decadencia merced a las victorias alcanzadas por el movimiento obrero internacional. Estuve en este Congreso, donde además fue tema de discusión —que se mantuvo durante años dada su complejidad— la abolición del trabajo en los presidios, por la competencia que significaba para obreros y patronos la desalmada explotación de que eran víctimas los penados, y que en gran parte continúa en muchos países

También se reunió en Relatores el XI Congreso de la Federación Tipográfica [893] Española, con Enrique Lacasa como presidente y acompañado de Bolonio, Cosano, Molina, Tutor, Gijarro, Peñas y Méndez. Por Madrid lucharon en las elecciones para diputados a Cortes Iglesias y Vera, aquél además por Bilbao, como siempre. Vera no intervino en la propaganda electoral, pero escribió un artículo para el 1º de mayo.

En abril de 1908 un Consejo de Guerra condenó a Iglesias por un artículo aparecido en *El Socialista*. Felizmente, un indulto general ordenó el sobreseimiento de cuanto a procesos hubiera en tramitación relacionados con la imprenta bajo la presidencia de Mariano Labajos, la Mutualidad Obrera reformó su reglamento, creando la gerencia, puesto que desempeñó Largo Caballero desde el primer momento, el mismo que ocupaba, en agosto de 1917, y no el de secretario de la Unión General de Trabajadores, que seguía en manos de Vicente Barrio, contra lo que se ha publicado infinidad de veces. Largo Caballero hizo compatible ese cargo con el de concejal que no estaba retribuido, por lo cual la Agrupación Socialista le estuvo abonando el salario los días que acudía al Ayuntamiento, a cuyo efecto funcionaba una suscripción entre afiliados. Por la secretaría de la mutualidad obrera pasaron durante ese periodo Toribio Vena, de Electricistas, y Mariano Bedel, de Carpinteros. En la Junta local de Reformas Sociales entraron Domingo Zapata, Pascual Pastor, Toribio Vena, Eusebio García, Lucio Martínez y Toribio Pascual, que incluso fue secretario durante una etapa. El grupo socialista de Artes Gráficas comenzó a publicar *El Obrero Gráfico*, de brillante historia, en el que colaboraron principalmente

Antonio Atienza y Francisco Núñez Tomás. Socialistas afiliados en Mora de Toledo, Pablo García de Fernando se trasladó a Madrid en 1908, ingresado en la Sociedad de Profesiones y Oficios Varios, de la que fue secretario retribuido en la Casa del Pueblo durante treinta años, y por cuya oficina pasaron miles de altas de trabajadores que deseaban formar entidades de su profesión y necesitaban quienes guiasen sus primeros pasos

Al inaugurarse la Casa del Pueblo comenzaron a acudir a ella ferroviarios deseosos de organizarse dentro de la Unión General de Trabajadores. [894] Fue Pablo García de Fernando, secretario de la Varia, orientado por Vicente Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores, quien hizo los primeros trabajos, precisamente los más difíciles, dada la categoría tan diversificada del personal ferroviario. Francisco Mora publicó en 1903 nueva edición, ampliada, de su *Historia del Socialismo Español*. Isabel Vega intervino activamente en la Fundación del Grupo Femenino Socialista. Estuve en su entierro en el cementerio civil. Juana Taboada, su continuadora como presidenta, durante muchos años, tuvo como secretarías en distintas etapas en la Casa del Pueblo a Herminia Martínez Gil, Otilia Solera, María Rojo, Francisca Vega y Agustina Escudero. Cayetano Redondo y yo, secretarios de la Juventud Socialista Madrileña, ideamos abrir un concurso entre afiliados a las Juventudes Socialistas de España, para premiar el trabajo que lo mereciera a juicio de un jurado que presidió Matías Gómez Latorre. Como era preciso algún, dinero para la edición del trabajo premiado –5 pesetas para el que resultara escogido en primer lugar–, visitamos a varias personalidades, entre otras el doctor Madinabeitia, de tendencia anarquista, que gozaba de gran prestigio; el republicano progresista de reconocida autoridad entre los comerciantes madrileños, Constantino Rodríguez, diputado a Cortes por Madrid, que respondieron favorablemente, y a Jacinto Benavente, quien nos citó a Redondo y a mí en el *Café de la Concepción*, donde nos pidió explicaciones acerca de nuestros planes, encontrándolos plausibles y citándonos en su casa, calle de Atocha, donde nos entregaron 25 pesetas. Ese año tocó renovar los vocales obreros y sus suplentes del Instituto de Reformas Sociales, obteniendo 530 votos la candidatura patrocinada por la Unión General de Trabajadores, frente a 330 que alcanzó la de los sindicatos amarillos. Juan Morán Bayo, catedrático del Instituto de Córdoba, ingresa en el Partido Socialista. En Montilla, al mismo tiempo, también ingresa el médico Francisco Palop, a quién secundó Francisco Zafra, diputado a Cortes, como Morán, en las Constituyentes de la República, todos ellos asesinados por Falange.

[895] El 1º de febrero de 1908, el rey Carlos de Portugal y el hijo heredero cayeron muertos, víctimas de un atentado. Resultó ilesa la reina, pero herido también, sin gravedad, el otro hijo de los reyes, que heredó la corona... por poco tiempo. El 18 de marzo, Lenin, refugiado en Ginebra toma parte en un mitin internacional de carácter socialista, donde intervinieron franceses, italianos, alemanes, suizos y emigrados rusos. Se trataba de conmemorar la Comuna de París, como hacíamos en España los socialistas. Ley concediendo ocho horas de trabajo en Francia a los mineros de fondo. Temblor de tierra en Messina, que origina cerca de cien mil víctimas. El 8 de octubre Austria-Hungría se anexiona Bosnia-Herzegovina, una de las causas de la guerra mundial de 1914-18.

En 1908 los socialistas argentinos obtienen 7.576 sufragios. El 26 de octubre de ese año, Enrique Ferri, socialista italiano de prestigio internacional, pronunció una conferencia en Buenos Aires, replicada en el acto desde un palco donde había escuchado al orador, por el doctor Justo,

que estuvo muy acertado al controvertir al pensador italiano autor, entre otros libros de renombre, de *Socialismo y ciencia positiva*, traducido al castellano por Verdes-Montenegro; había sido socialista y hasta director del diario del Partido durante una etapa. Quizá se envaneció demasiado. Tal vez se olvidó de que, como dijo Kautsky en su *Introducción al marxismo*, “la teoría socialista no es de ningún modo la gratuita diversión de algunos sabios de gabinete, sino una realidad práctica para el proletariado militante. Pero esta disciplina no reza únicamente con la masa del proletariado; alcanza por igual medida a los que le representan ante sus enemigos, a los que le dirigen; nadie puede, por elevado que sea el puesto que ocupe dentro del Partido, emprender una campaña política sin el consentimiento previo de los demás afiliados, ni mucho menos contra su voluntad. El diputado socialista, como tal diputado, no es hombre libre –como es verdad, hay que decirlo, aunque no suenen bien estas palabras en ciertos oídos–; es un mero delegado del Partido. Si sus ideas son contrarias a las que propaga el Partido debe renunciar al cargo”.

[896] Viaje del rey a Barcelona, acompañado por Maura, quien es objeto de un atentado, sin consecuencias. El alcalde Barcelona hizo el discurso de salutación en catalán, y a Unamuno le pareció mal que no se dirigiera al rey en castellano. En Madrid fue inaugurado el monumento a Castelar, en el paseo de la Castellana, donde terminaban las manifestaciones públicas y se pronunciaba el discurso final. Elecciones parciales en Barcelona, venciendo Juan Sol y Ortega y Hermenegildo Giner de los Ríos, apoyados por los radicales de Lerroux, quien en Santander se ha erigido en jefe político. Ley de Tribunales Industriales, que en Madrid comenzó a aplicarse con el magistrado Calvo Camino, padre de Calvo Sotelo, a quien traté durante el periodo en que formé parte como vocal de elección popular en ese organismo, sin tener la edad reglamentaria. Ley disponiendo régimen de trabajo en la minería española; según se hizo público, había 147.583 mineros en toda España. En Barcelona es ejecutado Rull, jefe de una banda de pistoleros, quien había estado al servicio de la policía. Se forma un bloque de izquierdas contra el Gobierno Maura-Cierva, inspirado por Miguel Moya para facilitar la vuelta al poder de Moret, que entró en ese conglomerado, al que los socialistas negaron su apoyo. Luis Bello intentó crear un partido político, en el que habría de jugar papel preponderante Joaquín Costa, pero fracasó en sus planes. Bello entró de redactor en *El Imparcial* y llegó a ser diputado cunero como gasetista, censurado públicamente por Unamuno. Se crea por ley el Instituto Nacional de Previsión, presidido por Dato, y del que fue vocal desde su fundación Matías Gómez Latorre, por elección de los vocales del Instituto de Reformas Sociales. Gómez Latorre se mantuvo en ese cargo hasta el fin de la República, en cuyo momento desempeñaba la plaza de gerente de la imprenta particular de dicho organismo. Ormaechea, con Dato, fue jefe de la asesoría jurídica del Instituto, pasando seguidamente con Maura al cargo de gobernador civil de Valencia, y después, con Dato de nuevo, a la subsecretaría de de la Presidencia del Consejo de Ministros.

Manuel B. Cossio publica su libro *El Greco*, iniciando el resurgir de este pintor, hasta entonces un tanto olvidado. Gómez de la Serna publica *Morbideces*. Marquina, *Las Hijas del Cid*, premiada por la Academia. Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad*. Ciges Aparicio, en varias etapas, *El Libro de la vida trágica*, *El libro de la vida doliente*, *El Libro de la crueldad*, *El Vicario*, *Del cuartel y de la guerra*, *Historia de los Borbones* y otros más. *Helios*, revista donde Rubín de Cendo—ya era seudónimo utilizado por Ortega y Gasset, colaborando, además, Emilio Sala, Agustín Querol, Martínez Sierra, Pedro González Blanco, Pérez de Ayala y Juan Ramón Jiménez. Ingresa en la Academia el

padre Luis Coloma. Javier Conde fue ayudante de Pedroso en Sevilla, en la traducción de *El Capital*, de Marx, y otros libros de igual tendencia. Pedroso fue diputado socialista, y Conde alto cargo con Fernando de los Ríos en el ministerio de Justicia, durante la República; murió al servicio del régimen franquista. En 1908 Edgar Milhaud fundó en Ginebra, donde era profesor, *Los Anales de la economía colectiva*, que duraron medio siglo. El 7 de junio de 1908 salió el primer número de *Trabajo*, semanario socialista de Elche, dirigido por José Vives. El 30 de septiembre de 1908 falleció en Pau (Francia) Nicolás Salmerón y Alonso, nacido en Alhama de Almería el 10 de abril de 1838. El 22 de mayo de 1871 pronunció en las Cortes su célebre discurso en defensa de la Internacional. Fue jefe de Gobierno en la primera República durante breve y accidentado periodo, abandonando el poder antes que firmar varias sentencias de muerte, de acuerdo con Giner de los Ríos, con quien estuvo muy identificado. En 1911, con el título *Homenaje a la buena memoria de don Nicolás Salmerón y Alonso: trabajos filosóficos y discursos políticos*, sus amigos publicaron un libro prologado por Giner de los Ríos.

Salmerón, desde su cátedra, en 1866, en que comenzó su ingente labor filosófica, adoctrinó a varias generaciones. Costa fue alumno suyo, como lo fueron Julián Besteiro, José Verdes-Montenegro y Jaime Vera, intelectuales que dieron días de gloria al Socialismo español.

[899] Al final de sus días ganó un pleito famoso ante el Tribunal Supremo perdido en la Audiencia por influencias de los Jesuitas, que se habían apoderado de la señorita Ubao, secuestrada en un convento contra la voluntad de su madre, antes de la edad legal de veinticinco años, pleito que provocó sensación durante el tiempo en que estuvo pendiente del fallo definitivo. Doña Catalina García, viuda de Nicolás Salmerón, rechazó los honores que quiso añadirle el gobierno de Maura. El 26 de septiembre de 1902 Salmerón dedicó una disertación a paisanos de Almería con el título "La Filosofía en la Vida". Más que gobernante fue un filósofo. Se podrá discrepar del político, pero ante el hombre íntegro y fiel a su conciencia se impone el respeto, cuando no la admiración.

En 1908 fallecieron en Madrid, el socialista fundador Leoncio Ortega; el marqués de Urquijo, político liberal. En La Habana el poeta gallego Manuel Curros Enríquez. El escritor José Dogales, premiado en un concurso de cuentos abierto por *El Liberal*. El escritor italiano Edmundo de Amicis, autor de numerosos libros, entre otros *Corazón*, de quien tradujo obras Hermenegildo Giner de los Ríos, popularizándole en castellano. Los compositores Pablo Sarasate y Federico Chueca. El dramaturgo francés V. Sardou.

[900] "El partido socialista hizo una labor admirable años enteros para convertir esta masa miserable al credo constitucional parlamentario. Se trataba de una tarea hercúlea cerca de una raza vieja, escéptica e individualista que padecía una tiranía secular en nombre de la ley y del orden establecido; pero cuando las masas, al fin convertidas ahora a los comicios, todos los medios eran buenos y malos, y sobre todo los malos se utilizaban por parte del Gobierno para impedirle el uso legítimo del voto; candidatos encarcelados a quienes se vedaba el acceso a partes del distrito; votos falsificados o mal contados, no hubo recurso bastante bajo e injusto para que los Gobiernos llamados conservadores o llamados liberales lo desechasen en su afán de hacer las elecciones desde Madrid. En cuanto a conflictos sobre salarios, el campo andaluz no ha olvidado que un ministro de la Gobernación, conservador, ideó, como remedio a una huelga sobre salarios, aumentar el sueldo a la Guardia Civil".- Salvador de Madariaga.

[901] *Un discurso Histórico*

19 de mayo de 1908. En la puerta que da entrada al Congreso de los diputados hay afiliados a la Agrupación y Juventud Socialistas, entre ellos Laureano Briones, Lucio Martínez y yo, que conseguimos entrar aquella tarde en la sección sexta de la Cámara Popular, donde la comisión parlamentaria encargada de dictaminar el proyecto de ley de represión contra el terrorismo abrió información pública para conocer lo que opinaba acerca de aquella iniciativa ministerial quienes no tienen asiento en los escaños. El discurso de Joaquín Costa contra aquel engendro ha producido enorme impresión. El pronunciado por Pablo Iglesias aquella tarde alcanzó inmensa resonancia. ¡Qué admirable artículo el de Joaquín Dicenta en *El Liberal* de Madrid al día siguiente, elogiando al líder socialista!

Maura es jefe del Gobierno y La Cierva ministro de la Gobernación. En Barcelona hay bombas y atentados. Según La Cierva en sus *Memorias*, Ossorio y Gallardo, gobernador civil de la Ciudad Condal, ha pedido al Gobierno medidas extraordinarias para combatir a los terroristas, pero Ossorio, a la vista del clamor producido contra aquel intento liberticida, vacila y gestiona su anulación. La Cierva no hubiera transigido, desafiando la tormenta. Maura fue más sensato, y el proyecto se hundió antes de aparecer en la *Gaceta*. Pablo Iglesias fue uno de sus principales sepultureros. Su discurso fue publicado íntegramente por *El Socialista*, que ha progresado en lectores y por tercera y última vez antes de aparecer diario ha aumentado su formato, para dar información de las actividades socialistas en el Ayuntamiento y en el Instituto de Reformas sociales, entre otros organismos. Por excepción, el artículo de entrada aparece esta vez firmado por Matías Gómez Latorre, fundador, con Iglesias, de los organismos obreros y socialistas españoles. Laureano Briones recitaba de memoria el discurso de Pablo Iglesias en asambleas y reuniones de propaganda, favoreciendo el que los demás casi lo aprendiéramos íntegramente como él. Era Briones dependiente [902] de ultramarinos de una tienda establecida en las inmediaciones del Congreso. Fue fundador de la Sociedad de Dependientes de comercio de esa especialidad *La Unión Ultramarina*, con Eutiquio del Barrio, fallecido en Santiago de Chile el 4 de mayo de 1956, donde se instaló al terminar la guerra; anualmente remitía un giro en favor del asociado que hubiera aportado mayor número de altas a la entidad por él creada, en colaboración con Briones, quien pasó a ser encargado de la sucursal que la Cooperativa Socialista abrió en la calle de la Libertad, 29, ocupando posteriormente la gerencia de esa entidad, a la que consagró lo mejor de sus actividades Lucio Martínez, Fermín Blázquez y yo, en diferentes etapas, fuimos miembros del Consejo de administración de la Cooperativa Socialista, donde Briones se mantuvo hasta los postreros días de la guerra civil, contribuyendo como especialista en el ramo de la alimentación a salvar infinitas dificultades sufridas por la población madrileña durante los meses en que estuvo asediada la capital. Briones falleció cuando el falangismo era dueño de España, pero de la conciencia de nuestro amigo no lo fue nunca, porque su cuerpo fue a descansar al cementerio civil, a pesar de las dificultades de los primeros momentos de la dictadura franquista. Agreguemos que Briones cayó enfermo en su juventud, permaneciendo varias semanas en el hospital de San Juan de Dios, especializado en cierta clase de enfermedades, donde le asistió una hermana de la Caridad de la que se enamoró y con la que contrajo matrimonio civil, constituyendo su enlace un acontecimiento popular.

Terminado el discurso, Pablo Iglesias salió del Congreso de los Diputados, recibiendo una

ovación, a la que puso término con un gesto de gratitud, y tras de él, en silencio, fuimos hasta la Puerta del Sol, donde tomó el tranvía número 6 para dirigirse, fatigado y emocionado, a su hogar. El discurso de Iglesias contra el engendro maurista tuvo tal apoyo en la opinión pública que a partir de entonces pasó a ser de las primeras figuras en el campo de las izquierdas, como quedó demostrado posteriormente al formarse la Conjunción Republicano-Socialista

Y todo ello, además, contribuyó poderosamente a que la inauguración de la Casa del Pueblo de Madrid fuera otro acontecimiento de enorme relieve, no sólo entre los trabajadores de la capital, sino de España entera. He aquí algunos párrafos del discurso de Iglesias que publicó íntegramente *El Socialista*:

“En primer lugar, diré que contra el terrorismo no valen las leyes duras ni represivas. Puesto que los señores que han defendido este Proyecto de ley no han definido lo que es el terrorismo, vamos a dar por supuesto que lo sea la acometida que con explosivos, puñal, revólver u otra arma realizan algunos individuos contra personas significadas o poderosas, o contra autoridades altas o bajas. Si el que hace eso es un enajenado, se va a dictar una ley contra todos los ciudadanos por el crimen que cometió un loco. Si los que cometen aquella acción están en su juicio y la llevan a cabo por consecuencia de la tiranía que sufren, de las ofensas que se infieren a su dignidad, ¿creéis que con leyes de esa índole desaparecerán tales terroristas? ¡Qué han de desaparecer! Para los hombres que dan su vida antes de ver pisoteadas su dignidad o la de los suyos, no valen nada dichas leyes, porque con ellas y sin ellas están siempre dispuestos a hacer lo mismo. Ahí tenéis a los terroristas rusos, la mayor parte de los cuales no son obreros manuales, sino hombres de universidad. ¿Tienen alguna eficacia las terribles leyes que contra ellos se dicten? No. Por el contrario, cuanto más tremendas son éstas, más fuerte es su acción, mayor el número de sus atentados, que desaparezca allí la tiranía imperante, la autocracia zarista, y el terrorismo desaparecerá. Leyes como ésa, leyes como la que se trate de hacer aquí, son fábrica de terroristas. El artículo 5 coge de lleno al partido Socialista, y por eso lo rechazamos totalmente. Nosotros los socialistas aspiramos a transformar la propiedad conquistar el poder político, y entendemos que esa conquista y esa transformación no han de hacerse por medio de la evolución, sino revolucionariamente, como la ha hecho la clase que hoy domina. Nosotros [904] hablamos con mucha claridad a los nuestros, y cuando les decimos que hay que poner mano sobre la riqueza para transformarla, les hacemos notar que habremos de realizarlo por medio de la revolución, esto es, por medio de la violencia. Y como en la violencia están comprendidos el fusil, el puñal, la dinamita, etcétera, a nosotros se nos aplicará el artículo 5°.

A nosotros nos cuesta trabajo creer que este proyecto de ley se apruebe, mas si se aprobara, se nos colocaría fuera de la legalidad. Cuando se nos ha tachado de gubernamentales y se nos ha criticado por vivir dentro de la ley, hemos dicho que mientras no tuviéramos fuerza para vencer revolucionariamente y se nos permitiera vivir en la legalidad, de la legalidad nos serviríamos para educar y organizar a nuestros compañeros de trabajo. Mas si ahora nos cerráis el camino, ni nos amilanaremos ni nos cruzaremos de brazos: iremos por el otro: seremos terroristas, y estad seguros de que no lo seremos de boquilla, de que daremos la cara. A nosotros no se nos podrá aplicar la frase de Costa. (Costa había llamado eunucos a los españoles, porque lo soportaban todo.) El dilema está planteado con brutal claridad: o el gobierno archiva en el Congreso el proyecto de reforma de la ley de Explosivo, o este estado de relativa paz social en que vivimos

habrá de sufrir profunda perturbación desde el momento en que se ponga en vigor sus inquisitoriales preceptos”.

El Comité Nacional del Partido Socialista, y en su nombre, Iglesias solía visitar a los ministros para reclamar se corrigieran abusos de la fuerza pública y de otras autoridades. Aunque hacía las reclamaciones, no fiaba gran cosa en sus gestiones, ejercitando un derecho que daba alientos a los perseguidos y maltratados sabiendo que alguien les defendía y reclamaba justicia. Pero oigamos las explicaciones del propio Iglesias al informar de sus gestiones ante el Congreso del Partido Socialista: “¿Trátase de autoridades civiles? Pues a los gobernantes no les faltan arrestos para atreverse con ellos en algunos casos. ¿Hay que habérselas con autoridades judiciales? Aunque con más trabajo que para las otras, no dejan de llamarles alguna vez al orden. Pero ¿se [905] trata de algún instituto armado, la Guardia Civil, por ejemplo? Pues entonces no tenemos hombres. El individuo de esa fuerza que haya cometido más salvajadas o crueldades puede dormir tranquilo, porque no habrá quien le imponga el menor correctivo”. Con mano maestra está descrita en estas breves y sinceras palabras la realidad de España, vista por Pablo Iglesias.

No sería justo por nuestra parte que dejáramos de subrayar que en contra del proyecto de ley sobre el Terrorismo pronunció un discurso de gran resonancia Joaquín Costa. Ambos oradores, Iglesias y Costa, dismantelaron el tinglado levantado por los mauristas, interpretando la voluntad nacional, a pesar de que ninguno de los dos era diputado a Cortes en 1908. Costa llegó al Congreso sostenido por Miguel Moya, Rafael Calzada y Luis Morote. Inválido, llevado en una silla, produjo efecto extraordinario su catilinaria contra aquel engendro. Costa no habló en nombre de ningún partido; pero sería pueril negar que tras aquel gigante del pensamiento no había una enorme masa de opinión, por desgracia desorganizada, porque Costa nunca supo constituir un partido político. Iglesias, en cambio, habló en representación de dos entidades muy modestas por aquella época, pero con un prestigio y una disciplina que impresionaban. La prensa liberal echó el resto elogiando el informe de Costa –no hizo menos cuando Iglesias pronunció el suyo–, pero algunos de los que utilizaron al gigante aragonés iban a lo suyo: a desalojar a Maura para elevar a Moret. Y esa mutación ni le interesaba a Costa ni tuvo participación en ella Pablo Iglesias: eran jugadas políticas de Miguel Moya y de sus infinitos colaboradores que aspiraban beneficiarse –ellos, no España– con el cambio de personas, no de régimen.

Un día inolvidable

Lo fue para aquellos que presenciamos el domingo 28 de noviembre de 1908 la inauguración de la Casa del Pueblo en la calle de Piamonte, 2. El movimiento obrero vivía en Relatores, 24, desde enero de 1900; pero bien pronto se vio que aquellos locales, situados por otra parte en zona céntrica, iban a ser insuficientes, teniendo en cuenta la relativa rapidez con que se fortalecían las organizaciones sindicales y políticas madrileñas. La Asociación del Arte de Imprimir, que disfrutaba de la mejor secretaría, planteó el adquirirlos en propiedad, sometiéndolos a obras de ampliación y embellecimiento. El resto de las Juntas directivas se dio cuenta de que aquel proyecto no resolvería ningún problema en el futuro. Era preciso, pues, buscar otra solución, ya que seguir en el Centro de Relatores no era posible, a la vista de peticiones de local por otras Sociedades obreras, no satisfechas por falta de espacio. En 1907 surgió la solución: en la calle de Piamonte, 2, se vendía un antiguo palacio que había sido propiedad del duque de Béjar, del marqués de Peñafiel y de las condesas de Melgar de la Oliva y de Lima, con vuelta a las calles de Góngora, donde había un jardín romántico en el más lamentable abandono, que se transformaría más tarde en el teatro de la Casa del Pueblo, escenario de emocionantes acontecimientos. Hechas las gestiones de compra, resuelto el primer problema de reunir trescientas mil pesetas para formalizar la adquisición del palacio ante notario, la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, presidida por el socialista Modesto Aragonés, que había facilitado la suma más importante para la adquisición del edificio, consiguió con acierto y habilidad, que las decisiones para resolver problemas relacionados con la Casa del Pueblo habrían de hacerse por votación en que jugara un papel primordial la cantidad que cada entidad hubiera entregado; algunos censuraron este sistema, pero, en cambio, garantizaba, estabilidad al nuevo organismo; se evitaba, así su desaparición o transformación [907] por un golpe de mano, que reuniera firmas de entidades numéricamente sin importancia que alardearan sin fundamento de poseer una mayoría de cotizantes, cuando en realidad no podrían equipararse a los miles de asociados con que contaba la Sociedad de Albañiles *El Trabajo* y otras entidades identificadas con ella. Andando los años, esa condición, impuesta en la escritura de adquisición, desapareció sin dejar rastro: la Casa del Pueblo estaba consolidada y el espíritu de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español era indestructible dentro de sus muros sin necesidad de las garantías ideadas por Modesto Aragonés. Desde las primeras horas de aquel domingo, los alrededores de la plaza del Progreso y calles adyacentes se fueron nutriendo con miles de trabajadores de ambos sexos, muchos con sus hijos, agrupándose tras sus respectivas banderas o estandartes que sumaban casi el centenar, ya que el desfile se hizo no sólo con las entidades que funcionaban en el Centro de Relatores, sino con otras muchas que iban a convivir en el nuevo local al que algunas habían aportado crecidas cantidades, como la Sociedad de Cocheros, con más de tres mil asociados. El desfile se inició, como era natural, desde los viejos locales de Relatores, cruzó la calle de Atocha, bajó por la de Carretas, atravesando la Puerta del Sol hacia las calles de Alcalá y del Barquillo, para pasar delante de la Casa del Pueblo, donde fueron depositadas las banderas. La entrada se hizo por rigurosa tarjeta de identidad, reservada a

las Directivas. Conservo como oro en paño la que me sirvió para entrar, uno de los primeros, en la secretaría número 14, adjudicada a los jóvenes socialistas. Llegada la cabecera de la manifestación a la calle de Piamonte, 2, Pablo Iglesias que a pesar de su edad y su mal estado de salud, había marchado al frente de aquella multitud, con emoción apenas contenida, desde una de las ventanas del nuevo domicilio social, dirigió un breve discurso a la multitud, que le aclamó frenéticamente. ¡Con qué satisfacción descansaría aquella noche, recordando los primeros años difíciles y desalentadores de la creación de la Primera Internacional y de la fundación de la Asociación del Arte de Imprimir en 1873! En la nueva sede nos facilitaron [908] una de las mejores secretarías. Teníamos un armario empotrado donde funcionó una biblioteca circulante organizada por la Juventud Socialista; una mesa muy amplia, con doce sillas alrededor y un armario de corredera que cubría parte de la pared; en él había sitio para la documentación de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas; la Sección de Madrid en la que yo actuaba de secretario; Grupo Femenino Socialista, Cuadro Artístico y Orfeón Socialista, enlazados con la Juventud Socialista, Sociedades de Lavanderas, Planchadoras y Modistas. Fue la Juventud quien contribuyó a crear y sostener las entidades femeninas. Al principio admití muchachas jóvenes, pero en seguida quedó organizado el Grupo Femenino Socialista, del que fui asesor durante los primeros años, hasta convertirse en Agrupación Femenina Socialista, como una sección más dentro del Partido, con perfecta autonomía. Esto coincidió con la llegada a Madrid de Virginia González, en 1910, quien impulsó a la independencia al grupo de mujeres socialistas, creyendo que todas habrían de estar a su altura en el conocimiento de las ideas. Amparo Meliá —a tanto equivale decir Pablo Iglesias—, que en Valencia había pertenecido a la Agrupación de aquella capital, se negó a dar su nombre a la nueva entidad y siguió formando parte de la veterana Agrupación Socialista hasta el último instante. Años más tarde la Agrupación Femenina decidió fusionarse con la de los hombres y en ella ingresaron las afiliadas que habían permanecido fieles al Partido Socialista después de la escisión comunista.

Ya instalada la Casa del Pueblo en la calle de Piamonte, 2, ingresó en el movimiento obrero Daniel Anguiano, al socaire de la organización sindical de los ferroviarios, cuando trabajaba en las oficinas de la Compañía del Norte. La inauguración de los nuevos locales atrajo a algunos jóvenes ateneístas dando margen a que la Juventud Socialista se lanzara a crear el Grupo de Estudiantes Socialistas. Entre ellos figuraron Ernesto Giménez Caballero, que más tarde contribuiría a crear Falange Española, y César González Ruano, que a su vez terminó sus días ensalzando a las extremas derechas desde las columnas de *ABC*. En resumen, aquel intento estudiantil [909] fue un fracaso. En cambio, ingresó en la Juventud Socialista Francisco Azorín Izquierdo, natural de Teruel, llevado por el hotelero matritense Victoriano Tío, afiliado al Partido Socialista. Tío era un viejo socialista manchego, con inquietud por los problemas sociales, que no le afectaban personalmente por ser dueño de "La Madrileña", casa de huéspedes instalada en la calle de la Montera. Allí fue a parar Azorín cuando llegó a la capital de España antes de partir para Alemania para perfeccionar su cultura; no perdió nunca contacto con el movimiento obrero, al que prestó excelentes servicios especialmente en Córdoba, donde ejerció durante años su profesión de arquitecto, colaborando en la propaganda socialista iniciada en aquella capital por Juan Morán, profesor de instituto, y Juan Palomino, obrero zapatero, que abandonó el anarquismo para enrolarse en las filas de Pablo Iglesias. Morán y Palomino, entre otros muchos, fueron asesinados por las falangistas al iniciarse su dominación en aquella capital.

Durante el desfile hasta la Casa del Pueblo, ya en Piamonte, 2, los jóvenes socialistas repartimos un manifiesto redactado por Gómez Latorre en el que el Grupo Socialista de Artes Gráficas invitaba a los trabajadores a boicotear *El País*, diario republicano que se imprimía con obreros no asociados. Invitados por el Arte de Imprimir, vinieron de Lisboa para asistir a los actos de inauguración de la nueva Casa del Pueblo Azedo Gnecco, que había pertenecido a la Primera Internacional cuando estuvieron en Portugal Mora y Lorenzo y que falleció el 30 de junio de 1911, rodeado de enorme prestigio, y Fonseca y Abreu, los tres afiliados a Artes Gráficas lusitanas. La Casa del Pueblo se abrió con 102 entidades y 34.975 socios. Su inauguración dio lugar a la publicación de artículos y fotografías en prensa española y extranjera. Joaquín Dicenta, en *El Liberal* de Madrid, publicó un bellissimo artículo.

El día de la inauguración de la Casa del Pueblo no había acabado la instalación de todos sus servicios; la sala del café, en cambio, comenzó a funcionar, a cargo de la Cooperativa Socialista, y a servir comidas y bebidas no alcohólicas. Las tertulias en el café, especialmente sábados [910] y domingos, fueron un lazo de fraternal armonía entre familias y camaradas de algunas regiones. Que alrededor de aquellas mesas recordaban escenas inolvidables y fatigas singulares, sirviendo también para mantener en pie las organizaciones obreras de tendencia socialista, tan perseguidas por burgueses y anarquistas. Por la índole especial de algunas profesiones, sobre todo la de Panaderos, la Casa del Pueblo tuvo servicio día y noche, aunque se cerraba la puerta de madrugada, terminadas las últimas reuniones. Había seis conserjes, para mantener ese servicio durante tantas horas. Los que iniciaron esta labor fueron: Pascual Pastor, Eusebio García, Román Bernal, Ángel López de la Osa, Gabriel Suárez y Jorge Unsaín; mozos de limpieza: Laureano Blanco y Cándido Espinosa; mujeres encargadas de la limpieza: Josefa Hurtado y Teodora Sobrino; electricista, Segundo Alférez. Todos eran socialistas. Durante los primeros tiempos fueron miembros del Consejo de Administración: Manuel Charlan, Timoteo Arroyo, Santiago Artal y Melitón Notario, socialistas como los anteriores. En realidad, el Consejo de dirección fue el que abrió la casa del Pueblo a compañías teatrales, Banda municipal, orfeones, conferenciantes de diversos matices. Hasta Francisco Cambó, líder de la Liga Catalana, ocupó una noche la tribuna de la Casa del Pueblo, presentado por Manuel Núñez de Arenas, presidente de Escuela Nueva, que del reformismo más subido, casi monarquizante, pasó a ser uno de los promotores de la escisión comunista el año 1921. Las obras de modernización, elevación de piso y reforzamiento de cimientos, las realizó Gabriel Pradal, arquitecto socialista, que no quiso percibir ni un céntimo por sus honorarios. Durante esa etapa era presidente de la Casa del Pueblo —ya no había más que un Consejo que había asumido todas las responsabilidades— Trifón Gómez, y secretario, Manuel Muíño, a su vez secretario de la Federación de la Edificación, como Trifón lo era del Sindicato Nacional Ferroviario, los dos retribuidos. La Casa del Pueblo había dado el estirón definitivo, a tal extremo que al triunfar la República hubo acuerdo para adquirir parte de terrenos [911] del Hospicio, solicitados en compra al Ayuntamiento de Madrid, para construir en ellos una nueva Casa del Pueblo capaz de acoger a la enorme cantidad de organismos obreros que ya no podían desenvolverse en los locales inaugurados en 1908. Fracasó la propuesta de los concejales socialistas, porque incluso los ediles republicanos negaron sus votos, uniéndolos a los de los concejales monárquicos que conservaban puestos cedidos por las izquierdas en la votación del 12 de abril de 1931.

Desde el primer momento se pensó en dotar a la Casa del Pueblo de una biblioteca. La hubo, en efecto, y reunió libros y autógrafos interesantes, sobre todo en la etapa en que estuvo a su frente Gante, tipógrafo dotado de especialidades cualidades. Por desgracia, la falta de locales hizo que el salón dedicado a biblioteca tuviera que ser utilizado para otras atenciones durante largas temporadas. Inaugurado el teatro, acontecimiento que estuvo a cargo de la compañía María Guerrero-Díaz de Mendoza, con el drama de Echegaray *Mancha que limpia*. Puesto a todo lujo, como representaban sus obras aquellos ilustres artistas, la Asociación Artístico-Socialista organizó una velada para recaudar fondos con destino al diario *El Socialista*, estrenando una obra musical del maestro Rocamora, que dirigió la orquesta, letra del joven socialista Ángel Martín y Martín. A esta velada acudió, a pesar de su delicado estado de salud y de lo avanzado de la hora en que terminó el espectáculo, Pablo Iglesias, junto al cual estuve sentado en una delantera de principal. El cuadro artístico alcanzó vida próspera durante algunos años, primero bajo la dirección de José Maeso y más tarde de Carlos Enguítanos. La representación de *La casa de todos*, adaptación de *Albergue de noche*, de Máximo Gorki, por Pedro de Répide, entonces cronista de *El Liberal* con franca orientación republicana, fue un éxito clamoroso, a cargo de Juana Taboada y Antonio Gancedo en los papeles principales.

[912] “No figuramos en el número de los que creen que la clase obrera no podrá emanciparse mientras carezca de una sólida instrucción; si esto fuera cierto, la esclavitud de los trabajadores sería eterna. Si el obrero no gana en el actual sistema económico sino para atender mezquinamente a sus necesidades, ¿cómo es posible que pueda comprar la instrucción, puesto que ésta también se compra? Si el obrero se ve obligado a trabajar una jornada excesivamente larga, que le rinde y le extenua ¿cómo puede estudiar y aprender? La instrucción del obrero, una instrucción científica y completa que le haga ser hombre inteligente, útil a sí mismo y a sus semejantes, es imposible que pueda adquirirla en el sistema económico actual. Por tanto, los que de veras quieren ver libre de toda preocupación e instruido el trabajador, deben trabajar por la emancipación de toda su clase, y en tanto se preparan los elementos necesarios para alcanzarla, ante la imposibilidad de una instrucción completa, darle aquélla que le haga conocer cuanto antes lo que es hoy y lo que debe ser mañana; cuáles son las causas del mal y dónde está su remedio; en una palabra, que la instrucción que se le dé le haga ser un buen soldado de su propia causa”.- Pablo Iglesias.

El recato socialista

“Algunos periódicos han saludado la clausura del Congreso socialista con críticas acerbas. Y lo más instructivo del caso se hallará advirtiéndolo que esos periódicos son los que suelen defender las opiniones más avanzadas: *El Liberal*, *El País*, *El Mundo*. Dos grandes errores señalan en la acción del Partido Obrero: uno, su aislamiento de los partidos burgueses; otro su fosquedad y hurañía frente a los que a sí mismos se llaman intelectuales. [913] Creo que esta crítica nace de una mala inteligencia por parte de tres estimables diarios y de un poco de injusticia; han querido juzgar al socialismo español desde un punto de vista parlamentario y de política vieja y han acabado —¿qué otra cosa significan esos supuestos errores?— por acusar al Socialismo de ser socialista.

Las cosas de España son irreductibles a toda comparación con las de Europa; es menester

echar mano de un escantillón muy distinto si se quiere medir con justeza nuestros negocios. El Partido Obrero español, su historia y sus problemas, no son excepción, antes bien ofrecen el ejemplo más claro de ese defecto específico nuestro que en otras ocasiones he tratado de comprobar: la falta de una minoría cultural. En Alemania y en Inglaterra comenzó el Socialismo a crecer como una planta política de nueva especie, en los libros científicos y en las cátedras universitarias. Era una idea para el pueblo, pero antes que penetrara hasta él había impregnado buena parte de las capas sociales superiores: cuando se forma en ambos países el primer núcleo de obreros socialistas eran ya socialistas casi todos los ciudadanos cultos o —digamos la palabra ambigua— casi todos los intelectuales. Estos fueron los que iniciaron la buena nueva al pueblo y los que sirvieron a la creciente aglutinación de cemento espiritual indestructible. Cuando comenzaron a marchitarse las intenciones, a embotarse los programas y a disminuir las energías de los partidos liberales clásicos —progresistas y republicanos— había madurado el Socialismo en la conciencia nacional: su credo se apoya [914] todavía en la idea de clase trabajadora, pero el partido estaba compuesto por individuos de todas las clases sociales.

En España ha acontecido lo contrario: el Socialismo ha prendido en las mentes de los obreros antes que en la de ningún profesor de Economía, y aún no se ha dado el caso de que se declare socialista —no ya de que ingrese en el Partido— algún político, pensador o literato de fuste. El socialismo que hay hoy en España es, pues, obra exclusiva, intelectual y moralmente, de los obreros, y el caso heteroclítico del gran Jaime Vera confirma la regla. Proletaria es la organización y son proletarias asimismo las ideas. ¿Qué pueden exigir los periódicos citados más arriba al Partido Obrero español? ¿Piden a Pablo Iglesias la filosofía de Lassalle? ¿Quieren que el modesto cajista escriba como aquél un tratado sobre Heráclito de Efeso, o que el compañero Largo Caballero formule, a modo de Bernstein, la revisión de la economía marxista, o que el cantero de Galicia que habló el viernes pasado presente, siguiendo las huellas de Jaurès, una Memoria *De primis linneamentis socialismi germanici apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel*? Todo esto me parece poco piadoso. No creo que haya derecho a acusar de ininteligencia a un grupo de obreros en tierra como la nuestra, donde hasta en los claustros de las universidades se encuentran analfabetos. Deben buscar a los *intelectuales*, suele decirse. Declaro no entender esto. Los socialistas, a mi manera de ver, no tienen que buscar más que a los socialistas. ¿Hay en España intelectuales que se confiesen socialistas? Yo no los conozco. El Partido Obrero tampoco los conoce.

¿Hay, por ventura, entre nosotros gentes que merezcan plenamente el nombre de intelectuales y sean lo bastante numerosas para constituir un grupo definido de españoles? Hay poetas y periodistas cuya ocupación no por ser la de escribir deja de ser manual; hay políticos que dicen cosas en el Congreso, y hay pensadores que usan de las ideas como [915] de las botas. ¿Y puede nadie creer que el Partido Obrero saliera ganando con tener entre sus filas a estos *intelectuales*? Más bien habrá de juzgarse, andando el tiempo, como un profundo acierto instintivo esta continencia que ponen los socialistas españoles a su proselitismo. He asistido a algunas sesiones del Congreso que ahora termina, y no he hallado en el recinto ningún *intelectual* atraído a aquel sitio por un impulso de curiosidad. Nuestros intelectuales no son curiosos, por lo visto, y por consiguiente, no son intelectuales. Sin embargo, habrían podido aprender allí, bien que no ideas, algunas virtudes de mesura, de fervor y de idealismo. En cuanto al retraimiento de coaligaciones con partidos burgueses, sí que parece la resolución del Congreso portentosamente

discreta. La labor del Partido Obrero tiene que reducirse hoy a la propaganda firme, pero lentísima, entre los proletarios; toda otra acción no tiene sentido. A lo sumo podrán los socialistas insertar un levísimo esfuerzo en la administración municipal y en los proyectos del Instituto de Reformas Sociales; pero esto, más que la esperanza de lograr nada positivo, significa sólo un instrumento de propaganda. Si –como apunta *El Liberal*–, los clericales hacen una propaganda más rápida y fructífera, no es ciertamente el Partido Obrero quien tiene la culpa de que los jesuitas y los obispos manejen rentas óptimas. Sólo faltaba hacer a los socialistas responsables de toda la historia de España.

Nada tienen que aprender de los partidos burgueses: ninguna virtud, ningún ideal, ninguna esperanza. Por otro lado, sería para ellos un error supino y fatal caer en la tentación de intervenir en el Congreso. Llegará un día en que serán un partido político y entonces irrumpirán poderosamente en el hemicycle: hoy son sólo sociedad semisecreta de educación e interna disciplina. Comprendería que el señor Álvarez o el señor Canalejas fueran a buscar a los socialistas; ellos son los [916] guardadores del Santo Grial de la política futura, como lo prueba el enojo que a los partidos radicales producen sus desdenes. Lo que me parecería absurdo fuera que los socialistas mendigaran el equívoco auxilio de aquellos tribunos. Pues qué, ¿no sabemos ya oficialmente que en España todo se puede ganar con las elecciones?; ¿todo, lo bueno y lo malo, lo discreto y lo indiscreto? ¿No sabemos que España entera es una aldea carcomida de lepra política, habitada por espectros de cuerpos cuyas almas están ausentes y sobre cuya vida cadavérica deja caer el hijo del alcalde regocijadas teorías de un maquiavelismo doméstico o escolar? No, no; mantenga su recato el Partido Socialista, y tras él, su fecundidad y su ideal; no se ocupe mayormente de las próximas elecciones y siga ardiendo en humilde, con unción franciscana, preparando las elecciones de 1913. Sus electores serán los que en 1898 tenían de diez a quince años”.- José Ortega y Gasset, 2 de septiembre de 1908.

Evoluciones de Jouhaux

El marco en que se desarrolló la juventud de León Jouhaux fue extremadamente favorable para que su prodigiosa capacidad de propaganda comenzara a expansionarse: Aubervilliers (barrio periférico de París), donde pasó sus primeros años, fue siempre un reducto del extremismo, como lo es hoy del comunismo moscovita. Ser anarquista en Aubervilliers al nacer el siglo XX era la cosa más natural del mundo para un corazón tan generoso como el de Jouhaux. Pierre Laval, en los años en que defendió ante los tribunales franceses a los trabajadores en peligro, fue alcalde y diputado socialista por Aubervilliers, cimentando su popularidad a golpes de demagogia. Jouhaux conoció la política a través [917] de intelectuales que saltaban de la extrema izquierda a la extrema derecha. ¿No fue Clémenceau uno de los más furibundos panegiristas de la huelga general, en unión de Briand y tantos otros? ¿No fue Millerand el defensor de los mineros de Fourmies en su discurso de 4 de mayo de 1891? Pues Millerand, como Briand, como Clémenceau, al ocupar el Gobierno, olvidaron sus predicaciones desde la oposición. ¿Una política tan abominable podía ser buena escuela para hacer abandonar los ideales anarquistas a jóvenes trabajadores como Jouhaux? El boulangierismo militarista y el proceso Dreyfus fueron banderas que agruparon circunstancialmente a muchos prohombres del radicalismo francés, desde Zola a Jaurès, si bien la clase trabajadora no se incorporaba por completo a esas manifestaciones, aunque

las alentase con su simpatía.

La fusión de la CGT se hizo en 1902 y la del Socialismo francés en 1905. Pero las tendencias continuaron siempre fuertes en ambas organizaciones. Eran momentos en que desbordaba la propaganda de la huelga general revolucionaria, tema que incluso llegaba a los Congresos socialistas. La pléyade de discípulos creados por teorías tan discrepantes como las de Saint-Simon, Babeuf, Blanqui, Luis Blanc y Proudhon, era inevitable llevaran la confusión al movimiento obrero. Se hacía carrera a fuerza de extremismos. Ejemplo típico, Gustavo Hervé, publicista, profesor y abogado, que en el Congreso socialista de 1907 defendió una moción en la que, entre otros extremos, figuraba lo siguiente: “Considerando que importa poco a los proletarios la etiqueta nacional y gubernamental de los capitalistas que le subyugan; que el interés de clase es, sin desorientación posible, la lucha contra el capitalismo internacional, repudia el patriotismo burgués [918] y gubernamental, que afirma engañosamente la existencia de una comunidad de intereses entre todos los habitantes de un mismo país y, ante los hechos diplomáticos que desde diversos lados amenazan con perturbar la paz en Europa, invita a los militantes a responder a toda declaración de guerra, de cualquier lado que surja, con la huelga general de los reservistas y la insurrección”. Por defender estas doctrinas, Hervé fue encarcelado, perdió su cátedra y fue excluido del Colegio de Abogados. Se comprende que tuviera prosélitos. Lo que no se comprende es que a los pocos meses iniciara su vida política en la extrema derecha, denunciando como criminales a quienes jamás habían dicho como él, que la bandera nacional era un trapo asqueroso. ¿Cómo extrañarse, si era éste el ambiente, de que el sindicalismo anarquista francés fuera antipatriota, antimilitarista, anticapitalista, antipolítico, y defendiera la acción directa, el sabotaje, el boicot, rechazando la legislación social, el contrato colectivo, los delegados de taller, el reconocimiento jurídico de los Sindicatos y hasta el cooperativismo? ¿Quién hubiera levantado entonces su gorrilla o su chambergo al estallar los primeros compases del himno nacional, La Marsellesa? Ramas de un mismo tronco, los anarquistas españoles introdujeron en nuestra nación estas doctrinas. Ser socialista en Francia tenía muchos inconvenientes; serlo en España era jugarse el pan y muchas veces la vida. Jouhaux tomó posesión de la secretaría de la CGT en 1909. No estaba formado aún, sintiéndose impregnado del radicalismo dominador del movimiento obrero. La etapa de su actuación hasta que estalló la [919] guerra europea de 1914 estuvo para él llena de ricas experiencias. En los fracasos se aprende cuándo priva la razón sobre el amor propio. Y Jouhaux aprendió y evolucionó. Quizá evolucionó demasiado. Lo innegable es que la CGT en sus manos fue un instrumento de colaboración de la Unión Sagrada. ¿Fue sólo Jouhaux quien colaboró con la burguesía para salvar a Francia? No. Fue casi toda la izquierda, sin excluir al propio Guesde, que, con Sembat, entró en el Gobierno de Unión Sagrada. En ese Gobierno era preciso encontrar un hombre que hiciera marchar las fábricas para ganar la guerra. El hombre fue Albert Thomas, Subsecretario de Municiones, eficazmente secundado por León Jouhaux. La división del anarquismo internacional al apreciar la guerra de 1914 fue pública y ruidosa. De esa crisis salió tan debilitado que jamás volvió a constituir una preocupación para los Gobiernos capitalistas. Jouhaux tuvo adversarios entre sus antiguos correligionarios, pero carecían de relieve para quebrantar su posición, firme y consolidada con las concesiones de orden sindical que Albert Thomas hacía prevalecer; reconocimiento de los sindicatos, delegados de taller, contratos colectivos, primas a la producción higienización del trabajo y, sobre todo, el porvenir, que ambos apreciaban de idéntica manera: el porvenir iba a estar en manos de la clase

trabajadora. De la guerra salió la CGT con cerca de dos millones de afiliados. A esta enorme masa, no obstante, le faltaba formación. Como en todos los movimientos de aluvión, Jouhaux sufrió momentos muy amargos con esa ola de crecimiento. Hubo huelgas disparatadas, pérdidas en su mayoría. Hasta la CGT estuvo expuesta a disolución por el tribunal del Sena. Y al estallar en Rusia el movimiento comunista, repercutió en Francia violentamente. En 1930 se inauguró el edificio propiedad de la CGT en la rue Lafayette, 211. En nombre de la Unión General de Trabajadores estuvimos Largo Caballero y yo en las fiestas organizadas con ese motivo. Jouhaux era ya el "general" para sus amigos. El nuevo edificio daba nueva vida a la organización sindical. Nacían servicios como el [920] de librería, Asesoría jurídica, Consejo Económico y Social, ediciones de libros, folletos, una revista y hasta un diario, *Le Peuple*. La CGT aspiraba a ser un partido obrero dentro de Francia. Y en cierto modo, con Jouhaux, lo fue. En Ámsterdam, en 1919, quedó constituida la Federación Sindical Internacional. León Jouhaux tenía ya el escenario internacional que su inmensa personalidad anhelaba. La FSI en sus manos, iba a ser una poderosa palanca para mover al proletariado. ¿Con el programa de Amiens? De ninguna manera. La FSI actuó desde el primer momento identificada con la Internacional Socialista.

Conferencias de Ortega y Gasset

El 15 de octubre de 1909 dio una conferencia en el Ateneo de Madrid José Ortega y Gasset con el título "Los problemas nacionales y la juventud", que está incluida en el tomo X de sus *Obras completas*. Su extensión impide que la insertemos. En ese mismo tomo, con una nota al pie aclaratoria, se publica la conferencia que Ortega y Gasset dio a la Juventud Socialista Madrileña en la Casa del Pueblo el 2 de diciembre de 1909, cuando yo era secretario de la entidad organizadora. Los editores advierten que "se transcribe conforme a un manuscrito del autor que lleva como título "Anticipación de la conferencia". Debe, pues —añaden—, considerarse como un borrador para la misma". Es de lamentar lo sucedido con las conferencias de Ortega en la Casa del Pueblo. En el curso organizado por Escuela Nueva dio otra conferencia, a la que asiste Jaime Vera como oyente, dedicada a Fernando Lassalle; ésta fue editada en folleto, y aunque no aparece en sus *Obras completas*, fue impresa como todas las de aquel curso, que conservo, y en el que intervinieron, entre otros, Vera, Fernando de los Ríos y Besteiro.

[921] *Breves apostillas*

Tan breves como sinceras. Oí a Ortega y Gasset su conferencia en el Ateneo. Era en los días en que España entera se sentía acongojada por lo que había ocurrido en Barcelona y sus trágicas consecuencias. Ortega habló cuando todavía estaba caliente la sangre de Ferrer en los fosos de Montjuich, pero sin citar su nombre. Juzgar sentencias de la jurisdicción militar, con la Ley de Jurisdicciones en vigor, era una temeridad. No la cometió Ortega. Pablo Iglesias, en el Ayuntamiento de Madrid, apenas salió de la Cárcel Modelo en 1909, no se mordió la lengua, sin ser diputado. Digamos, no obstante, que Ortega estuvo duro en la crítica contra el Gobierno Maura-Cierva, sin rozar nunca al rey, al que tuvo apartado de sus críticas hasta las proximidades de la República. Me gustó la conferencia de Ortega en el Ateneo, y propuse en el Comité de la Juventud Socialista Madrileña que le invitáramos a hablar en la Casa del Pueblo. Lo hizo así, y

aunque elogió el socialismo y lo definió correctamente, afirmó con claridad que no era marxista. En realidad, no era ni socialista. Ortega estuvo afiliado a la Agrupación Socialista Madrileña, y cuando pidió la baja para justificarse visitó a Pablo Iglesias, diciéndole francamente que en Palacio le habían hablado a su padre de las actividades suyas en el Socialismo madrileño, viéndose obligado, en aras de la armonía familiar, a pedir la baja. Pablo Iglesias le respondió que nunca había deseado que al afiliarse al Partido Socialista pudiera salir perjudicado o tener conflictos interiores; que respetaba su decisión, pero que si él se sentía socialista, como decía, aunque no estuviera en las filas de los demás, podría defender y explicar las ideas desde su punto de vista. Y eso hizo Ortega durante algún tiempo, guardando siempre respeto a Pablo Iglesias, elogiándole más de una vez.

[923] Ortega no coqueteó jamás con el anarquismo. Casi todos los otros literatos de su generación sí, aunque algunos olvidaron pronto esos devaneos, en el fondo expansiones antisocialistas, resquemores personales contra Pablo Iglesias y contra las organizaciones obreras, como en Baroja. Para él era muy fuerte romper públicamente con el Socialismo, aunque le rodeó siempre de un matiz humanista. Cuando dio su célebre conferencia en el teatro de la Comedia aludió al Socialismo cariñosamente, aunque el tono general de aquella disertación no obtuvo conformidad entre nosotros. Yo escribí un artículo censurando su disertación, que oí desde las alturas del teatro citado, en *Acción socialista*, que Ortega no olvidó. Meabe, a su vez, escribió algo muy duro contra él. He oído a Ortega un discurso lerrouxista en la inauguración del Círculo Republicano Radical en Madrid. Estuvo en ese partido, menos tiempo que en la Agrupación Socialista Madrileña, pero estuvo, y colaboró en prensa lerrouxista. Perteneció al partido creado por Melquíades Álvarez, y mantuvo polémica con Luis de Zulueta, secretario de esa Agrupación, que se lo recordó. En el fondo la conferencia que dio en el teatro de la Comedia fue un ensayo para crear otro partido, el suyo, con su programa, lleno de buenas intenciones, pero sin declararse monárquico ni republicano, sin definirse. Como hizo casi siempre, como hizo durante la República, confundiendo el régimen con sus resquemores personales, algunos, quizá, justificados. El Partido Socialista le regaló dos actas de diputado. No estoy seguro de que lo agradeciera. Azaña, otro caso parecido, no supo atraerse y a veces ni respetar a muchos hombres, como Ortega, que hubieran podido ser útiles al nuevo régimen.

Durante la campaña contra Maura y Cierva, en 1909, Ortega y Gasset firmó los manifiestos entonces publicados y acudió a las manifestaciones [923] contra el Gobierno. No vi la firma de Azaña, en cambio. Ni la de Unamuno. Ni la de Baroja, y mucha menos, la de Azorín, diputado maurista. A las manifestaciones de 1º de mayo Ortega no acudió nunca, pero, según tuvo interés en decir, veía desfilar la muchedumbre desde las aceras de la Equitativa, en la calle de Alcalá. Quería estar dentro, pero no se atrevía. Fue siempre un vacilante. En las elecciones previas a la liberación del Comité de Huelga de 1917, a pesar de su significación reparadora, votó en blanco. Lo sabemos porque tuvo especial interés en decirlo en un artículo con su firma. Y en ese Comité de Huelga había un catedrático compañero suyo en la Universidad Central. Al penal de Cartagena no llegó nunca carta alguna suya de saludo durante los meses en que allí estuvo preso el Comité de Huelga. Otros profesores de menos significación que Ortega y Gasset estuvieron en aquel Penal o remitieron mensajes de saludo. Ortega, no obstante, firmó el documento de cortesía que varios profesores españoles dirigieron a Besteiro durante su reclusión en Cartagena. En una

palabra, Ortega y Gasset, si hubiera mantenido su adhesión al Partido Socialista habría podido contribuir a dotar a España de un instrumento útil en la política nacional e internacional, siguiendo las aspiraciones de Pablo Iglesias y sus colaboradores, no desfigurando sus doctrinas. Como dijo Besteiro, al Partido Socialista hay que venir para seguir fiel en sus filas, no para inventar un Socialismo distinto revisionista o reformista.



La semana sangrienta

Con este título ha pasado a la historia la última semana de julio de 1909 en Barcelona. El título no es exagerado. El 7 de julio surgió el primer incidente entre las tribus marroquíes de Guelaya y los trabajadores dedicados a reparar una vía férrea en los alrededores de Melilla. El 9 hubo cuatro muertos y algún herido. El general Marina, gobernador de la plaza, quiso castigar la agresión, sin poder lograrlo, porque los cabileños hicieron frente a las tropas. Del 23 al 27 de julio la batalla se generaliza. Los moros dominan las alturas, y tiro que disparan, baja segura. Los soldados españoles derrochan municiones sin hacer blanco. Caen jefes de prestigio en el ejército, entre otros el teniente coronel Ibáñez Marín, de quien Meliá dice en su libro *Pablo Iglesias: rasgos de su vida íntima* que fue amigo de Iglesias, cuya trágica muerte sintió de veras.

El 10 de julio el Gobierno moviliza fuerzas y llama quintas en que están comprendidos hombres casados y con hijos, que apenas llegan a Melilla salen a morir camino del Gurugú, sin poder alcanzarlo. El barranco del Lobo se llena de cadáveres españoles. El general Marina está vencido militarmente. De Barcelona parten barcos repletos de carne joven. Grupos de damas catequistas regalan medallas, escapularios y petacas a los reservistas. Madres, mujeres y hermanas se indignan y las apostrofan. Se toca la Marcha Real, pero no se oye ni se aplaude. Se oyen otras cosas. El ambiente se carga de electricidad. Los barcos zarpan y petacas, escapularios y medallas caen al mar. La prensa relata estos incidentes y arrecia en su campaña contra el envío de tropas a Marruecos. *El Progreso*, diario radical de Lerroux, enardece a sus lectores contra la movilización militar. Maura, de acuerdo con Alfonso XIII, cerró el Parlamento cuando en el aire se dibujaba el conflicto. Se conocía la protesta del sultán, un cero a la izquierda seguido de unos cuantos millones de pesetas a la derecha.

[925] El 18 de julio se reunió el segundo Congreso de la Federación Socialista de Cataluña en Barcelona, acordando protestar contra la guerra de Marruecos y hacer responsable de la misma al Gobierno Maura-Cierva. *La Internacional*, semanario socialista dirigido por Fabra Ribas, publicó un artículo muy exaltado, donde se pedía un Congreso obrero para organizar la huelga general de protesta, dirigiéndose en este sentido al Comité Nacional residente en Madrid, como si eso de reunir un congreso de tal importancia se pudiera improvisar. Por fin, los diputados catalanes reclamaron al Gobierno que reuniera el Parlamento, encogiéndose de hombros Maura y el rey, cayendo en el vacío la iniciativa catalana. *El Progreso* diario barcelonés lerrouxista, con fecha 25 de julio recuerda que en esa misma fecha, pero en 1835, hubo en Barcelona quema de conventos, muriendo varios frailes. "¡Remember!" era el título del artículo aparecido en el periódico radical, que una vez más cultivaba la nota anticlerical y españolista. En ese mismo día, en otro trabajo, se decía: "Si en toda España, como cabe felizmente esperar, se produce un movimiento de rebeldía contra esta guerra, nosotros no recularemos. Donde estábamos estamos, donde estamos estaremos".

En Madrid el Comité Nacional del partido Socialista lanza un manifiesto invitando al pueblo español a un paro general para el 2 de agosto; pero en Barcelona se anticipan y surge la

huelga con fecha 26 de julio, una semana antes. Según sus organizadores, se trataba de un paro de veinticuatro horas, pacífico, para influir en el Poder público y preparar el ambiente. El acuerdo nació en Solidaridad Obrera, conglomerado sindical que no tenía mayoría anarquista, aunque actuaban en él algunos ácratas. ¿Quién iba a dirigir ese movimiento? Francisco Miranda, hijastro de Anselmo Lorenzo, anarquista antes de nacer; José Rodríguez Romero, tipógrafo, orador y escritor, sindicalista de muy amplios horizontes, y Antonio Fabra Ribas, en representación de la Federación Socialista Catalana. Conozco la historia de la Semana trágica de Barcelona por referencias directas de Fabra Ribas y de Rodríguez [926] Romero, con quienes mantuve amistad durante muchos años. Tan pronto como el Gobierno liberal normalizó la situación política, con la amnistía para quienes habían intervenido en los sucesos de Barcelona, Rodríguez Romero se domicilió en Madrid, ingresando en la Asociación del Arte de Imprimir. Con los votos del Grupo sindical Socialista fue presidente del Arte, y con él actué en la gestión y desarrollo de huelgas importantes de nuestra profesión. Era hombre leal, de conducta limpia y abnegada, y no ingresó en el Partido Socialista por respeto a sí mismo. Vivía en las inmediaciones de la Casa del Pueblo, con una familia de origen murciano y socialista. De aquel humilde hogar salió, el 5 de febrero de 1932 con dirección al Cementerio civil madrileño, donde reposan sus restos. ¿Hace falta agregar que le acompañé en sus últimos momentos? Pues bien, Fabra Ribas y Rodríguez Romero me dijeron que Ferrer no tuvo intervención de ninguna clase en la huelga surgida en Barcelona. ¿Por qué lo habrían de negar, pasados los años? El gobernador civil, Ossorio y Gallardo, conocía bien el origen de la huelga y a quienes la habían decidido. Cuando informaba al Gobierno asegurándole el carácter pacífico y limitado del movimiento no le engañaba. Pero surgieron los imponderables: un choque en Sabadell, con muertos y heridos. La Cierva ordenó reunión de autoridades, y éstas, contra el criterio del gobernador, decretaron el estado de guerra. Los extremistas fueron servidos en bandeja. La huelga tendría continuación y se convertiría en motín antirreligioso, como en 1835. Varias docenas de iglesias y casas de religiosos ardieron. Se salvó una, la de Santa María de Jesús, cuyo párroco dio amparo a una patrulla perseguida por la Guardia Civil. Cerró las puertas del templo, y cuando la fuerza pública desapareció, volvió a abrirlas, y exclamó: “¡Ya se han marchado. Podéis salir. Pero, por Dios, iros, a vuestras casas!”. Y uno de los liberados respondió: “Hemos de acordarnos de esta acción”. Y se acordaron. Aquella iglesia fue la única en la barriada que no ardió. En el libro donde figura esta referencia se alude a García Cortés, que era todavía secretario del Partido Socialista, [927] diciendo que no pudo llegar a Barcelona, donde iba con el propósito de evitar la huelga. Esa referencia está equivocada. García Cortés salió de Madrid con bigote y barba y volvió afeitado. Tenía por misión preparar el paro general del 2 de agosto en la región levantina, sin tocar la catalana, que estaba informada directamente y por impaciencias no respetó el acuerdo adoptado en Madrid. Por los resultados, el tiempo que estuvo fuera de su hogar lo invirtió en prescindir de barba y bigote para que al regresar no le conociera ni su familia. ¡Qué cruel fue Morato relatando este episodio!

Si la Semana Trágica tuvo un inspirador –de dirección careció desde el primer instante–, fue Alejandro Lerroux, en el extranjero por entonces. Su espíritu –“¡Remember!”– fue el que prevaleció. La Comisión de huelga quedó desbordada al proclamarse el estado de guerra, como lo fueron las autoridades militares, que carecían de fuerzas para hacer frente a la situación por haberlas enviado a Marruecos. Lerroux, pasado algún tiempo, escribió: “Cuando recibí la noticia de lo ocurrido en Barcelona sentí aquella satisfacción interior que siente el maestro cuando ve a

sus discípulos realizar una buena obra”. En ese momento dijo la verdad: él fue el maestro, y no Ferrer. No estaba tan lejos la fecha en que había escrito su célebre artículo “¡Rebeldes, rebeldes!” invitando a los jóvenes bárbaros a que pasasen a la acción en los siguientes términos: “Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie”. Eran los tiempos en que Lerroux se paseaba por la Ramblas con un garrote al brazo y una insignia españolista en el ojal de la solapa provocando pelea. Lerroux no tenía nada que hacer en julio de 1909 en Barcelona contra la guerra de Marruecos. Por el contrario, siempre defendió la intervención de España en aquel territorio, que a su juicio era una continuación del español.

[928] Para reprimir el movimiento revolucionario de Barcelona, La Cierva se lió la manta a la cabeza –la frase es suya, textual– encarcelando y deportando a trabajadores de toda España. La lucha en las calles cesó el día 30 de julio, en que las autoridades ordenaron la apertura de tiendas, talleres y fábricas. En el castillo de Montjuich fueron ejecutados Antonio Malet, José Miguel Baró, Eugenio del Hoyo, Ramón Clemente García y Francisco Ferrer Guardia. En su libro *Notas de mi vida* La Cierva reconoce que calificó de separatista aquel movimiento, vanagloriándose de haber engañado a la opinión. Algo por el estilo hizo Sánchez Guerra en los primeros días de la huelga de agosto de 1917. La Cierva refiere en su libro cómo enviaba recursos a Ossorio y Gallardo de los fondos reservados, agregando: “Ossorio utilizó a un policía confidente, entre muchos que le auxiliaban, y resultó que él mismo ponía algunas bombas para descubrirlas algunas veces y prestar así el servicio o dejar que estallaran e hicieran víctimas. Se llamaba Rull; fue condenado a muerte por los tribunales y ejecutado. Pero los atentados seguían. Verdad es que Ferrer estaba en Barcelona y nada se le pudo probar. Sólo cuando murió tuvo Barcelona unos años de tranquilidad”. El texto es modelo de perfidia. Pero el ministro relaciona a Ferrer con Rull, confidente, que utilizaba el gobernador, muerto en el patíbulo porque en el último instante no le pudieron salvar sus protectores. ¡Pobre pueblo español, cuántas infamias ha soportado durante muchos años!

El 13 de octubre de 1909 fue fusilado Francisco Ferrer Guardia en los fosos del castillo de Montjuich, de Barcelona. Su defensor, capitán de Ingenieros Francisco Galcerán, leyó un admirable informe. Su tesis se resume así: en este hombre condenáis una idea, la Escuela Moderna. Editado en folleto, circuló por el mundo entero. Luis Simarro publicó un libro reivindicando la memoria de Ferrer. En casi todas las grandes poblaciones de Europa y América hubo mítines y manifestaciones de protesta. Estaba en el ambiente que Ferrer pagaba con la vida por sus antecedentes y su ideología. Un intelectual que entonces [929] se distinguió contra el Gobierno conservador fue... ¡Ramiro de Maeztu! Otro, Joaquín Dicenta, que en el Ayuntamiento de Madrid secundó la protesta de Pablo Iglesias al conocer haberse cumplido la sentencia contra Ferrer.

“¡No fue Ferrer quien mereció ser fusilado, sino Maura! Ese hombre nos ha deshonrado ante el mundo!”, gritó Joaquín Costa. Todo lo contrario escribió Azorín, cronista de *ABC*. Unamuno se excedió lamentablemente. Aprobando la actitud de Azorín contra los ferreristas europeos, le escribió públicamente lo que sigue: “Mi querido amigo: Vuelvo a tomar la pluma para escribirle, y esta vez con felicitación. Acabo de leer su artículo del *ABC*. ¡Bien, muy bien!

Hora es de reaccionar así. España es víctima de una sistemática campaña de difamación. ¡Y no es todo desdén, no! Allá, en el fondo, acaso haya su parte de envidia. Nos sienten vivir y no nos lo perdonan. Se fusiló al mamarracho de Ferrer, mezcla de loco, tonto y criminal cobarde: a aquel monomaniaco con delirio de grandeza y erostratismo, y se armó una campaña indecente de mentiras embustes y calumnias... Ferrer era un imbécil y un malvado y no un inquitador. Sus escuelas, un horror. No puedo con los anarquistas, y no puedo con ellos por imbéciles. Son de una simplicidad mental que mete miedo... Cada día me siento menos europeo y más ibérico”. Algo increíble. Pero son textos de Miguel de Unamuno. Hay más aún. En el libro *La caída de Alfonso XIII*, de Cortés Cavanillas, figura este texto de Unamuno: “Creo poder afirmar que todo español con deseos y ánimos de trabajar desinteresadamente en pro de su patria, encontrará en nuestro actual rey don Alfonso XIII un amigo. Y renuncio a ponderar todo lo que esto significa. ¡Es tan difícil encontrar un amigo!”. La verdad es que Unamuno no fue nunca republicano... ni siquiera en 1931, cuando con esa significación fue elegido diputado a Cortes por Salamanca. ¡Cómo se falsifica la historia entre españoles!

Francisco Ferrer Guardia nació en Alella (Barcelona) el 10 de enero de 1859. Muy joven, contrajo matrimonio por la iglesia con una paisana [930] suya que le dio varios hijos. Una hija de Ferrer escribió en París un libro titulado *El verdadero Francisco Ferrer*, donde reivindica la memoria de su progenitor. En La Escuela Moderna, con textos de Anselmo Lorenzo, Reclus, Faure y Kropotkin, hay trabajos de Ferrer que confirman el juicio emitido por Ciges Aparicio, escritor de izquierdas, calificándole de “Modestísima inteligencia”. Pero el Consejo de guerra de Barcelona no juzgaba al pedagogo, sino al director de una revolución. Históricamente, con Ferrer se sometió un crimen, una venganza política. En la vida de Ferrer y de quienes se movieron a su alrededor hay un apasionado guión cinematográfico. Su mujer legítima, cuando ya no vivía con ella, en un bulevar parisino le disparó tres tiros, hiriéndole levemente, aunque la intención no era tan sencilla. Ferrer tuvo amores con una señorita francesa muy rica, Jeanne Ernestine Meunier, quien al fallecer el 5 de abril de 1901 dejó una fortuna para que la dedicase a fundar escuelas. Entretanto, su mujer legítima se enlazaba con un ruso, y con parte de sus hijos se instalaba en el Moscú de la época del zar. La Escuela Moderna se abrió en Barcelona el 8 de octubre de 1901. Los reaccionarios se alarmaron más de la cuenta. Las clases abiertas por Ferrer nunca llegaron a tener más de un centenar de alumnos de ambos sexos. Hubo escuelas laicas en otros lugares de España, pero sin estar relacionadas con Ferrer ni siquiera con la Escuela Moderna por él fundada. Fui miembro de la sociedad de Escuelas Laicas de la Casa del Pueblo, sostenida por socialistas, y un cuñado mío, Mariano Rojo, fue alumno de la escuela laica de la calle de Tintoreros, 2, donde estuvo de profesor Juan Ortiz, maestro muy competente en pedagogía, y donde fue conserje José Maeso. Sólo la intolerancia de las derechas puede explicar el odio que sentían por esas modestas e inofensivas instituciones.

En Madrid, La Cierva cerró la Casa del Pueblo, aunque esa medida duró poco tiempo; fueron encarcelados un centenar de socialistas y otros trabajadores conocidos por la policía como extremistas, la mayoría de los cuales quedaron en libertad cuando se restableció en Barcelona [931] la normalidad. El 14 de agosto salió Pablo Iglesias de la cárcel Modelo bajo fianza. Maura abrió las Cortes el 15 de octubre, dos días después de haber fusilado a Ferrer, creyéndose seguro de la confianza del rey. En *El Socialista*, Iglesias, al dar cuenta de haber sido cumplida la sentencia

contra Ferrer, “con cuyo asesinato —decíase— ha satisfecho la saña de los actuales gobernantes y el odio de la gente más vil y vil que pisa nuestro suelo”, publicó un artículo contra la pasividad de los republicanos: “Conocíamos el descrédito y el servilismo en que ha caído la prensa burguesa, pero jamás pensamos que llegara tan abajo, que su cobardía fuera tan grande, que sin transición ninguna, de golpe y porrazo, dejara de sostener, lo que sostenía antes, para defender precisamente todo lo contrario. Ignorábamos la falta de entereza y de energía que caracteriza a los caudillos republicanos; pero no hubiéramos creído, sin ver lo que estamos viendo, que fueran capaces de desempeñar el triste papel que están desempeñando en estos momentos”.

La manifestación del 1º de mayo de 1909 partió, hecho excepcional, de la plaza de Isabel II, inmediaciones del Palacio Real, atravesando la Puerta del Sol, calles de Alcalá y Barquillo, hasta Piamonte, 2, donde Iglesias, desde una ventana de la Casa del Pueblo, despidió a los trabajadores. La Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, la víspera día de su aniversario, organizó una conferencia a cargo de Iglesias, quien hubo de renunciar por motivos de salud, sustituyéndole Besteiro. Morato, ayudado por García Quejido, comenzó a dirigir *El Trabajo*, periódico quincenal de la Sociedad de Albañiles. Toribio Pascual fue elegido aquel año presidente de la Asociación del Arte de Imprimir. Macías del Real, marino que presentó denuncias contra el Gobierno Maura por haber adjudicado el armamento de la escuadra a la empresa Vickers, fue destituido y encausado. El debate parlamentario sobre ese negocio maurista le costó salir del partido republicano a Luis Morote, diputado a Cortes por Madrid. Sol y Ortega, senador republicano gracias al conde de Romanones, organizó una manifestación en Madrid [932] contra Maura, palaciego conservador, acusándole de favorecer a la empresa de Santillana, cuyas aguas estaban nacionalizadas. Los socialistas no participaron en esas combinaciones favorables al retorno de Moret al Poder. Ortega y Gasset rompió públicamente con Unamuno. En octubre por fin, el rey expulsó del Gobierno a Maura y llamó a Moret. Hubo quien dijo que Maura lloró al dar cuenta a sus compañeros de la deslealtad del rey con él. El ingeniero José Gascón se afilia, en Ciudad Rodrigo, al Partido Socialista.

En 1909 en Bélgica se concede la jornada de nueve horas de trabajo a los mineros del interior. El 30 de mayo de ese año se inaugura en Berlín el XX Congreso internacional de Mineros, con una numerosa delegación de la Federación inglesa. Hubo acuerdo favorable a la nacionalización de las minas. En París, presididos por Jouhaux, se reunieron los secretarios de las centrales sindicales de cada país, organismos que agrupaban a nueve millones de afiliados. Los franceses todavía sufrían ramalazos de su influencia anarquista, por lo cual sus propuestas fueron rechazadas por unanimidad. Sin derecho a utilizar su voto, Gompers, secretario de la central sindical de Estados Unidos, fue autorizado a intervenir, lo que hizo en alguna ocasión. Se preparó el camino para reunir en lo sucesivo verdaderos Congresos sindicales. Jouhaux criticó el informe presentado por Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores, donde se ponía de relieve la acción perturbadora de los anarquistas españoles, contestándole Barrio, secundado por el resto de los secretarios, hasta el punto de que Jouhaux retiró su propuesta y terminó por ser amigo de Barrio. Se convocó un mitin, al que acudieron millares de trabajadores interviniendo Jouhaux e Ivetot, por los franceses: Appleton, por los ingleses; Legien, por los alemanes; Gompers, por los norteamericanos; Tedeschi, por los italianos; Huber, por los austríacos, y Barrio, por los españoles: por Holanda, intervino Oudegeest, que acudió con Fimmen, poco tiempo después

secretarios de la Internacional Sindical de Ámsterdam. En Madrid, en la Casa del Pueblo, se reunió el III Congreso de la Federación de Metalúrgicos y el IV de la de panaderos, terminando este [1933] con un mitin en el que intervino Pablo Iglesias. En Bilbao, las sociedades obreras y la Agrupación Socialista decidieron adquirir un edificio para en él instalar su local social.

En 1909 Unamuno estrena el drama *La Esfinge*. En el Teatro Real se estrena la ópera *Nargarite la tornera*, de Chapí. Jacinto Octavio Picón publica su novela *Juanita Tenorio*. En noviembre se incendia el teatro de la Zarzuela de Madrid. Luis Blériot cruza el canal de la Mancha en treinta y cinco minutos.

Fallecieron en 1909, entre otros: Alejandro Sawa y Martínez, escritor; Ruperto Chapí e Isaac Albéniz, compositores; Agustín Querol, escultor catalán. El criminólogo italiano de fama mundial G. Lombroso; el literato francés Catulo Mendès.

Conjunción republicano-socialista

Tan pronto como se vislumbró el cariz que podría tomar el conflicto militar surgido en Melilla, la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista alertaron a sus organizaciones para que se opusieran al envío de tropas a Marruecos. En Madrid hubo un mitin en el cine *Lux-Eden*, en el que Pablo Iglesias pronunció un discurso que electrizó al público: “No sería difícil ni extraordinario —dijo— que algún reservista prefiriese apuñalar a un ministro o a cualquiera elevada personalidad antes de ir a matar gentes que defienden su patria con el mismo valor con que los españoles defendieron la suya en 1808. No son en este caso los moros, sino el Gobierno, los asesinos del pueblo español. Hay, pues que combatir al Gobierno, empleando todos los medios. En vez de tirar hacia abajo, los soldados deben tirar hacia arriba. Si es preciso, los obreros irán a la huelga general con todas sus consecuencias, sin acordarse de las represalias que el Gobierno pueda emplear contra ellos”. Téngase presente que cuando Iglesias hablaba así no era diputado, ni tenía inmunidad parlamentaria. Este lenguaje correspondió perfectamente [1934] al que empleó al combatir el proyecto de ley sobre el terrorismo.

La primera salida de trenes con reservistas de Madrid para los puertos andaluces fue una catástrofe para el Gobierno. Las autoridades acudieron creyendo se trataría de una despedida apoteósica. Su sorpresa fue colosal cuando vieron a madres, esposas y novias de los soldados recién incorporados a filas invadir los andenes de la estación del Mediodía oponiéndose a que salieran los trenes. El griterío y el desorden se prolongó largo rato, hasta que sin atreverse a disparar contra la multitud, pudieron arrancar los convoyes con lamentaciones y protestas. Hubo registros y detenciones y entre los que cayeron figuraron cuatro jóvenes socialistas, condenados por un Consejo de guerra a seis meses y un día con arreglo a la odiosa Ley de Jurisdicciones. ¿Quiénes eran estos jóvenes socialistas? Dos tipógrafos: Enrique Muriel y Roberto Cermeño, éste hijo y nieto de tipógrafos socialistas; Antonio Gancedo, que después presidió la Sociedad de albañiles *El Trabajo*, refugiado en Francia durante años posteriormente, y un joven ruso, Victoriano Ruperto, de orientación anarquista, afiliado a la Juventud Socialista de Madrid, que trabajaba como pintor con un veterano de la Agrupación Socialista. Abramos un paréntesis para hablar del joven ruso. Gobernaba el conde de Romanones en 1916, y llegó a Madrid, expulsado por el Gobierno francés, donde había ministros socialistas, León Trotsky, que en París publicaba

un periódico donde escribía contra la guerra y contra el zarismo, aliado a los gobiernos de Francia e Inglaterra, quienes reclamaron su expulsión. Los socialistas franceses no tuvieron medio de impedirlo y Trotsky llegó a Madrid. Estuvo en la Casa del Pueblo en contacto con su compatriota el joven pintor; la policía se alarmó, encarcelándolo. Intervino el Comité Nacional del Partido Socialista, y Daniel Anguiano, en su nombre, visitó a Trotsky en la Cárcel Modelo, ofreciéndole solidaridad. Romanones prometió liberarle si Trotsky se comprometía a salir de España. Así lo hizo, embarcando en Cádiz con destino a Estados Unidos. Trotsky ha referido este episodio sin recordar las atenciones que con él tuvieron los socialistas españoles ni la solidaridad que le demostraron. Pero sigamos la relación de los sucesos desarrollados alrededor de la guerra en el verano de 1909. Excitada la población obrera madrileña por los sucesos desarrollados en Barcelona y Madrid al despedir a las fuerzas que marchaban a la guerra, se reunieron los Comités Nacionales de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, decidiendo lanzar la orden de huelga general para el 5 de agosto. He aquí el comunicado que publicaron, firmado tan sólo por Iglesias, para evitar procesos, que afrontó él, saliendo de la prisión mediante fianza:

“A las colectividades obreras. Los Comités Nacionales del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, entendiendo que sería indigna la clase obrera organizada de España si a la vista de la conducta que observa el Gobierno no protestase de un modo general contra la injusta, torpe y desastrosa guerra provocada por él mismo en Marruecos, e igualmente contra las escandalosas arbitrariedades que está cometiendo, han acordado en este día que se proclame la huelga general en toda España, a partir del lunes 2 de agosto. Ambos Comités esperan que los trabajadores de nuestro país demostrarán en las actuales circunstancias que tienen conciencia de su dignidad y de su derecho. Madrid, 27 de julio de 1909.- Por los dos Comités, Pablo Iglesias, presidente”.

El Gobierno maurista declaró el estado de guerra, cerró la Casa del Pueblo y otros centros obreros en España, encarceló y desterró a centenares de ciudadanos en Madrid y provincias, desbaratando el movimiento iniciado en la capital de la nación que no pudo enlazarse con el de Barcelona. Pablo Iglesias y Largo Caballero, concejales, fueron encarcelados cayendo gravemente enfermo el último durante su prisión. Lucio Martínez, presidente de la Juventud Socialista, estuvo desterrado en un pueblo de la provincia de Ávila. Porque busqué domicilio ajeno, no caí preso entonces. Ya lo pagué poco después... Pablo Iglesias, incorporada la minoría socialista a sus escaños, hizo en el Municipio la siguiente declaración: “La minoría socialista se retira de este salón en protesta contra [936] la conducta vengativa, sanguinaria y criminal que el Gobierno observa en Cataluña, con motivo de los sucesos ocurridos. Y si por ausentarnos se nos apercibe o suspende, no importa, que es altamente honroso ser castigados por los que nos desprestigian ante el mundo civilizado”. El 30 de septiembre el Comité Nacional del Partido Socialista después de haber consultado a las entidades afiliadas, hizo pública una circular que produjo honda impresión en todo el país, como que modificaba por completo la táctica seguida hasta entonces por los socialistas. He aquí lo esencial: “Este Comité no solamente declara que la fuerza del Partido Socialista y de todas las colectividades que lo forman reclaman y reclamarán hasta lograr que se restablezcan las garantías constitucionales, sino que también harán cuanto sus fuerzas lo permitan para conseguir que el actual Gobierno desaparezca. Y declara más: declara que yendo hoy los hombres que ocupan el Poder contra todas las libertades, el Partido Socialista, que, cuando en ese

caso no existe lucha separada de todo otro elemento político, luchará ahora, ya por su propia cuenta, ya al lado de toda fuerza democrática que se proponga realizar aquellos dos fines, siempre que los actos que esa fuerza acuerde sean serios, dignos y no pugnen en lo más mínimo con las aspiraciones del proletariado”.

No hay exageración se decimos que ese manifiesto produjo sensación entre los grupos políticos de la burguesía. Las derechas se precipitaron sobre el Partido Socialista, singularizando sus ataques contra Pablo Iglesias, recordando frases suyas de los últimos mítines. A semejantes ataques, *El Socialista* de 1º de octubre —el estilo delata la mano de Iglesias— replicó con el siguiente texto: “¿Qué ha sido lo que hasta ahora ha sostenido el Partido Socialista Obrero Español en cuanto a relaciones con los elementos políticos burgueses, aunque éstos fueran avanzados? La separación completa de todos ellos para mejor marcar su personalidad y poder combatirlos constante mente como representante de la clase explotada. ¿Ha hecho alguna excepción a esta regla? ¿Ha establecido algún caso en que debiera ponerse en contacto con algunos [937] de dichos elementos? Sí. ‘Cuando los principios corran peligro de desaparecer’. Esto es lo que acordó el Congreso Socialista de Madrid en 1899. ¿Nos encontramos ahora en ese trance? ¿Los derechos de ciudadanía se ven atropellados? ¡Quién lo duda! Si en otras ocasiones se ha negado el Partido Socialista Obrero a hacer lo que hace hoy y se ha mantenido apartado de todos los partidos burgueses, fue porque las circunstancias políticas eran muy distintas de las actuales. Y si no, dígasenos cuándo, en qué época, a partir de 1899, han hecho los Gobiernos lo realizado en los tres últimos meses por el que preside Maura. ¿Ha habido alguno que haya deportado, que haya cerrado Centros Obreros a granel, que haya tratado con más saña la prensa y principalmente la socialista, que haya cometido más arbitrariedades y atropellos? No. No lo ha habido; y no habiéndolo, no peligrando las libertades públicas, no existiendo realmente circunstancias excepcionales dañosas al proletariado, no tenía el Partido Socialista por qué abandonar la conducta que debe observar generalmente con todos los partidos burgueses”. El 24 de octubre hubo en Madrid una manifestación para pedir la normalidad de la vida constitucional, coincidiendo con un documento firmado por los partidos republicanos y socialista y personalidades como Ortega y Gasset, Pérez Galdós, Canalejas, Moret, Salillas, Juan Madinabeitia, Azcárate, Iglesias, García Cortés y Vicente Barrio. El pueblo madrileño respondió en masa con entusiasmo inenarrable, al ver unidos en la manifestación a cuantos deseaban una España verdaderamente democrática. El Partido Socialista abrió una suscripción para ayudar a las víctimas de la represión maurista. Ortega y Gasset, en artículos de prensa y conferencias, estuvo francamente contra el Gobierno Maura-Cierva, lo que no hicieron Unamuno, Baroja y Azorín, entre otros escritores. *El Imparcial*, diario entonces de gran influencia, llegó a publicar un artículo de fondo titulado “¿Pueden ser monárquicos los liberales?” que sin duda produciría impresión en Palacio e influiría en la caída de Maura. El 7 de noviembre de 1909 se celebró en Madrid, en el Frontón [938] Jai-Alai el primer mitin de la Conjunción Republicano-Socialista, en el que intervinieron: Mariano García Cortés; Joaquín Dicenta, que leyó una adhesión de Pérez Galdós; Tomás Romero, redactor de *El Liberal*, del grupo de Melquíades Álvarez; Pí y Arsuaga, federal; Rodrigo Soriano, director de *España Nueva*, diario republicano; Sol y Ortega, senador republicano, y Pablo Iglesias, a cuyo discurso pertenece lo que sigue, bandera que utilizó durante los años que vivió la Conjunción: “Nosotros mantenemos en toda su pureza los ideales del Partido Socialista, o sea la igualdad social; nosotros aspiramos a que el Poder político sea conquistado por el

proletariado; nosotros opinamos que la iglesia es un soporte del régimen burgués y que otro soporte es el ejército, y nosotros no sacrificaremos ahora ni nunca, nada, absolutamente nada de nuestro programa. Por una necesidad que es común a todos los que aquí nos congregamos, por defender las libertades políticas y darles las garantías posibles dentro del régimen social presente, hemos llegado a la unión con el partido republicano; y vamos a esta unión con tal sinceridad, con tal abnegación, con tal lealtad, que nadie podrá sobrepujarnos. Nosotros no pedimos nada a los republicanos para el día de mañana. Pedímosles que sean republicanos, no de palabra, sino de hecho. Instaurad la República, aunque sea conservadora. Barred la anarquía, que las mejoras que desea el proletariado éste las conquistará por su propio esfuerzo”.

Benito Pérez Galdós, en una conversación que mantuvo con un cronista se expresó del siguiente modo: “Yo no conocía a Pablo Iglesias, ni siquiera de vista, pero con motivo de las gestiones que se hacían para formar la Conjunción, fui un día a verle con Azcárate. El líder de los socialistas no estaba en un principio dispuesto a unir a su partido con los republicanos; pero después entró en inteligencia con nosotros y se formó la Conjunción, únicamente para fines electorales”. Iglesias tuvo en algún momento la ilusión de que Galdós ingresaría en el Partido Socialista. Algo de eso debió pensar el ilustre novelista, cuando llegó a decir, censurando la apatía de algunos personajes republicanos y las [393] divisiones de otros, lo siguiente: “Este partido está pudriéndose en la inmensa gusanera de caciques y caciquillos. Voy a tener que irme con Pablo Iglesias. El y su Partido son lo único serio, disciplinado, admirable”.

Pablo Iglesias, concejal, contra la guerra

En diciembre de 1909 el alcalde de Madrid propuso se levantaran cuatro estatuas de otros tantos héroes de la aciaga campaña militar del Rif. Pablo Iglesias, en nombre de la minoría socialista, se opuso. De su discurso tomamos lo que sigue: “Esta minoría, opuesta a cuento vaya contra la justicia y la humanidad no puede votar, porque lo que se pide esa glorificación de algo que va contra aquéllas. La guerra del Rif ha sido una guerra de conquista, no de defensa del honor nacional, y por eso nosotros y los que piensan como nosotros, nos oponíamos a ella, y ya que no pudimos conseguir nuestro propósito, no nos toca ahora más que sentir la muerte de cuantos en ella han perecido, de un lado y de otro, condenar a los culpables de que se hubiese suscitado y deplorar que los que allí fueron no se volvieran contra los causantes de la guerra y de los males que de la misma se han derivado. Que las fuerzas enviadas al Rif no lo fueron para reparar ninguna ofensa al pabellón español, sino para apoderarse de una parte de él, no es ahora una suposición, como al principio de la guerra, sino un hecho, como lo prueba la ocupación por las tropas españolas de quinientos kilómetros de dicho territorio. Ha sido, pues una guerra de conquista, una guerra en la que se ha atentado a la independencia de un pueblo, y si por haber peleado bien y haber dado su vida los que fueron allí, no por culpa suya, sino obligados por el Gobierno de entonces, hay que glorificarlos, que glorificar habrá también a los hombres de aquel país que hicieron lo propio”. Ese lenguaje, la claridad y rotundidad de ese lenguaje, ni en el Ayuntamiento de Madrid, ni más tarde en las Cortes españolas, lo tuvo ningún otro hombre público ni ningún otro partido.

Pablo Iglesias diputado

Por primera vez, en diciembre de 1909 fueron a las urnas unidos republicanos y socialistas. Comentando el resultado favorable de esas elecciones de concejales en Madrid, Pablo Iglesias respondió del siguiente modo a unas preguntas de un redactor de *El País*, diario republicano madrileño:

“Maura dijo que la opinión diría con sus votos de que lado estaba y cómo pensaba. Pues bien, ahí lo tiene Maura. La opinión acaba de decirle cómo piensa y con quién está. Debe, pues, retirarse de la política. Es un fracasado completo. No tiene arraigo de ninguna especie. La opinión le odia. No le quiere. A casa cuanto antes y habrá cumplido mejor su deber. El triunfo en esta pasada lucha para la Conjunción Republicano-Socialista ha sido colosal. Esta concentración ha tenido en Madrid treinta y dos mil quinientos votos. Y ha recogido como primer punto de su victoria la tremenda derrota del maurismo. Este era nuestro principal objetivo y lo hemos conseguido. Por ello estoy doble y altamente satisfecho. Puedo asegurar también que todos los socialistas lo están igualmente. Confiamos en que en futuras contiendas obtendremos éxitos más ruidosos y muchísima más votación. Los socialistas estamos también complacidos de la lealtad con que han procedido nuestros aliados los republicanos. Con una compañía así se va a cualquier parte seguros de la victoria. Ahora bien, yo sé cuál es la labor de los monárquicos; éstos se esfuerzan por dividirnos. No lo conseguirán, pues ya les conocemos, y cuanto intenten en este sentido será inútil. Nosotros los socialistas seguiremos en la concentración con los republicanos hasta la implantación de un régimen que garantice los derechos y la verdadera libertad de todos. Iremos con los republicanos aun cuando éstos llegaran a dividirse, porque entonces, si tal ocurriera, nosotros los socialistas, nos pondríamos al lado del grupo que más confianza nos mereciera, [941] sin fijarnos en su denominación, pues en las presentes circunstancias los republicanos nos parecerán más avanzados serán aquellos que más honradamente, que más seriamente trabajen por el advenimiento de la República. Cuantas más batallas libremos contra el régimen, más estrechas, más fraternales serán las relaciones que tengamos socialistas y republicanos. Así es que los que pretendían separar al Partido Socialista del camino emprendido y de la ruta que ha trazado, se equivocan de medio a medio, pues nada conseguirán. El Partido Socialista es muy serio y muy decidido en sus determinaciones; tiene conciencia perfecta de sus actos y es completamente estéril que se intente desviarle de su línea de conducta”.- Pablo Iglesias, 1909.

En 1909 en Madrid hubo elecciones municipales dos veces. La primera, en mayo, para cubrir vacantes que no pudieron tramitarse en momento oportuno por estar pendientes de la aprobación de un texto legislativo que les afectaba. La Agrupación Socialista presentó candidatura en el distrito de Inclusa, con los nombres de García Quejido, que recogió 1371 votos y de Victoriano Orosa, presidente de la Sociedad *El Trabajo*, que alcanzó 1323. Los republicanos obtuvieron éxito muy relativo en esta lucha electoral.

El 12 de diciembre, ya conjuncionados republicanos y socialistas, éstos tuvieron cuatro

diputados, dos por distritos seguros, los otros dos, en cambio, muy dudosos. Fue un reparto de candidatos arbitrario, impuesto por los caciques republicanos en franca decadencia, como acabamos de indicar al referirnos a las elecciones verificadas seis meses antes. Por el distrito de la Universidad, de tradición republicana, venció en primer lugar Bonifacio Rozalén, con 4.058 votos, seguido de Antonio García Quejido, con 3.691. En el distrito de Chamberí, Vicente Barrio, que era secretario de la Unión General de Trabajadores, triunfó en segundo lugar con [942] 3.388 votos, saliendo en primer lugar el federal Pío Amando Valdiviesa, que se condujo honestamente durante su mandato, con 3.434 sufragios, casi los mismos que el socialista, lo que da idea de la lealtad de la lucha. En el distrito del Hospicio no triunfó Francisco Mora porque le faltaron unos sesenta votos, merced al ardid electoral de los monárquicos de haber roto una urna en una sección, para poder decidir en el resultado final.

XXXIX aniversario del Arte de Imprimir

El 21 de noviembre de 1910 los gráficos madrileños conmemoraron con un banquete en el restaurante *El Louvre*, de Madrid, el XXXIX aniversario de la fundación de la Asociación del Arte de Imprimir y el XXVIII de la Federación Tipográfica Española. Hubo más de doscientos comensales, entre los que figuré. Al final, García Quejido, en nombre de la Comisión organizadora, leyó la siguiente carta de Pablo Iglesias:

“Queridos compañeros: El estado de mi salud, menos que mediano en el último mes, me impide hallarme entre vosotros al conmemorar el XXXIX aniversario de la Asociación del Arte de Imprimir y el XXVIII de la Federación Tipográfica. Excuso deciros que lo siento profundamente. Mas si no puedo estar personalmente a vuestro lado, estad seguros, segurísimos, de que lo estoy en pensamiento y de que ni hoy ni nunca, mientras aliente, dejaré de recordar con júbilo la existencia de los dos organismos de lucha con que cuenta nuestra profesión y, sobre todo, lo que el primero ha realizado por la causa del trabajo en nuestro país. Mucho hay que hacer por el mejoramiento del [943] arte tipográfico en Madrid y en toda España; mucho hay que trabajar porque cuantos a él se dediquen vivan en condiciones más racionales y humanas que las que hoy disfrutan; pero como esto exige una fuerte voluntad y una gran perseverancia, nunca mejor que en este memorable día debemos comprometernos todos a tenerlas y a desarrollarlas lo más posible para cumplir como buenos. Sólo nosotros, sólo los trabajadores, podremos aliviar y curar totalmente los males que nos hace sufrir el régimen patronal; mas por eso mismo debe ser inquebrantable la unión de todos los explotados. A la unión, pues, queridos compañeros, debemos sacrificarlo todo; por la unión debemos hacer sin regateo alguno toda clase de esfuerzos y sacrificios. ¡Viva la Asociación del Arte de Imprimir! ¡Viva la unión estrecha, estrechísima, de todos los oprimidos! Vuestro siempre”.- Pablo Iglesias, 30 noviembre 1910.

Primeras intervenciones parlamentarias de Pablo Iglesias

Pablo Iglesias fue elegido por primera vez diputado a Cortes por Madrid el 8 de mayo de 1910 en la candidatura de la Conjunción Republicano-Socialista, que obtuvo el siguiente resultado: Benito Pérez Galdós, 42.407 votos; José María Esquerdo, 41.930; Rafael Salillas, 41.722; Rodrigo Soriano, 41.440; Francisco Pí y Arsuaga, 41.319, y Pablo Iglesias, 40.599. Era un

triunfo enorme que Iglesias alcanzara entonces esa votación. El último lugar se convertiría en el primero desde las elecciones siguientes. La entrada de Iglesias en el Parlamento fue un acontecimiento nacional. Al prometer el cargo el conde de Romanones, presidente del Congreso, rompiendo la tradición, le dirigió un saludo desde su alto sitio, queriendo congraciarse al régimen con la incorporación de Iglesias a las tareas parlamentarias. Su labor produjo efecto favorable en la opinión, malísimamente educada por ciertos elementos republicanos. Iglesias formó parte de la minoría conjuncionista, presidida por Gumersindo de Azcárate, figura del republicanism tradicional con matices conservadores. Estaba agotado, aunque, oyéndole, no daba esa sensación. Siempre estuvo enfermo, pero nunca se rindió. En el Parlamento fue un gigante de la tribuna. El primer discurso lo pronunció sin proponérselo, el 20 de junio. Un diputado conservador le ha llamado vividor, reproduciendo en plena Cámara infamias de anarquistas y republicanos de años atrás. Es un debut con el que no contaba, pero no se arredrará. No omito detalle: relata su estancia en el Hospicio, en el hospital, en la cárcel, y después afronta el tema principal; cuenta lo que gana, de qué vive, las horas que trabaja, y lo dice sin afectación, como si al hacerlo encontrara un alivio. Una vez más los adversarios le habían proporcionado un éxito. He aquí un extracto de su discurso:

“Tiene esto importancia, no sólo por referirse a mi persona, que en este sentido importa poco, sino porque afecta a la representación que ostento aquí, y que debo honrar todo lo posible y, además, porque envuelve un concepto general respecto a los obreros que más activamente y [1945] con mayor publicidad trabajan por los intereses de sus compañeros. Estos representantes de la clase obrera, que son los que tienen que dar la cara con más frecuencia, los que tienen que alentar a los trabajadores en los momentos de desánimo, los que tienen que darles el ejemplo arrojando las arbitrariedades de los patronos, de las autoridades, de todo el mundo, son buscados por estas mismas clases para desbaratar y para desarmar a los obreros. Yo, no por falsa modestia he de dejar de decirlo: el que en estos momentos os dirige la palabra, no muchas veces, pero por lo menos una, ha sido objeto de toda clase de ofrecimientos para venir aquí y para otras cosas, y como hubiera tenido que hacerlo bajando la cabeza, pisoteando mi propia dignidad y haciendo traición a los míos, los rechacé. Voy ahora a concretar el caso mío y os diré lo siguiente: Yo soy tipógrafo, soy un mediano obrero que, mal o bien, he podido, salvo las persecuciones, que hoy son menos frecuentes que al principio de este movimiento, ganarme la vida. A mí me ha pagado mi partido no por tacañería, sino por no poder más, un sueldo de cinco duros a la semana; después, de seis; luego, de siete, y actualmente, de nueve; acordó elevarlo hasta doce, pero por su situación no ha podido hacerlo, y yo sigo cobrando nueve duros por el trabajo que desempeño, por hacer un periódico y por contestar muchísimas cartas que me llevan mucho tiempo, porque hay que dar la contestación en forma que la entiendan las personas a quienes van dirigidas. Y por poco movimiento que tenga el Partido Socialista, por la labor que realizo en él, por el cargo que desempeño de presidente del Comité Nacional del Partido, y sobre esto llamo la atención de aquellos de vosotros que tengáis ocupaciones políticas, ¿creéis que me sobrará mucho tiempo para hacer un periódico semanal y para hacer todo lo que yo creo es mi deber? ¿Y creéis, en fin, que todo ese trabajo no vale la cantidad que se me da? ¿Se puede decir de quien todo eso hace que es un vividor? Yo os hago a todos jueces de mi conducta y a la vez os pido que juzguéis el proceder nada honroso de quien ayer, sin motivo ni provocación por mi parte, tuvo el atrevimiento de hacerme ese cargo.

[946] Y así, con ese sueldo, recogido céntimo a céntimo, vivió Iglesias durante años... ¡Bien servido quedó su acusador! ¡Con qué sencillez, con qué grandeza de alma habló Iglesias aquella tarde, en su improvisado debut parlamentario! El 7 de julio le tocó intervenir en el debate promovido para enjuiciar las responsabilidades políticas contraídas por el Gobierno conservador de Maura y Cierva durante la represión ejercida por la fuerza pública en Barcelona. En el banco azul, el Gobierno en pleno, con Canalejas a la cabecera, y en la presidencia de la Cámara el conde de Romanones, ufano, como chico con zapatos nuevos. Tuve la suerte de presenciar tan histórica sesión desde la tribuna número 4, administrada por el secretario que representaba en la Mesa presidencial del Congreso a los diputados conjuncionistas, Francisco Pí y Arsuaga, federal, elegido en Madrid, tan honesto como su padre, Francisco Pí y Margall. ¡Cómo estaba la Cámara cuando comenzó a hablar Pablo Iglesias! Al entrar en materia, censuró enérgicamente la desatentada política del Gobierno conservador. Negó que los socialistas hubieran tenido relaciones con Ferrer, exponiendo el origen del movimiento y afrontando la responsabilidad del mismo. En cuanto a los homenajes de que Ferrer era objeto en el extranjero, dijo: “No habléis de hombres exaltados, porque os he de decir que en ese movimiento a favor de Ferrer ha encarnado todo el Socialismo internacional, y a los que le constituyen no les podéis llamar apaches, porque con ellos está la intelectualidad del mundo, que se ha escandalizado, con razón, porque en el siglo XX se ha fusilado a un hombre como Ferrer por profesar ciertas ideas. La muerte de Ferrer fue infame y las responsabilidades de esta infamia caen sobre el señor Maura. A la protesta debían asociarse todos los que, viendo cuán justa era, amasen la libertad. El señor Maura ha hecho posible la conjunción de socialistas y republicanos. El señor Maura no puede volver a gobernar, con él hay que derribar el régimen... Tal ha sido la indignación producida por la política del Gobierno presidido por el señor Maura entre los elementos obreros, que nosotros, de quienes se dice que no estimamos [947] a nuestra nación, amándola de veras, sintiendo las desdichas de todos, hemos llegado al extremo de considerar que antes de que su señoría suba al Poder de nuevo debemos llegar al atentado personal”.

¡Qué escándalo se produjo en el Congreso! El presidente rompió varias campanillas. Los diputados republicanos, conformes o no con las frases de Iglesias, se pusieron a su alrededor defendiéndole contra una posible agresión. El conde de Romanones insistía violentamente exigiendo la retirada de las frases pronunciadas por Iglesias que, en pie, los brazos cruzados, pidió libertad para explicarlas, y como el incidente no tenía salida, Azcárate, muy respetado por su historia, intervino rogando a la Cámara dejara a Iglesias que siguiera en el uso de la palabra, como así fue, sin retirar ni una tilde de cuanto había dicho. Iglesias fue al Parlamento a tener el mismo lenguaje que utilizaba fuera. Porque frases idénticas, no siendo diputado aún, las había pronunciado en un mitin no hacía muchas semanas. Canalejas lo recordó, para censurarle, cuando en el fondo, sin pretenderlo, le elogiaba.

Como de costumbre, Iglesias intervino días después, para rectificar según la expresión corriente, pero... ¡no rectificó nada! Al contrario mantuvo firmemente sus acusaciones contra el liberticida Gobierno maurista. No lo hacían, nunca, porque estaba prohibido en absoluto, pero a Pablo Iglesias le aplaudieron en las tribunas, incluso en la de la prensa, en la que se encontraba Ortega y Gasset. Durante varios días, Iglesias fue acompañado de amigos de confianza, por temor a que con él se cometiese alguna agresión. Esta precaución resultaba más necesaria porque

Maura fue objeto de un atentado, aunque sin importancia, y era fácil suponer le hicieran responsable de un hecho con el cual no estaba relacionado su discurso. Iglesias recibió adhesiones y homenajes de numerosas organizaciones y círculos republicanos. He aquí algunos comentarios de prensa: “Jamás, jamás orador profesional ha causado impresión tan honda y tan terrible en nuestras asambleas. Jamás desde los tiempos gloriosos en que se luchaba por la libertad de conciencia y por la abolición de la esclavitud, ha sonado en nuestro Parlamento voz destinada a tener tanta resonancia” (De *El Liberal*). “Su discurso ha producido efecto enorme en la cámara, especialmente entre los conservadores” (De *La Correspondencia de España*). “Pablo Iglesias, que tiene cuando habla gesto de apóstol, como Salmerón, y en actitud de león, semejante a la de Joaquín Costa, es, sin duda alguna, el fiscal que mayor temor infunde a los responsables de las grandes hecatombes nacionales. Hay en su discurso una nota en extremo simpática, por la sinceridad que revela: Pablo Iglesias ha roto brutalmente, como el que rasga con un cuchillo una tela dura, el convencionalismo parlamentario” (De *La Publicidad*, Barcelona).

Se ha pretendido que Iglesias se había convertido en un defensor del atentado personal. No es exacto. Lo es que ha disculpado y hasta justificado ciertos hechos de esa naturaleza, como cuando habló en un mitin presidido por... ¡Canalejas! en el Frontón Central de Madrid, donde se pidió la revisión de los procesos de Montjuich, donde se martirizaba a los presos, en cuyo acto Canalejas nada menos que soltó lo siguiente: “Toda España es Montjuich”. Pues entonces Iglesias dijo: “Y si a la revisión se opone el actual Gobierno y con el Gobierno alguna cosa más con él identificada, barrámoslo todo y acabemos con cuanto dificulta el que nuestro país marche por el camino del progreso”. En 1904, cuando los revolucionarios rusos dieron muerte a un gobernante que les acorralaba villanamente, Iglesias, en *El Socialista*, escribió: “Acto de justicia: así debe considerarse el realizado por los revolucionarios rusos con el ministro Plekwe. Cuando un hombre, por voluntad propia, o por agradar a otro, atenta contra la vida y la libertad, no ya de unos cuantos ciudadanos, sino de todo un pueblo, merece la muerte. El que se la ha dado al odioso ministro del zar de Rusia es acreedor a las alabanzas y al reconocimiento de cuantos desean ver libre a la humanidad de monstruos humanos”.

[949] *Homenaje fraternal*

“Los tipógrafos madrileños, al celebrar en numerosísimo y familiar ágape la elección de Pablo Iglesias como diputado de la nación, cumplieron un doble deber de gratitud; como obreros de un oficio en el que el agasajado libró gloriosas y memorables campañas y cuyo nivel moral y social elevó a alturas considerables con su palabra y con su ejemplo, y como trabajadores que forman en la vanguardia de las legiones organizadas y aleccionadas por Iglesias para reñir batallas por la emancipación del proletariado.

En esta hora de las grandes justicias para uno de los hombres más villanamente calumniado, algo pudiera yo añadir a lo mucho que ya se ha dicho en vindicación de su nombre esclarecido: no lo estimo necesario y, además, no debo yo mortificar su modestia con la relación de hechos de su vida que, por lo mismo que son insólitos y ejemplares, su divulgación pudiera interpretarse como propósito insano de zaherir a la multitud –yo me incluyo en ella– incapaz de imitarlos.

Me limito, pues, a decir: conocí a Iglesias el año 1869 –cuento algunos meses de edad más que él–; trabajamos juntos en un periódico que se tituló *La Fidelidad*, carlista por cierto, y nuestro patrono lo era don Anastasio Moreno, padre de nuestro buen amigo y excelente compañero Emilio, el actual regente de *Heraldo de Madrid*, que en tan lejanos días era un rapacillo que travesaba por entre los chibaletes de su imprenta.

Destacábase la figura de Iglesias entre el personal por varias honrosas circunstancias: por la pulcritud de su blusa y demás modestísima indumentaria, por lo *largo* en el trabajo, por la casi nula tarea que proporcionaba al corrector, por su intachable compañerismo, y sobre todo, por la ejemplaridad de sus costumbres.

Fuera de las horas consagradas al taller, su tiempo lo empleaba en el culto a su cariñosa y santa madre, en la lectura de libros y [950] periódicos, en las lecciones de la Escuela de Artes y Oficios –en la que siempre sacó premios– y en templar su espíritu con dureza de acero para esa ciclópea labor de propagandista y apostolado que viene realizando hace ya cuarenta años, sin que un solo instante haya desmayado en la empresa, y redoblando su fe ardorosa al choque con las injusticias y ataques del enemigo y al frío contacto de la indiferencia de la masa explotada

Juntos figuramos después en las filas de la gloriosa Internacional, yo como recluta innominado, él desde el primer momento con personalidad de gran relieve, como lo demuestra el que cuando apenas contaba veintidós años presidió el importantísimo mitin celebrado por dicha Asociación en el teatro Rossini de los antiguos Campos Elíseos, al que fueron retados en gallarda controversia los más famosos oradores de la escuela individualista. Y corrieron los tiempos, y juntos hemos hecho siempre esta larga peregrinación en pos del ideal: sin su talento, sin su férrea voluntad, claro es que yo debía figurar en plano muy inferior, por más que se esforzara, como con otros muchos, en elevarme a su nivel. Por eso, hoy, despojado de ruines envidias que entre nosotros jamás fructificaron, mi afecto fraternal hacia Iglesias se exalta al verle llegar a un puesto que, si merecido y altamente honroso, no es para él más que el justo galardón a una vida entera consagrada a la defensa de los oprimidos y a la difusión del más bello ideal de los tiempos presentes.

Lo que lamentamos todos los que le queremos es que su quebrantada salud le reste energías para luchar en el nuevo palenque a que le han llevado sus méritos”.- M. Gómez Latorre.

[951] *Una madre ejemplar*

Corrían los días del mes de diciembre de 1886. Allá en la calle de San Cosme, una calle perdida en la lejanía del los barrios bajos y en un cuarto, humildísimo, correspondiente a una casa de modesta apariencia, una anciana hallábase en inminente trance de muerte: era la madre de Pablo Iglesias.

Una enfermedad de esas que no perdonad minaba la vida de aquella mujer, y toda la solicitud y tiernos cuidados de un hijo amoroso se estrellaban ante los progresos del mal. Durante los días que la anciana estuvo en cama, Iglesias procuró hacer compatibles sus ocupaciones habituales con la fatigosa faena de enfermero –huelga decir que allí no había criada– y para ello hubo de verse obligado a no acostarse ni descansar, por tanto, por espacio de varias noches

Gracias a la misericordiosa intervención de alguna vecina compasiva, pudo Iglesias ir soportando tan penosa tarea.

Cuando en la noche del 7 del citado mes se presentaron tres amigos –advertidos de la suma gravedad de la enferma– con propósito de hacer compañía a Iglesias y ayudarle en lo que fuera preciso, éste, siempre comedido y circunspecto, resistióse a que aquellos amigos se sacrificaran pasando una mala noche; mas, al fin, la insistencia de ellos le obligó a ceder, y aun se avino a echarse un poco en la cama, pues le era materialmente imposible tenerse en pie. El sufrimiento y el insomnio habían marcado sus huellas en la grave faz de Iglesias, y todos conmovidos contemplaban el triste cuadro que ante sí tenían.

Inútil decir que Iglesias no durmió. El espíritu, sobreponiéndose a la materia, le mantenía en vigilia, y a cada momento se levantaba para espiar en el semblante de la anciana la marcha de la enfermedad, denunciada por el estertoroso quejido que de sus labios salía.

Aunque Iglesias sabía, por indicación facultativa, que el desenlace de la dolencia de su madre sería funesto, no podía resignarse [952] fácilmente a tan cruel separación. Porque aquella mujer le había querido entrañablemente, le había hecho objeto de una veneración especial –correspondida por Iglesias de igual manera– y durante treinta y seis años fue el único consuelo, el único amor el único amparo de aquel hombre tan noble y tan calumniado.

Júzguese cuál no sería el dolor de Iglesias al observar, a altas horas de la madrugada, que la vida de su madre se escapaba por momentos. Entonces, pálido, convulso, salió de la estancia donde agonizaba la anciana, y rogó a los amigos salieran a buscar un médico, por si era tiempo todavía de disputar su presa a la muerte.

Todos salieron a buscar un médico cosa no muy fácil a aquella hora y con aquella temperatura glacial, dejando a Iglesias solo con la moribunda. Cuando, al cabo de un buen rato, volvió uno de los amigos acompañado de un facultativo, Iglesias, dominando la fuerte emoción que sentía y enjugándose las lágrimas, dijo al recién llegado: “¡Caballero, sus servicios de usted ya no son necesarios!”.

Iglesias se había quedado sin madre. Al día siguiente, a las tres de la tarde, bajaba por la calle de Santa Isabel un modesto coche fúnebre, tras el que iba Iglesias con un puñado de amigos. La mayor parte de ellos se despidieron en el puente del Espíritu Santo y sólo unos pocos fueron, despreciando los rigores de la estación que coa verdadera crueldad se dejaban sentir, hasta el cementerio civil, donde halló reposo eterno la que fue digna madre de un hijo no menos digno de haberla tenido por progenitora”.- Antonio Atienza.

[953] *El primer tipógrafo diputado*

Con este título, a toda plana, el 21 de junio de 1910 publicó el *El Obrero gráfico*, decenal madrileño, la información del acto verificado por los gráficos para celebrar la entrada en el Parlamento español del primer diputado socialista, Pablo Iglesias, que aprendió el oficio de cajista de imprenta en el Hospicio madrileño. Del artículo en que el mencionado periódico daba cuenta del acto celebrado en honor de Iglesias, en la noche del 15 de junio de 1910, reproducimos lo siguiente: “Y suponemos que hubiera sido grande su satisfacción, porque Iglesias –aunque nos

duela decirlo— ha sido combatido en los principios de su vida por muchos tipógrafos que, faltos de elevación moral suficiente para comprender el valor de la obra de Iglesias, atribuíanle propósitos bastardos que jamás albergó. Pero aquellos tiempos pasaron ya; hoy nadie niega a Iglesias los títulos de agradecimiento de que le es deudora la clase obrera en general, y entre los tipógrafos no hay quien no le respete y admire por sus excepcionales cualidades, aquilatadas en una larga vida de trabajo duro, erizada de obstáculos y de sinsabores, cuando no de dolorosos desengaños”. García Quejido, de la Comisión organizadora, habló al final de la cena para dar cuenta de que al requerir la presencia de Iglesias, se había convenido en que sólo hablaría el homenajeador. Por enfermedad no acudió al acto, y en cambio remitió una carta, que leyó García Quejido, cuyo contenido va seguidamente:

“Queridos compañeros: Cuando me enteré de que ibais a celebrar mi entrada en el Parlamento con un banquete, decidí no acudir a él por creer que no le limitaríais a una simple comida fraternal, sino que habría brindis y, por consiguiente, alabanzas para mi persona. Hace unos días me escribió el amigo Quejido asegurándome que no habría brindis y requiriéndome para que asistiera al banquete. Ante las manifestaciones de dicho amigo pensé asistir. Pero mi salud, bastante quebrantada desde que alcanzamos la victoria, me lo impide. Estoy aún muy débil y tengo que evitar todo lo que pueda las bajas temperaturas. No tendré, pues, [954] la satisfacción de estrechar vuestras manos y de pasar una hora o dos en vuestra compañía. Mas sí esto me es imposible, no lo es que mi pensamiento esté con vosotros ni que os agradezca profundamente el homenaje que me tributáis. Os envía un cariñosísimo y fraternal saludo y un estrecho abrazo quien no olvida a los que ejercen la profesión que él ejerció, quien desea verlos siempre a la cabeza del proletariado que lucha por su mejoramiento y quien cifra hoy toda su ambición en ser digno representante vuestro y de cuantos sufren los rigores del régimen capitalista, Pablo Iglesias”.

Acallados los aplausos con que fue acogida la lectura de la carta de Iglesias, García Quejido anunció iba a leer la adhesión remitida desde Barcelona por uno de los fundadores del Arte de Imprimir, de Madrid, Toribio Reoyo, “a quien los años —dijo— han respetado y hecho respetable, blanqueando su cabeza”: “Barcelona, 14 de junio de 1910- A la Comisión organizadora del banquete de los obreros de las distintas ramas de la tipografía, Madrid. Queridos compañeros: Me considero de la familia y me asocio al acto que celebráis destinando las cuatro pesetas del cubierto a *El Socialista* diario. Participo de vuestra alegría y hago votos por que la salud favorezca al amigo Iglesias en la campaña parlamentaria que viene a aumentar el ya excesivo trabajo que realiza, parte del cual se le habría de aligerar en lo posible. Siempre vuestro, hermanos del alma. Salud a todos.- Toribio Reoyo”. Nueva salva de aplausos recibió la carta del veterano Reoyo, y seguidamente García Quejido leyó uní comunicación de los gráficos gijoneses, que fue acogida con grandes aplausos.

Finalmente —dijo Quejido— voy a leeros el siguiente telefonema que nos han enviado los compañeros bilbaínos: “Bilbao 15.- Toribio Pascual, Casa del Pueblo.- La Sociedad Tipográfica Bilbaína se adhiere de todo corazón al homenaje que tributáis al gran maestro e infatigable propagandista Pablo Iglesias.- Cabo”. Después de las muestras de entusiasmo con que fue acogida la lectura del telefonema. Quejido se expresó así:

[955] “Iglesias debió ser diputado por Bilbao, pues todos conocéis cómo han trabajado

siempre en las elecciones aquellos compañeros, los esfuerzos que la organización de Vizcaya ha hecho repetidamente para llevar al Parlamento al amigo Iglesias y, a pesar de ello, no lograron ver realizadas sus aspiraciones, y hoy, si es diputado nuestro compañero, lo es por Madrid y debido a la Conjunción Republicano-Socialista, esa Conjunción que anhelamos implante la República, a fin de que los trabajadores podamos ejercitar más libremente los derechos que han de ser base de nuestra emancipación. Y así como ha manifestado que Iglesias debió ser diputado por Bilbao, así he de decir, en honor a la verdad, que los republicanos madrileños han procedido correctamente, dignamente, en los compromisos políticos a que la Conjunción les obligaba, votando con gran unanimidad a Pablo Iglesias. Los socialistas, por nuestra parte, hemos llevado nuestra seriedad característica, nuestra organización, y esa disciplina de hierro que hace que los hombres se muevan por los estímulos de la honradez. Nuestro Partido no ha conseguido que la Conjunción le nombrase candidato socialista por Bilbao en las últimas elecciones, e Iglesias ha sido elegido por Madrid; pero dondequiera que nuestro amigo sea diputado, representará siempre a la clase trabajadora española y defenderá igualmente los intereses y los derechos de todos los trabajadores. Y ahora, dos palabras para terminar. El compañero Matías Gómez Latorre solicita hacer uso de la palabra, y se le concede, pues añade que ha de ser breve. Aquí no hay fetiches, aquí no hay ídolos —dijo Gómez Latorre—; aquí todos somos igualmente compañeros y la democracia debe presidir este acto. Está muy bien que se hubiere acordado que no hubiese brindis al venir Iglesias, porque habrían de herir la modestia y susceptibilidad del querido amigo; pero al no venir éste las cosas varían y bien puede decirse algo; y nadie mejor que Quejido, con su gracejo peculiar para relatar algunos de los rasgos característicos de la vida de Iglesias”. [956] La proposición de Matías Gómez Latorre, recibida con muestras de entusiasmo, obligó a García Quejido a modificar su plan, hablando seguidamente:

“Con toda sinceridad os digo que es éste uno de los pocos actos de mi vida en que hablo con verdadera emoción. Siento que el compañero Matías Gómez haya hecho alusión a mi gracejo, porque había querido hoy revestirme hoy de la seriedad que el caso merece. Pero puesto en él trance, voy a decir algo sobre la vida de Iglesias. Le conocí el año 1873. Entonces había en España República. Iba a visitar en la imprenta de don Diego Valero, donde yo aprendía el oficio, a sus amigos Calderón, Alonso y Ros, los dos primeros fallecidos y el último vive y aquí está presente con nosotros —el compañero Ros interrumpe agradeciendo el recuerdo—, con muchos años, pero tan convencido como en aquella época. Tenía Iglesias entonces unos veinte años, y ya era, por su trato y por su conducta, el prototipo de la formalidad, de la seriedad, y de todos los acabados en *ad*, como moralidad. Recuerdo perfectamente su figura esbelta, su barba rubia y su indumentaria modesta, con su limpia blusa azul. En aquella época vivía su madre, a quien no abandonó jamás, en una humilde y antihigiénica casa de la calle de la Comadre, casa que aún subsiste y debiera ser derribada por sus malas condiciones de salubridad. Aquella mujer, de aspecto venerable que velaba por Iglesias como sólo saben velar las madres, había quedado viuda y con dos hijos cuando ella era muy joven y sus hijos muy pequeños. En El Ferrol, donde vivían, habían quedado en el mayor desamparo al fallecer el padre de Iglesias, y su madre se vino a Madrid con los pequeñuelos en la esperanza de que encontraría el apoyo de unos parientes que residían aquí; pero la desgracia les perseguía, y al llegar a la Corte supieron que la familia que buscaban también había fallecido, y entonces la madre de Iglesias se vio en el doloroso trance de tener que separarse de sus hijos ingresándolos en el Hospicio.

[957] De esto no se avergüenza Iglesias, sino que, por el contrario, todos recordaréis que cuando era concejal, en una sesión, pidiendo que el Ayuntamiento de Madrid hiciera mejoras en beneficio de las clases humildes, hizo constatar que había sido hospiciano, y que conocía perfectamente todas las necesidades de los trabajadores. ¡Como que las había vivido!

Allí, en el Hospicio, fue donde aprendió el oficio de tipógrafo, y todos sabéis que sus condiciones en la profesión son extraordinarias. Ha desempeñado todos los cargos y siempre se distinguió por su buen compañerismo, siendo en toda ocasión el primero para la defensa de sus derechos y los de los que como él estaban. Porque cumplía con sus deberes, estaba a punto a reclamar sus derechos y en alguna ocasión se ha dado el caso de que sujetos egoístas no gustaban mucho el tener a Iglesias como compañero en el taller por el temor de que una reclamación justa les obligara a declararse en huelga. Su proceder rectilíneo de toda la vida ha sido la conquista laboriosa y perseverante del preeminente puesto que hoy ocupa.

Su intransigencia en el cumplimiento de su deber y los mandatos de su conciencia le colocaron en situación difícil para encontrar trabajo, pues los patronos rehuían el darle ocupación en sus talleres por temor a las huelgas. Por esto Iglesias se vio precisado, empujado, a ser propagandista por toda España, a ser escritor, a ser el organizador de la clase obrera española, siendo trabajador incansable de jornadas abrumadoras, tanto por la calidad como por la cuantía de su labor. Y a pesar de todo esto, los mercenarios de la clase burguesa le llamaron vividor, cuando en realidad ha sido siempre, y aún lo es, un explotado por nosotros mismos, que jamás le hemos limitado la jornada a cambio de un mezquino salario.

Ha nacido para sufrir y padecer dedicando su vida entera a lo que ha creído que son sus derechos y los de los suyos y ha sido y es un [958] propagandista y un luchador de condiciones excepcionales. El mérito que resalta en Iglesias es que le ha acompañado una constante perseverancia en la lucha. Todos los que con él hemos compartido las tareas hemos tenido debilidades que nos han hecho abandonar temporal o definitivamente nuestro puesto de pelea. Él solo ha sido el que ha permanecido siempre en su lugar, sin ningún desfallecimiento, sin ningún vicio, sin ninguna idea pequeña; ha cumplido su misión con una perseverancia de cuarenta años, toda una vida consagrada a la misma lucha, y debe servir como ejemplo vivo para todos, como digno estímulo a jóvenes y viejos. Vosotros, los viejos, los que comenzasteis con él el camino y os habéis abandonado, vencidos en la lucha; los que contempláis ahora su victoria y veis que ha llegado a constituir una de las figuras de primera línea en la política española, respetadle, consagra un altar en vuestro corazón al hombre lleno de virtudes que ha sido siempre el mismo por lo perseverante y lo valiente. Vosotros, los jóvenes, sois los que especial y principalmente debéis fijaros en su figura; vosotros, los que estáis en la plenitud de los bríos para la lucha por el ideal, por ese hermoso ideal que será eterno, ya que desgraciadamente no lo es la vida de Iglesias, debéis imitarle consagrándole en todo momento un recuerdo, trabajando siempre en pro de la idea, de esa idea excelsa, a fin de que un día se vea triunfadora en definitiva, proclamando nuestra redentora emancipación. ¡Viva la emancipación de los trabajadores!

En Barcelona, organizado por Toribio Reoyo y un grupo de tipógrafos y socialistas de otras profesiones, el día 12 de junio del citado año, hubo también un modesto banquete, al que se adhirieron, al final, tomando café y copa, cuantos por diversas razones no pudieron tomar parte en el ágape gráfico. Hubo gran concurrencia, y Toribio Reoyo pronunció un discurso exponiendo

las dificultades encontradas por Iglesias en sus primeros años de luchador, y haciendo resaltar sus [959] méritos. Desde Ciudad Rodrigo, donde residía y donde falleció Casimiro Muñoz envió la siguiente adhesión: "Amigo Iglesias: También, como Toribio Reoyo, me asocio con toda mi alma a la manifestación de cariño de que fuiste objeto por parte de la Asociación del Arte de Imprimir, cuyo reglamento conservo todavía como fundador que fui. En la actualidad no soy tipógrafo; pero guardo incólume todo mi cariño para el arte que llenó toda mi juventud y formó mi espíritu para luchar mientras viva por la emancipación de los desheredados. Con un abrazo te envía su adhesión, Casimiro Muñoz".- Ciudad Rodrigo, 17 de junio de 1910.

"¡Vaya una gaita!"

"Conozco a Iglesias desde hace treinta y siete años: desde 1873. Claro es que, como todos sus amigos, siempre he lamentado su falta de salud; pero no he participado de la opinión de muchos de que tal cual contratiempo físico de su vida normal fuera peligroso. Y me voy saliendo con la mía; creo que es lo único en que he acertado en mi vida.

Desde luego, esa creencia no tiene nada de particular y se funda en un hecho que no habrá pasado inadvertido para los que conocen a Iglesias íntimamente. Por lógica compensación, la naturaleza há puesto en su temperamento, al lado del quebranto físico producido con frecuencia por exceso de trabajo mental, la voluntad más firme para contrarrestar el desequilibrio: no fuma, no bebe, no toma café, no desarregla sus costumbres sino en casos muy excepcionales, como cuando viaja, por ejemplo. Además, y esto lo sabemos todos, saca fuerzas de flaqueza cuando se le ofrece ocasión de batallar. Llévadle a un mitín, hacedle asistir a una reunión, y si tiene que hablar, controvertir, exponer su pensamiento, ¡ah! entonces se transforma el que hacía un momento se presentaba a los ojos de todos como un alicaído, extenuado, enfermo.

[960] Ahora lo veréis. Dentro de pocos días intervendrá en las tareas parlamentarias e intervendrá, como en todo, poniendo todas las energías de su ser. Si os fuera posible comprobar mi aserto, veríais que por la mañana estaba muy malo; al mediodía, mediano; al comienzo de la tarde, regular; por la noche, empastelado; pero los días que vaya al Congreso, que no irá todos, entre las dos palabras sacramentales, 'Se abre la sesión' y 'Se levanta la sesión', estará bueno. Parece una paradoja: su descanso es pelear. No podemos ni debemos intentar la prueba; mas supongamos hacedero la siguiente: coloquémosle, como un honrado burgués retirado de los negocios, en una casita de campo, comiéndose tranquilamente sus rentas. ¡Horror! Se amustiaría, se aburriría, se descentraría; hasta hincaría el pico.

No; no os alarméis, queridos amigos, cuando oigáis decir que Iglesias está muy malo. Esto será cierto, ciertísimo, indudable; pero al propio tiempo estará muy bueno si siente sonar el clarín de guerra llamándole al combate de ideas. Vive y ha vivido siempre con esas alternativas molestas, y por eso vivirá mucho, para satisfacción de sus amigos y compañeros".- A. García Quejido.

"La discusión del Mensaje de la Corona me hizo pasar por trances difíciles, sobre todo cuando intervino en ella Pablo Iglesias. Sus apóstrofes violentos, sus amenazas, produjeron una gran tempestad. Seguro estoy de que Iglesias no era capaz de matar una mosca ni de desear el mal de nadie; mas era tal la fuerza de su oratoria, reveladora de profundo convencimiento, que, aun sin verbo brillante, siempre producía honda emoción. Rompí, para llamarle al orden, varias

campanillas, instándole a retirar o a explicar sus frases, negándose a ello tenazmente, terminando el incidente como terminaban siempre los de esta clase: lo dicho quedaba dicho y las explicaciones para nada servían”.- Romanones, de *Notas de una vida*.

[961] “En la Cámara popular, como en la impopular —que dicen Senado—, no abundan los hombres de talento ni los hombres completamente serios. Pablo Iglesias posee con amplitud esas dos cualidades, a las que, so pena de caer en terrible pesimismo cósmico, hemos de vaticinar, dondequiera se presenten, éxito seguro”.- José Ortega y Gasset, 25 de julio de 1910, que estuvo en el Congreso de los Diputados oyendo el discurso que pronunció Iglesias contra Maura.

Pablo Iglesias es un santo

“Los escritores conservadores persistiendo en su labor de prolongar indefinidamente la barbarie española, no suelen hablar de Pablo Iglesias, y cuando hablan, dijérase que hablan gentes tibetanas o somalíes. Es una de tantas cosas tristes como ofrece la realidad española: todavía suena a no pocos oídos la palabra Socialismo de una manera estridente, como si se tratara de una concepción política corruptora de los cimientos sociales, doctrina anormal hilada en mentes anormales a la vera de los presidios y de las tascas. Todavía es raro que el pronunciar el nombre de Pablo Iglesias sientan los que nos escuchan elevarse de sus corazones, como un humo de incienso, el respeto. Esto es infinitamente triste. Por lo mismo, es un deber del escritor romper con alguna energía la costra brutal de la inconsciencia ambiente y despertar en las almas los sentidos comunes que holgazanean.

Dejemos a un lado el republicanismo de Pablo Iglesias: la cuestión de la forma de gobierno no es lo sustancial de su significado político. Los cuarenta mil votos que han elevado a Pablo Iglesias hasta la representación nacional significan cuarenta mil actos de virtud. Merced a ellos, las urnas urbanas se han purificado: dentro de sus paredes de vidrio han solido albergar los crímenes más graves que puede cometer el hombre moderno, hasta el punto de desacreditar esta espiritual materia arenosa que un tiempo fue usada como emblema de la pureza.

[962] Hoy vuelve a su honor el vidrio: los votos de Pablo Iglesias han henchido las urnas de virtudes teologales.

No extrañe que al escribir de este hombre, oriundo del gremio de cajistas, solicite en tropel la pluma palabras del vocabulario religioso y místicas comparaciones. Pablo Iglesias es un santo. ¿Cómo pretender cerrar la comunión de los bienaventurados a este tipógrafo? Pablo Iglesias se ha ejercitado hasta alcanzar la nueva santidad, la santidad enérgica, activa, constructora, política, a que ha cedido el paso la antigua santidad quietista, contemplativa, metafísica y de interna edificación. Sin santos, no hay virtudes. Como los físicos construyen en su laboratorio las leyes del mundo de las cosas, los santos hallan experimentalmente en sus vidas las virtudes, leyes del mundo moral. A cada virtud, su santo. Si hoy consideramos, como aspiración profunda de la democracia, hacer laica la virtud, tenemos que orientarnos buscando con la mirada, en las multitudes, los rostros egregios de los santos laicos. Pablo Iglesias es uno, don Francisco Giner es otro: ambos los europeos máximos de España. Y es menester acentuar que Pablo Iglesias tiene derecho a que su vida sea contada —como un ejemplo que solicita la imitación—, cualquiera que fuere la aquiescencia que a sus opiniones se preste. Todo hombre honrado ha de sentir que le

acrece la fe en los poderes de bondad concedidos a la especie humana cuando vea florecer la virtud en el campo enemigo, y ningún verdadero católico cometerá el sacrilegio de poner coto a la divina munificencia cuando la mano de Dios se alarga un poco y deja caer algunos puñados de virtudes en las entrañas de los hombres malos. Los que aborrecen las divisiones infranqueables entre los espíritus, los pacíficos, a quienes fue prometido el reino, trabajarán siempre por elevar ejemplos de virtud en cuya estimación puedan reunirse todos los hombres santos que a todos nos sean comunes y pongan un acento de paz en la lucha ardiente de la historia. La comunión de [963] los santos es, en primer lugar, la comunidad de los hombres en los santos.

Cuarenta mil españoles mayores de edad han mostrado que aún creen que hay en España un justo; por tanto, que aún tiene salvación. He ahí la primera de las virtudes teologales: la Fe. Si se fuera a preguntar por qué creen en Pablo Iglesias los que le han votado por que les parece un justo, un hombre ejemplar, probablemente coincidirían todos. La sugestión que emana de ese español inerudito, de ese obrero sin literatura y sin jurisprudencia, que acaso haya leído un solo libro, proviene de que nos parece un hombre traspasado íntegramente por una idea. Pablo Iglesias es todo el socialismo. No hallamos en su vida un punto oscuro: ¿por qué? Sus actos han seguido siempre con heroica docilidad sus convicciones: como los teoremas de un axioma, se derivan sus actos de la idea socialista. Ciertamente los hombres son también importantes: lo son altamente cuando el hombre es ejemplar. Pero, ¿de qué puede ser ejemplo un hombre si no es de una forma general de humanidad, es decir, de una idea? Pablo Iglesias es una magnífica incitación al respeto, porque es la transustanciación de la idea socialista. De aquí que la fe en el hombre tipógrafo no sea, en el fondo, sino la fe que aún tienen cuarenta mil vecinos de Madrid en el poder de las ideas para conducir las acciones de los hombres.

Las ideas van muriendo en los recodos de la historia como mueren las especies zoológicas. Encienden revoluciones, informan los Códigos, guían los corazones perplejos durante algún tiempo; luego pierden su energía plasmante, que embota su capacidad de hostigar, desaparecen como fuerzas sociales. Durante la Edad Media la idea socializadora por excelencia, la matriz del orden social, fue la religión. La Teología, *Regina scientiarum*, era el centro del alma colectiva medieval; la idea de Dios fue la gran socializadora, la gran constructora de comunidad, de sociedad; los hombres se aunaban, comulgaban, se socializaban [964] en el dogma. Eran hijos de Dios, y subordinados del rey, su representante en la tierra. Los derechos y obligaciones que constituyeron la máquina social se basaban, en última instancia, sobre la enorme Columna mística del Dios. El siglo XVIII fue un terrible gusano que andaba royendo esa columna, y cuando Saint-Simon vino al mundo halló que las gentes habían perdido la sensibilidad teológica. Falta de aquel principio de unidad, de aquel poder organizador, de aquel *Pouvoir spirituel*, como él decía, la sociedad comenzaba a descomunizarse, disgregarse. Era, pues, menester suscitar el triunfo de un nuevo poder espiritual capaz de organizar las nuevas posibilidades sociales fecundo en nuevas instituciones. Caminando en busca de ese poder espiritual, Saint-Simon, grande de España, fundó el socialismo. Y hoy el socialismo se ha apoderado de nosotros, domina nuestros razonamientos, orienta nuestros instintos municipales y nacionales, constituye el fondo de todas nuestras combinaciones ideológicas. Hoy ya quien no sea socialista se halla moralmente obligado a explicar por qué no lo es, o por qué no lo es sino en parte. El socialismo es una ciencia, no una utopía ni una grosería; merced a él, los problemas políticos actuales son susceptibles de solución. El

equilibrio público se halla roto; las viejas instituciones asisten, puestas en crisis durísimas, a su propia suplantación.

Entretanto, el socialismo muestra la posibilidad científica de nuevas instituciones, de una organización estable de los nuevos instintos humanos: es la única esperanza abierta en la política. Por consiguiente, la segunda de las virtudes teologales. A mí se me ha hablado de cierto socialismo hasta en los despachos de las autoridades eclesiásticas: dígolo en su honor. Las bases del socialismo no se discuten ya verdaderamente: se disputa sólo del más o del menos, reconociendo en él la idea organizadora de la justicia. ¿Y justicia qué es sino la exactitud aplicada a lo caritativo, la matemática de la caridad, tercera [965] de las virtudes teologales, que ha llenado el domingo último las urnas del Municipio madrileño?”- José Ortega y Gasset, 13 de mayo de 1910.

Pablo Iglesias en Bilbao

El 4 de diciembre de 1910 hubo en Bilbao un mitin organizado por la Conjunción Republicano-Socialista, hablando Horacio Echevarrieta, Francisco Pí y Margall, Rodrigo Soriano, Pablo Iglesias y Gumersindo de Azcárate, presidente del Comité nacional de la Conjunción. Los párrafos que siguen corresponden al discurso de Iglesias, acogido co frenéticas ovaciones:

“El objeto principal de este mitin, a juicio mío, es el de afirmar la Conjunción Republicano-Socialista, para que cumpla el fin que se propuso al ser creada. Tengo la inmensa satisfacción de ver que es la capital de Vizcaya una de las poblaciones de España donde la Conjunción de estos elementos es más positiva, más verdadera, más real. Como esto es lo importante para nosotros, pues sin que esa Conjunción sea verdad no hay manera de echar abajo la monarquía, de ahí que entienda yo que es en este país donde ese punto debe afirmarse de una manera solemne. Todos sabéis que dio origen a esta Conjunción la desatentada política del señor Maura en el verano del año pasado. Eso fue lo que nos obligó a republicanos y socialistas a darnos la mano, con el propósito de impedir la vuelta de aquel hombre al Poder, con el propósito de impedir que él y otros que a él se asemejan puedan gobernar, echando abajo el trono.

De entonces acá ha venido al Gobierno un elemento monárquico llamado radical. La política de este elemento, ¿varía las circunstancias para la obra de la Conjunción? No. No las varía. La Ley de Jurisdicciones subsiste, no obstante haber un Gobierno que se dice demócrata, pero no puede ser demócrata mientras exista esa ley. [966] No ha venido aún la amnistía para los que sufren las consecuencias de la política de Maura cuando la guerra del Rif. Las libertades no se practican con más tolerancia que se practicaban en tiempo de los conservadores. Cuando se realiza una huelga ya sabéis cómo se conduce ese Gobierno que se llama demócrata. Anotemos también cómo a pesar de hablar desde el Gobierno de independencia, todavía desde el banco azul se mira al sitio que ocupa aquel hombre, como temiendo desagradarle, llegando a decirse, cuando se ha tratado de la amnistía por segunda vez en el Parlamento, que había necesidad de obtener la aquiescencia de todos los lados de la Cámara, es decir, que le fuese grata también al señor Maura, porque si no, no habría amnistía. Por lo tanto, las condiciones políticas del país no han variado para que esta Conjunción cese en su labor, y no solamente no han variado sino que, comprendiendo que donde está el principal mal de la situación es en la institución política, en el

régimen monárquico, lo que corresponde hacer a los elementos conjuncionados es apretar el paso para realizar pronto la finalidad que se proponen. No podemos estar mucho tiempo hablando de que va a venir la República y que no venga.

Se ha dicho muchas veces, y es verdad, que España era republicana. Si lo es, si hay elementos en el partido republicano en esa cantidad; si la política monárquica está desacreditada, si por culpa de esa política han caído sobre nuestro país las desdichas que todos conocemos, no puede explicarse, si no fuera por falta de voluntad, de decisión, por desacuerdo entre esos elementos, que la Conjunción no realice su obra de implantar la República.

[967] ¿Cómo, siendo los más, teniendo una fuerza poderosa, estando desacreditada la causa contraria, va a tardar años en venir la República? Eso no puede ser. O la República se trae en un plazo relativamente corto –yo no señalo fecha, porque eso es imposible–, o no cumple la Conjunción su finalidad. Yo tengo que deciros que si para vuestras cuestiones del día hacéis perfectamente bien en aplicar toda la fuerza que tenéis, no descuidéis la otra labor sino que os preparéis lo mejor posible para derribar el régimen opuesto a la República.

Siendo este país esencialmente obrero, toca a los obreros organizarse bien, no sólo para hoy, sino también para mañana. Nosotros, al ingresar en la Conjunción, no hemos sacrificado nada de nuestros ideales. Nosotros nos proponemos el mejoramiento de nuestra clase contando principalmente con nuestro esfuerzo. Nosotros nos proponemos después avanzar todo lo posible, todo lo que permita la organización para acercarnos a nuestro ideal supremo, que es la abolición de la explotación humana, la desaparición de las clases sociales. No sacrificamos esto, y como no lo sacrificamos, tenemos que seguir nuestra labor; pero como cuestión de circunstancias esta organización obrera, aunque le sorprenda a Canalejas, además de cuidarse de su mejoramiento, hoy, la fuerza que desarrolle, la que consolide, tiene que estar a disposición de este movimiento revolucionario para implantar la República. Sabemos, porque no tratamos de engañarnos, porque no tratamos de hacer ver una cosa por otra, que con la República que puede venir a España, como las que existen en otros países, la explotación capitalista continuará; pero lo que buscamos con el triunfo de esta forma de gobierno conservadora o progresiva, es un campo más extenso, más amplio, una esfera de acción mejor que la que hoy tenemos, porque ello nos servirá para [968] trabajar con mejor resultado para nuestros ideales.

Y como esto es muy importante para el desarrollo del movimiento obrero; como es trascendental para el triunfo inmediato de nuestras ideas totales, de ahí que las organizaciones obreras, sin dejar de preocuparse por disminuir la jornada y aumentar el salario, piensen también en que cuando llegue el momento supremo deban estar al lado de la Conjunción para sustituir el régimen actual por el régimen republicano. Aquí habéis venido hoy en número considerable a ser el núcleo más importante de este mitin. Los discursos que se pronuncien, el elocuentísimo que pronunciará el señor Azcárate –y perdónenme los demás– serán inferiores a este discurso que representáis vosotros aquí con vuestra presencia y entusiasmo. Pues bien, así como habéis venido hoy a participar de todo lo que aquí se expone, a confundiros con los sentimientos que aquí se expresen, es preciso penséis a diario en que se ha de verificar pronto esta transformación política, y que os apercebáis para esa lucha decisiva, recomendando a vuestros amigos que mañana hagan lo mismo que vosotros. Hemos de ponernos en contacto, codo con codo, todos unidos, todos los elementos progresivos del país, para dar fin a la obra de la Conjunción, estableciendo la

República. Haced esfuerzos de gigante para después del triunfo de la Conjunción, concluir con el régimen de explotación del hombre por el hombre.



Canalejas, al servicio de Alfonso XIII

Cayó Maura del Poder definitivamente; subió Moret, muy a pesar de los mauristas, para calmar a las izquierdas, pero el rey le despidió para dar paso a Canalejas con un programa que pretendía ser democrático cuando no era sino continuación de los anteriores tan gratos a la camarilla borbónica. Lerroux, al descubierto por su política inmoral en el Ayuntamiento de Barcelona y, sobre todo, triunfo de Pablo Iglesias como diputado socialista por Madrid, con discursos sensacionales en el Parlamento y en algunas capitales de provincias. Pero vayamos por partes: el 1º de enero de 1910 se reunió el nuevo Ayuntamiento de Madrid, para dar posesión a los elegidos a fines de ese año, entre ellos Antonio García Quejido y Vicente Barrio, que sustituían a Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero. La gestión de los primeros concejales socialistas madrileños fue calificada por Azcárate de pareja de la Guardia Civil, por los chanchullos que impidieron. Iglesias pronunció un discurso de despedida, al que corresponde lo siguiente: “Hemos cumplido lo que prometimos; ello nos ha valido la antipatía de ciertas gentes y la enemistad de otras. En cambio, tenemos la satisfacción de haber hecho lo que debíamos. Enemigo de convencionalismos, no diré cosas que no siento. Saludo cortésmente a todos: alcalde y concejales; para algunos tenemos cierto afecto; para varios amistad. Cuanto a los empleados de la Casa, nos despedimos también de ellos, como han hecho todos, para que no se crea que nuestra actitud es despectiva; pero diré que muchos de ellos nos recibieron muy mal y [970] alguno nos maltrató de palabra. A su conducta hemos respondido con gran nobleza, procediendo siempre con todos con un gran espíritu de justicia. Sírvales esto de lección para que no hagan con otros lo que con nosotros hicieron”.

León Furnemont, senador socialista belga, en enero de 1910 da conferencias en la Casa del Pueblo, presididas por Iglesias, y en el Ateneo de Madrid, con recuerdo emocionado dedicado a Francisco Ferrer. Furnemont pertenecía a la masonería; Iglesias, no. Fue despedido en la estación del Norte por el Orfeón Socialista, dirigido por Mora. En Barcelona hubo reunión de anarquistas, acordando lo que sigue: “Para la lucha con el capital sólo se debe entender por trabajadores a los que son asalariados y se dedican a un trabajo manual, teniendo entendido que dejan de concurrir estas condiciones cuando, aunque sea temporalmente, dejan de ser asalariados y trabajadores manuales”. Queriendo combatir a Pablo Iglesias, adoptaban acuerdos que dejaban fuera de sus propias filas a Bakunin, que nunca fue asalariado, y tantos otros anarquistas notorios. Eugenio Noel escribe en *España Nueva* sobre la guerra de Marruecos, adonde fue voluntario y cayó prisionero, precisamente cuando yo también estaba encerrado por culpa de la misma Ley de Jurisdicciones. Julio Burel inicia la publicación de *El Gráfico*, en Madrid, que no dura. Hizo campaña demagógica, que le valió ser ministro. *El Imparcial* se instala en la calle del Duque de Alba. [971] Su director es Luis López Ballesteros. Plana mayor de ese diario: Mariano de Cavia, Félix Lorenzo, Eduardo Muñoz, José de la Serna, López Barbadillo. Ramón Pérez de Ayala publica *A.M.G.D. (La vida en un colegio de Jesuitas)*, nada grata a las derechas españolas. Eulalia de Borbón escribe *Au fil de la vie*, y le cuesta ser alejada de Palacio por Alfonso XIII. Alberto Jiménez Fraud dirige en Madrid la Residencia de Estudiantes, de grata memoria. Fernando de los Ríos

gana la cátedra de Derecho político en Granada. La obra teatral *Doña María la Brava*, de Eduardo Marquina, fue estrenada por María Guerrero. En Portugal cae la monarquía, proclamándose la República, con gran consternación en el Palacio Real de Madrid. Breve gobierno de Moret a principios de 1910. Por real orden de fecha 3 de febrero, gestionada por amigos de Ferrer, Moret autoriza a la Escuela Moderna, de Barcelona, a sostener escuelas en las que no sea obligatoria la enseñanza de religión. El Tribunal Supremo de Guerra y Marina ordenó la devolución de los bienes de Ferrer, prueba evidente de que no le consideró autor de la rebelión de 1909. El 9 de febrero, utilizando una intriga romanonista de la que fue instrumento Santiago Alba, el rey despide a Moret y llama a Canalejas, de acuerdo con Maura, que ha declarado su hostilidad al jefe liberal. Dolido, escribe una carta abierta a su amigo [972] Alberto Aguilera, en la que dice: “Voy a cumplir los setenta años y no tengo ni familia, ni partido, ni fortuna. En los días en que se solicita a los desleales y se busca a los intrigantes es natural se despida a los leales y hasta se olvide al hacerlo con aquellas decencias que reclaman los grandes servicios prestados y los constantes sacrificios que han honrado una carrera política”.

El 8 de mayo de 1910 hubo elecciones generales, con la misma presión gubernamental de siempre. Canalejas se entendió con Maura, asegurándole una lúcida representación, aunque reservándose tener mayoría propia, llevándose algún susto al confiar en Romanones, que aunque le garantizó la victoria en Madrid, fracasó rotundamente, triunfando la candidatura de la Conjunción con gran ventaja sobre la monárquica. He aquí los triunfantes; Benito Pérez Galdós, 42.407 votos; José María Esquerdo, 41.930; Rafael Salillas, 41.722; Rodrigo Soriano, 41.442; Francisco Pi y Suñer, 41.319, y Pablo Iglesias, 40.599. El último lugar se convertiría en el primero desde las elecciones posteriores hasta su muerte. En Barcelona fueron elegidos Lerroux, Emiliano Iglesias, Toribio Sánchez, Giner de los Ríos, Sol y Ortega y Luis de Zulueta. Por las minorías triunfaron Pedro Corominas y Jaime Carner, dos figuras serias del republicanismo catalán, en absoluto separadas del lerrouxismo. Para presidir la Cámara, Canalejas escogió a quien le había [973] abierto las puertas del Palacio Real, a Romanones, que abandonó la cartera de Instrucción Pública para ocupar ese alto sitio, anticipo de los que buscaba. Azcárate, Carner y Pablo Iglesias, al tratarse del problema de las aguas en Barcelona y de la gestión de aquel Ayuntamiento condenaron la gestión de la mayoría lerrouxista, descalificada moralmente por lo más sano de la opinión catalana. Lerroux, que no había pertenecido a la Conjunción, y nunca había hablado con Iglesias ni con ningún otro republicano conjuncionista, hizo pública su separación de dicha minoría, que en Madrid, sin fuerza propia, le había valido para tener un diputado suyo en la candidatura conjuncionista. Luis Bello publicó *Europa*, revista que duró poco, donde un grupo de intelectuales –Cossío, Ortega Araquistain, Unamuno, Gómez de Baquero, Zulueta, entre otros– invitaron a los electores madrileños a que no tacharan el nombre de Pablo Iglesias en la candidatura de Conjunción. Ortega y Gasset organizó un banquete en honor de Ramiro de Maeztu, por entonces escritor casi socialista.

En abril de 1910 formalizó su afiliación a la Agrupación Socialista de Valladolid Oscar Pérez Solís. Su ingreso produjo impresión de simpatía. En efecto, era extraordinario que un capitán del ejército español renunciara a su carrera para formar entre los trabajadores de ideas socialistas. Entró con el seudónimo de Juan Salvador. Con el tiempo se llegó a saber que estuvo a punto de ser expulsado del Ejército, y que como fórmula que aceptaron sus compañeros, pidió el

retiro. ¿Es que estaba perseguido por sus ideas políticas? No. Cuando surgieron los incidentes entre Pérez Solís y el resto de sus compañeros de arma no existía problema político de ninguna clase. Oscar Pérez Solís entró en el Socialismo engañando a todos. Y consiguió una popularidad tal que, por suscripción, iniciada por Pablo Iglesias, se reunió la cantidad necesaria para que pudiera pagar los derechos con el fin de legalizar su carrera civil como abogado o como ingeniero, decidiéndose el interesado por la primera... en teoría, porque nunca adquirió el título, ni actuó como abogado en ninguna parte, quedándose con las pesetas recaudadas.

En 1909, durante muy breve tiempo, Mariano García Cortés publicó una revista quincenal titulada *Socialismo*. Fue un fracaso. Por el contrario, en enero de 1910, Tomás Álvarez Ángulo, de acuerdo con Juan Almela Meliá, contando con la colaboración de Iglesias y de Gómez Latorre que publicaban artículos firmados, comenzó a publicar en Madrid *Vida Socialista*, revista semanal ilustrada, que consiguió vivir hasta 1917. El 6 de agosto de 1910 se celebró un mitin franco-español en el Frontón Jai-Alai de Madrid, contra la guerra, interviniendo Mari y Dumoulin, en nombre de la C.G.T. de Francia, y Vicente Barrio y García Cortés, por la UGT de España. Promulgación de la ley regulando el trabajo en las minas españolas. Con motivo del XXV aniversario de publicación semanal de *El Socialista*, salió un número extraordinario de ocho páginas, con escogida colaboración. Desde esa fecha apareció con tamaño mayor, aunque conservando aún las cuatro planas sin anuncios.

En enero de 1910 comenzó a publicarse en Madrid *La Mañana*, diario que se titulaba liberal-socialista, propiedad de Luis Silvela, dirigido por Manuel Bueno, en el que entró Araquistain y colaboró Iglesias algún tiempo, muy poco porque en cuanto fue denunciado un artículo suyo, Manuel Bueno se asustó y después, al comentar los discursos de Iglesias en el Parlamento y en los mítines, le llenó de injurias. La baja calidad de este periodista está reflejada en que cuando se ofreció a Maura, a cambio de un acta de diputado, su pretensión fue rechazada rotundamente, según consta en las *Memorias* del secretario del jefe conservador. Dato, en cambio, le recibió con los brazos abiertos. Luis Silvela y Manuel Bueno resolvieron sus diferencias... en un duelo a sable! En julio, también en Madrid, se publicó *El Radical*, diario dirigido por Ricardo Fuente, lugarteniente de Lerroux, donde Baroja publicó en folletín su novela *César o nada*, que le dejaron de pagar, según refiere en sus *Memorias*. En Agosto de 1910, Julián Besteiro, que residía en Toledo, publica en ese mismo diario una serie de artículos sobre temas militares y otros de actualidad, cuando aún pertenecía al Partido Radical. [975] Se inaugura en Madrid, calle de Alcalá, el Círculo de Bellas Artes, en edificio propio. Comienzan las obras de la Gran Vía.

En julio de 1910 estalló en Vizcaya un nuevo conflicto en las minas, provocado por la patronal, que no había cumplido las promesas hechas en el anterior. La huelga duró setenta días. En nombre de la Unión General de Trabajadores estuvieron en Vizcaya Lucio Martínez y Largo Caballero, quienes no coincidieron con Perezagua acerca de la manera de resolverla, evitando una derrota. Perezagua estuvo ayudado en sus gestiones por Lesmes Vargas, de Ortuella; Benito Bugeda, de Bilbao; Manuel Delgado de Gallarta, y otro socialista llamado Zaragoza. Según las bases firmadas se concedían nueve horas de trabajo para mineros del interior, y nueve y media para los del exterior. En realidad, las espadas quedaron en alto, y las consecuencias de todo ello llegaron más tarde a un Congreso de la Unión General de Trabajadores. En Asturias, paso a paso, se consolida el Sindicato Minero creado por Manuel Llaneza a su regreso de la emigración que

sufrió en Francia. Primer Comité del Sindicato Minero, con residencia en Mieres: Manuel Llana, José de la Puente, Eusebio Marcos, Laureano Carril, Aquilino Baragaño, José Prieto, Juan Ramón Parrado y Manuel Fernández. José de la Puente, de Sama de Langreo, falleció joven. Fue una pérdida muy sensible para Llana, porque confiaba en sus extraordinarias cualidades de orador y escritor; era minero auténtico y gozaba de merecido prestigio en el valle langreano. En Villena el 6 de septiembre, se reunió el Congreso de la Federación Socialista de Levante, presidido por José Lorite, maestro laico en Almansa, donde además fue concejal socialista. Posteriormente, esta Federación se extendió a las provincias de Albacete y Murcia, unidas a las de Alicante, Valencia y Castellón.

[976] En 1910 fue elegido diputado en Uruguay el socialista Emilio Frugoni, autor de interesantes libros. Jaurès publica en París *L'armée nouvelle*. Briand, jefe del Gobierno francés, se olvida de sus discursos demagógicos en favor de la huelga general revolucionaria, y militariza a los ferroviarios franceses para deshacer una huelga reclamando aumentos de salario. En las elecciones celebradas en Inglaterra los laboristas obtienen 42 diputados. En la Casa del Pueblo de Bruselas se reúne el XXI Congreso de la Internacional de Mineros, con 150 delegados. Por primera vez, en un Congreso obrero se alude a las vacaciones pagadas, acordando plantear la cuestión en futuras asambleas.

En 1910 fallecieron, entre otros, Felipe Pérez y González, escritor; Manuel Sales i Ferrer, sociólogo, y Melchor Palau, todos ellos catalanes; Joaquín Valverde, compositor; Ricardo de la Vega, sainetero; Andrea Costa, revolucionario italiano; León Tolstoy, novelista ruso; Samuel Clemens (*Mark Twain*), novelista norteamericano; Robert Koch, sabio alemán, premio Nobel de Medicina.

[977] *El Congreso de Copenhague*

El 28 de agosto de 1910 se abrió en Copenhague el VIII Congreso de la Internacional Socialista, al que asistieron cerca de novecientos delegados, con una representación muy nutrida de Alemania. Por primera vez faltaba en ella la presencia de Augusto Bebel, retenido en Suiza por enfermedad. La de España estuvo formada por Iglesias, Casimiro Muñoz, Emilio Corrales, Francisco Azorín, joven socialista que estudiaba en el extranjero, y Vicente Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores, entidad que por tradición figuraba siempre en la representación socialista cuando se reunía la Internacional. Previamente, según demandaban los estatutos, hubo un extenso informe relatando los acontecimientos políticos y sindicales de mayor relieve en España, desde el último Congreso de la Internacional, suscripto por Francisco Mora, vicepresidente del Comité Nacional, y Francisco Núñez Tomás, secretario. Fue un Congreso triunfal el de Copenhague. Hubo una recepción oficial en el Ayuntamiento, con mayoría socialista, y un desfile por las calles de la capital danesa en honor de los delegados. En un amplio local, además, se organizó un mitin de carácter internacional, en el que intervinieron Mac-Donald, Branting, Vaillant, Rubanovitch y Pablo Iglesias, cuya presencia e intervención, teniendo en cuenta su reciente triunfo electoral en Madrid y su veteranía en la Internacional Socialista, ya que desde su constitución, en París, siempre estuvo presente en sus deliberaciones, fue objeto de alusiones elogiosas por parte de diversas delegaciones.

El Congreso fue abierto por Emilio Vandervelde, presidente de la Internacional Socialista, con asistencia de Camilo Huysmans, secretario, por el Partido Socialista de Argentina estuvo presente Juan B. Justo, quien mantuvo constante relación con la delegación española, especialmente con Iglesias. En la francesa figuraron Guesde, Jaurès y Longuet. Entre los delegados figuraban Rosa Luxemburgo, Lenin, Clara Zetkin, Keir-Hardie, Branting y otros más que después, en sus respectivos países ocuparon puestos de responsabilidad gubernamental. En su discurso [978] inaugural, Vandervelde aludía a Pablo Iglesias y a la especial situación creada en España por la ejecución de Ferrer y los sucesos del verano de 1909. Terminó su discurso con las siguientes palabras: “Yo saludo con emoción la memoria de todos los desaparecidos, especialmente la de Andrea Costa, italiano, perdido demasiado pronto, y envío un recuerdo de simpatía a los ausentes, a nuestro querido presidente Singer, retenido por una afección. Pienso, sobre todo, en nuestro gran amigo Augusto Bebel, que encarna hoy mejor que nadie, el Socialismo internacional. Vuestras aclamaciones son para mí el más noble símbolo de nuestras luchas: obrero, orgulloso de su trabajo manual; intelectual, ha sacado sin vacilar todas las fuerzas de su cerebro; defensor de la mujer, doblemente víctima del orden social burgués, se opone a un kaiser de derecho divino, cuyas palabras son un completo ridículo. Bebel es el hombre que dio años de libertad por la paz y la independencia de los pueblos en 1870 y por la emancipación de su clase. Al aclamar a Bebel, aclamáis, además, al Socialismo internacional”.

La resolución sobre la guerra de Marruecos, aprobada en la ponencia a que había pertenecido Pablo Iglesias, estaba concebida en los siguientes términos: “Los delegados de Francia y España, de común acuerdo, disponen al Congreso de Copenhague la siguiente resolución: Recordando la decisión tomada en el Congreso de Stuttgart relativa a las cuestiones franco-españolas de Marruecos. Considerando que los socialistas franceses recientemente han tenido que protestar contra las incursiones de ciertos generales en el territorio marroquí; que del lado español están siendo realizados preparativos militares en la hora actual, con vistas a una nueva campaña; que diariamente pesan amenazas sobre los dos pueblos y sobre Europa entera, como consecuencia de las ambiciones capitalistas, invita a los Partidos socialistas de todos los países, y especialmente a los trabajadores de Francia y España, a secundar más que nunca la acción vigorosa emprendida por los Partidos Socialistas de las dos naciones citadas, acción glorificada por el heroísmo de los revolucionarios [979] de Barcelona y de otras ciudades, y a oponerse con todo su poder a toda nueva expedición”. A petición de los franceses, Pablo Iglesias fue encargado de nacer el discurso de presentación y defensa de esa moción, acogido con frenéticos aplausos, produciendo emoción inenarrable.

Para presentar la resolución sobre la represión en España, el delegado austriaco Ellenbogen hizo un discurso en el que figura el siguiente texto: “Es de desear que el Gobierno liberal oriente la lucha contra la reacción clerical con energía y éxito, pero es preciso llegar hasta el final. Creemos, como Pablo Iglesias que España no es tan clerical como se asegura. Aún puede emancipársela. Pero existen malos síntomas. El Gobierno liberal no retrocede ante ningún medio de represión contra el movimiento obrero. Saludemos la elección de Pablo Iglesias como diputado, y honremos a este veterano, que tantos años lleva luchando, personificación del proletariado español entero, siempre decididamente revolucionario, a pesar de tanta opresión”. La resolución adoptada es como sigue: “El Congreso Socialista de Copenhague, ante los

acontecimientos de que España, y particularmente Cataluña, han sido teatro el año último, hace constar su completa simpatía hacia los compañeros del Partido Socialista Obrero Español, los militantes de Cataluña y todos los obreros organizados de España, que, conforme a los acuerdos de la Internacional, opusieron a la aventura colonial marroquí con una acción colectiva del proletariado; protesta contra la represión bárbara de que fueron víctimas nuestros camaradas de Barcelona y otras poblaciones y, en particular, contra el asesinato pseudo jurídico de Ferrer. En la elección del compañero Pablo Iglesias, primer diputado de la clase obrera, por la capital misma de la monarquía, saluda el signo decisivo del despertar de la conciencia de clase de los obreros españoles”.

En las resoluciones votadas recomendó el Congreso a los representantes del Socialismo en los respectivos Parlamentos que se opusieran a los gastos militares, resumiendo su posición en los siguientes puntos: exigir que los casos de conflictos internacionales sean sometidos a un Tribunal arbitral; medidas encaminadas a conseguir el desarme; que el material militar se limite por acuerdo entre los diferentes países; abolición del derecho de presas marítimas; supresión de la diplomacia secreta; publicación de todos los tratados y convenios concluidos entre los Estados; afirmar la independencia de los pueblos para regirse y su derecho a defenderse contra cualquier invasión y opresión violenta.

Sobre la Argentina, en cuyo nombre intervino en el Congreso con gran acierto el doctor Justo, el Congreso aprobó lo siguiente: “El Congreso Socialista internacional de Copenhague estigmatiza la actitud de la oligarquía argentina que sistemáticamente falsifica la consulta por medio del sufragio universal; que echa por tierra las leyes y que intenta destruir la sana acción política de la clase obrera; que organiza revueltas de fracciones y se deja comprar para servir los intereses del capital indígena y extranjero; que mantiene al pueblo en un estado de opresión y barbarie, ofreciendo el espectáculo deprimente de la anarquía”. En relación con el grave problema de la guerra y los medios capaces de evitarla, Keir-Hardie y Vaillant defendieron la tesis de la huelga general que no prosperó, acordándose que ese debate se reanudara en el próximo Congreso internacional, mediante propuesta preparada por el Comité director. Por desgracia, ese Congreso ya no se pudo reunir; surgió la guerra europea de 1914-1918. Hubo debates y decisiones sobre el paro obrero, a favor del derecho de asilo (ya había refugiados), unidad política defendiendo que en cada nación sólo fuera reconocido un partido socialista de las diferenciaciones regionales y de idioma. Los delegados insistieron en defender el programa de las ocho horas reclamadas en el Congreso de París, y estimular la creación y el sostenimiento de prensa socialista.

El discurso final estuvo a cargo de Juan Jaurès, quien hizo observar que el espíritu dominante en el Congreso había sido el de la unidad, como lo demuestran las resoluciones adoptadas con respecto a las diferencias [981] entre checos y austríacos; a la cuestión de las cooperativas, que deben estar imbuidas de espíritu socialista, y a los deseos expresados por el Congreso para que sean suprimidas las diferencias entre fracciones socialistas de un mismo país. Este espíritu de unificación, terminó diciendo Jaurès, se hace notar asimismo en las resoluciones relacionadas con la política internacional. Al margen del Congreso Socialista Internacional hubo una jornada de Mujeres Socialistas, en la cual Clara Zetkin defendió una propuesta encaminada a que cada año, el 8 de marzo precisamente, se celebrara una jornada Internacional en favor de los

derechos que la clase obrera femenina debe reivindicar, en especial el de sufragio, unido a la reducción de la jornada de trabajo. Asimismo se reunió una Conferencia Internacional de Juventudes Socialistas, coincidiendo con el Congreso Socialista. Al regresar Pablo Iglesias de Copenhague, intervino en un acto socialista en Toulouse, donde fue ovacionadísimo, y al llegar a Madrid fue recibido en la estación del Norte por una muchedumbre que le aclamó. No volvió a intervenir en congresos internacionales. Su estado de salud no lo permitía.

El mitin de Barbieri

“Desde que Lucio Martínez cayó preso, la presidencia de la Juventud Socialista Madrileña está en mis manos. Canalejas lleva adelante su política represiva. El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores hacen campaña contra la guerra de Marruecos. Saben quién es el responsable y apuntan a lo alto. En Palacio se ríen de Canalejas, como posteriormente se mofaron de Melquíades Álvarez, de Azcárate, de Cossío, de Unamuno... ¡Tremendo error el de la monarquía española, del que no ha sido ella sola en sufrir las consecuencias! Las Juventudes Socialistas se movilizan, secundando las iniciativas del Partido. ¿Cae bien nuestra actitud en la opinión pública? No nos engañemos: España está [982] aletargada, desconfía de todos. Durante un siglo, militares y paisanos han defraudado al pueblo. La República de 1873 no dejó buen recuerdo. Las minorías republicanas han pasado por los escaños rojos sembrando escepticismo. Pero nosotros no lo veíamos así. ¿Quién se detiene a razonar a los veinte años? Un afiliado nuestro ha ido a la guerra obligado por la ley. Me creo en el caso de visitar a su madre, una señora navarra le digo que estamos a su lado, contra el Gobierno que le ha arrancado el hijo para llevarle tal vez a morir en África. La madre me replica tajante: ‘Mejor quiero verle muerto en Marruecos que con ustedes actuando contra la religión y contra España’. La escena dura unos minutos, los necesarios para salir de aquella casa con la sensación de que hay mucho camino que recorrer antes de cosechar la victoria. Aclaremos aún más: el hijo volvió de Marruecos, siguió siendo afiliado nuestro y ha muerto siendo profesor de primera enseñanza, durante la guerra civil. ¿Es que no se perdió del todo aquella visita? ¿O es que el hijo se emancipó de la tutela religiosa y política de la que le dio el ser?

Pablo Iglesias recorre España, en unión de algunos republicanos, muy pocos, casi siempre los mismos, agitando el país. Hay huelgas y Canalejas recurre a todos los medios para vencerlas. En Marruecos sigue la incertidumbre. En el otoño de 1910 los Comités de la Juventud Socialista y del Grupo Femenino Socialista, con vida propia y del que soy asesor, deciden convocar un mitin en un local espacioso, haciendo llamamiento especial a las mujeres, para reclamar la abolición de la Ley de Jurisdicciones, supresión de la redención a metálico y, sobre todo, contra la guerra de Marruecos. Es un cartel de desafío. No tenemos dinero. Lo pedimos, visitando a las directivas de las organizaciones obreras más identificadas con nuestras actividades. Invitamos a Iglesias para que hable en el mitin. Nos exhorta a la reflexión, por conocer el estado de ánimo de Canalejas. Insistimos. ¿Cómo dejar escapar la primera oportunidad de que Pablo Iglesias tomara parte en un acto organizado por las Juventudes Socialistas? Y lanzamos la convocatoria, [983] incitando a jóvenes y mujeres a que acudan en gran número al mitin proyectado en el teatro Barbieri. El Gobierno denuncia la hoja convocatoria. Soy procesado con arreglo a la Ley de Jurisdicciones y quedo en libertad provisional. Nos damos cuenta de que el proceso ha sido una

añagaza para suspender el mitin. Hacemos nueva convocatoria, muy moderada, para evitar que la reunión pueda ser suspendida con ese pretexto. Como las garantías constitucionales están vigentes en Madrid, el Gobierno carece de medios para suspender un acto en que está anunciado como orador un diputado a Cortes.

Por fin, el domingo 23 de noviembre de 1910, a las diez de la mañana en el teatro Barbieri, a dos pasos de la popular plaza de Lavapiés, reunimos una muchedumbre, especialmente de mujeres, como nunca se había visto en Madrid. Presido, acompañado en la mesa por Juana Taboada y Otilia Solera, presidenta y secretaria del Grupo Femenino Socialista. Hablan Daniel Anguiano, Eladio Fernández Egocheaga, Fermín Blázquez, Lucio Martínez y Pablo Iglesias. Actúa de delegado el jefe de policía del distrito de Hospital, de triste historia en Vizcaya, donde un huelguista cayó muerto víctima de su pistola traicionera, lo que le costó salir de Bilbao para salvar su vida. Desde el primer momento insiste en que llame al orden a los oradores. No le hago caso. Hay taquígrafos mandados por la Dirección General de Seguridad para poder procesar al diputado por Madrid, mediante el oportuno suplicatorio a las Cortes, como así ocurrió, sin consecuencias, naturalmente. El Gobierno no puede hacer nada contra Iglesias, quien al salir del teatro Barbieri recibió una ovación clamorosa. Siguiendo sus exhortaciones, el público, en el que abundaban por primera vez mujeres, se disolvió pacíficamente, sin que tuvieran pretexto para intervenir las parejas de Guardia Civil de a caballo apostadas en los alrededores. Entretanto acompañábamos a Iglesias hasta el tranvía, en dirección a su hogar, Marsal cursaba el testimonio del mitin al juzgado militar, y aquel mismo domingo dormimos los cinco jóvenes socialistas madrileños en la Cárcel Modelo. Con fecha [984] 6 de noviembre, es decir, cuando acabábamos de ingresar en la prisión Pablo Iglesias escribió un artículo en defensa nuestra, que figura en otro lugar de estas páginas. El 27 de diciembre –llevábamos dos meses presos–, el juez militar estuvo en la prisión a notificarnos que el auditor de Capitanía general proponía nuestra libertad provisional, a reserva de lo que resultara en el Consejo de Guerra, ya que antes de anoecer –estaban prohibidas las salidas de la cárcel después de las siete de la tarde– seríamos puestos en libertad, con la condición de acudir al día siguiente al Juzgado militar de su demarcación, calle del Buen Suceso, para formalizar el trámite oportuno y que hacía todo eso en nuestro favor. Después de agradecérselo, libertados, nos presentamos en nuestros hogares, con la alegría que es de suponer. En la prisión éramos como hermanos y todos nuestros familiares constituían entre sí una sola familia. El día 28, los cinco jóvenes socialistas llegamos con puntualidad al Juzgado militar, como habíamos quedado comprometidos mediante palabra de honor. No estaba el juez, que llegó poco después, demudado, colérico, arrojando el sable en nuestra presencia como algo que le deshonoraba, y nos dijo a quemarropa: ‘Señores: no han estado ustedes en libertad. Que nadie se entere de que he cometido una extralimitación. El Capitán general no autoriza que ustedes sean puestos en libertad’. Quien no lo autorizaba era Canalejas, como nos dio a entender el juez. Y después de prometerle que nadie sería informado de lo sucedido, volvimos a la Cárcel Modelo. ¡Los Santos Inocentes se habían vengado, al fin, de nosotros! Nuestras pobres familias lo pagaron de nuevo, aquel 28 de diciembre de 1910. Lo único conseguido fue que Capitanía abrevió los trámites; hubo Consejo de Guerra dentro de la prisión, fuimos defendidos por el capitán de Infantería Benítez de Lugo, que tenía prestigio entre sus camaradas de armas, y tras cumplir los tres meses de prisión con que fuimos castigados, se nos concedió la libertad... salvo a mí, que estaba sujeto a otro proceso por la convocatoria a un mitin no celebrado, y por tanto

[985] sin valor de ninguna clase. ¿De ninguna clase? Pedí la libertad provisional, me la concedieron, pero continuó el proceso, y como era una injusticia seguir procedimiento militar o civil por un impreso que no había surtido efecto, puesto que el mitin anunciado en aquella hoja había sido suspendido por la autoridad, hice el oportuno comentario, con frase más o menos hábiles, en un artículo publicado en el diario republicano *El País*, en segundo fondo (*El Socialista* seguía siendo semanal). Y aquella misma tarde fui encarcelado. Puesto en libertad provisional me uní a mis camaradas liberados antes que yo y organizamos un nuevo mitin, con los mismos oradores, Pablo Iglesias inclusive, esta vez en el Lux-Eden. El lleno fue colosal. Presidí el mitin, pero la presencia de Iglesias me impresionó tanto como en el mitin de Barbieri, y no hice resumen, limitándome a dar por terminado el acto. Fui de nuevo detenido y en la prisión recibí visitas frecuentes de Iglesias, que veía al mismo tiempo a Juan Almela Meliá, preso durante seis meses y un día por artículos publicados en *Vida Socialista*. Trabajé en la litografía de la cárcel, y leí infinidad de libros, algunos de la biblioteca particular de Américo Castro, que me proporcionaba por mediación de Núñez de Arenas, presidente de *Escuela Nueva* y afiliado a la Juventud Socialista. Peña Cruz, tesorero del Partido Socialista, me llevó *Historia de España*, de Lafuente; *Historia socialista*, de Jaurès, y *Episodios Nacionales*, de Galdós entre otros libros. Al salir de mi encierro, casi dos años, mi madre tuvo que adquirir ropa usada en el Rastro para mí: ¡había engordado veintidós kilos! Cuando caí preso trabajaba en la Imprenta de *La Correspondencia de España*. Como mi prisión estaba relacionada con un trabajo publicado en el diario republicano *El País*, Leopoldo Romeo, director del diario donde yo leía pruebas en la edición de la mañana, considerándome periodista, sin contar conmigo, inició los trámites para conseguir mi indulto. Tan pronto me enteré, públicamente le desautoricé, con frases algo impertinentes, para dar idea segura de que mi actitud no era un convencionalismo. Romeo no se [986] olvidó de ello. Diputado a Cortes como yo en 1918, me las recordó una tarde en los pasillos del Congreso. El había sido muy radical, dirigió *El Evangelio*, semanario extremista, y aunque cambió la chaqueta y fue diputado encasillado por Belchite, donde había nacido, y luego gobernador civil de Madrid, nunca perdió su independencia baturra, en el fondo cordial. En abril de 1911 recibí la siguiente carta de Pablo Iglesias: “Querido amigo Saborit: He sentido, como comprenderás, que nuevamente te hayan metido en esa casa. El ‘cariño’ que nos tienen algunos militares es grande. Aunque duermo poco y no me alimento mucho, no estoy tan fastidiado como otras veces. Blázquez no me ha traído aún el artículo denunciado. Has hecho bien en reclamar que te trasladen a políticos. Parece mentira que no lo hayan hecho. Lo que hace falta, sobre todo, es que salgas pronto. Están concediendo a la intervención que tomaré en el asunto Ferrer una importancia que seguramente no tendrá. Mi papel, como en todo, será modesto. Recibe un fuerte abrazo de quien es tuyo y de la causa socialista, P. Iglesias.- 4-4-1911”.

Preso aún, Fabra Ribas y Emilio Corrales, delegados a un Congreso de la Internacional Juvenil Socialista, me enviaron postales firmadas por ellos y por representantes de entidades juveniles europeas, entre otros Roberto Danneberg, que fue secretario de la Internacional Juvenil, y Henri de Man, belga, en cuyo país ocupó toda suerte de cargos. Allí pasados fiestas anuales de Primero de Mayo, y al anochecer oía las canciones de los jóvenes socialistas que regresaban del parque de la Moncloa alzando la voz para que les oyera por la ventanilla de mi celda. Se reunieron también Congresos del Partido Socialista y de la Federación de Juventudes, y hasta hubo elecciones de concejales, en las que triunfaron Barrio y García Quejido. Naturalmente, durante

estos acontecimientos yo sufría lo indecible por no poder estar en medio. Alguna vez, hallándome preso, la Guardia Civil fue a mi hogar, calle Toledo, 59, 2º, donde vivía con mi madre viuda, a la que no impresionó la indagación que hacían aquellas guardias, sin duda tramitando alguna diligencia traspapelada [987] en las oficinas de ese cuerpo. Fueron jueces militares, Palazon, Villanueva y José Galvet, éste muy humano y comprensivo Eusebio de Gorbea, capitán de Infantería, fue defensor mío, escogido al azar de la lista oficial que me presentó el juez militar. Vi su firma en *El Liberal*, sin duda por ser de ideas progresivas, aunque yo no tuve nunca relaciones particulares con él. Con el nombre de Francisco Saborit escribí en *Solidaridad*, de Vigo; en *Alcarria Obrera*, de Guadalajara; *El Obrero Balear* de Palma de Mallorca; *El Obrero*, de Salamanca, y en *Renovación*. Después, para evitar utilizar un nombre que pudiera ocasionarme un proceso, firmaba con seudónimo, estando preso, cuando podía hacerlo porque mi correspondencia salía sin ser abierta, antes de estar sentenciado. Con el título *El mitin de Barbieri* hicimos un folleto que las Juventudes Socialistas propagaron.

Dos cartas de Pablo Iglesias

Como va dicho por separado, el mitin de Barbieri nos condujo derechos a Cárcel Modelo de Madrid a los cinco jóvenes socialistas. Inmediatamente de ingresar en la prisión reclamamos se nos recluyera en el departamento de políticos, como era nuestro derecho, hasta que fuéramos juzgados y condenados, si llegaba el caso. Así lo hizo la dirección y en el acto nos dirigimos a Pablo Iglesias para comunicárselo, recibiendo la siguiente carta con fecha 4 de noviembre de 1910, que conservo con otras más redactadas por él: “Querido amigo Saborit: Celebro infinito que os hayan trasladado a celdas de políticos, no sólo porque en ellas estaréis mejor, sino por estar todos juntos. Supongo se arreglará lo de los periódicos y los libros, que es una verdadera atrocidad que os lo prohíban. En medio de todo, habéis tenido suerte, pues ya sabéis que Lucio lo pasó la otra vez en celda común, como lo he pasado yo siempre. Parece que no se presenta mal vuestro asunto. Salillas me ha dicho hoy que creía que saldríais pronto. Parece que él ha hablado a alguien. Me manifestó también que habían acudido a él algunas mujeres. No sé si entre ellas habrá alguna del Grupo Femenino. Lo sentiría. Os estimo mucho y desearía que salierais pronto de esa casa, pero únicamente porque hicieran justicia, no favor. De salud ando muy fastidiado. He ido al Congreso por si se trataba lo de Bilbao. Pero sólo he estado en las primeras horas. Después me he ido a casa por ser mucha la debilidad que tengo. Estoy, por mi malestar, de muy mal humor. Un fuerte apretón de manos a Lucio, Blázquez, Anguiano y Egocheaga y otro también muy fuerte para ti de quien es vuestro amigo y correligionario, P. Iglesias”. Inmediatamente contesté a Iglesias negando que ninguna mujer, en nombre nuestro ni de nuestras familias, hubiese visitado a Salillas para pedirle hiciera gestiones en favor de nuestra libertad, recibiendo con fecha 8 de noviembre la siguiente contestación: “Querido amigo Saborit: En mi poder tus dos cartas. Ni de vosotros ni de Vuestras familias sospechaba yo gestión alguna cerca de Salillas. Temíala, y no mucho, de la debilidad de algunas compañeras del Grupo. Celebro que no haya habido nada. Así debemos proceder siempre. Sigo muy falto de salud. Hoy he pasado mal día y he estado a punto de no ir al Congreso, de donde he salido, como hace muchos días, al ir a discutir los presupuestos, por no poder resistir más la debilidad. En el mitin hice poco y con mucho trabajo. Me preocupa mi situación, pues la salud no se repone y en las Cortes habría que intervenir en

mucho. Le pregunté a Salillas lo de los libros y los periódicos y me dijo que ni el reglamento lo prohíbe ni el director está autorizado para hacer tal cosa con los que no están condenados a cumplir pena. Reclamad, pero procurando no indisponeros con el director. Celebraré que el buen humor continúe y que sea buena la salud. Un fuerte abrazo para todos de vuestro amigo, P. Iglesias".

Obsérvese que en las dos cartas insiste en su mal estado de salud, lo que le contraría en extremo por impedirle prestar mayor atención aún al mandato recibido de los electores madrileños. En su primera carta, Iglesias hace notar que Lucio y él han sufrido la prisión en celda común. Exacto. Tanto el uno como el otro ingresaron en la prisión para cumplir condena, situación muy diferente a la de quienes son encarcelados con carácter provisional, cual era nuestro caso, y por lo cual habíamos reclamado y obtenido satisfacción. Ciertamente que ni Lucio ni Iglesias aceptaron el menor régimen de favor. Es más: Iglesias estuvo preso varias veces con ocasión de las redadas gubernativas ordenadas para debilitar movimientos de huelga o como medidas preventivas. En 1909 Iglesias era concejal y fue encarcelado en unión de varias docenas de afiliados a la Casa del Pueblo. Ninguno consiguió celdas de políticos. Iglesias, entonces, no haría la reclamación por negarse a gozar de un beneficio que no era fácil extender a tantos presos gubernativos. En la Cárcel Modelo sólo había diez celdas para presos políticos. Por estar ocupadas todas, en algún período yo estuve en celdas de pago y medio pago, por concesión del director, teniendo en cuenta que mi filiación como político subsistía, en tanto no hubiera condena. Como fui sentenciado tres veces estando dentro de la prisión, cuando llegó la notificación oficial de la pena fui trasladado al Penal —la quinta galería entonces— con régimen más duro y traje de presidiario. En aquel largo período tuve varias celdas. Al entrar la segunda vez estuve en celda de incomunicado, en el subterráneo, equivalente a las de castigo, lo que era un crimen, sin mesa ni cama, una colchoneta en el suelo y una bombilla en el techo de escasa potencia sin ventilación de ninguna clase, hasta que el Juzgado militar vino a la cárcel, me tomó declaración y dictaminó mi prisión provisional como autor de un artículo publicado en *El País*. Entonces el director de la prisión atendió mi petición y fui trasladado a celda de pago, por estar ocupadas las de político. Yo estuve preso por el mitin de Barbieri como Francisco Saborit. Con ese nombre conservo mi documentación sindical y política de origen, con la fecha exacta en que ingresé en la Asociación del Arte de Imprimir. Ahora bien, aquel nuevo proceso se instruía como represalia, contra los socialistas por los ataques que [1909] Pablo Iglesias dirigía contra Canalejas. Para dar largas, el Juzgado militar pidió mis antecedentes a la ciudad donde nací, Alcalá de Henares. El Juzgado municipal remitió la oportuna certificación, donde yo aparecía con el nombre de Andrés Avelino, santo del día 10 de noviembre, siguiendo la tradición; pero en el momento del bautizo hubo familiares míos que quisieron ponerme el nombre de mi abuelo paterno, y entonces aparecí como Francisco Saborit Colomer, desapareciendo lo de Andrés Avelino. En resumen, el juez militar me procesó por uso de nombre supuesto... estando preso y sujeto a dos procesos distintos por la jurisdicción militar. En Alcalá de Henares vivían los testigos de mi inscripción en la iglesia y en el Registro civil; con un notario comparecieron en el Juzgado municipal, remitiendo la oportuna declaración, ante la cual el juez militar tuvo que rendirse. Desde entonces, en cuantos documentos tuve que suscribir desapareció el nombre de Francisco; pero mi madre se murió llamándome Paco y ese nombre siguen utilizando mi mujer, mis familiares y los amigos de los primeros años que aun me quedan, pocos ya, por desgracia.

Por aquellos años el médico de la Prisión era amigo de Iglesias, y el instalador electricista, Juan Fernández, afiliado a la Agrupación Socialista y vecino mío más tarde en la calle del Tesoro, hombre admirable por todos conceptos. A pesar de su amistad con el facultativo de la cárcel, Iglesias se negó a utilizar la enfermería, como le propusieron y estaba justificado dada su salud y sus achaques. El electricista instalaba la luz eléctrica al alcance de la mesa y de la cama con flexible largo, única facilidad de que disfrutábamos para poder leer, mediante el pago de la modesta cantidad que exigía la administración del establecimiento a quienes lo solicitaban.

Tienen explicación que Iglesias admitiera, en principio, que algunas mujeres del Grupo Femenino –por no decir de nuestras familias– hubieran visitado a Salillas con alguna pretensión a favor nuestro. Digamos, pues, quién era Salillas para que se vea clara la alusión. El 8 de mayo de aquel año hubo elecciones generales en España, triunfando Rafael Salillas en la candidatura que la Conjunción presentó en Madrid. No creemos que Salillas inventara lo que Iglesias nos dijo en su carta. Estamos seguros de que la visita no tuvo la intención de pedir favor, sino justicia. Salillas había sido director de la Cárcel Modelo de Madrid donde entró rodeado de prestigio por tratarse de uno de los partidarios de las teorías de Concepción Arenal, insigne pensadora ferrolana, en favor de los presos y de sus familiares. Era director de la cárcel cuando en ella estuvieron José Nakens y Francisco Ferrer Guardia, acusados de complicidad en el atentado de Morral, anarquista que arrojó una bomba contra el cortejo real el día en que Alfonso XIII regresaba con Victoria de Battenberg de la iglesia de los Jerónimos, donde habían contraído matrimonio. Fundador de la Escuela de Criminología, con otros hombres de ciencia, Salillas procuró aplicar sus teorías en el primer establecimiento penitenciario de España, sin resultado decisivo, por desgracia, tanto por la oposición solapada de viejos funcionarios partidarios de mantener los cabos de vara y con ellos la explotación de que eran víctimas los presos como por la especial idiosincrasia de muchos delincuentes, incapaces de agradecer el bien que Salillas deseaba proporcionarles. Lucio Martínez cumplió la condena bajo una dirección partidaria todavía de las teorías de Salillas y por nuestro amigo sabíamos las escenas vergonzosas a que se entregaban ciertos detenidos contra los cuales no se atrevían los empleados, temerosos de perder la carrera en la Escuela de Criminología.

Desde 1911, en que yo volví a la prisión, regía un régimen de severa disciplina interna, sin reuniones conjuntas en las celdas, castigando el menor descuido. Confieso que la prolongada estancia que sufrí en la Cárcel Modelo me hizo interesarme por estas cuestiones, leer cuanto se había publicado sobre la materia y llegar a tener ideas propias al cabo de unos años, todo lo cual me sirvió, cuando fui diputado a Cortes, para pertenecer a la Comisión de Gracia y Justicia de la cámara popular, hasta el punto de haber visitado casi todos los presidios y cárceles de España y haber conseguido con ese motivo mejorar la situación de muchos detenidos que sufrían un régimen inquisitorial. Otra prueba de que no olvidé estas preocupaciones a que aludo está en que uno de los grupos escolares fundados por iniciativa mía durante la monarquía lleva el nombre de Concepción Arenal.

Rafael Salillas perteneció al Instituto de Reformas Sociales y al Instituto Nacional de Previsión. Aragonés, casi paisano de Joaquín Costa –nacido en Angüés, provincia de Huesca–, muy compenetrado con Ramón y Cajal, representó a España en varios Congresos penitenciarios, colaboró en revistas especializadas en esta materia y como criminólogo, llegó a ser especialista en

sicología picaresca y delincuente. En política fue adicto a Lerroux, siendo elegido de nuevo diputado a Cortes el 1º de junio de 1919 en la candidatura del bloque de las izquierdas en Madrid, que obtuvo el siguiente resultado: Julián Besteiro, 36.751 votos; Pablo Iglesias, 36.469; Roberto Castrovido, 36.294; Luis de Zulueta, 36.188; Rafael Salillas, 35.336 y Miguel Morayta, 35.336. Obsérvese que los dos socialistas figuran a la cabeza de la votación. Salillas falleció el 22 de Mayo de 1923, casi apartado de la política, rodeado de general respeto. Entre mis papeles conservo una carta suya de fecha 17 de junio de 1912, que me dirigió a la Cárcel Modelo, donde me informa de que “hace cuatro o seis días le mandé al señor Nakens la relación de la distribución de su donativo y allí le decía que para lo últimos había reservado al ciego Simarro, pues por ser el único en Madrid y por más desventurado, quería reservarme una mayor participación... En todo lo que me sea posible, también me interesaré por el indulto del pobre ciego”. En la prisión conocí al ciego Simarro, un republicano condenado por algo atentatorio al régimen, que purgaba su condena en la miseria y el aislamiento. A petición de aquel desventurado, escribí a Castrovido y a Salillas, recomendándoles se interesaran por caso tan excepcional, tan extraordinariamente humano, que requería [993] inmediato auxilio. Un director de prisiones con sentimientos generosos ¡cuántos dolores puede atenuar! ¡Cómo sufre el preso cuando el carcelero cierra su celda con un portazo! ¿Hay idea del frío y la inclemencia en las prisiones, de la esclavitud del trabajo en los talleres penitenciarios bajo la vigilancia de cabos de vara, de la falta de asistencia en las enfermerías carcelarias, de la insuficiencia de alimentación, de los vicios inmundos que corroen a la juventud encarcelada, sin medios de cultura, sin orientación profesional, saliendo de la prisión con el alma destrozada? Imposible narrar todos los casos de dolor y de angustia que he conocido cuando estudié este problema recorriendo presidios y cárceles.

Acción política y acción sindical

En 1911 hubo elecciones de diputados provinciales y de concejales, en las cuales intervinieron los socialistas unidos a los republicanos allí donde ambos partidos políticos pudieron llegar a entenderse. Con Lerroux no hubo acuerdo posible. Donde le interesaba conquistar adeptos, aceptó entrar en la Conjunción. En Madrid triunfó Largo Caballero para diputado provincial, y en Bilbao, Indalecio Prieto, que inició su vida activa política con este nombramiento, porque a su juicio era imposible vencer. En su campaña electoral exageró la nota anticlerical con la esperanza de que los católicos no le votaran, “pues yo no lo soy” añadía. “Yo hacía todo por ser antipático, y no saludaba a nadie”. Pero resultó elegido e hizo magnífica labor en la Diputación Provincial de Vizcaya. Hasta esa fecha Prieto no se había mezclado en las luchas sociales y políticas de la región. Era Perezagua quien dominaba en ambos sectores. Con el triunfo electoral de Prieto y las dificultades surgidas en un conflicto huelguístico, se iniciaron las luchas internas provocadas por Perezagua contra Prieto. El 1º de mayo habló por primera vez desde la escalinata de la plaza de la Cantera, donde tantas veces lo había hecho Pablo Iglesias. Su triunfo como orador le consagró. Poco después colocó la primera piedra en el solar donde habría de ser construida la Casa del Pueblo de Eibar. Ese mismo año fue inaugurada la Casa del Pueblo de Las Carreras, primera en las Vascongadas, con un discurso de Pablo Iglesias. Llamado a intervenir en el pleito surgido entre Perezagua y Prieto, Pablo Iglesias fue a Bilbao, y en prueba de imparcialidad no quiso hospedarse en el domicilio de Perezagua, como hacía siempre. Pero será mejor reproducir parte de lo que Prieto escribió en un artículo titulado "Apariencias del hombre público":

“Detractores, lejanos y cercanos, los tuve siempre. ¿Qué habría sido de mí sin ellos? Probablemente me hubiese ganado la desidia y tras ella el desfallecimiento, apartándome del tablero político, donde [995] principalmente me sostuvieron siempre cuantos querían derribarme por no servirles de títere. Al comienzo, no comprendiendo la existencia de detractores internos y el encono con que me asediaban, expuse mi extrañeza a un íntimo que, hasta su muerte, me acompañó en los trances malos y en los buenos, quien me dijo: ‘Parece mentira que no te expliques cosa tan clara: todo se reduce a envidia’. Esto ocurría en Bilbao, donde la agresividad interna contra mí creció en 1911 al ser elegido diputado provincial frente a un socialista muy veterano que, habiendo sido antes candidato a dicho puesto, aspiraba a serlo de nuevo. Tanto se agravó la situación que Pablo Iglesias hubo de trasladarse a Bilbao para intervenir en el conflicto. Yo le ofrecí toda suerte de facilidades. ‘Si usted quiere, le dije, renuncio al cargo de diputado y si lo estima conveniente causo baja en el Partido; no seré obstáculo para nada, y cuanto usted disponga lo acepto previamente’. Pablo Iglesias era amigo, desde muchos años, de mi obstinado opositor, en cuya casa solía alojarse, menos aquella vez que su papel de arbitro le impidió admitir el hospedaje de costumbre. Iglesias, que no dejaba quebrantar su convicción por razones de amistad, falló el litigio en contra de su amigo, quien ya no volvió a saludarle y, por despecho, acaudilló más tarde la disidencia comunista bilbaína. Al ser yo elegido diputado a Cortes y pasar al área política nacional desde la local, encontré análogo círculo de hostilidad que, más o menos

reducido, no acaba de extinguirse, ni se extinguirá nunca. Durante la República estuve dos veces encargado de formar Gobierno, una por el señor Alcalá-Zamora y otra por el señor Azaña. En ambas ocasiones renuncié para evitar una escisión en el Partido Socialista. En la primera fueron tales las reticencias con que diputados socialistas y miembros del Comité Nacional examinaban mi posible aceptación que, cansado de oírlas, corté bruscamente el debate con estas palabras: ‘No hay por qué seguir discutiendo, pues ahora mismo voy a declinar el encargo’. Más de un rostro se iluminó de satisfacción, mientras el mío recobraba aspecto [996] de tranquilidad. Ni el señor Alcalá-Zamora, persistiendo en su deseo de que yo presidiera el Consejo de Ministros me concedió varias horas para reflexionar, pero yo lo tenía todo reflexionado y al concluir el plazo juntamente con una siesta reparadora, le llamé por teléfono para confirmarle mi irrevocable desistimiento. La segunda vez no tuve siquiera necesidad de consultar a nadie. El mismo día de su elección presidencial, el señor Azaña me llamó a su residencia de la Casita del Príncipe, en El Pardo, para anunciarme su propósito de ofrecerme en forma debida el Gobierno. Le detallé los motivos que me impedían complacerle. La hostilidad contra mí había aumentado, tomando aspecto de mofa por anunciar yo como próxima la sublevación que estalló en julio, al cabo de dos meses. Ingeniosamente –¡trágico ingenio!– denominábanse ‘cuentos de miedo’ los anuncios urdidos para justificar mi pretensión de que en el Ministerio, y a fin de reformarlo, entraran los socialistas. ¿A qué provocar discusiones estériles, desagradables y peligrosas? Se ha censurado aquella inhibición mía; ¿pero iba yo a gobernar enfrentándome con una fracción considerable de mi partido, lo cual me conduciría a apoyarme en la derecha del Congreso? El Gobierno que yo preconizaba y del que formé parte, prestándole un concurso que indudablemente se me habría negado a mí, se constituyó cuando las cosas carecían de remedio, después de estallar la sublevación, y se constituyó para ir dando tumbos, de Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona y de Barcelona al exilio. Quienes no creían en la sublevación no podían evitarla, ni luego pudimos entre todos dominarla. El cuento de miedo se convirtió en terrible historia, compuesta por tres años de espantosa guerra que enlutó más de un millón de hogares y por trece años de expatriación dolorosa para muchos millares de españoles”.- Indalecio Prieto, 12 de julio de 1952.

A mi juicio, la personalidad de Indalecio Prieto desde su iniciación política activa –Prieto fue fundador de las Juventudes Socialistas en Bilbao, pero no intervino en actos políticos ni sindicales hasta 1911, según él mismo dijo– merece amplio margen, por el papel preponderante que alcanza algunas veces. [997] Por casualidad, el día en que Iglesias recibió, devuelta, su fotografía, fraternalmente dedicada a Perezagua, llegué a su casa, calle de Ferraz, y sin que pudiera contener la emoción que le embargaba, me la enseñó, haciendo los comentarios del caso. ¡Que hombre de odios ancestrales era Facundo Perezagua!

En las elecciones de concejales de 1911 los socialistas entraron en cuarenta ayuntamientos, unidos a los republicanos. En Madrid, Francisco Mora resultó elegido en el distrito de la Inclusa, por 2.287 votos y Mariano García Cortés, en el de Hospital, por 2.118. Como en el Ayuntamiento estaban aún Barrio y García Quejido, la minoría quedó formada por los cuatro concejales socialistas. El 16 de septiembre de 1911, Besteiro dio su primera conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid sobre problemas militares. Era profesor en Toledo, pero se estaba preparando para una cátedra en la Universidad Central. Había sido elegido concejal republicano radical, y a su regreso de Alemania, conquistado por las ideas marxistas, renunció a ese cargo, no sin agradecer

su gesto a los que fueron sus electores en Toledo. Su conferencia no agradó a las autoridades, y Besteiro fue encarcelado y sometido a la jurisdicción militar. Nos conocimos en el patio de la Cárcel Modelo. Inmediatamente de ser liberado, pidió su ingreso en la Agrupación Socialista y en la Sociedad de Profesiones y Oficios Varios, de la que fue presidente poco después. Firmaron su hoja de ingreso Lucio Martínez, José López y López, Emilio Allende y José María Plaza, maestro nacional que emigró a la Argentina años más tarde. Pensamiento de Besteiro, tomado del extracto de la conferencia que le costó ir a la cárcel: “El proletariado español tiene que oponerse a esta guerra y a todas. Aun la guerra motivada por la invasión extranjera no podía moverle a empuñar las armas. España, que ha aprendido en su historia mediante dura lección, lo que valen y lo que cuestan las pasiones y las locuras imperialistas, ni las quiere fomentar en su propia vida, ni se presta a servir las que aún, por desgracia, alimentan otras potencias”.

[998] El 16 de mayo de 1911 se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid el X Congreso de la Unión General de Trabajadores, con asistencia de 110 delegados representando a 350 secciones. Hubo debate empeñado entre Largo Caballero y Lucio Martínez, delegados del Comité Nacional en una huelga surgida en Vizcaya, a cuya región fueron, con Perezagua descontento por la gestión de ambos emisarios. Por inmensa mayoría fue aprobada la conducta de los delegados madrileños. Digamos que Perezagua no consiguió ni el apoyo de los mineros asturianos, representados por Manuel Llanceza. Mora informó de la gestión de los vocales obreros en el Instituto de Reformas Sociales, y fue aprobada por unanimidad. En este Congreso, presidido por Remigio Cabello, intervino Pablo Iglesias. Fue acordado que el *Boletín* de la Unión General de Trabajadores apareciese mensualmente, y de esa labor se encargó Juan Ortiz. Hubo acuerdo contra la guerra de Marruecos, raíz de acuerdos posteriores de trascendencia nacional, como la huelga de agosto de 1917. Digamos que todavía no era afiliado al Partido Socialista Julián Besteiro y que, por tanto, no intervino en esta resolución, luego tan discutida por algunos que la iniciaron. Fue acordado pedir la supresión del trabajo de noche para mujeres y niños. Sin oposición fueron reelegidos Iglesias presidente y Barrio secretario de la Unión General de Trabajadores, que con este Congreso, primero reunido en la Casa del Pueblo, recobró nuevo vigor.

El XII Congreso de la Federación Tipográfica Española se celebró en Valladolid, quedando elegido el Comité del modo siguiente: García Quejido, presidente; Joaquín Seller, vicepresidente; Ricardo Menéndez Santandreu, tesorero; Guevara, secretario; Tarrero, vicesecretario; Arenillas y Lorenzo Muñoz, vocales, todos afiliados a la Agrupación Socialista. En la Casa del Pueblo se reunió el III Congreso de la Federación de Obreros en Calzado, de la que era presidente y siguió siéndolo Lucio Martínez. Igualmente se reunió por entonces [999] el primer Congreso de la Federación de obreros constructores de carruajes. Su principal labor fue aprobar los estatutos por los que había de regirse y aprobar pertenecer a la Unión General de Trabajadores. Para que coincidiera con el Congreso de la Unión General de Trabajadores, las lecciones de obreros mineros decidieron reunirse en Madrid en Congreso, que presidió Toribio Pascual, a petición de los delegados de Vizcaya. No hubo acuerdo entre asturianos y vizcaínos. Solínís, amigo de Perezagua, fue nombrado secretario, con presidencia en Bilbao, donde funcionaría la Federación de Obreros Mineros. Después, la dirección del movimiento obrero minero, con Llanceza como secretario nacional, quedó en Asturias, y en Vizcaya, con Constantino Turiel en igual cargo, parados de aquella región.

En 1911 Virginia González y yo fuimos a Yecla a participar en un acto de propaganda organizado por la Sociedad de Agricultores y Oficios Varios. En la estación nos esperaba un nutrido grupo de trabajadores. Al bajar del tren, una pareja de la Guardia Civil se incautó de nosotros y nos condujo al Ayuntamiento, reunido en sesión, por casualidad. Allí pernoctamos hasta la hora del tren de regreso a Villena, donde nos pusimos en relación con Iglesias y con Verdes Montenegro, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de Alicante, con el cual convinimos volver a Yecla, una vez hechas las oportunas gestiones por Iglesias en Madrid. En efecto, los tres llegamos de nuevo a Yecla, nos recibieron varios centenares de trabajadores en silencio, como habíamos convenido, y en manifestación pacífica entramos en la ciudad, donde se reunió una gran muchedumbre para oír a los tres oradores socialistas. Fue ése el primer acto socialista celebrado en Yecla, donde el Socialismo tuvo votaciones muy nutridas desde entonces. En Yecla hubo casa del Pueblo propia, y Emilio Rubio fue el principal organizador. Después hubo otros actos de propaganda y trágicos sucesos en 1917, en que cayó asesinado el presidente de la organización [1000] Sebastián García, concejal socialista. Julián Besteiro también estuvo en Yecla y en Jumilla. Fue éste el primer acto público en que habló Virginia González, presidenta de la Agrupación Femenina Socialista. No era corriente que las mujeres intervinieran en política, pero yo tuve interés en organizarlas, hasta donde ello fuera posible. Mitin en Madrid por las Sociedades de panaderos, reclamando la prohibición del trabajo nocturno en el gremio, con intervención de Lozano, Cordero, Bayón, Galdeiro y Maeso.

La presión de Pablo Iglesias contra el Gobierno de Canalejas fue constante en 1911, dentro y fuera del Parlamento. En mayo pronunció un discurso contra la guerra de Marruecos, calificada como operación de policía en el Parlamento por los ministeriales. He aquí uno de esos periodos en sesión de Cortes en mayo de 1911: “Operación de policía se llama a lo que se acaba de hacer. Las palabras son una cosa y los hechos, otra. Y éstos demuestran lo contrario, porque según la nota oficiosa y los periódicos, al tomar las tres últimas posiciones se izó la bandera y se dieron vivas a España. (Rumores. El Sr. Amado: ¿Pues a quién se iban a dar los vivas?). No saquemos las cosas de quicio, señores; al decir que se dieron vivas a España, no quiero significar que se debieran darse muertas, sino simplemente poner en relieve que no se trata de una simple operación de policía. También otra operación de policía costó mucha sangre y mucho dinero... (El señor Amado: Eso no tiene que ver con los vivas que se dieron allí.) ¡Ya lo creo que tiene que ver, como el poner la bandera! Si invirtiéramos los términos –y con esto respondo a los que me interrumpen– y si se hiciera lo mismo con nuestro país ¿tendríais esa misma opinión también? (El señor Amado: ¡Claro que no!) Pues con esto están contestadas cuantas interrupciones se me han hecho”.

[1001] Replicando a Canalejas, que desde el banco azul había atacado al diputado socialista recordando periodos de éste “cuando era obrero”, Iglesias, sin inmutarse, replicó: “Sin que le disgusten las reformas sociales, la clase obrera lo primero que quiere es respeto al derecho de reunión y al de asociación, un respeto grande, porque para desenvolver su organización, para obtener cuanto ella anhela esos derechos son lo que el oxígeno para la vida, y ninguna de esas leyes valdrá mucho si no hay fuerza obrera que las haga cumplir, y si se oponen dificultades al derecho de asociación y al de reunión, el que se dicten aquéllas nada significa”.

Insensata política de Canalejas

Capítulo de atropellos y persecuciones durante el Gobierno canalejista, los siguientes, entre otros. Estoy en libertad provisional por la hoja convocando al mitin del teatro Barbieri, suspendido por las autoridades, que dio margen a convocar otro sin manifiesto-convocatoria, para evitar procesos. Como abrir proceso por un acto suspendido no era legal, redacté un artículo que publica *El País*, y me cuesta volver a la cárcel, condenado a seis meses y un día con arreglo a la Ley de Jurisdicciones, es decir, sin apelación posible. Es un atropello incalificable, hay periódicos que protestan, con sordina, naturalmente, porque las sentencias de la jurisdicción militar son inatacables, y discutir las equivale a caer en la red de la maldita ley. El 3 de diciembre de 1911, tercer consejo de guerra contra mí, estando preso cumpliendo la pena impuesta a que he aludido anteriormente, y a pesar de la defensa del capitán de Infantería Enrique del [1002] Castillo, un año y un día de prisión, y agradecido encima, porque el fiscal pidió contra mí, por anarquista, dos años. Naturalmente, yo hice constar que jamás había sido anarquista, pero que era socialista y no renunciaba a seguir siéndolo. Preso estaba entonces Ramón Martín, fundador de la Sociedad de Panaderos, por sentencia de la jurisdicción civil, al servicio del gremio de fabricantes de pan faltos de peso, que no iban a la cárcel, a pesar de cometer ese y otros delitos.

Estando preso, entró también en la Cárcel Modelo madrileña Juan Almela Meliá, responsable, como director de *Vida Socialista*, de la publicación de dos artículos aparecidos en dicha revista firmados por Pablo Iglesias. Como contra él no podía ir Canalejas, buscando rendirle, se ensañó con su hijo político. Meliá fue defendido por el comandante Sanjurjo, apellido de gran resonancia militar. Por la jurisdicción civil, Meliá al mismo tiempo sufrió otro proceso, por el cual fue condenado a ocho años, por ataques al régimen monárquico. Fue defendido por Salvatella, diputado republicano conjuncionista, quien apeló ante el Tribunal Supremo; entretanto hubo indulto por delitos de prensa, y Meliá se libró de volver a la cárcel. De paso digamos que Salvatella, que llegó a ser presidente de la Conjunción y a tomar parte en un mitin celebrado en la Casa del Pueblo, horas después de aquel acto, juraba el cargo de ministro de Instrucción Pública, catequizado —¡como tantos otros!— por el conde de Romanones. Largo Caballero, igualmente durante este turbio periodo canalejista, fue condenado a seis meses y un día por la convocatoria a un mitin. Hubo recurso ante el Supremo, por lo civil, y entretanto fue incluido en un indulto de carácter general. Juan Lamonedá, afiliado a la Juventud Socialista, también fue procesado [1003] por un artículo publicado en *Vida Socialista*, del que respondió ante la jurisdicción civil. García Cortes, todavía secretario del Partido Socialista, fue encarcelado por un discurso pronunciado en el mitin franco-español a que nos referimos en otro lugar. Su detención duró tan poco que ni siquiera se inició proceso. En *Heraldo de Madrid*, donde era redactor Juan José Morato, apareció una noticia alarmante relativa a la salud de Iglesias. Por fortuna, la noticia divulgada era exagerada, pero el hecho produjo mal efecto, prestándose a comentarios desagradables contra su autor, que adulaba demasiado a Canalejas.

El primer hombre de la Unión General de Trabajadores que recorrió Cartagena y su sierra fue Vicente Barrio, en funciones de secretario de dicho organismo. Estuvo allí con motivo de una catástrofe ocurrida en las minas de La Unión, que conmovió a la opinión pública. Desde el primer momento fue objeto de ataques por parte de los amigos de Maestre y demás explotadores de las riquezas de aquella región, auxiliados por el periódico diario que aparecía en Cartagena,

órgano de un radical que se entendía con Romanones y éste, a su vez, con Cierva y sus aliados murcianos. Barrio se defendió bravamente contra toda suerte de ataques, hasta el punto de que la Unión General publicó un folleto con el informe redactado por su secretario, que sirvió de base a Pablo Iglesias para llevar al Parlamento las denuncias de Barrio, dando lugar a que el Gobierno encargara al Instituto de Reformas Sociales girase una revista de inspección en las minas cartageneras, comprobándose las acusaciones formuladas por el representante de la clase trabajadora organizada.

En septiembre surgió una huelga general en Bilbao, extendida al resto de la región vasca, con centenares de detenidos. Hubo fórmula de arreglo, con victoria relativa, y no era poco, dadas las circunstancias [1004] políticas. En Asturias, también en 1911, hubo un paro general provocado por el Sindicato minero, que consiguió una victoria positiva, porque desde entonces se establecieron relaciones normales con la patronal, al reconocer oficialmente la organización obrera, salvo en el coto de Comillas, que tampoco pertenecía a la patronal. Pero Comillas no tardó en caer, mediante un plebiscito en el que intervino el general Marvá, en representación del Instituto de Reformas Sociales, cuya imparcialidad fue justamente elogiada por los mineros astures.

En el resto de las regiones también estallaron huelgas importantes, resueltas a veces con victorias y otras con derrotas provocadas por las autoridades al servicio de la clase patronal. Hubo de todo en aquel periodo, turbio por más de un concepto. Uno de estos casos difíciles de clasificar, por los elementos que intervinieron y las consecuencias que tuvo, fueron los graves sucesos desarrollados en Cullera (Valencia), donde dominaban los anarquistas. Hubo un motín popular, que sorprendió a las autoridades por sus consecuencias. Dueños de la situación, murieron mutilados el juez, el escribano y el alguacil, los tres de Sueca, pero en función de sus cargos, en Cullera, entre el regocijo de la muchedumbre, que los odiaba. Los sucesos trágicos de Cullera, agrandados, sirvieron de maravilla a los sectores reaccionarios para reclamar sanciones ejemplares. Las víctimas no tenían simpatías en la región y no eran militares, y Canalejas sintió temor a las consecuencias políticas que tales medidas pudieran producir en el país. El único cuya pena de muerte no fue conmutada por la de reclusión perpetua era el más comprometido de los condenados, Juan Jover Corral, el *Chato de Cuqueta*. [1005] Canalejas dio largas al desenlace, buscando el momento oportuno para aconsejar el indulto de pena tan grave a Alfonso XIII, sobre quien recaería la gratitud popular. En efecto, el 12 de enero de 1912, cuando las aguas habían vuelto a su cauce, el *Chato de Cuqueta* vio conmutada su pena por la de cadena perpetua.

El 17 de abril de 1911 surgió en Madrid un gravísimo conflicto en el ramo de la edificación. La Sociedad de Albañiles sostenía pugna con la Sociedad de Peones en general. Las dos admitían peones en su seno, estaban dentro de la Unión General de Trabajadores y administradas por afiliados al Partido Socialista. No era pugna de ideales, sino de intereses. A punto de terminar el plazo concertado con la patronal para renovar el contrato de trabajo, conociendo ésta el problema interno que perturbaba las relaciones sociales —el conflicto se extendía por derivaciones inevitables, a casi todas las Sociedades del ramo de la edificación— se negó a firmar un nuevo contrato en las condiciones que pedían los albañiles, y lanzó a la calle a los obreros. El cierre patronal se convirtió bien pronto en huelga casi general en profesión tan importante en Madrid. Canalejas, de acuerdo con la patronal, dejó se vaciaran las cajas de resistencia para humillar a los

trabajadores con una escisión capaz de producir un cisma en la organización obrera madrileña. Sin duda estaba bien informado. La clase patronal en Madrid pasó a ser dirigida por contratistas de obras de origen catalán, intransigentes con la organización obrera y hasta con el intervencionismo gubernamental, especie de anarquistas con cuenta corriente en el Banco de España, acostumbrados a resolver los problemas sociales a tiros y con encarcelamientos. En Madrid esos procedimientos patronales encontraban hostilidad. El duque de Tovar, hermano del conde de Romanones, que hacía política municipal, intentó actuar de mediador, sin conseguirlo. Por conducto de Morato, entregó 35.000 pesetas y hasta publicó algún trabajo humanitario sentimental, favorable a los obreros. Por fin, intervino en el conflicto de la edificación el Instituto de Reformas Sociales, que decidió [1006] volvieran al trabajo en las mismas condiciones, mientras una Comisión estudiaba bases que resolvieran los problemas planteados por ambas partes. Hubo votación entre los albañiles, y esta decisión fue adoptada por 3.127 votos contra 2.008.

Hasta tal punto llegaron las cosas que la Unión General de Trabajadores, con fecha 21 de septiembre de 1911, declaró la huelga general, como protesta contra la guerra de Marruecos –en este precedente se inspiró Besteiro en agosto de 1917– y por solidaridad con los huelguistas de las regiones donde la lucha era más áspera, Vizcaya una de ellas. Canalejas declaró el estado de guerra, clausuró la Casa del Pueblo, cerró los centros obreros en toda España, hubo detención de militantes a docenas y durante nueve meses tuvo suspendida la vida oficial de la Unión General de Trabajadores, tantos como duró el cierre de la Casa del Pueblo. Algo increíble en un gobernante que había sido diputado republicano. A pesar de estas persecuciones, las organizaciones obreras madrileñas funcionaron donde les fue posible, hasta el extremo de que el Comité de la Unión General no dejó de reunirse semanalmente, aunque se había incoado proceso por asociación ilegal. De toda la documentación se incautó el Juzgado, procesando a cuantos formaban parte de la dirección de ese organismo, salvo al presidente, por ser diputado a Cortes. Por estas dificultades no pudo reunirse el Congreso ordinario del Partido Socialista en la fecha reglamentaria.

Algunos marineros del guardacostas *Numancia*, anclado en Tánger, se sublevaron el 2 de agosto de 1911. Antonio Sánchez Moya, fogonero del buque, que en política militaba en el partido de Lerroux, fue fusilado inmediatamente, sin que pidiera el indulto el jefe del Partido Radical. En realidad, ese movimiento no interesó a la opinión pública, que estaba comprometida con problemas sociales internos. Pablo Iglesias, no obstante, comentó ese acontecimiento en un trabajo periodístico, censurando duramente a Canalejas. Por el contrario, Lerroux tuvo el atrevimiento de decir en plena sesión del Congreso de los Diputados que le parecía bien el fusilamiento de Sánchez Moya.

[1007] El ministro de la Gobernación anula el acuerdo adoptado por el ayuntamiento radical lerrouxista de Barcelona conocido con el nombre de "la cal, el yeso y el cemento", corroborando con ello la inmoralidad que envolvía la decisión adoptada por los concejales barceloneses, puesta de relieve en el Parlamento por Camer, Azcárate e Iglesias. En 1911 se celebró en Madrid el primer mitin organizado por los ferroviarios adheridos a la Unión General de Trabajadores, con un acto en el teatro Barbieri, en el que hablaron Barrio y otros delegados de las Sociedades de Oficios Varios, aunque ninguno de ellos era ferroviario, para evitar represalias de las empresas. Durante el verano Iglesias intervino en mítines conjuncionistas en Vigo, Bilbao,

Valencia, Barcelona, San Sebastián, Oviedo y Santander, tarea enorme dada su edad y sus enfermedades. En enero de 1911 comenzaron las actividades del Grupo cultural Escuela Nueva, presidido por Manuel Núñez de Arenas, que organizó clases y conferencias en la Casa del Pueblo, donde hablaron Francisco Cambó, el vizconde de Eza y no lo hizo Eduardo Dato porque intervino Besteiro para impedirlo, ganándose la enemistad del grupo capitaneado por Núñez de Arenas, casi monárquico entonces, sin perjuicio de aparecer como extremista y comunista, poco después. La primera mujer que escribió con asiduidad en prensa socialista fue Isabel Muñoz Caravaca, profesora en Guadalajara; lo hizo también Rosario de Acuña, madrileña que residía en Gijón, simpatizante con los grupos obreros de extrema izquierda. Yo conseguí que un grupo escolar del distrito de La Latina llevara su nombre. Comienza a publicarse en Valencia el semanario *República social*, y en Valladolid, *Adelante*, ambos órganos de las respectivas Agrupaciones socialistas. Son elegidos concejales socialistas en Gijón, Díaz de la Torre y Bayón. En Avilés, José González y Eduardo Fernández. En Santomillano, altura entre Mieras y Sama, jira de izquierdas con intervención de [1008] Melquíades Álvarez y Pablo Iglesias, que se abrazaron en público, aunque desconfiando en el fondo del republicanismo de Melquíades, como quedó comprobado después. Pensamiento de Pablo Iglesias, hecho público en 1911 precisamente: “No basta por eso, para hacer que triunfe una idea, para implantar una institución, para adquirir verdadera fuerza, lograr reunir en torno a una bandera mucha gente, si ésta no reúne las cualidades que exigen los principios estampados en aquella. Lo que engendra fuerza positiva, lo que crea luchadores que impongan respeto al enemigo y den la victoria a las ideas, es una educación política seria, honrada, viril, y en la que los actos tengan más influencia que las palabras”. En 1911 tuvo lugar la inauguración, con discursos de Pablo Iglesias, de las Casas del Pueblo de Las Carreras y de San Julián de Musques, región minera de Vizcaya, merced al apoyo económico de Merodio, concejal socialista de Bilbao, con discursos de Pablo Iglesias.

[1009] *La huelga de Ríotinto*

La Federación Nacional de Ferroviarios quedó constituida en 1912. Hagamos notar que el núcleo mayor de adhesiones tuvo origen entre oficinistas de la Compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante, uno de ellos, Ramón Cordoncillo, expulsado por traidor en la huelga de agosto de 1917. Ahora bien, no es exacto, como afirma un historiador, que Cordoncillo saboteara la huelga ferroviaria de 1912. Por entonces no dominaban los ferroviarios en la dirección del movimiento sindical. Sin ser clandestina, la organización ferroviaria se desenvolvía bajo la vigilancia de socialistas y ugetistas de probada solvencia, ajenos a las empresas de ferrocarriles. Vicente Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores desde 1904 a 1918, llevó la dirección de los trabajos de las Secciones de ferroviarios a medida que se iban construyendo, como presidente del Comité Nacional, hasta el año 1916, en que ocupó ese puesto Daniel Anguiano, sin la experiencia y la capacidad de Barrio, con Ramón Cordoncillo, como secretario, con menos preparación aún que Anguiano. Un error que costó caro.

Entre los ferroviarios de la cuenca minera de Ríotinto surgió la idea de asociarse a la Federación Nacional presidida por Barrio, y se dirigieron a él en ese sentido. Encontrar hombres en condiciones de hacerlo no era tarea fácil. Eladio Fernández Egocheaga había perdido su empleo a consecuencia de la prisión relacionada con el mitin de Barbieri. Interinamente fue

colocado en la Secretaría de la Sociedad de Profesiones y Oficios varios para ayudar a los trabajos de organización de los ferroviarios. Vicente Barrio se fijó en él, y fue enviado a Ríotinto en representación de la Unión General; pero tan pronto llegó allí se olvidó del origen de su nombramiento y se convirtió en jefe de un ejército en lucha contra un enemigo difícil de vencer. Con Egocheaga, y bajo sus órdenes, intervinieron en Ríotinto otros dos jóvenes socialistas madrileños: Agustín Marcos Escudero, que en [1010] 1931 fue diputado socialista por la provincia de Huelva, y Luis Fernández Mula, de la Sociedad de Estuquistas, en eterna disputa con Largo Caballero, de la misma profesión.

La influencia socialista en Nerva, núcleo de máxima importancia en la cuenca minera, había sido labor de Antonio Serrano, alpargatero de Elche, quien estaba en constante comunicación con Pablo Iglesias. En Nerva funcionaba la Agrupación Socialista y de allí irradiaba propaganda para el resto de la provincia. Entre los militantes de la organización obrera en aquella región hubo uno, Félix Lunar, que publicó un libro en 1956, titulado *A cielo abierto: de Ríotinto a Norteamérica*, y se estableció en Estados Unidos. Lunar fue concejal socialista en Nerva, intervino en los movimientos obreros de aquella región, y su libro es un documento de primera mano para quienes deseen conocer uno de los movimientos sindicales de mayor relieve de aquellos años. La huelga de Ríotinto tuvo resonancia nacional. El libro contiene un epílogo escrito por Egocheaga de escaso interés. En cambio, Félix Luna sabe lo que dice y lo dice además sin propósito de mortificar ni halagar. Era un hombre de una pieza. Vale la pena leerle:

“A poco de llegar Egocheaga a Ríotinto planteó con urgencia la huelga contra la Compañía minera. La causa era necesaria y justa. Creo que por parte de Ego se sentía también la necesidad de justificar su presencia allí. Pero un hombre responsable debe reflexionar mucho antes de lanzar a un movimiento de esa naturaleza a quince mil hombres que viven al día contra una poderosa empresa que puede permitirse el lujo de tirar un puñado de millones de pesetas. Yo estuve desde el primer momento opuesto a la huelga: ‘No es el momento oportuno, por nuestra falta de experiencia societaria; por la carencia de recursos pecuniarios –tenemos en caja del Sindicato cincuenta mil pesetas–; por nuestro aislamiento de las organizaciones nacionales. Todo esto nos aconseja prudencia. Nos toca pelear con un enemigo poderoso y necesitamos antes pertrecharnos bien’. Todo aquello no tenía importancia. Había que ir a la huelga. Y fuimos. En los últimos días de julio de 1912 se convocó una asamblea general en la plaza de toros de Nerva para tratar de la huelga. Un día de fiesta. El público hacía rebosar la plaza. Y el entusiasmo por la huelga hacía rebosar al público. No bajarían de veinte mil personas las allí congregadas. Hablar de la huelga era provocar una tempestad de aplausos. Ni una objeción en contra. En aquel ambiente, cargado de peligros, ocupé la tribuna por primera vez en mi vida ante el público. Yo sé lo que me costó. Mi aparición produjo en el público gran sensación, que vino a aumentar mis escasas facultades oratorias. Pero haciendo de tripas corazón, hablé. Y reconociendo la justicia de los trabajadores, razoné contra la huelga. Había estudiado la situación de ambos beligerantes y sinceramente creía que llevábamos la peor parte. Debíamos esperar. Respetuosamente mi opinión fue rechazada. Por aclamación se acordó la huelga. Se procedió a nombrar la comisión que debía dirigirla. El primer nombre que salió a la plaza fue el mío. Volví a hacer uso de la palabra. Parecía ilógica mi designación, habiendo allí muchos compañeros más capaces que yo, con la ventaja del convencimiento. A ellos correspondía mi puesto. No; iría yo. Así fue acordado por aclamación, y

fui”.

En efecto, fue de la Comisión de huelga, presidida en calidad de jefe –el término lo utiliza Lunar en su libro con simpática naturalidad– por Egocheaga. El movimiento estaba previsto para el 12 de agosto, pero estalló el 6 por un error. Fue un éxito clamoroso. Veamos cómo describe Lunar al jefe de aquella huelga : “Cuando yo conocí a Egocheaga era un joven que no llegaría a los treinta años con una educación elemental y relativa facilidad de palabra, era un buen peón de agitación de las masas. Por su falta de madurez o su sobra de imaginación, era un mal organizador y un administrador [1012] pésimo. Supliendo su escasa estatura corporal, llevaba su fantasía montada en zancos. Y todas sus obras las construía en las nubes, sin preocuparse para nada de los cimientos. El presupuesto para él era una asignatura desconocida”. El retrato es de mano maestra. Egocheaga hizo imposible que la Unión General de Trabajadores interviniera en el conflicto de Ríotinto, resuelto mediante un laudo oficial, del que pudo haber salido una victoria con otra táctica y otro hombre. Pero faltaba seso. Lunar describe la gestión sin acrimonia, hasta con benevolencia. Lunar volvió a la mina y Ego –así lo nombra Lunar– montó al aire servicios fantásticos y periódicos costosos. Una ruina. La Compañía de Ríotinto y los caciques a su servicio esperaron hábilmente su momento, y cuando llegó surgieron las denuncias, los castigos y las deportaciones. Los muebles se liquidaron como la sal en el agua. Hasta Egocheaga tuvo que salir de Ríotinto. Lunar, en cambio, seguía en la mina.

Hubo elecciones de concejales y los socialistas obtuvieron las mayorías en los pueblos mineros, con las alcaldías en sus manos, sin la necesaria capacidad para desempeñar esos puestos. Lunar fue concejal socialista en Nerva contra su voluntad. En 1965 falleció en California (Estados Unidos) Félix Lunar, fundador de la organización sindical de Ríotinto, de la organización socialista en Nerva, junto a José Serrano, alpargatero emigrado de Elche, con motivo de la huelga allí sufrida por los operarios de esa profesión, quien llegó a ocupar la alcaldía de esa población. Eladio Fernández Egocheaga falleció después que Lunar, en México, donde fue afiliado al Partido Socialista hasta el fin de sus días.

[1013] *Dentro y fuera de España*

La Cierva gana un pleito contra *El Liberal* y quiso entregar el producto de la indemnización a que tuvo derecho a los tipógrafos; al rechazárselo el Arte de Imprimir, lo donó a la Academia de la Lengua Española. Alfonso XIII dijo al pintor Sorolla que él era liberal; éste se lo refirió a Simarro, Azcárate y Melquíades Álvarez. Consecuencia: banquete en honor de Melquíades para crear el Partido Reformista, acudiendo lo más lucido de la intelectualidad española: Ortega y Gasset, Azaña, Fernando de los Ríos y varias docenas más de personalidades. Etapa de la revista *España*, dirigida por Ortega, Azaña y Araquistain. Congreso universal eucarístico: el rey pone en ridículo a Canalejas, el anticlerical. Gonzalo de Reparaz, en *Páginas turbias de la historia de España*, revela que Romanones y Canalejas estuvieron de acuerdo para llevar al Congreso de Diputados a cuantos escritores se dejaran conquistar. Inauguración del Casino radical, de Lerroux, en Madrid, pronunciando discursos, entre otros, Ortega y Gasset y Barriobero. Mitin contra Canalejas en Madrid, con intervención de Hermenegildo Giner de los Ríos, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Salillas y Pablo Iglesias. Asamblea republicana presidida por Sol y Ortega, fracasando poco después. En la sesión del Congreso de los Diputados del 2 de junio de 1913, Lerroux hizo la

siguiente declaración: “Hay muchos que se jactan de derribar gobiernos con un discurso. Nuestra minoría ha hecho más: mantener un Gobierno muerto. Yo quiero ser franco y sincero para decir que sí, que nosotros, que nuestra minoría, hemos colaborado con el Gobierno. La huelga general que querían llevar a cabo las Sociedades obreras el año 1911 en Barcelona la hice fracasar con mi influencia en beneficio de la burguesía catalana”. ¿Cabe mayor frescura? Pues así era Lerroux. Consolidación de las federaciones patronales, que se lanzan a la lucha contra el movimiento obrero.

[1014] Emilio Frugoni es el primer diputado socialista elegido en Uruguay. En 1911 el número de diputados socialistas en los diversos países de Europa era el siguiente: Austria, 88; Finlandia, 34; Francia, 76; Alemania, 45; Italia, 44; Inglaterra, 40; Suecia, 36; Bélgica, 34; Dinamarca, 24; Noruega y Luxemburgo, 10 cada país, y Holanda y Suiza, 7 cada uno. Movimiento revolucionario en China, que dará lugar en 1912 al triunfo de Sun-Yat-Sen, hundiéndose el Celeste Imperio. Coronación de Jorge V en Inglaterra. Marie Curie recibe el Premio Nobel de Química. El aviador Vedrines aterriza en Carabanchel (Madrid). El explorador noruego Amundsen llega al Polo Sur. En Bélgica se crea la Central de Educación Obrera, inspiración de Vandervelde, quien recibió importantes donativos para desarrollarla.

Anarquistas y lerrouxistas, de acuerdo para combatir a los socialistas, hacían cuanto estaba a su alcance para obstaculizar la propaganda de Pablo Iglesias, cuando éste recorría algunas provincias levantinas donde tenían fuerza esos elementos. En el libro *Pablo Iglesias: su vida íntima*, de Juan A. Meliá, hay datos de cómo actuaban contra él: en Alicante y Almansa habían hecho de las suyas nuestros adversarios; pero el 2 de junio, en Játiva, los oradores socialistas se ganaron una grita bien servida; se produjeron incidentes de varias clases y el mitin quedó suspendido por la autoridad. Véase cómo me lo contaba el Abuelo en carta fechada el día 4: “Ayer noche se efectuó a medias el mitin de ésta. Por el escrito que ha mandado Sanchís hoy mismo verás la hazaña de los *afines*. Como por lo ocurrido en Almansa y Alicante, se ve que esta bárbara intolerancia obedece a un plan, esto es, a no dejarnos hablar en donde los republicanos tengan fuerza, conviene que en el próximo número de *El Socialista*, como fondo, salga un duro artículo contra los que dirigen campaña tan salvaje. El título de este [1015] artículo convendrá que vaya a dos columnas para que llame la atención lo más posible. Ese proceder reaccionario de los falsos demócratas debe servir también de motivo para recomendar a los nuestros que tomen con el mayor interés lo de *El Socialista* diario”. Pocos días después de aquel hecho, el 16 del propio mes, me escribía nuevamente y también desde Játiva para referirme cómo, al fin, se había podido celebrar un mitin y otras reuniones. Copio la carta casi íntegra: “Yo sigo flojo, y ya no me repondré hasta que regrese a Madrid. Lo que gano en un día de descanso lo pierdo en cuanto celebro una reunión. La noche del sábado en que salió de aquí la familia me encontré bastante mal, hallándome en pésimas condiciones para tomar parte en el mitin del domingo. Este salió bien y los republicanos no hicieron nada contra nosotros. Atribuyo esto a diversos motivos. El público, al revés de lo que ha dicho la prensa, fue numeroso. El lunes, aunque con trabajo, di una conferencia en la Casa del Pueblo, a la que fui invitado por su directiva. Acepté la invitación porque entendieron los compañeros que sería de alguna utilidad el que yo hablara allí. Mi conferencia versó sobre varios puntos relativos a organización obrera: necesidad de que las Sociedades obreras estén nutridas por la mayoría de los individuos de los respectivos oficios;

necesidad de satisfacer cuotas no sólo mayores de lo que importan los gastos generales, sino lo más elevado posible; conveniencia de preocuparse, a la vez que de mejorar las condiciones de trabajo, de atender a otras necesidades (enfermedad, inutilidad, instrucción, paro, etcétera, y por fin, dar a la organización obrera no carácter únicamente profesional, local, regional o nacional, sino internacional, cual corresponde a una clase que sufre la explotación y la tiranía de otra. Después manifesté que en ese criterio se había inspirado la organización obrera madrileña y señalé los buenos resultados que ha obtenido. Anoche se ha celebrado aquí una nueva reunión, en la que di una conferencia sobre "Programa y táctica del Partido Socialista". Dije lo mismo que hubiera dicho en la reunión suspendida por el escándalo que armaron los republicanos, [1016] y nadie formuló la menor protesta. Tuvimos un lleno. Los compañeros de ésta han quedado muy satisfechos. Hice un verdadero esfuerzo para poder hablar una hora y pico”.

Ya con la Conjunción, el 16 de julio de 1911, Meliá reproduce parte de lo que Iglesias le escribió desde Barcelona, donde los lerrouxistas interrumpieron a los oradores en un mitin presidido por Corominas y en el que hablaron Soriano, Azcárate, Valles y Ribot e Iglesias: “El mitin se verificó no obstante las protestas de algunos grupos de lerrouxistas, que se formularon desde el principio y que duraron mucho tiempo. La autoridad, remisa en un principio (creo que cómplice también), más tarde tuvo que desalojar algunos palcos de lerrouxistas y aun echar mano a varios de éstos que ocupaban otros palcos. Después de esto, las interrupciones que hicieron los que quedaron en el local fueron muy pocas y ahogadas por el público. El local era amplio; pero si lo hubiera sido dos veces más, público hubiese tenido para ocuparlo. De aquí salgo mañana para Castellón, donde por la noche hablaré de nuevo contra las aventuras guerreras. Descansaré en Valencia un día y regresaré a Madrid el jueves por la mañana. Si aquí hubiera acierto, ¡cuánta fuerza recogeríamos! La acción de los lerrouxistas (Lerroux marchó anoche de aquí) ha sido digna de los más bárbaros. Están a la altura, si no los sobrepasan, de los que componen los roquetes. Veremos qué dicen y qué partido procuran sacar los monárquicos de la salvajada”.

En 1911 Juan Jaurès hizo una gira por la República Argentina pronunciando conferencias. Antonio Fabra Ribas, que era redactor de *L'Humanité*, de París, dio lecciones de español a Jaurès, para completar los conocimientos que éste tenía de nuestro idioma. En Buenos Aires, Justo hizo la presentación del tribuno francés, que alcanzó gran éxito en su labor educadora.

[1017] Con el pseudónimo de *Martín Piñol* colaboraba en 1911 en *La Correspondencia* de España Manuel Azaña. Claudio Frollo, anarquista, escribía en *ABC*, de Luca de Tena. Ramiro de Maeztu, defensor del fabianismo inglés, combatía la política de Cierva y Maura. Fiol publica *Los domadores del éxito*, con una biografía de Pablo Iglesias. Augusto Vivero, *España libre*, diario en el que entró como redactor Tomás Álvarez Ángulo. Eduardo Barriobero publica *La palabra libre*, donde fue secretario de redacción Ramón Martínez Sol. Carmen de Burgos, *Colombine*, colabora en *Heraldo de Madrid*, y Violeta, en *El País*. Ambas escritoras pronunciaron conferencias en la Casa del Pueblo de Madrid, y Carmen de Burgos fue afiliada a la Agrupación Femenina Socialista. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza estrenan en Granada *El Alcázar de las Perlas*, de Francisco Villaespesa, y en Madrid, *En Flandes se ha puesto el sol*, de Eduardo Marquina. En el Teatro Español, de Madrid, se representa *Casandra* de Benito Pérez Galdós, que apareció como novela en 1905. En el Teatro Lara, *Canción de cuna*, de los Martínez Sierra, quienes hicieron una reedición en 1917 dedicada por sus autores al comité de huelga. Se estrena *Molinos de viento*,

zarzuela de Pablo Luna. Palacio Valdés publica su novela *La aldea perdida*. En Inglaterra Ramsay McDonald publica *Socialismo*, y Norman Angell *La grande ilusión*.

Fallecieron en 1911, entre otros: en Lisboa, Azedo Guecco, tipógrafo, fundador del socialismo portugués, quien asistió en Madrid a la inauguración de la Casa del Pueblo. El diputado socialista por Berlín Paul Singer, de gran prestigio y autoridad en el Socialismo germánico; Rafael Pérez del Álamo, barbero de Loja (Granada), donde organizó un movimiento revolucionario en 1861, salvando la vida milagrosamente; Carolina Coronado, poetisa; Teodoro Llorente, literato valenciano; Juan Maragall, poeta catalán; Carlos Fernández Shaw, poeta y autor dramático; Vital Aza, comediógrafo asturiano; José M. Valles y Ribot, destacado republicano catalán.

[1018] “Si se hubiera cumplido la exhortación que el señor Canalejas dirigió en un mitin a sus oyentes, a estas horas habría sido fusilado el presidente del Consejo de Ministros, y fusilado por la espalda. La traición a sus ideas ha sido total. Las ha traicionado como liberal y demócrata, pisoteando todas las libertades y uniéndose a los elementos reaccionarios poniendo las bayonetas y las demás fuerzas del Estado a favor de los intransigentes patronos de Bilbao, patronos que le trataron cual tratan los más déspotas a sus domésticos”.- Pablo Iglesias, 9 octubre 1911.

“A veces, con frecuencia, nos equivocamos; pero nos equivocamos todos incluso el propio Ortega. Hubo un tiempo en que el propio Ortega creyó que era un hombre egregio el político más corrompido y lo que es peor aún más inepto que ha habido en España: Alejandro Lerroux. Yo he oído hablar a Ortega en un mitin organizado por este hombre funesto. Yo he leído un artículo suyo titulado "Lerroux o la eficacia", artículo que, sin duda por vergüenza retrospectiva, ha suprimido en sus obras completas”.- Luis Araquistain. (El artículo a que se refiere Araquistain figura en las *Obras completas* de Ortega y Gasset, y el mitin a que alude fue la inauguración del círculo Radical, en la calle del Príncipe, a todo lujo, en cuyo acto con Ortega, habló Eduardo Barriobero.)

“¿Quiénes son las plañideras, los responsables que alzan el grito en expresión de los dolores nacionales? Don Joaquín Costa, un santo; don Francisco Giner, otro santo, don Pablo Iglesias, otro santo. Costa ha dado a España las ideas políticas que discutimos actualmente; Giner ha preparado a nuestros mejores profesores; Iglesias ha dado a los obreros sus comienzos de organización. En estas figuras máximas de plañideras, los lamentos no han estorbado su obra”.- Giménez Caballero, 1911.

Suicidio de Lafargue y de Laura Marx

“Si Lafargue hubiera venido a España en noviembre de 1868, como vino Fanelli, ¡de qué modo tan diferente hubieran ido las cosas!”, escribió Morato, al hacer la biografía del yerno de Marx. Exacto. Porque contra lo dicho por anarquistas interesados en desorientar a los que han querido informarse acerca de los orígenes del movimiento obrero, Lafargue vino a España huyendo de las persecuciones de que eran víctimas cuantos habían intervenido o simpatizado con la Comuna de París. Marx y Engels fueron ajenos a esa emigración, y ninguno de los dos hizo nada por estimular ni intervenir en los asuntos de España durante los primeros tiempos de la revolución de septiembre. No creían posible que el proletariado español, en 1868, adquiriera una

conciencia de clase, cuando en España no existía movimiento industrial, salvo en Cataluña, y eso menos de lo que se ha dicho. Vino Fanelli, enviado y pagado hasta donde pudo hacerlo, por Bakunin, con instrucciones favorables a la Alianza, no a la Internacional creada por Marx. Y las ideas de Fanelli fueron seguidas, en sus primeros tiempos, incluso por Mora e Iglesias. Fue Lafargue quien les descubrió la verdad: la Internacional era una cosa y la Alianza creada por Bakunin otra muy diferente. De todos modos, Marx no hizo nada en favor del movimiento socialista español. Engels, aunque tarde, sí, pero lo hizo después de haber abierto brecha Lafargue, verdadero fundador del Socialismo hispano.

Había nacido en Cuba en 1842, cuando la isla era española, de padres franceses, hasta que éstos se trasladaron al Mediodía de Francia, donde Lafargue estudió medicina, sin que los acontecimientos políticos en que intervino le permitieran terminar su carrera. Lo hizo en Londres, donde conoció a Marx y a Engels y donde contrajo matrimonio con Laura Marx, regresando a Francia con la esperanza de encontrar solución a sus problemas económicos. Pero surgió la Comuna, y al ser vencida, cuantos habían intervenido o simpatizado con aquel movimiento [1020] fueron fusilados, deportados, perseguidos cruelmente. Laura y Pablo Lafargue salvaron la vida –o, por lo menos, la prisión– refugiándose en España. Laura, con un hijo, instalándose en San Sebastián; Lafargue atravesando a pie, con mil sufrimientos, los Pirineos. Las autoridades españolas, obedeciendo a las de Francia, obligaron a los refugiados galos a internarse lejos de la frontera. Por ello, y no por órdenes de Marx, Lafargue y su compañera llegaron a Madrid. Y entonces, naturalmente, el yerno de Marx propagó los ideales de los autores del *Manifiesto Comunista*, desconocidos en España. Lafargue se hizo amigo principalmente... ¡de Anselmo Lorenzo! Digamos que éste nunca lo negó y que sufrió persecuciones por creerle sus correligionarios anarquistas en relaciones secretas con Marx y sus amigos. Nunca fue esto verdad. ¡A qué extremo han llegado los sectarismos y los odios entre españoles!

Lafargue fue fundador del Socialismo en Francia con Guesde y con José Mesa, socialista malagueño instalado en Francia por cuenta de la empresa editorial en la que trabajaba en Madrid. Fue Mesa quien ayudó especialmente a Guesde, que en su juventud había sido anarquista, a incorporarse a las ideas y a la táctica preconizada por Marx y Engels. Si Lafargue derramó Socialismo en las orillas del pobre Manzanares, Mesa hizo lo mismo en las del populoso Sena, salvando a Guesde de situaciones difíciles, en sus tiempos iniciales de marxismo. Lafargue fue diputado antes que Guesde. No triunfó. Creía más en la revolución que en la evolución. Esa actitud disgustó más de una vez a Marx y sobre todo a Engels, verdadera providencia económica de Laura Marx y Pablo Lafargue, quienes a fuerza de sacrificios pudieron llegar a tener una modesta vivienda en los alrededores de París. Más que orador, y habló mucho en toda Francia, Lafargue fue escritor, difundiendo marxismo. Pero el marxismo tropezó siempre en el país galo con Proudhon y hasta con Bakunin. Lafargue no llegó a ser popular.

Varios folletos suyos fueron traducidos al español, entre ellos *El determinismo económico de Marx*. El 26 de noviembre de 1911 aparecieron muertos en su hogar Laura Marx y Pablo Lafargue. Es impresionante leer el mensaje de despedida de hombre tan excepcional: “Sano de cuerpo y de espíritu, me mato antes de que la implacable vejez me arranque uno a uno los placeres y la alegría de la existencia, me despoje de mis fuerzas físicas e intelectuales, paralice mi energía, rompa mi voluntad y haga de mí una carga para mí mismo y para los demás. Desde hace

tiempo me prometí no pasar de los setenta años; he fijado la época para dejar la vida y he preparado el modo de ejecutar mi resolución: una inyección de ácido cianhídrico. Muero con la suprema alegría de tener la certidumbre de que en un porvenir próximo la causa por la cual me he desvelado durante cuarenta y cinco años triunfará. ¡Viva el Socialismo internacional!”.- Pablo Lafargue.

Muerte de Joaquín Costa

Día triste para España el 8 de febrero de 1911. ¡Ha muerto Joaquín Costa! Hasta el rey ha enviado a Graus un telegrama de pésame. El Gobierno ha previsto honores nacionales, disponiendo que el insigne aragonés sea trasladado a Madrid para ser enterrado en el Panteón de Hombres Ilustres. Canalejas, presidente del Consejo, no está dispuesto a dejarse escapar este fugaz momento de popularidad. Si Costa levantara la cabeza... Como no puede hacerlo, se atreven a todo quienes en vida le escarnecieron. El cadáver del León de Graus [1022] ha llegado a la estación de ferrocarril de Zaragoza para ser inhumado en la capital de España. ¿Cuántas decenas de miles de personas hay en los alrededores? Está presente el gobernador civil con toda la fuerza disponible. Hay rumores de que el pueblo zaragozano se decide a impedir el traslado de los restos de Joaquín Costa. Se agita la marea humana. Menudean las Comisiones gestionando de las autoridades que el cadáver sea enterrado en la capital de Aragón. Estalla el clamoreo, preludio de la tormenta y el tren no arranca. ¡Costa ha de quedar en tierra aragonesa! ¡Costa no hubiera querido festejos oficiales utilizando para ello su cadáver! El gobernador civil, previendo un conflicto de incalculables consecuencias, consigue autorización para satisfacer los anhelos de la muchedumbre, y la fúnebre comitiva, precedida del clero —¡el clero escarneciendo el entierro de Costa!— inicia el desfile hacia el cementerio de Torrero.

En 1946 se cumplió el primer centenario del nacimiento de Joaquín Costa. El régimen imperante no lo conmemoró. Fue mejor así. Costa no fue hombre de medias tintas. El enemigo, de frente, cara a cara. En 1964 el franquismo dispuso un homenaje nacional en memoria de Miguel de Unamuno, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Esa conmemoración, pese a las debilidades de Unamuno en sus últimos tiempos, fue una blasfemia, un sacrilegio. Menos mal que Costa se libró de farsa semejante. En el fondo, ¡eran hombres tan diferentes! Joaquín Costa irrumpió en la vida política nacional coincidiendo con la pérdida de las colonias, de lo que hizo responsable al régimen.

[1023] ¿Por qué no llegó a ser socialista Joaquín Costa? ¡Cuánto hubiera ganado el proletariado español si aquel gigante del pensamiento se hubiese consagrado a educar con espíritu de clase al proletariado español! Ahí radica el mayor reproche que se le puede hacer: Costa no creía en el pueblo. No obstante, hay un libro suyo al que tendrán necesidad de acudir quienes en el futuro quieran estudiar seriamente el problema agrario en nuestro país, muy difícil de resolver por su variedad y sus complejidades regionales y hasta comarcales. En su monumental estudio *Colectivismo agrario en España: doctrinas y hechos*, Joaquín Costa analiza los orígenes del colectivismo integral, y para ello toma pie en teorías extrañas, como la del tipógrafo y sociólogo Henry George, autor de *Progreso y miseria*, una de las obras de orientación social más leídas en el siglo XIX, demostrando Costa reiteradamente que muchos años antes algunos tratadistas españoles habían sobrepasado con soluciones más radicales al escritor americano tan elogiado por quienes

buscan lo que abunda dentro. Costa analiza las propuestas de Álvaro Florez Estrada, iniciadas en su *Cuestión social*, publicada en 1839, ampliadas en el *Curso de Economía política*, de 1840, que ya tenían antecedentes en el plan del filósofo asturiano publicada en 1836 para el asentamiento en tierras expropiadas al clero. Costa no se declara colectivista en ninguna de las 626 páginas de que consta su interesante libro. Hace algo más eficaz: demuestra el acierto de los Ayuntamientos españoles —y a veces de fuera de España— que aplicaban procedimientos colectivos para afrontar la inmensa mayoría de sus problemas internos. Indalecio Prieto citó con frecuencia ideas de Costa en sus artículos de colaboración en prensa internacional. Yo he encontrado citas y textos copiados de Costa en nueve artículos de Prieto. En una conferencia que pronunció en México en 1946, abordando problemas municipales que le llevaron incluso a proponer planes de reforma en Bilbao, editados en folleto, reproduce [1024] textos del *Colectivismo agrario en España*, poniendo de relieve cuán interesante resulta estudiar problemas municipales. Del año 1946 es otra conferencia suya, con el tema "Esbozo de un programa de socialización en España", en la que citó con elogio a Costa, y después de leer el artículo 44 de la Constitución votada por las Cortes de la República en 1931, se expresó del modo siguiente: "Al llegar aquí pasa por mi mente la figura gloriosa de Julián Besteiro. Cuando durante el debate parlamentario estaba en trance de naufragar el artículo 44 de la Constitución, abandonó momentáneamente Besteiro el sillón presidencial, ocupó un escaño entre los de la minoría socialista, y con aquella su lógica impecable (no en vano era catedrático de Lógica) expuso a la cámara que los socialistas no renunciábamos a la revolución social; que el cambio del régimen monárquico por la República era un avance político, pero que no desistíamos de nuestros ideales; por lo cual, ante el caso de que los socialistas llegaran al Poder, sería desatinado cerrarles los caminos legales para realizar sus aspiraciones. Tras discurso tan sencillo y elocuente, quedó aprobado el artículo 44. Con las perspectivas señaladas por aquel ilustre correligionario, y dentro de lo que dicho artículo constitucional preceptúa, desarrollaré hoy mi tesis, sentando esta afirmación previa: no hacen falta en España revoluciones cruentas para implantar soluciones socialistas. Sencillamente con tener la mitad más uno de los diputados se pueden lograr cuantas leyes sean necesarias para adoptar medidas socializadoras. O sea, y ello es importantísimo, nuestro programa socialista tiene amplio marco dentro de la Constitución republicana de 1931".

Constantino Salinas, con el seudónimo de Juan de Navarra, publicó en *El Socialista* una serie de artículos consagrados a Joaquín Costa. De uno de esos trabajos es lo que sigue: "Séame permitido decir que en febrero de 1906, con motivo de una Asamblea nacional de concejales republicanos, celebrada en el hoy derruido teatro Pignatelli [1025] de la capital aragonesa, tuve la privilegiada ocasión de contemplar muy de cerca la robusta humanidad de Joaquín Costa, al entregarle, en el hotel donde se hospedaba, para la debida corrección, las cuartillas taquigrafiadas de las tres conferencias que a la sazón pronunció. Irradiaba tal severidad la figura de Costa, que Lerroux, pontífice entonces del republicanismo local, emperador no sólo del Paralelo barcelonés, sino también del Coso zaragozano, creyó prudente, quizás por gravitación de sus pecados capitales, ausentarse de la ciudad durante la permanencia de Costa. Tampoco Basilio Paraíso, de más honesto republicanismo, hizo acto de presencia, probablemente por desinteligencia con el León de Graus desde los días de la Unión Nacional. Costa no era, desde luego, socialista declarado. En su conducta y en sus escritos pueden cribarse muchas pruebas de su alejamiento de la ortodoxia partidaria, pero bien puede afirmarse que latía en él un profundo amor al

proletariado, y una no oculta simpatía, fácilmente desbordada, por nuestro Partido”. Tengo a la vista un recorte de *El Socialista* de Madrid titulado "Lo que Costa opinaba sobre republicanos y socialistas". Costa era escéptico en cuanto a la posibilidad de implantar la República: “Nos sobran fuerzas, indudablemente, pero las diferencias de criterio en unos y las ambiciones de otros, las inutilizan. Yo no tengo fe en ninguno. El único partido consciente que, a juicio mío, existe, es el Socialista, y el único hombre que hace política sincera, definida, sin transigir con amañes y componendas, Pablo Iglesias, sólo él podría ser jefe del partido republicano, si los republicanos llegan algún día a formarlo”.

Cuando Costa falleció, el semanario madrileño *Vida Socialista* publicó su fotografía, que editada en cartulina figuró en muchos centros de izquierda en los años de la Conjunción. Juan José Morato, al aludir a Costa, en su libro *Pablo Iglesias, educador de muchedumbres* se expresa así: “...cuyo pesimismo produjo daño inmenso en la opinión [1026] fue combatido por Pablo Iglesias, sin regatear las excelsas cualidades que en otro orden poseía el insigne aragonés, como político, un fracasado, un abúlico, un hombre que en realidad no fue nunca un republicano doctrinario, ni mucho menos un socialista, sino un gran patriota que creía posible hacer la redención de España con la bandera "Escuela y despensa", dentro de la cual dibujaba un canciller de hierro, la eterna figura del dictador, tan dañosa en España como en todas partes”. Contra eso dijo Iglesias: “Observemos bien y lejos de echarnos en brazos de un pesimismo que nos quite bríos y voluntad para trabajar, nos sentiremos animados por las esperanzas que la realidad nos ofrece, y lucharemos con ardor por que se traduzcan en hechos cuanto antes”. Por su parte, Francisco Giner de los Ríos escribió, al referirse al legado ideológico de Costa: “Cantera que podía alimentar durante cien años la actividad de los políticos españoles resueltos a estudiar las necesidades verdaderas del país y darles satisfacción”. A propuesta mía, el Ayuntamiento de Madrid puso el nombre de Joaquín Costa a un magnífico grupo escolar del distrito de La Latina donde con motivo de la inauguración de un busto a él dedicado, organicé un festejo muy concurrido. Con el título *Joaquín Costa y el Socialismo* he publicado un libro en 1970 en la editorial ZYX.

[1027] *Eduardo Varela: el propagandista ciego*

“La política –hablo de la política honrada en que cimentó su prestigio y su popularidad el Partido Socialista Obrero Español– suele ser bastante arbitraria en sus efulgencias y oscuridades. A veces hace que resplandezcan figuras mediocres y a veces –esto es lo más lastimoso– hunde en sombrías simas de olvido a varones de claro talento que lo pusieron al servicio del ideal con abnegación rayana en el martirio. Mirando melancólicamente a un pasado ya lejano y evocando hombres y sucesos topo con una figura singularísima, injustamente oscurecida: Eduardo Varela. Las dos organizaciones socialistas más potentes de España, las de Vizcaya y Asturias, tuvieron por precursor a Eduardo Varela y, sin embargo, cuando se habla del movimiento obrero vizcaíno asoman siempre los nombres de Facundo Perezagua y Felipe Carretero, y si del movimiento asturiano se trata, surgen los nombres de Manuel Vigil y Manuel Llana. Nadie se acuerda de Varela, que en una y otra región los precedió heroicamente, muy superior a todos en cultura y elocuencia y no inferior a ninguno en espíritu de sacrificio. El sentimiento de clase entre los jornaleros de las minas de Vizcaya lo despertó Eduardo Varela. A un asalariado de entonces le

habría sido imposible la perseverancia que tamaña empresa exigía, porque el boicot patronal se la hubiese impedido, expulsándole, por hambre, de la cuenca de Triano. Varela no era un asalariado; tampoco capitalista, ni pertenecía a la clase media. Dedícabase a vender novelas por entregas y libros a plazos. Todo su capital encerrábase en un lío de lienzo, repleto de cuadernos literarios, folletos filosóficos y tomos de historia. Con el fardo a cuestas y apoyándose en recia cachava, subía desde Somorrostro, Pucheta y Ortuella a Gallarta, Labarga, Orconera y La Arboleda, y aun ascendía hasta las altas cumbres de Sopuerta y Galdames, peregrino del socialismo.

Cada visita a cualquiera de aquellos sórdidos barracones donde, para consumir su explotación, se albergaba forzosamente a los trabajadores, [1028] convertíase en aleccionadora conferencia a cargo del errabundo librero. Candiles humeantes alumbraban la escena. Entonces se trabajaba de sol a sol, sin más horas de reposo que las nocturnas. Abiertos así los primeros surcos, Varela esparció la simiente de su palabra germinadora desde tablados o ventanas y balcones, en las plazas de aquellas barriadas rojas, rojas como los montes que se agujereaban y achataban al serles arrancada la rica mena; rojas como las escombreras que, creciendo, formaban colinas nuevas con el apiñamiento de tierra inservible; rojas como los lavaderos del mineral donde el agua parecía convertirse en sangre...

Frecuentemente coincidían en cañadas y vericuetos el librero peatón y cierto mercero ambulante que, algo más holgado de recursos, cargaba telas y quincalla sobre los lomos de cansino mulo. Juntos seguían caminando, departiendo, no de negocios, sino de ideas. Aquel mercero, elegido por los mineros de La Arboleda, fue el primer concejal socialista en San Salvador del Valle y uno de los primeros ediles de nuestro Partido en España: Facundo Alonso.

Más tarde, Varela pasó de Vizcaya a Asturias, y allí recorrió los negros valles hulleros con igual comercio y el mismo afán catequístico. En Asturias una terrible dolencia le dejó sin vista. Y no podía ir solo por caminos y senderos a repartir entregas y vender folletos, pero aún era útil para la propaganda y no hubo pueblo carbonero donde no encontrara eco la palabra encendida del tribuno ciego. Yo le conocí años después cuando, en breve temporada de descanso, volvió por Vizcaya. En casa de Felipe Merodio, generoso hospedero, rodeábamos diariamente a Varela varios muchachos socialistas, ávidos de adoctrinarnos. Oíamosle embelesados, contemplándole como a un iluminado... un iluminado que no veía la luz. Durante una de aquellas inolvidables charlas, yo, siempre impulsivo, le interrumpí, no sé con qué motivo, y otro contertulio, entre mordaz y cariñoso, aconsejóle que no me hiciera caso por ser yo medio loco. Varela, tras disculpar mi destemplanza, púsose a discurrir sobre la locura, diciéndonos que más comúnmente solía ésta adueñarse de personas frías, poco expansivas, que de las fogosas y exaltadas. Me impresionó profundamente aquella definición profética, dicha con palabra reposada por el orador de los ojos muertos... Al poco tiempo, Varela perdía la razón, tan fácil de quebrarse en quienes cegaron siendo adultos. Mirarse mucho por dentro sin poder mirar hacia fuera quizás promueva la demencia; porque el espantoso espectáculo interior avasalla la mente, necesitada, en compensación, de frívolas distracciones externas. Pero, ¡ay!, sí una noble hiperestesia recarga dentro del alma pesares de la propia desgracia con angustias por ajenos infortunios –los de la humanidad, toda–, entonces, rompiéndose el alma, se arruina la razón”.- Indalecio Prieto.

En julio de 1911, en efecto, Eduardo Varela perdió el juicio en Gijón, ciego, pero cariñosamente atendido. León Meana, joven socialista gijonés, años más tarde asesinado por los

anarquistas gijonenses, le servía de acompañante siempre que le era posible. En el Cementerio civil de Gijón le fue dedicado un modesto monumento conmemorativo, demostrativo de que los socialistas asturianos no le habían olvidado.



Dos Congresos socialistas

El primero, el IX Congreso del Partido Socialista, se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid en septiembre de 1912. Emilio Vandervelde estuvo en la capital de España por esos días, pero no le fue posible quedarse para presenciar las tareas del Congreso socialista. Dio, en cambio, dos conferencias, una en la Casa del Pueblo, presidida por Iglesias, y otra en el Ateneo de Madrid. Como inauguración del Congreso Socialista, hubo un mitin en el teatro Español, donde hablaron Alfredo Canellas, portugués; P. Renaudel, francés, y Pablo Iglesias. Estuvo presente Jaime Vera. Estaban representadas 216 entidades, funcionaban 55 secciones de Juventudes Socialistas, y se publicaban 15 periódicos socialistas en España, aunque todavía no era diario *El Socialista*. Fue en ese Congreso donde quedó acordado que el semanario se transformara en diario, haciendo incompatible la dirección del mismo con la presidencia del Partido, lo que equivalía a despojar a Pablo Iglesias de la dirección y orientación del Partido Socialista. Ese acuerdo fue adoptado por parte de unos, con el deseo de aliviar a Iglesias de trabajos y preocupaciones, y por parte de otros, deseosos de acabar la Conjunción con los republicanos y modificar la actuación del Partido. Besteiro no tomó parte en este Congreso, aunque presenció sus sesiones como afiliado recién incorporado al mismo. Yo seguía preso en la Cárcel Modelo. Jaime Vera estuvo como delegado de Escuela Nueva, pero su intervención en el problema de la Conjunción no satisfizo a Núñez de Arenas y a sus amigos, que durante esos años pretendían utilizar a Vera como bandera contra Iglesias, sin conseguirlo. Al Congreso acudió Verdes-Montenegro, delegado de Agrupaciones socialistas de la provincia alicantina, y Rafael Salinas, fundador de la organización obrera y socialista en Málaga y parte de la región andaluza. Oscar Pérez Solís también intervino en los debates originados acerca de la Conjunción, representando a Valladolid. A pesar de las intervenciones de García Quejido, Largo Caballero, Pérez Solís y García Cortés, [1031] el Congreso decidió por gran mayoría continuar en la Conjunción con los republicanos, aprobando así la tesis defendida por Indalecio Prieto, Facundo Perezagua y Pablo Iglesias. Hubo Comisión para formular programas de acción de carácter general municipal y agrario, cuyo dictamen muy extenso y detallado, fue dejado para otro Congreso, a fin de dar tiempo a que pudieran estudiarlo las Agrupaciones antes de ser adoptado. El Congreso dejó encomendado al Comité Nacional el problema relacionado con la publicación del diario, de cuya dirección quedo encargado Antonio García Quejido. Este, muy bien relacionado con Juan José Morato, le llevó en la lista de redactores que presentó al Comité Nacional, quien no la aprobó, originando por ello la renuncia de García Quejido. El Comité Nacional quedó formado del siguiente modo; Presidente, Pablo Iglesias, elegido por el Congreso; vicepresidente, Francisco Mora; secretario, Daniel Anguiano; vicesecretario, Antonio Atienza; tesorero, Felipe Peña Cruz; vicetesorero, Eduardo Álvarez Herrero; vocales, Juan Ortiz, José Maeso y Pablo Cervera, elegidos por la Agrupación Socialista Madrileña. En este Congreso intervino por primera vez Antonio Fabra Ribas, que residía en París, donde funcionaba una Federación de Grupos Socialistas de españoles en Francia. Al mismo tiempo, en la Casa del Pueblo madrileña se reunió el tercer Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas, cuya mesa estuvo formada por Álvarez Angulo, presidente, y Juan

Lamonedá y Vicente Arroyo, secretarios. Fue leído un mensaje maravillosamente escrito de Jaime Vera. Por unanimidad fui elegido presidente de la Federación de Juventudes Socialistas y director de *Renovación*, teniendo en cuenta que estaba a punto de ser liberado una vez cumplidos los periodos de encarcelamiento dispuestos por las sentencias dictadas por varios Consejos de guerra.

Un Congreso Socialista internacional se reunió en Basilea el 24 de noviembre de 1912. Fue un Congreso extraordinario, convocado por la presión de los acontecimientos internacionales, que presagiaban una [1032] guerra de colosales proporciones. Había estallado la guerra entre Serbia, Grecia, Rumania, Montenegro y Bulgaria, contra Turquía, terminada –mejor sería decir suspendida– en la primavera del año siguiente. En realidad, más que un Congreso donde se debatían los medios que debieran adaptarse para impedir la guerra, se trataba de impresionar al mundo, intentando hacerle reflexionar para que se decidiera a impedir la hecatombe. El proletariado aisladamente no era capaz de hacerlo, y los marxistas recalcitrantes lo comprendían mejor que los socialistas idealistas, que soñaban con una resistencia imposible. Guesde, en Francia, siempre sostuvo la tesis de que la huelga general como solución para impedir estallar una guerra era ineficaz e imposible de realización. Igual tesis mantenían los alemanes, a los que se acusaba de conservadores y hasta de pan-germanistas, sin ningún fundamento serio, como demostraron los hechos posteriormente. El líder del Congreso de Basilea fue Juan Jaurès, que pronunció un discurso memorable en la vieja catedral de Basilea. El texto de aquel discurso figura en todos los libros de historia de la guerra europea de 1914-1918. Fue la ofrenda de Jaurès, el mártir de la paz, a la reconciliación de los pueblos.

En el Congreso hubo cerca de 600 delegados. Por España asistieron Antonio Fabra Ribas y Emilio Corrales, que además tomaron parte en el Congreso reunido al mismo tiempo por la Internacional de Juventudes Socialistas, cuyos delegados me remitieron dos simbólicas postales de Basilea, firmadas por todos los delegados juveniles, entre cuyas firmas se destaca la de Henri de Man, belga, autor de libros que adquirieron notoriedad internacional por los conceptos en ellos vertidos por su autor, cuyo final fue trágico. Inútil decir la emoción con que recibí esos mensajes de saludo de los jóvenes socialistas internacionales, estando entre rejas. Por enfermedad no acudió al Congreso de Basilea Emilio Vandervelde, presidente de la Internacional, abriendo la sesión inaugural Eduardo Anseele, belga igualmente. Como secretario actuó Camilo Huysmans. Los acuerdos [1033] fueron adoptados por unanimidad. El documento aprobado es admirable de contenido y de exposición, acertando al presagiar un conflicto internacional de consecuencias insospechadas por los mismos hombres de Estado que regían entones los países europeos. Hubo un saludo a los obreros rusos en lucha contra el zarismo: “La Internacional considera que provocar la caída del zarismo es una de sus principales tareas. El apaciguamiento de los antagonismos entre Alemania, Francia e Inglaterra descartaría el mayor peligro que existe para la paz del mundo”. Finalmente, el Congreso ordenó a la Oficina Internacional dirigida por Huysmans que, pasara lo que pasase, mantuviera las comunicaciones y los lazos entre los partidos obreros de todo el mundo. Como lo hizo Huysmans, por lo cual fue injustamente combatido algunas veces.

Para protestar contra la política seguida desde el Gobierno por Canalejas, los vocales obreros del Instituto de Reformas Sociales se retiraron del mismo, imitando su actitud los que desempeñaban cargos de igual naturaleza en las Juntas locales de Reformas Sociales, municipales,

del Censo y Jurados industriales. El 24 de octubre de 1912 fue publicado el siguiente acuerdo, convenido con el Gobierno para normalizar la vida de la organización obrera:

“Procesado el Comité de la Unión General de Trabajadores, sellados los armarios y secuestrados los documentos por mandato judicial, con fecha 20 del corriente el Juzgado instructor ha procedido a la entrega de los libros y a la apertura de los armarios en los que se hallaba la documentación, haciéndose normal entrega de los mismos a un individuo del Comité. En consecuencia, levantada la suspensión de todas las Sociedades obreras; puestos en libertad los procesados; hecho constar que el ministerio fiscal cumplirá con su deber, pero con toda la benevolencia posible, en los procesos pendientes; manifestado por el Gobierno con insistencia que en breve plazo se concederá un amplio indulto a todos los condenados por delitos sociales y políticos; aceptadas expresa y formalmente [1034] por el señor Ministro de la Gobernación las peticiones de los firmantes, los vocales obreros del Instituto de Reformas Sociales estiman que han obtenido la reparación pedida, y por tanto, que deben volver al desempeño de sus cargos, y consiguientemente, que todos los compañeros de las Juntas locales de Reformas Sociales, municipales, del Censo, Jurados industriales y demás organismos de que forman parte deben reintegrarse en el ejercicio de sus funciones. Así lo acuerdan los que suscriben, sometiendo su decisión al juicio de las Sociedades Obreras que los eligieron y al de todos los trabajadores”.- Madrid, 24 de octubre de 1911. Francisco Mora Méndez. Matías Gómez Latorre. Francisco Largo Caballero Santiago Pérez Infante, Eduardo Álvarez Herrero, Victoriano Prosa Coto, Modesto Aragonés, Franciso Núñez Tomás, Mariano Galán y José Maeso.

[1035] *Iglesias renuncia a ir a La Argentina*

En 1911 se publica *La doctrina socialista: respuesta a Bernstein* de Kautsky, traducido por Pablo Iglesias y Juan A. Meliá. Iglesias recibió la visita del escritor Catarineu, quien le propuso diese una serie de conferencias en la República Argentina, ofreciéndole, como anticipo, tres mil pesetas. Iglesias se negó y Catarineu, creyendo fuera poco el dinero ofrecido, le dijo que pidiera lo que deseara, a lo que replicó: “¿Cómo iré yo a hablar de socialismo a un país que cuenta con verdaderos maestros?”. La modestia de Iglesias, y también sus enfermedades, impidieron realizara tan interesante viaje de propaganda a aquel país en 1912, donde Palacios y Justo fueron elegidos diputados, y Del Valle Iberlucea, senador. En la Agrupación Socialista Madrileña ingresan Julián Besteiro y Antonio M. Viérgol; éste había sido director de *El Liberal*, de Bilbao, y en 1912 era redactor de *El Liberal*, de Madrid, donde firmaba con el seudónimo *El Sastre del Campillo*. Viérgol colaboró en prensa socialista hasta que se expatrió, falleciendo en Buenos Aires en junio de 1935; fue además autor de celebradas zarzuelas. Besteiro ganó oposiciones para una cátedra en la Universidad Central. La Conjunción Republicano-Socialista era obsesión de Alfonso XIII, que deseaba verla desaparecer, y en ese sentido se movían ciertos resortes. En el libro *Por qué cayó Alfonso XIII* de Melchor Fernández Almagro y Gabriel Maura se reproduce una carta de Sánchez Guerra a Antonio Maura, jefe del Partido Conservador, refiriéndole que Alfonso XIII conspiraba contra Canalejas, jefe del Gobierno, y deseaba que los conservadores disolvieran judicialmente la Casa del Pueblo –clausurada por Canalejas con el beneplácito del rey– liquidando sus bienes y repartiéndolos entre los asociados a la misma. En Torelló se celebra un mitin ugetista, interviniendo Bofín, de Torelló; Codina, Abayá y Pla, de Manlleu, y Sola, de Roda. Inauguración

de la Casa del Pueblo de [1036] Sitges. Creación de la Agrupación Socialista de La Habana, siendo Moisés Conde, de Valladolid, uno de sus fundadores, con José Salvador, Carlos Baliño, Ramón Rivera, Gonzalo Espinosa, Antonio Acebal, Felipe Muñiz, Manuel Cendoya, Severino Chacón, Miguel Villaret y J. Hiranda. Se celebra en 1912 el Congreso de los socialistas franceses en Lyon. Jaurès se declara nuevamente partidario de la independencia política de los sindicatos, frente a la tesis de Guesde. Desde entonces quedó abierta la puerta a los comunistas, antes de surgir la escisión. Congreso socialista italiano en Reggio Emilia, fortaleza del extremismo, con Benito Mussolini, abanderado de esa tendencia y director del *Avanti*. Elecciones en Alemania, con triunfo socialista. Huelga minera en Inglaterra, en favor del salario mínimo para los mineros. Los liberales ceden, aceptando conceder el principio mediante ley.

Los laboristas publican en Londres el primer diario. Lenin completa la escisión en 1912, separándose definitivamente de Martof, Axelrod, Plejanov y Trotsky, que más tarde se expatriaron.

Facundo Perezagua, en Bilbao, fue condenado a cumplir dos meses y un día por sentencia de la Audiencia de aquella capital. José Loriba, y otros en Almansa (Albacete), procesados ante la Audiencia de la capital, defendidos por Melquíades Álvarez como letrado. Pablo García de Fernando, secretario de la Sociedad de Profesiones y Oficios Varios, de Madrid, cumple seis meses y un día de prisión en la Cárcel Modelo, con arreglo a la Ley de Jurisdicciones, un pretexto para dificultar el desarrollo de la naciente Federación de Ferrovianos, que celebró en Madrid con éxito completo su primer Congreso, bajo la dirección de [1037] Vicente Barrio, ayudado por Teodomiro Menéndez, en Asturias, Moisés Conde, en Valladolid, y Facundo Perezagua, en Vizcaya, entre otros socialistas. Congreso del Sindicato Minero Asturiano, que obtuvo en 1912 un triunfo, reconociendo su personalidad jurídica la patronal minera: Mariano Fernández, Manuel Fernández, José Pallariego, Etelvino Hevia, Bautista Díaz, Daniel Gutiérrez, Samuel Núñez, Antonio Cienfuegos, Manuel Llana, Manuel Villa, Ángel Suárez, Rogelio Tuñón, Luciano Mínguez, José González, Constantino Fernández, Celestino López e Isidro Calvo.

El Tratado entre España y Francia para repartirse Marruecos es aprobado por el Congreso, por 126 votos contra 22. García Prieto, como recompensa, es nombrado marqués de Alhucemas. Por ley se concede a Cataluña la Mancomunidad. Ley llamada del servicio militar obligatorio, pero que no lo era: por mil pesetas, si se había aprendido previamente la instrucción militar, se conseguía una reducción del tiempo en filas. El 7 de abril, en el Palacio de Cristal del Retiro, con varios centenares de comensales, banquete para constituir el partido reformista —ni republicano ni monárquico entonces—, bajo el patrocinio de Gumersindo de Azcárate y Melquíades Álvarez, con lo más florido de la intelectualidad española. Conferencia de Manuel B. Cossío sobre "Joaquín Costa, krausista" en El Sitio, de Bilbao. Escuela Nueva, en la Casa del Pueblo de Madrid, organizó un curso de conferencias a cargo de Vera, Iglesias, García Quejido, Besteiro, Fernando de los Ríos y Jaén. Jacinto Benavente ingresa en la Academia Española; falleció sin haber leído su discurso de ingreso. Antonio Machado publica *Campos de Castilla*; Pérez de Ayala, *Troteras y danzaderas*, con clave, pequeño barullo literario. Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida*, Pérez Galdós, *Cánovas, último episodio nacional*. Juan Ramón Jiménez regresa, enfermo, a Madrid, al cuidado de Achúcarro y Simarro. Los Quintero estrenan [1038] *Mahaloca*. El transatlántico inglés *Titanic* choca con un iceberg y se hunde, produciéndose mil seiscientas

víctimas. Alemania obtiene territorios en África a cambio de dejar a Francia libre de movimientos en Marruecos.

Fallecieron en 1912, entre otros: en París, P. Brousse, fundador del Socialismo francés con matiz reformista; defensor de la Comuna, afiliado a la Internacional, influyó en la organización suiza y después en la de Barcelona; en París fue concejal y diputado, formando grupo aparte del dirigido por Guesde y Lafargue. En 1905, al unificarse las tendencias del Socialismo francés, ingresó en sus filas. En Madrid, el jefe del Partido progresista, doctor José María Esquerdo, fundador de la Conjunción republicano-socialista; una gran avenida madrileña lleva su nombre. Otro republicano, también diputado por Madrid, Francisco Pí y Arsuaga, hijo del fundador del Partido Federal. El escritor vasco Manuel Aranas Castellanos se suicidó en Bilbao. En mayo falleció Marcelino Menéndez y Pelayo; las derechas han utilizado su nombre como bandera, falseando los hechos en más de una ocasión. Bonilla San Martín, amigo y biógrafo suyo, escribió lo siguiente: “Poco a poco su tertulia se fue reduciendo... En otros años, cuando partía para La Montaña, la estación del Norte era un hervidero de amigos, que iban a despedirle; y en la noche fría de 8 de diciembre de 1911, cuando por última vez salió de la Corte para morir lejos de ella, sólo cuatro amigos le acompañábamos”. No le eligieron senador vitalicio. No le dejaron ser director de la Academia de la Lengua. Fue senador por la Universidad de Oviedo gracias a los catedráticos liberales, algunos krausistas, frente al candidato conservador de Pidal. También ese año se extinguieron Eduardo Saavedra, enciclopedista; Juan Bautista Amorós, Antonio Sánchez Pérez, literatos; Federico Olóriz, médico y escritor.

[1039] *El Congreso Socialista y la "Sacra Familia"*

“El año 1845 apareció en Francfort el primer trabajo que Marx y Engels escribieron en colaboración. Su título era *La Sacra Familia, o crítica de la crítica-crítica contra Bruno Bauer y consortes*. Bruno Bauer y consortes eran entonces los representantes del idealismo alemán; la crítica-crítica era en sus manos el instrumento para la elaboración de un nuevo espiritualismo, que desdeñaba los movimientos de la masa popular y pretendía corregir el curso de la Historia oponiendo a la fuerza del proletariado naciente la fuerza secular de las concepciones de los filósofos profesionales. Marx y Engels triunfaron sobre la ‘Familia Sagrada’. El espiritualismo de Bruno Bauer pereció, al paso que la masa obrera extendía su organización y elaboraba su propia doctrina, fundada sobre el reconocimiento de los hechos económicos y sociales. Los intelectuales puros, reclusos en las mansiones encantadas de sus especulaciones filosóficas, iban pereciendo uno tras otro, y una nueva vida, una nueva cultura, brotaban del taller, de la mina y de la fábrica. ¿Dónde están hoy las grandes escuelas productoras de hombres sanos, de hombres fuertes capaces de concebir ideas profundas, duraderas y eficaces?

La Sacra Familia de los intelectuales puros no se ha extinguido todavía; pero en fuerza de afinar día tras día el arma de la crítica, ha llegado a hacerla tan débil y sutil, que ya ni pincha ni corta. Las construcciones espiritualistas de los llamados intelectuales contemporáneos son tan débiles y efímeras, que no requieren, para su refutación la ironía y la dialéctica de un Marx o de un Engels. En cambio, otro peligro más inmediato amenaza a la democracia socialista en el periodo actual de su desarrollo. Es la acción que en el seno mismo de sus organizaciones económicas y políticas puedan ejercer los intelectuales puros llegados al Socialismo después de

haberse formado en las escuelas sostenidas por el Estado burgués. No sin razón se ha señalado esta influencia como la causa de las frecuentes crisis por las cuales pasa el Socialismo en Francia. Desde el Congreso de Magdeburgo es causa de honda [1040] perturbación en el Socialismo alemán la tendencia revisionista del gran orador y abogado Frank. En Italia, tras de muchos años de lucha interna se ha llegado a la ruptura en el último Congreso y a la exclusión de la derecha reformista, formada por intelectuales de tendencia gubernamental. El ingreso de los intelectuales en el Partido Socialista Obrero Español es un signo manifiesto de progreso; pero, ¿con cuánta razón ponderaba Iglesias aquellos tiempos heroicos en los cuales un puñado de obreros manuales luchaban solos por la constitución del Partido contra los prejuicios de la burguesía y la idolatría del proletariado! El alma del Socialismo no es el alma de la Universidad: es el alma del taller, y el ingreso en las filas del Partido de los intelectuales españoles no puede ser beneficioso sino a condición de que aprovechemos todas las enseñanzas de la Historia, y meditemos sobre la profunda previsión con que en las páginas de la *Sacra Familia* plantearon el problema los grandes pensadores y luchadores alemanes”.- Julián Besteiro, 1912 (Primer artículo de Besteiro en prensa socialista).

Miscelánea socialista

“Desde hace algún tiempo asisto con sincero fervor a los Congresos del Partido Socialista y siempre recibo lecciones profundas que me son de alta necesidad, a mí, intelectual español; es decir, a mí, corazón sin disciplina. Invariablemente me acerco al salón de sesiones, engalanado con rojos estandartes y otros ornamentos, más ingenuos que elegantes, oprimiendo la esperanza de hallar allí otros intelectuales que, como yo, no son socialistas del Partido, pero reconocen en éste al heredero del antiguo poder espiritual. Invariablemente la esperanza huye aceleradamente apenas tomo asiento y recorro con la vista las líneas de asambleantes. El Partido aparece en cada Congreso aumentado con uno o dos escritores o catedráticos; pero el intelectual que se acerca a estudiar su [1041] espíritu con severidad y con piedad, para medir hasta qué punto sería compatible su ideología con el Socialismo militante, padece ausencia. No es casual ni insignificante el hecho de que el Socialismo español ha llegado a plena existencia sin la intervención de intelectuales, antes bien es éste un hecho ejemplar, definitorio de nuestra nación. Yo no conozco ningún otro país en que esto haya ocurrido; nótese bien, ningún otro país. La rareza del caso nos fuerza a una vaga sospecha, tan grave como vaga: la sospecha de que ha debido haber muy pocos intelectuales, verdaderamente intelectuales, entre nosotros. Porque es indudable que un día fue el intelecto europeo socialista. Ese día pasó; hoy ya es tarde: el intelecto ya no es simplemente socialista. Es socialista y algunas cosas más. Ahora bien, el Partido no puede aceptar ahora a quien no reduzca su interpretación histórica y política del mundo al Socialismo. He aquí por qué gentes que somos también (subrayado por Ortega) no podemos pertenecer a ese Partido... Sin embargo, el internacionalismo es, por lo pronto, una palabra. Y esto es una desdicha; es una desdicha que todo sea primeramente nada más que una palabra; porque cuando poseemos ésta, tendemos a creer que poseemos también lo otro, lo que no es palabra. Mi inaptitud para el Socialismo militante procede de que entendemos esa palabra de distintas maneras. Y mi crítica del Socialismo español se reduce a mostrar que los conceptos de Marx solicitan otro régimen político del que sigue. Es, pues, una crítica amorosa, en que no se

pide al criticado que abandone sus principios; en que no se nieguen éstos; sino, al contrario, se corroboran, mostrando que son capaces de mejores consecuencias... El reciente Congreso ha puesto bien claro que la Conjunción con los republicanos está disocializando a nuestros socialistas. Pero de esto no quisiera hablar, porque no he tomado la pluma para combatir al Partido Socialista, sino más bien en su leal servicio”.- José Ortega y Gasset, 6 de octubre, 1912.

Reproducimos el anterior texto de Ortega, de uno de los últimos que dedicó al Partido Socialista, en el que militó y del cual se dio de [1042] baja por presiones familiares, sufridas a su vez por su padre, portavoz de *El Imparcial*, nacidas en el Palacio Real, según confesó Ortega a Pablo Iglesias, al anunciar su baja en la Agrupación Socialista Madrileña. En resumen, Ortega hace en ese artículo periodístico su propia autocritica. No es sincero; no puede serlo. Para llenar un hueco en su espíritu se ve obligado a hacer equilibrios. A la mayoría de los intelectuales – Ortega lo reconoce– el individualismo les domina y hasta las anula muchas veces.

Una carta del doctor Jaime Vera

Estando próximo relativamente a mi libertad –que tardó aún tres meses–, el doctor Jaime Vera me envió a la Cárcel Modelo de Madrid la siguiente cariñosa carta:

“Sr. D. Francisco Saborit.- Mi distinguido correligionario de toda mi consideración y afecto.

Ruego a usted admita mi sincera felicitación por su próxima libertad. Basta no ser refractario a los sentimientos de humanidad y a la simpatía que inspiran los movimientos generosos de la juventud para participar hoy de la satisfacción y alegría de usted como ayer de sus sufrimientos, bien acerbos en la vida carcelaria, aunque impotentes para turbar la serenidad de las almas nobles. Más de una vez hubiera cumplido el deber de distraer a usted con mi visita y servirle como yo podía cuando, disfrutando de mi salud, disponía de mi persona y no me veía sujeto a desear el bien ajeno, sino que estaba en mi mano hacerlo. Todavía no me es posible otra cosa que testimoniarle la seguridad de un cordialísimo afecto. Mínima cosa es; pero con él he acompañado a usted preso, le acompaño en su libertad y le acompañaré en sus honrosas luchas. Es suyo afectísimo correligionario y amigo, Jaime Vera.- Madrid, 25 octubre 1912”.

[1043] *El Gobierno y los ferroviarios*

“Sin pecar de exagerados, bien podemos afirmar que el anuncio de huelga general en los ferrocarriles ha preocupado hondamente a toda la opinión y puesto al descubierto la falsa democracia del Gobierno que preside el señor Canalejas.

La organización ferroviaria, potente por su número y por la seriedad demostrada, venía siendo la preocupación constante del jefe del Gobierno y de las empresas, hasta el extremo de haber pretendido, aunque torpemente, darle un golpe de muerte, y es seguro que lo hubieran conseguido si el Comité Nacional de la Federación, primero, y la organizaciones obreras, después, no hubieran parado el artero golpe que se les dirigía.

La huelga prematura de la Sección de la red catalana, declarada contra la voluntad del Comité Central, y aun nos atrevemos a afirmar que contra el deseo de la inmensa mayoría de los

ferroviarios, merece un estudio detenido, y no queremos ser nosotros los que han de dilucidar esta cuestión, pues los mismos ferroviarios han de ser los que tratarán este asunto que tanto interesa a su organización.

Nos ocuparemos solamente, con suma brevedad, de lo que supone lo hecho por el demócrata Canalejas, puesto que de ello se desprenden provechosas enseñanzas para la clase trabajadora en general y para los ferroviarios en particular. Las manifestaciones del jefe del Gobierno, apenas anunciada la huelga general, no solamente constituían un insulto a los ferroviarios, sino que todas ellas se encaminaron a la defensa de las empresas explotadoras, tratando con artificiosos descaros de poner al país enfrente de las justas reclamaciones de los obreros. No conforme con esto, se movilizaron las reservas, y a los obreros ferroviarios se les puso el brazal rojo para que forzosamente sirvieran los intereses de las Compañías, pretendiendo así sembrar el miedo y el desconcierto en las filas de los huelguistas. Como si esto fuera poco, prometió al Comité de la Federación por conducto del diputado señor Amado, presentar al Parlamento un proyecto de ley en el cual constarían las peticiones más fundamentales del Congreso ferroviario; pero en vez de cumplir con su promesa, presentó al Congreso un proyecto de ley privando a los obreros del carril del derecho de huelga y estableciendo sanciones penales para los que se rebelasen contra la explotación de las Empresas. Proceder tan arbitrario y revelador del desprecio que el señor Canalejas siente hacia las justas reclamaciones obreras produjo la natural indignación en toda la organización proletaria, que unánimemente ha protestado en reuniones y manifestaciones públicas de la burla del Gobierno. El Comité de la Unión General de Trabajadores y el de la Federación de Ferroviarios pueden estar satisfechos, puesto que a los manifiestos lanzados por los dos organismos recomendando a las Sociedades obreras protestasen contra la falacia del Gobierno y pidiesen a las Cortes la retirada del retrógrado proyecto de ley, se ha contestado con una agitación general que ha obligado al señor Canalejas a retroceder en el camino emprendido y puesto en peligro su vida ministerial. Se puede asegurar que si el mencionado proyecto de ley se aprueba quedará en pie el derecho a la huelga, y en ese caso, o en el de la retirada total será un triunfo de la clase obrera organizada.

Lo hecho por el Gobierno del señor Canalejas es una soberana lección para los trabajadores, y muy especialmente para los compañeros ferroviarios, puesto que demuestra de manera bien ostensible que los obreros no deben esperar su mejoramiento más que del esfuerzo de su propia organización. En fortalecer y consolidar nuestros organismos de clase debemos poner gran interés si queremos evitar los atentados que los gobernantes dirigen a nuestros derechos cívicos y económicos”.- Pablo Iglesias, noviembre de 1913.

[1045] En octubre de 1912 surgió una huelga, un tanto confusa por sus orígenes, en los ferrocarriles españoles. Canalejas, estando declarado el estado de guerra, militariza a los ferroviarios; pero gran parte de éstos prefirieron ir al cuartel y se negaron a continuar prestando servicio a las compañías explotadoras del tráfico ferroviario. La orden de Canalejas imponiendo el brazalete a los ferroviarios fue un fracaso. Examinada la conducta del Gobierno en el Parlamento, aparte las censuras de Pablo Iglesias y otros diputados conjuncionistas, fue Antonio Maura quien puso la ceniza en la frente al falso demócrata Canalejas, con dos discursos, pronunciados los días 21 y 24 de octubre. He aquí un extracto, breve pero sustancial: “La huelga es el ejercicio elemental incontestable; del derecho de propiedad del obrero sobre su trabajo; es una forma de

asociación en que aporta el operario su actividad, como el capitalista sus ahorros, sus pesetas... Solo puede limitar este derecho de los humildes, tan santo como cualquier otro, el derecho de los demás. No sería un derecho si no fuese social, si no se condicionase para la coexistencia en el derecho ajeno... Un hecho que vale por muchos discursos es que en siete meses que estuve yo en el Ministerio de la Gobernación sobrevinieron más de cien huelgas; hubo en Asturias una de 27.000 hombres y tuve la de Andalucía, la huelga agraria, en que hasta los pastores abandonaban el ganado, y tuvimos que ocupar militarmente desde Carmona al mar, y en el Parlamento no oí grandes reproches, quizá ninguno, por la actitud del Gobierno”. Debe hacerse notar que en 1903, fecha a que alude Maura, Pablo Iglesias no era diputado a Cortes, por lo cual su voz no podía oírse en el salón de sesiones del Congreso.

Textos de dentro y de fuera

“¿Cómo habría mostrado casi toda la prensa diaria su disgusto por lo ocurrido el 22 en el Rif? ¿Cómo habría escrito *El Liberal* ‘si fueran relevados, con la autoridad militar superior, todos los generales que allí operan, nada se perdería’? (Alfau, relevado por Marina, y Luque, ministro de la Guerra.) Sobre ser altamente injusto el dominio material de un pueblo por otro, España carece de condiciones para someter a los rifeños, y por eso, aun habiendo mejor dirección en los elementos encargados de acometer dicha empresa, todos los esfuerzos resultarán estériles. Con buena o con mala dirección de los que pelean en nombre de España, con ejército voluntario o forzoso, el Rif no será para los españoles más que una gran necrópolis y una vorágine enorme por donde desaparecerán millones y millones. La cruenta jornada del día 22, como las habidas anteriormente en tiempos de conservadores y en tiempos de liberales, no deben inspirar en los ciudadanos el deseo de que unos generales sean sustituidos por otros, sino la resolución inquebrantable y la firme voluntad de que la guerra termine, de que cese en el Rif la matanza que comenzó en el verano de 1909. Con los dedos de la mano pueden contarse los defensores convencidos de que España debe apoderarse de una parte de Marruecos”.- Pablo Iglesias, febrero, 1912.

[1047] “¿Qué la monarquía es irresponsable de los males que sufre la nación? ¿Qué sólo de los hombres políticos es la culpa? Eso no puede decirse seriamente. ¿Es acaso ajena la monarquía a la enorme influencia del elemento clerical? ¿Lo fue a la guerra con los Estados Unidos y a la pérdida de las colonias? ¿Lo es a la guerra del Rif? ¿No tuvo nada que ver en la dura represión del verano de 1909 y en el fusilamiento de Ferrer? ¿Está limpia de toda responsabilidad en las influencias que pesaron para que se dictase la tristemente famosa Ley de Jurisdicciones? ¿Y las crisis orientales? ¿Y la caída de Gasset del anterior Gobierno; la entrada en el nuevo de Villanueva y el ofrecimiento de una cartera a Urzáiz? ¿Y la conducta observada con Portugal desde que allí se ha establecido la República? ¿Cómo se atreven a negar los diarios monárquicos que el régimen defendido por ellos tenga responsabilidad en la mala situación que sufre España, cuando ha habido momentos en que los liberales se han preguntado si podrían continuar siendo monárquicos, y cuando conservadores de altura han fulminado severísimos juicios contra él, y apartándose, por culpa del mismo, de la vida política?”.- Pablo Iglesias, 7 abril 1912.

“¿Es el Socialismo realmente, una doctrina que pide pura y exclusivamente la socialización de los instrumentos de trabajo, esto es, la conversión de los mismos en elementos de propiedad

común? Es decir, el Socialismo, ¿es exclusivamente una exigencia económica? Mi respuesta es que no. Dentro de la lucha que atraviesa la historia de Occidente me parece distinguir con completa claridad estas exigencias; primero, la petición de que la gestión social, esto es, la gestión de los asuntos políticos y administrativos no está encomendada exclusivamente a una clase social con exclusión de otra, sino a la totalidad de las clases sociales, garantizadas por igual en sus derechos civiles y políticos; segundo, la de que los medios económicos no falten a ninguno de los que van a participar de esta vida de gestión política y administrativa”.- Fernando de los Ríos, de la conferencia que pronunció en la Casa del Pueblo en 1912 con el título "Los orígenes del Socialismo moderno", cuando todavía no estaba afiliado al Partido Socialista.

“Recientemente tenéis un caso del poder de asociación, y es el magnífico resultado que obtuvo la última huelga de obreros de la ciudad de Salamanca, del ramo de construcción, imponiendo la asociación forzosa, único recurso frente a la gran mentira, a la mentira abominable, a la patraña hipócrita y vergonzosa de la libertad de contratación –indigna sofistería del execrable individualismo burgués– y que no es sino un embuste mientras el Estado proteja un régimen de excepción y de privilegios. Sólo de la unión, de la verdadera unión de los asalariados, podemos esperar una cierta tonalidad ética; digo más, ascética, un aliento de religiosidad civil. Ha sido el Partido Obrero en España, el de los obreros con ideal colectivo, el que ha declarado guerra a las tabernas y a lo tabernario; ha sido ese Partido y casi él solo el que ha predicado contra la fiesta estúpida y stupidizadora de las corridas de toros, y es su vocero en el Parlamento el que en estos mismos días eleva su voz denunciando la tolerancia [1049] de las autoridades con el juego, otro vicio estúpido y stupidizador en que caen los corazones vacíos y las cabezas huertas”.- Miguel de Unamuno, 1912.

“No hace mucho, en una conferencia sobre Fernando Lassalle que pronuncié en la Casa del Pueblo, aquel público, siempre cortés y el más atento de España, siguió amablemente el cuento heroico de Lassalle que yo les contaba –24 de mayo de 1912–; mas, al tocar el punto decisivo, al llamar socialismo nacional a la política de aquel ‘Que a los pobres forjó una espada’, sin abandonar la cortesía, los semblantes se torcieron. El día que los obreros españoles abandonaran las palabras abstractas y reconocieran que padecen, no sólo como proletarios, sino como españoles, harían del Partido Socialista el partido más fuerte de España. De paso harían España. Esto sería la nacionalización del Socialismo; quiero decir, el Socialismo concreto frente a un socialismo abstracto, que sólo es eficaz cuando se confunde con los confusos movimientos radicales”.- José Ortega y Gasset, 6 octubre 1912.

“Compare usted el sindicalismo con el Socialismo. Este parte de un proyecto de sociedad clara, demostrable, estrictamente racional. Tan racional es el Estado a que va el Socialismo, que lo ha sacado de las estadísticas económicas, de los números, colmo de la razón. Bien sabe usted que la palabra razón significa originariamente calcular, echar cuentas. La aspiración socialista es la organización de la vida humana según la estricta razón; quieren someter lo real a lo racional”.- José Ortega y Gasset, 20 octubre 1912.

“Llegará día, amigos míos, en que la agricultura se convierta en industria de magnífico lujo. Los futuros señores, que no serán los generales, ni los banqueros, ni los sacerdotes, ni los

terratenientes, sino los cerebros más poderosos y tenaces, habrán arrancado a la naturaleza [1050] los secretos de los misteriosos alambiques, donde el sol, la tierra el agua, los gérmenes de vida y las mortales podredumbres se combinan para producir una alimentación que acaso no fuera tan absurda si no se encargaran de condimentarla y de servir la ignorancia y la rutina de nuestras mujeres. En ese día, que Berthelot predijo, y que gracias a mis firmes propósitos de vivir cien años he de alcanzar a ver, la humanidad estará dividida en dos especies. Los químicos, los ingenieros y los médicos, dueños de las fórmulas, reinarán con sultanesco imperio sobre los otros seres. Al conjuro de sus palabras cabalísticas manarán de las fábricas los productos que no logra hoy el aldeano sino estrujando la tierra con su cuerpo. Los hombres no levantarán los angustiados ojos al cielo para demandarle a ratos aguas y a veces, sol. Las industrias alimenticias, de producción encalmada y segura como la prueba de un teorema, les libertaran de cuidados que no sean los de servir a las máquinas creadoras”.- Ramiro de Maeztu, 1º de mayo de 1912.

Este artículo fue remitido por su autor al semanario madrileño *Vida Socialista* con el título, que ya era una bandera, "La Humanidad futura". El único nombre citado en este trabajo es suficiente para catalogar a su autor en la extrema izquierda: Marcelino Berthelot, científico e investigador, racionalista condiscípulo de Ernesto Renan, que en vida recibió homenaje de las academias del mundo, y al extinguirse su privilegiado cerebro, Francia le rindió máximos honores depositando sus restos en el Panteón de Hombres Ilustres. Berthelot falleció en París el 18 de marzo de 1907. Seguramente que Maeztu no volvió a citar el nombre de Berthelot en el resto de su vida, dedicada a ensalzar a políticos que odiaron a los racionalistas franceses, entre otros, Berthelot.

[1051] Muerte de Canalejas

El 12 de noviembre de 1912, cuando José Canalejas, jefe del Gobierno, se dirigía al ministerio de la Gobernación a pie desde su casa, con escolta a cierta distancia, parado frente al escaparate de una librería de la Puerta del Sol, fue muerto a tiros por Manuel Pardinas Serrano, que seguidamente se suicidó. Nunca se puso en claro cuáles eran los antecedentes políticos y sindicales del anarquista que arrebató la vida del presidente del Consejo de ministros. Es dudosa incluso su clasificación de anarquista, aunque es casi seguro que lo fuera, porque el origen del atentado, si no, carecería de explicación. Hubo escritores de extrema derecha que lanzaron la especie de que ese crimen político tuvo relación con la política de Francia con España en el problema marroquí. Tal versión carece de sentido; es completamente absurda. Canalejas llevaba tres años escasos en el Poder, en los cuales se habían desarrollado tragedias como la de Cullera, el motín de parte de la escuadra, con el fusilamiento del fogonero Antonio Sánchez Moya, la clausura de la Casa del Pueblo de Madrid y el procesamiento del Comité de la Unión General de Trabajadores durante once meses, huelgas generales en media España, detenciones, deportaciones y torturas en suma, un país en plena convulsión. ¿Influyó algo de eso en Pardinas? En la Unión General de Trabajadores no figuró nunca, ni se le vio por la Casa del Pueblo de Madrid porque estuvo clausurada oficialmente durante aquella etapa. No se trata de solidarizarse con Pardinas al relatar parte de las tropelías cometidas por Canalejas y sus colaboradores; pero honradamente pensando, Pardinas debió ser un militante anónimo del extremismo obrero, decidido a sacrificar su vida, con tal de arrebatarse la de aquel que estaba maltratando al

proletariado español y deshonrando los ideales que le había abierto el camino de la política. Porque Canalejas fue elegido diputado a Cortes en 1881 por Don Benito (Badajoz), como republicano progresista, la tendencia más avanzada entonces del republicanismo español. Sagasta le hizo ministro, pero él le hizo difícil la vida a Sagasta, [1052] quien tuvo que separarle de su partido. Formó grupo como liberal izquierdista, fue creador del Bloque de las Izquierdas, tomó parte en un célebre mitin en Madrid, en el que intervino también Pablo Iglesias, reclamando la revisión de los procesos de los martirizados en Montjuich por la fuerza pública; levantó bandera anticlerical recorriendo media España con ella... hasta que por fin, traicionando a Moret, de acuerdo con Romanones y éste con el rey, por miedo a Maura, que odiaba a Moret y temiera hiciera elecciones sinceras, con victoria de algunos diputados republicanos, subió al Poder, no para realizar el programa ofrecido al país, sino para dar lugar a que pudiera volver a gobernar Maura, una vez calmadas las hostilidades creadas por su desatentada política en Barcelona durante el verano de 1909. Según Burgos y Mazo, Canalejas no era buena persona en su trato político, murmurando de todo y contra todos, agregando que se distanció de Martos al principio de su carrera política por ambición. Cuando Canalejas fue asesinado yo estaba en la Cárcel Modelo de Madrid. Fue mi madre, a través de doble alambrada con doble reja, quien me dio la noticia, sin verter una sola lágrima, porque para ella, como para mí, Canalejas era un político odiado por las persecuciones que soportamos durante toda su etapa de gobierno. Las Memorias de la viuda de Canalejas descubren el falso anticlericalismo de aquel hombre. Por casualidad el domingo anterior al atentado contra Canalejas, la Conjunción republicano-socialista celebró un mitin con inmensa concurrencia, en el que intervinieron, entre otros, el doctor Simarro, que había publicado un libro en defensa de Ferrer, Melquíades Álvarez y Pablo Iglesias, pidiendo revisión de los procesos tramitados al mismo tiempo que el de Ferrer, unidad de fuero y derogación de la Ley de Jurisdicciones. En él hubo ataques contra el Gobierno, pero nadie pudo probar que se hubiera pronunciado una sola palabra encaminada a dar muerte a Canalejas, como propalaron ciertos elementos ultraconservadores. He aquí parte del discurso pronunciado por Pablo Iglesias:

“En España se puede hacer todo teniendo buenos amigos políticos: ‘Mata al rey y vete a Murcia’, dice una frase popular y es verdad; verdad también que las Audiencias están perfectamente dispuestas para que ganen los pleitos unos cuantos caciques políticos verdad asimismo que se arreglan las Salas del Supremo para que personajes políticos, por sí o por medio de representantes suyos, beneficien sus intereses ofendiendo a la justicia. Por fútiles pretextos hay procesadas gran número de Sociedades obreras cuya vida se halla suspendida; por cosas en realidad pequeñas hay infelices en la cárcel que son cien mil veces más honrados que muchos de los que figuran en política, más honrados que los que visten levita, van a los Consejos de la corona o a otros consejos y a todas horas hablan de moral y de rectitud, cuando por su modo de proceder deberían ser arrastrados por las calles de Madrid. Después de la actitud observada por el Gobierno ante las denuncias del señor Gasset, las cárceles y los presidios deberían ser abiertos”.

Fue un mitin duro, utilizados por los del barullo político para excederse atacando fieramente a Pablo Iglesias, haciéndole responsable de lo sucedido el día 12 de noviembre en la puerta del Sol. El problema llegó al Parlamento, y entonces, Pablo Iglesias se lanzó contra sus acusadores. He aquí un fragmento de su discurso en el Congreso de los Diputados:

“Me ha parecido que ha llegado la hora de que yo interviniese en este debate cuando oí

hablar al señor Senante, invitando a los liberales y a los conservadores para que aquello que habían dicho sus correligionarios en la calle lo expresaran aquí y, cuando además de eso, indicaba que en la calle se habían oído determinados gritos entre los que me parece citaba el señor Senante el de '¡Abajo los asesinos!'; pero no ha dicho algunos otros gritos que se dieron, según tengo entendido; y aunque no haya citado mi nombre, el que yo guardase silencio sería un convencionalismo, y a mí me gustan las situaciones claras; lo que he de hacer es rechazar que se me culpe a mí por el mitin de la Gran Vía, y se suponga, como se ha dicho, que lo que allí se dijo por mis compañeros y por mí haya armado el brazo del que ha matado a Canalejas. Y al rechazar esto, seguro estoy de que me acompaña la razón; porque todo el que no la haya perdido en absoluto, todo el que la conserve serena, si se fija en lo que fue aquel mitin, si sabe lo que allí se dijo, no puede sacar la consecuencia de que el fruto fuese que el desdichado Pardinas atentase contra la vida del entonces presidente del Consejo de Ministros. Todas las consecuencias se podían sacar menos esa.

Senante.- Su Señoría ha recomendado que tiren a los altos.

Iglesias: ¿Dónde? (Interrupciones de Garay, Llanos y Torriglia, Goicoechea, Canals, lo más podrido de los conservadores.) Yo tengo que decir aquí, por mi representación, que personalmente he condenado siempre lo que se llama la propaganda por el hecho. Ya he explicado mi manera de expresarme aquí respecto de determinados actos, y si no ha satisfecho mi explicación, lo siento; pero de eso a suponer que yo he predicado contra la vida de Canalejas, como vosotros queréis decir... Y a vosotros, los conservadores, que os encaráis conmigo; a vosotros, los conservadores os pregunto: ¿Qué razón tenéis para hablarme así a mí, de eso, cuando durante una semana habéis estado excitando contra mí, por medio de vuestros órganos, lo que a mí me atribuíis? Vosotros, los instruidos; vosotros, los cultos, los serenos, los conservadores, ¿qué derecho tenéis a pedir calma a un socialista, a un hombre avanzado, de apasionamiento político, cuando habéis estado azuzando a vuestros elementos durante la última semana contra mi persona. Y por si estimáis que debe servir de algo la voz de un adversario leal, y que debéis atenderla, sabed que no debéis seguir por ese camino. (Vuelve protesta de los conservadores). Son palabras dichas lealmente y que repetiré por estimarlas razonables: no sigáis por ese camino, que es sumamente peligroso...".

Terminada la sesión, en la puerta del Congreso se había ido congregando un numeroso grupo de trabajadores, entre los cuales estábamos algunos afiliados a la Juventud Socialista. Al aparecer Iglesias en la puerta de salida, estalló una ovación y un viva clamoroso. Iglesias, [1055] con un un gesto, impuso silencio, y por la acera de la carrera de San Jerónimo a su lado unos, y otros tras él, caminamos hasta que tomó el tranvía en la Puerta del Sol, para dirigirse a su hogar. Fui con él, y al despedirnos, no pudo evitar dejar escapar su amargura por ciertas ausencias que venía observando en días en los cuales su vida parecía estar en peligro. Por discreción y respeto a su memoria no daré nombres de los que, a su juicio, se habían mostrado indiferentes.

Como la campaña contra Pablo Iglesias continuaba, la Agrupación Socialista Madrileña organizó un mitin de carácter internacional en favor del presidente del partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. En efecto, las adhesiones llegadas de fuera y de dentro de España debieron consolar a Iglesias. El mitin celebrado en el Lux-Edén, de Madrid, en su honor, en solidaridad con él, revistió caracteres apoteósicos. Por primera vez intervino en un acto

socialista Julián Besteiro. Las cuartillas redactadas por Jaime Vera fueron objeto de una ovación inacabable. He aquí un extracto:

“Iglesias no es un fanático, ni un exclusivista, ni un terrorista, ni un idealista, ni de los de espíritu jurídico, ni sociólogo, ni sabio. Y de todas estas cualidades negativas, y por ellas mismas, resulta un magnífico hombre de predicación y de acción, en el cual destaca la suprema cualidad del acierto. Su campaña parlamentaria no será superada jamás, y la organización de la clase obrera está ahí para testimoniar sus aciertos. No extrañe a nadie nuestro cariño y nuestros sentimientos de admiración para mi viejo camarada Iglesias el infatigable. Iglesias es nuestro órgano. Iglesias es nuestra lengua. Iglesias es parte nuestra. Iglesias es un pedazo del inmenso corazón que hemos formado fundiendo en uno los corazones de todos. No damos a estas manifestaciones el carácter de defensa, porque eso significaría que encontrábamos en las acusaciones algo racional y, al contrario, son de absurdidad absoluta”.

[1056] *Jaime Vera a los jóvenes socialistas*

“Juventud! ¡Juventud! Primavera eterna de la vida humana, sonrisa del mundo, ¡tú eres el mañana de más belleza y de más verdad, siempre ansiado! Vamos dejando tras nosotros, los que os precedemos, lo más de nuestra vida cuyo recuerdo es a la vez nuestro dolor y nuestro consuelo; nuestro dolor, porque vida pasada es bien perdido; nuestro consuelo, porque la perdimos luchando por un porvenir mejor, frente al cual el presente es bárbaro y odioso. Los llegados ahora tenéis delante un vacío de límites imprecisos, luminoso y encantado, que habréis de llenar con vuestras vidas. El corazón se estremece ante la duda de si se colmará con vuestra ignominia o con vuestra gloria. Porque la edad de las almas no se cuenta siempre por los años. Andan en jóvenes cuerpos almas viejas, y en viejos cuerpos almas de renaciente juventud, siempre abiertas a la renovación ideal, rebosantes de efusivo amor que se derrama hacia afuera en actividades bienhechoras. Se recibe con la vida la semilla de tan excelsos dones y con el cultivo se perfecciona en cada hombre su evolución natural.

De jóvenes almas está necesitada España, y la carrera de vuestra vida será gloriosa si sois y sabéis ser jóvenes, si os resistís a haceros para siempre desgraciados vendiéndoos al diablo, abdicando por la satisfacción de los bajos egoísmos y de las pueriles vanidades los altos timbres de la personalidad; la racional libertad de espíritu y la independencia del carácter; el poder de profesar la verdad liberadora frente a los errores consagrados, encubridores del sórdido interés, cimiento de dominaciones seculares; el derecho a salir a la defensa del humilde, abatido contra la opresión del poderoso. Mas no os sugiera vuestro ardor la ilusión juvenil de que el mundo empieza con vosotros. Uno es el mundo y todo en él es continuación. La savia circulante asciende en el árbol desde las raíces hasta las ramas más tiernas de la copa, hincha las yemas y florece y fructifica; pero a cada floración, por capas concéntricas, aumenta sus diámetros el tronco y, cuanto más añosa, más se robustece y más se eleva la fuerte columna que sostiene las magnificencias de la copa. Así, el pasado es la base del presente y en las entrañas del presente cuaja, florece y fructifica el porvenir en renovación eterna. Vosotros, los jóvenes españoles que os llamáis socialistas y pretendéis ser la vanguardia de vuestra generación, y habéis luchado y algunos habéis sufrido, estáis obligados a dos cosas: la primera, que al profesar de socialistas, lejos de haberos metido en las estrecheces de un dogma, habéis roto las adherencias de vuestro pensar en

las anquilosis de una forma social perecedera y saltado al ambiente libre, donde todo conocimiento físico o social es buena nueva que se organiza en la ciencia vida siempre en periodo constituyente, en perenne elaboración. La segunda cosa que habéis de demostrar, jóvenes socialistas, es que sabéis mejor que nadie ser patriotas. Porque trabajando en España, labrando vida española y conciencias españolas, y en beneficio más próximo de la porción de humanidad que es España vais a consagrar lo más puro de vuestros impulsos a resolver problemas humanos, universales, con localización nacional, pero con solución fundamentalmente idéntica en toda la humanidad civilizada; porque son resultado de un común modo de vivir social, de un desenvolvimiento histórico fundamentalmente el mismo. Y tomar así los problemas nacionales es practicar la forma más alta del patriotismo racional, y así, como socialistas, podéis reivindicar para vosotros el título de los [1058] mejores patriotas. De esta manera, trabajando en la patria y para la porción de humanidad que es la patria, se vive en la humanidad y se sirve a la civilización. Y vuestro será el homenaje de España y de la humanidad civilizada si vuestra potencia creadora hace presión más allá de las fronteras sobre las resistencias al progreso y añadís vuestra parte al perfeccionamiento de la vida universal.

Osad a todo, jóvenes españoles. Nada de lo humano os es vedado. Sea vuestra ansia reconquistar la estimación y el respeto del mundo por la colaboración en su progreso, por vuestro esfuerzo ascensional hacia la civilización armónica, en que los brutales antagonismos, malhadada herencia de la historia, sean eliminados y sean los objetos sagrados del culto común la justicia y la libertad. ¿No sería indigno de vuestro espíritu generoso limitar vuestro ideal práctico al desenvolvimiento del capitalismo nacional, cuando las naciones más adelantadas nos muestran cómo el capitalismo corrompe la civilización que la ciencia engendra y que es fase histórica que urge precipitar y eliminar? Sea nuestra aspiración, no lo que las naciones más adelantadas son, sino lo que la parte más civilizada de las naciones aspira a ser.

Este debe ser el axioma fundamental de la actuación española: Ninguna fatalidad natural nos condena a perpetua inferioridad histórica.

Históricas, adventicias, transitorias, aunque tremendas y harto durables, son, en nuestra patria, las resistencias activas al progreso humano y de rechazo al auge nacional. Todavía se yerguen prepotentes, todavía dominan las costumbres y, por su mayor parte, los poderes nacionales; labrando y sustentando tenaces las inferioridades nacionales por las que, a contrapelo del tiempo, superviven. Pero no son invencibles. Ellas sucumbirán, por fin, a aquella estrategia que consiste en el cultivo, la coordinación y el empuje solidario de todas las fuerzas progresivas españolas. El impulso civilizador de fuera coadyuvará a nuestro esfuerzo. Esa estrategia, jóvenes españoles, es vuestro deber. La [1059] superioridad que conduce a la victoria se alcanza trabajando. Ponga en la obra común, quién el pensamiento, quién la acción, y juntemonos todos para la acción inteligente, que cuanto más inteligente será más eficaz

Hay que investigar la verdad en todos los órdenes y profesarla, difundirla y aplicarla. Yo os juro que para alcanzar la verdad, no impulso, pero sí luz de la revolución que gigantesca avanza, no os podré dar mejor consejo que el siguiente: Analizad, estudiad por partes. Tomad un territorio circunscrito de lo que como realidad física o social se nos aparece y estudiadlo a fondo en los hechos mismos, no en las opiniones ajenas. Después, con la disciplina que da la adquisición de un personal saber, podéis asomaros al mundo sin desorientaros ante las cuestiones

actuales o los problemas eternos, imán constante de la inteligencia humana. Porque en cada fragmento, por pequeño que sea, del universo, corpóreo o incorpóreo, están las normas constantes conforme a las cuales es todo y sucede todo. A esta costa el saber guiará y coordinará la acción.

No imitéis a la porción más brillante, más agasajada y más inútil de nuestra intelectualidad de ayer como de hoy, que se cierne siempre en las alturas de la generalidad y de la abstracción, naciendo teología y mística sin saberlo, leyendo a otros, y pretendiendo decidir de todo sin conocer nada bien a buena cuenta. No seré yo quien os halague asegurándoos el triunfo. Victoria tras victoria, sí. Los mejores de vosotros nunca se creerán triunfantes. Quien se siente triunfador se para. Y el que se para ése es el derrotado, y es el que se hace viejo, es el estorbo, sólo útil por su desaparición.

¡Jóvenes, sabedlo ser y procurad conservaros jóvenes; esto es, capaces de aprender y capaces de amar hasta que vuestro cuerpo se derrumbe y vuestra vida se extinga! Si sois así, cuando veáis la mayor parte de vuestra vida ya pasada y os pidáis cuenta a vosotros mismos de su empleo, podréis decir, henchida el alma de melancolía, pero también de la satisfacción más pura: he vivido y he sido útil. Corona más salta no la hay en el mundo”.- Doctor Jaime Vera, 23 octubre de 1912.



Penosa etapa para Iglesias

No pudiendo designar a Iglesias para dirigir el órgano central del Partido por el acuerdo adoptado en el Congreso nacional últimamente celebrado, el Comité Nacional escogió como mal menor a Mariano García Cortés, redactor de *España Nueva*, cuyo propietario era el diputado republicano Rodrigo Soriano. No había imprenta donde imprimir el diario. Se dudaba entre hacerlo rotativo —y eso costaba mucho dinero— o publicarlo a base de máquina plana. Desde luego era forzoso saliese por la noche, ya que de ese modo se evitaban las tarifas nocturnas para los diarios que aparecían por la mañana. La Asociación del Arte de Imprimir, presidida por Mario Anguiano, desoyó las súplicas de Pablo Iglesias, derrotando a la Junta Directiva y al Abuelo. Pocos momentos más amargos que aquellos pasaría Iglesias. Pablo Cermeño, que había sido del Comité Nacional, hijo de socialista casi fundador, enfrentado con Iglesias, pronunció un discurso contra la impresión de *El Socialista* en los talleres de *El País*, diario republicano que estaba en pugna con la Asociación, pugna que habría desaparecido llegando el diario a sus talleres. Con un poco de tacto todo hubiera sido posible. Pero Cermeño trabajaba como cajista en la imprenta del *Heraldo de Madrid*, era íntimo de García Quejido y de Morato y destilaba veneno por el nombramiento de García Cortés, a quien nunca estimaron la mayoría de los gráficos madrileños. Resueltas de cualquier manera las dificultades, el 13 de marzo de 1913 salió *El Socialista* diario, dirigido por Mariano García Cortés, instalando la redacción y la administración en la calle de las Fuentes, 4. Allí fueron a parar las oficinas del Comité Nacional del Partido Socialista y allí monté, como director de *Renovación* los servicios del órgano juvenil, que se transformó en quincenal y llegó a tirar más ejemplares que ningún otro periódico del Partido Socialista. El primer artículo de Tomás Meabe para *Renovación* me lo remitió desde París, estando en la emigración. Fue entonces cuando, con su protesta, publiqué el primer retrato de Meabe, poniendo al [1061] pie: “Fundador de las Juventudes Socialistas”, y ese retrato es el que se ha reproducido después varias veces, porque Meabe se negó a hacerse ningún otro.

García Cortés llevó como administrador del diario a un oficinista que había trabajado en *España Nueva*. Ni siquiera era afiliado al Partido Socialista. Fue entonces cuando comencé a distinguir entre socialistas con carnet y sin él. Francisco Arenas Guerra, primer administrador de *El Socialista*, tuvo carnet de la Agrupación Socialista, pero nunca fue socialista. Saltó de la administración sin liquidar su gestión, dejando para cubrir el déficit la edición de un libro suyo sobre *Métodos de contabilidad*. Como auxiliar tuvo a José López Darriba, muy recomendado por Botana, Araujo y Martínez, de Vigo. En el diario entraron como redactores Francisco Mora Méndez, Juan Almela Meliá y Eduardo Torralva Becí, los tres con el beneplácito del Comité Nacional; pero García Cortés completó el cuadro con redactores de *España Nueva* de otras publicaciones, que se calificaban de auténticos periodistas. ¡Pobre Partido Socialista que caiga en poder de tales elementos! Un periódico socialista ha de estar escrito por socialistas, con la cultura y la preparación que sea posible, pero sobre todo que lleven el ideal en la cabeza y en el corazón. Aquellos periodistas no lo llevaban en ninguna parte. Y García Cortés, por lo que demostró más tarde, hacía buen conjunto con aquellos colaboradores suyos. El disgusto crecía en el seno del

Partido Socialista contra el diario que hacían. Los correos se perdían y el periódico llegaba con retraso a provincias. Las noticias se daban tarde y mal. Faltaba espíritu socialista, emoción obrera, ganas de trabajar en el periódico, que cada día creaba nuevos problemas. Nadie estaba contento; mas el Comité Nacional tenía las manos atadas por los acuerdos del último Congreso Socialista. Podía relevar al director, pero no estaba facultado para designar a Iglesias, y el diario llevaba cerca de un año publicándose, estando a punto de agotar el último céntimo y la paciencia de los afiliados.

[1062] Fue entonces, febrero de 1914, cuando Luís Torrent y yo, entre otros decidimos reunir a unos cuantos militantes de la Agrupación Socialista y plantearles claramente la cuestión. La reunión se celebró en casa de Luis, en uno de los salones de modistería que utilizaba su esposa. Torrent vivía en la calle de la Libertad, cerca de la Casa del Pueblo. El sitio estaba bien escogido para que no hubiese fracaso. Y no lo hubo. El Partido Socialista sufría una crisis interna. El diario no representaba los anhelos del proletariado socialista. La Agrupación Socialista Madrileña, de la que había sido presidente Largo Caballero durante muchos años, había caído en otras manos nada seguras para los ideales de Pablo Iglesias. Aquello no podía continuar. A nuestra convocatoria acudieron, entre otros, Largo Caballero, Gómez Latorre, Mora, Anguiano, Atienza, Laureano Bríones, Manuel Charlán, Meliá, Lucio Martínez, Blázquez, López y López, Tavera, Darriba, Redondo, Núñez Tomás, Luis Fernández, Juan Ortiz, Dionisio Correas, Jacobo Castro, Santiago Pérez, Llácer, Zapata y Florentino García. Todos estos hombres tuvieron su época dentro de la organización obrera y política de Madrid. Con frecuencia saltarán sus nombres por estas páginas. La deliberación fue breve. Los acuerdos se adoptaron por unanimidad. Yo llevé un proyecto de reglamento de constitución de un núcleo, al que titulamos *Acción Socialista*. Daniel Anguiano el hombre entonces más compenetrado con Pablo Iglesias, leyó una declaración de principios, que sirvió como artículo de entrada del primer número de una revista semanal ilustrada, cuya creación acordó el grupo. Yo fui nombrado director de *Acción Socialista*, y Luis Torrent, administrador. En uno de los párrafos del articulado por el que se regía el grupo se leía lo siguiente: “Trabajar por la preparación y difusión de la ideas socialistas en toda su integridad y pureza, esto es, tal y como fueron expresadas por los maestros Marx y Engels, con las modificaciones posteriores a aquel documento impuestas por las circunstancias políticas sociales que entonces no pudieron ser previstas”. Era una ratificación [1063] de fe en el Socialismo. Era una réplica a quienes por dentro estaban debilitando esa fe. Queríamos que Pablo Iglesias volviera a ser director de *El Socialista*. Estábamos decididos a que Largo Caballero recuperase la presidencia de la Agrupación Socialista. Para las dos cosas era necesario derrotar a García Cortés. Recogimos firmas solicitando la celebración de una asamblea extraordinaria de la Agrupación Socialista para formular en ella un voto de censura contra el director del diario exponiendo los motivos que teníamos. Hubo firmas más que suficientes. Quedó convenido que en la Agrupación Socialista hablaríamos Besteiro, Largo Caballero y yo contra la gestión de García Cortés. Los tres consumimos los turnos reglamentarios, venciendo al Comité local por gran mayoría. El ejemplo de la Agrupación de Madrid fue seguido en provincias. Largo Caballero volvió al Comité de la Agrupación Madrileña, aunque por poco tiempo, porque en el inmediato Congreso del Partido, Besteiro, Largo Caballero y yo entrabamos, por primera vez los tres, en el Comité Nacional, elegido en su totalidad por el Congreso Socialista.

No iría a Palacio

Felipe Carretero, uno de los fundadores del movimiento sindical y político de Vizcaya, publicó en *Vida Socialista* un artículo disculpando a los reformistas por haber aceptado ir al Palacio Real, y declarando que el hecho no era grave, si al salir de aquella mansión se seguía siendo el mismo, como había dicho Azcárate, puesto que informar al rey de cómo opinaban los partidos políticos era un deber. Pablo Iglesias replicó a Carretero, con fecha 2 de febrero de 1913, en los siguientes términos: “No estimando conveniente para el Partido en cuyas filas milito, ni para mí, guardar silencio sobre la hipótesis, expuesta en varios periódicos, de que se me llamase a Palacio, declaro que si se me hicieran indicaciones en tal sentido respondería negativamente, sin que esta negativa llevara la intención de cometer una descortesía en la persona del rey. Y fundaría mi contestación: En que las aspiraciones de los[1064] trabajadores organizados y las del Partido Socialista han sido expuestas en las reuniones, en la prensa y en el Parlamento, y no es de suponer que las desconozcan ni el rey ni los ministros. En que mientras en la tribuna, en la prensa y en el Parlamento un antimonárquico puede exponer, libremente, sin coacción alguna, sus opiniones sobre todos los asuntos, cualesquiera que ellos sean, en la regia morada tiene que poner freno a su pensamiento al tratar determinadas cuestiones. Y en que dada la actitud en que está colocado el Partido Socialista en relación con el régimen monárquico, mi presencia en Palacio, no exigida por ninguna obligación personal adquirida anteriormente, podría aparecer como un acto de deslealtad a mi Partido o como señal de que rectificaba la conducta que actualmente mantiene y que se promete seguir. Por estos motivos, si se me invitara a ir a Palacio, me negaría a acudir”.- Pablo Iglesias, 13 de febrero de 1913.

Elegido presidente de la Federación de Juventudes Socialistas de España y director de su órgano, *Renovación*, al salir de la Cárcel Modelo de Madrid y tomar posesión de mis cargos, una de mis primeras preocupaciones fue rendir un homenaje de adhesión y simpatía a Pablo Iglesias, publicando por primera vez su fotografía en un periódico socialista. No se cultivaba entonces homenaje de ninguna clase a la personalidad. Tampoco tenía ese objeto nuestro número extraordinario, avalorado con un magnífico trabajo de Jaime Vera, al que alude la carta de Iglesias, cuyo texto es el siguiente: “Madrid, 6-4-1913.- Querido amigo Saborit. A tí y a los demás compañeros de *Renovación* os quedo profundamente agradecidos por el homenaje que acabáis de hacerme. Como he tenido el gusto de decirle al amigo Vera, júzgle excesivo. Vuestros y del Socialismo, Pablo Iglesias”.

“Hoy la fuerza obrera en España no es despreciable; pero su influencia no es tal aún que obligue a los representantes políticos de los explotadores a conceder a sus víctimas, a los asalariados, ciertas leyes. [1065] Mas dicha fuerza crecerá, llegará a ser potente y obligará a los gobernantes, sean cuales fueren, radicales o templados, a dar satisfacciones a las aspiraciones obreras. Y cuando llegue ese día, cuando lo mismo en el campo que en la ciudad los obreros asociados constituyan formidables legiones, no habrá más remedio que dictar leyes señalando una jornada máxima, determinando un mínimo de salario y mejorando otras condiciones de la clase oprimida. Por mucha soberbia que tengan los patronos, por gran de que sea su orgullo, por enorme que su poder económico sea, no podrán impedir que la organización obrera alcance colosales proporciones, que la conciencia de clase de los explotados sea cada vez más vigorosa y que la acción política de los mismos se haga sentir de un modo decisivo. Cuando estas

condiciones haya adquirido el proletariado, no sólo conquistará las reformas indicadas, sino que se hallará próximo a realizar una de sus principales aspiraciones, la de adueñarse del Poder político, para después anular con él todos los privilegios y poner fin, acabando con las clases sociales, a la explotación del hombre por el hombre”.- Pablo Iglesias, 23 febrero 1913.

Comentando el atentado de que fue objeto Alfonso XIII en abril de 1913, en Madrid, por el anarquista Sancho Alegre, Pablo Iglesias escribió: “Ni ese ni otros atentados aprobamos nosotros... Pero cuando se fusila a Ferrer y a Clemente García, cuando se atropella a diario por las autoridades a los ciudadanos, ¿cómo pueden pedir los que eso hacen o amparan que no empleen la violencia, en momentos dados, los oprimidos, o que no se diga que, cuando el Poder conculca todas los derechos, contra él se debe emplear la fuerza?”.-Pablo Iglesias 30 de abril de 1913.

[1066] “Pero, ¿qué tiene que ver que su señoría, señor La Cierva, haya cumplido mejor que otros lo relativo a esas leyes sociales, para suponer que el día que se nos atropellase en el terreno de la acción política, como se nos ha atropellado, no habríamos de defender lo que tanto nos interesa? ¡Ah! ¿Es que su señoría creía que aquello que era de derecho, que aquello que, después de todo, obteníamos, o por conveniencia de vuestro partido, o por nuestra fuerza obrera, nos obligaba, cuando aquel Gobierno se condujera mal, como se condujo, a no protestar, a no cumplir con nuestro deber? No; todas esas leyes son buenas, nosotros deseamos que todas esas leyes se cumplan; pero, por encima de todo eso, señor La Cierva y señores diputados, ansiamos que no se dificulte, que no se pongan trabas a la acción política del proletariado, porque con esa acción es como el proletariado ha de acentuar su fuerza, que es la única garantía positiva de todas las conquistas que realice”.- Pablo Iglesias, sesión de Cortes de 13 de junio de 1913.

Mariano García Cortés

Estábamos ya en la Casa del Pueblo, en plena etapa de crecimiento. El Partido Socialista tenía representación en el Ayuntamiento madrileño, la reseña de cuyas sesiones era leída con interés. Desde 1910 Iglesias era diputado a Cortes por la capital de España, y sus discursos atraían y educaban a los trabajadores. No era posible pedir que la prensa burguesa diera la debida importancia a la actuación municipal y parlamentaria de nuestros hombres. Algunas veces hasta la deformaba o la falsificaba. El semanario había agrandado su tamaño y aumentado considerablemente su tirada, pero no salía más que con cuatro páginas, cuando a veces un discurso de Iglesias casi las necesitaba. Y en el Congreso socialista de 1912 se lanzó, temerariamente, sin dinero suficiente, sin imprenta segura, fiando en su buena estrella, a sacar a diario el periódico. En el periódico había prevalecido el criterio de desalojar a Pablo Iglesias [1067] de la dirección de *El Socialista*, con el pretexto de su falta de salud, o para darle tiempo, según sostenían otros de los conjurados, a que pudiera redactar proyectos de ley “constructivos” en defensa de la clase trabajadora. Hubo, pues, mayoría suficiente para declarar incompatible la presidencia del Partido Socialista con la dirección del diario. Besteiro no era afiliado activo aún; yo estaba en la Cárcel Modelo. Iglesias sintió el acuerdo como una bofetada, pero lo soportó disciplinadamente, como él había educado a los que desde los primeros años honraron las filas del Partido Socialista, donde los hombres no eran nada y las ideas lo eran todo.

García Cortés y García Quejido nunca fueron amigos en el seno del Partido Socialista, pero ambos tuvieron votos para descartar a Pablo Iglesias de la dirección del periódico. En cambio, no hubo acuerdo posible a la hora de sustituirle, y triunfó García Quejido. Para muchos veteranos, la designación de García Quejido era el mal menor. Se trataba de un fundador, de un obrero auténtico, de un perfecto conocedor de la doctrina, de una conducta irreprochable. Terminado el Congreso, reunido el nuevo Comité Nacional, García Quejido presentó la lista de los colaboradores con que aspiraba a sacar el diario. A la cabeza de los redactores figuraba Juan José Morato. Era natural esta predilección, dadas las relaciones personales que existían entre ambos. Pero Morato había sido expulsado del Partido Socialista en un Congreso nacional, y aunque solventó el descubierto aparecido en su gestión, posteriormente, su actuación al servicio principalmente de la política de Canalejas le había restado simpatías. De haber sido otra su conducta, Morato hubiera podido, al cabo de cierto tiempo, reingresar en el Partido Socialista. Nadie, después de Iglesias, había trabajado tanto y tan bien como él. Pero su lengua y su pluma coincidían en restarle amigos y el Comité Nacional no aprobó la inclusión de su nombre en la plantilla de redactores, dimitiendo García Quejido, sin haber tomado posesión [1068] del cargo. Y el 15 de marzo de 1913, García Cortés sacaba el primer número de *El Socialista* diario, en condiciones bien difíciles.

Durante más de veinte años Mariano García Cortés fue uno de los hombres de mayor influencia en el Partido Socialista. Aragonés de nacimiento de fuerte complexión, con abundante barba negra, ateneísta, abogado, periodista, orador, su estrella empieza a brillar cuando palidece la de Morato. Tenía sobre su rival un especial don de gentes, unas relaciones personales que nunca supo cultivar Morato. En el *Heraldo de Madrid* García Cortés inauguró una Sección obrerista, en la que fue sustituido por Juan José Morato, gran amigo de Canalejas, iniciándose con este motivo una guerra personal sorda e implacable, cuyas consecuencias repercutían en la organización obrera. Apenas sí hubo cargo por el que García Cortés no pasara. Fue elegido concejal con Francisco Mora, quienes actuaron dos años con García Quejido y Barrio y otros dos con Anguiano y Besteiro. Desde luego fue el concejal que metió más ruido en la Casa de la Villa. Los años de esta actuación municipalista, unidos a sus actividades entre ciertos núcleos de intelectuales, contribuyeron a consolidar su ambición; volver a los escaños municipales pasados los cuatro años en que esto era posible. En las elecciones municipales de 1920, en que luchamos solos los socialistas, triunfamos por este orden de votación; yo por Universidad; García Cortés y Cordero, por Hospital; Álvarez Herrero, por Chamberí; López Baeza, por Latina, y Luis Araquistain, por Inclusa. Fue la primera minoría relativamente numerosa que tuvo el Partido Socialista, con fuerza propia, en Madrid. Yo era diputado por Oviedo, pero todo hombre discreto debe hacer un largo aprendizaje antes de creerse capaz de andar solo. Cordero fue elegido, a propuesta mía para que no lo fuese García Cortés, teniente de alcalde de la Inclusa, realizando buena campaña, más espectacular que positiva, llevado de la mano por García Cortés, a quien no le interesaba consolidar hombres socialistas en el Ayuntamiento. Araquistain, elegido concejal sin estar en Madrid, al incorporarse a su puesto su voto estuvo a mi lado frente a García Cortés, quien de hecho disponía del resto de [1069] los camaradas por su veteranía municipalista.

Al surgir la huelga de agosto, García Cortés era presidente de la Agrupación Socialista. Su conducta fue más turbia que durante los sucesos de 1909. Por su descuido —de alguna manera hay

qué definirlo— perdió el Partido Socialista las actas de concejal que Madrid nos había adjudicado estando en presidio. No hizo recurso, ni defendió nuestro posible derecho a ocupar aquellos puestos, en espera de que la amnistía, como la hubo al fin, hubiera respetado la voluntad popular. A medida que perdía prestigio en el Partido Socialista, exageraba la nota revolucionaria, y la Revolución rusa fue un pretexto que supo utilizar para alardear de lo que carecía. García Cortés fue el primer socialista español con quien se entendieron los rusos para provocar la escisión. Y cuando Oscar Pérez Solís leyó la declaración de los comunistas rompiendo con el Partido Socialista, la firma de García Cortés estaba al lado de la de García Quejido, sin que por ello suponga ni por un instante que éste transigiera con sujeto a quien él despreciaba justamente. López Baeza y García Cortés, concejales, se quedaron con las actas; Araquistain se abstuvo de frecuentar el Ayuntamiento, y Cordero, Gómez Latorre, Álvarez Herrero y yo hicimos frente a los dos comunistas, que actuaron con esa etiqueta tan sólo unas cuantas semanas, porque los dos se pasaron descaradamente a las filas romanonistas.

Varias noticias de 1913

El sueño de toda su vida, realizado: Romanones sigue de jefe de Gobierno. Pero entre los liberales no hay acuerdo. Montero Ríos, agotado, desea dejar bien situado a García Prieto, su yerno. Romanones ha encontrado el apoyo de Santiago Alba, que en Gobernación hace diabluras para consolidar su caciquismo en Castilla y si le dejan fuera de Castilla también. Pablo Iglesias arremete contra él, sin conseguir apenas nada. Alba tiene prisa por llegar. ¿Estaba seguro Romanones de [1070] la lealtad de Alba? Entre los liberales surge el cisma, provocado por los monteristas, que forman el partido Liberal demócrata. Ni demócrata ni liberal. El rey se divierte a costa de sus ministros poniendo de relieve sus ambiciones y a veces sus inmoralidades. Divididos los liberales, Romanones pierde la batalla, por el momento. El 13 de noviembre de 1913 Eduardo Dato forma Gobierno, instituido por el rey jefe del partido conservador. Maura y La Cierva se indignan contra Alfonso XIII. Surge el maurismo callejero. Varios retratos del rey son rotos estrepitosamente. Ossorio y Gallardo pronuncia un discurso dando vida al maurismo. Surgen las renunciaciones como diputados, secundando a Maura, pero interviene Pidal, y Maura se arrepiente de cuanto ha dicho y hecho. Queda aún en pie La Cierva, que pronuncia un discurso contra Dato acusándole de haber disuelto las Cámaras para favorecer a las compañías de ferrocarriles autorizándolas a elevar las tarifas, lo que era cierto, aunque lo dijese La Cierva, sin autoridad para denostar a Dato.

El 12 de abril de 1913 hubo en Madrid un atentado contra el rey, comentado por Pablo Iglesias en un artículo. A las consultas rutinarias de Palacio cuando surgía una crisis política acudió Gumersindo de Azcárate, jefe de la minoría reformista formada por Melquíades Álvarez. Iglesias, como en el caso anterior, formuló su criterio combatiendo duramente a los melquiadistas, que estaban ilusionados con ocupar el Poder cuando Romanones lo dejara. Alfonso XIII se creó dos problemas: uno con los mauristas, designando a Dato como jefe del partido Conservador al otorgarle el decreto de disolución; otro, con los reformistas, que se habían creído a las puertas del disfrute presupuestario. En efecto, en el Palace Hotel de Madrid, el 23 de octubre de ese mismo año, hubo un banquete con cerca de dos mil comensales para pedir que gobernara Melquíades Álvarez con la Monarquía, creándose el Partido Reformista, en el que

ingresaron Pérez Galdós, los dos Zulueta, Junoy, Rodríguez Méndez, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Viñuales, Díez Canedo, Pablo Azcárate, López de [1071] Haro, Teófilo Hernando, Federico de Onís, Pittaluga, Labra, Barcia, Répide, Octavio Picón, Moya, Dualde, Posada, Rivera Pastor, en una palabra, casi toda la intelectualidad de izquierdas. ¡Graves errores de Alfonso XIII, a pesar de que muchos historiadores han ensalzado su inteligencia! En agosto, con un artículo publicado en *La Correspondencia militar*, dan señales de vida las Juntas militares. Ese mismo año tiene lugar la catástrofe en las obras de construcción del puerto de El Musel, en Gijón; emoción de la tragedia, sin que brillara la justicia.

Iglesias en 1913 hizo una extensa campaña de propaganda socialista por Andalucía. Oscar Pérez Solís cae enfermo en su hogar, en Valladolid, y creyéndose en la agonía, abjuró públicamente de sus errores políticos. Después echó la responsabilidad sobre sus familiares. En Castellón se celebra un Congreso de la Federación Nacional de Obreros Alpargateros. Francisco García Alberola, de Elche, fue nombrado secretario. Comienza a publicar la Casa del Pueblo de Vigo. Se inaugura la Casa del Pueblo de Turón (Oviedo). Manuel Vigil publica *Epistolario socialista*, folleto de propaganda. Felipe Carretero publica, en Bilbao, un folleto con el título *Crítica del nacionalismo vasco*. En Bélgica hubo huelga general en favor del sufragio universal. En Francia se promulga la ley de los Tres Años, militarizando el país. Se inaugura en La Haya el Palacio de la Paz, donativo del norteamericano Carnegie. Los secretariados sindicales internacionales acuerdan transformarse en Internacional Sindical, en Zurich, en 1913.

[1072] En noviembre de ese año hubo elecciones de concejales. Existía la Conjunción Republicano-Socialista, pero no funcionaba en toda España. Por Madrid, hubo unión con los republicanos, triunfando Pablo Iglesias y Julián Besteiro, quedando derrotados Victoriano Orosa, por el distrito de Congreso y Daniel Anguiano por el de Hospicio. Por el artículo 29 de la ley electoral fueron elegidos 24 concejales de significación socialista. Relación, no completa, de los éxitos obtenidos: Puertollano, 5 concejales; Guadalajara, 1; León, 1; Valencia, Victoriano Zarzosa, Eusebio Pastor y Antonio González; Salamanca, 1; Valladolid, Conde; Medina del Campo, 1; Rueda, Isaías Bayón y Sabino Revuelta; Corales de Zamora, 2; El Ferrol, Bello, Pita Cortés y Conesa; Pontevedra, 2; Vigo, Enrique H. Botana y José Araujo; Albacete, 1; Baños de la Encina, 1; Villena, Maruenda y López Hernández; Bilbao, 4; San Sebastián, 2; Eibar, 2; Vitoria, 1; Pamplona, Ángulo; Jaén, 2; La Carolina, Piqueras; Linares, 1; Mancha Real, 3; Jerez de la Frontera, 1; Montilla, 2; Málaga, Rafael Salinas; Ríotinto, Sicilia, Ojeda, Herrera, Rodríguez, Marín, Bautista, Vélez, Santos y Estévez; Nerva, Antonio Alvarado, Francisco Román, Manuel Vázquez y José Luque; Zalamea. Cañizares, Vázquez, González, Bolaños, Márquez, Lancha y Arroyo; Aller, 1; Avilés, José González; Mieres, Fernández Bayón, Vicente Secades y Manuel Fernández; Morcín, 1; Oviedo, Aurelio Cuartas, Sánchez y Suárez Fierros; Riosa, 2; Sama, 2; San Martín del Rey Aurelio, 2; Siero, José Areces.

Habiendo renunciado a seguir en la presidencia del Arte de Imprimir Mario Anguiano, pasaron por ese puesto Aurelio de la Riva y Tomás España. Este mantuvo debate público contra *ABC*, acusándole de que los operarios de su imprenta trabajaban en peores condiciones que los de otros diarios madrileños. Hubo un tribunal para juzgar el caso, que comprobó las acusaciones hechas por Tomás España. De ese tribunal formaron parte, por *ABC*, Leopoldo Matos, Julio Amado y Domingo G. Andueza, y en nombre del [1073] presidente del Arte de Imprimir,

Antonio Atienza, Julio F. de Guevara y Toribio Pascual. Presidió Azcárate. Invitado por los ferroviarios de Córdoba, sin duda por iniciativa de algún socialista, fui a dar una conferencia al gremio en la citada capital. Tuvo lugar en el Círculo Republicano, donde había afiliados varios ferroviarios que obtuvieron permiso para celebrar el acto. A las autoridades no les agradó lo que dije en Córdoba, y fui procesado por la jurisdicción civil, teniendo que acudir varias veces a la citada capital para actuaciones judiciales, hasta que al fin hubo indulto por delitos de opinión, y me salvé. Entonces estuve en Bujalance, donde se creó la Juventud Socialista. Bujalance era foco de anarquismo dentro de la provincia cordobesa, pero fue ganado a la orientación socialista. Poco después hablé en Benaguacil (Valencia), donde tuve otro proceso también por lo civil, con varios viajes a la Audiencia valenciana, resuelto todo con el indulto de carácter general antes citado.

Sigue la guerra en Marruecos, larvada, pero causando bajas, y Pablo Iglesias lleva casi solo la campana contra el régimen responsable de esa empresa colonizadora, sin prestigio y sin capacidad. Poincaré, presidente de la República francesa, efectúa viaje oficial a Madrid, como respuesta al de Alfonso XIII a Francia. El 4 de junio de 1913, en el Juzgado municipal del distrito del Centro, contrajeron matrimonio civil Dolores Cebrián y Julián Besteiro. En mayo se reunió en Madrid un Congreso de la Federación Nacional de Mineros, de la que fue presidente Facundo Perezagua, y secretario, Solinís. Por Asturias asistieron en la Casa del Pueblo de Madrid, donde se efectuaron las sesiones, Manuel Llana, José de la Fuente, Antonio Fernández Cienfuegos, Domingo González y Manuel Fernández. En Asturias, a imitación del Sindicato Miñero, se crea el Sindicato Metalúrgico, fundado por Manuel Vigil, que dejó la secretaría en manos de Wenceslao Carrillo a quien los anarquistas hicieron la vida imposible en Gijón, trasladándose a Avilés. La Federación Nacional de Tipógrafos pasa a ser ocupada por García Quejido [1074] que organiza la transformación de ese organismo, preparando su nueva etapa bajo la denominación de Federación Gráfica Española.

El 13 de diciembre de 1913 Jacinto Benavente estrenó en el teatro de la Princesa, cuyo nombre fue cambiado durante la etapa republicana (a propuesta mía, adoptada por el Ayuntamiento y ratificada por el Gobierno) por el de María Guerrero, el drama *La Malquerida*, por la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza. Obtuvo éxito inenarrable. Asistieron a la representación los reyes y Dato, que presidía el Gobierno. Cuando Benavente subió al palco real, Dato le informó de que, accediendo a sus deseos, el Gobierno había acordado indultar a Vicente Lacambra del resto de la pena que estaba cumpliendo en el penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia. Benavente respondió: “Me alegra más esa noticia que el triunfo de esta noche”. En efecto, Lacambra, militante socialista, después de ser indultado por un crimen no cometido por él, pero cuyo autor no llegó a sufrir ninguna consecuencia y falleció sin decir la verdad, llevaba años en presidio, y Benavente, conocedor del hecho, inició un movimiento de opinión que al fin dio resultado. Ciges Aparicio publica su obra *Entre la paz y la guerra*. En la Ópera Cómica de París se estrena *La vida breve*, de Manuel de Falla. André Gide publica *Les Caves du Vatican*. Las sufragistas inglesas incendian la iglesia de Santa Catalina, en Londres, reclamando el derecho al sufragio. El Gobierno noruego concede en 1913 el derecho de voto a las mujeres.

[1075] *Problemas juveniles socialistas*

Cuando fui elegido presidente de la Federación de Juventudes Socialistas y director de

Renovación, estando aún en la Cárcel Modelo, recibí, con la felicitación de ritual, una demanda de interviú sobre cuál habría de ser mi programa político al frente de la federación de Juventudes Socialistas y de su periódico. En la invitación había tema suficiente para estimular la vanidad de cualquier hombre, mayormente si era joven y ansioso de notoriedad. Claramente comprendí se trataba de utilizar la fuerza de las Juventudes Socialistas contra el Partido, singularmente contra Pablo Iglesias, porque quienes me facilitaban ocasión para dar a la publicidad lo que ellos llamaban nuevas ideas y nuevos programas y hasta nuevas tácticas, eran ya los gérmenes de un pequeño grupo de intelectuales que ingresó en las Juventudes Socialistas y no desapareció hasta que en 1921 se escindió el Partido Socialista, colocándose al lado de los partidarios de Moscú. Poco después, algunos de estos supuestos revolucionarios militaban en las filas de la monarquía y los que siguieron en el comunismo salvo excepciones, el propio partido comunista se deshizo de ellos como pudo. Querer convertir las Secciones juveniles del Partido en una extrema izquierda, utilizando al elemento juvenil ardorosamente irresponsable por su edad y su inexperiencia, por su generosidad de alma, por todo lo que es privativo de la juventud, es hacer obra demagógica, destruir la labor socialista creada durante años, difícil de realizar en todas partes. Si el Partido Socialista se equivoca, no son las Juventudes quienes tienen derecho para rectificarle.

Virginia González

Hacia principios de 1911 llegó a Madrid Virginia González, con su compañero Lorenzo Rodríguez, y César, único hijo de ambos. Regresaban de la Argentina, a donde fueron desde Bilbao, sin haber encontrado en aquel país lo que esperaban. Eh Bilbao se instalaron provisionalmente al salir de Valladolid, de donde eran naturales los tres y donde encontraron [1076] dificultades en su vida económica. Lorenzo era zapatero y Virginia, guarnecedora, profesiones que se complementaban, si había trabajo para salir adelante. Pero la España de principios de siglo no facilitaba esas modestas aspiraciones de la clase trabajadora: poder vivir de un jornal seguro y remunerador. La inauguración de la Casa del Pueblo y la victoria electoral del primer diputado socialista por Madrid llenaron de ilusiones a los emigrantes y abandonaron Buenos Aires con el propósito de situarse en Madrid, como lo hicieron, abriendo una modesta tienda cerca de la Casa del Pueblo, donde Lorenzo hacía y reparaba calzado y Virginia preparaba el material y cosía los pares de encargo. César, entretanto, había crecido, y con el sacrificio de sus padres, fue enviado a París, con el deseo de que aprendiera idiomas y se forjara un porvenir. ¡Virginia cegaba por su hijo!

Lorenzo ingresó en la Agrupación Socialista y ambos en la Sociedad de zapateros y guarnecedoras. Virginia fue alta en la Agrupación Femenina Socialista, cuya presidencia pasó a ocupar poco después. Con Virginia González el núcleo femenino socialista, siempre muy modesto en número, podía actuar de modo independiente. Al incorporarme a la presidencia de la Federación de Juventudes Socialistas, en el Comité Nacional decidimos organizar una excursión de propaganda en Levante a cargo de Manuel Llaneza Gil y yo, efectuada en 1913, llegando hasta Cartagena, Alicante y Valencia, encontrando en los pueblos intermedios, singularmente en la provincia alicantina, buen número de trabajadores que acudían a nuestros actos. A nuestro regreso planteamos el problema de repetir y ampliar el viaje de propaganda por Levante, pero contando esta vez con el concurso de Virginia González, esperanzados de conseguir mayores

frutos. Aceptó Virginia nuestra invitación y comenzamos la propaganda por Alcázar de San Juan, Albacete, Almansa, seguida por pueblos de las provincias de Alicante, Valencia y Castellón, sin olvidar las respectivas capitales. En total, dimos cuarenta y tres actos. *Renovación* llegó a [1077] ser el periódico socialista de mayor tirada, se crearon grupos de Juventudes Socialistas y en muchas organizaciones sindicales ingresaron mujeres obreras en buen número. Ilusionados por los resultados obtenidos, Virginia y yo, más tarde, hicimos otra excursión de propaganda por Andalucía, que duró cerca de dos meses, regresando Virginia enferma a consecuencia del esfuerzo realizado, aunque por fortuna sin gravedad alguna. Aún estuvimos posteriormente en Asturias, y finalmente hablamos juntos en Cuenca. Nunca hubo entre nosotros la menor discrepancia. Se llegó a identificar de tal modo con mi manera de actuar en los actos en que intervinimos juntos, que llegó a decirme: “¡Cuánto daría yo por que mi César reuniera las condiciones de usted, Saborit! ¡Ojalá lo pueda conseguir! Usted llegará a ser dentro del Partido Socialista secretario general, director del diario y concejal. Diputado no me atrevo a decir, terminó su vaticinio, porque no veo distrito maduro para nuestras ideas”. Puedo decir hoy, en la senectud, cuando redacto estas notas, que no creí posible se realizara el vaticinio de Virginia González. Nunca me creí capaz de ocupar esos puestos, ni pertenecía aún a las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Más diré: yo no había hablado nunca en Madrid en un acto público, ni siquiera en el seno de las organizaciones sindicales y políticas a que pertenecía. Había presidido los mítines de Barbieri y del Lux-Eden, como presidente de la Juventud Socialista. Lo hice tan mal en el acto del Lux-Eden, principios de 1913, que Virginia misma me dijo al final: “Ha estado usted muy mal como orador en el resumen del acto. No le llama a usted Dios por ese camino”.

Hubo elecciones de Comités Nacionales en la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, y en ambos resulté elegido. En el de la Unión General también entró Virginia. Por esa razón, en 1917, al surgir la huelga general revolucionaria, en el Comité director entramos juntos Virginia y yo, con Besteiro, Largo Caballero y Anguiano. No fue [1078] encarcelada porque tuvimos buen cuidado de descartarla en nuestras declaraciones ante la autoridad militar, a quien hicimos creer que estaba con nosotros para prepararnos la comida y asistirnos convenientemente sin que tuviese ninguna otra participación. El Juzgado militar no se preocupó de comprobar cómo estaban formados los respectivos Comités Nacionales, a los que habíamos descartado en nuestras declaraciones. Durante la escisión comunista, en 1921, me tocó a mí contestar al discurso de Virginia favorable a las Veintiuna Condiciones de Moscú, haciéndolo uno y otro con vehemencia, pero sin ataques de tipo personal. Virginia y su hijo, César Rodríguez González se fueron con los comunistas. En realidad, Virginia fue detrás de su hijo, al que adoraba. Lorenzo Rodríguez, en cambio, siguió en la Agrupación Socialista y en la Sociedad de Zapateros. La armonía matrimonial no sufrió nada por eso. Meses después de haberse separado del Partido Socialista, falleció, muy pobremente acompañada hasta el Cementerio civil.

Azaña, en el Ateneo de Madrid

El 6 de febrero de 1913 fue elegido secretario del Ateneo de Madrid Manuel Azaña, hasta entonces ignorado en política y en literatura. Fue su aprendizaje, que duró varios años. Presidente del Ateneo en ese periodo era Romanones, el gran intrigante al servicio de Alfonso XIII. Azaña

estudió en Escorial, con los Agustinos. Se licenció en Zaragoza. En 1910 hizo el doctorado en Madrid y entonces fue alumno de Giner de los Ríos, sin haberlo sido de la Institución Libre de Enseñanza. Actuó de pasante en el estudio de Díaz Cobeña, conservador bien situado. Sus familiares en Alcalá de Henares fueron conservadores y Azaña habló en un banquete en honor de Lucas del Campo, diputado conservador por Alcalá de Henares. Quizá soñó con sustituirle. Obtuvo puesto en la [1079] Dirección de los Registros y del Notariado. Fue miembro de la Academia de Jurisprudencia. Todo como un aspirante a diputado dentro del régimen. Con Rivas Cherif hizo *La Pluma*, revista de vida efímera; después, con Ortega y Gasset y Araquistain, lanzó *España*, banderín liberal que tuvo momentos de fugaz popularidad. En 1926, Premio nacional de Literatura, por su libro *Vida de don Juan Valera*. En resumen, hasta esa fecha era un literato incorporado al reformismo de Melquíades Álvarez, a cuyo partido perteneció durante varios años, aspirando a ser diputado a Cortes con su aval y hasta con el de Gobernación; en las últimas Cortes de la Monarquía fracasó porque el candidato conservador derrochó más dinero que Azaña en la compra de votos en el distrito de Puente del Arzobispo (Toledo), en donde todo se vendía y se compraba, hasta que recaló en Acción Republicana con Lerroux, Jiménez de Asúa, Giral y algunos de los que intervinieron en la Sanjuanada, patrocinada por Romanones, de acuerdo con Alfonso XIII, para librarse del general Primo de Rivera, que había tomado gusto a la presidencia del Consejo de Ministros. La niñez de Azaña, huérfano de madre y con su padre muerto a los doce años, fue de “lóbrega orfandad en casa”, según escribió. ¿Influiría esa orfandad en su vida ulterior, en su hosquedad, en su dureza? Es posible. Ni toros, ni teatros, ni mujeres, ni diversiones. Paseos solitarios, libros. Fue becario en París, sin duda por sus relaciones superficiales con hombres de la Institución. No congenió con Ortega y Gasset, ni con Unamuno, siempre aislado, siempre esquinado. Hasta que llegó la República y surgió el orador cumbre que llevaba en sus entrañas agazapado, espionando el momento de saltar a la arena política. Azaña no intervino en la campaña contra Maura en 1909; Ortega y Gasset, sí. No hizo nada en favor del Comité de Huelga en 1917, ni se sumó al movimiento contra el régimen monárquico, ni fue partidario de la Conjunción republicano-socialista. No hay un artículo suyo elogiando a Pablo Iglesias por su [1080] labor dentro y fuera del Parlamento, no hizo nada en favor de Ferrer ni contra la guerra de Marruecos. No tenía fe en la política, y se burlaba de los comités de partido, sin los cuales no hay política posible. Cuando quiso crearlos y vivir a su amparo era demasiado tarde.

Lerroux, al desnudo

Como consecuencia de la descalificación sufrida en el Parlamento por las huestes lerrouxistas que regían el Parlamento de Barcelona, Alejandro Lerroux formó el Partido Radical con un discurso en Santander, separándose de la Conjunción republicano-socialista, a la que en realidad nunca perteneció. Un resumen de su vida política da perfecta idea de tal personaje:

“Soy un rebelde a toda disciplina social y política. Las ideas más avanzadas me parecen inofensivas y suaves. Voy con el pensamiento más allá de donde llegaron los que presumían de más audaces. La revolución blanca de Marx me parece un idilio. Considero la revolución roja de Kropotkin como el sueño de un adolescente. A veces me asusto de mí mismo, pensando en lo que soy (1889).

Sin mengua de nuestras ideas de toda la vida y sin que asome el rubor a nuestras mejillas, hemos de confesar valientemente que el Partido Liberal monárquico ha demostrado plausibles deseos y honradas intenciones (1898, año en que el régimen perdió las colonias).

¿No alzáis los puños con rabia cuando salpican de lodo las humildes vestiduras de vuestras mujeres y vuestros hijos las ruedas del automóvil, ese vehículo infame de la burguesía? (1902).

[1081] Si nosotros quisiéramos, ardería Barcelona por los cuatro costados. Incendiamos esos archivos del despojo, de la usurpación y de la ignorancia que se llaman Registros de la Propiedad (1904).

Toda mi vida fui partidario de la política de intervención de España en África (1909). Yo debo rendir un tributo de simpatía a los sentimientos liberales de don Alfonso XIII. Yo me honro proclamando la gran austeridad y las dotes excelsas del señor Maura. Hay muchos que se jactan de derribar Gobiernos con un discurso. Nuestra minoría ha hecho más: mantener un Gobierno muerto. Y quiero ser franco y sincero para decir que sí, que nosotros, con nuestra minoría, hemos colaborado con el Gobierno. La huelga general que querían llevar a cabo las Sociedades obreras el año 1911 en Barcelona la hice fracasar con mi influencia, en beneficio de la burguesía catalana”.- Lerroux, (sesión de Cortes, 3 de junio de 1913)”.

[1082] *Confesiones de Carlos Marx*

En 1913, *Die Neue Zeit*, revista socialista alemana, hizo públicas las respuestas que Carlos Marx dio a sus hijas Jenny y Laura, en una encuesta que hicieron a su padre:

“¿Qué cualidad aprecia usted más? - En la gente, la simplicidad; en los hombres, la fuerza; en las mujeres, la debilidad.

¿Cuál es vuestra idea de la felicidad? - La lucha

¿Cuál es vuestra, idea de la desdicha? - La sumisión

¿Qué defecto se siente más inclinado a perdonar? - El exceso de confianza.

¿Qué defecto le inspira mayor aversión? - El servilismo.

¿Vuestra ocupación preferida? - Revolver en las librerías de viejo.

¿Vuestros poetas referidos? - Shakespeare, Esquilo, Goethe.

¿Vuestro prosista preferido? - Diderot.

¿Vuestros héroes preferidos? - Espartaco, Kepler.

¿Vuestra heroína preferida? - Gretchen.

¿Vuestra flor preferida? - El laurel.

¿Vuestro color preferido? - El rojo.

¿Vuestro nombre preferido? - Laura, Jenny.

¿Vuestro plato preferido? - El pescado.

¿Vuestra máxima preferida? - Nada de lo humano me es extraño.

¿Vuestra divisa preferida? - Dudar de todo.



Iglesias reelegido diputado

Marzo de 1914, elecciones generales, con pequeño auge melquiadista, doce diputados en total. En el fondo, fracaso de sus planes para gobernar con Alfonso XIII. Pablo Iglesias, en Madrid, 21.956 votos, primer puesto en las minorías conjuncionistas. Lerroux salió elegido diputado a Cortes por Posadas (Córdoba), donde no había republicanos, gracias al apoyo del Gobierno. En Madrid, frente a la Conjunción Republicano-Socialista organizó candidatura disidente, con el deseo de derrotar a Pablo Iglesias. Nunca lo consiguió. Esta vez se lanzó a fondo, presentando como aspirantes a diputados por Madrid a Francisco Giner de los Ríos, Basilio Paraíso, Luis Simarro y Joaquín Dicenta, quienes le desautorizaron. Surge *La Joven España*, también melquiadista en el fondo, con Augusto Barcia, diputado por Almería gracias al apoyo del Gobierno. Barcia no estuvo en la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona de 1917. Francisco Bergamín, ministro de Instrucción pública con Dato, destituye a Unamuno, sin formarle expediente, de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca por... ¡socialista!, según dijo en el Senado, donde fue interpelado. Romanones publica un artículo con el título "Neutralidades que matan", preparándose para el futuro. Era un águila. El Consejo de Estado dictamina que no hay guerra en Marruecos, para que sigan eximiéndose de ir a Marruecos los hijos de los ricos. El uso obligatorio del pasaporte surge con motivo de la guerra de 1914-1918. Romain Rolland publica en el *Journal de Genève* su célebre artículo "Au-dessus de la mêlée". Durante varios años vivió en Suiza, expatriado voluntariamente. "No luchamos por la neutralidad belga, sino porque formamos parte de la Tríplice; porque desde hace años la política del Foreign Office está orientada contra Alemania y porque esta política la inspira una diplomacia secreta aferrada al criterio del equilibrio europeo y de las alianzas para mantenerlo. Sostenemos una guerra por prejuicio, y con trayectoria ya trazada, contra el más fuerte de nuestros [1084] competidores mercantiles" (discurso de Mac-Donald a sus electores de Leicester). Estuvo en minoría en el Laborismo y abandonando todos sus cargos en el Partido Laborista. "Somos neutrales porque no podemos ser otra cosa", dijo Cambó. "Una vergüenza inevitable", escribió Unamuno al referirse al papel de España en la guerra europea. "El Rey me invitó a ir a verle y tuvimos una larga conversación sobre la guerra europea en la que me sorprendió la germanofilia de Su Majestad, contra lo que se aparentaba oficialmente, así como la facilidad con que trató conmigo tema tan escabroso, lo que hube de agradecer, pero esto me dio medida de cierta ligereza de carácter que después aprecié muchas veces en don Alfonso". (De Rodolfo Reyes, página 28 de su libro *De mi vida*.) El 27 de septiembre de 1914, Conferencia socialista italo-suiza en Lugano. Ambos partidos socialistas eran neutrales en la contienda, defendiendo los acuerdos de la Internacional Socialista.

En este periodo que relatamos la Federación Nacional de Obreros Panaderos se convirtió en Federación Nacional de Artes Blancas, agrupando en su seno todas las ramas de la panadería y la confitería. Su principal inspirador fue Manuel Cordero, auxiliado por Rafael Henche. Recuerdo haber visto durante meses en la Cárcel Modelo de Madrid a uno de los panaderos socialistas, fundador, Salamanca, cumpliendo condena por una huelga en que hizo frente a quienes traicionaron el movimiento. Y Salamanca no fue excepción entre los socialistas de ese gremio. La

Federación Nacional de Obreros Zapateros y Guarnecedoras, que también se reunió durante este periodo, acordó convertirse en Federación de Obreros de la Piel, para abarcar a todos los trabajadores de ese ramo, de ambos sexos. Lucio Martínez fue presidente de ese organismo durante años, auxiliado muy eficazmente por los hermanos Míguez, también socialistas. En 1914 hubo Congreso de Albañiles en Bilbao. Fue el último. En lo sucesivo comenzó a funcionar la Federación de la Edificación, abarcando todas sus especialidades. Canteros y Marmolistas reunieron en Madrid el sexto Congreso nacional. En Castellón se reunió el segundo [1085] Congreso de la Federación de Alpargateros, cuya mayoría residía en Elche. En Madrid lo hizo el séptimo Congreso de la Federación de Dependientes de Comercio. Los ferroviarios de la Compañía de Madrid a Cáceres y Portugal se reunieron en Congreso en 1914 por primera vez en la Casa del Pueblo de Madrid, orientados por socialistas. Los obreros marítimos tuvieron un conflicto de muy difícil solución en aquellos años. Los textiles de Béjar ganaron la huelga reglamentaria sostenida con fondos de la Unión General de Trabajadores. Los carpinteros de taller de Madrid triunfaron en reclamaciones a sus patronos. Victoriano Zarzosa, concejal socialista en Palencia, estuvo preso en 1914 por la Ley de Jurisdicciones.

La Federación Tipográfica orientada por García Quejido, había preparado un proyecto según el cual se implantaría la base múltiple con carácter nacional. El plan regía en casi toda Europa. Era genial. Pero la Asociación del Arte de Imprimir no lo entendió así, y en una asamblea borrascosa celebrada en amplio local fuera de la Casa del Pueblo fracasaba el proyecto de García Quejido, que dimitió la presidencia de la federación, produciéndose el natural movimiento en pro y en contra de plan tan moderno como interesante. En el Comité de la Federación entraron los siguientes gráficos: Presidente, Toribio Pascual; vicepresidente, Arturo S. del Valle; tesorero, Castro Lara; secretario, Rives Moyano; vicesecretario, Tarrero, y vocales, Vicente Montejo y Esaú Fernández. Hubo nuevo Congreso de la Federación, tras los trámites reglamentarios, y salvo las Secciones de Madrid y Gijón, las demás aprobaron el proyecto presentado por el Comité, ideado por García Quejido. No obstante, dejaron para el Congreso de 1916, en Bilbao, la decisión definitiva. Para organizar ese Congreso fueron designados Pascual, Montejo, Núñez Tomás, Bolonio, Labajos y Fanego. En 1914 la presidencia del Arte de Imprimir recayó en Tomás España, tipógrafo de la imprenta de Hernando, siempre con mayoría socialista, cuyo gerente era Gómez Latorre. En Madrid se produjo un asalto de tahonas contra la subida del precio del pan y la falta del [1086] peso reglamentario. Los farmacéuticos madrileños se lanzaron contra la Mutualidad Obrera, que se consolidaba e iba creando nuevas farmacias de su propiedad para sus socios, pero como éstas pagaban contribución y estaban regidas por profesionales con título oficial fracasaron ruidosamente. La Cooperativa en 1914 tenía treinta empleados, había creado un Banco cooperativo, funcionaban cinco tiendas de comestibles, zapatería y bodega, todo bajo la gerencia de Laureano Briones.

En 1914 inauguración de la Casa del Pueblo de Llano del Real (Murcia). Se termina la construcción de la Casa del Pueblo de Azuaga (Badajoz), costeada por Juan Vázquez, socialista de buena posición económica en aquella localidad extremeña, muy devoto de Pablo Iglesias, quien había intervenido en un mitin de propaganda en aquella localidad, dejando excelente impresión. Invitado por Fernando y Juan Vázquez, de Azuaga, estuve en los actos organizados con motivo de esa inauguración. Poco después volví a esa ciudad, organizando la lucha electoral copando los

socialistas la mayoría municipal. El día del triunfo electoral fue de regocijo general en Azuaga, segundo municipio español con alcalde socialista, Román Cuenca, de profesión zapatero, de excelentes cualidades para la propaganda, identificado con Juan Vázquez que obtuvo dos actas y renunció a ser elegido alcalde para dar lugar a preparar hombres en temas municipales dentro del socialismo local; Camilo Carrizosa, joven socialista de Azuaga, sufrió seis meses y un día de prisión por la Ley de Jurisdicciones. En Mieres fue elegido alcalde Manuel Llanea, socialista, con ayuda de concejales republicanos. En diciembre de 1914 se reunió en la Casa del Pueblo el IV Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas. Fui reelegido presidente y director de *Renovación*. Hubo algunas intervenciones en favor de la política iniciada por los partidos socialistas que no aceptaron colaborar con la burguesía de sus respectivos países al tratarse de la guerra europea. Aunque yo participaba en lo esencial de esas críticas, me opuse a que se abordara problema tan trascendental en un Congreso juvenil.

[1087] En 1914 Ortega y Gasset publicó *Meditaciones del "Quijote"*. Eduardo Zamacois, *Memorias de un vagón de ferrocarril*. Constancio Bernaldo de Quirós, *La Locura en la Historia*. Pérez Galdós estrena en el teatro Español *Celia de los infiernos*. Acuden los reyes y Galdós al palco oficial. ¡Cuántos cambios hay en la vida de Pérez Galdós! Borrás estrena *Los semidioses*, obra de Federico Oliver. Se estrenan también *Molinos de viento*, del maestro compositor Luna; *Las golondrinas* de Martínez Sierra y Usandizaga; *El Relicario*, del maestro Padilla, universalizado luego por Raquel Meller. Fundación en Madrid del semanario ilustrado *La Esfera*. El 25 de noviembre de 1914 Unamuno pronuncia una conferencia en el Ateneo de Madrid con el tema "Lo que ha de ser un rector en España". Defraudó, a pesar de que acababa de ser destituido de su rectorado por Bergamín, ministro de Instrucción pública. Aspiraba a la reposición y no quiso llegar al fondo del problema. Poco después, nueva conferencia de Unamuno, esta vez en la Casa del Pueblo de Madrid, donde tan sólo abordó temas sociales y agrarios de Castilla. Américo Castro consigue una cátedra en la Universidad Central.

Pablo Iglesias defendió a los mineros de Barruelo, en lucha con la Compañía de ferrocarriles del Norte explotadora de aquellos yacimientos. *El Domino Negro*, semanario derechista publicado en Madrid, acusó a Pablo Iglesias de ser responsable de la muerte de Canalejas y de los atentados sufridos por Maura. Con ese motivo se produjo un gran movimiento de solidaridad a favor de Iglesias, celebrándose un acto público con intervención de Vera y por vez primera de Julián Besteiro. *Acción Socialista* publicó un número dedicado a recoger opiniones de personalidades de diversas tendencias relativas a Pablo Iglesias, que van por separado.

“La verdad es que los súbditos de los Balcanes, sea cual sea su raza o su creencia, son unos grandes asesinos. Así he tenido ocasión de decírselo al mismo señor Venizelos. Degollar al adversario es la única figura retórica admitida en los Balcanes”.- Gustave Le Bon, en *El desequilibrio del mundo*.

[1088] “Los defensores de la nacionalidad decían: ‘Cada país debe ser libre de realizar sus ambiciones legítimas’. Los defensores del nacionalismo decían, o al menos pensaban: ‘Mi país debe ser libre de realizar sus ambiciones, sean legítimas o no’. Así se cambia el liberalismo en imperialismo”.- Bertrand Russell, de *Historia de las ideas del siglo XIX*.

Iglesias y García Quejido

“Por segunda vez ha sido otorgada por la parte más sana y más consciente del cuerpo electoral la investidura de diputado a nuestro querido compañero Pablo Iglesias. La entrada en el Parlamento español de un representante directo y genuino de la clase trabajadora es todavía un acontecimiento en nuestro país y nos ha producido inmenso júbilo. Corrompido el sistema electivo por caciques de todo linaje, desde el personaje encumbrado, no por propios méritos, sino por engaños y apostasías, hasta el cazurro rural; conculcado el derecho y prostituida la justicia en su más alta representación con funcionarios acusados de prevaricadores; en un pueblo cuya idiosincrasia es el abandono, por su falta de educación y de cultura, de los deberes de ciudadanía, parecía ilusorio y quimérico que pudiera formarse un estado de opinión que franquease la entrada en la residencia de los más altos poderes de la burguesía a un delegado propio de la clase proletaria

Por eso, como en España vivimos fuera no ya del concierto europeo, sino del concierto mundial, señalamos con piedra blanca la elección en Cortes de un representante de las reivindicaciones sociales, en tanto que en el resto del mundo civilizado se cuentan de largo tiempo por núcleos de veinte, cuarenta, ochenta y hasta más de ciento. Pero algo es algo, y este nuevo triunfo de la candidatura de Iglesias, que encarna las aspiraciones de liberación económica y política de los oprimidos, nos hace concebir la esperanza de que el pueblo español saldrá de ese marasmo embrutecedor en que le ha sumido una clase dirigente que camina a espaldas del progreso, sórdida e inculta, rodeada de políticos logreros, que tienen [1089] cerrados los ventanales de la nación para impedir la entrada de auras de libertad y de civilización moderna, y que no se cuidan más que de aherrar y esquilmar a quien se ve obligado a vender su fuerza de trabajo y como tenemos fe en el porvenir, confiamos en que, al fin, el pueblo español ha de sobreponerse a ese enervamiento, y juntando energías en esfuerzo sublime, arrollará todo lo que a su manumisión se oponga.

Nosotros, los obreros de las artes gráficas, el triunfo de Iglesias –aparte la comunión espiritual–, lo hemos de considerar más personal, más íntimo que los demás trabajadores cuyas ideas estén identificadas con las de este querido compañero, porque de él recibimos las primicias de los demás de su extraordinario valer en plena lozanía de su vida.

Nuestro es porque a la Asociación del Arte de Imprimir pertenece desde hace cerca de medio siglo, y como hermano mayor, no como abuelo, como cariñosamente le llaman por ahí, le tenemos. Nos resistiremos siempre a llamarle abuelo, porque un combatiente de espíritu fresco, remozado, de energías juveniles y de temple profundamente revolucionario, nunca llega a la senectud de abuelo; siempre será joven, aunque peine canas.

Primero en la presidencia de la Asociación del Arte de Imprimir y después en la del Comité Central de la Federación Tipográfica Española, Pablo Iglesias nos ha dejado destellos de su esclarecida inteligencia y de su buen sentido, que siempre nos sirvieron de faros luminosos para pro seguir en el camino de nuestro mejoramiento y emancipación. ¿Cómo no sentir inefable regocijo de que una buena parte del proletariado haya renovado sus poderes ante las Cortes a un luchador de las cualidades de Iglesias, que hizo sus primeras armas contra la burguesía dentro de nuestra querida Asociación?

No creemos que la transformación social haya de hacerse mediante la conquista parlamentaria en las nacionalidades, sino que ha de ser obra de la expansión revolucionaria; pero sí estimamos de gran utilidad para formar esa acción la tribuna parlamentaria, desde la cual se pueden asestar certeros golpes al capitalismo y sus representantes, y Pablo Iglesias que ya lo hizo en las últimas cortes, cumplirá a la perfección en las actuales la difícilísima misión que tan acertadamente le ha sido confiada.

Ninguno con más títulos que él para ocupar esa tribuna Quien ha consagrado, como Iglesias, toda su larga vida a organizar a la clase trabajadora; quien ha contribuido tan poderosamente a abrir los surcos y echar la semilla, laborando en tierra pedregosa, hasta hacerla de plantío de ideas de emancipación; quien, despreciando una pirámide de infamias, calumnias e injurias levantada contra él, ha proseguido con seriedad y abnegación en su santa empresa de trabajar por la redención de su clase, bien conquistada tiene la confianza de los trabajadores conscientes que, al llevarle al Parlamento, ven en él un vigilante celoso que denunciará a la faz del país las tropelías, inmoralidades y todas las malas artes de los capitalistas y sus mandatarios, dándoles el apostrofe rotundo que merezcan a la clase proletaria.

Demócratas, francamente demócratas por educación y por naturaleza, siempre hemos repudiado los ídolos y los fetiches. Jamás se abrió tampoco nuestra conciencia al caudillaje. Más esto no obstante, nunca de jamos de admirar los actos meritísimos de las personas que los realizaron. Lo cortés no quita lo valiente. Y como Iglesias ha realizado en España una obra titánica y de gran impulso revolucionario, pese a algunos pseudointelectuales que se han sentido revolucionarios cuando se he encontrado con la mesa puesta y quieren suplantar prestigios, como si éstos no los forjara el tiempo y la conducta de los hombres, yo brindo la idea a mis compañeros de oficio, entre los cuales hay algunos de felices iniciativas, de tributar un homenaje a ese ‘inevitable anciano’ –frase consagrada por uno de esos Fabios de intelectualidad inédita que tenemos la desgracia de soportar y de alimentar–, que, sin desmayos ni claudicaciones, ha sido de los que más han hecho por la organización política y económica de la clase trabajadora de España, manteniéndose limpio de las impurezas sociales y firme en sus ideales revolucionarios”.- Antonio García Quejido.

El problema de Marruecos

“Intervino ayer 27 de mayo de 1914, en el debate sobre Marruecos don Pablo Iglesias. Es tan conocida su posición respecto al problema que el interés que pudiera inspirar su discurso se refería, más que a la doctrina tantas veces expuesta en los mítines contra la guerra y en sus actuaciones parlamentarias, al diapasón que adoptase al exponer sus puntos de vista. Tuvo el orador un indudable acierto: el de saber aprovechar la firmeza de su propia posición frente al problema. La mayor dificultad con que han tropezado cuantos, a excepción del señor Rodés, han intervenido hasta ahora en el debate, consiste en que han adoptado y defendido un criterio de término medio, declarándose conformes con la política exterior seguida de de 1902 y con el tratado de 1912, sin aceptar luego plenamente las consecuencias. El señor Iglesias ha venido siempre condenando esas orientaciones Sus censuras se han extendido a todos los Gobiernos y a todo acto de intervención en el imperio marroquí. Igualmente agria fue su protesta cuando España desembarcó en Larache y ocupó Alcázar que cuando, después, fuimos a Tetuán. Ha

cismado contra el precedente y la consecuencia, contra la política africana y contra el protectorado, que era el objetivo y la finalidad.

En este último debate, además, todos le hemos ido proporcionando nuevas armas para combatir, aun los que más nos apartamos de sus ideas y de sus soluciones. Anteayer, cuando el conde de Romanones destruía el concepto retórico que del protectorado mantiene el señor Maura, don Pablo Iglesias asentía con gestos expresivos y con la satisfacción de quien ve confirmados sus juicios. Porque, en efecto, cuanto más duras y onerosas resulten nuestras obligaciones contractuales, más fuerza tienen los argumentos del jefe de los socialistas españoles. Y cuanto más se descubran los convencionalismos de la diplomacia, más nos acercaremos a la tesis del señor Iglesias, que consistió siempre en considerar siempre el protectorado como una anexión disimulada o como una conquista inconfesable.

Se explica que ningún orador haya pisado terreno tan firme. Supo también el señor Iglesias aprovecharse del pesimismo que trasciende del propio debate en que anda empeñada la Cámara, para proclamar una vez más la necesidad de emplear en la interna reconstitución de España el oro y el esfuerzo que se derrocha en la empresa marroquí”.- *El Imparcial*, 27 de mayo de 1914.

Muerte de Augusto Bebel

Augusto Bebel nació en Deutz (Colonia) el 22 de febrero de 1840, perdiendo a su padre a la edad de tres años. Desde la infancia conoció las privaciones propias de su clase y hasta sufrió la desventura de ser recogido por un tío suyo, guardián de una prisión, donde lo corriente era torturar a los reclusos, escenas que perduraron indelebles en la mente de Bebel y que más tarde relató en sus memorias. En 1866, en Leipzig, militante ya en la Internacional y en relaciones con Marx, fue secretario de la Federación de Sociedades Obreras de Alemania del Norte, y seguidamente diputado en el Parlamento de aquel Estado. Poco después triunfaba como diputado al Reichstag alemán, rivalizando, de acuerdo con Liebknecht, en la defensa del Socialismo tal y como deseaban Marx y Engels que fuera difundido, frente a los equívocos de los representantes de la fracción lassaliana. Estalló la guerra francoprusiana y ambos diputados socialistas marxistas se abstuvieron de votar los créditos para la misma. Bebel, en su intervención, lo hizo en tales términos que fue castigado a dos años de prisión en una fortaleza. Franz Mehring tiene escrita gran parte de la vida política de Bebel, con elogios muy justificados. Pablo Iglesias sintió veneración por Guesde y por Bebel. Emilio Frugoni, fundador del Socialismo en Uruguay, en su libro *Génesis, esencia y fundamento del Socialismo* al referirse a la etapa de terror sufrida por el Socialismo alemán, lo hizo extensamente, poniendo de relieve la maldad de aquel régimen. Muerto Engels, depositario de los documentos de Marx, sus herederos espirituales fueron Augusto Bebel y Eduardo Bernstein. Bebel dirigió periódicos del Partido durante muchos años. Publicó libros y folletos en abundancia. *La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir*, libro suyo,[1093] fue traducido a muchos idiomas y en español existen varias ediciones, siendo yo director de *El Socialista* publiqué en folletón la versión completa de ese libro, por el cual tuve predilección especial durante mi juventud. Achacoso, cuidando su salud, Bebel vivía retirado en Suiza, donde falleció el 13 de agosto de 1913. El Socialismo internacional se asoció al duelo experimentado con esa pérdida por los socialistas alemanes. La muerte de Bebel fue de sensibles consecuencias al estallar la guerra europea en 1914.

En 1913 fallecieron: En Gijón, Eduardo Varela, fundador de cuanto se hizo en Vizcaya y Asturias en los primeros tiempos. Ciego y delineante, vio en los últimos años en el hogar de Teresa Olay, viuda de Celestino Fanjul, organizador de la Agrupación Socialista y demás entidades obreras en Gijón, con Francisco Cadavieco. A todos ellos se le ha dedicado lápidas conmemorativas en el cementerio civil de Gijón. En Bélgica, otro fundador, Héctor Denis, que perteneció a la Primera Internacional, con Marx y Engels. Juan Sol y Ortega, republicano de abolengo en Cataluña. Agustín Cortés Munera, médico de la Sociedad de Socorros Mutuos de los gráficos madrileños. Fue concejal republicano y al final de su actuación afilióse al Partido Socialista. Antonio Catena, propietario del diario republicano *El País*, de historia muy discutida, fundado en 1886, desaparecido en 1920 por decisión de Catena hijo. Segismundo Moret, de origen liberal, olvidado en su vejez al amparar la Ley de Jurisdicciones, borrón con el cual bajó a la tumba Alberto Aguilera, abogado, periodista que impulsó el Centro Instructivo del Obrero desde los ministerios que dirigió. Tomás López Torregrosa, maestro compositor alicantino. Asesinato en Madrid de Rodrigo García Jalón, rico terrateniente zamorano, quemado en un horno por el capitán de Infantería Sánchez y una hija suya, condenada a perpetuidad; el capitán Sánchez fue fusilado en noviembre de 1913.

[1094] *Fundación de "Acción Socialista"*

El 21 de marzo de 1914 apareció el primer número de *Acción Socialista* revista semanal ilustrada, administrada por Luis Torrent y dirigida por mí. Quizá no hubo en la historia del Partido Socialista periodo de mayor actividad, de más intensa agitación externa e interna: aparición de *El Socialista* diario, campañas contra el Comité Nacional, en el fondo contra Iglesias, guerra europea de 1914-18, conflictos obreros en Riotinto, Asturias, Vizcaya ferroviarios... Desde el primer número de la revista contamos con la colaboración de Pablo Iglesias, que remitía artículos muy duros contra la Monarquía y abordaba temas de actualidad con su peculiar estilo. *Acción Socialista* era tribuna libre para afiliados al Partido Socialista; así, mientras Iglesias y Anguiano, por ejemplo, defendían su punto de vista sobre el conflicto europeo –después criterio oficial del Partido Socialista–, Verdes Montenegro, Largo Caballero y yo defendíamos puntos de vista diferentes, de marcado matiz pacifista e internacionalista. Porque se ha de insistir en que el Partido Socialista no fue nunca una capilla en que un sacerdote dijera misa y todos los demás tuviéramos que oírle de rodillas. Nosotros nunca estuvimos educados en semejante escuela, ni de ella fue nunca partidario Pablo Iglesias.

Cuando Largo Caballero acudió a la reunión fundacional de *Acción Socialista* en casa de Luis Torrent, advirtió que creía indispensable la aparición de la revista con la finalidad indicada por sus iniciadores, pero anticipaba su total negativa a colaborar en ella por su carencia de dotes para escribir. En efecto, nunca se habían publicado en prensa socialista artículos firmados por Largo Caballero. Había sido concejal y en aquellos momentos era diputado provincial por el distrito Latina-Chamberí, en candidatura conjuncionista, pero no había formado parte del Comité Nacional del Partido, por ser incompatible ese cargo con el de presidente de la Agrupación Socialista Madrileña, desempeñado por él durante varios años, y que acababa de perder por la intervención en la citada entidad de elementos que alardeaban de radicales y renovadores.

[1095] En el Ayuntamiento y en la Diputación provincial, con un expediente en la mano, era

temible. Sin duda consiguió esa formación actuando en el Instituto de Reformas Sociales, conteniendo con abogados de la burguesía española. Digamos aún que Largo Caballero sentía cierta predilección por los tipógrafos. Así, nombrado secretario de la Unión General cuando Barrio pasó a ser tesorero, después de la huelga de agosto de 1917, fui yo, como vicesecretario, quien dirigía *La Unión Obrera* órgano oficial de la Unión General, y es más tarde Francisco Núñez Tomás, también tipógrafo, quien confeccionaba la plana sindical semanal de la Unión General, de acuerdo todo ello con Largo Caballero. Más aún: el folleto que la Unión General publicó, traducido en varios idiomas, explicando al mundo sindical los atropellos y crueldades cometidos por el régimen monárquico contra la clase trabajadora, que tanta resonancia alcanzó en el Congreso de los Diputados, adonde llevó el tema Eduardo Dato, jefe del Gobierno, principal responsable de cuanto allí se relataba, fue redactado por mí, por indicación de Largo Caballero. En *Acción Socialista* figuraron los primeros trabajos periodísticos suyos –van en este libro– absolutamente desconocidos por la generación actual. En el problema de la Conjunción republicano-socialista, en el de la guerra Europea de 1914 y en la manera de enfocar la actuación sindical, Largo Caballero y yo coincidíamos fundamentalmente.

Estábamos en minoría, no formábamos grupos ni manteníamos conversaciones aisladas nunca. Recuerdo que en cierta asamblea de la Agrupación Socialista, después de dar cuenta Pablo Iglesias de su gestión como diputado a Cortes y defender su punto de vista sobre la participación que España hubiera debido tener en la guerra europea contra el imperialismo germano austriaco en 1914, al preguntar el presidente de la Asamblea, como era obligado hacerlo, si se aprobaba la gestión del diputado socialista, yo, sentado en mí sitio debajo del reloj de pared, en el salón grande de la Casa del Pueblo, dije, sin haber intervenido en el debate, “con mi voto en contra”, y lejos de donde yo estaba, en los bancos de enfrente surgió la voz de Largo Caballero, que añadió “Y el mío”. Sin más explicaciones. Al salir, ni nos saludamos, ni nos vimos siquiera. Nada de grupo ni de conjuras. Pablo Iglesias nos conocía bien, y sabía cuánto le respetábamos, cuán grande era nuestra veneración por él, pero sin perder por ello nuestra independencia de juicio. Los hombres del Partido Socialista deben examinar los problemas de la actualidad sin prejuicios de familia, oficio, región, sin pasiones personales, que todo lo perturban y envenenan, creando a veces conflictos peligrosos en el seno de las organizaciones obreras, y de los partidos políticos.

Vieja y nueva política

Con este título dio una conferencia Ortega y Gasset el 23 de marzo de 1914 en el teatro de la Comedia, a la que concurrió extraordinario número de intelectuales españoles, que le adoptaron como líder. Oí la conferencia y publiqué un artículo muy duro contra Ortega en *Acción Socialista*. En realidad, dejaba el republicanismo y el Socialismo para acercarse a la Monarquía, formando coro alrededor de Melquíades Álvarez aunque por poco tiempo. Confesó que en momentos de mal humor fue republicano y algo más. No lo dijo claro: fue socialista afiliado. De eso hay pruebas en el *Boletín* de la Agrupación Socialista Madrileña, donde figura su ingreso y su baja voluntaria. Desde luego, la conferencia de Ortega y Gasset fue un acontecimiento político. Como orador estuvo magnífico. Como político... poco después abandonaría la bandera que parecía reunir tantas esperanzas. He aquí un resumen de aquella disertación orteguiana:

“Ahora van a abrir unas Cortes; estas Cortes no creo que las haya inventado precisamente

ningún ideólogo. Todo lo contrario, ¿no es cierto? Pues bien; salvo Pablo Iglesias y algunos otros elementos, componen esas Cortes partidos que por sus títulos, por sus maneras, por sus hombres, por sus principios y por sus procedimientos podrían considerarse como continuación exacta de cualesquiera de las Cortes de 1875 [1097] acá. Y esos partidos tienen a sus clientelas en los altos puestos administrativos, gubernativos, seudotécnicos, inundando los Consejos de administración de todas las grandes compañías, usufructuando todo lo que en España hay de instrumento de Estado. Todavía más: esos partidos encuentran en la mejor prensa los más amplios y más fieles resonadores. ¿Qué les falta? Todo lo que en España hay de propiamente público, de estructura social, está en sus manos y, sin embargo, ¿qué ocurre? ¿Ocurre que estas Cortes que ahora comienzan no van a poder preparar porvenir? No ya eso. Ocurre sencillamente que no pueden vivir, porque para un organismo de esta naturaleza vivir al día, en continuo susto, sin poder tomar una trayectoria un poco amplia, equivale a no poder vivir. De suerte que no necesitan esos partidos viejos que vengan nuevos enemigos a romperlas, sino que ellos mismos, abandonados a sí mismos, aún dentro de su vida convencional, no tienen los elementos necesarios para ir tirando. ¿Veis cómo es una España que por sí misma se derrumba? La España oficial consiste, pues, en una especie de partidos fantasmas que defienden los fantasmas de unas ideas y que, apoyados por las sombras de unos periódicos, hacen marchar unos Ministerios de alucinación... Tardará más o menos en venir; pero el más humilde de vosotros tiene derecho a levantarse delante de esos hombres que quieren perpetuar la Restauración y que asumen su responsabilidad, y decirles: No me habéis dado maestros ni libros ni ideales, ni holgura económica, ni amplitud saludable humana; soy vuestro acreedor, yo os exijo que me deis cuenta de todo lo que en mí hubiera sido posible de seriedad, de nobleza, de utilidad nacional, de vida armoniosa, y no se ha realizado, quedando sepulto en mí antes de nacer; que ha fracasado porque no me disteis lo que tiene derecho a recibir todo ser que nace en latitudes europeas. Y aun habríamos de avergonzarnos de ser nosotros quienes viniéramos con estas exigencias al fin y al cabo hemos nacido en capas superiores de la sociedad española; pero ¿qué no tendría derecho a decir el obrero en la vida cruda [1098] de su ciudad y el labriego en su campiña desértica y áspera? De este modo se embotó el sistema nervioso de las clases acomodadas, acostumbRANDOLAS a la ineficacia y a la desconfianza, y los republicanos enrudecieron todavía más a las muchedumbres con sus simplismos. Los hombres que entonces quisieron iniciar en España el movimiento socialista, que era una política mucho más completa, mucho más sabia y mucho más real, saben muy bien cómo fue para ellos una muralla granítica el republicanismo restaurador... Política es, hasta ahora, sólo gobierno y táctica para la captación del gobierno. Sólo en parte, en parte sólo, habremos de considerar como excepciones el Partido Socialista y el movimiento sindical; que por esto son las únicas potencias de modernidad que existen hoy en la vida pública española, y con las cuales nosotros nos confundiríamos si no se limitaran, sobre todo el Socialismo, a credos dogmáticos con todos los inconvenientes para la libertad que tiene una religión doctrinal. Tampoco el credo socialista es suficiente. Dejando a un lado sus utópicos ademanes y la rigidez de sus dogmas, que la corriente revisionista del Partido Obrero en otros países condena, no dudaríamos en aceptar todas sus afirmaciones prácticas. En este terreno creemos que nuestra Asociación marchará junto al Socialismo sin graves discrepancias. Pero no podemos coadyuvar a sus negaciones. Para nosotros existe el problema nacional; más aún: no acertamos a separar la cuestión obrera de la nacional”.

El Primero de Mayo y los tipógrafos

“Cuando en la solemne manifestación de los trabajadores madrileños en este día histórico veo a la cabeza del imponente concurso la artística enseña de la Asociación del Arte de Imprimir, y tras de ella formando legión los hijos del inmortal maguntino, siento legítimo orgullo por pertenecer a esta agrupación obrera, que no sólo por su rancio abolengo sino por sus claros timbres de difundidora de ideas que hoy ya son [1099] patrimonio de la gran familia proletaria, merece el alto honor de figurar a la vanguardia de las Asociaciones hermanas. ¡Y qué emoción la nuestra la de los que tenemos el triste privilegio de poder evocar recuerdos de tiempos remotos, al vernos rodeados y seguidos de un verdadero ejército de desheredados que sienten al unísono con nosotros, que comulgan con nuestro ideal, que a la par nuestra caminan a la más bella conquista del pensamiento humano: el fin de la explotación del hombre por el hombre!

¡Qué íntima satisfacción la nuestra, la de los que en mayor o menor grado fuimos sembradores de doctrinas salvadoras, al contemplar en el hermoso espectáculo de este día la espléndida floración de aquellas semillas que con fe inquebrantable esparcíamos un día y otro en el campo proletario, seguros de que en él germinarían al fin! Porque, ¿podrá tacharse de vanidad senil el consignar lo que saben todos los trabajadores, lo que se complacen en reconocer, esto es, que la organización obrera, no ya sólo en Madrid, sino en España entera, es debida en sus comienzos a los tipógrafos? Y si los tipógrafos fueron los que realizaron este apostolado, tipógrafos son también los que a partir de la resolución del memorable Congreso de París de 1889 se consagraron a la ardua labor de lograr que la fiesta del trabajo revistiera la importancia y la brillantez que hoy ostenta por fortuna. ¿Quiénes fueron los que en la citada fecha y en años sucesivos dedicaron discursos, manifiestos, artículos, todas las modalidades de la propaganda, a poner de relieve la trascendencia de esta revista anual de las fuerzas del proletariado mundial? En Madrid, Pablo Iglesias, el malogrado Paco Diego, el desgraciado Álvaro Ortiz, J. J. Morato, García Quejido, Antonio Atienza y otros cuantos más; en Barcelona, el veterano Reoyo; en Bilbao, Isidoro Acevedo; en Valladolid, Remigio Cabello; en Valencia, Francisco Sanchís; en Burgos, Pedro Lucio, y otro en diversas poblaciones que la memoria no recuerda. Y si esto no fuera bastante a colmar nuestro orgullo corporativo gremial, todavía el oficio que desempeñamos nos ofrece otro de que los demás se ven privados; el de ser vehículos de publicidad de cuanto se escribe con ocasión de esta hermosa Fiesta Internacional del Trabajo; labor que nos compensa con creces de las bascas que en el transcurso del año nos produce la composición tipográfica de periódicos pornográficos y taurinos y sobre todo la del *Diario de Sesiones de Cortes*, durante la discusión de actas que es lo más sucio que ofrece nuestro maloliente sistema parlamentario”.- M. Gómez Latorre, 1º de mayo de 1914.

Los socialistas ante la Gran Guerra

El 16 de septiembre de 1868 escribió Carlos Marx una carta a Federico Engels aludiendo a la tontería de querer hacer la huelga contra la guerra, y agregando que cuando estallara la guerra, la huelga es imposible. Eso mismo opinaba Guesde en los Congresos del Socialismo francés, frente a Jaurès y otros socialistas llenos de ilusiones. Los datos del 15 de julio de 1914, en que se discutió este problema en la Federación Socialista del Sena, son los siguientes: en favor de un

texto de Vaillant-Jaurès “considerando la huelga general espontánea de los obreros de todos los países, combinada con la propaganda contra la guerra entre las masas, como medios apropiados para imponer el arbitraje internacional del conflicto”, obtuvo 1.690 votos, contra la moción de Guesde-Compère-Morel, que se quedó en 1.174. El 28 de junio, en Sarajevo, perecieron el heredero de la corona de Austria-Hungría y su esposa en atentado. El 7 de julio, el presidente de la República de Francia, Poincaré, hizo viaje oficial a Rusia, viaje que fue censurado por los socialistas franceses, dada la tensión internacional ya existente. El 23 de ese mismo mes Austria-Hungría remite nota conminatoria a Serbia, en el fondo amenazándola con la guerra. En Bruselas, el 29 se reunió la Internacional Socialista, asistiendo por España Fabra Ribas y Emilio Corrales, que vivían en el extranjero. En esa reunión de la Internacional, Víctor Adler, austriaco, y Nemec, checo, confiesan que no pueden hacer nada eficaz contra la guerra, declarada ya por su país. Haase, alemán, se [1101] extrañó de la tibieza de esas declaraciones. Se acordó reunir en París, el 9 de agosto el décimo Congreso Socialista Internacional. El discurso en alemán de Haase fue traducido al francés por Henri de Man, delegado belga. Asistieron, entre otros, Jaurès, Vandervelde, Vaillant, Rosa Luxemburgo, Axelrod, Rubanovich, Bruce Glasier, Morgari, Fabra Ribas y Corrales. Acordaron que “Francia consiga de Rusia se abstenga de intervenir en el conflicto”. Pero no se abstuvo Fabra Ribas, discutiendo con Huysmans, que era secretario de la Internacional y estuvo presente durante todas estas reuniones, le dijo que los socialistas del país agredido debían votar en favor de los créditos de guerra, a lo que contestó Huysmans, según refirió en su día: “Los emigrados se distinguen siempre, en todos los países, por ser más exaltados que los mismos patriotas”. En Francia entraron en el Gobierno Guesde y Sembat y subsecretario de munición fue Albert Thomas. En Bélgica, Vandervelde, presidente de la Internacional Socialista, fue nombrado ministro de un Gobierno nacional. Bélgica había sido invadida y la actitud de Vandervelde tenía cierto fundamento, a pesar del cargo que ocupaba. Huysmans, belga también, no se rindió, y siguió al frente del secretariado de la Internacional Socialista. Quince anarquistas de reconocida significación internacional firmaron en París un manifiesto en favor de seguir la guerra hasta derrotar a Alemania. Entre los firmantes, Kropotkin, Malato, Grave, Faure, Reclus. Malatesta no quiso unir su firma. Albornoz dijo alguna vez que en el Partido Socialista de España también había germanófilos. Sólo hubo uno, Faustino Ballvé, afiliado a la Agrupación de Barcelona, quien se dio de baja y ha muerto en México como correligionario de Albornoz, diputado de la República por Izquierda Republicana en las últimas Cortes.

He aquí el párrafo tan discutido de Pablo Iglesias engarzado en su discurso parlamentario tratando de la posición de España en relación con el conflicto europeo de 1914-1918: “Hemos manifestado nuestro deseo de que España se mantenga neutral, pero también hemos manifestado nuestras simpatías y nuestros deseos de que triunfen aquellos cuya victoria [1102] entendemos que es beneficiosa para todos los pueblos. Nuestro criterio respecto de la neutralidad se funda en las circunstancias en que se encuentra España. De no encontrarse en estas circunstancias, seguramente procuraríamos que donde van nuestras simpatías fuera también todo lo que nosotros juzgamos eficaz para el triunfo de aquélla”. Juan José Morato cita como contrarios a esta política de Iglesias a García Quejido, Matías Gómez Latorre, Verdes-Montenegro y Recasens. La única verdad es la referencia a Verdes-Montenegro. García Quejido pronunció una conferencia en la Casa del Pueblo donde superó a Iglesias en aliadofilia, quedando Morato en mal lugar. Los defensores de Francia, Inglaterra y Rusia eran aliadófilos, para diferenciarlos de los

germanófilos, partidarios de Alemania y Austria-Hungría.

La última jornada de Juan Jaurès

“Corrían los últimos días del histórico mes de julio de 1914. Los temores de guerra eran inminentes y el gran apóstol de la paz, Juan Jaurès, realizaba titánicos esfuerzos para evitar la tragedia que se cernía sobre Europa. El día 28 fue a Bruselas, en compañía de Vaillant, Sembat, Guesde y Juan Longuet, para realizar el supremo esfuerzo de la Internacional en favor de la paz. En el círculo real de la capital belga pronunció un discurso -el último de su vida- que enardeció al auditorio, compuesto de personas de todas las clases de la sociedad. En aquel discurso, quizá el mejor que pronunció, tuvo palabras proféticas, como éstas: ‘Al principio de la guerra todo el mundo se apasionará; pero cuando se aborden las consecuencias de los desastres que sobrevendrán, los pueblos habrán de decir a los responsables: Marchaos y que Dios os perdone’.

Al regresar a París casi no salió Jaurès de la Cámara de diputados, [1103] abandonada por todos los partidos políticos, y allí intentó esfuerzos supremos para salvar la paz. El día 31, poco antes de las ocho de la noche, llegó Jaurès por última vez a la redacción de *L'Humanité*. Iba del ministerio de Asuntos Exteriores, donde había conferenciado con el ministro Viviani, por encargo del grupo socialista, acompañado por Renaudel y Longuet. Como aún no había cenado y todavía tenía mucho que hacer, bajó con los amigos citados al inmediato café del Croissant, y tomaron asiento en una mesa a la izquierda de la puerta de entrada. Jaurès estaba de espaldas a la ventana. La gravedad del momento ponía en todos una profunda emoción. Jaurès hablaba a sus colaboradores y les daba instrucciones. Cuando acabaron de cenar se acercó a ellos el ciudadano Dolié, del periódico *Bonnet rouge*, que estaba con su mujer en una mesa inmediata, y enseñó a los amigos de Jaurès la fotografía de una niña, hija suya, —‘¿Se puede ver?’— preguntó el gran tribuno.

Eran las diez menos veinte. De repente sonaron dos tiros, disparados desde la calle, y Jaurès cayó desplomado. Se produjo una confusión enorme y, mientras acudía un médico llamado urgentemente, un farmacéutico que estaba en el local se acercó a Jaurès y le tomó el pulso. El corazón latía trabajosamente, y Renaudel trataba de contener con la servilleta la sangre que fluía de la herida en la parte posterior de la cabeza. Cuando llegó el médico no pudo hacer sino declarar que Jaurès había muerto. El relato de lo ocurrido luego es sobradamente conocido para que volvamos a reproducirlo. Solo recordaremos que el asesino —miserable instrumento de los patrioteristas nacionalistas— pagó su crimen con un año de prisión únicamente. Queremos cerrar estas líneas transcribiendo unas palabras del discurso pronunciado por el gran orador en la Cámara francesa el 4 de julio de 1914, en las que ya presagiaba su funesto fin: ‘En vuestros periódicos, en vuestros artículos —decía Jaurès dirigiéndose a las derechas reaccionarias—, entre los que os sostienen, existe con efecto se lanzan las calumnias más dañinas y más imbéciles. ¡Hasta ese extremo habéis llegado! Al cabo de columnas de calumnias, vuestros periodicos añaden, al hablar de mí, de nosotros, de nuestros amigos: ‘A esta ejecución seguirá otra ejecución más completa el día de la movilización’. Y M. Paul Adam agregaba todavía ‘que todos esos hombres caerían el primer día de la declaración de guerra, heridos por la justa cólera de los septembristas, porque son los cómplices de la invasión’. Y como os atenéis a las consecuencias de vuestra política contradictoria e imprevisora, os revolvéis contra los socialistas, contra todas las organizaciones obreras y contra todos los republicanos. Como hace veinte años, a todos los

envolvéis en los mismos anatemas, en las mismas amenazas, y los diarios de la reacción les lanzan las mismas injurias y las mismas calumnias. ¡Ah, señores! Se habla de Marat, de *L'Ami du Peuple*; pero aquellas violaciones dispersas y sinceras no son nada comparadas con las violencias frías y perseverantes de los diarios realistas”.- Antonio Atienza.

Jaurès visto por Pablo Iglesias

“Tan fuertemente se halla arraigado su recuerdo en todos los socialistas, que nos parece que fue ayer cuando le perdimos. Siempre, en cualquier momento que Jaurès hubiese desaparecido del mundo de los vivos, representaría para el Socialismo, y aun para la Humanidad en general una gran desgracia; pero esta desgracia ha sido mayor al cortar el hilo de la existencia la bala de un loco en el instante mismo en que dio comienzo la más formidable tragedia que los siglos han conocido. Su pasmoso talento su extraordinaria actividad, su hondo pensar, su ilimitada abnegación, su verbo elocuente, ¡cuan útiles habrían sido en las circunstancias que se han producido desde su muerte acá! ¡Con qué entusiasmo habría ensalzado el valor y heroísmo del pueblo belga! ¡Que maravillosamente habría descrito el temple de alma de la nación servia! ¡Qué bien, con qué asombrosa claridad habría señalado a todos los socialistas el camino que la [1105] causa de la emancipación les obliga a seguir en estas trágicas circunstancias! ¡Y con qué bríos, con qué fuego habría llamado a todos los amantes de la libertad y de la independencia de los pueblos para combatir a los atropelladores de ambas, para aplastar al insolente imperialismo y para imponer una solución que en lo futuro evite matanzas tan horrendas!

Seguros estamos de que su clarividencia y su acción habrían hecho que Francia mostrase mayor empuje aún del que muestra en la lucha, y ciertos estamos también de que sus advertencias y sus consejos habrían influido notablemente en la Democracia Socialista Alemana y logrado que la mayor parte de ella hubiese adoptado casi desde el principio de la guerra la misma actitud en que ahora están muchos de los que en sus filas militan. Reunía Jaurès tantas y tan buenas cualidades que todo lo dicho cabía esperar de él pero ya que la fatalidad nos ha impedido recoger ese fruto, aprovechemos el que ha dejado en sus discursos, en sus folletos y en sus libros. No siéndonos dable a la inmensísima mayoría de los socialistas tener su talento ni su colosal elocuencia, tengamos su amor al Socialismo su voluntad férrea para trabajar por él, su abnegación para hacer en holocausto de nuestras ideas toda clase de sacrificios, y su actividad para combatir constantemente al odioso régimen capitalista y acelerar la hora de que todos los seres humanos sean libres. Imitándole lo más posible, a la vez que cumpliremos como buenos, rendiremos a la memoria del gran socialista el mejor de todos los tributos”.- Pablo Iglesias, 1 de agosto de 1915.

Contra la guerra europea

“Queridos compañeros: El combustible guerrero hacinado durante muchos años en Europa por un imperialismo feroz y un capitalismo desenfrenado está a punto de convertirse en inmensa hoguera que devore vidas e intereses en proporciones jamás conocidas. La chispa que puede producir desastre tan enorme, lo que es casi seguro ocasione una horrenda carnicería, es el acto despótico y brutal realizado por el Gobierno austriaco con la nación servia. Si Austria, Alemania e Italia llegan a luchar contra Rusia, Francia e Inglaterra, los daños, los hondos daños

que ocasionará tal guerra no sólo los sentirán esas poderosas potencias, sino que alcanzarán a los demás pueblos, viéndose unos envueltos en la sangrienta contienda por aquéllos mantenida, y todos resentidos por los efectos económicos que necesariamente ha de ocasionar tan tremenda conflagración. Nuestro país, debilitado por las antiguas guerras coloniales y por la que sostiene ahora en Marruecos, se vería en trance apuradísimo si experimentara las consecuencias que de una guerra europea se derivan. ¿Veíase comprometido en ella? Pues había de costarle muchas vidas y muchos millones ¿No tenía que intervenir como factor armado? Pues sufriría el encarecimiento de las subsistencias, la paralización de algunas industrias, la disminución de su comercio y otros males de igual índole. La guerra, pues, que nos amenaza causaría daño a todas las naciones y a todas las clases sociales; pero el mayor daño sería para los trabajadores, que derramarían a mares su sangre y padecerían muchos y agudísimos dolores. Corresponde, pues, a los obreros, y principalmente a los asociados y a los socialistas, o sea que los que luchan por el mejoramiento y la emancipación de todos los explotados clamar contra la guerra, oponerse a ella y ponerse en contacto con todos los que la maldigan y combatan.

En Austria, en Alemania, en Francia, en otras muchas naciones, los socialistas y los obreros asociados están cumpliendo con su deber protestando contra la guerra y contra sus causantes y reclamando medidas que a todo trance la eviten. Hagamos aquí lo mismo. Emprendamos inmediatamente una fuerte agitación. Celebren reuniones las Agrupaciones y Juventudes Socialistas y las Sociedades obreras; condenen en ellas la guerra, señalando sus causas y las funestas consecuencias que produce, y formulen ante el Gobierno las siguientes peticiones: La paz entre todos los pueblos y, de consiguiente, que no se prosiga la guerra con Marruecos. Que el Gobierno español exprese a las demás naciones el deseo de nuestro país de que las diferencias que haya entre los pueblos se resuelvan por procedimientos pacíficos. Y que, en el sensible caso de que algunos representantes de nacionalidades, desoyendo la voz de la razón y pisoteando los más nobles sentimientos humanos, lancen la guerra a sus respectivos países, España, sin dejar de hacer cuanto pueda para que la lucha termine, mantenga, respecto de los contendientes, la más estricta neutralidad. ¡Compañeros! Los momentos son críticos. El monstruo de la guerra se dispone a devorar la parte más buena y más útil de la sociedad y a destruir enormes cantidades de riqueza. Salgámosle al paso. Hagamos todo cuanto podamos para evitar ese horrendo crimen que con la humanidad se quiere cometer. ¡Abajo la guerra! ¡Paz y progreso a todos los pueblos! ¡Viva el Socialismo internacional”.- Por el Comité Nacional, Daniel Anguiano, secretario. Pablo Iglesias, presidente. Madrid, 2 de agosto de 1914. (Texto de Pablo Iglesias.)

Otra circular de Pablo Iglesias

“El Comité de la Unión General de Trabajadores, a todas las Secciones y a los obreros en general- Estimados compañeros; El azote de la guerra de una guerra en la que tomarán parte millones de hombres y se emplearán medios de destrucción y de muerte hasta aquí no usados, se cierne sobre Europa. Si se desencadena, sus horribles efectos se harán sentir, aunque en diverso grado, lo mismo en los pueblos que peleen que en los que sean meros espectadores de la lucha. Esta habrá de perturbar necesariamente la producción y disminuirla, y las consecuencias de tal trastorno [1108] de tal resta fatalmente han de llegar a todos. Ante este inhumano peligro, ante una posible matanza de seres humanos jamás vista y una destrucción de riqueza sin par en la

Historia ¿qué deben hacer cuantos aman la civilización, cuantos quieren su progreso, cuantos deseen ver a los hombres no luchar entre sí, sino redimidos de toda esclavitud y laborando por el bienestar de todos? Emplear toda su actividad toda su inteligencia y toda su energía en impedir conflagración tan tremenda. Pero a quienes corresponde más hacer esto es a los trabajadores, y sobre todo a los trabajadores que tienen conciencia de los intereses de su clase. Ellos serán principalmente, si la gigantesca tragedia ocurre, los que regarán con su sangre los campos de batalla, cubriéndolos de vastos cementerios; los que llenarán los hospitales; los que harán vestir de luto a legiones de madres y de hermanas; los que dejarán en la orfandad a miles y miles de criaturas, pedazos de su alma; los que acortarán su ración y las de sus pequeñuelos, por los paros que experimentarán y por el encarecimiento de todos los medios de vida; ellos serán, en fin, los que sufran los inenarrables dolores y tormentos que ha de engendrar guerra tan desoladora.

Por tal razón, compañeros, nos dirigimos a vosotros para pedir os que, cumpliendo como cumplen y cumplirán los obreros organizados de otros países, protestéis contra la guerra (sin olvidar la que en Marruecos sostiene nuestro Gobierno) y la execréis; propaguéis sentimientos de paz entre todos los ciudadanos, celebrando reuniones públicas y conferencias y reclaméis de los gobernantes que influyan todo cuanto puedan para que la paz se mantenga entre los pueblos, para que las diferencias entre los mismos se diriman por medios pacíficos y para que, si el odioso y criminal imperialismo y los capitalistas que sólo daño causan a las naciones logran que algunas de éstas se enfurezcan y guerreen, nuestro país se mantenga neutral en la belicosa contienda, si bien haciendo gestiones, para que cuanto antes termine. ¡Compañeros! A combatir duramente la guerra; a proclamar los beneficios de la paz; a secundar o a procurar que nos secunden cuantos a la guerra aborrezcan y por el progreso trabajen; en una palabra, a esforzarnos y a realizar los sacrificios que sean precisos para que la historia de la Humanidad no registre el abominable hecho de que se conviertan en fieras para devorarse unos a otros millones de hombres, de hermanos, de compañeros ¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz entre los pueblos! ¡Viva el proletariado universal! ¡Por el Comité Nacional!”.- Pablo Iglesias, Vicente Barrio, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit, Pedro Trillo, Florentino García, José Maeso, Manuel Cordero. Madrid, 2 de agosto de 1914. (Texto redactado por Pablo Iglesias).

“El capitalismo de todos los países en lucha es el responsable de la guerra. Hay que examinar la realidad con el pensamiento puesto siempre en las aspiraciones del proletariado. Uno de los contendientes es la representación acabada del más odioso Imperialismo, el otro, aun luchando por un interés capitalista, está más influido por un espíritu democrático. De vencer el imperialismo austrogermano habrá un retroceso o un alto para el Socialismo; de obtener la victoria los países aliados, nuestra causa realizará grandes progresos, incluso en Alemania y en Austria”.- Pablo Iglesias.

La conflagración europea

“La guerra provocada por el imperialismo alemán -mil veces maldito- que alcanza ya a nueve naciones se extenderá muy pronto a cinco pueblos más y quizá llegue a envolver a los restantes países de Europa. Las naciones en guerra son: Alemania, Francia, Inglaterra, Rusia, Austria, Bélgica, Serbia, Montenegro y Portugal. Las abocadas a ella: Turquía, Grecia, Rumania y Bulgaria. Las que pueden ser envueltas en la lucha: España, Holanda, Dinamarca, Suecia,

Noruega y Suiza. Además, va a entrar en el ciclo belicoso una nación asiática: el Japón. De lo que va a ser esta lucha, que ni en los tiempos pasados ha tenido par, menos le tendrá en los futuros, nos ha dado ya una muestra lo ocurrido en Lieja y nos la va a dar enorme, inmensa, la batalla que a estas horas están librando el ejército alemán y el aliado (compuesto éste de belgas, ingleses y franceses). Nada menos que seiscientos kilómetros comprenderá la línea en que han de pelear los citados ejércitos, el combate durará seguramente más de diez o doce días, y el número de combatientes asciende a cuatro millones. El arma que más ha de funcionar, por ser hoy la que ocasiona más estragos, es la artillería. Solamente los alemanes disponen de un total de cañones que llega a seis mil. El ejército aliado contará con una cifra igual o aproximada de cañones. Es decir, que aparte de la muerte que siembren los fusiles y los sables, habrá doce mil grandes bocas de fuego destinadas principalmente a arrasas masas humanas, a arrebatar la vida en grupo a infinidad de seres útiles.

Explícase que pensando en tan horribles matanzas, en carnicerías tan espantosas, se hayan improvisado hospitales en número extraordinario, convirtiendo en albergue del dolor muchos palacios y grandes edificios. Explícase también que para alimentar y reponer los diversos elementos de destrucción y de muerte y para atender al sostenimiento de los hombres que los manejan, se hayan votado miles de millones. Francia solamente acaba de votar dos mil setecientos cincuenta y tres millones novecientos [1111]. Todas las inmensas desdichas que está produciendo y que producirá esta guerra; todos los inenarrables dolores con que va a afligir a la Humanidad, la espantosa cifra de seres útiles que van a perder la vida en ella; el aterrador número de heridos que va a causar y el no menos aterrador de enfermos que ocasionará; los mares de lágrimas que hará verter a esposas y madres; la triste orfandad en que va a dejar a miles y miles de niños, y la cuantiosísima cantidad de riqueza que va a destruir, todo, todo será obra del criminal imperialismo.

Sin él no se hubieran efectuado los tremendos armamentos que han abrumado a los pueblos; sin él la riqueza de éstos la hubieran disfruta en mayor proporción sus creadores –los obreros– y la cultura en todos los países habría alcanzado mayor desarrollo; sin él el insano sentimiento patriotero no se hubiese exaltado; sin él el casco, el sable y el cañón no hubieran sido elevados a la categoría de primer elemento social y tenidos por principales medios de civilización; sin él Austria no hubiese pretendido imponer a Serbia las brutales e indignas condiciones que han servido de motivo inicial al pavoroso conflicto; sin él, en fin, un puñado de individuos, a quienes debe considerarse como verdaderos azotes de la Humanidad, no habrían lanzado a la muerte y a la destrucción a millones de hombres que, sin haberse inferido mutuos agravios, mantienen hoy tan terrible duelo. Contra ese monstruoso imperialismo deben lanzar todos los ciudadanos sus imprecaciones; contra él inflamarse en formidable odio y contra él emplear todos sus esfuerzos para totalmente extinguirle”.- Pablo Iglesias, 23 de agosto de 1914.

Crisis en el Laborismo inglés

En 1914, al estallar la guerra europea, hubo grave crisis en el Laborismo inglés, que se dividió seriamente. La mayoría, con Henderson, ayudó a liberales y conservadores, ocupando puestos de colaboración gubernamental y prestando su apoyo contra la guerra al imperialismo alemán. La minoría, con Keir Hardie, MacDonald, Lansbury y Snowden, grandes figuras

laboristas, fue violentamente opuesta a la colaboración ministerial, defendiendo los principios del pacifismo internacionalista. MacDonald perdió el acta de diputado. Lansbury renunció a la dirección de la minería laborista. Eran momentos de crisis, de confusión, de choque de doctrinas. El Laborismo, no obstante, ni se dividía ni se quebrantaba fundamentalmente. Uno y otros sabían convivir y respetarse, siguiendo la tradición inglesa. Al terminar la guerra nacieron parlamentarios sin fuerza propia. Los trabajadores parados eran millones. La crisis económica una amenaza grave. Y McDonald, enemigo de colaborar con partidos burgueses durante la guerra, se puso al frente, contradiciendo su historia, de un Gobierno de coalición con liberales y conservadores. Nació una nueva Unión Nacional, como la que funcionó durante la guerra, pero esta vez con finalidades fiscales, sociales y económicas. Snowden, que no pudo realizar bajo un Gobierno laborista la desvalorización de la libra, llevó a efecto medida tan revolucionaria como la desaparición del patrón oro bajo la égida de un Gobierno con mayoría capitalista. Aquella era una revolución sin sangre, era expropiar a muchos ingleses desde el Gobierno y sin indemnización. Pero las masas obreras se habían apartado de sus antiguos camaradas, los fundadores del Laborismo. Otros hombres, hasta entonces ignorados, iban a sucederles al frente de la nación. Entonces surgió el grupo de laboristas depuradores de la táctica de colaboración con la burguesía. El mayor Attlee, con Morrison y Stafford Cripp fundaron una Liga de Educación Socialista. Las conferencias que pronunciaron -Programa para una obra de Gobierno- fueron divulgadas copiosamente. En español, con prólogo de Besteiro, se hizo una edición muy interesante de estos trabajos. Ese programa se cumplió íntegramente. Nadie podía sospechar que se pusiera en vigor en tan breve espacio de tiempo. El Laborismo solo, sin depender de votos ajenos con la hostilidad sistemática de los comunistas, que no consiguieron ni un solo diputado; teniendo enfrente a casi toda la prensa británica, con el partido conservador imperialista por tradición, a veces con la incompreensión de buen número de socialistas de otros países, se ha mantenido en el Poder salvo períodos excepcionales en que sus adversarios le han vencido en buena lid. La revolución silenciosa y pacífica continúa su marcha hacia el porvenir del socialismo, que no tiene límites.

El XI Congreso de la Unión General

En junio de 1914 se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid el XI Congreso de la Unión General. Fue un Congreso de extraordinaria importancia, que duró once días. Por primera vez se eligió en este Congreso a los once miembros del Comité Nacional entrando Besteiro y yo en el organismo rector del movimiento sindical hispano, al que sin interrupción pertenecimos hasta el último Congreso efectuado en Madrid por la Unión General de Trabajadores de España. He aquí como estuvo constituido aquel Comité Nacional: Presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Francisco Largo Caballero; secretario-tesorero, Vicente Barrio; Vicesecretario, Daniel Anguiano; vocales, Julián Besteiro, Andrés Saborit, Eduardo Torralba Beci, Pedro Trillo, Florentino García, José Maeso y Manuel Cordero. Salvo Besteiro, catedrático de la Universidad Central madrileña, los demás teníamos origen netamente obrero, y dependíamos de un jornal, excepto Barrio, retribuido como secretario-tesorero, y Torralba, que pertenecía a la redacción de *El Socialista* desde su fundación. Los Congresos de la Unión General sólo designaban presidente y secretario, y el resto los elegían los delegados de las Sociedades obreras representadas, cualesquiera que

fuesen los cotizantes de las mismas [1114] con iguales derechos y deberes. Aquello no era práctico y terminó el Congreso de 1914, primero que se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid.

El Congreso discutió la gestión del Comité Nacional durante el periodo transcurrido desde la última asamblea nacional, singularmente las huelgas del año 1911, en que hubo represiones sangrientas en varias regiones, estuvo clausurada la Casa del Pueblo de Madrid durante once meses y suspendida judicialmente la Unión General de Trabajadores, sin que por ello dejaran de funcionar dichos organismos, aunque con las dificultades propias del caso. Fue examinada asimismo la actitud de los enviados a Rótinto por el secretario de la Unión General, Eladio Fernández Egocheaga, Marco Escudero y Luis Fernández Mula, éste uno de los enemigos más encarnizados que haya podido tener Largo Caballero, todos ellos afiliados a la Agrupación Socialista Madrileña. La gestión de Barrio fue aprobada y la conducta de los tres citados duramente censurada. De aquel Congreso salió malparado igualmente Facundo Perezagua, que se apartó provisionalmente del movimiento obrero, mientras surgía como organizador sindical minero Manuel Llanea, que en Asturias consolidaba la fuerza moral y material del Sindicato Minero consiguiendo de la patronal un reconocimiento oficial. Allí nació la primera reforma de los Estatutos de la Unión General, preludio de otras de mayor envergadura y allí se reveló como guía insuperable del movimiento obrero Julián Besteiro, presidente del Congreso, el más difícil y comprometido de cuantos había celebrado la Unión General de Trabajadores. Digamos aún que en aquel Congreso se aprobó el plan que habría de dar lugar a la huelga general revolucionaria de 1917, mediante los movimientos sindicales escalonados de que se hablará oportunamente.

Para oír a los delegados fraternales -hecho nuevo en la Unión General- hubo un gran mitin en el Teatro Español. Como presidente del Congreso, fue Besteiro el indicado para presentar a los oradores y para hacer el resumen del acto. Llegado el momento de hablar los delegados [1115] suma brevedad y discreción, y seguidamente León Jouhaux, ya orador consumado, secretario de la entidad hermana desde el Congreso de Toulouse, en 1909, con una acentuada formación anarquista aún, producto de su educación juvenil. Su discurso obtuvo enorme éxito de voz de gesto, de vigor físico, de simpatía personal. ¡Qué hermosa presencia la de Jouhaux en 1914! ¡Cómo llevaba la tribuna! Cual la mayoría de los hombres de aquella época, Jouhaux usaba abundante bigote y perilla napoleónica. Ciertamente era figura arrogante. No lo era menos Besteiro, con barba crecida, negra y cuidada. Barrio y Morato usaban bigote y barba recortada; Largo Caballero, bigote, y Francisco Mora, el internacionalista aparecía en nuestros escenarios sin barba ni bigote, una excepción, cuyo apéndice había abandonado en los años en que actuó como actor de carácter y como corista de ópera, ¿Qué dijo Jouhaux en su primer discurso en Madrid?. Estuvo en anarquista. Defendió la independencia de la organización obrera frente a los partidos políticos, que salieron vapuleados violentamente. El efecto entre nuestros hombres fue de consternación. Como secretario de la Unión General, correspondió a Vicente Barrio la réplica. No se le olvidó a Jouhaux aquella intervención del veterano obrero fontanero, tan modesto como enérgico e intransigentes sus convicciones. Barrio estuvo siempre inflamado de odio contra los ácratas, que nos habían causado ya varias muertes de socialistas en distintas regiones de España. Nunca transigió con los contactos a que estuvimos entregados durante los preparativos de la huelga general de agosto de 1917 —en la que apenas intervino—, ni en las gestiones que mantuvimos con la Confederación Nacional del Trabajo años posteriores buscando una

imposible unificación. La táctica de la huelga general como gimnasia Revolucionaria estaba fracasada en España. Jouhaux había perdido el tiempo predicando entre nosotros métodos de lucha inapropiados. Besteiro colocó un broche impecable a las disertaciones de Barrio y de Jouhaux. Con gran elegancia supo disculpar a Jouhaux, haciéndole ver que la táctica sindical variaba según los países y circunstancias.

Profesor de Lógica, atraído al Socialismo en Alemania y desengañado de radicalismo anticlerical lerrouxista, desgranó una admirable lección de marxismo, que arrancó ovaciones delirantes. ¡Cuántas veces, a lo largo de nuestros contactos internacionales con Jouhaux, comentamos los incidentes de aquella su primera llegada a Madrid! Porque Jouhaux tenía un corazón tan generoso como comprensivo. Su intervención en el Teatro Español de Madrid se desarrollaba en junio de 1914. Pocos meses después de aquel acto surgía la guerra europea, con el asesinato de Juan Jaurès. Y Jouhaux, ante el cadáver del inmenso tribuno, se identificó con los ideales de aquella figura gigante, asimilándose párrafos de sus doctrinas, que prodigaba después en sus intervenciones. Jouhaux se incorporó a la Unión Sagrada frente al enemigo secular de Francia, una nueva etapa surgió en la Confederación General del Trabajo de Francia pletórica de experiencias y posibilidades nacidas entre trágicos dolores producidos en cuatro años de guerra fratricida.

La obra revolucionaria

“Obra revolucionaria no quiere decir locura sangrienta del motín, de la sedición, del levantamiento armado del pueblo, de la guerra civil. Eso es un accidente de las revoluciones. Pero si las revoluciones pueden hacerse sin que ese accidente sobrevenga, ¿dejarán por ello de ser revoluciones? ¿Deja de ser obra revolucionaria la que se realice, aun que le falte el requisito, que hay quien tiene por indispensable, de que corra la sangre por las calles o por los campos? La obra revolucionaria, la única redentora del desdichado país español, es la que realiza la propaganda con la educación y la organización de las masas, con la infiltración en ellas del espíritu de rebeldía contra las injusticias, con su cultura y su organización, con la creación de una fuerza que esté constantemente en disposición de imponer el respeto a la libertad y al derecho, con la formación en las costumbres de una conciencia ciudadana firme y valiente. Todo esto es revolución; todo esto lo pueden, lo deben hacer los revolucionarios; todo esto, cuando llegue el momento preciso, consigue los efectos revolucionarios que buscan y los consigue en su totalidad. Y si surgen incidencias no siempre evitables, muchas veces necesarias, en las que habla la fuerza, la obra revolucionaria deberá haber tenido realizada ya una labor tan inmensa que todas las ventajas estén de su parte en el momento en que el combate no se pueda ya rehuir, en el que también es el combatir un deber revolucionario. El mal del régimen es tan hondo que mientras llega el momento de una amputación radical -que pudiera o no ser cruenta- según la obra revolucionaria que le haya precedido, el tratamiento democrático no puede hacer otra cosa que evitar la muerte. El dejar de aplicarle sería la exacerbación de la enfermedad”.- Pablo Iglesias, julio, 1914.

Nuestro plebiscito

En 1914, *El Imparcial*, diario madrileño, abrió un plebiscito para saber qué personas debieran ser diputados o senadores, naturalmente porque nunca lo hubieran sido, cuya explicación figura en las siguientes líneas:

“Como advertimos oportunamente, en sazón oportuna, nos propusimos, al convocar nuestro concurso, que comprendiera sólo a aquellas personas de prestigio popular, de toda España, que no hayan sido nunca ni senadores ni diputados, y sólo éstas son las que figurarán en el escrutinio. La tendencia general de la votación parecía encaminarse a dar los nombres de la candidatura por Madrid y en otros distritos, los de aquellas personas de prestigio en la localidad. Excluidos los nombres, como más arriba decimos, de aquellas personas que han sido ya diputados o senadores, he aquí el resultado del escrutinio: Cristóbal de Castro, Tapia, 329; Julián Besteiro, 281; Andrés Saborit, 274; Armando Palacio Valdés, 258; Salvador de Madariaga, 226; Emilio Menéndez Pallarés, 215; Jaime Vera, 196; Andrés Ovejero, 189; Leonardo Torres Quevedo 188; Oscar Pérez Solís, 143; Miguel de Unamuno, 141; José Lon y Alvereda, 134; Juan Guixé, 121; Mariano Martín Salazar, 85; Manuel Acevedo 83; Gabriel Alomar, 74; Luís Bermúdez de Castro, 72; Adolfo Posada, 71; Antonio Zozaya, 67; Felipe Clemente de Diego, 64; Antonio García Quejido, 63; Gregorio Martínez Sierra, 62; Mario Anguiano, 59; Eduardo Maristany, 57; Alfredo Rivera, 56; Pedro Dorado, 55; Manuel Llanceza, 54; Manuel Tolosa Latour, 53; Andrés Manjón, 51; Benito Márquez, 51; señor Cossío, 48; Leopoldo Bejarano, 45; Jacinto Benavente, 45; Antonio Sacristán, 44; José Álvarez Arranz, 43; general Marvá, 43; Antonio Jaén, 42; Mariano de Cavia, 41; Vicente Martín Aias, 38; Fernando Cadalso, 28; Francisco Largo Caballero, 36; Lucio Martínez, 35; Manuel Miñón, 35; Francisco Acebal 35; Luis Araquistain, 34; Luis Mochales, 20; Ignacio Suárez, 19; Antonio Turón, 19; Cesáreo Iradier, 19; José Fernández-Cancela 19; Emilio Álvarez, 19; Primitivo Álvarez Cueva, 16; Augusto Vivero, 15; Luis de Hoyos, 13; Amador Conde, 13; Cipriano Rodríguez Lavín, 11; Luis Simarro, 11; Fernando de los Ríos, 8; Pedro de Répide, 8; José Salaverría, 8; Pedro Muñoz Granés, 8; Pío Baroja, 8”.

A continuación, *El Imparcial*, de donde hemos tomado los datos anteriores, da el número de candidatos que no llegaron a los seis sufragios, cuya lista es muy numerosa, figurando entre ellos Francisco Alcántara, Julio Mangada, Felipe Sánchez Román, Luis Jiménez de Asúa, Ricardo León, Ramón Pérez de Ayala, José Ortega y Gasset y Ricardo Fuente, por entonces no actuaban aún en el Partido Socialista Araquistain ni Fernando de los Ríos. Estaban dentro de las filas socialistas, por el orden de votos alcanzados, Besteiro, Saborit, Vera, Pérez Solís, García Quejido, Mario Anguiano (sin parentesco con Daniel Anguiano), Manuel Llanceza, Largo Caballero y Lucio Martínez.

[219] Rafael Salinas

No hay fecha exacta del fallecimiento de Rafael Salinas, ocurrida, según Morato, en 1914. Y Salinas fue de los auténticos fundadores, de los perseguidos cuando se dedicaba a difundir la prensa socialista redactada en Madrid por Mesa, Mora e Iglesias secundando a Lafargue. García Quejido, en su folleto biográfico de Iglesias habla ya de Rafael Salinas. En Málaga hubo manifestación obrera el 1º de mayo de 1891, organizada por la Agrupación Socialista –esto es por

Rafael Salinas— que fue creada en 1882, entre las primeras de España. *Forjador*, seudónimo de un buen escritor malagueño, fundador de la Juventud Socialista, colaborador de la prensa socialista durante muchos años, hasta fallecer en la emigración, en *Adelante*, que dirigía Rosalio Donas en Marsella, publicó una serie de artículos dedicados al socialismo malagueño. De uno de ellos, titulado "Rafael Salinas o la ética socialista" —el epígrafe es un elogio— reproducimos detalles de la llegada de Pablo Iglesias Málaga en 1902, cuando ya se habían reorganizado las huestes, después del batacazo sufrido pocos años antes:

“El delicado estado de salud en que llega Iglesias, en quien la bronquitis que cogiera años antes en la cárcel malagueña ha echado firmes raíces, nos aconseja a todos conducirlo a un lecho de reposo en vez de hacerlo al local donde se han hecho los preparativos para celebrar el mitin. Pero, ¿dónde llevarle? Nuestros recursos son pocos nuestra desconfianza de que en vez de curarle le maten, mucha. Rafael Salinas decide el caso: Pablo dormirá en mi cama; mi mujer será su enfermera. Para que Pablo Iglesias ocupase la alcoba y la cama en que Salinas dormía con su mujer, el hijo debió ser alojado en la vivienda de otro vecino y pedir prestado un colchón para que el matrimonio durmiese en la otra habitación que servía de sala a la vivienda de Salinas, en el número 11 de la calle Barragán calle típica del Perchel. Cuando don Francisco Martos, médico que por su mucha fama y mayor clientela no tenía tiempo para visitar a los pobres, se encontró ante la comisión de socialistas que desconfiando de ser atendida [1120] reclamaba los servicios de ésta para que entrase en la pobre vivienda de la calle Barragán donde se alojaba Iglesias, se apresuró a disipar sus dudas diciendo: ‘Si me esperáis, me acompañáis en mi coche’. Al pedirle la cuenta a Martos, que aunque curaba a los ricos no debía querer mal a los pobres, dijo esto: ‘Pablo Iglesias es uno de los enfermos de calidad a quienes yo asisto gratis’. Con lo cual nos quitó una gran preocupación, pues ya se disponían algunos a empeñar el reloj para contribuir a la suscripción con que habíamos acordado pagar al médico que asistió a Iglesias”.

En mayo de 1903, después de la escena anterior, Rafael Salinas publicó un artículo en la *Revista Socialista*, informando del desarrollo de la organización obrera en Málaga. Salinas acudió a algunos congresos del Partido Socialista. Estuvo en Madrid en el que se reunió en la Casa del Pueblo en 1912, último al que asistió. No disfrutó nunca de salud; su vida fue un calvario, reflejada en un folleto que publicó a principios de este siglo con el título siguiente: *Obligado por la burguesía*.

De otro socialista malagueño escribió también *Forjador* en un artículo titulado "Pedro Puertas o el materialismo económico", aparecido en *Adelante*, de Marsella, del que tomamos lo que sigue:

“En aquellos tiempos y durante aquellas andanzas, oyó Pedro Puertas hablar por primera vez de lucha de clases y de materialismo económico, y desde entonces hasta su muerte fue un fervoroso paladín del Socialismo y uno de los hombres con más don de convencimiento y más talento natural que he conocido. Su fe, su pasión y su paciencia para hacerse comprender era tanta que llegó a hacerse proverbial. Sin haber sido escritor, para lo que no le dejó tiempo la lucha por el pan de cada día y la propaganda socialista, llegó a ser un orador consumado y un organizador incomparable”. Emparentados con este luchador hubo tres hermanos socialistas malagueños, los Jiménez Puerta, mas Juan del Puerto, todos de Vélez-Málaga, donde por su influencia personal hubo organización socialista, que irradiaba a los pueblos comarcanos. Todavía

viven familiares de estos socialistas ejemplares que conservan la fe en los ideales defendidos por Pablo Iglesias, uno de ellos, Antonio Jiménez Fernández, residente en Brasil cuando se redactan estas notas. En 1914 estuve de propaganda en Málaga y su provincia, invitado por las Juventudes Socialistas. Entonces aproveché la oportunidad para visitar a Pablo Iglesias que descansaba en Torre del Mar, pueblo inmediato a Vélez-Málaga, por consejo del doctor Jaime Vera, en el hogar de otro veterano de aquella provincia, Antonio Pastor Guerra, acogido como de la familia. Con Sol y Ortega participó Iglesias en un mitin en Málaga en los años de la Conjunción Republicano-Socialista. Julián Besteiro dio una conferencia en el teatro Cervantes, organizada por la Sociedad Económica de Málaga, donde le acompañé y hablé después, así como en diversos pueblos de la provincia. Con Virginia González estuve en Málaga, Campillos, Alhaurín el Grande, Almáchar, Teba y Cañete la Real. En Campillos fuimos huéspedes de Benito Luna, abogado, colaborador en prensa socialista desde principios de siglo, utilizando el pseudónimo de *Heráclito el Joven*. Benito Luna fue diputado socialista por la provincia malagueña en las elecciones constituyentes de la República. Al surgir la sublevación militar, como tantos otros socialistas de aquella región, fue asesinado por los falangistas.

En 1925 un grupo de socialistas malagueños creó una cooperativa titulada "La Flota roja", que llegó a tener tres barcos especializados en la captura y venta de pescado. En su dirección figuraban los siguientes: Gerente, Antonio Reyes Luque; presidente, Juan del Puerto; secretario, José Molina Moreno; contador, José Fuentes; tesorero, Sebastián García; todos ellos eran socialistas. Surgió una huelga de mineros en Inglaterra, escaseó y encareció el carbón, y la cooperativa no logró sobrevivir a esa crisis, pero cumplió todos sus compromisos y creó con el remanente una cooperativa de consumo.

[1122] Reyes Luque asistió con Largo Caballero a la Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra, cuando este organismo abordó problemas relacionados con el trabajo de los obreros marítimos. A edad muy avanzada ha fallecido en Casablanca, fiel al ideal socialista. En Málaga fueron concejales, entre otros, en los años en que también lo fue Rafael Salinas, Antonio Valenzuela, Rafael Abolafio y José Molina, éste, además, diputado socialista en las primeras Cortes de la República. Molina ha fallecido en México, con un historial digno de ser recordado.

Fallecieron en 1914, entre otros: Antonio Palomero, poeta y escritor; Marcos Zapata, autor teatral; María A. Tubau, actriz; Martínez Cubells, pintor; Eugenio Montero Ríos, político liberal; general Polavieja, demasiado protegido por la reina regente; Nicolás Estévanez, ex ministro de la Guerra de la República en 1873, exilado en París. Francois de Pressense, destacado socialista francés; F. Mistral, poeta y literato francés, premio Nobel de Literatura, compartido con Echegaray, en 1904; Berta de Suttner, literata austriaca, que publicó en 1890 la obra *¡Abajo las armas!*.

El fundador de las Juventudes Socialistas

“Hasta hoy nadie, ha publicado la fecha exacta del nacimiento de Tomás Meabe. Hace años, cuando empecé a recoger datos y redactar capítulos de esta obra, escribí a Pedro Bilbao, contemporáneo mío, activo miembro de la Juventud Socialista de Bilbao en la época de Meabe y en la mía, refugiado en Francia desde la pérdida de la República rogándole me diera ese dato. Hizo gestiones, pasaron años, pero ni uno ni otro desistimos. Por fin, Pedro Bilbao me escribió enviándome una copia de la partida de nacimiento de nuestro correligionario Tomás Bruno de Meabe y Bilbao nació en la capital vizcaína el 15 de octubre de 1879. No perteneció nunca a la Unión General de Trabajadores, porque cuando ingresó en la Agrupación Socialista de Bilbao, en unión del doctor José Madinabeitia, con quien estuvo enlazado fraternalmente, no se exigía ese requisito a quienes se incorporaban a las actividades socialistas si no tenían un oficio organizado. Es verdad que existía la Varia, pero apenas sí interesaba orgánicamente. Sus padres se llamaban Santiago y Prudencia, familia de extremada religiosidad. Tanto él como su hermano formaron en las filas del nacionalista Sabino Arana. Fue éste quien encargó a Tomás, muy joven aún, estudiara el movimiento obrero vizcaíno, para hacerle frente y combatirle con talento. Se decidió a ello Tomás Meabe, coincidía en esos trabajos con Madinabeitia, y en ambos surgió la crisis espiritual que habría de llevarles a romper con sus respectivas familias, muy ortodoxas, y singularizarse en las filas del revolucionario socialismo vascongado, educado por Facundo Perezagua, metalúrgico toledano, transformado en dueño de taberna para poder sobrevivir y hacer frente a las feroces acometidas del capitalismo vasco, amparado por el Gobierno de Madrid en sus pretensiones de desorganizar a los trabajadores que habían adoptado la bandera socialista, tremolada por Pablo Iglesias en sucesivas elecciones s diputados a Cortes por Bilbao.

Momentos hubo en que en la cárcel bilbaína coincidieron Santiago y Tomás Meabe, hermanos, presos ambos por sus respectivos y antagónicos ideales. Santiago seguía fiel al nacionalismo patrocinado por Aguirre. Tomás utilizaba las columnas de *La Lucha de Clases* como instrumento contra las gazmoñerías de la burguesía vascongada. Su estilo era violento, creandose serios problemas personales. Estuvo en Eibar, con Madinabeitia, una temporada, redactando el semanario que allí crearon los socialistas eibareses, de lo que trata Toribio Echevarría por separado. Indalecio Prieto, al referirse a la fundación de las Juventudes Socialistas, escribió lo que sigue:

‘Sin la perseverancia de Tomás, sin aquella dulce tenacidad y sin el ejemplo de abnegación descendiendo desde las suavidades de un hogar burgués a las asperezas de un proselitismo que únicamente alcanzaría por premio la cárcel, la expatriación, el hambre y la tisis, quizás las Juventudes Socialistas no hubieran nacido en España o habrían tardado bastante más en nacer’. Posiblemente acierta Prieto al escribir así. El nacimiento de las Juventudes Socialistas no contó con la simpatía de los veteranos. Iglesias y sus compañeros tenían serios motivos para temer que las Juventudes Socialistas, con reglamento propio, cotización separada y autonomía colectiva, pudieran proporcionar graves disgustos al Partido Socialista en España, como se los habían

proporcionado en otros países. Hoy mismo, después de tantos años, las Juventudes Socialistas han dado lugar a crisis en casi todos los países. Pero, por otra parte, Meabe no hizo nada en las Juventudes, orgánicamente. El primer trabajo suyo en *Renovación* lo publiqué yo en Madrid. Hasta 1910, con el mitin del Teatro Barbieri y el encarcelamiento de cuantos jóvenes tomamos parte en aquel acto, las Juventudes Socialistas no tuvieron relieve entre los militantes españoles. Hacía falta una bandera, y yo escogí la de Meabe publicando su fotografía en *Renovación*, con gran enojo por su parte, dada su molestia. Los Maeztu, Ramiro y Gustavo, figuran firmando el acta en que Tomás Meabe, en París, declara no ser católico y querer se enterrado fuera de esa religión. Ramiro de Maeztu le invitaba a escribir ‘fino y delicado’ para ganar dinero, es decir, todo lo contrario de [1125] lo que Meabe llevaba en sus entrañas. ¡Qué hombres tan diferentes! Meabe tuvo poca suerte durante los años de expatriación, en los que contrajo matrimonio con Julia Iruretagoyena, hija del alcalde republicano de Irún, de cuyo matrimonio nació un hijo, León, nombre de su abuelo materno. Tampoco la suerte acompañó a su hijo. Cuando ya tenía veintitrés años, siendo afiliado a la Juventud Socialista Madrileña el 30 de septiembre de 1936, en plena guerra civil, fue destrozado manejando explosivos. Una inmensa tragedia para su pobre madre, que había puesto en él tantas esperanzas, rememorando en el hijo al padre adorado.

Como acabo de referir, en *Renovación* publiqué el retrato de Tomás Meabe, que conseguí tras gestiones cerca de jóvenes socialistas de Bilbao singularmente de Emilio Beni, gran amigo de Tomás, escritor también de singular atractivo. Residiendo a la sazón en Londres Meabe me remitió unas líneas, con un artículo suyo para el órgano juvenil, y al final de todo ello figuraba lo siguiente, que retrata su modestia: ‘Os saludo con mucho cariño, pero también muy avergonzado y muy enfadado por lo que habéis hecho. Anoche recibí el número de *Renovación*. Eso no está bien: tenemos que ser más sobrios y más justos. Eso es abusar. Yo no creía que se pudiese hacer eso conmigo. En fin, no quiero seguir. Estoy muy atareadísimo, sin poder levantar cabeza; ya quisiera tener tiempo para deciros toda la razón que tengo para enfadarme. Salud y mucho ánimo y alegría os desea, Tomás Meabe’. (Y seguían sus señas en Londres, donde trabajaba para la revista *Hispania*, entre otras editoriales). Meabe estaba enojado con *Renovación* por haber publicado su fotografía, luego reproducida infinidad de veces.

Tras un calvario, inenarrable, soportado con entereza singular, Meabe, herido de muerte por la tuberculosis, regresó a España. Se detuvo en san Sebastián, en donde yo le visité, en una casa sin apenas muebles, espaciosa, con vistas al mar, soleada, todo ello muy superior a su situación económica. De allí salió buscando alivio en la sierra madrileña.

No [1126] vivió aquel matrimonio, con un hijo de corta edad aún. Le vi por última vez en la casa que le habían buscado en la calle de Ponzano, donde falleció, pero ya rodeado de su hermano Santiago, que poco después se decidió a seguir las huellas ideológicas de Tomás, incorporándose a nuestro Partido, escribiendo frecuentemente artículos dedicados a su hermano y a las ideas socialistas. Santiago vivió en la emigración, terminada la guerra civil, y con él mantuve constante correspondencia. Identificado con Prieto, se trasladó al País Vasco durante la etapa en que éste residía en San Juan de Luz, hasta que creyendo próximo su fin pasó la frontera para dejar sus huesos en su amada tierra vasca. Santiago Meabe fue constante continuador del ideario de Tomás, dentro del Socialismo madrileño. Tomás falleció el 5 de noviembre de 1915, figurando en la comitiva, a pesar de su mal estado de salud, Pablo Iglesias. Siendo Cayetano

Redondo presidente de la Federación de Juventudes Socialistas, los restos de Meabe fueron trasladados a Bilbao, pasados los veinte años que exigía la ley y de acuerdo con los deseos expresados por la Juventud Socialista de aquella capital; con ese motivo se celebró un acto público en su memoria en el que tomaron parte Prieto y Redondo. Julia Iruretagoyena, viuda de Meabe, falleció en México el 3 de octubre de 1954, ayudada hasta el último instante por socialistas identificados con Meabe y con Prieto. Dejó dispuesto, lo siguiente: ‘Que me entierren envuelta en un sudario. No quiero que mi ataúd lleve ofrendas florales ni ostente ningún signo religioso. Deseo que nadie vaya a visitarme al cementerio ni vista luto por mí y que mi familia se haga la cuenta de que vivo en tierras lejanas, dedicándome su recuerdo cariñoso, pero sin tristeza’. Prieto, buen conocedor de lo que decía, al dar cuenta de su fallecimiento, escribió: ‘Ni la enfermedad ni la muerte de Julia Iruretagoyena, viuda de Tomás Meabe, han costado un solo ochavo a las hermanas de ésta que, pese a ser millonarias, hacen ostentación de caridad cristiana y conocen bien, por referencias fidedignas, el drama de esta mártir, más auténticamente [1127] mártir que algunos venerados por ellos al pie de los altares, nunca hicieron nada por aliviarle’. Triste, doloroso e indignante.

Figura albina, romántica, inadaptada e inadaptable de Tomás Meabe, con su melena discreta, su hermoso rostro de línea clásica y sus ojos azules, ingenuos y a la par profundos como este mar que enmarca mi recuerdo. Pudo haber sido todo lo que hubiera deseado; pero su sensibilidad moral y estética era demasiado fina para transigir con los valores y credos de la gran villa plutocrática”.- Luis Araquistain.

“¡Ah! ¡Tomás de la limpia mirada, que veía, lejana, entre los hombres nuestra isla amada!”.- Ramón de Basterra.

“Sus escritos, tan bellos y vibrantes, tan sinceros, aun para aquellos que los consideren fundamentalmente equivocados. Ellos nos refrescan la memoria de aquel hombre de los ojos azules y profundos, del rostro de línea clásica, cuya vida tuvo para todos tan alta ejemplaridad”.- Luis González de Echávarri.

El ateísmo religioso de Meabe

“Tomás Meabe era con respecto al doctor Madinabeitia como uno de aquellos fieles acompañantes que iban con San Pablo a su aventura de las iglesias de Asia. Siendo Eibar como una de las iglesias de Madinabeitia de que cuidaba como el otro con su amor y su palabra, Meabe necesariamente tenía que haber acabado por estar entre nosotros. Mas no recuerdo exactamente qué circunstancia de su vida le hizo avecindarse en nuestro pueblo. Creo que fueron motivos de salud, una providencia adoptada seguramente por su amigo el doctor, pues de una de sus temporadas en la cárcel, como delincuente de la pluma, salió quebrantada. Se instaló con Pedro Chastang, que vivía con su madre y sus hermanos en la casona llamada de Paguey, que estaba rodeada entonces de amenos huertos de frutal y con una salida al campo y la montaña. Plácido lugar desde luego que se prestaba admirablemente a los sueños del poeta, que lo era aunque no hacía versos, con vistas directas al jardín de las monjas agustinas recoletas del Rabal, como para inspirar mejor sus cantos de libertad.

No es así de extrañar que este poeta, que entendía la poesía de la vida que se vive, guardara

un grato recuerdo de su tiempo en Eibar. Estaban de su parte, además de su juventud ilusionada, el calor de aquel hogar en que era tratado como podía haberlo sido en el suyo propio de no haberle arrojado de él la incompatibilidad religiosa en que había incurrido; estaba aquel retiro horaciano de Paguey, aquella proximidad y contacto con la naturaleza y aquel ambiente social de un pueblo que había despertado a todas las inquietudes de la época; donde la semilla socialista en que él y su amigo Madinabeitia se esmeraban podía fructificar ampliamente. Y estábamos nosotros, los jóvenes socialistas del Centro Obrero, que bebíamos en sus palabras como en una fuente ideal.

Todavía le veo con los ojos del alma en el paisaje de aquellos lejanos días bajar por el sendero de Estiba con su manojo de flores silvestres, su chalina de artista, su discreta melena de bohemio y aquellos ojos azules, cargados de sueños bajo la sombra de sus cargadas cejas, que denotaban al poeta y al soñador. Aprovechó su estancia en Eibar para hacer la segunda época de nuestro *¡Adelante!* y cada sábado esperábamos los neófitos a leer aquellas cosas emocionadas que decía por el estilo de este párrafo que no se me ha borrado todavía: 'Cualquier hijo de puta puede ser grande de nacimiento al nacer al mundo del pensamiento en la cuna de la idea'.

Meabe había sido creyente. Su religión, a contar por las cosas que contaba de su intimidad acongojada, había sido pura angustia como la de los que se atormentan pensando si estará en la voluntad de Dios salvarles o el abandonarles a la condenación eterna. Cuando, luego de las terribles luchas interiores suscitadas por el demonio de la duda, esa enfermedad de la fe que por momentos le hacía pensar que Dios, efectivamente, le abandonaba a la desesperación, consiguió librarse de ese tormento cediendo a la razón de los racionalistas, tenía la sensación de haberse curado de un susto -el susto de Dios, que decía como quien despierta de una terrible pesadilla. Y no perdonaba a Dios ese susto que le había dado, y cada semana se metía en nuestro *¡Adelante!* con la Biblia para proporcionar a esa razón que le había libertado la cabeza de aquellos absurdos que había admitido al pie de la letra y en la que Dios, tomadas las cosas con la servilidad que exigen los dogmáticos, resultaba tan pequeño, tan ruin a veces y tan parecido siempre a un hombre despótico y vengativo. Alguna vez Unamuno le advirtió cariñosamente sobre este sarampión irreligioso de que se teñía el Socialismo, y sé de Amuátegui, que lo contaba, que yendo de paseo un día y pasando por el soportal del convento de Isasí, donde se levantaba un calvario de piedra que había servido a las devociones públicas de nuestros abuelos de la Escuela de Cristo, le dijo aquél a nuestro director de *¡Adelante!* que llevaba clavada en el pecho la misma cruz de antes, más ahora con la cabeza del Cristo para abajo, queriéndole significar que su irreligiosidad presente resultaba [1130] tan angustiosa como su religiosidad anterior lo había sido. Y con motivo de esta discusión que nos consta se prolongó por correspondencia y culminó cuando Meabe publicó un folleto que llevaba el título *Sin Dios*, que Tomás recogió en el prólogo que hizo a este folleto la frase de don Miguel de que no los ateos, sino los teólogos los que matan a Dios. Nuestro amigo le replicaba a ese respecto que él, Unamuno, que presumía de deísta de los que hacían más teología en aquella tierra de teólogos en que vivía.

Meabe había estado en París y hecho allí su noviciado de la bohemia, junto con otros artistas, sus paisanos, que la Abortadora, como llamaba a la muerte, arrebató a una esperanza cierta, como en el caso del escultor Mogrovejo cuyo *Risveglio* se reproducía como símbolo expresivo en los extraordinarios de 1º de mayo de nuestros semanarios socialistas. La Abortadora,

dicho sea de paso, bien se lo había de cobrar el mote a él mismo, como acaso le presentía desde aquel entonces. Y solía tener mucho que contar de aquellos días de París cuando se defendía malamente, traduciendo al castellano, a razón de un franco o dos por página, para la casa Garnier. Todavía he visto por estas tierras americanas la versión de unos diálogos de Platón amparados por su nombre.

De aquellos días de París le venía seguramente al amante de la naturaleza que era Meabe el saber de las maravillas de los insectos que había estudiado J.H. Fabre, un paciente maestro de escuela languedociano que admiró al mundo con sus sabias observaciones sobre el instinto de estos pequeños seres antes de que tuviésemos por allá, en España, noticia alguna de este Homero de los insectos, como le llaman en Aviñón sus paisanos en el rótulo de una calle que le está dedicada. Así, de las amofilas, himenópteros inquietos provistos de aguijón, que saben paralizar a sus víctimas dándoles la puntilla en el nudo ventral de los nervios motores sin comprometer con ello su vida vegetativa, mediante una técnica y precisión insuperables, tomaba pie Meabe, con su propensión al apólogo, para trazar la figura del obrero asalariado de la sociedad [1139] capitalista. Al hacerlo tenía presente al despreciado maketo de las minas de hierro de Vizcaya, sujeto a la esclavitud de unos salarios de hambre, sin lugar a otro movimiento que el de su rudo trabajo teniendo que resignarse, pobre víctima de hábiles paralizadores, a que le devorara día por día un poco de su ser, hasta que, terminado el caudal de su sustancia y no quedando de él sino una sombra de lo que fue era abandonado como un despojo inútil a la tierra miserable. Todavía por entonces, sin ninguna ley de accidentes que les amparara, los patas de palo y demás-desechos humanos de las minas y de los altos hornos, los hombres que no valen, que decía nuestro paisano y que, habiendo contribuido a la opulencia de Bilbao, los devolvía a la inclemencia del mundo con aquella palabra despreciativa, vagaban por los caminos de nuestra tierra pidiendo limosna por las romerías. Y de cuando estuvo huido por deslices de la pluma, en que era tan fácil incurrir en aquella España de la intolerancia y los privilegios, sobre todo no usando, como él decía, el procedimiento del doctor Condom; de cuando estuvo en Saint-Jean-de-Pied-de-Port con Gustavo de Maeztu, el pintor que tenía un estilo decorativo y le hizo el retrato que teníamos en la Casa del Pueblo de Eibar, solía contar su aventura georgica de unas coles que había plantado y fueron pasto de las orugas verdes, madres de las mariposas blancas. Pues bien, estas orugas verdes, madres de las mariposas blancas, las *pieris brassicas* de la ciencia, suelen ser el sujeto de una tragedia en que yo he solido ver la de Meabe tal como él la refería. Un sutil himenóptero, el icneumon, valido de sus alas, suele posar sobre el lomo de la confiada oruga para inocularle sus propios gérmenes bajo la piel, Y cuando la pobre larva victimada anda en busca de un lugar propicio para crisalidar, empieza a sentir dentro, como el hombre de fe mordido por la duda, que algo extraño le roe las entrañas y va creciendo a sus expensas, hasta que vaciado de su interior, sucumbe al terrible mal, en tanto surge de bajo su piel una criatura nueva, insospechada y enteramente ajena a la anterior”.- Toribio Echevarría.

Toribio Echevarría fue uno de los socialistas eibarreses con mayor preparación para la propaganda escrita. Fundador de la Juventud Socialista de Eibar, con estudios y afición a los libros más que a la tribuna, su pluma adquirió rápido prestigio. Desempeñó un puesto en las oficinas del Ayuntamiento de Eibar, en cuya localidad se proclamó la República el 14 de abril de 1931 antes que en ninguna otra, por lo que fue objeto de homenajes por parte del Gobierno

provisional. Varias veces tuve ocasión de hablar en Eibar en actos socialistas. Indalecio Prieto era idolatrado, como lo fue Meabe, en esa población tan cargada de historia. Juan de los Toyos y Eusebio Gorrochátegui, nacidos en Eibar, ocuparon puestos de responsabilidad al servicio de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, ambos muy compenetrados con Toribio Echevarría, que les daba la pauta en innumerables cuestiones, arrojando toda suerte de peligros. Estuve a visitarle en el penal de Pamplona, de tan triste historia, durante la represión de 1934. Toyos ha fallecido en México; Gorrochátegui en Toulouse y Toribio Echevarría en Caracas, los tres al servicio de los ideales de Pablo Iglesias. En la emigración, en sus últimos años, venciendo su exagerada modestia, y alentado por Prieto, Toribio publicó un libro, *La experiencia socialista en España, vista desde mi pueblo*, en la editorial Pablo Iglesias de México, en 1966.

[1133] ¡¡Pido la palabra!!

“He pedido la palabra para expresar mi opinión sobre lo que debe ser este año la verdadera significación del Primero de Mayo, opinión que, seguramente, a muchos de vosotros os parecerá producto de un cerebro insano pero que yo estimo no es más que la consecuencia lógica de las ideas socialistas que desde hace más de medio siglo se vienen propagando en España. Considero que sería una demostración evidente de falta de sensibilidad si ante los hechos que ocurren en la Europa central este año diéramos alguna preferencia a nuestras reclamaciones de carácter nacional o local, pues entiendo que de todas ellas debíamos prescindir por una sola vez y posponerlas a una esencial: la inmediata terminación de la guerra europea. Al hacer esto, creo no faltaríamos a los acuerdos de nuestros Congresos internacionales, que son: Impedir la guerra con todas nuestras fuerzas y si, a pesar de todo, ésta fuera un hecho, como lo ha sido, trabajar lo posible para su pronta terminación. Si lo primero no lo hicimos, intentemos hacer algo por lo segundo.

Sí, inmediata terminación de la guerra europea. ¿Qué, os sorprende? ¿Cómo puede sorprender a los socialistas que uno de los suyos se atreva a hacer la proposición de que se pida la inmediata terminación de la carnicería más espantosa que registra la historia? ¿Cómo puede haber socialistas que consideren necesaria la continuación del cuadro de horror que representa Europa en plena civilización? Para algunos de vosotros será prematura la paz; consideraréis imprescindible que la guerra continúe hasta dar su merecido al verdadero culpable de semejante catástrofe y evitar así se reproduzca, y hasta la consideraréis como una guerra de liberación. ¿Ser prematura la petición de la paz cuando han muerto más de dos millones de hombres, tan necesarios para el desarrollo de la producción? ¿Cuando están de duelo centenares de millones de mujeres y niños y la vida económica, intelectual y moral de siete grandes naciones está en suspenso y cada día aumenta la amenaza de mayores complicaciones?

¡Necesidad de terminar con el verdadero culpable de la guerra! Pero, ¿quién es el verdadero culpable? ¿No habíamos quedado en que el verdadero culpable de todas las guerras es el régimen existente, originario de todas las ambiciones que las producen? Si esto es cierto, ¿nos podemos hacer la ilusión de que esta guerra dará al traste con el régimen promotor? ¡Que no se reproduzca la guerra! La última guerra será la social y entretanto subsistirán todas las causas originarias de las demás. ¡Guerra de liberación! ¿Liberación para quién? ¿Para la clase trabajadora? Esta continuará obligada a vender su fuerza de trabajo para poder vegetar hasta que acabe de

romper los eslabones que la sujetan a las dependencias económicas en que está.

Pero, ¿es que creéis que la burguesía lucha por ideales? Si así lo creéis, tenéis que creer también, lógicamente, que está capacitada para hacer la revolución social y, por tanto, que ésta no será obra de nuestra clase, sino de la que históricamente ha de desaparecer ipso facto al verificarse aquella. Después de todo, para defender vuestro criterio, ¿qué razón dais? La hipótesis: la ilusión de que de esta bárbara tragedia surgirá la panacea que hará desaparecer gran parte de los órganos morbosos de este régimen; en cambio, nosotros os presentamos la realidad; la desaparición de la vida de muchos millares de hermanos nuestros; la destrucción del producto del trabajo de muchas generaciones pasadas; la miseria de millones de hogares en la guerra y después de la guerra y por consecuencia de la guerra.

Por todo lo expuesto es por lo que entiendo que debemos limitar nuestras reclamaciones a una sola e invitar a los trabajadores de los demás países no beligerantes a que hagan lo mismo, a fin de que nadie pueda creer que la petición de la paz va de relleno entre las demás que ordinariamente hacemos, y que es una fórmula hipócrita de salir del paso. ¿Qué será inútil? ¿Qué no nos querrán oír? ¿Dirán que eso es una cobardía? Bien, ¿y qué? Es lo mismo que nos ha ocurrido y nos ocurre siempre que nos oponemos a la guerra de Marruecos; pero por eso no cesamos en el cumplimiento de nuestro deber de socialistas, interpretando [1135] fielmente, con nuestra conducta, las ideas que sustentamos. Y nada más”.- Francisco L. Caballero, 1º de mayo de 1915.

Los trabajos de Largo Caballero que figuran en este libro nunca fueron reproducidos. Debo advertir que aun cuando yo era director de *Acción Socialista*, los escribió espontáneamente, sin que solicitara su colaboración, porque al constituirse el grupo editor advirtió que no se contara con él como colaborador, ya que no tenía costumbre ni afición para hacerlo. Largo Caballero no coincidió, pues, con Pablo Iglesias en la continuación de la alianza política con los republicanos ni en la manera de interpretar los acuerdos de la Internacional Socialista caso de estallar un conflicto armado. Desde luego, entonces no fue partidario de oponerse a la guerra utilizando para ello la huelga general; pero tampoco aprobaba entonces la colaboración ministerial. Se ve, pues, claro que entre Largo Caballero y yo, sin formar grupo, ni siquiera cambiar impresiones, existían coincidencias en temas fundamentales pero de esto no están informados escritores y oradores que han pasado por caballeristas, cuando no habían coincidido con él en nada fundamental, y algunos ni eran afiliados en aquellos años. Repitamos de nuevo: ¡Cómo se escribe la Historia!

¡Bienvenida la paz!

“La Fiesta del Trabajo debe ser siempre, y más este año de terrible guerra, la Fiesta de la Paz. Todos la desean, y al presente hasta los mismos que provocaron la guerra. Sólo que no saben cómo llegar a ella porque hacer una paz es mucho más difícil que hacer una guerra. Pero la paz, para ser una verdadera paz, un paz pacífica y fecunda, una paz que nos aleje lo más posible de aquella horrenda pesadilla de la paz armada, no puede basarse sobre un compromiso. Eso que se llama ordinariamente una paz honrosa suele ser una paz peligrosísima y en el fondo, [1136] deshonrosa. No; dada la índole de la actual lucha, quienes de veras la han provocado tienen que salir humillados y hasta deshonorados. Esa huera frase de que no haya vencedores ni vencidos sólo

quiere decir que siga en pie el conflicto.

Hay quienes hablan de la unidad moral de Europa sin reparar en que esa unidad no cabe sino reduciendo a la más completa impotencia, aniquilando moralmente a los que han roto esa unidad, y volverían a romperla cien veces más en su empeño por organizar al mundo bajo otra unidad disciplinaria y no moral. Si la paz nos ha de volver a los grandes ejércitos permanentes, a los enormes gastos en armamentos, a lo que significa de pérdida para el trabajo y hasta para la dignidad humana las abyecciones de la instrucción militar en los cuarteles, vale más que la guerra se prolongue hasta que no queden bajo tierra próximos retoños de ella. Hay que acabar de una vez con todos los ensueños de imperialismo y dominación. Para el restablecimiento de la verdadera paz, y sobre todo para su consolidación, los socialistas pueden hacer lo que para evitarla no han sabido o no han querido o no han podido hacer. Verdad es que en el seno de la nación que ha desencadenado la guerra el Partido Obrero de la Democracia Social tenía una organización más bien militar que estrictamente socialista. Era otro ejército, en gran parte al servicio del imperio. ¡Bienvenida la paz si viene bien!.- Miguel de Unamuno, 1º de mayo de 1915.



Besteiro y Verdes-Montenegro

Durante los días 24 al 31 de octubre de 1915, en la Casa del Pueblo de Madrid se reunió el Congreso Socialista. Uno de los principales temas del orden del día fue el de la guerra europea. Hubo una ponencia de la que formaron parte Jaime Vera, José Madinabeitia, Eduardo Torralva Beci, José Verdes-Montenegro y Manuel Vigil. Como se manifestaron varios puntos de vista, cada fracción suscribió su propuesta. La moción aprobada por el Congreso socialista, en votación por afiliados, obtuvo 4.090 sufragios contra 1.218 de las tendencias discrepantes. El Congreso declara:

“Que sin dejar de señalar al capitalismo de todos los países en lucha como responsable, estamos obligados a examinar las causas de la guerra actual, la situación que crea y sus consecuencias, ajustándonos a la realidad presente y con el pensamiento puesto siempre en las aspiraciones del proletariado. Y el examen de esta realidad nos dice que en la lucha trágica, preparada y ejercitada por el capitalismo, se manifiestan dos tendencias y que, según venza la una o la otra, saldrá mejor o peor librada la causa de los trabajadores. De los dos bandos que mantienen la sangrienta lucha, uno, el provocador de ella y la impresión más acabada del odioso imperialismo, se ha movido por propósitos y aspiraciones que, de triunfar, causarían honda herida al proletariado y al Partido que el mismo representa; el otro, aunque llevado a la lucha principalmente por el interés capitalista, está mucho menos tocado de imperialismo y, por lo tanto, más influido por un espíritu democrático. De vencer el imperialismo austro-germano habrá un retroceso o un alto para el socialismo y la democracia; de obtener la victoria los países aliados, nuestra causa realizará grandes progresos, incluso en Alemania y en Austria. En cuanto a solicitar la paz e influir con lo que nuestras fuerzas permitan para alcanzarla, el Congreso cree que eso exige [1138] que la oportunidad ayude, y que ayude para alcanzarla en condiciones provechosas para la humanidad”.- Luis Araquistain, Antonio Fabra Ribas, Julián Besteiro. (Esta resolución, en el fondo inspirada en el pensamiento de Vera, fue aprobada sin reserva alguna por Pablo Iglesias).

He aquí cómo informó *El Socialista* del debate desarrollado entre José Verdes-Montenegro y Julián Besteiro en el Congreso Socialista de 1915:

“Verdes-Montenegro comenzó diciendo el dolor que le produjo observar cómo la guerra, al estallar, perturbó el espíritu de los socialistas. Recordaba los acuerdos adoptados en los Congresos internacionales, acuerdos que nos permitieron creer que los partidos socialistas harían todo lo posible por impedir la guerra.

Pasado este estupor comprendí que así como los terremotos tienen una causa natural, también la guerra la tenía. Nosotros hemos dicho que las guerras eran consecuencia de la organización capitalista basada en la competencia industrial y comercial y en la explotación. Hube de reflexionar que la producción capitalista busca, naturalmente, una expansión que a veces logra por medios pacíficos; que también a veces necesita otras fuerzas para lograrla. Cuando yo leí en *El Socialista* la opinión del Partido acerca de la guerra me asombré. Vine a Madrid y solicité opiniones de compañeros. Las oí diversas. A los dos o tres días, un asombro mayor; las

declaraciones de Iglesias en el Parlamento y todavía tuve otro; el proporcionado por lo que se dice en esta Memoria, que parece reflejo de uno de esos folletos con que los diplomáticos coadyuvaban a la guerra. Es un documento diplomático burgués.

Besteiro.- Como que las causas de la guerra hay que buscarlas en la diplomacia.

Verdes-Montenegro.- Se dice que la determinante de la guerra es el imperialismo y eso es una frase hueca. El kaiser ha hablado como un viajante de comercio.

Fabra Ribas.- Habló de la pólvora seca.

Verdes-Montenegro.- Se habla también de otra farándula: de militarismo, es decir, del predominio del ejército en la gobernación del país, y eso no asoma por parte alguna, no puede asomar. Yo os pregunto cómo naciones que están en primera línea en esta guerra, y que figuran en la cúspide del desarrollo industrial, como Alemania e Inglaterra, son militaristas. En esos países no hay militarismo. Militarismo hay en España, que no alcanzó esa prosperidad industrial. En Inglaterra el servicio es voluntario, y se contrata entre el individuo y el estado libremente; Alemania, primer país donde se estableció el servicio militar obligatorio, se estableció al mismo tiempo la enseñanza obligatoria. En esos países hay militares, no militarismo, subordinados al capitalismo. Inglaterra tiene sus ejércitos coloniales para abrir mercados y cobrar débitos. Ved cómo no existe imperialismo, ni militarismo, ni kaiserismo, sino un conflicto provocado por la expansión burguesa. Apartarse de esto es poner el espíritu socialista en un punto no conforme a la realidad. Por eso yo acuso a la burguesía, no particularizando en una parte de ella, pues que todas tienen responsabilidad en este delito colectivo. Yo no creo que el triunfo de Alemania determine la opresión del mundo, ni el de Francia su liberación. El mundo seguirá su camino. De esta guerra, como de otra, no saldrá nada que refrene la marcha de la humanidad.

Fabra Ribas.- Es la apología de la guerra.

Verdes-Montenegro.- Es la filosofía socialista que afirma se crean nuevas formas al destruir otras. Esta es la teoría marxista, por la cual aspiramos a destruir la sociedad actual. El proletariado no tiene nada que conservar y no puede ser conservador de nada que corresponda al régimen burgués. De esta guerra, cualquiera que sea su resultado, vendrá un mayor auge del Socialismo. Por eso yo os aconsejo que no pongáis amores en ningún beligerante y por el contrario, que [1140] condenéis todas las burguesías, y reclamemos a todos los que olvidaron su espíritu que resuciten en el de la Internacional; que en el fragor de la lucha recuerden a sus hermanos.

Besteiro comenzó diciendo que su temperamento le había hecho traición en varias ocasiones, haciéndole desistir de sus firmes propósitos y que esto habíale sucedido al escuchar algunas afirmaciones de Verdes-Montenegro. Habíame propuesto ser parco y excederme en prudencia ante tan gravísima cuestión como la guerra europea; pero me he sentido impulsado a salir al paso de aquellas afirmaciones que estimo ligeras y poco reflexionadas; he hecho algunas interrupciones a Verdes-Montenegro, y esto me obliga a exponer mi criterio. Señaló cierta evolución que a su juicio se realiza en las ideas del catedrático de Alicante, y aventuró que el impulso inicial de esa evolución podría hallarse en la misma formación de las ideas socialistas de aquél. Ya en este Congreso ha citado varias veces a Spencer, del que pudiéramos decir que es la creación del individualismo, y no se ha referido, en cambio, a ninguno de los representantes de la concepción marxista, en los cuales debiera haber buscado apoyo un militante socialista. Esa

influencia de Spencer lleve al camarada. Verdes-Montenegro a reducir las doctrinas económicas a fórmulas tan vagas como simplistas, aproximándose mucho al anarquismo.

¿Qué la causa de la guerra no está en el kaiser, ni en los ejércitos, ni en los imperios, sino en el capitalismo? ¿Qué debemos, por tanto, cruzarnos de brazos? ¿Que el imperialismo es una frase hueca? ¡Pero el compañero Verdes-Montenegro olvida a Marx por completo! Olvida a cuantos mantienen hoy las doctrinas marxistas. ¿Quién cree el camarada Verdes-Montenegro que mantiene hoy con mayor puridad las doctrinas marxistas? ¿Kautsky? Pues Kautsky ha escrito un libro en el que explica lo que es imperialismo y cómo existe el imperialismo. No he dicho que [1141] buscarla en exaltaciones del espíritu, ni en causas recónditas que escalen a la vida real, a la vida de la naturaleza. El Imperialismo se apoya en los actuales tiempos sobre la necesidad ficticia de mercados artificiales. En Alemania, a partir del 88, el imperialismo se ha manifestado de una manera bárbara, a la manera del imperialismo romano y aun del imperialismo de los pueblos orientales y teocráticos. El imperialismo es una realidad histórica que comenzó a manifestarse en Holanda, en Francia, en Inglaterra y en Alemania, por último, buscando expansiones territoriales, primeramente en países sin civilización, poco a poco en otros más civilizados, hasta llegar a los de igual o superior grado de civilización que el pueblo imperialista; y así vemos a Alemania sojuzgar a Bélgica y tratar de anexionársela. El imperialismo se da en todas partes. En los imperios, en las monarquías y en las repúblicas. Nadie puede negar que Francia, llevada del imperialismo, fue a Argelia, Túnez y Marruecos; Inglaterra, a las Indias y a África; Italia, a Tripolitania.

En Francia los socialistas han realizado una campaña dirigida por Jaurès, que bastaría para inmortalizar a éste. Y Sembat, mientras se discutía la ley de los tres años de servicio militar, escribía un libro titulado *Haced un rey o haced la paz*. Pero el imperialismo agresor e indiscutible sólo en Alemania se da, y acaso se diera en Rusia si este imperio hubiera llegado a otro grado de desenvolvimiento. Y para determinar la nación que encendió la chispa en la actual explosión hay que hacer la historia diplomática, que quiere suprimir el compañero Verdes-Montenegro. De esa historia se desprende una acusación terminante contra el imperio alemán, que lanzó a Austria contra Serbia, haciendo que la doble monarquía enviase a Serbia un ultimátum que esta nación no era concebible pudiera aceptar. Y con gran estupor de Austria, Serbia aceptó ocho de las diez condiciones que comprendía el ultimátum y se sometía a la decisión del fallo de un tribunal de arbitraje respecto de los restantes. [1142] Y el estupor fue entonces del mundo entero, cuando Austria no se dio por satisfecha y declaró la guerra a Serbia. No se podía manifestar más descaradamente el decidido propósito de avasallar a Serbia.

El *Vorwaerts*, órgano central del partido socialista alemán, decía en aquellos días que Austria era aliada de Alemania y que, de no responder la actitud de Austria a impulsos del Gobierno alemán, Austria no se hubiera atrevido a provocar la conflagración europea. Y es que el promotor de la guerra ha sido el kaiser con su poder personal, único culpable del más horrendo de los crímenes, y sobre el que recaería la más tremenda sanción popular, sí a la acción popular se encomendara el fallo. Yo he leído un artículo publicado no ha mucho en un periódico alemán, en el cual, pesar de la censura, se deja entrever que el proletariado alemán no ha roto los lazos fraternales que le unen a los trabajadores de los demás países. Decía el citado artículo que el gran error de los socialistas alemanes era no haber dado importancia al pangermanismo.

Sí, compañero Verdes. El fondo es la concentración del capital; pero sobre él se ha

levantado una ideología pangermanista que exalta la raza germana a cumbres inauditas de soberbia, marcando fieramente las tendencias espirituales del imperialismo alemán. Esta exaltación había de llevar necesariamente a la catástrofe. ¿Qué no existe militarismo? ¿Pues qué son los desafueros de los ejércitos que sirvieron siempre de instrumento al imperialismo, de las mesnadas, de los señores feudales, de las tropas mercenarias que a través del tiempo fueron organizándose de manera diversa hasta constituir los ejércitos actuales?

Decía el compañero Verdes-Montenegro que eso que se llama militarismo existe en España más que en Alemania. Ciertamente que hay militarismo en España, como hay clericalismo; pero el cura español vale mucho menos, es menos inteligente que el cura de cualquier otro país, que el cura austriaco, por ejemplo. En cuanto al militarismo español, se manifiesta de distinta manera que en Alemania. Donde más gustan los militares de lucir el uniforme es, sin duda, en Madrid y en Viena, más que en Berlín.

Pero si Rosa Luxemburgo, si nuestra valiente camarada hubiera oído a Verdes afirmar que en Alemania no existe militarismo... En Alemania se pega bárbaramente en los cuarteles, y en la magnitud de los esfuerzos que los pobres soldados y el pueblo alemán ponen en combatir tal barbarie se puede apreciar también la magnitud de los palos que han recibido de las bestias que tienen por oficiales. Se pega en los cuarteles alemanes mucho más que en España, mucho más. ¿Qué no existe militarismo en Alemania? ¿Tan lejos está, acaso, el incidente de Saverne, donde unos paisanos, por haber reído en tan mala hora que pasaban unos oficiales, fueron sableados, y hasta el teniente Fostner llegó a disparar su revólver contra aquellos? ¿Y qué pasó? Que el general comandante militar de la plaza, y hasta el Kronprinz, hicieron causa común con los oficiales, que quedaron sin correctivo alguno. Otro caso. Un junker, un terrateniente silesiano, llegó a decir en el Parlamento que la disciplina militar era de tal naturaleza que si el kaiser ordenaba a ocho soldados que fueran a desalojar el salón de sesiones, éstos tendrían que hacerlo. Y estos hábitos de cuartel se han infiltrado en toda la sociedad alemana, incluso en el hogar. Dijo el compañero Verdes que en Alemania, al mismo tiempo que el servicio militar obligatorio, se decretó la enseñanza obligatoria. Y yo le digo que los pedagogos alemanes son cabos furrieles.

Verdes.- Ya los quisiéramos para nosotros.

Besteiro.- No; quisiéramos pedagogos tan sabios, tan inteligentes como los alemanes, pero sin su espíritu de cabos furrieles. En los gimnasios Alemanes, donde se enseña mucho y bien, muchos escolares se suicidan por no poder resistir la disciplina escolar. Y si Alemania es grande con el cabo furriel, nosotros queremos que sea más grande sin el cabo. Ha dicho el camarada Verdes que venza quien venza, el mundo seguirá su camino. Y esa no es la interpretación materialista de la historia, según Marx. Esa es una afirmación del fatalismo musulmán que nos llevaría a creer que nuestros grandes hombres han sido sólo previsores del porvenir, [1144] señalando lo que nos ha de suceder, y sólo nos tocaría adoptar la aptitud de los resignados y esperar el transcurso del tiempo.

Una cosa es el determinismo histórico y otra la fatalidad en la historia. Lo fatal en la historia es la consecuencia de lo sucedido, el pasado; pero actuando en el presente, el espíritu humano puede codificar el porvenir. Con el fatalismo, los socialistas estaríamos de más; no tendríamos para qué actuar, y la evolución fatal del capitalismo seguiría su curso, por las trazas,

para llevarnos al fin de la humanidad o para devolvernos a la barbarie. Si no queremos ser místicos que nos pasemos la vida descifrando signos misteriosos; si no queremos ser víctimas propiciatorias, no tenemos más remedio que actuar como socialistas revolucionarios, que persiguen el cambio del régimen económico actual por los medios más rápidos y menos cruentos para la humanidad. La guerra tiene sus instrumentos y sus agentes en el ejército y en la diplomacia secreta, y su ambiente más propicio en los imperios. Es preciso, pues, actuar en la política internacional contra la reacción para que la guerra no nos sorprenda.

Por último, recordó Besteiro que en el año 1900 se discutió en Alemania si los socialistas deberían hacer la revolución por el sufragio universal en Prusia, entendiendo Kautsky que el sistema actual había de llevar necesariamente a la guerra. Singer, que había de morir un año después, tomó la iniciativa en el grupo del Reichstag, pero tropezó con el apartamiento de los sindicatos alemanes, de la clase obrera alemana, en luchas tan particularmente políticas. Ahora lo estaría sintiendo. Kautsky dijo que, salvo la Democracia Social, en Alemania todo estaba corrompido por el servilismo a las instituciones imperiales. Y Kautsky mismo rectificando un artículo de un socialista ruso, decía: ‘¡No! La revolución social no se hará primero en Alemania, nuestra revolución se hará primero en Bélgica, o en Rusia, o acaso en ambas a la vez’. Esto es lo que quería decir y dejar sentado frente a las afirmaciones, a mi juicio muy desacertadas del camarada Verdes-Montenegro”.

Magistral discurso de Pablo Iglesias

¡Pronunció tantos, dentro y fuera de las corporaciones oficiales! Y, por desgracia, ¡Qué pocos se conservan íntegros! En el debate promovido en 1915 en el Congreso Socialista reunido en la Casa del Pueblo de Madrid, al tratarse del problema de la guerra europea y de la actitud que debía adoptar respecto de la misma el Partido Socialista Obrero Español, Pablo Iglesias conociendo las discusiones promovidas en relación a las declaraciones hechas por él en el Congreso de los Diputados al referirse a la posición que España hubiera debido adoptar si hubiera sido otra su preparación militar, se lanzó a fondo, pronunciando un discurso magistral, que aplaudimos aun los que no estábamos de acuerdo en todos los puntos con él. No se recogió íntegro ese discurso, admirable de forma y de fondo, porque entonces no se utilizaban los taquígrafos en nuestras asambleas nacionales. EL siguiente extracto refleja lo mejor posible el pensamiento de Iglesias en relación con la guerra de 1914-1918:

“El tema se ha discutido bastante, y el criterio del Comité nacional por demás conocido, toda vez que la Memoria presentada al Congreso lo expresa bien claramente; así, he de ser muy breve. Hizo notar primeramente que a pesar de haberse presentado un dictamen y dos votos particulares y de haber intervenido varios delegados, señalando diversos matices, en lo fundamental han coincidido todos los criterios expuestos, con la única excepción, acaso, del mantenido por el compañero Verdes-Montenegro.

Combatió después el concepto absoluto que algunos delegados han manifestado del pacifismo socialista. Los socialistas han de influir siempre para que cuantos conflictos se planteen, aunque estos surjan del régimen burgués, se resuelvan por medios pacíficos. Pero ¿habrían de renunciar los socialistas para siempre a emplear los medios violentos a fin de resolver las

reivindicaciones, para transformar el régimen burgués, si las circunstancias hicieran inevitable el empleo de aquellos procedimientos y contasen con los medios adecuados? ¿No se podría dar el caso de que los socialistas tuvieran que guerrear con la clase capitalista dentro de cada nación? Cuando los sucesos de 1909 en España, sucesos provocados por un sentimiento nacional contra la guerra de Marruecos, ¿no hubiéramos apelado los socialistas españoles a las armas, a la revolución, si hubiéramos tenido medios para ello? Sí. Y si esto se admite, porque no está en pugna con nuestro pacifismo, ¿no se ha de admitir en el mundo internacional, en la vida internacional, por los partidos socialistas, que son precisamente esencialmente internacionales?

La Internacional Socialista hizo cuanto pudo, influyendo antes de la guerra por mantener la paz. Pero la guerra surgió; llegó a ser realidad, y los socialistas no podemos en manera alguna desatender la realidad. Como pacifistas, podemos y debemos condenar la guerra, condenar la realidad, pero en ella entran factores que han de ser separadamente objeto de nuestro juicio. Y en la guerra actual ha habido naciones que se han allanado a resolver sus diferencias pacíficamente, y naciones que han rechazado ese procedimiento y han manifestado su decisión de dejar a la fuerza de las armas la última razón. ¿Y no vamos a distinguir los socialistas entre unas y otras? ¿Qué hacemos entonces con nuestro pacifismo?

En esa guerra no cabe dudar de precedentes establecidos por los beligerantes. El kaiser ha fomentado de una manera inaudita los armamentos; nos lo han dicho quienes, para nosotros, tienen mayor autoridad: los socialistas alemanes. A las Conferencias de La Haya, a las que nosotros, los socialistas, por nuestro pacifismo, no podemos dar la importancia que les dan nuestros adversarios en todos los terrenos, el zar de Rusia ha propuesto varias veces la reducción de armamentos, y sólo una nación se ha opuesto a ello: Alemania. El rey de Inglaterra ha hecho en distintas ocasiones reiteradas instancias al kaiser para reducir las fuerzas navales, y el kaiser no aceptó. A pretexto de vengar [1147] la muerte del heredero de la corona de Austria, esta nación envió un ultimátum odioso a la pequeña nación servia: no le bastó el acatamiento, la humillación inconcebible del pequeño pueblo; le declaró la guerra y se dispuso a aplastarle. Fue la actitud del que siente guardadas sus espaldas. Alemania estaba detrás. Nos lo han dicho los que tienen más autoridad para nosotros: los socialistas alemanes.

La Internacional Socialista trató de evitar la catástrofe, pero no tenía los medios de violencia que hubieran sido las únicas razones eficaces. Los socialistas franceses influyeron en el Gobierno francés para que emplease todos los procedimientos convenientes a fin de mantener la paz. El Gobierno francés lo hizo así. Nos lo ha dicho quien para nosotros tiene mayor autoridad: Jaurès, en vísperas de su muerte, asesinado por defender la paz. Alemania llegó a la agresión. Los socialistas alemanes no supieron o no pudieron evitarlo: esto se ha de juzgar. Pero hoy se sabe, naturalmente, que a los socialistas alemanes tocaba, de contar con medios para ello, evitar la agresión de Alemania. Los ejércitos alemanes invadieron Luxemburgo, Bélgica y Francia. ¿Qué habrían de hacer los socialistas de estos países? ¿Abatir las armas? Hubieran servido la causa de los agresores, de los imperialistas, la causa del Kaiser. ¿Qué habrían de hacer? No quiero que me contesten los compañeros que han expuesto el concepto más absoluto de nuestro pacifismo doctrinal. Yo, por mi parte, no he titubeado en aplaudir la conducta de los socialistas de los países aliados.

Se ha discutido si debieron llegar a la participación en el Gobierno de defensa nacional. Yo,

repito, que a mi juicio, han hecho bien, se trataba de la defensa nacional. Después de la retirada hasta el Marne, era la nación íntegra la que se aprestaba a la defensa. Toda la clase trabajadora iba al frente de batalla, a los cuarteles, a los acantonamientos. Millares y millares de familias quedaban sin sostén. Y era deber de los socialistas ir allí donde la situación de los obreros y de sus familias quedara garantizada, donde más se pudiera [1148] velar por ellos. Pero ¿cómo? me preguntarán. ¿Ser ministro de Municiones uno de los nuestros, de nosotros, pacifistas? ¡Sí, sí! En Francia defienden los Socialistas el principio de las nacionalidades; defienden la integridad nacional, y deber de los socialistas es contribuir a esa defensa donde quiera que su actuación sea más eficaz. Fuera de Francia, proyectando la cuestión al terreno internacional, en el que nosotros, como internacionalistas, tenemos que actuar, la guerra presente es la lucha entre la democracia y la reacción. Independientemente de lo que representan las naciones de uno y otro bando beligerante, el triunfo de uno favorecerá a la democracia y el triunfo del otro favorecerá a la reacción. Si triunfase Alemania, sometida Bélgica, subyugada Francia, amenazada Inglaterra, las botas y el sable del Kaiser resonarían en el mundo entero. ¿Y es esto lo conveniente a los fines que nosotros perseguimos? Aunque no representan los aliados la emancipación de la clase trabajadora, siempre habrá una gran diferencia para los trabajadores en el triunfo de ellas. Porque nuestras reivindicaciones se basan en el derecho y en la justicia, que han sido hollados y negados por la fuerza militar de Alemania.

Se dirá que Rusia no puede servir a la causa de la democracia: ya he dicho antes que las consecuencias del triunfo de los aliados no dependen de la voluntad de ellos mismos. Por otra parte, Rusia, a pesar de ser el país de la autocracia, no es en la vida internacional el peligro que representa Alemania; acaso pudiera serlo mañana; pero el buen juicio aconseja atender primero al peligro presente, que al futuro tiempo habrá de conjurarlo. Y suponiendo que hubiera dudas respecto a cuáles serán las consecuencias del triunfo de uno u otro beligerante, ¿no nos dice nada la polarización que la guerra ha producido en el mundo entero, y en España mismo, poniéndose de un lado todos los elementos reaccionarios y del otro todos los elementos progresistas? A tales consideraciones respondieron las declaraciones que hice en el Parlamento, [1149] expresando el criterio del Comité Nacional y el mío propio. Nuestra simpatía para los pueblos aliados que han sabido defender el derecho y con el derecho sus propios intereses, si se quiere, pues plausible es que hayan podido compaginar uno y otro, y el dolor que no podemos por menos de sentir los socialistas ante la devastada Bélgica, ante la heroica Serbia nos llevaría, sintiendo tan hondamente esas grandes injusticias, como los socialistas hemos de sentirlas, a poner nuestras fuerzas, las que tuviéramos, al lado de las que impondrán el castigo merecido a los Estados las cometieron. Porque, a mi juicio, el triunfo será de los aliados.

Pero cuanto más fuerzas hubieran entrado en lucha, más breve hubiera sido la duración de la guerra y menos daños humanos hubieran causado ésta. Nuestra intervención, la de España, si posible hubiera sido, no fuera quijotesca, como dijo el camarada Araquistain, porque a todas las naciones pequeñas interesa que no prosperen los ataques de las grandes contra su independencia. Por eso, el Comité nacional, sin deponer nada de lo que constituyen la esencia de nuestras doctrinas, sino ajustando nuestras doctrinas a la realidad, adoptó al acuerdo cuya expresión hice yo en el parlamento. Para el próximo Congreso internacional es de esperar que no haya dudas sobre cuál ha sido y qué sanción merece la conducta de los socialistas en los diversos países. Los

que hayan cumplido su deber, únicos con los cuales se podrá reconstituir la Internacional, no tendrán rencores que les impidan estrechar sus manos. Para la reconstitución de la Internacional no creo que sea preciso establecer nuevas bases, sino afirmar las que existían con las lecciones que nos haya dado la tristísima experiencia. Tratar de influir por hoy en las condiciones de la paz es ilusorio. ¡Ojalá pudiera ser! Porque tendríamos la garantía de que con el triunfo de los aliados sólo sería abatido el imperialismo y el militarismo de Alemania, no el pueblo alemán. Por último, Pablo Iglesias reclama del Congreso del partido Socialista una decisión concreta, sin reservas ni vaguedades, decisión compatible con la justicia, con la pureza de nuestros ideales y con la realidad”.

[1150] *El problema de la Conjunción*

En el Congreso de 1915 hubo un gran debate acerca de la existencia de la Conjunción. La Comisión designada para dictaminar sobre este tema no llegó a un acuerdo. El doctor Vera redactó una ponencia, que firmó con él Besteiro, y por mayoría fue aprobada por el Congreso, dando completa satisfacción a Pablo Iglesias. He aquí dicho texto, con todo el espíritu tradicional de Jaime Vera:

“Justifican y hacen obligatorio del mantenimiento de la Conjunción Republicano-Socialista razones doctrinales y de orden práctico tan poderosas y tantas que, en la imposibilidad de enumerarlas todas, o siquiera las esenciales, los delegados que suscriben limitan el preámbulo de su dictamen a las sencillas consideraciones siguientes: Por la historia y por la actual realidad social y política, el movimiento socialista es el aliado natural de todas las acciones y fuerzas progresivas en todas las manifestaciones de la vida.

Existen en España fuerzas políticas importantes con arraigo popular, y las únicas impulsoras de la evolución política, fuera de las instituciones fundamentales, prisioneras voluntarias de los elementos tradicionales reaccionarios, que a la vez las aprisionan y las sirven de cimiento. Todos los poderes públicos de la nación, con influjo decisivo en su vida real e ideal, desde el bajo y alto magisterio hasta la burocracia, están en manos de esos elementos, representativos de una tradición inmovilizada, incompatibles con el desarrollo de la civilización moderna en España, y más aún, con un desenvolvimiento proporcionado de la acción puramente socialista. Las anchas puertas del alcázar donde se dispensa el poder y se hacen y deshacen los hombres, acaso se han elevado lo bastante para poder entrar por ellas la dignidad sin humillar la cabeza, pero los que por ellas penetran quedan impotentes para el bien y para la civilización y la democratización de la vida española. Porque quedan envueltos y sin acción ni movimiento entre las mallas de la red tradicionalista y reaccionaria, [1151] estabilizadora de toda actividad intencionalmente progresiva. La alta burguesía, las gentes adineradas, no hacen ni siquiera civilización burguesa, porque sus almas dormitan con ensueños, de ideales muertos.

Hacen la vida atónita de los poseyentes no agitados por la *auri sacre fames* o sin inteligencia para satisfacer al ansia de poseer más, primer motor de toda sociedad capitalista, a cuya intensidad de movimiento es proporcional la intensidad de todas las actividades nacionales; porque el capital es el carbón, y la máquina no anda si no se renueva y aumenta el carbón constantemente.

Aparte de la mísera acción económica del capital (en gran parte extranjero), ineludible para seguir viviendo, en España no hay más fuerzas progresivas que el exiguo movimiento propiamente científico o genéricamente intelectual, exiguo porque no se paga, y el republicanismo y el Socialismo como movimientos políticos. El Estado es una maquinaria para resistir, no para propulsar. Contra el Estado hay que ir en España para ser patriotas: patriotas en el más alto y racional sentido de la palabra. Republicanismo y socialismo deben ir juntos para los fines comunes; los dos movimientos deben adquirir el mayor tono e impulso científico e intelectual posibles, y serán movimientos salvadores de la patria y preparadores de un porvenir de emancipación, si los arranques del corazón no faltan y si es constante la consagración al trabajo y al sacrificio puro es el movimiento socialista y pura y harto abnegada la fe de innumerables republicanos y de las masas, con el alma henchida del ideal años y años sin recibir nada en cambio. Uno y otro son la conciencia histórica del progreso nacional. Con la diferencia de que donde el republicanismo se para el Socialismo sigue avanzando.

En España, libertad, democracia, civilización y progreso son términos correlativos e inseparables. La monarquía y las ideas, los sentimientos los intereses resistentes a la renovación de la vida española y ligados en un pacto que parece indisoluble, vencidos y humillados muchas veces en el siglo pasado, han resucitado siempre prepotentes e incorregibles. La monarquía en todas partes resiste por su naturaleza esencial al espíritu democrático. Solo por necesidad política se barniza de ese espíritu y lo utiliza cuando ella es inteligente, como en Italia. En muchos tiempos y en muchos sitios, en España mismo, la monarquía, ilustrada o escarmentada, ha hecho civilización, y progreso, y nación. El pueblo ha podido no amarla, pero la ha respetado y la ha considerado como instrumento útil.

La historia del pasado siglo y la realidad presente prueban que la monarquía española no se ha decidido a servirse de las fuerzas liberales para eliminar progresivamente la roña tradicional que vicia todos los órganos vitales de la nación e impide que aliente con fuerza a impulsos de progreso. No ya para derribarla, para contrapesar las fuerzas retardatarias, se trabaja con éxito mayor fuera que dentro de la monarquía.

Los que en ella entran, entran como vencidos y sólo para servirla de puntal. Las incontables víctimas de la libertad española lo atestiguan como su sangre, y los grandes liberales desprestigiados en el servicio de la monarquía lo certifican con su desengaño.

El Socialismo español debe mostrarse en sus predicaciones, en su organización y en su acción como una fuerza nacional progresiva, democrática y civilizadora. No puede ser perturbación, porque es organización. Sabe bien que en un medio social con vida económica miserable y civilización embrionaria no puede crecer ni servirse a sí mismo ni a la sociedad en que vive, si no es con la más santa de las intenciones y la más evidente de las impotencias. En este camino y para hacer nación, progreso, civilización y democracia, para hacer socialismo, nos encontramos con los republicanos. Todos los días los grandes acontecimientos europeos y mundiales y los nacionales, vitales para nosotros, porque parte de la nación somos, nos unen en el pensamiento y en la acción con los republicanos. La corriente republicana y la socialista, más amplia ésta y de cauce abierto a un porvenir ilimitado, son paralelas en muchos trozos del trayecto; y muchas veces convergentes. ¿Cómo nosotros, los socialistas, no convertiremos en propósito deliberado este paralelismo, esta convergencia, esta conjunción natural con las fuerzas

republicanas? Además, hay una consideración que solo obcecadamente podemos olvidar: la consideración de nuestra debilidad. Grandes en fuerzas ideales, teniendo a nuestro favor todas las corrientes activas de progreso, todo desenvolvimiento humano conforme a naturaleza y a región, somos débiles como fuerza eficaz sobre las conciencias y sobre los hechos. No será en el aislamiento donde aumentaremos nuestra eficacia. Hablemos y actuemos para que nos conozcan. En la relación con la clase trabajadora y en la relación con todas las fuerzas vivas nacientes y hasta en la relación con los indiferentes, tenemos que buscar nuestra fuerza, nuestra eficacia y nuestro triunfo. En consecuencia, dictaminamos que debe continuar, consolidarse y perfeccionarse nuestra conjunción con todas las fuerzas republicanas de personalidad política reconocida”.- Jaime Vera, Julián Besteiro, 25 de octubre de 1915.

Muerte de Inocente Calleja

Entre los que constituyeron el Partido Socialista en 1879 estuvo Inocente Calleja, uno de los seis que habían pertenecido a la Primera Internacional. En 1882 Calleja puso su dinero a disposición de la Junta Directiva del Arte de Imprimir, cuando Pablo Iglesias y sus camaradas de profesión fueron encarcelados con motivo de la huelga general de Artes Gráficas, la primera de importancia que se promovió en Madrid. Por discrepancias con Iglesias, Calleja se alejó del Partido Socialista. Adquirió la platería establecida en los soportales de la calle de Ciudad Rodrigo, en el distrito de La Latina, muy popular durante años, donde se alhajaban con descomunales pendientes y collares de plata las amas de [1154] cría de la clase adinerada, reuniendo con tal motivo un fortuna. Calleja, al igual que Iglesias, vivió con su madre hasta que falleció. Tuvo tres ahijadas, casadas, con una de las cuales se instaló, constituyendo familia. Emigró el marido, falleció la ahijada y Calleja prohió un hijo de aquel matrimonio, que adoptó como propio, y del cual no se separó hasta fallecer en Valencia.

En 1900 sufrió Iglesias grave enfermedad. El doctor Vera, reintegrado a la actividad del partido socialista, consiguió salvar la vida del Fundador, pero a ello contribuyó no poco la solidaridad de Inocente Calleja, que al conocer por Vera la gravedad y la estrechez con que vivía Iglesias, se presentó en aquel modesto hogar y empezó a llevar todo cuanto era necesario. Cuando Iglesias recobró la salud, agradeció a Calleja las atenciones que había tenido suplicándole cesaran. Fue entonces cuando Calleja se impuso y obligó a Amparo y a su marido a trasladarse a otro piso, donde Iglesias tuvo —por primera vez!— un despacho soleado y una vivienda relativamente cómoda. Calleja ayudó con su dinero desde entonces al Partido Socialista, sin volver a reintegrarse en sus filas, instaló imprenta en la misma finca donde vivía Iglesias, calle Mendizábal, 6 con la esperanza de conseguir que éste aceptara ser propietario de aquellos talleres, para garantizar la vida de *El socialista* semanal, todavía no consolidada. Era plan de Calleja que Iglesias fuese propietario, incluso encubiertamente, de aquella imprenta, mas no lo consiguió. Como a Calleja no le interesaba aquel negocio, se lo cedió a Felipe Peña Cruz, regente del taller, quien se instaló poco después en locales que el propio Calleja ya había tenido en la calle Pizarro, 16, donde fue impreso el semanario socialista durante varios años, garantizándole estabilidad. Pero Calleja quería algo más: quería asegurar a Iglesias una vejez tranquila, desde el punto de vista económico. Para conseguir su objeto adquirió varias fincas en El Escorial, lugar, por otra parte, ideal para reponer la salud de Amparo e Iglesias, y donde, naturalmente, el propio Calleja pasó

varias temporadas. Estando el interesado veraneando en una de aquellas casas, oyó decir a unos señoritos, imprudentemente, que allí estaban de temporada, que aquellos hoteles eran de Pablo Iglesias, “vividor que engaña a los obreros”. La reacción de Inocente Calleja fue tan violenta como merecida. El cariño de este hombre por aquel matrimonio puede decirse que prolongo la vida de Iglesias. Dentro de la casa lo era todo, lo vigilaba todo para que no faltara nada esencial, al trasladarse en 1906 a la calle de Ferraz, 70, más tarde al 68, donde vivió el propio Calleja con un ahijado suyo, en tanto que Juan A. Meliá había formado hogar al contraer matrimonio. El nuevo régimen requirió el concurso de una sirvienta estable, por suerte, un ángel dentro de aquel hogar: Candelas Mateo, huérfana de un tipógrafo fundador. Candelas fue una hija para Amparo e Iglesias. Muerto Iglesias, con Amparo vivió en Valencia hasta que ésta falleció, ya durante la época franquista.

En el invierno de 1915, por recomendación de Vera, que conocía el sitio, Pablo Iglesias pasó temporada no muy larga en Torre del Mar, precioso pueblecito cercano a Vélez-Málaga, donde yo le visité en ocasión una campaña de propaganda por la provincia de Málaga organizada por la Federación de Juventudes Socialistas de la que era presidente. Iglesias se hospedaba en el hogar de Ángel Pastor Guerra, socialista que le cuidaba como a un hermano. La casa estaba cerca de la playa, sitio ideal para recuperar la salud, si bien Iglesias no lo consiguiera por completo. Ángel Pastor Guerra falleció, ciego, en Torre del Mar (Málaga) el 6 de enero de 1930. Al regresar a Madrid se encontró con que Amparo y Calleja habían pasado la gripe y estaban convalecientes. Algo repuestos, decidieron trasladarse a Valencia, y con ellos marchó Iglesias a la capital levantina. Se aproximó la fecha del 1º de mayo, pero Iglesias se dio cuenta de que la salud de Calleja estaba en peligro, y telefoneó a Meliá advirtiéndoselo. En efecto, el 2 de mayo de 1915 falleció en Valencia Inocente Calleja, enterrado en el cementerio civil de aquella capital, en el mismo panteón donde rebosaban familiares de Amparo Meliá y donde ésta fue enterrada muchos años después, ya en plena dictadura franquista.

De regreso en Madrid, al examinar las cláusulas testamentarias, se vio que Calleja no había olvidado a nadie. Había mandas para sus dos ahijadas, para su nieto y ahijado, para un oficial que trabajaba en la platería, dejando ésta con todas sus existencias al encargo de la misma. A Iglesias le donó diez mil pesetas, que pasaron íntegras a la caja de *El Socialista*. Amparo tomó posesión de los hoteles de El Escorial, con cuya renta, decía el testamento, habría de procurarse que Iglesias no careciera de nada. No le dejó aquellas propiedades porque estaba seguro de que las entregaría al Partido Socialista, sin beneficio para su salud. Amparo Meliá liquidó las propiedades de El Escorial para poder subsistir ya que durante la dictadura franquista fue despojada de la modesta pensión que le había otorgado la República. La memoria de Inocente Calleja deberá ser recordada eternamente con cariño por cuantos se consideren continuadores de la obra gigantesca iniciada por Pablo Iglesias y sus colaboradores.

Francisco Giner de los Ríos

El fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos, nació en Ronda (Málaga) el 10 de octubre de 1839, bastante antes, pues, de que naciera en El Ferrol Pablo Iglesias. Con frecuencia, algunos escritores han pretendido comparar estos dos hombres, que en la vida política española tuvieron escasas coincidencias. Jamás cruzaron el saludo, ni es fácil

encontrar alusiones mutuas en ninguno de ellos. Giner sufrió persecución gubernamental en tiempos de Isabel II, al final de su reinado, por haberse negado a firmar, como profesor, su adhesión al dogma católico y a la monarquía. Sólo intervino en un acto político en favor de la candidatura a diputado a Cortes por Madrid, donde figuraba Nicolás Salmerón, por quien sintió veneración. Jamás repitió gesto parecido. Sin duda fue republicano toda su vida, pero no es fácil hallar texto alguno donde lo pruebe. La Institución Libre de Enseñanza nació exenta de hipotecas políticas. Véase la muestra: “Esta Institución es ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando únicamente el principio de la libertad e inviolabilidad de la conciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que sea la de la conciencia”. Los hermanos Calderón fueron fieles continuadores de las doctrinas de Giner de los Ríos. Uno de ellos, rector de la Universidad de Santiago de Compostela, hostigado por el ministro del ramo, respondió del siguiente modo: “Respetando profundamente al catolicismo como forma histórica de religión, y al actual orden de gobierno, no he sido nombrado profesor para fomentar catecúmenos de ninguna religión ni partidarios de sistema político alguno, sino para enseñar ciencia, en la que se busca sólo la verdad, sin distinción de orígenes”. Frase de Gabet, similar a la repetida por Giner de los Ríos, que le distanciaba de Iglesias: “Si tuviera la revolución en el puño, no le abriría”. En efecto, Giner no le abrió nunca para defender esos principios; Iglesias la tuvo siempre en los labios y en el corazón. Ambos fueron educadores, cada uno en su ambiente, y cada uno con sus convicciones íntimamente sentidas y practicadas. Les unió la honestidad de vida, eso de modo indudable.

“El socialismo sigue usando con muchas reservas la apelación moral, pero, en cambio, imprime a sus adeptos un marcado sello de rigor ético. Esto ha sido especialmente verdad en España, donde el Partido Socialista de Pablo Iglesias y Julián Besteiro, así como la Institución Libre de Enseñanza, han agrupado a los hombres más rígida, más severamente exigentes consigo mismo, más moralistas y puritanos del país”.- José L. Aranguren, de *El marxismo como moral*.

“Su presencia y su palabra cautivadoras; la conjunción de una elegancia natural, una exquisita pulcritud, una extrema modestia, casi [1158] pobreza en su atavío; su dominio de las buenas maneras; su afán de sacrificio en lo máximo como en lo mínimo, y su delicadeza en las atenciones sociales, hacían de él, junto al filósofo y al educador, un tipo acabado de hombre y de perfecto caballero. España espera continuar la obra del santo a quien se debe el renacimiento de la cultura española”.- Salvador de Madariaga.

“La filosofía no tiene valor de ningún género si no nos sirve para vivirla en la vida, para realizarla en nuestra conducta. Sanz del Río aspiraba a enseñar, no una filosofía; no a propagar una doctrina hecha y conculada, articulada y cerrada, literal, primera condición de la llamada escuela filosófica, sino a indagar libremente a la verdad”.- Giner de los Ríos.

“El krausismo nos enseña a filosofar en vez de enseñarnos una filosofía”.- Bartolomé B. Cossío.

“Había que hacer un Estado liberal y democrático, justo y eficaz, especie de juez de campo, presidiendo y armonizando los antagonismos sociales, sin intervenir demasiado, por otra parte, en las organizaciones espontáneas de la sociedad; una iglesia moderna, sensible y transigente, abierta al espíritu de los tiempos nuevos; y una nación de hombres justos y virtuosos. Ese era el

programa de los krausistas tal como lo esboza Sanz del Río en su ensayo *Racionalismo armónico*”.- Luis Araquistain, en *El pensamiento español contemporáneo*.

“Giner de los Ríos tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Iñigo de Loyola”.- Antonio Machado.

“En el fondo, Giner fue un santo de corte hispánico”.- Américo Castro.

“Mucha de la simiente que la mano liberal de don Francisco, desde el amanecer sembró al boleto, cayó en peña dura; pero ¿qué vivero brotó en el país durante su jornada fecunda y afanosa, donde no haya germinado místicamente una semilla alada de su espíritu?”.- Manuel B. Cossío.

[1159] “Otro morabito superviviente de la generación anterior era don Francisco Giner, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, con su iglesia y sus dogmas; como lo habían sido antes don Julián Sanz del Río el introductor del krausismo, otra religión, y don Nicolás Salmerón, predecesor de Ortega en la cátedra, moro de Almería que no necesitó escribir para ser tenido por un gran filósofo, y como lo fue después don Joaquín Costa, almogáver de Aragón y profeta de la europeización de España. Lo que eran todos era españoles, y Ortega, tanto como el que más”.- Federico de Onís.

Como se fue el maestro	campanas!
la luz de esta mañana	Y hacia otra luz más pura
me dijo: Van tres días	partió el hermano de la luz
que mi hermano Francisco no	del alba
trabaja	del sol de los talleres,
¿Murió?... Sólo sabemos	el viejo alegre de la vida
que se nos fue por una senda	santa.
clara	... Oh, sí, llevad, amigos
diciéndonos: Hacedme	su cuerpo a la montaña
un duelo de labores y	a los azules montes
esperanzas.	del ancho Guadarrama
Sed buenos y no más, sed lo	Allí hay barrancos hondos
que he sido	de pinos verdes donde el
entre vosotros: alma.	viento canta
Vivid, la vida sigue,	Su corazón repose
los muertos mueren y las	bajo una encina casta,
sombras pasan	en tierra de tomillos, donde
lleva quien deja y vive el que ha	juegan
vivido.	mariposas doradas...
¡Yunques, sonad; enmudeced,	

Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de

España.

Antonio Machado, Baeza, 21 febrero 1915.

Giner, visto por Zulueta

“Entre el deseo de honrar su memoria y el tenor de profanarla, tendríamos tal vez que guardar silencio, recogiéndonos en la intimidad de nuestro dolor. Pero no pretendemos honrar la memoria del hombre incomparable, único entre cuantos hemos conocido, sino tan sólo contribuir a perpetuarla recordando algunos rasgos de su alma y de su vida. Y aun esto es muy difícil. Lo mejor de don Francisco era su personalidad total. Cada uno de sus nobles caracteres adquiría valor, proporción y pleno sentido en proporción con todos los restantes. Así, según el diverso punto de vista de sus discípulos, a unos les parecía un Sócrates, a otros un San Francisco de Asís. La austeridad en él se templaba con la gracia; sus pensamientos más abstractos parecían un obra de arte; engrandecía lo más pequeño y completaba lo más grande y heroico de su apostolado con ciertos perfiles de intimidad delicada o de finura andaluza; fue universal y rondeño, firme y ondulante, maestro y camarada, ejemplo de santidad y amigo de pecadores; sabio, justo, bueno y, por encima de todo, humano, humano. La vida no es trágica —le oí decir una vez—, pero mucho menos es frívola: la vida es seria. Tomémosla como un deber altísimo —añadía—; sigamos el camino recto, cueste lo que cueste, pero sin olvidarnos de coger ninguna de las flores que encontremos al paso.

Se piensa comúnmente de él que consagró toda su vida la educación Y es verdad. Más verdad de lo que comúnmente se piensa. Nada humano le era ajeno. Pero cualquier cosa que hiciera o de que tratara, miraba como un medio de perfeccionamiento, como un medio de educación. Vivir, para él, era educar y educarse. Educando se educaba. Naturaleza esencialmente social, elaboraba y definía sus ideas en la conversación con sus amigos y discípulos. En esto difería bastante de Sanz del Río. Por que don Julián —le recordaba el propio Giner— se sentaba en una silla con los brazos cruzados y baja la cabeza, y así, solo, durante horas, pensaba. Don Francisco educaba más fuera de clase que en la clase [1161] misma. La clase era una conversación preparada concienzudamente. Y cada conversación era una clase improvisada. Y al mismo tiempo que educando se educaba, puede afirmarse que educándose a sí mismo constantemente educaba a los demás. Nada tan ejemplar para todos nosotros como la vida de este hombre que procuró en cada una de sus horas aprender alguna cosa, superar una disonancia interior, renovarse, crecer en espíritu, poseerse, perfeccionarse incesantemente con silencioso esfuerzo y con cuidado exquisito y hasta con cierta coquetería en el recato de su rima hermosa. Así fue don Francisco mejorándose, afinándose y siendo cada año un poco más joven. Sus escritos del último tiempo tienen mayor vigor, mayor soltura y lozanía que los que publicó allá por el año 70. Su estilo resultaba entonces solemne y académico. Y de análoga manera evolucionó en la cátedra, pasando del pensamiento sistemático y del discurso elocuente a esa labor en común, flexible, compleja, difícil en que las palabras de profesor más tienden a suscitar problemas que a resolverlos.

¡Si es que no hay fórmulas hechas! —decía en una ocasión—. El maestro debe ensayar para

cada idea diversas palabras y expresiones, hasta que una de ellas, quién sabe cuál, evoque acaso en la mente del alumno un pensamiento más o menos análogo al que aquél tiene. En las reuniones de los profesores de la Institución, el criterio de don Francisco resultaba con frecuencia, frente a los problemas pedagógicos, el más atrevido y radical. Cada día más radical y con la camisa más limpia era su frase. Y había que oír a aquel viejecito, de cuerpo inconsistente y ágil como el de un pájaro cuando, de pié, junto a la chimenea, exclamaba: ‘Claro, ustedes piensan de otro modo: aquí no hay más joven que yo’.

Una tarde, al salir de la clase de Cossío, se hablaba de un sabio profesor extranjero que entonces, a los ochenta años, había empezado a estudiar un idioma de los más raros y difíciles. ¡Qué admirable ejemplo! opinaba don Francisco. Es delicioso. Ese hombre comprende el verdadero sentido de la vida.

- [1162] ‘No sé, don Francisco, si me atreveré a decir a usted lo que quisiera’.

- ‘¡Por Dios! ¡Si conmigo se atreven todos! Yo divido el mundo en dos grupos: mis amigos y mis íntimos. Los primeros son todos los hombres; los segundos, ustedes, dos docenas. A los primeros se lo perdono todo; a los segundos todo se lo consiento. De suerte que ya usted ve... Diga lo que quiera’.

Y al fin, la confianza vencía al respeto, y don Francisco, el hombre de consejo, ejercía como nadie su laical cura de almas. Atraídas por sus luces y quizá más aún por su gran corazón, desfilaban por la estancia de don Francisco personas las más distintas y de las ideas más opuestas. En todas influía con un tacto inimitable, unas veces enseñando y dirigiendo, otras provocando nobles inquietudes, pero siempre levantando el espíritu. Don Francisco hablaba mucho, con una extraordinaria movilidad mental y con variedad inagotable en el tono y en el sentimiento. Tan pronto se abandonaba a una afectuosa confidencia como discutía científicamente el tema más impersonal y objetivo. En ocasiones, por ejemplo, pensando en la situación de España se humedecían sus grandes ojos grises y parecía rendirse a la amargura y al abatimiento. Pero reaccionaba de pronto y sacudía y alentaba a los demás, con vehemencia de patriota, ‘tan desesperado del presente como seguro del porvenir’. Otros grandes hombres han hecho de la conversación un arte. Don Francisco hizo de ella un sacerdocio. Como él medio en broma decía, administraba pródigamente el santo sacramento de la palabra.

- ‘¿Puedo hablarle un momento? –le preguntaba uno de sus infinitos visitantes– ‘Como tiene usted tanto trabajo...’.

- ‘Sí, muchísimo, éste’. Y en efecto, éste su mayor y mejor trabajo.

Solía estudiar a primera hora de la mañana, y después de bañarse y de arreglar él mismo su cuarto, tomaba el desayuno y ya se sentía dispuesto a ejercer su función social. ‘Porque –decía– voy viendo que mi función social es hablar’. Esa influencia de don Francisco, difusa, inapreciable, [1163] sutilísima, toda espíritu, no es aún bien conocida y nunca lo será del todo. Nunca podremos contar, uno por uno, los mil hilos que fue amorosamente tejiendo, en cincuenta años de incesante apostolado. Influyó, siempre de una manera interna, pura e ideal, en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionadas con él. Le debemos lo mejor de lo mejor que ha surgido luego colectivamente en ciencia y arte, en educación y política. Nadie como él habrá impulsado la reforma moral de España. ¡No sabemos lo que hemos

perdido! Fue como su vida. A don Francisco le disgustaba profundamente la conducta de nuestra sociedad con los muertos. Los echó a un cementerio abandonado, como si quisiera librarse de ellos y de su memoria. En otro tiempo, los que descansaban para siempre en el atrio de la iglesia de su pueblo, no perdían de golpe la compañía de los suyos. Corrían los años y aun los deudos y los amigos se sentaban a su lado sobre el banco de piedra, al salir de misa. Lentamente el recuerdo iría palideciendo, difuminándose, pero sin que, de intento, los hombres precipitasen con brusquedad profana esa obra tranquila del tiempo.

Está don Francisco enterrado en el cementerio civil entre las dos tumbas de sus maestros, don Julián Sanz del Río y don Fernando de Castro. Fue conducido sin carroza ni acompañante alguno según tenía dispuesto. Al sepelio asistieron sólo los íntimos, los verdaderamente íntimos. Pero los íntimos de tan gran corazón se cuentan por centenares. Un arquitecto, antiguo alumno suyo, y un albañil, antiguo alumno también, que acertaron a estar presentes, cerraron la bóveda de la tumba. Allí, o dondequiera que mañana rebosen sus santas cenizas, el amor de su dilatada familia espiritual no le dejará solo. Y España adquirirá conciencia cada día más clara de que ese hombre se llevó al sepulcro todo un pedazo de nuestra alma nacional”.- Luis de Zulueta, 1915.

[1164] *La última lección*

“Hombres, por su ciencia y por sus canas, venerables; artistas famosos, políticos de alto renombre, publicistas ilustres, lo más sólido entre la intelectualidad española que mira al futuro, se agrupaba anteayer, en persona o en representación, a las puertas del Cementerio civil, aguardando el cadáver de don Francisco Giner de los Ríos. Más adentro, junto al hoyo donde iba a tener sepultura el gran moldeador de generaciones conscientes, erguíanse como dos ramos de humanas siemprevivas, los mozos y las mozas que fueron discípulos del anciano. Sin apartamiento de sexos, confundidos varones y hembras, aguardaban el descenso del maestro muerto al hoyo, como aguardaron otros días el descenso del maestro vivo a los jardines de la Institución Libre de Enseñanza. Una sola diferencia existía; la que entonces era sonrisa en labios inocentes de niños, era hoy llanto en párpados adoloridos de hombres. Dentro de caja modestísima, donde el buen gusto había borrado la forma antipática del ataúd, pasó ante nosotros el que fue, el que será siempre en el relicario de la cultura humana. Detrás iban Hermenegildo Giner, su hermano de sangre; Azcarate, su hermano de ideas; Cossío, Flórez, Rubio, los hijos de su espíritu, llamados, con otros maestros y maestras de la Institución Libre, a continuar la obra de Giner. Tras ellos seguíamos todos, bajas las frentes, silenciosos, recogidos en nuestras conciencias, como cuando escuchábamos las lecciones del bondadoso educador. Es que el muerto, desde más allá de la vida, nos congregaba para darnos su lección última.

Modesto en su trato con los hombres, austero en sus costumbres, despreciador de oropeles y preeminencias, firme en la defensa, proclamación y realización de su ideales, nos enseñaba, con su ejemplo, antes de morir, a ser, a un tiempo mismo, humildes e inquebrantables enfrente de la vida. En su última hora, en el minuto postrero de su estancia [1165] enfrente de la muerte. Por ello prohibió, en la exposición y enterramiento de su cuerpo toda pompa, todo ritualismo, todo aparato fúnebre que afeara o ridiculizara el trance augusto del no ser; por ello exigió que sólo los íntimos, entre sus íntimos, siguiesen hasta el cementerio el cadáver. Quería irse del mundo humildemente, austeramente, sin homenajes, donde muertos y vivos se confunden en una sola

vanidad; sin cortejos, que más se exhiben que acompañan. Así llegó al cementerio civil, dándonos a cuantos le aguardábamos lección de humildad, de absoluta desdén hacia los endiosamientos humanos; pero, al propio tiempo, tomando sepultura en aquel cementerio, nos daba lección de la firmeza inquebrantable con que se han de profesar los ideales, manteniéndolos enfrente de la vida sin retroceder ante obstáculos, persecuciones y asechanzas, sin retroceder, enfrente de la muerte, por los prejuicios del aquí o por las incógnitas del más allá.

Tal es la lección última que nos ha dado, desde la boca del sepulcro, Francisco Giner de los Ríos. Silenciosos, bajas las frentes, metidos en nuestras conciencias, la recogimos todos. Después, los discípulos jóvenes, los mozos, que de niños aguardaban con la risa en los labios la llegada de su maestro a los jardines de la Institución Libre de Enseñanza, arrojaron al fondo de la hoya, hasta cubrirla, ramas y ramas verdes... Acaso fueran ellas cogidas en el mismo jardín donde el maestro las enseñó a ser hombres. Descendió al sepulcro la caja, y las mozas, los discípulos de Giner, la ocultaron, arrojando sobre ella flores y más flores. Con su perfume obsequiaban al maestro; con el incienso de la Naturaleza, único que quería y sabía aspirar el generoso viejecito. Fue aquel instante como una poética resurrección de Grecia, de la madre inmortal de aquellos filósofos que fiaban al amor, al trabajo y a la cultura, la felicidad y la perfección de las humanidades encima de la tierra”.- Joaquín Dicenta, 19 de febrero de 1915.

[1166] *Giner, visto por Castrovido*

“Era andaluz, muy andaluz, de Ronda, como su madre y su tío, don Francisco de los Ríos y Rosas, oriundo su padre de Vélez-Málaga. Andaluz por los cuatro costados. ¿Por qué no nos detenemos en esta minucia? Por algo ligeramente trascendental. Andalucía no sólo es en el extranjero mal comprendida; en la misma España, hasta entre muchos andaluces, pasa por incapaz de dar otros frutos que poetas líricos, pintores, políticos charlatanes, toros y toreros, vides y olivos, guitarras y castañuelas, cantaores y bailadoras. Esta vulgar creencia en la incapacidad de Andalucía para crear pensadores, filósofos austeros y políticos y hombres serios, ha creado el vocablo designador de la baratija retórica, de la bambolla palabarrera, del charlatanismo huero, de la mala, de la peor política. El vocablo es éste: andalucismo. Nada más contrario a la historia y a la realidad. La Andalucía romana, como la Andalucía mahometana y la del Renacimiento desmienten esa vulgar preocupación, que rechaza también la historia contemporánea.

¿Que no? A ver qué otra región puede exhibir esta legión de políticos serios, muy serios y de hombres muy hombres: Mendizábal, Narváez, Nicolás María Rivero, Fermín Salvochea, Ramón de Cala, Federico Rubio, Eduardo Benot, Ríos Rosas, Salmerón, Cánovas... Y muchos más, y comprobado quedaría nuestro aserto con que no hubiese más que uno, el rondeño don Francisco Giner de los Ríos. De su Andalucía tenía la gracia, la imaginación viva y la palabra fácil y elocuente. En lo físico eran elocuentes sus ojos hermosos, grandes, expresivos, brillantes. Bajito, enjuto, de color sano, tostado por el aire y el sol, ágil, andarín, no parecía lo que era a aquellos que no ven la realeza sin lo que don Juan Valera llamó chirimbolos históricos. Le ocurría lo que a las mujeres sencillas, de belleza no llamativa ni provocadora, que en la calle nadie les echa flores, pero que roban el corazón del que se fija en ellas por tener la dicha de gustar las mieles de su conversación y de su belleza. A todos los amigos de Giner de los Ríos les habrá pasado que al

saludarle reverentes en presencia de personas que no le conocían y al saber éstas quién era el viejecito tan cariñosa y respetuosamente saludado, las oírían exclamar: ‘¡Pero es ése don Francisco Giner de los Ríos! ¡Parece mentira! Tan poquita cosa, tan tímido, tan humilde’. Ningún elogio tan grande y sobre todo tan del agrado del elogiado como esas cándidas exclamaciones del vulgo, de la turbamulta, de los papanatas necesitados de las ínfulas, los cetros, las togas, los uniformes, los símbolos y las representaciones para creer en la autoridad, en la justicia y hasta en la ciencia y el arte. (Las melenas, los chambergos y las pipas no son sino el homenaje del artista a los filisteos.)

Giner era eso que asombraba tanto la virtud amable, sin ‘el morir tenemos’; la sabiduría sin dogmatismo, la enseñanza sin disciplinas, la educación sin pedagogía, la religiosidad sin dogma ni iglesia. Como crecen los niños, jugando, y aprenden a andar, andando, cayéndose y levantándose, así enseñaba educaba don Francisco Giner de los Ríos. Nunca estaba en cátedra, jamás hablaba ex cátedra, nunca sobre el trípode. Enseñaba y educaba siempre sin pretenderlo, y enseñando aprendía y educando se educaba, decía el, y era verdad. Era un pródigo. Todo lo daba. Su dinero, su ciencia, su consuelo, su conversación, su vida era para los demás. Nada de fórmulas, de velos, de santuario: su aula y su templo predilectos eran el capo, la naturaleza, y dentro del inmenso escenario, la porción de tierra que llamamos en Madrid la sierra, por antonomasia, o el Guadarrama. Don Francisco Giner de los Ríos fue el descubridor para los madrileños de esa sierra del Guadarrama, si no geográficamente, claro es, aficionándoles a gozar de sus encantos. A sus compañeros de excursiones les hemos oído relatar extasiados lo que en el campo valía don Francisco. Alguno le comparaba con el dios Pan. Otros decían que dulcificaba y espiritualizaba el paganismo, siendo, en plena naturaleza, un San Francisco de Asís que besara las flores, respetara las sabandijas y saludara con el nombre de hermanos no sólo a las alimañas y a las fieras, sino a las ninfas y a los sátiros de la mitología. Muchos preguntarán: ¿Qué ha hecho ese hombre al que tanto admiráis ¿Cuál es su obra maestra? Esas preguntas nos hacen meditar. Obra maestra un *Quijote*, una catedral de León, una Alhambra, una Mezquita de Córdoba, unas *Meninas*, no deja don Francisco Giner de los Ríos. Valía más que todos sus libros, con dejarlos estimabilísimos y con ser, sobre todo en sus últimos años, un magnífico escritor. Era superior hasta a su fundación esencial, con ser tan valiosa como la Institución Libre de Enseñanza. Los mejores, los más elocuentes de sus discursos, no podrán ser recogidos en las antologías porque los pronunció a su pesar —huía de la oratoria—, entre amigos, familiarmente. ¿Qué deja Giner de los Ríos? ¿Qué sobrevivirá a Giner? ¿Morirá con sus compañeros, con sus amigos, con sus discípulos? ¿Le ocurrirá, ¡oh, dolor! lo que al cantante y al cómico que no viven más que la vida de sus oyentes, de su público? No. Don Francisco Giner de los Ríos fue un sembrador. Sembraba unas veces a voleo, otras en el surco bien arado, muchas veces al pie de los viejos árboles. Su vida fue una siembra. Por sus frutos se le conocerá en la España venidera.

A veces se olvidará la semilla y la mano que la sembró. Pero cuando los españoles nos toleremos unos a otros, abandonemos intransigencias, nos curemos de la propensión a la violencia y a la arbitrariedad; cuando la Universidad tenga alma, cuando el magisterio sea no sólo respetado sino amado; cuando la sinceridad sustituya en el Parlamento, la prensa; el comercio social a la doblez hipócrita o a la deslenguada arremetida, cuando el pueblo goce más en una jira campestre que en una corrida de toros, no faltará alguien, así pasen años, así transcurran siglos, que diga: Compatriotas, esa es la obra de don Francisco Giner de los Ríos, de aquel viejecito que,

superior a su patria y a su época, falleciera en Madrid el 13 de febrero de 1915. La siembra, la siembra de ideas, de virtudes, e exquisiteces, delicadezas, procedimientos, métodos y aficiones es la obra perdurable de don Francisco Giner”.- Roberto Castrovido.

¡Si viviera Jaurès!

“Con gusto correspondo a vuestro deseo de que remita algunas líneas para la solemnidad consagrada a la memoria de Jaurès, aunque he de hacerlo con brevedad, tanto porque el tiempo me falta como por evitaros la molestia de una larga lectura. Recordando al gran Jaurès, nada puede honrarle tanto como la exclamación que se viene a la mente de todos: ¡Si viviera Jaurès! Por nada demuestra tanto el valor real de los hombres como el echarlos de menos en las grandes ocasiones. Y nada tan oportuno e instructivo en este momento como el contestar a esta pregunta: ¿Qué sentiría, pensaría y obraría Jaurès si no le fuera arrebatada la vida en el umbral mismo de esta tragedia colosal y bochornosa? No creo difícil conjeturarlo. Y como él era maestro y guía, lo que verosímilmente, casi ciertamente, hubiera sentido, pensado y obrado, debe ser tenido muy en cuenta.

Jaurès era un gran francés; un hombre fuertemente progresivo, tan progresivo como se puede ser con actividades prácticas: un gran socialista que llegó al socialismo por el camino de la ilustración histórica y de la filosofía. En el centro mismo de la catástrofe hubiera sido todo esto, y su figura se hubiera engrandecido en proporción a las circunstancias y dominándolas, si no con la acción, porque el poder es cosa contingente, por lo menos con el pensamiento. En los casos, por lo menos sublimes, cuando las medianías hinchadas se arrugan y se borran, los hombres de verdad se agigantan, y encontrando su propio centro, se hallan como el pez en el agua y hacen su vida natural. Circunstancias son las actuales las más propias para poner a prueba si en Jaurès el hombre de pensamiento y de acción se hallaba a la altura del orador. El pudo ser la encarnación del genio francés, patriota, revolucionario y universal. Era intensísimo en Jaurès el sentimiento de la nacionalidad. Estaba en lo cierto creyendo que las naciones progresivas son instrumentos eficaces de progreso, y que Francia libre, independiente, republicana, en ascensión rápida hacia el porvenir, resolvería dentro de sí misma [1170] los grandes problemas humanos, desgarrándose las entrañas, si era preciso, como muchas veces lo ha hecho, y no para sí misma, sino en beneficio de la humanidad entera. Porque esto ha sido lo característico del genio francés: no se satisface con la teoría, necesita acomodar el hecho a la idea, y para imponer la idea al hecho ha derramado a torrentes generosamente su sangre. Efectivamente, las nacionalidades son realidades históricas formidables. No se las puede borrar por consecuencia de un razonamiento o simplemente porque sintamos que convendría dar al mundo otra manera de ordenación.

Hecha está ya la unidad intelectual de la Humanidad en la ciencia. Su unidad moral sólo tropieza con obstáculos de accidente. Su unidad física está lograda por el dominio del hombre sobre el espacio y el tiempo. A la posible unidad económica y política de la especie humana se llegará por el perfeccionamiento de las relaciones interiores en los grandes grupos humanos que se llaman naciones y por el perfeccionamiento de las relaciones internacionales. Este exige a aquél, y sin aquél es imposible éste, porque de la barbarie en la vida interior de las naciones deriva la barbarie de las relaciones internacionales en paz y en guerra. Así, no es posible empezar por deshacer las nacionalidades, como podrían deshacerse las ocho onzas de media libra de chocolate

para fundirlas y dar a la pasta otra forma diferente. Al contrario, el esfuerzo debe dirigirse a perfeccionar y elevar la vida de cada nación al nivel más alto. Al llegar a cierto límite se impondrá como necesaria la solidaridad de la vida internacional en lo económico. Lo político y lo demás vendrá como adjetivo.

Jaurès no había soñado. Ni creyó posible el desarme ni quiso disminuir el poder militar de Francia. Preconizó la educación y el aprestamiento militar a toda la nación para su defensa; posición obligada por las amenazas del exterior. Pero fue Jaurès pacifista de buena cepa, de los que tienen la paz por el mayor bien y primera necesidad y condición de vida entre los individuos y los pueblos; pero la paz en [1171] la libertad y dentro de relaciones de justicia, no en la servidumbre de dentro o de fuera. Sus generosos esfuerzos por la paz le daban derecho a afrontar la guerra como una desgracia que se sobrelleva y se combate, y no como una empresa criminal que se acomete. Con sentimientos e ideas semejantes, ¿cómo podría dudarse de que Jaurès, en la hora de ahora no estuviese en el Gobierno de la República y no fuese en ese Gobierno el alma de Francia, inmortal, libre y revolucionaria? Yo me figuro a Jaurès, considerando las semejanzas y abstrayendo las diferencias, siendo el Gambetta de esta nueva defensa nacional. Aunque las diferencias son grandes. Porque Gambetta encontró a Francia vencida más por las instituciones imperialistas, opresoras y corruptoras que por los ejércitos invasores; en tanto que Jaurès se hubiese hallado a la cabeza de una gran nación republicana, mal prevenida para la guerra, pero unida ante el enemigo, dispuesta a todos los sacrificios y apoyado por el socialismo francés en la afortunada posición de defender al mismo tiempo que la patria los derechos de la humanidad en el presente y en el porvenir.

El espíritu de Jaurès tenía que percibir el valor político universal de esta guerra. Para Jaurès como para el mundo, no se trata sólo de una crisis resolutive de tales o cuales antagonismos internacionales. Alemania es la que ha dado a la guerra el valor intencional y efectivo de que nadie puede dudar. Alemania profesa y practica la idea de que una nación, un grupo humano, está en el deber de llevar sus fronteras y su opresión física hasta allí donde lo pidan sus necesidades o conveniencias y alcance su poder. Esto equivale, sencillamente, a proclamar la vida puramente zoológica en las relaciones internacionales. Y una guerra así concebida y ejecutada es agresión, no a ésta o a otra nación, sino a todas las naciones, a la humanidad entera; porque las naciones no agredidas no dejan de ser amenazadas. Así, bien pudiera decirse que en esta guerra no hay neutrales. Agredidas hoy o amenazadas para mañana están todas las naciones. Hasta los mismos aliados de

Alemania deben temblar para el porvenir si no reconocen la dominación alemana y se doblegan a ella, y Alemania es genuinamente Prusia, y Prusia es un dominio patrimonial, feudal, jerárquico, una voz competente y autorizada que supiera serlo de la humanidad ha faltado. Y esta voz pudo ser Jaurès.

La proclamación de la vida zoológica como ideal humano y los esfuerzos gigantescamente sangrientos para realizar ese ideal representan el movimiento retrógrado más formidable que recuerda la historia y el más digno de abominación por ser reflexivo. A su frente no están Bayaceto, Gengiskán o Tamerlán, sino una que se dice novísima filosofía alemana. Se quiere hacer del poder militar el índice de todas las superioridades y la razón de la supremacía sin reclamación contra la fuerza. Este movimiento es sencillamente regresivo porque la corriente de

la vida va difícilmente, trabajosamente, pero va desde las relaciones de animalidad hacia relaciones de racionalidad y de moralidad. Esto representa genuinamente el movimiento socialista, fórmula actual del movimiento de renovación y creación, que viene de lejos y llega a nosotros con la historia

Compréndese que con Prusia esté Alemania y con Alemania el Estado austriaco y el Estado turco. Compréndese que con ese movimiento de retrogradación estén con el alma todos los elementos reaccionarios y los militares y los curas, en tanto no se ven agredidos en su nacionalidad, y lo mismo el papado, olvidadizo de sus luchas con el imperio, pero antes con el imperio que con el progreso. Del mismo modo se comprende que estén con el alma contra ese movimiento, ora por instinto de conservación, ora con plena conciencia histórica, todas las nacionalidades, las pequeñas como las grandes, las agredidas como las amenazadas, y todos los elementos progresivos. Por todos pudo hablar el gran Jaurès.

Lo mismo se diría contra cualquier otra nación que en igual forma y con iguales procedimientos pretendiese sobreponer su vida parcial a la total vida de la humanidad y al total derecho humano: *Deutschland* [1173] *uber alles*. Tal juzgo que sentiría, pensaría y obraría Jaurès si hubiese vivido en esta tragedia en que el destino, la necesidad natural tiene también su suprema parte, porque en lo que hacen los hombres está el orden natural que los hombres pueden administrar, pero no suprimir. La catástrofe, que es presente dominador, fue antes un porvenir del que la humanidad no supo prevenirse ni defenderse, y del cual los sabios y los poderosos de la tierra, rectores de los pueblos, son los verdaderos responsables. También cabe su parte de responsabilidad a los directores del movimiento socialista y del movimiento proletario, que cayeron y dejaron caer esos movimientos en el oportunismo miserable, embobados con las migajas desprendidas de un presente indigno y totalmente desapercibidos (y éste es el juicio más benévolo) cuando el porvenir se les viene encima, tornándose en presente, horrible y vergonzoso. Y basta ya, porque mi propósito no es hacer estudio de la guerra. Me proponía, sencillamente, complaceros y ofrecer a la memoria de Jaurès mi homenaje personal, unido al vuestro, ínfima compensación de su sacrificio y de su pérdida. Pero insisto en la utilidad de reflexionar lo que Jaurès, envuelto en el magno suceso, hubiese sentido, pensado y obrado, por cuanto esas reflexiones pueden servir no para determinar, pero sí para iluminar nuestra conducta. Y pensemos también en nuestras responsabilidades del presente y del porvenir”.- Doctor Jaime Vera, agosto de 1915.

Ortega y Gasset, por la libertad

“Ciertamente que tiene disculpa Europa: vive una hora de sangre y de pasión. Pero no la tiene esta España nuestra que vive abochornada, llena de asco, de vergüenza y de descontento ¿Qué pretexto, que motivo puede justificar esa frívola orden de unos hombres transitorios con que se atropella nuestra libertad? El motivo es bien claro: si el ministro de [1174] la Gobernación y el señor Dato temieran que el abuso de autoridad, es decir, "el delito" que cometen, produjese un motín, el más leve y fugaz de los motines, no lo habrían hecho. Pero saben que las gentes de España no sienten la libertad, como debieran sentirla en estas latitudes históricas. ¿Qué importa, si unos cuantos hombres –tal vez incruentos ideólogos– cultivan el sport de sentirse heridos en el nervio moral más delicado? porque ello es así, yo, que no tengo un polo de revolucionario, me

veo obligado a reconocer y sustentar esta verdad: no es deseable que haya revoluciones, pero es preciso que pueda haberlas. Donde ni arriba ni abajo existe esa fina sensibilidad para las normas superiores políticas; donde la autoridad es ejercida por hombres que no han sabido conquistar, en el respeto exquisito a los demás, respeto para sí mismos; donde el Gobierno actúa como un poder material y sin espirituales sugerencias, es un anacronismo movilizar razonamientos. Solo la bárbara actitud revolucionaria puede dialogar con una autoridad que se vuelve a nosotros y nos hace un gesto de bosquimano.

Pablo Iglesias, Castrovido, Domingo, Soriano han sido los únicos que han creído forzoso seguir hablando de este tema. Por ello merecen gratitud. Pero el haberse quedado solos en la arena estos hombres de tan radicales fisonomías puede hacer pensar que su demanda es de aquellas utópicas y problemáticas, que suelen ir tejidas en las banderas de los partidos extremos. Y, sin embargo, lo que ahora defienden no es un sentido vago, acaso retórico de la palabra libertad, tras del cual pueden los temperamentos medrosos columbrar graves mudanzas del régimen social. No; la libertad que ahora defienden es la más clara, concreta y definida”.- José Ortega y Gasset, 1915.

[1175] *Cesáreo del Cerro y la Casa del Pueblo de Madrid*

El día 5 de diciembre de 1913 falleció en Madrid Cesáreo del Cerro, fabricante de curtidos, dejando dispuesto en su testamento se entregaran de sus bienes un millón de pesetas a las sociedades obreras domiciliadas en la Casa del Pueblo de la capital de España, previniéndolas para que en el manejo de esas pesetas se atuvieran siempre a los consejos de Pablo Iglesias. En realidad, conociendo la avanzada edad de Iglesias, no le dejó directamente el dinero para evitarle complicaciones administrativas, pero determinó bien claramente su voluntad al indicar como administrador de esa suma a Iglesias, presidente del Partido Socialista, jefe le llama el testador, para resaltar su significación política. Pero vayamos por partes. A principios de este siglo entré a trabajar en la imprenta de Baena Hermanos, establecida en la calle de la Colegiata, 14 donde comencé el oficio de cajista, en la cueva de aquel establecimiento, de muy modestas condiciones. La casualidad hizo que Joaquín Baena me pusiera bajo la tutela de un oficial de tipógrafo llamado Vicente Pérez Parapar, afiliado a la Asociación del Arte de Imprimir y a la Agrupación Socialista Madrileña. No hacía mucho que se había inaugurado el Centro de Sociedades Obreras en la calle de Relatores, 34, cuando me llevó a él Pérez Parapar, al darse cuenta de que yo conocía al dedillo los acontecimientos políticos del día, seguidos atentamente en el ambiente familiar que me rodeaba, con extraordinarias simpatías hacia el republicanismo simbolizado en Nicolás Salmerón.

Pérez Parapar era, como tantos otros en aquellos años, aficionado al teatro, esto es, de los que trabajaban en funciones de aficionados, y con él lo hice yo por aquella época, representando él en *El Arcediano de San Gil* el papel de Juan Diente, y yo un joven obrero encargado de ensalzar en una tirada de versos las virtudes de la honrada blusa azul, con la que salí a escena y coseché los primeros aplausos en la misérrimas candilejas del teatro Zorrilla, enclavado en la calle de la Reina, [1176] donde Lucio Martínez obtenía triunfos clamorosos en funciones teatrales de índole parecida, cuyos beneficios, cuando los había, estaban dedicados a remediar desgracias en humildes familias obreras en los barrios bajos madrileños. Pues bien, cerca de la imprenta de Baena Hermanos funcionaba una importante fábrica de curtidos, montada con todos los

adelantos de la época, buena y abundante maquinaria, en la que tenían colocación docenas de mujeres guarnecedoras o aparadoras, y de hombres, cortadores y curtidores. Aquel enjambre humano inundaba la calle del Duque de Rivas, donde estaba la citada fábrica, casi esquina a la calle de la Colegiata, especialmente a las horas de entrada y salida del trabajo de tan numerosos operarios de ambos sexos.

Cesáreo del Cerro había sido obrero de la profesión, tuvo ingenio para transformar los procedimientos mecánicos imitándolos de otros países, más adelantados, construyó aquella fábrica con arreglo a planos que permitían aprovechar la mayor proporción de horas solares, mediante una inmensa claraboya central y galerías laterales en cada piso, donde instaló abundante maquinaria. Tuve ocasión de entrar más de una vez en aquellos talleres, porque su dueño era cliente de la imprenta donde yo trabajaba como aprendiz. Cesáreo del Cerro contrajo matrimonio con una operaria de su fábrica, de modo que entre ambos llevaban personalmente negocio de tan extraordinarias proporciones que con él reunieron una gran fortuna. ¿Qué disponía el testamento de Cesáreo del Cerro? Vale la pena reproducirlo, para recordación de las generaciones venideras:

“Cláusula quinta.- Lega a las Sociedades obreras que en cualquier época convivan en la Casa del Pueblo, situada en Madrid, la cantidad de 669.000 pesetas y, además, la casa número 20 de la calle de Carranza, tasada en 330.000 pesetas, sita en esta capital. Este legado lo hace el testador con la condición de que las indicadas Sociedades Obreras no podrán enajenar ni gravar los bienes que constituyen dicho legado, pudiendo solamente disponer de las rentas que los mismos produzcan, pero [1177] con la condición, también, de que dichas rentas se invertirán exclusivamente en dar instrucción a los obreros e individuos de sus respectivas familias que pertenezcan a las referidas Sociedades, sin distinción de oficios o gremios, pues es voluntad del testador que los beneficios que reporte este legado alcancen por igual, en cuanto sea posible, a todas las Sociedades que convivan en dicho Centro, fomentando la enseñanza, según se ha expresado, entre los obreros asociados e individuos de sus familias. La administración e inversión de las rentas que produzcan los bienes que constituyen este legado quedarán encomendadas al Consejo de Dirección o Junta Directiva de las indicadas Sociedades Obreras, o, en su caso, a las personas que legalmente las representen.

Cualquiera que sea la entidad o persona jurídica que represente a las indicadas Sociedades Obreras, será la encargada de cumplir los fines del presente legado, pero siempre con arreglo a lo que determinen las indicadas Sociedades, a cuyo efecto cada una de éstas designará un delegado que la represente, y reunidos todos ellos en asamblea, los acuerdos que por mayoría adopten tendrán el carácter de sentencias inapelables y servirán de estatutos o bases para regular las condiciones en que deberá darse cumplimiento al objeto del presente legado, quedando los referidos delegados ampliamente facultados para estatuir la forma y clase de enseñanza que habrá de darse a los obreros, ya sea puramente literaria, científica, industrial, artística, o de cualquiera otra naturaleza; designar para este objeto los establecimientos docentes, ya sean públicos o privados; determinar y fijar el número de alumnos, pero procurando siempre que se observe la mayor equidad posible, a fin de que todas las Sociedades participen del beneficio de la enseñanza, pudiendo también, si lo creen conveniente, establecer o fundar escuelas o academias, nombrar profesores o auxiliares, asignarles sueldo, constituir pensiones para los obreros que más se distinguen por sus cualidades de inteligencia, laboriosidad y honradez, a fin de que puedan aprender

o ampliar sus conocimientos en algún arte u oficio; y acordar, en fin, cuanto consideren útil y procedente para el fiel cumplimiento del objeto de este legado de tal suerte que los delegados de todas las Sociedades establezcan los estatutos o condiciones y el Consejo de Dirección o Junta Directiva sea el encargado de cumplir cuanto en los mismos quede estatuido.

Ruego a los delegados de las indicadas Sociedades Obreras, pero sin que por este ruego queden mermadas las amplias facultades que a aquéllos les confiere el párrafo precedente, que uno de sus acuerdos sea el de establecer una escuela de primera enseñanza para los hijos de los obreros y que a los niños y niñas que a ella asistan se les dé, además de la instrucción que crean conveniente, vestido y la comida diaria, quedando dichas Sociedades facultadas para fijar el número de alumnos, edad de los mismos y demás condiciones respecto a este particular.

Es voluntad del testador que mientras viva Pablo Iglesias, jefe del Partido Socialista en España, este señor tendrá derecho a inspeccionar la administración de los bienes que constituyen el presente legado, y a intervenir como asesor de las indicadas Sociedades Obreras en todas las cuestiones y asuntos que afecten o interesen al mismo legado, a cuyo efecto encarga a los delegados de las referidas Sociedades Obreras que antes de adoptar algún acuerdo consulten la opinión del mencionado señor Iglesias y procuren seguir siempre sus consejos e indicaciones, que indudablemente habrán de ser acertados y beneficiosos para el interés común de las referidas asociaciones”.

[1179] *Labor revolucionaria*

“Proceden revolucionariamente, y por tanto dentro de la más estricta pureza del ideal socialista, todos los que colaboran en las instituciones creadas por el Estado para intervenir en los problemas planteados por la lucha de clases. Hacer otra cosa, propagar lo contrario a esa colaboración es, aunque no se quiera, hacer la apología de la acción directa. El Instituto y las Juntas locales de Reformas sociales, los tribunales industriales, etcétera, no podrán retardar ni un momento la revolución social: al contrario, la acercan, la precipitan. Si el Estado cree que con esas instituciones ha de cortar las garras a la clase trabajadora, se equivoca, y de las equivocaciones de la clase gobernante los socialistas deben aprovecharse en beneficio del proletariado; no hacerlo significaría estar ayunos de la capacidad estratégica socialista necesaria para vencer al enemigo.

Todos los socialistas reconocen que la legislación social es indispensable para que los trabajadores mejoren económica e intelectualmente y que cuanto más mejoren más se capacitan para trabajar con inteligencia y voluntad por su completa emancipación. La colaboración de los obreros en las leyes sociales influye forzosamente para que sean más perfectas y, por consecuencia, más beneficiosas para su clase.

La colaboración de los socialistas dentro de los gobiernos burgueses no es idéntica a la colaboración en las instituciones antedichas, pues en los primeros se contribuye a fortalecer y perfeccionar los elementos coercitivos de que dispone la clase capitalista para sojuzgar a la clase trabajadora, y en las segundas exclusivamente se trabaja para que, de una manera evolutiva, sin violencias y con el menor desgaste posible de energías, vayan siendo un hecho las reivindicaciones obreras. Si consideramos pernicioso para las ideas socialistas la colaboración de

los trabajadores en las corporaciones donde se preparan las leyes de carácter social y se vela por su cumplimiento, lógicamente debemos [1180] renunciar a toda acción política, pues en los Parlamentos, Diputaciones y Ayuntamientos no sólo se hace crítica del régimen capitalista, sino que se coopera también a hacer y perfeccionar las leyes de todas clases, en colaboración con los representantes del Estado burgués. Los trabajadores, para no perturbar su dependencia, tanto económica como política, deben procurar hacer notar a la clase capitalista todo el peso de la fuerza de que disponen, y movilizarla para ir poco a poco asaltando los baluartes de los defensores de este régimen social. La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; pero como a esta emancipación ha de preceder el natural periodo de evolución, los interesados tienen el deber de ir facilitando ésta por todos los medios que se pongan a su alcance, y no es cuerdo despreciar cualquier concesión que hagan los encargados de administrar los intereses del capitalismo, pues nunca se hacen éstas voluntariamente, sino obligados por la fuerza obrera. Del lobo, un pelo”.- Francisco Largo Caballero, 17 de diciembre de 1915.

Noticias de 1915 e inauguración del teatro de la Casa del Pueblo de Madrid en 1916

Del 24 al 31 de octubre de 1915, como queda dicho anteriormente, se reunió el Congreso del Partido Socialista. Hubo largos debates acerca de la Conjunción Republicano-Socialista y de la guerra europea en relación con la actitud observada por los partidos socialistas de cada país. Fue aprobado el ingreso en el Partido Socialista de la nueva Agrupación Socialista de Bilbao, donde los amigos de Facundo Perezagua tuvieron mayoría circunstancial en la que existía en la capital Vizcaína. Consecuencia de esta división, hubo lucha por un [1181] acta de concejal entre Perezagua y Prieto, triunfando este último por gran mayoría. Era la primera vez que Prieto desempeñaba el puesto de concejal en el municipio vizcaíno, en el que, en cambio, había entrado Facundo Perezagua veinte años antes, con reelecciones continuadas.

El Congreso ratificó la destitución de Mariano García Cortés como director de *El Socialista*, reintegrando en ese cargo a Pablo Iglesias, su fundador. Los turnos contra la gestión de García Cortés fueron consumidos por Besteiro, Largo Caballero y yo. Por primera vez el Congreso eligió todos los cargos del Comité Nacional, constituido del siguiente modo: Presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Julián Besteiro; secretario-tesorero, Daniel Anguiano; vicesecretario, Andrés Saborit; secretario de actas, Francisco Núñez Tomás; vocales, Virginia González, Francisco Largo Caballero, Toribio Pascual, Luis Araquistain, Luis Pereira y Luis Torrent. Era la primera vez que entrábamos en el Comité Nacional del Partido Socialista Largo Caballero, Besteiro y yo. Largo Caballero había sido presidente de la Agrupación Socialista Madrileña durante muchos años. Besteiro llevaba poco tiempo en las filas socialistas; yo, en cambio, pertenecía al movimiento desde 1902. A partir de entonces, Largo Caballero, Besteiro y yo fuimos reelegidos en todos los Congresos celebrados por el Partido Socialista. Al entrar a formar parte del Comité Nacional yo era corrector de pruebas de la imprenta de Felipe Peña Cruz, y al formar parte del Comité de Huelga de agosto de 1917, ocupaba el mismo puesto en la imprenta de Fortanet, donde quedó la blusa azul de mi oficio, que los camaradas de trabajo entregaron a mi madre al salir para el Penal de Cartagena, con Besteiro, Anguiano y Largo Caballero.

Hubo elecciones de concejales, y por Madrid, con la Conjunción,[1182] triunfaron en 1915,

Daniel Anguiano, por Hospital, y Largo Caballero por Chamberí, uniéndose a Iglesias y Besteiro, que ya eran concejales del Ayuntamiento madrileño. Julián Besteiro obtuvo un éxito de resonancia al descubrir las inmoralidades que amparaba el jefe del Negociado de Enseñanza municipal, que cayó preso con tal motivo. En relación con esta campaña suya en el Ayuntamiento, *Acción Socialista* publicó una fotografía de Besteiro, con barba, única que se conserva así, ya que al entrar en el Penal de Cartagena en 1917 hubo de someterse a un afeitado y corte de pelo según disponían los preceptos carcelarios.

Pablo Iglesias recibió la confidencia, reclamando secreto, según la cual en Cataluña se iba a sublevar la escuadra española, proclamándose la República con tal motivo. Lerroux tuvo montado el Gobierno que intentaba formar, del cual Miguel de Unamuno había aceptado ser ministro de Instrucción Pública. Como aquella confidencia de Lerroux coincidió con un viaje a Cataluña organizado por la Unión General, a cargo de Besteiro y Largo Caballero -que no era aun secretario de dicho organismo, sino gerente de la Mutualidad Obrera-, Iglesias informó de los planes lerrouxistas a Besteiro, ya que el movimiento revolucionario en cuestión iba a estallar precisamente en Barcelona. Ni uno ni otro creyeron en la verosimilitud de tal proyecto revolucionario, pero estaban obligados a tomar las debidas precauciones. Se informó de todo ello Indalecio Prieto, por sus propios medios, y sacó las cosas de quicio, atribuyendo a Iglesias y Besteiro actitudes que no tuvieron. En resumen, Lerroux fue objeto de una burla o de una ilusión de un afiliado a su partido, o quiso darse importancia de personaje con influencia en la Marina, donde no contaba absolutamente con nadie. Realizado el viaje a Cataluña, Largo Caballero y Besteiro intervinieron en un Congreso de la Federación Textil, adherida a la Unión General, hablando en varios actos de propaganda en la región catalana.

En 1915 ingresó en la Agrupación Socialista Madrileña Exoristo Salmerón, *Tito*, según firmaba sus trabajos, verdaderas obras de arte. Entre otros, hizo un retrato de Fermín Salvochea, anarquista andaluz de gran prestigio. Colaboró activamente en *Acción Socialista*. En la Casa del Pueblo de Madrid quedó constituida ese año la Cooperativa Obrera para la adquisición de viviendas baratas, de la que era presidente Santiago Pérez y secretario Lorenzo Peláez, quienes a costa de paciencia y capacidad consiguieron crear el núcleo de viviendas baratas Pablo Iglesias, en la Ciudad Jardín, lindando con terrenos pertenecientes al término municipal de Chamartín de la Rosa. En esa colonia vivía yo cuando estalló la guerra civil, en 1936.

En enero de 1915 ingresó en el Partido Socialista el doctor Enrique Lluria, autor de *La Máquina contra el obrero en el régimen capitalista*, *La Máquina a favor de la Humanidad según las leyes naturales*, *La Cooperación*, *El Medio social y la perfectibilidad de la salud*, *Humanidad del porvenir*, y con un muy notable prólogo de Santiago Ramón y Cajal, *Evolución superorgánica*. El 29 de enero de 1915 Ortega y Gasset, con ayuda financiera de Luis García Bilbao, funda la revista *España*, en el fondo melquiadista, aunque siempre sin definirse. En marzo de ese año embarcó para América Antonio Viérgol, *El Sastre del Campillo*, ex director de *El Liberal* de Bilbao y cronista de *El Liberal* madrileño, autor de *Ruido de campanas* y otras zarzuelas muy celebradas. Tropezó con la Ley de Jurisdicciones por un artículo publicado en *Acción Socialista*, y consideró oportuno cruzar el charco. En mayo de 1913 fué inaugurado un busto de Pablo Iglesias, donado por los tipógrafos a la Casa del Pueblo de Madrid que estaba expuesta en el salón grande de reuniones, celebrándose con ese motivo un acto de propaganda en el que participaron los tipógrafos socialistas.

La minoría socialista alemana, con R. Luxemburgo, H. Liebknecht, Clara Zetkin, Franz Mehring, Kempfer y otros, forman una fracción contra la guerra, dentro del Partido Socialista. En marzo de 1915, K. Liebknecht y Ruhl votaron contra los créditos militares en la [1184] Cámara y treinta diputados se ausentaron, constituyéndose en grupo oficialmente contrario a la orientación de la mayoría de la socialdemocracia. El 21 de ese mes Italia declara la guerra a Alemania, Austria-Hungría y Turquía. En favor de esta medida, Mussolini, expulsado del Partido Socialista de Italia, actúa a sueldo de los Aliados, con cuyo apoyo funda un diario, interviniendo en su favor Marcel Cachin, luego comunista, y Gabriele d'Annunzio, que en su juventud había sido diputado socialista.

El 20 de octubre, Federico Adler, hijo de uno de los fundadores del socialismo en Austria-Hungría, asesinó al jefe del Gobierno de ese país. Condenado a muerte y conmutada la pena, fue luego amnistiado. Adler ocupó más tarde la secretaría de la Internacional Socialista, visitando España varias veces. En septiembre falleció Keir Hardie, fundador en Escocia del movimiento laborista; fue el primer diputado del Partido Laborista Independiente, elegido en 1892; pacifista católico, estuvo en minoría dentro del Laborismo al estallar la guerra de 1914. No fue un teórico, sino un modesto obrero minero, vinculado con los fundadores del marxismo en Inglaterra, cuyas orientaciones aceptó sólo parcialmente.

En diciembre de 1915 se celebra el IV Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas de España. Hubo dos votos a favor de la Conferencia de Zimmerwald (pág. 1252). Me opuse a que se adoptara acuerdo favorable porque en cuestiones de táctica era el Partido Socialista quien debía dictar reglas, y no las Juventudes Socialistas. Se trataba de una maniobra de Núñez de Arenas. Fui reelegido presidente, y José López y López, secretario. Jaime Vera, a petición mía, remitió un admirable trabajo, reproducido por separado.

El 29 de abril de 1916 fue inaugurado el teatro de la Casa del Pueblo de Madrid con toda solemnidad. Primero hubo un mitin en el que intervino Daniel Anguiano, entonces secretario del Partido Socialista. Por ese teatro desfilaron las mejores compañías teatrales, iniciando el desfile la de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, con *Mancha que limpia* [1185] drama de Echegaray, que representaron a todo lujo, aportando sastrería y muebles de su propio teatro.

En diciembre Romanones forma gobierno, que dura hasta abril de 1917, en que, previendo la tormenta, abandona el Poder. Melquíades Álvarez es llamado a consulta por Alfonso XIII, con gran disgusto de las izquierdas, sin éxito. Maura, a su vez, sigue apartado del Gobierno por el rey. El 12 de diciembre, la marquesa de Ayerbe, casada en segundas nupcias con el doctor Lluvia, ambos afiliados al Partido Socialista, dio una conferencia en la Casa del Pueblo con el tema, "La mujer, compañera del hombre". En el teatro de ese edificio fue representada con gran éxito la obra *Albergue de noche*, de Máximo Gorki, traducción de Pedro de Répide, entonces muy izquierdista; estuvo presente el traductor quien, con tal motivo, dirigió una alocución a los trabajadores allí asistentes. En el Grupo Artístico socialista trabajaron activamente José Maeso, Carlos Enguítanos, Ángel Martín y Martín, Juana Taboada, Antonio Gancedo, Otilia Solera y el maestro Rocamora, que puso música a una obra, a cuyo estreno acudió, en el teatro de la Casa del Pueblo, Pablo Iglesias, y en el que se recaudaron fondos para el diario. Ramón Carande, afiliado a la Agrupación Socialista durante cierto tiempo, tradujo *Los fundamentos teóricos del marxismo*, por Turan-Baranovsky. Julio Senador Gómez publica *Castilla en escombros*. Cesa en la dirección de *El*

Imparcial Luis López Ballesteros y entra en ella Félix Lorenzo Díez.

Fallecieron en 1915, entre otros, en Francia E. Vaillant, que contribuyó a la unificación del socialismo en Francia, a medio camino entre Guesde y Jaurés. Tarrida del Mármol, anarquista español, en Inglaterra. Luis Coloma, novelista, autor de *Pequeñeces*, de costumbres licenciosas entre la aristocracia restauradora. Miguel Ramos Carrión, autor de comedias y zarzuelas. Ricardo I. Catarineu, poeta y periodista catalán. Julio Burell, periodista y oolítico, elegido diputado por un distrito de Jaén merced al apoyo del caciquismo allí entronizado.

[1186] ¿Qué opina usted de Pablo Iglesias?

Esta pregunta se la dirigí, como director de la revista *Acción Socialista*, en 1915, a un grupo de intelectuales españoles. En la encuesta sólo incluí a dos afiliados al Partido Socialista: Vera y Besteiro. Con muy pocas excepciones, respondieron todos los requeridos en términos altamente consoladores para el que acababa de ser objeto de un ataque miserable en un semanario madrileño. Efectivamente, Pablo Iglesias no necesitaba ese homenaje. Pero los jóvenes socialistas deseábamos dar lugar a una manifestación de solidaridad con el hombre que lo había sacrificado todo al servicio de los ideales de la clase trabajadora y del Socialismo. Y lo conseguimos. He aquí algunas de las respuestas recibidas:

“Por imposibilidad física –pues he estado enfermo toda la semana–, no he podido contestar antes a su invitación para que manifieste lo que opino de Pablo Iglesias. Conozco muy bien a Pablo Iglesias, desde hace acaso cuarenta años. He podido apreciarle en muchas fases de su vida; he tenido, por lo tanto, ocasión y motivos para darme cuenta de lo que es y de lo que vale. Pablo Iglesias es bueno, es sencillo y es sincero. Es inteligente, es laborioso y es formal. De una fuerza de voluntad a toda prueba y formadas por pleno convencimiento sus opiniones, a éstas ha sacrificado y sacrifica su actividad, su inteligencia, su tiempo y su salud. Yo le he visto largas temporadas, enfermo y sometido a régimen severo, trabajando más de dieciséis horas diarias, nada para él, todo para sus ideas y su Partido. Creo que ni sus mismos partidarios, o la mayoría de ellos, se han percatado de la intensidad, de la abnegación de Pablo Iglesias. Es un organismo al servicio de una idea honradísimamente profesada. Es una idea encarnada en un hombre”.- Vicente Vera, catedrático de la Escuela Superior del Magisterio y publicista, 25 de diciembre de 1915.

“En contestación a su carta debo manifestarle que tengo a don Pablo Iglesias por un hombre honrado, excelente ciudadano. Además, España le debe, en buena parte, la organización de la clase obrera, que, como toda fuerza organizada, es un dique contra la anarquía y un elemento de verdadero orden, el que resulta de la intensificación de todas las energías sociales”.- Adolfo Posada, catedrático de la Universidad Central, jefe de Sección del Instituto de Reformas Sociales, 22 de diciembre de 1915.

“Me pregunta usted qué opinión tengo de Pablo Iglesias. He de responderle en pocas palabras, con entera sinceridad, repitiendo lo que muchas veces he dicho del líder del Socialismo en España. Pablo Iglesias es un hombre de mérito por su talento y su palabra: un convencido por la fe inmaculada en sus ideas; un ciudadano ejemplar por la virtud, el ardor y la actividad increíbles que pone en la práctica de los derechos y las libertades de la democracia; pero sobre

todo eso, en el orden humano y en el social, Pablo Iglesias es un hombre excepcionalmente bueno, y de honorabilidad heroica, digno de la estima y de la admiración de todo el mundo”.- Basilio Menéndez Pallarés, ex diputado republicano y abogado, 18 de diciembre de 1915.

“Señor don Pablo Iglesias. Mi distinguido y admirado amigo: Le pongo a usted estas dos letras de adhesión para consolarle un poco. Es triste siempre –aun siendo espíritu de tan alta calidad como usted– trabajar toda la vida para los demás y ser pagado con coces o con mordiscos. Es triste, dígame lo que se quiera. Se necesita tener un corazón muy noble para no echarse a un lado y arrinconarse a reír de todos los dolores que pasan por delante de nuestra faz. Se necesita ser santo y refugiarse un poco en sí mismo con las sentencias de Séneca contra la ira... Ya sabe usted también lo que le paso al gran Ricardo Owen en aquella experiencia de New Lanark. Le envío, pues, mi cordial adhesión, mejor hoy que nunca. En todo el mundo es respetado de sus mismos enemigos un hombre como usted, sincero, trabajador hasta reventar por sacar a flote un Partido socialista en una nación llena todavía de [1188] cafres políticos. En todas partes es elevado un hombre que se eleva por sí mismo contra la hostilidad y la rutina ambientes. Aquí, no. Se roba o mata por la pasión política sin el menor remordimiento de conciencia; porque para tener ciertos remordimientos es preciso tener una conciencia, naturalmente, que no sea la rudimentaria de los salvajes. Aquí se dice la tontería también de que Pablo Iglesias es un vividor a costa de los obreros: la tontería más grande de la tierra. ¡Y cómo será también la insensibilidad de cierta gente que, al creerlo y al decirlo, no vomita de tan espantoso asco! En fin, allá le va mi adhesión, mi respeto y mi cariño. Porque trabaja a diario para que se distribuya más justicia y religiosamente –sí, más religiosamente– la riqueza general. Porque es usted un diputado casi contra todos. Porque va usted a la muerte desde su juventud, pobre y sin parar de trabajar. Suyo. Ramón Sánchez Díaz, escritor, 18 diciembre 1915.

“Cuando un pueblo, víctima de repugnantes concupiscencias, va descendiendo, poco a poco unas veces y con precipitado paso otras, los viscosos escalones de la decadencia, camino de una tumba más o menos espíen dorosa, como adornada con los marchitos laureles de sus pasadas glorias, nuestro espíritu se conforta y siente singular complacencia al Contempla tal cual hombre público integérrimo, que ostenta los timbres nobiliarios de la virtud y del trabajo, consagrando su vida entera al bien común, sin mira personal alguna y encarnando una alta misión, como heraldo incansable de ideas y doctrinas que reputa, por dictado imperativo de su conciencia, las únicas salvadoras, que pueden llevarnos a una plena y sana reconstrucción de la personalidad nacional. En Pablo Iglesias veo una de esas grandes figuras políticas, y me siento honrado y orgulloso, como español y como hombre, cuando entre las mías estrecho con efusión sus manos. Estas breves líneas condensan mi pensamiento y por ellas puede usted conocer lo que piensa del ilustre jefe del Partido Socialista Español”.- Rafael Ureña, catedrático de la Universidad Central, 21 de diciembre de 1915.

“Me pide usted mi opinión acerca de Pablo Iglesias con motivo de la innoble campaña que recientemente se ha hecho contra él. Me honro mucho contestando su pregunta: para mí, y juzgando por los actos públicos del ilustre jefe del Partido Socialista, nada hay en su conducta que deje de responder a su fama bien sentada de hombre probo y caballeroso, cuya recta complexión de luchador le llevará algunas veces a expresarse con dureza, pero nunca le ha apartado del terreno de los hombres dignos y honrados”.- Aniceto Sela, rector de la Universidad de Oviedo.

23 de diciembre de 1915.

“Don Pablo Iglesias merece, a mi juicio, el respeto y la admiración de todos. Respeto a su intención honrada, a la rectitud de su conciencia y ejemplaridad de su vida. Admiración por la obra realizada con tenacidad infatigable: la organización del proletariado español. En el especial ambiente de nuestra vida pública, toda labor orgánica es difícil. Más difícil parece aún cuando ha de basarse en los principios democráticos y sostenerse por la libre coincidencia de las ideas y las voluntades. Iglesias podrá haber incurrido en errores. Pero ha contribuido como el que más a mejorar a nuestro pueblo, elevando su pensamiento y metodizando su conducta. Siempre opinó que la democracia no podía subsistir sin la virtud. El nombre de Iglesias quedará, con justicia, indisolublemente unido al movimiento de emancipación obrera. Este movimiento, a su vez, podrá también ser noblemente discutido. Mas, ¿cómo negar que en su fondo y en su espíritu, constituye una fuerza tan pura, y encierra una esperanza para todo intento serio de renovación política, social y humana?.- Luis de Zulueta, catedrático de la Escuela Superior del Magisterio, 20 de diciembre de 1915.

“Hay campañas de injusticia tan notoria, tan miserables por su naturaleza, tan indecentes por sus móviles, que ellas mismas se atascan y ahogan en el cieno en donde se revuelven y lozan, y el desprecio público las aplastan. Esas campañas se hacen en todas partes. Lo propio de nuestra desdichada España es la indiferencia, pasividad y tolerancia de los Poderes públicos con campañas semejantes, de las que es un modelo de las más viles la que se hace contra nuestro Iglesias. Esa tolerancia, que parece complacencia, ya que no complicidad, revela un mal grave del Estado español. Es una anestesia moral que invierte la noción de las funciones y de los deberes. ¿Qué mayor aberración que aparecer como favorecedores de los que injurian y calumnian, en vez de amparar al ciudadano en su derecho y en su honra? ¿Y qué revulsivos o qué acciones quirúrgicas serán los apropiados para curar de su anestesia moral a los hombres en cuyas manos el Poder público jamás se emplea como instrumento del bien?.- Doctor Jaime Vera, diciembre 1915.

“Respondiendo a lo que me pregunta en su carta del 15, le diré que me parece que han dado ustedes excesiva importancia a los repugnantes desahogos de unos chantajistas o unos que quieren explotar la estúpida malignidad de una parte de nuestro público, ávido de escándalos y calumnias. El prestigio que de hombre de austera moralidad goza Pablo Iglesias -piense cada cual lo que pensare de sus ideas o del modo de exponerlas y propagarlas- está muy por encima de los burbujeros de ese fangal de nuestra publicidad de escándalo. Pasaron ya para él los tiempos en que se le achacaban las más absurdas especies, como la del gabán de pieles y los viajes en primera hasta la estación anterior a la de la llegada. Todas esas invenciones de la canalla plutocrática y de extrema derecha, cuya característica es la malignidad y el mal pensar, cayeron por sí mismas. Y hoy es el de Pablo Iglesias uno de nuestros pocos prestigios de orden moral. Lo lamentable de todo esto es la bárbara inadecuación de nuestro público, cuyas peores pasiones explotan, y más desde que comenzó la triste guerra europea, a cuyo rojo fulgor se han alumbrado más nuestras miserias españolas. Porque pudiera ser que esa campaña de calumnias contra Iglesias respondiese a una más vasta campaña [1191] de envenenar el juicio de nuestro pueblo. No creo que sea por ser socialista por lo que ahora se le calumnia a Iglesias”.- Miguel de Unamuno, ex rector de la Universidad de Salamanca, 31 de diciembre de 1915.

“Quiere usted saber qué opino de Pablo Iglesias, y claro es que habiendo tenido yo el honor de tratar al señor Iglesias —aunque no con amistad tan íntima como hubiera sido mi deseo—, no he podido menos de formarme una opinión respecto de su personalidad, que por su acción preeminente en la política española se ha impuesto hace tiempo a la atención pública y por tanto a la mía, como uno del público. Pero hallo muy difícil expresar esta opinión mía sin que parezca, en las circunstancias presentes pretensión por mi parte de dar un certificado de honorabilidad que ciertamente el señor Iglesias no necesita. Como no soy socialista, sino antes bien, todo lo contrario (individualista acérrimo), me sería más fácil manifestar que las ideas del señor Iglesias me parecen erróneas, y si me apurasen, las declararía abominables. Esto me atrevería a afirmarlo rotundamente y sin ambages, pues las ideas y actos de todo hombre público pueden y deben ser materia de crítica libre e impersonal. Mas, ¿de qué manera podría yo decir mi respeto y admiración personal por el obrero que se ha educado y elevado por sí solo, y en vez de utilizar en provecho propio la cultura penosamente adquirida, y las dotes naturales de inteligencia, que habrían podido abrirle camino hacia una mejor posición social, lo ha puesto todo al servicio de los ideales más nobles del derecho y de la justicia, para redimir a sus compañeros de trabajo? ¿Cómo podría yo celebrar el desinterés notorio, el sacrificio de toda ventaja particular y privada, el esfuerzo constante e infatigable en defensa de los oprimidos y la ruda y leal franqueza en combatir a los poderosos adversarios, sin salirme del terreno de la crítica objetiva, serena y desapasionada? Me dice usted que se trata de responder públicamente a una cruzada innoble contra el varón insigne; mas creo que estas campañas de escándalo a nadie engañan más que al que desea ser engañado, y me parece que el mejor remedio sería la persecución legal de la injuria y la calumnia. Si para este fin se creyese oportuno iniciar una suscripción pública, yo tendría sumo gusto en contribuir a ella”.- Luis Simarro, catedrático de la Universidad Central, diciembre de 1915.

“La *Acción Socialista* me pregunta: ¿Qué opina usted de Pablo Iglesias? La respuesta podría ser reproducir un artículo titulado "Pablo Iglesias" que publique en *El Imparcial* hace algunos años, cuando por primera vez este hombre venerable fue elegido diputado. Si yo contara con los dedos de una mano las personas por quienes siento mayor respeto y fervor, entre todas las de España, uno de los dedos representaría a Pablo Iglesias. Ignoro qué campaña es ésta a que alude la circular de Acción Socialista porque leo muy pocos periódicos y no vivo en Madrid, donde han aparecido esos carteles difamatorios. Pero supongo que se trata de una manifestación particular de esa universal labor de injuria y calumnia que desde nace unos años invade la prensa, para vergüenza y deshonor de estas tristes horas españolas. Yo tengo a Pablo Iglesias por uno de los hombres más probos que ha habido nunca en nuestro país, y no concibo que a sus amigos haya preocupado esa campaña difamatoria, ni cien como ella. Contra los hechos de una larga vida tan pura se quiebran las palabras calumniosas, como lanzas que fueran cañas. Y como no sé escribir sino diciendo sinceramente mi convicción entera, he de añadir éstas: Pablo Iglesias sería un hombre perfecto si no fuera un hombre de partido. No pretendo imponer a nadie mis creencias éticas; pero ocurre que dentro de las que llevo en mi corazón está la de considerar ilícito ser hombre de partido. Que el partido sea socialista o tradicionalista, para el caso lo mismo da. Mas, aparte de esto, que es tema muy delicado, yo aprovecho con entusiasmo esta ocasión para honrar, con la emoción más profunda, el alma ejemplar, diamantina, de Pablo Iglesias. Y la aprovecho también para pedir a los periódicos socialistas que no vuelvan a caer ellos mismos en este grave

mal de atropellar al prójimo [1193] antes de conocer bien su vida”.- José Ortega y Gasset, catedrático de la Universidad Central, 22 de diciembre de 1915.

“Soy testigo de la historia de los hombres públicos de mi país en este último medio siglo, y confieso que sería ignominioso haberla vivido no fuera por algún que otro carácter como don Pablo Iglesias. Ninguno como Pablo Iglesias puso a contribución más generosidad, nobleza y abnegación. Ninguno sufrió como él por los pobres. Contra él se desató el egoísmo y la crueldad de los intereses creados. Con voluntad más incontrastable no hubo espíritu más justo. En un largo proceso de martirologio creó el Partido Socialista, partido que se ha de engrandecer y llenar la tierra. Mientras los hombres públicos a su alrededor destruían intereses morales y materiales, él creaba, de la arcilla del pueblo, un cuerpo nuevo y un alma nueva, que han de dar honor y justicia a la humanidad futura. La calumnia fue sombra que, pertinaz, acompañó a Pablo Iglesias; sin ella no hubiera tan brillantemente resplandecido su pureza. Se que no han de pasar muchos años -no en balde, el trabajo o mejor, las penalidades son largas y de alta tensión- sin que el bendito Pablo Iglesias dé con su carne flaca en la santa tierra; pero también sé que esos mismos tiempos le harán justicia y levantarán su humildad por encima de la ficción de grandezas en que vivió”.- Enrique D. Madrazo, médico y autor dramático, diciembre 1915.

“El mayor absurdo de esta sociedad desquiciada y decadente es poner en duda la honorabilidad de Pablo Iglesias. El conductor del Socialismo español es hombre de tal rectitud y pureza que contra él no valen pasquines ridículos ni agitaciones callejeras, que nacen y mueren sin dejar ningún rastro en la opinión. Esto pienso de Pablo Iglesias, a quien deseo mil años de vida, para ejemplo de varones íntegros y de ciudadanos incorruptibles”.- Benito Pérez Galdós, novelista, diputado a Cortes y de la Academia de la Lengua, 19 de diciembre de 1915.

[1194] “Se ha recrudecido estos últimos años en España una calamidad pública que el advenimiento de las nuevas generaciones parecía haber desterrado: la procacidad impresa, el cinismo en letras de molde, la injuria disfrazada. Contra esta epidemia de bellaquería, la fortaleza moral es insuficiente. Se impone, pues, una campaña enérgica, de hechos y palabras, que hunda en el barro a quienes enrarecen la temperatura moral de un país. Así lo han comprendido los jóvenes del Partido Socialista al encontrarse con que se pretendía envolver a Pablo Iglesias en una acusación que sería digna de ser tratada en serio si no estuviese destinada a provocar la risa, cuando no fuera digna, a lo sumo de uno de esos movimientos de los brazos que tienen por objeto espantar un mosquito o un insecto, para alejarlo del contacto con nuestro cuerpo. Hubo en la España que acaba dos géneros de hombres: los estériles y los fecundos, los grandes y los pequeños. Vencieron, en el goce inmediato de las cosas, los pequeños. En la posteridad, los grandes. Ni Cánovas ni Sagasta dejan huellas de fecundidad. Su memoria, lo más que puede aspirar es a ser olvidada. No así los otros hombres: Giner y Costa, por ejemplo, dejan tras sí huellas de claridad. A este género de hombres pertenece Pablo Iglesias. Está unida su personalidad al advenimiento del Socialismo en España. Y no sólo históricamente Pablo Iglesias escribe unas páginas fecundas en la historia de las ideas políticas españolas, sino que, al propio tiempo, arroja la semilla, recoge el fruto y corona el fecundo movimiento de su espíritu con obra organizada reciamente, heroicamente, que consiste en haber trasplantado al alma de miles de españoles una aspiración épica, un ideal de perfección. En términos generales esto puede decirse de los hombres fecundos de la España que muere. En términos particulares hay que hacer a

Pablo Iglesias la justicia de haber alcanzado, quizá por hallarse el terreno abonado al entusiasmo – el del pueblo– un más positivo éxito para sus ideales, con eficacia más inmediata y duradera. Naturalmente, hombres así están por encima de esas insinuaciones torpes y oscuras, que no debieran salir nunca de la oscuridad, auténtica guarida de la torpeza”.- Juan Guixé, publicista, diciembre 1915.

[1195] “Hace ya más de veinte años que comenzaron mis relaciones con Iglesias, y aun cuando por razones principalmente de distancia geográfica, no han sido ellas muy íntimas ni frecuentes, he tenido, sin embargo, muchas ocasiones, que no he dejado de aprovechar, para ir formando mis juicios respecto de tal persona y de su valer en distintos órdenes. Me he fijado además, con interés e insistencia durante ese tiempo, en su actuación pública y de caudillo, mirando su comportamiento como periodista, como orador, como presidente del Comité Nacional de su Partido, como propagandista, como concejal de Madrid, como diputado obrero y en otros varios aspectos análogos o afines, comparando mentalmente su conducta con la observada por los demás hombres públicos, dentro cada uno de su respectivo campo de acción. He buscado también a veces, y obtenido sin solicitarlo, como al azar, otros acerca de Iglesias, informes provenientes de personas que le conocen bien, por haberlo tratado constantemente como compañero desde que era muchacho, haber trabajado con él en su primer oficio de cajista y haberlo acompañado después en las posteriores vicisitudes de su vida, y tales personas, puedo asegurar –hasta donde la seguridad cabe con relación a los hombres– que ni son falaces, ni tampoco se proponían engañarme, porque ni siquiera se percataban de mis propósitos investigadores. Las noticias que me daban iban cayendo incidentalmente, cuando nuestra conversación versaba sobre otros asuntos. Apoyándome en estos datos como principales, y sin aludir a otros que los apoyan y auxilian, puedo decir que mi situación de espíritu hasta el presente, con respecto a Pablo Iglesias, situación que comenzó, según indiqué antes, hace ya muchos años, y que cada, día se ha ido afirmando con mayor fuerza, es la siguiente, siempre, claro está, con carácter provisional, y mientras no haya razones que la destruyan y reemplacen por otra, lo que ahora, como siempre en casos análogos, se hace tanto más difícil cuanto que las probabilidades – aquí los favorables antecedentes– que obran en un determinado sentido sean mayores. Entre los pocos, poquísimos españoles de algún viso (de los otros, los oscuros, no me toca por el momento hablar) en quien yo sigo teniendo confianza, Pablo Iglesias ocupa uno de los primeros lugares. Su pasado y su presente lo abonan y me parecen prenda del porvenir de España, porvenir que yo, por cierto, vengo viendo lleno de oscuridades y pesimismo tiempo hace, precisamente por carencia de hombres de su temple y fortaleza espirituales, de día en día –tal es mi triste persuasión– más escasos. En la podredumbre infecta que nos encenaga, el Partido Socialista nos ha ofrecido y nos continúa ofreciendo, yo no sé si el único, pero por lo menos uno de los poquísimos ejemplos de austeridad y seriedad alentadores, que nosotros los españoles podemos presentar, como hasta sus mayores enemigos han tenido que reconocer a veces. Y ¿quién sino Iglesias ha sido el escultor principal de esa obra y sigue siendo su sostén?”.- Pedro Dorado Montero, catedrático de la Universidad de Salamanca.

“Pablo Iglesias es, en la sociedad española, una figura, más que respetable, venerable. Por su honradez, por su integridad, por su firmeza de convicciones, por la energía y la constancia con que, arrojando todo género de vicisitudes y calumnias, ha defendido y defiende sus ideales,

merece el acatamiento de amigos y adversarios. Yo le admiro, porque es una gran conciencia, puesta al servicio de una gran Voluntad”.- Joaquín Dicenta, escritor y autor dramático.

“Siempre he tenido en gran aprecio la amistad don Pablo Iglesias por considerarle un hombre honradísimo y que ha puesto su vida entera al servicio de la causa que tan valientemente dirige; pero no creo pertinente la campaña que emprenden ustedes. A ciertos políticos les ayuda mucho el que les celebren y hablen a su favor; pero cuando se llega a la edad del señor Iglesias, respetado y considerado por todos, no sirven para nada los homenajes: su personalidad está por encima de eso”.- Juan Madinabeitia, profesor de medicina en el Hospital provincial de Madrid.

“Pienso de Pablo Iglesias todo lo contrario de lo que piensan, digámoslo así, ciertos políticos que le llaman embaucador, y ciertos intelectuales, todo humo, que dicen que es poco culto. Yo, que puede que sea un intelectual (tengo a muchos intelectuales por los seres más despreciables de la tierra), no he sabido librarme, ni quiero, de sentir admiración por esos hombres como Pablo Iglesias que consagran su existencia al ideal y se sacrifican de verdad por él, convirtiéndose en ejemplo para cuantos aspiren a vivir una vida pura y digna. En esta dolorosa realidad española, plagada de pequeñas miserias y mínimas ambiciones, que tienen, aunque parezca paradoja, en su misma pequeñez una agravante, sólo puede servirnos de estímulo, para continuar la lucha y no morirnos de asco cualquier día, la presencia de conciencias inmaculadas, de caracteres indomables, de luchadores del temple de nuestro admirado Iglesias. Ellos, unidos a recuerdos santos, Giner, Costa, Salmerón, etcétera, nos alientan y sostienen. No hace falta ser socialista para sentir por Pablo Iglesias todo el cariño y la admiración, unidos a un gran respeto, que yo siento por su figura venerable. Y que algunos intelectuales circunspectos, que cultivan el silencio como una finca productiva, buscando filosóficas razones para fundar su falta de decoro, perdonen esta mi veneración hacia quien no es de los nuestros, hacia un luchador vulgar, poco culto, según ellos”.- Leopoldo Alas Argüelles, catedrático, publicista, Oviedo, 15 de diciembre de 1915.

“He sentido siempre profundo respeto y gran simpatía por la labor de Pablo Iglesias. Organizar en España el movimiento socialista, aquí donde la incuria se une a la pasión con demasiada frecuencia; donde obstáculos pasivos y campanas en la sombra dificultan extraordinariamente todo avance progresivo; incorporar al movimiento europeo la organización del proletariado; luchar sin descanso contra abusos del poder y contra intrigas interiores, ¿no es trabajo de héroe, con riesgos de martirologio? Sobre todo, en estos últimos años, ha sido la conducta de Pablo Iglesias digna [1198] de su historia y de su talento político. La Conjunción Republicano-Socialista es un dique contra el abandono, un escollo contra la reacción y una gran esperanza para la patria. ¿Quién sabe lo que reserva el porvenir?”.- Odón de Buen, catedrático, diciembre de 1915.

“Estimo a Pablo Iglesias y admiro en él la individualidad poderosa que, por la fuerza de la voluntad, ha conseguido imprimir, en lo que antes era fondo inerte de la sociedad, un estado de pensamiento y de acción en que aún pueden fundarse grandes esperanzas. Le respeto y le cuento interiormente entre los contados preferidos hallados en el camino de la vida, unos, ilustres y famosos (como nuestro maestro Giner, con el magnánimo Costa); otros, humildes, anónimos, aunque no menos estimables por las virtudes preciosas que en ellos hemos reconocido. Aun considerándola innecesaria, no tengo inconveniente en suscribir esta declaración, sobre la cual

está la propia conciencia del honor del interesado, a quien tanto pueden molestar las acusaciones malévolas como los elogios sinceros o insinceros que se le tributen, dado que carece de la psicología del ídolo complaciéndose en la atmósfera del incienso”.- Constancio Bernaldo de Quirós, publicista y miembro del Instituto de Reformas Sociales.

“Reconozco que en mi vida he gozado de algunos grandes privilegios. El mayor de todos es, sin duda, que las personas de mi mayor intimidad, las que mayor influencia espiritual han podido ejercer sobre mí, han sido siempre personas de un nivel moral realmente superior. Estoy, pues, bastante habituado al bienhechor influjo de los caracteres nobles e íntegros. Sin embargo, a medida que he ido conociendo cada vez más a Pablo Iglesias he ido aprendiendo que hay en el mundo tesoros de virtud y de nobleza moral que, aun para muchas gentes virtuosas, son punto menos que ignorados. Hoy nos indignamos, con razón, las personas ligadas a la misma obra que Iglesias realiza porque un desalmado ha intentado vilmente manchar la reputación de nuestro querido amigo. Bien considerado, si nuestros enemigos no echan mano de la calumnia y de la infamia, ¿con que armas nos van a combatir? Hay una cosa, sin embargo, que se resiste a la comprensión. Nos dicen que el autor de esa vileza es un joven. ¡Qué amigos, qué consejos habrá tenido, qué ejemplos habrá podido imitar, qué maestros habrán guiado los primeros pasos en la vida de ese desgraciado!”.- Julían Besteiro. 15 diciembre 1915.

“Creo a Pablo Iglesias uno de los hombres más respetables y más lleno de abnegación. Además, entre nosotros, Pablo Iglesias es el más alto representante de la doctrina que ha de triunfar, en definitiva, en toda la tierra. En el campo del sacrificio, lejos de todas las prebendas y de los manejos de la política, merece tanto de sus partidarios como de los más alejados de sus ideas, la admiración más sentida. Es un hombre bueno, leal, consecuente y honrado; un hombre en el que la calumnia no puede hacer blanco; una reputación sólida y merecida. Su virtud es sencilla, muy humana, lejos de la ficción de un santón o un apóstol. Es un hombre que tiene un valor anterior a su poder definitivo y merece de todos la consideración más noble”.- Carmen de Burgos, *Colombine*, escritora y profesora de la Escuela Normal Central, 16 diciembre 1915.

“De no ser un amigo, al que estimo mucho, Andrés Saborit, quien pedía mi opinión para Acción Socialista, hubiera callado o le hubiese dado un bufido por respuesta. Pero ¿es que a eso que llama una cruzada se debe responder de una manera distinta a la querella o a la agresión? Se debe –Saborit tiene razón– responder con la manifestación por él propuesta. Siempre es oportuno enaltecer a los que lo merecen, recordar sus merecimientos y virtudes, evocar su historia, recomendar su ejemplo. Iglesias es un ejemplo de autoeducación, un prodigio de constancia, un Hércules, superior por la magnitud de sus empresas al dios mitológico. Iglesias ha realizado un portento mayor que el de sembrar en el arenal: ha logrado en la individualista, rebelde, burlona, descuidada sociedad proletaria matritense, que gusta de vivir al día y huye de quebraderos de cabeza, crear, fortificar y arraigar el espíritu de asociación: la sociabilidad. [1200] Bastaría, para la gratitud de todos, proletarios y capitalistas, esa conquista del trabajador madrileño. Pero, ¡tienen tanto que agradecer a Iglesias todos los españoles! Ha abominado de la taberna y del juego y ha ensalzado la lectura y la cooperación. Revolucionario consciente, ha pugnado y pugna por librar a sus correligionarios y afines del mesianismo, del esfuerzo maravilloso y rápido de un ser capaz de transformar la nación en veinticuatro horas. El providencialismo, las maravillas de la conquista de América, la lotería en nuestro tiempo, hicieron

a todo español, por radical, avanzado y descreído que fuese, devoto de lo sobrenatural o fortuito, paciente en la resignación, por ser loco creyente en un salvador cualquiera: el soldado de fortuna, el influjo extranjero, el hombre. Iglesias ha encauzado la corriente revolucionaria y ha enseñado que la revolución ha de ser obra de los revolucionarios mismos, y que no habrá en su desarrollo otras maravillas que aquellas que de la constancia provengan. Iglesias, el hospiciano, el tipógrafo, es educador de sí mismo, de sus compañeros y de España. Es más que un hombre de bien: es un hombre al servicio de un ideal. Para él vive y por él vive la vida del hombre superior, ajena a las miserias y extraño a los vicios y concupiscencias de las sociedades decadentes. Es admirable este hombre que sin haber pasado por Universidades ni centros equivalentes de cultura, escribe con nervio y corrección, habla con elocuencia, método y trabazón lógicos, discurre con acierto y amplitud y en las Cortes sabe adaptarse al medio sin mancharse, logrando ser atendido, imponiéndose con discreción y alcanzando triunfos que en vano codician hombres con títulos académicos, con fama de oradores y con experiencia política. No es la primera vez que contra Iglesias se utiliza la calumnia y la injuria. Los anarquistas, de un lado, y los republicanos, de otro, le difamaron durante años, dando argumentos a los difamadores constantes: los burgueses y los católicos. Pero tanto los afines como los enemigos, tenían y tienen disculpa y atenuación: los unos, en el apasionamiento de la lucha; los otros, en el daño que a sus intereses hace el Socialismo organizado. La agravante de la actual campaña es que no la inspira el instinto de conservación ni la atenúa la fiebre de la lucha: el móvil es vender un periódico cometiendo un crimen, en vez de reseñándolo.

Llegué a tener alguna significación como periodista cuando duraba la guerra de anarquistas y socialistas, todavía nos insultábamos de lo lindo republicanos y socialistas. ¡Qué de necedades escribían del honrado Pablo Iglesias! Desde suponerle vendido a Cánovas o a Sagasta o a Moret, para perturbarnos a los republicanos, hasta dar por cierto que viajaba que primera y al llegar a la estación inmediata a la del pueblo en que iba a parar se bajaba del tren, se metía en tercera y ocultaba en la maleta, si el viaje se verificaba en invierno, el magnífico gabán de pieles que usaba. En Santander, primero, y luego, en Madrid, escribía contra tales paparruchas en diarios que, ofuscados por el ardor político las habían acogido no pocas veces. Es ésta una de las pocas cosas de que, como periodista, estoy orgulloso. El tiempo y el trato con Pablo Iglesias han arraigado en mí la bonísima opinión en que siempre le tuve. Hoy es, conjuntamente, representación viva de las virtudes cívicas y privadas de los hombres de la Internacional y de los hombres más eminentes del republicanismo español. Feliz el que tiene en el partido jóvenes como éstos de *Acción Socialista*, capaces de convertir en horas de las alabanzas esta hora triste de la amargura causada por el agravio villano y por la calumnia venenosa”.- Roberto Castrovido, diputado a Cortes por Madrid y director de *El País*. 16 de diciembre de 1915.

“Que qué opino yo de don Pablo Iglesias, me pregunta usted, con ocasión de ciertas cosazas que se le han atribuido. Todos los hombres tenemos nuestras macas y flaquezas y podemos llegar a ser unos criminales. Pero hablando por lo que hasta hoy ha sido don Pablo Iglesias, no se comprende quepa en corazón sano pensar de él tamañas maldades. He tenido siempre, y sigo teniendo, a don Pablo Iglesias por una bellísima persona, incapaz de disparates. Me complazco en rendir[1202] en esta ocasión el homenaje de mismas sinceros afectos, yo, que no tengo nada que ver con la política”.- Julio Cejador, escritor y cátedrático de la Escuela Central

de Idiomas, 17 de diciembre de 1915.

“A su pregunta “¿Qué opina usted de Pablo Iglesias?” contesto sencillamente que le tengo por hombre honrado y digno, por sus virtudes cívicas, de ocupar en el Partido Socialista Obrero Español el lugar que sus merecimientos le hacen acreedor”.- Adolfo Álvarez Buylla, catedrático de la Escuela Superior del Magisterio y jefe de Sección del Instituto de Reformas Sociales.

“Quiero decir lo que opino de Pablo Iglesias solicitando mi ingreso en su Partido. Queda ante usted hecha mi demanda con todo encarecimiento, y ojalá llegue a ser digno discípulo del maestro. Esto es lo que piensa y esto es lo que quiere, Natalio Utray, inspector de Primera Enseñanza de la provincia de Madrid, 20 diciembre 1915”.

“Me preguntan ustedes cuál es mi opinión respecto a pablo Iglesias. Pues la de que es uno de los pocos españoles por los cuales no se siente absoluta vergüenza de llamarse español. Si la burguesía patria, esa masa amorfa, de la que apenas sale ya otra cosa que zoquetes deformes: unos para hacer molinillos en el remate de la perinola de la pedantería, y otros, para chapotear en el fangal de todas las bribonadas; si esa burguesía contase siquiera con un millar de hombres de la hombría de bien, seriedad, firmeza de convicción, constancia en el ideal y voluntad activa y seguida, para la propaganda, podría decirse que habría clase media en España, y no una inmensa manada de atortolados, que berrean mirando a dos polos: el de la vanidad o el de la gamella. Pablo Iglesias, como otra escasísima proporción de hombres de España, unos muertos ya y olvidados, y otros vivos aún pero olvidados también, representará en la historia de nuestros últimos días la sagrada hueste que quiso y vivió y trabajó para lograrlo, rehacer en lo posible la personalidad recia, honrada, valiente, sensata y digna que tuvimos (y perdimos creo que para siempre) los españoles. Y no hagan caso de esos pasquines y libelos que pululan por la Corte. En un ambiente en que la justicia anda a trompicones y siempre haciendo zalemas al mundo y cortesías al éxito; en un país tan completatente disgregado en bandos, banditos y bandidajes de todas castas y colores, las escorias humanas borbotean en la superficie y salpican, sin ton ni son, unas veces a unos y otras a otros. Mas en los crisoles queda siempre el oro puro y brillante. ¡Si fuéramos a entretenernos en quitarnos salpicaduras, ya teníamos trabajo para toda la vida! A Pablo Iglesias no podría mancharle ya ni aún una apostasía: su obra de cuarenta años le asegura la inmorta lidad, sin pasquines y aun sin defensores”.- Rosario de Acuña Villanueva, escritora, 15 de diciembre 1915.

“Para mí, Pablo Iglesias es un modelo de ciudadano. Su acción puede calificarse de verdadero patriarcado espiritual. En diferentes artículos he reflejado más extensamente mi opinión sobre él, y a ellos me remito. Le considero un dignísimo continuador de los grandes santos republicanos, altísimos ejemplares de moralidad, como Pí y Margall, Salmerón, Costa, Giner de los Ríos. Tuve verdadero honor en estrechar su mano. Su figura destaca con singular contraste entre los profesionales de la política, y es una lección permanente de austeridad. Admiré, sobre todo, su nobleza cuando se opuso virilmente a la terrible inmoralidad de la represión maurista en 1909. Considero como sujetos despreciables a los folicularios que tan vilmente le atacan”.- Gabriel Alomar, catedrático y escritor, 19 de diciembre de 1915.

“Contesto a la pregunta que se han servido hacerme muy concretamente. Nunca he creído nada de cuanto se ha dicho y propalado en contra de don Pablo Iglesias, a quien conceptúo

hombre de gran corazón y no menor inteligencia, puesta al servicio de arraigados y nobles ideales”.- Tiberio Ávila, catedrático de la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, Barcelona, 20 diciembre 1915.

“Aunque Pablo Iglesias no necesita defensores –porque su noble conducta es conocida de todo el mundo, incluso por sus detractores–, yo le mando con gusto mi firma, y no ciertamente para abonar su vida sin tacha, sino como un sincero homenaje al luchador abnegado”.- Américo Castro, catedrático de la Universidad Central, 20 diciembre 1915.



Un Congreso histórico de la UGT

El año 1916 fue excepcional en acontecimientos políticos en España, preparatorios de otros de mayor relieve aún. Seguía la guerra europea, echando a pique los submarinos alemanes barcos de naciones neutrales, entre los cuales los había de bandera española. Romanones alardeaba de aliadófilo. Le temían las derechas, germanófilas, creyéndole capaz de todo, por su ambición. Los Aliados adquirirían cuanto necesitaban en España, encareciera o lo que quedaba en nuestro país. El bloqueo aliado perturbaba la navegación, elevando el precio de las mercancías. Se improvisaban fortunas. No se discutían jornales. El movimiento obrero se desmoralizaba, creándose sociedades de resistencia que no necesitaban resistir. En Barcelona los patronos cedían ante la amenaza del paro o de las pistolas. Hasta en Cataluña creció la Unión General de Trabajadores, aunque fue la Confederación Nacional del trabajo la que improvisó una táctica con abundantes cargos retribuidos, que negaban su vieja historia. Los nuevos se imponían a los veteranos. No existían límites para el verbalismo demagógico.

Del 12 al 23 de mayo, en la Casa del Pueblo de Madrid se reunió el XII Congreso de la Unión General. Presidió Lucio Martínez. Las organizaciones sindicales de Asturias presentaron al Congreso una propuesta para ser llevada a efecto, con la Confederación Nacional del Trabajo. Era un plan sin concretar, en el vacío. Acevedo, delegado de aquella región, informó en sesión privada al Comité Nacional de lo que encerraba su propuesta, dejándonos la impresión de que no creía posible acuerdo alguno con la Confederación: lo que buscaba era un banderín para calmar la tormenta en Asturias y respaldarse con la negativa –que daba por segura– de los hombres de la Unión General en Madrid, ya que Vicente Barrio, secretario general, se oponía resueltamente a entrar en conversaciones con los anarquistas, e Iglesias, presidente y fundador no estaba presente, pero su criterio era conocido: nunca había mantenido relaciones con esos elementos.[1206] Por todo ello, ¡qué difícil la papeleta traída al Congreso por la delegación asturiana!

Hubo un mitin inaugural, presidido por Miguel Llacer, en el que intervinieron Luis Estrada, de Barcelona; Peero Cabo, de Bilbao; Vicente Barrio y Pablo Iglesias, del Comité Nacional. Como en todos los Congresos de la Unión General se discutieron los asuntos del orden del día, comenzando por la gestión del Comité Nacional, aprobada sin dificultades, pasando al problema fundamental; crisis de trabajo, situación política, carestía de las subsistencias y medios para ponerla término. La Conjunción Republicano-Socialista tenía una bandera sin arriar: acabar con la guerra de Marruecos, esto es, implantar la República, según la orientación dada por Pablo Iglesias en artículos de prensa y en discursos. Todo estaba justificado para llegar al fin. Besteiro llevó el debate abordando el tema con profundidad, secundando el espíritu y la letra de cuanto Pablo Iglesias había dicho y hecho desde 1909. Al analizar la proposición defendida por los asturianos, desarmó especialmente a Isidoro Acevedo, aclamado por los congresistas, que aprobaron su discurso, convertido en acuerdos concretos que tuvieron consecuencias históricas al surgir el 13 de agosto la huelga general revolucionaria.

Pero Besteiro no improvisaba una táctica, ni enarbolaba una bandera. La iniciativa había

surgido en Asturias, no en Madrid, y Pablo Iglesias, el 12 de marzo de 1910, cuando aún no era diputado, escribió un artículo donde decía: ¡Y no olvidando los datos suministrados por la experiencia, la huelga se hará sin anuncio previo. Y si la huelga pacífica no basta para dar juicio a los que tratan con tanto desprecio la vida y los intereses de los españoles, la clase obrera llegará a más, llegará a la violencia, que es santa, santísima...”. Y el 7 de diciembre de 1913, en otro artículo terminaba así: “Y si todo es desoído por los gobernantes, recurramos a la revolución”. Cuando se desfigura la posición de Iglesias, en relación con la huelga de agosto [1207] del 17 se olvida su labor contra el régimen monárquico, por nadie igualada y mucho menos superada. He aquí la resolución adoptada por el Congreso de la Unión General de Trabajadores que dio margen a la huelga general de agosto de 1917:

“1. Reclamar una vez más del Parlamento y del Gobierno el abaratamiento de los medios de transporte; el fomento de las obras públicas; la regularización del intercambio de productos, de modo que se garantice eficazmente la satisfacción de todas las necesidades del país; la supresión de los privilegios industriales, que vienen a acentuar la crisis nacional presente, la terminación de los gastos improductivos, especialmente de la criminal guerra de Marruecos.

2. Que para preparar al pueblo y a la realización de una campaña que tenga por finalidad obtener del Parlamento y del Gobierno la adopción de aquellas medidas, se proceda inmediatamente por las organizaciones de la Unión General y por cuantos quieren adherirse a este movimiento, a realizar una labor intensa en su propio seno, encaminada a recabar el concurso del mayor número posible de elementos profesionales, para que cada colectividad pueda desarrollar el máximo de sus fuerzas.

5. Que después de realizar esta labor intensa de las colectividades, se celebre en toda España y en un mismo día reuniones y manifestaciones públicas, encaminadas a conseguir que se incorporen a nuestra acción el mayor número de elementos posibles.

4. Que se faculte al Comité Nacional para que, en el plazo de tres meses, recoja las informaciones que suministren las localidades y regiones respecto al espíritu en ellas existente y a los trabajos efectuados para que, en unión de representantes de las varias regiones que quedarán nombrados por el Congreso, decida la conveniencia de organizar en toda la nación un paro general de protesta que durará un día, señalando la fecha en que ha de realizarse.

5. Que si, verificado el paro general de un día, no dieran satisfacción ni el Parlamento ni el Gobierno a las legítimas demandas del [1208] pueblo, convoque nuevamente el Comité Nacional a los representantes de las regiones designados por el Congreso, y en unión de ellos fije la línea de conducta que debe seguirse, con arreglo a lo que las circunstancias aconsejen.

Madrid, local del Congreso de la Unión General de Trabajadores de España, a 23 de mayo de 1916.- Julían Besteiro, Remigio Cabello, Luis Estrada, Pedro Cabo, Serafín Uriz”.

El Congreso designó la Comisión que había de auxiliar al Comité Nacional en la preparación del movimiento nacional previsto, que quedo constituida del siguiente modo: Vascongadas y Navarra, Pedro Cabo y Serafín Uriz; Galicia, José Gómez Ossorio y Manuel Suárez; Extremadura, Antonio García Quejido; Andalucía, Florentino García; Levante, Vicente Sánchez y Juan Barceló; Cataluña, Luis Estrada; Asturias, Isidoro Acevedo y Manuel Llanea; Castilla la Vieja, Luis Lavín y Remigio Cabello. García Quejido, presente cuando se aprobó esa

Comisión, no rechazó el nombramiento. Lo hizo cuando ya no había modo de sustituirle por otro delegado, por haber sido clausurado el Congreso. Así quedó en libertad de votar contra la huelga de agosto del 17 después, cuando se examinaron sus consecuencias en el siguiente Congreso. ¿Pero, era lícita esa actitud? Por unanimidad fue elegido el siguiente Comité Nacional: Presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Francisco Largo Caballero; secretario, Vicente Barrio; vicesecretario, Daniel Anguiano; vocales, Julián Besteiro, Modesto Aragonés, Eduardo Torralva, Manuel Cordero, Virginia González, José Maeso y yo, que, con Besteiro, entramos por primera vez en el Comité Nacional de la Unión General.

La Comisión Ejecutiva de la Unión General, el 8 de junio visitó al jefe del Gobierno para hacerle entrega de los acuerdos adoptados por el Congreso, en los que había el anuncio de un plan de batalla con huelgas escalonadas, hasta conseguir de los poderes públicos que rectificaran su nefasta conducta. Entretanto, el ambiente se iba cargando de electricidad. Surgió la huelga en el sindicato Norte, demasiado débil aún [1209] para batallas de tanta trascendencia. En la Unión General comprendimos el peligro que corrían los ferroviarios al encontrarse aislados en la lucha, por sus impaciencias, y fui comisionado para reunirme en Oviedo con los representantes del Sindicato Minero y demás organizaciones asturianas, por si llegaba el caso de reclamar su solidaridad, a cuyo efecto recibiría en la capital asturiana un telegrama con clave que yo habría de poner en práctica. Fui directamente a Bilbao, para disponerme llegar a Oviedo en la fecha convenida sin ser detenido, y el 11 de julio presencié sin que conocieran mi estancia en la capital vizcaína sino contados amigos, la iniciación de la huelga ferroviaria en el Norte.

Sin aviso previo me presenté en la casa de Vigil, en Oviedo, y allí mismo hubo una reunión con José María Suárez, Teodomiro Menéndez, Manuel Llaneza, Isidoro Acevedo y otros representantes de organizaciones políticas y sindicales, donde les di cuenta de haber recibido el telegrama convenido desde Madrid, estando ausentes Barrio, Largo Caballero y Besteiro, en viaje a Zaragoza y Barcelona. ¿Quién me remitió el telegrama convenido? Manuel Varela, que trabajaba en la secretaría de la Unión General a las órdenes de Barrio. ¿Qué decía ese telegrama? Que no era oportuna la solidaridad de los mineros asturianos. Yo interpreté el texto de modo contrario, por mi sola responsabilidad, sin informar a nadie, y la huelga minera fue declarada el día 16 de julio, constituyendo un éxito rotundo. El Gobierno cedió, hubo laudo del presidente del Instituto de Reformas Sociales, obligando a empresas y compañías a tratar con las organizaciones obreras y nadie se preocupó en averiguar quién había dado la orden de huelga minera. Naturalmente, el primero que no habló de ello nunca a nadie fui yo. Cuando se acierta no hay modo de exigir responsabilidades.

Coincidiendo con el Congreso de la Unión General de Trabajadores, los sindicalistas catalanes habían reunido una Asamblea Nacional en Barcelona en cuyos acuerdos, como en los adoptados en Madrid, se dejaba abierta la posibilidad de actuaciones comunes para conseguir triunfaran [1210] las reclamaciones de los trabajadores. Lo difícil era dar el primer paso. Hubo un hombre que se atrevió a ello, obteniendo éxito innegable: Ángel Lacort, fallecido en Toulouse el 21 de mayo de 1946. En Zaragoza tenían predominio evidente los anarquistas. Presidía el Centro Obrero de aquella capital Lacort, entregado a esas ideas desde su juventud, por las que había sufrido persecuciones. Era escritor, orador, hombre de acción y había cultivado su cerebro con buenas lecturas. A propuesta suya, aquel Centro obrero propuso a la Unión General y a la

Confederación Nacional del Trabajo designaran delegados con facultades para convenir un plan de conjunto. Lacort evolucionó hacia el socialismo poco después. La Confederación designó a Salvador Seguí y Ángel Pestaña, y la Unión General a Besteiro, Largo Caballero y Barrio. Hubo deliberación –17 de julio de 1916–, presidida por Lacort, firmándose seguidamente un pacto entre ambas organizaciones, en virtud del cual se comprometían a poner en práctica los acuerdos adoptados en el Congreso de la Unión General, decidiendo reunirse conjuntamente en lo sucesivo cuantas veces fuera necesario para el triunfo común.

Se celebró un mitin en Zaragoza, interviniendo en él los autores del pacto, presididos por Lacort y quedó firmado un documento con los acuerdos adoptados, saliendo seguidamente los cinco para Barcelona, donde los delegados de la Unión General tenían que entregar 8000 pesetas a la Junta Directiva de La Naval, en lucha con sus patronos. Todos fueron encarcelados, pero por poco tiempo, porque la huelga de solidaridad con los ferroviarios decretada por el Sindicato Minero Asturiano alarmó al Gobierno, obligándole a intervenir y encargar al Instituto de Reformas Sociales que buscara fórmula para terminar ambas huelgas. Fueron puestos en libertad los presos, y mineros y ferroviarios volvieron al trabajo, con la garantía de que en lo sucesivo las empresas concesionarias de servicios públicos estarían obligadas a reconocer las organizaciones obreras que actuaran legalmente y a pactar con ellas las condiciones de trabajo. Era una victoria en toda regla, gracias a la unión de mineros y ferroviarios.

[1211] *Haya lógica*

“Bastantes correligionarios de buena fe creyeron que la Conjunción traería a nuestras filas buen número de obreros militantes en las republicanas, pues decían que desapareciendo la creencia equivocada de considerarnos enemigos de la República y apoyo de la Monarquía, muchos de los hombres detractores del régimen se vendrían con nosotros, no sólo para trabajar en la restauración de la República, sino para instaurar un régimen de mayor igualdad económica, base para que pueda ser un hecho la igualdad en todos los órdenes de la vida. Cuando, pasados los momentos de entusiasmo, las cifras vinieron a demostrar lo contrario en las poblaciones más importantes, y singularmente donde la Conjunción existe, se asombran y se preguntan cómo puede ser realidad este fenómeno político. Para mí es una consecuencia tan lógica la baja de afiliados donde la Conjunción tenga alguna vida real, que lo contrario lo consideraría como un absurdo, imposible de verificarse si existe un átomo de sentido en los trabajadores que profesan o han profesado la idea republicana. Lo mismo que dije a un querido correligionario al preguntarme qué motivos podrían influir para registrarse constantemente mayor número de bajas que de altas en la Agrupación, voy a decir ahora, con la honradez que todos debemos decir lo que sentimos, aunque nuestras manifestaciones no sean del agrado de algunos compañeros.

Nuestro partido es un partido de clase que desde que se fundó se ha nutrido principalmente de obreros manuales, en su mayoría procedentes del campo republicano. Su propaganda, casi en su totalidad, la ha dirigido a los obreros que figuraban en el republicanismo, procurando convencerles de que estaban contribuyendo a galvanizar un equívoco político puesto que el enemigo común de ellos era el capitalismo, se cubriera éste con corona, o con gorro frigio, y que su explotador, socialmente, no podría variar, fuera, monárquico o republicano, como lo demostraba la lucha que con él sostenían económicamente, sin diferencia de color político. En

una palabra: se afirmaba que las formas de gobierno debían [1212] serle indiferentes, puesto que su mejoramiento, primero, y su completa emancipación, después, tenía que ser obra suya, y para lograrla sólo tenía que organizarse con sólida base económica y políticamente, y lo demás vendría por añadidura.

Con este sistema y esta táctica es natural que el Partido Socialista fuera realizando, aunque lentamente, una labor de disolución de los partidos intermedios y formando los dos núcleos que han de reñir la batalla final: los defensores del régimen social presente y los que quieren se transforme sobre bases más justas y equitativas, donde las desigualdades sean únicamente las que la naturaleza por sí misma imponga, y no las producidas por la arbitrariedad de los hombres. De este modo se iba formando un partido poderoso, si no por el número, por influencia moral, llamado algún día a ser el factor más importante en la política en España. Así las cosas, vienen los sucesos de 1909 y considera necesario unirse a otras fuerzas democráticas, aunque burguesas, para arrojar del poder a Maura, y se logra; pero después se continúa en esa “unión sagrada” para derribar el régimen, y esto obliga al Partido Socialista a cambiar de cliché en la propaganda, y a los mismos que antes se les decía que las formas de gobierno les debían ser indiferentes, se les dice lo contrario, afirmando que para mejorar su condición de obreros y emanciparse después es una necesidad imprescindible la restauración de la República; es decir, que ya el republicanismo no es un equívoco y, por tanto, que preferentemente hay que trabajar por él, panacea moderna que ha de terminar con los órganos morbosos nacionales.

Al mismo tiempo, implícitamente, se dice a los que fueron republicanos y están en nuestro Partido que hicieron mal en desertar del republicanismo, y a los que militan en él que aquél es su sitio, el cual no deben abandonar. ¿Cómo puede extrañar que unos no se muevan del Partido que lógicamente ha de ser el que mañana gobierne, si se cumplen las profecías de algunos, y otros vuelven a sus antiguas tiendas renegando [1213] de los que les hicieron perder un tiempo precioso al aconsejarles que las dejaran para venirse a las nuestras? No; no tenemos derecho a quejarnos del resultado, producto de nuestra conducta contradictoria, con la cual hemos inutilizado los elementos nutritivos del Partido Socialista”.- Francisco Largo Caballero, 1º de mayo de 1916.

Preparando la huelga de agosto de 1917

No hubiera sido posible la huelga general revolucionaria de agosto de 1917 sin la agitación política y sindical del año 1916. El eje de la organización radicaba en ferroviarios y mineros, cuya inmensa mayoría pertenecía a la Unión General de Trabajadores. El Congreso de este organismo había facultado a la Comisión Ejecutiva para llegar a firmar con la Confederación Nacional del Trabajo, de Barcelona, un pacto circunstancial con un programa concreto elaborado por el propio Congreso, en una ponencia en la que intervino Julián Besteiro, como redactor. Hubo en la Casa del Pueblo de Madrid una reunión del Comité Nacional de la Unión General con asistencia de Pestaña y Seguí, preparatoria de la primera movilización obrera conjunta, donde se aprobó el documento en que se hablaba de una huelga nacional de advertencia al Poder público, con un programa de reclamaciones inmediatas. Entre otros, intervinieron los dos sindicalistas barceloneses en el mitin celebrado en la Casa del Pueblo, donde Besteiro dio lectura al manifiesto redactado por él y aprobado por todas las delegaciones sindicales de las dos tendencias. Se alarmó

el Gobierno, suspendió las garantías y encarceló a cuantos pudo, entre ellos a los delegados sindicalistas y barceloneses y a casi todos los socialistas significados de Madrid. Me libré entonces de caer preso por refugiarme en una casa amiga desconocida por la policía, donde, por cierto, estuvo buscando a otro correligionario, que a su vez había cambiado de domicilio para evitarse caer preso.

[1214] Como no tuvo entonces lugar la huelga general prevista en el citado documento, el Gobierno rectificó su error, que le puso en ridículo ante la opinión. Lo que hicimos seguidamente fue celebrar una serie de mítines conjuntos en las grandes poblaciones. He aquí la lista de oradores de la Unión General y del Partido Socialista, que intervinieron con otros delegados nombrados por los sindicalistas de la CNT: Indalecio Prieto habló en Gijón y Oviedo; Enrique de Francisco, en La Coruña; José Madinabeitia, en Valladolid; Isidoro Acevedo, en Zaragoza; Andrés Ovejero, en Valencia; Virginia González, en Bilbao; Largo Caballero, en Barcelona; Besteiro y Barrio, en Madrid, y yo en Sevilla. Fui el organizador de aquella campaña, designado para ello por el Comité de la Unión General de Trabajadores; conmigo habló, en la citada capital andaluza, José Sánchez Rosa, anarquista de gran significación en Andalucía. Su resonancia fue inmensa: era la primera vez que actuábamos juntos anarquistas y socialistas, con un programa esencialmente político. El Gobierno, incapaz de resolver los problemas planteados por la clase trabajadora, mucho menos aún lo era para los que tenían un carácter político, que culminaron en la actitud de las Juntas de Defensa de los militares y en la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona.

Conforme a lo anunciado, la Unión General y la Confederación fueron a una huelga de veinticuatro horas, poniendo en práctica los acuerdos adoptados en el mitin de la Casa del Pueblo. La huelga fue pacífica de éxito nunca superado y reconocido por el propio ministro de la Gobernación, Ruiz Jiménez, a quien los miembros de la Ejecutiva de la Unión General visitamos en su despacho para hacerle entrega de las reclamaciones que el proletariado español unido hacía a los Poderes públicos. El ministro dio orden de liberar a cuantos habían caído presos con ocasión de la huelga. Por cierto que entre los detenidos aquel día estuvo María Rojo González, novia mía a la sazón, a quien visitamos en la comisaría del distrito de la inclusa Besteiro y yo. Actuamos juntos sin el menor descanso, toda la noche, en la Casa del Pueblo, y antes de amanecer ya estábamos en los Cuatro Caminos invitando a los trabajadores a secundar el paro. La que hoy es mi esposa era secretaria del Grupo Femenino Socialista, y con otras compañeras fueron a la Fábrica de Tabaco a exhortar a las cigarreras a que secundaran el movimiento, siendo detenida. La prisión fue circunstancial, y lejos de atemorizar a mi compañera, le dio nuevos bríos para continuar la lucha a mi lado, sin que jamás haya desfalecido su ánimo ni me abandonara en ninguna de las infinitas ocasiones de peligro que tuvo en España la vida de militante, contra lo publicado con mala intención en algún libro.

Por consejo de Vera, que le trataba cual si fuera un hermano, Iglesias pasó aquel invierno en Caldetas, pueblecito costero de la región catalana, donde hasta allí llegó el frío, que Vera deseaba evitarle. Para mayor desventura, se le agudizó una afección a la vejiga, de la que fue operado en una clínica Barcelonesa.

"Le Populaire" de Jean Longuet

En el movimiento obrero es absurdo aspirar a la unanimidad como régimen de trabajo, salvo en los países totalitarios, en los cuales los organismos sindicales son una rueda oficial del sistema. ¿Fue sólo León Jouhaux quien colaboró con la burguesía para salvar a Francia? No. Fue casi toda la izquierda, sin excluir al propio Guesde que, con Sembat, entró en el Gobierno de unión nacional. Y en ese equipo gubernamental era preciso encontrar un hombre que hiciese funcionar las fábricas para ganar la guerra. El hombre fue Albert Thomas, Subsecretario de Armamento, eficazmente secundado por Jouhaux. En Francia, pues, prevaleció la Unión Sagrada, pero en 1916 existía una fuerte minoría discretamente organizada en el Partido Socialista y en la Confederación Nacional de Trabajo. La división del anarquismo internacional fue pública y ruidosa. De esa crisis salió tan quebrantado que jamás volvió a constituir preocupación para los Gobiernos burgueses. Jouhaux tuvo adversarios entre sus antiguos correligionarios, pero éstos carecían de relieve para quebrantar su posición firme, consolidada por las concesiones de orden sindical que Albert Thomas hacía prevalecer: reconocimiento de los sindicatos, delegados de taller, contratos colectivos, primas a la producción, higienización del trabajo y, sobre todo, el porvenir, que ambos, en el esfuerzo común que realizaban, apreciaban de idéntica manera: el porvenir iba a estar en manos de la clase trabajadora. ¿Se realizó por completo ese ideal?

Como siempre, de París habría de surgir la chispa de la discrepancia. Juan Longuet, con un reducido grupo de amigos, sacó a luz el 1º de mayo de 1916 un semanario de tendencia pacifista, *Le Populaire*, convertido en órgano del Partido Socialista en el Congreso de Tours, donde se dividió la SITO (Sección Francesa de la Internacional Obrera), al irse la mayoría con el comunismo y, como consecuencia, perder los herederos de Jaurès el diario creado por él, *L'Humanité*. El grupo de Longuet no fue enemigo de la Unión Sagrada: la quiso condicionar, primero, hasta que, defraudado, defendió francamente la ruptura con la Segunda Internacional y pidió la salida del Gobierno de los tres delegados socialistas. Quien dentro del Partido Socialista y desde el mismo recinto del Parlamento fue adversario de la guerra y de la colaboración ministerial fue el diputado Pierre Brizon, secundado por A. Blanc y Raffin-Dugens, también diputados. De una minoría de 101 diputados socialistas, únicamente estos tres fueron francamente hostiles a la colaboración de clases con motivo de la guerra estallada en 1914. Brizon hasta fue expulsado alguna vez del Parlamento francés. Diputado por el departamento del Allier, falleció en París el 1º de agosto de 1923.

[1217] *Discurso de Camilo Huysmans*

En 1916 se reunió en Holanda un Congreso socialista en el que Camilo Huysmans, secretario que seguía siendo de la Internacional Socialista, pronunció un discurso que por su interés histórico reproducimos en lo esencial:

“La Internacional no está muerta ni puede morir. Será siempre un lazo que una a la clase trabajadora revolucionaria de todos los países. Si la Internacional no ha impedido la guerra ha sido porque no tenía fuerza para ello. Eso lo sabíamos todos en 1914. Tampoco está muerta, como otros dicen, porque los socialistas alemanes hayan votado los créditos de guerra. Que un grupo se separe de la unidad no quiere decir que el organismo entero quede destruido. ¿Se

considera dividida la Iglesia católica, por ejemplo, porque una parte de sus adeptos hayan estado a un lado del Kaiser y en el lado opuesto la otra parte? Ni está muerta porque los socialistas defiendan la patria. La defensa de sí mismo no sólo está reconocida por los Congresos socialistas, sino que es un derecho humano. Aunque el Comité de la Internacional haya estado callado, no ha dejado de actuar por eso. Constantemente ha cumplido su deber. Ningún partido, ni organización, ni grupo político, social o religioso ha hecho contra la guerra lo que hemos hecho nosotros. Ya llegará momento en que se diga todo.

En la noche del 31 de julio fue asesinado Jaurès. El 1º de agosto, a las cinco de la mañana, vino a verme Muller, en nombre de los socialistas alemanes. Después de hablar con el Comité ejecutivo salimos para París. A las siete y media de la tarde tuvimos una entrevista con el grupo socialista en el Palacio Borbón. A las nueve y media, con la dirección del Partido Socialista. La impresión de Muller era que los socialistas alemanes no votarían los créditos de guerra. Los compañeros franceses declararon que en el momento en que Francia fuese agredida, estaban obligados a votarlos. Mi opinión personal era entonces que los [1218] alemanes debieran abstenerse. El 4 de agosto estalló la guerra. A los socialistas de ningún país cupo responsabilidad en esta desdicha. Bélgica, destruida, la primera consigna del Comité internacional fue que se mantuviesen vivas las relaciones entre el centro y los partidos de todos los países. Después de la ocupación de Bruselas, por iniciativa propia transferimos la secretaría a La Haya. Desde allí seguimos manteniendo nuestras relaciones con los demás partidos. A pesar de mi condición de belga, puse mi cargo por encima de mi corazón y de mis sentimientos, y puedo decir que seguí siendo el Secretario internacional de todos los Partidos Socialistas del mundo. De todas partes se pedía una convocación del Comité. Supongamos que hubiéramos accedido. Al no contar con la concurrencia de todos los partidos, ¿podríamos haber tenido una mayoría y una minoría? No era posible una reunión del Comité sin Alemania, Francia e Inglaterra.

Admito que la intención de la Conferencia de Zimmerwald fuera buena pero tengo que declarar, en nombre de mis colegas, que a despecho de todos los intentos de expropiación, el Comité tiene y mantiene su sede en La Haya. Para empezar a actuar teníamos que haber puesto en claro la situación. Nuestro proyecto constaba de estos dos puntos: primero, inducir a los partidos de los países neutrales y a los de los beligerantes a que tuvieran sesiones especiales para discutir los cuatro puntos que son la base de todos los órdenes del día para la paz; segundo, recibir en La Haya comisiones especiales para tratar más a fondo de estos cuatro puntos. Los socialistas neutrales se reunieron en Copenhague del 17 al 18 de enero de 1915; los de la Cuádruple, en Londres, el 14 de febrero; los de los imperios centrales, en Viena, el 20 de abril. Pero aunque en estas reuniones hubo concordancia en diversos puntos de vista, no la hubo para completar el de enviar a La Haya las Comisiones de que he hablado”.

Tras citar palabras de Vandervelde en que invita a pensar en los diferentes problemas de las pequeñas naciones esclavizadas, Huysmans terminó diciendo:

“Queremos poner de acuerdo a los socialistas de todo el mundo a fin de que, al haber estallado la guerra contra nuestra voluntad, las condiciones de paz sean tales que no lleven dentro de sí los gérmenes de una nueva tragedia, y a fin de que la clase obrera se sobreponga a esta crisis mundial. Para ello es necesaria la unión. La unión debe ser y será nuestra meta y nuestra fuerza”.-
Camilo Huysmans.

Si los socialistas de todos los países hubiesen cumplido los acuerdos adoptados por la Internacional Socialista en sus Congresos, la guerra no se hubiera evitado —eso nadie lo creyó posible con sólo la fuerza de la organización obrera—, pero se habría salvado la unidad del Socialismo internacional. Por unas razones o por otras, ninguno de los Partidos socialistas de los países beligerantes cumplió los acuerdos de la Internacional. Ninguno. No se trata de averiguar quién provocó la guerra. La Internacional Socialista lo tenía dicho, si el caso llegaba: el capitalismo, amparado por el militarismo y el navalismo. Pero de eso había en todos los países. Era un error hacer responsable único a un país y menos aún a un hombre. La historia se repitió años después, cuando Rusia tenía dominadas a pequeñas naciones, cuando se alió con Alemania, fraternizando Stalin con los más altos emisarios del dictador alemán. ¿Cómo es posible que los comunistas pretendan tremolar la bandera internacional contra la guerra, cuando en ella estuvieron comprometidos por haberse aliado al militarismo alemán mientras éste combatía a Francia e Inglaterra, entre otras naciones? Ninguna de esas guerras tuvo orígenes ideológicos, sino económicos e imperialistas. Ahí está Rusia, que no ha respetado la independencia de pueblos fronterizos, sometidos a su despotismo. El Socialismo no ha triunfado aún en el mundo. Y mientras no triunfe, el peligro de guerras y conflictos internacionales militares y comerciales estará latente.

Pablo Iglesias y la guerra de 1914-1918

Durante el invierno de 1915-1916, en la Casa del Pueblo de Madrid hubo una serie de actos relacionados con la guerra europea. Escuela Nueva organizó varias conferencias, una de las cuales estuvo a cargo de García Quejido que, contra lo que Morato afirmó en algún libro, se declaró aliadófilo hasta la exageración. Combatiendo la tesis de García Quejido hice yo un artículo que se publicó en *Acción Socialista*. En aquel curso de conferencias intervino Pablo Iglesias, quien pronunció su discurso el día 9 de febrero de 1916. Estuve a oírle. Defendió su pensamiento con talento y habilidad, de modo que fuera casi imposible discrepar de él. Iglesias sabía hablar y escribir respetando el punto de vista contrario al suyo. He aquí la reseña de su conferencia tal y como la publicó *El Socialista*:

“Comenzó Iglesias señalando la contradicción en que incurren los que ante la guerra proclaman el fracaso del ideal socialista y de nuestro Partido. Se dice que hemos fracasado porque no hemos contenido la declaración de guerra. Examinemos bien lo que quieren decir nuestros enemigos al afirmar que ha fracasado el Socialismo. Este dijo siempre que la declaración de las guerras es una consecuencia de los antagonismos entre los intereses capitalistas, y la guerra europea no es más que una confirmación de lo afirmado por nuestro ideal. Tampoco hay equivocación al predecir lo que en nuestra época sería una guerra europea. Teniendo en cuenta que una parte muy importante de las aplicaciones científicas se habían destinado a preparar instrumentos guerreros, Bebel, en el Parlamento alemán, con su gran penetración y claridad de pensamiento, hizo ver lo que él dedujo al examinar el porvenir: que la guerra actual, ni por su extensión ni por sus consecuencias tendría paridad con ninguna otra. No hay tampoco fracaso en la táctica del Partido ni en el pensamiento socialista, porque no hayamos podido impedir la guerra. Podrá haber existido error en la apreciación de nuestras fuerzas. Acaso creyó que teníamos una fuerza suficiente para impedir la guerra, y la realidad nos enseñó el error; pero esto

no quiere decir que haya fracasado ni nuestra idea ni la táctica para hacerla triunfar. Por el contrario, todos han reconocido que sólo las ideas socialistas y las fuerzas organizadas para servir las pueden evitar la guerra, no las ideas ni los elementos de fuerza burgueses.

También y de igual manera se equivocan los que, al examinar la conducta de los socialistas en estas circunstancias excepcionales que crea la guerra, afirman que hemos abandonado el principio de la lucha de clases y nos hemos dejado envolver por el concepto que la burguesía tiene de la patria. Somos patriotas los socialistas; pero nuestro patriotismo es amplio; no queremos el bienestar de nuestro pueblo a costa de los padecimientos de otros; queremos que todos los pueblos vivan mejor, incluyendo el nuestro. Con esto se ve que no abandonamos nuestro criterio internacionalista para hacernos nacionalistas. Si hemos expresado nuestros deseos de que en la guerra actual triunfen los aliados es porque creemos que Francia, Bélgica y Serbia no defienden únicamente sus territorios invadidos, sino que pelean por otros principios que interesa defender a todo el mundo, a todos los pueblos.

Cuando yo me dolía de la invasión de Bélgica, principio de la invasión de Francia, no era porque temiese la invasión de España, sino por lo que podía ocurrir a aquellos países en primer término y a los demás después, en el caso de que Alemania saliese victoriosa. Si aquí defendemos la justicia y logramos hacerla respetar, realizamos labor internacionalista, porque lo que en España suceda, como lo que suceda en cualquier otra nación, repercute fuera de ella. Nuestra patria es el mundo, sí; lo hemos dicho y lo decimos aún; pero siempre se ama más a lo que se tiene cerca, cosa inevitable. Claro que en igualdad de condiciones, porque cualquiera que halle la vida ingrata en su país prefiere abandonarlo y adoptar nueva patria. Diciendo que nuestra patria es el mundo entero manifestamos el deseo de que en todas partes se viva en tales condiciones que al salir uno del país donde nació se encuentre como entre hermanos. Yo defenderé a mi país siempre que éste luche por una causa justa; cuando así no sea, protestaré y me opondré por todos los medios a que imponga una injusticia. Se quiere hallar contradicción entre nuestra conducta actual y las palabras de Marx "Trabajadores de todos los países, uníos", y "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos". Yo no tengo autoridad para definir el pensamiento del maestro; pero opino que Marx quiso decir: "Trabajador, tu puesto no está en las filas de ningún partido burgués". Y con esto no estamos en contradicción; la lucha de clases inspira sin cesar nuestra acción; pero esto no nos veda el que en las luchas de las fracciones capitalistas cooperemos al triunfo de una de ellas, si ese triunfo ha de tener consecuencias beneficiosas para nuestra causa. Esto no es negar la lucha de clases.

Vamos ahora a referir y juzgar los hechos. Sobrevino el caso de Serbia, en que este país rechazó al indigno ultimátum de Austria; y el Socialismo internacional hizo lo que debía y podía hacer: reuniéronse los delegados de todas partes; entre ellos hubo casi unanimidad. Y digo casi porque los representantes austriacos mostráronse menos decididos, estimando que la realidad no respondía a los deseos. Pero los demás, incluso los alemanes, se hallaron de acuerdo. Pero al generalizarse el conflicto, los socialistas alemanes, los que constituían el partido más fuerte, flaquearon. Es una verdad dura, pero hay que decirla: los socialistas alemanes, olvidadizos, engañados o poco convencidos de sus ideales, no cumplieron con su deber, siendo precisamente de Alemania de donde partió la provocación y donde nuestros compañeros se hallaban más sólidamente organizados. Libre el provocador del impedimento socialista, tuvo las manos libres

para entregarse a su obra. ¿Iba ese imperialismo alemán a llevar mayor progreso, mayor civilización a Bélgica? No; iba con sed de hidrófco, en busca de nuevas conquistas. Bélgica fue invadida y Francia lo fue en parte. Y si los socialistas de aquellos países hubieran proclamado la insurrección contra la guerra, habrían hecho el juego del kaiser, que no tropezaría con obstáculos teniendo, como tenía, preparada la campaña. Nuestros compañeros de los países aliados habían hecho esfuerzos para evitar la catástrofe; pero todos se evitaron contra la voluntad del Imperialismo alemán. Entonces, acudiendo a la defensa de su país, hicieron lo que era su deber, lo que yo haría en circunstancias semejantes.

Dícese que su conducta está costando ríos de sangre. Pero ¿no costaría más aun si hubiesen contribuido a que Alemania dominase? En este caso vendrían las luchas por la reconquista de la independencia, lo cual, además, detendría la difusión de la doctrina socialista, puesto que el ideal común e inmediato sería sacudir el yugo del nuevo opresor. Hay que decirlo con pena, pero la influencia imperialista penetró en algunos socialistas alemanes. Al conocer las simpatías de los socialistas españoles por los aliados hubo quien dijo que el Partido Socialista Español no estaba en condiciones para juzgar la cuestión; y este criterio no puede adoptarlo ningún socialista, porque conduce a la conclusión de que hay partidos inferiores a otros, pueblos inferiores a otros y, por consiguiente, a considerar necesaria la sumisión de los inferiores a los superiores. Esto sin detenernos a demostrar que hay en España socialistas superiores a algunos socialistas alemanes.

La prensa enemiga nuestra recogió aquella frase que, naturalmente, sólo beneficiaba a los adversarios del Socialismo español. Y nosotros, dentro de nuestra modestia, tuvimos que contestarla. La idea socialista no ha fracasado. Únicamente la organización es la que ha sufrido perturbaciones, como no podía menos de suceder. Yo hubiese preferido que esas perturbaciones las hubiese experimentado nada más Alemania, por adoptar una actitud hostil a la guerra; hubiese preferido que por esta causa se quebrantase su organización económica y política, y hasta que hubiesen sido fusilados varios diputados socialistas. Deploraría, como es natural el hecho en su significación inmediata; pero lo hallaría [1124] beneficioso, porque después, el momentáneo quebranto se convertiría en un resurgir esplendoroso y por cada diputado fusilado entrarían en la Cámara unos cuantos.

Millones de vidas y millones de francos o de libras esterlinas cuesta la guerra presente; pero este enorme sacrificio tendrá una compensación. Terminado el conflicto, vendrán hechos trascendentales que harán seguramente que ésta sea la última matanza. Y para que no se crea que esta afirmación la hago irreflexivamente arrastrado por una excitación pasajera, procuraré razonarla. Las guerras han tenido hasta aquí por objeto la conquista de nuevos territorios. El resultado de la guerra actual no será ése. Aun en el peor caso, aun triunfando Alemania, esta guerra será la sepultura del imperialismo. Se habrán gastado más de doscientos mil millones de francos. Calcúlese la deuda que quedará. ¿De dónde saldrán los recursos para pagar los intereses y costear el consiguiente aumento de los armamentos? Y téngase en cuenta que me refiero sólo a los intereses. Añádase el valor de lo que ha sido destruido y lo que se ha dejado de producir. Además, las guerras anteriores se sostenían nada más que con proletarios; ahora caen príncipes, generales, hijos de familias ricas; se habla de la escasez de oficiales, lo cual quiere decir que ha habido muchas bajas entre ellos. Esta es una lucha de naciones contra naciones. Y ello hará pensar a los capitalistas que sería locura querer mantener las condiciones anteriores. Antes

bastaba un ejército de miles de hombres; hoy se necesitan millones, y los medios de combatir alcanzan a todos, sin distinción de clases. Las naciones se necesitan unas a otras para subsistir, ninguna produce todo lo que precisa para su vida. Y habría que prepararse no sólo en armamentos, sino en todo lo que se consume. El bloqueo marítimo de Alemania es innegable que ha producido enormes daños. Por eso me parece escuchar a locos cuando oigo hablar en España de que hay que hacer preparativos militares. ¿Qué podría hacer nuestro país, tan falto [1225] de todo, contra naciones que ponen en ella millones de soldados? Se habla de nuestros técnicos; pero, ¿qué técnicos tenemos? Recordar las Campañas coloniales es cosa que avergüenza; y ahora, en Marruecos, contra, un enemigo muy inferior nuestro en armamentos, ¿qué hacen esos técnicos? Porque los periodos de calma que allí se notan no se deben a la habilidad de los técnicos. Voces: Se debe al dinero.

¡Y hablando de nuestros técnicos, no olvidemos que al frente del Estado Mayor central está un hombre que en 1898 hablaba de reunir no sé cuántos barcos para ir a dar una paliza a los Estados Unidos. Lo que hay que hacer es desarrollar la industria, la agricultura; emplear en eso los millones, a fin de no tener que depender de ningún país. Todos los elementos de guerra que hoy se almacenan para ella servirán; su utilidad es ya un hecho pretérito al haber procurado pingües negocios. Vendrá la paz y las diferencias que hoy existen entre los socialistas desaparecerán. Ya veréis cómo se restablece el acuerdo. Pero los que no supieron cumplir con su deber serán juzgados severamente. Me refiero a los directores, puesto que las masas no son culpables. La burguesía verá que no le conviene seguir los derroteros de antes. La guerra habrá enseñado a los poderosos cuan costoso es el militarismo y que con él sólo se ha beneficiado un grupo de capitalistas: los fabricantes de armamentos y los negociantes de artículos para el ejército, y entonces se verá la razón que asistía al Socialismo cuando reclamaba el desarme. Y al comprenderse que no son las fábricas tipo Krupp las que hay que fomentar, sino otras, ¿no ha de establecerse el desarme? Yo creo que sí.

Entonces los ciudadanos vendrán a millares al Socialismo, acelerando el desarrollo de éste. Nos sentiremos alentados y trabajaremos por nuestro ideal con mayores bríos. El proletariado no limitará su acción a procurarse una mejora en los salarios, sino que abrigará más amplios deseos, que alcanzarán a transformar el régimen social suprimiendo el capitalismo. No ya nosotros; gentes que pertenecen a partidos burgueses de los menos [1226] liberales, están convencidos de que a la larga triunfará el Socialismo; en conversaciones privadas no tienen inconveniente en confesarlo. Esta guerra no ha hecho fracasar al Socialismo, ni siquiera es un obstáculo grave. Cuando acabe se verá cuán cierta es esta afirmación”. Pablo Iglesias, 9 de febrero de 1916.

Unamuno y Gibraltar

“Eso de la devolución de Gibraltar no ha sido un movimiento vivo en el pueblo español. Y si ahora se vuelve a suscitar el caso, no es porque se sienta más vivamente el patriotismo; es por maniobra de sugestión extranjera. No es como españoles, sino como germanófilos como han suscitado este problema los que quieren hacerlo candente y sentido. Es un mero pretexto para encender, a fuerza de calumnias y falsificaciones históricas un odio absurdo hacia Inglaterra, un odio que nuestro pueblo no siente porque no conoce a Inglaterra, y que los que aquí la conocen no pueden sentir. Soy de los que creen que Gibraltar volverá a ser de España cuando ésta, nuestra

patria, merezca ser portera del Mediterráneo, y puedan serlo con garantías para el mundo civilizado. Esos mismos señores que andan con lo de la devolución de Gibraltar parece que quieren que nos le devuelvan por nuestra linda cara, sin hacer nosotros nada. Fían demasiado en el peligroso dicho que ‘a río revuelto, ganancia de pescadores’. La ocupación de Gibraltar por Inglaterra es, sin duda, una herida para España, pero no impide en lo más mínimo nuestro desarrollo económico y de otros órdenes. Ni el comercio ni la industria española habrían prosperado más si hubiéramos tenido las llaves del Estrecho. Es más: crea que no habríamos sabido qué hacer de ellas, como no hemos sabido qué hacer de otras llaves y otras fuentes de riqueza. Es sencillamente necio culpar a Inglaterra o a otra nación cualquiera extranjera de nuestras [1227] faltas y de lo que nos llevó a pasarnos todo el siglo XIX en reyertas civiles.

La intervención de Inglaterra en nuestras luchas interiores, y no lo de Gibraltar, es lo que no le perdonan a Inglaterra los españoles que añoran la vieja España, la que martirizó en Flandes, la que se hizo cabeza de la antirreforma, la que hizo de perro del hortelano, la que hoy mismo cree que no puede prosperar sino sobre la ruina de los demás pueblos.

Pero aun siendo como es vil y abyecto ese sentimiento de que debemos aprovecharnos de las desgracias ajenas para especular con ellas, no es eso lo que mueve aquí a suscitar, por maquinaciones germánicas, el asunto de Gibraltar. Es que la guerra y el éxito, creo más aparente que real, de las armas austrogermánicas, han hecho renacer el espíritu de la vieja España apostólica, de la España antiliberal”.- Miguel de Unamuno, 1916.

Noticias de 1916

La Conjunción Republicano-Socialista está en declive. Pablo Iglesias, en Madrid, vence ocupando el primer lugar, por las minorías, pero tan sólo con 18.054 votos. Lerroux presenta candidatura republicana enfrente, que obtiene pocos votos, los suficientes para facilitar el triunfo de los monárquicos. Hasta esta fecha, todos los documentos oficiales de la Unión General y del Partido Socialista fueron redactados por Pablo Iglesias, que intervino en actos de propaganda en varias capitales de Andalucía. *El Socialista* se compuso en la imprenta de Fontanet desde el 9 de abril de 1916 al 30 de abril de 1930. Allí trabajé yo como corrector de pruebas hasta la huelga de agosto de 1917, teniendo como ayudante a José López y López. En 1916 Eduardo Torralva Beci entró en la Cárcel Modelo a cumplir seis meses y un día por un artículo que cayó bajo la Ley de Jurisdicciones. Igual pena sufrió José Calleja, joven socialista asturiano, por otro trabajo publicado también en *El Socialista*. Celebración del Congreso de la Federación Tipográfica en Bilbao, en lo sucesivo denominada [1228] Federación Gráfica Española, con caja centralizada. García Quejido presidente, y Félix Galán, secretario.

Gumersindo de Azcarate, derrotado en 1916 a diputado a Cortes por León y a senador por la Universidad madrileña, figuraba como jefe del grupo político capitaneado por Melquíades Álvarez. Leopoldo Palacio es elegido diputado a Cortes gracias a Eduardo Dato. Romanones consigue ingresen en su grupo político los republicanos Emilio Junoy y Felipe Rodés. Rafael Altamira es senador por Guadalajara, más claro, correligionario de los anteriores. Francisco Cambó, líder de la burguesía catalana, da una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid organizada por Manuel Núñez de Arenas, acto fuera de las normas del domicilio social de los

trabajadores madrileños. Ciges Aparicio visitó al rey con el pretexto de la obra desarrollada por Alfonso XIII durante la guerra en favor de algunos detenidos en los países en lucha; fue dado de baja en el Partido Socialista, en el que en realidad no militaba desde hacía tiempo. Después quiso ser diputado a Cortes con el aval de Rafael Gasset, propietario de *El Imparcial*, donde trabajaba, sin conseguirlo. Carta de Miguel de Unamuno a Luis de Zulueta: “Yo soy liberal, todo lo liberal que usted quiera. Y soy dinástico por creer que dentro de la dinastía se puede todavía hacer mucho. Mi dinastismo, por supuesto, es condicional. Si la dinastía torciera demasiado a la derecha, escribiría contra ella. Pero dentro de mi liberalismo he querido siempre mantenerme fuera de banderías”. 31 de enero de 1916. “Soy liberal y hoy por hoy dinástico, sin más, y dispuesto a defender a mi modo y extraparlamentariamente mis convicciones”. Nueva carta de Unamuno a Zulueta, 28 de abril de 1916. Juan Salas Antón, diputado por Sabadell en aquellas Cortes, socialista federal, habló en ellas contra Cambó y los regionalistas. Los militares inquietan al Gobierno y al rey con las Juntas Militares de Defensa. En El Sitio, de Bilbao, da una conferencia de Pérez de Ayala dedicada a Pérez Galdós. Se crea en Vizcaya el Sindicato provincial minero y elige secretario a Constantino Turiel. Como alcalde interino —era teniente de alcalde efectivo—, Indalecio [1229] Prieto preside en 1916 la patriótica manifestación liberal del 2 de mayo en Bilbao, recordando la derrota de los carlistas. *Solidaridad Obrera*, órgano de los anarquistas catalanes, acude en Barcelona a un banquete en honor de Luca de Tena, propietario del *ABC*, al final del cual telegrafieron a Moya, presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, y al jefe del Gobierno, agradeciéndoles la favorable acogida que habían dispensado al anticipo reintegrable para la prensa. El único periódico español que no aceptó semejante inmoralidad fue *El Socialista*. Banquete en honor de Luis Araquistain en la Casa del Pueblo de Madrid, por la valentía con que denunció la corrupción de la prensa española, en general vendida a la embajada alemana y a las de los aliados. Inauguración de las Casas del Pueblo de Eibar y de Avilés. En mayo, *El Imparcial*, diario madrileño, se se-paró del Trust, formado por Moya, y nombró director a Nicolás Urgoiti para que reorganizara la redacción. Tropezó con los propietarios y se retiró. Poco después, Urgoiti, de acuerdo con Ortega y Gasset, fundó *El Sol*. Enrique Gómez Carrillo dirigió *El Liberal*, sin que le acompañara la fortuna. Ortega y Gasset comienza a publicar *El Espectador*. Faustino Ballvé, socialista catalán, publica *El Socialismo y la guerra*, libro de tendencia germanófila; se dio de baja del Partido Socialista. Henri Barbusse, escritor francés, publica *Le Feu*. En Madrid estrena Margarita Xirgú *Santa Juana de Castilla*, última producción teatral de Pérez Galdós. Triunfo de *La Canción del olvido*, con música del maestro Serrano.

Fallecieron en 1916, entre otros, José Rubau Donadeu, uno de los fundadores de la Primera Internacional; Felipe Trigo, novelista, que se suicidó en Madrid; perteneció al Partido Socialista, sin que sus actividades en el mismo adquiriesen notoriedad; Juana Taboada, durante años presidente del Grupo Femenino Socialista; Alfredo Vicenti, director de *El Liberal* de Madrid; Francisco Fernández Villegas, escritor; José Echegaray, matemático, autor dramático y político, premio Nobel de Literatura en 1904; Rubén Darío, poeta nicaragüense; José Tallaví, actor dramático; Ignacio Pinazo, pintor; Enrique Granados, compositor musical. También ese año fallecieron Emilio Verhaeren, poeta belga de temas sociales; E. Sinkiewicz, poeta polaco, autor de la novela de fama mundial *Quo vadis?* El emperador de Austria-Hungría Francisco José, que ocupó el trono durante más de medio siglo, uno de los responsables de la guerra de 1914-1918.

Rasputín, monje ruso que ejercía influencia dominadora sobre las zarinas fue asesinado.

De Zimmerwald a Kienthal

En la Conferencia de Zimmerwald (5-8 de septiembre de 1915) estuvieron Lenin y Trotsky, con socialistas minoritarios de diversos países; pero los acuerdos adoptados lo fueron por unanimidad y llevan la firma del dictador ruso, que se vio obligado a retirar su moción. En la Comisión designada para redactar el acuerdo definitivo intervino principalmente Roberto Grimm, suizo. He aquí un extracto: “Quienesquiera que sean los responsables inmediatos del desencadenamiento de esta guerra, una cosa es cierta: la guerra que ha provocado todo este caos es el producto del imperialismo. De tal suerte que las naciones económicamente atrasadas o políticamente débiles caen bajo el yugo de las grandes potencias, las que tratan en esta guerra de modificar el mapa del mundo por medio del hierro y la sangre según sus intereses. Por eso, pueblos enteros como Bélgica, Polonia, los Estados bálticos y Armenia corren peligro de ser anexionados en su totalidad o en parte por el simple juego de las compensaciones”. Yo estuve entonces, y lo estoy hoy, conforme con ese texto, porque Armenia, los Estados bálticos y en parte Polonia, como preveían los congregados en las montañas suizas, han perdido su independencia, anexionados, no por el zar de Rusia, a quien entonces apuntaban los zimmerwaldianos, sino por... los comunistas dictadores de Rusia. La anexión total no se realizó en 1918, sino por derivación del [1231] conflicto militar iniciado en 1939 con activa intervención de Stalin. Sigamos reproduciendo textos oficiales de la Conferencia de Zimmerwald: “Esta lucha es la lucha por la libertad, por la fraternidad entre los pueblos, por el Socialismo. Hace falta emprender esta lucha por la paz, sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. Pero una tal paz no es posible más que a condición de condenar todo pensamiento de violación de los derechos y libertades de los pueblos. No debe conducir ni a la ocupación de países enteros ni a anexiones parciales, ni encubiertas ni declaradas; menos aún al sometimiento económico que en razón de la pérdida de la autonomía es más intolerable. El derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos debe ser un principio firme, en orden de las relaciones entre las naciones”. Admirables principios. Yo estuve y estoy hoy conforme con cuanto aquí se dice. Lo que era válido en 1915, y se utilizaba arbitrariamente contra Vandervelde y Blum, lo es hoy aún más. Rusia ha ocupado países enteros, sometiéndolos económica y políticamente; impuso anexiones con indemnizaciones de guerra – como en Finlandia–; mantiene ejércitos poderosos en algunas naciones como Hungría y Checoslovaquia, cuyo proletariado fue aniquilado por tanques moscovitas. El muro levantado en Berlín para impedir que alemanes de la zona rusa emigren a países occidentales, ¿es compatible con los acuerdos de Zimmerwald y de Kienthal? ¿Cómo se atreven los comunistas a pedir elecciones libres en países de hegemonía capitalista, cuando en los por ellos esclavizados niegan esa posibilidad? ¿Son fascistas todos los disconformes con el comunismo? Yo defendí los acuerdos adoptados en Zimmerwald y en Kienthal sin adherirme oficialmente a ellos, sin provocar divisiones dentro del Socialismo español, sin injuriar a los socialistas de uno u otro bando, esperando que el tiempo pusiera en claro muchas cosas entonces oscuras.

La crítica sana y constructiva es oportuna en todo momento. Sistemáticamente es perturbadora y puede llegar a ser injuriosa. Después de los errores –¿por qué calificarlos de traición?– cometidos por correligionarios de ambos campos, ¿qué se resolvía con crear otra

Internacional? En Zimmerwald y en Kienthal no se creó. Lenin no lo consiguió. Rusia la inventó y la disolvió cuando interesó a sus planes. Al fin, creó francamente la Internacional Comunista. ¿Francamente? Es mucho decir. Con frecuencia usa el calificativo de Socialista con la intención desleal de sembrar confusión en masas mal informadas. En las dos conferencias cernidas en territorio suizo se nombró una Comisión formada por el italiano Morgari —el Partido Socialista de Italia se adhirió al fin, como lo hizo el de Suiza, por mayoría—, más los suizos Naine y Grimm, con el concurso de Angélica Balabanof, que dominaba varios idiomas a la perfección. De origen ruso, nacionalizada en Italia, perteneció al Ejecutivo de la Tercera Internacional con Lenin, al que abandonó para incorporarse de nuevo al Socialismo tradicional. Al escindirse el Socialismo italiano, acusó públicamente a Nenni de servir los intereses del comunismo ruso y se afilió al sector de Saragat. He visto actuar a esta mujer en conferencias internacionales traduciendo distintos idiomas a la vez, sin notas, cosechando ovaciones clamorosas. En este aspecto era un genio. Durante la etapa, en que dirigí *El Socialista* en la emigración divulgué trabajos originales remitidos por Angélica Balabanof.

En la conferencia de Zimmerwald estuvo Iso Brante, joven socialista, entonces de nacionalidad austriaca, nacido en la República Argentina, que colaboraba en *Renovación* y con el cual, así como con Roberto Dannenberg, secretario de la Internacional Juvenil Socialista, residente en Viena estuve relacionado. Dannenberg no intervino oficialmente en las reuniones de Zimmerwald y de Kienthal, aunque su espíritu coincidía con sus acuerdos, pero era contrario a utilizar el movimiento juvenil contra los veteranos. Conservo una flor silvestre recogida en plena montaña de Zimmerwald, con una fotografía del albergue donde se reunió la Conferencia, acompañada de una postal saludándome fraternalmente, con firmas, entre otras, de Lenin, no con este nombre, que no utilizaba, sino con el suyo, W. Oulianoff, remitido por mi amigo Iso Brante, autor de [1233] un libro donde publicó sus memorias.

Del 24 al 29 de abril de 1916 se reunió en Kienthal otra Conferencia internacional convocada por los socialistas nombrados en la de Zimmerwald, que actuaban en Berna, y publicaron circulares en varios boletines informativos, que inserté y comenté favorablemente en *Acción Socialista*. Sus acuerdos coincidieron en lo fundamental con los adoptados en Zimmerwald, pero adquirieron menor relieve. Con fecha 22 de noviembre de 1915 publicaron una circular informando de las organizaciones que habían remitido su adhesión. Por otra parte, los que actuaban en la oficina de Berna deseaban, contrariando a Lenin, reorganizar las fuerzas de la Internacional Socialista, agrupándolas de nuevo. De España no hubo nunca representación oficial ni oficiosa, contra lo que se ha publicado en diversos libros de historia. El Partido Socialista de Italia se mantuvo contra la guerra. Hubo un diputado italiano que se dejó corromper por el dinero francés, que le entregó otro diputado francés y fundó en Milán un diario. Explicaremos el caso, tomando la cita del libro de Rosmer *Le mouvement ouvrier pendant la guerre: De l'Union Sacrée a Zimmerwald*: “No obstante, rápidamente se supo, se afirmó públicamente y jamás se desmintió, que Mussolini había recibido fondos del Gobierno francés para lanzar su diario *Il Popolo d'Italia*, desde el día siguiente de su ruptura con el *Avanti*, y que el intermediario entre el Gobierno francés y Mussolini había sido Marcel Cachin”. *Il Popolo d'Italia* comenzó a publicarse el 15 de noviembre de 1914, como periódico diario socialista contrario a la neutralidad de Italia. Marcel Cachin, a su vez, desde *L'Humanité*, dedicaba un artículo diario a estimular la entrada de Italia en la guerra,

fomentando un nacionalismo que terminó por complicar, estando de acuerdo Gabriel d'Annunzio con Mussolini, a Italia en una lucha que rechazaba el [1234] proletariado organizado de esa nación. En *L'Humanité* de 22 de diciembre de 1914 hay un artículo de Marcel Cachin que concluye así: “Del otro lado de los Alpes se aprestan a entrar en la lucha que va a cambiar la faz de Europa y del mundo”. ¡Cuántas veces, ese mismo Marcel Cachin, habrá escrito después todo lo contrario, al servicio de Rusia! En esos términos aliadófilos hasta la exageración se expresaban en Madrid Daniel Anguiano y Torralva Beci para decir después todo lo contrario. Rosmer cita un discurso de Jaurès en la Cámara francesa el 18 de noviembre de 1909, que tiene interés histórico. Pero Jaurès no vivía el 4 de agosto de 1914. En 1905, cuando el emperador alemán situó un barco de guerra frente a Marruecos, Kropotkin, que no era francés y había dedicado su vida en defensa del anarquismo, declaró que si por aquel gesto kaiseriano estallaba la guerra entre Francia y Alemania, “él tomaría un fusil en defensa de la democracia y contra el militarismo”. ¡Ah! Los hechos no son tan fáciles de interpretar como lo hacen ciertos espíritus ligeros. Hay quien dice que Guesde, ministro de Poincaré, fue un traidor, y que Maurice Thorez, ministro del general De Gaulle, no lo fue. ¿Hay lógica en esa actitud?



Un trozo de historia de España

No es fácil encontrar un libro de historia de España donde se prescinda de la huelga general revolucionaria de agosto de 1917. En cambio, es seguro que en muchos de ellos figuran relatos de sucesos o acuerdos imaginarios, con censuras o comentarios casi siempre desprovistos de realidad o de imparcialidad. ¡Cuántas fantasías se han urdido alrededor de aquel episodio!

La huelga de agosto, ¿qué fue? Prescindamos por el momento del motivo inmediato —a pesar de todo no le restó relieve en lo esencial— que la provocó, anticipándola: solidaridad con los ferroviarios del Norte, como consecuencia de la selección efectuada en Valencia por la empresa contra agentes de ferrocarriles que se declararon en huelga coincidiendo con la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona, sin atenerse a la disciplina debida al Sindicato en que militaban y aceptando instrucciones de quienes no tenían autoridad para intervenir en cuestiones tan delicadas. La huelga general con carácter indefinido fue aprobada por la parte más consciente del proletariado adherido a la Confederación Nacional del Trabajo y a la Unión General de Trabajadores para obligar al rey a salir de España o aceptar este programa mínimo: reformar la Constitución de modo que a su amparo el país pudiera progresar, desarrollar su riqueza industrial y sanear la vida política; liquidar la guerra de África, terminando con la intromisión del ejército en la política y derogando la Ley de Jurisdicciones; libertad de cultos; autonomía municipal, resolver la cuestión agraria de modo que evitase la emigración por falta de trabajo y liquidación de los eternos problemas del latifundio, minifundio, rabassa morta, foros, ocultación de riqueza por falseamiento del catastro, terminando con el fraude fiscal y obligando a contribuir a cada uno según sus medios de fortuna, todo ello completado con leyes sociales que mejorasen la situación de la clase trabajadora. Regenerador programa, que el pueblo anhelaba se realizara desde el Poder, sin cambiar el régimen, si el rey era inteligente y leal al juramento prestado de identificarse con las aspiraciones nacionales; contra el régimen, si éste continuaba mostrándose enemigo de la voluntad nacional. El partido reformista de Melquíades Álvarez defendía lo esencial de esa bandera con la pretensión de ganar la voluntad regia para implantarlo. Las otras fuerzas de izquierda dudaban de ello o lo negaban en redondo, como Pablo Iglesias, en su tenaz campaña dentro de la Conjunción Republicano-Socialista desde 1910.

Más claro aún: que la huelga de agosto llevaba dentro un Gobierno provisional —en el que Pablo Iglesias hubiera sido ministro sin cartera, con el voto en contra de Julián Besteiro y de Virginia González, cuando se planteó este problema en nuestros organismos—, presidido por Melquíades Álvarez, que, mediante elecciones sinceras, dejara a España en libertad de escoger el régimen político que obtuviera mayoría en las urnas. De esto estaban informados los militares que dirigían las Juntas de Defensa, utilizados arteramente por Dato y Sánchez Guerra para dividir al ejército y ponerle, además, contra el pueblo, como lo prueba el siguiente texto de unas declaraciones hechas por el coronel Márquez, presidente que fue de la Junta Suprema Militar: “En la semana de agosto se trató de dividir al pueblo del ejército. Pudo entonces evitarse el derramamiento de sangre, haciendo yo, dentro de mi modesta esfera, todo lo posible; pero los

consejos, todas las habilidades heroicas, todas las generosidades que inspiran el amor a España, se estrellaron contra el corazón granítico de políticos tercos y encumbrados maquiavélicos”. La alusión corresponde plenamente a Dato y Sánchez Guerra.

Ese programa de la huelga de agosto lo conocían los regionalistas catalanes, sin haber tenido con ellos relaciones de ninguna clase, hasta el extremo de que, de haber vencido aquel movimiento, se habrían apresurado a reclamar una activa participación en el botín. En el manifiesto de marzo de 1916, redactado por Besteiro, está lo fundamental de ese programa, suscrito por Pestaña y Seguí, en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo. Los documentos publicados preparando la huelga general, los discursos pronunciados por anarquistas y socialistas en poblaciones importantes de España en que intervinimos oradores de las dos tendencias, abordaban esencialmente temas políticos. No se trataba de reclamaciones a la clase patronal, nadie habló de aumentos de sueldo ni de reducción de horas de trabajo; para nada salió a relucir la revolución social: se intentaba facilitar a la burguesía liberal su acceso al Poder, prestándose a ello, con exceso de idealismo que no todos supieron comprender y agradecer, la clase trabajadora. ¿Es que los anarquistas habían dejado de serlo y aceptaban la acción política? Hablemos claro, con respeto para aquellas figuras del obrerismo hispano: Seguí y Pestaña eran tan políticos como los hombres de la Unión General de Trabajadores. En los mítines de conjunto de diciembre de 1916 tomaron parte otras personalidades del anarquismo español: conmigo habló en Sevilla José Sánchez Rosa, a quien nadie discutirá su fidelidad ácrata. Pues bien, su intervención tuvo matiz preferentemente político, como era lógico. Defendíamos los acuerdos comunes, adoptados por unanimidad. ¿Quiere esto decir que todos los anarquistas adheridos a la Confederación Nacional del Trabajo estaban identificados con las actuaciones políticas entonces en auge? Si yo lo afirmara faltaría a la verdad. En la Confederación, como en todos los movimientos sindicales y políticos, había matices y el grupo intransigente a veces conseguía imponer su criterio. Ahondemos más. Por aquellos años, hombres de la Confederación Nacional del Trabajo frecuentaron por su cuenta —quiero decir cuando no estaban en relaciones con nosotros para lo de agosto— los despachos ministeriales para cuestiones relacionadas con huelgas, presos, abusos de autoridades de igual modo que habíamos hecho nosotros siempre. Con una diferencia: en nosotros era una táctica adoptada a la luz del día en nuestros Congresos, y en nuestras gestiones, siempre hechas públicas, no intervenían políticos de la burguesía. Por el contrario, a los sindicalistas de la CNT los hemos visto en relaciones con Romanones, sus gobernadores civiles y sus amigos; con Lerroux y los suyos; con Soriano, Barriobero, Cánovas y Cervantes y otros políticos de prestigio más o menos discutible, hasta el punto de haber leído en prensa de ese matiz desautorizaciones en regla. Manuel Buenacasa recoge algo de esto en su libro *El movimiento obrero español: historia y crítica*, salpicado de injusticias notorias contra nuestros organismos, aunque al final de su vida, noblemente, haya reconocido que combatió erróneamente a nuestros hombres.

La huelga de agosto no tuvo buena prensa. Ortega y Gasset la comentó despectivamente desde el Olimpo que a veces frecuentaba. Ni se declaró republicano, aunque había militado en nuestras filas, en las lerrouxistas y en las reformistas. La misma ambigüedad mantuvo Unamuno, siempre escurriendo el bulto, como podrá comprobarse seguidamente. La tarde en que debuté en el Parlamento consumiendo las tres horas de sesión y suspendiendo por razón reglamentaria mi discurso relatando los crímenes cometidos por la fuerza pública en Asturias, Maura, desde la

cabecera del banco azul, sin esperar a que yo terminara de hablar al siguiente día, impaciente por el efecto político conseguido por mí contra el Gobierno Dato. Sánchez Guerra se levantó y ofreció abrir una información judicial para depurar los hechos denunciados. Hubiéramos preferido una Comisión parlamentaria, pero demasiado sabíamos que no lo conseguiríamos, ni aun aprobándolo el Parlamento habríamos de alcanzar en los casos denunciados la justicia debida. Eso no precisábamos nos lo dijera nadie. Pero era la primera vez que un Gobierno, desde el banco azul, nada menos que presidido por Maura, hacía esa concesión. Lejos de subrayarla, Unamuno, el 12 de junio de 1918, es decir, veinte días después de haber hablado yo en las Cortes, publicó un artículo en que decía lo que sigue: “De la información no saldrá nada en limpio. El que estas líneas escribe recuerda cómo gobernando Maura se le mandó, de orden ministerial, hacer desaparecer la prueba patente y clara –una vidriera agujereada por bala de máuser– de que la Guardia Civil había matado a un pobre muchacho inocente e inerme que estaba dentro de una habitación cerrada, y de donde era imposible ni aun lanzar pedradas. Y eso después de que el juez instructor militar ni siquiera quiso ir –y su razón tendría– a ver aquella prueba verdaderamente descomunal y sacar testimonio mudo pero horrible de ella”.

Todo lo que dice Unamuno en ese artículo, ¡ya lo creo!, es exacto. ¡Como que era rector de la Universidad de Salamanca, testigo de ese crimen! ¿Lo denunció entonces, arrostrando incluso la destitución de su cargo oficial o renunciando a él, para mejor combatir al Gobierno amparador del crimen? No. Obedeció la orden ministerial que borraba una de las pruebas más terminantes. ¿Cómo iba a fiarse la opinión pública de estos hombres, que a veces fueron bandera popular, siempre contradiciéndose públicamente? Y ahora dos palabras sobre la información abierta por el magistrado del Supremo, Víctor Covián, de prestigio reconocido. Requerido para ampliar mis declaraciones ante los diputados a Cortes, mantenida por los mineros víctimas de la fuerza pública, hubo sanciones, no las que hubiéramos deseado, pero las hubo en lo que más nos interesaba: en el traslado de guardias civiles que, con su presencia en los mismos lugares donde habían cometido sus brutalidades, representaban un peligro y un escarnio. Repito: era la primera vez que se conseguía algo eficaz contra los abusos de la fuerza pública. Los traslados iban acompañados de amonestaciones en el expediente personal de cada uno. Para nosotros, lo esencial no era irritar a la Guardia Civil y que esa irritación la pagaran nuestros camaradas al menor descuido. ¿Quién garantizaba a los mineros en peligro que yo iba a seguir siendo diputado y a tener autoridad moral para imponer fueran respetados? ¿Necesitábamos que se nos recordase que la fuerza pública está al servicio de los Gobiernos y éstos a la devoción del régimen político y social imperante?

Julián Zugazagoitia, muy identificado con Prieto, escribió años [1240] después lo que sigue: “La huelga del año 1917 no consiguió sus objetivos y, sin embargo, contra lo que a raíz de su vencimiento se dijo, estuvo lejos de ser un fracaso. Iglesias aprobó el movimiento y se preocupó de organizar la ayuda a los que ayuda necesitaban. Temía que el fracaso repercutiese demasiado dolorosamente en los cuadros sindicales”. Zugazagoitia insinúa algo que se atribuyó a Iglesias de modo malintencionado contra Besteiro, que nunca fue verdad, porque Besteiro visitó a Iglesias oportunamente y conocía al detalle sus puntos de vista.

En la Asociación del Arte de Imprimir, en histórica batalla en que intervino el Comité de la Unión General de Trabajadores –caso nunca dado antes ni después, por ser completamente

anormal, aunque no antirreglamentario— para conseguir que la junta general decidiera sumarse al movimiento preparatorio de veinticuatro horas de paro en toda España en 1916, se creó ya entonces, eso es verdad, un delicado problema en ciertos talleres gráficos y excitó el odio de empresas y periodistas contra los socialistas. Con los riesgos que ello significaba, los asociados al Arte de Imprimir en las imprentas oficiales y en los periódicos, sin una sola excepción, fueron a la huelga. Hubo víctimas, viejos tipógrafos perdieron el puesto, pero ciertas consecuencias, por tristes que sean, son inevitables en luchas sociales. Explotar esas desventuras, como algunos hicieron —los de siempre— es impropio de hombres de responsabilidad y firmes ideales. *El Imparcial*, con Luis Bello como redactor, nos combatió duramente. *El Liberal*, en la cuerda floja, se vio forzado a seguir la corriente en favor nuestro. Augusto Vivero, director de *El Mundo*, y Roberto Castrovido, director de *El País*, secundaron decididamente la campaña en favor de la amnistía.

Amnistiados e incorporados al Parlamento, nuestros discursos produjeron impresión en la parte sana del país. Una editorial catalana publicó mi debut parlamentario en folleto, del que hizo varias ediciones, con el título: *Los sucesos de agosto: Las acusaciones de Saborit contra Dato y Sánchez Guerra*. El doctor Simarro publicó, con los discursos [1241] íntegros de los cuatro presidiarios, más los de Indalecio Prieto, Marcelino Domingo y Eduardo Barriobero, éste elegido por los mineros de Ríotinto, un libro titulado *Los sucesos de agosto ante el Parlamento*, con datos biográficos de los oradores, por Torralva Beci, comentarios marginales intencionados de Augusto Vivero y prólogo de Simarro, al que pertenece el texto siguiente: “Pero los nuevos diputados socialistas venidos del taller ignoraban la dialéctica y los precedentes de las escuelas desdeñaban la práctica parlamentaria, y unos y otros inauguraron, sin pretenderlo, un método polémico nuevo en las Cortes españolas, al seguir los dictados de su conciencia con llana sinceridad, llamando al pan, pan y al vino, vino. Esta falta —mejor dicho, ausencia— de habilidad parlamentaria desconcertó a los grandes jefes conservadores, eximios polemistas, preparados por su larga carrera de abogados y gobernantes a rebatir todas las argucias, oradores, como se dice, de muchos recursos, pero que parece que no tenían entre ellos alguno adecuado para rebatir la verdad desnuda, expuesta con sencillez y claridad. Y siguiendo el curso de la polémica, viene involuntariamente a la memoria el paso que cuenta Quevedo en su *Gran Tacaño*, donde a un maestro de esgrima, sutilísimo inventor de un nuevo método de destreza, le da una soberana paliza un robusto ignorante. Aunque bien es verdad, faltando a todas las reglas del arte. Los oradores socialistas no eligieron con prudencia el terreno del debate, no pesaron sus palabras con escrúpulos, no rehusaron soltar prendas y aceptaron todas las responsabilidades que pudieran corresponderles; no envolvieron sus ataques en templados eufemismos, no endulzaron sus acometidas con elogios al adversario, sino que relataron sencilla mente los hechos, dando las fechas y los números, citando testigos, leyendo cartas y documentos fehacientes, formulando una tremenda serie de denuncias contra los desafueros del Poder, las brutalidades de la represión, la prevaricación de los jueces, la insolvencia de los agentes, las crueldades de las cárceles, etcétera, que el jefe del Gobierno se vio obligado a prometer el nombramiento de una Comisión judicial investigadora de la verdad de lo mencionado”.

Nunca he defendido la unidad sindical, bandera demagógica utilizada por los comunistas para dominar el movimiento obrero, entregándosela a Rusia como trofeo. Si ha de seguir

habiendo anarquistas, imposible que acepten la acción integral que en el mundo entero desarrollan las federaciones obreras. El Sindicato único es la consecuencia natural de un régimen de dictadura. ¿Es que yo no querría que la clase obrera estuviera unida? Discutamos serenamente. Esa bandera la ostentamos desde que Marx y Engels la proclamaron en 1848. ¿Lo consiguieron alguna vez? ¿Transigieron con Bakunin? ¿Transigió Bakunin con ellos? La Unión General de Trabajadores nació en Barcelona en 1889; la Confederación Nacional del Trabajo en 1910. El Partido Comunista dio la cara en 1921. ¿Quién creó la escisión entre los trabajadores? Hablar de una unidad política o sindical es engañar a la clase trabajadora. Donde haya hombres con ideales, con tendencias diversas, es lógico se agrupen respondiendo a sus convicciones. Eso es diferente de la unidad circunstancial en la lucha; frente a un patrono, ¿por qué han de dividirse los trabajadores según sus ideales, si les une el interés común circunstancial de obtener una mejora, que ha podido ser acordada por diversos organismos obreros?

Más ejemplos, que los jóvenes —es un hombre cargado de años quien habla, pero un joven en ideales— tal vez los necesiten. En 1905 funcionaba con relativa normalidad la Segunda Internacional, vencidas las profundas divisiones que habían esterilizado el Socialismo francés. Apenas acabadas aquellas luchas, donde intelectuales de relieve, como Briand y Viviani, pasaron al campo burgués, surgió Lenin dividiendo el Socialismo ruso. No aceptó la intervención de la Internacional, presidida por Vandervelde. Lenin formó un grupo, con unos cuantos rusos refugiados como él en el extranjero, una docena escasa, interpretando arbitrariamente a Marx, aunque mucho más cerca de Blanqui. Esa división la llevó [1243] a Rusia, con gran satisfacción del Gobierno zarista. Cuando triunfó la revolución sin que él interviniera, se aprovechó de las circunstancias, y vulnerando los resultados de las elecciones libres en que no había obtenido mayoría, dio un golpe de Estado, disolviendo el Parlamento con predominio socialista, para proclamar la dictadura del proletariado, esto es, la de su partido, la de un grupo dentro de ese partido, la de un dictador dentro de ese grupo, que asesinó a cuantos le estorbaban, confirmado hoy históricamente. ¿Cómo es posible que hombres de formación universitaria hayan defendido y defiendan aún esos procedimientos? ¿Qué unidad se quiere? ¿La unidad decretada desde el Poder, como en los países de dictadura? ¡Cómo se juega con la infantilidad de las masas! Los trabajadores deben unirse. Exacto. ¡Si lo hemos defendido toda la vida! ¡La unión es la fuerza!, lema que figuraba en la cabeza del Boletín de la Asociación General del Arte de Imprimir de Madrid, fundada en 1871. Ahora bien, los trabajadores deben saber claramente para qué se unen. Porque, además de trabajadores son hombres, no borregos, y los hombres tienen corazón y cerebro que, para hombres de una pieza, deben prevalecer sobre el estómago.

Pero sigamos con los hechos. En la huelga de agosto del 17, ¿respondió la Confederación Nacional del Trabajo a lo que podía esperarse de un organismo que había dado reiteradas muestras de febril impaciencia? No. ¿Traicionaron los sindicalistas? Menos aún. Secundaron la huelga sin entusiasmo. Las poblaciones donde tenían mayoría no dieron el do de pecho. La mayor proporción de muertos, heridos y presos en agosto de 1917 pertenecía a la Unión General de Trabajadores. En realidad, era absurdo pedir a los anarquistas que utilizaran la dinamita para una huelga limitada a un cambio político en beneficio de la burguesía radical, aunque en otras ocasiones lo hicieron con menos motivo. Los cenetistas de 1917 no fueron revolucionarios: actuaron en reformistas. ¿Cumplió con su deber la Unión General de Trabajadores? Hubo [1244]

huelga. Se ha dicho reiteradamente que traicionaron los partidos políticos burgueses. No es cierto. Quienes traicionaron llevaban –sin merecerlo– carnet de nuestras organizaciones. Se educa mal a la clase trabajadora no diciéndole la verdad. El movimiento surgió el lunes 13 de agosto. El jueves 16 pudo vencer, al menos con fórmula de transición. ¿Quiénes lo hicieron fracasar? Los directores de los Sindicatos de MZA y de MCP en Madrid y provincias, obedeciendo órdenes de Ramón Cordoncillo, secretario de la Federación nacional del ramo, de la que era presidente Daniel Anguiano, encarcelado con nosotros. Dato estuvo dispuesto a entrar en negociaciones, a través de Rafael García Ormaechea, que le era fiel política y personalmente, y había militado años en nuestro campo. Pero Julio Amado, escritor militar, diputado a Cortes conservador, emparentado con Cordoncillo, en relaciones con Sánchez Guerra, evitaron que los ferroviarios se incorporasen al movimiento, como habían acordado en reunión colectiva el martes 14 de agosto. Hubo grupos aislados de ferroviarios de esas compañías que secundaron la huelga, sin que fueran seleccionados cuando se reintegraron al trabajo para evitar nuevas complicaciones. Allí anduvo la mano de Cordoncillo. Terminado el conflicto, juzgado, fue expulsado de nuestras filas. Pero el daño estaba hecho. Hubo otro responsable, aunque no traidor: Daniel Anguiano, presidente de la Federación Nacional de Ferroviarios. La huelga en la red Norte prevaleció en el Comité del Sindicato por un voto de mayoría, signo indudable de vacilación grave. ¿Qué autoridad moral era la suya que no lo evitó? Acordada la huelga en el Norte, ¿cómo no adoptó toda suerte de precauciones para conseguir la secundaran en el resto de España los otros ferroviarios adheridos a la Federación? Si los trabajadores españoles iban a la huelga anticipando el movimiento anunciado, por solidaridad con los ferroviarios del Norte, ¿cómo disculpar que traicionaran a sus camaradas de profesión los ferroviarios de otras compañías. Ahí estuvo el fracaso de la huelga de agosto. Ahí nació la traición.

[1245] Una cosa es indudable: la incapacidad de Anguiano, honrado a carta cabal, bondadoso, de vida privada, austera y hasta romántica, que le atrajo simpatías. Mimado por Pablo Iglesias –eran casi vecinos–, que le creía hombre de porvenir para las ideas, fracasó al frente del diario. Sus artículos carecían de claridad, eran pesados, como sus discursos, que nunca llegaron a interesar. Concejal, cesó en el cargo sin enterarse de nada, jamás intervino en un debate municipal. Diputado al salir de Cartagena, su único discurso fue una catástrofe. No volvió a ser ni candidato en lo sucesivo. Hasta los comunistas, en 1923, que presentaron candidatura cerrada por Madrid, prescindieron de él. ¿Por qué se orientaría hacia el comunismo, cuando su origen político era el federalismo pimargaliano de clase media, se había adscrito a la masonería –la Tercera Internacional excluyó de sus filas a los masones por colaboradores con la burguesía– y desconocía el marxismo? Escribo estas líneas con tristeza: entre Anguiano y yo nunca hubo el menor roce de tipo personal, al contrario, fuimos como hermanos en aquellos tiempos difíciles. ¿Quién influyó en este hombre excesivamente sugestionable hasta el punto de que olvidara la veneración que sentía por Pablo Iglesias y traicionara a Besteiro, compañero suyo de viaje hacia Holanda? Los agentes públicos y secretos del comunismo, ¡cuanto daño han hecho y siguen haciendo al mundo entero! Valladolid y Valencia, por imprudencias o traiciones, se anticiparon al movimiento general. Llegado éste, en esas capitales se notaron las consecuencias, aflojando desmesuradamente su empuje, desmoralizando al resto de las provincias limítrofes. Galicia, con La Coruña a la cabeza, bastión anarquista y republicano, flojeó demasiado. Andalucía, excepción hecha de Ríotinto, donde corrió la sangre, no estuvo a la altura debida. Sevilla fracasó.

Respondieron mejor localidades donde dominaban organizaciones de obreros campesinos favorables al Socialismo y al republicanismo. Aragón cumplió medianamente. Como disculpa relativa, téngase en cuenta que los ferroviarios, muy numerosos en esa región, con varias líneas en funcionamiento, traicionaron el movimiento, influyendo [1246] su censurable conducta sobre el resto de los trabajadores aragoneses.

¿Cumplieron los republicanos en la huelga de agosto? En general, sí, Melquíades Álvarez me hizo entrega de una lista, con direcciones de amigo suyos que podían ayudar a los nuestros, incluyendo militares. En Asturias, reformistas y republicanos hicieron posible que el paro durara varias semanas, mientras en el resto del país, faltando a lo convenido, incluso Madrid, pasados los primeros días, era general el desmayo. Hasta los tipógrafos de los diarios matritenses flaquearon. En Cataluña Lerroux y Maciá huyeron a Francia, temerosos de la actitud adoptada por los militares contra Marcelino Domingo, al que encerraron en el cuartel de Atarazanas, maltratándolo. Para salvar su vida, el capitán general de Cataluña –Domingo era diputado por Tortosa– ordenó fuera trasladado a un barco de guerra anclado en el puerto de Barcelona, donde fue objeto de toda suerte de consideraciones. Marcelino Domingo había escrito una proclama a los soldados que las Juventudes Socialistas propagaron por todo el país, origen de la irritación suscitada en los cuarteles catalanes. El sacrificio de Marcelino Domingo salvó el prestigio de los republicanos en aquella lucha contra el régimen.

Hubo que adelantar la huelga, es cierto; pero no era aquél un movimiento improvisado y caprichoso. Maura, desde 1909, había provocado una acción común contra Alfonso XIII. Recordemos textos del propio Maura, que le llevaron a la cabecera del Gobierno, para olvidarse seguidamente de haberlos pronunciado: “Las elecciones son un periodo en que el cieno cubre todas las magistraturas, y en que se presenta al pueblo un muestrario de los delitos y de las impunidades, porque en él no suele haber autoridad ni agente que no delinca de uno a otro extremo de la península. El Gobierno no se comunica con el pueblo, y del Gobierno no penetran en el pueblo más que los escándalos que suelen dar las autoridades, el recaudador de contribuciones y las balas máuser. No se conocen, he dicho muchas veces, sino para maldecirse y ultrajarse, los [1247] gobernantes y los gobernados. Esta es la realidad de las relaciones oficiales entre el pueblo y los gobernantes. Cada vez la gente se aparta más de nosotros, y cada vez, oídló bien, y esto os lo voy a decir muy despacio para que quede entre nosotros, nos van despreciando más. He dicho y repito que España entera necesita una revolución en el Gobierno, y que si no se hace en el Gobierno, un trastorno formidable la hará”. Maura, al pronunciar ese discurso, estaba haciendo propaganda en favor de la huelga de agosto de 1917. Una conjura palatina, en la que intervino Maura, elevó a Canalejas a la jefatura del Gobierno. Canalejas había sido republicano, y con esa significación se sentó por primera vez en los escaños rojos. Dejó de serlo para ocupar una cartera ministerial con Sagasta, y ansioso de llegar pronto a la cumbre, formó grupo separado alardeando de anticlerical extremista. En el célebre mitin de izquierdas organizado para pedir la revisión de los procesos de Montjuich, en donde fueron torturados anarquistas catalanes, en que intervino Pablo Iglesias, Canalejas llegó a decir, parodiando frases de Iglesias, primero en pronunciarlas, que toda España era Montjuich. Tenía razón. Y más razón, aún mientras él fue jefe de Gobierno, en que fueron martirizados, entre otros, los presos de Cullera (Valencia), clausurada la Casa del Pueblo de Madrid durante once meses y suspendido judicialmente en ese mismo

periodo el funcionamiento de la Unión General de Trabajadores, que siguió actuando en la clandestinidad, a pesar de la orden gubernativa. Veamos cómo se expresaba Canalejas antes de doblar la rodilla en el Palacio Real: “España es para toda la escuela radical europea y aun para los más de los liberales en el mundo, la España negra; el recuerdo de Montjuich, teatro de iniquidades en que yo creo convencido...”. Y en la sesión de Cortes del 1º de mayo de 1902 se expresaba así Silvela: “Ese máuser de que se habla con desprecio ha relegado a los museos de antigüedades las barricadas de principio de siglo, ese es el que constituye la garantía, de la prudencia y de la medida de los partidos socialistas”. El que había hablado con desprecio del máuser había sido Canalejas, quien replicó: “Sí, señor Silvela, reconózcalo Su Señoría, frente a esos máusers, que representan tanto perfeccionamiento, está aquella substancia combinada en el laboratorio químico, con la cual se hace estallar una fábrica. No hablemos, pues del máuser; hablemos de la justicia”. ¡Buena dejó la justicia Canalejas al frente de los destinos de España! Con la vida pagó en noviembre de 1913 en que Miguel Pardiñas, anarquista aragonés, le mató de un tiro en la Puerta del Sol, de Madrid, suicidándose seguidamente. ¿Aleccionó aquel hecho a los políticos monárquicos? ¿Sirvió de algo al rey? De ninguna manera. Siguió la guerra de Marruecos consumiendo millones y matando hombres; se aplicó la Ley de Jurisdicciones –de la que Canalejas, como hemos visto, abominaba, pero no se atrevió a derogarla por miedo a los militares–; surgió la guerra europea y con ella los fantásticos negocios de la exportación de productos de toda clase a favor de los beligerantes –el capitalismo no tiene patria–; creció artificialmente el movimiento obrero, hubo huelgas ganadas fácilmente y fabricantes millonarios de la noche a la mañana. El panorama de España era: Cortes cerradas suspensión de garantías, previa censura, atentados, emigración, falta de trabajo, elevación fabulosa del precio de las subsistencias, escasez y carestía de viviendas... ¡y Juntas Militares seguidas de las de otras clases en distintos ministerios! ¿Era posible permanecer al margen de tan graves acontecimientos? La crítica no partía sólo de nuestro campo. Por ejemplo, el conde de Torre-Vélez, en su libro *El bandolerismo político*, precisamente publicado en 1917, se expresaba así: “Tenemos por tradición, proclamado además, y esto es lo peor, practicado, un solo principio de Gobierno, a saber: el gobernante tiene derecho a hacer cuanto le plazca. Ante el capricho, la vanidad o la soberbia del arbitrio ministerial no hay barreras. No tiene freno ni límite [1249] para barrenarlas y ultrajar los derechos y proclamar la anarquía gubernamental”. ¿Cabe mayor prueba de la corrupción que dominaba en el régimen alfonsoino? Al juzgar la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, ¿cómo desconocer u olvidar el ambiente existente en el país y en el mundo? Desde 1914 el Socialismo internacional cambió de fisonomía; apenas asesinado Jaurès en París el 31 de agosto de 1914, los socialistas franceses se alineaban en el Gobierno de Unión Sagrada, con Guesde y Sembat como ministros. De igual modo, Inglaterra y Bélgica formaban Ministerios de coalición con representantes del proletariado, y la Confederación General del Trabajo de Francia, vivero de anarquistas en los primeros días de este siglo, con Jouhaux de secretario, formado en ese campo, evolucionaba hacia la colaboración con la burguesía e intensificaba sus contactos con el Partido Radical de Francia. En los países escandinavos, lejos del foco de la guerra, creció rápidamente el Socialismo, alcanzando mayoría municipal en algunas capitales, colaborando primeramente en gobiernos de coalición y constituyendo más tarde gobiernos homogéneos. Sin olvidar –no es flojo el renglón– que por entonces el hundimiento del odiado régimen zarista levantó oleadas de entusiasmo en el corazón de todos los demócratas. ¿Es que estos acontecimientos nacionales y

extranjeros no eran más que suficientes para inflamar la sensibilidad del proletariado español, ansioso de probar sus fuerzas, derrocar el régimen monárquico, e iniciar rumbo nuevo con otros hombres? La Unión General de Trabajadores ¿no había efectuado antes huelgas políticas? Hubo una en 1907 pidiendo rebaja del arancel en el bacalao y abaratamiento de las subsistencias. En 1909, gobernando Maura, contra la llamada a filas de los reservistas, supresión de la redención a metálico y que fueran al cuartel en iguales condiciones los hijos de los ricos y los de los pobres, derogación de la Ley de Jurisdicciones, inmediata terminación de la guerra de Marruecos y contra la represión gubernativa en Cataluña. Ninguna de estas cuestiones se relacionaba con problemas sindicales, a pesar de lo cual anarquistas y socialistas coincidimos en luchar juntos con esa bandera hasta hacer saltar el Poder a Maura-Cierva. En 1911, gobernando Canalejas, estalló otra huelga general, en la que, en lo esencial, se reclamaban las mismas cosas que en 1909, además de expresar la solidaridad del movimiento obrero nacional con los huelguistas que peleaban en algunas regiones. Otro movimiento parecido hubo en ocasión de una huelga ferroviaria iniciada de modo sospechoso en Cataluña —no intervinieron en ella los cenetistas, digámoslo para evitar suspicacias—, a pesar de las advertencias de la Federación Nacional de Ferroviarios, orientada, aún por Vicente Barrio, cuya experiencia valió para hacer frente, con tacto y habilidad, a una situación harto comprometida.

La huelga de agosto, entre nosotros, tuvo críticos de índole muy diversa. En relación con ese acontecimiento sindical, que dejó huellas profundas, escribieron, hablaron o murmuraron, entre otros, Prieto, Barrio, García Quejido, Cabello, García Cortés, Llaneza y singularmente Morato y sus amigos, que se excedieron más de la cuenta. Llegado el Congreso de la Unión General de Trabajadores de 1918, donde todo se dijo y nada había que tapar, la gestión del Comité Nacional y, por tanto, la del Comité de Huelga, fue aprobada por unanimidad, salvando su voto Prieto y la Gráfica, representada por amigos de García Quejido. Aunque nadie aludió a Pablo Iglesias, entonces y posteriormente se ha querido enfrentar la posición de Besteiro con la del presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Julián Besteiro escribió un artículo deshaciendo esa patraña, ¿cómo iba a estar Iglesias contra una huelga política, si ése había sido el acuerdo adoptado desde el primer momento por el Congreso de la Unión General, ratificado por los delegados regionales y firmado por los hombres de la Confederación? ¿No habíamos estado movilizados en ocasión de reunirse en Barcelona la Asamblea de Parlamentarios, con orden de lanzar la huelga si el Gobierno llevaba adelante sus amenazas? ¿Se olvida que Pablo Iglesias podría haber sido ministro [1251] sin cartera, si en Barcelona Cambó y sus aliados hubieran tenido agallas para constituir un Gobierno provisional y liberar a España de la opresión que padecía? Salvo Prieto, equivocado totalmente, los demás sólo se fijaban en aspectos parciales que, examinados fríamente, carecían de fundamento. Llaneza, secretario del Sindicato Minero Asturiano, tenía razón para lamentarse del esfuerzo realizado por los trabajadores de aquella región, expuestos a perder parte de las conquistas obtenidas gracias a su tenacidad y disciplina, en tanto que otras regiones faltaron a su deber rompiendo la huelga —o negándose a declararla— a pesar de haber vociferado más de lo debido por no haber declarado la huelga antes. La crítica de Llaneza y de los asturianos no iba contra el Comité de Huelga, obligado a sacrificarse para salvar el prestigio de la organización y evitar que los anarquistas nos hubiesen censurado por desleales.

Lo he dicho en distintas ocasiones, probándolo con documentos oficiales: la huelga del 17 fue ideada, pensada y dirigida por Julián Besteiro principalmente. ¿Por una improvisación personal, por un capricho suyo? De ninguna manera. Besteiro condensó algo que estaba en la parte más sana del país. Todos los artículos y discursos de Iglesias desde 1909 iban en ese sentido. Era preciso, en primer lugar, acabar con la guerra de Marruecos, y meter al ejército en los cuarteles, impidiendo perturbar la vida del país con las Juntas Militares y acabar con la Ley de Jurisdicciones. “El movimiento de agosto de 1917 –escribió Álvaro de Albornoz– ha sido uno de los más importantes que se han producido en el mundo obrero”. Manuel Azaña, discutiendo en el Parlamento con Melquíades Álvarez, que durante años fue su jefe político, le dijo: “Y vea Su Señoría lo que son las cosas: en el discurso de la otra tarde dije yo que el año 17 fue un año crítico en la historia política de la España contemporánea, porque en él había ocurrido la Asamblea de Parlamentarios, la huelga general y otros sucesos que son la prefigura y el anuncio de la revolución actual”. En la huelga de agosto [1252] Azaña no tuvo la menor participación: al penal de Cartagena no llegó ni una carta, de saludo, pero tenía razón al calificar de revolucionario aquel acontecimiento nacional, más que sindical.

¿Fue pacífica o revolucionaria la huelga de agosto? Su finalidad era revolucionaria. En la inmensa mayoría del país fue pacífica. ¿Por órdenes de los Comités Nacionales que prepararon el movimiento? No. Las instrucciones que dimos en las distintas regiones visitadas eran claras y terminantes: huelga general indefinida a toda costa, sin excepciones, hasta triunfar. Las que figuran en la hoja, anexa al manifiesto decían: “Los obreros procederán a la paralización de todos los trabajos, de tal modo que el paro resulte completo, tomando todas las medidas necesarias; para que se incorporen al movimiento los tranviarios, ferroviarios, cocheros, panaderos, ramos de alumbrado, obreros municipales, dependientes de comercio, etcétera. Con respecto a la duración de este movimiento, deberá tenerse en cuenta que no ha de cesar hasta que no se hayan obtenido los resultados que se persiguen al realizarlo... pues la huelga no deberá decrecer en intensidad, ni mucho menos cesar, mientras no se reciban órdenes concretas de los Comités Nacionales del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores”. ¿Podía ser pacífica una huelga con esas premisas? Si hubo flaquezas no es lícito buscarlas en quienes no las sintieron. Otro ataque llegó más tarde, acusando de románticos a los hombres que la dirigieron por haber puesto su firma al pie del manifiesto ofreciendo el pecho al enemigo. Si la huelga no hubiese tenido un Comité responsable, ¿habría alcanzado el movimiento de agosto la resonancia que obtuvo? ¡Ya hace falta tupé para elogiar la cobardía y censurar el cumplimiento del deber, arrojando en ello: vida! Finalmente, se esgrimió el argumento de nuestra inocencia por haber lanzado a los obreros al movimiento sin armas. Se adquirieron las que fue posible en el corto tiempo de que se dispuso. ¿Se podían, comprar más? ¿Dónde? ¿Con qué fondos? ¿Qué obreros estaban preparados para manejarlas?

[1253] Besteiro se lanzó a jugarse la vida en un movimiento revolucionario en el que, de haber triunfado, reuniendo excepcionales cualidades para ello, no hubiera sido ministro, porque su voto fue contrario a que lo fuese Pablo Iglesias, a pesar de que le respetaba y admiraba sinceramente. Ni entonces ni después fue partidario de la colaboración ministerial. En su discurso, defendiendo la huelga de agosto en el Parlamento defendió asimismo que los obreros hubieran debido tener armas y que el estuvo dispuesto a habérselas dado para defenderse de los

ataques de la fuerza pública. ¡Ya hacía falta valor personal para expresarse así en aquel Parlamento tan corrompido, habituado a toda suerte de comedias y farsas políticas! ¿Se hacía ilusiones, caso de triunfar el movimiento pensando en que la clase se trabajadora, al día siguiente del éxito alcanzado, encontraría resueltos todos los problemas? Véase lo que dijo en Mieres, cuando era presidente de las Cortes Constituyentes, en la conferencia que dedicó a Llaneza: "¿Es que vamos nosotros a crear una República en la cual tengamos que realizar el papel de los burgueses? El papel de la burguesía, si es preciso, que lo realicen ellos con su responsabilidad y con nuestra presión para que lo hagan lo mejor posible con objeto de servir el día de mañana a los intereses de la clase trabajadora." Besteiro no fue nunca oportunista. El manifiesto de la huelga de agosto no finalizaba vitoreando a la revolución social, contra lo que se ha escrito. Terminaba con este grito: ¡Viva España! Antes que a Unamuno, le dolían a Besteiro los dolores de España. En su primer discurso en el Parlamento figura esta frase: "Es que son dolores de España, y es preciso que España los sienta". Aquel fue un movimiento en favor de la burguesía liberal, como el de 1931 lo fue en favor de la burguesía republicana, y si los socialistas, como deseaba Besteiro en los dos casos, hubiésemos permanecido al margen de las responsabilidades gubernamentales, sosteniendo al régimen desde fuera estrechamente unidos, hubiera sido muy diferente la situación de España. Al final de su vida, el fiscal que le acusó y le hizo morir en presidio sostuvo que Besteiro era un mito. Seguro que era un mito para el Madrid que, con él, soportó la guerra hasta el mismo momento en que entraron los fascistas y le detuvieron. Para llegar a ser mito, ¡cuántos sufrimientos, cuántas amarguras, cuantos desengaños! "Yo creo, le dijo alguna vez a su esposa, que puede adquirirse la sicología del mártir". ¡Ya lo creo que se puede adquirir! Besteiro experimentó esa angustia en su propia carne, sin claudicar, sin rendirse, a pesar de carecer de fuerzas para seguir viviendo.

Pongamos fin a estos comentarios con una frase histórica que Besteiro clavó en su primer discurso parlamentario, mirando fijamente a unos diputados que no tenían altura moral para oírla, que posiblemente se burlaban de ella, confundién-dole con un miserable vividor de la política, uno de tantos como pasaron por aquellos escaños, rojos cor las vergüenzas que durante años soportaron. "Yo –les decía Besteiro, acaso acusando en quienes desde dentro del propio campo en que militaba no habían llegado a comprender acertadamente la inmensa abnegación con que él entregó su vida para interpretar los anhelos de la clase trabajadora– yo, si hubiera pasado el movimiento de agosto sin cumplir, como he cumplido, con mi deber, creo que no querría conservar la vida". Para pensar y obrar así, ¡qué corazón más grande era preciso tener! En letras de oro merece ser esculpida esta frase, de eterna recordación para las generaciones futuras.

[1255] *Un mitin de resonancia nacional*

Como acto común, que tuvo resonancia nacional, el 27 de marzo de 1917 hubo un mitin en la Casa del Pueblo de Madrid, presidido por Besteiro, en el que intervinieron delegados de la Confederación Nacional del Trabajo con otros de la Unión General y del Partido Socialista. Besteiro leyó un manifiesto con firmas anunciando que habría huelga general cuando lo considerasen conveniente ambas entidades, si el gobierno se resistía a resolver los problemas urgentes. Hubo presos, cierre de centros obreros, suspensión de garantías...lo de siempre. Me libro por casualidad de caer preso. La represión no dura porque, naturalmente, no hubo huelga

entonces. El Gobierno se había tirado una plancha. Pero en Valladolid, sin previo acuerdo, Oscar Pérez Solís declaró una huelga general, largamente seguida. Núñez Tomás y yo fuimos a la citada capital castellana, invitando al restablecimiento a la normalidad, ya que la declaración de movimientos aislados perjudicaba grandemente al que se proyectaba de acuerdo con la confederación de Barcelona. Pérez Solís se ausentó de Valladolid, huyendo de comparecer ante los organismos obreros, dispuestos a exigirle cuentas. Nadie se las pidió después. Por entonces, Pablo Iglesias estaba reponiéndose en Caldetas (Barcelona), siguiendo indicaciones del doctor Vera. En marzo fue operado de la vejiga en una clínica barcelonesa. Juan Clement, correligionario que tenía comercio de alpargatas en Caldetas, extremó sus atenciones con Iglesias y sus familiares durante el periodo que pasaron en aquella ciudad.

El Comité Nacional del Partido Socialista y la redacción del diario funcionaban durante este tiempo en la calle del Pez, 13. En esos locales fue decidido autorizar a Iglesias para que fuera ministro sin cartera en el Gobierno provisional que habría de presidir [1256] Melquíades Álvarez, como colofón de la asamblea de diputados y senadores convocada en Barcelona. Contra ese acuerdo votaron Besteiro y Virginia González solamente. El 16 de junio se reunieron en Madrid las minorías parlamentarias reformista, republicana y socialista, acordando trabajar por derrocar el régimen político, incompatible con la democracia y con el cual era imposible remediar los males del país, cada vez más hondos, terminando el documento que hicieron público, en el que colaboró Iglesias, con el siguiente texto: “Los que suscriben, fieles en su propósito de servir con entusiasmo el interés y el progreso de su patria, adquieren el compromiso de utilizar la representación que ostentan y su influencia en los partidos a que pertenecen para que prevalezca, por encima de toda clase de poderes, la voluntad soberana de la nación”.

Coincidiendo con esta posición francamente antidinástica, el 5 de julio, en Barcelona, se reunieron diputados y senadores de la región, sin distinción de matices, acordando por unanimidad: “Apertura inmediata de las Cortes, para que las mismas, en funciones de Constituyentes, discutan y resuelvan la organización del Estado y la autonomía de los municipios; den solución al problema militar, lo mismo que a los que las circunstancias actuales han planteado; estudien todo lo relacionado con la Hacienda pública y garanticen la vida económica de España. De no obtener inmediata convocatoria de las Cortes, invitar a todos los diputados y senadores para que acudan a una Asamblea extraordinaria el día 19, a fin de deliberar sobre los indicados extremos”. El plan era de Cambó, para impresionar en el Palacio Real; pero lo esencial de ese plan lo recogió de los acuerdos adoptados por la Unión General de Trabajadores y [1257] la Confederación Nacional del Trabajo, cristalizados en discursos y manifiestos. El Comité de la Unión General se movilizó por si los acontecimientos exigían la intervención de la clase trabajadora. Di la consigna de la huelga general revolucionaria en Ávila, Valladolid, Valencia, Miranda de Ebro, donde estuve a punto de ser detenido, Logroño, Zaragoza y Barcelona. Estuve con Seguí y con Lerroux, aisladamente, y oí a este último un magnífico discurso incitando a sus partidarios a secundar el movimiento de conjunto. Sólo Lerroux sabía que yo estaba allí oyéndole. En Barcelona me relacioné con muy contados socialistas, para evitar indiscreciones. Jamás funcionó un supuesto Comité revolucionario a que se refieren algunos historiadores, siguiendo a Morato. Quienes actuaban eran los Comités Nacionales del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, de acuerdo con la Confederación Nacional del Trabajo, que desde el

primer instante se mostró conforme con que la dirección del movimiento estuviera en Madrid.

Hubo Asamblea de Parlamentarios en Barcelona el día 19 de julio. Acudió Pablo Iglesias. La moción aprobada fue firmada por Lerroux, Iglesias, Cambó, Melquíades Álvarez, Rodés, Roig y Bergadá y Zulueta, esto es, todas las tendencias políticas. En su redacción intervino Iglesias, para expresar claramente el carácter democrático y revolucionario de la misma, añadiendo no sería posible resolver problema alguno de carácter nacional si no se instauraba un régimen republicano. El acuerdo fue concretado en el texto siguiente: “Para que el país pueda manifestar libremente su opinión y el pueblo no vea cerrada toda esperanza de que su voluntad sea reconocida y respetada, las Cortes Constituyentes no pueden ser convocadas por un Gobierno de partido, que fatalmente seguiría a los habituales procedimientos de adulteración del sufragio sino por un Gobierno que encarne y represente la voluntad del país”.

Las dos organizaciones sindicales estuvieron preparadas por si con motivo de la reunión de los parlamentarios surgía un movimiento político [1258] que hiciera forzoso declarar la huelga general. En Madrid fue constituido el Comité revolucionario por Besteiro, Largo Caballero, Torralva Beci, Núñez Tomás y Virginia González. Anguiano y yo quedamos encargados de formar en el Comité suplente, caso de que los primeros fueran detenidos. En Valencia, intempestivamente, hubo huelga general coincidiendo con la reunión de la Asamblea de Barcelona. El paro llegó a los ferroviarios del Norte, con graves consecuencias, pues la Compañía, de acuerdo con el Gobierno de Dato y Sánchez Guerra, dejó cesantes a gran número de ferroviarios. Hubo gestiones de arreglo, algunos fueron, reintegrados a sus puestos; pero sobre otros, la Compañía, se negó a transigir estimulada por presiones gubernativas, interesadas en provocar la huelga general a destiempo.

El 9 de agosto se reunió el Comité del Sindicato de ferroviarios del Norte, y por un voto de mayoría, contra los consejos de algunos camaradas de significación, decidieron declarar la huelga en todo el sector Norte, esto es, en las poblaciones de mayor importancia de España. No era posible dejar aislados a los ferroviarios, y por unanimidad el Comité de la Unión General decidió lanzar el movimiento el lunes 13, en la misma fecha en que lo iban a hacer los ferroviarios, pero dando al movimiento un carácter francamente político y revolucionario. Torralva y Núñez se negaron a seguir en el Comité de Huelga y fuimos nombrados Anguiano y yo para sustituirlos. Como no hubo otro lugar más adecuado, nos refugiamos en el domicilio de Gualterio José Ortega, calle del Desengaño, 13, donde ya habían estado los del primer Comité. Quizá fue un error; pero no era posible encontrar otro local céntrico donde pudieran pernoctar cinco personas. Si la policía hubiera conocido nuestro escondite, hubiera impedido declarar el movimiento, deteniéndonos antes. Hubo confidencia o indiscreción. Pero la detención se produjo cuando la huelga llevaba dos días completos en pleno desarrollo. Salí de casa de Ortega para preparar una entrevista con Melquíades Álvarez, que residía en el hogar [1259] de su amigo Álvarez Valdés. Besteiro y Caballero se reunieron con Melquíades Álvarez en casa de Rafael Sánchez Ocaña, afiliado al partido Reformista, saliendo aquél para Oviedo en el último tren que circuló antes de estallar la huelga.

En Madrid hubo graves sucesos en los Cuatro Caminos y dentro de la Cárcel Modelo. En total, doce muertos y muchísimos heridos. El pánico fue general en los primeros días. Sánchez Guerra consiguió su objeto a base de infamias y calumnias graves, que no se atrevió a mantener

en el Parlamento. El jueves, 15, Dato hubiera dado facultades a Ormaechea para buscar una solución al conflicto, pero los ferroviarios de las otras empresas fallaron, por traición de Cordoncillo, secretario de la Federación Nacional, de la que Anguiano era presidente. Nos salvó el recuerdo de Ferrer. Por otra parte, la personalidad de Besteiro pesaba mucho, por sus relaciones con hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Hubo consejo de guerra el 29 de septiembre. Casi hasta entonces estuvimos incomunicados, aunque de todos modos apenas si tuvimos quienes se atrevieron a visitar ni acompañar a nuestras familias, que sufrieron días de angustia, porque los amigos de Sánchez Guerra, hacían correr la noticia de nuestro inminente fusilamiento. El juez militar de nuestra causa, Gustavo del Amo, comandante de Infantería, cuando recibió los antecedentes penales sobre mi caso que le remitió el ministerio correspondiente, se asustó y encargó al secretario, capitán Quirós, quizá hombre de ideas liberales, que me hablase privadamente para que al hacer mi declaración dijera que el único responsable de todo era Besteiro, y que yo no había tenido participación en la redacción de los numerosos documentos que aparecieron en la causa. Efectivamente, yo había sufrido condenas por tres Consejos de guerra. Era, pues, archireincidente, y la pena, al llegar a mi caso, tenía que ser recargada. El juez, hombre de sentimientos nobles, quería evitar eso. No lo consiguió. Me declaré autor de todo como hicieron los otros encartados, sin habernos puesto de acuerdo, aunque ninguno de ellos tenía antecedentes penales. Yo era el garbanzo negro.

[1260] Fui autor de varias octavillas, una de las cuales conservo, que decía: “Obreros madrileños; Habéis visto que la huelga general indefinida ha sido declarada hoy en toda España. Las órdenes están perfectamente comunicadas y tenemos la seguridad de que a estas horas todos los camaradas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista se han lanzado al movimiento. Igualmente tenemos la seguridad de que vosotros cumpliréis con vuestro deber. ¡A la huelga, camaradas! Al empezar esta gloriosa jornada, os saludamos fraternalmente y os ofrecemos la seguridad de que por nuestra parte no hemos de escatimar nuestro esfuerzo ni nuestro sacrificio. ¡Adelante, con absoluta confianza en el triunfo!”. Todos los documentos fueron firmados por los cuatro, por modestos y sencilla que fueran, como el copiado.

El Consejo de Guerra contra el Comité de Huelga y sus auxiliares, Fario Anguiano, Ortega y Torrent, se desarrolló en el Cuartel de San Francisco, unido a Prisiones Militares, el 39 de septiembre. *El Imparcial* calificó el acto con el siguiente título: "El mitin de San Francisco". La sentencia nos fue comunicada el 4 de octubre, cuando quedó aprobada por el capitán general, siguiendo instrucciones del Gobierno. Fuimos trasladados a la Cárcel Modelo, por pocos días, y sin aviso previo, el 20 de octubre llegamos a Cartagena, conducidos por un grupo de guardias civiles al mando de un sargento. Yo fui atado por un pie a otro de Besteiro, y Anguiano y Largo Caballero sufrieron el mismo trato. En Cartagena, el director del Penal, Ricardo Mur, ayudado por un hermano de los Machado, que era oficial del cuerpo de Prisiones, se condujeron con extrema corrección. Vivimos en un cuarto con cuatro camas, una en cada rincón, con una mesa en el centro, y un servicio higiénico muy rudimentario. Entre los cuatro reinó una fraternal camaradería. Ni el menor incidente enturbió aquel periodo tan penosamente llevado, porque convivir durante seis meses en tales condiciones no era agradable. Desde el primer momento, un concejal derechista cartagenero, Escobar, fue visita [1261] frecuente y nos ayudó de modo eficaz. Escobar había sido alumno de la Institución, y como tal tenía especial predilección por Besteiro,

figura principal y excepcional desde el primer momento.

Besteiro y Anguiano vieron caer sus bigotes, barbas y cabellera, rapadas al cero, cumpliendo el reglamento. Largo Caballero debió afeitarse el bigote y cortar su cabellera y yo perdí mi cabellera solamente. El diario *ABC*, previamente autorizado por el Gobierno, con intención de acobardar a la opinión, publicó nuestras fotografías con traje de presidiarios, y nuestro nuevo aspecto produjo tal impresión al vernos la gente desfigurados de ese modo que a partir de encauces comenzaron a llegar al penal de Cartagena muestras de adhesión y saludos de todo el país.

El director de aquel Penal, funcionario del cuerpo de Prisiones con formación moderna, organizaba conferencias y actos para distraer y educar a los penados. Eugenio Noel dio una conferencia: el director nos permitió oírle, y al entrar en el salón de actos, los otros penados, de pie, nos ovacionaron. Correspondimos discretamente, y no volvimos a ser invitados a ningún otro espectáculo ni a tener tratos con los otros presos. Paseábamos en la terraza una hora por la mañana y otra por la tarde, sin contacto con nadie, salvo el vigilante de servicio. No había bancos. La terraza del presidio daba al mar, y desde allí se veía la entrada, en el puerto de Cartagena. Nuestras familias nos visitaron una vez solamente, en diferentes etapas cada una de las cuatro. Mi madre lo hizo con la que era mi prometida, María Rojo. Luis de Zulueta estuvo a visitarnos.

Era cuñado de Besteiro. No nos dijo que hubiera hecho gestiones por salvar nuestras vidas cerca del Gobierno de Dato, como ha publicado un escritor. Tal vez lo hiciera, pero de ello no tuvimos nunca la menor noticia. Largo Caballero, al referir nuestra estancia en Cartagena, sufrió varias equivocaciones. He trabajado durante mucho tiempo con él, y eso era frecuente. Su memoria necesitaba apoyarse en textos. De lo contrario corrientemente fallaba. Se nos ofreció el indulto, pero lo rechazamos, en conversaciones oficiosas. Los obreros de la fábrica de vidrio de Cartagena, famosa en España, nos regalaron un precioso juego de agua de cristal, que en sorteo me correspondió. Ya amnistiados, la salida fue impresionante. Nos acompañó una multitud al hotel donde pernoctamos hasta la hora de la salida del tren para regresar a Madrid. En cada estación se nos vitoreaba, obligándonos a saludar desde las ventanillas del tren. La llegada a Madrid fue apoteósica. En la Casa del Pueblo, Besteiro dirigió unas palabras para despedirnos de la multitud, diciendo: “Se ha terminado aclamar al Comité de Huelga. Ahora, a trabajar por las ideas. Muchas gracias a todos”.

El general Burguete, que mandaba, las tropas en Asturias, se condujo con extraordinaria crueldad. Fue relevado. Pasaron los años, y el 18 de marzo de 1932, en plena República, solicitó el ingreso en la agrupación Socialista de Madrid, que no le aceptó en sus filas. Ha fallecido en la emigración, leal a la República.

Todavía en Prisiones Militares, el 26 de septiembre de 1917 hubo una reunión de parlamentarios, bajo la presidencia de Melquíades Álvarez a la que acudieron Iglesias, Lerroux, Rodés, Cambó, Abadal, Giner de los Ríos, Zulueta y Roig Bergadá, los mismos elegidos en la asamblea de Barcelona. Se dirigieron al presidente del Congreso, con un documento firmado por todos ellos, solicitando autorización para reunir a diputados y senadores en el Congreso. De acuerdo con el Gobierno, no autorizó la reunión, que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid. El 30 de octubre, Dato separó al viejo general Primo de Rivera, tío del que fue luego el dictador, quien

dio la siguiente referencia: “A mi se me ha calificado de sospechoso por las Juntas de Defensa. Mi espíritu ha decaído al saberlo. Yo no abandono la cartera de Guerra por motivo de salud. Estoy por fortuna perfectamente sano”. La división entre militares y paisanos era constante. El régimen había salido de la huelga de agosto muy quebrantado. Melquíades Álvarez y Lerroux, contra lo que se ha dicho, no traicionaron. Melquíades Álvarez creía en la victoria, y me dio nombres y direcciones le amigos suyos, militares y paisanos, que pudieran ayudarnos. Antes de caer presos destruimos esas listas. La Agrupación Socialista de Madrid estaba presidida por García Cortés que, como fue corriente en él en los últimos años, no jugó limpio. En cambio, Desiderio Tavera, secretario, muy compenetrado con Iglesias, se condujo muy bien durante este periodo. Augusto Vivero, en *El Mundo*, hizo campaña favor del Comité de Huelga, como la hizo Castrovido desde *El País*. Enrique de Mesa, en la revista *España*, publicó "Odas cívicas: ante el retrato de cuatro hombres", el 1º de noviembre de 1917. El 27 de octubre cae Dato y sube García Prieto, que de acuerdo con Cambó, que previamente se entrevistó con el rey, quien concedió a Sánchez Guerra la cruz de Carlos III como recompensa por la represión de agosto. El 10 de enero de 1918 hubo disolución de Cortes. En Madrid y provincias, manifestaciones en favor de la amnistía. Por esta época era director de *El Imparcial* Félix Lorenzo, y redactores, entre otros, Luis Bello y Ciges Aparicio, que no mostraron simpatía ni comprensión por la huelga general ni por sus iniciadores. El 1º de diciembre de 1917 comenzó a publicarse en Madrid *El Sol*, diario de la mañana. Por la noche, Urgoiti sacó poco después *La Voz*, que cultivaba sucesos y crímenes, mientras en *El Sol* predominaba la literatura y la información internacional. Ramón Gómez de la Serna publicó *Greguerías*. Miguel de Unamuno, *Abel Sánchez*. Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*. El matrimonio Martínez Sierra, *Canción de cuna*, de cuyas ediciones está dedicada al Comité de Huelga. Sin contar para nada con el Ayuntamiento de Madrid, comienza la construcción del metropolitano, que nunca pagó un céntimo al Municipio, a pesar de los trastornos y daños que produjo en los barrios donde abrió pozos para obras tan importantes.

Más noticias de 1917. El 13 de enero llegó a Nueva York Trosky expulsado de Francia y España. El 3 de febrero, ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Alemania. El 11 de marzo las tropas aliadas entran en Bagdad. El 15, abdicación del zar en Rusia; Francia e Inglaterra se alarman ante la situación en este país, aliado con ellos contra Alemania. En ese mismo mes, Lenin es autorizado por el kaiser a regresar, pasando por Alemania, a Rusia desde Suiza, donde estaba refugiado. Los Estados Unidos reconocen el Gobierno de Kerensky y se incorporan al bando aliado, declarando la guerra a Alemania. Lenin y Trotsky, por un golpe de Estado, disuelven el Parlamento elegido con mayoría socialista y pactan un armisticio con el kaiser, desoyendo los consejos de Vandervelde y otros emisarios de los gobiernos aliados, uno de ellos Marcel Cachin, luego comunista furibundo. El 3 de diciembre de 1917 firmada por el secretario de Estado Von Kulkmann, hubo una comunicación dirigida al Kaiser donde le decía: “Solo cuando los bolcheviques obtuvieron de nosotros, por diversos conductos y con etiquetas diversas, un apoyo permanente de dinero, pudieron publicar su principal periódico, *Pravda*, desplegar una propaganda enérgica y aumentar considerablemente en base de acción, hasta entonces muy restringida”. Torpedeamiento de barcos españoles por submarinos alemanes, a pesar de que tenían refugio seguro en nuestros puertos. Romanones quiere intervenir diplomáticamente contra Alemania, pero Alfonso no le deja y sube García Prieto. Maura, con sus desplantes, pronuncia un discurso pidiendo a los Aliados Tánger y Gibraltar. ¡Casi nada! Juntas

militares en Cataluña. Cede el rey, asustado. Cambian las autoridades militares en Barcelona y son puestos en libertad los militares detenidos. Juntas en otros cuerpos del Estado. El coronel Márquez, durante unos días personaje de primer plano, como líder de las Juntas militares, se atreve a proponer al rey el siguiente Gobierno: presidente, el que designara el rey; Guerra, general Borbón; Estado, Santiago Alba; Fomento, Cambó; Hacienda, Urzáiz; Instrucción pública, Ramón y Cajal; Trabajo, Torres Quevedo, y Gobernación, general Marvá. Naturalmente, Alfonso XIII no tomó en serio la iniciativa de quien entonces se creía el amo de España, que meses después sería barrido del escalafón.

[1265] En 1917 fallecieron, entre otros: Gumersindo de Azcárate, presidente del Instituto de Reformas Sociales; Miguel Morayta, catedrático, Gran Maestre de la Masonería, ex diputado a Cortes republicano; Joaquín Dicenta, autor dramático; Enrique Prat de la Riva, jefe de la Liga Catalana; Felipe Pedrell, compositor catalán; Emile Durkheim, filósofo, y Octave Nirbeau, escritor, autor de *El jardín de los suplicios*, franceses; Emilio A. Bering, sabio alemán, descubridor del suero antidiftérico, premio Nobel de Medicina; L. Zamenhof, médico y lingüista polaco, inventor del esperanto.

[1266] *Manifiesto del Comité de Huelga*

“A los obreros y a la opinión pública: Ha llegado el momento de poner en práctica, sin vacilación alguna, los propósitos anunciados por los representantes de la Unión General de Trabajadores y de la Confederación Nacional del Trabajo en el Manifiesto suscrito por estos organismos en el mes de marzo último.

Durante el tiempo transcurrido desde esta fecha hasta al momento actual, la afirmación hecha por el proletariado de demandar, como remedio a los males que padece España, un cambio fundamental de régimen político, ha sido corroborado por la actitud que sucesivamente han ido adoptando importantes organismos nacionales, desde la enérgica afirmación de la existencia de las Juntas de Defensa del Arma de Infantería frente a los intentos de disolución de esos organismos por los Poderes públicos, hasta la Asamblea de Parlamentarios celebrada en Barcelona el día 19 de julio y la adhesión a las conclusiones de esa Asamblea de numerosos Ayuntamientos, que dan público testimonio de las ansias de renovación que existen en todo el país. Durante los días febriles en los cuales se han producido todos estos acontecimientos que tal vez hayan sido interpretados por las oligarquías que detentan el Poder como manifestaciones de falta de energía y de incompreensión de la gravedad de las circunstancias actuales.

Si tal idea se han formado los servidores de la monarquía Española se han engañado totalmente. El pueblo, el proletariado español, ha asistido en silencio durante estos últimos meses a un espectáculo vergonzoso mezcla de impotencia y repulsiva jactancia, de descarado desprecio de la vida y de los derechos del pueblo e impúdica utilización de las más degradantes mentiras como supremo recurso del Gobierno. Si el proletariado, si el pueblo español todo, se resignase a seguir viviendo en esta situación oprobiosa, habría perdido, ante su propia conciencia y ante la conciencia extraña, los nobles rasgos que hacen a las colectividades humanas dignas del respeto y la consideración universales, aun en medio de [1267] las más hondas crisis de la vida de los pueblos.

Cerca de medio siglo de corrupción han llevado a las instituciones políticas españolas a un grado tal de podredumbre que los mismos institutos armados reclinan contra la injusticia, contra las arbitrariedades y se consideran vejados y engañados por los mismos Poderes públicos que tantos mentidos halagos les han prodigado cuando se trataba solamente de utilizarlos como instrumentos de opresión y de tiranía. Y si esto han hecho los Poderes públicos con las clases sociales en cuya adhesión han buscado siempre las firmes garantías de su existencia y dominio, ¿qué no habrán hecho con el pueblo inerme e indefenso bajo un régimen constitucional ficticio, bajo un régimen económico de miseria y despilfarro y en un estado de cultura mantenido por los oligarcas en el más bajo nivel y sobre el cual la masa ciudadana solo puede irse paulatinamente elevando merced a ímprobos y perseverantes esfuerzos. El proletariado español se halla decidido a no asistir ni un momento más, pasivamente, a ese intolerable estado de cosas. La huelga ferroviaria, provocada últimamente por este Gobierno de consejeros de poderosas Compañías, es una prueba más de lo intolerable que son las actuales condiciones de nuestra vida.

Se provoca un conflicto ferroviario por el despido de algunos trabajadores y el Gobierno ofrece su mediación y el director de la Compañía se aviene a parlamentar con el personal, pero a condición de que no se trate de la cuestión que he sido precisamente origen del conflicto. Estos recursos vergonzosos, disfrazados en el lenguaje de la decadencia nacional con el nombre de "habilidades", lo rechaza de una vez para siempre el proletariado español en nombre de la moralidad y del decoro nacionales. Los ferroviarios españoles no están solos en la lucha: les acompaña todo el proletariado organizado, en huelga desde el día 13. Y esta magna movilización del proletariado no cesará hasta no haber obtenido las garantías suficientes de iniciación del cambio de régimen necesario para la salvación de la dignidad, del decoro y de la vida nacionales.

Pedimos la constitución de un Gobierno provisional que asuma los poderes ejecutivo y moderador y prepare, previas las modificaciones imprescindibles de una legislación viciada, la celebración de elecciones sinceras de unas Cortes Constituyentes, que aborden, en plena libertad, los problemas fundamentales de la constitución política del país. Mientras no se haya conseguido este objetivo, la organización obrera se halla absolutamente decidida a mantenerse en su actitud de huelga. Ciudadanos: no somos instrumentos de desorden, como en su impudicia nos llaman con frecuencia los gobernantes que padecemos. Aceptamos una misión de sacrificio por el bien de todos, por la salvación del pueblo español y solicitamos vuestro concurso. ¡Viva España! Madrid, 12 de agosto de 1917. Por el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores, Francisco Largo Caballero, vicepresidente. Daniel Anguiano, vicesecretario. Por el Comité Nacional del Partido Socialista, Julián Besteiro, Vicepresidente. Andrés Saborit, vicesecretario”.

Instrucciones para la huelga

Las siguientes instrucciones para la huelga fueron escritas por Besteiro. Llevan su estilo y fueron leídas y sostenidas por él cuando defendió la huelga de agosto en las Cortes españolas:

“En el momento en que se reciba la orden de huelga, dada por los Comités Nacionales de la Unión de Trabajadores y del Partido Socialista, los obreros procederán a la paralización de todos los trabajos, de tal modo que el paro resulte completo, tomando las medidas necesarias para que se incorporen al movimiento los tranviarios, ferroviarios, cocheros, panaderos, ramo del

alumbrado, obreros municipales, dependientes de comercio, etcétera.

Si el Gobierno tratase de ejercer coacciones contra los obreros, empleando para ello la fuerza pública y aun la del ejército, los trabajadores no iniciarán actos de hostilidad, tratando de dar la sensación a la fuerza armada de que también está integrada por elementos trabajadores que sufren las consecuencias de la desastrosa conducta del régimen imperante. Al efecto, las masas harán oír los gritos de ¡Vivan los soldados! ¡Viva el pueblo! Sólo en el caso de que la actitud de la fuerza armada fuese manifiestamente hostil al pueblo, deberán adoptarse las medidas de legítima defensa que aconsejen las circunstancias. Teniendo en cuenta que deben evitarse actos inútiles de violencia que no encajan en los propósitos ni se armonizan con la elevación ideal de las masas proletarias. Con respecto a la duración de este movimiento, deberá, tenerse en cuenta que no ha de cesar hasta que no se hayan obtenido los resultados que se persiguen al realizarle, y que quedan señalados en el manifiesto publicado en el mes de marzo último por los representantes reunidos de la Unión general de Trabajadores y de la Confederación Nacional del Trabajo. Así, pues, la huelga no deberá decrecer en intensidad, ni mucho menos cesar, mientras no se reciban órdenes concretas de los Comités Nacionales del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores”.

Besteiro, ante el Consejo de guerra

El Consejo de Guerra para juzgar al Comité de Huelga, y a sus colaboradores directos se reunió el día 29 de septiembre en el cuartel de San Francisco, inmediato al del Rosario, adaptado éste para Prisiones Militares y unidos interiormente, de modo que no tuvimos precisión de pisar la calle. *El Imparcial*, diario nada afecto a nuestra causa, tituló la reseña del Consejo de Guerra del modo siguiente: "El mitin de don Francisco". En efecto, los informes de nuestros defensores y las términos que utilizó Besteiro, en nombre de todos —fue el único que habló—, cuando el presidente preguntó a los procesados si teníamos algo que alegar, produjeron sensación. Al acto acudió numeroso público. La opinión comenzaba a recobrar el pulso. He aquí los términos dignos y valientes con que Besteiro defendió la huelga, sin atenuaciones ni arrepentimientos:

“Aparte de las consideraciones legales aducidas por la defensa, necesitamos contestar a algunos cargos morales que se nos han hecho mientras estábamos indefensos. En primer lugar, tenemos que hacer constar que, como hombres y como socialistas, no concedemos a nadie primacía en el sentimiento de las desgracias ocurridas con motivo de la huelga. Las sentimos como el que más, pero en modo alguno nos creemos moralmente responsables de ellas. Sin duda, en el cumplimiento de acuerdos de nuestras asambleas, hubiésemos realizado una huelga general indefinida en su momento oportuno, para purificar la viciada atmósfera política que ahoga la vida de los ciudadanos. Pero la hubiéramos realizado cuando hubiese llegado a su madurez la protesta general que había tenido ya manifestaciones bien conocidas de todos. De este modo aspirábamos a que la huelga general constituyese una especie de plebiscito que, por su uniformidad, generalidad y altas consideraciones humanitarias y culturales alcanzase una fuerza moral eficaz. La huelga que se ha realizado no ha sido la que nosotros hubiéramos querido, sino la que nos han impuesto desde el Poder los que por su representación nacional estaban más obligados a huir de la aventura y a ajustarse en sus actos a los dictados de la prudencia.

En efecto, nadie ha hecho más que nosotros por evitar la huelga ferroviaria, origen de la huelga general. Aun rotas las negociaciones entre el Comité ferroviario y el Gobierno, volvieron a reanudarse por nuestro influjo y se mantuvieron hasta que la conducta de los gobernantes hizo imposible todo arreglo. Una vez declarada la huelga de los ferroviarios del Norte, no había opción. Quisiéramos o no, en el ambiente de la vida nacional, que todas las clases sociales habían contribuido a formar, la huelga general hubiese estallado.

[1271] Entonces hubiéramos podido nosotros, adaptándonos a costumbres muy generalizadas, pero que reputamos absolutamente deshonorosas, haber esquivado todo peligro personal, constituyéndonos, a costa del deshonor y de la traición, un asilo seguro desde el cual hubiésemos podido contemplar sin riesgo alguno la tragedia nacional de una lucha desordenada de los obreros contra el Gobierno, y de los mismos obreros entre sí, desorientados todos por nuestra falta de civismo.

Eso jamás lo hubiésemos hecho. El único camino digno que pudimos seguir es el que hemos seguido. Aceptar los riesgos personales necesarios para humanizar y ordenar la huelga impuesta y acercarla lo más posible a la realización de nuestro ideal. Eso lo hemos hecho y estamos seguros de haber cumplido con nuestro deber de socialistas, de hombres y de ciudadanos. Por eso podemos comparecer hoy ante este tribunal, como hemos comparecido ante los jueces, con la conciencia dolorida, pero serena. Y en este mismo estado de espíritu esperamos el fallo del Consejo de Guerra y el juicio, más o menos tardío, pero seguramente favorable en su día, de nuestros compañeros y de la opinión pública.

Sin que nosotros pudiéramos intervenir en nada —estuvimos casi un mes incomunicados—, el doctor Simarro, de acuerdo con el capitán Mangada, ambos masones, decidieron buscarnos defensores dentro de la milicia. Designamos a uno por indicación de ellos que fue rechazado por la superioridad, sin duda por tratarse de quien estaba muy relacionado con las Juntas de Defensa. Por fin, Julio Mangada, capitán de Infantería, se encargó de la defensa de Ortega, y como defensor de los otros procesados surgió el nombre de Ramón Arronte Girón, capitán del regimiento de León, cubano de origen, como Mangada, a quien ofrecieron ayudaría en su labor como jurista Emilio Menéndez Pallarés, uno de los más eminentes letrados que defendió a Nakens cuando estuvo preso por complicidad en el atentado de Mateo Morral contra los reyes el día de su boda. El informe que redactó en favor nuestro causó impresión. Tanto de esa defensa como de [1272] la redactada por Mangada se hicieron varias ediciones. Mangada fue objeto de un arresto de quince días en un fuerte de Jaca, por haber considerado el capitán general de Castilla la Nueva que se había excedido en ciertos pasajes. En la guerra civil intervino al frente de una columna de voluntarios. Durante la etapa republicana tuvo serios incidentes con jefes militares francamente monárquicos. Falleció en México el 14 de julio de 1945. Ramón Arronte estaba preso en Porlier cuando llevaron allí a Besteiro. Perteneció al Cuarto militar de Alcalá-Zamora, mientras fue presidente de la República. Todo ello le perjudicaría al estallar la guerra civil. ¿Fue fusilado como tantos otros? Nunca lo hemos podido comprobar.

El día 4 de octubre se nos comunicó la sentencia dictada por el Consejo de Guerra, después de haber pasado por los trámites militares y políticos propios de tan complicadas circunstancias. Porque, en efecto, las cosas comenzaban a complicarse para Dato y Sánchez Guerra la sentencia, en lo esencial, estaba concebida en los siguientes términos: Besteiro, Largo

Caballero, Anguiano y yo, reclusión perpetua con la accesoria de inhabilitación perpetua absoluta. Gualterio José Ortega Muñoz, Luis Torrent Lerén y Mario Anguiano Anglés, ocho años y un día de prisión mayor, con la accesoria de suspensión de todo cargo y del derecho de sufragio durante el tiempo de la condena. Manuel Maestre Rubio y Florentino Abelardo Martínez Salas, dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, con iguales accesorias que los anteriores. Virginia González y Juana Sanabria, libremente absueltas.

Ortega, Torrent y Mario Anguiano fueron enviados al Penal del Dueso. Abelardo y Maestre quedaron en la Cárcel Modelo de Madrid. Ortega y su esposa no debieron ser procesados. Se limitaron a recibirnos en su hogar, sin intervenir en nada. Ortega falleció en Madrid el 22 de enero de 1933, habiéndose comportado hasta el fin de sus días como un socialista digno de eterna recordación. Su esposa, admirable en todos los aspectos, a propuesta de Besteiro, fue nombrada celadora de la escuela de párvulos creada por la Fundación Cesáreo del Cerro en los Cuatro Caminos. Luis Torren, que perteneció al Comité Nacional del Partido, intentó suicidarse en la Dirección de Seguridad, aterrorizado por las escenas que presencié. Por fortuna, las heridas sufridas no fueron de gravedad. Mario Anguiano —sin parentesco con Daniel Anguiano—, dueño de imprenta, había sido presidente del Arte de Imprimir y pertenecía a la Agrupación Socialista. Se lo jugó todo por las ideas. Manuel Maestre y Abelardo Martínez, con otros muchos que consiguieron salvarse, intervinieron en la impresión y reparto del manifiesto y las proclamas declarando la huelga general. Maestre era maquinista de *La Voz*, diario madrileño de la noche, cuando por consejo técnico suyo, desempeñando la gerencia de la Gráfica Socialista, calle San Bernardo, 68, adquirí la rotativa para *El Socialista*, arrumbada en una imprenta de San Sebastián. Maestre demostró poseer excelentes cualidades profesionales. Recibí informes contrarios a los suyos y críticas tan duras como injustas. Se ha de hacer constar que Maestre no percibió beneficio alguno en esta operación, ni siquiera por las horas dedicadas a dirigir al montaje de la rotativa. ¡Que satisfacción experimentamos la madrugada en que comenzaron a salir ejemplares, admirablemente impresos, de aquella rotativa tan puesta en entredicho! Nunca olvidaré el beso que me dio con los ojos húmedos de alegría, Matías Gómez Latorre, fundador del primer número de *El Socialista* semanal, con Pablo Iglesias.

Durante aquella horrible persecución en 1917, millares de obreros quedaron sin trabajo: en ferrocarriles pasaron de nueve mil los seleccionados, deportados, encarcelados, sentenciados, martirizados. La inmensa mayoría de esas víctimas anónimas sufrieron tan triste odisea sin recompensa moral ni material, sin el consuelo de que su sacrificio anónimo y el hambre y la miseria soportada por los suyos fueran reconocidos públicamente. La Unión General, con sus hombres perseguidos o encarcelados, poco auxilio podía prestar. De todos modos, Eduardo Torralba Beci, de la Comisión Propresos, no cumplió con su deber ni presentó cuentas claras. Su gestión fue objeto de censuras por el Congreso de la Unión General. Tal vez su lamentable conducta de entonces le llevó hacia el comunismo, del que había sido uno de sus más encarnizados enemigos. Los gastos oficiales de la huelga de agosto fueron en total cifrados al céntimo por Vicente Barrio, de 29.857 pesetas, abonadas por partes iguales por el Partido Socialista y la Unión General. Con cantidad insignificante para un movimiento de carácter nacional, pocos milagros podían realizarse.

De Madrid a Cartagena

Desde la Cárcel Modelo de Madrid, sin previo aviso, el Gobierno de Dato y Sánchez Guerra nos trasladó al Penal de Cartagena, especialmente destinado a delincuentes de penas graves, la mayoría de reclusión perpetua, que generalmente si el expediente personal del penado no estaba complicado con otros casos, solía quedar en veinte o veinticinco años de prisión. ¡Ya estaba bien! Un escritor derechista se atrevió a publicar un relato de nuestra marcha a Cartagena diciendo que íbamos allí en vagón de primera clase. Lo cierto es que habilitaron un vagón de mercancías, pusieron en él bancos corridos para los guardias civiles que nos custodiaban y para los cuatro presos, atados por los pies –yo iba atado a Besteiro y Anguiano a Largo Caballero– pero con las manos libres. Oímos dar las instrucciones al jefe de la fuerza diciéndole que al menor intento de evasión ordenara disparar contra nosotros. Naturalmente aquella amenaza no nos produjo la menor impresión, porque estábamos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber. Al divisar el mar, cerca de Cartagena, instintivamente nos pusimos en pie y cantamos *La Internacional*. Los guardias civiles oyeron en silencio el himno proletario, quizá alguno se emocionó entonces, porque ya en libertad Besteiro recibió la visita de uno de ellos –había, naturalmente, régimen monárquico–, y se iniciaron unas relaciones que tuvieron continuación por cortesía, aunque en el fondo hubiera coincidencia con nuestros ideales.

En la estación de llegada había agentes de la fuerza pública con cuatro galeras, las clásicas tartanas levantinas, para trasladarnos, debidamente custodiados al Penal cartagenero, evitando atravesar la ciudad. A pesar de las precauciones para que nuestro viaje no fuera conocido, en el andén hubo un joven, Amancio Muñoz de Zafra, un sastre cartagenero, según supimos después, que se quitó el sombrero, saludándonos muy emocionado. La escena nos impresionó muy profundamente. Muñoz de Zafra, con el tiempo, fue diputado a Cortes socialista con la República por la provincia de Murcia.

La Tierra, diario cartagenero de García Vaso, diputado romanonista que hacía el juego a la política de Lerroux en aquella comarca, publicó la noticia de nuestra llegada con estudiada sobriedad. En cambio, *El Porvenir*, adversario de la política simbolizada por García Vaso, lo hizo con cierta extensión, principio de una campaña que se inició desde aquel momento en favor de nuestra liberación. En la prisión encontramos como funcionario de categoría a Francisco Machado, hermano de Antonio y Manuel, alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, y por tanto, amigos los tres de Besteiro. Desde aquel instante no nos faltaron visitas y atenciones, principalmente dedicadas a Besteiro, por su especial significación social. Visitar al Comité de Huelga llegó a convertirse en una verdadera peregrinación, con marcada preferencia en favor de Besteiro. A este respecto, bueno será reproducir algo de lo que Eduardo Torralva Beci, muerto fuera de las organizaciones tradicionales del Socialismo español, escribió en el libro editado por el doctor Luis Simarro con el título *Los sucesos de agosto ante el Parlamento español*. Dice Besteiro cuántas veces se le presenta oportunidad: “Yo he venido al Partido Socialista a aprender de vosotros, no a enseñar”. Esto acredita su simpática modestia y su temperamento demócrata, que le hace

repugnar todo cuanto signifique superioridad, aun la noble superioridad intelectual, dentro del medio fraternal en que se desenvuelve. Y él, que por su capacidad y su talento, es maestro de hecho y de derecho, por título académico y sus títulos morales, jamás quiere ser otra cosa que el compañero de todos, igual a todos, ni más ni menos que cualquier otro afiliado al Partido. ¿No es la consignación de esto el mejor elogio que de él pudiera hacerse?

Puesto en libertad Marcelino Domingo, que era diputado a Cortes por Tortosa y sufrió en el cuartel de Atarazanas de Barcelona un trato infame, lo primero que hizo fue acudir al Penal de Cartagena para abrazarnos. A su llegada le recibió una muchedumbre, como desagravio a los atropellos de que había sido víctima, con escarnio de su representación parlamentaria. La entrevista con Domingo fue muy emocionante. Todo esto no hacía sino acrecer la popularidad del Comité de Huelga, en favor de cuya amnistía cristalizaba un movimiento de gigantescas proporciones que se tradujo en la grandiosa manifestación pública que Madrid organizó el 22 de marzo de 1918 para pedir nuestra liberación.

Triunfo del Comité de Huelga en Madrid

El Gobierno de Dato-Sánchez Guerra estaba obligado a convocar elecciones de concejales el 11 de noviembre de 1917. Para ello, legalmente era indispensable levantar el estado de guerra y la suspensión de garantías constitucionales que venían rigiendo en algunas regiones desde el movimiento revolucionario del 13 de agosto. Lo hizo así, saltando seguidamente del Poder. La presión popular le ahogaba. Por otra parte, las resoluciones de la segunda Asamblea de Parlamentarios, verificada esta vez en el Ateneo de Madrid –la Casa del Pueblo ofreció sus locales, por si no hubieran tenido otro lugar para reunirse los diputados y senadores enfrentados con el Gobierno–, cuyas deliberaciones seguía Alfonso XIII con todo detalle, facilitaban las maquinaciones de Cambó, líder catalanista, dispuesto a dar el salto e incorporarse a los consejos de la corona, como lo hizo así poco después. Hubo, pues, elecciones de concejales el 11 de noviembre de 1917, preparadas por el Gobierno conservador, aunque efectuadas bajo una situación liberal urdida en Palacio entre Cambó y el rey. Las Agrupaciones Socialistas de provincias apenas si pudieron presentar candidatos, aunque a pesar de ello, obtuvieron algunas victorias. En Madrid, la Agrupación Socialista, presidida por Mariano García Cortes y contra el criterio de éste, decidió presentar la candidatura de los cuatro miembros del Comité de Huelga por cuatro distritos populares –defendió este criterio Desiderio Tavera, secretario [1278] de la Agrupación, muy bien relacionado con Pablo Iglesias, a quien se atribuló esta iniciativa para facilitar un movimiento de opinión que terminara arrancando la amnistía–, de acuerdo con los elementos republicanos y reformistas. Aunque ni hubo tiempo para hacer propaganda, ni estaba caldeado debidamente el ambiente por falta de libertad, las izquierdas alcanzaron trece puestos, cuatro de los cuales, con brillantes votaciones, correspondieron a los reclusos en Cartagena. He aquí las cifras y los distritos respectivos:

Universidad, Julián Besteiro, 3.690 votos; Chamberí, Andrés Saborit, 2.228; Inclusa, Francisco Largo Caballero, 2.112; Hospital, Daniel Anguiano, 1.755. Para exhortar a los electores a que emitieran su voto en favor de los reclusos en el Penal de Cartagena, Pablo Iglesias escribió el siguiente artículo, que apareció en *El País*, por estar suspendida gubernativamente la publicación de *El Socialista*:

La lucha de hoy

“Todo trabajador que tenga dignidad, todo ciudadano que sienta vergüenza al ver en presidio hombres honradísimos, mientras libremente se pasean los que han causado a España horribles dolores y rigen los destinos de nuestro país, los que han hecho trizas la disciplina, no para que éste se vea libre de sus padecimientos, sino para imponer hombres a instituciones que aborrece casi toda la nación; todo vecino de Madrid que tenga verdaderas ansias de que reine en nuestro pueblo, a la vez que la libertad y la justicia, la decencia, deberá votar mañana por Besteiro, Caballero, Anguiano y Saborit y por los demás ciudadanos que forman la candidatura de la Alianza de los partidos de la izquierda. Y no deberán hacer sólo eso, sino desplegando una gran actividad, conseguir que acudan a los comicios sus amigos y conocidos a depositar su voto a favor de aquella candidatura.

[1279] Ni eso siquiera bastará. Deberán también, en el mayor número posible, montar guardia en todos los Colegios, a fin de impedir que los corruptores del sufragio, los que dan pucherazos, compren votos o embriagan a seres sin conciencia para trocarles en electores de sus propios verdugos, falsifiquen en las urnas el sentimiento y la voluntad del pueblo madrileño. Hoy es un día en que el cuerpo electoral sano y honrado de Madrid debe dar una alta prueba de ciudadanía y de civismo.

Rechazar a los candidatos que representan la política vieja, tan de cuerpo presente en la última crisis ministerial; hacer el vacío a los farsantes que, no habiendo hecho nada bueno cuando estuvieron en el Ayuntamiento, pretenden ahora volver a él; acorralar a los que para ir a la Casa de la Villa no reparan en cometer, no ya acciones punibles, sino actos que asquean o sonrojan, significará que el pueblo de Madrid hállese resuelto a seguir rumbos y conducta que se aparta de los que han traído a España a la desdichada situación en que se encuentra. No consintamos que empeore más el estado de nuestro país; hagamos un esfuerzo titánico para que no caiga en la sima del deshonor, y mostrando virilidad y entereza hoy, y más entereza y virilidad de día en día, elevémosle a la misma altura que están los pueblos más progresivos.

¡Electores obreros! ¡A votar por los que han ido a presidio por cumplir vuestros acuerdos, beneficiosos al país! ¡Electores intelectuales! ¡A votar por quienes han sacrificado su libertad por que España alcance la instrucción y la cultura de las naciones más adelantadas! ¡Electores de las otras categorías sociales! ¡A votar por unos hombres que ante el bien de todos ni les importa vestir el traje de presidiario, ni les hubiese importado dar su propia vida!”.- Pablo Iglesias.

[1280] Cartas de Iglesias al Penal de Cartagena

“Queridos amigos Anguiano, Caballero, Besteiro y Saborit: Con gran satisfacción supe ayer por la esposa de Besteiro que estáis en ese penal en muy buenas condiciones. Excuso deciros lo que lo celebramos todos los amigos y compañeros. Aunque me irritó un poco, no me sorprendió vuestra pronta salida de aquí y la manera reservada de llevarla a cabo las autoridades. Pero ello ha servido para que nuevamente se hable bastante de vosotros. Nuestros enemigos con su torpeza y crueldad están haciendo una propaganda enorme a nuestra causa. Celebraré que el viaje no haya quebrantado vuestra salud y que la estancia en ese establecimiento no afecte a vuestro estado

físico. Hoy ha publicado *El Liberal* un buen artículo del amigo Araquistain ocupándose de vosotros. Le titula. "Cuatro hombres". Si ahí no llega *El Liberal*, decídmelo y os lo enviaré. Yo sigo mejorando. Veremos cuando venga el frío cómo me sienta. Esta noche se reúne la Agrupación para tratar de las próximas elecciones municipales. Yo soy de opinión, para preparar activamente el terreno para la amnistía, que os presenten candidatos a los cuatro. No sé lo que harán, porque el Comité y muchos otros no han pensado en eso. No pudiendo yo, por el estado de mi salud, asistir a la reunión, he enviado una carta con mi pensamiento para que se lea en ella. Muchos recuerdos de Amparo y un apretado abrazo para todos de vuestro amigo y correligionario, Pablo Iglesias".

Desiderio Tavera, secretario de la Agrupación Socialista Madrileña, muy identificado con Iglesias, nos remitió a Cartagena, juntamente con la carta de Iglesias, las siguientes líneas:

"Queridos amigos: Iglesias me encarga os transmita el acuerdo recaído. Fue éste: Por 116 votos contra 48, que en las próximas elecciones de concejales se presente vuestra candidatura. En honor a la verdad, deseo hacer constar que, aunque me quedé solo en el Comité, [1281] defendí el pensamiento de Iglesias. Y le defendí por ser de Iglesias y por haberme encariñado con el mencionado pensamiento. Yo, que sólo tengo condiciones para ser discípulo, prefiero equivocarme cuando se equivoque el Abuelo a coincidir con otros maestros de los cuales, a pesar de mi modestia y de mi interés, nunca me fue posible aprender nada. Un abrazo fraternal de quien de corazón os quiere, D. Tavera".

"Madrid, 26-10-1917. Queridos amigos Anguiano, Caballero, Besteiro y Saborit: Oportunamente fueron en mi poder vuestras cartas, causándome gran satisfacción el saber que estáis ahí en buenas condiciones y sumamente considerados por todos. Igualmente me satisface muchísimo las numerosas manifestaciones de cariño de que sois objeto, tanto por señor vosotros merecidas como por lo que favorecen a nuestra causa. En tanto logremos obtener la amnistía, lo que nos importa mucho es que vuestra salud no se quebrante. La mía va mejorando, aunque lentamente, lo que no es extraño, dado el desgaste natural de mis fuerzas y lo que pasé en mi última dolencia. Me cuidaré todo lo posible. Ya he visto, no en *El País*, sino en *España Nueva* – siento que haya sido en este periódico– la transformación que habéis experimentado. El que aparece más desfigurado es el amigo Besteiro. Por los datos que tengo, las Juntas de Defensa, muy desorientadas al principio, están perdiendo la cabeza. Han ofrecido el Poder a Maura y éste lo rechazó; también se lo han ofrecido a Cierva, y éste, parece mentira, no hizo ascos al ofrecimiento. No cesan de hablar de su devoción a la Monarquía, aunque ya hemos visto el respeto que por ella han mostrado. Creo que a nosotros nos corresponde hacer distinciones, señalando nuestra oposición al elemento reaccionario militar y nuestras simpatías por el que tiene carácter liberal. La situación política está muy embrollada y es muy difícil acertar la solución que tendrá. Aunque no fuera muy buena la que tuviese, si Dato cayera era lo que más nos convendría para, que la amnistía venga pronto. Ya veremos el partido que podremos sacar de todo lo que ocurre. Sin desatender eso, tenemos que cuidarnos con preferencia de entonar un poco a los muchos compañeros que están sufriendo y a los que participan de esos sufrimientos. Estos desalmados gobernantes tienen aún en prisión a muchísimos trabajadores. Hay presos aún, y en bastante número, en Asturias, Badajoz, Bilbao, León, Yecla, Orense, Vigo, Coruña, Burgos y otros muchos puntos, ascendiendo también a un número crecido las Casas del Pueblo o Centros

Obreros que están cerrados. El caciquismo aprovecha esto para las elecciones municipales.

Respecto a vuestra candidatura por Madrid en las próximas elecciones municipales creía yo, dejando aparte el lado personal, que la juzgaríais oportuna. ¿Qué es lo que nos interesa más hoy? Que se hable de nuestra huelga y de vosotros, porque de esa manera sobre beneficiar a nuestra causa, y a la de todas las izquierdas, se acelera el momento de la amnistía. ¿Se obtendría ese resultado si fueran otros los candidatos a concejales por aquí? Opino que no. Es más temería que no siendo, como no podían ser, muy significados, fuesen derrotados. Nadie, así lo creo firmemente, puede obtener los votos que vosotros, logrando así una manifestación de fuerza y una bofetada para el Gobierno. El que fueran, calculando que saliéramos victoriosos con otra candidatura, dos compañeros al Municipio no compensa aquellos beneficios. No es mucho quebranto el estar un par de años sin representación municipal. Y eso mismo debemos hacer después: aprovechar toda circunstancia política (elecciones legislativas, protestas de todos géneros, etcétera, etc.) para hablar de vosotros y del movimiento a fin de alcanzar los dos principales resultados: atmósfera beneficiosa a vuestra causa y una pronta amnistía. Y nada más por hoy. Cuantos vienen a verme y me escriben me encargan os dé cariñosos recuerdos. Recibidlos de todos, especialmente de Amparo y de Juanito, y un abrazo muy fuerte del que es vuestro y del Socialismo, P. Iglesias”.

[1283] “Madrid, 5-11-1917.- Queridos amigos Anguiano, Caballero, Besteiro y Saborit: No había nada que exigiese contestación urgente en mi anterior carta. Por eso no teníais necesidad de justificar el retraso de cuatro o cinco días en escribirme. Aunque os canse un poco, celebro que tengáis que escribir mucho respondiendo a los telegramas y cartas de adhesión que recibís. Eso es de una gran utilidad para nuestra causa. Deseo mucho que los resfriados no pasen adelante. Por aquí ha habido una epidemia de ellos por la misma causa que en ésta: un cambio brusco del tiempo. Mi salud va poco a poco mejorando. No sé cuando apriete el frío lo que me pasará. Vuestros deseos, que agradezco infinito, de que me reponga pronto y totalmente no pueden realizarse. No digo el por qué, porque fácilmente se os alcanza. Os hubiera escrito en seguida, pero no lo he hecho porque aunque no haya podido entrar de lleno en la vida activa, dedico mi atención a bastantes asuntos. Ya habéis visto la solución de la crisis. Arriba no quieren ir a unas Cortes Constituyentes, y mi opinión es que si se fuera a ellas se votaba la Monarquía. Para que unas Cortes Constituyentes traigan la República es necesario que convoque aquéllas un Gobierno revolucionario. Las Cortes, cualesquiera que fueran que traiga un Gobierno bajo el actual régimen, no derribarán a éste.

La corona o quienes la aconsejan no ha tenido talento en esta ocasión -casi nunca lo han demostrado-. El éxito de ella hubiese estado en hacer que entraran los reformistas en el Poder porque esto dividía a las izquierdas; dividir a los asambleístas o quitarles algunos de sus individuos no es hacernos daño serio. Por el momento, algunos se sentirán desanimados al contemplar la conducta de los regionalistas, pero de las filas de la izquierda muy pocos, y éstos pronto comprenderán que en vez de perder hemos ganado. Los asambleístas, no habiéndose mostrado enemigos del régimen o siquiera partidarios de la soberanía de la nación –al rey se le aceptaba– [1284] mantenían un equívoco, y éste perjudicaba. Acaso para batir a los regionalistas convenga aún reunir a la Asamblea y aún para recoger de ella ciertas aspiraciones que aquellos presentaban como banderas suya; pero dicha Asamblea desaparecerá para quedar solamente los

elementos de las izquierdas. Mediante esa Asamblea los regionalistas habrán logrado llegar al Poder –opino que en muy malas condiciones–, pero se habrán desenmascarado. A mi me ha satisfecho la solución de la crisis, no por lo que vayan a hacer los actuales ministros, sino porque temía que la perfidia y la astucia palatina hubiesen llevado al Gobierno a algún reformista, quebrantando las izquierdas. Estas hoy están firmes. La defección de Rodes tiene poco valor. Desde que se declaró la crisis que nos dejó sin los infames que gobernaban creí que cualquiera que fuera el Gobierno que viniera representaría una interinidad. El actual, para mí, no representa más que eso.

Si la corona erró en no meter a los reformistas en el Gobierno y no ha acertado con llevarse a los regionalistas de la Asamblea, ha estado torpe, torpísima en contribuir a la larga duración de la crisis, que ha hecho daño a ella y a los partidos monárquicos. Puesto que tenía que rendirse a las espadas –por ellas es ministro La Cierva–, inmediatamente que salió Dato del Poder debió estudiar una solución pronta. Aunque mal, resuelta la crisis en veinticuatro o cuarenta y ocho horas, el régimen se hubiera perjudicado menos, ahorrando el espectáculo que todos hemos presenciado, y que nosotros debemos haber visto con satisfacción. Como la mayoría de los militares no tienen cabeza, y los que la tienen han de ver con disgusto lo que hacen los primeros, debemos disponernos a ver muchas cosas desfavorables al régimen. Me ha dicho Lerroux hoy (con él, Melquíades y Nogués me entrevisté esta mañana) que tenía noticias de que García Prieto había manifestado que pensaba dar la amnistía, pero que no lo había consignado en la nota por si los militares se oponían a ella.

[1285] Si así es, si el propósito de García Prieto es conceder una amnistía, debió indicarlo en la nota, tanto porque así el Gobierno hubiera sido acogido con menos oposición, como, porque si los militares trataban de oponerse a ella, les podía poner en un verdadero trance, cual era el de dejar él el Poder diciendo que lo dejaba por oponerse aquellos a la amnistía.

Ya sé yo –excusado era que lo dijeran– que siempre han de pensar ustedes, al discurrir sobre la mejor marcha que debe adoptar el Partido y el proletariado en general, en los demás compañeros de prisión. Dudo yo que en mi carta anterior haya siquiera una sombra sobre este punto. No me acordaré de mis palabras al escribir, pero de mi pensamiento sí. Y en cuanto a la presentación de ustedes como candidatos para las próximas elecciones municipales en Madrid, cuanto más lo pienso más me parece de mayor beneficio para nuestras ideas que el que dos de los nuestros –si iban– pudieran actuar durante dos años. Muchos compañeros que me ven y me escriben me envían cariñosos recuerdos para ustedes. Recíbanlos, con los muy afectuosos de Amparo y Juanito, y con un fuerte abrazo de quien los quiere de veras, Pablo Iglesias”.

[1286] “Madrid, 15-10-1917. Queridos amigos Anguiano, Besteiro, Largo Caballero y Saborit: Celebraré que vuestra salud sea cabal. La mía, así, así. Os supongo muy atareados por tener que contestar a tanta protesta y tanta adhesión que os dirigen. ¡Bien estamos aprovechando la torpeza y la crueldad de los conservadores! El resultado de las elecciones municipales en toda España nos manifiesta que si las izquierdas trabajan bien pueden conseguir provechosos resultados.

Creo que la amnistía la dará pronto el Gobierno, y de no darla luego a suponer que este asunto puede producir hasta una crisis, ya que nosotros hemos de trabajar por que la gran masa

de opinión que la reclama se haga más ostensible aún de lo que se ha hecho. A Fabra, por habérmolas pedido, le hemos enviado hace bastantes días vuestras fotografías. Ahora nos pide una buena de cada uno de vosotros en traje de presidiario. Calculo que la publicación de ellas en Francia producirá magnífico efecto. Como supongo que haréis lo que pide Fabra, porque aprovecha a la idea, a fin de ganar tiempo, se las podéis enviar directamente a las siguientes señas: Madame Viuda Laroche, 119, rue Pelleport, París XX.

Afectuosos recuerdos de Amparo y Juanito y un estrecho abrazo de quien desea veros pronto fuera de esa casa, P. Iglesias".

"Madrid, 4-12-917. Queridos amigos Anguiano, Besteiro, Largo Caballero y Saborit: Me explico su tardanza en contestar a mis anteriores, como ustedes se explicarán la mía en responder a su última, ustedes tienen muchísimo que hacer –hacer por cierto muy provechoso– y yo no dejo de tener lo mío. Pero ustedes pueden estar seguros de que no les olvido un instante, como yo lo estoy de que no me olvidan tampoco. Supongo que estarán buenos. Yo, no retrocedo, pero no tengo aún los bríos correspondientes a un total restablecimiento. Agradezco mucho su consejo, como el de muchas otras personas; pero, [1287] en ciertas cosas, mi carácter me impide el tener en cuenta tales consejos. Si no agónico –hay agonías largas y agonías cortas–, el régimen y sus hombres están desgastándose muy a prisa. A juicio mío se sostiene hoy por dos cosas: por el apoyo, con vilipendio, que recibe de las Juntas de Defensa, y por la falta en las izquierdas de un grupo bastante numeroso de gobernantes.

Desde el momento en que la Asamblea de parlamentarios no rompió con el régimen era un equívoco, que si no desaparecía por el acto cuco de Cambó, habría tenido que desaparecer por la desaparición de ella de los elementos de la izquierda. Creo que Cambó, no cuidándose de la fuerza idealista de la Lliga, sino de la práctica, de la plutocrática, se propone gobernar de acuerdo con las Juntas de Defensa, cada vez más reaccionarias. Sobre la jornada electoral del 11 y sus consecuencias habremos de hablar más de una vez cuando tengamos la suerte de estar juntos. La amnistía vendrá, y si el Gobierno la limita a indulto, será peor para él o para sus sucesores, porque con el segundo empeorará su situación. Las Juntas, aunque dicen que se inhiben en aquel asunto, no son partidarias de ella. Pero están, por torpes, en situación falsa, porque si a régimen y a gobernantes daña el retrasarse en darla, más daña aún a las citadas Juntas.

Ya me he figurado cómo sería le entrevista con Domingo y cuál el entusiasmo del pueblo. Hoy es el diputado por Tortosa, gracias a nuestros enemigos, la primera figura de las izquierdas. ¡Lastima que tenga ciertas flaquezas y que su visualidad no sea mayor! Pero, en fin, su popularidad podrá aprovecharse. Ya suponía que conocíais a Vaso y a Payá. Contra los dos deben ir los trabajadores de esa provincia. Muchísimos recuerdos de Amparo y Juanito y un fuerte abrazo de quien no os olvida, P. Iglesias".

[1288] "Madrid, 12-1-1918. Queridos amigos Anguiano, Besteiro, Largo Caballero y Saborit: Oportunamente fueron en mi poder la vuestra del 2 y la de Anguiano del 6. Por lo que me decís en la primera, y por lo que me han manifestado algunos compañeros que os han visto, estáis muy bien de salud, lo que muy de veras celebro. La mía para el tiempo en que estamos no es mala, y mejor sería si no hubiese excesivo trabajo. Para dar abasto a éste nos hacen falta hombres y dinero. Yo no dudé nunca de que este Gobierno o el que le sucediera disolviese

pronto las Cortes. Las pasadas no las podían querer sinceramente ninguno de los que formaran el Gobierno. Supongo que para abril cambiaréis de domicilio. Tavera que es del Comité local, no sabe nada de vuestros recursos. Están ya acordados los sitios por donde seréis presentados candidatos. Por aquí, Besteiro; por Barcelona, Largo Caballero; por Valencia, Anguiano; y Saborit, por Málaga, si allí hay condiciones de triunfo (se ha consultado allí), y si no, por la circunscripción de Oviedo. Creo seguro, como lo creí en un principio, el triunfo de todos.

Dícese que Soriano, con dinero de los alemanes, va a luchar por Valencia, donde publicará *El Radical*. Este se ha anunciado ya por medio de grandes carteles, en el que figuran como colaboradores, además de Marcelino Domingo, García Cortés, Baeza, Torralva, Ángulo y dos de vosotros (Anguiano y Saborit). Ayer recibí yo tres telefonemas de otros tantos distritos de Valencia (de los republicanos de la Unión) protestando de la habilidad de Soriano. Supongo que de allí habrán escrito a Anguiano y Saborit para que deshagan con dos líneas la habilidad de Soriano en lo que a ellos afecta. Ni en Nochebuena ni a principios de año os he escrito nada. No acostumbro a hacerlo con nadie. Pero eso no quite para que, no en esos días, sino en todos ocupéis un lugar en mi memoria. Creo que me conocéis bien.

Con sumo gusto serviré (esto para Anguiano) al compañero Francisco [1286] Muñoz Rodríguez, si hay posibilidad de hacerlo. El, hasta ahora, no me ha escrito. Afectuosos recuerdos de Amparo, Juanito y Beneyán, y un estrecho abrazo de quien es vuestro y del Socialismo, P. Iglesias".

"Madrid, 15-1-918. Queridos amigos Anguiano, Besteiro, Largo Caballero y Saborit: Ya comprenderéis la razón de mi tardanza en contestar a la vuestra del 17 del pasado: un trabajo abrumador, que no sé cómo resisto. Pero aunque no os haya escrito antes, todos los días pienso en vosotros. Por distintos conductos sé que vuestra salud es buena, que es lo más importante. Ya nos vamos acercando al instante tan deseado por todos los buenos de veros en libertad. Conviene que salgáis fuertes de ahí, porque sobre los cuatro caerá en seguida mucho trabajo. Del decreto de disolución yo no dudé nunca, porque no quedaba otra salida. Esperamos muy confiados en que saldréis elegidos los cuatro. Aquí hay que trabajar muchísimo porque los mauristas piensan echar el resto para sacar triunfante a don Antonio y gastarán el dinero en proporción extraordinaria. De aquí no ha debido salir nadie para fuera, porque a todos los necesitamos. En Barcelona tienen que afilarse bien las uñas los nuestros, porque los regionalistas pondrán en juego su fuerte organización y todos sus malos recursos. Su pésima conducta de estos últimos tiempos les quitará, sin embargo, votos. En Asturias el dinero de los derechistas corre a raudales y los republicanos de Buylla no se conforman con la candidatura reformista-socialista. En Valencia no hay duda del éxito. Ya leí la contestación a la habilidad de Soriano. La esperaba. El gerente de *España Nueva* tiene probabilidades de salir por Mérida. Los temores del Gobierno de que haya huelga general me parecen una farsa, aunque de la peor especie. Debe tratar de tomar pie de cualquier cosa, que él mismo procura fraguar, para que se verifiquen las elecciones en condiciones desventajosas para las izquierdas y ventajosas para él. [1290] Hoy daremos la voz de alerta en *El Socialista*. A Lerroux le escribí en virtud de una indicación que me hizo Lucio, y aquél me ha respondido del modo que veréis en la adjunta. Que la vea Lucio. Decidle a éste (os encargo esas cosas por creer que le veréis con frecuencia) que se les enviarán 500 pesetas para ayudarles en los gastos electorales. Lo de la Casa del Pueblo de Tecla es escandaloso. Al jefe del Gobierno, al mi-

nistro de la Gobernación y al de Gracia y Justicia últimamente les he reclamado sobre su apertura, y nada. En lo que se refiere a atender reclamaciones este Gobierno está por debajo de los anteriores. Es escandaloso lo que hace. Ahí van unas líneas para Besteiro y otras para Saborit. Recibid afectos de Amparo y Juanito y un apretado abrazo de quien es vuestro y del Socialismo, P. Iglesias”.

“Madrid, 50-5-918.- Queridos amigos Anguiano, Besteiro, Largo Caballero y Saborit: Celebraré que siga siendo buena vuestra salud, y digo que siga porque cuantos vienen de ahí, y os han visto, me afirman que es excelente. La mía no lo es, aunque cuantos me ven dicenme que tengo muy buena cara. Un pequeño exceso de trabajo el día de las elecciones hízome recaer, y desde entonces no he logrado reponerme.

Unas veces es la tos, otras (cuando aspiro malas atmósferas), fatiga, y ahora (y ésta ahora dura varios días) una flojedad en las piernas extraordinaria. A pesar de ser éste mi estado, no dejo de hacer cuanto puedo por nuestra causa.

Inmediatamente que me enteré de que los cuatro habíais sido electos encargué que de mi parte os pusieran un telegrama notificándooslo y enviándoos un abrazo. Al cabo de dos o tres días supe que mi encargo no se había hecho. Como se os envió uno por el Comité, no os dije ya nada sobre ese particular. Si no os he escrito después ha sido tanto por el estado en que me encuentro, cuanto por ser muchas las cosas a que, aunque de un nodo imperfecto, he de atender. Yo creí siempre [1291] que electos vosotros diputados, ni Gobierno ni Parlamento se opondrían a vuestra proclamación y entrada en el Congreso. Y como lo he creído va resultando. De lo que oigo a unos y a otros resulta que no hay ninguna corriente contra vuestra venida al Parlamento. Las actas de Madrid las tiene aún el Supremo, pero haga éste lo que haga, tengo la creencia de que ni Parlamento ni Gobierno dificultarán el que vistáis la toga de diputados. No sabemos, cuanto a la amnistía, el propósito firme del Gobierno en lo que toca a su discusión. Nosotros reclamaremos y haremos cuanto podamos para que sea lo primero, después del discurso de la Corona, pero, aunque no logremos eso, mi opinión es que antes de que termine el mes de abril estaréis, como la mayor parte de los presos por los sucesos de agosto, en libertad. Todos quisiéramos que fuese antes, pero, como muy bien sabéis, no basta que nosotros queramos. Si fuese yo solo diputado, el estado de mi salud me preocuparía muchísimo; pero siéndolo también vosotros y Prieto, ya no me preocupa tanto, pues el que yo falte del Parlamento por encontrarme mal o porque desaparezca representaré muy poco, estando los cinco en él. Creedme, eso para mí es muy consolador. No dejéis de cuidaros cuanto podáis para que, al salir de ahí, tengáis los bríos necesarios para resistir la pesada carga que caerá sobre vuestros hombros. Afectuosos recuerdos de Amparo y Juanito y un estrecho abrazo de quien os quiere y no os olvida ni un instante, P. Iglesias”.

Triunfo electoral del Comité de Huelga en 1918

El 24 de febrero de 1918 hubo elecciones generales, bajo un Gobierno presidido por García Prieto, con Bahamonde, neutral en política, como ministro de la Gobernación. Triunfo del Comité de Huelga: Besteiro, con Iglesias, por Madrid; Largo Caballero, en Barcelona; Anguiano, por Valencia; yo, por Oviedo; Indalecio Prieto, por Bilbao. Derrotados, Lerroux, por

Madrid y Barcelona, y Melquíades Álvarez, por [1292] Madrid, Gijón y Castropol. En marzo, un Gobierno nacional es impuesto por el rey, presidido por Maura, para poder votar la amnistía en el Parlamento. La Cierva, ministro de la Guerra, el 19 de marzo hizo pública la siguiente medida, para conseguir la cual el rey le había impuesto en esa cartera: “En vista del fallo del Tribunal de Honor constituido en Barcelona el día 12 del actual por los coroneles de Infantería residentes en dicha plaza, para juzgar la conducta del coronel de igual empleo y arma don Benito Márquez Martínez, hoy excedente en esa región, y teniendo en cuenta el informe emitido por el Consejo Supremo de Guerra y Marina, en el que se consigna que se ha cumplido en la aplicación de dicho procedimiento lo preceptuado en el artículo 721 del Código de Justicia Militar, su Majestad el rey (q.D.G.) ha tenido a bien aprobar el mencionado fallo y disponer la separación del servicio del citado coronel, debiendo ser propuesto para el retiro que con arreglo a sus servicios le corresponda”. El Consejo Supremo había dicho todo lo contrario. Cierva publicó dos días después una disposición para que los fallos de Tribunales de Honor fueran firmes sin oír al Supremo. Así andaban las cosas en materia tan delicada en 1918.

El Sol, diario de Madrid, el 4 de marzo descubrió las relaciones que existían entre ciertos anarquistas y la embajada alemana en España, para crear conflictos a la industria nacional que trabajaba para los Aliados. Pestaña ratificó esos tratos en un libro suyo. Se promulgó una ley para intentar cortar ese espionaje, que perjudicaba a los Aliados, a punto de ganar la guerra. ¡A buena hora! En el Palacio de la Música de Barcelona se celebró un mitin, presidido por Lerroux, con intervención de Anguiano, Largo Caballero, Besteiro y yo. En diciembre, Maura fracasado, abandona el Gobierno, y sube García Prieto, ayudado por Romanones y Alba. Al final de ese año, Azaña decide fundar la Unión Democrática Española, con un manifiesto firmado por Unamuno, Simarro, Menéndez Pidal, Marañón, Zulueta, Américo Castro, Pérez de Ayala y otros. No era [1293] un partido republicano. Tenía como finalidad “la democratización suficiente de España para que pueda pertenecer la Sociedad de Naciones que habrá de crearse después de la paz”. Un fracaso de Azaña. Ese mismo año de 1918, Lerroux y sus amigos lanzaron un manifiesto defendiendo la permanencia de España en Marruecos. “La República –decían– no abandonará ese pedazo de tierra que, menos por nuestra acción presente y pasada, por ventura de circunstancias universales, se ha valorizado extraordinariamente. Nuestra acción futura, más civil y política que militar, aumentará ese valor”. Lerroux llegó a decir que Marruecos era una provincia española más, deslindada por un canal que une el Atlántico con el Mediterráneo. ¡Qué atrevido era Lerroux! Algo increíble.

La reforma propuesta por García Quejido, y conseguida tras laboriosas gestiones para transformar la Federación Tipográfica en Federación Gráfica Española, entró a funcionar en 1918. Ese año se reunió en Zaragoza el XIV Congreso de la Gráfica, donde fue reelegido García Quejido, pero no aceptó. El 11 de noviembre de 1918 en Amiens, los alemanes y los Aliados firman el armisticio, con la abdicación del Kaiser y la instauración de la República en Alemania. Guillermo II se refugia en Holanda. En Baviera se produce el movimiento revolucionario de Kurt Eisner, que derribó a la monarquía bávara. La guerra de 1914-1918 costó a la humanidad nueve millones de seres, según datos oficiales.

En su libro *La historia perdida del socialismo español*, La Cierva, nieto, cometió errores garrafales. Concretémonos al año 1917. Según él, los objetivos de aquella huelga, que fue

precedida de un manifiesto firmado por cuatro hombres, con un programa público, fueron: “Instauración del poder sindical, la expropiación de tierras e industrias, la supresión del ejército y su sustitución por milicias nacionales”. Absolutamente falso todo. Pobre historiador si el resto de sus historias están escritas con datos tan arbitrarios. Vicent Vives, en [1294] *Historia social y económica de España y América*, también se desorienta de modo superlativo, con la agravante de que por tratarse de un escritor de reconocida buena fe, otros muchos historiadores, al referirse a la huelga de 1917 e inspirarse en Vives cometieron los mismos errores. Salvador de Madariaga, en su divulgado libro *España*, no se queda flojo en divagaciones y falsedades: “La Unión, de Madrid, a fin de no dejarse adelantar por la Confederación, de Barcelona, tomó esta vez la cabeza del movimiento. El objetivo era político y social: una república democrática socialista”. Pero ¿cómo pudo escribir eso Madariaga, tan bien relacionado con los reformistas de Melquíades Álvarez? Cara y cruz de Ortega y Gasset: “Todavía no se ha comenzado a decir hasta qué punto la aparición de las Juntas de Defensa –primero, las militares, luego las restantes– constituye, tal vez, el hecho más glorioso, más saludable, más original, más europeo, que la España de los últimos cien años puede presentar al mundo. Y ya se acude aldeanamente, ciegamente, puerilmente, a trabar las plumas y las lenguas”.- Ortega y Gasset, reproducido de la página 373 del tomo X de sus *Obras completas*.

“La huelga de agosto fue impopular porque pretendía asimismo reformarnos a los demás españoles no obreros, ni republicanos, ni reformistas, sin contar de alguna manera con nosotros”.- Ortega y Gasset, en *El Sol*, 11 de mayo de 1918.

Ortega, en artículo reproducido en sus *Obras completas*, tomo X, página 352, reconoce que hubo un movimiento y habla de él. Pero en el diario *El Día*, periódico germanófilo de Alcalá-Zamora, dirigido por Gómez-Hidalgo, también germanófilo, el día 18 de noviembre de 1917, perdió los estribos: “Podrá ésta juzgar, como juzgo yo, erróneas la táctica y la intención de la huelga veraniega; podrá, cuando menos, merecernos vago, confuso, amorfo, el propósito que la disparaba. A mí [1295] me parece inmoral la mayor parte de los gritos que dan los agitadores de profesión de la Casa del Pueblo... Como directores de las Agrupaciones obreras, estos cuatro hombres han fracasado. Sin embargo, los obreros los vuelven a elegir. No será por la brillantez de su gestión. Me interesa decir que yo no he votado al Comité de Huelga. He votado en blanco.- Ortega y Gasset, 24 de noviembre de 1917, en *El Día*, reproducido en la página 366 de sus *Obras completas*.

Es triste tener que reproducir estas miserias morales de ciertas lumbreras españolas. “¿Yo no he votado al Comité de Huelga!” ¿Es que consideraba justo el castigo impuesto por el Consejo de Guerra? ¿Y Ortega fue diputado en 1931 gracias a votos socialistas, porque él no tenía ni tuvo sitio por donde salir elegido, sin que los socialistas le exigieran absolutamente nada! El colmo de la paciencia es necesario para referirse a las infamias lanzadas contra los hombres del Comité de Huelga. Por ejemplo, el órgano oficial de los comunistas, al intentar hacer historia, llegó a escribir: “En 1916 habían tenido lugar grandes huelgas reivindicativas, y en 1917 la huelga general política, que no culminó en un levantamiento general revolucionario a causa de la incapacidad y la traición de los dirigentes socialdemócratas”. ¿Y entre los cuatro miembros del Comité de Huelga estuvo Daniel Anguiano, fundador del Partido Comunista en 1921! Es increíble que haya intelectuales, es decir obreros con especial preparación por haber pasado por las universidades,

que sean comunistas. Para mí, lo primero es la verdad, y los comunistas son enemigos de ella por inspiración de Moscú.

Muerte de Jaime Vera

El día 19 de agosto de 1918 falleció en Madrid Jaime Vera, fundador del Partido Socialista, al que no dejó de pertenecer ni un solo día pues si alguna vez figuró su baja en el Boletín de la Agrupación de Madrid fue [1296] por descuido del encargado de abonar los recibos. Para honrar su memoria, en el tablero de anuncios de la Casa del Pueblo fue fijado el siguiente comunicado: “Compañeros: el día 19 de agosto de 1918 se ha de señalar en la historia del proletariado español con una piedra negra. El bueno, el justo, el sabio doctor Jaime Vera ha muerto”. En la historia del socialismo español el nombre de Jaime Vera nunca podrá extinguirse. A propuesta mía, un grupo escolar de Madrid llevó su nombre, el que funcionaba en Cuatro Caminos, barrio esencialmente popular. Emiliano Barral, artista excepcional, autor con Francisco Azorín del monumento a Pablo Iglesias, hizo el mausoleo a Jaime Vera, en el cementerio Civil, donde también reposan los restos de Barral, muerto en el sitio de Madrid, frente a los fascistas. Jaime Vera inició con Iglesias la fundación del Partido Socialista y aunque algunas veces hubo quienes hubieran deseado verle frente a Pablo Iglesias, jamás lo lograron. Las páginas más elogiosas para el fundador las escribió Jaime Vera. Nadie las pudo superar jamás: le habían salido de su corazón.

Vera y los jóvenes socialistas

“Mas no os sugiera vuestro ardor la ilusión juvenil de que el mundo empieza con vosotros. Uno es el mundo y todo en él es continuación.

La savia, circulante asciende en el árbol desde las raíces hasta las ramas más tiernas de la copa, hincha las yemas y florece y fructifica, pero a cada floración, por capas concéntricas, aumenta sus diámetros en el tronco, y cuanto más añosa, más se robustece y más se eleva la fuerte columna que sostiene las magnificencias de la copa. Así, el pasado es la base del presente, y en las entrañas del presente cuaja, florece y fructifica el porvenir en renovación eterna. La superioridad que conduce a la victoria se alcanza trabajando. Ponga en la obra común, quién el pensamiento, quién la acción y juntemonos todos para la acción inteligente, que cuanto más inteligente será más eficaz [1297] No seré yo quien os halague asegurándoos el triunfo. Victoria tras victoria, sí. Los mejores de vosotros nunca se creerán triunfantes, quien se sienta triunfador se para. Y el que se para, ése es el derrotado, es el que se hace viejo, es el estorbo, sólo útil por su desaparición.

¡Jóvenes! ¡Sabadlo ser y procurad conservaros jóvenes, esto es, capaces de aprender y capaces de amar hasta que vuestro cuerpo se derrumbe y vuestra vida se extinga! Si sois así, cuando veáis la mayor parte de vuestra vida ya pasada y os pidáis cuenta vosotros mismos de su empleo, podréis decir, henchida el alma de melancolía, pero también de la satisfacción más pura: he vivido y he sido útil. Corona más alta no la hay en el mundo”.- Jaime Vera.

En 1918 fallecieron también Víctor Adler, fundador del socialismo austriaco. Amilcare Cipriani, revolucionario italiano. Rafael M. de Labra, senador republicano. José Fola Igúrbide,

autor dramático. Edmond Rostand, premio Nobel de Literatura, con José Echegaray. Germán Cohen, filósofo alemán. Fueron asesinados el zar de Rusia y su familia, y Sidonio Paes, dictador portugués. El 30 de mayo de ese año falleció en Rusia J. Plejanov, uno de los propagandistas del marxismo en ese país y maestro de Lenin. Obligado a residir en el extranjero la mayor parte de su azarosa existencia, derrocado el zarismo, se apresuró a regresar a San Petersburgo, donde millares de obreros le acogieron y aclamaron frenéticamente. Nadie como él merecía aquel homenaje, pronto olvidado por los grupos de soldados rojos que asaltaron su casa. Informado Lenin de aquel desafuero, declaró inviolables la persona y los bienes de Plejanov, que falleció poco después, a tiempo de presenciar cómo el régimen triunfante desnaturalizaba los ideales socialistas por los que había luchado durante toda su vida.

[1298] *Todo desorganizado: una prueba más*

“¿Hasta cuándo va a aguantarlo el pueblo? De cómo está el ejército y de la desorganización en que se halla dijo bastante el conde Romanones en el discurso que pronunció en el Parlamento, en 1915, al presentar el entonces ministro de la Guerra el proyecto de reformas militares. De cómo están la Hacienda, la Justicia, la Gobernación y otros servicios no se recató Maura en decirlo, aunque brevemente, en aquella misma ocasión; carecemos de ellos o, lo que es igual, encuentranse totalmente desorganizados. Y todo lo demás, todo cuanto se ha creado para satisfacer necesidades de la nación y procurarle su desarrollo, está del mismo modo. La desorganización impera en ello. Los hechos que demuestran tal estado de cosas no cesan de presentarse.

Preséntanse cuando las lluvias torrenciales desbordan ríos y arrasan campos. Hanse presentado con motivo de la repercusión que en nuestro país ha tenido la guerra mundial. Y preséntanse en estos momentos, en que está sufriendo toda España los terribles efectos de una grave epidemia. ¿Y cómo estamos de organización sanitaria? ¿Qué preparación se tenía para hacer frente a una honda alteración de la salud? ¿Qué medidas se han tomado acreditativas de que había algo dispuesto para combatir con eficacia una epidemia? Nada se ha visto que indique verdadera organización, ni preparación seria, ni la previsión más insignificante. Sólo se ha podido observar abandono, descuido y barullo, cuando no indiferencia y crueldad, y esto lo mismo en el elemento civil que en el militar.

Así, no es extraño que la epidemia se haya extendido por toda España y que ocasione infinidad de defunciones; como no lo es tampoco que las autoridades fijasen escasa atención en ella hasta que no vieron atacadas de la misma a personas acomodadas, y que algunas veces también las autoridades hayan sacrificado al interés de ciertos privilegiados lo que no debiera sacrificarse jamás: la salud pública. Sí; lo ocurrido ahora con la llamada epidemia gripal revela el grado extraordinario a que llega la desorganización en nuestro país, porque si ese grado alcanza en un asunto de tanta importancia como es la salud de toda la nación, no hay que decir a qué extremo llegará en aquellas otras cosas de menor interés, a no ser —que bien pudiera ocurrir— que haya mayor desbarajuste en los servicios más útiles. Lo verdaderamente sorprendente, lo casi maravilloso, es que el pueblo español, que da lo necesario y más de lo necesario para que todo los servicios estén bien atendidos, no se levante como un solo hombre contra los culpables de la desorganización o no lleve a cabo siquiera una formidable protesta. Por consecuencia de tal

estado, el país sufre lo indecible. ¿Qué cuidado, qué interés pueden mostrar por él el régimen y los hombres que han producido tan enorme desbarajuste?

Quienes, despilfarrando los muchos millones que la nación les ha entregado, en vez de organizar han vivido en continua desorganización, ¿qué han hecho en beneficio de los ciudadanos, lo mismo en el orden material que en el moral? Así está nuestra producción, así nuestro comercio así nuestra higiene, así nuestra enseñanza, así todo. Pero como esto representa hambre, como representa dolor agudo y representa también indignidad y abyección, el país no debe consentirlo. Y ningún reparo debe asaltarle en la forma de concluir con ello. Los que de tal manera han tratado a la nación, como el régimen y los gobernantes que le han traído al traste y bochornoso estado en que hoy se encuentra, no son dignos de consideración alguna. Lanzarlos de las alturas en que hoy están, barrerlos de esta tierra donde tanto daño han causado, es lo menos que se puede hacer con ellos.

La época de los desaires, las burlas y los escarnios al pueblo español por los que, sin merecerlo, están en la cúspide debe cesar. Los que tanto han sufrido, los que han experimentado vejaciones y atropellos sin cuento por quienes tenían obligación de respetarles y atenderles, los buenos hijos de España, deben tener un momento de altivez, de decisión y de energía para poner término al martirio que han impuesto a este noble [1300] pueblo un régimen y unos políticos dignos de la maldición de la historia. Todo lo que tarde en llegar ese instante será de desdoro para nuestro país y de satisfacción para los que vienen causando su ruina”.-Pablo Iglesias, 2 de noviembre de 1918.

Textos propios y ajenos

“No solamente hay diferencia entre unos y otros Gobiernos, sino entre los mismos gobernantes, aunque pertenezcan al mismo partido. ¿Cómo ha de ser igual para los trabajadores un ministro de la Gobernación déspota, atrabiliario, cruel, que otro atento, razonable y de medianos sentimientos? También hay que tener en cuenta las circunstancias en que los gobernantes llegan al Poder. Ocasiones hay en que la clase patronal, amedrentada por el desarrollo del movimiento obrero o socialista, o por la acción de una o ambas fuerzas, exige a los que se elevan al Poder que procedan violentamente contra dichos elementos. Existen instantes en que no pudiendo seguir en el Gobierno, por sus muchas torpezas o fracasos, los que a él fueron para desenvolver una política restrictiva, son suplidos por otros gobernantes, no distintos de aquellos en cuanto al pensamiento general de regir el país, pero sí en lo que respecta a ser menos arbitrarios y duros con los obreros. Si se prescindiera de lo que expuesto queda, la conducta del Partido Socialista o de las masas organizadas no sería acertada”.-Pablo Iglesias.

“A la hora en que tantas conciencias inquietas se buscan a sí mismas, nos ha cumplido honrar en Carlos Marx, nuestro maestro, al pensador, al hombre de acción, al ciudadano del mundo que, más que ningún otro socialista del siglo XIX, fue la encarnación de dos principios: el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos y el deber de los proletarios de concertar, de organizar su esfuerzo internacional, ¡Qué de veces, desde el principio de esta guerra, hemos encontrado en nuestro camino esta afirmación imbécil de que Marx y el marxismo debían ser tenidos por responsables de las debilidades y [1301] desviaciones de la Democracia Social

alemana! No obstante, si en Alemania hay un grupo, y en el resto de Europa igualmente, que en medio de la tormenta haya sabido conservar la autonomía de su pensamiento, la unidad internacional de su acción, la firmeza de su doctrina, inflexiblemente hostil a toda guerra de magnificencia, de dominación o conquista, es precisamente el grupo de los discípulos más directos de Marx, de los representantes calificados del marxismo”.- Emilio Vandervelde. 1º de mayo de 1917, ante la tumba de Marx en Highgate, Londres.

“Yo huí, señor Sánchez Guerra, ¡ya lo creo!, hubiera huido siempre, absolutamente siempre; si yo hubiera delinquido, yo sabía que detrás de mí había una responsabilidad legal que cumplir, y me parecía más fácil la desaparición porque no tengo alma ni de mártir ni de héroe; soy un hombre sencillo y pacífico, que ha dedicado unas horas sobrantes de las energías de su vida a esta lucha de la política, y ella no me puede pedir ni heroísmo ni espíritu de sacrificio que, sinceramente lo confieso, no tengo. Huí porque pude huir, es natural; pero hubiese huido con tanta más razón, cuanto que yo veía allí un régimen desenfrenado de arbitrariedad que no se detenía ante las mayores infamias, como luego demostraremos; y cuando mi libertad y mi dignidad ciudadanas, aunque yo hubiese delinquido, no tenían aquel tope y límite que señala la ley, es natural que mis deseos de huir fuesen mucho más fervientes sabiendo la pena que me correspondía, porque cuando a mí llegaban las noticias, y aquí voy a terminar ya mi confesión, de que el gobernador militar, general Souza, ponía precio a mi cabeza, y en medio de los salones llenos de gente, de representaciones de entidades industriales, mercantiles y bancarias de Bilbao, amenazaba con fusilarme cuando me cogieran y con que me dieran dos tiros donde me encontraran, es natural que yo, prudentemente, procurara huir y no caer en manos de quienes no tenían límite para la aplicación de las leyes”.- Indalecio Prieto, en su primer discurso en el Parlamento, al tratarse la huelga de agosto de 1917.

[1302] “Las mismas causas que provocaron la guerra de 1914 son aún actantes, y a menos que no sean frenadas por un control internacional de inversión de capitales y de materias primas, inevitablemente conducirán al mismo resultado, pero mucho más catastrófico aún. No es por sentimiento pacífico, sino creando una organización económica del mundo, como la humanidad civilizada se salvará del suicidio colectivo”.- Bertrand Russel, de *Historia de las ideas del siglo XIX*.

“Yo tengo para mí que, para un hombre de espíritu (y en los momentos críticos, por fortuna, creo que los hombres de espíritu son legión) no puede existir mayor timbre de gloria que haber nacido en esta edad difícil y grandiosa en que la Historia propone a los humanos la solución de los más graves problemas. Y si, desechando la vana pretensión de encontrar la palabra mágica que pueda resolverlos, logramos contribuir con nuestro esfuerzo personal para que, no los elegidos, sino las grandes masas humanas se pongan al menos en camino de la solución, sea cualquiera la suerte que podamos correr, debemos sentirnos satisfechos de nuestra propia vida y darla por bien empleada”.- Julián Besteiro.

“El noble apostolado de precursor de don Pablo Iglesias en el Parlamento y fuera de él; su labor educadora de las masas proletarias, que nunca le agradecerán bastante las clases conservadoras; su obra magna de organización laborista que ha enseñado a los obreros a obedecer y los ha preparado para mandar, había tenido hasta ahora en la Cámara española un significado más bien moral y académico que político; ya que la minoría unipersonal del fundador ilustre del Partido Socialista Español no podía tener el peso de las grandes masas de electores, ni

la eficacia de una acción perseverante, múltiple y adecuada a la diversidad de los problemas políticos de cada momento”.- Luis Simarro, 1918.

[1303] “La imprudente ocupación de Libia por Italia, realizada mediante caminos diplomáticos bastante burdos, había determinado, luego de la guerra italo-turca, la serie de guerras balcánicas, y había encendido todos los nacionalismos balcánicos y sobre todo, el panservismo, que culminó en el trágico incidente de Sarajevo. La guerra europea tuvo por motivo principal la lucha entre el poder continental y el poder marítimo. Inglaterra hubiera podido fácilmente evitar la guerra y no quiso”.- Francesco Nitti, de su libro *La Democrazia*.

“La condición que supone tácitamente la teoría de la dictadura, según Lenin y Trotsky, es que la transformación social es algo para lo que el Partido de la Revolución tiene en el bolsillo una receta ya lista, que no tiene más que aplicarla con energía. Por desgracia –o, según sea, por suerte–, no es así. Bien lejos de ser la suma de prescripciones ya hechas, que no habría más que aplicar, la realización del socialismo, como sistema económico, social y jurídico, es algo que reside en la bruma del porvenir. Lo que nosotros poseemos en nuestro programa no son más que algunos grandes mojones indicadores señalando la dirección en que las medidas a tomar deben ser tomadas, indicaciones, por otro lado, de carácter sobre todo negativo. Sabemos, más o menos, lo que primeramente debemos suprimir para despejar el camino a la economía socialista; pero, por el contrario, de qué naturaleza son las miles y miles de medidas prácticas, grandes y pequeñas, apropiadas para introducir los principios socialistas en la economía, el derecho, en todas las relaciones sociales, sobre eso no hay programa de partido; no existe manual socialista que nos dé informaciones. No es un defecto; es, al contrario, la ventaja del socialismo científico sobre el utópico: el sistema socialista no debe ni puede ser más que un producto histórico, nacido en la escuela misma de la experiencia, en la hora de las realizaciones, de la marcha de la historia viviente, la cual, exactamente como la naturaleza orgánica, de la que en último análisis es una parte, tiene la buena costumbre de hacer [1304] nacer siempre, junto con una real necesidad, el medio de satisfacerla; con el problema, la solución. Pero si esto es así, es evidente que el socialismo, por su propia naturaleza, no puede ser otorgado, no puede ser establecido por un ukase.”- Rosa Luxemburgo, septiembre, 1918.

Moralidad del socialismo

“¡Vivir, vivir, vivir!, oigo por ahí, y me digo: ¡Vivir, vivir, vivir bien!, y ¿para qué? La vida en sí misma no me parece un bien apetecible cuando no se vive para algo. Cuando un hombre se pone al servicio de una idea generosa, lo que en otros sería egoísmo es en él altruismo nobiliario. El socialismo brota de las más egoístas necesidades humanas; brota de inspiraciones del estómago, pero él depura y ennoblece al punto y acaba por ser fuente de vida ideal que hace de la vida de quien se la consagra un bien altamente apetecible. Aunque el socialismo no hubiera hecho otra cosa que dar a una buena parte del proletariado un ideal de vida, habría hecho mucho. El socialismo ha emancipado ya millones de espíritus y ha hecho muchos hombres libres. Porque es libre el hombre que no vive entregado a las impresiones del momento y entregado al vaivén de las vicisitudes cotidianas y al cuidado del mañana, sino que unifica su vida y la organiza bajo una idea. Hay quien se llena el estómago de alcohol para matar el vacío de la cabeza. Este vacío le oprime y le aburre y lo expulsa emborrachándose. Pero el que tiene preocupaciones de orden

ideal no tiene tiempo ni humor para emborracharse. La mayor superioridad que tienen hoy los obreros conscientes de su situación sobre los señoritos de la burguesía es que éstos no viven para nada superior a la vida misma, porque carecen de un noble ideal”.- Miguel de Unamuno.

[1305] *XI Congreso del Partido Socialista*

Fue un Congreso de liquidación de la huelga de agosto de 1917, el primero en que no resonó la voz de Pablo Iglesias ni siquiera a través de un mensaje. Fue Besteiro quien llevó el peso de los debates, que duraron desde el 24 de noviembre al 3 de diciembre de 1918. En este Congreso exhortó a los intelectuales que acababan de incorporarse al Partido Socialista, atraídos por la victoria electoral del Comité de Huelga, a que tradujesen, divulgaran y estudiasen las obras marxistas. Ni un solo libro, ni un folleto, ni una conferencia doctrinal se debió a los aludidos por Besteiro, perdidos casi todos para nuestras ideas.

Constituido el Congreso, fueron designados para presidir: Isidoro Acevedo, presidente; Lucio Martínez, Francisco Azorín, Francisco Sanchís y Teodomiro Menéndez, vicepresidentes; Fernandez Longueira y Agustín Marcos, secretarios. Seguidamente, Besteiro, en nombre del Comité Nacional, propone se adopten los siguientes acuerdos:

“Que el Congreso socialista salude a las repúblicas que han nacido sobre las ruinas de los imperios ruso, austriaco y alemán. Que salude igualmente a todos los camaradas que han luchado y luchan aún en los diversos países de la tierra por la plena realización de los ideales democráticos con el triunfo del socialismo. Que exprese sus vehementes deseos de que la Internacional reanude su existencia y, con ella, la obra urgente de reconstitución y de organización nueva de los valores culturales y humanos, puestos en grave peligro por las codicias capitalistas y por los errores y los crímenes del imperialismo militarista burgués.

Apenas repuesto el país español de las últimas desastrosas consecuencias de la política colonial de la monarquía, se inició, bajo el reinado de don Alfonso XIII, una nueva política colonial [1306] que ha conducido a nuestro pueblo al mantenimiento de una guerra crónica en Marruecos. La guerra de Marruecos, cuya iniciación en 1909 produjo protestas nacionales que aún están vivas en la memoria de todos, ha sido constantemente combatida por el Partido Socialista español como injusta y como atentatoria a las más firmes convicciones y a los más nobles deseos de paz y de trabajo reconstructivo y ennoblecedor del pueblo.

A consecuencia de la victoria de las naciones aliadas sobre el militarismo alemán, se habrá de realizar en breve en el Congreso de la Paz una revisión de los principios que hasta ahora han regido la política colonial de todos los países. Con ocasión de ese Congreso, y de las deliberaciones todas a que el restablecimiento de la paz haya de dar lugar, el Partido Socialista español expresa su propósito de exigir la renuncia de España a toda empresa militar en África y la orientación exclusiva de la política española en Marruecos en el sentido de la libre acción comercial, industrial y cultural de todos los pueblos, con el respeto debido a los habitantes de las zonas hoy ocupadas por los ejércitos de naciones extrañas.

En consideración a las circunstancias actuales, determinadas por el vencimiento de los poderes militares más poderosos de la tierra y por la firme orientación democrática y pacifista que

este magno acontecimiento ha de iniciar en el mundo todo; teniendo, además, en cuenta urgentes necesidades de la vida nacional, que sufre las consecuencias de los errores tradicionales cometidos por los elementos dominantes de la política española y por las instituciones que rigen el país, el Comité Nacional propone al Congreso que nombre una Comisión encargada de proponer la fórmula más conveniente para que el Partido Socialista inicie una campaña encaminada [1307] a conseguir, con la mayor rapidez posible, el licenciamiento de un número considerable de los soldados que están en la actualidad sometidos al servicio activo en el ejército.

Por aclamación fueron aprobadas las propuestas hechas por Besteiro, nombrándose la Comisión que se indica en la última, resultando elegidos Teodomiro Menéndez, Agustín Marcos, Andrés Ovejero, Francisco Morán y Santiago Álvarez. Igualmente, se acordó que una Comisión del Congreso visite y salude a Pablo Iglesias, retenido en su hogar por enfermedad”.

Hubo un debate muy apasionado acerca de la posibilidad de que llegara un momento en que el Partido Socialista formase parte de un Gobierno. En este debate, mantenido en el Congreso del Partido Socialista en aquel año, Julián Besteiro, enemigo de la participación de los socialistas en el Gobierno, defendió la posición francamente republicana. ¿Cómo hubo gentes capaces de escribir que Besteiro no fue partidario de la República en 1931, cuando fue a presidio en defensa de la República en 1917? Y vale la pena subrayar que la posición mantenida por él obtuvo 6.378 votos; pero la contraria, defendida por Fabra Ribas, partidaria de colaborar incluso con la monarquía, con ciertas condiciones, estuvo a punto de triunfar con 6.157 votos. Hubo un amplio debate acerca del programa agrario que se llevó varias sesiones. Por primera vez se hizo constar en el programa del Partido Socialista que éste trabajaría por la abolición de la monarquía. Por unanimidad fue elegida la siguiente Comisión Ejecutiva: presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Julián Besteiro; secretario, Daniel Anguiano; vicesecretario, Francisco Núñez Tomás; secretario de actas, Andrés Saborit; vocales, Indalecio Prieto y Largo Caballero; secretario agrario, Andrés Ovejero; secretaria femenina, Virginia González; secretario de estudios, Núñez de Arenas.

[1308] *Conferencia de Washington*

Apenas firmado el armisticio, 25 de enero de 1919, la Conferencia reunida por los Gobiernos aliados para convenir los preliminares del tratado de paz designó una ponencia encargada de preparar un plan de legislación social. En el Tratado de Versalles –junio de aquel año– se previó la creación de una Organización Internacional del Trabajo, que nació el 29 de junio en Washington; en esta ciudad se celebró la primera Conferencia Internacional del Trabajo, a la que acudieron, representando a la Unión General de Trabajadores, Francisco Largo Caballero, como delegado obrero, y Fernando de los Ríos y Luis Araquistain, como asesores. Allí se consolidó la aspiración formulada en el Congreso socialista de París en favor de la jornada de ocho horas. En España el Gobierno liberal del conde Romanones publicó un decreto reconociendo el principio de la jornada de ocho horas diarias o cuarenta y ocho semanales sin respetar el trámite que obligaba a presentar ante las Cortes el oportuno proyecto de ley, acuciado por las dificultades que el poder público encontraba para hacer frente a los conflictos sociales.

Primer Congreso socialista extraordinario

El 8 de diciembre de 1919, coincidiendo con la grave enfermedad que padecía Pablo Iglesias, que le impidió enviar un saludo escrito al Congreso y recibir en su habitación de enfermo a la Comisión designada por él con ese objeto, se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid el primer Congreso socialista extraordinario. Hasta esa fecha el Partido Socialista había vivido en plena normalidad, reuniéndose cuando lo determinaban sus estatutos. El movimiento revolucionario de 1917, la victoria electoral de los cuatro miembros del Comité de Huelga, primero como concejales por Madrid y después como diputados a Cortes, en 1918, abrieron camino a ciertos jóvenes intelectuales y a numerosas organizaciones de campesinos hacia el Socialismo español, de tal modo que los datos suministrados por Daniel Anguiano como secretario del Partido Socialista daban como militando en el mismo 238 entidades con 42.588 afiliados, aunque solamente estuvieran representados pocos más de la mitad de los adheridos. Para dirigir las tareas del Congreso fueron designados Francisco Sanchís, presidente, y Lucio Martínez e Isidoro Acevedo, como vicepresidentes.

Liquidados los incidentes planteados por la actuación de la minoría socialista en el Parlamento, cuya gestión, después de amplia discusión con intervención de Prieto y Besteiro, fue aprobada por unanimidad, se entró a tratar el verdadero problema que apasionaba a los socialistas del mundo entero: si había fracasado la Segunda Internacional, ¿era necesario crear la Tercera y someterse al modelo ideado por Lenin? El debate duró varias sesiones, interviniendo en él numerosos delegados. Verdes Montenegro defendió el ingreso en la Tercera [1310] Internacional y, como Besteiro criticara en su discurso algunas de las afirmaciones de Verdes Montenegro en términos duros, siempre guardándole toda clase de consideraciones, el delegado alicantino adoptó la extraña actitud de abandonar el Congreso, anunciando su baja en el Partido Socialista. Mantuve amistad con él hasta su salida para México, durante la guerra civil, tocándome facilitarle las gestiones con ese motivo, por el cargo que yo desempeñaba en la Dirección General de Aduanas. Sinceramente creo infundada la actitud adoptada por Verdes Montenegro, a quien el Congreso, a propuesta de Besteiro, consideró como afiliado al Partido Socialista, a pesar de la decisión por él adoptada. Como entrada al debate, Besteiro dio lectura a la siguiente comunicación, exponiendo el punto de vista de los firmantes acerca del problema de la Tercera Internacional, que había sido aprobada por la mayoría de la Comisión Ejecutiva:

“La importancia que la masa trabajadora concede a la revolución rusa y el entusiasmo que manifiesta por la república de los Soviets están plenamente justificados. Desde el comienzo de la era revolucionaria iniciada en 1914 con la ruptura de las hostilidades entre las principales naciones europeas, ningún acontecimiento ha tenido tanta significación para el progreso de los ideales de la democracia proletaria como la revolución triunfante en Rusia en octubre de 1917. Sean las que quieran las deficiencias del gobierno de los Soviets, el Partido Socialista Obrero Español no puede hacer otra cosa sino aprobar la conducta de las organizaciones proletarias que desde la revolución de octubre vienen ocupando el Poder en Rusia. Los defectos que se atribuyen al

Gobierno de los Soviets de obreros y aldeanos no son debidos a su propia actuación, sino al estado de descomposición completa en que dejó al país el régimen zarista.

[1311] Conocidos los principios que rigen la conducta del Gobierno revolucionario de Rusia, el Partido Socialista español declara que estos principios son exactamente los mismos principios socialistas en los cuales debe informarse la actuación de todos los militantes de la Internacional. Como los maximalistas rusos, el Partido Socialista español considera que la dictadura del proletariado es una condición indispensable para el triunfo del socialismo. No debe creerse, sin embargo, que la dictadura del proletariado ha de revestir necesariamente la misma forma en todos los países. Antes al contrario, esta forma tiene que variar, necesariamente, según el grado de desarrollo y el perfeccionamiento industrial de las distintas naciones o grupos de nacionalidades. La imitación servil de los procedimientos empleados en una nación determinada para hacer valer la fuerza del proletariado y conseguir la victoria sobre él capitalismo la considera el Partido Socialista español como un error que expone a los más sensibles fracasos.

Así pues, la línea de conducta que el Comité Ejecutivo desearía ver adoptada por el Partido Socialista español consiste en hacer todos los esfuerzos posibles para que la organización socialista y obrera internacional se constituya en la salvaguardia más eficaz y posible de la existencia y desarrollo de la República rusa de los Soviets, al mismo tiempo que realice las acciones necesarias para conseguir el triunfo general del proletariado y la transformación económica mediante la socialización de la producción, atemperándose en cada país o grupo de nacionalidades a la adopción de los procedimientos adecuados a las condiciones especiales políticas y económicas en ellos existentes. Como medio mejor para obtener estos resultados y mantener constantemente un vínculo internacional que cada [1312] vez es más necesario, y en los momentos actuales imprescindible, la Comisión Ejecutiva propone al Congreso que, lejos de contribuir a debilitar los organismos internacionales existentes, procure nuestro Partido fortalecerlos e influenciarlos en el sentido anteriormente indicado y, por lo tanto, que acuerde mantener su adhesión a la Segunda Internacional, que constituye la organización socialista más poderosa hoy existente, cuyas decisiones, si su potencialidad no es imprudentemente debilitada, pueden ejercer una influencia eficaz sobre el desarrollo de los acontecimientos mundiales en este momento crítico de la historia”.- Julián Besteiro, Francisco Núñez Tomás, Andrés Saborit. Madrid, 1919.

En el debate promovido acerca del ingreso en la Tercera Internacional, con su acostumbrada vehemencia, tomó parte Indalecio Prieto, diputado por Bilbao, surgiendo violentos incidentes entre él y una minoría tercerista estacionada en el segundo piso del teatro de la Casa del Pueblo. Intervino Besteiro, imponiendo orden, y Prieto consumió un turno, en el fondo defendiendo seguir en la Segunda internacional.

[1313] Daniel Anguiano, que siempre había dado la impresión de coincidir con Iglesias y Besteiro, en este Congreso defendió el ingreso en la Tercera Internacional, sin condiciones, lisa y llanamente. Su conducta extrañó sobremanera, aunque dijo que cualquiera que fuese la resolución que saliera del Congreso, él la acataría.

Un abanderado de la Segunda Internacional –¡y en qué términos de apasionamiento!–fue Oscar Pérez Solís, delegado de Valladolid. Su moción, defendida también por Antonio Fabra

Ribas, fue adoptada por 14.010 votos contra 12.497, que reunieron otras tendencias en el fondo partidarias del ingreso en la Tercera Internacional.

La Comisión Ejecutiva quedó elegida por unanimidad del siguiente modo: presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Julián Besteiro; secretario general, Daniel Anguiano; vicesecretario, Francisco Núñez Tomás; secretario de actas, Andrés Saborit; vocales, Francisco Largo Caballero, Antonio Fabra Ribas, Ramón Lamonedá, Andrés Ovejero, Lucio Martínez y Manuel Núñez de Arenas. El Partido Socialista estaba enfermo y en este Congreso no se había resuelto ningún problema. Pronto tendría continuación el debate acerca de la Tercera Internacional.

El terrorismo en Barcelona

¡Pobre Barcelona! El terrorismo ensangrentó sus calles durante varios años. El poder público, no sólo fue impotente para combatirlo, sino que nombró autoridades con facultades para que organizaran oficiosamente bandas pagadas por ellas y por patronos, surgiendo, con facilidad lamentable, esas mismas bandas en el campo obrero.

El terrorismo en que participaban los miembros del Sindicato Libre, patrocinados por los generales Martínez Anido y Arlegui, y el sindicato utilizado por grupos de tendencia anarquista, se enlazó con un movimiento obrero de resonancia en Cataluña: la huelga de *La Canadiense*. A diario se reunía en la Casa del Pueblo de Madrid la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, que hacía llegar a la presidencia del Gobierno, ejercida por el conde de Romanones, su protesta contra la suspensión de garantías, el estado de guerra y la militarización de algunos grupos de huelguistas, advirtiéndole que si los obreros eran obligados a trabajar para *La Canadiense* o se derramaba sangre proletaria en la región catalana, la Unión General declararía un movimiento nacional. El 16 de marzo de 1919, el Comité en pleno, presidido por Besteiro, visitamos al jefe del Gobierno amenazándole de desencadenar la huelga general si el conflicto de *La Canadiense* no tenía solución. Terminado este conflicto, la agitación social en Cataluña continuaba y seguían los atentados. El 14 de abril de aquel año la Unión General hacía una declaración protestando contra la posibilidad de que Bravo Portillo, agente a sueldo de la embajada alemana, fuese nombrado jefe de la policía barcelonesa; ratificaba también que no consideraría como atentados contra la fuerza armada aquellos que se cometieran contra miembros del Somatén, movilizados en principio por la patronal para decapitar huelgas.

A la secretaría de la Unión General llegaron cartas de Barcelona anunciando se pretendía realizar un acto de venganza contra Ángel Pestaña, por su campaña denunciando las actividades criminales de Bravo Portillo y sus agentes germanófilos. Nueva visita a Romanones, y promesa [1315] formal de que aun habiendo estado de guerra, no habría juicio sumarísimo contra Pestaña. Los militares eran dueños de Cataluña, a pesar de lo cual los conflictos obreros seguían agudizándose, Y el 28 de marzo de 1919, por acuerdo de la Ejecutiva, Largo Caballero, en nombre de la Unión General, se trasladó a Barcelona para estudiar sobre el terreno las medidas que esta entidad habría de tomar para facilitar la victoria de los trabajadores catalanes, informando de todo ello a su regreso a la Ejecutiva, que conoció de modo directo el pensamiento de los sindicalistas de la CNT, con los que había hablado Largo Caballero en Barcelona. Hubo arreglo, aceptando los anarquistas catalanes la intervención de las Poderes públicos con la

creación de la Comisión Mixta del Trabajo en Barcelona, similar a lo que en Madrid llevaba a cabo la Unión General en el Instituto de Reformas Sociales. En un sitio y en otro casi siempre eran los patronos quienes se oponían a la intervención de las autoridades para poner fin a los conflictos. En Cataluña, especialmente, los capitalistas no concebían otras soluciones que las impuestas por el terror, con intervención de esbirros a su servicio o al del Estado.

Pablo Iglesias, gravemente enfermo

En 1919 Pablo Iglesias cayó gravemente enfermo, de tal modo que la inquietud fue grande entre sus familiares y los elementos directivos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista. Ya no vivía Jaime Vera, que tuvo siempre especial preocupación por la salud del fundador del movimiento obrero español. A ruego suyo, el doctor Francisco Huertas cuidaba a Iglesias, y ante la gravedad del caso reclamó el concurso de los doctores Marañón y Calandre. Entre todos ellos salvaron la vida a Iglesias por unos años, aunque siguió enfermo. Antes de sufrir esta acometida en su salud, que nos puso a todos en cuidado, asistió ala manifestación del 1º de mayo y pronunció un discurso al final de la misma. Aquel año, por excepción, hubo graves incidentes al concluir la [1316] manifestación, cayendo herido un policía. Nombrado por Iglesias, actuó como gestor de los bienes legados por Cesáreo del Cerro el concejal federal Ruiz Beneyán, competente en problemas de esta naturaleza. Al cesar éste y comenzar a intervenir directamente Besteiro, designado por Iglesias como sucesor suyo en lo referente a la Fundación Cesáreo del Cerro, fue nombrado administrador Francisco Núñez Tomás, redactor de *El Socialista*. Su gestión fue modelo en todos los sentidos, colaborando lealmente con Besteiro. Ambos estuvieron siempre muy compenetrados. Fue Núñez Tomás quien salvó la gestión de *El Socialista* como director interino, secundando a Iglesias, durante los meses en que permanecimos en el Penal de Cartagena los cuatro miembros del Comité de Huelga de 1917. El instaló en la calle Carranza, 20, la redacción y administración del diario del Partido Socialista y la secretaría del mismo, entre otros servicios, cargos desempeñados por Núñez Tomás desinteresadamente, haciéndolos compatibles con su trabajo en la imprenta, durante aquel difícil periodo.

Gran victoria de la Alianza de las izquierdas en 1919 en Madrid, con Besteiro e Iglesias en los dos primeros puestos con más de 36.000 votos. Yo fui reelegido por Oviedo, esta vez con Melquíades Álvarez. Cada uno de los dos candidatos hicimos propaganda con independencia, en actos separados, conduciendo la lucha con absoluta lealtad. Por Gijón resultó elegido Teodomiro Menéndez, con apoyo de republicanos y reformistas. Indalecio Prieto, casi sin oposición, venció por Bilbao. Fernando de los Ríos consiguió acta por Granada como independiente, pero desde el primer momento se incorporó a la minoría socialista, presidida por Besteiro y actuando yo de secretario. Pablo Iglesias prometió el cargo, aunque sólo acudió al Parlamento en contados días. Estuvo presenté durante la discusión de las actas de diputado de Largo Caballero, por Lucerna, y de Lamonedá, por Martos, a quienes defendimos en el salón de sesiones Teodomiro Menéndez y yo. Los votos ministeriales sancionaron el despojo de que fueron víctimas los dos candidatos socialistas, pero Pablo Iglesias quiso [1317] probar con su presencia, a pesar de su delicado estado de salud, el interés que tenía en evitar tamaña injusticia. Llevado por Juan Ortiz a casa de Iglesias, Dámaso Gutiérrez Cano, cliente de la librería que regentaba en la calle del Desengaño, llegó a ser admirador de Iglesias, ingresando en la Agrupación Socialista y favoreciendo al Partido y a la

Unión General de Trabajadores con cuantiosos donativos, que pasaban previamente por las manos de Iglesias. Con dinero del Sindicato Minero Asturiano y de Gutiérrez Cano, por mediación de Iglesias, que intervino en ese sentido, Antonio Fabra Ribas y Félix Galán sacaron en Madrid un semanario socialista titulado *La Internacional*, que no se consolidó ni pudo reintegrar los anticipos recibidos. Fallecido Iglesias, Gutiérrez Cano me dio, sin firmar nunca recibos, varios miles de duros, que engrosaron las diversas suscripciones abiertas durante los años en que actué de director del diario y de secretario del Partido, con la condición de que su nombre no apareciera nunca, sino solamente indicando que se trataba de un afiliado a la Agrupación Socialista Madrileña, y así lo hicimos siempre Iglesias y yo. La generosidad de Gutiérrez Cano se extendió a otros organismos y afiliados del Partido y de la Unión. Cuando comenzamos la propaganda en favor de la Fundación Pablo Iglesias, iniciada con fuertes donativos de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo* y de Gutiérrez Cano, me ofreció el solar donde se construyó el edificio que habría de ser la sede de la Fundación, propiedad de otro afiliado, que retenía como garantía del préstamo hecho a ese correligionario, de cuyo feliz desarrollo se hablará oportunamente. Hubo elecciones de diputados provinciales y por Madrid triunfaron Vicente Barrio y Antonio Fernández Quer. Por Montilla resultó elegido Juan Morán y en la diputación provincial de Oviedo entraron José María Suárez y Manuel Vigil. Inauguración de las Casas del Pueblo en Jaén, Jumilla, Novelda y Puertollano. Se funda en Mahón la Agrupación Socialista. Se intensifica el movimiento agrario en Andalucía, con manifestaciones y represión gubernamental. Fueron deportados a [1318] diversos puntos de España Francisco Azorín y Juan Palomino, responsables directos de la organización sindical y política de la provincia de Córdoba.

Graves acontecimientos sociales en Barcelona, en 1919, con huelga general, estado de guerra y deportaciones. El Gobierno, en manos de Romanones, fue impotente para hacer frente a la situación, encontrando toda clase de dificultades por parte de los fabricantes catalanes, que estaban apoyados por el capitán general de la región. El 15 de abril formó Maura un Gobierno a su entera devoción, en el que entraron La Cierva y Goicoechea, para desgracia suya. Estos dos personajes hicieron las elecciones generales deseadas por el rey de acuerdo con Maura, creyendo librarse de ese modo de la presencia de los diputados socialistas, a los que pretendían derrotar en las urnas. No lo consiguieron. Hubo alianza electoral, venciendo candidatos socialistas en Madrid, Bilbao, Oviedo y Gijón. El Gobierno se presentó en las Cortes el 24 de junio, sin mayoría propia. Un mes después, Maura declinó los poderes, hundido por las tropelías cometidas desde Gobernación por Goicoechea, asesorado por La Cierva. Transitoriamente, subió un Gobierno presidido por Sánchez de Toca, a base de conservadores datistas, que tampoco pudo mantenerse en el Poder porque seguían latentes los problemas creados por las Juntas de Defensa militares y los conflictos sociales, extendidos a media España. Bravo Portillo, muy relacionado con la policía barcelonesa, fue objeto de un atentado mortal, seguido de una serie interminable de agresiones y muertes entre diversos grupos de sindicalistas de izquierda y de derecha, amparados por la patronal y las autoridades. Los conflictos sociales se extendieron a Madrid, donde los patronos, orientados por sus colegas de Cataluña, lanzaron un "lock-out" contra los obreros de la edificación, dando lugar a que Besteiro planteara este problema en las Cortes, incitante al Gobierno a intervenir y poner fin al conflicto. Caído Sánchez de Toca, le sustituyó Allendesalazar, con un Gobierno de concentración conservadora, donde volvió a entrar La Cierva.

[1319] En diciembre de 1919 los anarquistas catalanes organizaron un Congreso sindical en Madrid, en el aristocrático teatro de la Comedia, propiedad de un conocido monárquico conservador.

El voto femenino fue otorgado en 1919 en Austria, Checoslovaquia, Alemania, Polonia y Sarre. Otto Bauer es elegido ministro de Estado en Austria. León Blum es elegido diputado por primera vez en Francia. Después de varios años, el asesino de Jaurès acude ante un tribunal, siendo absuelto por el jurado, al considerarle demente. La viuda de Jaurès tuvo que pagar los gastos del proceso. En París se produce una manifestación imponente contra la absolución otorgada al asesino. Se promulga en Francia la ley de las ocho horas. El 28 de junio de 1919 se firma el Tratado de Paz de Versalles, bajo la presidencia de Clémenceau. Se forma el primer parlamento en la República de Irlanda. Lenin, dirigiéndose en un mensaje al proletariado italiano, en agosto de 1919, decía: “Italia presenta hoy todas las condiciones esenciales que pueden garantizar la victoria de una revolución verdaderamente popular”. Poco después, Mussolini se adueña del poder en ese país. Las derechas triunfan en las elecciones francesas. En la Casa del Pueblo de Berna se celebran reuniones preliminares preparatorias de la creación de la Federación Sindical Internacional de Ámsterdam y de la Internacional Socialista, con intervención de Justo y de De Tomaso, por los socialistas argentinos, y de Besteiro y Largo Caballero, por las organizaciones de España. En Bélgica el Partido socialista logra un triunfo, con setenta diputados y cinco ministros. En Alemania los socialistas obtienen 163 puestos de diputados, y los socialistas independientes, 23, pero los partidos burgueses consiguen 236; se promulga la Constitución de Weimar, y es elegido F. Ebert, socialista, presidente de la República. Se inaugura la primera comunicación aérea entre París y Londres.

Fallecieron en 1919, entre otros socialistas de relieve, el fundador del socialismo en Málaga, un mártir de las ideas, Rafael Salinas; el [1320] ingeniero José Gascón; Franz Mehring, autor de interesantes libros, víctima de un atentado; Hugo Haase, diputado, ambos alemanes; Kurt Eisner, presidente del Consejo de Baviera, asesinado por un nacionalista bávaro que fue a su vez eliminado por un soldado; F. Domela Nieu-Wenhuis, dirigente socialista holandés, sacerdote en su juventud. También fallecieron ese año T. Roosevelt, presidente de Estados Unidos; Amado Nervo, poeta mejicano; Pedro Dorado Montero, escritor, en cuyo entierro Unamuno pronunció el elogio fúnebre.

En Berlín fueron asesinados Rosa Luxemburgo y K. Liebknecht. Luisa Kautsky publicó en 1923 un libro reproduciendo la correspondencia de Rosa Luxemburgo, con quien mantuvo fraternal amistad, aunque posteriormente se distanció de ella. Su identificación con Liebknecht “le parecía infinitamente funesta”, y agrega: “Me hubiera sido imposible guardar silencio si nos hubiéramos vuelto a ver”. Alguna vez Rosa escribió a Sonia Liebknecht: “Moriré un día en mi puesto: en combate callejero o en una prisión”. Biografía emocionante y cariñosísima, de la cual se deduce un temperamento revolucionario indomable. Rompió con K. Kautsky, que para ella había sido como un hermano. Aunque se adhirió al comunismo, no coincidió en lo fundamental con Lenin ni con Trotsky, censurándolos abiertamente. Nació para no transigir ante ninguna injusticia. He aquí un pensamiento de Rosa Luxemburgo:

“Las masas proletarias deben aprender a ser, en lugar de máquinas sin vida que el capitalismo pone al servicio de la producción. Deben adquirir el sentido de responsabilidad de los

miembros activos de la comunidad, única propietaria de todas las riquezas económicas. Deben dar pruebas de celo, sin el látigo del patrono; dar los más altos rendimientos sin ser obligados por el capitalista: observar, en fin, una disciplina sin mando ni opresión, sin amos. El idealismo más alto en interés de la comunidad, la disciplina más severa respecto de sí mismo, un verdadero espíritu de civismo en las masas constituyen la base moral de la sociedad socialista”.- Rosa Luxemburgo, 1918.

[1321] “Ha cambiado la fe y el otro mundo ha pasado de una eternidad soñada a un ideal soñado; pero el sentido grave, serio e institucional que anima a los socialistas castellanos de hoy es el mismo que inspiraba a los teólogos y juristas de antaño. El movimiento socialista de Madrid es, pues, la única entidad verdaderamente histórica en la política moderna española, la única que posee una vida íntima que le da valor, un valor prominente, creciente y formativo en la historia contemporánea”.- Salvador de Madariaga, 1919.

“¿Agitadores profesionales? pues claro está. ¿Y por qué no? ¿Por qué no ha de ser una profesión tan honrada como muchas otras la de agitar la conciencia pública? Y si hay policías honorarios y esquirols honorarios –es decir, que no pecan por la paga, sino que acaso pagan para pecar– ¿por qué no ha de haber agitadores profesionales? Y vale más que la de agitador sea una profesión. Si la revolución española toma mal carácter es porque aquí no ha habido más que revolucionarios aficionados. Y la afición podrá presenciar desde el tendido, pero no sabe hacer revoluciones en el ruedo”.- Miguel de Unamuno, 1919.

“Nosotros no debemos perder la cabeza. No teniendo, como no tenemos, los elementos necesarios para efectuar una acción violenta, sería una locura acudir a ese terreno. Hay en los elementos reaccionarios ganas de pegarnos y a todo trance debemos evitar que nuestras fuerzas sufran un descalabro. Mucha organización y mucha propaganda es lo que debemos hacer, por más que tengamos que sortear las dificultades que con sobrada frecuencia nos crean nuestros insensatos enemigos”.-Pablo Iglesias, 19 de abril de 1919.

“No vacilo en decir que considero la creación de un super Parlamento internacional como una idea hacia el cual debemos aspirar. Pero la política es la ciencia de lo posible, y precisamente porque esperamos grandes cosas de la Conferencia Internacional del Trabajo he sido de los que no han querido pedir a la Conferencia de la Paz abdicaciones [1332] que las naciones no hubiesen aceptado. Debemos preparar las soberanías que comienzan a interrelacionarse, y que un día se unirán en una federación”.- Emilio Vandervelde, 1919.

Congreso de la CNT en el teatro de la Comedia

La Unión General de Trabajadores no atacó jamás en ningún Congreso ni en ninguna declaración a la Confederación nacional del Trabajo, a pesar de que cuando se creó esta última, la UGT ya existía desde hacía veintidós años. La iniciativa del movimiento revolucionario de 1917 se debió a la Unión General y fue adoptada en un Congreso reunido en 1916; poco después de su clausura comenzaron las entrevistas entre los hombres de las dos organizaciones, dando lugar a un pacto circunstancial de carácter político-sindical. El ser joven me permitía esquivar fácilmente a la policía, por lo cual fui enviado a Barcelona a ponerme en relación con los hombres de la CNT; en esos viajes hablé con Pestaña y Seguí, en cuyas casas estuve; no escribo, pues, ni con

prejuicios ni con recelos; los anarquistas me resultan más sinceros cuanto más anarquistas son. La CNT se reunió en Congreso en el teatro de la Comedia de Madrid, en diciembre de 1919. Era la primera vez que lo hacía en la capital, donde carecía de organizaciones representativas. Juntos habíamos hecho la huelga de agosto; nada había surgido para separarnos; no obstante, en ese Congreso los anarquistas adoptaron el acuerdo siguiente: “Considerando que las tácticas y el contenido ideológico de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores son diametralmente opuestos y estén completamente definidos y, por tanto, no ignorados por nadie, entienden los Sindicatos proponentes que no debe irse a la fusión de los dos organismos, sino a la absorción de los elementos que integran la Unión General, primero, porque la Confederación representa un número de adheridos tres veces mayor; segundo, porque siendo, como anteriormente se ha dicho, conocida de todos la táctica [1323] seguida por la Confederación y habiendo sido invitados a este Congreso los elementos de la Unión General, al no asistir él, han demostrado a ésta no estar conformes con dicha táctica, y sería inútil la celebración de otro Congreso, ya que ellos no habían de convencernos para adoptar sus métodos de lucha. Además, los que proponen recaban del Congreso se redacte un manifiesto dirigido a todos los trabajadores de España, concediéndoles un plazo de tres meses para su ingreso en la Confederación Nacional, declarando amarillos a los que no lo hagan”.- Madrid, 13 de diciembre de 1919.

Esta proposición incidental fue adoptada por aclamación, a pesar de que no figuraba en el orden del día, ni había sido conocida por las Secciones. En este mismo Congreso adoptaron un acuerdo francamente político: adherirse a la Tercera Internacional de Moscú: “El Comité Nacional, como resumen de las ideas expuestas acerca de los temas precedentes por los diferentes oradores que han hecho uso de la palabra en el día de hoy propone: Primero, que la CNT de España se declare firme defensora de los principios de la Primera Internacional sostenidos por Bakunin. Segundo, declarar que se adhiera provisionalmente a la Internacional Comunista por el carácter revolucionario que la informa, mientras tanto la CNT de España organiza y convoca el Congreso obrero universal, que acuerde y determine las bases por las que deberá regirse la verdadera Internacional de los trabajadores.- Madrid, 17 de diciembre de 1919”.

Si los confederales hubiesen visto claro desde un principio, jamás habrían adoptado semejante acuerdo, lleno de contradicciones. La declaración del primer punto deshacía la del segundo. ¿Cuál prevalecía? La proposición fue aceptada por aclamación, aunque hicieron observaciones que resultaron baldías Seguí y Quintanilla. Pero en el Congreso de la Comedia los anarquistas adoptaron varios acuerdos advirtiendo que harían huelga general contra el envío de tropas españolas a Rusia, añadiendo: “No hay nada mejor en el mundo que morir bajo los pliegues que sostiene la Internacional Comunista”. Ese texto no alude a Bakunin y estaba [1324] inspirado por un agente de Moscú. Alfredo Rosner, cronista imparcial que también fue deslumbrado por la revolución rusa, rectificando a tiempo su error, al honrar la memoria de Andrés Nin, dijo: “Los sindicatos revolucionarios de España y de Italia habían votado sin reservas la adhesión a la Tercera Internacional”. Pero veamos lo que Pestaña dijo al respecto: “Recordaréis —se dirige a los militantes de la CNT— que al salir de Barcelona, la misión que llevaba a Rusia, en caso de poder realizar el viaje, se limitaba a estudiar la organización política, social y económica que en aquel país había establecido el Gobierno de los Soviets, y además, a

entregar PERSONALMENTE NUESTRA ADHESIÓN A LA TERCERA INTERNACIONAL”.

Pestaña no habla de adhesión condicional o provisional, y era esencial que lo dijera y que se lo hubiese dicho a los rusos al entregar su adhesión. Así lo publicó el Boletín del 10 de octubre de 1921 de la Internacional Sindical Roja, recordando que la CNT estaba adherida a la Internacional Comunista. Como hubo dudas sobre el caso, Arlandis, uno de los delegados de la CNT al Congreso Sindical Rojo, escribió en ese Boletín: “Yo digo que la delegación española ha cumplido con su deber, porque las resoluciones adoptadas en Moscú concuerdan con el espíritu de la Confederación: primero, porque la CNT, en su Congreso de la Comedia, en Madrid, se había adherido, no a una Internacional sindical, sino a la Tercera Internacional Comunista precisamente; segundo, por el acuerdo de Pestaña; tercero, por el mandato que los delegados habían recibido”.

Este Boletín es de fecha 20 de octubre de 1921, y está editado en Moscú, en francés. No son documentos fabricados fuera de Rusia. Vaya por delante la afirmación de que yo nunca he dicho que Pestaña se postrara ciegamente ante los hombres del Kremlin. Pestaña era un político, como lo fue Salvador Seguí, y ambos habían equivocado su ruta. Eso es todo. Pestaña aceptó aquella comisión porque se le iba el alma tras los acontecimientos políticos revolucionarios de Rusia. Su memoria nos ha dejado un recuerdo fraternal al elogiar como lo hizo a Julián [1325] Besteiro cuando, como diputado, tuvo ocasión de conocerle más profundamente. El error de Pestaña, anarquista, era ir a Moscú. Otros anarquistas fueron, pero ni firmaron ni tomaron parte en debates con los rusos. Es Pestaña quien escribe: "Desde el momento que la Confederación había tomado el acuerdo de adherirse a la Tercera Internacional y lo había hecho efectivo, yo quedaba sujeto a suscribir cuantos acuerdos tomara la mayoría, pues no hacerlo era equivalente a REVOCAR el acuerdo de Madrid, y esto, en buena lógica, no podía hacerlo. ¿Quién era yo para revocar un acuerdo de un Congreso? Así es que entre una adhesión que me ligaba a lo que acordase el organismo al que nos habíamos adherido y un documento aprobado por la mayoría de los componentes de este organismo, yo no tenía más que una solución: salvar mi responsabilidad y diferir todas las responsabilidades a la decisión que acordara la Confederación después de mi regreso y de conocer el texto y alcance del mismo.

El documento no era el acta, sino un manifiesto que Pestaña suscribió y que contenía absolutamente todo lo que defendían los bolcheviques, pero no podía suscribirlo un anarquista, por muy pálido que fuese su anarquismo. Pestaña acusa a Losovsky de deslealtad. Seguramente tiene razón hasta cierto punto, porque Moscú editó en 1921, en francés, la información de todo ello, que está en el acta oficial, pero a la hora de firmar, Pestaña firma, según consta en la página 18, como he podido comprobar en mis colecciones de esos boletines. En el periodo de la discusión, Pestaña, no creyéndose muy seguro de la lealtad de los rusos, les hizo ver el “inconveniente que para nuestra organización (la CNT) representaba el tal documento, ya que manteniéndolo en su integridad, como ellos hacían, podía dar lugar a NUESTRA SEPARACIÓN DE LA TERCERA INTERNACIONAL, COSA QUE SERIA LAMENTABLE, y no beneficiosa para la causa de la Revolución”. ¿Está claro que Pestaña partía de la base de que la CNT había entrado en la Tercera Internacional, organismo político distinto al creado después, con carácter sindical, que aún no había sido formado por los rusos y del que nadie había hablado.

[1326] En el primer Congreso de la Internacional Sindical Roja estuvieron, en nombre de la CNT, Maurín, Arlandís, Nin, Ibáñez y Leval, este último francés, muy bien documentado acerca del anarquismo español; conocí en Ginebra a Leval, que no se llamaba así, conservando de él la mejor impresión en todos los aspectos; en la Conferencia de Zaragoza, el 11 de junio de 1922, se leyó un informe de Leval contra la gestión de sus compañeros de delegación, con los que no actuó en Moscú; se condujo como lo que era: un anarquista auténtico. Como se ve, en Moscú hubo, después del viaje de Pestaña, una comisión en nombre de la CNT que asistió al primer Congreso Sindical Rojo. “Los gastos de esta delegación fueron sufragados en su mayor parte por el Gobierno de los Soviets”. Cita tomada de un libro de Manuel Buenacasa, anarquista hasta el fin de sus días.

En diciembre de 1919 se reunieron en la Casa del Pueblo de Berna delegaciones de las centrales sindicales y de los Partidos Socialistas de Europa. En las deliberaciones que hubo para la creación de la Internacional Sindical de Ámsterdam intervino Largo Caballero por la UGT y en las más complicadas, donde no hubo unanimidad en aquel momento, que al fin dieron lugar a la reconstitución de la Internacional Socialista, lo hizo Besteiro, quien redactó un extenso informe, publicado en varios números de *El Socialista*, con la finalidad de que sirviera como orientación al Congreso Socialista reunido en la Casa del Pueblo de Madrid en diciembre de 1919. Tan interesante trabajo constituye un análisis de las actuaciones de los diversos Partidos de la Internacional Socialista, no siempre de acuerdo durante la guerra ni aun después de concluida. Seguro que cuando en España hubo quien acusó a Besteiro de reformista, ignoraba la actitud adoptada por él en la Conferencia Socialista en Berna en 1919.

[1327] *Preliminares de la escisión*

En *El Socialista* se publicó la relación de delegados que acudieron al Congreso preliminar de la escisión de 1920, sin indicar el número de afiliados esta vez. El debate para decidir la actitud del Partido en relación con la Tercera Internacional ocupó numerosas sesiones, surgieron alborotos en varias de ellas, con intervención del público, compuesto por partidarios del ingreso en la Tercera Internacional, de un lado, y por anarquistas que intervenían con interrupciones ofensivas, de otro, como sucedió al hablar Indalecio Prieto, causando incidentes de cierta importancia. Prieto defendió y votó en favor de continuar en la Segunda Internacional, secundándole Juan de los Toyos, Vigil, Molina, Pedro García y Pérez Solís, quien expresó puntos de vista rectificados por él —y de qué modo tan violento!— en el Congreso que el Partido convocó meses después. ¡Cómo jugaban con la masa obrera ciertos hombres! Besteiro pronunció un extenso discurso, muy aplaudido por la mayoría de los congresistas que, por desgracia, no fue tomado taquigráficamente; del extracto aparecido en *El Socialista* reproducimos la que sigue:

“El compañero Besteiro dice que la situación en que está el Partido no puede continuar un día más. Al vado o a la fuente. El Comité ha sido demasiado transigente. Debiera haber adoptado actitudes de mayor energía. Nadie se ha anticipado al Comité en adherirse a los principios de la Revolución rusa. Después hemos callado porque hemos visto una prostitución del ideal en ciertas campañas que se han hecho en nombre de la Revolución rusa. Los furores comunistas que experimentan ciertos elementos, parecen furores de mujeres histéricas. En uno de estos furores, la Escuela Nueva (Núñez de Arenas, para que lo comprendan nuestros lectores) organizó una

serie de conferencias en las que intervino un profesor extraño a nuestras siglas, a defender ideas lassallianas (alusión a Ortega y Gasset). El Partido no admitió aquello. Nunca ha estado más unido al proletariado español que en las jornadas de agosto del 17, bajo [1328] la dirección de la UGT. En el transcurso de la guerra europea se levantó contra los socialistas, flameando, principalmente en las columnas de la prensa burguesa, la bandera sindicalista. Si no hubiéramos obrado con cautela en aquellos momentos, la guerra civil entre la clase obrera se habría planteado en España hace mucho tiempo. En una conferencia que tuvimos con Sánchez de Toca, éste aludió a los sindicalistas de Barcelona en unos términos que si los hubiera repetido ante los obreros se hubieran tomado como una grave injuria. Con aquellas declaraciones se quería lanzar a los socialistas contra los sindicalistas, en bien únicamente de la burguesía. ¿Cómo hacer ahora la unificación del proletariado, cuando se pretende absorber a la Unión General, cuando se nos persigue a sangre y fuego? Mientras estemos aquí, la bandera de la Unión General no se la entregaremos a ningún enemigo. Pide más concreción a la idea de acción de masas, y explica cómo se va haciendo la transformación de los sindicatos, que no conquistarán el poder nunca sin la ayuda de las masas que quedan fuera. Se ocupa del sistema de los Soviets, que a juicio de algunos socialistas es la panacea para hacer la revolución.

¿Qué es el sistema soviético? ¿Se cree que es tan sencillo armonizar las diversas ruedas de que se compone? ¿Pero es que se va a destruir una organización sindical fuerte y perfecta, donde exista, para establecer estas organizaciones exóticas? ¿Por qué, si se producía en España un movimiento revolucionario como el ruso, no habían de decir los obreros y los soldados que el Gobierno debiera ir a mano de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista? A veces los socialistas tienen que tomar parte en actuaciones que no son esencialmente socialistas. Contribuir a un movimiento revolucionario para traer la República no es obra puramente socialista; pero es la conquista de una nueva trinchera que favorezca la victoria definitiva. Y esto no es hacer obra reformista, porque no se trata de ir conquistando por la evolución nuevas reformas sin catastróficas conmociones.

Si se va a hacer una política realista, no meramente verbalista, no hay que perder el contacto con el Labour Party y las Trade Unions. Los extremistas están comprometiendo el concepto moral del Partido, pues por imprudencias de muchos se ha hecho creer a las gentes que se recibe y se pide dinero del extranjero para hacer la revolución. ¿Qué se hace de la moralidad inmaculada del Partido Socialista Obrero Español? Esto es imitar a los pollos mal educados de la burguesía, a Rastignac, el periodista que, después de jugarse la última peseta, decide ser un canalla siempre para seguir viviendo. Es imprescindible respetar y salvar la honra del socialismo español”.- Julián Besteiro.

A la hora de resolver la propuesta de ingresar en la Tercera Internacional sin condiciones obtuvo 5.016 votos, quedando derrotada. La moción que triunfó, por 8.269, estaba concebida en los siguientes términos: 1º el Partido Socialista Obrero Español pide que la Tercera internacional le reconozca la plena autonomía en la táctica que adopte en la lucha de clases. 2º Tiene el Partido Socialista Obrero Español el derecho de revisar en sus propios Congresos la doctrina que definitivamente adopte la Tercera Internacional y los acuerdos que esta decida en sus Congresos. 3º En el Partido Socialista Obrero Español existe la tendencia de unificar a todos los partidos marxistas, según lo procuran el Partido Socialista Francés y el Partido Socialista Independiente

Alemán. 4º El Partido Socialista Obrero Español continuará su labor en Ayuntamientos, Diputaciones provinciales y en el Parlamento; seguiría su participación en los organismos de carácter social y proseguiría su obra sindical, mutualista y cooperativa

Al elegir Comisión Ejecutiva hubo quien planteó se hiciera la designación por delegados, sin tener en cuenta el número de afiliados, cosa que jamás se había hecho. Es que los terceristas tenían propósito de dominar en la elección de cargos, creyendo que el resultado final les habría de ayudar. Largo Caballero y Vigil, con la organización del partido en la mano, se opusieron a tal decisión, que el Congreso rechazó [1330] por 7.798 votos contra 4.460. La maniobra tenía cierto apoyo, como revelan las cifras. Presidió esta elección Fernando de los Ríos, en sustitución de García Quejido, que aspiraba a figurar en la candidatura victoriosa. Ríos propuso que los cargos de director de *El Socialista* y presidente del Partido, ocupados por Iglesias, no se sometieran a votación, reeligiéndole para ambos por unanimidad, como así se hizo. Efectuada la votación con arreglo a las normas tradicionales, dio el siguiente resultado: para el puesto de vicepresidente: Besteiro, 9.090 votos; García Quejido, 4.104; De los Ríos, 207, y Acevedo, 75. Secretario general: Anguiano, 6.980; Saborit, 3.891; García Quejido, 3.887; Núñez de Arenas, 314, y Lamonedá, 75. Vicesecretario: Lamonedá, 8.176; Núñez Tomás, 3.385; Lucio Martínez, 1.206; Saborit, 260; Arenas, 170, y Anguiano, 112. Vocales: López Baeza, 8.919; Largo Caballero, 8.061; Núñez de Arenas, 6.410; Fabra Ribas, 6.401; Ovejero, 5.634; Araquistain, 4.903. Subdirector de *El Socialista*, Antonio Fabra Ribas, 14.567 votos; Araquistain, 95, y De los Ríos, 32.

Besteiro y Largo Caballero explicaron en breves palabras que renunciaban a seguir en la Comisión Ejecutiva, y Fernando de los Ríos, presidente del Congreso, “lamenta lo que ocurre – según publicó *El Socialista*– y propone para salir del paso, se corran los lugares, eligiéndose a los compañeros García Quejido y Fernando de los Ríos”. Obsérvese que De los Ríos resultó votado después de Araquistain, que sólo obtuvo 4.903 votos.

El Congreso fue convocado y organizado por Núñez de Arenas, quien sustituyó a Daniel Anguiano en la Secretaría del Partido Socialista al dimitir éste de su cargo, como consecuencia de su conducta durante el viaje a Ámsterdam con Besteiro. La convocatoria lleva fecha 27 de mayo de 1920. El Congreso se reunió el 19 de junio. Casi todas las sesiones fueron presididas por Antonio García Quejido, que no acudía a los Congresos de la Unión y del Partido desde hacía años ni aceptaba cargos. Ahora se trataba de un plan convenido a iniciativa de Núñez de Arenas, con intervención de Ramón Lamonedá. Besteiro, Largo Caballero, [1331] Lucio Martínez y yo dimos posesión a los elegidos en el Congreso, y García Quejido fue nombrado gerente de la Editorial Socialista, para poderle facilitar un sueldo.

Pablo Iglesias fue designado en el Congreso director de *El Socialista* pero los nuevos ejecutivos nombraron a Fabra Ribas para ese puesto, publicando una nota en la que daban como razón el mal estado de salud del presidente del Partido Socialista. Esto es, comenzaron faltando a uno de los acuerdos del Congreso. Para reunir fondos con destino al diario y a la Editorial Socialista, Fabra Ribas, con la cabeza llena de ilusiones, propuso que los afiliados y simpatizantes, principalmente en Asturias, aportaran un día de jornal en beneficio de los planes proyectados. Consiguieron bastantes miles de pesetas, sobre todo en el Norte, que se evaporaron en sueldos y gastos aparatosos, como el número extraordinario de *El Socialista* impreso en los talleres de *El Sol*, de resultados económicos desastrosos. En la memoria preparada por Anguiano y terminada por

Núñez de Arenas se hace constar que el Partido Socialista constaba de 536 secciones y 52.897 afiliados. En el Congreso no llegó a haber ni 15.000 miembros representados. Es decir, el propio Congreso no representaba a la mayoría del Partido, al margen de debates teóricos a cargo de una minoría alborotadora.

Besteiro, escarnecido en Villacarrillo

Villacarrillo pertenece a la provincia de Jaén, está alejado de toda vía de comunicación, la estación férrea más próxima dista sesenta kilómetros y sus comunicaciones con la capital de la provincia son muy difíciles. Estuve en Villacarrillo cuando la organización que allí funcionaba tenía carácter meramente obrerista, con alguna intervención republicana. Funcionaba una Sociedad obrera mixta, titulada La Blusa, donde cabían todos los oficios, en mayoría trabajadores del campo, y algunos pequeños propietarios. Les aconsejé crearan la Agrupación y la [1332] Juventud Socialista y convirtieran la Sociedad en otra claramente de resistencia al capital, ingresando en la Unión General de Trabajadores. Di una conferencia al aire libre, donde ondeaba la bandera española, insignia de la entidad, y no surgió ningún incidente. Sin duda las autoridades locales no eran adictas todavía a Alcalá-Zamora o lo serían a cualquier otro cacique. Yo fui respetado. Hubo enorme concurrencia, y me conduje con sumo tacto para no herir susceptibilidades, puesto que dentro de la organización invitante había diversos sectores. Mi labor fue directa, con el grupo que se prestó a ello, una vez terminado el acto.

¿Cómo fui a Villacarrillo? En 1913, al frente de la federación Nacional de Juventudes Socialistas, abrí una información para conocer y estudiar el problema agrario. Entre las entidades a quienes remití el cuestionario impreso que redacté figuró La Blusa, de Villacarrillo. No perdí el contacto con ellos, y al recibir una invitación para dar allí una conferencia, acepté complacido. Empezó a llegar a Villacarrillo *El Socialista*, muy pocos ejemplares, y sobre todo, *Renovación*, quincenal. Se iniciaron relaciones de los que allí actuaban con José Morales, dueño de una imprenta en Jaén y director de un semanario socialista –Morales fue diputado a Cortes socialista por la provincia de Jaén en las primeras elecciones de la República– y se crearon la Agrupación y la Juventud Socialista, y la Sociedad de Oficios Varios, incluyendo agricultores, que ingresó en la Unión General de Trabajadores. Entonces cambió la dirección de la política en Villacarrillo, inclinándose hacia Alcalá-Zamora que buscaba formarse una minoría parlamentaria, aunque para ello tuviera que utilizar procedimientos como los que emplearon con Julián Besteiro. Ese caso no era un hecho aislado. En La Carolina, también de la provincia de Jaén, sus amigos políticos superaban en maldades a los de Villacarrillo, aunque no tropezaron en su camino con un diputado a Cortes para escarnecerle como hicieron con Besteiro. A tal extremo llegaron las cosas en las provincias de Córdoba y Jaén, donde Alcalá-Zamora, a través de sus amigos, ejercía predominio, que cuando fue elegido presidente de la República, un grupo de treinta diputados socialistas se negó a [1333] votarle, faltando a los acuerdos de la minoría. Es público que entre los que se negaron a votarle estuvieron los diputados de las provincias de Córdoba y Jaén, y algunos otros, como Trifón Gómez, Lucio Martínez, Fermín Blázquez y Mariano Rojo. Yo le voté, respetando acuerdos del Partido, porque la minoría así lo decidió, aunque no sin lucha. Pero yo había hecho algo directamente contra Alcalá-Zamora. Poco antes hubo un banquete en el hotel Ritz madrileño en honor del doctor Mouriz, en ocasión de su ingreso en la Academia de

Medicina. Mouriz era socialista, y yo amigo suyo, porque nos habíamos criado en el mismo barrio madrileño. Después fue concejal en Madrid y diputado en las Constituyentes de la República por Oviedo, de cuya provincia era nativo. Me tocó sentarme frente a Alcalá-Zamora, también amigo de Mouriz, por sus relaciones escolares, y a pesar de los intentos que hizo para entablar conversación, me negué a darle la mano y no quise cambiar con él ni un saludo. No fui a Palacio cuando invitó al Ayuntamiento de Madrid a un banquete oficial, ni quise estar en el que le rindió el Municipio madrileño como presidente de la República. A pesar de todo esto, la destitución de Alcalá-Zamora como presidente de la República fue un grave error. Ni debió ser elegido ni fue destituido legalmente. ¡Bien caro pagó España tantos desaciertos!

El movimiento obrero mostró su solidaridad con Besteiro de modo ejemplar. Hubo un mitin en la Casa del Pueblo de Madrid, con enorme concurrencia, el 10 de febrero de 1920, diez días después de haberse cometido aquella felonía con Besteiro en Villacarrillo, interviniendo en él Rivas Moyano, Anguiano, García Cortés, Largo Caballero, Teodomiro Menéndez y yo. Reclamamos justicia, el castigo de los culpables, pero ni hubo justicia ni se castigó a nadie por lo ocurrido en aquel pueblo. El parlamento, empezando por su presidente, tampoco hizo nada por imponer el fuero parlamentario. Alcalá-Zamora no intervino en el debate en el Congreso ni desautorizó a sus representantes en Villacarrillo. El Gobierno temió enfrentarse con la Guardia Civil que allí estaba al servicio del caciquismo y no respetaba la Constitución ni las leyes, y el alcalde, responsable principal de todo ello, no fue procesado siquiera.

[1334] *La CNT, de nuevo en Madrid*

Un día, sin previo aviso, se presentaron en la secretaría de la Unión General de Trabajadores tres delegados de la Confederación Nacional del Trabajo. Estábamos en septiembre de 1920, y la delegación iba formada por Salvador Seguí, Evelio Boal y Salvador Quemades. Boal actuaba de secretario de la Confederación por aquellos días. Salvador Quemades, más escritor que orador, fue ave de paso entre los anarquistas barceloneses, terminando sus días en Madrid en un partido republicano, como dueño de una imprenta. Los tres llegaron animados de los mejores deseos de reanudar las relaciones tan anormalmente suspendidas por la Confederación. Inmediatamente se hizo público, en una nota oficiosa, que las dos organizaciones habían convenido firmar un pacto circunstancial, cuyos detalles se expondrían en un manifiesto. En efecto, el manifiesto se publicó con fecha 3 de septiembre, redactado de común acuerdo por Francisco Núñez Tomás y Salvador Quemades. No se trataba de combatir la guerra de Marruecos, a la que ni siquiera se aludía, ni había en el manifiesto el menor ataque contra el régimen monárquico. Es el odio contra la patronal lo que sobresale entre sus comentarios y, luego, este párrafo verdaderamente significativo:

“Lo principal hoy –nuestra desunión ha permitido que a eso se reduzca nuestra actuación actual– es para nosotros, aunque parezca paradójico, conseguir el retorno a la legalidad constitucional. ¡Nosotros, enemigos declarados de la sociedad burguesa, nos constituimos en defensores de sus leyes!”. Y el manifiesto terminaba con esta invocación: “¡Trabajadores españoles! El convenio que acabamos de realizar en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores es de trascendental importancia en estos momentos, como decimos más arriba, anhelamos fervientemente la unión del proletariado para

una acción común, y hoy esta actuación va dirigida inmediatamente a que en España se restablezca la normalidad constitucional y sea una realidad el respeto a todas las leyes necesarias para la vida de la [1335] organización obrera, sin perjuicio de que hagamos frente a las circunstancias que se nos presenten. Nuestra acción de estos momentos no significa, en modo alguno, que abandonemos aquellos principios ideológicos que nos han de llevar un día a la realización de un régimen social incompatible con toda tiranía y toda injusticia. Obreros organizados: cumplid con vuestro deber. ¡Viva la unión de los trabajadores! Madrid, 3 de septiembre de 1920. Por la Unión General de Trabajadores: Francisco Largo Caballero, Francisco Núñez Tomás, Manuel Cordero, Luis Fernández, Juan de los Toyos, Lucio Martínez Gil. Por la Confederación Nacional del Trabajo: Salvador Seguí, Salvador Quemades y Evelio Boal”. No figuran las firmas y la mía porque estábamos de propaganda. Los delegados de la Confederación pidieron que una Comisión de la Unión General se trasladara a Barcelona, para afianzar desde la capital catalana los objetivos del pacto y estudiar la manera de presionar al poder público. Fuimos a Barcelona Besteiro, Largo Caballero y yo; nos reunimos con los representantes de la Confederación e hicimos público el siguiente documento, redactado por Besteiro y aprobado por unanimidad:

“Reunidas las representaciones de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores en la ciudad de Barcelona, con el fin de determinar la conducta a seguir en estos momentos por la organización obrera española en cumplimiento del pacto realizado en Madrid por ambas organizaciones nacionales, después de un breve cambio de impresiones y en medio de la mayor cordialidad, acuerdan lo siguiente:

Primero. Hacer pública su satisfacción por el entusiasmo con que ha sido acogido por la clase trabajadora el compromiso contraído entre la Unión General y la Confederación el día 3 del corriente mes; ratifica su propósito de que esta unión circunstancial sea la base para constituir algún día un solo y fuerte organismo nacional del proletariado español, y reiterar la necesidad de que cesen en toda España las querellas entre trabajadores organizados, considerando todo acto de hostilidad como contrario a sus intereses y como una colaboración inconsciente a la obra represiva del Gobierno. [1336] Segundo. Protestar contra la suspensión de las reuniones que habían de celebrarse para combatir la elevación de las tarifas ferroviarias y para condenar la conducta reaccionaria del Gobierno, apreciando esta medida arbitraria como una acentuación represiva de la política gubernamental.

Tercero. Que, como punto inicial de la campaña que estos trabajadores han de realizar para obtener el restablecimiento de la normalidad constitucional y el absoluto respeto de sus derecho, el próximo domingo, día 26 de los corrientes, se celebrarán en toda España reuniones públicas, en las cuales los oradores se atenderán al espíritu del manifiesto firmado en Madrid por las dos representaciones nacionales y a cuyo efecto estas organizaciones designarán los elementos de ambas entidades que en su nombre hagan uso de la palabra.

Cuarto. Declarar que cualquiera que sea la conducta del Gobierno, la clase trabajadora organizada no renunciara a continuar laborando unida con la mayor fuerza para reivindicar los derechos de los oprimidos y que si el Poder público insiste en su obstinada campaña contra las organizaciones obreras, suspendiendo las reuniones proyectadas con el pretexto de las atribuciones concedidas por una prolongada y arbitraria suspensión de garantías constitucionales, los trabajadores lo consideraran como una provocación con el fin de obligarles a actuar fuera de

las normas jurídicas y legales y, por tanto, declinarán toda responsabilidad que por consecuencia de la conducta arbitraria del Gobierno pueda producirse”.

Donde el Gobierno lo permitió hubo mítines de conjunto el domingo 26 de septiembre de 1920; pero la campaña no tuvo la resonancia apetecida a pesar de que por ambas partes se movilizaron cuantos oradores fue posible. En Barcelona habló Besteiro, y antes de regresar, extemporáneamente, sin que nada lo justificase, como si de nuevo surgieran dentro de la Confederación elementos hostiles a esta labor de acercamiento de las dos centrales obreras, le requirieron para facilitar la fusión, de la que no habían hablado en Madrid, a que dentro de la Unión General [1337] abandonasen los cargos cuantos políticos les venían representando. ¡Donosa manera de contribuir a la libertad de los presos, al abaratamiento de las subsistencias, a impedir la elevación de las tarifas ferroviarias y, sobre todo, a restablecer la vida constitucional! Besteiro regresó a Madrid, dio cuenta de su gestión en Barcelona y de las pretensiones de los elementos cenetistas, y Largo Caballero, como secretario de la Unión General, con fecha 8 de octubre, hizo ver a los miembros de la Confederación que el objetivo del pacto no había sido logrado todavía, por cuanto continuaban suspendidas las garantías constitucionales y no había libertad de palabra ni de asociación.

Las elecciones de 1920

De haber sobrevivido al atentado de que fue víctima, ¿hubiera sido diputado a Cortes Salvador Seguí? El periodista Francisco Madrid, de reconocida probidad, publicó en el diario madrileño *El Sol* lo esencial de unas declaraciones que el propio Seguí le hizo en Barcelona, según las cuales Ángel Pestaña estaba dispuesto a presentarse por Madrid en una candidatura republicano-socialista, en tanto que Seguí sería candidato por Barcelona en unión de Andrés Ovejero, socialista. El mismo día en que Seguí hablaba de este problema con Francisco Madrid caía, asesinado frente a su domicilio en Barcelona, el abogado y diputado a Cortes republicano Francisco Layret. Horas más tarde, Salvador Seguí, con otros sindicalistas y anarquistas, eran embarcados hacia Mahón, desterrados. Las negociaciones, si las hubo, quedaron suspendidas por la inhumana represión decretada por el general Martínez Anido. Nadie puede estar seguro de si Salvador Seguí hubiera llegado a ser diputado a Cortes. No obstante, existe la prueba de que la Confederación Nacional del Trabajo sospechaba que había algo verídico en los rumores puestos en circulación. Tiene mucho que leer lo siguiente, de una comunicación recibida en diciembre de 1920 en la secretaría de la Unión General de Trabajadores, en la que los sindicalistas rompían bruscamente el pacto suscrito con esta entidad a iniciativa suya:

[1338] “Entendiendo este Comité Nacional, ante el fracaso, ¿por qué hemos de negarlo? de la huelga general acordada por nosotros, de acuerdo con la organización obrera de Cataluña, en todas, pocas, por fortuna, las poblaciones en que la Unión General goza de alguna influencia, en reunión celebrada anoche por nosotros, determinados a dar por roto el pacto que, según todas las apariencias que los hechos más tarde acaecidos nos han demostrado, no tendían, por su parte, más que a envolvernos en las redes perniciosas de la política”.

No hubo restablecimiento de las garantías ni nada de cuanto se había indicado en aquella campaña conjunta, todo ello meramente político; pero surgió una crisis; hubo convocatoria de

nuevas Cortes, y entonces los anarquistas barceloneses reanudaron su campaña de hostilidad contra nosotros, olvidándose de que otras Cortes iban a intervenir en la vida del país, y lo que resultara de sus deliberaciones y acuerdos podía influir en el sentido reclamado por las dos centrales sindicales. Ir a las Cortes era, pues, una necesidad para la propia finalidad del pacto. ¿Por qué se atrevían los cenetistas a poner como condición para seguir sus relaciones con nosotros que abandonáramos la acción política, siendo así que ellos intervenían en gestiones directamente con miembros de distintos Gobiernos, acompañados por políticos y periodistas no socialistas? La comunicación de la Confederación terminaba conminando a la Unión General a que respondiera claramente antes del día de la consulta electoral, complicando esa consulta en una gestión que en nada aludía a las relaciones sindicales. “No olvidéis –decían los anarquistas barceloneses, exigiendo respuesta– que esto ha de hacerse antes del día 19, fecha fijada para la celebración de las elecciones”. La Confederación no esperó la respuesta. No le hacía falta recibirla. Sabía de sobra que nosotros no dejaríamos de ser socialistas, ni consentiríamos que la Unión General fuera absorbida por la fuerza. Y como si hubiera vencido, en luchas internas, una tendencia distinta a la que prevaleció cuando sus emisarios estuvieron en Madrid, [1339] la organización confederal publicó lo siguiente, con gran regocijo de las fuerzas reaccionarias, cuyo juego servían, como en tantas otras ocasiones:

“La situación en que nos encontramos nos obliga a poner de relieve ante la clase obrera de España la traición manifiesta que la Unión General de Trabajadores ha cometido en momentos en que una actitud decidida y enérgica podía haber dado al traste con la represión gubernativa que hace dos años estamos sufriendo los que militamos en la vanguardia del obrerismo revolucionario. El Partido Socialista, cuya influencia es bien manifiesta en la citada Unión, ha preferido anteponer los intereses políticos de partido a una actuación de conjunto que respondiera al momento. La protesta no ha alcanzado toda su intensidad porque los directores del organismo reformista, ante las promesas del Gobierno datista, han preferido colaborar con el régimen burgués y oponerse a nuestra acción. Ante tales hechos, nosotros, con la aquiescencia de los comités regionales que hasta ahora han llegado a nuestro poder, damos por deshecho un pacto que el mantenerlo sería una deshonra, un borrón, en nuestra inmaculada historia societaria. Hemos dirigido una carta al Comité Ejecutivo del Partido Socialista y en ella le rogábamos nos diera cuenta de los nombres de significación sindicalista que habían pretendido una inteligencia con él para fines electorales. El no haber obtenido respuesta nos da derecho a suponer que la Unión, al aceptar el pacto, lo hizo atenta solamente a la idea de envolvernos en las perniciosas redes de la política. Con esa fecha recurrimos al proletariado internacional para que nos preste apoyo en la lucha que con la España inquisitorial y política mantenemos. En estas notas, que más tarde aclararemos, reafirmamos nuestro credo antiparlamentario y pedimos a todos los obreros que no voten, que no ayuden a elaborar la cadena que apretará nuestras gargantas, aunque ésta sea dorada, como las que presentan republicanos, radicales y socialistas. Por la Confederación Nacional del Trabajo. El Comité”.

[1340] No había firmas, no había quien se responsabilizara de estas afirmaciones. ¿Por qué quería la CNT conocer los nombres de significados sindicalistas que habían pretendido una inteligencia para fines electorales con el Partido Socialista? ¿Qué derecho tenía la organización sindical para impedir que algunos de sus afiliados, al margen de la Organización, aspiraran a

obtener una representación parlamentaria? Aclaremos los hechos convenientemente, para que se vea hasta dónde llegaron los sindicalistas en su injusticia. Por entonces, la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, con la excepción de Pablo Iglesias, presidente de ambos organismos, estaba formada por hombres distintos a los que pertenecíamos a la Unión General. La persistencia de esos rumores según los cuales había sindicalistas favorables a una inteligencia electoral con los socialistas nos era conocida, pero las conversaciones no se llevaron con nosotros. Francisco Madrid asegura que estuvo en Barcelona una representación de la Ejecutiva del Partido Socialista –Ramón Lamóneda y Antonio García Quejido–, quienes mantuvieron conversaciones con Francisco Layret. A ello aludió el propio Seguí, quien acaso hablara de este asunto durante su estancia en Madrid con algunos hombres de la Ejecutiva del Partido Socialista. Lo cierto es que esas negociaciones no se llevaron a efecto con los ejecutivos de la Unión General. Es más, acaso pensaban los elementos dominantes entonces en el Partido Socialista que entendiéndose con los sindicalistas catalanes para fines electorales su triunfo iba a ser definitivo. Pero los terceristas no habían logrado consolidar su victoria en el Partido Socialista ni dominaban en la Agrupación Socialista de Madrid. En la Unión General carecían de todo arraigo. Acusarnos, pues, los anarquistas, de estar de acuerdo para hostilizarnos era una equivocación y suponer que era obra nuestra el no darles respuesta cuando solicitaron informes de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista acerca de esta cuestión, una injusticia. El asesinato de Layret, la deportación de Seguí, el cambio de dirección dentro de la CNT, todo ello hizo que los acontecimientos se precipitaran [1341] en sentido contrario a la posible evolución electoral de algunos anarcosindicalistas barceloneses. Por dentro de estas maniobras estuvieron ciertos terceristas –futuros disidentes en el Partido Socialista–, que al hacerlo obedecían a consignas de Moscú. Hasta es posible que hubiera habido presiones cerca de Layret y Marcelino Domingo, muy identificados los dos por entonces con las teorías de la Tercera Internacional, capaces de haber entrado en ese singular pacto. Por casualidad me tocó estar presente en Barcelona en un acto en que Domingo y Layret se pronunciaron por el ingreso de su grupo político en la Tercera Internacional. Absurdo todo ello, pero exactísimo. La Unión General de Trabajadores no podía permanecer inactiva frente a semejante lenguaje de los sindicalistas. Fue Pablo Iglesias, en nombre de la Comisión Ejecutiva, quien redactó la respuesta, precisa, irrefutable:

“Compañeros: El Comité de la Confederación Nacional del Trabajo, después de ofender a nuestra organización y al Partido Socialista con viles calumnias, declara roto el pacto que hizo con este Comité en septiembre último. No vamos a contestar extensamente a la hoja en que eso se hace. Lo efectuaremos otro día. Por hoy nos interesa decir lo siguiente: Que la Unión General ha cumplido con toda lealtad dicho pacto y que el Partido Socialista ha contribuido con sumo interés a su cumplimiento. Que creemos que no fueron a él con sinceridad los que ahora lo rompen, atribuyendo a un pacto nuestro el resultado que necesariamente había de tener una iniciativa tomada por ellos. Que deploramos la ruptura de dicho pacto, porque debilitará la potencia de la organización obrera en nuestro país, y que pondremos especial empeño en evitar que las relaciones entre unos y otros trabajadores organizados adquieran caracteres que a todos perjudican. Que al aconsejar este Comité a sus representados que no secundaran la huelga general iniciada por la Confederación no ha traicionado los intereses del proletariado español ni faltado al pacto que suscribió. Lo que [1342] sí ha hecho ha sido evitar que la clase trabajadora militante sufriera un tremendo fracaso, con hondo quebranto para su organización y grave daño para

muchos de sus individuos. Y que ni los hombres de la Unión General, a quienes representamos, ni los del Partido Socialista, a los que conocemos perfectamente, tienen madera a propósito para entenderse, en perjuicio de los trabajadores, con Gobiernos datistas o no datistas. Ponemos punto a estas líneas señalando el anómalo hecho de que, estando en la cárcel y en el destierro gran número de sindicalistas, quienes ostentan la representación de éstos den a los proletarios un consejo de carácter electoral, que se abstengan de votar, favorable en primer término al Gobierno que trata a aquéllos y a otros trabajadores tan canallescamente.- Madrid, 18 de diciembre de 1920".- Por la Comisión Ejecutiva: Pablo Iglesias, presidente; Francisco Largo Caballero, secretario.

Triunfo socialista en Madrid

Elecciones generales el domingo 19 de diciembre de 1920. Por primera vez los socialistas presentamos candidatura cerrada contra los partidos burgueses, monárquicos y republicanos. Por su parte, Lerroux, de acuerdo con el ministerio de la Gobernación, inspirado por el rey, contribuía a la maniobra presentando candidatura de altura, con la esperanza de arrebatarnos las minorías. He aquí el resultado: Candidatura monárquica, la que más votos obtuvo, 28.955, llevándose las mayorías. Candidatura socialista: Pablo Iglesias, 17.074 votos; Julián Besteiro, 16.702; Indalecio Prieto, 16.632; Fernando de los Ríos, 16.173; Manuel Llaneza, 15.724, y Francisco Largo Caballero, 15.620. Candidatura republicana: Lerroux, 9.466 votos; Castrovido, 8.746; Salillas, 7.941; Unamuno, 7.715; Montaner, 7.351, y Aguilera y Arjona, 7.033. Unamuno fue, además, candidato en Bilbao frente a Indalecio Prieto, pero no alcanzó votos ni siquiera para hacer un buen papel, como no los consiguió [1343] en Madrid, figurando en el pelotón final. La nota política de esas elecciones estuvo en la votación alcanzada en Madrid por Manuel Llaneza, secretario del Sindicato Minero Asturiano, sin que hubiera tomado parte en actos de propaganda en la capital de España.

Apenas repuesto de su enfermedad, Pablo Iglesias, con Amparo Meliá, siempre delicada de salud, estuvieron en Fitero (Logroño) pasando después a Valencia con la familia de Manuel Cases, emparentado con Amparo. Finalmente, visitaron La Aliseda, haciendo una cura de aguas en su balneario. Leopoldo Piqueras y otros afiliados de las organizaciones socialistas de La Carolina estuvieron en contacto con Iglesias, visitándole varias veces. Piqueras fue alcalde socialista en La Carolina y diputado a Cortes en 1931 por Jaén, todo lo cual fue motivo para ser fusilado por los franquistas.

El 8 de febrero de 1920 hubo elecciones de concejales en Madrid y en ellas los candidatos socialistas obtuvieron el siguiente número de sufragios por distritos: Centro, Santiago Pérez Infante, 821; Hospicio, Luis Mancebo, 781; Chamberí, Eduardo Álvarez Herrero, 1.850, elegido; Buenavista, José Rives Moyano, 1.026; casi todas las candidaturas, en combinación hecha por los electores libremente con Pedro Rico, republicano, que obtuvo 1.542 votos, sin triunfar; Congreso, Eusebio Martín Mayoral, 1.689; Hospital, Mariano García Cortés, 1.995, y Manuel Cordero, 1.964, elegido; Inclusa, Luis Araquistain, 1.612; Ramón Lamonedá, 1.579, y Lucio Martínez, 1.447, victoriosos los dos primeros; Antonio López Baeza, Francisco Núñez Tomás y Luis Fernández, por La Latina, de los que sólo triunfó el primero; por el distrito de Universidad resultó elegido con 2.109 votos. Por combinaciones electorales de última hora, un romanonista

disputó el puesto a Lamonedá, cuyo caso estuvo pendiente de resolución, sin que ninguno de los dos pudiera actuar hasta que, hecha la escisión en el Partido Socialista y participando en ella Almoneda, ocupó su puesto en el Municipio un [1344] romanonista. El resultado nos fue favorable, quedando en mala posición las candidaturas republicanas.

En el Ayuntamiento de Madrid actuaba, como concejal adicto a Rodrigo Soriano, Luis Blanco Soria, redactor de *España Nueva*. Le sorprendí vendiendo una credencial por tres mil pesetas a un infeliz, y se hundió para siempre. En esas elecciones triunfaron más de un millar de candidatos socialistas en toda España. Era la cosecha alcanzada por la huelga de agosto de 1917.

El XIV Congreso de la Unión General de Trabajadores se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid del 26 de junio al 4 de julio de 1920. No acudió Pablo Iglesias por su mal estado de salud, pero el Congreso acordó dirigirle un saludo y reelegirle como presidente de dicho organismo. Con él fuimos nombrados Besteiro, Largo Caballero, Barrio, Lucio Martínez, Núñez Tomás, Luis Fernández, Manuel Cordero, Trifón Gómez, Juan de los Toyos y yo. Se aprobó una importante reforma de los estatutos, con declaración de principios francamente socialista. Hubo acuerdo favorable a seguir insistiendo cerca de la Confederación Nacional del Trabajo para llegar a constituir un organismo único del proletariado. El debate acerca de la Tercera Internacional careció de relieve. Sólo votaron a favor del ingreso en la organización inspirada por Moscú 17.919 federados contra 110.902 favorables a la Internacional de Ámsterdam. En 1920 también se reunió en Londres la Federación Sindical Internacional, cuyos secretarios fueron Sassenbach, alemán, y Fimmen y Oudegeest, holandeses. Por la Unión General de Trabajadores acudieron Largo Caballero y Besteiro.

A pesar de acuerdos y declaraciones contradictorias, el 15 de noviembre de ese año se presentaron en la secretaría de la Unión General, Casa del Pueblo de Madrid, los sindicalistas barceloneses Seguí, González y Albert, “para buscar la forma de dar término a la huelga de Ríotinto”, según nota oficiosa redactada por los interesados. Naturalmente el Comité de la Unión General accedió a que una Comisión de las dos sindicales visitase aquella cuenca minera y sobre el terreno estudiara la solidaridad que podía darse a tan valientes luchadores. Por la Unión General fue designado Francisco Núñez Tomás, quien regresó satisfecho de la corrección con que procedió Salvador Seguí. El 9 de enero de 1920, Allendesalazar, presidente del Consejo de Ministros, informó al Parlamento de una sublevación surgida en el cuartel del Carmen, de Zaragoza. Se trataba de un hecho aislado, obra de un reducido grupo de anarquistas zaragozanos, uno de los cuales, Chueca, murió en la intentona, en unión de un sargento comprometido. Hubo consejo de guerra sumarísimo, con cinco fusilamientos, cuatro soldados y un cabo, que al parecer estaban de acuerdo con el anarquista Chueca, cuyo hermano militaba en las filas socialistas en la capital aragonesa. El suceso dio margen a que la derecha extremara su violencia contra el movimiento obrero. El Gobierno de Allendesalazar cayó y los conservadores de Dato se apoderaron del timón gubernamental convocando elecciones generales, en las que vencieron a fuerza de chanchullos. Dato y Bugallal, éste ministro de la Gobernación, nombraron a los generales Martínez Anido, gobernador civil, y Arlegui, director de Seguridad de Barcelona, donde el terrorismo estaba desmandado. Los nombramientos se efectuaron el 8 de noviembre, y el 30 caía alevosamente asesinado por un miembro del Sindicato Libre, amparado por los generales citados, Francisco Layret, diputado a Cortes, inválido de ambas piernas, a la salida de su hogar, en

Barcelona, yendo con su criado y con la esposa de un militante de izquierdas, que había ido a solicitar a Layret su concurso en favor de su marido, y de otros militantes que estaban a punto de ser desterrados al castillo de la Mola, en Mahón. A pesar de haber intentado impedirlo, el entierro de Layret fue una manifestación imponente de protesta en Barcelona, al frente de la cual figuró el escritor Eugenio D'Ors, *Xenius*, entonces muy izquierdista.

En junio hubo Congreso de la Federación Gráfica Española, saliendo [1346] Morato de la presidencia y entrando Lamonedá. Carlos Cañal, nombrado por Dato, fue el primer ministro de Trabajo que hubo en España. Era un señorito sevillano sin preparación para abordar cuestiones sociales. Dato contaba para eso con la Guardia Civil. ¡Fernando de los Ríos y yo, diputados, estuvimos en la cuenca minera de Peñarroya (Córdoba), en representación de la minoría parlamentaria, donde los trabajadores resistieron sesenta y tres días de huelga. El Gobierno carecía de bríos ante las embajadas extranjeras, que además disponían de auxiliares bien retribuidos en donde los intereses de sus grandes empresas podían peligrar. Ríotinto y Peñarroya fueron dos huesos duros de roer para la organización obrera. Por Peñarroya pasaron como secretarios del Sindicato Minero en distintas etapas, todas ellas difíciles, Antonio Gallego, Ramón González Peña, Wenceslao Carrillo, Manuel Fraile, Eduardo Blanco y Antonio Cañizares.

En 1920, en Madrid, se produjeron conflictos obreros de gran duración en distintas profesiones, especialmente en la edificación, provocados por la patronal, secundando a la de Barcelona, donde huelgas y *lock-outs* adquirieron grandes proporciones. El conde de Salvatierra, que había sido gobernador civil de Barcelona, fue asesinado. En Madrid se produjo paro en una fábrica de galletas, cayendo muerto un miembro de la Unión Ciudadana en reyerta entre ésta y los huelguistas. Fueron procesados por este suceso León Lamonedá, hermano de Ramón, y Morales, ambos afiliados a la Juventud Socialista y defendidos por Pedro Rico, quien consiguió que el jurado reconociera como atenuante la legítima defensa. El Sindicato Minero asturiano obtuvo de la patronal la jornada de trabajo de siete horas para los mineros del interior. Se inauguran las Casas del Pueblo en Pozoblanco y Callosa del Segura. Se creó la Federación Regional Levantina de Agricultores, con Pedro García, secretario, en Alcira.

[1347] Breve resumen de noticias del año 1920: Alejandro Millerand es elegido presidente de la República francesa; su mandato concluyó lastimosamente para él. En la ciudad francesa de Tours se reúne el Congreso del Partido socialista francés SFIO, al que asisten Besteiro y Largo Caballero, presenciando la escisión impuesta desde Rusia. León Blum se incorpora a la vida activa del Partido Socialista francés. Largo Caballero y yo asistimos en París, rue Lafayette, a la inauguración del edificio de la Confederación General del Trabajo (CGT), donde Jouhaux pagaría días felices y desventurados. El Parlamento francés vota la ley de Sindicatos, reconociéndoles personalidad jurídica. Se instaura en Hungría y en Estados Unidos el sufragio femenino. En Italia se divide el movimiento obrero; numerosas fábricas y fincas agrícolas son ocupadas por los trabajadores. Mussolini se apresta a tomar el Poder. El Papa promulga la encíclica *Pacem Dei*. En Alemania los socialdemócratas obtienen en el Parlamento 102 diputados; los socialistas independientes, 84. En Bélgica se otorga el derecho de huelga a los ferroviarios y el sufragio femenino en las elecciones municipales. Bela-Kun instaura una dictadura comunista en Hungría, pero ésta no dura y él es asesinado en Rusia por orden de Stalin. Lenin publica *La enfermedad infantil del comunismo*. En Palestina, ocupada por Inglaterra, surge la Confederación sindical

Histadrut. Estalla la guerra greco turca. Se instala en Ginebra la Oficina Internacional del Trabajo, con Albert Thomas como director. En Suecia el Partido socialdemócrata gana las elecciones y forma el primer Gobierno socialista, dirigido por Branting.

[1348] En 1920 falleció Toribio Reoyo, tipógrafo, uno de los fundadores del socialismo español, principal impulsor, con García Quejido, de la Unión General de Trabajadores. Entre otros relevantes socialistas fallecidos: en Bilbao, Emilio Beni, una de las mejores plumas; en Buenos Aires, Francisco Cuneo, diputado; en Berlín, K. Legien, dirigente sindicalista, al que se despidió con funerales nacionales. También fallecieron: en Madrid, Benito Pérez Galdós: en las elecciones de 1910 triunfó por la capital en candidatura de coalición republicano-socialista, con Pablo Iglesias; los *Episodios Nacionales* le dieron fama universal, ingresando en la Academia Española; Miguel de Palacios, dramaturgo; Miguel Moya, periodista y escritor; Max Weber, sociólogo; Pierre Deschanel, presidente de la República francesa.



Tristes orígenes del comunismo español

“Durante el largo periodo stalinista todos los partidos comunistas del mundo fueron gradualmente estructurados a imagen y semejanza de la burocracia soviética. La formación de una amplia capa dinámica de funcionarios de la Internacional comunista permitió esta tarea, que dio por resultado hacer marchar al paso de Moscú a todas las secciones nacionales. Por ejemplo, a los españoles nos cayeron encima, como intérpretes de esta táctica, primero el argentino Codovila, y después el italiano Togliatti, pasando por el ruso *José* y el húngaro *Pedro*, sin contar el número infinito de delegados que actuaron durante la guerra civil, incluso para muy bajos cometidos. El procedimiento era el mismo en todos los sitios: tantear a los segundones ambiciosos, crear el clima de cisma en los medios dirigentes, hacer promesas, sobornar a los más mediocres, y ofrecer viajes a Moscú ‘para terminar su educación política’ a los más favorables a someterse y dispuestos a luchar contra los equipos reticentes a las órdenes del Partido comunista ruso. Es necesario reconocer que el acondicionamiento fue una obra maestra en sus resultados; no es menos cierto que se utilizaron medios poderosos, que no se excluyó la calumnia sistemática y en ciertas ocasiones hasta el asesinato”.- Juan Andrade.

Este texto, publicado en *La Batalla*, en París, por los amigos españoles de Andrés Nin, asesinado en las cercanías de Madrid por agentes de Stalin, está escrito por uno de los más activos defensores de la escisión provocada en 1921 por los partidarios de la Tercera Internacional. Andrade, director y colaborador de los primeros semanarios comunistas aparecidos en Madrid, fue un joven exaltado e idealista, separado después del grupo que se entregó en cuerpo y alma a los emisarios de Moscú. Julián Gorkín, que fue comunista –antes había estado en nuestras organizaciones, en Valencia–, tiene numerosos trabajos en los que desenmascara a los comunistas; entre otros muchos, hay un libro en francés, *Destin du XXe siècle: De Lénine à Malenkov* y documentado, donde el [1350] autor refiere infinitas hazañas de los partidarios de Moscú, Enrique Castro Delgado (Luis Díaz en Moscú) ha dejado libros describiendo algunos de los crímenes y fechorías cometidos por Stalin y sus secuaces. En uno de ellos, *Mi fe se perdió en Moscú*, se ve cómo Castro en su juventud fue un comunista capaz de ofrecer la vida por sus ideales. Emigró a Rusia y allí, sobre el terreno, perdió la fe. Digamos que los libros de Castro dan impresión de hombre serio y honradamente comunista. Fue colaborador con socialistas que dejaron de serlo para enrolarse en las filas comunistas, y al describir esas figuras, de algunas de las cuales fui amigo durante años, lo hace con imparcialidad. Se formó en el Sindicato de Metalúrgicos *El Baluarte*, en la Casa del Pueblo de Madrid y en parte en la Juventud Socialista. Durante aquellos años sufrió prisiones y malos tratos en la Dirección General de Seguridad. No fue comunista de salón. Nació en Madrid, donde ha fallecido bajo el régimen de Franco, aunque sin claudicar. Seguramente quiso morir donde había nacido. En Moscú vivió siete años; allí le encargaron una serie de biografías. “¿Qué opinión tiene –le preguntaron– de Bullejos y de Adame?” Los dos habían sido directivos comunistas hasta que en 1932 fueron nombrados José Díaz y sus colaboradores, por orden de Codovila. De 1937 a 1939 el dictador designado por Moscú para España fue Togliatti. Cerdón, Modesto y Lister fueron ascendidos en España, en

plena retirada, a generales, por Negrín, de acuerdo con La Pasionaria. Mientras caía París, Stalin se apoderaba de los países bálticos y de Besarabia y de Bucovina. El partido comunista francés se lucró con millones de francos de origen español.

Castro alude a los depósitos de oro que la República envió a Rusia, así como al barco y a la tripulación que transportó tan preciosa carga, de todo lo cual se adueñó Stalin. Líster y Modesto, antes de que les improvisaran las estrellas del generalato, estuvieron contra Dolores Ibarruri y Antón, cuyas actuaciones descubre Castro poniéndoles en la picota. Antonio Cepeda y José Tuñón, comunistas de la primera época, murieron al intentar huir de Rusia. Bullejos presentó a Pedro Geroe, [1351] comunista, húngaro, en Madrid. En México reingresó en el Partido Socialista, en cuya organización ha fallecido. Cumpliendo órdenes de los jerifaltes, Castro descubre que el primer día de la instauración de la República gritó contra ella en el barrio de Cuatro Caminos. Fue él quien organizó la manifestación contra el nuevo régimen en la Puerta del Sol. Reconoce que no tuvo importancia, pero lo recuerda para dar idea de las actividades que llevaban a cabo obedeciendo la consigna recibida contra la República y especialmente contra los socialistas, para desacreditarlos. No obstante, Castro opina que Indalecio Prieto hubiera salvado la República. Fernando de los Ríos, en ocasión del viaje que hizo a Rusia, en octubre de 1920, tuvo ocasión de hablar con Kropotkin, a quien ya conocía. Para no comprometer al viejo patriarca del anarquismo, no quiso reproducir en el libro que relata aquel viaje los pensamientos íntimos de Kropotkin. Yo los conozco, por habérselos oído a Fernando. No hacía falta, por otra parte, que nuestro amigo revelara aquellas opiniones acerca de la conducta de los dictadores rusos. Conociendo su historia y su vida, sus juicios tenían que ser severos.

En 1920 Anguiano y De los Ríos fueron a Rusia para conocer de labios de Lenin las condiciones que éste imponía al Partido Socialista de España en el caso de que ingresase en la Tercera Internacional. No hubo acuerdo posible. Anguiano, en sus intervenciones en el Congreso del Partido Socialista que se ocupó de ese problema, no quedó bien ni con sus amigos. Propugnó por que la dictadura no fuera de un partido, sino de todo el proletariado. He leído en libros y periódicos que los comunistas, tan pronto organizaron su partido, prescindieron, expulsaron, según algunos autores, a Daniel Anguiano. Más tarde figuró en la dirección de una Unión General de Trabajadores formada en el exilio, que jamás reunió congresos, ni tuvo existencia real; pero los rusos la utilizaron, como tantas otras cosas, para simular una fuerza de que carecían en España. Es difícil comprender cómo el Anguiano de 1913 y de 1917 pudo llegar a ser el de 1920. Como orador era tenaz, extendiéndose demasiado en sus peroraciones, que a veces [1352] aparecían borrosas, como si las palabras se le quedaran en su negra barba, que casi le cubría la cara. Como concejal quedó inédito, a pesar de que no faltó una sola sesión. Su esfuerzo resultaba estéril. En el debate habló sobre la huelga de agosto de 1917, pero no interesó a nadie. Al frente del diario, bajo la inspiración de Pablo Iglesias, escribió incansablemente, con estilo que oscurecía su propio pensamiento. Dada su bondad ingénita, ¡qué espectáculo tan penoso verle situado entre los defensores de las Veintiún condiciones!

José López y López fue infatigable defensor de los ideales socialistas, colaborando asiduamente en la prensa socialista española. Tipógrafo como yo, trabajamos juntos en el mismo taller durante mucho tiempo. Se resistió a aceptar la escisión, como reconocen los historiadores de la primera época. Al fin, cediendo a presiones, se entregó sin entusiasmo. Emigró a Francia,

porque, coincidiendo con estas vicisitudes, fue procesado por un folleto que publicó. Regresó con sus cargos familiares y volvió a ingresar en el Partido Socialista.

Partidario de la Tercera Internacional, tenaz y fanático, fue Eduardo Torralva Beci, afiliado a la Juventud y Agrupación Socialistas de Santander. Seminarista, sabía idiomas, escribía mejor que hablaba; algo poeta, escribió libros y dramas teatrales de tendencia social, infatigable con la pluma, pesado con la palabra. En sus primeros tiempos nadie le superó en abnegación y espíritu de sacrificio. En la revista *Acción Socialista*, uno de los que me ayudaron más eficazmente fue él. En Santander la Agrupación Socialista hizo que fuera elegido concejal. No quedó bien, y para evitarle escenas desagradables y con el deseo de aprovecharle –había dirigido allí *La Voz del Pueblo*, órgano de la organización local– fue recomendado a Iglesias para que entrara en la redacción de *El Socialista*, diario desde 1913. Se instaló en Madrid con Elena Mayorga, hija de un viejo socialista santanderino, con quien tuvo varios hijos. En Madrid perteneció al Comité Nacional de la UGT y como tal entró en el primer Comité de Huelga, con Besteiro y Largo Caballero. Al ser nombrado el segundo Comité, el que iba a actuar en el movimiento de agosto de 1917, Torralva se negó a seguir formando parte de él. Durante nuestra prisión en Cartagena fue tesorero circunstancial, recogiendo donativos y repartiendo socorros, auxiliando a Vicente Barrio, tesorero oficial y responsable ante el Congreso. No cumplió bien. Como era deseo de todos seguir ayudándole –actuaba de redactor retribuido en *El Socialista*–, nadie tuvo interés en crearle dificultades que en otros tiempos costaron serios disgustos a hombres tan aprovechables como Torralva. Desordenado, su aspecto inspiraba simpatía, ya que se adivinaba en él una tragedia familiar. Sentía las ideas y para propagarlas era infatigable. Quien combatió más a los comunistas y defendió con más bríos la causa de los aliados en la guerra de 1914 fue Torralva Beci. Nadie le superó. Cuando dio el cambiazó, tampoco nadie le superó en combatir a los hombres y a las ideas que había defendido hasta el apasionamiento. Porque, en efecto, fue apasionado en todo. Los comunistas le utilizaron abusando de sus cualidades. Desamparado, falleció en un hospital madrileño el 26 de febrero de 1929. ¡Qué lástima de hombre!

En un libro de historia Andrés Sevilla, catedrático y escritor, asegura que Juan Negrín fue escisionista en 1921, es decir, comunista. Absolutamente falso. Juan Rojo, cuñado mío y yo, le avalamos el ingreso en la Agrupación Socialista Madrileña al final de la dictadura de Primo de Rivera. Otro historiador, derechista como el precedente, ha escrito que Baráibar, juntamente con Lamonedá, había capitaneado la escisión comunista en 1921. Lamonedá fue comunista, pero volvió al Partido Socialista en la noche en que se proclamó la República en el Ayuntamiento de Madrid, 14 de abril de 1931. Baráibar no figuraba en las filas izquierdistas en 1921. Otro cronista de extrema derecha tiene el tupé de escribir que Besteiro y Largo Caballero, al regresar de una reunión de la Internacional, consiguieron de un consulado español, valiéndose de su [1354] condición de diputados a Cortes –¡con la Monarquía!– que en la valija diplomática llegaron, a Madrid documentos de aquellas reuniones. Aquí la fantasía roza la calumnia. Largo Caballero no fue diputado a Cortes con la Monarquía más que en 1918, y ninguno de los dos viajaba con pasaporte diplomático ni mantenía relaciones con los gobiernos de España. Por lo demás, los documentos de la Internacional no eran secretos ni tan extensos que no los pudieran traer a España con su equipaje personal, sin temor alguno.

El semanario *Nuestra palabra* fue el primer órgano de prensa favorable a la Tercera

Internacional, con intervención activa de García Cortés y Lamonedá. El 30 de abril de 1920 se creó el Partido Comunista, a base de grupos de las Juventudes Socialistas que se inclinaron por esa tendencia. Borodín, Roy y Jiménez, ninguno español, fueron los impulsores de esa primera escisión en las filas socialistas españolas. El primer periódico órgano del nuevo partido, *El Comunista*, no duró con ese nombre. Su director fue Juan Andrade. Borodín llegó a Madrid a fines de 1919 y murió en Siberia, por orden de Stalin. Con la historia y las actividades de Borodín podría escribirse un libro.

El Congreso de la escisión

Besteiro comenzó su discurso reclamando el mayor silencio por no hallarse bien de salud, haciendo un verdadero esfuerzo para hablar y encomendándose a la benevolencia de los congresistas:

“Existen otras razones por las que no hubiera querido hablar; creo un error el hecho de que siempre seamos las mismas personas las que hablamos, entendiendo también que hay muchas que se abstienen por excesiva modestia de intervenir, precisamente cuando mayor es la necesidad de que vengan al Partido e intervengan en sus discusiones con un criterio serio, enérgico y fundamental. Había otra razón: se nos ha negado a [1355] Iglesias, a Caballero y a mí el derecho a dirigirnos a nuestros correligionarios, cuando esto era en nosotros, no un derecho, sino un deber. Y se nos discute cuando se nos ha dicho que defendíamos este criterio por espíritu de conservación. Contra esto hemos de protestar. Yo no defiendiendo intereses míos en el Socialismo. Es un hecho el que antes de ser socialista era mejor considerado en la opinión. En el Partido me he hecho antipático, y a mucha honra, a ciertas gentes.

Yo, desde que se ha planteado este problema, he procurado, en las propagandas de los adversarios a mi criterio, contrastar mi acierto, habiéndome convencido de este modo de él. Al oponerme al ingreso del Partido en la Tercera Internacional, lo hice por sostener el mantenimiento íntegro de los principios socialistas. Esta opinión mía la considero tan fundamental que no ha variado. En cambio, la partidaria del ingreso la he visto variar constantemente. Cuando el entusiasmo lógico por la Revolución rusa estaba más exacerbado se nos presentaba como traidores. ¡Qué difícil era entonces defender el criterio opuesto! Yo he venido a servir a la clase obrera. Por eso respeto a la masa hasta en sus errores, pero no los estímulo. Y eso hemos hecho. Cuando vinimos de Cartagena disponíamos de un gran poder sugestivo. Y vinimos a esta tribuna a decir: basta de vítores; hay que trabajar. Yo hubiera querido que todos los socialistas hubieran dado, al juzgarnos, muestras de esta reflexión.

¿No es verdad que los más extremistas partidarios de nuestra incorporación a Moscú han sido los únicos reformistas, los únicos revisionistas que han querido levantar la cabeza en nuestro Partido durante la guerra? También los que están influidos por principios anarquistas. Ved por qué siempre fluctuaréis entre conceptos reformistas y radicales. Frente a nosotros no hay más que una posición lógica: la de los anarquistas, que los creemos equivocados, pero adversarios leales y lógicos en su error. El sindicalismo fluctúa. Unas veces se acerca al Socialismo y otras es dominado por los anarquistas. Vosotros no os atrevéis a adoptar una posición verdaderamente comunista. Los comunistas rusos tienen una virtud sobre todas: no mienten. Comienzan por

afirmar que hay que variar hasta el nombre del Partido.

Recordad cómo surgió en España el partido comunista. La Agrupación Socialista expulsó a Merino Gracia. Al marcharse dejó clavada una flecha, no sé si en el corazón o en la espalda de los terceristas que no se marchaban con él. La flecha fue al afirmar que cuando Borodín habló de hacer un periódico se apresuraron los terceristas a hacer la plantilla de la redacción. Podía ser infundada esta afirmación; pero debió demostrarse así. Yo os digo que cuando estas acusaciones se hacen no se posee autoridad para combatirnos. Seréis muy revolucionarios; pero mientras discutimos esto de la Tercera Internacional están en suspenso todas nuestras actividades revolucionarias. Lo lógico, si queréis ingresar en la Tercera Internacional, es que vayáis al Partido comunista. Pero no lo hacéis porque la verdad es que los comunistas no os quieren (Aplausos en el público.) Según escritos que todos hemos podido leer, el partido comunista no os quiere porque os cree insinceros. (Una voz: Y a vosotros, traidores. Confusión.) Veo que no tenéis la virtud de los camaradas rusos, que no se exaltan porque les digan la verdad. Es exacto que os creen insinceros y a nosotros traidores; pero ahora agrego que a juzgar por manifestaciones que aquí han hecho partidarios del ingreso en la Tercera Internacional, que sois insinceros. ¿No habéis oído a Anguiano extrañarse de los errores de la Revolución? Yo no voté a Anguiano para que fuera a Rusia; fue como partidario del ingreso sin condiciones y ha vuelto pensando se deben admitir las Veintiuna Condiciones, pero lamentando que la dictadura no sea ejercida por el proletariado, opinando que será necesaria una contrarrevolución para instaurar el Gobierno de la clase obrera. Si cree esto, ¿cómo es partidario de instaurar una dictadura de fracción en nuestro proletariado para que [1357] luego tenga que hacer una revolución para gobernar? Porque al aceptar las Veintiún condiciones, claro es que nos excluyen a los que ya tenemos el sello de traidores y amarillos. Si no creéis la interpretación a que esto da Acevedo, al que llamáis “merengue”, creéis a Anguiano, que en otro tiempo mereció vuestra confianza, aunque luego haya quedado mal con todo el mundo, que hablar de crear una organización clandestina -¿qué arma para los Gobiernos!-; Anguiano dice que la revolución se hará cuando la masa se capacite. Lo revolucionario es ayudar a la masa a hacerla, tener fe en su espíritu revolucionario.

La diferencia entre revolución y evolución no existe en el socialismo. Revolucionario es todo instante del desarrollo de la lucha de clases frente al régimen capitalista. Y el que diga que hay que capacitar al proletariado para la revolución, manteniendo esas sociedades secretas para que cuiden como en conserva a esos niños revolucionarios que han de hacerla, no sabe lo que dice. La revolución la hace el proletariado en todos sus actos. Vosotros, como únicas manifestaciones revolucionarias, traéis los insultos. Decís que somos conservadores, evolucionistas, reformistas, que vamos al Congreso a colaborar con la burguesía. Cuando hacéis estas manifestaciones, lo hacéis sabiendo que son falsas. O se nos acusa de tener el espíritu contrarrevolucionario de la Segunda Internacional, afirmando que nos falta valor para declararnos partidarios de la Segunda Internacional. Yo fui al Congreso de Berna, y allí, frente a las demostraciones reformistas de algunos congresistas, dije lo que ahora sostienen los terceristas como novedad, esto es, que para instaurar la democracia proletaria era necesaria la dictadura del proletariado.

Lo que pasa aquí es lo siguiente: Marx, al hablar de la dictadura proletaria, no pensaba en una dictadura militar, de cuartel; por el contrario, pensaba que la dictadura es necesaria para

eliminar el capitalismo allí donde se hubieran apoderado del poder los trabajadores. Que es útil para socializar los medios de producción, lo que quiere decir que [1358] es posible allí donde el capitalismo ha llegado a su máximo desarrollo. Es posible que, llegado el caso de Rusia, tengamos que proceder como los rusos. Por eso, Lenin, el más dúctil y oportunista de los socialistas, tiene que proceder no dentro de los puros principios marxistas para defender la revolución. No; no se pueden, pues, tener los procedimientos rusos como ejemplo único a seguir.

Refiriéndose a las exclusiones que se formulan en las tesis de Moscú, manifestó que a los hombres hay que juzgarlos en las asambleas, y si hay razones para ello, expulsarlos; pero de ninguna manera repartir exclusiones a boleo. En otros países el pleito de la Tercera Internacional es una cuestión de ideales y de táctica, y esto disculpa la violencia de lenguaje. Aquí no hay nada de eso; aquí no quedan más que los insultos. Muchos de estos portaestandartes de la Tercera Internacional no hacen otra cosa que un motín de oficiales contra los que creen el generalato. Yo, que no soy general, ni aspiro al generalato, a pesar de vuestras interrupciones, tengo esa opinión. La Tercera Internacional exige que se sometan sus afiliados a una disciplina férrea y militar. Es evidente que la Tercera Internacional existe y, consecuentemente, debíais aceptar esa disciplina en absoluto. Puede darse el caso de que triunfe vuestro criterio, y como debéis cumplir vuestros acuerdos, nosotros no podemos estar en condición de esclavos, con la espada de la exclusión sobre nuestras cabezas.

Nuestros adversarios dirán que esto es la disolución del Partido. No; mejor hubiera sido que no hubiese ocurrido; pero el mal que ha sufrido el Partido, entreteniéndonos en mezquindades, después de reparadas, desaparecerá, para volver a la vanguardia del proletariado. Vosotros os quedaréis con el Partido, con el periódico; pero las masas que saben orientarse os abandonarán muy pronto. Puede ocurrir que triunfe el criterio de reconstrucción, sin que yo sienta un gran entusiasmo por ese grupo. No se llegará a constituir una fuerte Internacional hasta [1359] tanto que en los principales países de Europa se consolide el espíritu revolucionario. La Internacional férrea es ahora la Sindical. Refiriéndose a la formación del nuevo Comité en el caso de que triunfen los reconstructores, Besteiro afirmó –sigue diciendo la referencia de *El Socialista*– que no se puede repetir el caso de llevar al Comité a elementos minoritarios, a título de tendencia. Creo que entonces se habrá puesto término a situaciones poco decorosas. En nuestras asambleas se puede discutir todo –termina diciendo– pero las acusaciones hay que depurarlas”.

Durante los discursos de los otros delegados, hubo momentos de agitación y hasta interrupciones, pero en general Besteiro fue escuchado con atención y muy aplaudido. Antes habíamos consumido los turnos en contra del ingreso en la Tercera Internacional Largo Caballero y yo, y en favor, Virginia González, Acevedo y Roberto Álvarez. Anguiano y Fernando de los Ríos intervinieron extensamente informando al Congreso de lo que habían visto en Rusia y del criterio que habían formado. El discurso de Anguiano fue tan desacertado que no satisfizo ni a sus amigos. Por eso, Ramón Lamóneda, perteneciente al Comité Ejecutivo, se creyó obligado a intervenir, pronunciando un discurso en favor de la tesis tercerista, en realidad el único que supo lo que decía dentro de ese grupo. Fernando de los Ríos ocupó extensamente la tribuna, primero para informar objetivamente de lo que había visto y oído en Rusia, y después defendiendo el punto de vista que prevaleció por 8.808 votos contra 6.025. Eso cuando oficialmente la Ejecutiva tercerista anunció que figuraban en el Partido Socialista más de 50.000 afiliados.

[1360] *Un documento decisivo de Pablo Iglesias*

“Queridos compañeros: Más que nunca deploro que el estado de mi salud, aunque algo mejor que en los últimos meses, no me permita tomar parte en vuestras tareas, y cumplir la obligación de defender, con el calor y la firmeza que he defendido siempre nuestras ideas, el criterio que sustento acerca del principal asunto sometido a vuestra deliberación. Creo que la propuesta de Fernando de los Ríos, tanto por hacer posible que todos marchemos juntos, cuanto porque se acomoda a lo que demanda la realidad, la cual debemos siempre tener en cuenta, permite mejor que ninguna otra solución servir los intereses del proletariado y acrecer el poder del Socialismo. Por eso opino que votar por las Veintiuna Condiciones es cometer un grave yerro, que produciría inmediatamente la escisión de nuestro campo. Compañeros: Fijaos bien en las circunstancias políticas, económicas y sociales por que atraviesa vuestro país, observad la alegría con que los enemigos del socialismo esperan el desgarramiento de nuestro Partido, y dando una muestra de elevado sentido, haced que esa alegría se trueque en tristeza. Os saluda fraternalmente quien es vuestro y será siempre del Socialismo, Pablo Iglesias. Madrid, 10-4-1921.

El manifiesto de los terceristas

“La terminación del debate acerca de la adhesión a la Internacional Comunista exige imperiosamente la manifestación pública de nuestra incompatibilidad con los elementos que se han pronunciado en favor de las tesis sostenidas por la Comunidad del Trabajo de Viena. No podemos ni debemos colaborar con ellos, ni aun pasivamente asistir a su obra, que consideramos contrarrevolucionaria y antisocialista. Esa colaboración supondría en nosotros un menoscabo de la propia dignidad, [1361] y sobre todo una deslealtad a los principios ideológicos que vemos representados en la Internacional Comunista.

Dignamente no podríamos convivir con quienes, por manifestaciones terminantes de algunos de sus líderes más representativos, han lanzado sobre nosotros, haciendo descender de nivel una discusión que hubiéramos querido ver entablada en el terreno de las doctrinas, acusaciones de inmoralidad y arrivismo; frases como aquella de que el movimiento de Tercera Internacional en España es un motín de suboficiales que aspiran al generalato; imputaciones de que estamos dominados por despreciables afanes, a las que no queremos responder sino con nuestra separación de las filas en que permanecerán los que así tratan de empañar la rectitud de nuestras intenciones. Por encima de esta cuestión de dignidad, que por sí sola pudiera impedirnos la convivencia con esos injustos y apasionados detractores, está la adhesión sin reservas que hemos prestado a la Internacional Comunista. Hay un divorcio evidente e irreductible entre la doctrina de Viena y la doctrina de Moscú; entre los métodos tácticos de la Internacional Comunista y los de la Comunidad de Trabajo de Viena; entre la manera de entender una y otra la utilidad de la democracia, la aplicación y desarrollo de la dictadura del proletariado y las condiciones precisas de la Revolución social. Y nosotros seríamos traidores a nuestras más íntimas convicciones si por rendir culto al ídolo de una falsa unidad de partido, unidad que los reestructuradores estaban decididos a romper desde el momento en que los aludidos líderes afirmaron su propósito de abandonar el Partido; unidad que si no está en los corazones y en las conciencias, es inútil que se simule con vituperable farsa en las apariencias, sacrificáramos el

deber en que estamos de anteponer a todo género de consideraciones la causa del comunismo revolucionario.

[1362] Con la serenidad de quienes cumplen un deber de conciencia nos retiramos de este Congreso, en el que ya nada teníamos que hacer. Queremos incorporarnos de hecho, espiritualmente ya lo estábamos, a la Internacional Comunista, que –inseparable de la Revolución rusa, a pesar de todas las sutilezas y argucias dialécticas que intentan distinguir ésta y aquélla– trata de acelerar el derrumbamiento de la sociedad capitalista. No queremos permanecer más en las perezosas y cansadas legiones que parecen esperar del tiempo la consumación de una obra para la que no se sienten capaces. Queremos estar en la Internacional de la acción, que no mide la magnitud de los peligros ni la dureza de los sacrificios al emprender el camino de la Revolución social.

Recabamos, pues, nuestra íntegra libertad de movimientos. Quedan rotos los vínculos que sólo materialmente nos unían aún juntos a los que habéis rechazado la adhesión a la Internacional comunista. Entre vosotros y nosotros ha cesado de existir la comunidad de pensamiento. No puede continuar la comunidad de esfuerzos. Unos y otros vamos a comparecer ante la clase trabajadora. Ella nos juzgará. Desde ahora decimos que nuestro anhelo es Hermanarla en la acción, unificar sus esfuerzos para la lucha decisiva, formar con ella el bloque revolucionario único. Y nosotros creemos con fe inquebrantable que el proletariado español no irá con vosotros por los plácidos caminos que parten de Viena, sino por la senda áspera, pero senda de salvación, que se llama Internacional comunista, bajo cuyo pabellón nos acogemos desde ahora. Madrid, 13 de abril de 1921.- Oscar Pérez Solís y Facundo Perezagua, delegados de Bilbao, Eibar e Irún; Isidoro Acevedo y Lázaro García, de la Federación Socialista Asturiana; Virginia Gonzalez, de Begíjar, San Julián de Musques, Puebla de Cazalla y Lancey; [1363] Pedro García, de Alcira y Villanueva de Castellón; Mariano García Cortés, de Sestao, Torres, Herrera, Vitoria, Jódar y Novelda; Eduardo Torralva Beci, de Buñol, Valmaseda, Motril, Gallarta, Marsella y Pontevedra; Exoristo Salmerón, de Deusto; José L. Darriba, de Ribadeo; José L. Martínez Ponce, de Motril; Luis Mancebo, de Santisteban del Puerto; Lorenzo Luzuriaga, de Begoña; José López y López, de Ortuella, Baracaldo y Villacarrillo; Gonzalo Moreno de Tejada, de Burgo de Osma; Roberto Álvarez, de Santander y Camargo; Severino Chacón, de La Coruña; Manuel Pedroso, de Crevillente, Puertollano y Mataró; Antonio Fernández de Velasco, Carlos Carbonell y Marcelino Pascua, de La Escuela Nueva; Manuel Martín, de Chamartín de la Rosa; Evaristo Gil, de Herrera y Puente de Vallecas; Feliciano López y Luis Hernández, de Nerva; Eduardo Vicente, de Palma de Mallorca; Francisco Villar, de Torredonjimeno; Ángel Bartol, de Vicalvaro; Vicente Calaza, de Lancey, y José Rojas, de la Federación de Juventudes Socialistas”.

Por la unidad del movimiento socialista

“Al Partido Socialista Obrero Español: ¡Militantes! En este momento crítico para nuestro Partido, en que se separan de él compañeros de lucha, acudimos ante vosotros seguros de hallar asentimiento a nuestra conducta y acatamiento a la resolución de nuestro Congreso. Los delegados que, llegada la votación de las Internacionales, quedaron en minoría, en vez de someterse y seguir colaborando con sus ideas y esfuerzo personal en el seno del Partido, rompen todo lazo con éste y le abandonan, a pesar de que la resolución adoptada es de tal naturaleza que a nadie

excluye sino a aquellos que no aceptan las ideas por las cuales hemos venido luchando y que constituyen las esencias socialistas.

Muy otra habría sido la situación del Partido si éste hubiese aceptado las Veintiuna Condiciones de Moscú, pues por virtud de tal acuerdo habrían quedado automáticamente excluidos quienes no las votasen. En la resolución adoptada la minoría tiene libertad completa para seguir defendiendo sus ideas teóricas y tácticas, y la disciplina a que se le obliga no supone violencia alguna para la conciencia; mas, en cambio, si el Congreso hubiese votado las tesis y condiciones que desechó, sometidos los discrepantes ‘a una disciplina férrea y militar’, hubiesen quedado esclavizados, mudos, convertidos en masa muerta y, sin embargo, prestando asentimiento a obligaciones que estimaban imposible contraer. Imposible de contraer tales obligaciones, porque desvían al proletariado de la lucha real, revolucionaria, de todos los días, proponiéndole temas de emancipación absoluta, tanto más enervantes cuanto que cultivan el viejo y simplista mito burgués que promete la redención definitiva por virtud de un solo y único esfuerzo; porque confía, más que en la acción constante de la masa, en la eficacia de las promesas de los caudillos.

[1365] No puede estar justificada la actitud de los que se apartan porque hayan sido dirigidas palabras de mayor o menor crudeza en el calor polémico de la discusión habida en el Congreso a elementos que estaban en esa dirección; el motivo es sobrado nimio para que pueda ni aun influir en resolución tan grave; si razones de este género fuesen bastante a justificar actitudes tales, hace tiempo que las violencias de lenguaje empleadas una y otra vez por quienes de ataques verbales se duelen, habrían dado lugar a escisiones en el Partido. Tenemos la esperanza de que nuestros camaradas reconocerán su error y que ayudarán a ello las Agrupaciones, demostrándoles que la actitud adoptada por estos compañeros daña profundamente a los intereses de nuestro proletariado, el cual cada día está más necesitado de un partido fuerte que lo organice, recoja sus anhelos y le haga conocer los ideales en que debe inspirar su conducta societaria. Dividirlo no es favorecer esta exigencia, sino dificultar la realización de los deseos del movimiento obrero.

Nosotros no estamos conformes con las condiciones que impone la Tercera Internacional de Moscú; pero afirmamos hoy, como lo hicimos desde el primer día de la revolución rusa que estamos, sí, identificados plenamente con aquella revolución; con ella principia la era del desmoronamiento capitalista y la de las realizaciones socialistas; por ella, por su esfuerzo, y gracias a su sacrificio, los demás pueblo recogerán beneficios que se han de traducir en una renovación de sus instituciones sociales; por la revolución rusa estamos, y a nuestro Partido le decimos, como siempre, que nos consideramos obligados a su defensa. Pero la historia dirá si no hay un principio de error –muy disculpable en la noble impaciencia del partido que hoy está al frente de la revolución rusa– al deformar [1365 bis³²] la espontaneidad del movimiento sentimental de adhesión de todos los proletarios presentándoles como signo externo de adhesión a aquel movimiento el acatamiento de una teoría y táctica completa que, representada por las tesis y condiciones, puede incluso ser un obstáculo para el ejercicio de la obligada solidaridad con dicho movimiento.

³² Numerada en el original como 1430.

La situación, pues, creada a los Partidos socialistas a causa de dichas tesis y condiciones no puede ni debe entorpecer la acción socialista internacional y a la iniciativa de algunos partidos de Europa se debe la acción concertada para superar las dificultades actuales; tal es el significado de la unión de los Partidos Socialistas para la acción internacional concertada en Viena, y a la que se ha adherido nuestro Partido. En ella figuran, entre otros, el Socialista Independiente alemán, el Independiente del Trabajo inglés, el socialismo austriaco, suizo, francés, checoslovaco, norteamericano, argentino y el demócrata socialista ruso. La razón histórica de esta unión cada día habrá de ser vista con más claridad; son los partidos que, absolutamente identificados con la significación que ante la historia tiene la revolución rusa, moralmente unidos a ella, encuentran en su marcha hacia Rusia un obstáculo insuperable: las Veintiuna Condiciones.

Hoy como siempre, nuestro Partido marchará de acuerdo con la Unión General de Trabajadores, con la cual ha vivido en todos los instantes de su vida consustancializado; hoy, como siempre, nuestro Partido recaba para sí el carácter de revolucionario y afirma que concibe la revolución identificada con la lucha de clases, todas cuyas múltiples modalidades han de ser cuidadosa y abnegadamente atendidas; lucha que adquiere hoy, sin duda alguna, caracteres agudos; lucha para la cual recaba la responsabilidad de cada hora, pero sin abrir un abismo entre las promesas de emancipación y las posibilidades [1366] inmediatas, porque ello equivaldría a estimular la pereza, ahogando la conciencia de la necesidad de un esfuerzo constante y avivando, en cambio, la fe ingenua y milagrera que tan hondas y perniciosas raíces tiene en nuestra tradición nacional.

¡Trabajadores españoles! ¡Hombres de fe en la necesidad de una justicia social que el capitalismo desconoce e imposibilita! ¡Militantes del Socialismo que os acogisteis a esta bandera de ideal y de lucha! Tenemos absoluta confianza en que hemos de poner todos, en la defensa de nuestros principios y de nuestra organización, el esfuerzo de que somos capaces y en que, agrupados estrechamente en torno al Partido Socialista, y con mayor entusiasmo aún que antes, si es posible, redoblabamos nuestra actividad, a fin de que nuestra acción sea cada vez más fuerte y el proletariado más consciente de la misión que ha de desempeñar en la Historia. ¡Viva el Partido Socialista Obrero Español! ¡Viva la Internacional! ¡Viva la Revolución rusa! Madrid, 15 de abril de 1921.- Pablo Iglesias, presidente; Julián Besteiro, vicepresidente; Andrés Saborit, secretario; Francisco Núñez Tomás, vicesecretario; Fermín Blázquez, secretario de actas; Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Lucio Martínez Gil, Toribio Pascual y Antonio Fernández Quer, vocales”.

El desastre de Annual

El derrumbamiento de la comandancia militar de Melilla, poniendo de relieve la política personal del rey, que se entendía con el general Silvestre a espaldas del alto comisario de España en Marruecos, perturbó de tal manera las relaciones de la Corona con el poder político que ningún gabinete se sentía dueño del terreno que pisaba. Sin la violenta campaña parlamentaria de la minoría socialista, los Gobiernos habrían vadeado el temporal, como salieron a flote quienes ocuparon el banco azul a raíz de la pérdida de las colonias en 1898. Alfonso XIII se equivocó al querer imitar los mismos procedimientos de antaño. La bandera de las responsabilidades, preferentemente las que incumbían a la realeza, y la gestión de la minoría socialista en el Ayuntamiento de Madrid, anticiparon el triunfo electoral del 29 de abril de 1923, en que la candidatura socialista alcanzó los primeros puestos para diputados en la capital de España, provocando tremenda sacudida en el palacio real.

Durante aquellos años el predominio militar estaba patente, y los Gobiernos apenas tenían fuerzas para esquivar las presiones del rey. La situación llegó a ser tan apurada que Alfonso XIII se echó en brazos de Maura, con La Cierva en el ministerio de la Guerra, para reconquistar parte del terreno perdido en Marruecos y meter en cintura a las Juntas Militares. Incluso la reina madre y la esposa de Alfonso XIII pidieron a La Cierva que acabara con las Juntas, según descubre éste en sus *Memorias*. No lo hizo, utilizándolas para crearse una plataforma personal, hasta que por sus imprudencias chocó con sus hombres más representativos; quiso entonces disolverlas, pero el rey, que había lanzado al ministro contra las Juntas Militares, se puso de acuerdo con ellas y quiso prescindir, sin conseguirlo por el momento, de De la Cierva. Antes de saltar del cargo, que abandonó iracundo, había ordenado al juez que instruía diligencias por el hundimiento de la Comandancia militar de Melilla, general Juan Picasso, jefe de Sección en el ministerio de la Guerra, se [1638] abstuviera de indagar nada relacionado con el Alto Comisario en África, general Dámaso Berenguer. Las disposiciones aludidas llevan fecha 26 de agosto y 1º de septiembre de 1921 y fueron adoptadas en Consejo de Ministros, lo que quiere decir que su inspiración nació en el Palacio Real, cara intentar poner a salvo la responsabilidad de Alfonso XIII. Aislando a Berenguer de las investigaciones derivadas del desastre de Melilla, el rey se creía a salvo, más se equivocaba profundamente. Es cierto que el general Picasso no pudo ahondar en el gravísimo problema sometido a su examen; pero llevó a cabo un estudio concienzudo que le permitió proponer en sus conclusiones provisionales treinta, procesamientos elevados a sesenta cuan do las diligencias por él instruidas pasaron al Tribunal Supremo de Guerra y Marina, quien incluyó entre los sometidos a sumario al propio general en jefe del ejército de África, Dámaso Berenguer, senador del Reino, cuya inmunidad parlamentaria solicitó el Supremo fuera levantada para poder juzgarle.

El 11 de julio de 1922, a un año de tan horrenda hecatombe, se vio obligado a dimitir de su cargo el general Berenguer. El Senado, en un debate muy movido, autorizó por fin su procesamiento, que iniciaba el del rey. El general Aguilera, presidente del Tribunal Supremo de

Guerra y Marina, en pugna violenta con Sánchez de Toca, malogró sus aspiraciones a dictador al ser abofeteado en la Alta Cámara por Sánchez Guerra. Los militares aceptaban castigar a los suyos que habían huido frente a los moros, pero exigían que las responsabilidades se extendieran a los hombres civiles. Finalmente, el Supremo de Guerra y Marina procesó a los generales Berenguer, Silvestre, muerto en el campo de batalla, y Navarro, prisionero de Abd-el-Krim; a todos los coroneles menos a dos; a ocho tenientes coroneles; a otros tantos comandantes, y a más de cuarenta capitanes y tenientes. Tales medidas coincidían con las que desde el primer momento había exigido la minoría socialista parlamentaria, extendiendo la exigencia de responsabilidades a los dos Gobiernos que estaban implicado en aquel desastre, incluyendo al rey, principal responsable. El momento [1369] en que tuvo que hacerse cargo del Gobierno Sánchez Guerra, sin mayoría propia en las Cortes, le creaba hondas preocupaciones, temeroso de que los diputados adictos a Maura, La Cierva y Bugallal, éste presidente del Congreso y acusado en la proposición de la minoría socialista, le desalojaran de la presidencia del Gobierno y, de rechazo, de la de su propio partido. Los destellos de gobernante que tuvo Sánchez Guerra en aquel corto periodo quedaron esfumados ante su huida del banco azul, impidiendo a la Cámara pudiera pronunciarse en el debate sobre las responsabilidades promovido por la minoría socialista.

No está fuera de lugar referir aquí que por entonces fue senador liberal por la provincia de Cádiz el general Primo de Rivera, coincidiendo tal representación con la capitanía de Castilla la Nueva. Pues bien, con olvido del cargo militar que ostentaba, desde su escaño senatorial se lanzó a pedir que España renunciase a Marruecos. Maura, jefe del Gobierno a la sazón, le dejó cesante y se negó a tener trato con él. Más tarde, al convertirse en dictador con el apoyo del rey, Primo de Rivera no se olvidó del desprecio con que había sido tratado por el altivo político mallorquín. Y ahora recojamos un episodio doloroso. El 7 de abril de 1922, en pleno auge de la campaña contra el rey, implicado seriamente en el desastre militar del verano de 1921, Miguel de Unamuno, llevado por Romanones y Sánchez Guerra, tuvo una conferencia con Alfonso XIII en el Palacio Real. Las explicaciones que luego dio aquel hombre insigne de su entrevista con el rey no convencieron ni acrecentaron su prestigio.

El 4 de diciembre de 1922 se efectuó una votación en el Ateneo de Madrid para elegir Junta directiva, quedando descartados los impunistas y triunfando Álvarez Buylla, Luis de Zulueta, Marañón, Luis de Tapia, García del Real, Luis de Hoyos, Ramón Gómez de la Serna y otros de la misma orientación liberal. Esta Directiva organiza, el domingo 10 de aquel mes, una manifestación en Madrid que alcanzó proporciones incalculables, para exigir responsabilidades por el desastre militar de [1370] Melilla. Indalecio Prieto dio en el Ateneo una conferencia que produjo gran impresión por sus acusaciones contra el rey. Ahora bien, el discurso fundamental pronunciado por Prieto en aquellos tiempos salió de sus labios los días 21 y 32 de noviembre de ese mismo año, en el debate prometido en el Parlamento al examinar el expediente Picasso. Su intervención duró varias horas, confrontando declaraciones de militares de diversos grados que revelaban el vergonzoso estado en que se encontraba el ejército de África. Mediante suscripción nacional, el Partido Socialista publicó una edición de cien mil ejemplares del discurso de Prieto, agotada en seguida.

En sus *Memorias*, La Cierva afirma que debió defenderse la posición de Annual, agravando con esa opinión suya la responsabilidad de los militares que huyeron ante la morisma. Una idea de

cómo hacían los avances los jefes del ejército español está reflejada por el siguiente texto, aparecido en las *Memorias* del citado ex ministro de la Guerra: “Berenguer perseguía al Raisuni, con quien se rompieron los tratos, que consistían en darle armas, influencia y una gran pensión, a cambio de valiosos servicios al principio y de tenerle que soportar después sus altanerías”.

Cayó La Cierva sin tomar Alhucemas ni liberar al general Navarro. Siguió Maura en el poder con igual resultado negativo. El Gobierno de Sánchez Guerra no intentó siquiera complicarse la vida en aquel avispero. Hasta que llegaron los liberales, con Alba en el ministerio de Estado, y sobre éste cayeron implacablemente los que ni habían sabido ocupar Alhucemas, ni habían intentado liberar por las armas a los militares españoles cautivos de Abd-el-Krim. Las negociaciones para obtener el rescate de aquellos prisioneros duraron bastante tiempo. Intervino en ellas un hombre de negocios, Horacio Echevarrieta, ex diputado republicano por Bilbao, amigo particular de Abd-el-Krim y de otros moros notables. La cantidad que estos fijaron por la entrega del general Navarro y sus otros compañeros de cautividad fueron cinco millones. Por fin, todo quedó resuelto con la entrega en monedas de plata de cuatro millones de pesetas, más una propina que exigieron a última hora de doscientas mil, igualmente en plata. Cuando Alfonso XIII lo supo, exclamó: “¡Qué cara cuesta la carne de gallina!”. La frase era propia de un chulillo madrileño más que de un jefe de Estado, responsable principal de aquella hecatombe.

Recuerdos de una gestión municipal

Declarada la escisión comunista en 1921, separados de nuestro grupo algunos concejales, llevé a efecto una campaña en la Casa de la Villa, que repercutió en las barriadas matritenses. Estando reunido el Parlamento, y careciendo el Gobierno de suficientes diputados para las votaciones nominales que reclamábamos, como procedimiento parlamentario que dificultase la marcha de los asuntos puestos a discusión, el presidente del Congreso me llamó para rogarme facilitase la del articulado de la ley de Presupuesto, que urgía aprobar. Puse dos condiciones: autorizar en el articulado de esa ley al Ayuntamiento de Sama de Langreo para que utilizase aguas que se perdían en el Concejo de Campo de Caso, indispensables para el desarrollo del vecindario de la cuenca minera langreana, por cuya concesión venía luchando durante años Enrique Celaya, concejal socialista en aquella localidad sin conseguir ser atendido, y la consignación de seis millones de pesetas para construir en Madrid seis grupos escolares, con la condición de que el Ayuntamiento aportara una cantidad igual, más los solares correspondientes. Incluso conseguí que los nombres de los grupos escolares fueran aprobados por el ministro de Instrucción Pública, procurando al hacer el ruego desde mi escaño parlamentario que por su carácter nacional no pudieran ser objeto de crítica: Pablo Iglesias, Jaime Vera, Pérez Galdós, Concepción Arenal, Menéndez Pelayo y Joaquín Costa. Los grupos escolares se subastaron y empezaron a construirse inmediatamente; cuando la dictadura de Primo de Rivera [1372] se encaramó en el Poder, no se atrevió a deshacer lo convenido entre la municipalidad matritense y el Estado, que permitía que los contratistas adquirieran derechos en caso de rescisión, pero demoró cuanto pudo la construcción de estos grupos escolares, que fueron inaugurados por el presidente de la República, Alcalá-Zamora, recogiendo aplausos que correspondían a la etapa monárquica. Madrid salió ganando y eso era lo esencial para nuestra labor en pro del vecindario al Ayuntamiento iba muy por delante del Estado en cuanto a dotación a las escuelas de todo aquello que necesitaban,

sin discriminación de ningún género y con absoluta imparcialidad en el reparto de dispendios para colonias escolares, comedores, roperos, calefacción, limpieza, fiestas de fin de curso, protección a los superdotados, enseñanzas esenciales, mejoras de sueldos al profesorado, escalafones para el personal, inclusive celadores y conserjes. Toda esta labor, desde la Junta Municipal de Enseñanza, la Tenencia de Alcaldía de La Latina y la presidencia de la Comisión de Hacienda, enlazada con la reorganización de servicios municipales, caló en el vecindario madrileño y tuvo su repercusión en las urnas.

¡Qué balance!

“He aquí el que arroja hasta hoy la loca aventura de Marruecos: en la esfera militar, no obstante de haberse dispuesto hasta de 160.000 hombres y un buen golpe de millones para combatir a los hijos de aquel territorio, una serie de fracasos, que culmina con el tremendo desastre de Annual. En el terreno de la civilización y el progreso, la violación de muchas moras y un número de desfalcos y latrocinios capaces de enrojecer a las estatuas. En el orden de la diplomacia y la diligencia, la tardanza de dieciocho meses en rescatar a los prisioneros concentrados en Axdír, tardanza que ha hecho perder la vida casi a la mitad de ellos. En el campo del poder y la influencia, la entrega de 70 moros prisioneros a los marroquíes sin que hayan abonado un solo céntimo por los mismos, y el rescate de 326 prisioneros españoles pagando por cada uno de ellos más de 13.000 pesetas. En cuanto a utilidad para los intereses de España, la pérdida de muchos miles de hombres jóvenes y el gesto estéril de varios miles de millones de pesetas. Esto es: que hasta la fecha representa para nuestro país la campaña de Marruecos una fosa donde se han sepultado miles y miles de vidas españolas, enterrado cuantiosos caudales extraídos de los habitantes que se revientan trabajando en la península y hundido el crédito de la misma. ¡Y decir que el principal culpable de esta desdicha sigue disfrutando extraordinarias prerrogativas, fingiendo interés y cariño a las mismas víctimas que ha ocasionado y mofándose con sus falsas manifestaciones de aprecio de cuanto noble y digno se hace en esta tierra! ¿Le exigiré algún día el pueblo español la responsabilidad que ha contraído? Se llenaría de oprobio si no lo hiciera”.- Pablo Iglesias, 1º de mayo de 1921.

“¿Quién, en España, siendo anarquista, desdeñó el motejarse a sí mismo bolchevique? Hubo pocos a quienes no cegara el fogonazo de la gran explosión; pero es hora de que lo digamos: aquellos pocos fueron los únicos a quienes hoy debemos rendir justicia, declarando que su actitud fue la más digna y la más consecuente con las verdaderas ideas de emancipación humana”.- Manuel Buenacasa, de *El movimiento obrero español: 1886-1926*.

“Muerto o desaparecido el general Silvestre, es lo cierto que en este momento se eclipsa definitivamente su estrella, en la que, según declaraciones de un testigo, tanto él confiaba, estrella cuyos primeros resplandores parecieron allá en la manigua de Cuba; que luego destacaron en su actuación en Casablanca y Alcazarquivir; que luego sufrió un buen golpe el ser interrumpida su campaña contra el Raisuni, pare volver a brillar con sus últimos destellos al tener en África mando propio, y que en Annual [1347] se apaga por completo, envolviendo en su oscuridad, en fúnebres crespones, a las fuerzas que mandaba, y en doloroso luto a España entera, dejando oculto por tupido velo la duda de si lo ocurrido era debido a arranques propios y peculiares de su carácter o de un choque de autoridades, y quedando solamente en claro entre los últimos

resplandores el convencimiento de que la orientación y los procedimientos empleados en nuestra zona de protectorado de Marruecos habían sido, eran y parece ser que siguen siendo totalmente equivocados en todos sus aspectos”.- Juan Picasso, general instructor del expediente sobre el desastre militar de julio de 1921.

“Yo siempre he sido un hombre caracterizado en la organización como un reformista, y de ello no me avergüenzo; me avergonzaría de hacer declaraciones de revolucionario, y luego, en la práctica, ser un oportunista o un arrivista”.- Francisco Largo Caballero, de *El Socialista*, del 13 de abril de 1931.

Largo Caballero polemista

“Es lamentable tener que dedicar una buena cantidad de tiempo y energías en salir al paso de las campañas difamatorias que se están realizando contra el Partido Socialista y la Unión General; pero la realidad es superior a nuestra voluntad, y la realidad es que la casta de difamadores tiene condiciones prolíficas asombrosas y que se suceden unos a otros sin solución de continuidad. Claro que no es posible entretenerse en tirar piedras, y permíteme la metáfora, a todos los calumniadores que salen al camino a ladrar a la Unión y al Partido; pero siempre hay que hacer alguna excepción. Fracasado el intento de apoderarse del Partido y de producir en él una grave escisión, algunos que hasta hace poco estuvieron en los puestos directivos de dichos organismos, sin que se les ocurriera una sola vez proponer y defender nuevos [1375] métodos de lucha, ahora, a falta de otros menesteres más en armonía con su temperamento revolucionario, emplean sus actividades periodísticas en colaborar en la obra demoledora de calumniar a la Unión General, sin duda para ir preparando el terreno al objeto de que si no pueden tampoco apoderarse de ella, por lo menos producir en sus files el asco, la confusión y la depresión de espíritu. ¡Gran labor revolucionaria!

En un artículo contra la Unión General, para justificar el calificativo de amarilla que algunos elementos la dirigen, se dice que entre ese organismo obrero y los Sindicatos socialcristianos ‘existen coincidencias fundamentales’ y que la Unión ‘se va apoderando del espíritu traidor de los Sindicatos Católicos’. A nosotros no nos parece mal; al contrario, lo creemos conveniente el que en la Unión y sus secciones se discutan la táctica y las ideas; por eso se llevó a los estatutos la siguiente base: ‘a que los afiliados tienen completo derecho para hacer propaganda de sus especiales puntos de vista, en lo que respecta a la organización, y su libertad no puede ser restringida ni coartada, siempre que ello no se haga a base de diatribas, calumnias, o de difamación de los principios y acción de la Unión General’.

Esto sería lo honrado. Otra cosa es proceder, más o menos hipócritamente, como los que para sus propagandas revolucionarias tienen como tema predilecto el difamar y calumniar. Todos sabemos que la base principal sobre la que descansa la organización de los Sindicatos católicos es la de reclutar y disponer de elementos rompehuelgas; el de hacer traición a los de su clase, oponiendo obstáculos para el triunfo de las justas reclamaciones que hacen a sus patronos los asociados en las Sociedades de resistencia. ¿Será éste el espíritu del cual, según algunos, se está apoderando la Unión General? Los que dicen eso son testigos de mayor excepción, puesto que han pertenecido a los Comités directivos hasta hace poco. ¿O es que ese espíritu de traición se ha

ido introduciendo desde que ellos han dejado pertenecer a dichos organismos?; ¡Que existen ‘coincidencias fundamentales’ entre la Unión y los Sindicatos católicos! ¿Cuáles son? ¿En los fines? ¿En la ideología? Los estatutos de la Unión, en su artículo primero, punto octavo, dicen que tiene por objeto, entre otras cosas: ‘Unificar la acción del proletariado con el propósito de crear las fuerzas de emancipación integral de la clase obrera, preparándolas para que, de acuerdo con el principio de que los instrumentos de trabajo pertenecen de derecho al trabajador, puedan asumir la dirección de la producción, el transporte y la distribución e intercambio de la riqueza social’.

Cualquiera verá en seguida que en lo transcrito no está la coincidencia con los Sindicatos católicos ni por ahí tampoco la Unión General tampoco se apodera ‘del espíritu de traición’ de los rompehuelgas. Pero es indudable que cuando individuos que siempre tienen en los labios las palabras sinceridad y honradez sostienen que en el tan repetido organismo nacional obrero se va introduciendo el ‘espíritu de traición’, algo debe haber. Si ni en la finalidad ni en la actuación existen coincidencias entre organizaciones tan diferentes, ¿dónde existen? Según los detractores de la Unión General, las ‘coincidencias fundamentales’ están en el programa de reivindicaciones inmediatas, y por eso merece el calificativo de amarilla.

Ahí está el quid de la cuestión: en que la Unión General defiende el programa de aspiraciones inmediatas no porque es una necesidad para la clase obrera, sino por celos de los Sindicatos católicos: por temor a que éstos se apoderen de las masas y la dejen en cuadro.

Al leer todo lo que se dice contra las mejoras de carácter inmediato, recuerdo que Carlos Marx dice en uno de sus mejores libros ‘que toda la historia de la industria moderna demuestra que el capital, si no se le refrena, trabaja sin remordimiento y sin piedad para rebajar a toda la clase obrera aun estado de extrema degradación, y que cuando los trabajadores se oponen a ello no hacen más que cumplir con su deber para con ellos mismos y para su clase. No hacen más que poner límites a las [1377] tiránicas usurpaciones del capital y por tanto que pretender el que los obreros no defiendan el aumento de salario y la disminución de la jornada es el colmo de la necesidad’. Pero según algunos, ¿no resultará que el necio y el amarillo lo era Carlos Marx, que decía que los obreros cumplían con su deber al trabajar por mejorar su condición de asalariados en tanto triunfen definitivamente sobre el capitalismo? ¡Quién sabe! De esto hablaremos en otro artículo”.- Francisco Largo Caballero, 25 de mayo de 1921.

Sobre oportunismo

“Cumpliendo lo que prometimos vamos a demostrar que carecen de razón los hombres de Moscú para combatir, y combatir con dureza, a los socialistas que obran o han obrado con oportunismo. ¿Es malo éste? Proceder con arreglo a lo que se cree que demandan las circunstancias, no olvidando las ideas que se defienden, sino haciendo lo que se juzga mejor para su desarrollo o su triunfo, ¿es conducirse mal? ¿Es pecar de antisocialistas? Nosotros opinamos que no, más si lo fuera, los más pecadores de todos serían los comunistas rusos. Nadie ha sido más oportunista que ellos; nadie ha recurrido tanto al oportunismo como los bolcheviques.

En el poder están; mandan en Rusia; su voluntad es la que allí domina. ¿Han socializado, por eso, todos los medios de producción, de distribución y de cambio? No. La propiedad de la

tierra, inmensa en aquel país, fue arrancada a los propietarios y acordada su socialización; pero ésta no se realizó. La tierra fue repartida entre los campesinos, y aunque no se les permitió comerciar con los productos de ella durante algunos años, hoy ya se les consiente vender libremente una parte de ellos. Con Inglaterra, con Alemania, con Italia, y con otros países han llevado a cabo los comunistas rusos convenios comerciales. ¿Cómo han realizado éstos? Necesariamente, forzosamente, haciendo concesiones a los exportadores de esos países. Sus gestiones con los Gobiernos de las naciones citadas y de otros pueblos para lograr el reconocimiento de [1378] la República, rusa –gestiones que razonablemente nadie puede censurar y que son apoyadas por los socialistas de todos los países– ¿no llevan envuelto el reconocimiento de los Gobiernos burgueses si obtienen éxito? imposible negarlo.

Los tratos con los capitalistas norteamericanos y alemanes, a base de concederles grandes extensiones de terreno (muchos millones de hectáreas) para que los exploten por el sistema del salario, ¿qué son? ¿Actos de integralidad de la doctrina socialista, o actos del más marcado oportunismo? No hay que pensar mucho para afirmar lo último. Y en la guerra con Polonia, ¿qué han hecho los comunistas rusos? Entendieron que les perjudicaba el continuarla, y gestionaron y consiguieron su término mediante un tratado de paz. Mas para conseguir la pacificación con dicho país, los comunistas rusos suscribieron, entre otras, las siguientes condiciones: ‘Rusia soviética restituirá los depósitos que tenían en los bancos los naturales de Polonia y pagará en oro las pérdidas experimentadas por las manufacturas polacas que fueron nacionalizadas. Rusia considerará a Polonia libre de toda deuda con el antiguo imperio ruso. Rusia restituirá a Polonia 300 locomotoras, 260 vagones de viajeros y 8.000 vagones de mercancías. Rusia se compromete a pagar en el año que seguirá a la ratificación del tratado 30 millones de rublos oro, debidos a Polonia por constituir dicha cantidad su parte de los fondos de la antigua banca rusa del Estado’. ¿Qué es todo esto más que puro oportunismo? y sería larga la enumeración de hechos oportunistas realizados por los hombres que han creado la Tercera Internacional si se citaran todos. Pero por muchos que han sido no habrán llegado a su término. Más, muchos más habrán de efectuar los comunistas rusos si continúan siendo dueños del Poder. Están obligados a ello.

Hubiera sido Rusia un país donde el capitalismo hubiese adquirido gran desarrollo y los comunistas no se habrían visto en la precisión de adoptar considerable número de medidas de carácter oportunista. Como en Rusia el desenvolvimiento económico era pequeño; esto es, como la clase burguesa o patronal, por ser incipiente, no había dado a las fuerzas productivas el carácter gigantesco que tienen en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y algunos otros países, la honda transformación social que pretenden realizar los comunistas no puede verificarse sin que previamente se adopte una larga serie de medidas basadas en el oportunismo. Aparte de que el solo hecho de tener que convivir con países en que impera el régimen burgués les obliga a ello. Por eso sorprende que hombres que hacen y harán esto durante mucho tiempo juzguen con dureza y llenen de insultos a los socialistas de otras naciones que proceden con la oportunidad que reclaman las circunstancias. La contradicción es enorme. Se quiere explicar ésta diciendo que el oportunismo ejercido desde el Poder es admisible, pero no desde la oposición. El argumento no puede ser más endeble. La necesidad del oportunismo no nace de que se esté dentro o fuera del Poder, sino de las dificultades en que tropieza la fuerza política –en este caso la fuerza comunista o socialista– para realizar su programa mediato o inmediato. Y esas dificultades existen

tanto cuando se ocupa el Poder como cuando no se es dueño de él. Proceden, por tanto, sin razón los comunistas rusos al criticar a los socialistas por observar una política oportunista, y mal, muy mal, cuando por tal motivo les llenan de insultos”.- Pablo Iglesias, 2 de julio de 1921.

¿Qué es la revolución proletaria?

“A algunos les sorprenderá esta pregunta; pero aunque parezca absurda es necesario hacerla. Estamos en momentos de gran confusionismo, que todo lo que se insista sobre este punto, para aclarar las ideas, siempre resultará poco. Generalmente, cuando se habla de revolución el pensamiento está fijo en el acto de fuerza, y así lo entiende la inmensa mayoría. Pero ¿es que siempre un acto de fuerza, violenta, lleva [1380] en sí la verdadera subversión del sistema, del régimen? En este punto, como en otros, no quiero hablar por mi cuenta, porque el argumento carecería de autoridad. ‘Revolución significa subversión, y se verifica siempre que, con o sin violencia –los medios no importan nada–, se establece un principio completamente nuevo, en oposición al entonces imperante. La reforma, por el contrario, existe cuando se conserva el principio vigente y solamente se intenta hacerlo más humano, más lógico y más justo. Los medios, bajo este aspecto, no tienen importancia. Una reforma puede realizarse con violencia y efusión de sangre y una revolución puede realizarse en la mayor paz’. (Fernando Lassalle, ante el Tribunal de Berlín, en 1865.)

¿Puede deducirse de lo dicho por Lassalle que la revolución proletaria ha de realizarse sin violencia, sin efusión de sangre? No es esa la interpretación que debe darse a ese pensamiento. Aceptando la verdad que encierra lo dicho por Lassalle, no puede negarse que las subversiones pueden realizarse con violencia y las reformas con medios pacíficos. Para mí, lo importante de lo dicho por Lassalle está en insinuar la verdad de que la violencia por sí no es suficiente para hacer la revolución en el sentido científico de la palabra. Yo soy de los que opinan que, por desgracia, la revolución proletaria no será pacífica, que será violenta; pero que no será violenta por la propaganda socialista. Los verdaderos provocadores de esa forma de revolución serán los elementos reaccionarios, que intentan detener el movimiento histórico, y más aún: dando muestras de locura evidente, hacen esfuerzos por que retroceda.

Decía en 1º de febrero de 1895 un magistrado italiano en una sentencia de casación: ‘La socialización de los medios de producción implica, como condición necesaria para realizarla, el ejercicio de la violencia porque es ley de la naturaleza que quien posee o cree poseer legítimamente no renuncie a su posesión sin adecuada indemnización, a no ser que se le imponga por la fuerza tal renuncia’.

Seguramente tendrá razón dicho magistrado al pronosticar los medios que habrá que emplear para hacer la revolución proletaria, o sea la socialización de los medios de producción, pero, como dice Lassalle, ‘los medios no importan nada’, sino ver el objetivo alcanzado. Puestas las cosas en ese terreno, lo importante a examinar por los trabajadores es lo siguiente: la revolución proletaria, o sea la socialización de los medios de producción, ¿puede realizarse a impulsos directos de nuestra voluntad o son necesarias ciertas condiciones históricas, económicas y morales para realizarla? Según algunos elementos, no es necesario más que querer, como si la revolución social tuviese algún parecido a las revoluciones políticas españolas, que se verificaban

con una cuartelada; como si la subversión del régimen económico fuese idéntica a la de la reforma política, en la que es suficiente la sustitución de un rey por un presidente. Sobre este punto se expresó con claridad Federico Engels, claridad que no quieren apreciar los que ven siempre la posibilidad de la revolución social al volver de una esquina: ‘La apropiación por la sociedad de todos los medios de producción ha sido, desde la aparición histórica de la producción capitalista, un ideal más o menos vaporoso que flotaba lo mismo ante la vista de los individuos que ante las colectividades; pero no era posible, no podía presentarse como una necesidad histórica sino cuando existiesen las condiciones materiales para ponerla en práctica. La abolición de las clases, como cualquier otro progreso social, se hace practicable, no porque exista en las masas la simple convicción de que la existencia de esas clases es contraria a la igualdad o a la justicia, o a la fraternidad; no por el simple deseo de destruirlas, sino por el advenimiento de nuevas condiciones económicas’.

Que lo dicho por Engels es evidente lo demuestra toda la historia de la humanidad: ni la esclavitud ni la servidumbre desaparecieron simplemente por el deseo de los cristianos y los enciclopedistas, sino porque paralelo a su deseo y a la propaganda se realizaba la evolución [1382] del sistema económico que hacía imposible subsistiesen los regímenes dichos y, hablando con más propiedad, las propagandas coincidían con la evolución del sistema económico, que iba imposibilitando la continuación de esos sistemas de explotación. Y en todo caso, ¿no será, necesario, para que la revolución proletaria tenga todas las condiciones de vitalidad, el que los trabajadores hayan alcanzado el grado de capacidad suficiente para impedir un retroceso en la obra realizada? A esto contestan Marx y Engels claramente en el *Manifiesto Comunista* de la edición de 1872, pues al sacar las enseñanzas de la revolución de febrero y muy principalmente de la *Commune*, nos ponen de manifiesto lo que debe tenerse en cuenta en todos los países antes de decidirse a realizar obra tan magna: ‘A pesar de las alteraciones ocurridas en los veinticinco años últimos, los principios generales que desenvuelven el *Manifiesto Comunista* siguen siendo, en definitiva, de una exactitud perfecta aun en nuestros días. Solo habría que alterar algunos detalles. La aplicación práctica de los principios, según reconoce el mismo *Manifiesto*, dependen siempre y en todo lugar de determinadas circunstancias históricas. Por esta razón no concedemos ninguna importancia excepcional a las medidas revolucionarias propuestas al final del capítulo II. Este pasaje debería hoy ser modificado en su mayor parte. Los inmensos progresos realizados por la gran industria en los veinticinco últimos años; los progresos paralelos realizados por la clase obrera organizada en partido; las enseñanzas prácticas de la revolución de febrero, y muy principalmente de la *Commune*, en la que por primera vez y durante dos meses, tuvo el proletariado en sus manos el Poder político, hacen anticuado más de un pasaje de ese programa. La *Commune*, sobre todo, ha demostrado plenamente que la clase obrera no se encuentra aún capacitada para apoderarse del mecanismo político existente y utilizarle en su propio servicio’.

Francisco Largo Caballero, 1º de julio de 1921.

[1383] *Contra la verdad*

“Muchas veces hemos dicho los que no estamos conformes con la táctica de los hombres de Moscú, que una cosa es dicha táctica, que consideramos nociva, y otra la República Socialista Rusa, cuya prosperidad y consolidación deseamos los que no pertenecemos a la Tercera

Internacional. A esta declaración, sincera y corroborada por los hechos, los comunistas y neocomunistas contestan siempre, o para presentarnos como enemigos de la citada República, con la siguiente frase: ‘O con Rusia o contra Rusia’. Jamás, jamás hemos estado los socialistas contra la revolución rusa. Siempre, en todo momento, hemos considerado a los enemigos de esa revolución como enemigos nuestros. Si vemos con pena ciertos actos de los hombres que están a su servicio es porque creemos que esos actos pueden perjudicar a su desenvolvimiento.

Lo que nosotros no aceptamos, lo que nosotros combatimos es la táctica que se ha elaborado en Moscú y que ha producido la escisión en casi todos los Partidos Socialistas; lo que nosotros rechazamos son las condiciones, indignas para los que las han dictado e indignas para quienes las admitan; lo que nosotros repudiamos y repudiaremos siempre es el lenguaje insultante empleado con los comunistas rusos, y que van adoptando los de otros países, respecto de los hombres del Socialismo que no opinan en todo como ellos. Contra eso, sí, vamos nosotros, van los Partidos Socialistas; pero no contra la República rusa, contra la revolución que acabó con el zarismo y tiene por un establecer la igualdad social.

La inmensa mayoría, casi la totalidad de los obreros ingleses, no pertenecen a la Tercera Internacional, y sin embargo son los que más han hecho para que se levante el bloqueo contra Rusia y para que Polonia, en guerra con ella, no dispusiera en abundancia de armas y municiones. El Partido Socialista Belga, uno de los más fuertes del mundo, no figura tampoco en la Tercera Internacional, y es también de los que más han trabajado para que Polonia no pudiera guerrear contra Rusia. Y lo mismo [1384] ha hecho el poderoso Partido Socialista Austriaco, que se cuenta en el número de los que han creado la organización que persigue el propósito de constituir una sola Internacional.

¿Y quiénes piden el reconocimiento de la República rusa? Solamente los comunistas, nada más que los que integran la Tercera Internacional? No. Lo piden también los partidos socialistas de todos los países y las organizaciones obreras que forman la Federación Internacional de Ámsterdam. Negar esto es negar la evidencia. Si el bloqueo ruso se ha roto, si la Rusia roja ha podido vencer a los Kolchak, a los Denikin, a los Yudenich y a los Wrangel, débese en gran parte a su esfuerzo, pero débese asimismo a la cooperación, a la solidaridad del proletariado sindical y socialista de todos los países. Y podrán decir lo contrario los escisionistas que en España faltan constantemente a la verdad; pero el decirlo tienen que desmentir a Lenin, que en el Congreso Panruso de Transportes ha dicho lo que sigue:

‘Durante tres años las más ricas potencias del mundo nos han hecho la guerra. Las fuerzas militares de que disponían Kolchak, Yudenich, Denikin y Wrangel, lo sabéis muy bien, puesto que todos vosotros habéis participado en esa guerra, sobrepasaban varias veces, infinitamente y sin duda alguna, nuestras propias fuerzas. Sabéis también que la potencia de todos esos Estados es hoy todavía incomparablemente superior a la nuestra. ¿Cómo, pues, ha podido ocurrir que esos enemigos se hayan propuesto vencer el poder de los Soviets y no lo hayan vencido? ¿Cómo explicar eso? Tenemos una respuesta categórica. Eso ha ocurrido porque el proletariado de todos los países capitalistas estaban por nosotros. Aun en el caso de hallarse bajo la influencia de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios —en Occidente llevan otros nombres— no menos se han negado a apoyar a nuestros enemigos. No somos nosotros quienes hemos triunfado, ya que nuestras fuerzas militares son ínfimas; la victoria proviene de que las potencias

no han podido poner en juego contra nosotros todas sus fuerzas armadas’.

[1385] No obstante lo que proclaman los hechos y lo que afirma el propio Lenin, los escisionistas seguirán diciendo que los Partidos Socialistas van contra la revolución rusa. Ellos sí que van contra ella y contra, los propósitos revolucionarios de todo el proletariado, ya que ni a la una ni a los otros puede servirse faltando continuamente a la verdad’.-Pablo Iglesias, 16 de julio de 1921.

Misión del Partido Socialista

¿Habrá quien afirme que los obreros españoles están, ya capacitados para acoderarse del mecanismo político existente y utilizarle en su propio servicio? Existe en la masa la convicción de que lo existente es contrario a la igualdad, a la justicia y a la fraternidad, y siente el deseo de destruirlo; pero no es bastante: es preciso la existencia de ciertas condiciones económicas que no hay en nuestro país, y el que los trabajadores adquieran mayor capacidad que les permita, sin temor a grandes retrocesos, encargarse de la dirección de la producción y del intercambio de la riqueza social. Se oirá por algunos: ésa es una ideología de un socialdemócrata, de un reformista, pues Moscú encontró la solución a esas dificultades. Hay que reconocer, dicen, que la masa será siempre ignorante y, por tanto, estará siempre incapacitada para hacer por sí la revolución y consolidarle. Ésa es una obra encomendada a les minorías inteligentes, audaces, imponiendo el régimen nuevo por medio de la dictadura. Entonces hay que declarar que el método marxista no es el apropiado para hacer la revolución social y, por tanto, no escudarse en esa doctrina. Carlos Marx afirmó que la revolución social era la revolución de la mayoría, en contraposición a lo sucedido en las revoluciones anteriores, que se habían hecho por minorías. Véase, si no, lo que dijo en el célebre *Manifiesto*: ‘Todos los movimientos sociales realizados hasta el Presente han sido obras de minorías o en provecho de minorías. El movimiento del proletariado es, por el contrario, el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en beneficio de la inmensa mayoría’.

[1386] Si el movimiento del proletariado no es el movimiento de la mayoría, ¿quién ha de ejercer la dictadura? La mayoría, indudablemente. Un gran teórico socialista dio la definición de lo que debe ser la dictadura, en forma bien clara y ajustándose a la verdadera doctrina de Marx: este teórico era Deville, que en sus *Principios Socialistas* decía muchos años antes de que en España se hablase de dictadura del proletariado, lo que sigue: ‘Somos partidarios de recurrir a la fuerza para alcanzar la libertad, del mismo modo que en ciertos casos patológicos hay que recurrir a la camisa de fuerza para conseguir la curación. Una vez ésta conseguida, y recuperada completamente la salud, se goza de libertad completa en los movimientos; pero mientras dura la enfermedad se prohíbe mover aquella parte del cuerpo cuyos movimientos comprometerían la salud en general. Si es ser autoritario el negar la libertad durante el periodo de tratamiento que exija la modificación del orden social a aquellos cuya acción podría poner en peligro nuestra organización, nosotros somos autoritarios. Queremos proceder autoritariamente contra la clase enemiga y queremos suprimir las libertades capitalistas, que impiden la expansión de las libertades obreras. Expliquemos esto, a fin de que los jesuitas rojos o tricolores no deformen nuestro pensamiento; la autoridad que nosotros proclamamos útil no es en modo alguno la autoridad cesárea de las individualidades, cualesquiera que éstas sean, sobre la masa, sino al contrario, proclamamos la autoridad de la masa sobre las individualidades que ella emplea; a la acción directa de los

interesados, la autoridad del proletariado y no sobre el proletariado. Esta autoridad, resultante del conjunto de los interesados en ser libres, no será opresiva para ellos, a menos de admitir la opresión de las gentes por sí mismas. La dictadura de clase deberá reinar hasta el día en que la libertad, posible para todos, pueda, sin inconveniente para nadie, ser ejercida por todos’.

Ese es, a mi juicio, el verdadero concepto que debe tenerse de la dictadura del proletariado: la ejercida por la masa, no contra la masa, por muy ignorante que sea. Otra cosa será contribuir a la supervivencia de la idea y la confianza en el milagro y en los redentores; y, por suerte, la masa va comprendiendo que la revolución social que ha de emanciparla ni será obra del milagro ni de redentores, sino que, como dijo Marx será obra de ella misma. Como al principio de estas líneas, vuelvo a preguntar: ¿Qué es la revolución proletaria? Y podía agregar; ¿Cuál es la misión del Partido Socialista en esa obra? A estas preguntas contesta un gran maestro de las teorías socialistas en esta forma: ‘Revolución proletaria es la solución de los antagonismos. El proletariado se apodera del poder público y transforma, mediante dicho Poder, en propiedad pública los medios de producción que escapan de manos de la burguesía, y por este acto los despoja, del carácter de capital; da plena libertad de arraigarse a su carácter social, siguiendo un plan determinado. El desarrollo de la producción hace que sea un anacronismo la existencia de las clases sociales. La autoridad política del Estado desaparece con la anarquía social de la producción los hombres, dueños ya de su modo de asociación, se hacen dueños de la naturaleza, de sí mismos: se hacen libres. Llevar a cabo este acto, que libertará al mundo, es la misión histórica del proletariado moderno, estudiar detenidamente las condiciones históricas y al mismo tiempo el carácter específico y las consecuencias inevitables de este acto, dar a la clase llamada a la acción, y hoy oprimida, el completo conocimiento de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción inminente, esa es la misión de la expresión teórica del movimiento proletario, del Socialismo científico’. He ahí la misión del Partido Socialista: dar a conocer a la clase trabajadora, de la manera más completa, las condiciones y la naturaleza de la gran misión histórica que está llamada a cumplir, que no es otra que enterrar para siempre este régimen social y dar a la vida otro nuevo, que se base en la igualdad, la justicia y la fraternidad”.- Francisco Largo Caballero, 24 de julio de 1921.

Etapas del terrorismo barcelonés

Durante una de las tristes etapas del terrorismo en Barcelona ocupó la presidencia del Consejo de Ministros Joaquín Sánchez de Toca, personaje conservador. Vivía en un palacio ricamente amueblado en el Salón del Prado, con una biblioteca famosa entre los eruditos. Como en otras ocasiones, las Comisiones Ejecutivas de nuestros organismos solicitaron ser recibidas por el jefe del Gobierno, quien en lugar de citarnos en su despacho oficial, nos rogó fuéramos a su domicilio particular, cosa que jamás nos había sucedido ni se volvió a repetir. Nos produjo extrañeza el hecho, que atribuíamos a que Sánchez de Toca se encontrase un tanto indispuerto. No había tal enfermedad. Claramente nos dijo que había escogido aquel lugar para poder hablar sin riesgo de indiscreciones. Como nos habíamos quejado de la impunidad en que dejaba el Poder público toda clase de crímenes; como entre las víctimas se encontraban a veces hombres de nuestro propio campo, ajeno a la contienda, el jefe del Gobierno nos invitó a que la Unión General de Trabajadores tuviera también su propia defensa, garantizándonos que obtendríamos con facilidad las correspondientes licencias de armas. No era eso lo que nosotros habíamos ido a solicitar. Aquello era una villanía que la burguesía tradicionalista hubiera presenciado complacida mientras anarquistas y socialistas se mataban a tiros. Nuestra reclamación se limitaba a que el Gobierno, dentro de la ley, aplicando la ley, terminara con las bandas terroristas, no a que diera armas a unos para asesinar a otros. Eso era monstruoso. Besteiro, cual siempre acontecía al finalizar estas entrevistas con las autoridades, hizo público el resultado de nuestra gestión cerca del Gobierno, y Sánchez de Toca quedó en mala postura al divulgarse sus siniestras intenciones, que ni fueron aceptadas ni silenciadas. Claro está que con la previa censura en la prensa y la suspensión de garantías, los gobernantes conseguían, en parte, asfixiar [1389] la protesta de las oposiciones, y en este caso la presión oficial hizo cuanto pudo por ayudar al jefe del Gobierno, no consiguiéndolo sino relativamente.

En relación con este retorcido personaje del partido conservador, y como demostración de los odios que acumulaba por donde había pasado, vale la pena de reproducir la carta que el general Francisco Aguilera, presidente del Consejo supremo de Guerra y Marina, en fecha posterior a la en que transcurrió la escena reseñada, dirigió a Sánchez de Toca, que había sido presidente del Senado en otro intervalo político. He aquí el documento, que retrata a los dos contendientes: “Madrid, 30 de junio de 1923. Excelentísimo señor don Joaquín Sánchez de Toca, ex presidente del Senado. Muy señor mío: En el *Diario de Sesiones del Senado* del 28 de este mes de junio he leído su discurso, en el que falta a la verdad. En el se dice que el suplicatorio del señor Berenguer no se le había mandado a usted, en aquella época presidente del Senado, con arreglo a las costumbres establecidas y por conducto del ministro de la Guerra, empleando adjetivos muy suyos. Como esta maldad de usted va dirigida contra mi persona, como presidente del Consejo de Guerra y Marina, maldad muy en armonía con su moral depravada, he de manifestarle que la repetición de este caso u otro análogo me obligaría a proceder con usted con el rigor y energía que se merecen los hombres de su calaña. Queda a sus órdenes, Francisco de Aguilera. Su casa, Juan de Mena, 3, Madrid”.

Con hombres de esta calaña estaba gobernada España. El general Aguilera alude aquí al suplicatorio concedido por el Senado para exigir al general Berenguer —obsérvese que el general Aguilera le llama “señor Berenguer” a secas— las responsabilidades derivadas de su actuación como comandante en jefe de las fuerzas españolas en Marruecos cuando el terrible desastre militar de Annual.

[1930] *Gestión pedida y no agradecida*

En julio de 1921, Salvador Seguí y Antonio Amador, anarquistas, desde Mahón, donde se encontraron desterrados por el general Martínez Anido, se dirigieron al Comité de la Unión General de Trabajadores informándole de los temores que sentían de ser trasladados a Barcelona para aplicarles la ley de fugas. Con la urgencia que el caso requería, se reunieron les Comisiones ejecutivas de la Unión General y del Partido Socialista, acordando publicar el siguiente manifiesto:

“Llamamiento al país.— Estimados compañeros: Habiendo llegado a conocimiento de las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, por conducto fidedigno, noticias de que se fraguan maquinaciones siniestras contra los compañeros presos en Barcelona y Mahón, dichos organismos nacionales han acordado dirigir al país el siguiente manifiesto:

El Partido Socialista, y la Unión General de Trabajadores, a los obreros y a cuantos hombres tengan conciencia de la dignidad humana: El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores no pueden callar, porque no deben hacerlo; su historia, significación y responsabilidad se lo vedan. No era a ellos, sin duda alguna, sino a aquellas fuerzas políticas que tienen como misión histórica defender las libertades más elementales a quienes correspondía de un modo especial el requerir un día y otro a la conciencia del país para que no se dejase envilecer civilmente viendo cómo por satisfacer ansias de venganza se escogen en calidad de rehenes a hombres de una determinada significación ideal. Más entretanto, formulamos ante la clase trabajadora y el país nuestra protesta viva y angustiosa, aun más acerba y desesperadamente que lo hizo la representación del Partido Socialistas en las Cortes, porque en estos días se fraguan maquinaciones siniestras en Barcelona y Mahón contra hombres quienes hasta ahora se les guarda en los calabozos, sí; pero a los que se nos asegura se les echará para que [1391] puedan caer bajo la acción de la banda de pistoleros irresponsables. A cuantos individuos y entidades se estimen obligados a la defensa del leve patrimonio civil existen en nuestra país; a, los periódicos que se consideren insolidarios con la conducta del Poder público en Cataluña y obligados a defender el respeto al derecho humano; a los Ateneos y Centros de cultura que jamás permanecieron mudos en los momentos dramáticos de nuestra vida política; a los escritores que tengan conciencia de su responsabilidad; a los profesores; a la masa trabajadora y a la masa ciudadana les requerimos para que levanten el espíritu protestante del país y ejerzan presión sobre el Poder, a fin de que éste devuelva a España sus escasas libertades y no lleguen a perpetrarse los crímenes que se incuban.

¿Es que los partidos políticos de izquierda hacen dejación plena de su obligación primaria, la de exigir de un modo efectivo a los gobiernos con quienes turnan y a la institución a la cual amparan el respeto a la vida? ¿Es que en estos momentos en que se nos denuncia que se preparan nuevas ejecuciones de rehenes, y nosotros, a nuestra vez, lo denunciemos ante España, esos

partidos van a callar? ¿Qué sentido real sería en este caso el del liberalismo español? Aguardamos las acciones de esos partidos. Madrid, 8 de junio de 1921.- Por el Partido Socialista Obrero y la Unión General de Trabajadores: Pablo Iglesias Posse, Julián Besteiro Fernández, Indalecio Prieto Tuero, Toribio Pascual Palacios, Fernando de los Ríos Urruti, Antonio Fernández Quer, Fermín Blázquez Nieto, Francisco Núñez Tomás, Andrés Saborit Colomer, Manuel Cordero Pérez, Lucio Martínez Gil, Vicente Barrio Minguito y Francisco Largo Caballero. La representación de los dos organismos dichos os recomienda protestéis contra estos hechos en mítines, hojas, prensa, telegramas, etc. Hay que evidenciar ante el Gobierno nuestra protesta, y esmerarnos que todo el proletariado organizado la secundará. Por el Partido Socialista, Andrés Saborit, secretario. Por la Unión General, Francisco Largo Caballero, secretario”.

[1932] Una comisión de las Ejecutivas visitó al jefe del Gobierno, Allendesalazar, quien de manera categórica respondió de la vida de los anarquistas presos en Mahón, promesa que fue cumplida. A pesar de la diligencia que los organismos citados pusieron, los periódicos anarquistas no dejaron de injuriar a los hombres de la Unión General, ni dieron cuenta de las gestiones hechas en favor de los suyos.

Preparando un nuevo asalto

“La situación de los trabajadores españoles cada día es más difícil. Hace más de dos años que para ellos no existen las garantías constitucionales, por lo cual son encarcelados y deportados; se les prohíbe el ejercicio del derecho de asociación y reunión y la libre emisión del pensamiento, y por si esto no fuese bastante, a algunos de los que se distinguen por sus ideas radicales se les va eliminado sin intervención de los tribunales de justicia. Las subsistencias, no sólo no han bajado de precio, sino que algunos artículos se han encarecido más que cuando la guerra. La Federación patronal, ayudada por los gobiernos, se apresta a dar la batalla a la organización obrera, suprimiendo, donde puede, todas las reivindicaciones obtenidas por los trabajadores con la fuerza de su unión a costa de grandes sacrificios, y en particular la jornada de ocho horas, con lo que le crisis de trabajo se acentuará y como consecuencia inmediata vendrá la baja de los salarios.

Todo esto debiera hacer reflexionar a algunos elementos sobre la necesidad de cesar en su labor divisionaria entre los trabajadores; pero es todo lo contrario, pues so pretexto de cambio de táctica difunden por las filas del proletariado la confusión y el escepticismo, de lo cual se saben aprovechar muy bien los gobernantes para apretar más en la represión. La experiencia debiera habernos enseñado que el poder de que dispone la clase patronal y sus defensores tiene por base, más que [1393] su unión, la desunión de los obreros, y que en tanto ésta continúe, con el pretexto que se quiera, subsistirá la actual impunidad de la conducta arbitraria del Poder público. Pues a pesar de ser esto una realidad irrefutable, los elementos antedichos insisten en su campaña escisionista.

Primero, al dividir a la organización obrera en el campo de la lucha económica, creando la Confederación del Trabajo frente a la Unión General, no se hizo más que colocar a los que cotidianamente véense en la necesidad de luchar contra la desmedida ambición patronal en una situación de relativa impotencia, sin que los causantes de esta división hayan logrado ni estén camino de lograr la hegemonía de la organización obrera. Después, so pretexto de que debían

aceptarle unas condiciones y una orientación impuesta desde Moscú, que nadie cumple ni trata de cumplir, se inicia otra división en el Partido Socialista Obrero, división que si numéricamente no tiene importancia, sí la tiene por la desorientación y duda que lleva a las filas proletarias. Nunca pueden estar justificadas las divisiones en la organización de los trabajadores; pero si la división tuviera como consecuencia la constitución de otros organismos más fuertes y de una orientación de resultados más eficaces, todavía la división podría dispensarse; pero cuando se realiza a sabiendas de que la única efectividad es la debilitación de la fuerza obrera, como ocurre en el momento actual, toda, labor en ese sentido debe ser condenada y rechazada por los trabajadores conscientes.

Fracasada la fantástica pretensión de acoderarse del Partido Socialista Obrero Español, con el fin de ponerle al servicio de una táctica cada día más en pugna con los verdaderos intereses de los obreros, se está organizando una verdadera cruzada contra la Unión General de Trabajadores, organismo obrero nacional de carácter económico el más potente de nuestro país, y que ha sabido, por su tacto, no sólo conservar su fuerza numérica, sino aumentarla. Pues bien, la Unión General [1394] que indudablemente es la única esperanza para que se restablezca una relativa normalidad del derecho, haya una base de organización que sirva para restaurar las quebrantadas fuerzas obreras, se ve acechada por esos elementos disolventes, para dividirla y quebrantarla. ¿Qué finalidad persiguen los que la combaten? Buscar la revancha de su fracaso en el Partido Socialista.

Para engañar a los trabajadores se les dice que la Unión General debe salir de la Internacional Sindical e ingresar en la Internacional roja, que acaba de celebrar su primer Congreso. ¿Motivos fundamentales? Ninguno. Para apoyar ese criterio sólo se emplea la frase gorda, efectista: 'La Internacional roja es la revolucionaria. La de Ámsterdam es amarilla'. ¿Exposición de hechos? No hacen falta. La cuestión es la renovación del equívoco. Antes fue la Tercera Internacional; ahora es la Internacional Sindical de Moscú. Para preparar el nuevo asalto no reparan en medios: la calumnia, la injuria, la difamación; todo se considera lícito para lograr el fin. Ahora está en pleno apogeo la nueva táctica. A sabiendas de que no se pueden realizar, se proponen varios sistemas de actuación: la huelga general, movimientos de violencia, renuncia a las mejoras inmediatas, etc. Si procede la Unión General como obliga la defensa, de los intereses de los trabajadores y se niega a dejarse arrastrar por los elementos irresponsables, se la califica de traidora y amarilla; que comete la debilidad de acceder a esas insanas propuestas, va al fracaso, y por tanto se quebranta o se desorganiza, es lo mismo; el objeto es que de esta lucha no quede nada organizado, que todos quedemos iguales: sin organización, sin prestigio y sin influencia en las masas obreras, para que éstas se vean obligadas a refugiarse en los Sindicatos católicos, o queden en el mayor aislamiento, que para el caso es igual, pues en cualquiera de los dos quedarían a merced del capricho de la clase patronal.

¿Puede creerse que la Unión General de Trabajadores no ha de tener [1395] la fuerza necesaria para defenderse del asalto que se la prepara? No. Seguramente que al igual que el Partido Socialista, lo rechazará, y además procurará mantener su unidad, única manera de poder defenderse también del otro asalto, que siempre es más inminente: el de la Federación patronal. Si así no lo hiciera, habría que asegurar que la Unión General y la clase trabajadora, española padecían de la monomanía del suicidio".- Francisco Largo Caballero, 27 de julio de 1921.

No es lo mismo predicar...

“Como siempre, el tiempo es el mejor juez y el único que con absoluta imparcialidad determina las responsabilidades de cada uno. Todavía resuenan en nuestros oídos las acusaciones que algunos que fueron nuestros camaradas nos dirigían, llamándonos socialdemócratas y colaboradores de la burguesía. También se nos censuraba porque, según ellos, éramos los culpables de la orientación reformista y antirrevolucionaria de la clase trabajadora; y los que tales cosas decían se constituían en los verdaderos depositarios del espíritu rebelde y revolucionario, el cual se comprometían a ir infiltrando en la conciencia de las masas obreras. ‘Ni el Partido Socialista ni la Unión General –afirmaban– interpretan con su actuación el espíritu y los sentimientos de los trabajadores, y los hombres que están al frente de esas organizaciones son la rémora para toda acción eficaz’. En sus peroraciones hiperbólicas aseguraban que estábamos en un momento histórico que no permitía más dilaciones a la acción revolucionaria, y que era indispensable, para responder al deber que las circunstancias exigían, adherirse a la Tercera Internacional y poner en práctica las Veintiuna Condiciones de Moscú. Desde la fecha en que todo esto se decía no han transcurrido muchos meses, pero han sido los bastantes, y sobre todo han ocurrido en España sucesos de tanta gravedad, que ya exigían el que los depositarios del espíritu rebelde y revolucionario hubieran dado señales de vida, [1396] poniendo a prueba sus condiciones de nuevos espartacos.

Pero como dirían los clásicos: todo ha sido conversación de Puerta de Tierra. Desde el primer día han dispuesto de periódicos, de concejales y algún diputado provincial, elegidos, no como comunistas, sino como socialistas. ¿Qué diferencias han señalado con los socialistas en esas Corporaciones? Ninguna. Y conste que ahora no pretendo hacer crítica de la actuación de los neocomunistas en los Ayuntamientos y Diputaciones, sino únicamente hacer notar un hecho. ¿Y en sus periódicos? Reléanse y no se encontrará nada que signifique intento de cumplir sus promesas. ¿Y en su actuación? Menos todavía, pues siempre se han ocupado de acuciar a otros que de actuar ellos.

¿No decían que las minorías audaces son las llamadas a dar el golpe de gracia a la burguesía? ¿Hasta cuándo aguardan? ¿Para mejor ocasión? Con esto se comparan al cosechero del cuento. Me parece estar oyendo esta interrupción, que se me hizo en otro caso en que yo hacía parecidas preguntas: ‘¡Es que no nos dejan los Gobiernos reaccionarios!’. Es cierto, y reconozco que esto es un inconveniente; pero como resulta que todos los Gobiernos burgueses, en su conducta con los que pretenden dar al traste con los privilegios de clase, han de ser reaccionarios, resulta también que nunca van a poder hacer la revolución.

Haciendo honor a la verdad, no es absolutamente cierto que no hayan intentado hacer algo; en algunos sitios lo han intentado, y a sabiendas de que ni la organización ni la conciencia de los trabajadores estaban preparadas para realizar acto de presencia en una acción de movimiento de masas, lo han intentado para poder darse pisto de revolucionarios y poder acusar de traidores a los que no les secundaron en su falsa actitud revolucionaria. Además, si el Partido Socialista y la Unión General eran hace poco tiempo, según los revolucionarios de la ‘víspera’, reformistas y antirrevolucionarios, ¿por qué, cuando sueñan con hacer la revolución, teniendo algunos de ellos monomanía de grandeza, pretenden [1397] que la hagan esos organismos? ¿No dicen donde les

conviene que ellos son 800.000 por un lado, más de 6.000 por otro, y que todos ellos son el conjunto de la verdadera fuerza revolucionaria de España? ¿Por qué, pues, les hace falta la cooperación de los amarillos, traidores y socialpatriotas? Porque el propósito no es hacer ni intentar hacer la revolución ni nada que se le parezca, no; sino engañar a los incautos, haciéndoles creer que si en España existe el régimen del salario es por culpa de esos organismos nacionales, pues ellos bastante han hecho con lanzar la idea.

Hasta ahora, lo único positivo que han hecho esos elementos ha sido una revolución verbalista, con lo que han provocado una agravación en los métodos del terrorismo blanco, y han perseverado en la campaña difamatoria, que ha inoculado el enervamiento en las organizaciones obreras, incapacitándolas para repeler ese terrorismo gubernamental. ¡Qué diferencia de 1909 a 1921! ¿Por qué esa diferencia, siendo hoy más numerosa la organización? Por el divorcio moral y espiritual que en ella existe, debido a la indigna labor que se hace por todos los elementos escisionistas. ¡Y esos son los que pretenden apoderarse de la Unión General de Trabajadores! Sería el triunfo más grande que obtuviese la Federación patronal de los Grauperas”.- Francisco Largo Caballero, 15 de agosto de 1921.

Labor de convencidos

“En el campo obrero han sembrado cierto confucionismo los que, dando oídos a predicciones insensatas o dejándose llevar por simples impulsos niegan utilidad a la obra de mejoramiento de los oprimidos, defienden ciegamente la acción violenta y van porque sí contra los mismos métodos que ellos propugnaron no ha mucho tiempo. Ese confucionismo ha causado en el ánimo de algunos excelentes correligionarios y magníficos compañeros, no sólo hondo disgusto –sentimiento que ha alcanzado a todos–, sino [1398] desaliento para trabajar por las ideas como trabajaban antes y hasta deseos de abandonar el campo de actividad. Y como el dejarse influir así por lo que está ocurriendo es nocivo a la causa del proletariado y favorable al propio confucionismo creado por lo que acabamos de decir, juzgamos indispensable llamar a la reflexión a aquellos camaradas y pedirles que no se dejen dominar por ningún género de desaliento, ni menos entrar en el terreno de la pasividad.

Los convencidos deben luchar siempre; ante los obstáculos, su temple, su decisión, su energía, lejos de disminuir, deben acrecerse; su acción, en lugar de debilitarse o sufrir eclipses, debe ser más continua que nunca. En casos como el actual la tarea es doble: hay que hacer cara al enemigo, defendiendo los intereses del proletariado y manteniendo con toda firmeza la razón y la bondad de los principios socialistas, y hay que salir al paso de los que, perteneciendo a nuestra clase, divulgan errores y sostienen criterios altamente dañosos para la misma.

Ante la clase capitalista es preciso afirmar rotundamente la incompatibilidad de sus intereses con los de los asalariados y la potentísima razón que a éstos asiste para buscar en su unión, solamente en su unión, el mejoramiento hoy posible y el término de su esclavitud económica, causa de todas las esclavitudes, en el plazo más breve. Es preciso asimismo insistir en que el régimen burgués está muerto moralmente, ya que no hace otra cosa que crear pavorosos conflictos, y que su muerte material tardará pocos lustros en ser efectiva. Es preciso igualmente reafirmar que el patrono como tal patrono, como simple explotador de la fuerza de trabajo, no es

necesario en modo alguno a la producción, y que el nuevo régimen social, la sociedad igualitaria, podrá existir, porque constituirá su sólido fundamento la unión de los obreros intelectuales y manuales.

Y si esto hay que hacer ante la clase trabajadora y ante sus representantes de todos los matices, ante los sembradores del confucionismo obrero, ente los que con sus dichos y hechos están perturbando el campo [1399] proletario, hay que sostener, con la mayor cantidad de razón y con los términos más persuasivos, que se educa perversamente a los trabajadores con el empleo la mentira, la injuria y el insulto, que es ir contra, la unión de los asalariados, por tanto, contra sus intereses, el producir escisiones en sus filas y el dividir sus organizaciones, basándose, no en diferencias esenciales, sino en cosas de poca importancia, y a veces en apariencias de éstas; que es un contrasentido declararse partidarios del ‘todo o nada’, para después luchar por simples mejoras morales o materiales; que la predicación de la violencia sólo es favorable a la burguesía, porque disponiendo hoy de más poder que los trabajadores (autoridades, fuerza armada y dinero), vence en ese terreno, como lo están demostrando tristísimos y frecuentes hechos; que el abandonar la tarea del mejoramiento obrero para dedicarse tan sólo a lograr su emancipación es un verdadero absurdo, ya que no pudiendo efectuarse ésta en un plazo brevísimo, todo lo que tarde en realizarse no cesarán los burgueses de empeorar cuanto puedan las condiciones de los trabajadores; que no es colaborar en la obra burguesa el que los proletarios, con representación de los suyos, tomen parte en el Instituto de Reformas Sociales y en otras corporaciones ya que a ellas van con el solo fin de favorecer los intereses de su clase; que no es serio, como hacen ciertos elementos, echárselas de terribles revolucionarios, decir que cuenten con muchísimos miles de hombres –a veces elevan la cifra a un millón más–; que se bastan ellos solos para efectuar tales y cuales transformaciones, y luego, cuando se encuentran en circunstancias difíciles o que ellos estiman que lo son, no tienen el menor reparo en mendigar el auxilio de gentes burguesas; que no impide a los trabajadores luchar por su completa emancipación el hecho de obtener pequeñas mejoras; que deben procurar hacerlas mayores, como el retiro obrero, la indemnización por accidentes en el trabajo y otras; que no pueden ser obreros revolucionarios quienes no usan el sufragio universal a beneficio de los intereses de su clase, ni ejercitan la acción política [1400] para abaratar las subsistencias; que la lucha de clases no es lucha contra las personas, ya que aquélla tiene por fin eliminar a la clase parasitaria, pero no a los individuos que la forman, y, por lo mismo, que la muerte de uno o más patronos, lejos de resolver los problemas parciales o generales –hechos muy recientes lo comprueban–, los agrava con daño para los desposeídos; y, finalmente, encarecer mucho, muchísimo, que el proletariado revolucionario, esto es, el que aspira a que su clase se emancipe, y en tanto ahí llega, disminuya su explotación, tenga juicio, mucho juicio, porque si éste le falta, experimentara tremendas caídas, se verá atormentado por crueles padecimientos y retrasará, por tanto, lo que es de interés supremo para él y los suyos: la obra total de su liberación.

Tal es la labor que sin vacilación ni desaliento alguno deben realizar hoy los socialistas convencidos, los luchadores le espíritu fuerte”.- Pablo Iglesias, 14 de septiembre de 1921.

Hacia otra división

“Fracasado el intento de absorber la Tercera Internacional a todos los Partidos Socialistas,

ahora los esfuerzos se dirigen a hacerlo con las Centrales Sindicales afiliadas a la Federación Sindical Internacional, cuyo domicilio esta en Ámsterdam, y en la que figuran como secretarios Oudegeest y Fimmen. Para esto se ha constituido en Moscú otra Internacional de sindicatos, estableciendo entre ésta y la Tercera Internacional 'ligamentos de carácter recíproco para manifestarse en conjunto en la preparación y realización de los actos revolucionarios'. Por el pronto, visto el excelente resultado obtenido con la división internacional y nacional de los Partidos Socialistas, se procede hoy a la división a la organización internacional de los Sindicatos, y mañana a la división nacional; sin duda este procedimiento debe ser el más [1401] eficaz para precipitar la revolución, pero si esto no es posible, se procura dar a la Tercera Internacional comunista la fuerza material y moral de que carece. ¿Medidas para llegar al fin? Seguramente que nuestros sucesores se avergonzarán al leer la historia de estas luchas. Ni una idea, ni un pensamiento, ni una razón. Todo groserías, calumnias, injurias, mentiras. Más que una lucha entre hombres de ideas, les parecerá lucha entre rufianes, analfabetos, sin dignidad propia, y por consiguiente, irrespetuosos con la ajena. Con que pena se preguntarán: ¿Pero estos hombres han sido los educadores de las generaciones de trabajadores que nos antecedieron? ¡Buena herencia nos legaron! Cuando repasen la literatura contemporánea, que se entretiene en combatir a la Federación Sindical Internacional no encontrarán más que frases por este estilo: 'amarilla, nido de vividores, traidora, instrumento de la burguesía', etcétera; contrastar una idea, un pensamiento, un hecho, algo que eleve y dignifique, eso, nunca. Colocarse en el plano de las ideas parece les está vedado a los que sólo se mueven a los mandatos de Moscú. También por aquí algunos que pasan por enterados, por ecuanímes y respetuosos con la verdad, publican, con una despreocupación que asombra, sueltos como éste: 'La Internacional de Ámsterdam se ha convertido en un auxiliar eficaz de la burguesía en la tarea de liquidar la guerra de 1914; es más bien una secuela de gobiernos burgueses que no una agrupación revolucionaria de clase. Cada movimiento suyo, cada maniobra suya, vence una dificultad en que habían de tropezar los hombres de la guerra en sus tareas de gobierno. Cada avance suyo, avance pequeño burgués –según el feo vocabulario bolchevista–, es un puntal puesto en el edificio del régimen imperante, que se desmorona'.

Pero lo que más asombrará a los que nos sucedan, si pueden leer entre líneas todas estas cosas, será el que la mayor parte de los que [1402] dirigen esas injurias a Federación Sindical Internacional lo hacen a sabiendas de que faltan a la verdad, y además, no habiendo podido presentar un hecho concreto que justifique cualquiera de sus objetivos. Es preciso que cada uno determine bien, con hechos, no con frases, cuál ha sido su actuación: cuál es en estos momentos y cuál será en el porvenir. No es bastante llamarse revolucionario, sino demostrar por qué lo es, y no sólo por los propósitos, sino por los antecedentes, pues de buenos propósitos todos tienen la cantidad máxima. No es bastante llamar a los demás traidores, amarillos y otras lindezas por el estilo, hay que probarlo, señalando hechos concretos. Si esto no se hace, habrá derecho a decir que se injuria por injuriar, que se calumnia por calumniar, y eso no lo pueden hacer los hombres de ideales, aunque traten de aparentar que los tienen.

En Moscú acaba de fundarse una nueva Internacional de Sindicatos obreros. Prescindamos de su fuerza numérica, que bien pudiéramos hacerlo para demostrar que en Moscú creyeron que por aquí comulgamos con ruedas de molino: pero de lo que no se puede prescindir es de examinar su orientación o sus actos. Realmente, poco o nada se puede decir de sus actos: recién

constituida, no ha podido demostrar con hechos ese espíritu revolucionario de que dice estar pletórica. Pero lo que no deja lugar a dudas es que su sola constitución, habiendo otra Internacional en la que están afiliadas casi todas las Centrales Sindicales del mundo, que tiene más de veinticuatro millones de cotizantes, y a cuya organización están adheridas la casi totalidad de las Federaciones internacionales de industria, provoca entre los trabajadores de todo el mundo la lucha intestina y el divorcio espiritual, y esto, como es natural, perjudica grandemente a la unidad de acción de los obreros en cada, país e internacionalmente. ¿A quién puede beneficiar esto? Indudablemente que a las Federaciones patronales y a los gobiernos, que aprovechan estos momentos de debilidad para fortalecer sus posiciones. Desgraciadamente, éste es [1403] el único hecho que hoy podemos anotar en la vida activa de la nueva Internacional de Sindicatos constituida en Moscú recientemente. Andres Nin, en su carta explicando la conducta de los representantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España en el Congreso, dice: ‘A los que se duelen de esto, nosotros les presentamos las tesis sobre táctica, el programa de acción y las tesis sobre control obrero’. Parece que ahí está no sólo la salvación de la autonomía de los Sindicatos, sino toda su sustancia revolucionaria. En el momento de escribir estas líneas no se han hecho públicos todos esos acuerdos, pero de los publicados haremos mención en un próximo artículo”.- Francisco Largo Caballero, 14 de septiembre de 1921.

Eduardo Dato, muerto a tiros

En 1921, aconsejado por su médico, Iglesias pasó una breve temporada con Amparo Meliá en Celorio, preciosa villa marina asturiana. En febrero de ese año, yendo de paseo con dos hijos suyos, fue asesinado en el Grao de Valencia Juan Valiente, presidente de la Sociedad de Obreros Toneleros, partidario de que la citada entidad ingresara en la Unión General de Trabajadores. El 8 de marzo, Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros, al cruzar la plaza de la Independencia de Madrid en su coche oficial, fue muerto a tiros por tres anarquistas. Uno de ellos, Ramón Casanellas, huyó a Rusia y regresó después de instaurarse la República, pereciendo en España víctima de un accidente de automóvil. En el Parlamento, desde mi escaño, protesté contra la detención de su madre, consiguiendo que el ministro de Justicia reconociera no era legal hacer a la madre responsable del crimen cometido por su hijo. Recibí unas líneas de Casanellas agradeciendo mi intervención parlamentaria. Yo no conocía a Casanellas ni a su madre, ni contesté a la carta recibida, ya que no daba pretexto para ello. Luis Nicolau, otro de los [1404] autores, detenido en Berlín por las autoridades alemanes, fue entregado a las españolas con garantía de que sería rescatada su vida. El último de los complicados en este suceso fue Pedro Mateu, detenido en Madrid en casa de otro anarquista. Cuando el presidente de las Cortes Sánchez Guerra, dio cuenta de la muerte de Dato, los diputados socialistas permanecimos impasibles en nuestros escaños, mientras los monárquicos oyeron en pie el discurso presidencial. La víspera de esa muerte, según refiere La Cierva en sus *Memorias*, el rey había conseguido inteligenciar a Maura con Dato y La Cierva, al fin de que juntos gobernarán.

El 11 de abril, tragedia en Asturias. Mitin por la mañana en Moreda, feudo de Comillas, protector de los sindicatos católicos, en el que intervinieron, desde el balcón de una vivienda propiedad de un socialista, Manuel Llana y José María Suárez. Regresaron a Mieres dejando tranquila aquella población. Por la tarde, sin provocación de ninguna clase, amarillos y guardias

civiles protegidos por la empresa minera acribillaron a tiros el balcón desde el cual habían hablado los delegados del Sindicato Minero, matando a la esposa del dueño de la casa, con un hijo suyo en los brazos. Hubo reyerta, con once muertos. Inmediatamente me presenté en Moreda, donde los ánimos estaban excitadísimos. Hablé con el jefe de la Guardia Civil, consiguiendo retirara la fuerza y dejara tranquila a la población, garantizándole que los mineros no darían lugar a incidentes de ninguna clase. Hubo proceso, en el que Albornoz, abogado de las víctimas, exigió el castigo de los culpables. No lo consiguió. La única compensación fue que las Secciones del Sindicato Minero en el valle de Aliar consolidaran sus acusaciones, quedando anulada la presión de los amarillos. Hubo choques con la fuerza pública. Fernando Regueral, ex gobernador civil de una provincia catalana, fue muerto a tiros por anarquistas. En Madrid, el 29 de junio de ese mismo año, fue acribillado a [1405] tiros Madurell, contratista de obras en lucha con la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*. Besteiro advirtió a los responsables de esa organización, afiliada a la Unión General de Trabajadores, que no estaba dispuesto a patrocinar esa clase de actuaciones. En efecto, se trató de un hecho aislado del que fueron autores ciertos elementos decididos a implantar esa táctica, si encontraban ambiente. No lo tuvo. Luis Fernández, secretario del sindicato *El Trabajo*, fue deportado a Vall de Uxó, porque se negó a delatar a quienes habían intervenido en tan lamentable suceso. En contra del mismo estuvieron igualmente Anastasio de Gracia, secretario de la Federación Nacional de la Construcción, y Manuel Muiño, secretario de la Federación local de ese mismo ramo. Pasaron meses, y Luis Fernández, primero, y Jáimez, más tarde, secretarios de la sociedad *El Trabajo*, cayeron asesinados en Madrid, sin que los autores fueran detenidos.

En marzo subió al Poder un Gobierno presidido por Allendesalazar, conservador, que no pudo subsistir ante los conflictos sociales existentes en media España y el cariz catastrófico de las operaciones militares en África, llegadas a un extremo trágico en el mes de julio, en que se derrumbó la comandancia militar de Melilla, y corrió peligro la de Ceuta. Fin del expediente abierto por el general Picasso en averiguación de los hechos, según exigencia de la minoría socialista en el Parlamento, a la que no se asoció Lerroux, que hasta se abstuvo de intervenir en la Comisión parlamentaria encargada de sacar deducciones del expediente Picasso y de llevarlas adelante, exigiendo responsabilidades al rey. Figura lo siguiente, página 294: “Y para subrayar la situación de esta Comandancia general de Melilla puede afirmarse que aquí no existe nada de nada, desde tropas y material de campaña hasta oficiales de Estado Mayor, de que sólo cuento con el coronel; los demás, o han desaparecido o están enfermos a consecuencia, de las operaciones. Todo quedó en las líneas y depósitos de vanguardia; así es que hay que hacerlo todo de nuevo en circunstancias en que el enemigo, en número, condiciones y recursos es muy superior a nosotros”. Declaraciones recogidas por el general Picasso de labios del general Berenguer, alto comisario jefe en Marruecos al estallar la catástrofe y perecer en ella el general Silvestre, jefe de la zona afectada en el libro *Impresiones y muerte de Alfonso XIII*, de Cabanillas, éste pone en boca del rey lo siguiente: “El año 1921 es el más triste de todo mi reinado, sólo comparable al 1931 y, en definitiva, el que quizá más contribuyó a acelerar el proceso que me obligó a abandonar España”. Fue la campaña sostenida en el Parlamento por la minoría socialista la que decidió que Alfonso XIII saltara del trono, reconocido por él mismo y reproducido por uno de sus cronistas más apasionados. La realidad es que Alfonso XIII estuvo siempre faltando a la Constitución. En las Memorias de La Cierva, ministro de Fomento cuando ocurrió el desastre

de Annual, reconoce que el rey habló en el banquete que le ofrecieron en Córdoba de tal modo que intervino cerca de varios periodistas para que ocultaran o desfigurasen parte de lo dicho por el monarca. No consiguió lo que pretendía, porque el discurso estaba copiado taquigráficamente y así llegó a ser hecho público. De todos modos, La Cierva dice en la página 234 de sus *Memorias*: “Habló el rey de que las reformas importantes, las que debieran ser de igual interés para todos, tropezaban con dificultades que la lucha de personas e intereses hacía casi imposible, y que él, dentro o fuera de la Constitución, tendría que imponerse y sacrificarse por el bien de la patria”. Anuncio más claro de la dictadura es imposible hallarlo, divulgado por el propio La Cierva, único ministro que se oponía a que Alfonso XIII abandonase España, replicándole el monarca en términos violentos. Hubo huelgas de funcionarios. En Vizcaya, estalló un movimiento casi general. Seguían los atentados en Barcelona y las Juntas Militares creando conflictos al Gobierno. Salvador Seguí, anarquista, pidió, en unas declaraciones publicadas en la prensa, que se formara un Gobierno liberal con la colaboración de Lerroux [1407] para restablecer las garantías constitucionales. Marcelino Domingo, que en junio no era diputado a Cortes, a su vez, publicó una carta abierta invitando a Castrovido, Unamuno, Besteiro, Anguiano y Quemades a concertar una acción común para encauzar la vida constitucional española. Era una puñalada contra Lerroux, del que prescindía ostensiblemente.

En septiembre, Besteiro y yo, en nombre de la Unión General, fuimos a Barreda, cerca de Santander, donde la empresa Solvay sostenía conflicto con sus obreros, y con ese motivo tomamos parte en diversos actos de propaganda en la provincia. En la Casa del Pueblo de Madrid se reunió el XV Congreso de la Federación Gráfica Española, que presidí, representando al Arte de Imprimir de Madrid, y donde la tesis moscovita no fue aceptada, a pesar de la presión de Lamonedá, francamente tercerista. Ese mismo año se reunieron en Madrid los Congresos de la Edificación, con Muíño y Anastasio de Gracia, y de Obreros de la Piel, con Lucio Martínez y Francisco Sánchez Llanes. En octubre, Largo Caballero, Fabra Ribas y yo estuvimos en la Conferencia Internacional del Trabajo, en Ginebra. En noviembre, Julián Besteiro pronunció una conferencia al conmemorar los aniversarios del Arte de Imprimir y de la Federación Tipográfica. Terminó el año con una lucha muy dura del Sindicato Minero Asturiano contra la patronal, que aprovechó la crisis de trabajo y la división interna para provocar un conflicto, del que salió victorioso el Sindicato Minero, guiado por Llaneza.

Por encargo de la Secretaría de la Unión General, yo recogí en un folleto toda suerte de atropellos, con fechas, nombres y detalles, cometidos por el Poder público en España. Ese documento se tradujo al francés, inglés y alemán. Corrió el mundo entero y produjo hondo efecto. En el Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo, a petición de la Unión General, fue examinado el caso planteado por la organización obrera española, la primera en dirigirse en este sentido a la citada Oficina. Sabíamos al hacer la gestión que Albert [1408] Thomas no podía hacer más que dar curso a nuestra demanda poniéndola en conocimiento del Consejo de Administración. Eso era suficiente por el momento, para presionar al Gobierno español, como lo conseguimos. El asunto lo llevó el propio Dato al Parlamento, donde Besteiro estuvo magnífico al replicarle y vaticinarle con fino instinto el grave peligro en que corría con aquella desatentada actuación gubernamental.

¿Qué pasaba en Italia en 1921? Crisis ministeriales, nuevas elecciones generales,

descendiendo el número de diputados socialistas a 122, flanqueados por quince comunistas para desmoralizar a los trabajadores, en tanto los fascistas surgían con 55 diputados. El Partido Socialista había conseguido mayoría en 2.162 Ayuntamientos. La central sindical reunía más de dos millones de cotizantes, que se dividieron en tres fracciones para gran satisfacción de los capitalistas. Surgieron las agresiones fascistas. El diario socialista de Milán, plaza fuerte del socialismo, fue asaltado, siendo los daños causados de varios millones de liras. El fascismo disolvió por la violencia municipalidades, cooperativas, Casas del Pueblo. Turati, el venerable Turati, cuyos consejos, de haber sido escuchados a tiempo, habrían evitado la hecatombe, visitó al rey para proponerle la formación de un Gobierno de izquierdas. El rey estaba comprometido con la burguesía y con el ejército. El 1 de agosto de 1922 la Alianza Obrera –era ya el Frente Único– proclamó la huelga general... ¡para defender la autoridad del Estado frente al fascismo! Los que, poco antes, se habían incautado de fábricas, campos y talleres... ¡prestigiando la autoridad gubernativa! Los fascistas les tenían cogidos por el cuello. El 3 de octubre de 1922 el Partido Socialista se escindía y la Central sindical se declaraba apolítica. Mussolini tenía abiertas las puertas de Roma. Como Alfonso XIII, Víctor Manuel faltó a la Constitución; pero la clase trabajadora tampoco estaba exenta de responsabilidad, lección que ojalá no se olvide en el futuro, tan lleno de escollos peligrosos como el pasado.

[1409] Noticias del año 1921

En París, en enero, comienza a publicarse *Le Peuple*, diario de la CGT, siendo secretario León Jouhaux. Duró algún tiempo, pero fue un fracaso económico y político. Caillaux lanza en París su libro *¿Adonde va Francia? ¿Adonde va Europa?* Einstein recibe el premio Nobel de Física. Suecia otorga el voto femenino. El 8 de agosto Blum y Longuet lanzan el primer número de *Le Populaire*, órgano del Partido Socialista francés, desgajado de los comunistas, que se habían apropiado de *L'Humanité*, fundado por Jaurès. Se vota la ley de las ocho horas de trabajo en Bélgica, completada con otra sobre las cuarenta horas semanales. En el mitin de las Juventudes Socialistas belgas de La Louvière pronuncia un discurso antimilitarista Jules Destrée, ministro socialista, que da lugar a que salgan del Gobierno de coalición los tres ministros socialistas que formaban parte de él.

En 1921 fallecieron, entre otros: en Buenos Aires, Enrique del Valle Iberlucea, senador socialista; en Inglaterra se extinguió Hyndman, socialista marxista; en Francia el diputado socialista Ferroul. En Rusia, Kropotkin, anarquista, autor muy leído durante el siglo XIX; vivió exiliado muchos años, pero falleció en su país bajo el régimen de Lenin, sin claudicar, a pesar de que éste le prohibió publicar sus obras y exterminó a sus correligionarios. En Madrid, Luis Simarro, profesor de la Universidad Central; editó un libro con los discursos de los diputados socialistas elegidos en 1918, con prólogo propio; evolucionó hacia el reformismo melquiadista; su visita al rey, acompañado de Azcárate y Cossío, llevados por Romanones y Sánchez Guerra, fue muy discutida, aunque no hicieron declaraciones en pro de la Monarquía. Emilia Pardo Bazán, escritora. Juan Ortega Rubio se llevó a la tumba secretos que de haber sido divulgados hubieran producido revuelo político. ¿Conservaba las Memorias de Silvela? Parece que se las entregó y que alguien impidió fueran publicadas. En Madrid, Francisco Padilla, -pintor, y Fernando Primo de Rivera, que influyó excesivamente, con la camarilla palatina, en la política. En Francia, Emilio

Combes, político radical, jefe del Gobierno.

[1410] *Julio Guesde y los precursores*

¡Cuan parecidas fueron las vidas de Julio Guesde en Francia y de Pablo Iglesias en España! Guesde nació en París el 11 de noviembre de 1845, cinco años antes que Iglesias y diez después que José Mesa, su gran amigo, en cuyo hogar encontró solidaridad y le decidió a cruzar el canal de la Mancha para relacionarse con Marx y Engels. Hijo de un profesor liberal, bachiller a los diecisiete años, adversario del Imperio de Napoleón III, periodista republicano en su juventud, en 1870, en Montpellier, sufre su primera condena como director del periódico *Los Derechos del Hombre*, cuyo título era ya un desafío contra la camarilla napoleónica. Triunfante la Comuna de París, Guesde y su periódico mostraron su adhesión al movimiento revolucionario, sufriendo las consecuencias de la derrota del proletariado parisino, internándose en Suiza, donde pasó largo periodo de privaciones. En Ginebra –¡siempre Ginebra, refugio de hombres libres!– conoció a Bakunin y la firma de Guesde apareció entre quienes se enfrentaron con los fundadores de la Primera Internacional, La desorientación fue tan efímera como fructuosa, ya que sirvió para hacer después de él un luchador irreductible contra las teorías anarquistas. Libre de su condena, en 1876 reanuda en Francia la lucha contra el capitalismo, ingresando en la cárcel en 1878 y redactando un esquema de catecismo dirigido a los socialistas revolucionarios franceses. En 1880 eponeiza la segunda etapa de *L'Egalité*, donde colabora intensamente Lafargue, hasta el punto de que Marx escribe a su amigo Sorge, socialista alemán, con el que estuvo muy identificado; “sin duda habrás observado que *L'Egalité*, gracias a la entrada de Guesde en nuestras filas y a los trabajos de mi yerno Lafargue, se ha convertido en un verdadero periódico obrero”. La carta lleva fecha 5 de noviembre de 1880. Este semanario de Guesde llegaba con regularidad a Madrid –la mano de José Mesa, colaborador del periódico, intervenía en ello– y servía para que Pablo Iglesias fuera formando su concepción marxista, porque el periódico de [1411] Guesde fue el primero en Francia que divulgó las geniales teorías del autor de *El Capital*.

Trasladado a Londres, Marx planea con Lafargue el programa del Partido Obrero francés, que Guesde consigue sea aceptado en el Congreso Socialista de Marsella de 1879, el mismo año en que Pablo Iglesias, por su tenacidad, reunía en Madrid a un grupo de fundadores de la Agrupación Socialista Madrileña. Guesde, ya en su juventud había estudiado las ideas de los enciclopedistas y de los socialistas utópicos. ¿Qué pensamiento de Marx no estará, en embrión, en los revolucionarios franceses? Engels, explícitamente, lo ha reconocido así en más de una ocasión. Marx a su vez, escribió que Saint-Simon, en su obra *El nuevo cristianismo*, se mostraba partidario de la emancipación de la clase obrera. ¿Quién fue Saint-Simón? Su biografía es tan sugestiva como novelesca. Nacido en París el 17 de octubre de 1760, emparentado con familia aristocrática –su abuelo, el duque de Saint-Simón, fue diplomático e historiador–, a los diecisiete años se batía en los Estados Unidos por la independencia de América. Tal vez fuera más cierto decir que se batía por la suya propia, pues, frente a su padre, noble muy religioso, se había negado en París a hacer la primera comunión. Viajó por Europa, completó su cultura estudiando lenguas y regresó a París, al socaire de la revolución que le arrancó su título nobiliario. Se enriqueció, sufriendo prisión por sospechoso, y al salir de la cárcel era otro hombre. En 1801 contrajo matrimonio, que no perduró, y escribió el siguiente billete a madame de Staël: “Sois, señora, la

primera mujer de vuestra época. Yo soy el más grande filósofo. Casémonos, para ver lo que será un hijo nacido de semejante unión”.

Puede que no fuera el más grande filósofo, pero en 1802 publicó su primer libro, *Carta de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos*, que le abría las puertas de la gloria y le cerraba las de la clase social a que pertenecía. Cayó en la miseria y un criado suyo le recogió, el mismo que, cariñosamente, le despertaba diciéndole: “Levantaos, [1412] señor conde; tenéis grandes cosas que hacer”. Y era verdad, Sabía de todo y de todo escribía. Cada libro que escribía le hundía aún más en la miseria, pero ensanchaba el número de sus admiradores. Suya fue la idea del canal de Suez, que un discípulo llevaría a cabo. Auguste Comte, fundador del positivismo, Pierre Leroux, que intentó pasar a la historia como el primero en utilizar la palabra *socialismo* y tantos otros, fueron sansimonianos. En 1819 fundó un periódico, *El Organizador* donde insertó un largo artículo desarrollando sus ideas acerca de la sociedad francesa. En él está su célebre parábola, que se tradujo a tantas lenguas (sólo el martirio hace santos), pero su autor fue encarcelado como enemigo de la sociedad. La persecución aureoló a Saint-Simon, cuya divisa “todos los hombres deben trabajar” le llevó a completarla: “No hay cambio en el orden social si no hay cambio en la propiedad. La sociedad se erige, no sobre manifestaciones ideales, sino sobre factores de orden material, a saber sobre la industria”. Estudia la estructura de Francia durante veinticinco años, en que cambia diez veces la Constitución, y deduce que la organización política es de orden secundario y no la base de la organización social, la cual está dentro de la ley de la propiedad. ¿Era socialista Saint-Simon? No lo era. Pero Engels le justifica en los siguientes términos: “Saint-Simón, en sus escritos anteriores a *El nuevo cristianismo* habla del antagonismo entre la burguesía y el proletariado, que entonces apenas si comenzaba a desarrollarse en Francia; si incluye entre los trabajadores a la parte de la burguesía que contribuye a la producción, es porque sufrió la influencia de la concepción de Fourier, que pretendía reconciliar el capital y el trabajo, y que juzgaba según la situación económica y política de Francia en aquel tiempo”. Saint-Simon defendió la creación de un parlamento general representativo de los intereses comunes de la sociedad europea, anticipándose a un ideal que no defienden todavía muchos hombres que alardean de internacionalistas.

[1413] En 1820-21, después de haber publicado uno de sus más famosos libros, *El sistema industrial*, acobardado por la miseria, quiso suicidarse. Cuando Auguste Comte y el doctor Salardiére llegaron a su lecho aún les interrogó: “Explíquenme cómo puede vivir y pensar un hombre que tiene siete balines en el cerebro”. Sanó, pero perdió un ojo. Y siguió escribiendo, es decir, agravando su miseria. El día 19 de mayo de 1825 fallecía en París Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simón, dejando a sus discípulos, a modo de testamento, entre otros, este pensamiento: “Acordaos que para hacer algo grande es preciso ser apasionado. Llegáis a una época en que deben triunfar los esfuerzos bien combinados. El fruto está maduro y a vosotros os toca recogerlo”.

Julio Guesde conocía bien las ideas y los planes de Saint-Simón, pero reintegrado a Francia, curado del sarampión bakuninista, fue discípulo de Marx, aunque en discursos y artículos suyos no es difícil descubrir huellas de Fourier y de Saint-Simón, en tanto que en Longuet y en Lafargue fue más densa la influencia de Proudhon y de Blanqui. Creado el Partido Obrero francés en el Congreso de 1881, Guesde y Lafargue actuaron de secretarios desde su fundación. Encarcelados

poco después, redactaron un folleto titulado *Comentarios al programa del Partido Obrero*, editado en 1885. En Madrid, en 1886 comienza a publicarse *El Socialista*, que se inspiraba hasta en las titulares en *Le Socialiste* de Guesde. Ni uno ni otro cultivaron los títulos llamativos, los grabados, los versos, ni los insultos y las idolatrías. Ambos semanales prodigaban textos doctrinales, preocupados por la educación socialista de la clase trabajadora. En el semanario madrileño, Pablo Iglesias adaptaba textos de Guesde y Lafargue para insertar artículos con los que después publicó un folleto titulado *Comentarios al programa del Partido Socialista*, que sirvió para enseñar el abecedario de los ideales marxistas a los trabajadores de lengua española.

[1414] El primer Ayuntamiento en el mundo con mayoría socialista –9 de enero de 1891– fue obra de Lafargue y de Guesde, en Comentry, donde triunfó íntegra la lista de Cristóbal Thivrier (el diputado de la blusa, cuando en 1889 consiguió por primera vez ser elegido para ocupar un escaño en el Congreso). Las luchas en ese departamento del Allier costaron ir a la cárcel a Guesde, Lafargue, Dormoy, Thivrier y otros militantes, pero la bandera del Socialismo francés allí quedó clavada firmemente. Aunque Guesde no disfrutó de salud –parigual en esto también a Pablo Iglesias–, fue el que pronunció en Francia más conferencias: pasan de dos mil, según Carlos Verecque. El movimiento obrero francés durante los primeros años estuvo influenciado por el guesdismo, supremacía perdida por culpa de otros grupos socialistas, partidarios de la neutralización del movimiento sindical, torpeza que aprovechó hábilmente el comunismo.

En los anales del Socialismo es famoso el debate entre Guesde y Jaurès en el Congreso de Ámsterdam. El discurso de Guesde, traducido al español por Antonio Fabra Ribas, por entonces adversario de la política de Jaurès, apareció en la *Revista Socialista* del 16 de octubre de 1904. Figura el discurso de Guesde, pero no aparece el de Jaurès, de quien no se publicó una sola línea en *El Socialista* semanal. Más aún: Pablo Iglesias fue invitado a escribir, en colaboración retribuida donde lo hacía Jaurès, y su respuesta fue negativa para evitar, decía, que su firma apareciera al lado de la de un partidario de la colaboración de clases. ¡Qué íntegros eran en sus actuaciones aquellos grandes patricios!

Guesde y sus amigos no tomaron parte en las campañas contra el general Boulanger ni se mezclaron en la agitación promovida por el caso Dreyfus, ni disculparon al Partido Radical francés en su política colonialista. Pero Guesde no fue un demagogo. Frente a Jaurès, a Hervé, a Vaillant –tres matices del Socialismo francés de entonces– [1415] se opuso a la huelga general como arma útil contra la declaración de guerra. Y estaba en lo cierto. La guerra es una consecuencia del régimen capitalista, y en tanto éste subsista los peligros de guerra serán muy serios.

Podrá estallar la revolución después como consecuencia de una derrota militar; pero querer evitar la guerra por una intervención violenta de tipo sindical era una ilusión. La historia, en sus trágicos designios, dio tiempo a Guesde para que viese confirmada en los hechos su predicción. En 1914 hubo declaraciones de guerra, y no surgió la huelga violenta en ningún país. El patriotismo sedimentado en el fondo de todo ciudadano unió a los hombres de cada nación y llevó a Guesde –¡oh, ironía de la vida!– a ser ministro sin cartera en un Gobierno nacional. ¿Influiría este ejemplo de Guesde en 1914, en Pablo Iglesias en 1917? Iglesias aceptó un puesto sin cartera en el Gobierno que hubiera presidido Melquíades Álvarez si Alfonso XIII hubiese

dato paso a las ansias el país, abriendo un periodo constitucional que hubiese decidido la suerte de España. En las discusiones habidas entonces en las Comisiones Ejecutivas hubo un hombre – el mismo que se jugó la vida en 1917– que se opuso a que Iglesias fuese ministro. El lo recordó más de una vez, por lo mismo que otros tuvieron interés en divulgar historias fantásticas y maliciosas.

¡Qué sufrimientos los de Guesde al final de su integérrima vida de militante! El 28 de julio de 1932, en una clínica de los alrededores de París, dejaba de existir aquel cerebro privilegiado. Horas antes de extinguirse, Compère-Morel, que había compartido durante muchos años sus mismas actividades y por entonces se debatía bravamente tratando de consolidar la difusión de *Le Populaire* frente a la escisión comunista de 1921, oyó de sus labios estas palabras impregnadas de infinita amargura: “Yo debiera haber desaparecido hace dos o tres años, antes que asistir a esta espectáculo cruel, infernal, del proletariado dividido [1416] contra sí mismo, no viendo que por ello se coloca a merced de la clase enemiga. ¡Oh! Esta guerra horrible... Si algunas carteras ha llenado, ¡cuántos cerebros ha vaciado!”.

Asesinato de González Portillo

El declive de la salud de Pablo Iglesias se acentuó en 1922, en que tan sólo acudió al Parlamento a firmar la proposición de la minoría socialista pidiendo responsabilidades por el desastre militar de Annual, en el que Alfonso XIII estaba comprometido.

En ese año el XV Congreso de la Unión General de Trabajadores fue ensangrentado por los comunistas. Estuvieron, como delegados de la Internacional Sindical de Ámsterdam, Jouhaux y Oudegeest. Al presentarse éste en la tribuna para dirigir un saludo a los congresistas, surgió un tumulto en el piso principal del teatro de la Casa del Pueblo, cayendo muerto José González Portillo, joven socialista nacido en Benagalbón (Málaga), de donde eran también los Roldán, padre e hijo, presos en Cartagena cuando estuvimos reclusos en aquel Penal con motivo de la huelga de agosto de 1917. Hubo elecciones en dicho pueblo, y republicanos y socialistas quisieron fuese respetada la voluntad popular. Se opusieron los caciques de Bergamín, intervino la Guardia Civil y cayeron muertos dos guardias, sin que los Roldán fueran autores de los disparos. Antes que descubrir al autor se dejaron condenar a reclusión perpetua, después de conmutada la pena de muerte. Hicimos gestiones en favor de que esos mártires fueran puestos en libertad, sin conseguirlo de los Gobiernos que actuaron hasta el golpe de Estado. Fue primo de Rivera quien, accediendo a nuestras reclamaciones, puso en libertad a los presos de Benagalbón. Además de González Portillo, fue herido por los comunistas Francisco Ruano, joven socialista, y levemente otros tres. El Congreso, presidido por Teodomiro Menéndez, delegado de Asturias, no [1417] se interrumpió. Se acordó condenar el crimen y exhortar a las Secciones a que hicieran lo mismo. Salvo una ínfima minoría, todas ellas honraron la memoria de González Portillo y censuraron a los agresores. El entierro fue un acto de imponente solidaridad de los trabajadores madrileños. Besteiro pronunció un discurso de despedida y homenaje al llegar la cabeza de la comitiva a la plaza de Manuel Becerra, retornando los delegados a la Casa del Pueblo y reanudando allí las tareas del Congreso Sindical. Con el cadáver de González Portillo se formó un cortejo de numerosas comisiones, especialmente del ramo de la edificación –Portillo era afiliado a la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*–, que llegaron hasta el Cementerio civil, donde se conserva

sepultura perpetua, con lápida recordando tan vil atentado.

Huelga prolongada en la cuenca minera de Peñarroya, provincia de Córdoba, donde el caciquismo era un valladar para los trabajadores que deseaban actuar políticamente. Fernando de los Ríos y yo, en nombre de la minoría parlamentaria, estuvimos en aquella zona varios días, no consiguiendo que la compañía francesa explotadora entrara en negociaciones con la organización de la Unión General. Entonces actuaba en aquella región Ramón González Peña, enviado por la Federación Nacional de Mineros, residente en Mieres. En Asturias, a su vez, había crisis de trabajo, por exceso de producción de ciertos tipos de carbón, acreciéndose, en cambio, de otros. La situación llegó al extremo de no trabajar en las minas más de tres días por semana. En Vizcaya igualmente se había declarado una huelga casi general entre los metalúrgicos. La burguesía, sintiéndose apoyada por el Gobierno y creyendo dividido al proletariado por culpa de los comunistas, se atrevía a todo. En la Casa del Pueblo de Madrid se celebró un mitin de solidaridad con los mineros y metalúrgicos, presidido por Besteiro, en el que intervinimos Largo Caballero, Indalecio Prieto y yo.

[1418] En febrero de 1922 hubo elecciones municipales. Estaba reciente la escisión provocada por los comunistas, pero la Agrupación Socialista Madrileña decidió afrontar la lucha, presentando candidatura en todos los distritos. He aquí el resultado: Buenavista, Baltasar Sanrigoberto, 296 votos; Centro, Felipe Peña Cruz, Fermín Blázquez y Rafael Henche, 552; Chamberí, Francisco Largo Caballero y Rufino Cortés, 1.211; Congreso, Ricardo Chena, 620; Hospicio, Eusebio García y José Pol, 545 Hospital, Antonio Fernández Quer, 1.345; Inclusa, Lucio Martínez Gil, 1.332; Latina, Luis Fernández, 2.144; Palacio, Trifón Gómez, 396, y Universidad, Matías Gómez Latorre, 1.335, único triunfante en esta elección. En general, la votación fue un éxito político, meses después de la escisión.

En marzo de ese año cayó el Gobierno presidido por Maura y entró por primera vez José Sánchez Guerra a presidir el Partido conservador y a dirigir un gobierno sin La Cierva, pero con mauristas, aunque éstos a disgusto por ambas partes. El nuevo jefe del mismo partido que había presidido Dato, deseoso de consolidarse, levantó la suspensión de garantías constitucionales, que venía rigiendo desde hacía años. De acuerdo Romanones y Sánchez Guerra, llevaron a Unamuno a que se entrevistara en palacio con el rey, creándose una situación embarazosa con las izquierdas, defraudadas por ese gesto de Unamuno, que tantas vacilaciones tuvo en su vida política. Martínez Anido, gobernador civil de Barcelona, manifestó en agosto a los periodistas que seguía en su puesto tan sólo por la huelga de empleados, en que se produjeron represalias. Su actuación estaba frenada por Sánchez-Guerra pero él, a su vez, estaba dispuesto a crear a este último un conflicto político, aunque no encontró ambiente para ello. En abril, Prieto pidió en el Parlamento que el Gobierno indultara a Pestaña, anarquista barcelonés, de varias sentencias que tenía pendientes y que estaban comprendidas en un indulto general otorgado últimamente. Sánchez [1419] Guerra accedió a la petición, irritando todo ello a Martínez Anido. Pestaña agradeció la gestión de Prieto, pero la prensa anarquista no la mencionó para nada. En agosto de aquel año Pestaña fue objeto de un atentado en Manresa. Apenas de salir curado, supo que los esbirros de Martínez Anido le esperaban para matarlo. Informó de ello a Prieto y éste, desde su escaño en el Parlamento, pidió garantías para la vida de Pestaña. Se las dio Vicente Piniés, ministro de la Gobernación, quien en el acto se dirigió al jefe de policía, general Arlegui, exigiéndole tomara las medidas pertinentes. La

respuesta de este subordinado no fue del agrado del ministro, quien, previamente autorizado por Sánchez Guerra, dejó cesante al subordinado de Martínez Anido, quien —comprendiendo por quién iba el golpe—, dimitió su cargo, con natural satisfacción entre los trabajadores de España entera. Demasiado sabía Sánchez Guerra que a medida que se consolidara en su puesto crecería el peligro para él dentro del grupo de La Cierva y de Bugallal, presidente éste del Congreso, dispuestos a sucederle. No les dio tiempo. Por otra parte, estaba sobre el tapete parlamentario el problema de las responsabilidades en que figuraba el rey, con la discusión del dictamen que presentaron los diputados encargados de estudiar el expediente del general Picasso, y dejó el campo libre a la concentración liberal. Es evidente, por otra parte, que Sánchez Guerra, en su breve etapa de jefe de Gobierno, intentó hacer olvidar su infame conducta como ministro de la Gobernación durante la huelga de agosto de 1917, en que, secundando a Dato y al rey, perdió los estribos.

Estando de viaje por América, Jacinto Benavente fue honrado con el Premio Nobel. En 1922 Ortega y Gasset publicó su libro *España invertebrada*, y apareció el primer número de *Informaciones*, diario de la noche de Madrid. Siendo yo director de *El Socialista*, Leopoldo Romeo me visitó para rogarme le cediese el ajustador del diario obrero Francisco Roldán, de reconocida fama profesional entre los tipógrafos madrileños, para que confeccionara *Informaciones*, diario fundado por él. Accedí a sus deseos, que favorecían económicamente a Roldán, y entonces pasó a ser ajustador de *El Socialista* Fernando Espino, en nada inferior técnicamente [1420] a su antecesor, ambos afiliados al Partido Socialista. Romeo no acertó con el nuevo diario. Por cierto que March, el archimillonario March, también me visitó en mi despacho de Carranza, 30, para que interviniera cerca de los tipógrafos de *Informaciones*, a fin de que exigieran aumento de sueldo superiores a las tarifas del Arte de Imprimir, obligando por esa reclamación obrera a la empresa editora a rendirse y cederle el diario, como deseaba. March conocía mi amistad con el jefe de esos talleres, Francisco Roldán. Se excedió en ofrecimientos en favor de *El Socialista* incluso una máquina rotativa, que sabía era nuestra máxima ambición, y de modo discreto, en ofertas en beneficio personal mío; pero yo rechacé sin vacilar cuanto pretendía March, en tales términos que, sin duda salió de la calle de Carranza, 20, dispuesto a tomarse la revancha. Al fin, March se adueñó de *Informaciones* y adquirió los talleres donde se imprimía *El Socialista*. Nombró administrador con amplias facultades a Ordinas cuñado suyo, con el cual mantuvimos relaciones comerciales siempre tensas sin disimular los deseos de March de crearnos dificultades a la hora de hacer liquidaciones semanales, según contrato redactado con dos antiguos propietarios. Todo ello precipitó las gestiones para tener imprenta propia para el Partido Socialista, lo que conseguí poco después.

En 1922, entre otros, fallecieron, Víctor Cuesta, fundador en Gijón, con Félix López, Manuel Sobrino, José Noguera y los hermanos Martínez, de las organizaciones de tendencia socialista. En Chamonix (Francia) Marcel Sembat, ministro socialista en el Gobierno francés de Unión Nacional, en 1914, cuando lo fue también Guesde; su compañera, escultora, autora del monumento a Guesde en Roubaix, apenas falleció Sembat envió el telegrama siguiente a León Blum: “Hace ya algunas horas que se ha ido Marcelo. Voy con retraso, pero me marchó a reunirme con él. Georgette”. El entierro de ambos se celebró al mismo tiempo. En Barcelona, el tipógrafo socialista Joaquín Bueso, que hizo excelente labor en un ambiente tan difícil como el de

Cataluña. En Madrid, José Ortega [1421] Munilla, académico, y el escritor José López Pinillos. En Logroño, Amos Salvador, ex ministro liberal. En Argentina, el filólogo granadino Miguel de Toro y Gómez, autor de un buen diccionario español. En Bruselas, Ernesto Solvay, quien ayudó, a iniciativa de Vandervelde, a obras de educación social en Bélgica. En Francia, Víctor Griffuelhes y Jorge Sorel, anarquistas, y Ernesto Lavisce, historiador. En Alemania es asesinado el político Walter Rathenau.

Atentado contra Indalecio Prieto

En la tarde del 17 de mayo de 1922 se presentaron en la sala de visitas del Congreso de los Diputados dos individuos del Sindicato Libre de Barcelona, organización que patrocinaba el general Martínez Anido, gobernador civil de aquella capital. Eran Juan Laguía y Andrés Ortet, quienes pasaron su tarjeta a Indalecio Prieto para ser recibidos por éste. En *El Socialista* se publicó la siguiente referencia:

- Venimos a visitarle para manifestarle que en diferentes ocasiones ha calificado usted a los Sindicatos Libres de Barcelona de asesinos, y eso no es justo.

- No recuerdo que haya generalizado —replicó Prieto— de la manera que ustedes indican. He hablado de las bandas de pistoleros que todo el mundo conoce existen.

- Pues yo tengo aquí recortes de periódicos donde constan esos calificativos.

- Para responder de cuanto digo ahí dentro únicamente me atengo al *Diario de las Sesiones*.

- Aun así, nosotros deseamos que rectifique. Queremos que examine nuestros estatutos y se convencerá de que funcionamos dentro de la ley.

- No soy tan inocente que me pueda fiar de lo que dicen unos estatutos. En ellos no constarán las bandas de pistoleros.

[1422]- Debe usted venir a Barcelona a decir allí lo que aquí dice. Si usted viniera a Barcelona visitaría nuestros locales, y se daría cuenta de la realidad de nuestra organización. ¿Por qué no imita usted a los diputados radicales Companys, Guerra del Río, Emiliano Iglesias y otros, que no se meten con los Sindicatos Libres?

- Yo no necesito, para cumplir con mi deber, conocer si otros lo cumplen o no. Jamás me he guiado por los actos de los demás.

- Pero usted debería censurar con la misma violencia que a nuestros Sindicatos al general Martínez Anido. ¿Por qué no lo hace usted y nos deja a nosotros?

- Ya lo hago cuando lo creo conveniente. No creo que me he mordido la lengua para hacerlo.

Prieto se daba cuenta de que sus interlocutores iban dispuestos a producirse en forma violenta. La insistencia en el diálogo, la coacción que éste suponía, las amenazas de que estaba salpicado, le ponían suficientemente en guardia. Fríamente aguardaba que aquella conversación pudiera tener un término. Entonces, el secretario de la Confederación insistió en que no se hiciera eco nuestro amigo, en lo sucesivo, de ninguna denuncia contra los del sindicato anarquista

sin que ellos le informaran, rechazando Prieto enérgicamente esa mediatización de su función parlamentaria.

- Entonces usted sólo obra por suposiciones, y eso es muy expuesto, porque también yo puedo suponer que usted es hijo de mala madre.

Prieto replicó dando unas cuantas bofetadas al que así le injuriaba, derribándole, y defendiéndose del otro sujeto, que le acometía con violencia.

La escena era presenciada por un estudiante portugués y un grupo de señoritas telegrafistas, una de las cuales llevaba un niño de la mano. El ujier del Congreso, Eduardo Laleona, sujetando a uno de los sindicalistas, evitó que pudiera disparar contra Prieto, al que sólo alcanzó un leve arañazo en la cara y en la oreja derecha. Detenidos los delegados del Sindicato libre, Laguía entregó una pistola preparada para disparar, con una bala en el cañón, y asegurando que tenía licencia de uso de arma del capitán general de Cataluña. Después fueron puestos en libertad y ni siquiera se abrió proceso.

Los socialistas exigen responsabilidades

Con la firma de todos los diputados socialistas, incluso Pablo Iglesias, que acudió al Congreso con ese objeto, Indalecio Prieto pronunció un discurso que tuvo resonancia nacional exigiendo responsabilidades, señalando a los hombres que habían figurado en los dos Gobiernos, comprometidos en la catástrofe militar de Annual. Fue tal la impresión producida en el país por el discurso de Prieto, que por suscripción nacional se imprimió una edición de cien mil ejemplares, cuyos ingresos fueron dedicados a favor de *El Socialista*. Naturalmente, el voto particular de la minoría socialista fue rechazado por los ministeriales; pero reformistas, republicanos, Barcia y otros que figuraban como independientes sin serlo, se abstuvieron. A nuestro lado lo hicieron Darío Pérez, Tejero, Companys y Nogués, republicanos que no se dejaron influir por Lerroux.

Preocupémonos de los hombres

“La integridad de los socialistas, su rectitud, su modo de proceder, completamente distinto en casi todo del que observan los políticos burgueses, mueven a burla a muchos de estos. ¡Búrlense en buena hora! Haciendo eso acreditan tan sólo que su moral y su inteligencia están a muy bajo nivel. Por mucho que valgan las ideas, no pueden prosperar en el grado que deben si sus sostenedores, y principalmente los que ocupan las primeras filas, no son enteros, serios y morales. No sólo [1424] hacen adeptos los partidos con sus doctrinas, sino con los buenos ejemplos y la recta conducta de sus hombres.

Por sustentar el Partido Socialista Internacional grandes ideales necesita, más que ningún otro partido, individuos de las condiciones antedichas; y por ser los partidos burgueses españoles los que más escasos andan de caracteres, de hombres íntegros y consecuentes, necesita el Partido Socialista Obrero Español que los que en él trabajen, que los que en él figuren, revelen esas cualidades. O mucho me equivoco, o en España puede el Partido Socialista reclutar casi tanta gente con el proceder enérgico, levantado y recto de sus hombres como con la difusión de sus principios. Además, poniendo sólo su confianza en individuos que acrediten las mencionadas

cualidades, apenas se verá expuesto a que perturben un día su marcha las deserciones de los ambiciosos”.- Pablo Iglesias, 31 de diciembre de 1922.

Conferencia de la Paz

La Conferencia llamada de la Paz, organizada en diciembre de 1922, abierta a representantes de todas las tendencias, fue iniciativa generosa, pero contraproducente, que pudo costar cara a las organizaciones sindicales de Ámsterdam. Los comunistas, dondequiera se les deje entrar, obtienen resultados, porque para ellos no tienen importancia los principios ni la lealtad s los acuerdos. La Sindical internacional de Ámsterdam exhortó a sus organizaciones a estar presentes en La Haya con fuertes contingentes. La Unión General de Trabajadores de España estuvo representada por Largo Caballero, Remigio Cabello, Anastasio de Gracia, Manuel Muíño, Antonio Fabra Ribas, José Olalla, Severo García, José Serrano y yo. Losovsky, delegado ruso, estuvo brutal: “Haremos el frente unidos con vosotros, si queréis, y contra vosotros, si os oponéis”.

Al concluir la Conferencia, Remigio Cabello y yo, ambos tipógrafos [1425] estuvimos en Berlín, aceptando una invitación de Grassmann, diputado socialista alemán, tipógrafo también, quien nos hizo visitar distintas dependencias sindicales y socialistas de Berlín, donde mantuvimos cordial conversación con Teodoro Leipart, presidente de la central sindical germánica, a quien el proletariado de ese país rindió un homenaje nacional cuando falleció.

Triunfo socialista en Madrid

En 1923 hubo elecciones a diputados provinciales en Bilbao, perdidas por la división comunista; Ernesto García, militante socialista odiado por los comunistas, fue asesinado. El 29 de abril de ese año se celebraron elecciones generales en España, las últimas verificadas bajo el signo de la monarquía. La influencia del Ayuntamiento de Madrid era decisiva en las luchas políticas de ese género. De allí surgía el tinglado de los partidos monárquicos y buena parte de la clientela republicana. Nuestra habilidad consistía en dar la sensación anticipada de la derrota socialista, pretextando la división socialista. El patio de cristales del Municipio –el célebre patio de contratación, donde tantos chanchullos se fraguaban!– me servía a maravilla para desorientar a nuestros adversarios. García Cortés, romanonista, ponía cátedra a diario cavando nuestra sepultura. Los monárquicos le oían embelesados. En todas las candidaturas abundaban concejales y ex concejales. Era fácil hacerles creer que íbamos tan sólo a un recuento de votos. ¿Cómo sería posible que Antonio García Quejido, Isidoro Acevedo y Ramón Lamonedá, que figuraban en la candidatura comunista, no produjeron hondo quebranto en nuestras filas? Lerroux, olfateando igualmente nuestra derrota, movilizó sus fuerzas con abundancia de dinero. Los mauristas se enzarzaron con los ministeriales, en cuya candidatura había hasta un melquiadista. Pero yo conocía las reacciones del pueblo madrileño, estaba en [1426] contacto con él a través de mi labor en los escaños municipales, y esperaba que la mayoría de los votos que el Ayuntamiento facilitara fueran a parar al Partido Socialista.

Yo había pertenecido al Parlamento como diputado por Oviedo desde nuestra salida del Penal de Cartagena, pero había sido elegido concejal en noviembre de 1917 por el distrito de

Chamberí, y lo era entonces por el de la Universidad, venciendo al candidato republicano. Vivía en Madrid, dirigía el diario del Partido Socialista y ocupaba su secretaría desde 1921 en que estalló la división comunista. Las Agrupaciones socialistas de Asturias me habían reelegido candidato a diputado a Cortes. Los partidos burgueses hicieron público que se aplicaría el artículo 29, esto es, elección sin lucha en las urnas, respetando mi puesto si aceptaba el cargo. Pero yo había decidido dejar el paso libre a los hombres de aquella región. ¿Estaba seguro de mi victoria en Madrid? No lo estaba tanto como si hubiera luchado por Asturias; es más, si los monárquicos hubiesen ido unidos a las urnas, los socialistas hubiéramos alcanzado tan sólo los dos puestos de minoría, para Iglesias y Besteiro, quedándonos sin acta los cuatro restantes. No obstante, mi deber era luchar por Madrid, aunque me quedase sin acta. El Partido Socialista necesitaba reforzar su representación por la capital de la nación, y mi experiencia en la organización de esa clase de batallas podía tener alguna influencia. El 5 de febrero de 1922 había habido elecciones de concejales. La Agrupación Socialista, a propuesta mía, que ya pensaba en el porvenir electoral de Madrid, presentó candidatura por los diez distritos, a pesar de que la escisión comunista estaba reciente. Hubo derrota en nueve. Se salvó el único que no había pronunciado un solo discurso, Matías Gómez Latorre, fundador del Partido Socialista y de la UGT, cuya elección yo trabajé, por votar en ese distrito. Por Chamberí fueron derrotados Rufino Cortés y Largo Caballero, quedando éste en último lugar. Se explica que García Cortés fuera creído por los monárquicos.

Pero en materia electoral juegan ciertos imponderables, y en este caso, por fortuna, jugaron. Jugaron para cinco candidatos. Largo Caballero se ahogó, y tampoco me equivoqué en esto. Se lo advertí con tiempo, rogándole accediera a tomar parte en determinados actos de propaganda. Aunque escuchó amablemente mis consejos, era inútil pretender influir en él, ya que tenía trazado su camino. He aquí los resultados electorales: Julián Besteiro, 21.417 votos; Pablo Iglesias, 21.341; Manuel Cordero, 21.074; Andrés Saborit, 19.797; Fernando de los Ríos, 19.793, y Francisco Largo Caballero, 18.620. Triunfantes los cinco primeros, y en los últimos lugares tres de la candidatura de coalición ministerial. Los mauristas reunieron 13.190 votos el primero, y 12.899 el último. Los republicanos, con Roberto Castrovido a la cabeza, 11.736 votos, y 7.265 el último. Comunistas: José María Vihuela, 2.476 votos; Oscar Pérez Solís, 1.618; Manuel Núñez de Arenas, 1.548; Ramón Lamonedá, 1.451; Antonio García Quejido, 1.363, e Isidoro Acevedo, 1.335. Todos derrotados, y más vencidos aún los dos fundadores del movimiento obrero. La lección fue tan dura como merecida. La victoria socialista en Madrid fue un rayo de desolación en el Palacio Real. En la Casa del Pueblo, en cambio, fue el anuncio de otras victorias más espectaculares. Los 21.000 votos de Besteiro en 1923 se convirtieron para él en más de doscientos mil en las últimas elecciones de la República. *El Socialista* lamentando la derrota de Largo Caballero, publicó lo siguiente:

“No sabemos si son ciertas las noticias que nos llegan respecto al resultado final; pero sí estamos seguros de la veracidad de algunos hechos que los propios camaradas, apoderados y voceadores nos han suministrado. Si Caballero no triunfa, ello se debe, no al empuje del adversario de ideas, sino a la flaqueza y falta de serenidad de juicio de un grupo de trabajadores que le han tachado la candidatura. No sabéis, camaradas, lo que habéis realizado, porque a más de ser un acto de notoria injusticia que merma el gozo de este magno triunfo, es para nosotros prueba, de que aún no sabéis apreciar las cualidades excepcionales de [1428] ciertos hombres de lucha,

que en los momentos más agrios por que ha pasado la organización obrera han puesto a su servicio vigor de pensamiento, poder dialéctico, energía y acometividad para destrozar al enemigo en el plano de las ideas y los hechos. Si queréis descubrir la raíz del error en que habéis incurrido los que tachasteis el nombre de nuestro camarada Caballero, fijaos en el regocijo de nuestros adversarios, del enemigo de dentro, del que estaba minando la organización, ya con el confusionismo de un vacuo revolucionarismo, bien con el del abstencionismo político. Nadie ha luchado contra esos elementos con la tenacidad y eficacia de Caballero. ¡Pensad, camaradas, en la distinta significación que habría tenido este acto admirable de ayer del pueblo socialista de Madrid si, fijos las ojos en la significación del ideal representado en la candidatura, no hubieseis eliminado un solo nombre! Nosotros, por lo que el acto llevado a cabo tiene de falta de dignidad, lo lamentamos y lo reprobamos, y por lo que pueda haber en él de personal, les decimos a los camaradas que precisamente determinadas condiciones del carácter del compañero Caballero han sido en infinidad de ocasiones causas evidentes de triunfos para nuestra organización obrera, en servicio de la cual ese compañero queridísimo tanto ha hecho y seguirá haciendo. Pero los hombres, entre nosotros, saben mirar con serenidad a los horizontes del ideal y no les envanece el triunfo ni les perturba la derrota; nos unimos en el amor a nuestra causa, y a ella se sirve mirando con indiferencia el puesto de lucha”.

Otro manifiesto redactado por Iglesias

Ocho días antes de estallar la dictadura de Primo de Rivera, Pablo Iglesias redactó el siguiente manifiesto contra la guerra de Marruecos respondiendo a la preocupación que sentía por el problema militar en África, cuya tragedia en Annual había conmovido a España entera, dirigían a las Secciones de la Unión General y Agrupaciones Socialistas:

“Estimados compañeros: Desde 1909 la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista vienen luchando contra la guerra de Marruecos y han reclamado insistentemente el completo abandono de esa aventura bélica e imperialista que no puede dar a España ni honra ni provecho. Innumerables han sido las persecuciones y muchas las víctimas que ha ocasionado en las filas de dichos organismos obreros la campaña antiguerrera; pero hoy pueden afirmar que la casi totalidad del país está a su lado; excepto una pequeña minoría, todos quieren el abandono de Marruecos. De esta actitud del pueblo están convencidos todos los Gobiernos, lo mismo los conservadores que los liberales. Sin embargo, una contumacia verdaderamente inexplicable hace que unos y otros mantengan la guerra, contra la voluntad de los que, bien a pesar suyo, véanse obligados a dar sus hijos y el dinero para sostenerla. ¡Trabajadores! Ni el honor ni el prestigio, ni la independencia, de la nación exigen la continuación de la lucha contra los marroquíes; todo eso no son más que sofismas: solo un pueril y vano deseo de aparecer, ante el mundo con una fuerza de que carecemos nos tiene comprometidos en una empresa guerrera que agotará muy pronto nuestra ya exhausta potencialidad económica y moral. Mientras la guerra subsista no habrá medios para atenuar la crisis de trabajo ni para crear instituciones sociales como el seguro del paro, de la maternidad y otras; no habrá ferrocarriles, carreteras, canales, higiene, cultura, ni nada de aquello que pueda caracterizar a un pueblo civilizado; la guerra de Marruecos será la sima donde se enterrarán todas las riquezas que el trabajo cree [1430] y será la sepultura donde se hacinen, mutilados, los restos de la juventud española.

¡Compañeros! No deben satisfacerse las insistentes declaraciones del Gobierno de que su propósito es cumplir lo que llaman compromisos de España en Marruecos, por medio de una acción principalmente política, no; los hechos dolorosos que con frecuencia se repiten nos demuestran que mientras en Marruecos haya un solo soldado español, la paz es imposible, y que la sangre y los millones se seguirán gastando en esa guerra, que no ha logrado, a pesar de los himnos patrioterros, encarnar en el espíritu del pueblo, y por eso reclama clamorosamente que se dé fin a tan enorme sangría, realizando de este modo el acto histórico más patriótico del presente siglo.

Por todo lo expuesto, las Comisiones Ejecutivas de la Unión General de Trabajadores de España y del Partido Socialista os requieren nuevamente para que intensifiquéis la campaña contra la guerra, remitiendo telegrama, al Gobierno, celebrando mítines y asambleas, publicando manifiestos, demandando, por medio de los representantes en Corporaciones oficiales el abandono de Marruecos y empleando todos aquellos medios que las leyes autorizan, con el fin de levantar la opinión pública de tal forma, que los Gobernantes se vean obligados a dar satisfacción al país poniendo término a esa aventura vesánica. ¡Trabajadores! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz! Madrid, 6 de septiembre de 1923.- Por la Unión General de Trabajadores: Francisco Largo Caballero, secretario; Julián Besteiro vicepresidente. Por el Partido Socialista: Andrés Saborit, secretario; Pablo Iglesias, presidente”.



Una profecía de Besteiro

A fines de julio de 1923, horas antes de que el Gobierno liberal presidido por García Prieto, aterrado ante el problema de las responsabilidades por el desastre militar de Marruecos, cerrase el Parlamento, Julián Besteiro pronunció un discurso exigiendo que las Cortes estuvieran abiertas en tanto funcionase la Comisión de los Veintuno, así llamada por ser la cifra de diputados encargados de emitir dictamen acerca de tan grave problema, en el que habría de ser Alfonso XIII el principal encartado. De ese discurso de Besteiro, verdaderamente clarividente, es lo que sigue: “Claro está que esto impone que haya un plazo para acabar, para traer la cuestión al Parlamento y para que se discuta de una manera concreta, y ese plazo debe ser breve; pero nosotros no vamos a regatear días. Mas hay una condición esencial sin la cual la desconfianza justificada de la opinión acompañará a nuestros actos y es que las Cortes están abiertas mientras trabaje la Comisión. Mientras la Comisión no venga aquí con el resultado de su trabajo, se discuta y se tome acuerdo, las Cortes no pueden cerrarse. Para nosotros, eso es lo más importante de todo. Ciertamente que hace mucho calor. Yo, profesionalmente, tengo el privilegio de las vacaciones y lo sentiré mucho; pero ante una necesidad de esta naturaleza no se puede reparar en tan pequeño sacrificio. Espero que los demás señores diputados harán lo mismo. Si no lo hicieran SERIAN UNOS SUICIDAS, PORQUE REALMENTE EL PORVENIR DE LA DEMOCRACIA Y DEL RÉGIMEN PARLAMENTARIO Y LA RELATIVA TRANQUILIDAD DEL PAÍS DEPENDEN DE ESO”.

Besteiro vaticinó el golpe de Estado con dos meses de antelación. García Prieto no tuvo en cuenta esta grave advertencia y cerró el Parlamento. Cuando lo quiso abrir, el rey no lo autorizó, y el general Primo de Rivera implantó la dictadura militar que, al final, trajo la República. Alcalá-Zamora era ministro de la Guerra en el Gobierno de concentración presidido por García Prieto. Tomó en serio su cargo y [1432] quiso aumentar los gastos militares en Marruecos, a lo que se opuso Alba, ministro de Hacienda, secundado por el resto de sus compañeros; dimitió Alcalá-Zamora, dejando en mala postura a Santiago Alba, odiado por Primo de Rivera por esto y porque había puesto dificultades a su candidatura para senador en Cádiz. En el libro de historia publicado por Maura Gamazo y Fernández Almagro figura el texto de una carta de Sánchez Guerra a su jefe entonces, Antonio Maura, informándole de que el rey le había hablado de cerrar la Casa del Pueblo y repartir sus bienes entre sus asociados. La obsesión de Alfonso XIII fue deshacer, si podía, el Partido Socialista.

Ministros que intervinieron en la última sesión del Parlamento, en julio de 1923, y carteras que desempeñaban: Gasset, Fomento; duque de Almodóvar, Gobernación, y Salvatella, Instrucción pública. Diputados socialistas que intervinimos en aquella última sesión parlamentaria: Cordero y yo, que pedimos la readmisión de los empleados de Correos sancionados por Sánchez Guerra y la de los ferroviarios despedidos por haber tomado parte en la huelga general de 1917; mejora en las comunicaciones de Madrid con la sierra de Guadarrama; redención de foros en Galicia y responsabilidades por el desastre militar en África. Joaquín

Salvatella, ministro de Instrucción Pública, acompañó al rey en viaje oficial a Salamanca, donde le oyó hablar de un Gobierno militar, sin duda preparando el golpe de Estado de Primo de Rivera. Se constituye en Madrid la Sociedad de Obreros estereotipadores, dentro de la Federación Gráfica, con Pedro Villa como presidente. Antonio Atienza es nombrado presidente del Arte de Imprimir, a cuya entidad llevaba afiliado más de cuarenta años. Emilio Ramos creó una Fundación con sus modestos bienes para que en Medina del Campo, su patria chica, se construyera una escuela donde los hijos de afiliados a la Casa del Pueblo recibieran enseñanza. Fuimos testamentarios Besteiro, Ovejero, Ríos y yo. Estuve en Medina del Campo, se puso en marcha la Fundación, surgió el golpe de [1433] Estado de 1923 y todo quedó en el aire.

El XVI Congreso de la Federación Gráfica se reunió en Valladolid, en septiembre de 1923, coincidiendo el movimiento militar de Primo de Rivera con el mitin de clausura organizado en el teatro Pradera de dicha capital. Presidí el Congreso y hablamos, para ponerle término, Remigio Cabello y yo, que representaba a la Asociación del Arte de Imprimir, de Madrid. Fue el último mitin celebrado con libertad dentro del régimen monárquico. En Valencia se reunió el quinto Congreso de la Federación Litográfica, con asistencia de Henri Berckmans, secretario de la Internacional del ramo; Antonio Muñoz, secretario de la Federación Gráfica, y Andrés Gana, por la sección de Madrid. El 5 de octubre de 1923 fueron creados por decreto de la dictadura los Comités paritarios, que dependían de la Comisión interina de Corporaciones. Por la Unión General fuimos vocales efectivos de esa entidad Largo Caballero y yo, y suplente Manuel Cordero y Trifón Gómez. El 23 de mayo del mismo año se efectuó en Hamburgo la reconstitución de la Internacional Socialista, en un Congreso presidido por Vandervelde, Huysmans y Albardo. Por el Partido Socialista de España acudimos Enrique Santiago y yo. Ya de regreso intervine en un mitin en Hamburgo y en Berlín, haciendo la traducción al alemán las dos veces Julio Álvarez del Vayo, corresponsal de *La Nación*, diario de Buenos Aires, en Europa. También ese año se celebraron en Bruselas fiestas populares con motivo del veinticinco aniversario de la fundación del Partido Obrero Belga. En representación del Partido Socialista de España estuve en cuantos actos se organizaron con ese motivo. En diciembre se celebraron elecciones generales en Inglaterra, obteniendo los laboristas 4.348.379 votos, con 191 diputados, y los liberales 158; los conservadores lograron 258 puestos, pero sin obtener mayoría. El 21 de enero de 1924, MacDonald, con ayuda de los liberales fue elegido presidente del primer Gobierno laborista, por 323 votos contra 251. En octubre se colocó la primera piedra del edificio donde estuvo instalada [1434] en Ginebra la Oficina Internacional del Trabajo hasta 1974 que se instaló otro nuevo de mayor amplitud. En aquel acto estuve con Largo Caballero y Fabra Ribas. Se inauguró en junio de 1926 y también en esa ocasión actuamos los tres delegados de la UGT de España. Coincidió con nosotros Francisco Domenech, uno de los fundadores de las Juventudes Socialistas de España, como delegado obrero de Cuba donde había nacido. Instalado el fascismo en Italia, el rey Víctor Manuel condecoró como caballero de la Annunziata, la más alta condecoración del país, a Mussolini. Tiene explicación: había sido uno de los mayores detractores de la religión, del Papa y de la monarquía; pero al llegar al Poder se casó por la iglesia católica, luego de muchos años de matrimonio civil, bautizó a sus hijos, ya mayores, y se hizo fotografiar en actitud orante. Luego firmó los acuerdos de Letrán, atando el Poder civil a la iglesia pontifical. Sin perjuicio de todo ello, León Trotsky llegó a escribir: “Mussolini es nuestro aliado, porque ha hecho una revolución”. Más tarde, Trotsky iniciaría una vida de expatriado, hasta morir asesinado por orden

de Stalin. En junio se reunió en Moscú el quinto Congreso de la Internacional Comunista, al que acudieron Joaquín Maurín y Oscar Pérez Solís, ambos fallecidos alejados del comunismo. En noviembre tiene lugar un movimiento subversivo en Munich organizado por Hitler, quien fracasó y fue encarcelado poco tiempo. En enero terminó la fecha límite para que los comunistas de nuevo cuño sometidos a Moscú abandonaran la masonería. Frossard, en Francia, tuvo que dimitir. Luego, los comunistas transigieron con los masones y con muchas cosas más. En agosto de 1923, Pierre Degeyter, autor de *La Internacional*, llegó a Moscú siendo recibido con toda suerte de honores. Era himno oficial, pero Stalin lo sustituyó por otro insustancial, para congraciarse con el capitalismo internacional. En 1923 Irlanda consiguió su independencia y se proclamó la república en Turquía.

[1435] Alfonso XIII aprobó la designación por Primo de Rivera de los diez generales que formaron el Directorio militar que gobernó durante el primer periodo. Convocó en Madrid a los directores de periódicos a una reunión en el ministerio de la Guerra, donde se había instalado; dijo que se limitaría a estar en el Poder tres meses, los suficientes para sanear el país y agregó que la censura sería tolerante. Los tres meses se convirtieron en siete años, no prorrogados porque Alfonso XIII le puso el pie para que tropezase y cayera. En aquella conferencia de prensa estuvimos oyendo al dictador Núñez Tomás y yo. Santiago Alba estaba en San Sebastián como ministro de jornada con el rey. Informado de los términos en que Primo de Rivera se había expresado contra él en Barcelona, pasó la frontera mientras Alfonso XIII se dirigía a Madrid, previo el siguiente telegrama al general sublevado: “Responde del orden. Salgo para Madrid”. En Madrid, una vez disueltos los ayuntamientos, el gobernador civil, duque de Tetuán, sin consultarnos, nos nombró concejales a Largo Caballero, a Cordero y a mí; naturalmente, no aceptamos el nombramiento. No está de más hacer constar que al efectuar su investigación en Ayuntamientos y Diputaciones los delegados gubernativos, todos ellos militares, no encontraron modo de procesar a ningún socialista. En Madrid la investigación fue dura y algunos altos funcionarios y ex concejales fueron encarcelados. Requerido para ampliar párrafos de discursos míos que figuraban en las actas taquigráficas del Ayuntamiento, ante el teniente coronel encargado de investigar la gestión municipal de los últimos años, acudí a la citación en días en que estaban presos algunos de los censurados por denuncias hechas por mí en el salón de sesiones; pero yo me limité a decir: “Cuanto usted ha leído como dicho por mí en sesiones del Ayuntamiento de Madrid es rigurosamente exacto, y respondo de ello; pero no me pida usted ampliaciones mientras el Ayuntamiento esté representado por quienes no han sido elegidos por el pueblo. Restituidos a nuestro derecho, con los acusados usando de [1436] iguales facultades que yo, concretaré, si es preciso, mis acusaciones, para exigir responsabilidades; pero con luz y taquígrafos, nunca aprovechándome de que los interesadas no pueden oírme y defenderse”. En el fondo, esa fue mi deposición, terminada la cual el investigador militar me tendió la mano y me acompañó hasta la puerta. Aclaremos también que el expediente relacionado con terrenos de la Dehesa de la Villa, utilizado villanamente por las derechas contra Vicente Barrio, García Quejido y Largo Caballero, quedó resuelto favorablemente para los concejales socialistas... ¡siendo ministro de la Gobernación el general Martínez Anido! Inútil decir que con dicho señor ninguno de nuestros ejecutivos cruzó jamás ni el saludo.

El día 11 de octubre de 1923 fue hecha pública la sentencia de pena capital contra Pedro

Mateu y Luis Nicolau, autores, con Ramón Casanellas de la muerte de Eduardo Dato, jefe del Gobierno. Pestaña se dirigió a la Unión General instándonos a que pidiéramos no fueran ejecutados los dos anarquistas. Hecha la petición de indulto, el 18 de enero de 1924 el Directorio conmutó la pena a Mateu y Nicolau. El 29 de noviembre, sin previo aviso, el gobernador civil de Madrid, duque de Tetuán, general del ejército español, visitó la Casa del Pueblo, siendo recibido por los conserjes de turno y por Rufino Cortés, de la Sociedad de Panaderos, quien pertenecía a la Junta local de Subsistencias en representación de la clase trabajadora madrileña, organismo presidido por el duque de Tetuán. Terminada su visita, quiso conocer los servicios sanitarios, que elogió diciendo que los había encontrado a en condiciones superiores de higiene a otros similares de organismos aristocráticos.

Datos para la historia: Telegrama de Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, a los otros jefes similares, el 13 de septiembre: “Ruego a usted haga presente respetuosamente a su Majestad el rey urgencia dar resolución a cuestión planteada con moderación hasta ahora. [1437] Si por una habilidad se nos quiere conducir a transigencias que nos deshonorarían ante nuestra conciencia extremaríamos petición sanciones y las impondríamos. Ni yo ni mis guarniciones, ni las de Aragón, que acabo de recibir comunicación en ese sentido, transigimos con nada que no sea lo pedido. Si los políticos, en defensa de su clase, forman frente único, nosotros lo formaríamos con el pueblo, que almacena tantas energías contra ellos, y a esa resolución, muy moderada, le daríamos carácter sangriento”. Es copia del telegrama recibido en Madrid por el general Muñoz Cobos, capitán general de Castilla la Nueva. Ciertamente que la guarnición de Aragón, a cargo de Sanjurjo, fue la primera en secundar a Primo de Rivera. En Zaragoza, el ministro liberal Portela Valladares fue obligado a regresar a Madrid cuando se dirigía a la capital de Cataluña a intervenir oficialmente en el conflicto militar que allí había surgido.

Entre otros, fallecieron en 1923: Ernesto García, socialista vasco, asesinado en Bilbao por los comunistas; León Meana, socialista asturiano, asesinado en Gijón por los anarquistas; Francisco Comas y Salvador Seguí, anarquistas catalanes, asesinados en Barcelona por miembros del Sindicato Libre. En Madrid fallecieron Virginia González, socialista pasada al comunismo. P. Brizon, destacado socialista francés. J. Martof, uno de los fundadores del Socialismo en Rusia. Los literatos Jacinto Octavio Picón, Guillermo Perrin. Los compositores musicales Jerónimo Jiménez y Tomás Bretón, creador de la música de *La Verbena de la Paloma*. En Gijón, la escritora simpatizante socialista Rosario de Acuña. En Granada, Hermenegildo Giner de los Ríos, diputado radical. El sabio Luis Torres Quevedo. El pintor Joaquín Sorolla. El sociólogo italiano Vilfredo Pareto. La actriz Sarah Bernhard, los escritores P. Loti y M. Barres, franceses. El sabio alemán C. Roentgen, inventor de los rayos X.

[1438] *Declaración política de carácter histórico*

“A las Secciones de la Unión General y Agrupaciones Socialistas:

Estimados compañeros: Reunidas conjuntamente las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores al enterarse de los acontecimientos iniciados en Barcelona esta madrugada, acordaron dirigirse a sus afiliados, a los elementos simpatizantes y en general a la opinión pública para explicar su actitud sin veladuras, porque ponerlas equivaldría a

ocultar el pensamiento con disfraces poco gallardos en el momento de aparecer mansamente vencedora una sedición militar. Pocas son las noticias que cuando deliberamos hemos podido recoger de la rebelión; pero aun siendo pocas bastan (y más si se las relaciona con los antecedentes de quienes la han provocado) para descubrir el verdadero carácter de tan singular movimiento. Altos jefes del ejército, sacando a las calles las tropas, por ley sumisas a su mando, han sustituido violentamente con subordinados suyos a las autoridades civiles tras la publicación de un Manifiesto (cuyo texto íntegro desconocemos), en el cual, a través de reiteradas y calurosas manifestaciones de adhesión al trono, se exige el relevo de los hombres que ocupan el Gobierno de España.

Ningún vínculo de solidaridad ni siquiera de simpatía política nos liga con los gobernantes. Al contrario, merecen de nosotros los más duros reproches por haber incumplido desde el Poder cuantas ofertas hicieron antes de escalarle, y en singular aquellas por las cuales pudo abrigar el país la esperanza de ver, si no resuelto, por lo menos, decrecido en su dolor el problema de Marruecos, devorador insaciable de todas las energías nacionales. Precisamente, las vacilaciones advertidas en el Gobierno y las conductas contradictorias revelaron bien pronto que carecía de fortaleza para resistir las presiones contrarias a lo que la concentración liberal dijo ser su criterio. Esas presiones, hasta ahora actuantes en la sombra, son las que han salido[1439] descaradamente a la luz de la calle. El pueblo se encuentra hoy ante una rebelión militar que, en síntesis (dejando aparte motivos muy secundarios ante la magnitud de la desastrosa aventura de Marruecos) pretende intensificar una acción guerrera que en catorce años de desarrollo sólo ha cosechado enormes y sangrientos desaciertos.

Lo que España repudia es lo que, a lo visto, precisamente quieren imponer los generales sediciosos. El pueblo, pues, no debe secundarlos. La actitud de la masa trabajadora, a quien con preferencia y por nuestra representación nos dirigimos, debe consistir, no en agrandar, sino por el contrario, en aislar esa sedición que, capitaneada por generales palatinos, habrá podido sorprender de modo muy relativo en la esfera del Gobierno, pero no habrá causado extrañeza en el palacio de Miramar. Hablan los caudillos directivos de tan insólito movimiento de su propósito de regenerar el país, extinguiendo las lacras de nuestra vida pública, entre cuyas inmoralidades destaca la acción corruptora del favoritismo. ¿Con qué autoridad pueden expresarse así quienes llegaron a la cumbre, no por méritos propios, sino empujados por el favor político, siempre propicio a las sugerencias reales?

Corren lentamente las horas del día de hoy sin que se haga frente a la sedición nacida en vísperas de reunirse las Cortes y cuando éstas habían de enjuiciar las responsabilidades políticas contraídas por los servidores del régimen en la hecatombe de Annual. El Gobierno, habiendo requerido con urgencia la venida del monarca a Madrid para someterle el problema, aguarda, paciente, que se emprenda un viaje de lentitud inadecuada a la gravedad de las circunstancias, y a cuyo final está la opción entre el respeto a la Constitución jurada o la adhesión, quizá complaciente, a los sublevados, según se hayan desenvuelto los sucesos en el prolongadísimo y deliberado intervalo.

El pueblo español y especialmente la clase trabajadora, que tan dolorosa experiencia ha adquirido del proceder de las altas jerarquías [1440] militares, no debe prestar aliento a esta sublevación, preparada y dirigida por un grupo de generales que pueden ostentar, como emblema,

el favor y el fracaso enlazados, y no debe tomar iniciativas sin recibir instrucciones de los Comités del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores que, conscientes de su responsabilidad, no habrán de ocultar su opinión, cualesquiera que sean las circunstancias.

Madrid, 13: de septiembre de 1923. Por el Partido Socialista, Francisco Núñez Tomás, vicesecretario; Pablo Iglesias, presidente. Por la Unión General de Trabajadores: Francisco Largo Caballero, secretario; Julián Besteiro, vicepresidente”.

Al pie de esa declaración política no figura mi firma, como secretario del Partido Socialista, porque estaba en Valladolid presidiendo el Congreso de la Federación Gráfica Española. Este documento, por nadie superado ni siquiera imitado, lleva fecha 13 de septiembre, es decir, antes de haber llegado a Madrid el dictador. García Prieto, jefe del Gobierno liberal, el día 14, hizo entrega a la prensa del siguiente comunicado oficial, anunciando la dimisión de su Gobierno. ¿La dimisión? Su destitución del modo más ignominioso: “He dado cuenta a Su Majestad de cuantas noticias tenía el Gobierno desde la tarde del martes último en relación con los sucesos de Barcelona y Zaragoza y de las contestaciones dadas por las autoridades militares del resto de España, que conocía el ministro de la Guerra, proponiendo al rey, en cumplimiento del acuerdo unánime adoptado por el Consejo de Ministros de ayer, decretar el relevo de los capitanes generales de Cataluña y Zaragoza y la separación de sus cargos de los demás que se han significado en el movimiento, así como la convocatoria de las Cortes para el martes próximo, a fin de que en ellas se examinen los cargos que se formulan contra el Gobierno y se depuren las responsabilidades [1441] de los hombres que hemos gobernado y de los que no hayan dejado gobernar, estableciendo claramente el resultado de la actuación de cada cual. Habiéndose servido manifestar Su Majestad que, tanto por la falta de elementos de juicio suficientes, como por la importancia de las medidas propuestas, necesitaba reflexionar; me apresuré a devolverle respetuosamente los poderes con que me había honrado, presentando la dimisión de todo el Gobierno”.



Manifiesto del general Primo de Rivera

“Españoles: Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado (porque hubiéramos querido vivir siempre en la legalidad y que ella rigiera sin interrupción de la vida española) de recoger las ansias, de atender al clamoroso requerimiento de cuantos, amando la patria, no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonesto. La tupida red de la política de concupiscencias la ha cogido en sus mallas, secuestrando hasta la voluntad real. Con frecuencia parecen pedir que gobiernen los que ellos dicen no dejan gobernar, aludiendo a los que han sido su único, aunque débil freno, y llevaron a las leyes y costumbres la poca ética sana, el tenue tinte moral y equidad que aún tienen; pero en la realidad se avienen fáciles y contentos al turno y al reparto y entre ellos mismos designan la sucesión. Pues bien, ahora vamos a recabar todas las responsabilidades y a gobernar nosotros u hombres civiles que representan nuestra moral y doctrina. Basta ya de rebeldías mansas, que sin poner remedio a nada, dañan tanto y más a la disciplina que esta regia y viril a que nos lanzamos por España y por el rey. Este movimiento es de hombres, el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada que espere en un rincón sin perturbar los días buenos que para la patria preparamos. Españoles: ¡Viva España! ¡Viva el rey!

No tenemos que justificar nuestros actos, que el pueblo sano demanda e impone. Asesinatos de prelados, ex gobernadores, agentes de autoridad, patronos, capataces y obreros; audaces e impunes atracos, depreciación de la moneda, francachela de millones de gastos reservados; sospechosa política arancelaria por la tendencia, y más porque quien la maneja hace alarde de descocada inmoralidad: rastreras intrigas políticas [1443] tomando como pretexto la tragedia de Marruecos; incertidumbre ante este gravísimo problema nacional; indisciplina social, que hace el trabajo ineficaz y nulo, precaria y ruinosa la producción agrícola e industrial; impune propaganda comunista, impiedad e incultura; justicia influida por la política; descarada propaganda separatista; pasiones tendenciosas alrededor del problema de las responsabilidades y... por último, seamos justos un solo instante a favor del Gobierno, de cuya savia vive hace nueve meses merced a la inagotable bondad del pueblo español, una débil e incompleta persecución al vicio del juego.

No venimos a llorar lástimas y vergüenzas, sino a ponerlas pronto y radical remedio, para lo cual requerimos el concurso de todos los buenos ciudadanos. Para ello, y en virtud de la confianza y mandato que en mí han depositado, se constituirá en Madrid un directorio inspector militar con carácter provisional encargado de mantener el orden público y asegurar el funcionamiento normal de los ministerios y organismos oficiales, requiriendo al país para que en breve plazo nos ofrezca hombres rectos, sabios, laboriosos y probos que puedan constituir Ministerio a nuestro amparo, pero en plena dignidad y facultad, para ofrecerlos al rey por si se digna aceptarlos.

No queremos ser ministros ni sentimos más ambición que la de servir a España. Somos el somatén de legendaria y honrosa tradición española y como él traemos por lema paz, paz y paz. Pero paz digna fundada en el saludable rigor y en el justo castigo. Queremos un somatén reserva y hermano del ejército para todo, incluso para la independencia patria si corriera peligro; pero lo queremos más para encuadrar a los hombres de bien y que su adhesión nos fortalezca. Horas sólo tardará en salir el decreto de organización del gran somatén español.

Nos proponemos evitar el derramamiento de sangre, y aunque lógicamente no habrá ninguna limpia, pura y patriótica que se nos ponga en contra, anunciamos que la fe en el ideal y el instinto de conservación de nuestro régimen nos llevará al mayor rigor contra los que lo combaten. Queremos vivir en paz con todos los pueblos y merecer de ellos; para el español, hoy la consideración, mañana la admiración de su cultura y virtudes. Ni somos imperialistas ni creemos pendientes de un terco empeño en Marruecos el honor del ejército, que con su conducta a diario lo vindica. Para esto y cuando aquel ejército haya cumplido las órdenes recibidas (ajeno en absoluto a este movimiento, que aun siendo tan elevado y noble no debe turbar la augusta misión de los que están al frente del enemigo) buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata.

El país no quiere oír hablar más de responsabilidades, sino saberlas exigir pronta y justamente, y esto lo encargaremos con limitación de plazo a tribunales de autoridad moral y desapasionados de cuanto ha envenenado hasta ahora la política o la ambición. La responsabilidad colectiva de los partidos políticos la sancionaremos con este apartamiento total a que los condenamos, aun conociendo en justicia que algunos de sus hombres dedicaron al noble afán de gobernar sus talentos y actividades, pero no quisieron o no subieron nunca purificar y dar dignidad al medio en que han vivido. Nosotros sí queremos, porque creemos que es nuestro deber, y ante toda denuncia de prevaricación, cohecho o inmoralidad debidamente fundamentada, abriremos proceso que castigue implacablemente a los que delinquieron contra la patria corrompiéndola y deshonorándola. Garantizamos la más absoluta reserva para los denunciantes aunque sea contra los de nuestra profesión y casta, aunque sea contra nosotros mismos, que hay acusaciones que honran. El proceso contra don Santiago Alba queda desde luego abierto, que a éste lo denuncia la unánime voz del país y queda también procesado el que siendo jefe del Gobierno y habiendo oído de personas solventes e investidas de autoridad las más duras acusaciones contra su depravado y cínico ministro, y aun asintiendo a ellas, ha sucumbido a su influencia y habilidad política sin [1445] carácter ni virtud para perseguirlo ni siquiera para apartarlo del Gobierno. Más detalles no los admite un manifiesto. Nuestra labor será muy pronto conocida, y el país y la historia la juzgarán, que nuestra conciencia está bien tranquila de la intención del propósito.- Miguel Primo de Rivera. Capitán general de la cuarta región, Cataluña”.

Bajo el mando de Primo de Rivera

Las Comisiones Ejecutivas de la Unión General y del Partido Socialista actuaron en sesión permanente durante los primeros días de la dictadura del general Primo de Rivera. La tensión era continua. En el fondo, la actitud de ambos organismos estaba reflejada por una nota oficiosa publicada en *El Socialista*, cuyo texto se resumía así: “En tanto no haya acuerdos oficialmente tomados y con responsabilidad ante la organización adquiridos, ninguna Sección debe reconocer

ni acatar órdenes de comités anónimos e irresponsables”. Para concretar bien el pensamiento de ambas Comisiones Ejecutivas, con fecha 15 de septiembre se publicó la siguiente declaración:

“Reunidos los Comités Ejecutivos de la Unión General y del Partido Socialista para apreciar las circunstancias creadas por el movimiento militar triunfante al recibir del monarca el encargo de regir los destinos de la nación, resuelven: 1º Ratificarse en los acuerdos publicados el día 13. 2º Reiterar a la clase trabajadora la necesidad de abstenerse de tomar cualquier iniciativa a que pudiera ser invitada por impacientes de buena fe o por elementos que aspiren con apariencias engañosas a lanzar al proletariado a movimientos estériles que puedan dar pretexto a represiones que ansia para su provecho la reacción. 3º Hacer constar nuevamente que estos Comités proceden con independencia de toda organización ajena al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores y recaban para sí exclusivamente la responsabilidad de las instrucciones que en este momento dan a sus afiliados y simpatizantes, [1446] así como recabarán las que puedan dar en circunstancias distintas, si éstas les aconsejaran variar de conducta. Madrid, 15 de septiembre de 1923.- Por el Partido Socialista, Andrés Saborit, secretario; por la Unión General de Trabajadores, Francisco Largo Caballero, secretario”.

Por su parte, la minoría socialista en el Parlamento, con fecha 18 de septiembre, cinco días después del golpe de Estado, se reunió y acordó dirigir el requerimiento siguiente al presidente del Congreso:

“Madrid, 18 de septiembre de 1923. Excelentísimo señor don Melquíades Álvarez, presidente del Congreso de los Diputados. Muy distinguido señor nuestro y amigo: Habiendo tenido lugar hechos políticos de gravedad extrema, hechos que, a los efectos constitucionales, quedan clara y suficientemente subrayados con sólo destacar, primero, el acto personal que la realiza invistiendo de plenos poderes a un general, y segundo, la utilización que de ellos ha hecho al punto el investido para suspender por una circular las garantías constitucionales, esta minoría socialista parlamentaria cree que es en ella un deber inexcusable dirigirse a usted a fin de saber si, como autoridad que perdura de un régimen constitucional agonizante, no considera a su vez que por razón de su cargo y significación personal, debe tomar alguna iniciativa encaminada a defender, frente a conculcaciones de toda alcurnia y rango, un nuevo régimen civil de libertades efectivas. Quedan de usted atentos y seguros servidores, que estrechan su mano. Pablo Iglesias, Julián Besteiro. Fernando de los Ríos. Indalecio Prieto, Manuel Llaneza, Manuel Cordero y Andrés Saborit”.

Con la mayor premura contestó Melquíades Álvarez a la carta que le enviamos los diputados socialistas, pero la respuesta ni fue clara ni respondió a la significación que ostentaba políticamente.

Con fecha 29 de septiembre de 1923, Primo de Rivera dirigió un manifiesto a los obreros españoles. Se dio como evidente que el general Marvá, alto jefe del Instituto de Reformas Sociales y muy bien [1447] relacionado con los vocales obreros que desde la iniciación de dicho organismo actuaban con él, influyó sobremanera cerca del dictador para que respetara la legislación social y procurase evitar choques con la Unión General de Trabajadores. Inspirándose sin decirlo en esa orientación, el general Primo de Rivera, con fecha 29 de septiembre, dirigió un manifiesto a los obreros, el primero que salió de sus manos, pródigas en redactar documentos

oficiales. Reunidos los Comités directivos de la Unión General y del Partido Socialista, dos días después respondieron con la siguiente nota oficiosa, de fecha 1º de octubre de 1923:

“La Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista contestan al Directorio.”- Por los Comités Ejecutivos del Partido Socialista y de la Unión General ha sido examinado el manifiesto que el Directorio militar ha dirigido a los trabajadores españoles. La libertad que para exponer el pensamiento ha establecido el régimen actual impide a los expresados organismos obreros señalar los errores de apreciación de la realidad y la discrepancia doctrinal acerca del contenido de dicho documento. Por tanto, se limitan dichas Comisiones Ejecutivas a afirmar una vez más su convicción de que cualquier intento de menoscabar los derechos consagrados ya por la legislación del trabajo, derechos modestos, pero producto de una labor perseverante del proletariado, e incluidos algunos de ellos en convenios internacionales, tendría la consecuencia de producir en la vida del país nuevas complicaciones, de alcance difícil de prever, y cuya inmediata repercusión ahondaría mucho más las causas de la crisis por que atraviesa la economía nacional”.

El día 1º de octubre de 1923 se presentó en Madrid Manuel Llaneza, que era diputado por la circunscripción de Oviedo, dirigiéndose desde la estación a hablar con el general Primo de Rivera, acompañado por el general Bermúdez de Castro, quien le había escrito previamente proponiéndole [1448] esta entrevista para tratar exclusivamente de cuestiones mineras, y en especial de las denuncias que hizo Llaneza en el Parlamento contra la administración y dirección de las minas de Almadén, propiedad del Estado. A petición de Llaneza se reunieron las Comisiones Ejecutivas, y después de oírle, acordaron publicar la siguiente nota: “A instancias del compañero Manuel Llaneza, secretario del Sindicato Minero Asturiano, se reunieron ayer, día 2 de octubre, las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, a las que pidió aquél se le señalara línea de conducta ante la invitación por él recibida para conferenciar con el general Primo de Rivera. Las Comisiones Ejecutivas, conociendo los términos en que se desarrolló la entrevista celebrada ayer mañana, y en su deseo de que ante las excepcionales circunstancias estos actos no puedan prestarse al equívoco de que significan colaboración o atesoramiento, acuerdan que Llaneza continúe circunscribiendo su intervención con el Directorio Militar a las cuestiones mineras de índole inaplazable”.

Llaneza, si hubiera sido un hombre ambicioso, con el general Primo de Rivera habría sido ministro de Trabajo. Como era un socialista de honradez incuestionable, limitó sus contactos con el régimen dictatorial a las cuestiones mineras, consiguiendo ventajas indiscutibles para los trabajadores de esa industria, abandonados del Poder público durante muchos años. El Orfanato minero de Asturias fue iniciativa de Llaneza, que el general Primo de Rivera llevó a la práctica, en beneficio de los hijos de mineros fallecidos en accidentes del trabajo, hasta entonces sin protección alguna.

El 3 de septiembre, días antes de la sublevación de Primo de Rivera, se verificó la elección de los vocales obreros que habían de pertenecer a la Comisión paritaria del Instituto Nacional de Previsión. Hubo lucha, la Unión General presentó candidaturas en todas las regiones, y en todas, menos Burgos-Logroño, triunfó el candidato presentado por la citada organización, [1449] que se vio precisada a efectuar la propaganda con gran dificultad por el escaso tiempo de que dispuso para ello. Eso explica que al candidato socialista por Burgos-Logroño, Luis Lavín, le faltaran veinte votos para ser elegido. He aquí la candidatura vencedora, formada por afiliados a la Unión

General y al Partido Socialista: Álava, Alejandro Ramírez; Andalucía Occidental, Félix García; Andalucía Oriental, José Molina; Aragón, Isidoro Achón; Asturias, Manuel Álvarez; Ávila, Licinio Ávila; Cataluña, Juan Duran; Extremadura, Narciso Vázquez; Galicia, Enrique Botana; Guadalajara, Ricardo Calvo; Guipúzcoa, Juan de los Toyos; León, Agustín Marcos; Madrid, Andrés Gana; Murcia, Emilio Rubio; Navarra, Ramón Yañez; Palencia, Moisés Conde; Salamanca, Rafael Castro; Santander, Santiago Ramos; Toledo, Félix F. Villarrubia; Valencia, Francisco Sanchís; Valladolid, Remigio Cabello, y Vizcaya, Florentino Alonso.

En los setenta y tres años de Pablo Iglesias

“Hoy, 18 de octubre de 1923, cumple setenta y tres años de edad Pablo Iglesias. Sería esta ocasión oportuna para trazar su biografía; no lo consideramos necesario por ser sobrado conocida de nuestros correligionarios: es otro nuestro propósito, que expondremos con la mayor parquedad. Podemos asegurar sin que se nos pueda tachar de rendir culto excesivo al noble sentimiento de la amistad, que la personalidad moral de Iglesias es la que con mayor relieve se destaca entre las que figuran en el palenque políticosocial contemporáneo; no son ya solamente legiones de trabajadores quienes así lo proclaman, sino gran número de sus propios adversarios cuando se expresan con sinceridad. Ejemplo tal de una larga vida consagrada a la defensa de un excelso ideal, contadas veces puede consignarlo la historia; y si ese ideal no es impulsado por la legítima satisfacción de verlo realizado en el probable periodo de la [1450] existencia del hombre que a él libra toda su actividad, todo su pensamiento y todos sus amores, con rasgos más firmes e imperecederos aparece ante sus contemporáneos el altruismo y el desinterés de quien a ese apostolado dedica sus afanes.

Iglesias ha sido y es ese apóstol; con su claro talento, con su palabra sencilla y persuasiva, con su incansable actividad y, sobre todo, con el ejemplo de su catoniana austeridad, él ha sembrado por todas las regiones españolas la semilla del ideal socialista, logrando óptimos frutos aun en tierra tan ingrata como ésta de analfabetos, de bárbaro caciquismo y de gobernantes ineptos, y despertando en las conciencias de los explotados el anhelo de su mejoramiento material y haciéndoles vislumbrar la posibilidad de alcanzar la meta de su redención como clase social Blanco de las más villanas injurias y calumnias, soportadas con íntimo dolor, pero estrelladas ante el muro de su honradez intachable; objeto de asechanzas de algunos políticos que han querido poner a prueba su incorruptibilidad, ni amenazas ni halagos le hicieron desviarse un punto de la línea que se trazara desde su primera juventud, y viejo y achacoso le vemos hoy, como en los días de su apasionada actividad, dedicando los breves periodos en que su enfermedad se lo permite al aleccionamiento verbal o escrito de los infinitos trabajadores que a él acuden en demanda de sus provechosas enseñanzas. Es indudable, pues, que gran parte de los obreros españoles, y muy especialmente los socialistas, tienen contraída con Iglesias una deuda de honor, y a que sea liquidada van enderezadas estas líneas.

Pablo Iglesias es pobre y está enfermo; necesita ciertos cuidados y un régimen especial que le haga llevadera su enfermedad; socialistas españoles, ¿estáis dispuestos a proporcionar los medios de que nuestro queridísimo Abuelo, nuestro sin par patriarca, se vea libre de los agobios de una estrechez económica, que pudiera abreviar los días de su laboriosa existencia? Resuelta y categóricamente contestamos por todos [1451] con una clamorosa afirmación. Y partiendo de

este hecho indudable, los firmantes, que no pueden ofrecer a sus compañeros y correligionarios otra ejecutoria que la de su modesta y larga actuación en el Partido Socialista, terminan pidiendo a la Comisión Ejecutiva que, sin previas consultas ni referendums, establezca desde hoy una cuota mensual entre todos los afiliados, que no exceda de diez céntimos que, seguramente, todos pagaremos con la mejor voluntad y con la que bastará a conseguir el fin que nos proponemos”.- M. Gómez Latorre, R. Cabello.

En sesión verificada por el Comité Nacional del Partido Socialista en enero de 1924 se discutió la propuesta hecha por los camaradas Gómez Latorre y Cabello, aprobándose asignar a Iglesias mil pesetas mensuales, de las cuales *El Socialista* abonará quinientas y las otras quinientas el Partido. Asimismo se decidió abrir una suscripción para garantizar la cantidad mensual acordada, y si algún mes se recaudase mayor cantidad que se guardara para el mes que se recaude menos. Abierta la suscripción que, como homenaje a Pablo Iglesias, acordó el Comité Nacional, a petición del propio Iglesias se acordó que *El Socialista* no contribuyera a esa suscripción, dada la dificultad económica con que vivía para abonar deudas dejadas por la anterior Comisión Ejecutiva, sacando íntegra esa cantidad de la suscripción abierta que, al fallecer Iglesias, dejaba en caja 15.051,95 pesetas, las cuales fueron entregadas a su viuda, Amparo Meliá.

[1452] *Caciquismo y agrarismo*

“Como un sueño recordamos aquellos días ya lejanos del apogeo de la Unión Republicana. Entonces oímos en un mitin celebrado en una importante ciudad castellana a los más jóvenes y famosos diputados triunfantes en las elecciones verificadas en medio de aquel vigoroso movimiento de opinión. Uno de ellos, catalán, adinerado, de espíritu culto, describía el momento esperado de la revolución, y envolviendo su pensamiento en formas literarias cuidadosamente rebuscadas, daba a los campesinos de Castilla un consejo que, expresado con entera sencillez, se reducía a esto: el día de la revolución colgaréis a los caciques de las ramas de las encinas.

Han pasado los años. El joven orador de mis recuerdos ha perdido su juventud y buena parte de su fortuna; su cultura le ha servido para pretender justificar mil actitudes equívocas que han hecho de él un halagador de todos los Segismundos, y aunque se han producido en Europa revoluciones profundas, la hora trágica presentida por él no ha sonado en los campos de Castilla ni los campesinos han puesto en práctica aquellos consejos macabros. Sin embargo, hoy se dice que la era de la extinción del caciquismo ha comenzado ya y, como testimonio de ello, todos los días aparecen en los periódicos listas nutridas de ex alcaldes, ex concejales y ex secretarios de Ayuntamiento procesados, y más de una detonación de arma de fuego ha puesto trágico fin a una vida desdichada. La tragedia, sin duda, ha comenzado. Pero, ¿ha comenzado de veras la obra de extinción del caciquismo? Nos permitimos dudarlo.

Lo dudamos porque por el camino de la mera persecución contra los Bruno y los Ojo de Perro, la obra de la extinción del caciquismo sería de una desesperante lentitud, si acaso pudiese acabarse algún día.

¡Tal es el número de escribanos, de esbirros, de sicarios, de corchetes y de verdugos que posee el caciquismo de todos los núcleos de población española!

[1453] Los Bruno y los Ojos de Perro son los instrumentos más toscos y degenerados que el caciquismo posee a su servicio. No son, sin embargo, los más eficaces, y mientras ellos ingresan en la cárcel, los grandes caciques no sólo permanecen inmunes, sino que con frecuencia alardean de su portentosa inmunidad. Hasta si algún día viésemos que también a los grandes caciques les había llegado la hora del ajuste de cuentas, aún creeríamos que la obra eficaz y decisiva de extinción del caciquismo no había empezado todavía.

Perseguir a los caciques no es lo mismo que hacer imposible su existencia, y en el caso improbable de que por otra de la persecución hubiesen desaparecido no es lo mismo que hacer imposible su reaparición. En otros términos: lo eficaz no es tanto acabar con los caciques, para hacer imposible la vida del caciquismo, como acabar con el caciquismo, para hacer imposible la vida de los caciques. Esto último, vaya o no aliado a la violencia y a la tragedia, es sin duda lo verdaderamente eficaz. Es también lo más difícil, ya que requiere un conocimiento profundo del problema, una determinación precisa de sus causas y una voluntad decidida que no se contente con una labor superficial y aparatosa, sino que persiga la realización de una obra honda y duradera.

Nadie creará que la persistencia del caciquismo, del caciquismo que anquilosa y perturba la vida local, que hace de las asambleas legislativas conglomerados de caciques, es el producto de la acción de unos cuantos alcaldes y secretarios de Ayuntamiento. El caciquismo en España tiene múltiples formas. Hay en nuestro país grandes poblaciones industriales que se hacen la ilusión de haber extinguido el caciquismo porque han logrado arrojar de los cargos representativos a todo elemento forastero. Pero si en esas ciudades la representación se alcanza por el falseamiento de las listas electorales, por el amaño y el soborno, su vida política adquiere las mismas formas específicas del caciquismo, por localistas e indígenas que sean sus representantes. Precisamente [1454] nada hay más localista y más indígena que el caciquismo. Como que el caciquismo es la tierra, es el feudo, es la gleba, es la propiedad sobre todo lo que en la tierra existe: los frutos y los cultivadores (los siervos). Los grandes caciques son los grandes terratenientes. Por eso extinción del caciquismo y reforma agraria son términos equivalentes. Pero ¿qué reforma agraria? No será precisamente la iniciada por el decreto de 1º de diciembre acerca del modo de legitimar la posesión de los terrenos roturados. Todo el que conozca un poco nuestra vida rural sabe en qué consiste la labor tradicional de los Ayuntamientos más característicamente caciquiles. Esa labor consiste principalmente en permitir a los grandes propietarios la roturación de terrenos comunales. Y es la posesión ilícita de esos terrenos roturados (y muchas veces esquilmados) por los caciques lo que viene a legitimar el decreto de 1º de diciembre. ¿De qué sirve perseguir a los instrumentos del caciquismo si se acrecientan los latifundios y se consolida el atávico derecho de los grandes terratenientes, de los grandes caciques? Por eso asistimos a la actual cruzada anticaciquil con un espíritu tan escéptico como el espíritu con que asistimos a las prédicas de aquel líder republicano catalán que aconsejaba a los labradores castellanos que el día de la revolución colgasen a los caciques de las ramas de las encinas”.- Julían Besteiro, 31 diciembre 1923.

El sentido del Gobierno socialista

“En un gran diario de la mañana, diario madrileño, toca constantemente a rebato un

conocido escritor, y sírvele de pretexto para ello la victoria electoral de los laboristas ingleses. El argumento Aquiles de sus augurios fatídicos, caso de que este Partido se encargue del Poder, lo cual inevitablemente habría de producir, a juicio del escritor aludido [1455], el desprestigio y hundimiento político del laborismo, consiste en afirmar que el laborismo va a desarrollar una acción de gobierno unilateral, favorable tan sólo a una clase; es decir, que sus miras son pobres y, vistas idealmente, mezquinas.

No sé en qué medida el laborismo podrá ir dándose satisfacción a sí mismo; pero bueno será afirmar en estos días postreros del año y en el dintel del que comienza que mientras más se adentre el laborismo en la realización de sus ideales más se distanciará de un gobierno de clase y más se moverá en dirección del Socialismo, que es precisamente lo contrario de lo que se afirma en el diario madrileño y creen también correligionarios que no han meditado suficientemente sobre el alcance de nuestro ideal, de nuestro método: el Socialismo exige gobernar en nombre del interés general y para el interés general. Que es exactamente lo que no hace ni puede hacer el capitalismo, porque al ser un régimen caracterizado por una especial contextura económica, pugna por hallar un Gobierno que le conserve y proteja; de aquí que, por ejemplo, haya elaborado un Código Civil, Penal, Códigos procesales y tarifas aduaneras absolutamente favorables a los intereses de clase, de una clase.

Precisamente la crisis del sindicalismo francés ha girado en torno a la doctrina del interés general, que Jouhaux ha defendido de un modo admirable; y asimismo la discusión capital habida entre los guildistas ingleses ha tenido por base la disparidad de puntos de vista entre Habson y Coole, representando este último la táctica que sólo considera justificada una acción sindical si se orienta en el interés general; y ésta fue, por inmensa mayoría, la posición aceptada por las Trade-Union.

Ahí radica una de las superioridades morales del método socialista, como método político, respecto del que inevitablemente ha de usar el capitalismo o el sindicalismo corporativista; cuando uno y otro quieren romper la cadena del egoísmo de clase, salen al campo del interés general, que es por esencia humano, y dejan de inspirarse en [1456] su ideario para inspirarse en el nuestro. Así como ante el mundo del espíritu las dos actitudes claras son liberalismo o autoritarismo, de igual suerte ante el mundo de la economía hay dos métodos: el de intereses de clase, hoy representado por el capitalismo, o el del interés general, en el cual se ha de inspirar el Socialismo. ¡Que el nuevo año acrezca el ejército de los que ansían luchar en la dirección luminosa de este ideal!.- Fernando de los Ríos. 31 de diciembre de 1923.

Balance de año

“Termina este año de 1923 con un balance muy favorable para el Socialismo español. Cabe decir más, y es que el único partido político español que no ha fracasado es el Partido Socialista. Es al que vuelven hoy los ojos los liberales todos. Es la garantía de un verdadero orden nuevo, de un orden fundado en la Justicia, que es la Libertad. La cual se debe a que, desdeñando la cómoda cobardía del apoliticismo y rechazando la locura de lo que se llama acción directa, el Partido Socialista Español tomó desde luego postura, y muy clara, en el problema político de momento, el de la guerra de Marruecos, y en el que de él se deriva, el de las responsabilidades por el desastre

de Annual. Esa postura clara, definida, concreta fue la que dio el triunfo en Madrid a la candidatura socialista. Votaron por ella los verdaderos liberales, que son los verdaderos republicanos a la vez. Y luego, después del golpe del 13 de septiembre, lo que se oía por todas partes era y es: ‘¿Qué hacen los socialistas? ¿A qué lado se inclinan los socialistas?’. Y volvían a ellos los ojos muchos que se habían pasado el tiempo combatiéndolos y calumniándolos.

Aún nos atrevemos a decir más, y es que la revolución del 13 de septiembre —que revolución ha sido— se debe más que nada al Partido [1457] Socialista, o mejor, a la minoría socialista parlamentaria, que ha sido la que ha enjuiciado de veras al que han dado en llamar el antiguo régimen. La obra de fiscalización que hizo inevitable esa revolución es obra principalmente del Partido Socialista. El desgobierno de la concentración liberal-democrático-reformista iba a la rastra de los socialistas. Todo eso se debe a un fino sentido político, que atento a realidades históricas del momento y a posibilidades concretas, le hizo al Partido Socialista no dar oídos a reclamos de un supuesto frente único que no se sabía ni con qué iba a enfrentarse ni para qué. El Socialismo es, ante todo y sobre todo, un método, una tendencia; no es un dogma. Porque un dogma se reduce a una utopía. El Socialismo es un método, y en un método no hay disparate mayor que el de todo o nada. Método quien decir camino, y solo se les ocurre rechazar el método, el camino, a los que creen que pueden ponerse de un salto en el término del viaje. Y ¡como si hubiese término! ¡Como si acabase en algún punto la conquista de la libertad y de la justicia, que hay que estar ganándolas y regañándolas día a día! ¡Como si pudiera acabar alguna vez la Historia! ¡Como si se pudiese traer de una vez el paraíso terrenal, el reino de Dios, a la tierra!

Cuando en 1917, el Partido Socialista Español organizó aquella huelga política de agosto, oímos decir que este Partido había perdido la partida. Y, sin embargo, de entonces arranca la preponderancia del Socialismo español en nuestra vida política. Desde entonces, y sobre todo desde que entraron triunfadores en el Congreso los que habían estado, como supuestos vencidos, en el penal de Cartagena, se vieron adulados por los Gobiernos y se les ha estado constantemente tendiendo cables. El nudo de la política estaba en la minoría socialista del Congreso. Y es porque aquella huelga política del verano de 1917 triunfó. ¡Vaya si triunfó!

Los que no triunfaron fueron los que, habiendo tomado parte en [1458] aquella Asamblea de parlamentarios que precedió a la huelga, creyeron luego que se podía obtener algo de transacciones y componendas; los que no triunfaron fueron los que transigieron después con lo que se trataba de orillar. Los vencidos entonces fueron los regionalistas catalanes, los lligueros, los de Cambó, ministro poco después de la Corona, y los reformistas, que han tenido a uno de los suyos en un ministerio. Y los sedicentes republicanos, que continuaron coqueteando con el régimen. Los frutos de aquella huelga, de aquella condena del Comité que la organizó, se están recogiendo ahora. Gracias a aquella actitud política nacional, el Partido Socialista Español es hoy el principal núcleo de toda posible concentración futura que sea la base de un orden fundado en la libertad de la Justicia y en la justicia de la libertad. Y permítasenos este que aunque parece juego de palabras, conceptismo verbal, no lo es. Aquella generosa actitud política nacional convenció a muchos de que el Socialismo no es cosa sólo de obreros y para obreros, que es para todos los ciudadanos. Aunque, en rigor, el que no es obrero, el que no cumple una obra, el que no rinde un servicio, no es ciudadano. Ni obrero quiere decir proletario. Hay obreros que no son proletarios y

hay proletarios que no son obreros. Ni el Socialismo es cosa de pordioseros. Pordioseros que a las veces se arman de una pistola y exigen, por la fuerza, la limosna, en forma de cuota”.- Miguel de Unamuno, 31 diciembre 1933.

Los más obligados

“No una vez, sino dos, hemos afirmado que restringida actualmente la acción política por la suspensión de las garantías constitucionales y el estado de guerra, los socialistas deben recurrir a la propaganda individual continua, incesante, tanto para ganar adeptos a nuestra causa como para acrecer la venta de *El Socialista*. Hoy volvemos a insistir sobre el mismo tema, como lo haremos seguramente alguna vez más, por tener el convencimiento de que es preciso no dejar de hablar de él para conseguir que los correligionarios flojos de voluntad o de escasa decisión tomen parte en aquella tarea, y también para que los que desempeñan cargos, o sin desempeñarlos, tienen alguna influencia en nuestras filas se consagren a ella con fuerte empeño.

Ganar voluntades para la causa socialista, hacer del proletariado inconsciente un buen defensor de los intereses de su clase, sacar de la sima de la ignorancia a los trabajadores que se encuentran en ella, dar a los ilusos reflexión para que no marchen por extraviados caminos, es una labor tan positiva, tan grande y tan hermosa que deben realizarla con verdadera complacencia todos los que militan en el campo socialista.

Campaña tal va contra toda tiranía, contra toda injusticia, contra toda esclavitud, contra toda corrupción, contra todo lo que es mezquino y ruín y que tanto abunda en el régimen social presente. Con ella no sólo se preparan y capacitan las fuerzas que han de librar a los trabajadores de la explotación que hoy sufren, sino que se procura, mirando por el bien de todos, el pronto advenimiento de una sociedad en que nadie carezca de lo que le sea necesario para su sustento, su educación y el cultivo de su inteligencia. El Socialismo no persigue un fin favorable solamente a un grupo social, según piensan los que le desconocen o aseguran sus enemigos de mala fe. El Socialismo quiere, sí, aliviar los dolores de la clase oprimida y también suprimir la causa que los produce; pero quiere igualmente que los demás seres humanos queden redimidos a la vez que los proletarios. El Socialismo, al acabar con el antagonismo existente entre los intereses, pone fin a las guerras; al extirpar la miseria, suprime la ignorancia, la prostitución y la criminalidad; al sustituir el criterio de ‘cada uno para sí’ por el de ‘todos para todos’, establece la solidaridad entre los demás hombres.

Causa que encierra tanta razón, tanta bondad y tanta justicia, no [1460] es difícil de defender y propagar, por muchas que sean las dificultades que sus enemigos le opongan. Requiere más que nada, voluntad y constancia, y esas cualidades son obligadas en todo socialista. Nadie que pertenezca al Partido debe mostrarse ajeno a la propaganda que indicamos. Todos los afiliados a él deben tomar parte en esa labor, realizándola en cuantos momentos ofrezcan oportunidad. Pero si esta obligación es general, si alcanza a todos los socialistas, es indudable que dicha obligación es mayor para unos que para otros.

¿Quiénes son los más obligados? ¿Quiénes los que deben ocupar el primer puesto en tan conveniente empresa para nuestras ideas? Los Comités o Juntas directivas de las Agrupaciones Socialistas, los Comités de las Juventudes, los Grupos Sindicales Socialistas y los socialistas de

todos aquellos puntos o regiones donde nuestras ideas tienen más historia y arraigo.

¿Qué regiones y qué puntos son esos? Las Provincias Vascongadas, región industrial en la que se ha sembrado el Socialismo durante muchos años y en la que se han reñido por él recios combates. Asturias, la zona minera más importante de nuestro país, donde se ha oído la palabra de casi todos los propagandistas del Partido y en la que éste tiene una brillante historia. Y Madrid, cuna del Partido Socialista Obrero, capital que está a la cabeza del movimiento político proletario de España, que registra una jornada tan gloriosa como la elección del 29 de abril de este año y que cuenta organizados en su Casa del Pueblo cerca de ochenta mil trabajadores.

Sí; son todos esos correligionarios los que más obligados están a propagar individualmente las ideas socialistas y a proporcionar al diario de nuestro Partido abonados y compradores. Ellos son los que tienen coligación mayor de realizar esa tarea, dando ejemplo al propio tiempo a los demás. Y a todos los socialistas, a los más y a los menos obligados, deben servir de estímulo en la indicada labor dos hechos:

[1461] Uno, la actividad que muestran los elementos reaccionarios de nuestro país para constituir una gran fuerza que dificulte el progreso de éste; otro, el gran triunfo, de trascendencia internacional de nuestros hermanos los laboristas ingleses.

Debemos sentirnos estimulados por el primero porque siendo el Partido Socialista el más enemigo de cuanto significa atraso, oscurantismo e intolerancia, a él urge más que a nadie oponer una fuerza sólida y vigorosa a los que aún sueñan con regímenes en que preponderen la sotana y el hisopo. Debe estimularnos el triunfo de los trabajadores ingleses porque, creando con su extraordinaria importancia un ambiente favorable a nuestra causa, la causa del progreso, de la paz y de la emancipación humana, nos permite cosechar excelentes frutos.

¡A la obra, pues, militantes del Partido Socialista! ¡A conquistar, mediante voluntad, paciencia y constancia, el mayor número de adeptos a nuestras ideas redentoras! ¡A facilitar a *El Socialista*, a fuerza de tenacidad, perseverancia y entusiasmo en su propaganda, todos los recursos que podamos y una buena cifra de compradores! ¡Que el año 1924 registre un esfuerzo digno de los que en España nos cobijamos bajo la roja bandera del Socialismo!”.- Pablo Iglesias, 31 de diciembre de 1923.

No hubo colaboración con la Dictadura

El 13 de septiembre de 1923, Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, en connivencia con Alfonso XIII, se apoderó del Gobierno, disolvió la parte electiva del Senado, el Congreso de los Diputados, las Diputaciones provinciales, los Ayuntamientos, estableció la previa censura y decretó el estado de guerra, implantando una dictadura que duró hasta enero de 1930. En la reunión conjunta verificada en la Casa del Pueblo de Madrid por los Comités Nacionales de la Unión General y [1462] del Partido Socialista el 31 de marzo de 1924 se examinó la actitud que deberíamos adoptar en relación con el 1º de mayo, acordándose recomendar a las organizaciones obreras que, aparte las peticiones de orden social habituales, se agregaran como urgentes las siguientes medidas a reclamar ante los Poderes públicos: “Inmediata normalización de la vida constitucional; pronto término de la guerra de Marruecos; que se hagan efectivas las

responsabilidades militares y civiles derivadas de la intervención en la guerra de Marruecos; que se promulgue una ley de control sindical en las industrias; que la Sociedad de Naciones se democratice según propuesta de la Federación Sindical de Ámsterdam, y afirmar una vez más que la aspiración de la clase trabajadora es socializar los medios de producción y de cambio”.

¿Autorizaría la dictadura el desfile obrero por las principales arterias madrileñas? ¿Deberíamos abstenernos de convocar la manifestación del 1º de mayo? El pleno de nuestros organismos deliberó extensamente decidiendo que una Comisión de su seno pidiera hora al jefe del Directorio militar para entregarle las conclusiones que habrían de servir con bandera del desfile internacional. Así lo hicimos, y el general Primo de Rivera aceptó la entrevista inmediatamente, a la que acudimos Francisco Núñez Tomás, Antonio Fernández Quer, Lucio Martínez Gil, Francisco Sanchís y yo, designados por los Comités Nacionales. Fui comisionado para exponer nuestras reclamaciones al jefe de la Dictadura, quien, después de leerlas y comentarlas, autorizó la manifestación obrera, si bien advirtiéndome que si en dicho día acontecía algo grave haría responsables a los organizadores, reprimiéndolo duramente, y que la censura permitiría la publicación de las conclusiones después del 1º de mayo, pero no antes. Como insistiera yo en que lo más urgente para la clase trabajadora era el restablecimiento de la normalidad constitucional, el general Primo de Rivera replicó que por el momento no pensaba acceder a tal demanda. Dimos cuenta en *El Socialista* de la gestión realizada —aquella [1463] fue la única visita efectuada por los organismos sindical y político de la clase trabajadora cerca de los gobernantes dictatoriales— y comenzamos a organizar el paro del 1º de mayo con la manifestación que en Madrid habría de recorrer el trayecto desde el Paseo del Prado hasta el final de la Castellana, solicitando el permiso de la Dirección General de Seguridad, quien no tardó en negárnoslo, a pesar de las promesas hechas por el jefe del Gobierno. Ni reclamamos nada ni volvimos a solicitar permiso para manifestaciones en años sucesivos, limitándonos a remitir por correo a las autoridades correspondientes las peticiones que hacíamos en dicha fecha. El 1º de mayo de 1927, cuando la Dictadura hablaba de reunir una Asamblea consultiva con el propósito de elaborar un proyecto de Constitución, las reclamaciones de nuestros organismos revistieron importancia particular, por lo que consideramos interesante reproducir parte de ellas a título histórico demostrativo de que jamás abandonamos el cumplimiento de nuestros deberes cívicos, a pesar de las circunstancias:

“Restablecimiento inmediato de la normalidad constitucional; pronto término de la guerra de Marruecos; exacto cumplimiento de la legislación social y especialmente de la jornada de ocho horas, a cuyo efecto deberá consignarse en los presupuestos del Estado la cantidad necesaria para nombrar el número de inspectores preciso; adopción de procedimientos eficaces que tiendan a resolver la crisis de trabajo y del encarecimiento de la vida; medidas que intensifiquen la construcción de casas baratas y la aplicación de un régimen definitivo que ponga a salvo al pequeño comercio, a la clase media y a la obrera de las amenazas de los dueños de fincas urbanas, que pretenden constantemente elevar el alquiler de las viviendas; exacto cumplimiento del retiro obrero y ampliación de los seguros sociales, incluyendo los del paro involuntario, maternidad e invalidez; creación de escuelas para todos [1464] los niños; que España vuelva a intervenir en la Sociedad de Naciones, colaborando en ella por el establecimiento de la paz; promulgación de una ley de control sindical en las industrias; reafirmación de que la clase trabajadora defiende que los

medios de producción y de cambio deben socializarse. Legislación agraria que comprenda la extensión de los beneficios de la legislación social, incluso la ley de accidentes de trabajo a los obreros agrícolas; creación de organismos paritarios para la fijación del salario mínimo; modificación del derecho vigente en el sentido de que los arriendos de tierra, cualquiera que sea su sistema, tengan una duración mínima de veinte años, una indemnización por las mejoras introducidas por el arrendatario, que la renta no sea superior al interés legal del valor declarado a la Hacienda y prohibición de los subarriendos”.



Largo Caballero, consejero de Estado

El nombramiento de Largo Caballero como vocal del Consejo de Estado dio lugar a críticas injustas y apasionadas, por desconocimiento de cómo fue tramitado este asunto, de una parte, y a críticas desde el punto de vista político, por otro, singularmente representadas por Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. He aquí un resumen de los hechos.

El 13 de septiembre de 1924 se publicó en la *Gaceta* un real decreto modificando la composición del Consejo de Estado, que hasta entonces había sido refugio exclusivo de ex ministros. Primo de Rivera deshizo ese tinglado, dando entrada en el más alto cuerpo consultivo del Estado, entre otros organismos, a los siguientes: Consejo de Instrucción Pública, Consejo de Trabajo, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Consejo de Sanidad, Consejo Superior de Fomento, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, y Facultad de Derecho de la Universidad Central. El real decreto determinaba que la designación del obrero y del patrono que habían de ser consejeros de Estado la haría el presidente del Consejo de Trabajo. El día 22 de septiembre, al darse cuenta de dicho asunto, según consta en el acta del citado Consejo de Trabajo, Lucio Martínez, vocal obrero, se expresó en los siguientes términos: “El señor Martínez Gil manifestó que, no obstante que la primera disposición de que se ha dado cuenta encomienda al presidente la designación de los vocales que por el elemento patronal y obrero han de formar parte del Consejo de Estado, los vocales obreros de la Comisión, siguiendo la práctica establecida en el Instituto de Reformas Sociales y el criterio constante de no aceptar representación alguna que no proceda de la clase a que pertenece, habían acordado proponer al señor Largo Caballero para que formase parte del Consejo de Estado”.

A este criterio se adhirieron los vocales patronos, por lo que afectaba a su representación y el presidente aceptó en el fondo ese procedimiento, si bien haciendo constar que no renunciaba a ejercer sus [1466] prerrogativas. En la sesión del 6 de octubre se dio cuenta de que la presidencia había hecho los nombramientos a favor de Francisco Largo Caballero, vocal obrero, y de José Gavilán, vocal patrono, que aparecieron en la *Gaceta* del 14 de octubre como reales decretos, sin aludir a su origen. Del mismo modo se publicaron el resto de los nombramientos que a su vez también habían tenido cierta tramitación. Se reunió el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores en sesión ordinaria, y como un asunto de trámite, que había sido examinado por la Comisión Ejecutiva, se dio cuenta de este nombramiento, aprobado por todos los vocales regionales, salvo el de Vizcaya. En realidad, por lo que respecta a la Unión General, único organismo con autoridad para resolver tal problema, a esto quedó reducida cuestión tan discutida por quienes no estuvieron bien informados.

En la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista tuvo derivaciones más hondas. En la sesión del 17 de octubre de 1924 se leyeron cartas de Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto, vocales de la misma, en las que exponían su criterio opuesto a que un socialista aceptase el cargo de consejero de Estado. Reunido el día 10 de diciembre el Comité Nacional del Partido Socialista, hubo extensa deliberación acerca de este nombramiento, terminada con el siguiente resultado:

Juan Durán, Francisco Sanchís, Matías Gómez Latorre, Francisco Azorín, José Gómez Osorio, Narciso Vázquez, Largo Caballero, Julián Besteiro, Núñez Tomás: Fernández Quer, Lucio Martínez, Toribio Pascual, Fermín Blázquez y yo, en favor. A su vez, lo hicieron en contra: Isidoro Achón, José Molina, Remigio Cabello, Juan de los Toyos y Fernando de los Ríos. Prieto no asistió a la sesión, habiéndose leído en la misma una carta suya renunciando al cargo de vocal en la Comisión Ejecutiva, renuncia que aceptó el Comité Nacional.

Hubo una propuesta para que el Comité Nacional del Partido Socialista sometiese el problema del Consejo de Estado a un plebiscito entre los [1467] afiliados al mismo. Como eso hubiese sido invadir atribuciones propias de la Unión General, la mayoría se opuso a esta iniciativa. Aun se tramitó otra para que los socialistas abandonasen los cargos que desempeñaban en corporaciones llamadas políticas, que tuvo el mismo fin que las anteriores. Alrededor de este nombramiento se produjo cierto movimiento contra Largo Caballero, por lo cual el Comité Nacional del Partido creyó de justicia adoptar por unanimidad el siguiente acuerdo cuya iniciativa y texto se debieron a Fernando de los Ríos: “El Pleno deliberó acerca de la designación del camarada Largo Caballero para el cargo de vocal de consejero de Estado, y unánimemente convino en considerar que la intervención personal de nuestro camarada ha sido absolutamente correcta y tan escrupulosa como es norma de conducta de tan querido compañero, ya que exclusivamente se ha limitado a aceptar la designación del organismo obrero que le nombró”.

Este nombramiento de Largo Caballero no fue tramitado con intervención de Pablo Iglesias, que desde hacía años no acudía a las sesiones de los organismos obreros. Cuando se examinó por primera vez en la Comisión Ejecutiva de la Unión General, tampoco estuvo presente Julián Besteiro, quien votó a favor en las reuniones del Comité Nacional, como cuestión de principio, no por el cargo en sí, que no le pareció interesante, según dijo, desde el punto de vista de la clase trabajadora. La Dictadura disolvió por decreto el Instituto de Reformas Sociales, de honrosa historia. Asestado de su obra, Primo de Rivera creó el Consejo de Trabajo. Los vocales obreros estudiaron el caso y decidieron continuar en sus puestos, de elección directa obrera nacional, en el organismo nuevo, similar al disuelto, siendo todo ello aceptado por el ministro de Trabajo y sin que surgieran protestas de ninguna organización sindical.

En diciembre de 1923 se publicó en Buenos Aires una carta de Unamuno al profesor Américo Castro, donde figuraban conceptos duros contra la dictadura de Primo de Rivera, quien, al conocerla, ordenó el destierro [1468] del catedrático salmantino, con fecha 30 de febrero de 1924. A despedir a Unamuno acudió a la estación de Atocha un numeroso grupo en el que figuré, con aplausos y vivas. El 10 de marzo llegó a Puerto de Cabras (Canarias), donde residió una breve temporada. Embarcado luego con destino a Francia en expedición organizada por un diario parisino, se negó a aceptar el indulto de que fue objeto, y residió en ese país hasta que cayó la dictadura. En Canarias también estuvieron desterrados, entre otros, Rodrigo Soriano y Luis Jiménez de Asúa.

En 1924 surgió un movimiento revolucionario en Vera de Bidasoa, límite con Francia. Hubo choque con la Guardia Civil, cayendo muertos dos asaltantes y dos guardias, con detenidos y heridos. Peirats escribió que en ese hecho participaron anarquistas. El proceso militar estuvo lleno de incidentes. El 24 de enero sube al Poder el primer Gobierno laborista en Inglaterra, presidido por MacDonald. En las elecciones de Alemania los socialistas obtienen 7 800 000

Votos y los comunistas 3 600 000. Primer Gobierno socialista en Dinamarca, con T. Stauning. Se conceden pensiones a la vejez en Bélgica. El XXVII Congreso de la Internacional de Mineros se reúne en Praga. Herriot crea en Francia el Consejo Económico y Social.

El general Aguilera dimite la presidencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Vista de la causa contra los generales Berenguer y Navarro. Se pronuncia la absolución de este último y la separación del ejército para el primero, pero poco después, indulto, ascenso y más tarde nombramiento de capitán general de Galicia, para terminar jefe del Cuarto militar del rey. La Cierva refiere en sus memorias que la reina madre le rogó aconsejara a Berenguer rechazase el indulto de Primo de Rivera. ¿Pretendía María Cristina preparar a Berenguer como sustituto de Primo de Rivera? Que tuvo ayudas en Palacio no cabe duda. Cesa el general Queipo de Llano, jefe militar de la zona de Ceuta; muy adicto a Primo de Rivera, se vuelve a partir de entonces, enemigo suyo. El general [1469] Cavalcanti es sancionado, no obstante haber formado parte del primer Directorio militar en Madrid.

Para conmemorar el sesenta aniversario de la Internacional se organiza un mitin en la Casa del Pueblo de Madrid, con intervención de Cayetano Redondo, Wenceslao Carrillo, Fabra Ribas y yo. El 14 de octubre de 1924 queda firmada la adquisición de un terreno en la calle de Orense donde fueron construidos los edificios para escuela de párvulos con que fue inaugurada la Fundación Cesáreo del Cerro en 1928. El patronato funcionaba bajo la presidencia de Besteiro, con los siguientes colaboradores: Santiago Pérez, vicepresidente; Manuel Lois, secretario; Rufino Cortés, José García, José Cernadas y Antonio González, vocales; delegado administrador, Francisco Núñez Tomás; directora de la escuela, Carmen García Moreno; profesora, Amelia Mangada; auxiliar, Juana Sanabria; cocina y servicios, Catalina Osma y Basilisa Carrasco. La donación de Cesáreo del Cerro a Pablo Iglesias fue de un millón de pesetas, y en el momento de comenzar a funcionar la escuela, biblioteca y servicios de jardinería y agricultura, el valor total era de 1.958.189,38 pesetas. Es decir, se había duplicado y empezaba a ser realidad lo ideado por tan generoso donante.

De enero a septiembre de 1924, Besteiro y su esposa residieron en Inglaterra. Besteiro dio una conferencia en el Congreso de Educación Obrera de Oxford, explicando el funcionamiento de la Unión General de Trabajadores en España. En diciembre de ese mismo año representó al Partido Socialista en el Congreso que los socialistas franceses celebraron en Grenoble, donde planteó el problema de Marruecos y propuso que hubiera una acción de conjunto entre los Partidos obreros de Inglaterra, Francia y España, para influir en una solución internacional. Así fue acordado por el Congreso de Grenoble, luego de una intervención favorable de Paul Faure, secretario con Blum a la sazón. Celebración del Tercer Congreso de la Federación Sindical Internacional en Viena, donde la UGT fue representada por Largo Caballero, Fabra Ribas y yo, que estuve además en nombre del Partido Socialista en las reuniones que [1470] celebró allí la Internacional Socialista, presididas por Vandervelde. En Gante se reúne el XI Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional, al que asistí, visitando la Exposición Internacional de Cooperación y otras instituciones sociales, acompañado de Eduardo Anseele, de honda tradición socialista y fundador de las entidades de tipo social en aquella población.

El 22 de mayo falleció en Madrid, a los ochenta y dos años, Francisco Mora Méndez, cuyo extracto biográfico aparece en otro lugar de estas páginas, fundador de la Internacional, orientada

en sus primeros tiempos por Fanelli, desempeñó la secretaría de la misma al lado de Lorenzo e Iglesias. Fallecieron también en 1924 Arturo Montes, tipógrafo, concejal socialista; Eusebio Marcos, tesorero del Sindicato Minero Asturiano; los escritores Rafael Urbano y Andrés González Blanco. En Chile se suicidó Luis Emilio Récabarren, de origen santanderino, diputado socialista y fundador del Partido; a su paso por Madrid, a comienzos de siglo, dio una conferencia, a la que asistí, en el Centro de Sociedades Obreras de Relatores, presidida por Pablo Iglesias; al surgir la revolución en Rusia, Récabarren se ilusionó, pasó varios meses allí y regresó a Chile, desengañado, suicidándose. En Francia fallecieron Luis Debreuilh, escritor socialista; Augusto Keufer, secretario de la Federación del Libro; el premio Nobel de Literatura, Anatole France. En Bélgica, E. Picard, senador socialista. En Rusia, el 21 de enero, Lenin, que había quedado paralítico en 1923, perdiendo desde entonces la dirección del Estado ruso, que usurpó Stalin. En Roma, el 10 de julio, fue asesinado por los fascistas Giacomo Matteotti, diputado socialista; en el Parlamento pronunció un discurso contra el fascismo en el que fríamente dijo a sus adversarios: “Matadme, pero el ideal que yo defiende no lo mataréis nunca. Mis ideas no mueren, y mis hijos se sentirán orgullosos de su padre, mientras los trabajadores bendecirán mi cadáver. ¡Viva el Socialismo!”.

[1471] *Andrés Arteaga, concejal*

El 1º de enero de 1923, al hacerse, en el Ayuntamiento de Madrid la renovación de la Junta de Asociados, formada por los mayores contribuyentes, la minoría socialista exigió, a propuesta mía, que el sorteo se hiciese de modo legal, es decir, sin trampa alguna. Seguro que fue ésta la primera vez que tal sorteo de vocales asociados se hizo con arreglo a la ley. Aquel año la suerte favoreció a un afiliado a la Agrupación Socialista y al Sindicato Nacional Ferroviario, Andrés Arteaga Hernáiz, propietario de una casita situada en el barrio de las Delicias, distrito del Hospital, donde predominaban los ferroviarios, a cuya profesión pertenecía. Los vocales asociados recibieron en su domicilio, en la madrugada del 1º de noviembre de 1923, la noticia de su nombramiento de concejal para tomar posesión. Así ocurrió en Madrid, presidiendo el general duque de Tetuán, asistido de los altos funcionarios y sin que estuviéramos presentes los concejales de elección popular. Apenas leída la relación de los presentes como nuevos ediles por orden gubernativa, faltando a la Constitución, Andrés Arteaga pidió la palabra para hacer notar no podía aceptar este puesto ni ocupar cargo alguno por deberse a un empleo como oficinista de la Compañía de Ferrocarriles MZA. El duque de Tetuán inmediatamente replicó que el Directorio militar se encargaría de solicitar y obtener de la Compañía el correspondiente permiso para que, sin merma de sus haberes, pudiera dedicarse a las ocupaciones inherentes al puesto para el cual había sido designado. Hubo votación para elegir a los diez tenientes de alcalde —el alcalde era designado por el rey—, resultando victoriosos, sin gestionarlo, los antidinásticos; Ramón Carnicer, republicano, y Andrés Arteaga, socialista, quienes ocuparon las Tenencias de Alcaldía de La Latina y del Hospicio, respectivamente. Carnicer era un patrono muy conocido por los afiliados a la Sociedad de Zapateros y Guarnecedores de la Casa del Pueblo, con los que mantenía relaciones normales. Por sus ideales republicanos y por su proceder, gozaba de ciertas simpatías. [1472] Desde la tribuna de la prensa, Manuel Cordero, como redactor de *El Socialista* designado por mí, presenció la sesión para informar a nuestros lectores; inmediatamente entabló relaciones

cordiales con Arteaga. Cordero era presidente de la Agrupación Socialista, y por su cuenta aconsejó a Arteaga no descubriera por el momento su significación socialista, en evitación de dificultades con la Compañía ferroviaria. El Comité de la Agrupación Socialista examinó el caso, conviniendo en mantener el asunto en secreto hasta que las circunstancias aclararan la situación. Por su parte, *El Socialista*, al reseñar las sesiones del Ayuntamiento, prestaba relieve a la gestión de Arteaga, realizada de acuerdo con Cordero, quien le asesoraba convenientemente. Muy pronto Arteaga comenzó a visitar la redacción de *El Socialista* y allí surgió entre él y yo una sincera amistad ya que por el Ayuntamiento no volví a poner los pies para nada. En virtud de lo que estimaba un deber, ayudé cuanto pude al desempeño de la difícil misión que había recaído sobre este correligionario, cuya labor produjo excelente impresión en el vecindario madrileño, hasta el extremo de que en la noche del 11 de mayo de 1925, cuando Arteaga llevaba cerca de dos años actuando en la Casa de la Villa, se celebró un banquete en su honor de mil cubiertos, en los salones del Hotel Nacional, propiedad de Ramón Carnicer, quien para tal acto dio toda suerte de facilidades. Acudieron muchos hombres de izquierda y al final del banquete hablaron Ángel Galarza, redactor municipal del diario madrileño *La Voz* y nuestros compañeros Cordero y Besteiro. Agradeció el homenaje el interesado, pronunciando de paso frases muy duras contra el conglomerado inmoral que dominaba en el Ayuntamiento matritense. Yo no pude asistir por encontrarme ausente de Madrid; no obstante, envié una carta elogiando la labor de Arteaga y censurando la actuación de la mayoría de los concejales y en especial la del alcalde, Vallellano. Pablo Iglesias remitió también una felicitación a Arteaga, alentándole a continuar desde los escaños concejiles su labor depuradora; él respondió con otra misiva, [1473] conservando como un honor la que había recibido de Iglesias. Vallellano llevó al Municipio el problema planteado por las acusaciones vertidas en el Hotel Nacional contra la política municipal, y provocó un voto de censura contra Arteaga, que los concejales suscribieron a regañadientes. Posiblemente, ni el propio duque de Tetuán estuvo de acuerdo con esta actitud de Vallellano. Arteaga, molesto por el resultado de la votación, dimitió la tenencia de Alcaldía, secundándole Ramón Carnicer, que abandonó también la del distrito de La Latina. El Comité de la Agrupación Socialista, con fecha 19 de mayo de 1925, viviendo aún Pablo Iglesias, se opuso a que Arteaga abandonara el Municipio. La Agrupación de Madrid se reunió en Asamblea el 33 de julio de 1925; en ella dio cuenta el Comité de todo lo relacionado con este incidente provocado por Vallellano. Por mayoría se aprobó la gestión del Comité, y fue decidido que Arteaga continuaran en el Ayuntamiento y que diese cuenta públicamente de su gestión en el Municipio. Cumplió con este deber hasta que surgieron otros acontecimientos. El 1º de enero de 1926 hubo renovación de concejales, tan arbitraria como había sido la designación anterior; pero en esta renovación los gobernadores civiles actuaron con absoluta libertad. Ni Arteaga ni Carnicer, los dos antimonárquicos notorios, fueron destituidos ni vueltos a elegir. Siguieron en sus puestos respectivos. Es indudable que el Directorio militar lo hizo a sabiendas de que de otra manera perdería la colaboración de dos valiosos elementos en la vida municipal matritense. Pero aún está más clara esta actitud si consideramos lo que hizo el gobernador civil de Madrid en renovaciones posteriores, en que a sabiendas de los términos en que Arteaga y con él todos nosotros nos habíamos expresado en el acto del Hotel Nacional, no sólo no le destituyó, sino que continuó hasta el 19 de diciembre de 1927 en que se retiró por propia voluntad. Por el contrario, por esas fechas, Semprún, alcalde posterior a Vallellano, fue destituido mediante nota oficiosa gubernativa,

que puso de relieve un asunto en el que Semprún consideraba mezclado a Calvo Sotelo, entonces ministro de Hacienda.

[1474] Como en política siempre es posible algo peor, digamos que Vallengano fue peor alcalde que Alcocer, pero que Semprún fue aún peor que Vallengano. El Gobierno obró bien destituyéndole y hasta renovando por completo el Ayuntamiento madrileño, emponzoñado por la gestión de su alcalde, quien había intentado desacreditar a Arteaga haciéndole víctima de malévolas acusaciones. El gobernador civil designó nuevos concejales, pero por exigencia de la opinión pública y también como continuación de una táctica que sin duda el general Primo de Rivera consideraba conveniente para sus fines políticos, Arteaga continuó siendo concejal, esta vez francamente gubernativo. Arteaga, enojadísimo con Semprún, nada más conocer que continuaba respetado en su puesto, lo comunicó a la Agrupación, alegando que estimaba indispensable seguir en el Municipio para reivindicar su honra. El Comité de la Agrupación Socialista examinó el caso y se dividió al hacer la oportuna propuesta ante la asamblea, la cual por inmensa mayoría decidió que Arteaga no continuase en su puesto ni un minuto más, ya que su nombramiento no se ajustaba a los acuerdos ni a las normas adoptadas con este motivo por el Comité Nacional. A pesar de todo ello, Arteaga siguió en el Municipio; en una declaración a la prensa aseguró que continuaba fiel a las ideas socialistas, pero que consideraba su deber no abandonarlo en momentos en que necesitaba reivindicar su honra. Y algo así fue lo que hizo, pues meses después dejó el puesto, enfermo y entristecido; poco más tarde, ajeno a todo trajín político, moría víctima de una penosa enfermedad que desde hacía años venía minando su existencia.

La gestión de Arteaga en el Municipio de Madrid duró más de cuatro años, con alcaldes y concejales nada fáciles. Su nombramiento no fue refutado por ninguna agrupación del Partido Socialista. Y es que el caso de Arteaga no fue único. Cuando surgió el golpe de Estado, las Agrupaciones tenían vocales asociados, que pasaron a ser concejales automáticamente en las siguientes localidades, sin reclamación alguna:

[1475] Azuaga, Bargás, Bélmez, Cáceres, La Seca, León, Madrigueras, Málaga, Portillo, Pozoblanco, Puente Genil, San Martín del Rey Aurelio, Segovia, Sotillo de la Ribera, Tarazona, Turleque y Villena. Hubo concejales corporativos durante la etapa dictatorial en los siguientes Ayuntamientos: Alhaurín el Grande, Ávila, Badajoz, Burgos, Caborana, Callosa de Segura, Campo de Criptana, Carabanchel Bajo, Casasola de Arión, Chamartín de la Rosa, Gallarta, Gerona, Lagartera, Mataró, Mora de Toledo, Pego, Peñarroya, Petrel, Puenteareas, Sama de Langreo, Sitges, Valdepeñas y Villacarrillo. Estos nombramientos, fueron desempeñados por socialistas en representación de organizaciones sindicales afiliadas a la Unión General, sin intervención de las agrupaciones, pero de acuerdo con ellas. En Barcelona fue concejal por nombramiento corporativo, pero no designado por la Agrupación Socialista a la que pertenecía, Juan Salas Antón, hombre de prestigio como cooperativista y de conducta honesta. Fue separado del Partido Socialista porque su nombramiento tuvo carácter gubernativo, aunque en él se hacía alusión a su significación cooperativista. En León hubo otro caso parecido, sancionado de igual modo.

Noticias varias

En septiembre de 1925 se reunió en Valencia el XVII Congreso nacional de la Federación Gráfica, que presidió, en nombre del Arte de Imprimir de Madrid. Asistió Liochon, secretario de la Federación de Tipógrafos de Francia, en representación además de la Internacional de Tipógrafos, quien intervino exponiendo las ventajas conseguidas por dicho organismo y sus actividades. Hubo banquete en el Grao de Valencia, donde pronuncié el discurso de clausura. En el fondo, fue uno de los primeros actos contra la dictadura. Besteiro inauguró el curso de la Federación local de la Edificación con una conferencia en el teatro de la Casa del Pueblo de Madrid, sobre el tema "Socialismo constructivo", [1476] presidida por Manuel Muíño. Fernando de los Ríos, catedrático de la Universidad de Granada, fue procesado por un telegrama que dirigió al jefe del Directorio militar, protestando contra medidas adoptadas por éste que afectaban a algunos intelectuales. Ante los tribunales le defendió Melquíades Álvarez, saliendo absuelto. En septiembre, el general Primo de Rivera, de acuerdo con Francia, desembarcó en Alhucemas, acabando con el poderío de Abd-el-Krim, que se entregó a las autoridades francesas. Habiendo tomado gusto al Poder, a pesar de lo que había prometido en un principio, Primo de Rivera creó la Unión Patriótica, que desfiló por la calle de Bailen delante de los reyes. Una mascarada que puso en ridículo a sus iniciadores. Señalemos también las sanciones contra algunos alumnos de la Escuela de Ingenieros, iniciación de un movimiento militar contra el Directorio. El 15 de diciembre, el general Weyler, enfrentado con Primo de Rivera, pierde la jefatura del Estado Mayor del Ejército. También en diciembre, desaparece el Directorio militar para ser substituido por un Gobierno en el que entran algunos ministros civiles sin autoridad ni prestigio.

Durante los años 1921 a 1925 formé parte con Largo Caballero y Fabra Ribas, de la delegación que la Unión General de Trabajadores envió a las Conferencias internacionales del Trabajo, en Ginebra. En julio de 1925 hubo en París reunión de los Partidos Socialistas de Inglaterra, Francia y España y en ella estuvimos Besteiro, Fernando de los Ríos y yo; se condenó la guerra de Marruecos, eligiendo a Besteiro para que redactara un manifiesto en ese sentido. En abril de este mismo año, para sustituir al canciller socialista alemán Ebert, fallecido, fue elegido el mariscal Hindenburg, por catorce millones de votos contra trece millones al candidato apoyado por los socialistas; impuesta por Stalin, hubo candidatura comunista con cerca de dos millones de sufragios, los suficientes para haber podido evitar el triunfo del portavoz de las derechas, precursor del fascismo hitleriano, con el que Stalin mantuvo [1477] cordiales relaciones. El 5 de abril de 1925 el tenor Miguel Fleta y la tiple Matilde Revenga cantan en la última función de ópera representada en el Teatro Real de Madrid. Fleta falleció el 3 de junio de 1938.

En 1925 publicó Largo Caballero su libro *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España*. En ese año fueron trasladados los restos de Tomás Meabe a Bilbao, desde el Cementerio civil de Madrid, misión que recayó en Cayetano Redondo, en nombre de la Federación de Juventudes Socialistas, y en Bilbao hubo un acto conmemorativo en el que intervinieron Redondo y Prieto. Ese año se extinguieron, entre otros, Pedro Jiménez Puerta, fundador de las organizaciones socialistas de la provincia de Málaga; en Madrid, Exoristo Salmerón, pintor, hijo de Nicolás, afiliado al Partido Socialista hasta la escisión comunista; Leopoldo Romeo y Ricardo Fuente, plumas de relieve del periodismo español; Antonio Maura, jefe del Partido conservador. En Argentina, José López Silva, sainetero español, cuyos restos fueron trasladados a Madrid; José

Ingenieros, pensador de orientación social. En Suecia, Hjalmar Branting, siendo jefe del Gobierno, rodeado de admiración y cariño; fue uno de los fundadores del socialismo en Suecia y presidente del primer Gobierno en el mundo con mayoría socialista, en 1920; presidió la Conferencia internacional del Trabajo en Ginebra. Tres fundadores del movimiento socialista: en Bélgica, C. Dembloy; en Suiza, H. Greulich; en Alemania, F. Ebert. En Francia, R. Viviani y A. Merrheim, socialistas independientes. Dos científicos de fama internacional: el médico alemán A. Wassermann, y C. Flammarion, astrónomo francés.

En 1926, el 11 de enero, dejó de existir en Madrid el tipógrafo Francisco Feito, fundador. Ese mismo año murió en Cuba el doctor Enrique Lluria, que había actuado en España en núcleos de izquierda y hasta ingresó en el Partido Socialista, así como su segunda esposa, María Vinyals de Lluria, marquesa de Ayerbe. En Estados Unidos falleció E.V. [1478] Debs, fundador del movimiento socialista en esa nación. En España, Carmen Rojo, escritora; Eugenio Selles, Ángel Urzáiz, Francisco Serrano de la Pedrosa, Alejandro Pérez Lugín, escritores y políticos; Ramón Turró, biólogo; Antonio Gaudí, arquitecto, ambos catalanes.

Discurso de Besteiro en Marsella

El mayor interés para la delegación que acudió al Congreso que la Internacional Socialista reunió en Marsella en agosto de 1925 consistió en plantear el problema de la guerra de Marruecos. Besteiro formó parte de la Comisión "Política de paz internacional del Socialismo", a cuyo efecto los delegados a ella adscritos adoptaron como propio el documento que en París había redactado Besteiro, por decisión de la Comisión allí reunida formada por ingleses, franceses y españoles. Designado nuestro delegado para hablar de este tema, la Internacional publicó un extracto, al que corresponde el texto que damos a continuación. Besteiro habló en francés, con galanura y facilidad, como lo hacía en castellano. Y el documento aprobado por el Congreso también lo redactó él en francés. A pesar de que en España había dictadura militar, nuestro delegado se expresó en el Congreso socialista de Marsella con toda franqueza, sin ocultar ningún aspecto del problema. Tratar temas militares relacionados con el ejército español en Marruecos no era nada fácil, y más existiendo una dictadura desde 1923. He aquí un extracto del discurso de Besteiro:

“Camaradas: Me doy cuenta de que la misión que me ha conferido la primera Comisión es algo superior a mis fuerzas; me ha sido confiada en atención a los sufrimientos que causa al pueblo español desde hace quince años la guerra de Marruecos, que se ha visto obligado, contra su voluntad, a intervenir en la guerra de Marruecos, y ha quedado comprometido, a la vez, por su gobierno, sus instituciones políticas y los tratados [1479] que le unían a las potencias extranjeras. Hace bastante tiempo que nosotros, los socialistas españoles, nos hemos esforzado, poniéndonos en relación con nuestros camaradas de Francia e Inglaterra, en llegar a establecer conclusiones de conjunto que nos permitieran luchar desde nuestro punto de vista socialista contra la aventura marroquí. Eso lo hemos conseguido, y lo que os presenta la primera Comisión no es una resolución adoptada bajo la presión de las circunstancias y de una forma improvisada e impremeditada. Es una resolución que durante mucho tiempo ha sido meditada por nosotros. Adoptándola, confirmando los puntos en los que los camaradas franceses, ingleses y españoles nos hemos puesto de acuerdo testimoniareis vuestra confianza y vuestra satisfacción por la

actitud que hemos adoptado.

En esa resolución era preciso llegar a conclusiones que pudiesen ser aceptadas por el Socialismo en todos los países y esto era un poco difícil. Ciertamente, en este desgraciado asunto marroquí hay problemas comunes a todos, pero al propio tiempo hay puntos de vista algo diferentes para cada uno de los países directamente interesados, dificultades que, en una resolución de conjunto era necesario eliminar o procurar armonizarlas. Hemos llegado a este resultado colocándonos, no desde el punto de vista de tal o cual país, sino desde uno internacional, rechazando todas las soluciones puramente negativas, catastróficas, que no pueden menos de falsear los acontecimientos, y en las cuales algunos parecen esperar que de la inmensidad del mal saldrá la curación. Nosotros estamos prestos a reconocer que el problema de Marruecos, según se mire desde el punto de vista español o francés, presenta aspectos diferentes; podemos decir, en cierta manera, el problema es para nosotros mucho más doloroso pero igualmente podemos agregar que la solución, considerada desde el punto de vista de España, es mucho más fácil que desde el punto de vista de Francia. Sin embargo, los acontecimientos actuales han hecho que las necesidades de luchar de acuerdo se hayan acrecentado y que franceses y españoles nos encontremos en circunstancias parecidas en el momento presente. Lo que nos aproxima es la preocupación ante la acción combinada de los Gobiernos actuales de Francia y de España. No son los pueblos los que decidirán sobre el porvenir de Marruecos: los destinos de este país están entregados en manos de generales: son los militares los que mandan son razones de prestigio, son las ideas militares las que dominan la acción, llevada con un completo desprecio de la humanidad y de la independencia de los pueblos. Nuestra resolución también implica una protesta contra la forma de obrar de los Gobiernos, y sobre todo contra las conversaciones que los representantes de los Gobiernos español y francés han tenido en Madrid para convenir las proposiciones de paz que se han hecho a Abd-el-Krim, pero que han quedado secretas.

Permitidme deciros que, al mismo tiempo que nosotros debemos protestar contra los Gobiernos de Francia y España, hay cierta responsabilidad que conviene señalar en lo que concierne al Gobierno de Inglaterra: Todos sabéis que desde hace bastante tiempo la política de Inglaterra sobre Marruecos consiste en no enviar allí soldados; pero esto no basta para creer, sin embargo, que permanece indiferente. Frecuentemente, Inglaterra ha excitado el espíritu imperialista y militarista de los pueblos que con ella tienen relaciones; Inglaterra se ha servido de este espíritu dominador para lanzar a naciones como Francia y España a hacer la guerra en Marruecos, a fin de obtener, como consecuencia de ella, su propio provecho. A la protesta contra la forma de obrar de los dos Gobiernos en guerra es preciso añadir otra contra el Gobierno inglés, que solapadamente contribuye a ella. Sabéis, camaradas, que desde hace muchos años el problema de Marruecos es un problema verdaderamente internacional. Lo es desde 1880, fecha en la que se firmó el tratado de Madrid. Lo es más aún desde el año 1905, en el cual se firmó el tratado de Algeciras, que es la base de todos los concertados más tarde. Si tenemos en cuenta este carácter internacional que ha revestido el problema [1481] de Marruecos, en este Congreso debemos tratarlo internacionalmente.

Nosotros exigimos, en primer lugar, que las operaciones militares se suspendan, comenzando inmediatamente las operaciones de paz. Pedimos también que se adopten

disposiciones para que las diferencias que en lo futuro se produzcan se resuelvan de forma pacífica. Teniendo en cuenta las circunstancias en que se encuentra actualmente Europa, estimamos que no hay otra intervención posible que la de la Sociedad de Naciones. Se nos dirá que la Sociedad de Naciones es aún muy débil, muy joven y que no es conveniente comprometerla en empresas difíciles. Pero yo respondo que si verdaderamente queremos desarrollar la Sociedad de Naciones de forma que llegue a ser un día una verdadera Liga de los pueblos, es preciso no cuidarla tanto que se cree a su alrededor una atmósfera artificial que no la permita desarrollarse normalmente. No conviene hacer en la Sociedad de Naciones lo que hacen las clases privilegiadas, la aristocracia, la burguesía, con relación a la educación de los jóvenes, a los cuales se separa de ciertos ambientes, sustituyéndolos sistemáticamente de todos los peligros de la vida. Así es como no se consigue más que crear temperamentos débiles, incapaces de sacrificio y de toda acción. Si la Sociedad de Naciones no llegase a ser más que un organismo administrativo, ¿cómo justificaríamos las esperanzas que ponemos en esta nueva institución? Comenzando por resolver los conflictos actuales es como la Sociedad de Naciones se preparará para hacerlos con los del futuro.

He aquí, compañeros, con qué espíritu hemos formulado la resolución que os presentamos; creemos que puede satisfacer a todas las tendencias, y puedo deciros que en la primera Comisión ha sido aprobada sin modificación alguna y por unanimidad. Creo que aprobándola también de este modo hará el Congreso una obra, útil y contribuirá a impedir el derroche de energías y de sangre que el pueblo español sufre contra su voluntad. Esta desgraciada guerra de Marruecos ha dado muchos y muy malos resultados; [1482] no obstante, ha traído un gran bien: desarrollar entre nosotros un estado de espíritu extraordinariamente pacifista”.- Julián Besteiro.

Ejemplos del exterior

Cuando estalló el golpe de Estado del general Primo de Rivera, Pablo Iglesias no perdió de vista que lo esencial era seguir cultivando el cerebro de los trabajadores para evitar se desorientaran. “Quizás tengamos que soportar este régimen mucho tiempo –escribió apenas nacida la Dictadura–. Ocupémosle en trabajar por los ideales, en defenderlos, en hacer que arraiguen, en que sean acogidos con plena conciencia”. Cada palabra era un pensamiento exuberante de ilusión y de vitalidad, de fe en las ideas. Aquel régimen, en efecto, duró siete años, sin Parlamento y sin libertad; pero, finalmente, murió, mientras el Socialismo, como había previsto Iglesias, salió fortalecido de prueba tan dura. Lo mismo sucedió cuando desaparecieron Hitler, Mussolini y Franco, cuyos regímenes se hundieron al desaparecer ellos, mientras el ideal que personificó en España Pablo Iglesias no desaparecerá jamás, aunque sufra alternativas.

Ahora bien, las enseñanzas de la historia no se pueden desdeñar. ¡Pobres de los españoles si no aprendemos después de haber sufrido tantos años golpes tan duros! Nuestros hermanos del Partido Socialista Argentino también pasaron por situaciones trágicas. Su hermosa Casa de Pueblo fue incendiada, pereciendo una biblioteca con más de ochenta mil volúmenes, “única en el país”, como dijo Juan Antonio Solari en su libro *Doce años de oprobio*, prologado por Nicolás Repetto, eminente socialista argentino, a quien pertenece este párrafo escrito el 29 de febrero de 1956: “Debemos haber incurrido en errores demasiado graves para merecer el castigo tremendo de una humillante tiranía que se ha prolongado durante una década. Se impone ahora una

minuciosa introspección [1483] para descubrir y localizar con exactitud todas las fallas. Bajo el imperio de la Constitución del 53, reverenciada por todos nosotros, el país ha pasado por no pocas crisis políticas. Aleccionados por la experiencia adquirida, debemos imponernos como primera tarea la reestructuración política y administrativa del país, sobre la base de una nueva Constitución. Necesitamos vivir en paz y en orden democrático para salvar al país y recuperar el tiempo perdido. Los viajeros y estudiosos familiarizados con los problemas y realizaciones de los pueblos latinoamericanos, nos demuestran en forma concluyente, citando cifras y hechos, que una parte de ellos ha dejado muy atrás a la Argentina en los aspectos más importantes de la actividad científica, cultural y social. Para ponernos al día y recuperar el puesto perdido, urge rectificar los errores y apresurar la marcha. Necesitamos un nuevo estatuto constitucional, sobrio en su extensión, pero claro, profundo y acertado en el alcance de sus cláusulas bien meditadas, que deben ajustarse a una Argentina redimida de un pasado inmediato de errores, de violencias y de codicia. Hemos de asegurar de una manera efectiva y estable las libertades de opinión, de expresión y de acción política para ejercitarlas dentro de un ambiente de culta y progresiva convivencia”.

Este mensaje tiene el mérito de estar escrito por uno de los más veteranos socialistas, ya que Nicolás Repetto bordeaba los noventa y dos años al darlo a la publicidad y nunca dejó de militar en las filas del Partido Socialista Argentino. Los compañeros de la República del Plata le hicieron objeto de un homenaje de simpatía y respeto, del que tuvimos amplia información gracias a Constantino Salinas, doctor en Medicina como Repetto, refugiado entonces en aquella República, los dos ya fallecidos cuando se escriben estas líneas de recuerdo y homenaje. Repetto no era un fanático: “Ningún partido argentino –dijo– por sí solo puede resolver la crisis que padece la nación”. De él [1484] conservo una carta fechada el 27 de marzo de 1950, muy afectuosa, agradeciendo mi invitación a que colaborase en un número extraordinario de *El Socialista*. Y ya que estamos relatando opiniones de nuestros veteranos, recojamos otro episodio, verdaderamente ejemplar. En 1914, al invadir Alemania el territorio belga, faltando a la promesa de respetar sus fronteras, los socialistas de Bélgica decidieron formar parte de la Unión Sagrada, entrando en un Gobierno con liberales y católicos. Tal decisión creaba un precedente de incalculables consecuencias. Uno de los ministros socialistas era Emilio Vandervelde, la figura de más relieve del Socialismo nacional y presidente de la Internacional Socialista, cuya secretaría asumía otro belga, Camilo Huysmans. Al firmar el acta de la primera reunión verificada por el Consejo de Ministros de Bélgica en la emigración, su presidente, De Broqueville, católico conservador, preguntó a Vandervelde:

- ¿No cree usted que hay una cierta incompatibilidad entre su situación de presidente de la Internacional Socialista y la de miembro del Gobierno belga?

- Tal vez, respondió Vandervelde. Pero ese caso está bien claro: Yo soy y sigo siendo presidente de la Internacional Socialista.

Pablo Iglesias y Amparo Meliá

De cuantos entraron a formar parte de la Primera Internacional, Pablo Iglesias fue el más joven. Su título de asociado rezaba así: "Asociación Internacional de los Trabajadores. Federación Regional Española, número 57. Título de socio de la Sección de Tipógrafos de la Federación local madrileña. El compañero Paulino Iglesias, de 19 años de edad, natural de El Ferrol, de oficio tipógrafo, fue admitido en la sección el 13 de marzo de 1870. Expedido en asamblea general celebrada el 31 de diciembre de 1871. El presidente de la Sección, José Ortiz de Zarate. El secretario, J. Fernández Alonso. El socio, Paulino Iglesias. Hay un sello que dice: "Asociación Internacional de Trabajadores. Sección de Tipógrafos".

Pablo Iglesias fue afiliado posteriormente de la Asociación General del Arte de Imprimir, de Madrid, desde el 4 de mayo de 1873 hasta el 9 de diciembre de 1925, en total algo más de cincuenta y dos años. En la Asociación ingresó antes de 1873; pero al no prevalecer sus iniciativas favorables a la lucha de clases, se dio de baja, hasta que la Asociación inició tibiamente su evolución, completada por Iglesias, desde la presidencia de ese organismo, en la que perduró durante muchos años; pasó luego a la de la Federación Nacional de Tipógrafos, dejando la anterior por ser incompatibles los dos cargos. Como presidente del Arte de Imprimir, dirigió la huelga general del oficio en Madrid en 1882, que le costó ir al Saladero, como se llamaba entonces la cárcel madrileña. Allí sufrió su primera condena, a pesar de ser defendido ante los tribunales por Pí y Margall, ex presidente de la primera República. Cuando pasó a ocupar la presidencia de la Federación Nacional de Tipógrafos, la Asociación del Arte de Imprimir estaba ya consolidada por él. Todavía funcionaba en Barcelona la Unión General de Trabajadores, si bien llevando una vida lánguida en manos de Antonio García Quejido.

Al ser trasladada a Madrid, Iglesias pasó a ocupar la presidencia de la UGT, dejando, también por incompatibilidad, la de la Federación de Tipógrafos. Aunque hombre de raíz política desde su origen, puesto que la Primera Internacional ya tuvo ese matiz desde su nacimiento, Iglesias no descuidó nunca el aspecto sindical, procurando al hablar o al escribir diferenciar bien ambas posiciones.

En sus primeros tiempos Pablo Iglesias fue muy combatido e injuriado. Al cabo de los años esas campañas cesaron en parte. Hasta después de muerto algunos las han resucitado. He aquí un ejemplo: un escritor comunista, queriendo hacer historia, escribió: "Pablo Iglesias se dedicó a templar el ardor revolucionario de las masas, por ejemplo en Bilbao, a predicarles transigencia, impidiendo llevar la lucha al terreno político, que es únicamente donde se puede vencer." Pues bien, fue precisamente en Bilbao donde Iglesias actuó con más intensidad en el terreno político de clase, a fines de siglo. Hace falta ser cínico para escribir de esa manera. Otro escritor, en uno de sus libros llegó a decir que la historia del movimiento obrero podía escribirse sin citar a Iglesias. Digamos en contrapartida, que la inmensa mayoría de los escritores que han citado el nombre de Pablo Iglesias en sus publicaciones lo han hecho con respeto y muchos con admiración.

En literatura, Iglesias fue clásico. No le agradó *La risa roja*, de Andreiev, traducida por Juan A. Meliá, su hijo político, a quien se lo dijo. Gorki y los rusos, a medias. En cambio, Pérez Galdós, Valera, Pardo Bazán, Lope, Quevedo, Cervantes, Buckner, Herculano, Balzac, Darwin, Voltaire, Víctor Hugo, Dickens, Zola, Veme, Goethe, Schiller, entre otros, gozaron de su predilección. *Historia universal*, de Cesar Cantú; *Historia de España*, de Lafuente; *El Príncipe*, de Machiavelo; *Filípicas*, de Demóstenes; *Historia de Roma*, de Tito Livio; *Vidas paralelas*, de Plutarco; *Progreso humano*, de Condorcet, y *Conflictos entre la religión y la ciencia*, de Draper, figuraban en su biblioteca. Juan A. Meliá, que [1487] facilita estos datos, los amplía citando las obras de Marx, Engels y otros autores socialistas. Iglesias no utilizaba citas de autores en sus artículos de prensa, huyendo de toda pedantería. Era natural en todo y le interesaba influir directamente sobre la parte de la clase obrera a quien pudiera alcanzar su propaganda. Al fallecer, dejó sin terminar una de sus *Exhortaciones*, más un artículo dedicado a *El Liberal* de Bilbao, que dirigía Indalecio Prieto. También colaboraba en *La Libertad*, diario madrileño. Estos trabajos de Iglesias eran reproducidos en *El Socialista*, previo acuerdo con la administración de ambos diarios. Al fallecer se encontraron en su mesa dos sobres cerrados: uno, con dos mil pesetas, para *El Socialista*, y otro, con quinientas, para Candelas Mateo, su fiel sirvienta. Eran producto de sus colaboraciones en los citados diarios. Alguna vez había dicho: “Si no pudiera hacer algo, me mataría”. En efecto, hasta el momento de expirar escribió artículos para la prensa. El último miembro de la Comisión Ejecutiva que le visitó fue Fermín Blázquez. La víspera había estado Francisco Núñez Tomás, también de la Ejecutiva. En el cajón de su mesa tenía caramelos y moneditas de cincuenta céntimos, de plata, con los que obsequiaba a los hijos de Meliá, sus nietos, como él decía, y a los niños que le visitaban. Fue esclavo de su pulcritud personal, y evitaba molestar a los encargados de servirle. Le irritaba el olor a tabaco y en general todos los olores. No era rencoroso, aunque no olvidaba nada. ¡Qué peligroso es en los partidos políticos el mesianismo! Digamos, en honor a la verdad, que Pablo Iglesias hizo esfuerzos por evitarlo, contra lo que han escrito algunos excesivamente apasionados. Me ha tocado muchos años convivir en los organismos directivos con él y no recuerdo de un solo caso de actuación personal suya. Fui subdirector de *El Socialista* – de hecho, director, con toda clase de atribuciones– en vida de Iglesias y jamás me hizo la menor observación que pudiera interpretarse como advertencia de ese tipo. Aunque Pablo Iglesias habló una vez en el Ateneo de Madrid, no perteneció a dicho centro cultural, [1488] de matiz político muy acentuado. A pesar de haber dirigido *El Socialista* desde su fundación, y haber colaborado en revistas y diarios de diversa tendencia, nunca se sintió periodista ni escritor. Al pie de su nombre en las candidaturas figuraba una sola palabra: tipógrafo. Tampoco fue masón, ni aduló a su profesión ni a la región en que había nacido, ni cultivó tertulias de ninguna clase. Estuvo contadas veces en El Ferrol, donde nació. Fue suscriptor del diario madrileño *El Imparcial*, uno de los periódicos que cuidaba mejor la información internacional. Tenía facilidad para hablar y escribir. Como consagraba su tiempo a la propaganda, no cultivó su firma. Durante más de veinte años, en *El Socialista* no apareció ni un solo artículo firmado por él ni por cuantos colaboraban asiduamente en el semanario. Al dar información de los actos en que intervenía, jamás, durante aquel largo periodo, aparecieron elogios ni aplausos de ninguna clase. Los discursos, las conferencias, “habían sido bien recibidos”. Eso era todo. Desde el momento en que fue elegido diputado a Cortes, a partir de la Conjunción Republicano-Socialista, Iglesias tuvo que hacer concesiones a los hábitos de sus colaboradores circunstanciales. Digamos que dentro del propio

Partido Socialista, pasado el primer momento en que la unión contra Maura y La Cierva estaba justificada, hubo oposición a las alianzas políticas con partidos burgueses. Iglesias escribió en periódicos, pero no hizo libros ni folletos. Textos suyos fueron recogidos en un libro, cuya edición costeó Dámaso Gutiérrez Cano, gran admirador suyo, donde el propio Iglesias escogió una serie de artículos de la primera etapa, en los que brilla la doctrina marxista y guesdista, inspiradora del fundador del Socialismo español. En 1935, con intención de afianzar la posición extremista adoptada circunstancialmente por Largo Caballero, deseoso de que se olvidara su actuación en el Consejo de Estado, durante la monarquía, y en el Gobierno de coalición con los republicanos, más tarde, se publicó un libro con artículos [1489] de Pablo Iglesias, queriendo significar que había coincidencia entre el pensamiento de Iglesias y el de quienes habían lanzado el movimiento de octubre. Fue una maniobra sin éxito. Porque Iglesias también había estado durante varios años defendiendo la unión con los partidos republicanos, y hasta aceptó ser ministro sin cartera en un Gobierno presidido por Melquíades Álvarez, que pusiera en vigor el programa del líder reformista, y el proyecto fracasó porque tampoco triunfó el movimiento desarrollado en agosto de 1917, con la huelga general revolucionaria. En política, la actuación está dominada por los acontecimientos y a veces éstos desorientan a los políticos más hábiles. Insistamos en aclarar por qué Iglesias figuró en sus primeros años de actuación con el nombre de Paulino; fue el diminutivo familiar utilizado por la señora Juana Posse, su madre, a pesar de que en los documentos oficiales, en El Ferrol, figuraba el nombre de Pablo. Al llegar la entrada en quintas - se libró de ir al cuartel por ser hijo de viuda pobre- y casi simultáneamente surgir los procesos, todo se puso en claro, y a partir de entonces Iglesias utilizó siempre su verdadero nombre abandonando el diminutivo de los primeros años.

En la vida familiar de Iglesias con Amparo Meliá hubo alguna estrechez durante el primer periodo, aunque ella trabajó entonces en su oficio de pasamanería. Luego tuvieron huéspedes para ayudarse en el alquiler de una casa ya con algunas comodidades. Fue entonces cuando, en ocasión de una grave enfermedad de Iglesias, se incorporaron a la familia Inocente Calleja y un ahijado suyo. Ya instalados todos en Ferraz, 68, donde vivieron cerca de veinte años -desde 1906-, tuvieron como asistenta dedicada a Iglesias a la hija de un tipógrafo fundador, Candelas Mateo. El piso tenía tres balcones a la calle de Ferraz y desde el despacho de Iglesias se divisaba la sierra. A este despacho, con armarios y libros en abundancia, daba su dormitorio, sencillo como el de un asceta. Para leer utilizaba una butaca cerca del balcón, [1490] a fin de no cansar demasiado su vista. Solía acostarse muy tarde, aunque no se levantaba después de las nueve de la mañana. Con su gorra puesta y una manta sobre las piernas, rodeado de libros y periódicos, recibía visitas, saliendo muy raramente en sus últimos tiempos. Mientras pudo hacerlo, paseaba por Rosales con Cándido Ramírez, dueño de una zapatería en la calle de Valverde, con el que le unía antigua amistad. Ramírez era vegetariano y quería influir en Amparo para que Iglesias siguiera ese régimen, pero no lo consiguió porque ella se fiaba más de Vera. Otro amigo también de viejo origen, afiliado al Partido Socialista, fue Carlos de la Fuente, herbolario establecido en la calle de Pelayo, citado por Pérez Galdós en una de sus obras y que figura al lado de Iglesias en algunas manifestaciones del 1º de mayo.

Pablo Iglesias no gozó nunca de completa salud. Quizá contrajera su primera enfermedad en el hospicio madrileño; siempre padeció de tuberculosis, aunque nunca de carácter agudo. Su

único hermano, que había estado con Pablo en el Hospicio madrileño y había aprendido el oficio de zapatero, falleció de esa enfermedad a los diez y seis años. Casi de niño entró a trabajar de tipógrafo en imprentas madrileñas, donde ni había higiene ni los locales reunían buenas condiciones. Por otra parte, manejar el plomo tampoco era sano, y trabajar diez horas, como mínimo, en el oficio de tipógrafo no daba lugar a recuperar salud a un hombre tan frágil en ese aspecto. Estuvo enfermo en las prisiones de Málaga y Madrid, negándose a ir a la enfermería de esta última durante una de sus crisis, porque era público que en la cárcel madrileña ese lugar servía de refugio a los presos privilegiados que por recomendación o dinero se libraban de sufrir prisión en celdas ordinarias en las que siempre estuvo Iglesias. A principios de siglo, ya casado con Amparo Meliá, sufrió grave enfermedad. Fue entonces cuando Jaime Vera le tomó por su cuenta como médico y cuando Inocente Calleja, fundador con Iglesias de la Internacional y del Partido Socialista, se [1491] incorporó a la familia de Amparo e Iglesias y con sus medios económicos les ayudó eficazmente durante varios años, hasta su fallecimiento. En Valencia, el doctor Chabás, especialista en tuberculosis y amigo de la familia de Amparo Meliá, cuidó al matrimonio durante las visitas que hicieron a la capital levantina. El doctor Luis Calandre, discípulo de Cajal, y fallecido en Madrid el 1º de octubre de 1961, fue médico de Amparo Meliá, aunque también a veces reconoció a Iglesias. Jaime Vera estuvo siempre atento a sus enfermedades; además de ser amigo y correligionario, era médico de excepcional preparación; cuando al perder la vista se creyó imposibilitado de asistir a Iglesias, encargó al doctor Francisco Huertas que le sustituyera; así lo hizo éste, reclamando a veces consulta de médicos, interviniendo Marañón en alguna ocasión. Francisco Huertas había nacido en 1847, tres años antes que Iglesias, en Alcuéscar (Cáceres), y falleció en Madrid el 13 de diciembre de 1933. En su pueblo natal tiene un busto, obra de Emiliano Barral. Huertas fue quien certificó la defunción del fundador del Socialismo español.

Trasladado el cadáver embalsamado de Pablo Iglesias a la Casa del Pueblo, fue expuesto al público durante dos días en el salón de la planta baja. Día y noche desfilaron por allí millares de personas de todas las clases sociales. Hasta Sánchez Guerra, el hombre que llevó a cabo las mayores felonías durante la represión de la huelga de agosto de 1917, estuvo en la Casa del Pueblo, quizá como descargo de su conciencia. Casi doscientas coronas fueron entregadas en el local social, depositadas en la planta baja, por pasillos y dependencias. Todas fueron colocadas en coches y luego, en la inhumación del cadáver, dispuestas alrededor de su tumba en el Cementerio civil. Madrid no conoció nunca una manifestación de tal magnitud como la rendida por el pueblo español al acompañar los restos de Iglesias hasta el cementerio. Acudieron numerosas comisiones de provincias expresamente a tomar parte en tan grandioso acto de solidaridad. Todas las [1492] banderas de las organizaciones obreras figuraron en la comitiva con crespones negros. Hasta cerca de las cuatro de la tarde no pudo ser enterrado Pablo Iglesias porque el desfile delante de sus restos, a la puerta del Cementerio civil, duró varias horas. Julián Besteiro pronunció un emocionante discurso de despedida. De todos aquellos actos se hicieron infinidad de fotografías que aparecieron en periódicos y revistas de diversas tendencias.

Al fallecer Pablo Iglesias era presidente de la Agrupación Socialista de Madrid Luis Fernández, secretario de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, y secretario, Feliciano Martín. El Comité designó a Luis Fernández y a Feliciano Martín para gestionar de la Dirección de Segu-

ridad la forma de llevar el cadáver ya embalsamado y expuesto al público, en la Casa del Pueblo, hasta el Cementerio civil. El director general de Policía les autorizó sin dificultad de ninguna clase para lo que deseaban, pero les rogó fueran al teatro de la Princesa -todavía no se llamaba de María Guerrero-, donde había función de gala con asistencia de los reyes, y en cuyo vestíbulo estaba Fenoll, jefe de la brigada social, para decirle lo que se iba a hacer con el cadáver de Iglesias: “No para que modifique el permiso que yo les doy –dijo–, sino para que lo sepa”. Fueron al citado teatro los dos comisionados de la Agrupación Socialista, y antes de que expusieran el objeto de la entrevista, les dijo: “Me enteré enseguida de la autorización dada por el director general, y al pasar por aquí Alfonso XIII, se lo he comunicado, contestándome: ‘Sí, ya lo sé, ha desaparecido uno de los ejemplares más representativos de nuestra raza’”.

La Casa del Pueblo y la Agrupación Socialista designaron a Manuel Muiño y Feliciano Martín para que organizaran cuanto tuviera relación con la manifestación de duelo que iba a dar lugar el traslado de los restos de Pablo Iglesias desde la Casa del Pueblo hasta el Cementerio civil. Imponente fue la masa que siguió los restos de Iglesias, pero [1493] no menor importancia tuvo la que presenció el desfile, desde los andenes, de aquella multitud tan extraordinaria.

El ayuntamiento de Madrid, a propuesta mía –reintegrado a mi cargo en el municipio–, abrió concurso para premiar una obra que perpetuara en un monumento público a Pablo Iglesias y sus ideales. Fueron elegidos como autores del proyecto premiado Santiago Esteban de la Mora, arquitecto; Luis Quintanilla, pintor, y Emiliano Barral, escultor. El monumento fue erigido en el paseo de Rosales, y en su inauguración intervino la Banda municipal, pronunciando discursos Indalecio Prieto y Pedro Rico. La guerra civil terminó bárbaramente con tan artística y emotiva obra, erigida al aire libre, en el paseo tantas veces frecuentado por Pablo Iglesias en sus últimos años.

Amparo Meliá estuvo casada en Valencia con Vicente Almela, tipógrafo socialista, fundador, como ella, de la Agrupación Socialista allí creada. Tuvieron un hijo, pero a raíz de ciertas discrepancias en la entidad socialista valenciana, el matrimonio se separó, y Amparo, carácter fuerte y decidido, se lanzó a la aventura con su hijo de ocho años de la mano y se instaló en Alicante; desde allí escribió a Iglesias, que era visita de su casa cuando iba a Valencia, anunciándole que de ninguna manera regresaría a su hogar valenciano. Al llegar a Madrid, Iglesias llevó a la madre y al hijo a casa de una familia socialista que vivía en un hotelito en Carabanchel. Deshecha económicamente aquella admirable familia, Amparo se decidió a trabajar por su cuenta, y Pablo Iglesias buscó a la madre y al hijo una vivienda modesta en la calle del Bastero, distrito de La Latina. Hasta que un día, Iglesias, que vivía en pensión lejos de aquel hogar, decidió unir su suerte a la de Amparo Meliá, tomando a su cargo, como un hijo, a Juanito, procurando darle una instrucción adecuada. Amparo era diabética, padecía del corazón, y veinte años después de la muerte de Iglesias, falleció a los ochenta y cinco años, en Valencia, su sueño dorado y ciudad natal [1493], el 30 de enero de 1945 al lado de Candelas Mateo, en completo aislamiento, bajo el régimen franquista, que la había privado de la modesta pensión de diez mil pesetas anuales concedidas por el Parlamento de la República, en memoria del fundador del Socialismo español.

Al desaparecer Iglesias, su viuda me hizo entrega del archivo particular de su compañero. Lo tuvo en su poder, en la redacción de *El Socialista*, Antonio Atienza, fundador del Partido, compenetrado como nadie con Iglesias. Morato me pidió permiso para tomar datos de ese

archivo con destino a uno de sus libros, cuando ya había reingresado en el Partido, después de cerca de treinta años de aislamiento, durante los cuales no faltaron alfilerazos contra el propio Iglesias, que había sido para él como un padre al perder el suyo. Los libros que también me fueron cedidos los deposité en la biblioteca de la Casa del Pueblo, mediante inventario. Los componedores y las pinzas que Pablo Iglesias utilizó mientras ejerció su oficio de tipógrafo —yo conservo igualmente los míos, cuando escribo estas líneas— se los entregué a Atienza, quien los depositó en la Escuela de Aprendices Tipógrafos. A instancias de Emiliano M. Aguilera, fueron donados al Museo Municipal instalado en el Hospicio, precisamente donde iglesias había aprendido su oficio. Allí estuvieron durante años. Hubo con ese motivo un acto en el que hablaron Aguilera y Ovejero. Al triunfar el fascismo, los útiles de trabajo de Iglesias como tipógrafo desaparecieron de la vitrina donde estaban expuestos, muy cerca de donde figuró el vaciado de una mano de Castelar. En esos locales del Hospicio se creó un grupo escolar al que, a propuesta mía, el Municipio dio el nombre de Pablo Iglesias. De él fue director Dionisio Prieto, refugiado luego durante años en Francia. A propuesta de Indalecio Prieto, el primer Gobierno de la República puso en circulación unos sellos de correos de Pablo Iglesias, admirablemente dibujados. Otro Gobierno posterior, con elementos de Lerroux y de la CEDA, ordenó fueran retirados. En El Ferrol la República [1493] creó un grupo escolar al que puso el nombre de Pablo Iglesias. *El Socialista* estuvo dedicado durante muchos días, después del sepelio de Iglesias, a publicar telegramas, cartas y avisos relacionados con tan infausto acontecimiento. De todas las provincias españolas llegaron testimonios de pésame, así como de Europa y América. La Internacional Socialista envió una corona especialmente dedicada. De Portugal hubo una delegación directa.

La última vez que vi a Pablo Iglesias

El 1º de diciembre de 1925, días antes de que se reuniera en Ámsterdam el Consejo General de la FSI, en cuyas deliberaciones había de intervenir en nombre de la Unión General de Trabajadores, acudí a casa de Pablo Iglesias a despedirme de él, como era mi deber hacerlo cada vez que emprendía un viaje de relativa importancia. Aquél, por la situación creada en el seno de la Federación Sindical Internacional, era de extraordinario interés. Fue la última vez que vi a Pablo Iglesias. Cuando llegué estaba sentado en su butaca de mimbre, cerca del balcón que daba a la calle de Ferraz, con vistas sobre el parque del Oeste y la sierra madrileña. Una manta rodeaba sus piernas y su cabeza la cubría una gorrilla que hacía más bellos aún los ojos inolvidables de Iglesias. Había libros y periódicos por toda la habitación, y en una silla inmediata los que estaba utilizando aquella tarde. Me senté a su lado, y di cuenta a Iglesias de mi próxima salida hacia Holanda, informándole acerca de los problemas relacionados con el frente único iniciado por los rusos y estimulado por los ingleses, temas que Iglesias conocía al detalle, como cuantos se relacionaban con el movimiento obrero internacional. Le informe igualmente de los trabajos que yo tenía pendientes en la secretaría del Partido, así como de [1496] los avances, lentos pero continuos, de *El Socialista*, obsesión de aquel hombre excepcional a quien la clase trabajadora española nunca olvidará. Al despedirnos, nada hacía presagiar que aquella fuera la última entrevista. En la Redacción del diario trabajaban, entre otros, Antonio Atienza, Francisco Núñez Tomás y Cayetano Redondo, tipógrafos los tres, con los que yo estaba íntimamente

compenetrado. Fueron ellos quienes afrontaron la publicación de *El Socialista* dando la triste noticia de la muerte de nuestro inolvidable director. En el artículo de fondo, redactado por Núñez Tomás, se dio cuenta a los lectores de cómo se había extinguido para siempre aquella vida ejemplar. He aquí algo de lo que el diario socialista insertó en su primera plana el día 10 de diciembre de 1925:

“No más lejos del lunes, cuando ya la familia había advertido síntomas alarmantes de los estragos que la enfermedad hacía en la quebrantada naturaleza de Iglesias, el Abuelo queridísimo recibía la visita de nuestro entrañable camarada Julián Besteiro y sostenía con éste una larga e interesante conversación que se prolongó durante dos horas y en la que Iglesias demostró, como siempre, su característica clarividencia y el vigor de su pensamiento, elaborado en un cerebro de talento excepcional. Iglesias no quería rendirse a la muerte y con ella luchaba a manotazos, pensando en que le quedaba mucho por realizar en su labor educativa y de emancipación de los trabajadores. Realmente, la muerte le ha sorprendido junto al yunque, como forjador incansable que deleita su espíritu con la ruda tarea y logra sacar del cansancio fuerzas renovadas para una obra de generosidad y excelsitud ilimitadas.

La visita de Besteiro fue el día 7. El 5 se había despedido de Iglesias Manuel Vigil, al cual encargó un saludo para los delegados al Congreso de la Federación Socialista Asturiana, que se reunía el día 6 en la capital ovetense. El 7 le visitó el doctor Huertas, quien al reconocerle se mostró muy pesimista. Con la visita del ilustre médico [1497] coincidió, prevenido por Amparo, la de Besteiro. El miércoles por la mañana habló brevemente con él Fermín Blázquez, el último de los camaradas de las Ejecutivas que estuvo en contacto con el maestro.

La tarde del 9, cuando Iglesias no reaccionaba, llegó a aquella casa Matías Gómez Latorre, otro de los fundadores, el más compenetrado con Iglesias, que tuvo el triste privilegio de verle expirar, en unión de las tres admirables mujeres que fueron su consuelo a lo largo de su vida: Amparo Meliá, su viuda; María Cases, esposa de Vigil, sobrina de Amparo; y Candelas, huérfana de un tipógrafo, Enrique Mateo, como hermano de Iglesias, y a quien dio palabra de hacer por su hija cuanto fuera preciso para que no se sintiera abandonada al quedarse huérfana.

Gómez Latorre tenía escrita desde hacía varios años una biografía de Iglesias para ser publicada en su momento. Una de las tardes que sostuvieron charla agradable los dos veteranos, Iglesias le pidió que le dejara leer lo que había escrito. Así lo hizo Matías y el Abuelo fue tan correcto que no le hizo la menor observación, a pesar de que en el relato había algunos errores, naturalmente de poca importancia. Aquel relato sirvió para que Iglesias protestara contra los elogios que le prodigaba su amigo del alma, como narró Gómez Latorre en una de sus crónicas.

Cuando Iglesias falleció era su médico de cabecera el de la Mutualidad Obrera, a la que perteneció desde que fue creada, doctor Huarte. Pero fue Jaime Vera, que le había cuidado durante varios años, quien pidió a su íntimo amigo doctor Francisco Huertas que vigilara la vida de Iglesias como si se tratara de la suya propia, legado espiritual que cumplió con exquisito celo tan eminente hombre de ciencia. Los doctores Huertas y Huarte, por tanto, embalsamaron el cadáver de Pablo Iglesias, que fue trasladado a la Casa del Pueblo la noche del jueves 10 de diciembre”.

[1498] *Besteiro despide a Iglesias en el Cementerio civil de Madrid*

“Compañeros: Es preciso que nos revistamos de la necesaria fortaleza para cumplir hasta el fin este penoso y triste deber. Bien hubiésemos querido que esta multitud enorme que ha acompañado los restos de Iglesias hasta el Cementerio hubiese permanecido con nosotros hasta consumar el acto del sepelio. Ya veis que es imposible. Este campo, que contiene ya tantas memorias queridas para nosotros, es demasiado pequeño para el grandioso amor que todos tenemos al Abuelo. Es preciso que os resignéis a darle el último adiós. Despedíos de él y desfilad en silencio. Yo espero que en último término no saldréis deprimidos, sino fortalecidos. Iglesias derramó su espíritu sobre la multitud y todos llevamos algo del tesoro moral que nos legó Iglesias incorporado a nuestra vida.

Yo quiero decir que a este espíritu de Iglesias que vive en nosotros hemos de hacerle un nido de amores en nuestro corazón. Que el alma del maestro vibre en nuestras palabras y en nuestros actos; que inspire nuestra conducta en la vida familiar y social; que mueva nuestros brazos en el trabajo y ennoblezca y eleve nuestras horas de reposo.

Compañeros: Iglesias fue un sembrador. La semilla que él sembró ha producido ya tallos sanos y troncos robustos. Ha producido también flores y frutos. Sembrad vosotros esa semilla también, hasta que en toda la extensión de nuestro país nazca un bosque robusto y espeso, en cuyas enramadas palpite la vida y cante himnos alados a la memoria de este hombre y a la eternidad de sus grandes ideales”.- Julián Besteiro, a la puerta del Cementerio civil de Madrid, al lado de los restos de Pablo Iglesias.

[1499] *La casa donde nació Iglesias*

¿Existirá aún la casa donde nació Pablo Iglesias en El Ferrol? ¿Se conservará la lápida que le dedicó el Ayuntamiento de dicha población en tiempos de la monarquía, rigiendo dictatorialmente los destinos de España el general Primo de Rivera? He aquí el texto que entonces fue descubierto en la fachada de la casa donde nació el principal fundador del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores:

“El 18 de octubre de 1850 nació en esta casa D. Pablo Iglesias Posse, apóstol y fundador del Socialismo en España. Falleció en Madrid el 9 de diciembre de 1925. En justo homenaje a su vida austera, al temple heroico de su voluntad y a la honradez de su conducta, El Ferrol le dedicó este recuerdo el 9 de diciembre de 1927”.

Un elogio oficial

El jefe de la oficina de Información facilitó ayer, 11 de diciembre de 1925, la siguiente nota del Presidente del Consejo: “El Gobierno ha autorizado que la conducción del cadáver de Pablo Iglesias desde la calle de Piamonte hasta el cementerio del Este, se verifique el domingo, y como supone que la concurrencia a este acto será grande, hará tomar las medidas de orden precisas para que no se desvirtúe el justo homenaje que las clases trabajadoras quieren rendir al que fue constante defensor de sus aspiraciones y llevó una vida de austeridad y honradez que le granjearon general estimación”.

“En la sesión plenaria celebrada por el Ayuntamiento pidió el alcalde, conde de Vallengano, que constase en acta el sentimiento de la Corporación por la muerte de Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista. Fue el señor Iglesias –dijo el conde de Vallengano– dos veces concejal por Madrid y en ambas supo mostrarse tan austero administrador [1500] de los intereses del Municipio como entusiasta de toda obra que redundase en beneficio del pueblo. Fue –añadió– el creador de una fuerza de opinión encauzada en un partido que ha permitido al obrero lograr sus fines societarios sin violencias censurables. El señor Carnicer habló a continuación para suscribir las palabras del alcalde y solicitar que se nombrase una Comisión de concejales que asista al entierro en representación del Ayuntamiento de Madrid. Se adhirieron igualmente a ambas propuestas los señores Martín, Vallejo y Arteaga, quien elogió la vida de austeridad y trabajo del que fue líder de los socialistas españoles. El pleno acuerda que conste en acta su sentimiento por la muerte del jefe socialista y que el Ayuntamiento asista al entierro representado por cuantos concejales deseen rendir al finado este tributo de consideración y respeto”. (De la prensa madrileña).

Las mujeres de Pablo Iglesias

No te alarmes, lector. Pablo Iglesias tuvo una vida privada tan inmaculada como su vida pública, y si hablamos de las mujeres del Abuelo lo hacemos para rendir un homenaje de respeto y de fidelidad a la memoria de la que fue su compañera y su esposa, Amparo Meliá, fallecida en Valencia en un ambiente de tristeza y de opresión que no habrá dejado de amargar los últimos trances de tan venerable anciana.

Pablo Iglesias, a lo largo de su dilatada y gloriosa existencia, tuvo tres mujeres que le adoraron con frenesí: su madre, Juana Posse; su compañera, Amparo Meliá, y Candelas Mateo, huérfana recogida por Amparo e Iglesias cuando perdió a sus padres en Madrid, que cuidaba al Abuelo con tal cariño como si fuera su propia hija.

Se ha hablado tanto de la niñez de Iglesias que no creo necesario repetir nada de ello en este momento. Cuando se escapó del Hospicio madrileño, se instaló con su madre en una pobre casa de la calle del [1501] Amparo, donde vivieron muchos años. La juventud de Pablo Iglesias estuvo dedicada por completo a las ideas y a su madre. Recuérdese que a los veinte años ingresaba en la Asociación del Arte de Imprimir de Madrid, y que durante largo tiempo, los años más floridos de su vida, todos sus amores fueron para la organización obrera de las Artes Gráficas, laboratorio de ensayo que le sirvió de base para la creación de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español de un lado, y para adorar y cuidar a su madre con fidelidad inigualable, hasta que la perdió para siempre.

Lejos de ser cierto que el Socialismo deshace la familia, en cuantas ocasiones tuvo, Iglesias predicó el amor de la familia, propagando entre la clase obrera las más puras y honestas costumbres en el hogar, el cariño a la madre, a la esposa y a los hijos. En tanto vivió su madre, Iglesias no sólo no contrajo matrimonio, sino que con ella vivió como un hijo modelo, y en su compañía, a ella consagrado, llegó a los cuarenta años cumplidos, cuando la juventud estaba pasando y comenzaba la madurez. Fue entonces cuando cambió su vida, al iniciarse las relaciones entre Amparo y Pablo. En Valencia, Amparo había contraído matrimonio con Vicente Almela,

tipógrafo socialista, con el que tuvo un hijo, Juanito Almela Meliá, en cuyo hogar se albergó Iglesias alguna vez, en los viajes que realizó a la capital levantina, por necesidades de la propaganda. Ambos pertenecían a la Agrupación Socialista, dentro de la cual surgió un cisma que dividió también al matrimonio. La vida se hizo imposible en el hogar, especialmente por el carácter impetuoso de Amparo, mujer de personalidad propia. Sin informar de nada a Iglesias se trasladó a Alicante llevándose a su hijo, acogida por correligionarios ya conocidos y desde allí escribió a Iglesias, informándole de su decisión y solicitando su consejo. Invitada a ir a Madrid, Iglesias instaló madre e hijo, niño de ocho años, en casa de una familia bien acomodada, cuyo dueño pertenecía a la Agrupación Socialista y sostenía a su vez a numerosos hijos. En aquel hogar de idealistas, Amparo fue una colaboradora [1502] más en el trabajo que regentaba el dueño. Las ideas y la compenetración hicieron el milagro de unir a aquellos dos seres, a quienes por distintos motivos la desgracia acababa de atenazar, y más tarde, cuando Amparo se quedó viuda, contrajo matrimonio civil con el Abuelo, consagrando ante la ley una unión que el amor y la mutua compenetración habían santificado previamente.

Cuanto hemos visitado la casa de Iglesias sabemos lo que en ella significaban Amparo Meliá y su hijo querido, Juan Almela Meliá. Querido por los dos, porque Iglesias fue un padre para Juanito y un abuelo embelesado con los que llamaba nietos. Sin su celo y actividad prodigiosa, el Abuelo no habría podido prolongar tantos años su atormentada existencia. Más de una vez dijo el doctor Vera que gracias a los cuidados de Amparo la vida de Pablo se prolongaba todo lo posible. Este mismo comentario elogioso lo repetía el doctor Huertas, cuando, fallecido Vera, él fue encargado de sustituirle en el cuidado de aquella vida siempre en peligro por viejas dolencias, iniciadas en el hospicio madrileño.

Vivir al lado de Iglesias fue un placer y un sufrimiento. Un placer porque lo era convivir con aquel genio creador, corazón de oro, de sentimientos finos y delicados, que siempre sabía disculparlo y comprender lo todo. Un sufrimiento, sobre todo para Amparo Meliá, porque Iglesia no fue nunca amigo de fiestas, de reuniones de sociedad, de viajes ni de excursiones de recreo. Para él, todo el tiempo era poco para recibir visitas de correligionarios y amigos, para contestar su numerosa correspondencia, siempre consagrada a problemas del Partido y de la organización obrera, preparar actos de propaganda e intervenir más tarde en debates municipales o parlamentarios, en congresos internacionales o en mítines de Conjunción con personalidades del republicanismo, durante años, a partir de 1909. Era Amparo quien tenía que estar pendiente de todos los detalles de la vida de Iglesias, que jamás tuvo secretario [1503] particular, habiendo sido acaso el hombre que más correspondencia y visitas haya recibido, dentro y fuera del Partido Socialista.

Amparo era más joven que Iglesias. En una de sus últimas cartas que yo recibí en Tarbes (Francia), escrita por un correligionario y familiar de la viuda de Iglesias, ésta decía que estaba casi ciega y bien lo comprobaba yo al observar la irregularidad de los trazos con que había firmado. Como cuando vivía el Abuelo, Amparo me preguntaba en su última carta con todo cariño e interés por mi madre. Una y otra sucumbieron al fin. Amparo Meliá era socialista antes de conocer a Pablo Iglesias y siguió siéndolo después de la muerte del guía espiritual del proletariado español. ¡Cuánto sufriría la pobre, anciana durante aquellos años terribles de venganzas, torturas, fusilamientos, viendo perseguidos y dispersos a los que tenían fe ardorosa en los ideales

redentores de Pablo Iglesias! Cuando falleció Amparo la derrota del fascismo italiano y alemán estaba asegurada, pero no tuvo la alegría de ver que esa derrota llegara a España, de que hubiera sido posible reunirse de nuevo con su amado hijo y sus idolatrados nietos. Porque Amparo Meliá, cuando me escribía desde Valencia, su mayor preocupación era Juanito y sus nietos. ¡Qué madraza era! Su hijo y sus nietos estaban en México, como estuvimos por el resto del mundo muchos otros socialistas, hijos y nietos espirituales de Pablo Iglesias. Cuando se redactan esas líneas de emocionado recuerdo, Juan Almela Meliá ya había fallecido en México, según me informaron sus hijos, a edad avanzada.

Candelas fue la tercera mujer de Pablo Iglesias. El espíritu de sacrificio, la abnegación y el cariño que Candelas sentía por el Abuelo no es fácil de imaginar. En los días tristes y penosos en que el anciano desfallecía en el sillón de su despacho, rodeado de mantas y de libros, los visitantes adivinábamos en los ojos de Candelas cómo habríamos de encontrarle y sus lágrimas no eran fingidas, como su alegría era sincera cuando al abrirnos la puerta de aquel histórico hogar, visitado por [1504] tanta gente, por encontrarse Iglesias relativamente normal, nos conducía con ilusión mal contenida hacia su cuarto de trabajo.

El padre de Candelas fue un tipógrafo madrileño, fundador, gran amigo de Iglesias y de Morato, y al desaparecer de la vida, Amparo e Iglesias recogieron a la pobre niña, que no tuvo jamás otra familia. Cuando salimos de España, Candelas seguía al lado de Amparo; cuando recibimos la noticia del fallecimiento de la viuda de Iglesias, con ella continuaba su amiga y servidora. Estamos bien seguros de que hasta el último instante, Candelas habrá cuidado de Amparo Meliá con el cariño de una hija o de una hermana. La grandeza moral de las mujeres de Pablo Iglesias estuvo a la altura de la grandeza moral del principal creador de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista. Este es el mejor elogio que podemos hacer de las mujeres de Pablo Iglesias.

Una vida de amor y de firmeza

“Cuando comparamos nuestros recuerdos más lejanos de la vida de Iglesias con las últimas impresiones de las palabras pronunciadas por él, la imagen que ha de perdurar en nosotros aparece grabada con firmes caracteres en nuestro espíritu.

El Pablo Iglesias de nuestro recuerdo imborrable es el anciano de cabellos blancos y de tez pálida, de cerviz inclinada al peso del dolor, de voz doliente y pausada, pero firme y segura en la expresión del pensamiento; de letra temblorosa, pero perfectamente ordenada, dócil y sumisa al servicio de un razonamiento vigoroso. Es el privilegio de una senectud verdaderamente noble, en la cual todos los valores que ha producido una vida larga de abnegación y de trabajo se condensan en una materialidad sutil, serena y constante, aliada a la espiritualidad verdaderamente imperecedera.

Hoy, en el silencio y soledad de nuestra tristeza, contemplamos [1505] esa imagen del amigo, del compañero y del maestro como una joya de valor inapreciable, hecha de transparencia y de diafanidad, pero también de resistencia invencible. La muerte no nos separa de Iglesias. La imagen de su vida de ternura, de amor y de firmeza queda definitivamente incorporada al tesoro moral de nuestra conciencia de hombres libres, demócratas, obreros del ideal inmortal del

La capa del Abuelo

“Aquella fría mañana de diciembre de 1925, Fernando de los Ríos y yo íbamos juntos entre las primeras filas de inmensa muchedumbre que acompañaba el cadáver de Pablo Iglesias camino del cementerio civil de Madrid. Marchábamos silenciosos, recogidos dentro de nosotros mismos. Fernando rompió el silencio para decirme: ‘Dos hombres han revolucionado por igual la conciencia española: don Francisco Giner y Pablo Iglesias. ¿No lo cree usted así?’.

Me volví, y contemplando el gentío que, como enorme mancha negra, cubría la calle de Alcalá, contesté: ‘Temo que, muerto Iglesias, no pueda recogerse en toda su vastedad la fuerza que representa esta adhesión casi increíble que hoy se le rinde’. El acompañamiento no se reducía a los afiliados al Partido Socialista y a los militantes de la Unión General de Trabajadores, cuyas presidencias dejaba vacante el finado: componíanlo también muchísimos más ciudadanos de tendencias democráticas, en extensa masa de simpatías circundantes. Pasé mi mirada por cuantos formaban la presidencia del duelo y no encontré, ni sumándolos todos, la sustitución, aunque allí figurasen Besteiro, Largo Caballero y el propio De los Ríos. Ninguno, por altos que fueran sus méritos, tenía la atracción simbólica del Abuelo, como cariñosamente llamábamos a Iglesias, atracción lograda en los tres cuartos de siglo de su intensa vida.

[1506] Realmente, yo había eludido contestar de modo directo la pregunta de mi amigo, temiendo herirle. El era un universitario y yo un hombre de la calle. El, en su calidad de intelectual, veneraba a Giner, que, además de pariente, había sido su maestro; yo no había tenido más maestro que aquél cuyo cadáver seguíamos, y no podía medir con igual metro a los dos. Giner de los Ríos había conseguido ciertamente algunas incrustaciones liberales en la reaccionaria pedagogía española, pero nunca llegó –y no podía llegar desde el estrecho círculo en que se movía rigiendo la Institución Libre de Enseñanza– al corazón del pueblo. Su obra, desde luego meritoria, no alcanzó tanta hondura como la de Pablo Iglesias ¿Hubiese Giner de los Ríos reunido nunca en torno suyo, ni vivo ni muerto, la multitud, constituida por gran parte del vecindario madrileño y por representaciones de toda España, congregada aquella mañana invernal para tributar homenaje a Iglesias? Al volver del entierro, me puse a escribir un artículo acerca del acto en que acababa de participar. Sobre la mesa tenía *El Debate* que, de conformidad con las mañas sinuosas de su director, don Ángel Herrera, dedicaba varios renglones desdeñosos a Pablo Iglesias, achacándole falta de cultura. Aquel suelto del diario católico me sirvió de tema. ¿En qué Universidad, pregunté a *El Debate*, cursó Jesús de Nazaret? ¿Y qué aulas frecuentaron los doce apóstoles?

Distaba Iglesias de ser hombre inculto, si bien su cultura habría podido ser mayor, dada su luminosa inteligencia. ¿Pero cabía reprochárselo, ni con caridad ni con justicia, el no haberla ampliado más? Para tal reproche resultaba necesario olvidar su dramática infancia de huérfano y hospiciano, su mocedad de tipógrafo inhumanamente explotado en largas jornadas de trabajo sin margen para el estudio, pues apenas permitían breves horas de sueño, y olvidar el resto de su vida, consagrada por entero a tarea tan espinosa como organizar y alentar a los trabajadores españoles, de quienes fue gran educador. Supo enseñarles grandes verdades: que se les hacía

víctimas de tremenda injusticia, que se les [1507] arrebatava inicuaamente buena parte del producto de su trabajo, que tenían derecho a que sus hijos no vivieran en la miseria, en fin, esas verdades que hoy reconoce todo el mundo y que entonces valían befas, injurias y calumnias.

El escarnio no corría a cargo exclusivamente de sectores de derecha. Solía ser más denso y más constante de parte de anarquistas y republicanos. Si se repasasen viejas colecciones de periódicos ácratas se encontraría ataques tan virulentos contra los socialistas como contra los capitalistas. En opinión del anarquismo, Iglesias y cuantos le seguían eran miserables embaucadores de la clase proletaria, ‘adormideras’, según epíteto entonces de moda. Para los republicanos, Iglesias estaba vendido a la monarquía, percibiendo subvenciones del ‘Fondo de reptiles’, denominación dada a los fondos secretos repartidos por el ministerio de la Gobernación. Pero el Abuelo, impertérrito, sostenía que la acción directa, con su sistema de atentados personales preconizada por el anarquismo, no servía para emancipar a los obreros, quienes encontrarían armas adecuadas de defensa y ataque robusteciendo su organización sindical y ejerciendo sus derechos políticos, y que la República, aunque supusiera un avance, no equivalía a la redención del proletariado. En Barcelona, Valencia, Coruña y Gijón, donde los republicanos tenían arraigo uníanse invariablemente contra los socialistas. Tales enconos que desde cerca sitiaban a Iglesias, ¿no contribuirían a acrecer su aspereza política, acentuando el retraimiento y la separación respecto de anarquistas y republicanos? Probablemente. Sin embargo, correspondía a su carácter la rigidez, y por ella aparecieron más bruscas sus evoluciones tácticas. Los primeros socialistas españoles expatriados –luego los ha habido a miles– fueron tres concejales de Bilbao: Facundo Perezagua, Felipe Carretero y Toribio Pascual, que pasaron la frontera pirenaica a raíz de condenarlos un Consejo de guerra. Iglesias censuró aquella expatriación porque, a su juicio, debieron haber ido los tres a presidio. Y cuando después las esposas de los dos primeros y la madre [1508] del último firmaron una solicitud de indulto, se enfadó más.

La primera coalición de republicanos y socialistas conciértase, quebrantándose cánones estatutarios, el año 1907 para unas elecciones de diputados provinciales en Bilbao. Entre dos candidatos republicanos va Facundo Perezagua, íntimo amigo de Iglesias. Este protesta vehementemente. Pero dos años más tarde, tras el fusilamiento de Francisco Ferrer, habrá de patrocinar la Conjunción Republicano-Socialista y la defenderá obstinadamente mientras muchos correligionarios, cansados de ella, quieren deshacerla. Y merced a la Conjunción tendrá acceso en 1910 al Congreso, donde permanece como único diputado socialista hasta que, en 1918, Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Daniel Anguiano Andrés Saborit y yo acudimos a secundarle. Llegamos muy a tiempo, pues ya el maestro, minadísima su salud, apenas podía acudir a las sesiones parlamentarias. Antes de 1910 el único contacto electoral con los republicanos admitido por Iglesias fue que los federales madrileños cubriesen requisitos legales para que él y Jaime Vera pudieran presentar su candidatura que recogía varios centenares de sufragios con idéntica brusquedad saltó desde su implacable crítica del atentado personal a predicarlo, entre tempestuosas protestas, en el Congreso contra don Antonio Maura, acusado, juntamente con La Cierva, de la desmedida represión del año nuevo en Barcelona.

Por primera vez habla desde tribuna no exclusivamente obrera en una conferencia en la Asociación de la Prensa de Madrid, invitado por el primer presidente de ésta, don Miguel Moya. Luego ocupa otras tribunas, con oradores republicanos e incluso monárquicos liberales, para

protestar contra los tormentos infligidos a varios anarquistas en la fortaleza de Montjuich, tormentos que vengó Angiolillo matando a Cánovas Y por primera vez su pluma rebasa las columnas de los periódicos del partido para colaborar en *Vida Nueva*, semanario que fundan escritores de la llamada [1509] generación del 98 y donde se da a conocer Ciges Aparicio publicando sus memorias de preso en Cuba, y donde escriben Pí y Ricardo Baroja, Ramiro de Maeztu, Rodrigo Soriano, Vicente Blasco Ibáñez... Pero agredido desde las mismas páginas de *Vida Nueva*, por José Nakens, caudillo del republicanismo anticlerical, Iglesias retira su colaboración y se recluye de nuevo en *El Socialista*.

Subsisten entonces todavía grotescas e infamantes leyendas: el Abuelo viste costosísimos abrigos de pieles, de los que se despoja cuando aparece ante asambleas de trabajadores; viaje por ferrocarril en primera clase y abandona cómoda butaca para sentarse en duro banco de tercera clase, cambiando de vagón en cualquier apeadero inmediato a la estación donde le aguardan sus compañeros, y se teje una leyenda de riquezas a cuenta de algunas casucas que un íntimo amigo, soltero y sin descendencia, le legó en El Escorial. Nadie ha visto jamás a Pablo Iglesias con gabán, ni de piel ni de paño, pues su prenda de invierno fue siempre su castiza capa española, su capa marrón oscuro en la que seguía envolviéndose, ya próximo a morir, para tomar el sol cerca de su domicilio en la calle de Ferraz, en el inmediato paseo de Rosales, donde al cruzarse con él los albañiles que, abandonando la obra, iban a comer, le saludaban quitándose sus gorrillas, del mismo modo que también se destocaban los oficinistas, quitándose sus sombreros.

No hay de Pablo Iglesias una verdadera biografía, pues la escrita por Julián Zugazagoitia, que sólo conoció al Abuelo en sus últimos años, ya sin energías, es muy incompleta. Y será difícil hacerla. Fuera de sus discursos parlamentarios, ninguno, que yo sepa, fue copiado taquigráficamente. Las colecciones de periódicos que publicaron extractos de sus discursos de propaganda –los más y los mejores– ardieron en hogares encendidos por el franquismo para destruir todo lo vitando, ese franquismo que, en su odio inextinguible e idiota, acaba de suprimir de una exposición filatélica la estampilla de Pablo Iglesias que, desde el ministerio de Hacienda, mandé yo editar y que sirvió para franqueo de cartas del interior durante el régimen republicano, estampilla que, además de interés histórico, tiene el artístico de ser una de las mejores dibujadas y troqueladas. De discursos de Iglesias sólo existía un folleto y será punto menos que imposible encontrar ejemplares, reproduciendo, aunque no íntegramente, su controversia en Santander con el federal Coll y Puig, director de *La Voz Montañesa* (Va en este libro.- A. S.)

Mas aunque se dispusiera de todos sus discursos, no servirían para biografiar al Abuelo, porque lo mejor son millares y millares de cartas que nos dirigía a todos, con cualquier motivo, para aleccionarnos. Isidoro R. Acevedo ha recogido en un tomo cien de dichas cartas, y no entre las mejores. Se han perdido casi todas. Yo, por ejemplo, que tenía muchas, no conservo ninguna. Guardábalas en mi despacho de Bilbao, cuyos muebles, puestos en venta judicial, no quiso comprar nadie, habiéndolos adquirido en cien pesetas –cien pesetas para responder de una multa de cien millones– un entrañable amigo, a quien agradezco semejante rasgo de afecto, como agradezco a los demás bilbaínos el gesto de no comparecer nadie a las tres subastas que anunció el Juzgado.

Falto de salud para otras actividades, Pablo Iglesias las limitó sus últimos años a escribir. Ya ni siquiera presidía en su domicilio a las Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de

Trabajadores, sentadas en derredor de la mesa de humilde comedor, colindante con su dormitorio. Éste –una habitación dividida a la italiana– tenía la parte delantera dedicada a despacho. Cuando el Abuelo podía abandonar el lecho y vestirse, acercábase al balcón, pegada a cuyos vidrios hallábase su mesa de trabajo frente a estantes llenos de libros. Amparo le mullía el cojín de un sillón de mimbre, le abrigaba las piernas con una manta, le arreglaba la bufanda y le encasquetaba la gorra de visera, de color claro. Iglesias se ponía a escribir con letra de trazos firmes, menuda y clara, en renglones rectos, bajo los cuales sólo su firma formaba una línea algo inclinada.

[1511] Así lo vi por última vez, padeciéndome la sombra del de antes, de aquel que conocí siendo yo niño, y al que acompañaba a actos de propaganda en la zona minera de Vizcaya. Su barba rubia de antaño habíase vuelto de un blanco azulado; sus mejillas, perdiendo todo carmín, teñíanse de palidez; el rostro, lleno de arrugas. Sola seguían siendo los de siempre el marfil brillante de sus dientes y el azul intenso de sus ojos. En una percha, al fondo del cuarto, la capa de marrón oscuro, que ya no colgaría más de sus hombros para envolverle mientras caminaba lentamente por el paseo de Rosales tomado el sol y recibiendo el saludo conmovido de obreros y oficinistas, destocados respetuosamente a su paso.

El 18 de este mes cúmplese el centenario de este varón excepcional, nacido el 18 de octubre de 1850 en El Ferrol, ciudad a la que, con lamentable aditamento, llaman ahora El Ferrol del Caudillo. Vivió Pablo Iglesias tres cuartos de siglo justos. Lo considero el español más eminente de su época, aunque en política haya habido otros más sabios y tan virtuosos como él. Le superaron en sabiduría y le igualaron en virtudes Costa, Salmerón y Pí y Margall. ¿Pero quién realizó obra más eficaz, extensa y profunda? Ahora esta obra aparece oscurecida por el sucio hollín de la humareda falangista. Nuevos vientos arrastrarán ese hollín y el magnífico edificio lucirá de nuevo, más majestuoso que nunca”.- Indalecio Prieto.

[1512] *Una voluntad inquebrantable*

“Sin duda alguna, el acontecimiento más importante acaecido en el periodo de tiempo que abarca esta época es la desaparición de nuestro venerado maestro Pablo Iglesias. Inolvidable será para cuantos estábamos en constante relación con él la tarde del 9 de diciembre de 1925. Terminada la confección de *El Socialista* iba a comenzarse la tirada, cuando se recibió la fatal noticia, llevada a la redacción por el viejo amigo de Iglesias y nuestro Matías Gómez Latorre, quien poseído de inmensa emoción, nos relató cómo había recogido el último aliento del apóstol.

Nos costaba trabajo creer en la triste realidad de la muerte. No más lejos que el día anterior, nuestro camarada Besteiro había estado conversando con él largo rato, y aunque su impresión era la de que Iglesias estaba quebrantadísimo, no le parecía inminente un desenlace tan funesto. Sin embargo, así fue. Y es que Iglesias estaba dotado de un temple de alma tan recio, que puede decirse que burló a la materia en tanto ésta conservó un átomo de resistencia, y sólo el desplome definitivo triunfó de aquel organismo soberano.

Quien llegaba a él y le sorprendía en los momentos de abatimiento de su dolencia, creía que la vida iba a extinguirse en aquel cuerpo caduco; pero tan pronto como se le hablase de algo interesante relacionado con nuestras ideas, se transfiguraba, animábase su límpida mirada, su voz

costraba acentos enérgicos y hablaba sin cansancio aparente, como si el edificio de su ser no se estuviese derrumbando por dentro. Así vivió Iglesias los últimos años de su fecunda existencia. Una voluntad inquebrantable en lucha tenaz con la dolencia, en la que aquélla logró vencer en cuanto humanamente fue posible.

Salvo los días en que no tenía más remedio que permanecer en el lecho, Iglesias se sentaba invariablemente en su mesa de trabajo, y allí leía, escribía artículos para *El Socialista* y otros periódicos, contestaba multitud de cartas y consultas personales; en una palabra, [1513] trabajaba como si no estuviera enfermo. Su optimismo, su confianza en el porvenir del Partido y en la vida próspera del periódico no le abandonaron jamás. La desgracia ha hecho que no pueda presenciar la transformación de *El Socialista*, impreso en talleres propios y con una magnífica perspectiva para el porvenir.

Murió Pablo Iglesias, sí, pero su obra redentora, a la que ofrendó voluntariamente toda una vida de sacrificios y abnegaciones, ha arraigado poderosamente en el corazón y en el cerebro de los trabajadores, como pudo verse en el solemne acto del entierro, que constituyó el más nutrido y espontáneo homenaje que entre nosotros se ha tributado jamás a ningún hombre.

El espíritu de Iglesias nos sigue iluminando desde el ignoto más allá. Los cuervos que a raíz de su muerte vaticinaron gozosos la división y ruina del Partido han fracasado estrepitosamente, al igual que cuando la escisión comunista. El Partido Socialista sigue incommovible en su unidad, que esperamos salga fortalecida más aún del próximo Congreso”.- Antonio Atienza.

El santo laico

“Cayó vencido por la muerte, un titán. Una hondísima expresión de dolor estremecerá a España. Pierde nuestro país en Pablo Iglesias uno de sus hijos mejores. El mundo obrero internacional llorará la muerte del viejo socialista que, por su personal esfuerzo, llegó a ser una figura universal y a merecer el respeto y la admiración de cuantos conocían su obra magnífica, incomparable. Fue Pablo Iglesias, por su relieve moral y por sus caracteres espirituales, el hombre político de mayor relieve que en España nació desde la época revolucionaria hasta hoy. En todo el periodo de la Restauración, etapa de resellamientos, de claudicaciones y de volubilidades ininterrumpidos, se formó y educó esta [1514] voluntad férrea, este corazón puro y honesto, este alma indomable, que llevo a cabo un empeño renovador y organizador en el mundo obrero español que no tiene par en ningún otro país.

La obra de gigante, de coloso, de héroe, digna de ser cantada por un Homero moderno, que en su vida austera, modestísima y ejemplar, realizó el apóstol, es el esfuerzo más enorme que un hombre podía intentar. Obra de lucha durísima, de guerra social sin cuartel, en el transcurso de cincuenta años de su vida; de trabajo agobiador, indescriptible, después, cae en la brecha defendiendo hasta el último momento, de la última hora, del último día de su magnífica y noble existencia, los ideales por que batalló durante medio siglo.

Las grandes conquistas económicas y, lo que es más digno de alta estima, los enormes progresos espirituales de la clase obrera en nuestra patria, son la cosecha moral de este formidable sembrador, que removió capas profundas y durísimas del agro social español para hacer la siem-

bra de las doctrinas socialistas. En un medio terriblemente hostil, inicualemente zaherido, monstruosamente difamado, venció por el poder indomable de su virtud inmaculada. Fue un gran corazón, que todo lo sacrificó por los que sufren, por los que lloran, por los que padecen hambres materiales y están sedientos de justicia.

Tan enorme fue el poder de su recio temperamento moral, que sus mayores adversarios, sus más apasionados enemigos, terminaron por inclinarse respetuosos ante su vida ejemplar, admirando en él al hombre sincero e incorruptible. En un periodo de decepciones y de ruindades, su nombre magnificado irradia luz clarísima, iluminadora, para enseñar a todos la ruta del deber. ¡Qué admirable ejemplo de abnegación y de sinceridad! ¡Qué gran figura la que pierde España y el Socialismo internacional! - De La Libertad, 10 de diciembre de 1925.

[1515] *Su vida ha sido como un cristal*

“El jefe socialista habitaba un cuarto en una casa de la calle de Ferraz, con su familia. La condición del edificio y del ajuar confirman la sencillez y modestia decorosa en que siempre se desenvolvió su vida. El gabinete donde murió —el que tenía destinado desde largo tiempo— es una muestra fiel del temperamento de don Pablo Iglesias. Cuando entramos en él, una cama sencilla de madera ocupaba un ángulo con el cuerpo, ya sin vida, del ejemplar anciano. En la pared frontera había varias estanterías toscas y desiguales repletas de libros. Una mesa con libros también y dos pequeños armarios con... libros. Los utensilios indispensables de aseo completaban el ajuar. Una lámpara eléctrica con el cordón arrollado a la cabecera de la cama, iluminaba la breve estancia y se reflejaba en las paredes blancas y desnudas.

Toda la casa presentaba la misma modestia de mobiliario y una ausencia total de lujo. Los mejores adornos eran viejas estampas representando episodios históricos y alguna fotografía en que aparecía la multitud abigarrada de las manifestaciones públicas. Quisimos expresar nuestro sentimiento a la viuda, y fuimos conducidos a una habitación donde varias vecinas asistían respetuosamente al desconsuelo de doña Amparo Meliá. Al ser presentados como periodistas, nos dio la mano y nos rogó: ‘Solo les pido que sean respetuosos con su memoria como lo fueron con su vida’. Al pronunciar las palabras de rigor, nunca más sinceras, nos respondió la compañera de Pablo Iglesias: ‘Yo creo que sí. Que seguirán respetando su ideario. Lo único que alentó tantos afanes malogrados y tantos sacrificios. Respecto a su vida, fue limpia y transparente como un cristal’”. - De El Sol, 10 de diciembre de 1935.

[1516] *Una garantía de acierto*

“Fue un revolucionario por esencia, presencia y potencia; pero había tanta luz en su inteligencia, tanta ponderación en su temperamento y tanta cultura asimilada en su lucha incesante, que más que ninguna otra cosa fue un organizador formidable. Amaba la revolución y la preparaba, uniendo en una aspiración común a los trabajadores. No la concebía sin la unión que predicaba a todas horas. La repudiaba cuando esporádicamente se le echaba encima... Y sobre los escombros, sobre las ruinas de la organización deshecha por el choque violento de la lucha de clases empezaba de nuevo su labor organizadora a base de la moral de la derrota y ponía delante de los ojos de los impulsivos las desastrosas consecuencias de las audacias sin freno. Si se

le hundió veinte veces lo construido, otras tantas veces lo volvió a levantar, y siempre con mayor pujanza. A la organización de Pablo Iglesias debe hoy la clase obrera las mejores condiciones en que trabaja. Por él fue impuesta la legislación social en nuestro país; por él ha dejado de ser una mercancía el trabajo, mercancía que contrataban estómagos vacíos ante bolsas repletas. A ese duelo (el que siente el proletariado español) nos asociamos nosotros personalmente, condolidos por la amistad que nos unió a Pablo Iglesias; ideológicamente atribulados también, porque, aun herido de muerte, como estaba, desde hace muchos años, aun inactivo por física imposibilidad, Pablo Iglesias era una garantía de acierto en las públicas actuaciones del Socialismo y del proletariado”.- De El Liberal, 10 de diciembre de 1925.

[1517] *Su actuación benefició al país*

“Ayer, hacia las seis de la tarde, murió Pablo Iglesias, el veterano líder del Socialismo y del societarismo obrero español. Hace anos –siete u ocho– que el estado de su salud era muy precario. En diversas ocasiones circuló la mala nueva de su fallecimiento. Su muerte, por lo tanto, no nos sorprende grandemente. Pero no por esperada es menos sentida, Iglesias, por la intensa y amplia labor educadora que realizó en el curso de su larga vida, es una personalidad que no puede vincularse a un partido ni a un sector social determinado. Porque es cierto que Iglesias fue obrero y que sus esfuerzos tendieron a mejorar la condición moral y material de su clase; pero también lo es que fue sensible en todo momento a las desgracias y a las venturas de España y que su actuación benefició al país en general y contribuyó a capacitar al pueblo para el ejercicio del derecho. A Iglesias se debe en gran parte que los derechos constitucionales –hoy transitoriamente suspendidos– encarnaran en la realidad española. Sus propagandas para organizar a los obreros contribuyeron a adiestrarlos en el ejercicio de los derechos de asociación, de reunión y de manifestación, y la práctica de estos derechos ha elevado el nivel ciudadano de las masas trabajadoras, lo que ha sido un gran bien para todos, incluso para los núcleos burgueses. Adviértase cómo en las zonas españolas en que Pablo Iglesias ejerció mayor influencia las luchas sociales han derivado rara vez hacia el camino de la violencia”.- De El Imparcial, 10 diciembre 1925.

Pablo Iglesias, periodista

“Sin otros medios de cultura que los que él pudo procurarse, Pablo Iglesias escribió desde joven, sin pretensiones de literato; pero con limpieza y claridad muy adecuadas a sus fines de propaganda.

Ya en 1871 participó en *La Emancipación*, órgano del Consejo Federal. Colaboró después en *La Ilustración Popular*. 1897; en *La Escuela Moderna*. 1898; en *La Nueva Era*, 1901; en *El Globo*, 1903; en *La Revista Socialista*. Y en *La Correspondencia de España*, en el mismo año. Pero necesitaba órgano propio, y en 1886 fundó *El Socialista*, semanal, periódico que a él debe su existencia. Tan ardorosamente tomó a pecho esta empresa, que trabajaba en ella día y noche como tipógrafo y como redactor, hasta ir consiguiendo su difusión. Sus campañas fueron acentuándose y ello costó a Iglesias numerosos procesos y más de una visita a la cárcel. De *El Socialista* seguía siendo colaborador y su nómina constituía su haber, aunque ya inválido no le era permitido participar en

la diaria tarea. Muere, pues, pobre, como correspondía a su integridad. Fue austero, no sólo para los efectos de apetecer posición económica, sino también para no prestarse a componendas que le hubiesen proporcionado indirectamente acomodos a su vida. No fue un falso apóstol para su medro; supo estimar su honradez. Nosotros, que le combatimos tan reiteradamente, porque era nuestro deber, lo consignamos como cumple a nuestra lealtad”.-De ABC, Madrid, 10 de diciembre de 1925.

Ante el Apóstol muerto

“Escúchame hijo: Ya tienes edad para hablarte un poco como a los hombres; quiero, además, que en este día frío de invierno en que hasta el cielo parece ensombrecido para no desentonar del ambiente de tristeza que hoy debe reinar en todos los corazones de los hombres verdaderamente justos, se graven en tu cerebro las palabras que a decirte voy, ya que en tu tierno corazón seguro estoy de que perdurará la emoción de lo que dentro de poco vas a presenciar.

Escúchame y mira: Ese despojo de hombre que ves ahí dentro de esa humilde caja de tosca madera, ese hombre en cuya cara aún parece resplandecer la llamarada de sinceridad de unos ojos que en vida sólo tuvieron miradas para el ideal, ese hombre es un Apóstol, un verdadero apóstol humano, a quien Cristo (al que te enseña a amar tu madre y que yo te digo siempre que respetes porque fue el "eterno enamorado del amor") no se desdeñaría en llamar discípulo en su santa doctrina de fraternidad humana; ese hombre, te digo, fue en vida un caso único, al parecer milagroso, de voluntad.

Salido de la nada, sin preparación alguna para poder mostrarse como caudillo de hombres y portaestandarte de multitudes, por el santo amor hacia un sublime ideal movió a millares de hombres y dio a legiones de esclavos del trabajo categoría de seres conscientes de sus derechos y de sus deberes. Fue un sencillo trabajador, un obrero manual que sólo se asomó a los campos de la intelectualidad cuando para predicar su doctrina le fue preciso hacerlo. Tal era el imperio de su voluntad, tal su fe en el ideal que ponía en sus prédicas, que como a aquel otro, las multitudes le reverenciaban y seguían ciegamente, seguras de que en su caminar en pos del Apóstol avanzaban por la ruta sublime de dignificación humana, esa dignificación que es como un polo magnético puesto por Dios para hacer a los hombres como El quiso que fueran: a su imagen y semejanza, ya que para ello incendió sus carnes con un soplo divino, que llamó alma.

Grande en su modesta condición de proletario, digno en su pobreza, predicando con el ejemplo, vivió sus setenta y cinco años sin dar tregua al trabajo; pero a un trabajo digno, un trabajo de hombres; no como antaño cuando antes de él se trabajaba en España como lo hicieran los siervos de la gleba y del terruco de las ciudades remotas. No tuvo nunca más patrimonio que ése: su trabajo. ¡Y, sin embargo, disponía como ningún [1520] otro poderoso, de falanges de hombres que a su vez, hubieranse alzado arrolladoras, para imponer toda suerte de violencias y tiranías! Jamás quiso aprovechar en su beneficio el inmenso poder de que durante infinidad de años dispuso. El no quería nada para sí: todo su credo, toda su ley de existencia estribaba en darlo todo, todo lo justo, a los demás. Pudo serlo todo, también; todo, sin excepción, y acaso lo mereció más que otros, y... no quiso ser nada, ni figurar en nada que no fuese en su misión apostólica. Nació pobre, vivió en la pobreza y ha muerto tal como nació y vivió; y, sin embargo,

¡cuántas horas de lucha, cuántas fatigas, cuántas amarguras, cuánto esfuerzo ímprobo puso a contribución de su obra! Y cuando la vio realizada, en vez de envanecerse con el éxito o pensar en aprovecharse de él, humildemente se retiró a su trabajo, cuando ya apenas si sus ojos tenían luz ni sus manos temple y vigor para seguir en la labor ruda de todos los días.

Vas a ver desfilar en pos de sus despojos a millares de obreros; leerás en sus caras al verdadero dolor; pero también leerás en sus ojos el noble orgullo de poder mostrarse en el entierro del Apóstol como firmes en la doctrina que él predicara, merced a la que se convirtieron en hombres cuando antes sólo eran ex hombres. ¡Míralos con respeto a esos que pasan en pos del negro ataúd; son los más y los más fuertes; y sin embargo, no quieren saber de fuerza ni de otro poder que el de la razón, el de la justicia, el derecho natural de todo ser humano. Míralos con respeto, hijo, que son la legión de los que practican más rudamente el mandato de Dios, que nos impuso una vida a base de un pan que hay que ganar con el sudor de la frente. Míralos y admíralos: Antaño, cuando desfilaba una multitud de éstas, más parecía ganado en tropel que hombres con alma y con moral; hoy, no. Hoy, esas masas, vibrantes al impulso de la voz, al consejo, al ejemplo y a la voluntad del Apóstol, saben, se dan cuenta de que entierran a su caudillo, pero sienten que entre ellos se queda su espíritu, su fe en el ideal.

[1521] Escúchame, hijo mío: para ser hombre de veras hay que poner como norte y guía de los actos todos de la vida un algo, noble y generoso, que nos beneficie por igual a todos, que no sea patrimonio de dicha para unos y fuente de desgracia para los demás. Hay que tener un ideal puro y hay que servirlo en todo momento y sin desmayo. ¿Qué eso te parece duro? ¿Qué te parece triste? ¿Qué te parece poco compensador de toda una vida? No, no lo creas. El mayor premio y galardón a que un hombre puede aspirar es que, al morir, sus hermanos tengan para él esta oración que esos millares de hombres van salmodiando sin palabras, pero que los corazones fuertes saben oír y entender; escucha, apréndela tú, hijo mío; rézala ahora, y no la olvides: Nos lo dio todo; no guardó nada para sí, ni aun la vanidad de su obra triunfadora. Ha muerto un hermano, un hermano, un hermano... Sus hermanos, para mayor gloria de su recuerdo vivirán su obra, guardarán su fe, heredarán su voluntad. ¡El hermano vive! No lo olvides hijo, y anda, descubre tu cabeza, que ya cierran el tosco ataúd donde duermen para siempre los restos del Apóstol”.- *Chispero, de Informaciones, 11 de diciembre de 1925.*

Iglesias y Seisdedos

“Querido correligionario Seisdedos: Reciba mi más expresiva felicitación por sus inspiradísimos versos aparecidos en *El Socialista* de ayer. Le abraza y le desea muchos años de vida su correligionario, Pablo Iglesias”.

A esta carta, que llevaba fecha 30 de octubre de 1925, contestó el poeta con la siguiente, que publicó *El Socialista*: “Mi queridísimo anciano: Regalo exquisito es para mí su amable carta que acabo de recibir. Esta atención que tiene usted para conmigo es algo tan extraordinario en mi vida, que no sé como darle gracias por ella. Si le diré que esta carta la guardaré con las cosas que más quiero y, cuando vacile, cuando flaqueé en mis luchas por el Bien, por la Justicia, por la Verdad, sus letras temblonas, trazadas por la mano del español más honrado de estos tiempos, me infundirán ánimos para no retroceder, para seguir adelante en la defensa del más bello de los ideales. Perdone si me extiendo demasiado, no obstante saber el delicado estado de su salud. Hay honores que no pueden agradecerse en silencio. Y un honor de esta índole es la carta que he recibido, escrita de puño y letra de un anciano ilustre, agobiado por la enfermedad. Son muchos los motivos para que mi corazón rebose de gratitud hacia usted. El abrazo, la felicitación que me envía me han recordado las sonrisas, las bendiciones que vertía el Cristo sobre sus humildes discípulos de Galilea. Yo le envío no uno, sino muchos abrazos, mi querido Maestro, y con ellos, los deseos más fervientes de que su hermoso espíritu siga cobijando, durante muchos años todavía, bajo sus alas gigantescas, a todos los socialistas españoles. Filialmente, Miguel R. Seisdedos”.

Y Pablo Iglesias respondió efusivamente: “Querido Seisdedos: Le quedo muy agradecido por la cariñosísima acogida que ha hecho a mi modesta felicitación por su bella poesía. He experimentado una gran complacencia al enterarme de que en los demás correligionarios ha producido [1523] el mismo efecto que en mí. Gente que así se conmueve al decirle como usted le ha dicho lo que ella tanto quiere y ama, es gente que irá muy lejos en todo lo grande y en todo lo noble. Abrázale con toda efusión su correligionario y amigo, Pablo Iglesias”.

Pocos días después moría el Apóstol, no sin antes recomendar que se hiciese una edición numerosa de *Las campanas futuras*. “Recordamos –decía *El Socialista* después del entierro apoteósico del grande hombre– que entre sus iniciativas más recientes nos ofreció la de que se hiciese una copiosa edición popular, en hoja suelta, de la inspiradísima poesía *Las campanas futuras*, para que este hermoso himno a la excelsitud del ideal socialista fuera conocido por todos los trabajadores y par que principalmente los jóvenes lo leyesen con mucha frecuencia, hasta aprender sus estrofas de memoria, lo recitasen al comenzar sus asambleas o veladas y en sus excursiones fraternales de propaganda y colocaran ejemplares de estos versos en lugares preferentes de sus secretarías de trabajo sindical o socialista”. Y la música de *Las campanas futuras* llegó hasta los pueblecitos más lejanos en medio del silencio en que España estaba sumergida entonces.

Las campanas futuras: A los jóvenes socialistas

La noche me ha traído un clamor de campanas escapado del seno de remotas mañanas.

Es un clamor solemne, pausado, melodioso, como el sonar de un órgano gigante, poderoso.

No lo llora en el aire ningún templo cristiano, ¡Procede de las torres del porvenir humano!

¡Qué vibrantes, qué enteras ruedan las campanadas en las horas nocturnas, de misterio empapadas!

Paréceme que dicen ¡Se han roto las fronteras!

¡Ya no hay castas, no hay pueblos, no hay tronos, no hay banderas!

¡Ya no hay odios ni envidias! Ya no se alza la mano buscando con la espada el pecho del hermano!

¡Ya no se abren al culto las viejas catedrales! ¡Ya no predica el monje castigos infernales!

[1524] ¡Ya no hay farsas ni harapos! ¡Ya no hay hambres ni penas! ¡El orín en las cárceles corroe las cadenas!

¡El pensamiento tiene libre ya toda la ruta! ¡El amor ha cerrado las puertas del prostíbulo!

¡Los Sócrates modernos no beben la cicuta y los Cristos de ahora no suben al patíbulo!

Oyendo esas campanas delante de mis ojos como flotando en medio de nubarrones rojos, he visto alzarse, erguirse, los siervos del terruño, con el semblante torvo y amenazante el puño;

he visto a los esclavos de las cuencas mineras con los ceños fruncidos y las miradas fieras;

he visto estremecerse, brillar agudas hoces en manos vigorosas, como garras feroces;

he visto niños tristes que, a falta de otro beso, reciben en el rostro los de la sal y el yeso;

he visto vidas nobles, que sólo el Bien ocupa, sobre los que la tisis pone su boca y chupa;

He visto a cuantos tienen por reposo el trabajo, por alimento el hambre, por vestido un pingajo;

he visto ojos que vierten sangrientos lagrimones y labios que se rasgan en negras maldiciones;

y he visto, en fin -¿qué haces, ¡oh cielo!, que no estallas-las cosas más sublimes trocarse en baratijas

¡Y hasta a las mismas madres vendiendo a los canallas por un puñado de oro las carnes de sus hijas!

¡Huid, huid, visiones de sociales contiendas! ¡No me mostréis heridas, ya que no tengo vendas!

¡Dejad, dejad que escuche...Oh, campanas, campanas, seguid, seguid hablándome de

risueñas mañanas!

¿Qué importa que sonéis tan lejos todavía? Aunque es larga la noche, ya despuntará el día.

Y entonces, ¡ay, campanas, qué bien sonará entonces por campos y ciudades la voz de vuestros bronces!

Entrará con el sol en todos los hogares, rodará por las mesas, reirá en los vasares, y los niños, oyéndola en las noches de luna, balbucirán: ¿Quién canta? ¿Quién mece nuestra cuna?

[1525] Será aquél el buen tiempo que la tierra no ha visto, mejor que el sueño hermoso que soñó Jesucristo.

En todas las moradas habrá pan y alegría,

y habrá en las almas todas temblor de poesía.

El hombre para el hombre será hermano y no lobo. Ninguno estará arriba, ninguno estará abajo.

Huirán en desbandada las águilas del robo, y regirán la vida el Amor y el Trabajo.

Yo no viviré entonces, campanas; mas, si vivo, mi fatigado cuerpo, de la vejez cautivo, sintiéndooos tan cerca, de gozo vibrará y tal vez de entusiasmo se rejuvenecerá.

Mis ojos de poeta, bajo sus cejas grises, verán el regocijo de todos los países y verterán, mirándolo, lágrimas de contento, mientras de mi garganta vaya este grito al viento:

- ¡Oh, campanas! En tiempos, al decir que os oía. la gente me llamaba chiflado y se reía.

¡Estallad repicando! ¡Clamored tan fuerte

que, trepidando, se abran las puertas de la muerte

y, para ver el triunfo del socialismo santo regresen a la vida los que le amaron tanto,

las víctimas pacientes de tanto infame yugo, los espíritus libres que agarrotó el verdugo,

las frentes elegidas, preñadas de ilusiones; los labios que enseñaron el Bien y la Verdad

y todos los que oyeron allá en sus corazones vuestros ecos lejanos anunciando otra Edad!

Cerebros juveniles, nidos de ideas puras, ¡escuchad cómo cantan las campanas futuras!

Allá, en la negra noche, zuma, grave, un badajo: - ¡Adelante, adelante, esclavos del trabajo!

Y en seguida, más lejos, repite otro, vibrante: - ¡Esclavos del trabajo, adelante, adelante!

Y luego grita otro: - ¡El triunfo se aproxima!

Y después, otro, al punto: - ¡Está encima, está encima!

Y todos, al momento, como una gran orquesta: - ¡En breve, el mundo todo se vestirá de fiesta!

¡Muchachos de coraje, hollad al Egoismo y abrid a puñetazos camino al Socialismo!

[1526]

¡El es el esperado! ¡El es el Redentor! ¡Echad en las conciencias sus semillas de amor!

¡Llevalle cuanto antes hacia la Humanidad en los robustos hombros de Vuestra mocedad!

¡Y cuando, ebrio de luces, despunte el rojo día

que una a todos los hombres en fraternales lazos,

nosotros rugiremos de amor y de alegría

como si nos rompiéramos en veinte mil pedazos!

Miguel R. Seisdedos Madrid, diciembre de 1925

[1527] *El Fundador*

“Cuanto más años pasan mejor se perfila la personalidad de Pablo Iglesias. No es que un estudio rigurosamente metódico de sus hechos y de sus dichos, de muchos de los cuales no han quedado testimonios escritos, se haya aplicado a definir, con espíritu de objetividad histórica, los caracteres propios de esa gran personalidad. Es que, en las personas que han escuchado sus discursos, que han leído sus artículos periodísticos, que han colaborado con él en la obra silenciosa de los organismos rectores de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista; es que, en las personas no ligadas con Pablo Iglesias por estos vínculos de acción específicamente sindical y política, pero que —por afinidades o por contrastes espirituales— han tenido relaciones directas o íntimas con él; es que, en la misma multitud inmensa de personas a las cuales ha llegado de manera más indirecta la influencia que Pablo Iglesias ejerció en su época la idea de su personalidad se ha ido depurando, decantando o purificando, como si el mismo proceso de perfeccionamiento que Iglesias realizó en su vida se siguiese produciendo en la vida real que hoy tiene Pablo Iglesias en el alma de las multitudes.

Pablo Iglesias tuvo en su vida un grave maestro: el dolor. Desde luego, el dolor de la pobreza. Pero no creo que sea el de la pobreza el dolor de que Pablo Iglesias se haya dolido más. El dolor o los dolores de que Pablo Iglesias más se ha dolido han sido los que le causaron las resistencias de todo género que tuvo que vencer hasta lograr que la verdad socialista que llevaba en su alma se abriese paso en un medio hostil. Entre todos esos dolores, tampoco creo que fueran los causados por la persecución de las autoridades los que más le afectaran. Los dolores que abrían surcos y que producían llagas en su alma eran los causados por las luchas en el seno de la misma familia proletaria.

En toda la historia del Socialismo no creo que haya habido ningún militante de alguna significación que no haya conocido algo de esos graves dolores. Pero mientras en unos las heridas recibidas han producido [1528] duras cicatrices, que han encallecido e insensibilizado su piel, en otros han hecho la piel y el tejido de las entrañas cada vez más sensibles y, con el perfeccionamiento de la sensibilidad, han intensificado el entusiasmo y el amor por el ideal. Así

era la naturaleza de Iglesias. Era tenaz y era afectivo; era duro y era sentimental. Y estas cualidades se fueron acentuando en el transcurso de su vida; y estas cualidades son las que perduran en el recuerdo que de él guardamos todos. Por no haberse insensibilizado en las luchas de la vida ocurrió con Iglesias lo que ocurrió con todos los hombres de espíritu clarividente y de capacidad emocional; que, cuantos más años han vivido, más se han ido dibujando en sus rostros los rasgos de su alma. Los mejores retratos de Iglesias no son los de la juventud, sino los de la ancianidad.

Esos hombres firmes en sus convencimientos, sensibles al dolor y comprensivos de los dolores ajenos, y aun de los errores propios, son de la madera de los caracteres verdaderamente fuertes, aptos para cumplir el destino de los fundadores de nuevas organizaciones de guías y consejeros de las multitudes. Hoy, en varios pueblos de Europa, las palabras que expresan los conceptos que nosotros expresamos con los vocablos guía y consejero se han adulterado en su significación. Los guías y consejeros se han convertido en jefes y en ídolos. Iglesias no fue ni jefe ni ídolo. Fue algo más valioso que todo eso: fue un ejemplo. Hoy sigue siendo Iglesias un ejemplo para nosotros. Ojalá que, por tener nosotros la fortuna de poseer tan alto ejemplo, podamos librarlos de caer en los abismos en que han caído otros pueblos, por otra parte tan dignos de mejor suerte y tan merecedores de nuestros respetos y de nuestra admiración”.- Julián Besteiro, 1935.

Kautsky y Pablo Iglesias

“Queridos camaradas: Diez años hace que nuestro inolvidable Pablo Iglesias nos fue arrebatado. Hará pronto casi medio siglo que tuve la felicidad de conocerlo personalmente en el Congreso Internacional de Zurich, de 1893, aunque ya conocía su actividad en el Partido y los éxitos de su tarea y tan infatigable y tenaz como sagaz y entusiasta, antes de nuestro encuentro. Desde 1895 nos encontramos con frecuencia en las asambleas internacionales; la última, la de Copenhague de 1910. En ese Congreso los Partidos socialistas de Francia y España adoptaron conjuntamente una resolución sobre la cuestión marroquí. El Gobierno español se había lanzado a una aventura muy similar a la que, con más estruendo, y quizá con mayor torpeza y frivolidad, ha emprendido Mussolini en Abisinia. La aventura marroquí fue el primer martillazo en el ataúd de la monarquía española; es de esperar que Abisinia produzca un efecto semejante; sólo deseamos que las consecuencias se produzcan con mayor rapidez. Al Congreso de Copenhague asistió Iglesias, y fue él quien fundamentó la resolución que condenaba con la mayor energía la guerra ofensiva en Marruecos; a pesar de que habló en español, y de que fue necesaria para la mayoría de los asistentes una traducción, su palabra impetuosa arrastró a la totalidad del Congreso en un estruendoso aplauso; aunque yo no domino el español, me expresé también en ese sentido, con las naturales dificultades; pero por difícil que fuera entendernos, fácilmente nos comprendíamos, porque nuestro pensamiento llegaba a las mismas conclusiones, según el mismo método; esto desarrolló en nosotros una unidad espiritual que mucho me complace.

Sentí el fallecimiento de Iglesias como una gran pérdida para nuestra causa, para el proletariado, para la democracia y para el Socialismo mundial; pero, sobre todo, naturalmente, para España.

Mucho le debían los trabajadores españoles; pero acaso nunca le hayan necesitado tanto como en los años posteriores a su muerte, estos años de difícilísimas luchas, de arrogantes victorias y de dolorosas derrotas; años de entusiasmo arrebatador, pero también de las más exacerbadas discordias en nuestras filas, que las debilitan y paralizan.

Iglesias era de esos caracteres que necesita el movimiento proletario más que ningún otro. Quien pretenda conducir al movimiento obrero con éxito debe reunir en sí dos cualidades que parecen excluirse mutuamente: por una parte, pasión revolucionaria, idealismo desinteresado y entusiasmo para los más diversos y elevados fines; por otra parte, aspiraciones limitadas por el conocimiento de cada circunstancia, sin dejarse engañar por sí mismo; un exacto conocimiento de lo que es realizable, de la situación del Poder y de las condiciones de lucha por uno y por otro lado. Quien en la vanguardia del proletariado sólo dispone de una de esas facetas nunca será un dirigente capaz de llevar a la masa obrera hacia el triunfo. Quien sólo tiene un carácter de luchador siempre correrá el peligro de perjudicar, más que de beneficiar, al movimiento obrero; al dejarse arrastrar exclusivamente por la pasión, puede conducir fácilmente al proletariado hacia situaciones difíciles y a derrotas desconcertantes. Por el contrario, quien sólo calcula fríamente, y sólo toma en cuenta los medios y caminos del instante, y es incapaz de dominar un momento en concreto, por carecer de una determinada ruta y de un gran objetivo rector que le permita vencer las dificultades que surjan en su camino, se moverá sobre un vacío que terminará por disolver el propio movimiento.

La síntesis necesaria del saber y de la pasión, de idealismo de alto vuelo y de sobrio realismo la hallamos desarrollada de modo considerable en Marx y Engels; todo discípulo que haya comprendido esto [1531] aspira a captar esa síntesis. Entre los líderes que han consagrado su vida al proletariado y mejor han formulado esa síntesis está Augusto Bebel; por ello es quizá uno de los que más estima la clase trabajadora. Lo que Bebel fue para el Socialismo alemán Pablo Iglesias lo ha sido para el español; porque, al igual que aquél, no sólo amaba apasionadamente a la clase trabajadora, y a ella consagró toda su existencia, estando plenamente convencido de esa misión histórica, sino que jamás ignoró las condiciones prácticas en que se hallaba el movimiento obrero en todo instante, y en ningún momento apoyaba fines concretos cuya consecución estuviera fuera del alcance de la organización obrera. El verdadero marxista siempre debe estar dispuesto tanto para frenar como para alentar a la clase trabajadora. Para ello Iglesias ponía en juego su popularidad, si lo consideraba necesario. Jamás se embriagó con las frases, ni se dejó arrastrar por la demagogia. Ahora, precisamente, el proletariado necesita en todas partes, y no sólo en España, con la mayor premura, dirigentes como Pablo Iglesias. Iglesias fue un dirigente de esa estirpe. El está en el más allá, pero su espíritu continúa viviendo entre nosotros. Ha dejado discípulos que siguen inspirándose en él y que, dejando de lado ciertos errores, ofrecen al proletariado español la posibilidad de triunfar. ¡Ojalá pueda la conmemoración del décimo aniversario de su muerte contribuir a fortalecer de nuevo el espíritu en las filas del Socialismo español ¡Cuanto más fuerte sea esa influencia, más cercano estará, y con menos víctimas, el triunfo del proletariado en España!.- Karl Kautsky, noviembre de 1935.

[1532] *Siempre en el mismo camino*

“No me corresponde a mí trazar ni medir la valía y la extensión de una vida de militante

como fue la del obrero tipógrafo Pablo Iglesias. Luego de haber conocido por Pablo Lafargue y por Julio Guesde –el cual le admiraba– la parte considerable que cada vez más se le reconocía en la fundación y en la historia del Partido Socialista español, puedo decir que gocé de su amistad, siempre abierta y cordial, en las relaciones definidas por la acción internacional, ya fuese en los congresos obreros o en los primeros de Mayo. Recordar su memoria es para mí una ocasión excelente para poder seguir la vinculación del mundo socialista a los trabajadores españoles, tanto si están fuera de su país –hay tantos proscritos y refugiados en la hora actual– como si están luchando o sufriendo en alma y carne la dictadura totalitaria de Franco.

Volviendo la, mirada hacia la figura o la biografía de Pablo Iglesias, volvemos a recorrer el camino sembrado de dolores y derrotas, pero también de etapas gloriosas, que conducen hacia el objetivo común de liberación de las masas proletarias o proletarizadas de un mundo social que se va extendiendo hasta las últimas dimensiones del planeta. Con ello aprendemos a sentir, incluso con decepciones y fatigas, la necesidad, no ya de coordinar, sino de unir esfuerzos para que sea una realidad el programa salido del *Manifiesto* redactado en 1847-1848 por Carlos Marx y Federico Engels: la acción inmediata de cada día orientada hacia la visión lejana de un horizonte en continua expansión que se limitaba entonces a una porción reducida del mundo rodeada por el Atlántico. La batalla, en la que cada día entran, en forma diversa, fuerzas humanas sembradas en los dos hemisferios, sigue siendo, sin embargo, la misma, y reclama a otros hombres como Iglesias. Ellos enseñarán a decir ‘nosotros’ como lo hacía el Pablo nacido en El Ferrol hace cien años y cuando hablaba de toda la humanidad en su tarea de liberación.- Brucke (A.M. Desrousseaux), París, 1950.

[1533] *La testa yacente de Pablo Iglesias*

“Corría diciembre de 1935. Seguramente habrán bastado esas palabras para evocar la escena. En una alcoba humilísima agoniza, con la tarde, un viejecito. El maestro exhaló su suspiro postrero y quedó como dormido. La noble cabeza, ligeramente inclinada hacia el lado izquierdo, Los párpados, velando con naturalidad, aleves, las pupilas. Los labios cárdenos, componiendo un rictus suspirante. Y fueron transcurriendo las horas. Unas horas terribles, inolvidables, en las que, en intensa lucubración, calculamos todo lo que representaba la pérdida sufrida. Todo el horror del drama.

Concretamente, pienso ahora en Barral. En el Barral que, durante aquellos instantes, acometió su empresa gigantesca. Porque la obra no se ha terminado hasta hace unos días. Es casi inédita. Muchos de los que creen conocerla, la ignoran. O, por lo menos, la conocen de un modo deficiente.

La testa yacente que hoy contemplaremos en el mausoleo adonde han sido trasladados los restos mortales de Pablo Iglesias, no es esa testa que han divulgado hasta ayer mismo diarios y revistas; no es ni la primera testa yacente de Iglesias que hizo Emiliano Barral, ni siquiera la segunda, aquella que figuró en la Exposición celebrada hace un año por el joven escultor en la Sociedad de Amigos del Arte. Es una tercera obra, magnífica interpretación de Iglesias, superior, desde luego, de un modo insuperable. Al artista le ha bastado para ello descentrar levemente la cabeza, reclinarla un poco, imprimiéndole descanso.

Una aureola, que conmueve profundamente cuando se descubre, nimba toda la faz del Abuelo. La personalidad de éste se diluye y hay momento en que, sugestionados por el Arte, adivinamos en esa cabeza las de todos los hombres que se esforzaron por redimir a los humildes. Todo el rostro se ha rechupado, los frontales se hunden. Es decir, este hombre ha sacrificado todas sus energías, todo su talento en la empresa a que se han entregado. Y ahora, vencido, muerto, ha expirado dulcemente, [1534] se ha consumido, y al consumirse, Barral, después de algunas horas junto al cadáver de Iglesias, fue anotando en el barro, febrilmente y colmado de emoción, los rasgos de la cabeza del Abuelo, cuyo perfil, agudizado por un póstumo proceso fisiológico, se reflejaba téticamente en el albo estucado de una de las paredes de la estancia.

El escultor no quiso hacer una mascarilla. Sentía ya hondamente la obra, y a un mismo tiempo que anotaba los detalles realistas de aquella testa, en la que se fraguaron tan formidables planes para servir a la causa de los proletarios, quiso anotar también lo que esos mismos detalle y aquel último gesto de Iglesias le sugerían. ¿Cómo sería la obra definitiva? ¿Cómo interpretaría el artista en la piedra aquellas anotaciones que acababa de hacer en el barro?

Se ha hablado mucho de esta obra de Emiliano Barral. Se la ha elogiado unánimemente y en los tonos más cordiales. Se ha llegado a decir —Ángel Sánchez Rivero lo ha afirmado rotunda y valientemente— que ‘es una de las más considerables cosas que puede presentar la escultura española contemporánea’. Empero, todos esos juicios han sido prematuros, ya que se han referido, no a la obra definitiva, sino a distintos momentos de la misma, concretados, eso sí, en la piedra; pero momentos. Emiliano Barral ha otorgado al tema toda la importancia que en sí tiene y no lo ha considerado resuelto hasta ayer mismo, como quien dice, y a pesar de que en una concreción anterior mereció un juicio tan halagüeño como el que ha transcrito. Mídase, pues, el interés que tendrá esta tercera testa yacente.

En la primera, el realismo predominaba. Un realismo sereno, bello, como ha dicho Manuel Abril. Y, tímidamente, se acusaban esas otras notas que más tarde habían de dar a esta obra su alta categoría. En la segunda, el realismo se palia sabiamente, se acentúan los ritmos y todo ella perora con ática elocuencia al describir el espíritu austero y generoso de Iglesias. La materia, en colaboración con el artista, facilita la obtención de calidades maravillosas. Finalmente, en la tercera [1535] Barral ha conseguido nuevos valores; ha logrado plasmar la obra que él concibió una madrugada de diciembre, junto al lecho donde yacía, exánime, Pablo Iglesias. El hombre se ha convertido en símbolo. La serenidad, la augusta calma, que todos alabábamos al reconocerla en las primeras testas, se resume con gesto inefable, de filiación hagiográfica: satisfecho del sacrificio.

El Arte cumple una vez más su gran misión. El artista ha eternizado lo que por naturaleza es extingible y lo ofrece a la vista de la Humanidad. Hay que agradecersele con todo fervor. Sin él, sólo a retazos comprenderíamos a Iglesias; sin él, sólo a trozos, fragmentariamente, concebiríamos la obra de Iglesias. Hoy nos basta asomarnos a este templete y contemplar esta cabeza del maestro. Con su lenguaje misterioso, de elocuencia inigualable, el Arte nos describe en unos instantes a un hombre y a un apostolado que sólo podríamos conocer en mucho tiempo, acudiendo a los periódicos obreros y socialistas por él alentados; frecuentando las Casas del Pueblo; recorriendo toda España; husmeando en los Centros Obreros, en las sociedades de resistencia, en las Mutualidades, en las Cooperativas, en las escuelas laicas; franqueando las

puertas de los hogares proletarios y viendo a los trabajadores en la intimidad familiar. Nuevamente, Tolstoy tiene razón; nuevamente, comprobamos la fuerza expresiva del Arte. Y sentimos una satisfacción inmensa. Por el triunfo del Arte y porque el Arte ha regalado la palma de ese triunfo a los trabajadores”.- Emiliano M. Aguilera.

[1536] *La muerte de Pablo Iglesias*

“Con motivo de la consagración de esta fecha luctuosa para el proleriado español, son muchos los correligionarios y amigos que me hacen el honor de invitarme a que escriba algunas cuartillas biográficas de la gloriosa vida de nuestro maestro inmortal, sin tener en cuenta la dificultad que ofrece esta labor, por lo mucho que por propios y extraños se ha publicado sobre el asunto, no siendo el que suscribe quien menos material ha aportado a esta simpática empresa. A pesar de todo, procuraré complacer, aunque en mínima parte, a mis benévolos amigos, refiriendo algo inédito referente al suceso que hoy se conmemora por la clase trabajadora, pidiendo previamente perdón, porque en las líneas que siguen tengo necesidad de que mi modesta personalidad aparezca con cierto relieve, ya que este relieve no tiene otro mérito que el de ser fiel reflejo de la larga e íntima convivencia que tuve la inmensa fortuna de disfrutar al lado de Iglesias, colaborando con él, aunque en plano muy inferior al suyo, en su ingente labor docente y revolucionaria, que dio frutos tan soberbios como la organización del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores.

En la tarde nubosa y tristona del 9 de diciembre de 1925, a eso de las tres, acudí a la modesta, vivienda que tenía Pablo Iglesias en la calle de Ferraz, y lo que desde luego me extrañó fue que, contra lo que siempre solía ocurrir, no hubiera en la casa uno o varios amigos visitantes, hallándose solas las tres mujeres familiares y enfermeras del paciente: Amparo, su compañera; María Cases, esposa de Vigil, y Candelas, la abnegada hija de Enrique Mateos, prohijada del matrimonio. Desde el primer instante, a la vista de aquella semisoledad de la estancia y al contemplar el aspecto del rostro de Iglesias, un fúnebre presentimiento sobrecogió mi ánimo: ¿Sería aquella crisis como tantas otras que se resolvían sin desenlace funesto? ¿Estaría yo destinado, su más viejo y sincero amigo de toda la vida, a ser testigo del acabamiento total de aquella preciosa existencia, consagrada toda ella a un trabajo sin descanso y sin la debida recompensa, a una titánica labor de redención material y espiritual de toda una clase aherrojada y miserable en medio de los esplendores de una falsa civilización?

Aquella macabra obsesión no desaparecía en su lancinante dolor, y a. través de los breves diálogos que establecía con mis amigas acompañantes, también preocupadas hondamente con la tristeza que se respiraba en aquel ambiente, mi memoria se alejaba a tiempos casi remotos, aquellos en que tuve la dicha de conocer a Iglesias, y reconstruía y catalogaba mentalmente todos los hechos, todos los episodios de su vida, todas las ingratitudes, todas las decepciones que sufría, todas las injurias y calumnias de que era objeto por enconados y envidiosos enemigos, que le consideraban como el mayor y más terrible enemigo del odioso capitalismo; y por cierto que muchos de ellos, después de su muerte, se postraron contritos ante su féretro, haciendo público reconocimiento de su anterior conducta criminal...

Avanzaba la tarde; de cuando en cuando, una de las cariñosas enfermeras penetraba en la

alcoba del paciente a propinarle alguna bebida reconfortante, y cada vez la impresión de los cuatro se hacía más alarmante y dolorosa. Hasta que minutos antes de las seis de aquella funesta tarde, estando María junto al sillón en que reposaba Pablo, aquélla dio un grito penetrante y angustioso, y en tropel acudimos todos a recoger el último aliento del excelso enfermo, que en una agonía tranquila y sin estridencias rindió su vida a la naturaleza y a un sublime ideal humano, dejando en la Historia una profunda huella de dolor, de bondad y de ejemplar civismo, que le ha conquistado un lugar predilecto entre los hombres inmortales...

Consumada la catástrofe, imprimí un fuerte beso en aquella luminosa frente, y en seguida me lancé a la calle en busca, en mi atolondramiento, de la Redacción de *El Socialista*, donde fui el primer atribulado vocero de la tremenda desgracia, y mezclando lágrimas con tinta escribí las siguientes líneas, que aparecieron al día siguiente en nuestro diario:

‘Mi adiós a Pablo Iglesias— ¡Acabo de tener la triste suerte de recibir su último aliento! Cuando son legión inmensa tus amigos, tus admiradores, tus discípulos en esta heroica campaña de toda tu vida ejemplar contra la injusticia social y en pro de las reivindicaciones proletarias, ha querido el acaso que sólo yo, tu amigo más viejo y más constante y leal, haya besado tu noble frente en el estertor de tu agonía, procurando concentrar en mis labios todo el dolor, todo el cariño y toda la amargura que por esta irreparable catástrofe sienten conmigo los trabajadores españoles.

¡Adiós, fraternal e insigne camarada; adiós, modelo de bondad, de fortaleza, de voluntad inteligente consagrada a la más santa de las causas! Tu obra será imperecedera, y cuando en tiempos no lejanos el ideal socialista haya llegado a su plenitud excelsa, el nombre ilustre de Pablo Iglesias será ensalzado por las generaciones venideras, al igual de los más preclaros que hayan luchado en el palenque de la verdadera redención humana”’.- Matías Gómez Latorre, 1935.

Vidas y muertes paralelas

“Paralelas en el tiempo, paralelas porque no se encuentran en ningún punto de coincidencia o armonía, paralelas que siguen direcciones ideológicas contrarias, paralelas hasta en la muerte, ocurrida en un intervalo de tres días, fueron las existencias de Antonio Maura y Pablo Iglesias. Tenían casi la misma edad, setenta y cuatro y setenta y cinco años. Ambos eran de extracción humilde, pero más Iglesias, hijo de una familia obrera de El Ferrol, que Maura, hijo de unos modestos fabricantes de curtidos de Mallorca. Maura es el tipo de provinciano pobre que viene a hacer carrera en Madrid; estudió la de leyes, y buscó la protección de un político. Fue Gamazo; casó con una hermana suya, se adiestro para el foro en su bufete de abogado, fue pronto diputado gracias a él y le siguió durante años en las vicisitudes de la política española. Llegó a ser ministro y presidente del Consejo de ministros varias veces. Su carrera fue rápida y brillante; hizo fortuna como abogado, y como hombre público tuvo los máximos poderes, honores y prestigios. Era, con intermitencias, una especie de virrey o subjefe de Estado. En las situaciones difíciles todos se volvían a él, como a un Mesías o a un Júpiter, y le obligaban a descender del Olimpo espiritual en que gustaba confinarse, a las prosaicas tareas de la gobernación pública. Al morir era presidente de la Academia Española, adonde le llevó su autoridad política y una oratoria barroca y clasista en que se fundían su exuberancia mediterránea, gustosa del retorcimiento y la metáfora, y

su espíritu arcaizante, aficionado a la historia y la lengua del pretérito. Su mismo rostro, de rasgos semíticos y barba en punta, parecía una imagen del pasado, arrancada a nuestra pintura clásica. Con algunos leves toques de modernidad –algunas fallidas reformas de administración local, de descentralización del Estado– había en él mucho de supervivencia anacrónica. Al darle sepelio nos pareció que se encerraba por segunda vez a un resucitado.

Iglesias queda huérfano desde muy niño, y su madre le mete, con su hermano, en un hospicio. Allí hace el aprendizaje de tipógrafo, uno de los oficios manuales más cultos y del cual salen muchos conductores del movimiento obrero contemporáneo. Uno de los primeros trabajos que hubo de componer fue una edición del *Quijote*. Acaso en él aprendió lo que luego fue su vida: una lección y práctica del quijotismo, una constante lucha por el bien y la justicia. Y esta otra lección negativa: que el quijotismo es una actitud tragicómica cuando se está solo: que hay que organizarlo en milicia. También Maura, en sus días de estudiante, leía nuestros clásicos para depurarse del acento y la sintaxis de su dialecto mallorquín, o como un ejercicio instrumental de la forma, tal vez sin detenerse en lo que en ellos hay de eternamente humano. Al tipógrafo [1540] le interesaba más el espíritu que la forma. Su palabra era nórdica. Sacrificaba la belleza formal –muchas veces vacía, y por lo tanto, ficticia– al dolor del contenido. Maura tuvo siempre la preocupación del arte por el arte, de la plástica y la retórica. Iglesias, como un apóstol primitivo, como un pauliciano, hasta por el nombre de pila, profesaba, un sencillez verdaderamente evangélica, y no le embargaba más pensamiento que el de quitar un poco de dolor innecesario a la vida.

El uno fundó el Socialismo español, es decir un monumento duradero, y el otro dio origen al maurismo, es decir, a una efímera tolvenera política. Los comienzos del Socialismo fueron duros en España. Nació como Partido moderno el 2 de mayo de 1879, en una modesta comida que evoca la Cena Cristiana. Cinco hombres se sientan a la mesa: tres tipógrafos y dos médicos, siempre una profesión de avanzada. Uno de los tipógrafos es Iglesias y uno de los galenos Jaime Vera, una de las figuras más venerables, ya desaparecido también, en la historia del Socialismo español. El naciente partido tropieza con obstáculos a derecha a izquierda, por delante y por detrás. Es ilegal para el Estado, es un partido reaccionario para los anarquistas, que entonces predominaban en España, y es utópico para los republicanos, que todo lo esperan de un simple cambio de la forma de gobierno. Comienzan la propaganda y las controversias públicas, y las prisiones y las represalias de todo género. Hoy es hasta de buen tono político pertenecer al Partido Socialista. Entonces hacía falta mucho heroísmo. Hoy la misma burguesía española ve con buenos ojos que el Partido Socialista se desarrolle como un dique contra el fantasma del comunismo, como una reserva de orden y evolución gradual para cualquier evento en que el Poder público pueda quedar abandonado en la calle. Entonces –no más lejos que el 4 de mayo de 1890, en que por aprovechar el domingo se celebró por primera vez en España la fiesta del trabajo correspondiente al 1º de mayo–, entonces, decíamos, las clases acomodadas huían de Madrid los días de manifestación obrera, no [1541] fuera a sorprenderles en la calle la revolución social.

Con esfuerzos de titanes, con constancia de hormigas y con austeridad de santos, Pablo Iglesias y un puñado de hombres levantaron poco a poco la fábrica de su Partido, la única que queda en pie después del derrumbamiento del 13 de septiembre de 1923. Iglesias presentó su

candidatura a Cortes por Bilbao. Inútilmente. Hasta 1910 no consiguió entrar en el Parlamento por Madrid, cuando en casi todos los parlamentos del mundo había ya diputados socialistas a docenas. Poco a poco se había ido absorbiendo al anarquismo, retoñado después, durante los años de la guerra y la trasguerra, en el sindicalismo de Cataluña. Todavía quedaba el republicanismo. Al comienzo, ni republicanos ni socialistas querían entenderse. Para los republicanos, los socialistas eran unos utópicos o unos dogmáticos; para los socialistas, los republicanos eran unos burgueses. La inteligencia fue lenta. Conforme crecían las fuerzas socialistas y disminuían las republicanas, los republicanos propugnaron la alianza electoral, que no llegó a realizarse hasta 1910, vencidos al fin los escrúpulos que sentían muchos socialistas sobre el concepto de lucha de clases. Más adelante, los socialistas vuelven solos a la batalla de las urnas: puede darse por extinto el republicanismo histórico, aunque no el esencial, incorporado en lo sucesivo al Partido Socialista. En treinta años, el Partido que nació en una tierra al parecer impropia para su desenvolvimiento, en una tierra de temperamentos anárquicos, impacientes y visionarios, en una tierra donde las organizaciones políticas fueron casi siempre flores de un día y exclusivamente personales, se transforma en el Partido más arraigado, más numeroso, más disciplinado y actualmente tal vez el más apto para gobernar en España...

Es fue la obra de Pablo Iglesias.

El maurismo fue tolvenera política. Así pasó Maura, levantando conflictos innecesarios más que suscitando problemas fecundos, combatido por las izquierdas y temido de las derechas... El problema lo entendió mejor Iglesias, como antes lo había entendido Francisco Giner de [1542] los Ríos. El problema político más hondo de España, como el de todos los países que se hallan en su caso, no es tanto la reforma de las leyes y del Estado mismo, como de los hombres en tanto que ciudadanos. Son los hombres los que reforman las leyes, no las leyes a los hombres. No es que desde el Estado no se pueda mejorar a los hombres; pero no tanto por medio de reformas electorales como por medio de escuelas. Maura no se preocupó mucho de elevar el nivel político de España mediante la cultura. Esa fue la preocupación de Giner de los Ríos. Había que formar una minoría de hombres que ejercieran sus funciones, privadas o públicas sobre todo éstas, con desinterés y competencia. Ese fue el propósito de la Institución Libre de Enseñanza, y ése es también el de las instituciones docentes superiores que luego nacieron y crecieron a su sombra.

Como Giner, Pablo Iglesias era también un organizador y un educador. En vez de niños tomó hombres —en el fondo, niños también—, y en vez de una escuela abrió un Partido. Había que disciplinar y educar políticamente al obrero que todo lo esperaba de la República, y al obrero en cuya cabeza no cabían más nociones de vida social que las del anarquismo pueril y confusionario. Eso hizo Iglesias. Cambió a los hombres con la emoción de un ideal lejano que puede ir realizándose día a día y hora a hora, despertó su sensibilidad pública y su apetencia de mejoras materiales y espirituales. Hoy el Partido Socialista es el más sólido —con cimientos de ideas y argamasa de férrea disciplina interior— y tal vez el más preparado para transformar gradualmente la nación. Eso se lo debe a Iglesias. Y le debe también su constitución democrática, según la cual todos los hombres son necesarios, pero ninguno indispensable. El maurismo se agotó con Maura, como les ocurre a todos los partidos personales. Iglesias, al contrario, se infundió, se disolvió en su Partido, con lo que, mientras su vida se apagaba lentamente, la del Partido iba ganando en extensión e intensidad.

Con Maura e Iglesias murieron dos hombres representativos de las dos Españas que se entendían y seguirán entendiéndose mal: una España que mira al ayer y a Oriente –quizá a un Oriente político también de ayer– y otra España que vuelve los ojos al mañana y a Europa –quizá a una Europa también de mañana–. Maura era la personalidad brillante que embriaga o irrita, pero todo pasajera. Iglesias, el hombre que edifica piedra sobre piedra, sin prisa, o como el que planta pinos para las generaciones futuras. Maura era la inspiración intermitente, que se extingue con la vida. Iglesias la organización continuada, que la sobrevive robustecida. Maura se creyó Mesías sin apóstoles. Iglesias fue un apóstol –en todos los sentidos de la palabra, hasta en el de la pobreza– sin Mesías. No menos que el Evangelio importa el evangelista y el que crea y sostiene la iglesia. Dijérase que el socialista llevaba en sus nombres su destino, si no en la exactitud histórica, sí en la semejanza de funciones y fines. No fue un San Pablo, pero sí en cierto modo, como él, un apóstol y de doctrinas sociales, no tan ajenas al cristianismo primitivo. Tampoco fundó ninguna iglesia, pero sí algo parecido a lo que esa palabra quiere decir etimológicamente, o sea, una congregación de hombres, y eso es un partido. No profesaba el catolicismo como religión, pero sí como concepto de universalidad, que eso es también el Socialismo. La personalidad de Maura era muy española, pero también la de Iglesias, como la de Giner, como la de San Ignacio; raza de fundadores y organizadores. Es posible que las almas de Iglesias y Maura elijan, aun después de muertos mansiones diversas, incluso situadas en mitologías distintas; pero, si se encontraran en los Campos Elíseos, o en cualquier otra región de ultratumba, es posible que se limitaran a hacerse una breve reverencia, como antiguos antagonistas, y que siguieran en dirección opuesta sus existencias inmortales, paralelas y contrarias hasta, en la muerte”.-Luis Araquistain, de *España en el crisis*. 1930.

[1544] *Pablo Iglesias v Emiliano Barral*

En 1920 me dijo Emiliano Barral, de quien yo era amigo: “Yo tengo que hacerme un nombre, porque casi nadie me conoce; yo no he ido a ninguna escuela o academia y no he realizado grandes obras; he pensado que podría hacer algún trabajo relacionado con Pablo Iglesias, ya que al fin soy un obrero, y creo me corresponde a mí por eso hacer lo que nadie, que yo sepa, ha hecho hasta ahora”.

Marché decidido a la calle de Ferraz, y cuando Candelas me abrió la puerta, puse en sus manos mi carnet del Partido Socialista y dije deseaba ser recibido por Iglesias. El Abuelo me recibió cariñosamente, mandándome sentar. Le expliqué quién era Emiliano Barral, y que deseaba modelar su cabeza, para lo que le pedíamos permiso.

- ¿Y qué tengo yo que hacer?, me preguntó.

- Nada; estarse sentado inmóvil, en una silla, le contesté.

- Pues si es él quien tiene que trabajar, y yo no, puede venir cuando quiera, me replicó.

Fue Emiliano a casa del Abuelo, y en tres sesiones modeló su cabeza en barro. Iglesias y él salieron amigos desde entonces, y Barral hasta ingresó en la Agrupación Socialista Madrileña. Pasó del barro a la piedra la cabeza de Iglesias, y la tuvo en el estudio de un amigo suyo, en la calle de Góngora. Yo trabajé para que cuantos compañeros pudieran viesan la cabeza de Iglesias,

y allí estuviste tú, Andrés, entre otros muchos.

Hasta aquí el origen de la primera cabeza de Pablo Iglesias esculpida por Barral. Porque después hubo otra, sacada también por él, apenas fallecido Iglesias, y de la mascarilla yacente, todavía caliente la cabeza, hizo la que figura en el mausoleo del cementerio civil, verdadera obra genial, como la primera, admirada por cuantos visitan aquel santuario socialista. Veamos cómo explicaba Barral su emoción artística:

[1545] “Moldear el barro no agudiza la emoción. El barro, como la madera son susceptibles de rectificación, El yerro se subsana. La piedra es inflexible: no perdona. Golpe equivocado no se reparará nunca. Por eso la obra en piedra nos tensiona y estira el músculo hasta amenazar romperle. A la obra hay que entregarse absolutamente. Yo, mientras realizo una obra, no vivo más que para ella. Me desentiendo de lo circundante; no vivir más que para la obra. Y hasta concluir la no descanso. Entonces tampoco. Me deja en un instante de ensimismamiento insatisfecho. Anhelaba más... Me embarga la inquietud, la desazón de que la obra no me interesa. La creo desvalorizada por una realidad inferior a mi concepción. Además de la cabeza de Pablo Iglesias, Barral hizo otra de Maraón, verdaderamente genial”.- Feliciano Martín.

“He aquí la testa yacente de Pablo Iglesias, que unas manos de artista, manos amorosas, sensibilizadas por una emoción pura, cincelaron en la masa de piedra. Grave y serena, esta cabeza es ya un símbolo de heroísmo que perpetuará en el tiempo la lección de una vida ejemplar que sé forjó en el dolor, se templó en la pasión y sé santificó en la ternura. En la paz de Iglesias los días fueron dejando su huella de amargura, pero el soplo de la eternidad creó su espíritu. La llama viva de la justicia consumió su carne y encendió su ánimo mientras al corazón le nacían alas. Fue grande en vida y es más grande ahora, después de muerto. La simiente que él sembró en la corteza de una España yerma ha florecido ya. Nuevos sembradores cuidarán de que no se malogre el fruto y podrán ofrecer a su recuerdo, un día cercano, la palma del triunfo. Fue ejemplo para los hombres de ayer; ha sido un maestro para los hombres de hoy; será un símbolo de grandeza moral para los hombres de mañana”.- Pie que figura en el monumento funerario a Pablo Iglesias, obra de Francisco Azorín, arquitecto, y Emiliano Barral, escultor, erigido en el Cementerio civil de Madrid.

[1546] *El monumento a Pablo Iglesias*

“Ocurre con frecuencia, según Clío nos cuenta, que las jóvenes habitantes de las misteriosas y secretas grutas del Helicón, hermanas de aquélla, sustituyen sus albas galas por pardos y negros velos, pardos y negros como los de la patética Melpómene, y abandonando los bosques de la Beocia se desparman, en ligero vuelo, por el ambiente, para luego ir a tañer sus liras, a las que arranca plañideros acentos, cerca de los poetas y de los músicos, de las danzarinas, de los pintores y de los escultores, inspirándoles sentidas alegrías, fúnebres melodías, luctuosas actitudes, tétricos cuadros y plásticos símbolos de la muerte, del dolor y del llanto. Entonces es cuando un pueblo, preocupado por hipotéticos porvenires, decora y alhaja con lujo que pasma los hipogeos donde entierra sus reyes y levanta, para que atalayan desde el desierto, la historia de todas las naciones, imponentes monumentos, que guardan en su seno, inaccesibles durante

muchos siglos, las secas momias de unos tiranos. Es cuando Jorge Manrique glosa en correctísimas estrofas, con melancolía infinita, el tránsito de su padre; cuando Saint-Saëns describe musicalmente el espantable espectáculo de una zarabanda bailada por unos desenterrados de descarnado tórax, por cuyas cavidades pasa el aire silbando lúgubrementemente, que rozan sus esqueletos entre sí, haciendo crujir sus huesos, en un cementerio en donde el viento rumorea, al filtrarse por el ramaje de los cipreses, atemorizador; es cuando Tórtola Valencia, envuelta en negras gasas, con el rostro maquillado que falsifica una despeluznante carátula, gira y se contorsiona como pudiera hacerlo un espectro; cuando Rethel concibe su "Muerte bienhechora" y su "Muerte vengadora"; cuando Gaspar Becerra talla esa horripilante figura agusanada y carroñosa, avecindada en un oscuro rincón del Museo vallisoletano, que atemoriza a todo curioso que hasta ella osa aproximarse.

Más es raro que las Musas se asocien a cierta clase de homenajes póstumos. Cuando éstos cristalizan en un monumento funerario, no suelen [1547] las veleidosas deidades proteger a los artistas encargados de realizar tales obras. Para que éstas lleguen a ser admirables no basta poner en el empeño de su creación una férrea voluntad, ni una vasta cultura, ni un depurado tecnicismo; es preciso que en el cerebro de esos artífices se enciendan las brillantes llamas de la genialidad. De lo contrario, se caerá en lamentables amaneramientos, en frías iconologías, en falsas o mudas simbolizaciones. Y es que el arte funéreo, para ser realmente admirable, necesita ser sublime. Los poderes augustos, los grandes misterios y los sentimientos que son, a la vez, nobles y profundos, requieren que sus representaciones infundan respeto, conmuevan hondamente, sean terroríficas, como decía Kant cuando disertaba acerca de los grados de lo sublime, y la muerte es, no hay que olvidarlo, el poder más invulnerable, más intangible, que se puede reconocer; es también un insondable misterio, pese a las más audaces especulaciones y a los más cuidadosos y prolijos análisis, y a su llegada, cuando su terrible guadaña amaga a un ser querido o cuando ya con su presa se aleja de nosotros, florecen en nuestro corazón, poderosos y pujantes, el amor, el dolor, la desesperación o la resignada serenidad, ostentando sus más majestuosas gradaciones

Pero si toda manifestación de arte funéreo, aun aquellas consagradas al recuerdo de unos seres anónimos que pasaron por el escenario de la vida una existencia anodina y que a su muerte sólo dejaron el duelo de sus familiares, plantean muy apreciables dificultades, calculemos la magnitud de éstas cuando dichas manifestaciones deban rememorar una vid, heroica, rica en incidencias y episodios, la vida de un hombre que influyó de manera decisiva en la marcha política de su país. Por eso, porque el arte funéreo es difícil, muy difícil, sobre todo en este aspecto, es la causa que los panoramas que ofrecen los más suntuosos cementerios sean de una atroz monotonía. Pretender hacer dentro del genere algo original, expresivo y grandioso, más que por sus dimensiones por lo que pueda, sugerir es... pretender mucho.

[1548] El mausoleo que todo el proletariado de una nación quiera erigir, como testimonio de cariño y de agradecimiento, a quien fue su redentor y su apóstol, tiene forzosamente que presentar múltiples problemas. Él que los obreros españoles se proponen dedicar a Pablo Iglesias tenía que ofrecer esos problemas. En él debían tener asiento los símbolos justos y ponderados de una vida tenaz y consecuente, de un proceder austero, del amor que Pablo Iglesias profesó a los trabajadores, del espíritu imperecedero de su obra interesantísima, del sentir melancólico de una inmensa colectividad. A todo esto debía unirse algo que expresase la calma y el misterio que

deben caracterizar esta clase de monumentos. Realmente, esta obra es harto compleja. Afortunadamente, dos artistas jóvenes, de imaginación brillante y poderosa, prestos a luchar denodadamente hasta lograr sus propósitos perfectamente identificados con el deseo del proletariado español, participando de la emoción que a éste embargaba, recibieron el encargo de proyectar el mausoleo que los proletarios de España van a levantar en el Cementerio civil.

Los animosos artistas eran el arquitecto Francisco Azorín y el escultor Emiliano Barral. Aun cuando estos nombres garantizaban una obra meritoria, no podíamos alejar de nuestra mente una pregunta: ¿Triunfarán?

Hoy, vista la maqueta ultimada por Azorín y Barral, y leída la Memoria donde ambos artistas describen su proyecto, la pregunta sería improcedente; hoy puede asegurarse que Azorín y Barral verán coronados sus nobles esfuerzos por el más lisonjero de los éxitos. La clase trabajadora española puede estar segura de que el mausoleo a Pablo Iglesias constituirá algo ejemplar. Será una construcción dinámica, como dicen sus autores que exprese el movimiento social que él encarnó; sus sillares escalonado dicen de progreso, de un progreso alcanzado etapa a etapa, paso a paso, luchando con multitud de obstáculos también representados en los bruscos lapsus que sufre la marcha ascendente de los sillares que, tallados en humildes bloques pétreos, nos dicen aún más, nos dicen de la sobriedad [1549] y de la fortaleza del maestro. La Maternidad, que al pie de los sillares más bajos aparece no es únicamente el símbolo vulgar del principio de la Vida: es el símbolo del amor que Pablo Iglesias sintió por los desheredados, por los explotados, por los esclavos modernos, que no llevan al cuello la argolla que proclame su condición de siervos, pero que pasan hambre y frío como los de otros tiempos; amor que le impulsó a emprender su obra de manumisión. Esa torre que culmina el mausoleo, a cuyo pie surge la figura de un hombre que parece esforzarse en alentarla hacia el espacio, y que no fina en el vértice donde podrían coincidir las aristas laterales de una pirámide, según costumbre, sino en una “edentada arajada”, invoca la idea de algo vivo, vivo como el espíritu de Pablo Iglesias, que sigue siendo guión de nuestra marcha... Los obreros del campo, míseros pecheros ansiosos de una liberación que sólo la aplicación de las fórmulas económicas preconizadas por el Socialismo pueda proporcionarles, los obreros de la ciudad, que en fábricas y talleres, con sus manipulaciones, llevan el ritmo del Progreso, y los obreros del mar, esforzados titanes, púgiles en perenne lucha con los elementos, asociados todos en una común condolencia, figurarán en sendos frisos, sorprendidos por Emiliano Barral en plena actividad. El aire que entre por la única parte abierta del monumento encontrará en seguida un dique en los sillares fronteros, y allí quedará recogido, sumido en una calma símil del reposo eterno; y en medio del mausoleo, en un templete penumbroso, que nos habla de misterios y de dudas, irá, rematando un hito, la testa sedente de Pablo Iglesias, ya cincelada maravillosamente por Emiliano Barral, que mostrará a las generaciones futuras cómo era el rostro de aquel santo laico cuando la Muerte le tomó”.- Emiliano H. Aguilera.

[1550] *Una lección de serenidad*

“En las elecciones legislativas de 1901 el Comité de la Agrupación Socialista de Bilbao me dio por misión acompañar a nuestro candidato en su recorrido por los colegios. Aquellas elecciones bilbaínas presentaron los más acusados caracteres de la lucha de clases, plasmada en

dos candidaturas: Socialismo contra capitalismo. El candidato socialista era Pablo Iglesias y el capitalista Tomás de Zubiría, más tarde conde de Zubiría en una oleada de vanidad que invadió a la burguesía vizcaína, ávida de títulos nobiliarios para disfrazar su origen humilde, subsistente en la memoria de cualquier contemporáneo de los tenderos y aldeanos, padres de tan flamantes marqueses y condes.

En torno de Zubiría se agruparon todos los partidos políticos, absolutamente todos, desde el carlista hasta el republicano. El socialista peleaba solo, sin ayuda de nadie. Y el anarquismo, extremando su actitud apolítica, procuraba minar la fe obrera con manifiestos ofensivos, en cuyo texto la injuria mínima consistía en llamarnos adormideras, atribuyéndonos designios de adormecer a los trabajadores, para no dejarles ver el único camino de la redención, el de la acción directa.

Apenas amaneció, el Centro Obrero, en la plazuela de los Tres Pilares, convirtiéndose en hervidero. Interventores, apoderados y repartidores de candidaturas, recogiendo unos sus credenciales, otros sus poderes y otros sus papeletas, marchaban a sus puestos, ninguno sin estrechar la mano de Pablo Iglesias. Había indicios de que la jornada sería sangrienta. Al servicio del candidato burgués, toda el hampa. Conocidos hampones frecuentaban el Centro Industrial, patrocinador de Zubiría, codeándose allí con eminentes señores de la siderurgia y de la banca. Los matones disponían del apoyo de la fuerza pública, pues también el Gobierno, y sin recato, apoyaba al millonario Zubiría, presidente de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya, espléndida protectora de algunos políticos madrileños.

La recluta de gente del bronce no se circunscribió a garitos y prostíbulos [1551] de la villa, sino que se extendió a las prisiones. De las cárceles de Bilbao y Valmaseda salieron malhechores en débito constante con la justicia, quienes vieron súbitamente extinguidas sus prorrogadas "quincenas" u obtuvieron libertades provisionales en procesos por delitos que no las consentían. Además, logróse el indulto de un asesino apodado *Cadenas*, mote que le venía de las que, a consecuencia de su rebeldía en los penales, donde cobraba el barato, hubo que ponerle para amarrarle 'en blanca'. A *Cadenas*, autor de varios homicidios, se le abrieron de par en par las puertas del presidio de Burgos para que "trabajara" la candidatura de Zubiría. Durante varios días anteriores a la elección anduvo de taberna en taberna por los barrios altos —los barrios obreros— lanzando bravatas.

Constituidas las mesas electorales, el Centro Obrero, antes repleto, quedó vacío. Acompañado por mí, a modo de cornetín de órdenes, se dispuso Iglesias a recorrer los colegios. En un landó, que nos aguardaba cerca del Centro, tomamos calle de San Francisco arriba. Eran poco más de las ocho de la mañana. El primer colegio que debíamos visitar, instalado en la próxima calle de Hernani, lo presidía Felipe Herodio, concejal socialista. Pero en San Francisco, y antes de doblar hacia Hernani, topamos con extraño grupo. Varios guardias protegían a un hombre cano, con paz patibularia, vestido con blusa negra; detrás, gran número de personas gritando ¡asesino! ¡asesino!, querían romper el cordón de guardias para linchar al hombre de blusa negra. Era *Cadenas*. Los guardias, temiendo no poder evitar el linchamiento, iban a buscar el amparo de soldados en el inmediato cuartel de San Francisco.

Al ver a Iglesias, el grupo rodeó nuestro coche, explicando a voces lo ocurrido. Ante el

colegio que presidía Felipe Herodio, varios hampones, capitaneados por *Cadenas*, dedicábanse a amedrentar a los electores, y un muchacho socialista, Ayuso, sobrino carnal de Herodio, se había derrumbado en el arroyo, con el corazón partido de una cuchillada. Allí estaba el cadáver, a la vista del propio Herodio, que sentía [1552] entrañable cariño por el muchacho. Todos aseguraban que el matador había sido *Cadenas*. Este y sus protectores se refugiaron en el cuartel, cuya guardia, con bayoneta calada, formó delante de la garita del centinela.

El grupo se convirtió en multitud, exigía venganza y se aprestaba a hacerla. Iría, calle de Hernani abajo, hacia la de Jardines para asaltar allí el Centro Industrial y matar a cuantos encontrara dentro de sus salones. ‘¡Hale!’ exclamé yo, contagiado de ira, disponiéndome a saltar del lando. Iglesias, tomándome del brazo, me sentó de un empujón. Fue él entonces quien se puso de pie, más no iracundo, sino sereno y, haciendo tribuna del carruaje, habló a los enfurecidos.

Su palabra apostólica parecía dorarse al rozar su barba, todavía rubia. Oyéndole fue desvaneciéndose el furor del auditorio, atento a los consejos del maestro. ‘La violencia a que pretendéis entregaros –decía Iglesias– a nada práctico conduce, sino a causar nuevas víctimas, incluso entre vosotros mismos. ¡Cada uno a su puesto! ¡A votar! ¡A vigilar la elección! ¡A impedir que se compren votos! Eso es cuanto hoy os corresponde’.

A mí me fue convenciendo aquella palabra tranquila y persuasiva, que igualmente oían los soldados de guardia del regimiento de Garellano, y el teniente que, desnuda la espada, los mandaba. La muchedumbre se dispersó en silencio. Nosotros continuamos el recorrido. Sentado junto a Iglesias, sentí que jadeaba con violencia, rechinándole los dientes. También él se vio ganado por la ira, que ahora se manifestaba a solas y que antes contuvo para dar una lección de serenidad a los demás, lección que yo aprendí.

Meses más tarde, *Cadenas* compareció ante el Jurado. Al leerse el veredicto de culpabilidad, hubo en la audiencia un golpe teatral. Acercándose al estrado, otro baratero, de apellido García, declaró ser él quien había matado a Ayuso. El tribunal de Derecho, desentendiéndose [1553] de tal declaración, se atuvo al veredicto y condenó a *Cadenas*. Pero éste no cumplió el castigo. El diputado a Cortes por Bilbao, Tomás de Zubiría, consiguió prontamente del ministro de Gracia y Justicia –más inclinado a la primera que a la segunda– un indulto especial para *Cadenas*, a quien volvieron a abrírsele de par en par las puertas del presidio. Y el asesinato de Ayuso quedó impune. He ahí una estampa vieja: de hace medio siglo”.- Indalecio Prieto.

El Abuelo de todos

“Postrado por la muerte, que es renovación, pero no vencido por el dolor, ni por la fatiga, ni por el infortunio, yace el fundador del socialismo obrero en España. Sus ojos fulgurantes, pero transparentes y bondadosos para los que tuvieron hambre y sed de justicia, se cerraron a la presión de una mano piadosa. Sus blancos cabellos y su barba nítida destacan en blancura sobre la palidez ebúrnea de un rostro cuya serenidad augusta no ha podido descomponer la agonía. Toda la España idealista llora la pérdida irremplazable del anciano austero que, desde las tenebrosidades del Hospicio, supo llegar a las cumbres del apostolado, y cuyas últimas palabras

fueron de consuelo para los que sufren y de demanda de protección para las mujeres y los niños, inicua y miserablemente explotados.

Pablo Iglesias, cobardemente calumniado un tiempo por los espíritus mezquinos, ha muerto después de conquistar el respeto de sus más resueltos adversarios. Como Costa, como Giner, como Pí y Margall, como Chao, deja a la posteridad una enseñanza y un ejemplo y su nombre está destinado a ser venerado por cuantos hombres anteponen sus ideales y el sentimiento de la dignidad a todas las ambiciones ruines y a todas las torpes concupiscencias. Más clarividente que Marx, más puro que Jaurès, más humano que Guesde y que Kautsky, Pablo Iglesias ha sabido elevar el problema del trabajo a una esfera desinteresada y [1554] de índole moral. Para él, contra lo que afirmaban quienes creían encontrar en su conducta móviles de egoísmo, si no personal, colectivo, lo esencial no ha sido jamás conseguir que los trabajadores mejorasen su salario, sino que dejasen de ser almas asalariadas; que se dieran clara cuenta de su función social y de la solidaridad que debe unirlos con sus hermanos y que combatieran la injusticia por ser tal injusticia; pero dando ejemplo con su proceder de la elevación de sus miras y de la excelsitud de sus símbolos.

El pueblo, que sabe encontrar siempre una frase que condena su juicio acerca de los hombres y de las cosas, llamaba al viejo luchador El Abuelo. Al designarle con esta denominación afectuosa no quería solamente aludir a su ancianidad, sino a su carácter paternal, a su abnegación sin límites, a su bondad ingénita, a su experiencia adivinadora, a su cariño entrañable a los pobres y a los luchadores de todos los oficios. Era, ciertamente, para ellos como un abuelo, que nada quiere para sí sino todo para sus nietezuelos, que después de haber pensado y llorado mucho todavía se siente capaz de los mayores sacrificios en bien de aquellos que han de continuar su labor redentora; que no teme a la muerte, porque sabe que ha de responder a leyes universales y eternas y que, hasta cuando habla de cifras y de valores, no es por su significación material, sino por la equidad que debe presidir a su justo reparto, sin perjuicio de tirar después su lote, grande o chico, por la ventana. ¡El Abuelo! Eso fue verdaderamente el viejo tipógrafo, jamás cansado de leer y de calmar su sed espiritual en la realidad y en los libros. El Abuelo de todos los humildes, el progenitor de todas las ideas puras y transparentes, el genearca de una España futura, en la cual la rehabilitación de los vilipendios y la emancipación de los siervos habrá de hacerse sin venganzas y sin iracundias, como un rito de justicia magna y como [1555] una consagración del deber sobre todas las ignominias del supuesto derecho.

El Abuelo nos deja; pero él ha impreso su carácter austero y la rigidez de sus normas a los organismos que creó con labor y dolor? él nos enseñó que toda obra social debe ser desinteresada y sufriente, como todos los alumbramientos, y que aun al borde de la sepultura, cuando nada se espera sobre la tierra, y cuando bajo ella se abre el postrero refugio, es obligado pensar, con más ardor que nunca, en la victoria de la lógica sobre el sofisma, de la razón sobre el absurdo, de la justicia sobre la maldad y del porvenir sobre el pasado yerto; precisamente porque en eso estriba el fundamentó de toda religiosidad verdadera, que no puede ser sino identificación de los ideales humanos con lo imperecedero absoluto. Por eso al Abuelo se le llama también el Santo laico, y por ello también, si algún día llegara en que no hubiera sobre la tierra ni capitalistas ni obreros, su nombre perduraría en la memoria de las generaciones futuras, bastando para ello la existencia de hombres de bien”.- Antonio Zozaya, 1925.

[1556] *Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias*

“Los que somos ya viejos y empezamos a vivir muy pronto evocamos hoy, como uno de los más decisivos recuerdos de nuestra infancia, la figura del compañero Iglesias –así se llamaba entonces–, de aquel joven obrero de palabra ardiente, de elocuencia cordial. Era yo un niño de trece años. Pablo Iglesias un hombre en la plenitud de la vida. Recuerdo haberle oído hablar entonces –hacia 1889– en Madrid, probablemente un domingo (¿un 1º de mayo?), acaso en los Jardines del Buen Retiro. No respondo de la exactitud de estos datos, tal vez mal retenidos en la memoria. La memoria es infiel: no sólo borra y confunde, sino que a veces inventa, para desorientarnos. De lo único que puedo responder es de la emoción que en mi alma iban despertando las palabras encendidas de Pablo Iglesias. Al escucharle hacía yo la única honda reflexión que sobre la oratoria puede hacer un niño: ‘Parece que es verdad lo que ese hombre dice’. La voz de Pablo Iglesias tenía para mí un timbre inconfundible –e indefinible– de la verdad humana. Porque antes de Pablo Iglesias habían hablado otros oradores, tal vez más cultos, tal vez más enterados, o de elocuencia más hábil, de los cuales sólo recuerdo que no hicieron en mí la menor impresión. Debo advertir que aunque nacido y educado entre universitarios, nada había en mi educación –digámoslo en loor de ella– que me inclinara a pensar que la palabra de un cajista había de ser necesariamente menos interesante que la autorizada por la sabiduría oficial. Quiero decir que no había en mí el menor asombro ante el hecho de que un tipógrafo hablase bien. La palabra es un don –pensaba yo entonces– que reparte Dios algo a capricho, y que no siempre coincide con el reparto de diplomas académicos que hacen los hombres. Para un niño ésta es una verdad muy clara. El tiempo se encarga de enturbiárnosla con múltiples reservas.

Lo cierto es que las palabras de Iglesias tenían para mí una autoridad que el orador había conquistado con el fuego que en ellas ponía, [1557] y que implicaban una revelación muy profunda para el alma de un niño. De todo el discurso, en que sonaba muchas veces el nombre de Marx y de algunos otros pensadores no menos ilustres, que no podía yo entonces valorar –hoy acaso tampoco–, sacaba yo esta ingenua conclusión infantil: El mundo en que vivo está mucho peor de lo que yo creía. Mi propia existencia de señorito pobre reposa, al fin, sobre una injusticia. ¡Cuántas existencias más pobres que la mía hay en el mundo, que ni siquiera pueden aspirar, como yo aspiro, a entreabrir algún día, por la propia mano, las puertas de la cultura, de la gloria, de la riqueza misma! Todo mi caudal, ciertamente, está en mi fantasía, mas no por ello deja de ser un privilegio que se debe a la suerte más que al mérito propio.

Yo no sé si la voz de Pablo Iglesias se conserva fonográficamente.

De todos modos, no seré quien lamente la ausencia de ese disco. Al fonógrafo, tan exacto para registrar lo cuantitativo, las relaciones de más y de menos en la voz humana, escapa siempre lo cualitativo, *ce rien qui est tout*, timbre que distingue a unas voces de otras. Es la tragedia de la máquina, tan útil, tan necesaria: a ella se escapa lo vivo casi siempre; lo espiritual nunca lo reproduce. En cuanto a la voz de Iglesias, del compañero Iglesias, o si queréis, del Abuelo, yo prefiero escucharle en mi recuerdo o, mejor todavía, en labios de otros hombres no menos auténticos, no menos verdaderos, que aún nos hablan al corazón y a la inteligencia”.- Antonio Machado, 1938.

[1558] *Los Abuelos*

“Celebra estos días, el Partido Socialista Español su duodécimo Congreso. El primero tuvo lugar en Barcelona, hace justamente cuarenta años, durante el verano de 1888. En aquel Congreso de fundación del Partido el grupo socialista de Madrid estuvo representado por Pablo Iglesias. ¡Cuarenta años!... El camino recorrido desde entonces en España y en el mundo por las democracias obreras va más allá de lo que pudieron soñar aquellos precursores que el año 88 se congregaron en Barcelona, en la vieja Barcelona de la Exposición Universal, vigilados por la policía, zaheridos por los mismos camaradas de taller, ahogados por la densa hostilidad del ambiente.

Ahora, el duodécimo Congreso se reúne en una Casa del Pueblo que vale cerca de dos millones de pesetas; inaugura hoy, domingo, la escuela obrera de la Fundación Cesáreo del Cerro, que cuenta con otros dos millones, y publica la convocatoria y orden del día de sus Secciones en un volumen de setecientas páginas, editado en la propia Cooperativa Gráfica Socialista. Al hojear ahora este interesante libro, dos grabados retienen mi atención. Se lee debajo del primero ‘El austero despacho de trabajo del ‘Abuelo’ en su hogar de la calle de Ferraz, 68’. Y va al pie del segundo esta línea: ‘Proyecto de mausoleo a Pablo Iglesias, obra de Barral y Azorín’.

Me parecen esas dos fotografías como dos momentos, dos visiones de una gran figura humana. A un lado, el cuarto modesto, con montones de libros y papeles en la mesa, y en los estantes, y en las sillas, y sobre la chimenea. La vida laboriosa, la butaca en que se sentaba el enfermo, la lucha, la siembra, el dolor; el Abuelo, venerado en la intimidad por sus amigos, por sus compañeros y discípulos. Al otro lado ya no es la vida, sino la posteridad; ya no se habla del Abuelo familiar, sino del Pablo Iglesias que entró en la historia; es ya el simbólico mausoleo que con feliz inspiración ofrece a nuestra vista unas grandes masas de piedra [1559] bloques superpuestos, algo como la silueta arquitectónica del futuro, como una construcción ciclópea que sube, que avanza, que no está todavía terminada... Realmente, la memoria del ‘Abuelo’, como a Iglesias llamaban en sus últimos años todos los socialistas, presidirá el actual Congreso. Para obreros y no obreros, para los hombres de ideal, la vida de Pablo Iglesias es una lección de energía y de esperanza.

Recuerdo haberle oído referir, dialogando con Mora, su viejo amigo, en una de aquellas reuniones de la Conjunción Republicano-Socialista celebradas en casa de don Benito Pérez Galdós –quien con su sonrisa silenciosa vivía su última serie de *Episodios Nacionales*–, las peripecias de los tiempos heroicos del Socialismo, cuando unos pocos obreros, vejados y perseguidos, habían de citarse en algún figón oscuro o bajo las solitarias frondas del Retiro, mientras también en casi toda Europa los apóstoles de la Internacional se veían reducidos a conspirar en las guardillas o a padecer en las prisiones.

Poco más de cincuenta años han corrido desde esos tiempos heroicos que evocaba Pablo Iglesias. Poco más de cincuenta años, y ¡qué cambio en el mundo! En las naciones más cultas, más prósperas, aquellos repudiados socialistas entran en los palacios de las asambleas legislativas, se sientan en los Consejos de ministros, forman y dirigen gobiernos y hasta ocupan la presidencia de las Repúblicas... Estos mismos días, von Hindenburg, el anciano mariscal del imperio, empezó por poner en manos de un socialista el timón del Estado alemán. ¡Buen ánimo, jóvenes! Da

mucho de sí una vida humana... Si en estos cincuenta años los hombres que hoy son viejos han visto realizarse tales cambios, ¿qué nuevas mudanzas, qué diversas transformaciones verán los que aún son mozos en los cincuenta años venideros?

Cuando vivía Iglesias, el Abuelo de los luchadores proletarios, tenían los españoles de alma liberal otros dos Abuelos. ¿Recordáis la ejemplar figura de aquel Azcárate, espejo de cívicas virtudes, mezcla [1560] de parlamentario inglés y de castizo hidalgo de León? Hace casi tres lustros, en momentos en que pudo soñarse en una renovación ideal, en una honda renovación liberal de la política española, don Gumersindo, en quien acaso se pensó para un futuro Gobierno, pronunció aquellas palabras: ‘Yo, no; yo no soy el padre de esta criatura; yo soy sólo el abuelo...’.

Entretanto, allá, en la Institución Libre, junto al balcón, otro viejo, con la gran frente calva entre las manos, meditaba, aguardaba, esperando y desesperando, la transformación espiritual y social de nuestra patria. También a don Francisco Giner de los Ríos se le llamaba en la intimidad el Abuelo. ‘El Abuelo’ se titula un capítulo de la obra de Pijoán *Mi don Francisco Giner* consagrado a comentar esta cariñosa denominación.

Los tres ancianos, los tres Abuelos, moran ya para nosotros en la región de las nobles sombras y de los piadosos recuerdos. Los tres sembraron, respectivamente, tres campos vecinos: Iglesias, el del Socialismo y la redención proletaria; Azcárate, el de la libertad y la gobernación verdaderamente democrática en España; Giner, el de la nueva educación, que emancipa las conciencias, eleva los corazones y forja las voluntades. Hoy ve Pablo Iglesias fructificar su huerto. ¿Florecerán igualmente los otros dos? A través de esos campos –de esos y de otros, que la tierra es grande– pasan los senderos del porvenir. ¿Hasta dónde avanzarán nuestros hijos mañana? ¿Adónde habrán llegado dentro de cincuenta años?”.- Luis de Zulueta, 1º de julio de 1928.

Primero, trabajador

“Cuando Pablo Iglesias es un niño hospiciano, carente de toda consideración social ni familiar, la primera condición que adquiere es la de trabajador. La adquiere con su esfuerzo y con una singular avidez en el taller de imprenta del Hospicio de Madrid. Esa condición de trabajador le permite, por lo pronto, emanciparse de su triste situación de asilado. Tiene conciencia de que ya es capaz de hacer un trabajo útil. Ello le da confianza en sí mismo y le decide, en un momento de digna rebeldía, a evadirse del Hospicio, fuera del cual no le espera el vagabundaje, sino la lucha por la vida. Esa condición del trabajador le permite reunirse con su madre, y andando el tiempo, muy joven aún, sus cualidades morales y técnicas de trabajador le habrán de atraer el afectuoso respeto de sus compañeros de trabajo, que tendrán en él un orientador. Nos lo contaba uno de aquellos compañeros de trabajo en el que encontró un amigo fraternal para toda la vida: un socialista que lo fue, como Iglesias, con la razón y el sentimiento, el buenísimo Matías Gómez Latorre. Trabajaban los dos en la imprenta de un periódico carlista que se hacía en el Pasaje de la Alhambra y que salía por la mañana. Al amanecer, al dejar el trabajo, el grupo de obreros se dirigía a la taberna para tomar unas copas y charlar. Pablo Iglesias tomaba un vaso de leche y marchaba a su casa para reunirse con su madre. A los compañeros les impresionaba la sencilla superioridad de aquel muchacho que algunas veces les explicaba sus lecturas y les exponía sus

pensamientos. Así empezaba Pablo Iglesias su obra política, fundamentada en su firme condición de trabajador.

Primero, trabajador. Esta idea preside después su labor organizadora. No confunde la acción sindical con la acción política, aunque procura concertarlas; mas para ingresar en el Partido Socialista se hace necesaria la credencial de trabajador. Se podrá ser trabajador sin ser socialista; pero para ser socialista hay que ser trabajador. Tiene [1562] esto un valor moral y un valor táctico. Un valor moral, porque sólo produciendo para los demás se tiene la satisfacción de merecer lo que los demás producen para nosotros. Un valor táctico, porque la ineptitud fuera de la actuación política restará fuerza moral y fuerza eficaz y hasta quitará confianza en la independencia de los propios juicios. La conciencia de su capacidad para producir valores, con sus manos o con su pensamiento, da al hombre la medida de su propio valor y de su fuerza. Por lo que pueda dar y por lo que pueda negar será estimada su eficacia en la cooperación y en la lucha: en la lucha legítima por sí mismo y en la lucha por los demás, si es altruista. Cuanto mayor sea su eficacia, mejor podrá condicionar su cooperación. Será más libre. Esto es así en lo colectivo y en lo individual y debe ser tenido en cuenta por los jóvenes y por quienes quieran orientarlos. Nadie pretenda hacer el aprendizaje de político si antes o al mismo tiempo no hace el de trabajador”.- Gabriel Pradal.

Mi homenaje a Pablo Iglesias

“Hace muchos años. No sé cuántos. Sí recuerdo que aún iba a la escuela municipal de Albia, que regalara la viuda de un potentado al Ayuntamiento de Bilbao, y que de allí nos echaban a las doce. Eran los días fogosos y apasionados precedentes a una lucha electoral. Se celebraba un mitin en el circo del Ensanche, donde terrible tragedia herodíaca se cerniera años más tarde. Hablaron Redondo, Beascoechea y Perezagua, y presidía Fermín Zugazagoitia, padre. Aquella noche conocí y escuché por primera vez a Pablo Iglesias. De él había oído hablar mucho a mi padre. La plutocrática burguesía vizcaína aprestaba la bolsa espléndida. Con ella los forales y demás fuerzas coercitivas pensaban vencernos. Los grupos anarquistas predicaban a la clase trabajadora la abstención electoral. Éramos adormideras. Los nuestros preparaban su alma y sus puños. Todo iba a hacer falta. Donde no llegaban los escasos céntimos arrancados a escuálidos bolsillos habían de llegar el corazón y la [1562] voluntad de los socialistas y simpatizantes. En las calles de Bilbao se enfrentaban la burguesía y el proletariado en despiadada lucha política.

Acudí al mitin. Siendo un muchacho muy joven, aún recuerdo la impresión que me produjo oír a Iglesias. No le comprendí del todo. ¡Qué importa, si me ganó! Por ser el hijo mayor había visto llorar muchos sábados a mi madre. Mi padre era muy trabajador; pero el jornal no alcanzaba para pagar el fiado de la tienda. ¡Cuántos sufrimientos morales y materiales! Eso mismo debía pasar en muchas casas. Iglesias nos lo dijo; desde entonces yo no lo olvidé. He hizo socialista. Me ganó al socialismo. ¿De qué Socialismo? No lo supe hasta que transcurrieron algunos años. ¿Yo qué sabía? Me bastaba saber que las madres no tendrían que llorar para dar de comer a sus hijos, ni que cortar el cacho de pan, única merienda, en pedazos pequeñitos para que durara la hotana [sic] el tiempo, siempre demasiado largo, previsto. A mi me bastaba entonces que me evidenciara eso; Iglesias lo consiguió.

La lucha pasó. Hubo palos y tiros; muchos tiros. Los vi muy de cerca. Fue mi bautismo de fuego. Seguramente me sobrecogiera. Pero así fue. Vi a un compañero entrar en el colegio electoral, y ciego de rabia porque innoblemente, nos vencían, se abrazó a la urna, la sacó a la calle y la estrelló en la acerca. Tras él, rodando por el suelo, salieron otros hombres. Contra todos venció; no se lo pudieron impedir. Era un metalúrgico que, además de corazón, en su coraje llevaba su fuerza y la idea socialista. Le vi muchas veces más tarde; me imponía tan íntimo y cariñoso respeto, que no me atreví a preguntarle por su Socialismo. Iglesias era para mí el verbo, la idea. Aquel obrero de traje azul y brazos musculosos era la acción, la brega. Con el espíritu de ambos se formaron la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista. ¡Procuremos todos acrecentar el depósito generoso que nos legaron! Ese es el mejor tributo que podemos legar en homenaje a Pablo Iglesias”.-Antonio Mairal, diputado socialista por Madrid, fusilado por Falange.

[1564] *Honremos al Maestro*

“Hoy es un día de intensa emoción para todos los militantes del Socialismo, unidos espiritualmente con la sincera comunión de afectos y sentimientos. ¿Qué ofrenda podremos tributar al que fue nuestro Maestro? ¿Cómo honraremos mejor la venerable memoria del Apóstol? ¿Qué consejos nos daría el Abuelo? Extirpemos de nuestros corazones todo sentimiento de malevolencia. Olvidemos cualquier molestia que hayamos podido sufrir. Retiremos cualquier frase que haya podido lastimar a un camarada. Solidaricémonos fervorosamente con los compañeros presos, con los exilados, con los perseguidos, con los que perdieron el pan, con los que fueron injustamente trasladados. Seamos fuertes en la adversidad, plenamente conscientes de nuestro deber. Que nuestro ánimo no decaiga, por duros que sean los momentos. Vivamos una vida sencilla y modesta. Que nuestra predicación sea con el ejemplo, más bien que con la palabra. Que el espíritu de sacrificio sea en nosotros cada día más ferviente. Procuremos ser discípulos dignos de tan gran Maestro.

Conocí en Jerez de la Frontera a Pablo Iglesias. Dio una conferencia en el local de la calle Escuelas. Palabra sencilla y persuasiva. Todos los compañeros concurrentes entendían perfectamente los conceptos expuestos. Este es el gran mérito del verdadero maestro. Conseguir que sus ideas penetren claras en las inteligencias y que sus sentimientos sean los sentimientos del auditorio. Siendo director del semanario socialista *¡Adelante!* tuve la satisfacción de recibir numerosas cartas del Abuelo, en las cuales me daba consejos acerca de la marcha del periódico, consejos que yo cumplía con fervor. Cartas de su puño y letra, inspiradas siempre en propósitos nobles y levantados. Yo no soy personalista, jamás lo he sido nunca, nunca lo seré. La experiencia y la meditación han creado en mí el hábito del análisis, enseñándome a someter las ideas y los procedimientos a severo examen. Pero, sin ser personalista, he de confesar que he sentido y siento profunda admiración ante la figura, cada [1565] día más gigantesca, de Pablo Iglesias.

La noticia del fallecimiento del Abuelo, durante bastante tiempo temida, produjo honda tristeza en la Agrupación Socialista de Jerez. Nos reuníamos en el húmedo, frío y destartelado local de la calle Bodegas un número reducido de camaradas, modestos, entusiastas, dispuestos a todos los sacrificios. Eran los tiempos indignos de la dictadura, los años verdadera y extraordinariamente heroicos del Socialismo en Jerez. Era preciso tener una representación en el entierro del por todos venerado Pablo Iglesias. Y el que escribe estas líneas salió una mañana

lluviosa, intensamente fría, impropia de aquella privilegiada tierra de clima apacible y dulce, para representar a los camaradas jerezanos en aquella sentidísima manifestación de duelo, de eterna recordación. El día 9 de diciembre próximo iremos al cementerio civil de Madrid a depositar flores en la tumba del llorado Maestro. Los camaradas de toda España y todos los exilados, en la imposibilidad de depositarlas materialmente, las ofrendarán con el pensamiento. ¿Y cuáles serán las flores más gratas? La flor de la cordialidad, la flor de la unión, la flor del espíritu de sacrificio, la flor de la renunciación a todo lo personal y la flor de la fortaleza en estos tiempos adversos y heroicos”.- Antonio Roma Rubés, diputado socialista por Cádiz, fusilado por los falangistas.

La bandera de combate de Pablo Iglesias

“Desde la fundación del Partido Socialista Obrero Español hasta el fallecimiento de Pablo Iglesias, son dos vidas gemelas las que se desarrollan animadas por la misma razón de ser, colmadas de iguales preocupaciones y orientadas hacia la consecución de idénticas finalidades. Es cierto que la fundación del Partido no fue obra exclusiva de Pablo Iglesias; otros hombres abnegados e igualmente convencidos fueron artífices [1566] de la creación, y muchos de éstos trabajaron y sufrieron con el Abuelo hasta la hora de su muerte, por situar al Partido en las espléndidas condiciones en que nos ha sido legado.

Forzoso será reconocer, sin embargo, que nadie entregó su vida, confundiéndola con la vida del Partido, como Pablo Iglesias, hasta el punto de que, bien a pesar de éste, y no obstante el carácter del pueblo español, el Partido tuvo un jefe mientras vivió Pablo Iglesias, en la idea de la generalidad de los españoles, excepción hecha de sus correligionarios. Todas las campañas de descrédito contra el Partido, todas las infamias acumuladas vertidas para combatirle, fueron lanzadas contra Pablo Iglesias principalmente, hasta algunos años antes de morir. La gama de figurones de la política española, sin distinción de etiquetas, rivalizaron en tirar paletadas de cieno sobre la vida inmaculada de Iglesias, que ése era el punto más fácilmente vulnerable, dada la mentalidad del pueblo español en aquella época, para combatir con éxito al Partido Socialista. Sólo una vida tan ejemplar como fue siempre y en todos los órdenes la vida de Pablo Iglesias pudo salir indemne de tantas y tan duras pruebas como tuvo que encajar, consiguiendo inmunizar al Partido contra los ataques de sus más temibles detractores.

El temple magnífico de Iglesias, resistiendo con augusta serenidad los embates dirigidos en su persona contra el Partido y los ideales que le animaban, corría parejo con la decisión de lograr sus finalidades: la emancipación integral de la clase trabajadora. A lo largo de la trayectoria que ha seguido el Partido, incluso después de la muerte del fundador, este objetivo que con tanta claridad él se diera, continúa siendo el punto de mira del Partido por voluntad expresa y unánime de sus componentes, no obstante que en determinadas épocas las luchas del Partido, por razones de orden táctico y de carácter muy secundario, se libren en planes alejados de aquella finalidad, pero siempre con el propósito de continuar la marcha hacia su consecución.

[1567] No tiene otro significado la obra de educación que en todos los órdenes ha realizado y continúa realizando el Partido entre la clase trabajadora española, ajustada, como es natural, a lo que permiten las circunstancias de cada momento y los escasos recursos que el Partido cuente. Obra de educación, no de sugestión; obra constructiva y, por ende, obra profundamente

revolucionaria. El Partido ha librado luchas, en todos los tiempos, de carácter circunstancial, pero importantísimas para los objetivos inmediatos que necesitaba conseguir. Como ha luchado consumiendo muchas energías por la realización de su programa de reivindicaciones inmediatas, no ciertamente como un fin, sino como un medio de poner en mejores condiciones a la clase trabajadora para continuar la lucha y lograr las finalidades que debe perseguir.

Iglesias ha cuidado mucho de establecer la enorme diferencia que existe entre una revolución política, obra de uno o varios partidos políticos sirviéndose de la clase trabajadora, y una revolución social cuyo artífice no puede ser otro que la clase trabajadora organizada política y sindicalmente. Para, hacer una revolución política se presta mejor una clase trabajadora ignorante, que coadyuve más que nadie al triunfo de la revolución sin adquirir por ello la personalidad que a justo título debía corresponderle, mientras que para hacer triunfar la revolución social es condición indispensable que la clase trabajadora tenga plena conciencia de sus derechos en la sociedad y sea apta para aceptar las responsabilidades consustanciales con el acto revolucionario que haya realizado. Iglesias vivió y murió enarbolando esta bandera de combate, que el Partido Socialista mantiene enhiesta por convicción y para honrar la memoria del que fue su fundador”.- Trifón Gómez.

[1568] *¡Si viviera Iglesias!*

“Durante muchos años, hasta el instante de su muerte, conviví con el inolvidable maestro directa y constantemente. Hubo momentos –allá por los últimos meses del año 1917 y primeros del 18– en que era yo una de las contadas personas que entraban casi a diario en su alcoba de enfermo. Siempre fui recibido cariñosa y afablemente, y me inquiría con afán las novedades, noticias o acaecimientos habidos en el Partido, el periódico o en la organización obrera.

Iglesias no vivió en sus setenta y cinco años de existencia más que por y para preocuparse de los humildes, de sus hermanos los trabajadores, de todo cuanto pudiera favorecerles o interesarles. De tal manera hábil concentrado su misión en la vida, que se dio cuenta exacta de que su acción era una acción de apostolado, capaz de ser en España el creador de la doctrina salvadora de los que sufren persecución y hambre y sed. En él vi siempre un santo laico, en quien puse toda mi devoción y todo mi entusiasmo. Al mismo tiempo que he tenido trato directo con el Abuelo, he convivido también muchos años con todos los demás hombres del Partido. El maestro era Pablo Iglesias; los discípulos eran sus discípulos. Porque ponía en su obra toda el alma, gozaba con íntima e inefable satisfacción cuando se apreciaba el progreso de alguna de las instituciones de la organización obrera. Esta observación, que recogí numerosísimas veces, se me quedó grabada con ocasión de mi última entrevista con Iglesias, y ha gravitado constantemente sobre mi pensamiento en diversas ocasiones después de su muerte.

Cuarenta y ocho horas antes de morir estuve en su casa a enseñarle los planos y presupuestos del arquitecto para la construcción de los edificios de la Fundación Cesáreo del Cerro. La alegría de Iglesias fue inmensa. ¡Ya era hora! ¡Cuánto impertinente trámite, administrativo legal! ¡Cuan intensa satisfacción sentía contemplando en los planos las secciones de aulas, baños, comedor, biblioteca, duchas... y todo [1569] montado a la moderna, en medio de amplísimo jardín y para los hijos de los obreros! Cada día se avanzaba un peldaño en el bienestar

de los trabajadores. Mucho trabajo y esfuerzo costaba; pero así, poco a poco, ¡con qué solidez se avanzaba y con qué seguridad se iba realizando! También en diciembre de 1925 –fecha del óbito– estaba a punto de florecer una de las mayores ilusiones del Abuelo, y en la que también ayudaba yo con mi modesto esfuerzo: la creación de la imprenta propia para *El Socialista*. A principios de abril de 1926 la Gráfica Socialista era un hecho.

Iglesias murió cuando la obra creada por él había llegado a conseguir tal potencia, que había de estallar en realizaciones inmediatas. Si Iglesias hubiera vivido diez años más, ¡qué dicha para todos! Porque entonces él hubiera sentido su alma inundada de profundas alegrías al ver realizadas muchas cosas que dejó a punto de madurez; hubiera contemplado, entre otros, el resultado glorioso de la Conjunción republicano-socialista, que acabó con la monarquía. Pero también con su sola presencia, él, que tenía autoridad por su prestigio genial para imponerse a propios y extraños, hubiera impedido los disparates cometidos y, sobre todo en nuestro Partido, no hubiera tolerado el desmandamiento de las ambiciones y de las torpezas que estamos contemplando. Pero porque Iglesias, el Único, no vive, conmemoramos hoy este décimo aniversario pensando en él y procurando que nos sirvan de guía su conducta y su pensamiento”.- Francisco Núñez Tomás.

Iglesias visto por Prieto

“Cuando en la década final del siglo XIX conocí en Bilbao a Pablo Iglesias, teniendo él cuarenta y tantos años y yo menos de quince, aún conservaba dorada su espesa barba, por la cual se le dio el nombre de ‘El Rubio’, si bien ya aparecían en ella algunas hebras de plata. Su frente era espaciosa, sus ojos azules, su apostura muy gallarda, completando el atractivo físico una voz de tenor, excelentemente timbrada, con la que sugestionaba a los auditores desde la tribuna. Luego, la barba tomó un tinte de blanco ceniciento, la frente fue surcándose por profundas arrugas y los ojos perdieron brillo, pero la voz siguió con el tono viril de siempre. El encargo, muy honroso para mí, que me da la Unión Linotipográfica de la República Mexicana, que cumplirá el 21 de marzo de 1959 el cincuentenario de su fundación, de escribir unas cuartillas biográficas sobre Pablo Iglesias que tendrá a la vista en el atril del linotipo uno de sus afiliados para pasar el texto desde el papel al plomo, texto que así dejará después impresa su huella en millares de hojas, me hace evocar la figura de aquel tipógrafo insigne.

Huérfano, hubo de aprender la profesión en un hospicio. Más tarde meditará a diario ante el chibalete, durante las largas jornadas de antaño, hasta formarse clara conciencia sobre los derechos y deberes de la clase obrera, derechos que se resumen en el de percibir el producto íntegro del trabajo y deberes que se condensan en el de luchar sin tregua para alcanzar la emancipación. Cierro los ojos y veo a Iglesias; le veo enardeciendo a los mineros vizcaínos desde el graderío del frontón de Gallarta, o conmoviendo a los trabajadores madrileños el Primero de Mayo desde una ventana de la Casa del Pueblo, o sobrecogiendo a los diputados, monárquicos en el Congreso desde su escaño de diputado, junto al cual estuvo el mío a partir de 1918. Le veo y le oigo; le oigo con aquella oratoria que, sin ser grandilocuente, era arrebatadora porque surgía de labios de un hombre cuyas penalidades y sacrificios le habían labrado alto pedestal que nunca pudo carcomer la calumnia, y porque la lógica del razonamiento proporcionaba a sus oraciones, siempre correctas de forma, una dureza de acero.

Le veo, repito, cerrando los ojos, pero si los abro le encuentro frente a mí en una gran fotografía que reproduce su cabeza tallada en mármol, para el monumento que Iglesias tenía en Madrid, por Emiliano Barral, el escultor que en 1936 tomó un fusil para defender la República, y que combatiendo por ella perdió la vida. Los beocios falangistas destruyeron el monumento a Pablo Iglesias. El recuerdo de varón tan inmaculado les molestaba. Pero somos muchísimos los españoles que le llevamos en el corazón, y en mi despacho tengo su efigie como la de Tomás Meabe, fundador de las Juventudes Socialistas de España, y con las de otros muertos queridos que me acompañan a toda hora.

En 1870, a los veinte años, ingresó Iglesias en la Asociación Internacional de Trabajadores, en la cual dejaría de militar a raíz del rompimiento entre Carlos Marx y Miguel Bakunin, que dividió el movimiento proletario en las dos grandes corrientes del Socialismo y el anarquismo. A Iglesias, socialista, le toca librar duras peleas con los anarquistas que en España constituían núcleo casi irreductible. Ha de luchar entre una masa proletaria todavía ineducada, donde prende fácilmente la demagogia y una burguesía cerril. Son armas preferentemente usadas contra él, de uno y otro lado, el insulto y la difamación. Se le inventan las más grotescas historias; usa soberbios abrigos de pieles que cuando ha de comparecer en público cambia por roídos gabanes; viaja por ferrocarril de primera clase; pero, a punto de llegar a la estación de destino, cambia a un vagón de tercera; cobra del ‘fondo de reptiles’, con el que el ministerio de la Gobernación hace enmudecer a revolucionarios de similor; posee grandes propiedades que los difamadores sitúan en tales o cuales regiones. Y en tanto, Iglesias, obligado a abandonar el oficio para dedicarse enteramente a la propaganda, tiene como único ingreso treinta pesetas semanales que le son asignadas por dirigir *El Socialista*, ¿Qué quedó de tan burdos embustes? Madrid no ha presenciado manifestación de duelo más imponente que la de aquella mañana de diciembre de 1925, en que miles y miles de personas marcharon silenciosas tras el cadáver de Pablo Iglesias desde la Casa del Pueblo, donde estuvo expuesto varios días, hasta el cementerio civil. Guardo memoria de otros dos entierros en Madrid cuyos acompañamientos se formaron también con multitudes: el del novelista Pérez Galdós y el de la actriz María Guerrero, pero ninguno adquirió las colosales proporciones del de Iglesias. Desde 1874 figuraba el maestro en la Asociación del Arte de Imprimir, de la que fue presidente, como lo fue del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España, fundaciones suyas, hasta que murió. A la Asociación General del Arte de Imprimir se debe el despertar obrero en España, y en dicha Asociación nadie descolgó por encima de Iglesias, a quien se debe ver, más que como agitador, como educador.

El Socialista, modesto semanario que él creó, era en 1936 un diario de gran difusión, con edificio propio construido *ad hoc* y maquinaria modernísima; el Partido Socialista era el más numeroso de España, el de mayor representación parlamentaria que, iniciada en 1910 sólo con Pablo Iglesias, la constituían ya cien diputados, y la Unión General de Trabajadores había rebasado en mucho el millón de afiliados a sus Sindicatos. Todo eso lo destruyó el concierto bélico de Franco, Hitler y Mussolini, auxiliado por encubrimientos y complicidades de la democracia mundial. Pero todo renacerá con ímpetu arrollador apenas esa democracia mundial deje de sostener a la tiranía franquista, o quizás antes de que dicho sostén se derrumbe. Y el guía de tal renacimiento será Pablo Iglesias que, muerto, sigue viviendo para adoctrinar con su ejemplo a las nuevas generaciones españolas, a quienes guiará el hombre-faro, honor del gremio

de tipógrafos, gloria de España, honra de la humanidad”.- Indalecio Prieto. México, 1957.

[1573] *Categoría de fundador*

“A veces hemos visto en la llanura un árbol solitario, lleno de años y de arrugas, próximo a su fin, sin descendencia en el contorno, y hemos sentido profunda pesadumbre de su estéril soledad. Nos da la impresión de una vida malograda que o no rindió frutos o cayeron en tierra árida e ingrata. Otras veces vemos en torno del árbol centenario una prolífica sociedad de árboles más jóvenes, destacando sobre ellos como un patriarca entre numerosa prole, sonriente y dichoso de saberse continuado en la historia inmortal de su obra. Pablo Iglesias es como uno de esos árboles eminentes que presiden, con su ancianidad patricia y despierta, una llanura bien poblada por su esfuerzo.

Sería inexacto atribuir a Pablo Iglesias toda la existencia del movimiento obrero contemporáneo de España. En su germinación ha intervenido el espíritu del tiempo, que también llega, a pesar de todo, a este apéndice de Europa que es España, y también la labor de muchos otros hombres, algunos conocidos, no pocos anónimos, como soldados de fila, héroes sin gloria individual, de un difuso ejército. Pero hay hombres en quienes polariza la dispersa energía ambiente, y recogiénola y encauzándola, son ellos los que de fuerza desparramada e infecunda la truecan en potencia concentrada y eficiente. Pablo Iglesias es uno de esos polos humanos que, por su talento natural, su poder sugestivo, su ponderación y, sobre todo, su alto prestigio ético, saben ser el símbolo, el guía, el troquel organizador y rector de un gran movimiento histórico.

La España política de la época de Pablo Iglesias nos lega un nombre respetable. Ni un estadista, ni un gran sembrador de ideas, ni un gran conductor de hombres: en medio de ese páramo, que apenas turba tal o cual agitación republicana, Iglesias construye un poderoso partido obrero que hoy es, en la política española, el mayor peso específico, y para el porvenir, la mayor esperanza. En una antología de grandes españoles contemporáneos, Iglesias no podría faltar entre los de primera línea.

[1574]Pablo Iglesias pertenece a un linaje de hombres que nunca han faltado en España: a la categoría de fundadores, de arquitectos de la acción. Algunos necios han querido valorar a Iglesias por su pensamiento y hasta por el estilo de sus escritos. La sustancia de su fuerte personalidad es otra: en primer término, una profunda emoción de humanidad contra la miseria, contra la injusticia, contra el dolor innecesario, y luego un inmenso poder de sacrificio frente a todo género de persecuciones: de perseverancia, frente al desmayo de la obra lenta o destruida apenas iniciada; de ecuanimidad frente al desvarío; de equilibrio y armonía, frente a la desavenencia; de comunidad, frente al particularismo. Como ejemplo de paciencia, de disciplina, de austeridad y de conocimiento de los hombres, sólo podría compararse con temperamentos como Ignacio de Loyola y Francisco Giner de los Ríos.

Se explica el temor de Iglesias de que la obra de tantos años, de tantas penalidades, de tanto heroísmo silencioso, la desbaraten la inexperiencia y la fogosidad de los jóvenes, los árboles crecidos de la semilla y a su sombra protectora. Pero de esta lucha del espíritu conservador, que nace del amor a la propia obra, y del elemento vital, ávido de independencia y superación de la obra misma -lucha de padres e hijos, de viejos y jóvenes, del pasado y el porvenir, lucha de

conservación y renovación- está tejida la historia, y si en ocasiones es dolorosa en unos y cruel en otros, cumple la perenne ley del progreso. Iglesias sabe ciertamente que si él fuera joven, estaría en la nueva vanguardia, y también sabe que si los de la vanguardia estuvieran donde él está en el tiempo y en la obra realizada, su actitud sería semejante a la suya. Y esta conciencia de que todos sirven al progreso común, cada cual desde la posición que da, más que la diferencia de ideas, la diferencia de años, debe flotar en su espíritu sobre las agitaciones del momento, aquietando con la visión del eterno devenir de la historia las inquietudes que brotan cuando sólo se mira al pasado.

[1575] España es un pueblo pobre en ancianos capaces de inspirar admiración y ternura por la obra que dejan. Escasean en la ciencia, en la literatura, en las artes; en política, la mayor parte de los viejos no suscitan sino indiferencia u hostil desvío. Bien puede enorgullecerse el movimiento obrero español de estar presidido por un hombre como Pablo Iglesias, adorado de los incondicionales, querido íntimamente aun por los más inquietos, respetado de todos, propios y extraños. Su blanca cabeza, doblemente noble por las canas de los años y de un esfuerzo gigante y por los sentimientos de justicia que nunca traicionó, está esperando un homenaje cordial y unánime de todos los socialistas españoles. Es el menor tributo que puede rendirse a quienes se dio entero al Socialismo español”.- Luis Araquistain, 1919.

Extractos propios y ajenos

“No es cierto que Pablo Iglesias ni el Partido Socialista hayan sido hostiles a la obra de la inteligencia. No creo tampoco cierto que el hecho de no caber siempre los intelectuales en nuestras filas sea un defecto nuestro, sino más bien un defecto de la manera como algunos intelectuales interpretan los deberes que impone la inteligencia. Claro es que para ser socialista hay que serlo de verdad y proceder como tal, y es que al Partido Socialista no se le puede pedir que sea cosa distinta de lo que es. Es un partido que pugna por la emancipación del proletariado, y en la libertad del proletariado funda toda su significación intelectual y moral. Hay que venir, pues, al Partido Socialista a realizar esa misión, no a inventar un Socialismo personal, arbitrario e inexistente”.- Julián Besteiro.

“Toda la vida me acordaré de la primera vez que vi a Pablo Iglesias. Fue en uno de los Congresos del comienzo de la Segunda Internacional.

Asistió representando al Partido Socialista Español, que se hallaba aún en sus comienzos y del que nadie podía prever que tuviese, a pesar de los reveses sufridos, la potencia actual. Iglesias, en el Congreso, habló en su idioma que era entendido por muy pocos de sus oyentes. Pero habló con tal fuego, con tal calor comunicativo, con tal claridad de articulación, que los congresistas de lengua latina –cuando menos, los que hablaban francés o italiano– no perdieron ninguna de sus palabras y le tributaron, cuando abandonó la tribuna, una ovación de entusiasmo frenético.

Treinta años o más han pasado desde entonces. El mundo ha cambiado de aspecto. El socialismo internacional ha conocido victorias y también derrotas, las más graves de las cuales sin duda, se han debido a las divisiones funestas del proletariado. Pero entre aquellos de [1577] nosotros, cada vez más escasos, que le han conocido personalmente, el recuerdo de Iglesias perdura como uno de los más grandes y más nobles caracteres del Socialismo internacional.

Cuando en otros países había triunfado la reacción fascista, fue de gran aliento para las demócratas socialistas de todos los países que la revolución española derrocara, sin violencia, la última de las monarquías de poder personal y abriera, ampliamente las puertas al Socialismo. Es cierto que nuestros amigos españoles han pasado después por momentos difíciles; mas, por turbia que esté la situación actual no podemos dudar de que la República social ha echado raíces... Lo que únicamente podría comprometer el futuro del Socialismo español es que éste se escindiera, no sólo en cuanto a su unidad de Partido, sino en su unidad ideológica y se desviase de la ruta que Iglesias le había trazado. Iglesias siempre consideró, como ferviente discípulo de Marx, su maestro, que el Socialismo es inseparable de la democracia, y jamás concibió otra dictadura del proletariado que la de la ‘inmensa mayoría’. Hoy vemos que, incluso en Francia, los bolchevistas admiten la necesidad de hacer un frente común contra el fascismo ‘para la defensa de las libertades democráticas’, para lo cual están olvidando sus querellas doctrinales y sus divisiones orgánicas, que tan desastrosas consecuencias han causado. Que este décimo aniversario de la muerte de Iglesias sea ocasión de acercamiento para quienes le reconocen como un maestro. ¡Viva la unidad de los trabajadores! ¡Viva la Internacional Obrera y Socialista!”. - Emilio

Vandervelde, Bruselas, noviembre de 1935.

“Me complace conmemoréis el décimo aniversario de la muerte de Iglesias. Este aniversario servirá para que hagan examen de conciencia todos los socialistas de vuestro país. Iglesias no era de los que se [1578] dejaban desviar por los accidentes del camino. Siempre fue fiel a la, democracia y al socialismo. No ha sido de los que se dejaban llevar por el desaliento aunque la reacción triunfara momentáneamente ni porque la misma táctica de violencia, política se hubiera infiltrado en una parte de Europa en las filas de los obreros que se llaman comunistas. Hoy se aprecia por doquier que los regímenes de violencia, sean de derecha o de izquierda, no podrán mantenerse en una Europa inestable. Mussolini acaba de demostrar a la faz del mundo que el fascismo significa la guerra. Por lo que se refiere a Stalin, su evolución en materia de defensa nacional prueba con qué facilidad vuelve sobre sus primeros pasos. Los bolcheviques ahora se dan cuenta, mucho mejor que antes, de la equivocación sufrida al provocar la escisión y de su inmensa responsabilidad en la aventura Mussoliniana y en la impotencia de los trabajadores alemanes ante las tropas hitlerianas. Resulta inútil que el último Congreso de la Tercera Internacional trate de ocultar sus errores con injurias que no engañarán a nadie. El ejemplo de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra y de los tres países escandinavos nos demuestra que Iglesias no se equivocó al no separar el socialismo de la democracia”.- Camilo Huysmans, 30 de octubre de 1935.

“Serenos, tranquilo, como si fuese dueño de su dolor postrero, murió ayer Pablo Iglesias. ‘La muerte me sorprenderá en cualquier momento’, decía hace dos días, sin fuerzas ya para levantar la cabeza y luchando aún, a fin de explicar sus desazones. La muerte, en efecto, ha llegado para este hombre ejemplar, que inició su vida en un ambiente de dolor y consagró las energías de su naturaleza admirable a la fundación del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores y muere rodeado de cariño y respeto. Ni la hostilidad del medio social, ni las innumerables condenas, persecuciones y vejaciones sufridas atenuaron [1579] su sensibilidad; su amarga, niñez de hospiciano, la separación de su madre –a la que idolatraba–, para que ella pudiera ganarse la vida, y él, instalado en el Hospicio, quedara al abrigo de la necesidad más perentoria, avivaron en su temperamento la sensibilidad por el dolor y acrecentaron asimismo su hostilidad hacia el actual régimen económico-social. Ante el desamparo o la injusticia, veíase a Iglesias, en la intimidad, do minado por la emoción, y sus ojos, grandes y claros, expresaban dulzura y piedad; en la tribuna, esos mismos dolores daban lugar a que se rebelaran la otra mitad del hombre: áspero, razonador, sarcástico.

Iglesias, fundador de la única organización obrera española realmente europea y vital, llevó a los organismos que él creara la austeridad y rigidez le su carácter; él las ha moldeado, y hasta el último momento ha coincidido su pensar con el de la mayoría del Partido. Su muerte, no obstante el apartamiento relativo a que hace años se veía forzado, no influirá por el momento; mas no es posible pensar que la ausencia del fundador deje de trascender en un mañana más o menos próximo; en este sentido, cabe afirmar que con Pablo Iglesias termina una etapa del Socialismo español, simbolizada en su nombre glorioso.

Hasta su última hora Iglesias ha conservado la fe y la fuerza proselitista. Cuando se desmoronaban los ideales políticos en España, el Partido Socialista que Iglesias fundara comenzó a difundir su pasión, sus creencias; cuando se deshacían los partidos por ausencia de disciplina y

austeridad, el Partido Socialista, bajo la presión de Iglesias, se concentró en sí mismo, hosco, áspero, celoso de su pureza y temeroso de la fuerza desmoralizadora del medio político. Lo que ha sido y es el Partido Socialista no puede esclarecerse sin estudiar la personalidad de Iglesias, artífice de sí mismo y de los organismos que él creara; mas no hay tiempo para acometer este empeño. Es Pablo Iglesias una de las figuras que ha de quedar en la historia política española; era un símbolo en el poder del ideal y de la fe en la eficacia de la acción. Con [1580] Pablo Iglesias muere una de las figuras más relevantes de la época moderna en nuestra patria y la figura más preclara que ha producido el proletariado español”.- Fernando de los Ríos.

“Compañeros: ¡Ha muerto Pablo Iglesias! Por su honradez, su abnegación y su talento fue escarnecido en los comienzos de su rudo apostolado. Por su honradez, su abnegación y su talento mereció que masas enormes de proletarios creyeran en él y escucharan con devoción sus palabras redentoras. Por su honradez, su abnegación y su talento se impuso, finalmente, a los descreídos, a los malvados y a los indiferentes; era ya un indiscutible. La Asociación del Arte de Imprimir, que le vio dar sus primeros pasos por el áspero camino de las reivindicaciones de los humildes, ha tenido la honra de contarle durante toda su larga y fructífera vida en su seno, y por eso, la Junta Directiva, al igual que las demás sociedades hermanas, llena el alma de una emoción que no hay palabras bastante expresivas para exteriorizarla, se dirigen a todos los gráficos a quienes confunden comunes anhelos, aunque de distinta ideología o apelativo, para que acudan a testimoniar con su presencia el cariño que por el Abuelo sentíamos todos. Por el Arte de Imprimir, José Cernadas, presidente; Policarpo Olmeda, secretario. Por Impresores, Cristóbal González, vicepresidente; Antonio Elorrio, secretario. Por Estereotipadores, Pedro Villa, presidente; Esteban González, secretario. Por Constructores de Sobres, Carmen Fernández, presidenta; Josefa Sanz, secretaria. Por Encuadernadores *El Libro*, Juan Borrego, presidente; Gregorio Seijo, secretario. Por Fundidores Tipográficos, Vicente Sanz, presidente; Federico López, secretario. Por el Comité de la Federación Gráfica, Manuel Lois, presidente; Ángel Ramírez, secretario”.

[1581] “Querido compañero y amigo Juan Antonio Solari: Agradézcote el envío de su hermoso libro *Pablo Iglesias: Época.-Luchas.-Ejemplo*. Es obvio que le diga que le he leído con interés y provecho. Con interés porque la vida ejemplar del santo laico que fue Pablo Iglesias es siempre interesante y aleccionadora. En España, singular país de individualistas extremistas, fanáticos de la Santa Madre Iglesia católica-romana o de la Santa Madre Anarquía: clericales feroces o anti-clericales absurdos, un ejemplar humano como Iglesias, recto, sesudo, equilibrado, que toma el camino del medio y lo sigue durante su larga, laboriosa y fecunda vida de militante socialista, es realmente un caso excepcional, si no único. Con provecho: porque usted, amigo Solari, presenta la vida de Iglesias bajo tantas facetas y en sus múltiples aspectos que hace de su libro una lectura realmente provechosa. Usted agotas el tema. Ningún español socialista –por más español y socialista que sea– podría hacerlo mejor ni más completo. La pobre criatura de El Ferrol que se llamaba Paulino, ínfimo proletario gallego que se hace hombre recto y correcto, fundador del Partido Socialista, propulsor de la Unión General de Trabajadores, que llena el escenario político y social de España con su personalidad vigorosa y austera, que trasciende las fronteras y se hace un eminente socialista internacional; aquel proletario que es símbolo de su laborioso y sufrido proletariado, encontró en usted un biógrafo digno de él. Usted, querido amigo Solari, captó la faz

moral de este insigne socialista español, padre y no abuelo del sano y fecundo movimiento socialista de España. Y en su magnífico capítulo ‘El Abuelo’ hace usted una admirable síntesis de tan magnífico ejemplar humano: fuerte, sencillo y bueno, como lo califica acertadamente. Y suscribo este su pensamiento cuando dice: ‘No era ni fue orgulloso, ni puso en su yunque de titán de la acción ni de la laica santidad de su apostolado el sello [1582] inútil de la vanidad’. Pablo Iglesias es un libro bueno, útil, libro docente para los tiempos que vivimos –y para todos los tiempos–, que enseña, educa y guía a las jóvenes generaciones. Tal es el mérito de su obra, querido amigo Solari. Un fuerte abrazo de su amigo y compañero, que en mucho valora y aprecia su vida y su obra. Suyo afectísimo, Enrique Dickmann, Buenos Aires.

“El Partido convirtió el semanario en diario y comenzó la nueva etapa de *El Socialista*, en la que no han faltado épocas de heroísmo equivalente al de sus primeros días, acertadas en la dirección de Andrés Saborit, en la administración por Félix Galán y en la imprenta por Fernando Espino. Iglesias siguió siendo, aun retirado por enfermo, el animador del periódico”.- Julían Zugazagoitia.

“¡Qué maravillosa cantera de hombres es el pueblo español! ¿Cuántos como Iglesias no habrá desparramados por fábricas y talleres? Los socialistas llevan a los republicanos la ventaja de tomar los hombres de la carne viva del pueblo, que en España vale más que las clases que llamamos superiores”.- Pérez Galdós.

“Las campañas de Pablo Iglesias en el Parlamento y la austera crítica socialista en el Municipio madrileño produjeron el crecimiento del Partido de Pablo Iglesias a costa del republicanismo, cuya masa proletaria, a su lado hasta entonces, pasó a las filas del Partido Obrero, que llevaba otras ventajas a sus aliados en el orden político: la disciplina inquebrantable, una táctica meditada en consonancia, el estímulo perenne de la lucha de clases, la austeridad de conducta, la obra de educación de las masas”.- Juan Guixé, de *¿Qué ha hecho la República?*

“[1583] Viene este hombre honrado, recto, austero, a crear el pesado ambiente del Parlamento español. Su personalidad no es una improvisación como la de tantos otros que llegan a las Cortes: ha tenido acceso al Palacio de la representación nacional en tan plena madurez de juicio, con tal prestigio de una labor de tantos años consagrada a la causa que tan dignamente simboliza, que pocas figuras se destacan como la suya en el escenario de la política contemporánea”.- El Liberal, diario madrileño.

“La admirable disciplina socialista no parece cosa española, y acaso haga escuela en otros campos. Mas siempre quedará por averiguar qué será más útil para el avance de su ideario, si la ‘minoría de cemento’ que hoy conocemos o la labor titánica de Pablo Iglesias y sus primeros colaboradores que, aislados, míseros, vejados, encarcelados y perseguidos, construyeron el Socialismo español. Yo tengo una resolución para mi gusto, y es ésta: Pablo Iglesias pudo existir sin el Socialismo español, ya que él lo creó; el Socialismo español no existiría si antes no hubiera existido Pablo Iglesias”.- Ossorio y Gallardo.

Honremos a nuestros muertos

Nada más obligado que consagrar un recuerdo a cuantos lucharon por nuestros ideales. No

están todos, ni ello era posible. Ni terminaron todos su vida en las filas del Socialismo; pero muchos de los que están en esta relación fueron esforzados luchadores, en momentos llenos de obstáculos y de inmensas dificultades, del ideal redentor. Algunos cayeron lamentablemente en luchas fratricidas. Muchos sufrieron hambre, deportaciones, prisiones y martirios. Otros expiraron en abandonados penales o bajo el fuego de fusiles asesinos. Por último, no pocos fallecieron [1584] lejos de España, suspirando con verla feliz y redimida. La historia no debe olvidarlos intencionadamente. Honremos la memoria de todos ellos siendo fieles continuadores de su obra.

Achón, Isidoro. Acero, Amos. Acevedo, Isidoro. Aguilera, Julián y Emiliano. Aladren, Bernardo. Alarcón, Francisco. Aldaco, José. Alvarez Ángulo, Tomás. Álvarez Herrero, Eduardo. Amuátegui, Gregorio. Antequera, Francisco. Aragonés, Modesto. Araújo, José. Armengol, Juan. Atienza, Antonio. Azorín, Francisco. Baguñá, Francisco. Barceló, Juan. Barco, Zacarías. Barral, Emiliano. Barrio, Vicente y Eleuterio. Bello, Andrés. Beni, Emilio. Bermejo, José. Besteiro, Julián. Bisbal, Lorenzo. Blázquez, Fermín. Bolonio, Andrés. Borrás, José. Botana, Enrique. Briones, Laureano. Bueso, Joaquín. Cabal, José. Cabello, Remigio. Cadavieco, José. Calderón, Victoriano. Calleja, Inocente. Canales, Antonio. Cañizares, Antonio y José. Capará, José. Carrasco, Francisco. Carretero, Felipe. Casals, Salvador. Cases, Manuel. Castaño, Miguel. Castro, Jacobo, José y Francisco. Celaya, Enrique. Cerezo, Claudio. Cermeño, Andrés y Pablo. Chastang, Pedro. Cienfuegos, Pedro. Codina, Juan. Comaposada, José. Cordero, Manuel. Costa, Jesús. Costales, Modesto. Cuenca, Román. Cuesta, Víctor. Diego, Francisco y Valentín. Doñoro, Jesús. Turán, Juan. Escanden, Isidro. Escribano, Anacleto. Estrada, Luis. Feito, Francisco. Felipe Emilio. Fernández Alonso, Julián. Fernández Martínez, Luis. Fernández Quer, Antonio. Fernando Torres, Ceferino. Gana, Andrés. García, Celestino. García, Eduardo. García, Pedro. García, Timoteo. García Quejido, Antonio. Gaseó, Salvador. Gómez Crespo, Juan. Gómez Osorio, José. Gómez Latorre, Matías. Gómez San José, Trifón. González, Eusebio. González, Nicolás. González, Virginia. González Peña, Manuel y Ramón. González Portillo, Manuel. González Villa, Saturnino. Gorrochátegui, Eusebio. Gracia, Juan. Gualterio Ortega, José. Gutiérrez [1585] Cano, Dámaso. Penche, Rafael. Herrero, Primitivo. Huetos, Baldomero. Jáimez, Manuel. Jiménez Puerta, Pedro. Lacort, Ángel. Laiseca, Rufino. Laliga, Rafael. Lamonedá, Ramón y Juan. Landreve, Federico. Largo Caballero, Francisco. López, Felipe. López y López, José. Lorite, Castor. Lucio, Francisco y Pedro. Lumbreras, Bernardo. Llana Gil, Manuel. Llana Zapico, Manuel. Madinabeitia, José. Maeso, José. Mairal, Antonio. Parcos, Eusebio. Martí, Cecilio. Martín, Bonifacio y Feliciano. Martínez, Ángel y Emilio. Martínez Andre, Francisco. Martínez Gil, Lucio. Maruenda, José. Mateo, Enrique. Meabe, Tomás. Meana, León. Meliá, Amparo y Juan A. Menéndez, Luis. Merodio, Felipe. Mesa Llompert, José. Molina Conejero, Manuel. Montes, Arturo. Mora Méndez, Ángel y Francisco. Moran, Juan. Morales, José. Morato, Juan José. Muñoz, Casimiro. Núñez Tomás, Francisco. Orosa, Victoriano. Orte, Manuel. Ortiz, Álvaro y Juan. Osácar, Tiburcio. Palomino, Juan. Pascual, Toribio. Pastor, Matías. Peña Cruz, Felipe. Pérez, Francisco. Perezagua, Facundo. Pérez Infante, Santiago. Piqueras, José. Prado, Laureano. Prieto, Indalecio. Quintana, Antonio. Ramos, Antonio y Santiago. Ranz, Luis. Redondo, Cayetano. Reoyo, Toribio. Ríos, Fernando de los. Ros, José. Ruiz, Antonio. Salinas, Constantino y Rafael. Sanchís Banús, José. Sanchís Pascual, Francisco. Santos Moliner, Miguel. Sanz, Raimundo. Seisdedos, Leandro. Seisdedos, Miguel R. Seller, Joaquín. Septiem, Antonio. Sierra, Rafael. Simal,

Pascual. Soriano, Ramón. Soto, José María. Suárez, José María. Termens, José. Tomás, Pascual. Torre, Castor. Torrijos, Guillermo. Turiel, Constantino. Valenzuela, Antonio. Varela, Eduardo y Manuel. Vayas, Antonio. Vázquez, Juan y Narciso. Vera López, Jaime. Verdes-Montenegro, José. Vergara, Pedro. Vigil, Manuel. Vilar, Francisco. Vives, José. Yudes, Manuel. Zafra, Francisco. Zaragoza, José. Zugazagoitia, Julián.



Un discurso en Oviedo

El primer domingo de noviembre de 1926, en el teatro Campoamor de Oviedo, pronunció Besteiro una conferencia para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Pablo Iglesias. Presidió José María Suárez, el auxiliar de mayor eficacia de Manuel Llaneza, secretario del Sindicato Minero Asturiano, gerente de la imprenta fundada por los mineros para servicio del Partido Socialista y de la organización obrera. Tuve el placer de escuchar a Besteiro, de cuyo discurso se hizo un folleto, agotado rápidamente. He aquí un breve extracto: “Yo he tenido en estos últimos años ocasión de asistir a varios actos en que se congregaba la representación del proletariado internacional, y he podido apreciar cuáles son las características del movimiento socialista de los países principales de Europa; y os he de decir que el movimiento socialista del proletariado español es muy modesto en relación al de otras naciones; tiene mucho que aprender de ellas; pero que, dentro de nuestra modestia, poseen la organización obrera y el Partido Socialista un carácter de solidaridad, una amplitud de horizontes, una firmeza y una generosidad que no resplandecen en mayor grado en las organizaciones similares de otros países”. Teníamos que soportar muchos años de exilio. Besteiro hablaba cuando había dictadura del general Primo de Rivera, sin libertad de prensa ni de tribuna, descontando que después del triunfo de la República, para él indudable, pudieran llegar años de tristeza. Para comprender el hondo sentido y la clarividencia de sus puntos de vista, continuemos con Besteiro:

“Los intelectuales, se ha dicho, no caben en el Partido Socialista Obrero Español porque es un partido que atiende exclusivamente a las necesidades de la clase obrera, no es un partido como el de otras naciones, tales como Francia, que permite a los intelectuales una gran [1587] esfera de acción. Pues bien, sabedlo: con ser la aportación de Francia al socialismo muy grande, por no existir en ella una relación tan estrecha como existe aquí entre la labor de la organización del Partido y la labor de la organización obrera, el movimiento socialista francés adolece de un defecto que no aqueja, por fortuna, al socialismo español”.

Si viviera Besteiro, sus observaciones acerca del socialismo francés, incluso podríamos agregar del italiano, por haberse dejado escapar a la clase obrera, las vería agravadas. No quisiéramos que el socialismo español se apartara nunca de esta senda obrerista, de lucha de clases, de sentido marxista, de guerra contra el capitalismo. Partido socialista que pierde la sustancia obrera, fatalmente se convierte en un partido de clase media. Y ese no era el partido en que voluntariamente había entrado, no sin dolor y honda reflexión, como dijo en debate histórico nunca olvidado por quienes coincidimos con él en los momentos más agudos de nuestros problemas internos. Besteiro quería vivir y morir en un Partido influenciado por Iglesias, cuyo aniversario se conmemoraba. Muchos intelectuales veían con malos ojos estas orientaciones del socialismo español, pero con razón decía Besteiro, como réplica: “No creo tampoco que el hecho de no haber siempre los intelectuales en nuestras filas sea un defecto nuestro, sino más bien un defecto de la manera como algunos intelectuales interpretan los deberes que impone la inteligencia. Claro es que para ser socialista, hay que serlo de verdad, y proceder como tal, y claro

es que al Partido Socialista no se le puede pedir cosa distinta de lo que es. Es un partido que pugna por la emancipación del proletariado, y en la liberación del proletariado funda toda su significación intelectual y moral. Hay que venir, pues, al Partido Socialista a realizar esa misión, no a inventar un socialismo personal, arbitrario e inexistente”. En 1926, habremos de insistir en la fecha, Besteiro hablaba contra un socialismo personal, [1588] arbitrario e inexistente. Y explicaba los deberes del intelectual en relación con el verdadero socialismo. Su compenetración era absoluta, su escuela había sido la clásica, la de Pablo Iglesias de sus primeros años, no la del conjuncionista, en un corto periodo de la política española, sobre la cual Besteiro no hizo hincapié, considerándola como episódica: “No pretendemos glorificar la personalidad de ningún compañero hasta el punto de convertirle en una divinidad intangible”. Nada de adulaciones idolátricas, como se ve. Y a continuación analizaba la España en que se formó Pablo Iglesias, para deducir la fuerza arrolladora de aquella voluntad que forjó los primeros jalones de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista. A su muerte se dijo, a veces maliciosamente, ¿quién asumirá la función directora de ambas fuerzas obreras? Besteiro daría la respuesta, con su habitual grandeza de alma, con su modestia incomparable:

“Es preciso que nos demos cuenta —¿por qué no decirlo francamente?— de que no puede haber nadie que asuma la función directiva del Partido como Iglesias la asumió; porque son otros los tiempos, porque son otras las necesidades y porque hoy el hombre de más prestigio, de más condiciones, de más virtudes, de más energías, no podría asumir todas las funciones directivas que este organismo, ya crecido, necesita ejercitar. Esta es una obra colectiva, y lo fue siempre; pero hoy lo es más, y conforme la organización obrera se vaya desarrollando y todo el resto de la sociedad vaya tomando parte en nuestra actuación, sus funciones serán más eminentemente funciones colectivas, y no podrán realizarse por un solo hombre, sino por organismos cada vez más complejos y más nutridos de personal”.

Esa es la buena educación. La clase obrera no puede ser redimida por un hombre, por genial que ese hombre sea. Su emancipación ha de ser obra de ella misma, de todo el proletariado. Y la obra del [1589] Partido, de la organización obrera, para reunir garantías de acierto, dentro de lo posible, ha de ser igualmente obra colectiva, no personal ni dictatorial. Besteiro no estimulo jamás la demagogia, Nunca estragó el paladar de las masas, nunca las aduló, ni las utilizo personalmente. En otros aspectos del movimiento obrero y socialista fue asimismo clarividente:

“Si meditamos acerca del estado económico del mundo actual, no solamente reconoceréis conmigo que se está en un momento de crisis, sino que se está en un momento en el cual ya no se puede mantener en toda su pureza los principios propios del capitalismo, sino que se van haciendo concesiones al socialismo, de tal manera, que nos creemos en un momento, no de triunfo de nuestro ideal, pero sí de transición del régimen capitalista al socialista”. No había estallado la segunda guerra mundial. Ni siquiera había adquirido el Laborismo inglés la fuerza que después adquirió, y Besteiro ya vaticinaba el largo y difícil periodo de transición que hoy está convulsionando tantos países. No era aún el triunfo del socialismo, como no lo es en la actualidad. No había fuerza ni capacidad para ello. Y ya se hablaba de dictadura del proletariado, con una ligereza, con una inconsciencia que sólo a las fuerzas conservadoras y reaccionarias aprovechaba y servía. Pero sigamos con el discurso de Besteiro, en el que están dibujados otros intelectuales del Partido: “Algunos creen que las instituciones liberales han decaído y que todas

las aportaciones del liberalismo desaparecen y se van del mundo. Algunos piensan que Europa camina hacia un régimen más o menos personal, más o menos dictatorial, para conseguir la eficacia que las asambleas democráticas no han conseguido. Yo tengo esta concepción por absolutamente equivocada. La característica del momento de transformación actual consiste en que se va de una democracia menos perfecta a una más perfecta, en que se va de una democracia organizada en un conjunto de [1590] instituciones que penetran en las instituciones sociales todas y se armonizan después para constituir la vida de una democracia total”.

Besteiro aludió aún a temas candentes de política nacional: “Reconozcamos, compañeros, que en España hace tiempo estamos en periodo constituyente”. En plena dictadura militar, sin ser diputado, sin libertad de prensa ni de tribuna, Besteiro abordaba el tema de la reforma constitucional, “desde la manera de utilizar los servicios del más modesto funcionario hasta la ELECCIÓN DE LA MÁS ALTA MAGISTRATURA DE LA NACIÓN”. El rey estaba depuesto idealmente por Besteiro en 1931. Hay más aún. Cuando no creía casi nadie en la República, Besteiro elaboró un anteproyecto de nueva Constitución para un régimen nuevo, preocupado en hacer la transformación política española de modo tal “QUE DE ELLA NO DEBA ALGÚN DÍA ARREPENTIRSE O AVERGONZARSE EL PUEBLO ESPAÑOL”.

Cada palabra de Besteiro, sin que él pusiera empeño en mortificar, era una lección, una sentencia. ¡Cómo le dieron la razón, poco después, los acontecimientos de la Segunda República! Los hechos, la experiencia, los años, confirmaron todos sus temores, sus juicios, sus advertencias. Pero las alabanzas que a él iban dirigidas llevaban consigo oculta, a veces, la calumnia. Besteiro no fue nunca reformista, ni fabiano, ni enamorado de un laborismo monárquico o católico. Besteiro fue un filósofo materialista dentro de la economía contemporánea. No predicó nunca la reconciliación de las clases, aunque, como Marx y Engels, creía que la transformación social no habría de ser siempre y en todos los casos, violenta y catastrófica. Un hombre como Besteiro, cuya muerte es la glorificación de su vida merece ser respetado hasta por sus más violentos adversarios. Si tienen otro de igual categoría, que lo señalen a la admiración universal.

[1591] *Gráfica Socialista, San Bernardo, 92*

Lector, el texto de este epígrafe debería constar de muchas páginas. En esta obra colectiva, felizmente coronada por el éxito, puse toda mi ilusión y el máximo esfuerzo; gracias a ella se resolvieron problemas de excepcional importancia para el desarrollo de las ideas socialistas, entre la indiferencia y el escepticismo de muchos; en efecto, hablar de fundar una Cooperativa Gráfica carecía de atracción entre los veteranos, conocedores por experiencia de los peligros que ello representaba. Pablo Iglesias había comenzado su vida sindical en 1874 liquidando la imprenta colectiva que la Asociación del Arte de Imprimir había fundado en etapa anterior a su intervención en dicho organismo, cuando todavía no había espíritu de clase ni los que se asociaban tenían conciencia clara de su papel como explotados. Con estos antecedentes cada vez que en la organización obrera hablaba alguien de fundar una imprenta propia, la idea caía en el vacío. Pero el objetivo valía la pena, y García Quejido y Morato consiguieron poner en marcha un plan para fundar una imprenta colectiva, reuniendo algún dinero, poco, desde luego, para lo que pretendían. Nombrada la oportuna Comisión, hizo gestiones en este sentido, y como Felipe Peña Cruz, tesorero del Partido Socialista, hacía trabajos en su imprenta para la organización obrera y

deseaba retirarse de la profesión, en la que llevaba muchos años, hubo gestiones de compra; no dieron, sin embargo, ningún resultado, porque su establecimiento, calle Pizarro, 16, en el cual trabajé algún tiempo corrigiendo pruebas, no reunía las condiciones indispensables para todo aquello que se deseaba hacer, entre lo que figuraba la impresión de *El Socialista* como diario. En las gestiones intervine desde el primer momento, de acuerdo en lo esencial con los iniciadores, siendo mi voto igualmente contrario a la adquisición de la imprenta. Peña Cruz, con el que mantuve amistad fraternal hasta el último instante de su vida, por simpatía personal me la ofreció incondicionalmente, pero yo la rechacé, como hice posteriormente [1592] en ocasiones similares por no tentarme nunca la idea de llegar a ser dueño de una imprenta.

En 1923, a propuesta de Enrique de Francisco, que residía en Tolosa, se abrió una suscripción nacional para reunir fondos con destino a la adquisición de una imprenta que pudiera satisfacer las necesidades del Partido Socialista, en un banco madrileño, con las firmas de Besteiro y De Francisco, con la suma inicial de 34,20 pesetas, remitidas desde Tolosa (Guipúzcoa). El 1º de enero de 1926 –ya fallecido Pablo Iglesias– el Partido Socialista había reunido 82.366,25 pesetas, a pesar de la escisión comunista y de la dictadura del general Primo de Rivera. Era un éxito indiscutible, pero no se había recaudado lo suficiente para la adquisición de una imprenta tal y como necesitábamos. Entretanto, *El Socialista* se imprimía en los talleres de Catena, director del diario republicano *El País*, que deseaba liquidar su negocio, y vendió el edificio con los talleres gráficos a Juan March, afiliado al grupo político dirigido por Santiago Alba. El nuevo propietario nos apremió porque quería editar otro diario, *La Libertad*, y en estos momentos angustiosos surgió Peña Cruz, el mismo que había impreso nuestro semanario durante años, compenetrado con el ideal desde los tiempos difíciles y al lado siempre de Pablo Iglesias; me visitó en Carranza, 20, en las oficinas de la redacción del diario, para advertirme que muy cerca de nuestro domicilio social se vendía una imprenta que a su juicio nos podría convenir. La venta corría prisa por haber fallecido su propietario; inmediatamente visité el local y lo encontré en relativas buenas condiciones para lo que precisábamos. Facultado por la Comisión Ejecutiva, pero como un simple particular, evitando citar al Partido Socialista, me hice dueño de aquella imprenta mediante cantidad entregada ante notario; la venta se hizo en firme, de modo que quien rompiera el contrato perdería la fianza y correría con los gastos consiguientes. Ni siquiera Besteiro y Largo Caballero visitaron los locales, ni sus nombres figuraron para [1593] nada en los primeros momentos; porque los talleres que adquiriríamos eran conocidos en Madrid por ‘Imprenta de los Jesuitas’, ya que en ellos editaban sus publicaciones. Descubiertos los nombres de los verdaderos propietarios, nada pudieron hacer para impedir la venta de la imprenta, y la Gráfica Socialista nació terminándose la impresión de algunos trabajos que la Compañía de Jesús tenía allí pendientes. Desde el primer momento, como gerente, pasé a dirigir la imprenta, conservando a la totalidad del personal, parte del cual estaba asociado al Arte de Imprimir. Ante notario dimos nombre a la imprenta: Gráfica Socialista, figurando como propietarios Besteiro, Largo Caballero y yo, y constituyéndose a continuación el siguiente Consejo de Administración: Presidente, Julián Besteiro; Vicepresidente, Francisco Largo Caballero; secretario, Andrés Saborit; secretario de actas, Luis Olea, de la Sociedad de Estereotipadores; tesorero, Dámaso Gutiérrez Cano; contador, Lucio Martínez Gil; vocales, Matías Gómez Latorre, Luis Fernández, de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, y Fernando Espino, ajustador de *El Socialista*, por el personal. El entusiasmo y la actividad puestos por Espino como ajustador del diario obrero merecen ser recordados con

gratitud.

La imprenta se abrió en marzo de 1926. Me mantuve en mi puesto de gerente hasta la instauración de la República, en que fui elegido diputado por Madrid, coincidiendo todo ello con un periodo accidentado en las relaciones entre las diversas tendencias surgidas en el Socialismo español. Durante mi gestión todos los balances dieron beneficio y se pagaron los anticipos recibidos. Como obras de adaptación para instalar la rotativa y las máquinas de componer hubo un gasto de 22.581,55 pesetas. Jacobo Castro, tesorero de la Agrupación Socialista Madrileña durante muchos años, hizo gratuitamente los trabajos de enlosado, muy importantes por la índole de las instalaciones allí efectuadas para la impresión del diario. Gabriel Pradal, arquitecto municipal, afiliado al Partido Socialista y en 1931 diputado a Cortes por Almería, dirigió [1594] las obras de adaptación, tan complicadas como indispensables para el funcionamiento de la rotativa y de seis máquinas de componer. El 1º de octubre de 1926, seis meses después de la toma de posesión de aquellos locales, salía impreso en rotativa *El Socialista*, diario de la mañana. ¡Y Pablo Iglesias no estaba entre nosotros para verlo! exclamó, estrechándome entre sus brazos, Matías Gómez Latorre, fundador con el Abuelo de nuestras organizaciones. Besteiro, Largo Caballero y muchos otros acudieron aquella madrugada para acompañarme y presenciar la salida de *El Socialista* en rotativa con imprenta propia, cinco años después de la escisión provocada por los comunistas, y habiendo ganado en Madrid, todavía en vida de Pablo Iglesias, las elecciones para diputados a Cortes. Era para tener fe en el porvenir.

Otro socialista asesinado

El Sindicato Minero Asturiano, con apoyo de la Banca y del Estado, por gestiones directas de Manuel Llaneza cerca del general Primo de Rivera, consiguió poner en marcha la mina San Vicente, cuyos propietarios la habían abandonado, bajo la dirección de Belarmino Tomás, con el concurso de Amador Fernández, como administrador. El Sindicato Minero devolvió todo el dinero recibido y liquidó con sus antiguos propietarios, quedando así patente una honradez por nadie negada y una gestión eficaz y austera. Los comunistas hicieron labor contra Llaneza por esta gestión favorable a los intereses del Sindicato Minero, y atentaron contra Belarmino Tomás, sin consecuencias; pero asesinaron, en cambio, a José Fernández, “Pepón”, socialista a carta cabal, cuyo entierro constituyó una imponente manifestación de solidaridad con la víctima y de reprobación del crimen. Fue tal la aglomeración al trasladar sus restos al cementerio langreano, que cedió el puente [1595] sobre el río Nalón y cayeron al agua, heridos, los socialistas ovetenses Joaquín G. Fernández y Luis Ramos Oliveira, éste de alguna consideración. Llaneza consiguió también del general Primo de Rivera la iniciación del Orfanato Minero, una de las aspiraciones del Sindicato Minero, que llegó a convertirse en realidad tras no pocas dificultades luego de la muerte del dictador y de Manuel Llaneza, coautores de tan humanitaria institución.

En noviembre de 1926, Aunós, ministro de Trabajo, publicó el decreto sobre la creación de Comités paritarios, encargados de resolver los conflictos surgidos entre el capital y el trabajo. En ese organismo entramos a formar parte como vocales obreros Largo Caballero y yo, y como suplentes, Cordero y Trifón Gómez. Es de justicia reconocer que centenares de trabajadores de toda España recibieron infinitos beneficios económicos, que los patronos no sé atrevieron a negar durante la dictadura. Ese mismo año hubo en Londres una Conferencia sobre Emigración,

a la que acudieron Fabra Ribas y Lucio Martínez, en nombre de la Unión General. En el café de San Isidro, de Madrid, en noviembre de 1926, tuvo lugar un banquete con discursos para conmemorar el LV aniversario de la Asociación del Arte de Imprimir y el XLIV de la Federación Gráfica, en el cual intervine. Surge la dictadura en Portugal. Travesía del Atlántico del avión Plus Ultra. Ese mismo año, en Bélgica, hubo una gran demostración popular en honor de Emilio Vandervelde, para conmemorar su sesenta aniversario, a la que asistí en nombre del Partido Socialista de España. Fernando de los Ríos, catedrático en Granada, publicó *El sentido humanista del socialismo*. En la Casa del Pueblo de Madrid, el doctor Marañón dio una conferencia, presidida por Manuel Muiño, sobre el tema "Importancia de la limpieza de la boca en la salud", pretexto para hablar de la salud y de otros temas. Apareció el libro de Valle-Inclán *Tirano Banderas*. Margarita Xirgú estrenó *La mariposa que voló sobre el mar*, de Benavente. [1596³³] La Institución Libre de Enseñanza organizó una fiesta en honor de Manuel y Antonio Machado.

En 1926 falleció, entre otros, Vicente Barrio, secretario de la Unión General de Trabajadores desde 1902, sustituyendo a García Quejido, hasta el Congreso de 1918, en que fue aprobada la gestión del Comité de Huelga de agosto de 1917 y designado Largo Caballero para secretario. Barrio pasó entonces a la tesorería, ya un tanto enfermo. Fue concejal y diputado provincial nombrado por la Agrupación Socialista Madrileña. Asistió a varios Congresos internacionales, cumpliendo siempre admirablemente con su misión. Había nacido en Quemada (Burgos) el 27 de octubre de 1863 y falleció en Madrid el 10 de junio de 1926, siendo enterrado en el Cementerio civil, hasta donde le acompañé. A propuesta mía el Ayuntamiento de Madrid acordó dar su nombre a una calle de la capital. Homenaje modesto y bien merecido.

María Guerrero y Eduardo Marquina

Era tradición en María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza durante las temporadas teatrales que desarrollaron en el teatro de la Princesa –posteriormente prevaleció mi propuesta de que este teatro tomara el Hombre de María Guerrero– enviar billetes de entrada, especialmente sábados y domingos a la Casa del Pueblo, a fin de que los trabajadores madrileños pudieran presenciar lo mejor de su repertorio. Correspondiendo a estas atenciones, la Casa del Pueblo invitó a la compañía Guerrero-Mendoza a que inaugurase el teatro construido en la calle de Gravina. Aceptada la idea, representaron *Mancha que Limpia* drama de Echegaray, a todo lujo, con muebles y decorado del teatro de la Princesa; aquella representación constituyó un acontecimiento que abrió camino para que después pasaran por el escenario de la Casa del Pueblo las mejores compañías y los artistas más celebrados.

[1597] Con ocasión de inaugurarse la bandera para la Juventud Socialista Madrileña, esta entidad organizó una fiesta de la que fui presidente, teniendo sentada a mi derecha, como invitada, a María Guerrero. Intervinieron en el acto los coros madrileños dirigidos por el maestro Benedito, el crítico teatral Eduardo Gómez de Baquero, el catedrático de Literatura Andrés Ovejero y Eduardo Marquina, quien leyó magistralmente una extensa poesía que llevaba por título *Nuestra bandera*. Durante la lectura del poema dos jóvenes mantuvieron desplegada la bandera de la Juventud Socialista. Aquel acto fue sencillamente maravilloso.

³³ Numerada de nuevo en el original como 1595.

La Asamblea Nacional Consultiva

Se conoce con este nombre la Asamblea que convocó la dictadura establecida en España por el general Primo de Rivera. Reunidas las Comisiones ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores decidieron la convocatoria de los Comités Nacionales y éstos convinieron esperar a conocer los términos en que fuera redactado el decreto de creación de la Asamblea, sus facultades y la manera de elegir sus miembros. Convocados el Congreso de la Unión General para los días 6 y 7 de octubre de 1927, se aprobó por unanimidad rechazar los puestos en la Asamblea Nacional Consultiva. Se ha de hacer constar que el Gobierno había elegido por su cuenta cuatrocientos nombres para que fueran asambleístas y entre ellos figuraban seis socialistas: Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Francisco Núñez Tomás, Santiago Pérez, Manuel Llana y Lucio Martínez, además de Dolores Cebrián, profesora de la Normal de Maestras, esposa de Besteiro, no afiliada al Partido Socialista, que al igual de los anteriores, tampoco aceptó el nombramiento.

En protesta por la creación de la Asamblea Nacional Consultiva, se expatrió Sánchez Guerra, jefe del Partido conservador. *El Liberal*, diario madrileño, abrió una encuesta acerca del liberalismo, una manera hacer oposición al dictador. Invitado Besteiro a dar su opinión, le [1598] hizo de modo rotundo, no sumándose al coro superficial de los enemigos de la dictadura, sino abordando el problema de fondo. He aquí su respuesta a aquella encuesta: “Seguramente hay muchos liberales en España, y aun muchos admiradores de la revolución liberal, y aun muchos revolucionarios, por lo menos teóricos. Lo que ocurre es que si se somete a prueba la idea que de la libertad tienen muchos de estos liberales, nos encontramos con que no la defienden con calor sino cuando les sirve de salvaguardia de sus intereses personales y de su familia, o de su clientela, o de la clase social a la que pertenecen; en suma, en cuanto la libertad consiste realmente en un privilegio para ellos o para los suyos”.

El 17 de julio de 1927, Martínez Anido, ministro de la Gobernación, se atrevió a decir en Zamora: “Lo que hice en Barcelona fue que se levantara el espíritu ciudadano, haciendo que desapareciera la cobardía y recomendando a los obreros que por cada uno de ellos que cayera deberían matar a diez sindicalistas”. Texto oficial, publicado cuando la prensa española estaba sometida a la previa censura, que duró siete años. Felipe Carretero tenía publicado un folleto titulado *Catecismo socialista*, del que se hicieron varias ediciones. En 1927 fue procesado por la autoridad militar en un pueblo de Cataluña y finalmente absuelto, al comprobar que se trataba de una quinta edición. En mayo de ese año fueron inauguradas las obras de la Ciudad Universitaria por Alfonso XIII, de cuya Junta rectora era secretario Juan Negrín, no afiliado aún al Partido Socialista. En septiembre se celebró el XVIII Congreso de la Federación Gráfica Española en Barcelona, presidido por mí, con asistencia de Largo Caballero, por la Unión General; los dos pronunciamos discursos en la capital de Cataluña. El LVI aniversario de la Asociación del Arte de Imprimir de Madrid se celebró con una velada en el teatro Calderón, representándose *El Nido ajeno*, de Benavente, que asistió personalmente, y actuando la Banda municipal dirigida por el maestro Villa. En mayo se celebró en la Casa del Pueblo el Congreso de la Federación de [1599] Juventudes Socialistas, con una conferencia de Besteiro titulada “Cómo estudiar el marxismo”, siendo presidente de la Federación José Castro y secretario Mariano Rojo. En Bilbao se celebró el tercer Congreso de Cooperativas y Mutualidades, con asistencia de Fabra Ribas, Lucio Martínez,

Rafael Heras, Regino González y Andrés Saborit. Ese mismo día surgió en Asturias un conflicto minero, resuelto por el Directorio Militar sin rebaja de salarios, contra lo que pretendía la patronal.

El 17 de diciembre, Lucio Martínez y yo acompañamos a José Gómez Osorio hasta el Sanatorio Antituberculoso de Tablada (Cercedilla), donde estaba hospitalizado Besteiro, a quien también habíamos acompañado con tal motivo. Ambos salieron de ese Sanatorio muy mejorados el 30 de noviembre de 1928. En 1927 fue jubilado de la dirección del Museo Pedagógico Manuel B. Cossío. En esa misma fecha llegó a Madrid Camilo Huysmans, ministro socialista en Bélgica; no visitó a ningún ministro de la Dictadura y estuvo, en cambio, en la redacción de *El Socialista*, que dirigía yo por entonces. En agosto se celebró en París el Congreso de la Federación Sindical Internacional de Ámsterdam, con asistencia de Largo Caballero, Fabra Ribas, W. Carrillo, Trifón Gómez y yo. Bullejos, comunista, y Maciá, catalanista, efectuaron un viaje a Rusia. En la Casa del Pueblo de Bruselas se inauguró un monumento a G. Matteotti, dirigente socialista italiano. Fueron expulsados del Partido comunista en Rusia, Rakovski, Radek y Kamenef, tres intelectuales odiados por Stalin, que al fin acabó con ellos. En Viena hubo sangrientos disturbios. Masaryk fue elegido presidente de la República checoslovaca. En Inglaterra se implantó el voto femenino

Manuel Azaña publicó su libro autobiográfico *El jardín de los frailes*. En 1931 escribía, al comentarlo: “Una parte profunda de mi vida se removió hasta los posos al escribir *El Jardín* o más bien para escribirlo lo resentí”. Manuel Vigil publicó *Recopilación de leyes del seguro social* (en folleto). Antonio Machado fue elegido académico de la [1600] Lengua Española. En el teatro Fontalba se estrenó *La ermita, la fuente y el río*, de Eduardo Marquina, representada por Margarita Xirgú, quien estrenó también *Mariana Pineda*, de García Lorca, obteniendo con las dos obras un triunfo personal. En cambio, Azorín fracasó ruidosamente con la comedia estrenada en el teatro Eslava *Brandy, mucho brandy*, hasta el extremo de ser sancionado en la Asociación de la Prensa.

Muerte de García Quejido

El 12 de junio de 1927 moría en Madrid Antonio García Quejido, redactor del acta de constitución de la Agrupación Socialista; con él firmó Pablo Iglesias, que le atrajo a las filas socialistas. Fue el primero en exaltar la figura de Iglesias, en 1897, en un folleto editado en Mataró con el título *Pablo Iglesias en el Partido Socialista*, que luego amplió en Madrid. Concejel y diputado provincial, cuando surgió la escisión comunista se dio de baja en el Partido Socialista, continuando en la Unión General de Trabajadores. En su entierro, al que acudió muy poca gente, le acompañé hasta el Cementerio civil, como afiliado que era a la Asociación del Arte de Imprimir y alumno de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, creada por él en 1905, a cuyo grupo fundacional pertenecí. En recuerdo a su labor propuse su nombre para el local dedicado a escuela técnica gráfica por el Ayuntamiento de Madrid. Igualmente conseguí que el Municipio diera su nombre a una calle y a un grupo escolar. Su carácter, un tanto difícil, acaso por contrariedades familiares, le restó simpatías aún dentro de la profesión gráfica. No obstante, fue un defensor del ideal socialista en años ingratos y la historia del Partido no puede olvidarle.

El 2 de julio se suicidó, estando en tratamiento en el sanatorio que el doctor Lafora tenía en

Carabanchel, el socialista ovetense José María Suárez. Orador y escritor, fundador de la Juventud Socialista de Oviedo, cuando ya era afiliado a la Agrupación, concejal y diputado provincial, [1601] fue el asesor predilecto de Manuel Llaneza, a quien trató como hermano. Llaneza llevó a José María Suárez a mi casa, calle del Prado, 13, para que, juntos, le instaláramos en el Sanatorio del doctor Lafora. Ingreso contra su voluntad, porque no aceptaba que el Sindicato Minero gastase dinero en su curación, y luego de permanecer allí unas cuantas semanas, en las que le visité con frecuencia, persistiendo en su obsesión, en un lamentable descuido del personal, se arrojó a un estanque del jardín del Sanatorio. Avisado telefónicamente por sus administradores, le vi ya muerto. Su entierro fue civil y hasta el Cementerio le acompañó un numeroso grupo de socialistas con la bandera de la Agrupación de Madrid. Antes de darle tierra Besteiro pronunció unas palabras llenas de emoción en memoria de uno de los hombres a quien más debe la clase trabajadora asturiana. En Madrigueras (Albacete), de donde era natural, falleció ese mismo año Manuel Fraile, secretario del Sindicato Minero-Metalúrgico de Peñarroya. En Argentina, el socialista español Domingo Armas, nacido en las Palmas; instalado muy joven en Buenos Aires, influyó eficazmente en la organización gráfica y en el socialismo inspirado por el doctor Justo. En Madrid se suicidó Raimundo Sanz, de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, afiliado al Partido Socialista. En Estados Unidos fueron ejecutados en la silla eléctrica los anarquistas Sacco y Vanzetti, italianos, y Madeiros, portugués; fue un crimen político de la burguesía de aquel país, contra el cual protestaron todos los hombres libres.

XII Congreso del Partido Socialista

En 1928 se reunió en Madrid el XII Congreso del Partido Socialista, al que presenté una Memoria de gestión en un libro con 712 páginas y varias docenas de fotografías, que ha servido de fuente de datos a diversos autores de publicaciones recientes sobre el movimiento obrero. En nombre de la Internacional Socialista asistió Van Roosbroeck, tesorero [1602] de dicho organismo y senador socialista en Bélgica, quien pronunció un discurso. La gestión de la Comisión Ejecutiva solamente fue discutida al tratarse del nombramiento de Largo Caballero para el Consejo de Estado. De los 6 881 afiliados que tenía el Partido Socialista, solamente 740 lo hicieron en contra de este nombramiento. La elección de la Comisión Ejecutiva dio el siguiente resultado: presidente, Julián Besteiro; vicepresidente, Francisco Largo Caballero; secretario, Andrés Saborit; vicesecretario, Lucio Martínez; secretario de actas, Wenceslao Carrillo; vocales, Fernando de los Ríos, Trifón Gómez, Andrés Ovejero, Manuel Cordero, Anastasio de Gracia y Aníbal Sánchez. Poco después se reunió en el mismo local el XVI Congreso de la Unión General de Trabajadores, donde no dio lugar a debate el problema de los nombramientos discutidos en el Congreso socialista. La Comisión Ejecutiva quedó formada del modo siguiente: presidente, Julián Besteiro; Vicepresidente, Andrés Saborit; secretario, Francisco Largo Caballero; vicesecretario, Wenceslao Carrillo; vocales, Trifón Gómez, Anastasio de Gracia, Manuel Cordero, Lucio Martínez, Rafael Henche, Andrés Gana y Enrique Santiago. En septiembre, también en la Casa del Pueblo de Madrid se reúne el IV Congreso de la Federación Nacional de la Edificación, que reeligió secretario a Anastasio de Gracia. Por entonces se reunió en el mismo local el V Congreso de la Federación Nacional de Mineros, nombrando presidente a Manuel Llaneza y secretario a Ramón González Peña. En agosto, tercer Congreso de la Internacional Socialista en Bruselas, al

que asistí en representación del Partido español. En octubre siguiente, X Congreso de la Federación Socialista de Levante, en Alicante, al que asistí en nombre de la Comisión Ejecutiva.

El 27 de noviembre de 1928 el Gobierno de Primo de Rivera, accediendo a peticiones reiteradas nuestras, indultó del resto de la pena de treinta años a José María Viñuela, preso desde la huelga general de 1917. Estuvo preso en el penal del Dueso, donde le visité. No era [1603] afiliado al Partido Socialista, aunque simpatizaba con esos ideales. Dueño de un chigre de Busdongo, frecuentado por ferroviarios, surgió una pelea contra un esquírol, a quien mató de un tiro. Como había entonces estado de guerra, fue un tribunal militar quien le juzgó y sentenció. El movimiento obrero asturiano hizo campaña en su favor y fue candidato a diputado a Cortes conmigo en las elecciones generales de 1920, triunfando los dos, pero su elección fue anulada por el Tribunal Supremo. Los comunistas, en las elecciones generales de 1921, le presentaron candidato a diputado por Madrid con cinco socialistas que se habían declarado terceristas, todos ellos derrotados, retrasando las gestiones en favor de su libertad. En 1928 conocí a Manuel Albar en Irún, donde trabajaba como tipógrafo, desterrado por una sentencia de un tribunal de Zaragoza. En su juventud fue anarquista. Escribía muy bien, por haber leído mucho, como era corriente en los jóvenes ácratas. Accediendo a mis deseos, vino a Madrid, donde le incorporé en la redacción de *El Socialista*, en la que hizo admirable labor. Inauguración de Casas del Pueblo en Barruelo y Pamplona. Daniel Anguiano y Juan Negrín pertenecían a la Alianza Republicana que orientaba Lerroux en 1928. En *El Debate* publicó una carta Oscar Pérez Solís, dirigida a fray José D. Gafo, anunciándole se retiraba del comunismo. Estaba preso, fue puesto en libertad y recompensado con un puesto en la CAMPSA, que dependía del Gobierno. En resumen, terminó donde había empezado, después de haber residido en Rusia algún tiempo. El 25 de septiembre, al terminar la representación de una zarzuela, se incendió en Madrid el popular teatro Novedades, en la calle de Toledo, causando un centenar de muertos y otros tantos heridos. Una hecatombe que impresionó profundamente.

El rasgo bienhechor de Cesáreo del Cerro tuvo diversos imitadores. El 10 de marzo de 1928 se hizo público que Antonio de Nicolás Fernández, natural de Málaga, había dejado su capital a la Casa del Pueblo de Madrid. En este caso se trataba de una herencia de modestas proporciones. [1604] Mucho más importante fue el legado de Emilio Ramos, afiliado a la Agrupación Socialista Madrileña, quien, de acuerdo con su esposa, Ramona Bragado, hizo donación de acciones del Banco de España y de bienes suficientes para crear y sostener en Medina del Campo (Valladolid) una escuela neutra, dejándonos como testamentarios a Besteiro, De los Ríos, Ovejero y a mí. Estuve en Medina del Campo a iniciar los trámites relacionados con los deseos de Emilio Ramos, que no pudieron llevarse a término por haber estallado la guerra civil.

Dámaso Gutiérrez Cano

Por el tiempo en que se hizo público el contenido del testamento de Cesáreo del Cerro comenzaron a conocerse Juan Ortiz, dueño de la Librería Pedagógica, calle del Desengaño, 11, y Dámaso Gutiérrez Cano, cliente suyo. Con Rafael Laliga y otros pocos más, fue Ortiz fundador de la Agrupación Socialista de Alcoy, y en Madrid perteneció al Comité Nacional del Partido a principios de siglo, muy adicto a Pablo Iglesias, con el que mantenía estrecha amistad, la cual le sirvió para llevar a Gutiérrez Cano a casa del Abuelo, iniciándose así unas relaciones que llegaron

a ser tan constantes como fructíferas para el Partido Socialista. Durante varios años, Gutiérrez Cano, sin dar su nombre, entregaba cantidades para remediar a correligionarios en mala situación, ayudar a diario y hacer campañas de propaganda o electorales. En el libro *Pablo Iglesias: rasgos de su vida íntima*, de Juan A. Meliá, éste refiere que en ocasión en que se encontraba muy enfermo y hallándose ausente Amparo Meliá, el Abuelo le dijo lo siguiente: “Mira, si ocurriese algo (este “si ocurriese algo” equivalía a decir “si me muero”), ten en cuenta que en el cajón de mi mesa hay dinero que no es mío: es de Fulano, que suele entregarme cantidades para socorrer a algunos desgraciados; con ese dinero hay una nota de lo que me entregó y de lo que llevo repartido. La [1605] diferencia tienes que devolvérsela...”. Ese Fulano era Dámaso Gutiérrez Cano, cuyo nombre había prohibido el interesado que se divulgara.

Juan Ortiz editó libros de Iglesias, Gómez Latorre, Juan A. Meliá y algunos folletos con fondos entregados por Gutiérrez Cano, quien dejaba los ingresos a beneficio del diario del Partido Socialista. Hubo correligionarios que gozaron de favores importantes hechos por este hombre, tan sencillo como generoso. Fallecido Iglesias, Gutiérrez Cano me entregaba cantidades de consideración para salvar situaciones comprometidas del Partido y de la Gráfica Socialista, de la que fue tesorero en su primera etapa, la más difícil. Era obsesión suya crear la Fundación Pablo Iglesias, pero le preocupaba rodear la idea de ambiente genuinamente obrero. A ese efecto, nos reunimos Luis Fernández, secretario de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, él y yo, para lanzar la idea de la Fundación Pablo Iglesias, iniciando la suscripción nacional la veterana Sociedad, y Gutiérrez Cano, que siempre figuraba “Un socialista”, sin dar el nombre, en nuestras listas de donantes.

En la calle de Trafalgar, 23, tenía un amplio terreno con garaje Baltasar Sanrigoberto, afiliado al Partido Socialista, muy estimado por Iglesias. Ese terreno lo había perdido Sanrigoberto a beneficio de Gutiérrez Cano, quien le había anticipado cantidades más que suficientes para tomar posesión de él, cosa que a Gutiérrez Cano repugnaba. Yo le di la fórmula: podría servir a maravilla, por estar situado magníficamente, para construir en él la Fundación Pablo Iglesias, con oficinas para el Partido Socialista, redacción para el diario y talleres con todos los adelantos modernos. Así se hizo y allí levantaron Gabriel Pradal y Francisco Azorín, arquitectos socialistas, un soberbio edificio que, como tantos otros del movimiento obrero español, usurparon los fascistas. Digamos, porque es de justicia y el dato tiene suma importancia, que la donación de esa propiedad me la hicieron personalmente en la Tenencia de Alcaldía de La Latina, cuando yo la regía, María Villasante, [1606] viuda de Dámaso Gutiérrez Cano, y su hijo Luis, cumpliendo en un todo la voluntad de su esposo y padre, a pesar de que no teníamos ningún documento que probase los deseos expresados en vida por aquel hombre tan generoso como sencillo. Naturalmente, ninguno de nosotros visitó nunca a la familia de Gutiérrez Cano para reclamarle cumpliera la voluntad que él nos había expresado en vida. Fue una donación doblemente espontánea. ¡Con qué emoción lo recordamos al redactar estas líneas en memoria de Dámaso Gutiérrez Cano!

En el Cementerio civil de Madrid reposan sus restos, bajo un austero monumento funerario ideado por Emiliano Barral, el escultor que construyó el mausoleo consagrado a Pablo Iglesias. Barral fue afiliado al Partido Socialista, y murió frente a los fascistas en el madrileño barrio de Usera. Antonio Machado, gran admirador suyo, escribió entonces el siguiente epitafio:

“Cayó Emiliano Barral, capitán de las Milicias de Segovia, a las puertas de Madrid, defendiendo su patria contra un ejército de traidores, de mercenarios y de extranjeros. Era tan gran escultor que hasta su muerte nos dejó esculpida en un gesto inmortal”. Julián Besteiro pronunció el discurso de homenaje y despedida a Dámaso Gutiérrez Cano al ir a darle sepultura el día 17 de diciembre de 1930, cuando España sentía ya los primeros síntomas de la convulsión a que estaba próxima. Gutiérrez Cano nació en el Valle de Mena, provincia de Burgos.

En las elecciones a diputados provinciales de 1921 en que el Partido Socialista luchó con sus propios medios frente a todos los partidos burgueses, hubo candidatura socialista por el distrito madrileño de Hospital-Congreso, siendo éste el resultado: Antonio Fernández Quer, 2.653 votos; Toribio Pascual, 2.596, y Antonio Atienza, 2.576. Por la minoría salió elegido Fernández Quer; resultado total satisfactorio. Pascual había sido concejal socialista en Bilbao, pero en Madrid era la primera vez que figuraba en una candidatura política, aunque en elecciones de otro tipo ya tenía, experiencia. Al surgir la escisión de 1921, Toribio Pascual no la secundó, figurando en la candidatura triunfante [1607] encabezada por Iglesias y Besteiro. Después de cinco años largos de actuación, dimitió su puesto en la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, siendo inútiles los estímulos personales para que continuara. Por desgracia, sus temores no tardaron en confirmarse, porque el 23 de enero de 1928 fallecía, sin haber dejado de acudir a la imprenta una sola noche —era linotipista de *La Libertad*, diario de la mañana— ni de luchar por la emancipación de la clase a que pertenecía ni un solo día. En Madrid, el 3 de septiembre de ese mismo año se extinguió Emilio Menéndez Pallarés, republicano de limpia historia, quien, de acuerdo con el capitán del regimiento de León, Ramón Arronte, redactó lo esencial del informe jurídico que éste leyó en el Consejo de Guerra contra los que intervinimos en la huelga de agosto de 1917.

Durante el año 1928 fallecieron, entre otros: Andrés Bolonio, veterano en el Arte de Imprimir y en la Agrupación Socialista. Fui alumno suyo en la Escuela de Aprendices Tipógrafos en 1905. En Buenos Aires fue incinerado Juan B. Justo, fundador del movimiento socialista en Argentina; diputado y senador, fundó *La Vanguardia* en 1894, en aquella capital; para honrar su memoria se celebró un acto público en Madrid en el que intervinimos Lucio Martínez, Largo Caballero, Andrés Ovejero y yo. En Menton (Francia) falleció Vicente Blasco Ibáñez, novelista y político español, cuyos restos fueron trasladados a Valencia con honores nacionales durante la República; en Barcelona, el literato Ignacio Iglesias; en Madrid, Sinesio Delgado, autor de obras teatrales; en Lisboa, Luis Magalhães Lima, escritor y político republicano; en Berlín el escritor Hermann Sudermann; en Francia, Gabriel Deville, que influyó grandemente en el Socialismo hispano, con sus libros y folletos.

[1608] “Este desvío de los intelectuales no ha favorecido al Socialismo español. Porque el propulsor de las grandes agitaciones sociales es siempre el hombre de pensamiento. Sin Marx, sin Engels, sin Jaurès, sin Bernstein, sin Vandervelde, sin los Webb, sin G. Bernard Shaw y los fabianos ingleses, sin Lenin ni Trotsky, sin éstos y otros teóricos que han creado y recreado el pensamiento socialista, no se concibe el Socialismo. El error de los intelectuales es meterse demasiado en la parte puramente funcional de los partidos y organizaciones obreras. Esto debe quedar para los obreros más inteligentes, para los que forman como una aristocracia, como una selección entre la propia clase trabajadora. El intelectual debe huir en general de los ‘cargos’, en

parte porque esto puede empañar, a los ojos de los más recelosos, con el vaho de una aparente ambición personal, la pureza de los móviles, y en parte porque a sus funciones de crítica, de constante revisión, de clarificación de definición, de estímulo, y aun por su especial sicología, le cuadra mejor la distancia. Hay, claro está, casos admirables en que un intelectual se compenetra totalmente con la organización obrera, y la organización obrera con él, como el de Julián Besteiro, presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores”.- Luis Araquistain.

Hay que prepararse

“Grave error será en los trabajadores organizados creer que la asociación obrera puede hoy, como hace algunos años, limitar su acción a constituir pequeñas organizaciones de oficio para el simple ‘mejoramiento moral y material’ de su clase por medio del aumento del salario y la disminución de la jornada. Además, los desequilibrios periódicos, pero frecuentes, entre la producción y la capacidad adquisitiva de los productores; el perfeccionamiento de los medios mecánicos de [1609] trabajo; la concentración capitalista con la formación de consorcios, trusts o monopolios industriales y comerciales; los propósitos de la clase capitalista con la llamada racionalización y organización científica del trabajo; la Organización Corporativa Nacional, con sus Comités Paritarios, que no compensan la falta de libertad política, pero que no podemos desentendernos de ellos, tanto en la industria como en la agricultura y el complicado derecho social ya vigente, más el que habrá de promulgarse, hacen que toda la clase obrera, y muy especialmente los compañeros que por sus cargos de confianza o por su significación tienen una mayor responsabilidad moral, fijen sus ideas con la mayor exactitud, libres de confusionismos e involuciones y, al mismo tiempo, procedan con firmeza, sí, pero cuidando mucho de no dejarse sojuzgar por viejos egoísmos profesionales. Debemos elevar nuestro pensamiento hasta poder vislumbrar el porvenir. Si, además de esto, hemos de cumplir, como estamos obligados, el deber de cooperar a la obra de paz económica y política internacional que están realizando nuestros organismos superiores, se comprenderá mejor cuán difícil es nuestra actuación nacional; por eso no nos cansaremos de requerir, cariñosa, pero insistentemente, a la juventud de la organización obrera para que se decida a entrar en liza y afronte, no ya los problemas especiales que interesan más directamente a nuestra clase, sino los generales del país, pues acaso esté más cerca de lo que creemos el momento en que los ‘descamisados’ sean el factor decisivo en los destinos de los pueblos.

Si los afiliados, como tales, no deben despreocuparse de la evolución que en el régimen capitalista se está operando, nuestra organización obrera central, la Unión General de Trabajadores de España, tampoco puede mostrarse indiferente ante la evidente concentración de las fuerzas del capitalismo; de ahí el que se decida a estructurar también sus [1610] fuerzas en forma que garantice la máxima eficacia en su actuación, formando grandes Federaciones de industria, para lo cual deberán Llegar sus componentes, si el interés de la organización lo exige, a prescindir de todo espíritu de exclusivismo o de absorción. No soñemos con hacer ahora una organización perfecta, ¡ni mucho menos!, pero sí debemos preparar los cimientos para que algún día lo sea”.- Francisco Largo Caballero, enero de 1929.

A las Secciones de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero

“La Sección primera de la Asamblea Nacional ha aprobado un anteproyecto de Constitución de la monarquía española, que será sometido oportunamente, según anuncios del Gobierno, a un plebiscito del país.

Aunque la actitud política del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores frente al Estado español es bien conocida de todos, por constar en acuerdos tomados pública y reiteradamente en sus Congresos generales y en el propio programa específico del Partido Socialista, queremos aprovechar la coyuntura que ahora nos ofrece el anteproyecto de Constitución para fijar, una vez más, nuestro diáfano criterio sin veladuras ni anfibologías, y sin perjuicio de que, en el momento adecuado, analicemos artículo por artículo este flamante proyecto de digesto constitucional y le contraponamos la Constitución que deseamos para España y que, en nuestro entender, desea la España que trabaja y piensa. Hoy queremos limitarnos a clasificar en globo el anteproyecto, dentro de la concepción que nosotros, como obreros y socialistas, nos hemos formado de la historia de España, y de las clases sociales que en ella luchan por el dominio político.

Con el anteproyecto de Constitución se intenta cerrar el ciclo histórico que comienza en las Cortes de Cádiz de 1812, interrumpiendo el sistema de monarquía absoluta que Carlos V instaura en España a su advenimiento al trono y la consolida en 1521 con la derrota de los comuneros, defensores de los fueros, de las ciudades y de la naciente burguesía española. Mientras el Estado tiende a democratizarse en casi toda Europa, transformándose en monarquía parlamentaria en Inglaterra después de la revolución de 1649, y en república burguesa en Francia después de 1789, en España, al contrario, el Estado destruye todos los elementos populares que limitaban el poder de los monarcas medievales y adopta con los Austrias y Borbones una estructura de absolutismo oriental.

[1612] Hizo falta la invasión napoleónica para que la parte más ilustrada y liberal de la clase media y una minoría de intelectuales, movidos los unos por nacionalismo y los otros por influencia de la Enciclopedia y de la Revolución francesa, se decidieron a organizar un Estado que, sin destruir la monarquía española, degenerada ya entonces física y espiritualmente por ley natural del tiempo y de su total aislamiento del pueblo, restringiera el poder ilimitado de la corona y abriese a la burguesía las puertas de la gobernación y el usufructo de los nuevos derechos políticos vigentes en la Europa más adelantada, indispensable para su desenvolvimiento como ascendente clase social.

Toda la historia española del siglo XIX es, esencialmente, una lucha entre la monarquía autocrática tradicional aliada casi siempre a las grandes oligarquías de la iglesia, de la nobleza, de la administración y del ejército, y la nueva burguesía liberal; pero, pese a la máscara constitucional con que, más o menos veladamente, se ha querido disfrazar el Estado en toda esa centuria y en lo que va de la presente, su verdadero rostro —si se exceptúan el breve reinado de Amadeo de Saboya y la efímera República de 1873— ha sido el absolutismo monárquico

Los reyes, con sus camarillas, han reinado y... gobernado siempre en España, aunque otra cosa dijeran las distintas Constituciones en sus textos. Su espíritu y, sobre todo, su aplicación, eran otros. El régimen constitucional ha sido en todo tiempo una pura ficción en España. Los partidos monárquicos hacían los Parlamentos; pero los gobiernos hacían antes los partidos y la Corona hacía primero los Gobiernos. Todo el poder emana de la realeza, de acuerdo con las oligarquías históricas mencionadas, a las cuales se ha venido a sumar una nueva en estos últimos años: la oligarquía financiera, la plutocracia, acaso la más poderosa de todas actualmente. Pero si las numerosas Constituciones que decoran la historia política de España durante el siglo XIX son iguales en el fondo, aunque varían en la letra, porque en la práctica no restringen ni un ápice [1613] el poder autocrático, oligárquico del Estado, hay una, la de 1876, que nos parece la más perniciosa de todas, porque fue la más duradera y, por el hecho de serlo, contribuyó más que ninguna a destruir, con la corrupción y los halagos prodigados a la sombra de sus ficticios Parlamentos, el espíritu civil de España.

En el falso régimen parlamentario de esa Constitución se desvirtuaron todas las fuerzas que, por su antagonismo ideológico o por intereses rivales, hicieron concebir la esperanza de que también en España, como en el resto de Europa, cristalizaría al cabo una democracia individualista, preparatoria de una democracia socialista; se desnaturalizó la burguesía liberal, entregándose sin condiciones al poder absoluto de la corona, a cambio de prebendas, negocios y bufetes, acreditados desde los ministerios; se disolvió el espíritu revolucionario del republicanismo en la cómoda inacción política, aun cuando no retórica, de los escaños del Parlamento y de los despachos ministeriales; el carlismo, vencido en el monte, fue a las Cortes a recibir su segundo abrazo de Vergara y acaso a fortalecer con él, ahora de aliado pacífico y convencido de la semejanza de la causa, las posiciones de la otra rama absolutista. La monarquía autocrática se fue quedando sin enemigos interiores. Buena ocasión para arrojar definitivamente la máscara constitucional. El golpe de Estado del 15 de septiembre de 1923 fue eso: un desenmascaramiento, aprovechando la degeneración política a que España había llegado por obra de la Constitución de 1876. Pero fue también algo más: fue un desenmascaramiento forzoso. La monarquía, una vez libre de inquietudes nacionales, se lanzó a la conquista de Marruecos, en parte para recobrar el prestigio internacional, perdido en la guerra con los Estados Unidos, y en parte para satisfacer a ciertas zonas del capitalismo español y extranjero interesado en el Norte de África. ¡El tratado de 1904 con Francia e Inglaterra para ‘pacificar’ Marruecos nos devolvía, la ilusión de gran potencia! Pero el pueblo español, cansado de ilusiones históricas y de grandezas imaginarias, y seguro de que en África él pondría la sangre [1614] y el oro, para que unas cuantas empresas privadas se llevasen el provecho si lo había, hizo sentir en 1909 y 1921 —después del Barranco del Lobo y Annual— que no toleraría indefinidamente una aventura colonial que, sobre ser inútil para la nación, era militarmente tan desastrosa. ¿Quién dirigía la trágica campaña? ¿Dónde estaban los verdaderos responsables?

Estas preguntas, brotando confusamente de la conciencia del pueblo, ganaron poco a poco concreción y persistencia, hasta tomar estado parlamentario en el proceso de las responsabilidades militares y civiles que se inició en 1922 y que fue suspendido, pero no sobreseído, el 13 de septiembre de 1923. Precisamente en el mismo instante en que el Parlamento español, por primera vez en su historia, después de un frustrado intento de democratización en la

Asamblea de parlamentarios de 1917, iba a poner en vigor el doble principio de publicidad y responsabilidad para todos, sin excepciones, haciendo efectiva una función democrática que hasta entonces había sido un simulacro sarcástico, quedó clausurado *sine die* y borrada una Constitución que, bajo la presión popular y por obra, principalmente, de la minoría socialista y de algunos restos del republicanismo parlamentario, empezaba a ser inservible para la monarquía absoluta.

Cuando el Parlamento se disponía a deshacer la simulación constitucional en que había vivido durante casi medio siglo, venciendo las serviles resistencias de los partidos monárquicos, fue la propia autocracia la que, adelantándose, se quitó el antifaz constitucionalista. Quedaba instaurada abiertamente la dictadura. Ahora se quiere legitimizar con una Constitución elaborada por una Asamblea de real orden, y mediante un plebiscito que, por la extensión y heterogeneidad del proyecto y de las anejas leyes orgánicas y sin plena libertad de tribuna y de prensa para discutirlos, ni garantía de que ha de ser respetada la voluntad popular, tiene que ser forzosamente una nueva ficción jurídica. Nosotros rechazamos terminantemente el anteproyecto de Constitución por su origen antidemocrático y por el falso plebiscito con que se trata de darle una apariencia de sanción popular.

[1615] Lo rechazamos también, como obreros socialistas republicanos, porque si la Constitución de 1876 fue una máscara del absolutismo, arrojada en 1923, este anteproyecto ni siquiera vuelve a ser una máscara, sino una mueca de desdén para las esperanzas de democracia y liberalismo que el pueblo español, y muy señaladamente la clase obrera que nosotros representamos, había puesto en la evolución del Estado, como medio conducente al desenvolvimiento político de la nación y a una transformación más justa de la sociedad. El anteproyecto y las leyes accesorias, que permiten al Gobierno anular arbitrariamente en cualquier momento las escasas libertades individuales y políticas que se instituyen en la Constitución, superando en esta obra de duplicidad a la misma Constitución de 1876, modelo en el arte picaresco de quitar con una mano lo que se da con la otra, no sólo confirman, sin equívocos ni tapujos, la monarquía absoluta, sino que cierran toda posibilidad de modificación constitucional y desarrollo democrático del país dentro de la ley.

La proyectada Constitución es como una pirámide. La ancha base está representada por el rey, que sostiene todos los demás poderes y puede anularlos en cualquier instante. Es decir: el único poder efectivo es el suyo. El rey nombra y separa libremente los ministros y puede agregar al Gobierno ministros sin cartera. El rey convoca, disuelve, suspende y cierra las Cortes bajo la responsabilidad teórica del Gobierno que él mismo nombra. El rey nombra treinta diputados vitalicios. El rey completa el número de consejeros del reino hasta la mitad del total, nombrándolos con carácter vitalicio. El rey dirige las relaciones diplomáticas y comerciales; puede declarar la guerra y hacer ratificar la paz, previa consulta al Consejo del Reino, pero sin necesidad de su aprobación; ejerce el mando supremo del ejército y la armada, y dispone de las fuerzas de mar, tierra y aire, etcétera.

El rey y las Cortes tendrán la iniciativa de las leyes, pero exceptuando las referentes a política exterior y concordatoria, defensa nacional o reforma constitucional, y las que impliquen rebajas de las [1616] contribuciones o aumento de los gastos públicos, que serán de exclusiva iniciativa del rey con su Gobierno, responsable en teoría. En rigor, todas las leyes escapan, a la postre, al dominio de las Cortes, pues el Consejo del Reino puede disolverlas para nueva

deliberación siempre que quiera y, en última instancia, ‘el texto definitivamente aprobado por las Cortes se someterá a la sanción del rey, quien podrá concederla o negarla, consultando o no nuevamente al Consejo del Reino’. De este modo, de hecho, tanto las Cortes como el Consejo del Reino y el Gobierno se reducen a simples cuerpos consultivos o asesores del rey, que en realidad asume plenamente los poderes legislativo y ejecutivo.

A la nación se le otorga la facultad de elegir directamente o por colegios profesionales – originalísimo sistema de representación popular, hasta ahora inédito en la historia universal de las legislaciones, que aquí sería prolijo discutir en detalle– los diputados y consejeros del reino fuera de los que nombra el rey, y, de estos últimos, los que lo son por derecho propio; pero es una facultad completamente platónica como Poder legislativo si el rey quiere oponerse a sus actividades. Es un derecho imaginario, sin realidad política, perfectamente inútil. Jamás se ideó un sistema de absolutismo tan complicado y tan innecesario. Si se quiere intentar una nueva ficción, ¿a quién puede engañar? Si se trata, como está a la vista, de ejercer sin trabas el poder personal, ¿para que tantas leyes y tantos organismos encubridores? Si se busca un sistema de irresponsabilidad, escudándose tras los ministros responsables y tras la fantasmagoría de unas Cortes y un Consejo del Reino, o dóciles o impotentes frente a la monarquía autocrática, es seguro que para eso es ya tarde hasta en España. Porque conviene que no se hagan ilusiones los inspiradores, autores y valedores del anteproyecto de Constitución, tal vez envalentonados por la calma externa de estos seis años de dictadura. Ciertamente que en ella viven, como en su propio elemento, las viejas oligarquías del absolutismo y algunas de cuño reciente: la iglesia [1617] la aristocracia histórica, el ejército, la pequeña burguesía, postergada por el régimen anterior; la gran burguesía industrial y financiera, ávida de monopolios y de negocios secretos; los tráfugas y segundones de los antiguos partidos.

Ciertamente que la gran parte de la pequeña burguesía liberal está acobardada, temerosa de cualquier movimiento político y social que pueda ir más allá de sus intereses, y convencida de que, en último término, es preferible, para ella, cualquier forma de Gobierno con tal que respete la propiedad privada, aunque perezcan la democracia y todas las libertades, a cambio de consecuencias imprevisibles en el Estado. Ciertamente que el republicanismo histórico está desorganizado, y no lleva trazas de organizarse porque los residuos de sus estados mayores andan, como siempre, a la greña por rivalidades de jefatura, y porque sus programas formales no interesan ya, por gastados en la experiencia de otros países, a la escéptica burguesía, y por falta de contenido al proletariado consciente. Pero cuando se ha hecho ese triste balance de la historia contemporánea de España, sería un grave error suponer que en el país no hay más que esos grupos de oligarquías triunfantes o vencidas. Hay mucho más, y es lo más importante para el porvenir de la nación. Hay un pueblo secularmente sediento de libertad y de justicia, eterno y candoroso peón en las luchas oligárquicas del pasado, pero ya desengañado de sus sonoras fórmulas verbales y ya despierto a su propia conciencia de clase explotada.

Hay una clase obrera cada día más extensamente organizada, que ya tampoco puede dejarse engañar por las vagas promesas de mejora social del anteproyecto (artículo 28), sobre todo cuando se anuncia a continuación del párrafo que restringe el derecho de huelga, casi hasta anularlo, un derecho para nosotros inalienable e imprescriptible. Nosotros, que hemos utilizado y seguiremos utilizando todas las reformas arrancadas al régimen capitalista, para consolidar

nuestras conquistas y avanzar en nuestras posiciones, no nos olvidamos un solo momento de nuestra [1618] última meta, que es la socialización de la riqueza, aunque gentes mal informadas o de mala fe, acaso celosas de nuestra creciente fuerza, creen o fingen creer lo contrario, tal vez con la esperanza de enrolar bajo sus desteñidas banderas y al servicio de sus intereses de clase burguesa al proletariado más ingenuo e ignorante.

Nosotros aspiramos, para realizar nuestros fines, a un Estado republicano de libertad y democracia donde podamos alcanzar la plenitud del poder político que corresponde a nuestro creciente poder social. Queremos ser una clase directora en los destinos nacionales, y para eso necesitamos de condiciones políticas que nos permitan llegar democráticamente, si ello es posible, a cumplir esa misión histórica. Pero el anteproyecto de Constitución nos cierra todos los caminos de la ley, porque toda la ley democrática, si ese Código prospera, se estrellará en la muralla del incontrastable poder real, cuando no convenga a sus privilegios o a los de sus asociadas, las oligarquías dominantes. Por esto lo combatiremos con toda energía mientras sea. anteproyecto y después, sí, para desgracia de España, llega a ser proyecto constitucional. Y si, a pesar de todo, acaba usurpando el título de ley fundamental de la nación en vez de titularse ley muralla de un absolutismo asiático, ni el Partido Socialista ni la Unión General de Trabajadores serán responsables de la inadmisibile situación de incapacidad política en que se los coloca ni de las circunstancias especiales que forzosamente han de crearse para entrar, por todos los medios, en la ciudadela amurallada del Estado absoluto. Esta es nuestra opinión, y por la parte que nos corresponde, a ella ajustaremos nuestra conducta. Por la Unión General de Trabajadores de España, Francisco Largo Caballero, secretario. Por el Partido Socialista Obrero Español, Andrés Saborit, secretario. Julían Besteiro, presidente de los dos organismos”.- Madrid, 13 de agosto de 1929.

El único camino

“Se ha dicho muchas veces, y parece que no hay disconformidad en este punto entre quienes se preocupan por la vida nacional, que la causa del derrumbamiento de la política española fue la ausencia de partidos de izquierda. Los partidos de la derecha se crean y funcionan automáticamente porque representan un interés establecido. Por ello existían y tenían –y tienen– fuerza propia en España, a pesar de la ausencia de sentido político de nuestro pueblo. Los partidos de la izquierda no se apoyan en realidades concretas y ávidas de persistir –el capital, las instituciones, etcétera– sino en un ideal: en el afán de acercar el estado presente de la sociedad al canon de perfección, tan remoto todavía. Este ideal puede ser decididamente revolucionario o hacerse compatible con la estructura social del Estado. En uno y otro caso supone una educación política o un instinto político, de los que carecemos los españoles colectivamente. Por ello no ha habido entre nosotros sino ficciones de partidos de izquierda, aun cuando haya habido muchos hombres dotados de este espíritu, a veces con un grupo de adeptos a su alrededor.

Los llamados partidos liberales del antiguo régimen no eran, desde este punto de vista, nada. En el fondo, servían al mecanismo social establecido, lo mismo que los partidos de la derecha. El partido republicano, que representó momentáneamente en otro tiempo una fuerza de avance, acabó por incorporarse a la inercia del liberalismo. Y en realidad, la única agrupación verdaderamente progresiva en el orden político de nuestro país era el Socialismo al que, dígame lo que se quiera, debe el proletariado español casi todas las ventajas de que hoy disfruta con relación

al proletariado de hace cincuenta años, y que ideológicamente, con todos los defectos locales que quieran ponerse, ha sido el único partido de izquierda español dotado de un sentido universal.

Ahora se ve bien claro todo esto. Se ha derrumbado la ficción de los partidos de la izquierda: los liberales y, me atrevo a decirlo, [1620] los republicanos. Persiste la organización de las derechas, más fuertes que nunca por lo mismo que los intereses estables que representan son más importantes que jamás lo fueron en España, y quizá también por lo mismo que los intereses estables que representan son más importantes que jamás lo fueron en España, y quizá también por lo mismo que los juzgan en una inminencia de peligro mayor y más próximo que otras veces. Los partidos conservadores del antiguo régimen –se me dirá– han desaparecido también como los liberales. Pero es lo mismo. Con partidos o sin ellos la fuerza política derechista subsiste, y tendrá por modo automático en cuanto quiera, sin más que nombrar un jefe, su nueva organización adecuada al momento.

Persiste también porque también representa una poderosa realidad el Partido Socialista. Y éstas son las dos cosas fuertes de tipo gubernamental –no hablemos de las otras– con que se podría contar si mañana se interrumpiese el colapso de la vida política que supone siempre una dictadura. Pero antes de la dictadura las izquierdas eran, ya lo hemos dicho, tan poco densas ante la gravidez formidable de las derechas que sobrevino el vuelco de la política sobre el lado que pesaba más. El Socialismo, lleno de eficacia de clase, lleno de universalidad, era un quiste en el mundo político español. Las gentes de la derecha, claro está, le hacían el vacío por todos los medios, aun los más indignos. A los que nos hemos educado en colegios burgueses nos enseñaron que ser socialistas equivalía a tomar un pasaporte para la cárcel –merecida–, y luego, en la otra vida, para el infierno. De Pablo Iglesias, la figura más venerable de la vida política española de medio siglo acá, se nos han dicho tantas calumnias, que el día de su entierro yo pensaba que todos los que no siguieron a su cadáver por las calles de Madrid debían estar escondidos de vergüenza detrás de aquellos balcones cerrados. Y las izquierdas españolas, hay que decirlo también, a fuerza de tópicos y frases hechas, se han defendido de toda contaminación [1621] socialista; en el fondo, dominadas de las mismas preocupaciones de los burgueses reaccionarios.

¿Y ahora? Ahora, ante una posible vuelta a la normalidad –llamémosla así–, la masa de hombres españoles de sentido auténticamente liberal, todas las generaciones que se han incorporado a la vida pública en estos años –lo mejor de España– se encuentran en la misma encrucijada, sintiéndose unidas por fervores tan comunes y tan profundos como, tal vez, no lo sintieron nunca grupos de opinión peninsulares. Ya no se puede ser liberal sólo –gracias a Dios–, porque el serlo es algo incorporado a nuestra personalidad; ha quedado a retaguardia de nuestros ideales. Y casi puede decirse lo mismo de ser republicano. El ser republicano o no en España –y en todo el mundo– es una cuestión personal, de adhesión directa o de crítica contra la persona de los reyes. Cuestión que puede ser, de momento, trascendente. Pero que no puede ser una bandera política. Los mismos reyes declaran que, si no lo fueran, serían republicanos. Y las fuerzas conservadoras apoyan a las monarquías fervorosamente, pero por deber circunstancial, tan solo mientras existan y representen el eje de su estabilidad. En ellas se da la paradoja de la máxima fidelidad a las personas que las representan.

El liberalismo es, pues, una realidad ya dirigida por los espíritus. El republicanismo, un

accidente. Sólo nos queda el Socialismo, como disciplina o como ideología. Ingresar en el Partido, en marcha. O tratar de crear, a su margen, ensayos de adaptación más próxima del Socialismo a la realidad española. Por muchas vueltas que se dé al problema, por muchos manifiestos que se escriban, éste es el camino adonde tendrán siempre que ir a parar los españoles de espíritu progresivo que no quieran cruzarse de brazos ante el porvenir de su patria”.- Gregorio Marañón, 1929.

[1622] Gregorio Marañón, en el prólogo de *Amor, conveniencia y eugenesia*, libro del que sus amigos hablan muy poco, que conservo, dedicado por su autor, en los siguientes términos: “Al querido amigo y correligionario Saborit, con todo afecto, Marañón”, publicado en 1929, en plena dictadura del general Primo de Rivera, hay este párrafo: “Muchos se lamentan que en estos años de régimen excepcional no hayan surgido partidos nuevos e ideologías políticas renovadoras. Pero no advierten estos pesimistas que las ideologías políticas no se pueden inventar porque ya están hechas, desde siempre. Lo que se precisa son los hombres que las encarnen. Y los hombres que exija el porvenir sólo se identificarán sobre conductas austeras y definidas. Esta y no otra es la obra de la oposición: crear personalidades de conducta ejemplar. Los programas, los manifiestos, no tienen la menor importancia. Si los hombres se forjan en moldes rectos, de conducta impecable, todo lo demás, por sí solo vendrá”.

Marañón tenía razón: la obra de la oposición consiste en reunir un grupo de conductas austeras: Pablo Iglesias dio el ejemplo, y redactó un programa, como guía y bandera de ese grupo, alrededor del cual surgió en España una fuerza arrolladora que el propio Marañón reconoció y a veces estimuló públicamente.

Los Socialistas contra la Asamblea Consultiva

El año se inició mal para Primo de Rivera: José Sánchez Guerra, ex jefe del partido conservador, desembarcó en Valencia, creyendo contar con el capitán general Castro Girona y con algunas guarniciones, de las cuales sólo respondió un regimiento de Artillería en Ciudad Real. Con Sánchez Guerra desembarcaron su hijo Rafael y Carlos Esplá, periodista republicano en París. Primo de Rivera envió a Valencia al general Sanjurjo para detener a Castro Girona e iniciar proceso contra Sánchez Guerra, que no fue condenado por ningún tribunal militar, contrariando al dictador. Castro Girona fue condenado a un año de reclusión militar que no llegaría a cumplir porque el movimiento iniciado por Sánchez Guerra debió contar con el asentimiento del rey. Marañón, en el prólogo que puso a un libro de Sánchez Guerra, el cual colaboraba en *El Liberal*, de Bilbao, dirigido por Indalecio Prieto, escribió lo siguiente, al referirse al acto político llevado a cabo por el personaje conservador:

“Triunfó, pues, el movimiento en Valencia, y triunfó sobre todo por aquello mismo que pudo darle en los primeros días apariencias de fracaso; esto es, por la defección de los elementos militares que, salvo honrosas excepciones, se retrajeron en el momento decisivo, confirmando de nuevo que el heroísmo civil es de más fina calidad que el guerrero, ya que héroes indiscutibles de la milicia se sintieron privados de sus arrestos en un empeño en el que el fragor de los clarines y de las balas estaba sustituido por la consulta fría y serena con la propia conciencia”.

En la pendiente del descrédito gubernamental, Primo de Rivera disolvió el cuerpo de

Artillería y cerró la Academia del arma en Segovia. Y entonces se le ocurrió convocar una nueva edición de la Asamblea Consultiva, aunque esta vez dejando en libertad a las entidades invitadas a tener representación para designar a quienes tuvieran por conveniente.

[1624] Hubo Congresos de la Unión General y del Partido Socialista, los cuales por unanimidad rechazaron tener delegaciones en ese organismo.

En julio de 1929, en Estocolmo, se celebró el Congreso de la Internacional Sindical, con asistencia de Largo Caballero, Lucio Martínez y yo. Besteiro no pudo acudir por haber caído enfermo en Ginebra, donde tomó parte en la Conferencia Internacional del Trabajo, con Largo Caballero. Ese mismo año hubo Congreso de la Federación Internacional de la Edificación, en Madrid, al que dirigieron breves saludos Anastasio de Gracia, Largo Caballero y Julián Besteiro. En Barcelona se celebró el Congreso de Cooperativas y Mutualidades, al que asistí representando a la Gráfica Socialista. En el Comité Nacional de ese organismo, con sede en Madrid, entraron Lucio Martínez, Laureano Briones, Rafael Heras y Regino González. Besteiro dio una serie de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras, de la que fue decano; en el Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas; en el Sindicato de Artes Blancas, presidido por Rafael Henche con el título "Socialismo y escuela: viveros infantiles", coincidiendo la inauguración de la Escuela infantil abierta por él con otra conferencia en la Fundación Cesáreo del Cerro; en la Federación local de la Edificación, presidida por Manuel Muiño, con el tema "Lucha de clases como hecho social y como teoría". Se celebra el cincuenta aniversario de la afiliación de Juan José Morato a la Asociación del Arte de Imprimir, la cual organizó en su honor un homenaje en la Casa del Pueblo. Hay mítines de propaganda socialista en Jaén, Córdoba, Montilla y Granada, con intervención de Lucio Martínez y mía. Se reúne el Consejo de Ministros en Oviedo, donde el general Primo de Rivera concede al Sindicato Minero Asturiano 25 céntimos por tonelada de carbón extraído, con destino al orfanato Minero, atendiendo a petición formulada por Manuel Llaneza. Se organiza una cena en Madrid en honor de Matías Gómez Latorre, al cumplir ochenta años, con discursos de éste y [1625] Besteiro. El 5 de mayo de 1929 se celebra un mitin en el teatro de la Casa del Pueblo para conmemorar el cincuenta aniversario de la fundación de la Agrupación socialista Madrileña, en el que intervinimos Besteiro, Largo Caballero y yo, acto presidido por Gómez Latorre; se editó un folleto con estos discursos titulado *La actitud de los socialistas españoles*, desvaneciendo toda sospecha de colaboración con la dictadura. Luis Araquistain pronuncia una conferencia en la Casa del Pueblo con el título "Estado y sociedad", y después reingresa en el Partido Socialista.

En 1929 quedó constituida la Alianza Republicana, bajo el patrocinio de Alejandro Lerroux, al que poco más tarde repudiaban sus fundadores recordando su historia... y debilitando al régimen naciente con estas divisiones. El manifiesto llevaba las firmas de Leopoldo Alas, Adolfo Álvarez Buylla, Luis Bello, Vicente Blasco Ibáñez, Honorato de Castro, Luis Jiménez de Asúa (no era afiliado aún al Partido Socialista), Teófilo Hernando, Fernando Lozano, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Enrique de Mesa, José Nakens, Juan Negrín (tampoco era afiliado aún al Partido Socialista), Eduardo Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Joaquín Pí y Arsuaga, Hipólito Rodríguez Pinilla, Nicolás Salmerón, Ramón Sánchez Díaz, Luis de Tapia, Miguel de Unamuno, Manuel Azaña, Manuel Hilario Ayuso, Roberto Castrovido, Marcelino Domingo, José Giral, Antonio Marsá y Enrique Martí Jara.

Manuel Azaña contrae matrimonio con Dolores Rivas Cherif en la iglesia de los Jerónimos, donde se había celebrado la boda de los reyes de España. Se inaugura en Graus el monumento a Joaquín Costa. Juan José Morato publica *Historia de la Sección Española de la Internacional*. Aparece el libro *Los vivos muertos*, novela de Eduardo Zamacois. Se estrena la obra de los hermanos Machado *La Lola se va a los puertos*. El viejo teatro Apolo, de Madrid, catedral del género chico, desaparece.

[1626] Se firma el Tratado de Letrán, negociado por Mussolini, que pone fin al divorcio entre el Vaticano y la monarquía italiana, confirmado después por católicos y comunistas, votando en contra los socialistas. Triunfa el laborismo en Gran Bretaña, y MacDonald es designado jefe del Gobierno. La bolsa de Nueva York se desploma y provoca pánico internacional. En París se inaugura el edificio adquirido en propiedad para el diario socialista *Le Populaire*, con actos a los que asisten delegados internacionales y en los que representé a los socialista; españoles.

En 1929 fallecieron, entre otros, en Madrid, Victoriano Orosa, que presidió la Sociedad de Albañiles *El Trabajo* y fue vocal del Instituto de Reformas Sociales; Severo García, metalúrgico, conserje de la Casa del Pueblo, y Ceferino Fernández, fundador, emparentado con Amparo Meliá. Otros significados socialistas fallecidos: en Buenos Aires, Esteban Jiménez, malagueño, rodeado de general estimación por su actividad militante en el Partido Socialista de Argentina. En Estados Unidos, Victor L. Berger, uno de los fundadores en ese país. En Holanda, P.J. Troelstra, del grupo de fundadores de las organizaciones en los Países Bajos. En Francia, Adrián Pressemane. En Roma, bajo la dictadura de Mussolini, que le hizo senador, Enrique Ferri, uno de los primeros diputados italianos, autor de *Socialismo y ciencia positiva*, libro muy divulgado en España. Escritores y personalidades fallecidos, entre otros, en 1929: Enrique de Besa, Eduardo Gómez de Vaquero, Félix Azzati, Torcuato Luca de Tena; el bacteriólogo catalán Jaime Berrán. En Francia, E. Loubet, ex presidente de la República; G. Clemenceau, ex jefe del Gobierno. En Alemania, el político pacifista E. Stresemann. En España, la reina Maria Cristina, Regente desde 1885 a 1902. En Italia, el tenor Anselmi, quien legó su corazón al Teatro Real de Madrid.

[1627] José Araújo Pérez

“En la madrugada del 8 de agosto de 1939 falleció en Vigo José Araújo Pérez, socialista ejemplar. Recordémosle con todo cariño, con verdades veneración. Ha sido toda su vida un ejemplar socialista. En su juventud se rebeló contra la explotación capitalista y contribuyó extraordinariamente a mejorar las condiciones de vida de sus hermanos trabajadores. Para mejor servir la cansa del trabajo, procuró instruirse, capacitarse, llegando a ser un obrero de los más distinguidos de su profesión.

Hombre ya, se vio boicoteado por los patronos, y para poder vivir, para poder seguir defendiendo las conquistas y las aspiraciones de los asalariados, tuvo que convertirse en maestro constructor de edificios por contrata. Desde su nueva posición en el trabajo favoreció cuanto le fue posible las reclamaciones de la Sociedad de Canteros. A él le deben los canteros de Vigo muchas de las mejoras alcanzadas en las condiciones de trabajo, así como el respeto y la consideración que la organización de ese oficio logró alcanzar.

Societariamente, José Araujo fue excelente conductor, un buen guía de la clase trabajadora

viguesa en general, ya que la organización federativa no regateó un momento de actividad, todo sacrificio. La magna idea de construir la Casa del Pueblo, de su inagotable entusiasmo surgió, y la realización de la obra debióse a su generosidad, a su gran desinterés. De no ser por José Araújo, los obreros de Vigo no tendrían el hermoso edificio que alberga a sus organizaciones. Ha sido, más que una obra colectiva, una obra personal de José Araujo la soberbia edificación que tanto realce da a la Federación de Trabajadores de Vigo. Como Socialista, su preocupación permanente era el Partido. Por él era tan destacado societario. Discípulo y amigo entrañable de nuestro Abuelo, a quien respetaba enormemente, ha sido correspondido por Pablo Iglesias con afecto tal, que demostraba cómo el maestro conocía y estimaba las condiciones personales que poseía José Araújo. El compañero a quien [1628] hoy recordamos no era escritor ni orador. Pero su conocimiento de las teorías marxistas; su actividad, que era mucha; su voluntad, que era enorme, en relación diaria con otros compañeros, lograba convencerles y atraerles al socialismo, idea a la que consagraba su vida tanto como a la atención a su familia. Y siempre luchando con la adversidad y con la incompreensión, su bondad fue en todo momento la característica de su carácter”.- Enrique H. Botana.

Juan Vázquez Mancera

Entre los orientadores y guías de los trabajadores de la provincia de Badajoz uno de los más destacados y activos fue Juan Vázquez Mancera. Agrimensor de profesión, culto, de palabra fácil, desde muy joven comenzó a intervenir en política en favor de los oprimidos y en contra del caciquismo extremeño. Fue tan hábil sembrador que logró pasaran por Azuaga Pablo Iglesias y muchos otros camaradas, consolidándose las fuerzas de la Unión General con marcada orientación socialista. En 1920 hubo elecciones de concejales, en las que intervino, permaneciendo varios días en Azuaga, incluso el de la victoria, porque Vázquez y sus amigos obtuvieron mayoría absoluta, renunciando a ejercer la alcaldía, a pesar de haber sacado acta doble, recayendo ese puesto en Román Cuenca, zapatero socialista muy estimado en la localidad. Por entonces inauguré la Casa del Pueblo de Azuaga, construida merced a la generosidad de Juan Vázquez, inscrita en el Registro como propiedad del Comité Nacional del Partido Socialista, residente en Madrid, en evitación de que pudiera ser objeto de combinaciones particulares políticas o caciquiles, siempre de temer en Extremadura. Juan Vázquez fue candidato a diputado a Cortes por el distrito de Fregenal de la Sierra, renunciando a serlo por Llerena, por donde votaba la población de Azuaga, casi decisiva, por su importancia, y por donde fue candidato Francisco Núñez Tomás. Ni uno ni otro triunfaron [1629] ya que en realidad la propaganda se hacía con la finalidad de educar políticamente a los trabajadores. En la lucha electoral por Fregenal intervino al lado de Juan Vázquez, quien, enfermo del corazón, falleció en Azuaga el 26 de octubre de 1929, rodeado del respeto de sus adversarios y del cariño y la estimación de los trabajadores extremeños.

Discurso político en el Ayuntamiento de Madrid

En febrero de 1930, el Gobierno del general Berenguer devolvió sus cátedras a Unamuno, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos y Sánchez Román. Ese mismo mes hubo renovación de

Diputaciones provinciales y Ayuntamientos, a base de ex concejales de mayor votación en los últimos años y de contribuyentes que figuraban en las listas de vocales asociados. En Madrid, el marqués de Hoyos, muy amigo del rey, fue nombrado alcalde. Entre los concejales reintegrados a nuestros puestos estábamos Araquistain, reingresado en el Partido Socialista, Cordero, Gómez Latorre, Álvarez Herrero y yo. El 26 de febrero, presidiendo el gobernador civil de Madrid, pronuncié un discurso que ocupó toda la sesión de la mañana contra el régimen y planteando las necesidades que Madrid tenía sin atender. Oyéndome estuvieron como concejales en calidad de contribuyentes, Romanones y otros ex ministros que habían pasado por los escaños concejiles y volvían como nosotros, ninguno de los cuales se atrevió a hacer frente a los ataques que dirigí a la gestión de cuantos pasaron por aquella casa durante los años dictatoriales. Cuando terminó la sesión, Araquistain, Álvarez del Vayo y otros diputados me ofrecieron una comida para celebrar el éxito alcanzado. En el *Boletín* de la Unión General de Trabajadores, Enrique Santiago, encargado por Largo Caballero de redactarlo, publicó lo siguiente:

“Poco tiempo después de caer la dictadura de Primo de Rivera, al [1630] constituirse los nuevos Ayuntamientos, el compañero Andrés Saborit pronunció en el Ayuntamiento de Madrid, en el momento de tomar posesión de su cargo, una requisitoria implacable contra la dictadura y, sobre todo, proclamando guerra a muerte contra la monarquía. Su discurso produjo una sensación enorme por todo el país, y aunque no se refiere estrictamente a la actividad sindical de la Unión General de Trabajadores, lo señalamos aquí con verdadero placer porque, de una parte, marcó la trayectoria rectilínea de los socialistas españoles, y por ser una afirmación más del antimonarquismo de los socialistas, rebasando con vehemencia y eficacia a cuantas se habían producido hasta entonces”.

Por su parte, el escritor Gabriel Mario de Coca, en un libro abordando temas políticos, se expresó así: “El retorno de Andrés Saborit al Municipio madrileño marcó un periodo de crítica implacable y eficaz de los procedimientos burgueses. Su intervención, tenaz e inteligente, dio lugar a que, por primera vez se hablase en la prensa derechista de la dictadura socialista que, según *ABC*, la ejercía ya Saborit en el Ayuntamiento madrileño”. La Cierva, en sus *Memorias*, publicadas después de haber fallecido, sostiene esa misma tesis, reveladora del odio que sentía contra los socialistas. En su libro *Notas de una vida*, Romanones, al referirse al Ayuntamiento de Madrid, escribió: “Este escenario fue el Ayuntamiento de Madrid, terreno de ensayo y de experiencia insuperable para quien haya de seguir la carrera política, pues se aprende a conocer a los hombres, sus pasiones y sus móviles, y se forma cabal juicio de la Administración pública, y en aquellos tiempos en que cada una de las sesiones del Concejo era una representación en pequeño de las sesiones del Congreso, nada más adecuado, si se tiene temperamento y vocación, para soltarse y adiestrarse”.

Reanudada la sesión, después de mi discurso de violenta crítica política, el Municipio pasó a elegir los tenientes de alcalde, que tradicionalmente eran designados por el rey, y en un cambio de impresiones, entre los mayores contribuyentes ajenos a los partidos tradicionales, [1631] reclamaron al alcalde que la elección fuera hecha por el Ayuntamiento y que hubiera dos puestos para las minorías, uno de los cuales me adjudicaron sin intervención por nuestra parte en ningún sentido. Yo puse como condición que no iría a Palacio ni admitiría presión gubernativa de ninguna clase, tomando posesión de mi cargo de Teniente de Alcalde del distrito de La Latina,

libremente escogido por mí. Lo primero que hice fue ordenar que quitaran el retrato del rey, que figuraba en el salón de sesiones, y poner otro de Pablo Iglesias, ya fallecido, pero simbolizando mi significación política. De mi gestión en el Ayuntamiento de Madrid, donde fui elegido concejal por primera vez en noviembre de 1917, no soy el indicado para hablar. Diré que fui diputado a Cortes seis veces distintas con Monarquía y con República, por Oviedo, Madrid y Ciudad Real, sin tropiezos de ninguna clase; esto no obstante, conservo mejor recuerdo de mi gestión en el Ayuntamiento de Madrid, donde proclamé la República el 14 de abril de 1931 y ejercí la alcaldía como primer teniente de alcalde muchas veces en ausencias de Pedro Rico, donde no percibí un céntimo por mi gestión ni acepté dádiva alguna, que de la gestión desarrollada en el Congreso de los Diputados, a pesar de que siempre sentí pasión por las luchas políticas. Es que, a mi juicio, en el Parlamento se hablaba, y en el Municipio se servía al vecindario, especialmente a la clase trabajadora.

A petición propia pertenezco a la Junta Municipal de Primera Enseñanza, que presidía Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, quien no pudo resistir mis críticas contra el lamentable estado de la enseñanza en la capital de España, abandonando el cargo y recayendo en mí la presidencia de ese organismo, donde realicé activa gestión para conseguir dotar a Madrid de varios grupos escolares, cuyos nombres fueron de mi propia iniciativa, algunos de los cuales han perdurado, si bien otros naufragaron durante el abominable periodo totalitario de Franco. Poco después de haber pronunciado mi discurso contra el régimen dictatorial de Primo [1632] de Rivera, del que se hizo un folleto prologado por Luis Araquistain, me llamó una mañana a su despacho el marqués de Hoyos —yo no cultivé nunca el despacho de los alcaldes ni mantuve con ellos relaciones personales ajenas a mi función—, para decirme que había informado al rey de lo sucedido en el Ayuntamiento al tomar posesión de su cargo, le había interesado mi discurso y deseaba conversar conmigo acerca de cómo veía yo el problema político de España. Ofreció acompañarme a Palacio, y hacerlo con toda reserva, si ése era mi deseo. Me negué en absoluto. “Lo teníamos descontado —me dijo el alcalde—; pero, en ese caso, ¿me podría usted decir, autorizándome para ello, cómo cree usted que puede resolverse el problema político?”. Razonó su demanda agregando que don Alfonso me consideraba un socialista honorable y con buenos propósitos en favor de Madrid y que estaba ansioso de esa clase de asesoramientos. En el acto respondí al marqués de Hoyos que para mí no había ningún inconveniente en que el rey conociera, como ampliación a mi discurso en el Ayuntamiento, cuál era la única salida que le quedaba al régimen: formar un Gobierno con personalidades honestas e independientes encargadas de efectuar unas elecciones sinceras. Si las ganaba el régimen, se habría salvado, por fuerte que fuera nuestra oposición; mas si las perdía, aquel mismo día debía ausentarse de España y pasar la frontera, dejando libre el país. El marqués de Hoyos me respondió: “Estoy de acuerdo con usted, señor Saborit, y así se lo diré a su Majestad. Muchas gracias”. El rey y el marqués de Hoyos lo hicieron, de eso no hay duda; pero demasiado tarde para ellos, porque desde febrero de 1930 al 14 de abril de 1931 habían pasado tantas cosas desagradables para la monarquía, que aun cumpliendo lo que el marqués de Hoyos me había dicho en febrero, ya no era posible realizar aquel ensayo. Digamos que las elecciones del 12 de abril de 1931, hechas por el marqués de Hoyos desde el ministerio de la Gobernación, fueron excepcionalmente honestas en toda España; que el marqués de Hoyos cumplió como un caballero [1633] en la alcaldía —no hizo ni un solo nombramiento, ni un solo favor fuera de la legalidad—, y que después de aquella conversación no

volvimos a cruzar una palabra sobre problemas políticos. Llegó la República, surgió la sublevación de Franco; y el marqués de Hoyos, que pertenecía al cuerpo de Artillería y poseía una gran fortuna, no había salido de Madrid ni intervino en nada relacionado con la sublevación, y tuvo temor a que las patrullas que visitaban domicilios, desvalijaban hogares y asesinaban a culpables e inocentes sin control de ningún grupo político, lo confundieran y sufriese un asalto. “¿Puede usted, señor Saborit, ayudarme a salvar mi vida y la de los míos?”, me preguntó una noche por teléfono. “Por desgracia, no, señor marqués, no puedo garantizarle a usted nada; pero ahora mismo me pondré en relaciones con el ministro de la Gobernación intercediendo por su vida y su tranquilidad. Póngase al habla por teléfono con él, y pídale audiencia. Usted no debe correr ningún peligro”. Este diálogo telefónico tuvo consecuencias positivas: Hoyos salvó su vida, si es que la había tenido alguna vez en peligro. Estoy satisfecho de haber procedido en ese caso y en otros parecidos como me dictó mi conciencia. ¡Bien lamento haber llegado demasiado tarde algunas veces! Pero las guerras civiles son así.

Julián Besteiro, el hombre del 13 de agosto de 1917

“Otra vez, acontecimientos verdaderamente sintomáticos del estado de anormalidad política en que vivimos obligan a las Comisiones Ejecutivas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista a deliberar unidas y dirigirse a los afiliados a ambos organismos y a la opinión general para que sean conocidos, con la mayor diafanidad posible, el juicio que nos merece la situación presente y la actitud que por unanimidad adoptamos ante ella.

[1634] Nos encontramos nuevamente frente a un Gobierno nacido en la sombra, engendrado por la intriga, nombrado arbitrariamente por poderes que no encarnan la voluntad del país. El Gobierno presidido por el general Berenguer no difiere esencialmente del presidido por el general Primo de Rivera, ni por su origen, ni por su significación, ni por las posibilidades con que cuente para llegar al logro de sus propósitos. Es cierto que el Gobierno del general Berenguer viene precedido de vagos anuncios de establecimiento de las libertades públicas suspendidas por la dictadura. La experiencia nos ha hecho, sin embargo, justamente desconfiados, no ya respecto a las promesas vagas, sino incluso respecto de los compromisos más solemnes de liberalización del régimen político.

No necesitamos remontarnos mucho en la historia de la monarquía española para fundamentar nuestra desconfianza. Basta recordar a nuestros conciudadanos el programa ostentoso de reformas liberales y democráticas con que se inauguró el actual reinado y seguir el curso de la evolución de la política española hasta el crítico momento actual, para que quede completamente justificado nuestro desdén ante este nuevo y burlesco intento de desviar la atención de las gentes de los problemas efectivos de la política española entreteniéndola con ficciones harto conocidas aun por la parte más ingenua y falta de perspicacia de la opinión pública. La conciencia política del país ha llegado a un grado de madurez que sin duda no sospechan los hombres acostumbrados a ejercer poderes comparables con el desarrollo de los mejores impulsos de la vida nacional. De otro modo no podría explicarse que, para la representación de este nuevo episodio de ficción, se eligiese un hombre como el general Berenguer, que evoca en el espíritu de los españoles todas las causas trágicas del golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 y los fundamentos más hondos y más serios de la grave crisis

política por la cual está atravesando la nación. El general Berenguer, elegido como lo fue el general Primo de Rivera, es el símbolo de la España que declina en penoso proceso de [1635] descomposición. Frente a esa España hay otra España llena de vitalidad con la cual nos hallamos plenamente identificados, y en la cual depositamos toda nuestra, fe y toda nuestra confianza.

La vieja España de personalismos egoístas, de ausencia de sentido social y de responsabilidad individual y colectiva; la España tradicional de despotismo, de tiranía, de ignorancia, de arbitrariedad y falta de conciencia en el ejercicio del poder; la España de protocolo, de jerarquía hereditaria y de desprecio de las virtudes populares, toda esa España simbolizada en las instituciones históricas, ha llegado a ser el único elemento de perturbación y de desorden que intranquiliza la vida del país. Hasta en nombre del orden y de la seguridad hay que fortalecer en nuestro pueblo esta conciencia política, sedimentada ya en claros y firmes convencimientos republicanos que tienen nuestra adhesión más fervorosa.

La significación en la vida económica y social de nuestras organizaciones es bien conocida; nuestra actuación ante las necesidades inmediatas de la vida política no tiene por qué desviarse de la línea de conducta observada hasta aquí. Nosotros en ningún caso nos retiramos al Aventino. Actuaremos en la medida que lo permitan nuestras fuerzas y las circunstancias exteriores. Si se restablecieran, más o menos parcialmente, las libertades suspendidas, las utilizaremos como medios de lucha y en todo caso procuraremos desarrollar nuestra actuación allí donde nuestros correligionarios o el voto de los conciudadanos nos envíen con una representación legítima.

Advertimos a nuestras organizaciones y a nuestros afiliados que si hemos pasado por momentos difíciles, no excluimos la posibilidad de que pasemos por otros tan difíciles o más que los anteriores. Pero, sean cualesquiera las circunstancias, y con tanto más apremio cuanto mayores sean su confusión y complejidad, les encarecemos nuevamente la necesidad de no atender sino las indicaciones que procedan de los organismos centrales de la Unión General y del Partido Socialista.

[1636] Frente a los elementos de perturbación que, en su desesperada agonía, quieren introducir en la vida española las instituciones caducas, nosotros, apoyados en nuestra solidaridad ideal, en la firmeza de nuestra organización y en nuestra disciplina interna, aportamos a la nación un elemento de fuerza democrática, y metódico y ordenado progreso, que corresponde exactamente a las exigencias de la vida del país y que nos asegura, con la nueva España libertada de preocupaciones y de pesadillas monárquicas, un triunfo completo que no debe ser malogrado con impacencias ni irreflexiones, sino asegurado mediante un trabajo sereno, perseverante y tenaz. Madrid, 15 de febrero de 1930.- Francisco Largo Caballero, secretario de la Unión General de Trabajadores.-Andrés Saborit, secretario del Partido Socialista Obrero Español.- El presidente de ambos organismos, Julián Besteiro”.

Obsérvese la fecha: febrero de 1930. Ha caído Primo de Rivera y ha subido Berenguer. Hay dictadura y previa censura. Besteiro es profesor en la Universidad Central, pero al mismo tiempo presidente de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista. Hasta ese momento, ningún organismo se ha atrevido a definirse ostensiblemente como republicano. La Unión General de Trabajadores no es un partido político, pero Besteiro, el hombre de 1917, redactor de manifiestos de aquella etapa revolucionaria, sigue fiel a la trayectoria marcada por Pablo Iglesias

en 1909: él es socialista marxista, pero España necesita, como en agosto de aquel año, librarse del rey, que ha traicionado su juramento al tomar posesión del trono. El Partido Socialista, como se ve, no ha cambiado de orientación, sigue en su puesto. Los que han flaqueado han sido otros. Recuérdese que Ortega y Gasset y Manuel Azaña no ayudaron al movimiento regenerador de agosto de 1917. Que surgió la derrota militar en África por intromisiones intolerables de Alfonso XIII, y Lerroux huyó de abordar ese problema en el Parlamento, negándose a entrar en la Comisión de Responsabilidades en que peligraba [1637] el trono. ¡Y hubo quienes se atrevieron a decir que Besteiro no había hecho nada por traer la República! A lo que se negó Besteiro fue a que la clase trabajadora fuera utilizada, como se hizo en el siglo pasado, para ensayos llamados a fracasar y a obstaculizar el triunfo del ideal deseado por España. Porque el régimen monárquico se hundió gracias a la derrota sufrida en las urnas, sin intervención de militares. Pero esa victoria en las urnas no fue una improvisación, sino consecuencia del trabajo perseverante de los propagandistas socialistas, recorriendo España en los siete años de dictadura, hablando de lo que se podía y donde se podía. Besteiro pedía en ese documento lo que nunca tuvieron los republicanos, ni aun implantada la República: disciplina y unión. Y por ser él disciplinado, aun sintiéndose después en minoría, no se retiró de su puesto en el Partido Socialista. Por eso Madrid y la clase trabajadora no abandonaron nunca a Besteiro, defraudando a quienes llegaron a creer que estaba aislado, cuando en las últimas Cortes republicanas obtuvo mayor número de sufragios que ningún otro candidato en España.

Actitud del Partido Socialista

“Reunido el Comité Nacional del Partido Socialista para resolver los problemas que plantea urgentemente el actual momento político, ha acordado, en primer término, protestar contra la forma en que el Gobierno de don Dámaso Berenguer ha dispuesto que se constituyan los nuevos Ayuntamientos y las nuevas Diputaciones provinciales. Conviene consignar que para este Gobierno, que pretende haber venido a acabar con la dictadura y con el imperio de la reacción, la Unión General de Trabajadores no merece ser tenida en cuenta cuando se trata de llevar a las Diputaciones provinciales la representación corporativa, ni significan nada tampoco los votos emitidos por los ciudadanos en favor de los candidatos socialistas, que si no ejercieron el cargo, fue por las arbitrariedades del caciquismo [1638] o por honrosas vicisitudes inherentes a la lucha política.

En estos momentos en que la opinión anhela cambios radicales en la vida pública, los nuevos Ayuntamientos y las nuevas Diputaciones significarán la consagración de los vicios tradicionales de que con mayor apremio quiere libertarse el país. Esto no obstante, nuestro deber es ocupar puestos en los Ayuntamientos y Diputaciones, aquellos puestos de los cuales no ha podido eliminarnos el fácil ingenio de los actuales gobernantes. Al tomar posesión de sus cargos, los concejales y diputados provinciales deberán hacer constar la protesta de nuestro Partido en términos análogos a los antes indicados; pero deberán ocupar sus puestos como en todo caso en que no sean requeridos en virtud de una gracia otorgada.

Si por acaso ocurriera que alguna de las corporaciones a las cuales se les ha reconocido el derecho de estar representadas en las Diputaciones designase a un socialista, éste podrá también aceptar la representación. Solamente si se diere la circunstancia insólita de que en alguna localidad

fuese designado algún correligionario entre los primeros contribuyentes, este correligionario estará obligado a renunciar el nombramiento como opuesto a nuestra significación.

En segundo término, el Comité Nacional ha pasado a examinar algunas consultas que se le han formulado, relativas a proposiciones diversas encaminadas a establecer pactos, inteligencias o formar bloques con diversos partidos de izquierda. Las normas para resolver estos casos están claramente determinadas por nuestros Congresos. Con partidos de izquierda monárquicos no tenemos ninguna afinidad ni podemos tener ningún contacto. Con elementos antimonárquicos tenemos evidentes coincidencias y podemos pactar inteligencias cuando haya llegado el momento, a juicio del Comité Nacional. Por el pronto, nuestras Secciones deberán abstenerse de pactar ningún género de alianza o convenio.

El Comité Nacional está animado de los mejores deseos de cordialidad con los elementos afines; pero precisamente para que estos deseos puedan [1639] tener una cumplida satisfacción, entiende que la exigencia primordial es que cada grupo y cada tendencia se definan lo más claramente cosible, respetándonos mutuamente en nuestra propia e independiente esfera de acción. Pactar uniones o inteligencias prematuras, de más valor aparente que real, nos parece que, en vez de favorecer, perjudicaría grandemente el triunfo de nuestros propósitos.

Es conveniente que las Agrupaciones de nuestro Partido informen a la Comisión Ejecutiva de la actitud de las fuerzas políticas en cada localidad, y es absolutamente necesario que tengan en cuenta que solamente son los organismos directivos (la Comisión Ejecutiva y el Comité Nacional o, en su caso, el Congreso) los que pueden determinar cuándo ha llegado el momento de pactar convenios o alianzas con elementos afines. Madrid, 22 de febrero de 1930.- Por el Comité Nacional del Partido Socialista, Andrés Saborit, secretario; Julián Besteiro, presidente”.

El régimen se tambalea

En febrero de 1930, en el teatro de la Zarzuela de Madrid, José Sánchez Guerra, que había sido jefe del Partido conservador y abominable gobernante en 1917, pronunció una conferencia en la que, al advertir el entusiasmo que provocaba con sus citas literarias clavando a Alfonso XIII, dijo lo siguiente: “Pero, oídlo bien, los que antes me aplaudíais: yo no soy republicano; pero yo reconozco el derecho que España tiene, si quiere, a serlo”. Y falleció sin dejar de ser monárquico, aunque sin someterse a las combinaciones que de nuevo intentó Alfonso XIII, incapaz de cumplir la Constitución. En un mitin celebrado en Valencia, en abril, Alcalá-Zamora, que había sido ministro y sostenía un grupo político liberal en la región andaluza, donde ejerció un caciquismo presidiable, se declaró republicano, con un programa muy moderado, y en julio siguiente, junto con Miguel Maura, hijo del jefe del Partido que formó su padre al distanciarse [1640] de los conservadores, que había sido concejal en Madrid y diputado monárquico, publicó un manifiesto anunciando la fundación de la Derecha Republicana. Ya lanzados en ese camino, en agosto hubo un mitin en la plaza de toros de Madrid, en el que hablaron Abad Conde, gallego; Marco Miranda, valenciano; Martínez Barrio, sevillano; Cárceles, extremeño; Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Alcalá-Zamora y Lerroux, entre ovaciones Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos pronunciaron conferencias en el Ateneo de Madrid contra el régimen, y Prieto, además, un discurso muy violento en Zaragoza, como réplica a otro de Ossorio y Gallardo en dicha

capital, en que si bien pidió que abdicara el rey en su hijo, se declaró monárquico y advirtió que si se instauraba la República antes de tiempo sería un fracaso. España estaba, pues, en un periodo de agitación y vacilaciones. En el Ateneo de Madrid, en julio, Ortega y Gasset leyó un trabajo sobre "Reconstrucción constitucional en España", preparando su tránsito al campo republicano, en el que no fue muy eficaz ni muy claro, por desgracia para España.

Manuel Azaña, en 1930, fue elegido presidente del Ateneo de Madrid, su segundo hogar, donde se había forjado un nombre en el turbulento ambiente de aquella corporación. Ese año fue el primero de su pública actitud republicana, cuando acababa de cumplir los cincuenta años y se había pasado diez al lado de Melquíades Álvarez, aspirando dos veces a ser diputado a Cortes, sin éxito. En el discurso que hizo el día 11 de febrero, aniversario de la primera República, estuvo muy moderado. Azaña fue siempre un hombre triste, un hombre sin fe, un escritor de raza, un orador maravilloso, pero llegó al pináculo del Poder sin aprendizaje, sin transición, sin haber pasado por los puestos de la Administración, que preparan a los políticos para gobernar las naciones. ¡Qué difícil es triunfar como jefe de Gobierno sin haber triunfado como concejal, alcalde, ministro inclusive! Francia ha sido campo de administración. En el Parlamento republicano, como orador, Azaña fue insuperable. Jefe de Gobierno, ni acertó a escoger sus colaboradores, ni como ministro de la [1641] Guerra supo formar un ejército republicano, hostilizando con actitudes aldeanas a cuantos militares le trataron. Azaña no tuvo amigos en ninguna parte. No supo compenetrarse con Besteiro, que era fiel trasplante de un parlamentario inglés por sus modales y cultura. Ni llegó a entenderse con Ortega y Gasset, colaboración que a la República y a él le hubieran sido muy útiles.

El 24 de julio hubo un banquete en Barcelona en honor de José Comaposada, que había decidido trasladarse a Madrid a vivir con una hija suya, fatigado por la edad. Comaposada y Reoyo fueron los iniciadores del movimiento socialista y ugetista en la región catalana y tomaron parte en la organización de los Congresos fundacionales de ambos organismos que tuvieron lugar en Barcelona en 1888. Reoyo fue tipógrafo y en Madrid hizo sus primeros trabajos en favor de los nuevos ideales al lado de Pablo Iglesias. Comaposada nació en Tarres (Lérida) en 1859; zapatero de oficio, adquirió extensa cultura gracias a su esfuerzo personal hasta convertirse en corresponsal de prensa socialista internacional y española. Mantuvo amistad fraternal con Iglesias, escribió varios folletos y al lado de Fabra Ribas fue sostén de *La Internacional*, semanario socialista catalán. Falleció en Madrid el 29 de noviembre de 1933. Coincidiendo con la inauguración del monumento funerario a Pablo Iglesias, se reunieron en Madrid varios centenares de representantes de Sociedades de Obreros del campo. La Unión General, con este motivo, organizó el primer Congreso de Sociedades obreras de trabajadores de la tierra, cuya secretaría ocupó Lucio Martínez.

En el Casino Republicano de San Sebastián, presidido por Sesiaín, hubo una reunión, el 16 de agosto, en la que intervinieron Lerroux, Azaña, Alborno, Casares Quiroga, Sánchez Román, Eduardo Ortega y Gasset, Galarza, Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Carrasco Formiguera, Matías Mallol, Aiguadé e Indalecio Prieto, sin representación del Partido Socialista. De esa reunión partió el movimiento que dio lugar al Gobierno provisional [1642] que ocupó el Poder el 14 de abril. Era director de Seguridad el general Mola, quien en su libro *Lo que yo supe*, escribió: "A finales de agosto de 1930 quedó casi montado el Aparato (Mola alude al nido de confidentes a

suelo de la Dirección General de Seguridad), del que formaban parte elementos de todas las clases sociales: personas de carrera, funcionarios, ateneístas, estudiantes, obreros, periodistas, extranjeros, etcétera; entre ellos los había de variada ideología: republicanos, anarquistas, sindicalistas, comunistas y católicos”. Como se ve, en el Aparato, para reproducir la frase de Mola, no figura ningún socialista. El dato es irrefutable. Mola estuvo en Barcelona, y fue visitado por los anarquistas, quienes le pidieron normalización de los sindicatos cenetistas, consiguiéndolo. En las negociaciones intervino Pestaña. En Segovia hubo un mitin presidido por Antonio Machado, en el que tomaron parte Pérez de Ayala, Marañón y Ortega y Gasset, preludio de la formación del grupo de intelectuales Al Servicio de la República.

El 15 de septiembre se reunió el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores. El Gobierno del general Berenguer, impulsado por el rey, quería convocar elecciones generales para que el nuevo Parlamento resolviera el problema creado por la dictadura militar y normalizase la vida política española. Hubo entre nosotros un debate importante, en el que por primera, vez públicamente mantuvieron puntos de vista antagónicos Largo Caballero y Besteiro al tratar de la intervención que debería tener el movimiento sindical en el caso de que se convocara a elecciones como se anunciaba constantemente. He aquí lo esencial de la propuesta formulada por escrito por Largo Caballero: “Recomendar a las entidades afiliadas a la Unión General que tomen parte, como tales, en las elecciones de diputados y concejales que se verifiquen antes de la celebración del próximo Congreso ordinario. Las entidades que acuerden ir a la lucha electoral, cuando en el distrito o localidad exista alguna organización afiliada al Partido Socialista, están obligadas a ponerse de acuerdo con [1643] ella, al objeto de actuar conjuntamente y determinar todos los pormenores de la lucha. Donde no existan organizaciones del Partido Socialista no podrán concertar alianzas con ninguna entidad política sin autorización previa del Comité de relaciones. El Comité Nacional acuerda que este problema, resuelto ahora con carácter provisional, figure en el orden del día del próximo Congreso ordinario, para que éste resuelva en definitiva lo que crea más conveniente”. La propuesta abarcaba otros apartados para iniciar una transformación profunda en la Unión General antes de pasar por el tamiz de un Congreso nacional. Besteiro intervino extensamente en esta discusión, lanzándose a fondo en contra de la iniciativa de Largo Caballero, que equivalía a crear otro Partido obrero frente al ya existente, aunque advertía debería marchar de acuerdo con él. Era un avispero de conflictos. Como resumen de su punto de vista, Besteiro presentó el siguiente texto: “El Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores, ante el anuncio de elecciones generales, invita al Partido Socialista Obrero Español a considerar la conveniencia de que se pongan de acuerdo las Comisiones Ejecutivas de ambos organismos para la presentación del mayor número posible de candidatos socialistas, así como para la realización de los trabajos conducentes a obtener el triunfo de estos candidatos, por considerar que ello sería de gran conveniencia para la clase trabajadora y para el progreso político general del país”. La propuesta de Besteiro obtuvo 23 votos, la de Largo Caballero, 14, y abstenuidos hubo cuatro. Pero se había iniciado una división moral de incalculables consecuencias entre Largo Caballero y Besteiro, latente hacía mucho tiempo, agravada con la entrada de aquél en el Consejo de Estado.

Se hundió una casa en construcción en la calle de Alonso Cano, en Madrid, con muertos y heridos, produciendo indignación el abandono de los técnicos y la sordidez de los propietarios, a quienes la organización obrera había advertido las deficiencias que reunían los materiales. Cal-

deado el ambiente, con las víctimas del accidente hubo desfile por las calles más céntricas de Madrid, contrariando órdenes de las autoridades, las cuales intervinieron con violencia, causando nuevas víctimas y dando lugar a que estallara la huelga general en Madrid el 17 de noviembre de 1930. Para calmar los ánimos dimitió el ministro de la Gobernación, general Marzo, pero los espíritus estaban de tal modo que en el ambiente se respiraba el anhelo de cambiar de régimen.

Los iniciadores de la reunión de San Sebastián tomaron la costumbre de concertar sus planes conspiratorios en el Ateneo de Madrid, donde no tenía acceso la autoridad. Y allí fuimos, previamente convocados, en nombre de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Besteiro, Cordero y yo; se nos informó de que estaba en preparación un movimiento militar de tal importancia que el triunfo era seguro y se pedía a las organizaciones representadas por nosotros que tan pronto como estallara, y no antes, le secundaran, para evitar que el régimen naciente tuviera un carácter exclusivamente militar. Fue Alcalá-Zamora quien pronunció estas palabras, que luego repitió en su primer discurso en el Parlamento republicano. Como Largo Caballero no estaba en Madrid, yo envié a provincias a compañeros de confianza a fin de que secundaran con huelgas generales pacíficas —en esto insistió mucho Alcalá-Zamora— el movimiento y así adquiriese carácter popular y nacional; dispuesto para el 28 de octubre, fracasó, informando de todo ello a Largo Caballero a su regreso. Se enojó al saber que habíamos comprometido, según él, al movimiento obrero sin plan ni garantías, y evitamos toda discusión rogándole se incorporase a nosotros, con Fernando de los Ríos además, para proseguir las negociaciones con los conspiradores del Ateneo. Pero a partir de entonces, Largo Caballero cambió de criterio, lanzándose de lleno, de acuerdo con Prieto y Fernando de los Ríos, a reunirse con los republicanos por su cuenta. Llegó un momento tan tirante que Besteiro propuso, y fue aceptado, que las gestiones las lleváramos en común los secretarios de la Unión General y del Partido Socialista, a pesar de [1645] lo cual Largo Caballero actuó sin informar a nadie, redactando por su parte las normas para secundar el movimiento. Como en 1917, escribió que si el movimiento fracasaba, sólo se hicieran responsables los firmantes del manifiesto, evitando daños a la organización.

Llegó el momento fijado —¿por quién?— para declarar el movimiento. La víspera tuvo lugar un acto público en memoria de Pablo Iglesias, en el teatro Alcázar de Madrid. Allí estuvimos todos; pero Largo Caballero no informó a Besteiro, presidente de los dos Comités Nacionales, de que al día siguiente debía surgir en toda España la huelga general. Tampoco informó a Trifón Gómez, miembro de las Comisiones Ejecutivas, secretario del Sindicato Nacional Ferroviario y presidente de la Casa del Pueblo, cuyo concurso, por los cargos que ocupaba, era indispensable para que el movimiento fuese secundado con eficacia. Largo Caballero se limitó a decir a Muiño, secretario de la Casa del Pueblo de Madrid, que el movimiento general estallaría al día siguiente. ¿Por qué no se creyó obligado a informar a los demás miembros de las Ejecutivas y cambiar impresiones con nosotros? Wenceslao Carrillo, ante las Ejecutivas, sostuvo que la huelga en Madrid debía surgir cuando estuvieran los militares en la calle, y a Muiño le dio como consigna el estampido de un cohete que surgiría del cuartel de la Montaña, y que, naturalmente, nunca estalló. Al referir lo sucedido con motivo de la fracasada huelga del 15 de diciembre, en que no hubo militares en la calle y por tanto no surgió la huelga general, Besteiro se expresó del siguiente modo, según el acta redactada por la secretaría del Partido Socialista:

"La noche anterior a los sucesos la pasó en vela. Esperaba que se produjese algún hecho revolucionario que no dejase lugar a dudas acerca de la efectividad del movimiento. A primera hora habló con Saborit para cambiar impresiones. Después, cuando volaron los aeroplanos, se encontraba en la redacción de *El Socialista*, y dio a Muiño la orden de huelga general. Confiesa que pasó una de las horas más amargas de su vida al [1646] ver que la huelga no se declaraba. Más tarde, recordando, se ha preguntado más de una vez si hizo bien en dar aquella orden. Cree que sí. Pero si hubiese sabido que las proclamas que arrojaban los aviones eran, más que el anuncio de una acción enérgica, mensaje de despedida, cree que no hubiese lanzado a los obreros a una lucha estéril."

No hubo movimiento militar. Tan sólo surgió un chispazo en Cuatro Vientos, donde estaba la base de la aviación. Exacto que Besteiro dio orden de huelga, pero las directivas de la Casa del Pueblo se limitaron a cumplir lo que Largo Caballero había dicho: si los militares salen, la clase trabajadora debe secundarles, y con eso estábamos todos de acuerdo. No obstante, en algunas provincias hubo movimientos parciales, fácilmente sofocados. Donde surgió un movimiento militar, días antes, fue en Jaca, ciudad fronteriza con Francia, que fracasó rápidamente, siendo pasados por las armas Gabriel Galán y García Hernández. Aunque fueron declarados héroes nacionales, el movimiento iniciado en Jaca surgió con el propósito de organizar en España una revolución que no hubieran recogido los hombres que proclamaron la República el 14 de abril de 1931. Históricamente eso está hoy comprobado. Estas consecuencias suelen ser inevitables en cuanto intervienen elementos militares, si no cuentan a la cabeza con mandos de prestigio indiscutibles. El siglo XIX en España es testigo de lo que decimos.

El 30 de octubre de 1930 se reunieron las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General. Besteiro informó de que la Comisión que actuaba –Besteiro, Largo Caballero, De los Ríos, Cordero y yo– había tenido una entrevista con Alcalá-Zamora y Azaña, quienes manifestaron que el movimiento seguía. Al pedirles concretasen cuál era la ayuda que necesitaban de nosotros, dijeron que los militares pedían que una vez el ejército en la calle, el pueblo les ayudase, pues no querían apareciese como una cuartelada. Largo Caballero abordó el problema de la colaboración ministerial, secundado por Fernando de los Ríos. Besteiro [1647] dijo que los republicanos le habían ofrecido tres puestos en el nuevo Gobierno, coincidiendo con la cifra dada por Largo Caballero, y se expresó en contra de ocupar carteras, aunque en favor de desempeñar otros cargos exentos de responsabilidad ministerial. Yo hablé en el mismo sentido, agregando que si Fernando de los Ríos y Prieto iban al Gobierno, el Partido Socialista y la Unión General apenas sufrirían daño; pero sí Largo Caballero, secretario de la Unión General, ocupaba un puesto ministerial, anarquistas y comunistas llevarían la guerra civil a la Unión General y en vez de beneficios tendríamos daños inmensos. Hubo votación; Fernando de los Ríos, Ovejero, Santiago, Gama, Henche, Largo Caballero, Cordero y W. Carrillo dijeron que sí. En contra lo hicimos Besteiro, Anastasio de Gracia, Trifón Gómez, Aníbal Sánchez, Lucio Martínez y yo. En la votación tomaron parte ejecutivos de la Unión General, a pesar de tratarse de un problema exclusivamente político y de extraordinaria gravedad, siendo sus votos decisivos, además de los votos de los dos indicados para ministros, lo cual demuestra que el acuerdo nació sin autoridad, sin haber contado con los Comités Nacionales de ambos organismos. No obstante, al llegar al nombramiento de los ministros, Anastasio de Gracia y yo lo hicimos a favor de los tres

propuestos, y Besteiro, Trifón Gómez, Aníbal Sánchez y Lucio Martínez se abstuvieron.

Terminada la sesión, pero delante de todos, Largo Caballero me ofreció el cargo de subsecretario del Ministerio de Trabajo, y a Lucio Martínez la Dirección General de Trabajo. En el acto le contesté que se lo agradecía sinceramente, pero que no lo aceptaba. Lucio Martínez le dijo que contara con él. Pero al día siguiente, sin haber hablado con ninguno de nosotros —no tenía por qué hacerlo—, muy preocupado por la actitud que había adoptado, influido por su compañera que ejercía sobre él justificada autoridad moral, visitó a Largo Caballero para renunciar al puesto que había aceptado. Largo Caballero se molestó con razón por suponer que había sido presionado por Besteiro más que por mí. No era cierto.

[1648] Besteiro no supo nada de estas vacilaciones de Lucio; yo, sí, las conocí después. Desde aquel momento, Largo Caballero vio enemigos donde sólo tenía amigos sinceros, incluso en Besteiro. Largo Caballero reconoció estos hechos en el Congreso del Partido, si bien creyendo que Lucio había sido presionado por nosotros. Lo cierto es que no se expresó con Largo Caballero con claridad, dando lugar a una división moral injustificada. ¿Qué nos podía importar a Besteiro y a mí que Lucio hubiese ocupado un cargo en el ministerio de Trabajo? Quien más defendió la gestión de Largo Caballero en ese Ministerio en un debate frente a los diputados lerrouxistas, en el Congreso, fui yo precisamente. Lo hice porque el ataque de aquellos hombres no era leal ni justificado, y haciéndolo cumplía con mi deber. El 19 de diciembre de 1930 entraron en la Cárcel Modelo de Madrid Fernando de los Ríos y Largo Caballero. Prieto huyó hacia París, con otros republicanos comprometidos igualmente. Quien voló sobre el Palacio Real en diciembre fue Ramón Franco, limitándose a lanzar unas proclamas. El mismo Franco volvió a volar, pero contra la República, pereciendo en su trayectoria en alta mar. Al parecer, ni el dictador tuvo nunca confianza ni verdadera amistad con su hermano. Indalecio Prieto, en más de una ocasión, se expresó así: “En el seno de nuestras organizaciones, el voto a favor de la cooperación revolucionaria fue unánime, pero, en cambio, no hubo unanimidad en el voto respecto a la participación ministerial”. Exactísimo.

Durante el año 1930, Julián Besteiro desplegó extraordinaria actividad. En enero, en una conferencia abordó el tema, muy intencionado, de "Romanticismo y socialismo", declarándose marxista frente a los romanticistas. En la Casa del Pueblo también, dio una conferencia sobre "La clase obrera y la organización del trabajo intelectual". En mayo intervino con una disertación en la reunión organizada por Trifón Gómez, coincidiendo con las sesiones verificadas en Madrid por la Internacional de Ferrovianos. Con Largo Caballero asistió a la Conferencia Internacional [1649] del Trabajo, en Ginebra, donde intervino en uno de los puntos del orden del día. Por cierto, al final de la reunión cayó enfermo allí, visitándole Lucio Martínez y yo, de paso para el Congreso de la Internacional Sindical en Estocolmo, al que acudimos con Largo Caballero, no haciéndolo Besteiro por su enfermedad. El 7 de octubre hubo en la Casa del Pueblo un mitin resumen de la Semana Juvenil organizada por Mariano Rojo y José Castro, en el que intervinieron Sanchís Banús y Besteiro, presidiendo el mitin Juan Rojo. La Agrupación Socialista de Madrid organizó una campaña de propaganda por las barriadas, cerrada con un mitin presidido por Luis Fernández en el que hizo el discurso resumen Besteiro. En Londres se reunió el Congreso de la Internacional del Transporte, entrando a formar parte del Consejo General Trifón Gómez. Yo estuve en Estocolmo en el Congreso de Juventudes Socialistas y en el de la Internacional de

Tipógrafos.

“Los socialistas, al cooperar al triunfo de una República, no lo haremos con apetencia de participación en el Poder. Primero, el estado económico y político del país no permite el triunfo de nuestras doctrinas, la aplicación estricta de las soluciones socialistas. Segundo, porque sabemos que no tenemos un plantel de hombres capacitados para el Gobierno de la nación. Y tercero, quizá más esencial, porque no siendo posible la aplicación estricta desde el Poder, en la situación actual económica y política del país, de las doctrinas socialistas, estimamos que no hay en la conciencia política española la flexibilidad necesaria para tolerar que hombres de una posición política extrema no apliquen íntegramente sus programas, y mostrándose acoplados a la realidad se replieguen ante ella y acomoden simplemente sus orientaciones a la realidad de España, de donde pudiera provenir el desprestigio de los hombres que fueran al Poder”.- Indalecio Prieto, discurso pronunciado el 14 de septiembre de 1930 en Logroño, publicado en *El Liberal* de Bilbao, de donde está tomado este párrafo, que coincide plenamente con el [1650] pensamiento de Besteiro y el mío, frente al criterio de Prieto y Largo Caballero en el debate sostenido en la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista poco después, donde ya Prieto no mantuvo este mismo punto de vista lleno de lógica y buen sentido.

Se publicaron ese año, entre otros, libros que tuvieron gran resonancia: *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset; *El Verano de 1919*, del ex ministro conservador Burgos y Mazo; *Al servicio de la plebe*, de Julio Senador Gómez; *De Canalejas al Tribunal de Responsabilidades*, de Ramón Martínez Sol; *Introducción al estudio del marxismo*, de Carlos Kautsky; *La Alternativa*, de Emilio Vandervelde, libro de polémica, coincidiendo con el triunfo electoral de Adolfo Hitler en Alemania, quien cuando más tarde se apoderó del Poder decretó fiesta nacional el 1º de mayo, con un programa demagógico, y seguidamente clausuró las Casas del Pueblo, se incautó de fuertes sumas que poseían los sindicatos, y encarceló a los hombres más representativos del socialismo alemán. Por si esto fuera poco, ordenó asesinar a elementos de su guardia personal para evitarse movimientos de izquierda, ejemplo que imitó Stalin en Rusia, donde en 1930 se reunió el último Congreso de la Internacional Sindical Roja, disuelta posteriormente por el dictador ruso para congraciarse con los políticos burgueses de Europa y Estados Unidos.

En 1930 fallecieron, entre otros: Ramón Rico, en Laviana; José Gascón, en Ciudad Rodrigo; Ángel Pastor, en torre del Mar; José Aldaco, en San Sebastián; José Ontañón, en Madrid; Juan Puerta Caballero, en Vélez-Málaga, todos ellos afiliados al Partido Socialista, y en algunos casos fundadores del movimiento obrero en sus respectivas localidades. En Vigo, Fernando Díaz de Mendoza, actor, viudo de la actriz María Guerrero; en Alicante, Gabriel Miró, novelista; a propuesta mía, el Ayuntamiento de Madrid dio su nombre a un grupo escolar. En Zaragoza, Basilio Paraíso, economista; en Castelnovo, Antonio Fillol, pintor valenciano; en Córdoba, Julio Romero de Torres, pintor, cuyo nombre llevan las Vistillas y un grupo [1651] escolar en el distrito de La Latina, según propuse en el Municipio y éste aprobó. En Burdeos, R. Lavigne, iniciador con J. Dormoy de la fiesta del Primero de Mayo en el congreso socialista de 1889. En Londres, A. Balfour, jefe del Partido conservador. En Oslo, F. Nansen, premio Nobel de la Paz. Dos diputados de actuación destacada: Camilo Prampolini, italiano; Esteban Dagnino, argentino.

“Los socialistas, no obstante, nunca ocultaron su enemiga al régimen monárquico, su

ideario marxista y sus relaciones con los directivos internacionales de esas doctrinas, actitud públicamente confirmada poco antes de la caída de la dictadura, con ocasión de la visita a Madrid de Albert Thomas... Que el rey no opuso resistencia al golpe de Estado del 13 de septiembre, por las razones que fueran, está en el ánimo de la inmensa mayoría. Que él lo fomentara o fuera el iniciador, es concepto privativo de algunos menos... Sólo una dictadura podía sustraer del Parlamento el agitado proceso de las responsabilidades de Marruecos”.- General Dámaso Berenguer, de su libro *De la Dictadura a la República*.

“Podemos afirmar esto por lo mismo que nuestro ferviente deseo de ver liberalizada España no es improvisado, ni nuestra ideología republicana, imbuida profundamente de espíritu socialista, es de éstas de aluvión, tan comunes ahora, sino antigua, jurídica, fundamentada en el convencimiento teórico de que todos los pueblos libres deben ser regidos por repúblicas, y no sujetos, por lo tanto, al vaivén de las pasiones personales. Y yo repito ahora, con mayor convicción que hace unos meses, cuando aún la dictadura vivía, que ser sólo republicano es bien poca cosa si no se tienen ideas claras y noblemente revolucionarias sobre el porvenir de España y del mundo. El español padece, además, de la manía de esperar todo de un hombre que, naturalmente, no acaba de llegar”.- Gregorio Marañón. 1930.

[1652] *Municipalización de servicios*

¿Cómo llegar a implantar el Socialismo? ¿Qué caminos pueden conducir al triunfo del Socialismo? La municipalización de servicios no es Socialismo, pero uno de los postulados que figuran en nuestro programa mínimo lleva ese título. Por otra parte, allí donde se ha municipalizado un servicio público, si éste funciona bien, en ninguna ciudad se han atrevido los conservadores a restablecer el régimen de propiedad privada. Quienes me leen desde hace años saben con cuánta predilección he actuado en el Ayuntamiento de Madrid, donde fue un problema angustioso para el vecindario el lamentable servicio de tranvías en manos de una empresa extranjera. En los años 1927 y 1928 reversionaron al Ayuntamiento de Madrid las principales líneas de tranvías, aunque no llegaban a ser la mitad de las puestas en circulación. La Municipalidad estaba obligada a obtener para el vecindario el mayor provecho posible de aquella operación, pero quien consiguió redondear su negocio fue la Empresa de Tranvías, dirigida por un financiero de tantas campanillas como Ruiz Senén, que buscaba asesores en las filas de las izquierdas para despistar y tapar bocas. ¡Qué comprometedoras serían unas Memorias de Ruiz Senén, fallecido en Madrid el 21 de abril de 1954, si en ellas se hubiese atrevido a dar "pelos y señales"! ¡Cuántas desvergüenzas hubieran quedado de manifiesto y cómo hubieran caído de sus pedestales ciertos falsos Catones!

Por los años citados ejercía el Poder el general Primo de Rivera y desempeñaba la Alcaldía de Madrid otra falsa Vestal, el conde Vallengano quien durante su dilatada vida figuró en todas las capillas políticas. Siendo, pues, alcalde Vallengano y concejal gubernativo y ponente de este negocio Carlos Martín Álvarez, que desde los escaños municipales llevó el peso de los intereses representados por Ruiz Senén, el Ayuntamiento de Madrid firmó un convenio con la Empresa de Tranvías que provocó la indignación del vecindario, impedido de manifestarse por la carencia de libertad que sufría nuestro país. Hubo, no obstante, una minoría [1653] formada por los concejales Arteaga y Carnicer, que denunció aquella inmoralidad, y hubo un gobernador civil,

pasados unos meses, el propio Martín Álvarez, que había ascendido desde un modesto escaño concejil, graciosamente regalado, a la primera poltrona gubernativa de la capital de España, que aprobó el convenio, sancionando así su propia nefasta obra concejil. Pero caído Vallengano, que salió del cargo por otros pleitos bastante desagradables para él, no hubo alcalde que se atreviera a elevar a escritura pública aquel convenio con la Empresa de Tranvías, quedando tal engendro sin legalizar. Primo de Rivera fue sustituido por el general Berenguer y, con otros correligionarios, yo volví a ocupar mi escaño en el Ayuntamiento de Madrid, en el que denuncié las trapacerías de los munícipes adheridos a la dictadura.

Con fecha 17 de mayo de 1930 presenté a la corporación madrileña una propuesta exigiendo la denuncia del convenio con la Empresa de Tranvías por lesivo a los intereses del vecindario. El trabajo en que fundamentaba mi proposición fue publicado con abundantes datos estadísticos. El discurso en que desarrollé mi oposición a la gestión de los anteriores Ayuntamientos llenó todas las horas de sesión. En la Casa del Pueblo pronuncié una conferencia dedicada al problema de tranvías, editada igualmente en folleto. Entretanto revertían nuevas redes de tranvías, y entonces planteé a la Municipalidad la creación de una empresa mixta que explotara en conjunto toda la red, pero teniendo la corporación una representación de su seno en el Consejo de administración, no pudiendo adoptar ningún acuerdo sin la previa conformidad de la auténtica delegación del vecindario, que recayó, a propuesta mía, en Trifón Gómez, negándose a aceptar el cargo para evitar toda sospecha maliciosa.

Triunfante nuestro criterio, convoqué en el Ayuntamiento a Ruiz Senén, exhortándole a que se librara de periodistas y políticos venales y dedicara los ingresos de la explotación del servicio de tranvías en beneficio del vecindario, mejorando la red, respetando las tarifas y [1654] aumentando los haberes del personal, cosa que salió decidida en aquella entrevista, verificada en mi despacho en el Ayuntamiento. Tenía autoridad para proceder así. Organizados los obreros tranviarios por mí, había sido su presidente durante largo y peligroso periodo para los asociados, en que éstos no podían arriesgarse sin exponerse a perder su puesto en la Empresa. Por otra parte, nosotros no aceptábamos los pases de favor que distribuía entre funcionarios municipales y del Estado, concejales, periodistas y mangantes de alta y baja categoría. Ruiz Senén no podía olvidarse de que había sido yo quien había impedido, desde mi escaño, que la Unión Eléctrica Madrileña —otra filial de los Jesuitas representada asimismo por dicho personaje financiero— aumentara las tarifas del fluido eléctrico en la capital de España. La empresa mixta de Ayuntamiento y Compañía de Tranvías fue un éxito durante el tiempo en que pudo funcionar, hasta que el régimen franquista se apoderó de todos los resortes gubernamentales. Quienes lleguen al Poder y no hayan pasado por una etapa de actividades municipales serán magníficos oradores, si dominan la tribuna, pero carecerán de auténticas cualidades y experiencia para administrar y gobernar una nación. Los problemas que se presentan en un Ayuntamiento como el de Madrid son inmensamente superiores a los que tiene que resolver un ministro. Si nuestras organizaciones quieren triunfar habrán de dedicar cada día mayor atención a divulgar y estudiar los problemas municipales, constituyendo núcleos de especialistas que sigan al día estas cuestiones. De lo contrario, pagarán las consecuencias.

[1655] *Luis Fernández Martínez*

En Madrid, en plena calle de Fuencarral, el día 18 de enero de 1930, fue asesinado Luis Fernández Martínez, presidente de la Agrupación Socialista, secretario de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, vocal del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores, de la que fue elegido tesorero al fallecer Vicente Barrio, renunciando al cargo para seguir al frente de la Sociedad de su oficio, muy numerosa, pero siempre con riesgo personal para sus directivos, fomentado por un reducido número de anarquistas y comunistas, entonces coincidentes en dividir y debilitar al movimiento ugetista y socialista. En representación de la Unión General de Trabajadores recorrió algunas regiones pronunciando conferencias, salvándose gracias a gestiones suyas, en las que colaboré, las Casas del Pueblo de Almansa y Vall d'Uxó. Sufrió prisión y deportación en distintos periodos anormales de la política española. En colaboración con Antonio López Baeza, por entonces director de *El Trabajo*, órgano quincenal de la Sociedad de Albañiles, publicó un librito titulado *Manual de prácticas societarias*, de muy útil aplicación. Un hijo suyo, Luis Fernández López, de cincuenta y siete años, falleció en Madrid el 30 de diciembre de 1960. Durante años había sufrido prisión y persecuciones por el falangismo, manteniendo los ideales socialistas con la misma grandeza de alma y actividad que su progenitor. Dos vidas gemelas en todo, dignas de eterna recordación.

El momento político y el socialismo

“En la conciencia de todos los ciudadanos españoles existe el convencimiento de que estamos atravesando por momentos verdaderamente decisivos para nuestra política. No creo arriesgar demasiado si hago la afirmación de que en un breve plazo cambie fundamentalmente la estructura política de la nación. No creo engañarme tampoco si expreso [1656] mi convencimiento de que, aun en el caso de que los acontecimientos y cambios políticos que se esperan no llegasen a verificarse, o en la contingencia, aún más desgraciada, de qué sus resultados, en vez de ser favorables, fuesen adversos a los deseos democráticos del país, la conciencia nacional de la necesidad de una transformación decisiva de nuestro sistema de gobierno no se extinguiría, y la solución del problema solamente sufriría un aplazamiento, ya que la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos cree hoy en la posibilidad de que, en ningún caso, podría ser muy grande.

Al nacimiento de la esperanza en la producción en breve plazo de acontecimientos importantes han contribuido una serie de factores punto menos que imponderables; pero el factor principal tal vez es susceptible de una determinación exacta, pues consiste precisamente en la actitud adoptada por el Gobierno, y en las palabras pronunciadas por el propio general Berenguer. Sea el que quiera el fundamento que pueda tener esta esperanza, lo importante y lo nuevo en la vida política de nuestra nación es la actitud serena con que las gentes admiten la posibilidad y la necesidad de que tales acontecimientos ocurran, y la persistencia y la solidez con que ha echado raíces en todos los espíritus la idea de que, pase lo que pase, el cambio radical en las instituciones políticas españolas es inevitable. En España ha existido siempre, después de la Restauración, una tradición republicana; pero ahora existe una conciencia republicana difusa, cada vez más extensa, algo así como el convencimiento de una necesidad ineluctable que, por su

firmeza y persistencia, ya que no por su riqueza de contenido y por su cohesión, constituye una fuerza política de un valor decisivo.

La cristalización de esta estructura en la conciencia natural se ha venido preparando desde largo tiempo; pero el hecho que la ha precipitado ha sido, sin duda, el golpe de Estado del 15 de septiembre de [1657] 1923. Las vicisitudes políticas por las cuales ha pasado desde entonces el país han servido para perfeccionar y para dar mayores proporciones a esa estructura.

Si esta apreciación del momento político actual es certera, ¿qué actitud es la que debe adoptar ante ella el Partido Socialista Obrero Español? A mi modo de ver, la contestación a esa pregunta es clara. El Partido Socialista Obrero Español es republicano, y en los momentos presentes está hondamente penetrado del convencimiento republicano que domina en la conciencia nacional.

La eficacia política del Partido Socialista debe ser puesto, no locamente, pero sí generosamente, al servicio de las necesidades de transformación política que experimenta el país. El día que exista una República española, el Partido Socialista debe constituirse como su más sólida defensa y la garantía más firme de su conservación. Por otra parte, si existe un día la República española dotada de verdadero espíritu de conservación, deberá dejarse penetrar, para el cumplimiento de sus funciones económicas, sociales y, en general, administrativas y políticas, por las representaciones legítimas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, impregnada, como se sabe, cada vez más, por el espíritu del socialismo.

Esa representación debería ir creciendo continuamente para que el desarrollo de la democracia dentro de la República fuese un desarrollo normal; pero sin asumir las principales representaciones y las principales responsabilidades de Gobierno. Este es un punto esencial. Como los partidos políticos, aparte del Socialista, se hallan en España en periodo de descomposición y los nuevos partidos no se han dibujado aún completamente, no faltan personas de buena voluntad (y quizás algunas de mala) que estimulan a nuestro Partido a que, llegado el momento, ocupe puestos directivos y de alta responsabilidad en la política de la nación. Esto Constituiría, a mi juicio, un grave [1658] error, que de ser cometido, tendría que ser prontamente rectificado.

Sería un grave error, no solamente para el desarrollo del socialismo y de la democracia en España, sino hasta para la consolidación y el porvenir de una República, El ejercicio del Poder, o la participación en él, desgasta tanto a partidos de lucha, como es el nuestro, que aun en países en los cuales el socialismo y la organización obrera están muy adelantados y donde las circunstancias hacen necesario que asuman las mayores responsabilidades, como ocurre ahora en Inglaterra, y como anteriormente ha ocurrido en Alemania, las organizaciones socialistas y obreras necesitan replegarse nuevamente en sí mismas para reponer sus fuerzas y reparar los desperfectos sufridos.

Si eso ocurre en esos pueblos modelo, ¿qué no habría de pasar en una nación como la nuestra que, sin duda, camina hacia el progreso, pero cuya vida económica está aún muy atrasada, cuya cultura social es muy deficiente y cuya clase obrera, precisamente en las regiones más industrializadas, siente aún la influencia de emociones particularistas y tiene aún su espíritu aprisionado por prejuicios demagógicos, más propios de la pequeña burguesía que del proletariado?

Las personas animadas por anhelos verdaderamente democráticos y en posesión de una conciencia republicana clarividente, deben desear que el socialismo español marche firme y sereno por el camino del ideal; pero sin dar saltos mortales, que deben quedar relegados a las pistas de los circos políticos y con mucho mayor motivo, sin dar saltos mortales en las tinieblas, trágicos en los individuos, pero mucho más trágicos en las colectividades”.- Julián Besteiro, 12 de noviembre, 1930

Inauguración del monumento dedicado a Pablo Iglesias

Fijada la fecha de la inauguración del monumento funerario en memoria de Pablo Iglesias para el domingo 6 de abril de 1930, se reunió en Madrid una gran concentración de representaciones sindicales y socialistas de toda España, con las banderas y sellos de sus respectivas organizaciones, que estampados en pliegos depositados a la entrada del cementerio civil, fueron encuadrados como histórico recuerdo por la Comisión organizadora de los actos efectuados con este motivo, formada por Trifón Gómez y Manuel Muiño, presidente y secretario de la Casa del Pueblo. Varios millares de trabajadores de Madrid y provincias, representando a centenares de entidades obreras y socialistas, desfilaron admirando la genial obra de Azorín y Barral que se inauguraba en el Cementerio civil y depositando flores sobre la tumba del fundador del socialismo español. Entre las adhesiones recibidas figuró la de Gregorio Marañón, cuyas simpatías por el socialismo español fueron reiteradas durante este periodo.

Por la mañana hubo un mitin en el cine Pardiñas, cedido por Álvarez Angulo para aquella ocasión, adornada con banderas y repleto de público. Presidió Besteiro, quien hizo la presentación de José Comaposada, veterano socialista catalán, quien con la bandera desplegada de la Federación de Sociedades obreras de Cataluña, se adelantó al escenario, saludando a la enorme concurrencia. Seguidamente intervinieron en el acto Alfredo Franco, por el Partido Socialista de Portugal; Cook, de la Federación de Mineros de Gran Bretaña; Juan Longuet, nieto de Carlos Marx, representando a los socialistas de Francia y Alemania; yo, por el Partido Socialista; Largo Caballero, por la Unión General de Trabajadores, y Besteiro, presidente de ambos organismos, de cuyo discurso damos un breve extracto a continuación:

[1660] “A estas horas los elementos burgueses no saben, cuando viniera el derrumbamiento de lo existente, qué Gobierno provisional iban a poner al frente de los destinos del país, ni saben con qué programa, ni saben qué Cortes iban a convocar, ni saben qué proyecto de Constitución iba a ponerse a la discusión de esas Cortes. Es preciso que se pongan de acuerdo acerca de esto, y si coinciden con nosotros, solamente esa coincidencia constituirá una fuerza revolucionaria enorme para sacar adelante al país.

Bien entendido: es preciso que depongan su espíritu doctrinario las diversas tendencias y matices del republicanismo que han existido y existen en España. Es preciso que aprendan de nosotros, sin inmodestia podemos proclamarlo, que no somos ni doctrinarios ni utopistas, sino que somos idealistas realistas, es decir que actuamos en la realidad para darle un significado ideal cada vez mayor. Es preciso que no quieran una República perfecta desde el primer día, según la idea de perfección que cada grupo tiene; que quieran una República juvenil, infantil, mal dibujada todavía en sus rasgos, pero sana, noble, respetuosa con las libertades colectivas, llena de

consideración hacia este benemérito movimiento obrero, que es lo más civilizado y puro que existe en todos los países y singularmente en España; y esa República, ellos y nosotros la sostendremos, la alimentaremos, la haremos crecer hermosa, digna de la humanidad, infiltrada de ideas socialistas, no para apoderarse del Poder y gozarlo, sino para dar el poder de la masa del pueblo a instituciones que no sean un engaño y una ficción, sino que sean la representación legítima de una nación digna de mejor suerte que la que hasta aquí ha tenido”.- Julían Besteiro, abril, 1930, precisamente un año antes de proclamarse la República.

[1661] *Besteiro dimite sus cargos*

Desde finales del año 1930 se reunían en el Ateneo de Madrid algunos de los designados en la Asamblea efectuada en San Sebastián para preparar la instauración de la República. En diciembre lanzaron un manifiesto, con las firmas del futuro Gobierno de la República, que dio lugar a que fueran encarcelados Alcalá-Zamora, Largo Caballero y Fernando de los Ríos, mientras Indalecio Prieto se instalaba en París. Las relaciones entre los futuros ministros y las Comisiones Ejecutivas fueron tan tirantes que hubo reunión de los Comités Nacionales de la Unión General y del Partido Socialista, el 21 de febrero de 1931, presidida por Besteiro, estando en la Cárcel Modelo de Madrid De los Ríos y Caballero, y en París el otro futuro ministro, Indalecio Prieto. Después de amplio debate, los plenos decidieron que las Comisiones Ejecutivas se reunieran y por escrito expusieran sus respectivos puntos de vista a fin de que hubiera votaciones con textos claros y definitivos. He aquí los textos respectivos:

“Los Comités Nacionales del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, reunidos conjuntamente para fijar la actitud de ambos organismos en relación con la situación política actual, recogiendo lo que estiman anhelo de la opinión socialista, obrera y democrática del país, acuerdan: Que no habiendo variado las circunstancias que aconsejaron a las Comisiones Ejecutivas la necesidad de entablar relaciones con los elementos antimonárquicos, encaminadas a una acción común, tendente a conseguir un cambio de régimen, ratifican la conveniencia, de continuar la misma acción, a cuyo efecto encargan a las Comisiones Ejecutivas la designación de personas o persona que, unidas a las elegidas por los demás partidos antimonárquicos, se encarguen de los trabajos que nos conduzcan al fin deseado. La representación que las Ejecutivas de nuestros organismos designe está obligada a someter a examen y resolución de las mismas cuantas cuestiones se planteen en orden a la acción a realizar, y en caso de que hubieran de adoptarse [1662] medidas de gravedad, a ser posible, serán convocados los Comités Nacionales para que resuelvan en definitiva, Madrid, 22 de febrero de 1931. Wenceslao Carrillo. Enrique Santiago, Andrés Gana, Rafael Henche y Anastasio de Gracia”.

Los plenos de las Comisiones Ejecutivas redactaron su propuesta del modo siguiente: “Los plenos reunidos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español declaran que las Comisiones Ejecutivas de ambos organismos han interpretado debidamente el acuerdo adoptado en la última reunión de los Comités Nacionales para determinar la orientación política que deben seguir. Por consiguiente, estiman que es firme y válida la resolución, adoptada por ocho votos en pro y tres en contra, de no nombrar un representante en el Comité revolucionario, integrado por elementos ajenos a nuestras organizaciones, sin perjuicio de mantenerse en relación con dicho Comité por medio del presidente de nuestras dos Comisiones

Ejecutivas para las acciones coadyuvantes que se estimen necesarias, a fin de lograr el triunfo de la República.- Julián Besteiro, Lucio Martínez, Andrés Ovejero, Aníbal Sánchez, Trifón Gómez. Manuel Cordero y Andrés Saborit”.

Puestas a votación las dos propuestas, el resultado fue el que sigue: En favor de la primera: Cancelo, Aladrén, Marcos, Bauza, Lavín, Jové, Suárez, Gracia, Zugazagoitia, Díaz Alor, Olivares, Blanco, Díaz, Méndez, Pretel, López Ruiz, Belarmino Tomás, Cabezas, Riesgo, Mena, Génova, Fernández, Sebastián, Vidal, W. Carrillo, De Gracia, Henche, Gana, Molina, Durán, Sanchís, Botana, Cabello y Santiago. 35 en total. En contra: Palomino, Celestino García, Canales, Santos, Sánchez Llanes, Septién, Del Barrio, Ramos, Azorín, Juan Antonio Suárez, Blázquez, Vázquez, Trifón Gómez y Aníbal Sánchez. Abstenidos: Besteiro, Cordero, Lucio Martínez, Ovejero y yo. A continuación Besteiro se expresó del siguiente modo, según el acta de la reunión: “No puede haber sorpresa para nadie en las palabras que voy a pronunciar. Desde este instante [1663] dejo de ser presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, porque ambos cargos los dimito con carácter irrevocable. Mi deseo es que este cambio de personas se haga sin ruido, evitando en lo posible la publicidad. Al dejar mi puesto, yo no formo grupo de ninguna clase. Lo que hago, sencillamente, es librarme de un peso superior a mi resistencia. Yo no puedo aceptar la responsabilidad de seguir por un camino que me parece cada día más equivocado. Si los demás aciertan, mi ineptitud estará probada. Si no, es ocioso añadir que siempre que yo pueda servir al Partido, he de hacerlo con el mismo entusiasmo que lo hice hoy”.

Por mi parte, según la misma acta, y a continuación de haberlo hecho Besteiro, me expresé en los siguientes términos: “Muy pocas palabras. Dejo desde ahora la Secretaría del Partido Socialista, y la dirección de *El Socialista*. Mañana pondré el cargo de concejal a disposición de la Agrupación Socialista. No quiero con ello molestar a nadie ni levanto tampoco bandera alguna. Mi actitud es la misma que la de Besteiro, al cual reitero mi solidaridad y respeto personal”. Cordero habló para decir que había votado con los dimisionarios, pero no los seguía en esa actitud. Por el contrario, Andrés Ovejero remitió una carta con la dimisión de sus cargos, como hicieron los otros que habían coincidido con Besteiro. La Agrupación Socialista Madrileña no aceptó la dimisión que presenté del cargo de concejal, por considerar no era posible sustituirme legalmente en el puesto que desempeñaba dentro del Ayuntamiento, cuyo origen había sido una elección ante las urnas, y yo, reconociéndolo así, me incliné continuando mi labor en el Municipio matritense. Manteniendo mi dimisión en la Secretarías del Partido, hice lo mismo con la dirección de *El Socialista*, a pesar del acuerdo de que continuara todo del mismo modo hasta nuevo Congreso. Por unanimidad, los Plenos, ya sin nosotros, aprobaron la siguiente proposición:

“Consecuencia de las distintas interpretaciones dadas por los miembros [1664] de las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores a la ponencia aprobada en el último pleno de los Comités Nacionales de ambos organismos, diferencia de táctica que, al ser resuelta por estos Comités Nacionales, ha dado lugar a la dimisión de los queridos compañeros Julián Besteiro, Andrés Saborit, Lucio Martínez, Andrés Ovejero, Trifón Gómez y Aníbal Sánchez, que, fieles a su criterio, mantenido con toda gallardía, se han constituido circunstancialmente en minoría, suceso fatal para unos y otros intérpretes, dados los términos en que estaba planteada la discrepancia, los Comités Nacionales esperan, y esta ilusión les compensa en parte su disgusto, que tales dimisiones sean a corto plazo retiradas; de cualquier

modo, consideran indispensable declarar que los compañeros que momentáneamente se retiran de los cargos de mayor responsabilidad han tenido siempre, y hoy con más razón que nunca, la más profunda estimación tanto por los trabajos realizados en pro de nuestras ideas como por la labor que en provecho de ellas seguirán realizando, cualquiera que sea el puesto que voluntariamente acepten en nuestra organización, ya que por la nuestra ocuparían siempre los primeros”.

Efectivamente, como Besteiro dijo, no se trataba de una escisión, sino de una discrepancia. Así lo entendió también la masa del Partido Socialista, que pocas semanas después nos proponía para candidatos concejales, el 12 de abril, y poco después para diputados a Cortes, las dos veces por Madrid.



Del general Berenguer al almirante Aznar

El 7 de febrero de 1931, el Gobierno del general Berenguer convocó elecciones de diputados para el 1º de marzo y de senadores para el 15, fijando la fecha del 25 de marzo para que se reuniera el nuevo Parlamento. Como hubo acuerdo general de abstención electoral, cayó aquel Gobierno –en todo intervino Romanones con el rey– y entró otro presidido por el almirante Aznar, en el que figuraron los jefes de partidos monárquicos, menos Sánchez Guerra, que ya estaba aislado políticamente. La Comisión Ejecutiva del partido Socialista decidió acudir a las elecciones municipales, en vista de que tenían carácter predominantemente administrativo. (Ya habíamos dimitido nuestros puestos en la misma Besteiro y cuantos coincidimos con él). El 25 de marzo se reunió el Consejo de Guerra para juzgar a los ministros del Gobierno republicano previsto. Como la sentencia fue de seis meses de arresto, y se les aplicó la condena condicional, quedaron en libertad inmediatamente. El Consejo de Guerra fue un mitin republicano. En el tribunal hubo votos partidarios de la absolución, lo que da idea del estado de ánimo de los propios militares. Por si esto era poco, días después estallaron graves sucesos en San Carlos, en los que intervinieron los estudiantes madrileños, produciendo tal impresión el movimiento de protesta que el general Mola, director general de Seguridad, presentó la dimisión, rechazada por el ministro de la Gobernación. España estaba en carne viva, decidida esta vez a que no se le escapara la victoria, que no vino por un movimiento militar ni siquiera una huelga general revolucionaria: bastaron unas elecciones arrolladoramente antimonárquicas, el 12 de abril de 1931.

Una aparatosa declaración de Alfonso XIII: “He nacido en el trono y en él moriré”. Salvo Cierva, todos los ministros del último Gobierno monárquico estuvieron de acuerdo en aconsejar al rey que abandonara el trono y saliera de España el 14 de abril, cuando ya apremiaba el Gobierno [1666] republicano y la población madrileña comenzaba a movilizarse, mientras Alfonso XIII dejaba Madrid con destino a Cartagena para huir de España, el Gobierno provisional de la República se instalaba en el Ministerio de la Gobernación, rodeado de un ambiente de asfixiante entusiasmo. No vale la pena barajar cifras de las elecciones. La República triunfó en todas las capitales de provincia, menos en una, y en la inmensa mayoría de las poblaciones importantes de esas regiones. El Gobierno estaba formado del siguiente modo: presidente, Niceto Alcalá-Zamora; Estado, Alejandro Lerroux; Justicia, Fernando de los Ríos; Guerra, Manuel Azaña; Marina, Santiago Casares; Gobernación, Miguel Maura; Instrucción Pública, Marcelino Domingo; Hacienda, Indalecio Prieto; Fomento, Álvaro de Albornoz; Trabajo, Francisco Largo Caballero; Economía, Luis Nicolau, y Comunicaciones, Diego Martínez Barrio. En Barcelona, Maciá se precipitó a proclamar la República con un sentido separatista, que rectificó al no encontrar apoyo en Madrid ni en la mayor parte de Cataluña. Largo Caballero estableció inmediatamente como día festivo el 1º de mayo, no pagado. Indalecio Prieto y cuantos estaban refugiados en París se cruzaron en el trayecto con el tren en que emigraban la reina Victoria y sus hijos, acompañados por contadas personas. El papel del general Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil, fue determinante en la decisión adoptada por Alcalá-Zamora de instalarse en el

Ministerio de la Gobernación sin esperar a que el rey estuviera fuera de España. Yo proclamé la República en el Ayuntamiento de Madrid a media tarde del día 14, acompañando al alcalde monárquico, Ruiz Jiménez, hasta su domicilio, para tranquilizar a su esposa. Esa misma noche, en el salón de sesiones del Ayuntamiento, presidí la primera sesión del Ayuntamiento republicano, como alcalde interino –renuncié a serlo efectivo, a pesar del acuerdo en ese sentido del Gobierno provisional–, dando posesión a Pedro Rico, que entonces estaba identificado con Azaña, aunque muy amigo de Lerroux.

[1667] *Triunfo electoral en Madrid*

Elecciones de concejales efectuadas en Madrid el 12 de abril de 1931, yendo en alianza, por un lado, republicanos de todas las tendencias y socialistas, y de otro, monárquicos de todas las ramas. Por lo datos que van a continuación se ve claramente que hubiéramos podido ir al copo:

Centro: Rafael Sánchez Guerra, 4.716; Honorato de Castro, 4.653; José Mouriz, 4.609; Luis María Zunzunegui, 2.721, y Aurelio Regúlez, 2.686.

Hospicio: Eduardo Ortega y Gasset, 5.555; Antonio Fernández Quer, 5.226; Lucio Martínez, 5.181; Manuel Rodríguez, 3.055, y Francisco G. Moro, 2.936.

Chamberí: Niceto Alcalá-Zamora, 12.000; Fernando Coca, 11.866; Cayetano Redondo, 11.730; Fulgencio de Miguel, 4.182, y Dionisio G. Guerrero, 3.918.

Buenavista: Fernando de los Ríos, 9.997; Miguel Maura, 9.925; Pedro Rico, 9.905; Valledano, 6.299, e Isidro Buceta, 6.239.

Congreso: Manuel Muíño, 8.123; Celestino García, 8.051; Fabián Talanquer, 8.025; Jenaro Marcos, 4.143 y Serafín Sacristán, 3.927.

Hospital: Rafael Salazar, 11.350; Andrés Saborit, 11.221; Trifón Gómez, 11.219; Enrique Flórez, 2.261, y Apolinar Rato, 2.044.

Inclusa: Álvaro de Albornoz, 9.872; Eugenio Araux, 9.721; Manuel Cordero, 9.537; Antonio Alberca, 1.460, y Encinares, 1.255.

Latina: Julián Besteiro, 11.341; José Noguera, 11.340; Rafael Henche, 11.008; Enrique Fraile, 2.474, y César Cort, 2.166.

Palacio: Eduardo Álvarez, 6.375; Miguel Cámara, 6.349; Francisco Cantos, 6.346; Felipe Ruimonte, 3.745, y Antonio Pelegrín, 3.537.

Universidad: Ángel Galarza, 12.249; Francisco L. Caballero, 12.125; Wenceslao Carrillo, 11.806; Luis Barrera, 3.621 y José Leyún, 3.047.

En total; quince socialistas y otros tantos republicanos de todas las tendencias. Datos tomados del *Boletín Oficial*.

Elecciones a diputados en las Cortes Constituyentes por Madrid, 28 de junio de 1931:

Numero de votantes, 157.556, cifra jamás alcanzada hasta entonces en ninguna elección.

Alejandro Lerroux, 129.408 Roberto Castrovido, 126.711 Felipe Sánchez Román, 123.312

Julián Besteiro, 118.353 Francisco L. Caballero, 117.475 Luis de Tapia, 114.164 César Juarros, 112.056 José Sanchís Banús, 110.853 Manuel Cordero, 104.556 Melchor Mairal, 104.555 Andrés Ovejero, 103.337 Andrés Saborit, 102.815 Trifón Gómez, 96.768 Ángel Ossorio y Gallardo, 38.570 José Sánchez Guerra, 26.847 Melquíades Álvarez, 35.899 Ángel Herrera, 27.318

Vigo y Eibar fueron las primeras poblaciones en que se proclamó la República el 14 de abril de 1931. El 27, en uno de los salones del Senado, Besteiro, concejal del Ayuntamiento de Madrid –fuimos invitados los concejales socialistas al acto a ese título, ya que habíamos dimitido nuestros cargos en las Ejecutivas del Partido y de la Unión– dirigido un saludo a los miembros de la Internacional Sindical, reunidos en Madrid con las nuevas Comisiones Ejecutivas. Entre otros, estuvieron presentes Jouhaux, Citrine y Mertens. Fue un acto cordial, que consolidó viejos lazos. Los ministros socialistas renunciaron a proponer [1669] nombres para gobernadores civiles. Como no todos fueron escogidos acertadamente, hubo conflictos en algunas provincias entre estos representantes del Poder y las organizaciones obreras de la Unión General. El Gobierno nombró a Besteiro delegado del Estado en la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, el puesto mejor retribuido dentro del Estado español. No lo aceptó, como rechazó igualmente la Embajada en París. El 7 de mayo, el cardenal Segura, arzobispo de Toledo, publicó una pastoral en que, de modo jesuítico, atacaba al nuevo régimen. Su divulgación facilitó la obra de ciertos grupos extremistas, produciéndose incendios de iglesias en Madrid y provincias. Como Prieto, ministro de Hacienda, había cedido al Ayuntamiento de Madrid la Casa de Campo, que la real casa había dejado en lamentable abandono, de acuerdo con él, yo la abrí al público tan pronto comenzaron a surgir incendios en edificios religiosos, a fin de desviar el golpe, invitando al pueblo madrileño a tomar posesión de tan extensos terrenos, consiguiendo en parte lo que nos proponíamos. Enrique Castro, entonces al servicio del comunismo de Stalin, en uno de sus libros publicados después de haber estado en Rusia algunos años, refiere que aquellos y otros disturbios en que él participó estuvieron provocados por los comunistas. Bien está la confesión de Castro, que hace además otras revelaciones mucho más graves en sus *Memorias*, pero no eran indispensables, porque la hostilidad de comunistas y anarquistas contra el nuevo régimen era archisabida.

Un reducido grupo de extremistas se pronunciaron en Sevilla contra el régimen republicano. Fracasó el movimiento, pero la represión, desproporcionada, causó daño al Gobierno, que era lo que deseaban anarquistas y comunistas, circunstancialmente unidos. “Para Moscú, toda contemporización con los socialistas era una desviación de la línea revolucionaria”, escribió José Bullejos en su libro *Europa entre dos guerras*. Cuando se proclamó la República, Bullejos estaba sometido a [1670] la línea de Stalin y al final de su vida perteneció de nuevo al Partido Socialista, sección de México, donde falleció. Ostrovsky, emisario ruso en 1931, intervino para que la República reconociera al régimen comunista y facilitó el viaje de Zugazagoitia a Rusia para negociar un contrato de petróleo. A principios del nuevo régimen hubo un Congreso cenetista en Madrid y en él se acordó declarar la guerra a la República. La realidad es que declararon guerra a la Unión General y al Partido Socialista, y así lo reconocieron algunos de sus propios historiadores, los más imparciales, para lamentarlo profundamente.

Elecciones constituyentes

El 28 de junio de 1931 se efectuaron elecciones Constituyentes, convocadas por el Gobierno provisional de la República. He aquí los elegidos afiliados al Partido Socialista:

Albacete: Antonio Fabra Ribas y Rodolfo Viñas.

Alicante: Rodolfo Llopis, Romualdo R. Vera y Manuel González Ramos.

Almería: Gabriel Pradal y Benigno Ferrer.

Badajoz: Rodrigo Almada, Celestino García, Narciso Vázquez, Francisco Núñez Tomás, Juan Simeón Vidarte, Manuel Muiño. Julián Zugazagoitia y Margarita Nelken.

Baleares: Alejandro Jaume.

Cáceres: Juan Canales, Ángel Rubio, Antonio Canales y Pablo Valiente.

Cádiz: Antonio Roma Rubiés, Juan Antonio Santander y Pedro Molpecere.

Canarias: La Palma: Juan Negrín y Marcelino Pascua; Tenerife, Domingo Pérez Trujillo.

Castellón: Juan Sapiña.

Ciudad Real: Fernando Piñuela, Antonio Cabrera y Antonio Cañizares.

[1671] Córdoba: Joaquín García Hidalgo, Francisco Azorín, Wenceslao Carrillo, Martín Sanz, Vicente Hernández, Francisco Zafra, Gabriel Morón y Juan Moran.

Cuenca: Aurelio Almagro.

Granada: Fernando de los Ríos, Fernando Sáinz, Luis Jiménez de Asúa, Manuel J.G. de la Serrana, Rafael García Duarte y Juan Carreño.

Guadalajara: Marcelino Martín y Miguel Bargalló.

Guipúzcoa: Enrique de Francisco.

Huelva: Agustín Marcos, Florentino M. Tomer y Ramón González Peña.

Jaén: Jerónimo Bugada, Enrique Esbrí, Lucio Martínez, Alejandro Peris, Tomás Álvarez Ángulo, Andrés Domingo, José Morales, Juan Lozano, Anastasio de Gracia, Domingo de la Torre y José Piqueras.

León: Alfredo Nistal y Miguel Castaño. Logroño: Amós Sabrás. Lugo: Juan Tizón.

Madrid: Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Ovejero, José Sanchís Banús, Manuel Cordero, Andrés Saborit y Trifón Gómez. Provincia: Antonio Fernández Quer, Mariano Rojo y Amos Acero.

Málaga: Antonio Fernández Bolaños.

Provincia: José Molina Moreno y Antonio García Prieto.

Melilla: Antonio Acuña.

Murcia: Laureano S. Gallego. Provincia: Luis Prieto y José Ruiz del Toro.

Orense: Alfonso Quintana Pena.

Oviedo: Teodomiro Menéndez, José Mouriz, Manuel Vigil y Amador Fernández.

Pontevedra: Alejandro Otero, Enrique H. Botana, Eugenio Arbones y José Gómez Osorio.

Salamanca: Primitivo Santa Cecilia.

[1672] Santander: Bruno Alonso y Antonio Ramos.

Segovia: Cayetano Redondo.

Sevilla: Hermenegildo Casas. Provincia: Manuel Olmedo, José Aceituno, Eladio F. Egocheaga y Mariano Moreno Mateo.

Tarragona: Amos Ruiz Lecina.

Toledo: Domingo Alonso, Fermín Blázquez, Félix F. Villarrubia y Pedro García.

Valencia: Francisco Sanchís. Provincia: Isidro Escandell y Pedro García

Valladolid: Remigio Cabello y Luis Araquistain.

Vizcaya: Indalecio Prieto y Luis Araquistain.

Zamora: Quirino Salvadores.

Zaragoza: Manuel Albar y José Algora.

Teniendo en cuenta el largo periodo de dictadura, la realidad es que los partidos políticos tuvieron que improvisar casi todo. Las derechas, sobrecogidas por una gestión odiada por las masas, no se atrevieron a dar la batalla en esta primera lucha electoral, en que, salvo excepciones, hubo alianza de los partidos integrados en el Gobierno, como hemos visto en Madrid. Fui ponente en el Congreso de la República de las actas de Salamanca, y propuse la nulidad de aquella elección, como había reclamado el pueblo de la citada capital, con huelga general y algunos disturbios, en cuyo día, Unamuno, muy afectado, anunció públicamente, para calmar los ánimos, que renunciaría a su acta si aquel chanchullo derechista no se anulaba con nuevas elecciones. Las derechas, para sacar triunfantes a sus candidatos, a la cabeza de los cuales figuraba Gil Robles, incluyeron a Unamuno y a Primitivo Santa Cecilia, tipógrafo socialista, muy popular en Salamanca, acumulándoles igualmente votos falsos en pueblos en donde no hubo elección. Lo moral y lo legal debió ser convocar nuevas elecciones, pero con el pretexto de salvar a Unamuno, que no hubiera peligrado, por presiones de Fernando de los Ríos, retiré el dictamen y el chanchullo fue sancionado, iniciando un [1673] lamentable camino en las costumbres del nuevo régimen. Como no quedamos satisfechos con tan lamentable espectáculo, Manuel Cordero, al tratarse de las actas de Lugo, se opuso igualmente a su aprobación, con idénticos motivos, aunque entre los elegidos figuraba Juan Tizón, socialista, incluido por los caciques de Portela Valladares para calmar la irritación que su contubernio había de provocar entre los socialistas. Aquí ya no figuraba Unamuno y el Parlamento hizo justicia. Se repitieron las elecciones en Lugo, y el caciquismo se vengó contra el candidato socialista, que perdió su puesto. En Galicia fue muy difícil, aun con la República, que las elecciones fueran sinceras.

En julio de 1931 se reunió el Congreso extraordinario del Partido Socialista para examinar la gestión de la Comisión Ejecutiva que había actuado hasta ese momento y elegir otra nueva.

Entre los candidatos nombrados por la Agrupación Socialista Madrileña estuvimos Besteiro y yo. Hubo muy pocos votos en contra de la gestión desarrollada por la Comisión Ejecutiva que presidió Besteiro, y por unanimidad fue aprobada la de los que convocaron al Congreso, donde hubo acuerdos de tipo avanzado, como disolución de todas las órdenes religiosas, nacionalización de sus bienes y supresión de la Guardia Civil. Congreso, como se ve, muy radicalizado, donde se manifestó una fuerte minoría contraria a la colaboración ministerial, hasta el punto de que Besteiro tuviera que intervenir para decir que, aun manteniendo en toda su integridad su punto de vista contrario a que el Partido Socialista tuviese ministros en Gobiernos de coalición, creía que el momento de poner término a esa colaboración debía decirlo el Partido en momento oportuno, de acuerdo con los propios interesados. Hubo gran mayoría en pro de seguir en el Gobierno, y a pesar de que no fuimos candidatos a puestos en la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, Besteiro y yo obtuvimos muchos votos, que fueron agradecidos pero no modificaron nuestra actitud.

El 27 de julio Besteiro fue elegido definitivamente presidente del Parlamento, una vez aprobadas las actas y constituido éste de modo que pudiera comenzar a legislar. En septiembre Fernando de los Ríos pronunció un discurso en nombre de la minoría socialista parlamentaria, sobre el problema religioso, tema escabroso para otros grupos de la Cámara, como los formados por las derechas y dentro del Gobierno por Alcalá-Zamora y Miguel Maura. Luis Araquistain intervino defendiendo el artículo 1º de la Constitución, “República de trabajadores”, cuya idea había lanzado Ortega y Gasset, quizá luego arrepentido, y a la que Alcalá-Zamora agregó “trabajadores de todas clases”. En realidad, todo ello sobraba en la Constitución, y sólo sirvió para críticas. El 4 de octubre, tras un debate desagradable, Margarita Nelken fue aceptada como diputada por Badajoz, a pesar de que al ser elegida no era española ni afiliada aún al Partido Socialista. El 14 de octubre, sin que fuera oportuno, ya que no tenía relación con su gestión como ministro de la Guerra Manuel Azaña pronunció un discurso en el que se atrevió a decir que España había dejado de ser católica... ¡Y hacía meses él se había casado en la iglesia de los Jerónimos, la más suntuosa de Madrid! El Gobierno saltó hecho trizas –sin aprobar aún la Constitución–, y fue Besteiro, como presidente del Parlamento, quien resolvió la crisis, encargándola propuesta de Lerroux, a Manuel Azaña para que presidiera el nuevo Gobierno, que en general siguió siendo el mismo, sustituyendo a Maura y a Alcalá-Zamora con un simple cambio de carteras.

Debate en la minoría socialista acerca de la subsistencia del Senado, naturalmente con estructura corporativa, según propuesta de Besteiro. Se opusieron los ministros, defendiendo pura y simplemente, la supresión de la segunda Cámara, y Besteiro se quedó en minoría, sin que mantuviera su criterio en el salón de sesiones, respetuoso con la disciplina del grupo, cuyo ejemplo no fue seguido por otros diputados en varias ocasiones. Por ejemplo, la minoría, en debate apasionado, decidió votar para presidente de la República a Niceto Alcalá-Zamora, a petición [1676] de los ministros, con la abstención de Besteiro, que ni estuvo presente en la discusión de tan arduo problema. Hubo votación nominal y cerca de cuarenta diputados lo hicieron en blanco, es decir, no presentaron candidato frente al patrocinado por los ministros, y ese mismo resultado hubo al hacerse el recuento en el salón de sesiones en el momento de la votación definitiva. La disciplina aplazaba los problemas pero éstos seguían latentes, en el fondo.

Así, el propio Fernando de los Ríos hizo gestiones previas cerca de Lerroux, indicándole que tendría que aceptar la presidencia de la República –yo también fui partidario de esa solución–; pero Lerroux se negó creyendo que al abandonar la dirección de su partido éste podría dividirse o desaparecer, y no se equivocaba, razón por la cual yo defendía su candidatura. Estas vacilaciones y discrepancias eran naturales al nacer un nuevo régimen, pero insensiblemente le iban minando y dividiendo fundamentalmente. Pasados los años, Araquistain, De los Ríos y Prieto reconocieron públicamente lo bien orientado que estuvo Besteiro con su propuesta sobre el Senado, pero llegó demasiado tarde ese reconocimiento. Otro caso parecido fue el voto femenino, que incluso dividió a los grupos de la mayoría. Hubo 131 votos a favor y 127 en contra de que votaran las mujeres, pero la mayoría de los diputados se abstuvieron, incluso muchos socialistas. Prieto, públicamente. Dentro de la minoría socialista hubo algunos casos que fueron sancionados con la separación. Algora, diputado por Zaragoza, y Mouriz, por Asturias, no estuvieron de acuerdo con el Estatuto para Cataluña. Mouriz, enfermo, se aisló sin crear problema alguno; pero Algora se mantuvo en su puesto de diputado, a pesar de que la Agrupación de Zaragoza le expulsó. Canales, diputado por Badajoz, e Hidalgo, por Córdoba, chocaron con Indalecio Prieto sobre problemas propios de su ministerio, apartándose de la minoría.

[1677] *Alcalá-Zamora, presidente de la República.*

El 11 de diciembre de 1931, el Parlamento republicano eligió presidente del nuevo régimen a Niceto Alcalá-Zamora, por 362 votos. Hubo varios votos sueltos y 35 papeletas en blanco, de diputados socialistas, según habían procedido en la votación previa efectuada en la minoría socialista. Azaña dimitió su cargo de presidente del Consejo de Ministros, puesto en el que fue confirmado por el nuevo Jefe del Estado, y siguió con los mismos ministros, aunque hubo algunas modificaciones de carteras. Así, Prieto pasó de Hacienda a Obras Públicas, y Fernando de los Ríos, de Gracia y Justicia a Instrucción Pública. En Hacienda entró Carner. En septiembre ingresaron en prisiones militares los generales que actuaron en el Directorio presidido por Primo de Rivera, que sufrieron proceso. Ese mismo mes quedó aprobado por el Parlamento el seguro de maternidad, implantado por Largo Caballero, como ministro de Trabajo, rechazado, incluso con huelgas, por los cenetistas. Prieto fue el único ministro que se mostró de acuerdo con Alcalá-Zamora en el problema religioso, según reveló años después en un artículo escrito en México. Creía, y estaba en lo cierto, que era inoportuno hostilizar a la Iglesia sin que la República estuviera consolidada. Prieto se había casado civilmente y tenía sus hijos sin bautizar, precisamente lo que no habían hecho algunos de los que deseaban pasar por anticlericales rabiosos. La Constitución de la República fue sancionada por 368 diputados, contra 40, el 9 de diciembre de 1931. En favor del Estatuto para Cataluña hubo 314 votos, de los que 101 eran diputados socialistas, contra 24 de la derecha. La ley de Reforma agraria consiguió 318 sufragios y 19 en contra. La reforma agraria se quedó en el papel, según se lamentó amargamente Azaña en sus *Memorias*, lamentación demasiado tardía. La República aceptó el Himno de Riego como himno nacional sin gran entusiasmo.

Los campesinos de Castilblanco, provincia de Badajoz, se declararon [1678] en huelga. Intervino torpemente la Guardia Civil, habituada a estar al servicio de caciques y propietarios; hubo lucha entre ella y la mayoría del vecindario, resultando tres guardias muertos y varios

heridos de consideración entre la población campesina. No hubo penas de muerte, y Sanjurjo, nombrado por el Gobierno de Azaña jefe de esa institución, amenazó con dimitir. Al discutirse ese triste suceso en el Parlamento la situación era muy difícil para el Gobierno. Yo hice el discurso en nombre de la minoría socialista, para evitar situaciones comprometidas a los diputados socialistas por Badajoz, procurando elevar el problema y acusando como principales responsables a los caciques extremeños, habituados a que la Guardia Civil apalease a los trabajadores, cuando, por hambre, cogían leña o bellotas para atenuar la miseria de sus hogares. En ese mismo mes, Besteiro pronunció una conferencia en el teatro Español, de Madrid, dedicada a Pablo Iglesias, en ocasión del aniversario de su fallecimiento. Fue la última que pronunció con ese motivo, ya que en años sucesivos los panegiristas fueron elementos improvisados en las filas socialistas al socaire del triunfo de la República. Azaña, como ministro de la Guerra, derogó la Ley de Jurisdicciones. Urgoiti vendió a un grupo monárquico, al final de ese régimen, *El Sol* y *La Voz*, diarios que él había fundado y que arrastraban vida difícil. De acuerdo con Ortega y Gasset, lanzó *Crisol*, y más tarde *Luz*, que no triunfaron. En mayo de 1931 dejó de publicarse en Madrid *El Imparcial*, fundado en 1867.

Aunque en la conferencia celebrada en Locarno en 1925 hubo discursos pacifistas, entre otros el pronunciado por Briand, en 1931 el ambiente internacional era de crisis. En Inglaterra había millones de obreros parados, y ese mismo problema lo sufrían todas las naciones, de lo que se aprovechaban las derechas y los fascistas, ya poderosos en Italia y Alemania, envalentonados incluso en Francia. Los japoneses, [1679] conociendo la inestable situación en el mundo, se atrevieron a invadir Manchuria, creando un ambiente internacional de guerra. Se formó Gobierno de unión nacional en Inglaterra, presidido por MacDonald, con Snowden como ministro de Hacienda, que se lanzó a la abolición del patrón oro, desvalorizando la libra y abandonando en parte el libre comercio: una revolución económica.

En 1931 falleció Manuel Llaneza, nacido en San Miguel de Lada (Langreo) el 14 de enero de 1879. Pasó su infancia en Barruelo con sus familiares y allí trabajó en las minas de carbón de la Compañía de Ferrocarriles del Norte de España. Luego pasó a Mieres, donde a comienzos del siglo hubo un movimiento huelguístico perdido por los mineros, atropellados por autoridades y caciques conservadores, teniendo que emigrar los hombres más perseguidos por sus actividades, entre ellos Llaneza. En Francia trabajó en las minas de carbón, y conoció los métodos de acción sindical utilizados en aquel país; vuelto a España, implantó en España el primer sindicato obrero a base de caja centralizada y un Comité Ejecutivo con decisiones para plantear la batalla a la clase patronal. Triunfó esta modalidad sindical, obteniendo victorias resonantes; era tal el prestigio de Llaneza que cuando Primo de Rivera implantó la dictadura, le requirió para tratar con el Gobierno de problemas relacionados con el trabajo de los mineros; el líder asturiano procuró mejorar las condiciones de trabajo, recorriendo zonas mineras como la de Almadén, propiedad del Estado, donde los mineros soportaban un régimen despiadado. En nombre del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores pronuncié un discurso en el cementerio civil de Mieres recordando la actividad de Llaneza en beneficio de la clase trabajadora y en especial de los mineros españoles.

Fallecieron también en 1931, entre otros, Andrés Domingo Martínez, diputado socialista por la provincia de Jaén, de quien hizo el panegírico [1680] Besteiro al dar cuenta de su muerte en

las Cortes Constituyentes de la República. El 30 de septiembre, en Madrid, Andrés Gana, secretario de la Agrupación Socialista Madrileña. Otro destacado socialista madrileño, José Arboledas, perdió la vida en accidente de trabajo. El 3 de abril, Mario Anguiano, dueño de una imprenta donde se hicieron trabajos relacionados con la huelga de agosto de 1917; descubierto, fue incluido en el proceso abierto por la jurisdicción militar contra el Comité de Huelga, sufriendo prisión con Luis Torrent y José Ortega en el Penal del Dueso; fue presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, perteneció a la Agrupación Socialista Madrileña y publicó un folleto titulado *Historia de nueve meses de prisión, curiosidades, enseñanzas y recuerdos de la Huelga de agosto*, con prólogo de Juan José Morato. En El Ferrol, Lorenzo Gómez, concejal socialista de dicha población. En Barcelona, Juan Salas Antón, cooperativista de prestigio. En Madrid dos renombrados periodistas, escritores y políticos: Rafael Gasset y José Francos Rodríguez; Miguel Villanueva, ex presidente del Congreso de los Diputados; Enrique García Álvarez, dramaturgo. En Aranjuez, Santiago Rusiñol, pintor catalán, cuyos restos fueron acompañados hasta la estación ferroviaria por Alcalá-Zamora e Indalecio Prieto, al ser trasladados a Barcelona. En Barcelona, Emilio Junoy, periodista muy republicano en su juventud y muy monárquico al servicio de Romanones, más tarde. En Francia, Gustavo Lebon, médico, sociólogo y escritor; Armand Fallieres, ex presidente de la República. En Estados Unidos, T.A. Edison, autor de numerosos inventos.



Socialización de la propiedad

Al discutirse en las Cortes Constituyentes de la República, el 6 de octubre de 1931, los artículos relacionados con el régimen de propiedad, la minoría parlamentaria socialista, alarmada por el revuelo provocado por la redacción que llevaba el texto defendido por dicho grupo político y temerosa de que naufragara, pidió al Presidente de la Cámara que abandonase circunstancialmente su alto sitio y defendiera desde los escaños rojos la posibilidad de Socializar la propiedad, siempre que se cumpliesen los preceptos señalados en aquel texto que, al fin, prosperó merced al memorable discurso pronunciado por Julián Besteiro, del que damos a continuación unos párrafos:

“En el transcurso de este debate acerca de la Constitución, muchas veces he sido asaltado por un temor y un escrúpulo que ya insinué desde la presidencia, cuando tuve que hacer el discurso de toma de posesión del alto cargo que me habéis conferido. El escrúpulo es que nosotros nos empeñásemos en hacer una Constitución demasiado perfecta, que diese por resueltos muchos problemas que están en vías de solución en el mundo y, naturalmente, en vías de solución en España, con un ritmo, aunque nos hagamos ilusiones, bastante más lento que en otros países, pero os confieso que, si en varios momentos de la discusión del proyecto de Constitución he tenido este escrúpulo, cuando he releído, en el momento de ser sometidos a debate, estos tres artículos que se refieren al régimen de propiedad, he sentido mi ánimo completamente libre de todo temor.

En estos tres artículos no se define la forma de la propiedad que haya de prevalecer en España; si acaso se define algo, es una cosa que comprenderán los señores diputados que para un grupo socialista importante en la Cámara es una concepción de importancia; lo que se dice es que se reconoce la propiedad privada en función de la utilidad que desempeña reconocida por el Estado. Y no se necesita alambicar mucho para comprender que, puestos en el punto de vista de la doctrina pura, a los socialistas nos tiene que ser muy difícil proclamar, nada menos que en una Constitución, que la propiedad privada desempeña una función. Históricamente, para nosotros, la propiedad privada ha sido una necesidad. La gran propiedad de la industria que ha nacido con el maquinismo es evidentemente algo que, en el proceso histórico, ha sido necesario; pero ha producido tales males, está produciendo tales conflictos, da lugar a tales choques, a tales problemas, que se ven las sociedades por todas partes en la necesidad de resolver, a veces de un modo cruel y violento, que a nosotros y a vosotros nos tiene que costar un poco de trabajo estampar en una Constitución el reconocimiento puro y simple de la utilidad de la propiedad.

Hecha esta concesión, ¿qué hay en esos artículos? Porque tratando de otros temas, en muchas partes de esta Constitución hay la proclamación de un término, de una evolución de la vida social, de la vida jurídica, de la vida cultural; se quiere que en la Constitución se consagren estados definitivos que han de ser respetados por estar consignados en la ley fundamental del Estado y que ya no permiten sucesivas transformaciones sino de un modo violento; y en estos tres artículos que se refieren a la propiedad, señores diputados, pensadlo bien, se abren todos los

caminos para que la propiedad se pueda socializar, se reconoce que el Estado está en la obligación de ir socializando; pero, ¿qué es esto sino el reconocimiento de un hecho que se está produciendo en todas partes? No pensemos ni tengamos la obsesión del Socialismo de Estado, que con todos sus medios de coacción, fuerce a los ciudadanos a adoptar una forma determinada de propiedad: ese Socialismo no es el nuestro. Nosotros reconocemos, no que la estatización, sino que la socialización, en general, tiene diversas formas y sigue distintos caminos. Pero, ¿qué menos podemos pedir, grupo numeroso socialista de [1683] unas Cortes Constituyentes españolas o de cualquier país, que no se pongan límites ni se pongan trabas y que se reconozca el hecho de que la propiedad en el mundo está sufriendo una enorme transformación, que nosotros consideramos beneficiosa, pero que, en realidad, en formas distintas, con apariencias diversas, se está reconociendo también beneficioso por muchos elementos políticos y sociales que no se llaman socialistas y que hasta están en pugna con el Socialismo?...

Poned la mano sobre vuestra conciencia y decid si en el mundo, si en España, la mayor parte de los propietarios realizan una función útil o si, por el contrario, hay una inmensa mayoría de propietarios cegados por la visión de sus intereses particulares, sin inteligencia ni penetración alguna, ni con el entendimiento ni con el corazón, en las necesidades nuevas de la producción y en el sufrimiento de las grandes masas humanas; decidme si realmente no es un sacrificio grande el reconocer así, sin limitaciones, que la propiedad privada tiene una función útil en razón a la naturaleza de los mismos propietarios. Y a cambio de eso, ¿qué es lo que nosotros pedimos? Pues nada más que el Estado se preocupe de ir gradualmente socializando la propiedad; es decir, que el Estado español se preocupe de lo que se están preocupando los Estados de todo el mundo, no solamente de Europa, sino de América.

Aquí se ha esgrimido un argumento al que quiero hacer yo especial referencia, y es el siguiente. Se ha dicho: 'Ha venido la República a consecuencia de un movimiento popular de naturaleza política, no de naturaleza social'. Yo quiero conceder al que lo ha dicho que esto sea exacto; además, según mi punto de vista, el movimiento nacional que ha traído la República en España, aun políticamente considerado, es muy modesto; hago todas estas concesiones, pero os digo: ¿es que se puede sostener en absoluta que este movimiento político que ha traído la República no tenía una condicionalidad social? ¿Es que no es bastante que nosotros nos hagamos cargo de que no podemos pretender que [1684] en la Constitución se establezcan como cosas definitivas los que son nuestros ideales? ¿Y queréis también que se cierren las puertas para el desenvolvimiento nuestro? Muy prudentemente en la forma, cuando se hacía este argumento se cometía una gran imprudencia, porque se nos decía, se nos venía a decir: para que se abran estas puertas en la Constitución tenéis que hacer una revolución política, sino una revolución social, y nosotros hemos pensado siempre y pensamos hoy que tenemos que hacer la revolución social; pero que la revolución social puede ser o no sangrienta, según la posición en que se encuentren nuestros adversarios. Si a nosotros en la Constitución nos dais las posibilidades de que con la propaganda, con la captación legítima de los espíritus, por medio de la apelación a la reflexión, se vayan incorporando a la nación las formas nuevas de la propiedad, en esta rica floración de nuestro sistema de cooperación, de solidaridad y de trabajo que se produce en el mundo, nuestra revolución no será violenta, y nosotros iremos por los campos y por las ciudades, diciéndoles a nuestros compañeros: tenéis una República comprensiva, una República socialmente modesta; en

vuestras manos está en convertirla en una República social; asociaos, ejerced vuestro derecho de reunión, vuestro derecho de asociación, vuestro derecho de petición, tomad parte en las luchas políticas, que son vuestras luchas, y conseguiremos en gran parte destruir muchos prejuicios atávicos que todavía pesan, con una enorme pesadumbre, sobre grandes sectores del proletariado español. ¡Ah! Pero si vosotros nos cerráis las puertas, entonces nosotros tendremos que decirles que la República no es realmente nuestra República, y que no podrá ser su República sino por medio de la insurrección. Y os digo, además, que las insurrecciones irreflexivas, sin plan, sin método, como no sea un plan oculto e inconfesable que todos estamos padeciendo, nos parecerán juegos de chiquillos al lado de la movilización del proletariado que nosotros tendremos que hacer para abrir ese camino que nos cerráis.

[1685] Y por último, señores diputados, yo he asistido modestamente, cautelosamente, analizando en todo momento con espíritu crítico, los pasos que yo debía dar, los pasos que debían dar nuestros camaradas, la conducta que debían seguir los partidos republicanos al término del proceso en que hemos tenido la satisfacción de ver triunfante la República, y yo puedo dar fe de que durante todo el periodo de la Dictadura hemos sido insistentemente requeridos para que desempeñemos una función que yo creí que no debíamos desempeñar: la función de gobierno. Y como resultado de eso, aquí tenemos el grupo más numeroso de esta Cámara; y yo os oigo constantemente decir que, siguiendo este camino, es indudable que un día tendrá que haber un Gobierno socialista, o que, por lo menos será indispensable para la vida de un gobierno una participación ministerial de los socialistas en el mismo. Ahora bien, yo someto a vuestra consideración esta reflexión sencilla: ¿es que queréis que nosotros admitamos la posibilidad de ejercer funciones de gobierno, o quizá asumir un día el Poder, con una Constitución que nos niega lo más que aquí se pide, lo más que aquí se solicita, que es la posibilidad de expropiar sin indemnización? Pues yo os digo, señores diputados, que un hombre socialista convencido, que ponga su mano sobre el corazón, no podrá decir que al desempeñar funciones de gobierno va a realizar la obra entera de la socialización de la propiedad, si no es un insensato; pero al mismo tiempo, por muy prudente que sea, no se podrá embarcar en función ninguna de Gobierno si la Constitución de su país no le da todas las posibilidades de aprovechar el momento necesario para activar la socialización con indemnización, si las circunstancias lo permiten, sin indemnización si las circunstancias no lo consienten...

Solamente un insensato puede tomar modelo de lo realizado en Rusia, solamente un insensato puede volver la espalda a esa enorme experiencia que tantas enseñanzas proporciona a los socialistas, a los obreros y a los capitalistas también. Nosotros no intentamos semejante cosa, entre [1689] otras razones, como he dicho antes, porque para nosotros el Poder político, con ser algo fundamental, no es, sin embargo, una panacea que resuelva todos los problemas. Lo que más nos importa a nosotros es la capacitación de los militantes; el número y la capacidad, pero sobre todo la capacidad. Y yo os digo: en otras cosas de que trate la Constitución sed prudentes, pero en ésta también, y la prudencia consiste en dejarnos libres los brazos para que podamos trabajar por la República y por España”.- Julián Besteiro.

Constitución definitiva del Parlamento

“Señores diputados: Queda constituida definitivamente esta Cámara. Me permitiréis que,

rompiendo un poco con la tradición, y en señal de acatamiento a la Cámara, para cuyo servicio me habéis designado, os dirija la palabra, no sentado sino de pie. (De pie escucharon el discurso todos los diputados).

Yo quisiera que nos percatásemos todos, señores diputados, de que los ideales absolutos de perfección, por ser tan perfectos, tienen grandes inconvenientes y grandes imperfecciones. Si yo viera a mi país sujeto a una Constitución sabiamente elaborada en todos sus detalles, mucho me temería que todo fuese a parar a que quisiéramos acostar a la nación inerte en una especie de lecho de Procusto, violentando y forzando sus miembros, impidiendo sus libres movimientos. Hay que considerar que las naciones vivas no son criminales temerosos que van por los caminos a dejarse dominar por cualquier bandido que les salga al, paso, sino verdaderos Prometeos rebeldes, que rompen todas las cadenas para encontrar la expansión de su vida. Por eso, yo me permito indicaros que depongáis todos un poco de los entusiasmos legítimos que hayan despertado en vuestro espíritu los ideales que hayáis acariciado durante largos años, quizá, de vuestra vida, y que penséis en uniros, no para dar a [1687] España una Constitución perfecta, sino más bien una Constitución perfectible. Esos pruritos de perfección definitiva, que se asemejan a la muerte, porque ésta es lo único definitivo; esos pruritos de perfección definitiva, yo digo que, a veces, se engendran en meditaciones y en estudios que llevan al espíritu a una posición doctrinaria, y los doctrinarismos, ya se elaboren mediante el estudio de la historia pasada, ya se elaboren mediante la concepción de perspectivas de la historia del porvenir, ya sean propiamente doctrinarismos reaccionarios o utopismos, conducen a un resultado igual de intransigencia y de infecundidad...

Pero a mí no se me oculta que aunque logremos dar cima con felicidad a esta magna tarea de dotar a España de una Constitución que sea, no una rémora, sino un estímulo para su progreso, estas Cortes necesitan, por imperativo de los tiempos, acometer otra serie de empresas y otra serie de trabajos que han de ser leyes complementarias de la ley fundamental de la nación. Muchas de estas leyes es indudable que han de tener un carácter económico; otras, al menos en su primer aspecto, no lo tienen, pero yo os invitaría a considerar la conveniencia de tratar todos los más graves problemas que puedan presentárenos desde un punto de vista económico. Plantear los problemas magnos, que son objeto de mayores controversias y divisiones de los hombres, desde un punto de vista económico, tiene esta indudable ventaja: lo económico suscita pasión; pero, por grandes que sean las pasiones, cuando los problemas se plantean en el terreno de lo económico, y no más que de lo económico, son susceptibles de ser tratados de una manera exacta, precisa y objetiva, y ante un Parlamento de esta naturaleza las pasiones no pueden prevalecer...

Pasó el año 69 y vino el 73, vino la República y vino la Restauración; pasamos los años de la Restauración, se acabaron de perder las colonias, y volvieron de Cuba los hijos de España muriéndose en [1688] los barcos de la Transatlántica y siendo arrojados al mar para pasto de los tiburones; llegó el año 1905, y se contrajeron compromisos guerreros a espaldas del país; vino el año 1909, y estalló la guerra de Marruecos; vino el año 1921, y ocurrió la catástrofe de Annual, y vino el año 1923 y sufrimos el oprobio de la dictadura. No nos habíamos puesto, por desgracia, al nivel de las naciones más civilizadas del mundo. Hoy, con la experiencia de esos años, seamos animosos, seamos valerosos, démonos cuenta de las dificultades que tenemos que vencer,

dispongámonos a vencerlas, cuéstenos lo que nos cueste, pero no tengamos optimismos demasiado cándidos e infantiles y no demos por realizada la obra que está en sus comienzos...

Yo tengo que decir que durante la restauración borbónica, durante más de medio siglo de atraso, de cerrazón espiritual, de escepticismo, de chacota de todo impulso noble del espíritu, de burla de todo idealismo, hubo hombres que, en el desierto moral de la España oficial, solos y contra viento y marea, en silencio, abrieron los surcos de la tierra española profundamente y depositaron la semilla, cuyos frutos estamos ahora nosotros cosechando. Fueron hombres de distinto tipo espiritual y de distinta clase social. Yo quiero citaros dos nombres que indudablemente simbolizan esta labor callada. Son los nombres de don Pablo Iglesias Posse y de don Francisco Giner de los Ríos. El uno era un obrero manual, el otro era un catedrático; pero permitidme a mí —que entre muchas fortunas que he tenido, he disfrutado la de vivir en la intimidad de estos dos hombres— deciros que Iglesias, obrero manual, tenía la ilusión de la cultura, y de la cultura extendida a toda la masa, y manifestaros también que don Francisco Giner, un catedrático, un estudioso, nunca decía: ‘Voy a estudiar o vengo de estudiar’. Decía: ‘Voy a trabajar o vengo de trabajar’, con una expresión viril, que muchos lechuguinos de la [1689] cultura oficial creerían que era una afectación, pero que hoy vemos tenía un profundo sentido, no solamente cultural, sino ampliamente social. Gracias a esos hombres, señores diputados, aquí está una Cámara en la cual hay muchos abogados, muchos médicos, muchos ingenieros, muchos profesores de todos los llamados grados de la enseñanza, y también hay muchos obreros manuales, y los obreros intelectuales están confundidos con ellos, porque la síntesis y la unión del trabajo material y del trabajo espiritual se va operando, y el trabajo manual se va elevando a las alturas de la espiritualidad, y el trabajo de la inteligencia va dejando el cielo de las nubes vagorosas e imprecisas para adquirir esa concreción, ese sentido de la exactitud y de la responsabilidad que el trabajo manual enseña en sus duras lecciones.

¡La revolución! La revolución de un día todos sabemos que es un mito, que produce decepciones dolorosas. El salto mortal, al cual aspiraba el mismo presidente de las Constituyentes del 69, ya sabemos que desde la Revolución francesa, desde Robespierre, desde la Convención, desde la acción de los diputados de la Montaña, es la aspiración de todas las almas fervientes, sobre todo en periodos históricos difíciles; pero todos sabemos también la decepción que el instinto del salto mortal ha producido; todos sabemos que hay un concepto más profundo e íntimo de la revolución que éste, y es el que un tratadista ruso —y por consiguiente, no será sospechoso como antirrevolucionario—, un tratadista ruso y bolchevique ha llamado ‘la revolución permanente’, no la revolución de un día. Porque también en aquellos tiempos de ingrata recordación se perdieron en este hemicycle horas y horas en discutir qué era preferible, si la evolución o la revolución; pero hoy la síntesis de la evolución y la revolución se ha operado completamente o está a punto de operarse del todo. Yo os quiero decir —y esta vez va a ser una de mis últimas consideraciones— que todas estas síntesis que vamos algunos notando significan una cosa, y es que ideas que antes repugnaban profundamente a las gentes, que eran rechazadas por el medio espiritual de las naciones, que eran patrimonio de minorías heroicas y no más, esas ideas en virtud de las cuales se armonizan lo económico y lo político, lo ideal y lo real, lo revolucionario y lo evolutivo, no son otra cosa que la expresión de lo que constituye la esencia y el alma del ideario socialista. Me habéis nombrado presidente de la Cámara. Sabéis que ni yo ni

ningún compañero mío somos capaces de abdicar de nuestras ideas para ocupar una alta posición. Sabéis que yo vengo aquí como socialista; pero acepto el cargo porque creo que, precisamente por ser socialista, tengo ese sentido de percepción de las contradicciones de la vida social, y este sentido de tolerancia para resolver sabia, profundamente y mediante una labor continua, los grandes conflictos que puedan presentarse. Yo estoy animado, señores diputados, de ese sentimiento de la contradicción interna, dialéctica, de la historia de los pueblos y de la historia de la humanidad, que constituye el gran drama de toda la historia de la vida, y los que estén animados de un espíritu semejante, no por sus dotes personales, que si yo por eso fuera no hubiera aceptado este puesto, sino por el apoyo que les presta el espíritu de la nueva sociedad que nace, pueden hacer frente a situaciones difíciles y tener quizás elementos para resolverlas...

Y yo he enlazado estas reminiscencias de mocedad con mis emociones presentes, y no sé por qué he empezado a pensar que las relaciono porque tengo, como todos vosotros, respecto a esta República recién nacida, que esté en nuestras manos agitándose sin saber cómo se agita, aspirando a vivir sin saber cómo vive, cierto sentimiento [1691] paternal; que yo, que hoy la veo tan débil y desvalida, quisiera que la cuidásemos tanto, que el día de mañana pudiese cruzar entre las multitudes agitadas de la España viviente, en las ciudades y en el campo, y pasar las fronteras y atravesar las naciones, y en todas partes producir esas pasiones nobles del amor respetuoso que tanto honran al que las experimenta como al que las concita; yo quisiera, repito, verla marchar por el camino de la vida con la frente alta, con el paso seguro, y he de pensar, y aquí está el peso de nuestra grave responsabilidad, que lo que esta naciente República sea mañana, que el respeto que merezca depende en gran parte de nosotros; que si nosotros no ligamos demasiado firmemente sus miembros e impedimos sus movimientos, pero tenemos el cuidado de enseñarla cuáles son los vericuetos que debe evitar y cuáles son los caminos amplios, abiertos por nuestros antecesores, que conducen a horizontes dilatados y luminosos, entonces la República será grande y nosotros, señores diputados, habremos cumplido con nuestro deber”.- Julián Besteiro (Extracto del discurso pronunciado por Julián Besteiro, al quedar constituida definitivamente la Cámara Constituyente.)



Su promulgación en la Cámara

“En virtud de la aprobación definitiva que acaba de verificarse, y como presidente de las Cortes Constituyentes, declaro solemnemente promulgada la Constitución de la República española, que la Cámara, en uso de su soberanía, ha decretado y sancionado. Y ahora ruego a los señores diputados que tomen asiento y no me abrumen más de lo que estoy por el peso del honor que en mí han depositado y el cumplimiento de una obligación muy superior a mis fuerzas, de poner término con algunas palabras a este brillante trabajo que todos habéis realizado. Quiero, señores diputados, recordar que cuando empezamos a discutir el proyecto de Constitución muchas veces mirábamos con temor la gran altura a que teníamos que ascender, la obra inmensa que teníamos que realizar, y quiero hacer notar que, sin duda, había en nuestro país minorías de hombres, minados por el escepticismo, que creían que estas Cortes no podrían realizar su propósito. No sabían que nosotros, sea cual fuere nuestra modestia, somos unos hombres entusiastas del ideal a que hemos consagrado nuestra vida y que nos da fuerzas para llevar a cabo difíciles empresas. Al término de estos trabajos, señores diputados, compañeros de esta tarea, sabemos bien que hemos pasado por momentos difíciles en los cuales se ha probado nuestra virtud y se han puesto, como en todas las ocasiones arduas de la vida, bien de manifiesto los vicios, defectos y bondades de nuestro carácter. Hemos pasado también por momentos de legítimos apasionamientos; pero siempre que se hace una jornada penosa, a cuyo final todos los que la realizan se conocen a fondo, se establecen lazos íntimos de solidaridad, que espero que entre nosotros no se han de romper nunca, para formar una falange con la cual defendamos esta Constitución que hemos votado y esta República que hemos legalizado.

Cuando empezamos nuestro trabajo, todos abrigábamos algún temor, y yo tuve, no sé si el acierto o la torpeza, de exponer algunos de los míos en el discurso que pronuncié cuando ocupé este sitio. Yo temía que por exceso de buena voluntad, hiciésemos una Constitución tan metódica y detallista que, exagerando entonces, dije que pudiera ser un lecho de Procusto, donde los miembros de la nación se encontrasen atenazados. Ahora, en un momento de reposo, podemos volver la vista atrás, y decir que esos temores eran infundados, que la Constitución que hemos dado a la República española deja libre todos los movimientos vitales del pueblo. Claro está que puede haber alguna minoría descontenta.

Es frecuente, señores diputados, que los hombres que viven en la tradición defiendan, con el nombre de la libertad lo que constituye solamente un conjunto de privilegios, y es natural que sufran al ver que la marcha de la historia hace imprescindible que esas privilegios sean completamente cercenados. Es su posición; pero lo que hemos hecho en esto casos ha sido el cumplimiento de un deber estricto que nosotros teníamos. Lo que hay que hacer constar es que si alguien se siente herido por estas operaciones quirúrgicas indispensables, piense que, en su último artículo la Constitución ha señalado la norma y el camino jurídico por el cual la Constitución misma puede ser reformada por los que cuenten con el asentimiento de una mayoría de ciudadanos. Y dado esto, hay que proclamar muy alto que, a título de reforma de la Constitución,

no puede en España ni es legítimo, levantarse ninguna bandera de rebeldía. Y ahora, señores diputados, después de estas reflexiones, justo es, creo yo, cuando consideramos sin vanidad, con serenidad, nuestra obra, que pensemos que esta Constitución, en la cual hemos puesto todos nuestros entusiasmos, no puede ser para nosotros, no puede ser para el país, un punto de término, sino que tiene que ser un punto de partida; que lo que pedimos a esta Constitución es que aliente, es que estimule las iniciativas individuales y colectivas para el bien de España; pero que la obra que nosotros [1694] tenemos que realizar, la obra de estas Cortes, la obra de las Cortes futuras, es una enorme labor constructiva, que en sus detalles y ni siquiera en sus rasgos generales, podía estar contenida en la Constitución. Y entonces, cuando desde las alturas a que hemos llegado nos ponemos a contemplar el horizonte que se abre ante nosotros, tenemos que pensar que nuestra labor ha sido ardua; pero la que nos espera es mucho más ardua todavía, no solamente por los problemas que se plantean a nuestro propio país, sino por los problemas generales que están planteados en el mundo.

Hace muy poco, fuera de aquí, una voz especialmente autorizada de esta Cámara decía: ‘Son los tiempos tales, que hasta los conservadores tienen que ser radicales’. Un ejemplo solo servirá para demostrarlo: un Gobierno de concentración, de significación predominante tory en Inglaterra, ha tomado una medida como la de abandonar el patrón oro, que significa en el orden económico una enorme revolución mundial. Claro está que eso no es la liquidación de los partidos y la confusión en una obra de un solo matiz de todos los elementos que toman parte en la vida pública, no. Aunque no fuera más que para limpiar de impurezas, para velar cuidadosamente por que se mantengan los ideales, y no degeneren, y no se empobrezcan, y no se cambien en algo de pocos quilates y de poco valor al descender a las realidades desde las alturas de los ensueños, haría falta que subsistieran los partidos radicales enfrente de los partidos conservadores. Pero, en fin, hay que reconocer que vivimos, para gloria nuestra, en momentos de grandes dolores, de grandes preocupaciones, pero de grandes esperanzas.

España, al elaborar su Constitución, ha dicho a este respecto cosas que son muy significativas y que señalan una orientación segura para el cambio que se ha de emprender en el porvenir. Quiero empezar por algo que muchos, sin duda, habrán considerado atrevido: que la Constitución española declara en su primer artículo que España es una República democrática de trabajadores de toda clase. Muchos han dicho: es un pío deseo, semejante a aquella expresión de buena voluntad abstracta e ineficaz del artículo 6º de la Constitución del año 1812. No; no es así. La Constitución española claro que no quiere decir que hoy España sea un país de trabajadores, porque todos sabemos ‘y aquí se ha dado buena prueba de ello’ el deseo que hay en España de trabajar; pero todos sabemos, sin embargo, que hay minorías de ciudadanos que no trabajan y, sobre todo, sabemos que, por culpa de unos y de otros, por herencias fatales de la historia, nuestro país no está organizado para el trabajo. Y eso es principalmente lo que tenemos que hacer.

Hay un artículo de la Constitución, el 48, en el cual este problema se enfoca de un modo certero, en relación con el trabajo de la enseñanza, cuando se dice que la enseñanza hará del trabajo el eje de sus actividades metodológicas. Y yo os digo que los problemas pedagógicos y los problemas políticos son problemas que se relacionan y se comunican mutuamente, y lo que es una norma del maestro en la escuela, es una norma del ministro en el ministerio, del diputado en

su representación y de todos los ciudadanos, elaborando, en una acción democrática, el presente y el porvenir de España. Yo quisiera que el día de hoy no fuera solamente un día de entusiasmo porque vemos que la República está consolidada, cada vez más, por estas Cortes; quisiera que fuera un día de impulso vital, de visión clara de la realidad, que nos privara de algunas ilusiones excesivamente optimistas, como las que tantas veces hemos padecido en la historia, considerando que podíamos ponernos al margen de las corrientes impetuosas que remueven a los pueblos para, en este remanso, dejar pasar la vida de una manera plácida, u oponemos, si pudiéramos, a esas mismas corrientes.

Desde el siglo XVI hasta nuestros días, España, por su propia voluntad o por influjo de las circunstancias, se ha sabido sustraer a las grandes crisis, a los grandes trastornos; pero, en suma, ha quedado [1696] rezagada con respecto a los pueblos más avanzados. Hoy no faltan entre nosotros gentes que piensan que en relación con los problemas que están planteados y con los dolores que sufren los hombres de otras naciones, aquí en España vivimos en un oasis. Yo llamo la atención de los señores diputados acerca de que los oasis, que desde los tiempos bíblicos gozaron de una gran fama y reputación, a medida que se van haciendo penetrables los desiertos, no tienen valor más que en la estampa y apenas lo tienen en la realidad. Si nosotros nos encontramos, por acaso, en circunstancias excepcionales favorables con relación a los problemas graves que se plantean en el mundo, tenemos el deber de fijarnos más en esos problemas, de penetrar en ellos con una sagacidad y una claridad de inteligencia mayores y de incorporarnos a la gran corriente de la vida de toda la humanidad. En suma, nuestro deseo es que esta Constitución que acabamos de votar y sancionar sea el origen de un impulso vital del pueblo español, no solamente para elevarse, sino para contribuir a este resurgimiento de una humanidad nueva, que está naciendo entre dolores. Como síntesis, señores diputados, de todo lo que constituye nuestros sentimientos comunes, me voy a permitir dar este viva: ¡Viva el pueblo español republicano!”. - Julián Besteiro, 10 de diciembre de 1931.

Retazos políticos

“De todas las cosas graves de nuestro tiempo es hoy aquella que arrolla los regímenes, la cuestión económica. Vea el señor presidente de las Cortes cómo soy dócil a su sugestión, si bien me di perfecta cuenta de que, hábil pedagogo, aprovechaba la solemnidad de la hora para poner a la Cámara una inyección de marxismo. Cualquiera que sea la distancia en que yo esté de la totalidad de esta teoría, son mis comunidades con ella muy sobradas para que podamos marchar juntos mucho tiempo. Yo no sé si en toda la historia ha sido lo económico la sustancia [1697] que movía las inquietudes y las luchas de los hombres, pero me basta saber que en nuestro siglo y sobre todo en nuestro tiempo es algo parecido a eso. La vida es hoy demasiado completa en su técnica inexorable para que la economía no se haya convertido en el factor más destacado, el que se impone a nuestra atención, y al imponerse a nuestra atención, no solo es todo lo que ella automáticamente es, sino que atrae todos los demás órdenes de la vida y se convierte en el orden simbólico del presente. Así, en el siglo XVI todas las disputas acababan en cuestiones sobre la Santísima Trinidad, y el problema agrario en Alemania llevó durante una etapa a Lutero a ponerse a su frente. En cambio, hoy aparecen con cariz económico cosas que en rigor, nada tienen que ver con ella; pero es indudable que un régimen naciente hoy y que no triunfe en la economía, no

tiene franco el porvenir”.- José Ortega y Gasset, 30 de julio de 1931.

“Los ocho años de represión florecen de pronto en esta aurora de hoy llena de promesas, de paz, de bienestar para todos, de instrucción y de justicia”.- Gregorio Marañón, 1º de mayo de 1931.

“Hay en el año muchos días. No hay ninguno como éste 1º de mayo de 1931. Será ésta la tercera jornada de las tres jornadas triunfales del pueblo: 12 y 14 de abril de 1931”.- Luis de Zulueta.

“Por caballeroso el señor Hoyos, Andrés Saborit le ha tomado el pelo de lo lindo en el Ayuntamiento con la rectificación del censo, poniendo dificultades a los monárquicos y haciendo mangas y capirotos para facilitar la inclusión en las listas electorales (aun después de los plazos que determina la ley) a los que no lo eran: esta es la fija”. Página 145 del tomo III de *Mis Memorias*, de Emilio Mola, general y director de Seguridad en 1930-1931. Absolutamente falso que yo interviniera en nada relacionado con la confección de las listas del censo electoral en Madrid. A quien tomaron el pelo fue al general Mola, cuando le remitieron esa infamia. No era la primera que cometían tales sujetos, cuyos nombres no da Mola, pero yo los conocía bien a juzgar por lo que insinúa.

[1698] “¡Cuántas veces lo más provechoso en política es hacerse el bobo o que le crean a uno tall! ¡Ay de los reyes! ¡Qué difícil es conocerlos! Por no manejar los fondos secretos, que de secreto tienen poco, debería huirse del ministerio de la Gobernación. Conservo los justificantes de los de mi tiempo y, al releerlos, al cabo de los años, rememoro los rostros trágicos, innobles y las manos temblorosas e exigentes, que se alargaban abiertas en actitud suplicante, y a veces amenazadoras, y otras cerradas, resistiendo la dádiva ofrecida por la confidencia. ¡Desagradable visión! Cuento entre los momentos más dolorosos de mi vida aquel que pasé en la estación de El Escorial presenciando el éxodo al extranjero de la familia real; me parecía como si se llevaran parte de mi alma. Y cuando, después de una larga espera, no pudiendo contener por más tiempo mis lágrimas, me aparté del grupo de gente que despedía a las egregias personas, deshecho el cuerpo por el cansancio de los días anteriores, al oír la señal de salida del tren, formulé una sola pregunta: ¿Volverán?”.- Romanones.

El Gobierno de Azaña pierde terreno

Se inicia el año 1932 con Indalecio Prieto en el Ministerio de Obras Públicas; en él realiza una magnífica labor, especialmente para Madrid, cuyo Ayuntamiento lo reconoce así. Azaña, jefe del Gobierno, hace declaraciones a un periodista extranjero, diciendo que España no abandonará Marruecos... ¡Y durante veinte años los socialistas habíamos mantenido, entre persecuciones y condenas por la Ley de Jurisdicciones, la bandera abandonista! Movimiento insurreccional de la Confederación Nacional del Trabajo y deportación de varios anarquistas a Bata. Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas, con José Castro como presidente y Mariano Rojo, como secretario. Discurso de Besteiro en la clausura. [1699] Sesión del Congreso de Diputados. El día 26 de febrero; cae una piedra contra el banco azul donde se encuentran los ministros; momentos de perturbación y un pobre demente es detenido; Besteiro desde la presidencia: “Continúa la sesión y continuaría ocurriera lo que ocurriese; que lo sepan claramente los perturbadores; estas

Cortes no se disuelven violentamente por nada ni por nadie”. Ley del Divorcio, que permite, entre otros casos, que Pedro Rico, alcalde de Madrid, contraiga matrimonio civil con Anita Antén, siendo testigos de la boda Juan Belmonte, gran amigo de Rico, y yo. Belmonte sostiene tertulia en Madrid con Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, Julio Antonio, Sebastián Miranda y Romero de Torres. Surgen en Casas Viejas (Cádiz) graves sucesos provocados por los anarquistas, que han secundado un movimiento iniciado en Cataluña; la fuerza pública se excede brutalmente y el Parlamento nombra una Comisión de diputados para investigar los hechos. Campaña calumniosa contra Azaña, atribuyéndole frases jamás pronunciadas por él, momento que aprovecha Lerroux para declarar implacable hostilidad al Gobierno; si se combate a Azaña, en el fondo es por mantener a su lado a los ministros socialistas, contra quienes va dirigido especialmente el movimiento político y militar, aún no descubierto; Lerroux encuentra apoyo en algunos diputados agrupados como extrema izquierda, enemigos del Socialismo. El 22 de abril de 1932, en votación, es admitida como diputada por Badajoz, bajo pabellón socialista, Margarita Nelken; por entonces no era española ni afiliada aún a la Agrupación Socialista Madrileña, a cuyo ingreso me opuse, para señalar la singularidad de su adhesión al Socialismo; efectivamente, no tardó en pasarse a las filas comunistas, donde tampoco hizo nido; emigrada a México, donde falleció, quiso volver al Partido Socialista, solicitando el apoyo de Indalecio Prieto, sin conseguirlo; poseía extraordinarios conocimientos de arte y dominaba varios idiomas; escribía y hablaba con facilidad, pero en otros aspectos no era recomendable y nunca debió figurar en las filas del Socialismo. En abril es aprobada por el Parlamento la ley de Asociaciones, rechazada por los sindicalistas cenetistas. Besteiro pronuncia el discurso del 1º de mayo por Radio Madrid, sin manifestación pública porque las circunstancias no son favorables. Se celebra el XX Congreso de la Federación Gráfica Española, con intervención de Gómez Latorre y Morato. Aparecen sellos de Correos con la efigie de Pablo Iglesias, Fermín Salvochea y Concepción Arenal. En junio el Centro Obrero de San Sebastián, con un grupo de comunistas, organiza una conferencia sindical para unificar al proletariado; en realidad, lo que hacen es crear otra división al servicio de los estalinianos. Por ley se concede pensión anual de 10.000 pesetas a la viuda de Pablo Iglesias, Amparo Meliá. Se inaugura la Fuente de los Geólogos, en la sierra de Guadarrama, en memoria de Manuel B. Cossío, con discurso de Besteiro. A propuesta de Alcalá-Zamora, la Academia de Ciencias Morales y Políticas elige por unanimidad a Besteiro para formar parte de esa institución. Antes de aceptar, consulta con ministros y ejecutivos socialistas, que no ven inconveniente alguno. Debate parlamentario alrededor de la conducta del archimillonario Juan March, destituido de su cargo de diputado a Cortes y encarcelado en Alcalá de Henares. Jaime Carner, ministro de Hacienda, declara en el Parlamento: “O la República acaba con March, o March acaba con la República”. Con la complicidad de funcionarios de la prisión, March huye de España. El 5 de julio entra en Prisiones Militares el general Orgaz, y el 10 de agosto se subleva en Sevilla el general Sanjurjo, el mismo que en la mañana del 14 de abril, todavía con el rey en el Palacio Real, se ofreció a Niceto Alcalá-Zamora, nuevo Jefe de Estado. El movimiento militar provocado por Sanjurjo fue sofocado rápidamente porque el Gobierno sabía incluso la hora de la sublevación por confidencia de Indalecio Prieto al director general de seguridad y al propio Azaña, que esperó en el ministerio de la Guerra a que estallara la insurrección en Madrid; tras una ligera lucha, el movimiento [1701] subversivo quedó aplastado. En la Cámara, luego del discurso de Azaña relatando lo sucedido, dijo Besteiro desde la presidencia: “Y ahora, señores diputados, a trabajar;

si llegan esos insurrectos hasta aquí, que nos sorprendan trabajando”. Hubo proposición incidental a iniciativa de Unamuno, en favor del Gobierno y, en especial, de Azaña que firmaron Miguel Maura, Sánchez Román, Ortega y Gasset, Santiago Alba y Melquíades Álvarez; estos dos últimos habían conspirado con Burgos y Mazo y Sanjurjo. ¡Cuánta falsía y cuánta traición! El 25 de agosto se condena a muerte a Sanjurjo; el Gobierno se dividió, y la mayoría, con Azaña y los ministros socialistas, redujeron la pena a treinta años de reclusión, que no cumplió porque el Gobierno de Lerroux le incluyó después en un indulto. Azaña dijo a Ossorio y Gallardo: “Es que no quiero fusilar a nadie; alguien ha de empezar aquí a no fusilar a troche y moche”. Las Cortes votan, por 262 votos contra 14, una ley expropiando sin indemnización a los que han tomado parte en el complot del 10 de agosto, enviándolos a Bata, al mismo tiempo que indultan a los anarquistas que estaban allí deportados; fue un acto sin eficacia, porque aunque la expropiación sin indemnización quedó registrada en la *Gaceta*, no surtió efectos en la realidad. Azaña escribe en la página 381, tomo IV de sus *Obras completas*: “Unamuno, que votó contra la disolución de la Compañía de Jesús, me ha dicho ayer que ahora está convencido de que no bastará haberlos disuelto y que habrá que expulsarlos, en vista de que conspiran contra la República. ¿Cuánto le durará el convencimiento a don Miguel?”. Y tenía razón Azaña. Unamuno asistía poco después a ciertos actos políticos de José Antonio y de Falange en Salamanca. Julián Besteiro y Juan Longuet dan conferencias en la escuela de verano de las Juventudes Socialistas; sin citar nombres, Largo Caballero pronuncia otra allí mismo en la que rebate lo esencial de lo dicho por Besteiro; la división está latente. El 9 de septiembre aparece una ley concediendo 80 millones de pesetas al Ayuntamiento de Madrid en concepto de capitalidad, que gestioné directamente de Azaña; con ellos levantamos en el Municipio un empréstito que sirvió en parte para construir nuevos grupos escolares. El 15 de septiembre, Alcalá-Zamora firma la ley concediendo el Estatuto a Cataluña, utilizada por las derechas como arma contra la República, complicando en su campaña a ciertos militares. En la misma fecha se promulga la ley de Reforma agraria; a pesar de ser casi inocua, las derechas la derogan en cuanto llegan al Poder con Lerroux. El 18 del mismo mes se celebra el Congreso de la Federación de Trabajadores de la Tierra, en la Casa del Pueblo, con Lucio Martínez como secretario; el discurso inaugural corre a cargo de Besteiro, que se opone a la creación del Tribunal de Garantías Constitucionales defendido por Fernando de los Ríos. Azaña, en sus *Memorias*, escribe: “Hoy, cuando Prieto estaba en uno de sus largos silencios, como se tratase del Tribunal de Garantías, le ha pasado a Casares un papel que decía: ‘Definición del Tribunal de Garantías en día de mala... leche’. El Tribunal de Garantías, en el sistema constitucional, es lo mismo que el apéndice en el sistema intestinal, y sólo sirve para producir cólicos”. Tiene gracia, añade Azaña. Pero no la tenía, por desgracia, porque sirvió para que las derechas, con mayoría, sabotearan leyes de la República y de la Mancomunidad de Cataluña. En octubre, los comunistas rusos imponen como líderes a José Díaz y a la Pasionaria, expulsando a Vega, Adame, Trillas y Bullejos, éste secretario fundador. Herriot llega a Madrid en visita oficial, y aunque no se acuerda nada contra el Gobierno de Mussolini éste lo cree así, y empieza a facilitar su obra a los conspiradores monárquicos. Se cumple el cincuenta aniversario de la Federación Gráfica Española y el sesenta y uno del Arte de Imprimir de Madrid. Con este motivo, Borrás y Margarita Xirgú representan en el teatro Español la obra de Guimerá *María-Rosa*, actuando también la Banda Municipal y la tiple María Esparza. Luis Sagi-Barba estrena *La rosa del azahrán*, del maestro Guerrero. Américo Castro, primero, y luego Luis Araquistain, son embajadores de la

República en Berlín, el último ya con Hitler en [1703] el Poder. Entre las infamias propaladas contra Indalecio Prieto cuando ideó los enlaces ferroviarios –tan aplaudidos al inaugurarlos Franco– figura la de afirmar que esa obra se hacía por imposición de Francia para facilitar el paso de sus tropas hacia Marruecos; y hubo idiotas que lo creyeron, llamando a esas obras “el tubo de la risa”. Madrid está en deuda con Prieto en esas y otras ideas suyas en favor de la capital de España. Azaña escribe el 14 de diciembre de 1932 en sus *Memorias*: “Carner dice que no tengo afición a la política, y que se asusta de pensar que un día pueda yo salir de estampía. Sería el caos, no habría Gobierno posible y se hundiría la República”. Besteiro propone la construcción de un Palacio de las Cortes en la Plaza de España. En 1977 se ha hecho una ampliación del viejo edificio parlamentario que constituye un atentado contra Madrid. Si se hubiera empezado aquel proyecto, nadie se habría atrevido a parar las obras, como no se pararon los enlaces ferroviarios, la demolición de las Caballerizas reales y la prolongación de la Castellana, obras debidas a iniciativa socialista municipal y de Prieto.

Del 6 al 12 de octubre de 1932 se reúne en Madrid el XIII Congreso del Partido Socialista, último en España hasta la muerte del general Franco, presidido por Enrique de Francisco; el principal debate giró acerca de la participación ministerial, muy quebrantada ya; quien más la combatió fue Bruno Alonso, diputado por Santander, triunfando el criterio gubernamental de Indalecio Prieto. Poco después, en el teatro Fuencarral, se reunía el XVII Congreso de la Unión General de Trabajadores, bajo la presidencia de Anastasio de Gracia; enfermo Largo Caballero. Wenceslao Carrillo llevó los debates como secretario interino. Besteiro tuvo varias intervenciones muy aplaudidas, sobre todo al tratarse de si las Sociedades obreras debían intervenir en la presentación de candidatos junto con los que tuvieran apoyo en las Agrupaciones Socialistas. “¿Qué peligro creéis que pudiera yo ver en esto? ¡Ah! El de la orientación [1704] de un movimiento sindical que no tuviese una clara conciencia socialista”. Por unanimidad triunfó el punto de vista de Besteiro, que ya había discutido sobre este mismo tema con Largo Caballero meses atrás. En la votación por papeleta para elegir nueva Comisión Ejecutiva salió casi por unanimidad la encabezada por Besteiro, conservando a Largo Caballero en la secretaría, figurando yo en la vicepresidencia, como estaba antes, y Trifón Gómez en la vicesecretaría. Largo Caballero, que seguía siendo ministro de Trabajo, se negó a aceptar el cargo, ocupando su puesto Trifón Gómez, como vicesecretario. La escisión moral seguía latente, pero se complicó más después de una conferencia leída por Araquistain en la Casa del Pueblo con el tema “Una lección de Historia: el derrumbamiento del Socialismo alemán”. Araquistain defendió la tesis comunista rusa, combatiendo la orientación democrática del Socialismo, y habló francamente contra lo que llamó entonces reformismo. En el fondo hizo un di curso contra los acuerdos adoptados en el Congreso de la Unión General, en especial contra Besteiro. ¡Cuánto lo lamentó años más tarde, y cómo tuvo la sinceridad de reconocerlo! Porque en el fondo tenía un gran corazón, lleno de impetuosidades, sin rencores personales.

En 1932, entre otros, fallecieron: José Sanchís Banús, catedrático de Medicina, diputado por Madrid, presidente de la Agrupación Socialista. En representación de la minoría parlamentaria socialista, estuve en su entierro en Ibi (Alicante), donde había nacido; desde la presidencia de la Cámara Besteiro hizo su panegírico. Manuel Jáimez, secretario de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, fue asesinado en Madrid por un anarquista; rindiéndole homenaje de

solidaridad, las organizaciones madrileñas le acompañaron hasta el cementerio civil. Carmen de Burgos Seguí (*Colombine*), falleció el 8 de octubre; escribió libros y tradujo otros, cultivó su firma en periódicos y revistas y perteneció durante sus últimos años al Partido Socialista. En marzo, emigrado, Felipe Turati, fundador del movimiento socialista en Italia; le conocí en [1705] París, donde falleció, y desde donde fueron llevados sus restos a Milán el 8 de octubre de 1957, tras una ceremonia de despedida a la que asistimos con otros correligionarios españoles, franceses e italianos. El 8 de mayo, en París, Albert Thomas, director de la Oficina Internacional del Trabajo. Besteiro, desde la presidencia de la Cámara, le rindió un emotivo recuerdo. El 19 de diciembre, en París, donde nació en 1850, el pensador marxista Eduardo Bernstein, una de las grandes figuras de la Internacional Socialista. Desde 1879 hasta 1901, en que fue amnistiado, vivió fuera de Alemania. Estuvo acusado de revisionista; pero su fidelidad al marxismo, exenta de fanatismo, le acompañó hasta la tumba, de tal modo que fue el archivero oficial de los documentos personales más interesante de Marx, Engels y Bebel. En París, en octubre, A. Geyler, autor de la música de la Internacional, himno que no se cantó fuera del departamento francés del Norte hasta 1896, en el Congreso guesdista de Troyes. A partir de ese momento fue adoptado en los Congresos Socialistas de Francia y después en los de la Internacional. Charles Gide, economista y cooperativista, en París, el 5 de marzo; en 1929 asistió en Barcelona al Congreso de Cooperación, en que yo también intervine. En Lieja, J. Dejardin, y en París, L. Camelinat, diputados socialistas en Bélgica y en Francia, respectivamente. Respetado por Mussolini, pero sin claudicar, falleció Enrique Malatesta, anarquista que consiguió adeptos en países de lengua española. En junio, en Badajoz, Narciso Vázquez Lemus, patriarca del republicanismo extremeño, diputado al Parlamento constituyente, cuya sesión preliminar presidió por edad. En París, Gabino Bugallal, uno de los jefes conservadores; fue enterrado en Galicia, donde había ejercido un caciquismo feroz. En Madrid, Amadeo Vives, músico afamado y autor de populares zarzuelas, cuyos restos fueron acompañados hasta Barcelona por Indalecio Prieto, gran amigo suyo, como ministro del Gobierno republicano. También en Madrid dejó de existir otro compositor músico, Reveriano Soutullo, que escribió obras muy populares. En Barcelona, [1706] el pintor Ramón Casas, y en Madrid el escultor Lorenzo Coullant Valera. En Valdecilla, el filántropo santanderino Ramón Pelayo; el escultor Barral le hizo un busto, que fue una obra de arte. En marzo, en París, Arístides Briand; inició su propaganda política en la extrema izquierda socialista y fue once veces presidente del Gobierno. En ese mes fue secuestrado un hijo del célebre aviador Lindbergh, en Estados Unidos, hecho que produjo gran emoción por ser el primer secuestro seguido de asesinato, tan generalizado después, por desgracia. En mayo es asesinado en Francia Paul Doumer, presidente de la República, por un anarquista ruso, quien es decapitado en la prisión de París. En septiembre fallece en Bélgica el pedagogo Ovidio Decroly.

“A lo que quiero ir es al origen de mi consideración a los prohombres socialistas, bien distinta de los momentos actuales. La labor educadora y constructiva que han realizado en España asombra. En un pueblo amorfo e indisciplinado como el nuestro, maravilla la formación de un núcleo tan enorme y tan coherente, tan revolucionario y tan mesurado, tan transformador y tan culto. A su vocación por la política afirmativa, cabe atribuir algunos de sus yerros, entre los cuales quizá es el mayor haber autorizado a don Francisco Largo Caballero para que fuese consejero de Estado con la dictadura militar”.- Ossorio y Gallardo.

“En la política, aun admitiendo que sea justo el reproche, la realidad enseña que no es posible elegir los amigos con la amplitud selectiva que la vida ordinaria consiente; son los amigos quienes le eligen a uno”.- Romanones, de su libro *Las responsabilidades políticas del antiguo régimen* (Aquí Romanones confirma lo que me dijo en el Ayuntamiento de Madrid, cuando vi a García Cortés y a López Baeza, concejales socialistas que habían traicionado a sus electores y estuvieron sentados a su lado en una sesión del Ayuntamiento de Madrid: “¿Por qué no viene usted a mi partido y prescindo de los dos?”).

“Relataré una, aquella a que sin duda aludía mi distinguido providencialista. Despejaré de velos su alusión. No fue en 1931, sino en 1932 cuando en mi despacho del ministerio de Obras Publicas, recibí la visita de don Ernesto Giménez Caballero, que vino a ofrecerme la jefatura de Falange Española. Yo era socialista como Mussolini, procedía del pueblo como Mussolini, y Falange quería un jefe parecido, aunque solo lo fuera por esos aspectos, a Mussolini. Este –¡qué casualidad!– también tenía un poquito de barriga...”- Indalecio Prieto, de un trabajo suyo titulado "Alusiones entre monsergas".

Besteiro y los ferroviarios españoles

Porque para mí no hay nada más importante que la vida sindical con espíritu socialista, con el espíritu que se deriva de la misma vida sindical. Yo hubiera querido asistir a vuestro Congreso para ayudaros y para aprender. Porque todos necesitamos recibir una lección diaria de la vida que palpita en el seno de las organizaciones. Yo tengo siempre un recelo y es que la cuna de mi vida no ha sido un sindicato. Yo vine a la organización ya hombre formado físicamente, después de haber pasado largos años luchando contra mis prejuicios. Aunque tarde, entré con entusiasmo y ardor en la organización obrera. Y desde el primer momento tuve la fortuna de que los camaradas me dieran cargos directivos, y allí he adquirido la experiencia y la firme voluntad de servir a la causa obrera. Debo deciros que ya en mí existía la convicción de que el Sindicato Nacional Ferroviario es base de la Unión General de Trabajadores... El perfeccionamiento de la UGT será debido a vuestra ayuda, a vuestro concurso. Por consiguiente, tenéis una misión ejemplar que cumplir... Si nos lanzamos a movimientos que no tienen justificación ni posibilidades de victoria, la venganza de nuestros [1708] enemigos es terrible, y los que lo sufren no somos sólo nosotros, sino las masas que nos siguen. Marx decía en el *Manifiesto Comunista* que el obrero no tenía nada que perder más que sus cadenas y tenía, en cambio, un mundo que ganar. Lo decía del obrero de su tiempo; hoy no se puede decir, porque el obrero tiene algo que perder, aunque es cierto que tiene un mundo que ganar. Y los obreros que tienen más que perder son los de nuestras organizaciones, porque han conquistado una posición firme y deben confirmarla... He oído propugnar a varios camaradas el que los socialistas nos apoderemos del Poder y que incluso actuemos dictatorialmente. Y yo os digo que ése es un error terrible, del que debemos huir... No quiero imaginarme lo que sería una dictadura proletaria en España con estas discrepancias que existen en la actualidad entre la clase obrera. Las tendencias dictatoriales en el movimiento obrero tienen una historia respetable y su abolengo. Vosotros sabéis que el movimiento socialista no comenzó siendo un movimiento democrático, sino que empezó entre algunas clases aristocráticas. Hasta llegar a Owen, ha habido una serie de directores de empresas que han soñado construir una sociedad socialista. Y de ahí la gran significación que tiene la frase del *Manifiesto*

Comunista “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”... ¿Es que nosotros... debemos hacernos por lo menos imitadores de los bolcheviques? Yo digo que no, no porque para mí no merezca el mayor respeto la revolución rusa, que hizo lo que era posible en aquellos momentos, sino porque creo que lo hecho no se puede tomar como modelo.



Caída del Gobierno de Azaña

El año de 1933, último del Gobierno republicano-socialista presidido por Azaña, estuvo lleno de acontecimientos políticos. Movimiento anarquista en varias regiones, sostenido por la CNT, que en su odio contra los socialistas, asesina en Barcelona a Llagostera, vocal del jurado mixto, y en Talavera de la Reina a Enrique Muñoz, del jurado mixto igualmente. En Alemania sube al poder Hitler; poco después es incendiado en Berlín el Parlamento. A partir de ese momento todo en Alemania comienza a ser trágico. Se producen jornadas dramáticas en Viena, donde el socialismo austriaco es aplastado por el fascismo naciente. John Gunther entrevista a Manuel Azaña, quien afirma: “Soy un intelectual, un liberal y un burgués”, admirable definición. Pronuncia un gran discurso en ocasión de un banquete organizado por las izquierdas en el Frontón central, con 2.500 comensales, origen de graves disensiones. Huelga de casi un mes de los mineros en Asturias, resuelta mediante fórmula arbitrada entre Gobierno, patronos y Sindicatos minero. En Oviedo comienza la publicación de *Avance*, órgano socialista fusionado con *La Aurora Social*. “Con todas estas cosas yo estoy cada vez más inclinado a marcharme definitivamente. No me dejarán realizar el proyecto de llevar la República a la desembocadura de unas elecciones generales. Lo único que me inspira temor es lo que pueda pasar el día en que yo me vaya de esta casa. Volverán a las andadas unos y otros, políticos y generales, y adiós República”.- Manuel Azaña, 17 de febrero de 1933, de sus *Memorias*.

Cuando el Gobierno estaba quebrantado, y el régimen viviendo con los Ayuntamientos elegidos, aún con Monarquía, por el artículo 29. Azaña se lanzó a la aventura, en abril de 1933, de disolver los que habían sido nombrados por el artículo 29, convocando al cuerpo electoral, sin preparación ni unión en las izquierdas, equivocación de funestas consecuencias, como demuestran las cifras que van a continuación. Los puestos a cubrir eran 17.809 concejales en 2.384 Ayuntamientos. Triunfantes: ministeriales, 5.596, de los cuales eran socialistas 2.024. Republicanos de oposición, 4.500; pero francamente enemigos del régimen, incluyendo 30 comunistas, hubo cerca de siete mil concejales. ¡Una catástrofe! Azaña, en su afán de hacer declaraciones, había dicho: “Si nos derrotan, las consecuencias ya las sacaremos. ¡Ah! pero si no nos derrotan también sacaremos las consecuencias. No vengan después diciendo si pierden que aquello no tenía importancia y que aquí no ha pasado nada”. Naturalmente, las oposiciones, y hasta el propio Presidente de la República, sacaron las consecuencias. Salvador García, médico de Alcoy, diputado socialista en 1933, donó una Casa del Pueblo a la organización de esa localidad, dentro de la cual María de la Riva, viuda de Juan Ortiz, fundador de la Agrupación Socialista Alcoyana, habilitó una sala-biblioteca, donando centenares de libros en memoria de su compañero, con cuyo motivo estuve en la citada ciudad, pronunciando una conferencia. En mayo, Miguel Maura censuró en el Parlamento a Besteiro, porque su firma figuraba en una circular de la Unión General de Trabajadores, como presidente, al lado de la de Trifón Gómez, secretario y autor del texto en cuestión que Besteiro conoció después de publicado, porque se trataba de un documento aprobado por la Comisión Ejecutiva con acentuado matiz favorable al régimen republicano. Besteiro replicó claramente al interpelante diciendo que antes de ser elegido

presidente de la Cámara lo era de la Unión General de Trabajadores, y seguiría siéndolo, dejando libres a los diputados de decidir, quienes no secundaron a Maura y hasta el interesado rectificó noblemente.

Al fin, hubo crisis política. Alcalá-Zamora no transigía con Azaña sino por obligación y le provocó para que presentara la cuestión de confianza. Fueron requeridos para formar Gobierno Besteiro, que se negó, y Prieto, que consultó con la minoría socialista, formulando criterio favorable a constituir un Gobierno incluso con radicales, como [1711] deseaba el Presidente de la República. Se opuso la minoría parlamentaria presidida por Largo Caballero, y Prieto se allanó, declarando públicamente: “Quienes no estimen mi solución, fundándose en el clamor popular, deben pensar si el país va a pasarlo mejor llegado el caso de que se entregue el Poder a Lerroux, con decreto de disolución de la Cámara. Ahora bien, si lo que se pretende es la revolución social, por ese camino yo no iré”. Transigió Alcalá-Zamora y siguió Azaña, pero muy debilitado, después del fracaso de las elecciones municipales, cuyos concejales dieron la victoria a las derechas en las elecciones para el Tribunal de Garantías Constitucionales, presidencia ocupada por Albornoz, con una votación nada brillante. Poco después, Largo Caballero, todavía ministro, habló en el teatro Pardiñas en términos amenazadores, enrareciendo aún más el ambiente. Se reúne el Congreso del Sindicato Nacional Ferroviario, donde Trifón Gómez es reelegido y Besteiro pronuncia un discurso político. En París se celebra el Congreso de la Federación Sindical Internacional, donde también había crisis, con asistencia de Trifón Gómez, José Castro, Pascual Tomás. Carlos Hernández, Wenceslao Carrillo, Gregorio Guerra y Andrés Saborit. En Ginebra Alemania y Japón abandonan la Sociedad de Naciones, produciendo esta actitud fuerte impresión en las cancillerías. En septiembre se efectúan elecciones para vocales del Tribunal de Garantías Constitucionales: catástrofe para el Gobierno, con cinco puestos y 17.859 votos, mientras las oposiciones consiguen diez puestos y 32.828 votos. Alcalá-Zamora se lanza a fondo, y obliga al Gobierno de Azaña a dimitir, comprometiéndose legal y moralmente. Debió dar lugar a que el Gobierno hubiera sido derrotado. Besteiro, Jiménez de Asúa y Prieto pronuncian conferencias ante los jóvenes socialistas. En la Escuela de Verano de la capital intervienen Prieto y Besteiro. En París se reúne en septiembre el Congreso de la Confederación General del Trabajo francesa, a la cual [1712] acudimos Besteiro y yo, por la Unión General de Trabajadores. El 8 de septiembre cae Azaña y el 14 de ese mes sube Lerroux con ministros de todos los grupos republicanos, aunque sin representar a sus partidos respectivos, habilidad que no sirvió a Lerroux, pero maniobra que tampoco favoreció a sus adversarios. Dándose cuenta del ambiente de la Cámara, Lerroux se anticipa a decir que se retira; pero Besteiro se lo impide, hasta que la votación parlamentaria se haya desarrollado, que por 189 votos contra 91 es contraria al jefe del Partido Radical. Invitados a formar Gobierno, lo rechazan Sánchez Román, Pedregal, Marañón y Adolfo G. Posada; por fin, la forma el 8 de octubre Martínez Barrio, autorizado por Lerroux. La votación para derrotarle ha dividido a los partidos republicanos, que no pueden gobernar con las Cortes Constituyentes. Aquél día quedó vencida la República, como en 1873, por los propios, republicanos. Martínez Barrio consigue poner en marcha un Gobierno donde están todos los partidos republicanos, para convocar Cortes el 19 de noviembre de 1933. Impuesto por Largo Caballero, sin consultar siquiera con el Comité nacional, los socialistas fuimos solos a las urnas, salvo en Bilbao, donde Prieto, por su cuenta, abrió un hueco a Manuel Azaña, quien, en caso contrario, no hubiera sido diputado. En la antevotación habida en Madrid por la Agrupación Socialista fui

elegido de nuevo candidato por la capital de España, como lo fui por otras cuatro provincias, prefiriendo Alicante y Ciudad Real, en esta última porque consideraba muy comprometida la situación para los candidatos socialistas. Y así ocurrió, en efecto, pues el único triunfante fui yo.

[1713] La votación en las urnas el 19 de noviembre dio el siguiente resultado en Madrid, según votos obtenidos por el primer candidato de cada lista: Besteiro, 151.903 votos y Royo Villanova, 139.137. Hubo segunda vuelta y las derechas mejoraron su resultado, aunque la candidatura socialista triunfó íntegra, según el siguiente resultado: Besteiro, 177.647 votos; Jiménez de Asúa, 173.971; Negrín, 173.886; Llopis, 173.885; Mairal, 173.720; Lucio Martínez, 173.672; Álvarez del Vayo, 173.625; Araquistain, 173.611; Anastasio de Gracia, 173.569; Carlos Hernández, 173.462; Lamonedá, 173.447; Trifón Gómez, 173.412, y Largo Caballero, 172.977. En la candidatura derechista el primero fue Mariano Matesanz, monárquico albista, con 159.189 votos, es decir, casi los mismos que Largo Caballero. No hubo victoria ni en Madrid, porque en la primera vuelta, donde los electores votan con cierta independencia, [1714] Besteiro obtuvo 151.905 votos y Largo Caballero 145 461, diferencia que se agranda aún al llegar a Carlos Hernández, que se quedó en 135.671, menos que Gil Robles, que llegó a 136.538 votos. Más claro: monárquicos y derechistas estuvieron a punto de vencer en Madrid, en las segundas elecciones de la República. Largo Caballero, en Albacete, dijo el 13 de noviembre nada menos que lo siguiente: “Yo tengo la seguridad de que el día 19 mantendremos el número de diputados que teníamos en las Constituyentes, y si la ley se respeta seremos más diputados que antes”. Las cifras no confirmaron la baladronada de Largo Caballero —ni aun en Albacete—, quien nunca fue afortunado en las urnas electorales.

Luis Araquistain pronunció una conferencia ante la Juventud Socialista Madrileña, en la Casa del Pueblo, editada profusamente en folleto, en la que se manifestó en contra del régimen parlamentario, defendiendo puntos de vista comunistas, que luego utilizó Largo Caballero en campañas posteriores, estimulado por Álvarez del Vayo y el propio Araquistain. En 1933, en Madrid, Ruiz de Alda, Valdecasas y Primo de Rivera, en un mitin en el teatro de la Comedia, crearon el partido falangista. Las provincias vascas votan el Estatuto, sin poderlo aplicar. Martínez Barrio dimite, celebradas las elecciones; Lerroux forma Gobierno sin fuerza propia, a merced de Gil Robles. El 3 de diciembre se reunió el Comité Nacional de la Unión General, y por 28 votos contra 16 fue rechazada una proposición de tendencia caballerista. Presidió Besteiro y actuó de secretario Trifón Gómez.

En 1933 fallecieron, entre otros: en Málaga, Joaquín Cortés, afiliado al Partido Socialista, asesinado por anarquistas. En Madrid, [1715] Ramos, un socialista que había reunido algún dinero y deseaba fundar una escuela para hijos de obreros en Medina del Campo, donde había nacido; fuimos testamentarios Besteiro, De los Ríos, Ovejero y yo. Estuve en Medina del Campo a poner en marcha los deseos de Ramos, pero surgió la guerra civil y todo se perdió. Un suceso que estremeció a mucha gente: Carmen Rodríguez Carballeira asesinó a su hija Hildegart Rodríguez, a la que había logrado dar una formación universitaria. Madre e hija me visitaron en la redacción de *El Socialista*, pidiéndome dejara colaborar a Hildegart; era muy joven y me pareció muy extraño aquel deseo, pero les di facilidades. Fue, pues, en nuestro diario donde comenzó a sonar Hildegart. Como madre e hija tenían ansias de notoriedad, Hildegart se lanzó a escribir y a pronunciar discursos, ya afiliada a la Juventud Socialista, pero siempre acompañada de su madre,

que no la perdía de vista ni un minuto; luego se inscribió en el Ateneo de Madrid y quiso vivir su vida; su madre le planteó el problema: si quería librarse de su presencia y vigilancia, antes la mataría que consentirlo. Y así lo hizo. Fue un crimen que causó impresión y asombro.

El 22 de enero, en Madrid, falleció José Gualterio Ortega, dueño de la buhardilla de la calle del Desengaño, 13, donde nos refugiamos los miembros del Comité de Huelga de agosto de 1917, con Virginia González, a quien descargamos de toda responsabilidad en nuestras declaraciones. Ortega sufrió prisión en el penal del Dueso, con otros colaboradores de la huelga, Mario Anguiano y Luis Torrent. Por un accidente ocurrido en la vía pública quedó inválido de una pierna. No sería fácil hallar en el mundo otro hombre de tan extrema bondad como la de José Ortega. Su esposa, Juana Sanabria, era digna compañera de hombre tan excepcional.

[1716] El 1º de mayo falleció en Bilbao Facundo Perezagua, fundador y organizador de los obreros metalúrgicos de Vizcaya. Había nacido en Toledo, donde aprendió el oficio de metalúrgico. Instalado en Madrid, creó la organización sindical de su oficio, y como se distinguió en una huelga, por consejo de Pablo Iglesias se trasladó a Bilbao a organizar allí a la clase obrera. Lo hizo con tal pasión, arriesgando su vida, que llegó a creer que el movimiento obrero tenía que seguirle en todo cuanto se propusiera; se hizo caudillo, ya que educador no estaba a su alcance y se enfrentó a la propia organización obrera, cuando ésta alcanzó la mayoría de edad. Al surgir la escisión, en 1921, Perezagua se hizo comunista sin serlo. En realidad, murió siendo lo que fue toda su vida: un luchador con pretensiones autoritarias. Pero siempre fue recordado en Vizcaya; lo merece a justo título, por encima de sus errores. Otro fundador, Felipe Merodio, se extinguió el 8 de octubre. El 22 de agosto falleció en Guadalajara el poeta socialista Jorge Moya, colaborador del diario del Partido Socialista, como lo fue su madre, Isabel Muñoz, profesora de primera enseñanza y escritora de altas cualidades. El 29 de noviembre, en Madrid, José Comaposada, fundador del socialismo en Cataluña. El 13 de diciembre, en Madrid, el médico Francisco Huertas Barrero, que asistió a Pablo Iglesias, por encargo de Vera, en sus últimos años. El 25 de diciembre, en Barcelona, Francisco Maciá, presidente de la Generalidad de Cataluña, venerado en aquella región; su puesto lo ocupó Luis Companys, muy identificado con él. El poeta Salvador Rueda, simpatizante socialista, el pintor sevillano Gonzalo Bilbao, la eximia actriz Rosario Pino.

[1717] El 30 de junio falleció en Moscú Clara Zetkin, qué nació en Wiederau (Sajonia) el 5 de julio de 1857. Compenetrada con las ideas de Marx y Engels, en los Congresos de la internacional Socialista a menudo se la veía junto a Rosa Luxemburgo, las dos excelentes divulgadoras de las ideas socialistas. En 1920 fue elegida diputada en representación del Partido Socialista Independiente de Alemania, al que se había adherido durante los tristes años de la guerra de 1914-1918, defendiendo la pureza del internacionalismo revolucionario, junto a Rosa Luxemburgo y Franz Mehring. Presidió la última sesión del Reichstag, en los comienzos de la dictadura de Hitler, habiéndose ya incorporado al comunismo. Huyendo de la persecución hitleriana se refugió en Suiza, París y Londres, en diversas etapas. Estuvo identificada con Lenin, pero manteniendo firmemente sus peculiares puntos de vista. En Nueva York se extinguió Morris Hilquit, fundador de las organizaciones socialistas en Estados Unidos.

[1718] “El primer error –terrible error– fue el aislamiento en que nos hubimos de situar los socialistas en las elecciones de 1933, cuando, produciendo en casi todas partes una desunión

profunda con respecto a las fuerzas más sanas del republicanismo, se dio la paradoja de que, habiendo obtenido las izquierdas mayor número de sufragios que las derechas, éstas lograron mayoría en el Parlamento y se adueñaron del Poder. Error tan fácil de evitar, nacido de nuestra petulancia, condujo a que las derechas se apoderaran del Gobierno y nos llevo a la rebelión de octubre del 34, que llegó a cuajar heroica y sangrientamente en Asturias, y la cual sirvió para hacer más profundo el abismo político que dividía España. La rebelión de Asturias, el sacrificio de Asturias, el desgaste ocasionado por el movimiento revolucionario de 1934 –todo movimiento de ese género ocasiona quebrantos, aun cuando salga triunfante, y entonces nos ocasionó la derrota– pudieron y debieron haberse ahorrado. Con el ejercicio inteligente del derecho electoral en noviembre de 1933 se habría asegurado, sin trastornos, el régimen republicano. Aquel absurdo aislamiento electoral fue nuestra primera gran culpa”.- Indalecio Prieto.

“Yo defendí, contra una gran corriente de opinión, la política que mantuvo a España en el Norte de África. Sin aquella ocupación militar es evidente que al estallar el movimiento comunista con el Frente Popular, España no hubiera tenido ejército con que hacerle frente, ni una base de operaciones para dominar al enemigo en el mar, ni una potencia de maniobra con alguna ventaja en ese otro mar proceloso de la diplomacia”.- Lerroux, de su libro *La pequeña historia*.

[1719] *Discurso doctrinal de Besteiro (Extractos)*

“... Todos sabéis que estamos en el presente momento de la vida nacional en un estado de sobreexcitación extraordinaria en la pasión política. No me duelo yo de ello, antes me congratulo. No en vano ha pasado uno su juventud en una atmósfera quieta, sosegada, sin ruido, inerte, de indiferencia absoluta de los espíritus y, cuando, poco a poco, hemos visto a España concentrarse en sí misma, vibrar, palpar, recibir la emoción del mundo y devolver también en ondas de sentimiento, palpitanos satisfechos. Hace tiempo ya que venimos notando la intensificación de esta vibración. Yo era en años anteriores –lo soy también ahora– profesor de la Universidad, y algunas gentes, repetidoras eternas de algunas fórmulas vacías, me decían: ‘Esta juventud, ¡qué disipada y qué inconsciente es!’ Y yo les respondía: ‘Hoy la juventud universitaria se preocupa por cosas que antes no les preocupaban siquiera a los doctores ni a los catedráticos’. Y efectivamente, hemos visto que la juventud universitaria ha salido al mundo, con unos ideales o con otros, pero ha roto con la mezquindad de aquella vida miserable que no tenía por objeto más que hacerse un puesto en un escalafón y buscar una novia lo más rica posible. Y lo mismo ha pasado con la clase obrera. Eso, yo no necesito contároslo a vosotros, y lo mismo ha pasado con la vida social del país.

... Y esa fusión de la inteligencia y del trabajo manual es precisamente una de las glorias que se deben al ideal socialista. Hoy ya no son los inteligentes solos los que cultivan una inteligencia universitaria; hoy tienen que ser inteligentes los obreros, y lo son. Y a veces tienen sobre los intelectuales profesionales virtudes de inteligencia superiores, como es su educación de la atención. El trabajo del taller, el trabajo de la máquina especialmente, disciplinan la mente, y hay muchos sabios indisciplinados de mente que tienen muchos datos para discurrir, pero no los utilizan porque no saben discurrir con rigor, y el obrero sí sabe.

[1720] ... Por eso, al mismo tiempo que nos congratulamos de que en nuestro país haya

estas vibraciones pasionales, tenemos que dolernos de la forma soez, bárbara, salvaje, irrespetuosa para la dignidad de los demás, con la cual llevan su campaña electoral las derechas españolas. Yo no me duelo demasiado de los insultos que puedan dirigirnos –también a mí llegan– pero voy a tratar de ellos, puesto que estamos en familia.

Honrándome cuando me quiera rebajar, un periódico de la extrema derecha y de la extrema barbarie (he nombrado al *ABC*) dice en uno de sus últimos números: ‘Enchufistas, don Julián Besteiro. Cobra 103.000 pesetas’. Tengo que decir que la cuenta está mal echada, y hay motivos para echarla bien, porque los datos hace tiempo que se han hecho públicos. Hay que rebajar de esa cuenta 16.000 pesetas que me atribuye como sueldo de catedrático. Es sabido que yo soy catedrático de la Universidad declarado excedente forzoso, y tengo derecho a cobrar mi sueldo. Y yo, no por un gesto de generosidad prócer, con el cual hay gentes que tratan de engrandecerse humillando a los demás, sino porque no doy mi clase, no cobro mi sueldo. Se lo he dejado desde un principio a la Universidad para que con ese sueldo pague a otro, que seguramente realizará a satisfacción mi función.

En la cuenta de las 103.000 pesetas hay una partida de automóvil que yo no he comprado ni corresponde al gasto real. Efectivamente, yo, como presidente de la cámara, tengo automóvil. No es dinero que va a mi bolsillo, y por consiguiente no se debe incluir en las 103.000 pesetas. El resto, dietas de diputado, consignación de 60.000 pesetas como presidente de las Cortes... eso lo cobro yo con entera dignidad y lo gasto, y no se lo he robado a nadie. Y lo que pueden decirme a mí es si al hacer uso de ese dinero que, para que ponga a una altura elevada el cargo que desempeño, el segundo en dignidad en la República según la Constitución, yo percibo, procedo bien o procedo mal; si yo me dejo ganar y vencer por el vertido de las [1721] alturas y hago chabacanadas o actos de snobismo, o si yo soy un avaro que escatimo el dinero restándolo a la honrosa representación que ostento. Pero si yo cumplo como es debido y pongo a la altura que se debe el cargo, y no me importa, llámese esto modestia o inmodestia, aceptar todo género de comparaciones, yo digo que no hay derecho a hacerme ningún reproche... Que aquí la costumbre es a los hombres de la democracia no dejarlos vivir, perseguirlos hasta el último momento, a veces llevarlos a situaciones en las cuales, caracteres débiles han tenido que tender la mano del pordiosero, y cuando los han visto humillados o en el sepulcro, entonces les han cantado alabanzas. Ese tiempo ha pasado. Yo no tenso nada de mendigo ni tengo nada de lacayo, y mi derecho lo defiende igualmente que defiende el derecho de los demás, porque si no, yo mismo no me consideraría digno. Y vamos a dedicar aún algún tiempo, compañeros, a tratar de estas cosas, que sólo se pueden tratar en la intimidad. Yo, a pesar de todo esto que digo, estoy enormemente agradecido a las gentes, que se han conducido muy bien conmigo. En mi cargo de presidente de las Cortes –que algo me temblaban a mí las piernas cuando empecé a ocuparlo– he recibido todo género de consideraciones. Algún monstruo fantástico de las edades primitivas de la historia ha querido devorarme, y yo, sin ser ni un Hércules ni un San Miguel, he matado al dragón. Apenas ha habido más de otro dragón o dos. Los demás han sido gentes todas llenas, y si no llenas, influidas por estas nobles pasiones políticas que se han condensado, sobre todo en sus primeros momentos en tomo a la República, y ese fuego de nobles pasiones me ha permitido resolver con ellas dificultades que en otro caso hubieran sido insuperables.

Yo tengo que dar un público testimonio del agradecimiento que guardo hacia los diputados

de esas Cortes que pasaron ahora, cuando ya voy a dejar de ser presidente. Tengo que dar público testimonio de mi gratitud hacia todas las personas que han colaborado en nuestra [1722] labor, y por primera vez voy a mencionar desde la tribuna a la prensa, a la prensa del Congreso, que se ha conducido de un modo admirable, realizando una labor ímproba, y que, por fortuna, conmigo, que jamás he buscado a un periodista, que he estado casi siempre divorciado de la prensa, no han tenido ningún choque de los que han tenido generalmente con los presidentes despóticos. Porque eran trabajadores, y yo sé respetar a los trabajadores en su trabajo... Sin embargo, lleno como estoy de gratitud y de satisfacción, algunas faltas se me han puesto. Yo quiero que las conozcáis para que las juzguéis. Una de ellas ya sé yo que no necesito esforzarme en obtener vuestra aprobación. Cuando por una circunstancia minúscula se ha presentado un caso de incompatibilidad entre mi cargo de presidente de la Cámara y mi cargo de presidente de la Unión General de Trabajadores, he dicho: ¡Ah! Yo soy presidente de la Unión General de Trabajadores; y socialista. Desde un principio advertí que como socialista aceptaba la presidencia. ¿Se quiere un presidente que no tenga partido o que no sea tan adicto a su partido como yo? Se puede tomar otro; pero yo soy como soy, y no puedo ser de otra manera.

Este es un conflicto pequeño; pero ha habido otro mayor, que ha sido el final de mi labor, según mucha parte de mis jueces, un final desdichado. Un periódico muy reaccionario publicaba una caricatura en que yo estaba frente a mi hoja de servicios, y al final echaba un borrón. Vamos a ver en qué consiste ese borrón. Yo estaba acostumbrado –porque, gracias a vuestros sufragios, sabéis que he sido sin interrupción diputado por Madrid desde 1918– yo estaba acostumbrado en las Cortes monárquicas a un espectáculo vergonzoso, que consistía en que, cuando un presidente del Consejo de ministros veía mal el pleito en la Cámara o se trataban asuntos [1723] que el Gobierno no quería tratar, o temía una derrota o sufría una contrariedad cualquiera y la Cámara le estorbaba, de acuerdo con el Presidente de las Cortes, se levantaba, se marchaba, poniéndose el sombrero de copa, traduciendo malamente un gesto muy inglés, y las Cortes se habían acabado, se cerraban o se disolvían, y se hurtaban al conocimiento del país los asuntos más interesantes. Y yo, cuando me encontré con un caso semejante, dije: ¡Ah, no! Aquellas eran unas Cortes de mentira; éstas son unas Cortes de verdad. Y las Cortes hacen todo lo que tienen que hacer. Las dimisiones se presentan ante el Presidente de la República, no ante el presidente de la Cámara. Y aunque se presente así la dimisión, no se acoge, y se tramitan los asuntos que estaban en tramitación en la sesión antes de terminar. A mí, compañeros, que me censuren lo que quieran; pero estoy seguro de que he hecho bien, y estoy más satisfecho de ese acto que de ninguno de lo que he realizado desde la presidencia. Y digo que estoy seguro de que si en España persiste el régimen parlamentario, eso habrá de tenerse en cuenta como antecedente, y no se deberá volver atrás, y si se vuelve atrás será una claudicación y un retroceso lamentable.

[1724] ...Y vemos a otro género de intimidad, a la intimidad que no se refiere solamente a los hechos, sino al razonamiento que debemos hacer ante los hechos. En este ambiente de pasión que os describía, estamos ante unas elecciones... Nosotros tenemos una candidatura cerrada, ¿qué significa esta candidatura? Después de mucho insultar, nuestros adversarios ahora salen por ahí voces diciendo: ‘No; lo que se necesitan son programas’. ¿Programas? Sabéis que los programas políticos cayeron en descrédito. ¿Por qué? Porque hubo un tiempo en que a cada paso los partidos políticos formaban un nuevo programa, rico en promesas, y siempre en el momento

de la realización absolutamente falso. Naturalmente, como es muy fácil, para engañar a las gentes, hacer una lista de propósitos que no se han de realizar, los programas cayeron en desprestigio... Nosotros queremos que la República sea verdad, y la República ha votado una Constitución progresiva que ha hecho todo género de promesas a los trabajadores, y esas promesas hay que cumplirlas en la medida de lo posible. Exigiremos el mantenimiento de la legislación y exigiremos un progreso continuo en su realización, en su práctica y en la introducción de reformas más atrevidas, que están siendo necesarias aquí como han sido ya necesarias en todo el mundo.

... Por eso me vais a permitir, compañeros, que yo, en ese momento, teniendo en cuenta las circunstancias en que nos encontramos y los problemas principales planteados entre nosotros, discurra, no para daros una solución hablando *ex cathedra*. No sino para indicaros cuál es la trascendencia del trabajo mental que tenemos que realizar y cuáles son los caminos que debemos seguir.

Aunque en ello haya una cierta insistencia machacona, yo tengo que decir en este acto que, precisamente en función de políticos, la realidad actual no la podemos ver cegados solamente por las circunstancias inmediatas, sino por lo que en el presente está encerrado [1752] del porvenir y el político debe prever el mañana y prepararse para hacer frente a los acontecimientos que sobrevengan. Y si nosotros nos hemos de preparar para hacer frente a los acontecimientos que sobrevengan mañana, para mí, lo que tenemos que tener principalmente en cuenta, y más en nuestro país, es que fuera de nuestras organizaciones hay muchos obreros no organizados o llenos de prejuicios que los separan de nosotros. Y que entre ellos y entre los nuestros el contingente de obreros parados que ha habido siempre en España, por arrastrar España una economía retrasada y mezquina, se va acrecentando a cada momento.

A los obreros que militan en organizaciones distintas de las nuestras y que son un obstáculo para el desenvolvimiento de nuestra acción política, hay que tratarlos con la firmeza debida, pero siempre como hermanos, con el consejo y el razonamiento. ¡Que es mucha obstinación, es verdad, esta de mantener en las filas obreras el ideal apoliticista! ¡Pero si eso está pugnado con todas las realidades del presente! ¡Si se ve el papel importante que están jugando los resortes del Estado para esclavizar a la clase obrera cuando caen en las manos de sus adversarios, o para hacer que avance la clase obrera en sus reivindicaciones cuando caen en manos de personas que sientan simpatía por el proletariado o están unidas a él por vínculos de perfecta convivencia fraternal! ¡Si todo es posible hoy, menos ser indiferente en política! Si hoy resulta claro para que lo vean hasta los ciegos, que el que se declara indiferente en política lo que hace es ayudar a los reaccionarios.

... Me refiero a los conflictos trágicos y permanentes que produce el paro creciente en la industria y en la agricultura. Se ha repetido hasta la saciedad que estamos en un momento de crisis del capitalismo. Se pone de manifiesto esta crisis por esta enfermedad terrible que la sociedad organizada capitalista está sufriendo y que consiste [1726] en que, habiendo capacidad productora en límites que no se pueden fijar de grandes que son, de extensos que son, la gente se muere en masa de hambre. Eso pasa en el mundo. ¿Y en España? Se ha dicho: España es un país de excepción. Nosotros hemos sido siempre un país excepcional, y en cuanto empezamos a pensar que somos excepcionales nos ocurre alguna gran desgracia que nos coge desprevenidos... Nuestra tarea es difícil... Cuanto más difícil es la tarea más exige el concurso de los hombres de buena voluntad y más obligados estamos nosotros a prestarle nuestro concurso. Pero lo que no

podemos es hacer que en el espíritu de las gentes se creen ideas supersticiosas, porque el socialismo es lo más contrario a la superstición. Yo os digo que el mecanismo por el cual el socialismo va a acabar con la crisis de trabajo y el paro forzoso ya se va viendo, porque el socialismo se va realizando en el mundo; ya se va viendo que no es el mismo mecanismo de la sociedad burguesa, ni consiste en que haya trabajo abundante para todos los obreros hasta ahora parados, en condiciones semejantes, aunque mejores que las actuales. En que hay que pagar bien el trabajo y hay que trabajar menos horas están conformes no ya los socialistas solo, sino hasta los mismos capitalistas inteligentes... pero hoy el revolucionario está llamado a resolver problemas de una grave complicación, y sus equivocaciones no las paga con su vida. Porque la vida de un hombre es poco para pagar los trastornos que se pueden producir en la muchedumbre. ¿Cómo no vamos a avanzar en el camino de la revolución y ser cada vez más exigentes si hoy toman aire revolucionario los jefes de los Estados más conservadores? Si no, ved el Gobierno nacional de Inglaterra, formado principalmente por elementos conservadores. Tomó una medida que, para las tradiciones del pueblo inglés, supone una revolución inmensa. Quizá no lo apreciéis al primer momento, pero a poco que os fijéis os convenceréis de la trascendencia de esa medida. Consistió [1727] sencillamente en abandonar el patrón oro. Pues abandonar el patrón oro para Inglaterra es hacer bajar una cantidad de valores que poseían las gentes adineradas y, por consiguiente, producir la quiebra de sus negocios y a muchas de ellas ocasionarles la ruina. Es una forma enorme de expropiación que muchas veces no la han soñado los revolucionarios. Esto de que un Gobierno conservador haga una operación por la cual la libra esterlina, en cuyo valor estaba cifrado todo el orgullo del imperio, se ponga por bajo de otras monedas extranjeras es una revolución económica y una revolución psicológica considerable.

¿Y no veis en el emporio del capitalismo, en Norteamérica, Roosevelt, lo que está haciendo? No lo ha improvisado. Había una serie de economistas burgueses que ya habían visto que, por los principios que se regía la economía tradicional, iba su país a la ruina. Y este hombre ha adoptado una política de acortar las horas de trabajo y pagar salarios más altos para resolver en parte la crisis obrera, para aumentar el poder de consumo y para que las fábricas pudiesen trabajar. Está siguiendo también una política de lo que se llama inflacionismo, que tiende a que se rebaje el valor de la moneda de los Estados Unidos, en competencia con Inglaterra. Y estos cambios económicos se traducen en el orden político y son de una trascendencia considerable. Y cuando eso hacen ellos, los socialistas no podemos estar repitiendo fórmulas tradicionales, sino, como decía antes, atenernos a la realidad y llenarla de contenido.

Yo os digo que se va dibujando la sociedad que se está construyendo actualmente, y se puede concebir cómo el socialismo va a resolver el problema de la falta de trabajo. Haciendo, a mi modo de ver, que trabaje todo el mundo, con una gran preparación, muy eficazmente, pero muy poco tiempo. Y no solamente remunerando a todo el mundo muy bien por esa prestación al trabajo social, sino exigiendo [1728] que el resto del tiempo vacante se emplee en ocios y estudios que sirvan de garantía para el mantenimiento de una democracia viva, con un espíritu socialista progresivo. ¿Cómo se puede esto realizar? ¿Es una utopía? Yo recuerdo que hace años, cuando todavía no me había puesto en camino de concebir la profundidad del socialismo, buscaba darme cuenta de los movimientos sociales y de las distintas escuelas que se disputaban el dominio de la democracia. Y: decía, porque lo decían muchos ilustres escritores: Hay una diferencia entre dos

doctrinas sociales: una la del colectivismo y otra la del comunismo. Estas diferencias hoy ya no tienen valor, pero entonces pasaban como de gran importancia en las escuelas. Y se afirmaba: El colectivismo se diferencia del comunismo en que el colectivismo quiere que, socializada la producción, a cada trabajador se le retribuya por el trabajo que realiza; y el comunismo quiere que, una vez socializada la producción, a cada hombre se le retribuya según sus necesidades. Pues bien, yo os tengo que decir que vamos por el camino de que el socialismo, influyendo en el Poder u ocupando el Poder, empiece a resolver el problema pagando a cada hombre más bien por sus necesidades que por su trabajo, lo cual no puede ser si no se produce una cuantía de riqueza extraordinaria, que hoy no puede producir. No se puede producir hoy toda la riqueza que es capaz de producir la humanidad porque el régimen capitalista, regido por el mero estímulo de la ganancia individual, se opone a que la industria y la agricultura progresen todo lo que pueden progresar. Por eso, nosotros, socialistas, no podemos hacer una política que paralice nuestro desenvolvimiento económico, sino que le estimule, le haga avanzar, que le haga perfeccionarse cada vez más. Y nosotros, socialistas, en la medida en que tengamos poder político, lo que tenemos que hacer es luchar dentro de este fortaleza capitalista, en la cual estamos encerrados con los capitalistas mismos, romper sus murallas, romper [1729] sus cadenas, hacer que las fuerzas productivas humanas, hoy encadenadas, se liberten y sean capaces de dar al mundo toda la riqueza que necesita. Entonces será preciso encargarse de vigilar estrictamente las necesidades de los hombres y sus necesidades culturales, para mantener una sociedad y una democracia tan complicada como todo eso. Pero desde luego, sin complicación, no puede subsistir.

A algunos les parecerá que es mucho pedir eso, que eso es mucho esperar. Yo os digo que no hay que esperar nada. Mañana hay que realizar todo lo que se pueda hacer mañana; todos los días avanzar cuanto se pueda. Nuestra labor revolucionaria es continua; pero no caigamos en la ingenuidad, a estas alturas, con el grado de madurez que tenemos, de creer que nuestra labor es demasiado sencilla, porque entonces el descalabro es seguro. Yo estoy acostumbrado desde mi juventud a oír que a los socialistas que hacían constantemente ante las masas obreras semejante afirmación se los llamaba adormideras y se decía, que apagaban el entusiasmo revolucionario del pueblo. Haciendo esa labor los socialistas han hecho una obra revolucionaria como no la ha hecho nadie en España. Y hoy, igual. Si llegáramos a tener la ingenuidad de creer que nuestra tarea es demasiado fácil, ¡ah! entonces, ¿para qué hemos perdido tiempo en combatir doctrinas contrarias a las nuestras? ¿Podríamos decir, como ellos, vamos a un triunfo fácil y quizá engañoso, y mañana, al desengaño y la postración de las masas? No, no; vamos como hombres conscientes que, como os decía antes, llevan en el alma el fuego de la pasión, pero que no se dejan arrastrar como fieras por los instintos, sino que saben regirse por la inteligencia”.

[1730] Segunda vuelta electoral, diciembre de 1933: discurso de Besteiro

“...Las fuerzas humanas tienen sus límites, vosotros sois trabajadores y yo no me propongo abusar de vuestra atención. A pesar de esa buena disposición vuestra, yo he sostenido siempre que para hacer una obra eficaz es preciso controlar las propias fuerzas y saberlas administrar, y si yo puedo condensar lo que tengo que decir en pocas palabras y os proporciono un descanso necesario, ello será mejor. Además, no creo que es el momento a propósito para que yo me extienda en largas consideraciones, y no os oculto que estoy lleno de intensa emoción y de

preocupación.

Decía el inolvidable maestro Jaurès que los socialistas debemos caminar hacia el ideal viendo clara la realidad, y hoy en nuestro país hay que ver la realidad clara para hacer una obra buena socialista. Eso no es enteramente fácil...

Hay, en el momento actual, compañeros, para todos los gustos. Hace pocos días estaba yo en mi casa, y llegó a mí un rumor que había corrido por la calle. Llegó hasta mí para asombrarme. La noticia era que yo me había escapado al extranjero. Yo no me escapo al extranjero, pase lo que pase. Yo no gusto, compañeros, de utilizar la tribuna para hacer necios alardes de valor; pero nuestra conducta nos abona. En momentos de popularidad y de impopularidad, en momentos en que los riesgos venían de un lado y de otro, hemos estado como buenos militantes en nuestro puesto, y así continuaremos.

... Hay que avivar el espíritu, porque estamos en unos momentos de confusión. Hace pocos días leía yo un artículo de un autor extranjero, que decía que estábamos en una era de pereza mental, las pasiones mandan, y parece que algunas veces la inteligencia se ha ensombrecido. Quizá esto es debido a influencia de un momento del proceso de descomposición por que está atravesando el capitalismo. Hubo un [1731] tiempo en que el capitalismo necesitaba el concurso de la inteligencia, sometido, como estaba, al régimen de la competencia, y la estimulaba. Cuando se ha llegado a una concentración extraordinaria, en trusts, cartels, en monopolios, ya la competencia se va venciendo, se va apagando, y no hace falta el concurso de la inteligencia, y el capitalismo hace todo lo posible no por fomentarla, sino por ahogarla. Pero sea ésta la explicación que admitamos u otra, es verdad que estamos en un momento de gran confusión.

Limitémonos al momento presente del pueblo español, que es el que nos interesa. Se han verificado las elecciones del día 19. La derecha ha creído que ha obtenido un gran triunfo. Yo creo que aquí quien ha triunfado realmente somos nosotros. Anticiparé por qué. Hoy oí yo a un líder de la derecha decir: 'Nosotros íbamos solos'. Eso es como el cuento de los que iban solos, yendo todos unidos. Se han reunido desde los tradicionalistas más empedernidos hasta los agrarios, que dicen que están en el lindero de la República. Si éstos no son matices, si éstos no son grupos diversos, no sé a qué se llamará ir en coalición para las elecciones. Sabéis que, además de Madrid, fuera de aquí se han unido también con los republicanos, con los lerrouxistas.

En un mitin de la etapa anterior de la primera vuelta electoral decía yo que los errores que había cometido este Partido en la vida parlamentaria eran tales, que creía que los había de expiar en estas elecciones, y en efecto, en Madrid, los ha expiado. En otros sitios, merced a estas alianzas, ha obtenido un cierto número de diputados. Pero aquí los que hemos ido solos hemos sido nosotros. Y contra nosotros ha ido toda esa gran constelación de partidos con la bandera del antimarxismo. En estas condiciones, y con una reforma electoral hecha para matices de lucha y para coaliciones, ir solos era una enorme temeridad, y a pesar de eso nuestros votos han [1732] crecido y nuestros diputados no serán un grupo tan pequeño, porque si nosotros llegamos a tener sesenta u ochenta diputados, yo os digo que para una acción parlamentaria firme y sostenida, que ponga en conmoción el ámbito nacional, no digo que nos sobre, pero tenemos bastante, porque no es la cantidad, es la calidad, y la calidad se obtiene con la experiencia y habré muchos compañeros experimentados para dar las batallas cuando sean necesarias. Pero no anticipemos

los razonamientos. Estábamos en el punto en que yo quería determinar qué peligros son los peligros reales que en la actualidad pueden acechamos. Por esto hablaba del engreimiento de las derechas. Gente de poca cabeza es, porque cuando se oyen sus jactancias y sus arrogancias, se comprende que no saben medir las consecuencias de la posición que adoptan. Que quizá se atrevan a tener pretensiones que signifiquen un trastorno, que yo no sé cómo se puede remediar, si empieza, en la vida del país. Indudablemente, es posible que estén animadas de un espíritu de osadía; si no, no se manifestarían como se manifiestan. Porque cuando triunfó la República no se atrevían a, levantar la voz, y entonces era el momento de defender sus ideales, y no se les encontró en ninguna parte. Cuando ahora se atreven a gritar, a insultar y a derrochar la jactancia es que quizá piensan que pueden utilizar la fuerza.

Pues bien; advertencia leal: vivimos en un régimen republicano constitucional que a la clase trabajadora le ha costado mucho trabajo, muchas víctimas, mucho esfuerzo y mucha sangre conquistar. Si alguien intenta un golpe de mano, un golpe de Estado, saliéndose las derechas fuera de la ley, nos encontrarán a nosotros indefectiblemente, dispuestos a la defensa. Esto no es amenazar con ningún misterio ni exagerar absolutamente nada. Nosotros realizamos nuestra acción en público, no subterráneamente. Sabéis que las dos Comisiones ejecutivas, la del Partido Socialista y la de la Unión [1733] General de Trabajadores se han reunido, y sabéis que han publicado una nota. Todos estamos conformes ni en más ni en menos que en esto: en rechazar con todas nuestras fuerzas, aunque nos costase lo que nos costase, cualquier intento ilegal de las derechas que pudiera, realizarse en estos días. ¿Y si no se realizara? Nosotros seguiríamos nuestro camino, siempre trabajando por el ideal; seguiríamos lo mismo que Jaurès, sin perder la realidad de vista. Y nos atemperaríamos a las circunstancias y al momento. Por eso, y a pesar de estas alarmas, no infundadas, aunque no son visiones, nosotros continuamos en la actualidad nuestra marcha...

Vamos a discurrir, en el supuesto de que las derechas españolas tengan un poco de sentido común y un poco de sentimiento de la propia responsabilidad para no cometer temeridades que pudieran ser fatales al país. Pensemos cuál será el panorama político después que se realicen las elecciones y pueda reunirse el Parlamento. Porque nosotros no renunciamos a la lucha política, convencidos como estamos de que la victoria social se traduce en una lucha política y que hay que dominar los resortes y las instituciones políticas para acelerar y consolidar la victoria. No quiere decir esto que a nosotros nos importe demasiado la pequeña estrategia de los generales, de los grupos políticos burgueses. No debemos menospreciarlos: debemos tomarlos en consideración, incluso para situarnos en las posiciones debidas; pero, a mi modo de ver, no debemos mezclarnos demasiado en ella. La política, en una república burguesa, nos interesa desde el punto de vista general y humano, y desde el punto de vista socialista, para conseguir nuestros fines, que no son solamente fines propios, sino fines generales de beneficio para toda la colectividad...

[1734] Y bien, si se mantienen como ahora se dibujan las fuerzas de la burguesía, ¿qué podemos esperar? De estas elecciones, los partidos republicanos de izquierda salen malparados. Yo no me congratulo; yo lo lamento. Incluso porque en la etapa por que hemos pasado, esos partidos han tenido para con nosotros lealtades que son de estimar y agradecer. Además, porque sería conveniente que en vez de polarizarse las tendencias en dos extremos, el socialismo y el

antisocialismo, el marxismo y el antimarxismo, hubiese partidos políticos burgueses que tuvieran la comprensión debida para los problemas sociales y para los problemas del socialismo de que los antimarxistas carecen...

Esos elementos católicos y antimarxistas, ¿qué quieren? Camaradas, si os fijáis bien, está pasando ahora en el mundo una cosa singular, y es que para combatir al socialismo, al marxismo, se toman aspectos de marxista o por lo menos se adoptan principios, normas y fines, más o menos desfigurados, de los que podrían haber figurado o figuran en los programas mínimos de los Partidos socialistas. Y así, confundiendo el radicalismo con el mal humor, hay señores de derecha, muy mal educados y muy rabiosos, que enarbolan la bandera de unas cuantas reformas sociales y dicen: nosotros somos más radicales que los mismos socialistas, porque proclamamos estos principios de un modo más grosero, más bárbaro, más agresivo que ellos...

Las clases burguesas niegan la lucha de clases diciendo que entre el trabajador y los capitalistas debe existir armonía de intereses, dándose participación a los trabajadores en las empresas. Con ello se pretende que éstos, por unas migajas que perciban, ayuden a los capitalistas en sus empresas con beneficio para estos últimos solamente... Todas las alharacas de reformas sociales de la [1735] derecha van a parar a eso: a intentar un régimen de despotismo. Contra eso nos tenemos que levantar siempre. Hay que consolidar la República y realizar las altas aspiraciones sociales: Compañeros, todos como un solo hombre a dar la victoria completa a la candidatura socialista en Madrid”.- Julián Besteiro, 3 de diciembre de 1933, segunda vuelta electoral.

Otro año trágico para España

El 30 de enero de 1934, Largo Caballero, lanzado a un plan revolucionario, pronuncia un discurso violento en Madrid, haciendo frente, sin dar nombres, a Besteiro y a Indalecio Prieto, llamando a comunistas y a cuantos deseen la unión para implantar la dictadura del proletariado, con ataques contra la república burguesa, de la que acaba de ser ministro y nada radical, por cierto. El 27, nueva reunión del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores, donde Besteiro aborda con decisión los problemas candentes dentro del Partido y de la Unión General. Perdida la votación, anuncia su dimisión, secundada por toda la Comisión Ejecutiva de la Unión; Trifón Gómez, Antonio Muñoz, Lucio Martínez, José Cernadas, Antonio Septién, Manuel Muiño, Celestino García, Antonio Mairal y yo. Entran, con Largo Caballero, sin votación previa de las Secciones, Anastasio de Gracia, Pascual Tomás, Felipe Pretel, José Díaz Alor, Ricardo Zabaza, Amaro del Rosal, Mariano Muñoz, Manuel Lois, Antonio Génova y Carlos Hernández. En el cine Pardiñas, Indalecio Prieto pronuncia un discurso violento que, a pesar de todo, no satisfizo a Largo Caballero, iniciándose entre ambos un periodo de relaciones frías. Fernando de los Ríos y Prieto visitan a Besteiro, escena dramática, que éste nos refirió a Lucio Martínez, Trifón Gómez y a mí: “¿Cuántos metros de sangre queréis que haya en España? Conmigo no contéis para esa trágica aventura”. Con ese laconismo podemos resumir la discusión habida entre aquellos tres socialistas, los tres angustiados por el porvenir. Quizá recordando tan doloroso episodio, Indalecio Prieto, en su discurso de 1º de mayo de 1942 en América, se expresó así: “Me declaro culpable, ante mi [1737] conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en el movimiento revolucionario de 1934. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria”. (Pagina 103 de su libro Discursos en América).

El 6 de febrero estalló en París un movimiento de carácter fascista, que produjo víctimas, aunque fue reducido por el Gobierno. Surge el Frente Popular, tan ansiado por los comunistas, que da lugar a un triunfo electoral de izquierdas con León Blum como jefe de Gobierno, quien otorga las cuarenta horas semanales de trabajo, vacaciones pagadas, delegados de personal y aumentos de salarios, todo lo cual lleva el miedo a la burguesía francesa... y española, y estimula los planes de Largo Caballero, que se hace ilusiones, porque Blum no logró sostenerse parlamentariamente y mucho de lo concedido, el tiempo lo fue desdibujando. En Madrid se formaliza el movimiento de José Antonio Primo de Rivera con Ledesma Ramos y Ruiz de Alda. Choque entre jóvenes de izquierda y falangistas en Madrid, muriendo un joven de esta última fracción, que utilizaron durante años como bandera. En febrero igualmente, el canciller austriaco Dollfuss bombardea barriadas socialistas de Viena, provocando a lucha desigual al proletariado austriaco, vencido al fin; pero Dollfuss, a su vez, es asesinado por fascistas hitlerianos, preparando su victoria, de acuerdo con el dictador alemán. ¿Cómo no había de impresionar todo esto al proletariado español, cuya cabeza calenturienta estimulaban Largo Caballero con sus arengas, y Araquistáin y sus amigos con sus artículos? Las derechas españolas, entretanto, se preparaban al asalto. El 31 de marzo de 1934, los monárquicos, representados por Goicoechea; los carlistas, por Olazábal y Lizárraga, y los militares por el general Barrera, firmaron un pacto en

Roma, con Mussolini, en los siguientes términos (Texto oficial): “Los suscriptos, teniente general don Emilio Barrera; don Rafael Olazábal, por la [1738] Comunión Tradicionalista, y don Antonio Goicoechea, como jefe de Renovación Española, redactamos el presente documento, a fin de que quede consignado cuanto se ha producido en el curso de la entrevista que hemos celebrado hoy, 31 de marzo de 1934, a las cuatro horas de la tarde, con el jefe de Gobierno, señor Mussolini, y el mariscal Italo Balbo. El señor Mussolini, luego de haberse informado con la mayor atención de cada uno de nosotros de la situación política actual de España, y de la situación y aspiraciones del ejército, de la flota y de los partidos monárquicos, ha declarado que sigue: 1º Que está dispuesto a ayudar en todas las formas a los dos partidos que luchan contra el régimen que prevalece actualmente en España, a fin de permitirles derrocarlo con una regencia que prepararía una restauración total de la Monarquía. Esta declaración ha sido solemnemente renovada, por tres veces, por el señor Mussolini, y nosotros le hemos respondido, como se puede pensar, manifestándole nuestra estimación y nuestra gratitud. 2º Que se hallaba presto a probar la sinceridad de sus intenciones ofreciendo una prueba tangible; proponer suministrar inmediatamente 20.000 fusiles, 20.000 granadas, 200 ametralladoras y una suma de dinero de un millón y medio de pesetas. 3º Que esta contribución no es sino un comienzo de ejecución, y que será completada en tiempo oportuno en proporciones más considerables según la obra cumplida y si las circunstancias la hacen necesaria. Se ha decidido en seguida que para recibir el dinero de que se habla debía ser escogido un delegado de los partidos, y ha sido don Rafael Olazábal, encargado de tomar posesión de los fondos y de situarlos en España para su reparto... (una palabra ilegible) entre aquéllos, del modo, en el momento y según las condiciones que se juzgarían convenientes. Se ha resuelto igualmente que, en cuanto concierne a la distribución de esta primera cantidad [1739] de armas y su transporte a España, los jefes en cuestión recibirían cada uno aquello de que tuviesen necesidad, en proporción a la responsabilidad asumida por cada uno de sus grupos”. El texto estaba redactado por Goicoechea y fue encontrado en las oficinas de Renovación Española. Los hechos confirmaron cuanto se dice en ese documento, superándole. Mussolini envió tropas a España para ayudar a los facciosos en considerables proporciones, demostrando todo ello que la sublevación no surgió el 18 de julio de 1936 para responder al asesinato de Calvo Sotelo, puesto que dos años antes, como demuestran las fechas, fue buscado y encontrado el apoyo de Mussolini para hundir al régimen republicano. ¡Y los servicios diplomáticos y policíacos de la República española sin enterarse de nada!

Como dentro del Partido Socialista se intensificaba un movimiento para desacreditar, aduciendo hechos falsos, a hombres de historia inmaculada dentro del movimiento obrero, un grupo de socialistas nos decidimos a sacar el 20 de abril de 1934 una revista ilustrada municipalista, *Tiempos Nuevos*, dirigida por mí, y como administrador, Mariano Rojo, donde procuramos eludir temas políticos, que duró hasta la guerra civil. Gil Robles estaba lanzado. El 22 de abril, primera concentración de derechas en El Escorial y huelga general en Madrid, facilitando torpemente el juego de los fascistas, impuesta por los caballeristas. En la Agrupación Socialista Madrileña se consumó la derrota de Trifón Gómez, que desde años era su presidente, eligiendo el siguiente Comité, entonces todos caballeristas: Julio Álvarez del Vayo, vicepresidente; Manuel Albar, secretario; Francisco Orueta, vicesecretario; Pedro Gutiérrez, secretario de actas; Jacobo Castro, tesorero; Elias Riesgo, contador; vocales: Adrián Escuder, Felipe Petrel, Julián Torres Fraguas y Antonio Génova. Mesa de discusión: presidente, Wenceslao Carrillo; vicepresidente,

Anastasio de Gracia; secretarios, Francisco Garrigós y Ángel [1740] Simón. Comisión revisora de cuentas: Laureano Briones, Agapito Atadell, Atilano Granda, Luis Menéndez, Edmundo Domínguez y Regina García. Es interesante reproducir estos nombres, porque posteriormente la mayor parte de ellos evolucionaron. Hacemos historia, huyendo de calificativos. Manuel Azaña pronuncia un discurso en El Sitio, de Bilbao, llevado por Indalecio Prieto. Obtuvo un gran éxito. Gobierno Samper, lerrouxista, pero sin que en él figure Lerroux. Sigue el estado de alarma en España. Comienza a publicarse *Leviatán*, revista dirigida por Araquistain, a todo lujo. Nunca se supo el origen económico de publicación tan aparatosa, de tendencia francamente bolchevista y caballerista. Martínez Barrio consuma su separación con Lerroux, siguiéndole un pequeño grupo. Lucio Martínez, creador de la Federación de Trabajadores de la Tierra, fue desalojado de ese organismo, cayendo en poder de Ricardo Zabalza, neófito en el movimiento obrero y más aún en el de carácter agrario, de tan diversas especialidades. Sin tenerlas en cuenta, sin asesorarse de la Unión General, de la que era de nuevo secretario Largo Caballero, amigo suyo, declaró el 5 de junio huelga general de campesinos. Tuve fórmula de arreglo, como diputado, pero Zabalza estaba ciego y no la aceptó. Un mes después, el 21 de julio, Largo Caballero reunió el Comité Nacional de la Unión General, y con un solo voto a favor, fue censurada la gestión de Zabalza en dicho movimiento, con un diálogo violento entre éste y Largo Caballero, que vio en el fracaso de esa huelga un peligro, como así sucedió, para sus planes posteriores en octubre, en cuyo momento fracasaron regiones enteras recordando los daños sufridos en la desventurada huelga de campesinos.

A pesar de haber firmado Mussolini la protesta aliada contra el rearme de Hitler en Alemania, el 14 de junio se entrevistan los dos dictadores, iniciando planes que alarman a las cancillerías [1741] europeas. Dentro de Alemania Hitler ordena asesinar a un nutrido grupo de colaboradores suyos de los primeros días. Montó el terror dentro de su propio partido.

En la Internacional Socialista hay inquietud por los problemas de España, representada por Francisco Azorín y Manuel Cordero, que no llevaban el espíritu de Largo Caballero, quien se abstiene de acudir incluso a la Conferencia Internacional del Trabajo, de Ginebra, delegando en Pascual Tomás, Enrique Santiago y Manuel Lois, para seguir preparando el movimiento de octubre. Por fin, el 4 de ese mes, Lerroux, jefe del Gobierno, mete cuatro ministros de la CEDA, cuyo jefe era Gil Robles, pero no entra en él, contra lo que se ha escrito. Lerroux pretendía parar el golpe dejando fuera al jefe, aunque no lo consiguió: Largo Caballero lanzó el movimiento, que en Madrid careció de interés. Yo cerré las dependencias de la Tenencia de Alcaldía de La Latina, y licencié a los guardas municipales, quedando el distrito sin luz y sin pan. El Gobierno destituyó a Rico, alcalde, y a todos nosotros, nombrando nuevo Ayuntamiento. Por desgracia, en Asturias, sobre todo, hubo trágicos sucesos, y en muchas partes de España, clausuradas las Casas del Pueblo y detenciones a millares. En Cataluña surgió un movimiento autonomista, que le costó el cargo de presidente de la Generalidad a Companys. Los anarquistas colaboraron en el movimiento de octubre con parsimonia calculada. Era natural, por otra parte, porque se hizo sin ellos, salvo en Asturias, y porque de haber triunfado, temían fuera como en Rusia, contra ellos. La represión en Asturias fue horrible. Hubo un pacto de alto el fuego entre Belarmino Tomás y el general que mandaba las fuerzas, que fue censurado por extremistas de derechas, ansiosos de más sangre. Este pacto entre López Ochoa y Belarmino Tomás lleva fecha 18 de octubre. El

domicilio personal de Besteiro estuvo vigilado por una pareja de guardias, que afortunadamente no tuvieron que intervenir, al intentar [1742] asaltar aquel hogar un pequeño grupo de extremistas con carnet socialista todavía, mientras otros socialistas, al lado de Besteiro, en previsión, protegían a la familia. Todo ello tan lamentable como absurdo. Pero la Historia está llena de tragedias semejantes. En Asturias no se normalizó el trabajo en las minas, por represalia patronal, hasta el 1º de enero de 1935. Estuve en Oviedo, como diputado a Cortes, visitando a los presos, y en el penal del Dueso, a Teodomiro Menéndez, recorriendo seguidamente el resto de los presidios donde se encontraban socialistas, hubieran o no participado en la huelga general. Entre los detenidos estuvo incluso Manuel Azaña, en Barcelona, enemigo del movimiento. Lerroux intentó complicarle en el proceso ideado contra Luis Companys, fracasando en sus planes represivos. Luis de Sirval, redactor de *La Libertad*, diario madrileño, fue asesinado en Oviedo por fuerzas mandadas desde Marruecos. Un legionario extranjero fue condenado a seis meses, que no cumpliría, como autor de tan horrible crimen. La protesta contra la detención de Azaña en Barcelona, a pesar de ser diputado a Cortes, sin haber intervenido en la huelga general ni ser partidario de ella, levantó clamor unánime. Lerroux tuvo que ponerle en libertad, a requerimiento de los tribunales.

Jiménez de Asúa fue defensor de Largo Caballero en el proceso instruido contra él. Como testigo de descargo, Asúa pidió declarase Besteiro, y el juez instructor, imprudentemente, se dirigió a él en los siguientes términos: “Usted, señor Besteiro, estaba en contra de la revolución de octubre, ¿verdad?”. Y Besteiro, según refirió Jiménez de Asúa, replicó: “Yo no he estado nunca contra ninguna revolución”. Largo Caballero salió libre de este proceso porque declaró ser ajeno a la organización de la huelga general de octubre. Aunque contra Besteiro, dentro del Partido Socialista, nunca hubo acusación de ninguna clase, en el folleto *Octubre*, [1743] redactado bajo pabellón de las Juventudes Socialistas, se lanzaron infamias contra él y contra Indalecio Prieto, que fue quien intervino en el alijo de armas del *Turquesa*, en las playas asturianas, con riesgo de su vida y de su honra, armas que fueron utilizadas durante la rebelión en Asturias, episodio relatado por Prieto en varias ocasiones. Trifón Gómez, Lucio Martínez y yo nos dirigimos por escrito, en términos cordiales, a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista para pedirle que respetara a Besteiro y a cuantos, dentro del Partido, no diesen lugar ni pretexto a ser injuriados públicamente en impresos amparados por las Juventudes Socialistas. No obtuvimos ni acuse de recibo. En 1934, Besteiro publicó un libro con el título *Problemas de Gobierno socialista*, con prólogo suyo, recogiendo actitudes de laboristas ingleses representativos de diversas tendencias. Manuel Cordero dio a luz un libro titulado *Los socialistas y la revolución*, revisado prolijamente por Gómez Latorre. Cordero fue también incluido entre los anatemizados por reformista.

En mayo de 1934, sobre el movimiento que estalló en los barrios socialistas de Viena, elogiando al mismo tiempo al comunista Ehrenburg, Luis Araquistáin censuraba la escasa combatividad de los austriacos, y agregaba: “Necesitaban que se les recordase cómo los obreros saben batirse uno contra diez; cómo saben tomar por asalto las posiciones enemigas, morir como murió la Comuna y vencer como venció Moscú”. ¡Qué falso era todo eso! La Comuna murió vencida, como los socialistas de Viena, luchando, y Moscú no venció, traicionó la voluntad nacional, donde unas elecciones generales habían designado una mayoría socialista, pero no comunista. “Al punto a que han llegado las cosas es de temer –acaso de desear– que no se pueda

evitar la guerra civil. Sólo así tal vez se purificará la cargada atmósfera”, escribió Araquistain en el verano de 1934; los falangistas le hicieron caso. “Los [1744] socialistas italianos pudieron tomar por la fuerza el Estado con menos dificultad que después lo tomaron los fascistas, y no lo hicieron. Ese fue su grave yerro histórico: su indecisión y no su rigidez. La clase obrera estaba preparada, pero los líderes no lo estaban. No conviene olvidar la historia”, de Luis Araquistain, junio de 1934. La clase obrera italiana estaba preparada, y el ejército, la fuerza armada, los patronos y la Iglesia, ¿no? ¡Qué obsesión tenía Araquistain contra los líderes de 1934! Pero años después ya no la tenía. Veamos otro texto suyo: “Sólo modernizando España, desarrollando sus riquezas naturales y distribuyéndolas justamente, en una palabra, civilizándola, suscitando en todos los españoles el gusto por las artes de la paz, en vez del ejercicio perpetuo de la guerra, y sometiendo todos de grado a la ley, en vez del ejercicio permanente de la violencia como medio de alcanzar y conservar el Gobierno, será posible resolver ese grave problema. Ello importa no sólo a los españoles, sino también a todos los europeos y americanos. En la independencia económica y política del mundo, cada día mayor, es indivisible la paz; pero también lo es la civilización, el imperio de la sociedad civil [1745] sobre la militar; también lo es la democracia, el imperio del consenso general y pacífico sobre la imposición arbitraria de una minoría”. Final del libro *El pensamiento español contemporáneo*, de Luis Araquistain, que no contiene nada que recuerde al *Leviatán* de 1934.

“En el tren, Azaña y don Francisco Largo Caballero entraron en amistosa discusión sobre lo que se veía venir, y Azaña hizo ver, o intentó hacerlo, al jefe socialista los peligros que su actitud rebelde implicaban para la República. El señor Largo Caballero se mantuvo en sus trece y al fin, a corto de argumentos, exclamó sobre poco más o menos: ‘Pues tiene que ser, y déjeme que le diga, don Manuel, que yo comprometo bastante mi prestigio con sólo seguir hablando tanto con usted’. Ya para el revolucionario don Francisco venía a ser peligrosa ante las masas la compañía de un mero burgués como don Manuel. Con aquel sarcasmo que le inspiraba su hipersensibilidad, contestó Azaña: ‘Bueno, don Francisco, usted va a necesitar de aquí en adelante todo el prestigio que tiene y yo no quiero comprometérselo más’. Dijo y dio punto final a la conversación”.- Salvador de Madariaga, de su libro *España*.

“Quede bien sentado que el movimiento de octubre no era un acto para cambiar parcialmente aspectos del régimen actual. No. Era mucho más profundo. Iba dirigido a hacer una revolución social en España. Tenía un programa, el del Partido Socialista, que es la socialización de los medios de producción y de cambio. Esa ideología es la que presidía el movimiento de octubre”.- Largo Caballero, en Oviedo, el 14 de octubre de 1936, y *Avance*, diario socialista de Oviedo, el 14 de junio de 1936: “El proletariado español se alzó en armas en octubre de 1934 para derribar, en unión de sus hermanos de clase de toda España, el Gobierno capitalista y sustituirle por el poder de los trabajadores; no para sustituir un Gobierno republicano por otro Gobierno republicano. Quien diga lo contrario no dice la verdad, ya por confusión que él padezca, ya porque quiera sembrarla”.

[1746] Digamos por nuestra cuenta: mejor propaganda para los franquistas que se sublevaron poco después no era posible hacerla. Esto aparte, el movimiento del 34 no fue seguido por los obreros de toda España. No triunfó ni en Madrid, donde Largo Caballero residía y tuvo a su disposición toda suerte de apoyos dentro del movimiento obrero, sin excepción

alguna. Es que esa bandera no se la dio nunca públicamente el propio Largo Caballero al movimiento de octubre.

Entre otros, fallecieron en 1934: Francisco Sanchís, fundador del socialismo valenciano, diputado a Cortes. En los alrededores de Oviedo fue asesinado por las tropas del general López Ochoa el concejal socialista en la capital asturiana Bonifacio Martín. En Madrid se extinguió Vicente Vera, fundador de la Agrupación Socialista, en la que no perduró. Manuel Andrés, que había sido director general de Seguridad con Azaña, fue asesinado por grupos falangistas en San Sebastián. Jaime Carner, ministro de Hacienda durante la República. Joaquín Ruiz Jiménez, político liberal. Santiago Ramón y Cajal, académico de prestigio internacional, premio Nobel de Medicina. Leopoldo Cano y Masas, autor dramático y académico. Cecilio Pla, pintor. En Francia, Marie Curie, premio Nobel de Medicina; Raymond Poincaré, ex presidente de la República. El rey Alejandro I de Yugoslavia y el presidente de la República francesa J.L. Barthou fueron asesinados por un terrorista croata en Marsella. En Viena grupos hitlerianos asesinaron al canciller austriaco Dollfuss.

[1747] “Para los proletarios, educados en la doctrina marxista, el Socialismo dejó de ser algo que pudiera realizarse inmediatamente y en todas las circunstancias. Aun en el caso de que se adueñaran del Poder político, sólo debían implantar aquella parte del Socialismo que hiciesen posible las circunstancias. Según esta concepción, la implantación del Socialismo ya no podía ser obra de un golpe de mano, sino resultado de un largo proceso histórico. Al mismo tiempo se les advertía a los socialistas que en cada momento sólo acometiesen aquellas tareas que fuesen realizables, dadas las fuerzas en lucha y las condiciones materiales existentes. Y procediendo adecuadamente se evitaba así que los socialistas fracasasen en sus empresas o que cayesen en situaciones desesperadas que les obligasen a ejercer un terrorismo sangriento. Y en efecto, desde que el marxismo domina el movimiento proletario, éste no ha sufrido hasta la guerra europea ninguna gran derrota, y la idea, de imponerse por el régimen del terror había desaparecido enteramente de sus filas”.- Carlos Kautsky, de *Terrorismo y comunismo*.

“El movimiento huelguista revolucionario de octubre de 1934 fue obra de un grupo de extremistas (no de un partido, sino de un sector de un partido), el cual, aprovechando con habilidad las circunstancias, logró colocar al país ante los hechos consumados”.- Francisco Ayala, de su libro *La preocupación de España*.

“No; lo importante es la memoria de los errores, que nos permite no cometer los mismos errores siempre”.- Ortega y Gasset.

“Para terminar con la amenaza, para llegar a eso, hace falta que se purifiquen todos los mandos del ejército e ir a una organización tal que, si es preciso, para garantía de la República, los generales pasen a ser cabos, y los cabos, generales”.- Largo Caballero, 1º de octubre de 1933, Cine Europa, Madrid.

[1748] “Abolimos el régimen monárquico y ahora vamos a abolir el régimen de propiedad privada. No será un general quien mate a la República por un pronunciamiento, porque se puede confiar en que el ciclo de las cuarteladas ha terminado en la revuelta de agosto de 1932. Hay realidades históricas que no pueden escamotearse, por mucho interés que tengamos en negarlas. Una de ellas es el fracaso del parlamentarismo y de la democracia burguesa. Yo no abrigo

prejuicios en este problema; impasiblemente vería caer uno a uno todos los representantes de una sociedad aposentada en el crimen y en la injusticia organizada”.- Antonio Ramos Oliveira, en *El Socialista*, 1934. La verdad es que la Dirección de Seguridad no necesitaba confidentes para saber lo que podría suceder en España: le bastaba leer a ciertos socialistas.

“La insurrección es un arte de igual modo que el de la guerra o cualquier otro y, como tal, sometido a ciertas reglas, que, si son infringidas, conducen al partido que las infringe al descalabro. La primera es no jugar nunca con la insurrección antes de estar completamente preparados para afrontar las consecuencias de la acción”.- Federico Engels, 1852.

“Las relaciones entre Caballero y yo se habían enfriado a consecuencia de la discrepancia fundamental respecto al alcance, finalidad y proporciones que se debía dar al alzamiento huelguístico de 1934. Estas discrepancias surgieron antes de que la huelga estallara. Me refiero al movimiento revolucionario de 1934. Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado no como gloria. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de aquel movimiento, pero la tengo plena en su preparación y desarrollo. Por mandato de la minoría parlamentaria socialista hube yo de anunciar sin rebozo desde mi escaño del Parlamento, y acepté misiones que otros rehuyeron porque tras ellas asomaba no sólo el riesgo de perder la libertad, sino el más doloroso, de perder la honra. Sin embargo, las [1749] asumí. Cuando el movimiento del 34 fracasó y yo hube de refugiarme por tercera vez en la expatriación, me juré en secreto no ayudar jamás a nada que, según mi criterio, constituyera una vesanía o una insensatez.- Indalecio Prieto, de su libro *Discursos en América*.

Se eclipsa Lerroux y resurge Azaña

Los primeros meses del año 1935 estuvieron dedicados a liquidar los graves problemas surgidos alrededor de la huelga general de octubre del 34. Lerroux en el Poder, con el apoyo de la CEDA, se ensañó en la represión, pero detrás estaba Alcalá-Zamora, que se había opuesto a la entrada en el Gobierno de los amigos de Gil Robles, y especialmente de este último, contemporizando con unos y con otros, haciéndose ilusiones. Llenar las prisiones no era problema; cuando surgía éste era al tener que aplicar penas de muerte. Besteiro hizo gestiones para salvar la vida de González Peña y de Teodomiro Menéndez, y como consecuencia natural, si la pena de muerte no se aplicaba a quienes aparecían como responsables políticos de los sucesos desarrollados en Asturias, donde tuvieron mayor gravedad, era indiscutible que el Gobierno estaba imposibilitado de fusilar a quienes no tenían responsabilidades tan notorias como los diputados socialistas asturianos, que al fin fueron indultados, y con ellos dieciocho más condenados a la misma pena, transformada en reclusión perpetua. El Gobierno se dividió, y Lerroux reorganizó su equipo dejando marchar a cuatro ministros amigos de Gil Robles y a otro perteneciente al grupo de Melquíades Álvarez, cuyo nombre político estaba comprometiéndose cada día más con las extremas derechas, olvidándose de su historia, por resquemores personales contra Azaña, al que había tenido en su partido durante años. En abril se verificó la unificación de las Juventudes Socialistas, la ursificación, como recordó Araquistain cuando estaba de vuelta. El 26 de ese mes, Azaña reunió multitud en Valencia, que le aclamó briosamente. El 28, Besteiro leyó su discurso de ingreso en la Academia de [1750] Ciencias Morales y Políticas, al que dio

amistosa réplica Alcalá-Zamora, presidente de la República.

Acuerdo anglofrancoitaliano garantizando la independencia de Austria, que no impidió el asalto de este país por las tropas hitlerianas. Por fin, Gil Robles entró en el Gobierno, impuesto por Lerroux, para sostenerse en precario como presidente del Consejo de Ministros. El 6 de abril de 1935 volvieron los que antes hicieron aspavientos por los indultos concedidos por Alcalá-Zamora. El 23 de septiembre Lerroux se vio sustituido por Chapaprieta, antiguo ministro monárquico, afiliado al grupo de Alba. Pío Baroja leyó su discurso de ingreso en la Academia Española el 12 de mayo, escurriéndose como una anguila. El 15 de julio comenzó a publicarse en Madrid *Democracia*, semanario socialista dirigido por mí; subdirector, José Castro, y administrador Mariano Rojo. Desapareció el 6 de diciembre, cumpliendo acuerdos del Comité Nacional del Partido, que no respetaron *Claridad*, órgano de Largo Caballero, ni las Juventudes Socialistas. La división seguía, como se ve claramente, a cargo de un sector que aspiraba a imponer la dictadura en el seno de la organización sindical y socialista. Surge en Cataluña el POUM, trotskista. El 12 de octubre, entierro civil de la segunda esposa de Largo Caballero, a quien el Gobierno permitió salir de la prisión el tiempo necesario para despedirse de su compañera, en cuyo entierro estuve. En octubre se acentuó el descrédito de Lerroux y su grupo. Salazar Alonso, presidente de la Gestora municipal, fue relevado de ese cargo, como consecuencia del debate político surgido en el Congreso acerca de un negocio de Lerroux, durante el periodo más represivo. El 30 de octubre, a su vez, Lerroux se hundió, comprometido en las denuncias sobre el estraperlo, en cuyo sucio negocio aparecieron complicados varios lerrouxistas que, de hecho, liquidaron ese partido político.

A medida que Lerroux desaparecía políticamente, Manuel Azaña, que había sido encarcelado arbitrariamente por él en Barcelona, ganaba irresistiblemente al pueblo español, concentrado, el 20 de octubre, en el extenso campo de Comillas, alrededores de Madrid, en donde le oyeron miles de ciudadanos de España entera. Por entonces, también se reúne el Comité Nacional del Partido Socialista, donde Largo Caballero queda en minoría y dimite de su cargo, nueva dimisión, ahora contra los amigos de Indalecio Prieto, emigrado en París. La reunión se efectuó el 18 de diciembre de 1935 y el resultado de la votación fue el siguiente: absteneridos, Lamonedá y Remigio Cabello. Con Largo Caballero: Vidarte, Anastasio de Gracia, Vidiella y Fominaya. En contra: Carretero, Azorín, Vázquez, Suárez, Botana, Molina, García y Cordero. Alrededor de estas últimas firmas figuraba la inmensa mayoría del Partido Socialista. Largo Caballero, sin poderse contener, hizo pública una nota en la que amenazaba con nuevas luchas violentas que se creía llamado a desarrollar.

En noviembre Largo Caballero efectúa la unificación de la UGT con la Confederación Unitaria creada por los comunistas, que no tenía vida ni habría interesado a los trabajadores españoles. El 18 de noviembre se vio el proceso contra él por los sucesos de octubre, defendiéndole Jiménez de Asúa. Como no se hizo responsable de nada, salió absuelto. En diciembre reapareció *El Socialista*, suspendido gubernativamente desde los sucesos de octubre. Era jefe del Gobierno Portela Valladares, en quien esperaba Alcalá-Zamora encontrar un salvador del régimen. ¡Cómo se equivocó una vez más! El 7 de diciembre, en Gijón, Julián Besteiro dio la primera conferencia política en Asturias después de los trágicos sucesos desarrollados en aquella región. Besteiro escogió el lugar a sabiendas del riesgo que corría, como otras veces. Tema,

"Política y filosofía". Hubo público para llenar dos teatros. Besteiro fue aclamado. Largo Caballero, entretanto, no se rinde. Candidatura triunfante en la Agrupación Socialista Madrileña, que en realidad era un desafío al [1752] Comité Nacional del Partido: presidente, Largo Caballero; vicepresidente, Álvarez del Vayo; secretarios, Enrique de Francisco, Wenceslao Carrillo y Pascual Tomás; vocales, Araquistain, Díaz Alor, Rodolfo Llopis, Egido, Zabalza y Carlos Hernández. *Claridad*, número dedicado al aniversario de Pablo Iglesias, en diciembre de 1935: "Parece mentira que haya socialistas que se asusten del concepto bolchevización", defendiendo la dictadura del proletariado. Haciendo coro, en ese mismo número, Araquistain en un artículo titulado "Pablo Iglesias y la dictadura del proletariado", escribía: "Iglesias fue partidario siempre del Socialismo revolucionario o marxista, y, por consiguiente, de la dictadura en cuestión, como medio imprescindible de gobierno una vez conquistado el Poder revolucionariamente". Cuando estaban más exacerbadas las luchas de tendencia en Madrid, hubo quien recopiló textos de Pablo Iglesias de la época más dura contra el republicanismo, editando un libro con el título *Reformismo social y lucha de clases*. En esa faena desleal a la historia inmaculada de Iglesias intervino su hijastro, Juan Almela Meliá, pero los gastos de la edición fueron cosa de Araquistain y de quienes con él actuaban entonces, derramando dinero cuyo origen era fácil suponer. La edición fue un fracaso. Romero Solano, diputado socialista por Cáceres, en un libro suyo publicado en México, explica y condena el proceso de la unificación de las Juventudes Socialistas, afirmando fue obra de Largo Caballero. Tiene valor ese juicio porque el autor figuró entonces en el sector caballerista. En febrero de 1935, José Antonio estuvo en Salamanca, donde habló, y desde un palco le escuchó ostensiblemente Unamuno, quien se sentó a su lado en una comida celebrada en esa capital por los falangistas, en la que estuvo Arenillas, el cual da detalles en un libro y explica cómo él se aisló de ese grupo al darse cuenta de que no trabajaban por la monarquía. Por entonces se separó Ledesma de Falange y José Antonio fue proclamado jefe único. Aliseda, al comprobar que Falange no era oficialmente católica ni monárquica se separó también.

[1753] Hidalgo, ministro de la Guerra con Lerroux, estuvo en Rusia. Entre los infinitos que firmaron en favor de Azaña al ser perseguido, vi la firma de Eusebio de Gorbea, que en 1911 fue defensor mío en un Consejo de Guerra. Le escogí al azar y no mantuve correspondencia con él; pero después le vi figurar en algún cargo durante la República y hasta leí que estuvo perseguido por Franco y preso cuando fue encarcelado Besteiro, ignorando si salvó la vida, como deseo, por gratitud.

El 3 de mayo de 1935 falleció Facundo Perezagua, agitador vasco. Se formó en Madrid, al lado de Pablo Iglesias; organizó a los metalúrgicos, interviniendo en una huelga que le costó perder su puesto de trabajo. Iglesias le aconsejó se trasladara a Bilbao, y lo hizo así el 20 de abril de 1885. Fue creador de cuantas organizaciones hubo en Vizcaya. Concejil socialista desde el primer momento, para subsistir abrió una taberna, convertida en Centro Socialista; he estado en ella y conocido a Perezagua. Tan pronto como Indalecio Prieto, contra su deseo, comenzó a figurar, se sintió disminuido sin razón alguna. Intervino Pablo Iglesias en un expediente promovido por la Agrupación Socialista de Bilbao, para dirimir diferencias entre Prieto y Perezagua, y a pesar de ser amigo fraternal de éste, en cuya casa se hospedaba cuando iba a Vizcaya, le dio la razón a Prieto, lo que le molestó de tal modo que desde entonces no hubo tranquilidad entre los socialistas bilbaínos. Al surgir la escisión, en 1921, Perezagua se hizo comunista sin serlo. En

realidad, murió siendo lo que fue toda su vida: un luchador con pretensiones autoritarias. Pedro Rubio, socialista de Badajoz, fue asesinado en mayo de 1935 por un falangista; su entierro fue una manifestación de protesta. En la sierra madrileña de Navacerrada falleció Manuel B. Cossío alma de la Institución Libre de Enseñanza con Giner de los Ríos. Al final de su vida, diputado a Cortes republicano por Madrid, sin que llegara a prometer el cargo. Venerado por sus alumnos, Besteiro entre ellos, fue el primer Ciudadano de Honor de la República. Reposa en el Cementerio civil de Madrid desde el 4 de noviembre de aquel año. El médico cubano Enrique Lluria, residente en España la mayor parte de su vida, falleció en Matanzas (Cuba). Estuvo casado en segundas nupcias con María Vinyals, marquesa de Ayerbe, afiliada como él al Partido Socialista en Madrid. Igualmente lo estuvo José M. Viérgol, director por breve temporada de *El Liberal* de Bilbao, y redactor durante años de *El Liberal* de Madrid, autor de zarzuelas muy aplaudidas y colaborador de *Acción Socialista*, revista dirigida por mí, hasta que se ausentó de España, procesado por un trabajo suyo publicado en esa revista, que cayó en la Ley de Jurisdicciones; dejó de existir en Buenos Aires en junio de 1935. El 1º de abril falleció Ricardo Villa, director de la Banda Municipal de Madrid. A pesar de estar suspendidos gubernativamente Pedro Rico, alcalde, y los concejales republicanos y socialistas, acudimos al entierro, presidiéndole. En enero, en Madrid, murió José Sánchez Guerra, que había sido jefe del partido conservador y presidente del Consejo de ministros. En la capital falleció Luis Bello, periodista, republicano al final de su vida; Emilio Sánchez Pastor, escritor, y Manuel Tovar, caricaturista. En Oviedo, Aniceto Sela, profesor de la Universidad de esa ciudad y anteriormente de la Institución Libre de Enseñanza, En Palma de Mallorca, P. Renaudel, muy adicto a Jaurès, separado al final de su vida del Partido presidido por Blum. En París, J. Allemane, tipógrafo, cuya historia política abarca más de medio siglo; formó parte de la Comuna, fue deportado, elegido diputado socialista, ocupando puestos de responsabilidad de todo tipo; Henri Barbusse, escritor, autor de *El Fuego*, libro de celebridad universal. En Londres, el laborista H. Henderson, premio Nobel de la Paz. Otro socialista, escritor, Otto Bauer, falleció en París, huyendo del fascismo austriaco; también en la capital francesa falleció Alfredo Dreyfus, cuya dramática odisea conmovió al mundo [1755] al final del siglo pasado.

“Quien no ve sino la técnica y no los hombres, cree fácilmente que el capitalismo sólo se caracteriza por las máquinas y que el empleo de éstas crea las condiciones del Socialismo. Pero Marx sabía que son los hombres quienes representan el factor decisivo para la sociedad, y que los instrumentos técnicos únicamente llegan a ser decisivos en la medida en que influyen en el comportamiento de los hombres. No es de las máquinas de la gran industria capitalista, sino de los proletarios, de donde Marx se prometía el Socialismo, y ni siquiera de todos los proletarios, sino de aquellos que viven y actúan en determinadas condiciones. Marx estimaba que la realización del Socialismo únicamente podría ser obra de la propia clase obrera. Sólo creía posible esta realización en el lugar y en el momento en que la clase obrera hubiera alcanzado la fuerza y la educación necesarias. Según él, la condición para alcanzarlas consistía, por un lado, en un desarrollo económico avanzado y, por otro, en una gran libertad, es decir, en una rigurosa ascensión económica del movimiento obrero”.- Carlos Kautsky. 1935.

“No hay socialista en el mundo que no haya retenido y grabado en su corazón las palabras de Matteotti en la vigilia de su martirio: ‘La libertad es como el aire y la luz: hay que estar privado

de las mismas para saber que no se puede vivir sin ellas'. -Emilio Vandervelde.



[1156] *Azaña contra Alcalá-Zamora*

Se iba acentuando la descomposición de los grupos republicanos al comenzar el año 1936, bajo la presidencia de un Gobierno Portela, sin tradición republicana ni un partido tras él. ¿Cómo pudo pensar Alcalá-Zamora que Portela podría sacarle de los atascos en que estaba metida España? El 15 de enero surgía el Frente Popular, tan ansiado por Largo Caballero, mansamente soportado por Azaña y sus amigos. El 21 de enero la situación era tal que Ossorio y Gallardo, que no era oficialmente republicano, como no lo fue Unamuno, que coqueteaba con José Antonio, redactó un manifiesto al país con estos dos, suscritos, además, por Azorín, Teófilo Hernando, Bastos, Río Ortega y Pittaluga; pero no quisieron suscribirlo Marañón, Ortega y Gasset, Eduardo Marquina y Américo Castro por juzgarlo demasiado alarmista, en vista de lo cual Ossorio no insistió. Por desgracia, no estaba equivocado. El 6 de febrero las derechas francesas, envalentonadas, intentaban asaltar el Parlamento. Hay huelga general y surge el Frente Popular, como en España, con los comunistas, socavando así el prestigio del Partido Socialista. Por el momento, Blum es aclamado. El Parlamento vota leyes de seguros sociales y convenios colectivos, pero no se refuerzan esas medidas: el Senado desplaza a Blum y las conquistas quedan aprobadas, pero empiezan a palidecer. El 13 de febrero Blum es objeto de un atentado, siendo herido. En España hay ambiente subido de color en la propaganda electoral. Los dos bandos se amenazan. Gil Robles imita a Largo Caballero y éste imita a Gil Robles. Ambos preparan la hecatombe nacional. *El Socialista* colabora inconscientemente: “Idéntica importancia que para las derechas, van a tener las elecciones para nosotros; cabe, pues, que nosotros digamos: 1936 año revolucionario. Victoriosas las izquierdas, nada se opondrá a que el año 1936 sirva para dar comienzo a la revolución, que no llegó a producirse al desmoronarse el régimen monárquico y amanecer el republicano”.

[1757] Se lo estaban poniendo en bandeja a Franco, por inconsciencia. Hubo elecciones el 16 de febrero, y Portela, alarmado ante el resultado, coaccionado por las derechas con intervención de algunos militares de orientación falangista, no espera a que se cumplan los plazos legales, dejando el Poder en medio de la calle, y volvió Azaña, impuesto contra la voluntad de Alcalá-Zamora. He aquí los datos de las elecciones en Madrid, últimas de la República: Julián Besteiro, 224.540 votos; Diego Martínez Barrio, 224.337; Manuel Azaña, 223.826; Leandro Pérez Urría, 222.642; Luis Jiménez de Asúa, 222.629; Enrique Ramos, 222.600; Antonio Velao, 222.528; Luis Araquistain, 221.247; Enrique de Francisco 221.129; Carlos Hernández, 220.893; Julio Álvarez del Vayo, 220.838; Francisco Largo Caballero, 220.310, y José Díaz, 220.195. Las minorías llegaron a 186.422. El primer lugar fue para Besteiro, que fue el candidato que obtuvo mayor votación en España, pero el resultado obtenido por las derechas fue francamente amenazador. Cabe pensar que la candidatura del Frente Popular, sin Besteiro, sólo habría obtenido las minorías, y Largo Caballero, por consiguiente, no habría conseguido acta. Hubo mayoría gubernamental, pero no muy clara, quedando derrotados los lerrouxistas con sólo seis actas en toda España. Los comunistas se apuntaron dieciséis puestos, regalados por el Frente Popular gracias a Largo Caballero.

En esas elecciones, como no intervino la CNT, fue admitido el partido creado por Ángel Pestaña con el apelativo de Sindicalista, consiguiendo dos actas, una para él y otra para un colaborador suyo. El 5 de abril, Martínez Barrio fue elegido presidente de la Cámara. Nadie se atrevió a proponer a Besteiro, quien, disciplinadamente, votó al candidato del Frente Popular. ¡Qué lamentable faena para quienes la concibieron por odio personal! Seguidamente, Azaña pronunció el discurso de presentación del Gobierno, en el que hubo la siguiente advertencia un tanto amenazadora: “El Gobierno llevará a la práctica el programa que [1758] ha dado la victoria ante las urnas al Frente Popular, sin quitarle punto ni coma, pero también sin añadirle absolutamente nada más”. La advertencia no iba dirigida a las oposiciones, sino a la mayoría que le sostenía en las Cortes. El día 7 de abril hubo un debate de resonancia internacional: por 181 votos contra 88 fue tomada en consideración una proposición que implicaba la destitución de Alcalá-Zamora como presidente de la República, ratificada después con un discurso a cargo de Indalecio Prieto, por 238 contra 5 de Portela y sus amigos, absteniéndose 196 diputados; esto es, con una mayoría de 37 votos, muy escasa para una resolución llamada a tener tantas consecuencias, ya que no hay duda del efecto deplorable que habría de producir y produjo en las cancillerías europeas. Romanones, terminada la votación, le dijo a Prieto: “Lo que acaba de ocurrir sólo podía conseguirlo usted. Espero hallarle aquí, cuando, muy pronto, con otro discurso, derribe usted al nuevo presidente”. Sin duda, Prieto, recordando este diálogo con Romanones, tuvo la sinceridad, años después, de acusarse de ese grave error, emparejado con el de haber impuesto la candidatura de Alcalá-Zamora, dentro de la minoría socialista, para regir la República. Entretanto, los comunistas no perdían el tiempo. He aquí una muestra: “Como nos decía Manuïlski, el viejo bolchevique, en la conversación que la delegación de las Juventudes sostuvimos con él y con Dimitrof, en Moscú, lo importante ahora para el movimiento de unidad y para el curso de la revolución española es que la tendencia que encarna Largo Caballero triunfe en el Partido Socialista. Si no se produjera ese triunfo, la unidad y el porvenir mismo de la revolución quedarían comprometidos. La Federación de Juventudes juega en toda esta batalla un papel, y la unidad se hace sobre la base de ella, mientras el Congreso nacional no se celebre, para no entorpecer el desarrollo de nuestras actividades en estos momentos definitivos”. (Publicado por Santiago Carrillo en *Claridad* el 9 de abril de 1936). La unificación de las Juventudes se hizo el 1º de abril, engañando a buen número de [1759] jóvenes socialistas, mientras otros siguieron firmes en ese ideal. En relación con este viaje de Carrillo y otros jóvenes a Rusia, Luis Araquistain, años después, en *El comunismo y la guerra de España*, escribió lo que sigue: “Esta labor de unificación, es decir, absorción del proletariado socialista por el comunismo, comenzó por las Juventudes. Había que unificar —un humorista decía ursificar— a las Juventudes socialistas y comunistas. Las operaciones preparatorias se hicieron en el domicilio de Álvarez del Vayo. Yo vivía en Madrid, en un piso encima del suyo, y fui testigo de las visitas diarias que le hacían los jóvenes dirigentes socialistas para entrevistarse allí, en su casa, con el agente del Komintern entonces destacado en España, un tal Codovila, que usaba el nombre falso de Medina, y que hablaba el español con fuerte acento sudamericano. Allí recibieron los jóvenes socialistas las primeras lecciones de catequesis comunista: ALLÍ SE ORGANIZO UN VIAJE A LA MECA MOSCOVITA; allí se pactó la entrega de la Juventud Socialista, la nueva generación obrera de España, al comunismo. Esto era EN LOS PRIMEROS MESES DE 1936”. La veracidad de esa referencia no puede ser puesta en duda, porque Luis Araquistain era cuñado de Álvarez del Vayo

y vivía en la misma casa, como él refiere, aunque en piso distinto, pero entonces estaban identificados ambos con Largo Caballero. En este caso, como en todos, procuro recoger datos seguros, comprobados por los hechos. El 10 de mayo fue designado Manuel Azaña presidente de la República. Tan pronto tomó posesión, encargó a Prieto formara Gobierno. Examinado el problema por la minoría socialista parlamentaria, sólo obtuvo 19 votos, en tanto que la fracción de Largo Caballero alcanzó 49. Aunque éste derrotó a Indalecio Prieto, como la minoría estaba formada por 90 diputados, el resultado tampoco fue brillante para los caballeristas. Por otra parte, digamos que Azaña no tenía interés en que Prieto formase Gobierno. Su pretensión era clara y no la ocultó: quería gobernar con republicanos amigos suyos, del tipo de Casares Quiroga, jefe del Gobierno que él escogió, fracasado [1760] trágicamente dos meses después.

En los primeros meses de 1936 se reunió en Londres el VIII Congreso de la Internacional Sindical. Largo Caballero era secretario de la Unión General de Trabajadores y formó una delegación identificada con él. Veamos lo que dice Amaro del Rosal en su libro *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*: “Entre los delegados figuraban Ramón González Peña, Julio Álvarez del Vayo, Wenceslao Carrillo, Carlos Hernández, Amaro del Rosal, Delage, Martínez Cartón y Claudina García. La intervención de la delegación española, expresada por Largo Caballero con la autoridad que le daba el haber sido el dirigente de octubre y su posición UNITARIA, tuvo una repercusión positiva en el Congreso, atacando las debilidades de la Federación Sindical Internacional y sus posiciones antiunitarias. Los Citrine y Schevenels salieron malparados con su intervención. España defendió abiertamente la afiliación de los sindicatos soviéticos y la política de unidad sindical”. Si lo que escribió Amaro del Rosal es verdad, y desgraciadamente lo es, Largo Caballero dijo en Londres todo lo contrario de lo que durante muchos años había dicho y hecho en España y en todos los Congresos internacionales, y lo dice, además, sin haberlo acordado así un Congreso de la Unión General de Trabajadores, a la que representaba. El 19 de abril, el general Mola acepta dirigir el movimiento contra el régimen republicano. El 1º de mayo hubo un mitin electoral en Cuenca, donde Prieto pronunció un discurso histórico, reproducido y comentado extensamente, por las consecuencias que tuvo. El 3, dos días después, hubo elecciones para diputados a Cortes en esa provincia, en donde estuvieron anunciados, como candidatos, entre otros, el general Franco y José Antonio Primo de Rivera. La clarividencia de Prieto irritó violentamente a *Claridad* –huyo hasta donde puedo de personalizar las cuestiones–, que llegó a injuriar al diputado por Bilbao: “En el fondo de toda esta maniobra no se ve más que este objetivo: colaboración ministerial a todo trance,[1761] con todas sus consecuencias, incluso las más trágicas, la escisión, si fuera menester, y la batalla al Partido Socialista, si no hubiera otro remedio. No a humo de pajas hemos recordado alguna vez, en vísperas de la elección presidencial, a Noske”. Texto de *Claridad*, 26 de mayo de 1936, semanas antes de que estallara la sublevación franquista. ¿Qué hacían los anarquistas en estos momentos? El 13 de mayo la Confederación reunió un Congreso en Zaragoza, donde recordó que no había secundado el movimiento lanzado por Largo Caballero en noviembre. Poco después, en un mitin en Madrid, los anarquistas se produjeron en términos tan violentos, que el Gobierno, sin socialistas, los redujo a prisión y clausuró sus locales; pero lo hizo con tan poca fortuna que tuvo que abrirlos y poner en libertad a los encarcelados... porque estallaba el movimiento fascista. Ya lo hemos dicho más de una vez: a Franco se lo estaban poniendo en bandeja. Pero retrocedamos aún unas semanas. En Egea, provincia de Zaragoza, hubo un mitin con intervención de Albar, Castillo y

González Peña, prietistas, interrumpido por los caballeristas violentamente, y en Ecija, provincia de Sevilla, hubo otro en mayo con intervención de Prieto, González Peña y Belarmino Tomás, entre otros, presidido por el diputado sevillano Manuel Barrio, poco después asesinado por los franquistas de la capital andaluza. “Fui a dicho acto –me escribió un veterano para informarme de lo sucedido– en representación de la Agrupación Socialista fundada por mí, como secretario; pero empezaron por negar tal representación. Como lo interesante para mí era oír a los que iban a intervenir, me allané, por el momento. Apenas hizo la presidencia un breve discurso de presentación de los oradores, las Juventudes unificadas empezaron a gritar ‘viva Largo Caballero y mueran los traidores’, que hacían imposible oír al orador, y por si esto fuera poco, cortaron los hilos de los altavoces y se oyeron varios disparos, hiriendo a un hombre que se hallaba próximo a la tribuna donde estaba Prieto, contra quien iba dirigido [1762] el golpe. Los carrillistas continuaron alborotando de tal modo, que la Guardia Civil tuvo que intervenir y suspender el acto”. El 23 de mayo Besteiro pronunció un discurso en la Sociedad *El Sitio*, de Bilbao, con el título “El rumbo de la República”. Obtuvo un gran éxito y ha sido reproducido en distintas ocasiones. El 19 de junio, un mes antes de estallar la guerra civil, en un trabajo suyo publicado en *El Liberal*, de Bilbao, Indalecio Prieto insertó este episodio: “En muy reciente sesión, Jiménez de Asúa defendía la conveniencia de que se destinase un presidio *ad hoc* para los penados políticos. Sí –exclamé yo por lo bajo–, que nos lo preparen con todo confort, por si no tenemos la fortuna de atravesar la frontera. Que el porvenir nos depare de nuevo la expatriación o el presidio, nos estará bien merecido. Por insensatos”. El 8 de julio de 1936 en Santander, se embarcó Alcalá-Zamora con rumbo a la emigración. ¿Conoció a tiempo la fecha de la sublevación? Es muy posible. El 11 de julio salió de Inglaterra para Canarias el avión que utilizó Franco. Como la muerte de Calvo Sotelo fue días después, las fechas demuestran que este crimen político no pudo influir en la iniciación del movimiento que Sanjurjo quiso se efectuara antes de las elecciones, por descontar un triunfo de las izquierdas. Sanjurjo pereció por accidente de aviación cuando salió de Lisboa para dirigir la sublevación militar.

Estalla la sublevación

He dejado de ser diputado en febrero, al elegirse nuevo Parlamento. Por decisión de la Agrupación Socialista conservo la primera tenencia de alcaldía del Ayuntamiento de Madrid, sin sueldo ni gratificación de ninguna clase, con automóvil que utilizo para desarrollar mi labor en el distrito de la Latina y aun en todo Madrid, dados mis cargos en el Ayuntamiento, pues soy presidente de la Junta Municipal de Primera Enseñanza, misión en la que durante años he desarrollado una gestión primordial para [1763] la infancia madrileña, y presido, además, la Comisión de Hacienda del Ayuntamiento. He de buscar un puesto de trabajo compatible con estas actividades. Cernadas, que ha sido miembro de la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores con Besteiro y conmigo, es gerente de la imprenta del *Heraldo de Madrid*. y me ofrece la plaza de corrector de pruebas de la edición de la tarde. Es mi oficio. Yo he sido corrector en otras imprentas y lo fui de nuevo en Ginebra. Volvería a ser tipógrafo si volviese a nacer. Me gusta el oficio y trabajaba con ilusión en aquellos talleres. Al final de la tarde del 18 de julio llega la noticia al diario donde trabajo de haber surgido un movimiento militar en África. En el acto voy a casa de Besteiro, para informarle, para cambiar impresiones. En realidad, lo predijo

en su primer discurso como presidente de las Cortes Constituyentes, cuando ministros y diputados se creían eternos en sus nuevos cargos, recordándoles la triste historia de la primera República. Ni él ni yo creímos que la República se salvara tampoco esta vez. Manuel Azaña, ya en la Presidencia, tampoco creía en la victoria. Llamó a Martínez Barrio y, de acuerdo con él, formaron un Gobierno cuya composición apareció en la *Gaceta*. A pesar de eso, tal Gobierno ni siquiera pudo reunirse: lo impidió el ambiente de las calles de Madrid, en poder de extremistas de diversos matices. Martínez Barrio, en su breve interinidad, mantuvo conferencias telefónicas con algunos generales, obteniendo respuestas ambiguas, pero Mola le quitó toda ilusión pacificadora, por lo que desistió de su plan y utilizó el barullo armado en Madrid para disponerse a huir de la capital de España tan pronto fuera posible, a pesar de ser presidente del Congreso de los Diputados. Sánchez Román, eminencia gris de la República, de acuerdo con Azaña, ideó un plan para concertar la paz con los rebeldes, pero todo ello fracasó rápidamente, y Azaña pidió a Giral formase Gobierno sin perder minuto, encargándose éste, además, de la cartera de Marina, y nombrando al general Joaquín Castelló ministro de la Guerra, y al general Pozas, ministro de Gobernación.

Veamos ahora las actividades de Prieto durante este trágico momento. Etapa del Gobierno Giral, primeros días de la guerra civil, según refiere Hugh Thomas en *La guerra civil española*: “Por su parte, Prieto, aun sin ser ministro, desplegaba una intensa actividad en un ministerio tras otro. El socialista italiano Pietro Nenni, que llegó a Madrid a primeros de agosto, describió a Prieto por esta época en mangas de camisa y convertido en el centro de una continua actividad: ‘No es nada; no es ministro; es diputado en unas Cortes en suspenso. Pero a la vez lo es todo; es el animador y coordinador de la acción del Gobierno’. Prieto conoció la noticia de la sublevación de Franco antes que el Gobierno. Vale la pena reproducir sus palabras: ‘Primero avisé confidencialmente al jefe del Gobierno, que no creía en ella. Notaba yo el enojo que le producían mis advertencias, pero me sentía obligado a soportarlo. Sólo las puse término una tarde, cuando, en el despacho de ministros del Congreso, el presidente del Consejo (Casares Quiroga), no pudiendo contener su enfado, me dijo con desabrimiento: ‘Deje de fastidiarme. Lo que usted se imagina es producto de la menopausia’. No volví a visitarle hasta el 17 de julio, iniciada ya en Marruecos la sublevación, en que fui a verle al ministerio de la Guerra para ponerme a su disposición. Entre muchos socialistas, mis anuncios, atribuidos a habilidad política en pro de una conjunción política indispensable, tuvieron eco de befa. Eran ‘cuentos de miedo’ que yo inventaba. Con el más significado de aquellos incrédulos de quienes hondas diferencias me separaban (alude claramente a Largo Caballero), procedí de igual manera que con el jefe del Gobierno; al requerirme para colaborar con él en una solución tardía, me puse a su disposición. Por eso, como el señor Azaña no creía en la sublevación, el Gobierno tampoco creyó en ella, y los sublevados pudieron lograr el éxito que en casos semejantes suele [1765] acompañar casi siempre a la sorpresa. Si en 1932 tuve suerte, no llegué a que también me acompañara en 1936, o mejor dicho, a que fuesen agraciadas por ella la República y España. Porque pudo lograrse tal frustración a no impedirlo un absurdo ofuscamiento. Si alguna duda hubiese tenido, se habría disipado cuando cierta persona se avistó con mi hijo para, a base de informes concretos y con origen irrecusable, aconsejar que mi familia y yo marchásemos al extranjero para quedar a salvo de todo peligro. Agradecí el consejo, pero no lo seguí. En cambio, se lo di a persona menos significada que yo, la cual traspasó a tiempo la frontera. Naranjo, a quien un motorista le había llevado el radiograma comunicando haberse

sublevado la guarnición de Melilla, iba a entregárselo al general Pozas, que aún no había llegado a su despacho oficial en el ministerio de la Guerra, pero antes quiso participármelo a mí. Era yo la tercera persona que conocía en Madrid el gravísimo suceso: la primera, el radiotelegrafista; la segunda, Naranjo; la tercera, yo... Hace cuatro lustros. Vergara ingresó como taquígrafo en la redacción de *El Liberal*, de Bilbao. El y su cuñado Luis de la Plaza, también excelente estenógrafo, copiaron las notas que por teléfono las dictaba yo desde Madrid anunciando la sublevación contra el régimen republicano. Opté por aquel sistema público de anunciarla para prevenir al pueblo, después de haber tropezado con la incredulidad del Gobierno, que llegó a considerar molestísimas impertinencias mis avisos confidenciales”.

Prieto relata después que había estado en Alicante explorando si podría ser evitada la sentencia de muerte contra José Antonio; los bombardeos que sufrió aquella capital exasperaron a la población, hubo invasión de la cárcel y Primo de Rivera fue ejecutado, como había decidido el tribunal, pero sin respetar los trámites legales. El Gobierno, ante el hecho consumado, ratificó la sentencia; pero Prieto había hecho en su viaje secretamente lo que estuvo a su alcance, avisado previamente por Antonio Cañizares, fallecido en México. “Evité —dice Prieto— que los [1766] hermanos José Antonio y Miguel, más la esposa de éste, fueran sacados con el pretexto de llevarlos a Cartagena, y matarlos en el camino”. Fusilado Primo de Rivera, encargó a Vergara se trasladase a Alicante, el cual estuvo en la cárcel conferenciando con Miguel Primo de Rivera, hermano del fusilado, sin decirle nada de las gestiones hechas para salvarle. Vergara llevó una carta de Prieto para el coronel Sicardo, gobernador militar de Alicante, y éste le entregó la maleta de José Antonio “conteniendo varias prendas de ropa del fusilado, sus gafas y buena cantidad de papeles manuscritos, entre ellos su testamento y sus planes políticos, muy distintos a los que sigue Franco y varios trabajos literarios. Remité copia del testamento de Primo de Rivera a los albaceas, Raimundo Fernández Cuesta y Ramón Serrano Suñer. Los originales quedaron en mi poder y los conservo”. El testamento de Primo de Rivera lleva fecha de 18 de noviembre. En él figura el Gobierno que hubiera preferido para poner fin a la guerra civil: presidente, Martínez Barrio; Estado, Sánchez Román; Justicia, Melquíades Álvarez; Guerra, el presidente; Marina, Miguel Maura; Gobernación, Portela Valladares; Agricultura, Ruiz Funes; Hacienda, Ventosa; Instrucción Pública, Ortega y Gasset; Obras públicas, Prieto; Industria y Comercio, Viñuales; Comunicaciones, en blanco, sin duda reservado pensando en él, y Trabajo y Sanidad, Marañón. El gobernador militar de Alicante, José Sicardo, siendo ayudante de Weyler, llevó a Prieto a casa del citado general, cuando era dictador en España Primo de Rivera, y Weyler se había situado claramente contra él. Sicardo, en la emigración, vivió en Puerto Rico, donde quedó ciego.

Retrocedamos de nuevo. El 22 de junio, el Gobierno de Giral derogó por decreto los acuerdos adoptados en honor de Unamuno, que se había, pasado al bando falangista. El 27, Albornoz fue nombrado embajador de la República en Francia, y el 28 se reunió la Internacional Socialista en Bruselas, acudiendo Manuel Cordero y Francisco Azorín, nombrados por la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, a la que no pertenecía [1767] Largo Caballero por haber quedado en minoría en la elección desarrollada entre las Agrupaciones socialistas, que eligieron en su puesto a Ramón González Peña, entonces prietista. Portela Valladares, al comienzo del movimiento se precipitó a adherirse por escrito al general Franco, aunque luego rectificó. El 14 de agosto, en la plaza de toros de Badajoz los falangistas cometieron crímenes

monstruosos. Ese mismo mes fue fusilado en Barcelona el general Goded. Rusia consigue tener un embajador en España, donde hacía tiempo actuaban agentes suyos. El 28 cayeron en Madrid las primeras bombas de los sublevados, muy cerca de la imprenta del *Heraldo de Madrid*, donde yo trabajaba como corrector de pruebas. El 4 de septiembre entraron los franquistas en Talavera, amenazando la capital. Dimite Giral y sube Largo Caballero contra el deseo de Azaña —que ya no gobierna—, con dos comunistas, que piden muchos ministerios. Indalecio Prieto accede a la petición de Largo Caballero, y entra en el Gobierno como ministro de Marina y Aire, con Anastasio de Gracia en Trabajo, y Juan Negrín en Hacienda, ambos prietistas. Largo Caballero se reservó la cartera de Guerra. Los falangistas, a su vez, nombraron en Salamanca el 12 de septiembre jefe supremo a Franco, en reunión presidida por el general Cabanellas, que había jurado fidelidad a la República y estaba considerado como masón. En octubre, Azaña firma el texto del Estatuto vasco y el 7 queda constituido en Guernica el primer Gobierno autónomo, con tres consejeros socialistas: Toyos, Aznar y Gracia. Besteiro no aceptó ser embajador de España en París, primero, ni más tarde en Buenos Aires, declarando públicamente que no abandonaría Madrid. Por el mismo motivo rechazó la oferta que el Gobierno hizo a un grupo de intelectuales y artistas de instalarlos en Valencia; entre los invitados figuraron Victorio Macho, Benavente, Machado, López Mezquita, Arteta y Solana. Por decisión de Largo Caballero y Negrín, autorizados por el resto de los ministros para proceder libremente, empezaron a salir de Madrid, con destino a Cartagena, centenares [1768] de cajas construidas por un profesional, amigo de Largo Caballero, afiliado a la Agrupación Socialista, cuyo nombre y actividades de entonces conozco, amigo mío también y fallecido en la emigración. Esas cajas, con el oro depositado en el Banco de España, fueron después embarcadas con destino a Rusia. De esta lamentable historia se ha hablado durante años, y cuando se escriben estas líneas, se sigue hablando con ocasión de haberse reanudado relaciones con los países dominados por los comunistas, entre ellos Rusia. Un tremendo error sacar oro, alhajas ni absolutamente nada de valor de España, pagado bien caro. ¡Cuan diferente hubiera sido el prestigio de la emigración si ciertos elementos de ésta se hubiesen conducido como las emigraciones políticas anteriores! Vale la pena repetir que fue Negrín quien organizó la del *Vita*, barco que llevó a México dinero y alhajas de valor, de todo lo cual se incautó el Gobierno mejicano, encargando interinamente a Prieto de su administración por medio de un organismo donde estuvieron representados elementos de prestigio en la emigración y sólo un socialista, Anastasio de Gracia. Prieto evitó intervenir en ese organismo por decisión espontánea suya.

Por fin, el 5 de noviembre, Largo Caballero consigue que los anarquistas se conformen con las cuatro carteras que desde un principio les ofreció, todo ello sin la conformidad de Azaña. Coincidió la toma de posesión de estos ministros con el traslado precipitado del Gobierno a Valencia, algunos de cuyos ministros tuvieron que regresar a Madrid y viajar luego en avión, por el dominio que ejercían en la carretera los grupos anarquistas. Una de las víctimas de esas bandas fue Pedro Rico, cuando intentaba trasladarse a Valencia, quien se vio obligado a regresar a Madrid, refugiándose en la embajada de México y no atreviéndose a ocupar su puesto en la alcaldía madrileña. Normalizada la situación, dos jóvenes socialistas, Moraleja y Castro, llevaron a Rico a Valencia, [1769] donde Prieto le facilitó un avión para que se reuniera con su familia en Bruselas. Por consejo de Besteiro, yo saqué de Madrid a mi madre, llevándola a Torre vieja, donde estaban mi compañera y nuestros dos hijos. Al regresar, me encontré la capital desmoralizada,

salvo los frentes de guerra; estuve en el Ayuntamiento, dirigido por Cayetano Redondo, quien me pidió que presidiera la sesión municipal, a lo que me negué porque Negrín me había propuesto para regir la aduana de Torre Vieja, decidido a que yo fuera el director general de Aduanas, primero, y subdirector del Banco de Crédito Local, después, en Valencia, donde funcionaba el Gobierno, y donde me instalé con mis familiares. En esos puestos me mantuve hasta el final de la contienda, rechazando ofertas de Negrín para otorgarme otros puestos, a su juicio de mayor relieve, el de ministro de la Gobernación uno de ellos, que rechacé, diciéndole que si insistía me retiraría a mi hogar, porque no estaba dispuesto a complicarme en luchas de tendencia. Negrín se condujo conmigo correctamente, dándome la facultad de firmar como si fuera yo ministro de Hacienda –lo era él por entonces– y de nombrar y destituir personal, según considerase necesario para garantizar a la República su desarrollo en este ramo administrativo, visitando personalmente las aduanas en todo el territorio republicano.

Por decisión de Largo Caballero, el general Miaja se encargó de la defensa de Madrid, nombrando para ayudarlo una Junta formada por elementos jóvenes extremistas. Llegado el oro a Rusia, los funcionarios españoles que hicieron entrega del mismo oficialmente a Marcelino Pascua, embajador de España en Moscú, fueron obligados a permanecer en Rusia durante años y dispersados. En cuanto a los rusos que contaron y recontaron el oro español, Stalin los eliminó, como a tantos otros, para que nunca pudieran hablar. Marcelino Pascua, diputado a Cortes como yo en los años treinta, residiendo en Ginebra, donde era funcionario de la Organización Mundial de la Salud, me refirió, el 6 de febrero de 1957, [1770] que no era cierto hubiese habido documentos con firmas de personalidades españolas para la entrega del oro, desmintiendo lo que durante años había circulado dando nombres de socialistas, faltando a la verdad. En lo esencial, cuanto me dijo Pascua coincidía con lo que Prieto sostuvo siempre. Todo se hizo normalmente, con intervención exclusiva de la embajada española en Moscú, en depósito y a disposición del Gobierno legal, sin nombres personales de España. La única intervención fue la del ministro de Hacienda, quien a su vez dispuso del oro para operaciones normales de compra de material mediante documentos. Ignoraba si el resto del Gobierno, con excepción del presidente, Largo Caballero, estuvo informado. No ha querido leer, me dijo, nada de lo relacionado con la guerra de España, ni siquiera el libro de Largo Caballero, deseando vivir al margen de la política. A su juicio, Araquistain y Largo Caballero fueron los responsables de todo lo sucedido en España. Aunque conocía las relaciones que Araquistain –entonces residente en Ginebra– y yo manteníamos, me dijo que no deseaba tenerlas con él. El único que, en parte, se salvó de sus juicios personales, fue Prieto. Conmigo mantuvo una relación cordial durante larga temporada e hizo gestiones para que yo encontrara trabajo como corrector de pruebas en la OMS, donde él, después de pasar oposiciones, había conseguido un puesto de responsabilidad. Falleció en 1977.

Entre otros, en 1936 fallecieron: en mayo, Remigio Cabello, fundador de la organización obrera y socialista en Valladolid, a cuyo entierro acudió enorme multitud de trabajadores, pronunciando el discurso necrológico Indalecio Prieto. Manuel Vigil y yo fuimos desde Madrid al sepelio de Cabello, en días cargados de ambiente falangista en Valladolid. Con Cabello hice propaganda socialista en Asturias, cuya región recorrimos juntos, y ambos fuimos a Berlín, al terminar la Conferencia Internacional de la Paz, en La Haya, invitados como tipógrafos por otros colegas que también acudieron a esa Conferencia. En Madrid, el 13 de diciembre, Eusebio

García, número 38 de la Agrupación Socialista, conserje de la Casa del Pueblo desde su fundación, como lo fueron Pastor, Unsaín y Bernal, todos afiliados al Partido Socialista. En los alrededores de Madrid, luchando contra los facciosos franquistas, Emiliano Barral, genial escultor del mausoleo a Pablo Iglesias, afiliado a la Agrupación Socialista. El 30 de septiembre, manejando explosivos para ser utilizados contra las fuerzas rebeldes, León Meabe, de veintitrés años, hijo único del fundador de las Juventudes Socialistas, afiliado a la de Madrid. Entre los muchos que fueron asesinados por los falangistas en los primeros meses —cuya relación completa nunca será posible establecer— figuran: Enrique Botana, fundador de la organización obrera y socialista de Vigo, diputado por la provincia de Pontevedra en las Constituyentes de la República; Arbones, Waldo Cil y Martínez, alcalde socialista de Vigo; en Córdoba, Juan Morán, diputado a Cortes que fue por esa provincia, catedrático de Instituto y veterano en el Partido Socialista, con Juan Palomino, presidente de la Agrupación Socialista y concejal del Ayuntamiento cordobés; en Montilla, Francisco Zafra, diputado socialista en las Constituyentes y alcalde de esa ciudad, con un hijo suyo, entre otros muchos socialistas de esa localidad; en El Ferrol, Jaime Quintanilla, [1772] médico, presidente de la Agrupación Socialista, con Antonio Bello, José Romalde, Francisco Pérez y José Lorenzo, concejales, entre otros muchos; en Orense, Manuel Suárez, presidente de la Agrupación Socialista, entre otras muchas personas asesinadas, no sólo socialistas. Igual sucedió en Palma de Mallorca, donde Alejandro Jaume, diputado socialista, y toda su familia, fueron exterminados. Por casualidad no corrí esa suerte, así como mis familiares, ya que teníamos decidido pasar parte del verano en Palma de Mallorca, invitados por Jaume. Tenía yo intención de hacer esa excursión de propaganda en Baleares, entre otras razones porque ya había intervenido en mítines en todas las capitales de provincia españolas menos en dos: Palma de Mallorca y Soria. En Palma hizo labor de propaganda durante muchos años Lorenzo Bisbal, de quien fui gran amigo, director de un semanario socialista donde comencé a escribir apenas ingresé en la Juventud Socialista Madrileña, titulado *El Obrero balear*. En Ávila, Manuel Alonso Zapata, director del grupo escolar Montesinos, en Madrid, autor de libros y traductor de otros, diputado por la provincia de Madrid, en unión de Antonio Septién, ambos asesinados con el concejal socialista por esa capital Licinio Ávila. Alonso Zapata estaba allí disfrutando de vacaciones, sin haber intervenido entonces en ningún acto de propaganda. Era gobernador civil Manuel Ciges Aparicio, representando la política de Azaña, fusilado sin formación de juicio, como los anteriores. En los primeros días de la sublevación fue asesinado en Granada el poeta y autor dramático Federico García Lorca, cuyo crimen deshonoró al régimen franquista en el mundo entero. García Lorca no pertenecía a ningún partido político, aunque mantenía estrechas relaciones con Fernando de los Ríos, que había vivido en Granada y en cuya universidad era catedrático.

En los alrededores de Madrid, frente a los sublevados, murió el anarquista Buenaventura Durruti, en una formación organizada por los [1773] cenetistas barceloneses. Así como es imposible detallar todos los crímenes cometidos por los falangistas, lo es igualmente con los perpetrados en la zona republicana, donde también cayeron muchos inocentes. Esa es la gran responsabilidad contraída ante la Historia por quienes provocaron la sublevación e iniciaron atentados personales tan notorios como el asesinato de García Lorca y el Consejo de guerra formado contra Julián Besteiro, para simbolizar en dos nombres la barbarie engendrada por el movimiento del 18 de julio. Las guerras civiles fueron siempre, en España como fuera de ella,

campo de luchas abominables. En Madrid fue asesinado José Calvo Sotelo, y su muerte utilizada como pretexto para iniciar la guerra civil, cuando la Historia ha revelado con toda suerte de datos y fechas los orígenes de tan insensata sublevación, para la cual meses antes los monárquicos habían recibido armamento y dinero con la finalidad de facilitar el éxito de la operación. Conste que condenamos sin reservas el asesinato de Calvo Sotelo, aunque sus propios correligionarios han revelado el puesto que tenía destinado para coadyuvar a la sublevación. Lo condenamos como cuantos se cometieron en las dos zonas. En accidente de aviación al servicio de Franco, falleció Juan de La Cierva Codorníu, inventor de un modelo de autogiro. En su hogar salmantino, ya destituido de su cátedra por los dos gobiernos, el de Madrid y el de Burgos, falleció Miguel de Unamuno el 31 de diciembre de 1936. En Elche falleció Juan Barceló, fundador de la organización obrera y socialista de esa población tan cargada de historia proletaria. En Madrid se extinguieron entre otros escritores: Antonio Casero, Francisco Grandmontagne, Emilio Gutiérrez Gamero; autores dramáticos: Francisco Villaespesa y Joaquín Abati. En Barcelona, Eugenio Noel, escritor y charlista literario. En Buenos Aires, Alejandro Korn, escritor, médico y filósofo argentino. En Rusia, Máximo Gorki, autor de libros de fama mundial. Jules Destrée, destacado socialista belga, que ocupó cargos ministeriales en su país. Roger Salengro, ministro en el Gobierno socialista francés dirigido por León Blüm, se suicidó en Lille, su ciudad natal, en la que había desarrollado gran actividad desde numerosos cargos. Zinoviev, uno de los numerosos comunistas que Stalin ordenó asesinar y con los que había implantado el comunismo ruso.

“He dichos varias veces y lo repito aquí, que la iglesia pudo haber alcanzado en España inconmensurable rango si, olvidando los daños por ella sufridos y sobreponiéndose al dolor de sus mártires –también nosotros los tuvimos– hubiera procedido con auténtica caridad en nuestra guerra civil, colocándose por encima de los dos bandos combatientes. Mas, lejos de cumplir esa sublime misión, actuó de beligerante, mezclándose altos jerarcas suyos en la conspiración previa y alentando después a los sublevados. La fotografía en que aparecieron a la puerta de un templo varios obispos, no bendiciendo, sino saludando brazo en alto, a estilo fascista, al jefe de la insurrección, es un testimonio indestructible. Y el circunstanciado relato del carlista Lizarza sobre la directa participación del bajo clero navarro en faenas preliminares de la sublevación, tampoco se puede desmentir”.- Indalecio Prieto, de *Tres cartas sin respuesta*, México.

“Este error, siempre posible, acerca de los sentimientos que uno cree tener, sin mengua de la honestidad de las intenciones, sin mengua de la rectitud de la conducta, es una de las más fecundas fuentes de dramatismo y de dolor en la vida humana. Error que lo mismo puede recaer en los sentimientos políticos que en los que no lo son. Estoy seguro de que si emprendiéramos la demostración del error que padecemos algunas o muchas personas en la República, acerca de sus sentimientos republicanos, [1775] gritarían escandalizados como si oyesen una injuria, siendo, sin embargo, la pura verdad, pues les pondríamos delante el espejo de su conducta, que revela la realidad del íntimo sentir de su corazón en el orden político. Muchos se creen republicanos y no lo son. Si se lo demostráramos, se ofenderían, y en eso consiste el drama, en la contradicción entre su buena fe y sus desconocidas convicciones. Otros se creen republicanos y no son más que personalistas, o entrometidos o caciques. Y otros se creen grandes políticos en virtud de ser grandes intrigantes, y con sus recetas de ensanchar la base de la República han reducido la República al emblema conocido de la piel de zapa, que cada vez se estrecha más y no sabemos lo

que va a quedar de ella”.- Manuel Azaña, en el mitin del Mestalla (Valencia), en 1936.

“Por encima de la reacción, y por encima de las dudas y vacilaciones, o como se las quiera llamar, de los elementos afines, tenemos una misión histórica, y esa hay que cumplirla. Y para cumplirla no hay mejor procedimiento que el de la UNIFICACIÓN de todo el proletariado. Hay que ir lealmente, sinceramente, decididamente, a la UNIFICACIÓN de la clase trabajadora española; ya hemos EMPEZADO en el movimiento sindical (Largo Caballero hizo la unificación con los comunistas en la Unión General de Trabajadores), que yo espero ha de continuar CON TODO ÉXITO hasta lograr que en España no haya más que una organización de ese tipo, con una ideología que sea la que responda a las aspiraciones y deseos de la clase trabajadora. Y hay que ir a la UNIFICACIÓN de las Juventudes y del movimiento POLÍTICO PROLETARIO. Que después del triunfo electoral, y libres nosotros de toda clase de compromisos, ¡ah! tendremos ocasiones de decirles a todos, absolutamente a todos, que nosotros seguimos nuestro camino, y nuestro camino sin interrupción, si es posible, hasta llegar al triunfo de nuestros ideales, que no podrán impedir por mucha fuerza que haya en manos de la clase capitalista, por muchos auxiliares que ésta tenga, [1776] porque el triunfo de nuestros ideales no lo evitan los cañones, ni las ametralladoras, ni los fusiles”.- Largo Caballero, 12 de enero de 1936, mitin electoral en el cinema Europa, de Madrid.

“Los lazos que existían entre la Falange y el fascismo italiano eran viejos. Y no eran solamente, como siempre se ha dicho, lazos ideológicos. Existían también lazos de otra clase. Estamos en condiciones de revelar que, en efecto, según documentos que los norteamericanos han fotocopiado en Roma en 1944 y que se encuentran actualmente en los Archivos de Washington, los servicios italianos de propaganda financiaban con regularidad al jefe de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. Por lo menos desde principios de 1934. Quien será más tarde el San Juan del franquismo, cuyo nombre ornerà todas las iglesias españolas, era, en el sentido más estricto de la palabra, un agente estipendiado de la embajada de Italia en París. Figuraba con el número 2. Cobraba 50.000 liras mensuales, cantidad que fue reducida a 35.000 al finalizar el año 1935. A cambio de esa retribución, José Antonio suministraba informes detallados acerca de la situación española. Así, por ejemplo, el 34 de agosto de 1935, los servicios italianos de París pudieron comunicar a Roma un texto en el que, con el título "El asalto al Poder", el jefe de Falange dice: ‘Si los acontecimientos se precipitaran, Falange podría intentar, acaso pronto, la conquista del Poder, por muy inverosímil que eso parezca ahora’. José Antonio añade más adelante: ‘Si un Gobierno de izquierda, más o menos socialista, llega al Poder, todo el ejército, con tal que continúen mandando los jefes actuales, seguirá con gusto al primero que lance el grito de rebelión nacional... De momento, la tarea de los organizadores de Falange consiste en trabajar sin descanso en el fortalecimiento de todos sus órganos; en el mes de octubre se podrá hablar de un plan completo y calcular los elementos de que deberá disponerse para realizarlo’. Este documento, de extraordinaria importancia para probar que la sublevación del 17 de julio de 1936 no tiene como antecedente los acontecimientos [1777] del año 1936 (elecciones, violencias, etcétera) y demuestra igualmente los estrechos lazos financieros y políticos que unían a José Antonio con la Italia fascista. Francisco Franco, haciéndose heredero y héroe de la Falange, utilizó ese capital de colaboración”.-Max Gallo, de su libro *Histoire de l'Espagne franquiste*.

“Soy socialista marxista y, por lo tanto, revolucionario. El comunismo es la evolución

NATURAL del socialismo, su última y definitiva etapa... Cuando nos lancemos POR SEGUNDA VEZ a la calle, que no nos hablen de GENEROSIDAD y que no nos culpen si los excesos de la revolución SE EXTREMAN HASTA EL PUNTO DE NO RESPETAR COSAS NI PERSONAS”.-Largo Caballero, mitin del 31 de enero de 1936.

“Por consiguiente, hay que hacer lo que estamos haciendo: organizar a la clase obrera, UNIFICARLA, para que esté presta a la lucha. No he visto en cuarenta y cinco años de vida societaria un movimiento tan consciente como éste. Yo recuerdo cuando entré en el Partido Socialista y en la Unión General, que lo hacíamos por sentimiento, sin base teórica, sin conocimiento de las ideas, porque no había dónde estudiarlas. Pero ahora se pone uno a hablar con jóvenes y le dan lecciones de socialismo a fondo. Y eso quiere decir que hay una preparación en la clase obrera. De aquí que yo no me canse de pedir la UNIFICACIÓN dentro del Partido. Y cuando todos estemos UNIFICADOS, ¿qué puede suceder? ¿Qué venga la discusión de tácticas y conductas? Pues que sea en buena hora y que la masa elija a quien tenga por conveniente. De modo que ratificamos la decisión de ir a la UNIDAD, quieran o no, so pena de que nos entreguemos atados de pies y manos al enemigo”.- Largo Caballero, 11 de febrero de 1936, mitin electoral en el teatro de la Zarzuela.

“Con aquel insigne orador –Niceto Alcalá-Zamora– cometimos dos graves errores de los que yo fui el agente principal: primero, elegirle presidente de la República, y segundo, deponerle de tan alto cargo. Fue gran error su elección, luego de haber dimitido la jefatura del Gobierno provisional por el modo como se resolvió constitucionalmente el problema religioso, su disenso en esta materia le incapacitaba políticamente para ejercer la primera magistratura, sobre todo teniendo en cuenta que el empecinamiento era muy acusado en su carácter. Y fue también grave error su destitución, porque si bien no se le podía disculpar el haber disuelto con notoria extemporaneidad las Cortes Constituyentes ni el haber maniobrado cuando disolvió las segundas Cortes para que las terceras se ajustasen a sus personales designios, propósito no logrado, resultaba absurdo en quienes habíamos solicitado esa segunda disolución emitir nuestro voto desfavorablemente respecto de ella para eliminarle de la presidencia a fin de zanjar así la incompatibilidad, cada día más agria y violenta, entre él y Azaña, jefe del Gobierno como auténtico representante de la mayoría parlamentaria”.- Indalecio Prieto.

“Quienes hoy ocupan el Gobierno son circunstancialmente aliados del proletariado y no resolverán el problema de la tierra. La clase obrera marcha a la DICTADURA DEL PROLETARIADO A PASOS DE GIGANTE. Pacíficamente pero si es preciso, por circunstancias especiales, saltaríamos por encima de los obstáculos... Estamos dispuestos a organizarnos, a prepararnos, a colocarnos en situación de que cuando llegue el momento, QUE NO LO VAN A SEÑALAR ELLOS, sino que lo vamos a señalar nosotros, entonces, si no se deja a la clase trabajadora conquistar el Poder, como tiene derecho, por los medios pacíficos que quieran, la clase trabajadora no renunciará a la conquista del Poder. Si para ello es preciso, si para ello es necesario saltar por encima de las conveniencias y circunstancias especiales, saltará, porque no ha nacido ningún régimen sin que haya habido derramamiento de sangre y violencia... ¿Pero qué concepto tienen de la clase obrera y de la lucha de clases los que dicen que seamos pacíficos, [1779] que no molestemos, que se desenvuelva la gobernación del Estado y que procuremos que la producción se desarrolle? En paro forzoso se van a gastar mil millones. ¿Y qué? Se gastan los

mil millones y el paro seguirá como hasta aquí o en aumento, porque los burgueses no tienen remedio, porque el capitalismo ha periclitado, porque el proletariado está CAPACITADO PARA GOBERNAR, porque hay que suprimir la propiedad privada y no hay otro remedio que suprimirla y socializar la propiedad”.- Largo Caballero, 3 de abril y 11 de mayo de 1936.

Unamuno y Millán Astray

“El gran filósofo Miguel de Unamuno, autor de *El sentimiento trágico de la vida*, eminencia de la generación de 1898, rector de la Universidad de Salamanca, encontrándose al principio de la guerra civil en territorio nacionalista, hasta el 15 de septiembre de 1936 sostuvo el movimiento de la rebelión, ‘en su lucha por la civilización contra la tiranía’. Pero el 12 de octubre había cambiado. Era el día de la Fiesta de la Raza y se celebraba un acto en el vasto anfiteatro solemne de la Universidad de Salamanca. Estaban presentes el obispo, el gobernador civil, la señora de Franco, el general Millán Astray y Unamuno, rector de la Universidad que presidía. Después de abierto el acto, Millán Astray se disparó contra un violento ataque contra Cataluña y las provincias Vascongadas, diciendo de ellas que eran ‘como un cáncer en el cuerpo de la nación’. ‘El falangismo –añadió–, que está devolviendo a España su salud, sabrá extirparlas cortando en la carne viva como hace un cirujano decidido y desprovisto de falsos sentimentalismos’. Desde el fondo del anfiteatro alguien soltó la divisa del general: ‘¡Viva la muerte!’. Entonces Millán Astray gritó su habitual consigna para la excitación del populacho: ‘¡España!’. Cierta número de personas contestaron: ‘¡Una!’. Volvió a gritar: ‘¡España!’, ‘¡Grande!’ contestó a coro una concurrencia todavía indecisa. Pero cuando Millán Astray gritó su último “¡España!”, sus [1780] partidarios aullaron: ‘¡Libre!’. Algunos falangistas con camisa azul hicieron el saludo fascista ante el inevitable retrato en sepia de Franco colgado encima del estrado. Todos los ojos estaban ahora fijos en Unamuno. Se levantó lentamente y dijo: ‘Estáis todos esperando lo que voy a decir. Me conocéis y sabéis que no puedo permanecer en silencio. Hay circunstancias en las que callar es mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como una aquiescencia quisiera añadir algo al discurso – si es que puede llamarse así– del general Millán Astray, presente aquí entre nosotros. No hablemos de la afrenta personal que ha hecho en su violenta vituperación contra vascos y catalanes. Yo mismo nací en Bilbao. El obispo (y entonces Unamuno señaló al prelado, tembloroso, sentado a su lado), guste esto o no guste, es catalán de Barcelona’. Permaneció callado un momento. Reinaba un silencio terrible. Ningún discurso de esta clase había sido pronunciado en la España nacionalista. ¿Qué es lo que iba a decir todavía el rector? Prosiguió: ‘Acabo de oír un grito mórbido y desprovisto de sentido: ¡Viva la muerte! Y yo, que me he pasado la vida forjando paradojas que han producido la irritación de quienes no las captaban, debo deciros, en mi calidad de experto, que esta paradoja bárbara la encuentro repugnante. El general Millán Astray es un lisiado. Digámoslo sin segundas intenciones descorteses. Es un inválido de guerra. Cervantes también lo era. Desgraciadamente hay en España demasiados lisiados. Y habrá todavía muchos más si Dios no acude en nuestra ayuda. Me horrorizo sólo pensar que el general Millán Astray pudiera establecer las bases de una sicología de masas. Un lisiado que no tenga la grandeza espiritual de un Cervantes busca habitualmente su alivio en las mutilaciones que puede producir a su alrededor’.

Llegado a este punto, Millán Astray no pudo contenerse ya más: ‘¡Muera la inteligencia!’,

exclamó. ‘¡Viva la muerte!’. Un gran clamor demostró que los falangistas le apoyaban. Pero Unamuno prosiguió: ‘Esta universidad es el templo de la inteligencia. Y yo soy su gran sacerdote. [1781] Sois vosotros quienes profanáis este recinto sagrado. Venceréis porque poseéis más fuerza de la que os hace falta. Pero no convenceréis, porque para que convencieseis sería preciso que persuadieseis. Pero para persuadir, tendríais que tener lo que os hace falta: la Razón y el Derecho en la lucha. Considero del todo inútil exhortaros a pensar en España. He dicho’.

Hubo un prolongado silencio. Luego, en un arranque, el catedrático de Derecho canónico se levantó y salió, dando un brazo al rector y el otro a la señora de Franco. Pero fue el último discurso de Unamuno. Desde entonces quedó arrestado en su casa por orden gubernativa. Las autoridades nacionalistas ciertamente le hubieran metido en la cárcel si no hubiesen temido las repercusiones internacionales de semejante gesto. Miguel de Unamuno murió, con el corazón lacerado, el último día del año 1936. Sus últimos meses habían sido trágicamente ensombrecidos por la atmósfera de su alrededor; en septiembre había aparecido una ley ordenando ‘la destrucción por motivos de salud pública de todos los libros de tendencia socialista o comunista’. Luego, en diciembre había sido preciso entregarlos ‘en el término de cuarenta y ocho horas’, así como todos los demás libros que contuviesen ‘elementos generalmente subversivos’.- Hugh Thomas, de su libro *La guerra de España*.

Las intemperancias del general Millán Astray salvaron, históricamente, al rector de la Universidad de Salamanca. Porque Unamuno había roto con la República, hasta el extremo de que el Gobierno republicano –sin socialistas– tuvo que adoptar medidas contra él destituyéndole de su cargo y rectificando acuerdos anteriores en los que había sido honrado excepcionalmente por el régimen republicano. Hay una circular de Unamuno, como rector de la Universidad de Salamanca, cuyo texto poseo, dirigido a los rectores de universidades extranjeras, donde se excedió en frases agresivas para los gobernantes adictos al régimen triunfante [1782] en las urnas en 1931, con aplauso del mismo Unamuno, que en 1935 –y no en 1936– ya había roto con él. Pero todo ello no hace palidecer la obra literaria de Miguel de Unamuno, cuya vida abundó en escenas contradictorias y paradójicas.

“Me puse a estudiar la economía política del capitalismo científico a la vez, y ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de Trabajadores es el único ideal hoy vivo de veras”.- Unamuno, 1890.

“En otro orden de ideas, mis lecturas de economía (más que de sociología) me hicieron socialista, pero comprendí que mi fondo era y es, ante todo, anarquista. Lo que hay es que detesto el sentido sectario y dogmático en que se toma esta denominación. El dinamitismo me produce repugnancia, y la propaganda de violencia, retórica. Un Bakunin me parece un loco peligroso. El anarquismo de Ibsen me es simpático, y más aún el de Kirkegaard, el poderoso pensador danés, de quien, ante todo, se han nutrido Ibsen y Tolstoy. Tolstoy ha sido una de las almas que más hondamente han sacudido la mía: sus huellas han dejado una profunda huella en mí”.- Unamuno, 1901.

“Mi sentimiento de la vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, esta mi irresignación a la muerte, es lo que me

sugieren las doctrinas con las que trato de contrarrestar la obra de la razón. En una palabra, que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella”.- Unamuno, de su libro *Del sentimiento trágico de la vida*.

“Mis empeños todos de autoeducación se enderezan a domeñar un cierto individualismo nativo que me lleva a arar solo, a no asociarme a labor alguna colectiva”.- Unamuno, que falleció sin conseguir domeñar su individualismo nativo.

Largo Caballero salta del Gobierno

El 22 de enero de 1937 me hice cargo de la Dirección General de Aduanas, siendo ministro de Hacienda Juan Negrín y presidente del Consejo Largo Caballero. Antes de tomar posesión pregunté a Negrín si mi nombramiento había sido objeto de discusión, respondiéndome que había sido por unanimidad, mostrándome el decreto firmado. Entonces le planteé que no aceptaría recomendaciones de nadie, dentro ni fuera del Gobierno, respondiéndome que eso ya lo esperaba, conociéndome, y que me daba la facultad de nombrar y separar personal, dentro de mi ramo, sin necesidad de consultarle. Me nombró, además, subdirector del Banco de Crédito Local, cargos en los que me mantuve hasta el final de la guerra, es decir, más de dos años. En enero de 1937 cayó Málaga en poder de los franquistas y de las divisiones italianas, cometiéndose toda suerte de crímenes. El general Villalba, gobernador militar de aquella capital, fue procesado, acentuándose las diferencias dentro del Gobierno de Largo Caballero. Salamanca, primera capital del Gobierno de Franco, recibió a un embajador de Alemania, que intrigaba con elementos de Falange. El 13 de abril la *Gaceta* publicó el nombramiento de Julián Besteiro para representar al presidente de la República en la coronación, el 18 de mayo de aquel año, de Jorge VI de Inglaterra, misión que aceptó, a petición de Azaña, como pretexto para preparar la paz mediante una intervención de Inglaterra. Esta iniciativa de Azaña no estuvo amparada por Largo Caballero, jefe del Gobierno, sin que Besteiro fuese informado, lo que dio margen a que se indignara con Azaña, cuando después lo supo. Franco decretó, en abril, la unificación de Falange y de las JONS; se manifiestan en contra Hedilla y Arrese, que son condenados, y el embajador de Alemania, comprometido con ellos, sale de España, imponiendo Franco la unificación del llamado Movimiento. En abril, la Junta de Defensa de Madrid presidida por el general Miaja, pierde influencia. Largo Caballero nombra Ayuntamiento con delegaciones de comunistas, anarquistas, republicanos y socialistas. Egido, socialista, propone a Besteiro para alcalde, pero éste se niega, prefiriendo seguir al frente de la Junta de Reforma y Saneamiento de la capital. Rafael Henche, socialista, se hace cargo de la alcaldía. El 26 de abril la aviación alemana bombardea Guernica, lo que desacredita al régimen franquista en el exterior. El 19 de mayo se reúne en Valencia el Comité nacional de la Unión General de Trabajadores, por 24 votos contra 14 es derrotado Largo Caballero, que deja de ser secretario de dicho organismo, en el que ha perdido el apoyo de los comunistas, quienes preparan su salida del Gobierno, para colocar a Negrín. El 24 de abril, desde Portugal, Gil Robles se dirige a Franco, felicitándole y ofreciéndole su apoyo. El 18 de mayo cae Largo Caballero; sube Negrín, y con pocas modificaciones continúa el mismo Gobierno. Al

regresar Besteiro de Londres, pasando por París, donde estaba su esposa y varios familiares, mantuve en Valencia con él una conversación de más de dos horas. Desconfiaba de Negrín, en primer lugar, disculpando en parte a Prieto, y considerando víctima de todos a Largo Caballero por su ambición impremeditada, sin reunir las condiciones necesarias para los puestos que había desempeñado. La amargura de Besteiro era inmensa; nunca había creído en la victoria, pero entonces ya no veía posible ni la intervención extranjera para lograr la paz. En Inglaterra no había nada que hacer. Ni siquiera encontró a Blum con energías para dar la batalla a nuestro favor. Nunca olvidaré aquella conversación con Besteiro, a su regreso de Inglaterra, su último viaje al extranjero. Su [1785] esposa, al fin, regresó a Madrid, convencida de que él no saldría de la ciudad donde había nacido y donde fue elegido varias veces concejal y diputado a Cortes.

Al final de mayo un crucero alemán bombardeó Almería, estando yo en el Gobierno civil de aquella capital con Gabriel Morón, gobernador entonces. Yo visitaba las aduanas de esa zona, a fin de conocer cómo marchaban los servicios. En junio cayó Bilbao, golpe sensible para el Norte. En Francia, derrota de León Blum en el Senado. El pesimismo en que le encontró Besteiro estaba explicado. El golpe repercutió en España republicana. Carta-pastoral de los arzobispos, obispos y vicarios adhiriéndose al régimen franquista, con algunas excepciones, muy pocas. En Barcelona hubo jornadas trágicas en las que intervinieron anarquistas, poumistas y sobre todo agentes provocadores rusos, deseosos de acabar con los partidarios del POUM, entre los cuales estuvo Andrés Nin. Muertos, heridos, presos y asesinatos, todavía con Largo Caballero en el poder, todo lo cual fue utilizado por los rusos para poner a Negrín en su puesto. En una de las conversaciones, muy raras, de Largo Caballero con Azaña, según refiere éste en sus *Memorias*, le dijo que tenía un traidor en su Gobierno, Álvarez del Vayo, replicándole el presidente de la República que le sustituyera por otro ministro, pero nunca se atrevió a hacerlo. Otra referencia en las *Memorias* de Azaña: Conversación de éste con Marcelino Pascua, embajador de España en Rusia: “A mí me parece –dice Azaña–, en contra de lo que por ahí se cree, que la cooperación rusa tiene un límite, que no es el bloqueo de que somos objeto, sino la amistad oficial inglesa. Opino que la URSS no hará nada en favor nuestro que pueda embarullar gravemente sus relaciones con Inglaterra, ni comprometer su posición en la política de amistades”. “Eso no ofrece duda ninguna –responde Pascua–. Para la URSS el asunto de España es baza menor”. ¡Y tan menor! ¡Como que Stalin estaba preparando ponerse de acuerdo con Hitler para repartirse el mundo! En agosto, Prieto creó el SIM, error suyo. Ese organismo, ideado para la defensa de la República, [1786] fue utilizado contra los planes fundacionales de Prieto, deshonorando al régimen. El 26 de agosto cayó Santander, debilitándose como consecuencia el frente asturiano. Hay peligro relativo en Valencia y el 3 de octubre el Gobierno se traslada a Barcelona, donde yo instalo los servicios de la Dirección General de Aduanas y donde quedaron también los referentes al Banco de Crédito Local, del que soy vicepresidente. El 21 de octubre se derrumban los frentes de Asturias. El 13 de noviembre Azaña visita Madrid y pronuncia un discurso hasta cierto punto pacifista. Besteiro se abstuvo de acudir a ese acto. No creía en Azaña. Sabía era prisionero de Negrín, como antes lo había sido de Largo Caballero. No era un presidente, sino un presidido. Azaña mismo lo declara en el tomo cuarto de sus *Obras completas*, dirigiéndose a Negrín, jefe del Gobierno: “Desde el 18 de julio soy un valor político amortizado. Desde noviembre del 36 –Gobierno de Largo Caballero–, un presidente desposeído. Cuando usted formó Gobierno creí respirar y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Me aguanto por el sacrificio de

los combatientes de verdad, el único respetable”. En agosto la Sindical roja acepta negociar sin condiciones. Jouhaux y Schevenels, enviados por la Sindical Internacional, estuvieron en Moscú. No hubo arreglo. Los rusos querían imponerse. El 18 de noviembre Hitler reconoció oficialmente el régimen franquista, con el que se relacionaba desde el primer momento. En ese mes Franco apareció con uniforme de Falange en un acto celebrado en El Escorial. Al caer Largo Caballero, Prieto fue nombrado ministro de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire. En su etapa se efectuó la ocupación de Teruel, por poco tiempo, convirtiéndose el éxito circunstancial en ásperas discusiones utilizadas por los rusos para hacer saltar a Prieto. Negrín deseaba tenerle como ministro sin cartera, pero éste se negó y sus relaciones quedaron rotas. Álvarez del Vayo le ofreció la embajada de México, que aceptó, pero Azaña se opuso, temiendo quedar aislado frente a Negrín, y Prieto se sometió, por el momento.

[1787] *Breve resumen de noticias de 1936 y 1937*

En febrero de 1936 la Universidad de Oxford otorgó el título de doctor *honoris causa* a Unamuno, quien pronunció varias conferencias en esa ocasión. El 15 de marzo se produce un atentado en Madrid contra Jiménez de Asúa, falleciendo, por salvarle, el policía Gisbert, encargado de su custodia. El 12 de julio los falangistas asesinan al teniente de Asalto Castillo, y al día siguiente, en represalia, fue asesinado Calvo Sotelo. Mandaba la fuerza que le sacó de su casa, engañado, el capitán Condes, de la Guardia Civil, el mismo que intentó asaltar el hogar de Besteiro, defendido por la pareja de guardia y varios correligionarios. Condes falleció al comienzo de la guerra civil en el frente de Guadarrama, quizá buscando la muerte, arrepentido de esta hazaña, según me refirió alguien que se lo oyó personalmente. En Francia, el 31 de mayo, León Blum escribe en uno de sus trabajos: “Ejercemos el Poder; no lo hemos conquistado. Lo ejerceremos, pero no lo ejerceremos solos. No podemos hacer más que preparar las mentes para el advenimiento del régimen social que aún no está en nuestro poder realizar en el momento actual. Ese será el problema; eso será lo que haremos todos juntos, por todos los medios de disuasión de que podamos disponer. Unidos unos a otros por esta verdad común, nos haremos comprender por las masas obreras, caso de que éstas lo olvidaran”. En octubre se consolida el Eje entre Alemania, Italia y Japón.

En 1937, entre otros, fallecieron, Felipe Carretero, fundador del socialismo en Vizcaya, donde actuó eficazmente desde los numerosos cargos que ocupó. José García, presidente de la Sociedad de obreros y empleados del Ayuntamiento de Madrid, socialista de actividades múltiples, Ángel Pestaña, diputado sindicalista, cuyo panegírico estuvo a cargo de Martínez Barrio, presidente de la Cámara. José Bergamín, ex ministro conservador, cacique odiado en la provincia de Málaga. El [1788] alto Comisario de la República en Marruecos, Arturo Álvarez Buylla, fue fusilado por los falangistas en marzo. Luis de Tapia, escritor y ex diputado republicano, se extinguió en Valencia en abril. En Hendaya, el general Agustín Luque, que no se adhirió a los sublevados. En accidente de aviación, en la provincia de Burgos, cuando iba a reunirse con los rebeldes, perdió la vida el general Emilio Mola. En junio, esbirros de Stalin, actuando en España con excesiva libertad, secuestraron en Barcelona a Andrés Nin, asesinándolo en las inmediaciones de Alcalá de Henares. En Bélgica, el senador socialista G. Solau. En Inglaterra, el ex ministro laborista Snowden, una de las personalidades más influyentes en ese grupo político; Ramsay

MacDonald, ex jefe del Gobierno inglés. En Checoslovaquia, Tomás A. Masaryk, ex presidente de la República. Bela Kun, comunista húngaro, asesinado por orden de Stalin. En Italia, el inventor italiano Guillermo Marconi.

Gigantes del socialismo

En 1938 fallecieron tres destacadísimas personalidades socialistas, nacidas en el siglo anterior: Carlos Kautsky, Emilio Vandervelde y Eduardo Anseele, figuras que jamás faltarán en los textos de los historiadores sociales, Kautsky nació en Praga el 16 de octubre de 1854 y falleció en Ámsterdam el 17 de octubre de 1938. En ocasión de hallarme en Viena durante el Congreso que la Internacional Socialista convocó allí poco antes de caer en poder de Hitler, tuve la oportunidad de conocer a Carlos Kautsky y a su compañera, Luisa, muerta en un campo de concentración alemán en 1944. Conservo originales de Kautsky que me remitió para publicaciones dirigidas por mí, redactadas a mano, y cartas que remitió a Julián Besteiro, coincidentes con el diputado socialista por Madrid y distantes de la posición adoptada por Largo Caballero. He aquí textos del inolvidable socialista austriaco:

[1789] “Si los gobernantes rusos llegasen a entenderse con Alemania y el Japón los comunistas se convertirían en todos los países en una tropa auxiliar del fascismo (el propio Kautsky pudo comprobar la veracidad de este vaticinio suyo, explicado en el prologo a una edición danesa en 1937 del *Manifiesto comunista*). Quien vea la técnica y no vea los hombres, creará fácilmente que el capitalismo sólo se caracteriza por las máquinas y que el empleo de éstas crea las condiciones del socialismo. Pero Marx sabía que son los hombres quienes representan el factor decisivo para la sociedad, y que los instrumentos técnicos sólo pueden ser decisivos en la medida en que influyen en el comportamiento de los hombres. Marx no auguraba el socialismo con las máquinas de la gran industria capitalista, sino que lo prometía con los proletarios, y ni siquiera con todos los proletarios, sino con aquellos que viven y actúan en determinadas condiciones. Fue así como, por dos vías distintas, Engels y Marx llegaron al mismo tiempo al umbral de la concepción materialista de la historia: por una de ellas, contando con las antiguas ciencias del espíritu, el derecho, la ética, la historia; y por la otra, contando con las ciencias nuevas, la economía, la historia económica, la etnografía y las ciencias naturales. Fue en la revolución, en el socialismo, donde ambas se encontraron. Hasta en los países donde las condiciones son más favorables existe el peligro de que la preponderancia [1790] unilateral del punto de vista de los productores respecto de los consumidores produzca una regresión económica que pueda detener momentáneamente, y tal vez impedir, el progreso hacia el socialismo. Esto significaría que el proletariado de un país, en determinado momento, no está todavía maduro para el socialismo, para el autogobierno de la industria. Esto significaría que la productividad de su trabajo disminuye desde el momento en que no es aguijoneado por la presión capitalista; esto significaría que aún le falta la necesaria comprensión de los temas económicos y el necesario sentimiento del deber, condiciones previas del socialismo, como lo es un cierto grado de gran explotación”.- Carlos Kautsky.

“Los socialistas que buscan combatir una concepción socialista diferente de la suya por medio de las bayonetas, ametralladoras, la policía y el presidio, causan un gran perjuicio tanto al proletariado como a la idea de la lucha de clases”.- Kautsky (Del "Proceso de los socialistas

revolucionarios en Moscú").

[1791] *Hacia la libertad y la democracia*

“Muchas veces hemos insistido en la necesidad de conservar los principios del socialismo científico como garantía de acierto en nuestra actuación. Fueron esos principios los que constituyeron el contenido ideológico de la propaganda realizada por Pablo Iglesias y por el grupo poco numeroso de camaradas que le acompañaron primeramente en el trabajo de agrupar a los obreros, no sólo dispersos, sino refractarios muchas veces a la organización y, más tarde, en la tarea de fundar y consolidar el Partido Socialista Obrero en España.

Como hacía constar en su visita el compañero belga De Brouckere, nuestro país no ha poseído hasta ahora las condiciones que han favorecido en otros el desarrollo del socialismo. Sin embargo, nuestro eminente camarada lo hace constar también, la planta del socialismo vive y se desarrolla en España sana y vigorosa. Sin duda, los principios que inspiraron la conducta de Pablo Iglesias y de los pioneros del socialismo español fueron sólidos y fecundos. Para probar su solidez y su fecundidad basta observar sus resultados.

Ante estos resultados, de una experiencia muchas veces difícil y dolorosa, no sería prudente, ni aun sensato, entregarse con un espíritu ligero al abandono de esos principios de eficacia probada o a su sustitución, más que por otros nuevos, por viejas fórmulas de viejas gastadas ideas. Con frecuencia, lo que se tiene por un espíritu innovador no es más que el disfraz de un espíritu retardatario.

En el caso del socialismo es tanto más frecuente que las pretendida [1792] actitudes radicales no sean sino la máscara de la reacción, cuanto que los principios socialistas que inspiraron a nuestros antecesores y deben inspirarnos a nosotros llevan en sí mismos la capacidad de su constante renovación. Así ocurre con el principio de la lucha de clases, el cual, lejos de ser abandonado, debe ser por nosotros perfeccionado y desarrollado. El principio de la lucha de clases ha producido el despertar de la solidaridad de la clase obrera, en otro tiempo atomizada y dispersa, y ha creado los vínculos más sólidos de las organizaciones sindicales.

Se dice que somos conservadores porque queremos permanecer fieles a estos principios. Sin duda hay cosas que queremos conservar, pero son los adelantos que en la claridad de su conciencia y en la acción de su organización ha conseguido la clase obrera. En cambio, no somos conservadores de la ignorancia y la miseria de la misma, ni de su desorientación, ni de la tiranía en sus múltiples manifestaciones. Estas son cosas que no solamente queremos hacer que desaparezcan, sino que queremos sustituir por un régimen de libertad y de democracia, creado por los trabajadores, no sólo en la vida política, sino en la vida económica y en toda la vida social. Aun en los países más adelantados no procede abandonar el principio de la lucha de clases, sino desenvolverla en una nueva forma, de lucha por la cultura, por los bienes espirituales, en la medida en que la conquista de las condiciones materiales de la vida se pueda considerar que está consolidada. Lo mismo que decimos del principio de la lucha de clases podríamos decir de los demás principios del Socialismo científico, es decir, de los puntos esenciales del ideario marxista.

Se dice con razón que después de la Gran Guerra ha entrado la humanidad en una nueva

era. Sea. Y aun añadiremos por nuestra parte que estamos en una nueva era de las luchas políticas y sociales; pero los militantes de esta era nueva no tenemos que inventar el Socialismo; eso está inventado ya. Lo que tenemos que hacer es desarrollar las fórmulas ya encontradas y adoptadas con éxito por la masa. Esas fórmulas eran en un principio indicaciones del camino que hay que seguir; el proletariado ha abierto ese camino; nuestra misión es ensancharlo y proseguirlo por regiones solamente divisadas en la lejanía de nuestros antecesores; y muchas de ellas aún insuficientemente exploradas por nosotros mismos”.- Julián Besteiro, 6 de abril de 1931, ocho días antes del triunfo de la República.

Emilio Vandervelde

El 27 de diciembre de 1938, en Bruselas, falleció Emilio Vandervelde, quien a sus diecinueve años comenzó sus actividades políticas entre estudiantes y trabajadores de Ixelles, barrio inmediato a la capital belga. Durante más de medio siglo, en Bélgica y en la Internacional Socialista, actuó desde los innumerables cargos que desempeñó. Su influencia fue decisiva, hasta que Henri de Man, enarbolando una bandera demagógica, le hizo saltar. Vandervelde falleció fiel al socialismo marxista que había contribuido a crear en Bélgica, en tanto que Henri de Man murió fuera de su país, expulsado de las filas socialistas. Tuve relaciones con Vandervelde en distintos periodos. Estuvo en Madrid, pronunciando conferencias, y también durante la guerra civil. En ocasión de celebrar el Partido Obrero Belga su cuarenta aniversario, hubo grandes festejos, sobre todo en la capital, donde representé al Partido Socialista español. En la comida [1794] ofrecida por Vandervelde en su hogar a varios delegados internacionales, me tocó estar sentado junto a Eduardo Anseele, ministro como él en un Gobierno de coalición, quien me dijo pensaba visitar Madrid tan pronto tuviera oportunidad, hablándome en términos muy elogiosos de Pablo Iglesias, a quien había conocido en Congresos internacionales. En plena guerra civil acudí a una Conferencia Internacional de Directores de Aduanas, y Negrín me indicó visitase a Vandervelde para tranquilizarle respecto a la libertad de Largo Caballero, enfrentado entonces con Negrín. En efecto, apenas comenzamos a hablar, me preguntó por Largo Caballero, con quien no coincidía en posición dentro de la Internacional Socialista, dándole toda suerte de garantías. Vandervelde fue gran amigo de Iglesias y de Besteiro, como lo fue de otros socialistas de distintas naciones. Fue presidente de la Internacional, a la que representó en sus numerosos viajes por diversos países y dentro de la cual alcanzó relieve extraordinario. Murió fiel al ideal socialista, sin mantener contacto con los comunistas, que en Bélgica no arraigaron nunca.

Juan Longuet

El 12 de septiembre de 1938, en un accidente de automóvil cerca de Nyon, a orillas del lago Lemán, fallecieron Juan Longuet –nieto de Carlos Marx– y su compañera. Una hija de Marx, Jenny, estuvo casada con Carlos Longuet, revolucionario francés que desempeñó un papel de relieve en la Comuna parisina, refugiándose en Londres donde conoció a Jenny y donde nació el hijo de ambos, Juan Longuet, precisamente el 1º de mayo de 1876. Dentro del socialismo francés Longuet desempeñó un papel de primer orden. Le conocí en París, en la inauguración del edificio que la SFIO adquirió en la calle Víctor Massé el 1º de julio de 1929, donde estuve representando

al Partido español. Entonces me habló Longuet de un viaje a Madrid, para visitar la Casa de Velázquez, en la Moncloa, donde funcionaba la Escuela de pintura para pensionados franceses, entre los que se encontraba un hijo suyo. Allí estuvo, en efecto, quedamos muy amigos, y el 6 de abril de 1930, con ocasión de la inauguración del monumento a Pablo Iglesias, habló en el mitin celebrado en el teatro Pardiñas, interviniendo además otros delegados extranjeros junto a Largo Caballero, Besteiro y quien redacta estas líneas. En otra ocasión, estando también en Madrid, Longuet dio una conferencia en la Escuela de Verano, organizada por José Castro y Mariano Rojo en los alrededores de la capital, coincidiendo allí con Besteiro. En los periódicos socialistas que he dirigido tuve siempre colaboración de Juan Longuet para los números extraordinarios. Sintió marcada predilección por los problemas de España y en general por los del exterior de su país, estimulado por Jaurès, que le nombró en 1904 redactor de *L'Humanité*, consagrándole especialmente a esa rúbrica. En la *Enciclopedia* dirigida por Jaurès hay un tomo redactado por Longuet, que además fue diputado y alcalde de Chatenay-Malabry (departamento de Hauts-de-Seine, Francia) hasta su fallecimiento.

[1976] *Último año de República*

León Jouhaux, representando a la Federación Sindical Internacional, puso fin a la división creada en la Unión General de Trabajadores dando entrada en 1938 en la Comisión ejecutiva de aquel organismo a cuatro delegados de la tendencia de Largo Caballero, solución que éste no aceptó, aunque los designados no le siguieron. A fines de febrero de 1938, Teruel, reconquistado por tropas enviadas por Prieto, se pierde, acusando éste a los rusos de ser los responsables de sus intromisiones en los planes militares. En junio, con la caída de Castellón quedan cortadas las comunicaciones por tierra de Valencia con Barcelona. Austria es ocupada por las tropas de Hitler, sin reacción de los países democráticos. En mayo se reúne la Internacional de Mineros en Luxemburgo, con presencia de Amador Fernández, en representación de España. A la Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra acude por la UGT Rodríguez Vega, socialista; César Lombardía, comunista, y Eleuterio Quintanilla y Eusebio Carbó, anarquistas, que se olvidaron de sus campañas contra los socialistas al intervenir en esta clase de organismos. El 18 de julio Azaña termina su discurso, el último que pronunció, con estas palabras: “Paz, piedad, perdón”, que Franco no escuchó. Negrín dio publicidad a los *Trece puntos*, en que también se ofrecía una fórmula de negociaciones. El Gobierno estaba entonces formado a base de todos los partidos y de las dos sindicales. Entre esos puntos de Negrín figuraba un plebiscito, tema que después dio pretexto a una desleal campaña en la emigración contra Indalecio Prieto. En agosto se reúne el Comité Nacional del Partido Socialista, en Barcelona, en un acto histórico. Después no volvió a reunirse. Presidente, Ramón González Peña; vicepresidente, Juan Simeón Vidarte; secretario, Ramón Lamonedá; vicesecretario, Francisco Cruz Salido; vocales, Indalecio Prieto, Manuel Cordero, Manuel Albar y Jerónimo Bugeda. Vocales regionales: Ernesto Marcén [1977] y Eduardo Castillo, Aragón y Rioja; Rafael Henche, Castilla la Nueva; Francisco Azorín, Andalucía oriental; Antonio Huerta, Vascongadas; Antonio Llana, Asturias y León; Ignacio Ferrejas, Baleares; Ramón Solar, Castilla la Vieja; Manuel Molina, Levante, y Narciso Vázquez, Extremadura. Informó Negrín extensamente, y con mayor extensión aún lo hizo Prieto. Hay libros y folletos explicando al detalle cuanto sucedió entre Prieto, Negrín y Largo Caballero.

Besteiro y cuantos coincidíamos con él no estuvimos complicados en estos lamentables incidentes. Como había cuatro vacantes en la Comisión Ejecutiva, Lamonedá, secretario, me pidió ocupase una de ellas, a lo que me negué en absoluto, indicando a Lucio Martínez, quien fue elegido, en unión de Alejandro Otero, Huerta y Ricardo Zabalza, en votación entre las Agrupaciones. Para seguir preparando la unidad del Partido, nombraron para la Ejecutiva a Paulino Gómez Sáiz, Álvarez del Vayo y Juan Negrín, que formaban parte del Gobierno presidido por éste, más los ex-presidentes Besteiro y Largo Caballero, que no aceptaron. Con el fin de conmemorar el año 1938 el cincuenta aniversario de la fundación del Partido Socialista, se nombró como oradores, para un mitin de carácter nacional, a Negrín, Prieto, Largo Caballero y Besteiro, que no hubo manera de celebrar. Lo único que fue posible hacer fue una conferencia pronunciada por Indalecio Prieto en Barcelona, a petición mía; yo intervine en la organización del cincuentenario, designado con Puente y Solano. El 30 de septiembre se reunió por última vez el Congreso republicano en San Cugat del Valles (Barcelona). Las fuerzas hitlerianas ocupan, además de Austria, Checoslovaquia. En septiembre del año 1938 se reúnen en Munich Daladier, Chamberlain, Hitler y Mussolini, y adoptan acuerdos que evitan la guerra por el momento, preparándola para el futuro.

[1798] En Montblanch, pequeño pueblo catalán, hallaron acogida Antonio Atienza, fundador del Partido Socialista, y su esposa, y residiendo yo aún en Barcelona, fui a aquel lugar a visitarlos. Atienza pudo llegar a Ginebra y trabajó como corrector de pruebas en la OIT, hasta que surgió la segunda guerra mundial y la propia OIT tuvo que instalarse en Canadá. Ya viudo, emigró a México, donde falleció. Hombre ejemplar, digno de eterna recordación. Abandonado en una población de la provincia de Cuenca, con más de ochenta años, número uno del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, fundador de la Asociación General del Arte de Imprimir de Madrid, Matías Gómez Latorre, con la señora que le asistía, fue recogido, a instancias mías, por Ricardo Fernández Murrieta, ingeniero, afiliado al Partido Socialista y gran amigo personal de Gómez Latorre, trasladándolos a Montblanch, donde estaban Atienza y su esposa. Gómez Latorre pudo llegar a Francia, y con Santiago Pérez, otro veterano, vivió algún tiempo en un pueblo donde acogieron a refugiados españoles. Cuando surgió la guerra en Europa y me enteré de su paradero, me puse en relaciones postales con él, conservando las cartas doloridas y emocionantes que me remitió a Tarbes. Falleció sin que le pudiéramos visitar por haber estallado la guerra, negándome la autoridad permiso para salir de Tarbes. Nunca le olvidaré y siempre recordaré con dolor sincero el triste final de hombre tan bueno, tan inteligente y tan leal a las ideas socialistas. Escribiendo estas líneas se me va el alma.

Residiendo en Valencia, Jacinto Benavente se dirigió en los siguientes términos a Julián Besteiro: “Valencia, 22 de marzo de 1938. Excelentísimo señor don Julián Besteiro. Mi distinguido amigo: Agradezco mucho su cariñoso interés y su ofrecimiento. Hará año y medio pretendí salir de España como director de una compañía teatral y se [1799] me negó permiso por razones de desconfianza, que confieso me molestaron. Desde entonces no he vuelto a pensar en salir, y hoy, ligado a Valencia, por afecto y por gratitud, mi deseo es permanecer en ella. Por otra parte, ningún país de Europa ofrece perspectivas de tranquilidad, y en cuanto a América, no me sería tampoco agradable el ir yo solo y no como pensé primero. Reitero a usted mi profundo agradecimiento por su amable atención. ¡Estaba tan poco acostumbrado! Muy atento le saluda y

se ofrece suyo afectísimo, Jacinto Benavente (No le escribo de mi mano por evitarle la molestia de mi mala letra)”. Efectivamente, como tipógrafo he sufrido la letra de Benavente, comparable a la de Roberto Castrovido. Con cierta amargura, en esa carta a Besteiro le dice que pretendió salir de España y que se le negó el permiso por desconfiar de él. Es cierto. Era yo director general de Aduanas y una mañana se presentaron en mi despacho Benavente y Vicente Lacambra, que sufrió varios años de condena injustamente, recobrando la libertad gracias a gestiones personales cerca de Dato, que efectuó en favor de Lacambra. Deseando Benavente que el Gobierno le facilitase la salida de España, como dice, para efectuar una excursión teatral por América, Lacambra le ofreció conseguirlo, y a ese efecto vinieron los dos a visitarme. Me pareció justificada su petición y le ofrecí ver a Negrín para conseguir le autorizase salir de nuestra zona. Negrín se negó en absoluto. Le advertí que ese error nos costaría muy caro porque Benavente, cuya pluma era terrible, se vengaría cuando llegara la ocasión. Y así fue, en efecto, por culpa de Negrín.

[1800] En 1938 fallecieron, entre otros: en Benidorm, Manuel Martínez Sol, redactor de *El Socialista*, a cuyo entierro acudió Francisco Núñez Tomás en representación de cuantos fuimos amigos y compañeros suyos. En Moscú, Juan José Morato, de quien figuran trabajos en estas páginas. En Gante (Bélgica), Eduardo Anseele, uno de los fundadores del Socialismo en aquel país y varias veces ministro. En la embajada de Noruega en Madrid, habiendo gobierno socialista en aquel país, Juan de la Cierva, ex ministro monárquico, furibundo enemigo de los socialistas; en Madrid los literatos y autores teatrales Armando Palacio Valdés, Serafín Álvarez Quintero y Juan Pérez Zúñiga. En Barcelona, Juan Madinabeitia, profesor de gran prestigio, de ideas avanzadas, a cuyo entierro acudió Indalecio Prieto, entonces ministro del Gobierno republicano. En La Coruña, el comediógrafo Manuel Linares Rivas y el tenor aragonés Miguel Fleta. En San Sebastián, Manuel García Prieto, jefe del Gobierno liberal. En Valladolid, el general Martínez Anido, ministro de la Gobernación durante las dictaduras de Primo de Rivera y de Franco. En accidente de aviación al servicio de su hermano, Ramón Franco, diputado filocomunista en 1931. En París, C. Malato, escritor y propagandista francés. En Italia, el literato Gabriel d'Annunzio, que fue socialista en su juventud y al final de su vida adicto a Mussolini.

Antonio Machado en su rincón

“El 24 de enero de 1939 llegábamos a Perpiñán, ciudad francesa de los Pirineos orientales. Fue ese día, en la fonda de la estación de Perpiñán, la última vez que vi a Antonio Machado. Me acerqué a saludarle y hablamos unos momentos. Estaba solo con su anciana madre. Los dos habían tenido que pasar a pie el largo túnel de la frontera franco-española, entre Port-Bou y Cerbère. Tuve la impresión de que estaba muy enfermo y fatigado de aquel penoso viaje de fugitivos y [1801] tal vez de la vida. Antes de cumplirse un mes, el 22 de febrero, moría en Collioure, puertecito del Mediterráneo, cerca de Perpiñán. Moría en un rincón del mundo, como había vivido muchos años, en Segovia, en Soria y en Baeza, como profesor de francés en institutos de segunda enseñanza. Tenía conciencia de vivir en rincones, de ser un hombre arrinconado. En algunas de sus poesías alude a su arrinconamiento: ‘Con este libro de melancolía - toda Castilla a mi rincón me llega’, comienza el poema que dedica a un libro de Azorín. ‘En mi rincón moruno’ (Baeza) son las primeras palabras de otro poema de 1914. Admiraba inmensamente a Unamuno (no sé si hubo correspondencia), pero no deja de poner una leve nota

de amarga ironía cuando en sus deliciosas *Meditaciones rurales* menciona el rango docente tan distinto de ambos: ‘Siempre te ha sido, ¡oh! rector de Salamanca, leal –este humilde profesor– de un Instituto rural’.

Cuando, al advenimiento de la República en 1931, pudo ser profesor de un instituto en Madrid, apenas se le veía tampoco más que en cafés solitarios y habitualmente solo. No era aficionado a peñas y tertulias cotidianas. Acaso le dolía nuestra inveterada maledicencia española. Era un hombre fundamentalmente bueno, sin hiel, como él mismo se reconoce en su estupendo autorretrato: ‘Hay en mis venas gotas de sangre jacobina, pero mi verso brota de manantial sereno; soy, en el buen sentido de la palabra, bueno’. Bueno y profundo, como Cervantes. Muy profundo, como los poetas-filósofos griegos presocráticos... Sus versos, que parecen tan sencillos y tan fáciles a la primera lectura, requerían probablemente una gestación prolongada y laboriosa para esculpir sus pensamientos o sus sentimientos profundos en esa forma suya tan lapidaria, perfecta, que sólo se encuentra en algunos anónimos romances castellanos antiguos, que él tan bien conocía, y en cuatro o cinco poetas españoles de todos los tiempos...

[1802] Tampoco era un premio Nobel, él que merecía haberlo sido más que ningún poeta de la España contemporánea: ‘El mayor entre los poetas españoles de nuestro siglo’, le llama quien tiene más autoridad que nadie para decirlo, el nonagenario don Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Academia Española, en el noble mensaje redactado por él en honor de Machado para este vigésimo aniversario de su fallecimiento y suscrito por setenta y cinco escritores españoles del interior. ‘Homenaje de hombres libres –agrega el por tantos conceptos venerable Menéndez Pidal–, reunidos en su memoria y solidarizados con el ‘duelo de trabajos y esperanzas’ que él desearía...’. Lo singular del mensaje que comento es que, de los setenta y cinco escritores que lo firmaron, muchos de ellos combatieron al lado de la España facciosa, y ninguno de los restantes al lado de la España republicana. Por debajo de esas dos Españas secularmente enemigas está naciendo una tercera España, la España de la reconciliación definitiva. Esta nueva España en vías de formación sería también la de Antonio Machado, como lo es de la inmensa mayoría de los españoles expatriados. Las dos Españas, hasta ahora irreconciliables, están virtualmente muertas... En ese tiempo, la obra de Machado ha salido de su rincón, se ha universalizado, y en España, a su vez, está surgiendo otra España de la cual él, si viviera, no tendría necesidad de huir, como huyó en 1939, para que no le sucediera lo que a García Lorca y para embarcarse en ‘la nave que nunca ha de tornar - casi desnudo, como los hijos de la mar’, estoicas palabras finales de su autorretrato’.- Luis Araquistain, 1959.

[1803]

Y tu cincel me esculpía	que es lo español (fantasía
en una piedra rosada	con que adobar la pereza),
que lleva una aurora fría	fue surgiendo de esa roca
eternamente encantada.	que es mi espejo
Y la agria melancolía	línea a línea, plano a plano,
de una soñada grandeza	y mi boca de sed seca

y, so el arco de mi espejo como están en su escultura:
dos ojos de un ver lejano cavados en tierra dura,
que yo quisiera tener en piedra para no ver.

Antonio Machado

Dedicado por Antonio Machado a Emiliano Barral, autor de un busto suyo:

“Cayó Emiliano Barral, capitán de las Milicias de Segovia, a las puertas de Madrid, defendiendo su patria contra un ejército de traidores, de mercenarios y de extranjeros. Era tan grande escultor que hasta su muerte nos dejó esculpida en un gesto inmortal”.- Antonio Machado.

Antonio Machado falleció en Collioure (Francia) el 22 de febrero de 1939, y su entierro civil se efectuó al día siguiente. La despedida fúnebre fue pronunciada por Julián Zugazagoitia, fusilado al año siguiente en Madrid, por haber consentido las autoridades francesas que los falangistas se lo llevaran a España, con otros republicanos y socialistas. Dos días después falleció la madre de Antonio Machado, con la que vivía, siendo enterrada junto a su hijo.

José Gómez Osorio

Aunque nació en Vigo, Gómez Osorio se formó en la organización socialista y societaria de Madrid, en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores. Trabajó como ebanista, contrajo matrimonio con una madrileña que le colmó de hijos y a su lado soportó un calvario, [1804] por las vicisitudes de su agitada actuación política y sindical. Tuvo que buscar trabajo en provincias, y harto de pasar fatigas se reintegró a Vigo, donde encontró apoyo en el grupo admirable de socialistas que formó Botana, eficazmente ayudado por José Araujo. Pablo Iglesias sentía veneración por los socialistas de Vigo, quienes le correspondieron en igual medida. La organización de los obreros y empleados de los ferrocarriles españoles fue obra de socialistas como Vicente Barrio, entonces secretario de la Unión General de Trabajadores. En ese sector obrero se especializó Gómez Osorio, ayudando a crear el Sindicato de la Compañía Zamora-Orense-Vigo, hasta la huelga general de 1917, en que surgió el movimiento general y todo naufragó momentáneamente. Gómez Osorio sufrió las consecuencias como los demás elementos destacados de Vigo, emigrando a Portugal. A Trifón Gómez, secretario del Sindicato Nacional Ferroviario, Gómez Osorio le secundó en Salamanca, al frente de la organización ferroviaria, hasta que por enfermedad tuvo que ingresar en el Sanatorio Antituberculoso de Tablada, donde ya estaba Besteiro, y del cual salieron mejorados, pero nunca curados por completo. En 1931 Gómez Osorio fue elegido diputado socialista por la provincia de Pontevedra, con Botana y otros socialistas de conducta tan admirable como la suya. Su labor en el Parlamento, como en la organización obrera, fue modelo en todos los sentidos. Con la ejecutiva del Sindicato Nacional Ferroviario, al lado de Antonio Pérez, otro leal colaborador de Trifón Gómez –quien fue obligado a dejar el campo libre en la Comisión Ejecutiva a los exaltados– defendió cuanto pudo los intereses de la organización en momentos difíciles y angustiosos. Nombrado gobernador civil de Madrid al final de la guerra, como primera autoridad delegada, disponía de la *Gaceta*, y recibía

las órdenes [1805]de Negrín de insertar en ella los nombramientos militares favorables a los comunistas, los mismos que habrían de provocar un movimiento militar y sublevarse contra los altos mandos que actuaban en la línea de fuego. Hubo lucha en las calles, se apoderaron del gobierno civil y detuvieron a Gómez Osorio y a Trifón Gómez, que se encontraba con él, encerrándolos en la prisión que improvisaron en El Pardo, hasta que las tropas que mandaba Casado, ayudadas eficazmente por la brigada del anarquista Cipriano Mera, se hicieron dueñas de Madrid. Liberados Trifón Gómez y Osorio, entraron de nuevo en relaciones con Besteiro. Las organizaciones de la Casa del Pueblo expulsaron de la Agrupación Socialista a los caballeristas, designando a Besteiro, Wenceslao Carrillo y Antonio Pérez para formar parte, con los otros delegados de los partidos contrarios a la dominación comunista, de la Junta de Defensa de Madrid. Preso Besteiro, al entrar los franquistas, cayó igualmente Gómez Osorio, quien, con Serrano Batanero y Ricardo Zabalza, fue fusilado el 24 de febrero de 1940. Para Gómez Osorio, la escuela ideal de formación socialista era la Unión General de Trabajadores. Daba la sensación de un asceta, peregrino de un ideal nunca alcanzado.

Cayetano Redondo

Cayetano y yo tuvimos el mismo oficio y ambos ingresamos en la Asociación del Arte de Imprimir cuando la presidía García Quejido, organizador de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, de la que fuimos fundadores. Apenas creada la Juventud Socialista, Redondo se incorporó a ella, saliendo de su pluma los primeros manifiestos de propaganda. En 1909 uno de esos documentos fue denunciado por la autoridad militar, y Lucio Martínez presidente de la Juventud Socialista, que por estar pendiente de otras ocupaciones ni siquiera conocía el texto, fue a la Cárcel Modelo, donde cumplió seis meses y un día como autor de un manifiesto antimilitarista.

[1806] Admirable Lucio, siempre abnegado defensor del ideal socialista. Pero esa era la obligación de los que ocupaban la presidencia, como me sucedería a mí meses después. Redondo fue director de periódicos obreros y cuando yo me encargué de la dirección del diario del Partido Socialista, trabajó a mi lado durante más de diez años. En nombre de las Juventudes Socialistas, del Partido y de la Unión General intervino en actos de propaganda en distintas regiones españolas. Concejal en Madrid en 1931, con Fernando Coca y Alcalá-Zamora, por el distrito de Chamberí, fue en seguida diputado en las Constituyentes de la República por Segovia, donde había nacido. Alcalde interino de Madrid a fines de 1936 y poco después presidente de la Diputación provincial, pasó seguidamente a ser comisario del IX cuerpo de Ejército en el frente de Andalucía. Al final de la guerra emprendió camino de Alicante en busca de salvación, sin conseguirlo, cayendo preso en Baza (Granada), siendo trasladado a Jaén y luego a Madrid, donde fue fusilado en mayo de 1940, en unión de un grupo de camaradas; fue arrojado con ellos a la fosa común, sin aviso a su familia, que nada hubiera podido hacer, ya que su compañera y un hijo mayor estaban presos y una hija de once años poco menos que abandonada. Murió tranquilo, porque no tenía culpas que pagar, gritando a pecho descubierto “Viva el Socialismo!”. Vida sencilla y muerte heroica la de Cayetano Redondo, que bien merecen ser recordadas.

Julían Zugazagoitia

Conocí a Zugazagoitia cuando era un muchacho y acababa de ingresar en la Juventud Socialista de Bilbao. Trabajaba entonces en la Cooperativa Socialista de la capital vizcaína como empleado, lo que le servía para dedicar no pocas horas al estudio de la literatura socialista, de la que fue siempre ferviente enamorado. Bilbao ha sido una de las mejores canteras del socialismo español. Pablo Iglesias [1807]cuidó con veneración aquella región, de la que salieron tantos luchadores, algunos de primera fila. En esa ciudad, hijo de uno de esos luchadores, nació y se crió nuestro héroe, que tuvo, además, en la Juventud Socialista de Bilbao camaradas de tan altísimas cualidades literarias como Tomás Meabe y Emilio Beni, de quien apenas se ha hablado a pesar de haber sido escritor socialista en nada inferior a Meabe. Zugazagoitia fue gran amigo de Emilio Beni, y seguramente en sus primeros tiempos fue también quien más influyó en su formación. Como Meabe, Emilio Beni dirigió el semanario socialista que aparecía en Bilbao, función que también desempeñó Zugazagoitia, origen de la condena de destierro que le trajo a Madrid, donde a la sazón, y bajo la dirección de Pablo Iglesias, era yo quien regentaba *El Socialista*, oportunidad que aproveché para incorporarle a la redacción del diario obrero.

Zugazagoitia creó la sección "Asteriscos", muy leída y comentada en nuestro diario. Cuando vino a Madrid era ya un buen escritor, pero no estaba suficientemente cuajado. El contacto con los círculos literarios madrileños, las posibilidades de la capital de España le ganaron de tal modo que él mismo tuvo la sinceridad de confesarlo en uno de sus "Asteriscos", en que recordaba los prejuicios con que había hecho su entrada por la estación del Norte de Madrid. Zuga fue siempre sincero, y no le dolía rectificar públicamente sus propios errores. Tenía la pasión de escribir, amaba los libros como odiaba la tribuna, para la que no se sintió nunca capaz. Fue diputado, sin que su voz resonara en el Parlamento. Lo fue primero por Badajoz, por indicaciones cariñosas del patriarca del socialismo [1808] extremeño, Narciso Vázquez. Zugazagoitia no estuvo nunca en Badajoz, a pesar de lo cual obtuvo brillante votación. Naturalmente que los trabajadores extremeños le conocían a través de sus escritos, pero les hubiera agradado oírle en sus Casas del pueblo. Más tarde fue elegido diputado por Bilbao, en unión de Indalecio Prieto. Por la capital vizcaína fue elegido también concejal, sin que por el hecho de vivir en Madrid renunciara a perder sus derechos de ciudadanía en su patria de origen, a la que consagró una novela.

Su estancia entre nosotros dio margen a un contacto directo con Pablo Iglesias, por lo que se decidió a escribir un libro, *Pablo Iglesias, una vida heroica*, del que se han hecho varias ediciones. Al advenimiento de la República fue elegido director de *El Socialista*. Habían pasado años de su llegada a Madrid y el diario contaba con toda suerte de asistencias y con una popularidad extraordinaria, coincidente con el crecimiento experimentado por el Partido Socialista y por la Unión General de Trabajadores. El 18 de julio de 1936, cuando se sublevó Franco, Zugazagoitia dirigía *El Socialista*, ayudado por un grupo de admirables colaboradores, singularmente Manuel Albar, pluma de extraordinario relieve.

Las Juventudes Socialistas editaron algunos trabajos de Meabe, encargando a Zugazagoitia redactar el prólogo, bellísimo por cierto. Por indicación de Indalecio Prieto, Negrín nombró ministro de la Gobernación a Zugazagoitia en ocasión de que éste se encontraba en Bilbao.

Aceptó el cargo sin vanidad de ninguna clase, de lo que soy testigo por las frases que cambiamos en Valencia, cuando fue desde Vizcaya a tomar posesión de ese puesto. Fue ministro sin ambición, y pasó a un puesto inferior sin mortificación en su espíritu. No vino al socialismo para hacer carrera, y tenía de la vida privada un concepto tan limpio como de la vida pública. Cuando nos vimos por última vez en París estaba terminando un libro consagrado a narrar las jornadas tristes y dolorosas de nuestra [1809]guerra civil. Este libro se publicó simultáneamente en Buenos Aires y en París. En la capital argentina apareció un folletón en *La Vanguardia*, diario socialista, y en París parte de la edición cayó en poder de la Gestapo. No nos duele que cayera el libro de Zuga, nos duele que cayera él, traidoramente llevado a España para ser asesinado como Companys, Cruz Salido, Peiró y otros muchos.

En el momento en que Francia fue invadida por el ejército alemán Zugazagoitia vivía en París y estaba en la órbita de Negrín, González Peña y de Ramón Lamonedá, con quienes políticamente coincidía. En el despacho que en París tenían quienes actuaban como ejecutivos, estuvo Zugazagoitia sin encontrar a ninguno de ellos. Sus inquietudes las reflejó en una cuartilla escrita de su puño y letra con su firma al pie. La cuartilla quedó abandonada sobre una mesa. Nadie se hizo cargo de ella. Zugazagoitia mismo desapareció de París, y esta vez para no volver jamás. Sus compañeros de Ejecutiva ganaron rápidamente la otra orilla del mar. Negrín se instaló en Londres, y en Francia quedaron millares de españoles sin amparo, sin guía, sin orientación de ninguna clase. ¡Con qué angustia lo presentía Zugazagoitia cuando exhortaba a sus compañeros de Comisión Ejecutiva para que no perdieran la serenidad! Léanse las palabras de aquel mártir, que por el azar de la vida han venido a caer en nuestras manos. Fiel a su formación de socialista, dedicó las últimas líneas que escribió con libertad a los socialistas, para reclamar de quien podía hacerlo consejo y ayuda. Era la suerte, mejor aún, la desgracia de tantos millares de españoles lo que atenazaba su corazón, tan generoso como idealista. ¡Qué lejos estaba él de pensar que esa cuartilla magnífica, llena de grandeza de alma, había de ser el epílogo de una vida segada en plena flor, cuando aún podía ofrecer a su patria, a su partido y a su familia innumerables posibilidades! He aquí el texto que Julián Zugazagoitia dejó escrito en París:

[1810] “Querido Lamonedá: Mi mala suerte quiere que hoy, que he venido a veros, no encuentre a nadie. Debo suponer que estáis aquí y que vuestro trabajo sigue. No sé nada ni por vosotros ni por don Juan, ni por el SERE. Vivo, pues, en la felicidad del ignorante. Estoy persuadido de que esta ola de pánico que se ha desencadenado en París no os afectará, por vuestra mayor experiencia de lo que son esas cosas. Si tenéis tiempo, pues, de pensar en asuntos ajenos, no olvidéis que son muchos los afiliados que os agradecerán vuestro consejo y mejor vuestra ayuda. Con un poco de calma se puede hacer todo: nadar y guardar la ropa y ayudar a que se salven los que no tienen ropa ni saben nadar. Un abrazo para todos, Zuga”.

La emigración y la guerra mundial

Año de tristezas infinitas, 1939, en que con la madre de mi compañera, abandonamos Barcelona, y después la frontera francesa, donde permanecí como director general de Aduanas hasta el momento en que llegaban las fuerzas franquistas. Antes de alejarme, autoricé al personal de la Aduana a que se repartieran los valores que allí había, entre los cuales estaba una caja de azafrán, sin que yo percibiera ni un céntimo ni tocara una sola alhaja de las allí depositadas. Al

llegar a Perpiñán, fue Amador Fernández, diputado socialista por Oviedo, quien se portó conmigo como un hermano. Después, en Toulouse, donde era cónsul otro amigo de los primeros días, Francisco Azorín, nos recogió provisionalmente hasta que, trasladado a París, comencé a orientar mi nueva vida de exiliado. Caída Cataluña el 9 de febrero, la salida fue trágica. He visto, durante los días que estuve en la frontera, escenas indescriptibles. Recuerdo con indignación el diálogo que sostuve [1811] a sus instancias, con el prefecto de Perpiñán, que nos censuraba por no tener organizada la salida de aquella multitud que huía aterrorizada. “¡Que no tenga Francia, para suerte suya, que verse en condiciones parecidas!”, le repliqué airado. Por desgracia, se vio Francia en situaciones aún más desesperadas al invadir las tropas hitlerianas los departamentos del Norte de Francia, con la capital, provocando un éxodo de centenares de miles de refugiados franceses y de países de casi toda Europa.

En Madrid siguió la lucha, pero el ambiente era de tragedia. Trifón Gómez, que estaba encargado del abastecimiento civil de la zona leal, se decidió a dejar París, donde un reducido grupo de correligionarios nos reunimos para despedirle, y se trasladó, con grave riesgo, a Madrid para continuar ocupándose de la distribución de víveres entre la población civil. ¡Pobres ilusiones las de Trifón! Vencidos los comunistas que se habían sublevado contra Casado, puestos finalmente en libertad Trifón y Gómez Osorio, visitaron a Besteiro, quien encargó a Trifón Gómez regresara rápidamente a París para conseguir de la embajada de México, por lo menos, abriera sus fronteras a cuantos españoles pudieran salvarse, ya que la guerra tocaba a su fin y él buscaba ayudar a que se salvaran los demás. Negrín y su Gobierno huyeron de España; se terminó la lucha, tanto en Madrid como en Levante, siendo Cartagena una de las últimas poblaciones en rendirse, saliendo la escuadra con rumbo a puertos franceses, sin dar tiempo a que pudieran salvarse miles de españoles en peligro de caer prisioneros. Bruno Alonso, comisario de la flota, nombrado por Prieto cuando estaba en el Gobierno, publicó un libro explicando lo sucedido en momentos tan dramáticos.

[1812] El 29 de febrero de 1939, en Collonges-sous-Salève –se ve este pueblo, a lo lejos, desde la ventana del cuarto en que redacto estas páginas, en Ginebra–, pueblo francés fronterizo con Suiza, Manuel Azaña dimite oficialmente la presidencia de la República, regresando seguidamente a París. En Suiza no hubiese encontrado ninguna dificultad para residir en ese país como ciudadano particular. En Francia, en cambio, estuvo a punto de caer en manos de la policía de Franco, que actuaba libremente por entonces, y detuvo y se llevó a España a su cuñado, con otros españoles que residían con la familia de Azaña, todos los cuales sufrieron prisión. El 6 de abril de 1939 el diario madrileño *ABC* insertó los siguientes telegramas, que algunos desearían olvidar: “Generalísimo Franco, Burgos. Uno mi voz NUEVAMENTE a la de tantos españoles para felicitar apasionadamente a V.E. por la liberación de la capital de España. La sangre generosamente derramada por su mejor juventud será prenda segura del glorioso porvenir de España, una, grande y libre. ¡Arriba España! Juan de Borbón”. Respuesta intencionada del general Franco: “Al recibir vuestro emocionado telegrama por la gran victoria nacional, me es muy grato recordar que entre esta juventud admirable, tan pródiga en el sacrificio, habéis intentado formar, solicitando REITERADAMENTE, un puesto de soldado. Por ella será realidad la España grande, unida y libre que evocáis. ¡Arriba España! Franco”. En marzo, Franco se adhirió al Pacto Antikomintern, pero en las *Memorias* de Ciano está claro que esa adhesión estaba dada de

antemano. Estados Unidos reconocieron al régimen de Franco en esas fechas. Cicognani, nuncio en Madrid, deseaba desligar a la Iglesia del régimen, cuyo aliado más fervoroso era Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, que falleció sin llegar [1813] a arzobispo. Muñoz Grandes, futuro alto mando de la División Azul, asciende a general. Voluntariamente estuvo al servicio de la República y creó el cuerpo de Guardias de Asalto. Una felonía de Martínez Barrio: en París reivindicó su categoría de presidente de las Cortes para erigirse arbitrariamente en presidente de la República. El 1º de abril, coincidiendo con la proclama de Franco en Madrid sobre el final de la guerra, se reunió la llamada Comisión permanente de las Cortes, en la que declaró entre otras cosas lamentables, que habrán pesado como losa de plomo sobre su conciencia, lo siguiente: “El que os dirige la palabra os dice que para mí la rebelión de Madrid fue igual que la del general Franco”. Inmediatamente le replicó Indalecio Prieto, con toda violencia. ¡Martínez Barrio, que huyó de Madrid tan pronto como surgió el conflicto militar, querer alardear de valiente! No fue leal ni a Lerroux, a quien se lo debía todo. Lo increíble es que Azaña y algunos más transigieran con él. Pero eso es precisamente lo que ha desacreditado a los políticos burgueses y algunas veces a los socialistas, por desgracia. El 2 de abril, al día siguiente de la victoria militar franquista, Pío XII bendice a Franco. El 7 de ese mes el rey de Italia se posesionó de la corona de Albania, preparando la invasión de Grecia. ¡Bien caro pagó esos hechos! El 8 de julio se abre consejo de guerra contra Julián Besteiro, defendido por Ignacio Arenillas, aristócrata, monárquico, católico, militar, amigo de Primo de Rivera, con el cual fundó Falange, según ha explicado en un libro publicado después de fallecer por sus herederos, donde rinde homenaje a la honradez personal de Besteiro, sin hacer ninguna concesión ideológicamente, cuya vida creyó salvar con su defensa, sin que después de condenado hiciera en su favor absolutamente nada, ni le visitara.

[1814] Leyendo su libro se ve claramente que no comprendió la grandeza moral de Besteiro al quedarse voluntariamente en Madrid para correr la misma suerte que sus habitantes, aunque tampoco hay elogios para el régimen de Franco, del que esperaba la restauración monárquica. Arenillas quizá pretendió publicar un libro mezclando en él datos favorables al falangismo y suprimiendo lo que la censura le hubiera tachado por impublicable, a pesar de lo cual no consiguió editarlo en su vida. Lo único verdadero es que Besteiro no encontró durante los quince meses en que estuvo preso amigos de ninguna clase, ni recibió sino contadísimas visitas, ni mucho menos testimonios escritos absolutamente de nadie, ni de su defensor. Llegar al final de su calvario con la grandeza moral que lo mantuvo fiel a sus ideales, nunca lo podrá negar nadie, por muy apasionado enemigo que fuera. Julián Besteiro estuvo preso primero en la cárcel del Porlier; después en un local de la calle del Cisne, enfermo en cama. En agosto fue trasladado a una prisión improvisada en el convento de San Isidro de Dueñas (Palencia) hasta que los frailes consiguieron librarse de los sacerdotes vascos allí detenidos y de Besteiro, siendo trasladados en lamentables condiciones a Carmona (Sevilla), en donde ni fueron tratados con consideración ni facilitaron a su esposa que le pudiera asistir durante los últimos días de su existencia, falleciendo en realidad sin asistencia médica el 27 de septiembre de 1940. Veinte años después su viuda consiguió que sus restos fueran trasladados al cementerio civil de Madrid, poco menos que en secreto.

El 25 de agosto de 1939 se firmó en Moscú el Pacto de No Agresión entre Rusia y la Alemania hitleriana. Negrín, González Peña y Álvarez del Vayo telegrafiaron su adhesión a Stalin,

“El Padre de los pueblos”, según le llamó Pasionaria. En septiembre estalló la guerra europea. Jordana, monárquico, fue sustituido como ministro de Estado por el coronel [1815] Beigbeder, que era agregado militar en Berlín. Hitler se apodera de Danzig. Las tropas soviéticas entran en Polonia, repartiéndose el territorio de esa nación Rusia y Alemania. El 29 de octubre Molotov, ministro de Stalin, declaró: “Se puede admitir o rechazar la ideología hitleriana, como otro sistema cualquiera. Es una cuestión que compete a la opinión pública. Es necesario que todo el mundo comprenda que una ideología no se destruye por la fuerza. De donde resulta no sólo insensato, sino criminal, hacer una guerra por la destrucción del hitlerismo, con el pretexto de que se lucha por la democracia”. Stalin se expresó de igual modo, irritado por haber declarado Francia e Inglaterra la guerra a Alemania. Franco se apodera de Tánger y pide la devolución de Gibraltar.

Durante la guerra civil, y posteriormente ya en la emigración, visité varias veces a León Blum, una de ellas acompañado de Amador Fernández y de Belarmino Tomás, que tenían interés en conversar con el líder socialista francés sobre temas relacionados con nuestra lucha. La Federación Internacional de Mineros me colocó al frente de una institución que en Tarbes acogía a huérfanos de mineros españoles, costeadas con fondos aportados por los mineros ingleses y administrados por Fermín Panissal, tesorero de aquella Federación, a quien había conocido en Madrid en una reunión de la Central de mineros. Gerente de los servicios de esa colonia fue José Fernández Florez, ex alcalde socialista de San Martín del Rey Aurelio (Oviedo) y en aquella ciudad francesa resistimos hasta que al final de la guerra europea pudo ser liberada la capital de Francia, donde me instalé con mi familia, y más adelante en Ginebra. En esta ciudad conseguí trabajar con contratos de corta duración como corrector de pruebas en varios organismos internacionales y empresas editoriales, [1816] hasta los setenta años cumplidos, que no me impidieron participar en Congresos de la Unión General y del Partido Socialista en Toulouse, efectuando varios viajes a esta ciudad. Anteriormente, residiendo en Tarbes y en París, fui director de *El Socialista*, que se publicaba en Toulouse, durante larga temporada.

En 1939 fallecieron, entre otros: el 15 de julio, preso en Orihuela, por un disparo de un centinela, Antonio Mairal, secretario de la Agrupación Socialista de Madrid, diputado en las segundas Cortes de la República. En Perpiñán, sufriendo terrible odisea, Eduardo Álvarez Herrero, concejal socialista por Madrid. Marcelino Martín, profesor de segunda Enseñanza en Guadalajara, por donde fue diputado; Joaquín Escofet, tipógrafo socialista barcelonés, miembro del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores; Luis Ramos Oliveira, concejal socialista por Oviedo; los generales Aranguren y Escobar, fieles a la República; Javier Bueno, que sufrió martirio en Oviedo con ocasión de la huelga revolucionaria de 1934; los siete últimos citados fueron fusilados. Marcelino Domingo, ex ministro de la República, se extinguió en Francia el 2 de marzo de 1939. En México, Gonzalo de Reparaz, escritor. En San Sebastián, el compositor Fernández Arbós. En Londres, el hombre de ciencia austriaco Sigmundo Freud, que había huido del fascismo. El 31 de diciembre de 1939, en México, expatriado con sus dos hijas, ya viudo, dejó de existir José Verdes-Montenegro, nacido en Madrid el 30 de marzo de 1865, uno de los primeros intelectuales españoles que se afiliaron al Partido Socialista. Hizo propaganda a fines de siglo y en 1901, al ser trasladado al Instituto de Alicante, comenzó una labor intensa de apostolado, dirigiendo *El mundo obrero*, órgano de la Agrupación Socialista, frecuentando centros obreros y dando conferencias. Colaboró en los órganos que publicaban algunas Agrupaciones y

especialmente en el semanario que en [1817]Madrid dirigía Pablo Iglesias. Publicó libros propios y tradujo otros, como *Socialismo y ciencia positiva*, de Enrique Ferri, y el celebrado universalmente *Anti-Dühring*, de Federico Engels. Su interpretación del marxismo le llevó a Sentir simpatías por la revolución rusa; discrepó públicamente de Besteiro en un Congreso, y se alejó del Partido Socialista sin que saliera de su pluma ninguna palabra molesta. Hice propaganda con Verdes-Montenegro en la provincia de Alicante cuando representaba a las Juventudes Socialistas, y sus consejos y orientaciones para escoger libros y lecturas me sirvieron de mucho, conservando de él recuerdo imborrable. Me tocó facilitar su salida legal de España en días en que ocupaba el ministerio de Hacienda, en ausencia de Negrín, en Barcelona, disponiendo de su firma de ministro. Nada había que pudiera impedir la partida de Verdes para México. Nos abrazamos emocionadamente, y con profundo sentimiento le vi marchar, falleciendo en México el mismo día que Unamuno en Salamanca. Ambos tenían rasgos muy personales. Al dedicar este recuerdo a Verdes-Montenegro no debo olvidar a otros propagandistas de Alicante en tiempos difíciles, como Ángel Martínez, Francisco Lucio, Juan Sellés, Juan Just, José Pastor, Navarrete y Joaquín Adrián.



"Marxismo y antimarxismo"

Julián Besteiro era presidente del Congreso de los Diputados. Gobernaba el Partido Socialista con los partidos republicanos. Eran los días eufóricos de la República española, que algunos de nosotros, no obstante, veíamos con ojos entristecidos. Besteiro, en la presidencia del Congreso, se nos representaba como encerrado en una jaula dorada. Cuando le veíamos en su alto sitio, lleno de maestría, acatado por todos, aumentando su fama, se nos aparecía como desdibujando su personalidad socialista, a pesar de la rotundidad con que la defendía cuando llegaban los instantes críticos. ¡Cuánto hubieran ganado el Partido Socialista y su minoría parlamentaria si Besteiro hubiese sido su guía espiritual, educando en socialista desde los escaños a muchos de aquellos que necesitaban aún del maestro adoctrinador! Pero era el presidente de la Cámara y su elevado sitio le aislaba, por la fuerza de los hechos, de la masa general y de los portavoces sindicales y políticos que la representaban. Por otra parte, Besteiro no fue nunca amigo de tertulias, de comidas particulares. No iba a los estrenos teatrales, ni concurría a las reuniones de las Academias, ni siquiera al Ateneo, del que era socio desde sus años mozos. Iba mucho, fue mucho, en cambio, a la Casa del Pueblo de Madrid. Nunca faltaba a reuniones de Comité o a las juntas generales, y lo hacía con placer, con modestia, con sencillez natural.

Alcalá-Zamora, presidente de la República, propuso a Besteiro para ocupar una de las vacantes producidas en la Academia de Ciencias Políticas y Morales. Besteiro consultó el caso, en un exceso de modestia, con los ministros socialistas. Todos los consultados mostraron su conformidad. Todos. El propio Alcalá-Zamora sería [1819] el beneficiario, y el acto de toma de posesión habría de constituir un acontecimiento favorable al nuevo régimen. Pero pasaban los meses y Besteiro no redactaba el discurso de ingreso en la Academia. Cayó el Gobierno de coalición en condiciones desgraciadas que todos conocemos, rompiendo un nudo que debió ser desatado sin violencias. Alcalá-Zamora llamó al Poder a otros hombres, vencieron en las urnas las derechas por la desunión de las izquierdas, cuando la ley electoral la habían hecho estas últimas para la formación de grandes bloques políticos, como si la inteligencia entre republicanos y socialistas debiera durar toda la vida. Surgieron indebidamente los sucesos de octubre, la violenta represión, el odio entre republicanos y socialistas, y entonces, precisamente entonces, para dar sensación de serenidad y de persistencia en los ideales socialistas, Besteiro, venciendo su desgana, leyó su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, al que contestó, como estaba convenido, el académico Alcalá-Zamora, presidente de la República. ¿Por qué utilizó Besteiro la tribuna de la Academia para pronunciar su discurso? Bastaría leerle, para darse la adecuada respuesta. ¡Con qué emoción reproduciría aquí íntegramente tan admirable trabajo! Es muy extenso. Intentaré, no obstante, dar una impresión con textos del autor, mejor que juicios míos.

Marxismo y antimarxismo. Así rotuló su discurso el libro publicado el 5 de mayo de 1935. La fecha ya vale la pena ser retenida y de pensar cómo se encontraba España en aquellos instantes, con la minoría socialista apartada del Parlamento por acuerdo impuesto más que voluntario, las

cárceles llenas de trabajadores, el Poder en manos de las derechas y la República en peligro, por acometidas de la izquierda y de los monárquicos. Besteiro no rehuía nunca su [1820] responsabilidad, ni buscaba la popularidad. “Cuando se habla —dice en el prólogo de su libro— o se escribe acerca de temas de interés público se contrae responsabilidad, no solamente por lo que se dice, sino también por el momento en que se dice”. Besteiro había escogido el suyo a conciencia. Sabía a lo que se iba a exponer, pero era de su deber exponerse. Esta cita está hecha, además, porque el autor reproduce en su libro sus discursos políticos del año 1933, y al ratificar sus posiciones, después de los acontecimientos que había vivido España, se creía obligado a reivindicar para sí la responsabilidad de sus afirmaciones, en unos momentos en que la corriente contraria a sus posiciones le era fanáticamente hostil. Besteiro quiso utilizar la alta tribuna de la Academia, presidida la sesión por el Jefe del Estado, para proclamar su fe en el socialismo revolucionario marxista, como lo prueban estas palabras estampadas al comenzar su disertación: “El cambio tumultuoso es siempre preferible al estancamiento, y, en ciertas circunstancias históricas, el cambio tumultuoso, o por lo menos, acelerado, es el único posible, si se quiere mantener la vida. Hay momentos críticos en que a las sociedades se les plantean problemas de vida o muerte, que requieren soluciones perentorias, que no se pueden eludir ni aplazar”.

En la página 13, este pensamiento tan coincidente con su formación: “Hacer compatible el espíritu renovador con la actuación inteligentemente previsora y evitar el escollo de la demagogia y del histrionismo político es el primer deber de toda política revolucionaria. Otra cosa, sea cualquiera su apariencia, no pasa de ser impotencia constructiva y, en muchos casos, rutina y reaccionarismo disfrazados”.

Se quiso desacreditar al socialismo por reformista. Besteiro [1821] era socialista, pero no reformista, sino marxista. Era intervencionista, como lo fueron Marx y Engels, como lo son los sindicalistas, aun los ácratas, que jamás han renunciado a los beneficios de la legislación social. Pero el intervencionismo, a veces, es lo contrario del socialismo. Como el dirigismo. A veces es lo que acelera su descrédito. Mas oigamos a Besteiro: “El intervencionismo del Estado ha sido con frecuencia patrocinado por los partidos conservadores, en su lucha con el liberalismo clásico, un poco a la manera como los monárquicos absolutos, en su lucha con los señores feudales, buscaban el apoyo del pueblo, haciéndole concesiones... Después de todo, no es la primera vez que la burguesía ha tolerado cuando no patrocinado, un reformismo socialista, para evitar males mayores, ni es el fascismo declarado el único caso que ofrece la historia actual del socialismo reformista aliado a la violencia y a las aspiraciones dictatoriales”.

El Partido Socialista no ha tenido otro profesor de marxismo de más alta categoría que Besteiro, ya que Jaime Vera, por su manera intermitente de actuar, primero, y sus enfermedades, más tarde, apenas intervino en la vida de la organización socialista. Fue marxista cuando serlo era impopular, en los momentos en que muchos intelectuales se vanagloriaban de combatir a Marx. Pero nunca fue un fanático, nunca se escudó en Marx para defender sus peculiares puntos de vista. Lo mismo hizo en la Academia, al leer su discurso en defensa de las doctrinas marxistas. Es mejor leerle, con lo que ganará el lector en claridad:

“Ha dicho Kautsky que el socialismo, tal y como lo concibe Marx, es una síntesis de elementos teóricos y prácticos que la historia había ofrecido como contrapuestos e irreductibles; es una síntesis del idealismo y del empirismo, de las ciencias de la naturaleza y de las ciencias del

espíritu; una síntesis del genio [1822] filosófico alemán y del inglés; una síntesis, sobre todo, de la teoría y de la práctica, que se traduce, a su vez, en una síntesis del trabajo manual y de la ciencia. Una aportación intelectual que ofrece estos caracteres, que encierra en sí tesoros no agotados de sugerencias certeras para el progreso de las ciencias sociales y para determinar las normas de acción, no puede quedar abandonada a merced de los apasionamientos de los adversarios o de los partidarios fanáticos que, precisamente por serlo, no pueden hacer otra cosa que desnaturalizarla y empequeñecerla. Precisamente en estos momentos de violentos ataques al marxismo se impone la vuelta a Marx como una necesidad, ya experimentada por los mismos escritores que han empleado gran parte de los esfuerzos de su vida en una empresa, si no de refutación, sí de rectificación del marxismo... Para ser marxista y no poner en caricatura al marxismo hay que esforzarse, como se esforzaba el propio Marx, para hallar la síntesis resolutoria de las contradicciones que la vida nos vaya presentando y que nuestro pensamiento haya logrado reconocer. Para ello, Marx no se encastilló en las fórmulas del idealismo hegeliano. Si lo hubiera hecho no hubiese sido otra cosa que un doctrinario más. Marx completó la cultura germánica con las aportaciones del pensamiento de los utopistas franceses y de los economistas filósofos ingleses. Si queremos hacer una obra socialista, aunque modesta, fecunda, nosotros tenemos que seguir, en esto quizás más que en nada, las huellas del maestro. El carácter eminentemente constructivo del socialismo actual lo requiere más apremiantemente que nunca. He aquí, pues, la segunda consecuencia a que yo quería llegar: que en el estado actual de las cosas, si queremos evitar los peligros de una interpretación que convierta las organizaciones socialistas en clubs de doctrinarios y al socialismo en una secta; si queremos contribuir a la construcción de un socialismo no autoritario ni [1823]cuartelero, ni despótico, ni dominado por pasiones ciegas, sino de un socialismo inteligente, dueño de sus propias acciones y verdaderamente libertador de los esclavos del capitalismo, es decir, si queremos construir un socialismo no como lo han concebido sus adversarios para combatirlo, sino como lo han concebido Marx y Engels, sería muy recomendable que prestásemos una creciente atención al desarrollo de las ideas socialistas y aun marxistas, aunque sus mantenedores no hayan jurado en nombre del maestro, tal como se ha producido fuera de la Alemania en que nació Marx y en la cual fue perseguido y de la cual fue expulsado”.

Se ha dicho que la teoría de la lucha de clases es la del resentimiento, la del complejo de inferioridad, analizada por Henri de Man. Besteiro no hurta los escollos. Los busca para salvarlos inteligentemente. He aquí un extracto de su pensamiento a este respecto: “Yo no puedo negar que en los comienzos del movimiento proletario, y en algunos momentos especialmente críticos de su historia, la sicología del resentimiento ha podido ser un factor que haya ejercido una influencia más o menos importante en los acontecimientos. Lo que sí afirmo es que la influencia del marxismo ha sido precisamente la que al tratar de despertar en la masa proletaria la conciencia de su gran misión histórica ha contribuido más preponderantemente que alguna otra a libertarla de pasiones inferiores, a desviarla de la práctica de acciones de violencia estéril y, en su suma, no a eliminar la pasión, cosa ni posible ni deseable, pero sí a elevarla, a racionalizarla y a dotarla, de ese modo, de una eficacia que, como mera pasión ciega y primitiva, es incapaz de alcanzar”.

Preside Alcalá-Zamora, como ya hemos dicho, y Besteiro explica, como si estuviera en clase, serenamente, sus teorías, sus puntos de vista, públicamente contrarios a los mantenidos y

defendidos por [1824] los académicos que respetuosamente le escuchan. El socialismo, tesis de Besteiro, no tiene nada que hacer en un Gobierno de preponderancia burguesa. Para ello echa por delante esta afirmación rotunda sobre Marx: “Por lo que Marx se esforzó fue por caracterizar la lucha política del proletariado con independencia de la lucha política de los partidos burgueses, aun los más avanzados y progresivos”. Analizando el paso por el Poder de los partidos socialistas, Besteiro llega a la conclusión del desgaste que ello habrá de significar, en estos términos, a la vez de crítica y constructivos: “Un Partido socialista en el Poder que, por las circunstancias que sean, no puede acometer la solución de los grandes problemas económicos con su orientación propia, corre el gran riesgo de desdibujarse y confundirse con la sicología y los hábitos de acción propios de los partidos representantes de la burguesía intervencionista y reformadora. Y un Partido socialista fuera del Poder que acentúe el culto de la violencia, pero no se cuide de construir, al modo de los laboristas ingleses, un programa bien maduro de política gubernamental que comprenda puntos tan esenciales como la socialización de las industrias principales y de las grandes explotaciones agrícolas, la socialización de los transportes, de los establecimientos de crédito y de las funciones principales del comercio, puede fácilmente degenerar en un reformismo revolucionario y violento de sociología y de actuación muy semejante a la del fascio... La resolución de un militante socialista de servir funciones de Gobierno independientemente de la disciplina de los partidos puede ser juzgada más o menos favorable o desfavorable, con más o menos independencia de pasiones nobles o innobles que, en el mejor de los casos, pueden turbar la serenidad del juicio. Pero, para el que se halle más exento de toda propensión a estimar el lado favorable que tales formas de actuación [1825] política pueden tener, no ha de serle difícil reconocer que, si esos cambios políticos se realizan obedeciendo a un convencimiento sincero y observando una conducta leal y diáfana, son, desde el punto de vista del mismo interés de partido, preferibles a la permanencia en las filas de las organizaciones socialistas de militantes poseídos de una pasión gubernamental perfectamente legítima si se satisface arriesgando responsabilidades propias; pero de legitimidad dudosa cuando su satisfacción acarrea responsabilidades generales que pueden ocasionar a la colectividad grandes trastornos... Para un Partido socialista, sobre todo si su paso por el Poder, aunque sea rico en reformas parciales, no le ha permitido abordar los grandes problemas de socialización, el ejercicio de la función coactiva habrá de ser siempre una fuente de descrédito ante la masa general de los ciudadanos, y muy especialmente ante sectores muy importantes de la clase obrera”.

Como se ve, Besteiro abordó el tema de la colaboración ministerial con toda claridad. Preferible era, a su juicio, que el socialista que se considerase capaz de una obra de gobierno la hiciera bajo su responsabilidad, sin representar al Partido ni a la clase obrera, que colaborando dentro de un Gobierno con mayoría burguesa, desdibuje su verdadera posición y divida las fuerzas obreras al juzgar su gestión. Pero Besteiro no era crítico por sistema, ni sentía odios personales. Era un científico, un pensador, y el socialismo está estudiado por él en función de pedagogo. No lo concibe como un ideal que deba ser servido sólo por un hombre. No habló nunca como caudillo, como jefe, como aspirante a dictador. Fue siempre el antípoda del mito, como dijo, trémula la voz, en sus últimas palabras ante los jueces militares que, cuatro años después de este memorable discurso, le condenaron a cadena perpetua en Madrid. Su interpretación [1826] del socialismo es la de un austero:

“Esta obra de identificación del socialismo y la ciencia no puede, ni ha podido ser realizada por un solo hombre. Es una obra difícil y penosa, que sólo puede ser lograda por el trabajo perseverante de una serie de generaciones humanas... La fórmula a que aludo puede condensarse así: el triunfo del socialismo es función de la ciencia, y ninguna otra circunstancia, antecedente o concomitante del movimiento progresivo de la humanidad hacia el socialismo pueda igualarse o compararse a ella, y mucho menos abrigar la pretensión de sustituirla. Sin el concurso de la ciencia el capitalismo no hubiera nacido; sin el concurso de la ciencia el socialismo no puede desarrollarse, ni los problemas que anhela resolver pueden encaminarse hacia su solución”.

Cuando hablaba Besteiro ser demócrata era un anacronismo. Estaba de moda la dictadura. No había otra salida: o la de ellos o la nuestra. Pero Besteiro no se dejaba intimidar. Era socialista al modo marxista. Era demócrata, como lo fueron los grandes maestros del socialismo. Y no transigió con el comunismo, como no transigió con las Veintiún Condiciones de Moscú, que provocaron la división del movimiento obrero internacional, la creación del fascismo, la implantación de los métodos terroristas dentro y fuera de las Casas del Pueblo. Besteiro había sufrido la prueba. Estaba preparado para llegar hasta el fin. Y con la ecuanimidad del filósofo explicaba ante los académicos su lección de este día, pero pensando, al hacerlo, en la clase trabajadora, a la que tanto amaba.

“Apenas si es preciso decir que la denominación de comunistas la han adoptado los partidarios de la dictadura del proletariado con objeto análogo al objeto con que Marx y Engels adoptaron la misma denominación en el *Manifiesto Comunista* de 1848. Marx y Engels [1827] querían con la palabra ‘comunismo’ diferenciar al socialismo científico de las otras varias formas de socialismo que en el mismo Manifiesto Comunista son estudiadas y especialmente del socialismo utópico. Los comunistas actuales quieren, con esa denominación, diferenciarse de los socialdemócratas, que estiman errónea la interpretación dada por los comunistas rusos a la doctrina de la dictadura del proletariado, y consideran la democracia burguesa como el medio propio en el cual puede y debe desenvolverse, con verdadera eficacia, la acción política de la organización obrera y de los Partidos socialistas... Yo no puedo negarme a reconocer, sin embargo, que en la práctica de la vida de los partidos, no pueden menos de existir militantes del comunismo que, obsesionados principalmente por la consideración de la eficacia de los procedimientos de violencia dictatorial llegan a adquirir unos rasgos sicológicos muy difíciles de diferenciar de la sicología del militante del fascio y, de la misma manera, que no dejan de existir partidarios del socialismo democrático que, en su entusiasmo por las excelencias de la democracia, llegan a caracterizarse sicológicamente y a caracterizarse en su actuación política de un modo muy difícil de distinguir del demócrata burgués”.

El comunista está maravillosamente retratado, con sus similitudes fascistas; pero no lo está menos el socialista que, en su adoración por los métodos burgueses, llega a confundirse en muchas ocasiones con los más caracterizados defensores de ese régimen. Ese socialismo no fue nunca el de Besteiro. De ese socialismo, a veces para elogiarlo, inconscientemente, le han hecho abanderado muchos de sus panegiristas, precisamente los que no leyeron sus discursos, y desde luego, ni lo conocieron. Era modesto hasta la exageración. No fue nunca jefe de grupo, ni alentó disidencias, ni sentía odios personales. Besteiro no fue moderado en el sentido que algunos comentaristas han [1828] dado en propalar. ¡Cuánta ligereza! Se ha combatido a Marx sin leerle,

como se combatía a Besteiro sin estudiar sus doctrinas, caricaturizando sus actuaciones y su propaganda. Besteiro sufrió ataques violentos de ciertos extremistas, más reformistas que extremistas, defensores de la dictadura del proletariado y del frente único, de la unificación de las Juventudes y de la entrega del socialismo al bolchevismo. No todos eran enemigos personales. Muchos defendieron este punto de vista de buena fe, desorientados, pero su error está a la vista. Por eso, Besteiro, anticipándose, al aludir a Marx, dice lo que sigue, donde está reflejada su alma:

“Atento a evitar los inconvenientes del socialismo utópico, ajeno a todo anhelo de profecía, Carlos Marx, en éste como en otros casos, ha sido verdaderamente profético: el acierto de sus previsiones debe ser para nosotros un estímulo que nos mueva a buscar en sus obras sugerencias y consejos útiles. Si él pudiera recordar sus propias palabras, contemplar sus propias ideas y mirar con sus propios ojos la realidad actual, es seguro que mantendría cada vez más viva su fe en los destinos de la humanidad, su confianza plena en el triunfo de los ideales socialistas, pero en algunas ocasiones es también seguro que el peso de su propio acierto gravitaría tristemente sobre su pensamiento y heriría profundamente su corazón. Acertar es siempre útil para alguien; pero no siempre es grato. En algunas ocasiones el propio acierto es una fuente abundante de dolor”.

No siendo pesimista, sus lecciones parecían serlo porque era triste la realidad que quería reflejar. Su alma estaba atormentada. Pensaba más en los sufrimientos de las masas que en los suyos propios, con ser evidentes los suyos. Y sabía que estaba hablando sobre un volcán, España, presto a dar el estallido. Pero lo hacía con ánimo sereno, decidido a cumplir con su deber hasta el fin. “Yo tengo para mí que, para un hombre de espíritu (y en los momentos críticos, por fortuna, creo que los hombres de espíritu son legión), no puede existir [1829] mayor timbre de gloria que haber nacido en esta edad difícil y grandiosa en que la Historia propone a los humanos la solución de los más graves problemas. Y si desechando la vana pretensión de encontrar la palabra mágica que pueda resolverlos, logramos contribuir con nuestro esfuerzo personal para que, no los elegidos, sino las grandes masas humanas se pongan al menos en camino de la solución, sea cualquiera la suerte que podamos correr, debemos sentirnos satisfechos de nuestra propia vida y darla por bien empleada”.

Ya hemos dicho que no fue de nuestro agrado, pensando en los problemas que perturbaban la vida del Partido Socialista, que Besteiro ocupara la presidencia de las Cortes Constituyentes. Pero su paso por tan difícil sitio constituyó un timbre de gloria para él y para la clase trabajadora que le tenía en sus filas. “Acertar es una fuente abundante de dolor...” había dicho él ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas. ¡Ya lo creo! Bien de veces, a lo largo de su vida, había experimentado ese dolor, sin un gesto, sin descomponerse, con aquel empaque señorial, lleno de nobleza, que exhalaba todo su ser. Hubo nuevas Cortes en 1936. La minoría socialista era la más numerosa, como en 1931. Pero Besteiro no fue exaltado a la presidencia de la Cámara. En su lugar, Martínez Barrio ocuparía tan alto puesto, sin duda como premio a la devoción que durante años había sentido por Lerroux... Besteiro, disciplinadamente, emitió su voto en favor del candidato del Frente Popular, patrocinado por Azaña y Largo Caballero, sin que a lo largo de su vida política haya un acto suyo de indisciplina, ni de soberbia, tan frecuente en otros hombres políticos, cuyos nombres no cito.

Recordar a Besteiro es un deber de la clase trabajadora española. Nosotros lo hacemos sin idolatría. Lo hacemos con el alma dolorida, torturada, pensando en lo que sufrió injustamente

durante sus actuaciones [1830] entre nosotros, en el abandono de las últimas horas, sin asistencia médica. Era todo renunciación. Nunca quiso abandonar Madrid. Fue de los que cumplían sus promesas con naturalidad espartana. Hasta aquí, *Marxismo y antimarxismo*, de Julián Besteiro. Permítasenos cerrar estos comentarios con las palabras finales de su conferencia, en 1933, a los jóvenes socialistas, en la Escuela de Verano, y con un párrafo del testamento de Besteiro:

“Por consiguiente, vosotros, jóvenes socialistas que estáis rumiando el tema de democracia y dictadura, reflexionad que es muy fácil sentirse radical y decir: ‘La democracia no nos sirve para nada; vamos a la dictadura y se acabó’. Quiero que reflexionéis que la obra del Partido Socialista, desde que se fundó, y la teoría de Marx, consiste en recalcar a los proletarios que ser revolucionarios no es cosa fácil, ni está al alcance de cualquier indigente espiritual; que es preciso antes sufrir mucho, meditar mucho para saber ser revolucionario, y que muchas veces se es más revolucionario resistiendo una de estas locuras colectivas que dejándose arrastrar por ellas, dejándose llevar por la corriente de las masas para cosechar triunfos próximos y aplausos seguros, a riesgo de que después sean las masas las que cosechen los desengaños y los sufrimientos”.

“Muero siendo socialista. Cuando la libertad en España vuelva a hacer a los hombres libres, quiero que mis restos sean envueltos en una bandera roja y enterrados al lado de la tumba del que fue mi maestro, Pablo Iglesias”.

Besteiro se negó a salir de Madrid: quiso afrontar la misma suerte que corriera el pueblo que le había elegido diputado a Cortes en los primeros puestos desde el año 1918. Y cuando fue obligado a presentarse ante sus jueces, en 1939, lo hizo con la misma serenidad y valentía que había tenido en 1917. La huelga de agosto levantó [1831] el ánimo de la clase trabajadora, preparándola para empresas de mayor significación política. “Toda la sangre derramada, toda la riqueza destruida, se hubiesen ahorrado de triunfar la huelga revolucionaria de 1917”, dijo Besteiro ante el Consejo de Guerra que le condenó a reclusión perpetua en 1939. Había pronunciado el fiscal una dura requisitoria en el curso de la cual aludió como prueba de cargo a la destacada intervención de Besteiro en la huelga de agosto. El procesado fue invitado, por exigencia de la ley, no por cortesía de sus jueces, a exponer sus alegaciones. He aquí el final de éstas (el texto completo se encuentra en mi libro *Julián Besteiro*, publicado en Buenos Aires por Editorial Losada, 1966):

“Hay un rasgo en mi conducta que yo quiero subrayar aquí. Yo he sido además de diáfano en la conducta, absolutamente leal para todos. He sido leal para con mi Partido, en el cual he militado desde el año 12; he sido leal para los partidos que legítimamente se consideraban así; he sido leal hasta la exageración con algún partido que llamándose afín era el mayor enemigo del Partido en que yo militaba y de mí personalmente; he sido leal para el Gobierno que combatió la República, para los que tenéis esa ideología aquí, y en este momento creo que soy leal con el Tribunal. El juicio que se formule acerca de mí, eso no me compete. A mí me compete la responsabilidad interna; la aplicación de la ley es otra cosa.

Ahora sí quisiera yo lamentarme de una circunstancia de mi vida que ha apuntado el señor fiscal diciendo que soy algo mito y que ese mito no debe subsistir. Yo lo siento mucho. Yo no quisiera ser mito.

Ahora puede que sea verdad, porque yo creo que en las circunstancias desfavorables los

personajes mitológicos se convierten en mártires y yo, las graves acusaciones que se me han dirigido las he oído con una serenidad de espíritu enorme. Es un bien que nadie me puede quitar. He dicho”.- Julían Besteiro, de su última declaración ante los jueces militares, 1939.

[1832] *¡Todo un Hombre!*

La guerra civil española tocaba a su fin. El Gobierno Negrín había evacuado Cataluña casi sin lucha. Las democracias occidentales nos abandonaban a nuestra desgracia. La salida fue trágica. La frontera catalana contempló con asombro cómo una masa humana de más de medio millón de criaturas se aproximaba a sus vertientes. El Gobierno francés era impotente para encauzar aquel repliegue, aquella desbandada. En el pueblo fronterizo de Le Perthus, en plena carretera, mi compañera y yo vimos dar a luz a tres mujeres y morir a varios niños, sin ninguna asistencia, sin una protesta, como algo que se afrontaba con amargura y serenidad, buscando paz y libertad. Y entretanto, en Madrid proseguía la lucha, una lucha sin esperanza, sencillamente heroica. El Gobierno no interesaba en Madrid. ¿Gobernaba realmente Negrín? Azaña había cruzado la frontera y se negó a volver al territorio nacional. Presentó su dimisión, que Martínez Barrio no recogió, faltando a su deber. Negrín no tenía, pues, control y el Parlamento había celebrado su última sesión en Figueras, ya en la frontera, con reducidas representaciones políticas. Al regresar a Madrid, Negrín intentó entregar los mandos a los comunistas. Los decretos quedaron inéditos, porque las organizaciones madrileñas impidieron su divulgación, representadas por Gómez Osorio, gobernador civil socialista, que se unió a los que hicieron frente a Negrín y a sus aliados. Los anarquistas desconfiaban de Segundo Blanco, ministro suyo en el Gobierno, y los socialistas, por odio a Negrín y a Álvarez del Vayo, los expulsaron, con un grupo de afiliados de dudosa catalogación.

La CNT madrileña se puso en relaciones con los militares. No se luchaba sólo contra Franco; se desconfiaba de los comunistas. ¿Por qué querían el predominio militar, si la guerra estaba perdida en el resto de España? Rusia, que no nos había ayudado eficazmente, a pesar de tener el oro español en sus manos, ¿iba a ayudarnos en momentos en que los franquistas olfateaban la victoria? Socialistas, anarquistas y [1833]republicanos espontáneamente constituyeron la Junta de Defensa, excluyendo a comunistas y a sus acólitos. Y entonces éstos dieron la cara y surgió el movimiento militar contra los partidarios del Frente Popular. Hubo sangre entre proletarios. Franco espiaba el momento en que le convenía atacar, prefiriendo que los leales al régimen republicano se desangraran. El pueblo madrileño, las brigadas anarquistas, al mando de Cipriano Mera, restablecieron el orden, y la Junta de Defensa fue dueña de los resortes —¡pobres resortes!— del mando. Entre todos sus componentes, un hombre, Julían Besteiro presenciaba con el corazón desgarrado estas luchas fratricidas; él, que sólo había aceptado dar su nombre y su altísimo prestigio para poner fin a la horrible tragedia. Cuando el coronel Casado, de acuerdo con la CNT, invitó a Besteiro a ponerse al frente del movimiento, ofreciéndole la presidencia, se negó, ni quiso que aquello fuese un Gobierno. La Junta de Defensa quedó constituida por el general Miaja, presidente a la fuerza, sin deseos de aceptar, por sus compromisos con Negrín; Miguel San Andrés, de izquierda Republicana; Eduardo Val y González Marín, anarquistas; Antonio Pérez, Wenceslao Carrillo y Besteiro, socialistas y ugetistas, aunque Besteiro no aceptó ninguna representación hasta que las propias organizaciones lo

impusieron. Aceptó la misión que le confió Azaña para representar a España en los actos de la coronación del rey de Inglaterra con la esperanza de conseguir, si ello era posible, una solución honorable al conflicto, patrocinada por Inglaterra. Los franquistas no querían trato con el Gobierno legítimo. El Frente Popular no aceptaba ninguna solución que no fuera el aplastamiento del fascismo, consigna circunstancial de Rusia, que pronto cambiaría. Negrín quiso enviar a Besteiro como embajador a la República Argentina, puesto ocupado después por Ossorio y Gallardo. “¡Cobardes!”, decía comentándolo. “Quieren separarme del pueblo madrileño, porque les remuerde la conciencia. No lo conseguirán. Yo no acepto otra misión que la de negociar la paz”.

[1834] Y así llegó el momento anhelado por él, el de preparar el fin de la carnicería entre hermanos. García Pradas, anarquista, ha descrito en su libro *La traición de Stalin* la escena, de inmensa y trágica grandeza, en que Besteiro avanzó hasta el micrófono de la radio madrileña, encorvado por la edad y el sufrimiento, y exclamo: “¡Ciudadanos españoles! Después de un largo y penoso silencio, hoy me veo obligado a dirigiros la palabra, por un imperativo de conciencia...” Y García Pradas añade: “Le temblaba la voz de emoción y de fatiga; la cana melena se le caía por las arrugas de la frente serena de profesor, y las muñecas de las manos, descarnadas, hacían sonar levemente los puños almidonados de la camisa. Pero allí había un hombre enérgico. Y aquel hombre decía a todos los españoles: ‘Ha llegado el momento de irrumpir con la verdad y rasgar las redes de falsedades en que estamos envueltos. Es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de salvación de la masa inocente e irresponsable. El Gobierno del señor Negrín, con sus veladuras de la verdad, sus verdades a medias y sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, que se ha perdido para el interés de la masa combatiente y no combatiente. Y esa política de aplazamiento no podía tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional desencadenase una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían masas proletarias de muchas naciones. Os hablo desde este Madrid que ha sabido y sabe sufrir con emocionada dignidad su martirio, desde este rompeolas de todas las Españas’, que dijo Antonio Machado, el poeta inmortal que hemos perdido tal vez abandonado en tierras extrañas; os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, cuando a uno le anonada la desgracia; y yo os digo que una victoria, que no pérdida, moral de ese género vale mil veces más que la ilusión de una victoria material [1835] lograda a fuerza de claudicaciones y vilipendios”. Y García Pradas agrega: “Contra tirios y troyanos, contra fascistas y bolcheviques, Besteiro empezó a hablar. Al terminar, lloraba...”.

Leyendo el libro de este anarquista español yo he llorado también, pero yo estaba en Francia, y Besteiro, en cambio, se quedó en Madrid, a pesar de lo cual fue acusado por algunos de los que huyeron de España de haber traicionado a la República de acuerdo con el general Casado. No se marchó de Madrid porque no quiso, a sabiendas de que hubiese encontrado acogida en algunas embajadas, dada su categoría social y política. Quiso morir entre los escombros de la capital de España. Ante su martirio voluntario, estoico, callado, sublime, los enemigos de Besteiro vertían su veneno nauseabundo: “Se queda en Madrid porque está seguro de que los falangistas no le van a matar. Inglaterra velará por él”. Inglaterra no hizo nada, y aunque lo hubiese

intentado, Besteiro no lo habría aceptado. Como no hizo nadie nada en favor suyo cuando cayó en poder de sus jueces, ante los cuales ratificó sus ideales: “Mi vida política la tengo detrás de mí. Delante no espero nada. Y me parece una deshonestidad y una falta de pudor hacer, a estas alturas de mi vida un cambio de esa naturaleza. Yo ya sé que este prurito de sostener mis posiciones, a veces es interpretado como algo de sobreestima personal, quizá de orgullo; desde luego, hay orgullo legítimo, pero yo no pretendo ser orgulloso. Yo tengo que velar mucho, no solamente de la parte externa, aparente, sino de la parte interna de mi conducta. Pero la suerte me ha deparado que a estas alturas yo llevo más de cuarenta años de profesor y más de veinte siendo profesor en Madrid, y en esto hago HINCAPIE significa que me he puesto en contacto con cantidad de hombres jóvenes y con sus familias, y soy muy conocido. Además, también la fortuna ha hecho que yo, desde el año 1918 hasta las últimas Cortes, sin interrupción, haya sido candidato triunfante por Madrid, muchas veces a la cabeza de la candidatura, algunas veces con la votación superior que se ha [1836] obtenido en España. Yo no sé si me habrán votado criminales; seguramente que me habrán votado muchas personas decentes. A mis electores yo no los conozco personalmente. Estas condiciones de representación excepcional crean en mí deberes especiales. Y yo, que interpreto la acción del profesor como una acción educativa, y también la acción política, tengo que velar con verdadero cuidado por que mis acciones no sean deprimentes del carácter, sino que sirvan para elevar estos espíritus”. ¡Cuánta grandeza moral hay en cada una de esas frases! Se quedó en Madrid porque era eso lo que le dictaba su deber, tal y como él interpretaba el deber para con el pueblo madrileño, para servirle hasta la muerte. García Pradas refiere los últimos instantes en que él habló con Besteiro: “Vi en Hacienda a Besteiro. Era difícil reconocer en aquel viejo cubierto por un albornoz al antiguo presidiario del Penal de Cartagena, fotografiado con Largo Caballero poco después de la huelga general de agosto de 1917. Sólo aquel recuerdo me le hacía simpático. Le respetaba pero me era imposible comprender su Socialismo de cátedra. Lejos estaba yo de pensar que Trifón Gómez en su carta a Fernando de los Ríos, diría posteriormente, refiriéndose a Besteiro: ‘Cuando los hombres proceden de semejante manera, pueden errar o acertar, pero merecen seguirles hasta la muerte...’. Sentado en un sofá, fumaba pitillo tras pitillo, sin decir una palabra. Seco, descamado, esquelético, parecía una momia. ‘Y usted, don Julián –decidí preguntarle, sigue diciendo García Pradas– ¿por qué no se ha marchado ya?’ – ‘No; yo no me voy. Me han llamado traidor nuestros enemigos, y me quedo en Madrid, para contestarles con mi condena. Además, soy viejo... Ya les he dicho a los consejeros que me perdonen al quedarme aquí: CORRERÉ LA MISMA SUERTE QUE ESTE PUEBLO SIN IGUAL, TAN GRANDE EN EL SACRIFICIO...’”.

García Pradas es tan sincero que reproduce en sus comentarios, junto al elogio, la observación de que “le era imposible comprender el Socialismo de cátedra de Besteiro”. Cuando le vio impasible ante el [1837] enemigo, como luego habría de estarlo ante sus jueces, comprendió que el Socialismo de aquel luchador no era de cátedra, sino oro de ley, ante el cual la Historia habrá de descubrirse. Como un nuevo Cristo, a quien habrían dado lanzadas en el corazón, honradamente marxista, los centuriones bien retribuidos y los ambiciosos sin escrúpulos, Besteiro desafiaba a Franco y a la Falange desde los sótanos del ministerio de Hacienda, convertidos por él en despacho oficial de un Ministerio en agonía. Él quería servir de muro de contención para salvar a millares de inocentes, para aplacar a la bestia fascista. Quería con el sacrificio de su vida ejemplar, legar a su Partido, a nuestro Partido, un altísimo guión de conducta inmaculada, en el

que las generaciones venideras pudieran inspirarse y recobrar la fe perdida. El pueblo español, singularmente el madrileño, idolatraba a Besteiro, se sentía seguro de sí mismo sabiendo que él estaba allí, en Madrid, cerca de las trincheras, sufriendo sus mismas privaciones, quizá más privaciones que los combatientes. Discípulo de la Institución Libre de Enseñanza, honró hasta el final de su vida a Giner de los Ríos. Incorporado al Socialismo siendo catedrático de la Universidad Central, aportaba a Pablo Iglesias, en lo personal, una lealtad inigualable; en lo político, una superación científica; en la vida privada, una continuidad en el ascetismo y en la modestia. ¡Como los verdaderos revolucionarios! Besteiro lo fue siempre. Y porque lo fue supo morir con la grandeza y la sencillez del filósofo.

¡Ah! Es verdad, los fariseos no le perdonarán jamás. ¡Cómo lo sabía él! “Me han llamado traidor...”. No lo fue a la República, a la que sirvió como primera figura con una distinción y una sabiduría insuperables. No lo fue a la clase trabajadora, en la que tenía fe como nadie, pero a la que quería elevar y dignificar hasta arrancarla de la demagogia y de las acciones milagreras. No lo fue a España, de cuya sangre se sentía avaro, a cuyos dolores quería poner término. La Historia habrá de glorificar la pasión y muerte de Julián Besteiro en la [1838] cárcel de Carmona, entre sacerdotes vascos condenados por Franco, que le respetaban como a un ser superior, sin atreverse a ofrecerle sus auxilios espirituales, temerosos de rozar ni con el pensamiento se exquisita sensibilidad. Hasta la muerte ¡TODO UN HOMBRE!

Conductas ejemplares

“Besteiro es presidente del Comité de Reconstrucción, Reforma y Saneamiento de Madrid. La figura de nuestro camarada, por más de un motivo sobresaliente en la vida política española, se siente colmada de honor con la presidencia de un organismo que tiende a reparar el daño que la metralla fascista ha inferido en la ciudad. Desde el primer día en que por el cielo madrileño asomaron los heraldos de la muerte, el ex presidente de las primeras Cortes republicanas se vinculó al dolor de Madrid. Sin alharacas, rehuyendo acaso que el peso de su prestigio desvirtuase un íntimo acendramiento lealmente sentido a las vicisitudes que ha atravesado la capital de la República, Besteiro se sumó a su dolor y compartió sus sinsabores. Y lo hizo con elegancia de espíritu. Había en su actitud un sincero apartamiento silencioso, callado y humilde, a todo cuanto no constituyese la salvación de Madrid. Le devolvía, con su conducta ejemplar, al pueblo madrileño la garantía de una auténtica representación suya. ¿Os acordáis de aquellas noches trágicas en que el temple de las almas se ponía a dura prueba? Besteiro resolvía su problema interior manteniendo las obligaciones y los deberes que exigían las horas dramáticas. Le bastaba para ello no olvidarse de su condición de diputado madrileño. Esta representación no era para Besteiro una ostentación meramente epidérmica, de ambiciosas frivolidades. Ya se ha visto después. Era profundamente seria. Un diputado por Madrid no tenía opción. Nadie la tenía, desde luego; pero puestos a discernir exigencias, la investidura [1839] parlamentaria que otorgara la población madrileña se colocaba en el primer plano del ejemplo y de la responsabilidad. Es lo que ha hecho Besteiro con una finura de exactas proporciones. No hay en su conducta ni el más leve asomo estridente. Ha rehuido el espectáculo y la bambolla. Un renunciamiento reiterado a lo que no representara los intereses vitales de Madrid, define la alta estimación en que su diputado coloca a la ciudad. ¿Alguien dudará de su amor a Madrid? Se necesitaría estar ciego. Y no lo

decimos por espíritu partidista, que al hablar de Besteiro hemos dejado relegado a segundo término: es nuestro madrileñismo el que lleva a los puntos de la pluma un elogio agradecido. Besteiro renuncia a todo, repetimos, menos a su Madrid, es decir, a la confianza que en él se depositara. Alguien acaso argüirá que su relevante personalidad hacía falta en otros lugares. Ciertamente. El mismo Gobierno ha pretendido utilizarle para otros menesteres. Pero Besteiro esgrimía un arma inapelable: su condición de diputado por Madrid. En ella se refugia para que no le separen de quienes en él fijaron su mirada. Entre ser embajador de España en la Argentina y ser presidente del Comité de Saneamiento y Reconstrucción de Madrid, prefiere esto último. Es lo que se dice un diputado de los pies a la cabeza de la capital de la República. Nos honra como madrileños. Eso en primer lugar. Y sería inmodestia estúpida por nuestra parte el negar que nos enorgullece que un diputado por Madrid que lleva su identificación con sus electores a tales extremos, pertenezca a nuestro Partido. (De *El Socialista*, 7 de julio de 1937.)

[1840] *Como un viejo león espartano*

“En la durísima prueba del 7 de noviembre quedaron aquí, en Madrid, personalidades de relieve. Cuestión de temperamento, pero también asunto grave de conciencia, concepto moral de la propia estimación. Las palabras justicia y responsabilidad suenan ahora más sonoras que nunca. Entre las personalidades que aguantaron en Madrid, silenciosamente, estoicamente, hay una de tal importancia, que sólo ella fulge magnífica y culmina en la noble obligación del deber cumplido. El deber para con la patria; el deber para con la urbe civilizadora; el deber para con la propia conciencia.

Se llama tal ciudadano ilustre Julián Besteiro. Es vano pretender alabarle: no es necesario, felizmente. Cuando un hombre es poseedor de la serena comprensión de sí mismo; cuando un hombre conoce tan magistralmente lo que debe hacer, ¿qué necesidades se pueden alegar para la exaltación de su figura? Nosotros repetimos lo dicho en otras ocasiones: el catedrático de Ética y de Lógica de la Universidad Central, don Julián Besteiro, no sólo explicó estas disciplinas, sino que las vivió, y las vive como nadie ha logrado mejorar. El primer presidente de las Cortes republicanas sigue aquí en Madrid. Su finura espiritual contrasta y pesa el dolor y la esperanza de las horas angustiosas que vivimos. Vigía de la suerte y del porvenir de España, contempla desde su faro intelectual y moral todo el panorama brumoso que se desenvuelve hacia el mar, hacia el océano de la Historia.

Nadie como Julián Besteiro podrá ponderar en estos instantes la razón, el fundamento de nuestras ilusiones. Es el ciudadano que no se deja sorprender ni arrebatar, bien por el entusiasmo desmedido, bien por la depresión exagerada. Sereno como aquellos viejos varones espartanos, Julián Besteiro vuelve sus ojos a la realidad, y acaso pronuncia las célebres interrogaciones helénicas: ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Hasta dónde?” (De *La Libertad*, Madrid, 16 de noviembre de 1936).

[1841] *Hombres ejemplares: Julián Besteiro*

En el año 1923, unos días antes del golpe de Estado de Primo de Rivera, *Diario Español*, de La Habana, abrió un plebiscito entre la colonia española de Cuba para determinar qué hombre

político era el que reunía cualidades más sobresalientes para gobernar España y sacarla del atasco en que la habían metido las torpezas e immoralidades de la monarquía, culminantes en el desastre de Annual. Se hizo el escrutinio. A la cabeza de los propuestos, con una ventaja de casi 2 000 votos sobre Melquíades Álvarez, que a su vez llevaba inmensa ventaja sobre los demás, aparecía el nombre de Julián Besteiro. No por intrascendente dejaba el plebiscito de ser significativo. Los votos de Melquíades Álvarez se explicaban por las condiciones políticas existentes entonces en España. Los de Julián Besteiro exclusivamente por su prestigio personal, amparado en las dos grandes organizaciones en que militaba: el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. A Melquíades Álvarez, acogido al eclecticismo de la fórmula reformista, cabía considerarle como un gobernante posible con la monarquía. A Julián Besteiro, intransigentemente republicano y sometido plenamente a la disciplina de su partido, no. A diferencia, pues, de lo que acontecía con Melquíades Álvarez —especie de alma de Garibay en la política española—, lo que se votaba en el caso de Julián Besteiro no era el hipotético aprovechamiento del gobernante, sino las virtudes y talentos del hombre. El monarca, sin embargo, tenía su criterio propio y antes que ponerse a barajar y elegir apellidos de presuntos Licurgos, decidió suprimirlos a todos por inservibles para sus cálculos. Cansados de jugar bazas de bastos y de copas —aunque no escasearan los oros— resolvió, al fin, arriesgar la partida a la baza de espadas de 1923 con el resultado que todos conocimos en abril de 1923.

He recordado el episodio, ignorado de muchos, en demostración del gran crédito que Julián Besteiro merecía entonces ya dentro y fuera de España, aunque ni entonces ni después —sobre todo después— faltaran los gozquezuelos que pretendieron morderle el calcañar. Prácticamente eliminada de la vida activa por sus achaques la figura prócer de Pablo Iglesias, Besteiro recogía con mano firme y fiel la autoridad moral que aquél ejerciera durante tantos años de combate y enseñanza en la dirección del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. No era Besteiro extraño a esa clase de magisterio —magisterio de la acción, podría llamársele—, tan distinto del magisterio universitario a que, como profesor, estaba adscrito. De los escasos intelectuales que se incorporaron al Socialismo español en los años de pelea oscura, cuando el Partido Socialista no podía ofrecer a nadie posiciones brillantes —luego llegaron a él, para dañarlo, los que las buscaban—, ninguno asimiló mejor que Besteiro la sustancia obrerista que le imprimieron al Partido sus fundadores, hombres de taller y herramienta, circunstancia que ha constituido, sin duda, su prístina fuente de austeridad y energía. Se puede ser un teorizante, conocedor perfecto de las doctrinas, y carecer a la vez de emoción socialista. Creo no recordar mal al atribuir a Jaurès la afirmación de que “los que vienen al Socialismo sólo por la teoría por la teoría se van”. El apotegma podría ilustrarse con no pocos ejemplos, algunos harto conocidos, pero en ningún caso le sería aplicable a Julián Besteiro que, teniendo una sólida formación doctrinal, nunca fue un socialismo de cátedra o especulativo, como abundan en otros Partidos Socialistas de Europa, sino activo y mezclado de lleno a las luchas obreras que son la expresión vital del Socialismo. Su cátedra política fue la Casa del Pueblo, rumorosa y enardecida, sin que jamás adoptara en ella el aire doctoral que le cuadraba como profesor de Lógica en la Universidad, ni en el ambiente recoleto de la Universidad pretendiera nunca confundir su función docente con sus afanes de proselitismo socialista. Ni siquiera para exculpar algaradas estudiantiles propicias al contagio demagógico. Pero es que Besteiro pudo ser lo que se quiera, excepto un demagogo o un complaciente con la ligereza. Lo sabían bien los [1843] obreros de la Casa del

Pueblo de Madrid, que en él veían a un superior en el saber, pero igual en la conducta y en la obediencia a la disciplina común, que es el secreto de la disciplina socialista.

En un libro al que la propaganda comunista le hizo mucho más ruido del que corresponde a las nueces que lleva dentro –me estoy refiriendo al de Constanca de la Mora, *Doble esplendor*, publicado en México en 1944– se habla de Besteiro en términos que dejan el ánimo perplejo. Se advierte que la autora –muerta en trágico accidente, hace unos años–, nieta de Antonio Maura, conversa al comunismo por súbita inspiración staliniana, no sin haber gustado antes todas las mieles de la vida regalada y muelle de la aristocracia, no conocía a Besteiro sino de nombre, y eso a través de la versión fabricada en torno a Besteiro por el sectarismo comunista, que lo mismo hacía del pobre y cuitado José Díaz, notable por sus pocas luces, una especie de Pericles ibérico, que arrojaba al foso del deshonor y de la injuria a los hombres de más clara ejecutoria. Besteiro era uno de éstos.

Y de igual manera que durante la guerra, española, ya en sus postrimerías, los niños rusos aprendían en los manuales de historia que Indalecio Prieto, y después Largo Caballero, eran unos traidores a los intereses del proletariado, nosotros supimos entonces, porque así lo dice Constanca de la Mora, que “desde hacía varios años, Besteiro llevaba una vida aislada aun dentro del mismo Partido Socialista, perdiendo poco a poco por completo el relativo prestigio de que había gozado entre las masas. Le faltaba confianza en el pueblo y no quería disimular su envidia y resentimiento contra otros hombres, sobre todo si se daba la coincidencia de que éstos fuesen militantes de su mismo partido, que por sus conductas o por cualquier otro motivo, adquirieron popularidad y contaban con el apoyo de la mayoría del país”. Eso no es todo. Sucedió, además, que “en poder del Gobierno obraban pruebas suficientes de los contactos a la política de compromisos y apaciguamientos que tenía Besteiro en París y Londres. Pero el ambicioso profesor no hubiera podido llevar a la práctica [1844] sus proyectos si no hubiese contado con la valiosa colaboración de Segismundo Casado...”. Envidioso, resentido, desleal, ambicioso. He aquí un retrato de Julián Besteiro, que sería perfecto visto del revés. No sintió celos, ni tenía por qué, de nadie; no conocía el resentimiento, que es patrimonio de almas torcidas, y la de él era recta y grande; no fue desleal con los demás, porque no puede serlo quien empieza ser rigurosamente leal consigo mismo. Sobre todo, no supo de envidias. Pudo serlo todo y no quiso ser nada, salvo un español de casta y un socialista ejemplar, cualidades que se vinculaban a su nombre como si constituyeran segundos apellidos. No hubo jerarquía que no se le ofreciera o que no estuviera al alcance de su mano, y a todas renunció. Cuando pasó por Barcelona, agonizante ya la defensa republicana hizo confesión íntima de su amargura ante el Comité Nacional y la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista. Venía de Londres, donde pudo quedarse, y regresaba a Madrid, de donde no quiso salir. Volvía no para consumir una traición, como han dicho después los que han vivido y viven de ser traidores, sino para dar su última lección de entereza y sacrificio, seguro de que no sería lección perdida. Y no lo fue. Ahora ya sabemos que no lo fue.

Cuando murió Pablo Iglesias y la inmensa peregrinación que seguía su féretro –España no ha visto otra igual– se detuvo ante las puertas del Cementerio Civil de Madrid, la magra figura de Julián Besteiro, erguida sobre una breve plataforma, atrajo todas las miradas. Se hizo un gran silencio y Besteiro levantó la voz: “Este campo –dijo– que contiene tantas memorias queridas para nosotros, es demasiado pequeño para la grandiosidad de nuestro amor al Maestro, que va

tras los restos mortales del glorioso Abuelo. Es preciso que nos resignemos a darle el último adiós. Iréis desfilando en silencio. Es de esperar que al terminar este acto no saldréis con el espíritu deprimido, sino más fortalecido todavía. Hay algo que no se deposita en la tierra: el espíritu [1845] de Iglesias. Este lo vertió generosamente en la multitud. A todos nos pertenece y lo llevaremos siempre con nosotros. Hemos de mostrarnos dignos de él. Es necesario que todos sepamos que el espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu. Hoy, en reposo, en silencio, hagamos cada uno en nuestro corazón un nido para amar la memoria de Iglesias, y así, de hoy en adelante, su espíritu llegará a los últimos rincones de las ciudades, de las aldeas y de los campos, y vibrará en nuestras palabras de oradores, en nuestros brazos de trabajadores y en nuestras conductas de hombres familiares y sociales”.

“Los cipreses enseñaban su luto invernal. A lo lejos blanqueaba el caserío infinito y confuso de Madrid. Si cualquiera de nosotros hubiera podido pronunciar un responso de despedida cuando murió Besteiro en la cárcel de Carmona, habría dicho palabras semejantes a las suyas: ‘El espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu...’. El de Besteiro también. Todos nuestros muertos, incontables ya, nos han dejado su herencia moral, de la que somos —o no somos nada— prisioneros. De ellos, aunque las víboras muerdan en su recuerdo, podemos decir como en el romance castellano de Zulema: ‘Apolo toma la pluma; yo acabo y su gloria empieza....’”.- Manuel Albar.

El día 4 de septiembre de 1923 se hizo público el resultado del plebiscito abierto por el *Diario Español*, de La Habana, para conocer la opinión de los españoles residentes en aquella nación acerca de la personalidad que a su juicio debería encargarse de regir los destinos de España. Hubo una comisión encargada del escrutinio y de garantizar la formalidad de éste, a cuyo efecto, la Agrupación Socialista de La Habana, con fecha 3 de septiembre, dirigió al director del citado diario la siguiente carta: “Ciudad. Muy señor mío: En nombre de la Agrupación Socialista de La Habana tengo el honor de dirigirme a usted para comunicarle que la referida entidad, acogiendo al derecho [1846] graciosamente concedido por la Comisión electoral de la encuesta a los diferentes organismos interesados en el acto del escrutinio definitivo, ha nombrado a los señores Ramón Belmonte, Benigno Miranda, Manuel Landrove y Martín Sanz, miembros de esta colectividad, para que la representen en el acto de referencia. No dudando se dignará considerar legal y admitir esta representación, quedo a sus órdenes, atentamente, Santiago Ferrer, secretario”. Entre los encargados de verificar ese escrutinio estuvo Martín Sanz, socialista nacido en Valladolid, que intervino activamente en la creación de la Federación Nacional de Ferrovianos, secundando a Vicente Barrio, entonces secretario de la Unión General de Trabajadores. Martín Sanz emigró a Cuba, y el azar le hizo pertenecer a la Comisión escrutadora del plebiscito abierto por el *Diario Español*, de La Habana, al que se refiere Albar en su interesante trabajo dedicado a Besteiro, cuyo resultado va a continuación: Julián Besteiro, 15.647 votos; Melquíades Álvarez, 13.366; Antonio Maura, 3.630; Pablo Iglesias, 1.251; Marqués de Alhucemas, 957; Ángel Pestaña, 732; Vázquez de Mella, 646; Santiago Alba, 478; Juan de La Cierva, 477; Alejandro Lerroux, 378; Francisco Cambó, 312; Ossorio y Gallardo, 264; José Sánchez Guerra, 261; Conde de Romanones, 217, y Alcalá-Zamora, 187. Téngase en cuenta que en Cuba abundaban los asturianos, explicación del contingente de votos alcanzado por Melquíades Álvarez, a pesar de lo

cual no derrotó a Besteiro, a quien hay que sumar los obtenidos por Pablo Iglesias, en favor del cual, por su avanzada edad y su estado de salud, no votaron en mayor número los españoles que tomaron parte en el plebiscito habanero: en resumen, el socialismo, a través de sus hombres, en 1923, tenía ya buena parte de la opinión pública a su lado, incluso entre los españoles residentes en Cuba.

[1847] *"Julián Besteiro": un libro de Andrés Saborit*

“Acaba de aparecer, bien estampado y con profusión de fotografías, un libro que, estudiando la personalidad política de Julián Besteiro, ha escrito en Ginebra, donde reside, Andrés Saborit. Ese libro y el traslado desde el cementerio civil de Carmona al de Madrid de los restos mortales de Besteiro son reveladores de que comenzamos a hacer justicia al hombre más insigne que hemos tenido en el Partido Socialista Obrero Español después de desaparecido Pablo Iglesias. Porque procede evocar, para arrepentimiento de unos y para enseñanza de otros, que ningún socialista fue tan ferozmente combatido como él por sus propios compañeros en nuestra tierra. Yo discrepé de Besteiro en varias ocasiones, pero persuadido de que sus posturas obedecían a un honrado convencimiento nunca le falté al respeto. Otros, en cambio, le colmaron de injurias y le condenaron al más desdeñoso ostracismo, mientras ninguno podía llegarle a la suela de los zapatos.

Nadie más capacitado que Saborit para hacer la biografía, del maestro, pues aunque rechace el calificativo de besteirista, es su mejor discípulo y fue su más fiel seguidor. De otra parte, a Saborit hay que considerarle archivero general del Partido, cargo que, sin designación expresa, ha desempeñado siempre, acumulando y ordenando fichas acerca de todos los sucesos políticos y de cuantas personas intervinieron en ellos durante lo que va de siglo. Sin disponer de semejante archivo no hubiera sido posible esta obra, en la cual, con nobleza y con acierto, salta sobre muchos enconos sufridos por su biografiado y que, según me consta, siguen doliéndole al biógrafo. Reputo semejante discreción como lo más notable que campea en las 450 páginas, pues el autor las ha empleado sin debilitar la defensa que hace de Besteiro... Pero en 1934 Julián Besteiro acertó de modo pleno. Tal acierto sublevó algunos ánimos en vez de que la cordura los aplacara. Con arreglo al Código Penal la condena de 1917, también de reclusión perpetua, fue justa. En cambio la de 1939, por haber actuado en el Consejo Nacional de Defensa en busca [1848] de la paz, rebosa injusticia. Para demostrarlo basta copiar el primer considerando: ‘Que al asumir las autoridades representativas del ejército español el día 17 de julio de 1936 los legítimos poderes de la nación por imperativo inmediato de su ley constitutiva, defenderla de sus enemigos exteriores e interiores, personificados entonces por los componentes del llamado Frente Popular que detentaban el Gobierno de España, y nacido así el nuevo Estado nacional, la oposición armada al mismo integra un delito de rebelión militar’. Con arreglo a esta tesis monstruosa fueron fusilados y condenados a presidio millares de ciudadanos que se opusieron a la verdadera rebelión o no la secundaron. Los auténticos rebeldes se instituyeron por sí mismos gobernantes. En 1919 la amnistía, votada por unas Cortes monárquicas, puso en libertad al preso, legalizándole además la, investidura de diputado que Madrid le otorgara mientras estaba recluido en el Penal de Cartagena. En 1939 el fallo condenatorio fue una venganza brutal y el dictamen del auditor oponiéndose al recurso de apelación interpuesto por el defensor, un modelo de perfidia. La

crudelísima dictadura de Franco no tuvo piedad con un septuagenario enfermo y le dejó morir en la cárcel.

He aquí como el ex presidente de las Cortes Constituyentes justificó en una alocución radiofónica, su ingreso en el Consejo Nacional de Defensa, presidido primeramente por el coronel Segismundo Casado y después por el general José Miaja: “Por la ausencia y, más aún, por la renuncia del presidente de la República, ésta se encuentra decapitada. Constitucional mente, el presidente del Congreso no puede sustituir al presidente dimisionario más que con la obligación estricta de convocar a elecciones presidenciales en el plazo improrrogable de ocho días. Como el cumplimiento de este precepto constitucional es imposible en las actuales circunstancias, el Gobierno del señor Negrín, falto de la asistencia presidencial y de la asistencia de la cámara –a la cual sería vano intentar dar una apariencia debida–, carece de toda legitimidad, y no puede ostentar título [1849] alguno al respecto y al reconocimiento de los republicanos. ¿Quiere decir esto que en el territorio de la República existe un estado de desorden? No. El Gobierno del señor Negrín, cuando aún podía considerarse investido de legalidad, declaró el estado de guerra, y hoy, al desmoronarse las altas jerarquías republicanas, el ejército de la República existe con la autoridad indispensable, y la necesidad del encadenamiento de los hechos ha puesto en sus menos la solución de un problema gravísimo, de naturaleza esencialmente militar. ¿Quiere decir esto que el ejército de la República se encuentra desasistido de la opinión civil? En modo alguno. Aquí, en torno mío, en este mismo locutorio, se hallan una representación de Izquierda Republicana, otra del Partido Socialista, otra de la Unión General de Trabajadores y otra del Movimiento Libertario. Todos estos representantes, juntamente conmigo, estamos dispuestos a prestar al poder legítimo del ejército republicano la asistencia necesaria en estas horas solemnes’.

En otras cuartillas, que redactó días después, dijo: ‘Si el acto del 4 de marzo (la constitución del Consejo Nacional de Defensa) no se hubiese realizado, el dominio completo de los restos de la España republicana por la política del Komintern hubiera sido un hecho y los habitantes de esta zona hubiesen tenido que sufrir probablemente durante algunos meses, no sólo la prolongación criminal de la guerra, sino el más espantoso terrorismo bolchevique, único medio de mantener tan anormal ficción, contraria evidentemente a los deseos de los ciudadanos. El drama de los ciudadanos de la República es éste: no quieren el fascismo; y no lo quieren, no por lo que tiene de reacción contra el bolchevismo, sino por el ambiente sectario y pasional que acompaña a esa justificada reacción (teorías raciales, mito del héroe, exaltación de un patriotismo morbosos y de un espíritu de conquista, resurrección de formas históricas que hoy carecen de sentido en el orden social, antiliberalismo y antiintelectualismo, etcétera). No es fascista, pues, el ciudadano de la República, [1850] con su rica experiencia trágica. Pero tampoco es, en modo alguno, bolchevique. Quizás es más antibolchevique que antifascista, porque el bolchevismo lo ha sufrido en sus entrañas y el fascismo no. ¿Cómo este interesante estado de ánimo y esta rica experiencia pueden contribuir a la edificación de la España de mañana? He aquí el gran problema. Porque pensar en que media España puede destruir a la otra media sería una nueva locura que acabaría con toda posibilidad de afirmación de nuestra personalidad nacional, o en una destrucción completa de la personalidad nacional, peligro que hemos corrido y del cual hemos escapado, al parecer, poco menos que de milagro’.

Entre los papeles que Dolores Cebrián, esposa de Besteiro, recogió en la celda mortuoria

de Carmona figura esta esquemática relación que el ilustre hombre público hizo de su calvario: “Salí de casa el domingo 4 de marzo de 1939. El martes 6 fue día de gran peligro de ser copados en Hacienda por los comunistas sublevados. El 29 de marzo por la tarde fui procesado, en juicio sumarísimo de urgencia por rebelión militar, y por la noche trasladado a la prisión de Porlier. Fui trasladado de aquí a la prisión del Paseo del Cisne. El consejo de guerra de oficiales generales se celebró el 8 de julio de 1939, sábado. El jueves 3 de agosto fui trasladado a la prisión general especial del monasterio de Dueñas. Salí de la prisión del Paseo del Cisne a las cinco y diez minutos de la tarde, y llegué al monasterio de Dueñas entre nueve y nueve y media de la mañana”. (En Dueñas, provincia de Palencia, estaban encerrados los sacerdotes vascos a quienes Franco condenó, y juntamente con ellos fue Besteiro trasladado a Carmona, provincia de Sevilla, al otro extremo de la península). “El domingo 27 de agosto llegó Dolores a la prisión de Dueñas cuando yo desesperaba de verla por tener noticias de que nos iban a trasladar a Carmona. Después de muchas dificultades pude ver a Dolores. Al día siguiente tomé la sabia resolución de que se marchase en el primer tren. La vi pasar desde una ventana del [1851] lavabo de los curas. Al poco tiempo nos notificaron que debíamos preparar las cosas a fin de salir aquella misma tarde para Carmona. A las cinco entramos en el vagón. El tren salió a las ocho. A Madrid llegamos a las ocho y media, tal vez a las nueve y media de la mañana. Más de media hora de lucha con las fieras (las chinches). Nos llevaron en camión abierto a la estación del Mediodía. Fue un espectáculo. De Madrid salimos el martes 29 a las siete menos cuarto de la tarde. El viaje, en un correo como el de Dueñas, duró desde la tarde del 29 hasta la tarde del miércoles 30, en que llegamos a Guadajoz a la una aproximadamente. Allí no había enlace por tren y tuvimos que esperar hasta cosa de las cinco, en que nos fueron a buscar unos camiones como para acarrear cemento. Así nos transportaron a la prisión correccional de Carmona. Atravesamos el pueblo, pintoresquísimo. La prisión, también ‘pintoresquísima’, propia para hacer una película de las catacumbas y de los orígenes de la cristiandad. En Guadajoz me afeitó un Guardia Civil en un coche de tercera clase abandonado en una vía muerta”.

“Cada vez –escribe Besteiro– tengo más deberes manuales que cumplir barrer, fregar, buscar la comida; hay ejercicios que me cuestan mucho trabajo y mucha fatiga. Pero nada de esto me ha anonadado. Ni la cantidad de granos que me han salido y que aumentan las dificultades materiales de mi vida, ni el calor, ni las chinches, que me aterran, pero contra las que lucho como un valiente”. El 19 de septiembre de 1940 Dolores Cebrián de Besteiro fue avisada en su casa de Madrid que Julián había contraído una grave dolencia. Inmediatamente tomó el tren para Carmona. Pese a sus constantes súplicas, no conseguía verle, porque el jefe de la cárcel, obedeciendo órdenes de la Dirección General de Prisiones, no se lo permitía. A lo visto, el preso no estaba suficientemente grave para justificar que su esposa le viera. Por fin, el día 36, cuando, según el médico, la muerte estaba próxima, pudo la infortunada mujer conseguir lo que se proponía.

“Atravesó un oscuro pasillo –sigue escribiendo Saborit–, subió por una escalera de caracol, cruzó el camaranchón, ‘el palomar’, como lo llamaban los reclusos. Unos cuantos sacerdotes, en trajes haraposos hallábanse cerca de sus respectivos petates. Al llegar a la puerta del cuarto donde estaba su marido, tuvo que sacar fuerzas de flaqueza. Allí estaba el que tanto quería, sobre el camastro, tapado con una manta blanca y otra echada hacia atrás, medio sentado, recostado sobre

tres almohadas. Del lado izquierdo, su cara era la de un monstruo: el carrillo, el cuello el párpado y hasta la cabeza estaban enormemente hinchados, y la piel, encendida. Tenía parálisis facial del lado izquierdo”.

Luego de cariñoso y breve diálogo, Besteiro comenzó a divagar, haciendo preguntas extrañas e incoherentes. A las siete de la tarde se obligó a la señora de Besteiro a salir de la prisión. ‘La última noche que pasó Besteiro –prosigue el narrador– debió de ser horrible. Se tiró de la cama varias veces y alguna no supo volver solo al lecho. Hablaba en alemán. Pidió el diario sevillano *El Correo de Andalucía*, sin duda obsesionado por indagar noticias de la guerra. ¡La libertad, la libertad! fueron expresiones claramente repetidas durante su delirio. A las ocho de la mañana siguiente quiso doña Dolores entrar en la prisión. No se lo permitieron hasta las diez. Besteiro agonizaba. Le llamó varias veces y no respondió. Nadie estuvo con ella en esos momentos supremos. Absolutamente nadie, hasta que de Madrid llegaron su hermana Mercedes y Jaime, sobrino de ambas que, autorizados por la Dirección General de Prisiones, pudieron ver al moribundo...”.

“Así expiró Julián Besteiro Fernández, uno de los más ilustres profesores universitarios de España, uno de los varones más integérrimos, una de las almas más puras, uno de los hombres más estoicos... Andrés Saborit, al relatar su vida, que culminó en el martirio decretado por Francisco Franco, nos presta a todos un gran servicio: a quienes conocimos a Besteiro porque nos hace recordar sus grandes virtudes, y a quienes no le conocieron porque se las descubre. Su libro puede figurar en la hagiografía de santos laicos”.- Indalecio Prieto. México, 31 de mayo de 1961.

[1853] REORGANIZACIÓN DEL SOCIALISMO ESPAÑOL EN EL EXILIO. **RESUMEN DE NOTICIAS**

Breves noticias de 1940 a 1942. Llamamiento a Indalecio Prieto

Con el asentimiento de un grupo de socialistas españoles residentes en México, Lucio Martínez Gil dirige un llamamiento a Indalecio Prieto para que inicie la reorganización del Partido Socialista. Accediendo a ese requerimiento, Prieto pronuncia un discurso en la capital mexicana, creándose poco después la Agrupación Socialista. Como consecuencia, fueron desapareciendo paulatinamente las organizaciones socialistas de tipo regional y el grupo Jaime Vera, donde actuaban Ramón Lamóneda y Juan Negrín, consolidándose la Agrupación Socialista, que tan pronto como lo permitieron las circunstancias inició su tarea en conformidad con las organizaciones surgidas en Francia y establecidas en la ciudad de Toulouse.

“Os hablo con viva emoción, sintiendo abrasada el alma. Soy socialista, pero español. Reconociendo las diversas personalidades regionales que integran nuestra patria, otorgo a cada una de ellas el marco que necesitan para su desarrollo y florecimiento; más dentro de España, perteneciendo a España. En el acto que hoy celebramos, luego, de volver nuestra emoción sobre la tierra que cubre nuestros muertos, acordémonos, convirtiendo la emoción en virilidad, en los cientos de miles de hermanos que padecen torturas en las cárceles españolas. Si no hay entre nosotros quienes seamos capaces de servir de luminaria que alumbre el camino por donde hemos

de marchar, que nos guíe el recuerdo de Pablo Iglesias, cuya efigie nos preside; del Abuelo, que fue socialista, pero muy español. A Pablo Iglesias, como le he evocado en otra ocasión le veo paseando lentamente, ya anciano, bajo el acariciador sol invernal de Madrid, por el paseo de Rosales, recogiendo el saludo cariñoso de los obreros, y le veo envuelto en su capa española, porque Pablo Iglesias era símbolo augusto de España”.- Indalecio Prieto, México, 1940.

[1854] En Europa, después de invadir, en abril y mayo de 1940, Bélgica, Luxemburgo, Holanda, Dinamarca, Noruega y parte de Francia, Hitler se entrevista con Mussolini, y en octubre del mismo año, con Franco. En nota remitida al Gobierno alemán, Franco reclama Orán, la unificación de Marruecos bajo protectorado español, la extensión de la zona de influencia en el Sahara y otros territorios africanos, anunciando la próxima entrada en guerra de España junto a Alemania. En marzo de ese año deja escrito en el Archivo de Indias de Sevilla la siguiente frase, lo que da idea del estado mental del dictador: “Ante las reliquias de nuestro imperio, con la promesa de otro”. Nombra a Serrano Suñer ministro de Estado para aplacar a Hitler; el nuevo ministro cree en la victoria de las fuerzas del Eje. Franco concede parte de lo que le piden: bases en las costas, facilitando así la acción de los submarinos. Hitler le premia con la más alta condecoración y, en agradecimiento, Franco le responde: “La fortaleza de nuestra fe es el triunfo de nuestras ideas COMUNES, las cuales han sido extendidas en Europa hoy a través del vigor de las armas alemanas, y abrirán una nueva era de prosperidad y de justicia”. En Inglaterra, a Chamberlain sucede Churchill, dispuesto a resistir y ganar la guerra. En Francia el Parlamento otorga a Pétain plenos poderes por una gran mayoría, votando en contra la fracción socialista dividida. El armisticio es firmado el 22 de junio. Mussolini se apresura a pedir parte en una victoria en la que no ha intervenido. León Blum es detenido. Tres destacados resistentes, Max Dormoy, Cesar Campinchi y Georges Mandel, caen asesinados. En Estados Unidos Roosevelt es reelegido por tercera vez presidente.

El 21 de febrero de 1940 falleció en Sarlat (departamento francés de Dordogne), Matías Gómez Latorre, número uno de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista. En el mismo refugio estuvo [1855] también acogido Santiago Pérez Infante con sus familiares, quienes pudieron llegar a México tras penoso calvario. Conservo las últimas cartas que Gómez Latorre me remitió a Tarbes, y otras que recibió Antonio Atienza, tan veterano como él, fundadores ambos. Gómez Latorre falleció abandonado, cuando había cumplido noventa y un años, y a su entierro acudieron, no obstante las dificultades de aquellos momentos, algunos españoles refugiados en aquella localidad. Ese mismo año falleció en su hogar madrileño Jacobo Castro, tesorero de la Agrupación Socialista Madrileña durante más de veinte años. El 24 de febrero fueron fusilados José Serrano Batanero, diputado republicano por Guadalajara; Leandro García Martínez, destacado miembro de la CNT; José Gómez Osorio y Ricardo Zabalza, diputados socialistas. El 8 de marzo fue fusilado Isidro Escandell, diputado por Valencia. El 27 de septiembre, a la una menos diez minutos de la madrugada, en una prisión improvisada en Carmona (provincia de Sevilla), murió Julián Besteiro, rodeado de su esposa Dolores Cebrián, su cuñada Mercedes, un sobrino de ambas, Jaime Cebrián, y un amigo particular que se prestó a acompañarles en tan triste momento. Besteiro estaba traduciendo un libro del alemán al castellano. Sus restos fueron trasladados y enterrados definitivamente en el Cementerio civil de Madrid el 29 de junio de 1960, cuando lo autorizó el Gobierno franquista, prohibiendo toda

suerte de publicidad. En esta labor de auxilio a la viuda de Besteiro intervino con eficacia José Castro, muy identificado con él y elemento valioso de las Juventudes Socialistas. El jefe de la guardia municipal de Carmona, en cuyo cementerio estuvo enterrado Besteiro, fue uno de los que, arriesgando su vida, salvó la de Prieto cuando en un mitin que allí se celebraba, un grupo de caballeristas, unido a los jóvenes carrillistas, intentaron impedirle hablar. El 16 de octubre, en Montjuich, fue fusilado Luis Companys, presidente de la Generalidad. El 4 de noviembre, en Montauban, en [1856] el sur de Francia, falleció Manuel Azaña. Con un grupo de amigos intenté asistir a su entierro en aquella ciudad, pero las autoridades de Tarbes no me lo permitieron. El 8 de noviembre, en Madrid, son fusilados Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido, a quienes detuvo en París la policía española, con la complicidad del Gobierno francés, como sucedió con Luis Companys y otros, que también fueron fusilados. En México fue asesinado León Trotsky; instrumento de ése crimen fue un comunista español que actuó a las órdenes de Stalin. En el frente francés, durante la Guerra europea, murió Leo Lagrange, diputado y ministro socialista francés, que desarrolló una inmensa labor en pro de la clase trabajadora. En México falleció Francisco Barnés, catedrático y escritor.

En febrero de 1941 Franco se entrevista con Mussolini en Bordighera, pueblo fronterizo entre Italia y Francia; a su regreso, con Pétain, en Montpellier. El 18 de ese mes se produce un colosal incendio en Santander, quedando la tercera parte de la ciudad destruida. En Francia Pétain declara día festivo el 1º de mayo, siguiéndole después el Papa y Franco. Hitler se lanza por sorpresa el 22 de junio contra la URSS. Franco envía la División Azul, reclutada en gran parte con engaño, a luchar junto a las tropas alemanas en el frente ruso. De una carta de Hitler a Mussolini, fechada el 21 de junio: “Franco tiene miedo y creo que no tomará una parte activa en la guerra hasta que esté ganada”. El 17 de julio Franco declara: “Los Aliados ya han perdido la guerra”. El 14 de agosto Roosevelt y Churchill firman el Pacto del Atlántico, precedente a la Carta del Atlántico. El 7 de diciembre los japoneses atacan la base norteamericana de Peral Harbour. Como reacción, Estados Unidos declara la guerra a los países del Eje.

En 1941 fallecieron: en Argentina, Ángel M. Giménez, fundador del Partido Socialista en aquel país, y Manuel Cordero, que fue concejal y diputado por Madrid, miembro de las Comisiones ejecutivas de la UGT y del Partido Socialista. En Baleares, el socialista francés Compère-Morel autor del Diccionario socialista y principal impulsor de la adquisición del edificio parisense donde estuvo instalado el diario *Le Populaire* en su etapa más floreciente; de ese lugar, acompañados por los miembros de las comisiones ejecutivas de la UGT y del Partido Socialista que las formábamos, salieron los restos de Largo Caballero para ser enterrados en el cementerio parisino del Père Lachaise. En México falleció el sindicalista finlandés Eddo Fimmen, que tuvo una importante actuación en la Internacional del Transporte. Entre otras personas de relieve fallecidas en 1941: el economista Antonio Flores de Lemus; Alejandro Guichot, publicista, con quien fui candidato a diputado en 1917, estando yo preso en el penal de Cartagena. En México fallecieron Roberto Castrovido y Pedro Corominas, diputados republicanos. En El Cairo, Gabriel Alomar, ex embajador de la República en Egipto. En Roma, Alfonso XIII, cuyos restos fueron depositados y expuestos en una iglesia de aquella capital. Refugiado en Holanda, el ex emperador de Alemania Guillermo II. En la India, el premio Nobel de Literatura Rabindranath Tagore.

En 1942, Stalin y los suyos inventan, de acuerdo con Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo, la

Unión Nacional, para actuar dentro de España, incluyendo en ella a Gil Robles y a monárquicos, una farsa para distraer al público español, indignado contra los comunistas y escandalizado por el pacto firmado por Stalin con Hitler. En febrero, en Sevilla, Franco se entrevista con Oliveira Salazar, jefe del Gobierno portugués, y ofrece, en discurso pronunciado en esa ciudad, enviar un millón de soldados para defender a Alemania si ésta llegara a correr peligro. En septiembre. Serrano Suñer es sustituido en el ministerio de Asuntos Exteriores por el conde de Jordana, que firma varios tratados con Portugal, en el fondo intentando acercarse a Inglaterra. En Francia se inicia el proceso contra León Blum, prolongado algún tiempo, hasta que Pétain, previendo las consecuencias que [1858] se desprendían de los debates, en los que Blum aparecía más como acusador que como acusado, suspendió las deliberaciones sin que hubiera fallo de ninguna clase.

De una conferencia pronunciada por Prieto el 1º de mayo de 1942, con el sugestivo tema "Confesiones y rectificaciones": "He frecuentado poco los libros, y deambulado, quizá en demasía, por la calle. De ello se deduce que me adscribí al socialismo por sentimentalismo, no por convicción teórica. Y si esto podía ser de absoluta legitimidad porque mis dieciséis años y mi miseria no me habían consentido estudiar, acaso no la tenga para vosotros la siguiente afirmación: sigo siendo socialista por sentimiento, no comparto en su integridad todas las teorías socialistas y menos aún todos los fundamentos, supuestos o realmente científicos de ellos". En una conferencia pronunciada en La Habana, en julio de 1942, Prieto defendió por primera vez la idea de un plebiscito para resolver el problema español. Sus discursos fueron una anticipación de sus actuaciones, en 1945, ante la Asamblea de las Naciones Unidas, reunida por vez primera en San Francisco. En agosto, en Begoña, estallaron varias bombas, coincidiendo con la presencia en aquella ciudad vasca del ministro del Ejército, a la sazón general Varela. Hubo heridos y detenidos entre los falangistas de varias tendencias. Arrese y Girón ascienden poco después a puestos ministeriales más elevados, y el puesto de Varela lo ocupa Asensio. En este juego Franco borraba de la escena los peones que le molestaban. En noviembre las fuerzas norteamericanas desembarcan en África del Norte. Hitler ocupa la totalidad de Francia, invadiendo la llamada "zona libre" que había concedido al Gobierno de Pétain. En México, el 27 de diciembre Prieto interviene en un acto efectuado en honor de Luis Jiménez de Asúa, presidido por el veterano socialista vasco Rufino Laiseca.

[1859] Entre otros escritores, políticos y militares extinguidos en 1942 figuran: en un campo de concentración, el austriaco Robert Danneberg; fue fundador de la Internacional de Juventudes Socialistas; de él conservo carta con fotografía dedicada. En Dinamarca, T. Stauning, ex jefe del Gobierno socialista danés. En Francia, G. Ivetot, sindicalista francés; en Tarbes (Francia), Ricardo Neira, socialista gallego, teniente coronel de la Armada. Encarcelado en Alicante, el poeta Miguel Hernández. En Valencia es ejecutado Juan Peiró, ex ministro de la CNT en el Gobierno dirigido por Largo Caballero, hombre de conducta irreprochable. En París, el 26 de septiembre, Guillermo Torrijos, organizador del movimiento obrero y socialista en Guipúzcoa, concejal en San Sebastián. En Madrid, el doctor César Juarros, diputado republicano, y Manuel García Morente, profesor universitario de Filosofía y Letras; abjurando de su pasado, se había hecho sacerdote. En México, Julio Mangada, coronel de Infantería, defensor de Gualterio Ortega, encarcelado a raíz del proceso contra el Comité de Huelga de 1917, que le costó un arresto. En México, en julio, Alejandro Otero, catedrático de la Universidad de Granada,

diputado socialista, subsecretario de Armamento durante la guerra civil³⁴. En Brasil, huido del nazismo, se suicida el escritor austriaco Stefan Zweig. En Ginebra, el pensador italiano Guillermo Ferrero. En Rusia, en condiciones oscuras, José Díaz, dirigente comunista, y Fritz Platten, socialista suizo, encarcelado por Stalin; había preparado el regreso de Lenin a Rusia en 1917.

Oposición al régimen franquista y breves noticias de 1943 a 1948

En 1943, con el duque de Alba como primer firmante, veintiocho procuradores en Cortes se dirigieron al general Franco en los siguientes términos: “Sólo en periodos transitorios un régimen personal, sin definición institucional precisa, puede constituir un enlace entre situaciones históricas diversas. Pero tales regímenes no pueden, sin grave riesgo, prolongarse, por la inseguridad que determinan en el espíritu público, por la dificultad que suscitan para que se forme una conciencia nacional, por la incertidumbre que es consecuencia necesaria de las contingencias físicas inevitables en toda persona humana”. La clarividencia del duque de Alba y de sus aliados resultó inútil ante la actitud de Franco. En septiembre, los generales Orgaz, Kindelán, Dávila, Solchaga, Ponte, Saliquet y Monasterio piden a Franco en documento firmado que restablezca la monarquía. Respuesta: “La monarquía es lo parcial; lo mío es lo total”. Habiendo renunciado al trono Alfonso XIII en favor de su hijo Juan, éste, en febrero de 1944, pidió a Franco que abandonase la jefatura del Estado ante la inminente victoria de los Aliados. La respuesta fue áspera y negativa. Los falangistas amenazaron a los monárquicos, secundando a Franco o estimulados por él. El cisma era evidente. Franco observa el curso de la guerra y no rompe con los Aliados, cuyas delegaciones diplomáticas en Madrid consolidan su puesto de observación y consiguen, por ejemplo, que los trófugas que llegan a España por los Pirineos para reagruparse en posesiones francesas reconquistadas o en poder del general De Gaulle no sean entregados a las autoridades de Pétain, a pesar de las protestas de Alemania. El ministro de Asuntos exteriores, general Jordana, proclamó su estricta neutralidad, pero no duró en su puesto. En febrero de 1943, el general alemán Von Paulus capituló con todas sus fuerzas en Stalingrado; prisionero, se puso al servicio de Stalin.

Largo Caballero, León Jouhaux y León Blum fueron deportados a Alemania por orden de Hitler, acatada por Pétain. Stalin, intentando desorientar a los gobiernos burgueses, disuelve la Internacional Comunista. El documento lleva la firma de Dolores Ibárruri por el Partido [1861] comunista español. El 10 de julio de 1943 los Aliados desembarcan en Sicilia, iniciando la conquista de Italia; el Consejo fascista decide poner el país en manos del rey por mayoría de votos. Mussolini acude al palacio real, donde dimite, siendo luego detenido y encarcelado. Hitler le libera mediante un golpe audaz y Mussolini proclama en el Norte de Italia la República social; su farsa culmina destituyendo a la Casa de Saboya. Franco retira del frente ruso la División Azul antes de que sea copada por las tropas aliadas. En noviembre de 1943 Churchill, Roosevelt y Stalin se reúnen en Teherán y, viendo próxima la victoria, se reparten las zonas de influencia en el mundo. En Francia, los franceses y Aliados desembarcan en el Sur y avanzan rápidamente. En diciembre, la conquista de Monte Cassino anuncia la victoria en Italia.

En México fue constituida la Junta Española de Liberación el 25 de noviembre de 1943, a

³⁴ Otero murió años más tarde en 1949. (A.M.)

propuesta de la Comisión ejecutiva del Partido Socialista, que allí actuaba provisionalmente. Prieto fue secretario de ese organismo, al que pertenecieron los partidos políticos que habían gobernado en la etapa republicana, excluidas las organizaciones sindicales. Esa bandera influyó de modo extraordinario en la Conferencia de San Francisco de 1945, que se inclinó por el repudio al régimen de Franco, la ruptura de las relaciones diplomáticas con España y la formación de un Gobierno provisional emanado de las Cortes españolas reunidas en el exilio, constituido en México con Negrín y su grupo, sin el apoyo de las organizaciones sindicales, defraudando a los gobiernos que simpatizaban con el plan aprobado, fielmente inspirado en los principios de la Constitución de la República y estatutos derivados. Prieto, en conferencia pronunciada en México el 5 de diciembre de 1943 declaró: “Ya nos daríamos con un canto en el pecho, ellos y nosotros – alusión a los comunistas– si pudiéramos ahora vivir al amparo de la Constitución de 1931”. Como en tantas otras ocasiones en la emigración, Prieto batalló incansablemente contra la dictadura franquista. [1862] En 1943 fallecieron, entre otros: José Maeso, secretario de la Federación de Obreros de la Madera, socialista de vieja historia; Louis Bertrand, del grupo fundador del socialismo en Bélgica; Ben Tillett, uno de los primeros diputados laboristas ingleses; Henri Sellier, senador socialista francés, experto en temas municipales. Emigrado en México, Antonio Zozaya, escritor de acendrada historia. Expatriado en Suiza, el cardenal Vidal y Barraquer en pugna con la República, primero, y con Franco, después. En Madrid, Ricardo León, académico y novelista; Carlos Arniches, sainetero; Loreto Prado, popular artista teatral madrileña.

En 1944 Estados Unidos decretan el embargo del petróleo a España, esencial para el gobierno de Franco, en cuyo socorro acude Churchill. El curso de la guerra hace que Franco cambie la orientación de su política, reduciendo su ayuda a Mussolini y a Hitler. Los Aliados ocupan Roma, desembarcan en Normandía y liberan París en agosto. Los militares alemanes que conspiraron contra Hitler son ahorcados. Desaparece en misión militar en el sur de Francia el escritor francés Saint-Exupéry. El duque de Alba, embajador en Londres, transmite a Churchill una carta de Franco, a la que responde aquél comunicándole su negativa a traicionar a los rusos.

Indalecio Prieto pronunció en 1944 discursos de gran resonancia; entre otros, en el Centro Manhattan, de Nueva York, con el tema "La Carta del Atlántico", el 5 de marzo; el 15 de abril, en La Habana, disertó sobre "América ante el problema político español"; el 25 de agosto, en México, para celebrar la liberación de París, con una cena a la que asistieron personalidades de izquierda de diversos países; el 31 de agosto, de nuevo en México, participó en un banquete en honor de Paul Rivet, científico francés. La UGT y el Partido Socialista desarrollaron ese año intensa actividad en Toulouse, adonde acudió Prieto por primera vez, consolidándose la organización de los dos organismos en la emigración.

[1863] En 1944 falleció en México, el 6 de noviembre, Antonio Atienza, uno de los fundadores del Partido Socialista y redactor de *El Socialista* durante treinta años. Era todo modestia y laboriosidad, con una cultura de primer orden; fue una pérdida casi irreparable. Bruno Bouzzi, socialista italiano, fue fusilado por los alemanes en Roma. Auxiliano Benito, joven socialista madrileño, fue asesinado por los comunistas en Toulouse. También murieron ese año: en España, Adolfo G. Posada, profesor de la Institución Libre de Enseñanza; Joaquín Álvarez Quintero, comediógrafo; Miguel Asín Palacios, arabista. En México, Enrique Díez Canedo, escritor y poeta. En Buenos Aires, Mario Bravo, senador socialista; Rufino Blanco Fombona,

escritor venezolano. En Santiago de Chile, Rodrigo Soriano, de trayectoria, política tan accidentada como contradictoria. En Francia, Romain Rolland, escritor de tendencia socializante, premio Nobel de Literatura; G. Giraudoux, escritor; G. Hanotaux, historiador y político; J.B. Lebas, ministro del gabinete de León Blum; Víctor Basch, escritor simpatizante de la izquierda, es asesinado. En Ámsterdam muere el escritor anarquista Max Nettlau.

En febrero de 1945 Bélgica queda totalmente liberada; la situación es comprometida para el rey, que se había rendido en 1940 a los alemanes. Los jefes de Estado victoriosos se reúnen de nuevo con Stalin. Las tropas aliadas invaden territorios japoneses y alemanes. Franco rompe sus relaciones diplomáticas con Japón, transformándose en colaborador de última hora de los Aliados. En febrero se celebra en Londres una conferencia sindical preparatoria de la reunión de París, donde se constituyó la Federación Sindical Mundial, con inclusión de los sindicatos rusos, como estos deseaban. Don Juan, desde Suiza, el 22 de marzo, escribe: “No pretendo incitar a nadie a la rebelión, pero deseo recordar a quienes apoyan al presente régimen la tremenda responsabilidad en que incurren contribuyendo a la prolongación de una situación que inevitablemente llevará al país a una ruina irreparable”. En abril Viena cae en poder [1864] de las tropas rusas. El 13 de abril fallece repentinamente el presidente Roosevelt; hizo excesivas concesiones a Stalin para que Rusia modificara su rumbo, sin conseguirlo. El 25 de abril, huyendo a Suiza con abundante fortuna y documentos de valor, Mussolini fue capturado y ejecutado. El 30 del mismo mes se suicidó Hitler en Berlín. El 5 de mayo Alemania firma el acta de rendición. El 14 llega a París León Blum, liberado por los norteamericanos. Largo Caballero y Jouhaux, que también han sufrido cautiverio en campos de concentración de Alemania, llegan poco después. En San Francisco, la Conferencia de la Paz concluye el 26 de junio y aprueba el estatuto de las Naciones Unidas, cuya primera conferencia se reuniría en Londres en 1946. Prieto asistió a este comicio y publicó una serie de interesantes artículos sobre la Conferencia de la Paz como enviado especial del diario mejicano *Excelsior*. El 5 de julio el Partido laborista inglés obtiene mayoría absoluta en las elecciones parlamentarias, siendo designado Attlee jefe de Gobierno. El 3 de agosto se firman los acuerdos de Potsdam, decididos por los vencedores. El 17 de ese mes De Gaulle conmuta la pena de muerte dictada contra Pétain por la de cadena perpetua. El lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki obliga a Japón a rendirse a Estados Unidos el 15 de agosto. En España la mayoría de obispos, arzobispos y cardenales apoya a Franco, pero surge una minoría entre ellos que pretende aislar a la Iglesia del Estado español. En septiembre tiene lugar el primer Congreso de la Federación Sindical Mundial en París, al que acude Largo Caballero, sin representación oficial, que recayó en Rodolfo Llopis, Pascual Tomás, Trifón Gómez y en mí, por la Unión General de Trabajadores. Hubo otra delegación con comunistas, que aspiraba a llamarse también ugetista, con la que mantuvo relación Largo Caballero.

[1865] Este nos pidió como favor que no planteáramos en el Congreso internacional el problema de nuestras divisiones, a lo que accedimos. Ese congreso fue el de la confusión, estilo comunista. No hubo ni una bandera roja, ni se cantó la Internacional, buscando atraerse a los católicos dentro de la nueva Sindical. Jouhaux, recién llegado del cautiverio, entregado a esas ambiciones con los rusos, impuso como secretario a Saillant, que le traicionó. El 10 de octubre de 1945 Franco abandona Tánger, que había ocupado burlándose del tratado sobre el estatuto de esa

ciudad. En México, la minoría parlamentaria socialista se fracciona en tendencias. Algunos delegados hispanoamericanos a la Conferencia Internacional del Trabajo de 1945 visitaron a Largo Caballero ofreciéndole una propuesta de mediación en el problema español; llevada a México, en nombre suyo, por Enrique de Francisco, fue rechazada por Giral, que se creía de veras presidente del Consejo de ministros. Prieto, en la primera reunión de las llamadas Cortes republicanas en el exilio, pronunció un extenso discurso en nombre del grupo parlamentario socialista, que no logró unanimidad. En el Gobierno formado en el exilio por Giral se negaron a colaborar Prieto y Jiménez de Asúa, pero de él formaron parte Trifón Gómez, Fernando de los Ríos y Enrique de Francisco. Entró en él, en representación de los comunistas, Santiago Carrillo. En París, el 15 de octubre, fue fusilado Pierre Laval, jefe del Gobierno colaboracionista de Vichy. Refugiado en España, fue entregado por Franco al Gobierno de Francia liberada.

En 1945 fue concedido el premio Nobel de Literatura a la poetisa chilena Gabriela Mistral. El 30 de enero de ese año falleció en Valencia Amparo Meliá, viuda de Pablo Iglesias. Hasta el último instante estuvo asistida por Candelas Mateo, con el mismo cariño que ésta prodigó a Iglesias, como huérfana de un tipógrafo fraternalmente unido al Abuelo. En Carcassonne (Francia) murió Francisco Mercadal, [1866] fundador de las organizaciones en Mahón. Fallecieron también ese año: en Madrid, Manuel Machado, poeta como su hermano Antonio; el periodista Enrique Fajardo (*Fabián Vidal*) se suicida en la capital, dejando escrita una carta personal a Indalecio Prieto. En México, el escritor y político Odón de Buen. En París, el escritor Paul Valéry. Se extinguieron en España los pintores Ignacio Zuloaga y Gutiérrez Solana.

En febrero de 1946 Francia cierra sus fronteras con España como protesta contra el régimen de Franco. En Italia los socialistas se reúnen en su primer Congreso después de la liberación de su país y se dividen: por un lado Nenni, partidario de la inteligencia con los comunistas, y por otro Saragat, contrario a ella. El 2 de junio es proclamada la República como resultado de un referéndum. El rey Humberto abdica. Es elegido De Nicola presidente de la República, y De Gasperi forma el primer Gobierno el 14 de julio. En Francia los comunistas han colaborado con el general De Gaulle y en Italia con el Gobierno monárquico. La cuestión es participar, zapar por dentro, siguiendo instrucciones de Moscú. Don Juan se instala en Estoril. El cardenal primado de España se declara adicto a Franco.

Extracto de un discurso pronunciado por Indalecio Prieto el 6 de enero de 1946 en la ciudad de México: “Estamos, os lo aseguro, en los días más críticos y más decisivos de nuestro exilio y se nos presenta este dilema sencillo y a la vez trágico: u ofrecemos a las grandes potencias, con respecto al problema político español, una solución que sea aceptable para ellas, o damos rápidamente de bruces en la monarquía”. Su clarividencia nadie la pudo negar. El Partido Socialista, por unanimidad, se situó tras de Prieto, pero el resto de la emigración no lo hizo, salvo excepciones. Hubo una Nota tripartita de los Aliados, que la emigración republicana no supo aprovechar, a pesar de las advertencias de Prieto, y paulatinamente Franco fue recuperando posiciones, empezando por ingresar en la UNESCO. El 1º de mayo Prieto pronunció [1867] otra conferencia sobre "Esbozo de un programa de socialización en España", en México. Defendió el artículo 44 de la Constitución republicana, recordando a Besteiro, quien años antes había logrado salvar ese texto con un discurso histórico. El segundo Congreso del Partido Socialista en la emigración, reunido en Toulouse en abril de 1946, decide la unificación en el exilio, bajo la

dirección del interior. En octubre los socialistas noruegos obtienen mayoría en las urnas. En Alemania el tribunal de Nuremberg aplica la sentencia contra once de los condenados a muerte. En Francia León Blum obtiene mayoría en la Cámara por breve periodo. Guy Mollet es elegido secretario del Partido Socialista. Emilio Frugoni, socialista uruguayo, publica *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*, libro digno de figurar en todas las bibliotecas.

El 23 de marzo de 1946 falleció en la clínica Lyautey, de París, Francisco Largo Caballero, nacido en Madrid el 15 de octubre de 1869. Fui yo el único afiliado al Partido Socialista que se hallaba en su habitación cuando allí le llevaron después de operado. No había nadie más y a mí me acompañó un español, amigo mío, no afiliado al Partido Socialista. Varios días después los médicos tuvieron que amputarle una pierna, y al día siguiente de la operación le visitamos alarmados mi compañera y yo, encontrando al enfermo muy animado. Salimos de la clínica, sin embargo, con la impresión de que la operación primera había sido un error y que quizá ella hubiera producido o agravado la gangrena en la pierna hasta el punto de tener que amputársela rápidamente a vida o a muerte. Yo creo que de no haberse operado, Largo Caballero hubiera vivido, porque era hombre de energías inagotables. Asistiendo en Barcelona a un Congreso de la Federación Gráfica Española él como delegado de la UGT y yo como delegado de la Asociación del Arte de Imprimir, en cuyo nombre presidí la reunión gráfica, se puso tan grave una mañana de domingo en la fonda Le Española donde nos alojábamos, que me apresuré a llamar a un médico. Le reconoció y nos dijo [1868] que se trataba de una afección nada grave, pero que hacía sufrir mucho, porque afectaba a los riñones, recetándole lo que creyó necesario. Viéndole sufrir yo temí que fuera algo irreparable, pero a juicio de Largo Caballero me había alarmado demasiado ya que no era la primera vez que le ocurrían esos ataques. Pero yo obré en conciencia llamando al médico. Refiero este detalle como demostración de que las relaciones personales entre Largo Caballero y yo siempre fueron fraternales, hasta que Araquistain y otros amigos circunstanciales, tocados entonces de comunismo, consiguieron hacerle creer que podía ser el Lenin español. Cierta día, charlando durante largas horas en su hogar, y en presencia de un afiliado al Partido en París, me dijo que él no volvería a conspirar contra la monarquía, si ese régimen se restablecía en España. En la página 320 del libro *Mis prisiones*, Rafael Sánchez Guerra dice: “Una de las figuras más notables del Socialismo español, Francisco Largo Caballero, ha escrito en una especie de testamento político que él había combatido sin descanso a la monarquía constitucional de Alfonso XII; pero que él no conspiraría contra esa forma de gobierno si llegase a ser implantada en España de una manera legítima”. Que durante su breve estancia en París, regresado de la deportación, tuvo conversaciones con un aristócrata que pretendía ser amigo de don Juan y representante suyo, eso es absolutamente cierto, y que Largo Caballero tomó en serio esas conversaciones, también lo es. Después de su cautiverio los rusos le retuvieron como rehén varios meses, no permitiéndole ni escribir a sus hijos, y le llevaron a París, coincidiendo en el Congreso de la reunificación sindical con la delegación rusa, quizá ésta con la esperanza de utilizarle; aunque él no pudo intervenir, porque no era delegado, consiguió de nosotros que, como representantes auténticos de la Unión General de Trabajadores, no rechazáramos la delegación imaginaria de la UGT que ostentaban otros que habían sido amigos nuestros y después se convirtieron en enemigos al unirse con los comunistas. Largo Caballero se dejó acompañar por los comunistas en París, presentándose en el palco de un gran teatro con la Pasionaria en un mitin en favor de la libertad en España, negándonos a asistir a ese acto Llopis,

Trifón Gómez, Pascual Tomás, Jimeno y yo, delegados al Congreso de la Internacional Sindical, celebrado en 1945. Recordemos que Jouhaux, después de su liberación, impuso la unión de la Internacional Sindical con los comunistas, hasta que, convencido de su error, se adhirió a CGT-Fuerza Obrera, ya sin el prestigio del pasado.

Pero sigamos dando noticias de otros militantes socialistas fallecidos en 1946. En mayo, en un hospital de Toulouse, Ángel Lacort, escritor y orador, poseedor de una extensa cultura, adquirida en su juventud en Zaragoza. Al ingresar en la UGT y en el Partido Socialista ocupó, por méritos, la secretaría del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, y en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 fue elegido concejal y teniente de alcalde y candidato para el Congreso de los Diputados, pero la organización le rogó siguiera en el movimiento obrero, muy perturbado por la intervención que había tenido Oscar Pérez Solís al frente de los comunistas, y Lacort continuó en el puesto que ostentaba en la Delegación de Trabajo, ganada por oposición. Durante la guerra civil, fue Director General de Administración Local, con Paulino Gómez Sáinz, ministro de la Gobernación en el Gobierno de Juan Negrín, sin que ninguno de ellos, admirables socialistas, le siguiera en su actitud al final de la guerra. Al entierro de Lacort, en Toulouse, asistí, acudiendo a él una gran muchedumbre. Otro socialista con el que me sentí hermanado, Fermín Blázquez, falleció el 21 de septiembre de 1946 en Orán; fue presidente de la Federación de Juventudes Socialistas cuando ésta se hallaba domiciliada en el Centro de Relatores; fue encarcelado, como yo, en octubre de 1910, por el mitin contra, la guerra de Marruecos. Perteneció a la redacción de *El Socialista*; dirigió La Mutualidad Obrera sustituyendo a Largo Caballero mientras estuvo encarcelado este último, dejando el sueldo íntegro para la familia del perseguido. Perteneció a la comisión ejecutiva, del Partido Socialista e intervino en actos [1870] de propaganda en numerosas provincias, singularmente en la de Toledo, por donde fue diputado a Cortes. También se extinguieron: en Valencia, María Cases, hija de un socialista fundador y sobrina de Amparo Meliá. En Orán, Salvador García, diputado a Cortes. En México, Manuel Lois, presidente de la Sociedad de Impresores de Madrid; Matilde de la Torre, escritora y diputada. En Suecia, Albín Hanson, jefe del Gobierno, que visitó en los años veinte a nuestras organizaciones en Madrid acompañado del corresponsal de nuestro diario en Estocolmo. En Argentina, Ángel Ossorio y Gallardo, embajador de la República en varios países y escritor; el compositor Manuel de Falla, exilado largos años, que se negó a regresar a España mientras hubiera dictadura. En Madrid, Pedro Mata Domínguez, novelista. En Nueva York, Eduardo Marquina, poeta. Dos escritores de renombre mundial, el inglés H.G. Wells y el alemán G. Hauptmann, premio Nobel de Literatura.

En España, en 1947, cesan el trabajo millares de obreros con motivo del 1º de mayo, fiesta del Trabajo. Franco prepara, por ley, la sucesión con la Monarquía. En julio regresan a España Alejandro Lerroux y el general republicano Vicente Rojo. Gil Robles, que había renunciado a seguir en el Consejo de Don Juan, en Lisboa, y otros políticos monárquicos, de acuerdo con Indalecio Prieto, intentaron convencer al Gobierno laborista para que apoyara un plan que permitiera a España decidir su porvenir político. En el mismo sentido actuó Prieto en la Asamblea ordinaria de la UGT, en Toulouse, en 1947. Las Naciones Unidas, comprobando que los españoles no se unían ni aun en la desventura, rectificaron su posición contra Franco y comenzaron a transigir con el dictador español, como lo estaban haciendo con otros dictadores. En Cádiz, la explosión de un polvorín abandonado por los nazis causa graves daños.

El Parlamento italiano aprueba ese año la incorporación en la Constitución italiana de disposiciones del Tratado de Laterano, de 1929, entre la Iglesia y el Estado, con los votos de los comunistas, haciéndolo [1871] en contra los diputados socialistas y republicanos. En Inglaterra la industria carbonera es nacionalizada. En Francia, Vicente Auriol es elegido presidente de la República; Ramadier, jefe del Gobierno, sustituye a los ministros comunistas, cuyo grupo le había negado la confianza.

En 1947, entre otros significados socialistas, fallecieron: Laureano Briones, gerente de la Cooperativa Socialista; Saturnino González, fundador de la Sociedad de Albañiles *El Trabajo*, En París, Rodolfo Viñas, diputado en las Constituyentes. En Decazeville (Francia), Enrique Celaya, concejal en Sama de Langreo. En Holanda, Willem H. Vliegen, del grupo fundador de las organizaciones de aquel país. En Inglaterra, Sidney J. Webb, fundador de la Sociedad Fabiana (según G.B. Shaw, era el hombre más capaz de Inglaterra). En Rusia, T. Dann, uno de los fundadores de las organizaciones rusas. En Argentina, Francisco Cambó, periodista, financiero y político de la Lliga regionalista catalana. En Estados Unidos, Henry Ford, instaurador del trabajo en serie en las fábricas de automóviles. En Madrid, el escritor Gregorio Martínez Sierra, el poeta Emilio Carrere, el escultor Mariano Benlliure.

En 1948 se reunió en Toulouse el Congreso del Partido Socialista, con asistencia por primera vez en la emigración de Indalecio Prieto, que tomó parte muy activa en las deliberaciones. El resultado en la votación para elegir la Comisión Ejecutiva fue el siguiente: Trifón Gómez, 6.396 votos; Llopis, 6.321; Prieto, 5.604; Saborit, 5.257; Paulino Gómez, 4.900; José Barreiro, 4.765; Amador Fernández, 4.741; Fermín Zarza, 4.116; Manuel Muíño, 4.343; Martínez Parera, 3.389; Jimeno, 2.846; Pascual Tomás, 2.168; José Gregori, 1.951; Wenceslao Carrillo, 968; De Francisco, 786. El Gobierno franquista publicó una nota muy violenta contra Bevin, ministro de Negocios extranjeros inglés, por haber dialogado con personalidades representativas de la oposición. Secundando esta actitud, Don Juan, desde Lisboa, desautorizó las gestiones realizadas en Londres y París por Gil Robles de acuerdo con Prieto y otros socialistas. En Burdeos Indalecio Prieto pronuncia un importante discurso cuya difusión por radio fue prohibida por el Gobierno francés, a instancias del de Franco. En junio Tito es expulsado de la Internacional Comunista. En la Conferencia de La Haya, convocada para la defensa y la unificación de Europa, a la que asistieron, entre otros delegados Salvador de Madariaga, Prieto y Aguirre, la delegación enviada por Franco no fue admitida. En Estados Unidos Américo Castro publica su importante libro *España en su historia*. En junio se inicia el Plan Marshall de ayuda de los Estados Unidos a Europa, hostilizado por la Unión Soviética con intención perversa. En Bélgica se concede el sufragio femenino y se efectúa un plebiscito tras el cual el rey debe abdicar. En Berlín los rusos inician el bloqueo terrestre de la ciudad, pretendiendo someter a la parte occidental, pero fracasan en su intento. En las elecciones habidas en esta ciudad los socialistas consiguen el 70 por ciento de los votos; Stalin se niega a reconocer al alcalde de la ciudad, el socialista Willy Brandt, que llegaría a ser años después jefe del Gobierno federal alemán. El Gobierno laborista inglés instaura el sistema gratuito de seguridad social. La India obtiene la independencia. Ben Gurion proclama el Estado de Israel.

El 28 de octubre de 1948 salió de la playa asturiana de Luanco, con gravísimo riesgo, la expedición ideada por Indalecio Prieto, utilizando para ello su amistad con Lezo de Urrieztieta;

fue éste quien rescató en España a un grupo de luchadores que se jugaban la vida en las montañas de Asturias frente a las fuerzas represivas, las cuales cometieron horrores inauditos como el del Pozo Fumeres. Para Prieto, que residía en San Juan de Luz, aquel arribo fue un gran alivio moral para su salud, muy precaria entonces. La organización de tan arriesgada expedición le costó a Lezo ser encarcelado en Bayona, aunque sin graves consecuencias, al comprobar las autoridades francesas que las transgresiones cometidas no tenían finalidad comercial, sino política.

[1873] En 1948 fallecieron: en Elche, José Vives, prestigioso fundador de las organizaciones socialistas en esa ciudad. En Madrid, Luis Lavin, diputado; en México, Julia Álvarez, diputada, ambos socialistas. Santiago Pérez Infante, que ostentó infinitas representaciones en las organizaciones madrileñas, se extinguió en México. En Bruselas, Comelius Mertens, senador belga y uno de los fundadores de la Internacional Sindical de Ámsterdam. En Praga se suicidó —o lo suicidaron los rusos, según testimonios dignos de crédito— Jan Masary, ministro de asuntos exteriores de Checoslovaquia; Eduardo Benes, presidente de la República de ese país, por el que luchó durante muchos años, sufriendo persecuciones, se vio obligado a dimitir en julio y falleció el 5 de septiembre siguiente. ¡Trágica vida la de los socialistas de los países avasallados por Rusia! También fallecieron: en Argentina, Pedro de Répide, escritor; María de Maeztu, pedagoga. En París, el escritor G. Bernanos, autor de *Les grands cimetières sous la lune*, testimonio de la represión franquista en Baleares. Expatriado de la Alemania nazi, el escritor E. Cohn. En la India es asesinado el líder nacionalista Gandhi.

[1874] *Un artículo de Max Buset*

“Nuestro pensamiento en un Primero de Mayo será más internacionalista, que en los otros días del año. Seremos fieles a la vieja tradición de la Internacional para dedicar la jornada de este Primero de Mayo a la unión de los trabajadores en defensa de la paz. Enviamos nuestro saludo a los compañeros de los países favorecidos donde el socialismo ha llegado el poder o está en condiciones de influir notablemente en la política gubernamental. Pero nuestro saludo más sincero, más caluroso y más ferviente será para nuestros compañeros españoles, los de la lucha clandestina y los del exilio, que a nuestro modo de ver encaran tan noblemente la verdadera España. La España que, ante la indiferencia culpable del mundo, sufrió antes que nosotros el horror infinito de una guerra mundial iniciada en su territorio. La España que quería construir pacíficamente una democracia respetuosa de los derechos humanos y cuyo esfuerzo fue premiado con la traición internacional, con la metralla fascista y con la incomprensión de los estadistas extranjeros. La España que no ha aceptado la humillación de caer en la desesperación y que pacientemente espera el momento de reanudar su obra de humanidad, de civilización y de concordia internacional. La España que hemos amado y admirado y que hemos apoyado de todo corazón, con inmenso dolor porque nuestro pequeño país no podía influir en su porvenir. A esa España, tan patética en la desgracia, pero tan grande por su tenacidad, dirijo el saludo fraternal de los socialistas belgas, con la esperanza de que el mundo vuelva a tratarla con el respeto, la justicia y la lealtad que jamás desmereció.- Max Buset, presidente del Partido Socialista Belga, Bruselas, abril de 1950 (Conservo las cuartillas originales que Buset me remitió con ese trabajo, al solicitar su colaboración para el número del 1º de mayo de 1950, que publiqué siendo director de *El Socialista*, de Toulouse. Max Buset, como todos los socialistas belgas, sentía profundamente la

tragedia del pueblo español.)

[1875] *Reconstitución de la Internacional Sindical y breves noticias de 1949 y 1950.*

Eh 1949 estalla una gran huelga de obreros de la industria del acero en Estados Unidos, ganada por los trabajadores. Se celebra el primer Congreso internacional de las Federaciones gráficas fusionadas. En enero se reúne en Toulouse el Tercer Congreso de la Unión General de Trabajadores en el Exilio. Los nacionalistas chinos capitulan y se instala en Pekín el Gobierno comunista. Se firma el Pacto defensivo del Atlántico. Es proclamada la República de Irlanda. Holanda reconoce la independencia de Indonesia. En diciembre se reúne el Congreso sindical de la Confederación Internacional de organizaciones Sindicales Libres en Bruselas, siendo designado Oldenbroek secretario, con la presencia de Trifón Gómez y Pascual Tomás, en representación de la UGT de España.

En 1949, en Buenos Aires, se extinguió Niceto Alcalá-Zamora, ex presidente de la República, destituido arbitrariamente por el Parlamento, siendo elegido para ocupar ese puesto Manuel Azaña. En Madrid fallecieron, entre otros, Alejandro Lerroux, político radical que se reconcilió con Franco, y Benjamín James, escritor. Merecen ser recordados, entre otros eminentes socialistas desaparecidos: Enrique Dueñas, consejero del Gobierno vasco en el exilio. Félix Fernández Villarrubia, diputado, que sufrió prisión durante largos años. En Bilbao, Emilio Felipe, veterano concejal que hasta sus últimos días trabajó en su profesión de tipógrafo. En Francia, Eduardo García, presidente del Grupo del departamento del Sena, de quien fui amigo desde comienzos del siglo, y a quien acompañé hasta el cementerio de Colombes. En Rennes, José Otero, veterano de la organización madrileña. En Londres falleció Francisco Jiménez Puerta, fundador de las organizaciones en Málaga. El comunista búlgaro J. Dimitroff desapareció misteriosamente de la escena política. ¡Cuántos crímenes había cometido al servicio de Stalin! En Marsella falleció el Premio Nobel de Literatura M. Maeterlinck. En Estocolmo, Axel Munthe, autor de la obra universalmente elogiada *Historia de San Miguel*. En Meudon, en los alrededores de París, el escultor bejarano Mateo Hernández, quien me entregó un donativo en dólares en favor de la República, que hice llegar al subsecretario de la Presidencia, José Prat, con acuse de recibo transmitido al donante. En Madrid se inauguró en 1957 la exposición del legado de sus sesenta y nueve esculturas, según había dispuesto el artista.

En julio de 1949 Indalecio Prieto hace pública su dimisión de las Comisiones ejecutivas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista y su determinación de trasladarse a México. Muy contrariado Franco por los acuerdos de las Internacionales y de las Naciones Unidas, inicia una infame campaña de calumnias contra Prieto, quien en un artículo periodístico explicó que dependía de Rusia el que Franco ingresara en las Naciones Unidas, ya que bastaba el veto de una de las grandes potencias para impedir que eso sucediera. Stalin no puso el veto, y Franco ingresó el 4 de noviembre de 1950³⁵.

En 1950, entre otros, fallecieron en Madrid el doctor Antonio García Tapia, una gloria

³⁵ Se refiere a la revocación de los acuerdos relacionados con España tomados en 1946. La definitiva entrada de en la ONU no llegará hasta el 14 de diciembre de 1955.

nacional y universal en otorrinolaringología. Amadeo Hurtado, diputado republicano. El conde de Romanones, cuya biografía, por lo intensa, agitada y contradictoria, podría ser base para un libro; públicamente se reconoció político profesional. Su sinceridad rayaba a veces con el cinismo. Fue corruptor de políticos de variada significación, porque lo aceptaba todo con tal de seguir ocupando un importante puesto político. En París, Santiago Casares Quiroga, jefe del Gobierno republicano en 1936. En Montpellier, Constantino Turiel, concejal en Gallarta y diputado provincial socialista en Vizcaya. En México, Agustín Marcos, que se formó en la Juventud Socialista de Madrid, en la Casa del Pueblo, desde 1914 y fue diputado. En Buenos Aires, el dibujante gallego Castelao, diputado republicano. En Londres, el profesor Harold Laski, destacado dirigente del Partido Laborista. En Estados Unidos, el literato alemán Heinrich Mann. El 30 de marzo, en Jouy-en-Josas (Francia), León Blum, jefe del Gobierno del Frente popular en 1936. El presidente de la República Vicente Auriol pronunció el discurso necrológico en la plaza de la Concordia de París ante una inmensa multitud, entre los que había miles de exiliados españoles. Blum fue el último presidente del Partido Socialista francés, donde el secretario pasó a ser la primera figura, grave error político. Durante su deportación en Alemania escribió *A l'échelle humaine* libro que fue universalmente elogiado, tanto como el prólogo que él redactó para la edición francesa (*L'ère des organisateurs*) del libro publicado en 1941 en Estados Unidos por James Burnham con el título *The managerial revolution*.

En México falleció el diputado socialista Belarmino Tomás, a quien conocí en Sama de Langreo cuando en 1914 y en aquella ciudad pronuncié una conferencia. Cuando terminaba el movimiento de 1934 en Asturias, intentó salvar el mayor número de vidas y evitar represalias, mediante las gestiones que efectuó con el general López Ochoa. En Bourg-Madame, pueblo francés fronterizo con España, apareció muerto en su domicilio Ciriaco López, un socialista español, quien poco tiempo antes había participado en el IV Congreso del Partido Socialista en el exilio. No tengo pruebas para explicar públicamente esa muerte, aunque oí relacionarla con ciertas actividades que habría tenido durante la guerra civil.

[1878] *El ejercicio del Poder*

“El Partido Socialista no es plenamente dueño de su conducta y de sus actos sino cuando está en la oposición. El ejercicio del Poder –sean cualesquiera las condiciones y la posición dentro de la sociedad capitalista– le enfrenta inevitablemente a una prueba difícil y peligrosa. A medida que esta situación se prolonga, con las crisis de conciencia y los inconvenientes que ello comporta casi fatalmente, se desarrolla en el Partido y en su entorno un sentimiento de malestar y de descontento. Pero, ¿pueden los partidos socialistas sustraerse a ese tipo de situaciones? Esta es lo que nos preguntamos. Yo respondo que pueden aplazarla, que pueden a veces eludirla; pero que de ningún modo pueden escapar a ella. Un Partido Socialista con mayoría en el Parlamento, como es el caso de nuestros camaradas británicos, no puede rehusar el ejercicio del Poder, incluso en condiciones tales que deba ejercerlo en el marco general del régimen capitalista. Un partido socialista no puede rehusar su participación o su apoyo –lo que en teoría y en la práctica viene a ser lo mismo– cuando aporta el elemento indispensable al mantenimiento de las instituciones democráticas que son la atmósfera respirable y el medio de desarrollo necesario del socialismo. Mejor dicho, sí; existe un modo de sustraerse a la prueba, pero sólo uno: mantenerse completa y

rigurosamente apartado de la vida parlamentaria y, por consiguiente, fuera de la vida política. Eso sería descartar, eliminar la acción política en todas sus formas: la acción electoral y la acción parlamentaria; boicotear el sufragio universal y las Cámaras; no tener electores ni candidatos, ni representantes elegidos en ningún tipo de asamblea electiva. Todo eso se puede imaginar y mantener, y se ha mantenido, efectivamente, pero ha sido por los anarquistas y por ciertos sindicalistas revolucionarios, no los socialistas. Negar todo valor a la acción política –ya sea electoral parlamentaria o gubernamental– en la conquista del Poder por el proletariado y, en general, en el proceso revolucionario [1879] es adoptar, repito, una posición concebible y defendible; pero eso es situarse decidida y totalmente fuera del socialismo, y en especial, del socialismo marxista. Nosotros somos socialistas y marxistas. Por consiguiente, no podemos aceptar esa posición, o dejaremos de ser lo que decimos que somos.

Estándonos vedada, por principio, la única salida de esa situación, es necesario, pues, examinarla y afrontarla con ánimo decidido. A partir de un alto nivel de desarrollo y de positividad, el movimiento socialista, incapaz aún de conquistar revolucionariamente el Poder, puede verse obligado y condenado, a ejercerlo, ya sea en su totalidad, ya en colaboración, detentante una fracción del Gobierno o formando un elemento orgánico de la mayoría gubernamental; esto es, condenado a vivir con dificultad, corriendo riesgo y con inquietud creciente. Recordemos la frase histórica de Bracke en el Congreso de 1936, que permitió por vez primera en nuestro país la formación de un Gobierno de dirección socialista: ‘Es ahora cuando empiezan nuestras dificultades’.

No depende de nosotros ni está en manos de nadie evitar esas dificultades, ya que provienen, como he explicado, de una contradicción fundamental. Pero me apresuro a añadir: está en nuestras posibilidades el paliarlas, compensarlas con nuestra acción conjunta, de tal suerte que para nuestro Partido y para la masa popular en su conjunto, la suma de beneficios sea claramente mayor que la suma de inconvenientes. Ello depende de nosotros y nos obliga, pues, a cumplir un deber. ¿Cuáles son las condiciones esenciales para que el balance de esa experiencia ofrezca un saldo favorable para nuestro Partido y para la masa obrera? Yo veo tres, que resumiré a continuación:

En primer lugar, al conocer las dificultades que han de ser resueltas en una acción común, se debe ir más lejos, en el Partido, que con la simple disciplina y unidad superficial, es decir, con solidaridad íntima una solidaridad de afecto y de confianza que señale la conducta a seguir por todos sus organismos activos, propagándola a todos los militantes. [1880] Me refiero a una cohesión moral y sentimental que active la cohesión material. En segundo lugar, es preciso que la presencia socialista en el Gobierno y en la mayoría parlamentaria produzca resultados evidentes y signos perceptibles, tangibles con respecto al Partido y a la masa de los trabajadores. Los militantes y los trabajadores es cierto que comprenden –se les puede hacer comprender fácilmente– que esa presencia no les dará todo lo que con derecho esperan de la conquista revolucionaria del Poder. Pero es precio que siempre se hagan esta reflexión: ‘Esa presencia ha sido eficaz. Si los socialistas no hubieran estado ahí, las cosas habrían sido distintas; no se habría avanzado, ni se habrían evitado o atenuado acciones contra el trabajador, ni se habrían evitado o descartado amenazas contra las libertades del pueblo... Ahí estamos... pero hay que estar para hacer cosas positivas’. Cumplir esa condición ya sé que no depende sólo de nosotros; pero

nuestros copartícipes en el Gobierno y en la mayoría comprenden como nosotros que todo ello será necesario. En tercer lugar, es indispensable –en esto pensaba yo cuando dije ‘compensación’– que la propaganda general del Partido, la exposición franca y completa de esta doctrina, no sólo no se interrumpan ni se releguen a segundo plano en la acción política, sino que se prosigan con redoblada energía, con convicción y entusiasmo. El antídoto más eficaz contra el ejercicio del Poder por los partidos socialistas es la propaganda y la educación específicamente socialistas. La revolución supone una preparación en las mentes y en las cosas. Nunca podremos instalar un nuevo régimen de propiedad si no se inculca más en las mentes una propaganda intelectual y moral, de modo que ese régimen tenga en cuenta la justicia y pueda garantizar el orden. Pero no conseguiremos que esto funcione si antes no hacemos una labor metódica de organización, que yo llamaría, el capital inicial, de puesta en marcha de la nueva sociedad, si no hacemos que aumente el número de afiliados, formamos adecuadamente a nuestros dirigentes, creamos nuevas instituciones obreras y consolidamos las existentes en la sociedad actual, [1881] en las que se basará y afianzará la sociedad futura. Si no se han difundido y consolidado esas condiciones, por muy buenos que sean los textos sobre la transformación social, nunca producirán hechos concretos. Aunque la clase obrera llegue al Poder, seguirá siendo esclava durante un periodo caótico. Tendrá que prolongar durante años un estado de dictadura tiránica y de terror, por haber ocupado el Poder prematuramente, sin tener en cuenta los hechos, lo cual en realidad hará fracasar la transformación revolucionaria”.- León Blum, 1948³⁶.

El Congreso socialista de Francfort y noticias resumidas de 1951

En Toulouse, el 31 de marzo de 1951 es elegido Trifón Gómez en el puesto dejado vacante en el Partido Socialista por Indalecio Prieto. En junio, en Francfort, tiene lugar una conferencia para la reconstitución de la Internacional Socialista. El Partido español estuvo representado por Rodolfo Llopis. En julio de ese año se reúne el segundo Congreso de la Internacional Sindical, acudiendo Trifón Gómez y Pascual Tomás en representación de la Unión General de Trabajadores. A consecuencia de la crisis en el republicanismo español, dimite la presidencia del Gobierno en el exilio, en París, Álvaro de Albornoz, y Martínez Barrio le sustituye por Gordón Ordás. He aquí su declaración: “Ofrecimiento de no estorbar la celebración de unas elecciones ampliamente garantizadas para que España decida su futuro destino”. Exactamente lo mismo por lo cual luchó Indalecio Prieto cuando hubiera sido quizá posible su aceptación por los Gobiernos interesados en el problema español posición estorbada por esos mismos republicanos, ahora divididos, además. En tanto, la oposición se mueve en España, se producen huelgas y hay gran agitación entre los estudiantes.

El premio Nobel de la Paz es otorgado a León Jouhaux. Se le dedica un homenaje en la Sorbona, en París, donde recordando su trayectoria sindical, declaró: “Yo también soy un poco político”. Fue un político [1882] de una pieza, a pesar de su origen anarquista. En Francia el jesuita Jean-Yves Calvez publica un libro muy elogiado, entre otros comentaristas, por Luis Araquistain: *La pensée de Karl Marx*.

Entre otros destacados socialistas, en 1951 fallecieron: en Madrid, Antonio Fernández

³⁶ En el original está datado como 1848.

Quer, concejal y diputado por la provincia de Madrid; Félix Galán, administrador de *El Socialista* siendo yo director del diario. En México el veterano Progreso Vergara, secretario de Indalecio Prieto. En Berna, Karl Schurch, secretario de la Unión Sindical Suiza. En Viena, el presidente de la República austriaca, Karl Renner. Fallecieron ese año, entre otros escritores y políticos: en San Sebastián, Nicolás M. Urgoiti, fundador de *El Sol* y *La Voz*. En México, Rafael Altamira, crítico e historiador. En Estados Unidos el escritor Pedro Salinas. Dos premios Nobel de Literatura: Sinclair Lewis, en Roma, y André Gide, en París. En la isla de Yeu, el mariscal Pétain, cumpliendo la pena de reclusión perpetua, después de haberle sido conmutada la pena de muerte por el general De Gaulle.

Luis de Brouckere

El 4 de junio de 1951, en Bruselas, fueron incinerados los reatos de Luis de Brouckère. Aunque dispuso no hubiera ceremonia de ninguna clase a la hora de su muerte, el rey de Bélgica le honró con funerales nacionales. Hubo un solo discurso, el de Max Buset, presidente del Partido Obrero Belga, dé su misma contextura moral. Fue muy intransigente y muy leal con sus convicciones socialistas. Durante su exilio en París en 1940 estuvo afiliado a la sección XIV del departamento francés del Sena del Partido Socialista, a la que pertenecía Bracke, otro militante de la primera hora, aún más veterano que De Brouckère. Por entonces yo ingresé en la sección XV, siendo presentado por Paul Fauré, secretario del Partido francés en aquellos años. De Brouckère fue presidente de la Internacional Socialista. No creía en las pretendidas buenas intenciones de los dictadores y no estuvo [1883] de acuerdo con la firma del Pacto de Munich, en que intervinieron Hitler y Mussolini, con Daladier y Chamberlain. Actuó oponiéndose al fascismo belga y al regreso del rey Leopoldo al Trono. Estuvo en Madrid al comienzo de la guerra civil. Imponente de talla, con monumental barba, agitando con destreza su voluminosa cartera, ágil a pesar de su avanzada edad, fue a España a informarse sobre el terreno ensangrentado de las posibilidades de victoria de nuestra lucha. Acaso pensaba él entonces lo mismo que le había oído yo en el Congreso internacional de Viena en momentos en que el horizonte internacional estaba ya bastante ensombrecido:

“La democracia corre peligro, por consiguiente. Acaso vengan jornadas muy negras. Hay pesimistas que van diciendo por el mundo: ‘Esto será el fin de la civilización’. No seamos timoratos. Puede que vengan días sombríos y aunque la situación actual no nos encamine a éxitos, aunque nuestras organizaciones decaigan o se destruyan, no perderemos la esperanza. Volveremos otra vez, como lo hicieron nuestros antepasados de 1848 o de 1870. Estamos seguros de que ello no será el fin de la civilización, porque las fuerzas vivas serán como un faro en torno al cual podrán rehacerse. Esas luces son las que veíamos la otra tarde en las manos de vuestras jóvenes, compañeros de Viena. Esas luces no sólo resplandecen en miles de antorchas, sino que brillan en millones de corazones. Tal vez haya crisis terribles, tiempos difíciles y podrá verse amenazada la actividad política. La vida misma podría correr peligro. Pero con todo, en medio de tanta dificultad, surgirán nuevas fuerzas en los caminos renovados del socialismo”.

¡Gran clarividencia la que tuvo Luis de Brouckère en Viena en 1931! Alemania estaba contaminada de nazismo; Italia vivía agitada por el nacionalismo del poeta Gabriele d'Annunzio y del renegado Mussolini; Austria se preparaba a la unión de nacionalistas y católicos [1884] contra

socialistas; Francia e Inglaterra, con su obsesión antisocialista, dejaban crecer libremente a los totalitarios. Hasta en España, Goicoechea, que había sido ministro fracasado con Maura, gritaba en un mitin en San Sebastián que deseaba mil veces una España roja centralista a una España disgregada, sembrando el pánico contra la Constitución recién aprobada por la República en las Cortes Constituyentes, donde se reconocía personalidad a las regiones que libremente desearan hacer uso de esa facultad. En contraste con ese ambiente malsano, el profesor Luis de Brouckère educaba al pueblo diciendo:

“No es el triunfo de una ideología de signo cualquiera lo que puede justificar una nueva guerra general que fatalmente nos llevaría a la barbarie primitiva, con cualquier tipo de totalitarismo. La democracia y el socialismo, que es su forma más elevada, no serán respetados en el mundo por el número de sus cañones o por el de sus víctimas. Ese día llegará cuando la democracia y el socialismo demuestren con hechos que son capaces de asegurar la libertad, la abundancia y la felicidad”.



“En política no bastan las ideas. Hacen falta hombres prominentes que las encarnen e interpreten. La emigración no tiene ninguno, y en España el régimen impide que salga a la luz, si los hay. El gran intérprete, en esta hora de resurgimiento político-social, hubiera sido Julián Besteiro. Su enorme prestigio, su gran cultura, su reciedumbre ideológica, su moderación de juicio, su valor cívico, aquellas excelsas dotes que le colocaban por encima de todos los hombres de la República –hablo ya de los muertos, porque entre los sobrevivientes ninguno hay gigante, ni siquiera de talla medianeja–, hubieran polarizado en él las ansias de España renaciente”.- Indalecio Prieto.

Indalecio Prieto: Aspectos de su vida

Más de una vez me he preguntado: ¿Por qué habrá despertado Indalecio Prieto tantos odios? ¿Sería una compensación al fanatismo con que le admiraron tantas gentes? “Calumnia, que algo queda”, abominable máxima jesuítica que se puso en práctica contra él durante el triste periodo franquista en prensa, radio y hasta en libros. El nombre de Indalecio Prieto ha sido utilizado contra él para faltar a la verdad a su costa. No era nueva esa táctica, [1886] empleada por sus enemigos en la etapa monárquica en que más de una vez intentaron asesinarlo. En 1921, Oscar Pérez Solís –a quien Prieto salvó de ir a presidio por muchos años– se metió en Bilbao con la finalidad de deshacer la organización socialista y terminar con la vida de quien en aquella región era su más firme abanderado. Jesús Hernández, ministro de Stalin, como él mismo se calificó, dejó referido cómo fue utilizado cuando tenía diez y seis años para formar parte de una banda comunista encargada de colocar una bomba en la sala de máquinas de *El Liberal*, de Bilbao, y asesinar a Prieto. Este mismo relato con detalles diferentes que en nada alteran lo esencial, figura en el libro publicado en Madrid en 1955 *Indalecio Prieto: yo y Moscú*. Prólogo, comentarios y notas de Mauricio Carlavilla, agente de policía en Bilbao cuando ocurrieron estas escenas sangrientas y él era uno de los policías que hirieron y apresaron a los comunistas encargados de tan odiosa maquinación. En el artículo de Prieto titulado “De mi vida; hados que la protegen”, se refiere que Orlov, jefe de la policía soviética que actuaba en España, el mismo que dirigió la caza mortuoria contra Andrés Nin, tenía preparado también su asesinato, obedeciendo instrucciones de Moscú. Jesús Hernández, en su libro *Yo fui ministro de Stalin*, da minuciosa cuenta de este atentado, que él impidió planteando el problema donde fue escuchado. Prieto, por su parte, resume este hecho del siguiente modo: “Sintetizo la narración de Jesús Hernández. El comunista bilbaíno Antonio Zubiaurre, educado en la escuela leninista de Moscú, y hombre de confianza de Orlov en España, [1887] comunicó a Mena, secretario particular de Hernández: ‘Orlov ha resuelto liquidar a Prieto. Está en relación con alguien de la escolta personal del ministro. Se pretende simular un accidente desgraciado: alguno de sus acompañantes deja por descuido en la cajuela del automóvil unas bombas de mano que, por la trepidación del coche hacen explosión. Se proyecta el atentado para el primer viaje que hagan por carretera’”. Jesús Hernández dice en su libro que impidió el atentado contra Prieto; pero éste relató en otro trabajo suyo los dos hechos siguientes, que acaso tuvieran alguna relación: “Una noche, la garita del centinela más próxima a mi dormitorio fue atravesada a balazos por disparo de máuser, y cierto día, según me dijeron, se descubrió un

complot contra mí en el que andaban mezclados dos carabineros de la propia guardia, comunistas ambos, y afiliados al Partido Socialista Unificado de Cataluña, uno de los cuales, al ser descubierto se suicidó en la puerta minutos antes de salir yo”. Aunque de menos importancia, Prieto ha referido otros atentados a cargo de comunistas vizcaínos. Tenía cariño a la pistola, que manejaba con soltura, ya que en Bilbao era preciso estar apercebido para la defensa. Contra republicanos y carlistas, los socialistas vizcaínos se forjaron en plena batalla callejera. Los nacionalistas vascos no se reconciliaron con Prieto, aunque en la emigración hubo algunos contactos políticos, muy superficiales. Cuando Prieto llegó a México solicitó ingresar en el Centro Vasco de aquella capital a título de diputado a Cortes por Bilbao desde 1918, diputado provincial y hasta concejal por la invicta villa. Le fue negado por no ser nacido en el País Vasco. Más tarde fue anulado ese acuerdo, pero Prieto ya no quiso afiliarse a un centro regional de miras tan estrechas. Hasta última hora los nacionalistas publicaron un folleto en que había ataques contra Prieto. Desde luego, con él nunca hubieran podido contar para campañas separatistas. Prieto fue defensor del Estatuto vasco, pero lo era mucho más de la autonomía municipal, para la cual veía los mismos peligros en los Gobiernos regionales que en los centralistas de Madrid. Vamos a entrar ahora en otro género de agresiones sufridas por Indalecio [1888] Prieto. En 1955 cierta revista madrileña publicó con gran aparato una interviú con la marquesa de Somosierra, viuda del general García Escámez, quien enseñó al gacetillero unos documentos del entonces comandante García Escámez, de primeros de junio de 1926, o sea, en los momentos en que entre España y Francia acorralaron al cabecilla rifeño Abd-el-Krim. “El comandante García Escámez —escribe el gacetillero— había entrado vencedor en la propia casa y cámara de Abd-el-Krim, revisaba en su archivo y usaba papel a falta de otro mejor. Y en esta carta delata a su mujer este asombro: entre los papeles del cabecilla moro ha encontrado cartas del diputado español Indalecio Prieto, en las que ofrece su amistad y complicidad al enemigo”. Si esas cartas existen, ese señor no se enteró de lo que leyó y lanzó a los cuatro vientos con mala fe. Lo sucedido está referido por Prieto lisa y llanamente. Helo aquí:

“En Melilla, el año 1921, Emeterio Muga, comandante de Estado Mayor y ex diputado liberal, ayudante del Alto comisario, general Berenguer, me presentó a éste, a quien yo pedí permiso para atravesar nuestras líneas e ir a ver a Abd-el-Krim con objeto de averiguar en qué forma podría ponerse fin a una lucha que venía costando a España torrentes de sangre y ríos de oro. Berenguer, pareciéndole bien mi idea, ofreció ayudarme para realizarla. Pero como al fin no pudiera hacerse el viaje, redacté un cuestionario que Berenguer conoció previamente, del que fue portador Dris-ben-Said, como discípulo de Abd-el-Krim en la Universidad de Fez y al que utilizaba el Alto Comisario para conseguir, como consiguió, que los aguerridos beniurriagueles se retiraran a su cabila antes de emprender el ejército la reconquista del territorio perdido. Ese cuestionario, escrito de mi puño y letra y firmado por mí, es el que se encontró en casa de Abd-el-Krim. Me constata que éste, a quien yo conocía y a quien en ninguna ocasión más escribí contestó a mis preguntas, ceñidas a conocer los motivos de su actitud belicosa y saber de qué modo cesaría en ella. Pero interceptada la contestación, fue a manos del ministro de la Guerra, Juan de La Cierva, sin llegar nunca a las mías. Al Gobierno le interesaba que yo no la hiciera pública”.

[1889] Una carta que Berenguer me escribió desde La Coruña en 1946, siendo capitán

general de Galicia, corrobora cuanto aquí digo acerca del referido, documento. “Personalidades exiliadas que desempeñaron en la República cargos más altos que los ocupados por mí disfrutaban de grata paz. Nadie desde España arremete contra ellos. Entretanto, vuélcanse sobre mí incontables imposturas en libros, revistas y diarios. Es preferencia de la cual no me quejo. Peor sería que los franquistas me rodearan de silencio. Porque en política el silencio equivale a la muerte”.

En el caso de Prieto, ni aun después de muerto hay silencio por parte de sus enemigos. Es casi seguro que en 1926 el general Primo de Rivera estuvo informado del hallazgo de esa documentación –ya entonces hubo quien intentó hacer campaña contra Prieto– y de la rectificación remitida por el general Berenguer, de la cual transmitiría copia el propio jefe del Gobierno, si se tiene presente el cargo de confianza que desempeñaba. Hay más. Primo de Rivera quiso hablar con Prieto, y utilizó para conseguirlo al Coronel Francisco Zuvillaga, gobernador de Oviedo y hermano de un íntimo amigo de Prieto, que se negó. Hubo otra gestión en este sentido, de la cual informó Primo de Rivera al catedrático republicano Odón de Buen, con quien le unía estrecha amistad. Odón de Buen oyó al general que si Prieto hubiese aceptado le habría hecho ministro. Entonces, Odón de Buen, conocedor de que se trataba de modificar la composición del Consejo de Estado, sugirió al dictador que nombrara a Prieto para consejero de tan alto cuerpo consultivo. “Imposible –replicó Primo de Rivera–, porque Prieto no quiere nada con nosotros”. Si el dictador hubiera tenido en sus manos un documento como el inventado por la revista madrileña que acusaba a Prieto de traición... Pero no lo pudo tener porque todo ella era pura falsedad.

Rasgos personales de Prieto

El 30 de abril de 1883 nació en Oviedo Indalecio Prieto; a los seis años se quedó sin padre, con otros dos hermanos, el mayor de los cuales [1890] marchó a Cuba, donde se suicidó. Cuando la madre comprobó que no tenía suerte en nada de lo que intentaba en Oviedo para sacar adelante a sus hijos, decidió trasladarse a Bilbao, donde entraron como alumnos en una escuela protestante hacia 1891. Ese año hubo en Bilbao graves sucesos con motivo de una huelga de panaderos, con lucha en las calles, resultando muerto un metalúrgico, crimen policiaco que dio lugar a una huelga general con estado de guerra, todo ello prólogo de la estancia de Prieto en Vizcaya. Fue filatelista, y con unos cuantos sellos que reunió, vendidos, consiguió adquirir un tratado de taquigrafía, entrando en la escuela que la Diputación provincial de Vizcaya había creado y llegando a ser un especialista en esa profesión. Su madre se dedicó a vender quincalla. A los diez años ya había comenzado a padecer de la vista. En 1899 ingresó en el Sindicato de Oficios Varios y en el Partido Socialista, y a los quince años ganaba dos pesetas a la semana por hacer el cierre de *La Lucha de Clases*, semanario socialista de Vizcaya, donde era director de casi todo Facundo Perezagua, de origen metalúrgico, dueño de una taberna como solución para no emigrar ante la persecución de que era objeto por los patronos. A los diecisiete años, gracias a Rufino Laiseca, tipógrafo socialista, que le conocía por llevar a Correos el semanario, entró como taquígrafo en *La Voz de Vizcaya*, donde trabajaba su protector. A los veinte años contrató matrimonio civil con una hija de Claudio Cerezo, concejal socialista en Bilbao. Tuvo varios hijos, de los cuales sobrevivieron Luis, Concha y Blanca. Fue concejal del Ayuntamiento de Bilbao y

más tarde diputado provincial. En realidad, en 1911 comenzó a ser político activo, cuando estaba cerca de los veintinueve años. Aunque entró en el grupo que formó en Bilbao la Juventud Socialista no intervino en su funcionamiento. Su primer discurso socialista el 1º de mayo de 1911, en Bilbao. Entró de taquígrafo en *El Liberal* propiedad de Echevarrieta, republicano, quien en 1931 vendió el [1891] periódico a Luis Prieto, continuando de gerente. Surgió un divorcio entre Perezagua y Prieto, fallado por Pablo Iglesias a favor de éste, y como Facundo constituyó otra Agrupación Socialista, en elecciones para concejales en 1915 lucharon los dos por el mismo distrito, triunfando Prieto, triunfo efímero, porque poco después pidió permiso a la municipalidad para instalarse en Madrid, donde fue corresponsal de periódicos importantes de San Sebastián, Santander, y del propio *Liberal* sin perjuicio de lo cual hizo un viaje a Nueva York en nombre de la empresa con la cual había entrado en relaciones, quizá pensando en dejar la política. Como alcalde interino en 1916, le tocó presidir en Bilbao la ceremonia del 2 de mayo, de gran relieve entre los liberales vascos, por recordar la victoria del carlismo. Todavía en 1916, siendo yo organizador de la campaña de propaganda nacional preparatoria del movimiento de agosto de 1917, le propuse para que hablara en Oviedo y en Gijón, haciéndolo en ambas ciudades, fracasando en la capital donde había nacido, cuyos paisanos ignoraban entonces lo que Prieto valía en la tribuna, encontrándose casi solo durante el acto.

Al ser elegido diputado a Cortes por primera vez en 1918, liquidó sus planes con la empresa a cuyo servicio había entrado, y ocupó un piso en Madrid, calle Carranza, 20, dejado libre por Mazzantini, matador de toros muy afamado en Bilbao. Esa casa era propiedad de la Fundación Cesáreo del Cerro, y estaba administrada por Francisco Núñez Tomás, tipógrafo que trabajaba en el *Heraldo de Madrid*, muy identificado con Iglesias, actuando de director de *El Socialista* y de secretario del Partido Socialista sin percibir ni un céntimo de gratificación. Conservó ese piso Prieto hasta el momento de perderse la guerra y buscar asilo en Francia. Fue allí donde fallecieron su madre y su compañera, llevadas a Bilbao para ser enterradas en el cementerio civil de aquella capital. ¡Qué gran libro hubiera podido escribir Prieto reseñando escenas desarrolladas en Carranza, 20! Yo trabajé en la redacción de *El Socialista*, instalada allí durante más de diez años, y en algunos períodos obtuve la colaboración de Prieto [1892] para *El Socialista*, aunque el diario socialista no fue santo de su devoción. En realidad, las relaciones políticas entre Madrid y Bilbao, por razones muy diferentes, nunca fueron cordiales, salvo en la primera etapa de actuación de Pablo Iglesias, en que debió haber sido elegido diputado por esa capital. Prieto sintió devoción especial por Iglesias, quien le pidió organizara, en aquella región el movimiento revolucionario de 1917. Lo hizo así, desarrollándose en esa región escenas de gran violencia, con evidente peligro para Prieto, que tuvo que huir a Francia iniciando su primera emigración. En vísperas de las elecciones generales de 1918, en que triunfó por primera vez en Bilbao, regresó clandestinamente, dirigiendo la elección hasta donde le fue posible, ayudado entonces eficazmente por Luis Araquistain, con quien no siempre coincidió.

En 1918 se presentó con boina en el Congreso de los Diputados, dando la sensación de ser un pobre cuitado, enfermo de la vista, cuando Iglesias no podía acudir al Parlamento por hallarse indispuesto y los cuatro diputados del Comité de huelga aún no habíamos sido liberados. Prieto tuvo un debut apoteósico, y Julio Burell le felicitó augurándole un brillante porvenir político. Un diputado republicano le dijo que Romanones quería verle y hacerle ministro, si aceptaba. Escenas

de ese tipo hay varias en la vida política de Prieto, que en el Congreso obtuvo triunfos resonantes. Cuando fue nombrado ministro tuvo que renunciar a llevar boina, sustituyéndola por el sombrero de copa en ciertas ocasiones, pocas, pues las rehuía cuando podía. “Siento la política en el corazón”, dijo en México en un discurso autobiográfico. “No sé sonreír ni quiero saberlo. Siempre me tuvo sin cuidado la opinión de los demás. En España la hipocresía la tienen metida en el tuétano las derechas, el centro y las izquierdas”. El escultor Juan Cristóbal le hizo un busto —reproducido en la Enciclopedia Espasa, en la biografía de ese artista— que Prieto no compró por caro. Residiendo yo en Ginebra, deseando reunir fotografías de hombres socialistas para estos apuntes preparados desde hace más de treinta años, me contestó con un artículo, suponiendo le había hecho la petición pensando en su fallecimiento.

Indalecio Prieto fue generoso, de reacciones humanas y nobles. No quiso ser ministro con Martínez Barrio, a quien criticó muy severamente en varias ocasiones. Al constituirse en Toulouse las organizaciones obreras españolas, entre Prieto y las ejecutivas no hubo relaciones cordiales. La normalidad se restableció al tomar parte en una reunión de delegados de secciones. Actuó intensamente con Trifón Gómez, Antonio Pérez, Araquistain y Jiménez de Asúa, y éstos a su vez con Gil Robles y Bevin en Londres, visitando entonces, además, a Blum, Ramadier, Bidault y Vicente Auriol, intentando siempre resolver el problema español. Romero Solano, que fue diputado socialista por Cáceres, relata en su libro lo sucedido a Prieto en Ecija, donde estuvo a punto de perder la vida, y en Egea, donde los incidentes no adquirieron tanta gravedad, obra de jóvenes caballeristas. El discurso electoral que pronunció en Cuenca con motivo de las elecciones a diputados a Cortes en 1956 es una pieza política de primer orden al examinar la personalidad de Prieto y su capacidad de acierto. Publicó un libro —*Posiciones socialistas*— replicado por Baráibar con otro, *Las falsas posiciones socialistas de Indalecio Prieto*. Dolido, reaccionó pronunciando un discurso violento en el cine Pardiñas de Madrid sobre el programa del movimiento revolucionario, que luego reprodujo en lo esencial en el Parlamento, sin hallar solidaridad alguna en los diputados caballeristas. No fue partidario del voto femenino, y siendo jefe del Gobierno Lerroux, en una conferencia ante las Juventudes socialistas, dijo: “El Poder en estas circunstancias sería una gran desgracia. No volveré jamás la espalda a la República, ni seamos demasiado exigentes con ella”. Pensamientos que entonces coincidían con los de Besteiro. Siempre estuvo enterado de todo antes que el propio Gobierno. En 1932 fue quien informó a Azaña del alzamiento que preparaba Sanjurjo, como hizo en 1936, comunicando a Casares Quiroga datos de la conspiración militar, que Largo Caballero, otro desorientado, llegó a calificar de “cuentos de miedo”. En el discurso electoral [1894] de Cuenca, por donde fue candidato a diputado a Cortes el general Franco, dijo lo siguiente: “He leído en la prensa manifestaciones de este general según las cuales su nombre se incluyó en la candidatura por Cuenca contra su voluntad. No tengo por qué poner en duda la sinceridad de estas manifestaciones, aunque he de decir también, no pudiendo recatar la sinceridad mía, que hubiera preferido que esa rectificación del general Franco se hubiera producido con anterioridad al justo acuerdo de la junta provincial del Censo que lo eliminó de su candidatura”. Y siguió esbozando la posibilidad de que entre los enemigos de la República hubiera nacido la esperanza de utilizar al general Franco, como los hechos confirmaron. Nadie sino Prieto habló de esto entonces.

Dentro del Gobierno, hubiera creído mejor para el régimen no tocar el problema religioso,

pero no fue seguido. No hubo expulsión de los Jesuitas, sino incautación de sus bienes, un barullo para muy poca cosa, porque la incautación quedó en el aire. Sobre el problema de la participación ministerial, en un discurso pronunciado el 30 de junio de 1934 se expresó así: “Hemos dicho y repetido que cuando el Partido Socialista ofreció su colaboración al movimiento revolucionario tras el cual se esperaba la instauración de la República, no exigió ninguna participación en el Poder; no la quería. Es más; en el seno de nuestras organizaciones el voto en favor de la cooperación revolucionaria FUE UNÁNIME, pero en cambio no hubo unanimidad en el voto a la participación en el Poder. Pero muchos elementos que se consideraban decisivos en el movimiento revolucionario –aludo con esto preferentemente a los elementos militares– exigieron la participación de los socialistas en el Poder, y entonces las organizaciones directivas de nuestro Partido deliberaron, y SIN UNANIMIDAD, advirtiéndose por parte de todos los riesgos de esta participación, se accedió a ella”. Presidió en las Cortes la Comisión que dictaminó a favor del Estatuto vasco, aunque sostuvo polémicas con Aguirre, líder de este grupo. Prieto no fue nunca separatista, sino defensor de la autonomía municipal y en parte de la regional, sin merma de la unidad nacional. Siempre fue muy español, proclamándolo así en varios discursos. En artículos y conferencias explicó cómo llegaron a su poder los papeles póstumos de José Antonio Primo de Rivera, entre otros, su testamento político, en el que alude a coincidencias con Prieto, escrito el 18 de noviembre de 1936, día siguiente al que fue condenado a muerte, y donde figura el Gobierno que Primo de Rivera creía podría resolver el problema de la guerra civil, aún indecisa, y el programa político a realizar. En ese Gobierno estaba incluido Prieto por el líder falangista. El 5 de abril de 1938, Negrín prescindió de él en el ministerio de Defensa, obedeciendo a exigencias de los rusos. Hubo una reunión del Comité Nacional del Partido Socialista en presencia de Prieto y Negrín, donde ambos pronunciaron extensos discursos, ampliamente divulgados. Trozo de un discurso de Prieto en Chile, el 28 de diciembre de 1938, cuando el Gobierno de Negrín estaba aún en Barcelona, y él ostentaba la representación de España en la toma de posesión del presidente chileno Aguirre Cerda, efectuada cuatro días después: “El 10 de agosto de 1936 hablé públicamente por última vez antes de ser ministro desde un micrófono instalado en el ministerio de la Guerra. Estaban en auge las matanzas en masa por los facciosos, llegaba su eco a Madrid, y ese eco terrible producía forzosamente salpicaduras de sangre. Yo dije por la radio que pedía con toda la fuerza de mi corazón que aquella conducta criminal no se imitara, que se tuviera el pecho duro para el combate, respecto a lo cual yo no había de aconsejar disminución alguna de reciedumbre, sí, pero corazón sensible a la piedad, porque cuando el corazón no alberga el tierno sentimiento de la piedad, se extingue en el hombre el rasgo sublime que le hace sobresalir de todas las especies animales. Yo no era un sacerdote; al fin y al cabo, en un puesto o en otro, era un combatiente. Frente a estas palabras, que están registradas en multitud de publicaciones, dichas por un hombre de significación de la izquierda, pido que se me ofrezcan palabras idénticas de cualquier elemento directivo de la facción. Pido que se me exhiba una sola palabra de piedad pronunciada por los rebeldes. Pido que se [1896] me exhiba, si no las hay de los militares sublevados, palabras de piedad de los elementos civiles que secundaron la sublevación. Y, en último termino, pido, con mejor razón, que se me exhiba, porque yo no la conozco, una palabra, una sola palabra parecida a las mías dicha en público ante las multitudes sedientas de sangre, por algún representante de la Iglesia católica dentro de la zona de Franco. La pido, la ruego, la exijo. Os aseguro que no se exhibirá porque nadie, ni militar, ni civil, ni eclesiástico, la llegó a

pronunciar allí”.

Cuando la JARE comenzó a actuar en París con una comisión presidida por Nicolau d'Olwer, republicano catalán, y representantes de todas las tendencias, salvo comunistas y nacionalistas vascos, adictos a Negrín, creador a su vez del SERE, intervinieron, en representación de los socialistas Narciso Vázquez, fundador del movimiento obrero en Extremadura, y Cruz Salido, éste secuestrado por agentes de Franco, que lo llevaron a España, como hicieron con Zugazagoitia, fusilando a los dos. Por entonces publicó Luis Araquistain un documento muy violento contra Martínez Barrio, con quien tampoco transigió Prieto. El origen del *Vita*, barco que llevó a México los fondos que utilizó la JARE y de los cuales hubo una sección en Francia, fue Negrín, quien delegó en Méndez Aspe, y ambos nombraron la persona que en México hubiera manejado todo lo que salió de España. Como no hubo quien se hiciese cargo del *Vita* al llegar a México, la Aduana sospechó, e informado el general Cárdenas, jefe del Estado, ordenó se entregaran los fondos transportados a Indalecio Prieto. Nombrada la Comisión que administrase cuanto llegó a México, Prieto escogió a dos únicos depositarios de todo lo del *Vita*: el general republicano Sebastián Pozas y Anastasio de Gracia, socialista, cuya gestión nunca fue discutida. Prieto intentó entregar la totalidad de los fondos al Gobierno español a fin de garantizar la vida de quienes no habían podido huir de España y la de quienes deseaban regresar, pero Franco no aceptó negociaciones de ninguna clase. A pesar de eso, con intervención del jefe del Estado cubano, entregó a [1897] España el radium que había en aquel cargamento, cuya utilización en nuestro país, desde un punto de vista humanitario, era indispensable. Ni este gesto de Prieto, genuinamente español, fue reconocido por los franquistas, que intentaron más de una vez deshonorarlo. Digamos que la JARE murió por decisión del Gobierno mejicano, porque al extinguir el mandato presidencial de Cárdenas su sucesor se apoderó de todos aquellos bienes, a pesar de que Prieto había nombrado una Comisión (constituida por Eusebio Rodrigo, Julio Carabias, Antonio Sacristán, Juan Moles y Antonio Medinabeitia, republicanos y socialistas), encargada de darles aplicación reproductiva e interesante para México. Finalmente, al referirme a estos hechos, diré que no fui partidario del SERE ni de la JARE; en la frontera, al salir de España, tuve que apelar a un amigo socialista de mi época juvenil para que me ayudara económicamente y con mi familia tuve que acogerme a la solidaridad de otros correligionarios durante la primera etapa, que no fue fácil ni agradable.

Prieto, al quedar cesante por decisión de Negrín, estuvo dispuesto a ir a México como embajador de la República; pero Azaña se opuso, por temor a enfrentarse con Negrín, y pensando en que Prieto aún pudiera intervenir en algo que a él le interesara. Más adelante, Prieto fue a Chile, Argentina y Uruguay, donde pronunció discursos, hasta que se instaló en México. En 1945 Prieto estuvo en Estados Unidos, junto con Araquistain y Fraile, visitando políticos y periodistas para influir sobre ellos en la solución del problema español. En el mismo sentido intervino en la Asamblea de la ONU reunida en San Francisco. Por entonces intentó recuperar la vista en el ojo enfermo que tenía desde la infancia, siendo operado por el doctor Castroviejo, de fama mundial, pero no pudo conseguirlo. Coincidió este viaje a Estados Unidos con el acuerdo de la Agrupación Socialista de México, que había decidido aceptar que en el Gobierno en gestación fuese ministro de Trabajo un socialista; triunfó por unanimidad el nombre de Prieto, quien rechazó el cargo. Entonces la Agrupación presentó la candidatura de Trifón [1898] Gómez

en una terna. Hubo reunión en Toulouse, y en ella, estando en la mesa presidencial de la Unión General de Trabajadores con Trifón, hablé a pesar de la estrecha amistad que me unió siempre con él, en contra de que este organismo entrara en Gobiernos en la emigración. Aquello era disparatado, a mi juicio. Todos los fondos de que se pudieran disponer debían ser destinados a ayudar a los presos, perseguidos y sus familias en España. Pero entre los emigrados se estimaba posible influir en los Gobiernos de Europa occidental y América presentándoles un Gobierno en el exilio en que estuviesen representados todos los partidos y organizaciones sindicales, incluso comunistas y anarquistas. Prieto nunca creyó en esa táctica y cuando el Gobierno hizo su presentación en México, pronunció un discurso que fue diversamente acogido; pero la realidad demostró cuan acertado estaba. Por cierto, Largo Caballero escribió a Prieto desde París, coincidiendo con sus puntos de vista y haciéndolos públicos. Durante años Prieto defendió la divisa “o plebiscito o monarquía”, para resolver el problema español. Como no hubo plebiscito, triunfó al fin la monarquía de Juan Carlos. Por dos veces circuló el rumor del fallecimiento de Prieto. Una de ellas, en 1949, estando en San Juan de Luz, él mismo lo oyó en la radio de Londres. “No soy ni fui nunca masón”, escribió en 1953, aunque es cierto que en 1918 intentaron ingresar en esa asociación Luis Simarro y Bernardino Sanciprián, dueño del café de Fornos, de Madrid, donde montó tertulia Prieto durante varios años. “Mi mujer me llama siempre Prieto. Cuando alguien me llama don Indalecio, contengo difícilmente mi ira”, escribió alguna vez. En México redactó planes de reforma y urbanización de Bilbao, llegando a decir que si pudiera, mejor que volver a gobernar, sería alcalde de Bilbao; en este sentido dio una conferencia sobre planes de reforma de la capital vizcaína, que conocía al dedillo, por haberse criado en ella y haber sido concejal, diputado provincial y varias veces diputado a Cortes con monarquía y república. El nombre de Prieto [1899] y el de Miaja fueron arrancados del Registro civil de Oviedo y del libro parroquial de San Isidoro por orden de Franco. Cuando la guerra civil, salvó la vida de Fernández Cuesta, ex ministro franquista. A pesar de eso, Prieto ha sido el hombre político más calumniado y combatido por los falangistas, llegando algunos de ellos a extremos abominables. Se le impuso multa de cien millones de pesetas, la incautación de *El Liberal* y de cuantos bienes había en aquella editorial. Fusilado Luis Companys en Barcelona el 15 de octubre de 1940, Prieto, en uno de los inmediatos aniversarios, pronunció en México una conferencia dedicada al presidente de la Generalidad, citando también con elogio a Marcelino Domingo y a Francisco Layret.

Rasgos de sinceridad de Indalecio Prieto: “Yo he sacado del Poder una experiencia y es la de que una colaboración como la que nosotros, en condiciones excepcionales, prestamos al régimen republicano en los primeros años de su instauración, es difícilísima, y que sus principales quebrantos se reflejan en nuestras propias fuerzas, porque no hay situación personalmente más penosa para unos hombres, cual nosotros, que teniendo determinadas concepciones –acerca de cuyo fundamento no vamos a disertar ahora, porque, naturalmente, nuestro criterio se habría de estrellar, habría de rebotar contra la concepción genuinamente capitalista de la mayoría de esta Cámara–, que teniendo concepciones propias respecto al orden económico en que se debe mover la sociedad, no las pueda aplicar. Nosotros hemos hecho, y quizá en esto haya consistido principalmente nuestro pecado, una política (no pongo absolutamente ningún rebozo en la confesión) una política burguesa; ése es nuestro delito, esa es nuestra falta, y no hemos aplicado ni hemos intentado aplicar soluciones nuestras, porque hemos sido leales, con una excesiva

lealtad –si en la lealtad cabe exceso– a compromisos previos establecidos en el que fue Comité revolucionario, y de los cuales compromisos en ningún instante quisimos propasarnos ni hacer que los demás se propasaran. Y afirmamos –allá cuando la Historia pueda entrar en determinadas intimidades de este periodo político que ha atravesado España lo comprobará– que la mayor parte de las iniciativas de carácter social no fueron siquiera obra nuestra, sino que nosotros suscribimos esas iniciativas de carácter social, nacidas del sector más profundamente conservador de aquel Comité revolucionario”. Discurso de Prieto de 20 de junio de 1934, desde los escaños de la minoría socialista parlamentaria, en el que se confirma la razón de Besteiro y sus amigos al oponernos a que los socialistas colaborasen en un Gobierno donde figuraban elementos de reconocida significación conservadora, dentro del nuevo régimen.

Más confesiones de Indalecio Prieto: “Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera de mi participación en aquel movimiento revolucionario de octubre de 1934. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria. Fui yo quien hice el discurso de la minoría parlamentaria anunciando el movimiento. Yo di la conferencia a la Juventud Socialista Madrileña el 6 de febrero de 1934, en el cine Pardiñas, con lo que yo creía debía ser programa del movimiento y yo –algunos que me están escuchando saben a qué me refiero– acepté misiones que rehuyeron otros porque tras ellas asomaba, no sólo el riesgo de perder la libertad, sino el más doloroso de perder la honra. Colaboré en el movimiento de octubre con el alma, e hice el alijo del *Turquesa* en la playa de Aguilar, en la desembocadura del Nalón, y al regresar me encontré destituido de mi misión de enlace con los militares y sustituido por un advenedizo. Aquello era una injuria insoportable. El movimiento no tenía programa. Se rechazó el concurso de los republicanos. Se había dejado las manos libres a las Juventudes Socialistas a fin de que, con absoluta irresponsabilidad, cometieran toda clase de desmanes, que, al impulso de frenético entusiasmo, resultaban dañosos para la finalidad perseguida. Además, ciertos hechos que la prudencia me obliga a silenciar, cometidos por miembros de la Juventud Socialista Madrileña, no tuvieron reproches ni se les puso freno, ni originaron llamadas a la responsabilidad [1901] (alude al ataque sufrido contra el hogar de Besteiro por un grupo de jóvenes). De aquel movimiento nacen los daños que padecemos a la hora presente. Me refugié por tercera vez en la expatriación, pero me juré en secreto no ayudar jamás a nada que, según mi criterio, constituya una vesanía o una insensatez”.

Sabiendo Prieto que yo gozaba reuniendo datos y fichas de viejos socialistas, el 8 de agosto de 1953 me remitió una carta donde figuran los siguientes socialistas vascos: Pío Ibarra, 86 años; Lucas Ausia, 85; Cosme Maestre, 80; Justo Crespo, 79; Valentín Piquero, 77; Pedro Cabo, 75; Manuel Redondo, 74; Anastasio García, 71; Eulogio Urréjola, 70. Cuando Prieto me remitió estos datos todos ellos vivían en España y la mayoría en las provincias vascongadas. Y después agregaba: Hipólito Noles, 81 años Miguel Armentia, 77; Nicolás Zarate, 73, e Indalecio Prieto, 70. Repito fecha de la carta, agosto de 1953. Cuando en 1977 recogía yo estos datos Armentia vivía todavía en Tarbes (Francia), con cien años cumplidos, pero a la hora de preparar estas páginas, en 1978, ha fallecido ya. Rafael Fraile, médico de prestigio profesional reconocido, estuvo durante diecinueve años al lado de Prieto, cuidándole como si fuera hijo suyo. Debe advertirse que, no obstante, Fraile ingresó en el Partido Socialista sin intervención personal de Prieto. El doctor Segovia y Prieto fueron los únicos que estuvieron con Fraile en sus últimos momentos.

Inmediatamente después, Prieto llamó por teléfono a la hermana de Fraile, que llegó en avión desde Madrid, llevándose el cadáver de su hermano y publicando esquila de defunción religiosa, en la que no se decía la verdad. Prieto reconoció en más de un trabajo suyo dos errores en que había incurrido: haber elegido para presidente de la República a Alcalá-Zamora y haberle destituido ilegalmente. Luca de Tena desafió a Prieto, enviándole como padrinos a Sanjurjo y a Esbry, militares los dos. Aceptó en el acto, y nombró a Pérez de Ayala y a José Sicardo, ayudante del general Weyler, exigiendo que el duelo fuera a muerte. Naturalmente, Luca de Tena no insistió. A petición de la embajada Inglesa en Madrid, Prieto devolvió, [1902] siendo ministro de Hacienda, el guardarropa personal de Victoria Eugenia de Battenberg. La esposa de Prieto falleció en 1925; su madre, en 1929, y su hermano Luis el 29 de septiembre de 1955. Hizo estos entierros sin avisar a nadie, sin admitir ceremonia de ninguna clase. Sin la menor duda, Prieto fue el hombre del Socialismo español que tuvo más amigos y más enemigos. Azaña mismo no sintió simpatías por Prieto. Quizá le admiró más Lerroux. Escribía casi siempre a mano, y cartas suyas hay a centenares en muchos hogares, el mío uno de ellos. Parece imposible que pudiera desarrollar tanta actividad. Después, en el ocaso, dictaba mucho a su hija Concha, pero a eso le llamaba periodo de ampulosidad, porque su inspiración no era la misma. Autorretrato de Prieto: “Porque mi pesimismo será grande, pero mi actividad fue siempre mucho mayor”. Frase exactísima, de la que fui testigo durante más de cincuenta años.

A las doce de la noche del 11 de febrero de 1962, en su domicilio de México, asistido por su amigo el doctor Santiago Villanueva, dejó de existir Indalecio Prieto. Según carta que recibí de Fernando López Valencia, por encargo de Blanca y Concha Prieto, no pudo leer una carta mía contestando a otra suya. Su muerte fue tranquila, sin sufrimientos físicos. Dos horas antes de fallecer, al tomar la medicina que le había recetado el Dr. Villanueva, Prieto le dijo serenamente: “Esta es la última medicina que me administra usted”. Y así fue, en efecto. Fue enterrado al día siguiente, 12 de febrero, junto a su hijo Luis, como él tenía dispuesto, sin dar aviso absolutamente a nadie, salvo a Eusebio Rodrigo, su albacea, y a Víctor Salazar y Ovidio Salcedo, que con sus hijas fueron los únicos que llegaron hasta el cementerio. Dejó prohibido se organizara acto de ninguna clase de carácter necrológico dedicado a su memoria. Tampoco pudo conocer el primer ejemplar del libro suyo *Cartas a un escultor*, Sebastián Miranda, editado en Buenos Aires, libro cuya lectura sigue teniendo interés extraordinario todavía hoy. ¡Genio inconmensurable el de Indalecio Prieto hasta el último instante de su prodigiosa vida!

Vida y obra de Trifón Gómez

Trifón Gómez nació el 3 de junio de 1889 en Zaratán, provincia de Valladolid, un barrio extremo de la capital de Castilla. Perdió a su padre ferroviario, a los siete años, ante cuya desgracia la madre decidió ponerse al servicio de una familia bien acomodada, que tomó interés por el huerfanito. Con buena instrucción, entró en talleres de los ferrocarriles del Norte, asistiendo al mismo tiempo a clases de la Escuela de Artes y Oficios de aquella capital castellana, de donde salió mecánico ajustador. Muy joven contrajo matrimonio, del que nacieron cuatro hijos; de ellos, uno falleció a los pocos meses; el mayor, ferroviario también, fue asesinado en León por los falangistas, por ser hijo suyo, cuando prestaba servicio; los otros dos vivieron con el matrimonio en Madrid. La esposa falleció en 1930, quedando la madre de Trifón con él hasta su muerte. En 1908 ingresó en la Agrupación Socialista de Valladolid, y poco después en la organización ferroviaria, al nacer ésta. En 1911, cuando Canalejas impuso el brazalete a los ferroviarios, prefirió ir al cuartel antes que traicionar a sus compañeros. En junio de 1913 se reunió el primer Congreso de la Federación Nacional de Ferroviarios, cuya organización estaba en Valladolid en manos de Martín Sanz y Ramos Capillas, socialistas ajenos a la profesión, para evitar represalias de la Compañía del Norte. En el segundo Congreso actuaron aún estos dos militantes, para dar cuenta de su gestión, pero ya estaba convenido que en lo sucesivo serían los propios ferroviarios quienes dirigieran el Sindicato, y entonces entró Trifón de secretario, aunque en el Congreso celebrado por la Unión General en 1916, en la Casa del Pueblo de Madrid, aún fueron delegados Martín Sanz y Tomás González, no ferroviarios. Ese año hubo en Valladolid una huelga general, en [1904] realidad reducida a talleres del Norte, donde trabajaban millares de operarios, provocada intempestivamente por Oscar Pérez Solís; éste se había forjado cartel de héroe, engañando a propios y extraños, un tanto amparado por Remigio Cabello, fundador del socialismo en Valladolid, que nunca sintió simpatías por Trifón Gómez, a la sazón presidente de la Agrupación Socialista; lo pudimos comprobar Núñez Tomás y yo, enviados por las Comisiones Ejecutivas nacionales para conseguir se restableciera la normalidad obrera en Valladolid –marzo de 1917– a fin de no debilitar al movimiento revolucionario que surgió en agosto de aquel año. Nos reunimos en el domicilio particular de Trifón, tan contrariado como nosotros por el movimiento huelguístico provocado por decisión personal de Pérez Solís, quien salió huyendo de Valladolid y no paró hasta llegar a Portugal, asustado por las consecuencias de acción tan desdichada.

En julio de 1916, el Sindicato Norte, minado por impaciencias de inexpertos en movimientos obreros de tantas dificultades, se lanzó a organizar una huelga general en sector tan extenso como peligroso. La Unión General de Trabajadores ni fue consultada ni estaba de acuerdo con las decisiones adoptadas con los ferroviarios en uso de un perfecto derecho sindical, pero de posibles consecuencias políticas, por la represión que efectuaría el Gobierno. Era preciso salvar a los ferroviarios, y se me encargó fuese a Oviedo a preparar una huelga minera de solidaridad, si el caso llegaba, a cuyo efecto recibiría por clave, desde Madrid, un telegrama con la actitud a seguir. En efecto, la clave llegó, pero yo no la respeté, porque estaba claro que los

ferroviarios perderían la huelga si no eran ayudados por los mineros. De acuerdo con Llaneza y demás directivos de la organización obrera asturiana, di la orden de huelga general, secundada con [1905] todo entusiasmo en Asturias, lo que obligó al Gobierno a intervenir en favor de los ferroviarios, mediante un laudo de Azcárate, presidente del Instituto de Reformas Sociales. El entusiasmo fue general, y al regresar a Madrid nadie me pidió explicaciones por haber modificado la orden en sentido contrario. Digamos que Besteiro, Largo Caballero y Barrio, en misión de la Unión General, estaban en Zaragoza y Barcelona, donde fueron encarcelados, liberados tan pronto como se resolvió el problema ferroviario, gracias a la intervención de los mineros. En realidad, en Oviedo, al decidir como lo hice, sabía que estaba obligado a resolver sin asesoramiento de Madrid, porque Iglesias sufría por entonces una de sus frecuentes recaídas, recluido en su hogar. Como los ferroviarios del Norte triunfaron gracias a los mineros, en 1917, envalentonados, sin consultar con nadie, en reunión del Sindicato Norte, por un voto de mayoría, lanzaron la orden de huelga general en toda la red, y entonces estalló, para salvar a los ferroviarios, la huelga política del 13 de agosto de 1917, en gestación durante varios meses, de acuerdo con la CNT y en cierto modo apoyada por reformistas de Melquíades Álvarez y republicanos de Lerroux. Trifón Gómez, perseguido por la justicia militar, se refugió en París, con su mujer y un hijo, y se puso a trabajar como obrero metalúrgico hasta que surgió la amnistía de 1918 para poner en libertad al Comité de Huelga, preso en Cartagena, cuyos componentes habíamos sido elegidos diputados, restableciéndose la normalidad constitucional, y Trifón, sin ser repuesto como ferroviario, regresó a su hogar.

En noviembre de 1918, por primera vez, acudió a un Congreso del Partido Socialista, representando a la Agrupación de Valladolid. Por cierto, en asamblea, esta entidad había sancionado a Cabello, Landrove y Pérez Solís al examinar su gestión como diputados provinciales. Los [1906] tres anunciaron la baja, por considerar injusto el acuerdo, pero en el Congreso del Partido Socialista, después de oír a Trifón, aunque coincidió con la sección vallisoletana, el problema quedó resuelto. A partir de aquí ya no faltó a ningún Congreso, domiciliándose en Madrid y actuando con extraordinaria actividad en las organizaciones de la Casa del Pueblo, cuya presidencia ostentó ayudado por Manuel Muiño, ejerciendo el mismo cargo en la Agrupación Socialista, facilitando su gestión Feliciano Martín, Andrés Gana y Antonio Mairal. Dio nueva vida al Sindicato Nacional Ferroviario, con caja centralizada; presidió la Mutualidad Obrera; viajó mucho dentro y fuera de España, ocupando un puesto en la dirección de la Federación Internacional del Transporte, en la que Fimmen era secretario. Y llegó 1921 y el Congreso del Partido Socialista en que surgió la escisión comunista. Le sorprendió siendo presidente del Congreso en el momento emocionante en que Pérez Solís, desde una butaca del salón teatro de la Casa del Pueblo, leyó el documento declarando la adhesión de los firmantes a las Veintiuna Condiciones de Moscú, esto es, la división de los socialistas españoles con todas sus consecuencias. Hubo elección de Comisión Ejecutiva, pero todavía no entró en ella Trifón Gómez. He aquí cómo estuvo formada: presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Julián Besteiro; secretario, Andrés Saborit; vicesecretario, Francisco Núñez Tomás; secretario de actas, Fermín Blázquez; vocales, Largo Caballero, Prieto, De los Ríos, Fernández Quer, Toribio Pascual y Lucio Martínez. En 1923, dividido el Partido, hubo elecciones a diputados provinciales. Candidatura por el distrito Chamberí-Latina: Barrio, 3.873 votos; Trifón, 3.867, y Santiago Pérez, 3.864. Fue elegido Vicente Barrio, pero Trifón obtuvo una magnífica votación, a pesar de estar reciente la

escisión. En la Gráfica Socialista, de la que fui fundador, gerente y secretario del Consejo de [1907] Administración, Trifón, miembro también del Consejo, me ayudó de modo extraordinario. En las elecciones a concejales que dieron el triunfo a la República, Trifón y yo fuimos elegidos por el distrito de Hospital con votación abrumadora, y poco después, diputados a Cortes para las primeras de la República, igualmente por Madrid en alianza con los republicanos. Trifón venció aun en las segundas elecciones de la República, cuando todavía era presidente de la Agrupación Socialista; yo fui elegido en la antevotación de la Agrupación para luchar por Madrid; pero me incliné, pensando en el interés del Partido, por Alicante y Ciudad Real, donde había dificultades para vencer, triunfando por esta última provincia.

En 1931, gracias a su serenidad, con la pistola en la mano, salió Trifón con bien de un mitin en Zaragoza, donde los anarquistas eran fuertes. Aníbal Sánchez, Antonio Pérez, Gregorio Guerra, Dionisio del Barrio, Francisco Carmona y Gómez Osorio, especialmente, fueron amigos y colaboradores suyos en los respectivos organismos en que intervino. Fuera de España también los tuvo, especialmente en la Internacional del Transporte, con Nathans, de la secretaría de Fimmen, que nunca desamparó económicamente a Trifón. Fue esta organización la que le instó a que se domiciliara en México, donde debía instalar una oficina encargada de relacionarse con los trabajadores del transporte de toda América. En Francia ocupó cargos presidenciales en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista hasta su marcha a México. En Río de Janeiro, en viaje organizado por la Internacional del Transporte, sufrió ataque de gravedad, del que se repuso, aunque dejándole secuelas, de las cuales tal vez falleció.

[1908] Fue ministro de Trabajo con Giral y con Llopis, en el Gobierno del exilio, en Francia. En 1934, en Madrid, publicó un libro de más de 300 páginas, con gráficos, de gran interés, titulado *Fracaso de las compañías ferroviarias*.

Trifón y Prieto no coincidieron siempre al apreciar el problema ferroviario ni la táctica a seguir dentro del Partido Socialista. Quien estuvo más identificado con Besteiro fue Trifón, antes y después de la República. Con Largo Caballero no tuvo apenas relaciones. Conservo cartas de Prieto hablándome de Trifón siempre con cariño, siquiera no fuera la misma línea de ambos dentro del movimiento sindical y político. Durante la enfermedad de Trifón, Prieto le visitó, subiendo a pie cuatro pisos hasta su hogar, con enorme fatiga, contra la voluntad de su médico, a quien contrariaban estos excesos cometidos sin necesidad, porque Trifón estaba bien seguro de la estimación que Prieto sentía por él personalmente. En las *Memorias* de Azaña hay elogios para Trifón como secretario del Sindicato Nacional Ferroviario, cosa rara pues en ellas se encuentran más censuras que alabanzas. El único hijo varón que le quedaba, residente en España, contribuyó a amargarle sus días; muy enfermo durante años, murió en Madrid poco después que Trifón, quien falleció en México el 8 de octubre de 1955. Su sepelio constituyó manifestación de duelo, al mismo tiempo que de simpatía hacia su hija Aurelia; hubo discursos de Ángel F. Bravo, Ricardo Tramocho y José Vila Cuenca, y numerosos testimonios de pésame remitidos por organizaciones sindicales de Europa y América.

Nuestros hombres

“Desde que supe que Trifón Gómez había muerto, aparentemente en la plenitud de su

vida, no he cesado de preguntarme: ¿Por qué me duele tanto la muerte de este hombre? Pues no cabe duda de que él era uno de los hombres cuya muerte más me ha afligido en toda mi existencia. ¿Por qué? Voy a intentar explicarlo con las palabras que siguen y al mismo [1909] tiempo rendir con ellas un profundo tributo a su noble memoria. Nunca nos tratamos mucho; algo más durante las primeras Cortes republicanas, sobre todo en la Comisión de Constitución, donde Trifón era uno de los cinco diputados que representábamos a nuestra minoría socialista. Durante nuestra guerra española, apenas tuvimos ocasión de vernos por residir ambos en localidades distintas y de no fácil comunicación. Durante la segunda guerra mundial no nos vimos nunca; él la pasó en Francia y yo en Londres. Después de aquella guerra nos encontramos varias veces en Londres, en París, en Toulouse y una vez en México, cuando en 1945 fuimos allá a entonar u oír el canto del cisne de las últimas Cortes republicanas.

Recuerdo estos datos sin importancia para explicar que la nuestra no era una de esas amistades entrañables que a veces se forjan en la infancia o la juventud, o posteriormente en una convivencia asidua, por comunidad de profesiones, de costumbres, de gustos, de ideas o de ensueños. Pero la mía por él no era tampoco una de esas amistades algo externas nacidas de la simpatía natural que emana de ciertas personas y de las cuales decimos que ‘tiene ángel’, y del ‘ángel’ de Trifón no cabía duda; o que proceden de esta llaneza o familiaridad con que los españoles nos tratamos, aun sin conocernos, dondequiera que nos encontremos, por sentirnos hermanos en algo, hermanos de raza, de nacionalidad, de lengua, de destino o de lo que sea, que no nos importa aclararlo; sin perjuicio, en ocasiones, no raras, de sentirnos también mortalmente enemigos, por la herencia africana o primitiva que la otra herencia, la europea o civilizada, no ha podido todavía borrar de nosotros; honda hermandad social, de todos modos, que hace iguales al artesano y al duque y que rara vez hallamos en los pueblos nórdicos, pero sí a menudo en los mediterráneos y en los hispanoamericanos. Mi amistad por Trifón Gómez era otra. Aquilatándola bien, no dudo en calificarla de amistad admirativa ahora que no temo ofender su modestia ni que mi confesión parezca parcial o interesada. Solo ante la muerte podemos y debemos hablar con el corazón en la mano sin temor a pasar por sospechosos.

[1915] ¿Porqué admiraba yo a Trifón? No era uno de esos artistas de la palabra, hablada o escrita que, cuando lo son de verdad, producen deleite o entusiasmo en quien, como yo, profesa el oficio de las letras y conoce, o cree conocer, algo de la más difícil y misteriosa de las bellezas, la belleza vernal; aunque en justicia debo añadir que en Trifón la palabra, más dialéctica que grandilocuente, era siempre precisa, y él decía con gran eficacia y buena prosa castellana cuanto quería decir o insinuar. Ni había motivos para admirarle como pensador, porque tampoco era ése su oficio: sus ideas generales eran las de un obrero socialista, culto, sin necesidad de meterse en filosofías y sociologías. Alguna vez he dicho que los trabajadores manuales fueron marxistas en la vida antes que Carlos Marx escribiera sus libros. Lo que Marx y Engels hicieron fue dar forma literaria y científica a lo que ya estaba, confusamente aún, en la conciencia del proletariado sobre su papel histórico.

¿Lo admiraba yo por revolucionario? Iba a decir que no, pero me detengo, dubitativo. Pues, ¿qué es ser revolucionario? Lo es todo socialista, llámese o le llamen, de izquierda, de centro o de derecha, todas denominaciones relativas y convencionales. Originariamente, los partidos tomaron estos nombres según que sus diputados se sentaran a la izquierda, en frente o a la derecha del

presidente del Parlamento. También se dividen los partidos en revolucionarios y reaccionarios. Pero como decía el siempre agudo Voltaire, ‘todo el mundo es reaccionario de alguien’. En política, esas suelen ser clasificaciones polémicas, habitualmente peyorativas, de un momento histórico. Para Lenin, Kautsky era un renegado del Socialismo, porque no comulgaba con las ruedas del molino soviético. Para Kautsky, Bernstein era un revisionista, un hereje del marxismo, porque sostenía que la evolución del capitalismo no parece que vaya a desembocar necesariamente en una catástrofe histórica o por lo menos tan rápidamente como habían previsto Marx y Engels. Hoy esas polémicas, miradas desde nuestra perspectiva histórica, nos hacen sonreír. Y las nuestras, las luchas de tendencias que sosteníamos dentro de nuestro Partido, en vísperas de la insurrección de 1936, alentándola acaso sin darnos cuenta, no nos hacen sonreír, sino llorar de tristeza y pesadumbre.

Trifón era tan socialista, tan revolucionario, como cualquiera de nosotros, pero su perspectiva no era quizá la misma que la nuestra, quiero decir de quienes nos situamos, o nos situaban, a la izquierda del Partido. Esto de la perspectiva, desde la cual contemplamos una realidad política, tiene más importancia de la que pudiera suponerse. A mi juicio frente a una realidad dada, hay o puede haber dos posiciones o puntos de vista en el campo obrero. El hombre socialista, de formación o temperamento predominantemente político, tiende a pensar que los Sindicatos son los órganos, los músculos, por así decirlo, al servicio de la cabeza que es el Partido, y quien ha de dirigir la revolución proletaria, ya violenta y dictatorial, ya democrática y pacífica que se está realizando en el mundo.

En Trifón Gómez resaltaba la perspectiva sindical, sin menosprecio por la política. Me di cuenta de ello por primera vez en la Comisión de nuestra Constitución republicana. Todos los otros vocales éramos como escolares a quienes los exámenes se les han echado encima inopinadamente y, en vez de pensar cuál era la Constitución más adecuada a las realidades sociales de España, buscábamos en los libros las más perfectas que habían inventado los hombres en todo el mundo, pues queríamos que la nuestra fuese la última palabra en novedades constitucionales. Nuestro proyecto, más que una criatura viva, obra de una gestación orgánica, resultó un mosaico o un cajón de sastre, por no decir un ciempiés. El único que no corría a ninguna biblioteca, ni abría ninguna colección de Constituciones, ni consultaba con un ilustre especialista en derecho constitucional, era Trifón. Paciente, irónico, escuchaba nuestras interminables discusiones bizantinas, pues todos queríamos dotar a la República Española con lo que nuestro particularismo ideológico o geográfico o [1912] nuestra erudición de última hora, prendida con alfileres, estimaba como el dechado insuperable en ese género de código. Al final de los debates, él pedía la palabra, y en muy pocas, pero muy claras y pertinentes, decía lo que sobraba o faltaba en nuestros textos o argumentos, y con sus atinadas observaciones ponía término casi siempre a la discusión del tema de turno. Un día no pude menos de manifestarle mi extrañeza de que siendo él sin duda quien de todos nosotros menos lecturas constitucionales había hecho, fuese el que con frecuencia dijera la última palabra. ‘Es que yo tengo una Constitución en la cabeza’, me contestó sonriendo. ‘¿Cuál?’ le pregunté. Y me replicó: ‘La de la Unión General de Trabajadores’.

Su respuesta me dejó atónito y algo escamado de momento. ¿Era una salida de pie de banco con que se burlaba de nuestra pedantería de legisladores ultrarracionalistas y novatos? No,

no lo era, como pronto pude advertir y, desde entonces data mi admiración por él. Trifón Gómez fue siempre, fundamentalmente, un obrero en quien lo político, lo abstracto se subordinaba a lo sindical concreto. Al decir que la Constitución ideal era la de la UGT, probablemente no se daba cuenta de que con ello definía el nuevo Estado que se está formando y poco a poco imponiendo en el mundo, el Estado sindical, el Estado del trabajo organizado, como yo propuse que declarara el naciente Estado español en las primeras palabras de su primer artículo constitucional, que decían así: ‘España es una República de trabajadores’, sin el inútil pegote ‘de todas clases’, con que Alcalá-Zamora enmendó y las Cortes lo aprobaron. Fue mi única contribución a ese código, pero tengo a mucha honra que por ella la Constitución de la Segunda República española fuese la primera que en Occidente proclamara ese principio o aviso de lo que no tardarán mucho en ser todos los Estados de la tierra, si bien en la nuestra, por una trágica ironía de la [1913] Historia, el trabajo esté hoy más envilecido y el trabajador más humillado y explotado que nunca. Y es probable que en mi idea de presentar y defender ese artículo influyeron subconscientemente, junto a ciertas lecturas que por entonces hice de Saint-Simón, el precursor de Marx, las palabras citadas de Trifón de que los Estatutos de la UGT eran para él el arquetipo de nuestro Estado republicano. En ese homenaje póstumo quiero que conste el recuerdo de su visión profética de lo que será un día en todas las naciones y en España el Estado de los Trabajadores, ya sin clases”.
Luis Araquistain.

Fernando de los Ríos

A principios de 1913, después de tomar posesión de mi carga de presidente de la Federación de Juventudes Socialistas y director de *Renovación*, una vez cumplidas las sentencias de tres Consejos de guerra con arreglo a la Ley de Jurisdicciones, utilizando el margen de popularidad que había obtenido por tan injustificada persecución, propuse en el Comité Nacional hacer una campaña de propaganda, en unión de Virginia González, para crear grupos de Juventudes Socialistas y Grupos Femeninos Socialistas en Andalucía, Levante y Asturias, todo lo cual llevamos a cabo durante ese año y el siguiente, 1914.

[1914] El acto de Motril fue suspendido por el monterilla allí dueño de vidas y haciendas, pero al regresar a Granada obtuvimos del gobernador civil la autorización correspondiente, porque no estaban suspendidas las garantías constitucionales, y a nuestro regreso intervinimos en un acto en la capital. Virginia y yo fuimos presentados a Fernando de los Ríos, catedrático de la Universidad granadina, y pudimos apreciar el hondo afecto que sentían por él los trabajadores de aquella capital. Ahora bien, nosotros salimos de la entrevista con cierto recelo ante la definitiva orientación política que aquel profesor pudiera adoptar. Como Unamuno, en Salamanca –lo conocíamos bien– Fernando de los Ríos era el consejero de los obreros granadinos; pero, como Unamuno, no era socialista.

Eso estaba claro, además, después de la entrevista efectuada con él y las referencias que nos dieron los camaradas que allí actuaban. En resumen, esa pretensión nuestra era, por el momento, prematura. Pablo Iglesias estuvo en Granada con otros diputados republicanos. Las ideas socialistas se abrían paso. Yudes, su mejor defensor por entonces, presentaba en el Gobierno Civil reglamentos de Sociedades obreras que ingresaban en la Unión General de Trabajadores. Y surgió la huelga general de agosto de 1917. En Granada, como en toda España, cobró bríos el

movimiento sindical. Triunfaron concejales socialistas en algunos pueblos granadinos. El caciquismo se enfureció y el republicanismo histórico no tuvo arrestos para hacer frente a la situación. Entonces, en 1919, Fernando de los Ríos simbolizó un movimiento anticaciquil, en una candidatura al Parlamento que por el momento no triunfó, pero abrió camino para triunfar posteriormente. En 1920, como independiente, triunfo en otra lucha electoral, tal y como él se identificaba con la acción política. Al presentarse nuevamente Con significación francamente socialista –ya había ingresado en el Partido Socialista– fue derrotado. En 1923, últimas Cortes de la Monarquía, Fernando de los Ríos fue elegido diputado por Madrid en unión de Iglesias, Besteiro, Cordero y yo, no resultando elegido Largo Caballero, que completaba nuestra candidatura.

Hizo cuanto pudo por difundir el socialismo, con su peculiar concepción, en Andalucía. Perteneció a la Comisión ejecutiva del Partido Socialista, al que representó, con Daniel Anguiano, en el viaje que hicieron a Rusia, desde el 17 de octubre al 13 de diciembre de 1920. Estuvimos juntos, con Besteiro, en el Congreso que la Internacional Socialista reunió en Marsella y en la Conferencia de los Partidos socialistas de España y Francia y el Laborista de Inglaterra, celebrada en París, para tratar del modo de oponernos a la guerra de Marruecos. En España, singularmente, tomó parte en conferencias, y entre los trabajadores se sentía más profesor que camarada. Acompañando a Largo Caballero, De los Ríos y yo estuvimos un año, durante la etapa de Primo de Rivera, en la Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra. Anteriormente, con Largo Caballero y Araquistain, concurrió en 1919 a la Conferencia Internacional de Washington, donde fue creada la Oficina Internacional del Trabajo. Formó parte del Comité que lanzó el programa del Gobierno provisional de la República, por lo que estuvo encarcelado, siendo elegido concejal por el distrito de Buenavista con Maura y Pedro Rico. Fue ministro de Justicia en el Gobierno presidido por Alcalá-Zamora, y de Instrucción Pública con Azaña. Durante la guerra civil representó a la República en Estados Unidos y desde allí se adhirió a la actitud de Besteiro cuando éste formó parte de la Junta de Defensa, al final de la guerra. Ya en la emigración, Giral, [1916] al ser encargado de formar el Gobierno de coalición, le confirió la cartera de Estado. ¿Quién hubiera podido serlo sino Fernando de los Ríos? Fue él quien redactó el documento leído por Giral ante las Cortes reunidas en México como programa de Gobierno. Se puso en contacto con las cancillerías. Estuvo en Londres y en París, y adquirió una convicción, que los hechos confirmaron, por desgracia: que la legitimidad republicana estaba perdida para siempre; que los Gobiernos, incluso el de Rusia, no reconocerían al de la República española en el exilio, con comunistas o sin ellos, pero mucho menos con comunistas. Su estado de salud era alarmante. En el otoño de 1948, antes de emprender vuelo para América, decidido a dimitir irrevocablemente, pasó un día en mi casa en París, con el alma dolorida y el corazón sangrando, sin esperanzas de salud ni para él ni para España. Después de haber dejado constancia del político, digamos que Fernando de los Ríos preferentemente fue un pensador compenetrado con Giner de los Ríos, con el que estaba emparentado. Pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, completó los suyos en diversas universidades. Consiguió la cátedra de Derecho político de la Universidad de Granada. Por solidaridad con otros profesores, renunció a su cátedra, pasando a dar conferencias y cursos en universidades extranjeras. En 1930, caído Primo de Rivera, obtuvo la cátedra de Estudios Superiores de Ciencia Política en la Universidad Central. Según dijo públicamente, sus guías espirituales fueron San Pablo y San Agustín, Renán y Tolstoy, según los

momentos de su vida. Aunque es público que se separó de la Iglesia católica a los dieciocho años, su formación conservó siempre un hondo sentido religioso. Tradujo el *Contrato Social* de Rousseau. En 1926 publicó *El sentido humanista del Socialismo*, donde está reflejada su posición en cuanto al marxismo. Cuando culminó en el socialismo español la crisis terminada con la creación del Partido Comunista, no pudiendo sino publicar una pobre hojita, por haber dejado los terceristas al diario del Partido Socialista sin un céntimo y con muchos miles de pesetas sin pagar, Fernando de los Ríos, en mi despacho de la redacción, calle de Carranza, 20, me instó a que pensara con los otros camaradas de la Comisión Ejecutiva, en la conveniencia de dejar morir *El Socialista*, y sacar en su lugar otro diario que fuera socia lista sin decirlo. Es que Fernando de los Ríos tenía un criterio diferente al nuestro. Nunca transigió con Carlos Marx. En homenaje debido a su memoria, como respeto a sus convicciones, creo de justicia reproducir unas palabras suyas aparecidas en su libro *El sentido humanista del Socialismo*, editado en Granada en 1926:

“La génesis psicológica de este libro es transparente. Desde los días lejanos ya, en que estudiaba en la Universidad de Marburgo, al lado del gran filósofo Cohen, fue adueñándose de mi conciencia una convicción que tomando por base el humanismo jurídico y político de mi amado maestro español, don Francisco Giner y las doctrinas del propio Cohen, me llevó a conclusiones que, lejos de ser desarraigadas con el tiempo, como ha acontecido en no pocas cuestiones, han enraizado más y más hondamente en mi ánimo con el decurso de los años y la experiencia de ellos extraída. Lo que en un principio fue no más que visión teórica, llegó a ser más tarde, por apremios internos de la conciencia moral, algo que quizás pudiera denominarse ‘pragmática política’, esto es, una orientación para la conducta del Estado y un ideal pródigo en vitalidad para el ciudadano. No sólo no rehuyo en la obra la invocación de lo humano, sino que lo tomo como punto arranque, porque cada día hallo nuevos motivos para juzgar, a más de deseable, inminente, el que se reconozca que sólo desde ese luminoso continente del espíritu, nos es dable construir algo que no sea en sí mismo falaz. No nace, pues, este libro como consecuencia de una actitud personal anterior la vida pública, a modo de justificación objetiva y a posteriori, sino por el contrario, explica objetivamente la razón que me indujo a adoptar aquella actitud. Esta objetividad es la que nos ha llevado a omitir la crítica de cuanto está en contradicción con nuestra tesis socialista, y a no soslayar ninguna cuestión central. ‘La Ciencia es cosa de conciencia’ nos decía a menudo el maestro español; y porque así pensamos, no creemos que debe tergiversarse la naturaleza de los problemas; en su virtud, si la política es susceptible de ser ciencia, es un mandato moral para ser científico no tratar a la Ciencia en sí políticamente”.

Tenía una concepción fabiana del movimiento obrero, y puso excesiva devoción en el desarrollo de las guildas inglesas en España, al extremo de que en su libro *El sentido humanista del Socialismo* publicó un esquema de reglamentación. Los hechos demostraron el fracaso de tal sistema para resolver el problema social, ni atenuarlo siquiera, ni aun en Inglaterra. Hablaba con emoción del problema judío, y narraba, embelesado, sus conversaciones con los sefarditas de origen español, quien sabe si andaluz, que había encontrado en sus viajes. Ya catedrático, contrajo matrimonio en 1912 con Gloria Giner, hija de Hermenegildo, que fue diputado a Cortes lerrouxista por Barcelona. Dentro de ese ambiente, hijo de la clase media, liberal de origen, masón en activo, su concepción del Socialismo tardó mucho en cristalizar. Y cristalizó con personalidad propia, sin fundirse con la tradicional que Pablo Iglesias utilizara para fundar la

organización obrera inspirada por Lafargue, siguiendo las teorías de Marx y Engels. Fernando de los Ríos no coincidió casi nunca con Besteiro. Durante los años de la dictadura de Primo de Rivera fue opuesto a la aceptación por Largo Caballero del cargo de vocal del Consejo de Estado, uniéndose en las votaciones criterio de Indalecio Prieto. Con éste estuvo en los preliminares del Comité que presidió Alcalá-Zamora, y en el que Largo Caballero entró a petición de ambos.

Fue encarcelado el 19 de diciembre de 1930, con algunos de los firmantes del manifiesto a los españoles lanzado con motivo de la sublevación de Jaca, que Casares Quiroga no supo impedir estallara por imprevisión suya. No fue de los enemigos de primera hora contra el comunismo ruso. Hasta se puede decir que contemporizó con los extremistas. Por entonces, Besteiro, Largo Caballero y yo fuimos los más odiados por esos elementos. Los tres consumimos los turnos reglamentarios contra las Veintiuna Condiciones de Moscú en el Congreso del Partido Socialista. Porque no tenía esa tacha, que a nosotros nos invalidaba para ir a Rusia, fue designado con Daniel Anguiano para tratar de las condiciones que exigirían los soviéticos para ingresar en la Tercera Internacional. Nosotros no aceptamos nunca, ni aun en principio, esta solución. Fernando de los Ríos regresó de Rusia decepcionado, hundido moralmente. Le renacía un Socialismo exageradamente reformista. Era la reacción natural contra la deformación marxista que había presenciado en Rusia. La mayoría del Congreso Socialista se pronunció contra las Veintiuna Condiciones de Moscú, y Fernando de los Ríos entró de nuevo en la Ejecutiva, con Iglesias, Besteiro, Largo Caballero, Prieto y yo, encargados de reconstituir el Partido. Fue entonces cuando editó su conocido libro *Mi viaje a la Rusia soviética*, que lleva esta dedicatoria: “Al Partido Socialista Español, con el más profundo respeto”. El autor suprimió intencionadamente el calificativo de OBRERO. Su Socialismo no lo admitía. El libro fue vendido por *El Socialista* y el beneficio de su primera edición lo cedió al Partido, bien necesitado entonces de ese y otros auxilios. En Rusia conoció a los fundadores de la Tercera Internacional, a los mismos a quienes Stalin eliminaría violentamente. Nunca perderá actualidad el diálogo entre Fernando de los Ríos y Lenin, con réplica de éste: “Libertad, ¿para qué?”. Para Fernando de los Ríos lo era para todo. Para nosotros también. Por eso no transigimos desde el principio con el comunismo. De los Ríos creía en el hombre, no como clase social, no como trabajador, como hombre. En España, como raza, como símbolo de unidad, como madre de pueblos y creadora de civilizaciones. Al poner término al recuerdo que debemos a su memoria, respetándole con sincera emoción, hagámoslo con unas palabras suyas, con las que concluye [1920] su conferencia a los socialistas emigrados en México: “¿Veis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Veis como nos es absolutamente indispensable buscar en los rincones de nuestra alma lo mejor de nuestro espíritu para que al volver a España no volvamos con iras y con odios, sino con un infinito amor? Debemos hacerlo para salvar aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo más profundo de mi alma, y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!”. El 31 de mayo de 1950, en Nueva York, después de una parálisis que le duró más de un año, falleció Fernando de los Ríos, extinguiéndose uno de los cerebros más portentosos que ha tenido España.

Narciso Vázquez Torres. Breves noticias de 1952 a 1954

“Tomo la pluma para comunicarte una triste noticia: Narciso Vázquez, nuestro viejo amigo, ha muerto ayer noche, 9 de octubre de 1952, a las diez. Tuvo una muerte tranquila, sin

sufrimientos físicos. En fin, una muerte que yo quisiera para mí”. Así reza la carta que recibí, desde la Maison de Repos de Don-Sur-Meuse por mi viejo amigo y correligionario asturiano Juan Antonio Suárez. Años atrás, cuando residía en París con su esposa –fallecida en el mismo refugio– Narciso sufrió grave enfermedad, de la que le salvó la penicilina facilitada por camaradas de la CNT. No obstante, su organismo estaba herido de muerte.

A principios de siglo, apenas me hice cargo de la secretaría de la Federación de Juventudes Socialistas, en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, entré en relaciones postales con Narciso Vázquez, al dirigimos oficialmente a la Agrupación Socialista de Badajoz para que allí se creara una sección socialista que perteneciese a nuestra Federación. Por la autonomía que le daba su profesión de [1921] dentista, por su mejor preparación, por su actividad y su amor a los ideales, durante muchos años toda la correspondencia que se recibía en Madrid de las organizaciones pacenses venía redactada por Narciso Vázquez en caracteres pequeñísimos, claros, sobrios, precisos. Contra lo que nos acontecía con camaradas de otras provincias, Narciso y los correligionarios de Badajoz fueron partidarios de crear una sección juvenil en aquella capital. Y esa coincidencia espiritual fue origen de una amistad que la muerte tan sólo ha podido truncar.

En 1913 estuve por primera vez en Badajoz, presidiendo el acto en que participó Narciso. Digamos que nuestro amigo no sentía vocación por la tribuna. Era conferenciante, y lo era por deber, sin poner en su dialéctica la menor fogosidad, como era frío igualmente al escribir, huyendo de cuanto significara excitar las pasiones o sembrar discordias. El padre de Narciso militó en el republicanismo y como patriarca de esos ideales encabezó la candidatura para diputados a Cortes por la provincia de Badajoz en 1931, alcanzando el primer puesto por el número de sufragios en toda España, y siendo, por su edad, el primer presidente que tuvieron las Cortes republicanas, hasta el momento de entregar tan elevado sitio a Besteiro. Los Vázquez eran oriundos de Los Santos de Maimona, provincia de Badajoz, de donde también era otro socialista de la primera época, Juan Morán, catedrático de Agricultura en el Instituto de Córdoba, por donde fue elegido diputado en las Constituyentes, fusilado alevosamente por los franquistas. Morán salió elegido diputado por Córdoba y Badajoz, y al renunciar a la representación por esta última provincia, ocupó su puesto en elecciones parciales Manuel Muiño, entonces concejal en el ayuntamiento madrileño. Otros Vázquez a quienes debe mucho la provincia de Badajoz fueron los hermanos Fernando y Juan Vázquez Mancera. Ambos casaron en Azuaga con dos hermanas, hijas de un rico hacendado. Fernando dejó Azuaga, se instaló en Sevilla y finalmente en Madrid, donde perteneció a la Agrupación [1922] Socialista, ayudando abundantemente a las cajas del Partido. Juan Hizo política en Azuaga, donde estuvo Pablo Iglesias, que distinguió a los Vázquez con singular efecto, largamente correspondido.

Los socialistas del distrito de Llerena, al que pertenecía Azuaga, intentaron ganarle para las ideas socialistas, y primero presentaron como candidato a Besteiro, con la finalidad de recontar votos y hacer propaganda, lo mismo que fui yo candidato por la circunscripción de la capital, muy extensa y difícil. En 1920, en Llerena-Azuaga, fue candidato un hombre admirable, fallecido en México, Francisco Núñez Tomás, a sabiendas de que no habría triunfo posible, por lo cual, en las Constituyentes de la República, fue elegido en la candidatura de Badajoz, desarrollando excelente labor. Juan Vázquez, en 1921, fue candidato a diputado por Fregenal, frente a un candidato patrocinado por el caciquismo, que además contaba con el apoyo oficial, siendo derrotado por las

malas artes habituales, a pesar de la intensa propaganda que allí realizamos durante varios días ayudando a Juan Vázquez, a quien le dejó descorazonado el resultado de aquella batalla tan desigual por los medios puestos en juego. Hubo un pueblo en ese distrito donde la Guardia Civil mató a varios campesinos que regresaban a sus hogares después de haber robado bellotas. Hablé en el Congreso, denunciando el hecho de que las autoridades estuvieran al servicio de los caciques explotadores del campo extremeño, consiguiendo crear en aquella provincia organizaciones que dieron la victoria a los candidatos socialistas en elecciones municipales y nacionales posteriores.

En Azuaga primero y después en Badajoz, se publicó un periódico socialista en el que desde Madrid colaboraba intensamente Celestino García, hijo de la provincia, que fue concejal en Madrid en las elecciones de 1931 y diputado a Cortes por Badajoz en las Constituyentes. Celestino falleció en México. En las últimas elecciones de la República ni Narciso Vázquez ni Celestino García fueron candidatos. Habían surgido otros, decididos a cerrar el paso a los fundadores. El historial de Narciso Vázquez no sirvió de nada, a pesar de haber sido concejal, diputado provincial, diputado a Cortes, presidente de la Diputación Provincial y fundador de la misma, treinta años atrás, delegado de la región a los congresos del Partido y de la UGT, miembro del Comité nacional del Partido en representación de Extremadura, todo lo que exigía el movimiento obrero, que no era poco. Y sin cobrar jamás una dieta. En la emigración, con Guillermo Torrijos, Vázquez perteneció a la Comisión que distribuía modestos subsidios a refugiados españoles, creada por el Grupo socialista de París, presidido por Eduardo García, de la que fue tesorero Ricardo Neira, que buscó fondos para socorrer necesidades. Hizo cuanto pudo por remediar desgracias, con honestidad por nadie discutida, durante el breve periodo de esta misión en París.

Narciso Vázquez fue quien llevó a Badajoz a Margarita Nelken, sin conocerla, sin ser afiliada al Partido Socialista. Le bastó ver su firma en *El Socialista* para dar por descontado que militaba en nuestras filas. La Nelken fue afiliada a la Agrupación Socialista Madrileña después de ser elegida diputada por Badajoz. Evitamos plantear esa situación hasta conocer el resultado de los comicios y examinar su caso en la junta general, donde reconoció había olvidado formalizar su solicitud de nacionalización, y por mayoría quedó dentro de la Agrupación con reservas morales que la interesada sabía eran archifundadas. Al fin, se dio de baja y pidió el ingreso en el comunismo, donde tampoco pudo quedarse, por el ambiente que encontró. La propaganda realizada en la provincia de Badajoz por Margarita y sus colaboradores, que ya no se dejaban orientar por Narciso Vázquez, no fue acertada. En Castilblanco surgió una reyerta con la Guardia Civil, resultando algunos muertos por ambos lados. Provocado un debate en las Cortes, intervine yo para evitar lo hiciera Margarita y otros diputados por la provincia y salvar una situación difícil. Fue el discurso más comprometido de cuantos tuve que pronunciar. Creo que conseguí mi propósito, porque Azaña, jefe del Gobierno, garantizó se haría justicia, sin necesidad de producir nuevas víctimas, que era nuestro principal objetivo. Perdida la República, en la frontera con Francia, que intentaba cruzar una multitud ansiosa de salvar la vida, me encontré en la Aduana – siendo todavía Director General– a Margarita Nelken en llantos: “Ustedes tenían razón, Saborit; esto se hubiera evitado de haber seguido la orientación que Besteiro deseaba”. Estaba destrozada y desamparada. Había perdido un hijo en la guerra.

Las represalias de la burguesía reaccionaria de Extremadura fueron horribles. ¡Cuántos centenares de seres inocentes murieron en la plaza de toros de Badajoz, asesinados por aquellas hordas desenfrenadas! Toda la provincia fue un reguero de sangre. La obra de Narciso Vázquez fue derribada por partida doble: por los que, dentro, en plena normalidad, le habían desplazado afirmando no representaba la nueva táctica del frente único, y desde fuera, por los chacales bendecidos por la mitra episcopal. Narciso Vázquez tenía siempre frases indulgentes para todo el mundo. Por eso, como me dijo Juan Antonio Suárez, murió serenamente. Estaba habituado a la bondad. De nada tenía que dar cuenta en la otra vida. Aunque con menos bríos que antaño, aún se sentía con ánimos para vivir. Semanas antes de morir me anunciaba su propósito de emigrar hacia América, donde residía uno de sus hermanos. No lo pudo conseguir. Un día no lejano los trabajadores de la provincia de Badajoz rendirán a Narciso Vázquez y a cuantos con él lucharon el homenaje de veneración que su ejemplo merece, consagrando con ello la memoria de uno de los hombres más puros, más honestos, más sencillos, más buenos, que ha tenido el Socialismo español.

En 1952 falleció en México Rafael Fraile, médico muy estimado por los exiliados españoles en ese país por la abnegación con que se condujo, salvando innumerables vidas; fue médico de Prieto, a quien profesaba cariño casi filial, según propias palabras de este último. En México igualmente falleció Ramón González Peña, que estuvo condenado a muerte en Asturias durante la revolución de 1934, y cuyo indulto gestionó Julián Besteiro cerca del presidente Alcalá-Zamora; tras su liberación actuó en la línea política de Prieto, pero en el exilio estuvo en el grupo próximo a Negrín. También fallecieron ese año: en Bilbao, Pedro Villar, veterano fundador de las Juventudes Socialistas; en París, Gastón Montheus, seudónimo del autor del himno *La Joven Guardia*. En Alemania, Kurt Schumacher, presidente del Partido Socialista de aquel país. En Santiago de Chile, Alfredo Mistral, diputado socialista. En Estados Unidos, William Green, líder sindical. En Rusia, Isidoro Acevedo, que se afilió al comunismo al final de su vida, sin haber sido nunca comunista, a mi juicio. En Francia, Manuel Pórtela Valladares, jefe de Gobierno en la época de Alcalá-Zamora. En Italia, Benedetto Croce, escritor y político. En Holanda, María Montessori, pedagoga italiana.

En marzo de 1953 muere Stalin; en septiembre le sustituye Kruschof y en diciembre es eliminado y muerto Beria, instrumento político y policiaco estalinista. Se producen graves acontecimientos en Alemania comunista, sofocados por los nuevos dictadores. En Austria se confirma el éxito electoral socialista. En agosto de ese año se firma el concordato entre el Vaticano y Franco, y en septiembre, el tratado entre Estados Unidos y España. En Dinamarca el pueblo decide en votación suprimir el Senado y conceder el voto femenino; los socialistas obtienen mayoría en la Cámara única. En Hungría la insurrección popular es aplastada; Imre Nagy, jefe de un Gobierno efímero, [1926] es fusilado por los nuevos vasallos de los rusos³⁷. En Estocolmo se celebra el tercer Congreso de la Internacional Socialista, con asistencia de Rodolfo Llopis en representación del PSOE.

En 1953 fallecieron Tomás Centeno, miembro de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista del interior, torturado en la Dirección General de Seguridad, en Madrid. En Alcoy,

³⁷ Se refiere al levantamiento húngaro de 1956; Imre Nagy fue ejecutado en 1958 [nota del editor].

Rafael Laliga, miembro fundador de las organizaciones socialistas. En México, Alejandro Otero, catedrático de la Universidad de Granada, y Bienvenido Santos, diputados socialistas por Pontevedra y Murcia, respectivamente; Arturo Mori, escritor republicano; Manuel Lorenzo Pardo, ingeniero de Caminos, a quien Prieto encomendó llevar a cabo un plan de irrigación en la región levantina. En Madrid, Cecilio Rodríguez, jardinero mayor del Municipio madrileño. En Berlín, E. Reuter, alcalde socialista de esa ciudad. En Roma, Francesco Nitti, escritor y político liberal. En París, A. Zevaes, historiador. En Estados Unidos, Eugenio O'Neill, premio Nobel de Literatura en 1936.

En 1954 se extinguieron, entre otros: en México, Julia Iruretagoyena, viuda de Tomás Meabe; Amós Ruiz Lecina y Celestino García, diputados socialistas por Tarragona y Badajoz, respectivamente; el segundo citado fue, además, concejal en las elecciones municipales de 1931 y miembro de la Comisión ejecutiva del PSOE presidida por Besteiro. En Toulouse, Antonio Trigo, que sufrió larga prisión con otros directivos de las comisiones ejecutivas del Partido Socialista. En Orán, Francisco García Alberola y Manuel Rodríguez, fundadores con Juan Vives y Vilches del movimiento obrero en Elche. En Madrid, el industrial y financiero Valentín Ruiz Senén, apoderado de los Jesuitas, gran corruptor de los que él sabía se dejaban corromper. En Barcelona, Eugenio d'Ors, literato. En Francia, E. Dolléans, historiador. En Italia, A. de Gasperi, jefe de Gobierno. En Rusia, Vichinsky, delegado ruso ante las Naciones Unidas, gran inquisidor comunista.

Jacinto Benavente y los jóvenes socialistas

Poco después de inaugurada la Casa del Pueblo de la calle de Piamonte, 2, la Juventud Socialista adquirió algunos bríos, y el Comité, presidido por Lucio Martínez, y del que éramos secretarios Cayetano Redondo y yo, decidió abrir concurso para premiar con modestas cantidades tres trabajos que lo merecieran. Pero nosotros teníamos la tesorería vacía. Solicitado por nosotros dos, pensamos en Benavente, quien nos respondió favorablemente, y con él tuvimos agradable charla en el café de la Concepción, frente al teatro Lara, que entonces frecuentaba el insigne comediógrafo. En 1914, de acuerdo con un grupo de veteranos, dirigí la revista *Acción Socialista*, donde colaboró Benavente. Fallecido a los ochenta y ocho años –14 de julio de 1954– Benavente llevó a la escena cerca de doscientas obras teatrales. En 1912 fue elegido miembro de la Academia de la Lengua, pero no escribió el discurso de ingreso, a pesar de lo cual le hizo académico de honor. En 1922, estando en América, recibió el premio Nobel de Literatura. Había dictadura –la del general Primo de Rivera– y el Ayuntamiento de Madrid, a su regreso, le declaró hijo predilecto, colmándole de cintajos y placas. Benavente salió de aquella fiesta, presidida por Alfonso XIII, como colegial con matrícula de honor. Meses después, el agente ejecutivo invadía su domicilio particular, porque figuraba en descubierto con las arcas municipales. ¿Qué había sucedido? El Teatro Español, propiedad del Ayuntamiento madrileño, había sido adjudicado por entonces a una compañía dirigida por Ricardo Calvo, bajo el patrocinio de Benavente. Nadie se cuidó de cumplir los compromisos económicos con la corporación municipal, terminando aquella etapa teatral con un fracaso. El Ayuntamiento exigió que se le abonaran los miles de pesetas convenidos. El agente ejecutivo cumplía, pues, órdenes del alcalde de la dictadura, el mismo régimen que le había proclamado hijo predilecto. Benavente [1928] devolvió cintajos y placas

recibidas del propio Ayuntamiento, y pagó con eso y con su desprecio.

Tuvo muchos enemigos, algunos de alcurnia intelectual. En el prólogo de sus obras completas de la editorial Aguilar —en 1914 se publicó la primera edición de *Obras completas* de Benavente, en la imprenta Fontanet, donde yo trabajaba como corrector de pruebas— alude a ello, anunciando la inmediata publicación de sus memorias, *Recuerdos y olvidos con nombres propios y adjetivos*. Como falleció sin cumplir aquel deseo, lo más probable es que sus herederos —¿quiénes son sus herederos?— dejen en el olvido aquella amenaza. El propio Benavente disculpa un tanto esos ataques de los hombres de pluma en las siguientes declaraciones: “¿Críticas? No hay escritor de prestigio en España que no se haya metido conmigo y con mis obras. Meterse con mis obras ‘hace intelectual’... Pero es el caso que los mayores atrevimientos de esa juventud son los mismos de cien artículos míos en aquella *Vida literaria* de feliz memoria, y más tarde en *El Imparcial* y en *Nuevo Mundo*”. A pesar de haber fallecido, según dijeron, reconciliado con la Iglesia, la prensa fascista y sus hombres no se reconciliaron con Benavente. Pemán, en un artículo necrológico dijo lo que sigue: “Luego, un amigo suyo que tenía mucha más intimidad que yo para permitirse la cariñosa desvergüenza, le preguntó un día: ‘En definitiva, ¿usted cree o no cree en Dios?’. Benavente contestó con esta frase lacónica, de la que estará permitido asustarse, pero no clasificarla entre sus ingeniosidades y *bontades*: ‘Yo, como tantos otros, a ratos no y a ratos, sí’”. Ese era Benavente: a ratos sí y a ratos no. En unas obras teatrales iba hacia la izquierda y en otras, hacia la derecha. Pero a la izquierda estaba su corazón. De eso no hay duda. Porque así era dejó dispuesto que le amortajaran de franciscano y le enterraran en Galapagar, llevándole sin honores ni ceremonias de ninguna clase. Se había reído tanto de los demás que quiso evitar que los demás se rieran de él en sus últimos momentos.

[1929] Después de haber escrito contra los generales de la Restauración y de haber puesto en solfa las lacras de la sociedad simbolizada por la reina madre (doña Virtudes); después de haber estrenado *Los Intereses creados*, *La fuerza bruta*, *Los malhechores del bien*, *Por las nubes* y tantas otras se creó obligado a desarrugar el ceño de los reaccionarios, y escribió *La ciudad alegre y confiada*, en 1916. Estuve en su estreno, en el teatro Lara, porque conservaba fidelidad al teatro de Benavente. Su triunfo fue apoteósico. Los mauristas le llevaron en hombros hasta su casa. Maura había roto con Alfonso XIII y los conservadores estaban dirigidos por Dato a quien despreciaban los mauristas... y también Benavente. España rugía como un viejo león. Los sindicalistas en Barcelona teñían las calles de sangre, en competencia con las bandas pagadas por la patronal; las Juntas militares amenazaban al Poder público; la guerra europea encubría negocios fabulosos en los que se mezclaba Lerroux con los viejos políticos; florecían como la espuma el espionaje alemán y el contraespionaje aliado; la prensa estaba entregada a las embajadas, singularmente a la de Alemania, cuyo príncipe de Ratibor conocía secretos y miserias de muchos hombres públicos. Alcalá-Zamora —tan germanófilo como Benavente— creó en Madrid un diario para hacer la política kaiserista. *España Nueva*, diario republicano de Rodrigo Soriano, vivía gracias a la embajada alemana, como otros diarios españoles. Surgió la huelga de agosto. Fuimos a presidio, y las izquierdas, para liberarnos, decidieron elegirnos diputados a Cortes. Por Madrid fueron candidatos Iglesias y Besteiro, con cuatro republicanos. Los monárquicos formaron el cuadro contra el Comité de huelga, y por primera vez Maura presentó su candidatura por Madrid, figurando en ella Benavente. Triunfó en último lugar, después de Castrovido, Besteiro e Iglesias,

lo que acaso le descorazonó. Juró el cargo de diputado, pero ni tomó la palabra ni votó con los mauristas, quienes salieron de la aventura tan defraudados como el propio Benavente. Aquello fue la ruptura con las izquierdas. ¿Por qué extrañarse de lo que hizo Benavente? Casi todos los hombres de Letras habían hecho otro tanto. Echegaray, después de haber sido ministro con la República lo fue con la Monarquía. Galdós fue diputado monárquico antes de serlo republicano, y al final de su vida volvió al redil. Luis Bello fue diputado gracias a Gasset, en tanto que Manuel Bueno y Leopoldo Palacios obtuvieron actas merced a Dato. Azorín fue subsecretario con La Cierva y diputado a Cortes con Maura, y habría colaborado con la República si aquel régimen hubiera durado. Benavente al final de la dictadura de Primo de Rivera, llevó al teatro *Para el cielo y los altares*. Tan alto apuntaba que la censura prohibió sus representaciones. El 12 de junio de 1930 la Escuela Obrera de la Casa del Pueblo —muy bien relacionada con la Unión General de Trabajadores—, cuyo discurso inaugural corrió a cargo de Besteiro, organizó una fiesta cultural en el cine Pardiñas, en que leyó el propio Benavente un trabajo suyo, quien poco después ponía su firma al lado de la de los hombres de izquierda más representativos, contribuía a fundar la Sociedad de Amigos de la URSS, pedía el reconocimiento de este país y hasta escribía una obra exaltando aquel régimen. Durante la guerra civil estuvo en nuestra zona. Fue nuestro a la fuerza. Eso nos perjudicó. Si hubiera caído del lado de Franco habría sido ídolo de las izquierdas. Tuvo carnet de la CNT. Se adaptó a todo. Un día, siendo yo director general de Aduanas, estuvo en mi despacho oficial, acompañado por el veterano socialista Vicente Lacambra, gran amigo de Benavente. Quería salir de España. Yo hice la gestión en ese sentido con verdadero interés, pero tropecé con Negrín, jefe del Gobierno quien obstinadamente se negó. Y Benavente no nos lo perdonó. De ahí su declaraciones abominables y su adhesión al régimen franquista. Todo eso es verdad, como lo es que en febrero de 1947 estrenó en Zaragoza *La Infanzona*, como antes había escrito *Pepa Doncel*. Críticos de solvencia han reconocido que *La Infanzona* es una de las mejores obras teatrales de Benavente, a pesar de lo cual fue prohibida gubernativamente y multado su autor, con prohibición de hablar en público al final de las representaciones, como solía hacer, alarmados los franquistas por frases suyas en la capital aragonesa. ¡Cómo se lo reprocharon las derechas! ¡Cómo pensaría en todo esto Esteban Bilbao, obligado a pronunciar desde la presidencia del Congreso de los Diputados el panegírico funerario de Benavente! ¿El panegírico? En realidad, se limitó a implorar perdón por sus pecados y a solicitar del arzobispo de Burgos —¿qué hacía ese arzobispo en una Cámara política, y sectaria, encubridora de tantos crímenes?— que rezara un padre nuestro por el alma del réprobo. ¡Qué bien los conocía Benavente! ¡Qué acierto el suyo huyendo a Galapagar sin escolta oficial! Por miedo a las represalias, ni siquiera en Madrid se atrevieron a cerrar los teatros en señal de duelo, como deseaban la mayoría. *ABC* publicó una pobre esquila de recordatorio de la familia Hurtado. La suscripción para erigir un monumento a su memoria fracasó. Felipe Sassone, su único heredero espiritual escribió lo siguiente en 1957:

“Se cumple hoy, 14 de julio, el tercer aniversario de la muerte de Jacinto Benavente, y pudiera pensarse que poco más de mil días —¡un instante!— han bastado para que el peso del olvido apretase de silencio la losa que cubre sus huesos. ¿Se fue tan lejos su alma que ya no alcanzamos a verla?”. Se comprende que Sassone no se atreviera a dar libre curso a su corazón, lacerado por el olvido de la España franquista ante la obra ingente de su amigo del alma. El fariseísmo es consustancial con la España conservadora. Pero algún día España sabrá honrar a sus hombres, a todos sus hombres, sin distinción de matices, desde Menéndez Pelayo a Giner de

los Ríos, desde Ortega y Gasset a Joaquín Costa, a Leopoldo Alas a Julián Besteiro, a Manuel Azaña.

Andrés Ovejero Bustamante

El 31 de enero de 1954 falleció en Madrid, donde había nacido en 1871, Andrés Ovejero, uno de los oradores más famosos de los muchísimos que, a veces para desgracia de España, han pasado por nuestras tribunas. Cuando Lerroux fundó el Partido Radical, separándose de la Unión Republicana, acaudillada por Salmerón, Ovejero ingresó en ese partido, y [1932] fue candidato a diputado provincial por Madrid, fracasando. Como delegado de Escuela Nueva, entidad que sin estar afiliada al Partido Socialista intervenía en los Congresos sin derecho a voto, ahí debutó Ovejero, afiliándose a la Agrupación Socialista que en 1919 le hizo candidato a diputado provincial, triunfando con los republicanos en unión de Barrio y García Quejido. En esas elecciones, en Asturias, salieron elegidos Manuel Vigil y José María Suárez; en Vizcaya, Rufino Castaño; en Valladolid, Pérez Solís y Remigio Cabello, y por Montilla, Juan Moran. García Quejido, cuando abandonó el Partido Socialista para sumarse al comunismo, conservó el acta que correspondía a un partido al cual abandonaba, traicionándole. Siguieron Barrio y Ovejero, quienes daban cuenta de su gestión en las asambleas de la Agrupación Socialista, como hacíamos los concejales. Barrio³⁸ ya había pasado por los escaños concejiles, en tanto que Ovejero no disimulaba el deseo de pasar por la Casa de la Villa, creyendo que la Agrupación Socialista mostraba mayor interés por nuestra gestión edilicia que por la suya. Todo era susceptibilidad en aquella cabellera enmarañada. Tampoco consiguió ser diputado a Cortes durante la monarquía, a pesar de que luchó por varios distritos. Consiguió alcanzar muchos votos en Chiva y Valencia, sin llegar a vencer, escapándosele, como en otras ocasiones, la victoria. Cuando se reunió el Congreso socialista, en que fue abordado el problema de las Veintiuna Condiciones que imponía Moscú, Ovejero las aceptaba y dijo se marchaba del Partido Socialista; pero no llegó a efectuarlo, observando después una conducta discreta y calculada.

El Arte de Imprimir, en abril de 1916, conmemoró el tercer centenario de la muerte de Cervantes con una velada excepcional en el teatro de la Casa del Pueblo de Madrid, en la que se leyeron unas cuartillas magistrales de Vera, pronunciando Ovejero un discurso maravilloso. Yo le oía casi siempre con prevención, pero casi siempre terminaba también por aplaudirle, subyugado por su palabra. ¡qué arte el suyo! Las Comisión organizadoras de estas reuniones pasaban muy malos ratos con Ovejero.

[1933] ¿Cuántos domicilios tenía? El de la calle de Malasaña estaba lleno de libros. Era allí donde acudía, siempre a última hora, a documentarse. Y entretanto, el público aguardaba impaciente la llegada de Ovejero, que aparecía en el escenario como una tromba, abrazando la ovación con que se le recibía como si fuera una golosina. Disfrutaba con los aplausos. Parecía como si los contara, como si fuera coleccionista de ovaciones. Por su gusto, hubiera salido en hombros de los mítines en que intervenía, arrojando al aire su chambergo.

Ovejero ha fallecido siendo académico de Bellas Artes y bibliotecario perpetuo de dicha

³⁸ La palabra “Barrio” queda cortada apareciendo como “Barr”.

corporación. Hubiera deseado ser académico de todas las Academias. En cambio, Besteiro no deseaba pertenecer a ninguna. No aceptó su designación para la de Ciencias Morales y Políticas sino después de haber consultado con el Gobierno provisional y con la Ejecutiva del Partido Socialista. Eran días de euforia y a todos pareció acertada la elevación del ilustre presidente de las Cortes a tan alto sitio. No opinaron de igual manera algunos de los que le estimularon a la aceptación cuando, pasado algún tiempo, llegó la hora de leer su clarividente discurso de ingreso en la Academia. ¡Cuánto hubiese disfrutado Ovejero en su lugar! Por fin, obtuvo la representación parlamentaria, en la candidatura por Madrid, en 1931, esta vez al lado de Besteiro. Pero en tanto que la figura de Besteiro se agigantaba desde la presidencia de la Cámara, Ovejero, a pesar de su facilidad de palabra, fracasaba en las Cortes, no consiguió interesar a nadie. Aquella oratoria suya estaba desacreditada en el Parlamento español. Era imposible resucitar a Castelar. No volvió a ser diputado, y poco a poco se fue oscureciendo, quizá amargado. En resumen, no encajó en las costumbres de la República.

Ovejero ¿era católico? Si no se tratara de un hombre que vino al Socialismo con aureola de anticlerical, la pregunta sería impertinente. Ya hemos aludido a sus antecedentes lerrouxistas. Su éxito más seguro en la tribuna era estigmatizar a la Iglesia. A cuenta de Cervantes, ¡que bellos párrafos le oímos poniendo música a la célebre frase cervantina [1934] "Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho"! Porque Ovejero era musical en su oratoria, brillante y colorista. Y ahora hagamos un paréntesis.

Largo Caballero y yo, en nombre de la Unión General de Trabajadores, pertenecemos a la Comisión Interina de Corporaciones que funcionaba en el Ministerio del Trabajo, bajo la presidencia del general Mayendía. Fueron suplentes nuestros Trifón Gómez y Manuel Cordero. Con la autoridad que nos daba pertenecer a ese organismo oficial, los gobernadores civiles estaban obligados a permitir la celebración de los actos de propaganda que organizábamos con el pretexto de los Comités Paritarios. ¡Cuántas organizaciones obreras quedaron constituidas en España gracias a aquella argucia perfectamente lícita, frente a un régimen que nos cegaba otras fuentes legales de afiliación sindical y política! Una de esas campañas de divulgación de los ideales socialistas la hice yo por entonces en la región vascongada. Vivía en Bilbao, en no mala posición económica, un hombre admirable, fundador de las Juventudes Socialistas en Vizcaya, José San Pedro, quien me invitó a pasar unas horas en Pedernales, donde poseía un hotelito, con espléndida bodega, como correspondía a su profesión de viajante en representación de ciertas marcas selectas de La Rioja. Pasé horas agradables con José San Pedro, quien, como solía hacer con otros camaradas, me llevó a visitar una admirable institución de beneficencia fundada en Pedernales por la Caja de Ahorros de Vizcaya. La visita era doblemente interesante para mí, por lo mismo que el amigo San Pedro conocía mis aficiones municipalistas. Tuve gran placer visitando aquella fundación, instalada en un paraje ideal, con la ría al pie de sus muros y la montaña como escenario.

- "Te gusta, ¿verdad?", me decía San Pedro.

- "De modo extraordinario. Me recuerda lo que vi en Estocolmo, un asilo de ancianos, algo que os he referido en *El Socialista*".

- “Hombre, pues aquí, no hace mucho, traje al amigo Ovejero, durante más de quince minutos hincado de rodillas, estuvo rezando, con gran contento de la Superiora de la Comunidad, que nos acompañaba, y [1935] extraordinaria extrañeza por mi parte, que no sabía cómo interpretar aquella escena. ¿Sabes tú si Ovejero es católico?”, me preguntó San Pedro.

- “Pues no lo sé –le dije– pero no me extrañaría. Alardea mucho de anticlericalismo. Yo, cuando hablo o escribo, no toco nunca ese tema, y tú sabes cómo estoy casado”.

Volví a ser diputado al advenimiento de la República. Estaba muy castigado por luchas desgarradoras que la prudencia aconseja olvidar, y ansiaba descansar fuera de Madrid. Frente a mi casa, en la Ciudad Jardín, vivía otro diputado del Partido Socialista, Manuel Alonso Zapata, fusilado en 1936 en Ávila, donde se hallaba veraneando. Alonso Zapata fue profesor del Grupo Escolar Cervantes, con Ángel Llorca, y era entonces director de uno de los creados por mi actuación en la Junta Municipal de Primera Enseñanza que presidí durante años.

- “¿Quiere usted, amigo Saborit, que nos vayamos a pasar unos días tranquilos a Canarias, sin dar cuenta a nadie, a reponer nuestras fuerzas?”, me dijo Alonso Zapata.

Yo acepté, agradecido. Canarias era ideal para reposar. No teníamos representación alguna. No aspirábamos a tenerla. Hasta es posible que se nos hubiera negado. ¿Quién nos iba a conocer en Canarias? Decididamente aquella iniciativa era digna de ser aprovechada. Y emprendimos viaje a Cádiz, donde embarcamos en el *Villa de Madrid*, espléndido barco de turismo. La primera sorpresa la tuvimos en la capital gaditana. En mismo barco iban Marcelino Domingo y su esposa; Manuel Muñoz, ex director general de Seguridad y diputado a Cortes, brutalmente martirizado por los falangistas, y otros amigos republicanos. El capitán del *Villa de Madrid* colmó a todos de atenciones, viéndonos obligados a alternar en la mesa de honor con Marcelino Domingo y sus acompañantes. Domingo iba a Canarias en viaje de propaganda, invitado por su partido y un buen número de maestros nacionales, agradecidos de su gestión durante el tiempo en que fue ministro de Instrucción Pública.

- “¿Ustedes van también de propaganda a Canarias?”, nos preguntó Domingo

- “De ninguna manera. Vamos a descansar. No hemos avisado a nadie”, le replicamos.

La llegada a Santa Cruz de Tenerife fue apoteósica. Una inmensa multitud aguardaba, impaciente la llegada del barco. Zapata y yo, comprendiendo que aquel recibimiento le estaba reservado a Marcelino Domingo y sus acompañantes, nos abstuvimos de aparecer en público. Dejamos que salieran todos. Una caravana de automóviles se puso en marcha y se llevó a Domingo y a sus acompañantes, pero la inmensa muchedumbre no se movía.

“¡Aquél es!”, exclamó uno. Y surgió la primera ovación, que habría de repetirse, ya sin descanso posible, en cuantas localidades visitamos. En los viajes en tren el incógnito está asegurado. No sucedía lo mismo en las excursiones por mar, ya que la lista de pasajeros aparecía en los periódicos con anticipación. Por otra parte, la presencia de Domingo en las islas había excitado el deseo a los camaradas de aprovechar nuestra estancia para celebrar en el archipiélago canario el mayor número posible de actos de propaganda. En Tenerife vivía entonces un afiliado que había trabajado en la Gráfica Socialista de Madrid, fundada por mí, y fue este buen amigo –

¡Dios le perdone, pues nos molestó sin pretenderlo!— quien organizó aquel recibimiento clamoroso. Hubo mítines en las dos capitales y reuniones en los pueblos. En el teatro Pérez Galdós, de Las Palmas, donde se nos trató con los máximos honores, como en Tenerife, di una conferencia de pago, con presencia en un palco de Marcelino Domingo y sus amigos. La Agrupación Socialista de Las Palmas obtuvo cuantiosos ingresos, que sirvieron para ayudar a la prensa del Partido.

Como era obligado con todo excursionista, los isleños nos llevaron a visitar las estribaciones del Teide, viejo volcán enclavado en pleno paraíso, bordeando el mar. Zapata y yo estábamos anonadados ante aquel espectáculo de belleza insuperable, no sabíamos alejarnos de tan maravilloso mirador. Por miles van los turistas extranjeros a visitar el valle de la Orotava. [1937] En cambio, nos decían dolidos, los españoles apenas si conocen este espectáculo de ensueño. Y un veterano tinerfeño, separándome del grupo, temeroso que los demás se dieran cuenta de su curiosidad, dijo:

- “Por favor, camarada. Saborit, ¿sabe usted, si Ovejero es católico?”

- “Yo no lo sé, le dije”.

- “Es que, en este mismo sitio, al traerle una tarde, como hemos hecho con ustedes, Ovejero cayó bruscamente de rodillas y se puso a orar en voz alta”.

Yo evité seguir el diálogo con aquel camarada, dejándole con su hambre. Esa era la propaganda que hacia Andrés Ovejero, en realidad, sin que nos diéramos cuenta.

Vi por última vez a Ovejero en Valencia. Más sordo que nunca, aviejado, no parecía el mismo. ¿Cómo resistiría aquellos años terribles, llevando auestas una tragedia íntima, casi sin amigos ni familiares? Discípulo de las Escuelas de San José de Calasanz, de la Asociación de Ex Alumnos de dicha corporación, pronunció algún año, durante la época franquista, el discurso oficial. Profesor de la Escuela de Capacitación Social del Ministerio del Trabajo, sus alumnos le hicieron objeto de un homenaje al jubilarse. Hasta el final entusiasmaba: “Y aquí está, dijo uno de sus panegiristas, recio y fuerte todavía, como el Conde Abril galdosiano, inmutable y sereno, en la misma brecha de siempre, rotundo, magnífico, para asombro del tiempo”. Asombroso, en efecto, que Ovejero terminara sus días honrado por los alumnos de una institución franquista. Digamos que en los elogios no había agravios contra las viejas doctrinas que defendió durante tantos años. ¡Quién sabe, quién sabe!...

Aun tuvo arrestos, a los ochenta años cumplidos, para acudir a un concurso abierto por el Instituto de Estudios Africanos acerca del tema "Isabel I de Castilla, y la política africanista de España ", consiguiendo el premio. El régimen falangista le hizo asimismo miembro del Patronato Nacional del Museo del Prado. Nadie como él conocía los museos españoles ¡Cuántos trabajadores recorrieron las salas de esos museos escuchando embelesados los párrafos líricamente armoniosos de su oratoria! ¡Cuántas excursiones con alumnos y trabajadores madrileños hizo a El Escorial Segovia, Ávila, Alcalá de Henares, Toledo, sobre todo a Toledo! Era su pasión. ¡Qué pocos habrán acudido a su entierro! La prensa, madrileña dio la noticia de su fallecimiento con sobriedad, sin ocultar la referencia a sus actividades socialistas. Tampoco él las

olvidaría. No es fácil olvidar una actuación tan intensa y emocional. Nunca fui entusiasta de Ovejero, y sin embargo ¿no es de justicia consignar un recuerdo a la otra de divulgación de arte y cultura que realizó entre los trabajadores?

En la muerte de Albert Einstein y breves noticias de 1955, 1956 y 1957

La muerte del sabio Alberto Einstein, en 1955, a los setenta y seis años, en Princeton (Estados Unidos) produjo impresión en el mundo entero. Nació el 14 de marzo de 1879, en Ulm (Alemania), pero renunció a su nacionalidad al abandonar su país, huyendo de la persecución del hitlerismo, que exterminó a millones de judíos. Einstein tenía el convencimiento de que sólo dentro del socialismo se podrían resolver los grandes problemas de la humanidad, que tanto le interesaban y preocupaban a la vez que los grandes enigmas del mundo físico. Y recordamos con emoción que, expatriado también, tomó partido por la causa del pueblo español, víctima como él de la brutalidad totalitaria. Así, espontánea, expresiva y generosamente lo manifestó a Emilio Vandervelde en una carta nunca olvidada por los expatriados españoles, reproducida seguidamente:

“Muy estimado Vandervelde: Me siento tan identificado con la actitud de usted –muy digna de su carácter– en la cuestión española, que se me hace absolutamente necesario decírselo. Desde hace bastante tiempo considero como una vergüenza la actitud de las democracias europeas con respecto al pueblo español. Tras de esa actitud se oculta no sólo un comprensible aunque funesto temor a la guerra, sino también unos despreciables intereses financieros. La general decadencia que vemos sería absolutamente inconcebible sin la defección de la intelectualidad europea. Esperemos que la tan noble y firme actitud de usted determine otras del mismo género. Con todos mis respetos y mi más cordial simpatía, suyo, A. Einstein”.

A continuación reproducimos un pensamiento de Einstein:

“Estoy convencido de que el único medio de suprimir la opresión es el establecimiento de una sociedad socialista donde el sistema de educación estaría guiado por las leyes de la inteligencia. Yo creo en el dios de Spinoza, el cual se ha revelado en la armonía ordenada de la creación... Solo una vida vivida para los demás vale la pena de ser vivida. Defiendo la causa de un Gobierno mundial porque estoy convencido de que no hay otro medio de eliminar el mayor peligro ante el cual jamás se haya encontrado el hombre. El objetivo de evitar la destrucción total debe tener la prioridad sobre cualquier otro. La guerra está ganada, pero no la paz.

Se ha prometido al mundo liberarlo del temor, pero lo cierto es que el temor ha aumentado considerablemente desde el final de la guerra. Se ha prometido al mundo liberarlo de la miseria, pero grandes regiones sufren hambre mientras otras viven en la opulencia... La conducta moral no sólo consiste en exigir que se renuncie a ciertos placeres de la vida, sino en demostrar benévolo interés por un futuro más feliz para todos los hombres. Alberto Einstein”.

En 1955 fallecieron, entré otros significados socialistas, dos fundadores: en Argentina, Enrique Dickmann, y en Francia, Bracke, fundador con Guesde y gran amigo de Iglesias. En Tánger se extinguió Julio Amusco, fundador de la organización socialista de La Línea; en Torrevieja, Juan Samper, ex alcalde de esta ciudad alicantina, que estuvo encarcelado durante

años por el franquismo; en París, Antonio Pérez, miembro de las Comisiones ejecutivas de la UGT y del PSOE en el interior, colaborador de Trifón Gómez; sufrió largos años de prisión en Alcalá de Henares. En México, Luis Prieto, hermano de Indalecio, y Manuel Albar, sobre cuya tumba figura la frase siguiente: “El nombre de España nos [1940] impone a todos un parentesco físico y moral que está por encima de antagonismos y discrepancias. Mi españolismo, tan viejo como yo, está firme, tan firme como mi fe en el Partido”. En Zurich se extinguió Thomas Mann, premio Nobel de Literatura; no quiso someterse al nazismo y se expatrió de Alemania.

En 1956 fallecieron, entre otros destacados socialistas: en Tarbes (sur de Francia), José Fernández Flórez, alcalde de San Martín del Rey Aurelio (Asturias); en París, en noviembre, Juan Negrín, último jefe del Gobierno de la República; en Hyères (sur de Francia), Francisco Molina, concejal por Chamartín de la Rosa (Madrid), en cuyo sepelio pronunciaron una breve oración fúnebre en su memoria Luis Zugadi y M. Ruiz. En Madrid fallecieron el escritor Ricardo Baeza y la publicista Blanca de los Ríos, entre otros. En La Coruña, el diputado Ramón Beade. En Nueva York, raptado por agentes al servicio del dictador dominicano Trujillo, Jesús de Galíndez, autor de artículos denunciando el odioso régimen impuesto a esa nación. En La Habana, el diputado republicano Gustavo Pittaluga.

En 1957, Francia e Inglaterra, secundadas por Israel, lanzan una operación militar para evitar la nacionalización del canal de Suez por Egipto, pero Estados Unidos y Rusia las obligan a suspender las hostilidades. El movimiento separatista de Marruecos consigue la independencia de ese país; Túnez la ha obtenido el año anterior. En Argelia los focos de rebelión inician una guerra de varios años en pro de su independencia. Rusia y Estados Unidos se arman con cohetes de alcance intercontinental, aunque con apariencia pacífica. Regresan a España los supervivientes de la División Azul hechos prisioneros por los rusos. En el XX congreso del Partido Comunista de la URSS, Kruschof pronuncia un discurso sensacional descubriendo los crímenes de Stalin, de lo que no fue informado el pueblo ruso y que tardó en circular por el mundo.

A pesar de ello llegó a traslucirse y en las naciones vecinas surgieron movimientos de rebeldía. En Viena se reúne con urgencia el Comité de la Internacional Socialista, alarmado por cuanto ocurre en varios [1941] países europeos y en el Medio Oriente. Los jefes de gobierno de Francia e Inglaterra, Guy y Mollet respectivamente, dimiten. Franco se aferra al Poder y hace concesiones –más aparentes que reales– a las potencias aliadas. Se firma en Roma el Tratado de la Comunidad Europea. En Bélgica se produce un incendio en la mina de carbón de Marcinelle, causando 300 muertos. En América hispana se afianza un movimiento en favor de los pueblos oprimidos por Rusia y se publica un manifiesto firmado, entre otros, por tres premios Nobel –Gabriela Mistral, Bernardo A. Houssay y Juan Ramón Jiménez–, más Pablo Casals. En Francia, en 1959 el general De Gaulle abandona la presidencia de la República.

Entre otros significados socialistas fallecidos en 1957 merecen ser recordados Lucio Martínez Gil, diputado por Madrid, miembro de las Comisiones ejecutivas de la UGT y del Partido Socialista, con alto rango en la masonería, en cuyos obsequios pronunciaron discursos diversas personalidades; Enrique de Francisco, diputado, miembro del Comité Nacional del Partido Socialista, del que se apartó en los últimos años. En España fallecieron José Ruiz del Toro, diputado por Murcia; José López y López, que desempeñó diversos cargos en las organizaciones obreras de Madrid; fue escisionista en 1921, pero volvió a ellas al final de sus días.

En Zurich, E. Nobs, presidente de la Confederación suiza. En Bélgica, J. Bondas, secretario de la federación sindical belga.

También se extinguieron en 1957: en Buenos Aires, Manuel Fontdevilla, director de *El Heraldo de Madrid* cuando yo era corrector de pruebas de ese diario, al surgir la guerra civil. En España, el cardenal Segura, que creó conflictos a la República y a Franco; el actor teatral, gloria de la escena española, Enrique Borrás. En Estados Unidos, Gabriela Mistral, poetisa chilena, premio Nobel de Literatura en 1945; Arturo Toscanini, compositor musical y director de orquesta italiano, que se expatrió para no someterse al fascismo. En México el gran pintor Diego Rivera.

Lucio Martínez Gil

Trazar algunos rasgos de la eficaz y cristalina vida de Lucio Martínez Gil es para mí un deber no exento de dolor. Vi llegar a Lucio al Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores en marzo de 1905, cuando él estaba en los veintidós años y yo alrededor de los dieciséis. Desde entonces nuestras vidas se enlazaron para no romperse nunca. Nació Lucio en Alustante (Guadalajara), marzo de 1883, y en los primeros años trabajó en las faenas del campo. El matrimonio tuvo muchos hijos y bastantes dificultades económicas, por lo cual decidieron trasladarse a Madrid, donde Lucio aprendió el oficio de zapatero, consiguiendo ser un excelente oficial, de los que no se dedicaban a remendar calzado, sino a coserlo a mano, que entonces era estimadísimo y se retribuía con mayor largueza. Instalado en la Ribera de Curtidores, donde tiene su estatua Cascorro, frente al cafetín del Manco, refugio de la miseria proletaria y albergue de la juventud maleante, allí falleció el padre de Lucio, entierro al que acudí, y fue allí donde comenzó a aprender a ser responsable de una familia [1943] numerosa, cuyos ingresos no bastaban para satisfacer las mínimas necesidades de la buena y dulce señora Juana —el mismo nombre de la madre de Pablo Iglesias—, viuda con cinco hijos. Si la infancia de Lucio había sido humilde, su juventud no tuvo nada de holgada, ni pudo cultivar sus aficiones teatrales, como exigían sus inclinaciones, ni siquiera consolidar una instrucción que su oficio y los escasos recursos que éste le proporcionaba apenas si se lo permitían.

Apenas entró en el Centro de Sociedades Obreras, Lucio demostró su temperamento de orador y desde sus primeras intervenciones en las asambleas adoptaba el tono declamatorio, lo que le valió simultáneamente ser envidiado y discutido. ¿Fue anarquista Lucio Martínez? Eso decían algunos que carecían de sus cualidades para ponerle en tela de juicio, ya que por aquellos años las luchas entre anarquistas y socialistas eran muy vivas. Es cierto que Lucio había frecuentado con otros camaradas de su oficio algunos centros anarquistas; eso no lo negó, y tanto debió influir en él esta suspicacia de algunos que en afán de exagerada pureza más que atraer repelían, que el primer artículo escrito por Lucio para *Acción Socialista*, revista semanal ilustrada que yo comencé a publicar en Madrid el 21 de marzo de 1914, está inspirado en el designio de combatir la táctica anarquista. ¿Qué de extraño que Lucio, antes de ingresar en el Centro de Relatores, hubiese leído textos más o menos apolíticos? ¡Era tan sugestiva aquella literatura y estaba escrita con tanto halago para el pueblo! Yo he conservado centenares de crónicas de Joaquín Dicenta, de Antonio Zozaya y de otros escritores de izquierda, con los cuales la juventud española de aquellos años se sentía compenetrada. Y tan no olvidé aquel recuerdo de juventud, que siendo teniente de alcalde del distrito de La Latina puse el nombre de Joaquín Dicenta a un

grupo escolar y a unos jardinillos del distrito, en el corazón de un barrio proletario donde pudo haber vivido Juan José, el protagonista del inmortal drama de Dicenta, y el de Antonio Zozaya a una calle del distrito de La Latina.

Lucio tenía alma de poeta, a pesar de lo cual no conozco ningún verso suyo. Cuentos y otros trabajos literarios, sí, y en ellos está, más que en parte alguna, la sal de su espíritu. De memoria recitaba tiradas de sus autores preferidos, llegando a tal extremo que como aficionado trabajaba con asiduidad en el teatro, representando los principales personajes de las obras que llevaban a la escena los grupos artísticos en que colaboró, dentro y fuera de las organizaciones obreras. El Centro Obrero de Relatores estuvo presidido por un carpintero, Mariano Galán, que cantaba jotas aragonesas admirablemente, en tanto que otro de la misma profesión, José Maeso, recitaba monólogos con gran donaire, proporcionando todo ello un sabor familiar a las reuniones que allí se celebraban. Aquel ambiente era ideal para Lucio Martínez. Mariano Galán, pasados los años, montó un taller de carpintería en el distrito de Chamberí, pero nunca abandonó su organización de origen ni fue baja en el Partido Socialista. Durante la República tuvo una intervención por nadie revelada, ni divulgada aún hoy, de enorme trascendencia, que todavía no es momento de descubrir. José Maeso, el único hombre de la organización obrera que tuvo amistad con mi padre, maestro pintor cuando vivíamos en la calle de Ministriles, tenía extraordinarias cualidades para el teatro. Fue director del Cuadro Artístico Socialista, buen orador, socialista de intachable conducta, secretario de la Federación Nacional de obreros de la madera y en 1917 formaba parte del Comité Nacional de la Unión General de trabajadores que dirigió la huelga de agosto de aquel año. Maeso siempre estuvo muy identificado con Pablo Iglesias.

[1945] El Centro de Sociedades Obreras de Relatores exigía que alguien se pusiera a su frente como conserje, que tuviera allí su domicilio y vigilara asiduamente, ya que el Centro funcionaba día y noche. Esa misión le fue confiada a Santiago Pérez Infante, obrero embaldosador. Cuando más adelante se abrió la Casa del Pueblo, pasó a ocupar un puesto en una empresa particular como dependiente de comercio, y en calidad de tal intervino con Luis López Santamarina y Fermín Blázquez, en la Federación Nacional de Dependientes de Comercio, llevándola a la Unión General. Fue organizador de la Cooperativa de Casas Baratas Pablo Iglesias, en la Ciudad Jardín, de Madrid, donde al estallar la guerra vivíamos, entre muchos otros, Lucio Martínez, Santiago Pérez, Núñez Tomás, Manuel Cordero, Rafael Henche, Álvarez Herrero, Ventura Núñez y yo. Santiago Pérez y Enrique Jardiel, en 1903, publicaron un folleto explicando los beneficios de la ley de Accidentes del Trabajo. El folletito hizo su labor, pues si era cierto que los patronos se resistían a cumplir los preceptos legislativos que favorecían a los trabajadores, no lo era menos que éstos se desinteresaban casi por completo de esos beneficios... hasta que surgía el trágico accidente del trabajo, en que las lamentaciones eran poco menos que estériles. ¿Quién fue el colaborador de Santiago Pérez? Enrique Jardiel era un periodista de cualidades modestas, que llegó a ocupar cargos en la organización obrera, incluso en el Comité Nacional del Partido Socialista, y tesorero de la Mutualidad Obrera, desde su fundación, cuando era presidente de la misma Andrés Bolonio. La tesorería de Jardiel no fue un dechado de perfección, y al hacerle una revisión de cuentas, la Comisión investigadora encontró que faltaba dinero en la caja. Justo es decir que Jardiel era solvente, y que la anormalidad se debía a la promiscuidad que hacía entre el

dinero propio y el ajeno. Jardiel era propietario de una farmacia, en Madrid y poseía fincas en un pueblo de la provincia de Zaragoza, de donde era natural, que [1946] cedió a la Mutualidad Obrera para responder del descubierto de fondos, abandonando la organización una vez juzgado.

Transcurrieron algunos años y en *La Correspondencia de España*, dirigida por Leopoldo Romeo, donde entré para corregir pruebas en la edición de la mañana, me volví a encontrar con Enrique Jardiel, que era al mismo tiempo oficinista en el ministerio de Obras Públicas, de tan modesta categoría como en el periodismo. Enrique Jardiel era padre del escritor festivo del mismo nombre y apellido. Vino la República, ocupó la cartera de Obras Públicas Indalecio Prieto, y limpió el ministerio de parásitos, que cobraban y no iban a la oficina, y que habían entrado sin derechos, epidemia que atacaba a casi todos los periodistas del tipo de Jardiel, quien fue declarado cesante. Entre las infinitas declaraciones que para la prensa hizo Jardiel, hijo, se le ocurrió una vez decir que su padre había sido víctima de represalias por parte del ministro socialista Indalecio Prieto. El periodista le preguntó inocentemente:

- “¿Qué era su padre en el ministerio de Obras Públicas?”

- “Ingeniero”, replicó rápido Jardiel Poncela.

El autor de *Amor se escribe sin hache* hizo un chiste a costa del autor de sus días, contribuyendo, de paso, a la campaña contra los socialistas.

Sigamos tratando de la vida íntima de Lucio Martínez. Muerto su padre, la familia se trasladó a un piso bajo de una casa de la calle de Mesón de Paredes, muy cerca de las Rondas, por donde Pedro de Répide situó *El Solar de la Bolera*, uno de sus famosos cuentos, que conservo, de la colección de *El Cuento semanal*. Lucio conoció al *Corbata* y a otros tipos que Répide dio a luz, arrancados de la realidad y de las amistades que frecuentaba tan castizo escritor. ¡Qué patio de vecindad y qué casa la de Lucio! A las seis de la mañana [1947] montaba la mesilla hasta terminar el par de botas diario, cosa más fácil de decir que de hacer. Una ventaja tenía: la de vivir casi al aire libre, en planta baja, si bien la higiene entre aquella chiquillería infernal dejaba mucho que desear. A media tarde, apenas terminada su labor, colocaba el par de botas en un pañuelo de color y echaba cuesta arriba hasta la plaza del Progreso, encaminándose a la tienda de su maestro para entregar la mercancía y percibir el producto de su trabajo, juntamente con el material indispensable para la confección del par de botas del siguiente día. En los tiempos en que yo comencé a relacionarme con Lucio jamás le vi en la taberna, ni le conocí esa clase de amistades, a pesar de la influencia que las tascas tenían entre los trabajadores de su oficio y del mío. Ni era aficionado a los toros.

Lucio era voluntario para tomar parte en toda clase de actos de propaganda. En Bargas (Toledo) había una organización que agrupaba a obreros del campo, sostenida principalmente por un zapatero, un socialista que llegó a ser el alcalde del pueblo, al cabo de años y de sacrificios. De acuerdo con la Juventud Socialista de Madrid, los amigos de Bargas organizaron un mitin, el primero que se convocaba en dicho pueblo, dominado por el caciquismo. En la estación nos esperaban cuatro amigos, representantes de la Sociedad obrera. Después de la comida, efectuada al aire libre en los alrededores del pueblo, hubo un mitin en la plaza pública, acudiendo bastante gente, y desfilaron por la tribuna varios jóvenes socialistas madrileños, hasta dar lugar a que Lucio Martínez pronunciara su discurso, en realidad el único que dominaba el tema. Apenas había

empezado a interesar a la gente con su disertación, saltó en medio de la plaza un becerro con unos cuernos que se nos figuraban ser los de un Mihura. El pánico fue general, y el acto tuvo que ser suspendido.

[1948] No hará falta decir que volvimos a Bargas, donde Lucio habló sin que surgiera el menor incidente, y que los socialistas de aquel pueblo toledano mantuvieron la organización obrera con tal brío que en pleno régimen monárquico hubo casi mayoría obrera. Porque los socialistas habían sabido cultivar aquella provincia, en las Cortes Constituyentes de la República triunfaron por Toledo varios de los nuestros, entre ellos Fermín Blázquez, uno de los oradores del mitin suspendido por la aparición de un becerro requisado por los caciques para perturbar aquel acto de propaganda.

Las hermanas de Lucio crecieron. Algunas se casaron, otras trabajaban y la familia cambió de domicilio abriendo una modesta tienda en la calle de Manzanares, donde Lucio puso taller con un ayudante y un aprendiz. ¡Empezaban a levantar cabeza! Y entonces fue cuando, presidente de la Juventud Socialista, Lucio entró en la cárcel a cumplir seis meses y un día, condenado por un Consejo de Guerra con arreglo a la odiosa Ley de Jurisdicciones, episodio ya ampliamente descrito en un capítulo anterior.

En marcha el Instituto de Reformas Sociales, obtuvieron plena actividad las Juntas locales de Reformas Sociales. En las elecciones verificadas en Madrid, las Sociedades de la Unión General lograron la victoria frente a los amarillos, y entre los candidatos triunfantes figuró Lucio Martínez, para quien fue escuela inapreciable este organismo, en el que se mantuvo hasta pasar al Instituto de Reformas Sociales, podríamos decir por derecho propio. Con Lucio intervinieron en aquel organismo en los primeros años Eusebio García, de la Sociedad de constructores de carruajes y conserje de la Casa del Pueblo; Toribio Mena, de la Sociedad de obreros en gas y electricidad, muy activo en todos los cargos que desempeñó; Pascual Pastor, uno de los fundadores de la Sociedad de cocheros, conserje de la Casa del Pueblo igualmente.

[1949] Secretario de la Junta local de Reformas Sociales fue Toribio Pascual, designado por el Arte de Imprimir, concejal que había sido en Bilbao en los primeros años. Esta secretaría era honorífica, pues el Presupuesto de la Junta carecía, de consignación para retribuciones a favor de sus vocales, quienes percibían una modesta dieta tan sólo los días de sesión o cuando efectuaban alguna inspección.

Al proclamarse la República Lucio Martínez fue elegido diputado por Madrid, siendo reelegido en las elecciones convocadas después de 1931. Ocupó cargos en las Comisiones ejecutivas de la UGT y del Partido Socialista. En 1939 pudo emigrar con su familia a la capital de México, donde falleció en 1957.

Luis Araquistain

Luis Araquistain nació en Bárcena de Pie de Concha (Santander) el 18 de junio de 1886. A partir de los ocho años se crió con su abuela en una aldea vasca, cerca de Elgoibar, donde sólo se hablaba vasco, lo que dio origen a que olvidara el castellano. En Bilbao estudió para marino mercante, navegó, llegó a Buenos Aires y allí comenzó su vida, olvidando la profesión de origen.

Hizo de todo —él lo ha relatado más [1950] de una vez—, fue anarquista, escribió versos y colaboró en revistas, y harto de pasar fatigas se fue a Londres, comenzando a escribir donde hallaba hueco para abrirse camino. En 1903 publicó artículos en *El Mundo*, recién fundado diario madrileño de la noche que aceptaba colaboración espontánea; ahí se dio a conocer, distinguiéndose como prosista sagaz. Me gustaron algunos artículos suyos divulgando aspectos del Laborismo, que entonces iniciaba un gran impulso; fui a la redacción de *El Mundo* a solicitar su dirección en Londres, y le escribí pidiéndole un artículo para *Renovación*, órgano de las Juventudes Socialistas que yo dirigía, remitiéndome un trabajo maravilloso titulado "En busca de un William Morris" —un millonario que subvencionaba al incipiente laborismo inglés— que publiqué con todos los honores, y desde entonces se forjaron unas relaciones que continuaron cuando se instaló en Madrid, sólo rotas con la muerte de tan ágil cronista. Fui, pues, el primer socialista español que trabó amistad con Araquistain. Vino a la Casa del Pueblo y pronto ingresó en la Agrupación Socialista Madrileña. Surgió la huelga general de 1917, estuvo preso unos días —única prisión sufrida por Araquistain— y en las elecciones a concejales de 1919 le incluimos como candidato a concejal por el distrito de la Inclusa, con Ramón Lamonedá y Lucio Martínez, obteniendo magnífica votación nuestra candidatura y triunfando Araquistain, sin estar presente a la hora de la elección y sin que hiciera propaganda electoral, hecha por nosotros en su ausencia. Tomó posesión del cargo, actuando con intermitencias, siempre coincidiendo conmigo en las deliberaciones de la minoría socialista municipal, dentro de la cual desconfiábamos de García Cortés y de López Baeza, no por su ideología, que aún no había comunismo en España, sino por su inmoralidad, que nos era imposible probar, pero de la que teníamos seguridad él y yo. Y eso nos unió aún más. La Unión General de Trabajadores tuvo que nombrar en 1919 quienes participaran en la reunión para crear en Washington la Organización Internacional del Trabajo, terminada la guerra de 1914-1918, y propuse a De los Ríos y a Luis Araquistain para que fuesen con Largo Caballero en representación nuestra. De regreso publicó *El peligro yanqui*, libro que no tuvo entrada legal en Estados Unidos, como le ocurrió con *La agonía antillana* en Cuba, donde también estuvo. En viaje posterior fue a Puerto Rico y México, publicando *La revolución mejicana*. Araquistain nunca tuvo tranquila su pluma. Fundó la Liga Anticlerical, en la que, entre otros, figuró Pérez de Ayala; defendió con Fabra Ribas la Liga de los Derechos del Hombre; tuvo polémica con Indalecio Prieto —dos temperamentos gemelos—, y en un artículo desafiador aseguró podrían contarse con los dedos de la mano los periódicos españoles que no estaban vendidos a los beligerantes, especialmente a los alemanes. Luca de Tena, en *ABC*, montó en cólera, le desafió y le mandó los padrinos —uno de ellos Sánchez Guerra, un espadachín peligroso—, pero Araquistain replicó aceptando el duelo con la condición de que concluyera con la muerte de uno de los contendientes. No tuvo respuesta. En aquella ocasión le dimos una cena en la Casa del Pueblo, donde hubo trabajadores gráficos en abundancia, siempre en pleitos con *ABC*. Yo procuré interesarle en los problemas del Partido Socialista, y en cuanto tuve ocasión le propuse para formar parte de la Comisión Ejecutiva. No acudió ni a tomar posesión, pero tampoco renunció, y se lo tolerábamos para conservar su pluma, siempre ágil e interesante.

Al surgir, en 1921, la escisión comunista, Araquistain no se fue con ese grupo, pero pidió la baja con nosotros sin interrumpir su colaboración firmada en *El Socialista*, que yo dirigía. Esto es, era socialista independiente, hasta que, al presentarme a Negrín, me atreví a decirle: "Bueno, usted hace propaganda socialista, querido Araquistain; pero ¿cuándo vuelve usted al Partido?". Y

me replicó, [1952] delante de Negrín: “Ahora mismo, con Negrín lo haremos los dos”. Lo hicieron, y Negrín años más tarde, antes de aceptar la cartera de Hacienda que le ofreció Prieto, estuvo en mi casa a preguntarme qué creía yo que debería hacer, contestándole que aceptara; origen, tal vez, de que poco después me buscara para ofrecerme la Dirección General de Aduanas. Referencias absolutamente exactas, cuyas fechas he conservado en mi fichero, que empecé a llevar al día desde mi juventud. Es más, un día en que casualmente Araquistain conoció en Ginebra la existencia de ese fichero, me sugirió utilizarlo juntos, proponiéndome un viaje a Estados Unidos con el fin de editar un libro con mis memorias, a lo que me opuse. Nuestra amistad nunca se rompió, a pesar de lo distantes que habíamos estado cuando él y Álvarez del Vayo llevaron a Largo Caballero a la catástrofe de octubre de 1934, y luego al Gobierno, en 1936, rompiendo él después sus relaciones con Largo Caballero y con Álvarez del Vayo, cuñado suyo.

Figuró en la revista *España*, cuya dirección cayó en sus manos cuando la dejaron malherida Ortega y Gasset y Azaña, etapa en la cual todos ellos coquetearon con Melquíades Álvarez, creyéndose próximos al Poder. Con Álvarez del Vayo y Juan Negrín fundó una editorial, alcanzando éxito en algunos títulos, los suficientes para salvarse económicamente. Quiso ser dramático, sin conseguirlo. Su inquietud intelectual le llevó a cultivar la tribuna a base de conferencias escritas, prólogos de libros y traducciones.

En la etapa monárquica fue candidato a diputado a Cortes, primero por Vergara; después, en Yecla, intentó triunfar, fracasando por el caciquismo de La Cierva. En las primeras Cortes de la República fue diputado por Bilbao y Valladolid. y con Largo Caballero subsecretario del ministerio de Trabajo, que abandonó por no encontrar interesante el puesto, según dijo. Fue embajador de la República en Alemania, siendo Hitler jefe de Gobierno. Lanzó *Leviatán*, revista [1953] comunistoide; leyó una conferencia a los jóvenes socialistas en la Casa del Pueblo francamente estaliniana, que nos produjo pena oír, y tuvo polémica periodística —una más—, esta vez con Julián Besteiro, etapa de triste recordación, que él procuró borrar de raíz en su última actuación de escritor y conferenciante, en Londres, Toulouse y Ginebra, rompiendo definitivamente con el caballerismo. Tuvo la desgracia de perder a su esposa y a una hija suya en Londres, donde residió muchos años. Hablaba idiomas a la perfección; su biblioteca contenía miles de títulos, y su cabeza era un prodigio para escribir con la misma gracia y agilidad en pro que en contra de un mismo tema, por espinoso que fuese. En este aspecto fue un caso asombroso de capacidad y erudición. En sus últimos años trituró al régimen comunista propagando el informe de Kruschef contra Stalin. Araquistain reconoció con toda franqueza “que la división del Partido Socialista había traído el régimen de Franco”. En una conferencia dada en la postguerra, en Toulouse, elogió a Besteiro, defendiendo la existencia de las dos Cámaras, rectificándose, como hicieron De los Ríos y Prieto. En *España*, libro muy divulgado de Salvador de Madariaga, éste alude a Luis Araquistain y Álvarez del Vayo, llamándoles “capellanes de Largo Caballero”. No hay duda de que lo fueron; pero Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos exteriores con Largo Caballero, se puso al servicio de los rusos y contra el jefe del Gobierno, según refirió Azaña en sus *Memorias*. Madariaga relata también la violenta escena entre Zugazagoitia y Araquistain en los preliminares de la elección de Azaña para presidente de la República, en el Palacio de Cristal del parque del Retiro madrileño. Era Araquistain embajador de la República en París, en 1937, cuando Juan López, ministro anarquista de Comercio en el Gobierno de Largo

Caballero, visitó oficialmente la capital francesa. El ministro de Comercio de Francia, un intelectual [1954] de orientación radical, le ofreció un banquete en el ministerio. A la derecha del ministro francés se sentó Araquistain, y frente a él, Juan López. “¿No habla usted francés, señor ministro?”, le preguntó su colega. “No. Me puse a estudiarlo en Ocaña, pero no pude terminar”. El ministro preguntó entonces a Luis Araquistain: “¿Dónde está Ocaña?”. Respuesta del embajador: “Se trata de una playa muy conocida en el Mediterráneo...” (Ocaña era un viejo presidio, uno de los peores que tuvo España.) Y así salvó Araquistain al ministro cenetista.

Araquistain fue cronista más que autor de libros, aunque dejó escritos una veintena, a veces recopilando sus propios trabajos de prensa. Fue hombre apasionado, pero su corazón no era rencoroso y olvidaba fácilmente los agravios o los incidentes a veces violentos surgidos en las polémicas periodísticas o políticas. Con Besteiro, al final de su vida, muerto ya el ilustre profesor, se reconcilió ampliamente en conferencias y en trabajos de revistas, elogiándole de modo conmovedor. Hizo un viaje a Israel, y pensaba escribir un libro dedicado a ese pueblo. Era entendido en pintura y coleccionaba libros antiguos de gran valor. El jueves 6 de agosto de 1959, al comienzo de la tarde le llamé por teléfono a la clínica donde había sido operado y en la que llevaba bastante tiempo. En mis frecuente visitas habíamos pasado ratos muy agradables cambiando impresiones. Me dijo que estaba libre de visitas y que me esperaba. Le encontré muy optimista, diciéndome le quedaban dos días de reposo para que terminara de cicatrizar la herida, y que saldría en seguida. Aquel día estaba encantado, pues todo lo que le daban de comer le agradaba, contra lo que me había dicho la última vez que le había visitado.

[1955] No tenía fiebre. Sin embargo, yo le encontré peor que la vez anterior. Me habló mal de los comunistas rusos, incluso de Kruschef. Después de larga plática, casi siempre a su cargo, llegaron dos enfermeras para ponerle una inyección. Me salí de la habitación. Cuando volví me dijo que le habían hecho daño. Me extrañó, porque, como de costumbre, había bromeado con las enfermeras. “Tengo sofoco”, me dijo. Se le hinchaba el pecho y me alarmé. Llamé a las enfermeras. La de más edad dispuso llamaran al médico, trajeron una inyección de coramina, que le pusieron inmediatamente. Pregunté: “¿Está muy mal, verdad?” – “Sí, muy mal, hay que avisar a su hijo, voy a hacerlo ahora mismo”. Yo le cogí la mano, que estaba fría, le hablé y no me contestó. Vi cómo movía los ojos con estrabismo y creía sería un colapso. Pero era la muerte. ¡Y yo estaba solo con él! Cuando llegó su hijo confirmó que no había nada que hacer. Era absurdo que aquel hombre, de tanta humanidad, a punto de ser dado de alta después de larga estancia y de haber sufrido varias operaciones allí mismo, durante varias semanas de internamiento, perdiera la vida. Puse dos telegramas, uno a Gorkín, a París, y otro a las organizaciones nuestras de Toulouse, de acuerdo con Ramón, su único hijo. El 8 de agosto, por la tarde, en el crematorio de Ginebra, fue incinerado Luis Araquistain, estando presentes unos cuantos amigos, porque no hubo anuncios ni participaciones. Ramón me dijo: “Hago lo que él me tenía dicho, lo mismo que hizo con mi madre y con mi hermana”. Llegó de París Gorkín, y cuando el cadáver entró en el crematorio, pronunció unas palabras de elogio y recuerdo de Luis Araquistain, haciéndolo por indicación de su hijo, ya que al fallecer era director de *Cuadernos*, revista que administraba Gorkín, sin duda con recursos americanos. Ramón me pidió escribiera algo para *El Socialista*, que fue publicado seguidamente. Yo recibí telegramas de la Unión General y del Partido Socialista para representarlos en el acto fúnebre ya reseñado. Fui el primero que había entrado en relaciones con

Araquistain cuando no era socialista y residía en Londres, a principios de siglo, y fui el único correligionario que estaba a su lado cuando expiró en la clínica La Colline, de Ginebra, el 6 de agosto de 1956.

El coronel Vicente Rojo, autor de un libro donde expone lo sucedido en los últimos días de la República, refiere sus relaciones con Negrín, jefe del Gobierno, quien le replica en estos términos: “Mi coronel, observo que cada día que pasa es usted más exigente conmigo y creo que esto obedece a que usted no tiene confianza en mí, por creerse que soy comunista, y voy a terminar de una vez por todas con este error, dictándole y asegurándole que yo no soy comunista; es más, tampoco soy socialista aunque estoy afiliado a este último partido, y le voy a explicar por qué me afilié. Frecuentaba una peña en el café *Negresco*, a la que habitualmente asistía el escritor y periodista Luis Araquistain, entonces gran amigo mío. Este hombre se empeñó en que yo me afiliara al Partido Socialista, del que era miembro destacado. Todas las tardes, y cada día con mayor insistencia, volvía sobre el mismo tema. Harto de su machacona insistencia, y para que me dejara en paz, acordamos que yo me afiliara al Partido, con la condición de que yo no me ocupara del asunto, corriendo a su cargo la gestión, y así se hizo. Ya ve usted, mi coronel, que no soy ni comunista ni socialista, y usted, que me parece que sabe ver, habrá notado que realmente soy un burgués cien por cien”.

Esta referencia que Vicente Rojo hace en su relato es exacta. Luis Araquistain había sido afiliado al Partido Socialista años atrás, pero en el momento en que incitaba a Negrín a ingresar entre nosotros seguía fuera³⁹.

[1957] “Raro es el español que no lleva, dentro un mendigo, un pedigüeño crónico. A los extranjeros les sorprende la cantidad de mendigos que se ven en España. ¡Pero si supiesen cuántos más hay de los que ven! Los más mendigos no son siempre los más haraposos; con frecuencia la mendicidad se viste de levita y sombrero de copa para visitar despachos de ministros, de personajes políticos, de personas influyentes en la vida social. Es rarísimo el español que sólo fía en su propio esfuerzo. La vida española, en conjunto, es un vasto y complejo sistema de mendicación mutua... Durante mucho tiempo, todo lo que aquí acontecía lo atribuían unos a la masonería; otros, al jesuitismo. De este modo, todo el mundo es aquí un condotiero o el testaferro de algo o de alguien. No se cree en la espontaneidad, en la sinceridad, en la buena fe de nadie. La mayor parte de nuestra vida la dedicamos los españoles a envenenarnos unos a otros el aire que respiramos, a hacernos mutuamente una reputación canallesca, a encenagamos la existencia. Así faltan en nuestro ambiente político y privado esos pilares de confianza mutua y respeto que sólo pueden sostener una acción entusiasta y eficaz e infundir aliento al espíritu. En un medio de reticencias, de malevolencias, de escarnio universal, el corazón más firme acaba por rendirse a tanta bajeza y renunciar a toda empresa levantada”.- Luis Araquistain, de *El ocaso de un régimen*.

“La razón de Estado no tiene dignidad, ni vergüenza: sólo le importa el interés inmediato, lo mismo en las democracias que en las dictaduras. Si mañana Franco creyera que la hegemonía

³⁹ Salto de página en el original.

del planeta se había desplazado a Moscú, pactaría con el Gobierno soviético, como pactó Hitler. En Washington lo saben y esa es una razón más para mimar a su vez al Gobierno de Madrid. Siempre han sido así y serán los Estados maquiavélicos muchos miles de años antes de que naciera [1958] Maquiavelo. España no es una excepción. No se olvide que Felipe IV de España fue el primer monarca en reconocer a los ejecutores de Carlos I de Inglaterra, el Gobierno de Oliverio Cromwell. Sólo nosotros, los republicanos españoles, nos obstinamos en que los Estados hagan la misma política quijotesca que nosotros hacemos y que ingenuamente les queremos imponer. Así nos va”.- Luis Araquistain, de su último libro *El pensamiento español contemporáneo*.

“Sólo la guerra civil de Estados Unidos (1861-1865), la llamada Guerra de Secesión, se la puede comparar en duración y violencia, pero no en desenlace; terminó con una paz humana para los vencidos, muy parecida en esto a la primera guerra civil española, la del abrazo de Vergara, QUE TANTO NOS HACÍA, REÍR EN OTRO TIEMPO; HOY, CREO, YA NO SE RÍE NADIE; YO, NO, POR LO MENOS”.- Luis Araquistain, que tiene textos anteriores abundantes donde mantuvo todo lo contrario.

[1959] Manuel Muiño Arroyo

Cuando estaba cercano a cumplir los ochenta años, el 26 de abril de 1977 falleció en Madrid Manuel Muiño, nacido en 1897, en el distrito de La Latina, en uno de los núcleos obreros más atractivos de esa barriada, tan popular como castiza. Así era Muiño: popular y castizo, como obrero auténtico que había recorrido desde su infancia varios oficios, hasta adaptarse en el de embaldosador, grupo de fuertes raíces socialistas. Dieciséis años tenía cuando le conocí en la Casa del Pueblo, calle de Piamonte, 2, afiliado a la Sociedad de Embaldosadores y a la Juventud Socialista y poco después a la Agrupación. Tomó parte en la huelga de agosto de 1917, librándose entonces de caer preso porque todavía no figuraba en la lista de socialistas fichados para la prisión preventiva. Precisamente Por eso Pudo actuar apenas restablecida la normalidad constitucional con mayor libertad de movimientos, y al llegar a la estación madrileña de Atocha, recién liberados del penal de Cartagena, hallamos a Muiño, que recogió, de acuerdo con mi madre y los familiares de mi prometida, María Rojo, mi modesto ajuar, compuesto de traje y gorro de presidiario, que quise conservar. Recuerdo a Muiño en un mitin de la Juventud Socialista, en el escenario, en uniforme de soldado; le obligué a salir precipitadamente del local ante el peligro de que le costara ir a la cárcel por una ligereza que era preciso evitar, dadas las circunstancias políticas de entonces y el riesgo de que le fuera aplicada la Ley de Jurisdicciones, que había sufrido yo, por primera vez a los diecinueve años, en tres consejos de guerra, siendo las tres veces condenado. Fue secretario de la Federación local de la Edificación, el organismo más fuerte de la Unión General de Trabajadores de Madrid, en este caso ya retribuido. Consiguió que el Sindicato de Porteros llegara a tener varios millares de asociados, y al triunfar la República, fue elegido concejal en Madrid, en la candidatura de coalición republicano-socialista, que consiguió la victoria en los diez distritos de la capital. Muiño, por cierto, en el distrito del Congreso, por donde [1960] nunca triunfaban las izquierdas. Su labor en el Ayuntamiento de Madrid fue de positivos resultados para el vecindario en general y para la clase trabajadora en particular. Muiño abrió obras en los diez distritos, y la reforma que llevó a cabo en los alrededores de la entonces nueva

plaza de toros dio un aire próspero y agradable a la barriada de las Ventas, hasta entonces convertida en una verdadera pocilga. Pero la obra cumbre de Muiño como delegado de Obras y servicios del Ayuntamiento madrileño fue la transformación sufrida por la Casa de Campo, dejada en triste abandono por la Casa real, que sólo utilizaba en su beneficio una pequeñísima parte, prohibiendo al vecindario madrileño la entrada si no conseguía un pase de favor facilitado por Mayordomía a los recomendados. Fui yo, quien en funciones de alcalde interino, abrí la Casa de Campo, de acuerdo con Prieto, ministro de Obras Públicas, que había cedido al Municipio el usufructo de esa posesión, verdadero pulmón para el vecindario de aquellas populares barriadas. Durante muchos meses, millares de obreros sin ocupación, y lo que era más grave aún, sin medios para subsistir, encontraron trabajo en la Casa de Campo, saneando el estanque, que era una inmundicia maloliente, construyendo paseos, limpiando y regenerando el arbolado, en trance de extinción por los parásitos que le carcomían; abriendo vías de comunicación, que podían ser utilizadas para visitar la Casa de Campo incluso en coche de caballos o en otros vehículos. Madrid no sabrá nunca lo que, no sólo en la Casa de Campo, sino en otros distritos también, debería agradecer a tan modesto hijo del pueblo, que movilizó los servicios técnicos municipales para contribuir a transformar la capital de la nación. Incluso el Viaducto fue inaugurado por Muiño, como fue obra suya el ensanche de la calle de Bailén y la creación de la plaza de España. Muiño fue diputado a Cortes por Badajoz, y a su regreso desde el exilio, uno de sus primeros actos fue dar una conferencia en Mérida, importante ciudad extremeña, donde fue recordado con emoción. En Toulouse, durante veintisiete años, fue vicesecretario de la Unión General de Trabajadores en el exilio, con Pascual Tomás como secretario. Al caer [1961] gravemente enfermo éste, ocupó su puesto, hasta que en un Congreso la candidatura que presidía Rodolfo Llopis, en la que era secretario Manuel Muiño, salió vencida. Pero Muiño no se retiró, ni se dio de baja, y en la misma Unión General siguió cotizando puntualmente al regresar a Madrid, hasta su fallecimiento. A su entierro varios amigos enviaron una corona de flores naturales, agradecida pero no aceptada, porque Muiño, en sus disposiciones finales, hizo constar que no se enviaran flores a su sepelio, rodeándole de la mayor austeridad. Hubo gran concurrencia de socialistas de todas las tendencias, que acompañaron a su viuda, Magdalena Kosmann, también afiliada al Partido Socialista francés, donde fue activa propagandista en vida de su primer marido, socialista español fallecido en la emigración y gran amigo de Muiño. Respetando su voluntad, fue incinerado, y sus cenizas depositadas en el columbario del Cementerio Civil de Madrid, resaltando su viuda y compañera, en breves palabras de gratitud, la personalidad de Muiño dentro del movimiento obrero socialista.

Luis Jiménez de Asúa

Luis Jiménez de Asúa nació en Madrid el 19 de junio de 1889 y falleció en Buenos Aires el 16 de noviembre de 1970. Ganó plaza en la Facultad de Derecho de Madrid en 1918. Primo de Rivera le desterró a las islas Canarias y le destituyó de su cátedra. Utilizó parte de los años 1925 a 1927 en viajes por diversos países, perfeccionándose en su especialidad y pronunciando conferencias. Formó parte de la Junta Directiva del Ateneo de Madrid que se enfrentó con la dictadura e intervino en la organización de los partidos republicanos con Lerroux y Azaña, etapa en la cual no pertenecía al Partido Socialista, en el que ingresó al ser elegido a Cortes por Granada, patrocinado por Fernando de los Ríos. En el Parlamento presidió [1962] la Comisión

encargada de formular el proyecto de Constitución. En las dos últimas legislaturas fue elegido diputado por Madrid. El 12 de marzo de 1936, ya en un ambiente precursor de graves acontecimientos en España, fue objeto de un atentado, que costó la vida al agente de policía Gisbert, encargado de darle escolta. Tan odioso crimen produjo honda impresión, a pesar de lo cual quedó impune. Durante la guerra civil representó a España como embajador en Checoslovaquia y emigró al dejar ese cargo, instalándose en Buenos Aires, donde desempeñó la cátedra de Derecho Penal en la Universidad de esta capital hasta su jubilación. Aunque fue autor de varios libros de orientación política, lo más notable en Jiménez de Asúa fueron los numerosos tomos consagrados al estudio de la criminología. Tuvo renombrada fama de penalista. Contrajo segundas nupcias con Mercedes Brial, con quien vivió treinta años, hasta desaparecer para siempre. Durante los años de emigración intervino en congresos socialistas reunidos en Toulouse y dio numerosas conferencias en ciudades de América, singularmente en México, donde fue objeto de un homenaje presidido por Indalecio Prieto.

Breves noticias de 1960 a 1977

En 1960 fallecieron, en Madrid, Juan Caldeiro, fundador, con un compañero suyo de apellido Salamanca, de la organización de obreros panaderos; Eduardo Villegas, destacado miembro de las organizaciones del interior de España, sufrió varios consejos de guerra y estuvo encarcelado en la prisión de Ocaña, conservando de él emocionados recuerdos personales del viaje que hizo a Francia, después de su liberación. En México, Cándido Busteros, alcalde socialista de Portugalete; Amador Fernández, continuador de Manuel Llana en la organización minera asturiana; el general republicano Leopoldo Menéndez. En Francia, José Antonio de Aguirre, último jefe del Gobierno vasco; [1963] Paul Faure, secretario del Partido Socialista francés SFIO durante muchos años. En Italia, Tito Zaniboni, diputado socialista italiano, encarcelado durante la dictadura de Mussolini, a quien intentó dar muerte como represalia por el asesinato de Matteotti. En Suiza, Federico Adler, secretario de la Internacional Socialista. En Austria, Benedikt Kautsky, hijo de Carlos Kautsky, que sufrió prisión bajo el nazismo. En Dinamarca, H.C.S. Hansen, jefe del Gobierno socialista. En Madrid falleció Gregorio Marañón, médico y escritor de renombre mundial, miembro de varias academias españolas.

Con motivo de la condena contra el estudiante Jorge Conill por un tribunal militar, el entonces cardenal Montini, de Milán, después Papa Pablo VI, envió a Franco el siguiente telegrama: “En nombre de estudiantes católicos milaneses y en el mío propio, ruego a V.E. clemencia con estudiantes y obreros condenados, a fin de que se ahorren vidas humanas y quede claro que el orden público en una nación católica puede ser defendido de modo distinto que en los países sin fe ni costumbres cristianas”. En la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres fue nombrado secretario Omer Bécu, belga. El ministro del Aire de Estados Unidos hizo público que su país almacenaría en España bombas atómicas, como hacen los rusos en sus bases en el extranjero. Don Juan y Franco celebran otra entrevista en Las Cabezas, lugar fronterizo entre España y Portugal. La Internacional Sindical Cristiana hace una declaración conjunta con la Confederación Sindical Socialista contra la política de Franco. Con ese motivo, Pascual Tomás, secretario de la UGT, y el secretario de la Internacional Sindical Cristiana efectuaron un viaje a Estados Unidos, intentando influir en los organismos sindicales y políticos

de esa nación. Se produce crisis entre los republicanos en la emigración, provocada por Martínez Barrio, que ha sustituido a Gordón Ordás por el [1964] general Herrera al frente del Gobierno en el exilio que actúa en París. En 1960 los rusos lanzan tres satélites al espacio y en 1961 inician los viajes espaciales con cosmonautas. Pekín combate públicamente la política rusa.

En 1961 los rusos construyen un muro aislando los dos sectores en que estaba dividido Berlín. Kennedy es elegido presidente de Estados Unidos. Los países del Mercado Común firman una Carta Social reconociendo los derechos de los trabajadores, entre ellos el de huelga. En Jerusalén se desarrolla el proceso contra Eichmann, nazi alemán responsable de la eliminación de miles de judíos. El cardenal Cicognani es designado secretario de Estado por el Papa Juan XXIII; fue nuncio durante la República en España y odiado por las derechas. Kruschef pronuncia un violento discurso contra Stalin, cuyos restos son retirados del mausoleo donde descansaban, por acuerdo unánime del XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS y decidiendo erigir un monumento a sus víctimas. El 15 de mayo de 1961 el Papa Juan XXIII hizo pública su Encíclica *Mater et Magistra*, que no fue del agrado del cardenal Segura, opuesto tanto a la República como al general Franco.

En 1961 se extinguieron, entre otros, en Madrid, Rafael Henche, alcalde de la capital durante la guerra civil. En Valencia, Manuel Vigil, fundador de las organizaciones en Asturias. En México, Antonio Pujana y Lucas Ortiz, alcaldes respectivamente de Abanto y de Sestao; Juan Ventosa, técnico especializado en la cooperación; Crescenciano Bilbao, diputado. En Francia, Paul Ramadier, Jefe de Gobierno, todos ellos significados socialistas. En Nueva York falleció el general republicano José Asensio. En Buenos Aires, Augusto Barcia ministro republicano; Enrique Rodríguez Barreta, novelista. En Italia. L. Einaudi, presidente de la República italiana. En Estados Unidos, E. Hemmingway, premio Nobel de Literatura. Dag Hammarskjöld, secretario general de la ONU, murió en accidente de aviación.

[1965] En 1962 fallecieron, entre otros, en España, Fermín Zarza, consejero socialista del Gobierno vasco, después de una larga emigración en Francia; Eusebio Gorrochátegui, redactor de *El Liberal*, de Bilbao, y de *El Socialista*, editado en Francia, hombre de conducta irreprochable, conservando un recuerdo imborrable de la época en que trabajé con él; Pedro Vélez, secretario de la Federación de Obreros Papeleros vascos; Jaime Cebrián, sobrino de Dolores Cebrián, viuda de Besteiro, a quien prestó inapreciable ayuda durante el encarcelamiento y el fallecimiento de su esposo, y a quien acompañó en el trance de dar tierra a éste en el cementerio de Carmona (Sevilla); José Pol, organizador de la Sociedad de Camareros; en Valencia, Mario Blasco Ibáñez, hijo del novelista, ambos afiliados al Partido Socialista, así como Libertad, hermana del último citado. En México, García Cubertoret, diputado socialista; Honorato de Castro y José Giral, políticos republicanos; general Hernández Saravia, que ocupó importantes cargos, especialmente en el Gobierno presidido por Azaña. En Buenos Aires, Héctor G. Irimain, diputado socialista. En Copenhague, Alsing Andersen, presidente de la Internacional Socialista. En París, Diego Martínez Barrio, presidente de la República en el exilio. El torero Juan Belmonte se suicidó en Sevilla; Belmonte y yo fuimos testigos de la boda civil de Pedro Rico, alcalde de Madrid, con Anita Antén. Dos destacados socialistas belgas: Jef van Rosbroeck, concejal y senador, tesorero de la Internacional Socialista, en cuyo nombre asistió en Madrid al Congreso reunido por el Partido Socialista, en 1928; Frans Tielsmans, ministro. Entre otros destacados escritores y

políticos, fallecieron Diego San José, Julio Senador Gómez, Juan Sarradell, Francisco Romero, Luis Fernández Ardavín; el arquitecto de la Ciudad Universitaria de Madrid, Modesto López Otero.

[1966] En 1968, agitación en Checoslovaquia contra el régimen comunista, aplastada por los tanques rusos. El general De Gaulle, derrotado en Francia mediante referéndum convocado por él, abandona el Poder. Año difícil para Franco: huelgas, que a veces triunfan; asesinato del jefe de policía de Irún; agitación entre sacerdotes vascos; consejos de guerra con sentencias graves.

Fallecieron en 1968, entre otros: en Madrid, el coronel Segismundo Casado, que mandaba el ejército republicano en Madrid cuando las tropas franquistas entraron en la capital; había regresado a España en 1961. En México se extinguieron, entre otros relevantes socialistas: Francisco Sánchez Llanes, que desplegó marcada actividad en la Federación de la UGT de Obreros en piel, con quien estuve hermanado desde la fundación de la Juventud Socialista de Madrid. En Caracas, Toribio Echevarría, fundador de la Juventud Socialista de Eibar. En Argentina, Jacinto Oddone, y en México, José Molina, ambos diputados. En Viena, J. Deutsch, ex ministro socialista en Austria. En Amberes, Camilo Huysmans, a los noventa y siete años, de quien conservo una foto cariñosamente dedicada; fue secretario de la Internacional Socialista, diputado, presidente del Parlamento y jefe del Gobierno belga. En España, Ramón Menéndez Pidal, historiador y filólogo, director de la Academia Española, personalidad de primer orden, a los noventa y nueve años. Julián Romea, actor, que estrenó la obra de Benavente *Los intereses creados*. En México, el poeta León Felipe. En Nueva York, el autor de novelas sociales Upton Sinclair.

Entre otros, en 1969 se extinguieron: José Cañizares, alcalde socialista de Villena; en México, José Gaos, catedrático; Jacinto Segovia, médico. En Uruguay, Emilio Frugoni, escritor y fundador de las organizaciones obreras de aquel país; Margarita Xirgú, famosísima actriz, que se negó a regresar a España durante el franquismo. [1967] En Caracas, Rómulo Gallegos, escritor y presidente de la República de Venezuela. En Lausana se extinguió la reina Victoria Eugenia, viuda del rey Alfonso XIII.

En 1970 fallecieron, entre otras personalidades: en México, Lázaro Cárdenas, presidente de la República, acogedor excepcional de los refugiados españoles; Bernardo Giner, ministro republicano; Juan Almela Meliá, hijo político de Pablo Iglesias, al final de su vida alejado de la organización socialista. En Buenos Aires, Luis Jiménez de Asúa, prestigioso jurista, presidente de la República en el exilio. En España, Ruiz Agudo, veterano socialista santanderino; Secundino Suazo, que realizó, a iniciativa de Prieto, importantes obras como arquitecto. En Francia, el general De Gaulle y E. Daladier. En Inglaterra, Oldenbroek, secretario de la Internacional Sindical; A.F. Kerenski, socialista ruso, que se distinguió al comienzo de la revolución rusa y fue jefe del Gobierno provisional en 1917, pero luego hubo de huir del régimen comunista; Bertrand Russell, filósofo y escritor inglés. En Estados Unidos, John Dos Passos; en Locarno, E.M. Remarque, escritores de fama mundial.

En 1974 falleció en Buenos Aires María Lejárraga, escritora, con cerca de cien años, diputada socialista por Granada. En México, José Bullejos, socialista en su juventud, comunista

en Rusia después, y vuelto al socialismo en su madurez. En Madrid, Fermín Olivares, vocal de la Comisión ejecutiva de la UGT, fundador de la Federación Nacional de Camareros. En Marsella, Rosalío Donas, concejal socialista de Chamartín de la Rosa (Madrid). En Austria, Franz Jonas, tipógrafo afiliado al partido socialista de Austria, presidente de la República de este país. En Madrid, el premio Nobel de literatura, Miguel Ángel Asturias.

[1968] Fallecieron en 1975, entre otros destacados socialistas: Emiliano M. Aguilera, escritor, alumno de Julián Besteiro, autor del prólogo de mi libro *El pensamiento político de Julián Besteiro*; falleció en Barcelona. En México, Francisco Azorín, arquitecto y diputado, autor con Emiliano Barral del mausoleo dedicado a Pablo Iglesias en el Cementerio civil de Madrid; Vicente M. Sansano, concejal y diputado provincial por Alicante, fiel a sus ideas hasta el último instante de su vida; Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado en los gabinetes dirigidos por Largo Caballero y Negrín; fue adicto al comunismo ruso, luego al chino. Cipriano Mera, destacado militante anarquista, que hizo frente con las fuerzas que mandaba en Madrid a los comunistas, al final de la guerra. En Bélgica, Achile van Acker, presidente de la Cámara de diputados y jefe del Gobierno socialista belga. En Francia, Guy Mollet, secretario del Partido Socialista SFIO, jefe del Gobierno francés. En Madrid fallecieron Maximiano García Venero, escritor, y Sebastián Miranda, escritor y escultor, entre otros. En 1976 se extinguieron, entre otros, Julio Just, ministro republicano. En Madrid, José García Mercadal, escritor, con cerca de cien años. André Malraux, escritor y político francés. En China, el dictador comunista Mao-Tse-Tung. En 1977 fallecieron, entre otras relevantes personalidades socialistas: en México, Bruno Alonso, a los noventa años, acompañado hasta su tumba por numerosa concurrencia; fue diputado por Santander y comisario de la flota republicana durante la guerra civil. En Bogotá, Paulino Gómez, ministro del Gobierno vasco. En Madrid, donde se hallaba transitoriamente, Victor Larock, escritor y ministro belga.

[1968bis] A continuación va la lista de políticos y escritores socialistas de fuera de España, de distintas escuelas filosóficas, de muchos de los cuales he utilizado en este libro pensamientos, estuviera o no de acuerdo con ellos, a título ilustrativo, para descubrir, en la variedad, aspectos interesantes y educativos. La lista es muy reducida, en proporción al número de pensadores y escritores que univer-salmente han abordado temas relacionados con el socialismo.

Adler, Víctor y Karl. Allemane, Jean. Amicis, Edmundo de. Anseele, Eduard. Axelrod, Paul. Basly, Emile Joseph. Bauer, Otto. Bebel, August. Berger, Victor. Bernstein, Eduard. Bertrand, Louis. Blum, Léon. Bonfield, Margarethe. Branting, Hjalmar. Braun, Otto. Bravo, Mario. Brousse, Paul. Buisson, Suzanne. Bunge, Auguste. Cipriani, Amilcare. Compère-Morel, Adeodat C.A. Costa, André. Debs, Eugene Victor. Delory, Gustave. Del Valle Iberlucea, Enrique. Denis, Hector. Destrée, Jules. Deville, Gabriel. Dormoy, Jean et Max. Ebert, Friedrich. Eisner, Kurt. Engels, Friedrich. Ferri, Enrico. Greulich, Hermann. Guesde, Jules. Haase, Hug. Hanssom Albín. Hardie, Keir. Benderson, Arthur. Hilferding, Rudolf. Hyndman, Henry. Jaurès, Jean. Justo, Juan B. Katayama, Sen. Kautsky, Luisa y Karl. Lassalle, Ferdinand. Lavrof, Piotr. Lazzari, Constantino. Lebas, Jean. Ledebour, George. Legien, Karl. Leipart, Karl. Liebknecht, Wilhelm y Karl. Longuet, Jean. Luxemburg, Rosa. MacDonald, Ramsay. Marx, Karl. Batteotti, Giacomo. Mehring, Franz. Modigliani, G. Morizet, André. Morris, William. Nernec, A. Paepe, Cesar de. Plejanov, Georg. Rappoport, Charles. Recabarren, Luis. Renaudel, Pierre. Repetto, Nicolas. Salengro, Roger. Seitz, Karl. Sellier, Henri. Sembat, Marcel. Serwy, Victor. Shaw, Tom.

Singer, Paul. Snowden, Philip. Stauning Theodor. Thivrier, Christophe. Thomas, Atbert. Tillett, Ben. Treves, Claude. [1969] Troelstra, Peter. Turati, Filippo. Vaillant, Edouard. Vallès, Jules. Vandervelde, Emile, Vliegen, E. Volders, Jean. Vollmar, Georg von. Wauters, Jean. Webb, Beatrix y Sydney. Wells, H.G. Zerboglio, Adolfo. Zetkin, Clara.

